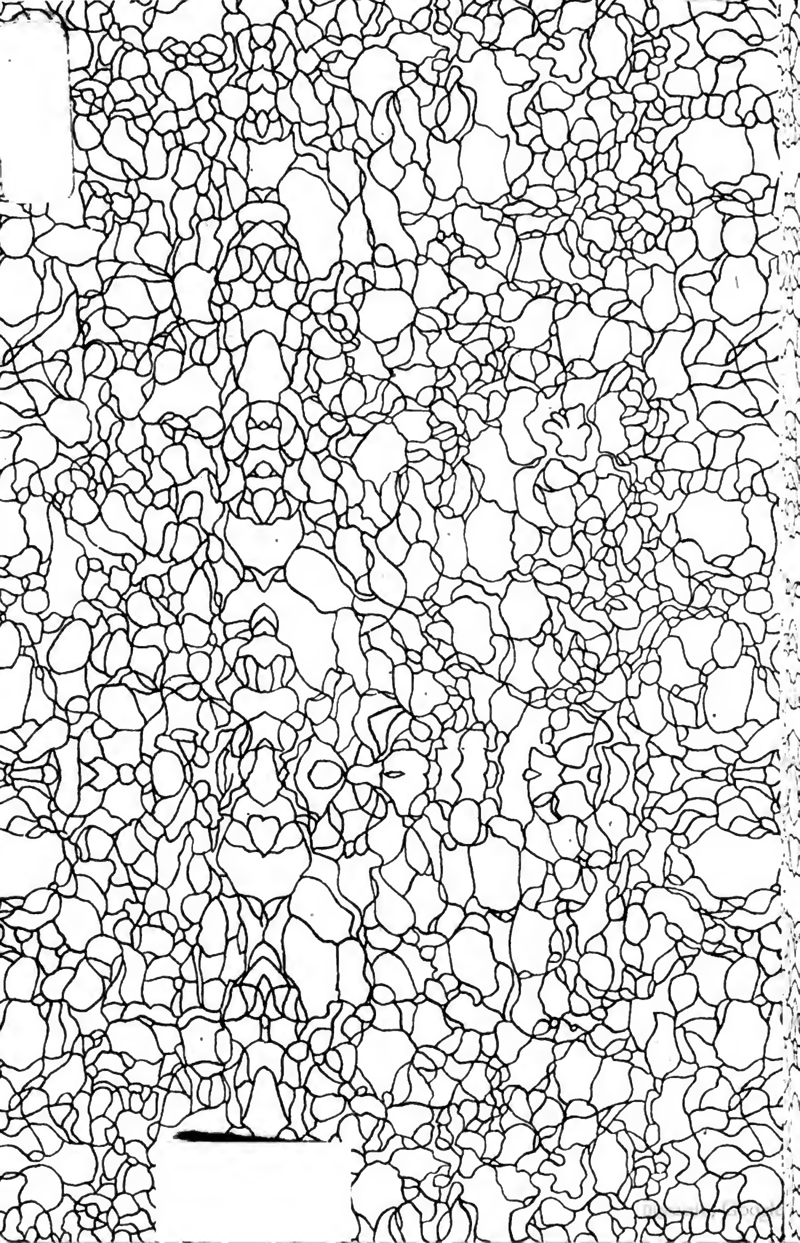
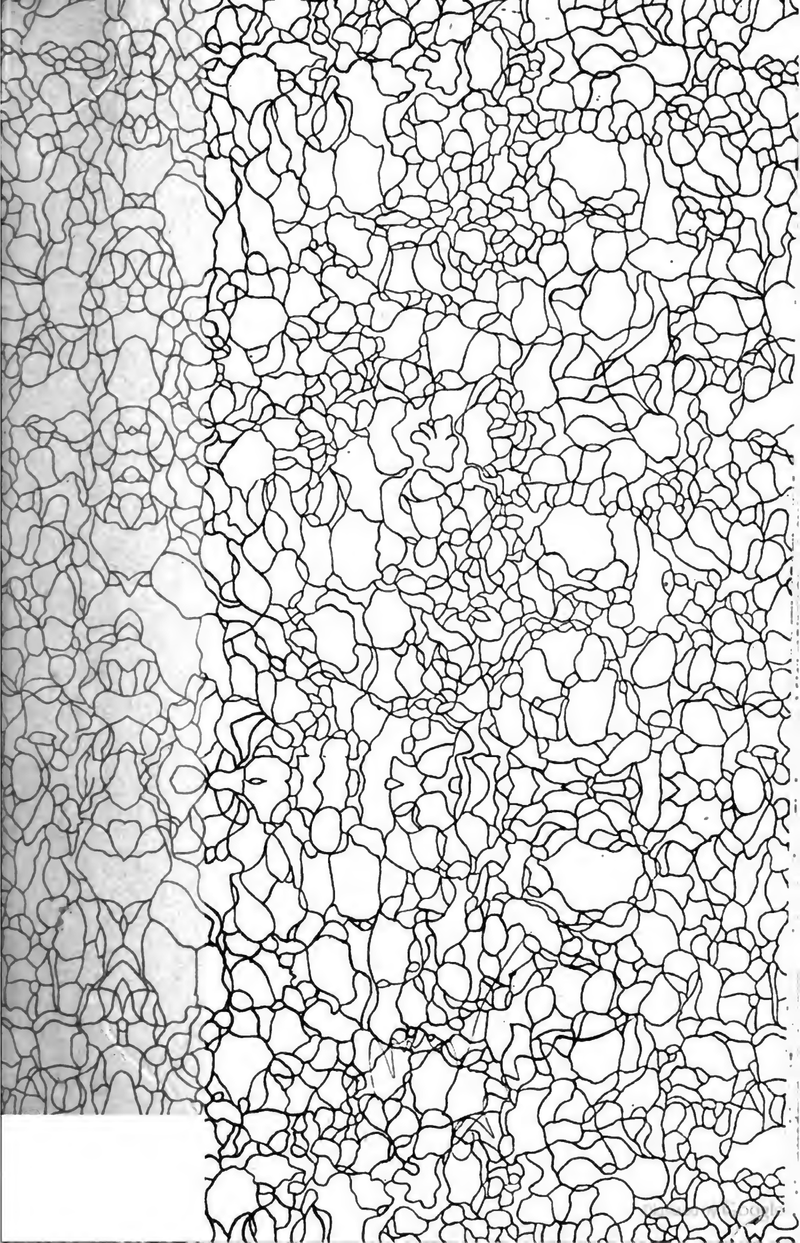


Los mártires o El triunfo de la religión cristiana

François-René de Chateaubriand,
Gaspar y Roig (Madrid)






UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5324379688

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

LOS MARTIRES

Ó

EL TRIUNFO DE LA RELIGION CRISTIANA.

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDO

POR MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe num. 4.
1852.



LOS MARTIRES

Ó EL TRIUNFO

DE LA RELIGION CRISTIANA.

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

LIBRO PRIMERO.

Sumario. Invocacion. Esposicion. Diocleciano empuña las riendas del imperio romano. Bajo el gobierno de este príncipe, los templos del verdadero Dios empiezan á disputar el incienso á los templos de los ídolos. Prepárase el infierno á dar la última batalla para derribar los altares del Hijo del Hombre. El Eterno permite á los demonios que susciten persecuciones contra la Iglesia, para someter á prueba la fe de los fieles, quienes saldrán victoriosos de esta prueba; el estandarte de la salvacion será colocado sobre el trono del universo, y el mundo deberá esta victoria á dos víctimas escogidas por Dios. ¿Quiénes son estas víctimas? Apóstrofe á la Musa que las dará á conocer. Familia de Homero. Demodoco, último descendiente de los Homéridas, sacerdote de Homero, en el templo de este poeta, situado sobre el monte Itomo, en la Mesenia. Descripcion de este país. Demodoco consagra al culto de las Musas á su hija única, Cimodocea, para sustraerla á las persecuciones de Hierocles, procónsul de Acaya y favorito de Galerio. Cimodocea asiste acompañada de su nodriza á la fiesta de Diana-Limnátide; estravíase en el camino y encuentra á un jóven dormido á la márgen de una fuente. Eudoro acompaña á Cimodocea á casa de Demodoco. Demodoco parte con su hija para ofrecer presentes á Eudoro y tributar gracias á la familia de Lastenes.

Quiero contar los combates de los cristianos y la victoria alcanzada por los fieles sobre los espíritus del abismo, merced á los gloriosos esfuerzos de dos esposos mártires.

¡Musa celestial! tú que inspirastes al poeta de Sorrento y al ciego de Albion; tú que colocas tu solitario trono sobre la cima del Tabor; que te complaces en los pensamientos severos, en las meditaciones graves y sublimes: ahora imploro tu auxilio. Enséñame sobre el harpa de David los cantos que debo hacer resonar; da principalmente á mis ojos algunas de aquellas lágrimas que Jeremías derramaba por los infortunios de Sion; ¡voy á decir los dolores de la Iglesia perseguida!

Y tú, vírgen del Pindo, hija ingeniosa de la Grecia, baja á tu vez de la cima del Helicon; no desecharé las guirnaldas con que cubres los sepulcros, ¡oh risueña divinidad de la Fábula; tú que ni aun de la muerte y de la desgracia has podido hacer una cosa seria! Ven, Musa de las ficciones, ven á luchar con la Musa de las verdades. En otro tiempo hiciéronse sufrir á esta, en tu nombre males crueles; adorna hoy su triunfo con tu derrota, y confiesa que era mas digna que tú de reinar sobre la lira.

La Iglesia de Jesucristo habia visto nueve veces á los espíritus del abismo conjurados contra ella, y nueve veces habíase librado del naufragio esta nave que jamás perecerá. La tierra descansaba en el seno de la paz, y Diocleciano regia con esperta mano el cetro del mundo. A la sombra de la proteccion de este gran príncipe, los cristianos disfrutaban de una tranquilidad desconocida para ellos hasta entonces. Los altares del verdadero Dios empezaban á disputar el incienso á los altares de los ídolos, y el rebaño de los fieles se aumentaba diariamente; los honores, las riquezas y la gloria no eran ya el patrimonio esclusivo de los adoradores de Júpiter; y el infierno amenazado de perder su imperio, quiso detener el curso de las victorias celestiales. El Eterno, que veia debilitarse en las prosperidades las virtudes de los cristianos, permitió á los demonios que suscitasen una nueva persecucion; empero en esta última y terrible prueba, la cruz debia ser al fin colocada sobre el trono

del universo, pulverizados los templos de los falsos dioses.

¿De qué manera el antiguo enemigo del género humano hizo servir á sus proyectos las pasiones de los hombres, y especialmente la ambicion y el amor? ¡Musa! dígnate revelármelo. Antes, empero, dame á conocer á la vírgen inocente y al penitente ilustre que brillaron en aquel dia de triunfo y de luto: la una fue escogida por el cielo entre los idólatras, y el otro entre el pueblo fiel, para servir de víctimas espiatorias á cristianos y á gentiles.

Demodoco era el último vástago de aquellas familias Homéridas que habitaban en otro tiempo la isla de Chio, y se consideraban descendientes de Homero. Sus padres le habian unido en su juventud á la hija de Cleóbulo de Creta, Epícaris, la mas hermosa de las vírgenes que bailaban sobre los floridos céspedes al pié del monte Taleo, caro á Mercurio. Habia acompañado á su esposa á Gortines, ciudad construida por el hijo de Radamanto en las orillas del Leteo, no distante del plátano que brindó protectora sombra á los amores de Europa y de Júpiter. Cuando la luna hubo iluminado nueve veces las cavernas de los Dáctilos, Epícaris fueá visitar sus rebaños al monte Ida. Asaltada de improviso de los dolores maternales, dió á luz á Cimodocea en el bosque sagrado donde los tres ancianos de Platon se sentaron para discurrir acerca de las leyes; y los augures declararon que la hija de Demodoco seria famosa por su sabiduría.

Poco despues, Epícaris dejó de existir. Entonces Demodoco vió con dolor las aguas del Leteo, y todo su consuelo se cifraba en acariciar sobre sus rodillas al único fruto de su himeneo, y en mirar, sonriendo y llorando á la vez, aquel astro brillante que le recordaba la belleza de Epícaris.

Los habitantes de la Mesenia hacian construir á la sazon un templo á Homero, por lo cual propusieron á Demodoco que fuese su gran sacerdote. Demodoco aceptó con júbilo su ofrecimiento, pues le era grato abandonar una mansion que la cólera de los cielos le habia hecho insoportable. Hizo, pues, un sacrificio á los manes de su esposa, á los rios hijos de Júpiter, á las ninfas hospitalarias del Ida y á las deidades protectoras de Gortines, y partió con su hija, llevando consigo sus penates y una pequeña estátua de Homero.

Impelido por un viento próspero, su bajel descubrió en breve el promontorio de Ténaro, y siguiendo las costas de Œtilos, de Tálamos y Leuctres fué á anclar á la sombra del bosque de Corio. Los mesenianos, pueblo aleccionado por la adversidad, recibieron á Demodoco como al descendiente de un dios, y le condujeron en triunfo al santuario consagrado á su divino abuelo.

Veíase allí al poeta representado bajo la figura de un caudaloso rio, al cual llegaban otros rios para llenar sus urnas. El templo dominaba la ciudad de Epaminondas, y hallábase edificado en un antiguo bosque de olivos, sobre el monte Itomo, que descuella magestuosamente en medio de los campos de la Mesenia. El oráculo habia decretado se abriesen los cimientos del templo en el mismo lugar que Aristómenes eligiera para enterrar la urna de bronce de que pendian los destinos de su patria. La vista se dilataba á lo lejos sobre espaciosas campiñas, plantadas de altos cipreses, cortadas por amenas colinas y regadas por las aguas del Amfiso, del Pamiso y del Balira, en que el ciego Tamiris dejó caer su lira. La adelfa y el arbusto predilecto de Juno bordaban por todas partes las márgenes de los torrentes y el curso de los manantiales y fuentes. Con frecuencia, á falta de las aguas, estos perfumados bosquecillos dibujaban en los valles unos como arroyos de flores, y reemplazaban la frescura de las aguas con la grata frescura de su sombra. Las ciudades y los monumentos artísticos se mostraban esparcidos aquí y acullá por todo el cuadro campestre: Andamies, testigo de las lágrimas de Mérope; Tricca, que vió nacer á Esculapio; Gerenia, que conserva el sepulcro de Macaon; Feres, donde el prudente Ulises recibió de mano de Ifito el arco fatal á los amantes de Penélope, y Estenídaro que resuena con los cantos de Tirteo. Este encantador pais, sometido en otro tiempo al cetro del anciano Neleo, presentaba de esta suerte desde el vértice del Itomo y del peristilo del templo de Homero un canastillo de frondosidad de mas de ochocientos estadios de circunferencia. Entre el Poniente y el Mediodia, el mar de Mesenia formaba una brillante barrera, al Oriente y al Septentrion, y las cumbres del Liceo y las montañas de la Elida detenian con delicia las miradas. Este horizonte, único en la tierra, reproducia el triple recuerdo de la vida guerrera, de las costumbres pastoriles y de las fiestas de un pueblo que contaba las desgracias de su historia por las épocas de sus placeres.

Quince años habian trascurrido desde la dedicatoria del templo. Demodoco vivia tranquilamente retirado en el altar de Homero; su hija Cimodocea crecia á sus ojos como el tierno olivo que el jardinero cultiva con vigilante esmero á la orilla de una fuente, objeto del amor del cielo y de la tierra. Nada hubiese bastado á turbar la alegría de Demodoco, si hubiera logrado hallar para su hija un esposo que la tratase con todo género de afectuosos desvelos, despues de llevarla á una casa colmada de riquezas, pero nadie se atrevia á presentarse como yerno, porque Cimodocea habia tenido la desgracia de inspirar amor á Hierocles, procónsul de Acaya y favorito de Galerio. Hierocles habia pedido á Cimodocea por esposa; pero la jóven meseniana suplicara á su padre no la entregase á este romano impío, cuya sola mirada la hacia estremecer. Demodoco cedió fácilmente á los ruegos de su hija, pues no podia confiar la suerte de Cimodocea á un bárbaro sobre quien recaian sospechas de muchos crímenes, y que con sus inhumanos tratamientos habia precipitado en el sepulcro á su primera esposa.

Esta negativa hirió el orgullo del procónsul y contribuyó á exasperar su pasion; por lo cual resolvió emplear, para apoderarse de su presa, todos los recursos que proporciona el poder unido á la perversidad. Deseando Demodoco sustraer su hija al amor de Hierocles, la habia consagrado á las Musas: instruíala en todos los usos de los sacrificios; le enseñaba á escoger la ternera sin mancha; á cortar el pelo en la frente de los toros y arrojarlo al fuego; á esparcir la cebada sagrada; y la aleccionaba sobre todo en el manejo de la lira, suprema delicia de los desventurados mortales. Sentado muchas veces con esta hija querida en la cima de un elevado peñasco bañado por el mar, cantaban algunos fragmentos escogidos de la *Iliada* y de la *Odisea*: la ternura de Andrómaca; la sabiduría de Penélope; la modestia de Nausicaa; decian los males que constituyen el triste patrimonio de los hijos de la tierra: á Agamenon sacrificado por su esposa; á Ulises pidiendo limosna á la puerta de su palacio; lloraban la triste suerte del que espira lejos de su patria, sin haber vuelto á ver el humo de los hogares paternos; y tambien se compadecian de vosotros, jóvenes que guardabais los rebaños de los reyes vuestros padres, y á quienes tan inocente ocupacion no pudo salvar de las terribles manos de Aquiles!

Alimentada con los mas hermosos recuerdos de la antigüedad en la docta familiaridad de las Musas, Cimodocea ostentaba cada dia nuevos encantos. Demodoco, consumado en la sabiduría, procuraba templar esta educacion enteramente divina, inspirando á su hija la aficion á una amable sencillez. Erale grato verla abandonar su laud para ir á llenar una urna á la fuente, ó lavar los velos del templo en la corriente de un rio. En los opacos dias del invierno, cuando

arrimada á una columna hacia girar sus husos al resplandor de resplandeciente llama, le decia:

«Cimodocea! he procurado desde tu tierna niñez enriquecerte con las virtudes y con todos los dones de las Musas, porque es preciso tratar á nuestra alma cuando llega á nuestro cuerpo como á un extranjero celestial á quien se recibe con perfumes y coronas. Pero temamos, oh hija de Epicaris, la exageracion que destruye el buen sentido; supliquemos á Minerva nos conceda la razon que produce en nuestro natural aquella moderacion hermana de la verdad, y sin la cual todo es mentira.»

De esta suerte, tan bellas imágenes y tan sabios consejos embelesaban é instruian á Cimodocea. Cierto sello misterioso de las Musas á cuyo culto estaba consagrada, brillaba en su semblante, en su voz y en su corazon. Cuando bajaba sus largos párpados, cuya sombra se diseñaba sobre la blancura de sus mejillas, hubiérase creido ver á la grave Melpómene; pero cuando levantaba sus ojos, la hubiérais tomado por la risueña Talía. Sus cabellos negros parecíanse á la flor del jacinto, y su cintura á la palmera de Delos. Cierto dia fué á larga distancia á coger el díctamo con su padre; y habiendo seguido, para descubrir esta planta preciosa, á una cierva herida por un arquero de Œcalia, dejáronse ver en la cumbre de las montañas: al punto se esparció el rumor de que Néstor y la mas jóven de sus hijas, la bella Policasta, se habian aparecido á unos cazadores en los bosques de Ira.

Acercábase la fiesta de Diana-Limnatide, y todos se preparaban á conducir la pompa acostumbrada hasta los confines de la Mesenia y de la Laconia. Esta pompa, funesto orígen de las antiguas guerras de Lacedemonia y Mesenia, no atraia ya sino pacíficos espectadores. Cimodocea, escogida por los ancianos para dirigir el coro de las doncellas que debian presentar las ofrendas á la casta hermana de Apolo, se gozaba en el candor de su alegría en estos honores porque cedian en loor de su padre; y este por su parte, al oir los elogios tributados á su hija, y al tocar las coronas por ella ganadas, no aspiraba á otra gloria ni á otro honor.

Demodoco, detenido por un sacrificio que un extranjero habia ido á ofrecer á Homero, no pudo acompañar á su hija á Limnos, por lo cual esta encaminóse sola á la fiesta con su nodriza Eurimedusa, hija de Alcimedonte de Naxos. El anciano permanecia tranquilo porque el procónsul de Acaya se hallaba á la sazon en Roma al lado de César Galerio. El templo de Diana se elevaba á la vista del golfo de Mesenia, sobre un grupo del Taigeto, en medio de un bosque de pinos, de cuyas ramas habian colgado los cazadores los despojos de las bestias montaraces. Las paredes del templo habian recibido del tiempo ese color de hojas secas que el viajero observa todavia en las ruinas de Roma y Atenas; la estátua de Diana, colocada sobre un altar en medio del templo, era la obra maestra de un afamado escultor. El artista habia representado á la hija de Latona en pié, adelantando uno y tomando con la mano derecha una flecha de la aljaba que de sus hombros pendia, mientras la cierva Cerinide, de astas de oro y piés de bronce, se cobijaba bajo el arco que la diosa tenia asido en su mano izquierda, dirigida al suelo.

Al momento en que la luna, en medio de su carrera, plateó con sus tranquilos rayos el templo, Cimodocea, al frente de sus compañeras, en número igual al de las ninfas océanicas, entonó el himno á la vírgen Blanca. Una turba de cazadores respondia á la voz de las doncellas:

«¡Formad, formad la danza ligera! ¡Doblad, conducid el coro, el coro sagrado!

»Diana, reina de los bosques, recibe los votos que »te ofrecen las vírgenes elegidas y los castos niños »instruidos en los versos de la Sibila. Tu naciste ba»jo una palmera en la flotante Delos. Para calmar los »dolores de Latona, siete veces los cisnes dieron, »cantando la vuelta á la isla armoniosa. En memoria »de sus cantos, tu divino hermano inventó las siete »cuerdas de la lira.

»¡Formad, formad la danza ligera! Doblad, conducid el coro, el coro sagrado!

»Tu amas las márgenes de los rios, la sombra de »los bosques, las selvas del Crago verdoso, del fresco »Algido y del sombrio Erimanto. ¡Diana, que empu»ñas el arco temible; Luna, misteriosa reina de la no»che, Hecate, armada de la serpiente y del puñal, »haz que la juventud ostente costumbres puras, que »la senectud goce descanso, y la raza de Néstor se »honre con hijos, riquezas y gloria!

»¡Formad, formad la danza ligera! ¡Doblad, con»ducid el coro, el coro sagrado!»

Terminado este himno, las doncellas desciñeron de sus sienes las coronas de laurel y las colgaron en el altar de Diana con los arcos de los cazadores, siendo inmolado un ciervo blanco á la reina del silencio. La multitud se dispersó, y Cimodocea seguida de su nodriza, tomó un sendero que la conducia á la casa paterna.

Era aquella una de las noches cuyas trasparentes sombras parece temen ocultar el hermoso cielo de la Grecia: no son tinieblas, sino meramente la ausencia de la luz. El aire era dulce como la leche y la miel, y al respirarlo se esperimentaba un encanto indefinible. Las crestas del Taigeto, los opuestos promontorios de Colónides y de Acritas y el mar de Mesenia brillaban con la luz mas suave; una flota jónica amainaba sus velas para entrar en el puerto de Coroneo, á la manera que una bandada de palomas de paso plega sus alas para descansar en una playa hospitalaria; Alcion gemia blandamente en su nido, y el viento de la noche llevaba á Cimodocea los perfumes del díctamo y la voz lejana de Neptuno; sentado en el valle, el pastor contemplaba la luna, en medio del esplendoroso séquito de estrellas, y se regocijaba en el fondo de su corazon.

La jóven sacerdotisa de las Musas marchaba en silencio á lo largo de las montañas. Sus ojos vagaban con dulce enajenamiento por aquellas encantadas soledades donde los antiguos habian colocado la cuna de Licurgo y la de Júpiter, para enseñar que la religion y las leyes deben caminar unidas, y que reconocen un idéntico orígen. Poseida de un religioso terror, cada movimiento, cada rumor parecíale un prodigio; el vago murmullo de los mares era el sordo rugido de los leones de Cibeles, bajando al bosque de Œcalia, y los estraños gemidos del remero eran los sonidos de la bocina de Diana cuando cazaba en las alturas de Turia.

Adelántase, y mil amables recuerdos reemplazando sus temores, vienen á ocupar su memoria; reprodúcese las antiguas tradiciones de la isla famosa en que abriera sus ojos á la luz: el Laberinto, cuyos rodeos imitaba aun la danza de las jóvenes cretenses; el ingenioso Dédalo, el imprudente Icaro, Idomeneo y su hijo, y sobre todo las dos infortunadas hermanas Fedra y Ariadna. Súbitamente advierte que ha perdido el sendero de la montaña y que su nodriza no la sigue; lanza un grito que se pierde en los aires; implora las divinidades de las selvas; á las Napeas, á las Driadas, que no responden á su voz, y cree que estas divinidades ausentes se han reunido en los valles del Ménalo, donde los arcadios les ofrecen sacrificios solemnes. Cimodocea oyó á lo lejos el rumor de las aguas y corrió desalada á ponerse bajo la proteccion de la náyade hasta la aparicion de la Aurora.

Un manantial de agua viva, rodeado de corpulentos álamos, se despeñaba á borbotones de un alto peñasco, desde cuyo vértice se veia un altar dedicado á las Ninfas, y en el cual los viajeros ofrecian vo-

tos y sacrificios. Cimodocea iba á abrazar el altar y á suplicar á la divinidad de aquel lugar calmase las amargas inquietudes de su padre, cuando vió á un jóven que dormia apoyado sobre una peña. Su cabeza inclinada hácia el pecho y ladeada al hombro izquierdo, estaba ligeramente sostenida por el asta de una lanza; su mano tendida con indolente ademan sobre esta lanza, asia debilmente la correa de un perro que parecia prestar atento oido al mas leve rumor; la claridad del astro de la noche, atravesando las ramas de dos cipreses, alumbraba el rostro del cazador; en esta actitud representó un hijo de Apeles el sueño de Endimion. La hija de Demodoco creyó en efecto que aquel jóven era el amante de la reina de los bosques; una queja del céfiro le pareció un suspiro de la diosa, y tomó el rayo fugitivo de la luna en la espesura por la orla de la blanca túnica de Diana que se retiraba. Asustada y temiendo haber turbado los misterios, Cimodocea cae de rodillas y exclama:

«¡Temible hermana de Apolo, perdona á una don»cella imprudente! ¡no la atravieses con tus flechas! »Mi padre no tiene sino una hija; y nunca mi madre, »ya víctima de tus iras, sintió orgullo por haberme »dado á luz.»

A esta exclamacion, ladra el perro y el cazador despierta. Sorprendido al ver de rodillas á aquella jóven, levántase aceleradamente.

—¡Cómo! dice Cimodocea confusa y sin abandonar su actitud; ¿no eres el cazador Endimion?

—Y tú, replica el jóven no menos absorto, no eres un ángel?

—¡Un ángel! exclama la hija de Demodoco.

Entonces el extranjero lleno de turbacion, añade:

—Mujer, alza del suelo; nadie debe doblar la rodilla sino ante Dios.

Despues de un momento de silencio, la sacerdotisa de las Musas dice al cazador:

—Sino eres un dios oculto bajo la forma de un mortal, eres sin duda un extranjero á quien los Sátiros han estraviado como á mí en los bosques. ¿En qué puerto ha entrado tu nave? ¿Vienes de Tiro, tan célebre por la riqueza de su comercio? ¿Vienes de la encantadora Corinto, donde tus huéspedes te habrán hecho magníficos presentes?

¿Te cuentas entre los que trafican en los mares hasta las columnas de Hércules? ¿Sigues al cruel Marte en los combates, ó eres mas bien el hijo de uno de aquellos mortales dueños en otro tiempo del cetro, y que reinaban en un país fértil y querido de los dioses?

El extranjero respondió:

—No hay sino un Dios, árbitro del universo, y yo no soy sino un hombre lleno de turbacion y debilidad. Me llamo Eudoro, y soy hijo de Lastenes. Regresaba de Tálamos y encaminándome á la casa de mi padre, me sorprendió la noche y quedéme dormido á la orilla de esta fuente. Pero tú, ¿cómo estas aquí sola? ¡El cielo te conserve el pudor, el mas hermoso de los temores despues del temor de Dios!

El lenguaje de aquel hombre confundia á Cimodocea, y á su aspecto esperimentaba una mezcla de amor y respeto, de confianza y terror. La gravedad de sus palabras y la gracia de su persona formaban á sus ojos un contraste estraordinario. Entreveia como una nueva especie de hombres, mas noble, mas grave que la que hasta entonces habia conocido. Creyendo aumentar el interés que Eudoro parecia tomar en su desgracia, le dijo:

—Yo soy hija de Homero, el de los cantos inmortales.

El extranjero se limitó á replicarle:

—Conozco un libro mas hermoso que el suyo.

Desconcertada por el laconismo de esta respuesta, Cimodocea dijo en su interior:

—Este jóven es natural de Esparta.

Despues refirió su historia. El hijo de Lastenes le dijo:

Voy á conducirte á la casa de tu padre. Y precediéndola, se puso en camino.

La hija de Demodoco le seguia, dejando percibir su agitada respiracion, porque temblaba. Para tranquilizarse un tanto, intentó hablar, y aventuró algunas palabras acerca de los encantos de la Noche sagrada, esposa del Erebo y madre de las Hespérides y del Amor. Pero su guia la interrumpió diciendo:

—Yo no veo sino astros que publican la gloria del Altísimo.

Estas palabras sumieron en nueva confusion el corazon de la sacerdotisa de las Musas; no sabia ya qué juzgar de aquel desconocido, á quien al principio habia tomado por un inmortal. ¿Era un impío que vagaba durante la noche por la tierra, aborrecido de los hombres y perseguido por los dioses? ¿Era un pirata que habia desembarcado para robar los hijos á sus padres? Cimodocea empezaba á esperimentar un vivo terror, que sin embargo no se atrevia á descubrir. Pero su asombro no conoció límites cuando vió á su guia inclinarse ante un esclavo abandonado que hallaron en la orilla de un camino, llamarle su hermano y darle su capa para cubrir su desnudez. «¡Extranjero! preguntó la hija de Demodoco, ¿has creido sin duda que este esclavo era algun dios oculto bajo la forma de un mendigo, para poner á prueba el corazon de los mortales?

—No, respondió Eudoro, he creido que era un hombre.

Un viento fresco se levantó hácia el Oriente, y la Aurora no tardó en mostrarse. Pero despues, saliendo de las montañas de la Laconia, libre de nubes y en una sencillez magnífica, rápido el sol y resplandeciente se elevó en los cielos. En aquel mismo instante, Eurimedusa saliendo de un bosque inmediato, se precipitó hácia Cimodocea con los brazos abiertos.

—¡Oh, hija mia! exclamó, qué dolor me has causado! he hecho resonar el aire con mis suspiros, pues he creido que Pan te habia robado. Este dios peligroso vaga siempre por los bosques; y cuando ha bailado con el viejo Sileno, nada puede igualar su osadía. ¿Cómo hubiera podido presentarme sin ti á mi querido amo? ¡Ay! me hallaba aun en mi primera juventud, cuando solazándome en la playa de Naxos, mi patria, me ví repentinamente arrebatada por una banda de esos hombres que recorren el imperio de Tetis á mano armada y que recogen un rico botin. Me vendieron en un puerto de Creta, que dista de Gortines todo el espacio que un hombre, caminando aceleradamente, puede recorrer entre la tercera vigilia y el medio dia. Tu padre, que habia ido á Lébenes á cambiar los trigos de Teodosia por los tapices de Mileto, me compró á los piratas, dando en precio dos toros que aun no habian abierto los surcos de Ceres; y aquella noche, habiendo reconocido mi fidelidad, me colocó á las puertas de su aposento nupcial. Cuando las crueles Ilitias cerraron los ojos de Epícaris, Demodoco te puso en mis brazos para que te sirviese de madre. ¡Cuántos trabajos me has causado en tu niñez! Pasaba las noches al pié de tu cuna, y te mecia sobre mis rodillas; no querias tomar el alimento sino de mi mano, y cuando me separaba de tí un instante, prorrumpias en lastimeros gritos.»

Pronunciando estas palabras, Eurimedusa estrechaba á Cimodocea en sus brazos y sus lágrimas regaban la tierra. Cimodocea enternecida por las caricias de su nodriza, abrazábala tambien llorando y decia:

«¡Madre mia! este es Eudoro, el hijo de Lastenes.»

El jóven, apoyado en su lanza, miraba esta escena con tranquila sonrisa; la natural seriedad de su sem-

blante habia cedido á una dulce espresion de ternura.

Pero recobrando de repente su gravedad:

—Hija de Demodoco, dice, he aquí á tu nodriza; la casa de tu padre no está lejos. ¡Dios se apiade de tu alma!

Y sin esperar la respuesta de Cimodocea, se aleja veloz como un águila. La sacerdotisa de las Musas, instruida en el arte de los augures, no dudó que el cazador era uno de los inmortales; y desvió la cabeza temiendo ver al dios y morir. Apresuróse luego á subir el monte Itomo, y pasando las fuentes de Arsinoe y Clepsidra, llamó en el templo de Homero. El anciano pontífice habia vagado toda la noche por los bosques, y enviado algunos esclavos á Leuctres, á Feres y á Limnes, pues la ausencia del procónsul de Acaya no bastaba ya á tranquilizar la ternura paternal. Demodoco temia las violencias de Hierocles, aunque este impío se hallaba en Roma, y solo entreveia calamidades para su adorada Cimodocea. Cuando esta llegó con su nodriza, el desgraciado padre estaba sentado en tierra cerca del hogar; y cubierta la cabeza con su manto, regaba las cenizas con sus lágrimas. A la aparicion repentina de su hija, estuvo próximo á espirar de alegría. Cimodocea se lanzó á sus brazos, y por espacio de algunos momentos solo se oyeron sollozos entrecortados; tales son los gritos con que resuena el nido de los pajarillos, cuando la madre trae el alimento á sus hijuelos.

—¡Oh hija mia! exclamó Demodoco; ¿qué dios te ha devuelto á tu padre? ¿Cómo pude dejarte ir sola al templo? temo á nuestros enemigos, temo á los satélites de Hierocles, que desprecia los dioses y se burla de las lágrimas de los padres. Empero yo hubiera atravesado el mar; hubiera ido á arrojarme á las plantas de César, y le hubiera dicho: «¡Devuélveme á mi Cimodocea, ó arráncame la vida!» Hubiérase visto á tu padre contar su dolor al sol y buscarte por toda la tierra como Ceres cuando reclamaba á su hija, robada por Pluton. El destino del anciano que muere sin hijos es digno de compasion. Todos huyen de su cuerpo, objeto del escarnio de la juventud: «¡Este viejo, se dice, era un impío cuya raza han esterminado los dioses; no ha dejado hijos que le den sepultura!»

Entonces Cimodocea, acariciando á su anciano padre, y pasando sus hermosas manos por la nevada barba, le dice:

—Padre mio, cantor divino de los inmortales, nos hemos estraviado en los bosques, y un jóven, ó por mejor decir, un dios, nos ha conducido aquí.

Al oir estas palabras, Demodoco se levantó con viveza y alejando á su hija de su seno, le dice:

—¡Cómo! un extranjero te ha devuelto á tu padre, y no le has presentado en nuestros hogares, tú, sacerdotisa de las Musas é hija de Homero! ¿Qué hubiera sido de tu divino abuelo, sino se hubiesen cumplido con mas celo para con él los deberes de la hospitalidad? ¿Qué se dirá en toda la Grecia? ¡Demodoco el Homérida ha cerrado su puerta á un suplicante! ¡Ah! ¡no esperimentaria mas mortal amargura, aun cuando el mundo dejase de llamarme el padre de Cimodocea!

Viendo Eurimedusa el enojo de Demodoco, y queriendo escusar á Cimodocea:

«Demodoco, dice, mi querido amo, guárdate de condenar á tu hija. Yo te hablaré con toda la sinceridad de mi corazon. Si no hemos invitado al extranjero á que siguiese nuestros pasos, es porque era jóven y hermoso como un inmortal, y hemos temido las sospechas que brotan con demasiada frecuencia en los corazones de los hijos de la tierra.

—Eurimedusa, replicó Demodoco, ¡qué palabras han salido de tus labios! hasta aquí no habias parecido falta de razon; pero veo que un dios ha trastornado tu mente. Sabe que yo no abro mi corazon á las desconfianzas injustas, y que nada me es tan odioso como el hombre que sospecha siempre del corazon del hombre.»

Cimodocea concibió entonces el propósito de aplacar á Demodoco.

—Pontífice sagrado, le dice, te suplico calmes los arrebatos de la cólera, porque la cólera, como el hambre, es madre de los malos consejos. Podemos todavía reparar mi falta. El jóven me ha dicho su nombre. Tú conocerás acaso su antigua raza: llámase Eudoro y es hijo de Lastenes.

La dulce persuasion llevó estas discretas palabras al fondo del corazon de Demodoco, que abrazando tiernamente á Cimodocea:

—Hija mia, le dijo, no en vano he cuidado de instruir tu juventud; no hay una doncella de tu edad á quien no escedas en la solidez de tu entendimiento; y solo las gracias son mas hábiles que tú en bordar velos. Mas ¿quién pudiera igualar á las Gracias, sobre todo á la mas jóven, á la divina Pasitea! Dices bien, hija mia, conozco á la antigua estirpe de Eudoro, hijo de Lastenes. A nadie me juzgo inferior en la ciencia de la genealogía de los dioses y de los hombres; ni aun en otro tiempo hubiera sido vencido sino por Orfeo, Lino, Homero ó el anciano de Ascrea, porque los hombres de los pasados tiempos eran muy superiores á los de los presentes dias. Lastenes es uno de los principales habitantes de la Arcadia; desciende de la sangre de los dioses y de los héroes porque toma su origen del rio Alfeo, y cuenta entre sus antepasados al gran Filopemen y á Polibio, amado de Caliope, hija de Saturno y de Astrea. Triunfó personalmente en los juegos sangrientos del dios de la guerra; es amado de nuestros príncipes, y ha sido investido con los mas elevados puestos del estado y del ejército. Mañana, cuando Dicé, Irene y Eunomia, amables Horas, abran las puertas del dia, subiremos á un carro é iremos á ofrecer presentes á Eudoro, cuya sabiduría y valor preconiza la fama.

Dichas estas palabras, Demodoco, seguido de su hija y de Eurimedusa, entró en el templo, donde brillaban el ambar, el bronce y las conchas de tortuga. Un esclavo que sostiene un jaro de oro y una palangana de plata, derrama un agua pura sobre las manos del sacerdote de Homero. Demodoco toma una copa, la purifica en la llama, mezcla en ella agua y vino, y vierte en el suelo la libacion sagrada, para aplacar á los dioses Lares. Cimodocea se retira á su aposento; y despues de gozar de las delicias del baño, se reclina sobre ricos tapices de Lidia, cubiertos con el delicado lino de Egipto; pero no pudo disfrutar de los dones del sueño y en vano suplicó á la Noche, estendiese sobre ella la dulzura de sus sombras.

Apenas la Aurora habia sonrosado el Oriente, cuando se hizo oir la voz de Demodoco, que llamaba á sus inteligentes esclavos. Al punto Evemon, hijo de Boetoo, abre el lugar que encerraba el aparejo de los carros, y adapta al eje las ruedas sonoras de ocho rayos robustecidos con llantas de bronce; cuelga un carro adornado de marfil sobre flexibles correas; agrega al carro la lanza y á su estremidad coloca el resonante yugo. Hestioneo de Epiro, hábil domador de corceles, trae dos vigorosas mulas de deslumbradora blancura, las sujeta al yugo, y acaba de cubrirlas con sus arneses en que brillaba el oro. Eurimedusa, llena de dias y de esperiencia, trae el pan y el vino que constituyen la fuerza del hombre, y coloca tambien en el carro el presente destinado al hijo de Lastenes: era una copa de bronce de doble fondo, obra maravillosa en que Vulcano habia grabado el nombre de Hércules librando á Alcesta, en premio de la hospitalidad que habia recibido de su esposo. Ayax, habia dado esta copa á Tichio de Hile, célebre armero, en cambio del escudo cubierto de siete pieles de toro

que el hijo de Telamon llevaba al sitio de Troya. Un descendiente de Tichio acogió en su casa al cantor de Ilion, y le regaló la soberbia copa. Habiendo Homero partido á la isla de Samos, fue admitido en los hogares de Creófilo, y le dejó al morir su copa y sus poemas. Andando el tiempo, buscando el rey Licurgo de Esparta la sabiduría en todas partes, visitó á los hijos de Creófilo, los que le ofrecieron con la copa de Homero los versos que Apolo habia dictado á este poeta inmortal. A la muerte de Licurgo, el mundo heredó los cantos de Homero, pero la copa fue devuelta á los Homéridas: de esta manera llegó á Demodoco, último vástago de esta raza sagrada, y que hoy la destina al hijo de Lastenes.

Entretanto, Cimodocea, encerrada en un casto asilo, deja caer á sus piés su traje de noche, obra misteriosa del pudor, y adórnase con una túnica parecida al lirio que las Gracias honestas prenden por sí mismas en derredor de su seno. Cruza sobre sus desnudos piés unas ligeras cintas y agrupa sobre su cabeza con una aguja de oro las perfumadas trenzas de sus cabellos. Su nodriza le presenta el blanco velo de las Musas, que resplandecia como el sol y que estaba guardado debajo de todos los demás en un embalsamado cofrecillo. Cimodocea cubre su cabeza con este virginal tejido, y sale á reunirse á su padre. En aquel mismo instante, el anciano se adelantaba vestido de una larga túnica, sostenida por un ceñidor adornado de franjas de púrpura, del valor de una hecatombe. Ostentaba en sus sienes una corona de papiro y en la mano el ramo sagrado de Apolo. Sube al carro, y Cimodocea se sienta á sus piés. Evemon empuña las riendas y azota con el látigo crugidor el costado de las mulas sin mancha. Las mulas se lanzan á la carrera, y veloces las ruedas trazan apenas en el polvo la huella que un ligero bajel imprime al huir sobre los mares.

«¡Oh hija mia! dice el piadoso Demodoco, mientras el carro vuela, ¡líbrenos el cielo de faltar al reconocimiento! Las puertas de los infiernos son menos odiosas á Júpiter que los ingratos; estos miserable arrastran una existencia breve y están siempre entregados á una furia; pero una favorable divinidad se mantiene incesantemente al lado de los que no pierden la memoria de los beneficios; los dioses quisieron nacer entre los egipcios, porque son los mas agradecidos de los hombres.«

LIBRO SEGUNDO.

Sumario. Llegada de Demodoco y Cimodocea á Arcadia. Encuentran á un anciano en el sepulcro de Aglao de Psophis. Este anciano conduce á Demodoco al campo en que la familia de Lastenes hace la siega. Cimodocea reconoce á Eudoro. Demodoco descubre que la familia de Lastenes es cristiana. Vuelven á la casa de Lastenes. Costumbres cristianas. Oracion de la noche. Llegada de Cirilo, confesor y mártir, obispo de Lacedemonia. Este ruega á Eudoro le refiera sus aventuras. Cena. La familia y los extranjeros van á sentarse despues de la cena al jardin, en la márgen del Alfeo. Demodoco invita á Cimodocea á que cante acompañándose con la lira. Canto de Cimodocea. Eudoro canta á su vez. Las dos familias se retiran á descansar. Sueño de Cirilo. Oracion del santo obispo.

Mientras el sol se remontó en los cielos, las mulas impelieron el carro con rápida carrera. A la hora en que el fatigado juez abandona con alegría su tribunal, para ir á tomar su alimento, el sacerdote de Homero llegó á los confines de Arcadia, y fue á descansar á Figalea, célebre por la abnegacion de los orestasianos. Aquel noble Anceo, descendiente de Agapenor, que mandaba á los arcadios en el sitio de Troya, dió hospitalidad á Demodoco. Los hijos de Anceo quitan el yugo á las mulas humeantes, lavan sus costados cubiertos de polvo en un agua cristalina, y les ponen delante una yerba tierna cortada en las orillas del Neda. Cimodocea es conducida al baño por algunas jóvenes frigias que han perdido su dulce libertad; el huésped de Demodoco cubre á este con una fina túnica y un manto precioso; el príncipe de la juventud, el mayor de los hijos de Anceo, coronado con un ramo de álamo blanco, inmola á Hércules un javalí alimentado en los bosques de Erimanto; las partes de la víctima destinadas á la ofrenda son cubiertas de grasa y consumidas con libaciones sobre las ascuas. Un largo hierro de cinco dientes, presenta á la llama estrepitosa el resto de los manjares sagrados, y el suculento lomo de la víctima, con los trozos mas delicados, son servidos á los viajeros. Demodoco recibe una parte tres veces mayor que la de los demás convidados. Un vino oloroso encerrado durante diez años, corre en olas purpúreas en una copa de oro; y los dones de Ceres, que Triptolemo hizo conocer al piadoso Arcas, reemplazan la rústica bellota con que en otro tiempo se alimentaban los pelasgos, primeros habitantes de la Arcadia.

No obstante, Demodoco no puede gozar con alegria los honores de la hospitalidad, porque arde en deseos de llegar á casa de Lastenes. Ya la noche cubria los caminos con sus sombras; sepárase la lengua de la víctima, y hácense las postreras libaciones á la madre de los Sueños; luego el sacerdote de Homero y la sacerdotisa de las Musas son conducidos á un pórtico sonoro, donde algunos esclavos habian preparado blandos vellones de oveja.

Demodoco espera impaciente la luz del nuevo dia.

»¡Hija mia, decia á Cimodocea, á la que un poder desconocido privaba tambien del sueño! ¡ desgraciados de aquellos á quienes la piedad ó un vivo reconocimiento no arrancó jamás al poder de Morfeo! ¡ No es permitido entrar en los templos de los dioses por medio del hierro; no se penetrará en el Eliseo con un corazon de metal!»

No bien la Aurora iluminó con sus primeros rayos el altar de Júpiter que corona el monte Liceo, Demodoco mandó uncir las mulas á su carro. En vano el generoso Anceo intenta detener á su huésped pues el sacerdote de Homero parte con su hija. El carro sale con estrépito de los pórticos, y se dirige con rapidez hácia el templo de Eurinoma, oculto en un bosque de cipreses, y salvando el monte Elayo, pasa á la gruta en que Pan volvió á encontrar á Ceres, que rehusaba sus beneficios á los labradores, y que no obstante se dejó ablandar por las Parcas, tan solo una vez favorables á los mortales.

Los viajeros atraviesan el Alfeo, mas ~~arriba~~ ab de la confluencia de Gortinio, y bajan hasta las transparentes aguas del Ladonte. Aqui se ofrece á su vista un antiguo sepulcro, rodeado de olmos por las Ninfas de las montañas: el sepulcro de aquel arcadio pobre y virtuoso, Aglao de Psophis, á quien el oráculo de Delfos declaró mas feliz que el rey de Lidia. De este sepulcro partian dos caminos: dilatábase el uno á lo largo del Alfeo, y el otro seguia el declive de la montaña.

Mientras Evemon dudaba si seguiria este ó aquel camino, descubrió á un hombre ya de edad provecta sentado cerca del sepulcro de Aglao. La túnica con que este hombre estaba vestido, diferenciábase únicamente de la de los filosofos griegos en que era de un tejido blanco comun; parecia esperar en aquel lugar á los viajeros, pero no revelaba curiosidad ni impaciencia.

Al ver detenerse el carro, se levantó y dirigiéndose á Demodoco:

—Viajero, dijo, ¿preguntas tu camino, ó vas á visitar á Lastenes? Si quieres descansar en su casa, recibirá en ello una gran alegría.

—Extranjero, replicó Demodoco, Mercurio no salió mas oportunamente al encuentro de Priamo, cuando el padre de Hector marchaba al campo de los griegos. Tu traje anuncia un sabio, y tus palabras son breves pero llenas de sentido. Voy á decirte la verdad: buscamos al opulento Lastenes, á quien su gran riqueza hace pasar por un hombre muy feliz: ¿Habita acaso ese palacio que descubro á orillas del Ladonte, y que pudiera tomarle por el templo del dios de Cilene?

—Ese palacio, contestó el desconocido, pertenece á Hierocles, procónsul de Acaya. Habeis llegado á la cerca de las posesiones del huésped á quien buscais, y el techo de pajas que entreveis en la cúspide de la montaña es la habitacion de Lastenes.

Dichas estas palabras, el extranjero abrió unas tapias, tomó sus mulas por el freno, é hizo entrar el carro en el cercado.

—Señor, dijo entonces á Demodoco, hoy se hace la siega; si tu criado quiere conducir tus mulas á la habitacion inmediata, te mostraré el campo en que hallareis á la familia de Lastenes.

Demodoco y Cimodocea se apearon y siguieron al extranjero. Largo rato caminaron por un sendero practicado en medio de las viñas, sobre un terreno desigual en que descollaban esparcidas al azar algunas hayas de estraordinaria corpulencia. En breve divisaron un campo erizado de haces y cubierto de hombres y mujeres que se apresuraban, aquellos á cargar los carros y estas á segar y atar las espigas. Al llegar al medio de los segadores, el desconocido exclamó:

—¡El Señor sea con vosotros!

Y los segadores respondieron:

—¡Dios te dé su bendicion!

Y hacian oir durante su trabajo, un cántico de grave entonacion. Seguiánles muchas espigadoras que recogian las numerosas espigas que deliberadamente dejaban caer á su paso, porque su amo se lo habia mandado así, para que aquellas pobres mujeres pudiesen recoger sin vergüenza un poco de trigo. Cimodocea reconoció desde lejos al hombre del bosque, sentado con su madre y hermanas sobre unos haces, á la sombra de un androchué. La familia se levantó y salió al encuentro de los extranjeros.

—Séfora, dijo el guia de Demodoco, mi querida esposa, demos gacias á la Providencia que nos envia viajeros.

—¡Cómo! exclamó el padre de Cimodocea; ¡este era el rico Lastenes, y no le he reconocido! ¡Ah! ¡cómo se burlan los dioses de los juicios de los hombres! Te he creido el esclavo encargado por su señor para cumplir los deberes de la hospitalidad.

Lastenes se inclinó.

Eudoro, con la vista fija en el suelo, y dando la mano á la mas jóven de sus hermanas, permanecia en respetuoso ademan detrás de su madre.

—Huésped mio, dijo Demodoco, y tú sabia esposa de Lastenes, semejante á la madre de Telémaco; vuestro hijo habrá dicho sin duda lo que ha hecho por mi hija, á quien los Faunos habian estraviado en los bosques. Mostradme al noble Eudoro, para que yo le abrace como á hijo mio.

—He allí á Eudoro detrás de su madre, respondió Lastenes. Ignoro lo que ha hecho por tu hija, pues nada nos ha dicho sobre el particular.

Demodoco quedó atónito.

—¡Cómo! se decia interiormente, ¡este simple pastor es el guerrero que venció á Carrausio, el tribuno de la legion británica, el amigo del príncipe Constantino!

Repuesto al fin de su primera sorpresa, el sacerdote de Homero dijo:

—Yo hubiera debido reconocer á Eudoro en su estatura de héroe, menos aventajada sin embargo que la de Lastenes, porque los hijos no tienen ya la fuerza de sus padres. ¡Oh tú, que podrias ser el mas jóven de mis hijos, concédante los dioses lo que deseas! Te traigo una copa de inestimable valor; mi esclavo la tomará de mi carro, y tu la recibirás de mis manos. ¡Jóven y valiente guerrero! Meleagro era menos apuesto que tu cuando cautivó los ojos de Atlanta. ¡Dichoso tu padre, dichosa tu madre, pero mucho mas dichosa todavia la que debe compartir tu lecho! Si la virgen que ha sido hallada, no estuviese consagrada á las castas Musas....

Los dos jóvenes se sintieron comovidos al pronunciar Demodoco estas palabras.

—Aceptaré gustoso el presente que me haces, dijo Eudoro, sino ha servido á tus sacrificios.

Antes de espirar el dia, la familia invitó á los dos extranjeros á descansar con ella en la márgen de una fuente. Las hermanas de Eudoro, sentadas al pié de sus padres, tejian coronas de flores encarnadas y azules, para una fiesta inmediata. Un poco mas lejos se veian las urnas y las copas de los segadores; y á la sombra de algunos haces en pié, un niño dormia dulcemente en su cuna.

—Huésped mio, dijo Demodoco á Lastenes, me parece que imitas aquí la vida del divino Nestor. No recuerdo haber visto la pintura de una escena igual á no ser en el escudo de Aquiles. Vulcano habia grabado en él un rey en medio de los segadores. Este pastor de los pueblos, en cuyo rostro brillaba la satisfaccion, levantaba en silencio su cetro en medio de los surcos. No falta aquí sino el sacrificio del toro, debajo de la encina de Júpiter. ¡Cuán abundante cosecha! ¡Cuántos fieles y laboriosos esclavos!

—Estos segadores no son ya mis esclavos, replicó Lastenes, pues mi religion me prohibe tenerlos, les he dado libertad.

—Lastenes, dijo entonces Demodoco empiezo á comprender que la fama, esa voz de Júpiter, me habia dicho la verdad: tu habrás sin duda abrazado esa secta nueva que adora á un Dios desconocido á nuestros antepasados.

Lastenes respondió:

—Soy cristiano.

El descendiente de Homero quedó suspenso largo rato; luego tomando de nuevo la palabra:

—Huésped mio, dijo, perdona mi franqueza; he obedecido siempre á la verdad, hija de Saturno y madre de la virtud. Los dioses son justos: ¿cómo puedes conciliar la prosperidad que te rodea con las impiedades de que se acusa á los cristianos?

Lastenes replicó:

—¡Viajero! los cristianos no son impíos, y vuestros dioses no son justos ni injustos, porque no existen. Si mis campos y rebaños prosperan en manos de mi familia, esto consiste en que es sencilla de corazon y está sumisa á la voluntad de aquel que es el solo y verdadero Dios. El cielo me ha dado la casta esposa que me ves; no le he pedido sino una constante amistad, la humildad y la castidad propias de una mujer. Dios ha bendecido mis intenciones, y me ha dado hijos sumisos que son la corona de los viejos. Aman á sus padres, y son felices porque viven bajo el techo paterno. Mi esposa y yo hemos envejecido juntos; y aunque mis dias no han sido siempre risueños, ha dormido treinta años á mi lado, sin revelar los cuidados de mi lecho y las tribulaciones ocultas en mi corazon. Concédale Dios siete veces la paz de que me ha rodeado! ¡Nunca será tan dichosa cuant yo deseo!

De esta suerte, el corazon de aquel cristiano de los antiguos dias se dilataba al hablar de su esposa. Cimodocea le escuchaba con amor; la hermosura de aquellas costumbres penetraba el alma de esta jóven infiel; y el mismo Demodoco necesitaba acordarse de Homero y de todos sus dioses, para no ser arrastrado por la fuerza de la verdad.

Despues de algunos momentos, el padre de Cimodocea dijo á Lastenes:

—Tú me pareces enteramente de los tiempos antiguos, y sin embargo, no he visto tus palabras en Homero. Tu silencio tiene la dignidad del silencio de los sabios, y te elevas á sentimientos llenos de magestad, no sobre las alas de oro de Euripides, sino sobre las alas celestiales de Platon. En medio de una dulce abundancia, disfrutas de los encantos de la amistad, nada es violento en tu derredor; todo es alegria, persuasion y amor. ¡Ojalá conserves largos años tu felicidad y tus riquezas!

—Jamás he creido, respondió Lastenes, que estas riquezas fuesen mias; las recojo para mis hermanos los cristianos, para los gentiles, para los viajeros y para todos los desgraciados. Dios me ha confiado la direccion de ellas; Dios me las quitará tal vez; ¡bendito sea su santo nombre!

Al acabar de pronunciar Lastenes estas palabras, el sol bajó á las cumbres del Foloé, hácia el brillante horizonte de Olimpia; el astro engrandecido se mostró inmóvil un momento, suspendido sobre la montaña como un ancho broquel de oro. Los bosques del Alfeo y del Ladonte, las nieves lejanas del Telfuso y del Liceo se cubrieron de rosas; los vientos callaron y los valles de la Arcadia quedaron en un reposo universal. Los segadores abandonaron entonces sus faenas, y la familia, acompañada de los extranjeros, tomó el camino de la casa. Amos y criados marchaban confundidos, llevando los diferentes útiles de la labranza; seguianles las robustas mulas cargadas de madera cortada en las cimas de los montes; los bueyes arrastraban lentamente los aperos campestres, y los carros que vacilaban bajo el peso de los haces.

Al llegar á la casa, óyese el sonido de una campana.

—Vamos á hacer la oracion de la noche, dijo Lastenes á Demodoco; ¿nos permitis que os dejemos un momento, ó bien preferis acompañarnos?

—¡Los dioses me libren de despreciar las súplicas, hijas cojas de Júpiter, únicas que pueden aplacar la cólera de Atea!

Reuniéronse todos en un patio rodeado de trojes y establos. Algunas colmenas esparcian un agradable olor mezclado con el perfume de la leche de las terneras que volvian de los pastos. En medio de este patio habia un pozo, cuyos dos pilares cubiertos de yedra, veianse coronados por dos aloes que crecian en unos canastillos; y un nogal plantado por el abuelo de Lastenes, cubria el pozo con su sombra. Lastenes, con la cabeza descubierta y la faz vuelta al Oriente se colocó en pié debajo del árbol doméstico. Los pastores y los segadores se arrodillaron sobre la paja nueva, en derredor de su amo. El padre de familia pronunció en alta voz esta oracion, que fue repetida por sus hijos y criados:

«¡Señor! dignaos visitar esta morada durante la »noche y alejar de ella los vanos ensueños. Vamos á »dejar los vestidos del dia; cubridnos con el manto »de inocencia y de inmortalidad que hemos perdido »por la desobediencia de nuestros primeros padres. »Cuando durmamos en el sepulcro, ¡oh Señor! haced »que nuestras almas descansen con vos en el cielo!»

Terminada esta tierna plegaria, todos entraron en la habitacion donde se preparaba la cena de la hospitalidad. Un hombre y una mujer se presentaron, trayendo dos grandes jarros de cobre llenos de agua caliente. El criado lavó los piés de Demodoco y la criada los de la hija de Demodoco; y despues de haberlos ungido con un aceite aromático de gran valor, los enjugó con un lienzo blanco. La hija mayor de Lastenes, de la misma edad que Cimodocea, bajó á un subterráneo fresco y abovedado; donde se conservaban todas las cosas necesarias á la vida del hombre. Apoyadas sobre grandes tablas de encina fijas á las paredes, veianse muchas odres llenas de un aceite tan suave como el de Atica; medidas de piedra en forma de altar, adornadas con cabezas de leon, y que contenian la fina flor del trigo; vasijas de miel de Creta, menos blanca pero mas perfumada que la del Hibla, y ánforas colmadas de un vino de Chio, convertido en un bálsamo para el largo cansancio de los años. La hija de Lastenes llenó un cántaro de este licor benéfico, propio para regocijar el corazon del hombre en la amable familiaridad de un banquete.

No obstante, como los criados ignoraban si debian preparar el festin bajo la viña ó bajo la higuera, como en un dia de júbilo, fueron á consultar á su amo, y Lastenes les mandó preparasen en la sala de los Agapes una mesa de una madera bruñida. Lávanla con una esponja, y la cubren de canastillos de mimbre, llenos de un pan sin levadura cocido en la ceniza; traen luego en fuentes de simple barro, uvas, algunas aves y peces del lago Estimfale, alimento destinado á la familia; pero en obsequio de los extranjeros sirvióse un cabrito que apenas habia gustado el madroño del monte Alfeo y el citiso del valle de Meneleo.

En el momento que los convidados se disponian á acercarse á la mesa hospitalaria, una criada vino á decir á Lastenes que un anciano que cabalgaba en un jumento, y semejante en todo al esposo de María, se adelantaba por la alameda de los cedros. En breve vieron entrar á un hombre, de venerable semblante, que llevaba debajo de un manto blanco un traje de pastor. No era naturalmente calvo; pero su cabeza habia sido despojada en otro tiempo de cabellos; y su frente ostentaba todavía las cicatrices del martirio que habia sufrido en tiempo de Valeriano; una barba blanca bajaba hasta su cintura, y se apoyaba en un báculo á manera de cayado que le habia enviado el obisdo de Jerusalén; modesto presente que se hacian los primeros padres de la Iglesia, como el emblema de sus funciones pastorales y de la peregrinacion del hombre en la tierra.

Era Cirilo, obispo de Lacedemonia, que abandonado como muerto por sus verdugos en una persecucion contra los cristianos, habia sido elevado á su pesar al sacerdocio. Ocultóse durante mucho tiempo, para sustraerse á la dignidad episcopal; pero su humildad le fue inútil, porque Dios descubrió á los fieles el retiro de su siervo. Lastenes y su familia le recibieron con las demostraciones del respeto mas profundo, arrodillándose á su presencia, besando sus piés sagrados, cantando el Hosanna y saludándole con los nombres de muy santo y muy querido de Dios.

—¡Por Apolo! exclamó Demodoco, agitando su rama de laurel rodeada de cintas; ¡he aquí el viejo mas augusto que se ha ofrecido á mi vista! ¡Oh tú que estás cargado de dias! ¿qué cetro es ese que empuñas? ¿Eres un rey, ó un sacerdote consagrado á los altares de los dioses? Dime el nombre de la divinidad á quien sirves, para que yo le inmole víctimas.

Cirilo miró algun tiempo con sorpresa á Demodoco; despues le contestó con una amable sonrisa:

—Señor, este cetro es el cayado que me sirve para conducir mi rebaño; porque no soy un rey sino un pastor. El Dios que recibe mi sacrificio nació entre los pastores en un pesebre. Si eres servido, te enseñaré á conocerle, y por única víctima te pedirá la ofrenda de tu corazon.

Cirilo, dirigiéndose entonces á Lastenes, le dijo:

—Sabeis el objeto que me conduce aquí. La penitencia pública de nuestro Eudoro llena á nuestros hermanos de admiracion; todos quieren adivinar la causa que la motiva. El me ha prometido contarme su historia, y espero que en los dias que vengo á pasar con vosotros se dignará satisfacerme. Los criados acercaron entonces los asientos á la mesa. El sacerdote de Homero se sentó al lado del sacerdote del Dios

de Jacob; la familia se colocó en rededor del festin. Demodoco, tomando una copa, iba á hacer una libacion á los Penates de Lastenes; pero el obispo de Lacedemonia, deteniéndole con benignidad, le dijo:

—Nuestra religion nos prohibe esas señales de idolatria; no querreis afligirnos.

La conversacion fue tranquila y cordial. Eudoro leyó durante una parte de la comida algunas instrucciones sacadas del *Evangelio* y de las *Epístolas de los Apóstoles*. Cirilo comentó de la manera mas afectuosa lo que dice San Pablo acerca de los deberes de los esposos. Cimodocea temblaba; y por sus virginales mejillas descendian lágrimas como perlas. Eudoro esperimentaba el mismo encanto, y amos y criados estaban enternecidos. Esto con la accion de gracias, constituyó la cena de aquellos cristianos.

Finalizada esta, todos fueron á sentarse á la puerta del jardin en un banco de piedra que servia de tribunal á Lastenes, cuando administraba justicia á sus dependientes.

Semejante á un simple pastor á quien la suerte destina á la gloria, el Alfeo hacia correr por la parte baja de este jardin, entre una sombra campestre, las ondas que en breve habian de ser coronadas por las palmas de Pisa. Bajando de los bosques de Venus y del sepulcro de la nodriza de Esculapio, el Ladonte serpenteaba á lo largo de risueñas campiñas, y venia á confundir sus aguas cristalinas con la clara corriente del Alfeo. Los profundos valles regados por ambos rios estaban plantados de mirtos, de alisos y sicomoros. Un vasto anfiteatro de montañas cerraba el círculo entero del horizonte. Las cimas de estas montañas estaban cubiertas de espesos bosques, poblados de osos, ciervos, asnos silvestres y tortugas monstruosas, cuya concha servia para hacer liras. Vestidos con una piel de javalí los pastores conducian entre las rocas y los pinos, numerosos rebaños de cabras. Estos ligeros animales habian sido consagrados al dios de Epidauro, porque su piel estaba cargada de la goma que se adheria á sus barbas y pelo, cuando rumiaban el cisto sobre alturas inaccesibles.

Todo era grave y risueño, sencillo y sublime en este cuadro. La luna menguante brillaba en medio del cielo á la manera de las lámparas semicirculares que los primitivos fieles encendian en los sepulcros de los mártires. La familia de Lastenes que contemplaba esta escena solitaria, no se ocupaba en aquellos solemnes momentos de las frívolas curiosidades de la Grecia. Cirilo se prosternaba ante el poder que esconde los manantiales en el seno de los peñascos, y cuyos pasos hacen estremecer las montañas como al tímido cordero, ó al inquieto carnero. Admiraba esa sabiduría que descuella como un cedro sobre el Líbano, como un [redacted] á la márgen de las aguas. Pero Demodoco, que deseaba hacer brillar los talentos de su hija, interrumpió estas meditaciones.

—Jóven discípula de las Musas, dijo á Cimodocea, alegra á tus respetables huéspedes. Una dulce complacencia constituye todo el encanto de la vida, y Apolo retira sus dones á los espíritus orgullosos. Muéstranos que desciendes de Homero. Los poetas son los legisladores de los hombres y los maestros de la sabiduría. Cuando Agamenon partió á las playas de Troya, dejó un cantor divino al lado de Clitemnestra, para recordarle incesantemente la virtud. Esta reina perdió la nocion de sus deberes; pero esto sucedió despues que Egisto, el alumno de las Musas, fué desterrado á una isla desierta.

Así habló Demodoco. Eudoro fué á buscar una lira y la presentó á la jóven griega, que pronunció algunas palabras confusas, pero llenas de maravillosa dulzura. Levantóse, y despues de haber preludiado sobre diferentes tonos, hizo oir su melodiosa voz.

Empezó por el elogio de las Musas.

«Vosotras, dijo, habeis enseñado todo á los hombres; vosotras sois el único consuelo de la vida; vosotras dais suspiros á nuestros dolores y armonias á nuestros placeres. El hombre no ha recibido del cielo sino un talento: la divina poesía; y vosotras le habeis hecho este inestimable presente. ¡Oh hijas de Mnemonia, que amais los bosques del Olimpo, los valles de Tempe y las aguas de Castalia, robusteced la voz de una vírgen consagrada á vuestros altares!»

Despues de esta invocacion, Cimodocea cantó el nacimiento de los dioses: á Júpiter, salvado del furor de su padre; á Minerva, hija del cerebro de Júpiter; á Hebe, hija de Juno; á Venus, nacida de la espuma de las olas; y á las Gracias de quienes fue madre. Dijo tambien el nacimiento del hombre, animado por el fuego de Prometeo, á Pandora y á su caja fatal, y el género humano reproducido por Deucalion y Pirra. Contó las metamórfosis de los dioses y los hombres; Las Heliades convertidas en álamos y el ambar de sus llantos arrastrado por las olas del Erídano. Dijo á Baucis, Dafne, Clitia, Filomela, Atalante; las lágrimas de la Aurora trocadas en rocío, y la corona de Ariadna fija en el firmamento. Tampoco os olvido, ¡oh fuentes! ni á vosotros, rios que producís los sombríos y hermosos ramajes. Nombró con respeto al antiguo Peneo, al Ismeno, al Erimanto, al Meandro que da tantos rodeos, al Escamandro tan famoso, al Esperdico, caro á los poetas, al Eurotas, amado por la esposa de Tíndaro, y al rio que los cisnes de Meonia han encantado tantas veces con la dulzura de sus cantos.

Pero ¿cómo hubiera pasado en silencio los héroes celebrados por Homero? Animándose de nuevo fuego, cantó la cólera de Aquiles, tan funesta á los griegos, á Ulises, Ayax y Fenix en la tienda del amigo de Patroclo, á Andrómaca en las puertas Esceas y á Priamo á los piés del asesino de Héctor. Dijo los pesares de Penelope, el reconocimiento de Telémaco y Ulises en casa de Eumeo, la muerte del perro fiel; el viejo Laertes escardando un jardin y llorando á la vista de los trece perales que habia dado á su hijo.

Cimodocea no pudo cantar los versos de su inmortal abuelo, sin consagrar algunos acentos á su memoria. Representó á la pobre y virtuosa madre de Melesigenes encendiendo su lámpara y tomando sus husos en medio de la noche, para comprar con el precio de sus lanas un poco de trigo con que alimentar á su hijo. Dijo cómo Melesigenes perdió la vista, y recibió el nombre de Homero; cómo iba de ciudad en ciudad pidiendo hospitalidad, y cómo cantaba sus versos bajo el álamo de Hilé. Contó sus largos viajes, su noche pasada en la playa de la isla de Chio y su aventura con los perros de Glauco. Por último, habló de los juegos fúnebres del rey Eubeo, en que Hesiodo se atrevió á disputar á Homero el premio de la poesía; pero suprimió el fallo de los ancianos que coronaron al autor de los *Trabajos y los Dias*, porque sus lecciones eran mas útiles á los hombres.

Cimodocea calló: la lira apoyada en su seno, quedó muda entre sus hermosos brazos. La sacerdotisa de las Musas estaba en pié; sus desnudos piés pisaban los frescos céspedes; y los céfiros del Ladonte y del Alfeo hacian jugar sus negros cabellos en derredor de las cuerdas de su lira. Envuelta en sus velos blancos é iluminada por los rayos de la luna, esta jóven semejaba una aparacion celestial. Demodoco entusiasmado pedia en vano una copa para hacer una libacion al Dios de los versos. Viendo que los cristianos guardaban silencio, y que no daban á su Cimodocea los elogios que á su parecer merecia:

—¡Huéspedes mios! exclamó, ¿estos cantos pudieran seros desagradables? Los mortales y los dioses, no obstante, son sensibles á los encantos de la Armonia. Orfeo aplacó al inexorable Pluton; hasta las Parcas, vestidas de blanco y sentadas sobre el eje de oro



PRIMERA ENTREVISTA DE EUDORO Y CIMODOCEA

del mundo, escuchan la melodía de las esferas; así lo refiere Pitágoras que comunicaba con el Olimpo. Los hombres de los antiguos tiempos mas célebres por su sabiduría, consideraban tan bella á la música que le dieron el nombre de Ley. Por lo que á mí respecta, una divinidad me obliga á confesarlo: si esta sacerdotisa de las Musas no fuese hija mia, hubiera tomado su voz por la de la paloma que llevaba en los bosques de Creta la ambrosía á Júpiter.

—No son los cantos en sí mismos, sino los asuntos de los cantos de esta jóven los que causan nuestro silencio, respondió Cirilo. Tal vez llegará un dia en que las mentiras de la sencilla antigüedad no sean sino fábulas ingeniosas, objeto de los cantos del poeta. Pero hoy ofuscan vuestro espíritu; os mantienen durante la vida en un yugo indigno de la razon del hombre y pierden vuestra alma despues de la muerte. No por esto creais que somos insensibles al halago de una dulce música. ¿Nuestra religion no es armonía y amor? ¡Cuántos suspiros aun mas interesantes hallaria tu amable hija, á quien con tanta justicia comparas á una paloma, si el pudor del asunto correspondiese á la inocencia de la voz! ¡Pobre tortolilla abandonada, vuela á la montaña donde la esposa esperaba al esposo! ¡tiende tus alas hácia esos bosques místicos donde las hijas de Jerusalén escucharán tus quejas!

Cirilo, dirigiéndose entonces al hijo de Lastenes, le dijo:

—Hijo mio, prueba á Demodoco que no merecemos la reconvencion que nos dirige. Cántanos esos fragmentos de los Libros Santos que nuestros hermanos los Apolinarios han arreglado para la lira, para demostrar que no somos enemigos de la bella poesía y de una alegría inocente. Dios se ha servido muchas veces de nuestros cánticos para mover el corazon de los infieles.

De las ramas de un sauce inmediato pendia una lira mas vigorosa y mayor que la de Cimodocea: era un cinnor hebreo; el rocío de la noche habia aflojado sus cuerdas. Eudoro descolgó el instrumento; y despues de haberlo templado, presentóse en medio de la asamblea como el jóven David, pronto á espulsar con los sonidos de su harpa el espíritu que se



TOCADOR DE CIMODOCEA.

habia apoderado del rey Saul. Cimodocea fue á sentarse al lado de Demodoco. Entonces Endoro, elevando sus ojos hácia el firmamento tachonado de estrellas, entonó su noble cántico.

Cantó el nacimiento del cahos, la luz creada por una palabra, la tierra produciendo los árboles y los animales; el hombre formado á imagen de Dios y animado de un soplo de vida; á Eva sacada de una costilla de Adam; la alegria y los dolores de la mujer en su primer parto, los holocaustos de Cain y Abel, el fratricidio, y la sangre del hombre clamando por la vez primera al cielo.

Pasando luego á los dias de Abraham, y suavizando los ecos de su lira, dijo la palmera, el pozo, el camello, el asno silvestre del desierto, el patriarca viajero sentado delante de su tienda, los rebaños de Galaad, los valles del Libano, las cumbres de Hermon, Oreb y Sinai, los rosales de Jericó, los cipreses de Cadés, las palmas del Idumeo, Efraim y Sichem, Sion y Solima, el torrente de los Cedros y las aguas sagradas del Jordan. Dijo los jueces reunidos á las puertas de la ciudad, Booz en medio de los segadores, Gedeon trillando su trigo y recibiendo la visita de un ángel; el viejo Tobias saliendo al encuentro de su hijo, anunciado por el perro fiel, y Agar, volviendo la cabeza para no ver morir á Ismael. Pero antes de cantar á Moisés entre los pastores de Madian, refirió la aventura de José reconocido por sus hermanos; sus lágrimas y las de Benjamin; Jacob presentado á Faraon, y el patriarca llevado despues de su muerte á la bodega de Mambré para que durmiese al lado de sus padres.

Cambiando de nuevo la entonacion de su lira, Eudoro repitió el canto del santo rey Ezequías y el de los israelitas desterrados en las orillas de los rios de Babilonia; hizo gemir la voz de Rama y suspirar al hijo de Amós:

«Llorad, puertas de Jerusalén. ¡Oh Sion, tus sacerdotes y tus hijos han sido reducidos á esclavitud!»

Cantó las numerosas vanidades de los hombres: vanidad de las riquezas, vanidad de la ciencia, vanidad de la gloria, vanidad de la amistad, vanidad de la vida, vanidad de la posteridad! Descubrió la falsa prosperidad del impío, y prefirió el justo que muere al perverso que le sobrevive. Hizo el elogio del pobre virtuoso y el de la mujer fuerte:

«Ha buscado la lana y el lino, y ha trabajado con manos hábiles é ingeniosas; levántase en la noche para distribuir el trabajo á sus domésticos y el pan á sus criados; está revestida de hermosura. Sus hijos se han levantado y publicado que era feliz; su marido se ha levantado y la ha elogiado.»

«¡Oh Señor! exclamó el jóven cristiano, inflamado por estas imágenes; vos sois el verdadero soberano del cielo; vos habeis señalado su lugar á la aurora. A vuestra voz el sol se ha elevado en el Oriente, y ha avanzado como un gigante soberbio, ó como el esposo radiante que sale del tálamo nupcial. Llamais al trueno, y el trueno os responde temeroso: «¡Héme aquí, Señor!» Rebajais la altura de los cielos; vuestro espíritu vuela en los torbellinos; la tierra se estremece al soplo de vuestra cólera, y los muertos llenos de pavor huyen de sus sepulcros. ¡Oh Dios! ¡Cuán grande sois en vuestras obras! Y ¿quién es el hombre, para que le consagreis vuestro corazon? Y no obstante, es el objeto eterno de nuestra inagotable complacencia. ¡Dios fuerte, Dios clemente, Esencia increada, Anciano de los dias, gloria á vuestro poder, amor á vuestra misericordia!»

Así cantó el hijo de Lastenes. Este himno de Sion resonó á lo lejos en las cavernas de la Arcadia, sorprendidas al repetir, en lugar de los sonidos afeminados de la flauta de Pan, los varoniles acentos del harpa de David. Demodoco y su hija estaban demasiado sorprendidos para dar señal alguna de su emocion. Los vivos resplandores de la Escritura habian en cierto modo deslumbrado sus corazones acostumbrados á no recibir sino una luz mezclada de tinieblas; no conocian las divinidades celebradas por Eudoro, pero tomaron á este por Apolo, y querian consagrarle una trípode de oro, no tocada aun por la llama. Cimodocea se acordaba especialmente del elogio de la mujer fuerte, y se proponia ensayar este canto en su lira. Por otra parte, la familia cristiana estaba sumergida en los pensamientos mas serios, porque lo que para los extranjeros era técnicamente una sublime poesía, era para ella una serie de misterios profundos y verdades eternas. El silencio de los circunstantes hubiera durado mucho tiempo, á no haber sido súbitamente interrumpido por los aplausos de los pastores. El viento les habia llevado las voces de Cimodocea y Eudoro, y habian bajado en tropel de sus montañas, para escuchar aquellos conciertos, creyendo que las Musas y las Sirenas habian renovado en las márgenes del Alfeo el combate que en otro tiempo se habian dado; cuando las hijas de Acheloo, vencidas por sus doctas hermanas, se vieron obligadas á despojarse de sus alas.

Era mas de la media noche por lo que el obispo de Lacedemodia invitó á sus huéspedes á que se retirasen. Semejante al viñador fatigado al terminar el dia, llama tres veces al Señor y adora. Entonces los cristianos, despues de haberse dado el ósculo de paz, vuelven á sus hogares, castamente recogidos.

Demodoco fue conducido por un criado al lugar que le habia sido preparado, no lejos del aposento destinado á Cimodocea. Cirilo, despues de haber meditado la palabra de vida, se tendió sobre un lecho de cañas. Empero no bien hubo cerrado sus párpados, tuvo un ensueño: parecióle que las heridas de su antiguo martirio se abrian de nuevo, y que de nuevo sentia con un placer inefable correr su sangre por Jesucristo. Al mismo tiempo vió á una jóven y á un jóven rodeados de resplandores subir de la tierra á los cielos; con la palma que sostenian le invitaban á seguirles; pero no pudo descubrir sus rostros porque sus cabezas estaban envueltas en un velo misterioso. Levantóse lleno de una santa agitacion, creyendo reconocer en este ensueño alguna advertencia para los cristianos. Púsose, pues, á orar anegado en lágrimas, y se le oyó exclamar muchas veces en el silencio de la noche:

«¡Oh Dios mio! Si todavia se necesitan víctimas, elegidme para la salvacion de vuestro pueblo!»

LIBRO TERCERO.

SUMARIO. La oracion de Cirilo sube al trono del Todopoderoso. El cielo. Los ángeles, los santos. Tabernáculo de la Madre del Salvador. Santuario del Hijo y del Padre. El Espíritu Santo. La Trinidad. La oracion de Cirilo se presenta al Eterno; el Eterno la recibe, pero declara que el obispo de Lacedemonia no es la víctima que debe rescatar á los cristianos. Eudoro es la víctima escogida. Motivos de esta eleccion. Las milicias celestiales toman las armas. Cántico de los santos y de los ángeles.

Las últimas palabras de Cirilo subieron al trono del Eterno. El Todopoderoso aceptó el sacrificio, pero el obispo de Lacedemonia no era la víctima que Dios habia escogido en su cólera y en su misericordia para espiar las faltas de los cristianos.

En el centro de los mundos creados y en medio de los astros innumerables que le sirven de murallas y de caminos, flota esa inmensa ciudad de Dios, cuyas maravillas no puede referir la lengua de un mortal. El Eterno colocó por sí mismo sus doce cimientos y la rodeó con aquella muralla de jaspe que el discípulo predilecto vió medir por un ángel con una vara de oro. Revestida de la gloria del Altísimo, la invisible Jerusalén está adornada como una esposa para su esposo. ¡Huid, monumentos de la tierra, que tanto distais de estos monumentos de la Ciudad Santa! La riqueza de la materia compite con la perfeccion de las formas. Brillan allí suspendidas galerías de záfiros y diamantes, debilmente imitadas por el genio humano en los jardines de Babilonia; allí se elevan arcos de triunfo, formados de las mas rutilantes estrellas, allí se enlazan pórticos de soles, prolongados hasta lo infinito á través de los espacios del firmamento, como las columnas de Palmira en las arenas del desierto. Esta arquitectura es viva, pues la ciudad de Dios está dotada de inteligencia. Nada es materia en las moradas del Espíritu, nada carece de vida en las mansiones de la existencia eterna. Las palabras groseras que la Musa se ve obligada á emplear, nos engañan: revisten de atributos corpóreos lo que no existe sino como un ensueño divino en el discurso de un sueño venturoso.

En derredor de la radiante Jerusalén se dilatan deliciosos jardines. Un rio que brota del trono del Todopoderoso, riega el celestial Eden y lleva en sus ondas el amor puro y la sabiduría de Dios. Las aguas misteriosas se dividen en diferentes canales que se enlazan, se dividen, vuelven á confundirse, se separan de nuevo, y hacen crecer con la viña inmortal el lirio semejante á la esposa y las flores que perfuman el tálamo del esposo. El árbol de vida descuella sobre la colina del incienso; un poco mas lejos, el

árbol de ciencia estiende en todas direcciones sus raices profundas y sus innumerables ramas, llevando ocultas bajo su follage de oro los secretos de la Divinidad, las leyes ocultas de la naturaleza, las realidades morales é intelectuales y los inmutables principios del bien y del mal. Estos conocimientos que nos embriagan forman el alimento de los escogidos; porque en el imperio de la soberana sabiduria, el fruto de ciencia no da ya la muerte. Los dos grandes progenitores del género humano van con frecuencia á derramar lágrimas (del modo que los justos pueden derramarlas), á la sombra de aquel árbol maravilloso.

La luz que alumbra aquellas afortunadas regiones se compone de las rosas de la mañana, de las llamas del mediodia y de la púrpura de la tarde; no obstante, ningun astro se presenta en el horizonte luminoso; ningun sol nace, ningun sol se pone en los lugares donde nada concluye, donde nada empieza; pero una claridad inefable que desciende de todas partes como un tierno rocio, mantiene el eterno dia de la deleitosa eternidad.

En el átrio de la Ciudad Santa y en los campos que la rodean, están á vez reunidos ó repartidos los coros de los querubines y de los serafines, de los ángeles y de los arcángeles; de los tronos y de las dominaciones: ministros todos de las obras y de la voluntad del Eterno. A estos ha sido concedido todo poder sobre el fuego, el aire, la tierra y el agua; á aquellos pertencce la direccion de las estaciones, de los vientos y las tempestades; hacen madurar las mieses, levantan la tierna flor, y encorvan hácia el suelo el árbol caduco. Ellos suspiran en los antiguos bosques, hablan en las olas del mar y precipitan los rios desde la cumbre de las montañas. Unos guardan los veinte mil carros de guerra de Sabaoth y de Elohé; otros custodian el carcaj del Señor, sus rayos inevitables y sus terribles corceles, conductores de la peste, la guerra, el hambre y la muerte. Un millon de estos genios ardientes arreglan los movimientos de los astros, y se relevan alternativamente en estos empleos magníficos como los vigilantes centinelas de un numeroso ejército. Hijos del soplo de Dios, en diferentes épocas, estos ángeles no tienen la misma vejez en las generaciones de la eternidad; un número infinito fue creado con el hombre para fortalecer sus virtudes, dirigir sus pasiones y defenderle de los ataques del infierno.

Allí están tambien reunidos para siempre los mortales que han practicado la virtud sobre la tierra; los patriarcas, sentados sobre palmas de oro; los profetas, cuya frente fulgura con rayos de viva luz; los apóstoles, que llevan sobre su corazon los santos Evangelios; los doctores que tienen en la mano una pluma inmortal; los solitarios retirados en las grutas celestiales; los mártires, vestidos de túnicas resplandecientes; las vírgenes, coronadas de las rosas de Eden; las viudas, con la cabeza adornada de largos velos; y todas esas mujeres pacíficas que bajo simples túnicas de lino se hicieron las consoladoras de nuestros llantos y las participantes de nuestras miserias.

¿Es el hombre enfermo y desgraciado quien podria hablar de las felicidades supremas? Sombras fugitivas y deplorables, ¿sabemos acaso lo que es la felicidad? Cuando el alma del cristiano fiel abandona su cuerpo, como un esperto piloto deja el fragil bajel próximo á sumergirse en el Océano, ella sola conoce la verdadera bienaventuranza. El supremo bien de los elegidos es saber que este bien sin medida no tendrá fin; están incesantemente en el estado delicioso de un mortal que acaba de hacer una accion virtuosa ó heróica; de un genio sublime que produce una idea gigantesca; de un hombre que esperimenta las emociones de un amor legítimo; ó los encantos de una amistad largo tiempo acrisolada por el infortunio. Así es que las pasiones nobles no se han estinguido en el corazon de los justos, sino que únicamente se han purificado; los hermanos, los esposos, los amigos continuan amándose, y estos afectos que viven y se concentran en el seno de la Divinidad misma, se impregnan en algun modo en la grandeza y la eternidad de Dios.

Ya estas almas satisfechas descansan reunidas á la márgen del rio de la Sabiduria y del Amor; la hermosura y la omnipotencia del Altísimo son objeto perpétuo de sus pláticas.

«¡Oh Dios! dicen, ¡cuánta es vuestra grandeza! Todo lo que habeis hecho nacer se encierra en los límites del tiempo, y el tiempo que se presenta á los mortales como un mar sin límites, es tan solo una gota imperceptible del Océano de vuestra eternidad.»

Ya los predestinados, para glorificar mejor al rey de los reyes, recorren su maravillosa obra; la creacion que contemplan desde los diferentes puntos del universo, les ofrece espectáculos encantadores; así, (si los grandes objetos pueden compararse á los pequeños), así se muestran á los ojos del viajero los soberbios campos del Indo, los ricos valles del Dehly y de Cachemira; las playas cubiertas de perlas y perfumadas de ámbar, donde las tranquilas olas van á espirar al pié de los caneleros en flor. El color de los cielos, la disposicion y magnitud de las esferas, que varian segun el movimiento y las distancias son para los espíritus bienaventurados un manantial inagotable de admiracion. Se complacen en conocer las leyes que hacen girar con tanta celeridad esos cuerpos graves en el éter fluido; visitan esa luna tranquila que en la calma de las noches iluminó sus oraciones ó sus amistades en la tierra. El astro húmedo y trémulo que precede los pasos de la mañana; ese otro planeta que brilla como un diamante en la cabellera de oro del sol; ese globo de larga edad que camina al resplandor de cuatro antorchas pálidas; esa tierra enlutada que lejos de los rayos del sol lleva un anillo como una viuda inconsolable; todas esas antorchas errantes de la casa del hombre atraen las meditaciones de los elegidos.

Finalmente, las almas predestinadas vuelan hasta esos mundos de que nuestras estrellas son los soles, y oyen los conciertos desconocidos de la Lira y del Cisne celestiales. Dios, de quien se deriva una creacion no interrumpida, no deja descansar su curiosidad santa, ora rompa en los mas remotos confines del espacio, un antiguo universo; ora seguido del ejército de los ángeles, lleve el órden y la hermosura al seno del caos.

Pero el objeto mas admirable ofrecido á la contemplacion de los santos es el hombre. Interésanse todavia en nuestros pesares y en nuestrros placeres, escuchan nuestros votos, ruegan por nosotros; con nuestros patronos y nuestros consejeros; regocíjanse siete veces cuando un pecador vuelve al redil; se estremecen con un caritativo temor cuando el ángel de la muerte lleva un alma tímida á los piés del supremo juez. Pero si ven al descubierto nuestras pasiones, ignoran no obstante, por medio de qué arte se confunden en nuestro seno tantos elementos opuestos: Dios, que permite á los bienaventurados penetrar las leyes del universo, se ha reservado el maravilloso secreto del corazon humano. En este éxtasis de admiracion y de amor, en estos arrebatos de una alegria sublime, ó en estos movimientos de una tierna tristeza, los elegidos repiten el grito de tres veces *Santo*, que deleita eternamente los cielos. El rey Profeta dirige las melodias divinas; Asaph, que suspiró los dolores de David, arregla los instrumentos animados por el aliento; y los hijos de Coré tañen las harpas, las liras y los salterios que tiemblan bajo la mano de los ángeles. Los seis dias de la Creacion, el des-

canso del Señor, las fiestas de la antigua y nueva ley, son alternativamente celebradas en los reinos imperecederos. Entonces las bóvedas sagradas se coronan de una aureola mas viva; entonces, del trono de Dios, de la luz misma esparcida por las mansiones intelectuales, se desprenden sonidos tan suaves y delicados, que no podríamos oírlos sin fallecer. ¡Musa! ¿dónde hallarias imágenes para pintar estas solemnidades angélicas? ¿Seria debajo de los pabellones de los príncipes de Oriente, cuando sentados bajo un trono que brilla con resplandeciente pedreria, el monarca reune su fastuosa corte? O bien, ¡oh Musa! ¿reproduciríais los recuerdos de la terrestre Jerusalén, cuando Salomon quiso dedicar al Señor el santuario del pueblo fiel? El sonoro clamor de las trompetas conmovia las cumbres de Sion; los levitas repetian en coro el cántico de los Grados; los ancianos de Israél marchaban con Salomon delante de las Tablas de Moisés; el gran sacrificador inmolaba innumerables víctimas; las hijas de Judá formaban pasos acompasados en torno del Arca de la Alianza; sus bailes, tan piadosos como sus himnos, eran alabanzas al Criador.

Los conciertos de la Jerusalén celestial resuenan especialmente en el tabernáculo purísimo donde habita en la ciudad de Dios la adorable madre del Salvador. Rodeada del corazon de las viudas, de las mujeres fuertes y de las vírgenes sin mancha, María está sentada sobre un trono de candor. Todos los suspiros de la tierra suben hasta ese trono por caminos secretos; la consoladora de los afligidos escucha el grito de nuestras mas ocultas miserias; lleva á los piés de su hijo, sobre el altar de los perfumes, la ofrenda de nuestros llantos; y para hacer mas eficaz el holocausto, mezcla con ellos algunas de sus lágrimas divinas. Los espíritus custodios de los hombres van á implorar sin cesar, en pró de sus amigos los mortales, á la Reina de las misericordias. Los dulces serafines de la gracia y de la caridad la sirven de rodillas; en su derredor se reunen tambien los interesantes personajes del Pesebre, Gabriel, Ana y José; los pastores de Belém y los magos del Oriente. Vése tambien llegar presurosos á este lugar los niños que mueren al nacer, y que transformados en pequeños ángeles parecen haberse convertido en los compañeros del Mesias en la cuna. Balancean suavemente ante su madre celestial incensarios de oro, que se elevan y descienden con un ruido armonioso, y de los cuales se desprenden en ligeros vapores los perfumes de amor y de inocencia.

Desde los tabernáculos de María se pasa el santuario del Salvador de los hombres; allí el Hijo conserva con sus miradas los mundos que el Padre ha creado; está sentado á una mesa mística; veinte y cuatro ancianos vestidos de túnicas blancas y ceñidas las sienes de coronas de oro, están colocados sobre tronos á su lado. No lejos de él está su carroza viva, cuyas ruedas fulminan rayos y relámpagos. Cuando el Deseado de las naciones se digna manifestarse á los elegidos en una vision íntima y completa, los elegidos caen como muertos en su presencia; pero él tiende su diestra y les dice:

«Levantaos; nada temais, ¡vosotros sois los benditos de mi Padre; miradme! yo soy el Primero y el Último.»

Mas allá del santuario del Verbo, se estienden sin fin anchos espacios de fuego y de luz. El padre habita en el fondo de estos abismos de vida. Principio de todo lo que fue y será, lo pasado, el presente y el porvenir se confunden en él. Allí se ocultan los manantiales de las verdades incomprensibles al mismo cielo; la libertad del hombre y la preesciencia de Dios; el ser que puede caer en la nada, y la nada que puede convertirse en ser; allí especialmente se cumple, lejos de la vista de los ángeles, el misterio de la Trinidad. El espíritu que sube y baja sin cesar del Hijo al Padre y del Padre al Hijo, se une con ellos en aquellas profundidades impenetrables. Un triángulo de fuego brilla entonces en la entrada del Santo de los santos; los globos se detienen de respeto y de temor, enmudece el Hosanna de los ángeles, y las milicias inmortales no saben cuales serán los decretos de la Unidad viva; no saben si el tres veces Santo va á cambiar en la tierra y en el cielo las formas materiales y divinas; ó si llamando á sí los principios de los seres, obligará á los mundos á entrar en el seno de su eternidad.

Las esencias primitivas se separan; el triángulo ígneo desaparece; el oráculo se entreabre y se manifiestan las tres Potencias. Sostenido en un trono de nubes, el Padre tiene en la mano un compás; á sus piés se mira un círculo; el Hijo, armado del rayo está á su derecha, y el Espíritu se eleva á su izquierda como una columna de luz. Jehová hace una señal, y los tiempos, ya seguros, emprenden de nuevo su curso, las fronteras del cahos se retiran y los astros prosiguen sus armoniosos caminos. Los cielos prestan entonces un atento oido á la voz del Todopoderoso, que revela algunos de sus vastos designios sobre el universo.

Al instante en que la oracion de Cirilo llegó al trono del Eterno, las tres Personas se mostraban de este modo á los deslumbrados ojos de los ángeles. Dios queria coronar la virtud de Cirilo, pero el santo prelado no era la víctima de predileccion señalada para la nueva persecucion; habia ya padecido en nombre del Salvador, y la justicia del Todopoderoso pedia una hostia entera.

A la voz de su venerable mártir, Jesucristo se inclinó ante el Arbitro de los humanos, é hizo temblar en la inmensidad del espacio todo lo que no era el escabel de Dios. Abre sus labios donde respira la ley de clemencia, para presentar al anciano de los dias el sacrificio del obispo de Lacedemonia. Los acentos de su voz son mas suaves que el óleo de justicia con que Salomon fue consagrado; mas puro que la fuente de Samaria, mas grato que el murmullo de los olivos en flor, mecidos por el blando soplo de la primavera, en los jardines de Nazaret ó en los valles del Tabor.

Implorado por el Dios de mansedumbre y de paz en favor de la Iglesia amenazada, el Dios fuerte y terrible hizo conocer á los cielos sus designios sobre los fieles. No pronunció sino una palabra; pero una de esas palabras que fecundizan la nada, que hacen nacer la luz, ó que encierran el destino de los imperios.

Esta palabra descubre súbitamente á las legiones de los ángeles, á los coros de las vírgenes, de los santos, de los reyes y de los mártires, el secreto de la sabiduria. Ven en la palabra del supremo Juez, como en un purísimo rayo del sol, las concepciones de lo pasado, las preparaciones del presente y los acontecimientos del porvenir

Ha sonado el momento en que los pueblos sometidos á las leyes del Mesias, van al fin á gustar sin zozobra la dulzura de estas leyes propicias. Harto tiempo la idolatria levantó sus templos al lado de los altares del Hijo del Hombre: es preciso que desaparezca del mundo. Ya ha nacido el nuevo Ciro que romperá los últimos simulacros de los espíritus de tinieblas y pondrá el trono de los Césares á la sombra de los santos tabernáculos. Pero los cristianos, vencedores del hierro y del fuego, se han dejado afeminar en las dulzuras de la paz. Para mejor probarlos, la Providencia ha permitido que conociesen las riquezas y los honores, y no han podido resistir á la persecucion de la prosperidad. Es preciso, antes que el mundo pase á su dominio, que sean dignos de su gloria; han encendido el fuego de la cólera del Señor, y no alcanzarán perdon á sus ojos antes de haber sido purificados. Satanás

será desatado contra la tierra; va á empezar para los fieles una última prueba; los cristianos han caido, y serán castigados. El que debe espiar sus crímenes por un sacrificio voluntario, está señalado mucho tiempo há en el pensamiento del Eterno.

Tales son los primeros consejos que los habitantes de las mansiones celestiales descubren en la palabra de Dios. ¡Oh palabra divina! ¡Cuán larga y débil sucesion de tiempo y de ideas se ve obligada á emplear para espresarte, la palabra humana! Tu haces ver y comprender todo á los elegidos en un momento; y yo, tu indigno intérprete, desenvuelvo dificilmente en un lenguaje de muerte los misterios contenidos en un lenguaje de vida. ¡Con cuán santa admiracion, con qué piedad tan sublime, los justos conocen luego el holocausto pedido y las condiciones que le hacen agradable al Altísimo! Esta víctima que debe vencer al infierno por la virtud de los sufrimientos y de los méritos de la sangre de Jesucristo, esa víctima que marchará á la cabeza de otras mil, no ha sido escogida entre los príncipes y los reyes. Nacido en una condicion oscura, para imitar mejor al Salvador del mundo, este hombre amado del cielo desciende no obstante de ilustres antepasados. En él la religion va á triunfar de la sangre de los héroes paganos y de los sabios de la idolatria. En él serán honrados con un martitio olvidado por la historia, esos pobres ignorados del mundo, que van á sufrir por la ley; esos humildes confesores que no pronunciando al espirar sino el nombre de Jesucristo, dejarán sus propios nombres desconocidos á los hombres. Alma de todos los proyectos de los fieles, apoyo del príncipe que derribará los altares de los falsos dioses, necesitase aun que este cristiano llamado por la gracia, haya escandalizado la Iglesia y llorado sus errores, como el primer apóstol, para estimular al arrepentimiento á sus hermanos culpables. Ya, para darle las virtudes necesarias en el dia del combate, el ángel del Señor, le ha llevado por la mano á diferentes naciones de la tierra; y ha visto el Evangelio estableciéndose en todas partes. En el curso de sus viajes, útiles á los designios de Dios, los demonios han tentado al nuevo predestinado, no entrado aun en las vias del cielo. Una grande y última falta, arrojándole en una gran desgracia, le ha hecho salir de las sombras de la muerte. Las lágrimas de su penitencia han empezado á correr; entonces, un solitario inspirado por Dios, le ha revelado una parte de sus fines. Pronto será digno de la palma que se le prepara. Tal es la víctima cuyo sacrificio desarmará la cólera del Señor y hundirá de nuevo á Lucifer en el abismo.

Mientras los santos y los ángeles penetran los designios anunciados por la palabra del Altísimo, esta misma palabra descubre otro milagro de la gracia á los coros de las mujeres bienaventuradas. Los paganos tendrán tambien su hostia, porque los cristianos y los adólatras van á reunirse para siempre al pié del Calvario. Este víctima será arrebatada al inocente rebaño de las vírgenes para espiar la impureza de las costumbres paganas. Hija de las bellas artes que seducen á los débiles mortales, unirá al yugo de la cruz los encantos y el genio de la Grecia. No la pide inmediatamente un decreto irrevocable; no tendrá el mérito ni el brillo del primer holocausto; pero, esposa designada del mártir y arrancada por él á los templos de los ídolos, aumentará la eficacia del principal sacrificio, multiplicando sus pruebas. sin embargo, Dios no abandonará á sus servidores al encono de Satanás; quiere que las legiones fieles empuñen sus armas, que consuelen y sostengan al cristiano perseguido; les confia el ejercicio de su misericordia, reservándose el de su justicia; el mismo Jesucristo fortalecerá al confesor que se inmola por la salvacion de todos; y María tomará bajo su proteccion á la virgen tímida que debe aumentar los dolores, las alegrias y la gloria del mártir.

Estos destinos de la Iglesia, descubiertos á los elegidos por una sola palabra del Todopoderoso, interrumpieron los conciertos y suspendieron las funciones de los ángeles; media hora reinó el silencio en el cielo, como en el momento formidable en que Juan vió romper el séptimo sello del libro misterioso; las milicias divinas, heridas por el eco de la palabra eterna, permanecian en un mudo estupor; así cuando el trueno empieza á rugir sobre numerosos batallones, próximos á darse un combate frenético, la señal está suspensa; la mitad bañada en la pura luz del sol, la otra mitad envuelta en la sombra creciente, las cohortes permanecen inmóviles; ni el soplo mas leve hace flotar las banderas, que penden aplanadas sobre la mano que las lleva; las encendidas mechas humean inútiles al pié del bronce mudo; y los guerreros, sacudidos por el fuego del rayo, escuchan en silencio la voz de las tempestades.

El espíritu que guarda el estandarte de la cruz, tremolando súbitamente la bandera vencedora, hace cesar la inmovilidad de los ejércitos del Señor. Todo el cielo inclina al punto sus ojos hácia la tierra; María, desde lo alto del firmamento dirige la primera mirada de amor á la tierna víctima confiada á sus cuidados. Las palmas de los confesores reverdecen en sus manos, el escuadron ardiente abre sus filas gloriosas para hacer lugar á los esposos mártires entre Felicitas y Perpetua, entre el ilustre Esteban y los grandes Macabeos. El vencedor del antiguo dragon Miguel, prepara su lanza formidable, y en torno suyo sus inmortales compañeros se cubren de sus centelleantes corazas. Los broqueles de diamante y de oro, el carcaj del Señor, las espadas flamígeras, son descolgadas de los pórticos eternos; el carro de Emmanuel se estremece sobre su eje de fuego y de relámpagos; los querubines baten sus alas impetuosas, y propagan el furor que anima sus ojos. Jesucristo baja á la mesa de los ancianos, que presentan á su bendicion dos túnicas nuevamente blanqueadas en la sangre del Cordero; el Padre Todopoderoso se encierra en las profundidades de su eternidad, y el Espíritu Santo derrama súbitamente torrentes de tan viva luz, que la creacion parece vuelve á sepultarse en la noche. Entonces, los coros de los santos y de los ángeles entonan el cántico de gloria:

»¡Gloria á Dios en las alturas del cielo!

»Disfrutad en la tierra dias tranquilos, vosotros »los que caminais por los senderos de la bondad y de »la mansedumbre. ¡Cordero de Dios, tú borras los »pecados del mundo! ¡Oh milagro de candor y de mo»destia, tú permites á las víctimas hijas de la nada »que te imiten, que sacrifiquen por la salvacion de los »pecadores! Siervos de Cristo perseguidos por el mun»do, no os inquiete la felicidad de los perversos; no »sufren, es verdad amarguras que les arrastren á la »muerte; parece ignoran las humanas tribulaciones; »llevan el orgullo en su cuello como un collar de oro; »se embriagan en banquetes sacrílegos; rien y duer»men como si no hubieran hecho mal; mueren tran»quilamente sobre el lecho que han robado á la viu»da y al huérfano; pero ¿á dónde van?

»El insensato ha dicho en su corazon: » «¡No hay »Dios! ¡Levántese Dios! ¡caigan esterminados sus »enemigos! Avanza: las columnas del cielo han vaci»lado; el fondo de las aguas y las entrañas de la tier»ra han descubierto sus secretos á la presencia del »Señor. Un fuego devorador sale de su boca; alza su »vuelo sobre las abrasadas alas de los querubines, y »fulmina por do quiera sus encendidas flechas. ¿Dón»de están los hijos de los impíos? Han pasado siete ge»neraciones desde la iniquidad de los padres, y Dios »viene á buscar á los hijos en su furor; viene al tiem»po señalado á castigar un pueblo culpable; viene á

»despertar á los protervos en sus palacios de cedro »y de aloes, y á confundir el fantasma vano de su fe»licidad transitoria.»

»¡Feliz aquel que pasando con lágrimas por los va»lles, busca á Dios como el manantial de las bendi»ciones! ¡Feliz aquel á quien le son perdonadas las »iniquidades, y que halla la gloria en la penitencia!

»¡Dichoso aquel que levanta en silencio el edificio de »sus buenas obras, como el templo de Salomon, »donde no se oian ni los golpes de la cuña, ni el rui»do del martillo, mientras el respetuoso obrero cons»truia la casa del Señor! Vosotros todos los que co»meis sobre la tierra el pan de las lágrimas, repetid »en loor del Altísimo el santo cántico:

»¡Gloria á Dios en las alturas del cielo!»

LIBRO CUARTO.

SUMARIO. Cirilo, la familia cristiana, Demodoco y Cimodocea se reunen en una isla en la confluencia del Ladonte y del Alfeo, para oir del hijo de Lastenes el relato de sus aventuras. Principio de la narracion de Eudoro. Origen de la familia de Lastenes. Opónese á los romanos, cuando invadieron la Grecia. El primogénito de la familia de Lastenes se ve precisado á entregarse en rehenes á Roma. La familia de Lastenes abraza el Cristianismo. Infancia de Eudoro. Parte á diez y seis años á reemplazar á su padre á Roma. Tempestad. Descripcion del Archipiélago. Llegada de Eudoro á Italia. Descripcion de Roma. Eudoro contrae una estrecha amistad con Gerónimo, Agustin y el príncipe Constantino, hijo de Constancio. Caracteres de Gerónimo, Agustin y Constantino. Eudoro es presentado en la córte: Diocleciano, Galerio, córte de Diocleciano. El sofista Hierocles, procónsul de Acaya y favorito de Galerio. Enemistad de Eudoro y Hierocles. Eudoro cae en todos los estravíos de la juventud y olvida su religion. Marcelino, obispo de Roma. Amenaza á Eudoro con la escomunion, si no vuelve al seno de la Iglesia. Escomunion fulminada contra Eudoro. Anfiteatro de Tito. Presentimiento.

EUDORO y Cimodocea, ocultos en un oscuro valle, en el fondo de los bosques de la Arcadia, ignoraban que en aquel momento los santos y los ángeles tenian fijas en ellos sus miradas, y que el mismo Todopoderoso se ocupaba de sus destinos, así los pastores de Canaan eran visitados por el Dios de Nacor, en medio de los rebaños que pacian al occidente de Betel.

No bien el gorjeo de las golondrinas anunció á Lastenes el amanecer, apresuróse á abandonar su lecho, y se envolvió en una túnica hilada por su diligente esposa y forrada con una lana protectora de los viejos. Salió precedido de dos perros de Laconia, sus fieles custodios, y se adelantó hácia el lugar en que debia descansar el obispo de Lacedemonia; pero vió al santo prelado en medio del campo ofreciendo su oracion al Eterno. Los perros de Lastenes corrieron hácia Cirilo, y bajando la cabeza con un aire cariñoso, parecian los intérpretes de la obediencia y del respeto de su amo. Los dos venerables cristianos se saludaron con gravedad, y se pasearon luego por la falda de los montes, razonando acerca de la sabiduría antigua; así el ~~anciano~~ Evandro condujo á Anquises á los bosque de Peneo, cuando Priamo, entonces feliz, fue á buscar á su hermana Hesione á Salamina; ó como el mismo Evandro, desterrado en las orillas del Tiber, recibió al ilustre hijó de su antiguo huesped, cuando la fortuna abrumó de males al monarca de Ilion.

Demodoco no tardó en presentarse, seguíale Cimodocea, mas bella que la luz que despuntaba por el Oriente.

En el costado de la montaña que dominaba la casa de Lastenes, abríase una gruta, habitual retiro de los pajarillos y las palomas; y en ella, á imitacion de los solitarios de la Tebaida, Eudoro se encerraba para derramar las lágrimas de la penitencia. De las paredes de esta gruta pendia un crucifijo, y al pié del crucifijo se veian armas, una corona de encina obtenida en los combates y varias decoraciones triunfales. Eudoro empezaba á sentir renacer en el fondo de su corazon una agitacion que le era demasiado conocida, por lo que asustado de su nuevo peligro, habia durante toda la noche dirigido sus clamores al cielo. Cuando la Aurora hubo disipado las tinieblas, lavó la huella de sus llantos en un puro manantial, y preparándose á abandonar su gruta, trató de disminuir mediante la sencillez de su vestido, el brillo de su gentil apostura; calzóse unos borceguies galos formados de la piel de una cabra silvestre; ocultó su cilicio bajo la túnica de un cazador, echó sobre sus hombros atándola sobre el pecho, la piel de una cierva blanca; un pastor cruel habia privado con su honda de la vida á aquella reina de los bosques cuando bebia con su cervatillo en la márgen del ~~Aquelvo~~. Eudoro ostenta en su mano izquierda dos venablos de fresno, y de la derecha suspendia una de ~~esos~~ coronas de granos de coral, con las que las vírgenes mártires adornaban sus cabellos cuando marchaban á la muerte; coronas inocentes vosotras servireis luego para contar el número de las oraciones que los corazones sencillos repetian al Señor! Armado contra las fieras de los bosques y contra los ataques de los espíritus de tinieblas, Eudoro bajó de lo alto de los riscos como un soldado romano de la legion tebana que vuelve al campamento despues de las fatigas de la noche. Salvó las aguas de un torrente, y fue á incorporarse á la pequeña reunion que le esperaba en la parte baja del jardin. Acercó á sus labios el borde del manto de Cirilo; recibió la bendicion paternal, y se inclinó, bajando los ojos delante de Demodoco y Cimodocea. Todas las rosas de la mañana se esparcieron sobre las mejillas de la hija de Homero. En breve, Séfora y sus tres hijas salieron del gineceo. Entonces, el obispo de Lacedemonia, dirigiéndose al hijo de Lastenes:

—Eudoro, dijo, eres el objeto de la curiosidad de la Grecia cristiana. ¿Quién no ha oido hablar de tus desgracias y de tu arrepentimiento? Estoy persuadido de que nuestros huéspedes de Mesenia no escucharán sin interés el relato de tus aventuras.

—Sabio viejo, cuyo traje anuncia un pastor de hombres, repuso Demodoco, no pronuncias una sola palabra que no sea dictada por Minerva. Es verdad: yo, como mi abuelo el divino Homero, pasaria gustoso cinco y aun seis años en hacer ó en escuchar narraciones. ¡Nada hay mas agradable que las palabras de un hombre que ha viajado mucho, y que sentado á la mesa de su huesped, mientras la lluvia y los vientos murmuran en lo esterior, cuenta al abrigo de todo peligro los azares de su vida! Me es grato sentir humedecidos mis ojos en lagrimas, al vaciar la copa de Hércules; las libaciones ennoblecidas por el llanto son mas sagradas; la pintura de los males conque Júpiter abruma á los hijos de la tierra, templa la loca embriaguez de los festines y nos hace acordar de los dioses. Y tu mismo, querido Eudoro, hallarás algun placer en recordar las tormentas que sufriste con valor; el piloto restituido á los campos de sus padres, contempla con oculta delicia su timon y sus remos colgados durante el áspero invierno en el tranquilo hogar del labrador.

El Ladonte y el Alfeo, al confluir en la parte baja del jardin, ceñian una isla que parecia nacer del consorcio de sus aguas; estaba plantada de esos antiguos árboles que los pueblos de la Arcadia miraban como sus abuelos. Allí cortaba en otro tiempo Alcimedonte la madera de haya con que hacia tan hermosas tazas á los pastores; allí se mostraba tambien la fuente Aretusa, y el laurel que retenia bajo su corteza á

Dafne. Todos resolvieron pasar á esta isla solitaria, para que Eudoro no fuese interrumpido en el relato de sus aventuras. Los criados de Lastenes desamarran al punto de las orillas del Alfeo una larga navecilla formada de un solo tronco de pino, la familia y los extranjeros se abandonan á la corriente del rio. Demodoco, observando la agilidad de sus conductores, decia con un sentimiento de tristeza.

«¡Arcadios! ¿dó están los tiempos en que los Atridas se veian precisados á prestaros naves para ir al sitio de Troya, y en que tomabais el remo de Ulises por el bieldo de la rubia Céres? Hoy os entregais sin susto á los furores del mar inmenso. ¡Ah! El hijo de Saturno quiere que el peligro seduzca á los mortales y que lo abracen como á un ídolo.»

En breve llegaron á la estremidad oriental de la isla, en la que se elevaban dos altares medio derruidos, el uno en la orilla del Alfeo, estaba consagrado á la tempestad; el otro, en la margen del Ladonte, estaba dedicado á la tranquilidad. La fuente Aretusa brotaba del suelo entre estos dos altares, y se perdia al momento en el rio enamorado de ella. El concurso, impaciente por oir la narracion de Eudoro, se detiene en este lugar y se sienta al pié de los álamos cuyas anchas copas doraba el sol naciente. Despues de haber implorado el auxilio del cielo, el jóven cristiano habló en estos términos:

—«Me veo precisado, señores, á hablaros un momento de mi nacimiento, porque este nacimiento es el primer orígen de mis males. Desciendo por mi madre de aquella piadosa familia de Megará, que dió sepultura á los huesos de Focion debajo de su hogar, diciendo: «Querido hogar, guarda fielmente los restos de un hombre de bien.»

«Tuve por antepasado paterno á Filopemen de quien sabeis que se atrevió á oponerse por sí solo á los romanos, cuando este pueblo libre robó la libertad á la Grecia. Mi abuelo sucumbió en su noble empresa; pero ¿qué importan la muerte y los contratiempos, si nuestro nombre, pronunciado con respeto en la posteridad, va á hacer latir un corazon generoso dos mil años despues de nuestra vida?

«Nuestra patria moribunda, para no desmentir su ingratitud, hizo beber veneno al último de sus grandes hombres. El jóven Polibio, (1) en medio de una tierna pompa, trasladó de la Mesenia á Megalopolis los restos de Filopemen. Hubiérase dicho que la urna, cargada de coronas y cubierta de cintas, encerraba las cenizas de la Grecia entera. Desde aquel momento, nuestra tierra natal, á la manera de un suelo devastado, cesó de producir ciudadanos magnánimos. Ha conservado, sí, su hermoso nombre, pero se semeja á la estátua de Temístocles, cuya cabeza han cortado los atenienses de nuestros dias para reemplazarla con la cabeza de un esclavo.

El caudillo de los Aqueos no descansó tranquilo en el fondo de su tumba; pues algunos años despues de su muerte fue acusado de haber sido el enemigo de Roma, y perseguido cruelmente ante el procónsul Minnucio, destructor de Corinto. Polibio, protegido por Escipion Nasica, logró salvar de la destruccion las estátuas de Filopemen; pero esta delacion sacrílega despertó los celos de los romanos contra la sangre del último de los griegos; y exigieron que en lo sucesivo el primogénito de mi familia fuese enviado á Roma al cumplir la edad de diez y seis años, para servir de rehenes en poder del Senado.

Abrumada bajo el peso de la desgracia y siempre privada de su natural caudillo, mi familia abandonó á Megalopolis, y se retiró, ya al centro de estas montañas, ya á otra heredad que poseemos al pié del Taigeto, á lo largo del golfo de Mesenia. Pablo, el sublime apostol de los gentiles, trajo en breve á Corinto el remedio de todos los dolores. Cuando el Cristianismo brilló en el imperio romano, todo estaba lleno de esclavos ó de príncipes abyectos, el mundo entero pedia consuelos ó esperanzas.

«Dispuesta á la sabiduría por las lecciones de la adversidad y por la sencillez de las costumbres arcadias, mi familia fue la primera que abrazó en la Grecia la ley de Jesucristo. Sumiso á este yugo divino, yo pasaba los dias de mi niñez á las orillas del Alfeo y entre los bosques del Taigeto. La religion, manteniendo mi alma á la sombra de sus alas, la impedia, como á una flor deliciosa, que se marchitase demasiado pronto; y prolongando la ignorancia de mis años juveniles, parecia añadir inocencia á la inocencia misma.

«El momento de mi destierro llegó. Yo era el primogénito de mi familia, y habia llegado á los diez y seis años; habitabamos á la sazon nuestros campos de la Mesenia. Mi padre, cuyo lugar iba á ocupar, y que habia obtenido por un particular favor el permiso de regresar á Grecia antes de mi partida, me dió su bendidion y sus consejos. Mi madre me condujo al puerto de Feres, y me acompañó hasta el bajel. Mientras se desplegaban las velas, levantaba sus manos al cielo, ofreciendo á Dios su sacrificio. Su corazon se desgarraba á la idea de aquellos mares procelosos y de este mundo, mas proceloso todavia, que iba á atravesar, inesperto navegante. Ya el navio se engolfaba en alta mar, y Séfora permanecia aun á mi lado para animar mi juventud, á la manera que una paloma enseña á volar á su hijuelo, cuando por la vez primera abandona el nido materno. Pero le fue preciso dejarme; bajó, pues, al esquife que la esperaba fijo á un costado de nuestra trireme. Durante largo espacio me hizo señales desde la barca que volvia á la playa; yo prorrumpí en dolorosos gritos, y cuando me fue imposible distinguir á esta tierna madre, mis ojos procuraban con ahinco descubrir el techo á cuya sombra habia sido criado y la copa de los árboles de la herencia paterna.

«Larga fue nuestra navegacion; apenas habíamos pasado la isla de Teganusa, cuando un viento impetuoso de Poniente nos obligó á huir á las regiones de la Aurora, hasta la entrada del Helesponto. Despues de siete dias de una tempestad que nos ocultó todas las tierras, fuimos muy felices al poder refugiarnos hácia la embocadura del Simois, al abrigo del sepulcro de Aquiles. Aplacada la tempestad, quisimos volver y subir hácia el Occidente; pero el céfiro constante que el Aries trae de los confines de la Hesperia, rechazó mucho tiempo nuestras velas, y fuimos arrojados, ya sobre las costas de la Eolida, ya á las aguas de la Tracia y la Tesalia. Recorrimos ese archipiélago de la Grecia, donde la amenidad de las playas, el brillo de la luz, la suavidad y los perfumes del aire, compiten con el encanto de los nombres y de los recuerdos. Vimos todos esos promontorios señalados por templos ó por sepulcros. Tocamos en diferentes puertos, admiramos esas ciudades, algunas de las cuales ostentan el nombre de una flor brillante, como la rosa, la violeta, el jacinto, y que cargadas de sus pueblos como de una semilla fecunda, se despliegan en las orillas del mar á los tranquilos rayos del sol. Aunque apenas salido de la niñez, mi imaginacion era viva, y mi corazon ya capaz de emociones profundas. En nuestra nave habia un griego entusiasta de su patria, como todos los griegos, y me nombraba los lugares que se presentaban á mi vista:

«Orfeo, decia, arrastró las encinas de ese bosque »á los sones de su lira, esa montaña cuya sombra se »dilata á larga distancia, debió de servir de estátua á »Alejandro; esa otra montaña es el Olimpo y su valle, »el valle de Tempé; he allí á Delos que flotó en medio »de las aguas; allá está Naxos, donde Ariadna fue »abandonada; Cecrops desembarcó en esta playa;

(1) Es histórico.

»Platon enseñó en la punta de aquel cabo, Demós»tenes arengó á estas olas; Friné se bañaba en estas »aguas, cuando se la creyó Venus. ¡Y esta patria de »los dioses, de las artes y de la hermosura, esclama»ba el ateniense, derramando copiosas lágrimas de »ira, es presa de los bárbaros!»

Su desesperacion llegó á su colmo cuando atravesamos el golfo de Megaro; teniamos enfrente á Egina; á la derecha el Pireo, y á la izquierda á Corinto. Estas ciudades tan florecientes en otro tiempo, solo ofrecian montones de ruinas, hasta los marineros parecieron conmovidos ante tan triste espectáculo; la tripulacion agrupada sobre el puente permanecia silenciosa; todos mantenian fijas sus miradas en aquellos escombros; cada uno hallaba tal vez en ellos un consuelo secreto á sus males, meditando cuán mezquina cosa son nuestros propios dolores comparados con esas grandes catástrofes que hieren á naciones enteras, y que habian tendido á nuestra vista los gigantescos cadáveres de aquellas ciudades.

Aunque esta leccion parecia superior á mi naciente razon, penetré no obstante su sentido; pero otros jóvenes que se hallaban á mi lado, se mostraron insensibles á ella. ¿De dónde procedia esta diferencia? De nuestras religiones: ellos eran paganos y yo era cristiano. El Paganismo, que desenvuelve prematuramente las pasiones, retrasa los progresos de la razon; el Cristianismo, que prolonga por el contrario, la infancia del corazon, acelera la virilidad del espíritu. Desde los primeros dias de la vida, nos mantiene con pesamientos graves; respeta hasta en las mantillas la dignidad del hombre; nos trata, aun en la cuna, como á seres formales y sublimes, pues reconoce un ángel en el niño que la madre lleva aun á su pecho. Mis jóvenes compañeros no habian oido hablar sino de las metamórfosis de Júpiter, y nada adivinaron en los elocuentes despojos que tenian á la vista; yo me habia sentado ya con el profeta, sobre las mudas ruinas de las ciudades desoladas; y en Babilonia ~~veia á Corinto~~. habia visto a Corinto.

«Debo indicar aquí una seduccion que fue mi primer paso hácia el abismo; y como sucede casi siempre, el lazo en que me veia envuelto nada ofrecia en la apariencia que no fuese muy inocente. Mientras meditábamos sobre las revoluciones de los imperios, vimos de repente ~~brotar~~ salir una teoria del centro de aquellos despojos. ¡Oh risueño genio de la Grecia, que no puedes sucumbir á ninguna adversidad, ni ser instruido por ninguna enseñanza! Dirigíase una diputacion de los atenienses á las fiestas de Delos. El bajel deliaco, cubierto de flores y cintas, estaba adornado de las estátuas de los dioses; las blancas velas teñidas de púrpura por los rayos de la Aurora, se hinchaban al soplo de los céfiros, y los ramos dorados hendian el cristal de los mares. Los teoros, inclinados sobre las olas, esparcian perfumes y libaciones; las vírgenes ejecutaban en la proa del bajel el baile de las desgracias de Latona, mientras los jóvenes cantaban en coro los versos de Píndaro y Simónides. Mi imaginacion sucumbió á un irresistible encanto ante este espectáculo que huia á mi vista como una nube matinal ó como el carro de una divinidad en alas de los vientos. De este modo asistí por la primera vez sin horror á una ceremonia pagana.

«Al fin volvimos á ver las montañas del Peloponeso, y saludé desde lejos mi tierra natal. Las costas de Italia no tardaron en surgir del seno de las olas. Nuevas emociones me esperaban en Brindis. Al pisar aquella tierra de que parten los decretos que gobiernan el mundo, me sentí conmovido por ideas de grandeza desconocidas para mi hasta entonces. A los elegantes edificios de la Grecia sucedian otros monumentos mas vastos, marcados con el sello de otro génio. Mi sorpresa crecia á medida que adelantábamos en la via Apia. Este camino pavimentado de anchas losas de piedra, parece haber sido construido para resistir el paso del género humano, á través de los montes de la Apulla, á lo largo del golfo de Nápoles, en medio de los paisajes de Auxur, de Alva y de la campiña romana, presenta un trayecto de mas de trescientas millas de longitud, enriquecido de templos, palacios y sepulcros, y va á terminar á la ciudad eterna, metrópoli del mundo y digna de serlo. A la vista de tantos prodigios, caí en una especie de embriaguez que no habia podido preveer ni sospechar.

«En vano los amigos de mi padre, á quienes habia sido recomendado, quisieron desde luego arrancarme á mi fascinacion. Yo vagaba sin cesar desde el Foro al Capitolio, del cuartel de las Carenas al campo de Marte; corria al teatro de Germánico, al muelle de Adriano, al circo de Neron, al panteon de Agripa; y durante estas escursiones de peligrosa curiosidad, la humilde iglesia de los cristianos estaba olvidada.

»No podia cansarme de ver el movimiento de un pueblo compuesto de todos los pueblos de la tierra, y la marcha de aquellas tropas romanas, galas, germánicas, griegas y africanas, cada cual diferentemente armada y equipada. Un viejo sabino pasaba con sus sandalias de corteza de abedul al lado de un cenador cubierto de púrpura; la litera de un cónsul era detenida por la carroza de una cortesana; los enormes bueyes del Clitume arrastraban al Foro el antiguo carro del volsco; el tren de caza de un caballero romano obstria la via sagrada; los sacerdotes corrian á incensar á sus dioses, y los rectores á abrir sus escuelas.

¡Cuántas veces he visitado esas termas adornadas de bibliotecas, esos palacios, unos ya ruinosos y otros medio demolidos para servir á la construccion de nuevos edificios! La inmensidad del horizonte romano enlazándose á las estensas líneas de la arquitectura romana; aquellos acueductos que á manera de rayos convergentes en un mismo centro, llevan las aguas al pueblo-rey debajo de arcos triunfales; el rumor incesante de las fuentes; aquellas innumerables estátuas que parecen un pueblo inmovil en medio de un pueblo agitado; aquellos monumentos de todas las edades y de todos los paises: aquellos trabajos de los reyes, de los cónsules, de [illegible] Césares; aquellos obeliscos arrebatados al Egi[illegible] aquellos sepulcros trasladados desde la Grecia; [illegible] hermosura indefinible en la luz; los vapores [illegible] zado de las montañas; hasta la rudeza de la [illegible] del Tiber; las yeguadas medio montara[illegible] acuden á beber en sus aguas; aquella ca[illegible] el ciudadano de Roma se desdeña act[illegible] cultivar, reservándose declarar cada añ[illegible] nes esclavas qué parte de la tierra te[illegible] de alimentarle: ¿qué os diré? Todo o[illegible] el sello gigantesco del dominio y la d[illegible] el plano de la ciudad eterna trazad[illegible] mármol en el Capitolio, para que n[illegible] pudiera borrarse.

«¡Oh! ¡cuán bien ha sondeado el [illegible]mano esa religion que procura mantener[illegible] paz, y que así sabe poner límites á nuestra [illegible]sidad como á nuestros afectos en la tierra! Esta fogosidad de imaginacion á que desde luego me abandoné, fue la primera causa de mi perdicion. Cuando al fin entré en la senda habitual de mis ocupaciones, conocí que habia perdido la aficion á las cosas graves, y envidié la suerte de los paganos jóvenes que podian entregarse sin remordimientos á todos los placeres á que les convidaba su edad.

El ~~rector~~ reto Eumenes tenia en Roma una cátedra de elocuencia, que posteriormente trasladó á las Galias. Habia estudiado en su infancia bajo el magisterio del mas célebre discípulo de Quintiliano; y todos los jóvenes ilustres frecuentaban á la sazon su escuela.

Seguí las lecciones de este hábil maestro, y no tardé en formar relaciones con los compañeros de mis estudios. Tres de ellos especialmente, se unieron á mí con los vínculos de una agradable y sincera amistad: Agustin, Gerónimo y el príncipe Constantino, hijo de César Constancio.

»Gerónimo, hijo de una noble familia pannonia, descubrió precozmente los mas bellos talentos, pero tambien las mas ardientes pasiones. Su impetuosa imaginacion no le concedia un momento de descanso; pasaba de los escesos del estudio á los de los placeres con una facilidad inconcebible. Irascible, inquieto, tardo en perdonar una ofensa, dotado de un genio bárbaro ó sublime, parece destinado á presentar el ejemplo de los mayores desórdenes, ó el modelo de las mas austeras virtudes; esta alma fogosa necesita á Roma ó el desierto.

«Una aldea del proconsulado de Cartago fue la cuna de mi segundo amigo. Agustin es el mas amable de los hombres, pues su carácter, tan apasionado como el de Gerónimo, tiene no obstante, una dulzura encantadora, porque está templada por una inclinacion natural á la contemplacion; podria, sin embargo, censurarse al jóven Agustin el abuso del talento; la estremada ternura de su alma le arroja tambien algunas veces en la exaltacion. Multitud de agudezas y de sentimientos profundos engalanados con imágenes brillantes brotan sin cesar de sus labios. Nacido bajo el sol africano, ha encontrado en las mujeres, lo mismo que Gerónimo el escollo de sus virtudes y la fuente de sus errores. Sensible hasta el esceso al encanto de la elocuencia, no espera tal vez sino un orador inspirado para abrazar la verdadera religion; así, pues, si Agustin entra algun dia en el seno de la Iglesia, será el Platon de los cristianos.

»Constantino, hijo de un César ilustre, anuncia todas las cualidades de un hombre eminente. Reune al vigor del alma esas bellas dotes corporales tan útiles á los príncipes y que realzan el brillo de las grandes acciones. Elena, su madre, tuvo la dicha de nacer bajo la ley de Jesucristo; y Constantino, á ejemplo de su padre, muestra una inclinacion secreta hácia esta ley divina. A través de una estrema dulzura descúbrese en él un carácter heróico, y cierto celo maravilloso que el cielo imprime en la frente de los hombres destinados á cambiar la faz del universo. ¡Feliz si no se deja arrastrar por esos accesos de cólera tan terribles en los caracteres habitualmente moderados! ¡Ah! ¡cuán dignos de lástima son los príncipes, por ser con tanta presteza obedecidos! ¡cuánta indulgencia debe usarse para con ellos! Reflexionemos siempre que vemos el efecto de sus primeros movimientos; y que Dios para enseñarles á vigilar sus pasiones, no les deja un momento entre el pensamiento y la ejecucion de un designio criminal.

»Estos eran los tres amigos con quienes pasaba mis dias en Roma. Constantino era como yo una especie de prenda en manos de Diocleciano. Esta conformidad de posicion, mas aun que la de la edad, decidió la inclinacion del jóven príncipe en mi favor, porque nada prepara tanto á la amistad dos almas, como la semejanza de los destinos, sobre todo cuando estos destinos no son felices. Constantino quiso ser el instrumento de mi fortuna y me introdujo en la córte.

»Cuando llegué á Roma, el poder, que habia caido en manos de Diocleciano, estaba dividido como hoy le vemos; el emperador se habia asociado á Maximiano, bajo el título de Augusto, y Galerio y Constancio bajo el de César. El mundo, dividido de esta suerte entre cuatro jefes, no reconocia, sin embargo, sino á un único dueño.

«Aquí, señores, debo pintaros esta córte de que teneis la dicha de vivir lejos. ¡Ojalá nunca oigais bramar sus tempestades! ¡Ojalá vuestros dias ignorados se deslicen en la oscuridad, como esas olas en el fondo de este valle! Mas ¡ah! ¡una vida oculta no nos libra siempre del poder de los príncipes! El torbellino que arranca el peñasco, arrastra tambien el grano de arena; muchas veces un rey hiere con su cetro una cabeza ignorada. Mas, toda vez que nada puede ponernos al abrigo de los golpes que bajan del trono, es útil y conveniente conocer la mano que puede herirnos.

»Diocleciano, llamado antes Diocles, nació en Dioclea, pequeña ciudad de la Dalmacia. En su juventud empuñó las armas á las órdenes de Probo, y llegó á ser un esperto general. Ocupó en tiempo de Carino y de Numeriano el importante puesto de conde de los *Domestici*, y fue sucesor de Numeriano, cuya muerte habia vengado.

»Cuando las legiones de Oriente arrebataron á Diocleciano al imperio, marchó contra Carino, hermano de Numeriano, que reinaba á la sazon en Occidente; alcanzó una victoria sobre él, y por esta victoria, se hizo único dueño del mundo.

»Diocleciano posee eminentes dotes. Su talento es vasto, poderoso, audaz; pero su carácter, con harta frecuencia débil, no sostiene el peso de su genio; todo lo grande y pequeño que hace, deriba de una ú otra de estas dos fuentes. Por esta razon se advierten en su vida las mas opuestas acciones; ya es un príncipe lleno de firmeza, perspicacia y valor, que arrostra la muerte, que conoce la dignidad de su clase, y que obliga á Galerio á seguir á pié la carroza imperial como el último de los soldados; ya un hombre tímido que tiembla ante ese mismo Galerio; que titubea irresoluto entre mil proyectos; que se abandona á las supersticiones mas deplorables, y que no se libra de los temores que le inspira el sepulcro, sido haciéndose dar los títulos impíos de Dios y de Eternidad. Moderado en sus costumbres, sufrido en sus empresas, sin placeres y sin ilusiones, sin fe en las virtudes, sin esperar nada de la gratitud, veremos tal vez á este jefe del Imperio despojarse un dia de la púrpura, por desprecio hácia los hombres, y para enseñar á la tierra que era tan fácil á Diocleciano bajar del tróno como subir á él.

»Sea debilidad, necesidad ó cálculo, Diocleciano ha querido compartir su poder con Maximiano, Constancio y Galerio. Por una política de que acaso habrá de arrepentirse ha procurado que estos príncipes le fuesen inferiores y que solo viviesen para realzar su mérito. Solo Constancio le inspiraba algun recelo, á causa de sus virtudes, por lo cual le ha desterrado de la córte al fondo de las Galias, y ha mantenido á su lado á Galerio. No os hablaré de Maximiano Augusto, guerrero bastante valiente, pero príncipe ignorante y grosero, que ninguna influencia ejerce en la córte. Paso á hablar de Galerio.

»Nacido en medio de las luchas de los Dacios, este pastor ha fomentado desde su juventud bajo el cinturon del cabrero la mas desenfrenada ambicion. Esta es la desgracia de un estado en donde las leyes no han fijado la sucesion al poder; todos los corazones están llenos de los mas audaces deseos, y no hay uno solo que no pueda aspirar al imperio; y como no siempre la ambicion supone el talento, para un hombre de genio que se entroniza, bullen veinte medianias tiránicas que atormentan el mundo.

»Galerio parece llevar sobre su frente el sello, ó por mejor decir, la mancha de sus vicios. Es una especie de gigante cuya voz es espantosa y cuya mirada infunde horror. Los degenerados descendientes de los romanos creen vengarse de los temores que les inspira este César, dándole el sobrenombre de Armentario. A semejanza de un hombre que hubiese esperimentado el hambre durante la mitad de su vida, Galerio pasa los dias á la mesa, y prolonga en las tinieblas de la noche sus torpes y crapulosas orgias.

En medio de estas saturnales de la grandeza, hace todos los esfuerzos imaginables para disfrazar su primera desnudez con la insolencia de su [redacted]; pero cuanto mas se envuelve en los pliegues de la túnica de César, mas se descubre el sayo del pastor.»

lujo

»Además de la sed insaciable de poder y de su carácter cruel y violento, Galerio lleva á la córte otra disposicion muy propia para trastornar el imperio: su ciego furor contra los cristianos. La madre de este César, campesina grosera y supersticiosa, ofrecia á menudo en su aldea sacrificios á las divinidades de las montañas, é indignada de que los discípulos del Evangelio se negasen á tomar parte en su idolatría, habia inspirado, á su hijo su odio á los fieles. Galerio ha impelido ya al débil y bárbaro Maximiano á perseguir la Iglesia; pero no ha podido vencer todavía la prudente moderacion del emperador. Diocleciano nos aprecia en el fondo de su alma; sabe que formamos en la actualidad la flor de los soldados de su ejército; cuenta con nuestra palabra cuando una vez la hemos empeñado; y hasta nos ha acercado á su persona. Doroteo, primer funcionario de su palacio, es un cristiano notable por sus virtudes. En breve vereis á la emperatriz Prisca y á su hija la princesa Valeria abrazar en secreto la ley del Salvador. Agradecidos á las bondades de Diocleciano y vivamente adictos á él por la confianza que les dispensa, los fieles forman en su derredor una barrera casi insuperable. Galerio lo sabe y su encono se ha exasperado, porque ve que para herir al emperador, cuyo poder envidia acaso el ingrato, es preciso perder antes á los adoradores del verdadero Dios.

»Tales son los dos príncipes que como los genios del bien y del mal esparcen la prosperidad ó la desolacion en el imperio, á medida que el uno ó el otro cede ó triunfa. ¿Cómo Diocleciano, tan hábil en el conocimiento de los hombres, ha elegido á semejante César? Esto es lo que no puede esplicarse sino por los decretos de esa Providencia que hace vanos los pensamientos de los principes y disipa los consejos de las naciones.»

»¡Dichoso Galerio si se hubiese encerrado en el recinto de los campos, y nunca hubiera oido sino los acentos de los soldados, el grito de los peligros y la voz de la gloria! No hubiera hallado en medio de los ejércitos esos cobardes cortesanos que hacen un estudio de encender el vicio y apagar la virtud. No se hubiese abandonado á los consejos de un favorito pérfido que no cesa de empujarle hácia el mal. Este favorito, pertenece, señores, á una clase de hombres que debo haceros conocer, porque influirá necesariamente en los acontecimientos de este siglo y en la suerte de los cristianos.

»Roma decrépita y depravada alimenta en su seno un enjambre de sofistas. Porfirio, Jámblico, Libanio y Máximo, cuyas costumbres y opiniones serian un justo motivo de risa, si nuestras locuras no fuesen con harta frecuencia el principio de nuestros crímenes. Estos discípulos de una ciencia vana atacan á los cristianos, ensalzan el retiro, celebran la medianía de fortuna, y al mismo tiempo viven á los piés de los magnates y piden oro. Estos se ocupan sériamente de la construccion de una ciudad, poblada de sabios, que sumisos á las leyes de Platon, verán transcurrir tranquilamente sus dias como amigos y como hermanos; aquellos sueñan profundamente en los secretos de la naturaleza ocultos bajo los símbolos egipcios, unos ven todo en el pensamiento, otros buscan todo en la materia; otros predican la república en el seno de la monarquía, y pretenden que es preciso trastornar la sociedad, para reconstuirla bajo una nueva base; otros, á imitacion de los fieles quieren enseñar la moral al pueblo; reunen la multitud en los templos y en la esquina de las calles, y venden, sobre tablados, una virtud que no confirman sus obras y costumbres. Divididos para el bien, adunados para el mal, henchidos de vanidad, creyéndose genios sublimes, superiores á las doctrinas vulgares, no hay locura por estravagante que sea, ni idea absurda, ni sistema monstruoso que estos sofistas no aborte diariamente. Hiorocles marcha á su cabeza, y es digno en efecto de capitanear un batallon de tal jaez.

»Este favorito de Galerio, bien lo sabeis, señores, gobierna actualmente la Acaya; es uno de esos hombres á quienes las revoluciones introducen en el consejo de los poderosos, y que llegan á serles útiles merced á una especie de talento para los negocios comunes y por una facilidad poco envidiable para hablar con rapidez sobre todos los negocios. Griego de origen, sospéchase que Hierocles ha sido cristiano en su juveutud; pero habiendo corrompido su espíritu el orgullo de las ciencias humanas, se ha arrojado á las sectas filosóficas. Ningun indicio se descubre ya en él de su primera religion, á no ser en la especie de delirio y furor que le ocasiona el solo nombre del Dios que ha abandonado. Ha adoptado el hipócrita lenguaje y las exageraciones de la escuela de la falsa sabiduría. Las palabras de libertad, virtud, ciencia, progreso de las luces y felicidad del género humano, brotan sin cesar de sus labios; pero este Bruto es un bajo cortesano; este Caton está devorado de pasiones vergonzosas; este apóstol de la tolerancia es el mas intolerante de los mortales, y este adorador de la humanidad es un sangriento perseguidor de ella. Constantino le aborrece, Diocleciano le teme y le desprecia; pero ha ganado la confianza íntima de Galerio, y no tiene otro rival cerca de este príncipe, sino Publio, prefecto de Roma. Hierocles procura envenenar el espíritu de este desgraciado César, y ofrece al mundo el repugnaute espectáculo de un pretendido sabio que corrompe, en nombre de las luces, á un hombre que reina sobre los hombres.

»Gerónimo, Agustin y yo habiamos encontrado á Hierocles en la escuela de Eumenes. Su tono sentencioso y decisivo, y su aire de importancia y orgullo le hacian odioso á nuestra sencillez y franqueza. Su misma persona parece rechazar el afecto y la confianza. Su frente estrecha y comprimida anuncia la obstinacion y el espíritu de sistema; sus ojos en que se lee la falsedad, tienen cierta inquietud, como los de una bestia montaraz; su mirada es á la vez tímida y feroz; sus labios prominentes están casi siempre entreabiertos por una sonrisa viva y cruel; sus cabellos escasos y rígidos que cuelgan en desórden, nada tienen de comun con esta cabellera que Dios puso como un velo sobre los hombros del jóven, y como una corona sobre la cabeza del anciano. Cierto aire indefinible de cinismo y procacidad se trasluce en las facciones del sofista; se adivina en ellas que sus ignobles manos empuñarian mal la espada del soldado, pero que manejarian facilmente la pluma del ateo ó el puñal del verdugo.

»¡Tal es la ignominia del hombre cuando, por decirlo así, se queda solo con su cuerpo y renuncia á su alma!

»Una ofensa que recibí de Hierocles, y que rechazé de una manera que le cubrió de confusion á los ojos de toda la córte, encendió en su corazon un rencor implacable contra mí. Por otra parte, no podia perdonarme la benevolencia de Diocleciano y la amistad del hijo de Costancio. El amor propio herido y la envidia escitada no le dejaron un momento de reposo hasta que halló la ocasion de perderme, y esta ocasion se presentó en breve.

»¡Ah! ¡yo era, no obstante, bien poco digno de envidia! tres años pasados en Roma en los desórdenes de la juventud; habian bastado para hacerme olvidar casi enteramente mi religion. Llegué hasta esa indiferencia que tanto trabajo cuesta curar y que de-

ja menos recursos que el crímen. No obstante, las cartas de Séfora y las amonestaciones de los amigos de mi padre turbaban con frecuencia mi falsa seguridad.

«Entre los hombres que conservaban un fiel recuerdo de Lastenes, se contaba á Marcelino, obispo de Roma y jefe de la Iglesia universal. Habitaba el cementerio de los cristianos, á la márgen opuesta del Tiber, en un lugar desierto, en el sepulcro de San Pedro y San Pablo. Su habitacion, compuesta de dos celdillas, se apoyaba en la pared de la capilla del cementerio. Una campanilla pendiente á la entrada del asilo del reposo, anunciaba á Marcelino la llegada de los vivos ó de los muertos. Veíanse á su puerta, que él mismo habria á los viajeros, los báculos y las sandalias de los obispos que acudian de todos los lugares de la tierra á darle cuenta del rebaño de Jesucristo. Allí se encontraba á ~~Panucio~~, de la alta Tebaida, que espulsaba los demonios con su palabra; á Espiridion, de la isla de Chipre, que guardaba carneros y hacia milagros; á Santiago de Nisibe, que recibió el don de profecía; á Osio, confesor de Córdoba; á Arqueloo de ~~Cescares~~, que confundió á Ma~~nie~~; á Juan, que difundió en la Persia la luz de la fe; á Frumentio, que fundó la iglesia de Etiopia; á Teófilo que regresaba de su mision á las Indias, y á aquella cristiana esclava, que en su esclavitud convirtió la nacion entera de los iberos. El salon del consejo de Marcelino era una alameda de añosos tejos, que se dilataba á lo largo del cementerio, y donde, paseándose con los obispos, trataba de las necesidades de la Iglesia. Estirpar las herejías de Donato, de Novaciano y Arrio; publicar cánones, reunir concilios, fundar hospitales, rescatar esclavos, socorrer á los pobres, á los huérfanos, á los extranjeros; enviar apóstoles á los bárbaros: tal era el objeto de las poderosas conversaciones de estos pastores. Arrodillado sobre las reliquias, oraba toda la noche y no se levantaba hasta que despuntaba la primera claridad del dia. Entonces, descubriendo su nevada cabeza, poniendo en tierra su tiara de lana blanca, el ignorado pontífice estendia sus manos pacíficas y bendecia á la ciudad y al mundo.

«Cuando pasaba de la córte de Diocleciano á esta córte cristiana, no podia evitar el verme asaltado de un movimiento de asombro. En medio de aquella pureza evangélica, hallaba las tradiciones del palacio de Augusto y de Mecenas, una cortesanía antigua, una alegría grave, un lenguaje sencillo y noble, una instruccion variada, un gusto sano y un juicio sólido. Hubiérase dicho que aquella oscura morada estaba destinada por el cielo á ser algun dia la cuna de otra Roma, y el único asilo de las artes, de las letras y de la civilizacion.

»Marcelino apelaba á todos los medios de atraerme de nuevo á Dios. Algunas veces al ponerse el sol, me conducia á las orillas del Tiber ó á los jardines de Salustio. Me hablaba de la religion, y procuraba iluminarme sobre mis faltas con una bondad paternal. Pero las mentiras de la juventud me robaban la aficion á la verdad. Lejos, pues, de aprovecharme de estos saludables paseos, anhelaba en secreto los plátanos de Fronton, el pórtico de Pompeyo, ó el de Livia, lleno de antiguos cuadros; y despues, preciso es confesarlo para mi eterna confusion, echaba de menos los templos de Iris y de Cibeles, las fiestas de Adonis, el circo, los teatros, lugares de donde ha mucho que ha huido el pudor, á los acentos de la Musa de Ovidio. Despues de haber intentado en vano las correcciones caritativas, Marcelino empleó las medidas mas severas.

»Me veré precisado, me decia con frecuencia, á separarte de la comunion de los fieles, si continuas viviendo lejos de los sacramentos de Jesucristo.»

«No escuché sus consejos; me burlé de sus amenazas, y mi vida llegó á ser un objeto de escándalo público; el pontífice se vió obligado al fin á lanzar sus rayos contra mí.»

»Yo habia ido á visitar á Marcelino; llamo á la verja del cementerio; las dos hojas de la verja se separan y se alejan crugiendo sobre sus gonces. Veo al pontífice en pié á la entrada de la capilla abierta; tenia en la mano un libro formidable, imágen del libro sellado con los siete sellos que solo el Cordero puede romper. Los diáconos, los sacerdotes, los obispos, silenciosos é inmóviles, formaban una fila sobre los sepulcros inmediatos, como los justos resucitados para asistir al juicio de Dios. Los ojos de Marcelino despedian llamas. No era ya el buen pastor que atrae al aprisco la oveja descarriada: era Moisés anunciando la sentencia mortal al infiel adorador del becerro de oro; era Jesucristo espulsando á los profanadores del templo. Intento adelantar, pero un exorcismo me obstruye el camino. En aquel momento, los obispos estienden los brazos y levantan la mano contra mí, desviando la cabeza; entonces el pontífice esclama con voz terrible:

»¡Sea anatematizado el que mancha con sus costumbres la pureza del nombre cristiano! ¡Sea anatematizado el que no se acerca ya al altar del verdadero Dios! ¡Sea anatematizado el que mira con indiferencia la abominacion de la idolatría!

»Todos los obispos gritan: «¡Anatema!»

»Marcelino entra en la iglesia, y la puerta santa me es cerrada. La multitud de los elegidos se dispersa evitando mi encuentro; hablo, y nadie me responde; todos huyen de mí como de un hombre acometido de una enfermedad contagiosa. Semejante á Adan, desterrado del Paraiso terrenal, me encuentro solo en un mundo cubierto de malezas y espinas, y maldito á causa de mi caida.

»Dominado por una especie de vértigo, subo atropelladamente á mi carroza, guio al azar mis corceles, regreso á Roma, donde me estravío; y llegando, despues de largos rodeos al anfiteatro de Vespasiano, detengo en él mis espumantes caballos. Me apeo y me aproximo á la fuente donde los gladiadores que sobreviven calman su sed despues del combate; queria tambien refrescar mi boca abrasada. El dia anterior habia habido juegos dados por Aglaé (1) opulenta y célebre romana; pero en aquel momento aquellos abominables lugares estaban desiertos. La víctima inocente que mis crímenes han inmolado de nuevo, me persigue desde lo alto del cielo. Nuevo Cain, agitado y vagabundo, entro en el anfiteatro, y penetro en sus oscuras y solitarias galerías. Ningun rumor se percibia, á no ser el de algunas aves asustadas que golpeaban el suelo con sus alas. Despues de haber recorrido las diferentes graderías, me siento, un poco mas tranquilo, en un banco de la primera fila. Quiero olvidar á la vista de aquel monumento pagano, la proscripcion divina y la religion de mis padres. ¡Vanos esfuerzos! Allí mismo se presenta á mi recuerdo un Dios vengador: me asalta súbitamente la idea de que este edificio es obra de una nacion dispersada segun la palabra de Jesucristo. ¡Sorprendente destino de los hijos de Jacob! ¡Israel cautivo de Faraon, suscitó las plagas de Egipto; Israel, cautivo de Vespasiano, erigió este monumento del poderío romano. Es preciso que este pueblo, aun en medio de todas sus miserias, tenga participacion en todas las grandezas.

«Mientras me abandonaba á estas reflexiones, las bestias feroces encerradas en los subterráneos del anfiteatro, empezaron á rugir; me estremecí; y dirigiendo mis ojos hácia la arena, descubrí todavía la sangre de los infelices que habian sido despedazados en los últimos juegos. Una agitacion estraordinaria se

(1) Santa Agláe.

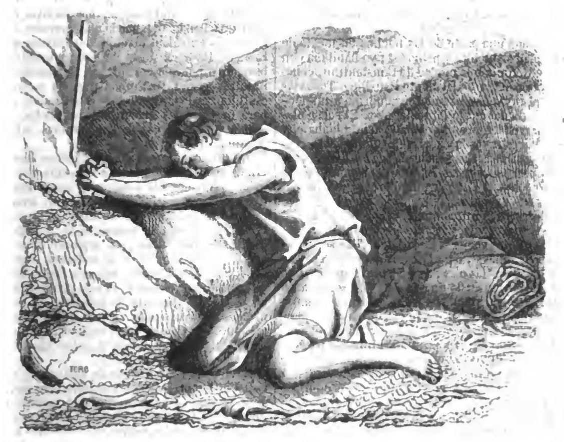


CANTO DE EUDORO EN PRESENCIA DE DEMODOCO Y CIMODOCEA

apoderó de mi; me figuro que me veo en medio de aquella arena reducido á la necesidad de perecer entre los dientes de los leones, ó de renegar del Dios que murió por mí, y me digo: «Tu ya no eres cristiano; mas si llegases á serlo algun dia, ¿qué harias?»

«Me levanto y me precipito fuera del anfiteatro; subo á mi carroza y vuelvo á mi casa. Toda la noche resonó en el fondo de mi seno la terrible pregunta de mi conciencia. Hoy mismo aquella escena se reproduce muchas veces en mi memoria, como si hallase en ella algun aviso del cielo.»

Despues de haber pronunciado estas palabras, Eudoro cesó repentinamente de hablar. Inmóviles los ojos y hondamente conmovido, parece herido de una vision sobrenatural. Los circunstantes atónitos guardan silencio, y solo se oye el murmullo del Ladonte y del Alfeo que bañaban la doble orilla de la isla. La madre de Eudoro se levanta asustada, pero el jóven cristiano vuelto en sí, se apresura á calmar las inquietudes maternales, reanudando el hilo de su discurso.



CIRILO ORANDO.

LIBRO QUINTO.

SUMARIO. Prosigue la narracion. La córte va á pasar el verano á Bayas. Nápoles. Casa de Aglaé. Paseos de Eudoro. Agustin y Gerónimo. Su conversacion en el sepulcro de Escipion. Traseas, ermitaño del Vesubio. Su historia. Separacion de los tres amigos. Eudoro vuelve á Roma con la córte. Las catacumbas. Aventura de la emperatiz Prisca y la princesa Valeria, su hija. Eudoro, desterrado de la córte, es enviado al ejército de Constancio. Abandona á Roma, atraviesa la Italia y las Galias. Llega á Agripina, en las orillas de Rin. Encuentra al ejército romano dispuesto á declarar la guerra á los francos. Sirve como simple soldado entre los arqueros cretenses, que componian con los galos, la vanguardia del ejército de Constancio.

«La impresion que causó en mi espíritu aquel dia fatal, hoy tan viva y tan profunda, se borró entonces muy presto. Mis jóvenes amigos me rodearon; burláronse de mis terrores y remordimientos, y se mofaron de los anatemas de un oscuro pontífice sin crédito y sin poder.

«La córte, que en aquel momento se trasladó de Roma á Bayas, arrancándome al teatro de mis errores, me sustrajo al recuerdo de su castigo, y creyéndome perdido sin remedio para con los cristianos, solo pensé abandonarme á los placeres.

«Contaria, señores, entre los hermosos dias de mi vida el verano que pasé cerca de Nápoles con Agustin y Gerónimo, si pudiese haber dias hermosos en el olvido de Dios y en las mentiras de las pasiones.

«La córte era fastuosa y brillante; todos los príncipes, amigos ó hijos de los Césares hallábanse reunidos en ella. Veíase allí á Licinio y á Severo, compañeros de armas de Galerio; á Daya, que acababa de salir de nuevo de sus bosques, y sobrino del mismo César; y á Majencio, hijo de Maximiano Augusto. Pero Constantino preferia nuestra sociedad á la de estos príncipes envidiosos de su virtud, de su valor, de su alta fama, y pública ó secretamente, sus enemigos.

«Frecuentábamos especialmente en Nápoles el palacio de Aglaé, dama romana cuyo nombre ya he pronunciado. Descendia de una familia de senadores y era hija del procónsul Arsacio; sus riquezas eran inmensas. Setenta y tres administradores cuidaban de su hacienda, y habia dado tres veces juegos públicos á sus espensas. Su hermosura era igual á sus talentos y gracias, y en derredor de su persona reunia todo lo que conservaba aun la elegancia de los modales y el gusto de las letras y de las artes. ¡Feliz si en la decadencia de Roma hubiera preferido ser una segunda Cornelia, á resucitar la memoria de las mujeres demasiado célebres, cantadas por Ovidio, Propercio y Tíbulo!

«Sebastian (1) y Pacomio, (2) centuriones en los guardias de Constantino; Ginés, (3) actor famoso, heredero de los talentos de Boscio y Bonifacio, (4) primer administrador del palacio de Aglaé y tal vez demasiado querido de su ama, embellecian con su talento y jovialidad las fiestas de la voluptuosa romana. Pero Bonifacio, hombre abandonado á los deleites, estaba adornado de tres cualidades escelentes: la hospitalidad, la liberalidad y la compasion. Al salir de las orgías y de los festines, iba por las plazas á socorrer á los viajeros, extranjeros y pobres. La misma Aglaé en medio de sus desórdenes, profesaba un gran respeto á los fieles y una fe sencilla á las reliquias de los mártires. Ginés, enemigo declarado de los cristianos, la satirizaba por su debilidad.

«—¡Y bien! replicaba Aglaé, yo tengo tambien mis supersticiones. Creo en la virtud de las cenizas de un cristiano muerto por su Dios, y quiero que Bonifacio vaya á buscarme reliquias.

«—Ilustre dueña mia, le respondia riéndose Boni-

(1) El mártir militar denominado el Defensor de la iglesia Romana.
(2) El solitario de la Tebaida, que militó al principio á las órdenes de Constantino.
(3) El mártir.
(4) Idem.

facio, tomaré el oro y los perfumes. Iré á buscar reliquias de mártires y os las traeré; pero si mis propias reliquias os vienen bajo el nombre de un mártir, recibidlas.»

«Pasábamos una parte de las noches en medio de esta sociedad seductora y peligrosa; yo habitaba con Agustin y Gerónimo la ciudad de Constantino, construida en la pendiente del monte Pausilipo. Todas las mañanas al rayar el alba, me encaminaba á un pórtico que se dilataba á lo largo del mar. El sol se elevaba á mi vista sobre el Vesubio, é iluminaba con sus mas dulces rayos la cadena de montañas de Salerno, las azuladas olas sembradas de las blancas velas de los pescadores, las islas de Caprea, de Œnaria y de Prochyta, (1) la mar, el cabo Miseno y Bayas, con todos sus encantos.

«Las flores y los frutos humedecidos por el rocio, son menos suaves y frescos que la campiña de Nápoles, al salir de las sombras de la noche. Me sorprendia siempre, al llegar al pórtico, de hallarme á orillas del mar, porque las olas en aquel lugar apenas hacian oir el murmurio de una fuente. Estasiado ante tan soberbio cuadro, me apoyaba en una columna; y sin pensamiento, sin deseos, sin proyectos, permanecia horas enteras respirando un ambiente delicioso. El encanto era tan profundo, que me parecia que aquel aire divino trasformaba mi propia sustancia, y que con un placer indecible me elevaba hácia el firmamento como un espíritu puro. ¡Dios omnipotente! ¡Cuán lejos estaba yo de ser esa inteligencia celestial, desprendida de las cadenas de las pasiones! ¡Cuánto me ataba este cuerpo grosero al polvo del mundo, y cuán miserable era al mostrarme tan sensible á los encantos de la creacion y al pensar tan poco en el Criador! ¡Ay! mientras que libre en la apariencia creia nadar en la luz, algun cristiano abrumado de cadenas y sumergido por la fe en los calabozos, era el que abandonaba verdaderamente la tierra, y subia glorioso en los rayos del sol eterno!

«¡Ah! ¡Continuábamos nuestros falaces placeres! Esperar ó buscar una belleza culpable; verla adelantarse hácia una navecilla, y sonreirnos en medio de las olas; bogar con ella sobre el mar cuya tranquila superficie sembrábamos de flores; seguir á la encantadora hasta aquel bosque de mirtos en los campos felices en que Virgilio colocó el Eliseo: tal era la ocupacion de nuestros dias, manantial inagotable de lágrimas y de arrepentimiento. Tal vez hay climas peligrosos á la virtud, por su estremada voluptuosidad. ¿Y no es esto lo que quiso enseñarnos una fábula ingeniosa, diciendo que Parténope fue edificada sobre el sepulcro de una sirena? El brillo aterciopelado del campo, la templada temperatura del aire, los redondeados contornos de las montañas, las muelles inflexiones de los rios y de los valles, son en Nápoles otras tantas seducciones para los sentidos, que todo acaricia, que nada ofende. El napolitano medio desnudo, satisfecho al sentir que vive bajo las influencias de un cielo propicio, se niega á trabajar cuando ha ganado el óbolo que le sufraga el pan cotidiano. Pasa la mitad de su vida inmóvil á los rayos del sol, y la otra en hacerse llevar en un carro, prorumpiendo en gritos de alegria; durante la noche se tiende sobre los escalones de un templo, y duerme sin cuidarse del porvenir á los piés de las estátuas de sus dioses.

«¿Podriais creer, señores, que teniamos la insensatez de envidiar la suerte de estos hombres, y que esta existencia sin prevision y sin mañana, nos parecia el colmo de la felicidad? Esto era con frecuencia el objeto de nuestras conversaciones, cuando para evitar los ardores del medio dia, nos retirábamos á la parte del palacio edificada debajo del mar, y donde acostados sobre lechos de marfil, oiamos murmurar las olas encima de nuestras cabezas. Si alguna tempestad nos sorprendia en el fondo de estas retiradas habitaciones, los esclavos encendian lámparas llenas del nardo mas precioso de Arabia. Entonces entraban jóvenes napolitanas que traian rosas de Pesto en vasos de Nola; y mientras las olas bramaban por fuera, cantaban, formando delante de nosotros bailes tranquilos que me recordaban las costumbres de la Grecia; de esta suerte se realizaban para nosotros las ficciones de los poetas; hubierase creido ver los juegos de las Nereidas en la gruta de Neptuno.

«Al punto en que el sol, retirándose hácia el sepulcro de la nodriza de Eneas colocaba una parte del golfo de Nápoles á la sombra del monte Pausilipo, los tres amigos se separaban. Gerónimo, arrastrado por el amor al estudio, iba á consultar la playa donde Plinio fue víctima del mismo amor, á preguntar á las cenizas de Herculano, y á esplorar la causa de los ruidos amenazadores de la solfatara. Agustin, con un *Virgilio* en la mano, recorria las orillas cantadas por este inmortal poeta; el lago Averno, la gruta de la Sibila, el Aqueronte, la Estigia y el Eliseo; complaciase especialmente en leer una y cien veces los infortunios de Dido, en el sepulcro del tierno y brillante ingenio que refirió la interesante historia de esta desventurada reina.

«Lleno del noble anhelo de instruirse, el príncipe Constantino me invitaba á seguirle á los monumentos consagrados por los recuerdos de la historia. Dábamos en un esquife la vuelta al golfo de Bayas; en él hallábamos de nuevo las ruinas de la casa de Ciceron; reconociamos el lugar del naufragio de Agripina; la playa donde logró salvarse; el palacio donde su hijo esperaba el éxito del parricidio, y mas allá el lugar donde esta madre abrió á los asesinos las entrañas que habian llevado á Neron; visitábamos tambien en Caprea los subterráneos testigos de la ignominia de Tiberio. «¡Ah! ¡cuánta desgracia es, decia Constantino, ser dueño del universo, y verse precisado por la conciencia de los crímenes perpetrados, á desterrarse á sí mismo sobre esta roca!»

«Unos sentimientos tan generosos en el heredero de Constancio, y acaso del imperio romano, me hacian amar mas al príncipe protector y compañero de mi juventud. Por esto no dejaba escapar ninguna ocasion de despertar ideas ambiciosas en el fondo de su corazon, porque la ambicion de Constantino me parece la esperanza del mundo.

«Un baño voluptuoso nos esperaba despues de estas escursiones. Aglaé nos ofrecia en medio de sus jardines una comida larga y opípara. El banquete de la noche se preparaba sobre una esplanada á orillas del mar, en medio de los naranjos en flor. La luna, prestándonos su antorcha, ostentábase sin velo en medio de los astros, como una reina rodeada de su córte; su viva claridad amortiguaba la llama que resplandece en la cima del Vesubio; y pintando de azul el humo rojizo del volcan, trazaba un arco iris en la noche. Este magnífico fenómeno, el aspecto de la apacible lumbrera, las costas de Surruntum, (1) de Pompeya y de Heraclea, (2) se reflejaban en las olas, mientras se escuchaba á lo lejos, perdida en los mares, la cancion del pescador napolitano.

«Llenábamos entonces nuestras copas de un vino esquisito, hallado en las bodegas de Horacio, y brindábamos á las tres hermanas del Amor, hijas de la Potencia y de la Hermosura. Coronada la frente de ápio siempre verde, y de rosas que duran tan poco, nos escitábamos á gozar de la vida, recordando su brevedad:

«Será preciso abandonar esta tierra, esta casa

(1) Ischia y Procida.

(1) Sorrento.
(2) Herculano.

querida, y la mujer que adoramos. De todos los árboles plantados por nuestras manos, ninguno, esceptuando el odioso ciprés, seguirá al sepulcro á su señor de un dia.»

«Luego cantábamos sobre la lira nuestras criminales pasiones:

»Lejos de aquí, cintas sagradas, adornos del pudor; »y vosotras, largas túnicas, que ocultais los piés de »las vírgenes! ¡Quiero celebrar los hurtos y los feli»ces dones de Venus! Atraviese otro los mares, reu»na los tesoros del Hermo y del Ganges, ó busque »vanos honores en los peligros de la guerra; yo cifro »toda mi fama en vivir esclavo de la hermosura que »me seduce. ¡Cuánto me complace la mansion de los »campos, los prados esmaltados y la márgen de los »rios! ¡Quién me dejara pasar mi vida sin gloria en »el fondo de los bosques! ¡Qué placer es seguir á »Delia en nuestros campos, y llevarle en mis brazos »el recien nacido corderillo! Si durante la noche los »vientos estremecen mi cabaña, si la lluvia cae á tor»rentes...»

«¿Pero á qué, señores, continuar pintándoos los desórdenes de tres insensatos? ¡Ay! hablemos con mas estension de los disgustos inseparables de cosas tan vacias de felicidad. No creais que eramos dichosos en medio de estas falaces delicias. Una inquietud indefinible nos atormentaba sin cesar; nuestra ventura hubiera sido ser amados, así como amar, porque queremos hallar la vida en lo que amamos. Pero en vez de verdad y de paz en nuestra ternura, solo hallábamos impostura, lágrimas, zelos é indiferencia. Alternativamente infieles ó víctimas de la infidelidad, no podiamos confiar en el cariño constante de ninguna mujer; porque en una encontrábamos tibieza, faltaba á la otra cierta gracia de cuerpo ó de alma que habia impedido que nuestro afecto fuese duradero, y cuando habiamos hallado el objeto ideal de nuestras ilusiones, nuestro corazon se cansaba de nuevo, nuestros ojos veian defectos inesperados, y en breve nos veíamos preciados á echar de menos nuestra primera víctima. Tantos sentimientos incompletos no nos dejaban sino imágenes confusas, que turbaban nuestros momentáneos placeres, esparciendo entre nuestras locas fruiciones una multitud de recuerdos que las combatian. Así, pues, en medio de nuestras felicidades no eramos sino miseria, porque habiamos abandonado esos pensamientos virtuosos que son el verdadero alimento del hombre, y esa belleza celestial, única que puede colmar la inmensidad de nuestros deseos.

«La bondad de la Providencia hizo brillar de repente un rayo de la gracia, en medio de las tinieblas de nuestras almas; el cielo permitió que el primer pensamiento de religion nos viniese del mismo esceso de nuestros placeres: ¡tan inesplicables son los caminos de Dios!

«Vagando un dia por las inmediaciones de Bayas, nos hallamos cerca de Literna (1). El sepulcro de Escipion el Africano hirió repentinamente nuestra vista, y nos acercamos á él con respeto. El monumento se eleva á orillas del mar. Una tempestad ha derribado la estátua que lo coronaba, pero todavía se lee esta inscripcion sobre la losa del sarcófago:

«INGRATA PATRIA, NO POSEERÁS MIS HUESOS!»

«Nuestros ojos se anegaron en lágrimas al recordar la virtud y el destierro del vencedor de Anibal. Hasta la tosca forma del sepulcro, que tanto contrastaba con los soberbios mausoleos de tantos hombres desconocidos como cubren la Italia, servia para redoblar nuestra ternura. No nos atrevimos á descansar sobre el mismo sepulcro, pero nos sentamos en su base, guardando un religioso silencio, como si nos hubiéramos hallado al pié de un altar. Despues de algunos momentos de meditacion, Gerónimo alzó su voz y nos dijo:

«—Amigos: las cenizas del mas eminente de los romanos me hacen conocer vivamente nuestra pequeñez y la inutilidad de una vida de que empiezo á sentirme abrumado. Conozco que me falta alguna cosa. Mucho tiempo há me persigue un oculto instinto viajero; veinte veces al dia me siento tentado á despedirme de vosotros, y á llevar por la tierra mis inseguros pasos. ¿No será el vacío de nuestros deseos el principio de esta inquietud? La vida entera de Escipion nos acusa. ¿No derramais lágrimas de admiracion, no sentís que hay una felicidad diferente de la que buscamos, cuando veis al Africano devolver la esposa á su esposo, y cuando Ciceron os pinta á este gran hombre entre los espíritus celestiales, mostrando al Emiliano en un sueño, que existe otra vida donde la virtud es coronada?

«—Gerónimo, replicó Agustin, has hecho mi propia historia; yo, como tú, me siento atormentado de un mal cuya causa ignoro; yo sin embargo, no esperimento como tú la necesidad de agitarme; suspiro, al contrario, por el reposo, y quisiera á ejemplo de Escipion, colocar mis dias en la suprema region de la tranquilidad. Un tedio secreto me devora; no sé en donde buscar la felicidad, pues cuanto mas considero la vida, menos me adhiero á ella. ¡Ah! si hubiese alguna verdad escondida, si existiese en alguna parte una fuente de amor inagotable, imperecedero, incesantemente renovado, donde el alma pudiese sumergirse por entero; Escipion, si tu ensueño no fuese un error divino...»

«—¡Con cuánta alegria, exclamó impetuosamente Gerónimo, me arrojaria hácia esa fuente! ¡Orillas del Jordan, gruta de Belem, pronto me veriais en el número de vuestros anacoretas! ¡Oh montañas de la Judea! ¡la posteridad no podria entonces separar la idea de vuestros desiertos y la de mi penitencia!»

«Gerónimo pronunció estas palabras con una vehemencia que nos sorprendió. Su pecho se elevaba; parecia un ciervo sediento que desea el agua de las fuentes.

«—Vuestra confesion amigos mios, dije yo entonces, tiene la singularidad de ser tambien la mia. Pero yo reuno en mí solo las dos heridas que os atormentan, esto es, el instinto viajero y la sed del reposo. Algunas veces este mal estraordinario me hace volver con dolor los ojos hácia la religion de mi niñez.

«—Mi madre que es cristiana, repuso Agustin, me ha hablado muchas veces de la hermosura de su culto, donde yo hallaria, segun decia, la felicidad de mi vida. ¡Ay! esta tierna madre habita al otro lado de esas olas; ¡tal vez las contempla en este momento desde la opuesta playa, pensando en su hijo!

«No bien habia Agustin acabado de proferir estas palabras, cuando un hombre vestido con el traje de los filósofos de Epitecto salió del sepulcro de Escipion. Parecia hallarse en la edad madura, pero mas cerca de la juventud que de la vejez. Su semblante descubria un aire de alegría angelical; hubiérase dicho que sus labios no podian abrirse sino para pronunciar las cosas mas amables.

«—Jóvenes señores, dijo, apresurándose á sacarnos de nuestra sorpresa; ¿me lo perdonareis? Yo estaba sentado en este monumento cuando llegasteis, y he oido á pesar mio, vuestros discursos. Puesto que sé vuestra historia, quiero contaros la mia, que podrá seros útil, pues tal vez hallareis en ella un remedio á los males de que os quejais.»

«Sin esperar nuestra respuesta, el extranjero se colocó entre nosotros con una noble familiaridad y habló en estos términos:

«—Yo soy el solitario cristiano del Vesubio, de quien podeis haber oido hablar, pues soy el único habitante de la cima de esa montaña. Algunas veces vengo á

(1) Patria.

Una mezcla confusa de vergüenza, de arrepentimiento y de asombro se apoderan de mi alma. Nueva sorpresa! Creo ver á la emperatriz y á su hija, entre Doroteo y Sebastian, arrodilladas en medio de la multitud. Nunca ha herido un espectáculo mas maravilloso la vista de un mortal; nunca fue Dios mas dignamente honrado, ni manifestó mas abiertamente su grandeza. ¡Oh poder de una religion que obliga á la esposa de un emperador romano, á abandonar furtivamente el tálamo imperial, como una mujer adúltera, para correr á la cita de los desgraciados, para ir á buscar á Jesucristo en el altar de un oscuro mártir, entre sepulcros y hombres proscriptos ó despreciados! Mientras me abandonaba á estas reflexiones, un diácono se acercó al oido del pontífice, pronunció algunas palabras é hizo una señal; de repente cesaron los cantos, apagáronse las lámparas y la brillante vision desapareció. Arrastrado por las oleadas del pueblo santo, me hallé á la entrada de las catacumbas.

«Esta aventura hizo tomar una nueva direccion á mi destino. Sin tener nada de que reconvenirme, me vi acusado por todas partes; asi pues, nuestras faltas no son siempre castigadas inmediatamente; pero á fin de hacernos el castigo mas sensible, Dios hace que nos sea fatal el éxito de alguna empresa razonable, ó nos entrega á la injusticia de los hombres.

«Yo ignoraba que la emperatiz Prisca y su hija Valeria eran cristianas; los fieles me habian ocultado esta importante victoria, á causa de mi impiedad. Las dos princesas, temiendo el furor de Galerio, no se atrevian á presentarse en la iglesia; y acudian en la noche á orar en las catacumbas, acompañadas del virtuoso Doroteo. La casualidad me condujo al santuario de los muertos, y los sacerdotes que me descubrieron creyeron que un sacrílego escluido de los lugares santos, no podia haber penetrado en ellos sino con el designio de penetrar un secreto que importaba á la Iglesia mantener oculto. Apagaron, pues, las lámparas para impedirme ver á la emperatriz, á quien no obstante, tuve tiempo de reconocer.

«Galerio hacia vigilar á la emperatriz, cuya inclinacion á la nueva religion conocia. Unos espías enviados por Hierocles habian seguido á las princesas hasta las catacumbas, de las que me vieron salir con ellas. No bien oyó el sofista la relacion de los espias, cuando corrió á participarla á Galerio, y este se apresuró á hacer lo mismo respecto de Diocleciano.

»—¡Ya lo ves! esclamó; nunca has querido dar asenso á lo que se presenta con tanta evidencia. La emperatriz y tu hija Valeria son cristianas! Esta misma noche se han dirigido á la caverna que la secta impía mancha con sus execrables misterios. ¿Y sabes quién es el guia de estas princesas? Es ese griego, vástago de una raza rebelde al pueblo romano; ese traidor que para disfrazar mejor sus proyectos, finge haber abandonado la religion de los sediciosos, á la cual sirve en secreto; ese pérfido que no cesa de envenenar el espíritu del príncipe Constantino. Reconoce una vasta conjuracion dirigida contra tí por los cristianos, y en la cual se procura hacer entrar á tu propia familia. Manda que Eudoro sea reducido á prision, y que la fuerza de los tormentos le arranque con la confesion de sus crímenes, el nombre de sus cómplices.»

«Preciso es confesar que todas las apariencias me condenaban. Aborrecido de todos los partidos, pasaba entre los cristianos por un apóstata y un traidor, y Hierocles que los veia en este error, decia en alta voz que yo habia delatado á la emperatriz. Los paganos, por otra parte, me miraban como el apóstol de mi religion y el corruptor de la familia imperial. Cuando atravesaba los salones del palacio, veia sonreir á los cortesanos con un aire de desprecio; los mas viles eran los mas severos, y el pueblo mismo me perseguia en las calles con insultos ó amenazas. Finalmente, mi posicion llegó á ser tan crítica que sin la amistad de Constantino, creo que hubiera atentado contra mi vida. Pero este generoso príncipe no me abandonó en mi desgracia; lejos de esto, declaróse decididamente mi amigo, hizo alarde de presentarse á mi lado en público, me defendió con resolucion contra César delante de Augusto, y divulgó por todas partes que yo era víctima de la envidia de un sofista, favorito de Galerio.

«Roma y la córte estaban esclusivamente ocupadas de este negocio que, comprometiendo á los cristianos y el nombre de la emperatriz, parecia de la mas alta importancia. Esperábase con ansiedad la determinacion del emperador; pero no era propio del carácter de Diocleciano el adoptar una resolucion violenta. El anciano emperador apeló á un medio que pinta con cabal exactitud su génio político. Declaró de repente que todos los rumores que habian circulado por Roma eran falsos; que las princesas no habian salido de palacio en la noche misma que se aseguraba haberlas visto en las catacumbas; que Prisca y Valeria, lejos de ser cristianas, acababan de sacrificar á los dioses del imperio; y en fin, que castigaria con toda severidad á los autores de aquellas falsas noticias, y que prohibia se hablase en lo sucesivo de una historia tan ridícula como escandalosa.

«Pero como era preciso que uno fuese sacrificado por todos, que tal es la costumbre de las córtes, recibí la órden de abandonar á Roma y de trasladarme al ejército de Constancio, acampado en las márgenes del Rin.

«Preparéme, pues, á pasar á las Galias, siéndome grato el abrazar la profesion de las armas, y abandonar una vida incompatible con mi carácter. No obstante, tan poderosa es la fuerza de la costumbre, y tal el encanto que ocultan los lugares célebres, que no pude dejar á Roma sin esperimentar algun sentimiento. Salí de ella en medio de la noche, despues de haber recibido los últimos abrazos de Constantino. Atravesé las calles desiertas y pasé al pié de la casa abandonada que poco antes habia habitado con Agustin y Gerónimo. En el Foro todo aparecia silencioso y solitario, y los numerosos monumentos que le cubren, los Rostros, el templo de la Paz, los de Júpiter Estator y la Fortuna, los arcos de Tito y de Severo se destacaban vagamente entre las sombras, como las ruinas de una ciudad poderosa, cuyos moradores han desaparecido desde mucho tiempo. Cuando me hallé á alguna distancia de Roma, volví la cabeza: entonces vi á la pálida claridad de las estrellas al Tiber que se perdia entre los monumentos confusos de la ciudad, y vislumbré la cúpula del Capitolio, que parecia inclinarse bajo el peso de los despojos del mundo.

«La via Casia, que me conducia á la Etruria, pierde en breve los escasos monumentos de que está adornada, y pasando entre un antiguo bosque y el lago Volsinio, penetra en negras montañas, cubiertas de nubes é infestadas siempre de forajidos. Un monte, cuya cima está erizada de agudos peñascos; un torrente que se replega veinte veces sobre si mismo, y destruye su propio cauce en su carrera, forman por esta parte la frontera de la Etruria. A la dilatada estension de la campiña romana suceden valles estrechos y montecillos tapizados de brezos, cuyo pálido verdor se confunde con el de los olivos. Abandoné los Apeninos, para bajar á la Galia Cisalpina. El cielo presentaba un azul mas puro, y en vano busqué en las montañas esa especie de lluvia de luz que envuelve los montes de la Grecia y de la Alta Italia. Divisé en lontananza las blancas cimas de los Alpes, y en breve subí sus estensas faldas. Todo lo que procede de la naturaleza en estas montañas, me pareció grande é indestructible; todo lo que lleva el sello de la mano del hombre, se presentó á mi vista frágil

y mezquino: por una parte, árboles seculares, cascadas que se precipitan ha muchos siglos; peñascos vencedores del tiempo y de Anibal; por otra, puentes de madera, apriscos de ovejas y chozas de tierra. ¿Consistirá esto en que á la vista de las masas eternas que le rodean, el cabrero de los Alpes, conmovido vivamente á la idea de la brevedad de su vida, no se ha tomado el trabajo de erigir monumentos mas duraderos que él?

«Salí de los Alpes á través de una especie de pórtico practicado debajo de un gigantesco peñasco. Atravesé la parte del territorio, habitada por los Voconcios, (1) y bajé á la colonia de Lucio. (2) ¡Con cuánto respeto vería hoy la Silla de Potin y de Ireneo, y las aguas del Ródano, teñidas con la sangre de los mártires! Subí el Araar, (3) rio ceñido de encantadoras orillas, y cuya corriente es tan lenta, que no puede decirse en qué direccion se deslizan sus aguas. Debe su nombre á un jóven galo que se precipitó en ellas, impelido por la desesperacion que le causó la pérdida de su hermano. Desde allí pasé á los Treveri, (4) cuya ciudad es la mas populosa y bella de las tres Galias; y abandonándome al curso del Mosela y del Rin, llegué en breve á Agripina (5).

«Constancio me recibió con bondad.

«—Eudoro, me dijo, mañana se ponen en marcha las legiones; vamos á buscar los francos. Servirás al principio como un simple arquero entre los cretenses, que acampan en la vanguardia, situada á la orilla opuesta del Rin. Ve á incorporarte con ellos; distínguete por tu probidad y valor, y si te muestras digno de la amistad de mi hijo, no tardaré en ascenderte á las primeras dignidades del ejército.

« Aquí, señores, debe tomarse en cuenta la segunda de esas peripecias repentinas que han cambiado sin cesar el aspecto de mi vida. Desde los tranquilos valles de la Arcadia, habia sido trasladado á la córte borrascosa de un emperador romano; y en aquellos momentos, desde el seno de la molicie y de la sociedad civilizada, pasaba á una vida dura y peligrosa en medio de un pueblo bárbaro.»

LIBRO SESTO.

Sumario. Prosigue la narracion. Marcha del ejército romano en Batavia. Encuentra al ejército de los francos. Campo de batalla. Orden y enumeracion del ejército romano. Orden y enumeracion del ejército de los francos. Faramundo. Clodio. Meroveo. Cantos guerreros. Barditos de los francos. La accion se empeña. Ataque de los galos contra los francos. Combate de caballería. Combate singular de Vercingetorix, caudillo de los galos y de Meroveo, hijo del rey de los francos. Vercingetorix queda vencido. Los romanos cejan. La legion cristiana baja de una colina, y restablece el combate. Choque. Los francos se retiran á su campo. Eurodo obtiene la corona cívica, y es nombrado jefe de los griegos, por Constancio. El combate se renueva al amanecer. Ataque del campo de los francos por los romanos. Desbordamiento de las olas. Los romanos huyen del mar. Eudoro, despues de haber peleado mucho tiempo, cae atravesado de repetidos golpes. Es socorrido por un esclavo de los francos, que le lleva á una caverna

«La Francia es una comarca salvaje y cubierta de bosques, que empieza al otro lado del Rin, y ocupa el espacio comprendido entre la Batavia al Occidente, el pais de los escandinavos al Norte, la Germania al Oriente y los galos al Mediodia. Los pueblos que habitan este desierto son los mas feroces de los bárbaros; no se alimentan sino de la carne de las bestias montaraces; tienen siempre la espada en la mano, y miran la paz como la mas dura esclavitud, cuyo yugo pueda serles impuesto. Los vientos, la nieve, las escarchas son sus delicias; arrostran la mar, búrlanse de las tempestades, y podria decirse que han visto el fondo del Océano á descubierto; tanto conocen y desprecian sus escollos. Esta nacion turbulenta, que no cesa de devastar las fronteras del imperio, se mostró por primera vez á las Galias espantadas, bajo el nombre de Gordiano el Piadoso. Los dos Decios perecieron en una espedicion contra ella: Probo, que no hizo otra cosa que rechazarla, se condecoró con el glorioso título de Francico. Presentóse á la vez tan noble y tan temible, que se ha hecho en su favor una escepcion en la ley que prohibe á la familia imperial el enlazarse á la sangre de los bárbaros; por último, los terribles francos acababan de apoderarse de la isla de Batavia, y Constancio habia reunido su ejército para arrojarles de su conquista.

«Despues de algunos dias de marcha, entramos en el suelo pantanoso de los bátavos, que no es sino una delgada corteza de tierra flotando sobre una vasta estension de agua. El país cortado por los brazos del Rin, bañado y con frecuencia inundado por el Océano, y obstruido por bosques de pinos y de abedules, nos presentaba á cada paso obstáculos insuperables.

«Agotadas mis fuerzas por los trabajos del dia, no tenia durante la noche sino algunas horas para dar descanso á mis fatigados miembros. Muchas veces me ocurria, durante este breve reposo, olvidar mi nueva fortuna; y cuando á los primeros destellos del alba, las trompetas del campamento hacian resonar el toque de diana, me causaba sorpresa el abrir los ojos en medio de los bosques; habia, no obstante, un encanto secreto en este despertar del guerrero, libre de los peligros de la noche. Nunca he oido sin esperimentar cierta alegría bélica, la sonata del clarin repetida por el eco de los peñascos, y los primeros relinchos con que los caballos saludan la aurora. Érame grato ver el campamento, sepultado en el sueño, las tiendas de campaña todavía cerradas, de las que salian algunos soldados medio vestidos; el centurion que se paseaba lentamente delante de los haces de armas, balanceando su baston de cepa; al inmóvil centinela, que para resistir al sueño tenia un dedo levantado en actitud de silencio; al ginete que atravesaba el rio matizado con los fulgores de la mañana; al victimario que sacaba el agua del sacrificio; y muchas veces á un pastor, que apoyado en su cayado, miraba beber á su rebaño.

«Esta vida guerrera no me hizo volver los ojos con sentimiento hácia las delicias de Nápoles y de Roma; pero despertó en mí otra especie de recuerdos. Muchas veces, durante las largas noches del otoño, me he visto solo, de centinela como un simple soldado, en las avanzadas del ejército. Mientras contemplaba los fuegos regulares de las líneas romanas y los fuegos diseminados de las hordas de los francos; mientras que con el arco medio tendido, prestaba atento oido al sordo murmullo del ejército enemigo, al estruendo monótono del mar y á los agudos gritos de las aves silvestres que revolaban en la oscuridad, reflexionaba sobre mi caprichoso destino. Recapacitaba que me hallaba allí, combatiendo en favor de unos bárbaros tiranos de la Grecia, contra otros bárbaros de quienes ninguna ofensa habia recibido. El amor inestinguible de la patria se reanimaba en el fondo de mi corazon, y la Arcadia se ostentaba á mis ojos con todos sus encantos; ¡cuántas veces, durante las penosas marchas, azotado por las lluvias en el cenagoso terreno de la Batavia; cuántas veces, al abrigo de las chozas de los pastores, donde pasá-

(1) El Delfinado.
(2) Lyon.
(3) El Saona.
(4) El pais de Treveris.
(5) Colonia.

bamos la noche; cuántas veces, en derredor de la hoguera que encendíamos, para nuestras veladas á la cabeza del campamento; cuántas veces, repito, he hablado con íntima emocion de nuestro querido país con otros jóvenes griegos desterrados como yo! Referíamos los juegos de nuestra niñez, las aventuras de nuestra mocedad y las historias de nuestras familias. Un ateniense ensalzaba las artes y la cultura de Atenas; un espartano pedia la preferencia para Lacedomonia; un macedonio encarecia la falanje sobre la legion, y no podia llevar en paciencia que se comparase á César con Alejandro. «Mi patria es la cuna de Homero,» decia un soldado de Esmirna; y al instante cantaba, ó la enumeracion de las naves ó el combate de Ayax y Héctor; así los atenienses, prisioneros en Siracusa, repetian en otro tiempo los versos de Eurípides, para consolarse de su cautiverio.

»Empero cuando, dirigiendo nuestra vista en derredor, descubriamos los horizontes negros y llanos de la Germania; aquel cielo sin luz que parecia aplastarnos bajo su bóveda aplanada; aquel sol impotente que no pinta los objetos de color alguno; cuando recordábamos los brillantes paisajes de la Grecia; el magnífico y rico bordado de sus horizontes; el perfume delicioso de nuestros naranjos, la hermosura de nuestras flores, el aterciopelado azul de un cielo donde resplandece una luz dorada: entonces nos asaltaba tan violento deseo de tornar á ver nuestra tierra natal, que nos veíamos tentados á abandonar las águilas. No habia sino un griego entre nosotros que vituperase estos sentimientos, y nos exhortase á cumplir nuestros deberes y á someternos á nuestro destino; le teniamos por un cobarde; pero poco tiempo despues combatió y murió como un héroe, y supimos que era cristiano.

»Los francos, que habian sido sorprendidos por Constancio, evitaron primero el combate; pero cuando hubieron reunido sus guerreros, nos salieron osadamente al encuentro, y nos presentaron la batalla en la orilla del mar. Aquella noche se empleó en preparativos por una y otra parte; y al dia siguiente al amanecer, los ejércitos se hallaron frente á frente.

»La legion de Hierro y la Fulminante ocupaban el centro del ejército de Constancio.

»Delante de la primera línea, dejábanse ver los porta-estandantes ó vexilarios, que se distinguian por una piel de leon que les cubria cabeza y hombros. Mantenian en alto las enseñas militares de las cohortes, el águila, el dragon, el lobo y el minotauro; estas enseñas estaban perfumadas y adornadas de ramas de pino, á falta de flores.

»Los Hastados, cargados de lanzas y escudos, formaban la primera linea á espaldas de los porta-estandartes.

»Los Príncipes, armados de la espada, ocupaban la segunda fila, y los Triarios la tercera. Estos empuñaban la javelina con la mano izquierda; sus escudos pendian de sus picas plantadas delante de ellos, y apoyaban la rodilla derecha en tierra, esperando la señal del combate.

»Los espacios vacíos de la línea de las legiones, estaban llenos de máquinas de guerra.

»En el ala izquierda de las legiones, la caballería de los aliados desplegaba su movible cortina. Dominando corceles de atigrada piel, y veloces cual las águilas, contoneábanse con airoso ademan los ginetes de Numancia, Sagunto y las encantadoras márgenes del Betis. Un ligero sombrero de pluma sombreaba su altiva frente; un breve manto de lana negra ondeaba sobre sus hombros y una corva espada crujia á su izquierda. Inclinada su cabeza sobre el cuello de sus caballos, las riendas asidas con los dientes, y con dos cortos venablos en la mano, volaban al enemigo. El jóven Viriato arrastraba en pos el furor de aquellos veloces ginetes. Los germanos, hombres de gigantesca estatura, estaban esparcidos aquí y acullá, á manera de torres en aquel brillante escuadron. Estos bárbaros tenian la cabeza cubierta con un gorro; manejaban con una mano una maza de encina, y cabalgaban en pelo sobre indómitos garañones. A su espalda, algunos ginetes númidas, sin mas armas que un arco, ni mas vestido que una clámide, temblaban de frio bajo un cielo riguroso.

»En el ala opuesta del ejército, manteníase inmoble la soberbia tropa de los caballeros romanos; sobre su argénteo casco descollaba una loba encarnada; su coraza brillaba con el oro, y un ancho tabalí de color azul suspendia á su costado una ponderosa espada ibérica. Bajo de sus sillas adornadas de marfil, se estendia una mantilla de purpúreo color; y sus manos, cubiertas de manoplas, sostenian las riendas de seda que les servian para guiar sus corpulentas yeguas, mas negras que la noche.

»Los arqueros cretenses, los velites romanos y los diferentes cuerpos de los galos, estaban deseminados sobre el frente del ejército. El instinto guerrero es tan natural en estos últimos, que muchas veces, durante la refriega, los soldados se convierten en generales; reunen sus dispersos camaradas, emiten un parecer provechoso, y señalan el puesto que es preciso tomar. Nada iguala á la impetuosidad de sus ataques: en tanto que el germano delibera, salvan torrentes y montes; juzgáseles al pié de la ciudadela, y aparecen inopinadamente en lo alto de la conquistada trinchera. En vano los mas ágiles ginetes intentarian anticipárseles en la carga; los galos se burlan de sus esfuerzos, revoletean á la cabeza de los caballos, y parecen decirles: «Mas fácil os seria asir los vientos en la llanura, ó las aves en los aires.»

»Todos aquellos bárbaros tenian la cabeza erguida, vivo el color, azules los ojos, fosca y amenazadora la mirada; llevaban anchos calzones, y su túnica estaba ridiculamente adornada de pedazos de púrpura, y un áspero cinturon de cuero ceñia á su costado su fiel espada. La espada del galo jamás le abandona; casada, por decirlo así, con su dueño, le acompaña durante su vida, le sigue á la pira fúnebre, y baja con él al sepulcro. Tal era antiguamente la suerte de las esposas de los galos; tal es tambien la què tienen en la actualidad las que pueblan las orillas del Indo.

»Finalmente, detenida á manera de amenazadora nube sobre la falda de una colina, una legion cristiana, denominada la Púdica, que formaba á retaguardia del ejercito el cuerpo de reserva y la guardia de César, reemplazaba al lado de Constantino la legion tebana, degollada por Maximiano. Victor, (1) ilustre guerrero de Marsella, conducia al combate las milicias de la religion que viste con igual nobleza la casaca del veterano y el cilicio del anacoreta.

»No obstante, un movimiento universal atraia las miradas: veianse las señales del porta-estandarte que clavaba en el suelo altas estacas para alinear las filas; la impetuosa carrera del ginete, y las ondulaciones de los soldados que se nivelaban bajo el baston de cepa del centurion. Resonaban por do quiera los agudos relinchos de los corceles, el crujir de las cadenas, el sordo rodar de las balistas y catapultas, los acompasados pasos de la infantería, la ronca voz de los jefes que repetian la órden, y el rumor de las picas que se alzaban y bajaban al mandato de los tribunos. Los romanos se formaban en batalla al marcial sonido de la trompeta, la bocina y el clarin; y nosotros, los cretenses, fieles á la Grecia en medio de aquellos pueblos bárbaros, ocupábamos nuestros puestos al son de la lira.

»Empero todo el ostentoso aparato del ejército romano servia únicamente para hacer mas formidable el

(1) El mártir.

ejército enemigo, por el contraste de una sencillez salvaje.

«Adornados con pieles de osos, bueyes marinos, urocos (1) y javalíes, los francos se mostraban á lo lejos como un rebaño de fieras. Una túnica corta y ceñida dejaba ver toda su estatura, y no alcanzaba á cubrirlas las rodillas. Los ojos de estos bárbaros tienen el color de un mar borrascoso; su rubia cabellera, tendida hácia delante sobre su pecho y teñida de un líquido rojo, parece sangre y fuego. La mayor parte no deja crecer su barba sino hasta en cima de la boca, con el fin de dar á sus labios mayor semejanza con el hocico de los dogos y los lobos. Unos cargan su mano derecha con una larga framea, (2) y su izquierda con un escudo que hacen girar á manera de una rápida rueda; otros, en lugar de este escudo, empuñan una especie de venablo, llamado *angon*, en el que se clavan dos hierros corvos; pero todos llevan pendiente de la cintura la formidable francisca, especie de hacha de dos filos, cuyo mango está forrado de un duro acero; arma funesta que el franco arroja exhalando un grito de muerte, y que muy pocas veces deja de herir el objeto que se ha propuesto su ojo certero.

«Estos bárbaros, fieles á las costumbres de los antiguos germanos, se habian formado en ángulo, que era su acostumbrado órden de batalla. El formidable triángulo, en que no se distinguia sino un bosque de frameas, de pieles de fieras y de cuerpos medio desnudos, avanzaba con impetuosidad, pero con un movimiento igual, para romper la línea romana. En el vértice de este triángulo estaban colocados los valientes que conservaban una barba larga y erizada, y llevaban en el brazo un anillo de hierro; habian jurado no abandonar estas señales de esclavitud, hasta despues de haber sacrificado un romano. Cada jefe de aquel numeroso cuerpo estaba rodeado de los guerreros de su familia, para que, mas firme en el choque, alcanzase la victoria ó muriese con sus amigos. Cada tribu se agrupaba bajo un símbolo; la mas noble se distinguia por medio de unas abejas ó tres hierros de lanza. El anciano rey de los sicambros, Faramundo, conducia el ejército entero, y dejaba una parte del mando á su nieto Meroveo. Los ginetes francos, al frente de la caballería romana, cubrian los dos flancos de su infantería; al ver sus cascos en forma de bocas abiertas, sombreados por dos alas de buitre; sus coseletes de hierro y sus broqueles blancos, hubieráseles tomado por fantasmas, ó por esas figuras caprichosas que se descubren en medio de las nubes durante una tempestad. Clodio, hijo de Faramundo y padre de Meroveo, brillaba á la cabeza de estos amenazadores ginetes.

«En un arenal, á la espalda de este enjambre de enemigos, descubríase su campamento, parecido á un mercado de labradores y pescadores; estaba lleno de mujeres y niños, y atrincherado con barcas de cuero y carros uncidos á enormes bueyes. No lejos de este campamento campestre, tres hechiceras cubiertas de harapos, hacian salir á algunos jumentillos de un bosque sagrado, para adivinar por su carrera á qué partido prometia la victoria Tuiston. La mar á un lado y al otro los bosques, formaban el magnífico marco de aquel inmenso cuadro.

«El sol de la mañana, saliendo de los pliegues de una nube de oro, derramó repentinamente su luz sobre los bosques, el Océano y los ejércitos. La tierra parecia abrasada por el fuego de los cascos y lanzas; y los instrumentos guerreros poblaban los aires con el antiguo canto de Julio César, al marchar á las Galias. El furor se apodera de todos los corazones, los ojos brotan sangre, y convulsa la mano se estremece sobre la espada. Los caballos se encabritan, hienden la arena, sacuden la suelta crin, y golpean con la espumante boca el inflamado pecho, ó levantan al cielo su abrasada nariz, ansiosos de respirar los bélicos acentos. Los romanos entonaron el canto de Probo:

«Cuando hayamos vencido á mil guerreros francos, ¡á cuántos millones de persas no venceremos!»

Los griegos repiten en coro el *Pœan*, y los galos el himno de los druidas. Los francos responden á estos cantos de muerte, apretando sus broqueles contra su boca, y despidiendo un mugido semejante al ruido del mar que el huracan estrella sobre una roca; despues, exhalando súbitamente un agudo grito, entonan el Bardito en elogio de sus héroes:

«¡Faramundo! ¡Faramundo! hemos combatido con la espada. Hemos arrojado la francisca de doble filo; el sudor caia de la frente de los guerreros y corria en arroyos á lo largo de sus brazos. Las águilas y las aves de piés amarillos prorumpian en gritos de alegría; el cuervo nadaba en la sangre de los muertos; todo el Océano era una herida: ¡las vírgenes han llorado mucho tiempo!

«¡Faramundo! ¡Faramundo! hemos combatido con la espada. Nuestros padres han muerto en las batallas; todos los buitres han gemido por ello, porque nuestros padres los saciaban en la matanza! Elijamos esposas cuya leche sea sangre, y que llenen de valor el corazon de nuestros hijos. ¡Faramundo! ¡el Bardito ha terminado; las horas de la vida se deslizan, y sonreiremos cuando sea preciso morir!»

«Así cantaban cuarenta mil bárbaros. Sus ginetes levantaban y bajaban sus escudos blancos acompasadamente; y á cada estribillo golpeaban con el hierro de un venablo su pecho cubierto de hierro.

«Ya los francos están al alcance de la flecha de nuestras tropas ligeras. Ambos ejércitos se detienen, y reina un profundo silencio. César, desde el centro de la legion cristiana, manda levantar la cota de armas de púrpura, señal del combate; los arqueros estienden sus arcos, los infantes bajan sus picas; todos los ginetes desenvainan simultáneamente sus espadas, cuyos reflejos se cruzan en los aires. Levántase un grito del fondo de las legiones: «¡Victoria al emperador!» Los bárbaros rechazan este grito con un espantoso mugido; el rayo estalla con menos furor sobre las cimas del Apenino; no muge el Etna con tanta violencia cuando derrama en el seno de los mares anchos torrentes de fuego; el Océano azota sus playas con menos estruendo cuando un torbellino enviado por órden del Eterno, ha desencadenado las cataratas del abismo.

«Los galos son los primeros que lanzan sus venablos, empuñan la espada y corren al enemigo, que los recibe con intrepidez. Tres veces vuelven á la carga, y tres van á romperse contra el dilatado cuerpo que los rechaza; no de otro modo un gran bajel, bogando á merced de un viento contrario, rechaza de sus dos costados las olas que huyen y murmuran á lo largo de ellos. No menos valientes y mas hábiles que los galos, los griegos hacemos llover sobre los sicambros una granizada de flechas, y retrocediendo poco á poco fatigamos las dos líneas del enemigo triángulo. Como un toro, que vencedor en cien dehesas, ostenta orgulloso sus mutiladas astas y las cicatrices de su ancho pecho, sufre impaciente la picadura del tábano bajo los ardores del Mediodia: así los francos, heridos por nuestros dardos, se enfurecen al recibir aquellas heridas sin venganza y sin gloria. Poseidos de ciego furor rompen el dardo en su seno, revuélcanse por el suelo y luchan con las agonías de la muerte.

«La caballería romana se mueve para desconcertar á los bárbaros, y Clodio se precipita á su encuentro. El rey cabelludo oprimia una yegua estéril, medio

(1) Especie de buey, casi estinguida.
(2) Especie de dardo.

blanca y medio negra, criada en los rebaños de rengíferos y corzos, en las yeguadas de Faramundo. Los bárbaros sostenian que era de la raza de Rinfax, caballo de la Noche, de crin helada, y de Skinfax, caballo del Dia, de crin luminosa. Cuando durante el invierno llevaba á su señor sobre su carro de corteza de árbol sin eje y sin ruedas, nunca sus piés se hundian en la escarcha; y mas rápida que la hoja de abedul arrastrada por el viento, apenas desfloraba la superficie de las nieves recien caidas.

«Un combate violento se empeña entre los ginetes en las dos alas de los ejércitos.

«Imponente la masa espantosa de la infanteria de los bárbaros rueda sin cesar hácia las legiones. Estas se abren, cambian su frente de batalla y atacan con tremebundos golpes de pica los dos lados del triángulo enemigo. Los velites, los griegos y los galos se dirigen al tercer lado, y los francos se ven sitiados como una anchurosa fortaleza. La lucha se encarniza, y un torbellino de polvo rojizo se levanta y detiene sobre los combatientes. La sangre corre como los torrentes engrosados por las lluvias del invierno, ó como las olas del Euripo en el estrecho de la Eubea. El franco, orgulloso con sus anchas heridas, que resaltaban sobre la blancura de un cuerpo medio desnudo, parecia un espectro desprendido del mausoleo y que ruge en medio de los muertos. Al brillante resplandor de las armas ha sucedido el sombrio color del polvo y la carnicería. Los cascos están rotos, derribados los penachos, partidos los escudos y taladradas las corazas. El abrasado aliento de cien mil combatientes, la densa respiracion de los caballos, los vapores del sudor y la sangre forman sobre el campo de batalla una especie de meteoro, atravesado de tiempo en tiempo por el siniestro fulgor de alguna espada, como la deslumbradora huella del relámpago en la lívida claridad de una tormenta. En medio de los gritos, de los insultos, de las amenazas del estrépito confuso de las espadas, de los golpes de las armas arrojadizas, del silbido de las flechas y los dardos, y del bronco gemido de las máquinas de guerra, ya no se percibe la voz de los jefes.

«Meroveo habia hecho en los romanos una espantosa carniceria. Veiásele en pié sobre un inmenso carro, con doce compañeros de armas, llamados sus doce Pares, á quienes escedia en toda la cabeza. Sobre este carro flotaba una insignia guerrera denominada la Oriflama. El carro, cargado de horribles despojos, era arrastrado por tres bueyes, cuyas piernas chorreaban sangre, y de cuyas astas pendian pavorosos restos humanos. El heredero de la espada de Faramundo tenia la edad, la hermosura y el furor de ese demonio de la Tracia que no enciende el fuego de sus altares sino en las llamas de las ciudades incendiadas. Meroveo era considerado entre los francos como el fruto maravilloso del comercio clandestino de la esposa de Clodio y de un mónstruo marino; los rubios cabellos del jóven sicambro, adornados con una corona de lirios, parecíanse al sedoso y dorado lino atado con una cinta virginal á la rueca de una reina de los bárbaros. Hubiérase dicho que sus mejillas estaban pintadas con el bermellon de las bayas de los escaramujos que brillan en medio de las nieves en los bosques de la Germania. Su madre habia atado en torno de su cuello un collar de mariscos, á la manera que los galos cuelgan reliquias en las ramas del renuevo mas hermoso de un bosque sagrado. Cuando Meroveo, agitando con su diestra un estandarte blanco, llamaba al campo del honor á los fieros sicambros, estos no podian dejar de prorumpir en gritos de guerra y de amor, y no se cansaban de admirar á su cabeza á tres generaciones de héroes: el abuelo, el padre y el hijo.

«Meroveo, cansado de la matanza, contemplaba inmóvil desde lo alto de su carro de victoria los cadáveres de que habia cubierto la llanura. Así descansa un leon de Numidia, despues de haber destrozado un rebaño de ovejas; su hambre está satisfecha; su pecho exhala el hedor de la carnicería; abre y cierra alternativamente sus fatigadas fauces, aun obstruidas por los copos de lana; al fin se tiende en medio de los degollados corderos, y sus melenas humedecidas por un rocío de sangre, caen á entrambos lados de su cuello; cruza sus poderosas garras, alarga la cabeza sobre ellas, y con los ojos medio cerrados lame todavía los blandos vellones esparcidos en su derredor.

«El jefe de los galos vió á Meroveo en aquel insultante y soberbio reposo. Enciéndese su furor, y avanzando contra el hijo de Faramundo, le gritó con tono irónico:

«—Jefe de larga cabellera, voy á sentarte de otro modo sobre el trono de Hércules el Galo. ¡Valiente jóven! mereces llevar la señal del hierro al palacio de Teutatés. No quiero dejarte desfallecer en una vergonzosa vejez.

«—¿Quién eres? respondió Meroveo con amarga sonrisa: ¿desciendes de una raza noble y antigua? Esclavo romano, ¿no temes mi framea?

«—No temo sino una cosa, repuso el galo, temblando de ira: esto es, que el cielo se desplome sobre mi cabeza.»

«—¡Cédeme la tierra!» replicó el orgulloso sicambro.

«—La tierra que te cederé, contestó el galo, la guardarás eternamente.»

«A estas palabras, Meroveo, apoyándose en su framea, salta del carro por encima de los bueyes, cae delante de ellos, y se presenta al galo que se dirigia á él.

«Todo el ejército se detiene á contemplar el combate de sus respectivos caudillos. El galo se precipita espada en mano sobre el jóven franco, le oprime, le asesta el golpe, le hiere en el hombro, y le obliga á retroceder hasta las astas de los bueyes. Meroveo á su vez arroja el *angon*, cuyos dos garfios se introducen en el escudo del galo. Al mismo instante, el hijo de Clodio salta como un leopardo, pone el pié sobre el venablo, le abruma con su peso, le hace bajar hácia el suelo, é inclina con él el escudo de su contrario. Obligado de este modo á descubrirse, el infortunado galo deja espuesta la cabeza. El hacha de Meroveo parte, silva, vuela y se hunde en la frente del galo, como la segur del leñador en la copa de un pino. La cabeza del guerrero se divide, su cerebro cae á entrambos lados, y sus ojos ruedan por el suelo. Su cuerpo se mantiene todavía durante un momento en pié, estendiendo sus manos convulsivas, objeto de terror y conmiseracion.

«A este espectáculo, los galos prorumpen en un grito de dolor, pues su jefe era el último descendiente de aquel Vercingetorix, que mantuvo suspensa por tanto tiempo la fortuna de Julio. Parece que por esta muerte, el imperio de los galos, dejando de pertenecer á los romanos, pasaba á los francos; estos, llenos de alegría, rodean á Meroveo, le levantan sobre un escudo y le proclaman rey con sus padres, como el mas animoso de los sicambros. El espanto empieza á apoderarse de las legiones. Constancio, que desde el centro del cuerpo de reserva seguia con la vista los movimientos de las tropas, advierte el desaliento de las cohortes; por lo cual, volviéndose hácia la legion cristiana, le grita: «¡Valientes soldados! la fortuna de Roma está en vuestras manos. Marchemos al enemigo!»

«Al punto, los fieles inclinan ante el César sus águilas coronadas con el estandarte de la salvacion. Victor manda: la legion se conmueve y baja en silencio de la colina. Cada soldado llevába en su broquel una cruz rodeada de estas palabras: «*In hoc*

signo vinces.» Todos los centuriones eran mártires cubiertos de cicatrices ocasionadas por el hierro y el fuego. ¿Qué podia contra tales hombres el temor de las heridas y de la muerte? ¡Oh tierna fidelidad! Aquellos guerreros iban á derramar por sus príncipes los restos de una sangre cuya fuente habian casi agotado estos mismos príncipes.

«Ningun temor, pero tampoco ninguna alegría se dejaba ver en el semblante de aquellos héroes cristianos; su tranquilo valor era igual á un lirio sin mancha. Cuando la legion avanzó en la llanura, los francos se vieron detenidos en medio de su victoria: y contaron despues que divisaron al frente de esta legion una columna de fuego y de nubes y un caballero vestido de blanco, armado de una lanza y de una rodela de oro. Los romanos fugitivos vuelven la vista, y la esperanza renace en el corazon del mas débil y del menos animoso; así, despues de una tempestad durante la noche, cuando el sol de la mañana se muestra en el Oriente, el labrador ya tranquilo admira el astro que esparce un dulce resplandor sobre la naturaleza; el tierno pajarillo prorumpe en gritos de alegría bajo las yedras de la antigua cabaña; el anciano va á sentarse al dintel de la puerta; y al oir sobre su cabeza aquellos encantadores acentos, bendice al Eterno.

«Al acercarse los soldados de Cristo, los bárbaros estrechan sus filas, y los romanos se repliegan. Ya en el campo de batalla, la legion se detiene, dobla en tierra una rodilla, y recibe de mano de un ministro de paz la bendicion del Dios de los ejércitos. El mismo Constancio se desciñe la corona del laurel y se inclina. La tropa santa se pone en pié, y sin arrojar sus venablos marcha al enemigo con la espada en alto. El combate se renueva en todas direcciones. La legion cristiana abre una estensa brecha en las filas de los bárbaros; romanos, griegos y galos, entramos unidos en pos de Victor en el recinto de los desconcertados francos. A los ataques de un ejército disciplinado suceden otros combates á la manera de los héroes de Ilion. Mil grupos de guerreros se empujan, se chocan, se oprimen, se rechazan; reinan por donde quiera el dolor, la desesperacion, la fuga. ¡Hijas de los francos, en vano preparais el bálsamo para heridas que no podeis curar! Uno es herido en el corazon por el hierro de una javelina, y siente huir de este corazon las imágenes queridas y sagradas de la patria; el otro tiene los dos brazos rotos al golpe de una maza, y no estrechará mas sobre su seno el hijo á quien su esposa aplica todavía el pecho. Este echa de menos su palacio, aquel su choza: el primero sus placeres, el segundo sus dolores; porque el hombre se identifica con la vida por sus miserias tanto como por sus prosperidades. Aquí, rodeado de sus compañeros, un soldado pagano espira vomitando imprecaciones contra los dioses y contra César; allá un soldado cristiano muere aislado, deteniendo con una mano sus entrañas, estrechando con la otra un crucifijo, y pidiendo á Dios por su emperador. Los sicambros, heridos todos por delante y tendidos de espalda, conservaban aun en la muerte un semblante tan feroz, que el mas intrépido apenas se atrevia á mirarles.

«¡No os olvidaré, generosa pareja, jóvenes francos que encontré en aquel campo de esterminio! Aquellos fieles amigos, mas tiernos que prudentes, á fin de tener en el combate un mismo destino, se habian atado mútuamente con una cadena de hierro; el uno habia caido muerto bajo la flecha de un cretense, y mortalmente herido el otro, pero todavía vivo, se mantenia medio levantado cerca de su hermano de armas, y le decia: «¡Guerrero! duermes despues de las fatigas de la batalla. Ya no abrirás los ojos á mi voz, pero la cadena de nuestra amistad no rota, aun me retiene á tu lado.»

«Al terminar estas palabras, el jóven franco se inclina y muere sobre el yerto cadáver de su amigo. Sus hermosas cabelleras se mezclan y confunden como las ondulantes llamas de una doble trípode que se estingue sobre el altar; como los rayos húmedos y trémulos de la estrella Géminis que se oculta en los mares. La muerte añade sus indestructibles cadenas á los lazos que unian á los dos amigos.

«No obstante, los brazos cansados dan ya débiles golpes; los clamores son mas penetrantes y lastimeros. Ora, espirando á la vez gran parte de los heridos, estiéndese un profundo silencio; ora, la voz del dolor se reanima y sube hasta el cielo en prolongados acentos. Muchos caballos vagan al azar sin dueño, y saltan ó se abaten sobre los mutilados cadáveres; y algunas máquinas de guerra abandonadas arden aquí y acullá como las antorchas de aquellos inmensos funerales.

«La noche vino á cubrir con su oscuridad aquel teatro de los furores humanos. Los francos vencidos, pero siempre temibles, se retiraron al recinto de sus carros. Aquella noche tan necesaria á nuestro reposo, fue para nosotros una noche de alarmas, pues temíamos ser atacados á cada instante. Los bárbaros exhalaban gritos semejantes á los ahullidos de las bestias feroces; lloraban á los valientes que habian perdido, y se preparaban á morir. Los soldados romanos se estremecian y se buscaban en las tinieblas; se llamaban, se pedian un poco de pan ó de agua y curábanse las heridas con los girones de sus vestidos. Los centinelas se respondian trasmitiéndose el grito de alerta.

«Todos los caudillos cretenses habian perecido. Pareciendo á mis camaradas de un favorable augurio la sangre de Filopémen, me habian nombrado su jefe. Al atraer sobre mí los esfuerzos del enemigo, tuve la suerte de salvar de una entera destruccion la legion de Hierro; la confirmacion de mi grado, una corona de encina y los elogios de Constancio fueron el premio de esta feliz casualidad. Como me hallaba al frente de las tropas ligeras, tocaba casi al campamento de los bárbaros, y esperaba con impaciencia la nueva aurora; pero esta nos descubrió un espectáculo que escedia en horror á todo cuanto hasta entonces habíamos presenciado.

«Los francos habian cortado durante la noche las cabezas de los cadáveres romanos, y las habian clavado en altas alfaques delante de su campamento, con el rostro vuelto hácia nosotros. Una enorme pira, compuesta de sillas de caballos y de escudos rotos, descollaba en medio del campamento. El anciano Faramundo, fulminando terribles miradas, estaba sentado en la estremidad de la pira. En la base mostrábanse en pié Clodio y Meroveo, ostentando en la mano el asta encendida de dos picas rotas, prontos á dar fuego al trono fúnebre de su padre, si los romanos conseguian forzar el atrincheramiento de los carros.

«Enmudecimos de asombro y de dolor; los vencedores pareciamos vencidos por tanta barbarie y magnanimidad! Las lágrimas corren de nuestros ojos á la vista de las ensangrentadas cabezas de nuestros compañeros de armas; cada cual recuerda que aquellos labios, mudos entonces y lívidos, pronunciaban aun la víspera las dulces palabras de la amistad. En breve, á este amargo pensamiento sucede la nunca saciada sed de venganza: nadie espera la señal del asalto; nada puede resistir el ciego furor del soldado; los carros saltan en astillas, y rota la trinchera, la ciega muchedumbre penetra en el forzado campamento. Entonces se presenta un nuevo enemigo: las mujeres de los bárbaros, vestidas de túnicas negras, se arrojan á nuestro encuentro, se atraviesan en nuestras armas, ó se esfuerzan por arrancarlas á nuestras manos; estas detienen por la barba al sicambro que huye, y le vuelven al combate; aquellas, á manera de frenéticas bacantes, despedazan á sus esposos y á



EUDORO EN EL ANFITEATRO DE TITO.

sus padres; muchas ahogan á sus hijos y los arrojan á los piés de hombres y caballos; otras muchas, pasándose al cuello un lazo fatal, se suspenden de las astas de los bueyes, y se ahorcan haciéndose arrastrar miserablemente. Una de ellas exclama, en medio de sus compañeras: «¡Romanos! ¡no todos vuestros presentes han sido funestos! ¡Si nos habeis traido el hierro que encadena, nos habeis dado el hierro que libra!» Y se atraviesa con un puñal.

«Esterminados hubieran sido los pueblos de Faramundo, si el cielo que les reserva acaso brillantes destinos, no hubiese salvado el resto de sus guerreros. Levántase un viento impetuoso entre el Norte y el Poniente, las olas se adelantan hácia las playas, y se ve llegar espumante y cenagosa una de esas mareas equinocciales que en aquellos climas parece arrojan el Océano entero fuera de su lecho. El mar, como un poderoso aliado de los bárbaros, penetra en el campamento de los francos, para arrojar de él á los romanos, que retroceden ante el imponente ejército de las olas; los francos recobran el perdido esfuerzo, pues creen que el mónstruo marino, padre de su jóven príncipe, ha salido de sus azules grutas para socorrerles. Aprovechándose de nuestro desórden, nos rechazan, nos hostigan y secundan con vigor los esfuerzos del mar. Una escena estraordinaria fija la atencion por todas partes: aquí los bueyes espantados, nadando con los carros que arrastran y no dejando ver sobre las olas sino sus encorvadas astas, semejan á una multitud de rios llevando su tributo al Océano; allí, los salios arrojan al agua sus barcas de cuero y nos descargan rudos golpes con los remos

y palos de virar. Meroveo se habia fabricado una navecilla de un ancho escudo de mimbres, y conducido por esta concha guerrera, nos perseguia escoltado de sus Pares, que brincaban en su derredor como los tritones. Llenas de una alegria insensata, las mujeres batian palmas y bendecian las ondas libertadoras. Por todas partes, las crecientes oleadas se estrellan y saltan contra las armas; por todas, desaparece el ginete que se anega, el infante que solo tiene su espada sobre las aguas, y los cadáveres que parecen reanimarse, ruedan entre las algas, la arenas y el cieno. Separado del resto de las legiones, y reunido á algunos soldados, combatí mucho tiempo con multitud de bárbaros; pero al fin, abrumado por el número, caí acribillado de heridas, en medio de mis camaradas, que yacian muertos á mi lado.»

«Muchas horas permanecí exánime. Al abrir de nuevo los ojos á la luz, solo vi un arenal húmedo, abandonado por las olas, cadáveres medio sepultados en la arena, y el mar retirado ya á una inmensa lejanía, y diseñando apenas una línea azul en el distante horizonte. Intenté levantarme, pero no pudiendo con-



MEROVEO EN SU CARRO BÉLICO.

seguirlo, me ví precisado á permanecer tendido de espaldas, fijos en el cielo mis oscurecidos ojos. Mientras mi alma luchaba entre la muerte y la vida, oí una voz que pronunciaba en latin estas palabras: «Si alguno respira todavia aquí, que hablé!» Volví con esfuerzo la cabeza, y descubrí á un franco, á quien reconocí por un esclavo en su sayo de corteza de abedul; él advirtió mi movimiento, dirigióse presuroso á mí, y reconociendo mi patria por mi vestido me dijo: «¡Jóven griego, reanímate! Y arrodillándose á mi lado, se inclinó sobre mí y reconoció mis heridas.» No las juzgo mortales, dijo, despues de un momento de silencio. Esto dicho, sacó de una alforja de piel de cabrito un bálsamo, varios simples y un vaso lleno

de agua. Lavó mis llagas, las limpió ligeramente y las vendó con largas hojas de caña. Yo no podia manifestarle mi viva gratitud sino con un movimiento de cabeza y con la admiracion que debia leer en mis ojos casi apagados. Cuando fue preciso trasladarme, su apuro fue estremado: miraba con inquietud en nuestro derredor, porque temia, segun despues me dijo, ser descubierto por alguna partida errante de bárbaros. La hora del flujo se acercaba, y mi libertador hallóen el mismo peligro el medio oportuno de mi salvacion, pues descubriendo una barquichuela de los francos encallada en la arena, empezó por levantarme á medias; despues tendiéndose casi en tierra delante de mí, me atrajo suavemente hácia sí, me cargó sobre sus hombros, se levantó y me llevó con trabajo á la barca inmediata, porque era ya de edad provecta. La mar no tardó en cubrir las playas. El esclavo arrancó de la arena una pica cuyo hierro estaba roto, y cuando las olas levantaron la navecilla, la dirigió con su arma rota como lo hubiera hecho el mas esperto piloto. Impelidos por el flujo, penetramos á larga distancia en las tierras y llegamos á las orillas de un rio rodeado de bosques.

«Estos lugares eran conocidos del franco, quien saltó al agua, y tomándome de nuevo sobre sus hombros, me dejó en una especie de subterráneo, en que los bárbaros acostumbraban ocultar su trigo en tiempo de guerra. En este paraje me hizo un lecho de céspedes, y me dió un poco de vino para reanimarme.

«¡Pobre infeliz! me dijo, hablándome en mi propio idioma; me es preciso abandonarte, y habrás de pasar aquí la noche sin compañía. Espero traerte mañana agradables nuevas; entretanto, procura conciliar el sueño.

«Esto diciendo, estendió sobre mi su miserable sayo, del que se despojó para cubrirme, y desapareció en los bosques.

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO. Prosigue la narracion. Eudoro pasa á ser esclavo de Faramundo. Historia de Zacarías. Clotilde, mujer de Faramundo. Principio del Cristianismo entre los francos. Costumbres de los francos. Vuelta de la primavera. Caza. Bárbaros del Norte. Sepulcro de Ovidio. Eudoro salva la vida á Meroveo. Este promete la libertad á Eudoro. Los cazadores vuelven al campo de Faramundo. La diosa Herta. Festin de los francos. Delibérase sobre la paz ó la guerra con los romanos. Disputa de Camulogenes y Cholderico. Los francos se deciden á pedir la paz. Eudoro, ya en libertad, recibe de los francos la comision de ir á proponer la paz á Constancio. Zacarías acompaña á Eudoro hasta la frontera de la Galia. Su despedida.

—¡Por Hércules! exclamó Demodoco, interrumpiendo la relacion de Eudoro, ¡he amado siempre á los hijos de Esculapio! son piadosos para con los hombres y conocen las cosas ocultas. Encuéntraseles entre los dioses, los centauros, los héroes y los pastores. ¿Cuál era, hijo mio, el nombre de ese divino bárbaro, en cuyo favor, ¡ah! me parece que Júpiter nada sacó de la urna de los bienes? El dueño de las nubes dispone á su placer de la suerte de los mortales: da á uno la prosperidad, y hace caer al otro en todo género de calamidades. El rey de Itaca se vió reducido á esperimentar un movimiento de alegría al acostarse sobre un lecho de hojas secas, que habia amontonado con sus propias manos. En otro tiempo, entre los hombres mas virtuosos, un favorito del dios de Epidauro hubiese sido el amigo y compañero de los guerreros; hoy es esclavo en una nacion inhospitalaria! Pero no retardes, hijo de Lastenes, el decirme el nombre de tu libertador, porque quiero honrarle como Nestor honraba á Macaon.»

«—Su nombre entre los francos era Haroldo, respondió Eudoro sonriéndose. Segun me lo habia prometido, vino á buscarme á los primeros rayos del dia. Venia acompañado de una mujer vestida con una túnica de hilo, teñida de color de púrpura, y tenia la parte superior de la garganta y los brazos descubiertos, á usanza de los francos. Sus facciones presentaban á primera vista una mezcla inesplicable de barbarie y de humanidad; su fisonomía tenia una espresion ruda y salvaje, corregida por cierto hábito estraño de piedad y dulzura.

«—Jóven griego, me dijo el esclavo, da gracias á Clotilde, esposa de Faramundo, mi amo: ha obtenido de su esposo tu perdon, y viene á buscarte para ponerte al abrigo de los francos. Cuando estés curado de tus heridas, te mostrarás sin duda esclavo agradecido y fiel.»

«Muchos esclavos entraron entonces en la caverna, y estendiéndome sobre ramas de árboles entrelazadas, me llevaron al campamento de mi amo.

«Los francos á pesar de su valor y de la irrupcion de las olas, se vieron precisados á ceder la victoria á la disciplina de las legiones; y considerándose dichosos al evitarse una completa derrota, se retiraban delante de los vencedores. Marcharon quince dias y quince noches penetrando hacia el Norte, y no se detuvieron hasta creerse al abrigo del ejército de Constancio.

«Hasta entonces, apenas habia yo conocido el horror de mi situacion; pero cuando el reposo empezó á cicatrizar mis heridas, dirigí con espanto mis miradas á lo que me rodeaba. Me ví en medio de espesos bosques, esclavo de los bárbaros y prisionero en una choza rodeada como por una muralla, por un círculo de tiernos arbolillos que debian entrelazarse al crecer. Una bebida grosera preparada con trigo, un poco de cebada machacada entre dos piedras y algunos trozos de carne de gamo y ciervo que me eran alguna vez arrojados por piedad, constituian todo mi sustento. La mitad del dia me veia solo sobre mi lecho de yerbas secas; pero sufria aun mas con la presencia que con la ausencia de los bárbaros. La fetidez de las grasas mezcladas con las cenizas de fresno con que untaban sus cabellos, el nauseabundo vapor de las carnes asadas, la escasa ventilacion de la choza y la espesa nube de humo que sin cesar la llenaba, me sofocaban; á tanta costa me hacia pagar una Providencia justa las delicias de Nápoles, los perfumes y placeres ilícitos en que me habia embriagado!

«El viejo esclavo, ocupado en sus deberes, no podia conceder sino algunos momentos á mis penas. Estremada era mi sorpresa al ver la serenidad de su semblante en medio de los trabajos que le abrumaban.

«—Eudoro, me dijo una noche, tus heridas están casi curadas, por lo cual mañana empezarás á llenar tus nuevos deberes. Sé que serás enviado con algunos esclavos á buscar madera al fondo del bosque. Vamos, hijo y compañero mio, apela á tu virtud, y el cielo te ayudará si le imploras.

«Dichas estas palabras, el esclavo se alejó y me dejó sumergido en la desesperacion; pasé la noche en una agitacion horrorosa, formando y rechazando alternativamente mil encontrados proyectos. Unas veces queria atentar á mis dias, otras, proyectaba la fuga. Pero ¿cómo huir, débil y falto de todo recurso? ¿Cómo hallar un camino á través de aquellos enmarañados bosques? ¡Ay! ¡yo tenia un poderoso auxilio contra mis males: la religion; y este era el único medio de libertad en que no pensaba! El dia me sorprendió en estas zozobras, y entonces oí de repente una voz que me gritó:

«—¡Esclavo romano, levántate!

«Diéronme para cubrirme una piel de javalí, un asta de buey para sacar agua, un pescado seco para mi alimento, y seguí á los esclavos que me mostraban el camino.

«Al llegar al bosque, empezaron á recoger entre la nieve y las hojas secas algunas ramas de árboles desgajadas por los vientos, y de ellas formaban aqui y acullá gruesos haces que ataban con cortezas. Hiciéronme algunas señas para invitarme á que les imitara; y viendo que nada entendia de aquella ruda faena, se contentaron con poner sobre mis hombros un haz de ramas secas. Mi frente orgullosa se vió obligada á doblarse bajo el yugo de la esclavitud; mis desnudos piés pisaban la nieve, mis cabellos estaban erizados por la escarcha, y el cierzo congelaba las lágrimas en mis ojos. Apoyaba mis pasos vacilantes en una rama que tomé de mi carga; y encorvado como un viejo caminaba lentamente entre los árboles de aquel bosque.

«Próximo estaba á sucumbir á mi dolor, cuando vi inopinadamente á mi lado al viejo esclavo cargado con un peso superior al mio, y sonriendo con aquel aire de tranquilidad que jamás le abandonaba. Al ver esto, no pude reprimir un movimiento de confusion.

«¡Cómo! me dije interiormente, ¡este hombre agoviado por los años, sonrie bajo un peso tres veces mayor que el mio, y yo jóven y vigoroso, lloro!

«Eudoro, me dijo mi libertador, acercándose á mí, ¿no te parece harto pesada la primera carga? ¡Jóven compañero mio! la costumbre, y sobre todo la resignacion, te harán mas ligeras las demás. ¡Ya ves qué peso he venido á soportar al cabo de mis años!»

«—¡Ah! exclamé; carga sobre mi ese peso que hace doblar tus rodillas. ¡Ojalá espire librándote de tus penas!

«—¡Hijo mio! replicó el anciano, no tengo penas. ¿Por qué desear la muerte? Vamos, quiero reconciliarte con la vida. Ven á descansar á algunos pasos de aqui; encenderemos fuego, y hablaremos juntos.»

«Subimos unos montecillos irregulares, formados, como vi en breve, por las ruinas de una obra romana. Multitud de robustas encinas crecian en este lugar, sobre otra generacion de encinas derribadas á sus piés. Al llegar á la cúspide de los montecillos, descubrí el recinto de un campamento abandonado.

«He aquí, me dijo el esclavo, el bosque de Teuteberg y el campamento de Varo. La pirámide de tierra que ves en el centro es el sepulcro donde Germánico hizo encerrar los restos de las legiones pasadas á cuchillo. Pero ha sido abierta de nuevo por los bárbaros; los huesos de los romanos han sido esparcidos segunda vez por la tierra, como lo atestiguan esos blancos cráneos, clavados en los troncos de los árboles. Un poco mas lejos, puedes descubrir los altares, sobre que fueron degollados los centuriones de las primeras compañias, y el tribunal de césped desde donde Arminio arengó á los germanos.

«A estas palabras, el anciano dejó caer sobre la nieve su haz de leña; y sacando algunas ramas, encendió un poco de fuego; hecho esto, me invitó á sentarme á su lado y á calentar mis manos heladas, y luego me refirió su historia.

«Hijo mio, me dijo, ¿te quejarás ahora de tus desgracias? ¿Te atreverás á hablar de tus penas, á la vista del campo de Varo? ¿No reconoces, al contrario, cuál es el destino de todos los hombres, y cuán inútil es revelarse contra los males inseparables de la condicion humana? Yo te presento en mí mismo un ejemplo elocuente de lo que una falsa sabiduria llama golpes de fortuna. ¡Deploras tu esclavitud! ¿Y qué dirás cuando veas en mí un descendiente de Casio, esclavo, y esclavo voluntario?

«Cuando mis antepasados fueron proscritos de Roma por haber defendido la libertad, y cuando nadie se atrevió ni aun á llevar sus retratos á los funerales, mi familia se refugió en el Cristianismo, asilo de la verdadera independencia.

«Alimentado con los preceptos de una ley divina, serví mucho tiempo como simple soldado en la legion Tebana, siendo en ella conocido con el nombre de Zacarias. Habiéndose negado esta legion cristiana á sacrificar á los falsos dioses, Maximiano mandó darle muerte cerca de Agauno en los Alpes. Vióse entonces un ejemplo eternamente memorable del espíritu de dulzura del Evangelio: cuatro mil veteranos, encanecidos en la profesion de las armas, llenos de vigor y teniendo en la mano la pica y la espada, alargaron como dóciles corderos su cuello á los verdugos. Ni siquiera les ocurrió la idea de defenderse; ¡tan grabadas tenian en el fondo del corazon las palabras de su Maestro, que manda obedecer y prohibe vengarse! Mauricio, que mandaba la legion, fue la primera víctima; la mayor parte de los soldados fueron pasados á cuchillo; yo tenia las manos atadas á la espalda, y sentado en medio de la muchedumbre de víctimas, esperaba el golpe fatal; pero ignoro por qué designio de la Providencia, quedé olvidado en aquella horrorosa carniceria. Los cadáveres amontonados en mi derredor me ocultaron á la vista de los centuriones; y Maximiano, ya cumplida su obra, se alejó con el ejército.

«Hácia la segunda vigilia de la noche, no llegando ya á mis oidos otro rumor que el de un torrente que de las montañas se despeñaba, levanté la cabeza y un prodigio hirió mis ojos. Los cuerpos de mis compañeros parecian despedir una viva luz y esparciar un agradable olor. Adoré al Dios de los milagros, que no habia querido aceptar el sacrificio de mis dias; y como no me era posible dar sepultura á tantos santos, busqué á lo menos al gran Mauricio, á quien hallé medio cubierto en la nieve que durante la noche habia caido. Animado de una fuerza sobrenatural, me desprendí de mis ligaduras, y con el hierro de una lanza cavé á mi general una profunda sepultura. Reuní el tronco y la cabeza de Mauricio, pidiendo al nuevo Macabeo alcanzase en breve para su soldado un puesto en la milicia celestial. Cumplido este deber, abandoné aquel campo de triunfo y de lágrimas; tomé el camino de las Galias, y fui á buscar á Dionisio, primer obispo de Lutecia.

«Este santo prelado me recibió con lágrimas de alegría, y me admitió en el número de sus dircípulos. Cuando me creyó capaz de secundarle en su ministerio, me impuso las manos, y haciéndome sacerdote de Jesucristo, me dijo.» Humilde Zacarias, sé caritativo: ¡he aquí todas las instrucciones que tengo que darte!» ¡Ah! ¡yo estaba siempre destinado á perder mis amigos, y siempre por la misma mano! Maximiano hizo cortar la cabeza á Dionisio y á sus compañeros Rústico y Eleuterio. Este fue su último atentado en las Galias, cuyo dominio cedió poco despues á Constancio.

«Yo tenia incesantemente á la vista el precepto de mi santo obispo. Me sentí movido del vehemente deseo de prestar algun servicio á los desvalidos, é iba muchas veces á rogar á Dionisio me obtuviese este favor por su intercesion para con el Hijo de María.

«Los cristianos de Lutecia habian dado sepultura á su obispo en una gruta, al pié de la colina sobre que habia sido decapitado. Esta colina se llamaba el monte de Marte, y estaba separada del Secuana por unas lagunas. Atravesando un dia estas lagunas, vi dirigirse hácia mí una mujer cristiana, llena de dolor, que exclamó: ¡Oh Zacarias! soy la mas desgraciada de las mujeres! Mi esposo, que ha caido en poder de los francos, me deja con tres hijos de tierna edad y sin medio alguno de proveer á su subsistencia! Un repentido rubor cubrió mi rostro, pues comprendí que Dios me enviaba esta gracia por las oraciones del ge-

neroso mártir á quien iba á implorar. Oculté, no obstante, mi alegría, y dije á aquella mujer: «Ten valor, que Dios se apiadará de ti.» Y sin detenerme, me puse en camino hácia la colina de Agripina.

«Yo conocia al soldado prisionero. Era cristiano, y habia sido durante algun tiempo su compañero de armas; era un hombre sencillo y temeroso de Dios en la prosperidad, pero los contratiempos le abatian fácilmente y era de temer perdiese la fe en la adversidad. Supe en Agripina que habia caido en manos del jefe de los salienos. Los romanos acababan de concluir una tregua con los francos; fuí, pues, á buscar á estos bárbaros. Me presenté á Faramundo, y me ofrecí en cambio del cristiano, no siéndome posible pagar de otro modo su rescate, porque nada poseia en el mundo. Como yo era fuerte y vigoroso, y débil el otro esclavo, mi proposicion fue aceptada; solo puse por condicion que mi amo diese libertad á su prisionero sin decirle por qué medio habia sido rescatado. Hízose así, y aquel pobre padre de familia volvió lleno de alegría á sus hogares, para alimentar á sus hijos y consolar á su esposa.

«Desde entonces he permanecido esclavo aquí. Dios me ha recompensado bien, porque, habitando entre estos pueblos, he tenido la dicha de sembrar en ellos la palabra de Jesucristo. Voy especialmente á lo largo de los rios á reparar, hasta donde me es posible, las desgracias de una esperiencia funesta: los bárbaros, para esperimentar si sus hijos serán valientes un dia, acostumbran esponerlos en las olas sobre un escudo, y conservando tan solo los que sobrenadan, dejan perecer á los demás. Cuando consigo salvar á algunos de estos inocentes, los bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para abrirles el cielo.

«Los lugares donde se dan las batallas me ofrecen igualmente una abundante cosecha. Vago como un lobo rapaz en las tinieblas, en medio de la carnicería y de los muertos. Llamo á los moribundos, que creen voy á desnudarles; les hablo de una vida mejor, y procuro enviarles al reposo de Abraham. Sino están mortalmente heridos, me doy prisa á socorrerles, esperando ganarles por la caridad al Dios de los pobres y desvalidos.

«Hasta el presente mi mas hermosa conquista es la de la jóven esposa de mi anciano amo Faramundo. Clotilde, que ha abierto su corazon á Jesucristo, de violenta y cruel que era, se ha hecho de condicion benigna y compasiva, y todos los dias me ayuda á salvar algunos desgraciados, y á ella debes la vida. Cuando corrí á decirle que te habia hallado entre los muertos, le ocurrió al punto la idea de ocultarte en la gruta, para librarte de la esclavitud. Descubriendo luego que los francos iban á continuar su retirada, no le quedó otro recurso que revelar el secreto á su esposo y alcanzar tu perdon de Faramundo; porque si los bárbaros aman á los esclavos sanos y vigorosos, su natural impaciencia y su desprecio á la vida les hacen casi siempre sacrificar á los heridos.

«Tal es, hijo mio, la historia de Zacarías. Si te parece que he hecho algo en tu favor, solo te pido en recompensa que no te dejes abatir por los infortunios, y que me permitas salvar tu alma despues de haber salvado tu cuerpo. Eudoro, has nacido en aquel dulce clima vecino á la tierra de los milagros, en aquellos cultos pueblos que han civilizado á los hombres, en esa Grecia á donde el sublime Pablo llevó la luz de la fe; ¡cuántas ventajas tienes sobre los hombres del Norte, cuyo espíritu es grosero y feroces las costumbres! ¿Serias menos sensible que ellos á la caridad evangélica?»

«Las últimas palabras de Zacarías penetraron en mi corazon como un dardo. El indigno secreto de mi vida me abrumaba, y no me atrevia á levantar los ojos hácia mi libertador. ¡Yo, que jamás habia esperimentado turbacion alguna ante la mirada de los dueños del mundo, me sentia anonadado ante la magestad de un viejo sacerdote cristiano, esclavo de los bárbaros! Detenido por la vergüenza que me causaba el confesar el olvido que habia hecho de mi religion, é impelido por el deseo de confesarlo todo, mi desórden era estremado. Zacarías lo advirtió, y creyendo que mis heridas se habian abierto, me preguntó con inquietud la causa de mi agitacion. Vencido por tanta bondad y anegándome á mi pesar en amargas lágrimas, me arrojé á los piés del anciano, exclamando:

«¡Oh padre mio! no son las heridas de mi cuerpo las que brotan sangre: ¡es una llaga mas profunda y mas mortal! Tu que practicas tantos actos sublimes en nombre de tu religion, ¿podrias creer, al hallar tan escasa semejanza entre nosotros, que profeso la misma religion que tú?

«—¡Jesucristo! gritó el santo, levantando las manos al cielo; ¡Jesucristo, mi divino maestro! ¿es posible que tengais aquí otro servidor?

«—¡Soy cristiano! le respondí.

«El hombre de caridad me oprime entre sus brazos, me baña con sus lágrimas, y me estrecha contra sus nevados cabellos, diciendo con sollozos de alegría:

«—¡Hermano mio! ¡amado hermano mio! ¡he hallado un hermano!

«Y yo repetia, hondamente conmovido:

«—¡Soy cristiano! ¡soy cristiano!

«Durante esta conversacion, la noche habia tendido su velo; volvimos pues á cargar nuestros haces y regresamos á la choza de Faramundo. Al amanecer del siguiente dia, Zacarías vino á buscarme, y me condujo á lo mas oculto de un bosque. En el tronco de una añosa haya, en que Segovia, profetisa de los germanos, habia antiguamente revelado sus oráculos, vi una pequeña imágen que representaba á María madre del Salvador; esta imágen estaba adornada con una rama de yedra cargada de frutos maduros, y recientemente colocada á los piés de la Madre y del Niño, porque la nieve no la habia cubierto todavía.

»Esta misma noche, me dijo Zacarías, he participado á la esposa de nuestro amo que teniamos un hermano entre nosotros. Llena de alegría, ha querido venir en medio de las tinieblas á adornar nuestro altar y á ofrecer esta rama á María en señal de regocijo.»

«Apenas habia Zacarías acabado de pronunciar estas palabras, cuando vimos llegar á Clotilde, que se arrodilló sobre la nieve al pié del haya. Nos colocamos á su lado, y pronunció en alta voz la oracion del Señor en un idioma salvaje. Así vi empezar el Cristianismo entre los francos. ¡Religion celestial! ¿quién dirá los encantos de tu cuna? ¡Cuán divina pareció en Belem á los pastores de la Judea! ¡Cuán milagrosa me pareció en las catacumbas, cuando ví humillarse ante ella á una poderosa emperatriz! ¿Y quién no hubiera derramado lágrimas de ternura al hallarla bajo un árbol de la Germania, rodeada, por todo séquito de adoradores, de un esclavo romano, de un prisionero griego y de una reina bárbara!

«¿Qué esperaba para volver al aprisco? Los disgustos habian empezado á hacerme conocer la vanidad de los placeres; el ermitaño del Vesubio habia conmovido mi espíritu, y Zacarías subyugaba mi corazon; pero estaba escrito que no volveria á la verdad sino por una serie de desgracias y costosas esperiencias.

«Zacarías redobló su celo y sus cuidados para conmigo, y cuando le escuchaba, creia oir una voz del cielo. ¡Qué leccion tan alta no ofrecia la sola vista del heredero cristiano de Casio y Bruto! El estóico asesino de César, despues de una vida breve, libre, poderosa y célebre, declara que la virtud es un fantasma, y el caritativo discípulo de Jesucristo, escla-

vo, anciano, pobre é ignorado, proclama que nada hay real sobre la tierra sino la virtud. Este sacerdote que parecia no saber otra cosa que la caridad, tenia no obstante, vasta ciencia y una aficion ilustrada á las artes y letras; conocia las antigüedades griegas, hebráicas y latinas, causando vivo placer oirle hablar de los hombres de los antiguos dias, mientras guardaba los rebaños de los bárbaros. Me hablaba con frecuencia de las costumbres de nuestros amos, y me decia:

«Cuando hayas regresado á la Grecia, mi querido Eudoro, todos se agruparán en tu derredor para oirte referir las costumbres de los reyes de la larga cabellera. Tus desgracias presentes serán para tí entonces un manantial de agradables reminiscencias, y te verás considerado entre aquellos ingeniosos pueblos, como un nuevo Herodoto que ha llegado de remota region para encantarles con maravillosas narraciones. Les dirás que existe en los bosques de la Germania un pueblo que dice ser descendiente de los troyanos (porque todos los hombres, cautivados por las hermosas fábulas de vuestras Helenas, quieren figurar en ellas por algun lado), que este pueblo formado de diferentes tribus de germanos, los sicambros, los bructeros, los salios y los cattos, ha tomado el nombre de *franco*, que quiere decir libre, y que es digno de llevar este nombre.

«Su gobierno, sin embargo, es esencialmente monárquico. El poder, dividido entre diferentes reyes, se concentra en la mano de uno solo cuando el peligro es apremiante. La tribu de los salios, cuyo jefe es Faramundo, tiene casi siempre el honor de mandar, porque pasa entre los bárbaros por la mas noble, debiendo esta celebridad á la costumbre que escluye en ella del poder á las hembras, y no confia el cetro sino á un guerrero.

«Los francos se reunen una vez al año en el mes de marzo, para deliberar sobre los asuntos de la nacion, y acuden armados á esta cita. El rey se sienta debajo de una encina, y todos le llevan presentes que recibe con mucha alegría. Allí escucha las quejas de sus vasallos, ó por mejor decir, de sus compañeros, y administra equitativamente la justicia.

«Las propiedades son anuales. Una familia cultiva cada año el terreno que el príncipe le señala, y despues de la recoleccion el campo segado vuelve á entrar en el dominio comun.

»Todas las demás costumbres ofrecen el sello de la misma sencillez. Ya ves que compartimos con nuestros amos el sayo, la leche, el queso, la casa de tierra y la cama de pieles.

«Ayer presenciastes el casamiento de Meroveo. Un escudo, una francisca, una canoa de mimbres, un caballo enjaezado y dos bueyes ayuntados, fueron los obsequios de boda del heredero de la corona de los francos. Si en los juegos de su edad salta con mas agilidad que otro en medio de las lanzas y espadas desenvainadas; si es animoso en la guerra y justo en la paz, puede esperar despues de su muerte una hoguera fúnebre, y aun una pirámide de césped para cubrir su sepulcro.»

«Asi me habló Zaccarías.

«La primavera vino al fin á reanimar las selvas del Norte. En breve, todo mudó de aspecto en los bosques y los valles; los ángulos ennegrecidos de los peñascos fueron los primeros que se despojaron de la monotona blancura de las escarchas; los rojizos retoños de los abetos se ostentaron luego; y muchos tempranos arbustos reemplazaron con festones de flores, los tristes carámbanos que de sus copas pendian. Los hermosos dias trajeron la estacion de los combates.

«Una parte de los francos empuñó de nuevo las armas, y preparóse otra á marchar á la caza del uroo y de los osos á lejanas comarcas. Meroveo se puso á la cabeza de los cazadores, siendo yo comprendido en el número de los esclavos que debian acompañarle. Despedime de Zacarías, y me separé por algun tiempo del mas virtuoso de los hombres.

«Recorrimos con increible rapidez las regiones que se dilatan desde el mar de Escandia hasta las costas del Ponto Euxino. Aquellos bosques sirven de paso á cien pueblos bárbaros que se precipitan alternativamente á manera de desbordados torrentes sobre el imperio romano. Diríase que han oido algun estraño rumor en el Mediodia, que les llama del Septentrion y del Oriente. ¿Cuál es su nombre, su raza, su país? Preguntadlo al cielo que les guia, porque son tan desconocidos á los hombres como los lugares de donde salen y por donde pasan. Llegan, y todo está preparado para ellos: los árboles son sus tiendas, los desiertos su camino. ¿Queréis saber donde han acampado? Mirad esos huesos de animales degollados, esos pinos tronchados como por el rayo, esos bosques incendiados y esas llanuras cubiertas de cenizas.

«Tuvimos la felicidad de no hallar á ninguna de estas numerosas emigraciones; pero hallamos á algunas familias errantes, en cuya comparacion los francos son un pueblo civilizado. Estos infelices, sin abrigo, sin vestido y aun muchas veces sin alimento, no tienen otro consuelo á sus males que una libertad inútil y algunos bailes en el desierto. Pero cuando estos bailes tienen lugar en las orillas de un rio ó en lo mas intrincado de los bosques; cuando el eco repite por primera vez los acentos de una voz humana; cuando el oso mira desde el vértice de su peñasco estos juegos del hombre salvaje, es imposible no encontrar cierto sello de grandeza en la rudeza misma del cuadro, y no enternecerse al contemplar el destino de este hijo de la soledad, que nace desconocido del mundo, pisa un solo momento los valles que no volverá á atravesar, y oculta en breve su tumba bajo el musgo de los desiertos, que ni siquiera han conservado el vestigio de sus pasos.

«Un dia, habiendo atravesado el Ister hácia su embocadura, y habiéndome alejado un poco de la comitiva de los cazadores, vi dilatarse á mi vista las olas del Ponto Euxino. Allí descubrí un sepulcro de piedra sobre el cual crecia un lozano laurel. Arranqué las yerbas que cubrian algunas letras latinas, y pronto conseguí leer este primer verso de las elegías de un vate desventurado:

«¡Libro mio, irás á Roma, é irás sin mi!...»

«No acertaria á pintaros lo que esperimenté al hallar en el fondo de aquel desierto el sepulcro de Ovidio. ¡Cuán tristes reflexiones me asaltaron acerca de las amarguras del destierro y de la inutilidad de los talentos para proporcionarse la felicidad! Roma, que gozó en otro tiempo de los cuadros del mas ingenioso de sus poetas, Roma vió correr durante veinte años con secos ojos las lágrimas de Ovidio. ¡Ah! menos ingratos que los pueblos de la Ausonia, los salvajes habitadores de las márgenes del Ister, recuerdan todavía al Orfeo que apareció en sus bosques, van á bailar en torno de sus cenizas, y aun han conservado algo de su idioma; ¡tan dulce es para ellos la memoria de aquel romano que se acusaba de ser bárbaro, porque no era entendido del sármata!

«Los bárbaros habian atravesado tan dilatadas comarcas para visitar algunas tribus de su nacion, trasladadas en otro tiempo por Probo á las costas del Ponto Euxino. Supimos al llegar, que aquellas tribus habian desaparecido hacia muchos meses, y que se ignoraba su paradero. Meroveo adoptó sin demora la resolucion de volver al campo de Faramundo.

«La Providencia habia decretado que yo hallase la libertad en el sepulcro de Ovido. Cuando volvimos á

pasar cerca de este monumento, una loba que allí se habia ocultado para guardar sus hijuelos, se lanzó sobre Meroveo; di muerte á la fiera, y desde aquel momento mi jóven amo me prometió pedir mi libertad á su padre, y haciéndome su compañero durante el resto de la caza, me obligaba á dormir á su lado. Algunas veces le hablaba de la batalla sangrienta en que le habia visto conducido por tres indómitos toros, y se estremecia de alegría al recuerdo de su gloria. Otras le hablaba tambien de las costumbres y tradiciones de mi país; pero de todo lo que le referia, solo escuchaba con placer la historia de los trabajos de Hércules y Teseo. Cuando trataba de hacerle comprender nuestras artes, blandia su framea, é impaciente me decia: «¡Griego, griego! soy tu amo.»

«Despues de una ausencia de muchos meses, llegamos al campamento de Faramundo. La choza real estaba desierta. El jefe de la larga cabellera habia tenido huéspedes, y despues de haber prodigado en su honor todas las riquezas que poseia, habia ido á vivir á la cabaña de un jefe vecino, que arruinado á su vez por el monarca bárbaro, se habia trasladado con él á casa de otro jefe. Hallamos al fin á Faramundo sentado á un gran banquete disfrutando de los encantos de aquella sencilla hospitalidad, y nos hizo saber el objeto de las fiestas.

«En medio del mar de los suevos descuella una isla llamada Casta, consagrada á la diosa Herta. La estátua de esta divinidad está colocada sobre un carro siempre cubierto con un velo. Este carro arrastrado por unas terneras blancas, recorre en determinados tiempos las naciones germánicas. Suspéndense entonces las hostilidades, y por un momento los bosques del Norte cesan de resonar al fragor de las armas. La diosa misteriosa acababa de pasar al país de los bárbaros, y nosotros habíamos llegado al celebrarse los festejos con que es recibida su aparicion. Zacarías halló un escaso momento para estrecharme entre sus brazos. Todos los caudillos estaban convocados al solemne banquete en que debia tratarse de la conclusion de la paz ó de la continuacion de la guerra con los romanos. Yo fuí encargado del papel de copero, y Meroveo tomó asiento en medio de los guerreros.

«Hallábanse estos formados semicircularmente, ocupando el centro el hogar en que se preparaban los manjares del festin. Cada caudillo, armado como para la guerra, estaba sentado sobre un haz de yerba ó sobre un rollo de pieles; y tenia delante una mesita separada de las demás, en que se le servia una parte de la víctima, segun su valor ó nobleza. El guerrero reconocido como mas valiente (y era Meroveo), ocupaba el primer puesto. Los libertos, armados de lanzas y escudos, llevaban aquí y allí los trípodes cargados de carne y astas de uroco, llenas de un licor preparado con trigo.

Hácia el fin de la comida, se empezó á deliberar. En la línea de los francos habia un galo llamado Camulógenes, descendiente del famoso anciano que defendió á Lutecia contra Labieno, lugar-teniente de Julio. Educado entre los cuarenta mil discípulos de las escuelas de Augustodunun (1), habia perfeccionado una educacion brillante bajo la direccion de los rectores mas célebres de Marsella y de Burdigalia (2); pero la natural inconstancia de los galos y cierto carácter salvaje le habian hecho tomar parte desde luego en la sedicion de los bagodes. Estos paisanos sublevados fueron sometidos por Maximiano, y Camulógenes se pasó á los francos, que le adoptaron por su valor y riquezas. Habiendo los sacerdotes del banquete de Faramundo impuesto silencio, el galo se levantó, y cansado tal vez de un largo destierro, propuso enviar diputados á César. Elogió la disciplina de las legiones romanas, las virtudes de Constancio, los encantos de la paz y las dulzuras de la vida social.

«No debe sorprendernos, replicó Cholderico, caudillo de una tribu de los francos, que un galo nos hable en tales términos, pues espera sin duda alguna recompensa de sus antiguos señores. Confieso que la cepa de un centurion es mas fácil de manejar que mi framea, y que es menos peligroso adorar a César bajo la púrpura en el Capitolio, que despreciarlo en esta choza bajo una piel de lobo. Yo he visto en la misma Roma á esos ambiciosos poseedores de tantos palacios, y son en verdad harto dignos de lástima porque desean además una cabaña en nuestros bosques. Creedme: no son tan temibles como os los pinta el miedo de un galo. Conquistados por esa nacion de mujeres, los galos pueden pedir la paz si así les place; Cholderico siente en su interior el secreto impulso de incendiar el Capitolio y borrar de la tierra el nombre romano.

«La asamblea aplaudió este discurso, vibrando las lanzas y golpeando con ellas sus escudos. Id, pues, marchad á Roma, replicó el galo con impetuosidad. ¿Qué haceis aquí, ocultos en vuestros bosques? ¡Cómo, valientes! hablais de pasar el Tiber, y aun no habeis podido atravesar el Rhin! Los siervos galos conquistados por una nacion de mujeres, no estaban tranquilamente sentados á un banquete, cuando devastaban esa ciudad que vosotros amenazais desde lejos. ¿Ignorais que la espada de hierro de un galo sirvió por sí sola de contrapeso al imperio del mundo? Donde quiera se ha agitado alguna gran empresa, hallareis á mis antepasados. Solo los galos no se intimidaron en presencia de Alejandro. César les combatió por espacio de diez años para subyugarles, y Vercingetorix hubiera vencido á César si los galos no hubieran abrigado opuestos pareceres. Los lugares mas célebres del universo han estado sometidos á mis padres, que devastaron la Grecia, ocuparon á Bizancio, acamparon sobre las ruinas de Troya, poseyeron el reino de Mitrídates, y vencieron mas allá del Tauro á los escitas, por nadie domados hasta entonces. El destino de la tierra parece hallarse identificado á mis ascendientes, como á una nacion fatal y señalada con un sello misterioso. Parece que todos los pueblos han oido sucesivamente esa voz que anunció la llegada de Breno á Roma, y que decia á Cedicio en medio de la noche: «Cedicio, ve á decir á los tribunos que los galos estarán mañana aquí.»

«Camulógenes iba á continuar, cuando interrumpiéndole Cholderico con estrepitosas carcajadas, é hiriendo con el pomo de su espada la mesa del festin y dejando caer su vaso, exclamó:

«—Reyes cabelludos, ¿habeis entendido algo de la prolija perorata de esta profetisa de los galos? ¿Quién de vosotros ha oido hablar de ese Alejandro ó de ese Mitridates? Camulógenes! si sabes hacer pomposos discursos en la lengua de tus señores, évitate la molestia de pronunciarlos en nuestra presencia. Nosotros prohibimos á nuestros hijos que aprendan á leer y escribir, artes de la esclavitud; tan solo queremos el hierro, los combates y la sangre.»

«El consejo de los bárbaros resonó con gritos tumultuosos. El galo, vengándose del insulto con el desprecio, replicó:

«—Puesto que el famoso Cholderico no conoce á Alejandro, ni gusta de pomposos discursos, solo le diré una palabra: Si los francos no tienen otro guerrero que él para incendiar el Capitolio, les aconsejo que acepten la paz á cualquier precio.»

«—¡Traidor! gritó el sicambro ciego de cólera. Dentro de pocos años espero que tu nacion cambiará de dueño; entonces reconocerás, al cultivar la tierra en provecho de los francos, cuál es el valor de los reyes cabelludos.»

(1) Autun.
(2) Burdeos.

«—Si no tengo que temer á otro que al tuyo, replicó irónicamente el galo, no me tomaré el trabajo de recoger el huevo de la serpiente en la luna nueva, para ponerme al abrigo de los contratiempos que me prepare Teutates.»

«A estas palabras, Cholderico furioso dirigió á Camulógenes la punta de su framea, diciéndole con voz balbuciente á impulso de la ira:

«—¡Ni aun te atreverias á mirar mi framea!

«—¡Mientes! repuso el galo desenvainando su espada y precipitándose sobre el franco.

«Todos se arrojaron entre ambos guerreros, y los sacerdotes hicieron cesar este nuevo festin de los Centauros y Lapitas. Al dia siguiente, dia en que la luna se mostraba en su lleno, se decidió en calma lo que se habia discutido en el ciego entusiasmo, cuando el corazon no puede fingir y está abierto á las empresas generosas.

«Determinóse hacer proposiciones de paz á los romanos; y como Meroveo, fiel á su palabra, habia obtenido ya mi libertad de su padre, se resolvió enviarme al instante á llevar á Constancio las palabras del consejo. Zacarías y Clotilde vinieron á anunciarme mi libertad, encareciéndome que me pusiese en camino sin pérdida de tiempo, para evitar la inconstancia natural en los bárbaros. Víme precisado á ceder á sus inquietudes, y Zacarías me acompañó hasta la frontera de las Galias. Mi fortuna al recobrar la libertad, estaba acibarada por la amargura de mi separacion de este benéfico anciano. En vano le insté á que me siguiese; en vano deploré los males que le abrumaban, pues cogiendo al paso un lirio silvestre, cuya corola empezaba á salir de la nieve, me dijo:

«—Esta flor es el simbolo del caudillo de los salienos y de su tribu; crece naturalmente mas hermosa en estos bosques que en un suelo menos espuesto á los rigores del invierno, y escede en blancura á las escarchas que la cubren y la conservan en su seno en vez de marchitarla. Espero que esta ruda estacion de mi vida, pasada al lado de la familia de mi amo, me hará un dia semejante á este lirio á los ojos de Dios: el alma necesita para desarrollarse en toda su fuerza permanecer sepultada por algun tiempo en los rigores de la adversidad.»

«Dichas estas palabras, Zacarías se detuvo y me mostró el cielo donde debiamos volver á encontrarnos un dia; y sin dejarme tiempo para arrojarme á sus piés, se alejó de mí despues de haberme dado su última leccion. No de otro modo, Jesucristo cuyo ejemplo imitaba, se complacia en instruir á sus discípulos paseando á orillas del lago Genesareth, y haciendo hablar á la yerba de los campos y al lirio de los valles.

LIBRO OCTAVO.

Sumario. Interrupcion de la historia. Principio del amor de Eudoro á Cimodocea y de esta á Eudoro. Satanás intenta aprovecharse de este amor para afligir la Iglesia. El infierno. Asamblea de los demonios. Discurso del demonio del homicidio. Discurso del demonio de la falsa sabiduria. Discurso del demonio de la lujuria. Discurso de Satanás. Los demonios se diseminan por la tierra.

La relacion de Eudoro se habia dilatado hasta la hora nona del dia. El sol lanzaba sus rayos abrasadores sobre las montañas de la Arcadia, y mudas las aves posaban retiradas en las cañas del Ladonte. Lastenes invitó á los extranjeros á una nueva comida, y les propuso aplazar para el dia siguiente el fin de la historia de su hijo. La comitiva dejó la isla y los dos altares y volvió silenciosa al techo hospitalario.

Apenas se oyeron en el resto del dia algunas interrumpidas palabras. El obispo de Lacedemonia parecia profundamente ocupado de la historia del hijo de Lastenes, y admiraba la pintura del estado de la Iglesia y de sus progresos en todo el mundo. Veia figurar en medio de este cuadro unos hombres á quienes los fieles tenian que temer; hombres cuyos caracteres trazados por Eudoro, ofrecian un triste porvenir. Cirilo habia recibido de Roman noticias alarmantes, que creyó debia ocultar á la virtuosa familia.

Eudoro á su vez estaba lejos de sentirse tranquilo: llevaba al pié de la cruz tribulaciones interiores é ignoraba aun que eran consecuencia de los altos designios de Dios. Redoblaba las oraciones y las austeridades; pero al través de las lágrimas de la penitencia, descubria á su pesar los hermosos cabellos, las manos de alabastro, la esbelta cintura y las gracias ingénuas de la hija de Homero. Veia sin cesar fijas en él sus dulces y tímidas miradas, y aquellas facciones encantadoras en que se pintaban todos los sentimientos que él espresaba, y tambien los que no espresaba aun. ¡Cuán cándido pudor embellecia á la inocente vírgen, cuando Eudoro contaba los culpables placeres de Roma y de Bayas! ¡Qué palidez tan mortal cubria sus mejillas, cuando describia combates ó hablaba de heridas y esclavitud!

La sacerdotisa de las Musas esperimentaba por su parte sentimientos confusos y una nueva emocion. Su espíritu y su corazon salian al mismo tiempo de su doble infancia. La ignorancia de su espíritu se desvanecia ante la sólida razon del Cristianismo; la ignorancia de su corazon cedia á esa viva luz que traen siempre consigo las pasiones. ¡Cosa extraordinaria! Aquella jóven esperimentaba á la vez la turbacion y las delicias de la sabiduría y del amor.

«Padre mio, decia á Demodoco, ¿qué divino extranjero nos ha convidado á sus banquetes? ¡Cuán grande es por el corazon y por las armas el hijo de Lastenes! ¿No es uno de aquellos primeros pobladores del mundo á quienes Júpiter trasformó en dioses favorables á los mortales? Juguete de destinos crueles, ¡qué combates ha dado, qué males ha sufrido! ¡Oh castas y poderosas Musas! ¡Oh mis divinas tutelares! ¿dónde estabais cuando cadenas indignas oprimian manos tan nobles? ¿No podiais desatar las ligaduras de este jóven héroe á los sones poderosos de vuestras liras? Mas sacerdote de Homero, tú, que conoces todas las cosas, y tienes la sabia reserva de los ancianos, dime: ¿qué religion es esa de que habla Eudoro? ¡Cuán hermosa es esa religion! Atrae el corazon á la justicia y refrena los amores insensatos. El que la sigue está siempre dispuesto á recorrer la desgracia como un vecino generoso, sin darse tiempo para tomar su ceñidor. Vamos á los templos á inmolar ovejas á Ceres que dicta leyes, y al sol que ve el porvenir. Arrastrando la túnica, y con la copa de las libaciones en la mano, demos vuelta á los altares regados de sangre, amasémos las tortas sagradas, y procuremos descubrir cual es el genio desconocido que protege á Eudoro... Siento que una divinidad misteriosa habla á mi corazon. ¿Pero una vírgen debe penetrar los secretos de los jóvenes y procurar conocer sus dioses? El pudor levantará su velo para consultar los oráculos?»

Al acabar estas palabras, Cimodocea regó su seno con copiosas lágrimas.

De esta suerte, el cielo aproximaba dos corazones, de cuya union debia resultar el triunfo de la cruz. Satanás iba á aprovecharse del amor de la predestinada pareja, y todo marchaba hácia el cumplimiento de los decretos del Eterno. El príncipe de las tinieblas terminaba en aquel momento la revista de los templos de la tierra. Habia visitado los santuarios de la mentira y la impostura: el antro de Trofonio, los respiraderos de la Sibila, los trípodes de Delfos, la piedra de Teutates y los subterráneos de Isis, de Mi-

tra y de Wishnou. En todas partes estaban suspendidos los sacrificios, los oráculos abandonados y los prestigios de la idolatría prontos á desvanecerse ante la verdad de Cristo. Satanás llora la pérdida de su poder, pero se propone no ceder la victoria sin combate. Jura por la eternidad del infierno destruir los adoradores del verdadero Dios, olvidando que las puertas del lugar de dolor no prevalecerán contra la querida del Hijo del Hombre. El arcángel rebelde ignora los proyectos del Eterno, que va á castigar á su Iglesia culpable; pero sabe que el dominio sobre los fieles le está concedido por un momento, y que el cielo le deja en libertad de cumplir sus negros proyectos. Al instante abandona la tierra y baja al sombrío imperio.

Cual suele verse en la cumbre del Vesubio una peña calcinada suspendida en medio de las cenizas; si el azufre y el betun encendidos en la montaña oscurecen el sol, hacen hervir el mar y estremecerse á Parténope como una bacante ébria; entonces la cima del volcan cambia su movible figura, la lava desciende, la peña rueda y se hunde con ronco estruendo en el fondo de las entrañas ardientes que la han vomitado: así Satanás, lanzado por el infierno, se sumerge en el entreabierto abismo. Mas veloz que el pensamiento, atraviesa todo el espacio que debe aniquilarse un dia; mas allá de los restos mugidores del caos, llega á las fronteras de esas regiones imperecederas como la venganza que las formó; regiones malditas, sepulcro y cuna de la muerte, que no se ajustan á la medida del tiempo, y que subsistirán cuando el universo haya sido arrebatado como una tienda levantada para un solo dia. Una lágrima involuntaria humedece los ojos del espíritu precito en el momento que se abisma en los reinos de la noche eterna. Su lanza de fuego, ilumina escasamente en su derredor la espesura de las sombras; ningun camino sigue á través de las tinieblas, pero arrastrado por el peso de sus crímenes, baja naturalmente al infierno.

El ángel réprobo no ve aun el resplandor lejano de esas llamas que arden sin pábulo, y no obstante sin apagarse jamás, y ya los gemidos de los condenados llegan á sus oidos. Detiénese y se estremece á este primer suspiro de los eternos dolores, pues el infierno intimida aun á su monarca. Un movimiento de arrepentimiento y compasion se apodera del corazon del rebelde arcángel.

«¡Yo soy, exclama, quien ha abierto estas prisiones y congregado todos estos males! Sin mí, el mal hubiese sido desconocido en las obras del Todopoderoso. ¿Qué me habia hecho el hombre, esa hermosa y noble criatura?...»

Satanás iba á prolongar los lamentos de un arrepentimiento inútil, cuando abriéndose la abrasada boca del abismo, produjo en él otros pensamientos.

Un fantasma se lanza al dintel de las puertas formidables: es la Muerte. Muéstrase como una mancha oscura sobre las llamas de los calabozos que arden á su espalda, y su esqueleto deja pasar los lívidos rayos de la luz infernal entre los espacios huecos de su repugnante osamenta. Su cabeza está adornada con una corona cambiante, cuyas joyas roba á los pueblos y á los reyes de la tierra. Algunas veces se engalana con los girones de la púrpura ó del tosco sayal de que ha despojado al opulento y al indigente. Ya vuela, ya se arrastra, ya toma todas las formas, hasta las de la hermosura. Creeríasela sorda, y no obstante, oye el rumor mas ligero que descubre la vida; parece ciega, y sin embargo descubre al menor insecto que se arrastra sobre la yerba. En una mano ostenta una segur, como un segador, y con la otra oculta la única herida que ha recibido: la que Cristo vencedor le causó en el seno, en la cumbre del Gólgota.

El crímen abre las puertas del infierno y la Muerte las cierra. Estos dos monstruos habian sido advertidos, por cierto amor horroroso, de la aproximacion de su padre. Al punto que la Muerte reconoce á lo lejos al enemigo de los hombres, vuela llena de regocijo á su encuentro.

«¡Oh, padre mio! exclama, inclino ante tí esta cabeza que jamás se humilló á poder alguno. ¿Vienes á satisfacer el hambre insaciable de tu hija? Estoy cansada de los mismos festines, y espero de tí algun nuevo mundo para devorarlo.»

Satanás horrorizado, desvió la cabeza para evitar los abrazos del deforme esqueleto; le separó con su lanza y le respondió sin detenerse:

«¡Oh muerte! serás satisfecha y vengada; voy á entregar á tus furores el pueblo numeroso de tu único vencedor.

Al pronunciar estas palabras, el caudillo de los demonios penetra en la region donde lloran eternamente sus víctimas, y se interna en los campos abrasados. El abismo se estremece al aspecto de su monarca; las hogueras despiden mas voraces llamas; el réprobo, que creia hallarse en el colmo del dolor, se siente atravesado por un aguijon mas agudo; así, en el desierto de Zahara, abrasado por el ardor de una tempestad sin lluvia, el negro africano se tiende sobre las arenas, en medio de las serpientes y leones sedientos como él; júzgase en el último grado del suplicio, cuando mostrándose entre las lívidas nubes, un sol enemigo le hace sentir nuevos tormentos.

¿Quién podria pintar el horror de aquellos lugares donde están reunidas, aumentadas y perpetuadas sin fin todas las tribulaciones de la vida? Atado con cien nudos de diamante sobre un trono de bronce, el demonio de la desesperacion domina el imperio de los tormentos. Satanás, acostumbrado á los clamores infernales, distingue á cada grito la falta castigada y el dolor sufrido. Reconoce la voz del primer homicida; oye al rico avariento que pide una gota de agua, y se rie de los lamentos del pobre que reclama, en nombre de sus harapos, los reinos del cielo.

«¡Insensato! le dice, creias que la indigencia suplia todas las virtudes? ¿Pensabas que todos los reyes moraban en mi imperio, y todos tus hermanos en derredor de mi rival? ¡Vil y miserable criatura! fuiste insolente, falso, cobarde, envidioso del bienestar ajeno, enemigo de todo lo que te era superior por la educacion, el honor, el nacimiento, y pides coronas! Arde aquí con la opulencia desapiadada que hizo bien al alejarte de sí, pero que te debia un vestido y pan.»

En medio de sus suplicios una multitud de desventuradados gritaba á Satanás:

«¡Te hemos adorado Júpiter, y por esto, maldito! ¿nos retienes en las llamas?

Y el arcángel orgulloso sonriendo con amarga ironía, les respondia:

«Me habeis preferido á Cristo; compartid pues mis honores y alegría!»

El castigo del fuego no es el tormento mas horroroso que esperimentan las almas condenadas, pues conservan la memoria de su divino orígen, llevan en sí mismas la indeleble imágen de la hermosura de Dios, y echan de menos por toda una eternidad el supremo bien que han perdido; y este sentimiento está incesantemente escitado por la vista de las almas cuya morada confina en el infierno, y que despues de haber espiado sus errores, vuelan á las regiones celestiales. A todos estos males los condenados agregan tambien las aflicciones morales y la vergüenza de los crímenes que han cometido en la tierra: los dolores del hipócrita se aumentan con el respeto que sus mentidas virtudes continuan inspirando al mundo. Los títulos magníficos que el siglo engañado concede á los que en vida gozaron gran celebridad, les

atormentan en las llamas de la verdad y la venganza. Los votos que una tierna amistad ofrece al cielo por las almas perdidas, torturan en el fondo del abismo á estas almas inconsolables. Entonces se ve salir del sepulcro á esos culpables que vienen á descubrir á la tierra los castigos de la justicia divina, y á decir á los hombres: «No rogueis por mí; estoy juzgado.»!

En el centro del abismo, en medio de un Océano que arrastra sangre y lágrimas, descuella entre enormes peñascos un negro castillo, obra de la Desesperacion y la Muerte. Una eterna tempestad ruge en derredor de sus amenazadoras almenas, un árbol estéril brota delante de su puerta y en lo mas alto de sus tristes murallas, nueve veces replegadas sobre sí mismas, ondea el estandarte del Orgullo medio consumido por el rayo. Los demonios llamados Parcas por los paganos, vigilan en la barrera de este pavoroso alcázar. Satanás llega al pié de su régia morada; las tres centinelas del palacio se levantan y dejan caer con lúgubre rumor el martillo de metal sobre la puerta de metal. Otros tres demonios adorados bajo el nombre de Furias, abren el ardiente postigo, y entonces se descubre una dilatada serie de pórticos desolados, semejantes á esas galerías subterráneas donde los sacerdotes de Egipto ocultaban los monstruos que hacian adorar á los hombres. Las cúpulas del edificio fatal retumban á los sordos mugidos de un incendio, y un pálido resplandor desciende de las abrasadas bóvedas. A la entrada del primer vestíbulo, la Eternidad de los dolores está acostada sobre un lecho de hierro, inmóvil porque su propio corazon carece de movimiento, y sostiene en la mano un reloj de arena inagotable. Solo sabe, solo pronuncia esta fatídica palabra:

«¡Jamás!»

No bien hubo entrado en su impura mansion, el monarca de las gerarguias malditas manda á los cuatro caudillos de las legiones rebeldes convocar el senado de los infiernos. Los demonios se apresuran á obedecer las órdenes de su monarca, y llenan en tropel el vasto salon del consejo de Satanás; colócanse en las ardientes graderias del sombrio anfiteatro, y se presentan en él tales como los mortales les adoran, con los atributos de un poder que solo es impostura. Este lleva el tridente con que en vano azota los mares que solo obedecen á Dios; aquel, coronado con los rayos de una falsa gloria, quiere imitar, astro falaz, á ese gigante soberbio que el Eterno hace salir todas las mañanas del lugar donde se levanta la Aurora. Aquí discute el genio de la falsa sabiduría, allí ruge el espíritu de la guerra; allá sonrie el demonio de la lujuria, á quien los hombres llaman Venus, y el infierno conoce con el nombre de Astarté; sus ojos respiran voluptuosa languidez; su voz lleva la turbacion á las almas; y el brillante ceñidor que ajusta á su cintura es la obra mas peligrosa de las potencias del abismo. Finalmente, en este vasto consejo se ven reunidos todos los falsos dioses de las naciones: Mitra y Baal, Moloch, Anubis, Brama, Teutatés, Odin, Erminsul, y otros mil fantasmas de nuestras pasiones y caprichos.

Hijas del cielo, las pasiones nos fueron concedidas con la vida, y mientras permanecen puras en nuestro seno, están bajo la custodia de los ángeles; pero al punto que se corrompen, pasan al imperio de los demonios. Por esta razon existe un amor legítimo y un amor culpable; una cólera perniciosa y una santa cólera; un orgullo criminal y una noble altivez; un valor brutal y un valor inteligente. ¡Oh grandeza del hombre! nuestros vicios y virtudes forman la ocupacion y parte del poder del infierno y del cielo.

No ya como ese astro de la mañana que nos trae la luz, sino semejante á un cometa aterrador, Lucifer se sienta sobre su trono, en medio de este pueblo de espíritus espantosos. Cual se ve durante una tempestad levantarse una ola sobre las demás olas, y amenazar á los marineros con su espumosa cima; cual en una ciudad incendiada descuella en medio de los edificios humeantes erguida torre cuya estremidad coronan las llamas: tal se ostenta el caido arcángel en medio de sus compañeros. Levanta el cetro del infierno, cetro á que por medio de un fuego sutil están identificados todos los males, y disimulando los pesares que le devoran, habla en estos términos á la impaciente asamblea:

Dioses de las naciones, tronos, ardores, guerreros generosos, milicias invencibles, raza noble é independiente, magnánimos hijos de esta fuerte patria, el dia de gloria ha brillado ya, vamos á recoger el fruto de nuestra constancia y combates. Despues de haber roto el yugo del tirano, he procurado hacerme digno del poder que me habeis confiado. Os he sometido el universo, y aquí ois los lamentos de ese hombre, que debia reemplazaros en la mansion de la bienaventuranza. Para salvar á esta raza miserable, nuestro perseguidor se vió precisado á enviar su hijo á la tierra. Presentóse en ella el Mesías y osó penetrar en nuestros reinos; y si vosotros hubierais secundado mi arrojo, le hubiéramos cargado de cadenas y retenido en el fondo de estos abismos, y la guerra entonces hubiera terminado para siempre entre nosotros y el Eterno. Pero aquella favorable ocasion se perdió, y he aquí lo que nos obliga á empuñar de nuevo las armas, pues los sectarios de Cristo se multiplican. Seguros en demasía de la justicia de nuestros derechos, hemos despreciado la defensa de nuestros altares; hagamos, pues, adunados todos un nuevo esfuerzo para derribar esa cruz que nos amenaza, y deliberemos sobre los medios mas rápidos de alcanzar tamaña victoria.»

Así habló el vencido blasfemador de Cristo, en la noche eterna; ese arcángel que vió al Salvador romper con su cruz las puertas del infierno y dar libertad á la grey de los justos de Israel, cuando los demonios desconcertados huian al aspecto de la luz divina y cuando el mismo Satanás, derribado en medio de las ruinas de su imperio, veia hollada su altiva cerviz por la planta de una mujer.

Al dar el padre del mal fin á su discurso, levantóse el demonio del homicidio. Sus brazos tintos en sangre, sus frenéticas contorsiones y su espantosa voz, todo anuncia en este perturbado espíritu los crímenes que le manchan y la violencia de los sentimientos que le agitan. No puede sufrir la idea de que un solo cristiano eluda sus furores; así en el Océano que baña las costas del Nuevo Mundo, se ve á un mónstruo marino perseguir á su presa en medio de las olas; si la presa brillante despliega repentinamente sus alas de plata y encuentra, ave de un momento, su seguridad en los aires, el mónstruo engañado salta sobre las olas, y vomitando torbellinos de espuma y humo, asusta á los marineros con su impotente furor.

«¿Acaso necesitamos deliberar? exclama el ángel atroz ¿Habemos menester para destruir los templos de Cristo, de otros medios que verdugos y llamas? Dioses de las naciones, dejadme el cuidado de reedificar vuestros templos! El príncipe que reinará en breve sobre el imperio romano, es adicto á mi poder. Yo escitaré la crueldad de Galerio, y una inmensa y última carnecería hará nadar los altares de nuestro enemigo en la sangre de sus adoradores. Satanás habrá inaugurado la victoria perdiendo al primer hombre, y yo la habré coronado esterminando los cristianos.»

Dice; y súbitamente todas las horrendas ansias del infierno se posesionan de este espíritu feroz, que lanza un grito como un reo herido por la cuchilla de verdugo; como un asesino atravesado por el puñal de sus remordimientos. Un ardiente sudor baña su frente; un líquido parecido á la sangre destila de sus

labios, y se debate en vano bajo el peso abrumador de la reprobacion.

Entonces, el demonio de la falsa sabiduria se levanta con una gravedad parecida á una triste locura. La fingida severidad de su voz, la calma aparente de sus espíritus engañan á la deslumbrada multitud, cual una hermosa flor que se mece sobre un tallo envenenado, seduce á los hombres y les da la muerte; disfrázase bajo el aspecto de un viejo maestro de una de aquellas escuelas esparcidas en Atenas y Alejandría. Su cana cabellera coronada con una rama de olivo, y su cabeza medio calva previenen al pronto en su favor; pero cuando se le considera mas de cerca, descúbrese en él un abismo de bajeza é hipocresia y un odio monstruoso á la verdadera razon. Su crímen empezó en el cielo con la creacion de los mundos, cuando estos fueron entregados á sus vanas disputas. Vituperó las obras del Todopoderoso, intentando en su orgullo establecer otro órden entre los ángeles y en el imperio de la soberana sabiduría; fue padre del Ateismo, fantasma execrable que el mismo Satanás no habia engendrado, y que se enamoró de la Muerte cuando esta se presentó en los infiernos. Pero aunque el demonio de las doctrinas funestas se envanece de sus luces, sabe no obstante cuan funestas son á los mortales, y triunfa de los males que causan á la tierra. Mas culpable que todos los ángeles rebeldes, conoce su propia perversidad y la convierte en un titulo de gloria. Esta falsa sabiduría, posterior á los tiempos, habló en estos términos á la asamblea de los demonios:

«¡Monarcas del infierno! ya sabeis que siempre he sido opuesto á la violencia. No alcanzaremos la victoria sino por el raciocinio, la dulzura y la persuasion. Dejadme difundir entre nuestros adoradores y aun entre los mismos cristianos esos principios que disuelven los lazos de la sociedad y minan los cimientos de los imperios. Ya Hierocles, ministro querido de Galerio, se ha arrojado á mis brazos, y las sectas se multiplican. Entregaré los hombres á su propia razon, y les enviaré á mi hijo el Ateismo, amante de la Muerte y enemigo de la Esperanza, y llegarán hasta el punto de negar la existencia del que los crió. No necesitais dar combates de resultado siempre incierto; yo sabré obligar al Eterno á que destruya segunda vez su obra.»

A este discurso del espíritu mas profundamente corrompido del abismo, los demonios aplaudieron en tumulto. El estrépito de esta lamentable alegría se prolongó bajo las bóvedas infernales. Los réprobos creyeron que sus perseguidores acababan de inventar nuevos tormentos. Al punto, las almas que no estaban encerradas en sus hogueras, se escaparon de las llamas y acudieron presurosas al consejo, arrastrando consigo alguna parte de sus suplicios: una, su sudario abrasado, otra su capa de plomo; esta, los carámbanos que pendian de sus ojos llenos de lágrimas, aquella, las serpientes que la devoraban. Los horrorosos espectadores de tan horroroso senado ocupan sus asientos en las ardientes tribunas. Asustado el mismo Satanás, llama á los espectros custodios de las sombras, las vanas Quimeras, los Sueños funestos, las Harpias de sucias garras, el Espanto de asombrado semblante, la Venganza de torva mirada, los Remordimientos que nunca duermen, la inconcebible Locura, los pálidos Dolores y la implacable Muerte.

«Volved, grita, á esos culpables á sus cadenas, ó temed que Satanás os aherroje con ellos.»

¡Inútiles amenazas! Los fantasmas se mezclan con los réprobos, y quieren á su ejemplo asistir al consejo de sus reyes. Hubiérase acaso visto un horroroso combate si Dios que mantiene su justicia, como autor único del órden, hasta en los infiernos, no hubiere hecho cesar el tumulto. Estendió su brazo y la sombra de su mano se dibujó en la pared de la sala maldita. Al punto, se apoderó un profundo terror de las almas perdidas y de los espíritus rebeldes; las primeras volvieron á sus tormentos; los segundos, despues que la mano divina se hubo retirado, reanudaron su deliberacion.

El demonio de la lujuria, procurando sonreir sobre el asiento en que estaba muellemente reclinado, hace un esfuerzo y levanta la cabeza. El mas hermoso de los ángeles caidos despues del rebelde arcángel, ha conservado una parte de las gracias con que le habia adornado el Criador; pero en el fondo de sus miradas tan dulces, á través del encanto de su voz y sonrisa, se descubre cierto indicio de perfidia y veneno. Nacido para el amor, y eterno habitante de la region del odio, sobrelleva con impaciencia su infortunio; pero harto débil para prorumpir en gritos de rabia, se limita á llorar y pronuncia estas palabras entrecortadas por hondos suspiros:

«Dioses del Olimpo, y vosotras á quienes conozco menos, divinidades del brama y del drúida, no intento ocultarlo: si! el infierno me pesa. Vosotros no ignorais que yo no alimentaba contra el Eterno motivo alguno de odio, y que he seguido únicamente en su rebelion y caida á un ángel á quien amaba. Mas, puesto que he caido del cielo con vosotros, quiero á lo menos vivir mucho tiempo en medio de los mortales, y no me dejaré desterrar de la tierra. Tiro, Heliopolis, Pafos, y Amatonta me llaman. Mi estrella resplandece aun sobre el monte Líbano, pues allí tengo templos encantadores, fiestas graciosas, gratos emblemas que me arrebatan en medio de los aires, flores, inciensos, perfumes, frescos céspedes, bailes voluptuosos y risueños sacrificios. ¡Y los cristianos me arrancarian este ligero desquite de las alegrías celestiales! ¡El mirto de mis bosquecillos que da al infierno tantas víctimas, seria transformado en cruz salvaje, que multiplica los habitantes del cielo! ¡No! yo haré conocer hoy mi poder. Para vencer á los discípulos de una ley severa, no son menester, ni violencia ni sabiduria; armaré contra ellos las pasiones, y este ceñidor os responde de la victoria. En breve, mis caricias habrán enervado á esos duros servidores de un Dios casto. Domaré las vírgenes rígidas é iré á perturbar hasta en su desierto á esos anacoretas que creian sustraerse á mis seducciones. El ángel de la sabiduria se congratula por haber arrebatado á Hierocles al poder de nuestro enemigo; pero Hierocles tambien es fiel á mi culto; ya he encendido en su pecho llama criminal, y sabré mantener mi obra, suscitar rivalidades terribles, trastornar el mundo, solazándome en ello, y conducir á los hombres por medio de las delicias, á participar de vuestros dolores.»

Al terminar estas palabras, Astarté se dejó caer lánguidamente sobre su blando asiento.

Quiso sonreir, pero la serpiente oculta debajo su ceñidor, le hirió secretamente el corazon; el débil demonio palideció, y los espertos caudillos de las hordas infernales adivinaron su herida.

No obstante, como los tres pareceres tenian dividido aquel horrible sanhedrin, Satanás impuso silencio á la asamblea:

«¡Compañeros! vuestros consejos dignos son de vosotros; pero en lugar de elegir entre opiniones igualmente sabias, sigamos las tres para obtener un resultado brillante, y llamemos tambien en nuestro auxilio á la Idolatria y al Orgullo. Yo despertaré la supersticion en el corazon de Diocleciano y la ambicion en el alma de Galerio. Todos vosotros, dioses de las naciones, secundad mis esfuerzos; id, volad, escitad el celo del pueblo y los sacerdotes. Subid al Olimpo, haced revivir las fábulas de los poetas; que los bosques de Dodona y Dafne hagan oir nuevos oráculos; divídase el mundo entre los fanáticos y los ateos; los dulces venenos del deleite enciendan pasiones sin

freno, y de todos estos males reunidos hagamos nacer una espantosa persecucion contra los cristianos.»

Así habló Lucifer: tres veces golpea su trono con el flamígero cetro; tres veces las concavidades del abismo retumban con prolongado mugido. El Caos, único y sombrío vecino del infierno, se estremece á la par, se entreabre y deja pasar á traves de su opaco seno un moribundo rayo de luz que baja hasta la noche de los réprobos. Nunca se presentara Satanás mas formidable desde el dia en que, renunciando á la obediencia, se declaró enemigo del Eterno. Al punto las legiones se levantan, salen del consejo, atraviesan la mar de lágrimas, la region de los suplicios, y vuelan hácia la puerta custodiada por el Crímen y la Muerte. Vese desfilar la inmunda tropa al resplandor siniestro de los encendidos hornos, á la manera que en una gruta subterránea revoletean á la luz de una antorcha esas aves dudosas cuyas alas parecen tejidas por un insecto impuro.

Debajo del vestíbulo del palacio de los infiernos, delante del lecho de hierro donde reposa la Eternidad de los dolores, está colgada una lámpara, en que arde la llama primitiva de la cólera celestial que encendió las hogueras perdurables; Satanás toma una chispa de este fuego. Parte: del primer salto toca la bóveda estrellada; del segundo llega á la morada de los hombres. Lleva la chispa fatal á todos los templos; enciende de nuevo los fuegos apagados sobre los altares de los ídolos; al punto, Palas blande su lanza, Baco agita su tirso, Apolo estiende su arco, el Amor sacude su antorcha, los viejos Penates de Eneas murmuran palabras misteriosas, y los dioses de Ilion profetizan en el Capitolio. El padre de la mentira coloca una ilusion en cada simulacro de las divinidades paganas; y dirigiendo los movimientos de sus invisibles cohortes, hace maniobrar de concierto contra la iglesia de Jesucrito el ejército entero de los demonios.

LIBRO NOVENO.

Sumario. Continua la narracion de Eudoro. Eudoro en la córte de Constancio. Pasa á la isla de los bretones. Regresa á las Galias. Es nombrado comandante de la Armórica. Las Galias. La Armórica. Episodio de Velleda.

Demasiado fiel á sus promesas, el demonio de los placeres bajó á los dorados artesones á cuya sombra habitaba el discípulo de los falsos sabios. Despierta en su corazon una llama amortiguada; presenta á sus deseos la imágen de la hija de Homero, y le atraviesa con una flecha empapada en las aguas que cubren las humeantes ruinas de Gomorra. Si Hierocles hubiera podido ver en aquel momento mismo á la sacerdotisa de las Musas herida por el dardo de ajeno amor; si hubiese podido verla, fijos los ojos en Eudoro, que se dispone á proseguir la historia de sus aventuras, ¡qué zelos tan crueles no hubieran abrasado el alma del enemigo de los cristianos! ¡Ah! los estragos de estos zelos solo están suspendidos por algunos dias. La familia de Lastenes goza con sus amables huéspedes los últimos momentos de paz que el cielo le concede en la tierra. Reunidos al amanecer, como el dia anterior, Lastenes, sus hijas y su esposa, Cirilo, Demodoco y Cimodocea, y sentados á la puerta del jardin, prestan atento oido al arrepentido guerrero, que vuelve á hablar en estos términos:

«Os he dicho, señores, que Zacarías me habia dejado en la frontera de las Galias, á sazon en que Constancio se hallaba en Lutecia. Despues de muchos dias de fatiga, llegué al pais de los belgas (1) del Secuana. El primer objeto que llamó mi atencion en las lagunas de los parisios, fue una torre octógona, consagrada á ocho dioses galos. Hácia el Mediodia, á dos mil pasos de Lutecia y mas allá del rio que la ciñe, se descubria el templo de Heso; mas cerca, en una pradera orillas del rio, descollaba otro templo consagado á Isis, y hácia el Norte, sobre una colina, veíanse las ruinas de otro templo, antiguamente erigido en honor de Teutatés. Esta colina era el monte de Marte, donde Dionisio habia recibido la palma del martirio.

«Al aproximarme al Secuana, descubrí á través de una cortina de sauces y nogales, sus límpidas y trasparentes aguas, de escelente sabor, y que pocas veces crecen ó disminuyen. Varios jardines plantados de algunas higueras que habian sido rodeadas de paja para preservarlas de los hielos, formaban el único adorno de sus márgenes. Costóme algun trabajo descubrir la aldea que buscaba, cuyo nombre es Lutecia, es decir, la hermosa piedra ó la hermosa columna. Un pastor me la mostró al fin en medio del Secuana, en una isla que se prolonga á manera de bajel. Dos puentes de madera, defendidos por dos castillos, en que se paga tributo á César, establecen la comunicacion entre esta miserable aldea y las dos orillas opuestas del rio.

«Entré en la capital de los parisios por el puente del Norte, y solo ví en el interior de la aldea chozas de madera cubiertas de paja y calentadas con hornillos. No advertí sino un solo monumento: un altar erigido en honor de Júpiter por el gremio de los navegantes. Pero en la parte esterior de la isla y al lado opuesto del brazo meridional del Secuana, veíase sobre la colina de Lucoticio un acueducto romano, un circo, un anfiteatro y el palacio de las Termas, habitado por Constancio.

«Al saber César que me hallaba á la puerta de su palacio, exclamó:

«—¡Permítase la entrada al amigo de mi hijo!

«Me arrojé á los piés del príncipe, que me levantó con benignidad, me honró con sus elogios delante de su córte, y tomándome de la mano, me hizo pasar con él á la sala del consejo. Le referí lo que me habia ocurrido entre los francos. Constancio pareció alegrarse de que estos pueblos accediesen al fin á dejar las armas, é hizo marchar en el acto á un centurion para tratar de la paz con ellos. Advertí con dolor que la palidez y debilidad de Constancio habian aumentado.

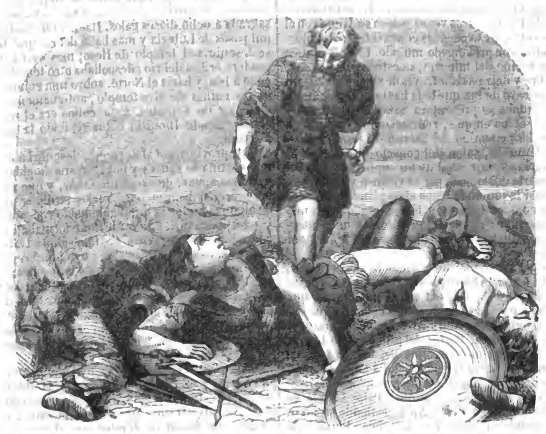
«En el palacio de este príncipe hallé reunidos á los fieles mas ilustres de la Galia é Italia. Allí brillaban Donaciano y Rogaciano, amables hermanos; Gervasio y Protasio, el Orestes y el Pílades de los cristianos; Prócula, de Marsella; Justo, de Lugdunum; y finalmente, el hijo del prefecto de las Galias, Ambrosio, modelo de ciencia, firmeza y candor. Como de Jenofonte, decíase de él que habia sido criado por unas abejas; la Iglesia esperaba en él un orador y un hombre eminente.

«Yo tenia un vehemente deseo de saber del mismo Constancio los cambios ocurridos en la córte de Diocleciano, desde mi cautiverio. Al punto me hizo llamar á los jardines del palacio, que descienden en forma de anfiteatro sobre la colina de Lucoticio hasta la pradera donde se ostenta el templo de Isis, orillas del Secuana.

«—Eudoro, me dijo, vamos á combatir á Carrausio y á librar la Bretaña, (2) de ese tirano, usurpador de la púrpura imperial. Pero antes de marchar á esta provincia, conviene conozcas el estado de los negocios en Roma, para que arregles tu conducta á lo que voy á decirte. Recordarás tal vez que cuando fuiste á buscarme á las Galias, Diocleciano iba á pacificar

(1) Los habitantes de la isla de Francia.

(2) La Inglaterra.



EUDORO HERIDO Y HALLADO EN EL CAMPO DE BATALLA.

el Egipto y Galerio á combatir los persas. Este último ha obtenido la victoria; y desde este momento su orgullo y ambicion no han conocido límites. Háse enlazado con Valeria, hija de Diocleciano, y manifiesta desembozadamente el deseo de llegar al imperio, obligando á su suegro á abdicar. Diocleciano que empieza á envejecer, y cuyo espíritu debilita una enfermedad, ya casi no puede resistir á un ingrato. Las hechuras de Galerio triunfan; Hierocles, tu enemigo goza de gran favor y ha sido nombrado procónsul del Peloponeso, tu patria. Mi hijo está espuesto á mil peligros, pues Galerio ha intentado hacerle perecer obligándole una vez á luchar con un leon, y otra, encargándole una empresa peligrosa contra los sármatas. Por último, Galerio favorece á Magencio, hijo de Maximiano, y aunque en el fondo no le ama, lo hace únicamente porque ve en él un rival de Constantino. Así pues, Eudoro, todo anuncia que nos acercamos á una revolucion. Pero mientras me quede un soplo de vida, no temo la saña de Galerio. Logre mi hijo, evadirse de sus guardias, venga á reunirse con su padre, y entonces se sabrá que el amor de los pueblos es para los príncipes una muralla inespugnable.»

«Algunos dias despues de esta conversacion, partimos hácia la isla de los bretones, separada por el Océano del resto del mundo. Los pictos habian atacado la muralla de Agrícola, inmortalizada por Tácito. Por otra parte, Carrausio, con el objeto de resistir á Constancio, habia sublevado los restos de las antiguas facciones de Caractaco y de la reina Boudicea. Así nos vimos envueltos á la vez en los azares de las discordias civiles y en los horrores de una guerra extranjera. Un poco de valor natural á la sangre de que procedo y una serie de hechos prósperos me condujeron de grado en grado hasta la categoría de primer tribuno de la legion británica. En breve fuí creado general de la caballería, y mandaba el ejército cuando los pictos fueron vencidos bajo los muros de Petuaria, (1) colonia que los parisios de las Galias han fundado en la márgen del Albo. (2) Ataqué á Carrausio sobre el Támesis, (3) rio cubierto de cañas, que baña la pantanosa aldea de Londinum. (4) El usurpador habia escogido este campo de batalla, porque los bretones se creian invencibles en él. Allí se elevaba una antigua torre, desde cuya altura un bardo anunciaba en sus cantos proféticos no sé qué sepulturas cristianas que debian dar honor á aquel lugar. (5) Carrausio fue vencido y asesinado por sus soldados, y Constancio me dejó toda la gloria de este hecho de armas, enviando al emperador mis cartas coronadas de laureles. Solicitó y obtuvo para mí la estátua y los honores que han inmortalizado este triunfo. Poco despues volvimos á las Galias; y queriendo César darme una nueva prueba de su poderosa amistad, me creó comandante de las comarcas armoricanas. Dispúseme pues á partir á estas provincias, donde florecia aun la religion de los druidas, y cuyas costas se veian insultadas con frecuencia por las flotas de los bárbaros del Norte.

«Terminados los preparativos de mi viaje, Rogaciano, Sebastian, Gervasio, Protasio y todos los cristianos del palacio de César acudieron á despedirse de mí.

«—Acaso nos encontraremos de nuevo en Roma, me dijeron, en medio de las persecuciones y las pruebas. ¡Ojalá la religion nos una un dia en la muerte, como antiguos amigos y dignos cristianos!

«Empleé muchos meses en visitar las Galias antes de trasladarme á mi provincia. Nunca país alguno presentó mezcla igual de costumbres, religiones, civilizacion y barbarie: dividido entre los griegos, los romanos y los galos, entre los cristianos y los adoradores de Júpiter y de Teutatés, ofrece todos los contrastes imaginables.

«Estensas vias romanas se dilatan á través de las

(1) Bereilev, en el condado de Yorh, en Inglaterra.

(2) El Humbler.
(3) El Támesis.
(4) Londres.
(5) Westminster.



VUELTA DE SATANÁS A LOS INFIERNOS.

selvas druídicas. En las colonias de los vencedores y en medio de los bosques salvajes, descúbrense los mas hermosos monumentos de la arquitectura griega y romana; grandes acueductos de tres órdenes de galerías suspendidos sobre los torrentes, anfiteatros, capitolios y templos de admirable elegancia; y á escasa distancia de estas colonias se hallan las chozas redondeadas de los galos, sus fortalezas de vigas y piedras, á cuya puerta se ven clavados piés de lobas, esqueletos de buhos y osamentas de muertos. En Lugdunum, Narbona, Marsella y Burdigalia, la juventud gala se ejercita con éxito feliz en el arte de Demóstenes y Ciceron, mientras que á algunos pasos mas allá, en la montaña, solo se escucha ya un lenguaje tosco semejante al graznido del cuervo. Un castillo romano descuella sobre la cresta de un peñasco; una capilla cristiana se eleva en el fondo de un valle, cerca del altar donde el sacerdote galo deguella la víctima humana. He visto á un soldado legionario velar en medio de un desierto sobre las murallas de un campamento, y al galo, convertido en senador, abrazar su toga romana en los matorrales de sus bosques. He visto las viñas de Falerno sazonarse en los ribazos de Augustodunum, el olivo de Corinto florecer en Marsella y la abeja del Atica perfumar á Narbona.

«Pero lo que se admira por donde quiera en las Galias, lo que constituye el principal carácter de este país son los bosques. Vénse aquí y allá en su dilatado recinto algunos campamentos romanos abandonados, donde se hallan sepultados los esqueletos del ginete y del caballo. Las semillas que los soldados plantaron en otro tiempo para su alimento, forman como especies de colonias extranjeras y civilizadas en medio de las plantas indígenas y silvestres de las Galias. Yo no podia contemplar sin esperimentar cierta ternura aquellos vejetales domésticos, algunos de los cuales, originarios de la Grecia, hallábanse esparcidos por las colinas y á lo largo de los valles, segun las costumbres que habian importado de su suelo natal. Así las familias desterradas conceden su preferencia á los lugares que les traen á la memoria su patria.

«Aun recuerdo hoy haber hallado á un hombre entre las ruinas de uno de estos campamentos romanos: era un pastor de los bárbaros. Mientras sus cerdos famélicos acababan de destruir la obra de los señores del mundo, desenterrando las raices que crecian debajo de los muros, él, tranquilamente sentado sobre los restos de una puerta decumana, oprimia bajo el brazo un pellejo henchido de viento, animando de esta manera una especie de flauta cuyos sonido tenian cierto genero de dulzura. Al considerar con cuán profunda indiferencia hollaba aquel pastor el campamento de los Césares, y cuanto preferia su rústico instrumento y su sayo de piel de cabra á los mas gigantescos recuerdos, yo hubiera debido conocer que se necesita muy poco para pasar la vida; y que en suma, en término tan fugaz, es harto indiferente haber estremecido la tierra al son del clarin, ó encantado los bosques con las toscas armonías de una gaita.

«Llegué al fin al país de los redones (1). La Armórica no presentó á mi vista sino malezas, bosques, estrechos y profundos valles, atravesados por rios de escasa corriente que no sube el navegante, y que llevan al mar desconocidas aguas: region solitaria, triste, tempestuosa, envuelta en densas nieblas, que resuena al estridor de los vientos, y cuyas costas erizadas de escarpadas rocas, bate ronco un océano salvaje.

»El castillo de mi mando, situado á algunas millas del mar, era una antigua fortaleza de los galos, ensanchada por Julio César, cuando llevó la guerra á los venetos (2) y curiosolitas. (3) Estaba construido so-

(1) Los pueblos de Rennes, etc.
(2) Los habitantes de Vannes.
(3) Pueblos de las inmediaciones de Dinan.

bre un peñasco, apoyado en un bosque y bañado por un lago.

«Allí, separado del resto del mundo, viví durante muchos meses en la soledad. Este retiro me fue muy útil, porque descendí al fondo de mi conciencia, sondeé las llagas que no me habia atrevido á tocar desde mi separacion de Zacarías, y me ocupé del estudio de mi religion. Cada dia perdia un poco de esa tan amarga inquietud que alimenta el comercio de los hombres, y contaba ya con una victoria que hubiera exigido fuerzas superiores á las mias. Mi alma estaba aun enteramente debilitada por mi primera indiferencia y mis viciosas costumbres; y hasta encontraba en las antiguas dudas de mi espíritu y en la enervacion de mis sentimientos cierto encanto que me detenia; mis pasiones eran como unas mujeres seductoras que me encadenaban con sus pérfidas caricias.

«Un acontecimiento imprevisto interrumpió súbitamente unas investigaciones cuyo resultado debia encerrar tanta importancia para mí.

«Los soldados me avisaron que desde algunos dias una mujer salia de los bosques al cerrar la noche, entraba sola en una barca y atravesando el lago, desembarcaba en la opuesta orilla y desaparecia.

«Yo no ignoraba que los galos confian á las mujeres los mas importantes secretos, y que con frecuencia someten á un consejo de sus hijas y esposas los negocios que no han podido arreglar entre sí. Los habitantes de la Armórica habian conservado sus primitivas costumbres y se doblegaban con repugnancia, al yugo romano. Valientes hasta la temeridad como todos los galos, se distinguen por una franqueza peculiar de carácter, por sus odios y amores violentos y por cierta pertinacia que nada alcanza á mudar ni vencer.

«Una circunstancia particular hubiera podido tranquilizarme: habia muchos cristianos en la Armórica, y los cristianos son súbditos fieles; pero Clario, pastor de la Iglesia de los redones, y varon adornado de virtudes, se hallaba á la sazon en Condivinco, (1) y solo él podia darme las noticias que me faltaban. El menor descuido podia perderme en el concepto de Diocleciano y comprometer á Constancio, mi generoso protector. Creí pues, no debia despreciar el informe de los soldados; pero como conocia la brutalidad de aquellos hombres, resolví tomar á mi cargo el cuidado de observar á la gala.

«Al anochecer ceñí mis armas, que cubrí con un manto y saliendo secretamente del castillo, fui á situarme á la orilla del lago en el paraje que los soldados me habian indicado.

«Oculto detrás de los peñascos, habia esperado durante algun tiempo sin que objeto alguno se ofreciera á mi vista, cuando súbitamente hirieron mi oido unos sonidos que el viento me traia desde el lago. Escucho y percibo acentos de voz humana, y al mismo tiempo descubro un esquife suspendido en la cima de una ola; vuelve á bajar, desaparece entre dos olas, y muéstrase de nuevo en la movible eminencia de otra ola, y se acerca á la orilla; una mujer lo conducia. Esta mujer, que cantaba luchando con la tempestad, parecia complacerse en medio de los vientos; y al ver hasta qué punto los arrostraba, hubiérase dicho que estaban bajo su poder. Yo la veia arrojar alternativamente en sacrificio en el lago, piezas de tela, vellones de oveja, panes de cera y pequeñas ruedas de oro y plata.

«En breve toca la orilla, salta en tierra, ata su barquichuela al tronco de un sauce, y se interna en el bosque, apoyándose en el remo de álamo que en la mano tenia. Pasó muy cerca de mí sin verme. Su estatura era alta, y una túnica negra, corta y sin mangas, servia de escaso velo á su desnudez. Llevaba una segur de oro suspendida de un ceñidor de metal, y una rama de encina coronaba su frente. La blancura de sus brazos y tez, sus ojos azules, sus labios de rosa y sus largos cabellos rubios que sueltos flotaban, anunciaban la hija de los galos y formaban estraño contraste con su altiva y salvaje actitud. Cantaba con melodiosa voz palabras terribles, y su desnudo pecho se deprimia y elevaba cual la espuma de las olas.

«Seguíla hasta cierta distancia. Primero atravesó un castañar, cuyos árboles viejos como el tiempo, mostraban casi todos secas las copas. Marchamos luego mas de una hora por un erial cubierto de musgo y helechos. Al confin del erial hallamos un bosque, y en medio de este otro matorral de muchas millas de circunferencia. En su terreno, nunca desmontado, habíanse aglomerado muchas piedras para hacerlo inaccesible á la hoz y al arado. A la estremidad de este arenal, se levantaba uno de esos peñascos aislados que los galos llaman *dolmin*, y que señalan el sepulcro de algun guerrero. Un dia contemplará el labrador, en medio de sus surcos, esas informes pirámides, y atónito ante la magnitud del monumento, atribuirá tal vez á potencias invisibles y funestas lo que solo será el testimonio de la fuerza y la rudeza de sus progenitores.

«La noche dominaba el mundo. La jóven se detuvo no lejos de la piedra, y dió tres palmadas, pronunciando en alta voz estas misteriosas palabras.

«¡Al muérdago del año nuevo!»

«Al punto ví brillar en la profundidad del bosque mil luces; cada encina produjo, por decirlo así, un galo, pues los bárbaros salieron en tropel de sus albergues; unos enteramente armados, llevando otros una rama de encina en la mano derecha, y una antorcha en la izquierda. A favor de mi disfraz, me confundí con la multitud: empero al primer desórden del numeroso concurso, sucedieron en breve el órden y recogimiento, empezando una solemne procesion.

«Los sacerdotes marchaban á la cabeza, conduciendo dos toros blancos, que debian servir de víctimas; los bardos les seguian cantando sobre una especie de guitarra, alabanzas á Teutatés; en pos de ellos venian los discípulos, acompañados de un heraldo ó rey de armas, vestido de blanco, cubierto con un sombrero terminado en dos alas y llevando en la mano un ramo de verbena, rodeada de dos serpientes.

«Tres senanis, (2) representando tres druidas, marchan en pos de los heraldos; uno llevaba un pan, otro un vaso lleno de agua, y el tercero una mano de marfil. En fin, la druidesa (entonces reconocí su profesion) cerraba la comitiva, y ocupaba el puesto del archidruida de quien descendia.

«Adelantáronse todos hácia la encina de treinta años, en que se habia descubierto el muérdago sagrado. Improvisóse al pié del árbol un altar de cesped, y los senanis quemaron en él un poco de pan, rociándolo con algunas gotas de vino puro. Luego un sacerdote vestido de blanco se encaramó sobre la encina, cortó el muérdago con la segur de oro de la druidesa, y un manto blanco estendido debajo del árbol, recibió la planta bendita; los demás sacerdotes sacrificaron las víctimas, y el muérdago dividido en partes iguales, fue distribuido entre la multitud.

«Finalizada esta ceremonia, volvieron todos á la piedra del sepulcro, y clavaron en tierra una espada desnuda, para indicar el centro del *malus* ó del consejo; al pié del dolmin estaban apoyadas otras dos piedras que sustentaban otra, horizontalmente colocada. La druidesa sube á esta tribuna: los galos en pié y armados la rodean, mientras los senanis y sacer-

(1) Nantes.

(2) Filósofos galos que sucedieron á los druidas.

dotes encienden antorchas; los corazones esperimentaban una secreta ternura ante aquella escena, que les traia á la memoria la antigua libertad. Algunos guerreros de nevada cabellera, derramaban gruesas lágrimas que rodaban sobre sus escudos. Inclinados todos hácia delante y apoyados sobre sus lanzas, parecian ya atentos á las palabras de la druidesa».

«Esta recorrió algun tiempo con sus miradas aquellos guerreros, representantes del primer pueblo que osó decir á los hombres: «¡Ay de los vencidos!» imprecacion impía que en aquel momento abrumaba su cabeza. Leíase en el semblante de la druidesa la emocion profunda que le causaba aquel elocuente ejemplo de las vicisitudes de la fortuna. Pero saliendo en breve de sus reflexiones, pronunció este discurso:»

«¡Fieles hijos de Teutatés, vosotros que en medio de la esclavitud de vuestra patria habeis conservado la religion y las leyes de vuestros padres: no puedo contemplaros aquí sin verter copiosas lágrimas! ¿Son estos los restos de aquella nacion que daba leyes al mundo? ¿Do están aquellos florecientes estados de la Galia, y aquel consejo de mujeres á que se sometió el gran Aníbal? ¿Do aquellos druidas que educaban en sus colegios sagrados una juventud numerosa? ¡Proscritos por los tiranos, apenas ya algunos de ellos arrastran una existencia ignorada en cavernas salvajes! Velleda, una débil druidesa; ¡hé aquí todo lo que hoy os queda para cumplir vuestros sacrificios! ¡Oh isla de Saina, isla venerable y sagrada! ¡yo he quedado sola de las nueve vírgenes que servian tu santuario! Pronto Teutatés no tendrá ya ni sacerdotes ni altares. ¿Pero por qué perderíamos la esperanza? Debo anunciaros los auxilios de un poderoso aliado; ¿necesitaríais que os hiciese la pintura de vuestros sufrimientos, para haceros correr á las armas? Esclavos al nacer, no bien habeis pasado de la edad primera, cuando ya los romanos se apoderan de vosotros. ¿Cuál es vuestro destino? Lo ignoro. Al llegar á la edad viril, vais á morir en las fronteras, en defensa de vuestros tiranos, ó á abrir el surco que les alimenta. Condenados á los trabajos mas ásperos, desmontais vuestros bosques, construis con fatigas inauditas los caminos que introducen la esclavitud hasta el corazon de vuestro pais: la servidumbre, la opresion y la muerte se precipitan á estos caminos, exhalando gritos de horrible alegría, al punto que el paso les queda abierto. Finalmente, si sobrevivis á calamidades tantas, sois conducidos á Roma; y encerrados allí en un anfiteatro, os veis obligados á daros recíproca muerte, para divertir con el sangriento espectáculo de vuestra cruel agonía á un populacho feroz. ¡Galos! hay una manera mas digna de vosotros de visitar á Roma. ¡Recordad que vuestro nombre significa viador. !Presentaos súbitamente en el Capitolio, semejantes á aquellos terribles viajeros, vuestros abuelos y ascendientes! ¿Se os reclama en el anfiteatro de Tito? Pues bien: ¡partid! ¡obedeced á los ilustres espectadores que os llaman! Id á enseñar á los romanos á morir, pero de un modo muy diferente que derramando vuestra sangre en sus execrables fiestas; bastante tiempo han estudiado la leccion: hacédsela practicar! Lo que os propongo no es imposible. Las tribus de los francos, que se habian establecido en España, regresan actualmente á su pais; su flota está á la vista de vuestras costas, y solo aguardan una señal para volar á vuestro auxilio. Pero si el cielo no corona vuestros dignos esfuerzos; si la fortuna de los Césares debe triunfar de nuevo, ¡no importa! iremos á buscar con los francos un rincon del mundo donde la esclavitud sea desconocida. Que los pueblos extranjeros nos concedan ó nos nieguen una patria, no puede faltarnos una tierra donde vivamos ó espiremos.»

«No acierto á pintaros, señores, el mágico efecto de este discurso, pronunciado al indeciso resplandor de las antorchas, sobre unas malezas, al pié de un sepulcro, en medio de la sangre de los mal degollados toros, que confundian sus postreros mugidos con el rechinante silbido de la tempestad; no de otra manera se representan esas asambleas de los espíritus de tinieblas, que los mágicos convocan durante la noche en lugares salvajes. Las imaginaciones exaltadas no dejaron autoridad alguna á la razon, por lo cual quedó resuelta, sin deliberar, la reunion á los francos. Tres veces un guerrero intentó hacer oir un parecer contrario, y tres veces le fue impuesto silencio; á la tercera, el heraldo de armas le cortó un pedazo de su manto».

«Todo esto era el triste preludio de una escena espantosa. La muchedumbre pidió á grandes gritos el sacrificio de una víctima humana, para que la voluntad del cielo fuese mejor conocida; los druidas reservaban en otro tiempo para este sacrificio á algun malhechor, condenado de antemano por las leyes. La druidesa se vió precisada á declarar que, puesto que no habia víctima designada, la religion pedia á un viejo, como el holocausto mas acepto á Teutatés».

«Al punto se trajo una gran fuente de hierro, sobre la cual Velleda debia degollar al viejo, y fue colocada en tierra, delante de la druidesa. Aun no habia esta bajado de la tribuna fúnebre desde donde habia arengado al pueblo; pero se habia sentado sobre un triángulo de bronce, las vestiduras en desórden, desmelenada la cabellera, con un puñal en la mano y una antorcha encendida á sus piés. Ignoro cómo hubiera concluido tal escena; yo hubiera probablemente sucumbido bajo el hierro de los bárbaros, si hubiese intentado interrumpir el atroz sacrificio; pero el cielo, en su bondad ó en su cólera, puso fin á mis perplejidades. Los astros descendian al Occidente, y los galos temiendo ser sorprendidos por la luz, resolvieron esperar para ofrecer la abominable hostia, á que Dis, padre de las sombras, trajese á los cielos otra noche. La muchedumbre se dispersó por entre los matorrales, y las antorchas se apagarón; solo algunas, agitadas por el viento, brillaban aun aquí y allá en la profunda espesura del bosque, mientras se oia el coro lejano de los bardos, que cantaban al retirarse estas lúgubres palabras:»

«Teutatés quiere sangre: ha hablado en la encina de los druidas. El muérdago sagrado ha sido cortado con una segur de oro en el sesto dia de la luna, en el primer dia del siglo. Teutatés quiere sangre: ha hablado en la encina de los druidas.»

«Díme priesa á volver al castillo y convoqué las tribus galas. Ya reunidas al pié de la fortaleza, les declaré que conocia su asamblea sediciosa y los complots que contra César forjaban.»

«Los bárbaros quedaron helados de espanto, pues rodeados de romanos, se creyeron próximos á su último instante. De improviso, hácense oir prolongados gemidos: una turba numerosa de mujeres se precipita en la sala. Estas mujeres eran cristianas, y llevaban en sus brazos á sus hijos recien bautizados; todas caen á mis piés y me piden perdon para sus esposos, hijos y hermanos; me presentan sus tiernos hijos y me suplican en nombre de aquella generacion pacífica, que me mostrase benigno.»

«¡Ah! ¿Cómo resistir á su ruegos? ¿Cómo olvidar la caridad de Zacarías? Hice levantar á todas aquellas mujeres.»

«—Hermanas mias, les dije, os concedo el perdon que me pedis en nombre de Jesucristo, nuestro comun Señor. Vosotras, por vuestra parte, me respondereis de vuestros esposos, y me daré por satisfecho cuando me hayais prometido que permanecerán fieles á César.»

«Los ~~armicanes~~ armoricanos prorumpieron en gritos de júbilo, ensalzando hasta las nubes una clemencia que tan

doco me costaba. Antes de despedirlas, les arranqué la promesa de que renunciarian á sacrificios horrorosos sin duda, puesto que habian sido proscritos hasta por Tiberio y Claudio. Exigí, no obstante, me fuesen entregados la druidesa Velleda y su padre Segenax, primer magistrado de los redones. Aquella misma noche me fueron presentados entrambos rehenes, y les dí el castillo por asilo. Hice salir una flota que halló á la de los francos y la obligó á alejarse de las costas de la Armórica. De este modo quedó plenamente restablecido el órden. Esta aventura, por consiguiente, tuvo para mí solo las consecuencias de que me resta hablaros.»

Eudoro se interrumpió de repente; se mostró turbado, bajó los ojos, y luego los dirigió á su pesar á Cimodocea, que se ruborizó como si hubiese penetrado el pensamiento de Eudoro. Cirilo advirtió su mutua turbacion, y dirigiéndose á la esposa de Lastenes, le dijo:

«—Séfora, quiero ofrecer el santo sacrificio por Eudoro, cuando haya acabado de contar su historia. ¿Podrias hacerme preparar el altar?»

Séfora se levantó y sus hijas la siguieron. La tímida Cimodocea no se atrevió á quedarse sola con los ancianos, y acompañó á las mujeres, no sin esperimentar mortal disgusto.

Demodoco, que la veia cruzar cual ligera corza por el césped del jardin, exclamó lleno de alegría:

«—¡Qué gloria puede igualar á la de un padre que ve á su hijo crecer y hermosearse á su vista! El mismo Júpiter amó tiernamente á su hijo Hércules, y á pesar de ser inmortal, esperimentó temores y agonías mortales porque habia adoptado el corazon de padre. ¡Querido Eudoro! tú causas las mismas inquietudes y los mismos placeres á los tuyos. Prosigue tu historia. Amo, te lo confieso á tus cristianos: hijos de las Súplicas, acuden á todas partes como sus madres, en pos de la Injuria, para reparar el mal que esta ha causado. Son valientes como leones y tiernos como palomas; abrigan un corazon tranquilo é inteligente: ¡lástima grande por cierto que no conozcan á Júpiter! Pero yo, Eudoro, continuo hablando á pesar del deseo que tengo de oirte. Tal, empero es, hijo mio, la condicion de los viejos: cuando han empezado un discurso, se embelesan con su propia sabiduría; un dios les impele, y no pueden ya detenerse.»

Eudoro volvió á tomar la palabra.

LIBRO DÉCIMO.

SUMARIO. Continuacion de la historia. Fin del episodio de Velleda.

»YA os he dicho, señores, que Velleda habitaba el castillo con su padre. Los pesares y la inquietud despertaron desde luego en Segenax una fiebre ardiente, durante la cual le prodigué todos los auxilios que exigia la humanidad, y todos los dias iba á visitar al padre y á la hija en la torre á donde les habia hecho trasladar. Esta conducta, diferente de la de otros comandantes romanos, escitó una viva gratitud en los dos desgraciados: el anciano volvió á la vida, y la druidesa, que habia mostrado al principio un profundo abatimiento, mostróse en breve mas contenta. Encontrábala paseando sola con alegre aspecto los patios del castillo, las salas, las galerías, los pasadizos secretos y las escaleras circulares que conducian á las habitaciones altas de la fortaleza; multiplicábase á mi paso, y cuando la juzgaba al lado de su padre, se dejaba ver de repente en el fondo de un oscuro corredor, á manera de fantástica aparicion.

»Esta mujer era estraordinaria. Tenia, como todas las galas, algo de caprichoso y atractivo: su mirada era viva, su boca descubria una espresion un tanto desdeñosa, y su sonrisa era notablemente dulce y espiritual. Sus ademanes ora eran altivos, ora voluptuosos, y en el conjunto de su persona advertíanse á la par el abandono y la dignidad, la inocencia y el artificio. Grande hubiera sido mi sorpresa al hallar en una especie de salvaje un conocimiento profundo de las letras griegas y de la historia de su país, á no haber sabido que Velleda descendia de la familia del archidruida, y que habia sido educada por un senani para ser incorporada al órden sabio de los sacerdotes galos. El orgullo dominaba en esta bárbara, y la exaltacion de sus ideas rayaba algunas veces en el delirio.

«Una noche, yo vigilaba solo en una sala de armas desde donde no se descubria el cielo sino por medio de estrechas y largas aberturas practicadas en el espesor de las piedras. Algunos rayos de las estrellas, deslizándose á través de estas grietas, hacian brillar las lanzas y las águilas, simétricamente colocadas á lo largo de las paredes. No habia encendido luz, y paseaba en medio de las tinieblas.

«De improviso, un pálido crepúsculo blanquea las sombras en una de las estremidades de la galería; la inesperada claridad crece por grados y no tardo en descubrir á Velleda, en cuya mano resplandecia una de esas lámparas romanas que penden de una cadena de oro. Sus rubios cabellos, prendidos á la griega en la parte superior de su cabeza, estaban adornados de una corona de verbena, planta sagrada entre los druidas, y su vestidura se reducia á una blanca túnica. La hija de un monarca ostenta menos hermosura, nobleza y magestad.

«—Colgó su lámpara de las correas de un broquel, y dirigiéndose hácia mí me dijo:

«Mi padre duerme; ¡siéntate y escucha!»

«Desprendí de la pared un trofeo de picas y dardos que coloqué en el suelo, y nos sentamos sobre aquel grupo de armas en frente de la lámpara.

«—¿Sabes, me dijo entonces la jóven bárbara, que soy hada?

«Pedíle la esplicacion de esta palabra.

«—Las hadas galas, respondió, tienen el poder de desatar las tempestades, de conjurarlas, de hacerse invisibles y de tomar la forma de diferentes animales.

«—No reconozco semejante poder, le repliqué con gravedad. ¿Cómo puedes creer razonablemente que posees un poder que nunca has ejercido? Mi religion se ofende de tan absurdas supersticiones. Las tempestades solo obedecen á Dios.

«—No te hablo de tu Dios, replicó con impaciencia. Dime: ¿has oido la última noche el gemido de una fuente en los bosques, y la queja de la brisa en la yerba que bajo tu ventana crece? ¡Pues bien! yo suspiraba en esa fuente y en esa brisa, porque he observado que amas el murmullo de las aguas y de los vientos.»

«Compadecíme de aquella insensata, que leyendo este sentimiento en mi semblante, me dijo:

«—Te inspiro lástima; pero si me conceptuas loca, atribúyelo á tí mismo. ¿Por qué has salvado á mi padre con tanta bondad? ¿por qué me has tratado con tanta dulzura? Soy vírgen, vírgen de la isla de Saina: empero ya guarde, ya viole mis votos, yo sucumbiré, y tú serás la causa de mi muerte. Hé aquí lo que decirte queria. ¡Adios!

«Levantóse, y tomando su lámpara desapareció.

«Nunca, señores, he esperimentado igual dolor. Nada es tan horroroso como la desgracia de robar la paz á la inocencia. Yo me habia adormecido en medio de los peligros, satisfecho con hallar dentro de mí la resolucion del bien y la voluntad de tornar un dia al abandonado aprisco. Esta tibieza debia ser castigada: yo habia mecido en mi corazon las pasiones

con temeraria complacencia, y era justo sufriese el castigo impuesto á las pasiones!

«Por esto me quitó el cielo en aquel momento todo medio de alejar el peligro. Clario, el pastor cristiano, estaba ausente; Segenax hallábase todavía demasiado débil para salir del castillo, y yo no podia sin ofensa de la humanidad, separar á la hija del padre. Víme, pues, obligado á guardar el enemigo cerca de mí y á esponerme, á despecho mio, á sus ataques. En vano cesé de visitar al anciano; en vano me sustraía á la vista de Velleda, porque la hallaba en todas partes; me esperaba dias enteros en los lugares por donde no podia dejar de pasar, y en ellos me hablaba de su amor.

«Yo conocia, es cierto, que Velleda jamás me inspiraria un cariño verdadero, pues carecia para mí de ese atractivo secreto que constituye el destino de nuestra existencia; no obstante, la hija de Segenax era jóven, hermosa y apasionada; y cuando sus labios articulaban palabras de fuego, todos mis sentidos esperimentaban un total desconcierto.

«A cierta distancia del castillo, en uno de esos bosques llamados castos por los drúidas, veíase un árbol muerto que el hierro habia despojado de su corteza. Aquella especie de fantasma se hacia distinguir por su palidez en medio de las negras hondonadas del bosque. Adorado bajo el nombre de Irminsul, habiáse convertido en una divinidad formidable para los bárbaros, quienes en sus alegrías como en sus pesares, no sabian invocar sino la muerte. En derredor de aquel simulacro, algunas encinas cuyas raices habian sido regadas con sangre humana, dejaban ver suspensas de sus ramas las armas y las insignias bélicas de los galos; el viento las agitaba en el ramaje, y producian al mútuo choque siniestros rumores.

«Yo iba con frecuencia á visitar aquel santuario, lleno del recuerdo de la antigua raza de los celtas; cierto dia meditaba en el mismo lugar. El aquilon zumbaba á lo lejos y arrancaba del tronco de los árboles grandes manojos de yedra y musgo. Velleda se presentó á mí bruscamente.

«—Huyes de mí, me dijo, buscas los lugares mas solitarios para librarte de mi presencia; pero tu propósito es inutil, porque hasta la tempestad te trae á Velleda, como ese musgo marchito que cae á tus piés.»

«Y colocándose en pié delante de mí, cruzó los brazos, me miró de hito en hito, y me dijo:

«—Tengo muchas cosas que decirte; quisiera hablar largo rato contigo. Sé que mis quejas te importunan; sé que nunca te inspirarán amor; ¡pero, cruel! yo me deleito en mis confesiones; me complazco en alimentarme de mi llama y en hacerte conocer toda la estension de su violencia. ¡Ah! ¡cuál si me amases, cuál seria nuestra felicidad! Hallariamos para espresarnos, un lenguaje digno del mismo cielo; ahora empero me faltan palabras, porque tu alma no responde á mi alma.»

«Una ráfaga de viento estremeció rúdamente el bosque, y los escudos de metal exhalaron un melancólico quejido. Velleda levantó despavorida la cabeza, y mirando los suspendidos trofeos, exclamó:

«—Las armas de mi padre gimen; ¡oh! ¡alguna calamidad me predicen!

«Despues de un momento de silencio añadió:

«—Es preciso, sin embargo, que alguna razon motive tu estraña indiferencia. Tanto amor hubiera debido inspirártelo. Esta frialdad es demasiado extraordinaria.»

«Interrumpióse de nuevo. Saliendo de repente como de una reflexion profunda, exclamó:

«—¡He aquí la razon que buscaba! No puedes sufrirme, porque nada digno de tí me es posible ofrecerte.

«Entonces, acercándose á mí como delirante, y poniendo su mano sobre mi corazon, prosiguió:

«—¡Guerrero! tu corazon permanece tranquilo bajo la mano ardiente del amor; pero tal vez un trono le haria palpitar. ¡Habla! ¿quieres el imperio? Una gala lo prometió á Diocleciano; una gala te lo propone; pero aquella gala era únicamente profetisa, y yo soy á la vez profetisa y amante. Todo, por consiguiente, lo puedo en obsequio tuyo; bien lo sabes: muchas veces hemos dispuesto de la púrpura. Armaré en secreto á nuestros guerreros; Teutatés te será favorable, y merced á mi arte obligaré al cielo á secundar tus deseos. Haré salir á los druidas de sus bosques y marcharé yo misma á los combates, llevando en la mano una rama de encina. Y si la suerte nos fuese adversa, hay todavía otras cuevas en las Galias, donde, nueva Eponina, podria ocultar á mi esposo. ¡Ah! ¡desventurada Velleda! ¡hablas de esposo, y nunca serás amada!»

«La voz de la jóven bárbara espira, su mano en mi pecho apoyada, cae sin fuerza; inclina la cabeza y su ardor se apaga en torrentes de lágrimas.

«Esta conversacion me llenó de espanto, pues empezé á temer que mi resistencia seria inútil. Mi ternura era estremada cuando Velleda cesó de hablar, y durante el resto del dia sentí sobre mi intranquilo corazon la impresion ardiente de su mano. Queriendo á lo menos hacer un esfuerzo postrero para salvarme, tomé una resolucion que en lugar de prevenir el mal contribuyó tan solo á agravarlo, porque cuando Dios se resuelve á castigarnos, vuelve en nuestro daño nuestra propia sabiduría y menosprecia una prudencia harto tardia.

«Os he dicho que no habia podido hacer salir desde luego á Segenax del castillo á causa de su estremada debilidad; pero recobrando el anciano lentamente sus fuerzas y creciendo por momentos el peligro para mí, supuse haber recibido cartas de César en que se me mandaba devolver la libertad á los prisioneros. Velleda quiso hablarme antes de su partida, pero me negué á verla para evitarnos recíprocamente una escena dolorosa; y no permitiéndole su cariño filial abandonar á su padre, le siguió, como yo lo habia previsto. Al dia siguiente se presentó á las puertas del castillo, pero le fue dicho que yo habia emprendido un viaje. Esto oido, bajó tristemente la cabeza y volvió en silencio al bosque; durante muchos dias se presentó del mismo modo pero recibió igual respuesta. La última vez permaneció largo rato apoyada en un árbol, mirando los muros de la fortaleza. Yo la veia á través de una ventana sin poder reprimir mis lágrimas; alejóse al fin con lento paso y no volví á verla.

Empezaba á encontrar un poco de descanso, pues me lisongeaba creyendo que Velleda se habia al fin curado de su fatal amor. Cansado del encierro en que me habia mantenido, quise respirar el puro ambiente del campo. Arrojé sobre mis espaldas una piel de oso, armé mi brazo con el chuzo de un cazador, y saliendo del castillo, fuí á sentarme en una prominente colina desde donde se descubria el estrecho británico.

«Semejante á Ulises recordando su Itaca, ó á los troyanos desterrados en los campos de la Sicilia, yo miraba la vasta estension de las olas y lloraba. Nacido al pié del monte Taigeto, pensaba, el melancólico murmullo del mar es el primer rumor que hirió mi oido al abrir mis ojos á la luz. ¡En cuántas playas he visto despues estrellarse las mismas olas que ora miro romperse á mis piés! ¡Quién me hubiese dicho algunos años há que oiria gemir en las costas de Italia, en las arenosas playas de los bátavos, de los bretones y los galos aquellas olas que veia espaciarse y desenvolverse en las hermosas playas de la Mesenia! ¿Cuál será el término de mis peregrinaciones? ¡Feliz yo si la muerte me hubiese sorprendido antes de haber empezado mis escursiones sobre la tierra,

y cuando á nadie podia contar aventura alguna!»

«Tales eran mis reflexiones, cuando oí bastante cerca de mí los sonidos de una voz y una guitarra. Estos sonidos, interrumpidos por intérvalos de silencio, por el doble murmullo del bosque y el mar, por el chillido del chorlito, y la alondra marina, ofrecian cierto sello de encanto y de rusticidad. No tardé en descubrir sentada, en las malezas á Velleda, cuyo adorno anunciaba la perturbacion de su espíritu: ostentaba un collar de frutos de escaramujo; su guitarra pendia de su seno por medio de una trenza de yedra y helecho seco, y un velo blanco que cubria su cabeza, bajaba hasta sus piés. Con tan singular atavío, pálida y cansados los ojos de llorar, su belleza, no obstante, cautivaba la atencion. Yo la vislumbraba detrás de un matorral medio desnuda; así representa el poeta la sombra de Dido, mostrándose á través de un bosque de mirtos, semejante á la luna nueva que se eleva magestuosa sobre una nube.

«Mi involuntario movimiento al reconocer á la hija de Segenax, atrajo sus miradas. A mi aspecto, la espresion de una alegría turbada se anunció en su semblante. Hizome una señal misteriosa y me dijo:

«—Harto sabia que lograria atraerte á estos lugares; ¿lo ves? nada resiste al poder de mis acentos.»

«Y se puso á cantar:

«—Hércules, tu desembarcaste en la frondosa «Aquitania; Pirene, que dió su nombre á las monta-«ñas de la Iberia, Pirene, hija del rey Bebricio, se ca-«só con el héroe griego; porque los griegos han cau-«tivado en todos tiempos el corazon de las mujeres.»

«Velleda se levantó, y acercándose á mí me dijo:

«—No sé que indefinible encanto me arrasta en pos de tí; vago sin cesar en derredor de tu castillo, y me entristezco al no poder penetrar en él. Pero he preparado hechizos; iré á buscar el sélago; ofreceré primero una oblacion de pan y vino; me vestiré de blanco; desnudos los piés, mi mano derecha oculta debajo de la túnica, arrancará la planta, y mi izquierda la robará á mi derecha. Nada, entonces, será poderoso á resistirme: me deslizaré en tu habitacion sobre los rayos de la luna; tomaré la forma de una paloma campestre, y volaré á la cúspide de la torre que habitas. Si yo supiese lo que prefieres!.. podria... ¡Pero no! quiero ser amada por mí misma, porque me serias infiel si me amases bajo prestadas formas.»

«A estas palabras, Velleda prorrumpió en gritos de desesperacion.

«Pero pronto, cambiando el giro de sus ideas y procurando leer en mis ojos, como para penetrar mis secretos, exclamó:

«¡Oh! ¡sí, sí! las romanas habrán gastado tu corazon porque las habrás amado en demasia ¿Tantas ventajas, pues, ostentan sobre mí? Los cisnes son menos blancos que las hijas de los galos; nuestros ojos tienen el color y el brillo del cielo; nuestros cabellos son tan hermosos que tus romanas nos los compran, para con ellos prestar á sus sienes atractiva sombra; pero el follaje solo ostenta sus gracias sobre la copa del árbol nativo. ¿Ves mi cabellera? Pues bien! si hubiese querido cederla, hermosearia ahora la altiva frente de la emperatriz; ¡pero es mi diadema, y la he guardado para tí! ¿Ignoras que nuestros padres, hermanos y esposos encuentran en nosotras cierto sello divino? Una voz impostora te habrá tal vez referido que las galas son caprichosas, inconstantes é infieles; ¡no le des asenso! Entre los hijos de los druidas las pasiones son graves y de resultados terribles.

«Tomé entre las mias las manos de aquella infeliz y las estreché tiernamente.

«—Velleda le dije, si me amas, hay un medio de probármelo; vuelve á casa de tu padre, que ha menester de tu auxilio. No te abandones á un dolor que perturba tu razon y me ocasionará la muerte.»

«Esto diciendo, baje la colina y Velleda me siguió. Nos internamos en el campo por caminos poco frecuentados, en los que crecia el césped.

«—Si me hubieses amado, decia Velleda, ¡con cuán intensa delicia hubiéramos recorrido estos campos! ¡Cuánta felicidad sería para mí vagar á tu lado por estos solitarios caminos, á semejanza de la oveja cuyos vellones han quedado pendientes de estas zarzas!»

«Se interrumpió, y mirando sus brazos enflaquecidos, dijo con amarga sonrisa:

«—Yo tambien he sido desgarrada por las espinas de este desierto, y dejo en ellas diariamente parte de mis propios despojos.»

«Tornando de nuevo á sus ensueños, prosiguió:

«—A la márgen del arroyo, al pié del árbol añoso, á lo largo de esta cerca y de estos surcos donde sonrie el primer verdor de los trigos que no veré llegar á sazon, hubiéramos admirado el ocaso. Muchas veces, durante las tempestades, ocultos en alguna quinta aislada ó entre las ruinas de una cabaña, hubiéramos oido gemir el viento bajo el abandonado techo de paja. ¿Imaginaste acaso que en mis sueños de felicidad he codiciado tesoros, palacios, ostentacion? ¡Ah! harto mas modestos eran mis mas caros deseos, y no obstante no han sido escuchados. Nunca he visto en el rincon de un bosque la insegura choza de un pastor, sin ocurrirme que esa choza me bastaria contigo. Mas feliz que esos escitas, cuya historia me han contado los druidas, pasearíamos hoy nuestra cabaña de soledad en soledad, y nuestra morada no perteneceria ya mas á la tierra que nuestra propia vida.»

«Llegamos á la entrada de un bosque de abetos y de cedros. La hija de Segenax se detuvo y dijo:

«—Mi padre habita este bosque; no quiero que entres en su vivienda, porque te acusa de haberle robado su hija.» Tú puedes, sin ser demasiado infeliz, verme en medio de mis amarguras, porque soy jóven y vigorosa; pero las lágrimas de un anciano desgarran el corazon. Iré á buscarte al castillo.»

«Dijo, y me abandonó bruscamente.

«Este inopinado encuentro dió el último golpe á mi razon. Tan poderoso es el peligro de las pasiones, que aun sin sentirlas se respira en su atmósfera un veneno que perturba las facultades del alma. Veinte veces, mientras Velleda me espresaba unos sentimientos tan melancólicos y tiernos, veinte veces estuve próximo á arrojarme á sus piés, á asombrarla con el espectáculo de su victoria y á colmarla de júbilo con la confesion de mi derrota; pero en el momento de sucumbir, no debí mi salvacion sino á la misma compasion que esta desgraciada me inspiraba. Mas, esta compasion que al principio me salvó, fue en realidad la que me perdió, porque me privó del resto de mis fuerzas. No sentí ya dentro de mí firmeza alguna contra Velleda, y me acusé de ser la triste causa del estravio de su razon, por mi exagerada rigidez. Una prueba tan desastrosa de valor, me inspiró aversion al mismo valor; caí de nuevo en mi habitual debilidad, y no contando ya conmigo mismo, cifré toda mi esperanza en el regreso de Clario.

«Trascurrieron algunos dias, y no volviendo Velleda al castillo, como habia prometido, empezé á temer algun accidente fatal. Lleno de viva inquietud, subia para dirigirme á la vivienda de Segenax cuando un soldado que llegaba aceleradamente de la costa, vino á participarme que la flota de los francos se presentaba de nuevo á la vista de la Armórica. Víme, pues, precisado á ponerme en marcha sin dilacion. El tiempo estaba encapotado y todo anunciaba una tempestad. Como los bárbaros elegian casi siempre para desembarcar el momento de las tormentas, redoblé mi vigilancia é hice poner por todas partes á los soldados sobre las armas, fortificando al mismo tiempo los puntos mas amenazados. Todo el dia pasó

en estos trabajos; y haciendo la noche estallar la tempestad, nos vimos envueltos en nuevas zozobras y alarmas.

«A la estremidad de una costa peligrosa, sobre una playa en que crecen escasamente algunas yerbas en una arena estéril, se eleva una dilatada serie de piedras druídicas semejantes al sepulcro donde habia hallado á Velleda. Azotadas por los vientos, las lluvias y las olas, álzanse allí solitarias entre el mar, la tierra y el cielo; su orígen y destino son igualmente desconocidos. Monumentos de la ciencia de los druidas, ¿simbolizan algunos secretos de la astronomia, ó algunos misterios de la Divinidad? Se ignora. Pero los galos, que no se acercan á estas piedras sin profundo terror, dicen que en ellas se advierten fuegos errantes y se escucha la voz de los fantasmas.

«La soledad de aquel lugar y el pavor que inspiraba me parecieron oportunos para favorecer un desembarque de los bárbaros. Crei, pues, debia colocar una guardia sobre aquella costa, y resolví pasar en ella la noche.

«Un esclavo enviado por mi con una carta á Velleda, habia vuelto con esta carta, porque no habia encontrado á la druidesa, que habia dejado á su padre hácia la tercera hora del dia, y se ignoraba su paradero. Esta noticia contribuyó á aumentar mis temores. Devorado de amarguras, habiame sentado lejos de los soldados, en un lugar solitario. Súbitamente oí un rumor y crei entreveer algun objeto en la sombra. Desenvaino la espada, me levanto y corro hácia la fugitiva fantasma; mas ¡cuál fue mi sorpresa al asir á Velleda!

«—¡Cómo! me dijo en voz baja, eres tú! ¿Has sabido acaso que me hallaba aquí?

«—No, le respondí, ¿pero hacias traicion á los romanos?»

«—¡Me hablas de traicion! replicó indignada; ¿no he jurado no emprender cosa alguna contra tí? Sígueme y verás lo que hago aquí.»

«Y tomándome de la mano, me condujo hasta la punta mas prominente del último peñasco druídico.

«La mar se estrellaba á nuestros piés contra los escollos con pavoroso estruendo; y sus rotas oleadas ásperamente impelidas por el viento, al azotar el estremecido peñasco, nos cubrian de espuma y destellos de fuego. Las nubes volaban por el cielo velando en su tormentosa fuga la faz de la luna, que parecia correr rápidamente á través de aquel siniestro caos.

«—Escucha con atencion lo que voy á comunicarte, me dijo Velleda. En esta costa habitan unos pescadores desconocidos para tí. Cuando la noche haya llegado á la mitad de su curso, oirán que una persona golpea sus puertas y les llama en voz remisa. Entonces correrán á la playa sin conocer el poder que los arrastra; hallarán unas barcas vacias, y sin embargo, estas barcas estarán tan cargadas de almas de muertos, que apenas se alzarán sobre el nivel de las olas. En menos de una hora los pescadores terminarán una navegacion de un dia, y conducirán las almas á la isla de los Bretones. A nadie verán ni durante la travesia ni durante el desembarque; pero oirán una voz que contará los nuevos pasajeros al guardian de las almas. Si en las barcas se hallan algunas mujeres, la voz declarará el nombre de sus esposos. Tú sabes, ¡cruel! si se podrá nombrar el mio.»

«Quise combatir las supersticiones de Velleda.

«—¡Calla! me dijo, como si hubiese sido reo de impiedad. Pronto verás el torbellino de fuego que anuncia el paso de las almas. ¿No oyes ya su gritos?

«Velleda calló y prestó atento oido.

«Despues de algunos momentos de silencio dijo:

«—Cuando yo no exista, prométeme enviarme noticias de mi padre. Cuando alguno haya dejado de ser, me escribirás cartas que arrojarás en la hoguera fúnebre, y llegarán hasta mí en la *Mansion de los Recuerdos*; las leeré con delicia, y de esta suerte conversaremos desde ambos lados del sepulcro.»

«En este momento, una ola furiosa choca rebramando contra el sombrio peñasco y conmueve sus eternos cimientos. Una ráfaga de viento rasga los densos nubarrones, y la luna deja caer un rayo mortecino sobre la concitada superficie de las olas. Estiéndense por la playa siniestros rumores; la tétrica ave de los escollos hace oir su gemido, semejante al grito de agonía del hombre que se anega; el despavorido centinela da el grito de alarma. Velleda convulsa tiende sus brazos y exclama:

«—¡Me esperan!»

«Y se dirigió hácia las embravecidas olas; yo la retuve por su velo....

«—¡Oh Cirilo! ¿cómo proseguir? mi rostro se cubre de vergüenza y confusion, pero te debo la confesion entera de mis faltas: las someto, sin ocultar circunstancia alguna, al santo tribunal de tu augusta ancianidad. ¡Ah! ¡despues de mi naufragio, me refugio en tu caridad, como en un puerto de misericordia!

«Desfallecido por los repetidos combates que contra mí mismo habia sostenido, no pude resistir al último testimonio del amor de Velleda. Tanta hermosura, tanta pasion, desesperacion tanta, me privaron á mi vez de la razon: ¡quedé vencido!

«—¡No! grité frenético en medio de la noche y la tempestad, ¡no soy bastante fuerte para ser cristiano!»

«Caigo á los piés de Velleda... ¡El infierno da la señal de este himeneo funesto; los espíritus de las tinieblas ahullan en el abismo; las castas esposas de los patriarcas vuelven la vista, y mi ángel protector, cubriéndose con sus alas, huye á los cielos!

«La hija de Segenax se resolvió á vivir, ó por mejor decir, no tuvo la fuerza necesaria para morir. Permanecia muda en una especie de estupor, á la vez suplicio horroroso é inefable deleite. El amor, el remordimiento, la vergüenza, el temor, y sobre todo la sorpresa agitaban el corazon de Velleda: no podia creer que yo fuese aquel mismo Eudoro, hasta allí tan insensible; y, no sabiendo si se veia alucinada por algun fantasma de la noche, me tocaba las manos y los cabellos para cerciorarse de la realidad de mi existencia. En cuanto á mí, mi felicidad semejaba á la desesperacion; y cualquiera que nos hubiera visto en medio de nuestra ventura, nos hubiera juzgado dos criminales á quienes acaba de leerse la sentencia fatal.

«Desde aquel momento me senti marcado con el sello abrumador de la reprobacion divina; dudé de la posibilidad de mi salvacion y de la omnipotencia de la misericordia de Dios. Tinieblas espesas como un humo denso se estendieron por mi alma, de la que me pareció que una legion de espíritus rebeldes tomaba súbita posesion. Hallé en mí ideas desconocidas; mis labios articularon naturalmente el idioma de los infiernos, é hice oir las blasfemias de aquellos lugares en donde resonarán gemidos y llantos eternos.

«Llorando y sonriendo alternativamente, la mas dichosa y la mas desventurada de las criaturas, Velleda guardaba silencio. El alba empezaba á iluminar los cielos, y el enemigo no se presentó á nuestra vista. Volví á mi castillo seguido de mi víctima. Dos veces la estrella que señala los últimos pasos del dia ocultó nuestro sonrojo en las sombras, y dos veces la estrella precursora de la luz, nos trajo la vergüenza y los remordimientos. A la tercera aurora, Velleda subió sobre mi carro para ir á buscar á Segenax; mas no bien habia desaparecido en los bosques de encinas, cuando vi elevarse sobre estos alta columna de fuego y humo. En el instante que descubrí tan alarmantes señales, un centurion vino á noticiarme que se oian resonar de aldea en aldea los gritos en que prorrumpen los galos cuando quieren comunicarse una

nueva. Creí que los francos habian atacado algun punto de la costa, y dime priesa á salir con mis tropas.

«Pronto descubrí á multitud de paisanos que corrian en todas direcciones, y se reunian á un numeroso grupo que hácia mí se adelantaba.

«Marcho al frente de los romanos contra los rústicos batallones. Al colocarme al alcance de un venablo, mando hacer alto á mis soldados, y adelantándome solo, desnuda la cabeza, entre ambos ejércitos, hablo en estos términos:

«—¡Galos! ¿qué causa os congrega? ¿Los francos han desembarcado en las Armóricas? ¿Venis á ofrecerme vuestros auxilios, ó bien os presentais aquí como enemigos de César?

«Un anciano salió de las filas. Sus hombros temblaban bajo el peso de la coraza, y un inútil acero abrumaba su cansado brazo. ¡Oh sorpresa! creo reconocer una de aquellas armaduras que habia visto suspendidas en el bosque de los druidas. ¡Oh confusion! ¡oh dolor! ¡aquel venerable guerrero era Segenax!

«—¡Galos! gritó, testigos sean de mi acusacion estas armas de mi juventud, que he tomado de nuevo del tronco de Irminsul, donde las habia consagrado: ¡he ahí al que ha deshonrado mis blancos cabellos! Un sacerdote ha seguido á mi hija, cuya razon está estraviada, y ha visto en las sombras el crimen de un romano. ¡La vírgen de Saina ha sido ultrajada! ¡Vengad á vuestras hijas y á vuestras esposas! !vengad á los galos y á vuestros dioses!»

«Dice, y me lanza un venablo con impotente mano. El dardo sin fuerza viene á caer á mis piés; ¡bendecídole hubiera si me hubiese atravesado el corazon! Los galos, exhalando un ronco grito, se precipitan sobre mí, pero mis soldados avanzan en mi defensa. En vano intenté detener á los combatientes. No era ya aquel un tumulto pasajero; era un verdadero combate, cuyos confusos clamores llegaban al cielo. Hubiérase creido que las divinidades de los druidas habian salido de sus bosques, y que desde lo alto de un aprisco animaban á los galos á la matanza: ¡tan ciego era el encarnizamiento que mostraban aquellos montaraces labradores! Indiferente á los golpes que amagaban mi cabeza, solo me ocupé en salvar á Segenax; pero mientras le arrancaba á las manos de los soldados, y procuraba ponerle al abrigo del tronco de una encina, un dardo arrojado de en medio de la exasperada multitud, rompe los aires con pavoroso silvido y viene á clavarse en las entrañas del anciano, que vacila y cae bajo el árbol de sus abuelos, á la manera que el anciano Priamo cayó bajo el laurel que prestaba amiga sombra á sus altares domésticos.

«En tan aciago momento, descúbrese un carro en la estremidad de la llanura. Inclinada hácia los caballos, una mujer, suelto el cabello, escita su ardor, queriendo al parecer prestarles alas. Velleda no habia encontrado á su padre, y habiendo sabido que este reunia á los galos para vengar el honor de su hija, la druidesa vió que ha sido delatada, y conoció toda la estension de su falta. Vuela sobre las huellas del anciano, llega á la llanura, teatro del combate fatal, impele desalada sus caballos á través de las filas, y me descubre derramando lágrimas sobre el yerto cadáver de su padre, tendido á mis piés. Enagenada de dolor, Velleda detiene sus impetuosos corceles, y grita desde lo alto de su carro:

«¡Galos! ¡suspended vuestros injustos golpes! Yo he causado vuestros males, yo he dado la muerte á mi padre! Cesad de arriesgar vuestros dias por una mujer criminal. El romano es inocente. La vírgen de Saina no ha sido ultrajada: háse entregado ella misma, violando voluntariamente su votos. ¡Ojala mi muerte devuelva la paz á mi patria!»

«Arrancando entonces de su frente la corona de verbena, y descolgando de su ceñidor la segur de oro, como si se dispusiese á hacer un sacrificio á sus dioses, exclama:

«¡No mancharé mas estos adornos de vestal!»

«Calla, y aplica á su cuello el instrumento sagrado: la sangre brota y anega su pecho. Bien así como una segadora que al concluir su tarea se duerme á la estremedad del surco, la infeliz Velleda se reclina sobre el carro; la segur de oro abandona su desfallecida mano, y su hermosa cabeza cae blandamente sobre la espalda. Hace un esfuerzo para pronunciar de nuevo el nombre de su amado; pero sus lívidos labios solo dejan percibir un confuso murmullo; yo no estaba ya sino en las visiones postreras de la hija de los galos, cuyos ojos, poco antes tan bellos, habia para siempre cerrado el invencible sueño de la muerte.

LIBRO UNDECIMO.

SUMARIO. Prosigue la historia. Arrepentimiento de Eudoro. Su penitencia pública. Pasa á Egipto para pedir su retiro á Diocleciano. Navegacion. Alejandría. El Nilo. El Egipto. Eudoro alcanza su retiro de Diocleciano. La Tebaida. Eudoro vuelve á la casa paterna. Fin de la historia.

«¡PERDONAD, señores, las lágrimas que brotan todavía de mis ojos! No os diré que los centuriones me habian detenido mientras Velleda se arrancaba la vida. ¡En castigo demasiado justo del cielo, no debia volver á ver á la mujer á quien habia seducido, sino para hundirla en la tumba!

«La gran época de mi vida, ¡oh Cirilo! debe contarse desde este momento, pues es la época de mi vuelta á la religion. Hasta entonces, las faltas que me habian sido personales y que solo sobre mí habian refluido, me habian impresionado débilmente; pero cuando me reconocí causa de la ajena desgracia, mi corazon se sublevó contra mí. No titubee mas. Clario llegó, y arrojándome á sus piés le hice la confesion de las iniquidades de mi vida. El prelado me abrazó con vivos trasportes de alegría y me impuso parte de esta penitencia, no bastante rigorosa, cuya continuacion veis hoy.

«Las fiebres del alma semejan á las del cuerpo, por lo que para curarlas es preciso sobre todo cambiar de lugares. Resolví, pues, abandonar la Armórica, ✗ renunciar al mundo é ir á llorar mis errores bajo el techo paterno. Envié á Constancio las insignias de mi autoridad, suplicándole me permitiese abandonar el siglo y las armas; César procuró retenerme valiéndose de toda clase de medios, y me nombró prefecto del pretorio de las Galias; dignidad suprema, cuya jurisdicion se estiende sobre la España y las islas de los bretones. Pero viendo Constancio cuan firme persistia en mis própositos, me escribió estas palabras, llenas de su acostumbrada bondad:

«No puedo concederte por mí mismo la gracia que «me pides, porque perteneces al pueblo romano. «Solo el emperador tiene el derecho de fijar tu suerte. «Ve, pues, á buscarle, solicita tu retiro, y si Augusto «te lo niega, vuelve á hallar al César.»

«Entregué el mando de la Armórica al tribuno que debia reemplazarme: abracé á Clario, y lleno de ternura y remordimientos, abandoné los bosques y asperezas que habia habitado la malograda Velleda. Me embarqué en el puerto de Nimes, llegué á Ostia y ví otra vez aquella Roma, teatro de mis primeros errores. En vano algunos amigos, jóvenes aun, quisieron llevarme á sus festines; mi tristeza envenenaba la alegría de sus banquetes, y fingiendo la sonrisa, mantenia largo rato la copa aplicada á mis labios, para ocultar mis lágrimas. Postrado ante el jefe de los cristianos que me habia separado de la comunion

✗ Antiguo nombre de la Bretaña.

de los fieles, le supliqué me incorporase al rebaño. Marcelino admitio mi arrepentimiento, y aun me hizo esperar que abreviada mi prueba, la casa del Señor me seria abierta de nuevo despues de cinco años, si perseveraba en la penitencia.

«Ya solo me faltaba presentar mi solicitud á los piés de Diocleciano, que todavia se hallaba en Egipto. No queriendo esperar su regreso, me decidí á pasar á Oriente.

«Habia en el muelle de Marco Aurelio uno de esos buques cristianos que los obispos de Alejandria envian en tiempos de escasez para conducir el trigo destinado al socorro de los pobres. Este buque estaba pronto á darse á la vela para el Egipto, y me embarqué en él. La estacion era favorable, y levando anclas nos alejamos rápidamente de las costas de Italia.

»¡Ay! ¡yo habia atravesado ya este mar al salir por vez primera de mi Arcadia! Entonces era jóven; y mi alma llena de esperanza, soñaba gloria, fortuna y honores; no conocia el mundo sino por los ensueños lisonjeros de mi imaginacion. Hoy, me decia, ¡cuán amarga diferencia! regreso de este mundo, y ¿qué he aprendido en tan triste peregrinacion?»

«La tripulacion era cristiana, y los deberes de nuestra religion cumplidos sobre el bajel, parecian aumentar la magestad de la escena. Si todos aquellos hombres, vueltos á la razon, no veian ya á Venus salir de un mar brillante y volar al cielo en alas de las Horas, admiraban la mano del que abrió el abismo y esparce á su voluntad el terror ó el deleite sobre las olas. ¿Necesitábamos las fábulas de Alcion y Ceix, para hallar tiernas relaciones entre las aves que vuelan sobre los mares y nuestros destinos? Al ver suspenderse en nuestros mástiles las fatigadas golondrinas, nos asaltaba el deseo de pedirles nuevas de nuestra patria, pues habian tal vez batido sus alas en derredor de nuestro albergue y fabricado sus nidos á la sombra de nuestro techo. Reconoce aquí, Demodoco, esta sencillez de los cristianos, que les hace semejantes á los niños. Un corazon coronado de inocencia, vale mas para el marinero que una popa adornada de flores; y los sentimientos que exhala un alma pura son mas gratos al soberano de los mares, que el vino que corre de una copa de oro.

«Durante la noche, en lugar de dirigir á los astros invocaciones culpables y vanas, mirábamos en silencio ese firmamento, en que las estrellas se complacen en brillar por el Dios que las crió; ese hermoso cielo, esas tranquilas mansiones que yo habia cerrado para siempre á la desgraciada Velleda!

«Pasamos no lejos de Utica y de Cartago. Mario y Caton no me recordaron en el crimen y en la virtud sino un poco de gloria y mucho infortunio.

«Yo hubiera querido abrazar á Agustin en aquellas costas. A la vista de la colina, donde descollara un dia el palacio de Dido, me anegué de repente en lágrimas. Una columna de humo que se elevaba en la playa, pareció anunciarme, como al hijo de Anquises, el incendio de la hoguera fúnebre. En el triste destino de la reina de Cartago, volví á encontrar el de la sacerdotisa de los galos; y ocultando mi cabeza en ambas manos, prorrumpí en amargos sollozos. Yo huia tambien sobre los mares despues de haber causado la muerte de una mujer; y no obstante, hombre sin gloria y sin porvenir, no era como Eneas el último heredero de Ilion y de Héctor; no tenia como él por escusa la órden del cielo y los destinos del imperio romano.

«Salvamos el promontorio de Mercurio y el cabo donde Escipion, saludando la fortuna de Roma, quiso abordar con su ejército. Impelidos por los vientos hácia la pequeña Sirte, vimos la torre que sirvió de asilo al gran Anibal cuando se embarcó furtivamente para sustraerse á la ingratitud de su patria; porque en cualquier tierra donde el hombre fije la planta, halla siempre los vestigios de la injusticia y del infortunio. De este modo en la costa opuesta á la Sicilia creia ver aquellas víctimas de Verres, que desde lo alto del instrumento de su suplicio volvian inútilmente hácia Roma sus moribundos ojos. ¡Ah! ¡el cristiano sobre su cruz no implorará en vano su patria!

«Ya habiamos dejado á nuestra derecha la isla deliciosa de los Lotófagos, los altares de los Filenos y á Leptis, patria de Severo. No tardamos en atravesar el golfo de Cirene. La aurora décimatercia hermoseaba los cielos, cuando vimos mostrarse en el horizonte á lo largo de las olas una costa baja y desolada. Mas allá de una vasta llanura de arena, una erguida columna atrajo en breve nuestras miradas. Los marineros reconocieron la columna de Pompeyo, actualmente consagrada á Diocleciano por Polion, prefecto de Egipto. Nos encaminos hácia el monumento que con tanta seguridad anuncia á los viajeros esa ciudad hija de Alejandro, construida por el vencedor de Arbelles, para servir de sepulcro al vencido de Farsalia. Fuimos á echar anclas al Ocidente del faro, en el gran puerto de Alejandria. Pedro, (1) obispo de esta famosa ciudad, me acogió con paternal bondad, y me ofreció un asilo en las habitaciones de los servidores del altar; pero los lazos de parentesco me hicieron elegir la casa de la bella y piadosa Aecatarina (2).

«Antes de reunirme á Diocleciano en el Alto Egipto, pasé algunos dias en Alejandria para visitar sus maravillas. La biblioteca escitó mi admiracion; su direccion estaba confiada al sabio Didimio, digno sucesor de Aristarco. Allí encontré filósofos de todos los paises y los hombres mas ilustres de las Iglesias de Africa y Asia: á Arnobo, (3) de Cartago; á Atanasio, (4) de Alejandría, á Eusebio, (5) de Cesaréa; á Timoteo y á Pánfilo, (6) todos apologistas, doctores ó confesores de Jesucristo. El débil seductor de Velleda casi no se atrevia á levantar sus ojos en presencia de aquellos hombres fuertes que habian vencido y destronado las pasiones, como aquellos conquistadores enviados por el cielo para herir á los príncipes con la vara y poner su planta sobre el cuello de los reyes.

«Un dia habia quedado casi solo en el depósito de los remedios y los venenos del alma. Desde lo alto de una galeria de mármol miraba á Alejandría, iluminada por la postrera luz del dia. Contemplaba aquella ciudad habitada por un millon de hombres, y situada entre tres desiertos: la mar, las arenas de la Libia y Necrópolis, ciudad de los muertos, tan estensa como la de los vivos. Mis ojos vagaban sobre tantos monumentos, el Faro, el Timonio, el Hipódromo, el palacio de los Tolomeos, y los obeliscos de Cleopatra; consideraba aquellos dos puertos cubiertos de navios, aquellas olas, testigos de la magnanimidad del primero de los Césares y del dolor de Cornelia. La forma misma de la ciudad fijaba mis miradas; pues se diseñaba como una coraza macedonia sobre las arenas de la Libia, ya para traer á la memoria el recuerdo de su fundador, ya para decir á los viajeros que las armas del héroe griego eran fecundas, y que la pica de Alejandro hacia surgir ciudades en medio del desierto, como la lanza de Minerva hizo brotar el olivo florido del seno de la tierra.

«Perdonad, señores, esta imágen tomada de una fuente impura. Lleno de admiracion por Alejandro, volví á entrar en el interior de la biblioteca, y descubrí una sala que todavia no habia recorrido, y á cuya estremidad vi un pequeño monumento de cristal que

(1) El mártir. Nos ha quedado de él una epístola apostólica.
(2) Aecatarina, que resistió al amor de Maximiano.
(3) El apologista cuyas obras poseemos.
(4) El patriarca.
(5) El historiador.
(6) El mártir, maestro de Eusebio.

reflejaba los resplandores del sol en su ocaso. Acerquéme y advertí era un sepulcro: el trasparente cristal me dejó ver en el fondo del ataud un rey muerto en la flor de su edad, ceñida la frente con una corona de oro y rodeado de todas las esterioridades del poder. Sus inmobles facciones conservaban todavia vestigios de la grandeza del alma que las animara; parecia dormir el sueño de aquellos valientes que reclinaron al espirar su cabeza sobre la espada.

«Un hombre sentado cabe el sepulcro, parecia hallarse profundamente ocupado en su lectura. Dirigiendo mi vista hácia su libro, reconocí la Biblia de los Setenta, que ya me habia sido mostrada. El libro estaba abierto en este versículo de los Macabeos:

«Cuando Alejandro venció á Dario, llegó hasta la «estremidad del mundo, y la tierra enmudeció en su «presencia. Despues de esto, conoció que en breve «debia morir. Todos los grandes de su córte se apo«deraron de su corona despues de su muerte, y los «males se multiplicaron sobre la tierra.»

«En este momento fijé mi vista en el ataud: el fantasma encerrado en él me pareció tenia alguna semejanza con los bustos de Alejandro... ¡Aquel en cuya presencia enmudecia la tierra, reducido á un eterno silencio! ¡Un oscuro cristiano, sentado cerca del féretro del mas famoso de los conquistadores, y leyendo en la Biblia la historia y los destinos de este conquistador! ¡Cuán vasto asunto de reflexiones! ¡Ah! si el hombre, por grande que sea es tan poca cosa, ¿qué son sus obras? me decia interiormente. Esta soberbia Alejandría perecerá á su vez como su fundador. Un dia, devorada por los tres desiertos que la asedian, el mar, las arenas y la muerte volverán á tomar posesion de ella como de una propiedad que les ha sido usurpada, y el árabe plantará de nuevo su tienda sobre sus sepultadas ruinas!

«Al dia siguiente, me embarqué para Menfis. Pronto nos hallamos en medio del mar, en las enrojecidas aguas del Nilo. Algunas palmeras que parecian plantadas en las olas, nos anunciaron en breve una tierra que aun no se veia. El suelo que las sostenia se elevó poco á poco sobre el horizonte, y descubrimos por grados las cúspides confusas de los edificios de Canopo; el Egipto en fin, brillando en toda su estension con una inundacion nueva se mostró á nuestra vista como una ternera fecunda que acaba de bañarse en las aguas del Nilo.

«Entramos á toda vela en el rio. Los marineros le saludaron con alegres gritos, y acercaron á sus labios sus ondas sagradas. Un paisaje á flor de agua se dilataba á una y otra márgen. Esta fértil laguna recibia escasa sombra de los sicomoros, cargados de fruto y de las palmeras que parecen las cañas del Nilo. Algunas veces el desierto, á la manera á un enemigo, penetra en la verde llanura; arroja sus arenas que remedan largas serpientes de oro, y dibuja en el seno de la fecundidad esteriles laberintos. Los hombres han multiplicado en esta tierra el obelisco, la columna y la pirámide, especie de arquitectura aislada que reemplaza con el arte los troncos de las añosas encinas que la naturaleza ha negado á un suelo que se rejuvenece anualmente.

«No obstante, empezábamos á descubrir á nuestra derecha las primeras sinuosidades de la montaña de Libia, y á nuestra izquierda las empinadas crestas de los montes del mar Eritreo. Pronto, en el espacio vacio que mediaba entre estas dos cadenas de montañas, divisamos el vértice de las dos grandes pirámides. Situadas á la entrada del valle del Nilo, semejan las puertas fúnebres del Egipto, ó mas bien algun monumento triunfal erigido á la muerte por sus victorias: Faraon yace allí con todo su pueblo, cuyos sepulcros se estienden en su derredor.

«No lejos, y como á la sombra de estas mansiones de la nada, elévase Menfis, rodeada de tumbas. Bañada por el lago Aqueronte, por donde Caronte pasaba los difuntos; inmediata á la llanura de los sepulcros, parece que solo le falta dar un paso para bajar á los infiernos con sus generaciones. No me detuve mucho en esta ciudad, despojada de su primitiva grandeza. En busca siempre de Diocleciano, subí hasta el Alto Egipto. Visité á Tebas, la de las cien puertas, á Tentira, la de las magníficas ruinas, y á algunas de las cuatro mil ciudades que baña el Nilo en su curso.

«En vano busqué aquel sabio y grave Egipto que dió un Cécrops y un Inaco á la Grecia; que fue visitado por Homero, Licurgo y Pitágoras, y por Jacob, José y Moises; aquel Egipto donde el pueblo juzgaba á sus reyes despues de su muerte, donde se tomaba prestado dando por prenda el cuerpo de un padre; donde el padre que habia dado muerte á su hijo, estaba obligado á tener durante tres dias abrazado el cadáver de este; donde se paseaba un féretro en derredor de la mesa de un festin; donde las casas se llamaban posadas y los sepulcros casas. Pregunté á los sacerdotes, tan célebres en la ciencia de las cosas del cielo y en las tradiciones de la tierra, y no hallé sino impostores que rodeaban la verdad con un velo como á sus momias, y la colocaban en el número de los muertos, en sus pozos fúnebres. Presa segunda vez de grosera ignorancia, ya no entienden el lenguaje gerólifico; sus símbolos ridículos ó lascivos, están mudos para ellos como para las futuras generaciones; así pues, la mayor parte de sus monumentos, los obeliscos, las esfinges y los colosos, han perdido sus relaciones con la historia y las costumbres. Todo está mudado en sus playas, esceptuando la supersticion consagrada por el recuerdo de los antepasados, semejante á esos mónstruos de metal que el tiempo no puede hacer desaparecer del todo en aquel clima conservador; sus grupas y sus espaldas están sepultadas en la arena, pero alzan todavía la repugnante cabeza en medio de los sepulcros.

«Hallé al fin á Diocleciano cerca de las grandes cataratas, donde acababa de concluir un tratado con los pueblos de la Nubia. El emperador se dignó hablarme de los honores militares que habia alcanzado, manifestándome algun pesar al saber mi resolucion.

«—No obstante, me dijo, si persistes en tu propósito, puedes regresar á tu patria. Concedo esta gracia á tus servicios, y serás el primero de tu familia que vuelve al techo de sus padres antes de dejar un hijo en rehenes al pueblo romano.»

«Lleno de alegría al verme libre, faltábame ver en Egipto otra clase de antigüedades, mas en armonia con mis sentimientos, mi paciencia y mis remordimientos. Hallábame próximo al desierto, testigo de la fuga de los hebreos, y consagrado por los milagros del Dios de Israél, y resolví atravesarlo tomando el camino de Siria.

«Volví á bajar el rio del Egipto. A dos jornadas mas arriba de Menfis, tomé un guia para que me condujese á la costa del mar Rojo, desde donde debia pasar á Arsinoe, (1) para trasladarme á Gaza con los comerciantes de Siria. Algunos dátiles y pellejos llenos de agua fueron las únicas provisiones del viaje; el guia cabalgaba sobre un dromedario, y yo le seguia dominando una yegua árabe. Atravesamos la primera cadena de montañas que ciñen la ribera oriental del Nilo, y perdiendo de vista las húmedas campiñas, entramos en una llanura árida, donde se representaba con fiel verdad el paso de la vida á la muerte.

«Representaos, señores, unas regiones arenosas, surcadas por las lluvias del invierno, abrasadas por los soles del estio, de aspecto rojizo y espantosa desnudez. A trechos, solo algunos nópalos espinosos cubren una pequeña parte de la arena sin límites; el

(1) Suez.

viento cruza aquellos tétricos bosques sin poder encorvar sus inflexibles ramas; aquí y allá los restos de bajeles petrificados llenan de asombro las miradas, y altos mojones de piedra situados á largas distancias entre sí, sirven para señalar el camino á las caravanas.

«Marchamos durante un dia entero por aquella planicie. Salvamos otra cordillera, y descubrimos una segunda llanura mas vasta y desolada que la primera.

«Al llegar la noche, la luna iluminó el desierto vacío, donde solo se divisaba sobre una soledad sin sombra, la sombra inmóvil de nuestro dromedario, y la sombra errante de algunos rebaños de gacelas. El silencio solo era interrumpido por el rumor de los jabalíes, que se alimentaban de las raices secas, ó por al canto del grillo que pedia en vano en aquella inculta arena el hogar del labrador.

«Volvimos á emprender nuestro camino antes del amanecer. El sol se levantó despojado de sus rayos, semejante á una rueda de hierro candente. El calor aumentaba por momentos, y hácia las tres de la tarde el dromedario empezó á dar señales de inquietud, pues hundia sus narices en la arena y soplaba con violencia. A intérvalos el avestruz prorrumpia en gemidos lúgubres, y las serpientes y los camaleones se apresuraban á volver al seno de la tierra. Viendo al guia mirar al cielo y cubrirse de palidez, le pregunté la causa de su turbacion, y me respondió:

«—Temo el viento del Mediodia: ¡huyamos!»

«Y volviendo la cabeza hácia el Norte, empezó á correr con toda la celeridad de su dromedario; yo lo seguí, pero el horrible viento que nos amenazaba era mas ligero que nosotros.

«Súbitamente, en la estremidad del desierto se desencadena un torbellino. El suelo arrebatado á nuestra vista, falta á nuestros pasos, mientras otras columnas de arena, levantadas á nuestra espalda ruedan en tumulto sobre nuestras cabezas. Perdido en un laberinto de cerros movibles é iguales en su aspecto, el guia declara que no conoce su camino; y para colmo de calamidad, en la rapidez de nuestra carrera, derramáranse los pellejos llenos de agua. Jadeantes y devorados por abrasadora sed, deteniendo con gran esfuerzo nuestra respiracion por temor al abrasado ambiente, el sudor corria en arroyos sobre nuestros abatidos miembros. El huracan redobla su furor, y socavando hasta los antiguos cimientos de la tierra, esparce por el cielo las ardientes entrañas del desierto. Envuelto en una atmósfera de inflamada arena, el guia desaparece; oigo de repente su grito, y vuelo á su voz, pero el desventurado, herido por el viento de fuego, habia caido muerto sobre la arena, y su dromedario habia huido.

«En vano intenté reanimar á mi infeliz compañero, pues mis esfuerzos fueron inútiles. Sentéme á alguna distancia, asiendo las riendas de mi caballo y cifrando ya solo mi esperanza en aquel que trocó las llamas del horno de Azarias en un fresco viento y un rocío suave. Una acacia que allí crecia, me sirvió de asilo, y tras tan débil muralla, esperé el fin de la tempestad. Hácia la noche, el viento del Norte volvió á seguir su curso; el aire perdió su intenso calor, las arenas cayeron del cielo y me dejaron ver las estrellas; ¡inútiles antorchas que me mostraron tan solo la inmensidad del desierto!

«Todos los límites habian desaparecido, todos los senderos estaban borrados. Los paisajes de arena formados por los vientos, presentaban por todas partes nuevas perspectivas, nuevas creaciones. Estenuado de sed, de hambre y fatiga, no pudiendo mi yegua soportar ya su carga, tendióse moribunda á mis piés. El dia vino á consumar mi suplicio, pues el sol me robó el resto de mis escasas fuerzas; intenté dar algunos pasos, pero en breve, incapaz de adelantar, me precipité sobre un matorral, y allí esperé, ó por mejor decir, llamé á la muerte.

«Ya el sol habia descrito mas de la mitad de su carrera, cuando repentinamente se hizo oir el rugido de un leon. Me levanto con esfuerzo, y al descubrir al terrible animal que á través de las arenas corria, me asalta la idea de que tal vez se dirigia á alguna fuente conocida por las fieras de aquellas soledades. Recomendéme al poder que protegió á Daniel; alabé á Dios, me levanté y seguí á lo lejos á mi estraño conductor. No tardamos en llegar á un pequeño valle, donde descubrí un pozo rodeado de verde musgo; no lejos se alzaba un datilero, de cuyas encorvadas palmas pendian sazonados frutos. Este inesperado socorro me devolvió la vida. El leon bebió en la fuente y se alejó tranquilamente como para cederme su lugar en el banquete de la Providencia; de esta manera renacian para mí aquellos dias de la cuna del mundo, cuando el primer hombre, exento de culpa, veia á los animales de la creacion solazarse en torno de su rey y pedirle el nombre que habian de llevar al desierto.

«Desde el valle de la palmera divisábase al Oriente una enhiesta montaña; dirigíme hácia aquella especie de faro, que parecia llamarme á un puerto á traves de las olas fijas y compactas de un océano de arena. Llegué al pié de aquella montaña, y empecé á trepar por negros y calcinados peñascos, que cerraban el horizonte por todas partes. La noche habia tendido su velo, y solo oí las pisadas de una bestia montaraz, que marchaba delante de mí, y rompia al cruzar las sombras, algunas plantas secas; era el leon de la fuente; la fiera rugió subitamente, y los ecos de aquellas montañas desconocidas parecieron despertarse por la primera vez, respondiendo con salvaje murmullo á los sonoros rugidos del leon, detenido ya delante de una gruta cuya entrada cerraba una piedra. Entreviendo entonces una débil luz á través de las hendiduras del peñasco, palpitante el corazon de sorpresa y de esperanza, me aproximo, miro, y ¡oh milagro! descubro realmente una luz en el fondo de aquella gruta!

«—Quien quiera seas, exclamé, tú que amansas las fieras, compadécete de un viajero estraviado.»

«Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando oí la voz de un anciano que cantaba un cántico de la Escritura.

«—¡Oh cristiano! grité de nuevo, ¡recibe á tu hermano!»

«Al punto se presentó á mis ojos un hombre abrumado por la vejez, que parecia reunir sobre su despoblada cabeza tantos años como Jacob; un vestido de hojas de palmera cubria su desnudez.

«—Extranjero, me dijo, ¡bien venido seas! He aquí á un hombre próximo á ser reducido á polvo. La hora de mi feliz sueño ha llegado; pero todavía puedo darte hospitalidad por algunos momentos. Entra, hermano mio, en la gruta de Pablo.»

«Seguí, poseido de profundo respeto á aquel fundador del Cristianismo en las arenas de la Tebaida.

«En el fondo de una gruta, una palmera que estendia y entrelazaba sus ramas en todos sentidos, formaba una especie de vestíbulo, y no lejos corria una cristalina fuente, de la que brotaba un arroyuelo, que á poco de separarse de su manantial, volvia á entrar en el seno de la tierra. Pablo se sentó á mi lado á orillas del agua, y el leon que me habia mostrado el pozo del árabe, vino á acostarse á nuestros piés.

«—Extranjero, me dijo el anacoreta con benévola sencillez, ¿cómo van las cosas del mundo? ¿Se construyen todavía ciudades? ¿Quién reina actualmente? Há ya ciento trece años que habito esta cueva y en el espacio de ciento solo he visto á dos hombres: á tí hoy y á Antonio, el heredero de mi desierto, que vi-



EUDORO Y VELLEDA.

no ayer á llamar á mi puerta, y que volverá mañana á darme sepultura.»

«Dichas estas palabras, Pablo fué á buscar al agujero de un peñasco un pan del trigo mas puro, é invitándome á compartir con él el presente celestial, me dijo que la Providencia le suministraba diariamente aquel sustento. Bebimos un poco de agua en el hueco de nuestra mano, y despues de esta frugal comida, el hombre santo me preguntó qué acontecimientos me habian conducido hasta aquel inaccesible albergue. Habiendo oido la deplorable historia de mi vida, me dijo:

«—Grandes han sido tus faltas, Eudoro; pero nada hay que las lágrimas sinceras no puedan borrar. No sin altas miras sobre tí, la Providencia te ha hecho ver el Cristianismo naciente por toda la tierra. En esta soledad vuelves á hallarle entre los leones y bajo el fuego del trópico, como le has hallado entre los osos y los hielos del polo. Soldado de Jesucristo, estás destinado á combatir y á triunfar por la fe. ¡Oh Dios, cuyas vias son incomprensibles, tu has conducido á este jóven confesor á esta gruta, para que yo le descubra el porvenir, y para qué acabando de hacerle conocer su religion, complete en él mediante la gracia la obra empezada por la naturaleza! Eudoro, descansa aquí todo este dia, que mañana al salir el sol iremos á orar á Dios sobre la montaña, y te hablaré antes de morir.»

«El anacoreta me habló todavia largo rato de la hermosura de la religion y de los beneficios que debe esparcir un dia sobre el género humano. Aquel anciano presentaba en sus discursos un estraño contraste: tan sencillo como un niño, cuando se abandonaba á la sola naturaleza, parecia haber olvidado todo, ó no conocer cosa alguna del mundo, de sus grandezas, amarguras y placeres; pero cuando Dios descendia á su alma, Pablo era un genio inspirado, lleno de la esperiencia de lo presente y de las visiones del porvenir. De este modo se reunian dos hombres en el mismo hombre, sin que se pudiese decir cual era mas admirable: si el Pablo ignorante ó el Pablo profeta, puesto que al candor del primero se concedia la sublimidad del segundo.

«Despues de haberme dado lecciones llenas de gra-

ve dulzura y de agradable sabiduria, Pablo me invitó á hacer un sacrificio de alabanzas al Eterno, y levantándose cantó en pié debajo de la palmera:

«¡Bendito seais vos, Dios de nuestros padres, que «no habeis despreciado mi pequeñez!

«Soledad, ¡oh esposa mia! vas á perder al que ha«llaba en tí todas sus dulzuras!

«El solitario debe tener el cuerpo casto, los labios «y boca puros y el espíritu iluminado por la divina luz.

«¡Santa tristeza de la penitencia! atraviesa mi al«ma como un aguijon de oro, é inúndala de celestial «dulzura!

«Las lágrimas son las madres de las virtudes, y el «infortunio es un estribo para subir al cielo.»



VISITA DE EUDORO AL ANACORETA PAULO.

«Apenas terminada la oracion del santo, se apoderó de mí un tranquilo y profundo sueño, y me dormí sobre el lecho de ceniza que Pablo preferia al trono de los monarcas. El sol se hallaba próximo al fin de su carrera, cuando abrí de nuevo mis ojos á la luz. El ermitaño me dijo:

«—Levántate, ora, come y vamos á la montaña.»

«Le obedecí y partimos. Por espacio de mas de seis horas trepamos por peñascos descarnados, y al amanecer llegamos al pico mas culminante del monte Colzim.

«Un horizonte inmenso se estendia circularmente

en nuestro derredor. Descubríanse al Oriente las cimas del Horeb y el Sinaí, el desierto de Sur y el mar Rojo; al Mediodía, las cordilleras de la Tebaida; al Norte, las llanuras estériles donde Faraon persiguió á los hebreos; y al Occidente, mas allá de las arenas en que me habia estraviado, el fecundo valle del Egipto.

«La aurora, entreabriendo el cielo de la Arabia Feliz, iluminó durante algun tiempo tan grandioso cuadro. El onagro, la gacela y el avestruz corrian con rapidez por el desierto, mientras los camellos de una caravana desfilaban lentamente unos en pos de otros, conducidos por el asno inteligente que les servia de guia. Veíanse huir sobre el mar Rojo las naves cargadas de perfumes y seda, ó que conducian algun sabio á las costas indianas. Coronando en fin de esplendor aquella magnífica frontera de los dos mundos, el sol se levantó inundando en torrentes de luz las erguidas crestas del Sinaí; ¡imágen pálida, y sin embargo brillante, del Dios que Moisés contempló en la cima de este monte sagrado!

«El solitario tomó la palabra:

«—Confesor de la fe, tiende la vista en derredor. He ahí á ese Oriente, de donde han salido todas las religiones y todas las revoluciones de la tierra. He ahí á ese Egipto que ha dado dioses elegantes á tu Grecia, y dioses informes á la India; he ahí á ese desierto de Sur, donde Moisés recibió la ley: Jesucristo se mostró en estas mismas regiones; y un dia, un descendiente de Ismael restablecerá el error bajo la tienda del árabe. La moral escrita es asimismo un fruto de este fecundo suelo. Porque es de notar que los pueblos del Oriente, como en castigo de alguna gran rebelion de sus padres, se han visto casi siempre sometidos á tiranos; así (¡maravillosa compensacion!) la moral ha nacido al lado de la esclavitud, y la religion nos ha venido de la region del infortunio. Finalmente, estos mismos desiertos han visto marchar los ejércitos de Sesostris, Cambises, Alejandro y César. ¡Siglos futuros! vosotros traereis á ellos ejércitos no menos numerosos, guerreros no menos célebres! Todos los grandes movimientos impresos á la especie humana han partido de aquí, ó han venido á perderse aquí. Hase conservado una energía sobrenatural en los paises donde el hombre recibió la vida, y se admira aun cierto sello de prodigiosa grandeza en la cuna de la creacion y en las fuentes de la luz.

«Sin detenernos en esas grandezas humanas que alternativamente han venido á hundirse en el sepulcro; sin considerar esos siglos famosos, separados por una azadonada de tierra y cubiertos por un poco de polvo, el Oriente es especialmente para los cristianos el país de las maravillas.

«Has visto al Cristianismo penetrar con el auxilio de la moral en las naciones civilizadas de Italia y Grecia; le has visto introducirse por medio de la caridad entre los pueblos bárbaros de la Galia y la Germania; aquí, bajo la influencia de una naturaleza que enerva el alma, infundiendo pertinacia al espíritu; en un pueblo grave por sus instituciones políticas y ligero por su clima, la caridad y la moral serian harto insuficientes. La religion de Jesucristo no puede entrar en los templos de Isis y Ammon sino bajo el velo de la penitencia, siendo preciso que ofrezca á la molicie el espectáculo de todas las privaciones; que oponga á las imposturas de los sacerdotes y á las mentiras de los falsos dioses, milagros ciertos y verdaderos oráculos, porque únicamente las escenas estraordinarias de virtud pueden arrancar la fascinada multitud á los juegos del circo y del teatro, y porque mientras por una parte los hombres perpetran grandes crímenes, son indispensables las grandes espiaciones, para que la digna fama de estas destruya la triste celebridad de aquellos.

«He aquí la razon del establecimiento de estos misioneros que, empezando en mí, se perpetuarán en estas soledades. Admira á nuestro divino Maestro, que sabe ordenar su milicia segun los lugares y los obstáculos que tiene que combatir. Contempla las dos religiones que van á luchar aquí cuerpo á cuerpo, hasta que la una haya anonadado á la otra. El antiguo culto de Osiris, que se pierde en la noche de los tiempos, orgulloso con sus tradiciones, sus misterios y sus fastuosas solemnidades, se juzga seguro de la victoria; el gran dragon de Egipto se tiende altivo en medio de sus aguas, y dice: «El rio me pertenece.» Cree que el cocodrilo recibirá siempre el incienso de los mortales, y que el buey que recibe la muerte en el establo, será siempre el mas poderoso de los dioses. ¡No, hijo mio! va á formarse un ejército en el desierto, para marchar á la conquista de la verdad. Avanza desde la Tebaida y la soledad de Esceta; compónese de santos ancianos que no llevan otras armas que sus blancos báculos, para sitiar á los sacerdotes del error en sus templos. Estos ocupan campos feraces, y viven sumidos en el lujo y los placeres; en tanto que aquellos habitan unas arenas ardientes, en medio de todos los rigores de la vida. El infierno, que apresura su ruina, apela á todos los medios de victoria; los demonios de la lujuria, del oro y de la ambicion, procuran corromper la milicia fiel; pero el cielo acude al socorro de sus hijos, y prodiga los milagros en su favor. ¿Quién podrá enumerar los nombres de tantos ilustres solitarios, los Antonios, los Serapios, los Macarios, los Pacomios? La victoria se declara en su favor, y el Señor se reviste del Egipto como un pastor de su pellico. Donde quiera ha hablado el error, la verdad ha hecho oir su voz poderosa; allí donde falsos dioses han establecido un misterio, Jesucristo ha hecho brillar un santo. Las grutas de la Tebaida se ven invadidas, y las catacumbas de los muertos se miran ocupadas por los vivos, muertos á las terrenales pasiones. Los dioses, asaltados en sus antiguos templos, vuelven al rio ó al arado, y un grito de triunfo se levanta desde la pirámide de Cheops hasta el sepulcro de Osimandua. La posteridad de José regresa á la tierra de Gessen; ¡y esta conquista, debida á las lágrimas de los vencedores, no cuesta una sola lágrima á los vencidos!»

«Pablo suspendió breves instantes su discurso; luego, tomando de nuevo la palabra:

«—¡Eudoro! dijo, no abandonarás segunda vez las filas de los soldados de Jesucristo. Si no eres rebelde á la voz del cielo, ¡qué corona te espera! ¿Y qué podrias, hijo mio, buscar hoy entre los hombres? ¿El mundo podria interesarte? ¿Querrias, á imitacion del infiel israelita, bailar en torno del becerro de oro? ¿Sabes qué fin amenaza á ese imperio que ha tanto tiempo tiraniza al género humano? Los crímenes de los señores del mundo traerán en breve el dia de la venganza. ¡Han perseguido á los fieles, y se han saciado de la sangre de los mártires, como las copas y el ara del altar!.....

«Pablo se interrumpió de nuevo: estendió sus brazos hácia el monte Horeb, sus ojos se animaron, brilladora llama se mostró sobre su cabeza, su frente rugosa resplandeció súbitamente con juventud divina, y esclamó, cual nuevo Elías:

«¿De dónde vienen esas familias fugitivas, que buscan un asilo en la cueva del solitario? ¿qué pueblos son esos que han salido de las cuatro regiones de la tierra? ¿Veis esos repugnantes cadáveres, hijos impuros de los demonios y de las hechiceras de la Escitia? (1) El azote de Dios les conduce. (2) Sus caballos son mas veloces que los leopardos, y reunen tropas de cautivos como montones de arena! ¿Qué quieren esos reyes (3) vestidos de pieles de fieras, cubierta la ca-

(1) Los hunnos.
(2) Atila.
(3) Los godos.

beza con un sombrero bárbaro, ó pintadas las mejillas de verde? (1) ¿Por qué esos hombres desnudos degüellan á los prisioneros, en derredor de la ciudad sitiada? ¡Deteneos! (2) ¡Ese monstruo ha bebido la sangre del romano que ha derribado! (3) Todos vienen del desierto de una tierra horrorosa, y todos marchan hácia la nueva Babilonia. ¡Has caido, reina de las ciudades! ¡Tu Capitolio está oculto en el polvo! ¡Cuán desiertos gimen tus campos! ¡Qué soledad reina en tu derredor!... Pero ¡oh prodigio! ¡la cruz descuella en medio de este torbellino de polvo, y se levanta sobre Roma resucitada! La cruz señala sus edificios. ¡Padre de los anacoretas, Pablo, regocíjate antes de morir! ¡tus hijos ocupan las ruinas del palacio de los Césares; los pórticos donde se jurara la muerte de los cristianos, hánse trocado en claustros piadosos (4), y la penitencia habita donde triunfante reinara el crímen!»

«Pablo dejó caer sus manos; el fuego que le habia animado se estinguió, y vuelto á la condicion de un mortal, habló de nuevo el lenguaje de los mortales.

«—Eudoro, me dijo, es preciso que nos separemos, pues no debo bajar ya de la montaña. El que debe enterrarme se acerca para cubrir este pobre cuerpo, y devolver la tierra á la tierra; le hallarás al pié del monte, y esperarás su regreso, pues te enseñará el camino.»

«Entonces el admirable anciano me obligó á abandonarle. Triste y sumido en los mas graves pensamientos, me alejé en silencio, oyendo la voz de Pablo que entonaba su canto postrimero. Próximo á ser quemado en el altar, el antiguo fenix saludaba con conciertos su renaciente juventud. Al pié de la montaña encontré á otro anciano que aceleraba sus pasos, llevando en la mano la túnica de Atanasio que Pablo le pidiera para que le sirviese de mortaja. Era el gran Antonio acrisolado por tantos combates contra el infierno. Quise hablarle; pero él repetia sin detenerse:

«—¡He visto á Elías, he visto á Juan en el desierto, he visto á Pablo en un paraiso!»

«Pasó, y esperé su vuelta todo aquel dia, pero no tornó hasta el siguiente, en que le ví anegado en lágrimas.

«—Hijo mio, dijo, acercándose á mí, el serafin no está ya en la tierra. No bien me habia alejado ayer de tí, ví en medio de un coro de ángeles y profetas á Pablo, que radiante de purísima blancura, subia al cielo. Corrí á la cima de la montaña y vi al santo arrodillado; alta la cabeza y los brazos estendidos al cielo, parecia orar aun, y no existia ya. Dos leones que salieron de los inmediatos peñascos, me ayudaron á abrirle una fosa, y su túnica de hojas de palmera ha sido mi herencia.»

«Así me refirió Antonio la muerte del primero de los anacoretas. Nos pusimos en camino y llegamos al monasterio donde se formaba ya bajo la direccion de Antonio, aquella milicia cuyas conquistas me habia anunciado Pablo. Un solitario me condujo á Arsinoé, de donde partí en breve con los mercaderes de Tolemaida. Al atravesar el Asia, me detuve en los Santos Lugares, donde conocí á la piadosa Helena, esposa de Constancio mi generoso protector, y madre de Constantino, mi ilustre amigo. Ví luego las siete Iglesias fundadas por el profeta de Patmos: la paciente Efeso, la afligida Esmirna, Pérgamo, llena de fe, la caritativa Tiatira, Sardes, colocada entre los muertos, Laodicea, que debe comprar blanca túnica y Filadelfia, amada del que posee la llave de David. Tuve la suerte de hallar en Bizancio al jóven príncipe Constantino, que se dignó estrecharme entre sus brazos y confiarme sus vastos designios. Y os ví, por último, ¡oh padres mios! despues de diez años de ausencia é infortunios. ¡Si el cielo escuchase mis votos, no volveria á abandonar los valles de la Arcadia, y me consideraria feliz si viese trascurrir en ellos mis dias en la penitencia, para dormir despues de mi muerte en el sepulcro de mis padres!»

Estas palabras dieron fin á la historia de Eudoro: los ancianos que la escuchaban permanecieron durante algun tiempo en silencio. Lastenes daba gracias á Dios en el fondo de su corazon por haberle dado tal hijo; Cirilo, que nada tenia que decir á un jóven que confesaba sus faltas con tanta sinceridad, le miraba con respeto y admiracion, como á un confesor llamado por el cielo á los mas altos destinos, y Demodoco permanecia estupefacto al oir el lenguaje desconocido y al conocer las virtudes incomprensibles de Eudoro. Los tres viejos se levantan magestuosamente como tres reyes, y entran en la casa de Lastenes; Cirilo, despues de ofrecer por Eudoro el tremendo sacrificio, se despide de sus huéspedes y regresa á Lacedemonia; Eudoro se retira á la gruta testigo de su penitencia; y Demodoco, ya solo con su hija, estrecha á esta tiernamente entre sus brazos y le dice, iluminado por un triste presentimiento:

«—Hija de Demodoco! tú serás acaso igualmente desgraciada á tu vez, porque Júpiter dispone de nuestros destinos; pero imitarás á Eudoro. Ya lo ves: la adversidad ha aumentado las virtudes de este jóven, porque las virtudes mas raras no siempre son el resultado de esa lenta madurez, fruto de la edad; el racimo todavía en agraz, y torcido por la mano del viñador y marchito sobre la cepa antes del otoño, produce el mas dulce vino en las márgenes del Alfeo y en los ribazos del Erimanto.»

LIBRO DUODÉCIMO.

SUMARIO. Invocacion al Espíritu Santo. Conjuracion de los demonios contra la Iglesia. Diocleciano manda hacer el empadronamiento de los cristianos. Hierocles marcha á la Acaya. Amor de Eudoro y de Cimodocea.

¡ESPÍRITU Santo! ¡tú que fecundaste el anchuroso abismo, cubriéndole con tus alas; yo he menester ahora de tu poderoso auxilio! Desde lo alto de la montaña que ve humillarse á sus piés las cumbres de Aonia, contemplas ese movimiento perpétuo de las cosas de la tierra, de esta sociedad humana en que todo cambia, hasta los principios; en que el bien se convierte en mal y el mal en bien; miras con piedad las fútiles dignidades que hinchan nuestro corazon y los vanos honores que le corrompen; amenazas el poder conquistado por medio de crímenes, y consuelas la desgracia comprada á precio de virtudes; ves las diferentes pasiones de los hombres: sus vergonzosos temores, sus bajos odios, sus deseos interesados, sus tan fugaces alegrías, sus tan largos tedios; penetras todas estas miserias, ¡oh Espíritu Creador! Anima, pues, y vivifica mi palabra en el relato que voy á hacer; ¡dichoso yo si puedo atenuar el horror del cuadro, pintando en él los milagros de tu fecundante amor!

Situados en los puntos señalados por su caudillo, los espíritus de tinieblas encienden por todas partes la discordia y el horror al nombre cristiano, y desencadenan en la misma Roma las pasiones de los jefes y ministros del imperio. Astarté presenta sin cesar á Hierocles la imágen de la hija de Homero, y reviste á este seductor fantasma de todas las gracias que la ausencia y el recuerdo añaden á la hermosura. Satanás despierta secretamente la ambicion de Galerio, pintándole los fieles adictos á Diocleciano como el

(1) Los lombardos.
(2) Los francos y los vándalos.
(3) El sarraceno.
(4) Las Termas de Diocleciano, habitadas por los cartujos.

único apoyo que sostiene al viejo emperador en su trono. El prefecto de Acaya, desertor de la ley evangélica, y entregado al demonio de la falsa sabiduría, confirma al fogoso César en su odio á los adoradores del verdadero Dios. La madre de Galerio se queja de que los discípulos de la cruz insultan sus sacrificios y se niegan á implorar las divinidades campestres en favor de su hijo. Cuando un buitre salvaje, hijo de la montaña, se precipita sobre una paloma que aplaca su sed en una corriente cristalina, otros buitres posados sobre un peñasco prorumpen en gritos crueles y le escitan á devorar su presa: así Galerio, que anhela aniquilar la religion de Jesucristo, se ve impelido á la matanza por su madre y por el impío Hierocles, que ensoberbecido por sus victorias sobre los partos, arrastrando en pos todo el lujo y toda la corrupcion del Asia, y alimentando los mas ambiciosos proyectos, acosa á Diocleciano con sus quejas y amenazas.

«—¿Qué esperas le dice, para castigar á una raza odiosa que tu peligrosa clemencia deja multiplicar en el imperio? Desiertos nuestros templos, mi madre se ve insultada, y seducida tu esposa. Castiga sin demora á unos súbditos rebeldes, que en sus riquezas hallarás los recursos que te faltan y harás un acto de justicia acepto á los dioses.

Diocleciano, príncipe adornado de moderacion y sabiduría, se inclinaba además por su edad á la benignidad en favor de los pueblos: tal, un añoso árbol al doblar sus ramas, acerca sus frutos á la tierra. Pero la avaricia que envilece el corazon y la supersticion que le agita, desvirtuaban las grandes cualidades de Diocleciano, y se dejó alucinar por la esperanza de hallar tesoros entre los fieles. Marcelino, obispo de Roma, recibió la órden de entregar á los templos de los ídolos las riquezas del nuevo culto. El emperador se trasladó á la iglesia donde debian reunirse estos tesoros; pero abiertas las puertas, solo vió una numerosa multitud de pobres, enfermos y huérfanos.

—¡Príncipe! le dice el pastor de los hombres, estos son los tesoros de la Iglesia, las joyas, los vasos preciosos, las coronas de oro de Jesucristo!

Esta austera y tierna leccion cubrió de rubor el semblante del príncipe, porque un monarca es terrible cuando se ve vencido en magnanimidad; el poder aspira á la virtud por un instinto sublime, á la manera que una juventud varonil se juzga formada para la hermosura; y ¡ay de aquel que le haga conocer las cualidades ó las gracias que le faltan!

Satanás aprovecha este momento de debilidad para aumentar el resentimiento de Diocleciano con todos los terrores de la supersticion. Ya los sacrificios son suspendidos de repente y los sacerdotes declaran que la presencia de los cristianos aleja los dioses de la patria; ya el hígado de las víctimas inmoladas aparece mutilado, y salpicadas las entrañas de manchas lívidas, no ofrecen sino señales funestas; las divinidades reclinadas en sus lechos en las plazas públicas, desvian su vista del pueblo; las puertas de los templos se cierran por sí mismas; rumores confusos hacen resonar los antros sagrados; cada momento lleva á Roma la noticia de un nuevo prodigio: el Nilo ha detenido su corriente, el trueno retumba, la tierra se estremece, los volcanes vomitan llamas; la peste y el hambre despueblan las provincias de Oriente; el Occidente se ve conmovido por sediciones peligrosas y guerras extranjeras, y todas estas calamidades se atribuyen á la impiedad de los cristianos.

En el vasto recinto del palacio de Diocleciano, en medio del jardin de las Termas, se elevaba un ciprés bañado de una fuente; al pié del ciprés habia un altar consagrado á Rómulo. De improviso, una serpiente, abigarrado el dorso de manchas sangrientas, sale silbando del pié del altar y se enrosca en el tronco del ciprés. En la mas alta rama de este, tres pajarillos posaban tranquilamente en su nido: el horrible dragon los devora; la madre revuela en derredor exhalando lastimosos gemidos, pero el desapiadado reptil la ase al punto por las alas, y la devora á pesar de sus gritos. Diocleciano asustado á vista de tal prodigio, hace llamar á Tagés, jefe de los aurúspices, quien ganado en secreto por Galerio y fanático adorador de los ídolos, exclama:

—¡Oh príncipe! el dragon representa la nueva religion, próxima á devorar los dos Césares y al jefe del imperio. Apresúrate á conjurar los efectos de la cólera celestial, castigando á los enemigos de los dioses.»

Entonces el Omnipotente toma en su mano las balanzas de oro en que se pesan los destinos de los reyes y los imperios, y la suerte de Diocleciano fue hallada ligera. Al punto, el emperador rechazado siente dentro de sí cierto movimiento extraordinario, pareciéndole que su felicidad le abandona y que las Parcas, falsas divinidades que adora, hilan con mas celeridad sus dias. Parte de su habitual prudencia le abandona: ya no ve con tanta claridad los hombres y sus pasiones, y déjase arrastrar por las propias; quiere que los funcionarios cristianos de su palacio sacrifiquen á los dioses y manda hacer un empadronamiento exacto de los fieles en todo el imperio.

La alegría de Galerio llegó á su colmo. A la manera que un viñador, dueño de un terreno feraz en los valles del Etmolo, se pasea entre las cepas de su viña en flor, contando ya las olas del regalado vino que llenarán la copa de los reyes ó el cáliz de de los altares, Galerio ve correr en esperanza los torrentes de sangre preciosa que le promete el floreciente Cristianismo. Los procónsules, los prefectos y gobernadores de las provincias abandonan la córte para ejecutar las órdenes de Diocleciano. Hierocles besa humildemente la orla de la toga de Galerio; y haciendo un esfuerzo como un hombre que va á inmolarse á la virtud, se atreve á levantar hasta César la mirada de la abyeccion.

—Hijo de Júpiter, le dice, príncipe sublime, amante de la sabiduría, marcho á la Acaya. Voy á castigar á esos facciosos que blasfeman de tu eternidad. Pero, César, tu que eres mi fortuna y mis dioses, permíteme que me esplique con franqueza, pues un sabio, aun á peligro de su vida, debe la verdad entera á su príncipe. El divino emperador no desplega aun bastante firmeza contra unos hombres odiosos. ¿Me atreveria á decirlo, sin atraer sobre mí tu cólera? Si sus manos ya debilitadas por la edad, sueltan las riendas del Estado, Galerio, vencedor de los partos, ¿no es digno de subir al trono del universo? Pero, ¡oh héroe mio! ¡precávete de los enemigos que te rodean! Doroteo, jefe del palacio, es cristiano, y desde que un arcadio rebelde fue introducido en la córte, la misma emperatriz favorece á los impíos. El jóven príncipe Constantino, ¡oh vergüenza! ¡oh dolor!...

Hierocles se interrumpió bruscamente, lloró, y se fingió profundamente alarmado por los peligros de César, encendiendo así en el corazon del tirano sus dos pasiones dominantes, la ambicion y la crueldad. Al mismo tiempo colocaba los cimientos de su futura grandeza, porque Hierocles, despreciado por el emperador, enemigo de los sofistas, sabia que nunca obtendria de Diocleciano los honores que de Galerio esperaba.

Vuela á Tarento y se embarca en la flota que debia conducirle á Mesenia, abrigando vehementes deseos de volver á ver las costas de la Grecia porque en ellas respiraba la hija de Homero, y allí se prometia satisfacer á la vez su amor á Cimodocea y su odio á los cristianos. No obstante, oculta sus sentimientos en el fondo de su corazon, y cubriendo sus vicios con el disfraz de las virtudes, las palabras de sabiduría y de humanidad salen sin cesar de sus torpes labios: así un manantial profundo que oculta en su fondo ru-

dos escollos y tenebrosos abismos, embellece por lo regular su engañosa superficie reflejando la tranquila imágen y la clara luz de los cielos.

En tanto, los demonios, que ansian acelerar la ruina de la Iglesia, envian al procónsul de Acaya un viento favorable. Atraviesa, pues, velozmente el mar que vió pasar á Alcibiades, cuando la Italia admirada acudió presurosa á contemplar al mas hermoso de los griegos. Hierocles ya ha visto alejarse los jardines de Alcinoo y las alturas de Butroto, lugares inmediatos é inmortalizados por los dos reyes de la lira. Leucates, donde respira todavía el fuego de la hija de Lesbos; Itaca, erizada de rocas; Jacinto, cubierta de bosques, y Cefalonia, amada de las palomas, atraen alternativamente las miradas del procónsul romano, Descubre las Estrófades, mansion impura de Celeno, y en breve saluda las distantes montañas de la Elida. Manda volver la proa hácia Oriente; costea la arenosa playa donde Nestor ofrecia una hecatombe á Neptuno cuando Telémaco fue á pedirle noticias de Ulises, semejante á los dioses en sabiduria. Deja á su izquierda á Pilos, Esfacteria y Motona; penetra en el golfo de Mesenia, y su rápido, bajel, abandonando las amargas ondas, va al fin á detener su curso en las tranquilas aguas del Pamiso.

Mientras que, á semejanza de la sombría nube levantada sobre los mares, Hierocles se aproxima á la patria de los dioses y los héroes, el ángel de los santos amores habia bajado á la gruta del hijo de Lastenes; así el supuesto Ananias se ofreció al jóven Tobias para llevarle á la morada de la hija de Raquel. Cuando Dios quiere poner en el corazon del hombre esos castos ardores de que proceden los milagros de la virtud, confia este importante cuidado al mas hermoso de los espíritus del cielo. Uriel es su nombre: en una mano sostiene una flecha de oro tomada del carcaj del Señor, y en la otra una antorcha encendida en el rayo eterno. Su nacimiento no precedió al del universo, sino que nació con Eva, en el momento mismo que la primera mujer abrió los ojos á la luz reciente. El poder creador esparció sobre el querubin ardiente un conjunto de las seductoras gracias de la madre de los humanos y de la varonil hermosura del padre de los hombres; brillan en él la sonrisa del pudor y la mirada del genio. El que se siente herido por su divino dardo ó arde en su antorcha celestial, lleva á cabo con entusiasmo los rasgos de desprendimiento mas heróicos, las mas peligrosas empresas y los sacrificios mas dolorosos. El corazon así herido, conoce toda la delicadeza de los sentimientos; su ternura se acrecienta en las lágrimas y sobrevive á los satisfechos deseos. El amor no es para tal corazon una limitada y frívola inclinacion, sino una pasion elevada y severa, cuyo noble fin es comunicar la vida á seres inmortales.

El ángel de los santos amores enciende en el corazon del hijo de Lastenes irresistible llama y el cristiano penitente se siente abrasado bajo el cilicio, siendo el objeto de sus votos una infiel! El recuerdo de sus pasados errores alarma á Eudoro, que temiendo caer de nuevo en las faltas de su primera juventud, se propone huir y sustraerse al peligro que le amenaza; así, cuando la tempestad, no ha estallado aun; cuando todo se presenta tranquilo en la playa é imprudentes los bajeles se atreven á desplegar sus velas y á salir del puerto, el experto pescador duda en su barca, y apoyando sobre el remo la robusta mano, se apresura á alejarse de la alta mar, para guarecerse al abrigo de un peñasco. No obstante, un amor verdadero se ha deslizado por vez primera en el seno de Eudoro; el hijo de Lastenes se admira de la timidez de sus sentimientos, de la gravedad de sus proyectos, tan diferentes de aquella osadia de deseos y de aquella ligereza de ideas que caracterizaban en otro tiempo sus amores. ¡Ah! ¡si pudiese convertir á Jesucristo aquella mujer idólatra, y si tomándola por su esposa le abriese á la vez las puertas del cielo y las del conyugal albergue! ¡Qué felicidad para un cristiano!

El sol se hundia en el mar de los Atlántidas y doraba con sus postreros rayos las montañas de las islas Afortunadas, cuando Demodoco quiso dejar á la familia cristiana; pero haciéndole ver Lastenes que la noche estaba llena de emboscadas y peligros, el sacerdote de Homero accedió á esperar al lado de su huesped la nueva aurora. Retirada á su aposento, Cimodocea repasaba en su espíritu lo que de la historia de Eudoro sabia, encendidas las mejillas y brillando sus ojos con desconocido fuego. El ardiente insomnio arroja al fin de su lecho á la sacerdotisa de las Musas: levántase, y deseosa de respirar la plácida frescura de la noche, baja á los jardines situados en el declive de la montaña.

Suspendida en medio del cielo de la Arcadia, la luna era casi como el sol, un astro solitario; el resplandor de sus rayos habia hecho desaparecer las constelaciones de su derredor y solo algunas se mostraban diseminadas aquí y allá por la inmensidad; el azulado firmamento, tachonado así de algunas estrellas, parecia un lirio azul cargado de las perlas del rocío. Las enhiestas cimas del Cilene, las crestas del Foloe y del Telfuso, los bosques de Anémose y de Falanto, formaban por todas partes un confuso y vaporoso horizonte. Oíase el distante concierto de los torrentes y manantiales que se despeñaban de los montes de la Arcadia; y en el valle donde se veian brillar sus aguas, Alfeo parecia seguir aun los pasos de Aretusa, Céfiro suspiraba en las cañas de Siringe, y Filomela cantaba en los laureles de Dafne, orillas del Ladonte.

Esta hermosa noche trajo á la memoria de Cimodocea aquella otra que la condujo hasta el apuesto mancebo parecido al cazador Endimion. A este recuerdo, el corazon de la hija de Homero palpitó con mas fuerza, retratándose con viveza la hermosura, el valor y la nobleza del hijo de Lastenes, y recordó que Demodoco habia pronunciado algunas veces el nombre de esposo al hablar de Eudoro. ¡Cómo! se decia, ¡para librarme de Hierocles, deberé privarme de las dulzuras del himeneo y ceñir para siempre la frente con las glaciales cintas de la vestal! Ningun mortal, en verdad habia sido hasta entonces bastante poderoso para intentar unir su suerte á la suerte de una doncella deseada por un gobernador impío; pero Eudoro, vencedor é investido con las dignidades del imperio; Eudoro estimado de Diocleciano, adorado de los soldados y predilecto amigo del príncipe heredero de la púrpura, ¿no era acaso el glorioso esposo que podia defender y proteger á Cimodocea? ¡Ah! Júpiter, Venus y el Amor habian conducido al jóven héroe á las costas de la Mesenia!

Cimodocea se dirigia maquinalmente al lugar donde el hijo de Lastenes habia acabado de narrar su historia. Cuando una cabra de los Pirineos ha descansado durante el dia al lado del pastor, en el fondo de un valle, si por la noche, huyendo del aprisco va á buscar la acostumbrada pradera, el pastor la encuentra á la mañana bajo el citiso en flor que por abrigo ha elegido: así la hija de Homero sube á lento paso á la gruta habitada por el cazador arcadio. De repente entrevee como una sombra inmóvil á la entrada de esta gruta, y cree reconocer á Eudoro. Detiénese; trémulas sus rodillas, no le es posible adelantar ni huir. Era en efecto el hijo de Lastenes que oraba rodeado de las señales de su penitencia: el cilicio, la ceniza y la blanca cabeza de un mártir hacian correr sus lágrimas y avivaban su fe. Oye los pasos de Cimodocea, y al ver á esta encantadora doncella próxima á caer en tierra, vuela á su auxilio, la sostiene en sus brazos y no puede dejar de estrecharla sobre su corazon. Ya no es aquel cristiano tan grave, tan

rígido, sino un hombre lleno de indulgencia y ternura que quiere atraer un alma á Dios y alcanzar una esposa divina.

A la manera que un labrador lleva solícito al aprisco el cordero maltratado por las malezas, así el hijo de Lastenes traslada en sus brazos á Cimodocea y la deja en un brazo de césped á la entrada de la gruta. Entonces la hija de Demodoco le dice con voz balbuciente:

—¿Me perdonarás el haber turbado de nuevo tus misterios? Un dios, ignoro cual, me ha estraviado como la primera noche.

—Cimodocea! replicó Eudoro, tan trémulo como la sacerdotisa de las Musas, el Dios que te ha estraviado es mi Dios, mi Dios que te busca y quiere tal vez que seas mia.

La hija de Homero repuso:

—Tu religion prohibe á los jóvenes unirse á las doncellas y á las doncellas seguir los pasos de los jóvenes; tu no has amado sino cuando eras infiel á tu Dios.

Cimodocea se ruborizó, y Eudoro replicó:

—¡Ah! nunca he amado cuando ofendia mi religion; lo conozco ahora, que amo por la voluntad de mi Dios.

El bálsamo derramado sobre la herida, y las frescas aguas que aplacan la sed del fatigado viajero, tienen menos encantos que aquellas palabras del hijo de Lastenes, que penetraron de alegría el corazon de Cimodocea. Bien así como dos álamos se elevan silenciosos al borde de un manantial, durante la calma de una noche de estío, los dos esposos señalados por el cielo permanecian inmóviles y mudos á la entrada de la gruta. Cimodocea rompió el silencio:

—Guerrero, dijo, perdona las importunas preguntas de una meseniana ignorante. Nadie puede saber cosa alguna sino ha sido instruido por un hábil maestro, ó si los mismos dioses no han cuidado de adornar su espíritu. Una jóven especialmente nada sabe á no ser que haya ido á bordar velos á casa de sus compañeras, ó visitado los templos y teatros; yo nunca me he separado de mi padre, sacerdote querido de los inmortales. Dime: toda vez que se puede amar en tu culto, ¿hay en él una Venus cristiana, con carroza y palomas? Los deseos, las quejas amorosas, las conversaciones secretas, los inocentes artificios, las festivas frases que sorprenden el corazon del hombre mas sensato, están ocultos en su ceñidor, como refiere mi divino abuelo? ¿Es temible la cólera de esta diosa? ¿Obliga á la doncella á buscar al jóven en la palestra y á introducirlo furtivamente bajo el techo paterno? ¿Tu Venus hace titubear la lengua? inocula un fuego devorador ó un frio glacial en las venas? ¿Precisa á recurrir á los filtros para atraer de nuevo á un amante versátil, á cantar la luna y conjurar el umbral de la puerta? ¿Tú, cristiano, ignoras acaso que el Amor es hijo de Venus, que fue alimentado en los bosques con la leche de las fieras; que su primer arco era de fresno y sus primeras flechas de ciprés; que se sienta sobre el lomo del leon, sobre la grupa del centauro y sobre los hombros de Hércules; que tiene alas y una venda, y que acompaña á Marte y á Mercurio, la elocuencia y el valor?

—¡Infiel! replicó Eudoro, mi religion no favorece las pasiones funestas, pero sabe imprimir mediante la misma sabiduria, una exaltacion á los sentimientos del alma que jamás inspirará tu Venus. ¿Qué religion es la tuya, Cimodocea? Nada es mas casto que tu alma, ni mas inocente que tu pensamiento; y no obstante, al oirte hablar de tus dioses, ¿quién no te juzgaria demasiado iniciada en los mas peligrosos misterios? Sacerdote de los ídolos, tu padre ha creido llenar un acto de piedad instruyéndote en el culto, en los efectos y atributos de las pasiones divinizadas; pero un cristiano temeria ofender el amor valiéndose de pinturas libres en demasía. Si yo, Cimodocea, hubiese podido merecer tu ternura; si debiese ser el esposo elegido de tu inocencia, me complaceria en amar en ti, menos á una mujer perfecta que al mismo Dios que te creó á su imágen. Cuando el Todopoderoso formó al primer hombre del barro de la tierra, le colocó en un jardin mas delicioso que los bosques de la Arcadia; pero hallando en breve este hombre su soledad sobrado profunda, suplicó al Criador le diese una compañera. El Eterno sacó entonces de la costilla de Adam una criatura divina, y la llamó *mujer*, haciéndola esposa de aquel cuya carne y sangre era. Adam habia sido formado para el dominio y el valor, y Eva para la sumision y las gracias; la grandeza del alma, la dignidad del carácter y la autoridad de la razon formaron el patrimonio del primero, en tanto que la segunda recibió en amable herencia la belleza, la ternura y las seducciones invencibles. Tal es, Cimodocea, el modelo de la mujer cristiana. Si accedes á imitarla, procuraré ganarte para mí, en nombre de todos los atractivos que cautivan los corazones; te haré mi esposa por una noble alianza de justicia, de compasion y misericordia; reinaré sobre ti, Cimodocea, porque el hombre está formado para el mando, pero te amaré como al racimo hallado en un ardiente desierto. A imitacion de los patriarcas, nos uniremos con la mira de dejar en pos de nosotros una familia heredera de las bendiciones de Jacob; de esta manera el hijo de Abraham tomó en su tienda á la hija de Batuel, recibiendo en ello tan viva alegría que olvidó la muerte de su madre.

A estas palabras, Cimodocea vertió lágrimas de vergüenza y ternura.

—Guerrero! dijo, tus palabras son dulces como la miel y penetrantes como las flechas. Veo claramente que los cristianos saben hablar el lenguaje del corazon. Yo tenia en mi alma todo lo que acabas de decir. ¡Sea, pues, la mia tu religion, toda vez que enseña á amar mejor!

Eudoro, no escuchando ya sino su amor y su fe, prosiguió:

—¡Cómo! Cimodocea, ¿querias ser cristiana? ¿Daria yo tal ángel al cielo, tal compañera á mis dias?

Cimodocea bajó la cabeza y respondió:

—No me atrevo á hablar mas, sin que me hayas acabado de enseñar el pudor; virtud que habia dejado la tierra con Nemesis, y que los cristianos han hecho bajar del cielo.

Un movimiento del hijo de Lastenes hizo entonces caer al suelo su crucifijo, y la jóven meseniana prorrumpió en un grito de sorpresa, producido por una especie de terror.

—Esta es la imágen de mi Dios, dijo Eudoro, levantando con respeto el leño sagrado; de ese Dios que bajó al sepulcro y resucitó lleno de gloria.»

—¿Tu Dios, pues, es semejante al hermoso jóven de la Arabia, llorado por las mujeres de Biblos, y devuelto á la luz de los cielos por la voluntad de Júpiter?

—Cimodocea! repuso Eudoro con dulce severidad; algun dia conocerás hasta qué punto es impía y sacrílega tal comparacion; en lugar de misterios de oprobio y placer, ves aquí milagros de modestia y dolor; ves al Hijo del Todopoderoso clavado en una cruz para abrirnos el cielo y para honrar en la tierra el infortunio, la sencillez y la inocencia. Pero en la márgen del Ladonte, en medio de una noche encantadora, en este país donde la imaginacion de los poetas ha colocado el amor y la felicidad, ¿cómo detener el espíritu de una sacerdotisa de las Musas en objeto tan grave? No obstante, hija de Demodoco, las meditaciones austeras fortifican en el corazon de un cristiano los afectos legítimos; y al hacerle capaz de todas las virtudes, le hacen mas digno de ser amado.»

Cimodocea prestaba atento oido á estos razona-

mientos, y cierto asombro indefinible dominaba su corazon. Parecióle que una venda caia repentinamente de sus ojos y que descubria una lejana y divina luz. La sabiduría, la razon, el pudor y el amor se presentaban por vez primera á sus ojos en desconocida alianza. Esa tristeza evangélica de que el cristiano reviste todos los sentimientos de la vida; esa voz de dolor que hace salir del seno de los placeres, acababan de admirar y confundir á la hija de Homero. Eudoro, presentándole el crucifijo, le dijo:

—¡Hé aquí el Dios de caridad, de paz, de misericordia, y no obstante, el Dios perseguido! ¡Oh Cimodocea! Solo sobre esta augusta imágen puedo recibir tu fe, si me conceptuas digno de ser tu esposo, pues nunca el altar de tus ídolos, nunca el carcaj de tu Amor verán al adorador de Cristo unido á la sacerdotisa de las Musas.

¡Qué momento para la hija de Homero! ¡Pasar súbitamente de las ideas voluptuosas de la mitologia, á un amor jurado sobre un crucifijo! Aquellas manos que nunca habian tocado sino las guirnaldas de las Musas y las cintas de los sacrificios, se veian cargadas por la primera vez con el signo formidable de la salvacion de los hombres. Cimodocea, herida como Eudoro por el ángel de los santos amores, y arrastrada por encanto irresistible, promete dócil hacerse instruir en la religion del dueño de su corazon.

—¡Y serás mi esposa! dijo Eudoro, estrechando las manos de la tímida vírgen.

—¡Y seré tu esposa! repitió la estremecida jóven.

¡Dulce juramento, proferido en presencia del Dios de las lágrimas y del infortunio!

En esto, se oyó sobre las cimas de las montañas un coro que daba principio á la fiesta de las Lupercales, y que cantaba al dios Pan, protector de la Arcadia, el de los piés de cabra, el terror de las ninfas, é inventor de la flauta de siete agujeros. Estos cantos anunciaban la proximidad de la aurora, que alumbraba con sus primeros albores el sepulcro de Epaminondas y la cima del bosque Pelago en los campos de Mantinea. Cimodocea se apresuró á volver á la casa paterna, y Eudoro fue á despertar á Lastenes.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

SUMARIO. Cimodocea declara á su padre que quiere abrazar la Religion Cristiana, para ser esposa de Eudoro. Irresolucion de Demodoco. Recíbese la noticia de la llegada de Hierocles á la Acaya. Astarté ataca á Eudoro, y es vencido por el ángel de los santos amores. Demodoco accede á dar su hija á Eudoro, para evitar las persecuciones de Hierocles. Empadronamiento de los cristianos en la Arcadia. Hierocles acusa á Eudoro para indisponerle con Diocleciano. Cimodocea y Demodoco parten para Lacedemonia.

Ya el sacerdote de Homero ofrecia una libacion al sol que salia de las olas, para saludar á este astro cuya luz alumbra los pasos del viajero; y tocando con una mano la tierra humedecida por el rocío, se preparaba á dejar el techo hospitalario de Lastenes. Inopinadamente, Cimodocea trémula de temor y amor se presenta á su padre y se arroja en brazos del anciano. Demodoco habia adivinado sin dificultad la causa de la agitacion que empezaba á atormentar á la sacerdotisa de las Musas; pero como ignoraba aun que el hijo de Lastenes participase del mismo amor, procuró consolar á Cimodocea.

—Hija mia, le dijo, ¿qué divinidad te ha herido? Lloras tú, cuya edad solo deberia conocer las inocentes risas! ¿Qué oculta pena se ha deslizado en tu pecho? ¡Oh hija! recurramos á los altares de los dioses preservadores y á la compañia de los sabios que devuelve á nuestra alma su tranquilidad primera. El templo de Juno Lacinia está abierto por todas partes, y no obstante, los vientos no dispersan en su recinto las cenizas del sacrificio; tal debe ser nuestro corazon: si los huracanes de las pasiones penetran en él, es preciso á lo menos que jamás alteren la paz de su santuario.

—¡Padre de Cimodocea, replicó la jóven meseniana, tú ignoras nuestra felicidad! Eudoro ama á tu hija y quiere suspender á su puerta las coronas de Himeneo.

—Dios de las ingeniosas mentiras, exclamó Demodoco, ¿no me has engañado? ¿Debo creerte, hija mia, ó la verdad habrá dejado de reinar en tus labios? Pero ¿deberé admirarme al verte objeto del amor de un héroe? Tú disputarias el precio de la hermosura á las ninfas del Ménalo, y Mercurio te habria elegido en el monte Quelidoreo. Refiéreme, pues, de qué manera el cazador arcadio te ha hecho conocer que se halla herido por el hijo de Venus.

—Esta noche, respondió Cimodocea, me propuse cantar á las Musas para alejar no sé qué desvelo de mi corazon, cuando Eudoro, á la manera de uno de esos brillantes sueños que salen de las puertas del Elíseo, me ha encontrado en las sombras, y tomándome de la mano, me dijo: Vírgen! quiero que los hijos de tus hijos se sienten durante siete generaciones sobre las rodillas de Demodoco. Pero me dijo todo esto en su lenguaje cristiano, con harta mas elocuencia de la que yo puedo usar para referírtelo; y me ha hablado tambien de su Dios, que es un Dios que ama á los que lloran y bendice á los desvalidos. Padre mio, este Dios me ha cautivado, porque nosotros no tenemos entre las nuestras tan benévolas y piadosas divinidades. Es preciso que yo aprenda á conocer y á practicar la religion de los cristianos, puesto que el hijo de Lastenes no puede recibirme sino á esta condicion.

Cuando el apacible Boreas y el viento nebuloso del Mediodia se disputan el imperio de los mares, los marineros se fatigan en presentar alternativamente la vela oblicua á la tempestad: así Demodoco cede ó resiste á los encontrados sentimientos que le combaten. Piensa con alegría en que Cimodocea colgará del altar del Himeneo el estéril ramo de la vestal, y que la familia de Homero, próxima á estinguirse, verá reflorecer en su derredor numerosos vástagos. Demodoco ve además en el hijo de Lastenes un yerno ilustre y lleno de honores, y sobre todo, un poderoso protector contra el favorito de Galerio; pero se estremece al considerar que su hija habrá de abandonar sus dioses paternos, siendo además perjura á las nueve Hermanas y al culto de su divino abuelo.

—¡Ah, hija mia! exclama, estrechándola sobre su corazon ¡qué mezcla de lágrimas y felicidad! ¿Qué acabas de decirme? ¿Cómo negarte y cómo concederte lo que pides? ¿Abandonarás á tu padre para seguir á un dios estraño á nuestros antepasados? ¡Cómo! ¿podríamos tener dos religiones? ¿podríamos pedir al cielo favores diferentes? Cuando nuestros corazones no forman sino un mismo corazon, ¿cesaríamos de tener un solo é idéntico sacrificio?

—Padre mio, dijo Cimodocea interrumpiéndole, jamás te abandonaré, jamás mis votos serán diferentes de los tuyos! Cristiana, viviré contigo cerca de tu templo y contigo recitaré los versos de mi divino abuelo.

El sacerdote de Homero, sollozando y estrechando en sus manos su respetable barba se sustrajo á las caricias de su hija, recurriendo á la soledad para pedir consejo á los dioses en la montaña: de este modo volaba antiguamente el águila de los Alpes al seno de las nubes durante la tempestad; y, noble augurio de los destinos romanos, volaba á conocer en el seno del rayo los ocultos proyectos del cielo. A vista de todas aquellas montañas de la Arcadia, selladas por

el culto de alguna divinidad, Demodoco vierte lágrimas, próxima la supersticion á triunfar en su ánimo. Pero ¿cómo negar á Eudoro al amor de Cimodocea? ¿Cómo labrar la eterna desventura de su hija? Dios, que prosigue sus designios, acaba de subyugar á Demodoco y hace servir á la gloria de sus futuros elegidos la debilidad paternal. Por un efecto de su poder, pone fin á la perplejidad del sacerdote de Homero; y disipando sus temores, le presenta el matrimonio de Cimodocea y Eudoro bajo los mas prósperos auspicios. Demodoco vuelve á los hogares de Lastenes, y viendo afligida á su hija, exclama :

—No llores, ¡oh vírgen digna de todas las prosperidades! ¡No quieran los cielos que Demodoco cueste jamás una lágrima á unos ojos que le son mas caros que la luz del sol! ¡Sé la esposa de Eudoro, y ojalá por única merced, tu nuevo Dios no te arranque á los brazos de tu padre!

En aquel momento Eudoro revelaba igualmente al suyo el secreto de su corazon.

—¡Hijo mio, dijo el esposo de Séfora, sea cristiana Cimodocea! entrégale en herencia el reino del cielo, y no olvides la complacencia para con tu esposa.

Eudoro, guiado por el ángel de los santos amores, corre en busca de Demodoco, y creyendo hallar solo al sacerdote de Homero, ve al padre y la hija estrechamente abrazados. Ignorando si su suerte está decidida se detiene; pero Demodoco le dice :

—¡He aquí á tu esposa!

Y copiosas lágrimas de ternura ahogan la voz del anciano. Eudoro se precipita á los piés de su nuevo padre, y abraza al mismo tiempo las rodillas de Cimodocea. Lastenes, su esposa y sus hijas llegan á la sazon, y arrojándose al cuello de la sacerdotisa de las Musas la colman de caricias, llamándola dos veces hermana, como sierva de Jesucristo y como esposa de su hermano.

Cirilo fue elegido por unanimidad para sembrar las primeras semillas de la fe en el corazon de la futura catecúmena. Ambas familias resolvieron dirigirse á Esparta, para que el santo obispo multiplicase sus lecciones y acelerase el enlace de Cimodocea.

Pero mientras el cielo prosigue sus designios, el infierno cumple sus amenazas. Demodoco y Lastenes habíanse apenas unido por medio de un solemne juramento, cuando la noticia de la llegada de Hierocles llenó de consternacion á los habitantes de la Mesenia. Hubiérase visto á las madres estrechar á sus hijos entre sus brazos, suspenderse los juegos como en una calamidad pública, enlutada la Iglesia y hasta los mismos paganos poseidos de terror; ¡tan triste es el efecto de la presencia del malvado!

Precedido de sus lictores, el procónsul penetra en la Mesenia, y hace publicar al punto el edicto del empadronamiento de los cristianos. Cuando rapaz un lobo vaga en torno del aprisco, sus ojos se encienden á la vista del numeroso rebaño apacentado en fértiles praderas; la vista de las ovejas escita su hambre; y su lengua colgando de la boca entreabierta, parece ya teñida en la sangre de que anhela saciarse : así Hierocles, presa de su rencor á los fieles, se enardece á la idea de las vírgenes indefensas, de los niños débiles y de la multitud de los cristianos que va á reunir al pié de su tribunal.

Impelido por el mas pernicioso de los espíritus del abismo, sube á la cima del Itomo, y busca con ávidos ojos á través del bosque de olivos las columnas del templo de Homero. Mas, ¡cuál fue su sorpresa al no hallar en el santuario al guarda del altar, y al saber que Demodoco y su hija habian ido á visitar á Lastenes, cuyo hijo encontrara á Cimodocea en los bosques del Taigeto!

A tan inesperada nueva, el rostro de Hierocles se demuda, y mil pensamientos confusos se levantan en su pecho. Lastenes era el cristiano mas rico de la Grecia y padre de Eudoro, el poderoso enemigo de Hierocles. Mas, ¿cómo ha abandonado Eudoro el ejército de Constancio? ¿Qué ignorada fatalidad le ha conducido á aquellas playas, para desconcertar de nuevo las miras del altivo procónsul de Acaya? ¿Habrá interesado el corazon de Cimodocea?... Hierocles arde en vehementes deseos de aclarar sus crueles sospechas, y la inquietud que le devora no le permite la menor dilacion.

No lejos de la casa de Lastenes, y cerca de las ruinas de un templo que Orestes habia consagrado á las Gracias y las Furias, descollaba un magnífico palacio. Hierocles le habia hecho construir por uno de los descendientes de Ictino y Fidias, cuando se proponia robar á Cimodocea á su padre para ocultar su víctima en la deliciosa mansion; mas, habiendo vuelto á la córte de los emperadores, no habia tenido el tiempo necesario para dar cima á tan negro propósito. Pero proponiéndose ya trasladarse á este palacio manda que los cristianos de la Arcadia concurran de todas partes á dejar en él sus nombres. Inmediato á la vivienda de Lastenes, esperaba ver cuanto antes á Cimodocea y descubrir con qué mira se habia trasladado la sacerdotisa de las Musas á la casa del adorador de Cristo.

Mas veloz que el rayo, la Fama ha publicado en breve la noticia de la llegada de Hierocles, desde las cumbres de Apesanto, montaña respetada de los pueblos de la Argólida, hasta el promotorio de Maleo, que ve á los astros fatigados descansar sobre su cima. Refiere al mismo tiempo los males que amenazan á los cristianos, y Demodoco se estremece. ¿Permitirá que su hija abrace una religion rodeada de tantos peligros? ¿Podrá por otra parte desconsolar á Cimodocea, que se obstina en llamar á Eudoro su esposo?

En el fondo del corazon de Eudoro se levantan igualmente pensamientos tumultuosos, pues los demonios le presentan oculto combate, y deseando seducirle, arman contra él toda la generosidad de sus propios sentimientos. Atraer un alma á Dios á despecho de todos los peligros y de todos los obstáculos, es la mayor felicidad del cristiano; pero Eudoro no siente en sí todavía celo tan ardiente, valor tan sublime. El infierno, que intenta hacer nacer funestas rivalidades, pero que teme ver pasar á Cimodocea al culto de la cruz, procura oscurecer la fe del hijo de Lastenes; Satanás llama á Astarté, le manda acometer al jóven cristiano á quien con tanta frecuencia ha vencido, y arrancarle al poder del ángel de los santos amores.

Al punto, el demonio de la lujuria se reviste de todos sus encantos, y tomando una odorífera antorcha, atraviesa los bosques de la Arcadia, en tanto que los Céfiros agitan blandamente la apacible luz de la antorcha. El mágico fantasma hace nacer á su paso multitud de engañosos prestigios : la naturaleza parece reanimarse á su presencia, la paloma gime, el ruiseñor suspira y el ciervo sigue bramando á su veloz compañera. Los espíritus seductores que encantan los bosques del Alfeo, entreabren las encinas y muestran por entre sus troncos su cabeza de ninfas; resuenan voces misteriosas en la cima de los árboles, mientras las divinidades campestres bailan, desplegando guirnaldas de flores en derredor del demonio de la lujuria.

Astarté entra en la gruta de Eudoro, y empieza á inspirarle pensamientos de un amor puramente humano.

—Tu puedes, le insinua, morir por tu Dios, si tu Dios te llama; ¿pero osarás arrastrar á Cimodocea en tus desventuras? Mira esos ojos que despiden llamas y ese seno que hace nacer los deseos; ¿quieres encorvar sus gracias bajo el peso de las cadenas? ¡Ah! ¡cuanto mas prudente seria suavizar tu áspera virtud! Deja á Cimodocea sus fábulas ingeniosas; ¿el cielo se armará de sus rayos, porque tu esposa, ó si

tu quisieses, tu amante, cubra con algunas flores los elegantes altares de las Musas, y cante los poéticos sueños de Homero? Ten piedad de la juventud y de la hermosura, que no siempre ha sido tan bárbaro.

Tales son las peligrosas sugestiones del espíritu de tinieblas. Y al mismo tiempo, con aspecto alegre y pérfida sonrisa, lanza contra Eudoro los mismos dardos con que hirió en los antiguos dias al mas sabio de los reyes; pero el ángel de los santos amores defiende al hijo de Lastenes. Al fuego de los sentidos opone el fuego del alma; á una ternura momentánea una ternura eterna, y con un soplo lleno de pureza desvia los dardos del demonio de la lujuria, cuyas impotentes flechas van á embotarse en el cilicio de Eudoro, como en diamantino escudo.

No obstante, el falso honor del mundo y un cariño tímido aun, vencen en aquel momento en el corazon del penitente soldado, que no queriendo haber sorprendido la palabra de Demodoco y temiendo comprometer á Cimodocea, va á buscar al sacerdote de Homero.

—Vengo, le dice, á eximirte de tu palabra. La felicidad de mi existencia se cifraria en ver cristiana á Cimodocea y en recibir su mano en el altar del verdadero Dios; pero va á efectuarse el empadronamiento del rebaño escogido, y aunque esto nada funesto anuncie todavía, vuestros sentimientos están alarmados tal vez y el porvenir reposa en el seno de Dios; quiero pues, que el hermoso presente que me haces sea espontáneo, y que unicamente tu voluntad decida el destino de Cimodocea y la felicidad de mi vida.

—Mortal generoso! replicó el anciano, derramando lágrimas de ternura, un dios puso en el fondo de tus entrañas la magnanimidad de los reyes de los primeros tiempos, y cuando tu madre te dió á luz en medio de los laureles y de las cintas, el mismo Júpiter colocó en tu pecho tu noble corazon. ¡Oh hijo mio! ¿qué exiges de mí? ¡Tu sabes cuán cara me es mi hija! ¿No podria ser tu esposa, sin abrazar la fe de los cristianos? De este modo quedariamos libres de todo temor; y sin esponer á Cimodocea á nuevos peligros, la protegerias contra el impío Hierocles.

—Demodoco, repuso con tristeza Eudoro, puedo mediante este esfuerzo mas que humano, renunciar al amor de tu hija; pero sabe que un cristiano no puede recibir una esposa envuelta en el impuro incienso de los ídolos. ¿Que ministro se prestaria á bendecir al pié de la cruz la alianza del cielo y del infierno? ¿Mi hijo oiria pronunciar sobre su cuna el nombre del Hijo del Hombre y el nombre de Júpiter? ¿Será la Virgen sin mancilla ó la impúdica Venus la que dé lecciones á mi hija? Nuestras leyes, Demodoco, nos prohiben unirnos á mujeres estrañas al culto del Dios de Israél; queremos esposas que participen de nuestros peligros en esta vida; esposas á quienes podamos abrazar de nuevo en el cielo, despues de nuestra muerte.»

Cimodocea habia oido desde un lugar vecino la voz confusa de su padre y del hijo de Lastenes. El ángel de los santos amores la inspira, y la Madre del Salvador la llena de resoluciones generosas; vuela, pues, al aposento de Demodoco, y cayendo á los piés del anciano, exclama, enlazando las suplicantes manos:

—¡Padre mio! librenme los dioses de afligir tu vejez, pero quiero ser la esposa de Eudoro. Seré cristiana sin dejar de ser tu sumisa y cariñosa hija. No temas por mí los peligros, pues el amor me dará la fuerza necesaria para combatirlos.

A estas palabras, Eudoro dice, levantado al cielo sus manos:

¡Dios de mis padres! ¿qué he hecho para merecer recompensa tan alta? ¡Toda mi vida he ofendido vuestras leyes, y me colmais de fidelidad! ¡Cumplid vuestros decretos eternos! ¡acabad de atraer á vos á este ángel de inocencia! Sus propias virtudes la llevan á vuestro seno, no el amor que un cristiano, sobradamente culpable, tuvo la fortuna de inspirarle.

Dice, y se escuchan los pasos acelerados de un mensajero que llega presuroso; ábrense las puertas y se presenta un esclavo de Demodoco que llega del templo de Homero: el sudor baña su rostro; sus piés desnudos y sus desordenados cabellos están cubiertos de polvo, y en el brazo derecho sostiene un escudo partido con el que ha desviado las ramas de las encinas al atravesar la espesura de los bosques. Llega y dice:

—¡Demodoco! Hierocles se ha presentado en el templo de tu abuelo, y sus labios vomitaban terribles amenazas. Enorgullecido con la proteccion de Galerio, habla con furor de tu Cimodocea, y jura por el lecho de hierro de las Euménides que tu hija pasará á su tálamo, aunque el negro Pesar compañero de las Parcas, deba sentarse en el dintel de tu morada, durante el resto de tus dias.»

Mortal palidez se estiende por el semblante de Demodoco, cuyas fuerzas se estinguen á tan triste relato; pero esta nueva calamidad fija sus resoluciones. Las órdenes severas espedidas contra los fieles no amenazan á Cimodocea, convertida al Cristianismo, sino con incierto y remoto peligro, mientras que al contrario, el amor del procónsul espone á la sacerdotisa de las Musas á males tan próximos como inevitables. En este apremiante peligro, la proteccion de Eudoro parece á Demodoco una felicidad inesperada y el único refugio que queda á Cimodocea contra las violencias de Hierocles.

El anciano abraza tiernamente á su hija y dice:

—¡Hija mia! lejos de violar mis juramentos, seré fiel á la empeñada palabra; sé para siempre la esposa de Eudoro; ahora incumbe á este tu defensa, como madre de sus hijos y como compañera de sus dias. Acaso los dioses se complacerán en acrisolar tu virtud, mas tu, Cimodocea, no te dejarás abatir. Si hay Musas cristianas, ellas te prestarán su auxilio, y sus cantos llenos de sabiduria, fortalecerán tu corazon contra los ataques de tus enemigos.»

Lastenes entró en este momento.

Eudoro entonces aplicó la mano á su corazon en señal de gratitud y ternura, y pronunció estas palabras con voz sonora, fijos en el suelo los ojos;

—Recibo, ¡oh Demodoco! el inestimable presente que haces á Dios por mis manos. Defenderé á precio de toda mi sangre la vírgen que me confias; y juro por tí, ¡oh Lastenes, oh padre mio! ser fiel á Cimodocea.

Despues de recibido este juramento, el sacerdote de los dioses partió con su hija, abrigando el proyecto de cerrar el templo de Homero y encaminarse luego á Lacedemonia, donde la familia de Lastenes debia esperarle en casa de Cirilo.

Demodoco y Cimodocea toman los senderos mas estraviados para evitar el encuentro de su perseguidor; mas ya el procónsul habia llegado al palacio del Alfeo. Aquellas risueñas soledades, las trasparentes aguas del Ladonte, las crestas de las montañas cubiertas de pinos, la frescura de los valles de la Arcadia y las escenas tranquilas que aquellos dulces nombres recuerdan, nada puede calmar la febril agitacion de Hierocles. Sus lictores se diseminan por todas partes para recoger á los fieles, pobladores de los apacibles retiros donde en otro tiempo los pastores de Evandro hacian una vida menos inocente que la de aquellos primitivos cristianos. Desde el fondo de las grutas consagradas á Pan y á las divinidades campestres, vese bajar multitud de mujeres, niños y ancianos, que los soldados arrastran á su paso. En frente del palacio de Hierocles y delante de una espaciosa pradera bordada por las aguas del Ladonte, alzábase el tribunal del gobernador romano, que en su silla de

marfil, recibia los nombres que debian llenar las listas fatales. De improviso, álzase sordo murmullo, y los cristianos al volver la cabeza, reconocen la poderosa familia de Lastenes, que era conducida al pié del tribunal.

Semejante al cazador de los Alpes que siguiendo con rústica algazara una manada de cabras monteses, que saltan entre las rocas y las cascadas, retrocede temeroso al ver al fiero javalí que aparece en medio del fugitivo ganado, y con inmóviles ojos mira al terrible animal que eriza sus cerdas y descubre sus mortíferos colmillos: así Hierocles queda turbado al aspecto de Eudoro, á quien reconoce en medio de su familia. Toda su antigua enemistad se despierta; no ve allí, es cierto á Cimodocea, pero la gentil apostura del hijo de Lastenes, su varonil y guerrero continente y la general admiracion que inspira aumentan sus temores. Muchos soldados de la guardia del procónsul que habian hecho la guerra á las órdenes de Eudoro, rodean á su antiguo general y le colman de bendiciones: unos ensalzan su afable condicion, otros su generosidad, todos su valor y su gloria. Estos recuerdan la batalla de los francos, en la que obtuvo la corona cívica; aquellos hablan de su victoria contra los bretones; y por donde quiera se repite: «Este jóven guerrero, cubierto de heridas, triunfó de Carrausio; es el general de la caballería; el prefecto de las Galias; el favorito de Constancio y el amigo del príncipe Constantino.» Discursos tales hacen palidecer en su trono al indignado procónsul, que despidiendo bruscamente á la asamblea, se encierra despechado en su palacio.

Hierocles no duda ya que su rival es dueño del corazon de Cimodocea, pues juzga que el amor ha seguido á la gloria. Mil siniestros proyectos asaltan su agitado espíritu: ya quiere arrebatar á viva fuerza la hija de Demodoco; ya arrojar á Eudoro á negros calabozos, pero teme el favor de que el hijo de Lastenes disfruta en la córte, y no se atreve á atacar desembozadamente á un vencedor investido con las dignidades del imperio, porque conoce la moderacion de Diocleciano, enemigo siempre de la violencia. Escogita, pues, un medio mas lento pero mas seguro de satisfacer el antiguo rencor que contra Eudoro alimenta: escribe á Roma que los cristianos de la Acaya están prontos á insurreccionarse, y que se oponen al empadronamiento, acaudillados por el arcadio desterrado por el emperador al ejército de Constancio.

Hierocles espera hacer proscribir de la Grecia, merced á tan torpes amaños á Eudoro, y poder seguir sin obstáculo alguno sus culpables designios respecto de Cimodocea. No obstante, rodea de espias y delatores á su competidor, procurando descubrir un secreto que debe labrar la desventura de su vida; pero el hijo de Lastenes no habia olvidado los peligros de sus hermanos, pues no era ya aquel jóven incierto en sus deseos y quiméricos proyectos y alimentado de ensueños é ilusiones; era un hombre esperimentado por la adversidad, capaz de las acciones mas graves y audaces, reflexivo, circunspecto, laborioso, elocuente en el consejo, animoso en la guerra y dotado de pasiones tanto mas propias para alcanzar un fin elevado, cuanto que no se mezclaban en su alma con frívolas ideas. Conocia el influjo de Hierocles sobre Galerio y el de este sobre Diocleciano, y preveia que el sofista perseguidor de Cimodocea se abandonaria á los mas negros furores contra los cristianos, cuando llegase á descubrir el amor y la conversion de la sacerdotisa de las Musas. Eudoro descubre de una ojeada todos los males de que la Iglesia está amenazada y procura conjurarlos; por lo que antes de marchar á Lacedemonia con su familia, hace partir un mensajero fiel, encargado de instruir á Constantino de la verdad, y de neutralizar en el ánimo de Augusto los peligrosos informes de Hierocles.

Mientras el prefecto de Acaya se retiraba de su tribunal, Demodoco y su hija llegaban al templo de Homero: el fuego ardia aun en los altares domésticos, y Demodoco los hizo al punto reanimar. La ternera de astas de oro fue conducida al santuario, y una copa de plata cincelada fue presentada al sacerdote de los dioses; era la copa de que en otro tiempo se sirvieran Danao y el viejo Foroneo en los sacrificios. Una mano hábil habia representado en ella á Ganimedes arrebatado por el águila de Júpiter; los compañeros del cazador frigio parecian poseidos de tristeza, y la fiel trailla hacia resonar con sus dolorosos ladridos los bosques del Ida. El padre de Cimodocea llenó la copa de vino puro y vistiendo una túnica sin mancha, coronó sus sienes con un ramo de olivo: hubiérasele tomado por Tiresias, ó por el adivino Anfiarao, pronto á bajar vivo á los infiernos con sus armas blancas, su carro blanco y sus blancos corceles. Demodoco derramó la libacion á los piés de la estátua del poeta; la ternera cayó bajo el cuchillo sagrado, y Cimodocea, colgando su lira en el altar, dirigió estas sentidas palabras al cisne de Meonia:

«¿Autor de mi estirpe! tu hija te consagra este melodioso laud que tu te dignaste alguna vez templar para ella. Dos divinidades, Venus y el Himeneo, me obligan á pasar al imperio de otras leyes; ¿qué puede una jóven contra los tiros del Amor y la voluntad del Destino? Andrómaca (tu lo has contado), no veia en la soberbia Troya sino á Astianax y á su Héctor. Yo no tengo aun hijos, pero debo seguir á mi esposo.»

Tal fue la despedida de la sacerdotisa de las Musas al cantor de Penélope y de Nausicaa; los ojos de la tierna doncella estaban anegados en lágrimas, porque á pesar del encanto de su amor, echaba de menos los héroes y las divinidades que constituian parte de su familia, y aquel templo donde, hallando á la vez á sus dioses y á su padre, habia sido alimentada con el suave néctar de las Musas, á falta de la leche maternal. Todo la arrastraba hácia las hermosas ficciones del poeta; todo estaba en aquellos lugares sometido al poder de Homero; y la futura cristiana se sentia á su pesar dominada por el genio poderoso del padre de las fábulas. No de otro modo, cuando una serpiente esmaltada de oro y azul, hace rodar en medio de una pradera sus cambiantes escamas, levanta una cabeza de púrpura entre las flores, vibra una triple lengua de fuego y lanza miradas centellantes, la incauta paloma que la descubre desde la altura de los aires, fascinada por el brillante reptil, abate poco á poco su vuelo, va á posarse sobre un árbol vecino, y bajando de rama en rama se entrega al poder mágico que la hace caer desde las bóvedas del cielo.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

SUMARIO. Descripcion de Laconia. Llegada de Demodoco á la casa de Cirilo. Instruccion de Cimodocea. Astarté envia al demonio de los celos á Hierocles. Cimodocea va á la iglesia para desposarse con Eudoro. Ceremonias de la Iglesia primitiva. Los soldados dispersan á los fieles, por órden de Hierocles. Eudoro salva á Cimodocea, la defiende en el sepulcro de Leónidas, y recibe la órden de marchar á Roma. Las dos familias resuelven enviar á Cimodocea á Jerusalén, para ponerla bajo la proteccion de la madre de Constantino. Eudoro y Cimodocea parten para embarcarse en Atenas.

DEMODOCO cierra llorando las puertas del templo de Homero, y subiendo á su carro con Cimodocea atraviesa de nuevo la Mesenia. Llega en breve á la estátua de Mercurio colocada á la entrada del Hermeo, y penetra en los desfiladeros del Taigeto. Grupos infor-

mes de peñascos que llegaban hasta el cielo, formaban por ambos lado vastas y estériles laderas, y en sus cimas crecian apenas algunos abetos á la manera que la yerba sobre las ruinosas torres y murallas.

Oculta entre las retamas medio abrasadas, la importuna cigarra hacia oir su monótono canto bajo los ardores del mediodia.

«Hija mia, decia Demodoco, por este mismo camino huyó Licisco, como yo, con su hija á Lacedemonia, y su fuga ocasionó la trágica aventura de Aristómenes. ¡Cuántas generaciones han trascurrido para traernos á nuestra vez á estos solitarios lugares! ¡Plegue al gran Júpiter enviarnos alguna señal favorable, y alejar de ti todas las desgracias!»

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando un buitre de cana cabeza, se precipita desde la cima de un árbol seco, sobre una golondrina; un águila desciende de la cima de las montañas y arrebata al buitre en sus poderosas garras; de improviso, el relámpago brilla en el Oriente, el rayo estalla y atraviesa con su dardo de fuego al rey de los aires y precipita en tierra al vencedor, al vencido y á su víctima: Demodoco aterrado busca en vano el decreto de los destinos en estos caprichosos juegos de la casualidad. Pero el carro ha salvado la cumbre del Hermeo, y empieza á bajar hácia Pillano. El sacerdote de Homero saluda al Eurotas, cuyas orillas sigue; toca el sepulcro de Ladas; descubre en breve la estátua del Pudor que señala el sitio donde Penélope, próxima á seguir á Ulises, se cubrió ruborizada con su velo. Deja á su espalda el monumento de Diana de Misia, el bosque sagrado de Carneo, las siete columnas, el sepulcro del Caballo, y llega súbitamente á la florida pendiente de una colina que coronaba el templo de Aquiles; Esparta y el valle de la Laconia se presentan á sus miradas. Las cordilleras del Taigeto cubiertas de nieves y bosques, se dilataban al Occidente; otras montañas menos elevadas formaban al Oriente una cortina paralela, y disminuyendo gradualmente de altura terminaban en los vértices rojizos del Menelayon. El valle comprendido entre estas dos cordilleras estaba obstruido hácia el Norte por una confusa mole de montecillos de caprichosos contornos, que adelantándose hácia el Mediodia, iban á formar con sus últimas crestas las colinas que servian de asiento á Esparta. Desde Esparta hasta el mar descubríase un terreno llano, fértil, entrecortado por viñedos y campos de trigo, y sombreado por bosques de olivos, sicomoros y plátanos. El Eurotas deslizaba su tortuosa corriente por esta risueña soledad, ocultando entre bosquecillos de adelfas sus azuladas ondas, embellecidas por los cisnes de Leda.

El sacerdote de los dioses y Cimodocea no se cansaban de admirar tan bello cuadro, pintado de mil colores por los vivos destellos de la naciente aurora. ¿Quién podria pisar indolente el polvo de Esparta y contemplar sin emocion intima la patria Licurgo y Leónidas? Demodoco agitaba todavía lleno de asombro su cetro augural, cuando ya sus ágiles corceles entraban en Lacedemonia. El carro atraviesa la plaza pública, pasa delante del Senado de los ancianos y del pórtico de los Persas, toma el camino del teatro contiguo á la ciudadela y sube á la casa de Cirilo, construida cerca del templo de Venus Armada.

La familia de Lastenes esperaba la llegada de la nueva esposa en casa del obispo de Lacedemonia, noticioso ya de todo lo ocurrido en Arcadia. Para poner á Cimodocea al abrigo de las tentativas de Hierocles y para que Eudoro adquiriese derechos sobre ella, Cirilo se proponia desposarla con el hijo de Lastenes, no bien fuese declarada neófita, porque la sacerdotisa de las Musas no podia ser la esposa de Eudoro sino despues de haber recibido el bautismo. Los ancianos saludaron á la amable extranjera con grave y santa alegría, siéndole prodigados por su nueva madre y sus nuevas hermanas las mas tiernas atenciones. Estas caricias que Cimodocea nunca habia conocido, le parecian en estremo dulces, aunque no vió á Eudoro, que en aquel momento de felicidad, redoblaba sus vigilias y austeridades. Aquella misma noche dió principio Cirilo á la instruccion de la jóven infiel, que le escuchaba con candor é ingenuidad, pues la moral y caridad evangélicas llenaban de encanto su corazon. Derramaba copiosas lágrimas sobre el misterio de la cruz y los dolores del Hijo del Hombre; el culto de la Madre del Salvador la llenaba de ternura y delicias; se hacia referir sin cesar por el antiguo mártir la historia del Pesebre, de los pastores, de los ángeles y los magos, y repetia en voz baja estas palabras: «Dios te salve, María, llena eres de gracia.» La grandeza del Dios de los cristianos intimidaba un tanto á Cimodocea, pero buscaba su refugio en María, á quien parecia tomar por su madre. Muchas veces esplicaba á Demodoco algunas de las lecciones que habia recibido; sentada sobre sus rodillas le referia con encantador lenguaje la vida feliz de los patriarcas, la ternura de Nacor para con su hija Sara, el amor del jóven Tobias á su extranjera esposa, y le hablaba de una mujer á quien un apóstol hizo salir del sepulcro y devolvió á sus desconsolados padres.

—¿Crees, añadia, que el Dios de los cristianos, que manda amar á mi padre para vivir muchos años, no vale mas que esos dioses que nunca me hablaban de ti?

Nada mas tierno que ver así á esta misionera de nueva especie, alternativamente discípula de un anciano y maestra de otro anciano; colocada como la gracia y la persuasion entre estos hombres venerables, para hacer gustar al sacerdote de Homero las graves enseñanzas del sacerdote de Israél.

El enemigo del género humano veia ciego de furor que aquella vírgen inocente se sustraia á su poder, y de ello acusa á Astarté.

—Débil demonio, le grita, ¿qué haces en el abismo? ¡Dejaste el cielo exhalando vergonzos gemidos, y ora te ves vencido de nuevo por el ángel de los santos amores!

Astarté repuso;

—¡Oh Satanás! aplaca tu cólera. Si no he podido vencer el ángel que me reemplazó en la mansion de la felicidad, mi derrota misma va á favorecer tus proyectos. Tengo un hijo en los infiernos; pero no me atrevo á acercarme á él, porque sus furorés me intimidan. Tú le conoces: baja á su prision, llévale á la tierra, mientras voy á esperarle al lado de Hierocles; y cuando este mortal se sienta abrasado por mi fuego y por el de mi hijo, nada ya tendrás que hacer sino entregar los cristianos al demonio del homicidio.

Dice; y Satanás se precipita en el fondo del centro de los tormentos. Mas allá de las hediondas lagunas y de los lagos de azufre y betun, en las vastas regiones del infierno, ábrese un calabozo habitado por el mas desventurado de los pobladores de las infernales mazmorras. Tendido entre víboras y horrorosos reptiles, nunca el sueño acaricia sus ojos; la inquietud, la sospecha, la venganza, la desesperacion y una especie de amor feroz agitan sus miradas; horribles quimeras ocupan y atormentan su espíritu; se estremece; cree oir misteriosos rumores y perseguir vanos fantasmas. Para apagar su sed devoradora, bebe en una copa de hierro un veneno compuesto de sus propios sudores y de sus propias lágrimas. Sus convulsos labios respiran el homicidio, y á falta de la víctima que incesantemente anhela, se hiere á sí mismo con un puñal, olvidando que no puede morir.

El príncipe de las tinieblas se detiene á la entrada de la caverna de este monstruo.

—Arcángel poderoso, le dice, pues siempre te he distinguido entre los innumerables espíritus de mi



ENTREVISTA DE EUDORO Y CIMODOCEA.

imperio, hoy puedes probarme tu gratitud: preciso es encender en el pecho de un mortal aquella llama que encendiste un dia en el corazon de Herodes; preciso es perder á los cristianos y reconquistar el cetro del mundo: ¡digna de tu arrojo es la empresa! ¡Ven, oh hijo mio! ¡ven y secunda los vastos propósitos de tu rey!

El demonio de los celos retira de su boca la envenenada copa, y enjugando sus labios con su cabellera de serpientes:

—¡Oh Satanás! replica, arrojando un profundo suspiro, ¡ni el peso del infierno logra encorvar tu soberbia cerviz! ¿Quieres esponerme de nuevo á los golpes de aquel rayo que te precipitó en el abismo del eterno llanto? ¿Qué puedes contra la cruz? Una mujer ha quebrantado tu orgullosa cabeza. Aborrezco la luz del cielo, pues los castos amores de los cristianos han destruido mi imperio en la tierra. ¡Prosigue, si así te cumple, tus proyectos; pero déjame gozar en paz de mi rabia, no vengas mas á turbar mis furores!

Dice; y con frenética mano arranca las serpientes que en derredor le nacen, y las despedaza con rechinantes dientes.

Satanás exclama, trémulo de cólera:

—¡Angel pusilánime! ¿de dónde te procede hoy tan vil temor? ¿Ha penetrado acaso en tu corazon el arrepentimiento, cobarde virtud de los cristianos?



CIMODOCEA CONFIA A DEMODOCO SU AMOR POR EUDORO.

Mira en torno : ¡ he aquí tu eterna morada ! ¡ A males sin fin, sabe oponer un rencor sin término y destierra ya esos recuerdos de inútil amargura! Atrévete á seguirme, que yo haré desaparecer en breve del mundo esos castos amores que así te desalientan; yo te devolveré tu imperio sobre el hombre degradado. No esperes, empero, ¡ miserable! á que mi brazo te obligue á concederme lo que me he dignado pedir á tu celo.

A tal esperanza y amenaza, el demonio de los zelos se dejó arrastrar.

Satanás lleno de júbilo sube al punto á su carro de fuego, y hace sentar á su lado al repugnante monstruo á quien llama su hijo; le instruye en lo que debe hacer, y le nombra la víctima que debe herir. Para evitar la importunidad de los espíritus de tinieblas, ambos caudillos del infierno atraviesan invisibles la mansion del dolor; solo la Muerte les ve salir de las puertas del infierno, y les saluda con sonrisa pavorosa; en breve llegan á la tierra y se apean en el valle de Alfeo. Presa de fatal amor, el procónsul de Acaya se veia á la sazon agitado por un sueño penoso: el demonio de los zelos se oculta bajo la figura de un viejo agorero, confidente de los tormentos secretos de Hierocles; simula, pues, el rugoso semblante del antiguo adivino, su torva mirada, su frente calva, su religiosa palidez. Cubierta su cabeza con un largo velo, las cintas sagradas caen sobre sus hombros, acércase al lecho del impío como un ensueño funesto, y tocando el pecho de Hierocles con el ramo que en la mano ostenta, le dice insidioso :

«¡ Duermes, mientras tu enemigo triunfa! ¡Cimodo-

cea, abraza en Lacedemonia la religion de los cristianos y en breve será esposa del hijo de Lastenes! Despierta y apoderémonos de tu presa, y para arrebatarla á tu rival, perdamos si es necesario la raza entera de los cristianos!»

Esto diciendo, arranca de su cabeza el velo y las cintas sacerdotales, y recobrando su horrible forma se inclina sobre Hierocles, le estrecha entre sus brazos y hace correr sobre él una sangre impura. Poseido de intenso terror, el desventurado se debate bajo el peso del fantasma y despierta prorumpiendo en un grito; así un hombre enterrado en vida en el campo de los sepulcros, sale con espanto de su letargo, hiere con la frente su ataud, y hace resonar agudos lamentos en el seno de la tierra. Todos los venenos del monstruo infernal hánse inoculado en el alma del enemigo de los fieles; salta de su lecho con los cabellos erizados; llama á sus guardias, deseoso de anticiparse á las órdenes de Augusto; quiere reducir á dura prision los cristianos y dispersar sus asambleas; habla en fin de conspiraciones y de un proyecto fatal al imperio.

«¡Es preciso sangre!.. exclama; un fuego devorador circula en todos los corazones... no consultemos las entrañas de las víctimas; los votos, las súplicas, los altares, nada pueden ya en nuestro favor!»

¡Insensato! En breve los espías que llegan de Lacedemonia le confirman la verdad del sueño que le acosa.

Eudoro, que resignado á los decretos de la Providencia y deseando con ardor la gloria del martirio, no creia sin embargo que la tempestad estuviese tan próxima, se ocupaba en perfeccionar su alma para hacerse digno á la vez de los destinos que Pablo le habia predicho y de la esposa que Dios le habia elegido. En una tierra cuyo propietario se ha alejado, se ve esterilizarse un árbol de rica esperanza; pero el propietario, despues de algunos años de ausencia entra de nuevo en su morada; vuelve á su abrigo querido y corta las ramas desgajadas por las cabras ó tronchadas por los vientos, el árbol recobra nuevo vigor, y pronto su copa frondosa se inclina al peso de los aromosos frutos: así el hijo de Lastenes, abandonado de Dios, habia desfallecido por falta de cultivo; pero cuando el padre de familia entró en su herencia y concedió sus desvelos á la planta de su amor, Eudoro se coronó de las virtudes que su infancia habia prometido.

Próximo al cumplimiento de parte de sus deseos, iba á recibir la fe conyugal de Cimodocea. La nueva catecúmena habia merecido por su inteligencia, su pureza y su bondad ser admitida á los dos grados de oyenta y postulante, y debia presentarse en la iglesia por primera vez el dia de una festividad consagrada á la Madre del Salvador, para que, desposada despues de la celebracion de los misterios, jurase al mismo tiempo fidelidad á Dios y á su esposo.

Los primitivos cristianos elegian con preferencia el silencio de las sombras para cumplir las ceremonias de su culto. El dia que precedió á la noche en que Cimodocea triunfó del infierno, trascurrió en la meditacion y las oraciones. Al anochecer, Séfora y sus dos hijas empezaron á adornar á la nueva esposa, que primero se despojó de los adornos de las Musas, y depositó sobre un altar doméstico consagrado á la Reina de los ángeles, su cetro, su velo y sus cintas; pues su lira habia sido depositada en el templo de Homero. No sin derramar lágrimas se separó Cimodocea de las graciosas señales de la religion paterna. Una túnica blanca y una corona de azucenas le suplieron las perlas y collares, adornos que las cristianas no usaban, y el pudor evangélico reemplazó en sus labios la sonrisa de las Musas, prestándole encantos dignos del cielo.

A la segunda vigilia de la noche, salió rodeada de antorchas, llevando una de estas. Precedíanla Cirilo, los sacerdotes, las viudas y las diaconisas; el coro de las vírgenes la esperaba á la puerta. Cuando se mostró al concurso, la muchedumbre que esperaba esta ceremonia, exhaló un grito de admiracion. Los paganos decian:

«Es la hija de Tindaro coronada con las flores del platanista y próxima á pasar al tálamo de Menelao. Es Venus, cuando arrojó sus brazaletes al Eurotas, y se mostró á Licurgo bajo las facciones de Minerva!»

Los cristianos decian:

«¡Es una nueva Eva! ¡es la esposa del jóven Tobias! ¡es la casta Susana! ¡es la hermosa Estér!

El nombre de Estér, aplicado por la voz del pueblo fiel, fue desde entonces el nombre cristiano de Cimodocea.

Cerca del Lesche y no lejos de los sepulcros de los reyes Agidas, los cristianos de Esparta habian fundado una iglesia que, distante del bullicio y de la multitud y rodeada de patios y jardines, estaba separada de todo monumento profano. Despues de haber pasado un peristilo adornado de fuentes, donde los fieles se purificaban antes de la oracion, se hallaban tres puertas que conducian á la basilica. En el fondo de la iglesia hácia el Oriente se descubria el altar, y detrás de este el santuario. Este altar de oro mazizo, enriquecido con rica pedreria, cubria los restos de un mártir, y le rodeaban cuatro cortinas de una tela preciosa. Una paloma de marfil, imágen del Espíritu Santo, dominaba el altar y protegia con sus alas el tabernáculo. Las paredes estaban adornadas con cuadros que representaban pasajes de la Escritura, y el baptisterio se elevaba aislado á la puerta da la iglesia y hacia suspirar á la impaciente catecúmena.

Cimodocea se adelantó hácia los santos pórticos. Un contraste estraordinario se advertia por todas partes; las jóvenes de Lacedemonia, fieles aun á sus dioses, se presentaban en la carrera con sus túnicas entreabiertas, su aire desenvuelto y sus miradas provocativas; de esta suerte bailaban en las fiestas de Baco ó de Jacinto: los rudos recuerdos de Esparta, la doblez, la crueldad y la ferocidad maternas brillaban en los ojos de la muchedumbre idólatra; y en tanto, mas allá se veia á las vírgenes cristianas castamente vestidas, dignas hijas de Elena por su hermosura y mas bellas que su madre por su modestia, que iban con el resto de los fieles á celebrar los misterios de un culto que hace el corazon tierno para el niño, caritativo para el esclavo, y que inspira horror á la simulacion y la mentira. ¡Hubiérase creido ver dos pueblos entre aquellos hermanos: ¡tanto puede la religion cambiar á los hombres!

Al llegar al lugar de la solemnidad, el obispo, con el Evangelio en la mano, subió á su trono que se elevaba en el fondo del santuario, frente del pueblo. Los sacerdotes, sentados á derecha é izquierda, llenaron el semicírculo del ábside; los diáconos se colocaron en pié detrás de estos, y la multitud ocupó el restante espacio de la iglesia; los hombres, separados de las mujeres, mantenian la cabeza descubierta y estas la ocultaban con un velo.

Mientras cada cual ocupaba su respectivo puesto, un coro cantaba un salmo de la introduccion de la ceremonia. Concluido este cántico, los fieles oraron en silencio, y luego el obispo pronunció la oracion de los votos, reunidos de los fieles. El lector subió á la tribuna, y tomó del Antiguo Testamento los testos que mas se referian á la doble festividad que se celebraba. ¡Qué espectáculo para Cimodocea! ¡Qué diferencia de esta santa y tranquila ceremonia á los sacrificios sangrientos y lascivos cantos de los paganos! Todos los ojos se dirigian á la inocente catecúmena, sentada entre un coro de doncellas á quienes con su hermosura eclipsaba. Sobrecogida de respeto y temor, apenas se atrevia á levantar una mirada tímida

para buscar entre la muchedumbre al que, despues de Dios, ocupaba entonces únicamente su corazon.

El lector fue reemplazado en la cátedra de verdad por el obispo, que empezó esplicando el Evangelio del dia: habló de la conversion de los idólatras y de la felicidad que una jóven virtuosa gozaria en breve al unirse á un esposo cristiano, bajo la proteccion de la Madre del Salvador, dando fin á su discurso con estas tiernas palabras:

«¡Habitantes de Lacedemonia! tiempo es de que os recuerde la alianza que os une con Sion. Descendiente de Abraham como el pueblo fiel, vuestro rey Ario reclamó un dia del pontífice Onias las leyes de este santo parentesco. En la carta que dirigió al pueblo judío le dice: «Mis rebaños y todas mis haciendas os pertenecen, y los vuestros me pertenecen.» Los Macabeos, reconociendo este orígen comun, enviaron á los espartanos una diputacion amistosa. Si, pues, cuando aun erais gentiles, fuisteis distinguidos por el Dios de Jacob entre todos los pueblos de Javan, de Setim y de Elisa, ¿qué no debeis hacer por el cielo, señalados ahora con el sello de la raza escogida? He aquí el momento oportuno de mostraros dignos de vuestra cuna, á la cual prestaron propicia sombra las palmeras de la Idumea. Los grandes mártires Judas, Jonatás y sus hermanos, os invitan á seguir sus huellas. Hoy sois llamados á la defensa de la patria celestial. ¡Rebaño querido, confiado por el cielo á mis cuidados, esta es quizá la última vez que vuestro pastor te reune bajo su cayado! ¡Cuán pocos de nosotros volverán á hallarse al pié de este altar, cuando nos sea permitido reunirnos! ¡Siervas de Jesucristo, esposas virtuosas, vírgenes sin mancha! hoy debeis felicitaros por haber abandonado las pompas del siglo, para no consagraros sino al noble pudor. ¡Ah! ¡cuánto seria de temer que unos piés ligados con cintas de seda, no pudiesen subir al patíbulo! ¿Los collares de perlas que engalanan un cuello en demasía delicado dejarán algun lugar á la cuchilla del verdugo? Regocijémonos, pues, hermanos mios, porque se acerca el tiempo de nuestra libertad; digo libertad, porque vosotros no llamais esclavitud á los calabozos y cadenas que os amenazan. Para el cristiano perseguido, la prision no es un lugar de sufrimientos sino de delicias; que cuando el alma se entrega á la oracion el cuerpo no siente el peso de las cadenas y arrastra en pos á todo el hombre.»

Cirilo bajó de la cátedra y un diácono exclamó:

—¡Orad, hermanos mios!

El auditorio se levantó y volviéndose hácia el Oriente, elevadas al cielo las manos, oró por los cristianos, por los infieles, por los perseguidores, por los débiles, por los enfermos, por los afligidos y por todos los que lloran. Entonces, los diáconos hicieron salir del lugar santo á todos los que no debian asistir al sacrificio: á los gentiles, los poseidos del demonio y los penitentes. La madre de Eudoro, acompañada de dos viudas, fue á buscar á la tímida catecúmena y la condujo á los piés de Cirilo. Entonces el mártir le preguntó:

—¿Quién eres?

Cimodocea respondió segun la instruccion recibida:

— Soy Cimodocea, hija de Demodoco.»

—¿Qué quieres? añadió el prelado.

—Salir, replicó la jóven vírgen, de las tinieblas de la idolatría, para entrar en el rebaño de Jesucristo.

—Has pensado maduramente, continuó el obispo, tu resolucion? ¿no temes ni las cárceles ni la muerte? ¿tu fe en Jesucristo es viva y sincera?

Cimodocea titubeó, pues no esperaba la primera parte de esta pregunta y recordó el dolor de su padre; pero al ocurrirle que vacilaba en aceptar la suerte de Eudoro, decidióse al punto y pronunció con voz segura:

—No temo ni las cárceles, ni la muerte, y mi fe en Jesucristo es viva y sincera.

Entonces el obispo le impuso las manos, marcándole en la frente la señal augusta de la cruz. Una lengua de fuego apareció en la bóveda de la iglesia, y el Espíritu Santo bajó sobre la predestinada vírgen; un diácono le entregó una palma y las jóvenes cristianas le arrojaron coronas, despues de lo cual volvió al banco de las mujeres, precedida de cien antorchas, semejante á una mártir que vuela radiante á los cielos.

El sacrificio empieza; el obispo saluda al pueblo y un diácono exclama:

«¡Abrazaos mútuamente!»

El concurso se da el ósculo de paz; el sacerdote recibe los presentes de los fieles, el altar se llena de panes ofrecidos en sacrificio, y Cirilo los bendice. Enciéndense las lámparas, el incienso sube en espirales de humo y los cristianos alzan sus voces; consúmase el sacrificio, la hostia se reparte á los elegidos, el ágape sigue á la comunion santa, y todas las miradas se vuelven hácia una tierna ceremonia.

La esposa de Lastenes anuncia á Cimodocea que va á prometer su fe á Eudoro, y Cimodocea se apoya en brazos de las vírgenes que la rodean. ¿Pero quién puede decir donde está el nuevo esposo? ¿porqué manifiesta tan escaso interés? ¿Qué lugar del templo le oculta á la hija de Homero? Reina profundo silencio; ábrense las puertas de la iglesia, y óyose afuera una voz que decia:

«He pecado delante de Dios y de los hombres. En Roma he olvidado mi religion, y fuí espulsado del seno de la Iglesia; en las Galias he dado muerte á la inocencia: ¡orad por mí, hermanos mios!»

Cimodocea reconoce la voz de Eudoro. El descendiente de Filópemen, vestido de cilicio, cubierta la cabeza de ceniza y postrado en el pavimento del vestíbulo, cumplia su penitencia y se confesaba públicamente. El prelado ofrece al Señor en favor del humillado cristiano una oracion de misericordia que todos los fieles repiten. ¡Qué nuevo motivo de asombro para Cimodocea! Conducida esta segunda vez al altar, es desposada con Eudoro y repite con la voz mas tierna las palabras que antes recita el obispo. Un diácono habia ido á colocarse cerca de Eudoro, que en pié á la puerta de la iglesia donde no podia penetrar, pronuncia por su parte las palabras que le unen á Cimodocea. Llevado desde el altar al vestíbulo el juramento de entrambos esposos, vuelve á pasar del uno á la otra por medio de los sacerdotes: hubiérase creido ver la union de la inocencia y del arrepentimiento. La hija de Demodoco consagra á la Reina de los ángeles una rueca cargada de una lana sin mancha, sencillo símbolo de las ocupaciones domésticas. Durante esta ceremonia que hacia derramar lágrimas á todos los circunstantes, las vírgenes de la nueva Sion entonaban el cántico de la Esposa:

«Como el lirio entre las espinas, brilla mi querida «entre las vírgenes. ¡Cuán bella eres, oh amiga mia! «Tu boca es una granada entreabierta y tus cabellos «semejan á las ramas de la palmera. La Esposa se adelanta como la aurora, levántase del desierto como el «humo del incienso! ¡Hijas de Jerusalen! yo os pido «por los cabritillos de la montaña que me sostengais «con frutos y flores, porque mi alma se ha derretido á «la voz de mi amiga. ¡Viento del Mediodia, esparce «tú los mas suaves perfumes en derredor de aquella «que forma las delicias del Esposo! ¡Querida mia, tú «has herido mi alma! Abreme tus puertas de cedro, «porque mis cabellos están empapados en el rocío de «la noche. ¡Cubran la mirra y el aloes tu embalsamado tálamo! tu mano izquierda sostenga mi lánguida «cabeza, y grábame como un sello sobre tu corazon

»porque el amor es mas poderoso que la muerte.»

Apenas las vírgenes cristianas habian terminado su cántico, oyéronse afuera otras voces y otros conciertos. Demodoco habia reunido á muchos de sus parientes y amigos, y hacia cantar á su vez la union de Eudoro y Cimodocea:

«¡La estrella de la noche ha brillado; mancebos! »abandonad las mesas del festin. Ya se muestra la vír»gen: ¡Cantemos al Himeneo, cantemos al Himeneo!

«Hijo de Urania, cultivador de las colinas del He»licon, tú que llevas al esposo la vírgen tímida, ven á »pisar estos tapices al son de tu voz armoniosa, y agi»ta en tu mano la antorcha de cabellera de oro.

«¡Abre las puertas del aposento nupcial, que ya la »vírgen se adelanta! El Pudor hace mas lentos sus pa»sos y llora al dejar la casa paterna. ¡Ven nueva es»posa; un marido fiel quiere descansar sobre tu seno.

«¡Nazcan de este fecundo himeneo hijos mas her»mosos que el dia! ¡Yo quiero ver á un tierno Eudoro »pendiente del seno de Cimodocea, alargar sus débiles »manos á su madre y sonreir dulcemente al guerrero »que le dió el ser!»

Así se reunian entrambas religiones para celebrar la union de una pareja que parecia feliz en el mismo instante que los mayores peligros amenazaban sus cabezas. Apenas habian cesado los cantos de alegria, cuando se oyó el paso regular de los soldados y el crugir de las armas. Confuso rumor se eleva en los aires, y multitud de hombres de torvo continente penetra en el asilo de la paz, á hierro y fuego. La concurrencia se precipita despavorida hácia todas las puertas de la iglesia, y atropellándose en los estrechos pasadizos de la nave y de los vestíbulos, mujeres, niños y ancianos exhalan lastimeros gritos; todo huye, todo se dispersa. Cirilo, cubierto con sus pontificales vestiduras y tranquilo en presencia del Santo de los santos, permanece inmóvil en el altar. Un centurion, ejecutor de las órdenes de Hierocles, busca á Cimodocea, y reconociéndola en medio del tropel, se dispone á dirigir sobre ella la mano profana. Al instante, Eudoro, este pacífico cordero, se convierte en rugiente leon; precipitáse sobre el centurion, le arranca su espada, la rompe, y tomando en sus brazos á la hija de Demodoco, la lleva á través de las sombras. El centurion desarmado llama á sus soldados y persigue al hijo de Lastenes. Eudoro, redoblando su celeridad, toca ya el sepulcro de Leónidas, cuando oye á su espalda el presuroso paso de los satélites de Hierocles. Sus estenuadas fuerzas engañan su amor; no puede llevar mas tiempo su carga, y deja á su esposa al abrigo del monumento sagrado, á cuya inmediacion se elevaba el trofeo de armas de los guerreros de las Termópilas. Eudoro empuña la lanza terrible del rey de Lacedemonia, y los soldados llegan; pero prontos ya á lanzarse sobre el cristiano, creen ver al dudoso resplandor de sus antorchas la sombra magnánima de Leónidas, que con una mano blande su lanza y con otra abraza su sepulcro. Los ojos del hijo de Lastenes centellean; agita en la noche su negra cabellera, y el hierro de su lanza refleja y despide en mil vivas ráfagas la siniestra claridad de las antorchas: menos formidable pareció á los persas el mismo Leónidas, aquella noche memorable en que penetrando hasta la tienda de Jerjes, llenó de cadáveres y espanto el campamento de los bárbaros. ¡Oh sorpresa! muchos soldados reconocen á su general.

—¡Romanos! exclamó Eudoro, quereis arrebatarme mi esposa; pero no me la arrancareis sino con la vida!

Movidos por la voz de su antiguo compañero de armas é intimidados por su aspecto terrible, los soldados se detienen. Cuando una turba de rudos segadores entra en un campo de trigo nuevo, las débiles espigas caen sin esfuerzo bajo la segur; pero al llegar al pié de una encina que se eleva en medio de los haces, los segadores admiran el árbol poderoso que solo la tempestad ó el hacha pudieran derribar: así, despues de haber dispersado la muchedumbre de los cristianos, los soldados se detienen delante del hijo de Lastenes. En vano el cobarde centurion les manda avanzar, pues parecen clavados en el suelo en virtud de un encanto. Dios que les inspiraba secretamente este pavor, manda al ángel protector del hijo de Lastenes que se descubra á los ojos de la cohorte. El trueno estalla en los cielos y el ángel se muestra al lado de Eudoro bajo la forma de un guerrero cubierto de resplandecientes armas. Los soldados echan su escudo á la espalda, y huyen en las tinieblas entre el granizo y los rayos. Eudoro aprovecha el oportuno instante y toma de nuevo á su amada. Suspensa del cuello de Eudoro, Cimodocea estrecha entre sus brazos la cabeza sagrada de su esposo; la viña se enlaza con menos gracia al olmo que la sostiene; la llama abraza con menos viveza el tronco del pino que devora; la vela se plega menos estrechamente en torno del mástil, durante la tempestad. El hijo de Lastenes, cargado con su tesoro, llega en breve á la casa paterna, y al menos durante un momento salva la doncella que acaba de consagrarle sus dias.

Presa del demonio de los zelos, Hierocles se habia arrojado á esta violencia contra los cristianos, esperando arrebatar á Eudoro su Cimodocea, antes que esta pronunciase las palabras que la ligaban á su esposo; pero sus satélites llegaron demasiado tarde, y el arrojo de Eudoro salvó á la inocente catecúmena. El mensajero que el hijo de Lastenes habia enviado á Constantino regresó á Lacedemonia la noche misma de este escándalo, y trajo á la vez nuevas faustas y alarmantes. Diocleciano habia tomado otra vez una de aquellas resoluciones contemporizadoras tan en consonancia con su carácter. A consecuencia del falso informe enviado por Hierocles, el emperador habia mandado vigilar á los sacerdotes y dispersar las reuniones secretas; pero desengañado por Constantino, no habia podido persuadirse de que Eudoro se hubiese puesto á la cabeza de los rebeldes, y se limitó á llamarle á Roma. Constantino añadia en su carta:

«Ven, pues, á mi lado, porque necesitaremos de »tu auxilio. Envio á Doroteo á Jerusalén para preve»nir á mi madre de la suerte que amenaza á los fie»les, y debe tocar en Atenas. Si eliges el Pireo para »embarcarte, podrás saber de boca de tu antiguo »amigo importantes asuntos.»

La galera de Doroteo acababa en efecto de llegar al puerto de Falerio. La familia de Lastenes y la de Demodoco deliberaron sobre el partido que debian tomar.

—Cimodocea, dijo Eudoro, no puede permanecer en la Grecia despues de mi partida, sin esponerse á las violencias de Hierocles, ni puede seguirme á Roma porque todavía no es mi esposa. Una circunstancia favorable se presenta: Doroteo podria acompañar á Jerusalén á Cimodocea, que bajo la proteccion de la esposa de Constancio, acabaria de instruirse en las verdades de la salvacion, y al instante que el emperador me conceda esta gracia, iré al sepulcro de Jesucristo á reclamar la fe que la hija de Demodoco me ha jurado.

Las dos familias miraron este proyecto como una inspiracion del cielo; así cuando los marineros han embarcado en su nave esa ave belicosa y silvestre que despierta en la mañana á los labradores, si durante la noche, á través de los silbidos de una tempestad, hace oir su grito guerrero y campesino, cierto dulce recuerdo de la patria penetra con un rayo de esperanza en el corazon del marino, que bendice regocijado la voz que trayéndole á la memoria en medio de los mares la vida pastoril, parece prometerle una tierra cercana. El mismo Demodoco se tranquilizó al oir el plan de Eudoro, y sin pensar en una separacion dolorosa,

no vió en el primer momento sino un medio de salvar á su hija, á quien hubiera querido seguir hasta las estremidades de la tierra; pero su edad y sus funciones de pontífice le encadenaban al suelo de la Grecia.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! dijo Lastenes. Demodoco conducirá á Cimodocea á Atenas, y Eudoro marchará por su parte á esta ciudad. Ambos esposos se embarcarán en el mismo puerto, el uno hácia Roma y la otra hácia la Siria. ¡Oh hijos mios! el tiempo de las pruebas es de corta duracion y pasa cual rápida exhalacion. ¡Sed cristianos, y en el cielo vereis coronado vuestro amor!

La partida quedó aplazada para el dia siguiente, pues era de temer algun nuevo furor del procónsul. Antes de dejar á Lacedemonia, Eudoro escribió á Cirilo, á quien no pudo ver por hallarse encarcelado. Este confesor, acostumbrado á las cadenas envió desde su calabozo su bendicion á la perseguida pareja. ¡Jóvenes esposos! ¡vosotros esperabais todavia la felicidad sobre la tierra, y ya el coro de las vírgenes y los mártires entonaba para vosotros en el cielo los cánticos de mas duradera union y de felicidades sin fin!

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Sumario. Atenas. Despedida de Cimodocea, Eudoro y Demodoco. Cimodocea se embarca con Doroteo para Jope. Eudoro se embarca al mismo tiempo para Ostia. La Madre del Salvador envia á Gabriel al ángel de los mares. Eudoro llega á Roma, y halla al Senado próximo á reunirse para fallar acerca de la suerte de los cristianos. Es elegido para defender la causa de estos. Hierocles llega tambien á Roma, y los sofistas le encargan la defensa de su secta y la acusacion de los cristianos. Simmaco, pontífice de Júpiter, debe hablar al Senado en favor de los antiguos dioses de la patria.

Oprimiendo el lomo de un fogoso corcel de Tesalia, y seguido de un solo servidor, el hijo de Lastenes habia dejado á Lacedemonia y marchaba hácia Argos por el camino de la montaña. La religion y el amor llenaban su alma de resoluciones generosas, pues Dios, que queria elevarle al mas alto grado de la gloria, le conducia á esos grandes espectáculos que nos enseñan á despreciar las cosas de la tierra. Eudoro, recorriendo las áridas cumbres, pisaba el patrimonio del Rey de los reyes. Por espacio de tres dias, fatigó su bridon y fué á descansar un momento á Argos.

Todos aquellos lugares repetian aun los nombres de Hércules, de Pélope, de Clitemnestra, de Ifigenia, y no ofrecian sino silenciosas ruinas; vió luego los puertos solitarios de Micenas y la tumba ignorada de Agamenon; y en Corinto solo buscó los monumentos donde el Apóstol hizo oir su voz. Al atravesar el despoblado istmo recordó aquellos juegos cantados por Píndaro, y que participaban en cierto modo del brillo y de la omnipotencia de los dioses; y en Megara buscó los hogares de su abuelo, que recogiera las cenizas de Focion. Todo aparecia desierto en Eleusis, y en el canal de Salamina solo una barca pescadora estaba atada á las piedras de un muelle destruido. Pero cuando siguiendo la via Sagrada, el hijo de Lastenes subió el monte Pœcilo, y la llanura de la Atica se ofreció á su vista, se detuvo poseido de admiracion y sorpresa: la ciudadela de Atenas, elegantemente cortada en forma de un pedestal, levantaba al cielo el templo de Minerva y los Propileos, mientras la ciudad se dilataba á su pié y dejaba ver las confusas columnas de otros mil monumentos. El monte Himeto formaba el fondo del cuadro, y un bosque de olivos servia de ceñidor á la ciudad de Minerva.

Eudoro atraviesa el Cefiso, que corre entre este bosque sagrado, y pregunta el camino de los jardines de Academo; pero los sepulcros le señalan la senda de este retiro de la filosofía. Reconoce las lápidas fúnebres de Trasíbulo, de Conon, de Timoteo, y saluda los sepulcros de estos jóvenes muertos en defensa de la patria, en la guerra de Peloponeso. Pericles, que comparó á Atenas privada de su juventud, al año, despojado de su primavera, descansaba en medio de aquellas segadas flores.

La estátua del Amor anunció al hijo de Lastenes la entrada de los jardines de Platon. Adriano, al restituir á la Academia su antiguo esplendor, no habia hecho otra cosa que abrir un asilo á los delirios del espíritu humano. Todo el que habia llegado al grado de sofista, parecia haber adquirido el privilegio de la insolencia y del error. El cínico, cubierto de una reducida clámide sucia y en girones, insultaba con su báculo y su alforja al platónico envuelto en ámplio manto de púrpura; el estóico, vestido con una larga túnica negra, declaraba la guerra al epicuréo coronado de flores. Por todas partes resonaban los gritos de la escuela, que los atenienses llamaban el canto de los cisnes y sirenas; y los paseos inmortalizados por un genio divino, veíanse abandonados á los mas impostores y mas inútiles de los hombres.

Eudoro buscaba en estos lugares al primer funcionario del palacio del emperador, y no pudo reprimir un movimiento de desprecio al atravesar los grupos de sofistas, que tomándole por un adepto, deseaban atraerle á sus sistemas y le ofrecian la sabiduría en el lenguaje de la locura. Penetra al fin hasta Doroteo: el virtuoso cristiano se paseaba en la estremidad de una alameda de plátanos que embellecian un trasparente canal, rodeado de multitud de jóvenes ya célebres por sus talentos ó por su cuna. A su lado se veia á Gregorio Nacianceno, animado del estro poético; á Juan, nuevo Desmóstenes, á quien su precoz elocuencia habia hecho apellidar *Boca de oro*; á Basilio y Gregorio de Niza, su hermano, quienes mostraban decidida inclinacion á la religion que habian profesado Justino el filósofo y Dionisio el Areopagita. Juliano, por el contrario, sobrino de Constantino, se adheria á Lampridio, acérrimo enemigo del culto Evangélico, y en quien ciertas costumbres estrañas y algunos movimientos convulsivos descubrian una especie de perturbacion en el corazon y el espíritu.

Algun trabajo costó á Doroteo reconocer á Eudoro, porque el semblante del hijo de Lastenes habia adquirido esa varonil hermosura que imprimen la profesion de las armas y el ejercicio de las virtudes. Retiráronse aparte, y Doroteo abrió su corazon al amigo de Constantino.

—He dejado á Roma, le dijo, á la llegada de tu mensajero. El mal es mas grave de lo que tal vez imaginas. Galerio triunfa, y tarde ó temprano Diocleciano se verá obligado á abdicar la púrpura. Preténdese perder sin demora á los cristianos para privar al emperador de su primer apoyo; tal es el antiguo proyecto de Hierocles, hoy dueño de la voluntad de César, y que repite sin cesar que el empadronamiento decretado, al descubrir una alarmante multitud de enemigos de los dioses, ha revelado el peligro del imperio, siendo preciso apelar á las mas severas medidas para refrenar una secta que amenaza los altares de la patria.

Por mi parte, casi en desgracia con Diocleciano, ya sabes qué negocio me conduce á Siria. ¡Eudoro! nuestros desgraciados hermanos vuelven hácia tí sus ojos, pues la gloria que en las armas has adquirido y tu brillante arrepentimiento son objeto de la admiracion y las conversaciones de los fieles. El sumo pontífice te espera y Constantino te llama. Este príncipe, rodeado de delatores, se sostiene con trabajo en la córte; necesita, pues, de un amigo como tú que

pueda ayudarle con sus consejos, y si necesario es servirle con su brazo.

Eudoro refirió á su vez á Doroteo los acontecimientos que habian ocurrido en Grecia. Doroteo se prestó con alegría á llevar á Helena la esposa del hijo de Lastenes. Una galera napolitana, próxima á regresar á Italia, se hallaba en el puerto de Falerio, no lejos del bajel de Doroteo, y Eudoro la fletó para su viaje. Ambos viajeros señalan luego el momento de su partida para el tercer dia de la fiesta de los Panateneos. Demodoco llegó para esta época fatal con la triste Cimodocea, y fué á ocultar su lágrimas á la ciudadela, donde el mas antiguo de los Pritanos, su pariente y amigo, le concedió hospitalidad.

El hijo de Lastenes habia sido recibido por el docto Pisto, obispo de Atenas, que brilló andando el tiempo en aquel concilio de Nicea, donde se vió á tres prelados dotados del don de los milagros y que resucitaban difuntos; á cuarenta obispos confesores ó mártires; á sabios sacerdotes y hasta á algunos filósofos; en fin, á los mas elevados caracteres, á los talentos mas sublimes y á los hombres mas virtuosos de la Iglesia.

La víspera de la doble separacion del padre y la hija, del esposo y la esposa, Eudoro hizo saber á Cimodocea que todo estaba dispuesto, y que al dia siguiente, al ocaso, iria á buscarla al pórtico del templo de Minerva.

El dia fatal, el hijo de Lastenes salé de su habitacion y pasa delante del Areópago, donde el Dios anunciado por Pablo no era ya desconocido; sube á la ciudadela, y acude el primero á la cita bajo el pórtico del templo mas hermoso del universo.

Nunca se presentara á los ojos de Eudoro tan brillante espectáculo: Atenas se le ofrecia en toda la plenitud de su pompa. El monte Himeto descollaba al Oriente como ataviado de un manto de oro; el Pentélico se encorvaba hácia el Septentrion para unirse al Pérmeta; el monte Icaro se inclinaba al Poniente y dejaba ver á su espalda las cimas sagradas del Citeron; al Mediodia, el mar, el Pireo, las playas de Egina, las costas de Epidauro, y en lontananza la ciudadela de Corinto, terminaban el círculo entero de la patria feliz de las artes, los héroes y los dioses.

Atenas, con todas sus obras maestras, descansaba en el centro de tan soberbio panorama; sus bruñidos mármoles, no desgastados por el tiempo, reflejaban los rayos del sol en su Occidente; el astro refulgente del dia, próximo á perderse en el mar, heria con sus postreros rayos las columnas del templo de Minerva, y haciendo fulgurar los escudos de los persas, suspendidos del fronton del pórtico, parecia animar sobre el friso las admirables esculturas de Fidias.

Añádase á cuadro tan maravilloso el movimiento que la fiesta de los Panateneos esparcia en la ciudad y los campos. Aquí, muchas jóvenes Canéforas llevaban á los jardines de Venus los sagrados canastillos; allí el Peplo flotaba aun en el mástil del bajel que se movia por resortes; numerosos coros repetian las canciones de Harmodio y Aristógiton; los carros rodaban veloces hácia el Estadio; los ciudadanos corrian al Liceo, al Pecilo y al Cerámico; la muchedumbre se agrupaba especialmente en el teatro de Baco, situado en la ciudadela; y la voz de los actores que representaban una tragedia de Sófocles, subia por intérvalos hasta el hijo de Lastenes.

Cimodocea se presentó: al ver su vestido sin mancha, su frente virginal, sus azules ojos y la modestia de su aspecto, los griegos la hubieran tomado por la misma Minerva saliendo de su templo, pronta á entrar en Olimpo, despues de haber recibido el incienso de los mortales.

Eudoro, poseido de admiracion y amor, hacia esfuerzos para ocultar su turbacion é inspirar mas valor á la hija de Homero.

—Cimodocea, le dijo, ¿cómo podré espresarte la gratitud y los sentimientos de mi corazon? Accedes á abandonar la Grecia por mí, á surcar los mares, á vivir bajo estraños cielos lejos de tu padre, y lejos del que por esposo has elegido. ¡Ah! si no creyese abrirte los cielos y conducirte á felicidades eternas, ¿podria pedirte tan costosas muestras de cariño? ¿podria esperar que un amor humano te obligase á hacer sacrificios tan dolorosos?

—Tú puedes, repuso Cimodocea anegada en lágrimas, pedirme mi reposo y mi vida, porque la felicidad de hacer algo por tí me recompensaria de todos esos sacrificios. Si solo te amase como á mi esposo, aun asi nada me seria imposible; ¿qué deberé, pues, hacer ahora que tu religion me enseña á amarte para el cielo y para el mismo Dios? Yo no lloro sobre mí, sino sobre las amarguras de mi padre y sobre los peligros que vas á arrostrar.

—¡Oh la mas hermosa de las hijas de la nueva Sion! respondió Eudoro, no temas los peligros que pueden amenazar mi cabeza; ora por mí, que Dios oirá los votos de alma tan pura. La misma muerte, ¡oh Cimodocea! no es un mal si nos encuentra acompañados de la virtud. Por otra parte, los destinos tranquilos é ignorados no siempre nos ponen al abrigo de sus tiros; y nos sorprende asi bajo el techo de nuestros abuelos, como en estraña tierra. Mira esas cigüeñas que se elevan en este momento de las márgenes del Iliso; todos los años vuelan á las playas de Cirene, y todos los años vuelven á los campos de Erictea; ¡pero cuántas veces han hallado desierta la casa que dejaran floreciente! ¡cuántas han buscado en vano el mismo techo donde acostumbraban fabricar sus nidos!

—Perdona, dijo Cimodocea, perdona estos temores á una jóven educada por dioses menos severos y que permiten las lágrimas á los amantes próximos á separarse.

A estas palabras, Cimodocea reprimiendo su llanto se cubrió el rostro con su velo; Eudoro tomó en sus manos las de su esposa y las aplicó castamente á sus labios y á su corazon.

—¡Cimodocea, le dijo, felicidad y gloria de mi vida! no te obligue el dolor á blasfemar de una religion divina. Olvida esos dioses que ningun recurso te ofrecian en las tribulaciones del corazon. ¡Hija de Homero! mi Dios es el Dios de las almas tiernas, el amigo de los que lloran, el consolador de los afligidos; él oye la voz del pajarillo oculto en el ramaje, y gradua el viento en favor de la esquilada oveja, y lejos de pretender privarte de tus lágrimas, las bendice y las tomará en cuenta cuando te visite en tu hora postrera, pues las viertes por él y por tu esposo.

Al pronunciar estas palabras, la voz de Eudoro se alteró; Cimodocea descubrió su semblante y vió la noble faz del guerrero inundada en las lágrimas que corrian por sus tostadas mejillas; la gravedad de este dolor cristiano y este rudo combate de la religion y la naturaleza daban al hijo de Lastenes una incomparable hermosura. Cediendo á un movimiento involuntario, la hija de Demodoco iba á caer á los piés de Eudoro; pero este la detiene en sus brazos, la estrecha tiernamente sobre su corazon, y entrambos quedan sumidos en santo y dulce éxtasis; así se mostraron á la entrada de la tienda de Laban, Raquel y Jacob, dándose una triste despedida, pues el hijo de Isaac debia guardar los rebaños durante siete nuevos años, para lograr á su esposa.

Demodoco salió entonces de las habitaciones del templo; y olvidando que habia accedido á la partida de su hija, la aguda pena de su corazon no tardó en exhalarse en amargas quejas.

—¿Cómo, exclama, tienes la barbarie de arrancar

una hija á su padre? ¡A lo menos, si mi Cimodocea fuese tu esposa, si me dejases un amable hijo que sonriese á mi dolor, y con sus tiernas manos jugase con mis blancos cabellos!.. Pero lejos de ti, lejos de mí, bajo un cielo inhospitalario, errante sobre un mar en que cien piratas bárbaros... ¡Ah! ¡si mi hija cayese en sus manos! ¡si se viese obligada á servir á un dueño cruel y preparar su alimento y su lecho! ¡Ocúlteme la tierra en su oscuro seno antes que esperimente tamaña desgracia! ¿Los cristianos tienen acaso un corazon mas duro que las breñas? ¿su Dios es inexorable?

Cimodocea habia volado á los brazos de su padre y confundia sus lágrimas con las del afligido anciano. Eudoro escuchaba las acriminaciones de Demodoco con una firmeza ajena á toda dureza y con un desconsuelo ajeno á toda debilidad.

—¡Padre mio, respondió, permíteme que te dé este grato nombre, porque tu Cimodocea es ya mi esposa á los ojos del Eterno; yo no la arranco por la fuerza á tus caricias, y es libre para seguir ó rechazar mi religion, pues mi Dios no quiere obtener los corazones por la coaccion; si esto debe costaros á entrambos demasiados disgustos y lágrimas, permaneced reunidos en la Grecia, y plegue al cielo derramar sus favores sobre vosotros! Por lo que á mí respecta, cumpliré mi destino. Pero Demodoco, si tu hija me ama, si crees que puedo hacerla feliz, si temes por ella las persecuciones de Hierocles, sufre una separacion que, lo espero así, no será de larga duracion, y que pone á mi Cimodocea al abrigo de las mayores calamidades. ¡Demodoco! Dios dispone de nosotros como le place; y nuestro deber es someternos á su voluntad suprema.

—¡Oh hijo mio! repuso Demodoco, escusa mi vehemente dolor! lo conozco: soy injusto; no mereces las reconvenciones que te dirijo; lejos de esto, libras á mi Cimodocea de las persecuciones de un impío; la pones bajo la proteccion de una princesa magnánima; le das grandes riquezas y un nombre ilustre. Pero ¿cómo permaneceré solo en la Grecia? ¡Ah! ¿por qué no tengo libertad de abandonar los sacrificios que los pueblos han confiado á mi celo? ¿Por qué no tengo la edad en que recorria las ciudades y los estraños paises para aprender á conocer los hombres? ¡Cómo seguiria á mi Cimodocea! ¡Ah! ¡ya no te veré mas bailar con las doncellas en la cima del Itomo! Rosa de Mesenia, te buscaré en vano en los bosques del templo! ¡Cimodocea! ya no oiré resonar tu dulce voz en los coros de los sacrificios; ya no me presentarás la cebada nueva ó el cuchillo sagrado; contemplaré suspensa del altar tu lira cubierta de polvo y rotas sus cuerdas; mis ojos arrasados en lágrimas mirarán secas al pié de la estátua de Homero las coronas de flores que hermoseaban tu cabellera. ¡Ay! yo habia contado con tu cariño, para que me cerrases los ojos; ¿y moriré sin poder bendecirte al abandonar la vida? El lecho en que exhalaré mi postrer suspiro estará solitario, porque no espero volver á verte, hija mia; oigo al viejo barquero que me llama, que á mi edad no debemos contar con la existencia: cuando la semilla de la planta está dura y seca, se hace ligera y el viento mas sutil la arrebata.

Al pronunciar el sacerdote de Homero estas palabras, estrepitosos aplausos resuenan en el teatro de Baco: el actor que representaba á Edipo en Colona esfuerza la voz, y estas palabras hieren los oidos de Eudoro, Demodoco y Cimodocea:

«¡Oh Teseo! ¡une en mis manos tus manos á las «de mi hija, y prométeme que servirás de padre á mi «querida Antígone!»

—Lo prometo! exclamó Eudoro, aplicando á sus destinos los versos del poeta.

—Tuya es, pues, replicó Demodoco, alargándole los brazos.

Eudoro se precipita á ellos, y el anciano estrecha sobre su corazon á sus dos hijos; tal se muestra un sauce socavado por los años, cuyo entreabierto seno ostenta algunas flores del prado; el árbol estiende su sombra antigua sobre estos jóvenes tesoros y parece implorar para ellos el céfiro y el rocio; pero en breve una tempestad abrasadora derriba el sauce y las flores, amables hijos de la tierra.

La luna se muestra en el horizonte, coronando su plateada frente con los rayos de oro del sol, cuyo aumentado disco se sumergia en las olas. Era la hora que lleva á los marineros el viento favorable para salir del puerto de la Atica. Los carros y los esclavos de Demodoco le esperaban al pié de la ciudadela, á la entrada de la calle de los Trípodes. Fue preciso apearse y someterse á los Destinos; los carros conducen á los tres infortunados, que ya no tenian ni la fuerza de gemir. En breve pasaron el puerto del Pireo, los sepulcros de Antiope, de Menandro y de Eurípides; dirígense al arruinado templo de Ceres, y despues de haber atravesado el campo de Arístides, tocan en el puerto de Falerio. El viento acababa de levantarse, las olas levemente agitadas batian la orilla; las galeras desplegaban sus velas y se oian los gritos de los marineros que levaban anclas con grandes esfuerzos. Doroteo esperaba á los viajeros en la playa, y los esquifes de las naves estaban ya dispuestos á recibirlos. Eudoro, Demodoco y Cimodocea bajan de los carros, detenidos á la orilla de las olas. El sacerdote de Homero no podia ya sostenerse; sus rodillas se doblaban y decia á su hija con apagado acento:

—Este puerto me será funesto como lo fue al padre de Teseo; ¡no volveré á ver tu blanca vela!

El hijo de Lastenes y la jóven catecúmena se inclinan ante Demodoco y le piden su última bendicion: con un pié en el mar y el rostro vuelto hácia la playa, parecian ofrecer un sacrificio espiatorio segun la costumbre antigua. Demodoco levanta las manos y bendice á sus dos hijos desde el fondo de su corazon, pero sin poder pronunciar una palabra. Eudoro sostiene á Cimodocea, y le entrega una carta para la piadosa Helena; despues, imprimiendo respetuosamente el beso de la despedida en la frente de la desolada doncella, le dice:

—¡Esposa mia! sé pronto cristiana; acuérdate de Eudoro, y desde lo alto de la Torre del rebaño, la hija de Jerusalén dirija algunas veces una mirada sobre el mar que nos separa.

—¡Padre mio! dijo Cimodocea, con voz entrecortada por los sollozos; mi tierno padre; vive para mí, que yo procuraré vivir para ti. ¡Oh Eudoro! ¿te volveré á ver algun dia? ¿volveré á ver á mi padre?

Entonces, Eudoro inspirado contestó:

—Si, ¡nos veremos para nunca volver á separarnos!

Los marineros toman á Cimodocea y los esclavos arrebatan á Demodoco. Eudoro se arroja á la barca que le traslada á su bajel. La flota zarpa de Falerio, y los marineros coronados de flores, hacen blanquear la mar bajo el esfuerzo de los remos; é invocando á las Nereidas, á Palemon y á Tetis, saludan al alejarse la tumba sagrada de Temístocles.

La nave de Cimodocea emprende su rumbo hácia el Oriente, y la del hijo de Lastenes dirige la proa hácia Italia.

La divina Madre del Salvador, que velaba sobre los dias de la inocente peregrina, envia á Gabriel al ángel de los mares para encargarle no permita soplar sino el mas suave aliento de los vientos. Al punto Gabriel, despues de haber desprendido de sus espaldas sus blancas alas bordadas de oro, se sumerge desde el cielo en las ondas.

En los manantiales del Océano, debajo de unas grutas profundas, que resuenan incesantemente al estruendo de las olas, habita el ángel severo que cuida

de los movimientos del abismo. Para instruirle en sus deberes, la Sabiduría le tomó consigo, cuando al nacimiento de los tiempos se paseó debajo del mar. El fue quien por órden de Dios abrió al diluvio las cataratas del cielo; y él, en los últimos dias del mundo, hará de nuevo rodar las olas sobre las cumbres de las montañas. Colocado en la cuna de todos los rios, dirige sus corrientes, hincha ó disminuye sus ondas, rechaza á la noche de los polos y detiene bajo cadenas de hielo las nieblas, las nubes y las tempestades; conoce los mas escondidos escollos, los estrechos mas desiertos, las tierras mas remotas, y las descubre alternativamente al genio del hombre; ve de una mirada, ya las tristes regiones del Norte, ya los brillantes climas de los trópicos; dos veces al dia levanta las compuertas del Océano, y restableciendo con potente mano el equilibrio del globo, coloca en cada equinoccio la tierra bajo los oblicuos rayos del sol.

Gabriel, al penetrar en el seno de los mares, ve naciones enteras y continentes desconocidos dormir sepultados en el abismo de las olas. ¡Cuántos monstruos diversos descubre, que nunca verá el ojo de los mortales! ¡Cuán poderoso rayo de vida admira en aquellas profundidades tenebrosas! Pero tambien, ¡cuántas ruinas y naufragios! Gabriel compadece á los hombres y acata el divino poder. Pronto descubre al ángel de los mares, que atento á algunas grandes revoluciones de las aguas, ocupaba un trono de cristal y empuñaba un freno de oro; su verde y húmeda cabellera descendia sobre sus hombros, y una banda azul cubria sus formas divinas. Gabriel le saluda con magestad y le dice:

—¡Espíritu terrible, oh hermano mio! el poder que el Eterno te ha confiado muestra harto claramente el alto puesto que ocupas en las gerarquías celestiales. ¡Qué nuevo mundo! ¡qué sublime inteligencia! ¡Cuán feliz eres en conocer tan maravillosos secretos!

—Divino mensajero, responde el ángel de los mares, sea cual fuere el asunto que aquí te trae, recibo con alegría á un huésped como tú. Para admirar mejor la omnipotencia de nuestro Dueño, seria preciso haberle visto, como yo, colocar los cimientos de este imperio, pues me hallé presente cuando dividió en dos partes las aguas del abismo; le ví sujetar las olas al movimiento de los astros, y enlazar el destino del Océano al de la luna y el sol; cubrió á Leviatan con una coraza de hierro y le envió á solazarse en estos abismos; plantó bosques de coral debajo de las ondas, y las pobló de peces y aves; hizo surgir risueñas islas del seno de un elemento formidable; arregló el curso de los vientos; sometió á leyes las tempestades, y deteniéndose en la orilla, dijo al mar: «No pasarás de aquí, y aquí romperás tus embravecidas olas.» Ilustre servidor de María, no difieras comunicarme la órden soberana que te ha hecho bajar á estas movibles grutas. ¿Los tiempos han sido consumados? ¿Es preciso reunir las nubes y romper los diques del Océano? ¿Abandonando el universo al caos, debo subir contigo á los cielos?

—Te traigo un mensaje de paz, dijo Gabriel sonriendo; el hombre es siempre el objeto de las complacencias del Eterno; la cruz va á triunfar sobre la tierra, y Satanás va á ser abismado en el infierno. María te manda conduzcas con prosperidad á los puertos á que se encaminan, á esos dos esposos que alejarse ves de las costas griegas. No permitas soplar sobre las olas sino el mas suave aliento de los vientos.

—¡Cúmplase la voluntad de la Estrella de los mares! dice inclinándose respetuosamente el ángel que rige las tempestades. ¡Ojalá Satanás sea encerrado en breve en las regiones de su eterno suplicio, pues turba con frecuencia mi reposo y desencadena á mi pesar las tempestades.

Al pronunciar estas palabras, el poderoso espíritu elige los vientos suaves y perfumados que acarician las playas de la India y del océano Pacífico; y dirigiéndoles á las velas de Eudoro y Cimodocea, hace avanzar entrambas galeras con un mismo soplo á dos puertos opuestos.

Favorecido por esta benigna influencia del cielo, Eudoro toca en breve la playa de Ostia, y vuela á Roma, donde Constantino le abraza con ternura y le refiere los males de la Iglesia y las intrigas de la córte.

El senado estaba convocado para deliberar sobre la suerte de los fieles, y Roma descansaba en la espectativa y el terror. No obstante, Diocleciano quiso, por un acto postrero de justicia, al ceder á las violencias de Galerio, que los cristianos tuviesen un defensor en el senado. Los sacerdotes mas ilustres de la capital del imperio se ocupaban en aquel momento de la eleccion de un orador digno de defender la causa de la cruz. El concilio que Marcelino presidia se habia reunido al resplandor de las lámparas en las catacumbas; aquellos padres, sentados en los sepulcros de los mártires, parecíanse á los antiguos guerreros deliberando en el campo de batalla, ó á unos reyes heridos en defensa de sus pueblos. No habia entre aquellos confesores uno solo que no ostentase sobre sus miembros las señales de gloriosa persecucion: quién habia perdido el uso de sus manos; quién ya no veia la luz de los cielos; la lengua de este habia sido cortada, pero le quedaba el corazon para ensalzar al Eterno, y aquel se mostraba enteramente mutilado por la hoguera, como una víctima medio devorada por el fuego del sacrificio. Los santos ancianos no podian ponerse de acuerdo relativamente á la eleccion de un defensor, porque ninguno era elocuente sino por sus virtudes, y todos temian comprometer la suerte de los fieles. El pontífice de Roma propuso referirse á la decision del cielo. Al efecto se colocó el santo Evangelio sobre el sepulcro del mártir que servia de altar; los Padres se ponen en oracion y piden á Dios que indique por medio de algunos versículos de las Escrituras el defensor acepto á sus ojos. Dios, que les habia inspirado este pensamiento, hace bajar al instante el ángel encargado de escribir los decretos eternos en el Libro de la vida; el espíritu celestial, velado en una nube, señala en medio de la Biblia los decretos implorados. Los Padres se levantan; Marcelino abre la ley de los cristianos y lee estas palabras de los Macabeos:

«Revistióse de la coraza como un gigante, cubrióse «de sus armas en los combates, y su espada era la «proteccion de todo el campamento.»

Marcelino sorprendido cierra y abre segunda vez el libro profético, y halla estas palabras:

«Su memoria será dulce como un concierto místico «en delicioso festin. Ha sido destinado por la volun«tad divina para hacer entrar al pueblo en la peni«tencia.»

Finalmente, el sumo pontífice consulta por tercera vez el oráculo de Israel, y todos los Padres quedan atónitos al leer este pasaje de los Cánticos:

«Me he cubierto con un saco, ayunando... He tomado para mi vestido un cilicio.»

Al punto una voz (se ignora cual) pronunció el nombre de Eudoro. Los viejos mártires, súbitamente iluminados, hacen resonar con un prolongado Hosanna las sombrías bóvedas de las catacumbas. Tornan á leer el testo sagrado, y poseidos de asombro ven con cuanta exactitud se adaptan todas sus palabras al hijo de Lastenes; todos admiran los consejos del Altísimo, y todos reconocen cuan santa y deseable es esta eleccion. La fama del jóven orador, su penitencia ejemplar, su favor en la córte, su costumbre de hablar en presencia de los príncipes, los cargos de que se ha visto revestido y la amistad con que Constantino le honra, todo justifica la determinacion del cielo. Comunicansele sin dilacion los votos de los

Padres; Eudoro se humilla en el polvo, y procura sustraerse á honor tan sublime, á carga tan pesada, pero se le muestran los pasajes de la Escritura y se somete. Retirase á los sepulcros de los santos y se prepara por medio de vigilias, oraciones y lágrimas á defender la causa mas grandiosa que en tiempo alguno se debatiera en tribunal humano.

Mientras solo se ocupaba en llenar dignamente su tremenda mision, Hierocles llegaba á Roma apoyado por todas las potestades del infierno. Este enemigo de Dios habia sabido con desesperacion el desgraciado éxito de sus violencias en Lacedemonia, la fuga de Cimodocea y la partida de Eudoro á Italia. Las órdenes conciliadoras que al mismo tiempo recibió de Diocleciano, le hicieron conocer que sus calumnias no habian hallado completa acogida en la córte. Habiase prometido derribar un rival, y este rival era unicamente colocado de nuevo bajo la vigilante vista del jefe del imperio. Teme, pues, que el hijo de Lastenes logre perderle en el ánimo de Diocleciano, y á fin de conjurar alguna desgracia repentina, se decide á volar al lado de Galerio, que no cesaba de reclamarle para sus consejos. El espíritu de tinieblas consuela al mismo tiempo al apóstata.

«Hierocles, le dice en secreto, en breve serás bastante poderoso para apoderarte de Cimodocea hasta en los brazos de Elena. Esta imprudente doncella, al cambiar de religion te ofrece una nueva esperanza. Si logras determinar á los príncipes á perseguir á los cristianos, tu rival se hallará desde luego envuelto en la matanza; vencerás despues á la hija de Homero, mediante el temor de los tormentos, ó la reclamarás como una esclava cristiana sustraida á tu poder.»

El sofista, tomando estos consejos por inspiraciones de su corazon, celebra la profundidad de su talento, pues el miserable ignora que no es sino el instrumento de los proyectos de Satanás contra la Cruz. Dominado por estas ideas, el procónsul se habia precipitado desde las montañas de la Arcadia como el torrente Estigio que se despeña de estas mismas montañas y da la muerte á todos los que beben sus aguas. Pasa á Epiro, y embarcándose en el promontorio de Actium, llega á Tarento, y no se detiene hasta hallar á Galerio, que profanaba entonces en Túsculo los jardines de Ciceron.

César estaba á la sazon rodeado de aquellos sofistas de la escuela, que se creian tambien perseguidos porque sus opiniones eran menospreciadas, y hacian grandes esfuerzos para ser consultados en la gran cuestion que iba á discutirse, pues decian ser jueces natos de todo cuanto á la religion de los hombres atañe. Habian suplicado á Diocleciano les diese, como á los cristianos, un orador en el senado; y el emperador importunado por su vocinglería habia accedido á su pretension, por lo cual la llegada de Hierocles les llenó de alegría, y le nombraron orador de las sectas filosóficas. Hierocles acepta gustoso un honor que lisonjea su vanidad y le proporciona la ocasion de constituirse acusador de los cristianos. El orgullo de una razon pervertida y el furor del amor le hacen ya ver á los fieles destruidos y á Cimodocea en sus brazos. Galerio, cuyo espíritu corrompe y cuyos proyectos secunda, le concede declarada proteccion y le permite espresarse en el Capitolio con toda la licencia de las opiniones de los falsos sabios. Simmaco, pontífice de Júpiter, debia hablar en favor de los antiguos falsos dioses de la patria.

Amaneció en fin el dia en que iba á decidirse la suerte de la mitad de los habitantes del imperio; el dia en que los destinos del género humano se veian amenazados en la religion de Jesucristo; dia tan deseado y á la par tan temido de los ángeles, los hombres y los demonios. Al despuntar el alba, las guardias pretorianas ocuparon las avenidas del Capitolio, y un pueblo inmenso ocupaba el Foro, y se estendia en derredor del templo del Júpiter Estator y á lo largo del Tiber hasta el teatro de Marcelo; los que no habian podido hallar lugar habíanse encaramado á los vecinos edificios y sobre los arcos de triunfo de Tito y Severo. Diocleciano sale de su palacio y avanza hácia el Capitolio por la via Sagrada, cual si fuese á triunfar de los marcomanos y los partos. Trabajo costaba reconocerle, pues hacia algun tiempo que sucumbia á una progresiva consuncion y al peso de las amarguras que Galerio le ocasionaba. En vano habia tenido la precaucion de dar color á su rostro, porque la palidez de la muerte trasporaba á través del prestado brillo, y las mudas facciones de la nada se dejaban ya ver bajo la máscara medio caida del humano poderío.

Galerio, rodeado de todo el fausto del Asia, seguia al emperador en una soberbia carroza tirada por unos tigres; el pueblo temblaba al aspecto de la estatura gigantesca y del torvo talante del nuevo Titan. Constantino seguia en pos rigiendo el freno de ligero corcel y atrayendo los votos y las miradas de soldados y cristianos; los tres oradores marchaban detras de los señores del mundo. El pontífice de Júpiter, llevado por el colegio de los sacerdotes, precedido de los arúspices y seguido del cuerpo de las vestales, saludaba á la muchedumbre que reconocia regocijada al intérprete del culto de Rómulo; Hierocles, cubierto con el manto de los estóicos, se mostraba en una litera, y le rodeaban Libanio, Jámblico, Porfirio y la turba de los sofistas; el pueblo, naturalmente enemigo de la afectacion y vana sabiduria, le lanzaba con desprecio sarcásticas burlas. En fin, Eudoro se dejaba ver el último, vestido de negro traje; marchaba sin séquito, á pié, con grave ademan y bajos los ojos, como abrumado por todo el peso de los dolores de la Iglesia; los paganos reconocian con asombro en aquel sencillo aparato al guerrero cuyas estátuas triunfales habian visto; los fieles se inclinaban con respeto al paso de su defensor, los viejos le bendecian y las mujeres le mostraban sus hijos, mientras en todos los altares de Jesucristo los sacerdotes ofrecian por él el santo sacrificio.

Habia en el Capitolio una sala llamada la sala Julia, adornada en otro tiempo por Augusto con una estátua de la Victoria. Veíanse allí la columna miliaria, la viga atravesada de clavos sagrados, la loba de bronce y las armas de Rómulo. Al rededor de las paredes pendian los retratos de los cónsules: el equitativo Publícola, el generoso Fabricio, Cincinato el rústico, Fabio el contemporizador, Pablo Emilio, Caton, Marcelo y Ciceron, padre de la patria. Estos magnánimos ciudadanos parecian ocupar todavía su asiento en el senado, con los sucesores de los Tigelinos y Sejanos, como para hacer ver de una ojeada los dos estremos del vicio y la virtud, y para enseñarnos las horrorosas mudanzas que el tiempo introduce en los imperios.

En aquella gran sala se reunieron los jueces de los cristianos. Diocleciano subió al trono; Galerio se sentó á la derecha y Constantino á la izquierda del emperador; los empleados del palacio ocupaban, segun sus respectivas categorias, las gradas del trono. Despues de haber saludado á la estátua de la Victoria y renovado en su presencia el juramento de fidelidad, los senadores se sentaron en los bancos que rodeaban la sala, y los oradores se colocaron en medio de ellos. El vestibulo y el patio del Capitolio estaban ocupados por los grandes, los soldados y el pueblo. Dios permitió á las potestades del abismo y á los habitantes de los divinos tabernáculos mezclarse en aquella memorable deliberacion: al punto, ángeles y demonios se esparcieron por el senado, los primeros para calmar, los segundos para concitar las pasiones: aquellos para iluminar los espíritus, estos para cegarlos.

Inmolóse primero un toro blanco á Júpiter, autor de los buenos consejos: durante este sacrificio, Eudoro se cubrió la cabeza y sacudió su manto, salpicado por algunas gotas de agua lustral. Dada la señal por Diocleciano, Símmaco se levantó en medio de los generales aplausos: alimentado este orador en las grandes tradiciones de la elocuencia latina, pronunció estas graves palabras, á la manera que magestuosamente corren las sosegadas olas de caudaloso rio por una campiña que con su corriente hermosean.

LIBRO DÉCIMOSESTO.

SUMARIO. Arengas de Simmaco, Hierocles y Eudoro. Diocleciano accede á espedir el edicto de persecucion, pero quiere que antes se consulte á la Sibila de Cumes.

«CLEMENTISIMO emperador Diocleciano, y tú, felicísimo príncipe, César Galerio, si en tiempo alguno vuestras almas divinas dieron una prueba brillante de su justicia, es en el importante negocio que hoy reune al augustísimo senado á los piés de vuestras eternidades.

«¿Proscribiremos á los adoradores del nuevo Dios? ¿Permitiremos que los cristianos gocen en paz del culto de su divinidad? Tal es la cuestion propuesta al senado.

«¡Júpiter y los demás dioses vengadores de la humanidad me libren del intento de hacer correr algun dia la sangre y las lágrimas! ¿Por qué perseguiríamos á unos hombres que llenan todos los deberes del ciudadano? Los cristianos ejercen artes útiles, sus riquezas alimentan el tesoro del Estado, sirven con denuedo en nuestros ejércitos, y emiten con frecuencia en nuestros consejos pareceres dictados por el recto criterio, por la exactitud y la prudencia. Además de esto, no llegaremos al apetecido fin por medio de la violencia, porque la esperiencia ha demostrado que los cristianos se multiplican bajo la cuchilla de los verdugos. Si quereis atraerlos á la religion de la patria, llamadles al templo de la Misericordia, no á los altares de las Euménides.

«Empero, despues de haber declarado lo que juzgo conforme á la razon, debo manifestar con igual justicia el temor que los cristianos me inspiran. He aquí la única acriminacion que puede legítimamente dirigírseles: es cierto que nuestros dioses son objeto de su burla y á veces de sus insultos. ¡Cuantos romanos se han dejado ya arrastrar por temerarios razonamientos! ¡Ah! hablamos de atacar á una divinidad estraña, cuando nos fuera mas conveniente pensar en defender las nuestras! Consagrémonos al culto de estas, mediante el recuerdo de todo lo que por nosotros han hecho, y cuando nos hayamos convencido á fondo de la grandeza y bondad de nuestros dioses paternos, dejaremos de temer que la secta de los cristianos se aumente y robustezca con los desertores de nuestros templos.

«Es una verdad, mucho há reconocida, que Roma ha debido el imperio del mundo á su piedad hácia los inmortales. Roma erigió altares á todos los genios bienhechores: á la pequeña Fortuna, al Amor filial, á la Paz, á la Concordia, á la Justicia, á la Libertad, á la Victoria y al dios Termo, único que no se levantó delante de Júpiter en la asamblea de los dioses. ¿Esta familia divina podria disgustar á los cristianos? ¿Qué hombre se atreveria á negar homenajes á tan nobles deidades? Si quereis retroceder mas en la serie de los tiempos, hallareis los nombres mismos de nuestra patria y nuestras mas antiguas tradiciones enlazadas con nuestra religion, y formando parte de nuestros sacrificios; hallareis el recuerdo de esa edad de oro, reinado de felicidad é inocencia, que todos los pueblos envidian á la Ausonia. ¿Hay algo mas tierno que el nombre de *Lacio*, dado á la campiña de Laurento, por haber concedido asilo á un dios perseguido? Nuestros padres recibieron en recompensa de su virtud un corazon hospitalario, y Roma sirvió de refugio á todos los desgraciados proscriptos. ¡Cuántas interesantes aventuras! ¡cuántos nombres ilustres están identificados con esas emigraciones de los primeros tiempos del mundo, Diomedes, Filolectes, Idomeneo y Nestor! ¡Ah! cuando un espeso bosque cubría la montaña donde hoy se eleva altivo este Capitolio; cuando unas pobres cabañas ocupaban el lugar de estos soberbios palacios; cuando este Tiber, hoy tan famoso, no habia recibido aun sino el ignorado nombre de Albula, nadie preguntaba aquí si el Dios de una oscura nacion de la Judea era preferible á los dioses de Roma! Para convencerse del poder de Júpiter, basta examinar el humilde orígen de este vasto imperio; cuatro escasos manantiales han formado el caudaloso torrente del pueblo romano: Alba, país querido y primer amor de los curiacios; los guerreros latinos que se unieron á los guerreros de Eneas; las arcadios de Evandro, que legaron á los Cincinatos el amor á los rebaños y la sangre de las Elenas, dulce orígen de la elocuencia entre los incultos hijos de una loba, y por último, los sabinos que dieron esposas á los compañeros de Rómulo; aquellos sabinos, que vestidos de pieles de oveja, y guiando sus rebaños con la lanza, se alimentaban de lacticinios y miel, y se consagraban á Ceres y á Hércules, símbolo aquella del genio, símbolo este del brazo del labrador.

«Estos dioses que han obrado maravillas tantas; estos dioses que han inspirado á Numa, á Fabricio y á Caton; estos dioses que protegen las cenizas ilustres de nuestros ciudadanos, estos dioses entre quienes brillan hoy nuestros emperadores, ¿son acaso divinidades sin poder y sin virtudes?

«¡Diocleciano! supongo que Roma, agoviada por los años, se presenta de repente á tus ojos bajo las bóvedas de este Capitolio, y que habla á tu Eternidad en estos términos:

«¡Gran príncipe! ten en consideracion esta vejez «á que mi piedad hácia los dioses me ha hecho llegar. Libre como soy, me mantendré siempre fiel á «la religion de mis antepasados, porque esta religion «ha sometido el universo á mis leyes: sus sacrificios «ha alejado á Annibal de mis murallas y á los galos «del Capitolio. ¡Cómo! será derribada algun dia esa «estátua de la Victoria, sin temer que se levanten «amenazadoras mis legiones sepultadas en los cam«pos de Zama! ¿No habré sido preservada de los ene«migos mas formidables, sino para verme deshonra«da por mis hijos en mi vejez?»

«Así, ¡oh poderoso emperador! te habla Roma suplicante. Mira alzarse de sus sepulcros, en el camino de Apio, aquellos republicanos vencedores de los volscos y samnitas, y cuyas imágenes reverenciamos aquí; ya suben á este Capitolio que llenaron un dia de opulentos despojos; llegan ya, coronada la frente con el ramo de encina, á unir su voz potente á la potente voz de la patria. Esos manes sagrados no han roto su férreo sueño por la pérdida de nuestras costumbres y leyes; no han despertado al estruendo de las proscripciones de Mario ó de los furores del Triunvirato; pero la amenazada causa del cielo les arranca á sus féretros, y presurosos acuden á defenderla ante sus hijos. Romanos seducidos por la nueva religion! ¿cómo habeis podido cambiar por estraño culto nuestras hermosas fiestas, nuestras piadosas ceremonias?

«¡Príncipes! lo repito: no pedimos la persecucion de los cristianos. Dícese que el Dios á quien adoran

es un dios de paz y de justicia; no nos negamos, pues, á admitirle en el Panteon, porque deseamos, piadosísimo emperador, que los dioses de todas las religiones te protejan; pero no por mas tiempo se escarnezca á Júpiter! Diocleciano, Galerio, senadores, ¡indulgencia para los cristianos, proteccion á los dioses de la patria!»

Al dar fin á su discurso, Símmaco saludó de nuevo la estátua de la Victoria y fue á sentarse entre los senadores. Los espíritus estaban agitados en diferentes sentidos: unos, atraidos por la dignidad del discurso de Símmaco, recordaban los dias de los Hortensios y Cicerones, mientras otros vituperaban la moderacion del pontífice de Júpiter. Satanás, que no confiaba ya sino en Hierocles, procuraba destruir el efecto de la elocuencia del gran sacerdote; los ángeles de luz se aprovechaban por el contrario de esta elocuencia para atraer al senado á mas humanos sentimientos. Veíase agitarse los cascos de los guerreros, las togas de los senadores, los mantos y cetros de los augures y arúspices, y alzábase un confuso murmullo, equívoco signo de la reprobacion y el elogio. En un campo donde la cizaña é inútiles flores de estraños matices se alzan en medio del dorado trigo, cuando leve céfiro se desliza en el bosque de mil colores, las espigas mas débiles inclinan al principio la gentil corola; pero pronto el creciente soplo balancea con igual tumulto los fecundos haces y las plantas estériles: tal se presentaba en el senado el movimiento de tantos hombres diferentes.

Los cortesanos miraban con atencion á Diocleciano y á Galerio, á fin de ajustar su opinion á la de sus señores; César daba señales de enojo, pero Augusto se mostraba impasible.

Hierocles se levanta: envuélvese en su capa, y se mantiene largo rato en severo y meditabundo ademan. Iniciado en todas las sutilezas de la elocuencia ateniense; armado de todos los sofismas, perspicaz, astuto, sarcástico é hipócrita; afectando un estilo conciso y sentencioso; invocando la humanidad al pedir la sangre del inocente, sordo á las lecciones del tiempo y de la esperiencia; pretendiendo conducir el mundo á la felicidad á través de males sin cuento por medio de los sistemas; hombre frívolo que se envanecia creyéndose profundo: tal era el orador que se presentó en la liza para atacar todas las religiones y especialmente la de los cristianos. Galerio dejaba espedito curso á las blasfemias de su ministro; Satanás impelia al mal al enemigo de los fieles, y la esperanza de perder á Eudoro animaba al amante de Cimodocea. El demonio de la falsa sabiduría, bajo la figura de un jefe de la escuela, recien llegado de Alejandria, se coloca al lado de Hierocles, quien despues de un momento de silencio, estiende de repente sus brazos, deja caer su capa á la espalda, pone entrambas manos sobre su corazon, é inclinándose hasta el pavimento del Capitolio, al saludar á Augusto y César, pronuncia este discurso:

«Valerio Diocleciano, hijo de Júpiter, emperador eterno, Augusto, ocho veces cónsul, clementísimo, divinísimo, sapientísimo; Valerio Maximiano Galerio, hijo de Hércules, hijo adoptivo del emperador, César, eterno y felicísimo, Pártico, vencedor, amante de la ciencia y verdaderísimo filósofo; Senado venerabilísimo y sagrado, vosotros permitís que mi voz se haga oir! Confundido por honor tan insigne ¿cómo podria espresarme con bastante energía ó gracia? Perdonad, pues, la debilidad de mi elocuencia, en favor de la verdad que me hace hablar.

«La tierra en su fecundidad primitiva produjo los hombres, los que por acaso y por precision, se reunieron para hacer frente á sus comunes necesidades. La propiedad empezó, las violencias la siguieron, y no pudiendo el hombre reprimirlas, inventó los dioses.

«Hallada la religion, los tiranos se aprovecharon de ella; y multiplicando los errores, las pasiones mezclaron con estos sus propios delirios.

«El hombre, olvidando en breve el orígen de los dioses, no tardó en dar asenso á su existencia, y en tomar por el unánime asentimiento de los pueblos lo que solo era el asentimiento unánime de las pasiones. Los tiranos, al oprimir á los hombres, procuraron hacer erigir templos á la piedad y á la misericordia, para que los desgraciados creyesen tambien que habia dioses.

«El sacerdote, seductor al principio y seducido despues, se apasionó por su ídolo; el jóven por las gracias divinizadas de su amada, y el desgraciado por los simulacros de su dolor: de aquí nació el fanatismo, el mayor de los males que han afligido á la especie humana.

«Este monstruo, agitando una tea, recorrió las tres regiones de la tierra, quemó por mano de los magos los templos de Menfis y Atenas, y encendió la guerra sagrada que entregó la Grecia á Filipo. ¡En breve, si una secta odiosa consiguiese estenderse en nuestros mismos dias, y á pesar del incremento de las luces, veriamos al universo sumido en un abismo de calamidades!

«Aqui, príncipes, procuraré pintar los males que el fanatismo ha causado á los hombres, poniendo á vuestra vista el orígen y progresos de la religion mas ridícula y horrible que haya engendrado en tiempo alguno la corrupcion de los pueblos.

«¿Por qué no me es permitido sepultar en profundo olvido tan vergonzosas torpezas? Pero soy llamado á la defensa de la verdad: es preciso salvar á mi emperador, es preciso iluminar el mundo. Sé que espongo mi existencia á la venganza de una faccion peligrosa, ¿mas qué importa? un amigo de la sabiduría debe cerrar su corazon así á todo temor como á toda piedad, cuando se trata de la felicidad de sus hermanos y de los derechos sagrados de la humanidad.

«Vosotros conoceis á ese pueblo á quien su lepra y sus desiertos separan del género humano; á ese pueblo odioso, esterminado por el divino Tito.

«Cierto impostor llamado Moisés, valiéndose de una serie de crímenes y de prestigios groseros, libró á ese pueblo de la esclavitud, y le llevó al centro de los arenales de la Arabia, prometiéndole en nombre del dios Jehová una tierra en que correrian la leche y la miel.

«Despues de cuarenta años, los judíos llegaron á esa tierra prometida, y degollaron á sus pobladores. El delicioso jardin era la estéril Judea, reducido valle de piedras, sin trigo, sin árboles, sin aguas.

«Retirados á su guarida, aquellos forajidos solo se hicieron notables por su odio innato al linaje humano, pues vivian en medio de los adulterios, los asesinatos y las crueldades.

«¿Qué podia producir semejante raza? (hé aquí el prodigio): una raza aun mas execrable, los cristianos: hombres que han escedido en demencia y crímenes á sus padres los judíos.

«Los hebreos, engañados por sacerdotes fanáticos, esperaban en su impotencia y su abyeccion un monarca que les someteria el mundo entero.

«Espárcese cierto dia el rumor de que la mujer de un oscuro artesano ha dado á luz al rey tanto tiempo esperado, y parte de los judíos se apresura á creer el estupendo prodigio.

«El que ellos apellidan su Cristo, vive treinta años oculto en su miseria; trascurridos estos treinta años, empieza á dogmatizar y se rodea de algunos pescadores á quienes llama sus Apóstoles. Recorre las cindades, se esconde en el Desierto, y alucina á algunas débiles mujeres y á un populacho crédulo. Dícese que su moral es pura; ¿pero escede acaso á la de Sócrates?

«El pretendido dios no tarda en ser preso por sus sediciosos discursos, y al fin se le condena á morir en la cruz. Un jardinero se apodera de su cadáver, sus Apóstoles gritan que Jesús ha resucitado y le predican á la estupefacta multitud. La supersticion se propaga y los cristianos llegan á formar una secta numerosa.

«Un culto nacido entre la hez del pueblo, difundido por esclavos, oculto al principio en lugares desiertos, se ha cargado paulatinamente con todas las abominaciones que el secreto y las costumbres soeces y desenfrenadas deben naturalmente engendrar; así, la crueldad y la infamia constituyen la parte principal de sus misterios.

«Los cristianos se reunen durante la noche en medio de los muertos y los sepulcros, siendo la resurreccion de los cadáveres la mas absurda y frecuente de sus conversaciones. Sentados en abominables festines despues de haber jurado aborrecimiento á los dioses y á los hombres, despues de haber renunciado á todos los placeres legítimos, beben la sangre de un hombre sacrificado, y devoran las carnes palpitantes de un niño: ¡hé aquí lo que llaman su pan y su vino sagrado!

«Concluido el banquete, unos perros instruidos en los crímenes de sus dueños, entran en la asamblea y derriban las antorchas que les alumbraban; entonces los cristianos se buscan en medio de las tinieblas, se enlazan al acaso con horribles abrazos: los padres con las hijas, los hijos con las madres, los hermanos con las hermanas; el número y la variedad de los incestos constituyen el mérito y la virtud.

HIEROCLES ATORMENTADO POR EL DEMONIO DE LOS CELOS.

«¡Cómo! ¿No bastaba la torpe pretension de atraer á los hombres al culto de un sedicioso, justamente castigado con la pena capital? ¿No era un crímen bastante enorme haber intentado embrutecer hasta tal punto la razon humana, sino que era preciso además que los cristianos hiciesen de su religion la escuela de las costumbres mas depravadas y las mas inauditas enormidades?

«Lo que acabo de consignar, ¿necesita otras pruebas que la misma conducta de los cristianos? Por donde quiera se deslizan hacen nacer discordias; pervierten á los soldados de nuestros ejércitos; introducen la desunion en las familias, seducen á las doncellas crédulas, arman al hermano contra el hermano y al esposo contra la esposa. Poderosos hoy, tienen templos y tesoros, y se niegan á prestar juramento á los emperadores, de cuyas manos reciben estos beneficios; insultan las imágenes sagradas de Diocleciano y prefieren la muerte á sacrificar en sus altares. Recientemente aun, ¿no han dejado á la divina madre de Galerio ofrecer sola unas víctimas por su hijo á los inocentes Genios de las montañas? Por último, uniendo el fanatismo á la disolucion, quisieran precipitar del Capitolio la estátua de la Victoria y arrancar de sus santuarios á vuestros dioses paternos!

«No se crea, sin embargo, que defiendo aquí á esos dioses que en la infancia de los pueblos han podido parecer necesarios á legisladores sagaces. Nosotros no habemos menester de recursos tan mezquinos, porque la razon inaugura su reinado, y de hoy mas no se elevarán altares sino á la virtud. El género humano se perfecciona cada dia, y llegará un tiempo en que todos los hombres, sometidos solo al pensamiento, se conducirán por las luces del espíritu. No apoyo, pues aquí, ni á Júpiter, ni á Mitra, ni á Serapis; pero si se conserva todavía alguna religion en el imperio, la antigua reclama una justa preferencia, toda vez que la nueva es un mal que es preciso estirpar por medio del hierro y del fuego; urge curar á los cristianos de su propia locura. Pues bien: ¡correrá una poca sangre! Compadeceremos sin duda la suerte de los criminales, pero admiraremos y bendeciremos la ley que hiera á las víctimas para consuelo de los sabios y la felicidad del género humano.»

No bien terminara Hierocles su discurso, cuando

Galerio dió la señal de los aplausos. Centellante la mirada y encendido en cólera el semblante, César parecia ya pronunciar la sentencia fatal de los cristianos. Sus cortesanos levantaban las manos al cielo como poseidos de horror y espanto; sus guardias temblaban de ira al pensar que unos impios intentaban derribar la estátua de la Victoria, y el pueblo repetia aterrado los incestos nocturnos y los banquetes de humana carne. Los sofistas que rodeaban á Hierocles, le ensalzaban hasta las nubes: era, decian, el intrépido amigo de los principes, el verdadero amigo de los principes, el sosten de la virtud, un Sócrates!

Satanás exasperaba las preocupaciones y los rencores, y lleno de júbilo á las palabras del procónsul, prometiase llegar con mas seguridad á su objeto por medio del ateismo que por medio de la idolatria, y secundado por todas las potestades del infierno aumentaba el estrépito y el tumulto, é imprimia al movimiento del Senado cierto sello prodigioso. A la manera que la peonza gira bajo el látigo del niño; bien asi como el huso baja y sube entre los dedos de la matrona; cual el ébano ó el marfil ruedan bajo el cincel del tornero: asi estaban agitados los espiritus. Solo Diocleciano se mantenia inmóvil, no descubriéndose en su semblante indicio alguno de cólera, de odio ni amor; los cristianos esparcidos por la asamblea, se mostraban abatidos y consternados, y por su parte Cons-



EUDORO DEFIENDE Á CIMODOCEA DE LOS SOLDADOS DE HIEROCLES.

tantino, sumido en profundo dolor, dirigia por intérvalos á Eudoro miradas de inquietud y ternura.

El hijo de Lastenes se levantó sin mostrarse influido por el disfavor del César ni por las bajezas de los cortesanos, ni por el vano clamoreo de la muchedumbre. Su negra vestidura y noble semblante, animado mas por la espresion de una sencilla tristeza, atrajeron todas las miradas; los ángeles del Señor, formando un círculo invisible en su derredor, le cubrian de luz y le infundian divina seguridad, y desde lo alto del cielo, los cuatro Evangelistas inclinados sobre su cabeza, le dictaban en secreto las palabras que iba á repetir. De todo el recinto del Senado salian estas esclamaciones: «¡Es el cristiano! ¿Cómo podrá responder? »Todos buscaban en vano en sus facciones, á la vez tan tranquilas y animadas, la espresion de los crímenes de que Hierocles acusara á los fieles. Cuando unos cazadores, creyendo sorprender orillas de un rio á un horroroso buitre, descubren de repente á un cisne que tranquilo nada en las ondas, detiénense con placer; contemplan el ave querida de las Musas; admiran la blancura de su plumaje, la altivez de su continente, la gracia de sus movimientos, y prestan ya atento oido á sus armoniosos cantos. El cisne del Alfeo no tardó en hacerse oir: Eudoro se inclinó ante Augusto y César, y sin saludar la estátua de la Victoria, sin hacer gestos, ni pretender cautivar el oido ó la vista, se espresó en estos términos:

«Augusto, César, padres conscriptos, pueblo romano: en nombre de esos hombres víctimas de un odio injusto, yo Eudoro, hijo de Lastenes, natural de Megalópolis, en Arcadia, y cristiano, salud!

«Hierocles ha inaugurado su discurso, escusando la debilidad de su elocuencia; yo reclamo á mi vez la indulgencia del Senado. Yo no soy sino un soldado, mas acostumbrado á derramar mi sangre en defensa de mis príncipes, que á pedir en floridas frases el esterminio de multitud de ancianos, mujeres y niños.

«Empiezo dando gracias á Simmaco por la moderacion que ha mostrado hácia mis hermanos; el respeto que debo al jefe del imperio me obliga á guardar silencio respecto del culto de los ídolos. Observaré, no obstante, que los Camilos, Escipiones y Paulos-Emilio no han sido varones eminentes por haber seguido el culto de Júpiter, sino porque se alejaron de la moral y los ejemplos de las divinidades del Olimpo. En nuestra religion, por el contrario, solo se puede llegar al mayor grado de la perfeccion, imitando á nuestro Dios. Nosotros colocamos tambien á simples mortales en las eternas mansiones; pero no basta para alcanzar esta gloria haber ceñido la diadema real, sino que es preciso haber practicado la virtud; y abandonamos á vuestro cielo los Nerones y los Domicianos.

«No obstante, el efecto de una religion, sea cual fuere, es tan saludable al alma, que el pontífice de Júpiter ha baldado de los cristianos con benignidad, mientras un hombre que á ningun Dios reconoce, pide nuestra sangre en nombre de la humanidad y la virtud. ¡Cómo! ¡Tú pretendes, Hierocles, sembrar bajo el manto con que te cubres, la desolacion en el imperio! ¡Magistrado romano, provocas impasible la muerte de muchos millones de ciudadanos romanos! Porque, padres conscriptos, no podeis ocultároslo: somos de ayer, y llenamos ya vuestras ciudades, vuestras colonias, vuestros campos, el palacio, el Senado, el Foro; solo os dejamos vuestros templos.

«¡Príncipes! nuestro apóstata acusador se declara ateo, porque sabe muy bien qué título podria yo añadir á tan tristes títulos. Simmaco es un hombre piadoso, cuya edad, sabiduría y costumbres son igualmente respetables. En toda causa criminal se toma en consideracion el carácter de los testigos: Simmaco nos escusa, Hierocles nos denuncia. ¿Cuál de los dos debe ser escuchado? Augusto, César, padres conscriptos, pueblo romano, dignaos prestadme atento oido, porque voy á seguir el hilo de las acusaciones de Hierocles, y á defender la religion de Jesucristo.»

Al pronunciar este gran nombre, el orador se detuvo; todos los cristianos se inclinaron, y la estátua de Júpiter se conmovió en su altar. Eudoro prosiguió:

«No me remontaré como Hierocles hasta la cuna del mundo para tratar de la cuestion del momento. Dejo á los discípulos de la escuela esa vana ostentacion de principios odiosos, de hechos desfigurados y de pueriles declamaciones. No se trata aquí de la formacion del mundo, ni del orígen de las sociedades; todo se reduce á saber si la existencia de los cristianos es compatible con la seguridad del Estado; si su religion ofende las costumbres y las leyes; si se opone á la sumision debida al jefe del imperio; en una palabra, si la moral y la política tienen algo de qué acusar al culto de Jesucristo. Sin embargo, no puedo menos de llamar vuestra atencion hácia la singular opinion de Hierocles respecto de los hebreos.

«La razon política del establecimiento de Jerusalén en el centro de un pais estéril era harto profunda para que pudiese penetrarla el acusador de los cristianos. El legislador de los israelitas queria hacer de estos un pueblo que pudiese resistir al tiempo, conservar el culto del verdadero Dios, en medio de la idolatría universal, y hallar en sus instituciones una fuerza que en sí mismo no tenia: encerrólos, pues, en la montaña. Sus leyes y su religion fueron conformes con este estado de aislamiento: no tuvieron sino un templo, un sacrificio y un libro. Han trascurrido cuatro mil años, y aun existe ese pueblo. Muéstranos, Hierocles, en otro pais el ejemplo de una legislacion igualmente milagrosa en sus efectos, y luego escucharemos tus chocarrerías acerca del pais de los hebreos.»

Una señal de aprobacion de Diocleciano interrumpió al hijo de Lastenes. El emperador, insensible á los movimientos oratorios de Simmaco y á las declamaciones de Hierocles, se sintió impresionado por las razones políticas aducidas por el defensor de los fieles. Eudoro se habia estendido hábilmente sobre este punto para interesar el ánimo del príncipe, antes de hablar de los cristianos. El partido moderado del Senado que temia á Galerio; Publio, prefecto de Roma, adicto á César, pero enemigo de Hierocles; los cortesanos, atentos siempre á las impresiones del monarca, advirtieron los sentimientos favorables de Diocleciano y tributaron grandes elogios al orador. Los soldados, centuriones y tribunos se habian conmovido á la vista de su general, precisado á defender su vida contra las audaces acusaciones de un retórico: esta noble clase de hombres abraza fácilmente las generosas opiniones. Tanta razon unida á gentileza y juventud tantas, habian interesado á la siempre entusiasta multitud. El dolor de Constantino habíase trocado en alegría, y este príncipe animaba á su amigo con ademanes y miradas. Los ángeles de luz redoblaban su celo en deredor del orador cristiano, le prestaban sin cesar nuevas gracias, y prolongaban los acentos de su voz á manera de armoniosos ecos. Cuando una deslumbradora nevada desciende de la bóveda etérea, suele aplacarse el aquilon, y los mudos campos reciben con alegría los numerosos copos que vienen á colocar las plantas al abrigo de los hielos del invierno: así, cuando el hijo de Lastenes reanudó su discurso, la asamblea guardó un profundo silencio para recoger aquellas palabras puras que parecian bajar del cielo para evitar la desolacion de la tierra.

«Príncipes, dijo, no entraré en las pruebas de la Religion Cristiana: una dilatada serie de profecías, todas realizadas, unos milagros brillantes, é innumerables testigos han evidenciado mucho tiempo há la divinidad de aquel á quien llamamos el Salvador. Su virtud sublime es conocida en todo el universo: muchos emperadores romanos, no sometidos á Jesucristo, le han honrado con sus homenajes; famosos filósofos han hecho justicia á su moral, y el mismo Hierocles no la pone en duda.

«Seria por cierto en alto grado sorprendente que los que adoran á tal Dios, fuesen unos mónstruos dignos de la hoguera. ¡Cómo! ¡Jesucristo habrá sido un modelo de dulzura, humanidad y castidad, y nosotros creeriamos honrarle con misterios de crueldad y libertinage! Aun en el Paganismo, ¿celébrase acaso la fiesta de Diana con la prostitucion de las fiestas de Venus? El Cristianismo, se dice, ha salido de la ínfima clase del pueblo, y de esto derivan las infamias de su culto; condenad, pues, en esta religion lo mismo que constituye su hermosura y su gloria! Esa religion ha idoá buscar para consolarlos, á unos hombres en quienes los hombres no pensaban, y de quienes desviaban su vista; ¡y vosotros se lo imputais como un crímen! ¿Creeis acaso que solo debajo de la púrpura hay dolores, y que un Dios consolador solo sirve á los poderosos y á los reyes? Lejos de haber adquirido la bajeza y la ferocidad de las costumbres del pueblo, nuestra religion ha corregido esas costumbres. Decid: ¿hay un hombre mas sufrido en sus males que un verdadero cristiano, mas resignado bajo el yugo de un dueño, mas fiel á su palabra, mas exacto en sus deberes, mas casto en sus costumbres? Estamos tan distantes de la barbarie, que nos retiramos con horror de vuestros juegos, en que la efusion de sangre humana constituye parte del espectáculo, pues creemos existe poca diferencia entre perpetrar el homicidio y presenciarlo con placer; y en tanto grado aborrecemos una vida disoluta, que huimos de vuestros teatros como de una escuela de escandalosas costumbres, como de una ocasion de caida. Pero al justificar á los cristianos sobre un punto, advierto que les inculpo en otro. ¡Huimos de la sociedad, dice Hierocles, aborrecemos á los hombres!

«Si es así, nuestro castigo es justo. Herid nuestras cabezas; pero antes venid á recoger de nuestros hospitales los pobres y los enfermos que vosotros no habeis socorrido; haced llamar á las romanas que han abandonado los frutos de su deshonor. ¿Creen tal vez que estos han caido en esos lugares infames, único asilo ofrecido por vuestros dioses á la espósita niñez? Pues bien: ¡que vengan á reconocer sus recien nacidos en los brazos de nuestras esposas! La leche de una cristiana nos los ha envenenado; las madres, segun la gracia, los devolverán antes de morir, á las madres segun la naturaleza!

«Algunos de nuestros misterios mal entendidos y falsamente interpretados, han dado orígen á tamañas calumnias. ¡Príncipes! séame permitido descubriros estos secretos de inocencia y pureza! Roma se levanta, dice Simmaco, y os suplica le dejeis las divinidades de sus padres. ¡Sí, príncipes! Roma se levanta, pero no para reclamar á impotentes dioses; se levanta para pediros á Jesucristo, que restablecerá entre sus hijos el pudor, la buena fe, la probidad, la templanza y el reinado de las costumbres.

«Dadme, grita, ese Dios que ha corregido ya los vicios de nuestras leyes; ese Dios que no autoriza el infanticidio, ni la prostitucion del matrimonio, ni el espectáculo de la mortandad entre los hombres; ese Dios que cubre mi seno con los monumentos de su beneficencia; ese Dios que conserva las luces de las ciencias y las artes, y que pretende abolir la esclavitud sobre la tierra. ¡Ah! si un dia viese de nuevo los bárbaros á mis puertas, ese Dios, lo presiento! podria salvarme por sí solo, y cambiar mi lánguida vejez en inmortal juventud.»

«Restaríame, pues, rechazar la última y mas temible de las acusaciones de Hierocles, si la idea de perder su fortuna y su vida pudiese causar temor á los cristianos. Somos, dice nuestro delator, sediciosos; rehusamos adorar las imágenes del emperador y ofrecer sacrificios á los dioses por el padre de la patria.

«¡Los cristianos, unos sediciosos! Acosados hasta el estremo por sus perseguidores y hostigados como fieras, no han proferido la queja mas ligera; nueve veces han sido degollados, y humillándose bajo la mano de Dios, han dejado que el universo se levantase contra los tiranos. ¡Nombre Hierocles un solo fiel complicado en una conspiracion contra su príncipe! Soldados cristianos que aquí miro, Sebastian, Pacomio, Victor, decidnos donde habeis recibido las gloriosas heridas de que os veis cubiertos. ¿Ha sido acaso en las populares revueltas, ó sitiando el palacio de vuestros emperadores, ó ha sido arrostrando por la gloria de vuestros príncipes la flecha del parto, la espada del germano y el hacha del franco? ¡Ah! generosos guerreros, compañeros, amigos y hermanos mios, poco me importa mi suerte, aunque tengo en la actualidad alguna razon para amar la vida; pero no puedo dejar de interesarme por vuestro destino. ¿Por qué no habeis elegido un defensor mas elocuente? ¡Yo hubiera podido merecer una corona cívica salvándoos de las manos de los bárbaros, mas no podré arrebataros á la cuchilla de un procónsul romano!

«¡Concluyamos, Diocleciano! hallarás en los cristianos súbditos respetuosos y sumisos á tu cetro, sin bajeza; porque el principio de su obediencia procede del cielo. Son hombres de verdad, y su lenguaje no se diferencia de su conducta; no reciben los beneficios de un señor, maldiciéndole en su corazon. Pide á esos hombres su fortuna, su vida y sus hijos, y te los darán porque todo esto te pertenece. ¡Pero si intentas obligarlos á incensar los ídolos, preferirán morir! Perdonad, príncipes, esta libertad cristiana; que el hombre tiene tambien deberes que llenar para con el cielo. Si exigís de nosotros muestras de sumision que lastimen estos sagrados deberes, Hierocles puede llamar desde luego á los verdugos: nosotros daremos á César nuestra sangre, que es del César, y á Dios nuestra alma, que es de Dios.»

Eudoro al restituirse á su asiento, colocó sobre sus hombros su toga medio caida, y se apresuró á cubrir con noble modestia las cicatrices de su pecho.

¿Cómo espresar la diversidad de sentimientos que el discurso del hijo de Lastenes escitó en la asamblea? Reinaba en ella confusa mezcla de admiracion, de temor y furor; cada cual se entregaba á vivos movimientos de odio ó de amor. Unos admiraban la hermosura de la religion acusada: otros solo veian en ella una dura acriminacion lanzada contra sus costumbres y sus dioses. Los conmovidos guerreros se interesaban con vehemencia en favor de Eudoro.

—¿De qué, pues, nos servirá, decian, derramar nuestra sangre por la patria, sufrir la esclavitud entre los bárbaros y triunfar de los enemigos del príncipe, si un sofista puede degollarnos á su capricho en el Capitolio?

Por la vez primera de su vida, Diocleciano se mostraba afectado, aun al permitir la persecucion de los fieles; Dios se valia de la elocuencia cristiana para sembrar las semillas de la fe en el Senado romano. La varonil sencillez del discurso de Eudoro triunfaba de las calumnias de Hierocles y de los tiernos recuerdos de que Simmaco habia rodeado la estátua de la Victoria; todo anunciaba que el emperador iba á pronunciar una sentencia favorable á los cristianos.

Hierocles alarmado, se esforzaba por mostrarse tranquilo y vencedor; pero la cólera y el espanto se

descubrian mal su grado en sus miradas: cuando un tigre ha caido en el escarpado foso que un pastor de la Libia ha abierto bajo sus pasos, la fiera despues de haberse debatido largo rato, se tiende con aparente tranquilidad en el recinto fatal; pero en la agitacion de sus ojos y sus sangrientos labios se echa de ver que esperimenta vivamente el temor y el dolor que le causa el lazo en que ha caido.

Galerio restituyó en breve la esperanza á su ministro. Este fogoso César, acostumbrado al vil lenguaje de sus aduladores, se indignó al oir los acentos de la virtud, y al ver la noble seguridad de un hombre probo. Declaró pues, que si no se castigaba á los fieles abandonaria la córte y se pondria á la cabeza de las legiones de Oriente.

—Porque estos enemigos del cielo, añadió, pondrian sobre mí sus manos sacrílegas.

Hierocles, recobrando su audacia, hace observar que habia misterios acerca de los cuales ninguna esplicacion se habia dado, y que además, los facciosos se negaban á sacrificar por el emperador y procuraban insurreccionar los soldados con sediciosa elocuencia.

Demasiado acostumbrado á ceder á la violencia de Galerio, Diocleciano se intimidó á sus amenazas; no ignoraba que al proscribir á los cristianos, se privaba de un gran apoyo contra la ambicion de César, pero no tenia ya la fuerza de entrever sin estremecerse los azares de una guerra civil. Satanás acaba de intimidar con un prodigio el supersticioso espíritu de Diocleciano: de repente, el escudo de Rómulo se desprende de la bóveda del Capitolio, cae, hiere al hijo de Lastenes, y va á cubrir rodando la loba de bronce, herida por el rayo á la muerte de Julio César.

Galerio exclamó:

—¡Ya lo ves, Diocleciano! El padre de los romanos no ha podido sufrir las blasfemias de ese cristiano. Imita su ejemplo: ¡estermina los impios y protege en el Capitolio al genio del imperio!

Entonces Diocleciano, á pesar de los remordimientos de su conciencia y de las luces de su politica, promete publicar un edicto contra los fieles; pero por un último recurso de su talento quiso que los dioses sentenciasen en su propia causa, y le ayudasen al par de Galerio, á llevar el peso de la terrible execracion del porvenir.

—Si la Sibila de Cumes, dijo, aprueba la resolucion que me haces adoptar, se publicará el edicto que pides. Pero entretanto, quiero se conceda á todos los ciudadanos el goce de sus derechos y la libertad de su culto.

Esto dicho, el emperador abandonó bruscamente el Capitolio; Galerio y Hierocles quedaron triunfantes, meditando el primero los proyectos mas ambiciosos, y mezclando el segundo á estos mismos proyectos tenebrosos planes de amor y venganza. Constantino, poseido de dolor, se sustrajo con Eudoro á la curiosidad de la muchedumbre. El infierno exhaló un pavoroso grito de alegría, y los ángeles del Señor poseidos de santa tristeza, volaron á los piés del Eterno.

LIBRO DÉCIMOSETIMO.

SUMARIO. Navegacion de Cimodocea. Su llegada á Jope. Sube á Jerusalén. Helena la recibe como á su hija. Semana Santa. Respuesta de la Sibila de Cumes. Hierocles hace marchar á un centurion para reclamar á Cimodocea. Diocleciano espide el edicto de persecucion.

IMPELIDA por el soplo del ángel de los mares, Cimodocea derramaba torrentes de lágrimas. Eurimedusa, que acompañaba á la hija de Demodoco, hacia resonar la galera con sus quejas y gemidos.

—¡Oh tierra de Cecrops, decia, tierra donde reinan un soplo divino y unos genios amigos de los hombres! ¿deberemos abandonarte sin esperanza? ¿Quién me diera alas para ver de nuevo unos lugares tan agradables á mi corazon? Yo detendria mi vuelo sobre el templo de Homero, y llevaria á mi querido amo noticias de su Cimodocea. ¡Vanos deseos! Atravesamos las azules llanuras de Anfitrite, donde las Nereidas hacen oir sus blandos conciertos. ¿Es el deseo de riquezas el que nos obliga á arrostrar los furores de Neptuno? El interés tiene sus dulzuras. ¡No! es un dios mas poderoso: el dios que hizo morir á Ariadna lejos de los hogares de Minos, en una desierta playa; el dios que obligó á Medea á visitar las torres de Iolcos, y á seguir á un héroe inconstante.

El bajel se acercaba al último promontorio de Atica. Ya Sunio elevaba sobre la punta de un peñasco su hermoso templo, y las columnas de mármol parecian balancearse en las olas con la dorada luz de las estrellas. Cimodocea, sentada sobre la popa adornada de flores, entre las estátuas de marfil de Cástor y Pólux, sin las lágrimas que de sus ojos brotaban hubiera parecido la hermana de estos dioses encantadores, próxima á desembarcar con Páris en la isla donde la hija de Tíndaro celebró su himeneo antes de llegar á Troya. El bajel se dirige veloz á la derecha de las Cíclades que blanqueaban situadas á lo lejos sobre el mar como una bandada de cisnes, y encaminando luego su rumbo hácia el Mediodia, va á buscar las costas de la isla de Chipre.

Celebrábase á la sazon la fiesta de la diosa de Amatonta: las olas serenas y silenciosas bañaban el pié del templo de Dione, construido sobre un promontorio en medio de las tranquilas aguas; muchas doncellas medio desnudas bailaban en un bosque de mirtos en derredor del voluptuoso edificio, y muchos mancebos que ardian en deseos de desatar el ceñidor de las Gracias, cantaban en coro la víspera de las fiestas de Venus: llevadas por el soplo de los Céfiros, llegaban hasta la nave estas palabras:

«¡Ame mañana el que no ha amado! ¡Ame tambien mañana el que ha amado!

«¡Alma del universo, deleite de los hombres y los dioses, hermosa Venus, tu das vida á toda la naturaleza! Te muestras: las nubes se disipan, la primavera renace, la tierra se viste de flores y el Océano sonrie. Venus coloca en el cuello de la doncella la rosa teñida en la sangre de Adonis; Venus obliga á las Ninfas á vagar con el Amor durante la noche, á la vista de la sonrojada Diana. Ninfas, temed al Amor, que ha dejado sus armas, pero que está armado aun cuando se muestra inerme. El hijo de Citeres nació en los campos y fue alimentado entre flores. ¡Filomela ha cantado su poder; no cedamos á Filomela!

«¡Ame mañana el que no ha amado! ¡Ame tambien mañana el que ha amado!

«¡Isla venturosa! todo en tus deliciosas orillas atestigua los prodigios del Amor. Marineros cansados de los peligros, amarrad el ancla á nuestros puertos y plegad para siempre vuestras velas. En los bosquecillos de Amatonta no dareis sino dulces combates, y no temereis ya á los piratas, escepto al ingenioso Amor que os prepara lazos de flores. Las Gracias hilan aqui los instantes de los mortales. Venus, valiéndose de invencibles encantos, aletargó un dia á las Parcas en el fondo del Tártaro: al punto, Aglaé arrebató la rueca á Laquesis, y Eufrosina el hilo á Cloto; pero Atropos despertó cuando Pasitea iba á robarle sus tijeras. ¡Todo cede al poder de las Gracias y Venus!

«¡Ame mañana el que no ha amado! ¡Ame tambien mañana el que ha amado!»

Estos cantos llevaban la agitacion al alma de los marineros. La proa de metal hendia las olas con armonioso rumor; é impregnada de los perfumes de

azahar y el incienso de los sacrificios, la brisa hinchaba blandamente las velas y las redondeaba como el seno de una madre jóven.

Peligrosa languidez se apoderaba lentamente de Cimodocea. Dócil á los proyectos de Satanás, Astarté, el espíritu impuro que triunfa en los templos de Amatonta, combate en secreto á la hija de Homero, que conmovida por los cantos corruptores, baja al fondo del bajel, piensa eu su esposo, y no sabe cómo arreglar los movimientos de su amor para no herir su nueva religion. Va á consultar a Doroteo, que la aconseja recurra al cielo; la pareja fiel se arrodilla y dirige sus preces al Todopoderoso; el viento se levanta, las olas baten ambos costados de la galera, único ruido que acompañá la oracion del amor: pasion borrascosa que el marinero alimenta en medio de la soledad de los mares, y el pastor en la espesura de los bosques.

Doroteo y la hija de Demodoco se hallaban turbados aun por los recuerdos de Amatonta, cuando descubrieron la cima del Carmelo. La llanura de la Palestina salió de las olas y se diseñó á lo largo del mar; las montañas de la Judea se destacaron detrás de esta llanura, y el bajel fue en silencio á echar en medio de la noche el ancla en el puerto de Jope; mas sagrada que la nave de Hiram, cargada con los cedros del templo, llevaba el templo vivo de Jesucristo, y la inocencia, preferible á la madera perfumada. Los pasajeros cristianos desembarcan en la orilla, se arrodillan y besan estasiados la tierra donde se verificó su redencion. Doroteo y la jóven catecúmena se reunen á un grupo de peregrinos, que debian marchar al rayar el dia á Jerusalén.

Apenas el alba habia blanqueado los cielos, cuando se oyó la voz del árabe conductor de la comitiva, que entonaba el canto de la partida de la caravana. Al punto, los peregrinos se preparan, los dromedarios doblan las rodillas, y reciben sobre sus abovedadas espaldas los pesados cargamentos, y los asnos robustos y las ágiles yeguas conducen á los viajeros. Cimodocea, que atraia todas las miradas, cabalgaba con su nodriza sobre un camello ataviado de tapices, plumajes y banderolas. Rebeca mostró menos pudor al descubrir á Isaac que al encuentro le salia; y Raquel pareció menos hermosa á los ojos de Jacob al dejar á sus padres, llevando consigo sus dioses domésticos. Doroteo y sus criados caminaban á los lados de la hija de Demodoco, y atendian á los pasos de su camello.

Aléjanse de las murallas de Jope, embellecidas por bosques de lentiscos y granados, semejantes á los rosales cargados de encendidas flores; atravesaron la llanura de Saron, que en la Escritura comparte con el Carmelo y el Líbano el honor de ser la imágen de la hermosura; esta llanura estaba cubierta de aquellas flores cuya magnificencia no podia igualar Salomon en toda su pompa regia. En breve penetraron en las montañas de la Judea, por la aldea que vió nacer al feliz criminal á quien Jesucristo prometió el cielo sobre la cruz. Los piadosos viajeros te saludaron tambien, cuna de Jeremías, ¡tú que respiras aun la tristeza del profeta de los dolores! Salvan el torrente que suministró al pastor de Belém las piedras con que hirió al filisteo; entran en el desierto donde algunas higueras silvestres, sembradas á largas distancias entre si, desplegaban al viento ardiente del Mediodia sus negruzcas hojas; la tierra, que hasta entonces habia conservado algun verdor, se despojó de él; las faldas de los montes se ensanchan y presentan á la vez mas imponente y estéril aspecto; poco á poco, la vejetacion se retira y muere; hasta el musgo desaparece, y un colorido rojo y abrasado sucede á la muda palidez de los peñascos. Al llegar á una elevada garganta, los peregrinos descubren de improviso una antigua muralla sobre la que descuellan algunos edificios nuevos. El guia exclama: «¡Jerusalén!» y la caravana, súbitamente detenida por un movimiento involuntario, repite: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén!»

Al punto los cristianos se apean de sus yeguas ó de sus camellos. Estos se arrodillan tres veces; aquellos se golpean el pecho sollozando; unos apostrofan á la ciudad sagrada en el lenguaje mas patético; otros quedan mudos de asombro, con la vista clavada en Jerusalén. Mil recuerdos abruman á la vez el corazon y el espíritu: recuerdos que abrazan la duracion del mundo. ¡Oh Musa de Sion! ¡solo tú podrias pintar ese desierto que respira la divinidad de Jehová y la grandeza de los profetas!

Entre el valle del Jordan y las llanuras de Idumea, se dilata una cadena de montañas que empieza en los fértiles campos de la Galilea y va á perderse en los arenales del Yemen. En el centro de estas montañas se halla un valle árido, cercado por todas partes por unas cimas amarillas y pedregosas que no se abren sino al Levante, para dejar ver el golfo del mar Muerto y las distantes montañas de la Arabia. En medio de este paisaje de piedras, sobre un terreno desigual y en declive, dentro del recinto de una muralla conmovida en otro tiempo por los golpes del ariete enemigo, y ora fortificada con torres que se desploman, se descubren vastas ruinas; algunos cipreses diseminados, bosquecillos de aloes y nópalos, y algunas cabañas árabes, semejantes á sepulcros blanqueados, cubren el monton de ruinas que forman la triste Jerusalén.

Al primer aspecto de esta region desolada, honda amargura se apodera del corazon. Pero cuando pasando de soledad en soledad, el espacio se dilata sin límites á la vista, la amargura se disipa lentamente y el viajero esperimenta un terror secreto que lejos de abatir el alma, inspira vigor y eleva el genio. Las perspectivas estraordinarias descubren por todas partes una tierra sellada con grandes milagros; el sol ardiente, el águila impetuosa, el humilde hisopo, el cedro soberbio, la higuera estéril, toda la poesía, todos los cuadros están alli: cada nombre encierra un misterio, cada gruta revela el porvenir, cada cumbre resuena con los acentos de un profeta. El mismo Dios ha hablado en aquellas orillas; los torrentes secos, los peñascos hendidos, los sepulcros entreabiertos atestiguan el prodigio; el desierto parece todavía mudo de terror, y pudiera decirse que no se ha atrevido á romper el silencio desde que oyó asombrado la tronadora voz del Eterno.

La piadosa Elena se trasladara á esta tierra sagrada, deseosa de arrancar el sepulcro de Jesucristo á las profanaciones de la idolatría, pues deseaba encerrar en edificios magestuosos tantos lugares consagrados por las palabras y los dolores del Hijo de Dios; al efecto, llamó á los cristianos de todo el mundo en su auxilio, y estos desembarcaban en gran número en las costas de la Siria. Descalzos y anegado el rostro en lágrimas, se adelantaban entonando cánticos hácia la montaña donde se obró la salvacion de los hombres. Doroteo condujo tambien á este santuario á la catecúmena á quien la madre de Constantino debia instruir y proteger.

La caravana entra por la puerta del castillo que vió, andando el tiempo, alzarse la torre de los Pisanos y el hospicio de los valientes caballeros del Temple. Espárcese al punto la voz de que el primer oficial de la casa del emperador ha llegado con una catecúmena mas hermosa que Mariane, y que parece igualmente desgraciada. Elena hace llamar á Doroteo, y estremeciéndose al relato de los males que á la Iglesia amenazan, recibe á la esposa del defensor de los cristianos con la nobleza de una emperatriz, con la bondad de una madre y con el celo de una santa.

— Estér, le dijo, grato me es hallar en tus facciones las de una jóven á quien he visto muchas veces en sueños, sentada á la derecha de la divina Maria. Tu no has conocido á tu madre, y yo lo seré para con-

tigo. Da gracias á Dios, hija mia, por haberte traido al sepulcro de Jesucristo, pues aquí las verdades mas altas de la fe parecen humillarse y hacerse sensibles á los mas sencillos corazones.

A tan cariñosas palabras, Cimodocea vertió lágrimas de ternura y respeto. A la manera que se ve á una viña, desprendida por un violento huracan del olmo que la sostenia en los aires, cubrir con sus tiernas ramas la tierra; y que al presentársele otro apoyo, abraza con mas avidez el árbol protector, desplegando de nuevo á los rayos del sol sus delicadas hojas: así la hija de Demodoco, separada del autor de sus dias, se adhiere estrechamente á la madre del amigo de Eudoro.

Elena hace partir mensajeros que lleven á las siete Iglesias de Asia la noticia de la próxima persecucion; y al mismo tiempo se digna mostrar á la esposa de Eudoro y á Doroteo los inmensos trabajos que deben hacer renacer la ciudad de Salomon. El bosque consagrado á Venus sobre el Calvario, estaba desmontado; la verdadera cruz habia sido hallada, y un hombre á quien la presencia de esta cruz habia arrancado al féretro, contaba las cosas de otra vida en aquella Jerusalén, tantas veces instruida por los muertos de los secretos del sepulcro.

Al pié de la montaña de Sion que sustenta en su cima el arruinado monumento de David, se levanta una colina de eterna celebridad denominada el Calvario, á cuya base sagrada Elena habia hecho encerrar el sepulcro de Jesucristo en una basílica circular de mármol y pórfido. Iluminado por una cúpula de cedro, colocado en el centro de la iglesia y cubierto con un catafalco de mármol blanco, el santo sepulcro servia de altar en las grandes solemnidades. Una oscuridad favorable al recogimiento interior, reinaba en el santuario, en las galerías y capillas del edificio, donde resonaban sagrados cánticos á todas las horas del dia y de la noche. Ignórase de donde salen estos conciertos; respírase el aroma del incienso sin que se descubra la mano que lo quema, y se ve pasar en la sombra y perderse en las sinuosidades del templo al pontífice que va á celebrar los formidables misterios en los mismos lugares donde se consumaron.

Cimodocea contempla silenciosa las maravillas cristianas: hija de la Grecia, admira las obras maestras de las artes creadas por el poder de la fe en medio de los desiertos. Las puertas del nuevo edificio atraen especialmente sus miradas, pues eran de bronce y giraban sobre goznes de plata y oro: un solitario de las orillas del Jordan, animado del espíritu profético, habia dado el dibujo de esta puerta á dos célebres escultores de Laodicea. Veíase en ella la ciudad santa conquistada por un pueblo infiel, sitiada por unos héroes cristianos que se reconocian en la cruz que sobre sus vestidos brillaba; el traje y las armas de estos héroes eran extranjeros, pero los soldados romanos creian hallar en ellos algunos vestigios de los francos y los galos, entre aquellos guerreros del porvenir. En su frente resplandecian el valor, el espíritu emprendedor y aventurero, con una nobleza, una ingenuidad y un honor ignorados de los Ayax y Aquiles. Aquí, el campo parecia conmovido á la vista de una mujer seductora que parecia implorar el auxilio de una tropa de príncipes jóvenes; allí, esta misma encantadora arrebataba á un héroe sobre las nubes y le trasladaba á unos jardines deliciosos; mas allá una asamblea de espíritus de tinieblas estaba convocada en las ardientes salas del infierno: el ronco sonido de la trompeta del Tártaro llama á los habitantes de las sombras eternas; las negras cavernas estremecense roncas á sus ecos, y el estruendo rueda y se repite de abismo en abismo. ¡Con cuánta ternura descubrió Cimodocea á una mujer moribunda bajo la armadura de un guerrero! El cristiano que le atravesó el pecho, va á tomar bañado en lágrimas, agua en su casco, y vuelve á dar una vida eterna á la hermosura á quien privara de un dia fugaz. Por último, la ciudad santa es atacada por todas partes, y el estandarte de la cruz se ostenta radioso sobre las murallas de Jerusalén. El artista divino habia tambien representado entre tantas maravillas, al poeta que debia cantarlas un dia; este poeta parecia escuchar en medio de un campamento el grito de la religion, del honor y del amor, y henchido de noble entusiasmo, escribia sus versos sobre un escudo.

El tiempo que incesante vuela, habia traido la víspera del doloroso dia en que Jesucristo espiró sobre la cruz, y Cimodocea con un grupo de vírgenes escogidas, acompañó á Elena al sepulcro del Salvador. La noche se hallaba en la mitad de su curso; el santo Sepulcro estaba lleno de fieles, y sin embargo, reinaba en aquel lugar sagrado un profundo silencio. El candelabro de siete mecheros ardia delante del altar, y algunas lámparas iluminaban escasamente el resto del edificio; todas las imágenes de los mártires y de los ángeles estaban cubiertas, y suspenso el sacrificio, la hostia habia sido depositada en el santo Sepulcro. Elena se colocó en medio de la muchedumbre, despues de haberse despojado de su diadema, no queriendo ceñir su frente con corona de diamantes en los lugares donde el Redentor la llevara de espinas. El mérito de Cimodocea en el arte de los cantos era ya conocido por sus compañeras, quienes la invitaron á suspirar las Lamentaciones de Jeremías. Elena la anima con una mirada, y Cimodocea se adelanta al pié del altar; estaba vestida con una túnica de biso, de color de aurora, ajustada con un ceñidor de seda y bordado con granadas de oro, á usanza de las doncellas judías; su cabello, cuello y brazos estaban cargados por un momento de medias lunas, de cintas de cinco colores, de braceletes, de pendientes y collares. Tal se presentó á los ojos de los israelitas, Micol, esposa prometida á David en premio de su victoria sobre los filisteos; tal una palmera de Siria adorna su copa con sus frutos entrelazados á manera de cristales de coral en delgados hilos de alambre. Cimodocea, elevando una voz pura, hizo oir estas Lamentaciones:

«¿Cómo está sentada en la soledad la ciudad llena «en otro tiempo de pueblo? ¿Cómo se ha oscurecido el «oro? ¿Cómo han sido dispersas las piedras del san«tuario? La señora de las naciones está viuda, y la «reina de las provincias sujeta al tributo. Las calles «de Sion lloran; sus puertas están destruidas; los sa«cerdotes gimen y las vírgenes se muestran desoladas. «¡Oh raza de Judá! has sido tratada como un vaso de «barro. ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! tu has visto caer en «un momento el orgullo de tus torres y tus enemigos «plantaron sus tiendas en el mismo lugar donde el «Justo, llorando sobre tí, habia predicho tu ruina.»

Así cantaba Cimodocea en un tono patético trasmitido á los cristianos por la religion de los hebreos. De tiempo en tiempo, unas trompetas de metal mezclaban sus gemidos á las Lamentaciones de Jeremías. ¡Cuánta elocuencia encerraban estas lecciones, repetidas sobre las ruinas de Jerusalén, cerca del templo de que no quedaba piedra sobre piedra, y en la víspera de una persecucion! La conmovida voz de una jóven separada de su padre y que temia por la vida de su esposo, añadian á estos cánticos un encanto indecible. Las oraciones continuaron hasta la nueva aurora, y entonces se preparó la procesion solemne que debia recorrer la via Dolorosa.

La verdadera cruz, sostenida por cuatro obispos, confesores y mártires, marchaba á la cabeza del rebaño. Dilatándose en dos hileras, un numeroso clero, silencioso y enlutado, seguia al signo de la redencion humana; en pos marchaban los coros de doncellas y viudas, los catecúmenos próximos á entrar en el seno de la Iglesia y los pecadores prontos á ser re-

conciliados. El obispo de Jerusalén, descubierta la cabeza y asida una cuerda al cuello en señal de espiacion, terminaba la piadosa comitiva. Elena marchaba á su espalda, apoyada en la esposa del defensor de los cristianos, mientras la innumerable multitud de los fieles, el huérfano, el ciego y el cojo acompañaban llenos de esperanza aquella cruz que cura al enfermo y consuela al afligido.

Salen por la puerta de Belen, y volviendo hácia el Levante, á lo largo de la piscina de Betsabé, bajan hacia el pozo de Nefi para subir á la fuente de Siloé. Al aspecto del valle de Josafat, lleno de sepulcros, valle en donde la trompeta del ángel del Juicio debe un dia congregar á los muertos, un santo terror se apodera del alma de los fieles. El religioso acompañamiento pasa al pié del monte Moria y atraviesa el torrente de Cedron, de cenagosas y parduzcas aguas; deja á la derecha los sepulcros de Josafat y Absalon y va á orar al jardin de las Olivas, en el mismo lugar en que el Hijo del Hombre derramó un sudor de sangre. A cada estacion, un sacerdote esplicaba al pueblo ó el milagro ó la palabra ó la accion de que aquel lugar sagrado fuera testigo. La puerta de las Palmas se abre, la procesion vuelve á entrar en Jerusalén, y á través de los hacinados escombros llega á las ruinas del palacio del Pretorio, no distante del recinto del templo: aquí empieza el camino del Calvario. El sacerdote que debia hablar á la muchedumbre, no podia leer el Evangelio; porque sus copiosas lágrimas le permitian apenas decir con voz conmovida:

—¡Hermanos mios, aquí se elevaba la cárcel donde fue coronado de espinas! En este arruinado pórtico, Pilatos le mostró á los judíos, diciéndoles:

«¡Hé aquí al hombre!»

A estas palabras, los cristianos prorrumpen en sollozos. El concurso se dirige al Calvario, y el sacerdote describe de nuevo la via Dolorosa:

—Allí estuvo la casa del rico: allá Jesucristo cayó abrumado por su cruz; mas allá el Hombre-Dios dijo á las mujeres: No lloreis sobre mí, sino llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos!»

Llegan á la cumbre del Calvario, y clavan en ella la señal de la salvacion de los hombres: al punto, el sol se cubre de tinieblas, la tierra se estremece, y el velo del nuevo templo se rasga. Inmortales testigos de la Pasion del Salvador, vosotros os reunisteis en derredor de la nueva cruz: vióse bajar del cielo á María, madre de misericordia, á Magdalena la penitente, á Pedro que lloró su pecado, á Juan, que no abandonó á su Maestro, al terrible espíritu que presentó el cáliz de amargura al Redentor del mundo, y al ángel de la muerte asombrado todavía al considerar el golpe que sobre el Hijo del Eterno descargara.

Muy diferente fue el dia de triunfo que siguió á este dia de luto. Las imágenes de los santos se descubrieron, el fuego fue bendecido delante del altar, y la antigua *aleluya* de Jacob conmovió las bóvedas de la iglesia:

«Oh hijos, oh hijas de Sion, el Rey de los cielos, »el Rey de gloria, va á salir del sepulcro! ¿Qué ángel »es ese vestido de blanco, que se muestra sentado á »la entrada del sepulcro? ¡Apóstoles, acudid! ¡Dicho»sos los que crean sin haber visto!»

El pueblo repite en coro este himno de las bendiciones y alabanzas.

Pero nada iguala á la felicidad de los catacúmenos que en este dia solemne pasan á la clase de los elegidos. Todos vestidos de blanco y coronados de flores, reciben en su frente el agua pura que les restituye á la inocencia de los primeros dias del mundo. Cimodocea contemplaba con envidia la felicidad de estos nuevos cristianos: pero la hija de Homero no se hallaba aun bastante instruida en las verdades de la fe. Acercábase, no obstante, al feliz momento de su bautismo, pues faltábale solo alcanzar mediante una postrera prueba la dicha de profesar la religion de su esposo.

Mientras bajo la proteccion de Elena, se juzgaba al abrigo de todos los peligros, adelantábase ya hácia Jerusalén el centurion que perseguia á la fugitiva paloma. El arúspice que debia consultar á la Sibila de Cumes, acerca de la suerte de los cristianos, habia dejado á Roma, acompañado de un satélite de Hierocles, encargado secretamente en nombre de Galerio de hacerse favorable el oráculo. El ministro del procónsul tenia orden, cuando la sacerdotisa hubiese pronunciado la sentencia fatal, de embarcarse para la Siria y apoderarse de Cimodocea en la ciudad santa, reclamando á esta nueva Virginia en el tribunal de un nuevo Apio, como una esclava cristiana escapada á su señor.

El príncipe de las tinieblas, que pertinaz en sus designios, habia volado desde Roma á Cumes para inspirar á la Sibila el oráculo impostor que debia perder á los fieles, descubre con complacencia el lago Averno, rodeado de un bosque sombrío. Por una abertura próxima á estos lugares, los demonios se lanzan desde el seno de las sombras, y desde el fondo de este infecto respiradero se deleitan en esparcir por los pueblos mil fábulas oscuras relativamente á los vastos dominios de la noche y del silencio. Pero estos ángeles criminales descubren á su pesar el secreto de sus dolores, porque colocan en el camino de su imperio á los Remordimientos, sobre un lecho de hierro; á la Discordia de cabellera de serpientes unidas con ensangrentadas cintas; á los vanos Sueños, suspendidos de las ramas de un olmo antiguo, al Trabajo, á las Amarguras, al Espanto, á la Muerte y á los Regocijos culpables del corazon.

El Eterno, que vé á Satanás adelantarse hácia el antro de la Sibila, se opone al entero cumplimiento de los proyectos del infierno. Si Dios, en la profundidad de sus consejos, permite que su Iglesia sea perseguida, no consiente que los demonios puedan atribuirse tan culpable gloria; y aun al castigar á los cristianos, humilla á los espíritus rebeldes. Quiere que los falsos oráculos enmudezcan, y que los ídolos, confesándose vencidos, reconozcan al fin el triunfo de la cruz.

Un ángel encargado de las órdenes del Altísimo, baja tambien á la colina donde Dédalo, despues de haber atravesado los cielos, consagró segun dice la Fábula, sus alas al Genio de la luz. El celestial mensajero penetra en el templo de la Sibila, en el momento que el arúspice enviado por Diocleciano, ofrecia un sacrificio. Cuatro toros caen degollados en honor de Hecate; inmólase una oveja negra á la Noche, madre de las Euménides; enciéndese el fuego en los altares de Pluton; las víctimas enteras son arrojadas á las llamas, y sus ardientes entrañas nadan en olas de aceite. Invócase al Caos, á la Estigia! al Flegeton, á las Parcas y á las Furias, divinidades infernales, y se les consagra la cabeza de los cristianos. No bien consumado el odioso sacrificio, la Sibila exclama, fuera de sí:

«¡Es tiempo de consultar el oráculo! ¡El dios, ¡Hé aquí el dios!»

Así hablando á la entrada del santuario, Satanás agita súbitamente á la sacerdotisa de los ídolos. Las facciones de la Sibila se demudan, su semblante cambia de color, sus cabellos se erizan, su pecho se eleva, su estatura crece, y su voz nada tiene de comun con la voz humana. Sentada en la trípode, lucha todavía con la inspiracion del príncipe de las tinieblas.

«Poderoso Apolo, exclama el arúspice, dios de Esminto y de Delos, tú, á quien el Destino ha elegido para descubrir el porvenir á los mortales, ¡dígnate revelarme la suerte de los cristianos! ¿El piadoso emperador debe esterminar á los sacrílegos enemigos de los dioses?»

A estas palabras, la sacerdotisa se levanta tres veces con violencia, y tres veces una fuerza sobrenatural vuelve á clavarla en la trípode: las cien puertas del santuario se abren para dejar paso á las palabras proféticas; mas ¡oh prodigio! la Sibila permanece muda. En vano, impelida por el demonio, se esfuerza en romper el fatal silencio, pues solo exhala confusos é inarticulados sonidos. El ángel del Señor se ha descubierto á los ojos de la sacerdotisa, que, entreabierta la boca, estraviados los ojos y los cabellos en desórden, lo muestra con la mano á los espectadores, que aunque no ven la aparicion celestial, se sienten poseidos de espanto. Dominada por el espíritu del abismo y haciendo el último esfuerzo, la Sibila quiere decretar la proscripcion de los cristianos, pero solo balbucea estas palabras:

«¡Los justos que pueblan la tierra, me impiden hablar!»

Satanás, vencido por este oráculo, huye lleno de vergüenza y dolor, aunque sin perder la esperanza ni abandonar sus propósitos, pues se promete lograr, por medio de las pasiones humanas, lo que no ha podido conseguir por sí mismo. El arúspice confia la respuesta de los dioses á un caballero númida, mas rápido que el viento: Diocleciano la recibe y el consejo se reune.

«Esos pretendidos justos, dice Hierocles, son los cristianos. El oráculo les designa irónicamente con el nombre que ellos á sí mismos se aplican. ¡Augusto! ¡los cristianos hacen callar la voz del cielo! ¡Tanto es el horror con que dioses y hombres miran á esos monstruos!»

Diocleciano, secretamente atormentado por la antigua serpiente, acepta la esplicacion de Hierocles, sin advertir el favorable sentido quo para los cristianos encierra el oráculo. la supersticion ahoga su sabiduría, y teme favorecer á unos hombres entregados á las Furias. No obstante, vacila todavía; pero en tal momento cunde por el consejo el rumor de que los cristianos han prendido fuego al palacio. Galerio, aconsejado por Hierocles, habia preparado este incendio, para triunfar de las incertidumbres del emperador. Entonces el César, fingiendo una viva consternacion, dice:

«¡Oportuno tiempo de deliberar es aquel en que los malvados intentan hacerte perecer en las llamas!»

Esto escuchando, todo el consejo, ó vendido ó alucinado, pide la muerte de los impíos; y poseido de espanto, el emperador manda publicar el edicto de persecucion.

LIBRO DECIMO-OCTAVO.

SUMARIO. Júbilo del infierno. Galerio sugerido por Hierocles, obliga á Diocleciano á abdicar. Preparacion de los cristianos al martirio. Constantino, ayudado por Eudoro, huye de Roma y se reune á Constancio. Eudoro en los calabozos. Hierocles es primer ministro de Galerio. Persecucion general. El demonio de la tiranía lleva á Jerusalén la noticia de la persecucion. El centurion enviado por Hierocles prende fuego á los Santos Lugares. Doroteo salva á Cimodocea. Encuentro de Gerónimo en la gruta de Belén.

DESDE el aciago dia en que Satanás vió á la primera mujer acercar á su boca el fruto de muerte, no habia esperimentado tan viva alegría. «¡Infierno, exclamaba, abre tus abismos para recibir las armas que Cristo te habia arrancado! ¡Cristo ha sido vencido, y destruido su imperio; el hombre me pertenece irremisiblemente!»

Así hablaba el príncipe de las tinieblas, y su voz penetraba pavorosa en la region maldita de los dolores. Los réprobos creyeron oir de nuevo su fatal sentencia, y prorumpieron en discordantes gritos en medio de las llamas. Todos los demonios que habian quedado en el fondo de la noche eterna, acudieron á la tierra, y el enjambre de espíritus inmundos oscureció el espacio. El querubin que rige el curso del sol retrocedió de horror, velando la radiante frente con una nube de color de sangre; los bosques exhalaron lastimeros quejidos; en los altares de los mentidos dioses los ídolos sonrieron con espantoso júbilo, y los perversos de todas las partes del globo esperimentaron en aquel momento nueva propension hácia el mal y abortaron calamitosos planes.

Hierocles, arrebatado por un ardor irresistible, quiere dar la última mano á su obra nefanda. Conociendo que mientras Diocleciano empuñase el cetro no podria gozar de una autoridad absoluta, el sofista aprovecha sagaz el momento propicio, y dirigiéndose á Galerio cuyas viles pasiones conocia le dice:

«¡Príncipe! si pretendes reinar no debes perder un solo instante, pues Diocleciano acaba de privarse del apoyo de los cristianos. Esterminando á esos facciosos, quedarás á cubierto del odio que algunas veces acarrea una medida severa, puesto que el edicto ha sido espedido á nombre del emperador. Diocleciano está asustado de su propia resolucion; esplota, pues, ese momento de temor; represéntale que es tiempo para él de gozar del descanso y de dejar á un héroe mas jóven el cuidado de ejecutar las órdenes de que depende la salvacion del imperio. Tú nombrarás Césares de tu confianza, y harás reinar la sabiduría; el presente te deberá su prosperidad y los futuros siglos pregonarán tus virtudes.»

Galerio aprobó el celo de Hierocles, y llamó al vil consejero su digno amigo, su fiel ministro. Todos los favoritos de Galerio aplaudieron su proceder, sin escepcion do Publio, que rival del favor del apóstata, no buscaba sino el medio de perderle; pero á fuer de astuto cortesano, se abstuvo de oponerse á un crímen que halagaba la ambicion de Galerio; y en su calidad de prefecto de Roma se encargó de ganar á los pretorianos y á las legiones acampadas en el campo de Marte.

Galerio se dirige al palacio de los Termas: Diocleciano estaba solo y encerrado en el lugar mas apartado de su espaciosa morada. En el momento mismo que el emperador pronunciara la sentencia de los cristianos, Dios pronunció la del emperador: el reinado habia concluido con la justicia. Devorado por los remordimientos y las inquietudes, Augusto se sentia abandonado del cielo, presa su alma de amargos pensamientos; en tal disposicion de ánimo, le fue anunciado súbitamente Galerio, á quien Diocleciano saludó con el nombre de César.

—¡Siempre César! exclamó el príncipe con violento ademan; ?nunca seré mas que César?»

Esto dicho, cierra las puertas, se dirige al emperador y le habla así:

—¡Augusto! no bien publicado tu edicto en Roma, los cristianos han tenido la insolencia de rasgarlo. Preveo que esa raza impía causará no pocos males á tu vejez; consiente, pues, que yo castigue á tus enemigos, y descarga sobre mí el peso del imperio: tu edad, tus largos trabajos y tu quebrantada salud te imponen el deber de buscar el necesario descanso.»

Diocleciano le replica, sin mostrarse sorprendido:

—Tu preparas á mi vejez esas calamidades: sin ti, hubiera dejado á mi muerte tranquilo el imperio. ¿Iré despues de veinte años de gloria, á sepultarme en la oscuridad?»

—¡Pues bien! repuso enfurecido Galerio, sino quieres renunciar el imperio, me corresponde resolver por mi mismo. ¡Quince años há que combato á los bárbaros en unas fronteras salvajes, mientras los demás Césares reinan pacíficamente en provin-

cias fértiles: ¡cansado estoy de ocupar el último puesto!»

—¿Has olvidado, replicó el viejo, que vives en mi palacio? ¡Oscuro cabrero! A pesar de mis achaques puedo todavía hundirte en tu antigua nada; pero tengo sobrada esperiencia para que la ingratitud me sorprenda, y estoy harto cansado de gobernar á los hombres, para que me obstine en disputarte tan triste honor. ¡Desventurado Galerio! ¿sabes lo que pides? Veinte años há que empuño las riendas del imperio, y un sueño tranquilo no ha cerrado aun mis ojos: no he visto en mi derredor sino bajezas, intrigas, mentiras, traiciones; no llevaré del trono otro recuerdo que el vacio de las grandezas y un profundo desprecio á la raza humana.

—Yo sabré, dijo Galerio, ponerme á cubierto de la intriga, de la bajeza, de la mentira y de la traicion; yo restableceré los frumentarios que tan imprudentemente has suprimido; daré fiestas á la muchedumbre, y señor del mundo, dando cima á elevadas empresas, dejaré una duradera opinion de mi grandeza.

—De esa suerte, replicó Diocleciano con desprecio, harás reir no poco al pueblo romano.

—¡Pues bien! respondió el feroz César, si el pueblo romano no quiere reir, le haré llorar. Preciso le será ó cooperar á mi gloria ó morir. Inspiraré el terror para librarme del desprecio.

—El medio no es tan seguro como imaginas, repuso Diocleciano. Si la humanidad no te detiene, muévate á lo menos tu propia seguridad, pues un reinado violento no puede ser de larga duracion. No pretendo que te espongas á una caida repentina, pero hay en los principios de las cosas cierto grado de mal que la naturaleza no puede superar, y en breve se ve, sea cual fuera la causa de ello, desaparecer los elementos de este mal. De todos los malos príncipes, solo Tiberio dirigió mucho tiempo el timon del estado; pero Tiberio solo fue violento en los últimos años de su vida.

—Todos esos razonamientos son inútiles, dijo impaciente Galerio; no te pido lecciones, sino el imperio. Dices que el poder supremo no tiene atractivo alguno á tus ojos; depositalo, pues, en manos de tu yerno.

—Ese título, contestó Diocleciano, en nada puede realzarte á mis ojos. ¿Has labrado acaso la felicidad de mi hija? Infiel á su amor y perseguidor de su religion, solo esperas tal vez mi abdicacion para desterrar á Valeria á alguna playa inhabitada. ¡Hé aquí ingrato, como has pagado mis beneficios! Empero seré vengado: te abandono este poder que intentas arrancarme al borde del sepulcro. No cedo, no, ¡miserable! á tus amenazas; obedezco tan solo á una voz del cielo que me grita que el tiempo de las grandezas ha pasado. Te arrojo este pedazo de púrpura que ya es para mí una mortaja, y con él te lego todos los cuidados del trono. Gobierna, si á tanto alcanzas, un mundo que se disuelve y en que germinan por todas partes mil principios de muerte; mejora las corrompidas costumbres, armoniza unas religiones que chocan entre sí; destruye la aficion al sofisma que gangrena las entrañas de la sociedad, y rechaza á sus bosques á esos bárbaros que tarde ó temprano devorarán el cadáver del imperio romano. Yo parto: y pronto, desde mi jardin de Salona te veré objeto de la execracion del universo. Hijo ingrato, no bajarás á la tumba sin ser víctima de la ingratitud de tus hijos! Reina, pues, y acelera la ruina de un Estado, cuya caida he retardado algunos instantes. Tu perteneces á la funesta raza de esos príncipes que aparecen sobre la tierra en las épocas de grandes revoluciones, cuando las familias y los reinos se pierden por la voluntad de los dioses.

Asi se decidia la suerte del imperio en el palacio de Diocleciano, mientras los cristianos deliberaban acerca de las tribulaciones de la Iglesia, siendo Eudoro el alma de todos estos consejos. El edicto publicado al son de trompetas, mandaba quemar los libros santos y demoler las iglesias; declaraba infames á los cristianos, les privaba de los derechos de ciudadanía; prohibia á los jueces recibir sus quejas por malos tratamientos, de hurto, rapto y adulterio; autorizaba á toda clase de personas para denunciarles; y por último, sujetaba á los tormentos y condenaba á la muerte á cualquiera que se negase á sacrificar á los dioses.

Este sanguinario edicto dictado por Hierocles, abria ancho curso á los crímenes del discípulo de los falsos sabios, y amenazaba á los fieles con una total destruccion; por lo que cada cual, segun su carácter se preparaba á huir ó á combatir.

Los que temian perecer en los tormentos marchaban á los paises de los bárbaros; muchos se retiraban á los bosques y lugares desiertos; veiáse á los fieles abrazarse en las calles y despedirse tiernamente, felicitándose de sufrir por Jesucristo. Muchos venerables confesores que se habian librado de las anteriores persecuciones, se mezclaban á la multitud para alentar la debilidad ó moderar el ardor del celo. Las mujeres, los niños y los jóvenes rodeaban á los viejos, y estos recordaban los ejemplos de los mas famosos mártires: Lorenzo, de la iglesia Romana, espuesto á las llamas; Vicente, el de Zaragoza, conversando en la pasion con los ángeles; Eulalia de Mérida, Pelegia de Antioquía, cuya madre y hermanas se anegaron abrazadas; Felicitas y Perpétua, combatiendo en el anfiteatro de Cartago; Teodoro y las siete vírgenes de Ancira; y los dos jóvenes esposos que sepultados en tumbas diferentes, se hallaron luego reunidos en una misma tumba. Asi hablaban los ancianos; los obispos ocultaban los libros santos, y los sacerdotes encerraban el Viático en cajas de doble fondo; las mas solitarias é ignoradas catacumbas eran abiertas de nuevo para reemplazar las iglesias, próximas á ser destruidas; nombrábanse los diáconos que debian disfrazarse para llevar auxilios á los mártires en las minas, los calabozos y el potro; preparábase el lienzo y el bálsamo como en la víspera de un gran combate, y todos pagaban sus deudas y se reconciliaban con sus enemigos. Esto se verificaba sin ruido, sin ostentacion, sin tumulto: la Iglesia se disponia á sufrir con modestia, y semejante á la hija de Jepté, solo pedia á su padre un momento para llorar su sacrificio en la montaña.

Los soldados cristianos esparcidos en las legiones advirtieron á Eudoro que una nueva conspiracion estaba próxima á estallar; que se hacian en nombre de Galerio grandes larguezas al ejército; que las tropas debian reunirse al dia siguiente en el campo de Marte, y que se hablaba de la abdicacion del emperador.

El hijo de Lastenes se procura mas minuciosos datos, y vuela sin demora á Tibur, habitual residencia de Constantino, que habitaba lejos de las insidias de la corte un reducido retiro situado sobre la cascada del Anio, y próximo á los templos de Vesta y la Sibila. Las casas de Horacio y Propercio se veian abandonadas, orillas del rio, entre unos bosques de olivos que habian vuelto al estado silvestre. El risueño Tibur, que tantas veces inspirara á la musa latina, solo presentaba ya monumentos de placeres desvanecidos y sepulcros de todos los siglos. En vano se buscaba en las laderas de Lucretilio el recuerdo del voluptuoso poeta que encerraba en un reducido espacio sus dilatadas esperanzas, y que consagraba vino y flores al Genio que nos recuerda la celeridad de nuestra vida.

De improviso se anuncia en medio de la noche á Constantino la llegada de Eudoro; el príncipe se le-

vanta, toma á su amigo de la mano y le lleva á una azotea que, rodeando el pié del templo de Vesta, dominaba la caida del Anio. El cielo se mostraba cubierto de nubes, la oscuridad era profunda, el viento gemia ronco en las columnas del templo, y una voz melancólica murmuraba en los aires; creeríase oir por intérvalos el mugido del antro de la Sibila, ó las fúnebres palabras que los cristianos salmodian por los difuntos.

—¡Hijo de César! dice Eudoro, no solo van á ser esterminados los cristianos, sino que Diocleciano entrega el cetro á Galerio. Mañana, en el campo de Marte y en presencia de las legiones tendrá lugar esta gran escena. Tu no serás llamado á la participacion del poder, porque tus crímenes son tu gloria, la gloria de tu padre y tu inclinacion á una religion divina. Daya, ese pastor, hijo de la hermana de Galerio, y el soldado Severo, tales son los Césares que se reservan al pueblo romano. Diocleciano deseaba nombrarte, pero has sido rechazado con amenazas. ¡Príncipe, esperanza querida de la Iglesia y del mundo! ¡es preciso ceder á la desatada tormenta! Galerio te mira con temor y amaga tus dias. Mañana, al punto que tu suerte sea conocida, huirás en busca de tu padre, pues todo estará preparado para tu partida. Mandarás mutilar en cada parada que dejes á tu espalda todos los caballos, para evitar tu persecucion, y esperando al lado de Constancio el momento de salvar á los cristianos y al imperio, llegado el dia oportuno, esos galos que han visto ya de cerca el Capitolio, te allanarán el camino que á él conduce.

Constantino enmudece durante algunos instantes, pues mil pensamientos violentos surgen en su mente. Indignado por los ultrajes que se le preparan; animado por la esperanza de vengar la sangre de los justos, y movido tal vez por el brillo de un trono que halaga siempre á las almas grandes, no puede resolverse á la fuga, siendo por otra parte su respeto y gratitud hácia Diocleciano las únicas consideraciones que refrenaban su arrojo; pero como la nueva de la abdicacion de este príncipe habia roto todos los lazos que detenian al hijo de Constancio, intenta ir á sublevar las legiones del campo de Marte, pues no respira ya sino venganza y combates: así se ve en los desiertos de la Arabia al fogoso corcel atado en medio de las abrasadas arenas; para hallar escasa sombra contra los ardores del sol, baja y oculta su cabeza entre sus ágiles piernas; sus crines caen esparcidas y lanza de sus ojos salvajes una mirada oblícua hácia su dueño; pero desprendidos sus piés de las ligaduras estremécese, devora la tierra y al sonar el clarin lánzase rápido á la lid.

Eudoro calma los bélicos arranques de Constantino, diciéndole:

—Las legiones están vendidas; todos tus pasos son objeto de esquisita vigilancia, y acometerias una empresa que precipitaria el imperio en incalculables males. ¡Hijo de Constancio! tú reinarás un dia sobre el mundo, y los hombres te serán deudores de su felicidad; pero Dios retiene aun en sus manos tu corona, pues quiere probar á su Iglesia.

—¡Sea! replicó el príncipe con tierna vehemencia; me acompañarás á las Galias, y marcharemos unidos á Roma á la cabeza de esos soldados, testigos tantas veces de nuestro denuedo.

—¡Príncipe! repuso Eudoro con voz conmovida; nuestros deberes no son los mismos; tú te debes á la tierra para el cielo; yo me debo al cielo para la tierra. Tu deber es partir; el mio, quedarme. La envidia que he inspirado á Hierocles, ha precipitado sin duda la ruina de los cristianos; mi fortuna, pues, mis consejos, mi vida, les pertenecen, y no puedo dejar un campo de batalla al que he llamado al enemigo; mi esposa y su padre reclaman tambien mi presencia en Oriente. Finalmente, si mis hermanos necesitan ejemplos de firmeza, Dios me concederá tal vez las virtudes que me faltan.

En este momento, una llama sobrenatural alumbró en la márgen del Anio los sepulcros de Sinforosa y sus siete hijos mártires.

—¡Mira, dijo Eudoro, mostrando á Constantino el monumento sagrado; mira cuanta fuerza puede inspirar Dios cuando la place á las mujeres y á débiles niños! ¡Cuánto mas ilustres me parecen esas cenizas, que los despojos de los romanos famosos que aquí descansan! ¡Príncipe! no me robes la gloria de semejante destino; permíteme solo que te jure por el sepulcro de estos santos una fidelidad cuyo término serán mis dias.

Y el hijo de Lastenes intentó inclinarse respetuosamente sobre la mano que debia empuñar el cetro del mundo; pero Constantino se arrojó al cuello de Eudoro, y mantuvo estrechado largo rato entre sus brazos á tan noble y magnánimo amigo.

El príncipe pide su carroza; y subiendo á ella con Eudoro, vuelan á través de las sombras á lo largo de los desiertos pórticos del templo de Hércules. Las aguas del Anio resonaban en los escombros del palacio de Mecenas. El descendiente de Filópemen y el heredero de César reflexionaban en silencio sobre el destino de los hombres y los imperios. Allí se estendia aquel bosque de Albunea, donde los reyes del Lacio consultaban á los dioses campestres; allá vivian los pueblos incultos del monte Soracte y de los valles de Útica; acullá se meciera la cuna de aquellas sabinas, que corriendo desgreñadas entre los ejércitos de Tacio y de Rómulo, decian á los unos: «Vosotros sois nuestros hijos y esposos;» y á los otros: «Vosotros sois nuestros padres y hermanos.» El cantor de Lalage y el ministro de Augusto las reemplazaron en aquellas márgenes que á su vez debia pisar la reina caida del trono de Palmira. La carroza atraviesa rápidamente la ciudad de Bruto y los jardines de Adriano y se detiene en el sepulcro de la familia Plautia. Eudoro se separó de Constantino al pié de aquella torre fúnebre y volvió á entrar en Roma por un sendero desierto, para preparar la fuga del príncipe. Constantino, mal disimulando sus zozobras y reprimiendo difícilmente su cólera, tomó el camino del palacio de las Termas.

El ataque de Galerio habia sido tan brusco, y tan pronta la resolucion de Diocleciano, que el hijo de Constancio, enteramente ocupado de la suerte de los cristianos, se habia dejado sorprender por su enemigo. Constantino no ignoraba que hacia mucho tiempo que César procuraba obligar á Augusto á que soltase las riendas del imperio; pero ó engañado ó vendido, habia juzgado bastante remota tamaña catástrofe, y cuando intentó llegar hasta Diocleciano, todo habia cambiado ya con la fortuna. Un oficial de Galerio negó la entrada del palacio al jóven príncipe, diciéndole con voz amenazadora:

—El emperador te manda trasladarte al campo de las legiones.

A la estremidad del campo de Marte y al pié del sepulcro de Octavio, se elevaba un tribunal de césped, terminado por una columna que sostenia una estátua de Júpiter; en este tribunal debia comparecer Diocleciano al amanecer, para abdicar la púrpura en medio de los soldados. Desde el dia en que Sila se despojara de la dictadura, no habia herido la vista de los romanos espectáculo tan grandioso. La curiosidad, el temor y la esperanza habian atraido al campo de Marte una muchedumbre inmensa. Todas las pasiones, en juego á la aproximacion del nuevo reinado, esperaban el desenlace de la estraordinaria escena. ¿Quiénes, se preguntaban serán los Augustos? ¿quiénes los Césares? Los cortesanos erigian al acaso altares á los dioses desconocidos, pues hubieran temido herir hasta con el pensamiento al poder que aun no existia. Adoraban la nada de que iba á nacer

la servidumbre, y se esforzaban en adivinar la pasion dominante del futuro príncipe, para proveerse desde luego de la bajeza que habria de serles mas favorable bajo aquel reinado. Mientras los protervos pensaban hacer alarde de sus vicios, los hombres probos se proponian ocultar sus virtudes. Solo el pueblo acudia á presenciar con estúpida indiferencia, cómo unos soldados extranjeros le nombraban señores en los lugares mismos en que aquel pueblo libre daba en otro tiempo su voto para la eleccion de sus magistrados.

Diocleciano no tardó en presentarse en el tribunal; las legiones guardaron silencio, y el emperador dijo:

«¡Soldados! mi edad me obliga á entregar el poder supremo á Galerio, y á crear nuevos Césares.»

Todas las miradas se dirigieron á Constantino, que acababa de llegar; pero Diocleciano nombró en el acto Césares á Daya y á Severo. El estupor es general, y todos se preguntan quien era Daya y si Constantino habia mudado de nombre. Entonces Galerio, rechazando con la mano al hijo de Constantino, toma á Daya por el brazo y lo presenta á las legiones; el emperador se despoja de su manto de púrpura, y lo coloca sobre los hombros del jóven pastor, entregando al mismo tiempo á Galerio su puñal, símbolo del poder absoluto sobre la vida de los ciudadanos.

Diocleciano, tomando su antiguo nombre de Diocles, baja del tribunal, sube á su carro, y atraviesa á Roma sin pronunciar una palabra, ni volver la vista á su palacio; y tomando el camino de Salona, su patria, deja al universo flutuando entre la admiracion del reinado que termina y el terror del reinado que se inaugura.

Mientras los soldados saludaban al nuevo Augusto y al nuevo César, Eudoro se desliza entre la muchedumbre y se reune á Constantino, que aun vacilaba indeciso entre el asombro, la indignacion y el dolor.

—Hijo de Constancio, dice Eudoro en voz remisa, ¿qué haces? Conoces la suerte que te espera: el tribuno de los pretorianos tiene ya la órden de prenderte; sígueme ó eres perdido!»

Esto diciendo, arrastra al heredero del imperio, y saliendo de Roma llegan á un lugar desierto, donde Constantino construyó andando el tiempo, la basílica de Santa Cruz.

Algunos criados esperaban allí al fugitivo príncipe, que de nuevo insiste vertiendo lágrimas, en persuadir á Eudoro á que huya en su compañía; pero el mártir en esperanza se muestra inflexible, y suplica al hijo de Elena que se aleje. Oyéndose ya el rumor de los soldados que buscaban á Constantino, y Eudoro dirige esta ferviente plegaria al Eterno:

«¡Gran Dios! ¡si reservas á este príncipe para reinar sobre tu pueblo, obliga á este nuevo David á ocultarse de Saul, y dígnate mostrarle el camino del desierto de Zeila!»

Al punto, el trueno retumba en un cielo sereno, el rayo hiere las murallas de Roma y un ángel describe una senda luminosa en el Occidente.

Constantino obedece las órdenes del cielo, y despues de abrazar tiernamente á su amigo, monta su corcel, y al verle huir Eudoro le grita:

«Acuérdate de mi cuando no exista ya. ¡Príncipe! ¡sirve de protector y de padre á Cimodocea!»

¡Votos inútiles! Costantino desaparece, y Eudoro abandonado y sin protector, queda aislado objeto de la cólera del emperador, de la saña de un rival ya primer ministro, sobrellevando el destino de los fieles, y por decirlo así, todo el peso de la persecucion. Denunciado aquella misma noche como cristiano por un esclavo de Hierocles, es encerrado en un calabozo.

Satanás, Astarté y el espíritu de la falsa sabiduria llenan los aires con un grito espantoso de regocijo, y entregan el mundo al demonio del homicidio.

Cuando este ángel feroz, abandonando la mansion de los dolores, contrista la tierra con su presencia, establece su habitual residencia no lejos de Cartago, en las ruinas de un templo donde en otro tiempo se quemaban en su honor humanas víctimas. Unas hidras de miradas funestas, unos dragones semejantes al que combatió el ejército entero de Caton, unos mónstruos desconocidos, como los que el Africa engendra anualmente, las plagas de Egipto, los vientos envenenados, las enfermedades, las guerras civiles, las leyes injustas que despueblan la tierra y la tiranía que la desvasta, se arrastran á los piés del demonio del homicidio, que despertando al alarido de Satanás, emprende su vuelo de en medio de las ruinas, dejando en pos dilatado torbellino de polvo; salva el mar y llega á Italia, y envuelto en ardiente nube se detiene sobre Roma. En una mano ostenta destructora tea, y en la otra, desapiadada cuchilla: tal se mostrará un dia al dar la señal de la matanza, cuando el primer Herodes mandó degollar á los niños de Israél.

¡Ah! si la Musa santa sostuviese mi genio; si me concediese por un momento el canto del cisne ó la lengua de oro del poeta, ¡cuán fácil me seria referir con interesante lenguaje las calamidades de la persecucion! Me acordaria de mi patria, y al pintar los males de los romanos, pintaria los males de los franceses. ¡Salud, Esposa de Jesucristo, afligida pero triunfante Iglesia! ¡Yo tambien te he visto en el patíbulo y en las catacumbas! Pero en vano te se atormenta, porque las puertas del infierno no prevalecerán contra ti; en tus mas agudos dolores, descubres siempre en la montaña los piés del que viene á anunciarte la paz; no has menester la luz del sol, porque te alumbra el resplandor de Dios; por esto brillas en los calabozos. La hermosura del Basan y del Carmelo se borra y las flores del Líbano se marchitan; ¡Solo tú ostentas imperecedera hermosura!



La persecucion se estiende en un momento desde las orillas del Tíber hasta las estremidades del imperio; por todas partes se desploman las iglesias bajo la mano de los soldados; los magistrados, dispersos en los templos y los tribunales, obligan á la multitud á sacrificar; todo el que se niega á adorar los dioses, es juzgado y entregado á los verdugos; las prisiones rebosan víctimas; los caminos están cubiertos de multitud de hombres mutilados, á quienes se envia á morir al fondo de las minas ó en los trabajos públicos. Los látigos, los potros, los garfios de hierro, la cruz y las fieras despedazan á los tiernos niños con sus madres; aquí se cuelga por los piés á las mujeres desnudas á unas vigas, y se las deja espirar en tan vergonzoso y cruel suplicio; allí se atan los miembros del mártir á unas ramas de árboles aproximadas entre sí violentamente, y que, al recobrar su natural posicion, arrastran los pedazos de la víctima. Cada provincia tiene su suplicio particular: el fuego lento en Mesopotamia, la rueda en el Ponto, el hacha en Arabia y el plomo derretido en Capadocia. Muchas veces en medio de los tormentos se apaga la sed del confesor echandole agua al rostro por temor de que la intensidad de la fiebre acelere su muerte; otras, cansados los verdugos de quemar aisladamente á los fieles, les precipitan en tropel á la hoguera; y sus pulverizados huesos son esparcidos al viento con sus cenizas.

Galerio hallaba sus delicias en estos tormentos; y para gozarse mas en ellos hace venir á costa de enormes dispendios muchos osos de gran corpulencia y tan feroces como él; cada una de estas fieras tenia un nombre terrible, y para su alimento, el sucesor de Diocleciano les hace arrojar hombres. El gobierno de este mónstruo de avaricia y libertinaje, esparciendo el desórden en las provincias, aumenta la actividad de la persecucion. Las ciudades se ven sometidas á jefes militares, sin luces ni letras, que solo saben fulminar la sentencia de muerte. Los co-



EUDORO DEFIENDE A LOS CRISTIANOS EN PRESENCIA DE DIOCLECIANO

misionados practican las investigaciones mas rigorosas acerca de los bienes y propiedades de los súbditos; mídense las tierras, numéranse las viñas y los árboles y compútanse los rebaños. Oblígase á todos los ciudadanos del imperio á inscribirse en el libro del censo, convertido en libro de proscripcion. Para evitar que alguna parte de la fortuna individual se oculte á la codicia del emperador, oblígase por medio de los tormentos á que los hijos delaten á sus padres, los esclavos á sus señores y las esposas á sus esposos. Los verdugos obligan con frecuencia á los desgraciados á que se acusen recíprocamente y se supongan poseedores de riquezas que no tienen. Ni la caducidad, ni la enfermedad sirven de escusa para no obedecer las órdenes del implacable exactor; hácese comparecer hasta al dolor y la enfermedad; y para envolver indistintamente á todos en unas leyes tiránicas, añádense años á la niñez y se suprimen á la senectud: la muerte de un hombre nada disminuye en el tesoro de Galerio, pues el emperador comparte la presa con el sepulcro; el hombre, borrado del número de los mortales, no está borrado del libro del censo, y continua pagando por haber tenido la desgracia de vivir. Los pobres, á quienes nada podia exigirse, parecian los únicos que podrian hallarse al abrigo de tales vejaciones, á causa de su miseria; pero no están á cubierto de la sarcástica piedad del tirano, pues Galerio manda hacinarlos en barcas y arrojarles al mar para curarles de sus infortunios.

Nó faltaba á los cristianos sino un género de ofen-

sas, y Hierocles no quiso se eximiesen de él. En medio de los sacerdotes degollados sobre el cuerpo de Jesucristo atravesado de heridas, el discípulo de los sabios publicó generosamente dos libros de blasfemias contra el Dios que en otro tiempo adorara, y que habia sido el Dios de su madre: ¡hasta tal punto es cobarde al par que feroz el orgullo del impío! Infatigable en su odio y en su amor, el apóstata esperaba con impaciencia el anhelado momento en que la hija de Homero contribuyese á realzar su triunfo. Al efecto, aplazaba el suplicio de su rival para que la esperanza de salvar la vida de este, sirviese de poderosa tentacion á la vírgen de Mesenia.

«Emplearé, se decia, con cierta mezcla de vergüenza, desesperacion y júbilo, emplearé este último medio de vencer la resistencia de una hermosura insolente; la veré precipitarse en mis brazos para comprar los dias de Eudoro; y satisfaciendo luego mi doble venganza, presentaré á su vista á este rival en manos de los verdugos, y el aborrecido cristiano sabrá al morir que su esposa ha sido deshonrada.»

Deslumbrado por el falso brillo de su poder, Hierocles no puede ya señorear sus viles pasiones. Este impío que renegaba del Eterno, juguete mezquino de una contradiccion deplorable, creia en el genio del mal y en todos los quiméricos secretos de la magia.

Habia en Roma un hebreo, apóstata de la fe de sus padres, que vivia entre los sepulcros, y á quien la voz pública acusaba de mantener secreto comercio con el infierno; este hombre habia establecido su vivienda en los subterráneos del palacio de Neron. Hierocles encarga á uno de sus confidentes vaya á buscar á media noche al infame israelita; é instruido el esclavo de lo que á este debe preguntar, pónese en



LLEGADA DE LOS PEREGRINOS Á JERUSALEN.

camino y atravesando los desiertos escombros, baja al subterráneo, donde ve á un viejo de siniestra catadura, que cubierto de harapos, calentaba sus secas manos en un fuego, cuyo pábulo eran humanos huesos.

«¡Viejo! dice el esclavo, trémulo de espanto, ¿puedes trasladar en un momento desde Jerusalén á Roma á una cristiana que se ha sustraido al poder de Hierocles? Recibe este oro y habla sin temor.»

El brillo del oro y el nombre de Jerusalén arrancaron al israelita una fatídica sonrisa.

«Hijo mio, responde, conozco á tu señor, y nada omitiré de cuanto á satisfacerle contribuya: voy pues á interrogar el abismo.»

Dice; y cavando la tierra descubre la urna sangrienta que encerraba los restos de Neron; urna de que se escapaban apagados quejidos. El mágico esparce sobre un altar de hierro las maldecidas cenizas del primer peseguidor de los cristianos, vuélvese tres veces hácia el Oriente, da tres palmadas, abre tres veces la profanada Biblia, murmura palabras misteriosas, y evoca al demonio de los tiranos desde el seno de las tinieblas. Dios permite al infierno que le responda: entonces, el fuego que devoraba los despojos de los muertos se apaga, la tierra oscila rudamente sacudida, el pavor penetra hasta los huesos del esclavo y sus cabellos se erizan, pues se presenta á su atónita vista un espectro de desconocido semblante, mientras escucha una voz remisa á manera de liviano soplo.

«¿Por qué, dice el hebreo, has tardado tanto? Dime: ¿te es dado trasladar desde Jerusalén á Roma una cristiana que ha abandonado á su dueño?»

«No me es dado, respondió el espíritu de tinieblas, porque María defiende á esa cristiana contra mi poder; empero, si asi te place, llevaré en un instante á Siria el edicto de la persecucion y las órdenes de Hierocles.»

El esclavo acepta la proposicion del infierno, y se apresura á participar el éxito de su mensaje al ya impaciente Hierocles. Convertido en rápido mensa-

jero, el espíritu de tinieblas se presenta en Jerusalén en casa del centurion que debia reclamar á Cimodocea, al cual apremia en nombre del ministro de Galerio, para que cumpla eficazmente su cometido, y entrega el edicto fatal al gobernador de la ciudad de David: al punto, cerradas las puertas de los lugares santos, los soldados dispersan á los fieles. En vano la esposa de Constancio intenta defender á los cristianos, pues fugitivo Constantino y triunfante Galerio, la fortuna de Elena cambia en un momento, porque para los soberanos la prosperidad es madre de la obediencia; así como su infortunio exime á sus súbditos del juramento de fidelidad.

Era la hora en que blando sueño cierra los ojos de los mortales: el ave reposaba en su nido y en el valle el rebaño; suspendidos ya los trabajos, apenas la solícita madre de familias hacia girar aun sus husos cerca del espirante fuego de su modesto hogar, cuando Cimodocea, despues de haber orado largo rato por su esposo y por su padre, habia cedido al sueño: Demodoco se le aparece, en desórden la barba y bañados en llanto los ojos; agitaba lentamente su cetro augural y su pecho exhalaba profundos suspiros; Cimodocea creia dirigirle estas tristes palabras:

«¡Oh padre, padre mio! ¿cómo tanto tiempo has tenido en amargo abandono á tu hija? ¿En dónde está Eudoro? ¿Viene á reclamar la jurada fe? ¿Qué anuncian esas lágrimas que riegan tus mejillas? ¿Será que no quieres estrechar á tu querida Cimodocea contra tu corazon?»

El fantasma responde:

«¡Huye, hija mia, huye! ¡Voraces llamas te rodean, Hierocles te persigue! Los dioses por tí abandonados te entregan indefensa á su no contrarestado poder. Tu nuevo Dios triunfará, sí; pero ¡cuántas y cuán acerbas lágrimas hará derramar á tu padre sin ventura!

La vision desaparece y arrebata la antorcha que Cimodocea recibiera en el altar, el dia de su desposorio con Eudoro: Cimodocea despierta en el momento que el resplandor de un incendio se reflejaba amenazador en las paredes de su aposento y en las cortinas de su lecho. Levántase despavorida, y descubre presa de estalladoras llamas el templo del Santo Sepulcro. El fuego, rompiendo entre revueltos torbellinos de humo, subia al cielo en imponentes columnas y proyectaba sangrienta claridad sobre las ruinas de Jerusalén y las montañas de la Judea.

Desde que la nueva persecucion se estendiera por la Siria, Cimodocea no se habia separado de la princesa Elena, que encerrada en un oratorio con las demás mujeres cristianas, lloraba las calamidades de la nueva Sion. El sicario de Hierocles, ya perdida la esperanza de hallar á la jóven catecúmena, y no siendo osado á violar, por un resto de respeto, el asilo de la esposa de un César, habia prendido fuego al Santo Sepulcro. El palacio de Elena estaba contiguo al edificio sagrado, por cuya circunstancia el desatentado centurion, que se prometia, merced al fuego, obligar á Cimodocea á salir de su inviolable asilo, la esperó con sus soldados para apoderarse de ella en medio del tumulto.

Mas Doroteo, que habia descubierto su torpe maquinacion, abrióse paso á través de las paredes que se desplomaban y de las vigas incendiadas que por todas partes se derrumbaban con horrendo estrépito, y penetró en el palacio de Elena. Desiertas ya las galerías, solo algunas mujeres llenas de consternacion, se habian reunido en un patio interior, en torno de un altar de los reyes de Judá. Doroteo encontró á la sazon á Cimodocea, que buscaba con inútil afan á su nodriza, á quien no habia de tornar á ver. ¡Erimedusa infeliz! ¡tu suerte fue ignorada de todos!

—¡Huyamos, huyamos! gritó Doroteo á la hija de Demodoco; la misma Elena no puede ya salvarte pues tus implacables enemigos te arrancarian á sus brazos; conozco una puerta secreta y un subterráneo que nos conducirá fuera de las murallas de Jerusalén: la Providencia hará lo demás!

A la estremidad del palacio y por el lado que miraba á la montaña de Sion, se veia una puerta oculta que abria paso al Calvario; por ella se sustraia Elena á las demostraciones de respeto de los pueblos, cuando iba á orar al pié de la cruz. Doroteo, seguido de Cimodocea, entreabre pausadamente esta puerta, y no hallando obstáculo alguno, toma de la mano á Cimodocea y salen del palacio: ora se deslizan lentamente á través de las ruinas; ora aceleran su paso al llegar á mas desembarazados lugares; algunas veces oyen pisadas á su espalda y se ocultan entre los escombros; otras, se ven detenidos por el alarmante fulgor de las armas de algun soldado que vaga al azar entre las tinieblas. El fragor del incendio y los confusos clamores de la agitada muchedumbre alzábanse en pos á lo lejos; y marchando entre tantas zozobras, atraviesan al fin el valle desierto que separa la colina del Calvario de la enhiesta montaña Sion.

En las vertientes de esta montaña se abria un camino desconocido, cuya entrada estaba cerraba por espesos matorrales de aloes y raices de olivos silvestres. Doroteo separa estos obstáculos, penetra en el subterráneo, é hiriendo un pedernal enciende una rama de ciprés, á cuya amiga claridad se interna debajo de las caliginosas bóvedas, con Cimodocea. David habia llorado en otro tiempo su pecado en aquellos ignorados lugares: veíanse por donde quiera en las rústicas paredes, muchos versos escritos de mano del penitente monarca, cuando allí derramó sus lágrimas inmortales. Su sepulcro ocupaba el centro del subterráneo, y ostentaba aun grabadas en sus bases un cayado, un arpa y una corona. El terror de lo prepresente, los grandes recuerdos de lo pasado, aquella montaña cuya cima vió el sacrificio de Abraham y cuyas vertientes guardaban el sepulcro del Rey profeta: todo hacia latir con violencia el corazon de entrambos cristianos, que saliendo en breve de aquellas lóbregas sinuosidades, se hallaron en medio de las montañas, en el camino de Belém, y despues de atravesar los silenciosos campos de Rama, donde Raquel se negó á recibir consuelo, fueron á descansar en el sepulcro del Mesías.

Belém estaba enteramente desierto, pues los cristianos que lo poblaban habian sido dispersados. Cimodocea y su guia entran en el Pesebre, y admiran aquella gruta donde el Rey de los cielos quiso nacer; donde ángeles, pastores y magos acudieron á adorarle, y donde la tierra toda debe un dia tributarle sus homenajes. Algunas ofrendas que los pastores de la Judea habian dejado en aquel lugar, dieron á los dos desventurados fugitivos abundante alimento. Cimodocea derramaba lágrimas de ternura, pues los milagros de la cuna de Jesús hablaban á su corazon.

«¡Aquí, decia, el divino Niño sonrió á su divina Madre! ¡Oh María! ¡protege á Cimodocea, fugitiva como tú en Belém!»

La hija de Demodoco dió luego gracias al generoso Doroteo, que se esponia por libertarla á tantas fatigas y peligros.

«Soy un antiguo cristiano, respondió el varon acrisolado en las pruebas, y en las tribulaciones cifro mi alegría.»

Doroteo se arrodilló ante el Pesebre y exclamó:

«¡Padre de las misericordias, apiadaos de nosotros, y recordad que vuestro Hijo ofreció en este lugar su primer llanto por la salvacion de los hombres!»

El sol se acercaba al ocaso, y saliendo Doroteo con la hija de Demodoco, esperando encontrar algun pastor, vió á un hombre que bajaba de la montaña de Engaddi, y que ceñia sus riñones con áspero cinturon de juncos; su barba y cabellos crecian en desórden,

y un cesto lleno de arena que penosamente llevaba á la entrada de una gruta, abrumaba sus espaldas. No bien hubo descubierto á los viajeros, dejó caer su ruda carga, y fijando en ellos una mirada llena de indignacion, gritó:

«Delicias de Roma, ¿venís á turbar mi paz hasta en el desierto? ¡Huid! Armado de la penitencia, descubro vuestros lazos y me rio de vuestros vanos esfuerzos.»

Dice; y semejante al águila marina que se sepulta en el fondo de las aguas, entra en su gruta. Doroteo reconoce en él á un cristiano, y adelantándose, le grita á través de la hendidura del peñasco:

—Somos unos cristianos fugitivos; dígnate concedernos hospitalidad.

—¡No, no! respondió el solitario; esa mujer es demasiado hermosa para ser una simple hija de los hombres.

—Esta mujer, replicó Doroteo, es una catecúmena que aprende á derramar las lágrimas que Jesucristo pide á sus siervos. Es griega, llámase Cimodocea, y está desposada con Eudoro, el generoso defensor de los cristianos, cuyo nombre habrá tal vez llegado á tus oidos; yo soy Doroteo, primer oficial de Diocleciano.

Esto oyendo, el solitario se lanzó fuera de la gruta, á manera de un atleta que se presenta de improviso en los juegos de Olimpia, ceñida la frente con una corona de olivo.

«¡Entra en mi pobre gruta, dijo, digna esposa de mi buen amigo!»

El solitario dice su nombre, y Cimodocea reconoce á aquel amigo de Eudoro que filosofaba con él en el sepulcro de Escipion. Doroteo que habia conocido á Gerónimo en la córte, contemplaba con asombro á aquel anacoreta, estenuado por las vigílias y austeridades, en otro tiempo brillante discípulo de Epicuro. Le sigue al fondo de su cueva, donde no se veian mas objetos que la Biblia, una calavera y algunas hojas esparcidas de la tradicion de los Libros Santos. En breve todo queda aclarado entre los dos cristianos y la jóven peregrina; mil recuerdos les enternecen, mil tiernas historias hacen correr sus lágrimas: no de otro modo, dos riachuelos, hijos de diferentes montañas, confunden sus limpias aguas en un mismo valle.

—Mis errores, dijo Gerónimo, han producido mi penitencia; no volveré ya á salir de Belém; y la cuna del Salvador será mi sepulcro.

El anacoreta preguntó luego á Doroteo cuáles eran sus designios.

—Iré, respondió Doroteo, á buscar algunos amigos á Jope....

—¡Cómo! replicó Gerónimo, interrumpiéndole con viveza, ¡eres desgraciado y cuentas con tus amigos! Un moabita bajó de sus peñascos para trasladarse á Jericó; y reinando á la sazon la primavera, el ambiente era puro y apacible. El moabita no esperimentaba sed, pues á cada paso hallaba torrentes de cristalinas aguas; vuelve empero á su casa en la estacion de las tormentas, bajo el fuego abrasador del estío, y la sed le devora; entonces busca algunas gotas de aquellas aguas copiosas que en las montañas habia visto en los dias de la pasada serenidad; ¡ah! ¡todos los torrentes estaban secos!

Gerónimo se mantuvo en silencio algun tiempo, y luego exclamó:

—¡Oh destino sublime! ¡Eudoro! ¿Eres el defensor de los cristianos? ¡Oh amigo querido! ¿qué podré hacer en tu obsequio?

De repente, el solitario se levanta, y dice, herido por una luz sobrenatural:

—¿A qué tan cobardes temores? ¡Mujer! ¿amas y huyes? ¡Acaso en este momento tu esposo confiesa la fe, y tú no estás allí para disputarle la gloria de la hoguera! ¿Crees que cuando haya subido á la alta gerarquía de los mártires, querrá aceptarte sin corona? ¡Rey entonces, no podrá conceder su lado sino á una reina! ¡Cumple tu deber, vuela á Roma, ve á remaclar tu esposo y á recoger la palma destinada á servir de envidiable adorno á tu pompa nupcial!... Mas, ¿qué digo? tú no perteneces aun al número de las ovejas escogidas.

El solitario se interrumpió de nuevo; dudó y en breve exclamó:

—Serás cristiana, pues mi mano derramará sobre tu frente el agua saludable. El Jordan corre no lejos de aquí: ven, pues, ven á recibir en sus aguas la fuerza vivificadora que te falta; tus dias peligran, y debo ponerte al abrigo de la muerte. ¡Sí! estás ya bastante instruida; la persecucion es la doctrina, pues el que llora por Jesucristo, no há menester mas ciencia.

Así habló Gerónimo con toda la autoridad de un doctor y de un sacerdote. La dulce y tímida Cimodocea respondió:

—¡Señor, hágase segun tu palabra! Dame el bautismo, aunque nunca seré una reina, sino una sierva al lado de mi esposo. Solo me contrista en la vida la idea de que no volveré al monte Itomo á visitar los rebaños con mi padre, ni podré cuidar al autor de mis dias en su desconsolada vejez, con el mismo esmero con que él cuidó de mi infancia.

Cimodocea se ruborizó y derramó lágrimas de filial efusion al pronunciar estas palabras, en que se traslucian los confusos acentos de su antigua religion y de su religion nueva: tal, en la calma de plácida noche, dos harpas pendientes de una rama, mezclan al soplo de Eolo sus fugitivas quejas; tal, se estremecen á la par dos liras, de las cuales una desprende los acentos graves del tono dórico, y la otra los voluptuosos acordes de la muelle Jonia; tal, en las sábanas de la Florida, dos plateadas cigüeñas, agitando á la vez sus sonoras alas, producen un armonioso rumor allá en las alturas del cielo; sentado en la orilla del bosque, el indio presta atento oido á los murmullos que se pierden en los aires, y cree reconocer en esa vaga armonía la voz lejana de las almas de sus padres.

LIBRO DÉCIMONONO.

SUMARIO. Demodoco vuelve al templo de Homero. Su dolor. Recibe la noticia de la persecucion. Se dirige á Roma, ádonde juzga que Hierocles ha hecho conducir á Cimodocea. Esta es bautizada por Gerónimo en el Jordan, y llegando á Tolemaida, se embarca para la Grecia. Una tempestad suscitada por órden de Dios, arroja á Cimodocea á las costas de Italia.

¡Qué humana lengua acertaria á describir la amargura de los dolores paternales!

Despues de la separacion fatal, los esclavos llevaron de nuevo á Demodoco á la ciudadela de Atenas, donde pasó la noche bajo un pórtico del templo de Minerva, para descubrir á los primeros albores del dia la galera de Cimodocea. Cuando la estrella de la mañana se mostró sobre el monte Itomo, las lágrimas del anciano corrieron con nueva abundancia.

«¡Oh hija mia! exclamó, ¡cuándo volverás del Oriente, á semejanza de ese astro radiante, para consolar á tu padre!»

La aurora no tardó en alumbrar las olas solitarias en que ávida la vista buscaba en vano alguna vela; pero descubríase todavia sobre las aguas en calma la espumosa huella de las naves que habian ya traspuesto el horizonte. Ya el sol, saliendo de las ondas, doraba y sombreaba á la vez la muda superficie de los mares; algunas trasparentes nubecillas se mostraban fijas aquí y acullá en el azulado cielo del Atica, cuya

hermosura realzaban, mientras otras nubes teñidas de rosa, mecíanse vaporosas en derredor del astro del dia, semejantes á la etérea banda de las Horas. Espectáculo tan magnífico contribuyó tan solo á exacerbar el dolor del sacerdote de Homero, que prorumpió en ahogados sollozos, porque desde que su hija abriera sus ojos á la luz, aquella era la vez primera que veia nacer el sol lejos de ella. Demodoco se niega con obstinacion á todos los desvelos de su huésped, quien testigo de dolor tan intenso, se felicitaba de haber vivido hasta allí sin hijos y sin esposa: no de otra manera, el pastor escucha estremecido en medio de un valle el ronco estampido del lejano cañon; y al condolerse de las víctimas tendidas en el campo de batalla, bendice sus peñascos y su cabaña.

Al dia siguiente, Demodoco quiso partir de Atenas y regresar á Mesenia; pero no permitiéndole su dolor seguir mucho tiempo los caminos que con Cimodocea habia recorrido, emprendió en Corinto el de Olimpia, aunque no pudo sufrir la alegría y el brillo de las fiestas que á la sazon se celebraban en las márgenes del Alfeo. Cuando despues de haber atravesado las montañas de la Elida, divisó las cumbres del Itomo, cayó exánime en brazos de sus esclavos, que lograron restituirle á la vida, y en breve, pálido y trémulo llega al templo de Homero. Ya el dintel de sus puertas estaba cubierto de marchitas hojas, y la yerba crecia en todos los senderos: ¡con tanta rapidez se borran de la tierra los pasos del hombre! Demodoco entra en el santuario de su abuelo, donde apagada la lámpara, velanse aun sobre el altar las frias cenizas del último sacrificio que habia ofrecido á los dioses por su hija. Demodoco se prosterna ante la imágen del poeta.

«¡Oh tú, dice, que formas ahora toda mi familia, inspirado cantor de los dolores de Príamo, llora, llora los males del vástago postrero de tu raza!»

En aquel momento saltó una de las cuerdas de la lira de Cimodocea, despidiendo un sonido que hizo estremecer al viejo, quien al levantar la cabeza, vió pendiente del altar la lira.

»¡No hay esperanza exclamó; mi hija va á morir! Las crueles Parcas me anuncian su funesto destino, rompiendo esa cuerda de su lira.»

A esta esclamacion, los esclavos corren al templo y llevan consigo á Demodoco, que á ello se negaba.

Cada dia aumentaba su amargura, y mil tristes memorias dilaceraban su corazon: aquí instruia á su hija en el arte de los cantos; allí paseaba en su compañía. Nada nos es tan cruel como la presencia de los lugares habitados en dias prósperos, cuando hemos perdido lo que constituia el encanto de nuestra existencia. Los habitantes de Mesenia, conmovidos por el dolor de Demodoco, le permitieron interrumpiese las funciones sagradas que desempeñaba anegado en lágrimas. Su vida se estinguia, caminaba con rápido paso al sepulcro, y para colmo de desventura, las cartas de su hija, estraviadas en el Oriente, no llegaban á sus manos. La familia de Lastenes no podia prodigar sus cuidados al desvalido anciano, pues se hallaba perseguido y la madre de Eudoro acababa de morir. ¡Cuántas víctimas inmola el sacerdote de Homero á los dioses, sordos á su voz! ¡Cuántas hecatombes promete, si Neptuno conduce á Cimodocea á las orillas del Pamiso! El dia espira, el dia vuelve á nacer, y halla á Demodoco con la mano en la sangre, interrogando las entrañas de toros y terneras. Dirígese á todos los templos, y va á consultar los arúspices hasta la cumbre del Tenaro. Ora viste una túnica de luto, llama á las puertas de metal del templo de las Furias, y presenta á las fatales hermanas dones espiatorios, como si sus infortunios fuesen crímenes; ora se corona de flores y simula un semblante risueño, inundados en lágrimas los ojos, para hacerse propicia alguna divinidad enemiga del llanto. Si hay algun rito abandonado ó alguna ceremonia practicada en tiempo de Inaco y Nestor, Demodoco los renueva; hojea los libros sibilinos; no pronuncia sino palabras tenidas por felices; abstiénese de ciertos alimentos, evita el encuentro de ciertos objetos; esplora los vientos, las aves, y las nubes; no hay bastantes oráculos para su cariño paternal. ¡Ah, infortunado anciano! ¡escucha los sonidos de esa bronca trompeta que resuena en el monte Itomo, y ellos te dirán el destino de tu hija!

El gobernador de Mesenia recorria los campos, seguido de numerosa comitiva, proclamando emperador á Galerio y promulgando el edicto de persecucion. Demodoco duda si ha oido clara y distintamente, y corre á Mesenia, donde todo le confirma su desdicha. Un bajel que acababa de llegar del Oriente al puerto de Coroneo, refiere al mismo tiempo que la hija de Homero, arrebatada de Jerusalén, ha sido entregada á Hierocles. ¿Qué hará Demodoco? ¡Recibiendo fuerzas del mismo esceso de la adversidad, se decide á volar á Roma para arrojarse á los piés de Galerio y reclamar á Cimodocea; pero antes de abandonar el templo del semi-dios, consagra al pié de la estátua de Homero una pequeña galera de marfil y un vaso lacrimatorio; ofrenda y símbolo de su inquietud y dolor! Vende luego sus Penates, la púrpura de su lecho, el velo nupcial de Epícaris, destinado á Cimodocea, y lleva consigo toda su fortuna para rescatar á la hija de su amor. ¡Inútiles esfuerzos! El cielo no quiere ceder su conquista, y todos los tesoros de la tierra no hubieran bastado á pagar la corona de la nueva cristiana.

Cimodocea, que no pertenecia ya al mundo, iba á tomar su lugar entre los espíritus celestiales al recibir las aguas del bautismo. Ya habia dejado la gruta de Belem con Doroteo, y emprendido su camino al rayar el dia, por lugares fragosos y estériles. Gerónimo, vestido como San Juan en el desierto, mostraba el camino á la catecúmena, y al fin llegaron á la última serie de montañas de la Judea que se estienden á lo largo de las costas del mar Muerto y el valle del Jordan.

Dos enhiestas cordilleras que se dilatan del Norte al Mediodia, sin rodeos ni sinuosidades, se descubrieron á los ojos de los tres viajeros. Hácia la Judea estas montañas son unos montecillos de arena y greda, que imitan la forma de unos haces de armas, banderas plegadas ó tiendas de campaña plantadas en una llanura. Hácia la Arabia, son unos peñascos negros y perpendiculares, que derraman en el mar Muerto torrentes de azufre y betun. La mas pequeña avecilla del cielo no hallaria en ellas una brizna de yerba para alimentarse; todo anuncia allí la patria de un pueblo réprobo; todo respira allí el horror del incesto que dió nacimiento á Ammon y Moab.

El valle comprendido entre estas dos cadenas de montañas, presenta un suelo semejante al fondo de un mar retirado desde mucho tiempo: unas playas de sal, un légamo seco y unas arenas movibles y como surcadas por las olas. Crecen por donde quiera con penoso esfuerzo sobre aquella tierra sin vida, unos arbustos mezquinos, cuyas hojas se miran sobrecargadas de la sal que las ha alimentado, y cuya corteza está impregnada del sabor y olor del humo; y en lugar de ciudades, álzanse tan solo las añosas ruinas de algunas torres. Atraviesa el mudo valle un rio incoloro que se arrastra como á su pesar hácia el pestilente lago que le traga, y aunque no se distingue su curso en medio de la arena, está bordado de sauces y cañas donde se embosca el árabe que espera los despojos del viajero y del peregrino.

«Ved aquí, dijo Gerónimo á sus dos admirados huéspedes, unos lugares famosos por las bendiciones y las maldiciones del cielo: este rio es el Jordan, y este lago, el mar Muerto; os parece brillante, pero las culpables ciudades que en su seno oculta han enve-

nenado sus aguas; ningun ser viviente puebla sus solitarios abismos; jamás bajel alguno ha oprimido sus olas, ningun ave, ningun árbol, ningun verdor hermosea sus playas; sus aguas, cuya amargura es insoportable, son tan pesadas que los mas impetuosos vientos logran apenas agitarlas. Aqui el suelo está abrasado por el fuego que consumió á Gomorra. No son estas, Cimodocea, las bellas orillas del Pamiso ni los deliciosos valles del Taigeto. Pisas el camino de Hebron, en los lugares donde tronó la voz de Josué cuando detuvo al sol; huellas una tierra que todavía humea con la cólera de Jehová, y que mas tarde fue consolada por las misericordiosas palabras de Jesucristo. ¡Jóven catecúmena! por esta soledad sagrada vas á buscar al hombre á quien amas; los recuerdos de este vasto y melancólico desierto se mezclarán á tu amor para fortificarlo é imprimirle mas gravedad, que el aspecto de estos bosques desolados es tan á propósito para fomentar como para estinguir las pasiones. ¡Inocente doncella! ¡las tuyas son legítimas, y no te ves precisada como Gerónimo, á destruirlas al rudo peso de abrasada arena!»

Así hablando, bajaban al valle del Jordan; Cimodocea, atormentada por una sed ardiente, tomó de un arbolillo un fruto parecido á un dorado limon; pero al acercarlo á sus labios, hallóle lleno de amarga ceniza.

«¡Esa es la imágen fiel de los placeres del mundo! dijo el solitario.»

Y prosiguió su camino, sacudiendo el polvo de sus piés.

Entretanto, los peregrinos se adelantaban hácia un bosque de tamarindos y árboles balsámicos que crecian en medio de blanca y menuda arena; Gerónimo se detuvo de repente y mostró á Doroteo, casi bajo sus piés, un objeto en movimiento en la inmovilidad del Desierto; este objeto era un amarillento rio que arrastraba con lentitud sus pesadas aguas en un profundo cauce. El anacoreta saludó al Jordan y exclamó:

»¡No perdamos ni un momento, jóven harto venturosa! Ven á recibir la vida en el mismo lugar donde los israelitas pasaron el rio al salir del Desierto, y donde Jesucristo quiso recibir el bautismo de manos del Precursor. Desde la cima de ese monte, llamado Abarim, Moisés descubrió para ti la tierra prometida, y en la cumbre de esa opuesta montaña, Jesucristo oró por ti cuarenta dias. A la vista de las arruinadas murallas de Jericó, hagamos caer la barrera de tinieblas que rodea tu alma, para que el Dios vivo pueda penetrar en ella.»

Gerónimo, dichas estas palabras, entró en el rio y Cimodocea imitó su ejemplo, mientras Doroteo, único testigo de tan tierna escena, se arrodilló en la orilla, y sirviendo de padre espiritual á Cimodocea, le confirmó el nombre de Estér. Las aguas se dividen en derredor de la casta catecúmena, como se dividieron en el mismo lugar en torno del Arca santa. Los pliegues de su túnica virginal, arrastrados por la corriente, se hinchan á lo lejos, la jóven inclinó su cabeza delante de Gerónimo, y con voz que llenó de encanto las aguas del Jordan, renunció á Satanás, á sus pompas y á sus obras. El anacoreta, tomando el agua regeneradora en una concha del rio, la derramó sobre la frente de la hija de Homero, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sus sueltos cabellos caen á uno y otro lado de su cabeza, al peso del agua, que rápida sigue y desenvuelve sus rizos; bien así, la benigna lluvia de la primavera humedece los jazmines en flor, y se desliza á lo largo de sus perfumados tallos. ¡Oh! ¡cuán tierno era aquel bautismo furtivo en las aguas del Jordan! ¡Cuán interesante era aquella vírgen que, oculta en el fondo de un desierto, robaba, por decirlo así, el cielo! Tan solo la Hermosura soberana se mostró mas bella en aquel lugar, cuando entreabriéndose las nubes, el Espíritu de Dios bajó sobre Jesucristo en forma de paloma, oyéndose una voz que decia:

«Este es mi Hijo, en quien me he complacido.»

Cimodocea salió de las aguas henchida de fe y valor contra los males de la vida; la nueva cristiana, llevando á Jesucristo en su corazon, parecíase á una mujer, que ya madre, encuentra súbitamente para su hijo las fuerzas que para sí misma no tenia.

En aquel momento, una banda de árabes se dejó ver á escasa distancia del rio. Gerónimo, asustado al principio, reconoció en breve una tribu cristiana cuyo apostol habia sido. Aquella reducida Iglesia, donde Dios era adorado bajo una tienda como en los dias de Jacob, no se habia librado de la persecucion: los soldados romanos le habian quitado sus yeguas, y solo le habian quedado los camellos, pues habiéndoles llamado el caudillo huyeron á la montaña y se dieron prisa á seguirle: los fieles animales habian llevado á sus dueños el tributo de una abundante leche, como si hubiesen adivinado que no tenian ya otro alimento.

Gerónimo reconoció en aquel encuentro la mano protectora de la Providencia.

—Esos árabes, dijo á Doroteo, os presentarán á nuestros hermanos de la Tolemaida, donde hallareis sin dificultad una nave con rumbo á Italia.

—Gacela de dulce mirada y ligero pié, vírgen mas agradable que un trasparente manantial, dijo el caudillo de los árabes á Cimodocea, nada temas; yo te llevaré á donde te plazca, si así lo manda nuestro padre Gerónimo.

Hallándose el dia muy adelantado para ponerse en camino, detuviéronse todos en la márgen del rio; allí degollaron un cordero y le asaron, sirviéndole en una fuente de madera de aloes; cada cual tomó una parte de la víctima y bebió un poco de esa leche que el camello saca de un árido arenal, y que conserva el sabor del esquisito dátil. La noche llegó, y la caravana se sentó en torno de una hoguera. Atados los camellos á unas estacas, formaban un segundo círculo en derredor de los hijos de Ismael, y el padre de la tribu refirió los males que se hacian sufrir á los cristianos. Veíanse al resplandor del fuego sus espresivos ademanes, su negra barba, sus blancos dientes y las diversas formas que sus gestos daban á su vestido durante la narracion; sus compañeros le escuchaban con atencion profunda; é inclinados todos hácia delante, próximo el rostro á las llamas, ya exhalaban gritos de sorpresa, ya repetian enfáticamente las palabras de su caudillo, mientras algunos camellos adelantaban sus cabezas sobre la tribu y se dibujaban en las sombras. Cimodocea contemplaba silenciosa aquella escena de pastores del Oriente, y admiraba la religion que civilizaba unas hordas salvajes y las inducia á prestar auxilio á la debilidad y la inocencia, mientras los falsos dioses impelian á los cultos romanos á la barbarie, ahogando en su corazon todo sentimiento de justicia y piedad.

Al primer destello de la aurora, toda la comitiva reunida ofreció en las márgenes del Jordan sus preces al Eterno. El lomo de un camello, adornado con un rico tapiz, fue el altar donde se colocaron los sagrados signos de aquella Iglesia errante. Gerónimo entregó á Doroteo algunas cartas para los principales habitantes de Tolemaida, y exhortó á Cimodocea á la paciencia y al valor, felicitándose porque enviaba á su amigo una esposa cristiana.

«Marcha, le dijo, hija de Jacob, en otro tiempo hija de Homero! Reina del Oriente, sales del desierto difundiendo radiante claridad. Arrostra las persecuciones de los hombres, que la nueva Jerusalén no llora sentada bajo de la palmera, como la Judea cautiva de Tito; sino que victoriosa y triunfante, alcanza sobre esta misma palmera el símbolo inmortal de su gloria!»

Esto dicho, Gerónimo se despidió de sus huéspedes y regresó á la gruta de Belem.

La tribu árabe condujo á los dos fugitivos por medio de montañas inaccesibles hasta las puertas de Tolemaida. La Reina de los ángeles que no cesaba de velar por Cimodocea, habíala sostenido milagrosamente en medio de sus fatigas, y para ocultarla á los ojos de los paganos, la encubrió en una nube, como tambien á Doroteo; así, pues, ambos entraron en Tolemaida bajo este velo, y la iglesia, aun no derribada, les anunció la morada del pastor. En aquellos dias de comunes tribulaciones, los cristianos perseguidos eran unos hermanos á quienes se recibia con respeto y cariño; ocultábaseles con peligro de la propia vida y se les prodigaban los auxilios de la mas viva caridad. Sabedor el pastor de que dos extranjeros se habian presentado á su puerta, se apresuró á recibirles. Doroteo se dió á conocer haciendo la señal de la cruz.

«¡Unos mártires! exclamó al punto el pastor ¡ unos mártires! ¡ Bendito sea el dia que os trae á mi morada! Angeles del Señor, entrad en la casa de Gedeon, que aquí hallareis las mieses tomadas á los moabitas.»

Doroteo entregó al pastor las cartas de Gerónimo y refirió al mismo tiempo los infortunios de Cimodocea.

«¡Cómo! exclamó regocijado el sacerdote, ¿es esta la esposa de nuestro defensor? ¿es esta la doncella cuya historia resuena en toda la Siria? Yo soy Pamfilio de Cesaréa y he conocido en otro tiempo á Eudoro en Egipto. Hija de Jerusalén, ¡cuán grande es tu gloria! ¡Ay! tu ilustre protectora, Elena la santa, nada puede ya hacer en tu favor, porque está presa. Los satélites de Hierocles te buscan infatigables por todas partes; es preciso abandonar sin dilacion esta ciudad, pero todavía hay recursos : ¿á dónde quereis dirigir vuestros inseguros pasos?»

Doroteo, cuya fe no tenia el mismo vigor que la de Gerónimo, y que no penetraba como él los designios del cielo; Doroteo que mezclaba todavia á su religion humanos afectos, no creia que Cimodocea pudiese reunirse á su esposo.

—Esto seria entregarte á Hierocles, dijo, sin esperanza alguna de salvar, ni aun de ver á Eudoro, si ha caido en manos de nuestros enemigos. Permíteme que te acompañe á casa de tu padre, pues tu presencia le devolverá la vida; te ocultaremos en alguna desconocida gruta, é iré á buscar á Roma al hijo de Lastenes.

—Jóven soy é inesperta, respondió Cimodocea; guíame, pues tu, ¡oh el mas benigno de los hombres! tu hija cristiana debe prestar obediencia á tus consejos.

No hallándose en el puerto de Tolemaida sino un bajel que hiciese vela para Tesalónica, la nueva cristiana y su generoso guia se vieron obligados á embarcarse en él. Ocultáronse bajo nombres supuestos y abandonaron aquel puerto que San Luis, libre de manos de los infieles, debia ilustrar con sus virtudes muchos siglos despues. Cimodocea iba á buscar á su padre á las orillas del Pamiso, y el inconsolable anciano la buscaba con inútil afan en las aguas del Tiber. Extranjero en Roma, sin protector ni apoyo, habia contado con Eudoro, quien separado de los hombres, no podia ya oirle ni auxiliarle.

Al pié del monte Aventino y bajo los muros del Capitolio, se alzaba imponente una prision de Estado, cuya construccion remontaba al siglo de Rómulo. Los cómplices de Catilina habian oido desde aquel calabozo la severa voz de Ciceron, que les acusaba en el templo de la Concordia. El cautiverio de San Pedro y San Pablo purificó, andando el tiempo, aquel asilo de los criminales, donde Eudoro esperaba cada dia la sentencia que habia de entregarle á los jueces; allí habia recibido la noticia de la muerte de su madre, como el terrible principio de su sacrificio, y allí habia dirigido á la hija de Homero muchas cartas llenas de religion y cariñoso afecto, detenidas unas por los perseguidores, y perdidas otras en el mar; sin embargo, aun en su duro encierro esperimentaba algunos de esos consuelos y algunas de esas alegrias dolorosas de que solo los cristianos tienen idea. Cada dia le llevaba nuevos compañeros de infortunio y gloria.

Cuando un opulento labrador recoge sus nuevas mieses, amontona en una era dilatada así los granos que serán hollados por el pié de las mulas, como los que abrirán sus tesoros á los golpes del látigo, y los que serán despojados de la leve paja por un pesado cilindro; la aldea resuena con la festiva gritería de amos y criados, con la voz de las mujeres que preparan el festin, los clamores de los niños que juguetean en derredor de los haces, y el mugido de los bueyes que arrastran ó van á buscar las amarillentas espigas : no de otro modo, Galerio reune de todas las partes del mundo en las prisiones de San Pedro los mas ilustres cristianos : trigo de los elegidos, cosecha divina destinada á enriquecer al buen Pastor. Eudoro ve llegar unos en pos de otros á los amigos que en otro tiempo habia hallado en el corazon de las Galias, en Egipto, Grecia é Italia : abraza á Victor, Sebastian, Rogaciano, Gervasio, Protasio, Lactancio, Arnobio, al ermitaño del Vesubio y al descendiente de Perseo, que se preparaba á morir por el trono de Jesucristo, mas realmente que su abuelo por la corona de Alejandro; el obispo de Lacedemonia, Cirilo, fue tambien á aumentar las alegrias del calabozo. A cada reconocimiento se repetian los arranques de júbilo, los cánticos á la divina providencia y los ósculos de paz. Aquellos confesores habian convertido la cárcel en iglesia, donde se escuchaban dia y noche tiernas alabanzas al Señor. Los cristianos aun no encerrados, envidiaban la suerte de aquellas víctimas. Los soldados que vigilaban á los mártires, se convertian con frecuencia al oir sus discursos; y los verdugos, entregando las llaves á otras manos, se colocaban en el número de los presos. Un órden inalterable reinaba entre aquellos compañeros de sufrimientos, y se hubiera creido ver una familia tranquila y arreglada, en lugar de una multitud de hombres que caminaban á la muerte. Muchos piadosos ardides servian para procurar á los confesores todos los consuelos de la humanidad y la religion, pues diez persecuciones habian dado astucia á la Iglesia. Los sacerdotes y los diáconos se disfrazaban de soldados, mercaderes y esclavos; las mujeres y hasta los niños, por medio de ingeniosos y santos artificios, penetraban en las cárceles, en el fondo de las minas y hasta el pié de las hogueras, mientras el pontífice de Roma dirigia en lo esterior todos los impulsos del celo desde un ignorado retiro. Una fidelidad inviolable, la doble fidelidad de la religion y la desgracia, era el poderoso lazo de los hermanos. La Iglesia no solo socorria á sus hijos, sino que cuidaba tambien de los desvalidos de una religion enemiga, acogiéndoles en su seno, pues la caridad le hacia olvidar sus propios dolores, para no ocuparse sino de las necesidades de los seres desvalidos.

Los fieles reunidos en las prisiones eran testigos de las mas maravillosas aventuras. ¡Cuánta fue la sorpresa de Eudoro al reconocer un dia, disfrazada con el vestido de una criada del calabozo, á la hermosa y brillante Agláe!

«Eudoro, le dijo, Sebastian ha sido atravesado á flechazos á la entrada de las catacumbas; Pacomio se ha retirado á los desiertos de la Tebaida, y Bonifacio ha cumplido su palabra, pues me ha enviado sus reliquias bajo el nombre de un mártir; ¡Bonifacio ha confesado á Jesucristo! Pide al cielo conceda

la misma felicidad á esta desventurada pecadora!»

En otra ocasion oyóse un gran tumulto, y Ginés, el célebre actor, fue introducido en la prision.

«No me temais ya, dijo al entrar, pues soy vuestro hermano. Un momento há, blasfemaba de vuestros santos misterios, y divertia en mi derredor á la muchedumbre; pues bien: en medio de mis juegos criminales he pedido el bautismo y el martirio. No bien me ha tocado el agua, he visto una mano que bajaba del cielo y muchos ángeles que resplandecian sobre mi cabeza, y que borraban mis pecados de un libro. Subitamente cambiado, he gritado lleno de conviccion: ¡soy cristiano! Todos se reian y se negaban á creerme, pero he referido lo que habia visto. He sido apaleado y vengo á morir con vosotros.»

Y Ginés abrazó á Eudoro, que en medio de los confesores atraia las miradas de todos. El ermitaño del Vesubio le recordaba su encuentro en el sepulcro de Escipion, y las esperanzas que desde entonces habia concebido de su virtud. Los confesores de las Galias le decian:

«¿Recuerdas que muchas veces hemos deseado vernos reunidos en Roma, como ahora lo estamos? ¡Cuán lejos estabas entonces de la gloria que hoy te corona!»

Así platicando, vieron entrar cubierto con la casacá de un veterano á un hombre cargado de años, y á quien no habian aun visto entre los carceleros cristianos, y que llevaba á los mártires el santo viático que Marcelino enviaba al obispo de Lacedemonia. La dudosa luz de la prision no permitia descubrir las facciones del anciano, quien preguntó por Eudoro, y habiéndole sido mostrado en oracion, se acercó á él, le oprimió entre sus brazos sin fuerza y le estrechó sobre su corazon derramando lágrimas. Al fin exclamó con suspiros de ternura:

—¡Soy Zacarias!

—¡Zacarias! respondió Eudoro lleno de gozo y turbacion, ¡Zacarias! ¡Tú mi padre, tú Zacarias!

Y cayó de rodillas á los piés del anciano.

—¡Ah, hijo mio! dijo el apóstol de los francos, alza del suelo, que yo soy el que debe humillarse á tí! ¿Qué soy á tu lado sino un viejo inútil y oscuro?

Todos rodearon á los dos amigos, deseando saber su historia. Eudoro la refirió, y de todos los ojos brotar oncopiosas lágrimas. El hijo de Lastenes preguntó á Zacarias qué designio de la Providencia le habia llevado desde las márgenes del Elba á las del Tiber.

—Hijo mio, replicó el descendiente de Casio, los francos han sido vencidos por Constantino. Faramundo me habia dado una pequeña tribu que, completamente subyugada, fue trasladada á la colonia de Agripina. La persecucion ha estallado, y como aun no reina en las Galias, donde César protege á los cristianos, los obispos de Lutecia y Lugdunum han elegido cierto número de sacerdotes para ayudar á los confesores en las demás partes del imperio, por lo cual he creido debia presentarme con preferencia á muchos jóvenes, cuya edad es mas digna de la vida que la mia, y habiéndose aceptado mi súplica, he sido enviado á Roma.

Zacarias participó luego á Eudoro la feliz reunion de Constantino con su padre, la enfermedad de Constancio y la disposicion de los soldados que reservaban la púrpura á su hijo. Esta noticia reanimó el valor de los cristianos y les sostuvo en aquellos momentos de ruda prueba. Eudoro nunca habia dejado de abrigar cierta esperanza, aunque los cristianos habian ya perdido sus poderosas protectoras: Prisca habia acompañado á su esposo á Salona, y Valeria habia sido desterrada al Asia por Galerio. Desde su encierlo Eudoro trazaba un vasto plan para la salvacion de la Iglesia y del mundo; y deseando inducir á Diocleciano á que volviese á empuñar las riendas del gobierno supremo, le habia enviado un mensajéro en nombre de los fieles.

La Iglesia entera se apoyaba en el valor, la prevision y los consejos de Eudoro; y en tanto, la desvalida Cimodocea reclamaba en vano la proteccion de su esposo, bogando hácia las playas de la Macedonia, rodeada de hombres de repugnante catadura, soldados y marineros, que sumidos desde la mañana hasta la noche en la disolucion y la embriaguez, insultaban sin cesar la inocencia. No tardaron en descubrir que Doroteo y la hija de Demodoco eran cristianos, pues se encierra en la cruz cierta virtud que se denuncia á las miradas del vicio; este descubrimiento aumentó la insolencia de aquellos bárbaros, quienes unas veces prometian á los dos desvalidos entregarles á los verdugos al llegar á la costa; otras, les amenazaban diciendo les arrojarian al mar para aplacar la cólera de Neptuno; hacian resonar en los oidos de Cimodocea canciones abominables, é inflamando la hermosura de esta sus brutales deseos, era de temer se arrojasen á los últimos escesos.

Doroteo defendia la inocencia con la prudencia de un padre y con el denuedo de un héroe; ¿qué puede empero un solo hombre contra una turba de desatados tigres?

El Hijo del Eterno, acompañado de los coros celestes, volvia en aquel momento de los mas apartados confines de la creacion, pues habia salido de las mansiones incorruptibles para devolver la vida y la juventud á los decrépitos mundos. De globo en globo, de sol en sol, sus magestuosos pasos habian recorrido todas esas esferas habitadas por inteligencias divinas, y acaso por hombres desconocidos á los hombres. Al llegar al santuario impenetrable, siéntase á la derecha de Dios, y sus miradas pacíficas se dirigen al punto á la tierra, porque de todas las obras del Todopoderoso ninguna es mas agradable á sus ojos que el hombre. El Salvador descubre la nave de Cimodocea, y ve los peligros de esta víctima inocente destinada á atraer sobre los gentiles las bendiciones del Dios de Israel. Si el cielo ha permitido que esta nueva cristiana fuese sometida al crisol de la prueba, ha sido para revestirla de la fuerza necesaria para superar las últimas aflicciones que la ceñirán de gloria inmortal. Pero la prueba era harto larga, y Cimodocea no debia perderse lejos del teatro de su victoria; habia brillado ya el dia de su triunfo, que los eternos decretos llamaban al lugar del combate á la predestinada virgen.

Mediante una señal en medio de la nube, Emmanuel hace conocer al ángel de los mares la voluntad del Altísimo: al punto, el viento, favorable hasta entonces al bajel de Cimodocea, espira; profunda calma reina en los aires, y apenas inciertas brisas se levantan alternativamente en diferentes puntos, rizando la tersa superficie de las olas y agitando las velas, sin la fuerza necesaria para impelerlas. El sol se oscurece en la mitad de su carrera, y el trasparente azul del cielo, atravesado de fajas verdosas, parecia descomponerse en una dudosa y mortecina luz; anchos surcos de plomizo color se estienden sin fin en un mar pesado é inerte; ante tales indicios, el piloto lleno de zozobra, alza las manos y exclama:

«¡Oh Neptuno! ¿qué nos presagias? Si mi arte no es infiel, nunca habrá desencadenado las olas una mas horrorosa tormenta.»

Manda en el acto amainar las velas, y todos se preparan al peligro. Las nubes se agrupan entre el Mediodia y el Oriente, y sus fúnebres batallones se muestran en el horizonte á manera de un negro ejército ó de lejanos escollos. El sol, colocándose detrás de estas nubes, las atraviesa con un rayo lívido, y descubre en sus vapores aglomerados amenazadores abismos. La noche llega: densas tinieblas envuelven el

bajel, y el marinero no puede ver al marinero que á su lado tiembla.

Súbitamente, un movimiento comunicado allá en las regiones de la aurora, anuncia que Dios acaba de abrir el tesoro de las tempestades. Rota la barrera que detenia el torbellino, los cuatro vientos del cielo comparecen en presencia del Arbitro de los mares. El bajel huye y presenta la rechinante popa al soplo impetuoso del Oriente, y durante toda la noche surca las centellantes olas. El nuevo dia nace y no derrama otra claridad que la necesaria para ver la inminente tormenta; las ondas se despliegan con monotona uniformidad; y sin los mástiles y el casco de la galera, en que el viento gemia en desiguales remolinos, ningun otro rumor hubiérase oido sobre las aguas. Nada mas amenazador que aquel silencio pavoroso en medio del tumulto, que aquel órden en medio del desórden. ¿Cómo, cómo salvarse de una tempestad que parecia tener un objeto determinado y premeditados furores?

Por espacio de nueve dias la nave fue impelida hácia el Occidente con irresistible violencia, y al terminar su curso la décima noche se vislumbraron al inseguro resplandor de los relámpagos unas costas sombrias, de altura al parecer desmesurada. El naufragio se presentó entonces inevitable; por lo que el piloto colocó á cada marinero en su respectivo puesto, y mandó á los pasajeros se retirasen al fondo de la galera; estos obedecieron y oyeron cerrarse sobre sus cabezas la fatal escotilla.

En tales momentos es cuando se aprende á conocer á fondo á los hombres: un esclavo cantaba con voz robusta; una mujer lloraba amamantando al niño que en breve no habria menester del seno maternal, y un discípulo de Cenon deploraba la pérdida de la vida. Cimodocea lloraba á su padre y á su esposo, y dirigia fervientes plegarias al que sabe hallarnos hasta en las entrañas de los monstruos del abismo.

Una violenta sacudida entreabre la combatida galera, y las aguas se precipitan en revueltos torrentes en el albergue de los pasajeros, que ruedan en desórden: un apagado grito sale de este horroroso caos.

Una ola habia penetrado en la popa, y la hija de Homero y Doroteo se vieron arrojados al pié de la escalera del puente, al que subieron medio ahogados. ¡Qué espectáculo! El bajel habia encallado en un banco de arena, y á dos tiros de flecha de la proa descollaba sobre las turbias olas una lisa y verde roca, cortada á pico. Algunos marineros arrastrados por la marejada, nadaban dispersos sobre el inmenso abismo, en tanto que otros se mantenian asidos á los cables y á las áncoras. El piloto, armado con un hacha, derriba el mástil, y el abandonado timon gira al acaso, chocando sobre sí mismo con ronco estrépito.

Una débil esperanza brillaba aun: las olas, al engolfarse en el estrecho, podian levantar la rota galera y arrojarla al lado opuesto del temido banco de arena. ¿Pero quién osará regir el timon en tan crítico momento, si un falso movimiento del piloto podia causar la muerte á doscientas personas? Los marineros dominados por el temor, no insultaban ya á los dioses cristianos; y reconociendo al contrario el poder de su Dios, les suplicaban les obtuviesen de él la vida. Cimodocea, olvidando las ofensas recibidas y sus propios peligros, se arrodilla y hace un voto á la Madre del Salvador. Doroteo empuña el olvidado timon, y fijos los ojos en la popa y entreabiertos los lábios, espera la oleada que hará rodar en la nave la vida ó la muerte. La oleada se levanta imponente, se acerca y se estrella; óyese al timon girar con esfuerzo sobre sus enmohecidos gozues; el inmediato escollo cambia al parecer de lugar; percíbese con cierta mezcla de viva alegria y espantosa duda que la nave se levanta y es rápidamente impelida, y por un momento el mas terrible silencio reina entre los marineros; de improviso, una voz pide la sonda; la sonda baja al abismo; y al advertir que se hallaban en unas aguas profundas, un simultáneo clamor de júbilo sube hasta el cielo.

Estrella de los mares, Patrona de los navegantes, la salvacion de aquellos desgraciados milagro fue de tu divina bondad. Nadie vió á un dios imaginario alzar la cabeza sobre las ondas é imponerles silencio; pero una luz sobrenatural rasgó las nubes, y en medio de refulgente gloria dejóse ver una mujer celestial con un niño en brazos, aplacando las embravecidas olas con benigna sonrisa. Los marineros se arrojan á los piés de Cimodocea y confiesan á Jesucristo: ¡primera recompensa que el Eterno concedia á las virtudes de una perseguida virgen!

El bajel se acerca pausadamente á la costa, donde se elevaba una abandonada capilla cristiana. Los marineros arrojan al mar algunos sacos llenos de piedras atadas á un cable de Tiro y el áncora sagrada, último recurso de los náufragos; y habiendo ya logrado asegurar la galera, todos se apresuran á abandonarla. Semejante á una reina rodeada de la turba de cautivos que acaba de librar de ruda esclavitud, Cimodocea desembarca en hombros de los regocijados marineros, y cumple en el acto su voto. Dirígese á la ruinosa capilla, siguiéndola los marineros de dos en dos, medio desnudos y cubiertos con la espuma de las ya domadas ondas. Ora fuese obra de la casualidad, ora celestial designio, veíase en aquel desierto asilo una imágen medio rota de María, de la que la esposa de Eudoro suspendió su velo empapado en las aguas del mar. Cimodocea tomaba posesion del teatro brillante reservado á su gloria, y entraba en triunfo en el suelo de Italia.

LIBRO VIGÉSIMO.

SUMARIO. Cimodocea, detenida por los satélites de Hierocles, es llevada á Roma. Insurreccion popular. Cimodocea, libre del poder de Hierocles, es encarcelada como cristiana. Desgracia del procónsul, quien recibe órden de trasladarse á Alejandría. Carta de Eudoro á Cimodocea.

LA aurora habia de nuevo traido á los mortales las fatigas y los dolores, y por todas partes emprendian de nuevo sus penosos trabajos: el labrador seguia lentamente el arado, regando con su sudor el surco trazado por el tardo buey; la fragua resonaba á los rudos golpes del martillo que caia con acompasado movimiento sobre el encendido hierro, y confuso rumor se elevaba en las ciudades. El cielo estaba sereno, y apacible el Oriente. No precedió á Cimodocea una galera engalanada de cintas, ni un carro tirado por cuatro caballos blancos la esperaba en la playa; los honores que la Italia le preparaba eran los que destinaba á los cristianos: la persecucion y la muerte.

Los decretos del cielo habian conducido á la hija de Homero no lejos de Tarento, al pié de un avanzado promontorio que ocultaba á los ojos de los náufragos la patria de Architas. El piloto subió á unos elevados peñascos y gritó con voz segura:

«¡Italia, ¡Italia!»

Al oir este nombre, Cimodocea esperimentó un vivo estremecimiento; su seno se levantó como una ola entumecida por el viento, viéndose Doroteo precisado á sostenerla en sus brazos: ¡tan intenso fue su placer al pisar la misma tierra que su esposo! Dios que la alejaba de su padre, á quien creia aun en Mesenia, le permitia volar á Roma.

«Ya soy cristiana, decia; Eudoro no puede ya impedirme que participe de sus dolores.»

Al pronunciar Cimodocea estas palabras, vióse doblar el vecino promontorio á un bajel remolcado por una barca cargada de soldados: en breve los marineros dejan de remar, y cortando los soldados el cable que servia para remolcar el bajel, este se detiene, sumérgese lentamente y al fin desaparece en las olas.

Era una de las galeras llenas de pobres y desgraciados á quienes Galerio hacia arrojar al mar en solitarias costas. Algunas de aquellas víctimas, libres de sus ataduras por las olas, nadaban hácia la barca de los soldados, que les rechazaron con sus picas, y uniendo el sarcasmo á la ferocidad, les enviaron á cenar al palacio de Neptuno. Ante espectáculo tan horroroso, los marineros de la galera de Cimodocea huyen despavoridos á lo largo de las sirtes; pero Doroteo y su compañera no pueden vencer en su corazon la caridad, indeleble sello del cristiano: llaman á los desgraciados que luchan aun con la muerte, les alargan las manos y consiguen salvarlos. Al punto, los ministros de Galerio llegan á la orilla, y rodeando á Galerio yá la hija de Demodoco, el centurion les pregunta con voz amenazadora:

«¿Quiénes sois los que no temeis arrancar á la muerte los enemigos del emperador?»

—Soy Doroteo, respondió el cristiano, cuya indignacion no pudo ser dominada por la prudencia, y lleno los deberes impuestos al hombre. ¡Ah! ¡es preciso que Tarento haya conservado irritados á sus dioses, para haber perdido de tal manera toda nocion de piedad y justicia!

Al nombre de Doroteo, conocido en todo el imperio, el centurion no se atrevió á poner la mano sobre un hombre de tan elevada clase; pero preguntó quién era la mujer que por su imprudente piedad se habia hecho culpable, violando los edictos.

«¡Sin duda es cristiana! exclamó, al observar su humanidad y modestia. ¿A dónde vais? ¿de dónde venis? ¿cómo habeis llegado aquí? ¿Sabeis que no se puede entrar en Italia sin órden espresa de Hierocles?»

Doroteo refirió su naufragio, procurando ocultar el nombre de su compañera; pero receloso el centurion, se trasladó á la embarcacion naúfraga.

Cuando amenazada por los marineros, Cimodocea se habia visto cercana á la muerte, escribió á su padre y á su esposo dos cartas de despedida, llenas de dolor y pasion. Estas cartas que habian quedado á bordo, descubrieron su nombre á los soldados, y una cruz hallada sobre su cama denunció su religion: así Filomela se entrega por los amorosos cantos que la descubren al cazador; así se reconoce á las esposas de los reyes por su cetro.

Esto viendo, el centurion dijo á Doroteo:

«Debo mantenerte bajo mi vigilancia con esta meseniana, pues las órdenes contra los cristianos se ejecutan con todo rigor, y si os dejase en libertad, mi propia vida correria peligro. Voy á hacer partir un mensajero, y el ministro del emperador dispondrá de vuestra suerte.»

Hierocles ejercia á la sazon en el mundo romano un poder ilimitado, pero estaba sumido en vivas inquietudes, porque Publio, prefecto de Roma empezaba á suplantarle en el favor de Galerio. El rival de Hierocles desconcertaba á este en todos sus proyectos: si cansado de esperar el regreso de Cimodocea, el perseguidor queria entregar á Eudoro á los tormentos, Publio hallaba algun medio de retrasar el sacrificio; si fiel Hierocles á sus primeros planes aplazaba el juicio del hijo de Lastenes, Publio decia al emperador:

«¿Por qué el ministro de tu eternidad no entrega á la cuchilla al peligroso caudillo de los rebeldes?»

El silencio del Oriente respecto de la hija de Homero, alarmaba tambien el culpable amor del perseguidor, que en su impaciencia habia colocado centinelas en todos los puertos de Italia y Sicilia, al paso que numerosos correos le llevaban dia y noche noticias de la costa. En medio de estas perplejidades recibió al mensajero de Tarento, y al oir el nombre de Cimodocea prorumpió en un grito de alegría, abandonando su lecho: así pinta el cantor de Ilion al monarca del Tártaro cuando se lanza de su trono. Trémulos los labios y estraviados los ojos por el amor y la alegría, exclamó:

«¡Traed á mi presencia á mi esclava meseniana! ¡Mi felicidad me la devuelve!»

Y mandó que el oficial del palacio de Diócleciano fuese puesto en libertad.

Doroteo tenia en Roma numerosos partidarios y protectores celosos aun entre los paganos, porque jamás se habia servido de su fortuna y poder sino para evitar las violencias y servir de escudo á la inocencia; así recogia en aquel momento el fruto de sus virtudes, y la opinion pública le servia de escudo contra un ministro protervo. El encuentro de este poderoso cristiano y de Cimodocea se presentó como un efecto de la casualidad á Hierocles, que no quiso atraerse nuevos enemigos cuando tenia que combatir el poder de Publio. El apóstata advertia interiormente que el odio público amagaba su cabeza; y temiendo sublevar al pueblo en favor de un anciano sacerdote de los dioses, habia dejado á Demodoco vagar en la oscuridad en medio de Roma. Dios empezaba á cegar al perverso, que en lugar de encaminarse directamente al propuesto fin, se embrollaba en sus humanas previsiones, y á fuerza de política, astucia y cálculo, venia á caer en los mismos lazos que procuraba evitar. Hierocles parecia aun poderoso á los ojos de la muchedumbre, pero el ojo avizor descubria en él inequívocas señales de decadencia y ruina: así se eleva una encina cuya copa toca al cielo y cuyas raices bajan á los infiernos; arrostra al parecer los inviernos, los vientos y el rayo; el viajero, sentado á su pié admira las robustas ramas que han visto pasar numerosas generaciones, mientras el pastor que contempla al rey de los bosques desde la erguida colina, ve estenderse sobre la mentida lozania de su ramaje una corona seca.

En una colina que dominaba el anfiteatro de Vespasiano, Tito habia construido un palacio con los escombros de la casa dorada de Neron. Allí se hallaban reunidas todas las obras maestras de la Grecia. Espaciosos peristilos, salas incrustadas en mármoles de Oriente y pavimentadas de preciosos mosáicos, desplegaban á la admirada vista los milagros de la escultura antigua: el *Mercurio* de Cenodoro, arrebatado á la ciudad de Arverno en las Galias, llamaba la atencion por sus colosales dimensiones, que en nada perjudicaban á la ligereza de sus formas; la *Tocadora de flauta* de Lisipo parecia vacilar riendo, bajo el poder de Baco; la *Venus* de bronce de Praxiteles disputaba el premio de la hermosura á la Venus de mármol de *este artista* divino; su *Matrona llorosa* y su *Friné* en la alegria, mostraban la flexibilidad de su arte, descubriéndose la pasion del escultor en las facciones de la cortesana, que parecia prometer al genio la recompensa del amor. Admirábase al lado de Friné la *Leona sin lengua*, símbolo ingenioso de aquella otra cortesana que prefirió espirar en los tormentos á delatar á Harmodio y á Aristógiton. La estátua del *Deseo*, que lo hacia nacer, la de *Marte en reposo* y de *Vesta sentada*, inmortalizaban en aquellos lugares el talento de Escopas. Galerio habia agregado á todos estos monumentos de incalculable valor, el Toro de bronce que Perilo inventó para Falaris.

El nuevo emperador habitaba este fastuoso palacio, y su digno ministro Hierocles ocupaba uno de los pórticos de la soberbia morada del señor del mundo, escediendo en magnificencia sus habitaciones á las de Galerio.

En las paredes esmeradamente bruñidas, veíanse representados encantadores paisájes, dilatados bos-

ques y frescas cascadas, al paso que los cuadros de los mas eminentes maestros decoraban los baños que respiraban delicias y los voluptuosos gabinetes; aquí se admiraba la *Juno Lacinia*: para servir de modelo á esta obra maestra, los agrigentinos presentaran en otro tiempo sus hijas desnudas á Zeuxis; allí se ostentaba la *Venus* de Apeles, saliendo de las olas, digna de reinar sobre los dioses ó de ser amada de Alejandro.

Veíase allí morir de amor al *Sátiro* de Protógenes: el morador de los bosques espiraba sobre el musgo á la entrada de una gruta cubierta de yedra; su mano sin fuerza dejaba caer la flauta, roto su tirso y en el suelo su taza; siendo tan ingenioso el artificio del pintor, que habia sabido reunir lo que el amor tiene de mas material en el bruto y de mas celestial en el hombre. ¡Maldicion al que hizo salir las bellas artes de los templos de la Divinidad, para embellecer con ellas la mansion de los mortales! Así, las sublimes obras del silencio, de la meditacion y el génio, se convirtieron en causas, elementos y testigos de los mayores crímenes ó de las mas vergonzosas pasiones.

Hierocles esperaba la la hija de Homero en la mas hermosa sala de su palacio. En un ángulo de esta sala veíase al *Apolo* vencedor de la serpiente enemiga de Latona, y en el ángulo opuesto descollaba el grupo de *Lacoonte y sus hijos*, como si el sabio en medio de sus deleites no hubiera podido prescindir de la imágen de la humanidad afligida. La púrpura, el oro y el cristal resplandecian por donde quiera, y oíase incesantemente el blando rumor de las aguas y de una música lejana; las mas estrañas flores del Asia embalsamaban el ambiente y aromas esquisitos ardian en pebeteros de alabastro.

Los satélites de Hierocles le traen al fin la presa que ha tanto tiempo persigue: Cimodocea es conducida á las plantas del perseguidor por oscuros pasadizos y puertas secretas que se cierran suspicazmente á su espalda; los esclavos se retiran, y la hija de Demococo queda sola con un monstruo que no teme á los dioses ni á los hombres.

La desventurada ocultaba su dolor bajo los pliegues de un velo, y se oia el rumor de su llanto, á la manera que en los bosques se escucha el murmullo de oculto manantial; agitado su seno por el temor, elevaba su blanca túnica, y su presencia llenaba la sala de esa luz semejante á la vaga claridad que despiden los ángeles y los espíritus bienaventurados.

Hierocles permanece turbado algunos momentos ante la autoridad de la inocencia, la debilidad y el infortunio; y ávidas sus mirada se gozan en la admiracion de tantos atractivos; el perverso contempla con espantoso ardor á la mujer que nunca habia visto tan cerca; á la mujer cuya mano ó velo nunca habia tocado; cuya voz nunca habia oido sino en los coros de las doncellas, y que, no obstante, habia dispuesto de los dias, de las noches, de los pensamientos de los sueños y crímenes del apóstata. Pero á poco, la pasion de este hombre, presa del infierno, domina el primer momento de duda y turbacion; y mintiendo primero una moderacion que el amor, los zelos, la venganza y el orgullo no podian permitir á su corazon, dirige estas insidiosas palabras á Cimodocea:

—¡Cimodocea! ¿por qué ese temor y esas lágrimas? ya sabes que te amo; sumiso á tu voluntad, me verás obedecerte como un esclavo, si accedes á escucharme.

Y el insolente favorito de la fortuna levanta el velo de Cimodocea, cuyas gracias le deslumbran. La virgen se ruboriza, y ocultando en su seno el rostro bañado en amargas lágrimas, responde:

—Nada quiero de tí; solo te pido me restituyas á mi padre, pues los bosques del Pamiso son mas gratos á mi corazon que todos tus palacios.

—¡Pues bien! repuso Hierocles, te restituiré á tu padre y colmaré á ese anciano de gloria y riquezas; pero no olvides que una resistencia inútil podria perder para siempre al autor de tus dias.

—¿Me devolverás tambien á mi esposo? preguntó Cimodocea, alzando las suplicantes manos.

A este nombre, Hierocles palideció, y con mal reprimido encono, repuso:

—¡Cómo! ¿te devolveria á ese pérfido que se ha apoderado de tu corazon por medio de filtros y encantamientos? ¡Oye! Eudoro va á perder la vida en los tormentos; ¡pues bien! ¡juzga ahora el amor que me inspiras! libertaré de la muerte á ese odiado rival!

Alucinada Cimodocea, exhala un grito de gozo, y cayendo á los piés de Hierocles, abraza sus rodillas.

—¡Ilustre señor! exclama, tú brillas al frente de los sabios. Mi padre Demodoco me ha dicho muchas veces que la filosofía eleva á los mortales sobre los que yo llamaba dioses. ¡Proteje, pues, oh señor de los hombres, proteje la inocencia y reune á dos esposos víctimas de injusta persecucion!

—¡Ninfa divina, gritó Hierocles enajenado de amor, alza del suelo! ¿No adviertes que tus encantos destruyen el efecto de tus ruegos? ¿Quién podria cederte á un rival? La sabiduría, jóven demasiado amable, consiste en seguir las inclinaciones del corazon; no des fe á una religion salvaje que intenta avasallar tus sentidos. Los preceptos de pureza, modestia é inocencia, útiles son sin duda á la multitud; pero el sabio disfruta en secreto de los bienes de la naturaleza. Los dioses no existen, ó no toman parte alguna en los acontecimientos de la tierra. Ven, pues, ¡oh virgen candorosa! ven y abandonémonos sin remordimiento á las delicias del amor y á los favores de la fortuna.

Esto diciendo, abraza á Cimodocea como la serpiente que se enrosca en torno de una tierna palmera ó de un altar consagrado al Pudor. La hija de Demodoco se desprende con indignacion de los impuros abrazos del monstruo, y exclama:

—¡Cómo! ¿es ese el lenguaje de la sabiduría? ¡Enemigo del cielo, te atreves á hablar de la virtud! ¿No me has prometido salvar á Eudoro?

—¡Me has comprendido mal! replicó Hierocles con el corazon desgarrado por los zelos y la cólera. Me hablas demasiado de ese hombre, mas abominable á mis ojos que el infierno con que me conminan los cristianos; el amor que le profesas es la sentencia irrevocable de su muerte. Por última vez sabe á qué precio concederé la vida á Eudoro: ¡morirá sino eres mia!

Y la reprobacion se mostró en toda su plenitud en el demudado semblante de Hierocles.

Una satánica sonrisa contrae sus labios y sus ojos destilan gotas de sangre. La cristiana, presa hasta entonces del terror, se siente de repente reanimada por el golpe destinado á abatirla. Solo es temible el principio de la adversidad; pues al llegar el infortunio á su colmo, el alma encuentra, alejándose de la tierra, regiones tranquilas y serenas: á la manera que cuando se sube á lo largo de un desatado torrente, el estrépito de las olas inspira hondo pavor en medio del valle; pero á medida que se penetra en la montaña, las tumultuosas aguas disminuyen, el temeroso estruendo se debilita, y el curso del viajero va á terminar en las regiones del silencio, felices vecinas del cielo.

Cimodocea, lanzando á Hierocles una mirada de desprecio, le dijo:

—¡Te comprendo, miserable! ahora veo por qué mi esposo no ha recibido aun su anhelada corona; sabe, empero, que no compraré á precio de mi deshonra la vida del guerrero á quien amo mas que á la luz de los cielos. No hay suplicio que Eudoro no prefiera al de verme tuya; á pesar de su actual debilidad, mi esposo se burla de tu poder, porque no puedes darle

sino la palma gloriosa, que con él espero compartir.

—¡No! gritó frenético Hierocles; no perderé el fruto de tantos sufrimientos, de tantas humillaciones y planes; obtendré por la fuerza lo que de grado me niegas, y verás perecer al traidor á quien no quieres salvar.

Dice; y persigue por la anchurosa sala á Cimodocea, que precipitándose á los piés del *Lacoonte*, amenaza al desatentado perseguidor diciéndole se estrellaria la cabeza contra el inerte mármol; abraza con vigor la estátua, y parece un tercer hijo que espira de dolor á los piés de un padre sin ventura.

—¡Padre mio! exclama, ¡padre mio! ¿no acudirás en mi auxilio? ¡Vírgen santa! ¡apiádate de mi!

No bien pronunciada esta fervorosa invocacion, el palacio resuena á los clamores de mil voces tumultuarias, y sus puertas de bronce se estremecen á los redoblados golpes.

Asombrado Hierocles, desiste de su criminal tentativa; Dios, que le inspira un súbito pavor, hiela el corazon y fija los pasos del malvado.

—¡Es la Vírgen santa! grita alentada Cimodocea; ¡sí, ya llega! ¡Inicuo! ¡vas á ser confundido!»

El tumulto crece; Hierocles abre la puerta de una galería que dominaba los patios del palacio, y ve á una multitud inmensa en derredor de un anciano que agitaba en alto el ramo de suplicante y ostentaba el manto y las cintas de un sacerdote de los dioses. Por todas partes poblaban el aire estos gritos:

—¡Seále devuelta su hija! ¡sea entregado el traidor al que suplica al pueblo romano!

Estas confusas palabras llegan á Cimodocea, que se lanza veloz á la galería, y reconoce á su padre... ¡Demodoco en Roma!....

Cimodocea se asoma, estiende sus brazos y se inclina hácia Demodoco. Un grito general repite:

«¡Héla allí! ¡es una sacerdotisa de las Musas! ¡es la hija de este anciano sacerdote de los dioses!»

Demodoco reconoce á su hija, la llama por su nombre, derrama torrentes de lágrimas, rasga sus vestiduras y alarga al pueblo ambas manos en suplicante ademan. Hierocles fuera de sí llama á sus esclavos é intenta sustraer á Cimodocea, pero la exasperada muchedumbre le grita:

«¡Ay de tí, Hierocles! ¡con nuestra propia mano te despedazaremos si infieres el mas leve ultraje á esa vírgen de las Musas!»

Algunos soldados confundidos con el pueblo desenvainan sus aceros y amenazan al perseguidor. Cimodocea se ase á las columnas de la galería, y la Riena de los ángeles la fija á ellas por medio de invisibles nudos: nada puede arrancarla de allí.

Asustado Galerio por el tumulto que en palacio oia, se asoma á un balcon frontero, rodeado de su córte y sus guardias. El pueblo insiste y clama:

«¡César! ¡justicia, justicia!»

El emperador impone silencio con un ademan; y el pueblo romano, con el buen sentido que le caracteriza, calla y escucha.

El prefecto de Roma, que favorecia clandestinamente aquella escena, con el designio de perder á Hierocles, se hallaba al lado de Galerio, é interroga al pueblo:

«¿Qué pides á la justicia de Augusto?

—!Anciano, responde! replicó la multitud.

Demodoco tomó la palabra:

—¡Hijo de Júpiter y de Hércules, divino emperador, ten piedad de un padre que reclama á su hija, encerrada por Hierocles en tu palacio! ¡héla allí, en desórden el cabello, asida á ese pórtico, cerca de su sacrílego raptor, que no respeta á una sacerdotisa de las Musas; yo soy tambien sacerdote de los dioses; ¡protege, pues, la inocencia, la ancianidad y los altares!

Hierocles responde desde lo alto del pórtico:

—Divino Augusto, y tú pueblo romano, se intenta sorprenderos: esta griega es una esclava cristiana que se pretende arrebatarme injustamente.

—¡No es cristiana! mi hija no es esclava, pues yo soy ciudadano romano. ¡Pueblo! no escuches á nuestro enemigo.

—¿Tu hija es cristiana? gritó el pueblo con voz unánime.

—¡No! respondió Demodoco, es sacerdotisa de las Musas: es cierto que para casarse con un cristiano intentaba...

—¿Es cristiana? volvió á preguntar el pueblo ¡Hable ella misma!

Entonces Cimodocea, levantando al cielo sus ojos, respondió:

—Soy cristiana.

—¡No, no lo eres! replicó Demodoco con amargos sollozos.

¿Tendrias la barbarie de querer separarte para siempre de tu padre? ¡Augusto, pueblo romano! mi hija no ha sido marcada con el sello de la nueva religion.

En aquel momento, la hija de Homero descubrió á Doroteo en medio de la multitud.

—¡Padre mio! dijo la doncella anegada en lágrimas, veo á tu lado á Doroteo, quien sin duda te ha traido para salvarme; él sabe que soy cristiana y que he sido marcada con el sello de mi religion, pues ha sido testigo de mi felicidad. No puedo negar mi fe: quiero ser la esposa de Eudoro!

El pueblo, dirigiéndose á Doroteo, le pregunta:

—¿Es cristiana?

Doroteo bajó la cabeza y no respondió.

«¡Ya lo veis! gritó Hierocles, es cristiana. Reclamo, pues, á mi esclava.

El pueblo estupefacto vacilaba entre su furor contra los cristianos y su compasion hácia Cimodocea; pero satisfaciendo al par su justicia y sus pasiones, dijo:

«Si Cimodocea es cristiana, sea entregada al prefecto de Roma y sufra la suerte de los cristianos; pero no permanezca al lado de Hierocles, cuya esclava no puede ser, puesto que Demodoco es ciudadano romano.»

Augusto confirmó esta sentencia inclinando la cabeza, y Publio se apresuró á ejecutarla.

Retirado á su palacio, Galerio se sintió agitado por movimientos de vergüenza y cólera, porque no podia perdonar á Hierocles haber sido causa de un motin que habia osado violar la morada imperial.

El prefecto de Roma se acerca á Galerio y le dice:

—¡Augusto! la sedicion está aplacada, y esa cristiana de Mesenia ha sido reducida á prision. ¡Príncipe! no puedo ocultártelo: tu ministro ha comprometido la existencia del imperio; ese hombre dice ser enemigo de los cristianos, y no obstante perdonaba no há mucho la vida al mas peligroso de los rebeldes. Cimodocea estaba destinada á ser esposa de Eudoro, y es por cierto gran desventura que tu primer ministro sostenga ridículas luchas de zelos con el jefe de tus enemigos.

Publio, que advirtió el efecto de estas palabras, se apresuró á añadir:

—Pero no son estos, los únicos desaciertos de Hierocles: si ha de dársele crédito, él es quien te ha hecho nombrar Augusto; ese griego que debe todo á tus bondades, te ha revestido de la púrpura...

Publio se interrumpió al llegar aquí, como si reservase secretos aun mas ofensivos á la magestad del príncipe. Galerio se avergonzó, y el astuto cortesano conoció habia tocado la llaga oculta.

Publio no habia ignorado la llegada de Doroteo á Roma, ni su entrevista con Demodoco, ni las tentativas de este para conducir la multitud al palacio; fácil, pues, le hubiera sido evitar el tumulto popular, pero



CIMODOCEA EN EL SANTO SEPULCRO, EN JERUSALEN.

no quiso impedir que estallase un motin que podia derribar á Hierocles, y aun favoreció por medio de agentes secretos los proyectos de Demodoco; disponiendo á su placer de todos los resortes que ponian en juego aquella gran máquina, sus insidiosos discursos acabaron de alarmar el inseguro espíritu de Galerio.

—Líbrame de ese cristiano y de sus cómplices, dijo el emperador. Veo con sentimiento que Hierocles no puede permanecer por mas tiempo á mi lado; pero en recompensa de sus antiguos servicios le nombro gobernador de Egipto.

Entonces Publio, en el colmo de su alegria, repuso:

—Tu magestad divina descanse de todos sus cuidados en mi celo. Eudoro merece mil veces la muerte; pero como sus traiciones no están bastante probadas, bastará hacerle juzgar como cristiano, y Cimodocea será condenada á su vez con la turba de los impios. Hierocles va á recibir las órdenes de tu Eternidad.

Así habló Publio y comunicó sin demora á Hierocles su destino.

El perverso ministro leyó una y otra vez la carta imperial que le alejaba de la córte. Sus pálidas mejillas, sus estraviados ojos y entreabiertos labios espresaban harto fielmente la intensa amargura del cortesano criminal que ve desvanecerse en un instante los dorados ensueños de toda su existencia.

¡Dios de los cristianos! exclamó, eres tú quien me persigue? ¡Deseando obtener á Cimodocea, he

dilatado la vida de Eudoro; ¡y Cimodocea me huye, y mi rival morirá al golpe de ajena mano! He despreciado en Roma á un viejo oscuro y sin valia, he creido debia dejar en libertad á un cristiano poderoso, y Demodoco y Doroteo me han perdido! ¡Oh ciega prevision humana! ¡Oh vana y jactanciosa sabiduria, que no has podido conservarme el poder, y que tampoco puedes consolarme de su pérdida!»

Tales eran las confesiones que la vehemencia del dolor arrancaba á Hierocles, mientras indignas lágrimas surcaban su rostro. Deploraba su mal éxito respecto de una débil mujer de escaso criterio y menos corazon; hubiera querido, no obstante, salvar á Cimodocea, pero el villano no sentia en si bastante arrojo para arriesgar su vida por ella.

Mientras titubeaba entre mil proyectos, no pudiendo arrostrar la tormenta ni acceder á alejarse, Doroteo habia instruido á Eudoro de la llegada de Cimodocea y de los acontecimientos en el palacio ocurridos. Los confesores reunidos en derredor del hijo de Lastenes, le felicitaban por haber elegido esposa tan animosa y fiel; grande era la alegría de Eudoro, aunque acibarada por los nuevos peligros que iba á correr la jóven cristiana.



EL ESCLAVO DE HIEROCLES EN CASA DEL VIEJO JUDIO.

«¡Ha sido la primera que ha confesado á Jesucristo! exclamaba en santos trasportes. ¡Tanto honor estaba reservado á su inocencia!»

Y derramaba lágrimas de ternura al pensar que su amada habia recibido el bautismo en las aguas del Jordan por mano de Gerónimo.

«¡Es cristiana!» repetia sin cesar, ha confesado á Jesucristo en presencia del pueblo romano; ya puedo morir en paz, que ella vendrá á reunirse á mi!»

Un rayo de esperanza empezaba á brillar en los calabozos, imaginando que la desgracia de Hierocles podia ocasionar un cambio en el imperio. Constantino amenazaba á Galerio desde el fondo del Occidente, y el mensajero que Eudoro habia enviado á Diocleciano podia traer faustas nuevas. Cuando un bajel ha naufragado en noche horrorosa, los marineros beben las amargas aguas y luchan debilmente con las iracundas olas; si entonces, falaz una aurora rompe un momento las tinieblas y descubre á los desgraciados una tierra inmediata, nadan con esfuerzo hácia la anhelada playa; pero en breve la aurora se apaga, la tempestad muge con nueva furia y los nautas se sumergen en el abismo: ¡tal fue la breve esperanza, tal la triste suerte de los cristianos!

Los mártires entonaban aun al Altísimo un cántico de alabanzas, cuando vieron entrar á Zacarias. Ya el apóstol de los francos conocia el destino de su amigo:

«¡Cantad! dijo, ¡cantad, amigos mios! teneis un justo motivo de alegria. Mañana, un gran santo aumentará tal vez el número de vuestros intercesores cerca de Dios.»

Todos los confesores enmudecieron, y durante algunos momentos profundo silencio reinó en las prisiones. Todos procuraban adivinar quien era la dichosa víctima; cada cual deseaba que la suerte recayese en él; todos recorrian en su mente los títulos que podian presentar á tal honor. Eudoro comprendió desde luego á Zacarias, pero rechazaba las esperanzas del martirio como un pensamiento soberbio, como una tentacion del infierno; temia pecar de soberbia mencionándose á sí mismo; juzgábase indigno de morir con preferencia á aquellos antiguos confesores, que tanto tiempo combatieran por Jesucristo. Zacarias puso pronto fin á tan sublime incertidumbre, á emulacion tan divina; y acercándose á Eudoro le dijo:

«¡Hijo mio! te he salvado la vida, y pues me debes tu gloria, no me olvides cuando te remontes al cielo.»

Al punto, todos los obispos, todos los sacerdotes y todos los presos caen de rodillas á los piés del már-

tir, besan la orla de su manto y se encomiendan á sus oraciones. Eudoro en pié en medio de aquellos ancianos prosternados, semejaba á un jóven cedro del Líbano, único renuevo de un bosque antiguo derribado á sus piés.

Un lictor precedido de dos esclavos que llevaban unas antorcas de ciprés, penetra en el calabozo. Sorprendidos de la humildad de los presos, que continuaban en la misma actitud, no daban asenso á sus ojos:

—Rey de los cristianos, dijo el lictor al esposo de Cimodocea, ¿quién en tu pueblo es el tribuno llamado Eudoro?»

—¡Yo! respondió el hijo de Lastenes.

—Pues bien: dijo el lictor, con creciente asombro, estás condenado á muerte.

—¡Bien lo ves en mis honores! repuso Eudoro.

Un esclavo desenvolvió el fatal escrito, y leyó en alta voz la sentencia de Publio:

«Eudoro, hijo de Lastenes, natural de Megalópolis en Arcadia, antiguo tribuno de la legion británica, general de la caballería, y prefecto de las «Galias, comparecerá mañana ante el tribunal de «Festo, juez de los cristianos, para sacrificar á los «dioses ó morir.»

Eudoro se inclinó y el lictor salió.

A la manera que en las fiestas de la ciudad de Teseo se ve á una jóven canéfora ocultarse á los ojos de la multitud que ensalza su pudor y sus gracias: así Eudoro que ostenta ya las palmas del sacrificio, se retira al fondo de su prision para sustraerse á los elogios de sus compañeros de gloria. Pide el licor misterioso de que los cristianos se servian entre sí en tiempo de persecuciones, y escribe su despedida á Cimodocea.

Angel de los santos amores, tu que guardas fielmente la historia de las pasiones virtuosas, ¡dignate confiarme la página del libro en que grabastes los tiernos y piadosos sentimientos del mártir!

«Eudoro, siervo de Dios, encarcelado por su amor «á Jesucristo, á mi hermana Cimodocea, destinada «á ser mi esposa y compañera de mis combates, paz, «gracia y amor.

»Paloma mia, amada mia: he sabido con una sa«tisfaccion digna del amor que mi corazon te profe«sa, que has sido bautizada en las aguas del Jordan «por mi amigo el solitario Gerónimo. Acabas de con«fesar á Jesucristo en presencia de los jueces y prín«cipes de la tierra. ¡Oh verdadera sierva de Dios, qué «brillo aumentará ahora tu hermosura! ¿Podria que«jarme yo, harto justamente castigado, mientras tu, «Eva aun no caida, sufres las persecuciones huma«nas? Es para mí una peligrosa tentacion la idea de «que esos brazos tan débiles y delicados se ven do«blados al peso de las cadenas; que esa cabeza, ador«nada con todas las gracias de las vírgenes, y que «merece ser sostenida por la mano de los ángeles, «posa sobre una piedra en las tristes sombras de una «cárcel. ¡Ah! si me hubiera sido dada la felicidad á «tu lado! ¡Lejos, empero, de mí tal pensamiento! «¡Hija de Homero! Eudoro va á precederte en la «mansion de los inefables conciertos; es preciso que «corte el hilo de sus dias, como un tejedor corta el «hilo de su tela, medio tejida. Te escribo desde la «cárcel de San Pedro, el primer año de la persecu«cion. Mañana compareceré ante los jueces á la hora «en que Jesucristo espiró sobre la cruz. ¡Querida «mia! ¿mi amor seria mas intenso si te escribiese «desde un palacio real y durante la época de las pros«peridades?

«Preciso es dejarte, ¡oh tú que has nacido la mas «hermosa entre las hijas de los hombres! Pido al cielo «con lágrimas me permita volver á verte en la tierra, «aunque solo sea un momento. ¿Me será concedida «esta gracia? Espero resignado los altos decretos de «la Providencia. ¡Ah! si nuestros amores han sido «de escasa duracion, á lo menos han sido puros. «A imitacion de la Reina de los ángeles, conservas el «dulce nombre de esposa, sin haber perdido el her«moso nombre de virgen. Este pensamiento que cau«saria la desesperacion de un amor humano, consti«tuye el consuelo de un amor divino. ¡Cuánta es mi «felicidad! ¡Oh Cimodocea! yo estaba destinado á «llamarte ó la madre de mis hijos, ó la casta compa«ñera de mi eterna felicidad!

«¡Adios, pues, dulce hermana mia! ¡Adios, mi «paloma, mi querida! pide á tu padre me perdone «sus lágrimas. ¡Ay! Demodoco te perderá tal vez y «no es cristiano; ¡cuán desgraciado debe ser!

«Hé aquí el saludo que yo, Eudoro, añado al fin de esta carta:

«Acuérdate de mis lazos, ¡oh Cimodocea!

«¡La mansedumbre de Jesucristo sea contigo!»

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

SUMARIO. Eudoro es absuelto de su penitencia. Lamentos de Demodoco. Encierro de Cimodocea. Esta recibe la carta de Eudoro. Actas del martirio de Eudoro. El purgatorio.

Era la hora en que los cortesanos de Galerio, reclinados en almohadones de púrpura en derredor de una mesa fastuosamente servida, prolongaban las delicias del festin en las sombras de la noche. Ostentando en la mano lozanas ramas de eneldo, y ceñida la sien con coronas de rosas y violetas, cada convidado se entregaba á los trasportes de su regocijo. Unas lindas tañedoras de flautas hábiles en el arte de Tersícore, inflamaban los deseos con muelles danzas y voluptuosas canciones. Una copa de raro mérito y tan profunda como la de Néstor, animaba á la festiva concurrencia. El dios que lleva el arco y la venda y que se goza en los males que ha ocasionado, era, como en el banquete de Alcibiades, el objeto de los coloquios de aquellos venturosos mortales. El mármol, el cristal, el oro, la plata y las piedras preciosas reflejaban y multiplicaban el resplandor de las antorchas, mientras los perfumes de la Arabia se confundian con el olor de los vinos de la Grecia.

A la misma hora, los confesores cristianos, abandonados del mundo y condenados á muerte, preparaban tambien una fiesta y un banquete en los calabozos de San Pedro. Eudoro debia comparecer al dia siguiente ante el tribunal del juez, y podia espirar en los tormentos; era, por lo tanto, llegado el tiempo de absolverle de su penitencia.

Enciéndese una lámpara en la prision, y Cirilo, á quien el obispo de Roma habia enviado sus poderes, debia celebrar la misa de reconciliacion. Gervasio y Protasio son elegidos para ayudar al sacrificio, á cuyo efecto visten una túnica blanca traida por los hermanos; sus rubios cabellos caen en rizos sobre su descubierto cuello, y virginal pudor se estiende por sus facciones. Hubiérase dicho que marchaban al martirio, al ver cuanta alegría y modestia se pintaban en el semblante de aquellos mancebos.

Los presos se arrodillaron en torno de Cirilo, que empezó en voz baja una misa sin cáliz y sin altar, por lo que los confesores alarmados ignoraban donde consagraria la víctima inmaculada; mas ¡oh invencion sublime de la caridad! ¡oh tierna ceremonia! El anciano obispo deposita la hostia sobre su corazon, convertido así en altar del sacrificio. ¡Jesucristo mártir, era ofrecido en holocausto sobre el corazon de un mártir! Un dios se elevaba en aquel corazon, un dios descendia á aquel corazon.

Eudoro, despojado del traje de su penitencia, recibió en cambio una túnica de deslumbradora blancura. Perseo y Zacarías se levantaron para llenar las funciones de diácono y archidiácono, y dirigieron estas palabras á Cirilo en nombre de los cristianos:

«¡Carísimo á Dios! este es el momento de la misericordia; este penitente desea reconciliarse y la Iglesia te lo pide: ha sido postulante, oyente y postrado; hazle subir á la categoría de los elegidos.»

Cirilo dijo entonces:

«¡Penitente! ¿prometes mudar de vida? Levanta las manos al cielo en señal de esta promesa.»

Eudoro levantó al cielo los aherrojados brazos, y se presentó adornado con sus cadenas á la manera que una jóven esposa con sus braceletes y los festones de oro que bordan su rica túnica. Cirilo pronunció sobre él estas palabras:

«¡Fiel! yo te absuelvo por la misericordia de Jesucristo que desata en el cielo todo lo que sus apóstoles desatan en la tierra.»

A estas palabras, Eudoro cae á los piés del obispo, y recibe de manos del diácono el santo Viático, pan del viajero cristiano, preparado para la peregrinacion de la eternidad. Los confesores admiran en medio de ellos al mártir designado, que semejante á un cónsul romano elegido por el pueblo, se prepara á desplegar en breve las insignias de su poder. El mundo no hubiera visto en aquella reunion de proscritos sino una turba de hombres oscuros, destinados á la pena capital; y no obstante, allí brillaban los caudillos de una raza numerosa que debia cubrir la tierra; allí se hallaban las víctimas cuya sangre iba á apagar el fuego de la persecucion y hacer reinar la cruz sobre el universo. ¡Pero cuántas lágrimas debian correr antes que aquella persecucion hiciese brillar el dia del triunfo!

Demodoco no habia llegado á Roma sino para sentir rasgado su corazon. Noticioso de la primera desgracia que amenazaba á la sacerdotisa de las Musas, habia conseguido reunir al pueblo y llevarlo al palacio de Galerio; pero no bien habia arrancado á Cimodocea al poder de Hierocles, le fue robada á su cariño como cristiana. Prohibióse al anciano la vista de su hija, porque la compasion habia desaparecido desde que la jóven meseniana se declarara prosélita de la secta proscrita. El carcelero de la prision de San Pedro era humano, compasivo y accesible al oro, por lo que se veia fácilmente á los mártires; pero Sevo, carcelero de Cimodocea, era encarnizado enemigo de los cristianos, porque su esposa Blanca, que era cristiana detestaba su vida licenciosa. Así, nunca habia consentido se hablase ni aun en su presencia á la hija de Homero, y rechazaba á Demodoco con ultrajes y amenazas.

No lejos del asilo de dolor donde gemia la esposa de Eudoro, se alzaba un templo erigido por los romanos á la Misericordia; su friso estaba adornado con bajos relieves en mármol de Carrara, que representaban los asuntos consagrados por la historia ó cantados por las Musas: allí se veia aquella piadoso hija que alimentó á su padre en la cárcel, haciéndose madre del hombre de quien recibiera la vida: mas allá, Manlio, despues de haber inmolado á su hijo, regresaba en triunfo al Capitolio; los ancianos le salian al paso, pero los jóvenes romanos evitaban el encuentro del vencedor. Aquí, una brillante vestal, haciendo subir por el Tíber la nave que conducia la imágen de Cibeles, llevaba en su ceñidor los destinos de Roma y Cartago; acá, Virgilio, aun pastor, se veia obligado á abandonar los campos paternos; acullá, en la noche fatal de su destierro, Ovidio recibia la triste despedida de su esposa.

Los astros terminaban y volvian á empezar su carrera y hallaban á Demodoco sentado en el suelo, bajo el pórtico de aquel templo. Un sucio y desgarrado manto, la descuidada barba, los cabellos en desórden y cubiertos de ceniza, annnciaban la amargura del venerable suplicante. Ora abrazaba los piés de la estátua de la Misericordia, regándolos con sus lágrimas; ora imploraba la compasion del pueblo; algunas veces cantaba acompañándose de la lira para tender un lazo á los transeuntes y atraer con los acentos del placer la atencion que los hombres temen conceder á las lágrimas.

«¡Oh siglo de hierro! exclamaba, ¡hombres odiosos á Júpiter por vuestra dureza! ¡cómo ¿permaneceis insensibles al dolor de un padre? ¡Romanos! ¡vuestros antepasados han construido templos á la Piedad filial, y mis blancos cabellos no pueden interesaros á mi favor! ¿Soy acaso un parricida maldito de los pueblos y las ciudades? ¿He merecido ser entregado á las Euménides? ¡Ah! Soy un sacerdote de los dioses, criado sobre las rodillas de Homero, en medio del coro sacro de las Musas. ¡He pasado mi vida implorando al cielo por los hombres, y estos se muestran insensibles á mis ruegos! Y no obstante, ¿qué pido? Que me sea dado ver á mi hija, para compartir sus hierros y morir en sus brazos antes de perderla para siempre. ¡Romanos! atended á la edad tan tierna de mi Cimodocea. ¡Ah! ¡yo era el mas feliz de los mortales que el sol alumbra en su esplendorosa carrera! Hoy, ¿qué esclavo querria trocar por la mia su suerte? ¿Júpiter me ha dado un corazon hospitalario; mas, de todos los huéspedes que en mis hogares he recibido y que conmigo han apurado la copa de la alegría, ¿hay uno solo que venga á tomar parte en mi dolor? ¡Cuán insensato es el mortal que cree constante su prosperidad! La caprichosa fortuna en ninguna parte descansa.»

A estas palabras, Demodoco, torciendo sus manos con desesperacion, se revuelca por el suelo, pero sus lastimosos clamores no atraviesan las paredes del encierro de su hija. Todos los fieles que habian precedido á la nueva cristiana en aquel sangriento lugar, habian dado la vida por Jesucristo; así, Cimodocea habitaba sola la prision. Fatigado por los cuidados que se veia precisado á tener con la huérfana, Sevo insultaba muchas veces su desgracia: tal, cuando unos groseros campesinos han apresado un águila jóven en la montaña, encierran en indigna jaula á la heredera del imperio de los aires; ultrajan con innobles juegos é inhumanos tratamientos á la magestad caida; hieren su coronada cabeza; apagan aquellos ojos que hubieran mirado al sol, y atormentan de mil maneras á la jóven reina que no tiene alas para huir, ni garras para rechazar tan torpes ofensas.

Alimentada en las risueñas ideas de la mitologia; rodeada hasta allí de las mas placenteras y graciosas imágenes, Cimodocea apenas habia conocido la tristeza y la adversidad; pues no habia sido formada en esa escuela cristiana donde el hombre aprende desde la cuna que ha nacido para sufrir. Durante algun tiempo, la hija de Homero, sometida á las pruebas de la Providencia, habia cambiado de religion cambiando de fortuna, y el Cristianismo se habia apresurado á darle contra las aflicciones de la vida los auxilios que no le ofrecia el culto de los falsos dioses. Estudiaba con ardor los Libros Santos que en su prision hallara y que pertenecian á algun mártir; pero asediada sin cesar por los recuerdos de su niñez y juventud, no podia saborear aun en toda su plenitud esos altos consuelos de la religion, que nos elevan sobre las amarguras y miserias humanas. Muchas veces, en medio de su lectura, su cabeza se inclinaba sobre la página sagradá, y la nueva cristiana poseida de dolor, volvia á ser por un momento la sacerdotisa de las Musas. Recordaba aquella brillante luz de la Mesenia, y creia discurrir aun por los bosques del Amfiso, veia de nuevo aquellas fiestas de la Grecia, aquellos carros que rodaban bajo las sombras del Nemeo, aquellas religiosas Teorias que recorrian al son de las

flautas las cumbres del Ira ó la llanura de Estenidara; recordaba tambien la felicidad de que gozaba en otro tiempo al lado de su padre y la vehemente afliccion que en aquellos momentos abrumaba al anciano. ¿Donde está? se decia, ¿qué hace? ¿quién cuida de sus años y lágrimas? ¡Oh! ¡cuán ligeras son las penas de Cimodocea comparadas á las que ocasionarán la muerte á su padre y á su esposo!

En tanto que Cimodocea se entregaba á estos amargos pensamientos, oyó resonar en su encierro súbitos pasos: Blanca, la mujer del carcelero, entra y entrega á Cimodocea la carta de Eudoro, con el sigilo necesario para leer la triste despedida. Blanca, tímida cristiana que no se atrevia á arrostrar de frente á su esposo y los suplicios, se apresuró á salir y cerró las puertas del calabozo.

Cimodocea prepara al punto el liquido que derramado sobre la página blanca hará visibles los misteriosos caracteres en ella trazados por el amor y la religion. Al primer ensayo reconoce la letra de Eudoro, y en breve consigue leer los primeros testimonios del amor de su esposo; las palabras del mártir adquieren por momentos mayor ternura; entrevese en ellas cierto funesto anuncio, y Cimodocea no se atreve ya á descifrar el escrito fatal. Detiénese; vuelve á empezar, se detiene de nuevo, y llega al fin á estas palabras:

«¡Hija de Homero! Eudoro va tal vez á precederte «en la mansion de los conciertos inefables. Es preciso «que corte el hilo de sus dias como un tejedor corta «el hilo de su tela medio tejida.»

¡Súbito, los ojos de la nueva cristiana se anublan y cae desvanecida sobre el helado pavimento. Pero, ¡oh Musa celestial! ¿De dónde proceden esos trasportes de alegría que resuenan en los atrios celestiales? ¿Por qué de las arpas de oro se desprenden esos melodiosos sonidos? ¿Por qué el Rey profeta suspira sus mas hermosos cánticos? ¡Qué alegría entre los ángeles! El proto-mártir, el glorioso Estéban, toma en el Santo de los Santos resplandeciente palma y la lleva á la tierra, inclinada la frente y respetuoso el ademan. ¡Cielos! ¡cantad el triunfo del justo! El momento tan rápido de las terrenas aflicciones va á producir una felicidad imperecedera. ¡Eudoro ha comparecido ante el juez! hàse despedido de sus amigos, confiando á su caridad el cuidado de su esposa y Demodoco. Los soldados condujeron al mártir al templo de la Justicia, construido por Augusto cerca del teatro de Marcelo. En el fondo de una sala inmensa y descubierta se elevaba un sillon de marfil, terminado por la estátua de Temis, madre de la Equidad, la Ley y la Paz. El juez ocupa el rico sillon: á su izquierda hay unos sacrificadores, un altar y una víctima, á su derecha algunos centuriones y soldados, y á su frente se ven unos grillos, un caballete, una hoguera, una silla de hierro, mil instrumentos de tortura y numerosos verdugos; el pueblo ocupa el espacioso salon, y Eudoro aherrojado se mantiene en pié en frente del tribunal. Los heraldos, ministros de Júpiter y de los hombres, imponen silencio: el juez interroga y el escribano graba sobre unas tablillas las actas del mártir.

Festo, siguiendo las fórmulas acostumbradas, pregunta:

—¿Cuál es tu nombre?

Eudoro responde:

—Me llamo Eudoro, hijo de Lastenes.

—¿No han llegado á tu noticia los edictos publicados contra los cristianos?

—Sí.

—Sacrifica, pues, á los dioses.

—Yo no sacrifico sino á un solo Dios, criador del cielo y de la tierra.

Festo manda desnudar á Eudoro, estenderle sobre el caballete y atarle pesos á los piés.

El juez prosigue:

—Eudoro, tu semblante palidece; ¡mucho sufres! ¡Compadécete de tí mismo; acuérdate de tu gloria y de los honores de que has sido colmado! Dirige una mirada á tu casa, próxima á desaparecer por tu caida; mira las lágrimas de tu padre y escucha los lamentos de tus abuelos. ¿No temes henchir de eterna amargura la triste vejez de los autores de tus dias?

—Mi gloria, mis honores y mis padres están en el cielo.

—¿Serás insensible á las caricias y promesas de un casto himeneo?

Eudoro calló.

—¡Te enterneces! acaba! muévante mis razones, y sacrifica ya ó tiembla ante los males que te amagan.

—¿De qué me serviria haber temblado en presencia de un juez que debe morir como yo?

Festo manda desgarrar á Eudoro con garfios de hierro. La sangre baña el cuerpo del confesor, como la púrpura de Tiro tiñe el marfil de la India ó la mas blanca lana de Mileto.

—¿Te confiesas vencido? ¿sacrificarás á los dioses? Piensa, si en lo contrario te obstinas, que arrastrarás en tu perdicion á tu padre, á tus hermanas y á la mujer destinada á tu lecho.

—¿De dónde me procede la felicidad de ser sacrificado tres veces por mi Dios?

Los piés del confesor quedan libres de los grillos, pero se hace caldear la silla de hierro y se preparan la pez hirviendo y las tenazas. Eudoro no presentaba indicio alguno de sufrimiento, pues en su semblante brillaba el regocijo unido á una dulce gravedad, y la magestad se anunciaba en medio de las gracias. La silla de hierro estaba ya preparada.

El doctor de los cristianos sentado en la abrasada silla predica con mas elocuencia el Evangelio. Los serafines esparcen sobre Eudoro un rocío celestial y su angel Custodio le cobija bajo sus alas; parecia entre las llamas un delicioso pan preparado para el celestial banquete. Los paganos mas intrépidos desviaban la cabeza, no pudiendo resistir el resplandor del mártir. Cansados los verdugos, se relevan entre sí; el juez miraba al cristiano con secreto estupor, pues creia ver á un dios en aquella encendida silla. El confesor le gritó:

«¡Observa con atencion mi rostro para que le reconozcas en aquel terrible dia en que todos los hombres serán juzgados!»

Consternado Festo á estas palabras, manda suspender el suplicio. Baja de su tribunal, corre la cortina á su espalda, y el escribano lee temblando esta sentencia:

«La clemencia del invencible Augusto manda que «todo el que negándose á obedecer los sagrados «edictos, no quiera sacrificar, sea arrojado á las fie«ras en el anfiteatro, el dia del divino nacimiento de «nuestro eterno emperador.»

Los soldados condujeron de nuevo á Eudoro á la prision, donde ya era conocido su triunfo. No bien se abrió la puerta y los obispos vieron al pálido y mutilado mártir, se adelantaron hacia él, marchando á su frente Cirilo y entonando todos en coro este cántico:

«¡Ha vencido al infierno y conquistado la palma! «¡Entra en el tabernáculo del Señor, oh ilustre sacer«dote de Jesucristo!

«¡Qué resplandor despiden sus heridas! ha sido «probado por el fuego, como la plata purificada siete «veces.

«¡Ha vencido el infierno y conquistado la palma! «Entra en el tabernáculo del Señor ¡oh ilustre sacer«dote de Jesucristo!»

Los ángeles repetian en el cielo este cántico, mientras un nuevo motivo de alegría llenaba de contento á los espíritus bienaventurados.

Eudoro, en el discurso de sus gloriosas actas habia ofrecido en secreto su sacrificio por la salvacion de su madre. Conociendo por antiguos sueños el destino de Séfora, rogaba al Altísimo le concediese un puesto entre los escogidos. Al abandonar el mundo habia caido en el lugar donde las almas acaban de espiar sus errores, por haber amado á sus hijos en demasía, habiendo sido por esta razon la primera causa de los estravios de su hijo. Eudoro, mediante el homenaje de su sangre, habia alcanzado el fin de las pruebas de Séfora: los tres profetas que leen en presencia del Eterno el Libro de vida, Isaías, Elías y Moisés, proclaman el nombre del alma libertada: María se levanta de su trono, y los ángeles que le presentaban los votos de las madres, los llantos de los niños y los dolores de los pobres é infortunados, suspenden por un momento sus ofrendas. María sube al trono de su Hijo, penetra en la region donde reina el Cordero en medio de los veinte y cuatro Ancianos, llega á los pies de Emmanuel, é inclinándose ante la segunda persona de la Esencia increada, le dice:

«¡Oh, Hijo mio! cuando aun era una débil mortal, llevé en mi seno el peso de tu Eternidad; si, pues, te dignaste confiar á mi amor el cuidado de tu humanidad atribulada, dígnate escuchar mi súplica! Tus profetas han anunciado el rescate de la madre del nuevo mártir: ¿los fieles van al fin á gozar de la paz del Señor? Aunque hija de los hombres, me has permitido te presente sus lágrimas; veo allí á un confesor próximo á ser despedazado por un tigre. ¿No basta la sangre que ha derramado ya para rescatar á esta cristiana y hacerla entrar en tu gloria, ó es preciso que consume su sacrificio, impotente la voz de María para modificar tus decretos?»

Así habló la Madre de los siete dolores; el Mesías le respondió con misericordioso acento:

«¡Oh madre mia! me compadezco, lo sabes, de las lágrimas de los hombres, pues por ellos he cargado el peso de todas las miserias del mundo. Pero es preciso que los decretos de mi Padre se cumplan. Si mis confesores son perseguidos momentáneamente en la tierra, gozarán en el cielo una gloria sin término; no obstante. ¡oh María! el momento de su triunfo se avecina; la Gracia ha empezado ya. Baja á los lugares donde las faltas se borran por medio de la penitencia, y acompaña al cielo á la mujer cuya eterna beatitud han declarado los profetas, comenzando así la felicidad del mártir por quien intercedes, con la gloria de su madre.»

Benigna sonrisa acompañó las pacíficas palabras del Salvador del mundo. Los veinte y cuatro Ancianos se inclinaron sobre sus tronos, los querubines se cubrieron bajo las rutilantes alas: las esferas celestes se detuvieron á escuchar al Verbo Eterno, y las profundidades del caos se estremecieron é iluminaron como si alguna nueva creacion fuese á salir de la nada.

María baja al lugar de la purificacion de las almas, atravesando un camino sembrado de soles, en medio de los incorruptibles perfumes y de las flores celestiales que á su paso esparcen los ángeles. El coro de las vírgenes la precede, entonando himnos; en pos caminan las mujeres mas ilustres: Isabel, cuyo hijo se estremeció de júbilo á la aproximacion de María; Magdalena, que derramó un nardo precioso sobre los piés de su Maestro, enjugándolos luego con sus cabellos; Salomé que siguió á Jesús al Calvario; la madre de los Macabeos, la de los siete hijos mártires; Lía y Raquel; Estér, reina todavía; Débora, cuyo sepulcro vió crecer la encina de los llantos, y la esposa de Elimelec, llamada Hermosa por los ángeles y por los hombres Noemi.

Entre el cielo y el infierno se estiende anchurosa region, consagrada á las espiaciones de los finados. Su base linda con la morada de los dolores infinitos, su cima con el imperio de las eternas alegrías. María lleva el consuelo á los lugares mas distantes de la mansion de la bienaventuranza. Allí, muchos desgraciados anhelantes y cubiertos de sudor, agítanse en medio de caliginosa noche. Sus negros párpados no reciben otra luz que la de las vecinas llamas del infierno. Las almas probadas en aquel recinto no esperimentan los suplicios eternos, pero sí el terror que inspiran. Oyen el sordo rumor de los tormentos, el áspero chasquido de los látigos y el fragor de las cadenas. Un hirviente rio, formado de las lágrimas de los réprobos, es la única barrera que les separa del abismo en que temerian ser sepultados á no sentirse reanimados por una esperanza siempre estinguida y renaciente siempre.

La aparicion de la Reina de los ángeles en medio de aquellos infortunados, suspendió por un momento el horror de sus temores. Una luz divina alumbró las prisiones espiatorias, penetrando hasta el infierno, que creyó en su asombro ver entrar la Esperanza. Poseida de celestial conmiseracion, María pasa con su angelical acompañamiento á menos lóbregas y desastrosas regiones. A medida que penetra en aquel lugar de prueba, todo en él se embellece y las penas de que es triste teatro se hacen mas leves y de mas breve duracion. Unos ángeles compasivos, si bien severos, vigilan las penitencias de las almas sometidas á la espiacion, y lejos de insultar sus dolores, como hacen los espíritus perversos respecto de los llantos de los precitos, les consuelan é invitan al arrepentimiento, pintándoles la hermosura de Dios y la felicidad de una eternidad dedicada á la contemplacion del Ser Supremo.

Un espectáculo estraordinario atrajo especialmente la atencion de las santas mujeres que del cielo bajaran con la Reina de las vírgenes, pues unas almas tornábanse poco á poco radiantes y luminosas en medio de las demás que las rodeaban; gloriosa aureola formábase en derredor de su frente, y gradualmente trasfiguradas, remontábanse á regiones mas elevadas desde donde oian los divinos conciertos; aquellas almas habian visto abreviado el plazo de sus tormentos por las oraciones de los parientes y amigos que aun tenian en la tierra. ¡Celestial prerogativa de la amistad, la religion y el infortunio! Cuanto mas desgraciado, pobre, débil y menospreciado es el que ora en la tierra, tanto mas poder ejercen sus votos para dar una eterna felicidad á cualquier alma rescatada!

La bienhadada Séfora brillaba con estraordinario resplandor en medio de aquellas ya gloriosas almas. La madre de los Macabeos toma de la mano á la madre de Eudoro y la presenta á María, y la celestial comitiva sube en lento vuelo á los tabernáculos santos: los diferentes mundos, los que escitan nuestra admiracion durante la noche, los que se ocultan á nuestra vista en las profundidades del espacio, los soles, la creacion entera y los coros de las Potestades que á esta creacion presiden, cantaban este himno á la Madre del Salvador:

«Abrios puertas eternales; ¡dejad pasar á la Soberana de los cielos!

«Nosotros te saludamos, María, llena de gracia, «modelo de vírgenes y esposas! ¡Querubines ardientes! conducid sobre vuestras fulgurantes alas á la «hija de los hombres, á la Madre de Dios. ¡Cuán dulce tranquilidad brilla en sus modestas miradas! «¡Cuán serena y púdica es su sonrisa! ¡Sus facciones conservan todavía la hermosura del dolor que «en la tierra esperimentara, como para moderar las «perdurables alegrías! Los mundos retiemblan de «amor á su paso; su faz disipa el brillo de la increada «luz en que marcha y respira. ¡Salve, bendita entre «todas las mujeres! ¡Refugio de los pecadores, con«suelo de los afligidos, salve!

«Abrios, puertas eternales; dejad pasar á la Soberana de los cielos!»

LIBRO VIGÉSIMO-SEGUNDO.

SUMARIO. El Angel esterminador hiere á Galerio y á Hierocles. Este procura sobornar al juez de los cristianos. Regreso del mensajero enviado á Diocleciano. Tristeza de Eudoro, Demodoco y Cimodocea. La comida libre. Tentacion.

¿QUÉ son las penas corporales cuando se las compara á los tormentos del alma? ¿Qué fuego puede igualar al fuego voraz de los remordimientos?

El justo se ve atormentado en su cuerpo, pero su alma, semejante á una fortaleza inespugnable, permanece tranquila cuando la devastacion siembra por afuera sus estragos; el malvado, por el contrario, descansa entre flores ó en suntuoso lecho; parece gozar de la paz, pero el enemigo se ha deslizado en su pecho, y muchas señales funestas relevan el secreto de este hombre en apariencia feliz: tal, en medio de risueña campiña se descubre la pavorosa bandera desplegada sobre las torres de una ciudad cuyos despojos se disputan la peste y la muerte.

Hierocles ha renegado del cielo, y el cielo le abandona al infierno. Publio, que intentaba acabar de perder á este rival, descubrió las malversaciones del ministro del emperador, que habia aumentado su fortuna con gran parte de los tesoros del príncipe. Todos buscaban en Hierocles nuevos crímenes, porque el mundo es tan vil para acusar al perverso abatido, como lo era para escusarle en sus dias prósperos. ¿Qué hara el enemigo de Dios? ¿Partirá para Alejandria sin intentar salvar á la mujer á quien ha perdido, ó permanecerá en Roma para asistir á los sangrientos funerales de Cimodocea? El odio público le persigue; un príncipe terrible le amenaza, y espantoso amor devora su corazon. En tal perplejidad los ojos del perverso se cubren de sangre, sus miradas adquieren la inmovilidad del terror, sus labios se entreabren, y sus lívidas mejillas tiemblan con todo su cuerpo; así, cuando una serpiente se ha envenenado á sí misma con los mortíferos jugos de que compone su veneno, tendida en la via pública se agita debilmente sobre el polvo, medio cerrados los párpados; sus ennegrecidas fauces destilan impura espuma; su floja y amarillenta piel no se redondea ya sobre sus anillos, é inspira todavía espanto; pero este espanto no está ya ennoblecido por la idea de su poder.

¡Oh! ¡cuán diferente es el cristiano cuyas exhaustas venas conservan aun bastante sangre para animar un esforzado corazon! Empero no bastaban los dolores y remordimientos precursores de los castigos, reservados al perseguidor de los fieles: Dios hace una señal al Angel esterminador, y con el dedo le señala dos víctimas. El ministro de las venganzas fija al punto en sus espaldas unas alas de fuego, cuyo sacudimiento imita el lejano fragor del trueno. Con una mano toma una de las siete copas de oro henchidas de la cólera de Dios; con otra empuña la espada formidable que hirió á los primogénitos de Egipto é hizo retroceder al sol á vista del campo de Sennacherib. Las naciones enteras condenadas por sus crímenes, se desvanecen en presencia de este espíritu inexorable, y en vano se buscan sus sepulcros. El trazó en la pared en el festin de Baltasar las misteriosas palabras; él arrojó al suelo la Hoz que vendimia y la Hoz que siega, cuando Juan entrevió en la isla de Patmos las espantosas visiones del porvenir.

El Angel esterminador desciende en un relámpago, como esas estrellas que se desprenden del cielo y llevan el espanto al corazon del marinero. Entra envuelto en una nube en el palacio de los Césares, en el momento mismo en que Galerio, sentado á la mesa del festin, celebraba sus efímeras prosperidades. Al punto, las lámparas del banquete pierden su brillo; óyese por afuera un rumor semejante al sordo rodar de innumerables carros de guerra; erízanse los cabellos á los convidados, y de sus ojos brotan involuntarias lágrimas; las sombras de los antiguos romanos se levantan airadas en los salones, y Galerio sintió un confuso presentimiento de la destruccion del imperio. El Angel se acerca invisible á este señor del mundo, y derrama en su copa algunas gotas del vino de la cólera celestial. Impelido por su mal destino, el emperador acerca á sus abrasados labios el líquido devorador; pero no bien ha brindado á la fortuna de los Césares, se siente súbitamente ébrio: una enfermedad tan rápida como inesperada le hace caer á los piés de sus esclavos: Dios ha derribado en un momento al soberbio gigante.

Si un madero cortado en la cumbre del Gárgaro ha envejecido en un palacio, morada de una raza antigua, y súbito fuego prendido en el hogar del rey sube á la artesonada techumbre, el seco madero se incendia y cae con estruendo en los salones que crujen amenazadores: así cayó Galerio. El Angel le abandona á este primer efecto del veneno eterno, y volando á la mansion donde Hierocles gemia, hiere con la espada del Señor al impío ministro, á quien acomete al punto una horrorosa enfermedad, cuyo gérmen habia contraido en el Oriente. El desventurado ve cubierto todo su cuerpo de repugnante lepra, y sus vestidos se adhieren á sus carnes como el manto de Dejanira ó la túnica de Medea. Su razon se estravía; blasfema contra el cielo y los hombres, y de repente pide á los cristianos le libren de los espíritus de tinieblas de que se siente dominado. La noche estaba en la mitad de su carrera; y llamando Hierocles á sus esclavos, les manda le preparen una litera; abandona su lecho, envuélvese en un manto y se hace trasladar medio delirante á la vivienda del juez de los cristianos.

«¡Festo! le dice, tienes en tu poder una cristiana que constituye el tormento de mi vida; sálvala de la muerte, entrégala á mi amor, y no la condenes á las fieras, pues el edicto te permite relegarla á lugares infames... ¿me entiendes?»

Esto diciendo, el perverso arroja un bolsillo lleno de oro á los piés del juez, y se aleja exhalando un sordo gemido, semejante al toro enfermo que se arrastra entre las cañas en el fondo de una laguna.

En aquel instante acababa de desvanecerse la última esperanza de los cristianos, pues el mensajero que Eudoro habia enviado á Diocleciano para instarle á que de nuevo empuñase el timon del gobierno, habia regresado de Salona, y Zacarías le introdujo en las prisiones.

Todos los confesores habian recibido la sentencia que les condenaba á morir en el anfiteatro con Eudoro, quien rodeado de los obispos que curaban sus llagas, yacia tendido en el suelo sobre los mantos de los mártires: tal, un herido guerrero se reclina sobre las conquistadas banderas, en medio de sus compañeros de armas. El mensajero traspasado de dolor enmudeció absorto, fijos los ojos en el esposo de Cimodocea.

«¡Habla, hermano mio! le dijo este; la carne está un poco abatida, pero el espíritu conserva aun el necesario vigor. Felicítame al verme aliviado por unas manos que han tocado tantas veces el cuerpo de Jesucristo.»

El mensajero, enjugando sus lágrimas, dió cuenta en estas palabras de su entrevista con Diocleciano:

«Eudoro, me embarqué obedeciendo tus órdenes, en el mar Adriático, y no tardé en llegar á la playa

de Salona, donde pregunté por Diocles, en otro tiempo el emperador Diocleciano; y habiendo sabido que habitaba sus jardines, á cuatro millas de la ciudad, traslademe á pié á ella, y llegando al fin á la morada de Diocles, atravesé unos patios donde no hallé ni guardias, ni centinelas; algunos esclavos se ocupaban aquí y allá en las faenas agrícolas, y no sabia á quién dirigirme. Descubrí entonces á un hombre de edad proyecta que en el jardin trabajaba, y me acerqué á él para preguntarle dónde se hallaba el príncipe á quien yo buscaba.

—Yo soy Diocles, respondió el anciano, sin interrumpir su trabajo. Puedes esplicarte, si algo tienes que decirme.

—Enmudecí de sorpresa.

—¡Habla! me dijo Diocleciano, ¿qué negocio te trae aquí? ¿Vienes á ofrecerme algunas semillas estrañas, y deseas cambiarlas por las mias?

—Entregué entonces tu carta al anciano emperador, pintándole las desventuras de los romanos y el deseo que los cristianos abrigaban de verle de nuevo al frente del Estado; á lo que replicó, suspendiendo su trabajo:

—¡Pluguiese á los dioses que á los que á mí te envian, viesen como tú las legumbres que con mis propias manos cultivo en Salona, que no me invitarian entonces á que de nuevo me sentase en el trono imperial!

—Hícele observar que otro jardinero habia accedido á ceñirse la corona.

—El jardinero de Sidon, replicó, no habia bajado del trono como yo, y he aquí por qué le asaltó la tentacion de subir á él; el mismo Alejandro no hubiera logrado de mí lo que me pides.

—Insistí en vano, pues no pude alcanzar otra respuesta.

—Hazme un favor, me dijo con aspereza; soy viejo y tú eres jóven; sácame agua de ese pozo, pues mis legumbres carecen de ella.

—Esto dicho, Diocleciano me volvió las espaldas, y Diocles volvió á tomar su regadera.

El mensajero calló, y Cirilo le dijo:

—Hermano mio, no podias traernos mas fausta nueva. Eudoro, despues de tu partida, nos comunicó el objeto de tu viaje, y los obispos temíamos hubieses logrado lo que solicitabas. El martirio ha iluminado al hijo de Lastenes, y conoce ya sus deberes: Galerio es nuestro legítimo soberano.

—¡Si! añadió Eudoro arrepentido y humillado, me reconozco justamente castigado por una tentativa criminal.

Así hablaban aquellos mártires, quebrantados por los garfios y los potros de Galerio: no de otro modo el animoso mastin que vence á los osos y javalíes en los ásperos bosques del Aqueloo, cae sin merecerlo en la desgracia del cazador, y atravesado por el venablo destinado á las fieras, se debate bajo el golpe fatal y se revuelca sobre el ensangrentado musgo; pero al espirar dirige una mirada sumisa á su amo, y parece reconvenirle por haberse privado de un fiel servidor.

No obstante, en el momento de abandonar la tierra, Eudoro se sentia atormentado de tierna inquietud, pues á pesar del fervor de su fe y de la exaltacion de su alma, no podia pensar sin estremecerse en el destino de la hija de Homero. ¿Qué suerte, se decia, está reservada á esta víctima? ¿Caerá de nuevo en poder de Hierocles? ¿Será interrogada por el juez? ¿Podrá sufrir sin titubear pruebas tan terribles? Habrá sido condenada á muerte por su primera confesion, con los demás confesores de la prision de San Pedro? Eudoro se representaba á Cimodocea despedazada por los leones, é implorando en vano el auxilio del esposo por quien daba su vida, y á cuadro tan desconsolador oponia el brillante cuadro de la felicidad que hubiera podido disfrutar con tan hermosa y pura mujer. Pero una voz que de repente se alzaba en su conciencia, le gritaba:

«¡Mártir! ¿son esos los pensamientos que deben ocupar tu alma? ¡La eternidad! ¡la eternidad!»

Los obispos, prácticos en el conociento del corazon, descubrian los ocultos combates del atleta, y adivinando sus pensamientos, procuraban reanimar su valor.

«¡Compañero! le decia Cirilo, abramos nuestro corazon á la alegría, porque en breve volaremos á la gloria. Mira en esta cárcel como en una risueña campiña, este campo de espigas maduras que todas serán segadas para llenar los graneros del buen Pastor; Cimodocea se hallará tal vez entre nosotros, y cual la flor que lozana brilla en medio del trigo, esparcirá sus perfumes en los canastillos. Si así lo dispone Dios, ¡cúmplase su voluntad! Pero pidamos al cielo que deje á tu esposa en la tierra, para que ofrezca por nosotros al Eterno el agradable sacrificio de sus inocentes súplicas.»

Cuando despues de una noche abrasadora de estío, se levanta al nacer el dia un fresco viento del Oriente, el marinero cuyo bajel permanecia fijo en un mar inmóvil saluda al Céfiro, hijo de la Aurora que trae la plácida brisa y le abrevia el camino: así, las palabras de Cirilo, á manera de benéfico soplo, animan al mártir y le impelen por el camino del cielo. No obstante, no puede despojarse enteramente del hombre; mucho habia que encargara á algunos cristianos intrépidos salvasen á Cimodocea y no economizasen al efecto ni desvelos, ni trabajos, ni tesoros; confióse especialmente al denuedo de Doroteo, que habia ya intentado dos veces durante la noche escalar la prision de la hija de Homero.

Mas feliz respecto de Demodoco, Doroteo habia conseguido alejarle de las puertas del calabozo y trasladarle á un asilo seguro.

—¡Desventurado anciano! le decia, ¿por qué así precipitas el curso de tus dias? ¿Temes no huyan asaz veloces? Reserva tu ancianidad para tu hija, que si Dios se digna devolverla á tus brazos, necesitará mas de tus consuelos que tú de los suyos, porque habrá perdido á su esposo.

—¿Y cómo intentas, respondia el padre infeliz, que cese de reclamar á mi hija, á quien volvia los ojos desde el borde del sepulcro? ¡Última heredera de la lira de Homero, las Musas la habian colmado de preciosos dones; gobernaba acertadamente mi casa; nadie en su presencia se hubiera atrevido á insultar mi vejez, y hubiera visto crecer sobre mis rodillas unos hijos, hermosa copia de su madre! Cimodocea, cuyas palabras encerraban tanta dulzura, ¿qué fue de tus promesas? Tu me decias: «¡Cuál será mi dolor, padre mio, si inflexibles las Parcas te roban un dia á mi amor! Cortaré mis cabellos sobre tu hoguera, y pasaré mis dias llorando con mis compañeras». ¡Ah, hija mia! ¡yo soy quien queda para llorarte! Yo, habitante ignorado de estraño suelo, sin hijos, sin patria, encorvado bajo el peso de los años; yo soy quien te llamará tres veces en derredor de tu lecho de muerte!

A la manera que se aleja á un toro de la pradera para separarle de la ternera próxima á ser sacrificada á los dioses, así Doroteo alejó á Demodoco de la cárcel de Cimodocea.

La nueva cristiana habia vuelto á abrir los ojos á la luz, ó por mejor decir á las tinieblas de los calabozos; lee una y otra vez la carta de Eudoro, y una vez y otra la riega con sus lágrimas.

«¡Esposo querido! exclama en el confuso lenguage de sus dos religiones; señor, dueño mio, héroe semejante á una divinidad, ¿vas á comparecer ante los jueces?... ¡Una cuchilla cruel!... Y no estaré yo allí para curar tus heridas!... ¡Oh padre mio! ¿por qué me has abandonado? Acude y guia mis pasos

hácia el mas hermoso de los mortales! Caed, paredes desapiadadas, pues quiero ofrecer mi vida al dueño de mi corazon!»

Así se lamentaba Cimodocea en el silencio de su calabozo, mientras el bullicio y tumulto rodeaban la prision de los mártires. Estos oian por afuera un rumor confuso, semejante al estruendo de una catarata, al sordo zumbido de los vientos al estrellarse en las altas montañas, y al mugido de un incendio que ha prendido en un bosque de pinos, por la imprudencia de un pastor: era el impaciente pueblo.

Reinaba á la sazon en Roma una antigua costumbre: la víspera de la ejecucion de los criminales condenados á ser arrojados á las fieras, se les daba á las puertas de su prision una comida pública, llamada la *Comida libre*, en la que se les servian los mas esquisitos manjares: bárbaro refinamiento de la ley, ó clemencia brutal de la religion: aquella, por intentar hacer mas amable la vida á los que iban á perderla; esta, por no considerar al hombre sino en los placeres, y por pretender rodearle de ellos en el umbral del sepulcro.

Esta comida postrera era servida en una mesa inmensa, en el vestíbulo de la cárcel. El pueblo, curioso al par que cruel, estaba esparcido en derredor y los soldados mantenian el órden. Los mártires salen de sus calabozos y van á ocupar sus asientos en aquel fúnebre banquete, cargados de cadenas, pero de manera que podian servirse de las manos, y los que no podian andar á causa de sus heridas, eran llevados por sus hermanos. Eudoro se arrastraba apoyado en hombros de dos obispos; y los demás confesores, por compasion y por respeto, tendian los mantos á su paso. Al salir de la puerta, la muchedumbre no pudo menos de prorrumpir en un grito de ternura, y los soldados saludaron con las armas á su antiguo general. Los presos se sentaron sobre almohadones en frente de la multitud, mientras Eudoro y Cirilo ocupaban el centro de la mesa: los dos caudillos de los mártires reunian los mas hermosos dones de la juventud y la vejez: así descollaban José y Jacob en el banquete de Faraon. Cirilo invitó á sus hermanos á que distribuyesen entre el pueblo aquella opípara comida, para reemplazarla con un sencillo ágape compuesto de un poco de pan y vino puro; la multitud atónita guardaba silencio y escuchaba con avidez las palabras de los confesores.

«Esta comida, decia Cirilo, se llama con mucha propiedad la *Comida libre* porque nos emancipa de las cadenas del mundo y de los males de la humanidad. No Dios, sino el hombre ha hecho la muerte; el hombre nos dará mañana su obra, y Dios, autor de la vida, nos dará la vida. Roguemos, hermanos mios, por este pueblo, que compadeciendo hoy nuestro destino, se regocijará mañana en nuestra muerte. ¡Cuán digno es de lástima! Roguemos por él y por nuestro emperador Galerio.»

Y los mártires rogaban por el pueblo y por Galerio su emperador.

Los paganos, acostubrados á ver á los criminales regocijarse locamente en la fúnebre orgía, ó lamentar cobardes la pérdida de su vida, no podian salir de su estupor. Los mas instruidos decian:

¿Qué congreso de Catones es este, donde se habla tranquilamente de la muerte en la víspera de la muerte? ¿No son unos filósofos estos hombres que se nos pintan como enemigos de los dioses? ¡Qué magestad brilla sobre su frente! ¡qué sencillez respiran sus ademanes y lenguaje!

La muchedumbre decia:

«¿Quién es ese anciano que habla con tanta autoridad y enseña máximas tan bellas y sanas? Los cristianos ruegan por nosotros y por el emperador; nos compadecen, nos regalan su comida; y cubiertos de heridas, nada dicen contra nosotros ni contra sus jueces. ¿Su Dios será acaso el verdadero Dios?»

Tales eran los discursos de la multitud. Entre tantos desgraciados idólatras, algunos se retiraron llenos de sorpresa, mientras otros gritaban llorando:

«¡Grande es el Dios de los cristianos! grande es el Dios de los mártires!»

Y procurando hacerse instruir, reconocieron á Jesucristo.

¡Qué espectáculo para Roma pagana! ¡Qué leccion tan elocuente le daba aquella comunion de mártires, aquellos hombres que próximos á su fin, continuaban sus discursos llenos de uncion y caridad. Tal, cuando una bandada de ligeras golondrinas se prepara á abandonar nuestros climas, se la ve reunirse orillas de un solitario estanque ó sobre la torre de campestre iglesia; todo repite los dulces cantos de la partida; y no bien se levanta el aquilon, emprenden su vuelo y van á buscar otra primavera y una tierra mas propicia.

En medio de tan tierna escena, vióse llegar á un esclavo que rompiendo la muchedumbre se acercó á Eudoro, á quien entregó una carta de parte del juez. Eudoro leyó la carta, concebida en estos términos:

Festo juez, á Eudoro cristiano, salud!

«Cimodocea ha sido condenada á los lugares infames, donde la espera Hierocles. Te suplico por el afecto que me has inspirado, que sacrifiques á los dioses; ven á reclamar á tu esposa, y juro hacértela devolver pura y digna de ti.»

Eudoro cae desvanecido y todos le muestran su celo; los soldados que le rodean se apoderan de la espantosa carta; el pueblo la reclama y un tribuno la lee en alta voz; los obispos enmudecen consternados, mientras la multitud se agita tumultuariamente. Eudoro vuelve en si, y los soldados arrodillados le dicen:

«¡Compañero, sacrifica! Hé aquí nuestras águilas á falta de altares.»

Y le presentaban una copa llena de vino para la libacion. Una tentacion horrible se apodera entonces del corazon de Eudoro. Cimodocea arrojada á los lugares infames! ¡Cimodocea en brazos de Hierocles! El pecho del mártir se eleva; sus vendajes estallan y su sangre corre con profusion. El pueblo enternecido cae de rodillas á su vez, y repite con los soldados:

«¡Sacrifica! ¡sacrifica!

Eudoro dice con sordo acento:

«¿Dónde están las águilas?»

Los soldados golpean sus escudos en señal de triunfo, y se apresuran á llevarle las insignias imperiales: Eudoro se levanta con penoso esfuerzo, y sostenido por los centuriones se acerca al pié de las águilas: hondo silencio reina entre la dudosa muchedumbre. Eudoro toma la copa con resuelto ademan; los obispos cubren sus cabezas con los mantos, y los confesores exhalan un grito de terror; á este grito, Eudoro arroja la copa, derriba las águilas, y volviéndose tranquilo hácia los mártires, exclama con voz segura:

«¡Soy cristiano!»

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

SUMARIO. Satanás reanima el fanatismo del pueblo. Esplicacion de la carta de Festo. Muerte de Hierocles. El Angel de la esperanza visita á Cimodocea. Esta recibe la túnica de los mártires. Doroteo libra á Cimodocea de la cárcel. Júbilo de Eudoro y los confesores. Cimodocea vuelve á hallar á su padre. El Angel del sueño.

El príncipe de las tinieblas miraba convulso de furor la piedad del pueblo y la victoria de los confesores.

«¡Cómo! exclamaba, habré hecho temblar sobre su trono al que los ángeles esclavos han apellidado el Todopoderoso; me habrán bastado algunos instantes para desfigurar la obra de los seis dias; el hombre habrá sido mi fácil presa, y próximo ya á triunfar de Cristo, mi último enemigo, un mártir insultará mi poder! ¡Ah! ¡reanimemos contra los cristianos el furor de un pueblo insensato, y embriáguese hoy Roma con el incienso de los ídolos y la sangre de los mártires!»

Dice; y toma al punto el aspecto, gesto y voz de Tagés, cabeza de los arúspices. Despoja la inmortal cabeza de los restos de su brillante cabellera, ultrajada por las llamas del abismo; las cicatrices que la desesperacion y el rayo han impreso en su frente, cámbianse en venerables arrugas; oculta sus plegadas alas bajo los ámplios contornos de un manto de lino, y encorvándose sobre un báculo augural, adelántase al encuentro de la multitud que del banquete de los mártires volvia.

«¡Pueblo romano! exclama, ¿qué significa esa compasion sacrílega? ¡Cómo! ¡tu emperador te prepara magníficos espectáculos, y deploras la suerte de unos malvados, escoria vil de las naciones! ¡Soldados! ¡veis derribadas vuestras águilas, y os conmoveis á favor del que las derriba! ¿Qué dirian los Escipiones y los Camilos, si de sus tumbas se alzasen? Rechazad una conmiseracion criminal, y en lugar de compadecer á los enemigos del cielo y de los hombres, corred á vuestros templos á suplicar por la salud del príncipe y á celebrar la fiesta de los dioses.»

Asi hablando, el ángel rebelde sopla sobre la inconstante muchedumbre el vértigo y el furor; y la insaciable sed de sangre y placeres se enciende en las almas en que súbitamente se estingue la piedad. Un victimario grita:

«¡Oh cielo! ¿qué prodigio miro? He dejado á Tagés en el Capitolio y le encuentro aqui. ¡Romanos! no lo dudeis; este arúspice es alguna divinidad oculta bajo la figura de Tagés, que viene á reconveniros por vuestra culpable piedad y á anunciaros los decretos de Júpiter.»

El espíritu de tinieblas desaparece, y el pueblo poseido de pavor, corre á los altares de los ídolos á espiar un momento de humanidad.

Galerio celebraba á la vez su natalicio y su victoria sobre los ~~persas~~ partos. Aquel dia caia en las fiestas de Flora, y á fin de captarse mas el ánimo del pueblo y de los soldados, el emperador restableció las fiestas de Baco, suprimidas por el senado hacia ya mucho tiempo. Horrores tantos debian ser coronados con los juegos del anfiteatro, donde todos los cristianos presos debian recibir la muerte. Imprudentes prodigalidades cuya origen era la ruina de los ciudadanos y especialmente el despojo de los fieles, habian cambiado el ánimo de la multitud, á la que se permitia y aun se decretaba todo género de libertinaje. Al resplandor de las antorchas, parte del pueblo asistia en la via Patricia á las prostituciones públicas, donde las desnudas meretrices, reunidas al son de la trompeta, celebraban con oscenos cantares á aquella Flora, que legara su fortuna impúdica á un pueblo lleno entonces de pudor. Galerio subia al Capitolio en un carro tirado por elefantes, y precedido de la cautiva familia de Narsés, rey de los ~~persas~~ partos. Los bailes y la vocinglería de las Bacantes variaban y multiplicaban el desórden. Innumerables odres y toneles estaban abiertos cerca de las fuentes y en las encrucijadas de la ciudad, y el pueblo se embadurnaba el rostro con las heces del vino amasado con lodo. Baco era conducido en triunfo sobre unas andas, mientras sus sacerdotisas, agitando en derredor encendidas antorchas y tirsos rodeados de pámpanos, brincaban al son de los címbalos, tambores y clarines; sus cabellos flotaban, sueltos y su vestido se reducia á una piel de ciervo atada sobre sus hombros por medio de culebras que en torno de sus cuellos se enlazaban. Unas llevaban en brazos tiernos cabritos; otras presentaban los pechos á lobeznos, ostentándose todas coronadas de ramas de encina y de abeto, mientras unos hombres disfrazados de sátiros las acompañaban, llevando un macho cabrío ceñido de guirnaldas. Aquí se veia á Pan con su flauta; mas allá se adelantaba Sileno, cuya cabeza presa del vino, caia de un hombro á otro, caballero sobre un jumentillo y sostenido por los Faunos y Silvanos. Una Ménade ostentaba su corona de yedra y un Egipano su casi colmada taza; el bullicioso séquito vacilaba en su marcha y brindaba á Baco, á Venus y á la Injuria. Tres coros cantaban alternativamente:

«Cantemos á Evohé; repitamos sin cesar: ¡Evohé! ¡Evohé!

«¡Hijo de Semele honor de Tebas la del escudo de «oro, ¡ven á bailar con Flora, esposa de Céfiro y reina «de las flores! ¡Baja á nuestro suelo, oh consolador «de Ariadna, tú que festivo recorres las cumbres del «Ismaro, del Ródope y el Citeron! Dios de la alegría, «hijo de la hija de Cadmo, las ninfas de Nisa te cria«ron con el auxilio de las Musas en una embalsamada «caverna. Salido apenas del muslo de Júpiter, domas«te los humanos, rebeldes á tu culto. Te burlaste de «los piratas de Tirsene que te ensalzaban como á hi«jo de un mortal; hiciste correr un delicioso vino en «la negra nave y caer desde las altas velas las ramas «de una fecunda parra; una yedra cargada de fruto «rodeó de verde el mástil, y numerosas coronas cu«brieron los bancos de los remeros; un leon se mos«tró en la popa, y trocados en delfines, los marineros «se arrojaron á las profundas olas. ¡Y tu reias, oh rey «Evohé!

«Cantemos á Evohé; repitamos sin cesar: ¡Evohé! ¡Evohé!

«Vástago de las Hiadas y las Horas alumno de las «Musas y de Sileno, tú en quien brillan los negros ojos «de las Gracias, los dorados cabellos de Apolo y su «inmortal juventud, oh Baco! abandona las playas de «la subyugada India y ven á reinar sobre la Italia, «donde se recogen los esquisitos vinos de Falerno y «Cecuba; dos veces al año el maduro fruto pende del «árbol, y el corderillo del pecho de su madre; vuelan «en nuestros campos fogosos corceles, y á lo largo del «Clitumne pacen los toros sin mancha que se encami«nan al Capitolio delante del vencedor romano. Dos «mares traen á nuestras fértiles costas los tesoros del «mundo. El bronce, la plata y el oro corren á mane«ra de rios en las entrañas de esta tierra sagrada, cuna «de famosos pueblos y de héroes aun mas famosos. «Salve, tierra fecunda, tierra de Saturno y madre de «los eminentes varones. ¡Ojalá lleves por largos si«glos los tesoros de Ceres, y te conmuevas al grito de «Evohé!

«¡Cantemos á Evohé! repitamos sin cesar: ¡Evohé! ¡Evohé!»

¡Ay! los hombres pueblan una misma tierra; mas, ¡cuánto, cuánto difieren entre sí! ¿Pueden acaso ser considerados como hermanos y moradores de una misma ciudad los que ven transcurrir sus dias en el regocijo, mientras otros los invierten en llanto amargo; los felices que cantan un himeneo y los desventurados que celebran unos funerales?

¡Cuán tierno era, en medio del delirio de Roma pagana, ver á los cristianos ofrecer humildemente á Dios sus plegarias, deplorar los escesos criminales y dar todos los ejemplos de la modestia y la razon en medio de la disolucion y la torpe embriaguez! Algunos altares ocultos en los calabozos, en lo mas retirado de las catacumbas, sobre los sepulcros de los mártires, reunian en derredor á los perseguidos fieles, que ayunaban y velaban, víctimas voluntarias que se ofrecian para espiar los crímenes del mundo; y

mientras los nombres de Flora y Baco resonaban en abominables himnos, en medio de la sangre y del vino, los nombres de Jesucristo y María se repetian en secreto en castos cánticos, en medio de las lágrimas.

Todos los cristianos, encerrados en sus casas, evitaban á la vez el furor del pueblo y el espectáculo de la idolatría. Solo se veia en las calles á algunos sacerdotes destinados al servicio de los hospitales y prisiones; á algunos diáconos encargados de salvar á los pobres condenados á muerte por Galerio; á algunas mujeres que recogian los esclavos abandonados por sus señores y los niños espósitos. ¡Oh caridad sublime de los primeros fieles! Mientras su muerte era el principal aliciente de las fiestas paganas, ellos se ocupaban de la suerte de los idólatras, como si estos se les hubiesen mostrado compasivos y tiernos hermanos!

Rechazados los rudos asaltos del príncipe de las tinieblas, los mártires victoriosos habian vuelto á sus calabozos; tal, en otro tiempo, bajo los muros de Ilion un puñado de héroes se arrojaba sobre los sitiadores de la ciudad; y, destruyendo los trabajos, cegando los fosos y arrancando las empalizadas, los denodados hijos de Laomedonte entraban en triunfo en sus sagradas murallas. Empero Eudoro, fatigado por el último combate, no podia alzar la abatida cerviz; en vano le hablaban los obispos, y le consolaban encareciendo su valor, pues permanecia mudo é insensible, no pudiendo alejar de su memoria la imágen de los nuevos peligros de Cimodocea. ¡Cómo espresar los tormentos del mártir! ¡Ya casi sentado sobre las nubes, ha podido titubear, y tal vez titubea aun entre la ignominia de la apostasía, la eternidad de los dolores del infierno y los males que en tan críticos momentos le aquejan!

El hijo de Lastenes ignoraba que habia sido engañado deliberamente por el juez. Festo era amigo del prefecto de Roma, y esta sola razon le hubiese impedido entregar á Cimodocea á Hierocles; pero Festo, que habia además admirado las respuestas y la magnanimidad de Eudoro, al bajar de su tribunal se dirigió al palacio de Galerio, para suplicarle nombrase otro juez á los cristianos.

«No necesitamos jueces, exclamó el irritado tirano; esos malvados consideran como una gloria su suplicio, y la tenacidad con que á él caminan corrompe al pueblo y á los soldados. ¡Con qué insolencia se ha atrevido su caudillo á sufrir los tormentos! Quiero ya que no perdamos tiempo en atormentarles; condeno á ser arrojados á las fieras á todos los cristianos de las prisiones, sin distincion de edad ni sexo, en mi dia natalicio. ¡Marcha y publica esta sentencia!»

Conociendo Festo el violento carácter de Galerio, publicó sin replicar las órdenes del príncipe, aunque diciéndose como Pilatos:

«Soy inocente de la muerte de estos justos.»

Cuando Hierocles fué á buscarle en medio de la noche, esperimentó una nueva compasion hácia Eudoro. Un hombre naturalmente cruel como lo era el juez de los cristianos, podia no obstante ser enemigo de la bajeza; así, pues, indignado al oir los viles designios del caido ministro, le ocurrió la idea de aprovechar la proposicion del malvado, para salvar al hijo de Lastenes, comprometiéndole á que sacrificase á los dioses, por lo que escribió la carta que Eudoro recibiera en el banquete funerario.

Dios, que queria el triunfo de su Iglesia, hacia servir á la gloria de los mártires todo lo que hubiera podido arrebatarles la corona. Así, la firmeza de Eudoro en la tortura contribuyó á apresurar la muerte de sus compañeros, y la carta de Festo agravó los males que estaba destinada á prevenir. Noticioso Galerio de la escena del banquete, depuso á los centuriones que mostraron algun respeto á su antiguo general; al mismo tiempo fueron alejadas de Roma, bajo diferentes pretestos, las legiones extranjeras, y solo los pretorianos, ébrios de vino y oro, quedaron encargados de la defensa de la ciudad. Llegando de nuevo á oidos del emperador los nombres de Cimodocea, Eudoro y Hierocles, se entregó á una violenta cólera, bajo cuya impresion designó particularmente á la esposa de Eudoro para las ejecuciones del dia siguiente, y mandó que el hijo de Lastenes se presentase solo y primero que los demás en el anfiteatro, privándole así de la dicha de morir con sus hermanos; mandó por último que Hierocles fuese conducido al lugar señalado para su destierro.

Esta sentencia bruscamente comunicada á Hierocles, le dió el golpe de muerte. La paciencia y la misericorcia de Dios tocaban á su término, pronta ya su justicia á hacerse sentir. No bien habia Hierocles salido de la casa del juez, sintióse de nuevo herido por la cuchilla del Angel esterminador, y pronto la enfermedad que le devoraba no dejó á los médicos esperanza alguna. Los paganos, que consideraban la lepra como una maldicion del cielo, huian del apóstata, y hasta sus esclavos le abandonaron. Desechado de todo el mundo, no halló auxilio alguno sino en los hombres á quienes habia perseguido con tanta crueldad. Los cristianos, cuya caridad se atreve á arrostrar todas las miserias humanas, abrieron sus hospitales á su duro perseguidor, quien tendido cerca de un mutilado confesor, veia aliviados sus dolores por la misma mano que acababa de curar las heridas de un mártir. Empero tantas virtudes contribuyeron únicamente á exasperar al réprobo: ya llamaba á gritos á Cimodocea, ya creia ver á Eudoro armado de flamígera espada, amenazándole desde lo alto del cielo. Habiéndole sido comunicada en medio de este frenesí la última órden de Galerio, incorporóse como un espectro en su pestilente lecho, y con voz cóncava y balbuciente murmuró estas palabras:

«¡Voy á descansar para siempre!»

Y espiró. ¡Espantosa é ilusoria esperanza! Aquella alma que creia morir con el cuerpo, en lugar de una profunda y tranquila noche, descubre de repente en el fondo del sepulcro una luz prodigiosa, mientras una voz que sale del centro de aquella luz, pronuncia perceptiblemente estas palabras:

«Yo soy. El que soy.»

La eternidad viva es revelada al alma del ateo. Tres verdades hieren á la vez su alma confundida: su propia existencia, la de Dios y la certidumbre de las recompensas sin término y los castigos sin fin. ¡Oh! ¡por qué no se ha sepultado entre las ruinas del universo, para ocultarse al Supremo juez! Una fuerza invencible la arrastra desnuda y trémula hasta el pié del tribunal de Dios, y en un solo momento ve al que ha negado en el tiempo, y no volverá á ver en la eternidad. El Todopoderoso se descubre sobre las nubes: su Hijo está sentado á su derecha, rodeado del ejército de los santos, y el infierno acude á reclamar su presa. El Angel custodio de Hierocles, confuso y lloroso se mantiene todavía al lado de este infeliz.

—Angel, dice el Arbitro supremo, ¿por qué no has defendido á esta alma?

—Señor, responde el ángel velándose con sus alas, ¡tú eres el Dios de las misericordias!

—¡Criatura! dijo la misma voz, ¿el ángel no te ha dado saludables advertencias?

Sumida el alma en profundo terror, se habia juzgado á sí misma, y nada replicó.

«¡Nos pertenece! gritaron en discorde alarido los ángeles rebeldes; esta alma ha engañado al mundo mintiendo sabiduría, ha perseguido la inocencia, ultrajado el pudor, derramado la sangre inocente, y no se ha arrepentido.»

«¡Abrid el Libro de vida!» dice el Anciano de los dias.

Un profeta abrió el Libro de vida; ¡el nombre de Hierocles estaba borrado!

«¡Vé, maldito, al fuego eterno!» gritó el Juez incorruptible.

Al punto, el alma del ateo empieza á aborrecer á Dios con el aborrecimiento de los réprobos, y cae en las ardientes profundidades.

El infierno se abre para recibirla y se cierra murmurando!

«¡La eternidad!»

Y el eco del abismo repetia:

«¡La eternidad!»

El Padre de los humanos, que acaba de castigar el crímen, resuelve coronar la inocencia.

Habita el cielo una potencia divina, inseparable compañera de la religion y la virtud, y que nos ayuda á sobrellevar la vida: se embarca con nosotros para mostrarnos el puerto de las tempestades, igualmente benigna y propicia para con los viajeros célebres como para con los viajeros de ignorado nombre. Aunque sus ojos están cubiertos con una venda, sus miradas penetran el porvenir; tal vez ostenta en su mano galanas flores, tal vez una copa llena de un bálsamo benéfico; nada es comparable á su voz seductora y graciosa sonrisa; cuanto mas nos acercamos al sepulcro, mas pura y radiante se muestra á los consolados mortales: la Fe y la Caridad la llaman su hermana, y su nombre es la Esperanza.

El Eterno manda bajar á este hermoso serafin, y mostrar desde lejos á Cimodocea las alegrías celestiales para sostenerla en medio de las terrenas tribulaciones. Un falso rumor habia interrumpido algunos instantes las amarguras de la jóven cristiana, pues habia corrido por Roma la voz de que Eudoro acababa de alcanzar su perdon, rumor producido por la carta de Festo y por la escena de la Comida libre mal interpretada. Blanca se habia apresurado á comunicar esta inexacta noticia como un hecho cierto á la hija de Demodoco; ¡pero cuánto hubo de arrepentirse Blanca de su indiscreta bondad, cuando supo el verdadero destino de Eudoro y la sentencia que condenaba á muerte á todos los cristianos de las prisiones! Sevo, lleno de brutal regocijo, le manda entregar á Cimodocea el vestido de las mártires, que consistia en una ~~blanca~~ azul túnica, un ceñidor negro, unos borceguíes, un manto del mismo color y un velo blanco. La débil y desconsolada carcelera cumplió llorando su doloroso mensaje, sin tener la fuerza necesaria para desengañar á la huérfana y noticiarle su suerte.

—Aqui tienes, le dijo, hermana mia, un vestido nuevo. ¡La paz del Señor sea contigo!

¿Qué vestido es este? preguntó Cimodocea; ¿es mi traje nupcial? ¿Me lo envia mi esposo?

—Es preciso vestirlo por él, replicó la carcelera.

—¡Oh! dijo Cimodocea llena de alegría; mi esposo ha obtenido su perdon, y realizaremos al fin nuestro himeneo.

Blanca sentia desgarrado su corazon, y se limitó á decir, alejándose:

—¡Ruega, hermana mia, por tí y por mí.!

Sola ya Cimodocea, contempla su vestidura de gloria y la toma en sus hermosas manos, diciendo:

—Me mandan que me atavie para mi esposo, y es preciso obedecer.

Y cúbrese con la túnica que ajusta con el negro ceñidor; calza con los borceguíes sus piés mas blancos que el mármol de Paros; envuelve en el velo la gentil cabeza, y suspende de sus torneados hombros el manto: tal, la Musa de las ficciones nos pinta la Noche, madre del Amor, oculta en sus azules velos y fúnebres crespones; tal, Marcia (menos jóven, menos bella y menos virtuosa), se mostró al último Caton, cuando reclamó á este por esposo en medio de los infortunios de Roma, y cuando se presentó en el altar del himeneo con el traje de una desconsolada viuda. ¡Cimodocea ignoraba se habia cubierto con las vestiduras de la muerte! Contémplase en aquel triste atavío que presta á sus atractivos mayor realce, y recuerda el dia feliz en que se engalanara con los brillantes atavíos de las Musas para ir con su padre á mostrar su justa gratitud á la familia de Lastenes.

«Mi traje nupcial, se decia, no es tan deslumbrador, pero agradará tal vez á mi esposo, porque es un traje cristiano.»

El recuerdo de su primera felicidad, unido al de la encantadora Grecia, inspiró á la hija de Homero; y sentándose delante de la ventana de la prision y apoyando en su mano la cabeza hermoseada con el velo de los mártires, suspiró estas armoniosas palabras:

«¡Raudos bajeles de la Ausonia, hended la tran»quila y ardiente mar! Esclavos de Neptuno, aban»donad la vela al amoroso soplo de los vientos, en»corvaos bajo el ágil remo, y llevadme á mi esposo y »á mi padre en las afortunadas orillas del Pamiso.

«¡Volad, aves de Libia, cuyo flexible cuello se do»bla muellemente, volad á la cumbre del Itomo, y »decid que la hija de Homero va á saludar de nuevo »los laureles de la Mesenia!

«¿Cuando tornaré á ver mi lecho de marfil, la luz »del sol tan grata á los mortales, las praderas esmal»tadas de flores, regadas por cristalinas corrientes »y embellecidas por el aliento del pudor?

«Yo era semejante á la ternerilla hija de una gru»ta, que vaga por las montañas y se alimenta al son »de los pastoriles instrumentos. Hoy, en solitario »encierro, sobre el misero lecho de Ceres....

«¿Por qué, empero, intentando cantar como la »amante avecilla, suspiro como la flauta consagrada »á los muertos? No obstante, estoy vestida de pom»pa nupcial; mi corazon sentirá las alegrías y las »inquietudes maternales, veré á mi hijo asirse á mí »como el tímido pajarillo que se cobija bajo las alas »de su madre. ¡Ah! ¿no soy un tierno pajarillo arre»batado al nido paterno?

«¡Cuanto, cuanto tardan mi padre y mi esposo! »¡Oh! ¡si me fuese dado invocar aun á las Gracias »y á las Musas! ¡Si pudiese consultar el cielo en »las entrañas de la víctima! Pero ofendo á un »Dios á quien apenas conozco; ¡descansemos sobre »la cruz!

La noche envolvia á la embriagada Roma, cuando abriéndose repentinamente las puertas de la cárcel, se presenta á Cimodocea el centurion encargado de leer á los cristianos la sentencia del emperador; acompañábanle muchos soldados, y otros, detenidos en los patios esteriores, prodigaban al carcelero el vino de los ídolos.

Bien así como una paloma sorprendida por el cazador en la concavidad de un peñasco, queda inmóvil de espanto sin atreverse á tender las alas por los espacios del cielo: la hija de Demodoco permanece muda de estupor y susto en el medio roto asiento. Los soldados encienden una tea, y ¡oh prodigio! la esposa de Eudoro reconoce á Doroteo disfrazado de centurion. Doroteo contempla á su vez, sin poder articular una palabra, á aquella mujer con las vestiduras del martirio. Nunca la habia visto tan hermosa: la túnica azul y el manto negro realzaban la blancura de su tez, y sus ojos cansados de llorar, tenian una dulzura angelical; semejaba á un naciente narciso que inclina su lánguida corola orillas de solitario manantial. Doroteo y los demás cristianos disfrazados de soldados, elevaron al cielo las manos, derramando copiosas lágrimas.

—¿Eres tú, compañero de mis peregrinaciones en la ausencia de mi patria? exclamó la jóven mesenia na arrodillándose y alzando las manos á Doroteo; ¡visitas al fin á tu protegida Estér! ¡Generoso mortal! ¿vienes á devolverme á mi esposo y á mi padre? ¡Cuán larga sin ti hubiera sido esta noche!

Doroteo respondió con voz interrumpida por los sollozos:

—¡Cimodocea! ¿sabes ya cuál es tu suerte? Ese traje....

—Es mi traje nupcial, dijo la candorosa doncella; pero si todo ha terminado, si mi esposo se ha salvado, si soy libre, ¿á qué esas lágrimas y ese misterio?

—¡Huyámos! replicó Doroteo, envuélvete en este manto y no perdamos un solo instante. Acompañado de estos animosos amigos, he penetrado en tu encierro á favor de este disfraz, y habiéndole mostrado la sentencia del emperador, Sevo me ha creido el centurion que vendrá á leerte la sentencia.

—¿Qué sentencia? preguntó alarmada la hija de Homero.

—¿Ignoras, repuso Doroteo, que los cristianos de las prisiones están condenados á morir mañana en el anfiteatro?

—¿Mi esposo se halla comprendido en esa sentencia? dijo la nueva cristiana, levantándose con una gravedad hasta entonces no mostrada; ¡habla, no me engañes! No conozco el juramento inviolable de los



BAUTISMO DE CIMODOCEA.

cristianos: yo hubiera jurado en otro tiempo por el Erebo y por el genio de mi padre. Hé aquí vuestro libro sagrado; en él está escrito: «¡No mentirás!» jura, pues, sobre el Evangelio que Eudoro está en salvo.

Doroteo palideció y anegado en lágrimas respondió:

—¡Mujer! ¿quiéres que te hable de la gloria de que tu esposo se ha cubierto, y de la que aun le espera?

—Cimodocea tembló cual la palmera herida por el rayo.

—Tus palabras, dijo, han penetrado en mi corazon como un puñal. ¿Y quieres que huya? No reconozco en tu consejo las máximas de un cristiano. Eudoro está cubierto de heridas por su Dios, y mañana luchará con las fieras; ¡y pretendes que sustrayéndome á mi suerte, le abandone á la suya! Si tal vez débil y abatida he dirigido á la vida una mirada de amor, todos esos mezquinos temores, hánse ya disipado. ¡No! las aguas del Jordan no han corrido en vano sobre mi cabeza! Yo te saludo, sagrada túnica, cuyo valor ignoraba, lo veo ya: ¡tú eres la vestidura del martirio! La púrpura que te enrojecerá mañana será inmortal, y me hará mas digna de presentarme á mi esposo!



CIMODOCEA EN LA PRISION, EN TRAJE CRISTIANO.

Esto diciendo, Cimodocea, poseida de un entusiasmo divino, acercó á sus lábios la túnica y la besó con respeto.

—Pues bien! dijo Doroteo, si te niegas á seguirme, todos moriremos contigo, pues permaneceremos aqui, nos declararemos cristianos y mañana nos conducirás al anfiteatro. ¡Mas, cómo! ¿la Religion te ordena esa barbarie? ¿Pretendes morir sin recibir la bendicion de tu padre, sin abrazar á ese anciano que te espera, y á quien tu resolucion abismará en el sepulcro? ¡Ah! si le hubieses visto cubrir sus canos cabellos con ardientes cenizas, rasgar sus vestiduras y revolverse al pié de las paredes de tu encierro! ¡Cuánto, Cimodocea, cuánto te hubieras enternecido!

Como el hielo formado por la noche en los primeros dias de la primavera se derrite á los rayos del sol; como la flor próxima á abrirse, rompe la leve cubierta del capullo que la encierra; así se desvaneció la resolucion de Cimodocea al oir aquellas palabras; así la piedad filial brilló y reverdeció en su corazon. No podia resolverse á comprometer la existencia de los hombres generosos que por salvarla se esponian; no podia morir sin procurar dar consuelo á Demodoco; enmudece un momento, atenta á los consejos del ángel de las celestiales esperanzas que habla á su alma, y concibiendo súbitamente un proyecto sublime exclama:

«Llevadme á los brazos de mi padre!»

Los cristianos, en el colmo de su alegria, cubren con un casco los cabellos de la doncella y la envuelven en una de aquellas togas blancas bordadas de púrpura que los adolescentes usaban en Roma al salir de la niñez. Cimodocea semejaba á la ligera Camila, al hermoso Ascanio ó al desventurado Marcelo. Los cristianos rodean á la hija de Homero, apagan las antorchas y dejan al ébrio carcelero cerrar vigilante las puertas del abandonado calabozo.

La santa comitiva se dispersa en la noche, y Zacarias va á comunicar á Eudoro la fausta nueva de la libertad de Cimodocea.

La generosa mentira del billete de Festo era conocida ya en la prision de San Pedro, y el hijo de Lastenes se sentia aliviado de un insoportable dolor. Pero cuando Zacarias fue á decirle que la oveja habia salido de la caverna de los leones, exhaló un grito de alegria que fue repetido por todos los mártires. Los confesores admiraban á los fieles que por la fe combatian, mas no deseaban ver correr la sangre de sus hermanos. Las víctimas entristecidas por la amargura del hijo de Lastenes, recobraron la perdida serenidad, y no tratando ya sino de morir, empezaron por dar gracias al Dios que libró á Joas de las manos de Atalía. Luego se entregaron á graves discursos y piadosas exhortaciones: Cirilo hablaba con magestad, Victor con energia, Ginés con alegría, Gervasio y Protasio con fraternal uncion. Perseo, el descendiente de Alejandro, ofrecia lecciones históricas, y Traseas, el ermitaño del Vesubio, envolviendo sus máximas en risueñas imágenes, decia á Perseo:

—Toda vez que la vida se reduce á breve número de dias ¿qué habrias reportado de las grandezas de tu

cuna? ¿Qué te importa hoy haber terminado tu travesía en frágil esquife ó en soberbia trireme? Pero el modesto esquife es preferible, porque boga sobre la corriente no lejos de la orilla, que le presenta mil abrigos, mientras el fastuoso bajel navega sobre un mar proceloso donde los puertos son escasos, frecuentes los escollos, y donde por lo regular no se puede echar el áncora, por no permitirlo la insondable profundidad del abismo.»

Tales eran la libertad de espíritu, la alegría y jovialidad de aquellos hombres que pasaban su postrera noche sobre la tierra. Los mártires ancianos y los jóvenes, animados por el soplo del Espíritu Santo, derramaban todos los tesoros de las virtudes, y presentaban reunidos y mezclados los mas amables frutos de la sabiduría; tales se ostentan los feraces campos de la Campania: el trigo nuevo es sembrado á la sombra del álamo añoso que presta á la viña amigo apoyo; el pajizo techo se alza en busca del sazonado racimo que se inclina á su vez hácia las doradas espigas; la plácida brisa que se desliza entre los frondosos emparrados, agita los álamos, las espigas, las guirnaldas de la viña y mezcla los suaves perfumes de las mieses, de los jardines y los bosques.

Doroteo, semejante á un animoso pastor, se habia abierto camino á través de la idólatra muchedumbre. En la vertiente del monte Esquilino se elevaba un retiro habitado en otro tiempo por Virgilio, y á cuya puerta un laurel atraia la veneracion del pueblo. Doroteo, en sus dias de prosperidad, habia comprado aquella posesion para hermosearla, y en ella ocultó á la hija de Homero; Demodoco llenaba aquel apartado asilo con el eco de sus dolientes quejidos, cuando sentado en el suelo y creyendo ver á dos guerreros adelantarse á través de las sombras, exclamó con voz sonora:

—¿Quiénes sois? Fantasmas enviados por las sangrientas Eumenides, ¿venis á sepultarme en la pavorosa noche del Tártaro, ó sois genios cristianos que me anunciais la muerte de mi hija? ¡Caigan el Cristo y sus templos! ¡caiga el Dios que clava en la cruz á sus adoradores!

—Ellos son, no obstante, los que te devuelven tu hija, dijo Cimodocea, arrojándose al cuello de su padre.

El casco de la jóven mártir rueda con estrépito y sus cabellos caen sueltos sobre sus hombros y espalda: el guerrero se ha convertido en encantadora doncella. Atónito Demodoco pierde el uso de sus sentidos, y esplicándole unos misterios que apenas puede comprender, Cimodocea le consuela con sus palabras y desvelos:

—¡Oh padre mio, le dice, vuelvo al fin á verte despues de una cruel separacion! hé aquí á tus piés á tu Cimodocea, de quien tus labios aprendieron á pronunciar el tierno nombre de hija. Tu me recibiste en tus brazos á mi nacimiento, y me colmaste de caricias y bendiciones. ¡Cuántas veces, estrechada por tus brazos, te he prometido hacerte el mas venturoso de los mortales! ¡Y he podido ser la causa de tus amargas lágrimas! ¡Oh padre mio! ¿no son ilusion estos abrazos que te doy? ¡Ah! gocemos estos momentos de inesperada ventura, porque ya sabes que el cielo está dispuesto siempre á despojarnos de los dones que nos concede.

Demodoco exclamó.

—¡Gloria de mis antepasados, hija mas preciosa á mi corazon que la luz que alumbra las sombras felices en el Eliseo! ¿podré narrarte mis dolores? ¡Con cuán tierno afan te buscaba en los lugares donde te habia visto y en derredor de estas tristes prisiones que á mi amor te robaban! ¡Ah! me decia, no prepararé ya su tálamo nupcial, ni encenderé la antorcha de su himeneo, condenado á vagar solitario por la tierra, pues los dioses me han robado mi corona y mi alegría! Cuando estrechaba á mi hija en mis brazos en las costas del Atica, ¿la estrechaba por última vez? ¡Cuán dulces miradas fijaba en mí! ¡Con cuanta ternura me sonreia! ¿Eran aquellas su postrera mirada y sonrisa? ¡Oh facciones queridas, de nuevo encontradas! ¡Oh rostro en que se pintan el candor y la inocencia, formados pareceis para la felicidad! ¡Cuánto placer es sentir palpitar ese corazon jóven y lleno de vida, sobre este corazon decrépito y gastado por el dolor!

Así desahogaban Cimodocea y Demodoco el oprimido pecho: Alcion que forma su nido sobre las inquietas olas, hace oir con sus hijuelos dulces lamentos en el flotante nido que las mares tragan en breve. Doroteo mandó encender antorchas y llevó al padre y á la hija á una sala donde habian sido preparados dos lechos, y les abandonó á la efusion de su ternura. Toda la noche hubiese trascurrido en mútuas relaciones y tiernas caricias, si el sacerdote de los dioses no hubiera exclamado, arrojándose á los piés de Cimodocea:

—¡Oh hija mia! pon término á mis temores y desventuras! Abjura esos altares que te esponen sin cesar á nuevas persecuciones, y vuelve al paterno culto. Hierocles no es temible ya, y el que debe ser tu esposo...

Cimodocea se precipitó á su vez á los piés del anciano.

—¡Mi padre á mis plantas! exclama, levantando á Demodoco; ¡ah no tengo fuerza bastante para soportar esta prueba! ¡Oh padre mio! perdona á una débil hija, no la seduzcas y déjale el Dios de su esposo! ¡Si supieses cuánto ha aumentado este Dios el respeto y el amor que te profeso!

—Ese Dios, replicó Demodoco, ha intentado robarme mi hija, y te roba tu esposo!

—¡No! repuso Cimodocea, no perderé á Eudoro, pues vivirá siempre, y el brillo de su frente se reflejará en la mia.

—¡Cómo! respondió el sacerdote de Homero, ¿no perderás á Eudoro cuando baje al sepulcro?

—No hay sepulcro para él, dijo la inspirada doncella; no se llora á los cristianos muertos por su Dios, como á los demás hombres.

Cimodocea, que abrigaba en su corazon un alto propósito, invitó á su agitado padre al sueño, y le pidió ocupase un lecho, pues el anciano no queria renunciar ni un momento á la vista de su hallada hija, temiendo siempre volver á perderla: así, cuando un hombre se ha visto perseguido durante mucho tiempo por un funesto ensueño, al despertar ve todavía la espantosa imágen, sin que la naciente aurora tranquilice su azorado espíritu. Cimodocea se queja de su cansancio, é inclinándose sobre el otro lecho, situado en la opuesta estremidad de la sala, dirige en voz remisa esta sentida plegaria al Eterno:

«¡Dios desconocido que sondeas el fondo de mi corazon; Dios que has visto morir á tu único Hijo! si »mis designios te son aceptos, envia á mi padre uno »de esos espíritus que se llaman tus ángeles; cierra »sus ojos cansados de llorar, y acuérdate de él cuando »yo le haya abandonado por tí!»

Dijo: y su oracion voló con alas de fuego al seno del Eterno.

El Eterno la recibe en su misericordia, y el ángel del Sueño abandona al punto las bóvedas etéreas. Ostentando el cetro de oro que le sirve para mitigar las penas de los justos, atraviesa la region de los soles y se inclina hácia la tierra á donde le conduce un prolongado grito de dolor. Al llegar al globo, detiénese un momento sobre la mas culminante cima de las montañas de la Armenia; busca con ávida mirada los desiertos donde florecieron un dia las perdidas campiñas del Eden, y recuerda el primer sueño del hombre, cuando Dios formó de la costilla de Adan la her-

mosa compañera que perder y salvar debia la raza humana. Pronto tiende el raudo vuelo al monte Líbano, á cuyo pié ve los profundos valles, los espumosos torrentes, los altivos cedros, y toca las llanuras donde los patriarcas gozaban de sus dones á la sombra de una palmera. Cruza los mares de Sidon y Tiro; y dejando á lo lejos el destierro de Teucer, el sepulcro de Aristómenes, la Creta amada de los reyes y la Sicilia, cara á los pastores, descubre las costas de Italia. Hiende los aires sin rumor alguno, sin agitar las leves alas, y esparce á su paso la frescura y el rocío; muéstrase, y las olas se adormecen, dóblanse las flores sobre sus tallos, oculta la paloma su cabeza bajo las quietas alas y duerme el leon en la apartada caverna. Las siete colinas de la ciudad eterna ofrécense al fin á las miradas del ángel consolador, que mira horrorizado á un millon de idólatras turbar la calma de la noche; abandónales á su criminal insomnio, y al mostrarse sordo á la voz de Galerio, cierra á su paso los ojos de los mártires y vuela al solitario retiro de Demodoco. Este padre infortunado se agitaba calenturiento en su lecho, pero el divino mensajero estiende sobre él su cetro de paz y toca sus párpados: Demodoco cede al punto á un profundo y apacible sueño; que no habiendo conocido hasta allí sino á ese sueño hermano de la muerte, morador de los infiernos é hijo de aquellos demonios llamados dioses entre los hombres, no conocia ese sueño de vida que procede del cielo: encanto poderoso formado por la paz y la inocencia, que no crea vanos ensueños, que no abruma el alma y que parece ser un dulce vapor de la virtud. El ángel del descanso no se atreve á acercarse á Cimodocea, entregada á la oracion; é inclinándose respetuoso ante ella, la deja en la tierra y vuela á esperarla en el cielo.

LIBRO VIGÉSIMO-CUARTO.

SUMARIO. Despedida á la Musa. Enfermedad de Galerio. El anfiteatro de Vespasiano. Eudoro es conducido al martirio. Miguel aherroja á Satanás en el abismo. Cimodocea abandona á su padre y se reune á Eudoro en el anfiteatro. Galerio sabe que Constantino ha sido proclamado César. Martirio de los esposos. Triunfo de la Religion Cristiana.

¡OH Musa que te dignaste sostenerme en carrera tan larga como peligrosa, torna ya á las celestiales mansiones! Descubro los límites de mi carrera; voy á bajar del carro, que para cantar el himno de los muertos no he menester de tu auxilio. ¿Qué francés ignora hoy los cantos fúnebres? ¿Quién de nosotros no ha llevado su luto al pié de una tumba, ó no ha herido al aire con funerario grito?

Todo ha concluido, ¡oh Musa! un momento mas, y abandonaré para siempre tus altares! No diré los amores y los seductores delirios de los humanos porque es preciso abandonar la lira con la juventud. ¡Adios! consoladora de mis dias, tú qne participaste de mis placeres y con harta mayor frecuencia de mis dolores! ¿Puedo separarme de tí sin amargo llanto? Niño era todavía cuando subiste á mi rápida nave y cantaste las tormentas que rasgaban mi combatida vela; tú me seguiste al techo de corteza del salvaje, y en las soledades americanas me hicistes hallar los bosques del Pindo. ¿A qué costa no has llevado mis ilusiones ó mis infortunios? Conducido sobre tus alas, he descubierto en medio de las nubes las desoladas montañas de Morvén; he penetrado en los bosques de Irminsul, he visto correr las aguas del Tiber, he saludado los olivos del Cefiso y los laureles del Eurotas. Tú me mostraste los enhiestos cipreses del Bósforo y los vacíos sepulcros del Simois. He atravesado contigo el Hermo, rival del Pactolo; contigo he adorado las aguas del Jordan y orado sobre el monte Sion. Menfis y Cartago nos han visto meditar sobre sus ruinas; y en los escombros del palacio de Granada hemos evocado los entusiastas recuerdos del honor y del amor. Entonces me decias:

«¡Aprende á conocer esa gloria cuyo teatro puede recorrer en breves dias el mas oscuro y desvalido viajero!»

No olvidaré, ¡oh Musa! tus lecciones, ni dejaré despeñarse mi corazon de las elevadas regiones donde lo has colocado. Los talentos que dispensas se debilitan al trascurso de los años; la voz pierde su vigor y los dedos se hielan sobre el laud; pero los nobles sentimientos que inspiras pueden sobrevivir á los demás dones que dispensas. ¡Compañera fiel de mi vida! al volar á los cielos, déjame la independencia y la virtud. ¡Vengan estas vírgenes austeras á cerrar para mí el mágico libro de la poesia y á abrirme las severas páginas de la historia! He consagrado la edad de las ilusiones á la risueña pintura de la mentira; quiero, pues, emplear la edad de los tristes recuerdos en el grave cuadro de la verdad.

Mas, ¿qué digo? ¿no he abandonado ya el país encantador de la mentira? ¡Ah! los males que Galerio ha hecho sufrir á los cristianos, no son, no! vanas ficciones.

Justo era ya que el cielo vengase en el opresor la causa de la oprimida inocencia. El ángel del Sueño, desoyendo inflexible los ruegos de Galerio, le ha entregado al ángel esterminador: el vino de la cólera de Dios, al penetrar en las entrañas del perseguidor de los fieles, ha agravado una enfermedad oculta, fruto de la intemperancia y del vicio. Desde la cintura hasta la cabeza, Galerio es un esqueleto cubierto de una piel lívida, plegada entre los huesos; la parte inferior de su cuerpo está horriblemente hinchada y sus piés han perdido su forma. Cuando en un vivero cubierto de juncos y caprichosas flores, una serpiente se enrosca en rededor de un toro, este se debate entre los estrechos nudos del reptil, y en vano hiere el aire con las retorcidas astas; pronto, empero, domado por el sutil veneno cae y se revuelca exhalando impotentes bramidos: así se agita, muje y brama Galerio, cuyos intestinos devora hedionda gangrena. Para destruir los gusanos que roen á este señor del universo, se consagran á sus famélicas llagas animales recien degollados, y se invoca á Apolo, á Esculapio y á Higia: ¡ídolos impotentes á librar de los gusanos su propio corazon!

Galerio manda decapitar á los médicos que no hallan remedio á sus dolencias.

«¡Príncipe! le dice uno de ellos, educado en secreto en la fe cristiana; siendo esta enfermedad superior á los recursos del arte, preciso es buscar su orígen en causas mas altas: recuerda lo que contra los servidores de Dios has hecho, y sabrás á quien debes acudir. Dispuesto me hallo á morir como mis hermanos, pero te anuncio que los médicos no te curarán.»

Esta franqueza causó á Galerio temibles arranques de ira, pues no podia resolverse á reconocer la impiedad del titulo de Eterno con que habia engalanado una existencia momentánea. Su encono contra los cristianos se duplica, y lejos de intentar suspender su suplicio, confirma su primera sentencia y espera impaciente el dia señalado para ofrecer en el anfiteatro el repugnante espectáculo de un príncipe moribundo que acude á presenciar la muerte de sus súbditos.

Su bárbara impaciencia no tardó en verse satisfecha: ya las amarillentas aguas del Tiber, las colinas de Alba, los bosques de Lucretilio y de Tibur sonreian á los apacibles destellos de la naciente aurora. El rocío brillaba suspenso en las plantas como un

trasparente maná, y la campiña romana desplegaba su lozanía, ostentando la frescura, y por decirlo así, la juventud de la luz. Los distantes montes de la Sabina, envueltos en un diáfano vapor, pintábanse con el color del fruto del ciruelo, cuando su violada púrpura se muestra ligeramente blanqueada por su flor. Veíase al humo elevarse tranquilamente en medio de los pintorescos caserios, á las nieblas huir á lo largo de las colinas y á las copas de los árboles despojarse de los vapores matinales; nunca brillara en el Oriente mas hermoso dia para contemplar los crímenes humanos. ¡Oh sol! desde el encumbrado trono de donde lanzas una indiferente mirada á la tierra, ¿qué te importan nuestras lágrimas y desventuras? Tu na-



EUDORO CONDUCIDO AL SUPLICIO.

cimiento y tu ocaso no pueden ser turbados por el mezquino soplo de nuestras miserias, pues alumbras con los mismos rayos al crímen y á la virtud; las generaciones pasan y se abisman, y tu sigues vencedor tu imperturbable carrera.

El pueblo se reunia en el anfiteatro de Vespasiano, porque Roma acudia á beber la sangre de los mártires. Cien mil espectadores, cubiertos unos con su manto, ostentando otros sobre su cabeza una especie de sombrilla, ocupaban las espaciosas graderias, mientras la muchedumbre vomitada por los pórticos bajaba y subia á lo largo de las escaleras esteriores y se sentaba en los escalones de mármol. Dobladas rejas de oro defendian de las fieras el banco de los senadores; y



EUDORO Y CIMODOCEA ENTREGADOS Á LAS BESTIAS FEROCES.

para refrescar el aire unas ingeniosas máquinas hacian subir altos chorros de vino y agua azafranada, que volvian á caer trocados en perfumado rocio. Tres mil estátuas de bronce, multitud infinita de cuadros, bruñidas columnas de jaspe y pórfido y vasos de primoroso trabajo decoraban tan magnífica escena. En un canal practicado en derredor de la arena, nadaban un hipopótamo y muchos cocodrilos; quinientos leones, cuarenta elefantes, numerosos tigres, panteras, toros y osos acostumbrados á despedazar hombres, rugian en las hondas cavernas del anfiteatro, mientras algunos gladiadores, no menos feroces, enjugaban aquí y acullá sus ensangrentados brazos. Inmediatos á los antros de la muerte alzábanse lugares de pública prostitucion; y las desnudas cortesanas y las mujeres romanas de la mas alta gerarquia aumentaban como en los infaustos dias de Neron, el horror del espectáculo y acudian en tropel, nefandas rivales de la muerte, á disputarse los infamantes favores de un príncipe moribundo. Añádanse á cuadro tan sombrio los postreros ahullidos de las Ménades, lascivamente tendidas en las calles, y se descubrirá con horror toda la mentida grandeza, todo el deshonor de la esclavitud.

Los pretorianos, encargados de conducir á los confesores al martirio, cercaban ya las puertas de la prision de San Pedro. Eudoro debia ser separado de sus hermanos y elegido para ser el primero en el combate, segun las órdenes de Galerio; así, en todo ejército aguerrido se aspira á inutilizar desde luego

al héroe que lo acaudilla. El carcelero se acercó á la puerta del calabozo y llamó al hijo de Lastenes.

—Héme aquí, dijo Eudoro; ¿qué quieres.?»

—¡Que salgas para morir! respondió el carcelero.

¡Para vivir! repuso Eudoro.

Y se levantó de la piedra que de asiento le servia. Cirilo, Gervasio, Protasio, Rogaciano y su hermano, Victor, Ginés, Perseo y el ermitaño del Vesubio no pudieron reprimir sus lágrimas.

«¡Confesores! les dijo Eudoro, ¡volveremos á encontrarnos en breve; separados por un momento en la tierra, nos reuniremos en el cielo!»

Eudoro habia reservado para este momento supremo una túnica blanca, destinada en mas serenos dias á su pompa nupcial, y añadió á ella un manto bordado por su madre, mostrándose mas hermoso que el cazador de Arcadia que marcha á disputar el premio en los combates del arco ó de la lira, en los campos de Mantinea.

El pueblo y los ya impacientes pretorianos llamaron á grandes gritos al hijo de Lastenes.

«¡Vamos!» dijo el mártir.

Y venciendo los dolores del cuerpo, merced á la fuerza del ánimo, salva el dintel del calabozo. Cirilo exclama al verle partir:

«¡Hijo de la mujer! ¡te ha sido dada una frente de diamante; no les temas, ni tiembles en su presencia!

Los obispos entonan el cántico de las alabanzas, recien compuesto en Cartago por Agustin, amigo de Eudoro:

«¡Oh Dios! nosotros te ensalzamos; ¡oh Dios! no«sotros te bendecimos.

«¡Los cielos, los ángeles, los tronos y los querubi«nes te proclaman tres veces santo, Señor, Dios de «los ejércitos!»

Aun cantaban los obispos el himno de la victoria, cuando Eudoro, no bien salido de la cárcel, gozaba ya de su triunfo, pues vióse entregado á los mas groseros ultrajes, y el centurion de la guardia le dijo, dándole un rudo empellon:

—¡Te haces esperar demasiado!»

—¡Compañero! respondió Eudoro sonriendo, yo marchaba con tanta prisa como tú contra el enemigo; pero hoy, ¡ya lo ves! estoy herido.

Fijáronle luego en el pecho una hoja de papiro, en que se leian estas dos palabras:

EUDORO, CRISTIANO.

El pueblo le cubria de denuestos y preguntaba en su demencia:

«¿Dónde está ahora su Dios? ¿De qué te ha servido anteponer su culto á la vida? Veamos si resucita con su Cristo, ó si el Cristo es bastante poderoso para arrancarle á nuestras manos.»

Y la cruel muchedumbre tributaba mil elogios á sus dioses, regocijándose en la venganza que de los enemigos de sus altares tomaba.

El príncipe de las tinieblas y sus ángeles esparcidos por la tierra y por los aires se embriagaban de orgullo y regocijo, creyéndose próximos á triunfar de la cruz cuando la cruz iba á precipitarles en el abismo. Escitaban los furores de los paganos contra el nuevo apóstol, al que arrojaban piedras y bajo sus heridos piés se amontonaban pedazos de vidrio y guijarros; tratábasele en fin como hubiera sido tratado el mismo Jesucristo á quien tanto horror profesaban aquellos desventurados. Eudoro caminaba lentamente desde el pié del Capitolio hasta el anfiteatro, siguiendo la Via Sagrada. En el templo de Júpiter Estator, en los Rostros, en el arco de Tito y donde quiera se presentaba algun simulacro de los dioses, redoblaban los ahullidos de la ciega muchedumbre, que pretendia obligar al mártir á inclinarse ante los ídolos.

«¿Debe acaso el vencedor saludar al vencido?» decia Eudoro. Dejad trascurrir algunos instantes, y juzgareis de mi victoria. ¡Oh Roma! ¡Veo á un príncipe que pone su diadema á los piés de Jesucristo. El templo de los espíritus de tinieblas está cerrado, sus puertas no volverán á abrirse, porque sus cerrojos de bronce impedirán entrar en el á los siglos venideros!»

«¡Nos predice calamidades! exclamó el pueblo; ¡despedacemos al impío!»

Los pretorianos lograron con dificultad sustraer al profeta mártir del frenesí de aquellos idólatras.

«¡Dejadles! dijo Eudoro; del mismo modo han tratado muchas veces á sus emperadores; mas por lo que á mí respecta, no habreis de emplear la punta de vuestra espada para obligarme á levantar la cabeza.»

Todas las estátuas triunfantes de Eudoro habian sido destruidas, y la única que habia quedado en pié hallóse al paso del mártir; enternecido un soldado al ver esta estraña coincidencia, bajó su casco para ocultar su emocion. Eudoro lo advirtió y le dijo:

«¿Por qué lloras mi gloria, amigo mio? Este es el dia de mi mas brillante triunfo. ¡Consigue tú los mismos honores!»

Estas palabras hicieron honda impresion en el soldado, y algunos dias despues abrazó la Religion Cristiana.

Eudoro llegó al anfiteatro, semejante á un generoso corcel que atravesado por una flecha en el campo de batalla, se empeña mas en el combate, sin mostrar que siente la mortal herida.

Empero no todos los que al confesor empujaban eran sus enemigos: gran número de fieles aspiraba á tocar la vestidura del mártir; muchos ancianos recogian sus palabras; muchos sacerdotes le daban la absolucion en medio de la apiñada multitud y muchos jóvenes y mujeres gritaban:

«¡Pedimos morir á su lado!»

Pero el confesor calmaba con una palabra, con un ademan, con una mirada, aquellos arranques de la virtud, y solo parecia ocuparse del peligro de sus hermanos. El infierno le esperaba á la puerta del palenque para darle el último asalto; los gladiadores, segun la antigua costumbre, quisieron revestir al cristiano con un manto de los sacerdotes de Saturno.

»¡No! gritó Eudoro, ¡no moriré con el vil disfraz de un cobarde desertor, ni con los colores de la torpe idolatría! primero rasgaré las vendas de mis heridas. Pertenezco al pueblo romano y á César, y si con mi muerte les privais del combate que les debo, vuestra cabeza será responsable.»

Intimidados por esta amenaza, los gladiadores abrieron las puertas del anfiteatro, y el mártir entró solo y triunfante en la arena.

Un grito universal y unos aplausos frenéticos repetidos desde la cúspide hasta la base, hacen mugir los ecos del anfiteatro. Los leones y todas las fieras encerradas en las cavernas, responden dignamente á la esplosion de aquella bárbara alegría; el pueblo tiembla de espanto, y solo el mártir se muestra sereno. Súbito recuerdo le asalta y le reproduce el presentimiento que en otro tiempo sintiera en aquel mismo lugar: avergüénzase de sus pasados estravíos, y da fervientes gracias á Dios por haberle recibido en su misericordia y por haberle conducido, mediante un maravilloso presagio, á tan glorioso fin. Recuerda tambien con ternura á su padre, á sus hermanas, á su pátria, y encomienda al Eterno á Cimodocea y Demodoco. Este fue su postrer pensamiento terrenal, y elevó luego su espíritu y su corazon al cielo.

El emperador no habia llegado aun, y la señal de los juegos estaba suspensa. El herido mártir pide permiso al pueblo para sentarse en la arena, para conservar mejor sus fuerzas; y el pueblo accede á su peticion, esperando presenciar un combate mas prolon-

gado. El jóven envuelto en su manto se reclina en la arena que iba á beber su sangre, á la manera que un fatigado pastor se acuesta sobre el musgo en el solitario bosque.

En tanto, allá en las profundidades de la eternidad, despedia mas refulgente luz el Santo de los santos. Angeles, Tronos y Dominaciones, postrados en humilde actitud, oian henchidos de santo gozo una voz que decia:

«¡Paz á la Iglesia! ¡Paz á los hombres!»

La hostia era aceptada: la última gota de la sangre del justo iba á hacer triunfar la religion llamada á cambiar la faz de la tierra. Conmuévese la luminosa cohorte de los mártires, y los guerreros divinos se reunen al son de la trompeta del ángel que precede los ejércitos del Señor. Allí brilla Esteban, el primero de los confesores; muéstranse allí el intrépido Lorenzo, el elocuente Cipriano, y tú, honor de la piadosa y fiel ciudad que el Ródano atraviesa y el Saona acaricia. Conducidos todos por una esplendorosa nube, bajan á recibir al feliz soldado á quien está reservada la magnífica victoria. Los cielos se entreabren; los coros de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles y de los ángeles, acuden á admirar el combate del justo. Las santas mujeres, las vírgenes y las viudas rodean y felicitan á la madre de Eudoro, única que desvia sus ojos de la tierra y los mantiene fijos en el trono de Dios.

Miguel arma su potente diestra con aquella espada que centellea delante del Señor y descarga inopinados golpes; toma en la izquierda una cadena forjada al fuego de los rayos, en los arsenales de la cólera celestial, cadena cuyos indestructibles anillos fueron formados por cien arcángeles dajo la direccion de un ardiente querubin; merced á un admirable trabajo, el metal fundido con la plata y el oro, se modeló bajo los pesados martillos, y los arcángeles agregaron á estos metales tres destellos de la venganza eterna: la desesperacion, el terror y la maldicion, y además una centella del rayo y aquella materia viva que componia las ruedas del carro de Ezequiel. A la señal del Dios fuerte, Miguel se lanza desde los cielos como un cometa, y asustados los astros creen llegar al fin de su carrera. El arcángel pone un pié sobre el mar y otro sobre la tierra, y grita con formidable acento repetido por siete truenos:

«El reinado de Cristo queda establecido; la idolatría ha pasado y la muerte ha sido vencida. ¡Raza «perversa! libra al mundo de tu odiosa presencia; y «tú, Satanás, vuelve al pozo del abismo donde serás «encadenado por espacio de mil años.»

Los ángeles rebeldes enmudecen de espanto; pero el príncipe de las tinieblas, que intenta prolongar la resistencia y combatir al enviado del Altísimo, llama á Astarté y á los demonios de la falsa sabiduría y del homicidio, que despeñados ya al asilo de los dolores, se ven castigados con nuevos tormentos de los males que acaban de ocasionar á los hombres. Satanás, abandonado de los suyos, intenta en vano resistir al celestial guerrero; la fuerza le es súbitamente arrebatada, y conoce que su cetro está roto y aniquilado su poder. Precedido de sus arrolladas legiones, húndese con horrendo rugido en el pozo del abismo: las cadenas vivas caen con él, le ciñen y le atan en un ardiente peñasco en el centro del infierno.

En tanto, el hijo de Lastenes oye en los aires inefables conciertos y los distantes sonidos de mil arpas de oro, mezclados con melodiosas voces; levanta la cabeza y ve al ejército de los mártires derribar en Roma los altares de los falsos dioses y socavar los cimientos de sus templos entre oscuros torbellinos de polvo. Una escalera maravillosa baja desde una nube hasta los piés de Eudoro; esta escalera era de jaspe, de jacintos, de zafiros y esmeraldas como los cimientos de la celestial Jerusalén. El mártir contempla la esplendorosa vision, y llama con suspiros el feliz instante de emprender aquel radiante camino del cielo.

Empero no es esta toda la gloria que á su pueblo reserva el Dios de Jabob, pues mantiene vivos en el corazon de una débil mujer los mas nobles y generosos propósitos. Cuando la avecilla matinal espera sobre la copa de tierno arbusto la vuelta de la anhelada luz, no bien el naciente dia ha blanqueado los bordes de las nacaradas nubes, abandona la tierra y hace oir, al perderse en los espacios, un himno que encanta al viajero: así la vigilante Cimodocea aguarda impaciente el primer destello del alba, para volar á entonar en el cielo unos cánticos que serán la delicia de Israel. Un rayo de la aurora llega al fin hasta la jóven cristiana, á través del laurel de Virgilio: levántase sin demora y viste de nuevo el traje del martirio que habia guardado con esmero. Como el sacerdote de Homero disfrutaba aun del plácido sueño que el ángel le habia concedido, acercóse silenciosa á contemplar á su padre, que vertia mudas lágrimas; presta atento oido á su tranquila respiracion, y al pensar en el dolor horrible que esperimentaria al hallarse abandonado para siempre, apenas puede reprimir los sollozos que le arranca la piedad filial. Empero, recordando de improviso su valor, ó por mejor decir, su amor y su fe, huye furtivamente, semejante á la nueva esposa de Esparta, que se sustraia á las miradas de su madre, para ir á gozar de las caricias de su esposo.

Doroteo no habia pasado la noche en la casa de Virgilio, porque los cristianos no se entregaban al descanso en la víspera de la muerte de sus hermanos; así pues, acompañado de todos sus criados, habíase trasladado al anfiteatro con Zacarías. Disfrazados entre la multitud, esperaban el combate del mártir, para ocultar luego el cuerpo glorioso y darle sepultura: tal, una bandada de palomas espera en las inmediaciones de una quinta donde se trilla el trigo nuevo, á que los segadores se retiren para recoger el grano abandonado en las eras.

Cimodocea no halló obstáculo alguno en su generosa fuga. ¿Quén hubiera podido adivinar sus proyectos? Baja al peristilo y abriendo la puerta esterior se lanza á aquella Roma, desconocida para ella.

Vaga primero por las desiertas calles, pues todo el pueblo se hallaba en el anfiteatro y no sabe á donde dirigir la incierta planta; detiénese y escucha atenta, como el centinela que intenta sorprender el enemigo rumor; parécele oir un lejano clamoreo, y corre hácia aquel punto, y cuanto mas adelanta mas se acrecienta el murmullo. En breve descubre una dilatada fila de soldados, de esclavos, de mujeres, de niños y ancianos que siguen el mismo camino, y ve pasar literas, volar carros y ginetes. Elévanse en sordo tumulto mil acentos, mil voces, y en aquel confuso rumor Cimodocea percibe este repetido grito:

«¡Los cristianos á las fieras!»

«¡Vedme aquí!» exclamó cuando el pueblo aun no podia oirla.

Y en tanto, avanzaba sobre una altura que dominaba á la muchedumbre esparcida en derredor del anfiteatro. Cimodocea, bajando la colina al despuntar la aurora, mostróse como la estrella de la mañana que la noche presta por un momento al dia. La Grecia arrodillada hubiera visto en ella la amante de Céfiro ó de Céfalo, pero Roma reconoció al punto á una cristiana, aunque su túnica azul, su blanco velo y su manto negro la delataban menos que su angelical modestia.

«¡Es una cristiana prófuga! clamó la brutal muchedumbre, ¡detenedla!.»

«¡Sí! respondió Cimodocea, ruborizada en presencia del pueblo; soy cristiana, pero no prófuga; me he estraviado y equivocado el camino, pues soy jóven y he nacido en las queridas costas de Grecia. Pode-

rosos hijos de Rómulo, ¿quereis conducirme al anfiteatro?»

Este lenguaje, capaz de desarmar á los mismos tigres, solo atrajo á Cimodocea torpes chocarrerías y ultrajes. Viéndose rodeada de una turba de hombres y mujeres que vacilaban en infamante embriaguez, una voz gritó que aquella griega no podia ser condenada á las fieras.

«¡Lo he sido, respondió la jóven cristiana con timidez, y me esperan en el anfiteatro!»

El grupo la condujo á este prorumpiendo en horribles ahullidos; mas como el gladiador encargado de introducir los mártires no tenia órden alguna respecto de esta víctima, se negaba á admitirla en el lugar del sacrificio; á la sazon se abrió inesperadamente una de las puertas, y Eudoro se mostró en el fatal recinto; entonces Cimodocea, salvando el dintel, rápida como una flecha, fué á caer en brazos de su esposo.

Cien mil espectadores se levantan en las graderías del anfiteatro y se agitan en prolongado tumulto. Todos se inclinan hácia delante, todos miran la arena y se preguntan quién era aquella mujer que acababa de arrojarse en brazos del cristiano. Quienes decian:

«Es su esposa, es una cristiana condenada á muerte, pues viste la túnica de los sentenciados.»

Quienes añadian:

«Es la esclava de Hierocles; la griega que se declaró enemiga de los dioses cuando quisimos salvarla.»

Algunas voces tímidas decian:

«¡Tan jóven, tan hermosa!..»

Pero la feroz multitud gritaba:

«¡Sea entregada á las fieras antes de que multiplique en el imperio la raza de los impíos!

El horror, el delirio y un espantoso dolor impedian hablar al mártir, que al estrechar sobre su corazon á Cimodocea, hubiera querido rechazarla, pues veia que cada minuto trascurrido aceleraba el término de una vida por la cual hubiera dado la suya un millon de veces. Al fin exclamó, anegado en lágrimas:

—¡Oh Cimodocea! ¿qué vienes á hacer aquí? ¡Dios santo! ¿Por qué verte en momento tan terrible? ¿Qué encanto ó qué calamidad te ha traido á este campo de muerte? ¿Por qué vienes á hacer titubear mi fe? ¿Cómo podré verte morir?

—¡Señor! dijo Cimodocea sollozando, perdona á tu esclava. He leido en tus Libros santos: «La mujer »abandonará á su padre y á su madre para reunirse »á su esposo;» y abandonando á mi padre durante su sueño, vengo á pedir tu perdon á Galerio ó á participar de tu suerte.

Cimodocea vió el pálido semblante de Eudoro y sus mal cubiertas heridas; y exhalando un penetrante grito, besó en santo trasporte los piés del mártir y las llagas sagradas de sus brazos y pecho. ¿Quién podria espresar los sentimientos de Eudoro, al sentir aquellos labios puros oprimir dulcemente su desfigurado cuerpo? ¿Quién podria decir el inconcebible encanto de aquellas primeras caricias, sentidas á través de las llagas del martirio? Súbitamente el cielo inspira al confesor: su cabeza despide rayos de luz y su semblante refleja la gloria de Dios; saca de su dedo un anillo y empapándolo en la sangre de sus heridas:

—Dejo de oponerme á tus designios, dice á Cimodocea: no puedo negarte por mas tiempo la corona que con tan noble esfuerzo buscas. Si he de creer á la voz secreta que habla á mi corazon, tu mision sobre la tierra está concluida; tu padre no necesita ya de tu apoyo, pues Dios se ha encargado de su asistencia. Demodoco va á conocer la verdadera luz, y en breve se reunirá á sus hijos en las felices mansiones donde nada podrá ya arrebatárselos. ¡Oh Cimodocea! yo te habia predicho que nos reuniríamos algun dia; ¡es preciso que muramos esposos! Este es el altar, el templo y el tálamo nupcial. Mira esa magnificencia que nos rodea y esos perfumes que bajan sobre nuestras cabezas. Levanta los ojos, y contempla en el cielo con la vista de la fe esas grandezas infinitamente superiores en hermosura. Hagamos legítimos los abrazos eternos que van á seguir á nuestro martirio: toma este anillo y sé mi esposa.

La angelical pareja cae de rodillas en medio de la arena; Eudoro coloca el anillo empapado en su sangre en el dedo de Cimodocea.

—¡Sierva de Jesucristo! le dice, recibe mi fe; eres amable como Raquel, prudente como Rebeca y fiel como Sara, sin haber tenido su dilatada vida. ¡Crezcamos, multipliquémonos para la eternidad, y llenemos el cielo con nuestras virtudes!

El cielo se abre para celebrar estas sublimes nupcias; los ángeles entonan el cántico de la Esposa; la madre de Eudoro presenta á Dios sus hijos ya unidos y próximos á comparecer al pié del trono del Eterno; las vírgenes mártires tejen la corona nupcial de Cimodocea; Jesucristo bendice la venturosa pareja, y el Espíritu Santo les dispensa el don de un inextinguible amor.

Entretanto, la multitud que veia á los dos cristianos de rodillas, creia que les pedian la vida, por lo que, volviendo el pulgar hácia ellos, como en los combates de los gladiadores, rechazó por medio de esta señal su ruego y les condenó á muerte. El pueblo romano, á quien sus nobles privilegios habian conquistado el nombre de *pueblo rey*, habia perdido mucho tiempo habia su independencia, y solo habia quedado dueño absoluto para la direccion de sus placeres; mas, como los déspotas se valian de estos mismos placeres para encadenarle y corromperle, no poseia en realidad sino la soberanía de su esclavitud. El gladiador de los pórticos fué á recibir las órdenes del pueblo acerca de la suerte de Cimodocea.

—¡Pueblo libre y poderoso! dice, esta cristiana ha entrado en la arena olvidando su clase: estaba condenada á morir con el resto de los impíos, despues del combate de su caudillo; pero habiéndose fugado de la cárcel y estraviádose en Roma, su mal genio, ó por mejor decir, el genio del imperio, la ha conducido al anfiteatro.

El pueblo exclamó con unánime grito:

«Los dioses lo han querido; ¡permanezca y muera!»

Un escaso número de espectadores, interiormente movido por el Dios de las misericordias, se mostraba favorable á la juventud y las gracias de Cimodocea, y queria se perdonase á la cristiana; pero la multitud repetia con redoblado encono:

«¡Permanezca y muera! ¡Cuánto mas hermosa es la víctima, tanto mas agradable es á los dioses!»

Aquellos hombres no eran ya los hijos de Bruto, que maldecian al gran Pompeyo por haber hecho combatir á algunos mansos elefantes; eran hombres embrutecidos por la esclavitud, cegados por la idolatría: hombres en cuyas almas se habia estinguido toda idea humanitaria, al estinguirse el alto sentimiento de la libertad.

Una voz resonó en el anfiteatro; Doroteo, al renunciar á la vida, exclamó:

—¡Romanos! yo soy el autor de todo lo que veis; yo he libertado esta misma noche al ángel del cielo que acaba de entregarse á vosotros. Soy un cristiano que pide el combate; ¡ojalá el infame Júpiter caiga en breve con su templo! ¡ojalá arrastre en su caida á sus detestables adoradores! ¡ojalá la eternidad encienda sus vengadoras llamas para devorar á los bárbaros que se muestran insensibles á todos los encantos del infortunio, de la juventud y las virtudes!

Esto diciendo, Doroteo derribó una estátua de Mercurio; al punto, la atencion y la indignacion del pueblo se volvieron hácia aquel lado.

«¡Un cristiano en el anfiteatro! ¡Préndasele! ¡entreguésele á los gladiadores!»

Doroteo, espulsado del anfiteatro, fue condenado á morir con el resto de los confesores.

De repente resuena el fragor de las armas: bájase el puente que establecia la comunicacion entre el palacio del emperador y el anfiteatro, y Galerio da un paso desde su lecho de dolor hasta el cruento espectáculo, pues se habia hecho superior á su enfermedad, para presentarse por última vez al pueblo. Veia que el imperio y la vida le abandonaban á la par, pues un mensajero llegado de las Galias, acababa de anunciarle la muerte de Constancio, y que Constantino, proclamado César por las legiones, se habia declarado cristiano y se disponia á marchar sobre Roma. Estas noticias llenaron de zozobra el alma de Galerio é hicieron mas destructora la repugnante llaga de su cuerpo; pero ocultando sus dolores, ya deseando engañarse á sí mismo, ya intentando engañar á los demás, fué á sentarse en el balcon imperial, horrenda imágen de la muerte coronada. ¡Qué contraste con la hermosura, la vida y la juventud espuestas en la arena al furor de los leopardos!

Al presentarse el emperador, los espectadores se levantaron y le dirigieron el acostumbrado saludo: Eudoro se inclinó respetuosamente ante el César y Cimodocea se adelantó hácia el balcon para pedir al emperador el perdon de Eudoro, y ofrecerse á sí misma en holocausto. La muchedumbre libró á Galerio de la perplejidad de mostrarse clemente ó cruel; habia esperado largo plazo el combate, y su sed de sangre, exasperada á vista de las víctimas, le hacia gritar en discorde tumulto:»

«¡Las fieras! ¡las fieras! ¡los impíos á las fieras!» Eudoro intentó hablar en favor de Cimodocea; pero mil voces ahogaron la suya:»

«¡Dese la señal! ¡Las fieras! ¡Los cristianos á las fieras!

La trompeta resuena y anuncia la aparicion de estas; el jefe de los retiarios (1) atraviesa la arena y abre la jaula de un tigre de conocida ferocidad.

Entonces se suscitó una disputa digna de eterna memoria entre Eudoro y Cimodocea, pues cada uno queria morir el último.

—Eudoro, decia Cimodocea, sino estuvieses herido, te pediria me permitieses ser la primera en el combate; pero ahora tengo mas fuerza que tú, y puedo verte morir.

—Cimodocea, replicaba Eudoro, ha mucho que soy cristiano, y podré sufrir mejor el dolor; ¡déjame ser el último que abandone la tierra!

El mártir se despoja de su manto, y cubre con él á Cimodocea, para ocultar mejor á la vista de los espectadores los atractivos de la hija de Homero, al ser arrastrada sobre la arena por el tigre, pues Eudoro temia que tan casta muerte fuese manchada por la sombra de un pensamiento impuro, aun en los demás. Tal vez cedia á un instinto postrero de la naturaleza, á un movimiento de esos nobles zelos que acompañan al verdadero amor hasta el sepulcro.

La trompeta resonó por segunda vez.

Oyóse entonces rechinar la férrea puerta de la caverna del tigre, á cuyo aspecto el gladiador huyó despavorido. Eudoro colocó á Cimodocea á su espalda, atento únicamente á su oracion, los brazos estendidos en forma de cruz y fijos en el cielo los ojos.

La trompeta resonó por tercera vez.

Las cadenas del tigre caen y la fiera se lanza rugiendo á la mortal arena, mientras un movimiento involuntario estremeció á los espectadores. Cimodocea, poseida de profundo terror, esclamó con penetrante grito:

«¡Ah! ¡Sálvame!»

Y se arrojó á los brazos de Eudoro, que se volvió hácia ella y la estrechó sobre su pecho, como si intentase ocultarla en su corazon. El tigre se acerca á los dos mártires; y dando un salto espantoso, clava las aceradas garras en los costados del hijo de Lastenes y desgarra con mortífero diente la espalda del intrépido confesor. Mientras Cimodocea, asida siempre á su esposo, le dirigia una mirada en que se pintaban con horrible verdad el amor y el espanto, descubrió la ensangrentada cabeza de la fiera inmediata á Eudoro: el calor abandona los palpitantes miembros de la vencedora vírgen: sus párpados se cierran, y queda suspensa en brazos de su esposo como un copo de deslumbradora nieve pende de las ramas de un robusto pino del Ménalo ó del Liceo. Las santas mártires Eulalia, Felicitas y Perpétua, bajan á buscar su compañera: el tigre habia desgarrado el alabastrino cuello de la hija de Homero, de cuyos tempranos dias cortara el hilo el ángel de la Muerte, con amarga sonrisa. Cimodocea exhala el suspiro postrero sin esfuerzo y sin dolor; lanza al cielo el aliento divino que parecia animar escasamente aquel cuerpo formado por las Gracias, y cae á la manera qué la tierna flor tronchada sobre el césped por la desapiadada segur de rústico campesino. Eudoro la sigue un momento despues á las eternas mansiones: hubiérase creido ver uno de aquellos sacrificios de paz, en que los hijos de Aaron ofrecian al Dios de Israel una paloma y un becerro.

Apenas habian recibido la merecida palma los mártires esposos, cuando se mostró en los aires una cruz luminosa, semejante al Lábaro que hizo triunfar á Constantino; el trueno retumbó sobre el Vaticano, colina á la sazon desierta, pero con frecuencia visitada por un espíritu desconocido; el anfiteatro se estremeció hasta sus cimientos: todas las estátuas de los ídolos cayeron, y se oyó, como en otro tiempo en Jerusalén, una voz que decia:

«¡Los dioses se ausentan!»

La despavorida multitud abandona el horroroso espectáculo; y Galerio, que al volver á su palacio, se abandona á los mas negros furores, manda degollar á los ilustres compañeros de Eudoro. Constantino se presenta á las puertas de Roma, y Galerio sucumbe á los horrores de su dolencia, blasfemando del Eterno. En vano un nuevo tirano se apodera del poder supremo: Dios truena en las alturas del cielo, la señal de la redencion brilla, Constantino avanza y Majencio es arrojado al Tiber. El vencedor entra en la ciudad reina del mundo, y los enemigos de los cristianos se dispersan desconcertados. El príncipe, amigo de Eudoro, se apresura á recoger los últimos suspiros del infeliz Demodoco, cuya cansada existencia arrebata el dolor, y que pide el bautismo para reunirse á su idolatrada hija. Constantino vuela á los lugares donde habian sido hacinadas las víctimas, pero los dos esposos conservaban toda su hermosura en la muerte, pues merced á un milagro del cielo, sus heridas se habian cerrado, y la tranquila espresion de la paz y la felicidad estaba impresa en sus semblantes. Abrióse para ellos una sepultura en aquel cementerio donde el hijo de Lastenes fue separado en otro tiempo del número de los fieles; y rodeando las legiones de las Galias, conducidas un dia á la victoria por Eudoro, el sepulcro de su antiguo general, el águila guerrera de Rómulo se mira adornada con la cruz pacífica. Constantino ciñe la corona de Augusto sobre la tumba de los jóvenes mártires, y proclama sobre ella religion del imperio la Religion Cristiana.

FIN DE LOS MÁRTIRES.

(1) Gladiadores que combatian con una red.

NOTAS DE LOS MARTIRES.

LIBRO PRIMERO.

Nota primera.—Pág. 3. Musa celestial.

O Musa, tu chedi caduchi allori
Non circondi la fronte in Elicona, etc.
Gierus. Liber., canto 1.º strofa 2.ª

II.—Pág. 3. El Eterno, que veia debilitarse en las prosperidades las virtudes de los cristianos, permitió á los demonios que suscitasen una nueva persecucion.

Eusebio ha dado la misma razon de la persecucion esperimentada en tiempo de Diocleciano. Por lo demás, puede advertirse que esta esposicion, tan breve como sencilla, encierra el todo del argumento.

III.—Pág. 4. Demodoco era el último vástago de aquellas familias Homéridas.

He adoptado la tradicion mas adecuada á mi argumento, pues es harto sabido que los Homéridas eran unos rapsodas que recitaban en público diferentes fragmentos de la *Iliada* y de la *Odisea*. El nombre de Demodoco está sacado del último de estos poemas: Demodoco era un poeta ciego, que cantaba en los festines de Alcinoo; y creese generalmente que Homero se retrató á sí mismo en la pintura de aquel alumno de las Musas. Por medio de la ficcion de esta familia de Homero, me ha sido posible reproducir las costumbres de los siglos heróicos sin herir demasiado la verosimilitud, pues es harto probable que un anciano sacerdote de Homero, último vástago de este poeta, henchido el ánimo de las imágenes de la *Iliada* y de la *Odisea* y poeta á la vez, se mostrase depositario fiel de las patriarcales costumbres de su familia. En las montañas de Escocia se ven *clanes* ó tribus que conservan muchos siglos há el idioma, el traje y los usos de sus ascendientes. Sin el auxilio de esta ficcion, acaso bastante hermosa en sí misma, hubiera malogrado el embeleso y los sublimes rasgos de la mitologia homérica. Entonces se me hubiera con razon acriminado de que presentaba las costumbres cristianas en toda su juventud y lozania al lado de las costumbres paganas en su última decadencia. Y sirva esto de terminante prueba de la buena fe con que siempre procedo en mis trabajos literarios. Realmente, los mezquinos dioses de Ovidio y los usos de la Grecia idólatra en el siglo IV, no hubieran podido sostenerse un solo momento al lado de la grandeza del naciente Cristianismo y del cuadro brillante de las virtudes evangélicas. Y téngase presente que Cimodocea, símbolo de las bellas artes de la Grecia, ha de salir de esta familia Homérida, para convertirse al Cristianismo y entregar la lira de Homero á la Musa santa.

IV.—Pág. 4. Del monte Taleo, caro á Mercurio.

El Taleo era una montaña de Creta donde se daba culto al dios Mercurio. Acaso le procede su nombre de Talo, compañero de los trabajos de Radamanto, personaje de quien han hecho los poetas un gigante de bronce que combatió á los argonautas y fue muerto por los hechizos de Medea. (Véase á Platon y á Polonio.)

V.—Pág. 4. Habia acompañado á su esposa á Gortines, ciudad construida por el hijo de Radamanto en las orillas del Leteo, no distante del plátano que brindó protectora sombra á los amores de Europa y Júpiter.

Era Gortines una de las cien ciudades de Creta. Los poetas han hecho de Radamanto uno de los tres jueces de los infiernos. El Leteo, riachuelo de Creta, recibió este nombre, porque en sus orillas Hermione olvidó á Cadmo. Habiendo descubierto los griegos en las márgenes del Leteo una especie de plátano siempre verde, publicaron que Júpiter lo habia hecho nacer, para ocultar sus amores con Europa. (Consúltense los mitólogos, geógrafos y viajeros entre otros á Tournefort.)

VI.—Pág. 4. Las cavernas de los Dáctilos.

Los Dáctilos Ideos eran en la opinion de algunos los sacerdotes de la diosa Cibeles, y en la de otros una especie de hombres religiosos, primitivos habitantes de Creta, que moraban en las cavernas del monte Ida, como puede verse en Sofocles, Estrabon, Diodoro de Sicilia y otros autores.

VII.—En el bosque sagrado donde los tres ancianos de Platon se sentaron para discurrir acerca de las leyes.

Esta es una alusion á la hermosa escena con que se abre el Diálogo sobre las leyes. «Clinias, caminando un poco mas, hallarémos los bosques consagrados á Júpiter, muchos cipreces de asombrosa elevacion y belleza, y unas praderas en donde podremos sentarnos y descansar.» (Leyes de Platon. Lib. I)

VIII.—Pág. 4. Y mirar sonriendo y llorando á la vez aquel astro brillante.

Así mira Andrómaca á Astianax:
Iliad., VI, v. 488.

Tambien es Homero quien compara á Astianax con un astro hermoso.
Iliad. VI v. 402.

IX.—Pág. 4. Los habitantes de la Mesenia hacian construir á la sazon un templo á Homero.

Casi todas las ciudades que se disputaban la gloria de haber sido la cuna de Homero, erigieron templos en su honor. Tolomeo Filopator le construyó uno magnífico; en Quio se celebraban juegos en loor de este gran poeta; y en Argos se le invocaba á la par de Apolo.

I.—Pág. 4. Impelido por un viento próspero, su bajel descubrió en breve el promontorio de Ténaro; y siguiendo las costas de Etilos, Tálamos y Leuctres, fue á anclar á la sombra del bosque de Coerio.

El Tenaro, hoy cabo Matapan, es el último promontorio de la Laconia, en el cual se veia un templo de Neptuno y un boqueron que conducia á los infiernos. Etilos, Talama, Leuctres, etc. eran unas ciudades situadas en el litoral de la Laconia, á la falda del monte Taijeto en el golfo de Mesenia. (Véase á PAUSANIAS.)

Estas ciudades nada ofrecen ya digno de la atencion del viajero. D' Anville pretende que Betilo es Etilos; acaso Talamos es Calamata, aunque es mas probable que la Calamata moderna es la Calamé de los antiguos. No debe confundirse la Leuctres del golfo de Mesenia con la Leuctres de la Arcadia, ni tampoco con la Leuctres memorable por la victoria conseguida en sus campos por Epaminondas.

II.—Pág. 4. Veíase allí al poeta, representado bajo la forma de un caudaloso rio, al cual llegaban otros rios para llenar sus urnas.

Este ingenioso emblema, inventado por la antiguedad, ha movido á Longino á decir, hablando de las imitaciones de Platon: «Se ha bebido en Homero como en un abundante manantial del que ha hecho correr una infinidad de arroyuelos.» (*Tratado de lo sublime* cap. XI.) ¡Cuán dichoso me consideraria si hubiere bebido tambien algunas gotas de agua en tan caudaloso y rico manantial!

III.—Pág. 4. El templo dominaba la ciudad de Epaminondas.

Esta ciudad de Mesena fue edificada por el general Tebano, despues de haber derrotado los espartanos y restituido á los mesenios á su patria. Pelegrino no habla de Mesena; el abate Fourmont la visitó hácia el año de 1734 y contó treinta y ocho torres todavia en buen estado.

Yo descubrí estas ruinas á mi izquierda al atravesar la Mesenia en direccion á Tripolitza al pié del Ménalo en el valle de Tejeo. Mr. de Pouqueville, viajando desde Navarino, (la antigua Pilos) y siguiendo casi el mismo camino que yo, debia dejar estas mismas ruinas á su derecha. (Véase á PAUSANIAS; los *viajes del jóven Anacarsis*, á PELEGRINO en su *viaje al reino de Morea*; y á POUQUEVILLE en su *viaje á Morea*.)

IIII.—Pág. 4. El oráculo habia decretado se abriesen los cimientos del templo en el mismo lugar que Aristómenes eligiera para enterrar la urna de bronce de que pendian los destinos de su patria.

Nadie ignora las famosas guerras de los espartanos y mesenianos: estos, viéndose próximos á ser subyugados recurrieron á la religion.

Segun dice Pausanias, se custodiaba un monumento al que estaban vinculados los destinos de la Mesenia, cuyos habitantes, si perdian aquel monumento sagrado, debian ser del todo destruidos; y por el contrario, si lo conservaban se levantarian algun dia de entre sus ruinas. Aristómenes se llevó furtivamente durante la noche aquel monumento y lo enterró en el mas desierto lugar del monte Itomo.

El monumento era una urna de bronce que contenia algunas láminas de plomo, en las cuales estaba grabado todo lo concerniente al culto de las grandes diosas. Epaminondas halló esta urna, llamó á los meseníanos fugitivos y edificó á Mesena.

XIV.—Pág. 4. Las aguas del Amfiso, del Pamiso y del Balira, en que el ciego Tamíris dejó caer su lira.

El rio Pamiso era considerado como el mas caudaloso del Peloponeso; y no obstante, mi barca que solo calaba algunas pulgadas de agua, quedó encallada en su embocadura. El Amfiso, segun Pausanias, es tributario del Balira. Habiéndose atrevido el poeta Tamiris á desafiar á las Musas en el arte de cantar, quedó vencido y se vió privado súbitamente de la vista por ellas; por lo cual despechado dejó caer, segun otros autores, su lira en el Balira. Platon dice que el alma de Tamiris, pasó al cuerpo de un ruiseñor. (Consúltese tambien la ILIADA.)

XV.—Pág. 4. La adelfa y el arbusto predilecto de Juno.

Este arbusto es el *agnus castus*. En Samos, este vegetal era sagrado, y se creia que Juno habia nacido á su sombra: he nombrado con preferencia estos dos arbolillos, porque los he visto abundar mucho en la Grecia

XVI.—Pág. 4. Andamies, testigo de las lágrimas de Mérope; Trica, que vió nacer á Esculapio; Gerenia, que conserva el sepulcro de Macaon; Feres, donde el prudente Ulises recibió de mano de Ifito el arco fatal á los amantes de Penélope; y Estenidara, que resuena con los cantos de Tirteo.

Cresfonte, dice Pausanias, casó con Mérope; los antiguos reyes de Mesenia residian en Andamies; y la hermosa tragedia de Voltaire ha dado á conocer á Mérope á todos los lectores.

Segun los mesenios, dice tambien Pausanias, Esculapio habia nacido en Trica, puebleciflo de la Mesenia. Otras tradiciones hay relativas á Esculapio; mas yo he seguido la que mejor se avenia con mi argumento. «Vése en Gerenia, dice el mismo Pausanias, el sepulcro de Macaon.»

Feres, donde el prudente Ulises recibió de Ifito el arco fatal.

Hé aquí el pasaje de Homero:

«Este arco era un don de Ifito, hijo de Eurites, semejante á los inmortales. Ifito habia ido á Mesenia y encontró á Ulises en la casa del generoso Orsiloco.» (ODISEA, lib. XXI.)

En vista de esto he creido que podria, al hablar de Feres, mencionar la circunstancia del don del arco, puesto que Orsíloco vivia en Feres, segun testimonio de Pausanias y del mismo Homero.

Y Estenidara que resonaba con los cánticos de Tirteo.

He escrito Estenidara y no Estenidera por parecerme mas conveniente á la armonia. Sabido es que durante las guerras de Mesenia, los lacedemonios pidieron un general á los atenienses, y que estos les enviaron á Tirteo, maestro de niños, feo y cojo. Los enemigos se encontraron en la llanura de Estenidara, en un lugar llamado el *Monumento del Jabalí*. Tirteo estaba presente en la accion y alentaba á los lacedemonios con elegías guerreras que toda la antigüedad ha ponderado como sublimes. En la coleccion de los poetas griegos menores, pueden verse algunos fragmentos, restos de las poesias de Tirteo.

XVII.—Pág. 4. Este encantador país, sujeto en otro tiempo al cetro del anciano Neleo, presentaba de esta suerte desde el vértice del Itomo y del peristilo del templo de Homero, un canastillo de frondosidad de mas de ochocientos estadios de circunferencia.

Neleo, espulsado de Yolcos, ciudad de Tesalia, se retiró al lado de Afareo, primo hermano suyo, á la sazon reinante en Mesenia, quien le dió á Pilos y todo el pais situado en la orilla del mar. Afareo tuvo dos hijos, Linceo é Idas, que hicieron la guerra á los dioscuros, y en ella perecieron. La Mesenia despues de su muerte, pasó al dominio de Nestor, hijo de Neleo. Por lo tocante á la estension de la Mesenia, he seguido el cálculo del abate Barthelemy, que se apoya en la autoridad de Estrabon, lib. VIII.

XVIII.—Pág. 4. Aquel horizonte, único en la tierra, reproducia el triple recuerdo de la vida guerrera...

Toda esta descripcion de la Mesenia se ha escrito en aquel mismo pais, y nada he quitado ni añadido al cuadro, siendo por consiguiente exactísima. Un crítico, que por otra parte me ha tratado con la mayor cortesía, encuentra singular esta frase: «Dibujan en los valles como unos arroyos de flores;» pero esta espresion parecerá, segun creo, muy verdadera á todos aquellos que hayan estado en la Mesenia. No he podido presentar de otro modo lo que estaba viendo. Casi todos los rios, ó mejor, riachuelos de la Grecia, están en seco durante el verano: sus álveos se llenan entonces de adelfas, sauzgatillos y retama: estos arbustos, plantados en el fondo del barranco, no sacan mas que sus copas sobre el nivel del suelo de la orilla; y como siguen las sinuosidades del seco torrente donde crecen, sus floridas cimas, culebreando asi

en medio de una tierra abrasada, presentan realmente al ojo la imágen de unos arroyos de flores. El siguiente pasaje de mi *Itinerario* servirá de comentario á mi descripcion de la Mesenia:

«Todavia era de noche cuando salimos de Modon, en otro tiempo Metona, en Mesenia. (El buque en que partí de Trieste me habia desembarcado en Modon.) Parecíame caminar por los desiertos de América, pues reinaba allí la misma soledad y el propio silencio. Dirigímonos hácia el Mediodia y pasamos por un dilatado olivar. Al rayar el alba nos hallábamos ya en la cumbre de unos montes, los mas áridos que he visto jamás. Caminamos por allí unas dos horas, sin ver mas yerbas que juncos y matorrales espinosos y casi secos. Por entre los olivares descubrimos el mar hácia Levante: bajamos despues á un vallecito donde vimos algunas tierras sembradas de cebada y algodon. Atravesamos un arroyo casi seco, en cuya madre crecian la adelfa y el *agnus castus*, arbusto muy lindo, cuyas hojas son ahovadas y menudas: Juno habia nacido bajo este arbusto, célebre en Sámos. Cito estos dos arbustos, porque se hallan en casi toda la Grecia, y son los únicos que cuajan aquellos sitios, desiertos ahora, y antes tan hermosos y risueños. Debo decir aquí á este fin, que en la patria del Iliso, del Alfeo y del Erimanto, no he visto mas que tres rios que no se hayan secado, el Pamiso, el Cefiso y el Eurotas. Es necesario que se me perdone la especie de indiferencia, y diré casi impiedad, con que escribo á veces los nombres mas célebres y armoniosos, pues aunque uno no quiera, se familiariza en Grecia con Temistocles, Epaminóndas, Sófocles, Platon y Tucídides; y es menester mucha veneracion poética para no pasar el Citeron, el Menálo ú el Liceo, como se trasponen los montes vulgares.

«Llegando al estremo de dicho valle empezamos á trepar por nuevos montes: nuestro guia me iba repitiendo nombres que me eran desconocidos; pero juzgando por la situacion aquellos montes debian formar parte de la cordillera Tematia. Entramos luego en un olivar donde habia muchas adelfas, agnus castus, cornisos y otros arbustos. Dominaban el olivar varias rocas encumbradas; y habiendo subido nosotros á lo mas alto de ellas, descubrimos el golfo de Mesenia, rodeado por todas partes de montes, entre los que sobresalia el Itomo, por hallarse separado de los demás, y el Taijeto, por sus dos agudos picos: al ver aquellos famosos montes, los saludé repitiendo cuantos versos sabia en su elogio.

«Un poco mas abajo de la cumbre del Tematio, tirando hácia Coron, vimos una miserable alquería griega, cuyos habitantes huyeron al acercarnos nosotros. Conforme íbamos bajando, descubríamos á nuestros piés la rada y el puerto de Coron, donde se veian anclados algunos buques: la escuadra del capitan-bajá fondeaba al otro lado del golfo hácia Calamata. Al llegar á la llanura que está al pié de los montes, y que se estiende hasta el mar, descubrimos una aldea, en medio de la cual se veia un castillejo, y junto á ella habia un gran cementerio turco, cubierto de cipreses. Mi guia, al enseñarme aquellos árboles, los llamaba *parisos*. Un habitante de la antigua Mesenia me hubiera contado en otro tiempo la historia de aquel jóven de cuyo nombre solo han conservado la mitad los mesenios modernos; pero este nombre, aunque desfigurado, pronunciado en aquellos parajes, delante de un ciprés y del Taijeto, me causó un placer que alcanzarán muy bien los poetas. Tenia yo un consuelo al mirar los sepulcros de los turcos, considerando que los bárbaros conquistadores del Peloponeso habian encontrado tambien la muerte en aquella tierra, lo mismo que los mesenios. Por lo demás, estos sepulcros presentaban una vista muy agradable: la adelfa crecia al pié de los cipreses, que parecian unos grandes obeliscos: entre aquellos árboles revoloteaban millares de tortolillas: la yerba se mecia blandamente alrededor de las columnitas fúnebres, decoradas con turbantes: una fuente construida por un piadoso gerife derramaba su raudal en el camino para alivio de los viajeros. Hubiérame detenido con gusto en aquel cementerio, donde el laurel de Grecia y el ciprés de Oriente parecian recordar dos pueblos, cuyas cenizas descansaban en aquel sitio.

«Desde este cementerio á Coron hay una hora de camino, y nosotros pasamos siempre por entre grandes olivares sembrados de trigo ya medio segado. El terreno, que de lejos parecia una llanura igual, está cortado por algunas torrenteras desiguales y profundas. Mr. Vial, que entonces era cónsul de Francia en Coron, me recibió con aquella hospitalidad tan general en los cónsules de Levante. Llevóme á su casa, despidió á mi genízaro de Modon, y me dió uno de los suyos que me acompañase por la Morea y hasta Atenas. Como el capitan-bajá hácia entonces la guerra á los maniotas, no pude pasar á Esparta por Calamata, que, si se quiere, será Calation, Cardamila ó Talama, en la costa de la Laconia, casi en frente de Coron. Resolví, pues, dar una gran vuelta, é ir á buscar el desfiladero de las Puertas, uno de los *Hermeos* de la Mesenia; pasar luego á Tripolitza para alcanzar del Bajá de Morea el firman necesario para pasar el itsmo; volver de Tripolitza á Esparta, y desde aquí tomar por las montañas el camino de Argos, de Micenas y Corinto. . . . .

. . . .

«La casa del cónsul dominaba el golfo de Coron, y desde mi ventana veia el mar de Mesenia pintado del mas hermoso azul: enfrente y al otro lado de este mar se levantaba la alta cordillera del Taijeto, cubierta de nieve, y comparada con razon con los Alpes por Estrabon, pero con los Alpes bajo un cielo mas hermoso. A mi derecha se estendia el ancho mar, y á mi izquierda, en lo interior del golfo, descubria el monte Itomo, aislado como el Vesubio, y truncado como él en su cima. No podia apartar la vista de aquel espectáculo. ¡Qué ideas me inspiraba el aspecto de aquellas costas desiertas de la Grecia, donde solo se oye el incesante silbido del viento y el bramido de las olas! algunos cañonazos que el capitan-bajá hacia tirar de cuando en cuando contra las rocas de los maniotas, eran la única cosa que interrumpia aquel triste ruido con otro mucho mas triste aun: en toda la estension de los mares no se descubria mas que la escuadra de aquel caudillo de bárbaros; lo que me traia á la memoria aquellos piratas americanos que plantaban su sangrienta bandera en una playa desconocida, tomando posesion de un hermoso país en nombre de la esclavitud y de la muerte: ó mas bien creia ver las naves de Alarico alejarse de la Grecia reducida por él á cenizas, llevándose los despojos de los templos, los trofeos de Olimpia, y las rotas y mutiladas estátuas de la libertad y de las artes.

«Partí de Coron el dia 14 de agosto, á las dos de la mañana, etc.». . . . .

. . . .

XIX.—Pág. 4. Hierocles habia pedido á Cimodocea por esposa.

He aquí la piedra angular del edificio. El motivo de la negativa de Demodoco y el odio de Cimodocea quedan plenamente justificados, atendiendo al carácter y á la persona de Hierocles.

XX.—Pág. 4. Decian los males que constituyen el triste patrimonio de los hijos de la tierra.

Todo lo que sigue alude á varios pasajes de la *Iliada* y de la *Odisea*. Ulises es quien siente morir antes de haber vuelto á ver el humo de su querido hogar; los hermanos de Andrómaca son los que fueron muertos por Aquiles mientras guardaban los rebaños, etc.

XXI.—Pág. 5. Aquella moderacion, hermana de la verdad, sin la cual todo es mentira.

Suprimiendo aquí las dos comas, se ha querido hacer de estas palabras una frase ridícula, en virtud de la cual yo diria que todo es mentira sin la verdad. Tal es la buena fe con que procede la crítica sistemática.

XXII.—Pág. 5. Cierto dia fue á larga distancia á coger el díctamo con su padre.

El díctamo vejetal tan conocido en Creta, se produce tambien en muchas montañas de la Grecia donde le he visto florecer.

XXIII.—Pág. 5. Y habiendo seguido...., á una cierva herida por un arquero de Œcalia.

Non illa feris incognita capris
Grámina, cum tergo volucres hæsere sagittæ.
ÆNEID., XII. 414.

XXIV.—Pág. 5. Al punto se esparció el rumor de que Nestor y la mas jóven de sus hijas, la bella Policasta, se habian aparecido á unos cazadores en los bosques de Ira.

Policasta condujo á Telémaco al baño cuando fue á pedir á Nestor noticias de su padre. (ODISEA. Lib. III.)

Habia en Mesenia una ciudad, una montaña y un rio con el nombre de Ira. El asedio de Ira por los lacedemonios duró once años y terminó con el cautiverio y la dispersion de los mesenios. (PAUSANIAS.)

XXV.—Pág. 5. Acercábase la fiesta de Diana-limnátida.... Esta pompa, funesto origen de las antiguas guerras de Lacedemonia y Mesenia....

Diana-Limnátida tenia un templo en las fronteras de la Mesenia y de la Laconia. Unas doncellas espartanas que habian ido á la fiesta de esta diosa, fueron violadas por los mesenios. (PAUSANIAS.) Tal fue el origen de las guerras de Mesenia.

XXVI.—Pág. 5. La estátua de Diana colocada sobre un altar en medio del templo...

Es la Diana antigua del Museo.

XXVII.—Pág. 5. Cimodocea al frente de sus compañeras, en número igual al de las ninfas Oceánicas entonó el himno á la vírgen Blanca.

Las ninfas Oceánicas eran sesenta y formaban el séquito de Diana, la cual tenia como Minerva el nombre de vírgen Blanca á causa de su virginidad.

XXVIII.—Pág. 5. Diana, reina de los bosques, etc.

Phœbe sylvarumque potens Diana,
. . . .
. . . . . date quæ precamur
Tempore sacro,
Quo sibyllini monuere versus
Virgenes lectas, puerosque castos
Dis, quibus septem placuere colles
Dicere carmen.
. . . .
Di probos mores docili juventæ,
Di senectuti placidæ quietem,
Romulæ genti date remque prolemque;
Et decus omne.
HOR, CARM. SÆC.

Los lectores que se tomen la molestia de comparar mi himno con el de Horacio, verán que difiero de mi modelo en muchisimos puntos.

XXIX.—Pág. 5. Siendo inmolado un ciervo blanco á la reina del silencio.

Se ofrecian á Diana frutos, bueyes, moruecos y ciervos blancos. He creido que podia aventurar la calificacion de reina del silencio, siguiendo á Horacio.

XXX.—Pág. 5. Era aquella una de las noches, cuyas trasparentes sombras....

Nada he imitado en esta descripcion, sino el último rasgo que es de Homero: Sentado en el valle, el pastor contempla la luna.

XXXI.—Pág. 5. Aquellas encantadas soledades donde los antiguos habian colocado la cuna de Júpiter y la de Licurgo.

Es sabido que Júpiter fue criado en Creta en el monte Ida; pero otra tradicion suponia que lo habia sido en el monte Itomo. (Vease á PAUSANIAS.) Yo he seguido esta última.

XXXII.—Pág. 5. De los leones de Cibeles, bajando al bosque de Œcalia.

Œcalia, en Mesenia, estaba consagrada por los misterios de las grandes diosas.

XXXIII.—Pág. 5. Las alturas del Turia.

A seis estadios del mar se encuentra Feres: y á ochenta estadios mas arriba en lo interior se halla la ciudad de Turia. Homero le da el nombre de Antea. (PAUSANIAS *in Messen.*, cap. XXXI.)

«Epeia nunc Thuria vocatur, dice Estrabon; vox Celsam significat, quod nomen inde habet, quod in sublinis colle est sita.» (Lib. VIII.)

XXXIV.—Pág. 5. El Laberinto, cuyos rodeos imitaba aun la danza de las jóvenes cretenses.

Créese generalmente que la danza cretense conocida con el nombre de Ariadna, era imitacion de los rodeos del Laberinto. Homero la coloca en el escudo de Aquiles.

XXXV.—Pág. 6. En esta actitud representó un hijo de Apeles el sueño de Eudimion.

He considerado muy justo tributar este débil homenaje al autor del peregrino cuadro del entierro de Atala. Desgraciadamente no posco el arte de Mr. Girodet, y mientras él hermosea mis pinturas, yo temo mucho desfigurar las suyas; por lo demás, este cuadro del sueño de Eudoro no es en todo parecido al sueño de Eudimion por Mr. Girodet. Algunas de sus partes las he tomado del bajo relieve que se ve en el Capitolio, y que representa el mismo asunto.

XXXVI.—Pág. 6. Y nunca mi madre, ya víctima de tus iras, sintió orgullo, por haberme dado á luz.

Alusion á la aventura de Niobe.

XXXVII.—Pág. 6. ¡Cómo! dijo Cimodocea, ¿no eres el cazador Endimion?

Este encuentro de Eudoro y Cimodocea ha agradado al parecer generalmente. Los que lo han criticado han dicho que Cimodocea hablaba mas de lo que debia una jóven griega, pretendiendo que esto era contra la verdad de las costumbres. Mi respuesta á los críticos es muy sencilla: Homero tiene la culpa. Nausicáa habla mucho mas á Ulises que Cimodocea á Eudoro, y aun es tan largo el razonamiento de Nausicáa, que ocuparia aquí demasiado espacio, y por este motivo tengo que remitir al lector al original. (Véase la ODISEA, lib. VI.) Aquellas largas habladurias, si me atrevo á pronunciar esta blasfemia, aquellas repeticiones, aquellas circumlocuciones digresivas, son otro de los caracteres del estilo homérico: y yo debia imitarlos, sobre todo en el punto en que se encuentran mis dos personajes principales, para hacer resaltar la prolijidad pagana con el laconismo del habla cristiana. Por lo tocante al anacronismo de costumbres, ya me he esplicado en la nota tercera. Si necesitase alguna otra autoridad, á mas de la de Homero, la hallaria en los trágicos griegos. Ifigenia, (en la *Ifigenia en Aulida*), confia sus pesares al coro, compuesto de mujeres de Cálcis, á quienes no ha visto nunca: quiere tener la elocuencia de Orfeo para mover á Agamenon; apostrofa á los bosques de la Frigia y á las montañas de Ida; habla de aguas puras, de floridos prados, donde crecen la rosa y el jacinto; y amontona otras mil vulgaridades poéticas, que ninguna conexion tienen con el asunto. Electra, en los *Coeforos* de Esquiles, reconoce pronto á Orestes; pero ¡cuán interminable es su conversacion con su hermano, extranjero desconocido para ella, en Sófocles y en Eurípides! nuestros primeros poetas han atendido tan poco á esta supuesta inverosimilitud de costumbres, que, imitando á los antiguos, han hecho siempre hablar muy prolijamente á las princesas jóvenes. Yo hago muy mal en refutar sériamente lo que no puede llamarse crítica seria.

XXXVIII.—Pág. 6. Yo soy hija de Homero el de los cantos inmortales.

Esto no es mas estraordinario que el oir á Nausicáa contar su genealogía y la historia de su padre y de su madre á Ulises, á quien encontró enteramente desnudo en un matorral. Cuando se pretende criticar á un autor, debe á lo menos conocerse á fondo el asunto de que se trata.

XXXIX.—Pág. 6. La Noche sagrada, esposa del Erebo y madre de las Hespérides y del Amor.

Cuando hay muchas tradiciones sobre un mismo asunto, me valgo de la menos conocida ó de la mas agradable para rejuvenecer los cuadros mitológicos; lo que, como se deja ver, es el colmo de la imparcialidad. Así pues el amor, á quien los poetas hacen comunmente hijo de Venus, aparece en este cuadro hijo de la Noche: alegoría no menos bella que la primera y mucho menos conocida.

XL.—Pág. 6. Yo no veo sino astros, que publican la gloria del Altísimo.

Cœli enarrant gloriam Dei.
(PSALM. XVIII, I.)

XLI.—Pág. 6. Me vendieron en un puerto de Creta que dista de Gortines... Lébenes... Teodosia... Mileto.

Lébenes era el puerto ó escala de Gortines, y distaba noventa estadios de esta ciudad, segun dice Estrabon. (ESTRAB. lib. X.)
Teodosia era una ciudad del Quersoneso Taúrico abundante en trigo, que se vendia en todo el Levante; segun dice el mismo Estrabon, lib. VII. pág. 509.

XLII.—Pág. 6. Las crueles Ilitias.

Las Ilitias eran unas diosas que presidian los partos. Eurimedusa las llama crueles, porque Epicaris muriera al dar á luz á Cimodocea. Diana es invocada en Horacio con el nombre de Ilitia:

Rité maturus aperire partus
Lenis Ilithya, tuere matres.
HOR. CARM. SEC.

XLIII.—Pág. 7. Desvió la cabeza, temiendo ver al dios y morir.

Creíase que la manifestacion repentina de la divinidad causaba la muerte. (Véase una nota de Mad. Dacier, sobre un pasaje del libro XVI de la Odisea.)

XLIV.—Pág. 7. Y pasando las fuentes de Arsinoe y Clepsidra...

«Vese allí (en el monte Itomo) una fuente llamada Arsinoe en la que confluyen las aguas de otra fuente llamada Clepsidra» (PAUSANIAS *in Mesen*. cap. XXXI.

XLV.—Pág. 7. El desgraciado padre estaba sentado en tierra cerca del hogar, y cubierta la cabeza con su manto, regaba las cenizas con sus lágrimas.

Sabido es que los suplicantes y los desgraciados se sentaban en el hogar entre las cenizas, como puede verse en el libro XVI de la ODISEA y en la vida de TEMÍSTOCLES, escrita por Plutarco.

XLVI.—Pág. 7. Tales son los gritos con que resuena el nido de los pajarillos, cuando la madre lleva el alimento á sus hijuelos.

Esta comparacion ha sido muy criticada, pues en concepto de algunos el dolor ó el gozo moral no pueden compararse en ningun caso con el movimiento del dolor ó de las necesidades físicas. A ser cierta tan peregrina objecion, preciso seria rechazar toda comparacion y hasta suprimir la misma poesía, puesto que las comparaciones y la poesía consisten especialmente en trasladar, por decirlo así, lo físico á lo moral y lo moral á lo físico; doctrina reconocida por todos los críticos que merecen este nombre.
Por lo demás, esta comparacion se ve en el libro XVI de la *Odisea* y casi en las mismas circunstancias que aquí se pintan.

XLVII.—Pág. 7. Hubiérase visto á tu padre contar su dolor al sol. Era esta una antigua costumbre que se encuentra en los trágicos griegos. Yocasta en las Fenicias, abre la escena con un monólogo en el cual apostrofa al astro del dia. Esto produjo el hermoso verso de Virgilio:

¿Solem quis dicere falsum
Audeat?

XLVIII.—Pág. 7. El destino del anciano que muere sin hijos, es digno de compasion. Todos huyen de su cadáver...

Imitacion de Solon. Este gran legislador era poeta y nos quedan de él algunos fragmentos de una especie de elegía política en la coleccion de los poetas griegos menores.

XLIX.—Pág. 7. No esperimentaria mas mortal amargura, aun cuando el mundo dejase de llamarme el padre de Cimodocea.

Esta forma tan patética era muy usada entre los griegos, y Ulises se sirve de ella en la *Iliada*, hablando de Telémaco.

L.—Pág. 7. Porque la cólera como el hambre es madre de los malos consejos.

Et malesuada fames.
VIRG., VI. 276.

LI.—Pág. 7. Mas ¿quién pudiera igualar á las Gracias, sobre todo á la mas jóven, á la divina Pasitea?

Los nombres ordinarios de las Gracias son: Aglae, Talia, y Eufrosina. Homero llama Pasitea á la mas jóven, y en esto le ha seguido Estacio.

LII.—Pág. 7. Orfeo, Lino, Homero ó el anciano de Ascrea.

Poetas bien conocidos; el anciano de Ascrea es Hesiodo
Ascrœumque cano romana per oppida carmen.
VIRG., GEORG., II, 176.

LIII.—Pág. 7. Al gran Filopémen y á Polibio amado de Caliope, hija de Saturno y Astrea.

Filopémen el postrer griego y Polibio el historiador eran naturales de Megalópolis en la Arcadia. Caliope, tomada aquí por la historia, era hija de Saturno y de Astrea, es decir del tiempo y de la justicia. Hé aquí el principio de la genealogía del principal personaje que ha de representar á los héroes de la Grecia. El nombre de Eudoro está tomado de Homero. Eudoro era tambien otro de los compañeros de Aquiles.

LIV.—Pág. 7. Dicé, Irene y Eunomia.

Son los nombres de las Horas segun Hesiodo, quien no cuenta mas que tres. Las Horas eran hijas de Júpiter y Temis.

LV.—Pág. 7. Y en vano suplicó á la noche estendiese sobre ella la dulzura de sus sombras.

En las ediciones precedentes se leé la *ambrosia* de sus sombras, voz griega que yo habia intentado trasladar al francés; pero además de que no puede decirse *derramar* la ambrosia, este giro me ha parecido algo afectado.

LVI.—Pág. 7. Era una copa de bronce de doble fondo.

Toda esta historia de la copa la he sacado de la Iliada y de la vida de Homero, atribuida á Herodoto. El escudo de Ayax era obra de Tiquio, famoso armero de la ciudad de Hilé. Homero se hospedó en casa de Creófilo de Samos, y es sabido que Licurgo fue el primero que llevó á Grecia los poemas de Ho-

mero, encontrados por el en casa de los descendientes de Creófilo.

LVII.—Pág. 8. Las gracias honestas.

Gratiæ decentes.
HOR, lib. I, ODA IV.

LVIII.—Pág. 8. Ostentaba en sus sienes una corona de papiro.

Esta era la corona de los poetas.

LIX.—Pág. 8. Los dioses quisieron nacer entre los egipcios, porque son los mas agradecidos de los hombres.

Así lo dice Platon. Los egipcios tenian una ley contra la ingratitud; pero esta ley desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros.

LIBRO SEGUNDO.

Este segundo libro de mi obra, lejos de haber sido criticado, ha merecido al contrario por lo general los elogios de todos los censores. Hay no obstante algunas personas que prefieren el primero por los bellos recuerdos que ofrece de la antigüedad. Y á decir verdad, el libro primero me ha costado mas estudio, habiéndolo revisado con mayor frecuencia y esmero.

NOTA PRIMERA.—Pág. 8. Y fue á descansar á Figalea, célebre por la abnegacion de los Orestasianos.

Figalea era una ciudad de la Arcadia, situada sobre la cumbre de un peñasco bañado en su falda por un riachuelo llamado Limax, que se perdia en el Neda. Los figalienses, expulsados de su pais por los lacedemonios, consultaron el oráculo de Delfos, que les respondió: «Lleven consigo los figalienses cien guerreros mozos de la ciudad de Orestasio: estos cien mancebos perecerán en un combate contra los espartanos, pero los figalienses reconquistarán su ciudad.» Los cien orestasianos se sacrificaron generosamente.

(PAUSANIAS IN ARCAD., cap. XXXIX.)

II.—Pág. 8. El príncipe de la juventud, el mayor de los hijos de Anceo...

Acerca de los pormenores de este sacrificio homérico, véase el libro III de la *Odisea* hácia el fin. El lomo de la víctima se ofrecia á la persona á quien se queria obsequiar mas cumplidamente. Ulises lo sirvió á Demodoco en premio de sus cantos, como puede verse en el libro VIII de la *Odisea*.

III.—Pag. 8. Los dones de Ceres, que Triptolemo hizo conocer al piadoso Arcas, reemplazan la rústica bellota...

Pelasgo, primer rey de la Arcadia, dió su nombre á su pueblo, y de él fue hijo Licaon que mas tarde fue trasformado en lobo; Licaon dejó una hija llamada Calista, madre de Arcas, quien instruido por Triptolemo, enseñó á sus súbditos á sembrar el trigo, sustituyéndolo á la grosera bellota. (PAUSANIAS, in ARCAD., capítulos I, II, III y IV.)

IV.—Pág. 8. Sepárase la lengua de la víctima.

Ultima ceremonia del sacrificio.

V.—Pág. 8. No es permitido entrar en los templos de los dioses por medio del hierro.

En ciertos templos tampoco le era permitido entrar al que llevaba oro, segun Plutarco, ¡bella leccion moral! (Precept. Administ. pública.)

VI.—Pág. 8. No bien la aurora iluminó con sus primeros rayos el altar de Júpiter, que corona el monte Liceo...

En las primeras ediciones se leia *el templo de Júpiter*; en esto habia incurrido en una equivocacion; el monte Liceo era la montaña mas alta de la Arcadia, y llevaba el nombre de Monte sacro; porque Júpiter, segun los arcos, habia sido criado allí. Habia en la cumbre de la montaña un altar dedicado á aquel Dios, y desde él se descubria casi todo el Peloponeso. Los hombres no podian entrar en el recinto consagrado á Júpiter. Los cuerpos no proyectaban sombra alguna en aquel sitio, aunque la hiriese el sol, etc. (PAUSANIAS in ARCAD., capítulo XXXVIII; Viajes del jóven *Anacarsis*, véase *Arcadia*.)

VII.—Pág. 8. Se dirige con rapidez al templo de Eurinoma, oculto en un bosque de cipreses.

Este templo estaba situado doce estadios mas abajo de Figalea y un poco mas arriba de la confluencia del Limax y del Neda; Eurinoma era hija del Océano. La estátua de esta deidad estaba afianzada en el templo con una cadena de oro, y este templo no se abria sino una vez al año. (PAUSANIAS, lib. VIII IN ARCAD., cap. XLI.)

VIII.—Pág. 8. Y salvando el monte Elayo, pasa la gruta en que Pan volvió á encontrar á Ceres.

Elayo distaba treinta estadios de Figalea hácia la derecha; y en esta montaña se hallaba la gruta de Ceres, llamada la Negra. Ceres afligida por el rapto de Proserpina, se vistió de negro, y se ocultó en la gruta del monte Elayo, para dar rienda suelta á su llanto. Perdianse los frutos y las mieses, los hombres perecian de hambre, y en tanto los dioses ignoraban donde se habia escondido la diosa. Pan, cazando en las montañas de la Arcadia, halló por fin á Ceres; y habiéndolo noticiado á Júpiter, este mandó que las Parcas fuesen á visitar á Ceres, y ellas aplacaron con sus ruegos la ira de esta diosa, consiguiendo restituyese á los hombres las cosechas. (PAUSANIAS, lib. VIII IN ARCAD., cap. XLII.)

IX.—Pág. 8. Los viajeros atraviesan el Alfeo mas abajo de la confluencia del Gortinio, y bajan hasta las trasparentes aguas del Ladonte.

Ningun lector desconoce el Alfeo ni el Ladonte; el primero por sus amores con Aretusa y su paso por Olimpia; el segundo por la trasparencia de sus aguas.

En agosto de 1806 atravesé una de las fuentes del Alfeo, seca entonces entre Leontari, Tripolitza y Misitra.

El Gortinio, dice Pausanias, es el rio mas famoso por la frescura de sus aguas (lib. VIII, cap. XXVII.)

Demodoco, saliendo de Figalea y bajando por el Alfeo, debia encontrar, primero el Gortinio, y despues el Ladonte.

X.—Pág. 8. El sepulcro de aquel arcadio pobre y virtuoso, Aglao de Psofis.

«Mostráronnos un pequeño campo y una choza muy reducida; allí vivia, hace algunos siglos, un ciudadano pobre y virtuoso, llamado Aglao. Sin temores, sin deseos, ignorado de los hombres, é ignorando lo que pasaba entre ellos, cultivaba sosegadamente su corta heredad, cuyos límites nunca habia traspuesto. Siendo ya muy entrado en dias, Jijes ó Creso, poderoso rey de Lidia, envió unos embajadores al oráculo de Delfos, para que preguntasen si existia sobre la tierra un mortal mas dichoso que este príncipe. La Pitia respondió: Aglao de Psófis.» (*Viajes de Anacarsis*, Arcadia). Vese pues, que yo no he seguido esta historia, sino que he dispuesto á mi placer de la tumba de Psófis: bastábame que fuese la de un hombre cuerdo y venturoso, para que me pareciese bien colocada á la entrada de la heredad de Lastenes.

XI.—Pág. 8. La túnica... diferenciábase únicamente de la de los filósofos griegos en que era de un tejido blanco comun.

Es ocioso aqui hacer gala de vana erudicion, citando á los Santos Padres y á los historiadores eclesiásticos, Eusebio, Sócrates, Zonaro, etc.: la autoridad de Fleuri, autoridad tan fiel como agradable, nos bastará para las costumbres de los cristianos.

«Los cristianos nunca usaban vestidos de colores demasiado vistosos: pero San Clemente de Alejandría recomendaba el blanco, como símbolo de pureza: . . . . Todo el esterior de los cristianos era severo y desaliñado, ó por lo menos, sério y sencillo. Algunos abandonaban el traje ordinario y tomaban el de los filósofos, como Tertuliano y

San Heraclas, discípulo de Orígenes.» (Fleuri, *Costumbres de los cristianos*).

XII.—Pág. 9. Mercurio no salió mas oportunamente al encuentro de Priamo.

Véase la Iliada, lib. XXIV.

XIII.—Pág. 9. Ese palacio..... pertenece á Hierocles.

Esta no es una frase inventada por capricho, pues he procurado hasta donde he podido, no intercalar cosa alguna que pudiera parecer ociosa en mi composicion. Este palacio será en adelante el teatro de una de las escenas de la accion.

XIV.—Pág. 9. Al llegar en medio de los segadores, el desconocido exclamó, «el Señor sea con vosotros!»

«Et ecce, ipse veniebat de Bethlehem dixitque messoribus: Dominus vobiscum. Qui responderunt ei: Benedicat tibi dominus.» (Ruth, c. II, v. 4).

XV.—Pág. 9. Seguíanles muchas espigadoras que recogian las numerosas espigas...

«Præcepit autem Booz pueris suis, dicens: Et de vestris quoque manipulis projicite de industria, et remanere permitite, ut absque rubore colligat.» (Ruth, c. II, v. 15 y 16).

XVI.—Pág. 9. Es el guerrero que venció á Carrausio.

En la narracion y en las notas á ella veremos quien era este Carrausio.

XVII.—Pág. 9. Meleagro era menos apuesto que tú cuando cautivó los ojos de Atalanta.

Homero sigue, en órden á Meleagro, una tradicion diferente de la de los demás poetas. Yo solo aludo aquí á la última. Meleagro era un héroe mozo que dió la cabeza del jabalí de Calidonia á Atalanta, hija de Jaso, rey de Arcadia. Su madre Altea le causó la muerte echando al fuego el tizon á que estaba enlazada su vida. Es menester no confundir esta Atalanta con la que fue vencida por Hipoménes. Estacio da á Atalanta un hijo, que fue con los siete caudillos al sitio de Tebas. (Tebaida, lib. IV).

XVIII.—Pág. 9. Aceptaré gustoso el presente que me haces..... sino ha servido en tus sacrificios.

Todo lo que habia servido para los sacrificios de los paganos, era abominable á los ojos de los cristianos.

XIX.—Pág. 9. No recuerdo haber visto la pintura de una escena igual, á no ser en el escudo de Aquiles.

Iliada, lib. XVII.

XX.—Pág. 9. Estos segadores no son ya mis esclavos.

La Religion Cristiana, contra la cual tanto se ha declamado, es sin embargo la que ha abolido la esclavitud; no es esto decir que todos los cristianos primitivos diesen desde luego libertad á sus esclavos; pero Lastenes seguia mas de cerca este espíritu evangélico, que ha quebrantado las cadenas de gran parte del género humano.

XXI.—Pág. 9. La Verdad, hija de Saturno y madre de la Virtud.

Algunos la suponen tambien madre de la justicia.

XXII.—Pág. 9 ¡Viajero! Los cristianos no son impíos.

Acerca de esta palabra *viajero*, en oposicion á la de *extranjero*, séame lícito insertar aquí un pasaje del *Genio del Cristianismo*.

«El huésped desconocido es un extranjero en Homero, y un viajero en la Biblia. ¡Que diferentes miras de humanidad! El Griego no representa mas que una idea política y local donde el Hebreo presenta un sentimiento moral y universal.»

XXIII.—Pág. 9. Concédale Dios siete veces la paz de que me ha rodeado.

Esta locucion es un giro hebreo: los griegos y los romanos decian *terque, cuaterque*.

XXIV.—Pág. 10. No sobre las alas de oro de Eurípides, sino sobre las alas celestiales de Platon.

Plutarco habla de estas alas en su *Moral*; yo creo sin embargo que debe leerse las alas de oro de Píndaro.

XXV.—Pág. 10. Dios me ha confiado la direccion de ellas, (las riquezas), Dios me las quitará tal vez; ¡bendito sea su santo nombre!

«Dominus dedit, Dominus abstulit..... !sit nomen Domini benedictum!»

Job, cap. I, v. 21.

XXVI.—Pág. 10. El sol bajó á las cumbres del Foloé.

En el paraje donde coloqué la escena, Lasténes descubria el monte Foloe al Occidente, un poco hácia el Norte; á Olimpia exactamente al Ocaso; el Telfuso y el Liceo se hallaban detrás de los espectadores hácia el Oriente, y se coloreaban con los opuestos rayos del sol. Todas estas descripciones son verdaderas, y están muy lejos de ser nombres escritos á lo que saliere, sin miramiento á las situaciones geográficas. Por lo demás, el monte Foloe es una alta montaña de Arcadia, donde Hércules fue hospedado por el centauro Folo, quien dió su nombre á la montaña. Telfuso es otra montaña, ó mas bien una larga cordillera de tierra alta y peñascosa, donde estaba situada una ciudad del mismo nombre. (Véase á Pausanias, lib. VIII, in Arcad., cap. XXV.)

Ya he hablado en otra parte del Liceo, del Alfeo y del Ladonte.

XXVII.—Pág. 10. Oyóse el sonido de una campana.

No empezó hasta la edad media el uso de las campanas en las iglesias; pero en la antigüedad, y sobre todo en Grecia y en Atenas, se servian de campanas y campanillas para un sin fin de usos caseros. He creido, pues, que podia llamar á la oracion á los cristianos griegos por medio del tañido de una campana. El entendimiento, acostumbrado á enlazar la idea del sonido de las campanas con el recuerdo del culto cristiano, se presta sin trabajo á este anacronismo, si lo es.

XXVIII.—Pág. 10. Los dioses me libren de despreciar las Súplicas.

Lodos los lectores conocen la hermosa alegoría de las Súplicas puesta por Homero en boca de Genix, ayo de Aquiles. Demodoco equivoca el sentido de las palabras de Lastenes y le da como es natural un giro conforme á sus creencias mitológicas. Atea, el Mal ó la Injusticia era hermana de las Litas, ó de las Súplicas.

XXIX.—Pág. 10. Señor, dignaos visitar esta morada, durante la noche...

Estamos en la actualidad tan poco enterados de las cosas religiosas, que esta oracion habrá sorprendido á la generalidad de los lectores, á pesar de hallarse con leves diferencias en todos los libros de la Iglesia: en el Genio del Cristianismo se dice, que entre todos los devocionarios de que usa el pueblo, no habia uno solo que no encerrase algun misterio sublime, no obstante, que en unos el hábito y en otros la impiedad, no nos permiten observarlo.

XXX.—Pág. 10. El criado lavó los pies de Demodoco.

La primera accion de la hospitalidad era lavar los piés del huesped. Si este estaba en plena comunion de la Iglesia, los individuos de la familia oraban con él, y le guardaban la atencion de deferirles los principales encargos domésticos, como dirigir la oracion, ocupar en la mesa el asiento preferente, instruir la familia, etc. Los cristianos ejercian la hos-

pitalidad basta con los infieles. (Fleuri, *Costumbres de los cristianos.*)

xxxi.—Pág. 10. Medidas de piedra en forma de altar, adornadas con cabezas de leon....

He visto en Roma en el Museo Clementino unas medidas como las que aquí describo.

xxxii.—Pág. 10. Lastenes la mandó preparasen en la sala de los ágapes una mesa....

Los ágapes eran unos banquetes de los primitivos cristianos: unos se hacian en comun por todos los fieles, y otros en las casas particulares.

xxxiii.—Pág. 10. Alimento destinado á la familia.

«Los cristianos comian mas bien pescado y volatería que carne; y aun muchos se mantenian solamente de lacticinios, frutas ó legumbres.» (Fleuri, *Costumbres de los cristianos.*)

xxxiv.—Pág. 10. Vieron entrar á un hombre de venerable semblante, que llevaba debajo de un manto blanco un traje de pastor.

«Estando en mi casa y habiéndome sentado en el lecho despues de haber orado, vi entrar á un hombre de rostro venerable en traje de pastor, cubierto con un manto blanco, llevando un zurron á cuestas, y en la mano un cayado.» (Fleuri, lib. II).

xxxv.—Pág. 10. Era Cirilo, obispo de Lacedemonia.

No es este ninguno de los santos conocidos con el nombre de Cirilo. He buscado en vano un obispo de Lacedemonia de esta época, pero solo he encontrado un obispo de Atenas. Por lo demás, el retrato que he hecho de Cirilo es igual al de muchos eminentes obispos de aquel tiempo; y en toda su historia, en las cicatrices de su martirio, en la fuerza á que hubo de recurrirse para encumbrarle á la dignidad episcopal, todo es verdadero menos el nombre.

Los fieles se prosternaban delante de los obispos, y les daban los nombres sagrados que la familia de Lasténes da á Cirilo.

xxxvi.—Pág. 10. El me ha prometido contarme su historia.

Estas palabras sirven para enlazar la narracion de Eudoro con lo restante del poema. La promesa de Eudoro á Cirilo se supone anterior al principio de la accion. El ansia de Cirilo por saber la historia de Eudoro, queda justificada plenamente por el caracter del obispo, el del penitente y las costumbres cristianas de aquellos siglos.

xxxvii.—Pág. 11. Eudoro leyó durante una parte de la comida....

«Los cristianos hacian leer la sagrada Escritura y cantaban himnos graves y espirituales, en vez de las canciones profanas y de las bufonadas que usaban los paganos en sus festines, pues los fieles no condenaban la música, ni el regocijo con tal que fuese santo.» (Fleuri, *Costumbres de los cristianos.*)

xxxviii.—Pág. 11. Cimodocea temblaba.

Hé aquí el primer hilo de una trama que va á estenderse por grados.

xxxix.—Pág. 11. Finalizada esta (la comida) todos fueron á sentarse á la puerta del jardin en un banco de piedra.

Esta antigua costumbre se lee en la Biblia y en Homero. Los jueces de Israél van á sentarse á las puertas de la ciudad, y Néstor se sienta á la puerta de su palacio en una pulida piedra. Todavía se descubre alguna huella de estas costumbres entre nuestros abuelos, en el siglo de S. Luis, esto es, en el de la religion, del heroísmo y de la sencillez.

xl.—Pág. 11. El Alfeo hacia correr por la parte baja de este jardin.... las ondas que en breve habian de ser coronadas por las palmas de Pisa.

El Alfeo, que corria al principio por la Arcadia, entre vergeles, pasaba despues por la Elida en medio de triunfos. Lo demás de la descripcion, sobre todo relativamente á los animales y árboles de la Arcadia, se apoya en el testimonio de Pausanias, Aristóteles y Teofrasto, y en mis propias observaciones oculares. Ya es sabido que Mercurio construyó una lira con la concha de una tortuga muy grande que encontró en el monte Quelidoro. Lo propio refiere Tournefort en órden á los rebaños de Creta y al modo con que las cabras recojen la goma cisto.

xli.—Pág. 11. Cuyos pasos hacen estremecer las montañas, como al tímido cordero.... admiraba esa sabiduría que descuella como un cedro sobre el Líbano, como un plátano á la margen de las aguas:

«Montes, exultastis sicut arietes, et colles sicut agni ovium.
Psalmo cxiii, v. 6.
»Quasi cedrus exaltata sum in Libano.
»Quasi platanus exultata sum juxta aquam in plateia.»

xlii.—Pág. 11. Dejó un cantor divino al lado de Clitemnestra.

Odisea, lib. IV.

xliii.—Pág. 11. Empezó por el elogio de las Musas.

Por lo que hace á todo el canto de Cimodocea, remito al lector á las *Metamorfosis* de Ovidio, á la *Iliada*, á la *Odisea* y á la vida de Homero, escrita por varios autores. He admitido el certámen de la Lira entre Homero y Hesiodo, aunque no se dude ya que estos dos poetas vivieron en diferentes épocas, puesto que aquí no se trata de verdades históricas.

xliv.—Pág. 11. Hasta las Parcas vestidas de blanco y sentadas sobre el eje de oro del mundo....

Demodoco arregló todo esto á su modo. Platon es quien cuenta esta historia de las Parcas al fin del libro X de su *República*, aunque algo diferente de lo que aquí está. ¿Cómo no han visto este error los *enemigos* de los Mártires? Bella ocasion por cierto se les presentaba aquí de triunfo y pedantería.

xlv.—Pág. 12. La paloma que llevaba en los bosques de Creta la ambrosía á Júpiter.

Este dios fue alimentado en su niñez por una paloma que le llevaba la Ambrosía.

xlvi.—Pág. 12. Cántanos esos fragmentos de los Libros santos que nuestros hermanos los Apolinarios han arreglado para la lira.

Esto es un anacronismo; pues los Apolinarios vivian en el reinado de Juliano, y durante la persecucion suscitada por este emperador, fue cuando pusieron en verso parte de los Libros santos.

xlvii.—Pág. 13. Cantó el nacimiento del Caos.

Respecto de este canto, léase toda la Biblia.

xlviii.—Pág. 14. Creyendo que las Musas y las Sirenas habian renovado en las márgenes del Alfeo el combate que en otro tiempo se habian dado.

Las Sirenas, hijas del rio Aqueloo y de Caliope, desafiaron á las Musas á un certámen de canto, y habiendo sido vencidas, las Musas las despojaron de sus alas, de que se hicieron coronas. Los poetas no están de acuerdo relativamente al lugar que fue teatro de este certámen.

xlix.—Pág. 14. Empero no bien hubo cerrado sus párpados, tuvo un ensueño.

Este sueño es el primer presagio del desenlace. Suplico otra vez á los amigos del arte que se dignen poner alguna atencion en la composicion de los *Mártires;* tal vez hay en

esta obra un trabajo oculto que no es enteramente indigno de ser conocido.

LIBRO TERCERO.

Este libro de los Mártires ha sido el mas duramente censurado; y á pesar de esto no temo decir que si alguna vez he escrito alguna página digna de la atencion pública, esa página se halla en este libro. Si se advierte cuán diferentes son de este los dos primeros, y cuanto difiere tambien el cuarto de los tres que le preceden, acaso se conocerá que merece ser tratado con alguna mayor consideracion. No se ha apreciado bastante la dificultad que presenta un asunto cuyas frases varian á cada paso: el cuadro completo del imperio romano, una accion grandiosa y escenas de un mundo sobrenatural, hé aquí el peso que he debido cargar, sin que el lector sintiese las asperezas del camino.

Por lo demás, ya se ha visto de qué modo he sustituido en este tercer libro los discursos de las potencias divinas; las notas siguientes demostrarán el escaso saber y la escasa razon de los críticos.

NOTA PRIMERA.—Pág. 14. Las últimas palabras de Cirilo subieron al trono del Eterno: el Todopoderoso aceptó el sacrificio.

Esta es la primera transicion de la obra: hase convenido en que enlaza naturalmente el fin del libro segundo con el principio del tercero; y no obstante, abre una escena nueva y produce un libro entero.

II.—Pág. 14. Flota esa inmensa ciudad de Dios, cuyas maravillas no puede referir la lengua de un mortal.

«Raptus est in paradisum: et audivit arcana verba, quæ non licet homini loqui.» (EPIST. II, ad Corinth., capítulo XII, v. 4.)

«Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.» (PSAL. LXXXVI, v. 3.)

III.—Pág. 14. El Eterno colocó por sí mismo sus doce cimientos, y la rodeó con aquella muralla de jaspe que el discípulo predilecto vió medir por un ángel con una medida de oro.

Es muy singular que haya habido quien creyese, ó mas bien quien fingiese creer, que yo era el inventor de toda la *pedrería* que se ve en el libro tercero.

Un autor no puede emplear otros materiales que los que le suministra su mismo argumento. Si ha de hablar del Elíseo de los antiguos, no podrá introducir en él mas que el Leteo, bosques de arrayanes, una puerta de marfil y otra de cuerno; si describe un cielo cristiano, está aun mas estrechamente obligado á seguir las tradiciones y la Escritura. Entonces solo encuentra imágenes sacadas del oro, del vidrio, de los diamantes y de todas las piedras preciosas: todo lo que de él puede exijirse, es que *sepa escoger con tino*. No hay mas que abrir *los Profetas*, *el Apocalipsis*, *y los Santos Padres*, y se verá cuánto he tenido que separar, y los innumerables escollos que he evitado. Nunca habia hecho un trabajo tan penoso é ingrato. Por lo demás, el Taso y Milton llenaron tambien su cielo de perlas y diamantes, lo mismo que yo. Estas, si puedo espresarme así, son *riquezas* inevitables para el que haya de pintar un cielo cristiano. Voy á presentar aquí reunidas las autoridades que he seguido; y el lector juzgará por sí mismo de la buena fe y de los conocimientos de mis enemigos.

«Et habebat (civitas Dei) murum magnum et altum, habentem portas duodecim....

«Et murus civitatis habens fundamenta duodecim..... Et qui loquebatur mecum habebat mensuram arundineam auream ut mitiretur civitatem.

«Et erat structura muri ejus ex lapide jaspide, ipsa vero civitas, aurum mundum, simile vitro mundo.

«Et fundamenta muri civitatis omni lapide pretioso ornata. Fundamentum primum jaspis: secumdum, saphirus: tertium, calcedonius: quartum, smaragdus.

«Quintum, sardonyx: sextum, sardius: septimum, chrisolythus: octavum, beryllus: nonum, topazius: decimum, chrysoprasus: undecimum, hyacinthus: duodecimum, amethystus.

«Et duodecim portæ, duodecim margaritæ sunt per singulas..... et platea civitatis aurum mundum, tanquam vitrum perlucidum.» (APOCALYS., cap. XXI, v. 12, 14, 15, 18 y 21.)

«Et similitudo super capita animalium firmamenti, quasi aspectus crystalli....

«Et super firmamentum...... quasi aspectus lapidis saphiri similitudo throni.» (EZECH., c. I, 22 y 26.)

Veamos ahora lo que dicen los poetas:

Weighs his spread wings (Satan), at leisure to behold
Far off th' empeyreal heav'n, extended wide
In circuit, undetermin'd square or round,
With opal tow'rs, and battlements adorn'd
Of living sapphire, once his native seat;
And fast by, hanging in a golden chain,
This pendent world, in bigness as a star
Of smallest magnitude, close by the moon.
MILTON, *P. L.* Book II, 1046.

Now in loose garlands thick thrown off, the bright
Pavement, that like a sea of jasper shone,
Impurpled with celestial roses simil'd.
Book III, 362.

Far distant he descries,
Ascending by degrees magnificent
Up to the wall off heav'n, a structure high;
At top whereof, but far more rich, appear'd
The work as of a Kingli place gate;
With frontispiece of diamond and gold
Embellish'd; thick with sparkling orient gems
The portal shone, inimitable on earth
By model, or by shading pencil drawn.
Book III, 501.

Veremos tambien mas adelante, en otra nota, que el Taso da á Miguel una armadura de diamante.

¿Qué significan, pues, las chocarrerías que se han prodigado sobre la riqueza de mi cielo y la pobreza que predica mi Dios? ¿No me he mostrado yo mucho mas avaro de grandezas que la Escritura y los poetas que han descrito antes que yo la morada de los justos? Pero es muy probable que no era de mi de quien pretendian aquí burlarse; pues esto supondria en los críticos una ignorancia muy profunda, y yo los tengo por hábiles: quédense enhorabuena con su impiedad.

IV.—Pág. 14. Revestida de la gloria del Altísimo la invisible Jerusalén está adornada cual una esposa para su esposo.

«Veni, et ostendam tibi sponsam, uxorem Agni.»

«Ostendit mihi civitatem sanctam Jerusalem, descendentem de cœlo á Deo.» (APOCALIPS., cap. XXI, v. 9 y 10.)

V.—Pág. 14. Esta arquitectura es viva.

Milton dice tambien *Living sapphire*.

La ciudad de Dios es la esposa mística; desciende del cielo, etc. Todas estas piedras preciosas se toman y deben tomarse en sentido alegórico «Estas diversas bellezas, dice Sacy representan los varios dones que Dios ha dispensado á sus elegidos y los diferentes grados de gloria de los santos. Muchos intérpretes aplican las propiedades de cada una de estas piedras á las virtudes de cada apóstol.» (APOCALIPS., cap. XXI.)

VI.—Pág. 14. Un rio que brota del trono del Todopoderoso.

En las primeras ediciones se leia *Cuatrorio*, con lo cual quiere recordar el Paraiso terrenal; pero esta vez he empleado una imágen mas fiel á la letra de esta escritura.

«Et ostendit mihi fluvium aquæ vitæ, splendidum tanquam crystallum, procedentem de sede Dei et Agni.» (APOCALIPS., cap. XXII v. 1.)

VII.—Pág. 14. Y hacen crecer con la viña inmortal el lirio semejante á la Esposa y las flores que perfuman el tálamo del Esposo.

«Yo soy la verdadera vid» (EVANG.)

«Botrus cypri dilectus meus mihi, in vineis Engaddi.» (CANT. c. I. v. 12.)

«Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.» (CANT. c. II, v. 2.)

«Lectulus noster floridus.» (Cant. c. I, v. 16.)

VIII.—Pág. 14. El árbol de vida descuella sobre la colina del incienso.

«In medio plateæ ejus, et exutraque parte fluminis lignum vitæ afferens fructus (Apocalips. c. XXII, v. 2.)

La Colina del incienso.

«Ad montem myrrhæ, et ad collem thuris.» (Cant., c. IV, v. 6.)

Cuento que en adelante no se me echarán en rostro descripciones en las que no hay una sola palabra sin una autoridad. En estos pasajes tan cortos de la Escritura, me ha sido preciso hallar el gérmen de mi composicion y el colorido de mis cuadros: lo que no hubiera dejado de observar un crítico ilustrado, quien por lo mismo no se hubiera atrevido á zaherirme acerca de un caudal *que nó es mio.*

Me han zaherido neciamente. No lo hicieron así los censores del *Genio del Cristianismo*, quienes á lo menos eran literatos ilustrados, que sabian deslindar la obra de la materia.

IX.—Pág. 15. Los dos grandes progenitores del género humano.

Esto es original y no ha sido mal recibido.

X.—Pág. 15. La luz que alumbra aquellas afortunadas regiones.

Este pasaje relativo á la luz del cielo ha merecido una casi unánime aprobacion. Dos comparaciones temibles se ofrecian á mi vista: la de Virgilio acerca de los astros de sus Campos Eliseos, y la de Fenelon, cuando pinta en su *Telémaco* la luz de que se alimentan las sombras felices. Difícil era hallar algo original despues de estos dos modelos. Por lo demás, me atengo siempre á las autoridades sagradas.

XI.—Pág. 15. Ningun astro se presenta en el horizonte luminoso.

«Et civitas non eget sole, neque luna, ut luceant in ea; nam claritas Dei iluminavit eam.» (Apoc., c. XXII, v. 23.)

XII.—Pág. 15. En el atrio de la ciudad santa.

Aquí comienza el trozo sobre las funciones de los ángeles y la bienaventuranza de los elegidos, el cual miran muchos críticos como lo mas pasadero de lo que he escrito hasta ahora.

En cuanto á las funciones de los ángeles, nada hay que añadir á la esplicacion que he dado acerca de esta maravillosa doctrina. Adviértase no obstante que tenemos la opinion formal de Origenes en órden al oficio de aquellos, relativamente á las plantas, á las mieses, á los árboles, etc. (Cont. Cels. lib. VIII. pág. 398 y 399.) En cuanto á la bienaventuranza de los elegidos, mi imaginacion se hallaba mas libre, y he podido sin faltar á la religion, abandonarme á mis propias ideas; pero aun en esto se verá que me he contenido en los justos límites de las autoridades.

XIII.—Pág. 15. Hijos del soplo de Dios, en diferentes épocas.

Muchos Santos Padres creyeron que los ángeles no habian sido criados todos á la vez; y he seguido esta opinion, por hallarla conforme con el poder de Dios, siempre en accion. En sentir de San Juan Damasceno hay varios modos de opinar sobre la época de la creacion de los ángeles. (De fide, lib. II, cap. III.) San Gregorio Nazianceno cree que los ángeles se han multiplicado ó han sido multiplicados por Dios. De nostris operico, pág. 9 y 91. tom. I.)

XIV.—Pág. 15. El supremo bien de los elegidos.

Preguntándome á mi mismo, cual seria la suprema felicidad, si de nosotros pendiese, he creido hallarla en la virtud, el heroismo, el talento, la amistad generosa y el amor casto reunidos y prolongados sin fin; si me he equivocado, San Agustin apoyará lo que digo aquí sobre la amistad y eternidad de la bienaventuranza.

(Trinit. cap. VII.)

XV.—Pág. 15. Ya los predestinados, para glorificar mejor al Rey de los reyes, recorren su maravillosa obra.

Toda la Escritura dice que los justos contemplarán las obras de Dios; y el abate Poule, siguiendo como yo esta idea, exclama:

«Ya no serán un arcano para nosotros estos innumerables séres que por su distancia ó pequeñez están fuera del alcance de nuestros conocimientos; ni las diferentes partes que componen el vasto conjunto del universo, su estructura, sus relaciones, su armonía; ya no serán para nosotros unos enigmas estos juegos peregrinos, estos portentosos móviles que emplea la Providencia para la conservacion y propagacion de todos los séres.» (*Sermon sobre el Cielo.*)

Milton, que pintó las mansiones divinas en el momento de la creacion del mundo, no pudo representar la bienaventuranza de los santos. Hé aquí el cuadro del cielo en la *Jerusalén*; el lector podrá comparar y juzgar:

Gli occhi frattanto alla battaglia rea
Dal suo gran seggio il Re del ciel volgea.
Sedea colà dond' egli, e buono e giusto,
Dà legge al tutto, e 'l tutto orna e produce;
Sovra i bassi confin del mondo augusto,
Ove senso o ragion non si conduce.
E dell' eternità nel trono augusto
Risplendea con tre lumi in una luce.
Ha sotto i piedi il Fato e la Natura,
Ministri umili; e 'l Moto, e chi 'l misura,
E 'l Loco, e quella che, qual fumo ó polve,
La gloria di quaggiuso e 'l oro e i regni,
Come piace lassù, disperde e volve,
Né, diva, cura i nostri umani sdegni.
Quivi ei così nel suo splendor s' involve,
Che v' abbaglian la vista anco i più degni,
D' intorno ha innumerabi'i immortali
Disegualmente in lor letizia equali.
Al gran concento de' beati carmi
Lieta risuona la celeste reggia.
Chiama egli a se Michele, il qual nell' armi
Di lucido diamante arde e lampeggia:
E dice a lui: Non vedi or come s' armi
Contra la mia fedel diletta greggia
L' empia schiera d' Averno, e insin dal fondo
¿Delle sue morti a turbar sorga il mondo?
Va; dille tu, che lasci omai le cure
De la guerra air guerrier, cui ció conviene;
Né il regno de' violenti, né le pure
Piagge del ciel conturbi ed av levene:
Torni alle noti d' Acheronte oscure,
Suo degno albergo, alle sue giuste pene;
Quivi se stessa, e l' anime d' abisso
Crucii; così comando, e così ho fisso.

Gierus. Lib., Canto IX, stanz, 55.

Si yo hubiese escrito en un tono tan seco, si hubiese hecho hablar á Dios tan fria y largamente y con tan poca nobleza, por tan poca cosa, ¡como me hubieran tratado! véase ademas el *Paraíso* del Dante. Me atrevo á decir que mis censores han dado su fallo sobre el libro tercero de los *Mártires*, sin el menor conocimiento de causa y sin la menor justicia. ¿Pero qué importa? habian tomado ya su partido; y si hubiese sido menester, me hubieran declarado inferior á Chapelain y al Padre Le Moine.

XVI.—Pág. 15. Asaf, que suspiró los dolores de David.

Asaf era el jefe de los músicos que debian cantar delante del Arca los salmos de David: compuso tambien varios cánticos y la Escritura le da el nombre de profeta. (Véase á Calmet.)

XVII.—Pág. 15. Y los hijos de Coré.

Ignórase si los hijos de Coré eran descendientes de aquel Coré que pereció en su rebelion contra Moises, ó si lo eran de algun levita del mismo nombre. Como quiera que sea, aparecen en el epígrafe de varios salmos, como debiendo cantarlos en el Tabernáculo. Los diversos instrumentos que doy á Asaf y á los hijos de Coré parecen indicados por algunas palabras hebreas escritas en el mismo epígrafe de los salmos.

XVIII.—Pág. 16. Las fiestas de la antigua y nueva Ley, son alternativamente celebradas.

San Hilario dice positivamente que los ángeles celebran en el cielo diferentes solemnidades. (*in Ps.*, p. 281) Teodoreto asegura que los ángeles llenan algunas funciones en los

santos misterios (*de Hœres.*, lib. v, núm. 7) Milton ha seguido, como yo, esta opinion.

xix.—Pág. 16. Maria está sentada sobre un trono de candor.

Esta descripcion se funda en una historia cuyas autoridades nadie ignora.

xx.—Pág. 16. Desde los tabernáculos de Maria se pasa el santuario del Salvador de los hombres.

Aquí se hallaban las cien gradas de rubíes que han sugerido chistes tan delicados á algunos sugetos de talento y de buen gusto. Ya se ha visto en la nota tercera, que Milto puso tambien una grande escalinata de diamantes á las puertas del Cielo; desde lo alto de la cual contempla Satanás por primera vez la nueva creacion: todo el mundo confiesa que este es uno de los mas bellos trozos de su poema. Así es que las *Oraciones cojas deben de estar tambien muy fatigadas*, cuando entran en el *Paraiso* de Milton. Es muy triste el ver que la crítica se menosprecie tanto. Por lo demas, he acabado de una vez con estas chocarrerías, suprimiendo dos renglones que no contribuian á la belleza del testo.

xxi.—Pág. 16. Está sentado á una mesa mística; veinte y cuatro ancianos.

Nadie ignora que esta mesa y estos ancianos se encuentran en el *Apocalipsis*. Si se quiere formar una idea cabal de la eleccion que he hecho de materiales, allí se verán cabellos de lana blanca, un mar de vidrio muy claro, animales raros, etc. Una crítica imparcial me hubiera elogiado por lo que he omitido, al observar que no he empleado un solo rasgo que no sea conforme á las reglas del buen gusto. A la verdad, me avergüenzo de tener razon tan á menudo y tan completamente.

xxii.—Pág. 16. No lejos de él está su carroza viva.

«Totum corpus oculis plenum in circuitu ipsarum (rotarum) quatuor... spiritus vitæ erat in rotis (Ezech., cap. I, v. 18 y 20). Species autem rotarum erat quasi visio lapidis chrysolithi, (cap. X).

Milton describió el carro del Mesías siguiendo esta autoridad.

xxiii.—Pág. 16. Los elegidos caen como muertos en su presencia.

«Cecidi ad pedes ejus tanquam mortuus. Et posuit dexteram suam super me, dicens: Noli timere: ego sum primus et novisimus.» (Apocal., cap. I, v. 17).

xxiv.—Pág. 16. Allí se ocultan los manantiales de las verdades incomprensibles al mismo cielo.

Yo no podia prescindir de hacer mencion de estas altas verdades metafísicas que distinguen los dogmas cristianos de los ridículos misterios del Paganismo, y que dan á nuestro cielo este aire de grandeza y de razon que tanto se hermanan con el señorío del hombre. Esto lo han conocido todos los poetas que han escrito antes de mí, y por esto colocan muy fuera del caso, el espacio, la duracion, etc., á los piés de Dios. Yo no sé si he procedido con mas acierto.

xxv.—Pág. 16. El Padre tiene en la mano un compas.

Sigo en esto las ideas de los pintores y de los poetas.

Grandes elogios se han prodigado á Milton por haber imaginado el compas de oro con que Dios traza la creacion en medio de la nada; yo creo, no obstante, que Milton tomó esta idea en el Vaticano, pues sabido es que este poeta viajó por la Italia, y que hallándose en Roma, faltó poco para que una disputa sobre una cuestion religiosa le ocasionase serios conflictos.

xxvi.—Pág 16. A la voz de su venerable mártir, Jesucristo se inclinó ante el Arbitro de los humanos.

Aquí empezaban, en las precedentes ediciones, los discursos de las Potencias: el lector juzgará si he hecho una alteracion feliz. He tenido que conservar la sustancia de estos discursos, por ser ellos el eje sobre que gira toda mi máquina. Solo bajo este aspecto debieron examinarse; pero parece que los críticos ignoran las reglas de la composicion de una obra.

xxvii.—Pág. 16. Ha sonado el momento en que los pueblos sometidos á las leyes del Mesías....

Esposicion del asunto y causa de la persecucion.

xxviii.—Pág. 17. Los justos conocen luego el holocausto pedido y las condiciones que le hacen agradable al Altísimo.

Eleccion del héroe y motivo de esta eleccion.

xxix.—Pág. 17. En él la religion va á triunfar de la sangre de los héroes paganos y de los sabios de la idolatría.

Todo esto se ha añadido en atencion á la muy fundada crítica de un hombre de talento, quien decia con razon que yo no habia insistido bastante en este concepto. Por este medio, mi personaje imaginario adquiere toda la importancia necesaria á mi argumento.

xxx.—Pág. 17. Alma de todos los proyectos de los fieles....

Hé aquí trazado todo el papel de Eudoro y anunciada terminantemente la victoria de Constantino.

xxxi.—Pág. 17. Necesítase aun que este cristiano llamado por la Gracia, escandalize la Iglesia.

Preparacion á los errores del héroe.

xxxii.—Pág. 17. El ángel del Señor le ha llevado por la mano.

Hé aquí la narracion: la religion de Eudoro, sus viajes, Velleda, Pablo el ermitaño, etc. Hé aquí sobradísimos motivos que autorizan al héroe á referir su historia, y hé aquí sobre todo lo que enlaza esencialmente la narracion con la accion.

xxxiii.—Pág. 17. Esta víctima será arrebatada al inocente rebaño de las vírgenes.

Hé aquí por qué Cimodocea es pagana, por qué es hija de Homero y sacerdotisa de las Musas, etc.: aquí puede observarse una alteracion de cuantía: Cimodocea no es pedida por un decreto irrevocable, no tendrá el mérito y el esplendor de la primera víctima; de este modo podré yo representar á la hija de Homero, algo mas flaca segun la naturaleza, sin faltar á las exigencias de la religion, etc.

Pregunto si un juez equitativo y un hombre desapasionado pueden hacer alguna objecion razonable contra un pasaje que produce y justifica toda la obra. Una nueva frase introducida aquí sobre los ángeles: «Y les confía el ejercicio de su misericordia,» prepara al lector á la parte que tendrán los mensajeros de Dios en los sucesos venideros.

xxxiv.—Pág. 17. Las palmas de los confesores reverdecen en su mano.

Este movimiento del cielo parece ha complacido á algunos hombres de gusto, quienes han dicho que añadia mucha animacion á las últimas pinceladas del cuadro.

xxxv.—Pág. 17. Entre Felicitas y Perpetua.

Mártires famosas, que perecieron en el anfiteatro de Cartago, donde fueron arrojadas á una novilla enfurecida. Introduzco aquí de propósito á Perpetua, la cual volverá á aparecer en el desenlace en el último libro.

xxxvi.—Pág. 17. Los querubines baten sus alas impetuosas.

«Et sonitus alarum cherubin audiebatur usque ad atrium exterius.» (Ezech., cap. X).

xxxvii.—Pág. 17. Que presentan á su bendicion dos túnicas nuevamente blanqueadas.

Alusion á la catástrofe.

XXVIII.—Pág. 18. ¡Gloria á Dios en las alturas del cielo!

Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.... Agnus Dei qui tollis peccata mundi....

Si es fácil dar un aspecto ridículo á las cosas mas graves, vése tambien que aun cuesta menos el dejar las cosas nobles de suyo en su propia nobleza. Muchos habrán leido tal vez este canto religioso, sin sospechar siquiera que lean el *Gloria in excelsis*; ¡tanta verdad es que la espresion lo hace todo! En lo restante del himno hay algunas imitaciones de los Salmos, en particular del LXXII; pero tan adecuadas á mi asunto y mezcladas con mis propias ideas, que puedo reclamarlas como mias. El cántico es conducido de tal suerte que se aplica á la próxima persecucion y á los destinos del Mártir. «¡Oh milagro de candor y de modestia! vos permitis á unas víctimas salidas de la nada que os imiten, y que se sacrifiquen.... ¡Dichoso aquel á quien se perdonaron las iniquidades, y que encuentra la gloria en la penitencia! etc.» Asi, pues, nunca pierdo de vista el asunto principal.

LIBRO CUARTO.

La narracion que comienza en este libro ha merecido muy escasa crítica. Ya creo haber probado que no hay ninguna epopeya en que la narracion y la accion esten mas estrechamente enlazadas.

NOTA PRIMERA.—Pág. 18. Eudoro y Cimodocea.... ignoraban que en aquel momento los santos y los ángeles tenian fijos en ellos sus miradas.

Segunda transicion de la obra: la escena se coloca de nuevo en la tierra.

II.—Pág. 18. Así los pastores de Canaan eran visitados por el dios de Nacor.

«Tetendit ibi (Abraham) tabernaculum suum ab occidente habens Bethel.... (GEN. XII, 8).

III.—Pág. 18. No bien el gorjeo de las golondrinas....

Hæc pater Æoliis properat dum Lemnius oris:
Evandrum ex humili tecto lux suscitat alma,
Et matutini volucrum sub culmine cantus.
Consurgit senior, tunicaque induitur artus....
Necnon et gemini custodes limine ab alto
Procedunt, gressumque canes comitantur herilem.
ÆNEID. VIII, 454.

Este pasaje es un remedo, ó mas bien una traduccion de Homero. Creo que mis censores deben estar ya desengañados acerca de mis supuestas imitaciones *directas*.

IV.—Pág. 18. Así el arcadio Evandro condujo á Anquises....

Nam memini Hesiones visentem regna sororis
Laomedontiadem Priamum, Salamina petentem,
Protinus Arcadiæ gelitos invisere fines....
Cunctis altior ibat
Anchises. Mihi mens juvenili ardebat amore
Compellare virum, et dextræ conjungere dextram:
Accesi, et cupidus Phenei sub mœnia duxi.
ÆNEID. VIII, 157, 162.

V.—Pág. 18. Como el mismo Evandro, desterrado en las orillas del Tiber, recibió al ilustre hijo de su antiguo huésped.

Cum muros, arcemque procul, ac rara domorum
Tecta vident, quæ nunc Romana potentia cœlo
Equavit, tum res inopes Evandrus habebat....
ÆN. VIII, 98.

Ut te, fortissime Teucrum,
Accipio agnoscoque libens! ut verba parentis
Et vocem Anchisæ magni vultumque recordor!
ÆN. VIII, 15.

VI.—Pág. 18. Calzóse unos borceguies galos, forrados de la piel de una cabra silvestre.

Todavía se ve aquí á Evandro y á Telémaco, pero todos los pormenores de mi pintura difieren de la de aquellos.

Et thirrena pedum circundat vincula plantis,
Tum lateri atque humeris tœgeum subligat ensem
Demisa ab leva pantheræ terga retorquens.
ÆN. VIII, 158.

VII.—Pág. 18. Y de la derecha suspendia una de aquellas coronas de granos de coral con que las vírgenes mártires adornaban sus cabellos cuando marchaban á la muerte.

La mayor parte de los griegos llevan todavía un rosario en la mano. Era bastante arduo espresar un rosario en estilo noble; yo no sé si he acertado. El origen de los rosarios, despierta, segun se vé, un concepto tierno: y era en efecto como lo digo en el testo, una especie de corona que llevaban las cristianas cuando iban al martirio. Mas adelante se hizo de él un adorno para las imágenes de la Vírgen, ó un *ex-voto* con el cual se rezaban algunas oraciones. De ahí viene el nombre que se da todavía al rosario en italiano, *corona*; en idioma latino se llama *beatæ Virginis corona*. Por lo demás, el uso de los rosarios es muy posterior al siglo IV, pero he creido que me era lícito colocar aquí su orígen.

VIII.—Pág. 18. Como un soldado romano de la legion tebana.

La legion tebana, que se componia toda de cristianos, recibió la muerte por órden de Maximiano, no lejos de Agauno, en los Alpes. Volveremos á citar esta legion en otro lugar de la obra.

IX.—Pág. 18. Eudoro, dijo, eres el objeto de la curiosidad de la Grecia cristiana.

Fácilmente se conocerán las precauciones que tomó para motivar la narracion que está ya plenamente motivada en el cielo.

X.—Pág. 18. Sabio viejo, cuyo traje anuncia un pastor de hombres.

No me atrevo á confesar mi flaqueza por Demodoco. Comparando su dolor con el de Priamo ¿se halla acaso su gemo enteramente desnudo de aquella antigua sencillez, que tanto nos embelesa en Homero? ¿Y lo que dice aquí Demodoco, pasaria en boca de Néstor por una insípida habladuria?

XI.—Pág. 18. Contempla con oculta delicia su timon.

Los antiguos, cuyos bajeles solo eran unas grandes barcas, no salian del puerto durante el invierno, y se llevaban á sus casas el timon y los remos de sus galeras.

Juvitat genialis hiems, curasque resolvit:
Ceu presæ cum jam portum tetigere carinæ,
Puppibus et læti nautæ imposuere coronas.
GEORG. I, v. 302.

XII.—Pág. 18. Esos antiguos árboles que los pueblos de la Arcadia miraban como sus abuelos.

Los arcadios pretendian que eran hijos de la tierra, ó que habian nacido de las encinas de su pais.

XIII.—Pág. 18. Allí cortaba en otro tiempo Alcimedonte la madera de haya...

Pocula ponam,
Fagina, cœlatum divini opus Alcimedontis,
Lenta quibus torno facili superaddita vitis,
Diffusos hedera vertili pallente corymbos.
VIRG. BUCOL., M. 36.

XIV.—Pág. 8. Allí se mostraba tambien la fuente Aretusa, y el laurel que retenia bajo su corteza á Dafne.

Nadie ignora la historia de Aretusa y Alfeo. Ni es menos

conocida la de Dafne; pero esta última, cuya escena se supone orillas del Peneo, es diversamente referida por Pausanias, quien la coloca en la Arcadia. (Véase á PAUSANIAS, VIII, 20, y á BARTH. *Viajes de Anacarsis*, Cap. LII).

XV.—Pág. 19. Una larga navecilla formada de un solo tronco de pino.

Esta especie de piragua se usa aun en las costas de la Grecia, donde se le da el nombre que indica su especie: *monoxilon*.

XVI.—Pág. 19. ¡Arcadios! ¿do están los tiempos en que los Atridas se veian precisados á prestaros naves para ir al sitio de Troya, y en que tomábais el remo de Ulises por el bieldo de la rubia Ceres?

Homero, al hacer la enumeracion del ejército de los griegos, dice que Agamenon habia prestado embarcaciones á los arcadios para trasportarlos á Troya, porque aquel pueblo ignoraba el arte de la navegacion (ILIADA II). Ulises, de regreso á su patria, cuenta á Penélope que no se han acabado aun sus peregrinaciones, y que, con el remo en la mano, ha de recorrer la tierra hasta que llegue á un pais cuyos habitantes ignoren la existencia del mar. Este pueblo, al ver el remo de Ulises, ha de esclamar: *¡Hé aquí el bieldo de Céres!* Ulises terminará sus viajes en este lugar, hincará en el suelo su remo y hará un sacrificio á Neptuno. (ODISEA, XXIII).

Esta historia del bieldo de Céres ha sido objeto de muchos comentarios. ¿Qué pais ha querido indicar Homero con esta circunstancia? Yo me he atrevido á aplicarla á la Arcadia, y hé aquí la razon:

Homero ha dicho ya, segun hemos visto, que los arcadios se dedicaban tan poco á la marina, que Agamenon tuvo que prestarles embarcaciones. Léese además en Pausanias este notable pasaje: «En la cumbre del monte Boreas, en Arcadia, se descubren las ruinas de un antiguo templo que edificó Ulises en loor de Minerva y de Neptuno, despues de haber vuelto de Troya.» (PAUSANIAS, VIII, 44.) Compárese este pasaje con los de la Iliada y de la Odisea, arriba citados, y tal vez se hallará bastante probable mi conjetura; á lo menos podrá servir para esplicar un punto de antigüedad muy curioso, hasta que otro lo haya hecho con mas acierto.

XVII.—Pág. 19. Desciendo por mi madre de aquella piadosa mujer de Megara, que dió sepultura á los huesos de Focion debajo de su hogar.

«Sus enemigos (de Focion) lograron del pueblo una órden para que el cadáver de Focion fuese desenterrado y conducido fuera de los límites de la Atica, y para que ningun ateniense proporcionase fuego para honrar con una pira sus funerales; por eso ninguno de sus amigos se atrevió ni siquiera á tocar su cuerpo. Pero un hombre llamado Conopion, acostumbrado á ganar su sustento con esta especie de funciones fúnebres, cargó con el cadáver por algunas monedas que le dieron, lo llevó mas allá de las tierras de Eleusis, y habiéndose proporcionado lumbre en la de Megara, hizo una pira y lo quemó. Una dama de Megara, que con su criada asistió casualmente á estas exequias, le erigió en el mismo sitio un sepulcro vacío, sobre el cual practicó las acostumbradas ceremonias; y envolviendo con sus mismas ropas los huesos que solícitamente habia recogido, los llevó de noche á su casa y los enterró bajo su hogar dirigiéndoles estas palabras: —¡Caro hogar mio! en ti deposito estos preciosos restos de un hombre probo; guárdalos fielmente para volverlos un dia al sepulcro de sus antepasados, cuando los atenienses sean mas sensatos.» (PLUT., *Vida de Focion*).

XVIII.—Pág. 19. Tuve por antepasado paterno á Filopémen.

No insistiré mas sobre el nacimiento de Eudoro; ya que en el libro del cielo (Lib. III), y en las notas al mismo, ha podido verse claramente por qué desciende Eudoro de los hombres mas eminentes de la Grecia.

XIX.—Pág. 19. Nuestra patria moribunda, para no desmentir su ingratitud, hizo beber el veneno al último de sus grandes hombres.

«Cuando el ejecutor bajó al calabozo, Filopémen estaba acostado sobre su manto, sin dormir, y embebido en su dolor y tristeza. Luego que vió luz, y junto á sí á aquel hombre con una lamparilla en una mano y una copa de veneno en la otra, se levantó, aunque con trabajo, á causa de su mucha debilidad, se incorporó, y tomando la copa preguntó al ejecutor si tenia alguna noticia de sus compañeros, y particularmente de Licortas. El ejecutor le respondió que habia oido decir que casi todos se habian salvado. Filopémen le dió las gracias con un movimiento de cabeza; y mirándole con dulzura, le dijo:—Tú me has dado una buena noticia; ya no soy enteramente desgraciado.—Y sin añadir una sola palabra, sin arrojar el menor suspiro, apuró el veneno, y volvió á tenderse sobre su manto....

«Los arcadios vengaron la muerte de Filopémen, y trasladaron á Megalópolis las cenizas de aquel hombre esclarecido.

«Despues de haber quemado el cuerpo de Filopémen, recogido sus cenizas y encerrádolas en una urna, se pusieron en marcha para Megalópolis. Esta marcha no se hizo tumultuosamente, sino con mucho órden, y mezclando con el acompañamiento fúnebre una especie de pompa triunfal. Iban delante los infantes, ceñidas las cabezas de coronas, y todos derramando lágrimas. Despues de esta infantería, seguian los enemigos cargados de cadenas. Venia luego el hijo del general, el jóven Polibio, llevando en sus manos la urna que contenia las cenizas, pero tan cubierta de cintillas y de coronas, que casi no se veia. Al rededor de Polibio, marchaban los mas nobles y distinguidos entre los aqueos. Cerraba el acompañamiento toda la caballería, magníficamente armada y soberbiamente montada, sin dar muestras de mucho abatimiento por tan gran duelo, ni de un desmedido regocijo por semejante victoria. Todos los habitantes de las ciudades y aldeas circunvecinas salian á recibir esta pompa fúnebre, como salian en otro tiempo á recibir al mismo Filopémen para obsequiarle y victorearle, cuando volvia triunfante de sus espediciones; y despues de haber saludado y tocado respetuosamente su urna, se incorporaban con el acompañamiento.» (PLUTARCO, *Vida de Filopémen*).

XX.—Pág. 19. Pero se semeja á la estátua de Temistocles, cuya cabeza han cortado los atenienses de nuestros dias para reemplazarla con la cabeza de un esclavo.

Pausanias habla de algunas estátuas de los grandes hombres de Atenas, que fueron mutiladas en su tiempo, para colocar sobre sus bustos la cabeza de un liberto ó de un atleta. Esto me ha sugerido la comparacion.

XXI.—Pág. 19. El caudillo de los aqueos no descansó tranquilo en el fondo de su tumba.

«Muchos años despues, en los tiempos mas calamitosos de la Grecia, cuando Corinto fue incendiada y destruida por el procónsul Mumio, un calumniador romano procuró por todos los medios posibles que fuesen derribadas (las estátuas de Filopémen) y aun persiguió criminalmente al mismo Filopémen, como si viviese todavía, acusándole de haber sido enemigo de los romanos, y de haberse mostrado siempre contrario á ellos en todas ocasiones. El asunto fue llevado al consejo ante el procónsul Mumio. El calumniador espuso todos los cargos y desplegó todos los medios que tenia para justificarlos; pero despues que Polibio hubo respondido para refutarle, ni Mumio ni sus ministros quisieron mandar ni permitir que se destruyesen los monumentos de la gloria de aquel hombre esclarecido, á pesar de que habia opuesto un dique á los progresos de Flaminio y de Acilo.» (PLUTARCO, *Vida de Filopémen*.)

XXII.—Pág. 19. Y exigieron que en lo sucesivo el primogénito de mi familia fuese enviado á Roma.

He aquí el fundamento de toda la narracion y el orígen de todas las aventuras de Eudoro.

XXIII.—Pág. 19. Y sí á otra heredad que poseemos al pié del Taijeto, á lo largo del golfo de Mesenia.

En esta circunstancia, frívola al parecer, se ve el cuidado que he puesto en guardar la verosimilitud. Por medio de aquella, se justifica el encuentro de Cimodocea y de Eudoro, pues este volvia de sus campos de Mesenia cuando encontró á la hija de Homero. Mas adelante se verá que Eudoro, al alejarse de las costas de Grecia, contemplaba de lejos los ár-

boles de la heredad paterna, lo que no cupiera, si no hubiese poseido bienes á orillas del mar.

XXIV.—Pág. 19. La religion, manteniendo mi alma á la sombra de sus alas, la impedia, como á una flor deliciosa, que rompiese su capullo demasiado pronto.

Un crítico, lleno por otra parte de indulgencia y de urbanidad, ha citado esta frase como reprensible; y confieso que esto me ha causado mucha estrañeza. He consultado con buenos jueces, y jueces al mismo tiempo muy severos, y todos me han aconsejado unanimemente que dejase este pasaje tal como se halla.

XXV.—Pág. 19. Mi madre me condujo al puerto de Feres.

He hablado ya de Feres, al hacer mencion del arco de Ulises. Tambien en Feres fue hospedado Telémaco por Diocles, cuando el hijo de Ulises fue á pedir noticias de su padre á Menelao.

ODISEA, III.

XXVI.—Pág. 19. La isla de Teganusa.

Esta isla, situada en la estremidad de la Mesenia, es una de las *Œnussæ*, que forman en la actualidad los grupos de la *Sapienza* y de *Cabrera*, desde Modon hasta la punta del golfo de Coron. Yo recalé en Sapienza. (Véase á D'AUVILLE).

XXVII.—Pág. 19. Hácia la embocadura del Simois, al abrigo del sepulcro de Aquiles.

La presencia de este sepulcro me quitó la calentura, como lo manifesté en un estracto de mi *Viaje*, que se insertó en el *Mercurio*. Puede consultarse, acerca de este sepulcro, el viaje de Mr. Lechevalier.

Forzoso es confesar que las pirámides de los reyes egipcios valen poquísimo, comparadas con la gloria de esta tumba de cesped celebrada por Homero, en busca de la cual corrió Alejandro.

XXVIII.—Pág. 19. Pero el céfiro constante.....

El céfiro se toma aquí, como en la antigüedad, por el viento de Poniente, que reina durante la primavera en el Mediterráneo.

XXIX.—Pág. 19. Y fuimos arrojados ya sobre las costas de la Eolida....

La Eólida ocupaba toda la costa que se estiende desde Esmirna hasta Adramiti. Yo he atravesado por tierra este país delicioso, caminando de Esmirna para Constantinopla. El segundo tomo del *Viaje* de Mr. de Choiseul nada deja que desear acerca de la descripcion de aquellos célebres sitios.

XXX.—Pág. 19. Esa montaña.... debió de servir de estátua á Alejandro; esa otra montaña es el Olimpo y su valle.

Nadie ignora que un escultor propuso hacer del monte Atos una estátua de Alejandro.—El Olimpo, Tempe, Delos y Naxos son muy conocidos para hablar de ellos.—Cecrops, egipcio, primer legislador de Atenas.—Platon daba lecciones á sus discípulos en el cabo Sunio.—Demóstenes, para acostumbrarse á hablar delante del pueblo, arengaba á las olas del mar.—Bañándose un dia Friné á la orilla del mar, cerca de Eléusis, los atenienses la tuvieron por la diosa Venus.

XXXI.—Pág. 20. Teniamos enfrente á Egina.

Puede leerse en la carta de Sulpicio á Ciceron (lib IV. epist. V. *ad familiares*,) de la cual es una imitacion este pasaje.

XXXII.—Pág. 20. Y en Babilonia habia visto á Corinto.

El mismo crítico que ha desaprobado la frase citada en la nota XXIV, encuentra tambien esta reprensible. Sin embargo, me han aconsejado que la dejase como está. En efecto, la osadia del giro se salva por medio de la cláusula precedente: *yo me habia sentado ya con el Profeta*, etc. No he procurado imitar á Bosuet, y creo que no hay que imitar ni á este grande escritor ni á ningun autor moderno. Solo los antiguos son modelos, y solo ellos deben ser constantemente el objeto de nuestros estudios y esfuerzos. Por lo demás, habia una falta de memoria ó un error de imprenta en el modo con que se habia citado mi frase, pues se leia: *en Corinto habia visto á Babilonia*, lo que es muy diferente.

XXXIII.—Pág. 20. Vimos de repente salir una Teoria.

Gracias á los *Viajes de Anacarsis*, nadie ignora en el dia que una *Teoria* quiere decir una procesion ó pompa religiosa.

XXXIV.—Pág. 20. Nuevas emociones me esperaban en Brindis.

Brindis, en otro tiempo Brundusium, es célebre por la muerte de Virgilio. Horacio hizo un viaje á esta poblacion, y no es lo mejor que él hizo.—La via Apia, camino que conduce desde Roma á la punta de Italia. Todavia se ven residuos de ella entre Nápoles y Roma.—Apulia, en el dia la Apulla.—Aujur, hoy Terracina.—El Foro y el Capitolio son bien conocidos.—El barrio de las Carenas:

Pasimque armenta videbant
Romanoque foro et lentis mugire Carinis

ÆN., VIII, v. 360.

—El Teatro de Germánico cerca del Tiber: todavia se ven sus ruinas.—El Circo de Neron, á la derecha del Foro, viniendo del Capitolio.—El Panteon de Agripa existe todavia, y es el monumento mas elegante de Roma antigua y de Roma moderna. Yo lo admiraba mucho mas antes de haber visto las ruinas de Atenas.

XXXV.—Pág. 20. Los enormes bueyes del Clitumno arrastraban al Foro el antiguo carro del volsco.

Se ha dicho que este volsco habia comprado sin duda en la feria estos bueyes de Clitumno. Yo lo paso y nada tiene esto de imposible.

XXXVI.—Pág. 20. He visto el plano de la ciudad eterna trazado sobre rocas de mármol en el Capitolio.

Todavia existe este plano. Despues de haber visto la ciudad entera, tal vez no será desagradable el ver sus ruinas, cuya pintura se lee en mi carta á Mr. de Fontanes.

XXXVII.—Pág. 20. El retórico Eumenes....

Era un sabio de aquella época, natural de Autun, aunque oriundo de Grecia. Restableció las escuelas de las Galias. Nos queda de él un panegírico pronunciado delante de Constantino. (Vease PANEGYR., *veter.*) En las primeras ediciones, hacia yo estudiar á Euménes bajo un discípulo de Quintiliano, lo que no podia suceder en el órden de los tiempos. Ahora he puesto: «con el hijo de un alumno,» lo que es conforme á la verdadera cronologia.

XXXVIII.—Pág. 21. Agustin, Gerónimo y el príncipe Constantino.

Anacronismo. Por lo demás, todos los caracteres que aqui pinto: San Gerónimo, San Agustin, Constantino, Diocleciano y Galerio, son conformes á la verdad histórica.

XXXIX.—Pág. 21. ¡Feliz si no se deja arrastrar por los accesos de cólera!

Alusion al asesinato de su mujer y de su hijo.

XL.—Pág. 21. Esta conformidad de posicion, mas aun que de la edad, decidió la inclinacion del jóven príncipe en mi favor.

Principio de la amistad de Eudoro y Constantino, que ha de influir tanto en los destinos de mi héroe.

XLI.—Pág. 21. Armentario.

Pastor.

XLII.—Pág. 22. Su furor contra los cristianos.

Toda la siguiente página va preparando la accion, *causa del odio de Galerio contra los cristianos*, *proyecto de usurpar el imperio*, etc. Vese, pues, que la narracion está estrechamente enlazada con la accion.

XLIII.—Pág. 22. Doroteo, (primer funcionario de su palacio.)

Este personaje es histórico: era cristiano, y padeció el martirio con otros muchos oficiales de palacio.

XLIV.—Pág. 22. Estos se ocupan seriamente de la construccion de una ciudad....

Todas las locuras reunidas aquí no son atribuidas gratuitamente á los falsos sabios. Plotino, por otra parte muy hombre de bien, quiso que el emperador Galiano edificase una ciudad: y Porfirio buscó los arcanos de la naturaleza en los misterios del Egipto. Las sectas que todo lo veian en el pensamiento ó en la materia eran los platónicos y los epicúreos; los que predicaban la república en el seno de la monarquía, llegaron hasta atacar á Trajano, quien tuvo que echarlos de Roma; los que, á imitacion de los fieles, querian enseñar la moral al pueblo, se señalaron particularmente bajo el reinado de Juliano. «Todo estaba lleno de filósofos, dice Fleuri (*Costumbres de los cristianos*,) que hacian gala de practicar la virtud y enseñarla. Hubo ademas muchos en aquellos primeros siglos de la Iglesia que, tal vez á imitacion de los cristianos, recorrieron el mundo, pretendiendo reformar el género humano.» Todo, pues, es aquí histórico. Las locuras humanas se han repetido mas de una vez, y muy á menudo creemos leer la historia de nuestros propios males en la de los hombres que nos precedieron.

XLV.—Pág. 22. Hierocles marcha á su cabeza.

Respecto á Hierocles, vease el prólogo.

XLVI.—Pág. 22. Una ofensa que recibí de Hierocles.

Principio de la enemistad entre Eudoro y Hierocles.

XLVII.—Pág. 23. Marcelino, obispo de Roma.

Marcelino era pontífice en aquella época; mas yo no le doy este título en el testo, porque los papas no lo usaban aun esclusivamnete. Marcelino ocupó la sede pontificia por espacio de un poco mas de ocho años. Los donatistas le acusaron de haber sacrificado á los ídolos durante la persecucion, pero San Agustin le justificó en su obra contra Petiliano. Las actas del concilio de Sinuesa son apócrifas.

XLVIII.—Pág. 23. En el sepulcro de San Pedro y San Pablo.

Esto es, en el Vaticano, junto á la Basílica de San Pedro.

XLIX.—Pag. 23. Allí se encontraba Pafnucio, de la alta Tebaida.

Todos estos nombres traen consigo su comentario. Todos estos prohombres, de los cuales ha puesto muchos la Iglesia en el número de los santos, vivian en aquella época y concurrieran al concilio de Nicea. Puede observarse ademas que lo que falta en la narracion de Eudoro relativamente á la pintura del estado del Cristianismo sobre la tierra, se halla aquí. Eudoro no habla de las iglesias de Persia y de la India, por donde no ha viajado. Los iberos, de que se hace mencion en este pasaje, no son los españoles, sino unos pueblos situados entre el Ponto Euxino y el mar Caspio. Tambien está indicada en este cuadro la posicion de la Iglesia respecto á las herejías.

L.—Pág. 23. Y bendecia la ciudad y al mundo.

Coloco aquí el orígen de una ceremonia patética, que se practica todavía en nuestros tiempos: *urbi et orbi*.

LI.—Pág. 23. Anhelaba en secreto los plátanos de Fronton, el pórtico de Pompeyo, ó el de Livia.

Hubo en Roma unos jardines públicos, conocidos bajo el nombre de Fronton: vease á JUVENAL.—El pórtico de Pompeyo y el de Livia son célebres en el *Arte de Amar* de OVIDIO.

LII.—Pág. 23. Y la puerta santa me es cerrada.

Todo el mundo ha notado esta escena, de donde va á salir la accion entera.

LIII.—Pág. 23. Al anfiteatro de Vespasiano.

Hoy dia coliseo. Vease la pintura de estas ruinas, en la carta á Mr. de Fontanes, citada mas arriba (nota XXXVI.)

LIV.—Pág. 23. Es preciso que este pueblo, aun en medio de su miseria, tenga participacion en todas las grandezas.

Esta es otra frase desaprobada por el crítico que desaprobó las otras dos (notas XXII y XXIII.) Por lo tocante á esta, la cual por una grave fatalidad no se habia citado aun exactamente en el periódico, no sé qué decir. He visto las opiniones encontradas, aunque me parece que las autoridades preponderantes me son favorables. En todo caso, si esta frase es dudosa, es la única que hay de esta especie en los *Mártires*.

LV.—Pág. 23. Las bestias feroces encerradas en los subterráneos del anfiteatro, empezaron á rugir.

Presagio que me ha parecido propio para despertar el temor y la curiosidad de los lectores. Eudoro se acordará de él en el lib. XXIV.

LIBRO QUINTO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 25. Frecuentábamos especialmente en Nápoles el palacio de Aglaé

La historia de Aglaé y de San Bonifacio, mártires, es acaso la mas peregrina de todas las historias de nuestros santos. El exacto compendio que doy de ella en el testo me dispensa de añadir nada mas sobre el mismo asunto en la nota: basta saber que todo cuanto dice Aglaé acerca de las cenizas de los mártires, y todo lo que responde Bonifacio, es conforme á la verdad histórica. En el libro décimo-sesto se verá cual fué el fin de Aglaé, San Sebastian, San Pacomio, San Bonifacio y San Ginés. Este ha dado al abate Nadal el argumento para una tragedia. (Vease la HISTORIA ECLESIÁSTICA, de FLEURI, *las* ACTAS *de los santos Mártires, y las* VIDAS DE LOS PADRES DEL DESIERTO.)

Una parte esencial de mi plan es ofrecer el cuadro completo del Cristianismo en la época de la persecucion de Diocleciano. He procurado nombrar casi todos los mártires y santos del siglo IV, y ligarlos mas ó menos con mi asunto por medio de una palabra ó un recuerdo. La mayor parte de los lectores no ponen su atencion en estas pequeñeces, las cuales sin embargo cuestan mucho al autor, y por último resultado hacen que una obra tenga mucho meollo y abundancia de hechos, ó que esté *falta de sentido ó de lectura*. Por otra parte, tal vez no carece de algun interés el ver como obran estos grandes personajes, cuya historia oimos contar en nuestra infancia, y que, despues de haber perseguido á los cristianos, llegaron á ser muchas veces santos ilustres.

II.—Pág. 26. Todas las mañanas al rayar el alba.

Esta descripcion de Nápoles ha sido escrita en los mismos parajes que son objeto de ella. Me consta que los pueblos de aquel hermoso pais, tan sensibles á los encantos de su clima y á los grandes recuerdos de su patria, han reconocido la exactitud de mi cuadro.

III.—Pág. 26. Parténope fue edificada sobre el sepulcro de una sirena.

Parténope, como nadie ignora, es Nápoles. *¡Tenet nunc Parthenope!* Esta ciudad fue fundada por los griegos; por esta razon dirá Eudoro mas adelante que las danzas de las napolitanas le recordaban las costumbres griegas.

IV.—Pág. 26. Rosas de Pesto en vasos de Nola.

Las rosas, segun Virgilio, florecian dos veces en Pesto. Harto conocidos son los hermosos templos que señalan todavía el asiento de esta pequeña colonia griega. Los vasos antiguos, llamados *vasos de Nola*, adornan los gabinetes de los amantes de las antigüedades artísticas. Nola era una ciudad inmediata á Nápoles, en la que falleció Augusto.

v.—Pág. 26. Retirándose hácia el sepulcro de la nodriza de Eneas.

Te quoque littoribus nostris, Æneia nutrix,
Æternam moriens famam Caietæ dedisti.
ÆN., VII, I.

Gaeta está al Poniente con respecto á Nápoles, y el sol al ponerse, pasa por detrás del Pausilipo. Ya se sabe que el Pausilipo es una larga y alta colina, bajo la cual se ha abierto el camino que conduce á Puzolo. A la entrada de este camino subterráneo se halla el sepulcro de Virgilio.

Plinio fue sepultado bajo las lavas del Vesubio, en las cercanías de Pompeya (*Véase á* PLINIO EL JOVEN, *Epist.*) La Solfatara es una especie de llano ó un foco de volcan, abierto en el centro de una montaña. Cuando se camina por aquel sitio, la tierra resuena bajo los piés; el suelo es ardiente á cierta profundidad, la plata se cubre de azufre, etc. Todos los viajeros hablan de este fenómeno.

El lago Averno, la Estigia y el Aqueronte, lugares así llamados á las inmediaciones del mar y de Bayas, están admirablemente descritos en el libro sesto de la Eneida. Todos estos sitios existian tambien en Egipto y en Grecia.

VI.—Pág. 26. Las ruinas de la casa de Ciceron.

Ciceron tenia en las inmediaciones de Bayas una quinta cuyas ruinas se ven todavía. Para el naufragio de Agripina, su muerte y el famoso *Ventrem feri*, véase á TACITO (Ann. XIV, 5, 6, 7). En cuanto á Caprea, nadie ignora la estancia que en ella hizo Tiberio, y los escesos á que allí se entregó.

VII.—Pág. 26. Las tres hermanas del Amor, hijas de la Potencia y de la Hermosura.

Las Gracias, hermanas del Amor, é hijas de Venus y Júpiter. Eudoro se espresa en este pasaje como acostumbraba hacerlo en el discurso de sus estravios.

VIII.—Pág. 26. Coronada la frente de ápio siempre verde, y de rosas que duran tan poco.

Fácil es reconocer aquí á Horacio, Virgilio, Tibulo y Ovidio. El lector ha visto la antigüedad griega en los primeros libros; aquí puede solazarse con los recuerdos de la antigüedad latina. No se me acriminará de haber elegido lo menos hermoso que hay entre los antiguos, para dar mayor realce á las bellezas del Cristianismo.

IX.—Pág. 27. Nuestra ventura hubiera sido ser amados, así como amar.

Este pensamiento es de San Agustin: es delicado y tierno, pero no está exento de afectacion, y yo lo elogié demasiado en el *Genio del Cristianismo* (tomo III, lib. IV, cap. II). Por lo demás todo este trozo sigue el tono de la moral cristiana, propia para desengañarnos de las ilusiones de la vida. Lo que hay aquí mas digno de notarse, es que este tono no forma un contraste violento con lo que precede, y que si yo no lo hubiese adevertido, el lector no repararía que ha pasado de los poetas elegidos á los Padres de la Iglesia.

X.—Pág. 27. Vagando un dia por las inmediaciones de Bayas, nos hallamos cerca de Literna.

Literna es la poblacion hoy llamada Patria. Véase tambien mi carta á Mr. de Fontanes, citada en las notas del libro precedente.

XI.—Pág. 27. Veis al africano devolver la esposa á su esposo.

Conocido de todos es este pasaje de la vida de Escipion.

XII. Pág. 27. Cuando Ciceron os pinta este gran hombre.

Nos queda un fragmento de Ciceron, conocido bajo el título de *Sueño de Escipion*. Ciceron supone que Escipion Emiliano tuvo un sueño, durante el cual Escipion Africano le subió al cielo y le hizo ver la felicidad destinada á los justos.

XIII.—Pág. 27. Mi madre, que es cristiana.

Es Santa Mónica.

XIV.—Pág. 27. Con el traje de los filósofos de Epitecto.

Los primeros solitarios cristianos eran unos verdaderos filósofos. Algunos anacoretas no seguian otra regla que el manual de Epicteto.

XV.—Pág. 27. Yo estaba sentado en este monumento.

Los sepulcros de los antiguos, y sobre todo los de los romanos, venian á ser unas torres. Muchos solitarios de Egipto moraban en los sepulcros.

XVI.—28. Yo soy el solitario cristiano del Vesubio.

En esta historia ha llamado la atencion el trozo de las Letanías, el cual por lo menos tiene el mérito de la dificultad vencida. En nuestros dias hay un ermitaño que vive en la falda del monte Vesubio, y es como un centinela avanzado que espone perpétuamente su vida para anunciar las erupciones del volcan. De este modo hago subir hasta Traséas el heroismo religioso.

XVII.—Pág. 28. Unos piratas desembarcaron en esta playa.

Esto es histórico.

XVIII.—Pág. 28. Un edificio de carácter grave.

Es una particularidad digna de notarse que las mas antiguas iglesias construidas antes del nacimiento de la arquitectura gótica, tienen un carácter de gravedad y grandeza que no se echa de ver en los monumentos paganos de la misma época. He hecho varias veces esta observacion en Roma, Constantinopla y Jerusalen, donde se ven algunas iglesias del siglo de Constantino; siglo que por otra parte no era el del buen gusto.

XIX.—Pág. 28. Su voz tenia una armonía...

Un crítico, en un estracto, por desgracia muy corto, ha tenido la bondad de aplicarme este pasaje. No me lisonjeo de merecer semejante elogio; y al escribir esto, no tuve otro objeto que el pintar la elocuencia, el estilo y la persona misma de Fenelon. En efecto, se notará fácilmente que el pasaje es aplicable bajo todos respetos al autor del *Telémaco*.

XX.—Pág. 28. Que Gerónimo se preparaba á recorrer las Galias.

San Gerónimo viajó por muchos paises, y fijó por último su residencia en Belen, pueblo de la Judea, donde mas adelante volveremos á hallarle.

XXI.—Pág. 29. No sé..... si volveremos á vernos.

El autor ha visto á algunas personas enternecerse con la lectura de esta carta. ¿Era esto una lisonja, ó uno de esos formulados cumplimientos con que se halaga á un autor? No es fácil resolverlo.

XXII.—Pág. 29. Disponiéndose Eudoro á continuar su narracion...

Como la narracion es larga, la he interrumpido varias veces para dar algun descanso al lector; y aun me he tomado la libertad de cortarla enteramente hácia la mitad, con el libro del infierno. Esta innovacion en el arte, la única á que me he atrevido, era sin duda necesaria y muy natural, puesto que nadie la ha observado.

XXIII.—Pág. 29. Bellotas de fago.

El fago era una especie de encina ó de haya de Arcadia, que daba la bellota de que, segun se cree, se alimentaban los primeros hombres. (*Véase á* TEOFRASTO.)

XXIV.—Pág. 29. Cuando un hijo de Apolo...

Era Ulises, que lloraba oyendo cantar las proezas de los griegos al Demodoco de Homero, en los festines de Alcinoo. (ODISEA VIII.)

XXV.—Pág. 29. Maximiano se habia visto obligado á trasladarse...

Hechos históricos. Siempre que he podido recordar al lector el amor naciente de Cimodocea para con Eudoro, la am-

bicion de Galerio, el odio de César contra Constantino y los fieles, y en fin, el nombre y los proyectos de Hiérocles, me he apresurado á hacerlo; de modo que el asunto principal no se aparta nunca de la vista.

El emperador Valeriano, de quien se habla aquí, fue hecho prisionero por los partos y desollado vivo, segun dicen algunos, y segun otros, despues de muerto.

XXVI.—Pág. 29. Entro animosamente en la caverna.

Contaba yo muy poco con el buen éxito de este trozo, y no obstante ha sido bien recibido. Segun la historia, es muy probable que Prisca y Valeria fueran cristianas. Hay que advertir que las catacumbas que yo describo son las que tomaron mas adelante el nombre de San Sebastian, por haber sido enterrado en ellas este mártir; y el mismo Sebastian está ahora presente al sacrificio. El bello sepulcro de Cecilio Metelo se halla en efecto donde yo lo coloco. Todo esto es exacto y hecho á la vista de los mismos sitios descritos. Mr. Delille habia pintado las catacumbas desiertas; y así no me quedaba otro recurso que representar las catacumbas habitadas, para no empeñarme en una lucha harto desigual con un gran poeta y con unos hermosos versos.

XXVII.—Pág. 30. Es ese griego, vástago de una raza rebelde al pueblo romano.

A proporcion que va creciendo la rivalidad entre Eudoro y Hierocles, la amistad de aquel y de Constantino, y el odio de Galerio á los cristianos, va debilitándose la energía de Diocleciano; así pues, la narracion está íntimamente ligada con la accion.

XXVIII.—Pág. 30. Tan poderosa es la fuerza de la costumbre y tal el encanto que ocultan los lugares célebres.....

Yo mismo, al partir de Roma, esperimenté vivamente este sentimiento. De todos los lugares de la tierra que he visitado, Roma es el único á donde quisiera regresar; el único donde viviria gustoso.

XXIX.—Pág. 30. La via Casia, que me conducia á la Etruria....

Los pormenores de este viaje son verdaderos. No creo haya viajero alguno que no reconozca á Radigofanini en estas palabras: *erizada de agudas rocas*, en este torrente que vuelve atrás veinte y dos veces, y que cuando corre arrastra su misma madre. Los montecillos cubiertos de brezos son la Toscana.

XXX.—Pág. 31. No puede decirse en qué direccion se deslizan sus aguas.

«Flumen est Araar..... incredibili lenitate, ita ut oculis in utram partem fluat, judicari non possit.» (CAES. *de belli. Gall.*)

Ubi Rhodanus ingens amne prærapido fluit,
Ararque dubitans quo suos cursus agat
Tacitus, quietus alluit ripas vadis.
SEN., *in Apocolocintosi.*

Fulmineis Rhodanus qua se fugat incitus undis,
Quaque pigro dubitat flumine mitis Arar;
Lugdunum jacet, etc.
JUL. CAES., *Scaliger.*

XXXI.—Pág. 31. Cuya ciudad es la mas populosa y bella de las tres Galias.

Treveris.

LIBRO SESTO.

I.—Pág. 31. La Francia es una comarca salvaje.

La Francia de los antiguos tiempos, ó el país de los francos, no era la Francia actual: lo que al presente llamamos Francia, es propiamente la Galia de los antiguos. Yo he citado como autoridades en el prefacio, el *Mapa de Peutinger*, y á San Gerónimo en la *Vida de San Hilarion. La Tabla-Mapa de Peutinger* es una especie de libro de postas de los antiguos, compuesto verosimilmente en el siglo IV. Habiéndolo hallado un amigo de Peutinger, jurisconsulto de Augsburgo, fue publicado en Venecia en 1591. Consiste en unas largas tiras de papel, sobre las cuales se ven trazados los caminos del imperio romano, con los nombres de los paises, de las ciudades y de las casas de postas; pero todo sin division, sin meridiano, sin longitud ni latitud. La palabra *Francia* se halla escrita al otro lado del Rhin, en el paraje que yo designo.

He aquí las palabras de San Gerónimo: «Entre los sajones y los germanos se encuentra una nacion poco numerosa, pero muy valiente. Los historiadores llaman Germania al pais que habita esta nacion; mas en el dia se le da el nombre de Francia.» *(In vit. S. Hilar.)*

«La nacion de los Celtas, dice Libanio, habita mas allá del Rhin, en la costa del Océano. Aquellos bárbaros se llaman Francos, porque sufren muy bien las fatigas de la guerra.» *(In Basil.)*

II.—Pág. 31. Los pueblos que habitan este desierto, son los mas feroces de los bárbaros.

«Los francos, dice Nazaris, sobrepujan en ferocidad á todos los pueblos bárbaros.» Segun el autor anónimo de un panegírico pronunciado en presencia de Constantino, «no era facil vencer á los francos, pueblo que se alimentaba de la carne de las fieras.»

III.—Pág. 31. Miran la paz como la mas dura esclavitud cuyo yugo pueda serles impuesto.

«La paz es para los francos una horrible calamidad.» *(LIBAN, Orat. ad Constant.)*

IV.—Pág. 31. Los vientos, las nieves, las escarchas son sus delicias.

«Los francos están en medio del mar y de las tempestades, tan tranquilos como si se hallasen en tierra; y prefieren los hielos del Norte á la dulzura de los climas mas agradables.» *(LIBAN, loc. cit.)* Esta frase del testo: *y podria decirse que han visto el fondo del Océano, etc.* se apoya en un pasaje de Sidonio Apolinario. *(Lib. VIII, epist. ad Namm.)*

V.—Pág. 31. Se mostró por primera vez..... bajo el reinado de Gordiano el *Piadoso*.....

Desde el año 241 hasta el de 247. (Véase á FLAV. VOPISC., cap. VII.)

VI.—Pág. 31. Los dos Decios perecieron en una espedicion contra ella.

(Véase el prefacio y CHRON. PASCHAL.)

VII.—Pág. 31. Probo..... se condecoró con el glorioso título de *Fráncico.*

(Vide FLAV. VOPISC., *cap. XII, in vit. Prob.)*

VIII.—Pág. 31. Presentóse á la vez tan noble y tan temible.....

Este hecho tan curioso se lee en una obra del emperador Constantino Porfirogeneto, el cual dice que Constantino el Grande fue el autor de la ley que permitia á los emperadores romanos enlazarse con la sangre de los francos. *(De admin. imp.)*

IX.—Pág. 31. Los terribles francos acababan de apoderarse de la isla de Batavia.

Hecho histórico. (Véase el panegírico pronunciado delante de Max. Herc. y Const. Cl., cap. IV.)

X.—Pág. 31. Entramos en el suelo pantanoso de los bátavos.

«Terra non est..... Aquis subjacentibus innatat et suspensa late vacillat.» (EUM. *Paneg. Const. Cæs.*)

XI.—Pág. 31. Las trompetas del campamento hacian resonar el toque de diana.

Nuestros ejércitos han conservado la diana. Tocábase la trompeta siempre que se mudaba la guardia, ya fuese de dia ya de noche.

XII.—Pág. 31. El centurion que se paseaba..... balanceando su baston de cepa.

La insignia del centurion era una vara de sarmiento, que le servia para mandar ó castigar á los soldados. El centurion tuvo al principio á sus órdenes cien hombres, cuando la legion constaba de tres mil plazas; pero cuando esta se aumentó hasta cuatro mil, fue reducido á cincuenta hombres el número de los que tenia el centurion bajo sus órdenes. En cada manipulo habia dos compañías de sesenta hombres cada una. El primer centurion del ejército tenia asiento en el consejo de guerra, y no recibia órdenes sino del general ó de los tribunos.

XIII.—Pág. 31. Al inmóvil centinela que.... tenia un dedo levantado en actitud de silencio.

Así esplica Montfaucon en las *Antigüedades romanas*, la actitud de algunos soldados.

XIV.—Pág. 31. Al victimario que sacaba el agua para el sacrificio.

El victimario preparaba las cuchillas, el agua y las tortas para el sacrificio; iba medio desnudo, y llevaba una corona de laurel. Habia en cada campamento romano un altar junto al tribunal de césped donde se sentaba el general. Las tiendas eran de pieles, de donde vino la espresion *sub pellibus habitare*. Estaban dispuestas paralelamente, formando calles regulares y cruzándose en ángulos rectos. Los campamentos romanos eran de forma cuadrada; los griegos, y sobre todo los lacedemonios, hacian los suyos de figura redonda.

XV.—Pág. 32. Repetian en otro tiempo los versos de Eurípides.

Despues de la derrota y muerte de Nicias, delante de Siracusa, muchos atenienses que habian caido en la esclavitud, alcanzaron su libertad en premio de los versos de Eurípides, que recitaban á sus amos, pues la fama de este eminente trágico empezaba ya á penetrar en Sicilia.

XVI.—Pág. 32. La legion de Hierro y la Fulminante.....

La legion romana constó sucesivamente de tres, cuatro, cinco y seis mil hombres, comprendidas las diferentes especies de soldados armados que aquí designo; los hastados, los príncipes y los triarios. Los vexilarios venian á ser los porta-estandartes. El órden de estos soldados en la líneá no fue siempre el mismo. La legion se dividia en dos cohortes, cada cohorte en tres manipulos, y cada manipulo en dos centurias. Además de su número ordinal, llevaba tambien la legion un nombre tomado de sus divinidades, de su pais ó de sus hazañas. (POLYB. lib. VI, VEG., lib. II.)

XVII.—Pag. 32. Estas enseñas estaban perfumadas.

Las águilas eran el distintivo de la legion, y las cohortes tenian tambien sus insignias particulares: el dia del combate las adornaban de ramaje, y algunas veces las perfumaban: lo que sugirió á Plinio una hermosa declamacion: «Aquilæ certe ac signa pulverulenta illa, et custodibus horrida, inunguntur festis diebus: utinamque dicere possemus, quis primus instituisset. Ita est, nimirum hac mercede corruptæ terram orbem devicere aquilæ. Ista patrocinia quærimus vitiis, ut per hoc jus sumantur sub casside unguenta.» (PLIN., *Hist. Nat.* lib. XIII; cap. IV, 3.)

XVIII.—Pág. 32. Los Hastados.

Respecto de estos guerreros, véase la nota XVI.

XIX.—Pág. 32. Estaban llenos de máquinas de guerra.

La catapulta, la balista, la grua, los arietes, las torres con ruedas; y en las naves los cloques, los picos de bronce y los garfios de hierro. En las batallas solo empleaban las catapultas y las balistas; las demás máquinas estaban destinadas á los asedios de puntos fuertes.

XX.—Pág. 32. En el ala izquierda de las legiones, la caballería de los aliados desplegaba su movible cortina.

El órden, el número y las armas de la caballería variaron entre los romanos, segun los tiempos. La caballería, ya unida con la legion, ya formando un cuerpo separado, tomó hácia el fin de la república el nombre general de *ala*, porque servia en los flancos. La caballería mas numerosa de los romanos era la de los aliados, y diferia necesariamente en armas ofensivas y defensivas, segun el pueblo á que pertenecia; he procurado espresar esta circunstancia con toda la exactitud posible.

XXI.—Pág. 32. Dominando corceles de atigrada piel, y veloces cual las águilas.

Segun Estrabon, los caballos de los celtíberos (los españoles), igualaban en velocidad á los de los partos, y tenian generalmente el pelo gris ó atigrado. (ESTRABON, libro III). Diodoro pondera tambien la caballería española (libro V). Dicen estos dos autores que los celtíberos llevaban casi todos un manto de lana negra; *(id. id.)* y segun Estrabon *(loc. cit.)*, un casco ú especie de sombrero tejido de nervios, que terminaba en tres penachos. Diodoro asegura que estos penachos eran de color de púrpura *(loc. cit.)* Estrabon da á los celtíberos unos venablos cortos. La espada ibérica era famosa por su temple, y segun el testimonio de Estrabon, no habia casco ni escudo que resistiese á sus filos.

XXII.—Pág. 32. Los germanos, hombres de gigantesca estatura....

Julio César y Tácito nada dicen de la gorra y de la maza que doy aquí á los caballeros germanos (CÆS., *de Bell. Gall.*, lib. IV: TACIT., *de Mor. Germ.)* No puedo recordar la autoridad original donde he leido estos pormenores, pero en la *Historia de Francia* antes de Clodoveo, Mezeray da á esta maza el nombre de *cateies*.

XXIII.—Pág. 32. A su espalda, algunos ginetes númidas....

Muchas piedras grabadas y las monedas antiguas de Africa, ya púnicas ya romanas, representan así al caballero númida.

XXIV.—Pág. 32. Bajo de sus sillas adornadas de marfil.

No hay que tomar aquí esta palabra *sillas* en el sentido en que la tomamos en el dia. La silla propiamente dicha no era conocida de los romanos en el siglo IV; pues estos solo tenian un pequeño asiento, fijo en el lomo del caballo por medio de un pretal y una grupera. Estas sillas no tenian estribos. Aunque en Virgilio se habla de bocado ú freno, no por esto es cierto que la caballería romana usase de bridas. En cuanto á los guantes, su uso sube á la mas alta antigüedad: Homero los da á Laertes, en la *Odisea*, y los persas los llevaban, como nosotros, para el aseo.

XXV.—Pág. 32. Todos aquellos bárbaros tenian la cabeza erguida, vivo el color....

Consúltese á César, libros I, IV y VI; á Diodoro, lib. V, y á Estrabon, lib. VI y VII.

XXVI.—Pág. 32. Azules los ojos, fosca y amenazadora la mirada.

«Luminum torvitate terribiles,» dice Amiano Marcelino, (Véase tambien á DIODORO, *loc. cit.)*

XXVII.—Pág. 32. Su túnica.... de pedazos de púrpura, y un áspero cinturon de cuero ceñia á su costado su fiel espada.

La Galia Narbonense se llamó mas antiguamente *braccata*, del nombre de este traje galo. «Los galos, dice Diodoro, visten muy estrañamente, pues llevan unas túnicas pintadas de toda suerte de colores, y sobre ellas se ponen un sayo listado. (DIODORO, lib. V. Véase tambien á ESTRABON, lib. III.) El nombre francés *sayon* (sayo) viene de *sagum*, saco. El *sarrau* (saco) de los labradores franceses es el verdadero *sagum* de los galos.

XXVIII.—Pág. 32. La espada del galo jamás le abandona.

La espada era el arma distintiva de los galos, como la francisca ó hacha de dos cortes era el arma peculiar del franco. Los galos llevaban la espada colgando sobre el muslo derecho y prendida de una cadenilla de hierro ó de un cin-

turon. (Véase á DIODORO, lib. V, á ESTRABON, lib. IV.) El galo juraba sobre su espada: esta arma la clavaban en medio del *mallus* ó consejo; no podia darse en prenda la espada de un guerrero: por fin, era costumbre entre los galos y los germanos, el quemar las armas del difunto en su hoguera fúnebre. (Véase á CESAR, libro VI: á TACITO, *de Mor. Germ; y Leg. Longob.*, lib. II.) Segun César, eran quemadas tambien en los funerales las personas á quienes el difunto habia querido, *quos dilectos esse constabat.*

XXIX.—Pág. 32. Una legion cristiana....

He aquí á los cristianos de nuevo en la escena. Parece que esta vez nadie los ha encontrado aquí fuera de su lugar. Mandados estos, por decirlo así, por un francés, pues San Victor, mártir, era de Marsella, tienen los franceses algun derecho á la gloria de este asunto. Este santo, despues de haber sido azotado con varas y crucificado por la religion de Jesucristo, fué últimamente molido con una rueda de molino, *lo mismo que si fuese trigo*, dicen las actas de su martirio.

XXX.—Pág. 32. Los cretenses...... ocupábamos nuestros puestos al son de la lira.

Esto no es un giro poético, sino la pura verdad; los cretenses regulaban al son de una lira la marcha de sus guerreros.

XXXI.—Pág. 33. Adornados con pieles de osos.

Este no era el traje de los francos, sino su adorno. Todos los bárbaros de la Germania y aun antes que ellos los galos, se cubrian de pieles de fieras, como lo cuentan CESAR *de Bell. Gall.* lib. VI y TACITO de *Mor. Germ.* 6, 7, etc. El uroco de que aquí se habla, y de que los autores latinos llaman *urus*, era una especie de toro bravio, del cual hablaremos en otra parte.

XXXII.—Pág. 33. Una túnica corta....

Todo este párrafo lo he tomado de Sidonio Apolinario, en su *Panegírico de Mayoriano*, que es el documento mas antiguo que tenemos acerca de las costumbres de nuestros padres; y yo lo he traducido casi literalmente del testo. Pelcutier pregunta donde ha encontrado Mezeray que los francos tuviesen los ojos verdes; y cita una palabra griega que quiere decir azul, y que Mezeray ha interpretado mal, segun él dice. Pero Pelentier se engaña: Mezeray no ha traducido aquí ni á Estrabon ni á Diodoro, que no podian hablar de los francos, ni á Agatias ni á Ana Comnena; sino que tenia sin duda á la vista el pasaje de Sidonio, de que yo me he servido. He podido, pues, decir poéticamente, *ojos del color de una mar borrascosa*, autorizado de una parte por los versos de Sidonio, que dan ojos verdosos á los francos, y de otra por el testimonio de toda la antigüedad, que habla del mirar terrible de los bárbaros. Obsérvese que las pelucas á la moda de Luis XIV, cuyo pelo caia hácia delante sobre los hombros, tenian cabal semejanza con la cabellera de los francos. Hablaré mas adelante del venablo, llamado angon, palabra que se encuentra además en el Diccionario de la Academia. Ana Comnena nos ha dado la descripcion de un franco ó francés, bastante curiosa para que merezca un lugar aquí: vese en ella la fisonomía de un bárbaro al través de la imaginacion de una griega. «La presencia de Boemundo deslumbraba los ojos tanto como su fama pasmaba el entendimiento. Su estatura era tan aventajada, que escedia de un codo á la de los mas altos. Era delgado hácia el vientre y los costados, y grueso hácia las espaldas y el estómago; sus brazos eran fuertes y robustos. No estaba demasiado flaco ni demasiado gordo, sino en un justo medio, como el que Policletes daba ordinariamente á sus obras, que eran un fiel remedo de la perfeccion de la naturaleza. Sus manos eran grandes y llenas, y sus piés firmes y sólidos. Iba algo encorvado, no por defecto alguno del espinazo, sino por un hábito que habia contraido en su juventud, como señal de modestia. Todo su cuerpo era blanco; pero se veia en su rostro una agradable mezcla de este color y de encarnado. Su rubia cabellera le cubria las orejas, sin llegarle á los hombros, á la usanza de los bárbaros. No pude distinguir el verdadero color de su barba, porque la llevaba muy afeitada. Tenia los ojos azules, y al parecer rebosando ira y orgullo. La nariz la tenia muy abierta, por que, como su estómago era muy capaz, convenia que su pulmon atrajese gran cantidad de aire para moderar el calor de aquel. Su buen aspecto ofrecia un no sé qué de dulce y embelesador; pero la altura de su talla y la arrogancia de sus miradas tenian algo de feroz y terrible. Con su sonrisa inspiraban tanto terror como otros con su cólera.» (AN. COMN., lib. XIII, Cap. VI.)

XXXIII.—Pág. 33. Estos bárbaros....... se habian formado en ángulo.

Acies per cuneas componitur. (TACIT. *de Mor. Germ.* VI.)

XXXIV.—Pág. 33. En el vértice de este triángulo estaban colocados los valientes.

Et aliis germanorum populis usurpatum rara et privata cujusque audentia, apud Cattos in consensum vertit, ut primum adoleverint, crimen barbaque sumittire, nec nisi hoste cæso, exuere Sotivum obligatumque virtuti eorum habitum.... fortissimus quisque ferreum insuper annulum ignominiosum id genti velut vinculum gestat, donec se cædet hostis absolvat.

TACITO, *de Mor. Germ.* XXXI.

XXXV.— Pág. 33. Cada jefe de aquel numeroso cuerpo estaba rodeado de los guerreros de su familia.

Quodque præcipuum fortitudinis incitamentum est, non casus nec fortuita conglobatio turmam aut cuneum facit, sed familiæ et propinquitates; en in proximo pignora, unde feminarum ululatus audiri unde vagitus infantium.

TACITO *de Mor. Germ.* VII.

XXXVI.—Pág. 33. Cada tribu se agrupaba bajo un símbolo.

Effiesque et signa quædam de tracta lucis in prelium ferunt. (id.) Yo coloco aquí el origen de las armas de la monarquía.

XXXVII.—Pág. 33. El anciano rey de los sicambros.

Aquí, si se quiere, habrá un anacronismo, ó se dirá tal vez que es un Faramundo, un Clodion, un Meroveo, ascendiente de los principes de este nombre, que vemos en la historia. Se sabe por otra parte que ha habido muchos Faramundos, y acaso este nombre no era mas que el de la dignidad. (MONTFAUCON, *Antiq.*) No puedo menos de reconocer la justicia y la buena fe de la crítica. Todo ha sido aprobado en este libro, hasta los anacronismos, de que nadie ha hecho mencion; y por otra parte me han censurado por el nombre de Velleda, que nada tiene que ver con la Velleda de Tácito.

XXXVIII.— Pág. 33. Al ver sus cascos en forma de bocas abiertas....

«Todos los caballeros cimbros llevaban cascos en figura de fauces abiertas y de hocicos de toda especie de animales feroces; y coronándolos con unos penachos á manera de alas y de elevacion prodigiosa, parecian aun mas altos. Iban armados con corazas de hierro muy brillante, y se cubrian con escudos blancos.» (PLUTARCO, *in vit Mar.*) Yo atribuyo á los francos lo que Plutarco cuenta de los cimbros; pero estos habian habitado en la costa del Océano septentrional, como los francos; y todos los bárbaros que invadieron el imperio romano, esceptuando los hunos, tenian una infinidad de costumbres semejantes.

XXXIX.—Pág. 33. Atrincherado con barcas de cuero y carros uncidos á enormes bueyes.

Tácito habla de unos ligeros bateles de dos proas de cierta nacion germana que habitaba en las costas del Océano. Sidonio Apolinario, en el *Panegírico de Avito*, dice que las embarcaciones de los sajones estaban cubiertas de pieles. En cuanto á los carros, bastará una sola autoridad: Sidonio cuenta que habiendo Mayoriano vencido á los francos, se encontraron en algunos carros todos los preparativos de una boda, la comida, los adornos y vasos coronados de flores. Apoderáronse los soldados de estos carros y de la novia, la cual era verosimilmente una reina de los francos, si se ha de juzgar por esta magnificencia.

Véase ahora como los campamentos estaban atrincherados con carros: «Omnemque aciem suam (Germanorum) circum rhedis et carris circumdederunt.... eo mulieres imposuerunt. (Cæs.)

XL.—Pág. 33. Tres hechiceras cubiertas de harapos.

Hay aquí una reunion de muchas cosas. Segun Tácito, los

germanos atribuian á las mujeres el espíritu de adivinacion; los galos, como lo veremos mas adelante, tenian sus druidesas; estas se convirtieron despues en hadas (*Fatidica*), en hechiceras, etc.; de aqui las hechiceras de Macbeth. En cuanto á los augurios tomados de la carrera de los caballos, Tácito es mi autoridad: «Propium gentis, equorum quoque præsagia at monitus experiri publicæ aliantur iisdem nemoribus ac lucis, candidi et nullo mortali opere contacti, quos pressos sacro curru sacerdos at rex vel princeps civitatis comitantur, hinnitusque ac fremitus observant.» (TACITO, *de Mor. Germ.* X). Acerca del dios Tuiston, dice tambien Tácito: «Celebrant carminibus antiquis Tuistonem deum.» (Id. II.)

XLI.—Pág. 33. Cuando hayamos vencido á mil guerreros francos....

Mille francos, mille sarmatas semel occidimus; mille..... Persas quærimus.

FLAV., VOPISC., *in vit Aurel.*

XLII.—Pág. 33. Los griegos repiten en coro el *Pœan.*

El Pæan entre los griegos era, propiamente hablando, un canto ó himno cualquiera. Tómase aqui por el canto del combate; y como tal se encuentra en la retirada de los Diez mil y en otras partes.

XLIII.—Pág. 33. El himno de los druidas.

Es el canto de los bardos. Todo cuanto se ha dicho en nuestros tiempos acerca de los bardos, no es mas que una ficcion originada por una frase de Estrabon, copiada por Armiano Marcelino, y por dos ó tres frases de Diodoro. «Bardi-qui de laudationibus rebus quæ poeticis student.

STRAB., lib. IV.

XLIV.—Pág. 33. Apretando sus broqueles contra su boca.

«Nec tam voces illa quam virtutis contentu videntur. Adfectatur præcipuæ asperitas soni, et fractum murmur objectis ad os scutis, quo planior et gravior vox repercusu intumescat.

TACITO de *Mor.*, *Germ.* VIII.

XLV.—Pág. 33. Entonan el Bardito.

«Sunt illis hæc quoque carmina, quorum relatu quem *barditum* vocant, accendunt animos futuræque pugnæ fortunam ipsa cantu augurantur. Ferrent enim trepidantve, prout sonit acies.» (Id., Ibid.)

Sajon el Gramático, el historiador de Suecia, Olao Wormio, en su *Litteratura rúnica*, nos han conservado muchos fragmentos de los cantos de los pueblos del Norte, de que Carlomagno habia mandado hacer una coleccion. Yo he imitado aqui el canto de Ledbrog, añadiéndole un estrivillo y algunos pormenores sobre las armas, adecuados á mi asunto:

Pugnavimus ensibus.... etc., etc.
Virgo deploravit matutinam lanienam,
Multa præda dabatur feris.
. . . .
. . . .
. . . .
Quid est viro forti morte certius, etc.
. . . .
Vitæ elapsæ sunt horæ;
Ridens moriar.

Estos versos distan mucho de los de Homero y de Virgilio, que he recordado en los *Mártires.*

XLVI.—Pág. 33. ¡Victoria al emperador!

El grito del soldado romano, al comenzar la batalla se llama *barritus*: estaba sujeto á ciertas reglas, y habia maestros para enseñarlo, como entre nosotros hay maestros de esgrima.

XLVII.—Pág. 33. El rey cabelludo oprimia....

Gregorio de Turs habla mucho de la cabellera de los reyes de la primera raza. Saintfoix ha juntado todas las autoridades, y yo las doy aqui bajo su nombre:

«Los francos, dice el autor de los *Hechos de los reyes francos*, eligieron un rey de larga cabellera, llamado Faramundo, hijo de Marcomiro.» «Habiendo los francos pasado el Rhin, dice Gregorio de Turs se establecieron al principio de la Tongria, donde crearon reyes de larga cabellera por territorios y ciudades. Cuenta el mismo en otro pasaje, que el jóven Clodoveo, hijo de Childerico, fue muerto á puñaladas y arrojado al rio Marne, por órden de su madrastra Fredegunda; y que habiéndose detenido en las redes de un pescador, este, por su larga cabellera, no pudo dudar que fuese el hijo del rey. Agatias, historiador contemporáneo, refiere que Clodomira, hijo de Clodoveo, fue muerto en una batalla contra los burgiñones, y reconocido despues entre los muertos por su larga cabellera; pues es un uso constante entre los reyes de los francos, añade él, el dejarse crecer el cabello desde la infancia, y no cortarlo jamás.... esta vedado á sus súbditos el llevar la cabellera larga y suelta, pues esta es una prerogativa de que solo goza la familia real.

XLVIII.—Pág. 34. Era de la raza de Rinfax.

Consúltense los Edas, la introduccion á la historia de Dinamarca y á Sajon el *Gramático*, sobre la mitologia de los escandinavos.

XLIX.—Pág. 34. Sobre su carro de corteza de árbol sin eje.

Es el trineo.

L.—Pág. 34. El abrasado aliento.

Esto se ha añadido despues de las dos primeras ediciones, y esplica mejor el singular efecto de que hablo, y que puede observarse en un campo de batalla.

LI.—Pág. 34. Una insignia guerréra denominada la Oriflama.

Institucion francesa, usos y costumbres de los antiguos franceses, cuyo origen acaso leerán aqui con gusto los curiosos.

Dulcis reminiscitur Argos.

LII.—Pág. 34. Meroveo era considerado entre los francos como el fruto maravilloso del comercio clandestino de la esposa de Clodio y de un mónstruo marino.

«Morando Clodion durante el verano á la orilla del mar, quiso bañarse su mujer. Salió de las ondas un mónstruo en figura de Minotauro, y se enamoró de la reina.... esta concibió y dió á luz un hijo, el cual se llamó Meroveo, y dió su nombre á la primera raza de los reyes de Francia.» (*Epit. Hist. franc.*, Cap. IX, in D. BOUG.)

LIII.—Pág. 34. La rueca de una reina de los bárbaros.

Cuando se abrió en San Dionisio el sepulcro de Juana de Borbon, esposa de Carlos V, se encontraron en él los restos de una corona, un anillo de oro, pedazos de brazaletes ó cadenillas, un huso ó una rueca de madera dorada y medio podrida, unos zapatos muy puntiagudos, consumidos en parte, bordados de oro y plata.

LIV.—Pág. 34. A la manera que los galos cuelgan reliquias en las ramas del renuevo mas hermoso de un bosque sagrado.

Los antiguos no solamente colgaban ofrendas en los árboles, sino que tambien les ponian collares, como hizo Jerjes, que puso un collar de oro á un hermoso plátano. Cuenta Floro que Ariovisto el galo prometió á Marte un collar hecho de los despojos de los romanos. Peloutier observa muy ingeniosamente que Marte era el mismo que Júpiter Galo, cuyo simulacro era una gran encina, segun Máximo de Tiro. (PELOUTIER, lib. IV, cap. II, pág. 213, y lib. III cap. IV, pág. 22.)

LV.—Pág. 34. Hércules el Galo.

Las primeras ediciones dicen *Marte*; en esta he puesto *Hércules*, como mas característico del culto de los galos. (Véase á LUCIANO, *in Fercul. gallic.*)

LVI.—Pág. 34. ¡Valiente jóven! mereces llevar la señal del hierro al palacio de Teutates.

Teutátes era un dios de los galos; las heridas eran una

señal de gloria: Respecto de la última parte de la frase, parece, segun los Edas, un pasaje de Procopio sobre los godos; y segun el testimonio de Solino, parece que los bárbaros del Norte se daban la muerte ó se hacian matar cuando habian llegado á la vejez; pero sobre esto no hay autoridades bastante respetables, pues es cierto que César, Tácito, Estrabon y Diodoro, nada dicen acerca de tal costumbre; en virtud de esto, sigo mas bien una mera tradicion que un hecho histórico.

LVII.—Pág. 34. No temo sino una cosa....

Esta es la respuesta que dieron unos diputados galos á Alejandro. (ARRIANO, lib. I, cap. I.)

LVIII.—Pág. 34. La tierra que te cederé....

Respuesta de Mario á los cimbros. (PLUT. *in vit. Mar.*)

LIX.—Pág. 34. Cuyos dos garfios....

Sírvense principalmente de hachas de dos filos y de unos venablos, que no siendo muy grandes, ni tampoco muy pequeños, sino de mediano tamaño, son propios para lanzarlos desde lejos en caso necesario, y tambien para combatir de cerca. Están enteramente cubiertos de planchas de hierro, de modo que no se ve la madera. Mas abajo de la punta, hay unos garfios muy agudos y encorvados hácia abajo en forma de anzuelo. Cuando el franco se encuentra en una batalla, arroja este venablo.... Si el venablo no atraviesa mas que el escudo, se queda clavado en él y arrastra por el suelo por el estremo opuesto. Aquel contra quien ha sido lanzado, no puede absolutamente arrancarlo á causa de los garfios que lo retienen, ni tampoco cortarlo, á causa de las planchas de hierro que lo cubren. Cuando el franco ve esto, pone el pié sobre el mango del venablo, y pesa con toda su fuerza sobre el escudo, de tal modo que el brazo del que lo sostiene llega á cansarse, y descubre la cabeza y el pecho; entonces el franco puede matarle fácilmente, partiéndole la cabeza con el hacha ó atravesándole con otro venablo.

AGATIAS, lib. II, cap. III.

LX.—Pág. 34. Era el último descendiente de aquel Vercingetorix....

Vercingetorix era natural de Auvernia é hijo de Celtilo. Hizo sublevar todas las Galias contra Julio César, y le forzó á abandonar el sitio de Clermont. Despues de haber defendido largo tiempo á Alisa, se rindió finalmente al vencedor. César no nos dice si fue generoso con el héroe galo.

LXI.—Pág. 34. Le levantan sobre un escudo.

«Asi que acababan de ser elegidos (los reyes ó duques de los francos), los levantaban sobre un grande escudo y los llevaban en hombros, haciéndolos saltar blandamente para mostrarlos al pueblo.» (MEZERAY, *av. Clovis.*)

LXII.—Pág. 34. Una cruz rodeada de estas palabras: *In hoc signo vinces.*

Este anacronismo que solo es de algunos años, se halla aquí para recordar el famoso lema del Lábaro.

LXIII.—Pág. 35. Contaron despues que divisaron al frente de esta legion una columna de fuego y de nubes y un caballero vestido de blanco.

Léese este milagro de los *Macabeos* en las *Actas de los Mártires*, en los historiadores de aquella época, y hasta en los de las *Cruzadas*. El original de este milagro se halla en los *Macabeos*.

LXIV.—Pág. 35. Allá un soldado cristiano muere aislado.

Esto está fundado en un hecho conocido del autor.

LXV.—Pág. 35. Conservaban aun en la muerte un semblante tan feroz...

Así lo dice Sidonio Apolinario en el *Panegírico* de Mayoriano.

LXVI.—Pág. 35. Se habian atado mútuamente con una cadena de hierro.

Circunstacia tomada de la batalla de los cimbros contra Mario. Plutarco refiere que todos los soldados de la primera línea de aquellos bárbaros estaban atados unos á otros con una cuerda, para que no pudiesen romper las filas.

LXVII.—Los bárbaros exhalaban gritos.

«Todos los que habian escapado de la derrota de los ambrones, se mezclaron despues con ellos, y durante la noche daban horribles gritos que no parecian clamores y gemidos de hombres, sino ahullidos y bramidos de bestias feroces, acompañados de amenazas y lamentos, y que despedidos á un mismo tiempo por aquel enjambre de bárbaros, hacian resonar las montañas de los alrededores y de todo el canal del rio. Aquel ruido espantoso atronaba toda la llanura; los romanos estaban sobrecogidos de pavor, y el mismo Mario no podia disimular su sorpresa.» (PLUTARCO, *in Vit. Mar.*)

LXVIII.—Pág. 35. Los francos habian cortado durante la noche las cabezas de los cadáveres romanos.

Léese un ejemplo notable de esta costumbre de los bárbaros en la descripcion del campo de Varo por Tácito. Salviano (*de Gubernatione Dei*), Idacio, (en su *Chronic. in Biblioth. Patr.*, tomo XII, pág. 1233), Isidoro de Sevilla, Victor, (*de persecutione africana*), etc.; hacen todos horribles descripciones de la crueldad de los pueblos que destruyen el imperio romano; la cual llegaba hasta el estremo de degollar á los prisioneros en derredor de las ciudades sitiadas, para introducir en ellas la peste por medio de la corrupcion de los cadáveres. (VICTOR, *loc. cit.*)

LXIX.—Pág. 35. Una enorme pira compuesta de sillas de caballo.

Esto recuerda vagamente la resolucion de Atila, despues de la pérdida de la batalla de Chalons. (JORNANDEZ de *Bel. Goth.*)

LXX.—Pág. 35. Las mujeres de los bárbaros, vestidas de túnicas negras.

«Stabat pro litore diversa acies, densa armis virisque, intercursantibus feminis, in modum furiarum, quæ veste ferali, crinibus dejectis, faces præferebant. Druidæque circum, preces diras sublatis ad cœlum manibus fundentes, novitate aspectus perculere militem.» (TACITO *Ann.*, XIV, 30). Las mujeres adelantándose contra ellos con espadas y hachas rechinando los dientes de rabia y dolor, y despidiendo horribles alaridos, hieren igualmente á los fugitivos y á los perseguidores, á los primeros como traidores, y á los otros como enemigos; se arrojan entre los combatientes, agarran las espadas de los romanos, les arrancan los escudos, reciben heridas, se dejan hacer pedazos sin cejar un paso, y muestran hasta la muerte un ánimo verdaderamente invencible. (PLUTARCO *in Vit. Mar).* Allí se vieron los lances mas trágicos y espantosos que puedan imaginarse. Las mujeres, vestidas de negro, se habian subido á los carros, desde donde mataban á los fugitivos; unas á sus maridos, otras á sus hermanos, estas á sus padres, aquellas á sus hijos; y cogiendo á los niños de teta, los ahogaban con sus propias manos, y los arrojaban bajo las ruedas de los carros y los piés de los caballos, dándose ellas mismas en seguida la muerte. Dicen que una de ellas se ahorcó del estremo de la lanza de su carro, despues de haberse atado por el cuello á los talones, á dos de sus hijos. Los hombres, á falta de árboles para ahorcarse, se echaban al cuello un lazo que ataban á los cuernos ó á las piernas de los bueyes, y haciendo andar á aquellos animales, perecian desastradamente ó ahogados ó pisoteados. (*Id. ibid.*)

LXXI.—Pág. 37. Meroveo se habia fabricado una navecilla de un ancho escudo de mimbres.

Los escudos de los bárbaros servian algunas veces para este uso, del cual se ve un ejemplo notable en Gregorio de Tours. Atalo, galo de ilustre nacimiento, siendo esclavo de un bárbaro en el pais de Tréveris, se fugó de la casa de su amo atravesando el Mosela sobre un escudo (GREG. TURON., lib. III.)

LXXII.—Pág. 38. Una especie de subterráneo en que los bárbaros acostumbraban ocultar su trigo en tiempo de guerra.

«Solent et subterraneos pectus aperire, eosque multo insuper fimo onerant, suffugium hiemi et receptaculum frugibus. (TACITO, *de Mor. Germ.*, XVI.»)

El lector puede ahora conocer á fondo la causa del placer que quizá ha encontrado en este combate de los francos y romanos. Los que en pocas horas recorren una obra que al parecer solo es de pura imaginacion, ignoran sin duda el tiempo y el trabajo que ha costado al autor, cuando está concienzudamente escrita. Virgilio empleó muchos años en recoger los materiales para la Eneida y aun le parecia que no habia leido bastante. (Véase á Macrobio.) Hay en nuestros dias muchos que se ponen á escribir cuando apenas conocen su idioma y casi todo lo ignoran. Yo me hubiera abstenido de dar á conocer el caudal de mi tarea, si á ello no me hubiese obligado la mordacidad de los críticos. Muchos que en este combate de los francos no han visto mas que una brillante descripcion, sabrán ahora que no hay en él una sola palabra que no pueda considerarse como un hecho histórico.

LIBRO SETIMO.

Nota primera.—Pág. 38. Venia acompañado de una mujer vestida con una túnica de hilo.

«Nec alius feminis quam viris habitus, nisi quod feminæ sæpius lineis amictibus velantur, eosque purpura variam, partemque vestitus superioris in manicas non extendunt, nudæ brachia ac lacertos: sed et proxima pars pectoris patet.» (Tacito, *de Mor. Germ.*, XVII.)

ii.—Pag. 38. Corregida por cierto hábito estraño de piedad y dulzura.

Superfluo seria advertir que esta mudanza de carácter habia sido ocasionada por la Religion Cristiana.

iii.—Pág. 38. Dá gracias á Clotilde.

Este es tambien un nombre histórico prestado, ó un anacronismo que guarda conformidad con los anacronismos precedentes.

iv.—Pág. 38. En una choza rodeada... por un círculo de tiernos arbolillos.

«Colunt discreti ac diversi, ut fons, ut campus, ut nemus placuit... Suam quisque domum spatio circumdat.» (Tacit. *de Mor. Germ.*, XVI. Véase tambien á Herodiano, lib. VII.)
En algunos parajes de Normandía construyen todavía los aldeanos sus viviendas aisladas en medio de un campo y las circuyen de un seto vivo plantado de árboles.

v.—Pág. 38. Una bebida grosera preparada con trigo.

Esta bebida es la cerveza; Estrabon, Amiano, Marcelino, Dion-Casio, Jornandez, Ateneo y otros, están unánimes sobre este punto. Segun Plinio, la cerveza se llamaba *cervisia* por los galos. Las mujeres se lavaban la cara con la espuma de esta bebida. (Plinio, lib. XXII).

vi.—Pág. 38. La fetidez de las grasas mezcladas con las cenizas de fresno con que untaban sus cabellos.

Esto lo hacian para darles un color rojizo. Puede verse sobre el particular á Diodoro de Sicilia, lib. V; á Amiano-Marcelino, lib. XVII; á San Gerónimo, *vit. Hilar.*, etc.

vii.—Pág. 38. La escasa ventilacion de la choza.

«Yo me hallo, dice Sidonio, en medio de pueblos cabelludos, obligado á entender el lenguaje bárbaro de los germanos, y teniendo que aplaudir las canciones de un burguiñon ébrio, que se unta los cabellos con manteca... Desde la mañana empiezo ya á oler ajos y cebollas, y este pestífero olor va á mas en lo restante del dia.» (Sid. Apol., *Cam.* 12, *ad Cat.*) Estos son nuestros padres.

viii.—Pág. 39. Un asta de buey para sacar agua.

Es el asta del uroco, de que volverá á hablarse.

ix.—Pág. 39. He aquí, me dijo el esclavo, el bosque de Teuteberg y el campamento de Varo.

El terreno que ocupaba este campo conserva todavía el nombre de bosque de Teutburgo. Véase aquí el admirable trozo de Tácito del que he hecho una traduccion abreviada, que es la que forma mi testo: «Prima Vari castra: lato ambitu et dimensis principiis trium legionum manus ostentabant, dein semiruto vallo, humili fossa, accisæ jam reliquiæ concedisse intelligebantur. Medio campi albentia ossa, ut fugerant, ut restiterant, disjecta vel aggerata. Adjacebunt fragmina telorum, equorumque artus, simul truncis arborum antefixa ora: lucis propinquis barbaræ aræ, apud quas tribunos, ac primorum ordinum centuriones mactaverant, et cladis ejus superstites pugnam aut vincula elapsi, referebant, hic cidisse legatos, illic raptas aquilas; primum ubi vulnus Varo adactum, ubi infelici dextra et suo ictu mortem idvenerit; quo tribunali concionatus Arminius; quot patibula captivis; quæ scrobes; utque signis et aquilis per superbiam inluserit.» *(Ann.* 1, 61 *)*

x.—Pág. 39. Nadie se atrevió ni aun á llevar sus retratos á los funerales.

«Et Junia sexagesimo quarto post Philippensem aciem anno supremum diem explevit, Catone avunculo genita, C. Cassii uxor, M. Bruti soror... Viginti clarissimarum familiarum imagines antelatæ sunt, Manlii, Quinctii, aliaque ejusdem nobilitatis nomina: sed præfulgebant Cassius atque Brutus, eo ipso quod effigies eorum non visebantur.» (Tácito, *Ann.* III, 76.)

xi.—Pág. 39. La legion Tebana.

Todo lo que se sigue en el testo está sacado de una carta de San Euquerio, obispo de Lyon (en Francia) al obispo Salvio. Encuéntrase tambien esta carta en las *Actas de los Mártires.*

xii.—Pág. 39. Los cuerpos de mis compañeros parecian despedir una viva luz.

La autoridad de este milagro se encuentra en el martirio de San Taraque (*Act. Mart.*)
El Tasso ha imitado tambien este pasaje en el episodio de Suetonio.

xiii.—Pág. 39. Dionisio, primer obispo de Lutecia.

Siguiendo á Fleury, á Tillemont y á Crevier, he puesto el martirio de San Dionisio, primer obispo de Paris, bajo el reinado de Maximiano, en el año 286 de nuestra era.

xiv.—Pág. 39. Esta colina se llamaba el *Monte de Marte.*

Se ve que he escogido entre los dos pareceres que hacen de Montmartre, ó el monte de Marte ó el monte de los Mártires.

xv.—Pág. 40. Desde entonces he permanecido esclavo aquí.

Nuestra religion, fecunda en milagros, ofrece muchos ejemplos de cristianos que se han hecho esclavos para librar á otros cristianos de la esclavitud, sobre todo cuando temian que estos perdiesen la fe al verse desgraciados. Bastará recordar al lector el ejemplo de San Vicente de Paul y el de San Pedro Pascual, obispo de Jaen, en España. (Véase el *Genio del Cristianismo*, tomo IV.)

xvi.—Pág. 40. Acostumbran esponerlos en las olas sobre un escudo.

Se lee, dice Mezeray, en dos ó en tres poetas, en el escoliador Eustacio, y hasta en los escritos del emperador Juliano, que los que habitaban cerca del Rhin ponian á sus hijos sobre las aguas de este rio, y solo tenian por legítimos los que no se anegaban. Algunos autores modernos han negado esta costumbre, y han sostenido que era una fábula inventada por los poetas; pero estos autores no se hubieran tomado tanto trabajo en refutarla, si hubiesen tenido presente que un epígrama griego dice que el padre ponia á sus hijos sobre un escudo. (Av. Clav. pág. 34.)

xvii.—Pág. 40. Mi mas hermosa conquista es la de la jóven esposa de mi anciano amo.

El Cristianismo, merced á su espíritu de dulzura y humanidad, se ha difundido en el mundo mas particularmente por medio de las mujeres. Clotilde, esposa de Clodoveo, atrajo á este jefe de los franceses al conocimiento del verdadero Dios. (Véase á Greg. Tur.)

XVIII.—Pág. 40. Has nacido en aquel dulce clima vecino á la tierra de los milagros.

La Grecia era vecina de la Judea, comparativamente á los paises de los francos.

XIX.—Pág. 40 Segovia...

El nombre de esta profetisa germana se lee en Tácito.

XX.—Pág. 40. Un esclavo romano...

He aquí un grande ejemplo de la suma dificultad de contentar á todos. Un crítico de buen gusto, á quien he citado en el *Exámen* y en estas notas, encuentra poco interesante este episodio de Zacarías. La reina de los francos, puesta de rodillas bajo de una encina decrépita, no le presenta mas que un remedo muy débil de la escena de Prisca y de Valeria. Otras personas, capaces igualmente de juzgar bien, gustan mucho de la oposicion del Cristianismo naciente en medio de las selvas y entre los bárbaros, y del Cristianismo en la cuna y en las catacumbas, en un pueblo civilizado.

XXI.—Pág. 40. Declara que la virtud es un fantasma...

«Detúvose Bruto en un lugar hondo, se sentó sobre una roca, no teniendo consigo mas que un pequeño número de amigos y algunos de sus principales oficiales; y allí mirando fijamente al cielo que estaba muy estrellado, pronunció dos versos griegos. Volumio ha referido uno de estos que dice: ¡Gran Júpiter, haz que el autor de todos estos males no se oculte á tu vista!» Dice que el otro se le habia olvidado; pero el sentido del otro verso era: «¡Oh virtud, tú no eres mas que un hombre hueco!»

XXII—Pág. 41. Un nuevo Herodoto.

«Presentóse Herodoto en los juegos Olímpicos, y deseando inmortalizarse, y dar á conocer al mismo tiempo á sus conciudadanos quien era el hombre que ellos habian obligado á espatriarse, leyó en esta asamblea, la mas noble de la nacion y la mas ilustrada que hubo jamás, el principio de su *historia*, ó tal vez los pedazos de esta misma *historia*, que le parecieron mas á propósito para halagar el orgullo de un pueblo que por tantos títulos podia creerse superior á los demás.» (Larcher, *Vida de Herodoto.)*

XXIII.—Pág. 41. Un pueblo que dice ser descendiente de los troyanos.

En el capítulo segundo del *Epitome de la historia de los Francos*, se lee una fábula entera, contada, dice el autor, por cierto poeta llamado Virgilio. Priamo, segun este poeta desconocido, fue el primer rey de los francos, y Friga fue el sucesor de Priamo. Despues de la caida de Troya, se separaron los francos en dos bandos; uno de ellos, mandado por el rey Francio, vino á Europa, y se estableció á orillas del Rhin, etc. (*Epit. Hist. Franc.* cap. II, in D. Bouq. Coll.)
Las Jestas de los reyes de los francos refieren una fábula poco mas ó menos semejante. (Cap. I y II.) Sobre estas antiguas crónicas ha compuesto Anio de Viterbo la genealogia de los reyes de los galos y de los francos. En sus dos supuestos libros da veinte y dos reyes á los galos antes de la guerra de Troya: Dis ó Samotes; Sarron, fundador de las escuelas druidicas; Boardo, inventor de la poesia y de la música; Celtes, Galates, Bélgico, Lugno, Alloburgo, Páris, Remo. Bajo el reinado de este último, aconteció la toma de Troya; y Franco, hijo de Héctor, que pudo escapar de la ruina de su patria, se refugió en las Galias, y casó con la hija de Remo.

XXIV.—Pág. 41. Que este pueblo formado de diferentes tribus de germanos...

Verdadero origen de los franceses. He esplicado la palabra *franco*, segun la índole de nuestra lengua, (la francesa) y no segun la etimologia que pretende atribuirle Libanio, y que significaria *hábil en fortalecerse. (In Basilico.)*

XXV.—Pág. 41. El poder... se concentra en la mano de uno.

Esto no está espresado formalmente por ningun autor pero se deduce de toda la serie de la historia. En Tácito se ve *(de Mor. Germ.)* que se elegian los jefes en las asambleas generales, y se encuentra en el mismo autor *(Ann. et Hist.)* á los germanos gobernados por un solo jefe. Nótase esto mismo en los *Comentarios de César*. Por último, bajo el mando de Faramundo, de Clodio, de Meroveo y Clodoveo, parece que los francos se hallaban gobernados por un solo rey.

XXVI.—Pág. 41. La tribu de los salios...

Hay autores que pretenden que los salios no eran mas que grandes ó señores adictos al servicio de las salas de nuestros reyes. Es verdad que la palabra *sala* es de una antigüedad muy remota en la baja latinidad. En un edicto de Lotario, rey de los lombardos, se lee: *si quis bovalam de sala occiderit, componat.* (Sol. 20.)

«Qui en la *sale* Baudonin Lagernie.
«Avoit de Foise en voié une espie.»
Du Cange, Gloss., voce sala.

Pero es mas natural considerar á los salios como una tribu de los francos, puesto que se les encuentra como tales en la historia. Los francos, llamados salios, dice Amiano Marcelino, se habian avecindado cerca de Toxandria. Sidonio les da tambien este nombre. Segun refiere Libanio, Juliano tomó á los salios al servicio del imperio, y les dió tierras. Además de lo dicho, se encuentran salios galos dueños del territorio en el que los focenses fundaron á Marsella. Habia entre los romanos unos sacerdotes de Hércules, llamados salios; como si todo lo que se llama salio debiese indicar armas y victoria.

XXVII.—Pág. 41. Debiendo esta celebridad.

Pongo aquí el origen de la famosa ley Sálica. La historia la hace subir hasta Faramundo; pero los mejores críticos hacen derivar como yo la ley Sálica de la tribu de los salios. Esta ley, tal como aparece entre nosotros, habla de todo menos de la sucesion á la corona. Ducange distingue dos leyes sálicas: la una mas antigua y del tiempo en que los franceses eran idólatras; y la otra, mas moderna, que se supone redactada por Clodoveo, despues de su conversion. *(Véase á Pittion, Gerónimo Vignon, Ducange y Daniel.)*

XXVIII.—Pág. 41. Los francos se reunen una vez al año, para deliberar sobre los asuntos de la nacion.

Las primeras ediciones dicen: «Los francos se reunen *dos veces* al año en los meses de *marzo* y *mayo*» Yo habia querido indicar con esto el cambio ocurrido en la época de la asamblea general de los francos, pero esto era inexacto y no esplicaba lo que yo queria decir; por lo tanto la he corregido como aquí se ve. El primer ejemplo de una asamblea general de los francos se remonta hasta Clodoveo; quien mató en ella con su propia mano á un soldado, de quien el año anterior recibiera una ofensa. *(Gregorio de Tours.)*
Tácito dice que los germanos celebraban sus asambleas en dias fijos: al principio de la luna nueva y del plenilunio *(de Mor. Germ.)* Nuestros Estados generales, que se cree traen su origen del campo de Marte, me parecen mas bien de origen galo *(véanse los Comentarios de César.)*

XXIX.—Pág. 41. Acuden armados á esta cita.

Esto lo dicen todos los autores.

XXX.—Pág. 41. El rey se sienta debajo de una encina.

«Muchas veces he visto que el buen santo, despues que habia oido misa en el verano, iba á esparcirse en el bosque de Vincennes, y se sentaba al pié de una encina, y nos hacia sentar á todos cerca de el: y los que tenian algunos asuntos que tratar con el, venian á hablarle, sinque ningun ugier les pusiese impedimento. Y preguntaba en alta voz si habia alguno que tuviese que hablarle, y cuando habia alguno, les decia, esperaos, amigos, que se os despachará uno tras otro. Tambien he visto muchas veces en dicho tiempo de verano, venir este buen rey al jardin de Paris, vestido con un brial de camelote viejo, con un sayo de tiritana sin mangas, y un manteo por encima de tela negra, y allí hacia estender algunos tapices para que nos sentásemos á su lado, y daba audiencia á su pueblo, como os he dicho que lo hacia en el bosque de Vincennes.» *(Joinville, Historia del rey San Luis.)*
El uso de hacer presente al jefe de los pueblos germánicos sube hasta el tiempo de Tácito. «Mos est civitatibus ultrò ac viritim conferre principibus vel armentorum, vel frugum, quod pro honore acceptum, etiam necessitatibus subvenit. Gaudet præcipuè finitimarum gentium donis, quæ non modò à singulis, sed publicè mittuntur.» (Tácit., *de Mor. Germ.*, 15.)

XXXI.—Pág. 41. Las propiedades son anuales.

Arva per annos mutat (Tác., *de Mor. Germ.*, XXVI.) Neque quisquam agri modum certum aut fines proprios habet: sed magistratus ac principes in annos singulos, gentibus cognationibusque hominum qui una coierint, quantum et quo loco visum est, agri atribuat, atque anno postalio transire cogunt. (César, *de Bello Gall.*, lib. VI.)

XXXII.—Pág. 41. La leche, el queso, etc.

Véase á César *de Bell. Gall.*, lib. VI. Plinio, lib. II; Estrabon libro VII. Tácito dice *Lac concretum.*

XXXIII.—Pág. 41. Un escudo, una francisca, una canoa de mimbres, un caballo enjaezado...

Munera non ad delicias muliebres quæsita, nec quinnova nupta comatur sed boves et faenatum equum, et scostum cum framea gladioque.» (Tácito, *de Mor. Germ.* XVIII)

XXXIV.—Pág. 41. Si... salta.... en medio de las lanzas y espadas desenvainadas.

«Nudi juvenes, quibus id ludicrum est, inter gladios se atque infestas frameas salto jacuint :» (Tac., *de Mor. Germ.*, XXVII.)

XXXV.—Pág. 41. Una pirámide de césped.

«Funerum nulla ambitio... sepulcrum cespes erigit.» (Tacit. *de Mor. Germ.*, XXVII.)

XXXVI.—Pág. 41. La caza del uroco y de los osos.

César, Tácito y todos los autores hablando de la pasion que tenian los bárbaros á la caza. Véase aqui la descripcion relativa al uro ó toro bravio.

«Tertium est genus eorum qui Uri appellantur. Ii sunt magnitudine paulo infrà elephanto; specie et colore, et figura tauri. Magna vis est eorum et magna velocitas neque homini neque feræ quam conspexerint parcunt. Hos studiosè foveis captos interficiu... Amplitudo cornuum et figura et species multùm à nostrorum boum cornibus differt. Hæc studiose conquisita ab labris argento circumcludunt atque in amplisimis epulis pro poculis pro praculis utuntur.» (César, *de Bell. Gall.*, lib. VI.)

XXXVII.—Pág. 41. Tuvimos la felicidad de no hallar á ninguna de estas emigraciones.

Todo este pasaje es nuevo. Yo lo habia suprimido en las pruebas de la primera edicion; pero las personas que lo habian leido lo han reclamado, y me ha parecido deberlo restablecer.

XXXVIII.—Pág. 41. Libro mio irás á Roma, é irás sin mí.

Parve, nec invideo, sine me, liber, ibis in Urbem.

Ovidio murió en su destierro en Tomos: se ha dicho haber encontrado su sepulcro en 1508, cerca de Stain en Austria, con estos versos.

Hic situs est vates quem divi Cæsaris ira
Augusti patriâ cedere jussit humo.
Sæpe miser voluit patriis occumbere terris;
Sed frustrà! hunc illi fata dedere locum.

Estos versos son modernos. El poeta mismo se habia compuesto el epitafio que todos conocemos:

Hic ego qui jaceo tenerorum lusor amorum,
Ingenio perii Naso poeta meo, etc.

No sé si es mas patético el verso que yo he escogido para epitafio de un poeta muerto y desterrado en un desierto.

XXXIX.—Pág. 41. Aquel romano que se acusaba de ser bárbaro.

Barbarus hic ego sum, quia non intelligor illis.

XL.—Pág. 41. Aquellas tribus habian desaparecido.

Se habian embarcado. «Una pequeña tribu de francos gobernado por probo, dice Eumenes, se señaló por su valor. Habiéndose embarcado en el Ponto-Euxino, atacó á la Grecia y al Asia, tomó á Siracusa, asoló las costas de Africa, y volvió á entrar victoriosa en el Océano...» (Eumenes, *Paneg. Const.*)

XLI.—Pág. 41 La Providencia habia decretado que yo hallase la libertad en el sepulcro de Ovidio.

Este libro está fundado aquí, y hay tambien una razon perentoria para la descripcion que se hace de las costumbres y de la caceria de los francos. Este incidente, que por otra parte es muy natural, y de que otros poetas se han servido, va á cambiar la escena.

XLII.—Pág. 42. La choza real estaba desierta.

Quemcumque mortalium arcere lecto nefas habetur. Pro fortuna quisque apparatis epulis excipit. Cum defecere, qui modo hospes fuerat, mostrator hospitii et comes proximam domum non invitati adeunt: nec interest; pari humanitati accipiuntur. Notum ignotumque, quantum ad jus hospitii, nemo discernit.» (Tac., *de Mor. Ger*, XXI.)

XLIII.—Pág. 42. Una isla llamada Casta, consagrada á la diosa Herta.

(Véase á Tácito. *Costumbres de los germanos*, cap. XL) Mi testo es la traduccion abreviada de todo el pedazo.

XLIV.—Pág. 42. Hallábanse estos formados semicircularmente.

«No se sientan en sillas cuando comen, sino que se tienden en el suelo sobre pieles de lobos y perros, y están servidos por sus hijos de uno y otro sexo, si se hallan estos en su primera juventud. A su lado tienen grandes fuegos con calderos y asadores, donde hacen cocer y asar grandes cuartos de carne, y tienen la costumbre de ofrecer los mejores bocados á los que mas se han distinguido por su valor. Sus discursos de mesa suelen provocar disputas, y el desprecio con que miran la vida es causa de que consideran como cosa de poco momento el tener un desafío.» (Diod., lib. V., traduccion de Terrasson.) Todos estos usos que Diodoro atribuye á los galos, se encuentran tambien entre los germanos. En cuanto á la circunstancia de la mesa separada que cada convidado tenia delante de sí, es sacada de Tácito, de *Mor. Germ.* Véase aquí un pasaje curioso de Ateneo; «Geltæ, inquit (Posidonios,) fœno substrato, cibos proponunt super ligneis mensis á terra parùm extantibus. Panis, et is paucus, cibus est; caro multa, elixa in aquâ, vel super prunis aut in verutis assa. Mensæ quidem hæc pura et munda inferuntur, verùm leonum modo ambabus manibus artus integros tollunt, morsuque dilanian; et si quid ægriùs divellatur, exiguo id cultello præcidunt, qui vaginâ tectus et loco peculiari conditus in propinquo est... Convivæ plures ad cœnam si conveniant, in orbem consident. In medio prætantissima sedes est, veluti cœtus pricipis ejus nimirùm qui cæteros vet bellicâ dexteritate, vel novilitate generis anteit, vel divitiis. Assidet huic convivator: ac utrinquè deinceps pro dignitate splendoris quâ excellunt. Adstant à tergo cœnantibus, qui pendentes clypeos pro armis gestent sastati verò ex adverho in orbem sedent ac utrique cibum cum dominis capiunt. Qui sun à poculis, potum ferunt in vasis ollæ similibus, aut fictilibus, aut argenteis.» (Athen., lib. VI, cap. XIII.) Algo habria que decir sobre esta version del testo griego; pero sin embargo, es bastante fiel, no deja de tener cierta elegancia y ha sido revisada por Casaubon hombre doctisimo, á pesar de algunos. Como el testo no tiene de suyo ninguna belleza, he preferido citar esta version de Dalecchamp por estar mas al alcance de muchos lectores.

XLV.—Pág. 42. Un galo llamado Camulógenes.

Recuerdo histórico. *(Léanse los Comentarios de César.)* Todo el mundo sabe que Lutecia es Paris.

XLVI.—Pág. 42. Los cuarenta mil discípulos de las escuelas de Augustodunum.

Las escuelas de Autun eran muy florecientes. Eumenes las habia restablecido. En tiempo de la sublevacion de Sacrovir, habia cuarenta mil jóvenes de la nobleza de las Galias, reunidos en Autun. (Tacit. *anno* III, 43.) Se sabe tambien que Marsella en tiempo de Ciceron y de Agrícola era llamada la Atena de las Galias. Por lo que toca á Burdeos puede consultarse á Ausonio quien nombra los profesores célebres de aquella ciudad.

XLVII.—Pág. 42. La sedicion de los bagodes.

Existen muchas opiniones con respecto á los bagodes. En

tre ellas he adoptado lo que pinta á estos galos como campesinos sublevados contra los romanos.

XLVIII.—Pág. 42. Habiendo los sacerdotes... impuesto silencio.

«Silentium per sacerdotes quibus tum et coercendi jus est imperatur.» (TACITO, *Mor. Germ.* XI.)

XLIX.—Pág. 42. Esos ambiciosos poseedores de tantos palacios, y son en verdad harto dignos de lástima.

Esta es la voz de que se sirvió el breton Caráctaco, hallándose prisionero en Roma. (Véase á ZONARO.)

L.—Pág. 42. Cholderico siente en su interior el secreto impulso de incendiar el Capitolio.

Un rey de los bárbaros fue quien dijo una palabra casi análoga; pero ignoro si fue Alarico, Genserico ú otro.

LI.—Pág. 42. La asamblea aplaudió este discurso, vibrando las lanzas.

«Si displicuit, fremitu aspernantur: sit placuit, frameas concutiunt. (TACITO, *de Mor. Germ.*, XI.)

LII.—Pag. 42. ¿Ignorais que la espada de hierro de un galo....

Esto alude á la historia de aquel galo que puso su espada en la balanza en que se pesaba el oro que habia de rescatar á los romanos, despues de la toma de su ciudad por Breno.

LIII.—Pág. 42. Solo los galos no se intimidaron en presencia de Alejandro.

Véase la nota LVIII del libro VI. En cuanto á lo restante de este párrafo hasta el aparte, se puede recurrir á la *Historia Romana* de Rollin, tomo VII, pág. 330, en donde el autor ha descrito todas las conquistas de los galos. Puede repararse que yo he corregido la inverosimilitud del discurso de Canulogénes, pintando á este galo instruido por haber estudiado en las escuelas de Autun, Marsella y Burdeos.

LIV.—Pág. 42. Prohibimos á nuestros hijos que aprendan á leer y escribir.

Segun Procopio, los godos se negaban á hacer instruir sus hijos en las letras, porque decian que el que está acostumbrado á temblar ante la férula de un maestro, nunca mirará una espada sin temor. (De *Bello Goth.* lib. I.)

LV.—Pág. 43. No me tomaré el trabajo de recoger el huevo de la serpiente, en la luna nueva.

«Angues innumeri æstate convoluti, salivis fautium corporumque spumis artifici complexu glomerantur; anguinum apellatur. Druidæ sibilis id dicunt in sublimi jactari, sagoque oportere intercipi, ne tellurem attingat. Profugere raptorem equo: serpentes enim insequi, donec arceantur amnis alicujus interventu. Experimentum ejus esse, si contra aquas fluitet vel auro vinctum. Atque ut est magorum solertia occultandis fraudibus sagax, certa luna capiendum cessent... Ad victorias litium ac regnum aditus, mire laudatur.» (PLIN., lib. XXXIX, cap. 3, 12.)

LVI.—Pág. 43. ¡Mientes!

Este es el mentis de los bárbaros que aun en el dia conduce á los hombres á matarse unos á otros. La verdad con que están pintadas las costumbres en todo este libro, y particularmente en la escena que lo termina, me ha parecido siempre que seria del gusto de los jueces instruidos y dignos de ser oidos.

LVII.—Pág. 44. Al dia siguiente, dia en que la luna se mostraba en su lleno se decidió en calma lo que se habia discutido en el ciego entusiasmo.

«Coeunt, nisi quid fortuitum et subitum inciderit, certis diebus, cum aut inchoatur luna aut impletur. (TACITO, *de Mor. Germ.* XI.) De reconciliandis invicem inimicis, et jungendis affinitatibus, et adsciscendis principibus, de pace denique ac bello, plerumque in conviviis consultant...... Gens non astuta nec callida, aperit adhuc secreta pectoris licentia joci. Ergo detecta et nuda omnium mens postera die retractatur: et salva utriusque temporis, ratio est. Deliberant, dum fingere nesciunt; constituunt, dum errare non possent.» (TACITO, *de Mor. Germ.* XXII.)

LIBRO OCTAVO.

Este libro, que corta la narracion, que sirve para dar algun descanso al lector, y hace adelantar la accion; presenta en esto mismo, como ya se ha dicho, una innovacion en el arte por nadie reparada hasta el dia: si era dificil representar un cielo cristiano, porque todos los poetas se han estrellado en esta pintura, lo era tambien describir un infierno, porque todos los poetas han acertado en este asunto; ha sido pues necesario procurar hallar algo nuevo, despues de lo que sobre esta materia han escrito Homero y Virgilio, Fenelon, El Dante, El Tasso y Milton. Por lo tanto yo merecia la indulgencia de la crítica, y en efecto la he alcanzado en cuanto á este libro.

I.—Pág. 43. Admiraba la pintura del estado de la Iglesia.

Festinat ad eventum. Se recuerda con este objeto el de la narracion, y la accion sigue su curso; las noticias que llegan de Roma y el principio de los amores de Eudoro y de Cimodocea prometen nuevos acontecimientos. Estas son á la verdad cosas muy triviales, pero cosas que, como del arte, pertenecen á la crítica. Si esto no revela el ingenio, demuestra á lo menos el tino de un autor, y prueba que su obra es el fruto de un trabajo premeditado.

II.—Pág. 43. ¡Cuán grande es por el corazon y por las armas el hijo de Lastenes!

Quam forti pectori et armis!
Heu quibus ille
Jactatus fatis! quæ bella exhausta canebat!
ÆN. IV, II.

III.—Pág. 43. ¿Qué religion es esa de que habla Eudoro?

Primer movimiento de Cimodocea hácia el sentimiento cristiano.

IV.—Pág. 43. Vamos á los templos á inmolar ovejas á Ceres.

Principio delubra adeunt, pacemque per aras
Exquirunt: mactant lectas de more bidentes
Legiferæ Cereri, Phœboque, Patrique Lyæo;
Junoni ante omnes, cui vincla jugalia curæ.
Ipsa, tenens dextra pateram, pulcherrima Dido,
Candentis vacæ media inter cornua fundit,
Aut ante ora deum pingues spatiatur ad aras.
ÆN. IV, 56.

¿No he encontrado hasta cierto punto el medio de rejuvenecer estos cuadros y utilizar estas riquezas?

V.—Pág. 43. Cimodocea regó su seno con copiosas lágrimas.

Sinum lacrymis implevit obortis.

VI.—Pág. 43. De esta suerte el cielo aproximaba dos corazones... Satanás iba á aprovecharse del amor de la predestinada pareja, y todo marchaba hácia el cumplimiento de los decretos del Eterno.

Esta transicion nos conduce á la escena del infierno.

VII.—Pág. 44. Sepulcro y cuna de la muerte.

This wild abiss.
Tge womb of nature, aud perhaps her grave.
PARAD. LOST., 11, 910.

VIII.—Pág. 44. Cuando el universo haya sido arrebatado como una tienda.

«Terra..... auferetur quasi tabernaculum unius noctis. (Is., XXIV, 20.)

IX.—Pág. 44. Pero arrastrado... baja al infierno.

Mitthon hace volver á Satanás á los infiernos por un puen-

te construido por el pecado y la muerte. No sé si he hecho mejor ó peor que el poeta inglés.

x.—Pág. 44. Pues el infierno intimida aun á su monarca.

De nadie he tomado esta idea; pero el impulso de remordimiento y compasion que sigue, es un remedo del movimiento de lástima que sobrecogió al Satanás de Milton, á la vista del hombre.

xi.—Pág. 44. Un fantasma se lanza al dintel de las puertas formidables: es la Muerte.

Si no se aprueba esta pintura de la muerte, á lo menos tiene en su favor la novedad. El retrato que hace Milton de la muerte, es una mezcla de sublimidad y horror, y en nada se parece á este.

The other shape,
If shape it might be call'd that shape had none
Distinguishable in member, joint, or limb,
Or substance migh, be call'd that shadow seem'd,
For each seem'd either; black it stood as night.
Fierce as ten Furies, terrible as hell,
And shook a dreadful dart; what seem'd his head.
The likeness of a kingly crown hod on.
PARAD. LOST. II, 66.

xii.—Pág. 44. El Crímen abre las puertas del infierno.

En el *Paraiso perdido*, el Pecado y la Muerte están velando á las puertas del infierno, que tienen abiertas; pero estas puertas no se vuelven á cerrar.

xiii.—Pág. 44. Las lívidas nubes.

Nubes arida.

VIRG.

xiv.—Pág. 44. ¿Quién podria pintar el horror?....

Yo no me he detenido á recargar mucho los tormentos, que el Dante describe muy bien y con bastante estension. No se ha observado lo que distingue esencialmente el infierno del Dante del de Milton: el infierno de Milton es un infierno antes de la caida del hombre, y por lo tanto no se encuentran en él mas que ángeles; el infierno del Dante se traga la desgraciada posteridad del hombre caido.

xv.—Pág. 44. Se rie de los lamentos del pobre.....

Me parece que yo soy el primer autor que se haya atrevido á meter el pobre en los infiernos. Antes de la revolucion no me hubiera ocurrido ciertamente esta idea. Con todo se ha alabado esta justicia. Si Satanás predica aquí una buena moral, en nada se falta á la conveniencia ni á la realidad de las cosas. Los demonios conocen el bien y hacen el mal, que es lo que les hace culpables, y aplauden á la justicia que les proporciona víctimas. Segun este principio, admitido por la Iglesia, se supone en las canonizaciones que un orador defiende la causa del infierno, y hace ver por qué el santo, lejos de ser recompensado, se ha hecho digno de castigo.

xvi.—Pág. 44. Me habeis preferido á Cristo.

Este es el mismo principio. Satanás sabe que no es hijo de Dios, y sin embargo quiere aparecer su igual á los ojos del hombre. Luego que el hombre hubo caido, se burló Satanás de la credulidad de su víctima.

xvii.—Pág. 44. El castigo del fuego.

A ningun poeta le ha ocurrido hasta ahora mezclar los dolores morales con las agonias físicas. Los réprobos esperimentan en Dante, á la verdad, algun mal de esta especie; pero la idea de estos tormentos está apenas indicada. En cuanto á los grandes culpables que salen del sepulcro, parece que ha habido algunas personas que no han tomado á bien me hubiese yo servido de estas tradiciones populares; pero he pensado que me es lícito hacer uso de ellas á imitacion de Homero y de Virgilio; y que hasta son muy poéticas de suyo, cuando se les ennoblece por medio de la espresion. Se ve un hermoso ejemplo de esto en el juramento de los diez y seis (Henriada). ¿Por qué ha de ser la poesia mas escrupulosa que la pintura? ¿Y por qué no me ha de ser lícito presentar un cuadro que tiene á lo menos el mérito de recordar una obra maestra de Lesueur?

xviii.—Pág. 45. En el centro del abismo... descuella... un negro castillo.

Esto no se parece al Pandemonio del *Paraiso Perdido*.

Anon out of the earth a fabric huge
Rose like an exhalation, with the sound
Of dulcet simphonies and voices sweet,
Built like a temple, where pilasters round
Were set, and Doric pillars overlaid
With golden architrave; nor did there want
Cornice or freize, with bossy sculptures grave.
The roof was fretted gold.

El Dante tiene una ciudad infernal algo semejante á mi palacio de Satanás; pero apenas se echan de ver en él algunos rasgos de mi descripcion.

Omai, figliulo,
S' appressa la citta ch' ha nome Dite.....
. . . . Guia le sue meschite
La entro certo ne la valle cerno
Vermiglie come se di fuoco uscite...
INF. can. VIII.

. . . .
L' occhio m' avea tutto tratto
Ver l' alta torre alla cima rovente:
Ove in un punto vidi dritte ratto
Tre Furie infernal di sangue tinte... Cant. IX.

El Tasso no ha descrito ningun palacio infernal. Los amantes de la antigüedad verán cómo he ido á sacar del Tártaro, para colocarlas en un infierno cristiano, la sombra estéril de los Sueños, las Furias, las Parcas, y las nueve revueltas del Cócito. El Dante, como se ve, ha puesto las furias sobre el torreon de la *Citá dolente*.

xix.—Pág. 45. La eternidad de los dolores.

Esta es la ficcion mas atrevida de los Mártires, y la única de la especie que se encuentra en toda la obra.

xx.—Pág. 45, Manda á los cuatro caudillos,

Asi es como el Satanás de Milton y el del Taso convocan el senado de los infiernos.

Chiana gli abitator, etc.

Versos magníficos, de que hablaré en el libro XVII.

xxi.—Pág. 45. Se presentan... como los mortales les adoran.

Es el Olimpo en el infierno, y esto es lo que hace que parezca tan poco este infierno á ninguno de los que han pintado los poetas predecesores mios. La idea, por otra parte, es tal vez bastante feliz, pues se trata de la lucha de los dioses del Paganismo contra el verdadero Dios; en fin, lo maravilloso de esto se encuentra conforme con la fe; todos los Padres han creido que los dioses del Paganismo eran verdaderos demonios.

xxii.—Pág. 45. Hijas del cielo, las pasiones...

Todo esto es mio, y el fondo de esta doctina está arreglado á los dogmas cristianos.

xxiii.—Pág. 45. No ya como ese astro de la mañana, etc.

El Tasso compara á Satanás con el monte Atos, y Milton con un sol eclipsado.

xiv.—Pág. 45. Dioses de las naciones.

La esposicion del lado *feliz* de la accion, y las señales que distinguen á los buenos personajes, se han hecho en el cielo; en el infierno se va á ver la esposicion del lado desgraciado de la misma accion, y las señales distintivas de los personajes malos.

xv.—Pág. 45. Yo la habré coronado esterminando á los cristianos.

Este demonio propone un parecer que será adoptado por Satanás, esto es, la persecucion sangrienta, y Satanás no sabe que Dios ha decretado esta persecucion para probar á los cristianos. El infierno obedece á Dios pensando resistirle.

xxvi. — Pág. 46. El demonio de la falsa sabiduría...

Nadie antes de mí habia hecho todavía la pintura de este demonio. Es verdad que ha sido mas conocido en nuestro tiempo que el pasado, y que nunca habia causado tanto daño á los hombres. Parece que se ha aprobado que el demonio de la falsa sabiduría fuese el padre del Ateismo; y que ha parecido bien esta espresion: *Nacida despues de los tiempos*, por oposicion á la verdadera sabiduría, *nacida antes de los tiempos.*

xxvii. — Pág. 46. Hierocles, ministro.

Véase aquí, como he dicho, las señales que distinguen al personaje vicioso y la pintura de la falsa filosofía, medio secundario que ha de servir para perder á los cristianos.

xxviii. — Pág. 46. A este discurso del espíritu mas profundamente corrompido del abismo....

La pintura del tumulto ocurrido en los infiernos es enteramente nueva. La mortaja encendida, la túnica de plomo, los canelones que penden de los ojos llenos de lágrimas de los desgraciados habitantes del abismo, son suplicios consagrados por el Dante.

xxix. — Pág. 46. El demonio de la lujuria.

Todo este retrato es tambien de la imaginacion del autor. Hay en la *Mesíada* un demonio arrepentido, llamado Abadonis; pero es un pensamiento muy diferente. Por lo demás, el demonio de los deleites estará en oposicion con el ángel de los santos amores.

xxx. — Pág. 47. El Cáos, único y sombrio vecino del infierno.

Milton es quien pone el Cáos á las puertas del infierno, y Virgilio quien hermoseando á Homero, hace penetrar la luz en la mansion de los Mánes por medio de un golpe del tridente de Neptuno.

xxxi. — Pág. 47. Esas aves dudosas...

Era muy difícil pintar á un murciélago en estilo noble.

xxxii. — Pág. 47. Debajo del vestíbulo, etc.

Todo este pasaje es nuevo, y no recuerda ninguna imitacion. Las palabras con que termina el libro, presentan la accion en disposicion de empezar.

Una cosa hay, digna tal vez de observarse: se ha podido ver las notas de este libro, que las imitaciones son menos frecuentes en él que en los libros mitológicos, y la razon es sencilla: uno ha de imitar mucho á los antiguos, y muy poco á los modernos; se puede seguir ciegamente á los primeros, pero las huellas de los segundos han de seguirse con mucho miramiento.

LIBRO NOVENO.

i. — Pág. 47. Si Hierocles hubiese podido ver...

Por medio de esta transicion, se vuelve de la accion á la relacion de Eudoro. Los *postreros momentos de paz* de la familia cristiana dan motivo á que se continúe la narracion, la cual se puede escuchar, respecto á que reina la calma todavía; pero se vé que en el instante en que da fin, principian las desgracias.

ii. — Pág. 47. Y sentados á la puerta del jardin....

Se ha cambiado el lugar de la escena. Las familias se hallan reunidas ahora en el paraje donde cantaron Eudoro y Cimodocea acompañándose con la lira.

iii. — Pág. 47. Constancio se hallaba en Lutecia.

Segun la opinion de diversos autores, el nombre Lutecia (Paris) viene del latin *lutum*, que significa decir fango ó lodo, ó de dos palabras célticas que significan la hermosa piedra, ó la piedra blanca. (Du Pless., *Ann. de Paris*, página 2.)

iv. — Pág. 47. Los belgas del Sequana.

El Sequana es el rio Sena.

Habia tres Galias: la Galia Céltica, la Galia Aquitánica, y la Galia Bélgica. Esta se estendia desde el Sena y el Marne hasta el Rhin y el Occéano. (Cæsar, lib. I, p. 2.)

v. — Pág. 47. El primer objeto que llamó mi atencion en las lagunas de los parisios, fue una torre octógona consagrada á ocho dioses galos.

Los parisios eran los pueblos que rodeaban á Lutecia, y componian uno de los sesenta ó sesenta y cuatro pueblos de las Galias: *Optima gens flexis in gyrum Sequana frenis.* Estos pelearon contra Labieno, teniente de César; el anciano Camulogénes, que los mandaba, fue muerto en la accion, y Lutecia, que los parisios habian reducido á cenizas con sus propias manos, sufrió el yugo de los vencedores. (Cæsar, *de Bello Gall.*, lib. VII, cap. X; *Essais sur Paris*, pág. 5.) Se cree que esta torre octógona, consagrada á ocho dioses galos, era la del cementerio de los *Inocentes...* (Véanse á Felibio y San-Foix.) Felipe el Hermoso fue quien hizo cercar el cementerio de los *Santos-Inocentes*. (Guill. le Breton, en su *Philpipid. apud Dubreil*, 830.)

vi. — Pág. 47. Hácia el Mediodia á dos mil pasos de Lutecia... se descubria el templo de Heso.

El templo de Heso ú de Mercurio ocupaba el lugar que ocupan ahora los carmelitas del arrabal de Santiago (*Traité de la Police*, por La Mare, tom. I, pág. 2.)

vii. — Pág. 47. Mas cerca, en una pradera... descollaba otro templo consagrado á Isis.

Este templo de Isis es en el dia la abadía de San German de-los-Prados. El colegio de los sacerdotes de Isis se hallaba en Issy. (*Véase* La Mare, *loco cit;* y Saint-Foix, *Essais*, tomo I, p. 2.)

viii. — Pág. 47. Hácia el Norte, sobre una colina...

Esta colina es Montmartre (*Véase* la nota XV del libro VII.) El templo de Teutátes está señalado por La Mare. (*Ibid.*)

ix. — Pág. 47. Al aproximarme al Secuana, descubrí á través de una cortina de sauces y nogales, sus límpidas y trasparentes aguas...

Todo esto es de Juliano (in Misopogon.) Hay mucha distancia de estos sauces al Louvre. Lo que aquí se dice del Sena es precisamente lo contrario de lo que existe en el dia. Encuéntranse en Gregorio de Tours y en *las Crónicas*, diversas avenidas del Sena; por lo tanto no hay que creer á Juliano muy implícitamente.

x. — Pág. 47. Dos puentes de madera defendidos por dos castillos...

Estos puentes eran de madera en tiempo del emperador Juliano, (in Misopogon,) y Duplessis manifiesta que debian ser todavía de madera antes de este emperador. (*Ann. de Paris*, pág. 5.) En cuanto á los castillos en que se paga el tributo á César, es de parecer Saint-Foix que son lo que ahora llamamos el pequeño y grande Chatelet. La Mare y Felibio pretenden que estos castillos fueron construidos por César. (*Traité de la Polic*, tom. I, Felibio, tomo I, pág. 2, 13.) En tiempo de Corrozet, se leian todavía sobre una de las puertas del gran Chatelet: Tributum Cæsaris. (Corrozet, *Antiq. de Paris*, edic. in 8.°, pág. 1550, fol. 12, verso.) Abbon, en su poema sobre *el sitio de Paris*, habla del grande y del pequeño Chatelet:

. . . Horum (pontium) hinc inde tutrices
Cis urbem speculare phalas (turres), citra
quoque flumen.

Lib. i, *Bellorum Parisiacæ urbis*, v. 18—19.

Pregúntase si estaban edificadas estas torres en el estremo du Pont-au-Change y du Petit-Pont, ó bien eran el grande y pequeño Chatelet, ó si se hallaban en el puente que Carlos el Calvo mandó construir al estremo occidental de la ciudad. (Véase *Ann. de Paris*, pág. 171—72.)

xi. — Pág. 47. Y solo vi en el interior de aquella aldea...

Véase á Juliano.

xii. — Pág. 47. No advertí sino un solo monumento.

Los Nautas eran una compañía de mercaderes estableci-

dos por los romanos en Lutecia *Neutæ Parisiaci*. Estos presidian al comercio del Sena, y habian erigido un templo ó un altar á Júpiter al estremo oriental de la isla. Encontráronse algunos restos de estos monumentos en 1710, ó el 15 de marzo de 1711, haciendo algunas obras en el coro de la catedral. (Véase *Mem. de l' Acad. des Inscript.*, tomo III, pág. 243 y 296; Felib *Histoire de Paris*, tomo I, página 14; Pigariol de la Force, *Descript. de Paris*, tomo I, pág. 360.)

xiii.—Pág. 47. Pero en la parte esterior del Secuana, veiase sobre la colina de Lucoticio un acueducto romano, un circo, un antifiteatro y el palacio de las Termas, habitado por Constancio.

La colina Lucoticio: *mons ó collis Lucotitius.*—Es la montaña de Santa Genoveva. Este nombre se encuentra empleado por la primera vez en las actas de los santos de la órden de San Benito, por Gisiemar, escritor del siglo X.

Un acueducto romano.—Es el acueducto d' Arcueil, que segun los mejores críticos, fue construido antes de la llegada de Juliano á las Galias. El acueducto moderno está tal vez construido sobre el sitio que ocupaba el antiguo. (*Memoires de l' Acad. des Inscript.*, tomo XIV, pág. 268.)

Un circo, un anfiteatro.—Se habia creido que este circo habia sido construido por Chilperico I; pero está probado que él solo fue el restaurador de un antiguo circo romano. Además de este circo, habia en el mismo lugar un anfiteatro. Todos estos monumentos ocupaban el puesto que ahora ocupa la abadia de S. Victor, ó el espacio que media entre los muros de la Universidad y la calle Villeneuve-Saint-René. Este paraje se llamó por mucho tiempo *le Clos des Chenes*, (el cercado de las encinas.) (*Ann. de Paris.*, pág. 67 y 68. Vales, *Not. Gall. Paris*, pág. 432, etc.)

Y el palacio de las Termas.—La opinion vulgar es que el palacio de las Termas, del cual se ven todavia las bóvedas en la calle de la Harpe, fue construido por Juliano. Esto es un error. Juliano engrandeceria tal vez este palacio, pero no lo edificó. Los mejores críticos hacen subir su fundacion á lo menos hasta Constantino el Grande, y yo pienso que todavia es mas natural el atribuirla á Constancio su padre, que hizo una mansion mas larga en las Galias. (Vales, *de Basilic. reg.* cap. 5; Till., *Hist. des Emp.*, tomo IV, página 426.)

xiv.—Pág. 47. Advertí con dolor.

Constancio murió de una enfermedad de languidez. Diéronle el nombre de Cloro á causa de la palidez de su rostro.

xv.—Pág. 47. Brillaban Donaciano y Rogaciano.

El autor sigue presentando á la vista del lector los obispos, los santos y los mártires de aquella época, en todos los parajes en que se encuentra Eudoro, para completar el cuadro de la Iglesia.

Donaciano y Rogaciano eran de Nantes. Donaciano fue el apóstol de su hermano, y le convirtió á la fe; y á ambos les cortaron juntos la cabeza despues de haber sido atormentados por espacio de mucho tiempo. Ya se les volverá á encontrar en Roma en la prision de Eudoro. (*Actas de los Mártires*, tom. I, pág. 398.)

xvi.—Pág. 47. Gervasio y Protasio.

Ya es conocida la peregrina pintura del martirio de estos dos jóvenes, hecha por Lesueur. Próculo fue obispo de Marsella, y Justo lo fue de Leon (Francia.) En cuanto á San Ambrosio, era con efecto hijo de un prefecto de las Galias: pero aqui hay anacronismo, lo mismo con respecto á San Agustin, de quien San Ambrosio fue el padre espiritual.

xvii.—Pág. 47. Al punto me hizo llamar á los jardines.

Estos jardines eran los del palacio de las Termas, y mas adelante lo fueron del palacio de Childeberto I. Ocupaban estos todo el terreno que comprenden las calles de la Harpe, Pierre-Sarrazin, Hautefeuille, du Tardinet, y bajaban hasta la iglesia de San German de los Prados. Esta, como he dicho mas arriba, era el templo de Isis. (*Ann. de Paris*, pág. 26.)

xviii.—Pág. 47. Recordarás tal vez...

Aqui se encuentra tambien la accion en la narracion, y hasta da un paso considerable. Galerio es casi el jefe del imperio, se casa con Valeria, y por lo tanto es yerno de Diocleciano. Se trasluce ya la abdicacion de este; Constantino es perseguido; Hiérocles es creado procónsul de Acaya, y en este mando funesto conoce á Cimodocea. El lector tiene noticia de hechos importantes, y nada le queda ya que saber cuando se acabe la narracion. Si insisto en esto, se me debe disimular, porque respondo á una crítica grave, y que (á lo menos, segun creo) es poco fundada. Jamás hubo, lo repito, una narracion épica que estuviese mas enlazada con la accion, que lo está la de Eudoro con lo sustancial de los *Mártires*. Por lo demás, lo que Constancio refiere de la victoria de Galerio sobre los partos, de su enlace con Valeria, de la lucha de Constantino con un leon, de su combate con los sármatas, y de la rivalidad de Constantino y de Majencio, es conforme á la historia.

xix.—Pág. 48. Los pictos habian atacado la muralla de Agrícola, etc.

Agrícola, suegro de Tácito; este grande historiador nos ha dejado escrita la vida de aquel.

Los muros de que aqui se hace mencion, son llamados con mas propiedad los muros de Severo, por ser este quien los hizo levantar sobre las antiguas fortificaciones construidas por Agrícola. Estos muros ó esta muralla, se estendian desde el golfo de Gloto, en el dia la ribera de Clide, hasta el golfo de Bodteria, ahora el rio Forht; todavia se ven algunas ruinas de estos muros. Los pictos eran una nacion de la Escocia ó Caledonia: llamábanles asi porque se pintaban el cuerpo, como lo hacen todavia los salvajes de América. Yendo Constancio á sujetar á esta nacion que se habia sublevado, murió en York de una enfermedad de languidez; y en esta ciudad fue donde las legiones proclamaron César á Constantino.

xx.—Pág. 48. Por otra parte, Carrausio...

Carrausio era un hábil oficial de marina que servia á Maximiano en las Galias, el cual habiéndose rebelado, se apoderó de la Gran Bretaña, y conservó en el continente el puerto de Boloña. No pudiendo Maximiano castigarle, tuvo que reconocerle, dejándole al propio tiempo el título de Augusto, Constancio Cloro lo atacó, y fue mas feliz, por lo cual volvió á recobrar tambien el puerto de Boloña. Habiendo sido muerto Carrausio por Alecto, (otro tirano que le sucedió), pasó Constancio á Inglaterra, derrotó á Alecto, y volvió á poner la isla bajo el dominio de los romanos. Por lo dicho, se puede ver en lo que me he separado de la verdad histórica. (Eum., *Paneg. Const.*)

xxi.—Pág. 48. Los restos de las antiguas facciones de Caractaco y de la reina Boudicea.

El resto de estas antiguas facciones no era mas que el amor de la libertad, que obligó muchas veces á los bretones á rebelarse contra sus señores. Bajo el imperio de Claudio, Caractaco, príncipe breton, defendió su patria contra Plautio, general de los romanos. Fue hecho prisionero y conducido á Roma, en donde habló al emperador con mucha nobleza, y al ver los palacios de aquella capital, dijo la palabra que he puesto en boca de Cloderico, lib. VII, (*Véase* la nota 1.ª del mismo libro.)

La reina Boadicea defendió tambien á los bretones con mucho valor contra los romanos. Su nombre, no es muy armonioso, pero la gloria y Tácito lo han ennoblecido. (Véase *Vita Agric.*)

xxii.—Pág. 48. General de la caballería...

Magister equitum; grande empleo militar entre los romanos.

xxiii.—Pág. 48. Colonia que los parisios de las Galias.....

Los parisienses no saben que han hecho conquistas en Inglaterra. César nos dice que los belgas, esto es, los galos de la Galia Bélgica, se apoderaron en otro tiempo de las costas de la Gran Bretaña, y que conservaron allí al nombre de los pueblos de donde habian salido. (*De Bello Gall*, libro V, cap. 12.) Los parisios, que eran otra de las naciones de la Galia Bélgica, se establecieron, segun Tolomeo, en el pais de los bragantes, en el dia, el Yorkshire, y allí fundaron una colonia que segun el mismo Tolomeo, se llamaba *Petuaria*. (Geogr., lib. II, pág. 51.) El docto Campden coloca esta colonia de parisienses sobre el rio Hull, y cerca de la embocadura del Humber, y cree que Petuaria es el pueblo llamado Beverley. (Campden, *Britann.*, página 576 y 577.)

xxiv.—Pág. 48. Sobre el Támesis... Londinum.

Los antiguos nos han dejado descripciones muy exactas sobre el clima de Inglaterra, y se puede observar que no ha variado desde el tiempo de César y de Tácito. (Cæsar, libro VI, cap. 12: Tac., *Vit it. Agric.*) Y cuando uno lee este pasaje de Estrabon, cree encontrarse en Lóndres: «Aer apud eos imbribus magis est quam nivibus obnoxius: ac sereno etiam cœlo caligo quædam multum temporis obtinet; ita ut toto die non ultra tres aut quatuor quæ sunt circa meridiem horas, concipi sol possit.» (Geogr., lib. IV, pág. 200.)

xxv.—Pág. 48. Allí se elevaba una antigua torre.

Esta es una ficcion con la cual el autor, siguiendo su asunto, hace ver el triunfo de la Cruz, y á la Inglaterra convertida al Cristianismo. Esta ficcion tiene además la ventaja de recordar la antigua abadía con la cual está enlazada toda la historia de los ingleses.

xxvi.—Pág. 48. Enviando al emperador mis cartas coronadas de laureles.

Este era el uso que se seguia despues de una victoria. Tácito cuenta que Agrícola, despues de sus conquistas sobre los bretones, evitó el incluir hojas de laurel en sus cartas, temiendo con esto despertar la envidia de Domiciano. *(In. Agric.)*

xxvii.—Pág. 48. Solicitó y obtuvo para mí la estátua...

Esta frase lleva consigo la esplicacion. Luego que el triunfo no estuvo ya en uso, ó se reservó á los emperadores, se concedieron á los generales vencedores estátuas y diferentes timbres militares.

xxviii.—Pág. 48. Me creó comandante de las comarcanas armoricanas.

Las comarcas armoricanas comprendian la Normandía, la Bretaña, la Saintonge, y el Poitú; siendo el centro de estas comarcas la Bretaña, dicha por escelencia la Armórica. Cuando los dioses de los romanos y los decretos de los emperadores desterraron de las Galias la religion de los druidas, se retiró esta á los bosques de la Bretaña, donde ejerció todavía su imperio durante mucho tiempo. Muchos son de parecer que el gran colegio de los druidas estuvo establecido aquí; pero lo que hay de cierto es que toda la Bretaña está llena de piedras druídicas. Pomponio-Mela y Estrabon colocan sobre la costa de la Bretaña la isla de Saina, consagrada al culto de los dioses galos. Volveremos á tratar de este asunto.

xxix.—Pág. 48. Acaso nos encontraremos de nuevo.

Esta palabra recuerda nuevamente la accion, y es una prediccion que se cumple.

xxx.—Pág. 49. Descúbrense los mas hermosos monumentos.

El puente de Gard, el anfiteatro de Nimes, la Casa Cuadrada y el capitolio de Tolosa, etc.

xxxi.—Pág. 49. Las chozas redondeadas de los galos, sus fortalezas de vigas y piedras.

«Muris autem omnibus gallicis hæc fere forma est. Trabes directæ, perpetuæ in longitudinem, paribus intervallis, distantes inter se binos pedes, in solo collocantur. Hæ revinciuntur idtroursus et multo aggere vestiuntur; ea autem quæ diximus, intervalla, grandibus in fronte saxis effarciuntur, etc.» (*In. Bell. Gall.*, lib. VII.) A escepcion de las piedras, los aldeanos de Normandía construyen todavía de este modo sus barracas, y como dice César, hace esto un efecto muy agradable á la vista.

xxxii.—Pág. 49. A cuya puerta se ven clavados piés de lobos.

«Llevan colgando del cuello de sus caballos las cabezas de los soldados que han muerto en la guerra. Sus domésticos llevan delante los despojos de los enemigos cubiertos todavía de sangre... Fijan los trofeos en las puertas de sus casas, como lo hacen con las fieras que cogen en la caza.» (Diod., lib. V, trad. de Terras.) Tal es el orígen de la costumbre que se observa todavía en el dia de clavar en las puertas de las casas de campo pies de lobos, de zorras y aves de rapiña.

xxxiii.—Pág. 49. La juventud gala.

Ya se ha hablado de las escuelas de las Galias. (Véase la nota XLVII del lib. VII.)

xxxiv.—Pág. 49. Un lengueje tosco, semejante al graznido de los cuervos.

Juliano es quien lo dice. *(In Misop.)*

xxxv.—Pág. 49. Donde el sacerdote galo...

Mas abajo se hablará de estos sacrificios.

xxxvi.—Pág. 49. El galo convertido en senador...

Si se ha de dar crédito á Suetonio, César recibió en el senado á estos semi-salvajes, que se despojaron de sus harapos para revestirse con la laticlavia. Suet. (In vita C.) Pero solo bajo el reinado de Claudio, los galos fueron admitidos legalmente en el Senado.

xxxvii.—Pág. 49. He visto las viñas de Falerno.

El emperador Probo hizo plantar viñas en las inmediaciones de Autun y á él debemos el vino de Borgoña. (Vopisc., *in Vita Prob.*) Pero ya habia viñas en las Galias mucho antes de esta época: porque dice Plinio que en su tiempo era muy estimado en Italia el vino de las Galias: *in Italia gallicam placere (uvam)* (lib. XIV.) Y añade tambien que se habia encontrado cerca de Albi, en la Galia Narbonesa, una viña en la que nacia y caia la flor en un solo dia, y que por lo tanto estaba casi al abrigo de los helados, y la cultivaban con buen éxito. (Ibid.) Domiciano hizo arrancar las viñas en las provincias, y particularmente en las Galias. Los foceuses fueron los que trajeron el olivo á Marsella, y así el olivo crecia ya en las Galias antes de estar generalizado en Italia, en España y en Africa; porque, segun Fenestella, citado por Plinio, este árbol no era todavía conocido en estos paises en el reinado de Tarquino el Soberbio. (Plin. libro XV.) Marsella fue fundada 600 años antes de Jesucristo y Tarquino reinaba en Roma 590 años antes de Jesucristo.

xxxviii.—Pág. 49. Pero lo que se admira por donde quiera en las Galias... son sus bosques.

El que los bosques fuesen muy notables en las Galias, lo saco de muchos hechos:

1.° Los galos tenian una gran veneracion á los árboles y es bien sabido el culto que tributaban á la encina. Plinio cita el abedul, el fresno y el olmo galo en cuanto á la hermosura (libro XVI.)

2.° Los galos aprendieron de los marselleses á labrar y á cultivar las viñas y el olivo. (Justino, XLIII.) Anteriormente á esta época no vivian sino de leche y de la caza, lo que supone que habia bosques.

3.° Estrabon, hablando de los galos, pone en el número de sus cosechas las bellotas, en cuyo nombre deben comprenderse, como lo comprenden los griegos y latinos, todos los frutos de los árboles que producen bellotas de cualquiera clase que sean. (Estrabon, lib. IV.)

4.° Hablando Plinio de los henos, cita la hoz de los galos como mas grande y propia para los abundantes pastos de este pais (lib. XVIII, 72, 50.) Luego todo pais abundante en pastos está por lo regular cortado por los bosques.

5.° Pomponio-Mela dice espresamente que la Galia estaba cuajada de bosques inmensos, consagrados al culto de los dioses. (lib. III, cant. XI.)

6.° En muchos lugares de las obras de César y de Tácito se ven ejércitos atravesando los bosques.

7.° Lo mismo se observa en la espedicion de Aníbal, cuando pasó de España á Italia.

8.° Entre los bosques mas conocidos, citaré el de Vincennes, consagrado de toda antigüedad al dios Silvano. (*Mem. de la Acad. des Inscrip.*, tom. XIII, pág. 329.)

9.° Marsella fue fundada en una selva frondosa.

10. Segun San Gerónimo, los bosques de las Galias estaban poblados de una especie de cerdos silvestres muy peligrosos.

11. La terminacion *oel*, tan frecuente en la lengua céltica significa *bosque*. Algunos autores han creido que la palabra *galo* venia de la céltica *gal*, que significa *selva*; yo he adoptado otra etimología para este nombre.

12. Casi todos los antiguos monumentos de las Galias, se

han fundado en tierras tomadas al desierto, *ab ereno*, como lo prueba una porcion de actos citados por Ducange: en la palabra *eremus*. Estos desiertos consistian en bosques, como lo he probado en el *Genio del Cristianismo*.

13. Estrabon hace mencion de los dilatados bosques que se estendian por los paises de los morinos, de los suesonios, de los caletos, desde Dunkerque hasta la embocadura del Sena, aunque sigue diciendo: Los bosques no son tan grandes ni los árboles tan elevados como se ha escrito. (Lib. IV.)

14. En fin, si hemos de juzgar de las Galias por lo que ahora es la Francia, diré que yo no he visto en América bosques mas hermosos que los de Compiegne y de Fontainebleau. Nemours, que está tocando con este último, indica todavía en su nombre cuál es su orígen.

XXXIX. — Pág. 49. Vense aquí y allá en su dilatado recinto, algunos campamentos romanos abandonados.

Hay una multitud de estos campos, conocidos en toda la Francia con el nombre de Campos de César. El mas célebre se encuentra en Flandes.

XL. — Pág. 49. Las semillas que los soldados plantaron en otro tiempo.

Tambien he visto yo en las selvas de América grandes espacios abandonados, en los que los colonos habian sembrado semillas de Europa. Estos colonos habian muerto lejos de su patria, y las plantas de su pais, que les sobrevivieron, solo servian para pasto de las aves del desierto.

XLI. — Pág. 49. Aun recuerdo hoy haber hallado á un hombre...

Yo he sido testigo de una escena poco mas ó menos semejante en medio de las ruinas de la Villa-Adriana, cerca del Tibur, ó Tívoli, á cuatro leguas de Roma. Yo he puesto aquí la gaita, que es instrumento galo, y que Diodoro parece ha querido indicar como instrumento de música guerrera. Los serranos escoceses se sirven todavía de él en sus regimientos.

XLII. — Pág. 49. Puerta decumana.

Llamábasela tambien puerta cuestoriana. Los campos romanos tenian cuatro puertas: estraordinaria ó pretoriana, derecha principal, izquierda principal y cuestiorana ó decumana.

XLIII. — Pág. 49. Cuando llevó la guerra á los venetos.

«Hos ego Venetos existimo Venetiarum in Adriatico sinu esse auctores.» (ESTRABON, lib. IV, pág. 195.) Segun este autor, serian los venecianos una colonia de los bretones de Vannes. Los venetos tenian una marina fuerte, y César tuvo bastante trabajo en someterlos. (*De Bell. Gall.*)

Encuéntrase el nombre de los curiosolitas en el de Corsent lugarcillo de Bretaña, en el que se han descubierto antigüedades romanas, y se ven asimismo en aquel paraje algunos fragmentos de una via romana que no está enteramente destruida.

XLIV. — Pág. 50. Este retiro me fue muy útil.

Esta es una preparacion que anuncia á la vez la vuelta de Eudoro á la religion, y la caida que debe conducirle á ella.

XLV. — Pág. 50. Los soldados me avisaron...

Aquí da principio el episodio de Velleda, que no es ocioso como el de Dido, pues está intimamente ligado á la accion, y produce además la conversion de Eudoro. Puede verse lo que sobre el particular he dicho en el *Exámen*.

XLVI. — Pág. 50. Yo no ignoraba que los galos confian á las mujeres...

Saint-Foix ha reunido las autoridades que lo comprueban. «La administracion de los negocios civiles y politicos, fue confiada durante muchos años á un senado de mujeres elegidas por los diferentes cantones. Estas deliberaban sobre la paz ó la guerra, y juzgaban las diferencias que sobrevenian entre los Vergobreti, ó de villa con villa. Plutarco dice que uno de los artículos del tratado de Anibal con los galos decia: Si algun galo tiene motivo de queja de un cartaginés, entablará la instancia ante el senado de Cartago, establecido en España; y si algun cartaginés se encuentra ofendido por un galo; se juzgará el asunto por el consejo supremo de las mujeres galas.» (SAINT-FOIX, *Essais sur Paris.*)

XLVII. — Pág. 50. Valientes hasta la temeridad como todos los galos...

Se parecen mucho á los bretones de hoy dia.

XLVIII. — Pág. 50. Clario, pastor de la Iglesia de los redones.

Siempre va continuando la pintura de los progresos de la Iglesia. Clario fue el segundo obispo de Nántes.

XLIX. — Pág. 50. Piezas de tela, vellones de oveja, panes de cera y pequeñas ruedas de oro y plata...

Este pasaje tiene dos autoridades principales que son: la de Posidonio, citado por Estrabon, y la de Gregorio de Tours. El docto Poloutier se ha servido de esto, como se puede ver en el tomo II, pág. 101 y 107 de su obra. Algunos se han burlado de estos holocaustos de Velleda, y los han encontrado fuera de propósito; pero esta crítica no tiene fundamento. No es un viaje particular el que hace Velleda, sino que va á una asamblea pública, y su barca está cargada de los dones de los pueblos, los cuales ofrece al lago ó á la divinidad del lago en favor de aquellos mismos pueblos.

L. — Pág. 50. Era alta....

Los pormenores de la vestidura de Velleda se aclararán mas en las notas siguientes. Lleva una túnica negra, porque va á maldecir á los romanos y á sacrificar á Teutátes para propiciárselo en la conspiracion que intenta contra ellos. Se ha visto en la nota LXXI del libro VI, á las mujeres de los cimbrios y de los bretones vestidas tambien de trajes negros. Amiano-Marcelino ha hecho un retrato de las galas, que puede, en medio de sus toscas pinceladas, justificar el carácter de fuerza y las pasiones disparadas que yo doy á Velleda: «La mujer gala supera en fuerza á su marido; sus ojos son todavía mas airados: cuando está encolerizada, se le hincha el pecho, cruge los dientes, agita sus brazos tan blancos como la nieve, y da golpes tan vigorosos como si partiesen de una máquina de guerra. Debe pues suponerse que estas galas de que aquí habla serian mujeres del pueblo, que no es probable que aquella Eponina, tan célebre, tan tierna y afable, se pareciese en grosería á las galas de Amiano-Marcelino. Si hemos de dar crédito á los versos de los soldados romanos, parece que César, que habia amado á las mujeres mas hermosas de Italia, no desdeñaba tampoco á las de las Galias. Sabino se lisonjeaba mucho tiempo despues de ser descendiente de César. En fin, tenemos un testimonio auténtico, cual es el de Diodoro, quien dice en todas letras que las galas eran hermosisimas. ***Feminas licet elegantes habeat.***

LI — Pág. 50. Uno de esos pequeños aislados.

Yo he visto algunas de estas piedras cerca de Autun, otras dos en la Bretaña, en el obispado de Dol, y muchas en Inglaterra. Puede consultarse sobre el particular á Kesler. *An. select. sept.*

LII. — Pág. 50. Un dia contemplará el labrador.

Scilicet et tempus veniet cum finibus illis
Agricola, incurvo terram molitus aratro, etc.

LIII. — Pág. 50. ¡Al muérdago del año nuevo!

«Los druidas, acompañados de los magistrados y del pueblo, que gritaba: «Al muérdago del año nuevo!» iban á una selva, etc.» (SAINT-FOIX, tomo I.)

Tal vez este estribillo *ó qué*, que termina una porcion de canciones francesas, no es otra cosa mas que el grito sagrado de nuestros abuelos.

LIV. — Pág. 50. Los sacerdotes marchaban á la cabeza....

«Nihil habent Druidæ (ita suos appellant magos) visco et arbore in qua signatur si modo sit robur) sacratius. Jam per se roborum eligunt lucos, nec ulla sacra sine ea fronde conficiunt, ut inde appellati quoque interpretatione graca possint Druide videri. Enim vero quidquid adnascatur illis

e cœlo missum putant, signumque ese electæ ab ipso deo arboris. Est autem id rarum admodum inventu, et repertum magna religione petitur: et ante omnia sexta luna quæ principia mensium annorumque his facit, et sæculi post tricesimun annum, quia jam virium abunde habeat, nec sit sui dimidia. Omnia sanantem apellantes suo vocabulo; sacrificiis epulisque rite sub arbore comparatis, duos admovent candidi coloris tauros, quorum cornua tunc primum vinciantur. Sacerdos candida veste cultus arborem scaudit; falce aurea dimitit: candido id excipitur sago. Tum deinde victimas immolant, precantes ut suum donum Deus prosperum faciat his quibus dederit.» (PLIN., lib. XVI.)

LV.—Pág. 50. Clavaron en tierra una espada desnuda...

Yo sigo en esto á algunos autores que piensan que los galos tenian, asi como los godos, el uso de colocar una espada desnuda en medio del consejo. (AM-MARCEL., lib. XXXI, cap. II, pág. 622.) De la palabra *mallus*, viene la nuestra *mail*, y el *mail* es todavia en el dia un lugar rodeado de árboles.

LVI.—Pág. 50. Al pié del dolmin.

«Lugar de las Hadas ó de los sacrificios. Tal es el nombre que dió el vulgo á ciertas piedras elevadas, cubiertas con otras piedras llanas, que son muy comunes en la Bretaña, en las que dicen que los gentiles ofrecian en otro tiempo sacrificios» (*Dictionaire franc. celt. du P. Rostrenen.*)

LVII.—Pág. 51. ¡Ay de los vencidos!

Esta es la palabra que dijo un galo, al poner su espada en la balanza de los romanos. *¡ Væ victis!*

LVIII.—Pág. 51. ¿Do están aquellos florecientes Estados de la Galia?...

En los *Comentarios de César* se ve á los galos que por todas partes tienen unos Estados generales, y á César yendolos á presidir, etc. En cuanto al consejo de mujeres, véase la nota XLVI de este libro.

LIX.—Pág. 51. ¿Do aquellos druidas?...

«Illi rebus divinis intersunt, sacrificia publica ac privata procurant, religiones interpretantur: ad hos magnus adolescentium numerus, disciplinæ causa, concurrit, maguoque ii sunt apud eos honore: nam fere de omnibus controversiis, publicis privatisque, constituunt; et, si quod est admissum facinus, si cædes facta, si de hæreditate, si de finibus controversia est, iidem decernunt; præmia pœnasque constituunt. Si quis aut privatus, aut publicus, eorum decreto non stetit, sacrificiis interdicunt. Hæc pœna apud eos est gravissima: quibus ita est interdictum, ii numero impiorum ac sceleratorum habentur; ab iis omnes decedunt, aditum eorum sermonemque defugiunt, ne quid ex contagione incommodi accipiant: neque iis petentibus jus redditur, neque honos ullus communicatur. His autem omnibus Druidus præest unus, qui summam inter eos habet auctoritatem. Hoc mortuo, si quis ex reliquis excellit dignitate, succedit. At, si sunt plures pares, suffragio Druidam adlegitur; nonnunquam etiam do principatu armis contendunt. Ii certo anni tempore in finibus Carnutum, quæ regio totius Galiæ media habetur, considunt, in loco consecrato. Huc omnes undique, qui controversias habent, conveniunt; eorumque judiciis decretisque parent. Disciplina in Britannia reperta atque inde in Galliam translata esse existimatur; et nunc, qui diligentius eam rem cognoscere volunt, plerumque illo, discendi causa, proficiscuntur.

«Driudes a bello abesse consueverunt, neque tributa una cum reliquis pendunt: militiæ vacationem, omnium que rerum habent immunitatem. Tantis excitati præmiis, et sua sponte multi in disciplinam convenunt et a parentibus propinquisque mittuntur. Mannum ibi numerum versuum ediscere dicuntur.... Imprimis hoc volunt persuadere, non interire animas, sed ab aliis post mortem transire ad alios; atque hoc maxima ad virtutem excitari putant, metu mortis neglecto. Multa præterea de sideribus atque eorum motu, de mundi ac terrarum magnitudine, de rerum natura, de deorum immortalium vi ac potestate disputant, et juventuti tradunt.

Todo este pasaje de César es escelente y de una claridad admirable; ya queda muy poco por conocer en cuanto á las diferentes clases de los sacerdotes galos. Diodoro y Estrabon, confirmados por Amiano-Marcelino, acabarán de completar el cuadro:

«Sus poetas, á quienes ellos llaman bardos, se ocupan en componer poemas adecuados á su música; y ellos mismos son los que cantan, acompañándose con instrumentos casi semejantes á nuestras liras, alabanzas en favor de unos, é invectivas contra otros. Hay tambien entre ellos filósofos y teólogos llamados Sarónides, á quienes profesan gran veneracion.... Por una costumbre establecida entre ellos, nadie sacrifica sin la concurrencia de un filósofo; pues persuadidos como lo están, de que esta clase de hombres conoce perfectamente la naturaleza divina, y que penetra, por decirlo así, sus arcanos, piensan que solo por el ministerio de estos deben ellos tributar sus acciones de gracias á los dioses y pedirles el bien que desean.... Muchas veces acontece que cuando dos ejércitos están para llegar á las manos, se meten de pronto estos filósofos en medio de las picas y de las espadas desnudas, y los combatientes, como por encanto, calman al punto su furor y deponen las armas. Asi es como aun entre los pueblos mas bárbaros, prevalece la sabiduria sobre la saña, y las musas sobre el dios Marte.» (DIOD. de Sicilia, lib. V, trad. de TERRASON.) «Apud universos autem fere tria hominum sunt genera quæ in singulari habentur honore: Bardi, Vates et Druidæ: horum Bardi hymnos canunt poetæque sunt; Vates sacrificant et naturam rerum contemplantur; Druidæ præter hanc philosophiam etiam de moribus disputant.» (STRAB., lib. IV.)

He traducido por Eubagos (sacerdotes galos), del griego, de la edicion de Casaubon, y que el latin traduce por *Vates*. No veo el motivo porque se quiere, fundándose en la autoridad de Amiano, que no hace mas que traducir poco mas ó menos á Estrabon, que la palabra *Vates* haya pasado al griego en tiempo de este geógrafo. Estrabon, que tal vez seguia en esto á un autor latino, y que no podia traducir esta palabra *Vates*, no hizo mas que trascribirla simplemente. Del mismo modo se ve tambien á los latinos que copian muchas veces algunas palabras griegas, sin que por esto hayan pasado á la lengua latina. Por otra parte, en algunas ediciones ordinarias de Estrabon se encuentran las palabras *Enhage* y *Eubage:* y Rollin no ha puesto reparo en admitir la voz *Eugabe*.

Amiano-Marcelino, confirmando el testimonio de Estrabon, dice que los bardos cantaban las hazañas de los héroes, acompañándose con sus liras, que los adivinos ó eubagos procuraban conocer los arcanos de la naturaleza, y que los druidas, que vivian en comun, á la manera de los discípulos de Pitágoras, se ocultaban en cosas sublimes y enseñaban la inmortalidad del alma. (AM.-MARCEL., lib. XV.)

LX.—Pág 51. ¡Oh isla de Saina!...

Hay tres autoridades que hablan de esta isla: Estrabon; lib. IV; Dionisio el Viajero, v. 570, y Pomponio Mela. Como yo no he seguido sino el testo de este último, solo citaré á él. «Sena in Britannico mari, Ossimicis adversa littoribus, Gallici numinis oraculo insignis est: cuyus antistites, perpetua virginitate santæ, numero novem esse tradantur: Barrigenas vocant, putantque ingeniis singularibus præditas, maria ac ventos concitare carminibus, seque in quæ velint animalia vertere, sanare quæ apud alios insanabilia sunt, scire ventura et prædicare: sed non nisi deditas navegautibus, et in id tantum ut se consularent profectis.»

POMPONIO MEL., III, 6.

Estrabon difiere de esta relacion, en que dice que las sacerdotisas pasaban al continente para habitar con hombres. Siguiendo el parecer de algunas autoridades, habia yo tomado esta isla de Saina por Jersey; pero Estrabon la coloca hácia la embocadura del Loira. Con todo parece mas seguro seguir en esto á Bochart (*Geograph. sacr.*, pág. 740,) y á d'Anville (*Notice de la Gaule*, pág. 595), que encuentran la isla de Saina en la isla de los Santos, al estremo de la diócesis de Quimpert, en la Bretaña.

LXI.—Pág. 51. Vais á morir....

Los galos servian sobre todo en la caballeria romana; porque segun Estrabon, eran mejores ginetes que infantes.

LXII.—Pág. 51. Construis con fatigas inauditas los caminos...

Basta tender la vista sobre el mapa de Peuttinger, sobre el *Itinerario de Burdeos á Jerusalen*, y sobre el libro de los caminos del imperio, por Bergier, para ver cuan atravesada estaba la Galia de caminos romanos. Habia cuatro caminos principales que salian de Leon, é iban á parar hasta el estremo de las Galias.

LXIII.—**Pág. 54. Y encerrados allí en un anfiteatro, os veis obligados...**

La mayor parte de los gladiadores eran galos; pero Velleda no dice enteramente la verdad. Por un desprecio abominable que hacian de la muerte, vendian estos muchas veces su vida por algunas piezas de moneda. Sabemos que Annibal hizo luchar á unos prisioneros galos, prometiendo un caballo al que matase á su adversario.

LXIV.—**Pág. 54. ¡Recordad que vuestro nombre significa viador!**

«Algunos conjeturan con cierta probabilidad que los galos se han llamado asi de la palabra céltica Wallen, que aun en el dia significa en la lengua alemana, *ir*, *viajar*, *pasar de lugar en lugar*. (Mezeray, av. Clov., pág. 7.)

LXV.—Pág. 54. **Las tribus de los francos que se habian establecido en España...**

Los francos habian penetrado en efecto hasta España en aquella época, y permanecieron en ella doce años; tomaron y asolaron el Aragon, y se volvieron en seguida á su pais, y probablemente por mar (*véase* Eutropo.) Las circunstancias mas indiferentes en los *Mártires* están todas fundadas en algunos hechos. Estoy persuadido de que Virgilio y Homero no ha inventado nada tampoco en cosas semejantes, y por esto sus poemas se miran en el dia como autoridades históricas.

LXVI.—Pág. 54. Que los pueblos extranjeros nos **concedan ó nos nieguen una patria...**

Esta palabra fue pronunciada por Bojocalo, viejo germano que habia servido cincuenta años en las legiones romanas. Los anticuarios, compatriotas suyos, fueron echados de su pais por los cauces, y vinieron á establecerse, con Bojocalo, que los gobernaba, en las tierras baldias que habian abandonado los romanos. Estos no quisieron concedérselas, á pesar de las súplicas de Bojocalo, pero ofrecieron á este jefe una porcion de terreno para él solo. Irritado con esto el viejo Germano, fue á reunirse con sus compatriotas fugitivos, y les dijo: «No nos puede faltar tierra para vivir y morir.»

LXVII.—**Pág. 54. El heraldo de armas le cortó un pedazo de manto...**

«Si quis enim dicenti obstrepat aut tumultuetur, lictor accedit stricto cultro. Minis adhibitis tacere eum jubet: idque iterum ac tertio facit eo non nessante: tandem à sago ejus tantum amputat, ut reliquum sit inutile.» (Strabon, lib. IV, pág. 135.)

LXVIII.—**Pág. 54. La muchedumbre pidió á grandes gritos...**

Los druidas sacrificaban víctimas humanas. Escogian con preferencia para estos sacrificios á los malhechores, pero á falta de estos, sacrificaban á los inocentes. Tertuliano y San Agustin son los que nos dicen además que estas víctimas inocentes eran ancianos.

LXIX.—Pág. 54. Que Dis, padre de las sombras.

Los galos reconocian á Dis ó Pluton por padre, y por esta razon contaban ellos el tiempo por noches, y sacrificaban siempre en medio de las tinieblas. Esta tradicion es la de César; algunos pretenden que César se ha equivocado, pero podria suceder tambien que esta opinion contraria no fuese mas que un sistema sostenido con mucha erudicion.

LXX.—**Pág. 54. Estas mujeres eran cristianas.**

Sigue siempre el asunto.

LXXI.—**Pág. 52. Puesto que habian sido proscritos hasta por el mismo Tiberio y Claudio.**

Las ediciones precedentes decian: «y por Neron;» pero era un error, pues en el año 657 de Roma, dió el senado un decreto para abolir los sacrificios humanos en la Galia Narbonesa. Plinio nos dice que Tiberio esterminó á todos los druidas, y Suetonio atribuye los decretos de proscripcion á Claudio. (In Claudio, cap. 25.)

LXXII.—**Pág. 52. Primer magistrado de los redones.**

Este magistrado se llamaba Vergobret. (César, Comm. lib. I.)

LIBRO DÉCIMO.

Las notas generales que podria hacer con respeto á este libro se encuentran en el exámen.

Nota primera.—**Pág. 52. Al órden sabio de los sacerdotes galos.**

El lector puede consultar, en cuanto á la ciencia las costumbres y el gobierno de los druidas, las notas 53, 54 y 56 del libro precedente.

II.—Pág. 52. **El orgullo dominaba en esta bárbara.**

De toda antigüedad se ha atribuido á los galos este carácter altanero. Segun Diodoro, parece que gustaban de las cosas exageradas, de un lenguaje pomposo y oscuro; ya la hipérbole dominaba en todos sus discursos. Esta exaltacion de sentimientos que se observa en Velleda va preparando al lector para lo que va á seguir, y hace parecer menos estraordinarias las palabras, las costumbres y la conducta de esta mujer desventurada.

III.—Pág. 52. Las Hadas galas.

Véase la nota 60 del libro precedente: el pasaje de Pomponio Mela es formal: dice que las vírgenes ó Hadas de la isla de Saina se atribuian todos los poderes de que habla aquí Velleda. Se puede consultar además, si se quiere un pasaje, de Saint-Foix, tom. 1, 2.ª parte de los *Essais sur Paris*.

IV.—Pág. 52. El gemido de una fuente.

Los galos sacan presagios del murmullo de las aguas y del ruido del viento entre el ramaje de los árboles.

César, lib. I.

V.—Pág. 53. Yo conocia, es cierto, que **Velleda jamás me inspiraria un cariño verdadero...**

Por esto Eudoro puede esperimentar un verdadero amor para con Cimodocea.

VI.—**Pág. 53. De esos bosques llamados *Castos*** por los druidas.

«Nemus castum.» (Tacit., *Mor. German.*)

VII.—**Pág. 53. Se veia un árbol muerto...**

«Ellos adoraban, dice Adan de Breme, un tronco de árbol elevadísimo, al cual llamaban Irminsul.» Este era el ídolo de los sajones, que Carlo-Magno mandó derribar. (Adan. Breme. *Histor. Eccles. Germ.*, lib. III.) Yo paso el Irminsul de los sajones á la Galia; pero se sabe que los galos tributaban culto á los árboles, á quienes adoraban, ya como á Teutátes, ya como á Dios de la guerra; y esto es lo que significa Irmin ó Hermann.

VIII.—Pág. 53. En derredor de aquel simulacro.

Lucus erat, in longo nunquam violatus ad ævo,
Obscurum cingens connexis aera ramis,
Et gelidas alte submotis solibus umbras.
Hunc non ruricolæ Panes, nemorumque potentes
Silvani, Nymphæque tenent, sed barbara ritu
Sacra Deum, structæ; diris altaribus aræ;
Omnis et humanis lustrata cruoribus arbor.
Si qua fidem meruit Superos mirata vetustas,
Illis et volucres metuunt insidire ramis,
Et lustris recubare feræ: nec ventus in illas
Incubuit silvas, excussaque nubibus atris
Fulgura: non ullius frondem præbentibus auris,
Arboribus suus horror inest. Tum plurima nigris
Fontibus unda cadit, simulacraque mœsta Deorum
Arte carent, cæsisque extant informia truncis.
Ipse situs, putrique facit jam robore pallor
Attonitos: non vulgatis sacrata figuris
Numina sic metuunt; tantum terroribus addit
Quos timeant non nosse Deos.

Lucan, *Phars.*, lib. III, v. 399 et seq.

Ut procul Hercyniæ per vasta silentia silvæ
Venari tuto liceat, lucosque vetusta
Religione truces et robora, numinis instar
Barbarici, nostræ feriant impune bipennes.

CLAUDIAN., *De laud. Stilicon.*

En cuanto á las armas pendientes de las ramas de los árboles, Arminio, escitando á los germanos á la guerra, les dice que ellos han colgado en sus bosques las armas de los romanos vencidos: «Cerni adhuc germanorum in lucis signa romana, quæ diis patris suspenderit.» (TACIT., *Ann.*, libro 59.) Jornandez cuenta lo mismo de un uso de los godos.

IX.—Pág. 53. Una gala lo prometió á Diocleciano.

No siendo todavía Diocleciano mas que mero oficial, encontró en las Galias á una mujer-hada la cual le profetizó que llegaría á ser emperador cuando hubiera muerto á Aper; y como *aper* en latin significa jabalí, fue Diocleciano á caza de estos animales, pero sin éxito; por último, habiendo envenenado Aper prefecto del pretorio, al emperador Numeriano, Diocleciano mató á Aper de una estocada, y fue el sucesor de Numeriano.

X.—Pág. 53. Muchas veces hemos dispuesto de la púrpura.

Claudio, Vitelio, etc., fueron aclamados emperadores en la Galia. Vindex fue el primero que levantó el estandarte de la revolucion contra Neron. Los romanos decian que sus guerras civiles tenian siempre principio en las Galias.

XI.—Pág. 53. Nueva Eponina.

Es inútil estenderse sobre una historia tan sabida. Habiendo tomado Sabino el título de César, y vencido por Vespasiano, y fue á esconderse en un sepulcro, en el que estuvo nueve años sepultado con su mujer Eponina.

XII.—Pág. 54. Una especie de guitarra.

Los bardos no conocian la lira, y mucho menos el harpa, como los supuestos bardos de Macpherson. Todas estas cosas son costumbres falsas que solo sirven para confundir las ideas. Diodoro de Sicilia (lib. V) habla del instrumento de música de los bardos, y lo compara á una especie de cítara.

XIII.—Pág. 54. La sombra de Dido.

. . . . . Qualem primo qui surgere mense
Aut videt aut vidisse putat per nubila lunam.

XIV.—Pág. 54. ¡Hércules! tu desembarcaste en la frondosa Aquitania.

Diodoro de Sicilia es quien refiere esta fábula del viaje de Hércules á las Galias, y del matrimonio de este héroe con la hija de un rey de Aquitania (lib. V.) No dice los nombres del rey ni de la princesa, pero se encuentran en otros autores.

XV.—Pág. 54. El sélago.

El lector encuentra en el testo cuanto puede saber sobre esta planta misteriosa de los galos. La autoridad es Plinio. Hist., lib. XXIV, cap. XI.

XVI.—Pág. 54. Tomaré la forma de una paloma campestre...

Ya se ha visto que los druidas de la isla de Saina, se atribuian el poder de cambiar de forma. Véase la nota III de este libro, y la nota LX del libro precedente.

XVII.—Pág. 54. Los cisnes son menos blancos...

Un pasaje de Amiano-Marcelino, citado en la nota V del libro precedente, dice que las galas tenian los brazos blancos como la nieve. Diodoro, como tambien hemos visto en la misma nota, añade que eran hermosas; pero que á pesar de su hermosura, los hombres no les eran muy fieles. Estrabon (lib. IV) observa que ellas se creian felices cuando parian y criaban por si mismas á sus hijos: «Pariendo educandoque fetus, felices»

XVIII.—Pág. 54. Nuestros ojos tienen el color y el brillo del cielo.

Los ojos de los galos eran verdaderamente azules, pero toda la antigüedad da á los galos un mirar torbo y feroz; ya hemos visto que Amiano-Marcelino lo atribuye igualmente á las mujeres. Velleda hermosea, pues, el retrato, y es natural, pues sabe que no es amada.

XIX.—Pág. 54. Nuestros caballos son tan hermosos, que tus romanas nos los compran.

Marcial lo dice (lib. VIII, 33; lib. XIV, 2?.) Tertuliano (*de Cultu femin.*, cap. VI,) y San Gerónimo (HIERONIM. epist. VII,) han declarado contra este antojo de las damas romanas. Segun Juvenal (SAT. VI,) fueron las cortesanas las que introdujeron esta moda en Italia.

XX.—Pág. 54. Cierto sello divino...

Velleda se está hermoseando todavía, pues atribuye á las galas lo que Tácito dice de las germanas: «Inesse quin etiam sanctum aliquid et providum putant.»

TACIT., *de Mor. Germ.*

XXI.—Pág. 54. La flota de los francos.

Esta pequeña circunstancia de la armada de los francos está ya preparada mucho tiempo antes. Véase el libro precedente y la nota LX del mismo libro.

XXII.—Pág. 54. Los bárbaros elegian. . para desembarcar el momento de las tormentas.

Véase la nota IV del lib. VI.

XXIII.—Pág. 55. Una dilatada serie de piedras druídicas, etc.

Es el monumento de Carnac en la Bretaña, cerca de Quiberon; y como está exactamente descrito en el testo, nada tengo que añadir aquí.

XXIV.—Pág. 55. En esta costa habitan algunos pescadores desconocidos para tí...

Esta historia del paso de las almas á la isla de los bretones, está sacada de Procopio (*Hist. Gotht.*, lib. VI, cap. 20), y como tambien está muy exacta en el testo, no tengo tampoco nada que añadir en esta nota. Plutarco (*de Oracul. defec.*) habia ya contado poco mas ó menos la misma historia antes de Procopio.

XXV.—Pág. 55. El torbellino de fuego...

Esta circunstancia de los torbellinos se encuentra en todos autores citados en la nota precedente.

XXVI.—Pág. 55. Me escribirás cartas que arrojarás en la hoguera fúnebre...

«Cuando los galos queman á sus muertos, dice Diodoro trad. de Terras., dirigen cartas á sus amigos ó parientes difuntos, las cuales echan en la hoguera, como si aquellos debiesen recibirlas y leerlas.»

XXVII.—Pág. 55. Caigo á los piés de Velleda.

Esto sustituye dos renglones muy atrevidos de las primeras ediciones. La espresion está mas moderada, y el pasaje no pierde nada de su fuerza; solo se ha hecho con este cambio mas casto y de mejor gusto.

XXVIII.—Pág. 55. El infierno da la señal de este himeneo funesto, etc.

Yo he trasladado aquí en otra religion los famosos versos del IV libro de *la Eneida*.

. . . . Prima et Tellus et pronuba Juno
Dant signum: fulsere ignes, et conscius æther
Connubiis, summcque ulularunt vertice Nymphæ.

XXIX.—Pág. 55. Mis labios articularon naturalmente el idioma de los infiernos.

Aquí se ha suprimido todo un párrafo, por lo cual nada queda ya en este episodio que pueda ofender los oidos del lector, á menos que no sea ya lícito el tratar de las pasiones en una epopeya. Si los largos combates de Eudoro, si la execracion con que habla de su falta, y si el arrepentimiento mas sincero, no lo disculpan, no tengo conocimiento alguno del arte ni del corazon humano.

XXI.—Pág. 55. Los gritos en que prorumpen los galos, cuando quieren comunicarse una nueva.

«Ubi mayor atque illustrior incidit res, clamore per agros regionesque significant: hunc alii deinceps excipiunt et proximis tradunt.» (CÆS., *in Comment.*, lib. VII.)

XXII.—Pág. 56. Y que desde lo alto de un aprisco.

Ardua tecta petit stabuli, et de culmine summo
Pastorale canit signum, cornuque recurvo.
Tartaream intendit vocem, etc. (ÆN., VII.)

XXIII.—Pág. 56. Como una segadora.

Hasta ahora se habia comparado al joven moribundo con la yerba, con la flor cortada, «succisus aratro;» yo me sirvo de los términos de la comparacion, pero comparo á Veleda con la misma segadora. La circunstancia de la hoz de oro me ha sugerido naturalmente esta imágen; tal vez un diestro poeta podrá aprovecharse de esta idea, y arreglar algun dia todo esto con mas gracia que yo.

Aquí se terminan los «cantos» á la patria. He pintado nuestro doble origen; he ido á buscar nuestros usos y costumbres en su cuna, y he mostrado la religion naciente entre los hijos mayores de la Iglesia. Si se reunen estos seis libros y sus notas, se tendrá á la vista un cuerpo completo de documentos auténticos, pertenecientes á la historia de los francos y de los galos. Eudoro es testigo entre los francos de uno de los mayores milagros de la caridad evangélica, viene luego á dar una caida en la Galia, y un sacerdote cristiano de esta misma Galia le vuelve á la senda de la verdadera religion. Por lo tanto, Eudoro lleva necesariamente á los calabozos un recuerdo de estas comarcas medio montaraces, á las que debe, por decirlo así, sus virtudes y su triunfo. De esta manera participamos, nosotros los franceses, de su gloria, y á lo menos, con relacion á esto, el héroe de los *Mártires* aunque estraño, se encuentra enlazado con nuestro suelo. Estas consideraciones, patéticas tal vez, no se hubieran ocultado á la crítica, si no se hubiese querido condenar ciegamente mi obra, aparentando desconocer un trabajo grande y un asunto interesante, aun para la patria misma.

LIBRO UNDECIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 56. La gran época de mi vida.

He aquí absolutamente enlazada la narracion con la accion, pues produce el arrepentimiento y la penitencia de Eudoro, y todo lo que entra en los designios de Dios; designios esplicados ya en libro del *Cielo*.

II.—Pág. 56. Me nombró prefecto del pretorio de las Galias.

Mas arriba he dicho que Ambrosio era el hijo del prefecto del pretorio de las Galias; pero ahora supongo que el padre de Ambrosio habia muerto, ó que no desempeñaba ya este encargo.

III.—Pág. 56. Me embarqué en el puerto de Nimes.

Véase el prólogo.

IV.—Pág. 57. Marcelino admitió mi arrepentimiento; y aun me hizo esperar que abreviada mi prueba...

Los cánones señalaban siete años para expiar los errores de la clase de los que habia cometido Eudoro; así Marcelino hace gracia al culpable no dejándole mas que cinco años fuera de la iglesia. Las primeras ediciones de los *Mártires* daban siete años á la penitencia del hijo de Lasténes, lo que formaba la totalidad del tiempo canónico.

V.—Pág. 57. Que todavía se hallaba en Egipto.

Debe acordarse el lector que cuando Eudoro pasó á las Galias, habia ido Diocleciano á pacificar el Egipto, que un tirano que pretendia apoderarse de la púrpura, habia logrado sublevar. (*Véase* lib. V y lib. IX.)

VI.—Pág. 57. Muelle de Marco Aurelio.

Tal vez Civita-Vecchia.

VII.—Pág. 57. Envian en tiempos de escasez para conducir el trigo destinado al socorro de los pobres.

En las ediciones precedentes se leia: «á buscar trigo.» (*Véase* la vida de San Juan el Limosnero, en *la Vida de los Padres del Desierto*, trad. de ARNAULD d' ANDILLY, página 350.)

VIII.—Pág. 57. De Utica y de Cartago. Mario y Caton...

Véase aquí un cielo, una tierra, una mar, y recuerdos bien diferentes de los de las Galias. Yo he recorrido este camino que ahora va siguiendo Eudoro: si cansa la narracion de mi héroe, no será á lo menos por falta de variedad.

IX.—Pág. 57. A la vista de la colina, donde descollara un dia el palacio de Dido...

Doblando la punta meridional de Sicilia, y rozando la costa de Africa para ir á Egipto, se podia descubrir á Cartago. Mucho tendria yo que decir sobre las ruinas de esta ciudad, ruinas mas considerables de lo que generalmente se cree; pero no es este el lugar oportuno.

X.—Pág. 57. Una columna de humo.

Mænia respiciens, quæ jam infelicis Elisæ
Collucent flammis. Quæ tantum accenderit ignem
Causa latet.

XI.—Pág. 57. No era como Eneas.

Eudoro era no obstante descendiente de Filopémen y el último representante de los grandes hombres de la Grecia.

XII.—Pág. 57. No tenia, como él... la órden del cielo.

Eudoro se equivoca; él iba siguiendo las órdenes del cielo, y el imperio romano le deberá su salvacion, puesto que con su muerte va á entronizar el Cristianismo sobre el solio de los Césares: pero el hijo de Lasténes ignora sus altos destinos, y los males que ha causado humillan su corazon.

XIII.—Pág. 57. El promontorio de Mercurio, y el cabo donde Escipion...

El promontorio de Mercurio, llamado en el dia el cabo Bon, segun el doctor Shaw y d' Anville. Cuando Escipion pasó al Africa con su ejército, descubrió la tierra, y preguntó al piloto cómo se llamaba aquella tierra. Es el cabo Bello, respondió el piloto; y Escipion hizo volver la proa hácia esta parte. (TITO LIVIO, lib X.)

XIV.—Pág. 57. Impelidos por los vientos hácia la pequeña Sirte.

Yo pasé cinco dias al ancla en los pequeños bagíos, precisamente para evitar el naufragio que los antiguos encontraban en este golfo. El fondo de estos bagíos se va siempre elevando hasta la playa: de manera que andando con la sonda en la mano, se viene á anclar en un buen fondo de arena y á las brazas que se quiere. La poca profundidad que tiene el agua hace que la mar esté tranquila, aun con los vientos mas fuertes; y estos bagíos, tan peligrosos para las naves de los antiguos, vienen á ser un puerto en medio del mar para los buques modernos.

XV.—Pág. 57. La torre que sirvió de asilo al gran Anibal.

«Una península, dice d' Anville, en la que se encuentra un sitio que los francos llaman Africa, parece haber sido el lugar que ocupaba la *Turris Annibalis* de donde salió este famoso cartaginés, siempre temido de los romanos, cuando dejó el Africa para retirarse al Asia.»

XVI.—Pág. 57. Creia ver aquellas víctimas de Verres.

Alude á aquel hermoso pasaje de la V.ª Verrina, cap. 48 en que Ciceron presenta á un ciudadano romano espirando en la cruz, en cumplimiento de las órdenes de Vérres, á la vista de las costas de Italia.

XVII.—Pág. 57. La isla deliciosa de los lotófagos.

Esta isla es probablemente en el dia la de Zerbi. Todavía comen el loto en toda esta costa. Plinio distingue dos

especies de loto. (Lib. XIII, cap. XVII. Véase tambien la ODISEA.)

XVIII.—Pág. 57. **Los altares de Filenes, y á Leptis, patria de Severo.**

Siguiendo el órden, deberia haberse puesto Leptis antes que los altares de Filenes; pero chocaba al oido. «*Philenorum aræ* es un monumento consagrado á la memoria de dos hermanos cartagineses que se espusieron á la muerte por estender hasta allí las dependencias de su patria. (D' Anville.) Léptis es una de las tres ciudades de que trae el nombre la provincia de Trípoli. Severo y San Fulgencio eran de Léptis. Consérvanse todavía algunas ruinas de esta ciudad con el nombre da Liba.

XIX.—Pág. 57. Una erguida columna atrajo en breve nuestras miradas.

Volviendo yo á Europa, permanecí muchos dias en el mar á la vista de la columna de Pompeyo, y seguramente tuve bastante tiempo para observar el efecto que hace en el horizonte. Aquí da principio la descripcion del Egipto. Ruego al lector que la siga paso á paso, y que examine si encuentra en ella exageracion, poca claridad ó el menor deseo de producir efecto con palabras pomposas: puedo engañarme, porque no soy tan hábil como los críticos, pero estoy muy seguro de lo que he visto con mis propios ojos, y desgraciadamente veo las cosas tales como son.

XX.—Pág. 57. Por Polion, prefecto del Egipto.

Esto es lo que dice la inscripcion que leyeron los ingleses por medio del yeso que pusieron en la basa de la columna. Creo que he sido el primero, ó uno de los primeros en dar á conocer esta inscripcion en Francia, la cual inserté en un número del *Mercurio*, cuando este periódico me pertenecia.

XXI.—Pág. 57. **El sabio Didimio.**

Ha habido dos Didimios, entrambos sabios: el segundo, que vivia en el siglo IV, era cristiano, y versado igualmente en las antigüedades profana y sagrada. Puede suponerse sin inconveniente, que el segundo Didimio es el autor del *Comentario sobre Homero*. Este ocupó la cátedra de la escuela de Alejandría; y por esto le llaman sucesor de Aristarco; corrigió tambien á Homero, y fue ayo del hijo de Tolomeo Lago. Con esto no he llevado otro fin que el recordar dos nombres gratos á las letras.

XXII.—Pág. 57. Arnobo.

Continúa el cuadro de los nombres esclarecidos que tenia la iglesia, en la época en que pasa la accion: en el dia, son los de la iglesia de Oriente. Aquí aparecen algunos anacronismos, que podria no obstante defender; pero no se trata de eso.

XXIII.—Pág. 57. Depósito de los remedios y los venenos del alma.

Ya se conoce la famosa inscripcion de la biblioteca de Tébas en Egipto. ¿No es mas justa para nosotros con la palabra que yo he añadido?

XXIV.—Pág. 57. **Contemplaba aquella ciudad....**

Muchas veces me he puesto á contemplar á Alejandría de lo alto de la azotea que hay en la casa del cónsul de Francia; y no descubria mas que una mar desnuda que venia á estrellar en una costa baja, y mas desnuda todavía; algunos puertos vacios, y el desierto líbico que se internaba por el horizonte del Mediodía. Este desierto parecia, por decirlo así, aumentar y prolongar la superficie amarillenta y aplanada de las olas; hubiérase creido ver una sola mar cuya mitad estaba agitada y causaba gran ruido, y la otra estaba inmóvil y silenciosa. Por todas partes mezclaba la nueva Alejandría sus ruinas con las ruinas de la antigua ciudad; véiase á un árabe galopando á lo lejos sobre un asno, en medio de los escombros; algunos perros flacos devorando los cuerpos de camellos muertos sobre un arenal desierto, y los pabellones de los diversos cónsules europeos ondear encima de sus alojamientos, desplegando, en medio de los sepulcros, banderas enemigas: tal era el espectáculo que desde aquel punto se presentaba á mi vista.

XXV.—Pág. 57. Como una coraza macedonia....

¿Cómo me he atrevido á traducir la voz *clamides* del original por *coraza*? Hé aquí lo que prueba que mis descripciones no son buenas sino para aquellos que no han leido cosa alguna sobre el Egipto. ¿Tendria yo por ventura alguna autoridad que no quisiera descubrir, ó no he llevado otro fin que el de servirme de la imágen sacada de las armas de Alejandro? Esto es lo que podrá decirnos la crítica.

XXVI.—Pág. 58. **Aquellos valientes que reclinaron al espirar...**

«Et non dormient cum fortibus cadentibus.... Qui posuerunt gladios suos sub capitibus suis.» (EZECHIEL, cap. XXXII, v. 27.)

XXVII.—Pág. 58. **Que acaba de bañarse en las aguas del Nilo.**

Vitula elegans atque formosa Egiptus. Las aguas del Nilo no son nunca amarillentas, como se ha dicho, durante la inundacion; tienen si un color rojizo como el del lodo que van dejando, y esto es lo que todo el mundo ha podido observar tambien como yo.

XXVIII.—Pág. 28. Un suelo que se rejuvenece cada año.

Véase aquí toda la descripcion del Egipto: me parece que nada digo en ella que sea estraordinario ni contrario á la pura y simple verdad. La espresion es mia sin duda, mas si he de creer á personas que son muy buenos jueces, no debo pasar cuidado alguno sobre el particular.

XXIX.—Pág. 58. Faraon yace allí con todo su pueblo, cuyos sepulcros se estienden en su derredor.

No sé si otro habia ya notado antes que yo este pasaje de los *Profetas* que pinta tan bien las Pirámides. Aquí se me presentaba á mí un vasto campo para ampliarlo, y sin embargo me he contentado con hacer una pintura rápida de este imponente espectáculo; despues de lo que ha dicho Bossuet, hay que callar sobre estos grandes sepulcros. Cuando descubrí las Pirámides, subiendo el Nilo para ir al Cairo, me presentaron la imagen que dejo espresada en el testo. Lo hermoso del cielo, el Nilo, parecido entonces á una pequeña mar, la mezcla de las arenas del desierto y los tapices del mas fresco verdor; las palmeras, las cúpulas de las mezquitas, los minaretes del Cairo, las pirámides de Saccara que se descubrian á lo lejos, y de las que parecia nacer el caudaloso rio como si saliera de sus inmensos receptáculos: todo esto presentaba un cuadro que no tiene igual en el resto del mundo. Si algo pudiera compararse á estos sepulcros de los reyes de Egipto, serian los sepulcros de los salvajes, en las márgenes del Ohio. Estos monumentos, como lo tengo dicho en la *Atala*, pueden muy bien llamarse las pirámides de los desiertos, y los bosques que los circuyen son los palacios que la mano de Dios ha levantado al hombre-rey sepultado debajo del monte del sepulcro.

XXX.—Pág. 58. Bañada por el lago Aqueronte, por donde Caronte pasaba los difuntos.

«Estas felices llanuras que dicen son la mansion de los muertos justos, no son en sí mas que las hermosas campiñas qne se hallan en las inmediaciones del lago Aquerusa, cerca de Ménfis, y que están divididas en campos y estanques cubiertos de trigo ú loto. No sin fundamento se ha dicho que los muertos habitan en aquel paraje: pues allí es en efecto en donde van á terminarse los funerales de la mayor parte de los egipcios, cuando despues de haber hecho atravesar á sus cuerpos el Nilo y el lago Aquerusa, los depositan en fin en las tumbas que bajo de tierra están dispuestas en toda aquella campiña. Las ceremonias que aun en el dia se practican en el Egipto, concuerdan con todo lo que los griegos dicen del infierno, tal como la barca para pasar á los muertos, la moneda que se ha de dar al barquero, llamado *Caronte*, en lengua egipcia; el templo de la tenebrosa Hecate, colocado á la entrada del infierno; las puertas del Cócito y del Leteo, puestas sobre goznes de bronce, y otras puertas, que son las de la Verdad y de la Justicia, que está sin cabeza.» (DIODORO, lib. I, traduc. de TERRASSON.)

XXXI.—Pág. 58. Visité á Tebas, la de las cien puertas.

«Busiris hizo de Tebas la ciudad mas opulenta, no solo

del Egipto, sino del mundo entero. La fama de su poder y de sus riquezas cundió por todas partes y dió ocasion á Homero á hablar de ella. Sin embargo, en sentir de algunos autores, no tenia Tebas cien puertas, sino que, tomando el número de ciento por muchas, la llamaban *Hecatompilo*, no por sus puertas, tal vez, sino por los grandes vestíbulos que habia á la entrada de sus templos.» (DIODORO, libro I, secc. II, traduc. de TERRASSON.)

XXXII.—Pág. 58. A Tentira, la de las magníficas ruinas...

En el dia se llama Dendera, y la supongo arruinada ya en tiempo de Eudoro, tal como lo está al presente. En tiempo de los griegos y de los romanos no existian ya una porcion de ciudades egipcias, y estos iban como nosotros á admirar sus ruinas. Yo doy aqui mil ciudades al Egipto; Diodoro cuenta tres mil; y segun el cálculo de los sacerdotes, ascendian hasta diez y ocho mil; pero si se hubiese de dar fe á Teócrito, este número seria todavia mucho mas considerable. Diocleciano destruyó muchas ciudades de la Tebaida, haciendo allí la guerra para ahogar la rebelion de Aquileo.

XXXIII. Pág.—58. Que dió un Cecrops y un Inaco á la Grecia; que fue visitado...

Cecrops fundó á Aténas, é Inaco á Argos.

Entre los sábios que han visitado el Egipto, cuenta Diodoro, guiándose por lo que han dicho los sacerdotes egipcios, á Orfeo, Museo, Melampo, Dédalo, Homero, Licurgo, Solon, Platon, Pitágoras, Eudoxio, Demócrito, Enópides; y yo he añadido los grandes personajes de la Escritura. (DIODORO, lib. I.)

XXXIV.—Pág. 58. Aquel Egipto donde el pueblo juzgaba á sus reyes...

Yo citaré á Rolin, digno de figurar al lado de los historiadores antiguos: «Luego que un hombre moria, lo ponian en juicio. Escuchábase para esto al acusador público, y si probaba que la conducta del difunto habia sido mala, se condenaba su memoria, y quedaba privado de sepultura. El pueblo admiraba el poder de las leyes, que se estendia hasta despues de la muerte; y movido cada cual del ejemplo, temia deshonrar su memoria y su familia. Si el muerto no era convencido de falta alguna, se le sepultaba honrosamente.

«Pero lo mas admirable en esta pesquisa pública establecida contra los muertos, es que el trono mismo no se esceptuaba de ella. Los reyes no eran molestados durante su vida, pues así lo exigia el sosiego público, pero no se eximian del juicio que tenian que sufrir despues de la muerte, y algunos fueron privados de sepultura.» (ROLLIN, *Hist. des Egypt.*)

XXXV.—Pág. 58. Donde se tomaba prestado dando por prenda el cuerpo de un padre.

«En el reinado de Asiquis como sufria mucho el comercio por la escasez de numeracion, publicó este rey segun me dijeron ellos, una ley por la cual se prohibia el tomar nada prestado, á no ser que se diese por prenda el cuerpo de su padre. Añadióse además á esta ley que el acreedor tendria tambien en su poder la sepultura del deudor; y que si este se negaba á pagar la deuda, por la cual hubiere hipotecado una prenda tan preciosa, no podria ser puesto, despues de su muerte, en la sepultura de sus padres, ni en ninguna otra, y que no podria, despues del fallecimiento de ninguno de los suyos, tributarles esta honra.»

HERODOTO, lib. II, traduc. de MR. LARCHER.

XXXVI—Pág. 57. Donde el padre que habia dado la muerte á su hijo...

«No hacian morir á los padres que habian dado muerte á sus hijos; pero se les obligaba á tener abrazados sus cuerpos durante tres dias y tres noches consecutivas, en medio de la guardia pública que los rodeaba.» (DIODORO, lib. II, secc. II, traduc. de TERRASSON.)

XXXVII.—Pág. 58. Donde se paseaba un féretro al rededor de la mesa de un festin...

«En los banquetes que se dan entre los ricos, se pasea despues de la comida, alrededor de la sala, un féretro con una figura de madera, tan bien trabajada y pintada, que representa perfectamente un muerto. Solo tiene un codo ó dos de largo lo mas, y lo van enseñando sucesivamente á todos los convidados diciéndoles. «Echad la vista sobre este hombre; despues de muertos os pareceréis á él; bebed, pues, y divertios ahora.»

HERODOTO, lib. II, trad. de Mr. LARCHER.

XXXVIII.—Pág. 58. Donde las casas se llamaban posadas, y las sepulturas casas.

«Todos estos pueblos, mirando la duracion de la vida como un tiempo muy corto y de poca importancia, clavan al contrario toda su atencion en la larga memoria que deja la virtud tras sí. Por esto llaman á las casas de los vivos posadas por las que no hacen mas que pasar; pero dan el nombre de moradas eternas á las sepulturas de los muertos, de donde no salen mas. Asi, los reyes se han mostrado indiferentes en cuanto á la construccion de sus palacios y se han esmerado en la de sus sepulcros.»

DIODORO, lib. I, secc. II, trad. de TERRASSON.

XXXIX.—Pág. 58. Sus símbolos ridículos ó lascivos...

No solo he leido algo sobre el Egipto, como se acaba de ver, sino que conozco bastante los monumentos, y cuando digo que habia símbolos impúdicos en Tebas, en Ménfis y en Hierópolis, no hago mas que recordar lo que el grabado ha recordado desde Porocke, y recordará sin duda todavía. Esta nota treinta y nueve, termina la descripcion del Egipto idólatra, en la que, como se ve, no hay una frase ni una palabra, que no esté apoyada en una poderosa autoridad, y se puede observar que he encerrado en pocos renglones toda la historia del Egipto antiguo, sin omitir ni un solo hecho esencial. En la descripcion que va á seguir, del Egipto cristiano, y en la pintura del desierto, hubiera yo podido referirme á mis propios ojos, y mi testimonio bastaba, como el de cualquiera otro viajero; no obstante, se verá tambien que mis relaciones están confirmadas por las relaciones mas auténticas. Asi, hablando francamente, me considero mas fuerte en todo esto que mis enemigos; y puesto que me han forzado á ello por medio del ataque mas ridículo, me veo obligado á probarles que han hablado de cosas que absolutamente no entienden.

XL.—Pág. 58. Acababa de concluir un tratado con los pueblos de la Nubia.

Por este tratado habia cedido Diocleciano á los etiopes el pais que ocupaban los romanos mas allá de las cataratas.

XLI.—Pág. 58. Representaos, señores, unas regiones arenosas.

Partimos de Benisaiet, dice el padre Siccard, el 25, para ir al lugar de Baiad, que está al Oriente del rio, y en este lugar tomamos guias para que nos condujesen al desierto de San Antonio. Salimos de Baiad el 26 de mayo montados en camellos, y escoltados por dos hombres que venian para cuidarlos. Seguimos nuestro camino hácia el Norte, costeando el Nilo, y despues de haber andado una ó dos leguas, nos dirigimos hácia Levante para entrar en el célebre desierto de San Antonio, ó de la Baja Tebaida.... Alli principia una llanura arenosa, y se estiende hasta la garganta de Lebei. .. Subimos hasta la cumbre de este monte, y descubrimos una llanura de estension prodigiosa... Su terreno es pedregoso y estéril. Las lluvias, que son allí muy frecuentes en el invierno, forman muchos torrentes; pero se quedan secos durante todo el verano.... No se ven en toda la llanura mas que algunas acacias silvestres, que tienen tantas espinas como hojas, y estas son tan claras que no ofrecen mas que un mediano socorro al viajero que busca en su sombra un abrigo contra los ardores de un sol abrasador.» (*Lettr. edif.*, tomo V, página 191 y sig.) Hasta aquí, como se ve, nada he imaginado, y el padre Siccard, que pasó tantos años en Egipto, este misionero que sabia el griego, el copto, el hebreo, el siriaco, el árabe, el latin, el turco, etc., no habia leido nada tal vez sobre el Egipto, ni visto cosa alguna en aquel pais. Unicamente he sustituido el nopal á la acacia, como mas caracterisco de semejantes parajes. Pero, séame permitido decir que yo he encontrado el nopal en las inmediaciones del Cairo, de Alejandría, y en general en todos los desiertos de aquellas comarcas. Sin embargo, si absolutamente no se quiere que haya nopales en Oriente, á pesar mio y á pesar de todos los viajeros, capitularé sobre este punto.

Es necesario no obstante que yo enseñe á la crítica una

cosa que tal vez no sabe, y el modo de atacarme. En la época en que yo pongo nopales en Oriente, hay anacronismo de historia natural. Los cactos son de orígen americano; y traidos despues al Africa y al Asia, se han multiplicado de tal modo, que en el dia está cubierta de ellos toda la cordillera del Atlas, en términos que algunos botánicos llegan á dudar si estas plantas son naturales á los dos continentes. Un solo vejetal que se introduzca en una comarca basta para cambiar todo el aspecto del país. El álamo de Italia, por ejemplo, ha dado otro carácter á nuestros valles. Yo he pintado y debido pintar lo que veia en Oriente, sin atender en esta parte á la cronologia de la historia natural.

XLII.—Pág. 59. Los restos de bajeles petrificados...

«Sobre la superficie de la la llanura, dice el padre Siccard, se ven á trechos algunos mástiles tendidos en el suelo, y otras piezas de maderas semejantes á las que conducen los rios en balsas, y que parecen ser reliquias de algunas embarcaciones; pero cuando se les toca, todo lo que parece madera se encuentra no ser mas que piedra» (*Lettr. edif.*, tomo V, pág. 48.) Es verdad que el padre Siccard cuenta esta particularidad del desierto de Escete y de la *mar sin agua*, y yo la pongo en el desierto de la Baja Tebaida: pero otro viajero debe de haber encontrado iguales petrificaciones yendo del Cairo á Suez; únicamente difiere este de opinion con el misionero en cuanto a la naturaleza de estas petrificaciones.

XLIII.—Pág. 59. Y altos mojones de piedra situados á largas distancias.

«Atravesamos, dice todavía el padre Siccard, el camino de los *Angeles*; así es como llaman los cristianos una larga hilera de montoncillos de piedras, en la estension de muchas jornadas de camino: esta obra.... servia en otro tiempo para dirigir á los anacoretas.... porque la arena de aquellas dilatadas llanuras, cuando está movida por los vientos, no deja ni senda ni huella señalada.» (*Lettr. edif.*, tomo V, pág. 29)

XLIV. Pág. 59. Y la sombra errante de algunos rebaños de gacelas...

«Todas las mañanas aparecian recientemente impresos en la arena los vestigios de jabalíes, osos, hienas, toros silvestres, gacelas, lobos, cornejas y otros animales.» (PADRE SICCARD, *Lettr. edif.*, tomo V, pág. 41.) Muchas veces he oido yo por la noche el ruido de los jabalíes que roian algunas raices que encontraban sobre la arena, y este ruido parece tan estraño, que mas de una vez he tenido que preguntar á mis guias. En cuanto al canto del grillo, es una pequeña circunstancia tan distintiva de aquellas horribles soledades, que me ha parecido conveniente el conservarla. Las mas veces es el único ruido que interrumpe el silencio del desierto Líbico y de las cercanías de la mar Muerta; y es tambien el último sonido que percibí en las costas de la Grecia, cuando me embarqué en el cabo Sunio para pasar á la isla de Zaa. Llama á la memoria la idea del hogar del labrador en aquellas soledades, en donde jamás un humo campestre indica la tienda del árabe; presentar á la imaginacion el contraste del fértil surco, y de la arena mas árida, no me han parecido cosas que el gusto debiese proscribir; y los críticos á quienes he consultado, han sido todos de parecer de que conservase esta pintura.

XLV.—Pág. 59. Hundia sus narices en la arena.

Todos los viajeros han hecho esta observacion. Pacocke; Shaw, Siccard, Niebuhr, Volney, etc. Yo he visto tambien frecuentemente á los camellos soplar en la arena de la playa del mar en Esmirna, Jaffa y Alejandría.

XLVI.—Pág. 59. A intérvalos, el avestruz prorumpia en gemidos lúgubres...

Especie de grito que se atribuye al avestruz en toda la Escritura. (Véase JOB y MIQUEAS.)

XLVII.—Pág. 59. El horrible viento...

Es el *kamsim*. No se ha escrito obra alguna sobre el Egipto y sobre la Arabia, que no hable de este terrible viento, que algunas veces mata repentinamente á los camellos, caballos y hombres. Los antiguos lo han conocido tambien, segun se puede ver en Plutarco.

XLVIII.—Pág 59. Una acacia.

Véase la nota XLI.

XLIX.—Pág. 59. El rugido de un leon.

Hay quien pretende que no se encuentran leones en lo desiertos de la Baja-Tebaida: tal vez podrá ser así. Sábese por Aristóteles que en otro tiempo habia leones en Europa, y aun en Grecia. Yo he seguido en mi testo *la Historia de los Padres del Desierto*, y debia hacerlo así, puesto que era mi asunto. Léase, pues, en mi *Historia* que estos grandes solitarios amansaban los leones, y que estos leones servian algunas veces de guia á los viajeros. Segun San Gerónimo fueron dos leones los que abrieron la sepultura de San Pablo. El padre Siccard asegura que se ven raras veces leones en la Baja-Tebaida, pero que se encuentran muchos tigres, cabras monteses, etc. (*Lettr. edif.*, tomo V, pág. 219.)

L.—Pág. 59. Un datilero.

«La aurora, dice el padre Siccard, nos hizo descubrir un ramillete de palmeras distante como unas cuatro ó cinco millas de nosotros. Dijéronnos nuestros conductores que aquellas palmeras daban sombra á una pequeña laguna, cuya agua, algo salobre, era buena para beber»
Lettr. edif., tomo V, pág. 196.

LI.—Pág. 59. Empecé á trepar por negros y calcinados peñascos...

«El monasterio de San Pablo, á donde llegamos, está situado al Oriente, en el centro del monte Colzim, y rodeado de profundos torrentes y collados estériles de superficie negra.»
Padre SICCARD, *Lett. edif.*, tomo V, pág. 250.

LII.—Pág. 59. En el fondo de una gruta.

«Encontró (Pablo) una montaña llena de peñascos, en la que habia, cerca del pié, una gran caverna cuya entrada estaba cerrada con una piedra, y habiéndola alzado para entrar en ella, y mirando atentamente por todas partes, movido de este instinto natural que inclina al hombre á desear conocer las cosas ocultas, descubrió en lo interior como un gran vestíbulo, que una palmera vieja habia formado con sus ramas, estendiéndolas y enlazándolas unas con otras, y sin tener mas que el cielo sobre sí. Habia allí una fuente de una agua muy cristalina, con la cual se formaba un arroyo que apenas empezaba á correr, se perdia en un pequeño agujero, y se lo tragaba la misma tierra que lo producia.» (*Vie des Peres du Desert*, trad. de ARNAULD D' ANDILLY, tomo I, pág. 5.)

LIII.—Pág. 59. ¿Cómo van las cosas del mundo?

«Así Pablo, con semblante risueño, le abrió la puerta, y abrazándose entonces muchas veces, se saludaron, nombrándose ambos por sus propios nombres. Dieron juntos gracias á Dios, y despues de haberse dado mútuamente el ósculo santo, se sentó Pablo cerca de Antonio, y le habló de esta manera:

«Aquí teneis á aquel que habeis buscado con tanta molestia, y cuyo cuerpo consumido ya por la edad está cubierto de cabellos blancos todos grasientos. Aquí teneis á este hombre que en breve será reducido á polvo; mas puesto que la caridad no encuentra nada difícil, decidme, os suplico, ¿cómo va el mundo? ¿Se construyen nuevos edificios en las ciudades antiguas? ¿Quién es el que reina en el dia?» (*Vie des Peres du Desert*, trad. de ARNAULD D' ANDILLY, tom. I, pág. 10.)

LIV.—Pág. 59. Hace 113 años que habito en esta cueva...

«Y habiendo ya 113 años que el bienaventurado Pablo llevaba en la tierra una vida enteramente celestial; y viviendo Antonio, de edad de 90 años (como muchas veces lo decia) en otra soledad, le vino al pensamiento que ningun otro sino él habia pasado en el desierto la vida de un perfecto y verdadero solitario» (*Vie des Peres du Desert*. trad. de ARNAULD D' ANDILLY, tomo I, pág. 6.)

LV.—Pág. 60. Pablo fue á buscar al agujero de un peñasco un pan.

Esto alude á la historia del cuervo de San Pablo. He suprimido todo lo que podria chocar al gusto desdeñoso del siglo, sin que por tanto haya omitido nada de lo principal. No es

menester por otra parte que los partidarios de la mitologia griten tanto contra la historia de nuestros santos: pues hay cuervos y cornejas que hacen papeles muy singulares en las fábulas de Ovidio ¿Ignórase por ventura de qué manera se burló Luciano de los dioses del Paganismo, y cuán ridículos se les puede hacer en efecto? Todo esto es mala fe. Se admira en un poeta griego ó latino lo que se encuentra ridículo y de mal gusto en la vida de un solitario de la Tebaida. Es muy fácil, no obstante, aligerando algunas circunstancias, hacer de la vida de nuestros santos, trozos llenos de ingenuidad, poesía é interés.

LVI.—Pág. 60. Grandes han sido tus faltas, Eudoro...

Esta escena ha sido preparada en el libro del *Cielo*; acaba de confirmar á mi héroe en la penitencia, le enseña cuáles son sus destinos, y le da el valor del mártir. De esta manera se termina la narracion precisamente en el momento en que Eudoro llega á ser capaz para las grandes acciones que Dios aguarda de él.

LVII.—Pág. 61. Un horizonte inmenso.

«Luego que llegamos al paraje mas alto del monte Colzim, nos detuvimos durante algun tiempo para disfrutar del placer de contemplar el mar Rojo, que se hallaba á nuestros piés, y el célebre monte Sinaí que limitaba nuestro horizonte. (*Lettr. edif.*, tom. V, pág. 214)

LVIII.—Pág. 62. Una caravana...

El establecimiento de las caravanas es de la mas remota antigüedad. La primera que se encuentra en la Historia Romana asciende al tiempo de Augusto, en cuya época pasó á la Arabia una espedicion de las legiones con el objeto de descubrir los aromas.

LIX.—Pág. 62. Naves cargadas de perfumes y sedas.

Los romanos recibian por el mar Rojo los aromas del Oriente y las sederías de las Indias. Los filósofos griegos pasaban algunas veces á las Indias á estudiar la ciencia de los bracmanes.

LX.—Pág. 62. Confesor de la fe...

Este trozo completa la pintura del Cristianismo, hace ver la serie y las consecuencias de la accion, y presenta á Eudoro recompensado, castigados sus perseguidores, y á las naciones modernas haciéndose cristianas sobre los restos del mundo antiguo y las ruinas de la idolatría.

LXI.—Pág. 62. Grande rebelion de sus padres.

Es la rebelion de Adan y la caida del hombre. Lo demás del pasaje perteneciente á la moral escrita, á las revoluciones del Oriente, etc., no tiene necesidad de comentarios. Yo supongo, con algunos autores, que el Egipto ha llevado sus dioses á las Indias, como ciertamente los ha traido á la Grecia. No obstante, pudiera ser que la opinion contraria fuese la verdadera, y que fuesen tal vez los indios los que han poblado el Egipto. «Mundum tradidit disputationibus eorum.»

LXII.—Pág. 62. Has visto al Cristianismo penetrar..

Esto vuelve á poner á la vista la relacion y el objeto de la relacion.

LXIII.—Pág. 62. El gran dragon del Egipto.

«Ecce ego ad te, Pharo rex Egipti, draco magne, qui cubas in medio fluminum tuorum, et dicis: Meus est fluvius.» (EZECHIEL XXIX)

LXIV.—Pág. 62. Los demonios de la lujuria...

Esto alude á las tentaciones de los santos en la soledad, y á los milagros que hizo Dios en favor de los piadosos habitantes del desierto.

LXV.—Pág. 62. La pirámide de Cheops hasta el sepulcro de Osimandua.

La pirámide de Cheops es la gran pirámide que está cerca de Ménfis: el sepulcro de Osimandua se hallaba en Tebas. Puede verse en Diodoro (lib. I, secc. II) la descripcion de este soberbio sepulcro, que por ser muy larga no copio aquí.

LXVI.—Pág. 62. La tierra de Gesen.

«Dixit itaque rex ad Joseph...... In optimo loco fac eos habitare, et trade eis terram Gessen.»

LXVII.—Pág. 62. Se han saciado de la sangre de los mártires, como las copas y el ara del altar...

«Fecit et altare holocausti...... Cujus cornua de angulis procedebant.... Et in usus ejus paravit ex aræ vasa diversa.» (Exod., cap. XXVII)

LXVIII.—Pág. 62. ¿De dónde vienen esas familias fugitivas?...

Retirado San Gerónimo en su gruta de Belen, sobrevivió á la toma de Roma por Alarico, y vió á muchas familias romanas que iban á buscar un asilo en la Judea.

LXIX.—Pág. 62. Hijos impuros de los demonios y de las hechiceras de la Escitia.

Cuenta Jornandez que habiendo visitado los demonios á unas hechiceras que se hallaban desterradas lejos de las habitaciones de los hombres en los desiertos de la Escitia, salió de aquel trato la nacion de los hunos.

LXX.—Pág. 62. Sus caballos mas veloces que los leopardos, y reunen tropas de cautivos como montones de arena.

«Leviores pardis equi ejus.... Et congregavit quasi arenam captivitatem.» (HABAC., cap. I, V, 8 y 9.)

LXXI.—Pág. 62. Cubierta la cabeza con un sombrero bárbaro...

Jornandez es aun aquí la autoridad: él da este birrete ó sombrero á estos sacerdotes y jefes de los godos.

LXXII.—Pág. 63. Las mejillas de verde.

«Preséntase el Lombardo con las mejillas pintadas con un color verde; diríase que se ha untado su rostro con el jugo de las yerbas marinas que se crian en el fondo del Océano, en cuyas costas habita.» (SIDON-APOL., lib. VII, epís. IX, ad Lampr.)

LXXIII.—Pág. 63. ¿Por qué estos hombres desnudos degüellan á los prisioneros?

Véase la nota 69 del lib. VI.

LXXIV.—Pág. 63. Ese mónstruo ha bebido la sangre del romano que ha derribado.

Gibbon cita este rasgo en su Historia *del vuelco del imperio romano.*

LXXV.—Pág. 63. Todos vienen del desierto, de una tierra horrorosa.

«Onus deserti maris. Sicut turbines ab Africo veniunt de deserto venit, de terra horribili.» (ISAIE., cap. XXI, v. I.)

LXXVI.—Pág. 63. Se acerca para cubrir este pobre cuerpo.

«Mas por haber llegado la hora de mi sueño...... Nuestro Señor os ha enviado (Antonio) para cubrir de tierra este pobre cuerpo, ó por mejor decir, para volver la tierra á la tierra.» (*Vie des Peres du Desert;* trad. de ARNAULD D'ANDILLY, tom. I, pág. 12)

LXXVII.—Pág. 63. Llevando en la mano la túnica de Atanasio.

«Yo os suplico (Antonio) vayais á buscar el manto que os dió el obispo Atanasio, y me le traigais para sepultarme.» (*Vie des Peres du Desert*, trad. de ARNAUL D'ANDILLY, tom. I, pág. 13.)

LXXVIII.—Pág. 63. He visto á Elias...

«He visto á Elias, he visto á Juan en el desierto; y hablando con toda verdad, he visto á Pablo en un paraiso.»

(*Vie des Peres du Desert.*, trad. de Arnauld d' Andilly, tom. I, pág. 13.)

LXXIX.—Pág. 63. En medio de un coro de ángeles.

«El (Antonio) vió á Pablo resplandeciente en medio de una aureola blanca, pura y luminosa, que se subia al cielo rodeado de los coros de los ángeles, de los profetas y de los apóstoles ... Vió el cuerpo muerto del santo, que tenia las rodillas en el suelo, la cabeza alta y las manos alzadas hácia el cielo lo que le hizo creer al pronto que estaba vivo y puesto en oracion.» (*Vie des Peres du Desert.*, traduccion de Arnauld d' Andilly, tom. I, pág. 14.)

LXXX.—Pág. 63. Dos leones.

Véase mas arriba la nota 49.

LXXXI.—Pág. 63. Tolemáida.

San Juan de Acre.

LXXXII.—Pág. 63. Me detuve en los Santos Lugares, donde conocí á la piadosa Helena.

Preparacion para el viaje de Cimodocea á Jerusalen

LXXXIII.—Pág. 63. Ví luego las Siete Iglesias.

Complemento de la pintura de la Iglesia sobre toda la tierra «Angelo Ephesi Eclesiæ scribe ... Scio opera tua, et laborem, et patientam tuam» Esmirna: «Scio tribulationem tuam» Pérgamo: «Tenes nomen meum, et non negasti fidem meam» Tiátira: «Novi ... charitatem tuam» Sardes: «Scio operá tua, quia nomen habes quod vivas, et mortuus es» Laodicea: «Suadeo tibi emere à me aurum.... ut vestimentis albis induaris.» Filadelfia: «Hæc dicit sanctus et verus qui habet clavem David.... Ego dilexite.» (Apocal. cap. II y III.)

LXXXIV.—Pág. 63. Tuve la suerte de hallar en Bizancio al jóven príncipe Constantino, que se dignó... confiarme sus vastos designios...

Ojeada sobre la fundacion de Constantinopla, que San Agustin llama magníficamente la compañera y heredera de Roma. (*De Civ. Dei.*)

LIBRO DUODECIMO.

La accion vuelve á continuar en este libro, y principia desde donde el lector la dejó al fin del libro del infierno Los espíritus de las tinieblas despiertan á la vez el amor en Hiérocles, la ambicion en Galerio, y la supersticion en Diocleciano; y estos espíritus conjurados ignoran que no hacen en esto mas que obedecer los decretos del Eterno y concurrir al triunfo de la fe.

Nota primera.—Pág. 64. La madre de Galerio...

Véase para todo esto, el libro 1.° de la narracion, ó el 4.° de la obra. Véanse tambien las notas de este mismo libro.

II.—Ufano con sus victorias sobre los partos.

Véase el libro IX y la nota 15 del mismo libro.

III.—Pág. 64. Y seducida tu esposa.

Véase, libro V, la aventura de las catacumbas.

IV.—Pág. 64. Estos son los tesoros de la Iglesia...

Yo atribuyo á Marcelino la tierna y edificante historia de San Lorenzo. Intimado este por el gobernador de Roma para que le entregase los tesoros de la iglesia, reunió á todos los desgraciados de esta populosa ciudad, á los ciegos, cojos, mendigos: «Todos, dice Prudencio, eran conocidos de Lorenzo, y todos ellos le conocian tambien.» Tal fue el tesoro que presentó al perseguidor de los fieles. (Véase Prud. *in Coron.*, *Act. Mart.*)

V.—Pág. 64. Las balanzas de oro.

Véase Homero y la Escritura.

VI.—Pág. 64. Quiere que los cristianos que tienen algun empleo en su palacio...

Diocleciano empieza en efecto la persecucion obligando á los oficiales de su palacio, y hasta á su mujer y á su hija, á sacrificar á los dioses del Imperio.

VII.—Pág. 64. De Tmolo.

Montaña de Lidia, célebre por sus vinos y por el cultivo del azafran.

Nonne vides croceos ut Tmolus odores.
Georg., I, 56.

VIII.—Pág. 64. Hijo de Júpiter...

En aquella época estaban en uso las formas de la adulacion mas rastrera, como se podrá ver en las notas del libro XVI Eudoro ha hablado ya, en el libro IV, del título de Eterno que tomaban los emperadores.

IX.—Pág. 65. Atraviesa pues velozmente la mar que vió pasar á Alcibiades...

Esto fue en la fatal espedicion de Nicias contra Siracusa.

X.—Pág. 65. Los jardines de Alcinóo.

En la isla de Esqueria, en el dia Corfú. (Odisea, lib. VII.)

XI.—Pág. 65. Las alturas de Butroto.

En el dia se llama Butrento, en Epiro, en frente de Corfú.

. . . . Portuque subimus
Chaonio, et celsam Bothroti accedimus urbem.
Æn. III, v. 292.

XII.—Pág. 65. Donde respira todavía el fuego de la hija de Lésbos.

Vivuntque commissi calores.
Æoliæ fidibus puellæ. (Horat., od IX, lib. 4.)

XIII.—Pág. 65. Jacinto cubierta de bosques...

Nemerosa Zacynthos. (Æn., III, v. 270.)

XIV.—Pág. 65. Zefalonia amada de las palomas...

Este es el epiteto que da Homero á Tisbe. (Iliad., lib. II); y yo le he dado á Zefalonia, porque, pasando cerca de esta isla, ví volar bandadas de palomas.

XV.—Pág. 65. Descubre las Estrófades, mansion impura de Celeno...

. . . . Strophades Graio stant nomine dictæ
Insulæ Ionio in magno, quas dira Celæno
Harpiæque colunt.
Æn., III, v. 210.

XVI.—Pág. 65. Esfacteria.

Isla que cierra el puerto de Pilos, y famosa en la guerra del Peloponeso, por la capitulacion de los espartanos, que tuvieron que rendirse á los atenienses.

Véase Tucidides.

XVII.—Pág. 65. Motona.

En el dia Modon. Modon fue el punto donde aporté la primera vez que llegué á las costas de la Grecia.

XVIII.—Pág. 65. Las enhiestas cimas del Cilene...

Véase el libro II y las notas. Nada hay aquí nuevo mas que la historia de Siringia. Era esta hija del Ladon. Enamorado Pan de ella, la fue persiguiendo hasta las márgenes del rio, y allí se libró de las caricias del dios de la Arcadia, por haberla socorrido las ninfas, cambiándola en caña: agitadas estas cañas por el Zéfiro, despidieron sonidos tristes; y Pan, enternecido de estos gemidos, las arrancó y formó con ellas esta especie de flauta que los antiguos llamaban siringia.

XIX.—Pág. 65. Retratándose con viveza la hermosura al valor...

Multa viri virtus animo, multusque recursat
Gentis honos: hærent infixi pectore vultus
Verbaque. Æn., IV, v. 5.

xx.—Pág. 66. La cólera de esta diosa...

¡O haine de Vénus! ¡o fatale colere!

Racine, *Phèdre*, act. I, sc. 3.

xxi.—Pág. 66. Hace titubear la lengua...

Je sens de veine en veine une subtile flamme
Courir par tout mons corps sito que je te vois;
Et dans les doux transports un s' égere mon ame,
Je ne saurois trouver de langue ni de voix.

Boileau, *traduction de Sapho.*

Mes yeux ne voyoient plus, je ne pouvois parler,
Je sentis tout mon corps et transir et bruler.

Racine, *Phèdre*, act. I, sc. 3.

xxii.—Pág. 66. Que se sienta sobre el lomo de un leon....

Véanse los mitólogos y esculturas antiguas.

xxiii.—Pág. 66. ¿Qué religion es la tuya?...

He aquí lo que esplica la especie de contradiccion que se observa entre el principio y el fin del discurso de Cimodocea.

xxiv.—Pág. 66. Cuando el Todo-Poderoso....

«Formavit igitur Dominus Deus hominen de limo terræ.» «. . . Plantaverat autem Dominus Deus Paradisum voluptatis à principio, in quo posuit hominem. . . .» (*Genes.* cap. II, v. 7 y 8.)

xxv.—Pág. 66. El Eterno sacó de las costillas de Adam...

«Et ædificavit Dominus Deus costam, quam tulerat de Adam in mulierem» «. . . Hoc nunc, os ex ossibus meis, et caro de carne mea.» (*Genes.*, cap. II, v. 22 y 23.)

xxvi.—Pág. 66. Adam habia sido formado para el dominio...

Not equal, as their sex not equal seem'd:
For contemplation he, and valour form'd:
For softness she, and sweet attractive grace.

Milt., *Parad. Lost.*

xxvii.—Pág. 66. Procurarme ganarle para mí, en nombre de todos los atractivos...

«In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitati.»

Oseas, c. XI, v. 19.

xxviii.—Pág. 66. Te haré mi esposa por una noble alianza...

«Et sponsabo te mihi in sempiternum, et sponsabo te mihi in justitua et judicio, et in misericordia, et in miserationibus.» (Oseas., c. II. v. 19.)

xxix.—Pág. 66. El hijo de Abraham tomó...

«Qui introduxit eam in tabernaculum Saræ matris suæ, et accepit eam uxorem: et in tantum dilexit eam, ut dolorem, qui ex morte matris ejus acciderat, temperaret»

Genes., cap. XXIV, v. 67.

xxx.—Pág. 66. Sin que me hayas acabado de enseñar el pudor...

Por lo regular una doncella virtuosa é inocente es quien puede enseñar las reglas del rubor á un joven apasionado: la Religion Cristiana prueba aquí su poder, pues pone el lenguaje casto en boca de Eudoro, y la espresion atrevida en la de Cimodocea. Esto es nuevo y estraordinario, sin duda, pero natural, por el efecto de las dos religiones; y hubiera sido ofender la verdad, si hubiese presentado costumbres contrarias.

xxxi.—Pág. 67. Cimodocea... promete dócil hacerse instruir en la religion del dueño de su corazon.

Aquí está pintada la simple naturaleza, y esto no ofende en manera alguna á la religion, porque Cimodocea no está pedida como una víctima inmediata. (Véase el libro del *Cielo.*)

xxxii.—Pág. 67. El sepulcro de Epaminondas, y la cima del bosque Pelago...

«Saliendo de Mantinea por el camino de Palancio, se encuentra, á treinta estadios de la ciudad, el bosque llamado Pelago...... Epaminondas fue muerto en este sitio, y este prohombre fue sepultado sobre el campo de batalla»

Pausan., *in Arcad.*, cap. II.

Este libro presenta el contraste de lo mas ameno y apasionado que nos ha dejado la mitología respecto del amor, y todo lo mas grave y santo que ha dicho la Escritura sobre el amor conyugal. ¿Cuál de estos dos amores se lleva la ventaja? Al lector le toca el decidir.

LIBRO DÉCIMO TERCIO.

Nota primera.—Pág. 67. El templo de Juno Lacinia.

Plutarco es quien cuenta esta fábula en sus *Morales*. Este templo era además muy célebre, y estaba edificado sobre el promontorio llamado Lacinio, en lo interior del golfo de Tarento en Italia. Tito-Livio y Ciceron han hablado de este templo.

ii.—Pág. 67. El monte Quelidoreo...

Montaña de la Arcadia, consagrada particularmente á Mercurio, y en la que este dios encontró la tortuga de cuya concha se sirvió para hacer una lira. (Pausan., *in Arcad.*, cap. XVII.)

iii.—Pág. 67. Eudoro á la manera de uno de esos brillantes sueños...

Sunt geminæ somni portæ, quarum altera fertur
Cornea, qua veris facilis datur exitus umbris;
Altera candenti perfecta ni tens elephanto.

Æn., VI.

iv.—Pág. 67. Guiado por el ángel de los santos amores.

Aquí he suprimido una comparacion por haberme parecido trivial y supérflua.

v.—Pág. 68. Y como esposa de su hermano.

Tambien hay aquí suprimida una frase inútil.

vi.—Pág. 68. Un templo que Orestes habia consagrado á las Gracias y á las Furias.

Vuelto ya Oréstes de su frenesí, hizo un sacrificio á las Furias blancas. Los arcades erigieron un templo en el paraje mismo en que se consumó el sacrificio, y lo dedicaron á las Furias y á las Gracias. Pausanias coloca este templo cerca de Megalópolis, en el camino de la Mesenia. Yo no he seguido su testo. (Pausan., *in Arcad.* cap. XXXIV.)

vii.—Pág. 68. Por uno de los descendientes de Ictino.

Ictino habia edificado el Partenon en Aténas.

viii.—Pág. 68. Los zéfiros agitan blandamente la apacible luz de la antorcha.

Despues de esta frase habia una comparacion, que he suprimido porque sobrecargaba el cuadro.

ix.—Pág. 68. Bailan, desplegando guirnaldas de flores en derredor del demonio de la lujuria...

Este cuadro está justificado por una grande autoridad cual es la del Tasso. Encuéntranse estos efectos de magia en el palacio de Armida, en el que se ven nadar demonios en las fuentes bajo la forma de ninfas; y se oye cantar á los pájaros, en lenguaje humano, el poder del deleite, etc. Un ruiseñor que no hace mas que suspirar está muy lejos de parecerse al pájaro de los jardines de Armida. Yo he seguido, pues, tambien las tradiciones poéticas; si he faltado, he faltado con el Tasso, y aun con Voltaire, quien en un asun-

to enteramente cristiano, no ha dejado de describir una Idalia y un templo del Amor.

x.—Pág. 69. Y cuando tu madre te dió á luz en medio de los laureles y de las cintas.

Se cubria el lecho de las mujeres recien paridas con flores, laureles, ínfulas, y otros diversos presentes.

xi.—Pág. 69. ¿No podria ser tu esposa sin abrazar la fe?..

Idea muy natural en Demodoco. La respuesta de Eudoro es de un verdadero cristiano: si se ha mostrado débil en cuanto al peligro que amenazaba la vida de Cimodocea, el heroismo cristiano vuelve á aparecer aquí; porque Eudoro, que no tiene fuerza para esponer la existencia de una mujer amada, se siente con gran valor para renunciar el amor de esta mujer. Este trozo bastaria para quitar toda duda sobre el efecto religioso de la obra, y los principios que la han dictado. Así lo ha observado el autor del escelente escrito que he citado varias veces.

xii.—Pág. 69. Jura por el lecho de hierro de las Euménidas, que tu hija pasará á su tálamo.

Este es todo el nudo de los Mártires, y el que los críticos ilustrados hubieran buscado en otro tiempo para aplaudir ó criticar la obra; pero no hubieran ido á meterse en si es una triste epopeya en prosa, en lo maravilloso cristiano y otras críticas semejantes, que cuando mas, denotan un entendimiento vulgar.

Este pasaje, y la esposicion del primer libro, destruyen absolutamente la crítica de los que se enternecen por la suerte de Demodoco y de Cimodocea, para que recaiga lo odioso sobre los cristianos. No son los cristianos los que han causado la desgracia de esta familia gentil; el sacerdote de Homero y su hija hubieran sido mucho mas desgraciados por Hiérocles, que lo son efectivamente por Eudoro; y debe observarse además que su desgracia habia ya principiado antes de que hubiesen conocido al hijo de Lasténes. Supongamos por un momento que el prefecto de la Acaya logra robar á Cimodocea, que repele los esfuerzos de Demodoco, que lo hace aprisionar ó darle muerte, en virtud de las órdenes de un hombre tan poderoso y perverso como él, y que Cimodocea se ve por lo tanto obligada ó á matarse ó á pasar su vida en el baldon y el llanto, y tendremos una fiel pintura de lo que hubieran padecido estos desdichados, si no hubiesen encontrado á los cristianos. Conviene observar que yo raciocino aquí *humanamente*; porque hablando con referencia al asunto de mi obra y segun mi opinion, nunca Cimodocea y Demodoco pudieran comprar muy cara la felicidad de abrazar la verdadera religion.

xiii.—Pág. 69. Que me confiais.

En las ediciones precedentes se decia: «Que confiais á Jesucristo;» lo que era muy natural, porque los cristianos debian hablar de Jesucristo á los gentiles, así como los gentiles les hablaban de Júpiter. Pero en fin, ya que se ha querido oscurecer una cosa tan clara, he borrado el nombre de Jesucristo, y he suprimido tambien los dos renglones en que se trataba de la montaña de Nebo, lo que no tenia nada de particular, pues Eudoro hablaba en este momento con Lasténes; circunstancia de que no hace mérito la crítica, que por otra parte rebosa *buena fe y candor*.

xiv.—Pág. 69. Los pastores de Evandro:

Ya se sabe que Evandro reinó en la Arcadia. (Véase el principio del libro IV.)

xv.—Pág 70. Pero la gentil apostura que el hijo de Lastenes...

No era, pues, inútil el presentar á Eudoro con todo el prestigio de su triunfo, por lo tanto era necesaria su narracion. Sin todos estos timbres, sin este crédito adquirido por medio de gloriosos servicios, no podia existir la obra; porque en este caso se pintaba á Eudoro como muy fácil de dejarse oprimir, y su lucha con Hiérocles venia á ser tan loca como inverosimil.

xvi—Pág. 70. Hubiérasele tomado por Tiresias, ó por el adivino Amfiarao, pronto á bajar vivo á los infiernos con sus armas blancas...

Ipse habitu niveus: nivei dant colla jugales:
Con color est albis et cassis et infula cristis.

STAT., *Theb.*, VI.

......Ecce alte præceps humus ore profundo
Dissilit, inque vicem timuerunt sidera et umbræ.
Illum ingens haurit specus, et transire parentes
Mergit equos.

Id., *Theb.*, VII.

LIBRO DECIMOCUARTO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 70. A la entrada del Hermeo...

Llaman Hermeo en Grecia á ciertos desfiladeros de montañas en donde colocaban estátuas de Mercurio. Habia muchos Hermeos que conducian de la Mesenia á la Laconia y á la Arcadia; el Hermeo que sigue Demodoco, es el que yo mismo he atravesado.

ii.—Pág. 71. Oculta entre las retamas medio abrasadas, la importuna cigarra hacia oir su monótono canto...

Véase aquí un pasaje de mi itinerario.

Camino de la Mesanía á Tripolitza.—Despues de tres horas de camino, salimos del Hermeo, bastante parecido en esta parte al paso del Apenino, entre Perusa y Tarni; entramos en una llanura cultivada que se estiende hasta Leontari, y nos encontramos en la Arcadia en las fronteras de la Laconia. Generalmente se cree que Leontari no es Megalópolis.... Dejando á Teontari á la derecha, atravesamos un bosque de encinas viejas, resto venerable de una selva sagrada, y vimos salir por el monte Boreas, el sol mas hermoso que jamás habíamos visto. Echamos pié á tierra luego que bajamos por la montaña, y trepamos en seguida por un camino cortado perpendicularmente en la roca, y al que llaman en la Arcadia camino de Escalera.... Estábamos ya inmediatos á una de las fuentes de Alfeo, é iba midiendo con la vista los barrancos y precipicios profundos que hallábamos á nuestro paso: todo en aquel paraje presentaba la mayor aridez. El camino que conduce del Boreas á Tripolitza atraviesa unas llanuras desiertas, y entra despues en un largo valle de piedras donde el sol nos devoraba. Las cigarras escondidas debajo de algunas matas abrasadas, únicos arbustos que se descubrian en aquel sitio interrumpian su canto al acercarnos á ellas, y lo comenzaban de nuevo luego que habíamos pasado; nada por otra parte turbaba el silencio de aquellas soledades, mas que este canto monótono, el paso de nuestros caballos y la cancion de nuestro guia. Siempre que un postillon griego monta á caballo, empieza á entonar una cancion, y con la misma continua el resto del camino. Por lo comun suele ser un largo romance rimado, lo que embelesa el oido y distrae de sus penas á los descendientes de Lino. Paréceme que estoy oyendo todavía la cantinela de mis desgraciados guias; de dia, de noche, al salir y ponerse el sol, en las soledades de la Arcadia, en las márgenes del Eurotas, en los desiertos de Argos, de Corinto, de Megara; hermosos lugares en que ya no resuena la voz de las Bacantes, en que los conciertos de las Musas han cesado, y en que el griego desventurado parece llorar en tristes endechas las desgracias de su patria.

. . . . Soli periti cantare
Arcades!

iii.—Pág. 71. Por este camino huyó Licisco...

En la primera guerra de Mesenia, prometió el oráculo la victoria á los mesenios, si sacrificaban una doncella de la sangre de Epito. Muchas eran las doncellas que habia de esta familia, y echando suertes, cupo á la hija de Licisco; pero anteponiendo este su hija á su país, se fugó con ella á Esparta. En esto se presenta Aristodemo, y ofrece voluntariamente su hija para reemplazar á la de Licisco. La hija de Aristodemo estaba prometida en matrimonio á un jóven, quien para salvarla, pretendió que ya tenia en ella los derechos de esposo, y que ella llevaba en su seno el fruto de su amor. Al oir esto, Aristodemo clavó un puñal en las entrañas de su hija, las abrió, y probó á los mesenios que ella era digna de dar la victoria á la patria.

iv.—Pág. 71. Y empieza á bajar hacia Pilano...

Esta geografía es del todo diferente de lo que era en las primeras ediciones. La exactitud que yo observo me habia

hecho caer en una falta singular. Yo no habia querido hacer recorrer á Demodoco mas que el camino que yo habia seguido: pero como yo fuí desde luego á Tripolitza, en el valle de Tejeo, y volví en seguida á Esparta, no eché de ver que Demodoco se desviaba unas treinta leguas de su verdadero camino. Hacerle llegar á Esparta por el monte Tornax era muy estraño, y esto es lo que la crítica no ha visto, aunque ha declarado doctamente que el sepulcro de Ovidio se hallaba á la otra parte del Danubio. En cuanto á los monumentos que se van encontrando en el camino actual de Demodoco, se puede consultar á Pausanias, *in Lacon.* lib. III, *cap.* XX y XXI.

V.—Pág. 71. Las cordilleras del Taijeto.

Yo soy, segun creo, el primer autor moderno que ha dado la descripcion de la Laconia, despues de haber visitado por sí mismo los lugares; por lo tanto puedo responder de la fidelidad del cuadro. Guillet no nos ha dejado bajo el nombre de su hermano La Guilletiére, mas que una novela, segun lo ha probado Spon. Vernhum, compañero de Wheler, habia visitado á Esparta, pero se estiende muy poco sobre ella en su carta impresa entre las Memorias de la Academia real de Lóndres. Mr. Fauvel me ha dicho que ha hecho dos ó tres viajes á la Laconia, mas nada ha publicado todavía. Mr. Pouqueville, escelente en todo lo que ha visto con sus ojos, parece no ha tenido sobre Esparta mas que noticias inexactas. Wheler, Spon y d' Anville dijeron que Esparta no es Misitra, y no obstante se han obstinado en ver á Lacedemonia en esta última ciudad, siguiendo en esto el parecer de Guillet, de Niger y de Ortelio. Misitra se halla á dos leguas del Eurotas, lo que bastaria para cortar la disputa, si esto pudiese dar ocasion á que la hubiera. Las ruinas de Esparta están en Magoula muy inmediatas al rio; y d' Anville las ha designado muy bien bajo el nombre de Palœochori, ó ciudad vieja. Pueden conocerse fácilmente, y ocupan una grande estension de terreno. Pero lo mas increible es que la Guilletiére habla de Magoula sin atinar en que está hablando de Esparta.

VI.—Pág. 71. Aquella misma noche dió principio Cirilo á la instruccion...

Este libro contiene tal vez en sí cierta gravedad que contrasta con la descripcion mas brillante de Atenas, y que recuerda naturalmente al lector la rígida Lacedemonia. Me ha parecido que se veria con algun placer el nacimiento del Cristianismo en Esparta, y á la ley evangélica reemplazar las leyes de Licurgo.

VII.—Pág. 72. ¿Qué puedes contra la Cruz?

Con esta palabra se ve que este demonio solitario no habia asistido á la deliberacion del infierno.

VIII.—Pág. 74. En los dos grados de oyenta y de postulante.

Por los diferentes grados de catecúmenos, y por las diferentes órdenes del clero, de las viudas, de las diaconisas, etc. (Véase Fleury, *Cost. de los cristianos.*)

IX.—Pág. 74. Es la hija de Pindaro, coronada con las flores del Platanista...

Las hijas de Esparta cogieron las flores con que formaron la corona nupcial de Helena. (Véase á Teócrito.)

X.—Pág. 74. Cerca del Lesche, y no lejos de los sepulcros de los reyes Agidas.

«Los sepulcros de los reyes Agidas se hallan en un barrio de la ciudad llamado el Teomélide. El Lesque está tocando á estos sepulcros, y los Crotanes se juntan en el Lesque.» (Pausan., lib. III, cap. XIV.) Los crotanes formaban una de las cohortes de la infantería lacedemonia.

Habia en Esparta otro segundo Lesque, conocido con el nombre de Pecilo, en razon de los cuadros ó pinturas que se veian en él.

Los reyes Agides eran descendientes de Agis hijo de Euristénes, y sobrino de Prócles, dos hermanos gemelos en quienes tienen principio las dos familias que reinaban juntas en Esparta.

XI.—Pág. 74. Separada de todo monumento profano...

El citar autoridades para lo relativo á las iglesias y ceremonias de la Iglesia primitiva, seria una repeticion de mi testo; basta que sepa el lector que todo esto es una pintura fiel y que puede consultar á Fleury, *Cost. de los crist.*, *é Hist. Ecles.*

XII.—Pág. 74. Sus túnicas entreabiertas...

El traje de las mujeres de Esparta estaba abierto desde las rodillas hasta la cintura. Queriendo Licurgo violentar la naturaleza, hizo al cabo de las lacedemonias las mujeres mas impúdicas de la Grecia.

XIII.—Pág. 74. En las fiestas de Baco ó de Iacinto.

Estas fiestas se celebraban en Amiclea con mucha pompa: duraban tres dias; los dos primeros estaban consagrados á las lágrimas, y el tercero á los regocijos.

XIV.—Pág. 74. La doblez, la crueldad, la ferocidad materna...

El robo y el disimulo eran tenidos en Esparta por virtudes, y por lo tanto enseñaban á los niños á robar. No se ignora á lo que se reducia la criptia, ó la caza de esclavos usada por ellos: se sabe tambien que las lacedemonias se alegraban de la muerte de sus hijos, á quienes animaban al partir para la guerra.

XV.—Pág. 74. El lector subió á la tribuna.

El lector era un diácono ú subdiácono, y era el que hacia la lectura. La tribuna de que aquí se trata se llamaba *Ambon.*

XVI.—Pág. 75. Habitantes de Lacedemonia, tiempo es de que os recuerde la alianza que os une con Sion.

Puede verse todo este pasaje en el libro de los *Macabeos.*

XVII.—Pág. 75. Entre todos los pueblos de Javan, etc.

Javan, en la Escritura, es la Grecia propiamente dicha. Setim es la Macedonia, y Elisa la Elida ó el Peloponeso.

XVIII.—Pág. 75, ¡Ah! ¡Cuánto seria de temer...

«Timeo cervicem, ne margaritarum et smaragdorum laqueis occupata, locum spathæ non det.» (Tertul., *de Cultu fem.*)

XIX.—Pág. 75. Para el cristiano...

«Auferamus carceris nomen, secessum vocemus. Est corpus includitur, etsi caro detinetur, omnia spiritui patent. Vagare spiritu, spatiare spiritu, et non stadia opaca aut porticus longas proponens tibi, sed illam viam quæ ad Deum ducit. Quotiens eam spiritu deambulaveris, totiens in carcere non eris. Nihil crus sentit in nervo, cum animus in cœlo est. Totum hominem animus circumfert, et quo velit transfert.» (Tertul., *ad Martyr.*)

XX.—Pág. 75. Abrense las puertas de la iglesia, y oyóse fuera una voz...

«Aquellos á quienes estaba prescrito hacer penitencia pública, venian el primer dia de cuaresma á presentarse en la puerta de la iglesia con vestidos pobres, sucios y desgarrados.... Dentro de la iglesia recibian de mano del prelado ceniza en la cabeza y cilicios para cubrirse; en seguida permanecian postrados, mientras que el prelado, el clero y todo el pueblo oraban de rodillas por ellos. Despues les hacia el prelado una exhortacion, en la que les advertia que iba á echarlos por algun tiempo de la iglesia, como Dios echó á Adan del Paraiso por su pecado; les alentaba y los animaba al trabajo, con la esperanza de merecer la misericordia de Dios. En seguida, los ponia, en efecto fuera de la iglesia, y se cerraban inmediatamente las puertas tras ellos.» (Fleury, *Cost. de los Crist.*)

XXI.—Pág. 75. Como el lirio entre espinas...

Este canto está sacado del Cántico de Salomon. El canto gentil que sigue es una imitacion del epitalamio de Manlio y de Jumia, hecho por Cátulo. Estos no son objetos de comparacion, sino bellezas de un género diferente. Las imágenes orientales se prestan con facilidad á la parodia; y Voltaire se ha divertido con el Cántico de los Cánticos. Basta

omitir algunas pinceladas que ofenden nuestro gusto para hacer de esta elegia mística lo que ella es en sí, esto es, una obra maestra de pasion y de poesía. Por lo demás, estas dos imitaciones están muy abreviadas en la presente edicion.

XXII.—Pág. 76. El sepulcro de Leónidas.

Los huesos de Leónidas fueron traidos de las Termópilas cuarenta años despues de la famosa batalla, y enterrados bajo el anfiteatro, detrás de la ciudadela, en Esparta. Yo he buscado por mucho tiempo este sepulcro con la obra de Pausanias en la mano, y solo he encontrado en este sitio seis grandes monumentos casi del todo arruinados, á los cuales preguntaba inútilmente sobre las cenizas del vencedor de los persas. Un silencio profundo reinaba en aquel desierto: la tierra estaba cubierta á grandísima distancia con los escombros de Lacedemonia, y yo andaba vagando de una en otra ruina, acompañado de un genízaro. Nosotros éramos los dos únicos vivientes que aparecian allí en medio de tantos muertos ilustres; ambos éramos bárbaros, y estraños uno á otro, tanto como lo éramos tambien para la Grecia: salidos de las selvas de las Galias, y de las rocas del Cáucaso, nos habíamos encontrado en el interior del Peloponeso, yo para pasar, y él para vivir sobre unos sepulcros que no eran los de nuestros abuelos.

XXIII.—Pág. 76. Cimodocea... no puede permanecer en la Grecia...

Así la separacion de los dos esposos, y el viaje de Cimodocea á Jerusalen, están bastante fundados. Cimodocea es ya casi cristiana, y casi esposa de Eudoro; por otra parte los cristianos están próximos á ser juzgados. Se ve que en cada libro da un paso mas la accion.

XXIV.—Pág. 76. Con un rayo.

«Transierunt omnia illa tanquam umbra et tanquam nuntius percurrens.» (Sap., cap. V, v. 7.)

LIBRO DECIMO QUINTO.

Este libro no tiene necesidad esencial de notas, fuera de estos dos puntos: 1.º Pisto era en efecto obispo de Aténas en la época de que hablo, y se halló en el concilio de Nicea; 2.º hay muchos anacronismos con respecto á Juliano y á los grandes hombres de la Iglesia, que yo represento en el jardin de Platon. He hecho en este libro algunas correcciones de estilo, he suprimido algunas frases, etc., etc. Reemplazaré las notas de este libro con un largo trozo de mi *Itinerario*, el cual servirá de comentario al viaje de Eudoro.

NOTA PRIMERA.—Pág. 77. Marchaba hácia Argos por el camino de la montaña...

De Esparta á Argos hay dos caminos el uno pasa por el valle de Tejeo, y el otro va atravesando las montañas que circuyen el golfo de Argos. Yo he seguido este último, y este es tambien el que he hecho tomar á Eudoro. Antes de citar mi *Itinerario*, debo observar que Argos estaba ya casi arruinada en tiempo de Pausanias; y era tan pobre, en el reinado de Juliano el Apóstata, que no pudo contribuir á los gastos y restablecimiento de los juegos Istmicos. Juliano defendió su causa contra los corintios, cuyo singular monumento literario hemos conservado entre las obras de este emperador (Epist. XXV.) Argos, patria del rey de los reyes, pasó á ser en la edad media la herencia de una viuda veneciana, y fue vendida por esta viuda á la república de Venecia en doscientos ducados de renta vitalicia, y quinientos pagados por una sola vez. Coronelli trae este contrato. ¡Véase el paradero de la gloria!

Itinerario.—Desde las ruinas de Esparta partí para Argos sin volver á Misitra. Habíame despedido de Ibrahim Bey, y me separaba sin sentimiento de Lacedemonia; no obstante no podia dispensarme de aquella tristeza que se esperimenta en presencia de una gran ruina, y cuando uno se separa de unos sitios que no volverá á ver jamás. El camino que va de la Laconia á la Argólida era en la antigüedad el mismo que es en el dia, esto es, uno de los mas ásperos y quebrados de la Grecia. Atravesamos el Eurotas á la entrada de la noche por el paraje mismo en que lo habíamos ya pasado viniendo de Tripolitza, y en seguida volviendo hácia levante, entramos por unas gargantas de montañas. Nosotros caminábamos con bastante rapidez por en medio de los precipicios y de las ramas de los árboles que nos obligaban á tendernos sobre el cuello de los caballos para no lastimarnos; no obstante esta precaucion, me di tan fuerte golpe en la cabeza con una de estas ramas, que caí sin conocimiento á diez pasos de distancia; y como mi caballo seguia siempre su galope, no fue observada mi caida por los compañeros de viaje que iban delante de mí, hasta pasado algun tiempo: reparan estos mi falta, vienen á mí, y sus gritos me hicieron volver de mi desmayo.

«A la una de la madrugada llegamos á la cima de una montaña muy alta, en donde dejamos descansar nuestros caballos, y el frio que sentimos era tan vivo, que nos vimos forzados á encender fuego con el ramaje que por allí habia. No sé que nombre pueda darse á este paraje tan poco célebre de la antigüedad, pero debíamos hallarnos cerca de las fuentes de Leno, en la cordillera del monte Eva, y poco distantes de Prasia, en el golfo de Argos.

«Llegamos á las dos de la mañana á un lugar bastante crecido llamado San Pedro, y muy cerca del mar, y vimos que no se hablaba allí mas que de un acontecimiento trágico que se apresuraron á contarnos.

«Una niña de aquel lugar perdió á sus padres, y encontrándose dueña de una pequeña fortuna, la enviaron sus parientes á Constantinopla, en donde permaneció hasta la edad de diez y ocho, en cuya época se volvió á su pueblo. Era hermosa; hablaba el turco, el italiano y el francés; y cuando pasaban algunos estranjeros por San-Pedro, los recibia con una urbanidad tal que los del pueblo llegaron á sospechar de su virtud. Los principales de aquellos aldeanos se juntaron, y despues de haber examinado entre sí la conducta de la huérfana, resolvieron deshacerse de una mora que les deshonraba el lugar. Para esto se proporcionaron la suma que está señalada en Turquía para el asesinato de una cristiana; y en seguida entraron durante la noche en la habitacion de la jóven, la asesinaron, y un hombre que esperaba la noticia de estar ya verificada la ejecucion, fue á llevar al bajá el precio de la sangre. Lo que alarmaba á todos aquellos griegos de San-Pedro no era la atrocidad de la accion, sino la codicia del bajá; porque este, que encontraba tambien que la accion era bastante sencilla en sí, y que se allanaba á recibir la suma señalada por un asesinato ordinario, observaba no obstante que la hermosura, la juventud, la instruccion y los viajes de la huérfana le daban á él, como bajá de Morea, justos derechos para una indemnizacion. En consecuencia habia enviado su señoría aquel dia mismo á dos genízaros para exigir una nueva contribucion al pueblo.

«Cambiamos de caballos en San-Pedro, y tomamos el camino de la antigua Cinusia. A eso de las tres de la tarde nos gritó el guia que íbamos á ser atacados: y en efecto, descubrimos á algunos hombres armados en la montaña, los cuales, despues de habernos observado mucho tiempo, nos dejaron pasar tranquilos. Entramos en los montes Partenios, y bajamos hasta la orilla del rio, cuya corriente nos condujo hasta el mar. Descubríase la ciudadela de Argos, Nauplia en frente de nosotros, y las montañas de la Corintia hácia la parte de Micénas.

«Desde el punto en que nos hallábamos, faltaban todavía tres dias de marcha para llegar á Argos, y era menester ir costeando el golfo, y atravesar la laguna Lerna, que estaba entre la ciudad y el lugar en que nos hallábamos entonces; pero llegó la noche, el guia se equivocó de camino, nos perdimos entre unos arrozales que estaban inundados, y nos tuvimos por muy felices en poder esperar el dia sobre un monton de estiércol de ovejas, que fue el sitio menos húmedo y sucio que pudimos encontrar.

«Yo tendria algun derecho para quejarme de Hércules, por no haber muerto bien la hidra de Lerna, pues cogí en aquel lugar mal sano unas calenturas de las que no me ví libre enteramente hasta que llegué á Egipto.

«Al amanecer me encontraba ya en Argos. El pueblo que reemplaza ahora á aquella célebre ciudad es mas limpio y frecuentado que la mayor parte de los otros lugares de la Morea. Su situacion es muy hermosa, y se halla en lo hondo del golfo de Nauplia ó de Argos, á legua y media del mar. Tiene por una parte las montañas de Cinuria y de la Arcadia, y por otra parte las alturas de Trecena y de Epidauro.

«Pero sea que mi imaginacion se hallase afligida con el recuerdo de las desgracias y de los furores de los Pelópidas, sea que realmente estuviese yo penetrado de la verdad, las tierras me parecieron incultas y desiertas, y las montañas sombrías y desnudas; especie de naturaleza fecunda en grandes crímenes como en grandes virtudes. Visité allí los restos del palacio de Agamenon, los escombros del teatro y de un acueducto romano; subí á la ciudadela, y queria ver

hasta la menor piedra que habia podido mover la mano del rey de los reyes.

«¿Quién puede alabarse de gozar de alguna gloria al lado de estas familias que han sido cantadas por Homero, por Esquilo, Sofocles, Euripides y Racine? Y cuando uno vé cuán poco ha quedado de estas familias en aquellos parajes testigos de su grandeza y de su poder, es aun mayor el asombro. . . . .

«Dejé á la izquierda la selva de Nemea, y llegué á Corinto por una especie de llanura sembrada de montañas aisladas, y semejantes al Arco-Corinto, con el cual se confundian. Descubrimos esta montaña mucho tiempo antes de llegar á ella, como una mole irregular de granito rojo, y coronada su cima con una linea de paredes. La aldea de Corinto está al pié de esta ciudadela. . . . .

«Salimos de Corinto á las tres de la mañana. Hay dos caminos que van desde este pueblo á Megara; el uno atraviesa los montes Jeranios, por en medio del istmo, y el otro va costeando el mar Sarónico, á lo largo de las rocas Escironias; hay que tomar el primero para pasar la gran guardia turca que está colocada en las fronteras de la Morea. Detúveme en el sitio mas estrecho del istmo para contemplar los dos mares, el paraje en que se hacian los juegos, y echar en fin la última mirada al Peloponeso.

«Entramos luego en los montes Jeranios, plantados de abetos, laureles y mirtos, y perdiendo de vista y volviendo á encontrar sucesivamente el mar Sarónico y Corinto, llegamos á la cumbre de los montes. Bajamos á donde estaba la gran guardia, enseñé mi firman del bajá de Morea, y el comandante me convidó á fumar una pipa, y á tomar café en su barraca.

. . . .

«Tres horas despues llegamos á Megara, en donde no pregunté por la escuela de los Euclides; mas hubiera preferido descubrir allí los huesos de Focion, ó alguna estátua de Praxiteles y de Escopas; y mientras estaba pensando en que Virgilio, visitando tambien la Grecia, fue detenido en este sitio por la enfermedad de la cual murió, me vinieron á rogar fuese á visitar á una enferma.

«Los griegos, así como los turcos, suponen que todos los francos tienen conocimiento de medicina, y secretos particulares. La sencillez con que se dirigen á un extranjero en sus enfermedades, tiene algo de tierno y de interesante, y recuerda las antiguas costumbres: es propiamente una noble confianza del hombre para con el hombre. Los salvajes de América tienen el mismo uso. Yo creo que la religion y la humanidad mandan al viajero en este caso que se preste á lo que esperan de él: un aspecto tranquilo y algunas palabras consoladoras pueden algunas veces dar la vida á un moribundo, y hacer nacer la alegría en toda una familia.

«Vino, pues, un griego á buscarme para que viese á su hija, y siguiéndole á su vivienda, encontré en ella á una pobre criatura echada en el suelo sobre una estera, y sepultada bajo unos harapos con los cuales la habian cubierto. Sacó ella su brazo con bastante repugnancia y pudor por debajo de aquellos comprobantes de la miseria, y lo dejó caer moribunda sobre lo que le servia de cubierta. Parecióme que estaba atacada de una fiebre pútrida, é hice descargar su cabeza de las piececitas de plata con que las aldeanas albanesas adornan sus cabellos, pues el peso de las trenzas y del metal concentraba el calor en el cerebro. Yo llevaba conmigo alcanfor para la peste, y lo partí con la enferma; dijéronme que la habian alimentado con uvas, y yo aprobé el régimen. Por último rogamos á *Christos* y á la *Panagia* (la Virgen), y les prometí una pronta curacion, cosa que estaba yo muy lejos de esperar: he visto morir á tantos, que he adquirido en esto una regular esperiencia.

«Al salir de la casa, encontré reunida á la puerta toda la gente del pueblo, y las mujeres se echaron sobre mí gritando: ¡crasí! ¡crasí! ¡vino! ¡vino! de manera que, obligándome á beber, me querian aquellas gentes manifestar su agradecimiento. Esto hacia mi papel de médico bastante ridículo; pero ¿qué importa, si he añadido en Megara otra persona mas á las que puedan desearme algun bien en las diferentes partes del mundo por donde he pasado? Es un privilegio del viajero el dejar tras sí gratos recuerdos y vivir en el corazon de un extranjero, frecuentemente ¡ah! mucho mas tiempo que en la memoria de sus amigos.

«Pasamos la noche en Megara, y no partimos hasta el dia siguiente cerca de las dos de la tarde. Serian ya como las cinco cuando llegamos á una llanura rodeada de montañas hácia el Norte, Poniente y Mediodia; y un brazo de mar largo y estrecho (el estrecho de Salamina) bañaba esta llanura por la parte de Levante, y formaba como la cuerda del arco de las montañas; á la otra parte de este brazo de mar se encuentran las playas de una isla elevada (Salamina), cuyo estremo oriental se acerca á uno de los promontorios del continente, y entre las dos puntas se separa un estrecho paso. Como se nos acababa ya el dia, resolví detenerme en una aldea (Eléusis) que veíamos sobre una alta colina, la cual terminaba al Poniente cerca del mar el círculo de montañas de que he hablado.

«Distinguíanse en la llanura los restos de un acueducto y muchas ruinas esparcidas en medio de una cosecha recien segada: apeámonos al pié del montecillo, y trepamos aquella altura hasta la cabaña mas vecina, en donde nos hospedaron.

. . . .

. . . .

«Partimos de Eléusis al amanecer, dimos vuelta al canal de Salamina, y entramos en el desfiladero que pasa por entre el monte Icaro y el monte Coridalo, y va á desembocar á la llanura de Aténas, en el pequeño monte Pecilo. De repente descubrí el Acropólis, presentando en un conjunto confuso los capiteles de los Propileos, las columnas del Partenon y del templo de Erecteo, las troneras de una muralla llena de cañones, los restos góticos del siglo de los duques y las casuchas de los musulmanes. Veianse al Norte de la ciudadela dos pequeñas colinas: la Anquesme y Licabeto, y entre las últimas; y al pié de la primera, se hallaba situada Aténas. Sus techos aplastados y mezclados de minaretes, palmeras, ruinas y columnas aisladas, y las cúpulas de sus mezquitas coronadas con grandes nidos de cigüeñas en forma de canastos, hacian un efecto agradable á los rayos del sol saliente. Mas si todavia se podia reconocer á Aténas por la vista de algunas ruinas, se veia tambien por el conjunto de la arquitectura, y por el carácter general de los monumentos, que la ciudad de Minerva no estaba ya habitada por su pueblo.

«Un recinto de montañas que terminan en el mar, forman la llanura ó taza de Aténas. Desde el punto en que yo estaba observando está llanura hasta el pequeño monte Pecilo, parecia dividida en tres fajas ó regiones, que se estendian en direccion paralela de Norte á Sur. La primera de estas regiones y la mas cercana á mí, estaba inculta y cubierta de malezas; la segunda presentaba un terreno labrado, en el cual acababan de recoger la cosecha; y la tercera era un largo bosque de olivos que venia á formar una curva desde las fuentes del Iliso; y siguiendo el pié de la Anquesme, hasta cerca del puerto de Falero. El Cefiso corre por esta selva, que por su ancianidad, parece descender del olivo que Minerva hizo brotar de la tierra; y el Iliso tiene la madre seca al otro lado de Aténas, entre el monte Himeto y la ciudad.

«La llanura no está perfectamente plana, pues una pequeña cordillera de colinas que salen del monte Himeto, desigualan el nivel, y forman aquellas diferentes alturas sobre las cuales fue colocando Aténas sus preciosos monumentos.

«No es por lo regular en el primer momento de una conmocion muy viva cuando uno goza mas de sus sentimientos. Yo me iba acercando á Aténas con una especie de turbacion que me quitaba el poder reflexionar. En breve atravesamos las dos primeras regiones, la inculta y la cultivada, y entramos en el olivar. Bajé por un momento á la madre del Cefiso que entonces iba sin agua, por que en esta estacion la detienen los labradores para regar los olivos; y saliendo luego del bosque, nos encontramos con un jardin rodeado de paredes, que con corta diferencia ocupa el mismo sitio en que estuvo el Cerámico. Tardamos todavia media hora en llegar á Aténas; atravesamos un trigal recien segado, y nos vimos á los piés de un muro moderno que circuye la ciudad; entramos en ella, y fuimos siguiendo por unas calles pequeñas, campestres, frescas y aseadas. Cada casa tiene su jardin plantado de naranjos é higueras; el pueblo me pareció alegre y curioso, y no tenia aquel aire envilecido y yerto de los moraitas. Pregunté por la casa de Mr. Fauvel, y nos la enseñaron cerca del pórtico de Adriano, en las inmediaciones del Pecilo y de la calle de las Trípodes.»

LIBRO DECIMO SESTO.

La cuestion concerniente al Politeismo, á la religion natural y al Cristianismo es la mas trascendental de cuantas se pueden someter al juicio de los hombres; ella sola daria materia para llenar muchos volúmenes; y yo no podia destinar á ella mas que algunas páginas.

La escena está fundada en dos hechos históricos:

1.º Es verdad que Diocleciano, deliberó durante todo

un invierno con su consejo, sobre la suerte de los cristianos.

2.° En el reinado de Honorio, se quiso sacar del Capitolio el altar de la Victoria y Simaco, pontífice de Júpiter, pronunció con este motivo un hermosísimo discurso, que se conserva en las obras de San Ambrosio. Este santo respondió á Simaco, y la respuesta del elocuente arzobispo de Milan ha llegado tambien hasta nosotros.

NOTA PRIMERA.—**Pág. 82. Supongo que Roma agoviada por los años...**

Esto está sacado del discurso del verdadero Simaco. No sé si alguno ha observado todavía que el famoso pasaje de Massillon, en su sermon del *corto número de Elegidos*, es imitado del bello movimiento oratorio del sacerdote de los falsos dioses. He aquí el caso de decir, como los Padres, que es lícito algunas veces sacar el oro de los egipcios.

II.—**Pág. 83. No nos negamos á admitirle en el Panteon...**

Tiberio quiso poner á Jesucristo en la clase de los dioses; Adriano le erigió templos, y Alejandro Severo lo reverenciaba con las imágenes de las almas santas.

III.—**Pág. 83. Galerio dejaba espedito curso á las blasfemias de su ministro...**

Esto solo bastaria para establecer la verosimilitud *poética*, y volcar la crítica de los que dicen que Hiérocles no podia hablar con tanta libertad en el senado romano. Pero el autor del folleto ha mostrado muy bien que yo no habia salido de los límites de la verdad histórica.

«En el reinado de Diocleciano, dice, apenas se encontraba en Roma mas que el pueblo que siguiese de buena fe el culto de los ídolos. Profesábanse públicamente sistemas filosóficos mas absurdos tal vez que el politeismo, y se gozaba en este punto de la libertad mas absoluta, con tal que se tributase cierto homenaje esterior á los dioses del imperio. ¿Quién ignora que aun mucho tiempo antes de esta época, era muy de moda la filosofía atea de Epicuro y de Lucrecio? Y para dar un ejemplo mas decisivo, ¿quién no tiene presente el discurso que pronunció César *en pleno senado*, cuando la conjuracion de Catilina, en el cual negando los dogmas mas importantes para el mantenimiento del órden social dice en propios términos que la muerte es el fin de todas las inquietudes, en lugar de ser un suplicio; y que mas allá de la tumba no hay ni penas ni placeres?»

IV.—**Pág. 83. El delicioso jardin era la esteril Judea...**

Así se burla Voltaire hablando de la Judea, y Eudoro responde á estas burlas. Yo no ignoro sin embargo que este hubiera podido replicar que la Judea era muy fértil; y sin mucho trabajo hubiera encontrado yo las pruebas reunidas de este hecho en el presbítero Fleury, y sobre todo en el doctor Shemd. Pero, á mi entender, una mera observacion puede conciliar las autoridades que parecen contradecirse; porque si bien muchos autores antiguos hablan de la fecundidad de la Judea, Estrabon dice con todas letras que á nadie le venia el deseo de disputar á los Judíos unos peñascos desiertos. Presenta tambien la Escritura pasajes tan contradictorios sobre este mismo asunto, que San Gerónimo ha creido que la fertilidad de la Judea debe entenderse bajo el sentido espiritual. La vista de los lugares resuelve en un instante toda la dificultad. La Judea *propiamente dicha* era ciertamente un pais seco é ingrato, á escepcion de algunos valles, tales como los de Belen, de Engaddi y de Betania; pero el *país de los hebreos* era una tierra de abundancia. La Galilea al Norte, la Idumea y la llanura de Saron al Mediodia, y al Oriente las cercanías de Jericó, son paises escelentes. Jerusalen estaba edificada sobre una roca, en las montañas, y en el centro de un país fértil que la alimentaba. Esta es la verdad. Pero ¿por qué los legisladores de los Judíos colocaron la ciudad santa por órden de Dios en un sitio tan árido y quebrado? Eudoro da, *humanamente* hablando, la razon principal en lo que ha dicho.

V.—**Pág. 84. Los cristianos se reunen durante la noche...**

Los antiguos apologistas hacen mencion de estas calumnias. Bien se deja conocer que el misterio de la Eucaristía pudo haber hecho nacer la fábula de los banquetes de carne humana; pero no es fácil saber lo que dió lugar á la historia del perro, de los insectos, etc. Fleury observa juiciosamente que, acostumbrados los paganos á las abominables escenas de las fiestas de Flora y Baco, supusieron naturalmente que los cristianos se entregaban en sus reuniones secretas á delitos semejantes.

VI.—**Pág. 84. Por donde quiera se deslizan hacen nacer discordias...**

Estas son las verdaderas armas de los sofistas que combaten á sus adversarios denunciándolos.

VII.—**Pág. 85. A la manera que la peonza...**

Esta comparacion ha sido empleada por Virgilio y por Tibulo.

VIII.—**Pág. 86. Augusto, César...**

Esta introduccion es la de la Apología de San Justino el filósofo.

IX.—**Pág. 86. El efecto de una religion...**

Esto, que solo se ha considerado como una ocurrencia feliz, es exacto y justo en todas sus partes.

X.—**Pág. 86. Somos de ayer...**

Bella palabra de Tertuliano: *Sola relinquimus templa*.

XI.—**Pág. 86. Todo se reduce á saber...**

Eudoro va derecho al fin que se propone, porque habla delante de un príncipe político, que á esto reduce toda la cuestion.

XII.—**Pág 86. La razon política del establecimiento...**

Véase mas arriba la nota IV.

XIII.—**Pág. 86. Publio, prefecto de Roma...**

Esta palabra de Publio, dicha de paso, no es inútil, pues trae á la escena un personaje que se ha nombrado ya en el cuarto libro, y que va á hacer un papel importante.

XIV.—**Pág. 86. Cuando una deslumbradora nevada...**

Se ha comparado en la Iliada la elocuencia de Ulises á los copos de nieve; pero esta comparacion mia es de otra especie, y está presentada bajo otras relaciones.

XV.—**Pág. 87. Una dilatada serie de profecias, todas realizadas...**

Estas son las pruebas que faltan aqui, y que yo habia presentado; pero he tenido que suprimirlas pues *non erat hic locus*.

XVI.—**Pág. 87. Muchos emperadores romanos...**

Véase la nota II de este libro. La carta de Plinio el Jóven á Trajano en favor de los cristianos, es bastante conocida, y hace parte de las notas del *Genio del Cristianismo*.

XVII.—**Pág. 87. Pero antes venid á recoger de nuestros hospitales...**

Los cristianos tenian ya hospitales, y el dinero de las agapes servia para socorrer á los pobres. La Iglesia tomaba á los pobres bajo su proteccion, de lo que es testigo la historia de San Lorenzo que yo atribuyo á Marcelino Galerio, en este mismo momento, hacia ahogar á los pobres para deshacerse de ellos. Mas adelante volveremos á hablar de esto.

XVIII.—**Pág. 87. ¿Creen tal vez que estos han caido en esos lugares infames...**

Ponian á los niños espósitos en lugares de prostitucion. *Véase* la Apología de San Justino.

XIX.—**Pág. 87. Príncipes, seame permitido...**

He aquí precisamente donde Hiérocles esperaba á Eudoro. El sabia que un cristiano estaba obligado á guardar secreto sobre estos misterios, y que en consecuencia se presentaba este raciocinio al espíritu. «Vuestros misterios son cosas

abominables; lo negais, pero no quereis esplicar estos misterios: luego vuestros misterios son crímenes.» Eudoro se ha visto obligado á defenderse con argumentos *á posteriori*, lo que da mas pié á su adversario. El segundo ataque, y al que Eudoro no podia menos de sucumbir, era el que versaba sobre no sacrificar al emperador. Por lo tanto no lo olvidó Hierocles seguro de que Eudoro se negaria abiertamente á este sacrificio. En efecto, aquí hincaba el punto, y lo que servia de pretesto para degollar á los cristianos.

xx.—Pág. 87. Ese Dios, lo presiento, podria salvarme por sí solo...

Especie de profecía que pone á la vista uno de los rasgos mas grandiosos de la Historia Eclesiástica; esto es á San Leon deteniendo á Atila á las puertas de Roma.

xxi.—Pág. 87. No han proferido la queja mas ligera...

Esta razon no tiene réplica, y los apologistas la han empleado.

xxii.—Pág. 87. Aunque tengo en la actualidad alguna razon para amar la vida.

Unica palabra con la cual he recordado en este libro la accion fundada sobre el amor de Eudoro y Cimodocea.

xxiii.—Pág. 87. Dios se valia de la elocuencia cristiana.

Eudoro y los ángeles de luz no pueden llegar á impedir la persecucion de los cristianos; pero van sembrando el gérmen de la fe en el senado romano, y preparan de este modo el triunfo venidero de la religion: por lo tanto sus esfuerzos no son inútiles.

xxiv.—Pág. 88. Hierocles recobrando su audacia...

Véase la nota XIX.

xxv.—Pág. 88. De repente el escudo de Rómulo se desprende.

Celsam subeuntibus arcem.
In gradibus summi delapsus colmine templi,
Arcadus Evippi spolium, cadit æneus orbis.
STAT.

xxvi.—Pág. 88. Si la sibila de Cumes...

Esto es histórico. Despues de la deliberacion de su consejo, quiso ademas Diocleciano tener el parecer de los dioses. Hizo, pues, consultar al oráculo, y la respuesta fue con corta diferencia tal cual se verá en el libro siguiente.

LIBRO DECIMO SEPTIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 88. ¡Oh tierra!... donde reinan un soplo divino y unos genios amigos de los hombres...

PLATON *in Republ.*

ii.—Pág. 88. Sunio...

Al salir de Atenas, me dirigí á un pueblecito llamado Keratria, situdo al pié del monte Laurio, donde los atenienses tenian sus minas de plata. Encendimos algunos fuegos sobre esta montaña para llamar á un barquichuelo de la isla de Zea, nombrada en otro tiempo Ceos, patria de Simonides; pero fue en vano, pues la calentura que cogí en la laguna de Lerna, tomó mas fuerza, y pasé ocho dias en el lugar de Keratria, sin saber si podria ir mas adelante. Hablame dado Mr. Fauvel por conductor á un griego, quien al verme detenido de este modo se volvió á Atenas, fletó una barca en el Pireo, y me vino á buscar á una ensenada de la costa, á tres leguas de Keratria. Llegamos al ponerse el sol al cabo Sunio, mandé que me desembarcasen, y pasé la noche sentado al pié de las columnas del templo. El espectáculo era tal cual yo le pinto aquí: el cielo mas hermoso, la mar mas bella, un ambiente aromático, las islas del Archipiélago á la vista, ruinas encantadoras alrededor de mí, el recuerdo de Platon, etc., son cosas que no encuentra el viajero sino en Grecia.

iii.—Pág. 88. A desembarcar con París..,

Véase la *Iliada*.

iv.—Pág. 88. La víspera de las fiestas de Venus...

Consúltese lo que he dicho en el Exámen con respecto á este himno, y á la equivocacion de los críticos sobre la naturaleza de mis imitaciones. Esto no es en manera alguna el *Pervigilium Veneris* que se atribuye á Cátulo.

v.—Pág. 88. Ame mañana...

Cras amet qui nuncuám amavit; quique amavit,
cras amet.
PERVIGIL.

vi.—Pág. 88. Alma del universo...

Hominum divunque voluptas,
Alma Venus.
Te, Dea, te fugiunt venti, te nubila cœli.
Adventumque tuum....
Tibi rident æpuora ponti.
LUCRET.

vii.—Pág. 88. Venus coloca en el cuello de la doncella...

Ipsa jussit manc et udæ
Virgines nubant rosæ,
Fusæ aprugno de cruore,
Atque amoris osculis.
. . . .
Totus est armatus idem
Quando nudus est Amor.
PERVIGIL.

viii.—Pág. 88. El hijo de Citeres nació en los campos, etc.

Ipse Amor puer Diones
Rure natus dicitur.
. . . .
Ipse florum delicatis
Educavit osculis.
PERVIGIL.

Omnis natura animantium
Te seqnitur cupide, cuocumque inducere pergis. etc.
LUCRET.

Avia tum resonant avidus virgulata canoris,
Et venerem certis repetunt armenta diebus, etc.
VIRG., *Georg.*

ix.—Pág. 88. ¡Isla venturosa...

Esta estrofa entera es mia; yo he inventado la ficcion de las Gracias que quitan el huso á las Parcas lo que no se ha reparado: ¡tan enterados estamos en el dia de la antigüedad!

x.—Pág. 89. Se reunen á un grupo de peregrinos...

Aquí no hay anacronismo. Las peregrinaciones á Jerusalén suben hasta los primeros siglos de la Iglesia. San Gerónimo, que nos ha dejado, segun Eusebio, la descripcion de los Santos Lugares, dice que en su tiempo acudian á Jerusalén peregrinos de todas las partes del mundo. Otra circunstancia feliz es el haber podido y debido pintar en los Mártires, á Jerusalén arruinada, tal como yo lo he visto. En la época de la persecucion de Diocleciano, hasta el nombre de Jerusalén estaba tan enteramente olvidado, como que un mártir, habiendo respondido á un gobernador romano que era de Jerusalén, creyó este que el mártir hablaba de alguna ciudad facciosa edificada secretamente por los cristianos. Jerusalén se llamaba en aquel tiempo Elia, del nombre de Aurelio, que habia restablecido algunas casas sobre las inmensas ruinas amontonadas por Tito. En fin, no hay contradicion cuando yo represento hermosos edificios construidos por órden de Elena en medio de los escombros: por una parte el desierto y el silencio, y por otra la poblacion y el ruido. Segun la historia, la piadosa madre de Constantino hizo edificar estos monumentos de Jerusalén, porque se llenó de dolor al ver el *abandono y la pobreza de los Santos Lugares*. Aun se ven en el dia en Jerusalén iglesias muy ricas, mucha afluencia de gente en ciertas épocas del año;

pero en cuanto á lo demás y en todos tiempos, solo se ve la desolacion y la muerte. Como Cimodocea sigue exacta y muy detenidamente mi itinerario, nada tengo casi que añadir á lo que dice el testo, y no haria mas que repetirme.

XI.—Pág. 89. El guia esclama ¡Jerusalén!

Hay que ver cómo han hablado los cronistas contemporáneos de la llegada de los cruzados á Jerusalen:

«O bone Jesu, ut castra tua viderunt, hujus terrenæ *Jerusalem* muros, quintos exitus aquarum oculi eorum deduxerunt! Et mox terræ procumbentia sonitu oris et nutu inclinatis corporis sanctum sepulchrum tuum salutaverunt; et te qui in eo jacuisti, ut sedentem in dextera Patris; ut venturum judicem omnium, adoraverunt.» (Bob., *Manach.*, lib. IX.)

«Ubi vero ad locum ventum est, unde ipsam turritam *Jerusalem* posseat admirari, quis quam multas ediderint lacrymas digne recensant? Quis affectus illos convenienter exprimat? Extorquebat gaudium suspiria, et singultus generabat immensa lætitia. Omnes, visa *Jerusalem*, substinerunt, et adoraverunt; et flexo poplite, terram sanctam deoscunlati sunt: omnes nudis pedibus ambularunt, nisi metus fostiles eos armatos incedere debere præciperet. Ibant, et flebant; et qui orandi gratia convenerant, pugnaturi prius properis arma deferebant. Fleverunt igitur super illam, super quam et Christus illorum fleverat: et mirum in modum, super quam flebant, feria tertia, octavo idus junii, obsederunt. Obsederunt, inquam, non tanquam novercam privigni, sed cuasi matrem filii.» (Baldric., *Histor. Jerosol.* lib. VI.)

El Taso ha imitado este paso lo mismo que yo:

Ecco apparir Gerusalem si vede;
Ecco additar Gerusalem si scorge;
Ecco da mille voci unitamente
Gerusalemme salutar si sente, etc., etc.

Las estrofas que siguen son peregrinas:

Al gran piacer che quella prima vista
Dolcemente spiró nell altrui petto,
Alta contrizion successe, etc.

Siento no obstante que haya omitido el *non tanquàm novercam privigni, sed quasi matrem filii*. Yo, que solo he pintado una pacífica carábana, no he podido reproducir tan hermoso pasaje.

XII.—Pág. 89. Entre el valle del Jordan...

Algunos lectores se acordarán tal vez de haber visto una parte de esta descripcion en un artículo del *Mercurio* de Francia. (Agosto 1807.)

XIII.—Pág. 90. El bosque consagrado á Venus...

Eusebio dice, en la Vida de Constantino, que era un templo, y que fue demolido por órden de este príncipe.

XIV.—Pág. 90. La verdadera cruz habia sido hallada.

Santa Elena, como se sabe, encontró la verdadera Cruz al pié del Calvario; en cuyo sitio se ha construido una especie de iglesia subterránea, que se junta con la iglesia del Santo Sepulcro y con la del Calvario.

XV.—Pág. 90. Elena habia hecho encerrar el sepulcro de Jesucristo en un basílica circular de mármol y pórfido...

Esta es la exacta descripcion de la iglesia del Santo Sepulcro, tal como existia cuando yo la vi. Eusebio nos ha dejado largos pormenores de la iglesia que Constantino, ó mas bien su madre, hizo edificar sobre el Santo Sepulcro, pero he preferido pintar lo que he examinado por mis propios ojos. Al mismo tiempo no puedo menos de observar que yo no he venido á ser profeta, al contar el incendio de la iglesia del Santo Sepulcro en *los Mártires*. Los papeles públicos nos han noticiado que esta iglesia ha sido enteramente destruida por un accidente semejante, á escepcion del sepulcro de Jesucristo. Muchas personas me han hecho la honra de escribirme para preguntarme lo que pensaba de este milagro; todo lo que puedo decir es que la descripcion de la iglesia es exactamente la misma que han traido los diarios: El Santo Sepulcro, rodeado de un catafalco de mármol blanco, ha podido en rigor resistir á la accion del fuego; pero es sin embargo muy estraordinario que no haya sido arruinado al desplomarse la cúpula abrasada, y que al mismo tiempo haya sido presa de las llamas la capilla de los armenios que estaba contigua al catafalco. Si una desgracia semejante hubiese sucedido un siglo atrás, toda la cristiandad se hubiera reunido para hacer reedificar la iglesia; pero en el dia me temo mucho que el sepulcro de Jesucristo no quede espuesto á las injurias del aire, á menos que los pobres esclavos cismáticos, los griegos, coptos y armenios, con mengua de las naciones católicas, no se reunan para reparar á sus espensas semejante desgracia.

XVI.—Pág. 90. Véase en ellos la ciudad santa, etc.....

En la *Jerusalen libertada*, grabada en las puertas de la iglesia del Santo Sepulcro. He presentado en este trozo el recuerdo de la patria y he procurado traducir los famosos versos:

Chiama gli abitator dell' ombre eterne
Il rauco suon della Tartarea tromba, etc.

XVII.—Pág. 90. Vestida con una túnica de biso.....

En la Escritura se hace muchas veces mencion del viso, como una estofa ligera de color amarillo. Las granadas de oro, las cintas de cinco colores, las medias lunas, etc., son adornos de que hablan los profetas. Yo no podia menos de pintar la Semana Santa en Jerusalen, por el contraste que forman la severidad y la grandeza de esta fiesta cristiana con la disolucion de las fiestas de Amatonte: hay mucha diferencia en efecto del camello del árabe, de los recuerdos de Raquel y de Jacob, de las lamentaciones de Jeremías, de las ceremonias de los druidas á los cantares de Teutátes, á las tragedias de Sófocles en Atenas y á las danzas de la isla de Chipre. Pero tal es, sino me engaño, la ventaja de mi asunto, que uno puede hacer pasar por los ojos del lector el espectáculo escogido de lo mas curioso, mas grande y agradable que se encuentra en la antigüedad.

XVIII.—Pág. 90. La ciudad llena en otro tiempo....

«Quomodo sedet sola civitas plena populo... Quomodo obscuratum est aurum mutatus est color optimus. Dispersi sunt lapides santuarii.... Facta est cuassi vidua Domina gentium..... Viæ Sion lugent..... Omnes portæ ejus destructæ. Sacerdotes ejus gementes: virgenes ejus squalidæ.» (Jerem., *Lamet.*) Seguramente, este cántico de Jeremias no tiene que temer ninguna comparacion con los trozos mas bellos de Homero y de Virgilio.

XIX.—Pág. 90. Y tus enemigos plantaron sus tiendas...

Este es el único rasgo que no es de Jeremias: es una observacion que hace Baronio, y yo me he aprovechado de ella. Observa este autor que Tito estableció una parte de su campo sobre el monte de los Olivos, en el mismo paraje en que Jesucristo lloró por la ciudad culpable y profetizó su ruina; y yo añado que el primer ataque serio de los romanos tuvo lugar en esta parte.

XX.—Pág. 90. En un tono patético trasmitido á los cristianos... por... hebreos....

Ya tengo dicho, en el *Genio del Cristianismo*, que el canto de las Lamentaciones de Jeremias me parece de origen hebreo.

XXI.—Pág. 90. La Via dolorosa..

Yo he recorrido por tres veces la *via Dolorosa* para conservar escrupulosamente su memoria. No hay ni un solo rincon en Jerusalen que yo no conozca tan bien como las calles de Paris; por lo tanto respondo de la verdad de todo este cuadro.

XXII.—Pág. 90. Salen por la puerta de Belen....

Todas las mañanas, cuando yo salia del convento de San Salvador, hácia el mismo camino que he descrito en este

página. Siempre he dado yo la vuelta entera de Jerusalén á ié, en cinco cuartos de hora, pasando por debajo del templo, y volviendo por la gruta de Jeremías. Cerca de esta gruta se encuentra el hermoso sepulcro de una reina nombrada Elena, del que hablan Pausanias y casi todos los viajeros que han ido á visitar los Santos Lugares. En cuanto al torrente de Cedron, lleva comunmente por Pascua una agua rojiza, á causa de las arenas de la montaña de los Olivos y del monte Moria. Cuando yo vi aquel torrente estaba seco. Encuéntrase todavía unos nueve ó diez olivos corpulentos en el jardin de este nombre, que pertenece al convento de San Salvador. Ya es sabido que el olivo es casi inmortal, porque siempre renace de su cepa; en consecuencia se puede creer muy bien como lo afirman en Jerusalén, que estos olivos son del tiempo de Jesucristo.

XXIII.—Pág. 90. Mas allá el Hombre-Dios dijo á las mujeres, etc.

La tradicion ha conservado en Jerusalen, muchas circunstancias de la Pasion que no se hallan en el Evangelio. Enséñase allí, por ejemplo, el lugar donde María encontró á Jesus con la cruz á cuestas; echada de allí por los guardias, tomó otro camino, y se halló mas adelantada al paso del Salvador. La fe no se opone á estas tradiciones, que muestran hasta qué punto se ha grabado esta maravillosa y sublime historia en la memoria de los hombres. Diez y ocho siglos trascurridos ya, persecuciones sin fin, revoluciones eternas, montones de ruinas y de escombros, no han podido borrar ú ocultar las huellas de esta divina Madre que lloraba por su hijo.

XXIV.—Pág. 90. ¡Oh hijos! ¡oh hijas de Sion!

He aquí otro sencillo cántico de la Iglesia, que se trae á la memoria en medio de las bellezas de los poetas mas célebres. ¿Forman por ventura tan grande disonancia? No es tambien sencillo, noble y poético?

XXV.—Pág. 90. Adelantábase ya hácia Jerusalén...

Ya he advertido en otra parte que la accion daba un paso mas en cada libro. No se pueden, pues, tomar á mal estas descripciones, puesto que nunca interrumpen la narracion.

XXVI.—Pág. 90. Descubre el lago Averno, etc.

Ya volvemos otra vez á Virgilio; y despues de haber oido al profeta del verdadero Dios, vamos á ver á la profetisa del demonio.

XXVII.—Pág. 91. Los remordimientos sobre un lecho de hierro, etc.

Vestibulum ante ipsum, primisque in faucibus Orci,
Luctus et ultrices posuere cubilia Curæ;
Pallentesque habitant Morbi, tristique Senectus,
Et Metus, et malesuada Fames, et turpis Egestas,
Terricilia visu formæ; Lethumque, Laborque;
Tum consanguineus Lethi Sopor, et mala mentis
Gaudia, mortiferumque adverso in limine Bellum,
Ferreique Eumenidum thalami, et Discordia demens,
Viperum crinem vittis inexa cruentis.
VIRG., ÆN., VI, v. 273.

He tomado de Malherbe la áspera y sencilla traduccion de este último verso:
La discorde aux crin de couleuvres.

XXVIII.—Pág. 91. Consagro sus alas.

Redditus his primum terris, tibi, Phœbe, sacravit
Remigium alarum.
ÆN., VI, v. 18.

XIX.—Pág. 91. Cuatro toros...

Quattor primum nigrantes terga juvencos
Constituit....
Voce vocans Hecaten, cœloque Ereboque potentem
....Ipse atri velleris agnam.
Æneas matri Eumenidum, magnœque sorori
Ense ferit....
Tum Stygio regi nocturnas incholaaras.
ÆN., VI, v. 243 et seq.

XXX.—Pág. 91. ¡¡Es tiempo...
Poscere fata
Tempus, ait: Deus, ecce Deus.
ÆN., VI, v. 45.

XXXI.—Pág. 91. Las facciones de la Sibila se demudan...

. . . . Cui talia fanti
Ante fores, subito non vultus, non color unus,
Non comptæ mansere comæ; sed pectus anhelum,
Et rabie fera corda tument, majorque videri,
Nec mortale sonans.
ÆN., VI, v. 46.

XXXII.—Pág. 92. La sacerdotisa se levanta tres veces con violencia.

He cambiado la escena de Virgilio; pues aquí es una sibila muda, en vez de una sibila que declara el oráculo.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 92. Diocleciano acaba de privarse...

Este proyecto de Hiérocles, llevado adelante desde el principio de la obra, para favorecer la ambicion de Galerio se ha ido siguiendo y trayendo constantemente á la memoria: ya está ejecutado, y se van á ver ahora sus consecuencias.

II.—Pág. 91. Represéntale que es tiempo.

Este es en efecto el motivo aparente que empleó Galerio para inducir á Diocleciano á que abdicase. Yo supongo aquí que fue Hiérocles quien inspiró á Galerio esta idea.

III.—Pág. 92. Publio que rival del favor del apóstata, etc.

Publio empieza á presentarse mas á menudo en la escena: no tardará en hacer un papel importante para el castigo de Hiérocles.

IV.—Pág. 92. Le fue anunciado súbitamente Galerio.

Yo no he seguido fielmente la historia en cuanto al avistamiento de Galerio con Diocleciano. Este se muestra, en esta famosa discusion, pusilámine; llora, no quiere abdicar, suplica y cede por miedo. En este caso, Diocleciano cesa de tener el carácter propio de la epopeya, porque se envilece á los ojos del lector. Así, en lugar de sujetarme escrupulosamente á la verdad, he hecho que obedeciese Diocleciano á la voluntad del cielo, y á una voz fatal que le habla en su conciencia. Esta idea es mas conforme, me parece, á la naturaleza de mi obra; pero confieso que me ha costado bastante repugnancia el pintar al perseguidor de los cristianos mas ilustre de lo que le representa la historia.



V.—Pág. 92. ¡Siempre César!

Hizo Galerio esta exclamacion, segun refiere la historia cuando recibió una carta de Diocleciano, con el sobre *Cæsari*.

VI.—Pág. 92. Los cristianos han tenido la insolencia de rasgarle...

Efectivamente, un cristiano arrancó el edicto de persecucion que habian fijado en Nicomedia, por cuya accion sufrió el martirio. Todos los obispos alabaron su valor, pero censuraron la indiscrecion de su celo.

VII.—Pág. 93. Restableceré los Frumentarios.

Especie de delatores ó espias públicos que Diocleciano habia suprimido.

VIII.—Pág. 93. De esa suerte harás reir no poco al pueblo romano...

Diciéndole á Diocleciano que Carino habia dado hermosas fiestas al pueblo, dió la respuesta que aqui se lee.

IX.—Pág. 93. Hijo ingrato, no bajarás á la tumba sin ser víctima...

Maximino Daya y Magencio, el uno sobrino, y yerno el otro de Galerio, se rebelaron contra él.

X.—Pág. 93. El edicto publicado...

Este edicto era cual se refiere en el testo. (Véase á Lactancio y Eusebio.)

XI.—Pág. 93. Lorenzo de la iglesia romana.

Ya se ha hablado de San Lorenzo. San Vicente era de Zaragoza. Despues de haber sufrido este santo muchos tormentos, lo encerraron en un calabozo, donde los ángeles venian á conversar con él y á curarle sus heridas. En seguida fue decapitado. Eulalia, virgen y mártir, era de Mérida en Portugal: cuando exhaló su último suspiro, se vió salir de su boca una paloma blanca. Pelagia de Antioquia era hermosísima, como asimismo su madre y sus hermanas. Detenidas por unos soldados, y temiendo que no atentasen contra su pudor, se apartaron un poco, con algun pretesto, y se arrojaron al Oronte, en donde se ahogaron teniéndose todas tres abrazadas. Se atribuye este martirio voluntario á una inspiracion particular del Espíritu Santo. Ya se ha hecho mencion de Felicidad y Perpétua en el libro del *Cielo*, y volverán á aparecer al fin de la obra. En cuanto á Teodora y á las siete Vírgenes de Ancira, la tragedia de Corneille las ha dado á conocer á los que no leen la vida de nuestros santos. La peregrina historia de los dos jóvenes esposos que se encontraron en la misma tumba es posterior á la época de mi accion; pero me ha parecido que podia permitirme el recordarla. Se la encuentra en Sidonio Apolinario.

XII.—Pág. 93. Los sacerdotes encerraban el Viático, etc.

Todavía se ven algunas de estas cajas en el Museo Clementin, en Roma, con los instrumentos que servian para atormentar á los mártires tales como los pesos para colgar de los piés, los garfios ó uñas de hierro, los martinetes, etc.

XIII.—Pág. 93. Nombrábanse los diáconos...

Estas preparaciones para la persecucion están conformes con la verdad histórica. La caridad de la Iglesia ha superabundado siempre en donde superabundan los males; la gracia de Jesucristo arrostra todos los dolores humanos.

XIV.—Pág. 93. Habitaba lejos etc...

Hay pocos lugares célebres en la Grecia y en Italia de que no se hable en los *Mártires*. *Véase*, por lo que respecta á Tivoli, mi carta á Mr. de Fontanes, ya citada en estas notas.

XV.—Pág. 94. Tú no serás llamado á la participacion...

Eudoro se habia *informado mejor*, y supo sin duda la resolucion de Diocleciano por conductos seguros: todo el palacio del emperador estaba lleno de cristianos, Valeria y Prisca, hija y mujer de Diocleciano, eran tambien cristianas.

XVI.—Pág. 94. Mandarás mutilar en cada parada que... todos los caballos...

Cuando Constantino se escapó de la córte de Galerio, hizo desjarretar los caballos que iba dejando atrás, para no ser perseguido.

XVII.—Pág. 94. Así se ve en los desiertos de la Arabia...

He cotejado aquí la descripcion del caballo árabe que se ha visto en mi Itinerario. El último rasgo—Echa espuma por la boca, etc.—Es del pasaje de Job sobre el caballo.

XVIII.—Pág. 94. Los sepulcros de Sintorosa...

Ya es sabido que Horacio vivió y aun tal vez murió en Tivoli; pero pocas personas tienen noticia de que este alegre Tivoli fuese inmortalizado por las cenizas de una mártir cristiana. Sinforosa de Tívoli tenia siete hijos, y habiéndose negado estos con su madre, en el reinado de Adriano, á sacrificar á los falsos dioses, sufrieron estos nuevos Macabeos el martirio, y fueron enterrados á las orillas del Anio, cerca del templo de Hércules.

XIX.—Pág. 94. Allí se estendia aquel bosque de Albunea...

El aparato de esta escena concuerda con la historia; pero la escena pasa en Nicomedia.

XX.—Pág. 95. Obliga á este nuevo David...

Obligado David á retirarse al acercarse Saúl, se ocultó en el desierto de Zeila. *Escritura*.

XXI.—Pág. 95. Constantino desaparece.

El órden de los tiempos no está bien seguido; pues Constantino no se fugó de la córte de Galerio hasta mucho tiempo despues de la abdicacion de Diocleciano.

XXII.—Pág. 95. Dragones semejantes...

Si se ha de dar crédito á lo que refieren Plutarco y Lucano, parece que Caton de Utica encontró en las orillas de Bragada, en Africa, una serpiente tan monstruosa, que tuvieron que emplear máquinas de guerra para matarla.

XXIII.—Pág. 95. Mónstruos desconocidos...

Los antiguos decian que el Africa producia cada año un mónstruo nuevo.

XXIV.—Pág. 95. La persecucion se estiende en un momento...

Todo lo que sigue en el testo es un compendio exacto y fiel de los pasajes que voy á citar. La verdad es aquí muy superior á la ficcion. Me serviré de las traducciones conocidas, para que todos los lectores puedan ver que yo no he inventado ni una sola palabra.

Estracto de Eusebio.—«Un gran número (de cristianos) fueron condenados á morir, unos por el fuego y otros por el hierro. Dicen que apenas se pronunció este decreto se vió á una cantidad increíble de hombres y mujeres echarse en la hoguera con una alegría y prontitud sin igual. Hubo tambien una multitud casi innumerable de cristianos que fueron atados en las barcas y echados al fondo del mar... Las prisiones que no servian en otro tiempo mas que para encerrar á los asesinos, ó á los que habian violado la santidad de las tumbas, se llenaron de una multitud prodigiosa de personas inocentes, obispos, sacerdotes, diáconos, lectores, exorcistas; de un modo que ya no habia lugar para poner á los acusados..... ¿Cabe contemplar sin pasmo la constancia invencible con que aquellos generosos defensores de la Religion Cristiana sufrian los latigazos, la rabia de las fieras acostumbradas á chupar la sangre humana, la impetuosidad de los leopardos, de los osos, de los jabalíes y de los toros, que los paganos irritaban contra ellos con hierros ardientes?... Una cantidad casi innumerable de hombres, mujeres y niños despreciaron esta vida mortal por la defensa

de la doctrina del Salvador. Unos fueron quemados vivos, y otros echados al mar, despues de haber sido despedazados con garfios de hierro, y sufrido toda clase de suplicios. Otros presentaron gustosos su cabeza á los verdugos para que se le cortasen: algunos murieron en medio de los tormentos, otros fueron consumidos por el hambre, y otros atados á una cruz, ya en la postura en que se ata comunmente á los criminales, ya en la cabeza abajo y traspasados con clavos, y de este modo quedaban hasta que se morian de hambre..... Los historiadores no tienen palabras para espresar la violencia de los dolores y la crueldad de los suplicios que los mártires sufrieron en la Tebaida. Algunos fueron muertos desgarrándoles todo el cuerpo con tiestos de vasijas rotas en lugar de uñas de hierro. Ataban á las mujeres por un pié, las levantaban luego en el aire con algunas máquinas, con la cabeza abajo, y las esponian de esta manera al público con tanta inhumanidad como indecencia. A los hombres los ligaban por las piernas á las ramas de dos árboles que habian doblegado por medio de máquinas, y quedaban descuartizados cuando soltando estas ramas, cobraban su situacion natural. Ejecutáronse estas violencias por espacio de muchos años, durante los cuales hacian morir diariamente con diversos suplicios, ya diez personas, hombres mujeres ó niños, ya veinte, ya treinta, ya sesenta, y algunas veces basta ciento. Hallándome allí, presencié la ejecucion de un gran número en un mismo dia; á unos les cortaron la cabeza, y á otros los quemaron vivos. La punta de las espadas estaba ya embotadas á fuerza de matar, y los verdugos, cansados de atormentar á los mártires, se iban relevando entre si. He sido testigo del generoso ardor y de la noble impaciencia de aquellos fieles.... No hay espresiones que sean capaces de pintar la generosidad y la constancia que manifestaron en medio de los suplicios. Como no habia nadie que no estuviese autorizado para ultrajarlos; unos les daban de palos, ó les sacudian con varas, con látigos, correas ó cuerdas, escogiendo cada cual, á medida de su rabia, un instrumento particular para atormentarlos. A algunos los ataban á columnas, con las manos ligadas á la espalda, y les estiraban luego los miembros con máquinas destinadas al efecto; no contentos con este suplicio, los despedazaban despues con garfios, no solo por los costados como se acostumbraba hacer con los que cometian un asesinato, sino tambien por el vientre, por los muslos y por la cara. A otros los dejaban colgados de una mano, en lo alto de una galeria, de modo que la violencia con que estaban tirantes sus nervios, era mas sensible que cualquiera otro género de suplicio. Algunas veces los ataban á columnas en frente unos de otros, sin que tocasen con los piés al suelo; de modo; que con el peso del cuerpo se apretaban escesivamente los lazos con que estaban sujetos y los tenian en esta postura violenta, no solo mientras que el juez les hablaba ó interrogaba, sino tambien casi durante todo el dia.

....A unos los cortaban los miembros á hachazos, como en la Arabia; á otros los muslos como en Capadocia; á otros los colgaban por los piés, y los quemaban á fuego lento, como en la Mesopotamia, y otros allí mismo les cortaban la nariz, las orejas, las manos y las demás partes del cuerpo.» (Véase á Eusebio, cap. VI, VII, VIII, IX, X y XI, lib. VIII.)

Estracto de Lactancio, de la muerte de los perseguidores. «¿Hablaré de los juegos y diversiones de Galerio? Este se hacia traer de todas partes osos de una talla prodigiosa y tan feroces como él. Cuando queria divertirse, pedia algunos de aquellos animales, y cada uno de los cuales tenia su nombre y les echaba hombres que eran mas bien tragados que devorados al instante; y se reia al ver despedazar los miembros de aquellos desgraciados. Su mesa estaba siempre cubierta de sangre humana. El fuego era el suplicio de aquellos que no estaban constituidos en dignidad. No solamente habia condenado á los cristianos á este suplicio, sino que habia mandado fuesen quemados lentamente. Cuando estos infelices estaban atados al poste, les ponian un fuego moderado bajo la planta de los piés, y se conservaba así hasta que la carne se desprendia de los huesos. Aplicaban en seguida teas ardiendo sobre todas las partes de sus cuerpos, para que no hubiese ninguna que no sufriese su tormento particular. Mientras duraba este horroroso suplicio, les echaban agua por la cara, y se la hacian beber, para que el ardor de la fiebre no acelerase su muerte, que sin embargo no podia diferirse por mucho tiempo: pues cuando el fuego habia consumido toda la carne, penetraba hasta el interior de las entrañas, y entonces los echaban en un gran brasero para acabar de quemar todo lo que aun quedaba. Por último, reducian á polvo sus huesos y los arrojaban al rio ó al mar.

«Pero el censo que se exigió en las provincias y ciudades causó una desolacion general (1). Diseminados los empleados del gobierno por todas partes, hacian las pesquisas mas rigurosas; era la imágen horrorosa de la guerra y del cautiverio. Mediánse las tierras, se contaban las cepas y los árboles, se sentaban en un registro los animales de toda especie, se tomaban los nombres de cada individuo, sin hacer distincion de propietarios y colonos. Cada uno concurria con sus hijos y esclavos; se oia resonar el látigo, obligaban á los hijos, por medio de dolorosos suplicios, á que depusiesen contra sus padres, á los esclavos contra sus amos, y á las mujeres contra sus maridos. A falta de pruebas, aplicaban al tormento á los padres, á los maridos y á los amos, para obligarles á que depusiesen contra sí mismos; y cuando el dolor les habia arrancado alguna confesion, se reputaba esta confesion por verdadera. Ni la edad, ni los achaques podian servir de disculpa para dejar de asistir; pues se hacian traer á los enfermos y achacosos. A todos se les fijaba la edad, dando años á los niños, y quitándolos á los ancianos: no habia por todas partes mas que suspiros y lágrimas. El yugo que el derecho de la guerra habia impuesto á los pueblos vencidos por los romanos, quiso imponerlo tambien Galerio á los romanos mismos; tal vez lo hizo porque Trajano castigó con la imposicion del censo las frecuentes revoluciones de los dacios, de quienes descendia Galerio. Pagaban ademés un tanto señalado por cabeza, y hasta compraban por dinero la libertad de respirar: no fiándose siempre de los mismos comisarios, enviaban otros para reemplazar á aquellos, esperando por este medio hacer nuevos descubrimientos, pero ya los hiciesen ó no, siempre doblaban estos agentes las cuotas, para patentizar que habian tenido razon en emplearlos. Entretanto los animales perecian; los hombres se morian; pero el fisco no perdia en esto cosa alguna, pues hacian pagar á los vivos por los que ya no existian: de modo que no se podia ni vivir ni morir gratuitamente. Los mendigos eran los solos á quienes la desgracia de su condicion ponia al abrigo de estas violencias; pero este mónstruo, aparentando compasion para con ellos, y querer remediar su miseria, los hacia embarcar, con órden de echarlos al agua cuando estuviesen en alta mar. Tal fue el espediente que imaginó para desterrar la pobreza de su imperio; y para que, so color de pobreza, no se eximiese nadie del censo, tuvo la barbárie de hacer perecer á una infinidad de miserables.

XXV. Pág. 97. El discípulo de los sabios publicó generosamente...

Véase en el prólogo, el artículo de Hierocles.

XXVI.—Pág. 97. Emplearé, se decia...

Yo no me he complacido en inventar crimenes nunca vistos, para aplicarlos á Hierocles. Losiento mucho por la especie humana; pero Hierocles no dice ni hace nada que no haya sido dicho y hecho, aun en nuestros dias. Por lo demás, este medio horroroso que quiere emplear Hierocles, le hace retardar el suplicio de Eudoro: sin esto no parecia natural que el hijo de Lasténes hubiese permanecido tanto tiempo en las prisiones antes de ser juzgado.

XXVII.—Pág. 97. Este impío que renegaba del Eterno...

Esto es muy humillante para el orgullo humano; pero es una verdad de la que hay demasiados ejemplos, como lo tengo ya observado en el *Genio del Cristianismo*.

XXVIII.—Pág. 97. Habia en Roma un hebreo...

Este resorte se encuentra justificado con el uso que todos los poetas cristianos han hecho de la magia. De esta manera es como Armida arrebata á Renaldo, y así es como el demonio del fanatismo arma á Clemente de un puñal. Aquí no se trata mas que de llevar una noticia: Hiérocles no ve al israelita, sino que envia á un esclavo tímido y supersticioso para que lo consulte; nada choca, pues, á la verosimilitud de las costumbres la pintura de la escena, y en cuanto á la escena misma, es correspondiente á mi asunto, pues sirve para hacer

(1) El censo era una contribucion que se habia impuesto sobre las personas, los animales, las tierras de labor, las viñas y los árboles frutales.

adelantar la accion, y ligar los personajes de Roma con los de Jerusalén.

XXIX.—Pág. 97. Descubre la urna sangrienta.

Hiérocles es el ministro de un tirano perseguidor de los fieles; es, pues, natural que se invoque al demonio de la tiranía, y que la invocacion se haga por las cenizas del mas célebre de entre los tiranos, y del primer perseguidor de los cristianos.

Segun una tradicion popular muy generalizada en Roma, parece que en otro tiempo habia en la *Porta del Popolo* un grande árbol sobre el cual venia á colocarse constantemente un cuervo. Hicieron una escavacion en la tierra al pié de este árbol, y se encontró una urna, con una inscripcion que decia que aquella urna contenia las cenizas de Neron. Esparciéronse al viento estas cenizas, y se construyó, en el lugar en que se habia encontrado la urna, la iglesia conocida hoy dia con el nombre de Santa *Maria del Pueblo*. El monumento llamado la Tumba de Neron que se ve á dos leguas de Roma, en el camino de Toscana, no es el sepulcro de Neron.

XXX.—Pág. 97. El pavor penetra hasta los huesos...

«Pavor tenuit me et tremor, et omnia ossa mea perterrita sunt.

«Et cùm spiritus, me præsente, transiret, inhorruerunt pili carnis meæ.

«Stetit quidam cujus non agnoscebam vultum... et vocem quasi auræ lenis audivi.» (JOB, cap. VI.)

XXXI.—Pág. 98. Era la hora en que el blando sueño cerraba los ojos...

Tempus erat quo prima quies mortibus ægris Incipit.

(ÆN., II.)

XXXII—Pág. 98. En desorden la barba...

In somnis ecce anté oculos mœstissimus Hector
Visus adesse mihi, largosque effundere fletus.
. . . .
Squalentem barbam. . . . .
Sed graviter gemitus imo de pectore ducens.

(ÆN., II, 270 et seq.)

XXXIII.—Pág. 98. Huye, hija mia...

Heu fuge... eripe flammis.

(ÆN., II, 289.)

XXXIV.—Pág. 98. Desiertas ya las galerías.

Apparet domus intùs, et atria longa patescunt.
. . . .
Ædibus in mediis, nudeque sud ætheris axe
Ingens ara fuit, etc.

(ÆN., II, 483.)

XXXV.—Pág. 98. Eurimedusa, tu suerte fue ignorada de todos...

Este personaje desaparece antes de acabarse la accion; se desvanece como Creusa, pues era de poca importancia. Entraba en mi plan el presentar á Cimodocea aislada, mientras que Eudoro estaba rodeado de compañeros de su gloria; de otro modo, las escenas de la prision de Cimodocea y las de los calabozos de Eudoro hubieran sido muy semejantes.

XXXVI.—Pág. 98. Vió á un hombre, etc.

Todo el mundo conoce el retiro de San Gerónimo en la gruta de Belen; todo el mundo ha visto los cuadros del Dominiquin y de Agustin Carrache, y todo el mundo sabe que San Gerónimo se lamenta en sus cartas de estar atormentado en medio de la soledad con los recuerdos de Roma. Este gran personaje á quien hemos dejado en el sepulcro de Escipion, y que se encuentra en Belen para dar el bautismo á Cimodocea, tiene á lo menos la ventaja de recordar sitios célebres, grandes nombres y pensamientos ilustres.

LIBRO DECIMONONO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 99. La espumosa huella de las naves...

Todos los que han navegado deben haber visto estas vias, que van dejando las embarcaciones, y que los marinos llaman estela. En tiempo de calma, queda señalada esta linea blanca durante muchas horas.

II.—Pág. 99. Doraba y en otras ponia parda etc.

No soy yo el primer autor que ha hablado de este doble efecto del sol saliente en los mares de la Grecia. Chandler lo habia observado antes que yo.

III.—Pág. 99. Algunas trasparentes nubecillas.....

Espresion magistral, que pinta perfectamente estas pequeñas nubes que se descubren en un hermoso cielo:

Unde serenas
Ventus agat nubes.

(VIRG. *Georg.* 1,461.)

IV.—Pág. 100. La madre de Eudoro acababa de morir...

Pequeña circunstancia de la que nace la pintura del purgatorio; en el libro XXI.

V.—Pág. 100. El dia espira, el dia vuelve á nacer.

No sé si es este pasaje el que ha movido á decir á un crítico que Demodoco era un viejo imbécil, ó si á causa de este mismo pasaje ha querido comparar otro crítico el dolor de Demodoco con el de Príamo.

VI.—Pág. 100. Dos enhiestas cordilleras que se dilatan...

Esto está sacado palabra por palabra de mi *Itinerario*; pero como en un asunto tan interesante no están de mas todos los pormenores, voy á citar todavia un fragmento de mi *viaje*. Principia este fragmento en mi partida de Belen para el mar Muerto, pasando por el monasterio de Sabá.

«Los árabes que nos habian atacado á la puerta del convento de Sabá, pertenecian á una tribu que pretendia tener ella sola el derecho de acompañar á los extranjeros. Los belenitas, que querian tambien tener este derecho, y que tenian que sostener su bien sentada fama de valor, no habian querido ceder. El superior del monasterio prometió que yo satisfaria á los beduinos, y así se arregló el negocio. Yo no queria darles nada para castigarlos; pero Ali-Agá (el genizaro) me hizo presente que, si yo me mantenia en esta resolucion, no podriamos llegar al Jordan, pues irian ellos á llamar á las otras tribus del desierto, y seriamos infaliblemente asesinados; que por esta razon no habia querido matar al jefe de los árabes, porque si se llegaba á derramar sangre, no nos quedaba otro partido que el volvernos á Jerusalén.

»Dudo mucho que los conventos de Escete estén situados en parajes mas tristes y aislados que el convento de Sabá. Está este edificio en la misma quiebra del torrente Cedron, que puede tener en este sitio unos trescientos ó cuatrocientos piés de profundidad. La iglesia está colocada sobre una pequeña eminencia que se halla en la madre del torrente; los diferentes cuerpos del edificio se van elevando desde aquí por medio de escaleras perpendiculares y pasos abiertos en la roca en un lado de la quiebra, y llegan así hasta la cumbre de la montaña, en donde terminan en dos torres cuadradas. De lo alto de estas torres se descubren las cimas estériles de las montañas de Judea, y mirando á bajo, se sumerge, por decirlo así, la vista en la barranca seca del torrente de los Cedros, en donde se ven las grutas que habitaron en otro tiempo los primeros anacoretas.

»Enseñan en el dia en aquel convento, como una curio-

sidad, trescientas ó cuatrocientas calaveras de otros tantos religiosos que fueron asesinados por los infieles. Me dejaron un cuarto de hora solo con aquellas santas reliquias, y parece que los monges que me hospedaban adivinaron que tenia intencion de pintar la situacion del alma de los solitarios de la Tebaida.

»Salimos del monasterio á las tres de la tarde, y llegamos, al ponerse el sol, á la última fila de las montañas de la Judea, que cerenyen al Occidente el mar Muerto y el valle del Jordan. La cordillera de Levante que forma la otra orilla del valle, se llama montañas de Arabia, y comprende el antiguo pais de los moabitas y ammonitas, etc. . . . .

. . . .

»Bajamos de la cumbre de la montaña para ir á trasnochar en las orillas del mar Muerto y subir en seguida hasta el Jordan. Cuando entramos en el valle, se replegó nuestra tropa y guardó silencio, prepararon los belenistas sus armas y fueron adelantando, pero con mucha precaucion. Tomaban estas medidas porque nos encontrábamos en el camino de los árabes cuando salen del desierto para venir á buscar sal al lago, y hacen una guerra cruel á los viajeros. Anduvimos de esta manera por espacio de dos horas, con la pistola en la mano, como en país enemigo, y llegamos á noche cerrada á las orillas del lago. La primera cosa que hice luego que eché pié á tierra, fue meterme dentro del lago hasta la rodilla, y llevar el agua á mi boca. No me fue posible conservarla mucho tiempo, pues es mucho mas salada que la del mar, y produce en los labios el efecto de una fuerte solucion de alumbre. Apenas se secaron mis botas, se cubrieron de sal, y nuestros vestidos, sombreros, manos, rostro, todo, en menos de dos horas, quedó impregnado de este mineral.

»Establecimos nuestro campo á las orillas del agua, y los belenistas encendieron lumbre para hacer café. Tal es la fuerza de la costumbre: aquellos árabes que tanta prudencia habian observado en su marcha, no temieron encender un fuego que podia descubrirlos con mucha mas facilidad. A cosa de media noche, oí algun ruido en el lago, y los belenistas me dijeron que eran legiones de pescados muy pequeños que vienen á saltar á la playa. Esto se opondria á la opinion generalmente adoptada de que el mar Muerto no produce ningun ser viviente. Pococke oyó tambien decir, estando en Jerusalén, que un misionero habia visto peces en el lago Asfaltites. Este sabio viajero hizo analizar el agua del lago, y yo he traido una botella llena de este agua, que hasta el presente se ha conservado muy bien.

»El 6 de octubre, al amanecer, recorrí la orilla. Ocupa este famoso lago el sitio en que estuvieron las ciudades de Sodoma y Gomorra: llámase *mar Muerto ó mar Salado* en la Escritura; *Asfaltites* por los autores griegos y latinos, y *Almotanah* por los árabes. (*Véase* D'AUVILLE). Estrabon trae la tradicion de las ciudades sumergidas. Yo no puedo ser del parecer de algunos viajeros, que pretenden que el mar Muerto no es mas que el cráter de un volcan, pues he visto el Vesubio, la Solfatara, el Monte-Nuovo en el lago Fusino, el Pico de las Azores, el Mamelife, en frente de Cartago, los volcanes apagados de Auvernia, y en todas partes he observado los mismos caracteres, esto es, montañas abiertas en forma de embudo, y lavas y cenizas en que la accion del fuego no puede desconocerse, el mar Muerto, por el contrario, es un lago bastante largo encajonado entre dos cordilleras de montañas, que no tienen entre sí ninguna coherencia de formas, ni ninguna homogeneidad de suelo; estas no se juntan en los dos estremos del lago, sino que continúan, por una parte, rodeando el valle del Jordan, y reuniéndose hácia el Norte hasta el lago Tiberiades; y por la otra, se van separando hasta perderse al Mediodia en los arenales del Yémen. Es verdad que se encuentran betun, aguas calientes y piedras fosfóricas en la cordillera de las montañas de la Arabia, pero no he visto esto en la cordillera opuesta. Por otra parte, la presencia de las aguas termales, del azufre y del betun, no basta para afirmar la existencia anterior de un volcan. Con esto digo bastante que, en cuanto á las ciudades sumergidas, me atengo al sentido de la Escritura, sin tener que recurrir al socorro de la física. . . . .

. . . Algunos viajeros pretenden que, en tiempo de la calma, se descubren todavia en el fondo del mar Muerto ruinas de murallas y palacios; y esto es tal vez lo que ha dado á Clopstock la ridícula idea de hacer ocultar á Satanás entre las ruinas de Gomorra, para contemplar desde allí la muerte del Cristo. En cuanto á mí, ignoro si existen estos escombros: ¿y de qué manera podrian haberse descubierto? No hay memoria de que se haya visto jamás ningun barco en el lago Asfaltites. Los geógrafos, historiadores y viajeros no hablan en parte alguna de la navegacion de este lago. Es verdad que Josefo lo hizo medir, pero es tambien probable que se tomaria la medida desde tierra á lo largo de la playa; pues no se tiene noticia de que los antiguos conociesen el modo de señalar las distancias por agua.

»Estrabon habla de trece ciudades sepultadas en el lago de Asfaltites. El Génesis pone cinco *in valle silvestri*, *Sodoma*, *Gomorra*, *Adan*, *Seboin* y *Bala* ó *Segor*; pero no señala sino á las dos primeras destruidas por el fuego del cielo. El Deuteronomio cita cuatro; que son: *Sodoma*, *Gomorra*, *Adan* y *Seboin*; la Sabiduría cuenta cinco, sin nombrarlas: *Descendente igne in Pentapolim*.

»Santiago Cerbo observó que habia siete grandes corrientes de agua que desembocaban en el mar Muerto, y de aquí sacó Relando la consecuencia de que este mar debia vaciar lo superfluo de las aguas por medio de conductos subterráneos. Sandy y algunos otros viajeros han manifestado la misma opinion; pero se ha abandonado en el dia, en vista de las observaciones hechas por el doctor Halley sobre la evaporacion, y admitidas por Shaw, quien encuentra sin embargo que el Jordan vierte diariamente en el mar Muerto seis millones y noventa mil toneladas de agua, sin contar las aguas del Hernon y de otros siete torrentes. . . . .

. . . Yo deseaba ver el Jordan en el paraje en que desagua en el mar Muerto, punto esencial que no ha sido todavia examinado; pero los belenistas se negaron á acompañarme, porque el rio, á eso de una legua de su embocadura, da una gran vuelta hácia la izquierda, y se acerca á la montaña de Arabia. Tuve, pues, que contentarme con ir á la corvadura del rio mas cercana al sitio en que nos encontrábamos. Levantamos el campo y caminamos con un trabajo escesivo por en medio de arenales y un suelo cubierto todo de sal; en esto los belenistas se detuvieron de repente, y me mostraron con la mano, entre unos arbolillos, una cosa que aun no podia descubrir: era el Jordan.

»Yo habia visto los caudalosos rios de América con el placer que inspira la soledad y la naturaleza; habia visitado el Tiber, y buscado con el mismo interés el Eurotas y el Cefiso; pero no puedo decir lo que esperimenté á la vista del Jordan. No solamente me recordaba este rio una antigüedad famosa, sino que sus orillas me ofrecian ademas el teatro de los milagros de mi religion. La Judea es el único pais del globo que ofrece á la vez al viajero cristiano el recuerdo de los asuntos de la tierra y de las cosas del cielo, y el que por esta mezcla, provoca en el alma un sentimiento é ideas que ningun otro sitio es capaz de inspirar.»

VII.—Pág. 101. Un fruto parecido á un dorado limon...

Yo he traido este fruto, que por mucho tiempo se ha creido no existia sino en la imaginacion de los misioneros, pero en el dia es ya bien conocido de los botánicos. Háse colocado el arbusto que lo produce en la clase de los solanos con el nombre de *Solanum Sodomæum*; cuando he dicho, en el prólogo de las primeras ediciones, que este fruto es parecido á un limon degenerado por la malignidad del suelo, no ha sido mi intento hablar sino de la apariencia, y de ningun modo de la realidad. . . . .

VIII.—Pág. 101. Solo le habian quedado los camellos...

Me sirvo aquí de una anécdota que he referido en el *Itinerario*, y de la que he sido casi testigo.

IX.—Pág. 101. Se sentó en torno de una hoguera.

Esta es una escena de costumbres árabes en la cual he figurado yo mismo, y que se puede ver en el pasaje que he citado en la nota precedente.

X.—Pág. 101. Algunas cartas para los principales habitantes...

Los obispos eran los que daban estas cartas de viaje ó recomendacion; y en este concepto me ha parecido que podia hacerlas dar tambien á San Gerónimo, por ser sacerdote y doctor de la iglesia Latina.

XI.—Pág. 101. Reina del Oriente...

Quelle Jerusalén nouvelle
Sort du fond du désert, brillante de clarté, etc.

RACINE, *Ath* III, 7.

XII.—Pág. 101. La nueva Jerusalén no llora, etc..

Alusion á una hermosa medalla de Tito, que representa una palmera, con una mujer sentada y encadenada al pié del árbol: su leyenda es: *Judœa capta.*

XIII.—Pág. 102. La reina de los ángeles.

Esto hace naturales y verosímiles los viajes de Cimodocea.

XIV.—Pág. 102. Yo soy Pánfilo de Cesarea...

Pánfilo el mártir, discípulo de Timoteo, y condiscípulo de Eusebio, el cual se ha nombrado ya entre los prohombres cristianos que encuentra Eudoro en Alejandría.

XV.—Pág. 102. Al pié del monte Aventino...

Todavía se enseña esta prision en Roma.

XVI.—Pág. 102. Cada dia le llevaba nuevos compañeros...

De esta manera, un mismo acontecimiento reune en Roma á todos los personajes; tales como Demodoco, Cirilo, Zacarías, el ermitaño del Vesubio, etc.; y pronto el cielo va á conducir á Cimodocea al lugar del sacrificio.

XVII.—Pág. 102. Aquellos confesores habian convertido la cárcel en iglesia.

Esta pintura de la felicidad de que gozaban en las prisiones es exacta. Fleury solo dará al lector curioso el medio de justificar todo lo que yo digo aquí. *(Cost. de los Cris. é Hist. Ecles.)*

XVIII.—Pág. 102. El pontífice de Roma, desde un ignorado retiro...

En todas las calamidades públicas, siempre hay algunas víctimas que se salvan del furor de sus enemigos: no se hallaban todos los cristianos encerrados en los calabozos durante las persecuciones, así como todos los franceses no estaban tampoco encarcelados en el reinado del terror.

XIX.—Pág. 102. La hermosa y brillante Aglaé.

Este es el fin de la historia de Aglaé, de Pacomio y de Bonifacio, que principió en el libro quinto; y se va á ver tambien el fin de la historia de Ginés.

XX.—Pág. 103. Hijo mio, replicó el descendiente de Casio, etc.

Esta sencilla narracion de Zacarías está fundada en la historia. Constancio subyugó efectivamente algunas tribus de los francos, y los hizo pasar á las Galias, á las inmediaciones de Colonia.

XXI.—Pág. 103. La feliz reunion de Constantino.

Con esto se prepara el desenlace, y se anuncia el triunfo de la religion.

XXII.—Pág. 103. Valeria, habia sido desterrada al Asia.

Esto está conforme con la verdad, y separa de la escena á dos personajes que ya no eran necesarios. Unicamente se han recordado aquí para satisfacer al lector, que hubiera podido preguntar lo que habia sido de ellos.

XXIII.—Pág. 103. Deseando inducir á Diocleciano.

Ya se verá luego á Eudoro afearse este designio como criminal; pero entretanto sirve para conservar la esperanza en el ánimo del lector hasta el último momento; y recuerda al mismo tiempo el rasgo mas conocido y notable de la historia de Diocleciano. Era menester, por otra parte, segun la regla dramática, que el héroe fuese culpable de una leve falta.

XXIV.—Pág. 103. No tardaron en descubrir...

Pasando yo á América con unos sacerdotes que huian de la persecucion, fuí testigo de una escena poco mas ó menos semejante. Siempre que sobrevenia alguna tempestad, iban los marineros á confesarse con aquellos mismos hombres á quienes acababan de insultar.

XXV.—Pág. 103. El Salvador descubre la nave de Cimodocea...

La intervencion de lo maravilloso es aquí absolutamente necesario; pues sin ofender todas las conveniencias ni aun todas las verosimilitudes, no podia ir Cimodocea de su propio movimiento á buscar á Eudoro á Italia; pero el cielo, que quiere el triunfo de la cruz, conduce á esta inocente víctima al lugar del sacrificio.

XXVI.—Pág. 103. El viento... hasta entonces...

Yo pinto en este naufragio mi propia aventura. Volviendo de América, se levantó una tempestad del Oeste que me echó en veinte y un dias desde la embocadora del Delaware hasta la isla de Origny, en la Mancha, é hizo tocar la embarcacion en un banco de arena. En mi última navegacion, pasé sesenta y dos dias para ir desde Alejandría á Túnez; toda esta travesía, hecha en medio del invierno, fue una especie de naufragio, contínuo; tres gruesas naves de Malta perecieron á nuestra vista, y la nuestra, que era la cuarta, se halló en sumo peligro. Esto es comprar algo caro, me parece, el placer de pintar la naturaleza.

XXVII.—Pág. 104. Las ondas se despliegan con uniformidad...

Es menester confesarlo; nunca he observado, en medio de las mas furiosas tempestades, ese cáos, esas montañas de agua, esos abismos, ni ese estruendo que se ve en las tempestades que pintan los poetas. Yo no he encontrado mas que á Homero que sea veraz en estas especies de descripciones; casi todas se limitan á pintar la negrura de las olas. He observado, por el contrario, este silencio y esta especie de regularidad que describo aquí, y nada cabe tal vez mas espantoso. Algunos marinos á quienes he leido la descripcion de esta tempestad, me ha parecido quedar muy satisfechos de la verdad de los accidentes. Los críticos que piensan que se puede imitar bien la naturaleza sin salir de su gabinete, están, á lo que creo, en el error. Cópiese tanto como se quiera un retrato fiel; nunca se podrán coger todas aquellas sombras ó quiebras de la fisonomía que solo puede dar el original.

XXVIII.—Pág. 104. El inmediato escollo cambia al parecer de lugar...

Es necesario haberse encontrado en una situacion semejante para poder juzgar bien del gozo y del terror que se esperimentan en un momento como este. Siento no tener la carta que escribí á Mr. de Chateaubriand, mi hermano, quien pereció con su abuelo, Mr. de Malesherbes. En esta carta le daba cuenta de mi naufragio, y en ella hubiera encontrado ahora algunas otras circunstancias que se han borrado ya de mi memoria, aunque esta me ha engañado pocas veces.

XXIX.—Pág. 104. Arrojan al mar algunos sacos llenos de piedras.

Así es como detenian los antiguos sus bageles en fondos cenagosos. El ancla sagrada era un ancla reservada para los naufragios, llamada entre nosotros el ancla de la esperanza. Los antiguos han hecho muchas veces alusion á esta ancla, sagrada, entre otros, Plutarco, que se complace en servirse de imágenes sacadas de la navegacion y de las embarcaciones.

LIBRO VIGÉSIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 104. No precedió á Cimodocea...

Hay muchos ejemplos de estos honores poéticos que se han tributado en la antigüedad á personajes distinguidos: citaré

solo el de Platon, que fue recibido así por Dionisio en su segundo viaje á Sicilia.

II.—Pág. 104. Architas.

Gran matemático y célebre filósofo pitagórico. Era de Tarento, y en su patria le erigieron un monumento que se veia de muy lejos.

III.—Pág. 105. Era una de las Galeras...

Véase el libro XVIII, y la nota XXIV del mismo libro.

IV.—Pág. 105. ¡Ah! ¡es preciso que Tarento haya conservado irritados á sus dioses...

Proponiendo un dia á Marcelo que quitase de Tarento las estátuas, por haber sido infiel á sus juramentos, respondió:—Dejemos á los tarentinos sus dioses irritados.

V.—Pág. 105. Así pinta el cantor de Ilion.

Pluton sort de son trone; il palit, s'ecrie, etc.

BOILEAU.

VI.—Pág. 105. Así se eleva una encina, cuya copa toca al cielo...

Véase el *Exámen*.

VII.—Pág. 105. El *Mercurio* de Zonodoro, etc.

He escogido con preferencia, para descubrirlas, las obras maestras que no existen ya en el dia, y cuya lista he tomado de Plinio; únicamente me he permitido pintar segun mi imaginacion el *Sátiro moribundo* de Protogénes, de quien la historia no nos ha conservado mas que el nombre.

VIII.—Pág. 106. En un ángulo de esta sala veíase al *Apolo*... y en el... opuesto descollaba el grupo de Lacoonte...

Nosotros tenemos estas dos obras maestras. El Lacoonte se encontró en las ruinas de Termas ó del palacio de Tito.

IX.—Pág. Ya sabes que te amo...

Despues de esta frase habia: «¿Es tan temible un amante?» Yo he hecho desaparecer esto por lo mucho que se asemejaba al estilo de novela. En general este pedazo se ha suavizado mucho. Despues de la última palabra que termina el aparte, habia media página del mismo lenguaje amoroso, que he suprimido tambien por la razon indicada. Es suma felicidad para mí cuando puedo ser mas riguroso que los críticos.

X.—Pág. 106. Por medio de filtros y de encantamientos...

Despues de estas palabras habia una respuesta de Cimodocea, que no era mas que una imitacion de dos versos de Otelo: no me ha parecido bien conservarla, aunque ha sido alabada por la Harpe, y es digna ciertamente de alabanza.

XI.—Pág. 106. La sabiduría, jóven demasiado amable...

Esto no es mas odioso que el *lenguaje* del *Hipócrita* (1). La filosofía, así como la religion, tiene tambien sus mónstruos.

(Nota del traductor).

XII.—Pág. 106. ¡Morirá, si tú eres mia!

Repito que yo no he inventado esta horrorosa escena. ¡Ojalá no fuese mas que una ficcion!

XIII.—Pág. 107. Persigue.. á Cimodocea...

Despues de estas palabras se leian unos siete renglones, en donde pintaba este pasaje de la escena de Hierocles y de Cimodocea: he suprimido esta pintura, aunque esta supresion me ha hecho malograr una comparacion que siento mucho.

XIV.—107. Demodoco conoce á su hija..

Se ve que me he acordado de la historia de Virginio, contada por Tito-Livio de un modo tan peregrino.

(1) *El Tartufo*, comedia de Moliére.

XV.—Pág. 107. La reina de los ángeles la fije...

La intervencion de lo maravilloso era aquí absolutamente necesario, pues acaba, con las otras razones sacadas de la naturaleza de la escena, de hacer verosimil la presencia de Cimodocea en la galeria.

XVI.—Pág. 107. El prefecto de Roma que favorecia...

Esto hace natural esta seduccion, y le quita lo que hubiera podido tener de novela ó inverosimilitud. Dios, que va á castigar á Hiérocles, se sirve, como acontece por lo regular, de las pasiones de los hombres, y de un incidente estraño al crímen que él castiga.

XVII.—Pág. 107. ¿Tu hija es cristiana?

Terrible pregunta que decide de la suerte de Cimodocea.

XVIII.—Pág. 108. Pero como sus traiciones no están bastante probadas...

Aquí se ven los inicuos arreglos de la conciencia de un hombre que no tiene la fuerza necesaria ni para ser enteramente virtuoso ni enteramente criminal.

XIX.—Pág. 109. Cuando un bajel ha naufragado.

Odisea, lib. XXIII.

XX.—Pág. 109. Cantad, dijo... amigos mios...

Este anuncio del martirio por Zacarías, y en seguida por el lictor, produce un género patético desconocido del politeismo, y que sale de las entrañas mismas de nuestra admirable religion.

XXI.—Pág. 109. Angel de los santos amores.

Es el ángel que ha herido á Eudoro por órden de Dios, y por lo tanto era natural dirigirse á él para saber los sentimientos de Eudoro.

XXII.—Pág. 110. Eudoro, siervo de Dios, etc.

Esta es la fórmula de las cartas de los primeros cristianos. Pueden verse las epístolas de los apóstoles, y especialmente las de San Pablo, de las que se ha sacado esta fórmula, palabra por palabra. El *nos* estaba tambien usado en esta comunidad de hermanos desgraciados.

XXIII.—Pág. 110. Corta el hilo de su tela...

Véase á JOB, EZEQUIAS, J. B. Rousseau.

XXIV.—Pág. 110. El primer año de la persecucion..

La persecucion de Diocleciano llegó á ser una era por la cual se han fechado muchos escritos de esta época.

XXV.—Pág. 110. ¡Te perderá tal vez y no es cristiano!

Eudoro es cristiano, y por eso es superior á la desgracia, pero sin ser insensible á ella.

XXVI.—Pág. 110. Hé aquí el saludo...

Fórmula de las epístolas apostólicas.

LIBRO VIGÉSIMO PRIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 110. Lozanas ramas de Eneldo y ceñida la sien con coronas de rosas...

Se pueden ver en Ateneo todos los pormenores sobre los banquetes y las coronas de los antiguos. El aneto de que se servian en los festines era bastante semejante al hinojo.

II.—Pág. 110. El banquete de Alcibiades...

El banquete de Platon ha sido traducido por la abadesa de Fontevrault y por Racine. Faltaba el discurso de Alcibiades, y Mr. Geoffroy lo ha dado en su *Comentario* sobre Racine.

III.—Pág. 110. Hubiérase dicho que marchaban al martirio...

Se habrá podido notar que es el hermoso cuadro de Lesueur.

IV.—Pág. 110. ¡Invencion sublime de la caridad! etc.

«Se han visto prelados, que por falta de altar han consagrado en manos de los diáconos; y el ilustre mártir San Luciano de Antioquía consagró sobre su pecho por estar atado de manera que no podia moverse.» (Fleury, *Cost. de los Crist.*)

V.—Pág. 111. Su friso estaba adornado...

No se ignora de qué modo Homero, Virgilio y el Tasso han utilizado estos pormenores poéticos. Los adornos que he puesto en los bajos relieves están sacados de la Historia Romana, y no les he dado una relacion directa con la situacion de Demodoco. Me ha parecido mas natural seguir el ejemplo de Homero, que pinta escenas variadas en el escudo de Aquiles.

VI.—Pág. 112. Tímida cristiana.

El pequeño papel de Blanca se encuentra tal vez en la naturaleza. Se ven, especialmente entre el pueblo, un gran número de estas mujeres que tienen un corazon compasivo, pero cuyo carácter es débil y tímido, y que no se atreven, por decirlo así, á hacer buenas acciones, sino á escondidas. No se vaya á creer, no obstante, que todos los cristianos de esta época fuesen héroes, ni todas las cristianas heroinas. Hubo muchas caidas durante la persecucion de Diocleciano. ¿Cómo se ha podido suponer, en vista de esto, que Cimodocea, que da su sangre con tanta sencillez, no manifiesta bastante valor?

VII.—Pág. 112. Festo siguiendo las fórmulas acostumbradas...

Hubiera yo tenido por un sacrilegio el cambiar ni una sola palabra de esta grande escena del martirio, en la que los testigos del Dios vivo fueron actores sublimes. He conservado, y he debido conservar la sencillez del diálogo, la magestad de las respuestas y la atrocidad de los tormentos. ¿Y por qué habia de mostrarme mas delicado que la pintura? Sin embargo he procurado atenuar el vivo colorido del cuadro, separando de la vista lo que podia revolver los sentidos como el olor de las carnes achicharradas, y otros mil pormenores que se leen en las historias. Por medio de comparaciones alegres, con la presencia de los ángeles y la especie de impasibilidad de Eudoro, he disminuido el horror del tormento. Desearia tener aquí por jueces á los hombres del arte, pues son los únicos que pueden conocer la dificultad del asunto. Remito al lector á las *Actas de los Mártires* recopiladas por Ruinart, y traducidas por Maupertuy, á la *Historia Eclesiástica* de Fleury, y á las *Memorias* de Tillemont.

VIII.—Pág. 112. Observa con atencion mi rostro.

Ya dije en el *Exámen*, que esta palabra de Eudoro era sacada de los *Macabeos*, y que un crítico me ha hecho el honor de creerla invencion mia; esta palabra se encuentra en el martirio de Santa Perpétua. ¿No es tambien muy estraño que se haya ignorado que siempre precedia el tormento á la muerte de los cristianos acusados? Ha habido confesor á quien han dado tres ó cuatro veces tormento antes de condenarlo á muerte. ¿Qué se podrá pensar de aquellos que, tomando contra mí la *defensa de la religion*, muestran á la vez su ignorancia y su impiedad en las vergonzosas burlas que hacen sobre los padecimientos de los mártires?

IX.—Pág. 113. Eudoro en el discurso de sus gloriosas actas.

Aquí empieza el episodio del purgatorio, para cuyo trabajo no he tenido apoyo alguno, y todo ha tenido que salir de mí. El purgatorio del Dante no me ha presentado nada de que me haya podido aprovechar.

X.—Pág. 113. Llamada hermosa por los ángeles..

Son tan conocidas estas santas mujeres, que no se necesita hacer sobre ellas ningun comentario.

XI.—Pág. 113. El infierno que creyó en su asombro ver entrar la eperanza...

El Dante ha dicho:

Lasciaste ogni speranza, vio ch'entrate.

XII.—Pág. 113. Cuanto mas penetra...

Despues de esta frase venia la descripcion de la mansion de los sabios. Muchas personas han sido de opinion que yo hubiera podido, aun teológicamente, ser menos riguroso, y conservar este pedazo; pero no se debe discutir con la religion.

XIII.—Pág. 113. Los diferentes mundos, etc.

«Benedicite omnio opera Domini.» (*Ps*).

XIV.—Pág. 110. Abrios...

«Attollite portas... Et elevamini portæ æternales.» (*Ps.* XXIII, 7), que Milton ha imitado tan bien.

¡Open, ye everlasting door!

XV.—Pág. 113. Nosotros te saludamos, María...

«Ave Maria.»

XVI.—Pág. 113. Bendita entre todas las mujeres. Refugio de los pecadores...

Benedicta tu in mulieribus; consolatris afflictorum, refugium peccatorum.

¡Siempre muestras oraciones mas sencillas dan los rasgos mas nobles, mas sublimes, ó mas tiernos.

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO.

Nota primera.—Pág. 114. Con una mano toma una de las siete copas de oro henchidas de la cólera de Dios...

No creo que me susciten altercados por este ángel, por las copas de oro, etc., á no ser que se haya tambien tomado todo esto por vanas imaginaciones mias. ¿No es vergonzoso el que unos hombres que la echan de críticos, ignoren sin embargo la religion en términos de no conocer las cosas mas comunes? Imiten á Voltaire, y sino leen la Biblia como cristianos, estúdienla á lo menos como literatos.

«Et unum de quatuor animalibus dedit septem Angelis septem phialas aureas plenas iracundiæ Dei.» (*Apocal.* capítulo XV, v. 7).

II.—Pág. 114. Con la otra empuña la espada...

«Factum est auten in noctis medio: percussit Dominus omne primogenitum in terrâ Ægypti...

«Etortus est clamor magnuus in Egypto.» (*Exod.*, c. XII, v. 29 y 30).

«... Venit Angelus Domini et percussit in castris Assyriorum centum octoginta quinque milia.» (*Reg.*, lib. IV, capítulo XIX, v. 35).

III.—Pág. 114. La Hoz que vendimia y la Hoz que siega...

«Et alius Angelus exivit de templo, clamans voce magná ad sedentem super nubem: Mitte falcem tuam, et mete, quia venit hora ut metatur, quoniam arruit messis terræ.

«Et alius Angelus exivit de altari, et clamavit...

«Mitte falcem tuam acutam, et vindemia botros vineæ terræ.» (*Apocal.*, cap. XIV, v. 15 y 18).

IV.—Pág. 114. El edicto te permite relegarla á lugares infames.

Es bien sabido que la horrible perversidad de los paganos los llevó hasta á hacer deshonrar á las vírgenes cristia-

nas, en las que la primera virtud era la castidad; y que se empleó muchas veces esta especie de martirio, como se ve en la *Historia Eclesiástica*. Tenemos una tragedia entera de Corneille fundada sobre este asunto; pero yo solo me he servido de este medio para poner á Eudoro en la mayor tentacion y en la mas acerba afliccion que puede esperimentar un hombre.

v.—Pág. 114. Dió cuenta en estas palabras de su entrevista con Diocleciano :

Fue Maximiano quien instó á Diocleciano á que recobrase el Imperio, y á los diputados de Maximiano, dió Diocleciano la hermosa respuesta que todo el mundo conoce; «¡Ojalá que los que aquí os envian pudiesen ver, como vos ahora, las legumbres que cultivo con mis propias manos! etc.»

vi.—Pág. 115. El jardinero de Sidon..

Abdolónimo; los hermosos versos de Mr. Delille, conocidos en todo el mundo, hacen supérfluos todos los pormenores.

En esta entrevista de Diocleciano y del mensajero de Eudoro, lo único histórico es la respuesta: Ojalá, etc.»

vii.—Pág. 115. Los obispos y prácticos en el conocimiento... su valor.

Tal es la resignacion y la fidelidad cristiana.

viii.—Pág. 116. *La comida libre...*

«La noche que precede inmediatamente al dia de los espectáculos, hay la costumbre de dar á los que están condenados á las fieras, una cena, que se llama la Cena-Libre. Nuestros santos mártires cambiaron, en cuanto les fue posible, esta última cena en una comida de caridad. Toda la sala en que comian estaba llena de pueblo; y los mártires le dirigian de cuando en cuando la palabra..... Estas palabras..... llenaron de admiracion y de espanto el alma de la mayor parte de aquellos idólatras..... y se quedaron muchos para hacerse instruir, y creyeron en Jesucristo.» *(Act. Mart.*, en Santa Perpétua*).*

ix.—Pág. 116. En medio de tan tierna escena vióse llegar á un esclavo...

He procurado hacer mi pintura de manera que pudiese pasar al lienzo sin confusion, sin desorden, y sin cambiar una sola de sus actitudes: el pueblo romano de rodillas: los soldados presentando las águilas; los viejos obispos sentados, cubriéndose la cabeza con una punta de su manto; á Eudoro en pié, sostenido por los centuriones, y dejando caer la copa en el momento en que pronuncia esta palabra: «¡Soy cristiano!» la diversidad de trajes, la agape servida bajo el vestíbulo de la prision, etc.; todo esto podria tal vez animarse con el pincel de un pintor mas diestro que yo:

LIBRO VIGÉSIMO TERCERO.

Nota primera.—Pág. 117. El espíritu de tinieblas desaparece...

Nada mas comun en los poetas que este resorte de una divinidad que toma la forma de un personaje conocido, para producir ó dirigir un acontecimiento: creo que no es necesario hacer ninguna cita.

ii.—Pág. 117. Su victoria sobre los partos.

Crevier es de parecer que Galerio celebró en efecto su triunfo sobre los partos. Esto presenta sin embargo algunas dificultades en crítica; pero yo he adoptado la opinion que mas me ha convenido.

iii.—Pág. 117. Restableció las fiestas de Baco.

El año 568 de Roma, descubrió el senado tales infamias en las fiestas de Baco, que las mandó suprimir.

iv.—Pág. 117. Las desnudas meretrices reunidas al son de la trompeta...

Esta descripcion es histórica: solo he omitido algunos escándalos mas chocantes. Hubo dos Floras: la primera esposa de los Zéfiros, reina de las flores, y ninfa de las islas Afortunadas; y la segunda, cortesana romana, que legó su fortuna al pueblo, y cuyo culto criminal se confundió en breve con el culto inocente que se tributaba á la primera Flora.

«Pantomimus á pueritiâ patitur in corpore, ut artifex esse possit. Ipsa etiam prostibula publicæ libidinis hostiæ in scena proferuntur; plus miseræ inpræsentia feminarum, quibus solis latebant, perque omnis ætatis, omnis dignitatis ora transducuntur, locus, stipes, elogium, etiam quibus opus non est prædicatur. Taceo de reliquis, etiam quæ in tenebris, et in speluncis suis delitescere decebat, ne diem contaminarent.» (Tertul., *de spect.*, cap. XVII).

«Celebrantur ergò alli ludi (Florales) cum omni lascivia convenientes memoriæ meretricis. Nam præter verborum licentiam, quibus obscœnitas omnis effunditur, exnuntur etiam vestibus, populo flagitante, meretrices, quæ tunc mimorum funguntur officio, et in conspectu populi usqué ad satietatem impudicorum tuminun cum podendis motibus detinentur.» (Lactan, *Div. Ins.*, lib. I, 20.)

San Agustin habla tambien de estos juegos para anatematizarlos (epist. CCII.) Nadie ignora la anécdota de Caton, que, hallándose un dia presente á las fiestas de Flora, y viendo que no se atrevian, por respeto á su virtud, á dar principio á los escesos, se retiró por no interrumpir los placeres del pueblo. ¡Qué elogio de las costumbres de Caton! pero al mismo tiempo, ¡qué deplorable flaqueza de la moral pagana! Caton aprueba moralmente estos juegos, puesto que asiste á ellos; y las costumbres de este mismo Caton impiden que se principien estos juegos. (Senec., *epístola* XLVII.)

v.—Pág. 117. Odres y toneles...

He seguido en todos estos pormenores los diseños de las vasijas griegas, y los bajos relieves antiguos. Puede consultarse sobre esto á Cátulo, *Bodas de Tétis y de Peleo*; á Tácito, *en Claudio*, tratando de Mesalina; y á Eurípides, en *las Bacantes*.

vi.—Pág. 117. Cantemos á Evohé...

Este no es un cántico conocido; no es ni la oda de Horacio, ni el himno de Homero: es, sí, un cántico compuesto de diversas historias que tienen relacion con Baco, y del elogio de la Italia por Virgilio. Tengo ya dicho que un crítico poco versado en la antigüedad podria equivocarse, por falta de atencion, en estos pasajes de los *Mártires*, y caer en errores desagradables para él: por medio de estas notas se sabrá con quien se ha de hablar. Tampoco citaré las imitaciones, para no privar al lector del placer de buscarlas por sí mismo en los poetas que he citado: primero, Píndaro; y despues, *Himno á Baco* atribuido á Homero; Eurípides, Cátulo, Horacio, Ovidio, y Virgilio *in Georg*.

vii.—Pág. 117. ¡Cuán tierno era, en medio del delirio de Roma pagana, ver á los cristianos...

Si se quiere responder de buena fe, ¿no lleva aquí ventaja el Cristianismo al Paganismo? Estas lágrimas de la desgracia, ¿no son preferibles, aun poéticamente, á esos gritos de alegría? ¿Hay por ventura algun lector que se sienta mas interesado por el himno de Baco y las fiestas de Flora, que por las oraciones de los cristianos desventurados?

viii.—Pág. 118. Las respuestas y la magnanimidad de Eudoro...

Hay mil ejemplos de jueces, carceleros y aun verdugos, que se han convertido por las palabras y padecimientos de los cristianos á quienes perseguian.

ix. Pág. 118. Los cristianos, cuya caridad...

Estas no son virtudes imaginarias; los cristianos fueron los primeros que socorrieron á los leprosos abandonados por las calles, llevándolos á los hospitales que edificaron para esta horrorosa enfermedad, y conocidos con el nombre de Leproserías.

x.—Pág. 118. Y espiró.

Esta escena terrible de una alma que comparece ante el juicio de Dios, delineada en los sermonarios, no se habia trasladado todavia, que yo sepa, á la epopeya cristiana: Aunque condeno á Hiérocles, no he ido mas lejos que el Dante, que encuentra en los infiernos á sus contemporáneos y hasta á un prelado que aun vivia.

xi.—Pág. 119. Habita el cielo una potencia divina...

Ficcion que forma contraste con la escena precedente, y transicion para volver del cielo á la tierra. Muchas veces se ha pintado la Esperanza, y yo me he arriesgado a hacer de ella un retrato nuevo.

xii.—Pág. 119. Una túnica azul...

San Crisóstomo describe así la vestidura de las vírgenes de su tiempo: «Una túnica azul sujeta con un cinturon, zapatos negros y puntiagudos, un velo blanco sobre la frente y un manto negro que les cubria la cabeza y todo el cuerpo. Las pinturas que se hacen de la Virgen parece sacar su orígen de esto.» (Fleuri, *Cost. Crist.*, cap. LII.)

xiii.—Pág. 119. Marcia...

Es uno de los mejores trozos de Lucano:

Sicut erat, mœsti servans lugubria cultus
Quoque modo natos, hoc est amplexa maritum.
Obsita funerea celatur purpura lana.
Non soliti lucere sales, nec more Sabino
Excepit tristis convicia fasta maritus
Pignora nulla domus: nullis coiere propinqui:
Junguntur, taciti contentique auspice Bruto

(Lucan., *Phars.*, lib. II.)

xiv.—Pág. 119. Raudos bajeles de la Ausonia...

Este cántico es tal vez el pedazo en que mas cuidado y estudio he puesto en toda la obra. Yo hubiera deseado que la cancion de muerte de mi jóven Griega fuese tan suave como su voz, y tan armoniosa como la lengua en que se supone que habla Cimodocea. Esta especie de himno fúnebre es del gusto de la antigüedad homérica. ¿Cómo hubiera podido Cimodocea cantar sus pesares con una lira cristiana? Sola, sumida en un calabozo, sin maestro, sin instruccion, sin guia, deben resentirse necesariamente sus sentimientos de los errores de su primera educacion; mas no obstante ella conoce que peca, y se reprende inocentemente un lenguaje que su ignorancia disculpa.

xv.—Pág. 121. Yo te saludo sagrada túnica.

Despues de haber visto la mujer se encuentra la cristiana.

xvi.—Pág. 121. Los confesores admiraban á los fieles... no deseaban ver correr la sangre de sus hermanos.

Lejos de querer que se espusiesen al martirio, la Iglesia condenaba á los que se entregaban á él inútilmente, y aconsejaba la fuga en caso de persecucion. (Véase á San Cipriano.)

xvii.—Pág. 122. En la vertiente del monte Esquilino se elevaba un retiro habitado en otro tiempo por Virgilio...

Me han enseñado, estando en Roma, las supuestas ruinas de esta casa.

xviii.—Pág. 122. Un laurel...

He colocado en la puerta de la casa de Virgilio el laurel que está pintado en Nápoles sobre su sepulcro.

xix.—Pág. 122. Abjura esos altares...

Esta es la prueba mas terrible que habia sufrido Cimodocea. Todo se le debe perdonar, puesto que es tan fuerte que no sucumbe á los ruegos de su padre: Santa Perpétua pasó por la misma prueba.

xx.—Pág. 122. Ostentando el cetro de oro...

Como mi parecer particular no obliga á nadie á aprobar lo que escribo, diré que este ángel del sueño es, entre todas las ficciones de los Mártires, la que prefiero, y la que he compuesto con mas gusto. No puedo menos de creer que un hombre, con mas talento que yo, podria sacar, de la accion de los ángeles y de los santos, un género de bellezas que igualaria cuando menos las oraciones mitológicas. No es decir que yo condene estas, sino solo añadir algo mas á las riquezas de los poetas.

LIBRO VIGÉSIMO-CUARTO.

Nota primerra.—Pág. 123. Desde la cintura hasta la cabeza...

Los pormenores de esta enfermedad de Galerio son históricos, y no he hecho mas que traducir á Lactancio (*de Mor. Persecut.*) La respuesta del médico, que refiero mas abajo en mi testo, es igualmente cierta.

ii.—Pág. 123. Esta franqueza causó á Galerio temibles arranques...

No fue siempre así: sujetado Galerio por la ira celeste, dió edictos en favor de los cristianos: pero ya fue tarde, y la mano de Dios, no se retiró de encima de la cabeza del perseguidor.

iii.—Pág. 123. Los distantes montes lejanos de la Sabina...

Este hermoso color de montañas de Sabina lo han podido notar cuantos han hecho el viaje á Roma.

iv.—Pág. 123. Otra... una sombrilla.

Especie de sombrero romano para guardarse del sol.

v.—Pág. 124. La muchedumbre vomitada por los pórticos...

Las aberturas por donde entraba la turba en el teatro se llamaban vomitorios. Yo he hecho esta descripcion en vista del conocimiento que tengo del coliseo de Roma, de las arenas de Nimes, y del anfiteatro de Verona. En cuanto á las verjas de oro, á las aguas perfumadas, estátuas, pinturas, vasos preciosos, etc., se pueden consultar la mayor parte de los historiadores latinos; y Gibbon (*Fall of the Roman Empire*) ha reunido las autoridades. Algunas veces hacian parecer hipopótamos y cocodrilos en los canales que habia alrededor de la arena; en cuanto al número de leones, no me hubiera atrevido á fijarlo á quinientos, si no lo hubiese encontrado referido en una descripcion de los juegos. Las cavernas en que encerraban las fieras, tenian dos salidas; una al esterior, y otra al interior del edificio. Habia ciertas bóvedas (*fornix*) que servian de lugares de prostitucion. (Horacio.)

vi.—Pág. 125. En los infaustos dias de Neron...

En una fiesta que dió Tigelino á Neron, se presentaron las primeras damas romanas confundidas en los palcos con las cortesanas enteramente desnudas.

vii.—Pág. 126. Una frente de diamante...

Escritura. Este versículo se lee aun en el dia en las *Fiestas de los Mártires*.

viii.—Pág. 126. Compuesto en Cartago por Agustin, amigo de Eudoro.

Yo he seguido una tradicion que atribuye el *Te Deum* á San Agustin. Así, de los dos amigos de la juventud de Eudoro, el uno le envia su esposa cristiana para morir con él, y el otro compone un himno para su muerte.

ix.—Pág. 126. Eudoro Cristiano.

Hiciéronle dar vuelta al anfiteatro, con un letrero delante, en el que estaban escritas estas palabras en latin: «Atalo cristiano.» (Martirio de San Potino, *Actas de los Mártires*, tomo I, pág. 88.)

x.—Pág. 126. ¡Oh Roma! ¡Veo á un príncipe...

He aquí bien anunciado, me parece el reinado de Constantino y el triunfo de la religion, y esta profecía se encuentra bien colocada en boca de Eudoro.

xi.—Pág. 126. No habreis de emplear...

Alusion á la muerte de Vitelo. Los soldados le picaban la barba con la punta de sus espadas para obligarle á levantar la cabeza.

xii.—Pág. 126. La única que había quedado...

Pequeña circunstancia preparada ya desde mucho tiempo en el libro IX.

xiii.—Pág. 126. Los gladiadores quisieron..

«Luego que llegaron á las puertas del anfiteatro, quisieron ponerles la vestidura consagrada por los paganos para sus sacrílegas ceremonias: á los hombres la túnica de los sacerdotes de Saturno, etc.,» *(Act. Mart.*, in Sanct. Perpet.)

xiv.—Pág. 126. Le reproduce el presentimiento que en otro tiempo...

Véase el fin del libro IV.

xv.—Pág. 126. El emperador no habia llegado aun...

Esto da tiempo para volver á Cimodocea, y para ver el cumplimiento de la escena que pasa en el cielo, mientras que esta misma escena se acaba sobre la tierra.

xvi.—Pág. 127. Y tu honor de la piadosa y fiel ciudad...

San Polin y San Ireneo, en Leon de Francia.

xvii.—Pág. 127. Agregaron á estos metales tres destellos de la venganza eterna...

Con esto se ve que no hay belleza alguna en la mitología de los antiguos que no se pueda trasladar á lo maravilloso cristiano. Véase á Virgilio, sobre los rayos de Júpiter.

xviii.—Pág. 127. El arcángel pone un pié sobre el mar y otro sobre la tierra.

«Et vidi alium angelum fortem descedentem de cœlo... Et posuit pedem suum dextrum super mare, sinistrum autem super terram.» *(Apocal.*, cap. X, v. 1 y 2*)*.

xix.—Pág. 127. Vuelve á el pozo del abismo, donde serás encadenado por espacio de mil años...

«Et vide angelum descendentem de cælo, habentem clavem abyssi et catenam magnam in manu suâ et apprehendit draconem, serpentem antiquum, qui est diabolus et Satanás, et ligavit eum per annos mile.» *(Apocal.*, cap. IX, v. 1 y 2*)*. Aquí acaba la accion sobrenatural: Satanás, Astarte, el demonio de la falsa sabiduría y el del homicidio, quedan sepultados en el abismo; así va conociendo el lector la suerte de todos los personajes sobrenaturales y humanos á quienes ha visto figurar en la obra.

xx.—Pág. 127. Levanta la cabeza, y ve al ejército de los Mártires...

El original de este cuadro se encuentra en Homero, cuando pinta á los dioses destruyendo las murallas de los griegos. Virgilio lo ha imitado en el libro II de *la Eneida*, donde supone que Eneas ve á los dioses minando los cimientos de Troya y del palacio de Priamo. El Taso muestra las milicias celestes dando el último asalto á Jerusalén, con los cruzados vencedores. En fin, yo me he servido tambien de la misma imágen para representar la caida de los templos de la idolatría.

xxi.—Pág. 127. Una escalera maravillosa...

«Percibí una escalera de oro, de prodigiosa altura, que llegaba desde la tierra hasta el cielo.... Asture subió por ella primero.... Habiendo llegado felizmente á lo alto de la escalera, se vuelve hácia mí, y me dice: Perpétua, os espero...» *(Act.*, *Mártyr*, in Sancta Perpétua.)

xxii.—Pág. 127. Puede reprimir los sollozos... la piedad filial...

Una jóven de diez y seis años que se ve espuesta á una prueba semejante, y que la supera con valor, no puede tildarse de flaqueza. Confieso que yo no tendria una opinion muy ventajosa del juicio y aun del valor de los cristianos que exigiesen mayor heroismo, la exageracion en todo indica debilidad:

Rien n' est beau que le vrai; le vrai seul est aimable.

Por otra parte, no creo nos estuviese bien ahora el aparentar rigorismo en materia de religion; sondeemos bien nuestros corazones, veamos lo que somos, y en seguida podremos juzgar á Cimodocea.

xxiii.—Pág. 128. He leido en tus libros santos...

Si la hija de Homero no conoce todavía bastante bien la Religion Cristiana, sabe por lo menos lo que ha menester para morir.

xxiv.—Pág. 128. Saca de su dedo un anillo...

«En seguida, quitándose un anillo de su dedo, lo empapa en su sangre, y dándoselo á Pudens, le dice: recibidlo como una prenda de nuestra amistad, y que la sangre de que está teñido os haga acordar de la que derramo hoy por Jesucristo.» *(Act. Martyr*, in Sancta Perpétua.)

xxv.—Pág. 128. Demodoco va á conocer la verdadera luz...

Profecía de Eudoro, que indica el fin de Demodoco, y deja tranquilo al lector sobre el destino de este desgraciado anciano.

xxvi.—Pág. 128. ¡Oh Cimodocea! ya te habia predicho...

En el libro XV, cuando la separacion de los dos esposos en Atenas.

xxvii.—Pág. 128. Soy cristiano que pide el combate.

Nada era mas comun entonces que el ver á los cristianos denunciarse repentinamente á sí mismos, á la vista de los tormentos que sufrian sus hermanos. Doroteo muere aquí como Policuctes, derribando los ídolos: el ardor de su celo, sus imprecaciones contra los ídolos y los idólatras, forman contraste con la paciencia, la resignacion y la moderacion de Eudoro.

xxviii.—Pág. 129. Bájase el puente que establecia la comunicacion entre el palacio...

Dicen que Tito pasaba de su palacio al anfiteatro por un puente que bajaban cuando llegaba este caso. Enséñase en Roma á todos los viajeros el paraje en que caia este puente sobre el muro del coliseo.

xxix.—Pág. 129. Temia que una muerte tan casta...

Algunas personas hubieran deseado que Eudoro no profiriese esta especie de último suspiro de la flaqueza humana: paréceme, al contrario, que la accion de Eudoro está conforme con la naturaleza, sin ofender la religion. Cuando Santa Perpétua se encaminaba al martirio, «tenia los ojos bajos, dicen las *Actas*, por el temor de que su peregrina hermosura causara, contra su voluntad, los efectos maravillosos, que como se sabe, son capaces de causar unos hermosos ojos.» *(Act. Mártyr*, in Sanct. Perpet., trad. de Maupertuy, tomo I, pág. 165.) Yo pienso que esto me justifica bastante bajo todos los respectos religiosos; pues igual sentimiento esperimen-

ta Eudoro, cuando no quiere que la muerte de Cimodocea sea mancillada con la sombra de un pensamiento impuro, no solo por parte de él, sino tambien por la de aquellos que la iban á presenciar. «No creo tampoco que sea la *espresion* la que se me critique; la espresion de las *Actas* de Santa Perpétua es algo mas franca y sencilla que la mia. ¿Reprenderáse acaso en esta accion el último impulso de un amor casto, que arde en el corazon de un esposo por su esposa? ¿Qué pensariamos en este caso del Olindo del Taso, que atado sobre la hoguera del martirio con Sofronia, conversa, no con *su esposa*, sino con su amante, de la pasion que siente por ella? Seria menester que los que critican supiesen á lo menos lo que dicen, que conociesen las autoridades, y no se espusiesen á mostrar á la vez su falta de juicio, su ignorancia, ó su mala fe.

XXX.—Pág. 129. ¡Ay, sálvame!

Este es el grito de la naturaleza. Si, como lo he observado, se han visto á algunos jóvenes misioneros dar gritos en medio de los tormentos que les hacian sufrir los salvajes, ¿podrá estrañarse que una jóven de diez y seis años haya tenido miedo por un momento á un tigre que va á echarse sobre ella para devorarla? Digamos mas: ofenderia el querer exigir mas fortaleza en Cimodocea de la que ella manifiesta. ¡Ojalá que en semejante caso pudiésemos nosotros morir con tanto valor! Yo desconfio de este heroismo, tan fácil en el rincon del hogar, cuando no hay que combatir. Acordémonos de esta bella palabra de la Escritura: *Nec glorietur accinctus æquè ut discinctus*. (REG. lib. III, cap. XX, v. II.)

XXXI.—Pág. 129. El calor abandona los palpitantes miembros ..

Aquí se corre la cortina. Hubiera sido fácil esplicar las particularidades del martirio; pero con esto no hubiera yo hecho mas que presentar un espectáculo horrible y asqueroso. La parte de terror, si lo hay aquí, se encuentra antes de la aparicion del tigre: una vez suelto el tigre en la arena, todo acaba: y no se ve nada de lo que se esperaba ver. Este engaño está mandado por el arte.» Y conviene á mi asunto, que debe mostrar el martirio como un triunfo y no como una desgracia. Añádase á esto que en los pormenores de la muerte de los dos jóvenes esposos, la imaginacion del lector hubiera ido siempre mucho mas lejos que la mia.

XXXII.—Pág. 129. LOS DIOSES SE AUSENTAN.

La obra acababa aquí; pero el párrafo que se ha añadido completa la accion.

No puedo esplicar el placer con que termino estas notas. Tener en cada frase, y por decirlo así en cada palabra, que censurar un error de la crítica; verse obligado á citar autoridades sobre puntos que no hubieran sufrido en otro tiempo la mas leve dificultad; constituirse uno mismo juez de su obra: no creo que haya para un autor trabajo mas penoso. De todos modos, ya están tranquilos mis enemigos, y no espero de ellos ninguna justicia. Ellos saben que no les responderé mas: triunfen, pues con seguridad, redoblen si quieren, sus ultrajes; mas prefiero yo ser víctima que autor de sus escritos.

FIN DE LAS NOTAS.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

FIN.

ERRATAS.

PAGINA.	COLUMNA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
3	2	13	en tu nombre males; crueles...	en tu nombre males crueles;
4	2	15	Este horizonte	Aquel horizonte
7	2	33	Caliope, hijo	Caliope, hija
8	2	53	Alfeo, mas arriba	Alfeo, mas abajo
11	1	35	como una llanura	como un plátano
12	2	18	cismor hebreo	cinmor hebreo
18	1	38	el anciano Evandro	el arcadio Evandro
id.	2	20, 21, 22	Del Aquelvo. Eudoro ostenta... una de esas coronas	Del Aqueloo. Eudoro ostentaba... una de aquellas coronas.
19	1	31	familia de Megaro	mujer de Megara
id.	2	12	se marchitase	rompiese su capullo
id.	2	23	puerto de Jeres	puerto de Feres
20	1	40	veia á Corinto	habia visto á Corinto
id.	1	46	brotar una teoria	salir una Teoria
id.	2	71	El rector Eumenes	El retórico Eumenes
22	1 ~~2~~	3	de su hijo	de su lujo
23	1	18	Panucio	Pafnucio
Id.	1	23	de Cesarea... á Masiés	de Cascares... á Manés
31	2	11	el nombre de Gordiano	el reinado de Gordiano
id.	2	51	agua del	agua para el
31	2	73	los armxicanos	los armoricanos
34	1	3	una guitarra	una especie de guitarra
66	1 ~~2~~	7	un brazo de césped	un banco de césped
74	2	id.	del platanista	de Platanista
83	2	38	linaje humamano	linaje humano
86	2	15	Iolcos	Yolcos
95	2	34	y del carmelo	y del Carmelo
117	1	47	sobre los persas	sobre los partos
id.	1	65	rey de los persas	rey de los partos
119	1	43	una blanca túnica	una túnica azul

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

ITINERARIO DE PARIS A JERUSALEM,

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND,

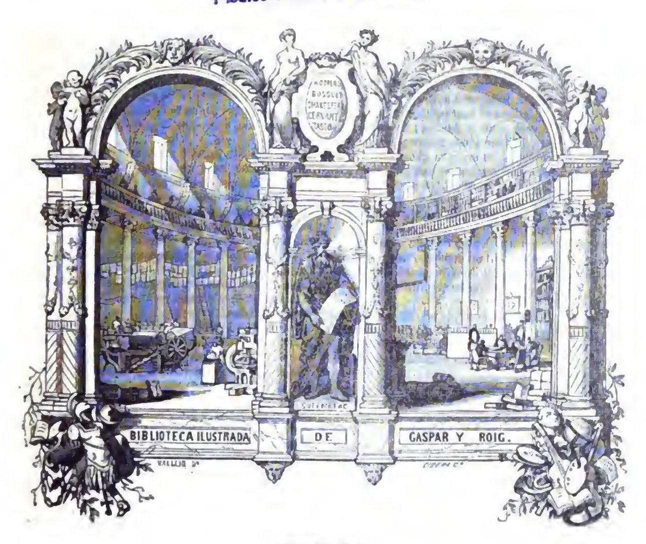
TRADUCIDO

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.
GASPAR Y ROIG, EDITORES, PRÍNCIPE, 4.
1853.



ITINERARIO

DE PARIS A JERUSALEM,

por F. A. de Chateaubriand.

INTRODUCCION.

PRIMERA MEMORIA.

Dividiré esta introduccion en dos Memorias: en la primera tomaré la historia de Esparta y de Atenas casi en el siglo de Augusto, y la continuaré hasta el dia; en la segunda examinaré la autenticidad de las tradiciones religiosas en Jerusalém.

Spon, Wheler, Fanelli, Chandier y Leroi han hablado, es verdad, de la suerte de la Grecia en la edad media; pero el cuadro trazado por estos sabios está muy lejos de ser completo, pues limitándose á ciertos hechos generales, sin tomarse la molestia de desentrañar la *Bizantina*, han ignorado la existencia de algunos viajes á Levante; pero aprovechándome de sus trabajos, procuraré suplir lo que ellos han omitido.

Por lo que respecta á la historia de Jerusalém, no presenta ninguna oscuridad en los siglos bárbaros: nunca se pierde de vista la ciudad santa. Empero cuando los peregrinos dicen: «Fuimos al sepulcro de Jesucristo; entramos en la gruta donde el Salvador del mundo vertió un sudor de sangre, etc., etc.,» un lector poco crédulo podria sospechar que los peregrinos han sido engañados por tradiciones inexactas; este es un punto de crítica que me propongo discutir en la segunda Memoria de esta introduccion.

Vuelvo á la historia de Esparta y Atenas.

Cuando los romanos empezaron á dejarse ver en el Oriente, Atenas se declaró su enemiga, al paso que Esparta abrazó su fortuna. Sila incendió el Pireo y Muniquia; saqueó la ciudad de Cécrops, é hizo tal mortandad de ciudadanos, que, segun dice Plutarco, la sangre inundó todo el Cerámico y rebosó por los puertos.

En las guerras civiles de Roma, los atenienses siguieron el partido de Pompeyo, que les parecia ser la causa de la libertad, y los lacedemonios siguieron el partido de César, que se negó á vengarse de Atenas. Esparta, fiel á la memoria de César, combatió contra Bruto en la batalla de Filipos; Bruto habia prometido á sus soldados el saqueo de Lacedemonia, si la victoria les era favorable. Los atenienses erigieron estátuas á Bruto, se unieron á Antonio, y fueron castigados por Augusto. Cuatro años antes de la muerte de este príncipe se rebelaron contra él.

Atenas permaneció libre durante el reinado de Tiberio. Esparta fue á defender y perder en Roma una causa de escasa entidad contra los mesenios, antiguos

esclavos suyos. Tratábase de la posesion del templo de Diana-Limnátide; la misma cuyas fiestas dieron orígen á las guerras mesenianas.

Si se supone que Estrabon vivia en tiempo de Tiberio, la descripcion de Esparta y de Atenas por este geógrafo deberá referirse al tiempo de que hablamos.

Cuando Germánico pasó á Atenas, se despojó de las esterioridades del poder y marchó precedido de un solo lictor, por respeto á su antigua gloria.

Pomponio Mela, que escribia en tiempo del emperador Claudio, se limita á citar á Atenas al describir la costa de la Atica.

Neron visitó la Grecia; pero no entró ni en Atenas, ni en Lacedemonia.

Vespasiano convirtió la Acaya en provincia romana, y le dió por gobernador un procónsul. Plinio el Mayor, predilecto de Vespasiano y de Tito, habló en tiempo de estos príncipes de diferentes monumentos de la Grecia.

Apolonio de Tiana halló las leyes de Licurgo vigentes en Lacedemonia, en el reinado de Domiciano.

Nerva favoreció á los atenienses. Los monumentos de Herodes Ático y el viaje de Pausanias son apróximadamente de esta época.

Plinio el Jóven exhorta á Máximo, procónsul de Acaya en tiempo de Trajano, á que gobierne á Atenas y á la Grecia con equidad.

Adriano restableció los monumentos de Atenas, concluyó el templo de Júpiter Olímpico, edificó una nueva ciudad cerca de la antigua, é hizo florecer de nuevo en la Grecia las ciencias, las letras y las artes.

Antonino y Marco Aurelio colmaron á Atenas de beneficios. El último, especialmente, cifró todo su conato en devolver á la Academia su antiguo esplendor; multiplicó los profesores de filosofía, de elocuencia y de derecho civil, haciendo llegar su número á trece; dos platónicos, dos peripatéticos, dos estóicos, dos epicureos, dos retóricos, dos profesores de derecho civil y un prefecto de la juventud. Luciano, que vivia á la sazon, dice que Atenas estaba llena de largas barbas, de mantos, báculos y alforjas.

El *Polyhistor* de Solin vió la luz pública á fines del siglo actual, y Solin describe muchos monumentos de la Grecia, sin copiar á Plinio, el Naturalista, tan servilmente como muchos se han complacido en repetir.

Severo privó á Atenas de una parte de sus privilegios, en castigo de haberse declarado en favor de Pescennio Niger.

Esparta, sumida ya en la oscuridad, mientras Atenas atraia aun las miradas del mundo, mereció el vergonzoso aprecio de Caracalla, quien tenia en su ejército, al lado de su persona, un batallon de lacedemonios y una guardia de espartanos.

Habiendo invadido los escitas la Macedonia en tiempo del emperador Galieno, pusieron sitio á Tesalónica, y asustados los atenienses se apresuraron á reconstruir los muros que Sila habia derribado.

Algunos años despues los hérulos saquearon á Esparta, Corinto y Argos. Atenas se salvó por el denuedo de uno de sus ciudadanos, llamado *Dexippé*, tan conocido en las letras como en las armas.

El arcontado quedó abolido en esta época; y el estratego, inspector de la *agora* ó del mercado: fue el primer magistrado de Atenas.

Los godos tomaron esta ciudad en el reinado de Claudio II, y quisieron quemar sus bibliotecas; pero uno de los bárbaros se opuso á ello, diciendo: «Conservemos estos libros que hacen á los griegos tan »fáciles de vencer, y les quitan el amor á la gloria.» El ateniense Cleodemo, que logró sustraerse á las calamidades de su patria, reunió sus soldados, y cayendo sobre los godos, dió muerte á considerable número y dispersó el resto; de este modo probó á los bárbaros que la ciencia no es incompatible con el arrojo.

Atenas se repuso en breve de aquel desastre, porque la vemos poco despues ofrecer honores á Constantino y recibir gracias de su mano. Este príncipe dió al gobernador del Ática el título de gran duque, que fijándose en una familia, llegó á ser hereditario, y concluyó por convertir la república de Solon en un principado gótico. Pito, obispo de Atenas, asistió al concilio de Nicea.

Constancio, sucesor de Constantino, despues de la muerte de sus hermanos Constantino y Constante, regaló muchas islas á la ciudad de Atenas.

Juliano, discípulo de los filósofos del Pórtico, se alejó de Atenas, derramando lágrimas. Los Gregorios, los Cirilos, los Basilios y los Crisóstomos aprendieron su santa elocuencia en la patria de Demóstenes.

En el reinado del gran Teodosio los godos devastaron el Epiro y la Tesalia, y se disponian á pasar á la Grecia; pero fueron rechazados por Teodoro, general de los aqueos, y Atenas reconocida erigió una estátua á su libertador.

Honorio y Arcadio empuñaban las riendas del imperio cuando Alarico penetró en la Grecia. Zosimo cuenta que el conquistador vió, al acercarse á Atenas, á Minerva que le amenazaba desde lo alto de la ciudadela, y á Aquiles en pié delante de las murallas. Si hemos de dar asenso al mismo historiador, Alarico no saqueó una ciudad protegida por los dioses y los héroes. Pero este relato tiene toda la apariencia de una fábula. Sinesio, mas cercano á este suceso que Zosimo, compara á Atenas incendiada por los godos, á una víctima devorada por las llamas, y de la cual no quedan sino los huesos. Créese que el Júpiter de Fidias pereció en esta invasion de los bárbaros.

Corinto, Argos, las ciudades de la Arcadia, la Elida y la Laconia sufrieron la misma suerte que Atenas: «Esparta, tan famosa, añade Zosimo, no pudo salvarse: »sus ciudadanos la abandonaron, y sus jefes le hi»cieron traicion; envilecidos ministros de los tiranos »injustos y disolutos que gobernaban el Estado.»

Estilicon, despues de espulsar á Alarico del Peloponeso, acabó de desolar este infortunado país.

Atenais, hija de Leoncio el filósofo, conocida con el nombre de *Eudoxia*, era natural de Atenas, y casó con Teodosio el Jóven.

Mientras Leoncio regia el imperio de Oriente, Genserico se arrojó de nuevo sobre la Acaya. Procopio no nos dice cuál fue la suerte de Esparta y de Atenas en esta nueva invasion.

El mismo historiador pinta tambien los estragos de los bárbaros en su *historia secreta*. «Desde que Justi»niano gobierna el imperio, la Tracia, el Quersoneso, »la *Grecia* y todo el país comprendido entre Constan»tinopla y el golfo de Jonia han sido devastados todos »los años por los antes, los esclavones y los hunnos. »Mas de doscientos mil romanos perecieron ó cayeron »prisioneros en cada invasion de los bárbaros, y los »paises que he nombrado quedaron igualados con los »desiertos de la Escitia.»

Justiniano reconstruyó las murallas de Atenas, y levantó torres en el istmo de Corinto. En el número de las ciudades que este príncipe embelleció y fortificó, Procopio no cita á Lacedemonia. Vemos al lado de los emperadores de Oriente una guardia laconia ó traconiana, segun la pronunciacion de aquella época. Esta guardia, armada de picas, llevaba una especie de coraza adornada de figuras de leon; el soldado vestia una casaca de paño y cubria su cabeza con un capuchon; el caudillo de esta milicia se llamaba *Stratopedarcha*.

El imperio de Oriente habia sido dividido en gobiernos llamados *Themata*. Lacedemonia se convirtió en patrimonio de los hermanos y los hijos primogénitos del emperador.

Los príncipes de Esparta tomaban el título de *Déspotas*, sus mujeres se llamaban *Despænas*, y el go-

bierno *Despotado*. El déspota residia en Esparta ó en Corinto.

Aquí empieza el largo silencio de la historia sobre los paises mas célebres del universo. Spon y Chandler pierden de vista á Atenas por espacio de setecientos años. «Ora sea, dice Spon, por falta de la historia, breve y oscura en estos siglos, ora porque la fortuna le haya concedido este largo reposo.» No obstante, se descubren algunos vestigios de Esparta y de Atenas en el trascurso de estos siglos.

Volvemos luego á encontrar el nombre de Atenas en Teofilasto Simocato, historiador del emperador Mauricio, que habla de las Musas *que brillan en Atenas con sus mas soberbios trajes;* lo que prueba que en 590 Atenas era todavía predilecta mansion de las Musas.

El Anónimo de Rávena, escritor godo que vivia probablemente en el siglo sétimo, nombra tres veces á Atenas en su Geografía, de la cual solo tenemos un estracto mal hecho por Galateo.

En tiempo de Miguel III los esclavones se esparcieron por la Grecia. Theoctisto los batió y arrojó hasta el interior del Peloponeso. Dos hordas de estos pueblos, los ezeritas y los milingos, se acantonaron al Oriente y al Occidente del Taijeto, que se llamó desde entonces *Pentadactilo*. Diga lo que quiera Constantino Porfirogeneta, estos esclavones son los ascendientes de los maniotas, que no son los descendientes de los antiguos espartanos, como se asegura en la actualidad, sin saber que esto no es sino una opinion ridícula de Constantino Porfirogeneta. No es dudoso que estos esclavones mudaron el nombre de Amiclea en el de Sclabochorion.

Leemos en Leon el Gramático que los habitantes de la Grecia no pudiendo sufrir las injusticias de Chasés, hijo de Job, y prefecto de Acaya, le apedrearon en una iglesia de Atenas, en el reinado de Constantino VII.

En tiempo de Alejo Comneno, poco antes de las Cruzadas, vemos á los turcos devastar las islas del Archipiélago y todas *las costas del Occidente*.

En un combate ocurrido entre los paisanos y los griegos, un conde, natural del *Peloponeso*, señaló su valor en 1083: así, pues, el Peloponeso no se llamaba aun *Morea*.

Las guerras de Alejo Comneno, de Roberto y de Boemundo, tuvieron por teatro el Epiro y la Tesalia, y nada nos dicen de la Grecia propiamente dicha. Las primeras Cruzadas pasaron tambien á Constantinopla, sin penetrar en la Acaya. Pero en el reinado de Manuel Comneno, sucesor de Alejo, los reyes de Sicilia, los venecianos, los pisanos y los demás pueblos occidentales se precipitaron sobre el Peloponeso y el Ática. Rogerio I, rey de Sicilia, trasladó á Palermo los manufactureros de Atenas, hábiles en la elaboracion de la seda. Casi en su misma época el Peloponeso mudó su nombre en el de Morea; á lo menos encuentro este nombre empleado por el historiador Nicetas. Es probable que habiéndose multiplicado en el Oriente los gusanos de seda, fue preciso multiplicar las moreras, y el Peloponeso tomó su nombre del árbol que constituia su nueva riqueza.

Rogerio se apoderó de Corfú, de Tebas y de Corinto; y se atrevió, dice Nicetas, á atacar las ciudades mas interiores del país. Pero, segun dicen los historiadores de Venecia, los venecianos auxiliaron al emperador de Oriente, batieron á Rogerio, y le impidieron tomar á Corinto; en virtud de este servicio, pretendieron dos siglos despues tener derechos sobre Corinto y el Peloponeso.

Es preciso referir al año 1170 el viaje de Benjamin de Tudela en Grecia; atravesó á Patrás, Corinto y Tebas, donde halló dos mil judíos que fabricaban tejidos de seda, y se ocupaban del tinte en púrpura.

Eustaquio era á la sazon obispo de Tesalónica. Las letras se cultivaban todavia con buen éxito en su patria, pues este Eustaquio es el célebre comentador de Homero.

Los franceses, acaudillados por Bonifacio, marqués de Monforte, y por Balduino, conde de Flandes; y los venecianos capitaneados por Dándolo, arrojaron á Alejo de Constantinopla, y reinstalaron á Isaac el Ángel en su trono; pero no tardaron en apoderarse de la corona por su propia cuenta. Balduino, conde de Flandes, se posesionó del imperio, y el marqués de Mon-Ferrat, fue declarado rey de Tesalónica.

Por aquel tiempo un tiranuelo de la Morea, llamado Esguro, y natural de Napoli, en la Romania, sitió á Atenas, pero fue rechazado por el arzobispo Miguel Acominato Coniato, hermano del historiador Nicetas. Este arzobispo habia compuesto un poema en que comparaba la Atenas de Pericles á la Atenas del siglo duodécimo. Quedan aun algunos versos de este poema manuscrito, en 4.°, número 963, página 116 en la Biblioteca Real.

Algun tiempo despues Atenas abrió sus puertas al marqués de Mont-Ferrat, y Bonifacio dió la investidura del señorío de Tebas y de Atenas á Oton de la Roche; los sucesores de Oton tomaron el título de duques de Atenas y de grandes señores de Tebas. Segun refiere Nicetas, el marqués de Mont-Ferrart llevó sus armas hasta el interior de la Morea, y se apoderó de Argos y de Corinto; pero no pudo apoderarse del castillo de esta ciudad, en el que se encerró Leon Esguro.

Mientras Bonifacio continuaba sus victorias, un golpe de viento llevaba otros franceses á Modon. Godofredo de Ville-Hardouin que los acaudillaba y regresaba de Tierra-Santa, se reunió al marqués de Mont-Ferrat, ocupado á la sazon en el asedio de Nápoli. Godofredo, bien recibido de Bonifacio, emprendió con Guillermo de Champlita la conquista de la Morea. El resultado correspondió á sus esperanzas: todas las ciudades se rindieron á estos dos caballeros, escepto Lacedemonia, donde reinaba un tirano llamado Leon Chamareto. Poco tiempo despues la Morea fue entregada á los venecianos, pues les pertenecia en virtud del tratado general concluido en Constantinopla entre los Cruzados. El corsario genovés, Leon de Escutrano, se apoderó por breve tiempo de Coron y de Modon; pero no tardó en ser espulsado de una y otra ciudad por los venecianos.

Guillermo de Champlita tomó el título de príncipe de Acaya. A la muerte de Guillermo, Godofredo de Ville-Hardouin, heredó los bienes de su amigo y llegó á ser príncipe de la Acaya y la Morea.

El nacimiento del imperio Otomano se refiere casi al tiempo de que hablamos. Soliman Shah salió de las soledades de los tártaros-oguzienos el año 1214, y avanzó hácia el Asia-Menor. Demetrio Cantemiro, que nos ha dado la historia de los turcos segun los autores originales, merece mas confianza que Pablo Jove y los autores griegos, que confunden con frecuencia los sarracenos con los turcos.

Habiendo sido muerto el marqués de Mont-Ferrat, su viuda fue declarada regente del reino de Tesalónica. Atenas, cansada al parecer de obedecer á Oton de la Roche ó á sus descendientes, quiso entregarse á los venecianos, pero fue contrariada en este proyecto por Magaducio, tirano de Morea; de lo que se infiere que esta habia sacudido el yugo de Ville-Hardouin ó de los venecianos. Este nuevo tirano, Magaducio, tenia bajo sus órdenes otros tiranos, porque además del ya citado Leon Esguro, se encuentra un Estéban, pescador, *signori di molti stati nella Morea*, segun dice Jacobo Diedo.

Teodoro Lascaris reconquistó de los francos una parte de la Morea. La lucha entre los emperadores latinos de Oriente y los emperadores griegos, retirados al Asia, duró cincuenta y siete años. Guillermo de Ville-Hardouin, sucesor de Godofredo, entonces príncipe de

Acaya, cayó en manos de Miguel Paleólogo, emperador griego que volvió á entrar en Constantinopla en el mes de agosto de 1261. A fin de obtener su libertad, Guillermo cedió á Miguel las plazas que poseia en Morea, y que habia conquistado á los venecianos y á los impotentes príncipes que se elevaban y desaparecian alternativamente; estas plazas eran Monembasia, Maina, Hieracia y Misitra. Esta es la primera vez que se nombra á Misitra. Paquimero este nombre escribe sin reflexion, sin sorpresa y casi sin pensar en él; como si Misitra, pequeño señorío de un noble francés, no fuese la heredera de Lacedemonia.

Hemos visto ya que Lacedemonia se presenta con su verdadero nombre cuando era gobernada por Leon Chamareto; Misitra fue, pues, durante algun tiempo contemporánea de Lacedemonia.

Guillermo cedió de nuevo al emperador Miguel Anaplion y Argos; el territorio de Ciusterna quedó en litigio. Guillermo es el mismo príncipe de Morea de que habla el señor de Joinville.

Diedo le llama Guillermo *Villa*, suprimiendo de este modo la mitad de su nombre.

Paquimero nombra por este tiempo á cierto Teodosio, monge de Morea, que, segun dice el historiador, descendia *de la raza de los príncipes de este país*; vemos tambien á una de las hermanas de Juan, heredero del trono de Constantinopla, casar con Mateo de Valincourt, *francés procedente de Morea*.

Miguel hizo armar una flota, y volvió á tomar las islas de Naxos, de Paros, de Ceos, de Carista y de Orea; al mismo tiempo se apoderó de Lacedemonia, diferente asi de Misitra, cedida al emperador por el rescate del príncipe de Acaya; vemos á los lacedemonios servir en la flota de Miguel; y, segun dicen los historiadores, fueron trasladados de su país á Constantinopla, en consideracion á su valor.

El emperador hizo luego la guerra á Juan Ducas Sebastocrátor, que se habia sublevado contra el imperio; este Juan Ducas era hijo natural de Miguel, déspota de Occidente. Miguel lo sitió en la ciudad de Duras, y Juan halló traza de huir á Tebas, donde reinaba un príncipe llamado Juan, á quien Paquimero apellida gran señor de Tebas, que era tal vez un descendiente de Oton de la Roche. Este Juan hizo casar á su hermano Guillermo con la hija de Juan, el bastardo del déspota de Occidente.

Seis años despues, un príncipe descendiente de *la ilustre familia de los príncipes de Morea*, disputó á Veco el patriarcado de Constantinopla.

Juan, príncipe de Tebas, dejó de existir, y su hermano Guillermo fue su heredero; así pues, Guillermo llegó á ser, por medio de su esposa, nieta del déspota de Occidente, príncipe de una parte de la Morea, porque este déspota se habia apoderado de tan hermosa provincia, á despecho de los venecianos y del príncipe de Acaya.

Andrónico, despues de la muerte de su padre Miguel, subió al trono de Oriente. Nicéforo, déspota de Occidente é hijo de aquel Miguel, déspota que habia conquistado la Morea, siguió á la tumba al emperador Miguel, dejando por heredero á un hijo llamado Tomás, y una hija llamada Itamur. Esta casó con Felipe, nieto de Cárlos, rey de Nápoles, y le llevó en dote muchas ciudades y un vasto territorio. Es probable, en vista de esto, que los sicilianos poseyesen entonces algunos dominios en Morea.

Por este tiempo halló á una princesa de Acaya, viuda y muy entrada en años, que Andrónico queria casar con su hijo Juan, el déspota; esta princesa era tal vez la hija ó la misma esposa de Guillermo, príncipe de Acaya, á quien hemos visto hacer la guerra á Miguel, padre de Andrónico.

Algunos años despues, se hizo sentir un terremoto en Modon y otras muchas ciudades de la Morea.

Atenas vió llegar entonces del Occidente á nuevos señores. Los catalanes, acaudillados por Jimenez, Rogerio y Berenguer, fueron á ofrecer sus servicios al emperador de Oriente; pero descontentos de Andrónico, volvieron sus armas contra el imperio, y devastando la Acaya, hicieron entrar á Atenas en el número de sus conquistas. Entonces y no antes, vemos reinar á Delves, príncipe de la casa de Aragon. La historia no dice si halló á los herederos de Oton de la Roche en posesion del Ática y la Beocia.

La invasion de la Morea por Amurat, hijo de Orcan, debe referirse á la misma fecha; se ignora su resultado.

Los emperadores Juan Paleólogo y Juan Cantacuceno intentaron llevar la guerra á la Acaya, invitados á ello por el obispo de Coronea y Juan Siderio, gobernador de muchas ciudades. El gran duque Apocauco, que se habia rebelado contra el emperador, saqueó la Morea, y llevó todo á hierro y fuego.

Reiniero Acciajuoli, natural de Florencia, espulsó á los catalanes de Atenas, y gobernó esta ciudad durante algun tiempo; mas, no teniendo herederos legítimos, la dejó en su testamento á la república de Venecia; esto no obstante, Antonio, su hijo natural, á quien habia establecido en Tebas, arrebató á Atenas al poder de los venecianos.

Antonio, príncipe del Ática y de la Beocia, tuvo por sucesor á uno de sus parientes llamado Nerio, que fue espulsado de sus dominios por su hermano Antonio II, y no volvió á ser dueño de su principado sino despues de la muerte del usurpador.

Bayaceto hacia temblar á la sazon la Europa y el Asia, y amagaba invadir la Grecia; pero en ningun documento leo que se hubiese apoderado de Atenas, como dicen Spon y Chandler, quienes además han confundido el órden de los tiempos, haciendo llegar los catalanes al Ática despues del pretendido paso de Bayaceto.

Sea de esto lo que quiera, el terror que este príncipe esparció por Europa, produjo uno de los hechos mas notables de la historia. Teodoro Porfirógeno, déspota de Esparta, era hermano de Andrónico y Manuel, alternativamente emperadores de Constantinopla. Bayaceto amenazaba la Morea; y Teodoro, no pudiendo defender su principado, quiso venderlo á los caballeros de Rodas; y Filiberto de Naillac, príncipe de Aquitania y gran maestre de Rodas, compró en nombre de su Orden el despotado de Esparta, á donde envió dos caballeros franceses, Raimundo de Leytoure, prior de Tolosa, y Elias Fossé, comendador de San Majencio, para que tomasen posesion de la patria de Licurgo. El tratado fue roto, porque Bayaceto, precisado á volverse al Asia, cayó en manos de Tamerlan. Los dos caballeros, que se habian establecido ya en Corinto, entregaron esta ciudad, y Teodoro por su parte devolvió el dinero que habia recibido como precio de Lacedemonia.

El sucesor de Teodoro fue otro Teodoro, sobrino del primero, é hijo del emperador Manuel. Teodoro II contrajo matrimonio con una italiana de la casa de Malatesta. Los jefes de esta ilustre casa tomaron en lo sucesivo el título de duques de Esparta, á consecuencia de esta alianza.

Teodoro dejó á su hermano Constantino, apellidado *Dragazés*, el principado de la Laconia. Este Constantino, que subió al trono de Constantinopla, fue el último emperador de Oriente.

Mientras no era aun sino príncipe de Lacedemonia, Amurat II invadió la Morea y se hizo dueño de Atenas; pero esta ciudad volvió en breve al dominio de la familia de Reiniero Acciajuoli.

El imperio de Oriente no existia ya, y los últimos restos de la grandeza romana acababan de desvanecerse; Mahomet II habia entrado en Constantinopla. No obstante, la Grecia, amenazada de una próxima esclavitud, no sufria aun el peso de las cadenas que se apre-

suró á pedir á los musulmanes. Franco, hijo del segundo Antonio, llamó á Mahomet II á Atenas, para desheredar la viuda de Nerio. El Sultan, que hacia servir estas discordias intestinas al acrecentamiento de su poder, favoreció el partido de Franco, y desterró la viuda de Nerio á Megara, donde Franco la hizo reducir á prision. Esta desgraciada princesa tenia un hijo que hizo presentes sus quejas á Mahomet, el que, interesado vengador del crímen, quitó el Ática á Franco dejándole únicamente la Beocia. Atenas pasó en 1445 al yugo de los bárbaros. Dícese que Mahomet se mostró admirado de la ciudad, que no saqueó, y que visitó con interés la ciudadela. Eximió de todo tributo el convento de Ciriani, situado en el monte Himeto, porque el abad le presentó las llaves de la ciudad. Franco Acciajuoli recibió la muerte algun tiempo despues por haber conspirado contra el Sultan.

Solo nos queda ya por cononer la suerte de Esparta, ó por mejor decir, de Misitra. He dicho que la gobernaba Constantino, apellidado *Dragazés*, quien, habiendo ido á Constantinopla á ceñirse la corona que perdió con la vida, repartió la Morea entre sus dos hermanos, Demetrio y Tomás. El primero se estableció en Misitra y el segundo en Corinto. Ambos hermanos se hicieron la guerra y recurrieron á Mahomet, asesino de su familia y destructor de su imperio. Los turcos espulsaron primero de Corinto, á Tomás que huyó á Roma, llevando consigo la cabeza de San Andrés, que sacó de Patrás. Mahomet se trasladó entonces á Misitra, é invitó al gobernador á que le entregase la ciudadela; este desdichado se dejó seducir y se entregó al Sultan, que le hizo serrar por medio cuerpo. Demetrio fue desterrado á Andrinópolis, y su hija quedó convertida en mujer de Mahomet, quien la estimó y temió bastante para no admitirla á su lecho.

Tres años despues, Sigismundo Malatesta, príncipe de Rimini, sitió á Misitra, que tomó; mas, no pudiendo tomar el castillo, se retiró á Italia.

Los venecianos desembarcaron en el Pireo en 1464, sorprendieron á Atenas, la saquearon y se refugiaron con su botin en Eubea.

En el reinado de Soliman I talaron la Morea y se apoderaron de Coron, de donde fueron arrojados poco despues por los turcos.

Conquistaron de nuevo á Atenas y á toda la Morea, en 1688, y aunque perdieron la primera casi al mismo tiempo de apoderarse de ella, retuvieron la segunda hasta el año 1715, en que volvió al poder musulman. Catalina II, al sublevar el Peloponeso, movió á hacer á este desgraciado país un postrero é inútil esfuerzo en favor de su libertad.

No he querido mezclar á las noticias históricas los datos de los viajes á Grecia. Solo he citado el de Benjamin de Tudela; pero es tan remota su antigüedad y nos da tan pocos datos, que puede comprenderse sin inconveniente en la serie de los hechos y anales. Vamos ahora á hablar de la cronología de los viajes y de las obras geográficas.

Cuando Atenas, esclava de los musulmanes, desaparece de la historia moderna, vemos empezar para esta ciudad otro órden de ilustracion mas digno de su antigua nombradía, pues dejando de ser patrimonio de algunos príncipes oscuros, recobra, por decirlo así, su antiguo imperio y llama todas las artes á sus venerables ruinas. En 1465 Francisco Giambetti dibujó algunos monumentos de Atenas. El manuscrito de este arquitecto estaba en vitela, y se veia en la biblioteca Barberini en Roma; contenia entre otras curiosidades el dibujo de la torre de los Vientos, en Atenas, y el de las ruinas de Lacedemonia, á cuatro ó cinco millas de Misitra. Spon observa con este motivo que Misitra no está en el recinto de Esparta, como habia asegurado Guillett, apoyado en Sofiano, Niger y Ortélio. Spon añade: «Juzgo tanto mas curioso el manuscrito de Giambetti, cuanto que los dibujos han sido »sacados antes que los turcos se hubiesen enseñoreado de la Grecia y arruinasen muchos hermosos monumentos que á la sazon se hallaban incólumes.» Esta observacion es exacta en cuanto á los monumentos, pero falsa en cuanto á las fechas; pues los turcos eran dueños de la Grecia en 1465.

Nicolás Gerbel publicó en Basilea en 1550 su obra titulada: *Pro declaratione picturæ sive descriptionis Greciæ Sophiani, libri septem*. Esta descripcion, muy apreciable atendida la época en que vió la luz, es clara, concisa y no obstante, de interés. Gerbel no habla sino de la antigua Grecia; respecto de la moderna Atenas, dice lo siguiente: *Æneas Silluis Athenas hodie parvi oppiduli speciem gerere dicit, cujus munitissimam adhuc arcem Florentinus quidam Mahometi tradiderit, ut nimis vere Ovidius dixerit:*

¿Quid Pandionæ restant, nisi nomem Athenæ?

¡Orerum humanarum miserabiles vices! O tragicam humanæ potentiæ permutationem! Civitas olim muris, navalibus, ædificiis, armis, opibus, viris, prudentia atque omni sapientia florentissima, in oppidulum, seu potius vicum, reducta est. Olim libera, et suis legibus vivens; nunc immanissimis, belluis, servitutis jugo obstricta. Proficiscere Athenas, et pro magnificentissimis overibus, videto rudera et lamentabiles ruinas. Noli, noli nimium fidere viribus tuis, sed in eum confidito qui dicit: Ego Dominus Deus vester.

Este apóstrofe de un sabio antiguo y respetable, á las ruinas de Atenas, es muy tierno; nunca nos mostraremos bastante agradecidos á los hombres que nos han abierto el camino de la hermosa antigüedad.

Dupinet sostenia que Atenas era ya tan solo una reducida aldea, espuesta á los ataques de los zorros y y los lobos.

Lauremberg dice en su *Descripcion de Atenas: Fuit quondam Græcia, fuerunt Athenæ: nunc neque in Græcia Athenæ, neque in ipsa Græcia Græcia est.*

Ortelio, apellidado *el Tolomeo* de su tiempo, publicó algunos nuevos datos acerca de la Grecia en su *Theatrum orbis terrarum*, y en su *Synonima Geographia*, reimpresa con el título de *Thesaurus Geographicus*; pero confunde torpemente á Esparta con Misitra, y creia tambien que no subsistian ya en Atenas sino un castillo y algunas cabañas: *Nunc casulæ tantum supersunt quædam.*

Martin Crusio, profesor de griego y de latin en la universidad de Tubinga, á fines del siglo XVI, se informó minuciosamente de la suerte del Peloponeso y el Ática. Sus ocho libros titulados *Turco Græcia*, dan cuenta del estado de la Grecia, desde 1444 hasta el tiempo en que Crusio escribia. El primer libro contiene la historia política, y el segundo la eclesiástica de este interesante país. Los otros seis libros están compuestos de cartas dirigidas á diferentes personas por algunos griegos modernos. Dos de estas cartas contienen varios detalles sobre Atenas, que merecen ser conocidos.

Al docto Martin Crusio, profesor de letras griegas y latinas en la universidad de Tubinga, y carísima en J. C.

. . . .

«Yo, natural de Nauplia, ciudad del Peloponeso, »poco distante de Atenas, he visto muchas veces esta »ciudad, y buscado con esmero los monumentos que »encierra: el Areópago, la antigua Academia, el Liceo »de Aristóteles, y en fin el Panteon. Este edificio es »el mas alto, escede en hermosura á todos los demás, »y en sus paredes esteriores se ve esculpida en derredor la historia de los griegos y de los dioses. Obsérvanse especialmente sobre la puerta principal unos »caballos que parecen vivos, y que se cree oir relinchar. Dícese que son obra de Praxiteles: el alma y »el genio del hombre han sido trasmitidos á la piedra. »En este mismo lugar hay otras muchas cosas dignas

»de ser vistas. No hablo de la colina opuesta, en la que »florecen plantas de toda clase, útiles á la medici»na, colina que denomino el jardin de Adonis. Tam»poco hablo de la benignidad del aire, de la bondad »de las aguas, y de otros encantos de Atenas; de lo »que resulta que sus habitantes, sumidos hoy en la »barbarie, conservan no obstante algunos recuerdos »de lo que han sido. Reconóceseles en lo castizo de »su lenguaje: semejantes á las Sirenas, encantan á »los que les escuchan con la suavidad de sus acen»tos... Pero ¿á qué hablar mas de Atenas? La piel del »animal se conserva aun, pero el animal ha perecido. »Constantinopla, 1575.

»Vuestro eterno amigo, Teodoro ZYGOMOLAS,

»proto-notario de la gran iglesia de Costantinopla.»

Los errores hormiguean en esta carta; pero es preciosa en razon de la antigüedad de su fecha. Zygomolas dió á conocer la existencia del templo de Minerva, que se creia destruido, y al que erróneamente llama el *Panteon*.

La segunda carta, escrita á Crusio por cierto Cabasilas, natural de Acarnania, añade algo á las noticias del proto-notario.

«Atenas se componia antiguamente de tres partes »igualmente pobladas. Actualmente, la primera par»te, situada en un lugar elevado, comprende la ciu»dadela y un templo dedicado al Dios Desconocido; »esta primera parte está habitada por los turcos. Entre »esta y la tercera se halla la segunda, en la que se »reunen los cristianos. A esta sigue la tercera, sobre »cuya puerta se lee esta inscripcion:

AQUI ESTA ATENAS, LA ANTIGUA CIUDAD DE TESEO.

»En esta última parte se ve un palacio cubierto de »grandes mármoles y sostenido en columnas; aun se »ven en ella algunas casas habitadas. El casco de la »ciudad tiene aproximadamente seis ó siete millas de »circuito, y encierra cerca de doce mil habitantes.

Simeon CABASILAS,

»natural de Acarnania.»

En esta descripcion pueden observarse cuatro cosas importantes: 1.° El Partenon habia sido dedicado por los cristianos al Dios Desconocido de San Pablo. Spon se mofa sin razon de Guillet, por esta dedicatoria; Deshayes la cita en su *Viaje*. 2.° El templo de Júpiter Olímpico (el palacio cubierto de mármol), subsistia en gran parte en tiempo de Cabasilas; todos los demás viajeros no han visto sino sus ruinas. 3.° Atenas estaba dividida como lo está en la actualidad, pero contenia doce mil habitantes, y no tiene ya sino ocho mil. Veíanse muchas casas cerca del templo de Júpiter Olímpico; hoy esta parte de la ciudad está desierta. Por último, la puerta con esta inscripcion:

AQUI ESTA ATENAS, LA ANTIGUA CIUDAD DE TESEO,

ha subsistido hasta nuestros dias. Al lado opuesto de esta puerta y hácia la parte de Hadrianópolis ó de la *Athenæ novæ*, se lee:

AQUI ESTÁ LA CIUDAD DE ADRIANO, Y NO LA CIUDAD DE TESEO.

Antes de la publicacion de la obra de Martin Crusio, Belon habia publicado en 1555 sus *Observaciones de muchas curiosidades y cosas memorables halladas en Grecia*. No he citado su obra, porque este sabio botánico solo recorrió las islas del Archipiélago, el monte Atos y una pequeña parte de la Tracia y la Macedonia.

Los comentarios de D'Anville dieron celebridad á los trabajos de Deshayes en Jerusalém; pero la generalidad ignora que Deshayes es el primer viajero moderno que nos ha hablado de la Grecia propiamente dicha: su embajada en Palestina hizo olvidar su escursion á Atenas, ciudad que visitó entre los años 1621 y 1630. Los amantes de la antigüedad se alegrarán de hallar aquí el fragmento original del primer viaje á Atenas; pues las cartas de Zygomalas y Cabasilas no pueden ser denominadas Viajes.

«Desde Megara á Atenas solo media una corta jor»nada, que nos duró menos que si solo hubiésemos »caminado dos leguas; y no hay jardin rodeado de al»ta cerca que halague mas la vista que este camino. »Se recorre en medio de una espaciosa llanura, llena »de olivos, de naranjos, con el mar á la derecha y »frondosas colinas á la izquierda, de las cuales se pre»cipitan tantos hermosos arroyuelos, que parece que »la naturaleza se ha esforzado en hacer este país tan »delicioso.

»La ciudad de Atenas está situada en el declive y »en las inmediaciones de un peñasco colocado en una »llanura, limitada por el mar al Mediodia, y por las »agradables montañas que la rodean por el Septen»trion. No tiene la mitad de la estension que anti»guamente, como puede verse por sus ruinas, á las »que el tiempo ha sido menos fatal que la barba»rie de las naciones que tantas veces han saquea»do esta ciudad. Los edificios antiguos que aun »subsisten atestiguan la grandeza de los que los han »levantado; porque en ellos no se han economizado el »mármol, ni las columnas y pilastras. En la cima del »peñasco está el castillo, de que los turcos se sirven »todavía. Entre muchos antiguos edificios hay un tem»plo que se mantiene tan intacto y poco ofendido por la »intemperie, como si acabase de construirse; su dis»posicion y su estructura son admirables. Su forma es »oval; y así por fuera como por dentro está sostenido »en tres órdenes de columnas de mármol, adornadas »con sus basas y capiteles; detrás de cada columna hay »una pilastra que sigue su disposicion y proporciones. »Los cristianos del país dicen que este templo es el mis»mo que estaba dedicado al Dios Desconocido, y en el »cual predicó San Pablo; actualmente sirve de mez»quita, y los turcos van á él á orar. Esta ciudad dis»fruta de un clima templado, y los astros mas maléfi»cos se despojan de sus nocivas influencias cuando »miran esta comarca; lo que puede conocerse fácil»mente tanto por la fertilidad del pais, cuanto por los »mármoles y los piedras, que á pesar del mucho tiem»po que há están espuestas al aire, no están corroidas »ni deterioradas. Duérmese en el campo con la cabeza »descubierta, sin esperimentar la mas pequeña inco»modidad; finalmente, el ambiente que allí se respi»ra es tan agradable y benigno, que se advierten mu»chos cambios al alejarse de él. Respecto á los habi»tantes del pais, todos son griegos, y los turcos los »tratan de una manera bárbara, aunque su número »es escaso. Hay un *cadi* que administra justicia, un »preboste llamado *soubachy*, y algunos genízaros en»viados por la Puerta, de tres en tres meses. Todos »estos funcionarios hicieron muchos honores al señor »Deshayes, cuando pasamos por allí y le costearon el »viaje á espensas del Gran-Señor.

»Al salir de Atenas se atraviesa esta gran llanura, »plantada en toda su estension de olivos y regada por »muchos arroyos que aumentan su fertilidad. Des»pues de haber caminado mas de una hora, se llega á »la marina, donde hay un escelente puerto fuerte que »en otro tiempo estaba cerrado por una cadena; los »naturales le llaman el puerto *Leon*, á causa de un »enorme leon de piedra, que aun se ve actualmente; »pero los antiguos le llaman el puerto del *Pireo*. Los »atenienses reunian en este lugar sus flotas, y en él »acostumbraban embarcarse.»

La ignorancia del secretario de Deshayes (porque no escribe el mismo Deshayes), es notable; pero se advierte cuan profunda admiracion dominaba el ánimo á la vista de los monumentos de Atenas, cuando el mas hermoso de ellos subsistia aun en toda su gloria.

El establecimiento de nuestros cónsules en Ática, es anterior en algunos años al pasaje de Deshayes.

He creido al principio que Stochove habia visto á Atenas en 1630; pero confrontando su testo con el de Deshayes, me he convencido que el noble aleman no habia hecho otra cosa que copiar al embajador francés.

El padre Antonio Pacífico publicó en Venecia en 1636 su *Descripcion de la Morea*, obra sin mérito en que se toma á Esparta por Misitra.

Algunos años despues vemos desembarcar én Grecia esos misioneros que llevaban á todos los paises el nombre, la gloria y el amor de la Francia. Los jesuitas de París se establecieron en Atenas en 1645; los capuchinos en 1658, y en 1669 el padre Simon compró la *Linterna de Demóstenes*, que se convirtió en hospicio de extranjeros.

De Monceaux recorrió la Grecia en 1668, y poseemos el estracto de su Viaje, impreso á continuacion del de Bruyn. Describió algunas antiguedades, especialmente en la Morea, de las que no queda vestigio alguno. De Monceaux viajaba con Laisné por órden de Luis XIV.

En medio de las obras de caridad, nuestros misioneros no descuidaban los trabajos que podian ser honrosos á su patria, pues el jesuita Babin publicó en 1672 una *Relacion del estado actual de la ciudad de Atenas*. Spon fue el editor; y no se habia visto hasta entonces una obra tan completa y detallada de las antigüedades de Atenas.

Mr. de Nointel, embajador de Francia en la Puerta, pasó á Atenas en 1674, acompañado del sabio orientalista Galland, é hizo dibujar los bajos relieves del Partenon; estos bajos relieves han desaparecido, y no es poca fortuna tener hoy los cartones del marqués de Nointel, que no obstante han permanecido ineditos, á escepcion del que representa los frontones del templo de Minerva.

Guillet publicó en 1675, bajo el nombre de su pretendido hermano la Guilletiere, la *Atenas antigua y moderna*. Esta obra, que no es sino una novela, hizo nacer una gran disidencia entre los anticuarios. Spon hizo patentes las mentiras de Guillet; este se amostazó y escribió una carta en forma de diálogo contra los Viajes del médico lionés. Spon no guardó mas miramientos, pues probó que Guillet ó La Guilletiere no habia pisado en tiempo alguno á Atenas; que habia compuesto su rapsodia con datos de las memorias pedidas á nuestros misioneros, y exhibió una lista de preguntas enviadas por Guillet á un capuchino de Patrás; por último, publicó un catálogo de ciento doce errores, mas ó menos groseros, que se habian escapado al autor de la *Atenas antigua y moderna* en el discurso de su novela.

Guilletó La Guilletiere no merece, por consiguiente, ninguna confianza como viajero; pero su obra no carecia de cierto mérito en la época en que la publicó. Guillet hace uso de los datos que obtuvo de los padres Simon y Barnabé, entrambos misioneros en Atenas; y cita un monumento, el *Phanari tou Diógenis*, que no existia ya en tiempo de Spon.

El viaje de Spon y de Weler, realizado en 1675 y 1676, vió la luz pública en 1678.

Todos conocen el mérito de esta obra, donde el arte y la antigüedad son tratados con una crítica ignorada hasta entonces. El estilo de Spon es pesado é incorrecto, pero presenta esa ingenuidad que caracteriza los escritos de aquel siglo.

El conde de Vinchelsey, embajador de la córte de Lóndres, visitó á Atenas el mismo año 1676, é hizo trasladar á Inglaterra algunos trozos de escultura.

En tanto que todas las investigaciones se dirigian al Ática, la Laconia yacia en completo olvido. Guillet, estimulado por el buen éxito de sus primeras mentiras, publicó en 1676 la *Lacedemonia antigua y moderna*. Meursio habia publicado sus diferentes tratados, de *Populis Atticæ*, *de Festis Græcorum*, etc., etc.; de esta manera procuraba una erudion preparada de antemano á todo el que queria hablar de la Grecia. La segunda obra de Guillet está llena de errores enormes, relativamente á las localidades de Esparta, pues se obstina en que Misitra es Lacedemonia, y él es el que ha acreditado este error. «No obstante, dice Spon, »Misitra no está sobre el plano de Esparta, como lo sé »por Mr. Giraud, de Vernon y otros, etc.»

Giraud era cónsul de Francia en Atenas despues de diez y ocho años cuando Spon viajaba por la Grecia; sabia el turco, el griego vulgar y el griego sabio, y habia dado principio á una descripcion de la Morea; pero habiendo pasado al servicio de la Gran Bretaña, es probable que sus manuscritos hayan caido en manos de sus últimos dueños.

Del viajero inglés Vernon solo queda una carta impresa en el *Philosophical Transactions*, 24 de abril de 1676. Vernon traza con rapidez el cuadro de sus escursiones por Grecia:

«Esparta, dice, es un lugar desierto; pero Misitra, que solo dista de ella cuatro millas, está habitada. En Esparta se ven casi todas las paredes de las torres y los cimientos de los templos con muchas columnas demolidas, como tambien sus capiteles. Todavía subsiste en pié é ileso un teatro; tenia en otro tiempo cinco millas de circunferencia, y está situada á medio cuarto de legua del Eurotas.»

Debe observarse que Guillet indica en el prefacio de su última obra muchas memorias manuscritas acerca de Lacedemonia: «Las menos defectuosas, dice, »están en manos de Mr. Saint-Challier, secretario de »la embajada de Francia en el Piamonte.»

Hemos llegado á otra época de la historia de la ciudad de Atenas. Los viajeros que hemos citado hasta aquí habian visto en toda su integridad algunos de los mas hermosos monumentos de Pericles: Pococke, Chaudier y Leroi solo vieron sus ruinas. En 1687, mientras Luis XIV hacia erigir la columnata del Louvre, los venecianos derribaban el templo de Minerva. Hablaré en el *Itinerario* de este deplorable acontecimiento, triste fruto de las victorias de Koningsmarck y Morosini.

El mismo año 1687 vió publicarse en Venecia la *Notizia del ducato d'Atene* de Pedro Pacífico; obra insignificante, sin crítica y sin datos.

El padre Coronelli en su *Descripcion geográfica de la Morea, reconquistada por los venecianos*, mostró mucha erudicion; pero nada nuevo dice, y no deben seguirse á ciegas sus citas y sus mapas. Los mezquinos hechos de armas ensalzados por Coronelli forman un contraste harto grotesco con los célebres lugares que les sirven de teatro. No obstante, se ve entre los héroes de esta conquista á un príncipe de Turena que peleó cerca de Pilos, segun dice Coronelli, con ese valor natural en todos los de su casa. Coronelli confunde á Esparta con Misitra.

L'Atene antica de Fanelli toma la historia de Atenas desde su orígen, y la sigue hasta la época en que el autor escribia su obra. Esta vale poco, considerada bajo el aspecto de las antigüedades; pero se hallan en ella detalles curiosos sobre el sitio de Atenas por los venecianos en 1687, y un plano de esta ciudad de que Chandler parece haber hecho uso.

Pablo Lucas goza de bastante reputacion entre los viajeros, y esto me llena de sorpresa. Cierto es que divierte con sus fábulas: los combates que por sí solo presenta á cincuenta ladrones; las desmesuradas osamentas que á cada paso encuentra; las ciudades de gigantes que descubre; las tres ó cuatro mil pirámi-

des que halla en su largo camino, y por nadie vistas hasta entonces, son en verdad patrañas que entretienen al lector; pero por lo demás, estropea todas las inscripciones que inserta; sus plagios son contínuos, y su descripcion de Jerusalém está copiada literalmente de la de Deshayes; finalmente, habla de Atenas como si nunca la hubiese visto; y lo que de ella dice, es uno de los cuentos mas portentosos que viajero alguno se ha tomado la libertad de dar á luz.

«Sus ruinas, como puede juzgarse, son la parte mas »digna de atencion. En efecto, aunque el número de »casas es considerable y la atmósfera muy benigna, casi »no hay habitantes. Gózanse allí comodidades que no se »hallan en ninguna otra parte: vive allí el que quiere, y »las casas se dan sin pagar alquiler alguno. Por lo de»más, si esta célebre ciudad es entre todas las anti»guas la que ha consagrado mas monumentos á la pos»teridad, puede decirse que la bondad de su clima se »ha conservado tambien mas que en ningun otro lugar »del mundo, á lo menos de los que he visto. Parece »que en otros paises los hombres se complacen en des»truirlo todo, y la guerra ha causado casi en todas »partes estragos que al arruinar los pueblos han desfi»gurado todo lo hermoso que contenian. Solo Atenas, »ora por casualidad, ora por el respeto con que natu»ralmente debia mirarse una ciudad que habia sido el »emporio de las ciencias, y á la cual todo el mundo »debia reconocimiento: Atenas, repito, ha sido la »única que se ha librado de la destruccion universal; »hállanse con profusion en ella mármoles de una her»mosura y tamaño sorprendentes; y á cada paso se »tropieza con columnas de granito y jaspe.»

Atenas está muy poblada, y sus casas no se dan de balde; no se tropieza en ella á cada paso con columnas de granito y jaspe; por último, diez y siete años antes del 1704, los monumentos de esta célebre ciudad habian sido destruidos por los venecianos. Lo mas estraño es que ya eran muy conocidos los diseños de Mr. de Nointel y el Viaje de Spon, cuando Pablo Lucas imprimió esta relacion, digna de las *Mil y una noches*.

La *Relacion del viaje* del señor Pellegrin *en el reino de Morea*, es de 1718. El autor se presenta como hombre de escasa educacion y de ciencia aun mas escasa; su miserable folleto, de ciento ochenta y dos páginas, es una recapitulacion de anécdotas amorosas, de canciones y malos versos. Los venecianos, dueños de la Morea desde 1685, la perdieron en 1715. Pellegrin escribió la historia de esta última conquista de los turcos; y esto es lo único que interesa en su relacion.

El abate Fourmont fue por órden de Luis XV á buscar al Levante inscripciones y manuscritos. Citaré en el *Itinerario* algunos descubrimientos hechos en Esparta por este sabio anticuario. Su Viaje ha quedado manuscrito, y no conocemos de él sino algunos fragmentos; seria de desear que se publicase, porque nada tenemos completo acerca de los monumentos del Peloponeso.

Pococke visitó á Atenas al regresar de Egipto, y describió los monumentos del Atica con esa exactitud que hace conocer las artes sin hacerlas amar.

Wood, Hawkins y Bouverico hacian entonces su viaje en honor de Homero.

El primer viaje pintoresco de la Grecia es el de Leroi. Chandler acusa á este artista francés de inexacto en algunos dibujos, en los que ha hallado adornos superfluos; los cortes y los planos de Leroi no tienen la escrupulosa fidelidad de los de Estuart; pero bien considerado, su obra es monumento que hace honor á la Francia. Leroi habia visitado á Lacedemonia, que distingue muy bien de Misitra, y cuyo teatro y *dromos* reconoce.

No sé si las *Ruins of Athens* de Roberto Sayer son una traduccion inglesa y un nuevo grabado de las láminas de Leroi; confieso igualmente mi ignorancia sobre el trabajo de Pars, del cual Chandler hace muchas veces el elogio.

El año 1761, Estuart enriqueció su patria con la obra tan conocida con el título de *Antiquities of Athens;* es un escelente trabajo, útil especialmente á los artistas, y ejecutado con ese rigorismo de dimensiones de que se hace alarde en nuestros dias; pero el efecto general de los dibujos no es bueno, pues la verdad que se advierte en los pormenores falta en el conjunto; el lápiz y el buril británicos no tienen bastante limpieza para reproducir las lineas tan puras de los monumentos de Pericles, porque se advierte siempre cierta vaguedad en las composiciones inglesas. Cuando la escena está colocada bajo el nebuloso cielo de Lóndres, este estilo vaporoso no carece de atractivos; pero destruye los deslumbradores paisajes de la Grecia.

El *Viaje* de Chandler, que siguió de cerca á las *Antigüedades* de Estuart, podria hacer supérfluos todos los demás. El doctor inglés ha desplegado en su trabajo una rara fidelidad, una erudicion fácil, y no obstante profunda, una sana crítica y un esquisito juicio. Solo le acuso por hablar con frecuencia de Wheler y por escribir el nombre de Spon con marcada repugnancia. Spon merece ser citado cuando se hace mencion del compañero de sus trabajos. Chandler, como sabio y como viajero, hubiera debido olvidar que era inglés. En 1805 publicó el último viaje á Atenas, que no he podido proporcionarme.

Riedesel recorrió el Peloponeso y el Atica en el año 1774, y atestó su reducida obra de muchas grandes reflexiones sobre las costumbres, las leyes, la religion de los griegos y de los turcos; pues este baron aleman viajaba por la Morea tres años despues de la espedicion de los rusos. Multitud de monumentos habian desaparecido en Esparta, en Argos y en Megalópolis, á consecuencia de esta invasion; así como las antigüedades de Atenas debieron su última destruccion á la espedicion de los venecianos.

El primer tomo de la magnífica obra de Mr. de Choiseul vió la luz á principio del año 1778. Citaré con frecuencia esta obra con los elogios que merece, en el discuso de mi *Itinerario*. Aquí observo únicamente que Mr. de Choiseul no ha publicado aun los monumentos del Ática y del Peloponeso. El autor se hallaba en Atenas en 1784; y creo fue en este año cuando Mr. de Chabert determinó la latitud y la longitud del templo de Minerva.

Las investigaciones de MM. Foucherot y Fauvel empiezan en 1780, y continúan en los años siguientes. Las Memorias del último viajero hacen conocer lugares y antigüedades desconocidas hasta entonces. Mr. Fauvel fue mi huésped en Atenas, y en otra parte hablaré de sus trabajos.

Nuestro eminente helenista, d' Ansse de Willoisson, recorrió la Grecia casi en la misma época; pero no hemos disfrutado del fruto de sus estudios.

Mr. Lechevalier pasó algunos momentos en Atenas en 1785.

El viaje de Mr. Scrofani presenta el sello de su siglo, es decir que es filosófico, político, económico, etc. Es inútil para el estudio de la antigüedad; pero las observaciones del autor relativamente al suelo de la Morea, su poblacion y comercio son escelentes y nuevas.

En tiempo del viaje de Mr. Scrofani, dos ingleses subieron á la cima mas culminante del Taijeto.

En 1797, MM. Dixo y Nicolo Stephanopoli fueron enviados á la república de Maina por el gobierno francés: estos viajeros hacen un gran elogio de esta república, acerca de la cual se ha discutido tanto. Tengo la desgracia de mirar á los maniotas como una asociacion de forajidos, esclavones de orígen, que así son los descendientes de los antiguos espartanos, como los drusos lo son del conde de Dreux; no puedo pues, participar del entusiasmo de los que ven en esos piratas del

Taijeto los virtuosos herederos de la libertad lacedemonia.

El mejor guia para la Morea seria ciertamente monsieur Pouqueville si hubiese podido ver todos los lugares que ha descrito; pero por desgracia se hallaba prisionero en Tripoliza.

Entonces lord Elgin, embajador de Inglaterra en Constantinopla, realizaba en Grecia los trabajos y los estragos que tendré ocasion de aplaudir y lamentar. Poco despues que él, sus compatriotas Swinton y Hawkins, visitaron á Atenas, Esparta y Olimpia.

Los *Fragmentos para servir al conocimiento de la Grecia actual* terminaban la lista de todos estos viajes antes de la publicacion de las *Cartas sobre la Morea*, por Mr. Castellan.

Resumamos ahora en breves palabras la historia de los monumentos de Atenas. El Partenon, el templo de la Victoria, gran parte del de Júpiter Olímpico, y otro monumento denominado por Guillet la *Linterna de Diógenes*, fueron vistos en toda su hermosura por Zygomalas, Cabasilas y Deshayes.

De Monceaux, el marqués de Nointel, Galland, el padre Babin, Spon y Wheler, admiraron aun el Partenon en su integridad; pero la Linterna de Diógenes habia desaparecido, y el templo de la Victoria saltado por los aires á consecuencia de la esplosion de un almacen de pólvora, no quedando de él sino el fronton.

Pococke, Leroi, Stuart y Chandler hallaron el Partenon medio destruido por las bombas de los venecianos, y derribado el fronton del templo de la Victoria. Desde este tiempo, las ruinas han ido en lastimoso aumento; ya diré cómo lord Elgin contribuyó á él.

La Europa sabia se consuela con los dibujos del marqués de Nointel, los *Viajes pintorescos* de Leroi y de Stuart. Mr. Fauvel ha moldeado dos cariátides del Pandroseo y algunos bajos-relieves del templo de Minerva; una metopa del mismo está en manos de Mr. de Choiseul; y lord Elgin le ha arrebatado otros muchos que perecieron en un naufragio en Cérigo. MM. Swinton y Hawkins poseen un trofeo de bronce, encontrado en Olimpia; la estátua mutilada de Ceres-Eleusina está tambien en Inglaterra; por último, tenemos en *tierra cocida* el monumento corágico de Lisícrates.

Es muy triste el observar que los pueblos civilizados de Europa han causado mas daño á los monumentos de Atenas, en el espacio de ciento cincuenta años, que todos los bárbaros juntos en una dilatada serie de siglos; ¡es desgarrador pensar que Alarico y Mahomet II respetaron el Partenon, y que ha sido destruido por Morosini y lord Elgin!

SEGUNDA MEMORIA.

He dicho que me proponia examinar en esta segunda Memoria la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalém. Respecto de la historia de esta ciudad, como no presenta oscuridad alguna, no há menester de esplicaciones preliminares.

Las tradiciones de la Tierra-Santa derivan su certidumbre de tres fuentes: de la historia, de la religion y de los lugares ó localidades. Considerémoslas primero bajo el punto de vista de la historia.

Jesucristo, acompañado de sus Apóstoles, cumplió en Jerusalém los misterios de su Pasion. Los cuatro Evangelios son los primeros documentos que nos describen los hechos del Hijo del Hombre; y las actas de Pilatos conservadas en Roma en tiempo de Tertuliano, atestiguaban el hecho principal de esta historia, á saber: la crucifixion de Jesus de Nazaret.

El Redentor espira, y José de Arimatea obtiene el sagrado cadáver, y le hace sepultar en un sepulcro al pié del Calvario. El Mesías resucita al tercer dia, se muestra á sus Apóstoles y Discípulos, les da sus instrucciones, y luego sube á la diestra de su Padre. Desde entonces la Iglesia empieza en Jerusalém.

Fácilmente se concibe que los primeros apóstoles y los parientes del Salvador, segun la carne, que componian esta primera Iglesia del mundo, nada ignoraban de la vida y muerte de Jesucristo. Es esencial observar que el Gólgota estaba fuera de la ciudad, así como el monte de los Olivos; de esto resultaba que los Apóstoles podian orar mas fácilmente en los lugares santificados por el divino Maestro.

El conocimiento de estos lugares no estuvo encerrado mucho tiempo en un reducido círculo de discípulos; San Pedro convirtió en dos predicaciones ocho mil personas en Jerusalém; Santiago, hermano del Salvador, fue elegido primer obispo de esta Iglesia el año 35 de nuestra era, y tuvo por sucesor á Simeon, primo de Jesucristo. Sigue luego una série de trece obispos de raza judía, que ocupan un periodo de ciento veinte y tres años, desde Tiberio hasta el reinado de Adriano. Hé aquí sus nombres: Justo, Zaqueo, Tobías, Benjamin, Juan, Matías, Felipe, Séneca, Justo II, Leví, Efro, José y Judas.

Si los primeros cristianos de la Judea consagraron monumentos á su culto, ¿no es probable que los erigiesen con preferencia en los lugares que habian sido teatro de algunos milagros? ¿Y cómo dudar que hubo desde entonces santuarios en Palestina, cuando los fieles los poseian en la misma Roma y en todas las provincias del Imperio? Cuando San Pablo y los demás apóstoles dan consejos y leyes á las Iglesias de Europa y Asia, ¿á quién se dirigen sino á las congregaciones de fieles, que llenan un recinto comun bajo la direccion de un pastor? ¿No es esto mismo lo que implica la palabra *ecclesia*, que en el griego significa igualmente *asamblea y lugar de asamblea*? San Cirilo la toma en este último sentido.

La eleccion de los siete diáconos el año 33 de nuestra era, y el primer concilio celebrado el año 50, anuncian que los Apóstoles tenian en la Ciudad Santa lugares particulares de reunion. Puede tambien creerse que el Santo Sepulcro fue honrado desde el nacimiento del Cristianismo con el nombre de *Martyrion ó Testimonio*. A lo menos, San Cirilo, obispo de Jerusalém, predicando en 347 en la iglesia del Calvario, dice: «Este templo no lleva el nombre de *iglesia*, como los demás, sino que se llama *Testimonio*, como el Profeta lo habia predicho.

Al principio de las conmociones de la Judea, en tiempo del emperador Vespasiano, los cristianos de Jerusalém se retiraron á Pella, y cuando la ciudad quedó destruida, fueron á habitar entre sus ruinas. En un espacio de algunos meses no habian podido olvidar la posicion de sus santuarios, que hallándose por otra parte estramuros, no debieron sufrir mucho durante el sitio. Simeon, sucesor de Santiago, gobernaba la Iglesia de Judea cuando Jerusalém fue tomada, pues vemos á este mismo Simeon, de edad de ciento veinte años, recibir la corona del martirio en el reinado de Trajano. Los demás obispos que he nombrado y que nos conducen al tiempo de Adriano, se establecieron sobre los escombros de la ciudad santa, y conservaron las tradiciones cristianas.

Que los lugares sagrados eran generalmente conocidos en el siglo de Adriano, se demuestra con un hecho incontestable. Este emperador, al reconstruir el templo de Jerusalém, levantó una estátua á Venus sobre el Calvario, y otra á Júpiter sobre el Santo Sepulcro, y la gruta de Belen fue consagrada al culto de Adonis. La locura de la idolatria publicó tambien con sus imprudentes profanaciones esa locura de la Cruz que tanto le interesaba ocultar. La fe hacia tan rápidos progresos en Palestina, antes de la última sedicion de los judíos, que Barcochebas, caudillo de esta sedicion, habia perseguido á los cristianos para obligarles á que renunciasen á su culto.

No bien fue dispersada por Adriano la Iglesia judía de Jerusalém el año 137 de Jesucristo, vemos empezar

la iglesia de los gentiles en la ciudad santa. Marcos fue su primer obispo, y Eusebio nos da la lista de sus sucesores hasta el tiempo de Diocleciano; estos fueron: Casiano, Publio, Máximo, Juliano, Cayo, Símmaco, Cayo II, Julian II, Capiton, Valente, Doliquio, Narciso, el trigésimo despues de los Apóstoles, Dio, Germanion, Gordio, Alejandro, Mazabano, Himeneo, Zabdas, y Hermon, último obispo antes de la persecucion de Diocleciano.

No obstante, Adriano, tan adicto á sus dioses, no persiguió á los cristianos, esceptuando los de Jerusalém, que miró sin duda como judíos, y que eran en efecto, de nacion israelita. Créese que las apologías de Cuadrato y de Arístides hicieron impresion en su ánimo. Escribió tambien á Municio Fundano, gobernador de Asia, una carta prohibiendo castigar á los fieles sin justa causa.

Es probable que los gentiles convertidos á la fe vivieron en paz en Ælia, ó la nueva Jerusalém, hasta el reinado de Diocleciano; y esto se evidencia en el catálogo de obispos de esta iglesia que he puesto mas arriba. Ocupando Narciso la silla episcopal, los diáconos carecieron de aceite en la fiesta de la Pascua, y este obispo hizo con tal motivo un milagro. Los cristianos celebraban, pues, públicamente sus misterios en Jerusalém; habia por lo tanto, altares consagrados á su culto.

Alejandro, otro obispo de Ælia, en el reinado del emperador Severo, fundó una biblioteca en su diócesis; esto supone paz, horas de ócio y prosperidad, pues, los proscriptos no abren una escuela pública de filosofía.

Si los fieles no tenian entonces el disfrute del Calvario, del Santo Sepulcro y de Belen, para celebrar sus fiestas, no podian sin embargo perder la memoria de estos santuarios, pues los ídolos les señalaban su sitio. Lejos de esto, los paganos esperaban que el templo de Venus, construido en la cima del Calvario, no impediria á los cristianos visitar esta colina sagrada, porque se alegraban pensando que los nazarenos, al ir á orar al Gólgota, pareceria que adoraban á la hija de Júpiter. Esta es una demostracion irrecusable del pleno conocimiento que la iglesia de Jerusalém tenia de los Santos-Lugares.

Hay autores que van mas lejos, y sostienen que antes de la persecucion de Diocleciano los cristianos de la Judea habian entrado en posesion del Santo Sepulcro. Es cierto que San Cirilo al hablar de la iglesia que lleva este nombre, dice positivamente: «No há mucho »que Belen era un lugar inculto, y el Calvario un jardin »cuyos vestigios se ven todavia.» ¿Qué suerte habia, pues, cabido á los edificios profanos? Todo induce á creer que los paganos, cuyo número era muy reducido en Jerusalém, para sostenerse contra la creciente multitud de los fieles, abandonaron poco á poco los templos de Adriano. Si la Iglesia, perseguida aun, no se atrevió á reconstruir sus altares en el Santo Sepulcro, tuvo á lo menos el consuelo de adorarlo sin obstáculo, y de ver arruinarse en él los monumentos de la idolatría.

Hemos llegado á la época en que los Santos-Lugares empiezan á brillar con un resplandor que nunca se apagará. Habiendo hecho Constantino subir la religion al trono, escribió á Macario, obispo de Jerusalém, mandándole adornase el sepulcro del Salvador con una soberbia basílica. Helena, madre del emperador, se trasladó á Palestina, é hizo por sí misma buscar el Santo Sepulcro, que habia sido ocultado debajo de los cimientos de los edificios de Adriano. Un judio probablemente cristiano, que segun Sozomeno, *habia guardado unas Memorias de sus padres*, indicó el lugar en donde debia hallarse el Santo Sepulcro. Helena tuvo la gloria de devolver á la religion el monumento sagrado, descubriendo además tres cruces, una de las cuales se hizo reconocer por ciertos milagros como la del Redentor. No solo se edificó una magnífica iglesia cerca del Santo Sepulcro, sino que Helena hizo además construir otras dos: una en el pesebre en que nació el Mesias en Belen, y la otra en el monte Olivete, en memoria de la Ascension del Señor. Las capillas, los oratorios y los altares señalaron paulatinamente todos los lugares consagrados por las acciones del Hijo del Hombre; las tradiciones orales fueron escritas y puestas al abrigo de la infidelidad de la memoria.

En efecto, Eusebio, en su *Historia de la Iglesia*, en su *Vida de Constantino*, y en su *Onomasticum urbium et locorum Sacræ Scripturæ*, nos describe los Santos-Lugares casi lo mismo que los vemos hoy; habla del Santo Sepulcro, del Calvario, de Belen, del monte de los Olivos y de la gruta donde Jesucristo reveló los misterios á sus Apóstoles. Sigue á este historiador San Cirilo, á quien he citado muchas veces, y que nos muestra las estaciones sagradas tales como se veian antes y despues de los trabajos de Constantino y de Santa Helena; Sócrates, Sozomeno, Teodoreto y Evagro publican la sucesion de muchos obispos, desde Constantino hasta Juliano, Macario, Cirilo, Heremio, Heradio, Hilario, Juan, Salustio, Martirio, Elias, Pedro, Macario y Juan, cuarto de este nombre.

San Gerónimo, retirado en Belen en 385, nos dejó en diferentes pasajes de sus obras el cuadro mas completo de los Santos-Lugares. «Seria demasiado largo, »dice en una de sus cartas, recorrer todas las edades, »desde la Ascension del Señor hasta nuestro tiempo, »para referir cuántos obispos, cuántos mártires y cuán»tos doctores se han trasladado á Jerusalém; porque »hubieran creido tener menos piedad y ciencia, sino »hubiesen adorado á Jesucristo en los mismos lugares »en que el Evangelio empezó á brillar desde lo alto «de la Cruz.»

San Gerónimo asegura en la misma carta que iban á Jerusalém muchos peregrinos de la India, la Etiopía, la Bretaña y la Hibernia, y que se les oia cantar en diferentes lenguas las alabanzas de Jesucristo en derredor de su sepulcro. Añade que de todas partes se enviaban limosnas al Calvario; cita los principales lugares objeto de la devocion pública en Palestina, y añade que solo en Jerusalém habia tantos santuarios que no se les podia recorrer en un solo dia. Esta carta está dirigida á Marcelo, y se cree ha sido escrita por San Pablo y Santa Eustaquia, aunque algunos manuscritos la atribuyen á San Gerónimo. Pregunto pues: ¿los fieles que desde los tiempos apostólicos hasta fines del siglo IV habian visitado el sepulcro del Salvador, ignoraban el lugar de este sepulcro?

El mismo Padre de la Iglesia, en su carta á Eustaquia, acerca de la muerte de Pablo, describe en estos términos las estaciones donde se detuvo la santa dama romana:

«Arrodillóse, dice, delante de la Cruz, en la cima »del Calvario, y abrazó en el Santo Sepulcro la piedra »que el ángel habia levantado cuando lo abrió, y besó »con especial respeto el lugar sobre que habia descan»sado el cuerpo de Jesucristo. Vió en el monte Sion »la columna en que el Salvador habia sido atado y azo»tado; esta columna sostenia entonces el pórtico de »una iglesia; haciéndose luego trasladar al lugar don»de los Discípulos estaban reunidos cuando el Espíri»tu-Santo bajó sobre ellos. Trasladóse tambien á Be»len y se detuvo al pasar por el sepulcro de Raquel; »adoró el Pesebre, y le parecia ver aun en él á los »Magos y los pastores. En Bethfagé halló la tum»ba de Lázaro y la casa de Marta y María; en Si»char admiró una iglesia construida sobre el pozo de »Jacob, donde Jesucristo habló á la Samaritana; y fi»nalmente, halló en Samaria el sepulcro de San Juan »Bautista.»

Esta carta es del año 404; há, pues 1406 que ha sido escrita. Pueden leerse todas las relaciones de la Tierra-Santa, desde el *Viage de Arculfo* hasta mi *Iti-*

nerario, y se verá que los peregrinos han hallado y descrito constantemente los lugares señalados por San Gerónimo. En verdad que esta, á lo menos, es una hermosa é imponente antigüedad.

Una prueba de que las peregrinaciones á Jerusalém han precedido aun al tiempo de San Gerónimo, como dice muy bien el sabio doctor, se deduce del *Itinerario de Burdeos á Jerusalém.* Este Itinerario fue compuesto, segun los mejores críticos, en 333, para uso de los peregrinos de las Galias. Manuert opina que era un cuadro de camino para alguna persona encargada de una mision del príncipe; pero es mucho mas natural suponer que este *Itinerario* tenia un objeto general; y esto es tanto mas verosimil cuanto que los Lugares-Santos están descritos en él.

Es cierto que San Gregorio de Nisia condena ya el abuso de las peregrinaciones á Jesusalém. El habia visitado los Santos-Lugares en 379, y nombra en particular el Calvario, el Santo Sepulcro, el monte de los Olivos y Belen. Tenemos este viaje entre las obras del santo obispo, con el título de *Iter Hierosolymæ.* San Gerónimo procura tambien disuadir á San Paulino de la peregrinacion á Tierra-Santa.

No eran tan solo los sacerdotes, los solitarios, los obispos y los doctores, los que se trasladaban desde todas partes á Palestina, en la época de qué hablamos; verificábanlo tambien las damas ilustres y hasta las princesas y las emperatrices; ya he nombrado á santa Paula y santa Eustaquia, y debo citar además á las dos Melanias. El monasterio de Belen se llenó de las mas distinguidas familias de Roma, que huian de Alarico. Cincuenta años antes, Eutropia, viuda de Maximiano Hércules, habia hecho el viaje á los Santos-Lugares y destruido los restos de la idolatria, que aun se dejaban ver en la feria de Terebito, cerca de Hebron.

El siglo que siguió al de San Gerónimo, no nos deja perder de vista el Calvario; Teodoreto escribia á la sazon su *Historia eclesiástica*, donde hallamos con frecuencia la cristiana Sion. Aun la encontramos mejor en la *Vida de los Solitarios* por el mismo autor. El anacoreta San Pedro llevó á cabo el viaje sagrado. Teodoreto fue á Palestina, donde contempló con asombro las ruinas del Templo. Las dos peregrinaciones de la emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio el Jóven, se verificaron en este siglo, y despues de haber mandado construir algunos monasterios en Jerusalém, concluyó sus dias en el retiro.

El principio del siglo VI nos suministra el *Itinerario* de Antonino de Plaisance, quien describe todas las estaciones, como San Gerónimo. Veo en este viaje un *Cementerio de los peregrinos*, á la puerta de Jerusalém, lo cual indica bastante la influencia de estos piadosos viajeros. El autor halló la Palestina cubierta de iglesias y de monasterios, y dice que el Santo Sepúlcro estaba adornado de piedras preciosas, de joyas, de coronas de oro, de braceletes y de collares.

El primer historiador de nuestra monarquia, Gregorio de Tours, nos habla tambien en este siglo de las peregrinaciones á Jerusalém. Uno de sus diáconos habia ido á Tierra-Santa; y este diácono vió una estrella milagrosa en Belen, con otros cuatro viajeros. Segun el mismo historiador, habia entonces en Jerusalém un gran monasterio donde se recibia á los viajeros; este era sin duda el mismo hospicio que Brocardo halló doscientos años despues.

Tambien fue en este mismo siglo cuando Justiniano elevó al obispo de Jerusalém á la dignidad patriarcal. Este emperador envió al Santo Sepulcro los vasos sagrados que Tito habia robado al Templo, y que, habiendo caido en 455 en poder de Genserico, fueron hallados en Cartago por Belisario.

Cosroês tomó á Jerusalém en 613; Heraclio llevó al sepulcro de Jerusalém la verdadera Cruz, arrebatada por el rey de los persas. Veinte y un años despues, Omar se apoderó de la ciudad santa, que permaneció bajo el yugo de los sarracenos hasta el tiempo de Godofredo de Bouillon. En el *Itinerario* se verá la historia de la iglesia del Santo Sepulcro, durante aquellos siglos calamitosos, y cómo fue salvada por la invencible constancia de los fieles de la Judea, pues nunca la abandonaron; y los peregrinos, rivalizando en celo con ellos, no cesaban de correr á sus playas.

Algunos años despues de la conquista de Omar, Arculfo visitó la Palestina. Adamanno, abad de Jona, en Inglaterra, escribió una relacion de la Tierra-Santa, ateniéndose á la relacion del obispo francés. Seranio la publicó en Ingolstad, en 1619, con este título: *De Locis Terræ Sanctæ lib.* III. Hállase un estracto de ella en las obras del venerable Beda: *De situ Jerusalem et Locorum Sanctorum liber.* Mabillon ha trasladado la obra de Adamanno á su gran coleccion. *Acta SS. Ordin. Benedicti* II; 514.

Arculfo describe los Santos-Lugares cual se hallaban en tiempo de San Gerónimo, y cual los vemos en la actualidad. Habla de la basilica del Santo Sepulcro como de un monumento de forma circular; halló algunas iglesias y oratorios en Betania, en el monte de los Olivos, en el jardin de este nombre, en el de Getsemani, etc., y admiró la magnífica iglesia de Belén, etc. Esto es exactamente todo que en el dia se enseña; y no obstante, este viaje es del año 690, si se supone la muerte de Adamanno acaecida en octubre de 704. Por lo demás, en tiempo de San Arculfo, Jerusalém se llamaba todavia *Ælia.*

Tenemos en el siglo octavo dos relaciones del viaje á Jerusalém, de San Guillebaldo: en ellas se lee la descripcion de los mismos lugares, y se ve la misma fidelidad en las tradiciones. Estas descripciones son breves, pero se marcan en ellas las estaciones esenciales. El sabio Guillermo Cave indica un manuscrito del venerable Beda, *in Bibliotheca Guattari Copi, cod.* 169, con el título: *Libellus de Sanctis Locis.* Beda nació en 672 y murió en 732. Sea lo que fuere este lacónico libro acerca de los Santos-Lugares, es preciso referirlo al siglo octavo.

En el reinado de Carlo-Magno, á principios del siglo IX, el califa Haroun-al-Raschild cedió al emperador francés la propiedad del Santo Sepúlcro; Carlos envió limosnas á Palestina, puesto que una de sus Capitulares presenta este epígrafe: *De eleemosyna mittenda ad Jerusalem.* El patriarca de esta ciudad habia reclamado la proteccion del monarca de Occidente. Eginardo añade que Carlo-Magno protegia á los cristianos de Ultramar. En aquella época los peregrinos latinos poseian un hospicio al Norte del templo de Salomon, cerca del convento de Santa María, y Carlo-Magno habia regalado á este hospicio una biblioteca. Sabemos estas particularidades por Bernardo el Monje, que se hallaba en Palestina en 870. La relacion, muy minuciosa, indica todas las posiciones de los Santos-Lugares.

Elías, tercero de este nombre, patriarca de Jerusalém, escribió á Carlos el Gordo á principios del siglo décimo, pidiéndole recursos pecuniarios para el restablecimiento de las iglesias de Judea. «No entraremos, »dice, en el relato de nuestros males; harto conoci»dos te son por los peregrinos que vienen todos los »dias á visitar los Santos-Lugares, y luego vuelven á »su patria.

El siglo XI, que concluye con las Cruzadas, nos presenta muchos viajeros en Tierra-Santa. Olderico, obispo de Orleans, fue testigo de la ceremonia del fuego sagrado en el Santo Sepulcro. Es verdad que la Crónica de Glaber debe ser leida con prevencion; pero aquí se trata de un hecho y no de un punto de crítica. Alacio, *in Symmictis sive Opusculis*, etc., nos ha conservado el *Itinerario á Jerusalém* del griego Eugisipo. La mayor parte de los Santos-Lugares están descritos en él, y su descripcion es conforme á todo lo que conocemos. Guillermo el Conquistador envió

limosnas considerables á Palestina en el discurso de este siglo. Finalmente, el viaje de Pedro el Ermitaño, que tan gran resultado produjo, y las mismas Cruzadas, prueban hasta qué punto se ocupaba el mundo de aquella region lejana, donde se operara el misterio de su salvacion.

Jerusalém permaneció en manos de los principes franceses por espacio de ochenta y ocho años; y durante este periodo los historiadores de la coleccion *Gesta Dei per Francos*, no nos dejan ignorar circunstancia alguna relativa á la Tierra-Santa. Benjamin de Tudela se trasladó á Judea en 1173.

Cuando Saladino volvió á tomar á Jerusalém á los Cruzados, los sirios rescataron, mediante una suma considerable, la iglesia del Santo Sepúlcro; y, no obstante los peligros de tal empresa, los peregrinos continuaron visitando la Palestina.

Focas, en 1208; Villebrando de Oldemburgo, en 1211; Jacobo Vetraco ó de Vetri, en 1231, y Brocardo, religioso dominico, en 1283, reconocieron y consignaron en sus viajes todo lo que se habia dicho antes de ellos acerca de los Santos-Lugares.

En el siglo XIV tenemos á Ludolfo, Maudiville y Sanuto.

En el XV, á Breindebach, Tuchor y Langi.

En el XVI, á Heyter, Salignac y Pascha.

En el XVII, á Cotavico, Nau y otros ciento.

En el XVIII, á Maundrelle, Pocoke, Shaw y Hasselquisto.

Todos estos viajes, que se multiplican hasta lo infinito, se repiten unos á otros, y confirman las tradiciones de Jerusalém del modo mas invariable y sorprendente.

En efecto, ¡cuán pasmoso cuerpo de pruebas! Los Apóstoles vieron á Jesucristo; conocian, pues, los lugares santificados por los pasos del Hijo del Hombre; trasmiten esta tradicion á la primera Iglesia cristiana de la Judea; establécese la sucesion de los obispos y guárdase con esmero la sagrada tradicion; muéstrase Eusebio, y empieza la historia de los Santos-Lugares; Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Egavro y San Gerónimo la continuan. Los peregrinos acuden de todas partes. Desde este momento hasta nuestros dias, una serie de viajes no interrumpidos, nos presenta por espacio de catorce siglos los mismos hechos y las mismas descripciones. ¿Qué tradicion se apoyó en tiempo alguno en tan gran número de testimonios? Si en esto se abrigasen dudas, preciso seria renunciar á dar asenso á algo; y nótese que he pasado por alto todos los datos que hubiera podido sacar de las Cruzadas. Pero añadiré á tantas pruebas históricas algunas consideraciones acerca de la naturaleza de las tradiciones religiosas, y sobre la localidad de Jerusalém.

Es cierto que los recuerdos religiosos no se pierden tan fácilmente como los puramente históricos, pues estos solo están confiados por lo regular á la memoria de un reducido número de hombres eruditos, que pueden olvidar la verdad ó disfrazarla segun sus pasiones; al paso que aquellos están entregados á todo un pueblo que los trasmite maquinalmente á sus hijos. Si el principio de la religion es severo, como en el Cristianismo; si la mas ligera involucracion de un hecho ó de una idea se convierte en herejía, es probable que todo cuanto á esta religion atañe se conservará de edad en edad con rigurosa exactitud.

No ignoro que en el transcurso del tiempo una piedad exagerada, un celo mal entendido, una ignorancia propia del tiempo y de las clases inferiores de la sociedad, pueden sobrecargar un culto de tradiciones que no puedan resistir el exámen de una crítica ilustrada; pero el fondo de las cosas permanece siempre el mismo. Diez y ocho siglos, què indican de consuno en los mismos lugares las mismas tradiciones, no pueden engañar. Si algunos objetos de devocion se han multiplicado en demasia en Jerusalém, esto no es una razon suficiente para rechazar lo demás como una impostura. No olvidemos por otra parte que el Cristianismo fue perseguido en su cuna, y que ha continuado casi siempre perseguido en Jerusalém; pero todos saben cuánta fidelidad reina entre unos hombres que padecen juntos; todo, entonces, se presenta como sagrado, y los restos de un mártir son mirados con mas respeto que la corona de un monarca. El niño que apenas sabe hablar, conoce ya estos restos; llevado, durante la noche, en brazos de su madre, á unos altares rodeados de peligros, oye unos cantos y ve unas lágrimas que graban para siempre en su tierna memoria unos objetos que nunca ya se borrarán de ella; y cuando deberia ostentar únicamente la alegría, la espansion del alma y la ligereza de su edad, aprende á mostrarse circunspecto, juicioso y prudente, porque el infortunio es una vejez prematura.

Encuentro en Eusebio una prueba notable de esta veneracion á una santa reliquia, pues refiere que en su tiempo los cristianos de la Judea conservaban aun la silla de Santiago, hermano del Salvador, y primer obispo de Jerusalém. El mismo Gibbon no ha podido menos de reconocer la autenticidad de las tradiciones religiosas en Palestina: «*They fixed*(*christians* dice, »*by unquestionable tradition, the scene of each memo*»*rable even.*» — «Fijaron (los cristianos), mediante »una tradicion que no admite duda, la escena de cada »acontecimiento memorable;» confesion de estraordinario peso en la pluma de un escritor tan instruido como el historiador inglés, y de un hombre, al mismo tiempo, tan poco favorable á la religion.

Por último, las tradiciones de lugares no se alteran como las de hechos, porque la faz de la tierra no cambia tan fácilmente como la de la sociedad. Esto es lo que con mucha razon observa D'Anville, en su escelente *Disertacion acerca de la antigua Jesusalém*: «Las circunstancias locales, dice, de las cuales decide »la misma naturaleza, no toman parte alguna en las »mudanzas que el tiempo y el furor de los hombres »han podido producir en la ciudad de Jerusalém.» Así, pues, D'Anville halla con una sagacidad maravillosa todo el plano de la antigua Jerusalém en la nueva.

El teatro de la Pasion, estendiéndolo desde el monte de los Olivos hasta el Calvario, no ocupa mas de una legua de terreno; y, ¡véase cuantas cosas pueden señalarse fácilmente en este reducido espacio! Hay desde luego una montaña llamada el *Monte de los olivos*, que domina la ciudad y el Templo, hácia el Oriente; esta montaña está allí, y no ha cambiado de lugar; hay un torrente Cedron; y este torrente es aun el único que pasa por Jerusalém; hay un lugar prominente, á la puerta de la antigua ciudad, donde se entregaba á muerte á los criminales; este lugar elevado se encuentra fácilmente entre el monte Sion y la puerta Judiciaria, de la que subsisten todavía algunos vestigios. Nadie puede desconocer á Sion, puesto que es la mas enhiesta colina de la ciudad. «Tenemos, dice nuestro gran »geógrafo, certidumbre acerca de los límites de esta »ciudad en la parte ocupada por Sion. Este es el lado »que avanza mas hácia el Mediodia; y no solo está fi»jado de manera que no puede estenderse mas allá, »por este lado, sino que el espacio de la estension que »Jerusalém puede ganar en anchura, se halla deter»minado, por una parte por la pendiente ó declive de »Sion, que mira al Poniente; y por otro, por su estre»midad opuesta al Cedron.» Todo este raciocinio es exacto, y pudiera decirse que D'Anville lo ha formado en presencia de los lugares.

El Gólgota era un pequeño grupo del monte Sion, al oriente de esta montaña y al occidente de la puerta de la ciudad; esta altura, donde descuella actualmente la iglesia de la Resurreccion, se distingue perfectamente todavia. Sabido es que Jesucristo fue enterrado en un jardin al pié del Calvario; este jardin y la casa adyacente no pueden desaparecer al pié del Gól-

gota, montecillo cuya base no es bastante ancha para que un monumento se pierda en ella.

El monte de los Olivos y el torrente Cedron determinan luego el valle de Josafat; y este la posicion del Templo sobre el monte Moria. El Templo indica la puerta Triunfal y la casa de Herodes, que José coloca hácia el Oriente, en la parte baja de la ciudad y cerca del Templo. El pretorio de Pilatos estaba casi contiguo á la torre Antonia; y los cimientos de esta torre están patentes. Así, siendo conocidos el tribunal de Pilatos y el Calvario, se coloca fácilmente la última escena de la Pasion en el camino que conduce del uno al otro, sobre todo teniendo aun por testigo la puerta Judiciaria. Este camino es esa *Via dolorosa* tan célebre en todas las relaciones de los peregrinos.

Las acciones de Jesucristo, fuera de la ciudad santa, no están indicadas por los lugares con menos exactitud. El jardin de los Olivos, al otro lado del valle de Josafat y del torrente Cedron, se halla visiblemente hoy en la misma posicion que le fija el Evangelio.

Pudiera añadir muchos hechos, conjeturas y reflexiones, á todo lo que acabo de decir; pero es tiempo de poner término á esta introduccion, ya demasiado larga. Todo aquel que examine con buena fe las razones aducidas en esta Memoria, convendrá en que si hay alguna cosa satisfactoriamente probada en la tierra, esta cosa es la autenticidad de las tradiciones cristanas en Jerusalém.

PRIMERA PARTE.

VIAJE POR LA GRECIA.

El plan de los *Mártires* habia sido interrumpido por mí; la mayor parte de los libros de esta obra estaban empezados, pero creí no debia darles la última mano antes de visitar el país en que habia colocado mi escena; otros encuentran recursos en sí mismos; yo necesito suplir lo que me falta con toda clase de trabajos. Así, pues, cuando no se halle en este *Itinerario* la descripcon de estos ó aquellos lugares célebres, será preciso buscarla en los *Mártires*.

Agregábanse otras consideraciones al principal motivo que me hacia abandonar de nuevo la Francia, despues de tantas escursiones: un viaje á Oriente completaba el círculo de los estudios que siempre me habia propuesto acabar. Habia contemplado en los desiertos de América los grandes monumentos de la naturaleza; y entre los los de hombres, solo conocia dos clases de antigüedades: la céltica y la romana; faltábame recorrer las ruinas de Atenas, de Memfis y de Cartago. Deseaba tambien hacer una peregrinacion á Jerusalém.

. . . . Quí devoto
Il gran Sepolcro adora e scioglie il voto.

Estraño puede parecer hoy hablar de votos y de peregrinaciones; pero en esta materia no me ruborizo, y me he filiado há mucho tiempo entre los supersticiosos y los débiles. Seré tal vez el último francés que he salido de mi país para viajar por la Tierra-Santa con las ideas, el objeto y los sentimientos de un antiguo peregrino. Pero sino tengo las virtudes que brillaron en otro tiempo en los señores de Coucy, de Nesles, de Chastillon y de Monfort, á lo menos me queda su fe; y por esta señal pudiera aun hacerme reconocer entre los antiguos Cruzados.!

Al abandonar segunda vez mi patria el 13 de julio de 1806, no temí volver la cabeza como el senescal de Champagne, señor de Joinville; casi extranjero en mi país, no dejaba á mi espalda ni un palacio ni una choza.

Conocia ya el camino desde París á Milan. En esta ciudad emprendí el de Venecia; y ví, casi como en el Milanesado, una fértil y monotona laguna. Detùveme algunos instantes en los monumentos de Verona, de Vicenza y de Padua. Llegué á Venecia el 23, y examiné por espacio de cinco dias los restos de su pasada grandeza; fuéronme mostrados algunos buenos cuadros del Tintoreto, de Pablo Veronés y de su hermano, del Basan y del Ticiano. Busqué en una iglesia desierta el sepulcro de este pintor, y me costó algun trabajo hallarlo; lo mismo me habia sucedido en Roma con el sepulcro del Taso. Las cenizas de un poeta religioso y desgraciado no están mal en una ermita; parece que el cantor de la *Jerusalém* se ha refugiado á aquella ignorada sepultura, como para sustraerse á la persecucion de los hombres: llena el mundo con su fama, y descansa desconocido á la sombra de los naranjos de San Onofre.

Salí de Venecia el 28, y me embarqué á las diez de la noche para trasladarme á tierra firme. El viento del Sudeste soplaba lo bastante para henchir la vela, pero no lo suficiente para agitar las olas. A medida que la barca se alejaba, veia perderse en el horizonte las luces de Venecia, y distinguia, á manera de manchas sobre las aguas, las diferentes sombras de las islas de que la playa está sembrada. Estas islas, en lugar de hallarse cubiertas de fortalezas y bastiones, están ocupadas por iglesias y monasterios. Las campanas de los hospicios y lazaretos se hacian oir, y reproducian ideas de calma y de socorro en medio del imperio de las tempestades y los peligros. Nos acercamos bastante á uno de aquellos asilos para entrever á los frailes que miraban pasar nuestra góndola: parecian unos viejos marineros que habian vuelto al puerto despues de largas travesías; tal vez bendecian al viajero, porque se acordaban de haber sido como él extranjeros en la tierra de Egipto: «*Fuistis enim et vos advenæ in terra Ægypti.*»

Antes de amanecer llegué á tierra firme, y tomé una silla de posta para trasladarme á Trieste. Yo me desvié de mi camino para ver á Aquilea, pues no sentí la tentacion de visitar la brecha por donde los godos y los hunnos penetraron en la patria de Horacio y de Virgilio, ni la de buscar las huellas de aquellos ejércitos que ejecutaban la venganza de Dios. Entré en Trieste el 29 á mediodia. Esta ciudad, regularmente construida, está situada bajo un cielo bastante hermoso y al pié de una cadena de montañas estériles; no posee monumento alguno. El último soplo de Italia espira en aquella playa, donde empieza la barbarie.

Mr. Seguier, cónsul de Francia en Trieste, tuvo la bondad de hacerme buscar un buque, y se halló uno próximo á darse á la vela para Esmirna; su capitan me tomó á bordo con mi criado. Convine con él en que me dejaria al paso en las costas de la Morea, para atravesar por tierra el Peloponeso; que el buque me esperaria algunos dias en la punta del Ática, y que, si pasados estos dias no me dejaba ver, proseguiria su navegacion.

Aparejamos el 1.° de agosto á la una de la tarde, pero al salir del puerto, el viento nos fue contrario. La Istria presentaba á lo largo del mar una costa baja, que se apoyaba en el interior en una cadena de montañas. El Mediterráneo, ocupando el centro de los paises civilizados, sembrado de risueñas islas, bañando unas costas plantadas de mirtos, de palmeras y de olivos, ofrece desde luego la idea del mar en que nacieron Apolo, las Nereidas y Venus; mientras el Océano, teatro de las tempestades, y rodeado de tierras desconocidas, debia ser naturalmente la cuna de los fantasmas de la Escandinavia, ó el dominio de esos pueblos cristianos que se forman una idea tan imponente de la grandeza y la omnipotencia de Dios.

El 2 al mediodia, el viento se declaró favorable, pero las nubes que se apiñaban al Occidente nos anun-

ciaron una tempestad, cuyos primeros truenos oimos en las costas de la Croacia. A las tres se amainaron las velas, y se encendió una luz en el camarote del capitan delante de una imágen de la Vírgen. En otra parte he hecho notar cuán tierno es este culto que somete el imperio de los mares á una débil mujer. Los marineros en tierra pueden ser incrédulos como los demás hombres; pero los peligros desconciertan la sabiduría humana; en ellos el hombre se hace religioso, pues la antorcha de la filosofía le traquiliza menos en medio de la tempestad, que la lámpara encendida ante la imágen de la Vírgen.

A las siete de la tarde la tempestad desplegaba toda su fuerza. Nuestro capitan austriaco empezó una oracion en medio de los torrentes de lluvia y de los truenos. Oramos por el emperador Francisco II, por



LA ORACION Á BORDO, DURANTE LA TEMPESTAD.

nosotros y por los marineros, *sepolti in questo sacro mare*. Los marineros, unos en pié y descubiertos, otros arrodillados y apoyándose en los cañones, respondian al capitan.

La tempestad continuó una parte de la noche. Todas las velas estaban plegadas y la tripulacion retirada; yo permanecí casi solo al lado del marinero que empuñaba el timon. Así habia pasado noches enteras sobre mas borrascosos mares; pero entonces era jóven, y el estruendo de las olas, la soledad del Océano, los vientos, los escollos y los peligros eran para mí otros tantos placeres. En este último viaje eché de ver que los objetos han cambiado á mis ojos. Sé ya lo que valen todos los ensueños de la primera juventud; y no obstante,

tal es la inconsecuencia humana, que todavía atravesaba las olas; que me entregaba todavía á la esperanza; que iba todavía á recoger imágines y á buscar colores para embellecer unos cuadros que acaso debian acarrearme disgustos y perscuciones (1). Paseábame en el castillo de popa, y de tiempo iba á trazar con lápiz una nota al resplandor de la luz que alumbraba el compas del piloto. Este marinero me miraba con asombro, y á lo que creo, me tomaba por un oficial de la marina francesa; me ocupaba como él del rumbo de la nave, pero ignoraba que mi brújula no era tan buena como la suya, y que él hallaria el puerto con mas segurida que yo.

Al dia siguiente, 3 de agosto, el viento se fijó al Noroeste, y pasamos rápidamente la isla de Pommo y la de Pelagosa. Dejamos á la izquierda las últimas islas de la Dalmacia, y descubrimos á nuestra derecha el monte de San Angelo, llamado antiguamente el monte Gárgano, que cubre á Manfredonia, cerca de las ruinas de Siponto, en las costas de Italia.

El 4 sufrimos una calma, pero el mistral se levantó al ponerse el sol y continuamos nuestra navegacion. Dos horas despues, la noche era magnífica y en ella oí á un grumete cantar el principio del sétimo canto de la *Jerusalem*:

Intanto Erminia infra l'ombrose piante, etc.

El aire del canto era una especie de recitado muy alto en la entonacion, que bajaba á las notas mas graves al fin del verso. Este cuadro de la felicidad campestre, trazado por un pobre marinero en medio del mar, parecióme aun mas encantador. Los antiguos, nuestros maestros en todo género, conocieron á fondo estos felices contrastes de costumbres: Teócrito coloca algunas veces sus ovejas á las orillas del mar; y Virgilio se complace en comparar los ocios del labrador á los trabajos del marinero:

Invitat genialis hyems curasque resolvit:
Ceu pressæ cum jam portum tetigere carinæ,
Puppibus et læti nautæ imposuere coronas.

El 5 el viento sopló con violencia, y nos trajo un ave de color pardusco, bastante parecida á una alondra Concedímosle grata hospitalidad. En general, todo lo que forma contraste con su vida agitada, complace á los marineros; aman todo lo que se enlaza en su espíritu con la vida de los campos, como el ladrido del perro, el canto del gallo y el paso de las aves continentales. A las once de la mañana del mismo dia, nos hallamos á la entrada del Adriático, es decir, entre el cabo de Otranto en Italia, y el de la Linguetta en Albania.

Hallábame allí en las fronteras de la antiguedad griega, y en los confines de la antiguedad latina. Pitágoras, Alcibiades, Escipion, César, Pompeyo, Ciceron, Augusto, Horacio y Virgilio, atravesaron aquel mar. ¡Qué fortunas tan diferentes entregaron estos célebres personajes á la inconstancia de aquellas mismas olas! Y yo, oscuro viajero, pasando sobre la ya borrada huella de las naves que llevaron á los grandes hombres de la Grecia y la Italia, iba á buscar las Musas en su patria; pero yo no soy Virgilio, y las Musas no habitan ya el Olimpo.

Adelantábamos hácia la isla de Fano, que tiene con el escollo de Merlero, el nombre de *Othonos* ó de *Calipso*, en algunos mapas antiguos. D'Anville parece indicarla con este nombre, y M. Lechevalier se apoya en la autoridad de este geógrafo para hallar en Fano la morada donde Ulises lloró tanto tiempo su patria. Procopio observa en alguna parte de su *Historia mezclada*, que si se toma por la isla de Calipso uno de los islotes que que rodean á Corfú, esto hará probable la relacion de Homero. En efecto, una barca bastaba entonces para pasar desde esta isla á la de Esqueria (Corcira ó Corfú); pero á esto se oponen grandes dificultades. Ulises parte con un viento favorable, y despues de diez y ocho dias de navegacion, descubre las tierras de Esqueria, que se levanta como un escudo sobre las olas.

Por consiguiente, si Fano es la isla de Calipso, esta toca con Esqueria; y lejos de emplear diez y ocho dias enteros para descubrir las costas de Corfú, Ulises debia descubrirlas desde el mismo bosque donde fabricaba su bajel. Plinio, Tolomeo, Pomponio Mela y el Anónimo de Rávena no dan sobre este punto dato alguno; pero se puede consultar á Vood y á los modernos, relativamente á la geografía de Homero, quienes colocan con Estrabon la isla de Calipso en la costa de África, en el mar de Malta.

Por lo demás, deseo con vehemencia que Fano sea la isla encantada de Calipso, aunque no he descubierto en ella sino una pequeña masa de rocas blanquecinas; yo colocaria en ella, si se quiere, con Homero, «un bosque abrasado por los rayos del sol, algunos pinos y alisos cargados con los nidos de las cornejas marítimas; ó bien hallaria con Fenelon» bosques de naranjos y montañas cuya caprichosa figura forma un horizonte que encanta la vista.» ¡Desgraciado aquel que no vea la naturaleza con los ojos de Fenelon y de Homero!

Habiendo caido el viento á las ocho de la noche, y habiéndose aplacado el mar, el buque quedó inmóvil. Entonces gocé del primer ocaso del sol y de la primera noche bajo el cielo de la Grecia. Teniamos á la izquierda la isla de Fano y la de Corcira que se estendian al Oriente; descollaban sobre ellas las elevadas tierras del continente de Epiro; los montes Acroceraunios, que dejábamos á la espalda, formaban al Norte un círculo que terminaba á la entrada del Adriático; á nuestra derecha, es decir, á Occidente, el sol se ocultaba mas allá de las costas de Otranto; y delante de nosotros se estendia el mar que llegaba hasta las playas de África.

Los matices del Poniente no eran vivos; el sol descendia entre nubes que pintaba de color de rosa; ocultóse en el horizonte, y le reemplazó un crepúsculo de media hora. Durante este breve crepúsculo, el cielo era blanco en el Poniente, azul-claro en el zenit; y grisperla en el Oriente. Las estrellas penetraron sucesivamente este admirable pabellon; parecian muy pequeñas y poco luminosas; pero su luz era dorada y de tan suave resplandor, que me es imposible pintarlo. Los horizontes del mar, ligeramente vaporosos, se confundian con los del cielo. Al pié de la isla de Fano ó de Calipso veiase una hoguera encendida por algunos pescadores; con un poco de imaginacion, yo hubiera podido ver las ninfas que incendiaban la nave de Telémaco. En mí hubiera consistido tambien oir á Nausicaa solazarse con sus compañeras, ó á Andrómaca llorar en la márgen del falso Simois, puesto que entreveia á lo lejos, en la trasparencia de las sombras, las montañas de Esqueria y de Butroto. (2)

Peligrosa veterum mendacia vatum.

Los climas influyen mas ó menos en el gusto de los pueblos. En Grecia, por ejemplo, todo es suave, todo respira molicie, todo está lleno de calma, así en la naturaleza como en los escritos de los antiguos. Casi se concibe el por qué la arquitectura del Pártenon presenta proporciones tan felices; el por qué la escultura antigua es tan poco violenta, tan tranquila, tan sencilla, cuando se ha visto el cielo puro y los graciosos

(1) Esta frase se halla en mis notas originales exactamente como está aquí; he creido no debia suprimirla, aunque parece escrita despues del resultado; nadie ignora lo que me ha sucedido con los *Mártires*.

(2) Veanse, respecto de las noches de la Grecia, los *Mártires*, libros I y XI.

paisajes de Atenas, Corinto y Jonia. En esta patria de las Musas la naturaleza no aconseja los estravios del genio; tiende, por el contrario, á atraer el espíritu al amor de la uniformidad y la armonía.

La calma duró todo el dia 6, y pude contemplar á mi placer á Corfú, llamada alternativamente en la antigüedad ***Drepanum, Macria, Scheria, Corcira, Efisa, Casiopea, Ceraunia***, y tambien ***Argos***. Ulises fue arrojado desnudo en esta isla despues de su naufragio. ¡Ojalá que la mansion de Alcinoo nunca hubiera sido famosa sino por las ficciones del infortunio! Yo recordaba á mi pesar los trastornos de Corcira, tan elocuentemente narrados por Tucídides. Por lo demás, parece que Homero, al cantar los jardines de Alcinoo, añadió algo de poético y maravilloso á los destinos de Esqueria. Aristóteles fue á ella á espiar los errores de una pasion que no siempre vence la filosofía; Alejandro, jóven, aun y lejos de la córte de Filipo, desembarcó en esta célebre isla; los corcirianos vieron el primer paso del viajero armado, que debia recorrer todos los pueblos de la tierra. Muchos ciudadanos de Corcira alcanzaron coronas en los juegos Olímpicos; y sus nombres fueron inmortalizados por los versos de Simónides y las estátuas de Policleto. Fiel á su noble destino, la isla de los Feacios continuó siendo bajo el yugo de los romanos el teatro de la gloria y del infortunio; Caton, despues de la batalla de Farsalia, encontró á Ciceron en Corcira; ¡cuán hermoso cuadro seria el de la entrevista de estos dos ilustres romanos! ¡Qué hombres! ¡qué dolor! ¡qué golpes de fortuna! Veríase á Caton queriendo ceder á Ciceron el mando de las últimas legiones republicanas, porque Ciceron habia sido cónsul; separáronse luego: el uno fué á desgarrarse las entrañas en Útica, y el otro á presentar su cabeza á los triunviros. Poco tiempo despues, Antonio y Octavia celebraron en Corcira aquellas bodas fatales que tantas lágrimas costaron al mundo; y aun no habia trascurrido medio siglo, cuando Agripina fue tambien á celebrar allí los funerales de Germánico, como si esta isla estuviese destinada á suministrar á dos historiadores, rivales en genio, en dos lenguas rivales, (1) el asunto del mas admirable de sus cuadros.

Otro órden de cosas y de acontecimientos, de hombres y costumbres, trae á la memoria el nombre de Corcira (entonces Corfú) en la ***Bizantina***, en las historias de Nápoles y Venecia, y en la coleccion de *Gesta Dei per Francos*. De Corfú salió aquel ejército de Cruzados que sentó á un noble francés en el trono de Constantinopla. Pero si hablase de Apolidoro, obispo de Corfú, que se distinguió por su doctrina en el concilio de Nicea, de Jorge y de San Arsenio, tambien obispos de esta isla, ya cristiana: si dijese que la Iglesia de Corfú fue la única que se libró de la persecucion de Diocleciano; que Helena, madre de Constantino, empezó en Corfú su peregrinacion á Oriente, temeria hacer sonreir á los incrédulos. ¿Cómo nombrar á San Jason y á San Sosistrato, apóstoles de los corcirianos en el reinado de Claudio, despues de haber hablado de Homero, de Aristóteles, de Alejandro, de Ciceron, de Caton y de Germánico? Y no obstante, ¿un mártir de la independencia es mas grande que un mártir de la verdad? Caton, que se sacrifica por la libertad de Roma, ¿es mas heróico que Sosistrato, que se deja quemar en un toro de metal, por anunciar á los hombres que son hermanos, que deben amarse, auxiliarse y elevarse hasta Dios, mediante la práctica de las virtudes?

Yo tenia tiempo suficiente para reproducir en mi memoria todos estos recuerdos á vista de las costas de Corfú, delante de las cuales estábamos detenidos por una calma profunda. El lector deseará tal vez que un viento favorable me traslade á Grecia y le libre de mis digresiones: esto sucedió en la mañana del 7. La brisa del Nordeste se levantó, y doblamos el cabo de Cefalonia. El 8 teniamos á nuestra derecha á Leucates, hoy San Mauro, que se confundia con un alto promontorio de la isla de Itaca, y las tierras bajas de Cefalonia. Ya no se ven en la patria de Ulises ni el bosque del monte Nereo, ni los trece perales de Laertes; estos han desaparecido, como tambien aquellos dos perales, mas venerables aun, que Enrique IV dió por punto de reunion á su ejército cuando combatió en Ivry. Saludé desde lejos la cabaña de Emneo y la tumba del perro fiel. Solo se cita un perro célebre por su ingratitud: llamábase ***Math***, y creo era su amo un rey de Inglaterra, de la casa de Lancáster. La historia ha perpetuado el nombre de este perro ingrato, como conserva el de un hombre que se ha mostrado fiel al infortunio.

El 9 costeamos á Cefalonia, y avanzamos con rapidez hácia Zante, *Nemorosa Zacynthos*. Los habitantes de esta isla eran tenidos, en la antigüedad, como de origen troyano; se decian descendientes de Jacinto, hijo de Dardano, que llevó una colonia á Jacinto. Fundaron á Sagunto en España; amaban las artes y se complacian en oir cantar los versos de Homero; dieron muchas veces asilo á los romanos proscritos, y aun se asegura que se hallaron en su país las cenizas de Ciceron. Si Zante ha sido realmente el refugio de los desterrados, yo le rindo voluntariamente un culto, y suscribo á sus nombres de ***Isola d' oro***, y ***Flor de Levante***. Este nombre de flor me recuerda que el jacinto era originario de la isla de Zante, y que esta isla recibió su nombre de la planta que habia producido; no de otro modo, para alabar á una madre, se le unia algunas veces en la antigüedad el nombre de su hija. En la edad media se halla otra tradicion muy poco conocida, relativamente á la isla de Zante. Roberto Guiscard, duque de la Apulla, murió en ella, dirigiéndose á la Palestina. Habiasele dicho que falleceria en Jerusalém; de esto se ha deducido que Zante tenia el nombre de ***Jerusalém*** en el siglo XIV, ó que en ella habia algun lugar llamado así. Por lo demás, Zante es célebre en la actualidad por sus manantiales de aceite de petroleo, como lo era en tiempo de Herodoto; y sus uvas rivalizan aun con las de Corinto.

Desde el peregrino normando, Roberto Guiscard, hasta mí, peregrino breton, han trascurrido muchos años; pero en el intérvalo de nuestros dos viajes, el señor de Villamont, mi compatriota, pasó á Zante, habiendo salido ***del ducado de Bretaña*** en 1588 para Jerusalém.

El señor de Villamont no se detuvo en Zante, sino que como yo llegó al frente de esta isla, y como á mí el viento del ***poniente magistral*** le impelió hácia la Morea. Esperaba con impaciencia el momento de descubrir las costas de la Grecia; buscábalas con ávidas miradas en el horizonte, y las veia en todas las nubes. En la mañana del 10 me hallaba en el puente al amanecer. Al salir el sol del mar, descubrí á lo lejos unas montañas elevadas y confusas: eran las de la Elida. La gloria tiene sin duda una existencia positiva, puesto que así hace latir el corazon del que solo es su juez.

A las diez pasamos delante de Navarino, la antigua Pilos, cubierta por la isla de Esfacteria, nombres igualmente célebres, uno en la Fábula, el otro en la Historia. A medio dia anclamos á la vista de Modon, llamada antiguamente Metona, en la Mesenia. A la una, habia desembarcado y pisaba el suelo de la Grecia; hallábame á diez leguas de Olimpia, y á treinta de Esparta, en el camino que siguió Telémaco yendo á pedir noticias de Ulises á Menelao; aun no hacia un mes que habia salido de Paris.

Nuestro buque habia anclado á media legua de Modon, entre el canal formado por el continente y las islas de Sapienza y Cabrera, en otro tiempo Enusas. Vistas desde este punto, las costas del Peloponeso há-

(1) Tucídides y Tácito.

cia Navarino se muestran sombrías y áridas. Detrás de estas costas descuellan á escasa distancia en las tierras, unas montañas que parecen ser de una arena blanca cubierta de yerba marchita; eran los montes Egaleos, á cuyo pié estaba edificada Pilos. Modon se presenta á la vista como una ciudad de la edad media, circuida de fortificaciones góticas, medio ruinosas. No se veia en su puerto ni un solo bajel, ni un solo hombre en la playa, pues por donde quiera reinaban el silencio, el abandono y el olvido.

Embarquéme en el bote del buque con el capitan para ir á tomar lengua á tierra. Nos acercábamos á la costa: ya estaba pronto á saltar á ella, y á saludar la patria de las artes y del génio, cuando oimos el ¿quién vive? desde una de las puertas de la ciudad, lo que nos obligó á dirigir la proa hácia el castillo de Modon. Distinguimos desde lejos á algunos genízaros, armados con todo género de armas, y algunos turcos atraidos por la curiosidad. Al punto que se hallaron al alcance de la voz, nos gritaron en italiano: *¡Ben venuti!* Semejante á un verdadero griego, presté atencion á aquellas primeras palabras de buen agüero que oia en las costas de la Mesenia. Los turcos se arrojaron al agua para sacar nuestro bote á tierra, y nos ayudaron á saltar á un peñasco. Hablaban todos á la vez, y dirigian mil preguntas al capitan, en griego y en italiano. Entramos por la medio demolida puerta de la ciudad, y penetramos en una calle, ó por mejor decir, en un verdadero campamento, que me recordó al punto la hermosa frase de Mr. de Bonald: «Los turcos están acampados en Europa.» No puede creerse hasta qué punto es exacta esta frase, en toda su estension y bajo todos sus aspectos. Aquellos tártaros de Modon estaban sentados delante de sus puertas con las piernas cruzadas sobre una especie de banquillos, á la sombra de unos miserables toldos estendidos de una casa á otra; fumaban sus pipas y bebian café; y, contradiciendo la idea que me habia formado de la taciturnidad de los turcos, reian y hablaban con gran algazara.

Luego nos dirigimos á la casa del agá, hombre de escaso entendiento, que descansaba en un zaguan, y que me recibió con bastante cordialidad; y habiéndole sido esplicado el objeto de mi viaje, respondió que me haria dar caballos y un genízaro para que me trasladase á Coron, á visitar al cónsul francés, Mr. Vial; que podria atravesar sin dificultad la Morea, porque los caminos estaban libres, puesto que se habia cortado la cabeza á trescientos ó cuatrocientos bandoleros, y nada impedia ya viajar.

He aquí la historia de estos trescientos ó cuatrocientos bandoleros. Como vagase en las inmediaciones del monte Itomo una gavilla de cincuenta ladrones, que infestaban los caminos, el bajá de la Morea, Osman-Bajá, se trasladó á aquellos lugares, é hizo rodear las poblaciones donde los ladrones acostumbraban guarecerse. Siendo tarea muy prolija y enojosa para un turco el distinguir al inocente del culpable, se dió muerte, cual si fuesen fieras, á todos los hombres á quienes se halló al paso del bajá. Es cierto que los ladrones perecieron; pero lo es tambien que dejaron de existir mas de trescientos paisanos griegos, que ninguna complicidad tenian con los ladrones.

De la casa del agá nos trasladamos á la del vice-cónsul de Alemania, pues la Francia no tenia entonces representante en Modon. El vice-cónsul habitaba en el barrio de los griegos, estramuros de la ciudad. En todos los puntos militares los griegos están separados de los turcos. El vice-cónsul me confirmó lo que me habia dicho el agá sobre el estado de la Morea; me ofreció hospitalidad aquella noche; yo la acepté, y volví un momento al buque en un caique que debia trasladarme de nuevo á la playa.

Dejé á bordo á Julian, mi criado francés á quien envié á esperarme con el buque á la punta del Ática, ó á Esmirna si no me presentaba al paso de este. Ceñíme un cinto que encerraba todo mi oro, me armé de piés á cabeza y tomé á mi servicio un milanés, llamado José, estañero de Esmirna, que hablaba un poco el griego moderno, y que se prestó á servirme de intérprete mediante una suma convenida. Despedíme del capitan, y me embarqué con José en el caique. El viento era recio y contrario, por lo cual empleamos cinco horas en llegar al puerto del que solo distábamos media, y dos veces estuvimos próximos á sumergirnos. Un turco viejo, de cana barba, de ojos vivos y hundidos, bajo unas cejas espesas y que dejaba ver unos largos y en estremo blancos dientes, ya silencioso, y aprorumpiendo en gritos salvajes, manejaba el timon: representaba con bastante exactitud el Tiempo, pasando en su barca un viajero á las desiertas costas de la Grecia. El vice-cónsul me esperaba en la playa; y fuimos á habitar el barrio de los griegos. A nuestro paso admiré algunos sepulcros turcos, sombreados por erguidos cipreses, á cuyo pié se estrellaba el mar. Entre aquellos sepulcros descubrí algunas mujeres cubiertas de velos blancos, que parecian fantásticas sombras; esto fue lo único que me recordó un poco la patria de las Musas. El cementerio de los cristianos linda con el de los musulmanes: está descuidado, sin piedras sepulcrales y sin árboles que lo sombreen; algunas sandías que aquí y acullá vejetaban sobre aquellas abandonadas sepulturas, asemejábanse por su forma y su color á unos insepultos cráneos humanos. Nada iguala en tristeza á aquellos dos cementerios, en los que se echa de ver, hasta en la igualdad y la independencia de la muerte, la odiosa distincion del tirano y del esclavo.

Metona pareció tan poco intesante en la antiguedad al abate Bartelemy, que se limitó á mencionar su pozo de agua bituminosa. Sin gloria en medio de todas aquellas ciudades construidas por los dioses ó celebradas por los poetas, Metona no figura en los cantos de Píndaro, que forman con las obras de Homero, los brillantes archivos de la Grecia. Demóstenes, al arengar en defensa de los megalopolitanos, y al recordar la historia de la Mesenia, no habla de Metona. Polibio, natural de Megalópolis, y que da muy buenos consejos á los mesenianos, guarda el mismo silencio. Plutarco y Diógenes Laercio no citan ningun héroe ni ningun filósofo de esta ciudad. Ateneo, Aulu-Gelio y Macrobio nada refieren de Metona. Por último, Plinio, Tolemeo, Pomponio Mela y el Anónimo de Rávena se limitan á nombrarla en la enumeracion de las ciudades de la Mesenia; pero Estrabon y Pausanias quieren que Metona sea la Pedasa de Homero. Segun Pausanias, el nombre de Metona ó de Motona procede de una hija de Eno, compañero de Diomedes, ó de un peñasco que cierra la entrada del puerto. Metona figura con bastante frecuencia en la historia antigua, pero nunca como teatro de algun hecho importante. Tucídides cita algunos cuerpos de hoplitas de Metona en la guerra del Peloponeso. En un fragmento de Diodoro de Sicilia se ve que Brasidas defendió esta ciudad contra los atenienses. El mismo Diodoro la llama una ciudad de la Laconia, porque la Mesenia era una conquista de la Lacedemonia; esta envió á Metona una colonia de nauplienos, que no fueron espulsados de su nueva patria cuando Epaminondas volvió á llamar á los mesenios. Metona siguió la suerte de la Grecia cuando esta pasó al yugo de los romanos, y Trajano le otorgó privilegios. Habiendo llegado á ser el Peloponeso patrimonio del imperio de Oriente, Metona sufrió las revoluciones de la Morea: devastada por Alarico, y tal vez peor tratada por Estilicon, fue desmembrada del imperio griego en 1124 por los venecianos. Devuelta á sus antiguos dueños el año siguiente, volvió á caer en poder de los venecianos en 1204. Un corsario genovés la arrebató á estos en 1208. El dux Dandolo la conquistó á los genoveses. Mahomet II la tomó á los venecianos, como toda la Grecia en 1498. Morosini la reconquistó de los turcos en 1686, pero los turcos volvieron á en-

trar en ella en 1715. Tres años despues Pelegrin pasó á esta ciudad, cuya descripcion escribió mezclando en ella la crónica escandalosa de los cónsules franceses: esta descripcion forma, desde Homero hasta nosotros, la continuacion de la oscura historia de Metona. Por lo que respeta á la suerte de Modon, durante la espedicion de los rusos en Morea, puede consultarse el primer tomo del *Viaje* de Mr. de Choiseul la *Historia de Polonia* por Rulhiere.

El vice-cónsul aleman, alojado en una mísera casuca de yeso, me ofreció lleno de buen deseo una cena compuesta de sandias, uvas y pan negro; no se debe ser delicado en punto á manjares, cuando se está tan cerca de Esparta. Retiréme luego al aposento que me habia sido preparado, pero sin poder cerrar los ojos. Oia los ladridos del perro de la Laconia y el rumor del viento de la Elida; ¿cómo hubiera podido conciliar el sueño? El 11 á las tres de la mañana, la voz del genízaro del agá me avisó que era preciso marchar á Coron.

Al punto, montamos á caballo. Voy á describir el órden de la marcha, porque fue el mismo en todo el viaje.

Delante de nosotros marchaba el guia ó el postillon griego á caballo, llevando otro por si ocurria algun accidente á los que nosotros montábamos. Seguia el genízaro con su turbante, dos pistolas y un puñal en la cintura, un sable y un látigo para hacer adelantar los caballos del guia. Seguia yo, casi tan armado como el guia, llevando además una escopeta; José cerraba la marcha. Este milanés era un hombre rubio de escasa estatura, de voluminoso vientre, de tez sonrosada y afable aspecto; todo su vestido era de terciopelo azul, y dos largas pistolas de arzon, pasadas por un estrecho ceñidor, levantaban su casaca de una manera tan grotesca, que el genízaro lo miraba siempre con risa. Mi equipaje se reducia á un tapiz para sentarme, una pipa, una paila de café y algunos chales para envolverme la cabeza durante la noche. Partimos á la señal del guia; trepamos á trote largo las montañas y las bajábamos al galope á través de los precipicios; fue preciso resolverse á todo: los turcos militares no conocen otro modo de caminar, y la menor señal de miedo ó de prudencia esponen á su desprecio. Por otra parte, el viajero marcha sentado en sillas mamelucas cuyos estribos anchos y cortos doblan violentamente sus rodillas, rompen sus piés y desgarran los costados del caballo. Al mas ligero movimiento en falso, el alto pomo de la silla le estropea el pecho, y si se echa hácia atrás, su alto borde le hunde los riñones. No obstante, el viajero concluye por juzgar útiles estas sillas, á causa de la solidez que dan al caballo, sobre todo en viajes tan arriesgados.

Las jornadas son de ocho á diez leguas con los mismos caballos; déjaseles descansar sin comer á media jornada; móntase de nuevo y se continua la marcha. A la noche se llega algunas veces á un *kan*, tugurio abandonado donde se duerme entre toda clase de insectos y de reptiles, sobre un tablado apolillado. Nada se debe al viajero en aquel kan cuando no tiene firman de camino, y él cuida de procurarse víveres como puede. Mi genízaro iba á cazar á las aldeas, y algunas veces me traia pollos que me empeñaba en pagar; los asábamos sobre unas ramas verdes de olivos, ó los aderezábamos toscamente con arroz. Sentados en tierra en torno del banquete, nos servíamos los manjares con los dedos; y terminada la comida, ibamos á lavarnos barba y manos en el primer arroyo que hallábamos. ¡Así se viaja hoy en la patria de Alcibiades y de Aspasia!

Era aun de noche cuando salimos de Modon; parecíame vagar por los desiertos de América, pues reinaban por todas partes el mismo silencio y la misma soledad. Atravesamos unos olivares, dirigiéndonos al Mediodia. Al amanecer nos hallamos en las cumbres de las montañas mas áridas que en toda mi vida he visto, y por ellas caminamos durante dos horas. Aquellas cumbres desgastadas por los torrentes, parecian barbechos abandonados; el junco marino y una especie de matorrales espinosos y secos crecian abundantemente en ellas y en la superficie de la tierra se dejaban ver algunos espesos grupos de lirios silvestres, deshojados por las lluvias. Descubrimos el mar al Oriente á través de un olivar poco espeso, y luego bajamos á la garganta de un valle donde se veian algunos campos de cebada y algodon. Pasamos un torrente seco, cuyo cauce estaba lleno de adelfas y de vistosos *Agnus castus*, arbusto de hojas largas, descoloridas y pequeñas, cuya flor, de color de lila y un poco algodonosa, se alarga á manera de rueca. Cito estos dos arbustos porque abundan en toda la Grecia, y son casi los únicos que adornan sus soledades, tan fértiles y risueñas un dia, ora tan tristes y desnudas. A propósito del torrente seco, debo de decir que no he visto en la patria del Iliso, del Alfeo y del Erimanto, sino tres rios cuyo cauce no estuviese exhausto: el Pamiso, el Cefiso y el Eurotas. El lector debe perdonarme la especie de indiferencia y casi de impiedad con que escribiré algunas veces los nombres mas célebres ó armoniosos. El viajero en Grecia se familiariza á su pesar con Temístocles, Epaminondas, Sófocles Platon y Tucídides, y necesita una gran religion para no salvar el Citeron, el Ménalo ó el Liceo, como se pasan los montes vulgares.

Al salir del valle de que acabo de hablar, empezamos á trepar por nuevas montañas; mi guia me repitió muchas veces nombres desconocidos; pero á juzgar por su posicion, aquellas montañas debian formar parte de la cordillera del monte Tematia. No tardamos en entrar en unos frescos bosques de olivos, de adelfas, y diferentes árboles. Este bosque terminaba en unas cumbres pedregosas. Al llegar á la mas alta de estas cimas, descubrimos el golfo de Mesenia, rodeado de montañas, entre las que se distinguia por su aislamiento el Itomo, y el Taijeto por sus dos agudos vértices: saludé aquellos montes famosos, recitando todos los hermosos versos que en su alabanza sabia.

Un poco mas abajo de la cumbre del Tematia, bajando hácia Coron, descubrimos una miserable quinta griega, cuyos habitantes huyeron á nuestra aproximacion. A medida que bajábamos descubríamos á nuestros piés la rada y el puerto de Coron, donde se veian ancladas algunas naves; la flota del capitan-bajá estaba surta al opuesto lado del golfo, hácia Calamata. Al llegar á la llanura que desde el pié de las montañas se estiende hasta el mar, dejamos á nuestra derecha una aldea en cuyo centro descollaba una especie de fortaleza; el conjunto, esto es, la aldea y la fortaleza, estaba rodeado de un inmenso cementerio turco, cubierto de cipreses de todas edades. Mi guia, al mostrarme estos árboles, les daba el nombre de *parissos*. Un antiguo habitante de la Mesenia me hubiera referido en otro tiempo la historia entera del jóven de Amiclea, de quien el mesenio de hoy solo conserva la mitad del nombre; pero este nombre, aunque muy desfigurado, pronunciado en aquellos lugares á la vista de un ciprés y de las montañas del Taijeto, me causó un placer que los poetas comprenderán á fondo. Esperimentaba un consuelo al mirar los sepulcros de los turcos, porque me recordaban que los bárbaros conquistadores de la Grecia habian perecido tambien en la misma tierra devastada por ellos. Por lo demás, aquellos sepulcros eran de un aspecto muy agradable: la adelfa crecia al pié de los cipreses, que parecian gigantescos obeliscos negros; muchas blancas tórtolas y muchos pichones azules revoleteaban arrullando en aquellos árboles silenciosos; la yerba flotaba en derredor de unas pequeñas columnas fúnebres terminadas en un turbante; una fuente construida por un gerife derramaba sus tranquilas aguas en el camino, en obsequio del viajero; hubiérame detenido gustoso en aquel cementerio, donde el laurel de la Grecia, dominado por los cipreses del

Oriente, parecia traer á la memoria los dos pueblos cuyo polvo descansaba confundido en aquel lugar.

Desde este cementerio hasta Coron median casi dos horas de camino, durante las cuales atravesamos un bosque continuo de olivares, sembrado de trigo medio segado. El terreno, que desde lejos parecia una llanura no interrumpida, está cortado por desiguales y profundos barrancos. Mr. Vial, cónsul de Francia en Coron, me recibió con esa hospitalidad tan notable en los cónsules de Levante. Entreguéle una de las cartas de recomendacion que Mr. de Talleyrand me habia cortesmente dado, á instancias de Mr. d' Hauterive, para los cónsules franceses en las Escalas.

Mr. Vial quiso hospedarme en su casa, y despidiendo á mi genizaro de Modon, me dió uno de los suyos, para que atravesase conmigo la Morea y me condujese á Atenas. El capitan-bajá se hallaba en guerra con los maniotas, y no podia trasladarme á Esparta por

LLEGADA Á MODON.

Calamata, que es á mi parecer, Calation, Cardamila ó Talama, en la costa de la Laconia, casi en frente de Coron. Resolvióse, pues, que daria un largo rodeo; que me dirigiria al desfiladero de los puertos de Leondari, uno de los Hermeos de la Mesenia; que me encaminaria á Tripolitza, para obtener del bajá de la Morea el firman necesario para pasar el istmo; y que volveria de Trípoliza á Esparta, desde donde tomaria por la montaña el camino de Argos, de Micenas y de Corinto.

Coroné como asimismo Mesena y Megalopolis, no es muy antigua, pues fue fundada por Epaminondas, sobre las ruinas de la antigua Epea. Hasta el dia se ha tomado á Coron por Coroné, que tal es la opinion de d' Anville. Tengo algunas dudas en este punto: segun Pausanias, Coroné estaba situada al pié del monte

Tematia, en la embocadura del Pamiso; pero Coron se halla á bastante distancia de este rio, pues está construida en una eminencia casi en el mismo lugar donde Pausanias coloca el templo de Apolo Corinto, ó mas bien donde estuvo Colonides(1). En lo interior del golfo de Mesenia se hallan algunas ruinas en las orillas del mar, que pudieran muy bien ser las de la verdadera Coroné, á no ser que pertenezcan á Ino. Coronelli se equivocó al tomar á Coroné por Pedasa, que es Metona, en sentir de Estrabon y Pausanias.

La historia moderna de Coron se parece mucho á la de Modon: Coron fue alternativamente, y en las mismas épocas que aquella, presa de los venecianos, los genoveses y los turcos. Los españoles la sitiaron y arrebetaron á los infieles en 1633. Los caballeros de Malta se señalaron en aquel memorable asedio. Vertot incurre con este motivo en una notable equivocacion al tomar á Coron por Queroneo, patria de Plutarco, que no es la Queroneo donde Filipo subyugó la Grecia. Vuelta al poder de los turcos, Coron fue sitiada y tomada de nuevo por Morosini en 1685. En este sitio figuran dos compatriotas mios. Coronelli solo cita al comendador de La Tour, que pereció gloriosamente en él; pero Santiago Diedo habla además del marqués de Courbon. Érame grato hallar las huellas del honor francés desde mis primeros pasos en la verdadera patria de la gloria y de un pueblo que fue tan competente juez del valor. ¿Pero dónde no se hallan sus vestigios? En Constantinopla, en Rodas, en Siria, en Egipto, en Cartago, á donde quiera he llegado, me ha sido mostrado el campamento de los franceses, la torre de los franceses, el castillo de los franceses: el árabe me ha hecho ver las tumbas de nuestros soldados bajo los sicomoros del Cairo, y el siminol bajo los álamos de las Floridas.

Mr. de Choiseul empezó sus cuadros en Coron. Así me conducia la suerte al mismo lugar donde mis compatriotas habian recogido la doble palma del talento y de las armas, con que la Grecia se complacia en coronar sus hijos. Si yo he recorrido sin gloria, aunque no sin honor, las dos carreras en que los ciudadanos de Atenas y de Esparta adquirieron tanta celebridad, me consuelo al pensar que otros franceses han sido mas felices que yo.

Mr. Vial se tomó la molestia de enseñarme á Coron, reducida á un monton de ruinas modernas; me mostró tambien el lugar desde donde los rusos cañonearon la ciudad en 1770, época fatal á la Morea, cuya poblacion esterminaron despues los albaneses. La relacion de los viajes de Pelegrino tiene las fechas de 1715 y 1719, y en ella se ve que el distrito de Coron se estendia entonces á ochenta poblaciones; ignoro si se hallarian actualmente cinco ó seis en el mismo territorio. El resto de aquellos devastados campos pertenece á los turcos, que poseen tres ó cuatro mil piés de olivos, y que devoran en un harem en Constantinopla la herencia de Aristómenes. Mis ojos se arrasaban en lágrimas al ver las manos del griego esclavo inútilmente empapadas en aquellas olas de aceite que prestaban vigor á los brazos de sus padres, para triunfar de los tiranos.

La casa del cónsul dominaba el golfo de Coron; yo veia desde mi ventana el mar de Mesenia teñido del mas brillante azul; á mi frente y al otro lado de aquel mar descollaba la erguida cordillera del Taijeto, cubierta de nieve y comparada con razon por Polibio á los Alpes; pero á los Alpes bajo un cielo mas hermoso. A mi derecha dilatábase la vasta estension del mar, y á mi izquierda, en lo interior del golfo, descubria el monte Itomo aislado como el Vesubio, y como él truncado en su cima. No podia saciarme de contemplar aquel magestuoso espectáculo; porque, ¡qué pensamientos no inspira la vista de esas desiertas costas de Grecia, donde únicamente se escucha el eterno silvido del mistral y el eterno gemir de las olas! Algunos cañonazos que el capitan-bajá hacia disparar de tiempo en tiempo contra los peñascos de los maniotas, interrumpian tan solo aquellos melancólicos rumores con otro rumor mucho mas melancólico. En toda la estension de las aguas no se descubria otro objeto que la flota de aquel caudillo de bárbaros, trayendo á mi memoria esos piratas americanos que clavan su ensangrentada bandera en una tierra desconocida, al tomar posesion de un país encantador en mombre de la esclavitud y la muerte; ó mas bien creia ver las naves de Alarico, alejándose de la incendiada Grecia y llevando á su bordo los despojos de los templos, los trofeos de Olimpia y las rotas estátuas de la Libertad y las Artes (2).

Salí de Coron el 12 á las dos de la mañana, colmado de atenciones por Mr. Vial, que me entregó una carta para el bajá de Morea y otra para un turco de Misitra. Embarqueme con José y mi nuevo genízaro en un caique que debia conducirnos á la embocadura del Pamiso, en el interior del golfo de Mesenia. Algunas horas de una deliciosa travesía me llevaron al rio mas caudaloso del Peloponeso, donde nuestra barquichuela encalló por falta de agua. El genízaro fue á buscar caballos á Nissi, vasta aldea distante tres ó cuatro millas del mar, subiendo el Pamiso. Este rio estaba cubierto de multitud de aves salvajes, cuyos juegos me complacia en observar mientras regresaba el genízaro. Nada seria tan agradable como la historia natural si se la enlazase siempre con la historia del hombre: nos complaceria ver las aves de paso abandonar los ignorados pueblos del Atlántico, para visitar los famosos del Eurotas y del Cefiso. La Providencia ha permitido, para humillar nuestra vanidad, que los animales conociesen antes que el hombre la verdadera estension de la morada del hombre: una ave americana escitaba tal vez la atencion de Aristóteles en los rios de la Grecia, cuando este filósofo no sospechaba siquiera la existencia de un nuevo mundo. La antigüedad nos ofreceria en sus anales multitud de curiosas coincidencias; y veriamos con frecuencia que la marcha de los pueblos y los ejércitos se relacionaba con las desconocidas peregrinaciones de algunas avecillas solitarias, ó con las pacíficas emigraciones de las gacelas y los camellos.

El genízaro volvió á la orilla con un guia y cinco caballos: dos para el guia, y los otros tres para el genízaro, para mi y José. Pasamos á Nissi, que creo haber sido desconocida en la antigüedad. Ví un momento al vaivoda: este era un jóven griego muy afable, que me ofreció dulces y vino: yo no acepté su hospitalidad, y continué mi camino á Tripoliza.

Nos dirigimos al monte Itomo, dejando á la izquierda las ruinas de Mesena. El abad Fourmont, que visitó estas ruinas setenta años há, contó en ella treinta y ocho torres aun en pié. No sé si Mr. Vial me aseguró que subsisten en la actualidad nueve enteras, y un trozo considerable de la tapia del recinto. Mr. Pouqueville, que atravesó la Mesenia diez años antes que yo, no pasó á Mesena. A las tres de la tarde llegamos al pié del monte Itomo, hoy el monte Vulcano, segun dice d' Anville. Examinando esta montaña, me convencí de la dificultad de entender bien los autores latinos, sin haber visto los lugares de que hablan. Es evidente por ejemplo, que Mesena y el antiguo Itomo no podian abrazar el monte en su recinto, y que es preciso esplicar la partícula griega περί, como la esplica Mr. Levalier hablando de la carrera de Hector y de Aquiles; esto es, que debe traducirse *delante* de Troya y no *alrededor* de Troya.

Atravesamos muchas pequeñas poblaciones: Chafasa,

(1) Esta es tambien la opinion de Mr. de Choiseul.

(2) Véase la descripcion de la Mesenia en los *Mártires*, libro I.

Escala, Ciparisa y algunas otras recien destruidas por el bajá en su última espedicion contra los que llamaba *ladrones*. En todas estas poblaciones solo ví una mujer; y ciertamente no desmentia la sangre de las Heraclidas por su alta estatura y su belleza. La Mesenia fue casi siempre desgraciada: la fertilidad de un pais suele ser una ventaja funesta para un pueblo. Al ver la desolacion que en mi deredor reinaba, hubiérase dicho que los feroces lacedemonios acababan de devastar de nuevo la patria de Aristodemo. Un gran hombre se encargó de vengar á otro gran hombre: Epaminondas levantó los muros de Mesena. Desgraciadamente puede acusarse á esta ciudad por la muerte de Filopémen, cuya muerte vengaron los arcadios, y trasladaron las cenizas de sus compatriotas á Megalópolis. Yo pasaba con mi reducida carabana precisamente por los mismos caminos por donde habia pasado el séquito fúnebre del último griego, cerca de dos mil años antes.

Despues de haber caminado á lo largo del Itomo, atravesamos un arroyo que corre al Norte, y que es acaso uno de los manantiales del Balira. Nunca he desafiado á las Musas, y ellas no me han dejado ciego como á Tamiris; y si tengo una lira no la arrojaré á este rio, so pena de ser trocado despues de mi muerte en ruiseñor. Quiero continuar mi culto á las nueve Hermanas durante algunos años, pasados los cuales abandonaré sus altares. La corona de rosas de Anacreonte no me sirve de tentacion, pues la corona mas hermosa de un anciano son sus cabellos blancos y los recuerdos de una existencia virtuosa (1).

Andanies debia hallarse mas abajo, en la márgen del Balira. Grato me hubiera sido descubrir á lo lejos el lugar donde se alzaban los palacios de Mérope. Pero Andanies estaba demasiado lejos de nuestro camino, para que yo intentase hallar sus ruinas. Una llanura desigual, cubierta de alta yerba y de yeguadas, como las sábanas de la Florida, me condujo al centro del territorio donde se reunen las enhiestas montañas de la Arcadia y de la Laconia. Delante de nosotros descollaba el Liceo, aunque un poco á nuestra izquierda, y probablemente pisábamos el suelo de Esteniclara. No oí á Tirteo cantar á la cabeza de los batallones de Esparta; pero en cambio hallé á un turco, ginete en un hermoso caballo, y acompañado de dos griegos que le seguian á pié. No bien me hubo reconocido por mi traje francés, me dijo: «¡Hermoso pais para viajar es »la Morea! En Francia, desde Paris hasta Marsella ha»llaba en todas partes camas y posadas. Estoy muy »cansado, pues vengo de Coron por tierra y voy á »Leondari. «¿A dónde os encaminais?» Respondíle que iba á Tripoliza. «¡Pues bien! replicó el turco; iremos »juntos hasta el kan de las Puertas; pero estoy muy »cansado, mi querido señor.» Aquel atento turco era un mercader de Coron que habia ido á Marsella, desde donde pasó á Paris y regresó á dicha ciudad.

Era de noche cuando llegamos á la entrada del desfiladero, en los confines de la Mesenia, la Arcadia y la Laconia. Dos filas de montañas paralelas forman este Hermeo, que se abre de Norte á Mediodia. El camino se eleva por grados hácia la parte de la Mesenia, y vuelve á bajar con un declive bastante suave hácia la Laconia. Este es quizá el Hermeo donde, segun Pausanias, Orestes, turbado por la primera aparicion de las Euménides, se cortó un dedo con los dientes.

Nuestra carabana no tardó en penetrar en aquel angosto paso. Caminábamos en silencio unos tras otros (2). Este camino, no obstante la espeditiva justicia del bajá, no estaba seguro; y nos hallábamos preparados á cualquier evento contrario. A media noche llegamos al kan, situado en medio del desfiladero; un rumor de agua y un corpulento árbol nos anunciaron esta piadosa fundacion de un servidor de Mahoma. En Turquía todas las instituciones públicas son debidas á los particulares; el Estado nada hace en favor del Estado. Estas instituciones son fruto del espíritu religioso y no del amor á la patria, porque allí no hay patria. Pero es notable que todas estas fuentes, todos estos kans, todos estos puentes se desmoronan y subsisten desde los primeros tiempos del imperio; creo no he encontrado en todo el camino una sola fábrica moderna; de lo que debe inferirse que la religion se debilita entre los musulmanes, y que el estado social de los turcos está próximo á venir al suelo con su religion.

Entramos en el kan por una caballeriza, y una escalera en forma de pirámide invertida, nos condujo á un granero lleno de polvo. El mercader turco se arrojó sobre una estera esclamando: «¡Este es el mas hermoso kan de la Morea! Desde Paris hasta Marsella hallaba camas y posadas en todas partes.» Procuré consolarle ofreciéndole la mitad de la cena que habia traido de Coron. «¡Ah, mi querido señor! esclamó; estoy tan cansado que me siento próximo á fallecer.» Y esto diciendo, gemia, se mesaba las barbas, enjugábase la frente con un chal y gritaba: «¡Alá!» Sin embargo, comia con gran apetito la parte de cena que primero habia renunciado.

El 13 al amanecer me separé de él y proseguí mi camino. Nuestra carrera era muy lenta, pues en lugar del genízaro de Modon que aspiraba á reventar su caballo, tenia á la sazon otro de muy diferente ralea. Mi nuevo guia era un hombre de escasa estatura, flaco, muy pecoso de viruelas, que hablaba en voz baja y con circunspeccion, y tan poseido de la dignidad de su turbante, que hubiera podido tomársele por un recien poderoso. Tan grave personaje no galopaba sino cuando lo requeria algun caso importante; por ejemplo, cuando descubria á algun viajero. La irreverencia con que yo interrumpia el órden de la marcha, corriendo hácia delante, hácia derecha é izquierda, y á donde quiera creia descubrir algunos vestigios de antigüedad, le disgustaba en estremo, mas no se atrevia á quejarse. Por lo demás, me pareció fiel y bastante desinteresado para ser turco.

Otra causa contribuia á retrasar nuestra marcha: el terciopelo de que José estaba vestido, en medio de la canícula en la Morea, hacia su situacion poco envidiable: al menor movimiento del caballo se enganchaba en la silla, su sombrero caia á un lado y sus pistolas á otro; era preciso recoger todo y colocar de nuevo á caballo al desdichado José, cuyo bondadoso carácter brillaba mas en medio de tales trabajos, siendo inalterable su buen humor. Empleamos, pues, tres horas mortales en salir del Hermeo, bastante parecido en esta parte al paso del Apenino entre Perusa y Tarni, y entramos en una llanura cultivada que se estiende hasta Leondari. Nos hallábamos en la Arcadia y en la frontera de la Laconia.

Conviénese generalmente, á pesar de la opinion de d'Anville, en que Leondari no es Megalópolis, y se asegura que aquella es la antigua Leuctres de la Laconia; y esta es la opinion de Mr. Barbie del Bocage. ¿Donde, pues, está Megalópolis? Tal vez en la aldea de Sinano. Hubiera sido preciso salir de mi camino y hacer indagaciones estrañas al objeto de mi viaje. Megalópolis, que por otra parte no es célebre por ninguna accion memorable, ni por ninguna obra maestra de las artes, solo hubiera atraido mi curiosidad como monumento del genio de Epaminondas, y como patria de Filopémen y Polibio.

(1) El autor escribia en la misma época los *Mártires*, por cuya obra habia emprendido este viaje. Su propósito era renunciar á los asuntos de imaginacion. Puede verse su despedida á la Musa, en el último libro de la citada obra.

(2) Ignoro si este es el mismo Hermeo que Mr. de Pouqueville y sus compañeros de infortunio pasaron al volver de Navarino. Véanse para la descripcion de esta parte de la Mesenia los *Mártires*, lib. XIV.

Dejando á mi derecha á Leondari, ciudad enteramente moderna, atravesamos un antiguo bosque de encinas verdes, resto venerable de un bosque sagrado: un enorme buitre, posado en la copa de un árbol seco, parecia esperar aun el paso de un augur. Vimos al sol levantarse sobre el monte Boreo, y nos apeamos al pié de este monte para subir por un camino practicado en los peñascos. Estos caminos se llaman: *Caminos de la Escala* en Arcadia.

No he podido reconocer en la Morea ni los caminos griegos ni las vias romanas. Unas calzadas turcas, de dos piés y medio de ancho, sirven para atravesar los terrenos bajos y pantanosos; y como no hay en toda esta parte del Peloponeso un solo trasporte de ruedas, dichas calzadas bastan para los asnos y los caballos de paisanos y soldados. No obstante, Pausanias y el mapa de Peutinger señalan muchos caminos en los lugares por donde pasé, especialmente en las inmediaciones de Mantinea. Bergier los ha seguido muy bien en sus *Caminos del Imperio.*

Nos hallábamos en la inmediacion de uno de los manantiales del Alfeo: yo media ávidamente con la vista los barrancos que encontraba, pero todo estaba mudo y desierto. El camino de Boreo á Tripoliza atraviesa primero llanuras desiertas, y penetra despues en un largo valle pedregoso. El sol nos abrasaba; en algunos escasos y quemados matorrales descansaban las cigarras, que enmudecian á nuestra aproximacion, y tornaban á su chirrido cuando habíamos pasado; oíase únicamente este monotono rumor, el paso de nuestros caballos y la eterna cancion de nuestro guia, pues cuando un postilon griego monta á caballo, empieza un canto que dura todo el viaje. Este canto es por lo regular una larga historia rimada que distrae los pesares de los descendientes de Lino; las estrofas son numerosas y su tono melancolico; se parece bastante á los aires de los antiguos romances franceses.

¿Estos cantos habrán sido introducidos en la Morea por los venecianos? ¿O bien los franceses, que sobresalen en el romance, se han encontrado con el genio



COCINA DE JOSÉ Y DEL GENÍZARO.

de los griegos? ¿Esos aires son antiguos? Y si lo son, ¿pertenecen á la segunda escuela de la música entre los griegos, ó se remontan hasta el tiempo de Olimpio? Abandono estas cuestiones á los inteligentes. Pero me parece oir aun el canto de mis desgraciados guias, de noche, de dia, al salir, al ponerse el sol, en las soledades de la Arcadia, en las márgenes del Eurotas y en los desiertos de Argos, de Corinto y de Megara: lugares donde no resuena ya la voz de las Ménades, donde han enmudecido los conciertos de las Musas, donde el infortunado griego parece deplora tan solo en tristes canciones las calamidades de su patria.

A tres leguas de Tripoliza hallamos á dos oficiales de la guardia del bajá que, como yo, corrian en posta. Menudeaban rudos latigazos sobre los caballos y sobre el postillon; detuviéronse al verme y me pidieron mis armas, que yo me negué á entregarles. El genízaro me hizo decir, por medio de José, que aquella peticion no era sino un mero objeto de curiosidad, y que yo podia pedir las armas de los oficiales. A esta condicion me brindé á complacer á los safis: cambiamos, pues, de armas: ellos examinaron mucho tiempo mis pistolas, y concluyeron por arrojármelas por encima de la cabeza.

Habíaseme advertido, que no tolerase chanzonetas de ningun turco, sino queria esponerme á mil percances. En lo sucesivo reconocí muchas veces cuán útil era este consejo: un turco es tan taimado si ve que no se le teme, cuanto es insultante si advierte que inspira temor. Por lo demás, no hubiera necesitado de advertencia alguna en aquel lance, pues la chanzoneta me habia parecido bastante pesada para no devolvérsela en el acto. Metiendo espuela á mi caballo, corrí hácia los turcos y les disparé de través sus propias pistolas, tan cerca del rostro, que el cebo quemó los bigotes del safi mas jóven. Entonces tuvo

lugar una esplicacion entre aquellos oficiales y el genízaro, que les dijo que yo era francés; despues de esto no hubo género de atenciones turcas que no me dispensasen: me ofrecieron la pipa, cargaron mis armas y me las devolvieron. Yo creí debia conservar la superioridad que me concedian, é hice meramente cargar sus pistolas por José. Aquellos dos atolondrados me invitaron á correr con ellos, pero no accedí á su deseo y se alejaron. Ahora se verá que yo no era el primer francés de quien habian oido hablar, y que su pachá conocia bien á mis compatriotas.

Puede leerse en Mr. Pouqueville una descripcion exacta de Tripoliza, capital de la Morea. Yo no habia visto aun una ciudad enteramente turca: los techos encarnados de esta, sus minaretes y sus cúpulas me impresionaron agradablemente al primer golpe de vis-



JOSÉ NO ES ADMITIDO Á LA AUDIENCIA DEL PACHÁ

ta. Tripoliza, no obstante, está situada en una parte bastante árida del valle de Tejea, y debajo de una de las crestas del Ménalo, que me pareció despojada de árboles y de frondosidad. Mi genízaro me condujo á la casa de un griego, amigo de Mr. Vial. Este cónsul, como he dicho, me habia dado una carta para el pachá. Al dia siguiente de mi llegada, 15 de agosto, fuí á ver al dragoman de su Escelencia, y le supliqué me hiciese entregar lo mas pronto posible el firman de posta y la órden necesaria para atravesar el istmo de Corinto. Este dragoman, jóven dotado de un esterior fino y distiguido, me respondió en italiano que se hallaba enfermo, y que el pachá acababa de entrar en su harem; que no se hablaba en aquellos términos á un pachá, y que era preciso esperar, pues los franceses tenian siempre mucha prisa.

Repliquéle que solo habia pedido los firmanes por mera fórmula, pues mi pasaporte francés me bastaba

para viajar por la Turquía, entonces en paz con mi país, y que supuesto no habia tiempo para despacharme, partiria sin los firmanes y sin entregar al pachá la carta del cónsul.

Dicho esto, salí presuroso. Dos horas despues, el dragoman me hizo llamar; le hallé mas afable, bien fuese porque en mi lenguaje me tomase por un personaje de importancia, bien porque temiese que hallara algun medio de hacer llegar mis quejas á su amo: me dijo que iba á dirigirse á casa de su grandeza y á hablarle de mi negocio.

En efecto, dos horas despues un tártaro vino á buscarme y me condujo á la habitacion del pachá, cuyo palacio era una espaciosa casa de madera cuadrada, con un gran patio en el centro, y unas galerias que miraban á sus cuatro lados. Hizoseme esperar en una sala, en donde encontré algunos papas y al patriarca de la Morea. Estos sacerdotes y su patriarca hablaban mucho, y en ellos se advertian las envilecidas maneras de los cortesanos griegos del Bajo-Imperio. En los movimientos que veia, sospeché que se me preparaba una brillante recepcion. Esta etiqueta me era muy enojosa, pues mi traje estaba en un estado lastimoso, mis botas cubiertas de polvo, los cabellos descuidados y la barba como la de Héctor : *barba squalida*. Habíame embozado en mi capa, y mas parecia un soldado que sale del vivac, que un extranjero que va á la audiencia de un magnate.

José, que decia ser conocedor de las pompas del Oriente, me habia obligado á tomar la capa, pues mi traje corto le disgustaba, y quiso acompañarme con el genízaro, para honrarme. Me seguia sin botas, con piernas y piés desnudos, y con un pañuelo encarnado encima del sombrero. Desgraciadamente fue detenido á la puerta del palacio en este singular vestido, pues los guardias no quisieron dejarle pasar; y me daba tal impulso de risa, que nunca pude reclamarle con seriedad. Su pretension al turbante le perdió, y solo desde lejos vió las grandezas á que habia aspirado.

Despues de dos horas de espera, de tedio y de impaciencia, fuí introducido en la sala del pachá, hombre como de cuarenta años, de hermoso aspecto, sentado ó mas bien tendido sobre un divan, vestido de un caftan de seda, ostentando en la cintura un puñal adornado de diamantes, y en la cabeza un turbante blanco. Un viejo de luengas barbas ocupaba respetuosamente un asiento á su derecha (era tal vez el verdugo); el dragoman griego estaba sentado á sus piés; tres pajes en pié tenian unas pastillas de ámbar, unas tenacillas de plata y fuego para la pipa. Mi genízaro se quedó á la puerta de la sala.

Me adelanté, y saludé á su Escelencia poniendo la mano sobre mi corazon; le presenté luego la carta del cónsul, y usando del privilegio de los franceses, me senté sin esperar la órden.

Osman me hizo preguntar de donde venia, á donde iba, y lo que queria.

Respondile que iba en peregrinacion á Jerusalém; y que, al dirigirme á la Ciudad-Santa de los cristianos, habia pasado por la Morea para visitar las antigüedades romanas, (1) y que deseaba un firman de posta para procurarme caballos, y una órden para atravesar el istmo.

El pachá me dió la bien-venida y me dijo que podia ver todo lo que quisiera y que me espediria los firmanes. Preguntóme luego si era militar, y si habia hecho la guerra en Egipto.

Esta pregunta me hizo titubear, pues ignoraba con qué intencion me habia sido dirigida. Respondí que en otro tiempo habia servido con las armas á mi país, pero que nunca habia estado en Egipto.

Osman me sacó al punto de aquel compromiso, pues me dijo con franqueza que habia sido hecho prisionero por los franceses en la batalla de Abukir; que habia sido tratado muy bien por mis compatriotas, y que nunca los olvidaria.

Yo no esperaba el honor de ser invitado á tomar café; pero lo obtuve. Quejéme entonces del insulto hecho á uno de mis dependientes, y Osman me propuso hacer dar en mi presencia veinte palos al delis que habia detenido á José. Rehusé este desagravio y me dí por satisfecho con la buena voluntad del pachá. Salí de mi audiencia muy contento : es verdad que me fue preciso pagar largamente á la puerta tan lisonjeras distinciones. ¡Ojalá que los turcos que ocupan elevados puestos empleasen en bien de los pueblos que gobiernan, esta sencillez de costumbres y de justicia! Pero son unos tiranos devorados por la sed de oro, y para satisfacerla derraman sin remordimiento alguno la sangre inocente.

Volví á la casa de mi huesped precedido de mi genízaro y seguido de José, que habia olvidado su desgracia. Pasé cerca de unas ruinas que me parecieron de fábrica antigua; salí entonces de la especie de distraccion en que me habian sumido las últimas escenas con los dos oficiales turcos, el dragoman y el pachá; me hallé súbitamente en los campos de los Tegeates; ¡yo era un franco en traje corto y sombrero de copa alta, y acababa de recibir audiencia de un tártaro con túnica larga y turbante, en medio de la Grecia!

¡Eheu, fugaces labuntur anni!

Mr. Barbié de Bocage se queja con razon de la inexactitud de nuestros mapas de Morea, en los cuales suele no indicarse ni aun su capital. La causa de esta incuria consiste en lo que el gobierno turco ha cambiado en esta parte de la Grecia. Antiguamente habia un sangiac que residia en Coron. Habiendo sido la Morea trocada en pachalato, el pachá fijó su residencia en Tripoliza, como en un punto mas céntrico. Por lo que toca á la hermosura de la situacion, he advertido que los turcos son bastante indiferentes á los encantos de los lugares; en este punto no tienen el buen gusto de los árabes, á quienes cautiva siempre la belleza del cielo y de la tierra, y lloran todavía á su perdida Granada.

No obstante, aunque muy oscura, Tripoliza no ha sido enteramente desconocida hasta Mr. Pouqueville, que escribe *Tripolitza*; Pelegrino habla de ella y la llama *Trepolezza*; d'Anville, *Trapolizza*; Mr. de Choiseul, *Tripolizza*, cuya ortografía han seguido otros viajeros. D'Anville observa que Tripoliza no es Mantinea, sino una ciudad moderna que parece haber sido construida entre Mantinea, Tejea y Orcomena.

Un tártaro me trajo aquella noche mi firman de posta y la órden para pasar el istmo. Al establecerse sobre las ruinas de Constantinopla, los turcos han conservado ostensiblemente muchos usos de los pueblos conquistados. El establecimiento de las postas en Turquía es, con escasa diferencia, el mismo que habian fijado los emperadores romanos : no se pagan los caballos; el peso del equipage está marcado, y hay la obligacion de proporcionar al viajero la subsistencia, etc. Yo no quise usar de estos magníficos pero odiosos privilegios, cuyo peso gravita sobre un pueblo desgraciado, yo pagaba en todas partes mis caballos y mi sustento, como un viajero sin proteccion y sin firman.

Siendo Tripoliza una ciudad, completamente moderna, salí de ella el 15 para Esparta, á donde ansiaba llegar. Érame preciso, por decirlo así, desandar lo andado, lo que no hubiera sucedido si hubiese desde luego visitado la Laconia al pasar por Calamata. A una legua hácia el Poniente, al salir de Tripoliza, nos detuvimos para ver las ruinas de un convento griego destruido por los albaneses en tiempo de la guerra de los rusos; pero en sus paredes se descubren trozos de

(1) Todo lo que se refiere á los griegos, y estos mismos, tienen el nombre de *romanos* entre los turcos.

una hermosa arquitectura y algunas piedras cubiertas de inscripciones incrustadas en la sillería. Intenté durante algun tiempo leer una, colocada á la izquierda de la puerta principal de la iglesia; las letras eran del buen tiempo, y la inscripcion me pareció estar en bustrofédon, lo que no siempre anuncia una remota antigüedad; los caracteres estaban invertidos por la posicion de la piedra, que además estaba rota, colocada á mucha altura y cubierta en parte de argamasa. Nada pude descifrar, esceptuando la palabra ΤΕΓΕΑΤΕΣ, que me causó casi tanta alegría como si hubiese sido miembro de la Academia de las Inscripciones. Tejea debió hallarse en las inmediaciones de aquel convento, y en los campos cercanos se encuentran muchas medallas. Compré tres á un paisano, que no me suministraron dato alguno, aunque me las vendió á gran precio. Los griegos empiezan á conocer el valor de sus antigüedades, á fuerza de ver viajeros.

No debo olvidar que, vagando entre aquellos escombros, descubrí una inscripcion mucho mas moderna: el nombre de Mr. Fauvel escrito con lápiz en una pared. Es preciso ser viajero para saber cuanto placer se esperimenta al hallar de repente en lugares distantes y desconocidos un nombre que nos recuerda la patria.

Continuamos nuestro camino entre el Norte y el Occidente. Despues de haber atravesado por espacio de tres horas por unos terrenos medio cultivados, entramos en un desierto cuyo límite es el valle de la Laconia. El cauce seco de un torrente nos servia de camino, y este nos conducia á través de unas montañas poco altas, todas parecidas entre sí, y que solo presentaban en su estension unas cimas descarnadas y unas vertientes cubiertas de estrañas encinas. En la márgen del seco torrente y casi en el centro de aquellos montecillos, hallamos un kan á la sombra de dos plátanos, refrescado por una fuente. Dimos descanso á nuestros caballos, que hacia diez horas montábamos. No encontramos otro alimento que leche de cabra y algunas almendras. Volvimos á emprender nuestra marcha antes de ponerse el sol, y nos detuvimos á las once de la noche á la entrada de un valle y á la orilla de otro torrente, de escaso raudal.

Nuestro camino no atravesaba ningun lugar célebre; habia servido, á lo mas, á la marcha de las tropas de Esparta, cuando iban á combatir con las de Tejea en las primeras guerras de Lacedemonia. No se hallaba en aquel camino sino un templo de Júgiter-Escotitas, hácia el pasaje de los Hermos; el conjunto de aquellas montañas debia formar diferentes ramificaciones del Parnon, del Cronio y del Olimpo.

El 16, al rayar el alba, embridamos nuestros caballos; el genízaro hizo su oracion, se lavó los codos, la barba y las manos, se volvió hácia el Oriente como para llamar la luz, y partimos. Adelantando hácia la Laconia, las montañas empezaban á elevarse y á cubrirse de algunos bosquecillos; los valles eran estrechos y entrecortados; algunos me recordaron, aunque en menor escala, la gran Cartuja y sus magníficas cercanias de bosques. A medio dia descubrimos un kan, tan mezquino como el del dia anterior, aunque estaba adornado con el pabellon otomano: estas eran las únicas habitaciones que habiamos encontrado en un espacio de veinte y dos leguas; mas, la fatiga y el hambre nos obligaron á permanecer en aquella sucia morada mas tiempo de lo que hubiera querido. El dueño, turco viejo de barba desaliñada, estaba sentado en un granero que dominaba los establos del kan; las cabras subian hasta él y le rodeaban con sus inmundicias. Recibiónos en aquel lugar para él de recreo, y no se dignó levantarse de su muladar para hacer dar alguna vianda á unos perros cristianos; dió un grito terrible, y un pobre muchacho griego, enteramente desnudo é hinchado por la calentura y los latigazos, fue á traernos leche de oveja en una vasija repugnante por su desaseo, y aun me vi precisado á salir para beberla con algun desahogo, porque las cabras y los cabritos me asediaban para arrancarme un pedazo de bizcocho que en la mano tenia. Yo habia comido el oso y el perro sagrado entre los salvajes; participé despues de los manjares de los beduinos; pero nunca he hallado cosa comparable á aquel primer kan de la Laconia. Y esto ocurria casi en aquellos mismos lugares donde pacian los rebaños de Menelao, y donde este ofreció un banquete á Telémaco: «Gran animacion »reinaba en el palacio del rey; los servidores traian »las víctimas, y además un vino generoso, mientras »sus mujeres, ceñida la frente de cintas puras, pre»paraban los manjares. (1)»

Abandonamos el kan á las tres de la tarde, y á las cinco llegamos á un grupo de montañas desde donde descubrimos á nuestro frente el Taijeto, que ya habia visto desde el lado opuesto, á Misitra, construida á sus piés, y el valle de la Laconia.

Bajamos luego por una especie de escalera practicada en la roca como la del monte Boreo. Descubrimos un puente ligero y de un solo arco, elegantemente echado sobre un riachuelo y que reunia dos erguidas colinas. Al llegar á orillas del rio, vadeamos sus cristalinas aguas á través de altos cañaverales y de hermosas adelfas en flor. El rio que sin conocerlo vadeaba, era el Eurotas. Un tortuoso valle se estendia á nuestra vista, rodeando muchos montecillos de figura casi igual, y que parecian montes artificiales. Penetramos en aquellas sinuosidades, y al caer el dia llegamos á Misitra.

Mr. Vial me habia dado una carta para uno de los turcos principales, llamado Ibraim-Bey. Nos apeamos en su patio, y sus esclavos me introdujeron en la sala de los extranjeros, que estaba llena de musulmanes, que eran como yo, viajeros y huéspedes de Ibraim. Yo me senté en el divan en medio de ellos, y como ellos colgué mis armas en la pared sobre mi cabeza; José y mi genízaro hicieron lo mismo. Nadie me preguntó quien era, ni de donde venia; todos continuaron fumando, durmiendo ó conversando con el que á su lado tenia, sin mirarme.

Ibrahim llegó, pues le habia sido entregada la carta de Mr. Vial. Nuestro huésped, hombre de sesenta años, tenia un aspecto de afabilidad y franqueza. Acercóse á mi, me tomó afectuosamente la mano, me bendijo, intentó pronunciar la palabra *bueno*, medio en francés, medio en italiano, y se sentó á mi lado. Habló en griego á José, y me hizo rogar le escusase si no me recibia con tanto aparato como hubiera querido, pues tenia un hijo enfermo; un *figliuolo* repetia en italiano; y esto le hacia volver la cabeza: *mi fa tornar la testa*; y apretaba su turbante con ambas manos. Ciertamente no era la ternura paternal, en toda su sencillez, lo que yo hubiera ido á buscar á Esparta; y un tártaro viejo mostraba este hermoso sentimiento sobre el sepulcro de aquellas madres que decian á sus hijos al entregarles el escudo: *Volved con él, ó sobre él.*

Ibrahim me dejó despues de algunos momentos para ir á cuidar de su hijo, y mandó se me trajese la pipa y el café; pero como la hora de la comida habia pasado, no se me sirvió manjar alguno, lo que me hubiera causado no pequeño gozo, porque estaba casi en ayunas hacia veinte y cuatro horas. José sacó de su alforja un salchichon que devoraba á hurtadillas de los turcos, y lo ofrecia por lo bajo al genízaro, que desviaba de él sus ojos con una mezcla de pesadumbre y de horror.

Tomé mi partido: tendime sobre el divan en el ángulo de la sala. Una ventana con una reja de cañas, miraba al valle de la Laconia en el cual la luna derramaba una admirable claridad. Apoyado sobre el codo recorria con la vista el cielo, el valle, las cimas bri-

(1) Odisea, lib. IV.

llantes y sombrías del Taijeto, segun su posicion respecto del astro de la noche. Apenas podia persuadirme de que respiraba en la patria de Helena y Menelao, y me entregaba á esas reflexiones que todos pueden hacer, y yo mas que otro, acerca de las vicisitudes humanas. ¡Cuántos lugares habian visto ya mi sueño, ora tranquilo, ora agitado! ¡Cuántas veces, á la claridad de las mismas estrellas, en los bosques de América, en los caminos de Alemania, en las malezas de Inglaterra, en los campos de Italia y en medio del mar, me habia abandonado á los mismos pensamientos, relativamente á los vaivenes de la vida!

Un turco viejo, hombre, á lo que parecia, de alta gerarquia, me sacó de aquellas reflexiones para probarme de un modo aun mas palpable que me hallaba distante de mi país. Hallábase tendido á mis piés en el divan, donde se revolvia, se sentaba, suspiraba, llamaba á sus esclavos y los despedia, pues esperaba el dia con impaciencia. El dia llegó (17 de agosto): el tártaro, rodeado de sus criados, unos de rodillas, otros en pié, se desciñó su turbante, se miró en un pedazo de espejo, peinó su barba y sus bigotes y se frotó las mejillas para animarlas. Despues de haber cuidado de su tocador, salió arrastrando magestuosamente sus babuchas, y dirigiéndome una mirada de desprecio.

Mi huésped entró poco despues, trayendo en brazos á su hijo. Este pobre niño, amarillento y devorado por la calentura, estaba enteramente desnudo, y de su cuello pendian varios amuletos. Ibrahim lo puso sobre mis rodillas, y me fue preciso oir la historia de la enfermedad: el desgraciado niño habia tomado toda la quina de la Morea, y habia sido sangrado (este era su mal); su madre le habia aplicado hechizos y habia colgado su turbante en la tumba de un santon; pero sin resultado alguno. Ibrahim concluyó preguntándome si conocia algun medicamento; esto me hizo recordar que en mi niñez habia sido curado de una calentura á beneficio de la centáura menor, por lo cual aconsejé el uso de esta planta como hubiera podido hacerlo el médico mas grave. ¿Pero quién conocia la centáura menor? José habló largamente sobre el asunto, y yo sostuve que este vejetal habia sido descubierto por cierto médico de aquellas inmediaciones, llamado *Chiron*, que recorria á caballo las montañas. Un griego declaró que habia conocido á Chiron, natural de Calamata, y que solia montar un caballo blanco. Mientras celebrábamos esta consulta, vimos entrar á un turco en quien reconocí un jefe de la ley por su turbante verde. Acercóse á nosotros, y tomando la cabeza del niño entre sus manos pronunció devotamente una oracion; tal es el carácter de la piedad: es tierna y respetable aun en las religiones mas funestas.

Yo habia enviado al genízaro á buscarme caballos y un guia, para visitar primero á Amiclea, y luego las ruinas de Esparta, donde creia hallarme; mientras esperaba su vuelta. Ibrahim me hizo servir una comida á la turca. Yo seguia reclinado en el divan; pusiéronme delante una mesa en estremo baja, y un esclavo me dió los útiles necesarios para lavarme; trajeron luego en una fuente de madera un pollo en arroz, que comí con los dedos. Despues se me sirvió una especie de asado de carnero en una fuente de cobre, y luego algunos higos, aceitunas, uvas y queso, al cual, segun cree Guilllet, (1) debe Misitra su nombre actual. Entre plato y plato, un esclavo me derramaba agua en las manos, y otro me presentaba una tohalla de lienzo grosero, pero muy blanco. Neguéme á beber vino por urbanidad, y despues del café me ofrecieron jabon para los bigotes.

El jefe de la ley me hizo dirigir muchas preguntas durante la comida, por medio de José; quiso saber el por qué viajaba, no siendo comerciante ni médico. Respondí que viajaba para visitar los pueblos, y especialmente á los griegos que habian muerto. Esta respuesta le hizo reir, y me replicó que, pues habia ido á Turquía, hubiera debido aprender el turco. Hallé una razon mas convincente para él de mis viajes, diciéndole era un peregrino de Jerusalém. «¡Hadgi! »¡hadgi!» (2) esclamó; y quedó plenamente satisfecho. La religion es una especie de idioma universal que todos los hombres entienden. Aquel turco, que no podia comprender que yo abandonase mi patria por una mera curiosidad, juzgó muy natural que emprendiese un largo viaje para ir á orar á una tumba y para pedir á Dios alguna prosperidad ó el término de algun infortunio. Ibrahim, que al presentarme su hijo me habia preguntado si los tenia, estaba persuadido de que iba á Jerusalém para alcanzarlos. He visto á los salvajes del Nuevo-Mundo mostrarse indiferentes á mis modales extranjeros, y atraidos tan solo, como los turcos, por mis armas y mi religion; esto es, por los dos objetos que protegen al hombre en sus relaciones espirituales y corporales. Este unánime asentimiento de los pueblos acerca de la religion, y esta sencillez de ideas me han parecido dignas de ser observadas.

Por lo demás, aquella sala llena de extranjeros donde comia, presentaba una escena bastante tierna y que recordaba las antiguas costumbres del Oriente. No todos los huéspedes de Ibrahim eran ricos; muy lejos de esto, muchos eran verdaderos mendigos; y no obstante, estaban sentados en el mismo divan con los turcos que tenian gran séquito de esclavos y caballos. José y mi genízaro eran tratados como yo, aunque sin embargo, no se les habia sentado á mi mesa. Ibrahim saludaba igualmente á sus huéspedes, hablaba con todos y á todos hacia dar de comer. Allí habia pordioseros cubiertos de harapos, á quienes algunos esclavos servian respetuosamente el café. En esto se reconocen los caritativos preceptos del Alcoran, y la virtud de la hospitalidad aprendida de los árabes por los turcos; pero esta fraternidad del turbante no pasa del dintel de la puerta; y esclavo hay á quien, despues de beber el café con su huésped, este manda le corten la cabeza. No obstante, he leido y me han dicho que en Asia existen aun algunas familias turcas en las que reinan las costumbres, la sencillez y la inocencia de las primitivas edades; lo creo así, porque Ibrahim es ciertamente uno de los hombres mas respetables que he hallado en mi vida.

El genízaro volvió con un guia que me ofrecia caballos, no solo para Amiclea, sino tambien para Argos, y me pidió una cantidad que acepté. El jefe de la ley, testigo del ajuste, se levantó colérico, y me hizo decir que puesto que yo viajaba para conocer los pueblos, supiese que me las habia con unos bribones; que aquellos hombres me robaban y estafaban. Salió lleno de indignacion, y conocí que se sentia menos animado por un espíritu de justicia, que irritado de mi estupidez.

A las ocho de la mañana partí para Amiclea, hoy Esclabochorion; acompañáronme un nuevo guia y un *cicerone* griego, hombre muy honrado pero muy ignorante. Tomamos el camino de la llanura al pié del Taijeto, siguiendo unos reducidos senderos cubiertos de sombra, y muy agradables, que atravesaban unos jardines regados por los arroyos que bajaban de las montañas, y plantados de moreras, higueras y sicomoros. Crecian tambien allí muchas sandías, uvas, cohombros y diferentes clases de yerbas; á juzgar por la hermosura del cielo y la especie de cultivo, un viajero hubiera podido creerse en las inmediaciones de Chambery. Atravesamos el Tiaso y llegamos á Amiclea, donde solo hallé una docena de capillas griegas des-

(1) Mr. Scofani ha seguido esta opinion. Si Esparta debia su nombre á las retamas de su territorio, y no á Esparto, hijo de Amiclo ó á Esparta, esposa de Lacedemon, Misitra puede bien deber el suyo á un queso.

(2) ¡Peregrino! ¡peregrino!

truidas por los albaneses y colocadas á escasa distancia entre sí, en medio de unos campos cultivados. El templo de Apolo, el de Eurotas en Orga y el sepulcro de Jacinto han desaparecido. Ninguna inscripcion pude descubrir; no obstante, busqué con ahinco el famoso necrologio de las sacerdotisas de Amiclea, que el abad Fourmont copió en 1731 ó 1732, y que presenta una serie de cerca de mil años antes de Jesucristo. Las destrucciones se multiplican con tal rapidez en la Grecia, que por lo regular un viajero no encuentra el menor vestigio de los monumentos que otro viajero admiró algunos meses antes. Mientras buscaba fragmentos de ruinas antiguas, entre montones de ruinas modernas, ví llegar á unos paisanos conducidos por un papas; y levantando una tabla aplicada á la pared de una de las capillas, entraron en un santuario que aun no habia visitado. Tuve la curiosidad de seguirles, y ví que oraban con sus sacerdotes en aquellas ruinas, cantando la letanía delante de una imágen de la Panagia, pintarrajeada de encarnado en una pared azul. Mucho se diferenciaba esta fiesta de las que se celebraban en honor de Jacinto; pero la triple pompa de las ruinas, de los infortunios y de las oraciones dirigidas al verdadero Dios, borraba á mis ojos todas las grandezas de la tierra.

Mis guias me instaban á que partiese, porque nos hallábamos en la frontera de los maniotas, que, no obstante las relaciones modernas, son unos insignes ladrones. Volvimos á pasar el Tiaso y regresamos á Misitra por el camino de la montaña. Destruiré aquí un error que no deja de oscurecer los mapas de la Laconia. Damos indiferentemente el nombre moderno de *Iris* ó *Vasilipotamos* al Eurotas. La Guilletiere ó por mejor decir, Guillet, no sabe donde Niger ha tomado el nombre de Iris; y Mr. Pouqueville se muestra igualmente sorprendido de este nombre. Niger y Melecio, que escriben *Neris* por corruptela, no se equivocan del todo. El Eurotas es conocido en Misitra con el nombre de *Iri* (y no *Iris*), hasta su confluencia en el Tiaso; en ella recibe el nombre de *Vasilipotamos*, y lo conserva durante el resto de su curso.

Llegamos en la montaña á la aldea de Parori, donde vimos una gran fuente llamada *Chieramo*, que brota caudalosa de la ladera de un peñasco; un sauce-lloron le presta sombra, y á su pié descuella un inmenso plátano, en cuyo derredor nos sentamos sobre unas esteras para tomar café. Ignoro de qué punto ha sido trasladado á Misitra aquel sauce-lloron; pues es el único que he visto en Grecia. Paréceme que la opinion popular supone al *Salix Babylonica* originario del Asia Menor, siendo así que tal vez nos ha llegado de la China á través del Oriente. Lo mismo puede decirse del álamo piramidal que la Lombardía ha recibido de la Crimea y de la Georgia, y cuya familia ha sido hallada en las orillas del Mississipí, mas arriba del país de los Ilineses.

Hay muchos mármoles rotos y enterrados en las inmediaciones de la fuente de Parori; en muchas se ven inscripciones cuyas letras y palabras son perceptibles; con tiempo y dinero acaso pudieran hacerse en aquel lugar algunos descubrimientos; no obstante, es muy probable que la mayor parte de aquellas inscripciones hayan sido copiadas por el abate Fourmont, que recogió trescientas cincuenta en la Laconia y la Mesenia.

Siguiendo siempre la ladera del Taijeto, encontramos otra fuente denominada *Panthalama*, nombre de la piedra de que brota el agua. Sobre esta piedra se ve una escultura antigua de tosca ejecucion, que representa tres ninfas bailando con guirnaldas. Finalmente, hallamos otra fuente llamada *Tritzella*, sobre la cual se abre una gruta que nada ofrece digno de atencion. Podrá reconocerse, si así place, la Dorcia de los antiguos en una de estas tres fuentes: pero en tal caso se hallaria demasiado lejos de Esparta.

Allí, esto es, en la fuente Tritzella, nos hallamos á la espalda de Misitra, y casi al pié del arruinado castillo que domina la ciudad, colocado en la cima de un peñasco de forma casi piramidal. Habiamos empleado ocho horas en todas nuestras correrías, y eran á la sazon las cuatro de la tarde. Abandonamos nuestros caballos y subimos á pié al castillo por el arrabal de los judíos, que da vueltas en espiral al rededor de la roca hasta el pié del castillo. Este arrabal ha sido enteramente destruido por los albaneses; solo las paredes de las casas subsisten en pié, y á través de las grietas de las puertas y las ventanas se ven las tristes señales de las llamas que han devorado aquellos antiguos asilos de la miseria. Algunos muchachos, tan perversos como los espartanos de quienes descienden, se ocultan en aquellas ruinas, acechan al viajero y en el momento en que pasa derriban sobre él trozos de pared y fragmentos de peñascos. Yo estuve á punto de ser víctima de uno de aquellos juegos lacedemonios.

El castillo gótico que corona estas ruinas se desmorona por momentos á su vez; los espacios huecos de las troneras, las grietas formadas en las bóvedas, y las bocas de las cisternas hacen que no se camine sin peligro. No tiene puertas, ni centinelas, ni cañones, pues está completamente abandonado; pero el viajero se siente indemnizado de las molestias que le cuesta el subir á él, por la soberbia perspectiva que á sus ojos se desplega.

Mas abajo y hácia la izquierda se halla la parte destruida de Misitra, esto es, el arrabal de los judíos de que acabo de hablar. A la estremidad de este arrabal se descubre el arzobispado y la iglesia de San Dimitri, rodeados de un grupo de casas griegas adornadas de jardines.

Perpendicularmente mas abajo se dilata la parte de la ciudad llamada *Katochorion*, es decir, el arrabal mas abajo del Castillo.

Delante de Katochorion se encuentra el *Mesochorion*, esto es, el arrabal del medio; este encierra vastos jardines y casas turcas pintadas de verde y encarnado; vénse allí tambien algunos bazares, kanes y mezquitas.

A la derecha, al pié del Taijeto, se ven sucesivamente las tres aldeas ó arrabales que habia atravesado: Tritzella, Panthalama y Parori.

De la misma ciudad salen dos torrentes: el primero se llama *Hobriopotamos*, rio de los judíos, que corre entre el Katochorion y el Mesochorion.

El segundo se llama *Panthalama*, del nombre de la fuente de las Ninfas de donde brota; se reune al Hobriopotamos, bastante lejos en la llanura, hácia la aldea desierta de *Magoula*. Estos dos torrentes, sobre los cuales hay un puente, han bastado á La Guilletiere para formar de ellos el Eurotas y el puente Babix.

En Magoula, estos dos arroyos reunidos desembocan en el rio de Magoula, el antiguo Cnacion, que confluye en el Eurotas.

Visto desde el castillo de Misitra, el valle de la Laconia, es admirable; dilátase casi de Norte á Mediodía, y está rodeado hácia el Occidente por el Taijeto, y al Oriente por los montes Tornax, Baróstenes, Olimpo y Menalayon; algunas pequeñas colinas obstruyen la parte septentrional del valle, bajan hácia el Mediodía disminuyendo de altura, y van á formar con sus últimos grupos las colinas sobre que descansa Esparta. Desde esta hasta el mar se estiende una llanura no interrumpida y fértil, regada por el Eurotas (1).

Vedme, pues, encaramado sobre una almena del castillo de Misitra, descubriendo, contemplando y admirando toda la Laconia. ¿Pero cuando hablarás de Esparta? me preguntará el lector. ¿Dónde están las ruinas de esta ciudad? ¿Están encerradas en Misitra? ¿No queda algun vestigio de ellas? ¿Por qué dirigirse á

(1) Para la descripcion de la Laconia, véase el lib. XIV de los *Mártires*.

recompensar á los esclavos del buen Ibrahim, marché al galope á Lacedemonia.

Hacia una hora que corriamos por un camino llano que se dirigia en línea recta al Sudeste, cuando al rayar el dia descubrí algunos restos y un largo muro de construccion antigua, á cuya vista mi corazon empezó á latir con fuerza. El genízaro se volvió hácia mí, y mostrándome á la derecha con su fusta una cabaña blanquecina, me gritó con cierto aire de satisfaccion: «¡Palœohori!» Dirigíme á la principal ruina que descubrí sobre una altura; rodeando esta hácia el Nordeste para subir á ella, me detuve súbitamente á la vista de un espacioso recinto de forma semicircular, que reconocí al instante como un teatro, y no me es posible pintar la multitud de confusos sentimientos que me asaltaron. La colina á cuyo pié me encontraba era la colina de la ciudadela de Esparta, puesto que el teatro estaba contiguo á ella; las ruinas que veia sobre aquella colina eran del templo de Minerva-Chalciœcos, puesto que este templo estaba en la ciudadela; los restos y el largo muro que habia pasado mas abajo formaban parte de la tribu de los Cinosuros, puesto que esta tribu se hallaba al Norte de la ciudad; Esparta, pues, se mostraba á mis ojos; y su teatro, que habia tenido la fortuna de descubrir á mi llegada, me indicaba al momento las situaciones de sus barrios y de sus monumentos. Apeéme, y subí corriendo á la colina de la ciudadela.

Al llegar á su cumbre, el sol se levantaba detrás de los montes Menelayones. ¡Cuán hermoso, mas cuán melancólico espectáculo! El Eurotas se deslizaba solitario bajo los restos del puente Babix; veíanse por donde quiera hacinadas ruinas, ¡y ni un solo hombre entre ellas! Quedé inmóvil y sumido en una especie de estupor, contemplando aquella inspiradora escena; una mezcla indefinible de admiracion y de dolor detenia mis pasos y mi mente; y, como el silencio era profundo en mi derredor, quise á lo menos hacer hablar el eco en aquellos lugares donde la voz humana no se hacia ya oir, y grité con toda mi fuerza: «¡Leónidas!» Ninguna ruina repitió este gran nombre: ¡la misma Esparta parecia haberlo olvidado!

Si las ruinas á que se enlazan ilustres recuerdos patentizan la vanidad de las cosas terrenas, es preciso conceder, no obstante, que los nombres que sobreviven á los imperios é inmortalizan los tiempos y los lugares, encierran algun valor. Además, no despreciemos demasiado la gloria; nada es mas hermoso que ella, esceptuando la virtud. El colmo de la felicidad consistiria en reunir una y otra en esta vida; este era el objeto de la única plegaria que los espartanos dirigian á los dioses: ¡ *Ut pulchra bonis adderent!*

Cuando la especie de agitacion que me dominaba se hubo calmado, empezé á estudiar las ruinas que me rodeaban. La cima de la colina presentaba una plataforma rodeada especialmente hácia el Noroeste, de espesas murallas; describí su circuito dos veces, y conté mil quinientos sesenta y mil quinientos sesenta y seis pasos comunes, ó casi setecientos ochenta pasos geométricos; pero debe advertirse que encierro en este circuito toda la cumbre de la colina, comprendiendo en ella la curva que forma la escavacion del teatro en esta colina; el teatro es el mismo que examinó Leroi.

Algunos escombros, parte enterrados, parte sobre la superficie del suelo, anuncian en medio de aquella plataforma los cimientos del templo de Minerva-Chalciœcos, donde Pausanias se refugió en vano y perdió la vida. Una especie de rampa de tierra de setenta piés de anchura, y de un declive muy suave, baja desde el medio de la colina á la llanura. Este era tal vez el camino por donde se subia á la ciudadela, que no llegó á ser muy fuerte sino bajo la férula de los tiranos de Lacedemonia.

En el arranque de esta rampa y encima del teatro vi un pequeño edificio de forma redonda, destruido en sus tres cuartas partes, y cuyos nichos interiores parecen igualmente á propósito para recibir estátuas ó urnas. ¿Es un sepulcro? ¿Es el templo de Venus-Armada? Este debia hallarse casi en la misma situacion y dependiente de la tribu de los Egidas. César, que se llamaba descendiente de Venus, llevaba en su anillo el sello de una Venus-Armada: este era en efecto el doble emblema de las debilidades y de la gloria de este gran hombre:

¿Vincere si possum nuda, quid arma gerens?

Si el lector se coloca á mi lado en la colina de la ciudadela, he aquí lo que verá en su derredor:

Al Levante, esto es, hácia el Eurotas, un montecillo de forma prolongada y aplastado en su cima, como para servir de estadio ó hipodromo. Desde ambos lados de este montecillo y entre otros dos que forman con el primero dos especies de valles, se ven las ruinas del puente Babix y el curso del Eurotas. A la opuesta márgen de este, la vista se detiene en una serie de colinas rojizas: son los montes Menelayones, á cuya espalda descuella la barrera de erguidas montañas que rodean en lontananza el golfo de Argos.

En esta perspectiva, hácia el Este, entre la ciudadela y el Eurotas, dirigiendo la vista al Norte y al Sur por el Oriente y paralelamente al curso del rio, se colocará la tribu de los Limnates, el templo de Licurgo, el palacio del rey Demarato, la tribu de los Egidas y la de los Mesoatas, uno de los Lesqué, el monumento de Cadmo, los templos de Hércules, de Helena y la isla Platanista. He contado en este vasto espacio siete ruinas en pié y sobre el suelo, pero enteramente informes y degeneradas. Como podia elegir á mi placer, he dado á una de aquellas ruinas el nombre del templo de Helena; al otro el de sepulcro de Alcman; he creido ver los monumentos heróicos de Egeo y de Cadmo; de este modo me he decidido por la Fábula y solo he reconocido para la Historia el templo de Licurgo. Confieso que prefiero y á la Criptia la memoria del único poeta que la Lacedemonia ha producido, y la corona de flores que las doncellas de Esparta cogieron para Helena en la isla Platanista:

O ubi campi,
Sperchiusque et virginibus bacchata Lacœnis,
Taygeta!

Mirando ahora hácia el Norte, y siempre desde la cima de la ciudadela, se descubre una colina bastante alta que domina la en que está construida la ciudadela, lo cual contradice el texto de Pausanias. En el valle que forman estas dos colinas, debian hallarse la plaza pública y los monumentos que encerraba, como el senado de los Gerontes, el Coro, el Pórtico de los persas, etc. Ninguna ruina se encuentra por este lado. Al Noroeste se estendia la tribu de los Cinosuros, por donde yo habia entrado en Esparta y en la que advertí el largo muro.

Volvámonos ahora hácia el Oeste, y descubriremos en un terreno llano, á la espalda y al pié del teatro tres ruinas, una de las cuales es bastante alta y redonda como una torre; en esta direccion se hallaban la tribu de los Pitanatos, el Teomélido, los sepulcros de Pausanias y de Leónidas, el Lesqué de los Crotanos y el templo de Diana-Isora.

Por último, si se mira hácia el Mediodia, se verá una tierra desigual cruzada en todas direcciones por muchas raices y muros á flor del suelo. Sin duda las piedras han sido trasladadas á otra parte, porque ninguna se ve en los alrededores. La casa de Menelao descollaba en aquella perspectiva; y mas lejos, en el camino de Amiclea, se hallaba el templo de los Dioscuros y las Gracias. Esta descripcion será más inteligible si el lector recurre á Pausanias, ó meramente al *Viaje de Anacarsis*.

Todo este recinto de Lacedemonia está inculto: el sol lo abrasa en silencio y devora sin cesar el mármol

de los sepulcros. Cuando visité aquel desierto, ninguna planta adornaba sus despojos, ningun ave, ningun insecto los animaba, esceptuando los millares de lagartos que subian y bajaban sin ruido á lo largo de las abrasadas paredes. Una docena de caballos medio montaraces pacian aquí y acullá una yerba marchita; un pastor cultivaba en un ángulo del teatro algunas sandías; y en Magoula, que da su triste nombre á Lacedemonia, se veia un bosquecillo de cipreses. Pero la misma Magoula, que fue en otro tiempo una poblacion turca de bastante importancia, ha perecido en aquel campo de muerte; sus barracas han venido á tierra, y no es ya otra cosa que una ruina que anuncia otras muchas.

Bajé de la ciudadela y caminé durante un cuarto de hora para llegar al Eurotas, que vi casi lo mismo que lo habia visto al pasarlo dos leguas mas arriba sin conocerlo; al correr delante de Esparta presenta la anchura del Marne, mas arriba de Charenton. Su cauce casi seco durante el estío, presenta un arenal sembrado de guijarros, plantado de cañaverales y adelfas, y sobre el cual corren algunas hebras de agua fresca y límpida. Esta agua me pareció escelente, y la bebí con abundancia porque fallecia de sed. El Eurotas merece ciertamente el epíteto de: *el de las hermosas cañas*, que le dió Eurípides; pero no se si debe retener el de *odorífero*, porque no he visto cisnes en sus cañas. Seguí su corriente, esperando hallar estas aves, que segun dice Platon, ven el Olimpo antes de espirar, siendo por esto tan melodioso su postrer canto; pero mis pesquisas fueron inútiles. Por lo visto, no disfruto como Horacio del favor de los Tindáridas, los que no me han permitido penetrar el secreto de su sepulcro.

Los rios famosos tienen el mismo destino que los pueblos famosos; ignorados al principio, y luego célebres en toda la tierra, tornan al fin á su oscuridad primera. El Eurotas, llamado en su nacimiento *Hímero*, corre actualmente olvidado con el nombre de *Iri*, á semejanza del Tiber, que, en otro tiempo *Albula*, lleva hoy al mar las desconocidas aguas del *Tévere*. Examiné las ruinas del puente Babix, que valen poco. Busqué la isla Platanista, y creo haberla hallado mas abajo de Magoula: es un terreno de figura triangular, uno de cuyos lados es bañado por el Eurotas, y los otros dos están cerrados por unos fosos llenos de juncos por los que corre durante el invierno el Magoula, el antiguo Cnacion.

Crecen en esta isla algunas moreras y sicomoros, pero ningun plátano. Nada hallé en ella que revelase que los turcos la miren aun como un lugar de placer; no obstante, ví en su suelo algunas flores, entre otras lirios azules sostenidos por una especie de espadañas, de los que cogí muchos en memoria de Helena. La frágil corona de la hermosura se ostenta aun en las márgenes del Eurotas; ¡ mas la hermosura ha desaparecido!

La vista de que se goza al caminar á lo largo del Eurotas es harto diferente de la que se descubre desde lo alto de la ciudadela. El rio sigue un alveo tortuoso, y se oculta, como he dicho, entre cañas y adelfas, cuya elevacion compite con la de los árboles; á la orilla izquierda, los montes Menelayones, de aspecto árido y rojizo, forman raro contraste con la frescura y verdor de la corriente del rio. A su orilla derecha, el Taijeto despliega su magnífica cortina; todo el espacio comprendido entre esta cortina y el rio está ocupado por las colinas y las ruinas de Esparta; ruinas y colinas que no parecen tan desoladas como cuando se las ve de cerca; sino que por lo contrario, se muestran teñidas de púrpura, violeta y oro. No son las campiñas y las hojas, de color oscuro y frio, las que forman los admirables paisajes, sino los mágicos efectos de la luz: he aquí por qué las rocas y los matorrales de la bahía de Nápoles serán siempre mas hermosos que los mas fértiles valles de Francia é Inglaterra.

Así, despues de muchos siglos de injusto olvido, ese rio que vió discurrir y agitarse en sus orillas á los lacedemonios ensalzados por Plutarco; ese rio se regocijó tal vez en su triste abandono al oir resonar en su derredor los pasos de un oscuro extranjero. El dia 18 de agosto de 1806, á las nueve de la mañana, di solo á lo largo del Eurotas aquel paseo que jamás se borrará de mi memoria. Si aborrezco las costumbres de los espartanos, no desconozco la grandeza de un pueblo libre, y no he pisado sin emocion profunda su noble polvo. Un hecho solo basta á la gloria de este pueblo: cuando Neron visitó la Grecia, no se atrevió á entrar en Lacedemonia. ¡Cuán magnífico elogio de esta ciudad!

Volví á la ciudadela, deteniéndome en todas las ruinas que hallaba al paso. Como es probable que Misitra haya sido edificada con las ruinas de Esparta, esto habrá contribuido mucho á la destruccion de sus monumentos. Hallé á mi compañero en el mismo lugar en que le habia dejado: estaba sentado, habia dormido y acababa de despertarse; fumaba y se disponia á dormir de nuevo. Los caballos pacian tranquilamente en los hogares de Menelao: «Helena no habia dejado su »hermosa rueca, cargada de una lana de color de púr»pura, para darles un trigo puro en un soberbio pese»bre. (1)» Así aunque viajero, no soy el hijo de Ulises, si bien prefiero como Telémaco mis rocas paternas á los mas encantadores paises.

Era medio dia: el sol lanzaba á plomo sus rayos sobre nuestras cabezas. Nos pusimos á la sombra en un rincon del teatro y comimos con mucho apetito el pan y los higos secos que habiamos llevado de Misitra. José se habia apoderado de las provisiones. El genízaro se alegraba, pues se creia libre ya y se disponia á partir; pero no tardó en ver muy á su pesar que se habia engañado, pues me puse á escribir notas y á tomar la vista de aquellos lugares, lo cual duró mas de dos horas, hecho lo cual quise examinar los monumentos situados al Occidente de la ciudadela, porque por aquel lado debia encontrarse el sepulcro de Leónidas. El genízaro me acompañó sacando los caballos por la brida, y vagábamos de ruina en ruina; él y yo éramos los dos únicos vivos en medio de tantos muertos ilustres; bárbaros entrambos, y estraños el uno del otro, como tambien á la Grecia, habiendo salido de los bosques de la Galia y de los peñascos del Cáucaso, nos habiamos encontrado en el fondo del Peloponeso; yo para pasar, él para vivir sobre unos sepulcros que no eran los de nuestros abuelos.

En vano pregunté á las mas pequeñas piedras por las cenizas de Leónidas. Tuve, no obstante, un momento de esperanza: no lejos de aquella especie de torre que he indicado, al Oeste de la ciudadela, ví algunos fragmentos de esculturas, que me parecieron representar un leon. Sabemos por Herodoto que sobre el sepulcro de Leónidas habia un leon; circunstancia que Pausanias no refiere. Redoblé mis esfuerzos, pero todos ellos fueron inútiles. (2) Ignoro si fue en este lugar donde el abate Fourmont descubrió tres monumentos preciosos. El uno era un trozo de columna, sobre el cual estaba grabado el nombre de *Jerusalém*; tra-

(1) Odisea.

(2) Mi memoria me era infiel en esto, pues el leon de que habla Herodoto estaba en las Termópilas. Este historiador ni siquiera dice que los huesos de Leónidas hubiesen sido trasladados á su patria, sino que al contrario dice que Jerjes hizo poner en cruz el cadáver de este príncipe. Así, pues, el vestigio del leon que vi en Esparta, no pueden señalar la tumba de Leónidas. No tenia á la mano un *Herodoto* en las ruinas de Lacedemonia, pues solo llevaba en mi viaje á *Racine*, el *Tasso*, *Virgilio* y *Homero*; este tenia algunas hojas en blanco para escribir notas. No es estraño por consiguiente, que precisado á sacar mis recursos de mi memoria, haya podido equivocarme sobre un lugar, sin equivocarme, no obstante, sobre un hecho. Pueden verse dos hermosos epigramas de la *Antología* sobre aquel leon de piedra de las de Termópilas.

tábase tal vez de la alianza de los judios y los lacedemonios, deque se habla en los *Macabeos*; los otros dos monumentos eran las inscripciones sepulcrales de Lisandro y de Agesilao; un francés debia hallar naturalmente el sepulcro de dos grandes capitanes. Debo mencionar aquí que la Europa debe á mis compatriotas las primeras noticias satisfactorias que ha recibido acerca de las ruinas de Esparta y Atenas. Deshayes, enviado por Luis XIII á Jerusalém, pasó el año 1629 en Atenas; poseemos su *Viaje*, no conocido de Chandler. El jesuita Babin publicó en 1672 su relacion del *Estado actual de la ciudad de Atenas*; esta relacion fue redactada por Spon, antes que este sincero é instruido viajero hubiese empezado sus escursiones en compañía de Wheler. El abate Fourmont y Leroi han dado las primeras noticias exactas relativamente á la Laconia, aunque es verdad que Vernon pasó por Esparta antes que ellos; pero solo tenemos una carta de este inglés, y limitándose en ella á decir que ha visto la Laconia, no desciende á detallar ningun pormenor. Por lo que á mí respecta, ignoro si mis investigaciones pasarán al porvenir; peroá lo menos habré unido mi nombreal de Esparta, único que puede salvarlo del olvido: he vuelto á hallar, por decirlo asi, esta ciudad inmortal, al dar algunos pormenores desconocidos hasta aquí acerca de sus ruinas: un humilde pescador determina generalmente, por naufragio ó por casualidad, la posicion de algunos escollos que se habian ocultado á los desvelos de los mas sabios pilotos.

Habia en Esparta multitud de altares y de estátuas consagradas al Sueño, á la Muerte, á la Hermosura (Venus-Morfo), divinidades de todos los hombres, y al Temor sobre las armas, probablemente el que los lacedemonios inspiraban á sus enemigos: nada de esto subsiste; pero leí en una especie de zócalo estas cuatro letras: ΑΛΣΜ. ¿Debemos restaurarlas con ΓΕΛΑΣΜΑ, *Gelasma?* Seria aquel zócalo el pedestal de la estátua de la Risa, colocada por Licurgo entre los graves descendientes de Hércules? El altar de la Risa, único en pié en medio de la sepultada Esparta, ofreceria un gran motivo de triunfo á la filosofía de Demócrito!

El dia tocaba á su término cuando me sustraje á aquellos ilustres escombros, á la sombra de Licurgo, á los gigantescos recuerdos de las Termópilas y á todas las mentiras de la Fábula y la Historia. El sol se ocultó detrás del Taijeto, de modo que le vi empezar y concluir su carrera sobre las ruinas de Lacedemonia: habia tres mil quinientos cuarenta y tres años que se habia levantado y puesto por vez primera sobre aquella naciente ciudad. Partí afectado por los objetos que acababa de ver, y entregado á inagotables reflexiones: las jornadas de este género hacen sufrir luego con paciencia muchos infortunios, é inspiran especialmente una completa indiferencia á muchas escenas de la vida.

Volvimos á subir el curso del Eurotas por espacio de hora y media á través de los campos, y salimos al camino de Tripolitza. José y el genízaro, acampados al otro lado del rio cerca del puente, habian encendido fuego con unos haces de cañas, á despecho de Apolo, á quien su gemido consolaba de la pérdida de Dafne. José, que se habia provisto abundantemente de todo lo necesario, pues tenia sal, aceite, sandías, pan y carne, preparó un picadillo de carnero, como el compañero de Aquiles, y me lo sirvió en la esquina de una gran piedra, con vino de la viña de Ulises y agua del Eurotas. Tenia precisamente para que aquella comida me pareciese opipara, lo que faltaba á Dionisio para conocer el mérito de las suyas.

Terminada la comida, José trajo mi silla, que me servia regularmente de almohada; envolvíme en mi capa y me acosté en la orilla del Eurotas, á la sombra de un laurel. La noche era tan pura y serena, que la Via-Láctea formaba una especie de ráfaga de luz que se reflejaba en el rio, y á cuya claridad hubiera podido leer. Quedéme dormido vueltos los ojos al cielo, teniendo precisamente sobre mi cabeza la hermosa constelacion del Cisne y Leda. Aun recuerdo el vivo placer que esperimentaba en otro tiempo al descansar así en los bosques de América, y especialmente al despertar en medio de la noche. Escuchaba el rumor del viento en la soledad, el mugido de los gamos y los ciervos, y el sordo estruendo de alguna catarata lejana, mientras mi hoguera medio apagada, enrojecia el espeso follaje de los árboles. Érame grata hasta la voz del iroqués, cuando hacia resonar su bronco grito en medio de los bosques, y cuando, á la dulce claridad de las estrellas, en el profundo silencio de la naturaleza, parecia proclamar su ilimitada libertad. Todo esto entusiasma á los veinte años, porque la vida se basta á sí misma, pues domina en la primera juventud cierta inquieta vaguedad que nos impele sin cesar á las quimeras: *ipsi sibi sonmia fingunt*; pero en edad mas madura, el espíritu adquiere inclinaciones mas sólidas; gústale especialmente alimentarse con los grandes recuerdos y ejemplos de la historia. Todavía dormiria gustoso en las márgenes del Eurotas ó del Jordan, si las heróicas sombras de los trescientos espartanos ó los doce hijos de Jacob debiesen visitar mi sueño; pero no iré ya á buscar una tierra nueva, no abierta aun por la reja del arado; bástanme ahora los antiguos desiertos que me reproducen á placer los muros de Babilonia ó las legiones de Farsalia; *grandia ossa!* bástanme los campos cuyos surcos me instruyan, y en los que encuentre, pues soy hombre, la sangre, las lágrimas y los sudores del hombre.

José me despertó el 19 á las tres de la mañana, como se lo habia mandado; ensillamos nuestros caballos y partimos. Volvi la cabeza á Esparta; y al dirigir mi última mirada al Eurotas, no pude dominar ese vago sentimiento de tristeza que se esperimenta en presencia de una inmensa catástrofe, y al abandonar unos lugares que no volveremos á ver.

El camino que conduce desde la Laconia á la Argólida, era en la antigüedad lo que es actualmente: uno de los mas ásperos y agrestes de la Grecia. Seguimos durante algun tiempo el camino de Tripolitza; luego, dirigiéndonos hácia el Oriente, penetramos en las gargantas de las montañas. Caminamos con rápido paso por hondos barrancos y debajo de los árboles, que nos obligaban á echarnos sobre el cuello de nuestros caballos. En aquella penosa marcha tropecé tan violentamente con la cabeza en una rama de los árboles, que fui arrojado á diez pasos sin conocimiento; como mi caballo continuaba galopando, mis compañeros de viaje que me precedian no advirtieron mi caida; y sus gritos al acercárseme me sacaron de mi parasismo.

A las cuatro de la mañana llegamos á la cumbre de una montaña, donde dimos algun descanso á nuestros caballos. El frio llegó á ser tan penetrante que nos vimos precisados á encender una hoguera. No puedo señalar nombre á aquel lugar, poco célebre en la antigüedad; pero debiamos hallarnos hácia los manantiales de Leno, en la cordillera del monte Eva y poco distantes de Prasia, en el golfo de Argos.

Llegamos á medio dia á una gran poblacion denominada *San Pablo*, y bastante inmediata al mar, donde no se hablaba sino de un suceso trágico que los habitantes se dieron prisa á referirnos.

Una jóven de aquella poblacion habia perdido sus padres, y siendo dueña de una regular fortuna, fue enviada por sus parientes á Constantinopla; á los diez y ocho años volvió á su país, hablando el turco, el italiano y el francés; y cuando algunos extranjeros visitaban á San Pablo los recibia con un agasajo que despertaba sospechas acerca de su virtud. Los jefes de los paisanos se reunieron, y despues de haber examinado entre sí la conducta de la huérfana, resolvieron deshacerse de una mujer que deshonraba la poblacion, y empezando por procurarse la cantidad fijada

en Turquía por la muerte de una cristiana, entraron durante la noche en su casa y la asesinaron; hecho lo cual, un hombre que esperaba la noticia de la ejecucion, fue á llevar al pachá el execrable precio de la sangre. Lo que ponia en movimiento á todos los griegos de San Pablo, no era precisamente la atrocidad de la accion, sino la brutal codicia del pachá, que juzgando muy natural este hecho, y asegurando haber recibido la cantidad fijada por un asesinato comun, decia no obstante que la hermosura, la juventud, los talentos y viajes de la huérfana le daban justos derechos á una indemnizacion; en consecuencia, su señoría habia enviado aquel mismo dia á dos genízaros para exigir una nueva contribucion.

La poblacion de San Pablo es agradable, está rodeada de fuentes á que prestan sombra muchos pinos de la especie llamada *pinus sylvestris*. Allí encontramos á uno de esos médicos italianos que recorren toda la Morea; híceme sangrar, y bebí escelente leche en una casa muy limpia, que se parecia mucho á una cabaña suiza. Un jóven moraita, que vino á sentarse delante de mí, tenia el aspecto de Meleagro, en su continente y su traje. Los paisanos griegos no están vestidos como los griegos levantinos que se ven en Francia, pues llevan una túnica que les llega hasta las rodillas, y la ciñen con un cinturon; sus anchos pantalones quedan cubiertos por la parte inferior de esta túnica; cruzan sobre sus desnudas piernas las cintas que sujetan sus sandalias; y esceptuando el arreglo de sus cabellos, son enteramente unos antiguos griegos sin manto.

Mi nuevo compañero, sentado como he dicho delante de mí, examinaba mis movimientos con gran ingenuidad. No proferia una sola palabra, y me miraba de hito en hito, y adelantaba su cabeza para mirar hasta la vasija de tierra en que tomaba leche. Levantéme y se levantó; volvíme á sentar y sentóse de nuevo; presentéle un cigarro, y lleno de alegría me hizo señas para que fumase con él. Cuando partí, corrió detrás de mí durante media hora, siempre en silencio y sin que nadie adivinase lo que queria. Dile dinero, y lo arrojó con desden; el genízaro intentó alejarle, y él quiso maltratar al genízaro. Yo me sentia conmovido, sin saber por qué: quizá por verme, bárbaro civilizado, objeto de la curiosidad de un griego convertido en bárbaro (1).

Habíamos salido de San Pablo á las dos de la tarde, despues de haber mudado los caballos, y seguiamos el camino de la antigua Cinuria. A las cuatro, el guia nos anunció que íbamos á ser atacados; en efecto, descubrimos algunos hombres armados en la montaña, que nos miraron largo rato y nos dejaron pasar tranquilamente. Entramos luego en los montes Partenios, y bajamos á la márgen de un rio cuya corriente nos condujo hasta el mar. Descubríase la ciudadela de Argos, á Nauplia á nuestro frente, y los montes de la Corintia hácia Micenas. Desde el punto á donde habiamos llegado, habia aun tres leguas de marcha hasta Argos: era preciso rodear el fondo del golfo al atravesar la laguna de Lerna, que se estendia entre la ciudad y el lugar en donde nos hallábamos. Pasamos cerca del jardin de un agá, donde ví unos álamos de la Lombardía, mezclados con cipreses, limoneros, naranjos y multitud de árboles que hasta entonces no habia visto en Grecia. Poco despues, el guia equivocó el camino, y nos hallamos en medio de unas estrechas calzadas separadas por algunos pequeños estanques y rios desbordados. La noche nos sorprendió envueltos en aquel conflicto; nos veiamos precisados á hacer saltar á cada paso anchos fosos á nuestros caballos, que se espantaban por la oscuridad, por el incesante canto de las ranas y por las llamas rojizas que cruzaban la laguna. El caballo del guia se dejó caer; y como caminábamos á la desfilada, tropezamos unos en otros en un foso; todos gritamos á la vez sin entendernos; las aguas eran bastante profundas para que los caballos pudiesen nadar y ahogarse con sus ginetes; mi sangría se habia abierto y me resentia mucho de la cabeza. Salimos al fin milagrosamente de aquel pantano, pero nos veiamos en la imposibilidad de llegar á Argos. Descubriendo á través de las cañas una débil luz, nos dirigimos hácia ella yertos de frio, cubiertos de lodo, llevando de la brida á nuestros caballos, y espuestos á cada paso á volver á sumergirnos en medio de algun lodazal.

La luz nos condujo á una quinta situada en medio de una laguna, en las inmediaciones de Lerna: acabábase de hacer la siega, y los segadores estaban acostados en el suelo, y al pasar nosotros se levantaban azorados y huian cual las bestias montaraces. Conseguimos al fin tranquilizarlos, y pasamos el resto de la noche en su compañía, sobre un monton de estiércol de oveja, en el lugar menos sucio y húmedo que pudimos hallar. Yo tendria el derecho de quejarme de Hércules, por no haber muerto bien la hidra de Lerna, pues contraje en aquel insalubre lugar una calentura que no me abandonó del todo hasta que llegué á Egipto.

El 20, al rayar el dia, me hallaba en Argos; la aldea que reemplaza esta célebre ciudad es mas limpia y mas animada que las demás de la Morea; su situaes muy hermosa, en medio del golfo de Nauplia ó de Argos, á legua y media del mar; álzanse á un lado las montañas de la Cinuria y la Arcadia; y al otro las alturas de Trecena y de Epidauro.

Sea, empero, que mi imaginacion fuese presa de la melancolía, al recuerdo de las desgracias y los furores de los Pelópidas, sea que me sintiese realmente impresionado por la verdad, las tierras me parecieron incultas y desiertas, las montañas sombrías y desnudas; especie de naturaleza fecunda en grandes crímenes y grandes virtudes. Visité los que se llaman restos del palacio de Agamenon, las ruinas de un teatro y un acueducto romano, y subí á la ciudadela, pues deseaba ver hasta la menor piedra que hubiese podido remover la mano del rey de los reyes. ¿Quién puede jactarse de gozar de alguna gloria, al lado de esas familias cantadas por Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides y Racine? Y no obstante, cuando se ve en aquellos lugares cuán poco queda de esas familias, ¡cuán profunda sorpresa embarga el ánimo!

Mucho há que las ruinas de Argos no responden á la grandeza de su nombre. Chandler las halló en 1756 absolutamente tales como yo las he visto; el abate Fourmont en 1746, y Pelegrin en 1719 no habian sido mas dichosos. Los venecianos han contribuido mas que otra cualquiera causa á la destruccion de los monumentos de esta ciudad, empleando sus materiales en la construccion del castillo de Palámide. En tiempo de Pausanias habia en Argos una estátua de Júpiter, digna de atencion porque tenia tres ojos, y lo era aun mucho mas por otra razon: Estenelo la habia llevado desde Troya; y segun se decia, era la misma estátua á cuyos piés habia sido asesinado Príamo en su palacio por el hijo de Aquiles:

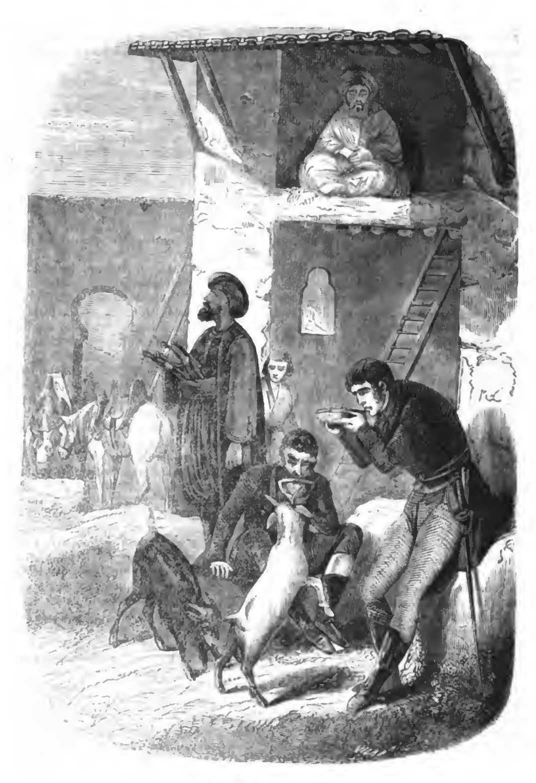
> Ingens ara fuit, juxtaque veterrima laurus,
> Incumbens aræ, atque umbra complexa Penates.

Pero Argos, que sin duda triunfaba cuando mostraba en su muros los Penates que hicieron traicion á los hogares de Príamo; Argos, repito, no tardó en ofrecer un gran ejemplo de las vicisitudes humanas. Desde el reinado de Juliano Apóstata se hallaba tan decaida de su gloria, que no pudo, á causa de su pobreza, contribuir al restablecimiento y á los gastos

(1) Los griegos de estas montañas, que sostienen que son los verdaderos descendientes de los lacedemonios, dicen que los maniotas no son sino una horda de bandidos extranjeros, y tienen razon.

de los juegos Istmicos. Juliano defendió su causa contra los corintios; todavia poseemos esta defensa entre las obras de este emperador (Ep. xxv.). Este es uno de los mas curiosos documentos de la historia de las cosas y los hombres. Por último, Argos, la patria del rey de los reyes, convertida en la edad media en herencia de una viuda veneciana, fue vendida por esta á la república de Venecia, por doscientos ducados de renta vitalicia, y quinientos pagados en una vez. Coronelli refiere este contrato. *Omnia vanitas.*

En Argos fui recibido por el médico italiano Avramiotti, á quien Mr. de Pouqueville vió en Nauplia, y á cuya nieta, acometida de un hidrocéfalo, hizo la conveniente operacion. Mr. Avramiotti me enseñó un mapa del Peloponeso, en el que habia empezado á escribir, cón Mr. Fauvel, los nombres antiguos al lado



UN KAN EN LA LACONIA.

de los modernos; este será un precioso trabajo; pero que solo puede ser llevado á cabo por hombres que, durante muchos años hubiesen habitado en aquellos lugares. Mr. Avramotti habia labrado ya su fortuna, y empezaba á suspirar por Italia; hay dos cosas que reviven en el corazon del hombre á medida que adelanta en la senda de la vida: la patria y la religion. Es en vano haber olvidado una y otra en la juventud, pues tarde ó temprano se nos presentan con todos sus encantos, y despiertan en el fondo de nuestros corazones el amor que justamente se debe á su hermosura. Hablamos, pues, de Italia y de Francia en Argos, por la misma razon que el soldado argivo que seguia á Eneas, se acordaba de Argos a

morir en Italia. No tratamos de Agamenon, aunque al dia siguiente debia yo visitar su sepulcro; conversábamos sobre la azotea de la casa que dominaba el golfo de Argos: acaso desde aquella azotea una pobre mujer arrojó la teja que puso término á la gloria y á las aventuras de Pirro. Mr. Avramiotti, mostrándome un promontorio al otro lado del mar, me decia: «Allí »fue donde Clitemnestra apostó al esclavo que debia »dar la señal de la vuelta de la flota griega;» y añadia: ¿Venís ahora de Venecia? Creo que haria bien »en tornar á Venecia.»

Al amanecer del dia siguiente dejé á aquel desterrado en Grecia, y emprendí con nuevos caballos y un nuevo guía, el camino de Corinto. Creo que Mr. Avramiotti no sintió verse libre de mí; pues aunque me habia recibido con mucha cortesía, era fácil conocer que mi visita no habia sido muy oportuna.

Despues de media hora de marcha atravesamos el Inaco, padre de Io, tan célebre por los zelos de Juno; antes de llegar á este torrente, se hallaba en otro tiempo, al salir de Argos, la puerta Lucina y el altar del Sol. Media legua mas lejos, y al otro lado del Inaco, hubiéramos debido ver el templo de Ceres-Misia, y mas allá el sepulcro de Tieste y el monumento heróico de Perseo. Detuvímonos casi en la altura donde existian estos monumentos en la época del viaje de Pausanias. Ibamos á dejar la llanura de Argos, acerca de la cual tenemos una escelente memoria de Mr. Barbié de Bocage, y próximos á entrar en las montañas de la Corintia, veíamos á Nauplia á nuestra espalda. El lugar á donde habíamos llegado, se llama *Carvati*, donde es preciso desviarse del camino, para buscar á la derecha las ruinas de Micenas, que Chandler no habia visto á su regreso de Argos; estas ruinas son muy conocidas en la actualidad, á causa de las escavaciones que lord Elgin hizo practicar en ellas, á su paso por la Grecia. Mr. Fauvel las ha descrito en sus Memorias, y Mr. de Choiseul-Gouffier posee sus dibujos; el abate Fourmont habia hablado ya de ellas, y Dumonceaux las habia visto. Atravesamos un matorral, y un angosto sendero nos condujo á estas ruinas, que son aun casi lo mismo que eran en tiempo de Pausanias, porque hay dos mil doscientos ochenta años que Micenas está destruida. Los argivos la destruyeron sin dejar piedra



EL HIJO ENFERMO DE IBRAHIM-BEY.

sobre piedra, envidiosos de la gloria que habia conquistado al enviar cuarenta guerreros á morir con los espartanos en las Termópilas. Allí empezamos á examinar el sepulcro á que se ha dado el nombre de *Sepulcro de Agamenon*, monumento subterráneo de forma circular, que recibe la luz por la bóveda, y que nada tiene de particular, si se esceptua la sencillez de su arquitectura. Éntrase en él por una cortadura que va á parar á la puerta del sepulcro, que estaba adornada de pilastras de mármol azulado bastante comun, estraido de las montañas inmediatas. Lord Elgin ha hecho descubrir este monumento, y desembarazar su interior de las tierras que lo obstruian. Una mezquina puerta conduce desde la planta baja á un aposento de menor estension. Despues de haberla examinado detenidamente, creo que este aposento es una mera escavacion hecha por los trabajadores fuera del sepulcro, porque no he visto paredes. La mezquina puerta, acaso no era sino otra abertura del sepulcro. ¿Este ha permanecido siempre subterráneo, como la rotunda de las catacumbas en Alejandría, ó se alzaba sobre el suelo, como el sepulcro de Cecilio Metello en Roma? ¿Tenia una arquitectura esterior, y á qué órden pertenecia? Dudas son estas que aun están por resolver. Nada se ha encontrado en este sepulcro, y ni aun hay certidumbre de que sea el de Agamenon, mencionado por Pausanias. (1)

Al salir de este monumento atravesé un valle estéril, y ví las ruinas de Micenas en el costado de una colina opuesta, donde admiré especialmente una de las puertas, formada de trozos de peñascos gigantes-

(1) Los lacedemonios se envanecian tambien de poseer las cenizas de Agamenon.

cos, colocados sobre los mismos peñascos de la montaña, con los cuales parece forman conjunto. Dos leones de forma colosal, esculpidos á entrambos lados de esta puerta, son su único adorno; están representados en relieve, en pié y de frente, como los que sostenian los escudos de armas de nuestros antiguos caballeros; los leones no tienen ya cabezas. Ni aun en Egipto he visto arquitectura mas imponente; y el desierto que la rodea contribuye á revestirla de mayor magestad; pertenece á ese género de obras que Estrabon y Pausanias atribuyen á los Cíclopes, y de las que se hallan algunos vestigios en Italia. M. Petit-Radel supone que esta arquitectura es anterior á la invencion de los órdenes arquitectónicos. Por lo demás, los que en aquella soledad me mostraban el sepulcro de Agamenon y las ruinas de Micenas, eran un niño, enteramente desnudo, y un pastor.

Al pié de la puerta mencionada hay una fuente, que será, si así se quiere, la que Perseo halló debajo de una seta, y dió su nombre á Micenas; porque *Mycés* significa en griego una seta ó el pomo de una espada: esta conseja es de Pausanias. Al dirigirme de nuevo al camino de Corinto, oí resonar el suelo bajo los pasos de mi caballo; apeeme y descubrí la bóveda de otro sepulcro.

Pausanias cuenta en Micenas cinco sepulcros: el de Atreo, el de Agamenon, el de Eurimedon, el de Teledamo, el de Pélope, y el de Electra; y añade que Clitemnestra y Egisto estaban enterrados estramuros; ¡habria, pues, hallado el sepulcro de Clitemnestra y Egisto! Lo he indicado á M. Fauvel, quien debe buscarlo en su primer viaje á Argos; ¡estraño destino, el que me hace salir espresamente de Paris para hallar las cenizas de Clitemnestra!

Dejamos á Nemeo á nuestra izquierda, y continuando nuestro camino llegamos temprano á Corinto, cruzando una especie de llanura, atravesada por unos riachuelos y dividida por algunos montecillos aislados, parecidos al Acro-Corinto, con el que se confunden. Descubrimos este mucho antes de llegar á él, á manera de una masa informe de granito rojizo, coronado por una línea de muros sinuosos. Todos los viajeros han descrito á Corinto. Espon y Wheler visitaron su ciudadela, en la que hallaron la fuente Pirene; pero Chandler no subió al Acro-Corinto, y M. Fauvel nos dice que los turcos no permiten ya á nadie la entrada en él. En efecto, yo no pude conseguir ni siquiera el permiso de pasearme por sus inmediaciones, á pesar de las vivas diligencias de mi genízaro. Por lo demás, Pausanias, en su *Corintia*, y Plutarco, en la *Vida de Arato*, nos han dado á conocer detalladamente los monumentos y las localidades del Acro-Corinto.

Habíamos bajado á un kan bastante aseado, colocado en el centro de la poblacion, y no distante de un bazar. El genízaro partió en busca de bastimentos, José preparó la comida, y mientras entrambos se ocupaban de esta manera, fuí á recorrer solo las cercanías.

Corinto está situada al pié de las montañas, en una llanura que se estiende hasta el mar de Crisa, hoy golfo de Lepanto, único nombre moderno que rivaliza en hermosura en Grecia con los nombres antiguos. Cuando el tiempo está despejado, se descubren mas allá de este mar las cimas del Helicon y del Parnaso; pero no se ve, ni aun desde la misma ciudad, el mar Sarónico; para esto es preciso subir al Acro-Corinto, desde donde no solo se descubre este mar, sino que la vista llega hasta la ciudadela de Atenas y hasta el cabo Colona. «Esta es, dice »Espon, una de las mas hermosas vistas del universo.» Lo creo sin dificultad, porque aun al pié del Acro-Corinto la perspectiva es encantadora. Las casas, bastante espaciosas y bien acondicionadas, están diseminadas por grupos en la llanura, entre las moreras, los naranjos y los cipreses; las viñas, que constituyen la riqueza del país, dan á la campiña cierto aspecto de frescura y de fertilidad; estas viñas no están levantadas á manera de guirnaldas sobre los árboles, como en Italia, ni bajas, como en las inmediaciones de Paris. Cada cepa forma un haz de verdor aislado, en cuyo derredor penden los racimos en otoño cual graciosos colgantes de cristales. Las erguidas crestas del Parnaso y del Helicon, el golfo de Lepanto, semejante á un magnífico canal, y el monte Oneyo, cubierto de mirtos, forman al Norte y al Oriente el horizonte de panorama tan soberbio; mientras el Acro-Corinto, las montañas de la Argólida y la Siconia se elevan el Mediodia y á Occidente. En cuanto á los monumentos de Corinto, ninguno subsiste ya. M. Foucherot solo descubrió entre sus ruinas, dos capiteles corintios único recuerdo del órden de arquitectura inventado en esta ciudad.

Corinto, completamente destruida por Mummio, reconstruida por Julio César y Adriano, destruida segunda vez por Alarico, y de nuevo reedificada por los venecianos, fue saqueada por tercera y última vez por Mahomet II. Estrabon la vió poco despues de su restablecimiento bajo el poder de Augusto. Pausanias la admiró en tiempo de Adriano; y segun los monumentos que nos ha descrito, era en aquella época una ciudad magnífica. Curioso hubiera sido saber lo que podia ser en 1173 cuando pasó por ella el judío español, Benjamin de Tudela, quien refiere que llegó á Patrás, «ciudad de Antipater, dice, uno de los cuatro reyes »griegos que se repartieron el imperio de Alejandro.» Desde allí se trasladó á Lepanto y á Corinto, donde halló trescientos judíos gobernados por los venerables rabinos, Leon, Jacob y Ezechias; esto era todo lo que Benjamin buscaba.

Algunos viajeros modernos nos han dado á conocer mejor lo que aun subsiste de Corinto, despues de tantas calamidades: Espon y Wheler descubrieron en ella los restos de un templo de la mas remota antigüedad, que se componian de once columnas estriadas, sin base, y de órden dórico. Espon asegura que estas columnas no tenian cuatro diámetros mas de altura que el de la base de la columna; lo que significa al parecer que tenian cinco diámetros. Chandler dice que tenian la mitad de la altura que hubieran debido tener para hallarse en la justa proporcion de su órden. Es evidente que Espon se equivoca, pues toma por medida del órden el diámetro del pié de la columna y no el de la tercera parte. Este monumento, dibujado por Leroi, merecia ser citado, porque prueba, ó que el primer dórico no tenia las proporciones que posteriormente le señalaron Plinio y Vitrubio, ó que el órden toscano, á que al parecer se aproxima este templo, no nació en Italia. Espon ha creido reconocer en este monumento el templo de Diana de Efeso, citado por Pausanias; y Chandler, el Sisifeo de Estrabon. No puedo decir si estas columnas subsisten aun, pues no las he visto; pero creo saber de un modo vago que han sido derribadas, y que los ingleses se han llevado sus últimos restos. (1)

Un pueblo marítimo, un rey que de filósofo se trocó en tirano, y un bárbaro de Roma que creia que las estátuas de Praxíteles se reemplazan como las corazas de los soldados: todos estos recuerdos no hacen muy interesante á Corinto; pero se puede recurrir á Jason, á Medea, á la fuente Pirene, al Pegaso, á los juegos Istmicos, instituidos por Teseo y cantados por Píndaro; es decir, que se puede recurrir como de costumbre, á la Fábula y á la poesía. No hablo de Dionisio y de Timoleon, pues aquel fue bastante cobarde para no morir, y este bastante desgraciado para vivir. Si yo subiese á un trono algun dia, no bajaria de él sino muerto, pues nunca tendria la virtud suficiente para matar á un hermano: doy, pues, al olvido estos dos

(1) Estas columnas estaban ó están todavía hácia la puerta de Esqueno, y no he bajado al mar.

hombres, y prefiero aquel niño que en el sitio de Corinto hizo verter lágrimas al mismo Mummio, al recitar los versos de Homero, que traducidos dicen:

«¡Oh tres y cuatro veces felices los griegos que perecieron delante de los anchos muros de Ilion, defendiendo la causa de los Atridas! ¡Pluguiese á los dioses que hubiese cumplido mi destino el dia en que los troyanos arrojaron sobre mí sus dardos, mientras defendia el cadáver de Aquiles! Entonces hubiera obtenido los honores fúnebres de la hoguera, y los griegos hubieran hablado de mi nombre. ¡Hoy, mi estrella es terminar mis dias con una muerte oscura y lastimosa!»

He aquí lo verdadero, lo natural, lo patético; y aquí se halla un gran golpe de la fortuna, el poder del genio y el corazon del hombre.

Todavía se hacen vasos en Corinto; pero no son ya los que Ciceron pedia con tanto ahinco á su querido Ático.

Parece, por lo demás, que los corintios han perdido el afecto que profesaban á los extranjeros, pues mientras examinaba un mármol en una viña, fuí asaltado por una granizada de piedras; por lo visto, los descendientes de Laïs quieren mantener el honor del proverbio.

Cuando los Césares reconstruian los muros de Corinto, y los templos de los dioses salian de sus ruinas mas brillantes que en tiempo alguno, habia un oscuro operario que levantaba en silencio un monumento que ha subsistido en pié en medio de las ruinas de la Grecia. Este obrero era un extranjero que decia de sí mismo: «He sido apaleado tres veces, apedreado una, y he naufragado tres. He hecho diferentes viajes, y encontrado diferentes peligros en los rios; peligros por parte de los ladrones, por la de mis compatriotas y por la de los gentiles; peligros en medio de las ciudades, en medio de los desiertos y entre los hermanos falsos; he sufrido toda clase de trabajos y de fatigas, frecuentes vigilias, el hambre y la sed, y muchas penalidades, el frio y la desnudez.» Este hombre, ignorado de los poderosos, despreciado por la muchedumbre y desechado como «la escoria del mundo,» no se asoció primero sino dos compañeros, Crispo y Cayo, con la familia de Estéfanas: tales fueron los desconocidos arquitectos de un templo indestructible, y los primeros fieles de Corinto. El viajero recorre con la vista el lugar de aquella célebre ciudad, y no descubre ni un solo vestigio de los altares del paganismo; pero ve algunas capillas cristianas que descuellan en medio de las cabañas de los griegos.

El Apóstol puede dirigir aun desde el cielo, el saludo de paz á sus hijos, y decirles: «Pablo, á la Iglesia de Dios, que está en Corinto.»

Cerca de las ocho de la mañana del 21, salimos de Corinto, despues de una noche bastante buena. Dos caminos conducen de Corinto á Megara: uno atraviesa el monte Geranio, llamado hoy Palœo-Vouni (la Montaña-vieja); el otro costea el mar Sarónico, á lo largo de las rocas Escironias; este camino es el mas ameno; y era el único que los antiguos viajeros conocian, pues no hablan del primero; pero los turcos no permiten ya seguirlo, y han establecido un puesto militar al pié del monte Oneyo, casi en medio del istmo, para hallarse al alcance de entrambos mares; la jurisdicion de la Morea termina allí, y no se puede pasar aquella gran guardia, sin exhibir una órden espresa del pachá.

Obligado, pues, á tomar el camino que quedaba libre, érame preciso renunciar á las ruinas del templo de Neptuno-Istmico, que Chandler no pudo encontrar, que vieron Pococke, Espon y Wheler, y que todavía subsisten, segun el testimonio de Mr. Fauvel. Por la misma razon no examiné las señales de las tentativas practicadas en diferentes épocas para cortar el istmo; el canal que se habia empezado á construir por la parte del puerto Esqueno, tiene, segun dice Mr. Foucherot, de treinta á cuarenta piés de profundidad y sesenta de anchura. Hoy se conseguiria fácilmente este proyecto por medio de la pólvora, pues solo median cinco millas de un mar á otro, midiendo la parte mas estrecha de la lengua de tierra que separa ambos mares.

Una muralla de seis millas de longitud, muchas veces reconstruida y derribada, cerraba el istmo en un lugar que recibió el nombre de *Hexamillia*: en este lugar empezamos á trepar el monte Oneyo; con frecuencia detenia mi caballo para mirar el camino recorrido, y contemplaba con secreta melancolía los dos mares, sobre todo el que se estendia al Occidente, y que parecia tentarme con los recuerdos de la Francia. ¡Aquel mar se mostraba tan tranquilo! ¡el camino era tan corto! ¡en pocos dias hubiera podido tornar á ver mis amigos! Dirigia embelesado mis inquietas miradas al Peloponeso, á Corinto y al istmo, lugar donde se celebraban los juegos: ¡qué desierto! ¡qué silencio! ¡Infortunado país! ¡desgraciados griegos! ¿La Francia perderá así su gloria? ¿se verá desvastada y hollada así en la sucesion de los siglos?

Esta imágen de mi patria, que vino de repente á mezclarse con los gigantescos espectáculos que se ofrecian á mi vista, me enterneció; pensaba ya con amargura en el espacio que me era preciso recorrer antes de ver de nuevo mis Penates. Estaba, como el amigo de la Fábula, alarmado por un sueño; y hubiera regresado gustoso á mi país para decirle:

Te me has aparecido en mi sueño un poco triste; he temido que fuese verdad, y he acudido presuroso; este maldito sueño tiene la culpa.

Penetramos en los desfiladeros del monte Oneyo, perdiendo de vista y volviendo á ver alternativamente el mar Sarónico ya Corinto. Desde la mas alta cumbre de este monte, llamado *Macriplaysi*, bajamos al Derveno, donde habia una numerosa guardia. No sé si debe colocarse allí á Crommyon; pero en verdad no hallé hombres mas humanos que Pitiocamptés (1). Exhibí el pase del pachá, y el comandante del puesto me invitó á fumar la pipa y beber el café en su barraca. Era un hombre obeso, de semblante tranquilo y apático, que no podia hacer movimiento alguno en su estera sin suspirar, como si esperimentase algun dolor. Examinó mis armas, me hizo observar las suyas, sobre todo una larga carabina, que segun decia, era de mucho alcance. Los guardias descubrieron á un paisano que subia la montaña fuera de camino; intimáronle que bajase, mas él no oyó la voz. Entonces el comandante se levantó con trabajo, tomó su carabina, apuntó largo rato entre los abetos al paisano, y le hizo fuego; despues de esto, volvió á sentarse tan tranquilo como antes. El paisano bajó á la guardia, herido al parecer, pues lloraba y mostraba su sangre; aquellos bárbaros le dieron cincuenta palos para curarle.

Levanteme bruscamente, y tanto mas consternado cuanto que tal vez el deseo de hacer brillar á mi vista su hábil puntería, habia determinado á aquel verdugo á disparar contra el paisano. José no quiso traducir lo que yo decia, y acaso era necesaria la prudencia en aquel momento; pero no escuché la prudencia.

Híceme traer mi caballo, y partí sin esperar al genizaro, que me seguia prorumpiendo en inútiles voces. Reunióse á mí con José, cuando me hallaba ya bastante internado en las crestas del monte Geranieno. Mi justa indignacion se apaciguó poco á poco, por efecto de los lugares que recorria. Me parecía que al acercarme á Atenas, entraba en los paises civilizados, y que la naturaleza misma adqueria un aspecto menos triste. La Morea está casi enteramente desprovista de árboles, aunque es, sin duda alguna, mas fértil que el Ática. Érame grato atravesar un bosque de pinos, entre cuyos troncos descubria el mar. Los planos inclinados

(1) *Cortador de pinos*, bandido muerto por Teseo.

que se estienden desde la orilla hasta el pié de la montaña, estaban cubiertos de olivos y de algarrobos; esta clase de parajes es poco comun en Grecia.

El objeto que me llamó la atencion al llegar, fue una turba de mujeres albanesas, que á la verdad no eran tan hermosas como Nausicaa y sus compañeras; lavaban alegremente unas telas en una fuente, en cuyas inmediaciones se veian algunos restos informes de un acueducto. Si aquella era la fuente de las ninfas Sítnidas, y aquel el acueducto de Teagenes, debo decir que Pausanias los ha ensalzado mucho.

Los acueductos que he visto en Grecia no se parecen á los romanos, pues casi no se elevan del nivel del suelo, ni presentan esa serie de grandes arcos que producen en la perspectiva tan hermoso efecto.

Bajamos á la casa de un albanés, donde hallamos un aposento bastante aseado. No eran aun las seis de la tarde, y cediendo á mi costumbre, fui á vagar entre las ruinas. Megara, que conserva su nombre, y el puerto de Nisea, llamado *Dodeca Ecclesiais* (las Doce Iglesias), sin ser muy célebres en la historia, tenian en otro tiempo hermosos monumentos. La Grecia, en tiempo de los emperadores romanos, debia parecerse mucho á la Italia del último siglo: era una tierra clásica en la que cada ciudad estaba llena de obras maestras. En Megara se ven los doce grandes dioses de mano de Praxiteles; un Júpiter Olímpico empezado por Teóscomo y por Fidias, y los sepulcros de Alcmena, de Ifigenia y de Tereo. La abubilla se presentó por primera vez en este sepulcro; de lo que se dedujo que Tereo habia sido trocado en esta ave, como sus víctimas lo habian sido en golondrina y ruiseñor. Puesto que yo hacia un viaje de poeta, debia aprovecharme de todo, y creer firmemente con Pausanias, que la aventura de la hija de Pandion empezó y concluyó en Megara. Por otra parte, descubria desde esta ciudad las dos cimas del Parnaso; y esto bastaba para traer á mi memoria los versos de Virgilio y la Fontaine:

Qualis populea mærens Philomela, etc.

En otro tiempo, Progne la golondrina, etc.

La Noche ó la Oscuridad, y Júpiter-Conio tenian sus templos en Megara; puede decirse que estas dos divinidades han quedado allí. Vénse aquí y acullá algunos lienzos de muralla: ignoro si son las que construyeron Apolo y Alcatoo. El dios, al trabajar en esta obra, colocó su lira en una piedra que desde entonces desprendia un sonido armonioso cuando era percutida con un guijarro. El abate Fourmont recogió en Megara treinta inscripciones. Pococke, Espon, Wheler y Chandler hallaron algunas otras de ningun interés. No busqué la escuela de Euclides, pues hubiera preferido á ella la casa de la piadosa mujer que enterró los huesos de Focion debajo de su hogar. Despues de una escursion bastante larga, volví á casa de mi huésped, donde me esperaban para ir á visitar un enfermo.

Los griegos y los turcos suponen que todos los franceses poseen conocimientos en medicina y secretos particulares; así es que la sencillez con que se dirigen á un extranjero en sus enfermedades, ofrece cierto carácter de ternura y recuerda las antiguas costumbres; esta creencia es una noble confianza del hombre en el hombre. Los salvajes de América tienen el mismo uso. Creo que la religion y la humanidad prescriben en este caso al viajero que se brinde á lo que de él se espera: un aspecto de seguridad y algunas palabras de consuelo pueden algunas veces restituir la vida á un moribundo, y devolver la alegría á una familia afligida.

Un griego vino á buscarme para que viera á su hija; hallé á una pobre niña acostada en el suelo sobre una estera, y envuelta en unos miserables harapos. La desvalida sacó un brazo con gran repugnancia y pudor de aquellos pobres girones y lo dejó caer desfallecida. Me pareció acometida de una calentura pútrida; así, pues, mandé le quitasen de la cabeza las medallitas de plata con que las labradoras albanesas adornan su cabellera, pues el peso de las trenzas y del metal reconcentraba el calor en el cerebro. Yo llevaba alcanfor como preservativo de la peste, y lo apliqué á la enferma, á quien se habia alimentado con uvas; régimen que mereció mi aprobacion. Por último oramos á Christos y á la Hanagia (la Vírgen), y ofrecí una pronta curacion. Muy lejos estaba de esperarla, pues he visto morir á tantas personas, que tengo en este particular demasiada esperiencia.

Al salir, hallé á todo el vecindario reunido á la puerta; las mujeres se precipitaron sobre mí gritando: *crasi! ¡crasi!* ¡vino! ¡vino!» Querian demostrarme su gratitud obligándome á beber; esto hacia bastante ridículo mi papel de médico. ¿Pero qué importa, si he añadido en Megara una persona mas al número de las que pueden desearme alguna felicidad en los diferentes paises que he recorrido? Es un envidiable privilegio del viajero el dejar en pos de sí muchos recuerdos, y vivir en el corazon de los extranjeros algunas veces mas tiempo que en el de sus amigos.

Regresé al kan con ánimo triste; y toda la noche tuve presente la imágen de la moribunda albanesa; esto me hizo recordar que Virgilio, al recorrer la Grecia, como yo, se vió detenido en Megara por la enfermedad á que sucumbió; yo me sentia acometido á mi vez de calentura. Megara habia visto pasar tambien no há muchos años otros franceses mucho mas desgraciados que yo (1). Deseaba con ahinco salir de un lugar que me parecia marcado con el sello de la fatalidad.

Sin embargo, no abandonamos nuestro albergue hasta el dia siguiente, 2 de agosto, á las once de la mañana. El albanés que nos habia recibido quiso regalarme antes de mi partida con una de esas gallinas sin cresta y sin cola, que Chandler creia peculiares de Megara, y que han sido llevadas allí de la Virginia, ó tal vez de un pequeño canton de Alemania. Mi huésped tenia en gran estima estas gallinas, de las cuales sabia mil cuentos. Hícele decir que yo habia viajado en el país de aquellas aves, país muy distante, situado al otro lado del mar, donde habia muchos griegos establecidos en medio de los bosques, entre los salvajes. En efecto, algunos griegos cansados de sufrir el yugo que les abruma, han pasado á la Florida, donde los frutos de la libertad les han hecho perder el recuerdo de su país natal. «Los que habian saboreado este dul»ce fruto, no podian ya renunciar á él, sino que desea»ban vivir entre los Lotófagos, y olvidaban su pa»tria.» (2)

Nada de esto entendia el albanés, y por única respuesta me invitaba á comer su gallina y algunos *frutti di mare*. Yo hubiera preferido el pez llamado *glauco*, que se pescaba en otro tiempo en la costa de Megara. Anaxandrides, citado por Ateneo, declara que solo Nereo pudo ser el primero que imaginó comer la cabeza de este esquisito pez; Antifanes quiere que sea hervido; y Amfis lo sirve entero á aquellos siete caudillos que sentados sobre un escudo negro,

Espantaban á los cielos con formidables juramentos.

El retraso causado por el buen corazon de mi huésped, y aun mas por mi cansancio, nos impedió llegar á Atenas aquel mismo dia. Habiendo salido de Megara á las once de la mañana, como dejo dicho, atravesamos primero la llanura; y luego subimos el monte Kerato-Pyrgo, el Kerata de la antigüedad; en su cima descuellan dos rocas aisladas, y sobre una de ellas se descubren las ruinas de una torre que da su nombre á la montaña. La palestra de Cercion y el sepulcro de Alopé deben ser colocados en la falda de Kerato-Pyrgo, hácia la parte de Eleusis; ningun vestigio queda de ellos. No tardámos en hallar el Pozo-Florido, en

(1) La guarnicion de Zante.
(2) Odisea.

fondo de un valle cultivado. Yo me sentia casi tan cansado como Ceres, cuando se sentó cerca de aquella fuente, despues de haber buscado por toda la tierra á Proserpina. Detuvimonos algunos instantes en el valle, y luego proseguimos nuestro camino. Al acercarnos á Eleusis, no ví las anémones de diferentes colores que Wheler descubrió en los campos; es verdad que la estacion oportuna habia pasado.

A las cinco de la tarde llegamos á una llanura rodeada de montañas al Norte, al Occidente y al Oriente. Un brazo de mar largo y estrecho, baña esta llanura hácia el Mediodia, y forma, por decirlo así, la cuerda del arco de las montañas. El lado opuesto de este brazo de mar está ceñido por las orillas de una isla elevada, cuya estremidad oriental se acerca á uno de los promontorios del continente : entre estas dos puntas se ve un estrecho. Resolví detenerme en una aldea construida sobre una colina, que terminaba hácia el Oriente cerca del mar, el círculo de las mencionadas montañas.

En la llanura se descubrian las ruinas de un acueducto y muchos escombros esparcidos entre los haces de una reciente cosecha; nos apeamos al pié del montecillo, y subimos á la cabaña mas cercana, donde nos fue concedida grata hospitalidad.

Mientras me hallaba á la puerta, vi llegar á un griego que me saludó en italiano, y me refirió, sin mas preámbulo su historia : reduciáse esta á que era natural de Atenas, y su oficio hacer alquitran con los pinos de los montes Geranienos; era amigo de Mr. Fauvel, á quien yo me proponia visitar; respondile que llevaba cartas para Mr. Fauvel. Yo conocia bien aquellos lugares; pero un ateniense amigo de Mr. Fauvel debia ser un escelente cicerone. Roguéle, pues, me esplicase un poco lo que veia y me diese noticias relativas al pais. El ateniense puso la mano sobre su corazon, á la usanza turca, y se inclinó humildemente: «Muchas »veces, me dijo, he oido esplicar todo esto á Mr. Fau»vel; pero yo soy un ignorante y no sé si es cierto. »Ved primero hácia el Oriente, por encima del pro»montorio, la cima de una montaña amarilla : es el »Telo-Youni (el pequeño Himeto); la isla situada al »otro lado de este brazo de mar, es Couluri; Mr. Fau»vel la llama *Salamina*, y dice que en ese canal »que tenemos en frente, se dió un gran combate en»tre la flota de los griegos y otra de los persas. Los »griegos ocupaban este canal, y los persas el lado »opuesto, hácia el puerto Leon (el Pireo); el rey de »esos persas (cuyo nombre no recuerdo ya), estaba »sentado en un trono, en la punta de ese cabo. Por »lo que respecta á esta aldea, Mr. Fauvel la llama »*Eleusis* y nosotros *Lepsina*. Mr. Fauvel dice, que »habia en ella un templo (el de Ceres), al pié de esta »casa; si quereis dar algunos pasos, vereis el lugar »donde se hallaba tambien el ídolo mutilado de este »templo (la estátua de Ceres-Eleusina); los ingleses »se lo han llevado.»

El griego se alejó de mí para ir á hacer su alquitran, dejándome con la vista fija en una playa desierta, y sobre un mar donde no se veia otro bajel que una miserable barca pescadora, atracada á las argollas de un muelle ruinoso.

Todos los viajeros modernos han visitado á Eleusis, y todas sus incripciones han sido trasladadas. Solo el abate Fourmont copió veinte. Tenemos una doctísima disertacion acerca de Eleusis, de Mr. de Sainte-Croix, y un plano de su templo por Mr. Faucherot. Warturbon, Sainte-Croix y el abate Barthelemy han dicho todo lo que en los misterios de Ceres puede escitar la curiosidad, y el último de estos autores nos ha descrito sus pompas esteriores. Por lo que toca á la estátua mutilada, arrebatada por dos viajeros, Chandler la toma por la estátua de Proserpina, y Espon por la de Ceres. Este busto colosal tiene, segun Pococke, cinco piés y medio de un hombro á otro; y el cesto que lo corona tiene mas de dos de altura. Espon supone que esta estátua puede ser la de Praxiteles; pero ignoro en qué se funda esta opinion. Pausanias, cediendo al respeto de estos misterios, no describe la estátua de Ceres; y Estrabon guarda el mismo silencio. Es cierto que se lee en Plinio que Praxiteles era autor de una Ceres de mármol y de dos Proserpinas de bronce; pero habiendo sido la primera, de que tambien habla Pausanias, trasladada á Roma, no puede ser la que algunos años há se veia en Eleusis; las dos Proserpinas no pertenecen á esta cuestion. A juzgar por el fragmento que nos queda de esta estátua, pudiera no representar sino una Canéfora (1). Creo que Mr. Fauvel me ha dicho que esta estátua, no obstante su fama, era de una ejecucion bastante incorrecta.

Nada, pues, debo referir de Eleusis despues de tantos viajeros, sino que me paseé entre sus ruinas; que bajé al puerto y que me detuve á contemplar el estrecho de Salamina. Las fiestas y la gloria habian pasado; el silencio era igual en la tierra y el mar; ni aclamaciones, ni cantos, ni grandezas en la orilla; ni gritos bélicos, ni choque de galeras, ni tumultuoso estrépito en las olas. Mi imaginacion no podia bastar, ora á representarse la procesion religiosa de Eleusis, ora á cubrir las playas con el innumerable ejército de los persas, que miraban el tremendo combate de Salamina. En mi concepto, Eleusis es el lugar mas respetable de la Grecia, pues en él se enseñaba la unidad de Dios, y fue testigo del esfuerzo mas colosal que los hombres han hecho en tiempo alguno en defensa de la libertad.

¡Quién lo creeria! Salamina está hoy casi enteramente borrada de la memoria de los griegos. El lector ha visto lo que de ella me decia mi ateniense. Mr. Fauvel dice en sus *Memorias*: «La isla de Salamina no ha »conservado su nombre, que ha sido olvidado al par »del de Temistocles.» Espon refiere que recibió hospedaje en Salamina en casa del papas Iaonnis, «hombre, »añade, menos ignorante que todos sus huéspedes, »pues sabia que la isla se habia llamado en otro tiempo »*Salamina*, y nos dijo que así lo habia oido á su pa»dre.» Esta indiferencia de los griegos, relativamente á su patria, es tan sensible como vergonzosa; no solo ignoran su historia, sino que casi todos (2) desconocen la lengua que forma su gloria; un inglés, impulsado de un santo celo, intentó estableblecer en Atenas una cátedra de griego antiguo.

Solo la noche pudo obligarme á abandonar la playa. Las olas, concitadas por la brisa vespertina, azotaban la orilla y venian á estrellarse á mis piés, mientras vagaba lentamente á lo largo del mar que bañaba la tumba de Temistocles; es casi seguro que yo era el único hombre que en aquel momento se acordaba en toda la Grecia de este gran hombre.

José habia comprado un carnero para nuestra cena, pues sabia que al dia siguiente llegaríamos á la casa de un cónsul de Francia. Nada le importaban Esparta que habia visto, y Atenas que iba á ver; pero en la alegría que le causaba la idea de que iba á tocar el término de sus fatigas, regalaba la casa de nuestro huésped. La mujer, los hijos y el marido estaban en movimiento; solo el genízaro permanecia inmóvil en medio de la agitacion general, fumando en su pipa y aplaudiendo con el turbante todas aquellas tareas de que se prometia aprovecharse cumplidamente. Desde la destruccion de los misterios por Alarico, no se habia celebrado en Eleusis una fiesta como aquella. Pusímonos á la mesa, es decir, nos sentamos en el suelo, en derredor del aderezado carnero, habiendo hecho nuestra huéspeda cocer un pan, que no era muy bueno, pero sí tierno, como recien sacado del

(1) Guillet la toma por una cariátide.

(2) Esto no carece de gloriosas escepciones; todos han oido hablar de MM. Corai, Kodrika, etc., etc.

horno. Con gran placer hubiera prorumpido en la antigua esclamacion de: *¡Viva Ceres!* Aquel pan, que procedia de la nueva cosecha, demostraba la falsedad de una profecía referida por Chandler. En tiempo de este viajero se decia en Eleusis que si alguna vez era robada la mutilada estátua de la diosa, la llanura dejaria de ser fértil. Ceres ha sido llevada á Inglaterra, y los campos de Eleusis no han dejado de ser fecundados por esa divinidad de real y positiva existencia, que llama á todos los hombres á la participacion de sus altos misterios, y que no teme ser destronada.

Aquella regalada comida y la paz de que gozábamos, me eran tanto mas agradables cuanto que las debiamos, por decirlo así, á la Francia. Há treinta ó cuarenta años que todas las costas de la Grecia, y especialmente los puertos de Corinto, Megara y Eleusis estaban infestadas de piratas; pero el buen régimen establecido en nuestras estaciones de Levante destruyeron poco á poco esta piratería; nuestras fragatas vigilaban incesantes, y los súbditos otomanos respiraban á la sombra del pabellon francés. Las últimas revoluciones de Europa han acarreado por algunos momentos otras combinaciones de potencias; pero los corsarios no han vuelto á dejarse ver. Brindamos, pues, á la celebridad de las armas que protegian nuestro banquete en Eleusis, como los atenienses debieron dar gracias á Alcibiades cuando condujo incólume la procesion de Iaco al templo de Ceres.

Amaneció al fin el fausto dia de nuestra entrada en Atenas. El 23 á las tres de la mañana todos estábamos á caballo, y á pocos momentos empezamos á desfilar en silencio por la Vía Sagrada, pudiendo asegurar que el iniciado mas devoto de Ceres no esperimentó en tiempo alguno un entusiasmo tan vivo como el mio. Habíamos vestido, para solemnizar la entrada, nuestros mejores trajes; el genízaro habia vuelto del revés su turbante, y por estraordinario los caballos habian sido esmeradamente enjaezados. Atravesamos el cauce de un torrente llamado *Saranta-Potamo* ó los *Cuarenta Rios*, probablemente el Cefiso Eleusinieno; vimos algunas ruinas de iglesias cristianas que ocupan sin duda el lugar del sepulcro de aquel Zarex, á quien Apolo instruyera en el arte de los cantos. Otras ruinas nos anunciaron los monumentos de Eumolpo y de Hipotoon; hallamos el rithi ó las corrientes de agua salada, donde durante las fiestas de Eleusis el pueblo insultaba á los transeuntes en memoria de las injurias que una vieja habia dirigido en otro tiempo á Ceres. Pasando desde allí al fondo ó á la punta estrema del canal de Salamina, entramos en el desfiladero que forman los montes Parnés y Egaleo; esta parte de la Vía Sagrada se llamaba el *Místico*. Luego descubrimos el monasterio de Dafne, construido sobre los restos del templo de Apolo, cuya iglesia es una de las mas antiguas del Ática; un poco mas lejos vimos las ruinas del templo de Venus. Al fin el desfiladero empieza á ensancharse, y dando la vuelta al monte Pecilo, situado en medio del camino, como para cubrir el cuadro, la llanura de Atenas se descubrió súbitamente á nuestros ojos.

Los viajeros que visitan la ciudad de Cecrops llegan por lo regular por el Pireo ó por el camino de Negroponto, perdiendo así una parte de tan hermosa vista, porque solo se descubre la ciudadela cuando se llega por mar; y el Anquesmo intercepta la perspectiva cuando se baja de la Eubea. Mi feliz estrella me habia llevado por el camino verdadero para ver á Atenas en toda su gloria.

El primer objeto que hirió mi vista fue la ciudadela iluminada por el sol naciente; descollaba exactamente en frente de mí, al otro lado de la llanura, y parecia apoyarse en el monte Himeto, que formaba el fondo de tan soberbio cuadro. Presentaba en un confuso grupo los capiteles de los Propileos, las columnas del Partenon y del templo de Erecteo, las troneras de una muralla erizada de cañones, las ruinas góticas de los cristianos, y los mezquinos tugurios de los musulmanes.

Dos colinas de escasa altura, el Anquesmo y el Museo, descollaban al Norte y al Mediodia del Acrópolis. Entre dichas colinas y al pié de este, Atenas se ostentaba á mis ojos: sus techos aplanados y entrecortados por muchos minaretes, cipreses, ruinas, columnas aisladas, y las cúpulas de sus mezquitas coronadas con grandes nidos de cigüeñas, formaban un efecto muy agradable, á los rayos del sol. Pero si se reconocia aun á Atenas y sus despojos, echábase tambien de ver en el conjunto de su arquitectura y en el carácter general de sus monumentos, que la ciudad de Minerva no estaba ya habitada por su pueblo.

Un recinto de montañas que termina en el mar, forma la llanura de Atenas. Desde el punto en que yo veia esta llanura en el Pecilo, parecia dividida en tres zonas ó regiones, que siguen una direccion paralela de Norte á Mediodia. La primera de estas regiones y la mas inmediata á mí, estaba inculta y cubierta de malezas; la segunda presentaba un terreno labrado, donde se acababa de hacer la siega; la tercera ofrecia un largo bosque de olivos, que se dilataba un poco circularmente desde los manantiales del Iliso, pasando al pié del Anquesmo, hasta la proximidad del puerto de Falerio. El Cefiso corre por este bosque, que por su vejez parece descendiente del olivo que Minerva hizo salir de la tierra. El Iliso tiene su seco cauce al otro lado de Atenas, entre esta y el monte Himeto. La llanura no es enteramente plana, pues una pequeña cadena de colinas, ramificaciones del Himeto, destruye su nivel, y forma las diferentes alturas sobre que Atenas colocó paulatinamente sus magníficos monumentos.

Nunca, en los primeros momentos de una emocion muy enérgica, gozamos por entero de nuestros sentimientos. Yo me acercaba á Atenas con una especie de placer que me robaba el poder de la reflexion; sin embargo, no esperimentaba ninguna sensacion parecida á las que me habian agitado á la vista de Lacedemonia. Esparta y Atenas han conservado hasta en sus ruinas el sello de sus diferentes caracteres: las de la primera son tristes, graves y solitarias; las de la segunda, risueñas, alegres, habitadas. Al aspecto de la patria de Licurgo, todas las ideas que asaltan el ánimo son serias, varoniles y profundas; el alma fortificada parece elevarse y engrandecerse; mientras á la vista de la patria de Solon el espíritu se siente como encantado por los prestigios del genio, al adquirir la idea de la perfeccion del hombre, considerado como un ser inteligente é inmortal. Los elevados sentimientos de la naturaleza humana presentaban en Atenas cierta elegancia que no tenian en Esparta. El amor á la patria y á la libertad no era entre los atenienses un instinto ciego, sino un sentimiento dirigido por la razon y fundado en ese amor á lo bello en todos los géneros que el cielo les habia dispensado tan pródigamente; por último, pasando de las ruinas de Lacedemonia á las de Atenas, sentí que hubiera querido morir con Leónidas y vivir con Pericles.

Nos encaminamos á esta pequeña ciudad, cuyo territorio se estendia á quince ó veinte leguas; cuya poblacion no igualaba á la de un arrabal de Paris, y que compite en el universo con la fama del imperio romano. Fijos los ojos en sus ruinas, le apliqué estos versos de Lucrecio:

> Primæ frugiferos fœtus mortalibus ægris
> Dididerunt quondam præclaro nomine Athenæ,
> Et recreaverunt vitam, legesque rogarunt;
> Et primæ dederunt solatia dulcia vitæ.

Nada conozco que redunde mas en gloria de los griegos, que estas palabras de Ciceron: «Acuérdate, »Quintio, que mandas á los griegos que han civilizado »á todos los pueblos, enseñándoles la dulzura y la hu

»manidad, y á quienes Roma debe las luces que po»see.» Cuando se reflexiona lo que Roma era en tiempo de Pompeyo y César, y en lo que era el mismo Ciceron, estas breves palabras encierran un magnífico elogio (1).

De las tres zonas ó regiones que dividian á nuestra vista la llanura de Atenas, atravesamos rápidamente las dos primeras, la inculta y la cultivada. Ya no se ve en esta parte del camino el monumento del Rodio y el sepulcro de la Cortesana; pero se descubren las ruinas de algunas iglesias. Entramos en el bosque de olivos; antes de llegar al Celiso se hallaban dos sepulcros y un altar de Júpiter-el-Indulgente, y no tardamos en descubrir el álveo del rio entre los troncos de los olivos, que lo rodeaban á manera de añosos sauces; apeeme para saludar el rio y beber de sus aguas, y hallé exactamente la cantidad que necesitaba en un hoyo; las aguas restantes habian sido desviadas para procurar el riego de los olivares. Siempre me ha causado un vivo placer el beber el agua de los rios célebres que he pasado en mi vida: así, he bebido la del Mississipí, del Támesis, del Rin, del Po, del Tiber, del Eurotas, del Celiso, del Hermo, del Gránico, del Jordan, del Nilo, del Tajo y del Ebro. ¡Cuántos hombres pueden decir como los israelitas, en la orilla de estos rios: *¡sedimus et flevimus!*

A corta distancia, á mi izquierda, descubrí los restos del puente que Jenocles de Lindo habia hecho construir sobre el Cefiso. Volví á montar, y no intenté ver la higuera sagrada, el altar del Céfiro y la columna de Anteniócrito, porque el camino moderno no sigue ya en este lugar la antigua Via Sagrada. Al salir del olivar hallamos un jardin rodeado de tapias y que ocupa casi el lugar del Cerámico esterior, y empleamos media hora para llegar á Atenas á través de un campo de trigo. Una muralla moderna, recientemente separada y parecida á la tapia de un jardin, cierra la ciudad. Atravesamos la puerta, y entramos en unas reducidas calles campestres, frescas y bastante limpias; cada casa tiene su jardin plantado de naranjos é higueras. El pueblo me pareció alegre y curioso, y no tenia el abatido semblante de los moraitas. Llegamos al fin á la casa del cónsul de Francia.

No podia dirigirme á persona mas competente para visitar á Atenas que á Mr. Fauvel; pues como há muchos años que habita la ciudad de Minerva, conoce sus mas pequeños detalles mucho mejor que un parisiense los de Paris. Ha escrito escelentes Memorias, y le debemos los mas interesantes descubrimientos acerca del lugar ocupado por Olimpia, de la llanura de Maraton, del sepulcro de Temístocles en el Pireo, del templo de la Venus en los Jardines, etc. Encargado del consulado de Atenas, que no es para él sino un título de proteccion, ha trabajado y trabaja actualmente como pintor en el *Viaje pintoresco de la Grecia*. El autor de esta hermosa obra, Mr. de Choiseul-Gouffier, habia tenido la bondad de darme una carta para Mr. Fauvel, y le llevaba además otra del ministro (2).

No se espere que yo haga aquí una descripcion completa de Atenas; si se quiere saber la historia de esta ciudad, léase la introduccion de este *Itinerario*. Si se desea conocer los monumentos de la antigua Atenas, la traduccion de *Pausanias*, á pesar de sus defectos, basta perfectamente á la multitud de lectores, y el *Viaje del jóven Anacarsis* casi nada deja que desear. Respecto de las ruinas de esta famosa ciudad, las cartas de la coleccion de Martin Crusio, el padre Babin, el mismo La Guilletiere, no obstante sus mentiras, Pococke, Espon, Wheler, Chandler y sobre todo Mr. Fauvel las han dado á conocer tan minuciosamente, que yo no podria hacer mas que copiarlos. ¿Se desean los planos, los mapas, las vistas de Atenas y de sus monumentos? Hallaráselos en todas partes; basta recordar los trabajos del marqués de Nointel, de Leroi, de Stuart y de Pars; Mr. de Choiseul, al completar una obra interrumpida por tantos contratiempos, acabará de poner á nuestra vista toda Atenas. La parte de las costumbres y del gobierno de los modernos atenienses se halla igualmente bien tratada en los autores que acabo de citar; y como los usos no cambian en Oriente con tanta facilidad como en Francia, todo lo que Chandler y Guys (3) han escrito acerca de los griegos modernos presenta aun hoy la mas rigurosa verdad.

Sin ostentar erudicion á espensas de mis predecesores, daré cuenta de mis escursiones y sentimientos en Atenas, dia por dia y hora por hora, segun el plan que he seguido hasta aquí. Repito que este *Itinerario* no tanto debe ser mirado como un viaje, cuanto como las memorias de un año de mi vida.

Entré en el patio de M. Fauvel, á quien tuve la buena suerte de hallar en su casa, y le entregué al punto las cartas de M. de Choiseul y de M. de Talleyrand. M. Fauvel conocia mi nombre; y aunque no podia decirle: *Son pittor anch' io*, era á lo menos un aficionado lleno de celo, sino de talento; me animaba tan sincera voluntad de estudiar las antigüedades, y habia ido desde tan lejos á borrajear malos diseños, que el maestro vió en mí un alumno dócil.

Entablóse entonces entre nosotros una animada conversacion relativa á Paris y Atenas; pero en breve quedó olvidado aquel, para ocuparnos esclusivamente de esta. M. Fauvel, escitado en su amor á las artes por un discípulo, tenia tanta prisa en enseñarme á Atenas, cuanto era la mia por verla; aconsejóme, no obstante, que dejásemos pasar el escesivo calor del dia.

Nada anunciaba al cónsul en su habitacion; pero todo revelaba al artista y al anticuario. ¡Cuál fue mi júbilo al verme alojado en Atenas en un aposento lleno de modelos en yeso del Partenon! Pendian de las paredes algunas vistas del templo de Teseo, varios planos de los Propileos, y algunos mapas del Ática y de la llanura de Maraton. Veiánse muchos mármoles sobre una mesa, y muchas medallas sobre otra, con pequeñas cabezas y vasos de barro. Limpióse á poco, con gran sentimiento por mi parte, un noble polvo; estendióse luego un catre en medio de todas aquellas maravillas; y á semejanza del recluta que se incorpora al ejército en la víspera de una accion, pernocté en el campo de batalla.

La casa de M. Fauvel, tiene, como la mayor parte de las de Atenas, un patio á su frente y un jardin á su espalda. Yo me asomaba á todas las ventanas para descubrir á lo menos algun objeto en las calles; pero mi deseo era inútil. Descubríase, no obstante, entre los tejados de las casas inmediatas un ángulo de la ciudadela; yo permanecia clavado á la ventana que miraba hácia aquel lado con la impaciencia de un colegial, cuya hora de asueto no ha sonado aun. El genizaro de monsieur Fauvel se habia apoderado del mio y de José, de manera que no tenia que cuidar de ellos.

A las dos nos fue servida la comida, que consistió en asados de carnero y de pollos, medio á la francesa, medio á la turca. El vino, tinto y fuerte como los del Ródano, era de buena calidad; pero me pareció tan amargo, que me fue imposible beberlo. En casi todas las comarcas de la Grecia se echan en las pipas piñas, que dan al vino ese sabor amargo y aromático, con que cuesta algun trabajo familiarizarse. Si esta costumbre se remonta á la antigüedad, como presumo, esplicaria el por qué la piña estaba consagrada á Baco. Se nos

(1) Plinio el Jóven escribe casi lo mismo á Máximo, procónsul de Acaya.

(2) Mr. de Talleyrand.

(3) Es preciso leer á este con desconfianza, y precaverse contra su sistema.

sirvió miel del Himeto; pero su sabor de droga me disgustó; la de Chamouny me parece muy preferible. Mas adelante comí en Kircagach, cerca de Pérgamo en la Anatolia, una miel aun mas agradable, blanca como el algodon de que las abejas la recogen, y que tiene la firmeza y la consistencia de la pasta de malvavisco. M. Fauvel se reia al ver los visajes que me obligaban á hacer el vino y la miel del Atica, pues los habia adivinado. Como era preciso que me indemnizase con algun objeto curioso, me hizo observar el traje de la mujer que nos servia; traje enteramente igual al que usaban las antiguas griegas, sobre todo en los pliegues horizontales y ondulosos que se formaban sobre el pecho, y se unian á los pliegues perpendiculares que señalaban el borde de la túnica. El tejido grosero de que aquella mujer estaba vestida, contribuia mas á la semejanza; porque, á juzgar por la estatuaria, las telas entre los antiguos eran mas tupidas que las nuestras. Imposible seria formar los movimientos anchos de los ropajes antiguos con las muselinas y los géneros de seda de las mujeres modernas; la gasa de Ceos y los demás velos que los autores satíricos llamaban *nubes*, nunca eran imitadas por el cincel.

Durante nuestra comida, recibimos los cumplimientos de lo que en el Levante se llama *la nacion*; esta se compone de los negociantes franceses ó dependientes de la Francia que habitan en las diferentes escalas. En Atenas no hay sino una ó dos casas de esta clase, que se ocupan en el comercio de los aceites. M. Roque me dispensó el honor de visitarme; tenia familia, y me invitó á que fuese á verla en compañía de M. Fauvel, luego se puso á hablar de la sociedad de Atenas: «Un extranjero establecido desde algun »tiempo en esta ciudad, ha sentido ó inspirado una »pasion que hace hablar al pueblo... Habia misteriosas »inteligencias hácia la casa de Sócrates y pláticas amo»rosas en los jardines de Focion... El arzobispo de »Atenas no habia regresado aun de Constantinopla. »Ignorábase si se alcanzaria justicia del pachá de Ne»groponto, que amenazaba levantar un impuesto en »Atenas. Para ponerse á cubierto de un golpe de ma»no, habíase reedificado la tapia del circuito; no obs»tante, podia esperarse todo del jefe de los eunucos »negros, propietario de Atenas, que gozaba sin duda »alguna cerca de su Alteza, mas favor que el pachá.» (¡Oh Solon! ¡Oh Temístocles! El jefe de los eunucos negros, propietario de Atenas, y todas las demás ciudades de la Grecia, enviando este señalado honor á los atenienses!) «..... Por lo demás, Mr. Fauvel habia »procedido con acierto al despedir al fraile italiano que »vivia en la Linterna de Diógenes (uno de los mas »hermosos monumentos de Atenas), y al llamar en su »lugar á un capuchino francés, hombre de buenas »costumbres, afable, instruido, y que recibia con cor»dialidad á los extranjeros que acostumbraban bajar »al convento francés....» He aquí los negocios y los objetos de las conversaciones en Atenas; en esto se ve claramente que el mundo es igual en todas partes, y que un viajero entusiasta debe sentirse un tanto humillado, cuando encuentra, al llegar á la calle de los Trípodes, la misma chismografía de su pueblo.

Dos viajeros ingleses acababan de salir de Atenas cuando yo llegué; quedaba aun en ella un pintor ruso, que vivia muy retirado. Atenas es muy visitada por los aficionados á la antigüedad, porque está en el camino de Constantinopla, á donde se llega fácilmente por mar.

A las cuatro de la tarde habia pasado el fuerte calor del dia; entonces M. Fauvel hizo llamar á nuestros genízaros, y salimos precedidos de ellos; mi corazon palpitaba de alegría, y esperimentaba cierta vergüenza al verme tan jóven. Mi guia me hizo reparar casi á su puerta los restos de un templo antiguo. Desde allí nos dirigimos á la derecha, y caminamos por unas calles angostas muy pobladas. Pasamos luego al bazar, fresco y bien surtido de carne, caza, hortalizas y frutas. Todos saludaban á M. Fauvel, y querian saber quien era yo, pero nadie podia pronunciar mi apellido. Lo mismo ocurria en la antigua Atenas: *Athenienses autem omnes*, dice San Lucas, *ad nihil aliud vacabant nisi aut audire aliquid novi*; los turcos por su parte, decian: *¡Fransouse! ¡Effendi!* y fumaban en sus pipas: esto era lo mejor que podian hacer. Los griegos, al vernos pasar, levantaban sus brazos y gritaban en su idioma: «¡Bien venidos seais, señores! ¡Buen viaje á las ruinas de Atenas!» Y mostraban un aspecto tan orgulloso como si nos hubiesen dicho: «Vais á la casa de Fidias ó de Ictino. Yo no tenia bastantes ojos para mirar, y creia ver antigüedades en todas partes. M. Fauvel me hacia reparar aquí y acullá trozos de escultura que servian de guardacantones, de paredes ó de pavimentos, y me decia cuántos piés, pulgadas ó líneas tenian aquellos trozos; á qué género de edificios pertenecian; lo que debe creerse acerca de ellos, segun Pausanias; cuales habian sido en este particular las opiniones del abate Barthelemy, Espon Wheler y Chandler, y en qué puntos le parecian fundadas ó infundadas estas opiniones. Nos deteníamos á cada paso; y los genízaros y los muchachos del pueblo que iban delante de nosotros, se paraban donde quiera veian un molde, una cornisa ó un capitel, procurando leer en los ojos de M. Fauvel si eran de algun mérito; y cuando el cónsul movia la cabeza, ellos movian la suya, é iban á colocarse cuatro pasos mas allá delante de otra ruina. Así fuimos conducidos hasta fuera del centro de la ciudad moderna, y llegamos á la parte occidental, que M. Fauvel quería hacerme visitar primero, para que procediésemos metódicamente en nuestras investigaciones.

Saliendo del centro de la moderna Atenas, y siguiendo la direccion del Poniente, las casas empiezan á alejarse unas de otras; se ven luego grandes espacios vacíos, unos encerrados dentro del muro, otros fuera de él; en estos espacios abandonados se halla el templo de Teseo, el Pnyx y el Areópago. No describiré el primero, pues todos los viajeros lo han descrito y se parece bastante al Parténon, y lo comprenderé en las reflexiones generales que en breve me tomaré la libertad de hacer á propósito de la arquitectura griega. Por lo demás, este templo es el monumento mejor conservado de Atenas; y despues de haber servido de iglesia, bajo la invocacion de San Jorge, sirve actualmente de almacen.

El Areópago estaba situado en una eminencia, al Occidente de la ciudadela. Concíbese con dificultad cómo se ha logrado construir sobre el peñasco donde se ven sus ruinas, un edificio de alguna estension. Un vallecillo llamado en la antigua Atenas *Cœlé* (el hueco) separa la colina del Areópago del Pnyx y de la colina de la ciudadela. En el Cœlé se mostraban los sepulcros de los dos Cimones, de Tucídides y de Herodoto. El Pnyx, donde los atenienses celebraban al principio sus asambleas públicas, es una esplanada practicada en un peñasco escarpado, al lado opuesto del Licabeto. Un muro, compuesto de piedras enormes sostiene esta esplanada hácia el Norte; al Mediodia se levanta una tribuna practicada en el peñasco, á la que se sube por cuatro escalones, igualmente cortados en la piedra. Hago esta advertencia porque los viajeros antiguos no han dado á conocer bien la forma del Pnyx. Lord Elgin hizo há pocos años desembarazar de escombros esta colina, y á él se debe el haber sido descubiertos los escalones. Como no se está allí enteramente en la cima del peñasco, no se descubre el mar sino subiendo sobre la tribuna; de este modo se impedia al pueblo la vista del Pireo, para que los oradores facciosos no le arrojasen á empresas temerarias, al aspecto de su poder y de sus naves (1).

(1) La historia varia acerca de este hecho. Otra version

Los atenienses estaban colocados en la esplanada, entre el muro circular que he indicado, al Norte, y la tribuna al Mediodia.

En aquella tribuna, pues, hicieron oir su voz Pericles, Alcibiades y Demóstenes; en ella hablaron Sócrates y Focion al pueblo mas ligero y espiritual de la tierra. ¡Allí se cometieron tantas injusticias, allí se pronunciaron tantos decretos inícuos ó crueles! ¡Aquel fue tal vez el lugar que vió desterrar á Arístides, triunfar á Melito, condenar á muerte á una ciudad entera, y entregar todo un pueblo á la esclavitud! Empero, allí tambien hicieron resonar muchos eminentes ciudadanos su generosa voz contra los tiranos de su patria, triunfando la justicia y haciéndose oir la verdad. «Hay un pueblo, decian los diputados de Corinto á »los espartanos, que no se ocupa sino de novedades, »rápido en concebir, pronto en ejecutar, pero cuya au»dacia es superior á su fuerza. En los peligros á que »irreflexivamente se arroja, nunca pierde la esperanza; »naturalmente inquieto, procura engrandecerse en lo »esterior; vencedor, avanza y continua su victoria; »vencido, no se desalienta. Para los atenienses, la vi»da no es una propiedad que les pertenece; ¡tanta es »la facilidad con que la sacrifican á su país! Creen »que se les ha defraudado una herencia legítima, siem»pre que no logran el objeto de sus deseos; así, pues, »reemplazan un proyecto desconcertado con una nue»va esperanza. No bien conciben un designio, lo rea»lizan. Incesantemente ocupados del porvenir, el pre»sente les huye: pueblo que no conoce el reposo y »que no puede sufrirlo en los demás (1).»

¿Qué es de este pueblo? ¿Dónde hallarlo? Yo que traducia este pasaje, en medio de las ruinas de Atenas, veia los minaretes de los musulmanes y oia hablar á los cristianos. Dirijíame á Jerusalém á buscar la respuesta á estas preguntas, y conocia ya de antemano las palabras del Oráculo: *Dominus mortificat et vivificat: deducit ad inferos et reducit.*

El dia no habia terminado aun; en vista de esto, pasamos del Pnyx á la colina del Museo. Sabido es que esta colina está coronada por el monumento de Filopappo, monumento de mal gusto; pero el difunto, que no el monumento, merece la atencion del viajero. Ese oscuro Filoppas, cuyo sepulcro se divisa á tan larga distancia, vivia en tiempo de Trajano. Pausanias no se digna nombrarlo, y le llama un *sirio*. En el rótulo de su estátua se ve que era natural de Besa, pequeño pueblo del Atica. Pues bien: ese Filopappo se llamaba *Antioco Filopappo*, y era el legítimo heredero de la corona de Siria. Pompeyo habia trasladado á Atenas los descendientes del rey Antíoco, y habíanse convertido en meros ciudadanos. Ignoro si los atenienses, colmados de beneficios por Antíoco, se compadecieron del infortunio de su destronada familia; pero parece que Filopappo fue á lo menos nombrado cónsul. La fortuna, al hacerle ciudadano de Atenas y cónsul de Roma, en una época en que estos dos títulos nada significaban ya, parecia querer mofarse aun de este monarca desheredado, consolándole de un sueño con otro, y demostrar en una sola cabeza que así se burla de la magestad de los pueblos, como de la de los reyes.

El sepulcro de Filopappo nos sirvió como de observatorio para meditar sobre otras vanidades. M. Fauvel me indicó los diferentes lugares por donde pasaban las murallas de la antigua ciudad, y me hizo ver las ruinas del teatro de Baco al pié de la ciudadela, el cauce seco del Iliso, la mar sin bajeles, y los abandonados puertos de Falerio, Muniquio y Pireo.

Era de noche cuando volvimos á entrar en Atenas; el cónsul hizo prevenir al gobernador de la ciudadela que al otro dia subiriamos á ella antes de salir el sol, y me retiré á mi aposento. Abrumado de cansancio, habia ya algun tiempo que yacia entregado á un profundo sueño, cuando me ví despertado súbitamente por el tamboril y la gaita turca, cuyos ásperos sonidos salian de las cúspides de los Propiléos. Al mismo tiempo, un sacerdote turco se puso á cantar en árabe la hora pasada, á los cristianos de la ciudad de Minerva. Imposible me seria esplicar la sensacion que esperimenté: aquel iman no necesitaba señalarme así el veloz trascurso de los años; pues solo su voz en aquellos lugares anunciaba harto claramente la dilatada serie de los siglos devorados por el tiempo.

Esta movilidad de las cosas humanas es tanto mas notable cuanto mayor contraste forma con la eterna inmovilidad de la naturaleza. Cual si esta se propusiese insultar la instabilidad de las sociedades humanas, hace que los animales no sufran trastornos en sus imperios, ni mudanza en sus costumbres. He visto en la colina del Museo á las cigüeñas formarse en batallones, y emprender su vuelo al Africa (2). Despues de dos mil años, hacen hoy el mismo viaje, pues han permanecido tan libres y felices en la ciudad de Solon como en la del jefe de los eunucos negros. De lo alto de sus nidos, inaccesibles á las revoluciones, han visto á sus piés mudarse la raza humana; y mientras unas generaciones impias han surgido de los sepulcros de otras generaciones religiosas, la tierna cigüeña ha alimentado siempre á su anciana madre. Si me detengo en estas reflexiones lo hago porque la cigüeña es amada por los viajeros, pues como ellos «conoce las »estaciones en el cielo (3).» Estas aves fueron muchas veces fieles compañeras de mis escursiones en las soledades de América: las ví muchas veces posadas sobre los wigwm del salvaje; y al volver á hallarlas en otra especie de desierto, en las ruinas del Parténon, no he podido dejar de hablar de mis antiguas compañeras.

Al dia siguiente 24, á las cuatro y media de la mañana subimos á la ciudadela; su estremidad superior está circuida de murallas, medio antiguas y medio modernas; otras murallas rodeaban su base. En el espacio comprendido entre estas murallas, se encuentran primero los restos de los Propiléos y los del templo de la Victoria. (4) Detrás de los Propiléos, á la izquierda y hácia la ciudad se ve luego el Pandroseo y el doble templo de Neptuno-Erecteo y de Minerva-Polias; por último, en el punto mas culminante del Acrópolis se levanta el templo de Minerva; el resto del espacio está obstruido por los escombros de los edificios antiguos y nuevos, y por las tiendas, las armas y las barracas de los turcos.

El peñasco de la ciudadela tiene aproximadamente en su cima ochocientos piés de largo sobre cuatrocientos de ancho; su figura es casi la de un óvalo cuya elipse fuese estrechándose hácia el monte Himeto; parece un pedestal cortado con el intento de hacerle sustentar los magníficos edificios que lo coronaban.

No descenderé á la descripcion detallada de cada monumento: remito, pues, al lector á las obras que he citado mas de una vez; y sin repetir aquí lo que todos pueden hallar en otra parte, me ceñiré á algunas consideraciones generales.

Lo que primero escita la curiosidad en los monumentos de Atenas es su hermoso color. En nuestros climas, bajo una atmósfera cargada de humo y lluvias, la piedra de mas puro blanco, tórnase en breve negra ó verdosa. El cielo despejado y el brillante sol de la Grecia son los únicos que pueden esparcir sobre el

dice que los tiranos fueron los que obligaron á los oradores á volver la espalda al Pireo.

(1) Tucid. lib. I.

(2) Vease, para la descricion de Atenas en general, casi todo el libro XV de los *Mártires*, y las notas.

(3) Jeremias,

(4) Este templo formaba el ala derecha de los Propiléos.

mármol de Paros y del Pentélico un matiz dorado semejante al de las espigas maduras ó al de las hojas en otoño.

La exactitud, la armonía y la sencillez de las proporciones atraen luego la admiracion, pues no se ve órden sobre órden, columna sobre columna, cúpula sobre cúpula. El templo de Minerva, por ejemplo, es, ó por mejor decir, era un simple paralelógramo prolongado, adornado con un peristilo, y con un *pronaos* ó pórtico, que se elevaba sobre tres escalones que lo rodeaban. Este pronaos ocupaba casi la tercera parte de la longitud total del edificio; el interior se dividia en dos naves separadas por una pared, y que no recibian luz sino por la puerta; en una se veia la estátua de Minerva, obra de Fidias, y en la otra se guardaba el tesoro público de los atenienses. Las columnas del peristilo y del pórtico descansaban inmediatamente sobre los escalones del templo; no tenian bases, eran estriadas y pertenecian al órden dórico; su altura era de cuarenta y dos piés y cerca de diez y siete y medio cerca del suelo; el inter-columnio era de siete piés y cuatro pulgadas, y el todo del monumento tenia doscientos diez y ocho piés de largo y noventa y ocho de ancho.

Los triglifos del órden dórico marcaban el friso del peristilo; y unas metopas ó pequeños cuadros de mármol separaban entre si los triglifos. Fidias ó sus discípulos habian esculpido en las metopas el combate de los Centauros y los Lapitas. Lo alto de la pared maestra del templo estaba tambien decorado con otro bajo-relieve que representaba tal vez la fiesta de los Panateneos. Algunos trozos de escultura escelentes, pero del siglo de Adriano, época de la renovacion del arte, ocupaban los dos frontones del templo. Las ofrendas votivas, así como los escudos tomados al enemigo en el discurso de la guerra Médica, estaban colgados en la parte esterior; y se advierte aun la impresion circular de estos en el arquitrave del fronton que mira al monte Himeto. Esto hace sospechar á M. Fauvel que la entrada del templo podia hallarse hácia este lado, contra la opinion general, que la coloca á la estremidad opuesta. Entre estos escudos habíanse colocado algunas inscripciones, escritas con caracteres de bronce á juzgar por las señales de los clavos que los fijaban. M. Fauvel pensaba que estos clavos habian servido quizá para sostener guirnaldas; pero le he atraido á mi opinion haciéndole ver la disposicion regular de los agujeros. Unas señales de este mismo género han bastado para restablecer y leer la inscripcion de la Casa-Cuadrada en Nimes. Estoy convencido de que si los turcos lo permitiesen, se podria llegar tambien á descifrar las inscripciones del Parténon.

Tal era ese templo que ha pasado, con fundado motivo, como la obra maestra en la arquitectura entre los antiguos y los modernos; la armonía y la fuerza de todas sus partes se hacen notar aun en sus ruinas; porque seria formarse una idea harto mezquina de él si le creyese únicamente un monumento de agradable aspecto, pero reducido y recargado de cincelados y festones á usanza nuestra. Reina siempre cierta debilidad en nuestra arquitectura cuando aspiramos á la elegancia, ó cierta pesadez cuanto intentamos revestirlos de magestad. Véase cuan bien calculado estaba todo en el Partenon. El órden dórico y la escasa altura de la columna en este órden, presenta al instante la idea de la duracion y la solidez; pero esta columna, que además carece de base, seria muy pesada; para obviar este inconveniente, Ictino ha recurrido á su arte, haciendo estriada la columna, colocándola sobre una escalinata, é introduciendo por medio tan hábil casi toda la ligereza del órden corintio en la gravedad del dórico. Todo el adorno se reduce á dos frontones y á dos frisos esculpidos. El del peristilo se compone de unos cuadritos de mármol, regularmente divididos por un triglifo; cada uno de estos cuadros es una obra maestra; el friso de una de las partes rodea cual una cinta la parte superior de una pared maciza y continuada; he aquí todo, absolutamente todo. ¡Cuánto se diferencia esta prudente economía de adornos y esta sabia reunion de sencillez, fuerza y elegancia, de nuestra sandia profusion de adornos en todas direcciones, de nuestras columnas de mal gusto, colocadas sobre enormes bases, ó de nuestros soportales ignobles y aplastados, que jactanciosamente llamamos *pórticos!*

No debemos ocultar que la arquitectura, considerada como arte, es en su principio eminentemente religiosa, pues fue inventada para el culto de la Divinidad. Los griegos, que tenian una multitud de dioses, imaginaron diferentes géneros de edificios, segun las ideas que atribuian á los diferentes poderes de estos dioses. El mismo Vitrubio consagra dos capítulos á este hermoso asunto, y enseña cómo deben ser construidos los templos y los altares de Minerva, Hércules, Ceres, etc. Nosotros, que no adoramos sino un solo Arbitro de la naturaleza, no tenemos, hablando en rigor, sino una sola arquitectura natural: la arquitectura gótica. Conócese desde luego que este género es nuestro, original y contemporáneo, por decirlo así, de nuestros altares. En materia de arquitectura griega, solo somos unos imitadores mas ó menos ingeniosos; imitamos un trabajo cuyo principio desnaturalizamos, trasladando á las mansiones de los hombres una ornamentacion que solo se adaptaba á la morada de los dioses.

Despues de su armonía general, su íntima relacion con los lugares, y especialmente su consonancia con los sabios á quienes estaban destinados, debe escitar la admiracion en los edificios de la Grecia, pues es el resúmen de todas las partes. El objeto que no ha sido destinado para ser visto, está trabajado con tanto esmero como las composiciones esteriores. La union de los trozos que forman las columnas del templo de Minerva, es tan delicada que se necesita la mayor atencion para descubrirla. Para llegar á esta rara perfeccion se daba al mármol su corte mas exacto con el cincel, y luego se hacia que las dos piezas rodasen una sobre otra, poniendo entre las dos superficies donde se verificaba el rozamiento, arena y agua. Los asientos llegaban, mediante este procedimiento, á un aplomo increible; aplomo que en los diferentes trozos de columna, se determinaba por medio de una espiga cuadrada de madera de olivo. He visto una de estas espigas en manos de Mr. Fauvel.

Los rosetones, los plintos, las molduras, los astrágalos y todos los pormenores del edificio presentan la misma perfeccion; las líneas del capitel y de la estria de las columnas del Parténon son tan finas que pudiera creerse que la columna entera ha sido torneada; unos ligeros recortes en marfil no serian mas delicados que los adornos jónicos del templo de Erecteo; las cariátides del Pandroseo son modelos. Por último, si despues de haber visto los monumentos de Roma, los de Francia me han parecido groseros, los de Roma me han parecido bárbaros despues de haber examinado los de Grecia, sin esceptuar el Panteon, con su fronton desmesurado. Esta comparacion puede hacerse fácilmente en Atenas, donde la arquitectura griega campea frecuentemente al lado de la romana.

Yo habia caido en el error comun relativamente á los monumentos griegos, pues los creia perfectos en su conjunto, pero faltos de magnitud. He hecho ver que el genio de los arquitectos ha dado en magnitud proporcional á estos monumentos lo que puede faltarles de estension; y por otra parte, Atenas está llena de obras prodigiosas.

Los atenienses, pueblo tan rico y tan poco numeroso, han removido masas gigantescas; las piedras del Pnyx son verdaderas moles de granito; los Propiléos formaban un trabajo inmenso, y las baldosas de mármol que los cubrian tenian una dimension nunca vista; la altura de las columnas del templo de Júpiter-Olím-

pico, pasa tal vez de sesenta piés, y el templo tenia media milla de circunferencia; los muros de Atenas, comprendiendo en ellos sus tres puertos y las largas murallas, se estendian en un espacio de cerca de nueve leguas (1); las murallas que unian la ciudad con el Pireo eran bastante anchas para que dos carros pudiesen caminar por ellas de frente; y de cincuenta en cincuenta pasos estaban flanquedas de torres cuadradas. Nunca elevaron los romanos unas fortificaciones tan formidables.

¿Por qué deplorable fatalidad estas obras maestras de la antigüedad, que los modernos van á admirar tan lejos y arrostrando tantos trabajos, deben en parte su destruccion á los modernos (2)? El Parténon subsistió incólume hasta 1617 : los cristianos lo convirtieron primero en iglesia, y los turcos, sus rivales, lo trocaron á su vez en mezquita. Muéstranse luego los venecianos, quienes, en medio de las luces del siglo XVII, no temieron cañonear los monumentos de Pericles; arrojaron balas rojas á los Propiléos y al templo de Minerva; y cayendo una bomba sobre este, desplomó su bóveda, é incendiando unos barriles de pólvora, hizo saltar un templo que honraba menos los falsos dioses de la Grecia que el génio humano (3). Tomada la ciudad, Morosini, deseando embellecer á Venecia con los despojos de Atenas, quiso bajar las estátuas del fronton del Parténon y las rompió. Otro moderno, vino á consumar, en su indiscreto amor á las artes, la destruccion inaugurada por los venecianos (4).

He tenido ocasion de hablar de lord Elgin en este *Itinerario*; á él se debe, como ya he dicho, el mas exacto conocimiento del Pnyx y del sepulcro de Agamenon; él mantiene todavía en Grecia á un italiano encargado de dirigir las escavaciones, y descubrió, hallándome en Atenas, algunas antigüedades que no he visto (5). Pero lord Elgin perdió el mérito de sus loables empresas, al saquear el Parténon. Quiso hacer arrancar los bajos-relieves del friso; y para conseguirlo, algunos obreros turcos empezaron rompiendo el arquitrave y derribando los capiteles; luego, en lugar de hacer salir las metopas por sus ajustes, los bárbaros creyeron mas espedito romper la cornisa. En el templo de Erecteo fue arrancada la columna angular; de modo que es preciso sostener hoy con un informe monton de piedras el conjunto, que amenaza ruina.

Los ingleses que han visitado á Atenas despues de lord Elgin, han lamentado estos funestos efectos de un impremeditado amor á las artes. Dícese que este lord alegó por disculpa que no habia hecho otra cosa que imitarnos. Es cierto que los franceses arrebataron á la Italia sus estátuas y sus cuadros; pero no han mutilado los templos para arrancarles los bajos-relieves; limitándose á seguir el ejemplo de los romanos, que despojaron la Grecia de las obras maestras de la pintura y la estatuaria. Los monumentos de Atenas, arrancados á los lugares para que fueron construidos, perderán no solo una parte de su hermosura relativa, sino que disminuirán materialmente en hermosura material. Solo la luz hace resaltar la delicadeza de ciertas líneas y de ciertos colores; pero faltando esa luz en el cielo de Inglaterra, estos colores y estas líneas desaparecerán ó quedarán ocultos. Por lo demás, confesaré que el interés de la Francia, la gloria de nuestra patria y otras mil razones podian exigir la traslacion de los monumentos conquistados por nuestras armas; pero las Bellas-Artes, como pertenecientes al partido de los vencidos y al número de los cautivos, tienen el derecho de llorar su destierro.

Empleamos la mañana entera en visitar la ciudadela. Los turcos habian apoyado en otro tiempo el minarete de una mezquita en el pórtico del Parténon; subimos la escalera medio destruida del minarete, y sentándonos en una parte rota del friso del templo, paseamos en derredor nuestras ávidas miradas. Teníamos al Oriente el monte Himeto, al Norte el Pentélico, y el Parnés al Nordeste; los montes Icaro, Cordidialo ó Egaleo al Poniente; y descollando sobre el primero, se veia la cima del Citeron; al Sudoeste y al Mediodía se veian el mar, el Pireo, las costas de Salamina, de Egina, de Epidauro y la ciudadela de Corinto.

A nuestros piés, y en el espacio cuya circunferencia acabo de describir, distinguíanse las colinas y la mayor parte de los monumentos de Atenas: al Sudoeste la colina del Museo, con el sepulcro de Filopappo; á Occidente los peñascos del Areópago, del Pnyx y del Licabeto; al Norte el montecillo Anquesmo, y al Oriente las alturas que dominan el Estadio. Al mismo pié de la ciudadela veianse las ruinas del teatro de Baco y de Herodes-Ático. A la izquierda de estas ruinas descollaban las altas y aisladas columnas del templo de Júpiter-Olímpico; mas allá, y dirigiéndose hácia el Nordeste, divisábanse el recinto del Liceo, la corriente del Iliso, el Estadio y un templo de Diana ó de Ceres. En la parte del Oeste y Noroeste, hácia el gran bosque de olivos, M. Fauvel me mostraba el lugar del Cerámico esterior, de la Academia y de su camino, rodeado de sepulcros. Finalmente, en el valle formado por el Anquesmo y la ciudadela, se descubria la ciudad moderna.

El lector debe figurarse todo este espacio, ya desnudo y cubierto de unos matorrales amarillos, ya poblado de unos bosquecillos de olivos, de plantíos de cebada de forma cuadrangular y de muchas viñas; debe representarse muchos fustes de columna y muchos remates de ruinas antiguas y modernas, saliendo de en medio de los plantíos; muchas paredes blancas y tapias de jardines que atravesaban los campos; debe imaginar, en la variada campiña, las albanesas que sacaban agua ó lavaban en los pozos las ropas de los turcos; los campesinos que iban y venian conduciendo sus asnos, ó llevando sobre su espalda las provisiones á la ciudad; debe suponer todas esas montañas cuyos nombres son tan hermosos, todas esas ruinas tan célebres, todas esas islas y todos esos mares, no menos famosos, iluminados con una luz brillante. He visto desde lo alto del Acrópolis levantarse el sol entre las crestas del Himeto; las cornejas que anidaban en derredor de la ciudadela, pero que nunca traspasaban su

(1) Doscientos estadios, segun Dion Crisóstomo.

(2) Sabido es de qué manera fue destruido en Roma el Coliseo, y tambien se conoce el juego de palabras que resulta en latin entre los Barberini y los Bárbaros. Algunos historiadores creen que los caballeros de Rodas destruyeron el magnífico sepulcro de Mausolo; hiciéronlo, es cierto, por acudir á la defensa de Rodas, y fortificar esta isla contra los turcos; pero si esto sirve de alguna escusa á los caballeros, la destruccion de tal maravilla no es menos lamentable para nosotros.

(3) La invencion de las armas de fuego es tambien en alto grado funesta para las artes. Si los bárbaros hubiesen conocido la pólvora, no hubiera quedado en pié un solo edificio griego ó romano sobre el haz de la tierra; hubieran hecho saltar hasta las Pirámides, aun cuando no hubiese sido sino para buscar tesoros en ellas. Un año de guerra entre nosotros destruye mas monumentos que un siglo de combates entre los antiguos. Parece tambien que todo se opone entre modernos á la perfeccion del arte : sus paises, sus costumbres, sus trajes, y hasta sus mismos descubrimientos.

(4) Habian situado una bateria de seis cañones y cuatro morteros sobre el Pnyx. Parece increible que á tan corta distancia no arrancaran todos los monumentos de la ciudadela. (Véase á Fanelli, *Atene Antica*, y la Introduccion á este *Itinerario*.

(5) Fueron descubiertas en un sepulcro, y creo que este era de un niño. Entre otras curiosidades se halló un juguete desconocido, cuya pieza principal consiste, á lo que recuerdo, en una esfera de acero bruñido. No sé si se hace mencion de este juguete en *Ateneo*. La guerra que á la sazon existia entre la Francia y la Inglaterra, impidió á Mr. Fauvel dirigirse por mi conducto al agente de lord Elgin; así es que no vi aquellos antiguos juguetes que consolaban en la tumba á un niño ateniense.

cima, revoloteaban en nuestro derredor; sus alas negras y lustrosas se teñian de color de rosa á los primeros destellos del dia; anchas columnas de humo azul y ligero subian en las sombras á lo largo de las faldas del Himeto, y anunciaban los parques donde libaban su miel las abejas; Atenas, el Acrópolis y los restos del Partenon se coloraban con los mas hermosos matices de la flor del melocotonero; las esculturas de Fidias, heridas horizontalmente por un rayo de oro, se animaban y parecian moverse sobre el mármol, por la movilidad de las sombras del relieve; en lontananza, el mar y el Pireo se mostraban enteramente blancos, sumergidos en un océano de mágica luz; y la distante ciudadela de Corinto, reflejando el resplandor del nuevo dia, brillaba en el horizonte del Occidente como una roca de púrpura y de fuego.

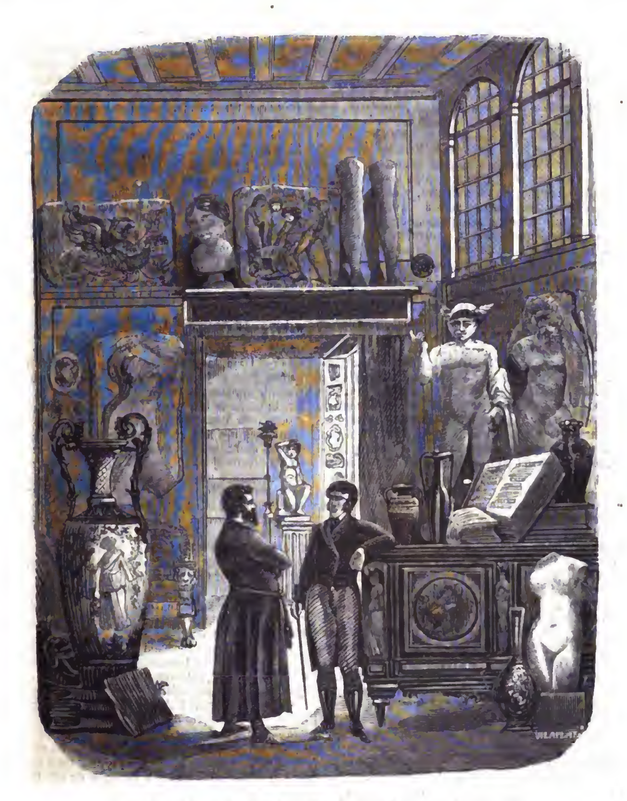


CHATEAUBRIAND VISITANDO LAS RUINAS DE ESPARTA.

Desde el lugar que ocupábamos hubiéramos podido ver en los dias felices de Atenas á las flotas salir del Pireo para combatir al enemigo, ó dirigirse á las fiestas de Delos; hubiéramos podido oir espresarse en el teatro de Baco los dolores de Edipo, de Filotectes y de Hécuba; hubiéramos podido oir los aplausos con que los ciudadanos acogian los discursos de Demóstenes. ¡Mas, ah! ningun eco llegaba á nuestros oidos. El apagado murmullo de un populacho esclavo salia por intérvalos de aquellos muros que repitieron durante tanto tiempo la poderosa voz de un pueblo libre. Para consolarme en medio de aquella inmensa desolacion, me decia lo que sin cesar debemos decirnos: Todo pasa, todo perece en este mundo. ¿Dónde son idos los genios divinos que erigieron el soberbio templo sobre cuyas ruinas estaba sentado?

Aquel sol, que alumbraba tal vez los últimos suspiros de la infeliz doncella de Megara, habia visto morir á la brillante Aspasia. Aquel cuadro del Ática, aquel espectáculo que admiraba, habian sido contemplados por unos ojos cerrados por la muerte hacia dos mil años. Yo pasaré tambien; y otros hombres, tan fugitivos como yo, vendrán á hacer las mismas reflexiones sobre las mismas ruinas. Nuestra vida y nuestro corazon están en manos de Dios: dejémosle, pues, disponer á su arbitrio de aquella y de este.

Al bajar de la ciudadela, tomé un fragmento de mármol del Parténon; tambien habia cogido otro de la piedra sepûlcral de Agamemnon, y despues he tomado siempre algo de los monumentos por donde he



EL GABINETE DE MR. FAUVEL, CÓNSUL DE FRANCIA EN ATENAS.

pasado. Estos recuerdos de mis viajes no son tan hermosos como los que de los suyos llevaron M. de Choiseul y lord Elgin; pero me bastan. Conservo tambien con esmero las modestas pruebas de amistad que he recibido de mis huéspedes, y entre otras, un estuche de hueso que el padre Muñoz me dió en Jafa. Cuando veo estas bagatelas, traigo al punto á la memoria mis escursiones y aventuras, y me digo: «Estaba en tal parte, y me sucedió tal cosa.» Ulises regresó á su hogar con grandes cofres henchidos de los ricos presentes

que le habian hecho los feacianos; yo he vuelto á mi casa con una docena de piedras de Esparta, de Atenas, de Argos y de Corinto, tres ó cuatro cabecitas de barro que me regaló M. Fauvel, algunos rosarios, una botella de agua del Jordan, otra del Mar Muerto, algunas cañas del Nilo, un mármol de Cartago y una moldura de yeso de la Alhambra. He gastado en mi camino cincuenta mil francos, y dejado como presentes mi ropa blanca y mis armas. Por poco que se hubiera prolongado mi viaje, hubiera vuelto á pié con un báculo blanco. Desgraciadamente, no hubiese encontrado al llegar un caritativo hermano que me dijese como el viejo de las *Mil y una Noches*: «Hermano mio, aquí tienes mil sequines; compra camellos y no viajes mas.»

Fuimos á comer al salir de la ciudadela, y en la tarde del mismo dia nos trasladamos al estadio, á la orilla opuesta del Iliso. Este estadio conserva perfectamente su forma; pero ya no se ven los escalones de mármol con que lo habia decorado Herodes Ático. El Iliso está seco; Chandler abandona con este motivo su natural moderacion, y truena contra los poetas que dan al Iliso unas aguas trasparentes, y ciñen, su corriente de frondosos sauces; pero á través de su mal humor se ve claramente que se propone desacreditar un dibujo de Leroi que representa un punto de vista del Iliso. Yo soy como el doctor Chandler: detesto las descripciones que carecen de verdad, y cuando un rio no tiene agua, quiero que se diga sin rodeos. Ya se verá que no he embellecido las márgenes del Jordan ni lo he transformado en un rio caudaloso. Yo me hallaba allí harto á mi placer para que me fuese necesario mentir. Todos los viajeros, y hasta la misma Escritura, hubieran justificado las mas pomposas descripciones; pero Chandler ha exagerado su mal humor. Hé aquí un hecho curioso de que tengo noticia por M. Fauvel: por poco que se escave en el cauce del Iliso, se encuentra agua á muy poca profundidad; este hecho es tan sabido de las aldeanas albanesas, que practican un agujero en la arena cuando quieren lavar, y al punto tienen agua. Es, pues, muy probable que el cauce del Iliso se ha ido obstruyendo con las piedras y las tierras que paulatinamente han ido bajando de las montañas vecinas, y que el agua corre ahora entre dos capas de arena. He aquí lo que basta para justificar á esos pobres poetas que tienen la suerte de Casandra: en vano cantan la verdad, porque nadie les da asenso; si se contentasen con decirla, serian tal vez mas felices. Por otra parte, en este caso se ven apoyados en el testimonio de la historia, que concede agua al Iliso; ¿y por qué tendria un puente este rio, si ni aun en invierno tuviese agua? La América me ha hecho algo descontentadizo en punto á rios: pero no puedo dejar de vengar el honor del Iliso, que ha dado un sobrenombre á las Musas (1), y en cuya orilla Boreo robó á Oritia.

Al volver del Iliso, Mr. Fauvel me hizo pasar á unos terrenos vacíos, donde debe buscarse el lugar en que estuvo el Liceo. Visitamos luego unas grandes columnas aisladas, colocadas en el cuartel de la ciudad llamado la *Nueva Atenas* ó la *Atenas* del emperador Adriano. Espon asegura que son restos del pórtico de la Ciento-Veinte-Columnas; y Chandler sospecha que pertenecen al templo de Júpiter-Olímpico, de que Mr. Lechevalier y los demás viajeros han hablado. Estas columnas están bien representadas en las diferentes vistas de Atenas, y especialmente en la obra de Estuart, que restableció todo el edificio, ateniéndose á sus ruinas. Sobre una parte del arquitrave que une aun dos de sus columnas, se ve una barraca, antigua habitacion de un ermitaño.

Es imposible concebir cómo pudo ser construida esta barraca sobre el capitel de aquellas prodigiosas columnas, cuya altura es tal vez de mas de sesenta piés. Así, aquel vasto templo, en cuya fábrica trabajaron los atenienses por espacio de mas de siete siglos, que todos los reyes del Asia intentaron concluir, y al que Adriano, señor del mundo, tuvo la gloria de dar cima, sucumbió al esfuerzo del tiempo, y la celda de un solitario ha subsistido en pié sobre sus ruinas. Una miserable vivienda de yeso se ve sostenida en los aires por dos columnas de mármol, como si la fortuna hubiese querido esponer á los ojos de todo el mundo sobre aquel magnífico pedestal un monumento de sus triunfos y caprichos.

Estas columnas, aunque mucho mas altas que las del Partenon, están muy lejos de ser tan hermosas: la degeneracion del arte se hace sentir en ellas; pero como están aisladas y dispersas en un terreno desnudo, producen un efecto sorprendente. Detúveme á su pié para oir al viento silbar sobre sus capiteles; asemejábanse á las solitarias palmeras que se ven aquí y acullá entre las ruinas de Alejandría. Cuando los turcos se ven amenazados de alguna calamidad, llevan un cordero á aquel lugar y le obligan á balar, dirigiéndole la cabeza hácia el cielo; pues no pudiendo hallar entre los hombres la voz de la inocencia, han recurrido al tierno hijo de la oveja, para que aplaque la cólera del cielo. Entramos en Atenas por el pórtico sobre que se lee la tan conocida inscripcion:

AQUÍ ESTÁ LA CIUDAD DE ADRIANO,
Y NO LA CIUDAD DE TESEO.

Fuimos á devolver á Mr. Roque la visita que me habia hecho, y pasamos parte de la noche en su casa, donde ví á algunas mujeres. Los lectores que deseen saber el traje, las costumbres y los usos de las mujeres turcas, griegas y albanesas en Atenas, pueden leer el capítulo vigésimo-sesto del *Viaje á Grecia* de Chandler. Si no fuese tan largo, lo hubiera trasladado íntegro en este lugar. Me limitaré, pues, á decir que las atenienses me han parecido menos altas y hermosas que las moraitas. La costumbre de pintarse de azul la órbita de sus ojos, y las yemas de sus dedos de encarnado, produce un efecto desagradable en un extranjero; pero como yo habia visto muchas mujeres con perlas en la nariz, y que esto parecia muy elegante á los iroqueses, y que yo mismo me habia sentido inclinado en favor de esta moda, no disputaré en lo relativo á gustos. Por lo demás, las mujeres de Atenas nunca gozaron de celebridad por su hermosura. Acusábaselas de ser aficionadas al vino. La prueba de que su imperio no tenia mucho poder, es que casi todos los hombres célebres de Atenas Pericles, Sófocles, Sócrates, Aristóteles y hasta el divino Platon, se unieron con mujeres extranjeras.

El 25 montamos á caballo muy de madrugada, y saliendo de la ciudad tomamos el camino de Falerio. Al acercarse al mar, el terreno se eleva y termina en unas alturas, cuyas sinuosidades forman á Oriente y Occidente los puertos de Falerio, Muniquio y el Pireo. En las ruinas de Falerio descubrimos los cimientos de las murallas que cerraban el puerto, y algunas otras ruinas enteramente desfiguradas, que eran tal vez las de los templos de Juno y Ceres. Arístides tenia su reducida heredad y su sepulcro no lejos de allí. Bajamos al puerto, que es una especie de estanque redondo, donde el mar descansa tranquilo sobre una arena fina, y donde podrian abrigarse hasta cincuenta naves, número exacto de las que Menesteo condujo á Troya. Teseo partió tambien de Falerio para ir á Creta:

Pourquoi, trop jeune encor, ne pûtes-vous alors
Entrer dans le vaisseau qui le mit sur nos bords?
Par vous aurait péri le monstre de la Crete, etc.

No son siempre los grandes bajeles y los grandes puertos los que dan la inmortalidad: Homero y Racine

(1) Ilisíadas: tenian un altar en la márgen del rio.

no dejarán morir el nombre de una pequeña bahía y de una pequeña barca.

Del puerto de Falerio llegamos al de Muniquio, de forma oval y un poco mayor que el primero. Por último, doblamos la estremidad de una colina pedregosa; y caminando de cabo en cabo, nos acercamos al Pireo. Mr. Fauvel me detuvo en la curvatura que forma una lengua de tierra, para mostrarme un sepulcro abierto en la peña, ya sin bóveda, y al nivel del mar. Las olas, con sus movimientos regulares, lo cubren y descubren, y se llena y se vacia alternativamente. Á pocos pasos de allí se ven en la orilla las ruinas de un monumento.

Mr. Fauvel quiere que este sea el lugar donde fueron depositados los huesos de Temístocles. Pero se le pone en tela de juicio este interesante descubrimiento, objetándole que las ruinas dispersas en las inmediaciones son demasiado hermosas para ser los restos del sepulcro de Temístocles. En efecto, segun el geógrafo Diodoro, citado por Plutarco, este sepulcro era un altar.

Esta objecion es poco sólida. ¿Por qué se quiere hacer entrar en la cuestion primitiva, otra estraña al objeto de que se trata? Las ruinas de mármol blanco que se presentan como una dificultad, ¿no pueden haber pertenecido á un sepulcro del todo diferente del de Temístocles? ¿Por qué al aplacarse las discordias, los descendientes de este no adornarian el sepulcro de su ilustre antepasado, que habian enterrado modestamente ó aun en secreto, como dice Tucídides? ¿No consagraron un cuadro que representaba la historia de este hombre célebre? Y este cuadro, del tiempo de Pausanias, no se veia públicamente en el Partenon? Temístocles tenia además una estátua en el Pritaneo.

El lugar donde Mr. Fauvel halló este sepulcro es precisamente el cabo Alcimo, y voy á presentar una prueba mas fuerte que la de la tranquilidad del agua en aquel lugar. Hay una errata en Plutarco: debe leerse Alimo en lugar de Alcimo, segun la observacion de Meursio, reproducida por Dacier. Alimo era un *démos* ó burgo del Ática, de la tribu de Leóntida, situada al Oriente del Pireo; las ruinas de este burgo son visibles todavía en las inmediaciones del sepulcro de que hablamos (1). Pausanias aparece algo confuso en lo que dice relativamente á la situacion de este sepulcro. Pero Diodoro Perigeto se muestra muy esplícito, y los versos de Platon el cómico, aducidos por este Diodoro, designan terminantemente el lugar y el sepulcro encontrados por Mr. Fauvel.

«Situado en un lugar descubierto, tu sepulcro es »saludado por los marineros que entran ó salen del »puerto; y si se da algun combate naval, tu serás tes»tigo del choque de los bajeles.»

Si Chandler se admiró de la soledad del Pireo, puedo asegurar que mi admiracion no fue menor que la suya. Habíamos dado la vuelta á una costa desierta: habíamos visto tres puertos, y en ellos ni una sola barca. El único espectáculo que á nuestros ojos se habia ofrecido eran las ruinas, los peñascos y el mar; el único rumor que habia llegado á nuestros oidos eran los chillidos de los alciones y el sordo murmullo de las olas, que al estrellarse en el sepulcro de Temístocles, hacian salir un eterno gemido de la mansion del eterno silencio. Arrebatadas por las olas, las cenizas del vencedor de Jerjes, descansaban en el fondo de las mismas olas confundidas con las osamentas de los persas. En vano buscaba con ávidos ojos el templo de Venus, la dilatada galería y la estátua simbólica que representaba el pueblo de Atenas; pero la imágen de este pueblo inexorable habia caido para siempre cerca del pozo á donde los ciudadanos desterrados iban á reclamar inútilmente su patria. En lugar de aquellos soberbios arsenales, de aquellos pórticos á donde se retiraban las galeras; de aquellos Agoræ que resonaban con la voz de los marineros; de aquellos edificios que representaban en su conjunto el aspecto y la hermosura de la ciudad de Rodas, no veia otra cosa que un convento desmantelado y un almacen. Triste centinela de la costa y modelo de una paciencia estúpida, un aduanero turco está sentado allí todo el año en una miserable barraca de madera, trascurriendo meses enteros sin que vea llegar una embarcacion. ¡Tal es el deplorable estado en que se encuentran en la actualidad esos puertos, un dia tan famosos! ¿Quién puede haber destruido tantos monumentos de los dioses y de los hombres? Esa fuerza oculta que derriba todo, y que está sometida al dios desconocido cuyo altar habia visto San Pablo en Falerio: *Deo ignito*.

El puerto del Pireo describe un arco, cuyas dos puntas dejan al acercarse, un estrecho paso; llámase en la actualidad el *Puerto-Leon*, merced á un leon de mármol que en él se veia, y que Morosini hizo trasladar á Venecia en 1686. Tres grandes estanques, el Cántaro, el Afrodiso y el Zea, dividian el puerto interiormente. Aun se ve una dársena medio inundada, que pudiera muy bien ser el Afrodiso. Estrabon asegura que el gran puerto de los atenienses era capaz de contener cuatrocientos bajeles, y Plinio hace subir este número hasta mil. Cincuenta barcas de mediana construccion le llenarian por entero, y no sé si dos fragatas fondearian con algun desahogo, especialmente en la actualidad, en que se ancla en una gran estension de cable. Pero el agua es profunda, el fondeadero seguro, y el Pireo pudiera llegar á ser un puerto importante en manos de una nacion civilizada. Por lo demás, el único almacen que allí se ve en el dia es de orígen francés; habiendo sido, segun creo, edificado por Mr. Gaspari, antiguo cónsul de Francia en Atenas. Así, pues, no há mucho tiempo que los atenienses estaban representados en el Pireo por el pueblo que mas se les asemeja.

Despues de haber tomado un breve descanso en el monasterio de San Espiridion, volvimos á Atenas por el camino del Pireo, viendo en todas partes restos de la antigua muralla. Pasamos luego al sepulcro de la amazona Antíope, que Mr. Fauvel ha descubierto: trabajo de que ha hecho mencion en sus Memorias. Caminábamos á través de dilatadas viñas como en Borgoña, y los racimos empezaban ya á madurar. Nos detuvimos en las cisternas públicas, á la sombra de unos olivos, y tuve el desconsuelo de ver que el sepulcro de Menandro, el cenotáfio de Eurípides, y el pequeño templo dedicado á Sócrates no existian; por lo menos, hasta el dia no han sido hallados. Proseguimos nuestro camino, y al acercarnos al Museo, Mr. Fauvel me hizo reparar un sendero que subia serpenteando por la pendiente de esta colina, y me dijo que este sendero habia sido dibujado por el pintor ruso que iba diariamente á tomar vistas de Atenas al mismo punto. Si, como dice Buffon, el genio no es otra cosa que la paciencia, este pintor debe tener mucho.

Hay aproximadamente cuatro millas desde Atenas á Falerio; tres ó cuatro desde este punto al Pireo, siguiendo las sinuosidades de la costa; y cinco desde el Pireo á Atenas; por lo tanto, al volver á esta ciudad, habíamos andado doce millas, ó sean cuatro leguas.

Como habíamos alquilado los caballos por todo el dia, nos dimos prisa en comer, y emprendimos de nuevo nuestras correrías á las cuatro de la tarde.

Salimos de Atenas por el lado del monte Himeto; mi huésped me condujo á la aldea de Angelo-Kipous, donde cree haber hallado el templo de la Venus de los Jardines, por las razones que acerca de esto aduce en sus Memorias; la opinion de Chandler, que coloca este templo en Panagia-Espiliotissa, es igualmente muy probable, pues tiene en su apoyo la autoridad de una inscripcion. Pero Mr. Fauvel aduce en corroboracion de su dictámen, dos antiguos mirtos y unos hermosos restos

(1) No quiero ocultar ninguna dificultad, y sé que muchos colocan á Alimo al Oriente de Falerio. Tucídides era de Alimo.

del órden jónico, lo que desvanece no pocas objecciones. He aquí como amamos nosotros las antigüedades: exhibiendo pruebas de todo.

Despues de haber visto las curiosidades de Angelo-Kipous, nos dirigimos á Occidente, y pasando entre Atenas y el monte Anquesmo, entramos en el gran bosque de olivos; mas, como hácia aquella parte no hay ruinas, dábamos únicamente un agradable paseo, entregados á los recuerdos de Atenas. Encontramos al Cefiso, que yo habia saludado ya mas abajo al llegar de Eleusis; en aquella parte de su corriente tenia agua; pero esta agua, lo digo con disgusto, es un poco cenagosa, y sirve para regar jardines y mantener en sus márgenes una frescura muy escasa en Grecia. Retrocedimos luego, siempre á través del bosque de olivos, y dejamos á la derecha un montecillo pedregoso: era Colona, á cuyo pié veíase en otro tiempo el retiro de Sófocles, y el lugar donde este eminente trágico hizo derramar sus últimas lágrimas al padre de Antígone. Seguimos durante algun tiempo el camino de Metal, donde se ven aun los vestigios del templo de las Furias; desde este punto, y acercándonos á Atenas, vagamos bastante tiempo por las inmediaciones de la Academia. Ningun indicio da ya á conocer este asilo de los sabios: sus primeros plátanos han caido bajo el hacha de Sila; y los que Adriano hizo tal vez cultivar de nuevo, no se libraron del furor de otros bárbaros. Los altares del Amor, de Prometeo y de las Musas han desaparecido; nada resta del fuego divino en los bosquecillos donde tantas veces fue inspirado Platon. Dos hechos bastarán para dar á conocer el encanto y la grandeza que hallaban los antiguos en las lecciones de este filósofo: la víspera del dia en que Sócrates recibió á Platon en el número de sus discípulos, soñó que un cisne iba á descansar sobre su seno; habiendo impedido la muerte á Platon concluir su *Critias*, Plutarco deplora esta desgracia, y compara los escritos del jefe de la Academia á los templos de Atenas, de los cuales el de Júpiter-Olímpico era el único que no habia sido acabado.

Habia trascurrido ya una hora de la noche cuando resolvimos regresar á Atenas; el cielo se mostraba tachonado de rutilantes estrellas; y en la atmósfera se advertian una suavidad, una trasparencia y una pureza incomparables; nuestros caballos caminaban al paso, y nos habíamos entregado al mas profundo silencio. La senda que recorríamos era probablemente el antiguo camino de la Academia, poblado por los sepulcros de los ciudadanos que habian muerto en defensa de su patria, y los varones mas eminentes de la Grecia: allí descansaban Trasíbulo, Pericles, Cabrias, Timoteo, Armodio y Aristógiton. Fue ciertamente una idea noble la de reunir en un mismo campo las cenizas de esos famosos personajes que vivieron en diferentes siglos, y que, semejantes á los miembros de una familia, dispersa desde mucho tiempo, habian ido á descansar en el regazo de su madre comun. ¡Qué diversidad de costumbres y virtudes se descubren allí, á una mera ojeada! Aquellas virtudes, templadas por la muerte, como esos vinos generosos que se mezclan, como dice Platon, con una divinidad sobria, no ofuscaban ya las miradas de los vivos. El pasajero que lee sobre una columna fúnebre estas sencillas palabras:

PERICLES, DE LA TRIBU ACAMÁNTIDA, DEL BURGO DE CHORLAGA,

solo esperimenta ya admiracion sin envidia. Ciceron, que nos representa á Ático vagando en medio de aquellos sepulcros, y poseido de un santo respeto á la vista de aquellas augustas cenizas, no podria hacernos hoy la misma pintura, porque los sepulcros han desaparecido. Los ilustres difuntos que los atenienses colocaron estramuros de su ciudad, como en sus avanzadas, no se han levantado para defenderla: ¡han sufrido que la hollase la planta de los tártaros! «El »tiempo, la violencia y el arado, dice Chandler, han »nivelado todo.» El arado sobra aquí; y esta observacion pinta mas al vivo la desolacion de la Grecia, que las reflexiones á que pudiera entregarme.

Quedábanme aun por ver en Atenas los teatros y los monumentos interiores de la ciudad: á esto consagré el dia 26. He dicho ya, y nadie lo ignora, que el teatro de Baco estaba situado al pié de la ciudadela, al lado del Himeto. El Odéum, empezado por Pericles y concluido por Licurgo, hijo de Licofron, incendiado por Aristion y Sila, y reedificado por Ariobarzanes, estaba cerca del teatro de Baco; acaso se comunicaban por medio de un pórtico. Es probable que existiese en el mismo lugar otro teatro edificado por Herodes-Ático. Los escalones de este teatro se apoyaban en el declive de la montaña que les servia de base. Hay algunas dudas relativamente á estos monumentos, pues Estuart halla el teatro de Baco donde Chandler ve el Odéum.

Las ruinas de este teatro son de escasa importancia, y no escitaron mi atencion, porque habia visto en Italia otros monumentos del mismo género, mucho mas espaciosos y mejor conservados; asaltóme, no obstante, una reflexion harto triste: en tiempo de los emperadores romanos, y cuando Atenas era aun la escuela del mundo, los gladiadores se entregaban á sus sangrientos juegos en el teatro de Baco, al paso que las obras maestras de Esquilo, Sófocles y Eurípides habian dejado ya de representarse; el asesinato y la matanza habian substituido á esos espectáculos que inspiran una alta idea del entendimiento humano, y que forman los nobles solaces de las naciones cultas. Los atenienses corrian á presenciar aquellas crueldades con el mismo ardor con que habian corrido á las Dionisiacas. ¿Un pueblo que habia subido á tanta altura, podia bajar tanto? ¿Qué era de aquel altar de la Piedad, que se veia en medio de la plaza pública de Atenas, y al cual iban los suplicantes á colgar cintas? Si los atenienses eran, como dice Pausanias, los únicos griegos que honraban la Piedad, y la miraban como el consuelo de la vida, ¡cuánto habian degenerado! En verdad, Atenas no habia sido apellidada el *sagrado domicilio* de los dioses por sus combates de gladiadores. Acaso los pueblos, á semejanza de los hombres, son crueles en su decrepitud como en su infancia; acaso el genio de las naciones se agota; y cuando ha producido todo, recorrido todo, saboreado todo, saciado de sus obras maestras, é incapaz de producir otras nuevas, se embrutece y vuelve á ceder al dominio de las sensaciones meramente físicas. El cristianismo evitará que las naciones modernas terminen con tan deplorable vejez; pero si la religion llegase á desaparecer entre nosotros, no me admiraria de que el grito del gladiador moribundo resonase en la escena donde escuchamos hoy los dolores de Fedra y de Andrómaca.

Visitados los teatros, volvimos á la ciudad, donde dirigimos una mirada al Pórtico, que formaba quizá la entrada del Agora. Detuvímonos en la torre de los Vientos, de que no ha hablado Pausanias; pero que nos han dado á conocer Vitrubio y Varron. Espon da todos sus pormenores con la esplicacion de los vientos; y todo el monumento ha sido descrito por Estuart en sus *Antigüedades de Atenas;* Francisco Giambetti lo habia dibujado en 1465, época del renacimiento de las artes en Italia. En tiempo del padre Babin, esto es, en 1672, se creia que la torre de los Vientos era el sepulcro de Sócrates. Paso en silencio algunas ruinas del órden corintio, que algunos toman por el Pecilo, por los restos del templo de Júpiter-Olímpico, por el Pritaneo, y que acaso no pertenecen á ninguno de estos edificios. Lo que hay de seguro es que no pertenecen al tiempo de Pericles. Adviértese en ellas la

grandeza, pero tambien la inferioridad romanas: todo lo que los emperadores han tocado en Atenas se reconoce al primer golpe de vista, y forma un notable despropósito con las grandes obras del siglo de Pericles. Por último, fuimos al convento francés á devolver al único religioso que lo ocupa, la visita que me habia hecho. He dicho ya que el convento de nuestros misioneros comprende en sus dependencias el monumento corágico de Lisícrates, en el que acabé de pagar mi tributo de admiracion á las ruinas de Atenas.

Esta elegante produccion del genio griego fue conocido de los primeros viajeros con el nombre de *Fanari tou Demosthenis*. «En la casa que há poco tiempo compraron los padres capuchinos, dice el jesuita Babin, »en 1672, hay una antigüedad muy notable, que desde el tiempo de Demóstenes subsiste integro, y se le »denomina ordinariamente *la Linterna de Demóstenes* (1).»

Háse reconocido despues, y Espon el primero, que es un monumento corágico levantado por Lisícrates en la calle de los Trípodes. Mr. Legrand presentó su modelo en barro en el patio del Louvre no há muchos años (2); este modelo era muy semejante; pero el arquitecto, para dar sin duda mas elegancia á su trabajo, habia suprimido la pared circular que llena los inter-columnios en el monumento original.

En verdad, no es uno de los caprichos menos pasmosos de la fortuna el haber alojado un capuchino en el monumento corágico de Lisícrates; pero lo que á primera vista pudiera parecer estraño, llega á ser tierno y respetable cuando se piensa en los felices resultados de nuestras misiones; cuando se piensa que un fraile francés concedia en Atenas hospitalidad á Chandler, en tanto que otro fraile francés socoria á otros viajeros en la China, en el Canadá y en los desiertos del África y de la Tartaria.

«Los francos, dice Espon, solo tienen en Atenas la »capilla de los capuchinos, que está en el *Fanari tou* »*Demosthenis*. Cuando estuve en Atenas solo habia »allí el padre Serafin, hombre muy honrado, á quien »un turco de la guarnicion robó cierto dia su cinturon »de cuerda, ya fuese por malicia, ya por efecto de »embriaguez, habiéndole encontrado en el camino del »*Puerto-Leon*, de donde volvia sólo de visitar algu»nos franceses de una tartana anclada allí.

«Los padres jesuitas residian en Atenas antes que »los capuchinos, y nunca fueron espulsados de ella, »habiéndose retirado á Negroponto, porque hallaron »mas ocupacion y porque habia mas franceses que en »Atenas. Su hospicio estaba casi á la estremidad de la »ciudad, hácia la casa del arzobispo. Por lo que toca á »los capuchinos, se han establecido en Atenas des»de 1658, y el padre Simon compró en 1669, el Fanari »y la casa contigua donde habia otros frailes de su »órden antes de él en la ciudad.»

A estas misiones, por tanto tiempo disfamadas debemos, pues, todavía nuestros primeros conocimientos acerca de la Grecia antigua. Ningun viajero habia abandonado aun sus hogares para visitar el Parténon, cuando ya unos religiosos desterrados sobre estas famosas ruinas, esperaban cual nuevos dioses hospitalarios al anticuario y al artista. Los sabios preguntaban qué era de la ciudad de Cécrops; y en París habia en el noviciado de Santiago un padre Bernabé, y en Compiegne un padre Simon que hubieran podido darle noticias de ella; pero no hacian alarde de su ciencia; y retirados al pié del crucifijo, ocultaban en la humildad del cláustro lo que habian aprendido, y sobre todo lo que habian sufrido por espacio de veinte años en las ruinas de Atenas.

«Los capuchinos franceses, dice La Guilletiere, que »han sido llamados á la mision de la Morea por la con»gregacion de *Propaganda Fide*, tienen su principal »residencia en Napoli, en razon á que las galeras de »los beyes van á invernar á este punto, donde perma»necen por lo regular desde el mes de noviembre »hasta la festividad de San Jorge, dia en que vuelven »al mar: estas galeras están llenas de forzados cristia»nos, que necesitan ser instruidos y alentados; en esto »se ocupa con tanto celo el padre Bernabé de Paris, »actual superior de la mision de Atenas y la Morea.»

Empero, si estos religiosos, á su regreso de Esparta y Atenas eran tan modestos en sus cláustros, consistia acaso en que no habian conocido á fondo lo que la Grecia encierra de maravilloso en sus recuerdos; acaso carecian tambien de la instruccion necesaria; quien así lo creyese, olga al jesuita Babin, á quien debemos la primera relacion que poseemos de Atenas.

«En muchos libros, dice, podriais encontrar la des»cripcion de Roma, Constantinopla, Jerusalém y otras »ciudades las mas importantes del mundo, tal como »se hallan actualmente; pero no sé que libro describe »á Atenas tal como yo la he visto; y no seria posible »hallar esta ciudad si se la buscase como se representa »en Pausanias y algunos otros autores antiguos; pero »aquí la ven en el mismo estado en que hoy se encuen»tra, que es tal, que en medio de sus ruinas no deja »sin embargo de inspirar cierto respeto, así á las per»sonas piadosas que visitan sus iglesias, como á los sa»bios que la reconocen por madre de las ciencias, y á »los hombres guerreros y generosos que la conside»ran como el campo de Marte, y el teatro donde los »mas grandes conquistadores de la antigüedad han he»cho célebre su valor y mostrado con brillo su esfuer»zo, valor é ingenio; y finalmente, estas ruinas son »preciosas porque señalan su primitiva nobleza y de»muestran que ha sido en otro tiempo el objeto de »la admiracion del universo.

«Por lo que á mi respecta, os confieso que cuando »la descubri desde lejos en el mar, con anteojos de »larga vista, y cuando ví gran número de soberbias »columnas de mármol que se mostraban á lo lejos, »dando claro testimonio de su antigua magnificencia, »me sentí penetrado de algun respecto hácia ella.

El misionero pasa luego á la descripcion de los monumentos: mas feliz que nosotros, habia visto íntegro el Parténon.

Por último, ¿esa compasion á los griegos, esas ideas filantrópicas de que hacemos ostentacion en nuestros Viajes, eran desconocidas de los religiosos? Continuemos escuchando al padre Babin:

«Si Solon decia en otro tiempo á uno de sus amigos, »al mirar desde la cima de un monte esa gran ciudad »y ese considerable número de magníficos palacios de »mármol que á su vista se dilataban, que aquello era »un vasto pero rico hospital, lleno de tantos misera»bles cuantos eran sus habitantes, yo tenia mucho »mas motivo de espresarme en iguales términos, y »decir que esta ciudad, reconstruida con las ruinas de »sus antiguos palacios, no es ya otra cosa que un »grande y pobre hospital que contiene tantos misera»bles cuantos cristianos la habitan.»

El lector me perdonará esta digresion. Ningun viajero antes que yo, esceptuando Espon, ha tributado justicia á estos misioneros de Atenas, tan interesantes para un francés; yo mismo las he olvidado en el *Genio del Cristianismo*. Chandler apenas habla del religioso que le dió hospitalidad, y no sé si se digna nombrarlo una sola vez. Yo, gracias á Dios, soy superior á estos mezquinos escrúpulos. Cuando se me ha dispensado un favor lo publico; además, no me avergüenzo por el arte, pues no conceptuó deshonrado el monumento

(1) Parece que en 1669 existia en Atenas otro monumento llamado *la Linterna de Diógenes*. Guillet aduce, hablando de este monumento, el testimonio de los padres Bernabé, Simon, y MM. de Monceaux y Lainez. Véase la *Introduccion*.

(2) Este monumento ha sido ejecutado despues en Saint-Cloud.

de Lisícrates por constituir parte del convento de un capuchino. El cristiano que conserva este monumento, consagrándolo á las obras de la caridad, me parece tan respetable como el pagano que lo erigió en recuerdo de una victoria obtenida en un certámen de música.

Así dí fin á mi visita á las ruinas de Atenas, que recorrí metódicamente y con la inteligencia y la práctica que diez años de residencia y de trabajo daban á Mr. Fauvel. Este me habia economizado todo el tiempo que se pierde en tantear, dudar é inquirir, cuando se llega solo á un mundo nuevo. Habia, pues, adquirido ideas claras acerca de los monumentos, del cielo, del sol, de las perspectivas, de la tierra, del mar, de los rios, de los bosques y de las montañas del Ática; podia ya corregir mis cuadros, y dar á mi pintura de estos célebres lugares el respectivo colorido de localidad (1). Restábame ya únicamente proseguir mi camino, pues mi objeto principal era llegar á Jerusalém; y, ¡cuánto camino tenia aun delante de mí! La estacion adelantaba, y podia no encontrar, si me detenia mas tiempo, el buque que trasporta todos los años de Constantinopla á Jafa los peregrinos de Jerusalém. Tenia grandes motivos para creer que mi bajel austriaco no me esperaba ya en la punta del Ática; pues viendo que no llegaba, se habria dado á la vela con rumbo á Esmirna. Mi huésped halló fundadas mis razones, y me trazó el camino que debia seguir. Aconsejóme me trasladase á Keratia, pequeña poblacion del Ática, situada al pié del Laurium, á corta distancia del mar y en frente de la isla de Zea. Cuando hayais llegado, me dijo, á esa poblacion, se encenderá una hoguera en una montaña; y los bajeles de Zea, acostumbrados á esta señal, pasarán al punto á la costa del Ática. Entonces os embarcareis para el puerto de Zea, donde hallareis tal vez el buque de Trieste, y en todo evento os será fácil fletar en Zea un falucho para Chio ó Esmirna.

Yo no debia desechar los partidos ventajosos: un hombre que por el mero deseo de hacer una obra un poco menos defectuosa, emprende el viaje que yo habia emprendido, no es descontentadizo en punto á eventualidades y accidentes. Érame preciso partir, y no podia salir del Ática sino por el indicado medio, puesto que no habia bajel alguno con rumbo al Pireo (2). Resolví, pues, realizar sin demora el plan que se me proponia; Mr. Fauvel queria detenerme algunos dias mas; pero el temor de malograr la estacion oportuna del paso á Jerusalém, prevaleció sobre todas las demás consideraciones. Los vientos del Norte solo debian ya soplar seis semanas; y si llegaba muy tarde á Constantinopla, me esponia á quedar encerrado en ella por el viento de Poniente.

Despedí al genízaro de Mr. Vial, despues de pagarle y entregarle una carta de gracias á su amo. Nunca nos separamos sin pena, despues de un viaje algo peligroso, de los compañeros con quienes hemos vivido durante algun tiempo. Cuando vi al genízaro montar solo á caballo, desearme un feliz viaje, tomar el camino de Eleusis, y alejarse por un camino diametralmente opuesto al que me disponia á seguir, me sentí involuntariamente conmovido. Seguíale con la vista, pensando que iba á ver solo los desiertos que habíamos visto juntos; asaltábame asimismo la idea de que segun todas las probabilidades, aquel turco y yo no volveríamos á encontrarnos, ni oiríamos hablar jamás el uno del otro. Representéme el destino de aquel hombre, tan diferente del mio, y sus pesares y placeres tan diferentes de los mios; y todo esto para llegar al mismo lugar; él, á los hermosos y vastos cementerios de la Grecia; yo, á los caminos del mundo ó á los arrabales de alguna ciudad.

Esta separacion tuvo lugar el mismo dia en que visité el convento francés, porque el genízaro habia recibido la órden de hallarse dispuesto para volver á Coron. Partí aquella noche para Keratia, con José y un ateniense que iba á visitar á sus padres á Zea, y que nos sirvió de guia. Mr. Fauvel me acompañó hasta la puerta de la ciudad, donde nos abrazamos afectuosamente, deseando volver á hallarnos en breve en nuestra patria comun. Encarguéme de la carta que me entregó para Mr. de Choiseul, pues llevarle nuevas de Atenas era llevárselas de su patria.

Érame agradable abandonar á Atenas de noche, pues me hubiera ocasionado mucha pena alejarme de sus ruinas á la luz del sol; á lo menos, á imitacion de Agar, no veia lo que perdia para siempre. Solté la brida sobre el cuello de mi caballo; y siguiendo al guia y á José, me abandoné á mis reflexiones, que durante todo el camino, me ocuparon con una fantasía asaz estraña: figurábame que el Ática me habia sido entregada en soberanía, y que hacia publicar por toda Europa que todo aquel que, cansado de revoluciones, desease hallar la paz, viniese á consolarse en las ruinas de Atenas, donde prometia reposo y seguridad; abria caminos, construia posadas, preparaba todo género de comodidades á los viajeros, y compraba un puerto en el golfo de Lepanto, para hacer mas corta y espedita la travesía de Otranto á Atenas. Ya se conocerá que no me olvidaba de los monumentos: las obras maestras de la ciudadela eran reedificadas con arreglo á sus planos y á sus ruinas; y la ciudad, circunvalada de fuertes murallas, quedaba al abrigo de la rapacidad de los turcos. Fundaba además una universidad, á donde los naturales de todos los paises europeos irian á aprender el griego literario y el vulgar. Invitaba á los hidriotas á establecerse en el Pireo, y vedme ya señor de una regular marina. Las desnudas montañas se cubrian de pinos, para que mis rios volviesen á recobrar sus aguas; protegia la agricultura, y multitud de suizos y alemanes se mezclaban con mis albaneses; y practicándose diarios descubrimientos, Atenas salia del sepulcro. Al llegar á Keratia, salí de mi sueño, y me encontré tal cual era pocos momentos antes.

Habíamos dado la vuelta al Himeto, al pasar al Mediodía del Pentélico; luego, bajando hácia el mar, entramos en el camino del monte Laurium, donde los atenienses tenian en otro tiempo sus minas de plata. Esta parte del Ática nunca fue célebre; entre Falerio y el cabo Sunio se hallaban muchas ciudades y caseríos, como Anaflisto, Azenia, Lampra, Anagiro, Alimo, Thorcæ, Æxone, etc. Wheler y Chandler hicieron escursiones poco fructuosas en estos abandonados lugares; y Mr. Lechevalier atravesó el mismo desierto al desembarcar en el cabo Sunio, para trasladarse á Atenas. El interior de este pais era aun menos conocido y habitado que las costas; y no puedo señalar orígen á Keratia, situada en un valle bastante fértil, entre unas montañas que la dominan por todas partes, y cuyas faldas están pobladas de sáuces, romeros y mirtos. El centro del valle está cultivado, y las propiedades están divididas en él, como lo estaban antiguamente en el Ática, por medio de cercas de árboles (3). Las aves abundan en este pais, especialmente las abubillas, los pichones-remeros, las perdices encarnadas y las cornejas. La poblacion consiste en una docena de casas, bastante limpias y separadas unas de otras. En la montaña se ven rebaños de cabras y carneros; y en el valle muchos cerdos, asnos, caballos y algunas vacas.

El 27 nos apeamos en casa de un albanés conocido de Mr. Fauvel; y luego me dirigí á una altura al

(1) Véanse los *Mártires*.

(2) Las turbulencias de la Romelia hacian imposible por tierra el viaje á Constantinopla.

(3) Como lo están en Bretaña é Inglaterra.

Oriente de la poblacion, para descubrir el bajel austriaco; pero solo ví el mar y la isla de Zea. Al ponerse el sol, encendimos una hoguera de mirtos y malezas en la cresta de una montaña. Un cabrero, apostado en las costa, debia venir á anunciarnos las naves de Zea, al punto que las descubriese. La costumbre de las señales por medio del fuego asciende á la mas remota antigüedad, y ha proporcionado á Homero uno de los símiles mas hermosos de la *Iliada:*

Asi se ve alzarse una humareda sobre la cúspide de las torres de una ciudad sitiada, etc.

Al volver á la siguiente mañana á la montaña de las señales, acompañado de mi escopeta, me entretuve en cazar; mas siendo las doce, me acometió una fuerte insolacion. El termómetro habia señalado constantemente 28° durante mi permanencia en Atenas (1). El mapa mas antiguo de la Grecia, el de Sofian, coloca á su capital entre los 37°, 10 á 12'; Vernon hizo subir esta latitud á 38°, 5'; y Mr. de Chabert la ha determinado al fin en 37°, 58', 1'', para el templo de Minerva (2). Fácil es conocer que á Mediodia, en el mes de agosto y en tal latitud el sol debe ser abrasador. Aquella noche, al acabar de tenderme en una estera, envuelto en mi capa, advertí que mis ideas se desconcertaban. Nuestra morada, por otra parte, no era muy cómoda para un enfermo; pues acostado en el suelo en el único aposento, ó por mejor decir, en el zaguan de nuestro huésped, apoyábamos la cabeza en la pared: yo estaba tendido entre José y el jóven ateniense, y los enseres domésticos estaban colgados sobre mi cabezera; de modo que la hija de mi huésped, este y sus criados, nos pisoteaban cuando iban á tomar ó á colgar algun utensilio á las paredes.

Si alguna vez he tenido en mi vida un momento de desesperacion, creo fue aquel en que, acometido de una intensa calentura, conocí que mi cabeza se trastornaba y que caia en el delirio: mi impaciencia redobló mi mal. ¡Verme súbitamente detenido en mi viaje por aquel contratiempo! ¡Detenerme la calentura en Keratia, en un lugar desconocido y en la cabaña de un albanés! ¡Si á lo menos hubiese permanecido en Atenas, y muerto en el lecho de honor, viendo el Partenon! Pero aun cuando aquella calentura no tuviese consecuencias graves; aun cuando durase algunos dias, ¿no habia frustrado mi viaje? Los peregrinos de Jerusalém habrian partido, una vez pasada la estacion oportuna. ¿Qué sería de mí en el Oriente? ¿Cómo ir por tierra á Jerusalém, ó cómo esperar otro año? La Francia, mis amigos, mis proyectos, mi obra, que dejaria sin concluir, ocupaban alternativamente mi memoria. José no dejó en toda la noche de darme á beber cántaros de agua, que no bastaban á calmar mi sed. El suelo que me servia de cama, estaba empapado en mi sudor, y esto fue lo que me salvó. Esperimentaba á ratos un verdadero delirio: cantaba la cancion de Enrique IV, lo cual desconsolaba á José, que decia: *O Dio! che questo? Il signor canta! Poveretto!*

La calentura cedió el 26, á las nueve de la mañana, despues de haberme atormentado diez y siete horas. Si hubiese sufrido otro acceso de la misma intensidad, creo que no lo hubiera resistido. El cabrero volvió con la triste nueva de que ningun bajel de Zea se habia presentado á la vista. Hice un esfuerzo, y escribí algunas palabras á M. Fauvel, pidiéndole me enviase un caique, que tomándome en el lugar de la costa mas inmediato al punto donde me hallaba, me traslá-dase á Zea. Mientras escribia, mi huésped me referia una larga historia, y solicitaba mi proteccion cerca de M. Fauvel; procuré satisfacerle, pero mi cabeza estaba tan débil que casi no veia lo que escribia. El jóven griego marchó á Atenas con mi carta, encargándose de conducir un barco, si lograba hallarlo.

(1) Mr. Fauvel me dijo que el calor subia muchas veces á 32 y 34°.

(2) Respecto de esta latitud, puede leerse una erudita disertacion inserta en las *Memorias de la Academia de las Inscripciones.*

Pasé aquel dia tendido en mi estera; todos habian ido al campo, y el mismo José habia salido, no quedando sino la hija de mi huésped, jóven de diez y siete á diez y ocho años, bastante linda, que llevaba los piés descalzos y los cabellos cargados de medallas y piececitas de plata. No hacia el menor caso de mí, pues trabajaba como si yo no estuviese. La puerta estaba abierta, y los rayos del sol entraban por ella, siendo aquel el único punto iluminado del aposento. De tiempo en tiempo cedia al sueño; y al despertar veia siempre á la albanesa, arreglando sus cabellos ó alguna parte de su traje. Yo le pedia algunas veces agua: ¡*Nero!* y me traia un vaso lleno de ella; cruzando entonces los brazos, esperaba con paciencia á que acabase de beberla, y hecho esto, me preguntaba ¿ *Kalo?* « ¿es buena?» y volvia á sus trabajos. No se oia otro rumor en el silencio del medio dia, que el de los insectos que zumbaban en la cabaña, y el canto de los gallos que resonaba por fuera. Yo sentia mi cabeza vacía, como sucede despues de una prolongada calentura; mis ojos debilitados veian cruzar multitud de centellas y ráfagas de luz en mi derredor; mis ideas eran confusas pero apacibles.

El dia trascurrió así, pero aquella velada me sentí mucho mas aliviado; me levanté y dormí bien la noche siguiente, y en la mañana del 29 el griego volvió con una carta de M. Fauvel, alguna quina, vino de Málaga y buenas noticias. Merced á una gran casualidad, habíase hallado un barco, que habia zarpado de Falerio con un viento favorable, y me esperaba en una pequeña bahía, á dos leguas de Keratia; he olvidado el nombre del cabo, donde en efecto hallamos el barco. Hé aquí la carta de M. Fauvel:

A M. M. DE CHATEAUBRIAND,

AL PIE DEL LAURIUM,

EN KERATIA.

Atenas, 28 de agosto de 1806.

MI MUY QUERIDO HUÉSPED:

«He recibido la carta que me habeis dispensado el »honor de escribirme. He visto con sentimiento que »los vientos alisios de nuestras regiones os detienen »en la pendiente del Laurium; que las señales no han »podido obtener respuesta, y que la calentura, unida »á los vientos, aumentaban los inconvenientes de la »permanencia en Keratia, situada en el lugar de al»gunas pequeñas poblaciones, que dejo á vuestra eru»dicion el cuidado de hallar. Para obviar una de vues»tras incomodidades, os envio algunas tomas de la »mejor quina que se conoce; la mezclareis en un vaso »de vino de Málaga, que es uno de los mas esquisitos, »y lo tomareis en los momentos en que os veais libre »de calentura, antes de comer. Responderia de vues»tra curacion, si aquella fuese una enfermedad, pero »la medicina no ha resuelto aun este problema. Por »lo demás, ya sea enfermedad, ya efervescencia ne»cesaria, os aconsejo que no la lleveis á Ceos. Os he »fletado, no una trireme del Pireo, sino una *cuatri»reme*, en cuarenta pesos fuertes, habiendo recibido »como en prenda cinco y medio. Dareis al capitan »cuarenta y cinco pesos; el jóven compatriota de »Simónides os los entregará, pues va á salir despues »de la música de que vuestros oidos se acuerdan toda»vía. Me ocuparé de vuestro protegido, que no obstan»te es un hombre brutal; nunca debemos á apalear á

»nadie, y mucho menos á las jóvenes; yo mismo no »he tenido motivo alguno de quedar satisfecho de él »en mi último tránsito por esa. Aseguradle, no obs»tante, que vuestra recomendacion tendrá todo el »éxito que debe esperar. Veo con dolor que un exce»so de fatiga y un insomnio forzoso os han acarreado »la calentura, y que nada se ha adelantado. Tranquilo »aquí, mientras los vientos alisios detienen vuestro »bajel, Dios sabe donde, hubiésemos visitado á Atenas »y sus inmediaciones, sin ver á Keratia, sus cabras y »sus ruinas, y hubiérais zarpado del Pireo con rumbo á »Ceos, á despecho del viento. Os ruego me deis noticias »de vuestra persona, y que procureis volver á Francia »por Atenas. Venid á presentar algunas ofrendas á »Minerva, para vuestro feliz regreso, y vivid persua»dido de que el mayor obsequio que podeis dispensar»me es venir á amenizar nuestra soledad. Aceptad las »seguridades, etc.

«Fauvel.»

Era tal la aversion con que miraba á Keratia, que anhelaba con ansia alejarme de ella. Esperimentaba escalofrios, y temia un nuevo acceso de calentura, por lo que no vacilé en tomar una triple dosis de quina. He creido siempre que los médicos franceses administran este medicamento con demasiada precaucion y timidez. Trajéronnos caballos, y partiendo con un guia, en menos de media hora sentí que los síntomas del nuevo acceso se disipaban, y recobré todas mis esperanzas. Nos dirigíamos al Poniente por un estrecho valle que se estendia entre unas montañas estériles. Despues de una hora de marcha, bajamos á una hermosa llanura que parecia muy fértil; cambiando entonces de direccion, caminamos directamente hácia el Mediodia á través de la llanura, y llegamos á unas tierras elevadas que formaban, sin que yo lo supiese, los promontorios de la costa, porque, despues de haber pasado un desfiladero, descubrimos de repente el mar y nuestro barco amarrado al pié de una roca. Al verlo, me creí libertado del mal genio que habia intentado sepultarme en las minas de los atenienses, tal vez en castigo de mi desprecio á Pluto.

Entregamos los caballos al guia, y saltamos al barco, tripulado por trés marineros; éstos desplegaron las velas, y favorecidos por un viento del Mediodia, hicimos rumbo hácia el cabo Sunio. No sé si zarpábamos de la bahía, llamada, segun M. Fauvel, *Anaviso*; pero no vi las ruinas de las nueve torres Enneapirgia, donde Wheler descansó al volver del citado cabo. La Azinia de los antiguos debia hallarse poco mas ó menos en aquel lugar. A las seis de la tarde pasamos por la isla de los Asnos, antiguamente isla de Patroclo; y al ponerse el sol entramos en el pequeño puerto de Sunio, que está resguardado por el peñasco que sostiene las ruinas del templo. Saltamos á tierra, y subí al cabo. Los griegos no eran menos inteligentes en lo relativo á la eleccion de los sitios de sus edificios, que en la arquitectura de estos. Así es que la mayor parte de los promontorios del Peloponeso, del Ática, de la Jonia y de las islas del Archipiélago, estaban marcados con templos, trofeos ó sepulcros. Estos monumentos, rodeados de bosques y de peñascos, vistos en todos los accidentes de la luz, ora en medio de las nubes y del relámpago, ora alumbrados por el rayo de la luna, por el sol en su ocaso, por la aurora, debian revestir las costas de la Grecia de incomparable hermosura: la tierra, decorada con esta magnificencia, presentábase á los ojos del navegante con los rasgos y atributos de la vieja Cibeles, que coronada de torres, y magestuosamente sentada en la playa, mandaba á su hijo Neptuno esparcir las olas á sus piés.

El Cristianismo, institucion á que debemos la única arquitectura conforme con nuestras costumbres, nos habia enseñado tambien á colocar nuestros verdaderos monumentos: nuestras capillas, nuestras abadías y nuestros monasterios estaban dispersos por los bosques y en la cima de las montañas; no porque la eleccion de los lugares fuese siempre un plan premeditado del arquitecto, sino porque un arte, cuando está en consonancia con las costumbres de un pueblo, lleva naturalmente sus obras á la posible perfeccion. Obsérvese, por el contrario, cuan mal colocados están en su mayor parte, nuestros edificios imitados de la antigüedad. ¿Cuándo hemos pensado, por ejemplo, en adornar la única altura que domina á París? Solo la religion habia pensado en ello por nosotros. Los monumentos griegos modernos se asemejan á la lengua corrompida que se habla actualmente en Esparta y Atenas: en vano se asegura que es la lengua de Homero y de Platon, porque una mezcla de palabras toscas y de construcciones extranjeras revela á cada paso la sintáxis de los bárbaros.

Estas reflexiones hacia á la vista de las ruinas del templo de Sunio: monumento del órden dórico, y del buen tiempo de la arquitectura. Descubrí en lontananza el mar del Archipiélago con todas sus islas: el sol en su ocaso doraba las distantes costas de Zea y las catorce hermosas columnas de mármol á cuyo pié me habia sentado. Los sauces y los enebros esparcian en torno de las ruinas sus aromas, y el murmullo de las olas era casi imperceptible.

Como el viento habia cesado, nos fue preciso esperar otra brisa; nuestros marineros se acostaron en su barca y se durmieron, pero José y el jóven griego se quedaron á mi lado. Despues de haber comido y hablado durante algun tiempo, tendiéronse en el suelo y entregáronse tambien al reposo. Envolví mi cabeza en la capa para preservarme del rocío, y apoyando la espalda en una columna, preferí al sueño la tranquila contemplacion del cielo y del mar.

Al mas hermoso ocaso habia sucedido la noche mas hermosa. El firmamento, reproducido en las olas, parecia descansar en el seno de los mares. La estrella vespertina, mi constante compañera de viaje, estaba próxima á trasponer el horizonte, y solo se dejaba ya ver por los largos rayos que deslizaba de tiempo en tiempo sobre las aguas, á la manera de una luz que se estingue. A intérvalos, unas brisas fugaces desfiguraban en la inmensa superficie de las aguas, la brilladora imágen del cielo, agitaban las constelaciones, é iban á espirar entre las columnas del templo con apagado murmullo.

No obstante, espectáculo tan soberbio era muy triste para mí al pensar que lo contemplaba en medio de las ruinas. En mi derredor miraba los sepulcros, el silencio, la destruccion y la muerte, ó algunos marineros griegos, que dormian sin cuidados y sin ilusiones sobre los mudos escombros de la Grecia. Iba á dejar para siempre esta tierra sagrada: llena mi alma de la idea de su pasada grandeza y de su actual abyeccion, me reproducia el cuadro que tanto acababa de afligirme.

No soy uno de esos entusiastas admiradores de la antigüedad, á quienes un verso de Homero consuela de todo. Nunca he podido entender el sentimiento que Lucrecio espresa en estos versos:

> Suave mari magno, turbantibus æquora ventis,
> E terra magnum alterius spectare laborem.

Lejos de serme grato el contemplar desde la playa el naufragio de los demás, sufro cuando veo sufrir á otros hombres; las Musas no tienen entonces ningun poder sobre mí, á no ser aquella que atrae la compasion sobre la desgracia. ¡No permita Dios que me entregue hoy á esas declamaciones que tanto daño han causado á nuestra patria! pero si alguna vez hubiese creido, como ciertos hombres, cuyo carácter y talentos respeto por otra parte, que el gobierno absoluto es el mejor de todos los gobiernos, algunos meses de

residencia en Turquía me hubieran curado de semejante opinion.

Los viajeros que se limitan á recorrer la Europa civilizada son harto felices, pues no se internan en esos paises, célebres un dia, donde su corazon se dilacera á cada paso, y donde las ruinas vivas desvian á cada instante la imaginacion de las ruinas de mármol y granito. En vano es pretender entregarse á ilusiones en la Grecia actual, pues la triste realidad le persigue sin tregua. Los tugurios de barro seco, mas á propósito para servir de manida á los animales que de habitacion á los hombres; las mujeres y los niños cubiertos de harapos, que huyen al acercarse el extranjero y el genízaro; las cabras, que asustadas tambien, se dispersan en la montaña, y los perros, únicos que les reciben inmóviles, prorumpiendo en ladridos: he aquí la escena que arranca su mente al encanto de los recuerdos.

El Peloponeso está desierto: desde la guerra de los rusos el yugo de los turcos se ha hecho mas insoportable sobre los moraitas, y los albaneses han esterminado mucha parte de la poblacion. No se ve por donde quiera sino aldeas destruidas por el hierro y el fuego; en las ciudades, como en Misitra, han sido abandonados arrabales enteros; muchas veces he recorrido quince leguas por los campos, sin encontrar una sola habitacion. Las mas irritantes depredaciones, los ultrajes de todo género acaban de destruir por todas partes la agricultura y la vida; espulsar á un paisano de su cabaña, apoderarse de su mujer y sus hijos, y darle muerte por el mas fútil pretesto, es un pasatiempo para el menor agá de la mas insignificante aldea.

En el último grado del infortunio, el infeliz moraita se arranca á su país, y va á buscar al Asia una suerte menos impropicia. ¡Vana esperanza! no le es dado eludir su aciago destino: ¡vuelve á hallar cadís y pachás hasta en las arenas del Jordan y en los desiertos de Palmira!

El Ática, aunque algo menos miserable, no por ello es menos esclava: Atenas está bajo la proteccion inmediata del jefe de los eunucos negros del serrallo. Un



JOSÉ PRODIGANDO SUS DESVELOS Á MR. DE CHATEAUBRIAND.

disdar ó gobernador representa al mónstruo protector cerca del pueblo de Solon. Este disdar habita la ciudadela, llena de las obras maestras de Fidias y de Ictino, sin preguntar qué pueblo ha dejado estos despojos, sin dignarse salir de la choza que se ha construido al pié de las ruinas de los monumentos de Pericles; algunas veces, el tirano autómata se asoma á la puerta de su madriguera: siéntase, cruzando las piernas, sobre un sucio tapiz, y mientras el humo de su pipa sube á través de las columnas del templo de Minerva, pasea estúpidamente sus miradas por las costas de Salamina y el mar de Epidauro.

Pudiera creerse que la Grecia ha querido anunciar con su luto la desgracia de sus hijos. En general el pais está inculto; su suelo se presenta desnudo, monótono, salvaje, y de un color amarillo y marchito. No lo bañan rios, propiamente dichos, sino unos escasos arroyos y torrentes que se secan durante el estío. Casi ninguna quinta se descubre en los campos; no se ven labradores, no se advierten carretas ni yuntas de bueyes. Nada es tan triste como el no poder descubrir nunca la huella de una rueda moderna, donde se percibe aun en el peñasco la huella de las ruedas antiguas. Algunos aldeanos, cubiertos con una túnica y un gorro encarnado como los que usan los forzados en Marsella, dan á su paso un triste *kali spera* (buenos dias), aguijoneando delante de sí unos jumentillos y míseros caballos, de desgreñadas crines, que les bastan para trasportar su pobre ajuar campestre y el producto de su viña. Ceñid esta devastada tierra de un mar casi igualmente solitario; colocad sobre el declive de un peñasco, un harapiento centinela de caballería, ó un convento abandonado; un minarete que descuella en medio de la soledad, triste nuncio

de la esclavitud; un rebaño de cabras ó de carneros que atraviesa un cabo, entre unas destrozadas columnas; el turbante de un viajero turco que pone en fuga á los cabreros y hace mas desierto el camino, y tendreis una idea bastante cabal del cuadro desgarrador que presenta la Grecia.

Hánse investigado las causas de la decadencia del imperio romano; y pudiera en verdad escribirse una interesante obra sobre las causas que han precipitado la caida de los griegos. Atenas y Esparta no sucumbieron por las mismas razones que dieron por resultado la ruina de Roma, pues no se vieron abrumadas por su propio peso y por la grandeza de su imperio. Tampoco puede decirse que perecieron por sus riquezas, pues el oro de los aliados y la abundancia que el comercio esparcia en Atenas fueron en último término harto insignificantes; nunca se vieron entre los ciudadanos esas fortunas colosales que anuncian el cambio de las costumbres (1), pues el Estado fue siempre tan pobre, que los reyes del Asia se daban prisa á sostenerlo ó á sufragar los gastos de sus monumentos. Respecto de Esparta, el oro de los persas corrompió á algunos particulares, pero la república no salió de la miseria.

Yo señalaria, pues, como la primera causa de la caida de los griegos, la guerra que se hicieron mutuamente las dos repúblicas, despues que hubieron vencido á los persas. Atenas dejó de existir como Estado desde el momento en que fue tomada por los lacedemonios. Una conquista absoluta pone fin á los destinos de un pueblo, sea cual fuere el nombre que este pueblo haya podido conservar en la historia. Los vicios del gobierno ateniense prepararon la victoria del lacedemonio, pues un Estado enteramente democrático es el peor de todos, cuando es preciso combatir con un enemigo poderoso, y se necesita una voluntad única para salvar la patria. No puede concebirse una escena mas lastimosa que los furores del pueblo ateniense, mientras los espartanos se hallaban á sus puertas: desterrando y llamando alternativamente á los ciudadanos que hubieran podido salvarle, y dócil á la voz de los oradores facciosos, sufrió la suerte que por su demencia merecia; y si Atenas no fue destruida hasta en sus cimientos, es porque debió su conservacion al respeto que los vencedores profesaban á sus antiguas virtudes.

Lacedemonia triunfante, halló á su vez como Atenas, la primera causa de su ruina en sus propias instituciones. El pudor, virtud que una ley extraordinaria habia hollado para conservarla, fue destruido al fin por esta misma ley: las mujeres de Esparta, que se presentaban medio desnudas á los ojos de los hombres, llegaron á ser las mas disolutas de la Grecia; y los lacedemonios recogieron tan solo el libertinaje y la crueldad, de todas sus leyes ofensivas á la naturaleza. Ciceron, testigo de los juegos de los hijos de Esparta, nos representa á estos despedazándose entre sí con dientes y uñas. ¿Y de qué sirvieron estas brutales instituciones? ¿Sostuvieron acaso la libertad de Esparta? Ciertamente, fue un trabajo harto superfluo el educar unos hombres á guisa de fieras, para prestar al fin torpe obediencia al tirano Nabis, y convertirse en esclavos romanos.

Los mejores principios tienen sus escesos y su lado desfavorable. Licurgo, al estirpar la ambicion en el recinto de Lacedemonia, creyó salvar su república, y la perdió. Despues de la caida de Atenas, si los espartanos hubiesen reducido la Grecia á provincias lacedemonias, hubiéranse hecho tal vez señores de la tierra; y esta conjetura es tanto mas probable, cuanto que, sin aspirar á tan altos destinos, destruyeron en Asia, á pesar de su debilidad, el imperio de un gran rey. Sus victorias sucesivas hubieran impedido que una monarquía poderosa se levantase en las inmediaciones de la Grecia, para invadir las repúblicas. Lacedemonia, incorporando á su seno los pueblos vencidos por sus armas, hubiera ahogado á Filipo en la cuna de su poder; los eminentes varones que fueron sus enemigos, hubieran sido sus súbditos; y Alejandro, en lugar de nacer en un reino, hubiera salido como César, del seno de una república.

Lejos de ostentar este espíritu de grandeza y esa ambicion preservadora, los lacedemonios, contentos con haber colocado treinta tiranos en Atenas, volvieron á entrar desde luego en su valle, cediendo á esa inclinacion á la oscuridad que sus leyes les habian inspirado. No sucede respecto de una nacion lo que respecto de un hombre: la moderacion en la prosperidad y el amor á la paz, que pueden convenir á un ciudadano, no labrarán la felicidad de un Estado. Es cierto que por ningun concepto debe hacerse una guerra inicua; nunca debe comprarse la gloria á espensas de una injusticia; pero el no saber aprovecharse de una posicion ventajosa para honrar, engrandecer y robustecer la patria, mas es en un pueblo una falta de genio que el sentimiento de una virtud.

¿Cuál fue el resultado de esta conducta de los espartanos? La Macedonia dominó en breve á la Grecia. Filipo dictó leyes á la asamblea de los Anfictiones. Por otra parte, el débil imperio de la Laconia, que no subsistia sino por la celebridad guerrera, y no basado en ninguna virtud positiva, se desvaneció. Epaminondas se mostró en la escena pública: y los lacedemonios, derrotados en Leuctres, se vieron en la dura necesidad de ir á justificarse ante el vencedor, de cuyos labios oyeron estas crueles palabras: *Nos brevi eloquentiæ vestræ finem impossuimus.* «Hemos puesto término á vuestra breve elocuencia.» Los espartanos debieron conocer entonces cuan provechoso les hubiera sido haber hecho un solo Estado de todas las ciudades griegas, y haber contado á Epaminondas en el número de sus generales y ciudadanos. Una vez conocido el secreto de su debilidad, todo se perdió irremisiblemente para ellos, pues Filopémen dió cima á la obra comenzada por Epaminondas.

Aquí debemos ver un memorable ejemplo de la superioridad que las letras dan á un pueblo sobre otro, cuando ha hecho brillar además las virtudes militares. Puede decirse que las batallas de Leuctres y Mantinea borraron de la tierra el nombre de Esparta, mientras Atenas, tomada por los lacedemonios y devastada por Sila, no dejó de conservar el imperio del mundo. Atenas vió correr á su seno á los mismos romanos que la habian vencido, y que consideraron como un título de gloria el pasar por sus hijos: quien tomaba el nombre de Ático; quien se llamaba discípulo de Platon y de Demostenes. Las musas latinas, Lucrecio, Horacio y Virgilio, cantan sin cesar la reina de la Grecia. «Concedo á los muertos la salvacion de los vivos,» esclama el mayor de los Césares, al perdonar á Atenas culpable. Adriano se complace en reunir á su título de emperador el de arconte de Atenas, y multiplica las obras maestras en la patria de Pericles; Constantino el Grande se regocija de tal modo de que los atenienses le hayan erigido una estátua, que colma su ciudad de mercedes; Juliano vierte lágrimas al dejar la Academia; y cuando triunfa, cree deber su victoria á la Minerva de Fidias. Los Crisóstomos, los Basilios y los Cirilos, acuden, como los Cicerones y los Áticos, á estudiar la elocuencia en su manantial; hasta en la edad media Atenas es denominada la *Escuela de las ciencias y del genio*; y cuando Europa despierta del letargo de la barbarie, su primer grito tiene por objeto á Atenas. «¿Dónde está?» preguntan todas las naciones. Y al saberse que sus ruinas subsisten aun, corren á ellas cual si hubiesen hallado las cenizas de su madre.

(1) Las grandes fortunas en Atenas, como la de Herodes Atico, no se formaron sino bajo el imperio romano.

¡Cuánto se diferencia esta celebridad de la que solo se cimenta en las armas! En tanto que todos los sabios repiten el nombre de Atenas, Esparta yace en el polvo del olvido; apenas se la ve en el reinado de Tiberio defender y perder un litigio de escasa valia contra los mesenianos, siendo preciso leer dos veces el pasáje de Tácito para cerciorarse de que habla de la famosa Lacedemonia. Algunos siglos despues, se encuentra una guardia espartana al lado de Caracalla; ¡triste honor que parece anunciarnos que los hijos de Licurgo habian conservado su nativa ferocidad! Finalmente, Esparta se trasforma en el Bajo-Imperio, en un principado ridículo, cuyos jefes toman el nombre de *déspotas*, que habia llegado á ser el título de los tiranos. Algunos piratas que se dicen los verdaderos descendientes de los lacedemonios, forman en la actualidad toda la gloria de Esparta.

No he tratado bastante á los griegos modernos para atreverme á formular una opinion relativamente á su carácter. Sé que es sobrado fácil calumniar á los desgraciados, y que nada es mas sencillo que decir al abrigo de todo peligro: «¿Por qué no rompen el yugo que »les abruma?» Todos pueden abrigar estos elevados sentimientos y esta orgullosa energía en el rincon de su hogar. Por otra parte, las opiniones decisivas abundan en un siglo en que de nada se duda, escepto de la existencia de Dios; pero como los juicios generales que versan sobre los pueblos, son con harta frecuencia desmentidos por la esperiencia, me abstengo de emitir una opinion acerca del particular. Creo únicamente que se conserva todavía mucho genio en Grecia, y que nuestros maestros en todo género están en ella; como creo tambien que la naturaleza humana conserva en Roma su superioridad, lo cual no quiere decir que los hombres superiores se hallan en el dia en Roma.

Temo, sin embargo, que los griegos no estén dispuestos á romper en breve sus cadenas. Aun cuando se emancipen de la tiranía que les agovia, no perderán en un instante la honda marca de sus cadenas. No solo han sido quebrantados bajo el peso del despotismo, sino que há dos mil años que existen como un pueblo envilecido y desgraciado. No han sido renovados, como el resto de Europa, por unas naciones bárbaras; lejos de esto, la nacion misma que los ha conquistado ha contribuido á su corrupcion. Esa nacion no ha introducido entre ellos las rudas y salvages costumbres de los hombres del Norte, sino las muelles y voluptuosas de los hombres del Mediodia. Prescindiendo del crímen religioso que los griegos hubieran perpetrado al abjurar sus altares, nada hubieran ganado sometiéndose al Alcoran. El libro de Mahoma no consigna principio alguno de civilizacion, ni precepto que pueda elevar el carácter: ese libro no predica ni el odio á la tiranía, ni el amor á la libertad. Al seguir el culto de sus dueños, los griegos habrian renunciado á las letras y á las artes, para convertirse en soldados de la Fatalidad y obedecer á ciegas el capricho de un árbitro absoluto; hubieran pasado su existencia talando el universo, ó durmiendo sobre una alfombra entre mujeres y perfumes.

La misma imparcialidad que me obliga á hablar de los griegos con el respeto que se debe al infortunio, me hubiera impedido tratar á los turcos con la severidad con que lo hago, si solo hubiese visto en ellos los abusos harto comunes en los pueblos vencedores; pero por desgracia los soldados republicanos no son señores mas justos que los satélites de un déspota; y un procónsul no era menos avaro que un pachá (1). Pero los turcos no son unos opresores ordinarios, aunque hayan encontrado apologistas. Un procónsul podia ser un mónstruo de lascivia, de avaricia y de crueldad; pero no todos los cónsules se complacian por sistema y espíritu de religion en destruir los monumentos de la civilizacion y de las artes, en cortar árboles, en talar las mieses y en esterminar generaciones enteras; pues bien: esto es lo que hacen los turcos mientras viven. ¿Podria creerse que hay en el mundo tiranos bastante estúpidos para oponerse á toda mejora en las cosas de primera necesidad? Si un puente se desploma, no se rehabilita; si un hombre repone su casa, es víctima de un atropello. He visto á algunos capitanes griegos esponerse á un naufragio, saliendo al mar con unas velas hechas girones; ¡tanto temian mostrar alguna comodidad, si reparaban su velámen! Finalmente, si yo hubiese reconocido en los turcos unos ciudadanos libres y virtuosos en el seno de su patria, aunque poco generosos para con las naciones conquistadas, hubiera enmudecido, limitándome á deplorar interiormente la imperfeccion de la naturaleza humana; pero encontrar á la vez en un mismo hombre el tirano de los griegos y el esclavo del gran-señor; el verdugo de un pueblo indefenso y la servil criatura á quien un pachá puede despojar de sus bienes, encerrar en un saco de cuero y arrojar al mar, esto es intolerable, y no conozco fiera alguna que no deba ser preferida á un hombre de esta ralea.

El lector verá que me entregaba en el cabo Sunio á ideas novelescas; ideas que la hermosura de la escena hubiera podido, no obstante, hacer nacer. Próximo á abandonar la Grecia, me retrataba naturalmente la historia de este país; procuraba descubrir en la antigua prosperidad de Esparta y de Atenas la causa de su actual decadencia; y en su triste estado presente los gérmenes de sus futuros destinos. El creciente choque del mar contra el peñasco me advirtió que el viento se habia levantado, y que era tiempo de continuar mi viaje. Desperté á José y á su compañero, y entramos en el barco, pues nuestros marineros habian hecho ya los preparativos de la partida. Hicímonos á la vela, y la brisa terral nos impelió rápidamente á Zea. A medida que nos alejábamos, las columnas de Sunio se mostraban mas hermosas sobre las olas; descubríaselas perfectamente sobre el azul del cielo, á causa de su estremada blancura y de la serenidad de la noche. Estábamos ya á bastante distancia del cabo, y aun resonaba en nuestro oido el murmullo de las ondas que se estrellaban al pié del peñasco, el sordo rumor de los vientos á través de los enebros, y el monotono canto de los grillos, únicos habitadores en la actualidad de las ruinas del templo; estos fueron los últimos rumores que oí en el suelo de la Grecia.

SEGUNDA PARTE.

VIAJE AL ARCHIPIÉLAGO, LA ANATOLIA Y CONSTANTINOPLA.

CAMBIABA de teatro: las islas que iba á atravesar eran en la antigüedad una especie de puente arrojado

(1) Los romanos, á semejanza de los turcos, acostumbraban reducir los vencidos á la esclavitud. Si debo decir todo lo que opino sobre esto, creo que este sistema es una de las causas de la superioridad que los grandes hombres de Atenas y de Roma tienen sobre los grandes hombres de los tiempos modernos. Es indudable que el hombre no puede gozar de todas sus facultades intelectuales, sino cuando se ve libre de los cuidados materiales de la vida; y solo se está enteramente libre de estos cuidados en los paises donde las artes, los oficios y las ocupaciones domésticas están abandonadas á los esclavos. El servicio del hombre asalariado, que nos deja cuando le place, y cuyas omisiones ó vicios nos vemos precisados á sufrir, no puede ser comparado con el servicio del hombre cuya vida y muerte están en nuestra mano. Es asimismo indudable que el hábito del mando inspira al ánimo cierta elevacion, y á los modales cierta nobleza que jamás se adquiere en la familiar igualdad de nuestras ciudades. Pero no echemos de menos esa superioridad de los antiguos, puesto que era preciso comprarla á costa de la libertad de la especie humana, y bendigamos eternamente al Cristianismo, que ha roto los hierros del esclavo.

sobre el mar para unir la Grecia Asiática á la verdadera Grecia. Libres ó esclavas, sumisas á la fortuna de Esparta ó de Atenas, á los destinos de los persas, á los de Alejandro y sus sucesores, cayeron al fin bajo el yugo romano. Arrancadas alternativamente al Bajo-Imperio por los venecianos, los genoveses, los catalanes y los napolitanos, tuvieron príncipes particulares y aun duques que tomaron el título general de duques del Archipiélago. Por último, los sultanes del Asia bajaron á las costas del Mediterráneo, y para anunciar



UN PASEO POR LAS INMEDIACIONES DE ATENAS.

á este su futuro destino, se hicieron llevar agua del mar, arena y un remo.

No obstante, las islas fueron las últimas que sufrieron el yugo, pero esperimentaron al fin la suerte comun; y la bandera latina, estrechada cada vez mas por la Media-Luna, solo se detuvo en las playas de Corfú.

De esta lucha de los griegos, turcos y latinos resultó que las islas del Archipiélago fueron muy conocidas de la antigüedad, pues estaban en el camino de todas esas flotas que llevaban ejércitos ó peregrinos á Jerusalém, á Constantinopla, á Egipto y á Berbería, llegando á ser las estaciones de todos aquellos bajeles genoveses y venecianos, que renovaron el comercio de

las Indias por el puerto de Alejandría; así, pues, vemos los nombres de Chio, Lesbos y Rodas en cada página de la *Bizantina*; y mientras Atenas y Esparta yacian en hondo olvido, sabíase la fortuna del mas insignificante escollo del Archipiélago.

Además, los viajes á estas islas son innumerables y se remontan al séptimo siglo; no hay un solo viaje á Tierra-Santa que no empiece con una descripcion de algunos peñascos de la Grecia. En 1555, Belon publicó sus *Observaciones de muchas curiosidades halladas en Grecia; el Viaje* de Tournefort es conocido de todos; la *Descripcion exacta de las islas del Archipiélago* por el flamenco Dapper, es un trabajo escelente, y de nadie son ignorados los *Cuadros* de Mr. Choiseul.

Nuestra travesía fue feliz. El 30 de agosto entramos á las ocho de la mañana en el puerto de Zea; es espacioso, pero de un aspecto desierto y sombrío, á causa de las fragosidades que lo rodean; y en los peñascos de la costa no se ve otra cosa que algunas capillas ruinosas y los almacenes de la aduana. Zea está edificada sobre la montaña á una legua hácia el Levante, y ocupa el lugar de la antigua Cartea. Al llegar, solo vi tres ó cuatro faluchos griegos, y perdí toda esperanza de hallar mi buque austriaco. Dejé á José en el puerto, y me dirigí á la ciudad con el jóven ateniense; la subida es ruda y fragosa; esta primera vista de una isla del Archipiélago no me halagó mucho, pero ya estaba acostumbrado á los desencantos.



NAVEGACION POR EL ARCHIPIÉLAGO.

Zea, construida en forma de anfiteatro sobre la desigual pendiente de una montaña, es una ciudad sucia y desagradable, aunque bastante populosa; los asnos, los cerdos y las gallinas obstruyen las calles; hay en ella tan considerable número de gallos, y estos cantan tan á menudo y tan estrepitosamente, que aturden al ex-

tranjero. Dirigíme á la casa de Mr. Pengali, vice-cónsul francés en Zea; y despues de decirle quién era, de dónde venia, y á dónde deseaba ir, le pedí fletase una barca que me trasladase á Chio ó á Esmirna.

Mr. Pengali me recibió con la posible cordialidad; su hijo bajó al puerto, donde halló un caique que volvia á Tino y que debia hacerse á la vela al dia siguiente, y resolví aprovechar esta oportunidad, pues me hacia adelantar un poco en mi camino.

El vice-cónsul quiso darme hospitalidad al menos durante el resto del dia; tenia cuatro hijas, la mayor de las cuales estaba á punto de casarse, pues se hacian en aquellos momentos los preparativos de la boda; pasé, pues, de las ruinas de Sunio á un festin. Singular es el destino del viajero. En la mañana deja á un huésped anegado en lágrimas, y á la noche encuentra otro nadando en la alegría; es el depositario de mil secretos: Ibrahim me habia referido en Esparta todos los síntomas de la enfermedad de su hijo, y en Zea supe la historia del yerno de Mr. Pengali. En realidad, ¿hay algo mas amable que esta sencilla hospitalidad? ¿No es una felicidad para el viajero el que todos se dignen acogerle de esta suerte en los lugares donde no hallaria el mas leve socorro? La confianza que inspira, la ingenuidad con que se le trata, el regocijo que parece causar y que realmente causa, son ciertamente dulcísimas satisfacciones. Una cosa me afectaba tambien mucho: esta era la buena fé con que se me hacian diferentes encargos para Francia, Constantinopla y Egipto. Todos me pedian servicios con la misma franqueza con que me los dispensaban, pues mis huéspedes estaban en la persuasion de que no les olvidaria, y que eran ya mis amigos. Sacrifiqué, por consiguiente, á Mr. Pengali las ruinas de Ioulis, que habia resuelto visitar; y á semejanza de Ulises, me determiné á tomar parte en los festines de Aristonóo.

Zea, la antigua Ceos, fue célebre en la antigüedad por una costumbre que existia tambien entre los celtas, y que se ha encontrado entre los salvajes de América: los viejos de Ceos se daban la muerte. Aristeo, cuyas abejas ha cantado Virgilio, ú otro Aristeo, rey de Arcadia, que se retiró á Ceos, obtuvo de Júpiter los vientos etesienos, para moderar los ardores de la canícula. Erasistrato el médico, y Ariston el filósofo, eran naturales de Ioulis, como tambien Simónides y Baquílides, de quien tenemos algunos versos bastante malos en los *Poetæ Græci minores*. Simónides fue un brillante ingenio; pero su cabeza valia mas que su corazon, pues cantó á Hiparco, que le habia colmado de beneficios, y cantó tambien los asesinos de este príncipe. Sin duda para que diese este ejemplo de virtud, los justos dioses del paganismo habian preservado á Simónides de la ruina de una casa. Es preciso ajustarse al tiempo, dice el pretendido sabio: y al punto los ingratos sacuden el peso del agradecimiento; los ambiciosos abandonan al vencido, y los cobardes se filian en el partido del vencedor. ¡Maravillosa sabiduría humana, cuyas máximas, siempre superfluas para el valor y la virtud, solo sirven de pretesto al vicio, y de asilo á las flaquezas del corazon!

El comercio de Zea consiste actualmente en las bellotas de una especie de encina que se emplea en la tintorería. La gasa de seda muy usada entre los antiguos, habia sido inventada en Ceos (1); los poetas, para pintar su trasparencia y tenuidad, la denominaban *viento tejido*. Zea suministra aun seda: «Los habitantes de Zea, dice Tournefort, se reunen diariamente »para hilar la seda, y se sientan en el borde de sus »azoteas, para dejar caer sus husos hasta la calle, y »los retiran luego dando vueltas al hilo. Hallamos al »obispo griego en este ademan; y despues de preguntar quiénes éramos, nos hizo decir que nuestras ocu»paciones eran harto frívolas si solo buscábamos plan»tas y mármoles viejos. A esto le respondimos que nos »hubiera servido de mayor edificacion verle estudiar »las obras de San Crisóstomo ó San Basilio, que mane»jar el huso.»

Yo habia continuado tomando la quina tres veces al dia: la fiebre no habia vuelto á acometerme: pero habia quedado muy débil, y seguia con una mano y una mejilla ennegrecidas por la insolacion. Yo era, pues, un convidado muy alegre de carácter, pero muy triste de semblante. Para no presentar el aspecto de un pariente desdichado, me solazaba en la boda. Mi huésped me daba el ejemplo del valor: sufria en aquel momento los crueles dolores del mal de piedra, que en medio del canto de sus hijas, le arrancaba algunas veces agudos gritos. Todo esto formaba una mezcla de cosas en sumo grado estrañas: el paso repentino del silencio de las ruinas al estrépito de unas bodas era singular. ¡Tanto tumulto al lado del eterno silencio! ¡Tanta alegría al lado del inmenso luto de la Grecia! Una idea me hacía reir: representábame á mis amigos ocupados de mí en Francia; veíales seguirme en idea, exagerarse mis trabajos, alarmarse por mis peligros; y en verdad que no hubiera sido escasa su sorpresa si me hubiesen visto de repente con el rostro medio quemado, asistiendo en una de las Cícladas á una boda de aldea, aplaudiendo las añejas canciones de las señoritas Pengali; mientras este prorumpia en gritos, los gallos se desgañitaban cacareando, y los recuerdos de Ioulis, de Aristeo y de Simónides estaban enteramente olvidados. Del mismo modo, al desembarcar en Túnez, despues de una travesía de cincuenta dias, que fue casi un continuado naufragio, caí en casa de Mr. Devoise en medio del carnaval; y en lugar de ir á meditar sobre las ruinas de Cartago, me vi obligado á correr al baile, disfrazado de turco, y á prestarme á todas las locuras de una caterva de oficiales americanos, que rebosaban alegría y juventud.

El cambio de escena al salir de Zea fue tambien tan brusca como mi llegada. A las once de la noche me alejé de la regocijada familia, bajé al puerto y me embarqué en medio de una fuerte marejada en un caique tripulado por dos grumetes y tres marineros. José, muy valiente en tierra, no lo era tanto en el mar; hízome mil observaciones inútiles, pues le fue preciso seguirme y acabar de correr mi fortuna. Navegábamos á todo trapo, y nuestro esquife, inclinado al peso de la vela, tenia la quilla á flor de agua; las oleadas eran violentas, y las corrientes del Eubeo hacian el mar mas tempestuoso; el tiempo estaba encapotado, y adelantábamos al resplandor de los relámpagos y á la fosfórica luz de las olas. Aunque no es mi ánimo hacer valer mis trabajos, que son harto insignificantes, me prometo que cuando se me vea abandonar mi patria y mis amigos, sufrir la fiebre y las fatigas, atravesar los mares de la Grecia en frágiles barcas, recibir los fusilazos de los beduinos, y todo esto por respeto al público, y para darle una obra menos imperfecta que el *Genio del Cristianismo*, me prometo, repito, que mis esfuerzos escitarán alguna gratitud.

Diga lo que quiera la fábula del águila y del cuervo, nada complace tanto como imitar á un gran hombre; yo habia representado el papel de César: *¿Quid times? Cœsarem vehis*; y llegué á donde intentaba llegar. Tocamos el 31 á las seis de la mañana en Tino, donde hallé al punto una falua hidriota con rumbo á Esmirna, que debia hacer escala en Chio algunas horas. El caique me dejó á bordo de la falua, y ni aun saltamos á tierra.

Tino antiguamente Teno, está separada de Andros por un estrecho canal: es una elevada isla que descansa sobre una roca de mármol. Los venecianos la poseyeron mucho tiempo, y solo es célebre en la antigüedad por sus serpientes; la víbora habia recibido su

(1) Sigo la opinion comun; pero tal vez Plinio y Solin se han equivocado. Segun testimonio de Tibulo, Horacio, etc., la gasa de seda se fabricaba en Cos y no en Ceos.

nombre de esta isla (1). Mr. de Choiseul ha hecho una descripcion encantadora de las mujeres de Tino; y sus vistas del puerto de San-Nicolo me han parecido muy exactas.

El mar, como dicen los marinos, habia caido, y el cielo se habia despejado, por lo que me desayuné en el puente mientras levaban anclas; descubria á diferentes distancias todas las Cíclades: Esciros, donde Aquiles pasó su niñez; Delos, célebre por el nacimiento de Diana y Apolo, por su palmera y sus fiestas; Naxos, que me recordaba á Ariadna, Teseo, Baco y algunas encantadoras páginas de los *Estudios de la Naturaleza*. Péro todas esas islas, tan risueñas en otro tiempo, ó tal vez tan embellecidas por la imaginacion de los poetas, no presentan hoy sino costas desoladas y estériles. Algunas tristes aldeas descuellan sobre los peñascos, dominadas por castillos aun mas tristes, y rodeadas algunas veces de un triple recinto de murallas, pues vívese en ellas en un continuo temor á los turcos y á los piratas. Mas, como estas fortificaciones se desploman por sí mismas, despiertan á la vez en el ánimo del viajero la idea de todas las miserias posibles. Rousseau dice que hubiera querido verse desterrado en una isla del Archipiélago; el elocuente sofista hubiérase arrepentido en breve de su eleccion, pues separado de sus admiradores, relegado entre algunos griegos groseros y pérfidos, no hubiera hallado en los valles quemados por el sol, ni flores, ni arroyos, ni sombra; no hubiera visto en su derredor sino bosquecillos de olivos, peñascos rojizos, cubiertos de salvia y de yerba buena silvestre; dudo, pues, que hubiese deseado continuar mucho tiempo sus paseos al ronco rumor del viento y del mar, á lo largo de una costa inhabitada.

Aparejamos á medio dia, y el viento del Norte nos llevó con bastante rapidez á Scio; pero nos vimos obligados á hacer repetidas abordadas entre la isla y la costa de Asia, para embocar el canal. En nuestro derredor veiamos muchas tierras é islas, unas redondas y altas como Samos; otras largas y bajas, como los cabos del golfo de Efeso; estas tierras é islas estaban diferentemente iluminadas, segun el grado de distancia á que se hallaban. Nuestra falua, muy ligera y elegante, ostentaba una grande y única vela, que remedaba en su figura el ala de un ave marítima, y era la propiedad de una familia, compuesta de padre, madre, hermano y seis hijos, todos varones; el padre era el capitan, el hermano el piloto, y los hijos los marineros. No he visto cosa mas alegre, mas limpia y ligera que esta tripulacion de hermanos. La falua estaba lavada, cuidada y adornada como una casa querida; tenia un gran rosario en la popa, con una imágen de la *Panagía*, cubierta con una rama de olivo. Es bastante comun en el Oriente ver á una familia colocar así toda su fortuna en una nave; mudar de climas, sin abandonar sus hogares, y sustraerse á la esclavitud, haciendo en el mar la vida de los escitas.

Fuimos á anclar durante la noche al puesto de Chio, «afortunada patria de Homero,» dice Fenelon en las *Aventuras de Aristonoo*, obra maestra de armonía y de sabor antiguo. Habíame dormido profundamente, y José no me despertó hasta las siete de la mañana. Estaba acostado en el puente, y cuando abrí los ojos me creí trasladado al país de las hadas, pues me hallaba en medio de un puerto lleno de buques, teniendo á la vista una ciudad encantadora, dominada por unos montes, cuyas crestas estaban cubiertas de olivos, palmeras, lentiscos y terebintos. Multitud de griegos, franceses y turcos, ocupaban los muelles y se escuchaba el sonido de las campanas (2).

Salté á tierra y pregunté si habia cónsul de Francia en la isla; me enseñaron un cirujano que desempeñaba los negocios de los franceses y vivia en el puerto. Fuí á visitarle y me recibió con gran cortesanía; su hijo me sirvió de cicerone durante algunas horas para ver la ciudad, muy semejante á una ciudad veneciana. Brandrand, Ferrari, Tournefort, Dapper, Chandler, Mr. Choiseul, y otros mil geógrafos y viajeros han hablado de la isla de Chio; remito, por consiguiente, al lector á sus obras.

A las diez volví á la falua, y almorcé con la familia, que cantó y bailó sobre el puente en mi derredor, bebiendo vino de Chio, que no era del tiempo de Anacreonte. Un instrumento poco armonioso animaba los pasos y las voces de mis húespedes; solo el nombre ha conservado de la lira antigua, pues está tan degenerado como sus dueños: Lady Craven ha hecho su descripcion.

Salimos del puerto el 1.º de setiembre á medio dia: el viento del Norte empezaba á levantarse, y pocos momentos despues era muy violento. Intentamos primero tomar el paso del Oeste entre Chio y las islas Espalmodoras (3), que cierran el canal cuando se navega hácia Metelin ó Esmirna; pero no pudimos doblar el cabo Delfino, por lo cual nos dirigimos á Oriente, y prolongamos la abordada hasta el puerto de Tchesmo. Volviendo desde aquí sobre Chio, y encaminándonos luego al monte Mimas, conseguimos al fin subir hasta el cabo Cara-Bouroun, á la entrada del golfo de Esmirna. Eran las diez de la noche; y faltándonos el viento, pasamos esta en la costa de Ásia.

El 2, al amanecer, nos alejamos de tierra á fuerza de remo, á fin de aprovecharnos del *imbat* no bien empezara á soplar, y lo verificó antes de la hora acostumbrada. En breve pasamos las islas de Dourlach, y fuimos á bordear el castillo que defiende el fondo del golfo ó el puerto de Esmirna. Descubrí entonces la ciudad á lo lejos, á través de un bosque de mástiles, y parecia salir del mar, porque está situada sobre una tierra baja y llana, dominada al Sudeste por unas montañas de estéril aspecto. José no podia reprimir su alegría, pues Esmirna era para él una segunda patria; su regocijo casi me entristecia, haciéndome pensar en mi país, y demostrándome que el axioma *ubi bene, ibi patria*, es harto cierto para la mayor parte de los hombres.

José, en pié á mi lado en el puente, me nombraba todo lo que á mis ojos se presentaba, á medida que adelantábamos. Por último, amainamos velas, y dejando aun por algun tiempo deslizarse nuestra falua, dimos fondo á seis brazas, fuera de la primera linea de las embarcaciones. Buscaba ansioso con la vista á mi bajel de Trieste, y lo reconocí en su pabellon; estaba anclado cerca de la escala de los franceses, ó del muelle de los Europeos. Embarquéme con José en un caique que pasó cerca de nosotros, y me hice trasladar á la nave austriaca, cuyo capitan y teniente se hallaban en tierra; los marineros me reconocieron y recibieron con grandes demostraciones de alegría, y me dijeron que habian llegado á Esmirna el 18 de agosto, y que el capitan habia bordeado dos dias para esperarme entre Zea y el cabo Sunio, y que el viento le habia luego obligado á continuar su derrotero. Los marineros me dijeron tambien que mi criado me habia alquilado un aposento en la fonda, por órden del cónsul de Francia.

Vi con placer que mis antiguos compañeros habian sido tan felices como yo en su viaje; quisieron llevarme á tierra; y pasando al bote del buque, pocos momentos despues llegamos al muelle. Multitud de con

(1) Una especie de víbora, llamada *tenia*, era originaria de Tenos. La isla fue llamada al principio *Ophisa* é *Hydrusa*, á causa de sus serpientes.

(2) Solo los paisanos griegos de la isla de Chio tienen en Turquía el privilegio de tocar las campanas; deben este privilegio y otros muchos, al cultivo del árbol que produce el mastic. Véase la Memoria de Galland, en la obra de monsieur Choiseul.

(3) *Olim Œnussæ*.

ductores de cargamento se apresuraron á darme su mano para subir. Esmirna, donde veia muchos sombreros (1), me presentaba el aspecto de una ciudad marítima de Italia, uno de cuyos cuarteles estuviese habitado por orientales. José me acompañó á casa de Mr. Chauderloz, que desempeñaba á la sazon el consulado francés de esta importante escala. Muchas veces deberia repetir los elogios que he hecho ya de la hospitalidad de nuestros cónsules; suplico á mis lectores me lo perdonen, porque si estas repeticiones les molestan, no puedo, sin embargo, dejar de ser agradecido. Monsieur Chaudèrloz, hermano de Mr. de La Clos, me acogió con urbanidad, pero no me hospedó en su casa, porque estaba enfermo, y Esmirna ofrece por otra parte los recursos de una gran ciudad europea.

Arreglamos al punto todo el resto de mi viaje: yo habia resuelto dirigirme á Constantinopla por tierra, para proveerme de firmanes, y embarcarme luego con los peregrinos griegos para la Siria; pero no queria seguir el camino directo, y mi plan era visitar la llanura de Troya al atravesar el monte Ida. El sobrino de Mr. Chauderloz, que acababa de hacer una escursion á Efeso, me dijo que los desfiladeros del Gárgaro estaban infestados de ladrones, y ocupados por unos agás mas temibles aun que los mismos ladrones. Como yo perseveraba en mi proyecto, envióse á buscar un guia que debia haber conducido un inglés á los Dardanelos, por el camino que yo queria seguir. Este guia accedió en efecto á acompañarme y suministrar los caballos necesarios, mediante una cantidad bastante considerable. Mr. Chauderloz prometió darme un intérprete y un genízaro esperimentado. Entonces advertí que me veria precisado á dejar una parte de mis baules en el consulado, y á limitarme á lo mas estrictamente necesario. El dia de la partida fue el 4 de setiembre, esto es, el subsiguiente al de mi llegada á Esmirna.

Despues de haber prometido á Mr. Chauderloz volver á comer con él, me trasladé á mi posada, donde hallé á Julian posesionado de un aposento muy limpio y amueblado á la europea. La posada, á cuyo frente estaba una viuda, tenia una hermosísima vista al puerto: no recuerdo ya su nombre. Nada debo decir de Esmirna, despues de Tournefort, Chandler Peyssonel, Dallaway y tantos otros; pero no puedo negarme al placer de trasladar aquí un fragmento del *Viaje* de Mr. Choiseul.

«Los griegos procedentes del barrio de Efeso, llamado »*Smirna*, solo habian construido algunas aldeas en el »fondo del golfo, que andando el tiempo recibió el »nombre de su primera patria. Alejandro quiso reu»nirlos, y les hizo construir una ciudad cerca del rio »Meles. Antígone empezó esta obra por sus órdenes, y »Lisímaco la concluyó.

»Una situacion tan ventajosa como la de Esmirna era »digna del fundador de Alejandría, y debia asegurar »su prosperidad. Admitida por las ciudades de la Jonia »á participar de las ventajas de su confederacion, esta »ciudad no tardó en ser el centro del comercio del »Asia-Menor; su lujo atrajo á ella todas las artes, sien»do hermoseada con soberbios edificios y llena de mul»titud de extranjeros que acudian á enriquecerla con »las producciones de su país, á admirar sus maravi»llas, á cantar con sus poetas y á instruirse con sus »filósofos. Un dialecto mas suave añadia un nuevo en»canto á esa elocuencia que parecia un atributo de los »griegos. La hermosura del clima parecia influir en la »de los naturales, que ofrecian á los artistas modelos »por cuyo medio hacian conocer al resto del mundo la »naturaleza y el arte reunidos en su perfeccion.

»Esmirna era una de las ciudades que revindicaban »el honor de haber visto nacer á Homero; y en la már»gen del Meles se enseñaba el lugar donde su madre »Criteida le habia dado á luz, y la caverna á donde él se »retiraba para componer sus inmortales versos. Un mo»numento erigido á su gloria, y que llevaba su nom»bre, presentaba en medio de la ciudad anchurosos »pórticos, bajo los cuales se reunian los ciudadanos; »en fin, las monedas ostentaban su imágen, como si »hubiesen reconocido por soberano al genio que les »honraba.

»Esmirna conservó los preciosos restos de esta pros»peridad hasta la época en que el imperio tuvo que »luchar con los bárbaros: fue tomada por los turcos, »vuelta á tomar por los griegos, siempre saqueada, »siempre destruida. A principios del siglo XIII solo »existian ya las ruinas de la ciudadela; fue reparada »por el emperador Juan Comneno, que murió en 1224; »esta fortaleza no pudo resistir los esfuerzos de los »príncipes turcos, cuya residencia fue muchas veces, »á pesar de los caballeros de Rodas, que, aprovechan»do una circunstancia favorable, lograron construir »allí un fuerte y sostenerse en él; pero Tamerlan to»mó en catorce dias esta plaza, que Bayaceto bloquea»ba hacia siete años.

»La ciudad no empezó á salir de sus ruinas sino »cuando los turcos fueron enteramente señores del im»perio; entonces, su situacion le devolvió las ventajas »que la guerra le habia arrebatado, y llegó á ser el »centro del comercio de aquellos paises. Los habitan»tes, ya tranquilos, abandonaron la cumbre de la mon»taña, y construyeron nuevas casas á orillas del mar; »estas modernas construcciones han sido fabricadas »con los mármoles de todos los monumentos antiguos, »de que apenas quedan algunos fragmentos; y solo se »hallan ya la plaza del estadio y del teatro. En vano se »intentaria reconocer los vestigios de los cimientos, ó »algunos lienzos de muralla que se descubren entre la »fortaleza y el lugar que ocupa la ciudad actual.»

Los terremotos, los incendios y la peste han afligido á la Esmirna moderna, como los bárbaros destruyeron la Esmirna antigua. La peste dió lugar á un rasgo de abnegacion que merece ser citado entre otros de igual género, de tantos otros misioneros; esta historia no parecerá sospechosa, pues la refiere un sacerdote anglicano. Fray Luis de Pavía, del órden de Recoletos, fundador y superior del hospital de Sam Antonio en Esmirna, fue acometido de la epidemia, é hizo voto de consagrar su vida, si Dios se la concedia, al servicio de los apestados. Librado milagrosamente de la muerte, el citado fraile cumplió su voto; los apestados que cuidó no tienen número, pues se ha calculado que salvó cerca de las dos terceras partes (1) de los desgraciados á quienes asistió.

Nada tenia que ver en Esmirna, á no ser ese Meles que nadie conoce, y cuyo nombre se disputan tres ó cuatro barrancos. Pero lo que me sorprendió mucho fue la estremada suavidad del aire. El cielo, menos puro que el del Ática, tenia ese matiz que los pintores llaman *tono caliente;* es decir, que estaba lleno de un vapor ténue, un tanto enrojecido por la luz. Cuando espiraba la brisa del mar, sentia una languidez semejante al desfallecimiento, y reconocia la muelle Jonia. Mi permanencia en Esmirna me obligó á una nueva metamórfosis, pues volví á los hábitos de la civilizacion, recibiendo y devolviendo visitas. Los comerciantes que me hicieron el honor de ir á visitarme eran ricos, y cuando fui á saludarles á mi vez, encontré en sus casas mujeres elegantes que parecian habian recibido aquella mañana sus modas de casa Leroi. Colocado entre las ruinas de Atenas y las de Jerusalém, aquel nuevo Paris á donde habia llegado en una barca griega, y del que me disponia á salir con una caravana turca,

(1) El turbante y el sombrero son la principal distincion de los franceses y los turcos, y en la lengua del Levante se cuenta por turbantes y sombreros.

(1) Véase a Dallaway. El remedio heróico de que se servia fray Luis, era envolver al enfermo en una camisa empapada en aceite.

contrastaba notablemente con las escenas de mi viaje, pues era una especie de oasis civilizado, una Palmira en medio de los desiertos de la barbarie. Confieso, sin embargo, que siendo yo naturalmente algo salvaje, no habia ido á buscar á Oriente lo que se llama la sociedad; asi es que anhelaba vivamente ver camellos, y oir el grito de las aves del desierto.

El 5 por la mañana, hechos ya todos los preparativos, el guia partió con los caballos, y fue á esperarme á Menémen-Eskelessi, pequeño puerto de la Anatolia. Mi última visita en Esmirna fue á José. *¡Quantum mutatus ab illo!* ¿Era aquel mi ilustre dragoman? Halléle en una miserable tienda, trabajando en su vajilla de estaño, con el mismo traje de terciopelo azul que llevaba en las ruinas de Esparta y Atenas. ¿Mas de qué le servian aquellas muestras de su gloria? ¿De qué le servia haber visto las ciudades y los hombres, *mores hominum et urbes?* ¡Ni aun era dueño de su buril! En un rincon descubrí á su maestro, hombre de fosco semblante, que hablaba con dureza á mi antiguo compañero. ¡Y para esto se alegraba tanto José de su llegada! Solo dos cosas me han contristado en mi viaje: no haber sido bastante rico para establecer ventajosamente á José en Esmirna, y para rescatar un cautivo en Túnez. Despedíme de mi pobre camarada, cuyas lágrimas me enternecian. Escribíle mi nombre en un pedazo de papel, en el que envolví una sincera muestra de mi gratitud; de este modo el dueño de la tienda nada advirtió.

Aquella noche, despues de dar gracias al cónsul por todas sus deferencias hácia mí, me embarqué con Julian, el dragoman, los genízaros y el sobrino de Mr. Chauderloz que se sirvió acompañarme hasta la escala, á la que llegamos en poco tiempo. El guia estaba en la playa: abracé á mi jóven huesped que regresaba á Esmirna, montamos á caballo y partimos.

Era media noche cuando llegamos al kan de Menémen, desde donde descubrí á lo lejos una multiud de luces diseminadas: era una caravana en descanso. Al acercarme distinguí los camellos, unos acostados, otros en pié; estos cargados, aquellos sin cargamento. Muchos caballos y asnos sin brida, comian cebada en unos receptáculos de cuero; algunos ginetes permanecian aun á caballo; y las mujeres, cubiertas con sus velos, no se habian apeado de sus robustos dromedarios. Sentados con las piernas cruzadas sobre vistosos tapices, los mercaderes turcos estaban agrupados en derredor de las hogueras que servian á los esclavos para preparar las viandas; otros viajeros fumaban en largas pipas á la puerta del kan, mascaban opio y escuchaban peregrinas historias. Tostábase café en anchas pailas; las vivanderas discurrian de hoguera en hoguera, ofreciendo sabrosas tortas de trigo, diferentes frutas y volateria; algunos cantores alegraban á la multitud; los imanes hacian abluciones, se arrodillaban, se levantaban, é invocaban al Profeta, mientras los conductores de camellos dormian tendidos en tierra. Esta estaba erizada de bultos, de sacos de algodon y cargamentos de arroz. Todos estos objetos, ya clara y distintamente iluminados, ya confusamente envueltos en una sombra dudosa, segun el color y la ondulacion de las llamas, presentaban una verdadera escena de las *Mil y una Noches.* Solo faltaban allí el califa Aroun-al-Raschild, el visir Giaffar, y Mesrour, jefe de los eunucos.

Recordé entonces por la vez primera que pisaba las llanuras de Asia, parte del mundo que no habia visto aun la huella de mis pasos, ¡ah! ni esas amarguras que comparto con todos los hombres. Sentíme penetrado de respeto á esa antigua tierra, cuna del género humano; donde vivieron los patriarcas, donde descollaron Tiro y Babilonia, á donde el Eterno llamó á Ciro y Alejandro; donde Jesucristo realizó el misterio de nuestra salvacion. Abríase á mis ojos un mundo nuevo; iba á encontrar naciones que me eran desconocidas; costumbres diversas, usos diferentes, otros animales, otras plantas, un cielo nuevo, una nueva naturaleza. En breve habia de pasar el Hermo y el Grénico; Sardes no estaba lejos; acercábame á Pérgamo y á Troya: la Historia desarrollaba á mis ojos otra página de las revoluciones humanas.

Alejábame muy á mi pesar de la caravana. Despues de dos horas de marcha, llegamos á la márgen del Hermo, que atravesamos en una barca. Es todavía el *turbidus Hermus*, pero no sé si arrastra aun arenas de oro. Mirábale con placer, porque era el primer rio digno de este nombre, que hallaba desde mi salida de Italia.

Al amanecer, entramos en una llanura rodeada de montañas de escasa altura. El país presentaba un aspecto enteramente diverso del de Grecia: los algodoneros verdes, el tallo amarillento de los trigos, y la variada corteza de las sandías, matizaban vistosamente el campo, que los camellos cruzaban confundidos con los búfalos. Dejábamos á la espalda á Magnesia y al monte Sifilo; no estábamos, pues, lejos de los campos de batalla donde Agesilao humilló el poder del gran rey, y donde Escipion alcanzó sobre Antióco la victoria que abrió á los romanos el camino de Asia.

A lo lejos descubrimos á nuestra izquierda las ruínas de Cimes y á Neon-Tichos á nuestra derecha; y estuve tentado á apearme y marchar á pié por respeto á Homero, que habia pasado por aquellos mismos lugares.

«Algun tiempo despues, el mal estado de sus nego»cios le obligó á marchar á Cimes. Habiéndose puesto »en camino, atravesó la llanura del Hermo, y llegó á »Neon-Tichos, colonia de Cimes, fundada ocho años »despues de esta. Asegúrase que hallándose en esta »ciudad en casa de un armero, recitó estos versos, »primeros frutos de su poderoso estro: «Oh vosotros, »ciudadanos de la amable hija de Cimes, que habitais »al pié del monte Sárdeno, cuya cumbre está cubierta »de bosques que esparcen en torno suave frescura, y »que bebeis las aguas del divino Hermo, que dió na»cimiento á Júpiter, respetad la miseria de un extran»jero que no tiene una casa donde pueda hallar un »amigo albergue.»

«El Hermo corre cerca de Neon-Tichos, y el monte »Sárdeno domina á entrambos. El armero se llamaba »*Tiquio*; y estos versos le causaron tanto gozo, que »resolvió hospedar al poeta en su casa. Lleno de com»pasion á un ciego reducido á la amarga necesidad de »mendigar su sustento, le prometió partir con él »cuanto poseia. Habiendo Melisígenes entrado en su »taller, tomó un asiento, y mostró á algunos habitan»tes de Neon-Tichos un fragmento de sus poesias; la »espedicion de Amfiarao contra Tebas, y algunos »himnos en honor de los dioses. Todos emitieron su »parecer, y habiendo Melisígenes escedido su juicio, »sus oyentes quedaron admirados.

»Mientras estuvo en Neon-Tichos, sus poesias le »suministraron medios de subsistencia; en mi tiempo »se mostraba aun el lugar donde acostumbraba sen»tarse cuando recitaba sus imperecederos versos. Este »lugar, que escitaba aun una gran veneracion, estaba »sombreado por un álamo que habia empezado á cre»cer en tiempo de su llegada (1).»

Puesto que Homero habia tenido en Neon-Tichos á un armero por huésped, no me avergonzaba de haber tenido por intérprete en Esmirna á un estañero. ¡Ojalá que la semejanza fuera igualmente completa en todo, aunque debiese comprar el genio de Homero á costa de todos los infortunios que le abrumaron!

Despues de algunas horas de marcha, atravesamos una de las crestas del monte Sárdeno, y llegamos á las orillas del Pítico, donde hicimos alto para franquear el paso á una caravana que vadeaba el rio. Los camellos, atados unos á otros por las colas, se resis-

(1) *Vida de Homero;* traduccion de Mr. Larcher,

tian á internarse en el agua; y alargando sus cuellos, eran conducidos por el asno que marchaba á la cabeza de la caravana. Los mercaderes y los caballos estaban detenidos en frente de nosotros, al otro lado del rio, y á corta distancia se veia á una turca, que se ocultaba en su velo.

Pasamos á nuestra vez el Pítico, debajo de un mezquino puente de piedra; y á las once llegamos á un kan, donde dimos descanso á los caballos.

A las cinco de la tarde emprendimos de nuevo nuestro camino. Las tierras eran altas y estaban bastante bien cultivadas.

Veíamos el mar á nuestra izquierda. Entonces vi por primera vez las tiendas de los turcomanos, formadas de pieles de ovejas negras, lo que trajo á mi memoria los hebreos y los pastores árabes. Bajamos á la llanura de Mirina, que se dilata hasta el golfo de Eleo, y descubrimos un vetusto castillo, llamado *Guzel-Hissar*, que descollaba sobre una de las puntas de la montaña que acabábamos de pasar. Acampamos á las diez de la noche en medio de la llanura, y estendiendo un tapiz que habia comprado en Esmirna, me acosté sobre él y me dormí. Al despertarme algunas horas despues, ví brillar las estrellas sobre mi cabeza, y oí la voz del conductor de camellos de una caravana distante. El 5, antes del amanecer, montamos á caballo, recorrimos una llanura cultivada, y atravesando el Caico, á una legua de Pérgamo, entramos á las nueve de la mañana en esta ciudad, construida al pié de una montaña. Mientras el guia llevaba los caballos al kan, fuí á visitar las ruinas de la ciudadela, donde hallé los restos de tres recintos de murallas, los de un teatro y los de un templo (acaso el de Minerva-Lleva-Victoria). Ví algunos trozos agradables de escultura, y entre otros un friso adornado de guirnaldas, sostenido por cabezas de bueyes y de águilas. Pérgamo estaba á mis piés en la direccion del Mediodia, y se asemeja á un campo de barracas encarnadas. Al Poniente se estiende una gran llanura que termina en el mar; al Oriente, otra, ceñida á lo lejos por estensas montañas; al Mediodia y al pié de la ciudad, veia en primer término unos cementerios plantados de cipreses; en segundo, una zona de tierra donde crecian la cebada y el algodon; mas allá, dos grandes *tumulus;* á mas distancia, un lindo plantado de árboles; y en lontananza, una erguida colina detenia la vista. Al Nordeste descubrí tambien algunas de las sinuosidades del Selino y del Cetio, y al Oriente el anfiteatro en la hondonada de un valle. La ciudad me presentó al bajar de la ciudadela, los restos de un acueducto y las ruinas del *Liceo*. Los sabios del pais dicen que la famosa biblioteca estaba encerrada en este monumento.

Pero si alguna descripcion ha sido supérflua alguna vez, es la que acabo de hacer, pues no há mas de cinco ó seis meses que Mr. de Choiseul ha publicado la continuacion de su *Viaje*. Este segundo tomo, en el que se reconocen los progresos de un talento que el trabajo, el tiempo y la desgracia han perfeccionado, da los detalles mas exactos y curiosos acerca de los monumentos de Pérgamo y la historia de sus príncipes. Solo, pues, haré una reflexion. El nombre de los Attale, caro á las artes y á las letras, parece haber sido fatal á los reyes. Attale, tercero de este nombre, murió casi loco, y legó sus muebles á los romanos: *Populus romanus, bonorum meorum hæres esto*. Y esos republicanos que miraban, al parecer, á los pueblos como muebles, se apoderaron del reino de Attale. Hállase otro Attale, juguete de Alarico, y cuyo nombre ha llegado á ser proverbial para espresar un simulacro de rey. Cuando no se sabe llevar la púrpura, no se debe aceptarla; en tal caso es preferible el sayo de piel de cabra.

Salimos de Pérgamo á las siete de la noche, y encaminándonos al Norte, nos detuvimos á las once para acostarnos en medio de una llanura. El 6 á las cuatro de la mañana, proseguimos nuestro camino por la llanura, que, esceptuando los árboles, se parece á la Lombardía. Mientras marchaba, me acometió tan irresistible acceso de sueño, que siéndome imposible vencerlo, caí por encima de la cabeza de mi caballo; golpe de cuyas resultas hubiera debido romperme el cuello; pero no sufrí sino una ligera contusion. A las siete nos hallamos en un terreno desigual, formado de montecillos. Bajamos luego á un país encantador, plantado de moreras, olivos, álamos y pinos de copa en figura de parasol (*pinus pinea*). En general, toda esta tierra de Asia me pareció muy superior á la de Grecia. Llegamos temprano á la Somma, mezquina ciudad turca, donde pasamos el dia.

Habíame desorientado completamente respecto de nuestra marcha, pues no seguia ya las huellas de todos los viajeros, que dirigiéndose á Bursa ó regresando de esta ciudad, pasan mucho mas á Oriente por el camino de Constantinopla. Por otra parte, me parecia que para llegar á la vertiente opuesta del monte Ida, hubiéramos debido dirigirnos desde Pérgamo á Adramitti, desde donde, siguiendo la costa ó atravesando el Gárgaro, hubiésemos bajado á las llanuras de Troya. Pero en lugar de seguir este camino, habíamos marchado por una línea que pasaba precisamente entre el camino de los Dardanelos y el de Constantinopla. Empecé á sospechar que esto era una perfidia del guia, tanto mas cuanto que le habia visto hablar muchas veces con el genízaro. Envié, pues, á Julian en busca del dragoman, á quien pregunté por qué casualidad nos hallábamos en Somma. El dragoman me pareció turbado, y me respondió que ibamos á Kircagach; que era imposible atravesar la montaña, pues seríamos infaliblemente degollados en ella, porque nuestra comitiva no era bastante numerosa para aventurarse á este viaje, y que era mucho mas acertado tomar el camino de Constantinopla.

Esta respuesta me encolerizó, pues vi claramente que el dragoman y el genízaro, ora por miedo, ora por otros motivos, habian entrado en un complot para desviarme de mi camino. Hice llamar al guia y le acriminé su mala fe, diciéndole que puesto que hallaba impracticable el camino de Troya, hubiera debido declararlo en Esmirna; que era un cobarde, á pesar de ser turco; que no abandonaria mis proyectos por su miedo ó por sus caprichos; y que, puesto que mi ajuste habia sido hecho para pasar los Dardanelos, iria á los Dardanelos.

Al oir estas palabras, fielmente traducidas por el dragoman, el guia se enfureció, y empezó á gritar: ¡Alah! ¡Alah! mesábase la barba de ira, y declaró que en vano diria y haria yo, pues me llevaria á Kircagach; y que ya veríamos si un cristiano ó un turco tenia razon en presencia del agá. A no haberse interpuesto Julian, creo que hubiera dado muerte á aquel hombre.

Siendo Kircagach una rica y populosa ciudad, á tres leguas de la Somma, me prometia hallar en ella un agente francés que redujese aquel turco á la razon. El 7 á las cuatro de la mañana toda nuestra comitiva estaba á caballo, segun mi órden. Llegamos á Kircagach en menos de tres horas, y nos apeamos á la puerta de un hermoso kan. El dragoman se informó en el acto de si habia en la ciudad cónsul francés, y se le indicó la casa de un cirujano italiano; híceme, pues, conducir á la casa de este pretendido vice-cónsul, y le espliqué mi negocio; al punto fue á comunicarlo al gobernador, quien me hizo comparecer ante él con el guia. Presenteme en el tribunal de su escelencia, precedido del dragoman y del genízaro. El agá estaba medio acostado en el ángulo de un sofá, en un salon bastante hermoso, cuyo pavimento estaba cubierto de tapices. El agá era un jóven perteneciente á una familia de visires; sobre su cabeza habia colgadas varias armas, y uno de sus oficiales estaba sentado á

su lado. Fumaba con desdeñoso ademan en una gran pipa persa, y prorumpia de tiempo en tiempo en estrepitosas carcajadas, al mirarnos. Esta singular recepcion me disgustó mucho. El guia, el genizaro y el dragoman se descalzaron sus sandalias á la puerta, segun la costumbre recibida; fueron á besar la orla del traje del agá, y volvieron luego á sentarse á la puerta.

Las cosas no se presentaron tan tranquilas respecto de mí, pues como me hallaba completamente armado, calzaba botas y espuelas, y tenia además un látigo en la mano, los esclavos quisieron obligarme á que dejase botas, látigo y armas. Híceles decir por medio del dragoman, que un francés seguia en todas partes las costumbres de su país, y adelanté bruscamente en la sala. Al ver esto, un spahi asióme del brazo izquierdo y me empujó violentamente hácia atrás; pero le crucé la cara de un latigazo que le obligó á soltarme; entonces puso mano á las pistolas que llevaba en la cintura; mas yo, despreciando su amenaza, fui á sentarme al lado del agá, cuyo asombro escitaba la risa. Le hablé en francés, y me quejé de la insolencia de sus subordinados, diciéndole que solo por respeto á su persona no habia quitado la vida al genízaro, pues debia saber que los franceses eran los primeros y mas fieles aliados del Gran-Señor; que la gloria de sus armas estaba bastante estendida en el Oriente, para que se aprendiese á respetar sus sombreros, como ellos respetaban los turbantes sin temerlos; que yo habia bebido el café de los pachás, que me habian tratado como á su hijo; y por último, que no habia ido á Kircagach para que un esclavo me enseñase á vivir y tuviese la audacia de tocar mi ropa.

El agá me escuchaba tan atónito como si me hubiese entendido; el dragoman le tradujo lo que acababa de decirle, y contestó que nunca habia visto franceses; que me habia tomado por un franco, y que iba á dispensarme cumplida justicia: esto dicho, me hizo servir el café.

Digno de observarse era el aire de estúpida sorpresa con que los esclavos me veian sentado en el divan, y con las botas cubiertas de polvo, al lado de su amo. Restablecida la tranquilidad, se esplicó mi negocio; y el agá, despues de haber oido á ambas partes, dictó un fallo que yo no esperaba en manera alguna: condenó al guia á que me devolviese una parte de mi dinero; pero declaró que hallándose cansados los caballos, cinco hombres solos no podian arriesgarse á pasar las montañas; y que por lo tanto debia, á su parecer, tomar tranquilamente el camino de Constantinopla.

Descubríase en esta sentencia cierto buen sentido turco bastante notable, sobre todo cuando se atendia á la juventud y escasa esperiencia del juez. Hice decir á este que su fallo, por otra parte muy justo, adolecia de error por dos razones: primero, porque cinco hombres bien armados se abrian paso en todas partes; segunda, porque el guia hubiera debido presentarme sus observaciones en Esmirna, y no aceptar un compromiso que no tenia el valor de cumplir. El agá convino en que esta segunda reflexion mia era razonable, pero que hallándose los caballos cansados é incapaces de hacer tan largo viaje, la *fatalidad* me obligaba á tomar otro camino.

Inútil hubiera sido resistir á la fatalidad: todo me era secretamente hostil; el juez, el dragoman y mi genízaro. El guia intentó presentar dificultades relativamente al dinero; pero se le intimó que le esperaban cien palos á la puerta, sino me restituia parte de la cantidad que habia recibido; sacóla, pues, no sin gran dolor, de un bolsillo de cuero, y se acercó á mí para entregármela; yo la tomé, y luego se la devolví, echándole en cara su falta de buena fe y lealtad. La avaricia es el vicio culminante de los musulmanes; y la liberalidad, la virtud que tienen en mas estima. Mi accion les pareció sublime, y solo acertaban á esclamar: ¡Alah! ¡Alah! Salí de la audiencia del agá acompañado de todos los esclavos, sin esceptuar el spahi á quien habia dado el latigazo, pues se prometian lo que llamaban el *regalo*. Dí dos monedas de oro al musulman maltrado por mí; creo que por este precio no hubiera presentado las dificultades que Sancho presentaba para desencantar á la hermosa Dulcinea. Por lo que respecta á los demás, les hice declarar de mi parte que un francés no hacia ni recibia presentes.

Hé aquí lo que me costaban Ilion y la gloria de Homero. Consoléme pensando en que habria de pasar necesariamente delante de Troya, al darme á la vela con los peregrinos, y en que acaso lograria persuadir al capitan á que me dejase en tierra. Pero en aquellos momentos solo pensé en apresurar mi marcha.

Fui á visitar al cirujano, que no habia vuelto á dejarse ver en todo el discurso de mi contienda con el guia, ya porque no tuviese título alguno para apoyarme, ya porque temiese al agá. Paseamos juntos la ciudad que es bastante espaciosa y poblada, y en ella ví lo que aun no habia visto en otra parte: esto es, algunas jóvenes griegas sin velo, vivas, agraciadas, esbeltas, y al parecer, hijas de Jonia. Es estraño que Kircagach, tan conocido en todo el Levante por la superioridad de su algodon, no sea mencionada por ningun viajero, ni conste en ningun mapa. Es una de las ciudades que los turcos llaman *sagradas*; es aneja de la gran mezquita de Constantinopla, y los pachás no pueden entrar en ella. He hablado de la bondad de su miel al mencionar la del monte Himeto.

Dejamos á Kircagach á las tres de la tarde, y tomamos el camino de Constantinopla, dirigiéndonos hácia el Norte á través de un pais plantado de algodoneros, y subiendo una montaña de poca elevacion; bajamos luego á otra llanura, y fuimos á pernoctar á las cinco y media de la tarde al kan de Kelembé. Este es probablemente el mismo lugar que Espon llama *Basculembei*; Tournefort, *Baskelambai*; y Thevenot, *Dgelembé*. Esta geografía turca es muy oscura en los viajeros, pues habiendo seguido cada uno la ortografía que le dictaba su oido, cuesta aun un trabajo infinito establecer la concordancia entre los nombres antiguos y los modernos de la Anatolia. D' Anville no es mas exacto bajo este punto de vista; y por desgracia el mapa de la Propóntide, trazado por órden de Mr. de Choiseul, solo diseña las costas del mar de Mármara.

Fuí á pasearme por aquellas inmediaciones; el cielo estaba nebuloso y el aire era frio como en Francia. Era la primera vez que descubria aquella especie de cielo en el Oriente. Tal es el mágico poder de la patria, que esperimentaba un placer secreto en contemplar aquel cielo ceniciento y melancólico, en lugar del cielo puro que por tanto tiempo habia tenido sobre mi cabeza.

El 8 al rayar el dia abandonamos nuestro albergue, y empezamos á trepar una comarca montuosa que estaria cubierta de un admirable bosque de encinas, pinos, terebintos y otros árboles, si los turcos dejasen crecer alguna cosa; pero queman las plantas tiernas y cortan los árboles corpulentos. Este pueblo destruye todo, es un verdadero azote. Las aldeas en estas montañas son miserables; pero los rebaños son bastante comunes y muy variados. En un mismo patio se ven los bueyes, los búfalos, los carneros, las cabras, los caballos, los asnos y los mulos confundidos con las gallinas, los pavos, los gansos y los patos. Algunas aves salvajes, como las cigüeñas y las alondras, viven familiarmente con estos animales domésticos; y en medio de estos huéspedes pacíficos reina el camello, el mas pacífico de todos.

Fuimos á comer á Geujouck; luego, prosiguiendo nuestro camino, bebimos el café en lo alto de la montaña de Zebec, y dormimos en Chia-Ouse. Tournefort y Espon nombran en este camino un lugar llamado *Courougonlgi*.

El 9 atravesamos unas montañas mas altas que las

que habíamos pasado el dia anterior. Wheler dice que forman la cordillera del monte Timno; comimos en Manda-Fora. Espon y Tournefort escriben *Mandagoia*, y en este punto se ven algunas columnas antiguas. Es el sitio donde los viajeros suelen pernoctar; pero pasamos adelante, y nos detuvimos á las nueve de la noche en el café de Emir-Capi, casa aislada en medio de los bosques. Habíamos hecho una jornada de trece horas; el dueño de la casa acababa de espirar, y estaba tendido sobre una estera que le quitaron en breve para dármela; aun estaba tibia, y ya todos los amigos del difunto habian abandonado la casa. Una especie de criado, único dependiente que allí se veia, me aseguró que su amo no habia muerto de enfermedad contagiosa; hice, pues, estender mi tapiz sobre la estera, me acosté y me dormí. Otros dormirán á su vez sobre mi último lecho, sin ocuparse mas de mí de lo que yo me ocupaba del turco que me habia cedido su puesto: «Arrójase un puñado de tierra en la cabeza al que muere, y todo concluye para siempre (1).»

El 10, despues de seis horas de marcha, llegamos para desayunarnos á la agradable aldea de Souseverlé, que es acaso el Sousurluck de Thevenot; y á no dudarlo, es el Sousighirli de Espon y el Sousonghirli de Tournefort; esto es, la adea de los Búfalos de Agua. Está situada al fin y al lado opuesto de las montañas que acabábamos de pasar. A quinientos pasos de la ciudad corre un rio, y á la otra orilla de este se estiende una hermosa y dilatada llanura. Este rio Sousonghirli es el Gránico, y esta llanura ignorada es la de la Misia. (2)

¡Oh, qué prestigio es el de la gloria! Un viajero va á atravesar un rio que nada notable presenta; dícesele que el rio se llama Sousonghirli, y pasa y continua indiferente su camino; pero si alguno le grita:» Ese rio es el Gránico!» retrocede, abre sus ojos lleno de asombro, y fija sus miradas en la corriente, cual si sus aguas estuviesen dotadas de algun poder sobrenatural, ó cual si en ellas hubiese resonado alguna voz estraordinaria. ¡Y un solo hombre basta á inmortalizar de esta manera un pequeño rio en un desierto! Aqui se desploma un imperio inmenso; allá se levanta otro mayor aun; el Océano Indico oyó la caida del trono que se hundió cerca de los mares de la Propóntide: el Ganjes vió correr á sus orillas al Leopardo de las cuatro alas, (3) que triunfó en las márgenes del Gránico; Babilonia, edificada por el rey en el esplendor de su poder, (4) abrió sus puertas para recibir á un nuevo dueño. Tiro, reina de los bajeles, (5) desaparece, y su rival surge de las arenas de Alejandría.

Alejandro cometió crímenes; su cabeza no pudo resistir la embriaguez que le produjeron sus victorias; pero ¡con cuánta magnanimidad rescató los errores de su vida! Sus crímenes fueron espiados siempre por sus lágrimas; todo en Alejando salia del corazon. Empezó y concluyó su carrera con dos palabras sublimes. Al partir á hacer la guerra á Dario, distribuyó sus Estados entre sus capitanes, que le preguntaron atónitos: «¿Qué te reservas; pues?» «¡La esperanza!» contestó el héroe. «¿A quién legas el imperio?» preguntáronle de nuevo esos mismos capitanes, cuando espiraba.—«Al mas digno.» Coloquemos entre estas dos palabras la conquista del mundo, llevada á cabo con treinta y cinco mil hombres en menos de diez años, y confesemos que si algun hombre se ha asemejado á un dios entre los hombres, es Alejandro. Su muerte prematura imprime cierto sello divino á su memoria, pues le vemos siempre jóven, apuesto y vencedor, sin ninguno de esos achaques corporales, sin ninguno de esos contratiempos de la fortuna que los años y el instable curso de las cosas humanas traen consigo. Esta divinidad se desvanece, y los mortales no pueden sostener el peso de su inmensa obra. «Su imperio, dice el profeta Daniel, fue entregado á los cuatro vientos del cielo.»

Detuvímonos durante tres horas en Sousonghirli, y las pasé enteras contemplando el Gránico. Corre en un álveo muy profundo; y su orilla occidental es áspera y escarpada; las aguas, límpidas y trasparentes, corren sobre un fondo de arena, y en el lugar donde las vi no tienen mas de cuarenta piés de anchura, sobre tres y medio de profundidad; pero en la primavera crecen y corren impetuosas.

Salimos de Sousonghirli á las dos de la tarde, y atravesando el Gránico, entramos en la llanura de la Mikalicia (6), comprendida en la Misia de los antiguos, y fuimos á pernoctar á Tehutitsi, que es tal vez el Squeticui de Tournefort. El kan estaba lleno de viajeros, lo que nos obligó á acomodarnos debajo de unos corpulentos sauces, simétricamente plantados.

Al amanecer del 11 partimos, y dejando á la derecha el camino de Bursa, continuamos marchando por una llanura cubierta de juncos terrestres, en la que descubrí los restos de un acueducto.

A las nueve de la mañana llegamos á Mikalitza, populosa ciudad turca, triste y ruinosa, situada á la orilla de un rio á que da su nombre. Ignoro si este rio es el que nace en el lago Abouilla; lo cierto es que se descubre á lo lejos un lago en la llanura. En este caso, el rio de Mikalitza seria el Ríndaco, antiguamente el Lico, que nacia en el *Stagnum Artinia*; é induce á hacerlo creer así la circunstancia de tener precisamente en su embocadura la pequeña isla (Besbicos), indicada por los antiguos. La ciudad de Mikalitza no está muy distante del Lopodion de Nicetas, que es el Loupadi de Espon, el Lopadi, Loubat y Ouloubat de Tournefort. Nada molesta mas á un viajero que esta confusion en la nomenclatura de los lugares; y si en este particular he cometido errores casi inevitables, suplico al lector que recuerde que otros hombres mas sabios que yo se han equivocado en lo mismo.

Abandonamos á Mikalitza á medio dia, y siguiendo la orilla oriental del rio bajamos á unas tierras ásperas que forman las costas del mar de Mármara, llamado en otro tiempo la Propóntide. A mi derecha divisé unas soberbias llanuras, un vasto lago, y á lo lejos la cordillera del Olimpo; todo este pais es magnífico. Despues de haber cabalgado hora y media, atravesamos el rio por un puente de madera, y llegamos al desfiladero de las alturas que á la vista teníamos. Allí encontramos la escala ó el puerto de Mikalitza, y despidiendo á mi truhan guia, fleté una barca turca que iba á hacerse á la vela para Constantinopla.

A las cuatro de la tarde empezamos á bajar el rio; desde la escala de Mikalitza hasta el mar hay diez y seis leguas. El rio presentaba ya la anchura del Sena, y corria entre unos verdes montecillos cuyo pié bañaban las tranquilas aguas. La forma antigua de nuestra embarcacion, el traje oriental de los pasajeros, los cinco marineros medio desnudos que nos remolcaban por medio de una cuerda, la hermosura del rio y las soledad de sus orillas hacian aquella navegacion muy pintoresca y agradable.

A medida que nos acercábamos al mar, el rio formaba á nuestra espalda un largo canal, en cuyo fondo se retrataban las alturas de donde saliamos, y cuyos planos inclinados estaban iluminados por el sol, que se perdia en el ocaso. Los cisnes nos precedian bogando magestuosos, y las garzas reales iban á buscar á tierra el acostumbrado albergue. Esto me recordaba bastante fielmente las escenas de América, cuando en la

(1) Pascal.
(2) Espon y Tournefort toman como yo el Sousonghirli por el Gránico.
(3) Daniel.
(4) Id.
(5) Isaias.

(6) Tournefort escribe *Michalicia*.

noche dejaba mi canoa de corteza y encendia mi hoguera en ignota playa. Las colinas entre que serpenteábamos se replegaron súbitamente á derecha é izquierda, y el mar se presentó á nuestros ojos en toda la plenitud de su pompa. Al pié de los dos promontorios se dilataba una tierra baja, medio anegada, formada por las avenidas del rio, y fuimos á anclar en esta tierra pantanosa, no lejos de una cabaña, último kan de la Anatolia.

El 12, á las cuatro de la mañana levamos anclas, y siendo el viento suave y próspero, en menos de media hora nos hallamos á la estremidad del rio. Espectáculo tan grandioso merece ser descrito. La aurora despuntaba á nuestra derecha sobre las tierras del continente, y á nuestra izquierda se estendia el mar de Mármara; la proa de nuestra barca miraba á una isla; el cielo se pintaba al oriente de un rojo intenso, que palidecia á medida que la luz adquiria nuevos grados de fuerza; la estrella de la mañana brillaba en aquella claridad purpurina; y mas abajo de este hermoso luminar, percibíase escasamente el semicírculo de la luna, semejante al rasgo del mas delicado pincel; un antiguo hubiera dicho que Venus, Diana y la Aurora bajaban á anunciarle el mas brillante de los dioses. Este soberbio cuadro cambiaba á medida que lo contemplaba: pocos momentos despues, una especie de rayos de color de rosa y verde, irradiándose de un centro comun, subieron del levante al zenit; estos levísimos colores se disiparon, se reanimaron y tornaron á disiparse, hasta que el sol, mostrándose magestuoso en el mágico horizonte, confundió todos estos matices del cielo en una blancura universal, ligeramente dorada.

Hicimos rumbo hácia el Norte, dejando á nuestra derecha las costas de la Anatolia; el viento se echó una hora despues de la salida del sol, y adelantamos á remo. La calma duró todo el dia, y la puesta del sol fue fria, roja y sin accidentes de luz; el horizonte opuesto era ceniciento; la mar de color plomizo y sin aves; las costas distantes parecian azuladas, pero sin brillo alguno. El crepúsculo, de breve duracion, fue súbitamente reemplazado por la noche; á las nueve de esta, el viento se levantó del lado de Oriente y nuestro camino fue rápido. El 13, al brillar la nueva aurora, nos hallamos en la costa de Europa en frente del puerto de San Estéban; dicha costa era baja y desnuda. Hacia dos meses, dia por dia y casi hora por hora, que habia salido de la capital de los pueblos civilizados, é iba á entrar en la de los pueblos bárbaros. ¡Cuántas cosas habia visto en tan breve espacio de tiempo! ¡Cuánto me habian envejecido estos dos meses!

A las seis y media pasamos delante del Polvorin, edificio blanco y largo, construido á la italiana, á cuya espalda se estendia la tierra de Europa, de aspecto llano y monotono. Varias pequeñas poblaciones, anunciadas por algunos árboles, estaban diseminadas aquí y acullá; aquel terreno parecia un paisaje de la Beauce, despues de la cosecha. Mas allá de la punta de esta tierra, que se encorvaba á manera de media-luna á nuestra vista, descubríanse algunos minaretes de Constantinopla.

A las ocho, un caique se acercó á nuestro bordo; y como estábamos casi detenidos por la calma, dejé la falua y me embarqué con mis criados en aquel. Costeamos la punta de Europa, donde se eleva el castillo de las Siete-Torres, antigua fortaleza gótica que se desploma por momentos. Constantinopla, y especialmente la costa de Asia estaban envueltas en la niebla; los cipreses y los minaretes que descubria á través de este vapor, presentaban el aspecto de un bosque seco. Al acercarnos á la estremidad del Serrallo, el viento del Norte empezó á soplar, y barrió en pocos minutos la bruma esparcida por el cuadro; y me hallé de repente en medio del palacio del jefe de los creyentes; aquel mágico efecto pareció obra del golpe de la vara de un genio. A mi frente serpenteaba el canal del Mar Negro entre dos risueñas colinas, á la manera de un rio soberbio; á mi derecha veia el Asia y la ciudad de Escútari; Europa se ostentaba á mi izquierda, y formaba, ahuecándose, una espaciosa bahía, llena de bajeles de alto bordo, y atravesada por innumerables barquichuelos. Esta bahía, encerrada entre dos colinas, presentaba en perspectiva y en anfiteatro, á Constantinopla y Galata. La inmensidad de las tres ciudades que se desplegaban á mi vista, Galata, Constantinopla y Escútari; los cipreses, los minaretes, los mástiles de los buques que se elevaban y confundian por donde quiera; la frondosidad de los árboles; los colores blanco y encarnado de las casas; el mar que estendia al pié de estos objetos su alfombra azul, y el cielo que desplegaba sobre nuestras cabezas su tambien azul pabellon: he aquí lo que atónito admiraba. Nada se exagera cuando se dice que Constantinopla presenta el punto de vista mas hermoso del universo. Prefiero, no obstante la bahía de Nápoles.

Llegamos á Galata, donde observé al punto el movimiento de los muebles, la multitud de conductores de cargamentos, y de marineros; estos anunciaban en el diverso color de sus rostros, en sus diferentes idiomas, en sus estraños trajes, túnicas, sombreros, gorros y turbantes, que habian ido de todas las regiones de Europa y Asia á habitar aquella magnífica frontera de los dos mundos. La ausencia casi total de mujeres, la falta de vehículos de ruedas, y las traillas de perros sin dueño, fueron los tres carácteres distintivos que desde luego hirieron mi atencion en el interior de esta ciudad estraordinaria. Como todos los habitantes calzan babuchas, y no se oye el ruido de coches ni carros, ni hay campanas, ni casi oficios de martillo, el silencio es continuo. Veis en vuestro derredor una muchedumbre muda, que parece quiere pasar desapercibida, y que intenta siempre sustraerse á las severas miradas de un amo. Llegais sin cesar de un bazar á un cementerio, como si el destino de los turcos en la tierra fuese comprar, vender y morir. Los cementerios sin paredes, y colocados en medio de las calles, son magníficos bosques de cipreses; las palomas anidan en ellos y participan de la eterna paz de los finados. Aquí y allá descúbrense algunos monumentos antiguos, que no tienen relacion alguna con los hombres modernos, ni con los nuevos monumentos que los rodean; podria creerse que han sido trasladados á esta ciudad oriental por el maravilloso efecto de un talisman. Ninguna esterioridad de alegria, ningun indicio de felicidad se muestra á vuestros ojos; lo que veis no es un pueblo, sino un rebaño que un iman conduce y un genizaro deguella. No conoce otro placer que la disolucion, ni otro castigo que la muerte. Los tristes sonidos de una citara salen alguna vez del fondo de un café, y allí veis á unos niños degradados que ejecutan obscenos bailes delante de una especie de micos sentados circularmente en unos pequeños taburetes. En medio de las prisiones y mazmorras descuella un Serrallo, ominoso capitolio de la esclavitud; en él, un guarda sagrado conserva solícito los mortíferos gérmenes de la peste y las leyes primitivas de la tiranía. Muchos pálidos adoradores giran sin cesar en torno del templo, y van á presentar sus cabezas al torpe ídolo. Nada puede sustraerles al cruel sacrificio: un poder fatal les arrastra, que los ojos del déspota atraen á los esclavos, no de otro modo que las miradas de la serpiente fascinan á los pájaros de que insaciable se alimenta.

Tenemos tantas relaciones de Constantinopla, que seria una necedad hablar mas sobre esta capital. Hay en Pera muchas posadas, semejantes á las demás de Europa; los conductores que se apoderaron de mi equipaje me condujeron á una de ellas, desde donde me trasladé al palacio de la Francia; allí tuve el honor de ver al general Sebastiani, embajador á la sazon de la

este país cerca de la Puerta, y que no solo me exigió que me sentase todos los dias á su mesa, sino que, solo cediendo á mis reiteradas instancias, me permitió volverme á la posada. Los señores Franchini, hermanos, primeros dragomanes de la embajada, me obtuvieron, los firmanes necesarios para mi viaje de Jerusalém, por órden del general, quien agregó á estos documentos algunas cartas para el padre guardian de Tierra-Santa y para nuestros cónsules de Egipto y Siria. Temiendo que pudiese llegar á faltarme el dinero, el embajador me permitió tomar sobre su crédito letras de cambio pagaderas á la vista, donde quiera que pudiese necesitarlas; y por último, uniendo á estos servicios de primer órden las atenciones de la urbanidad, quiso mostrarme por sí mismo á Constantinopla, y se tomó el trabajo de acompañarme á los monumentos mas dignos de atencion. Sus edecanes y toda la embajada me colmaron de tantas muestras de aprecio, que estaba verdaderamente confundido; considero, por lo tanto, como un deber manifestarles aquí mi viva gratitud.

No sé cómo hablar de otra persona que hubiera debido nombrar antes que á todas las demás. Su estremada bondad se unia á una gracia interesante y melancólica que parecia un presentimiento del porvenir; no obstante, era feliz, y una circunstancia aumentaba su felicidad. Yo partícipe de aquella alegría, que debia trocarse en largo duelo. A mi salida de Constantinopla, la esposa del general estaba llena de salud, de juventud y esperanza; y aun no habia regresado yo á nuestra patria, cuando ya no podia oir la espresion de mi agradecimiento.

. . . . Troja infelice sepultum
Detinet extremo terra aliena solo.

Habia á la sazon en Constantinopla una diputacion de religiosos de Tierra-Santa, que habian ido á reclamar la proteccion del embajador contra la tiranía de los gobernadores de Jerusalém. Aquellos religiosos me dieron cartas de recomendacion para Jafa. Por otra felicidad, la nave que llevaba los peregrinos griegos á Siria, se hallaba próxima á darse á la vela, al soplar un viento favorable; de manera que si mi proyectado viaje á la Troade no hubiera fracasado, no hubiese podido aprovechar el de la Palestina. Mi ajuste con el capitan quedó concluido en breve, y el embajador, bondadoso siempre, hizo llevar á bordo en mi obsequio las mas esquisitas provisiones. Dióme por intérprete un griego llamado Juan, criado de los señores Franchini; así, pues, colmado de deferencias y buenos deseos, el 18 de setiembre me embarqué en el buque de los peregrinos.

Confieso que si me era sensible dejar á unos huéspedes tan amables, me era muy grato abandonar á Constantinopla. Las sensaciones que involuntariamente se esperimentan en esta ciudad, desvirtuan su hermosura: al recordar que aquellos campos fueron habitados en otro tiempo por los griegos del Bajo-Imperio, y que hoy los pueblan los turcos, se advierte el estraño contraste que presentan en ciertos casos los pueblos y los lugares; parece que unos esclavos tan viles y unos tiranos tan crueles no hubieran debido profanar jamás tan magnífica morada. Habia llegado á Constantinopla el dia mismo en que estallara una revolucion, y los rebeldes de la Romelia se habian acercado á las puertas de la ciudad. Precisado á ceder á la tormenta, Selim habia depuesto y desterrado á los ministros del desagrado de los genízaros; esperábase, pues, de un momento á otro que el estampido del cañon anunciase la caida de las cabezas proscritas. Cuando contemplaba los árboles y el palacio del Serrallo, no podia dejar de compadecer al dueño de aquel vasto imperio (1).

(1) La trágica muerte de Selim justificó plenamente mi compasion.

¡Oh! ¡Cuán miserables son los déspotas en medio de su felicidad, cuán débiles en medio de su poder! ¡Cuán dignos son de lástima al hacer correr las lágrimas de tantos hombres, sin tener la seguridad de no derramarlas algun dia; sin poder disfrutar del sueño de que en su saña privan al desgraciado!

La permanencia en Constantinopla me era insoportable. Solo me es grato visitar los lugares embellecidos por las virtudes ó por las artes, y no hallaba estas ni aquellas en la patria de los Focas y los Bayacetos. Mis deseos no tardaron en verse realizados, pues levamos áncoras el mismo dia de mi embarco, á las cuatro de la tarde. Desplegamos alegres la vela al viento del Norte, y bogamos hácia Jerusalém bajo la bandera de la cruz, que ondeaba protectora en los mástiles de nuestro bajel.

TERCERA PARTE.

VIAJE Á RODAS, JAFA, BELÉM Y AL MAR MUERTO.

Eramos cerca de doscientos pasajeros, entre hombres, mujeres, niños y ancianos, y se veian otras tantas esteras, colocadas por órden á entrambos lados del entrepuente. Una tira de papel, pegada al costado del buque, indicaba el numero del propietario de la estera, y cada peregrino habia colgado á su cabecera su bordon, su rosario y una pequeña cruz. El camarote del capitan estaba ocupado por los papas, conductores de la comitiva, y á la entrada de este camarote se habian improvisado dos antesalas; yo tenia el honor de habitar uno de aquellos agujeros negros, de cerca de seis piés en cuadro, con mis dos criados; una familia ocupaba el otro, en frente de mí. En aquella especie de república cada cual desempeñaba sus quehaceres á su voluntad: las mujeres cuidaban á sus hijos; los hombres fumaban ó preparaban su comida, y los papas hablaban entre sí. Oíanse por todas partes los sonidos de las cítaras y los violines y las liras; la multitud cantaba, bailaba, reia y rezaba, y la alegría era general. Los pasajeros me decian: «¡Jerusalém!» señalándome el Mediodia; y yo les respondía: «¡Jerusalém!» En fin, á no ser por el miedo hubiésemos sido la gente mas feliz del mundo; pero no bien soplaba el mas ligero viento, los marineros amainaban las velas y los peregrinos esclamaban: *Christos, Kirie eleison*; mas, cuando pasaba la tempestad, recobrábamos el perdido valor.

Por lo demás, no he observado ese desórden de que hablan algunos viajeros; lejos de esto, nadie ofendió el decoro y la decencia. Desde la primera tarde de nuestra partida dos papas hicieron la oracion, á la que todos asistiamos con el mayor recogimiento. Bendíjose el buque, ceremonia que se renovaba á cada nueva tempestad. Los cantos de la Iglesia griega tienen bastante dulzura, pero poca gravedad. Una cosa escitó mi atencion: un niño empezaba el versículo de un salmo en un tono agudo, y lo sostenia así sobre una sola nota, mientras un papa cantaba el mismo versículo sobre un tono diferente y en cánon, es decir, empezando la frase cuando el niño habia pasado ya de la mitad. Tienen un admirable *Kirie eleison*, reducido á una nota, sostenida por diferentes voces, unas graves y otras agudas, que ejecutan, *andante* y *mezza voce*, la octava, la quinta y la tercera. El efecto de este *Kirie* es sorprendente por su tristeza y magestad, siendo indudablemente un resto del antiguo canto de la primitiva Iglesia. Creo que la otra salmodia pertenece á ese canto moderno, introducido en el rito griego hácia el siglo IV, y de que San Agustin se quejaba con harto fundamento.

Al dia siguiente de nuestra partida, la calentura volvió á apoderarse de mí con bastante intensidad; esto me obligó á permanecer acostado en mi estera. Atra-

vesamos rápidamente el mar de Mármara (la Propóntide); pasamos delante de la península de Círica y de la embocadura de Ægos-Pótamos, y costeamos los promontorios de Sestos y de Abidos: Alejandro y su ejército, Jerjes y su escuadra, los atenienses y los espartanos, Hero y Leandro no pudieron vencer el dolor de cabeza que me abrumaba; pero cuando el 21 de setiembre, á las seis de la mañana, me dijeron que íbamos á doblar el castillo de los Dardanelos, los recuerdos de Troya curaron mi calentura. Arrastréme sobre el puente, y dirigí mis primeras miradas á un enhiesto promontorio, coronado de nueve molinos: era el cabo Sigeo, á cuyo pié distinguí dos *tumulus*, los sepulcros de Aquiles y de Patroclo. La embocadura del Simois estaba á la izquierda del castillo nuevo de Asia; mas allá, á nuestra espalda, subiendo hácia el Helesponto, descollaban el cabo Reteo y la tumba de Ayax. En último término se alzaba la cordillera del Ida, cuyas laderas, vistas desde el punto donde me hallaba, parecian suaves y de un color agradable. Tenedos se mostraba en frente de nuestra popa: *est in conspectu Tenedos*.

Recorria con ávidas miradas aquel hermoso cuadro, pero las dirigia involuntariamente al sepulcro de Aquiles, recitando estos versos del poeta:

«El ejército de los belicosos griegos eleva en la »orilla un monumento espacioso y admirado; monu»mento que se descubre á lo lejos al cruzar los mares, »y que atraerá las miradas de las generaciones pre»sentes y la de las futuras razas.»

Las pirámides de los reyes de Egipto valen muy poco cuando se comparan con la gloria de ese sepulcro de césped cantado por Homero, y en cuya busca corrió Alejandro.

En aquel momento esperimenté un efecto notable del poder de los sentimientos y de la influencia del alma sobre el cuerpo. Habia subido al puente dominado por la calentura; pues bien: el dolor de cabeza cesó de repente, sentí renacer mis fuerzas; y, lo que es aun mas estraordinario, todas mis fuerzas intelectuales; es verdad que viente y cuatro horas despues, la calentura volvió á acometerme.

Nada tengo de qué acusarme: habia proyectado dirigirme por la Anatolia á la llanura de Troya, y el lector sabe ya la causa que me obligó á renunciar á mi propósito; quise trasladarme á ella por mar, y el capitan del buque se negó tenazmente á dejarme en tierra, aunque estaba obligado á hacerlo en virtud de nuestro ajuste. En el primer momento, estas contrariedades me causaron mucho disgusto, pero hoy me consuelo de él. He sido engañado tantas veces en Grecia, que acaso me esperaba la misma suerte en Troya. A lo menos he conservado todas mis ilusiones relativamente al Simois; y tengo además la buena suerte de haber saludado una tierra sagrada, y de haber visto las olas que la bañan y el sol que la alumbra.

Me admiro de que los viajeros, al hablar de la llanura de Troya, omitan siempre los bellos recuerdos de la *Eneida*. No obstante, Troya es la gloria de Virgilio como es tambien la de Homero. Estraño destino es el del país que ha inspirado los mas hermosos cantos á los dos poetas mas eminentes del mundo. Mientras veia desaparecer las costas de Ilion, procuraba recordar los versos que con tanta fidelidad pintan á la flota griega zarpando de Ténedos, y acercándose, *per silentia lunæ*, á aquellas solitarias orilas que pasaban alternativamente á mi vista. En breve unos gritos lastimosos sucedieron al silencio de la noche, y las llamas del palacio de Príamo iluminaron aquel mar que nuestra nave surcaba tranquilamente.

La musa de Eurípides, haciéndose cargo de estos dolores, prolongó las escenas de tristeza en aquellas trágicas playas:

EL CORO.

«¡Hécuba! ¿ves á Andrómaca que se acerca en un »carro ajeno? Su hijo, el hijo de Héctor, el jóven Astianax, sigue el seno materno.»

HÉCUBA.

«¡Oh mujer desgraciada! ¿á qué lugares eres con»ducida, rodeada de las armas de Héctor y de los des»pojos de la Frigia?.....»

ANDRÓMACA.

«¡Oh dolores!».

HÉCUBA.

«¡Mis hijos!»

ANDRÓMACA.

«¡Desdichada!»

HÉCUBA.

«¿Y mis hijos?»

ANDRÓMACA.

«¡Acude, esposo mio!»

HÉCUBA.

«¡Sí! ¡ven, azote de los griegos! ¡Oh, tú, el pri»mero de mis hijos! Restituye á Príamo en los infiernos »la que en la tierra le estuvo tan tiernamente unida.»

EL CORO.

«Solo nos quedan nuestras amarguras y las lágri»mas que derramemos sobre estas ruinas. Los dolores »han sucedido á los dolores..... ¡Troya ha sufrido el »yugo de la esclavitud!»

HÉCUBA.

«¡Así, pues, el palacio donde me hice madre, ha »venido á tierra!»

EL CORO.

«¡Oh hijos mios! ¡vuestra patria está convertida »en un desierto! etc. (1).»

Mientras así me ocupaba de los dolores de Hécuba, los descendientes de los griegos parecian regocijarse aun en nuestro bajel de la muerte de Príamo. Dos marineros se pusieron á bailar sobre el puente, al compás de una lira y de un tamboril, ejecutando una especie de pantomima. Ya levantaban sus brazos al cielo, ya apoyaban una de sus manos en sus caderas, estendiendo la otra, como un orador que pronuncia una arenga; luego aplicaban esta mano al corazon, á la frente y á los ojos. Todo esto se mezclaba con ademanes mas ó menos extravagantes, sin carácter pronunciado, bastante parecidos á las contorsiones de los salvajes. A propósito de los bailes de los griegos modernos, el lector puede ver las cartas de Mr. Guys y de madama Chenier. A esta pantomima sucedió una rueda, que pasando y volviendo á pasar por diferentes puntos, reproducia bastante bien los asuntos de esos bajos-relieves en que se ven bailes antiguos. Por fortuna, la sombra de las velas del buque me ocultaba un poco el rostro y vestido de los actores, y así podia trasformar mis desaliñados marineros en pastores de Sicilia y de Arcadia.

Continuando el viento siéndonos favorable, atravesamos rápidamente el canal que separa la isla de Ténedos del continente, y costeamos la Anatolia hasta el cabo Baba, en otro tiempo *Lectum Promontorium*. Entonces hicimos rumbo hácia el Oeste, para doblar la punta de la isla de Lesbos á la entrada de la noche. En Lesbos nacieron Safo y Alceo, y la cabeza de Orfeo llegó á sus orillas, repitiendo el nombre de Eurídice:

(1) *Las Troyanas*. Teatro de los griegos. Traduccion francesa.

¡Ah! miseram Eurydicen, anima fugiente, vocabat.

En la mañana del 22 se levantó la tramontana con estraordinaria violencia. Debíamos fondear en Chio para tomar otros peregrinos; pero á causa del miedo y de la desacertada maniobra del capitan, nos fue preciso ir á anclar al puerto de Tchesmo, sobre un fondo de piedra bastante peligroso, cerca de un buque egipcio naúfrago.

Este puerto del Asia tiene algo de fatal. La flota turca fue incendiada en 1770 por el conde Orlow, y los romanos destruyeron en él las galeras de Antíoco el año 191 antes de nuestra era, suponiendo que el Cisso de los antiguos sea el Tchesmo de los modernos. Mr. de Choiseul ha publicado un plano y una vista de este puerto. El lector recordará acaso que yo habia casi entrado en Tchesmo, al hacer vela para Esmirna, el 1.° de setiembre, veinte y un dias antes de mi segundo paso por el Archipiélago.

El 22 y el 23 esperamos los peregrinos de la isla de



DESCANSO DE UNA CARAVANA.

Chio. Juan bajó á tierra y me hizo una abundante provision de granadas de Tchesmo, muy celebradas en el Levante, aunque inferiores á las de Jafa. Pero acabo de nombrar á Juan, y esto me recuerda que aun no he hablado al lector de este mi nuevo intérprete, sucesor del buen José. Era el hombre mas misterioso de cuantos he visto; sus pequeños ojos, hundidos en sus órbitas, y como ocultos por una nariz muy prominente, un bigote rubio, una continua costumbre de sonreir, y cierto aire de socarronería, darán al punto una idea de su persona. Cuando tenia algo que decirme, empezaba acercandóseme de lado, y despues de un largo rodeo, venia casi arrastrándose, á cuchichear á mi oido la cosa menos reservada del mundo. Al verle

le gritaba: «¡Camina directamente y habla en voz alta!» consejo que puede darse á muchas personas. Juan mantenia inteligencias con los principales papas; contaba cosas estraordinarias de mí, y me hacia cumplimientos en nombre de los peregrinos que habitaban la cala, y que yo no habia visto. Durante las comidas, nunca tenia apetito; ¡tan superior era á las necesidades vulgares! empero, no bien Julian habia acabado de comer, mi pobre Juan bajaba al esquife en que se guardaban mis provisiones, y so presto de arreglar los cestos, ora engullia sendos trozos de jamon, ora devoraba un ave, ora desocupaba una botella; y todo esto con rapidez tan maravillosa, que no se echaba de ver el movimiento de sus labios; terminadas estas proezas, se acercaba á mí con semblante melancólico, para preguntarme si habia menester de sus servicios. Yo le aconsejaba que no se abandonase á la tristeza y que tomase un poco de alimento, pues la inapetencia podia acarrearle alguna grave enfermedad. El buen griego creia que me engañaba; y esto le causaba tanto placer que yo le dejaba en su grata creencia. A pesar de estos defectillos, Juan era un hombre muy honrado, y merecia la confianza que le dispensaban sus amos. Por lo demás, si he trazado este retrato y algunos otros, solo ha sido para satisfacer á esos lectores que se complacen en conocer á los personajes con quienes se les hace vivir. Por lo que á mí respecta, si hubiese tenido el talento de trazar este género de caricaturas, hubiera procurado con empeño ahogarlo, porque todo lo que ridiculiza la naturaleza humana me parece poco digno de estimacion; fácil es conocer, sin embargo, que no comprendo en este juicio las chanzas delicadas, la sátira fina, la elevada ironia del estilo oratorio, y la sublimidad cómica.





PUENTE DEL PEREGRINO GRIEGO.

En la noche del 22 al 23, el bajel retrocedió, y temimos perdernos sobre los restos del buque de Alejandría que á nuestro lado teniamos. Los peregrinos de Chio, en número de diez y seis, llegaron á medio dia, y á las diez de una hermosa noche, aparejamos á favor de un templado viento de Oriente, que se dirigió al Norte al amanecer el dia 24.

Pasamos entre Nicaria y Samos, isla famosa por su fertilidad, por sus tiranos, y especialmente por el nacimiento de Pitágoras. El hermoso episodio de *Telémaco* ha borrado todo lo que los poetas nos han dicho de Samos. Entramos luego en el canal que forman las Espórades, Patmos, Leria, Cos, etc., y las costas de Asia. Allí serpenteaba el Meandro; allí se alzaban florecientes Efeso, Mileto, Halicarnaso y Gnido; saludé por última vez la patria de Homero, Herodoto, Hipócrates, Tales y Aspasia; pero no descubrí ni el templo de Efeso, ni el sepulcro de Mausolo, ni la Venus de Gnido; y sin los trabajos de Pococke, Vood, Espon y Choiseul, no hubiera podido reconocer el promontorio de Micale, bajo un nombre moderno y sin gloria.

El 25, á las seis de la mañana, anclamos en el puerto de Rodas, con objeto de tomar un piloto para la costa de Siria.

Bajé á tierra, y me hice conducir á casa de M. Magallon, cónsul francés, donde hallé la misma hospitalidad, la misma cortesanía que en todas partes. Aunque M. Magallon se hallaba enfermo, quiso presentarme al gobernador turco, hombre muy honrado que me regaló un cabrito negro y me permitió pasearme por donde quisiera. Mostréle un firman que puso sobre su cabeza, declarándome que llevaba así á todos los amigos del Gran-Señor.

Con ansia deseaba salir de aquella audiencia para dirigir á lo menos una ojeada á la famosa Rodas, donde solo debia pasar un momento.

Aquí veia empezar una antigüedad que formaba el paso entre la griega que abandonaba, y la hebráica,

cuyos recuerdos iba á buscar. Los monumentos de los caballeros de Rodas reanimaron mi curiosidad, un poco fatigada por las ruinas de Esparta y de Atenas. Unas leyes sabias relativamente al comercio, algunos versos de Píndaro acerca de la esposa del Sol y la hija de Venus (1), algunos poetas cómicos, algunos pintores y diferentes monumentos mas grandes que hermosos: hé aquí todo lo que, en mi concepto, recuerda al viajero la antigua Rodas. Los rodios eran valientes; y es harto singular que se hayan hecho célebres en las armas por haber sostenido con gloria un sitio, como los caballeros sus sucesores. Rodas, honrada con la presencia de Ciceron y Pompeyo, fue manchada con la de Tiberio. Los persas se apoderaron de ella en el reinado de Honorio; luego fue tomada por los generales de los califas, el año 647 de nuestra era, y vuelta á tomar por Anastasio, emperador de Oriente. Los venecianos se establecieron en ella en 1203, y Juan Ducas se la arrebató; mas tarde, los turcos la conquistaron á los griegos, y en 1304, 1308 ó 1319, pasó al dominio de los caballeros de San Juan de Jerusalém, quienes la poseyeron cerca de dos siglos, y la entregaron á Soliman II el 25 de diciembre de 1522. Puede consultarse acerca de Rodas á Coronelli, Dapper, Savary y M. de Choiseul.

Rodas me presentaba á cada paso vestigios de nuestras costumbres y de los recuerdos de mi patria, pues hallé una pequeña Francia en medio de la Grecia:

> Procedo, et parvam Trójam simulatque magnis
> Pergama...
> Agnosco.

Yo recorria una larga calle, llamada todavía la *Calle de los Caballeros*; está formada de casas góticas, cuyas paredes se ven cubiertas de insignias galas y de escudos heráldicos de nuestras familias históricas. Vi las lises de la Francia coronadas, y tan lozanas cual si acabasen de salir de la mano del escultor. Los turcos, que han mutilado en todas partes los monumentos de la Grecia, han perdonado los de la Caballería: el honor cristiano ha sido admirado por el valor infiel, y los Saladinos han respetado á los Couci.

A la estremidad de la calle de los Caballeros se ven tres arcos góticos que conducen al palacio del gobernador. Este palacio sirve actualmente de cárcel. Un convento medio arruinado y servido por dos frailes, es lo único que recuerda en Rodas la religion que tantos milagros hizo en ella. Los frailes me llevaron á su capilla, en la que se ve una Vírgen gótica, pintada sobre madera, y tiene un niño en brazos; las armas del gran maestre de Aubusson están grabadas al pié del cuadro. Esta curiosa antigüedad fue descubierta, hace algunos años por un esclavo que cultivaba el jardin del convento. En la capilla hay otro altar, dedicado á San Luis, cuya imágen se encuentra en todo el Oriente, y cuyo lecho mortuorio he visto en Cartago. Dejé algunas limosnas á este altar, encargando á los frailes dijesen una misa por mi feliz viaje, como si hubiese adivinado los peligros que habian de cercarme en las costas de Rodas, á mi regreso de Egipto.

El puerto mercantil de Rodas seria bastante seguro si se reconstruyesen las antiguas obras que lo defendian. En el fondo de este puerto se eleva una muralla flanqueada por dos torres, que, segun la tradicion del país, han reemplazado los dos peñascos qué servian de base al Coloso. Es sabido que los buques no pasaban entre las piernas de este Coloso; y solo hago mencion de él para no omitir nada.

Cerca de este primer puerto se encuentra la dársena de las galeras y la cantera de construccion. Construíase á la sazon una fragata de treinta cañones con los abetos de las montañas de la isla, lo que me ha parecido digno de atencion.

(1) La ninfa Rodos.

Las costas de Rodas, por la parte de la Caramania (la Dórida y la Caria), están casi al nivel del mar; pero la isla descuella en el interior, y se advierte especialmente una alta montaña, aplastada en su cima y citada por todos los geógrafos de la antigüedad. Todavía quedan en Lindo algunos vestigios del templo de Minerva. Camira y Yalisa han desaparecido. Rodas, que abastecia en otro tiempo de aceite á toda la Anatolia, no tiene hoy el necesario para su consumo, pero esporta aun un poco de trigo. Las viñas producen un vino esquisito, parecido al del Ródano; los renuevos han sido acaso trasladados del Delfinado por los caballeros de esta comarca, tanto mas cuanto que estos vinos se llaman como en Chipre, *vinos de Encomienda*.

Nuestras obras de Geografía nos dicen que en Rodas se fabrican terciopelos y tapices muy estimados; algunas telas groseras, de que se hacen muebles no menos groseros, son, en este género, el único producto de la industria de los rodios. Este pueblo, cuyas colonias fundaron en otro tiempo á Nápoles y Agrigento, ocupa hoy apenas un rincon de su desierta isla. Un agá, con un centenar de genízaros degenerados, bastan para guardar un rebaño de esclavos sumisos. No se concibe cómo la órden de Malta no intentó alguna vez reconquistar sus antiguos dominios; pues nada es mas fácil que apoderarse de Rodas; muy llano hubiera sido á los caballeros reconstruir sus fortificaciones, que están aun en bastante regular estado, y no hubieran sido espulsados de nuevo, porque los turcos, que fueron los primeros en abrir una trinchera delante de una plaza, son en la actualidad el pueblo mas atrasado en el arte de los asedios.

Dejé á M. Magallon el 25 á las cuatro de la tarde, despues de haberle entregado unas cartas que me prometió hacer pasar á Constantinopla por la Caramania. Reunímé en un caique á nuestro buque, pronto á zarpar dirigido por un práctico; este era un aleman establecido en Rodas hacia muchos años.

Hicimos rumbo para reconocer el cabo á la estremidad de la Caramanía, llamada en otro tiempo el *Promontorio de la Quimera*, en Licia. Rodas presentaba á lo lejos, á nuestra espalda una cadena de costas azuladas bajo un cielo de oro. En esta cadena se distinguian dos montañas cuadradas, que parecian cortadas para servir de base á dos castillos, y que se asemejaban bastante por su córte á los Acrópolis de Corinto, de Atenas y de Pérgamo.

El 26 fue un dia desgraciado. La calma nos detuvo en el continente del Asia, casi en frente del cabo de Quelidonia, que forma la punta del golfo de Satalia. A nuestra espalda veia los culminantes picos del Crago, y recordaba los versos de los poetas acerca de la fria Licia.

Yo ignoraba que habria de maldecir un dia las cumbres de ese Tauro que tanto me complacia en mirar, y me era grato contar entre las montañas célebres cuyas cimas habia visto. Las corrientes eran violentas y nos alejaban, como lo reconocimos al dia siguiente. El bajel, que estaba en lastre, nos fatigaba mucho por sus vaivenes; en vista de esto, rompimos la estremidad del palo mayor y la verga de la segunda vela del mesana. Para tan inexpertos marinos, esto era una gran calamidad.

Es en verdad sorprendente ver navegar á los griegos. El piloto, sentado con las piernas cruzadas y la pipa en la boca, empuña la caña del timon, que para hallarse al nivel de la mano, roza el piso de la popa. Delante de este piloto medio tendido, y que por consiguiente, no tiene fuerza alguna, hay una brújula que ni conoce ni mira. Al mas ligero amago de peligro, despléganse sobre el puente algunos mapas franceses é italianos; toda la tripulacion se tiende boca abajo, con el capitan á la cabeza; examínase el mapa y se siguen con el dedo sus diferentes líneas, procurando reconocer el lugar en donde se está; cada cual emite

su parecer, concluyendo el exámen por no entender nada; el mapa vuelve á ser arrollado, y despues de alguna insignificante maniobra, se toma la pipa y el rosario, y encomendándose á la Providencia, se esperan los sucesos con estraña impasibilidad. Bajel hay que recorre así dos ó trescientas leguas fuera de su derrotero, y que aborda en Africa en lugar de hacerlo en Siria, lo que no obsta para que la tripulacion baile regocijada al primer rayo del sol. Los antiguos griegos eran, bajo muchos puntos de vista unos niños amables y crédulos, que pasaban de la tristeza á la alegria con estremada movilidad; y los griegos modernos han conservado parte de este carácter; ¡felices si á lo menos hallasen en su ligereza un lenitivo á sus miserias!

El viento del Norte volvió á soplar á las ocho de la noche, y la esperanza de llegar en breve al término del viaje reanimó la alegría de los peregrinos. Nuestro piloto, además, nos dijo que al amanecer descubririamos el cabo de San Ifano, en la isla de Chipre. Al oir esto, todos se entregaron al regocijo. Todos llevaron sus respectivas cenas al puente; los peregrinos estaban repartidos en varios grupos, y cada cual enviaba á su vecino el manjar que á este faltaba. Yo me habia reunido á la familia que habitaba en frente de mi aposento, á la puerta de la cámara del capitan; componíase de una mujer, de dos niños y de un anciano, padre de aquella. Este anciano, que hacia la tercera peregrinacion á Jerusalém, nunca habia visto á un peregrino latino, y lloraba de alegria al mirarme; cené, pues, con aquella familia. Nunca he visto una escena mas agradable ni pintoresca. El viento era fresco, hermoso el mar, serena la noche. La luna parecia columpiarse entre los mástiles y los cables del buque: ora se mostraba fuera de las velas, y todo el buque aparecia inundado de luz; ora se ocultaba detrás de aquellas, y los grupos de peregrinos quedaban sumidos en la sombra. ¿Quien no hubiera bendecido la religion, al pensar que aquellos doscientos hombres, en aquel momento tan felices, eran no obstante otros tantos esclavos encorvados bajo un yugo odioso? Dirigíanse al sepulcro de Jesucristo á olvidar la pasada gloria de su patria y á consolarse de sus males presentes. ¡Cuántos dolores ocultos depondrian en breve en el pesébre del Salvador! Cada ola que empujaba la nave hácia la santa orilla, llevaba consigo uno de nuestros pesares.

Al amanecer del 27 nos hallamos en alta mar, sin descubrir tierra alguna con no pequeña sorpresa del piloto. La calma se hizo sentir, y la consternacion era general. ¿Dónde nos hallábamos? ¿Estábamos dentro ó fuera de la isla de Chipre? Toda la noche trascurrió en esta duda singular. Hablar á nuestros marineros de resolver algun problema náutico, hubiera sido pedir peras al olmo. Cuando la brisa de la noche empezó á reinar, nos vimos en otro apuro ¿A qué viento debiamos entregarnos? El piloto que creia nos hallábamos entre la costa septentrional de la isla de Chipre y el golfo de Satalia, queria situar el cabo al Mediodia, para reconocer la primera; pero de este cálculo resultaba que si habiamos pasado la isla, hubiéramos ido por este derrotero, directamente á Egipto. El capitan aseguraba que era preciso dirigirse al Norte, á fin de hallar la costa de la Caramania, lo que hubiera sido desandar lo andado; por otra parte, el viento era contrario para esta direccion. Entonces se me pidió espusiese mi opinion, pues en los casos algo árduos los griegos y turcos recurren siempre á los franceses. Aconsejé, hiciésemos rumbo hasta el Levante, por esta razon evidente: ó estábamos dentro ó fuera de la isla de Chipre; pues bien: en cualquiera de estos dos casos acertábamos el rumbo dirigiéndonos al Oriente. Además, si estábamos dentro de la isla, no podiamos dejar de ver la tierra á derecha ó á izquierda en muy poco tiempo, ya en el cabo Anemur en la Caramania, ya en el cabo Cornachitti en Chipre. Entonces nos seria fácil doblar la punta oriental de esta isla, y bajar luego á lo largo de la costa de Siria.

Prevaleció este parecer, y encaminamos la proa al Oriente. El 28, á las cinco de la mañana, descubrimos con gran alegría el cabo de Gatta en la isla de Chipre; al Norte nos quedaban aproximadamente ocho ó diez leguas. Así, pues, nos hallábamos fuera de la isla, y en la verdadera direccion de Jafa. Las corrientes nos habian arrastrado hácia el Sudoeste.

El viento se echó á medio dia, y continuando la calma lo restante de él, se prolongó hasta el 29; en él recibimos á bordo tres nuevos pasajeros: dos vencejos y una golondrina. Ignoro la causa que pudo obligar á los primeros á abandonar los rebaños; por lo que respecta á la última, tal vez se dirigia á la Siria y venia acaso de la Francia; por lo cual me sentí tentado á pedirle noticias de aquel techo paterno que habia abandonado hacia tanto tiempo (1). Recuerdo aun que en mi niñez pasaba horas enteras mirando con un placer no exento de tristeza, revoletear las golondrinas en otoño: un instinto secreto me anunciaba que algun dia seria viajero como ellas. Estas interesantes avecillas se reunian á fines de setiembre en los juncos de un vasto estanque; allí, exhalando agudos gritos y ejecutando mil evoluciones sobre las aguas, parecian ensayar sus alas y prepararse á largas peregrinaciones. ¿Por qué, de todos los recuerdos de nuestra existencia, preferimos los que suben hasta nuestra cuna? Ni los goces del orgullo, ni las ilusiones de la juventud se presentan con encanto á la memoria; lejos de esto, hallamos en unos y en otras aridez y amargura; pero las circunstancias mas ligeras despiertan en el fondo del corazon las emociones de la primera edad, y siempre con nuevo atractivo. A orillas de los lagos de América, en un desierto desconocido que nada cuenta al viajero, y en una tierra de que no se tiene otra idea que la estension de su soledad, una golondrina bastaba para reproducirme las escenas de los primeros dias de mi vida, como me las retrataba á la sazon en el mar de Siria, á la vista de una tierra antigua, que resonaba con la voz poderosa de los siglos y las grandes tradiciones de la historia.

Las corrientes nos impelieron hasta la isla de Chipre, cuyas costas arenosas, bajas y en la apariencia áridas, descubrimos. La mitologia habia colocado en aquellos lugares sus mas risueñas fábulas (2).

> Ipsa Paphum sublimis abit, sedesque revisit
> Lœta suas, ubi templum illi, centumque Sabœo
> Thure calent aræ, sertisque recentibus halant.

La isla de Chipre debe preferir la poesia á la historia, á no ser que escite alguna complacencia el recuerdo de una de las mas irritantes injusticias de los romanos, y una espedicion vergonzosa de Caton. Pero no deja de llamar la atencion que los templos de Amatonta y de Idalia se convirtieron en castillos feudales en la edad media. Un noble francés era rey de Pafos, y algunos barones cubiertos con sus casacones, estaban alojados en los santuarios de Cupido y las Gracias. En el *Archipiélago* de Dapper puede verse toda la historia de Chipre; el abate Mariti ha dado á conocer las revoluciones modernas y el actual estado de esta isla, muy importante aun por su situacion geográfica.

El tiempo era tan hermoso y el ambiente tan suave que todos los peregrinos pasaban la noche sobre el puente. Entregado me hallaba á un tranquilo sueño el 30 de setiembre á las seis de la mañana, cuando vino á despertarme un confuso rumor de voces. Abriendo entonces los ojos, descubrí á los peregrinos que miraban hácia la proa del buque; pregunté la causa de aquel súbito movimiento, y todos me respondian:

(1) Véanse los *Mártires*, lib. XI.
(2) Véanse los *Mártires*, lib. XVII.

«*¡Signor il Carmelo!* El Carmelo»! El viento se habia levantado á las ocho de la noche anterior, y al fin de ella nos encontrábamos á la vista de las costas de Siria. Como estaba acostado enteramente vestido, púseme al punto en pié, tomando informes acerca de la montaña sagrada. Todos se apresuraban á señalármela con la mano; pero nada descubria, por impedirlo el sol, que empezaba á levantarse en frente de nosotros. Aquel momento ofrecia cierto sello de religion y solemnidad; todos los peregrinos habian quedado en silencio y en la misma actitud con el rosario en la mano, esperando la ansiada aparicion de la Tierra-Santa; el jefe de los papas oraba en alta voz, y solo se escuchaba esta oracion y el rumor de la carrera del bajel, impelido por el mas próspero viento sobre un mar que parecia de oro. De tiempo en tiempo resonaba un grito en la popa, siempre que se veia el Carmelo. Al fin descubrí esta montaña como una mancha redonda debajo de los rayos del sol. Entonces me arrodillé como lo hacen los latinos. No esperimenté aquella especie de agitacion que me conmovió al descubrir las costas de la Grecia; pero la vista de la cuna de los israelitas y la patria de los cristianos, me llenó de temor y respeto. Iba á pisar la tierra de los prodigios, las fuentes de la mas maravillosa poesía, los lugares en donde, aun humanamente hablando, tuvo lugar el suceso mas grande de cuantos han cambiado la faz del mundo, es decir, la venida del Mesias; iba á tocar aquellas playas que como yo visitaron Godofredo de Bullon, Raimundo de San Gilles, Tancredo el Bravo, Hugo el Grande, Ricardo *Corazon de Leon*, y San Luis, cuyas virtudes fueron admiradas de los infieles. Oscuro peregrino, ¿cómo atreverme á pisar una tierra consagrada por tantos peregrinos ilustres?

A medida que adelantábamos y el sol iba elevándose, las tierras se nos descubrian. La última punta que divisábamos en lontananza, á nuestra izquierda hácia el Norte, era la punta de Tiro; á esta seguian el Cabo-Blanco, San Juan de Acre, el monte Carmelo, con Caifa á su pié; Tartura, en otro tiempo Dora; el Casti-



SOBRIEDAD DEL INTÉRPRETE JUAN.

llo-Peregrino y Cesarea, cuyas ruinas se ven todavia; Jafa debia hallarse bajo la misma proa del bajel, pero aun no se veia; luego, la costa se deprimia insensiblemente hasta el último cabo al Mediodia, donde parecia desvanecerse; allí empezaban las playas de la antigua Palestina, que van á reunirse con las del Egipto, y se hallan casi al nivel del mar. La tierra, de que nos hallábamos poco mas ó menos á distancia de odio ó diez leguas, parecia generalmente blanca con ondulaciones negras, producidas por las sombras; nada formaba un relieve en la línea oblicua que trazaba de Norte á Mediodia; ni aun el Carmelo se destacaba sobre el plano, pues todo se mostraba monotono y mal iluminado. El efecto general era casi el del Borbonesado, cuando se le mira desde las alturas de Tarara. Una fila de nubes blancas y dentelladas seguia en el horizonte la direccion de las tierras, y parecia reproducir su imágen en el cielo.

El viento nos faltó á medio dia, y se levantó de nuevo á las cuatro; pero, por la ignorancia del piloto, pasamos del punto á donde nos dirigiamos. Navegábamos á toda vela hácia Gaza, cuando algunos peregrinos reconocieron, mediante la inspeccion de la costa, la equivocacion de nuestro piloto, siendo preciso virar de bordo; maniobra que nos hizo perder algun tiempo, y sobrevino la noche. No obstante, nos acercábamos á Jafa, cuyas luces se veian, cuando levantándose el Noroeste con nueva fuerza, el temor se apoderó del capitan, que, no atreviéndose á buscar la rada durante la noche, hizo girar la proa y ganó la alta mar.

Yo, apoyado en la popa, miraba con una verdadera pesadumbre alejarse la tierra. Media hora despues,

descubrí una especie de reverberacion lejana de un incendio sobre la cimas de la cordillera formada por las montañas de Judea. La luna, que producia este efecto, no tardó en mostrar su ancho y encendido disco sobre Jerusalém. Parecia que una mano protectora levantaba aquel faro en la cima de Sion para guiarnos á la Ciudad Santa. Por desgracia, no seguimos, como los Magos, el astro amigo, cuya claridad solo nos sirvió para que huyésemos del puerto que tanto habiamos deseado.

Al dia siguiente, miércoles 4 de octubre, al rayar el alba, nos hallamos arrimados á la costa, casi en frente de Cesárea, siéndonos preciso subir al Mediodia á lo largo de la costa. Afortunadamente el viento era próspero, aunque débil. A lo lejos descollaba el anfiteatro de las montañas de la Judea, desde cuyo pié hasta el mar se estendia una vasta llanura. Casi ningun vestigio de cultivo se descubria en esta, y su único albergue era un ruinoso castillo gótico, terminado en un minarete inseguro y abandonado. Aquella triste tierra terminaba en unas rocas amarillas y negras, que se alzaban en una costa en donde veiamos y oiamos estrellarse las olas. El árabe, errante en ella sigue con ávidas miradas al bajel que cruza el solitario horizonte, y espera los despojos del náufrago en los mismos lugares donde Jesucristo mandaba alimentar al hambriento y vestir al desnudo.

A las dos de la tarde volvimos á ver á Jafa, desde donde fuimos tambien descubiertos, saliendo un bote en nuestra busca. Yo me serví de este bote para enviar á Juan á tierra, despues de entregarle la carta de recomendacion que los comisarios de Tierra-Santa me habian dado en Constantinopla, dirigida á los frailes de Jafa, á quienes escribí al mismo tiempo algunas líneas.

Una hora despues de la partida de Juan anclamos delante de Jafa, quedando esta al Sudeste, y el minarete de la mezquita al Este, cuarto Sudeste. Señalo aquí los rumbos por una razon importante: los buques latinos anclan por lo regular mas á lo largo, y se hallan sobre un banco de rocas que puede cortar los cables, mientras los buques griegos, mas inmediatos á tierra, se hallan sobre un fondo menos peligroso, entre la dársena de Jafa y el citado banco.

Jafa presenta un miserable grupo de casas, reunidas circularmente y dispuestas en anfiteatro en el declive de una costa elevada. Los desastres de que esta ciudad ha sido tantas veces teatro, han multiplicado sus ruinas. Una muralla, cuyas dos estremidades llegan al mar, la rodea por la parte de tierra y la pone á cubierto de un golpe de mano.

Varios caiques se adelantaron en breve de todas partes en busca de los peregrinos; el traje, las facciones, la tez, el aire fisonómico y el lenguaje de los patrones de aquellos caiques, me anunciaron al punto la raza árabe y la frontera del desierto. El desembarco de los pasajeros se ejecutó sin tumulto, aunque con una prisa muy legítima. Aquella multitud de ancianos, de hombres, mujeres y niños no hizo oir, al poner el pié en la Tierra-Santa, esos gritos, llantos y lamentos de que algunos se han complacido en hacer gratuitas y ridículas pinturas. Todos se mostraban tranquilos; y es seguro que de todos los peregrinos yo era el que se hallaba mas conmovido.

Al fin ví llegar un bote en el que distinguí á mi criado griego, acompañado de tres frailes, quienes, reconociéndome por mi vestido, me saludaron afectuosamente con la mano. En breve llegaron á bordo. Aunque los tres frailes eran españoles y hablaban un italiano difícil de entender, nos estrechamos las manos como verdaderos compatriotas. Salté con ellos al bote y entramos en el puerto por una abertura practicada entre los peñascos, y peligrosa aun para tan pequeña embarcacion.

Los árabes que en la orilla se hallaban, se adelantaron, llegándoles el agua á la cintura para trasladarnos sobre su espalda. En aquel momento tuvo lugar una escena bastante chistosa: mi criado llevaba un capote blanco; y siendo este el color que anuncia entre los árabes una condicion elevada, se dieron á pensar que mi criado era el scheik; apoderáronse, pues, de su persona, y le condujeron en triunfo, á pesar de sus protestas, mientras yo, gracias á mi vestido azul, era trasladado humildemente sobre la espalda de un desarrapado mendigo.

Fuimos luego al convento, sencilla casa de madera construida en el puerto, y que disfruta de una hermosa vista de mar. Mis huéspedes me llevaron primero á la capilla, que hallé iluminada, y en ella dieron gracias á Dios por haberles enviado un hermano; benéficas instituciones cristianas, por cuyo medio el viajero halla amigos y socorros en los paises mas bárbaros; instituciones de que he hablado en otra parte, y que nunca serán bastante admiradas.

Los tres frailes que habian ido á buscarme á bordo se llamaban *Juan Truylos Penna*, *Alejandro Roma y Martin Alexano*; componian á la sazon toda la comunidad, pues el prior, el padre Juan de la Concepcion, se hallaba ausente.

Al salir de la capilla, los frailes me llevaron á mi celda, en la que habia una mesa, una cama, un tintero, papel, agua fresca y ropa blanca. Es preciso desembarcar de un buque griego cargado de doscientos peregrinos, para conocer el valor de todo esto. A las ocho de la noche pasamos al refectorio, donde hallamos otros dos frailes que acababan de llegar de Rama y se dirigian á Constantinopla: eran los padres Manuel Sancia y Francisco Muñoz. Recitóse en comunidad el *Benedicite*, precedido del *De profundis*; recuerdo de la muerte, que el Cristianismo mezcla á todos los actos de la vida para hacerlos mas graves, como el paganismo lo mezclaba á sus festines para hacerlos mas bulliciosos. En una mesita limpia y aislada me fueron servidas algunas aves, pescados y esquisitas frutas, como granadas, sandías, uvas y dátiles: además de esto tenia á mi disposicion el vino de Chipre y el café de Levante. Mientras me veia colmado de obsequios, los frailes comian un poco de pescado sin sal y sin aceite. Mostrábanse graves con modestia, afables con urbanidad, y no se entregaban á inútiles preguntas ni á una vana curiosidad. Toda la conversacion versó sobre mi viaje, y sobre las providencias que era preciso tomar para que lo terminase felizmente: «Porque ahora, me decian, somos responsables á la Francia de »vuestra persona.» Al efecto, habian despachado ya un aviso al scheik de los árabes de las montañas de la Judea, y otro al padre procurador de Rama. El padre Francisco Muñoz me decia: «Os recibimos con un »corazon *limpido e bianco*.» Inútil era que este buen religioso español me asegurase la sinceridad de sus sentimientos, pues los habria adivinado facilmente al ver la piadosa franqueza de su semblante y sus miradas.

Esta recepcion tan cristiana y caritativa en la tierra donde nacieron el Cristianismo y la caridad; aquella hospitalidad apostólica en el lugar donde el primero de los Apóstoles predicó el Evangelio, me enternecian vivamente, pues recordaba que otros misioneros me habian recibido con la misma cordialidad en los desiertos de América. Los religiosos de Tierra-Santa tienen tanto mas mérito, cuanto que, al prodigar á los peregrinos de Jerusalém la caridad de Jesucristo, han guardado para sí la cruz que se plantó en aquellos mismos lugares. Aquel padre de corazon *limpido e bianco* me aseguraba tambien que la vida en que se ejercitaba hacia cincuenta años, le parecia un *vero paradiso*. Ahora bien: ¿quereis saber lo que es ese paraiso? ¡Una espoliacion diaria, la contínua amenaza del palo, los grillos y la muerte! Habiendo este religioso lavado en la última Pascua los corporales del

altar, el agua impregnada de almidon, cayó fuera del edificio y blanqueó una piedra. Un turco acertó á pasar por allí, y viendo aquella piedra, fue á declarar al cadí que los frailes habian reparado su casa. El cadí, que se trasladó á aquel paraje, decidió que la piedra que antes era negra, era entonces blanca, y sin escuchar á los frailes les impuso una crecida multa. La misma víspera de mi llegada á Jafa, el padre procurador del convento habia sido amenazado con que se le azotaría, por un criado del agá, en presencia de este, que se contentó con ensortijarse tranquilamente el bigote, sin dignarse decir una palabra favorable al *perro*. Hé aquí el verdadero paraiso de estos frailes, que segun dicen algunos viajeros, son unos pequeños monarcas en Tierra-Santa, y disfrutan de los mas altos honores.

A las diez de la noche, mis bondadosos huéspedes volvieron á llevarme á mi celda siguiendo un largo corredor. Los olas se estrellaban con estruendo; cerrada la ventana parecia que bramaba la tempestad, y abierta se veian un hermoso cielo, una luna tranquila, un mar en calma, y el buque de los peregrinos surto en la rada. Los frailes se sonrieron al ver la sorpresa que me causaba aquel contraste, y les dije en mal latin: *Ecce monachis similitudo mundi: quantumcumque mare fremitum reddat, eis placidæ semper undæ videntur; omnia tranquilitas serenis animis.*

Pasé parte de la noche contemplando el mar de Tiro, llamado por la Escritura el *Gran-Mar*, y que llevó las flotas del Rey-Profeta, cuando iban á buscar los cedros del Líbano y la púrpura de Sidon; el mar donde Leviatan deja huellas como abismos (1); el mar á quien el Señor dió barreras y puertas (2); el mar que vió á Dios y retrocedió (3). Aquel mar no era el Océano salvaje del Canadá, ni las risueñas olas de la Grecia. Al Mediodia se estendia el Egipto, donde el Señor entrara en una ligera nube para secar los canales del Nilo y derribar los ídolos (4); al Norte descollaba la reina de las ciudades, cuyos mercaderes eran príncipes (5): *Ululate, naves maris, quia devastata est fortitudo vestra!... Attrita est civitas vanitatis, clausa est omnis domus, nullo introeunte..... quia hæc erunt in medio terræ... quomodo si paucæ olivæ remanserunt excutiantur ex olea, et racemi, cum fuerit finita vindemia.* Gemid, bajeles del mar, porque vuestro poder ha sido destruido!... «La ciudad de »las vanidades yace por tierra; todas sus casas están »cerradas, y nadie entra en ellas... Lo que de la mano »del hombre subsistirá en estos lugares será lo que al»gunas aceitunas que quedan en el árbol despues »de la cosecha; como algunos racimos que cuelgan de »la vid despues de la vendimia.» Hé aquí otras antigüedades esplicadas por otro poeta: Isaías reemplaza á Homero.

Y esto no era aun todo; porque el mar que contemplaba bañaba á mi derecha los campos de la Galilea y á mi izquierda la llanura de Ascalon; en la primera hallaba las tradiciones de la vida patriarcal y del nacimiento del Salvador; en la segunda encontraba los recuerdos de las Cruzadas y las sombras de los héroes de la *Jerusalém*.

Grande e mirabil cosa era il vedere
Quando quel campo e questo a fronte venne
Come spiegate in ordine le schiere,
Di mover gia, gia d'assalire accenne:
Sparse al vento ondeggiando ire le bandiere
E ventolar su i grand cimier le penne:
Abiti, fregi impresse, e arme, e colori
D'oro e di ferro, al sol lampi, e fulgori.

«¡Cuán grandioso y admirable espectáculo era ver »los dos ejércitos avanzar frente á frente, y los batallo»nes desplegarse en órden, impacientes por marchar, »impacientes por combatir! Sueltas las banderas, on»dean en los aires, y el viento agita los penachos so»bre las altas cimeras. Los trajes, las franjas, las di»visas, los colores, las armas de oro y de hierro reflejan »los rayos del sol.»

(1) Job.
(2) Id.
(3) Salm.
(4) Is. cap. XIX, 1.
(5) Is. cap. XXIII, 14; XXIV, 10, 13.

Juan Jacobo Rousseau nos pinta el éxito de esta jornada:

La Palestine, enfin, apres tant de ravages,
Vit fuir ses ennemis, comme on voit le nuages
Dans le vague des airs fuir devant l'aquilon;
Et du vent du midi la dévorante haleine
N'a consumé qu'a peine
Leurs ossements blanchis dans les champs d'Ascalon.

No sin pesadumbre me arranqué á la contemplacion de aquel mar que despierta tantos recuerdos; pero fue preciso ceder al sueño.

El padre Juan de la Concepcion, párroco de Jafa y prior del convento, llegó al otro dia, 2 de octubre. Yo queria recorrer la ciudad y hacer una visita al agá, que me habia enviado un mensajero para cumplimentarme; pero el prior me hizo desistir de esta idea, diciéndome:

«No conoceis á estos hombres, y tomais por un ras»go de urbanidad, lo que solo es un espionaje. No han »venido á saludaros sino para saber quién sois, si sois »rico, y si se puede robaros. ¿Quereis ver al agá? Pues »bien: os será preciso empezar llevándole algunos »presentes; no dejará de daros, á pesar vuestro, una escolta hasta Jerusalém; el agá de Rama aumentará »esta escolta; y los árabes, persuadidos de que un »opulento francés va en peregrinacion al Santo Sepul»cro, aumentarán los derechos de Caffaro, ú os ata»carán. A la puerta de Jerusalém hallareis el campa»mento del bajá de Damasco, que ha venido á levantar »contribuciones, antes de conducir la caravana á la »Meca; vuestro aparato despertará las sospechas de »este bajá, y os espondrá á una depredacion. Al lle»gar á Jerusalém os pedirán tres ó cuatro mil pesos »fuertes por la escolta; y el pueblo, noticioso de vues»tra llegada, os asediará de tal manera, que aunque »poseyéseis millones, no satisfariais su codicia. Las »calles quedarán obstruidas á vuestro paso, y no po»dreis entrar en los Santos-Lugares sin peligro de ser »destrozado. Creedme: mañana nos disfrazaremos de »peregrinos, é iremos juntos á Rama, donde recibiré »la respuesta de mis avisos; si es favorable, partireis »de noche, y llegareis sano y salvo con poco gasto á »Jerusalém.»

El fraile apoyó sus razones con mil ejemplos, y en particular con el de un obispo polaco, á quien su aparato de riqueza espuso á perder la vida. No refiero esto sino para demostrar á qué grado llegan en este país la corrupcion, la codicia, la anarquía y la barbarie.

Abandonéme, pues, á la esperiencia de mis huéspedes, y me encerré en el convento, donde pasé un dia agradable en conversaciones tranquilas. Allí recibi la visita de M. de Contessini, que pretendia el vicecónsulado de Jafa, y de MM. Damiens, padre é hijo, franceses, antiguos habitantes de San Juan de Acre, quienes me refirieron varios hechos curiosos acerca de los últimos acontecimientos de la Siria, y me hablaron de la fama que el emperador y nuestros ejércitos han dejado en el desierto. Los hombres tienen en mas la celebridad de su patria cuando están fuera de ella que cuando la habitan; así es que se ha visto á los emigrados franceses reclamar su parte en unas victorias que parecian condenarles á un destierro perpétuo.

Pasé cinco dias en Jafa á mi regreso de Jerusalém, y la examiné con la mayor minuciosidad; no deberia, pues, hablar de ella sino en esta época; pero para

seguir el órden de mi marcha, consignaré aquí mis observaciones; por otra parte, despues de la descripcion de los Santos-Lugares, es de creer que los lectores no tomarian mucho interés en la de Jafa.

Jafa se llamaba en otro tiempo *Joppé*, lo que significa hermosa ó agradable, *pulchritudo aut decor*, segun dice Adricomio. D'Anville deriva el nombre actual de Jafa de una forma primitiva de Joppé, que es Jafo. Advertiré que habia en el país de los hebreos otra ciudad llamada Jafa, que fue tomada por los romanos; acaso este nombre fue luego trasladado á Joppé. Si debemos creer á los intérpretes y al mismo Plinio, el orígen de esta ciudad se remonta á una gran antigüedad, siendo anterior al Diluvio. Dícese que Noé entró en Joppé en el Arca; despues de la retirada de las aguas, este patriarca dió en herencia á Sem, su primogénito, todas las tierras dependientes de la ciudad fundada por su tercer hijo Japhet. Por último, Joppé, segun las tradiciones del país, conserva la sepultura del segundo padre del género humano.

Segun Pococke, Shaw, y acaso D'Anville, Joppé cupo en herencia á Efraim, y formó la parte occidental de esta tribu, con Ramlé y Lida. Pero otros autores, entre ellos Adricomio, Rogerio, etc., situan á Joppé en la tribu de Dan. Los griegos estendieron sus fábulas hasta estas costas, pues decian que Joppé derivaba su nombre de una hija de Eolo, y colocaban en las inmediaciones de esta ciudad la aventura de Perseo y Andrómeda. Escauro, dice Plinio, trasladó de Joppé á Roma los huesos del mónstruo marino suscitado por Neptuno. Pausanias dice que cerca de Joppé se veia una fuente donde Perseo lavó la sangre de que el mónstruo le habia cubierto; siendo esto la causa de que el agua de la fuente quedase teñida de encarnado. Por último, San Gerónimo refiere que en su tiempo se enseñaban aun en Joppé la roca y el anillo á que habia sido atada Andrómeda.

A Joppé llegaron las flotas de Hiram, cargadas de cedros para el Templo, y en ella se embarcó el profeta Jonás, cuando huia de la presencia del Señor. Joppé cayó cinco veces en manos de los egipcios, los asirios y los diferentes pueblos que hicieron la guerra á los judíos antes de la llegada de los romanos al Asia, llegando á ser una de las once toparquias donde se adoraba al ídolo Ascarlen. Judas Macabeo incendió esta ciudad, cuyos habitantes habian dado muerte á doscientos judíos. San Pedro resucitó en ella á Tabita y recibió en casa de Simon el curtidor, á los hombres que habian llegado de Cesarea. Al empezar los disturbios de la Judea, Joppé fue destruida por Cestio; y habiendo algunos piratas vuelto á levantar sus murallas, Vespasiano la saqueó de nuevo, y puso una guarnicion en la ciudadela.

Hemos visto que Joppé existia cerca de dos siglos despues en tiempo de San Gerónimo, que la denomina *Japho*, y luego pasó con toda la Siria al yugo de los sarracenos. Su nombre figura tambien en la historia de las Cruzadas. El Anónimo, que empieza la coleccion *Gesta Dei per Francos*, refiere que hallándose debajo de los muros de Jerusalém el ejército de los Cruzados, Godofredo de Bullon envió á Raimundo Pileto, á Acardo de Mommellou y á Guillermo de Sabran para guardar las naves genovesas y pisanas que habian llegado al puerto de Jafa. Benjamin de Tudela la menciona casi en esta misma época con el nombre de *Gopha*. Saladino la tomó á los Cruzados, y Ricardo *Corazon de leon* la tomó á Saladino. Los sarracenos entraron en ella y degollaron á los cristianos. Pero en el primer viaje de San Luis á Oriente, no estaba ya en poder de los infieles, sino en el de Gualtero de Briena, que tomaba el título de conde de Jafa.

Esta ciudad tenia, bajo la dominacion de los cristianos, un obispo sufragáneo de la silla de Cesarea. Cuando los caballeros se vieron obligados á abandonar enteramente la Tierra-Santa, Jafa volvió á caer con toda la Palestina bajo el yugo de los soldanes de Egipto, y mas tarde bajo el de los turcos.

Desde esta época hasta nuestros dias se halla á Joppé ó Jafa en todos los viajes á Jerusalém; pero tal cual hoy se ve no cuenta mas de un siglo de existencia, puesto que Monconys, que visitó la Palestina en 1647, solo encontró en Jafa un castillo y tres cavernas practicadas en los peñascos. Thevenot añade que los frailes de Tierra-Santa habian construido delante de estas cavernas unas barracas de madera, y que los turcos les obligaron á demolerlas. Esto esplica un pasaje de la relacion de un fraile veneciano, que refiere que á su llegada á Jafa se encerraba á los peregrinos en una caverna. Muchos autores están contestes relativamente á la poca estension y á la miseria de Jafa.

En M. de Volney puede verse, en lo que concierne á la moderna Jafa, la historia de los sitios que ha sufrido durante las guerras de Daher y de Alí-Bey, como tambien los demás detalles sobre lo esquisito de sus frutos, la hermosura de los jardines, etc. Añadiré á esto algunas observaciones.

Además de las dos fuentes de Jafa, citadas por los viajeros, hállanse aguas dulces á lo largo del mar, subiendo hácia Gaza, bastando cavar con la mano en la arena para hacer salir á la misma orilla de las olas un agua fresca; M. Contessini y yo hicimos este curioso esperimento, desde el ángulo meridional de la ciudad hasta la morada de un santon que se veia á corta distancia de la costa.

Jafa, tan maltratada por las guerras de Daher, ha sufrido mucho en los últimos acontecimientos. Los franceses, á las órdenes del emperador, la tomaron por asalto en 1799, y al regresar á Egipto, los ingleses, unidos á las tropas del gran visir, construyeron un bastion en el ángulo sudeste de la ciudad. Abou-Marra, favorito del gran visir, fue nombrado gobernador de la ciudad, y Djezzar, pachá de Acre, enemigo del gran visir, puso sitio á Jafa despues de la marcha del ejército otomano. Abou-Marra se defendió con denuedo por espacio de nueve meses, y halló traza de fugarse por mar. Las ruinas que se ven al Oriente de la ciudad son resultado de este sitio. Despues de la muerte de Djezzar, Abou-Marra fue nombrado pachá de Gedda, en el mar Rojo. El nuevo pachá emprendió su camino á través de la Palestina; pero á causa de una de esas revueltas tan frecuentes en Turquia, se detuvo en Jafa y se negó á trasladarse á su pachalato. El pachá de Acre, Suleiman-Pachá; segundo sucesor de Djezzar, llamado Ismael-Pachá, recibió la órden de atacar al rebelde, y Jafa se vió nuevamente situada. Abou-Marra se refugió, despues de una débil resistencia, cerca de Mahomet-Pachá-Adem, promovido entonces al pachalato de Damasco.

Espero que el lector me perdonará la aridez de estos pormenores, á causa de la importancia que Jafa tenia en otro tiempo, y de la que en estos últimos tiempos ha adquirido.

Impaciente anhelaba llegase el momento de partir para Jerusalém. El 3 de octubre, á las cuatro de la tarde, mis criados vistieron unos sayos de piel de cabra hechos en el Alto-Egipto, iguales á los de los beduinos; yo me cubrí con otro de estos sayos y montamos en unos míseros caballos. Unas albardas nos servian de sillas, y apoyábamos los piés en unos cordeles, que nos hacian veces de estribos. El prior del convento nos precedia, como un simple fraile; un árabe casi desnudo nos enseñaba el camino, y otro árabe nos seguia aguijoneando un jumentillo que conducia nuestros equipajes. Salimos por la espalda del convento y llegamos á la puerta de la ciudad por el lado del Mediodia, á través de las casas destruidas en los últimos asedios. Primero atravesamos unos jardines que debian ser encantadores antiguamente; el padre Neret y M. de Volney los han elogiado. Estos jardines han sido arrasados por los diferentes partidos que se han disputado

las ruinas de Jafa; pero quedan aun algunos granados, higueras de Faraon, limoneros, algunas palmeras, bosquecillos de nópalos y manzanos, que se cultivan tambien en las inmediaciones de Gaza, y aun en el convento del monte Sinaí.

Llegamos á la llanura de Saron, cuya hermosura celebran los Libros Sagrados (1). Cuando el padre Neret pasó por ella en abril de 1713, estaba cubierta de tulipanes, que formaban, segun dice, una agradable perspectiva. Las flores que durante la primavera matizan esta célebre campiña son las rosas blancas y de olor, los narcisos, las anémonas, las azucenas blancas y amarillas, los alelies y una especie de simpre-viva muy aromática. La llanura se estiende á lo largo del mar, desde Gaza al Mediodia hasta el monte Carmelo; al Norte y al Oriente está limitada por las montañas de Judea y Samaria. Su nivel no es igual, pues forma cuatro mesas, separadas entre sí por un cordon de piedras descarnadas. El suelo es una arena menuda, blanca y roja, que no obstante su naturaleza, parece ser de estremada fertilidad. Pero, gracias al despotismo musulman, este suelo ofrece tan solo por todas partes cardos, yerbas secas y marchitas, mezcladas con algunos mezquinos plantíos de algodon, cebada y trigo. Aquí y acullá se divisan algunas aldeas ruinosas, y algunos bosquecillos de olivos y sicomoros. En la mitad del camino de Rama á Jafa, se halla un pozo mencionado por todos los viajeros: el abate Mariti hace su historia, para procurarse el placer de oponer la utilidad de un santon turco á la inutilidad de un fraile cristiano. No lejos de este pozo se ve un olivar simétricamente plantado, y cuyo orígen hace subir la tradicion al tiempo de Godofredo de Bullon. Desde este lugar se descubre á Rama ó Ramlé, situada en un lugar delicioso, á la estremidad de una de las sinuosidades de la llanura. Antes de entrar en ella, dejamos el camino para visitar una cisterna, obra de la madre del emperador Constantino, y á la cual se baja por medio de veinte y siete escalones; tiene treinta y tres pasos de largo sobre treinta de ancho; está compuesto de veinte y cuatro arcos, y recibe las lluvias por medio de veinte y cuatro aberturas. Desde allí nos dirigimos, á través de un bosque de nópalos, á la torre de los Cuarenta Mártires, hoy minarete de una mezquita abandonada, y antiguo campanario de un monasterio de que quedan algunas ruinas bastante hermosas; estas ruinas consisten en una especie de pórticos bastante parecidos á los de las caballerizas de Mecenas en Tibur, y están llenos de higueras silvestres. Algunos dicen que José, la Vírgen y el Niño se detuvieron en este lugar cuando huyeron de Egipto; este lugar seria ciertamente encantador para pintar en él el reposo de la Sacra-Familia; el genio de Cláudio de Lorena parece ha adivinado este paisaje, á juzgar por su admirable cuadro del palacio Doria en Roma.

Sobre la puerta de la torre se lee una inscripcion árabe mencionada por M. de Volney; y muy cerca de allí hay una antigüedad milagrosa descrita por Muratori.

Despues de haber visitado estas ruinas, pasamos cerca de un molino abandonado. M. de Volney lo cita como el único que vió en Siria; pero en la actualidad hay otros muchos. Bajamos á Rama, y llegamos al convento de los frailes de Tierra-Santa. Este convento habia sido saqueado cinco años antes, y me enseñaron el sepulcro de uno de los frailes que pereció en aquella ocasion. Los religiosos acababan de conseguir al fin con mucho trabajo, el permiso de hacer en su monasterio los reparos mas indispensables.

En Rama me esperaban faustas nuevas: hallé en ella á un dragoman del convento de Jerusalém, que el guardian enviaba á mi encuentro. El jefe árabe á quien los frailes debian avisar y que debia servirme de escolta, vagaba á poca distancia en el campo, porque el agá de Rama no permitia á los beduinos entrar en la ciudad. La tribu mas poderosa de las montañas de Judea reside en la ciudad de Jeremias, y abre y cierra á su capricho el camino de Jerusalém á los viajeros. El scheik de esta tribu habia muerto hacia poco; y dejara á su hijo Utman bajo la tutela de su tio Abou-Gosh: este tenia dos hermanos, Djiaber é Ibrahim-Habd-el-Rouman, que me acompañaron á mi regreso.

Convínose en que partiria á media noche. Como el dia no habia terminado aun, cenamos en las azoteas que forman el techo del convento. Los monasterios de Tierra-Santa se asemejan á unas fortalezas pesadas y planas, que en nada se parecen á los monasterios de Europa. Allí disfrutábamos de una vista encantadora; las casas de Rama son unas chozas de yeso que terminan en una pequeña cúpula como la de una mezquita, ó la del sepulcro de un santon, están colocadas en un bosque de olivos, de higueras y de granados, y rodeadas de altos nópalos que presentan figuras caprichosas, y confunden en desórden unas sobre otras sus espinosas copas. En el centro de este informe grupo de árboles y casas descuellan las mas hermosas palmeras de la Idumea; habia una de estas en el patio del convento que no me cansaba de admirar; alzábase, á menera de columna, á la altura de treinta piés, y esparcia elegantemente sus flexibles ramas, debajo de las cuales colgaban los dátiles medio maduros, cual cristales de coral.

Rama es la antigua Arimatea' patria del aquel justo que tuvo la gloria de dar sepultura al Salvador. En Lod, Lydda ó Diópsolis, aldea á media legua de Rama, obró San Pedro el milagro de la curacion del paralítico. Por lo que respecta á Rama, bajo el punto de vista del comercio, el lector puede consultar las *Memorias* del baron de Tott, y el *Viaje* de Mr. de Volney.

Salimos de Rama en la noche del 4 de octubre. El prior nos llevó por caminos apartados, al punto en donde nos esperaba Abou-Gosh, y luego regresó á su convento. Nuestra comitiva se componia del jefe árabe, del dragoman de Jerusalém, de mis dos criados y del beduino de Jafa, que guiaba el asno cargado con el equipaje. Conservábamos el vestido y el aspecto de unos pobres peregrinos latinos; pero debajo de los trajes llevábamos nuestras armas.

Despues de cabalgar una hora por un terreno desigual, llegamos á unos tugurios situados en lo alto de una eminencia pedregosa. Atravesamos una de las prominencias de la llanura, y despues de otra hora de marcha, llegamos á la primera ondulacion de las montañas de Judea, y rodeamos un barranco que ceñia un aislado y árido montecillo. En la cima de este descubriase una mísera poblacion arruinada, y las piedras esparcidas de un cementerio abandonado; esta poblacion se llama *Latroun* ó del Ladron, es pues patria del criminal que se arrepintió sobre la cruz, y que dió á Jesucristo la ocasion de su último acto de misericordia. Tres millas mas allá, entramos en las montañas. Seguimos primero el cauce seco de un torrente; la luna, reducida á la mitad de su disco, alumbraba escasamente nuestros pasos en aquellas profundidades, en las que los jabalíes hacian resonar en nuestro derredor unos gruñidos en estremo salvajes. Al ver tanta desolacion, comprendi el por qué la hija de Jefté queria llorar sobre la montaña de Judea, y por qué los profetas iban á gemir sobre los lugares elevados. Al amanecer nos hallamos en un laberinto de montañas cónicas, casi iguales y enlazadas por su base. El peñasco que formaba el fondo de estas montañas penetraba la tierra. Sus fajas y sus cornisas paralelas estaban dispuestas á manera de las gradas de un anfiteatro romano, ó como esas paredes en escalones, con que se sostienen las viñas en los valles de la

(1) Véanse los *Mártires*, lib. XVII.

Saboya (1). En cada ángulo saliente del peñasco crecian gran número de encinas enanas, de bojes y adelfas. En el fondo de los barrancos descollaban muchos olivos, y algunas veces estos árboles formaban bosques enteros en las laderas de las montañas, en donde oiamos chillar á diferentes aves y entre otras á los grajos. Al llegar al punto mas culminante de esta cordillera, descubrimos á nuestra espalda (á Mediodia y Occidente) la llanura de Saron hasta Jafa, y el horizonte del mar hasta Gaza; á nuestra vista (Norte y Oriente) se ensanchaba el valle de San Jeremías; y en la misma direccion, sobre el vértice de una roca, descubríase á lo lejos una antigua fortaleza, llamada el *Castillo de los Macabeos*. Créese que el autor de las *Lamentaciones* nació en el lugar que conserva su nombre en medio de aquellas montañas (2). Es cierto que la tristeza de aquellos lugares traspora, por decirlo así, en los cánticos del profeta de los dolores.

No obstante, al acercarnos á San Jeremías, me consolé un poco al ver un espectáculo inesperado. Algunos rebaños de cabras, de orejas colgantes, de carneros de cola larga, y de asnos que en su hermosura me recordaban el onagro de las Escrituras, salian del lugar al rayar el dia. Muchas mujeres árabes hacian secar las uvas en las viñas; algunas tenian el rostro cubierto con un velo, y llevaban sobre su cabeza un cántaro de agua, como las hijas de Madian. El humo del lugar subia á manera de un vapor blanco á los primeros albores del nuevo dia: oíanse voces confusas, cantos y gritos de alegría; esta escena formaba un agradable contraste con la desolacion del lugar y los recuerdos de la noche. Nuestro jefe árabe habia recibido de antemano el derecho que la tribu exige á los viajeros, y pasamos sin obstáculo. Súbitamente llamaron mi atencion estas palabras, distintamente pronunciadas en francés: «¡Adelante! ¡Marchen!» Volví absorto la cabeza, y ví una turba de muchachos árabes enteramente desnudos, que hacian el ejercicio con palos de palmera. No puedo definir cierto antiguo recuerdo de mi primera juventud, que me atormenta; que cuando se me habla de un soldado francés, mi corazon palpita con vehemencia; pero ver á unos niños beduinos imitar en las montañas de Judea los ejercicios militares franceses, y conservar los recuerdos del valor de estos; oirles pronunciar esas palabras que son, por decirlo así, las palabras de órden de los ejércitos de la Francia, y las únicas que saben sus granaderos, era motivo suficiente para conmover á un hombre, aunque amase menos que yo la gloria de su patria. No me asusté tanto como Robinson cuando oyó hablar á su papagayo; pero no me alegré menos que él. Dí algunas monedas al juvenil batallon, diciéndole: «¡Adelante! ¡Marchen!» Y para no olvidar cosa alguna, le grité: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» como los compañeros de Godofredo y de San Luis.

Del valle de Jeremías bajamos al de Terebinto, mas profundo y estrecho que el primero; en él se ven algunas viñas y otros vejetales. Llegamos al torrente donde David tomó, siendo aun niño, las cinco piedras con que hirió al gigante Goliat. Pasamos este torrente por un puente de piedra, único que se encuentra en aquellos desiertos lugares; el torrente conserva aun alguna agua estancada. No lejos de allí, á mano izquierda, debajo de una aldea llamada *Kaloni*, ví entre unas ruinas mas modernas los restos de una construccion antigua. El abate Mariti atribuye este monumento á no sé qué frailes. Este error es grosero para un viajero italiano. Si la arquitectura de este monumento no es hebráica, es seguramente romana; el aplomo, el tallado y el volúmen de las piedras no dejan sobre esto la menor duda.

(1) Del mismo modo se las sostenia antiguamente en Judea.
(1) Esta tradicion del país no puede resistir un juicio crítico.

Despues de haber pasado el torrente, descúbrese la aldea de Keriet-Lefta en la márgen de otro torrente seco, parecido á un espacioso camino cubierto de polvo. El-Biré se muestra á lo lejos en la cima de una erguida montaña, en el camino de Nablous, Nabolos ó Nabolosa, la Siquem del reino de Israél, y la Neapolis de los Herodes.

Continuamos penetrando en un desierto donde algunas higueras silvestres, sembradas aquí y acullá, estendian al viento del Mediodia sus negruzcas hojas. La tierra, que hasta entonces habia conservado algun verdor, se despojó de él; las vertientes de las montañas se ensancharon y adquirieron á la vez un aspecto mas imponente y estéril. En breve murió la vejetacion, y hasta los musgos desaparecieron. El anfiteatro de las montañas se tiñó de un color escarlata y encendido. Trepamos por espacio de una hora aquellas tristes regiones, para llegar á un desfiladero que teníamos á la vista. Al tocar este punto, caminamos por espacio de otra hora por un terreno alto y sembrado de cantos rodados. De improviso descubrí á la estremidad de este terreno una línea de murallas góticas, flanqueadas por algunas torres cuadradas, detrás de las cuales se elevaban algunos remates de edificios. Al pié de estas murallas se veia un campamento de caballería turca en toda la pompa oriental. El guia esclamó: «¡El-Cods!» ¡La Santa (Jerusalém)! y huyó al galope.

Ahora comprendo lo que los historiadores y los viajeros refieren de la sorpresa de los Cruzados y peregrinos, á la primera vista de Jerusalém.

Puedo asegurar que todo aquel que, como yo, haya tenido la paciencia de leer cerca de doscientas relaciones modernas de Tierra-Santa, las compilaciones rabínicas, y los pasajes de los antiguos acerca de la Judea, aun no concibe esto completamente. Quedé con los ojos fijos en Jerusalém, midiendo con ellos la altura de sus murallas; recibiendo á la vez todos los recuerdos de la historia desde Abraham hasta Godofredo de Bullon; pensando que todo el mundo habia cambiado de faz por la mision del Hijo del Hombre, y buscando en vano aquel templo del que *no queda piedra sobre piedra*. Aunque viviese mil años, nunca olvidaria aquel desierto que parece respira aun la grandeza de Jehová y los terrores de la muerte.

Los gritos del dragoman que me decia estrecháseinos nuestra comitiva, porque íbamos á entrar en el campamento, me hicieron salir del estupor en que me habia sumergido la vista de los Lugares Santos. Pasamos entre las tiendas de campaña, compuestas de pieles de ovejas negras; habia tambien algunos pabellones de tela rayada, entre otros el del pachá. Los caballos ensillados y embridados estaban atados á unas estacas. Causóme alguna sorpresa ver cuatro piezas de artillería de á lomo, bien montadas, y cuyo cureñage me pareció inglés. Nuestro mezquino equipaje y nuestros vestidos de peregrinos escitaban la risa de los soldados. Al acercarnos á las puertas de la ciudad, el pachá salia de ella.

Víme precisado á quitarme apresuradamente el pañuelo que habia estendido sobre mi sombrero, para librarme del sol, pues temia atraerme una desgracia parecida á la del pobre José en Tripoliza.

Entramos en Jerusalém por la puerta de los Peregrinos. Mas allá de esta puerta se eleva la torre de David, mas conocida con el nombre de la *Torre de los Pisanos*. Pagamos el tributo, y seguimos la calle que se presentaba á nuestra vista; luego volviendo hácia la izquierda, entre una especie de cárceles de yeso, llamadas casas, llegamos á las doce y veinte y dos minutos del dia al monasterio de los padres latinos, que estaba invadido por los soldados de Abdallah, quienes se hacian entregar todo lo que se les antojaba.

Es preciso hallarse en la situacion de los frailes de Tierra-Santa, para comprender el placer que les causó mi llegada, pues se creyeron salvos por la presencia

de un solo francés. Entregué al padre Buenaventura de Nola, guardian del convento, una carta del general Sebastiani. «Señor, me dijo el guardian, la Providen»cia os trae aquí. ¿Teneis firmanes de camino? Permi»tidnos que los enviemos al pachá; y sabiendo que hay »un francés en el convento, nos juzgará especial»mente protegidos por el emperador El año an»terior nos obligó á pagar sesenta mil pesos; y segun »costumbre, solo le debemos cuatro mil, y aun á título »de mero presente. Este año intenta arrancarnos una »suma igual, y nos amenaza con entregarse á los ma»yores escesos, sino la aprontamos. Nos veremos, por »lo tanto, precisados á vender los vasos sagrados, por»que há cuatro años que no recibimos ninguna limosna »de Europa; y si esto continúa, tendremos que aban»donar la Tierra-Santa, y entregar á los mahometanos »el sepulcro de Jesucristo.»

Mucho me complació poder hacer este pequeño favor al guardian. Pedile, no obstante, me dejase ir al Jordan antes de enviar los firmanes, para no aumentar las dificultades de un viaje siempre peligroso, pues Abdallah hubiera podido hacerme asesinar en el camino y declinar la responsabilidad sobre los árabes.

El padre Clemente Perés, procurador general del convento, hombre muy instruido, de talento claro, cultivado y agradable, me condujo al aposento de honor de los peregrinos. Allí dejé mi equipaje, y me preparé á salir de Jerusalém algunas horas despues de haber entrado. Y no obstante, necesitaba mas del reposo que de pelear con los árabes del mar Muerto. Mucho tiempo hacia que recorria tierra y mar para llegar á los Santos-Lugares; y no bien tocaba al término de mi viaje, cuando me alejaba nuevamente de él. Pero creí que debia este sacrificio á unos religiosos que hacen un continuo sacrificio de sus bienes y su vida. Por otra parte, hubiera podido conciliar el interés de los frailes con mi seguridad, renunciando á ver el Jordan, pues solo en mí consistia poner límites á mi curiosidad.

Mientras esperaba el momento de la partida, los frailes empezaron á cantar en la iglesia del monasterio. Pregunté la causa de aquellos cantos, y supe que se celebraba la festividad del santo patron de la Orden. Acordéme entonces que nos hallábamos en el 4 de octubre, dia de San Francisco, mi natalicio y santo. Corrí al coro, y oré por el descanso de la que en otro tiempo me habia dado la vida en igual dia: *Paries liberos in dolore*. Considero como una felicidad que mi primera oracion en Jerusalém no haya sido por mí. Yo miraba con respeto á aquellos frailes, que cantaban las alabanzas del Señor á trescientos pasos del sepulcro de Jesucristo, y me sentia enternecido á la vista de aquella débil pero invencible milicia, única que habia quedado guardando el Santo Sepulcro, cuando los reyes lo han abandonado.

El padre guardian envió á buscar un turco llamado *Ali-Agá*, para que me acompañase á Belém. Este Ali-Agá era hijo de un agá de Rama, decapitado en tiempo del tirano Djezzar. Alí se hallaba en Jericó, hoy Rihha, y se llamaba gobernador de este lugar. Era un hombre de cabeza y de arrojo, de quien quedé muy complacido, y que empezó haciéndonos dejar á mi y á mis criados el vestido árabe para reemplazarlo con el francés.

A las cinco de la tarde nos trajeron tres buenos caballos; Miguel, el dragoman del convento se reunió á nosotros. Allí se puso á nuestra cabeza, y nos encaminamos á Belém, donde debíamos pernoctar y tomar una escolta de seis árabes. Yo habia leido que el guardian de San Salvador era el único franco que tenia el privilegio de entrar á caballo en Jerusalém, y me causaba alguna sorpresa el verme galopar ginete en una yegua árabe; pero despues he sabido que cualquier viajero puede hacer lo mismo por su dinero. Salimos de Jerusalém por la puerta de Damasco, y luego volviendo hácia la izquierda y atravesando los barrancos que cercan el monte Sion, trepamos unas montañas por cuyas cimas caminamos durante una hora. Dejamos á Jerusalém al Norte, á nuestra espalda; teníamos al Poniente las montañas de Judea; y al Levante, mas allá del mar Muerto, las de la Arabia. Pasamos luego al convento de San Elías; y bajo un olivo y sobre una peña, á la orilla del camino, el lugar donde este profeta descansaba, cuando iba á Jerusalém. A una legua mas allá, entramos en el campo de Rama, donde se halla el sepulcro de Raquel, monumento de planta cuadrada, terminada en una pequeña cúpula, y que goza de los privilegios de una mezquita, pues los turcos, honran como los árabes, las familias de los patriarcas. Las tradiciones cristianas convienen en colocar el sepulcro de Raquel en este lugar, y la crítica histórica es favorable á esta opinion; pero á pesar de Thevenot, Monconys, Rogerio y tantos otros, no puedo reconocer un monumento antiguo en lo que actualmente se llama el *Sepulcro de Raquel*, que es, á no dudarlo, una construccion turca destinada á un santon.

En la montaña descubrimos las luces de Rama (porque era de noche). El silencio era profundo en nuestro derredor. Sin duda, en una noche semejante se oyó de repente la voz de Raquel: *Vox in Rama audita est; ploratus et ululatus multus Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt.* Aquí quedan vencidas la madre de Astianax y la de Euriale; Homero y Virgilio ceden á Jeremías la palma del dolor.

Llegamos á Belém por un camino estrecho y escabroso; llamamos á la puerta del convento, y la alarma cundió entre los religiosos, porque nuestra visita era inesperada, y el turbante de Alí esparcia á la sazon el terror; pero pocas palabras bastaron para disipar la inquietud.

Belém recibió su nombre de Abraham; y este nombre significa la *Casa de Pan*. Llamóse tambien *Ephrata (fructifera)* del nombre de la mujer de Caleb, para distinguirla de otra Belém, de la tribu de Zabulon. Pertenecia á la de Judá, y se llamó tambien *Ciudad de David*, pues era patria de este rey, quien en su niñez habia guardado en ella sus rebaños. Abissan, séptimo juez de Israel; Elimelec, Obed, Jessé y Booz, nacieron tambien en Belém, y en ella es preciso colocar la admirable égloga de Ruth. El apóstol San Matías tuvo asimismo la dicha de nacer en la misma ciudad que el Mesías.

Los primeros fieles habian erigido un oratorio en el pesebre que sirvió de cuna al Salvador; pero Adriano lo hizo derribar, para sustituirlo con una estátua de Adonis. Santa Elena destruyó el ídolo, y mandó construir en el mismo lugar una iglesia, cuya arquitectura se confunde hoy con las diferentes partes añadidas por los príncipes cristianos. Nadie ignora que San Gerónimo se retiró á Belém, que conquistada por los Cruzados, volvió á caer con Jerusalém bajo el yugo infiel; pero ha sido el objeto constante de la veneracion de los peregrinos. Algunos santos religiosos, que viven sufriendo un martirio contínuo, la han guardado por espacio de siete siglos. Por lo que respecta á la moderna Belém, puede consultarse á Mr. de Volney, en cuanto á su suelo, producciones y habitantes. Sin embargo, no he hallado en el valle de Belem la feracidad que se le atribuye; es verdad que bajo el gobierno turco, el terreno mas fértil se convierte en un desierto en pocos años.

El 5 de octubre, á las cuatro de la mañana, empecé á recorrer los monumentos de Belém. Aunque estos han sido descritos muchas veces, el asunto es tan interesante, que no puedo dejar de entrar en algunos pormenores.

El convento de Belém está contiguo á la iglesia por un patio cerrado de altas paredes. Atravesamos este

patio, y una puerta lateral nos abrió el paso á la iglesia. Esta, ciertamente es muy antigua, y aunque ha sido destruida y reparada muchas veces, conserva las señales de su orígen griego; su forma es la de una cruz. La larga nave, ó el pié de la cruz, está adornada con cuarenta y ocho columnas de órden corintio, colocadas en cuatro filas. Estas columnas tienen dos piés y seis pulgadas de diámetro, y diez y ocho piés de altura, comprendiendo la basa y el capitel. Como falta la bóveda de esta nave, las columnas sostienen únicamente un friso de madera que reemplaza el arquitrave, y suple el techo del edificio. Una armazon de madera al aire libre, se apoya en la parte alta de estas paredes y se levanta á manera de cúpula para sostener una techumbre que ya no existe, y que nunca ha sido concluida. Dícese que este maderámen es de cedro, pero esto es un error. En las paredes hay grandes ventanas, y en otro tiempo estaban adornadas con cuadros de mosáicos y con pasajes del Evangelio, escritos en caracteres griegos y latinos; todavía se ven algunas señales de ellos. Cuaresmio inserta la mayor parte de estas inscripciones. El abate Mariti encarece con acritud una equivocacion de este santo religioso, relativamente á una fecha; un hombre muy sabio puede incurrir en un error; pero el que lo publica sin miramiento ni decoro, prueba menos su ciencia que su vanidad.

Los restos de los mosáicos que se descubren aquí y acullá, son interesantes para la historia del arte; pues presentan en general figuras colocadas de frente, en pié, rígidas, sin movimiento y sin sombra; pero su efecto es magestuoso, y su carácter noble y severo. Al examinar aquellas pinturas, no pude dejar de acordarme del respetable Mr. de Agincourt, que escribe en Roma la *Historia de las artes del dibujo en la edad media*, y que hallaria en Belém preciosos materiales para su obra.

La secta cristiana de los armenios posee la nave que acabo de describir. Esta nave está separada de los otros tres brazos de la cruz por una pared; de manera que la iglesia no presenta unidad alguna. Cuando se ha pasado esta pared, el viajero se halla en frente del santuario y del coro que ocupa la parte superior de la cruz; se sube á él desde la nave por medio de tres escalones, y en él se ve un altar dedicado á los Magos. En el pavimento, y al pié de este altar se ve una estrella de mármol; la tradicion dice que esta estrella corresponde al punto del cielo donde se detuvo la estrella milagrosa que guió á los tres reyes. Lo que en esto hay de cierto es que el lugar en donde nació el Salvador del mundo se halla perpendicularmente debajo de esta estrella de mármol, en la iglesia subterránea del Pesebre, de la que diré algunas palabras. Los griegos ocupan el santuario de los Magos, y tambien las otras dos naves formadas por las dos estremidades del travesero de la cruz. Estas dos naves están vacías y sin altares.

Dos escaleras de caracol, compuestas cada una de quince escalones, se abren á uno y otro lado del coro de la iglesia esterior, y bajan á la subterránea, colocada debajo de aquel. Este es el lugar, eternamente reverenciado, del nacimiento del Salvador. Antes de entrar en él, el superior me dió un cirio y me hizo una breve exhortacion. Aquella santa gruta es de forma irregular, porque ocupa el sitio irregular del establo y del Pesebre. Tiene treinta y siete piés y medio de largo, once y tres pulgadas de ancho, y nueve de alto. Está practicada en la piedra; sus paredes están cubiertas de mármol, y el pavimento de la gruta es igualmente de un mármol precioso. Estos ricos adornos se atribuyen á Santa Elena. La iglesia no recibe luz alguna de la esterior, y solo está alumbrada por la de treinta y dos lámparas, enviadas por diferentes príncipes cristianos. En el fondo de la gruta, hácia el Oriente, está el lugar donde la Virgen dió á luz al Redentor de los hombres. Este lugar está señalado con un mármol, incrustado en jaspe, y rodeado de una orla de plata con unos rayos en forma de sol, en torno del cual se leen estas palabras:

HIC DE VIRGINE MARIA
JESUS CHRISTUS NATUS EST.

Una mesa de mármol, que sirve de altar, se apoya en la piedra, y se levanta sobre el lugar donde nació el Mesías. Este altar está alumbrado por tres lámparas, la mas hermosa de las cuales ha sido regalada por Luis XIII.

A siete pasos de allí, hácia el Mediodia, y despues de haber pasado la entrada de una de las escaleras que suben á la iglesia superior, se halla el Pesebre. Bájase á él por dos escalones, porque no está al nivel del resto de la gruta: es una bóveda de escasa altura practicada en el peñasco; un trozo de mármol blanco que sobresale un pié del suelo, y escavado en forma de cuna, indica el mismo lugar donde el Rey del cielo estuvo acostado sobre la paja.

José partió tambien de la ciudad de Nazaret, que »está en Galilea y se trasladó á Judea, á la ciudad de »David, llamada Belém, porque era de la casa y familia de David,

»Para hacerse empadronar con su esposa María, que »estaba embarazada.

»Mientras se hallaban en este lugar, sucedió que »se cumplió el tiempo en que debia parir;

»Y parió su primer hijo; y habiéndole envuelto en »sus mantillas, le acostó en un pesebre, porque no »habia lugar para ellos en la posada (1)».

A dos pasos, enfrente del Pesebre, hay un altar que ocupa el lugar donde María estaba sentada cuando presentó el hijo de los dolores á la adoracion de los Magos.

«Habiendo Jesús nacido en Belém, ciudad de la tribu »de Judá, en tiempo del rey Herodes, unos Magos »fueron del Oriente á Jerusalém.

»Y preguntaron: ¿Dónde está el rey de los judios, »que acaba de nacer? porque hemos visto su estrella »en Oriente, y hemos venido á adorarle.

. . . .

»Y al mismo tiempo, la estrella que habian visto en »Oriente caminaba delante de ellos, hasta que, llegando al lugar donde estaba el Niño, se detuvo.

»Cuando vieron la estrella, se sintieron arrebatados »de alegría.

»Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María su madre, y arrodillándose le adoraron; luego »abriendo sus tesoros, le ofrecieron como presentes »oro, incienso y mirra (2).»

Nada hay mas agradable ni que mas devocion inspire que esa iglesia subterránea, que se muestra enriquecida con cuadros de las escuelas italiana y española. Estos cuadros representan los misterios de aquellos lugares, Vírgenes y Niños de Rafael; algunas Anunciaciones, la Adoracion de los Magos, la Venida de los Pastores, y todos esos milagros en que brillan á la par la grandeza y la inocencia. Los ornamentos diarios del Pesebre son de raso azul, recamado de plata, y el incienso humea sin cesar delante de la cuna del Salvador.

He oido un órgano, tocado con maestría, resonar durante la misa con las armonías mas dulces y tiernas de los mas hábiles compositores de Italia. Estos acordes encantan al árabe cristiano, que dejando pacer sus camellos, va, como los antiguos pastores de Belém, á adorar al Rey de los reyes en su pesebre. He visto á este habitante del desierto comulgar en el altar de los Magos, con un fervor, una piedad y una religion des-

(1) San Lucas.
(2) San Mateo.

Y parió su primer hijo quiere decir que tuvo otros.

conocidas de los cristianos de Occidente. «Ningun »lugar en el universo, dice el padre Neret, inspira »mas devocion... La llegada contínua de las carava- »nas de todas las naciones cristianas, las oraciones »públicas, las adoraciones... la riqueza misma de los »presentes que los príncipes cristianos han enviado »allí. .. todo esto escita en el alma ideas y emociones mas á propósito para ser sentidas que espresadas.»

Añadamos que un contraste estraordinario hace estas cosas aun mas maravillosas; porque, al salir de la gruta donde se han hallado la riqueza, las artes y la religion de los pueblos civilizados, el viajero se ve trasladado á una soledad profunda, en medio de las chozas árabes, entre unos salvajes medio desnudos y unos musulmanes sin fe. Y, no obstante, aquellos lugares son los mismos donde se obraron tantas mara-



LLEGADA Á JAFA.

villas; pero esa Tierra-Santa no se atreve ya á hacer brillar esteriormente su alegría, y oculta en su seno los recuerdos de su gloria.

Bajamos luego de la gruta de la Natividad á la capilla subterránea donde la tradicion coloca la sepultura de los Inocentes: «Herodes envió á degollar en Belém »y en todo el país comarcano á todos los niños de edad »de dos años y aun menos; entonces se cumplió lo »que habia sido predicho por el profeta Jeremías: *Vox »in Rama audita est.*»

La capilla de los Inocentes nos condujo á la gruta de San Gerónimo; en ella se ven el sepulcro de este doctor de la Iglesia; el de San Eusebio, y los de Santa Paula y Santa Eustoquia.

San Gerónimo pasó la mayor parte de su vida en esta gruta, desde la que vió la caida del imperio ro-

mano; en ella recibió á aquellos fugitivos patricios, que despues de haber poseido los mas suntuosos palacios de la tierra, se creyeron dichosos en participar de la celda de un cenobita. La paz que el santo gozaba y las profundas agitaciones del mundo, producen un efecto maravilloso en las cartas del sabio intérprete de la Escritura.

Santa Paula y su hija Santa Eustoquia eran dos principales damas romanas de la familia de los Gracos y los Escipiones, que abandonaron las delicias de Roma, para ir á vivir y morir en Belém en la práctica de las virtudes monásticas. Su epitafio, hecho por San Gerónimo, no tiene bastante mérito y es harto conocido para ser trasladado aquí:

Scipio, quam genuit, etc.

En el oratorio de San Gerónimo se ve un cuadro en que este santo conserva el aire de cabeza que le atribuyen el pincel del Carrachio y del Dominiquino. Otro cuadro representa á Santa Paula y Santa Eustoquia. Estas dos herederas de Escipion están pintadas difuntas en un mismo ataud. El pintor, obedeciendo á una idea tierna, ha dado á entrambas santas una semejanza completa; solo se distingue la hija de la madre por su juventud y su velo blanco; una ha caminado mas tiempo y la otra con mas rapidez en la senda de la vida, pero llegaron al puerto al mismo tiempo.



BELÉM.

Entre los muchos cuadros que se ven en aquellos lugares santos y que ningun viajero ha descrito, he creido reconocer algunas veces los toques místicos y el tono inspirado de Murillo. Seria bastante estraño que un gran maestro tuviese en el Pesebre ó en el

sepulcro del Salvador alguna obra maestra desconocida.

Subimos de nuevo al convento, y examiné el campo desde una azotea. Belém está construido sobre un montecillo que domina un largo valle, que se estiende de Oriente á Occidente; la colina del Mediodia está cubierta de algunos olivos; su terreno es rojizo, y está erizada de guijarros; la colina del Norte presenta algunas higueras en un suelo parecido al de la otra colina. Descúbrense aquí y acullá algunas ruinas, y entre otras las de una torre llamada la *Torre de San Pablo*. Entré en el monasterio, que debe una parte de su riqueza á Balduino, rey de Jerusalém y sucesor de Godofredo de Bullon; es una verdadera fortaleza, y sus paredes son tan gruesas, que pueden sostener fácilmente un sitio contra los turcos.

Habiendo llegado la escolta árabe, me dispuse á marchar al mar Muerto. Al desayunarme con los frailes, que formaban un círculo en mi derredor, me dijeron que habia en el convento un fraile francés. Enviósele á buscar, y se presentó con humilde actitud, saludándome en breves palabras. Hícele algunas preguntas, y me dijo que se llamaba el padre Clemente, natural de las inmediaciones de Mayenne; que hallándose en un monasterio en Bretaña, habia sido deportado á España con un centenar de frailes; y que, habiendo recibido hospitalidad en un convento de su Orden, sus superiores le habian enviado de misionero á Tierra-Santa. Preguntéle si deseaba volver á su patria, á lo que me contestó que esto le era indiferente, pues se prometia, por el mérito del pesebre del Salvador, alcanzar la fuerza de morir allí, sin importunar á nadie, y sin pensar en un país donde nadie se acordaba de él.

El padre Clemente se vió precisado á retirarse, pues mi presencia habia despertado en su corazon unos sentimientos que en vano procuraba estinguir. Tales son los destinos humanos: un francés llora hoy su perdida patria en el mismo suelo cuyos recuerdos inspiraron en otro tiempo el mas hermoso de los cánticos alusivos al amor de la patria:

Super flumina Babylonis, etc.

Empero no todos aquellos hijos de Aaron que colgaron sus arpas en los sauces de Babilonia, regresaron á la ciudad de David; no todas aquellas hijas de Judea que esclamaban en las orillas del Eufrates:

Oh márgenes del Jordan! oh campos amados de los cielos! etc.;

no todas aquellas compañeras de Ester, regresaron á Emmaüs y Bethel; muchas dejaron sus restos en los campos del cautiverio.

A las diez de la mañana montamos á caballo y salimos de Belém; seis árabes belemitas á pié, y armados de puñales y largos fusiles de mecha, formaban nuestra escolta, y marchaban tres delante y tres detrás de nuestros caballos, á los que habiamos agregado un asno que conducia el agua y las provisiones. Tomamos el camino del monasterio de San Sabas, desde donde debíamos bajar al mar Muerto y volver por el Jordan.

Primero seguimos el valle de Belém, que se estiende hácia el Levante, como ya he dicho, y pasamos un grupo de montañas, en que se ve, hácia la derecha, una viña recien plantada, cosa bastante rara en el país para que me haya llamado la atencion.

Llegamos á una gruta llamada la *Gruta de los Pastores*. Los arabes la denominan aun *Dta-el-Natour*, esto es, la *Ciudad de los Pastores*. Dícese que Abraham apacentaba sus rebaños en este lugar, y que los pastores de la Judea fueron avisados en el mismo del nacimiento del Salvador.

La piedad de los fieles ha transformado esta gruta en una capilla. Esta debia estar muy adornada en otro tiempo, pues he visto tres capiteles de órden corintio, y otros dos del jónico. El descubrimiento de estos era una verdadera maravilla, porque despues del siglo de Elena no se halla sino el eterno corintio.

Al salir de esta gruta y caminando siempre hácia el Oriente, sin perder de vista el Mediodia, dejamos las montañas Rojas, para entrar en una cordillera de montañas blanquecinas. Nuestros caballos se hundian en una tierra blanda y arcillosa formada de los restos de una roca caliza. Esta tierra estaba tan horriblemente desnuda, que ni aun tenia una corteza de musgo. Veíase únicamente crecer aquí y acullá algunas plantas espinosas, tan descoloridas como el suelo que las produce, y que parecen cubiertas de polvo como los árboles de nuestros caminos reales durante el estio.

Dando la vuelta á uno de los grupos de estas montañas, descubrimos dos campamentos de beduinos: uno formado de siete tiendas de pieles de ovejas negras, dispuestas en cuadrilongo, abierto hácia su extremidad oriental; el otro se componia de una docena de tiendas plantadas circularmente. Algunos camellos y algunas yeguas vagaban por aquellas inmediaciones.

Era demasiado tarde para retroceder: fue, pues, preciso, mostrar serenidad y atravesar el segundo campamento. Los árabes tocaron la mano de los belemitas y la barba de Alí-Agá. Mas, no bien habiamos salvado las últimas tiendas, un beduino detuvo el asno que conducia los víveres; los belemitas quisieron rechazarle, y el árabe llamó en su auxilio á sus compañeros, que montaron al punto á caballo, se armaron y nos envolvieron. Alí consiguió aplacar aquel tumulto, mediante algun dinero. Aquellos beduinos nos exigieron un derecho de paso, pues, por lo visto, toman el desierto por una carretera; tienen razon: cada cual es dueño de su casa. Pero esto era únicamente el preludio de una escena mas violenta.

Una legua mas allá, bajando la ladera opuesta de una montaña, descubrimos las cúspides de dos altas torres, que se elevaban en un valle profundo: era el convento de San Sabas. Al acercarnos á él una nueva horda de árabes, oculta en el fondo de un barranco, se arrojó sobre nuestra escolta, prorrumpiendo en alulidos. En un instante vimos volar las piedras, brillar los puñales y asestarse los fusiles. Alí se lanzó á la refriega; y todos acudimos á prestarle apoyo; asió al caudillo de los beduinos por la barba, le arrastró hasta colocarlo bajo la barriga de su caballo, y le amenazó con quitarle la vida, sino hacia poner término á la contienda. Durante este tumulto, un fraile griego gritaba por su parte y gesticulaba desde una torre, intentando, aunque en vano, restablecer la paz. Todos habiamos llegado á la puerta de San Sabas, en cuyo interior los frailes volvian la llave, pero con lentitud, porque temian que en tal confusion el monasterio fuese saqueado. El genízaro, aburrido de estas dilaciones, se enfurecia contra los frailes y los árabes. Al fin desenvainó su alfanje, é iba á derribar la cabeza del caudillo de los beduinos, que mantenia asido de la barba con pasmosa fuerza, cuando se abrió el convento. Todos nos precipitamos en completo desórden en un patio, cuya puerta se cerró á nuestra espalda. La refriega se hizo entonces mas seria: no estábamos en el interior del convento, pues habia que pasar otro patio, cuya puerta no estaba abierta. Estábamos, pues, encerrados en un reducido espacio, donde nos heríamos con nuestras armas, y donde nuestros caballos, escitados por el estrépito, se habian enfurecido. Alí aseguraba habia desviado una puñalada que un árabe iba á descargarme por detrás, y me enseñaba su mano ensangrentada; pero Alí, hombre por otra parte muy valiente, amaba el dinero como todos los turcos. La última puerta del convento se abrió; dejóse ver el prior, dijo algunas palabras, y cesó aquel tumulto. Entonces supimos el motivo de tan reñida pelea.

Los árabes que acababan de atacarnos pertenecian á una tribu que sostenia era la única que tenia el dere-

cho de conducir los extranjeros á San Sabas. Los belemitas, que deseaban percibir el estipendio de la escolta, y que están obligados á sostener una reputacion de valor, no habian querido ceder. El prior habia prometido que yo satisfaria á los beduinos, y el negocio quedó arreglado. Yo me negaba á darles cosa alguna, para castigarles; pero Alí-Agá me hizo presente que si persistia en esta resolucion, no podriamos llegar al Jordan; pues aquellos árabes irian á dar la voz de alarma á las demás tribus, y que seriamos infaliblemente asesinados; que por esta razon no habia querido cortar la cabeza al caudillo, porque una vez derramada alguna sangre, no hubiéramos podido tomar otro partido que volver apresuradamente á Jerusalém.

Dudo que los conventos de Sceté se hallen situados en lugares mas tristes y desolados que el convento de San Sabas. Está construido en el mismo cauce del torrente Cedron, que en aquel lugar puede tener tres ó cuatrocientos piés de profundidad. Este torrente está seco, y solo en la primavera arrastra un agua cenagosa y rojiza. La iglesia ocupa una pequeña eminencia en el fondo del cauce. Desde aquí se elevan las dependencias del monasterio por medio de unas escaleras perpendiculares, y unos pasadizos practicados en la roca, sobre la pendiente del álveo, y llegan así á la cima de la montaña, en la que terminan en dos torres cuadradas. Una de ellas está fuera del convento, y servia antiguamente de atalaya para observar á los árabes; desde lo alto de estas torres se descubren las estériles cumbres de las montañas de Judea; y al pié, la vista se abisma en el exhausto cauce del torrente Cedron, donde se ven las grutas en otro tiempo habitatadas por los primeros anacoretas. Unas palomas azules anidan hoy en aquellas grutas, como para recordar con sus gemidos, su inocencia y su dulzura, los santos y antiguos pobladores de aquellos peñascos. No debo olvidar una palmera que crece sobre una de las azoteas del convento, pues estoy persuadido de que todos los viajeros la admirarán como yo; es preciso hallarse rodeado de una esterilidad igualmente horrorosa, para conocer el precio de aquella frondosa palmera.

Relativamente á la parte histórica del convento de San Sabas, el lector puede recurrir á la carta del padre Neret, y á la *Vida de los Padres del Desierto*. Enséñanse actualmente en el monasterio tres ó cuatro mil calaveras de religiosos muertos por los infieles. Los frailes me dejaron un cuarto de hora enteramente solo con estos tristes despojos, pues parece habian adivinado que mi objeto era pintar un dia la situacion del alma de los solitarios de la Tebáida. Pero recuerdo aun con un sentimiento de disgusto que un fraile quiso hablarme de política, y referirme los secretos de la córte de Rusia: »¡Ah hermano mio! le respondí, ¿dónde »hallareis la paz si aquí no la hallais?»

Saliendo del convento á las tres de la tarde, subimos al torrente Cedron, y lo atravesamos; seguimos luego nuestro camino hácia Levante, y descubrimos á Jerusalém por una separacion de las montañas. Yo no podia darme una cuenta exacta de lo que miraba, pues creia ver un conjunto informe de peñascos rotos; la súbita aparicion de aquella ciudad desolada en medio de una soledad, desolada tambien, tenia algo de aterrador: era verdaderamente la ruina del desierto.

Adelantamos: el aspecto de las mantañas era siempre el mismo; esto es, blanco-pulverulento, sin sombras, sin árboles, sin yerba y sin musgo. A las cuatro y media bajamos de la alta cadena de estas montañas á otra menos elevada. Durante cincuenta minutos caminamos por un terreno bastante igual. Al fin llegamos á la última fila de los montes que rodean al Occidente el valle del Jordan y las aguas del mar Muerto. El sol se hallaba próximo á su ocaso; nos apeamos para dar algun descanso á los caballos, y contemplé á mi placer el lago, el valle y el rio.

Cuando se habla de un valle, la imaginacion se representa un valle cultivado ó inculto: si cultivado, está cubierto de mieses, viñedos, aldeas y rebaños; si inculto, presenta dehesas ó bosques; y si lo riega un rio, este tiene sinuosidades cuyas perspectivas atraen agradablemente las miradas.

Pero en el valle del Jordan nada de esto tiene lugar; figúrese el lector dos largas cordilleras que se estienden paralelamente de Norte á Mediodia, sin rodeos, sin sinuosidades. La cordillera oriental, llamada *Montaña de Arabia*, es la mas alta; y vista á la distancia de ocho ó diez leguas, parece una inmensa pared perpendicular, enteramente semejante al Jura por su forma y su color azulado; no se distingue en ella ni una cumbre, ni la mas pequeña cima; tan solo se descubren á trechos algunas leves inflexiones, como si la mano del pintor que trazó esta línea horizontal en el cielo, hubiese temblado en algunos parajes (1).

La cordillera occidental pertenece á las montañas de Judea. Mas alta y desigual que la anterior, se diferencia tambien de ella por su naturaleza, pues presenta grandes masas de greda y arena, que imitan haces de armas, banderas desplegadas ó tiendas de campaña, al borde de una llanura. Por la parte de la Arabia presenta, por el contrario, unos peñascos negros cortados á pico, que esparcen á lo lejos su sombra sobre las aguas del mar Muerto. La mas pequeña avecilla del cielo no hallaria en esos peñascos una brizna de yerba para su sustento; todo anuncia allí la patria de un pueblo réprobo; todo parece respirar allí el horror y el incesto de que salieron Ammon y Moab.

El valle comprendido entre estas dos cordilleras presenta un suelo parecido al fondo de un mar que se hubiese retirado de mucho tiempo atrás: unas playas de sal, un lecho seco y unas arenas movedizas y como surcadas por las olas. Aquí y acullá crecen con penoso esfuerzo algunos arbustos raquíticos, sobre aquel suelo sin vida; sus hojas están cubiertas de la sal que las ha nutrido, y su corteza tiene el sabor y el olor del humo. En lugar de aldeas descúbrense la ruinas de algunas torres. Por medio del estéril valle corre un rio incoloro, que se arrastra lentamente hácia el pestilente lago en que se sepulta. Su corriente no se distingue entre la arena sino por los sauces y los cañaverales que lo rodean: el árabe se embosca en estos para acometer al viajero y robar al peregrino.

Tales son esos lugares famosos por las bendiciones y las maldiciones del cielo: ese rio es el Jordan; ese lago es el mar Muerto; este mar parece brillante, pero las criminales ciudades que en su seno esconde parece han envenenado sus olas. Sus solitarios abismos no pueden alimentar á ningun ser viviente; ningun bajel ha oprimido sus ondas; sus márgenes no tienen pajarillos, árboles ni verdor; y sus aguas, de horrorosa amargura, son tan pesadas, que los vientos mas impetuosos pueden apenas agitarlas.

Cuando se viaja por la Judea, se apodera al pronto del corazon un profundo disgusto; pero cuando, pasando de soledad en soledad, el espacio se estiende sin límites á la vista, el disgusto se disipa poco á poco, y se esperimenta un terror secreto que, lejos de abatir el alma, inspira valor y eleva el genio. Las estraordinarias perspectivas revelan por todas partes una tierra teatro de grandes milagros; el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera estéril, toda la poesía y todos los cuadros de la Escritura se encuentran allí. Cada nombre encierra un misterio; cada gruta declara el porvenir; cada cumbre resuena con los acentos de un profeta. El mismo Dios ha hablado allí: los torrentes secos, los peñascos hendidos, los sepulcros en-

(1) Todas estas descripciones del mar Muerto y del Jordan se hallan en los *Mártires*, lib. XIX; mas, como el asunto es interesante, y he añadido en el Itinerario, muchos rasgos á aquellas, descripciones no he temido repetirlas aquí.

treabiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parece aun mudo de terror, y pudiera decirse que no se ha atrevido á romper el silencio deste que oyó la voz del Eterno.

Bajamos de la cima de la montaña para ir á pasar la noche al borde del mar Muerto, para subir luego al Jordan. Al entrar en el valle, nuestra reducida tropa se replegó, y nuestros belemitas cargaron sus fusiles y marcharon con precaucion delante de nosotros. En el camino hallamos algunos de los árabes del desierto que van á buscar sal al lago, y hacen una guerra implacable al viajero. Las costumbres de los beduinos empiezan á modificarse, por resultado de un trato muy frecuente con los turcos y los europeos. En el dia prostituyen á sus hijas y deguellan al viajero á quien antes se limitaban á robar.

Así caminamos por espacio de dos horas, empuñadas las pistolas como en un pais enemigo, siguiendo entre los montecillos de arena las grietas formadas en el terreno por los ardores del sol. Una costra de sal cubria la arena, y presentaba la imágen de un campo nevado, sobre el que descollaban algunos miserables arbustos. De repente llegamos al lago; y digo de repente, porque me creia aun muy distante de él, pues ningun rumor, ninguna frescura me habia anunciado la proximidad de las aguas. La arena, sembrada de guijarros, despedia fuego; las aguas no tenian movimiento alguno, y parecian enteramente muertas en las orillas.

Era noche cerrada: lo primero que hice al apearme, fue entrar en el lago hasta las rodillas y acercar la boca á sus aguas, que me fue imposible retener, porque su sabor salobre es mas intenso que el del mar, y produjo en mis labios el efecto de una disolucion concentrada de alumbre. No bien quedaron secas mis botas, se cubrieron de sal, y nuestros vestidos y nuestras manos se vieron impregnados de ella en menos de tres horas; Galeno habia observado ya estos efectos, y Pocoke ha confirmado su existencia.

Establecimos nuestro campamento á las orillas del lago, y los belemitas encendieron fuego para preparar el café, pues no carecian de combustibles, porque la orilla estaba llena de ramas de tamarindo que los árabes habian traido. Además de la sal que estos hallan enteramente formada en este lugar, la estraen tambien del agua mediante la ebulicion. Tal es la fuerza de la costumbre, que nuestros belemitas, que habian marchado con la mayor precaucion por el campo, no temieron encender un fuego que podia delatarles. Uno de ellos se sirvió de un medio estraño para hacer prender la llama: dispuso convenientemente el combustible y se bajó sobre el fuego; el humo hinchó su túnica; y levantándose entonces bruscamente, el aire aspirado por esta especie de bomba, hizo salir una llama resplandeciente. Despues de beber el café, mis compañeros se durmieron y yo quedé despierto con nuestros árabes.

A media noche oí algun ruido en el lago. Los belemitas me dijeron que este rumor era producido por legiones de pececillos que acudian á saltar á la orilla. Esto desmiente la opinion generalmente adoptada de que el mar Muerto no produce ningun ser viviente. Hallándose Pocoke en Jerusalém, oyó decir que un misionero habia visto peces en el lago Asfaltite. Hasselquist y Maundrell descubrieron unas conchas en sus orillas. M. Seetzen que aun viaja por la Arabia, no halló en dicho mar ni hélices, ni almejas, pero si algunos caracoles.

Conservo un vaso de hoja de lata lleno del agua que tomé del mar Muerto. Aun no lo he abierto; pero á juzgar por el peso y el ruido, me parece que la cantidad de agua ha disminuido un poco. Mi objeto era ensayar la esperiencia propuesta por Pocoke, esto es poner algunos pececillos de mar en esta agua, y examinar si podrian vivir en ella; pero otras ocupaciones me impidieron verificar este ensayo, y temo que sea ya tarde.

La luna se mostró á las dos de la madrugada, trayendo una fuerte brisa, que no refrescó el ambiente, pero agitó un poco el lago. Las aguas, saturadas de sal, volvian á caer por su propio peso, y batian debilmente las orillas. Un rumor lúgubre salia de aquel lago de muerte, como los ahogados clamores de un pueblo abismado en sus aguas.

La aurora se dejó ver en la montaña de Arabia, enfrente de nosotros. El mar Muerto y el valle del Jordan se tiñeron de un color admirable; pero tan soberbia perspectiva sirvió únicamente para hacer resaltar mas la desolacion del fondo.

El famoso lago que ocupa el lugar de Sodoma y Gomorra se llama *mar Muerto* ó *mar Salado*, en la Escritura; *Asfaltite* por los griegos y los latinos; *Almotenah* y *Bahar-Loth* por los árabes, y *Vla-Degnisi* por los turcos. No puedo asentir á la opinion de los que suponen que el mar Muerto es el cráter de un volcan. He visto el Vesubio, la Solfatara, el Monte-Nuovo, en el lago Fusino, el pico de las Azores, el Mamelife, en frente de Cartago, y los volcanes apagados de la Auvernia, y en todos he visto iguales cráteres, esto es, montañas socavadas á manera de embudo, lavas y cenizas donde no es posible desconocer la accion del fuego. El mar Muerto, por el contrario, es un lago bastante largo, encorvado á modo de arco, enclavado entre dos cordilleras, que ninguna semejanza de forma, ninguna homogeneidad de terreno tienen entre sí. Estas cordilleras no se reunen en las dos estremidades del lago, pues continuan por un lado, cercando el valle del Jordan, acercándose hácia el Norte hasta el lago de Tiberiades; y por el otro, van á perderse hácia el Mediodia, alejándose, en los arenales del Yemen. Es cierto que se encuentran betunes, aguas calientes y piedras fosfóricas en la cadena de las montañas de la Arabia, pero no las he visto en la cordillera opuesta. Por otra parte, la presencia de aguas termales, azufre y asfalto no basta para evidenciar la existencia anterior de un volcan. Por lo que respecta á las ciudades abismadas, me limito á decir que me atengo al sentido de la Escritura, sin llamar á la física en mi auxilio. Además, adoptando la opinion del profesor Michaëlis y del sabio Busching en su *Memoria acerca del Mar Muerto*, la física puede ser admitida en la catástrofe de las ciudades criminales, sin ofender la religion. Sodoma estaba construida sobre una cantera de betun, como consta por el testimonio de Moisés y y de Josefo, que hablan de los pozos de betun del valle de Siddim. Un rayo incendió este golfo, y las ciudades se hundieron en el incendio subterráneo. Mr. Malte-Brun conjetura muy razonablemente que Sodoma y Gomorra podian estar construidas con piedras bituminosas, y haberse incendiado con el fuego del cielo.

Estrabon habla de trece ciudades sepultadas en el lago Asfaltite. Estéban de Bizancio cuenta ocho; el *Génesis* coloca cinco *in valle silvestri:* Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Bala ó Segor; pero solo señala las dos primeras como destruidas por la cólera de Dios; el *Deuteronomio* cita cuatro: Sodoma, Gomorra, Adama y Seboim; y la Sabiduría cuenta cinco sin nombrarlas: *Descendente igne in Pentapolim.*

Habiendo notado Santiago Cerbo que en el mar Muerto desembocan siete grandes corrientes de agua, Relando deduce de esto que dicho mar debia descartarse por medio de canales subterráneos de las aguas supérfluas; Sandy y algunos otros viajeros han emitido la misma opinion; pero hoy está abandonada, á consecuencia de las observaciones del doctor Halley relativamente á la evaporacion; observaciones admitidas por Shaw, quien opina, sin embargo, que el Jordan hace entrar diariamente en el mar Muerto seis millones y noventa mil toneles de agua, sin contar las del Arnon y las de otros siete torrentes. Muchos viajeros, entre

otros Troilo y d' Arvieux, dicen han visto algunos restos de murallas y de palacios en las aguas del mar Muerto. Esto parece confirmado por Maundrell y el padre Nau. Los antiguos son mas terminantes acerca del particular. Josefo, que se vale de una frase poética, dice que se descubrian en las orillas del lago las *sombras* de las ciudades destruidas. Estrabon atribuye sesenta estadios de circuito á las ruinas de Sodoma. Tácito habla de estas ruinas; ignoro si todavía existen, porque no las he visto; pero como el lago se levanta ó retira segun las estaciones, puede ocultar ó descubrir alternativamente los esqueletos de las ciudades malditas.

Las otras maravillas que se refieren del mar Muerto han desaparecido ante un exámen mas severo. Sábese hoy que los cuerpos se sumergen ó flotan en él, obedeciendo las leyes del peso específico. Los vapores pestilentes que se ha dicho se exhalaban de su seno, se reducen á un pronunciado olor de marina, á unas humaredas que anuncian ó siguen la emersion del asfalto, y á unas nieblas, tan insalubres á la verdad como todas las nieblas. Si los turcos lo permitiesen algun dia, y se pudiese trasladar una barca de Jafa al mar Muerto, se harian seguramente curiosos descubrimientos en este lago. Los antiguos lo conocian mucho mejor que nosotros, como se ve en Aristóteles, Estrabon, Diodoro de Sicilia, Plinio, Tácito, Solin, Josefo, Galeno, Dioscórides y Estéban de Bizancio. Nuestros mapas antiguos determinan tambien la forma de este lago de una manera mas satisfactoria que los modernos. Nadie hasta el dia le ha dado la vuelta, esceptuando Daniel, abad de San Sabas. Nau nos ha conservado en su *Viaje* la relacion de este solitario; por esta relacion sabemos «que el mar Muerto en su »estremidad está como separado en dos, y que hay un »camino que lo atraviesa, no pasando el agua de me»dia pierna, á lo menos durante el verano; que allí la »tierra se levanta y limita otro pequeño lago de figura »un poco oval, rodeado de llanuras y de montañas de »sal; que los campos de las inmediaciones están po»blados por innumerables árabes, etc.» Nyembourg dice casi lo mismo, y el abate Mariti y Mr. de Volney hacen uso de estos documentos. Cuando poseamos el *Viaje* de Mr. Seetzen, adquiriremos probablemente mejores datos.

Casi no hay un solo lector que no haya oido hablar del famoso árbol de Sodoma; este árbol produce una especie de manzana agradable á la vista, pero de sabor amargo y llena de cenizas. Tácito, en el libro quinto de su *Historia*, y Josefo, en su *Guerra de los judíos*, son á mi parecer, los dos primeros autores que han hecho mencion de los estraños frutos del mar Muerto. Foulcher de Chartres que viajaba por la Palestina en 1100, vió la falaz manzana y la comparó á los placeres del mundo. Desde esta época, unos, como Ceverio de Vera, Baumgarten (*Peregrinationis in Ægiptum*, etc.), Pedro del Valle (*Viaggi*), Troilo y algunos misioneros, confirman la relacion de Foulcher; otros, como Reland, el padre Neret y Maundrell, se inclinan á creer que este fruto es una imágen poética de nuestras falsas alegrías, *mala mentis gaudia;* finalmente, otros, como Pococke, Shaw, etc., dudan absolutamente de su existencia.

Amman zanja al parecer esta dificultad, pues al describir el árbol, que en su concepto se parece á un espino egipcio, dice que su fruto es una manzanita de hermoso color, etc.

El botánico Hasselquist contradice todo esto. La manzana de Sodoma no es el fruto de un árbol ni de un arbusto, sino la produccion del *solanum melongena* de Linneo. «Hállanse muchas, dice, cerca de «Jericó, en los valles inmediatos al Jordan, no lejos »del mar Muerto; es verdad que algunas veces están »llenas de polvo; pero esto solo sucede cuando el fruto »es atacado por un insecto (*tenthredo*), que pulveriza »todo su interior, no dejando intacta sino la piel, sin »destruir su color.»

¿Quién, despues de esto, no creeria resuelta la cuestion, fundándose en la autoridad de Hasselquist, y en la mas respetable aun, de Linneo, en su *Flora Palæstina?* Pues no sucede así: Mr. Seetzen, sabio tambien y el mas moderno de todos estos viajeros, puesto que todavía recorre la Arabia, no se conforma con Hasselquist, relativamente al *solanum Sodomœum*. «He visto, dice, durante mi permanencia en »Karrak, en casa del párroco griego de esta ciudad »una especie de algodon parecido á la seda; este al»godon, segun me dijeron, se produce en la llanura »de El-Gor, hácia la parte oriental del mar Muerto, »en un árbol parecido á la higuera, llamado *Aoés»cha-ez*, y se halla en un fruto parecido á la granada. »He creido que estos frutos, que no tienen pulpa in»teriormente, y que son desconocidos en lo restante »de la Palestina, son quizá las famosas manzanas de »Sodoma.»

Héme, pues, lleno de dudas, porque creo haber hallado tambien el fruto tan buscado: el arbusto que lo produce, crece en todas partes á dos ó tres leguas de la embocadura del Jordan; es espinoso, y sus hojas son delgadas y pequeñas; se asemeja mucho al arbusto descrito por Amman, y su fruto es enteramente igual en color y forma al limoncillo de Egipto. Cuando este fruto no está aun maduro, se muestra lleno de una sávia corrosiva y salada; y cuando está seco, da una semilla negruzca, que puede compararse á la ceniza y cuyo sabor es igual al de la pimienta amarga. He cogido media docena de estos frutos, y todavía poseo cuatro secos, bien conservados, y que pueden merecer la atencion de los naturalistas.

El 5 de octubre empleé dos horas enteras en recorrer las orillas del mar Muerto, á pesar de los belemitas que me daban prisa para que dejase aquel peligroso lugar. Yo queria ver el Jordan en el punto en que desemboca en el lago, punto esencial que no ha sido reconocido aun sino por Hasselquist; pero los árabes se negaron á acompañarme, porque el rio hace un rodeo á su izquierda, á una legua de su embocadura, y se aproxima á la montaña de Arabia. Hube, pues, de contentarme con caminar hácia el rodeo del rio mas inmediato á nosotros. Levantamos el campo y caminamos por espacio de hora y media con un trabajo escesivo por una arena blanca y fina, y adelantamos hácia un pequeño bosque de tamarindos y árboles aromáticos, que con gran sorpresa veia alzarse en un suelo estéril. Los belemitas se detuvieron de repente, y me señalaron con la mano en el fondo de un barranco un objeto que no habia descubierto. Yo entrevia, sin poder decir lo que era, una especie de arena en movimiento en la inmovilidad del suelo. Acerquéme á este estraño objeto, y ví un rio amarillo que me costaba trabajo distinguir de la arena de entrambas orillas. Estaba hondamente encajonado, y arrastraba con lentitud sus pesadas aguas: era el Jordan.

Habia visto los rios de América con ese placer que inspiran la soledad y la naturaleza; habia visitado el Tiber con ahinco, y buscado con el mismo interés el Eurotas y el Cefiso; pero no puedo decir lo que esperimenté á la vista del Jordan. Este rio no solo me recordaba una antigüedad famosa, y uno de los nombres mas hermosos que la mas brillante poesía ha confiado á la memoria de los hombres, sino que sus márgenes me presentaban todavía el teatro de los milagros de nuestra religion. La Judea es el único país de la tierra que reproduce al viajero el recuerdo de los asuntos humanos y de las cosas del cielo, y que hace nacer en el fondo del alma, mediante esta mezcla, unas sensaciones y unas ideas que ningun otro país puede inspirar.

Los belemitas se desnudaron y entraron en el Jordan. Yo no me atreví á imitarles por temor á la calen-

tura que no cesaba de atormentarme; pero me arrodillé en las orillas con mis dos criados y el dragoman del monasterio. Habiendo olvidado llevar una *Biblia*, no pudimos recitar los pasajes del Evangelio relativos al lugar donde nos hallábamos; pero el dragoman que conocia las costumbres recibidas, salmodió el *Ave, maris stella*, al que respondimos como unos marineros que terminan su viaje: el señor de Joinville no era mas hábil que nosotros. Tomé luego en un vaso de cuero agua del rio, que no me pareció tan dulce como el azúcar, como dice un buen misionero, sino que me pareció por el contrario un poco salobre; pero aunque bebí gran cantidad, no me causó ningun daño; creo que seria muy agradable si estuviese libre de la arena que arrastra.

Ali-Agá hizo algunas abluciones, pues el Jordan es un rio sagrado para los turcos y los árabes, que conservan muchas tradiciones hebreas y cristianas: unas derivadas de Ismael, cuyos árabes habitan todavía el país, y otras introducidas entre los turcos á través de las fábulas del Alcoran.

Segun d' Anville, los árabes dan al Jordan el nombre de *Nar-el-Arden*; segun el padre Rogerio, le llaman *Nahar-el-Chiria*. El abate Mariti hace tomar á este nombre la forma italiana de *Scheria*, y Mr. de Volney escribe *El-Charia*.

San Gerónimo, en su tratado de *Situ et Nominibus locorum Hebraicorum*, especie de traduccion de los *Tópicos* de Eusebio, halla el nombre del Jordan en la reunion de los nombres de los dos manantiales *Jor y Dan*, de este rio; pero en otra parte cambia de opinion; otros la rechazan, fundándose en la autoridad de Josefo, Plinio y Eusebio, que colocan el único manantial del Jordan en Paneades al pié del monte Hemon en el Anti-Líbano. La Roque trata á fondo esta cuestion en su *Viaje á Siria*; el abate Mariti se ha limitado á copiarlo, citando además un pasaje de Guillermo de Tiro, para probar que Dan y Paneades eran la misma ciudad: esto es lo que se sabia. Es preciso observar con Reland (*Palestina ex monumentis veteribus illustrata*), contra la opinion de San Gerónimo, que el nombre del rio sagrado no es en hebreo *Jordan*, sino *Jorden*; que, aun admitiendo el primer modo de leer, se esplica *Jordan* por *rio del Juicio*; Jor, que San Gerónimo traduce por *fluvius*, y Dan, por *judicans, sive judicium*: etimología tan exacta, que basta para hacer improbable la opinion de las dos fuentes Jor y Dan, si por otra parte la Geografía dejase alguna duda sobre este particular.

Descubrí, como á dos leguas del lugar donde estábamos parados, en la corriente superior del rio un bosquecillo de vasta estension. Quise visitarlo, porque calculé que á escasa distancia de allí estaba Jericó; que por aquel lugar pasaron el rio los israelitas; que cesó de caer el maná; que probaron los hebreos los primeros frutos de la Tierra-Prometida; que fue curado Naaman de la lepra; y por último, que Jesucristo recibió el bautismo de mano de San Juan Bautista. Marchamos hácia allí durante algun tiempo; pero al acercarnos, oimos voces humanas en el bosquecillo. Por desgracia esta voz, que tranquiliza en todas partes al viajero, y que tan agradable seria oir en las orillas del Jordan, es precisamente lo que alarma en estos desiertos. Los belemitas y el dragoman quisieron alejarse sin demora; pero les declaré que no habia llegado tan lejos para volverme tan pronto; que accedia á no pasar adelante, pero que queria tornar á ver el rio, en frente del lugar en donde nos hallábamos.

La comitiva se avino, aunque con disgusto, á mi declaracion, y volvimos al Jordan, alejado entonces de nosotros por medio de un rodeo hácia la derecha. Encontré en él la misma anchura y la misma profundidad, que una legua mas abajo; es decir, seis ó siete piés de profundidad en la orilla, y aproximadamente cincuenta de anchura.

Los guias me importunaban para que partiese, y el mismo Alí-Agá murmuraba. Despues de tomar las notas que me parecieron mas importantes, cedí al deseo de la caravana; saludé por última vez al Jordan, y tomé una botella de su agua y algunas cañas de sus orillas. Empezamos á alejarnos para llegar á la aldea de Rihha, la antigua Jericó, al pié de la montaña de Judea. Apenas habiamos andado un cuarto de legua en el valle, descubrimos muchas huellas de hombres y de caballos. Alí propuso estrechar nuestra comitiva, para impedir que los árabes nos contasen, y añadió: «Si pueden tomarnos, por nuestro órden y nuestros »vestidos por *soldados cristianos*, no se atreverán á »atacarnos.» ¡Qué elogio del valor de los ejércitos europeos!

Nuestras sospechas eran fundadas, pues no tardamos en descubrir á nuestra espalda, á orillas del Jordan, una caterva como de treinta árabes que nos observaban. Hicimos marchar adelante nuestra *infantería*, esto es, nuestros seis belemitas, y cubrimos su retirada con nuestra *caballería*, y pusimos nuestros *bagajes* en el centro; pero por desgracia el asno que los llevaba era reacio, y solo adelantaba á fuerza de golpes. El caballo del dragoman metió un pié en un avispero y las avispas se arrojaron sobre él; y el pobre Miguel, llevado por su caballo, prorumpia en dolorosos gritos; Juan, aunque griego, se mostraba sereno; y Alí era valiente como un genízaro de Mahomet II. Por lo que respecta á Julian, este nunca se mostraba sorprendido: el mundo habia pasado á sus ojos, sin que él le hubiese dirigido una mirada; creíase siempre en la calle de San Honorato, y me decia con la mayor serenidad, llevando su caballo al paso: «¡Señor!—¿Acaso »no hay en este país policía para reprimir á estas »gentes?»

Despues de habernos mirado durante largo rato, los árabes hicieron un movimiento hácia nosotros; pero volvieron á los matorrales que ciñen el rio, con no pequeña sorpresa nuestra. Alí tenia razon: sin duda nos tomaron por soldados cristianos. Así, pues, llegamos á Jericó sin el menor accidente.

El abate Mariti ha recopilado muy bien los hechos históricos relativos á esta célebre ciudad, no obstante haber olvidado algunos, como el donativo hecho por Antonio á Cleopatra del territorio de Jericó, etc. Ha hablado tambien de las producciones de Jericó, del modo de estraer el aceite de saccon, etc.; seria, por consiguiente ocioso repetirlo, á no hacer, como tantos otros, un Viaje con Viajes. Sabido es tambien que las inmediaciones de Jericó tienen un manantial, cuyas aguas, amargas en otro tiempo, tornáronse en dulces por un milagro de Eliseo. Este manantial está situado á dos millas de la ciudad, al pié de la montaña donde Jesucristo oró y ayunó cuarenta dias. Divídese en dos brazos, y en sus orillas se ven algunos campos de acacias, del árbol que produce el bálsamo de Judea, y de arbustos semejantes á las lilas por su hoja, pero cuya flor no he visto. No hay en Jericó palmeras, ni rosas, y no he podido comer los *nicolai* de Augusto; estos dátiles estaban muy degenerados en tiempo de Belon. Una añoso acacia cubre el manantial; otro árbol se inclina un poco mas sobre el arroyo que sale de este, y forma sobre el arroyo un puente natural.

He dicho que Alí-Agá habia nacido en Rihha (Jericó), cuyo gobernador era. Condújome á sus Estados, donde yo no podia dejar de ser bien recibido por sus vasallos, que en efecto acudieron á cumplimentar á su soberano. Este quiso hacerme entrar en un vetusto zaquizamí, que él llamaba pomposamente su *palacio*; no admití este honor, pues preferí comer en las orillas del manantial de Eliseo, denominado actualmente *Manantial del Rey*. Al atravesar la poblacion, vimos á un jóven árabe, sentado á parte con la cabeza adornada de plumas, y vestido como en un dia solemne. Todos los que pasaban por delante de él, se detenian

para besarle la frente y mejillas; me dijeron que era un recien-casado. Nos detuvimos en el manantial de Eliseo; se degolló un cordero, y se le puso á asar entero en una gran hoguera á la orilla del agua; cuando el festin estuvo preparado, nos sentamos al rededor de una fuente de madera, y cada uno destrozó con las manos una parte de la víctima.

Es grato descubrir en estos usos algunos vestigios de las costumbres antiguas, y encontrar entre los descendientes de Ismael los recuerdos de Abraham y de Jacob.

Los árabes, en todas partes donde los he visto, en Judea, en Egipto, y aun en Berberia, me han parecido de estatura mas bien alta que pequeña; su continente es altivo; son bien formados y ligeros; tienen la cabeza aovada, la frente alta y arqueada, la nariz aguileña, los ojos rasgados, la mirada humilde y en estremo dulce; nada revelaria en ellos al salvaje, si tuviesen siempre la boca cerrada; pero desde el momento en que hablan, se oye un lenguaje áspero y rudamente aspirado, y se ven unos dientes de deslumbradora blancura, como los de los chacales y las onzas; diferéncianse en esto del salvaje americano, cuya fiereza está en la mirada, y la espresion humana en la boca.

Las mujeres árabes tienen la estatura proporcionalmente mas alta que la de los hombres. Su aspecto es noble, y recuerdan un poco las estátuas de las sacerdotisas y de las Musas, por la regularidad de sus facciones, la hermosura de sus formas y la colocacion de sus velos. Esto debe entenderse con limitacion, porque estas hermosas estátuas están por lo regular cubiertas con harapos; el aire de miseria, desaliño y padecimiento degrada estas formas tan puras; una tez cobriza oculta la regularidad de sus facciones; en una palabra, para ver á estas mujeres cual acabo de pintarlas, es preciso contemplarlas á cierta distancia, y limitándose al conjunto, prescindir de los pormenores.

La mayor parte de los árabes llevan una túnica ceñida al talle con un cinturon. Ya sacan un brazo de las mangas de esta túnica, y están entonces vestidos á la usanza antigua; ya se envuelven en un ropon de lana blanca, que les sirve de toga, de manto ó de velo, segun que se lo arrollan al rededor, lo cuelgan de sus hombros ó lo colocan sobre su cabeza. Caminan descalzos y armados de un puñal, de una lanza, ó de un largo fusil. Las tribus viajan en caravanas, y los camellos marchan en fila. El camello que va al frente está sujeto con una cuerda de borra de palmera al cuello de un asno, que es el conductor de la comitiva, y que como jefe está exento de todo cargamento y goza de diferentes privilegios; los camellos de las tribus ricas van adornados de festones, banderolas y vistosas plumas.

Las yeguas son tratadas con mas ó menos honores, segun la nobleza de su raza, pero siempre con estremado rigor. No se pone á los caballos á la sombra, sino que se les deja espuestos á todo el rigor del sol, atados en el suelo á unas estacas por sus cuatro piés, de modo que se les reduce á la inmovilidad; nunca se les quita la silla; por lo regular no beben sino una sola vez, y no comen sino un poco de cebada cada veinte y cuatro horas. Tan rudo trato, lejos de estenuarlos, les da sobriedad, paciencia y ligereza. He admirado muchas veces un caballo árabe, encadenado de esta manera en la abrasada arena, con las crines colgantes y esparcidas, oculta la cabeza entre las piernas para hallar un poco de sombra, y dirigiendo con ojo salvaje una oblícua mirada á su dueño. Pero no bien siente libres sus piés, y oprimido por este su lomo, *espuma, se estremece, devora la tierra; si la trompeta suena, dice: ¡Marcha!* y reconoceis al punto el caballo de Job: *Fervens et fremens sorbet terram; ubi audierit buccinam, dicit: ¡Vah!*

Todo lo que se dice de la pasion de los árabes por los cuentos, es cierto, y voy á citar un ejemplo: durante la noche que acabábamos de pasar en las playas del mar Muerto, nuestros belemitas estaban sentados al rededor de su hoguera, con los fusiles en tierra á su lado; y los caballos, atados á las estacas, formaban un segundo círculo esterior. Despues de haber bebido el café, y hablado mucho, estos árabes enmudecieron, á escepcion del scheik. Yo veia al resplandor del fuego sus espresivos ademanes, sus blancos dientes, y las diversas formas que daba á su vestido al proseguir su relato. Sus compañeros le escuchaban con profunda atencion, inclinados hácia delante, con los rostros inmediatos á la llama, ya exhalando un grito de admiracion, ya repitiendo enfáticamente los ademanes del narrador; algunas cabezas de caballos que se adelantaban sobre la comitiva y se destacaban en la oscuridad, acababan de dar á este cuadro el carácter mas pintoresco, sobre todo cuando se le unia un paisaje del mar Muerto y de las montañas de Judea.

Si habia estudiado con tanto interés, en las orillas de sus lagos, las hordas americanas, ¡cuán diferente especie de salvajes contemplaba allí! Tenia á la vista los descendientes de la raza primitiva de los hombres; los veia con las mismas costumbres que han conservado desde los dias de Agar y de Ismael; los hallaba en el mismo desierto que les fue dado en herencia por Dios: *Moratus est in solitudine, habitavitque in deserto Pharan;* los encontraba en el valle del Jordan, al pié de las montañas de Samaria, en los caminos de Hebron, en los lugares donde la voz de Josué detuvo el sol, en los campos de Gomorra, que aun humean á la cólera de Jehováh, y que luego fueron consolados por las misericordiosas maravillas de Jesucristo.

Lo que especialmente distingue á los árabes de los pueblos del Nuevo-Mundo, es que á través de la rudeza de los primeros, se advierte, no obstante, cierta delicadeza en sus costumbres; conócese que han nacido en ese Oriente, cuna de todas las artes, de todas las ciencias, de todas las religiones. Oculto en los confines del Occidente, en una region separada del universo, el canadense habita unos valles sombreados por bosques eternos, y regados por rios inmensos; el árabe, lanzado, por decirlo así, al camino real del mundo, entre el Africa y el Asia, vaga en las brillantes regiones de la aurora, sobre un suelo sin árboles y sin agua. Entre las tribus de los descendientes de Ismael, necesítanse amos, esclavos, animales domésticos y una libertad sujeta á leyes. Entre las hordas americanas, el hombre vive aun enteramente solo con su bárbara y cruel independencia; en lugar del ropon de lana, cúbrese con la piel del oso; en vez de la lanza, maneja la flecha, y prefiere al puñal la pesada maza; no conoce, y los despreciaria, el dátil, la sandía y la leche de la hembra del camello; quiere adornar sus festines con carne y sangre. No ha tejido el pelo de cabra, para ponerse al abrigo debajo de sus tiendas, pues el olmo decrépito presta la corteza á su choza. No ha domado el caballo, para seguir la pista á la gacela, sino que la aprisiona, venciendola en la carrrera. No desciende de grandes naciones civilizadas; los nombres de sus antepasados no están escritos en los fastos de los imperios, pues los contemporáneos de sus abuelos son las añosas encinas que aun subsisten en pié. Monumentos de la naturaleza, que no de la historia, los sepulcros de sus padres descuellan ignorados en ignorados bosques. En una palabra, todo anuncia en el americano el salvaje que no ha llegado todavía al estado de civilizacion, mientras todo indica en el árabe el hombre civilizado que ha vuelto al estado salvaje.

Nos alejamos del manantial de Eliseo el 6, á las tres de la tarde, para volver á Jerusalém, y dejamos á la derecha el monte de la *Cuarentena*, que domina á Jericó, precisamente en frente del monte Abarim, desde donde Moisés vió antes de morir, la tierra de Promision. Al entrar de nuevo en la montaña de Ju-

dea, vimos los restos de un acueducto romano. El abate Mariti, acosado por el recuerdo de los frailes, dice tambien que este acueducto perteneció á una antigua comunidad, ó que sirvió para regar las tierras inmediatas, cuando en la llanura de Jericó se cultivaba la caña de azúcar. Si la mera vista de la obra no bastase para destruir esta absurda opinion, podríase consultar á Adricomio (*Theatrum Terræ Santæ)*, la *Elucidatio historica Terræ-Santæ* de Cuaresmio, y la mayor parte de los ya citados viajeros. El camino que seguíamos en la montaña era ancho, y á trechos empedrado; acaso era una antigua vía romana. Pasamos al pié de una montaña coronada en otro tiempo con un castillo gótico, que protegia y cerraba el camino. Pasada esta montaña, bajamos á un negro y profundo valle, llamado en hebro *Adommin*, ó el *lugar de la sangre*. Allí habia una pequeña ciudad de la tribu de Judá; y en ese solitario lugar fue donde el Samaritano socorrió al viajero herido. Allí encontramos la caballería del pachá, que iba á hacer al otro lado del Jordan la espedicion de que hablaré mas adelante. Por fortuna, la noche nos ocultó á la vista de aquella soldadesca.

Pasamos á Bahurim, donde David, que huia de Absalon, estuvo próximo á ser apedreado por Semei. Un poco mas allá, nos apeamos en la fuente donde Jesucristo acostumbraba descansar con sus Apóstoles, cuando volvia de Jericó. Empezamos á subir la espalda del Monte Olivete, y atravesamos á Betania, donde se enseñan las ruinas de la casa de Marta y el sepulcro de Lázaro. Luego bajamos del citado monte, que domina á Jerusalém, y pasamos el torrente Cedron en el valle de Josafat. Un sendero que rodea el templo y se eleva por el monte Sion, nos guió á la puerta de los Peregrinos, dando la vuelta entera á la ciudad. Eran las doce de la noche. Alí-Agá se hizo abrir; los seis árabes volvieron á Belém, y entramos en el convento. Mil siniestros rumores habian circulado respecto de nosotros, pues se decia que habiamos sido muertos por los árabes ó por la caballería del pachá, y se me acriminaba por haber emprendido este viaje con una escolta tan débil; rasgo de imprudencia, decian, propio del carácter francés. Los acontecimientos posteriores probaron, no obstante, que si no hubiese adoptado aquel partido y aprovechado las primeras horas de mi estancia en Jerusalém, nunca hubiera podido llegar al Jordan.

CUARTA PARTE.

VIAJE Á JERUSALÉM.

Ocupéme durante algunas horas en trazar con un lápiz notas relativas á los lugares que acababa de visitar, método que seguí todo el tiempo que estuve en Jerusalém, recorriéndola durante el dia y escribiendo de noche. El padre procurador entró en mi aposento en la madrugada del 7 de octubre, y me refirió el desenlace de la contienda entre el pachá y el padre guardian. Convinimos, pues, en lo que debiamos hacer. Enviáronse mis firmanes á Abdallah. Este se arrebató, gritó, amenazó y concluyó exigiendo á los frailes una cantidad un poco menor. Siento no poder publicar la copia de una carta escrita por el padre Buenaventura de Nola al general Sebastiani, por no permitírmelo la ausencia de este.

Necesitábase todo el deseo que tenia de ser útil á los religiosos de Tierra-Santa, para ocuparme de cosas ajenas al Santo Sepulcro. El mismo dia, á las nueve de la mañana, salí del convento, acompañado de dos religiosos, de un dragoman, de mi criado y un genízaro, y me dirigí á pié á la iglesia que encierra el sepulcro de Jesucristo.

Todos los viajeros han descrito esta iglesia, la mas digna de respeto en toda la tierra, ya se piense filosófica, ya cristianamente. Aquí me asalta una verdadera dificultad. ¿Debo presentar la pintura exacta de los Santos Lugares? En este caso, no puedo menos de repetir lo que ya se ha dicho, pues acaso no hay un asunto menos conocido de los lectores modernos, y no obstante, ninguno está mas completamente agotado. ¿Debo omitir esta pintura? Pero ¿no seria esto suprimir la parte mas esencial de mi viaje, haciendo desaparecer lo que constituye su fin y objeto? Despues de haber titubeado mucho tiempo, me he determinado á describir las principales estaciones de Jerusalém, cediendo á las consideraciones siguientes:

1.° Nadie lee en la actualidad las antiguas peregrinaciones á Jerusalém; y lo que es muy viejo parecerá probablemente del todo nuevo á la mayor parte de los lectores.

2.° La iglesia del Santo Sepulcro no existe ya, pues ha sido incendiada enteramente desde mi vuelta de Judea; soy, por decirlo así, el último viajero que la ha visto, y por esta razon seré su último historiador.

Mas, como no aspiro á mejorar un cuadro bien hecho, me aprovecharé de los trabajos de los que me han precedido, limitándome á adornarlos con algunas observaciones.

Entre estos trabajos hubiera preferido los de los viajeros protestantes, á causa del espíritu del siglo; pues nos inclinamos en la actualidad á rechazar lo que creemos procedente de un orígen demasiado religioso. Pero por desgracia, nada satisfactorio he hallado acerca del Santo Sepulcro en Pococke, Shaw, Maundrell, Hasselquist y algunos otros.

Despues de muchas reflexiones, me ha parecido que Deshayes, enviado en 1621 á Palestina, merece que se tome en cuenta su narracion.

1.° Porque los turcos se complacieron en enseñar Jerusalém á este embajador, que hubiera entrado hasta en la mezquita del templo si hubiese querido.

2.° Porque es tan claro y exacto en el estilo un poco anticuado de su secretario, que Pablo Lucas le ha copiado testualmente, sin dar noticia del plagio, segun su costumbre.

3.° Porque d' Anville (y esta es la causa principal), tomó la carta de Deshayes por objeto de una disertacion, que tal vez es la obra maestra de nuestro célebre geógrafo. Deshayes nos dará, pues, el material de la iglesia del Santo Sepulcro, y luego añadiré mis propias observaciones.

«El Santo Sepulcro y la mayor parte de los Santos-Lugares están servidos por frailes franciscanos, que se renuevan de tres en tres años; y aunque los hay de todas las naciones, todos, no obstante, pasan por franceses ó venecianos, y no subsisten sino porque están bajo la proteccion del rey. Há cerca de sesenta años que viven fuera de la ciudad, en el monte Sion, en el mismo lugar donde Jesucristo celebró la Cena con sus Apóstoles; pero habiendo sido su iglesia convertida en mezquita, han permanecido siempre despues en la ciudad, en el monte Giron, donde está su convento, llamado *San Salvador*, y donde el guardian reside con la comunidad, que provee de religiosos á todos los lugares de Tierra-Santa, donde es preciso que los haya.

»La iglesia del Santo Sepulcro dista doscientos pasos de este convento. Comprende el Santo Sepulcro, el monte Calvario y otros muchos lugares santos. Santa Elena hizo construir una parte de ella para cubrir el Santo Sepulcro; pero los príncipes cristianos que la sucedieron, la hicieron ensanchar para comprender el monte Calvario, que solo dista cincuenta pasos del Santo Sepulcro.

»Antiguamente el monte Calvario estaba estramuros, como ya he dicho; era el lugar donde se ejecutaba á los sentenciados; y, para que todo el pueblo pudiese asistir á la ejecucion, habia una gran plaza entre el

monte y la muralla de la ciudad. El resto del monte estaba rodeado de jardines, uno de los cuales pertenecia á José de Arimatea, discípulo secreto de Jesucristo, donde habia mandado hacer un sepulcro para este, donde en efecto fue enterrado. Los judíos no acostumbraban dar sepultura á los cadáveres como lo hacen los cristianos. Cada uno hacia practicar, segun sus medios, en algun peñasco una especie de pequeño gabinete donde se colocaba el cadáver; y despues se cerraba este lugar con una piedra que se colocaba delante de la puerta, que por lo regular tenia cuatro piés de altura.

»La iglesia del Santo Sepulcro es muy irregular, porque su recinto se ha adaptado á los lugares que se queria encerrar en él. Tiene casi la forma de cruz; su longitud es de ciento veinte pasos, sin contar la bajada de la Invencion de la santa Cruz, y setenta de ancho. Adórnanla tres cúpulas, de los cuales la que cubre el Santo Sepulcro sirve de nave á la iglesia; su diámetro son treinta pasos, y tiene una abertura en su parte superior, como la Rotonda de Roma. Es verdad que no tiene bóveda, pues la techumbre está sostenida tan solo por unas grandes vigas de cedro, traidas del monte Líbano. En otro tiempo se entraba en esta iglesia por tres puertas, pero actualmente solo tiene una, cuyas llaves guardan los turcos, con suma vigilancia, por temor de que los peregrinos entren sin pagar los nueve sequines, ó treinta y seis libras que se les exigen; hablo de los peregrinos que vienen de la cristiandad, porque los cristianos vasallos del Gran-Señor solo pagan la mitad. Esta puerta está siempre cerrada, y solo tiene una ventanilla atravesada por una barra de hierro, por donde los de afuera dan víveres á los de dentro, quienes pertenecen á ocho diferentes naciones.

»La primera es la de los latinos ó romanos, representados por los frailes franciscanos, que guardan el Sepulcro; el lugar del Calvario donde Nuestro Señor fue clavado en la cruz; el lugar donde esta fue hallada; la piedra de la *uncion*, y la capilla donde Jesucristo se apareció á la Vírgen, despues de su resurreccion.

»La segunda nacion es la de los griegos, que poseen el coro de la iglesia, donde ofician, y en el centro del cual hay un pequeño círculo de mármol, cuyo centro creen ser el de la tierra.

»La tercera nacion es la de los abisinios; estos tienen la capilla donde está la columna del *Improperio*.

»La cuarta nacion es la de los coftos, que son los cristianos de Egipto; tienen un pequeño oratorio inmediato al Santo Sepulcro.

La quinta es la de los armenios; estos tienen la capilla de Santa Helena, y aquella donde fueron divididas y sorteadas la vestidura de Nuestro Señor.

»La sesta nacion es la de los nestorianos ó jacobitas, oriundos de la Caldea y la Siria; tienen una capillita próxima al lugar donde Nuestro Señor se apareció á la Magdalena, llamada por esta razon *Capilla de la Magdalena*.

»La séptima nacion es la de los georgianos, que habitan entre el mar Mayor y el mar Caspio; tienen el lugar del monte Calvario donde fue levantada la Cruz, y el encierro donde permaneció Nuestro Señor, mientras se hacia el agujero para colocarla.

»La octava nacion es la de los maronitas, que habitan el monte Líbano, y reconocen al papa, como nosotros.»

»Cada nacion tiene, además de los lugares que todos los que están dentro pueden visitar, algun lugar particular en las bóvedas y ángulos de esta iglesia, que le sirve de retiro, y donde celebra el Oficio segun su respectivo rito; porque los sacerdotes y frailes que entran allí permanecen por lo regular dos meses sin salir hasta que se envian otros que les reemplazan del convento que tienen en la ciudad. Es difícil permanecer allí algun tiempo sin caer enfermo, porque el ambiente es escaso, y las bóvedas y paredes despiden una frescura bastante insalubre; sin embargo, hallamos un buen ermitaño franciscano, que habia vivido veinte años sin salir, aunque su trabajo era tan ímprobo, que tenia que cuidar de doscientas lámparas, y limpiar y adornar todos aquellos santos lugares, no pudiendo descansar mas que cuatro horas diarias.

»Al entrar en la iglesia se halla la piedra de la *uncion*, en la que fue ungido con mirra é incienso el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, antes de ser depositado en el sepulcro. Algunos dicen que es de la misma piedra del Calvario, y otros aseguran que fue llevada á aquel lugar por José y Nicodemus, discípulos secretos de Jesucristo, que le tributaron este piadoso servicio. Sea de esto lo que fuere, ha sido preciso cubrirla con mármol blanco, á causa de la indiscreta devocion de algunos peregrinos que la rompian, rodeándola además de una balaustrada de hierro para evitar que se la pise. Tiene ocho piés menos tres pulgadas de largo, y dos piés menos una pulgada de ancho, y sobre ella arden continuamente ocho lámparas.

»El Santo Sepulcro está á treinta pasos de esta piedra, exactamente en el centro de la gran cúpula de que he hablado; es de la figura de un pequeño gabinete practicado en una peña viva, con la punta de un cincel. La puerta que mira á Oriente tiene cuatro piés de altura y dos y cuarto de ancho, de modo que es preciso bajarse mucho para penetrar por ella. El interior del Sepulcro es casi cuadrado. Tiene seis piés menos una pulgada de largo, y seis menos dos pulgadas de ancho; y desde la base hasta la bóveda, ocho piés y una pulgada. Hay una especie de recodo sólido, de la misma piedra, que se dejó al labrar el resto: tiene dos piés y cuatro pulgadas y media de alto, y contiene la mitad del Sepulcro, porque tiene seis pies menos una pulgada de largo y dos piés, con dos tercias y medio de ancho. Sobre este recodo ó mesa fue colocado el cuerpo de Nuestro Señor, con la cabeza vuelta hácia el Occidente y los piés hácia el Oriente; pero á causa de la supersticiosa devocion de los orientales, que creen que dejando sus cabellos sobre esta piedra, Dios no les abandonará jamás; y tambien porque los peregrinos arrancaban pedazos, ha sido preciso cubrirla con mármol blanco, sobre el que se celebra actualmente la misa; cuarenta y cuatro lámparas alumbran continuamente este santo lugar; y el humo sale por tres agujeros, abiertos en la bóveda. La parte esterior del Sepulcro está tambien cubierto de mármol y de muchas columnas, que sostienen una cúpula.

»A la entrada de la puerta del Sepulcro hay una piedra de pié y medio en cuadro, y de un pié de espesor, perteneciente á la misma peña, la que servia de apoyo á la gruesa piedra que cerraba la puerta del Sepulcro; sobre esta piedra estaba el Angel, cuando habló á las Marías; y tanto por este misterio, cuanto por no entrar desde luego en el Santo Sepulcro, los primeros cristianos cronstruyeron delante una pequeña capilla, llamada la *Capilla del Angel*.

»A doce pasos del Santo Sepulcro, dirigiéndose al Septentrion, encuéntrase una gran piedra de mármol gris, que tiene cerca de cuatro piés de diámetro; y ha sido colocada allí para señalar el lugar donde Nuestro Señor se apareció á la Magdalena en forma de jardinero.

»Mas adelante está la capilla de la Aparicion, en la cual, segun dice la tradicion, Nuestro Señor se apareció primero á la Vírgen, despues de su resurreccion. En este lugar celebran los oficios divinos los frailes franciscanos, y á él se retiran; porque desde aquí entran en unos aposentos que no tienen salida sino por esta capilla.

»Siguiendo la vuelta de la iglesia, hállase una capillita abovedada que tiene siete piés de largo y seis de ancho, llamada en otro tiempo la *Prision de Nuestro Señor*, porque estuvo en este lugar mientras se hacia el agujero para clavar la Cruz. Esta capilla está en la

parte opuesta del monte Calvario; de modo que estos dos lugares forman el crucero de la iglesia, porque el monte está al Mediodia y la iglesia al Norte.

»A corta distancia de allí hay otra capilla de cinco pasos de largo y tres de ancho, situada en el mismo lugar donde Jesucristo fue desnudado por los soldados antes de ser clavado á la Cruz, y donde su vestidura fue sorteada y repartida.

»Al salir de esta capilla, encuéntrase á mano izquierda una espaciosa escalera que atraviesa la pared de la iglesia, para bajar á una especie de bodega, tallada en la piedra. Despues de bajar treinta escalones, se ve una capilla á mano izquierda, llamada vulgarmente la *Capilla de Santa Elena*, porque esta oraba en ella, mientras hacia buscar la santa Cruz. Bájanse once escalones mas hasta el lugar donde esta fue hallada con los clavos, la corona de espinas y el hierro de la lanza, que habian sido escondidos en aquel lugar hacia mas de trescientos años.

»Cerca de esta escalera y con direccion al Calvario hay una capilla que tiene cuatro pasos de largo, y dos y medio de ancho, al pié de cuyo altar se ve una columna de mármol gris jaspeado con manchas negras, que tiene dos piés de alto y uno de diámetro. Llámase la *Columna del Improperio*, porque se obligó á Nuestro Señor á sentarse en ella para coronarle de espinas.

»A diez pasos de esta capilla hay una escalera muy estrecha, cuyos escalones son de madera al principio, y de piedra al fin. Hay veinte, y por ellos se llega al monte Calvario. Este lugar, tan ignominioso en otro tiempo, fue luego santificado con la sangre de Nuestro Señor; por esta razon, los primeros cristianos lo miraron con particular esmero; y despues de haberlo desembarazado de todas las inmundicias y de toda la tierra, lo rodearon de paredes; de modo que en la actualidad es una capilla alta y encerrada en esta espaciosa iglesia; está cubierta interiormente de mármoles y dividida en dos mitades por medio de una arcada. La parte que mira al Septentrion es el lugar en donde Nuestro Señor fue clavado en la Cruz. Hay siempre treinta y dos lámparas á cargo de los franciscanos, que celebran diariamente la misa en este santo lugar.

»En la otra parte que mira al Mediodia, fue colocada la santa Cruz. Aun se ve el agujero abierto en elpeñasco, como de pié y medio de profundidad, sin contar la tierra que estaba encima. Próximo á este se hallaba el lugar donde estaban las cruces de los dos ladrones. La del buen ladron miraba al Norte y la del malo á Mediodia; de manera que el primero estaba á la derecha de Jesucristo, que tenia vuelto el rostro á Occidente y la espalda hácia Jerusalém, que miraba á Oriente. Cincuenta lámparas arden continuamente para honrar este santo lugar.

»En el pavimento de esta capilla están las sepulturas de Godofredo de Bullon y de su hermano Balduino, y en ellas se leen estas incripciones:

HIC JACET INCLYTUS DUX GODEFRIDUS DE
BULION, QUI TOTAM ISTAM TERRAM AC-
QUISIVIT CULTUI CHRISTIANO, CUJUS ANIMA
REGNET CUM CHRISTO AMEN.
REX BALDUINUS, JUDAS ALTER MACHABEUS,
SPES PATRIÆ, VIGOR ECCLESIÆ, VIRTUS UTRIUSQUE,
QUEM FORMIDABANT, CUI DONA TRIBUTA FEREBANT
CEDAR ET ÆGYPTUS, DAN AC HOMICIDA DAMASCUS.
PROH DOLOR! IN MODICO CLAUDITUR HOC TUMULO.

»El monte Calvario es la última estacion de la iglesia del Santo Sepulcro, porque á veinte pasos de allí se halla la piedra de la *uncion*, que está precisamente á la entrada de la iglesia.»

Habiendo Deshayes descrito tan metódicamente cual acaba de verse, tantos lugares dignos de veneracion, solo me resta presentar á los lectores su conjunto.

Vemos desde luego que la iglesia del Santo Sepulcro se compone de tres iglesias: la del Santo Sepulcro, la del Calvario, y la de la Invencion de la santa Cruz.

La iglesia propiamente dicha del Santo Sepulcro, está construida en el valle del monte Calvario, sobre el terreno donde se sabe que Jesucristo fue sepultado. Esta iglesia forma una cruz; la misma capilla del Santo Sepulcro no es realmente otra cosa que la gran nave del edificio; es circular como el Panteon de Roma, y solo recibe luz por una cúpula debajo de la cual se halla el Santo Sepulcro. Diez y seis columnas de mármol adornan la circunferencia de esta rotonda, y sostienen, describiendo diez y siete arcadas, una galería superior compuesta tambien de diez columnas y diez y siete arcadas mas pequeñas que las columnas y las arcadas que las sostienen. Unos nichos que corresponden á las arcadas se levantan sobre el friso de la última galería, y la cúpula arranca en el arco de estos nichos, que en otro tiempo estaban adornados de mosáicos que representaban los doce Apóstoles, santa Elena, el emperador Constantino, y otros tres retratos desconocidos.

El coro de la iglesia del Santo Sepulcro está al Oriente de la nave de este; y es doble, como en las antiguas basílicas; es decir, que tiene un recinto esterior con sillería para los sacerdotes, y un santuario que se levanta en dos escalones sobre el primero. En derredor de este doble santuario están las alas del coro, y en ellas se ven las capillas descritas por Deshayes.

Tambien en el ala derecha y á espalda del coro se abren las dos escaleras que conducen, una á la iglesia del Calvario, y otra á la de la Invencion de la Santa Cruz; la primera sube á la cima del Calvario; la segunda conduce al pié de este; en efecto, la Cruz fue clavada en la cumbre del Gólgota y encontrada debajo de esta montaña. Así, pues, compendiando esta descripcion, diré que la iglesia del Santo Sepulcro está construida al pié del Calvario, y que confina por su lado oriental con este montecillo, bajo el cual y sobre el cual se han construido otras dos iglesias, que comunican por medio de paredes y de escaleras abovedadas, con el monumento principal.

La arquitectura de la iglesia es evidentemente del siglo de Constantino, pues el órden corinto domina en toda ella. Los pilares son pesados ó ligeros, y su diámetro está casi siempre en notable desproporcion con la altura. Algunas columnas pareadas que sostienen el friso del coro, presentan, no obstante, un estilo bastante bueno. Siendo la iglesia baja y espaciosa, las cornisas parecen bastante grandes; pero como há cerca de sesenta años que se ha rebajado la arcada que separa el coro de la nave, el rayo horizontal está interrumpido, y la vista no descubre el conjunto de la bóveda.

La iglesia no tiene peristilo, y se entra en ella por dos puertas laterales; pero solo hay una abierta. Por esta causa parece que el monumento no ha tenido ornamentacion esterior. Por otra parte, está desfigurada por los tugurios y conventos griegos contiguos á sus paredes.

El pequeño monumento de mármol que cubre el Santo Sepulcro, tiene la figura de un catafalco adornado de arcos semi-góticos, embutidos en los llenos del catafalco; elévase tambien bajo la cúpula por donde recibe la luz; pero está desfigurado por una capilla maciza que los armenios han logrado el permiso de edificar en una de sus estremidades. El interior del catafalco encierra un sepulcro de mármol blanco muy sencillo, que se apoya por un lado en un costado del monumento, y sirve de altar á los religiosos católicos: este es el sepulcro de Jesucristo.

El orígen de la iglesia del Santo Sepulcro es muy

antiguo. El autor del *Epitome* de las guerras sagradas (*Epitome bellorum sacrorum*), dice que cuarenta y seis años despues de la destruccion de Jerusalém por Vespasiano y Tito, los cristianos consiguieron de Adriano el permiso de edificar, ó por mejor decir, de reedificar un templo sobre el sepulcro de su Dios, y de encerrar dentro de la nueva ciudad los demás lugares reverenciados por ellos. Añade que este templo fue ensanchado y reparado por Elena, madre de Constantino. Cuaresmio impugna esta opinion, diciendo que los fieles no lograron hasta el reinado de Constantino el permiso de erigir estos templos. Pero el sábio religioso olvida que antes de la persecucion de Diocleciano los cristianos poseian muchas iglesias y celebraban públicamente sus misterios. Lactancio y Eusebio encarecen la riqueza y la prosperidad de los fieles en aquella época.

Otros autores fidedignos, entre ellos Sozomeno, en el segundo libro de su *Historia*; San Gerónimo, en sus *Epístolas* á Paulino y Rufino; Severo, libro II; Nicéforo, libro XVIII; y Eusebio en la *Vida de Constantino*, nos dicen que los paganos rodearon con una pared los Santos Lugares; que levantaron una estátua á Júpiter sobre el sepulcro de Jesucristo, y otra á Venus, sobre el Calvario, y que consagraron un bosque á Adonis sobre la cuna del Salvador. Estos testimonios patentizan igualmente la antigüedad del verdadero culto en Jerusalém, por la profanacion misma de los lugares sagrados, y prueban que los cristianos tenian santuarios en ellos (1).

Sea de esto lo que fuere, la fundacion de la iglesia del Santo Sepulcro pertenece por lo menos al reinado de Constantino, pues tenemos una carta de este príncipe en que manda á Macario, obispo de Jerusalém, construir una iglesia en el lugar donde se cumplió el gran misterio de la Redencion. Eusebio nos ha conservado esta carta. El obispo de Cesarea hace luego la descripcion de la nueva iglesia, cuya dedicacion duró ocho dias. Si fuese necesario apoyar la relacion de Eusebio con testimonios extranjeros, tendríamos el de San Cirilo, obispo de Jerusalém. (*Catech.* 1-10-13); el de Théodoreto, y aun del *Itinerario de Burdeos á Jerusalém en 333*: *Ibidem, jussu Constantini imperatoris, basilica facta est miræ pulchritudinis*.

Esta iglesia fue destruida por Cosroës II, rey de Persia, cerca de tres siglos despues de haber sido edificada por Constantino. Heraclio reconquistó la verdadera cruz, y Modesto, obispo de Jerusalém, restableció la iglesia del Santo Sepulcro. Algun tiempo despues el califa Omar se apoderó de Jerusalém; pero dejó á los cristianos el libre ejercicio de su culto. Hácia el año 1009, Hequem ó Hakem, que reinaba en Egipto, arruinó el sepulcro de Jesucristo. Unos dicen que la madre de este príncipe, que era cristiana, hizo levantar de nuevo las paredes de la demolida iglesia; otros aseguran que el hijo del califa de Egipto permitió á los fieles, á ruegos del emperador Argirópilo, encerrar los Santos Lugares en un monumento nuevo. Pero como en la época del reinado de Hakem los cristianos de Jerusalém no eran bastante ricos, ni bastante inteligentes para construir el edificio que cubre actualmente el Calvario; y como, á pesar de un pasaje muy sospechoso de Guillermo de Tiro, nada indica que los cruzados hayan hecho construir en Jerusalém una iglesia del Santo Sepulcro, es probable que la fundada por Constantino ha subsistido siempre tal cual la vemos, á lo menos por lo que respecta á las paredes. La mera inspeccion de su arquitectura basta para corroborar mi aserto.

Habiéndose apoderado de Jerusalém el 15 de julio de 1099, los cruzados arrancaron el sepulcro de Jesucristo al poder de los infieles, y permaneció ochenta y ocho años bajo el de los sucesores de Godofredo. Cuando Jerusalém volvió á caer bajo el yugo musulman, los sirios rescataron á precio de oro la iglesia del Santo Sepulcro, y los frailes acudieron á defender con sus oraciones unos lugares inútilmente confiados á las armas de los reyes; así, á través de mil revoluciones, la fe de los primeros cristianos nos habia conservado un templo cuya ruina debia presenciar nuestro siglo.

Los viajeros antiguos eran harto felices, pues no se veian precisados á entrar en estas polémicas: en primer lugar, porque hallaban en los lectores la religion que nunca disputa con la verdad; en segundo, porque todos estaban persuadidos de que el único medio de ver un país tal cual es, es verlo con todas sus tradiciones, con todos sus recuerdos. En efecto, la Tierra-Santa debe recorrerse con la Biblia y el Evangelio en la mano. Si se intenta llevar á ella un espíritu de controversia y de escarnio, la Judea no merece el trabajo de que se la vaya á buscar á tanta distancia. ¿Qué se diria de un hombre que al recorrer la Grecia y la Italia, solo se ocupase en contradecir á Virgilio y Homero? Hé aquí, sin embargo, cómo se viaja en nuestros dias; triste efecto de nuestro orgullo, que quiere hacernos pasar por sabios, haciéndonos desdeñosos.

Tal vez me preguntarán ahora los lectores cristianos cuales fueron los sentimientos que esperimenté al entrar en aquel venerando lugar: en realidad, no puedo decirlo. Asaltaron simultáneamente mi espíritu tantas ideas, que en ninguna particular me detenia. Permanecí de rodillas media hora en el pequeño recinto del Santo Sepulcro, con la vista fija en la piedra, sin poder separarla de ella. Uno de los dos religiosos que me acompañaban, permanecía á mi lado con la frente apoyada en el mármol, mientras el otro, que tenia el Evangelio en la mano, me leia, á la luz de las lámparas, los pasajes relativos al Santo Sepulcro, y entre uno y otro versículo recitaba una oracion. Lo único que puedo asegurar es que á la vista de aquel vencedor sepulcro solo sentí mi propia pequeñez; y cuando el religioso esclamó con San Pablo: *Ubi est Mors, victoria tua? Ubi est Mors, stimulus tuus?* apliqué el oido, como si la Muerte fuese á responder que estaba vencida y encadenada en aquel monumento.

Recorrimos las estaciones hasta la cumbre del Calvario. ¿Dónde hallar en la antigüedad cosa alguna tan tierna y maravillosa como las últimas escenas del Evangelio? No son estas las caprichosas aventuras de una divinidad estraña á la humanidad, sino la historia mas patética; historia que no solo hace verter lágrimas por su hermosura, sino que sus consecuencias, aplicadas al universo, han cambiado la faz de la tierra. Acababa de visitar los monumentos de la Grecia, y mi alma estaba aun llena de su grandeza; mas; ¡cuán lejos estaban de inspirarme lo que esperimentaba á la vista de aquellos santos lugares!

La iglesia del Santo Sepulcro, compuesta de muchas iglesias, construida sobre un terreno desigual, alumbrada por multitud de lámparas, es tan misteriosa que reina en ella una oscuridad favorable á la devocion y al recogimiento interior. Los sacerdotes cristianos de las diversas sectas habitan las diferentes partes del edificio.

Desde lo alto de las arcadas, donde aquellos se anidan á manera de palomas, y desde el fondo de las capillas y los subterráneos, hacen oir sus cánticos á todas las horas del dia y de la noche: el órgano del religioso latino; los címbalos del sacerdote abisinio; la voz del monge griego; la oracion del solitario armenio, y la especie de lamento del fraile cofto, hieren alternativa ó simultáneamente el oido; no se sabe de donde parten aquellos conciertos; respírase el olor del incienso, sin que descubra la mano que lo quema; tan solo se ve pasar, ocultarse detrás de las columnas, y perderse en las sombras del templo al pontífice, que va á celebrar los misterios mas formidables, en los mismos lugares donde se cumplieron.

(1) Véase la segunda Memoria de la *Introducion*.

No salí del sagrado recinto sin detenerme en los monumentos de Godofredo y de Balduino, que están en frente de la puerta de la iglesia, y se apoyan en la pared del coro. Saludé las cenizas de estos reyes caballeros, que merecieron descansar cerca del gran sepulcro que rescataron.

Volví al convento á las once, y salí de nuevo á medio dia para seguir la *Via Dolorosa*; dáse este nombre al camino que recorrió el Salvador del mundo, al trasladarse de la casa de Pilatos al Calvario.

La casa de Pilatos es una ruina desde donde se descubre el espacioso solar del templo de Salomon, y la mezquita construida en él.

Jesucristo, despues de haber sido azotado, coronado de espinas y cubierto con una túnica de púrpura, fue presentado á los judíos por Pilatos; y aun se ve la



IGLESIA SUBTERRÁNEA DE BELEM.

ventana desde donde pronunció el memorable *Ecce Homo*.

Segun la tradicion latina en Jerusalém, la corona de Jesucristo fue tomada del árbol espinoso *lycium spinosum*. Pero el sabio botánico Hasselquist cree que para esta corona se empleó el *nabka* de los árabes. La razon que al efecto aduce merece ser reproducida: «Todo induce á creer que del *nabka* se formó la »corona que se puso á Jesucristo, pues es muy comun »en Oriente. No podia escogerse una planta mas á pro»pósito para este uso, porque está armada de espinas; »sus ramas son ligeras y flexibles, y sus hojas, de

»color verde-subido, como las de la yedra. Acaso los »verdugos eligieron, para añadir el escarnio al castigo, »una planta parecida á la que se usaba para coronar á »los emperadores y generales.»

Otra tradicion conserva en Jerusalém la sentencia pronunciada por Pilatos contra el Salvador del mundo: *Jesum Nazarenum, subversorem gentis, contemptorem Cœsaris, et falsum Messiam, ut majorum suæ gentis testimonio probatum est, ducite ad communis supplicii locum, et eum in ludibriis regiæ majestatis in medio duorum latronum cruci affigite. I, lictor, expedi cruces.*

A cien pasos del arco del *Ecce-Homo*, me enseñaron á la izquierda las ruinas de una iglesia consagrada en otro tiempo á la Vírgen de los Dolores. En este lugar halló María á su Hijo, cargado con la cruz despues de haber sido espulsada por los guardias. Este hecho no se refiere en los Evangelios; pero merece una fe general por la autoridad de San Bonifacio y San Anselmo. El primero dice que la Vírgen cayó como medio muerta, y que no pudo pronunciar ni una palabra: *Nec verbum dicere potuit*. El segundo asegura que Jesucristo la saludó con estas palabras: *Salve, Mater*. Como volvemos á hallar á María el pié de la Cruz, la relacion de estos Padres es muy probable; la fe no se opone á estas tradiciones, que muestran hasta qué punto está grabada en la memoria de los hombres la maravillosa y sublime historia de la Pasion. El trascurso de diez y ocho siglos; interminables persecuciones; revoluciones eternas, y ruinas siempre crecientes, no han podido borrar ú ocultar las huellas de una madre que fue á llorar á su hijo.

Cincuenta pasos mas allá encontramos el lugar donde Simon el Cirineo ayudó á Jesucristo á llevar su cruz.

Aquí, el camino que se dirigia de Oriente á Occidente, forma un ángulo hácia el Norte; á la derecha ví el lugar donde vivia Lázaro el pobre, y en frente, al otro lado de la calle, la casa del mal rico.

San Crisóstomo, San Ambrosio y San Cirilo han creido que la historia de Lázaro y del mal rico no era una simple parábola, sino un hecho real y conocido. Los judíos nos han conservado el nombre del mal rico, que se llamaba *Nabal*.

Despues de haber pasado la casa de este, se vuelve



UN FRANCÉS ENTRE LOS RELIGIOSOS DE BELEM.

á la derecha y se toma la direccion del Poniente. A la entrada de esta calle que guia al Calvario, Jesucristo halló á las santas mujeres que le lloraron.

A cien pasos de allí se muestra el sitio donde estuvo la casa de Verónica, y el lugar donde esta limpió el rostro del Salvador. El primer nombre de esta mujer era Berenice, y luego fue cambiado en el de *Vera-Icon*, verdadera imágen, por la trasposicion de dos letras; estos cambios eran muy frecuentes en los idiomas antiguos.

Despues de haber andado cien pasos, se halla la puerta Judiciaria; por ella salian los sentenciados á muerte al Gólgota. Este monte, actualmente encerrado en la nueva ciudad, estaba estramuros de la antigua Jerusalém.

Desde la puerta Judiciaria hasta la cima del Calvario median aproximadamente doscientos pasos; allí termina la Via-Dolorosa, que puede tener en su totalidad una milla de longitud. Ya hemos visto que el Calvario está comprendido ahora en la iglesia del Santo Sepulcro. Si los que leen la Pasion en el Evangelio se sienten poseidos de una santa tristeza y de una admiracion profunda, ¡cuál será la que se sienta al seguir sus escenas al pié de la montaña de Sion, á la vista del Templo, y en los mismos muros de Jerusalém!

Despues de la descripcion de la Via-Dolorosa y de la iglesia del Santo Sepulcro, solo diré algunas palabras acerca de los demás lugares de devocion que se hallan en el recinto de la ciudad. Me contentaré con nombrarlos en el órden con que los recorrí durante mi estancia en Jerusalém.

1.° La casa del Pontífice Anás, cerca de la puerta

de David, al pié del monte Sion, dentro de la ciudad; los armenios poseen la iglesia construida sobre las ruinas de esta casa.

2.° El lugar donde el Salvador se apareció á María Magdalena, á María, madre de Santiago, y á María Salomé, entre el castillo y la puerta del monte Sion.

3.° La casa de Simon el Fariseo, donde la Magdalena confesó sus estravios. Es una iglesia totalmente arruinada al Oriente de la ciudad.

4.° El monasterio de Santa Ana, madre de la Santa Vírgen, y la gruta de la Concepcion inmaculada, debajo de la iglesia del monasterio. Este ha sido convertido en mezquita, pero se entra en él por algunas monedas. En tiempo de los cristianos estaba habitado por unos frailes. No está lejos de la casa de Simon.

5.° La cárcel de San Pedro, inmediata al Calvario, reducida á unas vetustas paredes.

6.° La casa de Zebedeo, bastante cerca de la cárcel de San Pedro, vasta iglesia, que pertenece al patriarca griego.

7.° La casa de María, madre de Juan Marcos, donde se retiró San Pedro cuando fue librado por el ángel. Es una iglesia servida por los sirios.

8.° El lugar donde fue martirizado Santiago el Mayor. Este es el convento de los armenios. La iglesia es muy rica y elegante. En breve hablaré del patriarca armenio.

El lector tiene ya á la vista el cuadro completo de los monumentos cristianos en Jerusalém. Vamos ahora á visitar sus alrededores.

Habia invertido dos horas en recorrer la Via-Dolorosa.

Todos los dias procuré ver este camino sagrado y la iglesia del Calvario, para que ninguna circunstancia importante pasase desapercibida para mi. Eran las dos cuando acabé el 7 de octubre mi primera revista de los Santos Lugares. Entonces monté á caballo, con Alí-Agá, el dragoman Miguel y mis criados, y salimos por la puerta de Jafa, para dar la vuelta completa á Jerusalém. Estábamos perfectamente armados, vestidos á la europea, y resueltos á no tolerar ofensa alguna. El embajador Deshayes logró con gran dificultad, en tiempo de Luis XIII, el permiso de entrar en Jerusalém con su espada.

Nos dirigimos hácia la izquierda al salir de la puerta de la ciudad, y caminamos hácia el Mediodia, pasando la piscina de Bersabé, foso ancho y profundo pero seco; luego subimos á la montaña de Sion, de la cual una parte se halla fuera de Jerusalém.

Supongo que el nombre *Sion* despierta en el ánimo de los lectores un gran recuerdo, y que desean conocer esta montaña tan misteriosa en la Escritura, tan célebre en los Cánticos de Salomon; esta montaña, objeto de las bendiciones ó de las lágrimas de los profetas, y cuyos infortunios ha llorado Racine.

Es un montecillo de aspecto amarillento y estéril, abierto en forma de media luna por el lado que mira á Jerusalém, casi de la altura de Montmartre, pero mas redondeado en su cima. Esta cumbre sagrada está marcada por tres monumentos, ó por mejor decir, por tres ruinas: la casa de Caifás, el Santo Cenáculo, y el sepulcro ó palacio de David. Desde lo alto de la montaña se ve al Mediodia el valle de Ben-Hinnon; mas allá de este valle se estiende el Campo de la Sangre, comprado con los treinta dineros de Judas, el monte del Mal-Consejo, los sepulcros de los Jueces y todo el desierto hácia Hebron y Belém. Al Norte, el muro de Jerusalém, que pasa por la cima de Sion, impide la vista de la ciudad, que va siempre inclinándose hácia el valle de Josafat.

La casa de Caifás es actualmente una iglesia servida por los armenios; el sepulcro de David es una reducida sala abovedada, en la que hay tres sepulcros de piedras negruzcas; el Santo Cenáculo es una mezquita y un hospital turco, que antiguamente eran una iglesia y un monasterio ocupados por los religiosos de Tierra-Santa.

Este último santuario es igualmente famoso en el Antiguo y Nuevo Testamento: David hizo en él su palacio y su sepulcro, y en él guardó por espacio de tres meses el Arca de la Alianza.

Jesucristo celebró allí la Pascua, é instituyó el sacramento de la Eucaristía.

Allí se apareció á sus discípulos el dia de su resurreccion; allí bajó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

El Santo Cenáculo llegó á ser el primer templo cristiano del mundo; en él fue consagrado Santiago el Menor primer obispo de Jerusalém, y San Pedro celebró el primer concilio de la Iglesia.

Por último, de este lugar partieron los Apóstoles, pobres y desnudos, para ocupar todos los tronos de la tierra: *Ite, et docete omnes gentes*.

El historiador Josefo nos ha dejado una descripcion magnífica del palacio y del sepulcro de David.

Benjamin de Tudela refiere acerca de este sepulcro un cuento bastante singular.

Al bajar de la montaña de Sion, por el lado del Levante, llegamos por el valle á la fuente y piscina de Siloé, donde Jesucristo dió vista al ciego. La fuente brota de un peñasco, y corre en silencio *cum silentio*, segun el testimonio de Jeremías, lo que está en contradiccion con un pasaje de San Gerónimo; tiene una especie de flujo y reflujo, ya vertiendo sus aguas como la fuente de Vaucluse, ya reteniéndolas y dejándolas apenas correr. Los Levitas esparcian el agua de Siloé sobre el altar, en la fiesta de los Tabernáculos, cantando: *Haurietes aquas in gaudio de fontibus Salvatoris*. Milton invoca esta fuente al principio de su poema, en lugar de la fuente Castalia:

. . . . Or if Sion-hill
Delight thee more, and Siloa's brook that flow'd
Fast by the oracle God, etc.;

y Delille ha traducido en hermosos versos esta invocacion:

Toi donc qui, célébrant les merveilles des cieux,
Prends loin de l'Hélicon un vol audacieux;
Soit que, te retenant sous ses palmiers antiques
Sion avec plaisir répéte tes cantiques;
. . . .
Soit que, chantant le jour où Dieu donna sa loi,
Le Sina sous tes pieds tressaille encor d'effroi;
Soit que, prés du saint lieu d'oú partent ses oracles,
Les flots du Siloé te disent ses miracles:
Muse sainte, soutiens mon vol présomptueux.

Algunos dicen que esta fuente brotó repentinamente de la tierra de Isaías, cuando este profeta fue serrado por medio cuerpo con una sierra de madera por mandato de Manasés; otros aseguran que se la vió brotar en el reinado de Ezequías.

Segun Josefo, este manantial, maravilloso para el ejército de Tito, negaba sus aguas á los judíos culpables. La piscina, ó por mejor decir, las dos piscinas del mismo nombre están inmediatas al manantial. Sirven en la actualidad, como en otro tiempo, para lavar, y vimos en ellas á unas mujeres que nos llenaron de improperios, huyendo de nosotros. El agua de la fuente es salobre y bastante ingrata al paladar; los peregrinos bañan en ella sus ojos, en memoria del milagro del ciego de nacimiento.

No lejos de allí se enseña el lugar donde el profeta Isaías sufrió el martirio ya citado. Vése tambien un lugar llamado *Silóan*, á cuyo pié hay otra fuente llamada *Rogel* por la Escritura; en frente de ella y al pié del monte Sion, se halla otra fuente denominada *María*. Créese que la Vírgen iba allí á buscar agua. Esta fuente y la de Siloé confunden sus aguas.

Aquí, como lo observa San Gerónimo, empieza el

monte Moria al pié de los muros del templo, y casi en frente de la puerta Esterquilinaria. Adelantamos hasta el ángulo oriental del muro de la ciudad, y entramos en el valle de Josafat, que se estiende de Norte á Mediodia entre los montes Olivete y Moria. El torrente Cedron lo atraviesa; este torrente está seco una parte del año; pero en las tempestades y en las primaveras lluviosas arrastra unas aguas rojizas.

El valle de Josafat se denomina aun en la Escritura *Valle de Savé*, *Valle del Rey*, *Valle de Melquisedech*. En este valle buscó el rey de Sodoma á Abraham, para felicitarle por la victoria alcanzada sobre los cinco reyes. Moloc y Belfegor recibieron adoracion en este mismo valle, que mas tarde tomó el nombre de *Josafat*, porque el rey así llamado hizo construir en él su sepulcro. Este valle parece ha servido siempre de cementerio á Jerusalém, pues se encuentran en él los monumentos de los siglos mas remotos y de los tiempos mas modernos; los judios van á morir á él desde las cuatro partes del mundo, y un extranjero les vende á precio de oro un puñado de tierra para cubrir sus restos en el campo de sus antepasados. Los cedros que Salomon plantó en este valle (1); la sombra del templo que lo cubria; el torrente que lo atravesaba; los cánticos de amargura que David compuso en él, y las lamentaciones con que Jeremías lo hizo resonar, lo hacian muy á propósito para la tristeza y la paz de los sepulcros. Al dar principio á su Pasion en este lugar solitario, Jesucristo lo consagró de nuevo á los dolores: este inocente David derramó en él, para borrar nuestros crímenes, las lágrimas que David el culpable vertió en espiacion de sus propias culpas. Pocos nombres hay que despierten en la imaginacion pensamientos mas tiernos y á la vez mas formidables que el del valle de Josafat; valle tan lleno de misterios que, segun el profeta Joel, todos los hombres deben comparecer en él un dia ante el Juez terrible: *Congregabo omnes gentes, et deducam eas in vallem Josaphat, et disceptabo cum eis ibi.* «Es muy natural, »dice el padre Nau, que el honor de Jesucristo sea »desagraviado públicamente en el lugar donde se le »infirieron tantos oprobios é ignominias, y que juzgue »equitativamente á los hombres donde estos le juzgaron tan arbitrariamente.»

El aspecto del valle de Josafat presenta una completa desolacion; su parte occidental es una alta colina de tierra que sostiene los muros góticos de Jerusalém, sobre los cuales se la descubre; la oriental está formada por el monte de los Olivos y la montaña del Escándalo, *mons Offensionis*, llamado así por la idolatría de Salomon. Estas dos montañas, casi contiguas, están casi desnudas de vejetacion, presentan un color rojo-oscuro, y en sus desiertas laderas se ven esparcidas al azar algunas viñas negras y abrasadas, algunos bosquecillos de olivos silvestres, algunos eriales cubiertos de hisopo y algunas capillas, oratorios y mezquitas arruinadas. En medio del valle se ve un puente de un solo arco, construido sobre el barranco del torrente Cedron. Las piedras del cementerio de los judíos se muestran como un monton de despojos al pié del monte del Escándalo y del pueblo árabe de Siloan, costando algun trabajo distinguir las chozas de esta ciudad de los sepulcros que los rodean. Tres monumentos antiguos, los sepulcros de Zacharias, de Absalon y de Josafat, descuellan en este campo de destruccion. Al ver la profunda tristeza de Jerusalém, de la que no se eleva ningun humo, donde no resuena el mas leve rumor; al observar la monotona soledad de sus montañas, no pobladas por algun ser viviente; al advertir el pavoroso desórden de aquellos sepulcros destrozados, rotos y entreabiertos, pudiera decirse que la ronca trompeta del juicio ha resonado ya, y que los muertos van á levantarse de las estremecidas tumbas en el lóbrego valle de Josafat.

En la misma orilla, y casi en el nacimiento del Cedron, entramos en el Jardin de los Olivos, que pertenece á los padres latinos, y en él se vea ocho corpulentos olivos, de estremada vejez. El olivo es, por decirlo así, inmortal, porque renace de su tronco; así es que en la ciudadela de Atenas se conservaba uno cuyo orígen subia hasta la fundacion de la ciudad. Los del citado jardin son por lo menos del tiempo del Bajo-Imperio; hé aquí la prueba. Todo olivo hallado en pié por los musulmanes cuando invadieron el Ásia, no paga en Turquía sino un medin al fisco, mientras que el plantado despues de la conquista debe al Gran-Señor la mitad de sus frutos. Esta ley, como se echa de ver, es tan absurda como la mayor parte de las demás que rigen en Turquía, pues es muy arbitrario que se tengan miramientos con el vencido, en el momento de la conquista, al paso que la violencia puede ocasionar la injusticia, y arruinar al súbdito en plena paz.

Apeámonos á la entrada de este jardin para visitar á pié las Estaciones de la montaña. El reducido Getsemaní estaba á alguna distancia del jardin de los Olivos. Confúndesele actualmente con este jardin, como observan Thevenot y Rogerio.

Primero entramos en el sepulcro de la Vírgen, que es una iglesia subterránea, á la que se baja por cincuenta escalones bastante cómodos; está repartida entre todas las sectas cristianas; hasta los turcos tienen un oratorio en aquel lugar, y los católicos poseen el sepulcro de María. Aunque la Vírgen no murió en Jerusalém, muchos Padres opinan que fue enterrada milagrosamente en Getsemaní por los Apóstoles. Eutimio refiere la historia de estos maravillosos funerales. Habiendo Santo Tomás hecho abrir el féretro, solo se halló en él una túnica virginal, sencilla y pobre vestidura de la gloriosa reina que los ángeles habian llevado al cielo. Los sepulcros de San José, San Joaquin y Santa-Ana están tambien en esta iglesia subterránea.

Al salir del sepulcro de la Vírgen fuimos al jardin de los Olivos á ver la gruta donde el Salvador derramó un sudor de sangre, pronunciando estas palabras: *Pater, si possible est, transeat a me calix iste.*

Esta gruta es de forma irregular, y en ella se han construido algunos altares. A escasa distancia se ve el lugar donde Judas vendió con un beso á su Maestro. ¡A cuán amargo dolor se humilló Jesucristo! ¡Y en el mismo instante en que un ángel abandonaba el cielo para sostener la Divinidad que desfallecia, agoviada al peso de las miserias humanas, esta Divinidad misericordiosa era vendida por un hombre!

Al dejar la gruta del Cáliz de amargura, y subiendo un camino tortuoso y sembrado de guijarros, el dragoman nos detuvo cerca de un peñasco, desde donde, segun se dice, miró Jesucristo la ciudad culpable, llorando la próxima ruina de Sion. Baronio observa que Tito plantó sus tiendas en el mismo lugar donde el Salvador predijo la destruccion de Jerusalém; pero Doubdan, que impugna esta opinion sin citar á Baronio, cree que la sesta legion romana acampó en la cumbre de la montaña de los Olivos y no en su ladera. Esta crítica es harto severa, y no por ella es menos hermosa y exacta la observacion de Baronio.

Desde el peñasco de la *Prediccion* subimos á unas grutas situadas á la derecha del camino. Llámanse los *Sepulcros de los Profetas;* pero nada notable presentan, y se ignora quiénes son los profetas cuyas cenizas encierran.

Un poco mas arriba de estas grutas hallamos una especie de cisterna compuesta de doce arcadas; en este lugar compusieron los Apóstoles el símbolo de nuestra creencia. Mientras el mundo entero adoraba á la faz del sol mil vergonzosas divinidades, doce pescadores, ocultos en las entrañas de la tierra, dirigian la profesion de fe del género humano, y reconocian la unidad

(1) Josefo dice que Salomon hizo cubrir de cedros las montañas de Judea.

de Dios, creador de esos astros á cuya luz nadie osaba aun proclamar su existencia. Si algun romano de la córte de Augusto hubiese descubierto al pasar por aquel subterráneo, á los doce judíos que componian esta obra sublime, ¡con cuánto desprecio los hubiera mirado! ¡Con cuánto desden hubiese hablado de estos primeros fieles! Y no obstante, se disponian á derribar los templos de este romano, á destruir la religion de sus padres, á cambiar las leyes, la política, la moral, la razon y hasta los pensamientos de los hombres. Nunca desconfiemos, pues, de la salvacion de los pueblos. Los cristianos gimen hoy en la tibieza de la fe; ¿quién sabe, empero, si Dios ha plantado en alguna region desconocida la semilla de mostaza que debe multiplicarse en los campos? Tal vez tenemos á la vista esta esperanza de salvacion, sin que fijemos nuestra atencion en ella; tal vez nos parece tan absurda como ridícula. Mas, ¿quién hubiera creido la locura de la Cruz?

Subiendo un poco mas, hallamos las ruinas, ó por mejor decir, el solar desierto de una capilla, donde, segun enseña una tradicion constante, Jesucristo recitó la *Oracion Dominical*.

Así, pues, se compusieron casi en el mismo lugar la profesion de fe y la oracion de todos los hombres.

A treinta pasos de allí, dirigiéndose un poco al Norte, hay un olivo á cuyo pié el Hijo del Hombre predijo el Juicio final.

Por último, se adelanta cincuenta pasos mas en la montaña, y se llega á una pequeña mezquita de forma octógona, restos de una iglesia erigida antiguamente en el mismo lugar donde Jesucristo subió al cielo despues de su resurreccion. Distínguese en el peñasco la huella del pié izquierdo de un hombre; veíase tambien la del pié derecho; la mayor parte de los peregrinos dicen que los turcos han arrancado esta segunda huella, para colocarla en la mezquita del Templo: pero el padre Roger afirma terminantemente que no se halla en él. Callo por respecto; pero sin sentirme convencido, en presencia de autoridades dignas de toda deferencia: San Agustin, San Gerónimo, San Paulino, Sulpicio Severo, el venerable Beda, la tradicion, y todos los viajeros antiguos y modernos aseguran que dicha huella señala un paso de Jesucristo; y de la cual, bien examinada, se ha inferido que el Salvador tenia vuelto el rostro hácia el Norte en el momento de su ascension, como para renegar de ese Mediodia infestado de errores, para llamar á la fe á los bárbaros que debian derribar los templos de los falsos dioses, crear nuevas naciones y plantar el estandarte de la cruz sobre los muros de Jerusalém.

Muchos Padres de la Iglesia han creido que Jesucristo se elevó á los cielos en medio de las almas de los patriarcas y profetas, librados por él de la esclavitud de la muerte, habiendo sido su Madre y ciento veinte discípulos testigos de su ascension. San Gregorio de Nazianceno dice que estendió los brazos como Moisés y presentó sus Discípulos á su Padre; luego cruzó sus manos poderosas, bajándolas sobre la cabeza de sus predilectos, segun dice Tertuliano; no de otro modo bendijera Jacob á los hijos de José; despues, alejándose de la tierra con admirable magestad, subió lentamente á las mansiones eternas y se perdió en una nube luminosa, como dice Ludolfo.

Santa Elena habia mandado construir una iglesia en el sitio donde se halla en la actualidad la mezquita octógona. San Gerónimo nos dice que nunca se consiguió cerrar la bóveda de esta iglesia en el lugar donde Jesucristo verificó su ascension. El venerable Beda asegura que en su tiempo en la víspera de la Ascension se veia el monte de los Olivos cubierto de fuego durante la noche. Nada obliga á dar crédito á estas tradiciones, que consigno con el mero objeto de dar á conocer la historia y las costumbres; pero si Newton y Descartes hubieran dudado filosóficamente de estas maravillas, Racine y Milton no las hubieran repetido poéticamente.

Tal es la historia evangélica, esplicada por los monumentos. La hemos visto empezar en Belém, marchar á su desenlace en casa de Pilatos, llegar á la catástrofe en el Calvario y terminar en el monte de los Olivos. El lugar de la Ascension no está enteramente en la cima de la montaña, sino á doscientos ó trescientos pasos mas abajo de la cumbre mas alta.

Bajamos de esta montaña, y volviendo á montar á caballo continuamos nuestro camino. Dejamos á nuestra espalda el valle de Josafat, y seguimos unos caminos escarpados, hasta el ángulo septentrional de la ciudad; desde donde, dirigiéndonos al Oriente á lo largo del muro que mira al Norte, llegamos á la gruta donde Jeremías compuso sus *Lamentaciones*. No estábamos lejos de los sepulcros de los Reyes; pero renunciamos á visitarlo aquel dia, porque era tarde. Fuimos, pues, á buscar la puerta de Jafa, por la cual habíamos salido de Jerusalém. Eran las siete cuando volvimos á entrar en el convento.

Nuestra escursion habia durado cinco horas. A pié, y siguiendo el recinto de los muros, necesítase apenas una hora para dar la vuelta á Jerusalém.

A las cinco de la mañana del 8 de octubre, emprendí la visita del interior de la ciudad, acompañado de Alí-Agá y el dragoman Miguel. Detengámonos aquí, para dirigir una ojeada á la historia de Jerusalém.

Esta ciudad fue fundada en el año 2023 del mundo, por el gran sacerdote Melquisedech, quien la apellidó *Salem*, es decir, *la Paz*; entonces ocupaba solamente los dos montes Mora y Acra.

Cincuenta años despues de su fundacion fue tomada por los jebuseos, descendientes de Jebus, hijo de Canaam, y construyeron sobre el monte Sion una fortaleza á que dieron el nombre *Jebus*, su padre; la ciudad tomó entonces el nombre de *Jerusalém*, que significa *Vision de paz*. Toda la Escritura hace de ella un magnífico elogio: *Jerusalem, civitas Dei, luce splendida fulgebis. Omnes nationes terræ adorabunt te*, etc. (*Tobías*).

Josué se apoderó de la parte baja de Jerusalém el primer año de su entrada en la Tierra Prometida, dando muerte á Adonisedech y á los cuatro reyes de Ebron, de Jerimol, de Lachis y de Eglon. Los jebuseos permanecieron dueños de la parte alta, ó de la ciudadela de Jebus, siendo espulsados por David ochocientos veinte y cuatro años despues de su entrada en la ciudad de Melquisedech.

David hizo aumentar la ciudadela de Jebus, y le dió su propio nombre; y tambien hizo construir sobre la montaña de Sion un palacio y un tabernáculo para colocar en él el Arca de la Alianza.

Salomon aumentó la Ciudad-Santa, y erigió ese primer templo cuyas maravillas refieren la Escritura y el historiador Josefo, y en cuyo elogio compuso el mismo Salomon tan hermosos cánticos.

Cinco años despues de la muerte de Salomon, Sesac, rey de Egipto, atacó á Roboam, tomó á Jerusalém y la saqueó.

Ciento cincuenta años despues fue saqueada de nuevo por Joas, rey de Israel.

Invadida segunda vez por los Asirios, Manasés, rey de Judá, fue llevado cautivo á Babilonia. Por último, en el reinado de Sedecias, Nabucodonosor destruyó enteramente á Jerusalém, incendió el Templo y llevó los judíos á Babilonia. *Sion quasi ager arabatur*, dice Jeremías; *Hierusalem ut ... lapidum erat*. San Gerónimo, para pintar la soledad de esta ciudad desolada, dice que no se veia volar en ella un solo pájaro.

El primer templo fue destruido cuatrocientos setenta años, seis meses y diez dias despues de su fundacion por Salomon, el año del mundo 3513, cerca

de seiscientos años antes de Jesucristo; habian trascurrido cuatrocientos setenta y siete desde David hasta Sedecias, y la ciudad habia sido gobernada por diez y siete reyes.

Despues de los setenta años de cautiverio, Zorobabel empezó á reconstruir el Templo y la ciudad. Esta obra, interrumpida durante algunos años, fue sucesivamente terminada por Esdras y Nehemias.

Alejandro pasó por Jerusalém el año del mundo 3583, y ofreció sacrificios en el Templo.

Tolomeo, hijo de Lago, se enseñoreó de Jerusalém; pero fue muy bien tratada por Tolomeo Filadelfo, que hizo magnificos presentes en el Templo.

Antíoco el Grande arrebató la Judea á los reyes de Egipto, y luego la entregó á Tolomeo Evergetes. Antioco Epifanio saqueó de nuevo á Jerusalém, y colocó en el Templo el ídolo de Júpiter-Olímpico.

Los Macabeos devolvieron la libertad á su patria, y la defendieron contra los reyes de Asia.

Por desgracia, Aristóbulo é Hircan disputaron entre sí la corona, y recurrieron á los romanos, quienes, por la muerte de Mitridates, habian llegado á ser dueños del Oriente. Pompeyo corrió á Jerusalém, y entrando en la ciudad, sitió y tomó el Templo. Craso no tardó en saquear este augusto monumento, que Pompeyo vencedor habia respetado.

Hircan, protegido por César, se habia mantenido en la gran sacrificatura. Antígono, hijo de Aristóbulo, envenenado por los pompeyanos, hizo la guerra á su tio Hircan, y llamó en su ayuda á los partos, quienes, cayendo sobre la Judea, entraron en Jerusalém y se llevaron prisionero á Hircan.

Herodes el Grande, hijo de Antipater, distinguido oficial de la córte de Hircan, se apoderó del reino de Judea merced al apoyo de los romanos. Antígono, á quien la suerte de las armas hizo caer en manos de Herodes, fue enviado á Antonio. El último descendiente de los Macabeos, el rey legítimo de Jerusalém, fue atado á un poste, azotado, y condenado á muerte por órden de un ciudadano romano.

Herodes, único dueño de Jerusalém, la llenó de monumentos soberbios de que hablaré en otro lugar. Jesucristo vino al mundo en el reinado de este príncipe.

Arquelao, hijo de Herodes y de Mariamna, sucedió á su padre, mientras que Herodes Antipas, hijo tambien del gran Herodes, obtuvo la tetrarquía de la Galilea y la Perea. Este hizo degollar á San Juan Bautista, y envió Jesucristo á Pilatos. Este Herodes tetrarca fue desterrado á Lion por Calígula.

Agripa, nieto de Herodes el Grande, obtuvo el reino de Judea; pero su hermano Herodes, rey de Calcidea, se hizo dueño absoluto del Templo, del tesoro sagrado y de la gran sacrificatura.

Despues de la muerte de Agripa, la Judea quedó reducida á la condicion de provincia romana. Habiéndose los judíos rebelado contra sus señores, Tito sitió y tomó á Jerusalém, habiendo muerto de hambre doscientos mil judíos durante este sitio. Desde el 14 de abril hasta el 1.º de julio del año 71 de nuestra era, salieron por una sola puerta de Jerusalém ciento quince mil ochocientos ochenta cadáveres. El cuero de los zapatos y escudos sirvió de alimento, y hasta se llegó á hacer uso del heno y de las inmundicias que se buscaban en los albañales, habiendo una madre devorado á su hijo. Los sitiados tragaban su dinero; y el soldado romano, que esto vió, degollaba á los prisioneros, para buscar el tesoro oculto en las entrañas de aquellos desgraciados. Mil quinientos judíos perecieron dentro de Jerusalém, y doscientos treinta y ocho mil, cuatrocientos sesenta, en el resto de la Judea. No comprendo en este cálculo ni las mujeres, ni los niños, ni los viejos arrebatados por el hambre, las sediciones y las llamas. Finalmente, hubo noventa y nueve mil doscientos prisioneros de guerra: unos fueron condenados á los trabajos públicos: los otros reservados al triunfo de Tito; y fueron presentados en los anfiteatros de Europa y Asia, donde se mataron entre sí para divertir el populacho del mundo romano. Los menores de diez y siete años fueron espuestos á la vergüenza con las mujeres, y se daban treinta por un dinero. La sangre del Justo habia sido vendida en treinta dineros en Jerusalém, y el pueblo habia gritado: *Sanguis ejus super nos et super filios nostros.* Dios oyó este voto de los judíos, y desviando sus ojos de la tierra prometida, escogió un pueblo nuevo.

El Templo fue quemado treinta y ocho años despues de la muerte de Jesucristo; de modo que muchos de los que habian oido la prediccion del Salvador, pudieron ver su cumplimiento.

Habiéndose sublevado de nuevo el resto de la nacion judía, Adriano acabó de destruir lo que Tito habia dejado en pié en la antigua Jerusalém, y construyó sobre las ruinas de la ciudad de David otra ciudad á la que dió el nombre de *Ælia Capitolina;* prohibió la entrada en ella á los judíos bajo pena capital, é hizo esculpir un cerdo sobre la puerta que conducia á Belén. No obstante, San Gregorio Nazianceno asegura que los judíos tenian el permiso de entrar en Ælia una vez al año, para llorar; y San Gerónimo concede que se les vendia á peso de oro el derecho de verter lágrimas sobre las cenizas de su patria.

Segun refiere Dion, quinientos ochenta y cinco judíos murieron en esta guerra promovida por Adriano. Multitud de esclavos de ambos sexos fue vendida en las ferias de Gaza y de Membré, habiendo sido arrasados cincuenta castillos y novecientos ochenta y cinco pueblos.

Adriano edificó su nueva ciudad precisamente en el lugar que hoy ocupa; y por un designio providencial, como observa Dubdan, encerró el monte Calvario dentro de las murallas. En la época de la persecucion de Diocleciano, hasta el nombre de Jerusalém yacia en tan profundo olvido, que habiendo respondido un mártir á un gobernador romano que era natural de esta ciudad, el gobernador creyó que el mártir hablaba de alguna ciudad facciosa secretamente construida para los cristianos. A fines del siglo séptimo Jerusalém se llamaba aun *Ælia*, como se ve en el *Viaje* de Arculfo, en Adamano y en el venerable Beda.

En tiempo de los emperadores Antonino, Séptimo Severo y Caracalla tuvieron lugar en la Judea algunos movimientos. Jerusalém, que en su vejez se habia hecho pagana, reconoció al fin al Dios que habia rechazado. Constantino y su madre derribaron los ídolos levantados sobre el sepulcro del Salvador, y consagraron los Santos Lugares con los edificios que actualmente se ven.

En vano intentó Juliano treinta y siete años despues reunir los judíos en Jerusalém: los hombres trabajaban en esta obra con azadones y palas de plata, y las mujeres llevaban la tierra en la falda de sus mas ricos vestidos; pero saliendo unos globos de fuego de los medio abiertos cimientos, dispersaron los obreros y no permitieron dar cima á la empresa.

Hallamos una sedicion de los judíos en tiempo de Justiniano, el año 501 de Jesucristo. Reinando este emperador, la iglesia de Jerusalém fue elevada á la dignidad patriarcal.

Destinada á luchar siempre contra la idolatría y á vencer á las falsas religiones, Jerusalém fue tomada por Cosroes, rey de los persas, el año 613 de Jesucristo. Los judíos esparcidos por la Judea compraron á este príncipe noventa mil prisioneros cristianos y los degollaron.

Heraclio derrotó á Cosroes en 627; y reconquistando la verdadera cruz, arrebatada por el rey de los persas, la restituyó á Jerusalém.

Nueve años despues, el califa Omar, tercer sucesor de Mahoma, se apoderó de Jerusalém despues de ha-

berla sitiado por espacio de cuatro meses; la Palestina y el Egipto se doblaron al yugo del vencedor.

Omar fue asesinado en Jerusalém en 643. El establecimiento de muchos califatos en Arabia y en Siria; la caida de la dinastía de los Ommiades, y el entronizamiento de la de los Abásides, llenaron la Judea de agitacion y calamidades durante mas de doscientos años.

Ahmed, turco tolonida, que de gobernador de Egipto habíase convertido en su soberano, conquistó á Jerusalém en 868; pero habiendo sido derrotado su hijo por los califas de Bagdad, la Ciudad-Santa volvió al poder de estos el año 905 de nuestra era.

Otro turco, llamado *Mahomet-Ikhschid*, habiéndose apoderado á su vez del Egipto, llevó sus armas fuera de él, y sometió á Jerusalém el año 936 de Jesucristo.

Los fatimitas, abandonando los arenales de Cirene en 968, espulsaron á los Ikschiditas del Egipto, y conquistaron muchas ciudades de la Palestina.

Otro turco llamado *Ortok*, favorecido por los Seljoucidas de Alepo, se hizo dueño de Jerusalém en 984, y sus hijos le sucedieron en el trono.

Mostali, califa de Egipto, obligó á los Ortokidas á salir de Jerusalém.

Haquem ó Hequem, sucesor de Aziz, segundo califa fatimita, persiguió á los cristianos en Jerusalém en 996, como ya he dicho, hablando de la iglesia del Santo Sepulcro. Este califa murió en 1021.

Meleschah, turco seljoucida, tomó la Ciudad Santa en 1076, é hizo talar todo el país. Los Ortokidas, que habian sido espulsados de Jerusalém por el califa Mostali, volvieron á ella y se sostuvieron contra Reduan, príncipe de Alepo; pero fueron espulsados de nuevo por los fatimitas en 1076; y estos reinaban aun cuando los cruzados se presentaron en las fronteras de la Palestina.

Los escritores del siglo XVIII han presentado las Cruzadas bajo un punto de vista odioso. He sido uno de los primeros que ha protestado (*Genio del Cristianismo*), contra esta ignorancia ó injusticia. Las Cruzadas no fueron locuras, como se las apellidaba, ni en su principio ni en su resultado. Los cristianos no eran los agresores, pues si los vasallos de Omar, saliendo de Jerusalém, despues de dar la vuelta al África, cayeron sobre Sicilia, España y Francia, donde fueron esterminados por Carlos Martel, ¿por qué los súbditos de Felipe I, saliendo de Francia, no tendrian el derecho de dar la vuelta al Asia, para vengarse de los descendientes de Omar, hasta en Jerusalém? Ciertamente es un magnífico espectáculo ver á estos dos ejércitos de Europa y de Asia marchar en sentido contrario al rededor del Mediterráneo, y encaminándose, á la sombra de sus respectivas banderas, á atacar á Jesucristo y á Mahoma, en medio de sus adoradores. El que no vea en las Cruzadas sino unos peregrinos armados que corren á rescatar un sepulcro en Palestina, muestra una vista muy limitada en historia. Tratábase, no solo del rescate de este sagrado sepulcro, sino tambien de saber si debia dominar la tierra un culto enemigo de la civilizacion, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, ó un culto que ha hecho revivir en las naciones modernas el genio de la docta antigüedad y abolido la ominosa servidumbre. Basta leer el discurso del papa Urbano II en el concilio de Clermont para convencerse de que los jefes de aquellas empresas guerreras no abrigaban las mezquinas ideas que se les atribuyen, puesto que su propósito era salvar al mundo de una nueva irrupcion de bárbaros. El espíritu del mahometismo es la persecucion y la conquista, al paso que el del Evangelio es la tolerancia y la paz. Los cristianos sufrieron por espacio de setecientos sesenta y cuatro años todos los males que se gozó en causarles el fanatismo de los musulmanes, y solo intentaron interesar en su favor á Carlo Magno; pero ni España sometida, ni la Grecia y las Dos-Sicilias devastadas, ni el África entera esclavizada pudieron determinar por espacio de cerca de ocho siglos á los cristianos á tomar las armas. Si al fin los tristes gritos de tantas víctimas degolladas en Oriente, si los alarmantes progresos de los bárbaros, ya en las puertas de Constantinopla, despertaron á la cristiandad y la hicieron acudir presurosa á su propia defensa, ¿quién se atreveria á decir que la causa de las guerras sagradas fue injusta? ¿Cuál seria hoy nuestra suerte, si nuestros padres no hubiesen rechazado oportunamente la fuerza con la fuerza? Contémplese la Grecia actual, y veremos cual es el destino de un pueblo bajo el yugo musulman. Los que tanto se felicitan en nuestros dias por el progreso de las luces, ¿hubieran querido ver reinar entre nosotros una religion que entregó á las llamas la biblioteca de Alejandría, que considera un mérito el humillar á los hombres, y que mira con el mayor desprecio las ciencias y las artes?

Las Cruzadas, al debilitar las hordas mahometanas en el centro mismo del Asia, han impedido que fuésemos presa de los turcos y los árabes. Han hecho mas: nos han salvado de nuestras propias revoluciones, suspendiendo, por medio de la *paz de Dios*, nuestras guerras civiles, y abriendo una ancha salida á ese esceso de poblacion que tarde ó temprano ocasiona la ruina de los Estados: observacion hecha por el padre Maimbourg, y latamente dilucidada por Mr. de Bonald.

Por lo que respecta á los demás resultados de las Cruzadas, empiézase ya á convenir en que estas empresas bélicas favorecieron el desarrollo de las ciencias y la civilizacion. Robertson ha tratado concienzudamente este asunto en su *Historia del comercio de los antiguos, en las Indias Orientales*. Añadiré que no debe omitirse en estos cálculos la justa celebridad alcanzada por las armas europeas en las espediciones de allende los mares. El tiempo de estas espediciones es el tiempo heróico de nuestra historia; el en que tuvo orígen nuestra poesía épica. Lo que presenta en una nacion el sello de lo maravilloso no debe ser despreciado por esta misma nacion, pues seria vano empeño pretender disimulárnoslo: existe en nuestro corazon algo que nos hace amar la gloria; el hombre no se compone únicamente de cálculos positivos acerca de su bien y su mal, y creerlo así fuera rebajarlo en demasía; solo alimentando á los romanos con la idea de la *eternidad* de Roma, se les condujo á la conquista del mundo, y se les hizo legar á la historia un nombre eterno.

Godofredo se presentó, pues, en las fronteras de la Palestina el año 1099 de Jesucristo, acompañado de Balduino, Eustaquio, Tancredo, Raimundo de Tolosa, y los condes de Flandes y de Normandía; de la Estrella, que fue el primero en escalar los muros de Jerusalém; de Guicher, célebre ya por haber partido un leon por la mitad del cuerpo; de Gaston de Foix; de Gerardo de Rosellon; de Raimbaldo de Orange; de San-Pol y de Lamberto; Pedro el Ermitaño caminaba con su báculo de peregrino, á la cabeza de estos caballeros. Apoderáronse primero de Rama, y penetraron luego en Emmaús, mientras Tancredo y Balduino de Bourg entraron en Belém. Jerusalém no tardó en ser sitiada, y el estandarte de la cruz ondeó sobre sus muros un viernes 15, y en sentir de otros, 12 de julio de 1099, á las tres de la tarde.

Hablaré del sitio de esta ciudad cuando examine el teatro de la *Jerusalém libertada*. Godofredo fue elegido por sus hermanos de armas rey de la conquistada ciudad. Era aquel el tiempo en que unos simples caballeros saltaban desde la brecha al trono, pues el casco enseña á ceñir dignamente la diadema, y la mano herida que manejó la lanza, se envuelve con nobleza en la púrpura. Godofredo se negó á ceñir sus sienes

«con la brillante corona que se le ofrecia, no queriendo, »decia, llevar una corona de oro donde Jesucristo la »habia llevado de espinas.»

Naplusa abrió sus puertas; el ejército del soldan de Egipto fue batido en Ascalon. El monge Roberto se sirve exactamente para pintar la derrota de este ejército de la comparacion de Rousseau, tomada de la *Biblia:*

> La Palestine enfin, aprés tant de ravages,
> Vit fuir ses ennemis comme on voit les nuages
> Dans le vague des airs fuir devant l'aquilon.

Es probable que Godrofedo muriese en Jafa, cuyas murallas hizo reconstruir. Sucedióle su hermano Balduino, conde de Edesa, que falleció en medio de sus victorias, y en 1118 dejó el reino á su sobrino Balduino de Bourg.

Melisandra, hija mayor de Balduino II, casó con Fulques de Anjou, y llevó en dote á su marido el reino de Jerusalém, en 1130. Habiendo muerto Fulques de una caida de caballo en 1140, sucedióle su hijo Balduino III. La segunda Cruzada, predicada por San Bernardo, y conducida por Luis VII y el emperador Conrado, se verificó durante el reinado de Balduino III. Despues de ocupar el trono por espacio de veinte años, Balduino dejó la corona á su hermano Amaury, que la ciñó once. Amaury tuvo por sucesor á su hijo Balduino, cuarto de este nombre.

Vióse entonces mostrarse en la escena á Saladino, quien vencido al principio y mas tarde vencedor, arrebató al fin los Santos Lugares á sus nuevos señores.

Balduino habia dado por esposa su hermana Sibila, viuda de Guillermo *Larga-Espada*, á Gui de Lusiñan. Los grandes del reino, miraron con envidia esta eleccion, y se dividieron. Habiendo fallecido Balduino IV en 1184, tuvo por heredero á su sobrino Balduino V, hijo de Sibila y de Guillermo Larga-Espada. El jóven rey dejó de existir á la edad de ocho años, á consecuencia de una violenta enfermedad. Su madre Sibila hizo dar la corona á Gui de Lusiñan, su segundo esposo. El conde de Trípoli hizo traicion al nuevo monarca, que cayó en poder de Saladino en la batalla de Tiberiades.

Terminada la conquista de las ciudades marítimas de la Palestina, el soldan sitió á Jerusalém y la tomó el año 1118 de nuestra era. Todos los hombres quedaron obligados al pago de diez monedas de oro, por via de rescate; y no habiendo podido satisfacer esta suma, catorce mil habitantes fueron reducidos á la esclavitud. Saladino no quiso entrar en la mezquita del templo, convertida en iglesia por los cristianos, sin haber hecho lavar sus paredes con agua de rosa. Sanut dice que apenas bastaron quinientos camellos para llevar toda el agua de rosa empleada en aquella ocasion; este cuento es digno del Oriente. Los soldados de Saladino derribaron una cruz de oro que se alzaba sobre el templo, y la arrastraron por las calles hasta la cumbre del Sion, donde la rompieron. Solo una iglesia se libró de la saña de los vencedores: la del Santo-Sepulcro, que los sirios compraron mediante una crecida cantidad.

La corona de este reino, medio perdida, pasó á las sienes de Isabel, hija de Amaury I, hermana de la ya difunta Sibila, y esposa de Eufredo de Turena. Felipe-Augusto y Ricardo *Corazon de Leon*, llegaron demasiado tarde para salvar la Santa Ciudad; pero tomaron á Tolemaida ó San Juan de Acre. El denuedo de Ricardo llegó á adquirir tanta celebridad, que mucho tiempo despues de la muerte de este príncipe, cuando un caballo saltaba sin causa, los sarracenos decian que habia visto la sombra de Ricardo. Saladino murió poco despues de la toma de Tolemaida; y presintiendo su cercano fin, mandó que el dia de su muerte le llevasen en la punta de una lanza una mortaja, y que un heraldo gritase en alta voz:

SALADINO,
VENCEDOR DEL ASIA,
SOLO CONSERVA ESTA MORTAJA,
DE TODAS LAS RIQUEZAS QUE CONQUISTÓ.

Ricardo, rival de la gloria de Saladino, fue á encerrarse en una torre de Alemania, despues de abandonar la Palestina. Su encierro dió márgen á aventuras que la historia ha rechazado, pero que los trovadores han conservado en sus baladas.

En 1242, el emir de Damasco, Saleh-Ismael, que hacia la guerra á Nedjmeddin, soldan de Egipto, y que habia entrado en Jerusalém, la entregó á los príncipes latinos. El soldan envió á los Karismienos á sitiar la capital de la Judea, y volviendo á tomarla, dieron muerte á todos los habitantes; y tornaron á saquearla el año siguiente, antes de entregarla al soldan Saley-Ayoub, sucesor de Nedjmeddin.

Mientras esto ocurria, la corona de Jerusalém habia pasado de las sienes de Isabel á las de Enrique, conde de Champagne, su nuevo esposo; y de este á Amaury, hermano de Lusiñan, que contrajo cuartas nupcias con la misma Isabel, teniendo en ella un hijo que murió en la infancia. María, hija de Isabel y de su primer esposo Conrado, marqués de Montferrat, llegó á ser la heredera de un reino fantástico; Juan, conde de Viena, casó con María, en quien tuvo una hija llamada Isabel Yolanda, que dió su mano, andando el tiempo, al emperador Federico II; este llegó á Tiro é hizo la paz con el soldan de Egipto. Las condiciones del tratado fueron que Jerusalém seria repartida entre cristianos y musulmanes. En virtud de este convenio, Federico II fué á tomar la corona de Godofredo en el altar del Santo-Sepulcro; ciñola á su frente y regresó en breve á Europa. Es de creer que los sarracenos no guardaron la palabra empeñada á Federico, pues vemos veinte años despues, es decir en 1242, á Nedjmeddin saquear á Jerusalém, como queda dicho. San Luis llegó á Oriente siete años despues de esta última catástrofe. Es digno de atencion que este príncipe, prisionero en Egipto, vió degollar los últimos herederos de la familia de Saladino.

Es cierto que los mamelucos Baharitas, que habian dado muerte á su señor, concibieron el proyecto de libertar á San Luis, eligiéndole su soldan; ¡tanto les habian cautivado sus virtudes! El santo dijo al señor de Joinville que hubiera aceptado esta corona si los infieles se la hubiesen ofrecido. Esto prueba que el príncipe no tenia menos grandeza de alma que piedad, pues su religion no escluia los pensamientos régios.

Mas es el caso que los mamelucos mudaron de parecer: así es que Moas, Almanzor-Nuradin-Alí y Sefeidin-Modfar, ocuparon alternativamente el trono de Egipto, y el famoso Bibars-Bondoc-Dari, que llegó á ser soldan en 1263, devastó la parte de la Palestina no sometida á sus armas, é hizo reparar á Jerusalém. Kelaoun, heredero de Bondoc-Dari en 1281, arrojó á los cristianos de lugar en lugar; y su hijo Khalil les tomó á Tiro y á Tolemaida; por último, en 1291 fueron completamente espulsados de la Tierra-Santa, despues de haberse sostenido ciento noventa y dos años en sus conquistas, y de haber reinado ochenta y ocho en Jerusalém.

El quimérico título de rey de Jerusalém pasó á la casa de Sicilia por el hermano de San Luis, Carlos, conde de Provenza y de Anjou, que reunió en su persona los derechos del rey de Chipre y de la princesa María, hija de Federico, príncipe de Antioquía. Los caballeros de San Juan de Jerusalém, que llegaron á ser los de Rodas y Malta, y los caballeros Teutónicos, conquistadores del Norte de la Europa y fundadores del reino de Prusia, son en la actualidad los últimos restos de aquellos Cruzados que hicieron temblar el África y el Asia, y ocuparon los tronos de Jerusalém, Chipre y Constantinopla.

Hombres hay aun que creen que el reino de Jerusalém era un mezquino valle, indigno del pomposo nombre con que se le ha engalanado; mas lejos de ser así, era un vastísimo país. Toda la Escritura; los autores paganos, como Hecateo de Abdera, Teofrasto, el mismo Estrabon, Pausanias, Galeno, Dioscórides, Plinio, Tácito, Solin, Amieno Marcelino; los escritores judíos, como Josefo; los compiladores del *Talmud* y de la *Misna*; los historiadores y los geógrafos árabes, Massudi, Ibn-Haukal, Ibn-al-Quadi, Hamdoullah, Abulfeda, Edrisi, etc.; y los viajeros en Palestina, desde los primeros tiempos hasta nuestros dias, tributan un testimonio unánime á la feracidad de la Judea. El abate Gueneo ha discutido estas autoridades con una claridad y una crítica admirables. ¿Por qué ha de causarnos estrañeza que una tierra fértil se haya esterilizado despues de tantas devastaciones? Jerusalém ha sido tomada y saqueada diez y siete veces; dentro de su recinto han sido esterminados muchos millones de hombres; y este esterminio dura todavia, por decirlo así; ninguna otra ciudad ha sufrido tan desastroso destino. Un castigo tan largo, y casi sobrenatural, anuncia un crímen sin ejemplo, que ninguna espiacion alcanza á borrar. En esa region, presa del hierro y del fuego, los campos incultos han perdido la fecundidad que debian al sudor del hombre; los manantiales han sido sepultados por grandes trastornos topográficos; y la tierra de las montañas, no sostenida por la industria del viñador, ha sido arrastrada al fondo de los valles; y las colinas, cubiertas un dia de bosques de sicomoros, solo ofrecen ya unas cimas áridas y descarnadas.

Habiendo, pues, perdido los cristianos este reino en 1291, los soldanes Baharitas permanecieron en posesion de su conquista hasta 1382; época en que los mamelucos circasianos usurparon la autoridad en Egipto, y dieron á la Palestina una nueva forma de gobierno. Si los soldanes circasianos son los que establecieron una estacion para recibir los pichones, y varias paradas para conducir al Cairo la nieve del monte Líbano, preciso es convenir en que, para ser unos bárbaros, tenian una idea bastante clara de las comodidades de la vida. Selim puso fin á tantas revoluciones, apoderándose en 1716 del Egipto y de la Siria.

Examinemos ahora esta Jerusalém de los turcos, esta décimasétima sombra de la primitiva Jerusalém.

Al salir del convento, nos dirigimos á la ciudadela, que en otro tiempo á nadie se permitia visitar; pero hoy que está arruinada, es accesible á cualquiera, mediante algunas monedas. D' Anville prueba que este castillo, llamado por los cristianos el *Castillo* ó *la Torre de los Pisanos*, está construido sobre las ruinas del antiguo castillo de David, y que ocupa el lugar de la torre Psephina. Nada notable ofrece; es una fortaleza gótica, como otras muchas, con patios interiores, fosos, caminos cubiertos, etc. Enseñáronme una sala abandonada, llena de cascos antiguos, algunos de los cuales tenian la figura de un gorro egipcio; ví tambien muchos tubos de hierro de la longitud y calibre de un cañon de fusil, cuyo uso ignoro. Intenté en secreto comprar dos ó tres de aquellas antiguallas; mas no recuerdo ya qué incidente hizo abortar mis diligencias.

Desde el castillo se descubre á Jerusalém de Poniente á Oriente, como desde el monte Olivete se la ve de Oriente á Poniente. El paisaje que rodea la ciudad es horroroso, pues no se divisa por donde quiera, otra cosa que montañas desnudas, redondeadas en sus cimas, ó terminadas en plataforma; muchas de ellas sostienen á largas distancias ruinas de torres ó de mezquitas. Estas montañas no son tan continuas, que no presenten algunos espacios á través de los cuales pueda la vista recorrer otras perspectivas; pero estos espacios solo dejan ver otra serie de peñascos tan áridos y monotonos como los primeros.

Desde lo alto de la torre de David descubrió este á Betsabé que se bañaba en los jardines de Urías. La criminal pasion que por esta mujer concibió, le inspiró mas tarde sus magníficos *Salmos Penitenciales*.

Ignórase el por qué el castillo de Jerusalém se llama el *Castillo de los Pisanos*. D' Anville, que se entrega acerca de esto á diferentes conjeturas, menciona un pasaje de Belém, del que resulta que los pisanos impusieron la suma de nueve ducados por entrar en el templo, cuando eran dueños de Jerusalém, suma que ha seguido pagándose desde su tiempo.

La ciudadela de los Pisanos estaba guardada, cuando la visité, por una especie de agá semi-negro, que tenia encerradas en ella á sus mujeres; y hacia bien, por cierto, á juzgar por la prisa que se daban en dejarse ver en aquellas tristes ruinas. Por lo demás, no descubrí ni un cañon; y tal vez el retroceso de uno solo hubiera dado en tierra con todas aquellas vetustas almenas.

Salimos del castillo despues de haberlo examinado durante una hora, y tomamos una senda que se dirige de Poniente á Oriente, llamada la *Calle del Bazar*; es la calle principal y la parte mejor de Jerusalém. Mas, ¡cuánta desolacion, cuánta miseria! Pero no anticipemos la descripcion general. A nadie encontrariamos, porque la mayor parte de los habitantes se habia refugiado á la montaña á la llegada del pachá. La puerta de algunas tiendas abandonadas estaba abierta, y tras ella se descubrian unos reducidos aposentos de siete á ocho piés cuadrados, donde el amo, fugitivo á la sazon, come, se acuesta y duerme sobre la única estera que constituye todo su ajuar.

A la derecha del Bazar, entre el Templo y el pié del monte Sion, entramos en el cuartel de los Judíos. Estos, protejidos por su miseria, habian arrostrado el asalto del pachá; allí estaban todos cubiertos de harapos, sentados en el polvo de Sion, buscando los insectos que los devoraban, y fijos los ojos en el Templo. El dragoman me hizo entrar en una especie de escuela; quise comprar el *Pentateuco* hebreo, en que un rabino enseñaba á leer á un niño; pero no quiso vendérmelo. Se ha observado que los judíos extranjeros que se establecen en Jerusalém viven poco tiempo. Por lo que respecta á los de la Palestina, son tan pobres, que todos los años envian emisarios á Egipto y Berbería á hacer cuestaciones entre sus hermanos.

Yo habia empezado unas investigaciones bastante largas relativamente al estado de los judíos en Jerusalém, desde la ruina de esta ciudad por Tito hasta nuestros dias; habia entrado en una interesante discusion acerca de la fertilidad de la Judea; pero á la publicacion de los últimos tomos de las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, he suprimido mi trabajo. Hállanse en estos tomos cuatro Memorias del abate Gueneo, que nada dejan que desear acerca de los dos asuntos que me proponia tratar. Estas Memorias son unas verdaderas obras maestras de claridad, de crítica y de erudicion. El autor de las *Cartas de algunos judíos portugueses*, es uno de los hombres cuya reputacion han ahogado en vida sus cábalas literarias; pero cuya fama crecerá en la posteridad. Remito al lector curioso á esas escelentes *Memorias* que hallará facilmente, pues acaban de ver la luz pública, y existen en una coleccion que no es rara. No abrigo la pretension de esceder á los maestros, y sé arrojar al fuego el fruto de mis estudios, reconociendo su superioridad sobre mí.

Del cuartel de los Judíos pasamos á la casa de Pilatos para examinar por una ventana la mezquita del Templo, pues está prohibido bajo pena de muerte á todo cristiano entrar en el atrio que circuye esta mezquita, cuya descripcion aplazo para cuando hable de los monumentos de Jerusalém. A escasa distancia del pretorio de Pilatos hallamos la Piscina Probática y el

palacio de Herodes, que es una ruina cuyos cimientos pertenecen á la antigüedad.

Un antiguo hospital cristiano, consagrado actualmente al alivio de los turcos, atrajo nuestra atencion; en él nos fue enseñada una inmensa caldera, llamada la *Caldera de Santa Elena*. Todo musulman que antiguamente se presentaba en este hospital, recibia dos panecillos y algunas legumbres cocidas con aceite; los viernes se añadia á esta distribucion arroz condimentado con miel ó con uvas; nada de esto se practica ya; y apenas subsiste algun vestigio de esa caridad evangélica, cuyas emanaciones se habian adherido, por decirlo así, á las paredes de este hospital.

Atravesamos de nuevo la ciudad, y volviendo á buscar la puerta de Sion, Ali-Agá me hizo subir con él á las murallas; pero el dragoman no se atrevió á seguirnos. Allí ví algunos antiguos cañones de veinte y cuatro, montados sobre unas cureñas sin ruedas, y colocados en las troneras de un bastion gótico. Un centinela que fumaba en su pipa en un ángulo, quiso gritar; pero Ali-Agá le amenazó con arrojarle al foso si no callaba; el centinela calló y yo le gratifiqué.

Los muros de Jerusalém cuyo circuito recorrí á pié tres veces, presentan cuatro frentes á los cuatro vientos; forman un cuadrilongo, cuyo lado mayor se estiende de Oriente á Occidente. D' Anville ha probado por medio de las medidas y las situaciones topográficas, que la antigua Jerusalém no era mucho mas espaciosa que la moderna; lejos de esto, ocupaba casi el mismo lugar, á no ser que encerrase todo el monte Sion, y dejase fuera el Calvario. No debe tomarse literalmente el testo de Josefo, cuando asegura que las murallas de la ciudad se adelantaban hácia el Norte hasta los sepulcros de los Reyes; el número de estadios se opone á esto; por otra parte, pudiera añadirse que las murallas tocan hoy á estos sepulcros, pues no distan de ellos quinientos pasos.

El actual muro de circunvalacion es obra de Soliman, hijo de Selim, como lo prueban las inscripciones turcas grabadas en él. Dícese que el intento de Soliman era encerrar el monte Sion dentro del circuito de Jerusalém, y que mandó quitar la vida al arquitecto por no haber obedecido sus órdenes. Estas murallas flanqueadas de torres cuadradas, tienen en la plataforma de los bastiones unos treinta pasos de anchura y ciento veinte piés de elevacion, y no tienen otros fosos que los valles que rodean la ciudad. Seis cañones de á doce, disparados á barbeta, levantando únicamente algunos gabiones, sin abrir trincheras, harian en una noche una brecha practicable; los turcos se defienden bien detrás de una pared por medio de aspilleras. Jerusalém está dominada por todas partes; y para hacerla defendible contra un ejército regular, seria preciso hacer grandes obras esteriores al Occidente y al Norte, y construir una ciudadela sobre el monte Olivete.

En este monton de escombros á que se da el nombre de ciudad, los naturales se han complacido en dar el nombre de calles á unos pasadizos desiertos.

Estas divisiones son bastante curiosas, y merecen ser mencionadas con tanto mayor motivo, cuanto que ningun viajero las ha mencionado; no obstante, los padres Roger, Nau, etc., nombran algunas puertas en árabe. Doy principio por estas:

Bab-el-Kzalil, la puerta del Bien-Amado, da salida hácia el Occidente para ir á Belém, Hebron y San Juan del Desierto. Nau escribe *Bab-el-Khalil*, y traduce puerta de *Abraham*: es la puerta de Jafa de Deshayes, la puerta de los peregrinos, y algunas veces la puerta de Damasco, de los demás viajeros.

Bab-el-Nabi-Dahoud, la puerta del profeta David; está situada al Mediodia en la cima de Sion, casi en frente del sepulcro de David y del Santo Cenáculo. Nau escribe *Bab-Sidi-Daod*. Deshayes, Doubdan, Roger, Cotovico, Benard, etc., le dan el nombre de *Puerta de Sion*.

Bab-el-Maugrarbé, la puerta de los Maugrabinos ó de los Berberiscos; hállase entre el Oriente y el Mediodia en el valle de Annon, casi en el ángulo del Templo y al frente de Siloan. Nau escribe *Bab-el-Megarebe*. Es la puerta Esterquilinaria ó de las inmundicias, por donde los judíos llevaron á Jesucristo á Pilatos, despues de haberle aprehendido en el Huerto de las Olivas.

Bab-el-Darahie, la puerta Dorea; mira al Oriente, y está inmediata al atrio del Templo. Los turcos la han amurallado, pues una profecía les anuncia que los cristianos tomarán un dia la ciudad por esta puerta; y se cree que Jesucristo entró por ella el dia de Ramos.

Bab-el-Sidi-Mariam, la puerta de la Santa Virgen, hácia el Oriente, en frente del monte Olivete. Nau la llama en árabe *Heutta*. Todas las relaciones de la tierra-Santa la denominan *Puerta de San Estéban*, *ó de María*, porque fue testigo del martirio de San Estéban, y porque conduce al sepulcro de la Virgen. En tiempo de los judíos se llamaba la *Puerta de los Rebaños*.

Bab-el-Zahara, la puerta de la Aurora ó del Cerco; *Cerchiolino*: mira al Septentrion y conduce á la gruta de las Lamentaciones de Jeremías. Los mejores planos de Jerusalém convienen en llamar á esta puerta, *Puerta de Efraim ó de Herodes*. Cotovico la suprime, pues la confunde con la puerta de Damasco, y escribe *Porta Damascena, sive Effraim*; pero su plano, muy reducido y defectuoso, no puede compararse al de Deshayes, y menos aun al de Shaw. El plano del Viaje español de Vera es muy hermoso, pero recargado é inexacto. Nau no consigna el nombre árabe de la puerta de Efraim; y es quizá el único viajero que la denomina *Puerta de los Turcomanos*. La puerta de Efraim y la Esterquilinaria ó del Estiércol son los dos portillos de Jerusalém.

Bab-el-Hamond ó *Bab-el-Cham*, la puerta de la Columna ó de Damasco; mira al Noroeste, y conduce al sepulcro de los Reyes, á Naplusa ó Sichem, á San Juan de Acre y á Damasco. Nau escribe *Bab-el-Amond*. Cuando Simon el Cirineo encontró á Jesucristo cargado con la cruz, venia de la puerta de Damasco. Los peregrinos entraban antiguamente por esta puerta; pero en el dia entran por la de Jafa ó de Belém; lo que es causa de que se hayan aplicado los nombres de la puerta de Damasco á la de Jafa ó de los Peregrinos. Esta observacion no ha sido hecha aun, y la consigno aquí para esplicar una confusion de lugares, que origina no pocas dudas en las relaciones de los viajeros.

Hablemos ahora de los pormenores relativos á las calles. Las tres principales se llaman:

Harat-bab-el-Hamond, la calle de la puerta de la Columna; atraviesa la ciudad de Norte á Mediodia.

Souk-el-Kebiz, la calle del Gran-Bazar; su direccion es de Occidente á Oriente.

Harat-el-Allam, la Via-Dolorosa; empieza en la Puerta de la Virgen, pasa al pretorio de Pilatos y termina en el Calvario.

Hay además otras siete callejuelas:

Harat-el-Mulsmin, la calle de los Turcos.

Harat-el-Nasara, la calle de los Cristianos; conduce del Santo Sepulcro al convento latino.

Harat-el-Asman, la calle de los Armenios, al Oriente del castillo.

Harat-el-Youd, la calle de los Judíos; en esta calle están las carnicerías de la ciudad.

Harat-bab-Hotta, la calle contigua al Templo.

Harat-el-Zahara. Mi dragoman me tradujo estas palabras por *strada Comparita*, voces cuya significacion ignoro. Me aseguró además que los *rebeldes* y los *bribones* habitaban esta calle.

Harat-el-Maugrarbé, calle de los Maugrabinos. Estos, como queda dicho, son los occidentales ó berberiscos. Entre ellos se cuentan algunos descendientes de los moros espulsados de España por los reyes

Católicos. Estos desterrados fueron recibidos en la ciudad santa con gran caridad; hízoseles construir una mezquita, y aun se les distribuyen pan, frutas y algun dinero. Los herederos de los altivos Abencerrajes; los elegantes arquitectos de la Alhambra, hánse convertido en Jerusalém en porteros, que son muy buscados á causa de su inteligencia, y en correos que se estiman en mucho por su ligereza. ¿Qué dirian Saladino y Ricardo, si alzándose repentinamente de sus tumbas, hallasen á los caballeros moros trocados en conserjes del Santo Sepulcro, y á los caballeros cristianos representados por algunos frailes mendicantes?

En la época del viaje de Benjamin de Tudela, es decir, en tiempo de los reyes franceses de Jerusalém, esta tenia tres órdenes de murallas y cuatro puertas, que Benjamin llama *Porta Somnus Abrahæ*, *Porta David*, *Porta Sion*, *Porta Jehosaphat*. Por lo que respeta á los tres recintos, estos no se conforman con lo que sabemos del local de Jerusalém, cuando la tomó Saladino. Benjamin halló á muchos judíos establecidos en el cuartel de la Torre de David, que tenian el privilegio esclusivo de teñir los paños y las lanas, mediante una suma que pagaban anualmente al rey.

Los lectores que quieran comparar la Jerusalém moderna con la antigua, pueden recurrir á D' Anville, en su *Disertacion acerca de la antigua Jerusalém*; á Relando, y al padre Lami, *De sancta Civitate et Templo*.

Volvimos al convento á las nueve; y despues de haberme desayunado, fui á hacer una visita al patriarca griego y al patriarca armenio, que me habian enviado sus saludos por medio de sus dragomanes.

El convento griego linda con la iglesia del Santo Sepulcro, y desde su azotea se descubre un recinto bastante estenso, donde crecen dos ó tres olivos, una palmera y algunos cipreses; la casa de los caballeros de San Juan de Jerusalém ocupaba en otro tiempo este abandonado terreno. El patriarca griego me pareció un escelente sugeto, y á la sazon estaba tan atormentado por el pachá como el guardian de San Salvador. Hablamos de la Grecia, y le pregunté si poseia algunos manuscritos, y me enseñó varios Rituales y tratados de los Padres. Despues de haber bebido el café y recibido tres ó cuatro rosarios, pasé á la habitacion del patriarca armenio.

Este se llamaba *Arsenios*, y era natural de Cesarea en la Capadocia. Desempeñaba el doble cargo de metropolitano de Scythopoli, y de procurador patriarcal de Jerusalém, y me escribió su nombre en un billete que aun conservo. No hallé en su persona ese aire de padecimiento y de opresion que habia advertido en los desgraciados griegos, esclavos en todas partes. El convento armenio es agradable, y en su hermosa iglesia se echa de ver una esmerada limpieza. El patriarca, que se parecia á un turco opulento, y que estaba envuelto en ropajes de seda y sentado en muelles almohadones, me hizo beber un esquisito café de Moka. Luego me fueron presentados dulces secos, agua fresca y blancas servilletas. Quemóse aromática madera de áloes, y fuí perfumado con esencia de rosa hasta el punto de serme incómoda. Arsenios me habló con desprecio de los turcos y me aseguró que el Asia entera esperaba la llegada de los franceses, y que si esto sucedia, la sublevacion seria general. No puede creerse hasta qué punto fermentan los ánimos en el Oriente. He visto á Alí-Agá encolerizarse en Jericó contra un árabe que se mofaba de él y le decia que si el emperador hubiese querido tomar á Jerusalém, hubiera entrado en ella con tanta facilidad como un camello en un campo. Los pueblos orientales están mucho mas familiarizados que nosotros con las ideas de invasion, pues han visto pasar á todos los hombres que han cambiado la faz de la tierra : Sesostris, Ciro, Alejandro, Mahoma y el último conquistador de Europa. Avezados á seguir los destinos de un amo, no tienen ley alguna que les haga respetar las ideas de órden y de moderacion política; el matar, cuando se dispone de una fuerza mayor, les parece un derecho legítimo; y se someten á él ó lo ejercitan con la misma indiferencia. Pertenecen esencialmente á la espada, y aman todos los prodigios que realiza; la espada es para ellos la vara mágica de un genio que eleva y destruye los imperios. Como ignoran la libertad y carecen de propiedades, la fuerza bruta es su dios. En consecuencia, cuando están mucho tiempo sin ver mostrarse esos famosos conquistadores, ministros de las altas justicias del cielo, parecen unos soldados sin caudillo, unos ciudadanos sin legislador, y una familia sin padre.

Mis dos visitas duraron cerca de una hora, y luego entré en la iglesia del Santo Sepulcro; el turco encargado de abrir sus puertas habia recibido la órden de hallarse pronto á recibirme, y pagué de nuevo á Mahoma el derecho de adorar á Jesucristo. Estudié segunda vez y con mas holgura los monumentos de esta venerada iglesia. Subí á la galería, y en ella encontré al monge cofto y al obispo abisinio; ambos son muy pobres, y su sencillez reproduce el recuerdo de los hermosos tiempos del Evangelio. Estos sacerdotes medio salvajes, con la tez abrasada por el sol del trópico, sin otra muestra esterior de autoridad que una túnica azul, y sin otro asilo que el Santo Sepulcro, me interesaron harto mas que el jefe de los papas griegos y el patriarca armenio. Desafio á la imaginacion menos religiosa á que no se sienta conmovida al encontrar tantos pueblos en el sepulcro de Jesucristo, y al oir unas oraciones pronunciadas en cien leguas diferentes en el mismo lugar donde los Apóstoles recibieron del Espíritu-Santo el don de hablar todos los idiomas de la tierra.

Salí á la una del Santo Sepulcro y volvimos á entrar en el convento. Los soldados del pachá lo habian invadido, como queda espuesto, y vivian en él á discrecion. Al volver á mi celda, y al atravesar el corredor con el dragoman Miguel, encontré á dos jóvenes safis, armados de piés á cabeza, que movian un ruido estraordinario; es verdad que no eran muy de temer, porque, dicho sea en oprobio de Mahoma, estaban completamente ébrios. No bien me vieron, me cerraron el paso con estrepitosas carcajadas. Detúveme, pues, para ver en qué paraban tan intempestivos juegos; hasta entonces nada malo presentaban: pero en breve, uno de aquellos tártaros pasó á mi espalda, y tomándome la cabeza, me la encorvó á viva fuerza, mientras su camarada me daba en el cuello golpes de plano con su sable, y el dragoman prorrumpia en desaforados gritos. Libréme al fin de los safis; y abalanzándome al cuello del que me habia cogido por la cabeza, asíle con una mano por la barba, y estrechándole con la otra contra la pared, estuve á punto de ahogarle; hecho esto, le solté, pues le habia devuelto chanzoneta por chanzoneta é insulto por insulto. El otro safi, tomado del vino y desconcertado por mi accion, no pensó en vengar el agravio mas terrible que puede inferirse á un turco, cual es el sujetarle por las barbas. Retiréme á mi aposento, y me preparé á toda eventualidad. El padre guardian no sintió mucho que hubiese castigado un poco á sus perseguidores; pero temia alguna catástrofe; mas como un turco humillado nunca es temible, no oimos hablar de ningun hecho desagradable.

Comí á las dos, y salí á las tres con mi habitual comitiva. Visité los sepulcros de los Reyes; desde donde, dando á pié la vuelta de la ciudad, me detuve en los sepulcros de Absalon, Josafat y Zacarías en el valle de Josafat. He dicho que los sepulcros de los Reyes estaban fuera de la puerta de Efraim, al Norte, á tres ó cuatro tiros de fusil de la gruta de Jeremías. Hablemos ya de los monumentos de Jerusalém.

Los divido en seis clases.

1.° Los monumentos puramente hebreos; 2.° los

monumentos griegos y romanos del Paganismo; 3.° los monumentos griegos y romanos del Cristianismo; 4.° los monumentos árabes ó moriscos; 5.° los monumentos góticos del tiempo de los reyes franceses; 6.° los monumentos turcos.

Ocupémonos de los primeros.

Ningun vestigio queda de ellos en Jerusalém, esceptuando la Piscina Probática; porque clasifico los sepulcros de los Reyes y los de Absalon, Josafat y Zacarías en el número de los monumentos griegos y romanos ejecutados por los judíos.

Es difícil formarse una idea esacta del primer templo y aun del segundo, por lo que de él se dice en la Escritura, y por la descripcion de Josefo; pero se vislumbran dos cosas: una es que los judíos se complacian en imprimir cierto sello sombrío y magestuoso en sus edificios, como los egipcios; es la otra que eran inclinados á los detalles minuciosos y á la ornamentacion esmerada, sea en los grabados de las piedras, sea en los adornos en madera, bronce ú oro.

Habiendo destruido los sirios el templo de Salomon, el segundo templo, edificado por Herodes el Ascalonita, entró en la serie de esas obras medio judías, medio griegas, de que hablaré en breve.

Nada resta, pues, de la primitiva arquitectura judía en Jerusalém, á no ser la Piscina Probática. Aun se la ve cerca de la puerta de San Estéban, y limitaba el Templo por el lado del Septentrion. Es un reservatorio de cincuenta piés de largo y cuarenta de ancho. Su escavacion está sostenida por unas paredes formadas de esta manera: una capa de piedras gruesas unidas por medio de unas abrazaderas ó garfios de hierro; una sillería mezclada, aplicada á estas piedras; una capa de guijarros adherida á esta sillería, y una argamasa esparcida sobre estos guijarros. Estas cuatro capas son perpendiculares al suelo y no horizontales; la argamasa estaba del lado del agua, y las piedras gruesas se apoyaban y se apoyan todavía en la tierra.

Esta piscina está seca y medio cegada en el dia; crecen en ella algunos granados y una especie de tamarindo salvaje, de azulado verdor; el ángulo que mira á Occidente está lleno de nópalos. En la parte occidental se ven dos arcadas que dan nacimiento á dos bóvedas; acaso eran un acueducto que llevaba el agua al interior del templo.

Josefo llama á esta piscina *Stagnum Salomonis*, y el Evangelio le da el nombre de *Probática*, porque en ella se purificaban las ovejas destinadas á los sacrificios. Jesucristo dijo al paralítico en la orilla de esta piscina:

«Levántate, y lleva tu cama.»

¡Hé aquí todo lo que queda hoy de la Jerusalém de David y Salomon!

Los monumentos de la Jerusalém griega y romana son mucho mas numerosos, y forman una clase nueva y muy estraña en las artes. Empiezo por los sepulcros de los valles de Josafat y Siloé.

Cuando se pasa el torrente Cedron, se halla al pié del *Mons Offensionis* el sepulcro de Absalon. Es una masa cuadrada que tiene ocho pasos en cada costado; está formada de una sola roca, que ha sido cortada en la montaña vecina, de la que solo está separada quince piés. El adorno de este sepulcro consiste en veinte y cuatro columnas del órden dórico, sin estrias, seis en cada frente del monumento. Estas columnas están semi-adheridas á sus respectivos costados, y forman parte integrante de la mole, pues han sido talladas en su espesor. Sobre los capiteles se estiende el friso con los triglifos. Sobre este friso descuella un zócalo que sustenta una pirámide triangular, demasiado alta, atendida la elevacion total del sepulcro. Esta pirámide es de un trozo diferente del cuerpo del monumento.

El sepulcro de Zacarías es muy parecido á este, pues está tallado en la piedra de la misma manera, y termina en una punta un poco encorvada como el gorro frigio ó como un monumento chino. El sepulcro de Josafat es una gruta cuya puerta, de bastante buen gusto, constituye el principal adorno. Por último, el sepulcro donde se ocultó el apóstol Santiago, presenta en el valle de Siloé un pórtico de agradable perspectiva. Las cuatro columnas que lo componen no descansan sobre el suelo, sino que están colocadas á cierta altura en el peñasco, como la columnata del Louvre sobre el primer cuerpo del palacio.

Vemos, pues, que la tradicion señala nombres á estos sepulcros. Arculfo, en Adamano (*De Locis Sanctis*, lib. I, cap. X); Villalpando (*Antiquæ Jerusalem Descriptio*); Adricomio (*Sentencia de loco sepulcri Absalon*); Cuaresmio, (tom. II, cap. IV y V), y otros muchos han hablado de estos nombres, ó agotado acerca de ellos la crítica de la historia. Pero aun cuando la tradicion no fuese desmentida en este caso por los hechos, la arquitectura de estos monumentos probaría cumplidamente que su orígen no se remonta á la primera antigüedad judáica.

Si me fuese preciso fijar de un modo terminante la época en que han sido construidos estos mausoleos, la colocaria en la de la alianza de los judíos y los lacedemonios, en tiempo de los primeros Macabeos. El órden dórico dominaba aun en la Grecia, pues el corintio no invadió la arquitectura sino un siglo despues, cuando los romanos empezaron á estenderse por el Peloponeso y el Asia.

Empero los judíos al naturalizar en Jerusalém la arquitectura de Corinto y Atenas, mezclaron en ella las formas de su propio estilo. Los sepulcros del valle de Josafat, y especialmente los de que hablaré en breve, presentan la marcada alianza del gusto egipcio con el gusto griego. De esta alianza resultó una especie de monumentos dudosos, que forman, por decirlo así, el paso de las Pirámides al Parténon; monumentos en que se descubre un genio sombrío, atrevido, gigantesco, y una imaginacion risueña, sabia y juiciosa. Así vemos que en tiempo de Francisco I, la arquitectura griega se mezcló con el estilo gótico y produjo obras de encantador efecto. Vamos á ver un hermoso ejemplo de la verdad espuesta en el sepulcro de los Reyes.

Saliendo de Jerusalém por la puerta de Efraim, se camina por espacio de media milla sobre la plataforma de un peñasco rojizo, en que crecen algunos olivos. Hállase luego en medio de un campo una escavacion bastante parecida á los trabajos abandonados de una cantera antigua. Un camino ancho y en declive suave conduce al fondo de esta escavacion, en que se entra por una arcada, y se llega entonces al centro de una sala al descubierto, practicada en la piedra. Esta sala tiene treinta piés de largo y otros tantos de ancho; y sus paredes, doce ó quince piés de altura.

En el centro de la pared que da al Mediodia se ve una gran puerta cuadrada, de órden dórico, practicada á muchos piés de profundidad en la piedra. Un friso, algo caprichoso, pero de esmerada ejecucion, está esculpido sobre la piedra; en su origen es un triglifo seguido de una metopa adornada con un simple anillo; luego se ve un racimo de uvas, entre dos coronas y dos palmas. Déjase ver el triglifo, y la línea se prolongaba sin duda del mismo modo á lo largo de la piedra; pero está actualmente borrada. A diez pulgadas de este friso se ve un follaje intercalado de piñas y otro fruto que no he podido reconocer, pero que se asemeja á un limoncillo de Egipto. Esta última decoracion seguia paralelamente el friso, y bajaba luego á entrambos lados de la puerta.

En el ángulo izquierdo de esta gran puerta, se abre un canal por donde se caminaba en otro tiempo de pié, pero por el cual es preciso hoy arrastrarse, y va á dar, como en la gran Pirámide, á un aposento cuadrado, practicado en la piedra á martillo y cincel. En

las paredes de este aposento hay unos nichos de seis piés de largo por tres de ancho, para colocar los féretros. Tres puertas abovedadas abren paso desde este primer aposento á otras siete moradas sepulcrales, de dimensiones desiguales, abiertas en la peña viva, y cuyo dibujo es difícil distinguir bien, especialmente al incierto resplandor de las antorchas. Una de estas grutas, mas baja que las demás, y en la que se bajan seis escalones, ha encerrado, al parecer, los principales féretros. Estos estaban colocados de la manera siguiente: el mas distinguido de todos estaba en el fondo de la gruta, en frente de la puerta de entrada, en el ni-



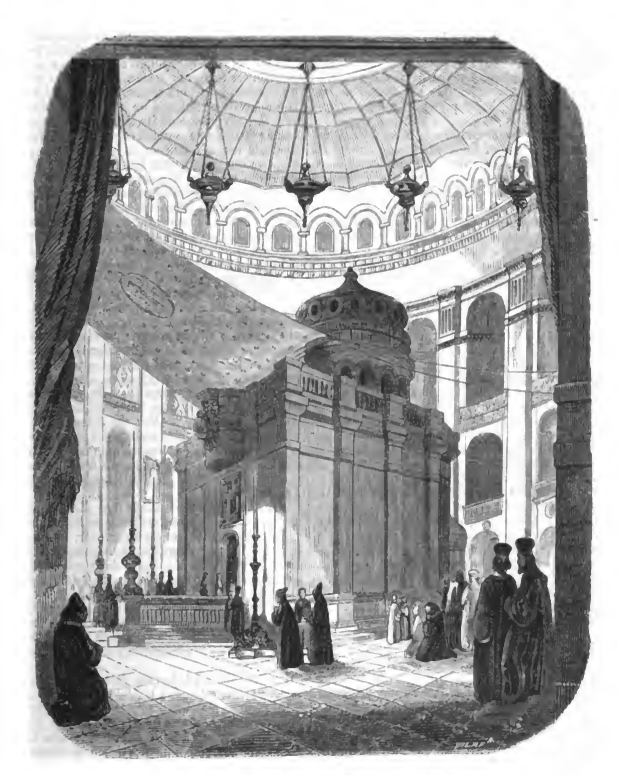
CHATEAUBRIAND VIVAQUEANDO EN LAS ORILLAS DEL MAR MUERTO.

cho, ó por mejor decir en el estuche que le habia sido dispuesto; á uno y otro lado de la puerta se advierten unas bovedillas destinadas á los difuntos de menos ilustre gerarquía, como para los guardias de aquellos reyes, que ya no habian menester de su auxilio. Los féretros, de que no se ven sino algunos fragmentos, eran de piedra y estaban adornados de elegantes arabescos.

Lo que mas llama la atencion en estos sepulcros son las puertas de las mansiones mortuorias; son de la misma piedra que la gruta, como tambien los goznes y espigones sobre que giran. Casi todos los viajeros han creido que habian sido talladas en la misma roca; pero esto es visiblemente imposible como lo prueba muy bien el padre Nau. Thevenot asegura «que rascando »un poco el polvo, se ven las junturas de las piedras, »que fueron colocadas despues de haberlo sido las »puertas, con sus espigones en los agujeros.» No obstante, he rascado el polvo, y no he visto tales muestras

al pié de la única puerta que subsiste en pié, pues todas las demás están rotas y arrojadas dentro de las grutas.

Al entrar en los palacios de la muerte, me incliné á tomarlos por unos baños de arquitectura romana, como los del centro de la Sibila, cerca del lago Averno. No hablo aquí sino del efecto general, para hacerme comprender, pues sabia muy bien que me hallaba en unos sepulcros. Arculfo (*Apud Adamann*), que los describió con gran esactitud (*Sepulcra sunt in naturali collis rupe*, etc.), habia visto algunos huesos en los féretros. Muchos siglos despues, Villamont halló tambien



VISTA INTERIOR DE LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.

en ellos las cenizas que en vano se buscan actualmente. Este monumento subterráneo se anunciaba en lo esterior por tres pirámides, una de las cuales permanecia aun en tiempo de Villalpando. No sé que es lo que debe creerse de Zuellard y de Appart, que describen obras esteriores y peristilos.

Suscítase una cuestion acerca de estos sepulcros llamados *Sepulcros de los Reyes*. ¿De qué reyes se trata? Segun un pasaje de los *Paralipómenos*, y algunos otros lugares de la Escritura, se ve que los sepulcros de los reyes de Judá estaban dentro de Jerusalém *Dormiitque Achaz cum patribus suis et sepelierun eum in civitate Jerusalém*. David tenia su sepulcro en el monte Sion; por otra parte, en los adornos del sepulcro de los Reyes se echa de ver el cincel griego.

Josefo, á quien es preciso recurrir, cita tres famosos mausoleos.

El primero era el de los Macabeos, erigido por su hermano Simon: «Era, dice Josefo, de mármol blanco, »bruñido, y tan alto que se le descubre á larga distan-

»cia. Tiene en derredor unas bóvedas en forma de »pórticos, cuyas columnas son de una sola piedra. Y »para señalar estas siete personas, añadió siete pirá- »mides de gran altura y de hermosa apariencia.»

El primer libro de los *Macabeos* da casi los mismos detalles acerca de este sepulcro, y añade que habia sido construido en Modin y que se le descubria desde el mar: *Ab omnibus navigantibus mare.* Modin era una ciudad inmediata á Diospolis, construida sobre una montaña de la tribu de Judá. En tiempo de Eusebio, y tambien en el de San Gerónimo, el monumento de los Macabeos existia aun. Los sepulcros de los Reyes, á la puerta de Jerusalém, á pesar de sus siete asilos fúnebres, y de las pirámides que los coronaban, no pueden, por lo tanto, haber pertenecido á los príncipes asmoneos.

Josefo nos dice luego que Elena, reina de Adiabena, habia hecho erigir, á dos estadios de Jerusalém, tres pirámides fúnebres, y que sus huesos y los de su hijo Izate fueron depositados en ellos por la solicitud de Manabaces. El mismo historiador dice en otra obra, al trazar los límites de la Ciudad-Santa, que sus muros se estendian hácia el Septentrion en frente del sepulcro de Elena. Todo esto se adapta perfectamente á los sepulcros de los Reyes, que, segun dice Villalpando, estaban adornados de tres pirámides y se hallaban todavía al Norte de Jerusalém, á la distancia señalada por Josefo. San Gerónimo habla tambien de este sepulcro. Los sabios que han hablado del monumento que examino, citan un pasaje notable de Pausanias; es verdad que nadie piensa en este escritor cuando se trata de Jerusalém. Sea como fuere, hé aquí el pasaje; la traduccion latina y el testo de Gedoin son fieles:

«El segundo sepulcro estaba en Jerusalém... Era la »sepultura de una mujer judía, llamada *Elena.* La »puerta del sepulcro, que era de mármol como todo el »resto, se abria por sí misma cierto dia del año y á »cierta hora, y se cerraba poco despues. Si se hubiese »intentado abrirla cualquier otro dia, hubiérasela roto »primero que conseguirlo.»

Esta puerta, que se abria y se cerraba por sí misma por medio de una máquina, trae á la memoria las puertas estraordinarias de los sepulcros de los Reyes. Suidas y Estéban de Bizancio hablan de un viaje á Fenicia y á Siria, publicado por Pausanias. Si esta obra hubiese llegado hasta nosotros, hallariamos indudablemente en ella mucha luz acerca de este punto.

Los pasajes reunidos del historiador judío y del viajero griego prueban al parecer suficientemente que los sepulcros de los Reyes son el de Elena; pero la noticia de un tercer monumento destruye esta conjetura.

Josefo habla de ciertas grutas que denomina *Cavernas reales*, segun la traduccion literal de Arnaldo de Andilly; pero desgraciadamente no las describe, y las coloca al Norte de la ciudad-Santa, muy cerca del sepulcro de Elena.

Réstanos saber quién fue el príncipe que mandó abrir estas cavernas mortuorias, cuáles eran sus adornos, y quiénes los reyes cuyas cenizas guardaban. Josefo, que menciona con tanto celo las obras emprendidas ó llevadas á cabo por Herodes el Grande, no coloca los sepulcros de los Reyes en el número de estas obras; y nos dice además que habiendo muerto Herodes en Jericó, fue enterrado con gran magnificencia en Herodio. Así, pues, las Cavernas reales no son el sepulcro de este príncipe; pero una palabra estampada en otra parte por el historiador, puede proyectar alguna luz sobre esta discusion.

Al hablar del muro que Tito hizo construir para asediar mas de cerca á Jerusalém, Josefo dice que este muro, dirigiéndose á la region boreal, encerraba el sepulcro de Herodes. En tal caso, este Herodes no seria el Ascalonita, sino el Tetrarca. Este era casi tan pródigo como su padre, pues habia hecho construir dos ciudades llamadas Séforis y Tiberiades; y aunque fue desterrado á Lion por Calígula, podia muy bien haberse preparado una sepultura en su patria, pues su hermano Felipe le habia dado el modelo de estos mausoleos.

Nada sabemos de los monumentos con que Agripa hermoseó á Jerusalém.

Hé aquí lo mas satisfactorio que he podido hallar acerca de esta cuestion, que he creido debia tratar á fondo, porque hasta el dia, mas bien que ilustrada ha sido embrollada por los críticos. Los antiguos peregrinos que habian visto el sepulcro de Elena, lo confundieron con las Cavernas reales. Los viajeros modernos, que no han hallado el sepulcro de la reina Adiabena, han aplicado el nombre de este sepulcro á los de los príncipes de la casa de Herodes. De todas estas relaciones resulta una estraña confusion: confusion aumentada por la erudicion de los escritores piadosos, que han querido sepultar los reyes de Judá en las grutas reales y que no han carecido de autoridades.

La crítica del arte, no menos que los hechos históricos, nos obligan á colocar los sepulcros de los Reyes en la clase de los monumentos griegos en Jerusalém. Estos sepulcros eran muy numerosos, y la posteridad de Herodes concluyó muy pronto; de manera que muchos nichos habian esperado en vano á sus dueños. No faltaba ya, para conocer toda la vanidad de nuestra naturaleza, sino ver los sepulcros de los hombres que no han nacido. Por lo demás, nada forma un contraste mas estraño que el hermoso friso esculpido por el cincel de la Grecia sobre la puerta de aquellas pavorosas moradas donde descansaban las cenizas de los Herodes. Las ideas mas trágicas están identificadas con la memoria de estos príncipes, que no nos son bien conocidos sino por el asesinato de Mariamna, por la matanza de los Inocentes, por el degüello de San Juan Bautista y por la condena de Jesucristo. Nadie espera hallar sus sepulcros embellecidos con ligeras guirnaldas, en medio de Jerusalém, no lejos del templo donde Jehovah pronunciaba sus terribles oráculos, y cerca de la gruta donde Jeremías compuso sus *Lamentaciones.*

Mr. Casas ha representado muy bien estos monumentos en su *Viaje pintoresco de la Siria*; no conozco la obra mas moderna de Mr. Mayer. La mayor parte de los Viajes á Tierra-Santa están acompañados de grabados y viñetas. Es preciso distinguir las de la *Relacion* del padre Roger, que bien pudieran ser de Claudio Mellan.

Los demás edificios de los tiempos romanos en Jerusalém, como el teatro y el anfiteatro, las torres Antonia, Hippicos, Fasaela y Psefima, no esisten ya, ó por lo menos no se conocen de ellas sino algunas informes ruinas.

Pasemos ahora á la tercera clase de los monumentos de Jerusalém; esto es, á los del Cristianismo antes de la invasion de los sarracenos. Nada me queda ya que decir de ellos, pues los he descrito al dar cuenta de los Santos-Lugares. Haré únicamente una observacion: como estos monumentos deben su orígen á unos cristianos que no eran judíos, nada conservan del carácter semi-egipcio y semi-griego que he advertido en las obras de los príncipes asmoneos y de los Herodes: son unas simples iglesias griegas del tiempo de la decadencia del arte.

La cuarta especie de monumentos en Jerusalém es la de los que pertenecen al tiempo de la toma de esta ciudad por el califa Omar, sucesor de Abubeker, y jefe de la raza de los Ommiades. Los árabes que habian seguido los estandartes del califa se apoderaron del Egipto, desde donde, adelantándose á lo largo de las costas del Africa, pasaron á España y llenaron de encantadores palacios á Granada y Córdoba. Es, por consiguiente, preciso hacer subir al reinado de Omar el orígen de esa arquitectura árabe, cuya obra maestra

es la Alhambra, bien así como el Partenon es el milagro del genio de la Grecia. La mezquita del templo, empezada en Jerusalém por Omar, ensanchada por Abd-el-Maleck, y reedificada bajo un nuevo plano por El-Oulid, es un monumento muy curioso para la historia del arte entre los árabes. Todavia se ignora por qué modelo se construyeron esas mansiones de hadas, cuyas ruinas nos ofrece España. El lector me agradecerá tal vez que diga algunas palabras sobre un asunto tan nuevo y tan poco estudiado hasta el dia.

Habiendo sido derribado el primer templo de Salomon seiscientos años antes del nacimiento de Jesucristo, fue reedificado despues de los setenta años de cautiverio por Josué, hijo de Josedé, y Zorobabel, hijo de Salathiel. Herodes el Ascalonita reconstruyó por entero este segundo templo, en cuya obra empleó once mil operarios, durante nueve años. Estos trabajos fueron prodigiosos y terminaron mucho despues de la muerte de Herodes. Habiendo los judíos cegado los precipicios y cortado la cúspide de una montaña, formaron al fin la espaciosa esplanada en que descollaba el Templo, al Oriente de Jerusalém, sobre los valles de Siloé y Josafat.

Cuarenta dias despues de su nacimiento, fue presentado Jesucristo en este segundo templo; en él fue tambien purificada la Vírgen; en él, á los doce años, el Hijo del Hombre enseñó á los Doctores; espulsó á los mercaderes; fue inutilmente tentado por el demonio; perdonó los pecados de la mujer adúltera; propuso la parábola del Buen-Pastor, la de los dos Niños, la de los Viñadores y la del Banquete nupcial. En el mismo templo entró rodeado de palmas y ramas de olivo el dia de Ramos; y por último, en él pronunció el *Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei Deo*, é hizo el elogio del óbolo de la viuda.

Habiendo tomado Tito á Jerusalém el segundo año del reinado de Vespasiano, no quedó piedra sobre piedra del templo en que Jesucristo habia hecho cosas tan gloriosas, y cuya ruina habia predicho. Cuando Omar se apoderó de Jerusalém, parece que el espacio del Templo, esceptuando una muy pequeña parte, habia sido abandonado por los cristianos. Saidebn-Batrik, historiador árabe, cuenta que el califa se dirigió al patriarca Sofronio, y le preguntó cual era el lugar mas propio de Jerusalém para edificar una mezquita. Sofronio le contestó llevándole á las ruinas del templo de Salomon.

Satisfecho Omar por establecer su mezquita en tan famoso recinto, hizo desembarazar de escombros las piedras y descubrir un gran peñasco donde Dios habia hablado á Jacob. La nueva mezquita tomó el nombre de este peñasco, *Gameat-el-Sakhra*, y llegó á ser casi tan sagrada para los musulmanes como las mezquitas de la Meca y Medina. El califa Abd-el-Maleck aumentó sus dependencias y encerró el peñasco en el recinto de las murallas. Su sucesor el califa. El-Oulid, embelleció El-Sakhra, y la cubrió con una cúpula de cobre dorado, despojo de una iglesia de Balbeck. Mas adelante, los Cruzados convirtieron el templo de Mahoma en un santuario de Jesucristo, pero cuando Saladino reconquistó á Jerusalém, lo restituyó á su primitivo destino.

Mas ¿cuál es la arquitectura de esta mezquita, tipo ó modelo primitivo de la elegante arquitectura de los moros? Muy difícil es decirlo. Los árabes han reservado, á consecuencia de sus costumbres despóticas ó celosas, los adornos para el interior de sus monumentos, y han establecido la pena de muerte contra todo cristiano, que no solo entrase en Gameat-el-Sakhra, sino que pisase el átrio que la rodea. Sensible es que el embajador Deshayes rehusase, por un pueril escrúpulo diplomático, ver esa mezquita cuya entrada le ofrecian los turcos franquearle. Voy á describir su esterior.

Se ve la gran plaza de la mezquita, antigua plaza del Templo, por una ventana de la casa de Pilatos.

Esta plaza forma un átrio de unos quinientos pasos de largo sobre cuatrocientos sesenta de ancho. Los muros de la ciudad cierran este átrio al Oriente y Mediodia; al Occidente está limitado por unas casas turcas, y al Norte por las ruinas del pretorio de Pilatos y del palacio de Herodes.

Doce pórticos colocados á distancias desiguales unos de otros, y enteramente irregulares como los claustros de la Alhambra, tienen acceso á este átrio. Están compuestos de tres ó cuatro arcadas, que sostienen algunas veces un segundo pico ó cuerpo; disposicion que imita bastante bien el efecto de un doble acueducto. El principal de todos estos pórticos corresponde á la antigua *Porta Speciosa*, conocida de los cristianos por un milagro de San Pedro. Debajo de estos pórticos arden algunas lámparas.

En medio de este átrio hállase otro mas pequeño que se levanta á seis ó siete piés, como una azotea sin balaustres, sobre el anterior. Segun la opinion vulgar, este segundo átrio tiene doscientos pasos de largo, sobre ciento cincuenta de ancho, y se sube á él por los cuatro lados por una escalera de mármol; cada una de las cuales está compuesta de ocho escalones.

En el centro de este átrio superior descuella la famosa mezquita de la Roca, á cuyas inmediaciones hay una cisterna que toma su agua de la antigua fuente Sellada *Fons signatus*, donde los turcos hacen sus abluciones antes de la oracion. Algunos añosos olivos y cipreses están diseminados en los dos átrios.

El templo es octógono, y termina en una linterna de la misma forma, con una ventana en cada lado. Esta linterna está cubierta con una cúpula, que en otro tiempo era de cobre dorado, y en la actualidad es de plomo. Una flecha de bastante buen gusto, terminada en una media luna, sirve de remate á todo el edificio, que se asemeja á una tienda árabe en medio del desierto. El padre Roger da treinta y dos pasos á cada lado del octógono, doscientos cincuenta y dos de circuito esterior á la mezquita, y diez y ocho ó veinte toesas de altura total. Sus paredes están cubiertas esteriormente de ladrillos de diferentes colores, cargados de arabescos y de versículos del Alcoran escritos en letras de oro. Las ocho ventanas de la linterna están adornadas con cristales redondos y pintados. Aquí hallamos ya algunos rasgos originales de los edificios moriscos de España: los ligeros pórticos de los átrios y los ladrillos pintados de la mezquita recuerdan diferentes partes del Generalife, de la Alhambra y la catedral de Córdoba.

No he visto el interior de esta mezquita. Muy tentado me sentí á arrostrar cualquier peligro para satisfacer mi amor á las artes; pero me detuvo el temor de causar la pérdida de los cristianos de Jerusalém. Guillermo de Tiro y Deshayes dicen algo del interior de la mezquita de la Roca; el Padre Roger hace una descripcion muy detallada, y probablemente muy fiel de ella.

Sin embargo, esta descripcion no basta para probar que el interior de la mezquita de Jerusalém tiene semejanza con el de los monumentos moriscos de España. Esto depende absolutamente del modo con que están dispuestas las columnas en el monumento; y hé aqui lo que no dice el padre Roger. ¿Sostienen pequeñas arcadas? ¿Están pareadas, agrupadas ó aisladas, como en Córdoba y Granada? Pero si el esterior de esta mezquita presenta tanta semejanza con algunas partes de la Alhambra, ¿no debemos sospechar que el interior conserva el mismo gusto arquitectónico? Tanto mas me inclino á creerlo así, cuanto que los mármoles y las columnas de esta construccion han sido tomados de las iglesias cristianas, debiendo ofrecer esa mezcla de órdenes y de proporciones que se observa en la catedral de Córdoba.

Añadamos una observacion á estas conjeturas. La

mezquita abandonada, inmediata al Cairo, parece ser del mismo estilo que la de Jerusalém; por consiguiente, esta mezquita es el original de la de Córdoba, que fue edificada por los príncipes últimos descendientes de la dinastia de los Ommiades; y Omar, cabeza de su familia, habia fundado la mezquita de Jerusalém.

Estos monumentos verdaderamente árabes pertenecen á la primera dinastia de los califas y al genio de la nacion en general: no son, pues, como se ha creido hasta el dia, el fruto de talento particular de los moros de Andalucía, puesto que he hallado su modelo en el Oriente.

Probado esto, iré mas lejos. Creo descubrir en la arquitectura egipcia, tan pesada, tan magestuosa, tan vasta, tan duradera, el gérmen de esa arquitectura sarracena, tan ligera, tan risueña, tan pequeña, tan frágil: el minarete es la imitacion del obelisco; los arabescos son geroglíficos dibujados, en lugar de los geroglíficos grabados. Respecto de esos bosques de columnas que componen el interior de las mezquitas árabes y sostienen una bóveda achatada, los templos de Menfis, de Denderah, de Tebas y de Meroué ofrecian tambien ejemplos de este género de construccion. Colocados en la frontera de Metzraim, los descendientes de Ismael sintieron necesariamente herida su imaginacion ante las maravillas de los Faraones; nada pudieron tomar de los griegos, que les eran desconocidos, sino que trataron de copiar las artes de una nacion famosa que incesantemente tenian á la vista. Pueblos vagabundos, conquistadores y viajeros, imitaron en su paso el inmutable Egipto: construyéronse obeliscos de madera dorada y geroglíficos de yeso, que podian trasladar con sus tiendas en el lomo de sus camellos.

No ignoro que este sistema, si lo es, está sujeto á algunas dudas, y aun á ciertas objeciones históricas. Sé que el palacio de Zehra, construido por Abdulraham cerca del de Córdoba, fue construido con arreglo al plano de un arquitecto de Constantinopla, y que sus columnas fueron talladas en Grecia; sé que existe una arquitectura hija de la corrupcion del arte, que puede llamarse *arquitectura justiniana*, y que tiene algunos puntos de contacto con las obras de los moros; sé, en fin, que algunos hombres de esquisito gusto y vasta erudidion, como el respetable Mr. de Agincourt y Mr. de Laborde, autor del magnífico *Viaje á España*, opinan que toda arquitectura es hija de la Grecia; pero sean cuales fueren estas dificultades y estas autoridades poderosas, confieso que no me hacen mudar de opinion. Un plano enviado por un arquitecto de Constantinopla; unas columnas talladas en las orillas del Bósforo, y unos obreros griegos que trabajan en una mezquita, nada prueban; pues de un hecho particular no puede deducirse una consecuencia general. He visto en Constantinopla la arquitectura justiniana, y concedo que tiene alguna semejanza con la de los monumentos sarracenos, como el aplanamiento de la bóveda en las arcadas, etc. No obstante, conserva por decirlo así, una razon, una frialdad, una solidez que no se advierte en la fantasia árabe. Por otra parte, la arquitectura justiniana me parece ser la misma arquitectura egipcia amoldada á la griega. Esta nueva invasion del arte de Menfis fue producida por el establecimiento del Cristianismo: los solitarios que poblaron los desiertos de la Tebaida, y cuyas opiniones gobernaban el mundo, introdujeron en las iglesias, en los monasterios, y hasta en los palacios esos pórticos degenerados llamados *claustros*, en que respira el genio oriental. Notemos, en apoyo de esto, que la verdadera decadencia del arte entre los griegos empieza precisamente en la época de la traslacion del asiento del imperio romano á Constantinopla; lo cual demuestra que la arquititectura griega no dió nacimiento á la oriental, sino que esta se deslizó en aquella por la proximidad de los lugares.

Me inclino, por consiguiente, á creer que toda arquitectura es hija del Egipto, sin escluir la gótica, porque nada ha venido del Norte, esceptuando el hierro y la devastacion. Empero la arquitectura egipcia se ha modificado segun el genio de los diferentes pueblos; entre los primeros hebreos no sufrió mudanza alguna, sino que únicamente se despojó de los monstruos y los dioses de la idolatria. En Grecia, á donde la importaron Cecrops é Inaco, se depuró y llegó á ser el modelo de todos los géneros de belleza. Los toscanos, colonia egipcia, la llevaron á Roma, donde conservó su grandeza, si bien nunca llegó á su perfeccion como en Atenas. Algunos apóstoles la llevaron desde el Oriente á los bárbaros del Norte; y sin perder en estos pueblos su carácter religioso y sombrío, se elevó con los bosques de las Galias y la Germania, presentando la union estraña de la fuerza y la magestad, la melancolia en su conjunto y la mas estraordinaria ligereza en los detalles. Finalmente, entre los árabes adquirió los rasgos de que hemos hablado: arquitectura del desierto, encantada como los oasis, mágica como las historias narradas debajo de la tienda, pero que los vientos pueden arrastrar con la arena que les sirvió de primer cimiento.

Pudiera apoyar mi parecer en un millon de hechos históricos; pudiera hacer ver que los primeros templos de la Grecia, como el de Júpiter en Onga, no lejos de Amiclea, eran verdaderos templos egipcios; que hasta la escultura era egipcia en Argos, Esparta y Atenas, en tiempo de Dédalo y en los siglos heróicos. Pero temo haber hecho demasiado larga esta digresion, y es tiempo ya de hablar de los monumentos góticos de Jerusalém.

Estos se reducen á algunos sepulcros. Los de Godofredo y Balduino son dos féretros de piedra, sostenidos en cuatro pilares. Los epitafios que se han leido en la descripcion de Deshayes, están escritos en ellos con letras góticas.

Todo esto en sí mismo vale muy poco; no obstante, la vista de estas sepulturas me sorprendió mucho al entrar en el Santo-Sepulcro: sus formas extranjeras en un suelo extrangero, me anunciaron otros hombres otras costumbres, otros paises; creíme trasladado á uno de nuestros antiguos monasterios, pues me asemejaba al otaitiano cuando reconoce en Francia un árbol de su patria. Contemplé con profundo respecto aquellos mausoleos góticos que encerraban unos caballeros franceses, unos peregrinos que habian llegado á ser reyes, los héroes de la *Jerusalém libertada*, y recordé las palaras que el Taso pone en boca de Godofredo:

> Chi sia di noi, ch' esser sepulto schivi,
> Ove i membri di Dio fur già sepulti?

Por lo que respecta á los monumentos turcos, últimos testigos en Jerusalém de las revoluciones de los imperios, no merecen que nos ocupemos de ellos; los he mencionado únicamente para advertir que no debemos confundir las obras de los tártaros con los trabajos de los moros. En realidad es mas esacto decir que los turcos ignoran absolutamente la arquitectura, pues no hacen otra cosa que afear los edificios griegos y árabes, coronándolos de cúpulas macizas y de pabellones chinescos. Algunos bazares y oratorios de santones son todo lo que los nuevos tiranos de Jerusalém han añadido á esta desventurada ciudad.

El lector conoce ya todos los monumentos de la Ciudad-Santa.

Al volver de visitar los sepulcros de los Reyes, que han motivado las anteriores descripciones, pasé por el valle de Josafat. El sol se ocultaba detrás de Jerusalém, y doraba con sus postreros rayos aquella mole de ruinas y las montañas de la Judea. Envié á mis compañeros por la puerta de San Estéban, y me quedé solo con el genízaro. Sentéme al pié del sepulcro de Josa-

al, vuelto el rostro al Templo; saqué de mi bolsillo un tomo de Racine, y volví á leer la *Atalia*.

A estos primeros versos:

Oui, je viens dans son temple adorer l' Eternel, etc,

me es imposible espresar lo que sentí. Creí oir los cánticos de Salomon y la voz de los Profetas; la antigua Jerusalém se levantó á mis ojos; las sombras de Joad, de Atalia y de Josabet salieron de sus sepulcros seculares, y me pareció que no conocia sino desde aquel momento el genio de Racine. ¡Qué poesía, pues la hallé digna del lugar donde me hallaba! No es posible imaginar lo que es *Atalia*, leida al pié del sepulcro del *santo rey Josafat*, á la orilla del torrente Cedron, y en presencia de las ruinas del Templo. Mas, ¿qué fue de ese templo *adornado por todas partes de magnificos festones?*

Comment en un plomb vil l'or pur s'est-il changé?
Quel est dans ce lieu saint ce pontife égorgé?
Pleure Jerusalém, pleure, cité perfide,
Des prophètes divins malheureuse homicide:
Des son amour pour toi ton Dieu s'est dépouillé;
Ton encens á ses yeux est un encens souillé...
Ou menez-vous ces enfants et ces femmes?
Le Seigneur a détruit la reine des cités:
Ses pretres sont captifs, ses rois son rejetés;
Diu ne veut plus qu'on vienne á ses solennités:
Temple, renverse-toi, cèdres, jetez des flammes.
Jerusalém, objet de ma douleur,
Quelle main en un jour t'a ravi tous tes charmes?
Qui changera mes yeux en deux sources de larmes
Pour pleurer ton malheur?

AZARIAS.

O saint temple!

JOSABETH.

O David!

LE CHOEUR.

Dieu de Son, rappelle,
Rappelle en sa faveur tes antiques bontés.

La pluma abandona mi mano: me avergüenzo de emborronar todavía papel, despues que un hombre ha escrito estos versos.

Pasé una parte del dia 9 en el convento, para ocuparme de los pormenores de la vida privada en Jerusalém, pues nada importante me quedaba ya por ver ni dentro ni fuera de ella, esceptuando el pozo de Nehemias, donde se ocultó el fuego sagrado en tiempo del cautiverio, los sepulcros de los Jueces, y algunos otros lugares: los visité en la tarde del 9. Como no presentan circunstancia alguna digna de atencion, si se prescinde de sus nombres, no merecen que ocupe al lector con sus descripciones.

Descenderé, pues, á esos minuciosos detalles que escitan la curiosidad, atendida la importancia de los lugares de que se trata. Nadie puede imaginar que se viva en Atenas y en Esparta como en su casa. Jerusalém especialmente, cuyo nombre despierta el recuerdo de tantos misterios, avasalla la imaginacion, pues parece que todo debe ser estraordinario en esta ciudad estraordinaria. Veamos que asi sucede, y empecemos por la decripcion del convento de los Padres latinos.

Entráse en él por una calle abovedada, que se une á otra bóveda bastante larga y estrecha, á cuya estremidad se halla un patio formado por la leñera, la bodega y el lagar del convento. A la derecha de este patio hay una escalera de doce á quince escalones, por la cual se sube á un cláustro que rodea la leñera, la bodega y el lagar, y que por consiguiente tiene vistas al patio de entrada. Al Oriente de este cláustro se abre un vestíbulo que comunica con la iglesia; esta es bastante agradable y tiene un coro con silleria, una nave alumbrada por una cúpula, un altar á la romana y un modesto órgano; todo esto está encerrado en un espacio de veinte piés de largo por doce de ancho.

Otra puerta, colocada al Occidente del patio de que he hablado, conduce al interior del convento. «Este convento, dice un peregrino, en su descripcion tan exacta como sencilla, es muy irregular y de cons»truccion antigua, tiene muchos reducidos aposentos «altos y bajos; las dependencias pequeñas y apartadas, »las habitaciones pobres y oscuras; muchos corredores »angostos, y dos huertas de escasa estension, la ma»yor de las cuales tiene de quince á diez y seis pérti»gas, y está contigua á los muros de la ciudad. A la »parte occidental hay otro patio y algunas pequeñas »habitaciones para los peregrinos. Todo el solaz que »en este lugar puede disfrutarse consiste en que, su»biendo á la azotea de la iglesia, se descubre toda la »ciudad, que desciende progresivamente hasta el valle »de Josafat; se ve asimismo la iglesia del Santo-Sepul»cro y el atrio del templo de Salomon; mas allá, y al »mismo lado oriental, el monte de los Olivos; al Me»diodia el castillo de la ciudad y el camino de Belém, »y al Norte, la gruta de Jeremias. Hé aquí en pocas »palabras el plano y la pintura de este convento que »respira en alto grado la sencillez y la pobreza del que »en este mismo lugar, *propter nos egenus factus est* »*cum esset dives*.» (II *Cor.*, VIII.)

El aposento ocupado por mí se llama el *Gran cuarto de los Peregrinos*, y daba sobre un patio solitario rodeado por todas partes de paredes. Los muebles consistian en una cama de hospital con unas cortinas de sarga verde, una mesa y un baul; mis criados ocupaban dos celdas á bastante distancia de mí. Un cántaro de agua y una lámpara italiana completaban mi ajuar. Mi aposento, aunque bastante grande, era oscuro y solo recibia luz por una ventana que daba al patio de que he hablado. Trece peregrinos habian escrito sus nombres en la puerta: el primero se llamaba *Carlos Lembard*, y se hallaba én Jerusalém en 1669; el último, *Jolm Gordon*, y la fecha de su paso es 1804; entre estos trece viajeros solo reconocí tres nombres franceses.

Los peregrinos no comen con los frailes como en Jafa, sino que se les sirve á parte y hacen el gasto que mas les place. Si son pobres se les mantiene, y si ricos, pagan lo que han comprado, pues el convento no reporta un óbolo de ventaja. El alojamiento, la cama, la ropa blanca, la luz y el fuego se conceden siempre á título de hospitalidad.

Habíase puesto á mis órdenes un cocinero. Yo comia casi siempre de noche, al volver de mis escursiones. Serviaseme primero un potaje de lentejas con aceite; luego carne de vaca con cohombros ó cebollas y cabrito asado, ó carnero con arroz. No se come carne de buey, y la de búfalo tiene un sabor bravío. En punto á asados tenia pichones y algunas veces perdices de la especie blanca, llamada *perdiz del desierto*. La caza es muy abundante en la llanura de Rama y en las montañas de Judéa: consiste en perdices, becadas, liebres, jabalíes y gacelas. La codorniz de Arabia que alimentó á los israelitas, es casi desconocida en Jerusalém; no obstante, se hallan algunas en el valle del Jordan. En cuanto á legumbres, se me sirvieron constantemente lentejas, habas, cohombros y cebollas.

El vino de Jerusalém es esquisito, y tiene el color y el sabor de los del Rosellon. Las colinas que lo suministran son aun las de Engaddi, cerca de Belém. Respecto de las frutas, comí como en Jafa, uvas, dátiles, granadas, sandías, manzanas é higos de la segunda estacion, pues los del sicomoro ó higuera de Faraon habian pasado. El pan, amasado en el convento, era bueno y sabroso.

Hablemos del precio de estos diferentes comestibles.

El quintal de Jerusalém se compone de cien *rolts*, y el rolt, de novecientas dracmas.

El rolt vale dos *oques* y un cuarto; lo que equivale próximamente á ocho libras de Francia.

El carnero se vende á dos *piastras*, de diez *paras* el rolt. La piastra turca, alterada á cada paso por los beyes y los pachás de Egipto, no escede en Siria de treinta y tres *sueldos* y cuatro *dineros*, y el para no pasa de diez dineros. Por consiguiente, siendo el rolt como de unas ocho libras, la de carnero en Jerusalém equivale á nueve sueldos y cuatro dineros y medio.

La vaca cuesta una piastra el rolt; y el cabrito una piastra y algunos paras.

Una vaca muy corpulenta se vende á treinta ó treinta y cinco piastras; un robusto carnero, á diez ó quince piastras, y una cabra, á seis ú ocho.

El precio de la medida de trigo varía de ocho á nueve piastras.

El aceite cuesta tres piastras el rolt.

Las legumbres son muy caras en Jerusalém, pues se llevan desde Jafa y las poblaciones inmediatas.

Este año (1806), el quintal de uvas de vendimia llegó á valer veinte y siete piastras.

Pasemos á algunos otros pormenores.

Un hombre que no quisiera recurrir á los kanes, ni vivir con los frailes de Tierra-Santa, podria alquilar uno ó muchos aposentos en una casa de Jerusalém, pero no tendria segura la vida. Segun la humildad ó grandeza, la pobreza ó la opulencia de la casa, cada aposento costaria mensualmente desde dos hasta veinte piastras. Una casa entera en que se hallase una sala bastante grande y una quincena de agujeros, llamados aposentos, costaria al año cinco mil piastras.

Un maestro obrero, albañil, carpintero, etc., recibe dos piastras diarias, y es preciso mantenerle; el jornal de un aprendiz cuesta una piastra.

No hay medida fija para la tierra; por lo regular se compra á la vista la porcion que se desea; y el censo se valúa en razon de lo que este trozo puede producir en frutas, trigo ó vino.

El arado no tiene ruedas, y está armado de un pequeño hierro que apenas desflora la tierra; los trabajos agrícolas se verifican por medio de bueyes.

Recógese cebada, trigo, maiz, algodon, etc., y en el mismo campo en que se cultiva el algodon, se siembra sésamo.

Una mula cuesta ciento ó doscientas piastras, segun su calidad; un jumento vale desde quince hasta cincuenta piastras. Dánse ochenta ó cien de estas por un caballo comun, menos estimado generalmente que el asno ó el mulo; pero un caballo de una raza árabe bien conocida no tiene precio. El pachá de Damasco Abdallah-Pachá, acababa de comprar uno en tres mil piastras. La historia de una yegua suele formar la conversacion del país. Hallándome en Jerusalém, se referian las hazañas de una de esas maravillosas yeguas. El beduino que la montaba, perseguido por los esbirros del gobernador, habíase precipitado con ella desde la cumbre de las montañas que dominan á Jericó. La yegua habia bajado al galope, casi perpendicularmente sin tropezar, dejando á los soldados llenos de admiracion y asombro. Pero la pobre gacela reventó al entrar en Jericó; y el beduino, que no quiso abandonarla, fue cogido llorando sobre su fiel compañera. Esta yegua tiene un hermano en el desierto, y es tan famoso que los árabes saben siempre por donde ha pasado, dónde está, lo que hace, y cómo se encuentra. Alí-Agá me enseñó con religioso respeto en las montañas inmediatas á Jericó las huellas de la yegua que murió al salvar á su dueño: un macedonio no hubiera mirado con mas veneracion las huellas de Bucéfalo.

Hablemos ahora de los peregrinos. Las modernas relaciones han exagerado un poco las riquezas que los peregrinos esparcen á su paso por Tierra-Santa. Empero, ¿de qué peregrinos se trata? No de los latinos, porque no los hay, y todos convienen en esto. Durante el último siglo los frailes de San Salvador no han visto quizá á doscientos viajeros católicos, incluyendo en este número los religiosos de sus Ordenes y los misioneros en el Levante. Puede probarse con mil ejemplos que los peregrinos latinos nunca han sido numerosos. Thevenot refiere que en 1656 él era el veinte y dos en el Santo Sepulcro.

Era muy frecuente que los peregrinos no llegasen á doce, puesto que era preciso valerse de los frailes para completar este número en la ceremonia del lavatorio de piés el Miércoles Santo. En efecto en 1589, setenta y nueve años antes de Thevenot, Villamont no encontró sino seis peregrinos en Jerusalém. Si en 1589, cuando la religion estaba tan floreciente, no visitaron la Palestina sino siete peregrinos latinos, ¡júzguese cuántos habria en 1806! Mi llegada al convento de San Salvador fue un verdadero acontecimiento.

Mr. Seetzen que se hallaba en Palestina el mismo año, siete meses antes que yo, dice que era el único católico.

Las riquezas en que debe rebosar el Santo Sepulcro, no siendo llevadas á Jerusalém por los peregrinos católicos, ¿lo serán por los peregrinos judíos, griegos y armenios? Aun en este caso conceptuo tales cálculos muy exagerados.

El gasto mayor de los peregrinos consiste en los derechos que tienen que pagar á los turcos y á los árabes, ya por la entrada en los Santos Lugares, ya por los *caffari* ó licencias de paso. Pues bien: todos estos objetos reunidos solo suben á sesenta y cinco piastras y veinte y nueve paras. Si se eleva la piastra á su *maximum*, es decir, á cincuenta sueldos de Francia, y el para á cinco *liards* ó sean quince dineros, el resultado serán ciento sesenta y cuatro libras, seis sueldos y tres dineros; si se calcula la piastra en su *minimum*, esto es, en treinta y tres sueldos de Francia y cuatro dineros, y el para en tres liards y un dinero, el total ascenderá á ciento ocho libras, nueve sueldos y tres dineros.

Hé aquí la cuenta, tal como la he recibido del padre procurador del convento de San Salvador.

La dejo en italiano, por ser idioma que todos entienden en el dia, con los nombres propios de los turcos, etc., pues son caracteres originales que atestiguan su autenticidad.

Spesa solita che fa un pelerino en la sua intrata da Giaffa sin a Gerusalemme, e nel ritorno a Giaffa (1).

			Piast.	Par.
Caffari.	In Giaffa dopo il suo sbarco, Caffaro.		5	20
	In Giaffa prima del imbarco al suo ritorno.		5	20
Cavalcatura sin a Rama, e portar al Aravo, che accompagna sin a Gerusalemme. .			1	20
Pago al Aravo che accompagna.		5 »	10	30
Al vilano che accompagna da Gerasma		5 30		
Cavalcatura per venire da Rama, ed altra per ritornare.			10	»
Caffari nella strada 1 16 cadi medni 20».			1	16
Intrata nel SSmo. Sepulcro. Al Meheah governatore. E stader del tempio. . .			26	38
Intrata nella città Ciohadari del cadi e governatore. Sbirro E portinaro. . . .			»	15
Primo e secundo drogomano.			3	30
			65	29

Si el peregrino se trasladase al Jordan, seria preciso añadir á estos gastos la suma de doce piastras.

(1) Las cuentas siguientes varian un poco en sus sumas

Por último, he creido que en una discusion de hechos hay lectores que verian con gusto los pormenores de mi propio gasto en Jerusalém. Si se considera que tenia á mis órdenes caballos, genízaros y escoltas; que vivia como en Paris por lo tocante á la comida, á los tiempos de esta, etc.; que entraba sin cesar en el Santo Sepulcro á horas no acostumbradas; que veia diez veces los mismos lugares, pagaba diez veces los derechos, los caffari y otras mil exacciones turcas, parecerá muy pequeño mi gasto. Presento las cuentas originales con las faltas de ortografía del dragoman Miguel; y son curiosas por cuanto conservan, digámoslo así, el aire del país. En ella se ven repetidos todos mis movimientos, los nombres propios de muchos personajes, el precio de diferentes objetos, etc. En fin, estas cuentas son fieles testigos de la sinceridad de mi relato. Se verá tambien que he omitido muchas cosas en mi narracion, y que he visitado á Jerusalém con mas cuidado de lo que he dicho.

Gasto en Jafa.

	Piast.	Par.
Per un messo a Gerusalemme. . . .	7	20
Altro messo a Rama.	3	»
Altro per avisare agli Aravi. . . .	1	20
Orso in Rama per gli cavalli. . . .	2	»
Per il cavallo del servitore di Giaffa in Rama.	2	20
Gaffaro alli Aravi.	2	36
Al cavaliero che adato il gov^e^. di Rama. .	15	»
Per il cavallo che porto sua Ecc^a^. à Gerusalemme.	15	»
Regallo alli servitori de gli cavalli. . .	3	»
Regallo al Mucaro Menum.	5	»
Tutto ps. . . .	57	16

Gasto en Jerusalém.

Spesa fatta per il sig^e^. dal giorno suo arrivo a Gierusalemme ali 4 *di ottobre* 1806.

	Piast.	Par.
Il giorno del suo arrivo, per cavaleria da Rama, a Gierusalemme.	015	»
Compania per li Arabi, 6 isolote per testa.	013	20
Cad... a 10 M.	000	30
Al Muccaro.	001	20
Cavalcatura per Michelle andare, e ritornar da Rama.	008	20
4 Cavalli per andare a Betlemme e al Giordano.	080	»
Al portinaro della città.	001	25
Apertura del Smo. Sepolcro.	001	25
Regallo alli portinari del Smo. Sepolcro 7 persone.	030	»
Alli figlio, che chiamano li Turchi per aprire la porta.	01	25
Al Chavas del governatore per avere acompagniato il sig^e^. dentro della citta et fuori a cavallo.	008	»
Item. A un Dalati, cioe, guardia del Zambarakgi Pari.	004	»
Per 5 cavalli per andare al Monte Olibette, e altri luoghi, et seconda volte al Potzo di Jeremia, e la madona.	016	30
Al genisero per companiare il sig^e^. a Betlemme.	003	20
Item. Al genisero per avere andato col sig^e^. per la città.	001	35
12 ottobre per la apertura del Smo. Sepolcro.	001	»
	189	10

Spese fatte da Michel, per ordine del Sig^e^.

	Piast.	Par.
In vari luoghi.	»	»
In tabaco per li villani, et la compania nel viagio per il Giordano, e per li villani di S^n^. Saba.	006	20
In candelle, per S^n^. Saba, e servitori. . .	006	»
Per li sacrestani greci, e altri. . . .	006	20
Regallo nella casa della Madona, e serolio, e nella case di Simione, e nel convento dell Suriani, e nel spitale di Santa Elena, e nella casa di Anas, e nella singoga delli Ebrei.	009	10
Item. Regallo nell convento delli Armeni di S^n^. Giacomo, alli servitori, sacrestino e genisari.	028	»
Regallo nel Sepolcro della Madona alli sacrestani, e nel Monte-Olibette. . . .	005	10
Al servitore del governatore il negro, e nell castello.	005	20
Per lavare la robba del sig^e^. e suoi servitori.	003	»
Alli poveri in tutto il giro.	005	15
Regallo nel convento delli Greci in chiesa al sacrestano; e alli servitori, et ali geniseri.	018	»
4 cavalcature per il sig^e^. suo dragomano, suo servitore, e Michelle da Gierusalemme, fino a Giaffa, e quella di Michelle per andare, e ritornare la seconda volta.	046	»
Compania a 6 isolote, ogni persona delli signori.	013	20
Villano.	003	»
Cafarro.	004	24
Regallo alli geniseri.	020	»
Regallo a Goch di S^n^. Geremia. . . .	050	»
Regallo alli dragomani.	030	»
Regallo al communiere.	010	»
Al Portinaro Malia.	005	»
Al Spenditare.	005	»
In Bellemme una cavalcatura per la provisione del Giordano, orzo 4 Arabi, due villani: regallo alli capi, e servitori. .	172	»
Ali-Agha figlio d' Apugiahfar.	150	»
Item. Zbirri, poveri, e guardie nel calare al Smo. Sepolcro l' ultimo giorno. . .	010	»
	804	29
A Mechele Casar 80: Alcuesnaro 20. .	100	»
	904	29

Debemos, pues, reducir este considerable número de peregrinos, á lo menos en cuanto á los católicos, á muy poca cosa, ó á nada; porque siete, doce, veinte, treinta y aun ciento no merecen ser contados.

Pero si esta docena de peregrinos que se dejan ver anualmente en el Santo Sepulcro há uno ó dos siglos, eran unos pobres viajeros, los religiosos de Tierra Santa no pueden enriquecerse á sus espensas. Oigamos al sincero Doubdan:

« Los frailes franciscanos del convento de San Sal-»vador observan una rigurosa pobreza, y no viven »sino de las limosnas que la Cristiandad les envia y »que segun sus facultades les hacen los peregrinos; »pero como estos están muy distantes de su país, y »saben los grandes gastos que les quedan por hacer »para regresar á él, no dejan grandes limosnas, lo »que no impide que sean recibidos y tratados con »mucha caridad.»

totales, porque la piastra esperimenta diariamente variaciones en la Siria, mientras el *para* permanece fijo; de esto resulta que no siempre la piastra está compuesta del mismo número de paras.

Así, pues, los peregrinos de Tierra Santa que deben dejar tesoros en Jerusalém no son católicos; por lo cual, la parte de estos tesoros que va á parar á los conventos no cae en poder de los religiosos latinos, que si reciben de Europa algunas limosnas, lejos de enriquecerlos, no bastan á la conservacion de los Lugares Santos, que se arruinan por todas partes, y que no tardarán en verse abandonados por falta de recursos. La pobreza de estos religiosos queda por consiguiente probada por el unánime testimonio de los viajeros. He hablado ya de sus sufrimientos; y si se necesitan mas pruebas de esto, hélas aquí:

«Aunque un fraile franciscano, dice el padre Roger, fue quien tomó posesion de los Santos Lugares »de Jerusalém, el primer religioso que padeció el »martirio fue un francés llamado el *hermano Limin*. »natural de la Turena, que fue decapitado en el Gran- »Cairo. Poco tiempo despues, los hermanos Santiago »y Jeremías, fueron ejecutados fuera de las puertas »de Jerusalém. El hermano Conrado de Alis Barthe- »lemy, del monte Politiano, en la Toscana, fue hen- »dido de arriba abajo, tambien en el Gran-Cairo. El »hermano Juan de Eter, español, fue descuartizado »por el pachá de Casa. Siete religiosos fueron dego- »llados por el sultan de Egipto, y otros dos fueron »desollados vivos en Siria.

»En 1637, los árabes dieron martirio á toda la co- »munidad de frailes que en número de doce, moraban »en el sagrado monte Sion. Algun tiempo despues, »diez y seis religiosos, así de misa como legos, fueron »llevados presos desde Jerusalém á Damasco (cuando »el rey de Alejandría tomó á Chipre), y allí permane- »cieron cinco años, hasta que perecieron de miseria. »El hermano Cosme de San Francisco fue muerto por »los turcos á la puerta del Santo Sepulcro, donde pre- »dicaba la fe cristiana. Otros dos hermanos recibieron »en Damasco tantos palos que murieron en el acto. »Seis religiosos fueron muertos por los árabes, una »noche en que cantaban *Maitines* en el convento fun- »dado en Anathot en la casa del profeta Jeremías, que »luego entregaron á las llamas. Seria abusar de la pa- »ciencia del lector referir en particular los sufrimien- »tos y persecuciones que nuestros pobres religiosos »han arrostrado desde que custodian los Santos Lu- »gares. Esto continúa aumentando desde 1627, año »en que nuestros religiosos se han establecido en »ellos, como puede verse por los hechos que si- »guen, etc. (1).»

El embajador Deshayes usa el mismo lenguaje acerca de las persecuciones que los turcos hacen sufrir á los frailes de Tierra Santa:

«Los pobres religiosos que los sirven se ven algu- »nas veces reducidos á tan terribles apuros, por no »ser asistidos de la cristiandad, que su condicion en »deplorable. No tienen otras rentas que las limosnas »que les envian, y que no alcanzan á cubrir la mitad »del gasto indispensable; porque, además de su ma- »nutencion y de las muchas luces que sostienen, les »es forzoso dar continuamente dinero á los turcos si »quieren vivir en paz; y cuando no pueden satisfacer »su avaricia, se ven reducidos á prision.

»Jerusalém está tan lejos de Constantinopla, que el »embajador del rey residente en esta ciudad no puede »recibir noticias de estas vejaciones hasta mucho des- »pues. No obstante, sufren y padecen si no tienen »dinero para rescatarse; y muchas veces los turcos no »se limitan á atormentarles en sus personas, sino que »convierten sus iglesias en mezquitas (2).»

Pudiera componer volúmenes enteros de testimonios del mismo género, consignados en los Viajes á Palestina; pero solo presentaré uno irrecusable, hallado por mí en un monumento de iniquidad y de opresion, tal vez único en la tierra; monumento cuya autoridad es tanto mas poderosa, cuanto que se le destinaba á un eterno olvido.

Los frailes me habian permitido examinar la biblioteca y los archivos de su convento. Por desgracia, aquella y estos fueron dispersos há cerca de un siglo; un pachá prendió á los frailes, y los llevó cautivos á Damasco. Algunos papeles se libraron de la devastacion, especialmente los firmanes obtenidos por los frailes, ya de la Puerta, ya de los soberanos de Egipto, para defenderse de la opresion de pueblos y gobiernos.

Este curioso legajo se titula:

Registro delli Capitolazioni, Cattiscerifi, Baratti, Comendamenti, Ogetti, Attestazioni, Sentenze, Ordini dei Bascia', Giudici e Polizze, che si trovano nell' Archivio di questa Procura generale di Terra-Santa.

Bajo la letra H, n.° 1, pag. 369, se lee:

«Instrumento del re saraceno Muzafar contiene: »che non sia dimandato del vino da i religiosi franchi. »Dato alli 13 della luna di Regeb del anno 414.»

Bajo el n.° 2:

«Instrumento del re saraceno Matamad contiene: »che li religios franchi non siano molestati. Dato alli 2 »di Sciaval del anno 501.»

Bajo el n.° 5, pag. 370.

«Instrumento con la sua copia del re saraceno »Amed Ciakmak contiene: che li religiosi franchi non »paghino a quei ministri, che non vengono per gli »affari dei frati... possino sepelire i loro morti, possino »fare vino provizione... non siano obligati a montare »cavalli per forza in Rama; non diano visitare loco »possessioni: che nessuno pretenda d' esser droglo- »romanno, se non alcuno appoggio. Dato alli 10 di »Sefer 609.»

Muchos firmanes empiezan así:

«Copia autenticata d' un commendamento ottenuto »ad instanza dell' ambasciadore di Francia, etc.»

Vemos, pues, á los desgraciados frailes que guardan el sepulcro de Jesucristo, ocupados únicamente por espacio de muchos siglos en defenderse dia por dia de todo género de insultos y tiranía. Les es preciso obtener el permiso para alimentarse, para dar sepultura á sus difuntos, etc.; ya se les obliga á montar á caballo sin necesidad, para hacerles pagar ciertos derechos; ya un turco se declara su dragoman, á su pesar, y exige un salario de la comunidad. Invéntanse contra estos desgraciados frailes las mas caprichosas invenciones del despotismo oriental. En vano consiguen á subido precio unas órdenes que al parecer les ponen á cubierto de tantos ultrajes, porque no se les da cumplimiento; cada año ocurre una nueva opresion y exige un nuevo firman. El juez prevaricador y el príncipe, protector en apariencia, son dos tiranos que se ponen en connivencia, el uno, para cometer una injusticia antes que se dicte la ley, y el otro para vender á precio de oro una ley que no se publica hasta despues de perpetrado el crimen. El registro de los firmanes que obra en poder de los frailes, es un libro precioso, digno bajo todos conceptos de la biblioteca de esos apóstoles que en medio de las tribulaciones, guardan con invencible constancia el sepulcro de Jesucristo. Los religiosos no conocian el valor de aquel catálogo evangélico, y no creian que pudiese interesarme, pues nada digno de atencion veian en él; tan habitual les es el padecer, que se

(1) *Description de la Terre-Sainte*, pág. 436.
(2) *Voyage du Levant*, pág. 409.

asombraban de mi asombro. Confieso que mi admiracion en vista de tantos infortunios, tan animosamente sobrellevados, era grande y sincera; pero, ¡cuánto me enternecia tambien al hallar á cada paso esta fórmula: *Copia de un firman alcanzado á instancia de Mr. el embajador de Francia!* ¡Honor á un país que desde el centro de Europa se ocupa hasta en el fondo del Asia, en la defensa del desvalido, y proteje al débil contra el fuerte! Nunca me ha parecido mi patria mas bella y gloriosa, que cuando he encontrado los rasgos de su beneficencia ocultos en Jerusalém, en el registro donde están inscritos los sufrimientos ignorados y las iniquidades desconocidas del oprimido y del opresor.

Espero que mis sentimientos particulares no me cegarán en tiempo alguno hasta el punto de desconocer la verdad, pues hay una cosa que precede á todas las opiniones: la justicia. Si un filósofo hiciese hoy una obra buena; si hiciese algo mejor, esto es, una buena accion; si mostrase sentimientos nobles y elevados, yo, cristiano, le aplaudiria con toda ingenuidad. ¿Y por qué un filosófo no se conduciria lo mismo respecto de un cristiano? ¿Acaso porque un hombre lleva una capucha, una barba larga y un ceñidor de cuerda, no tomaremos en consideracion sus sacrificios? De mí sé decir que iria á buscar una virtud á las entrañas de la tierra, en la morada de un adorador de Wishnou ó del Gran Lama, para tener la dicha de admirarla; las acciones generosas son harto escasas en nuestros dias, para que no las honremos sea cual fuere el traje con que se nos presenten, y para que nos detengamos á mirar la túnica del sacerdote ó el manto del filósofo.

QUINTA PARTE.

CONTINUACION DEL VIAJE POR JERUSALÉM.

El 10, muy de madrugada, salí de Jerusalém por la puerta de Efraim, siempre acompañado del fiel Alí, con la intencion de examinar los campos de batalla inmortalizados por el Taso. Al llegar al Norte de la ciudad, entre la gruta de Jeremías y los sepulcros de los Reyes, abrí la *Jerusalém libertada*, y me sorprendió desde luego la verdad de la esposicion del poeta:

Gerusalem sovra due colli è posta, etc.

Me serviré de una traduccion que hace innecesario el original: «Solima está situada sobre dos colinas opuestas y de altura desigual: un valle las separa y divide la ciudad, que esta tiene por tres lados un acceso difícil. El cuarto se eleva de un modo suave y casi insensible: este lado es del Norte; unos fosos profundos y unas altas murallas la rodean y defienden.

»En su interior hay cisternas y manantiales de agua viva; sus cercanias son áridas y desnudas, sin fuentes ni arroyos que las rieguen; en ellas no crece flor alguna, ni nunca un árbol prestó amigo asilo contra los rayos del sol, á la sombra de su frondoso ramaje. Unicamente á seis millas de distancia descuella un bosque cuya funesta sombra difunde en torno el horror y la tristeza.

»Hácia el lado que el sol ilumina con sus primeros rayos, el Jordan despliega sus ilustres y afortunadas ondas, y al Occidente muge el Mediterráneo sobre las arenas que lo detienen y aprisionan. Al Norte están Betel, que erigió altares al becerro de oro, y la infiel Samaria. Belém, cuna de un Dios, está en la parte que entristecen las lluvias y las tempestades.»

No puede hallarse una descripcion mas exacta, mas clara y precisa: aunque hubiese sido hecha sobre el terreno, no seria mas ajustada á la verdad. El bosque situado á seis millas del campamento, por la parte de la Arabia, no es una invencion del poeta; Guillermo de Tiro habla del bosque en que el Taso hizo brotar tantas maravillas. Godofredo halló en él oportunos materiales para la construccion de sus máquinas de guerra. Ya se verá cuanto habia estudiado el Taso los originales, cuando traduzca los historiadores de las Cruzadas.

E'l capitano
Poi ch' intorno ha mirato, ai suoi discende.

«No obstante, Godofredo, despues de haber reconocido y examinado todo, fué á incorporarse con los suyos; no ignoraba que en vano atacaria á Solima por los puntos escarpados y de difícil acceso; mandó, pues, levantar las tiendas en frente de la puerta septentrional y en la llanura á que da salida, y las prolongó hasta el pié de la torre angular.

»En este espacio comprendió casi la tercera parte de la ciudad, pues por ningun caso le hubiera sido posible abarcar todo el recinto; pero cerró todo acceso á los auxilios é hizo ocupar todas las avenidas.»

Esto es hallarse en los lugares descritos. El campamento se estiende desde la puerta de Damasco hasta la torre angular, en el nacimiento del torrente Cedron y del valle de Josafat. El terreno que media entre la ciudad y el campamento es tal cual el Taso lo pinta; bastante llano y adecuado para servir de campo de batalla, al pié de los muros de Solima. Aladino está sentado con Herminia sobre una torre construida entre dos puertas, desde donde descubren los combates de la llanura y el campamento de los cristianos. Esta torre descuella al par de otras muchas, entre las puertas de Damasco y de Efraim.

En el segundo libro, en el episodio de Olindo y Sofronia brillan dos exactísimas descripciones de lugar:

Nel tempio de cristiani occulto giace, etc.

«En el templo de los cristianos se levanta un altar en el fondo de un subterráneo desconocido; sobre este altar se ve la imágen de la mujer que el pueblo reverencia como una diosa y como la madre de un Dios muerto y sepultado.»

Esta es la iglesia llamada hoy el *Sepulcro de la Vírgen*; está en el valle de Josafat, y la he mencionado ya; pero el Taso, usando de un privilegio concedido á los poetas, coloca esta iglesia en el interior de Jerusalém.

La mezquita donde la imágen de la Vírgen está colocada cerca del consejo del mágico, es evidentemente la mezquita del Templo.

Io là, donde riceve
L'alta vostra meschita e l'aura e'l die, etc.

«He subido durante la noche á la cúpula de la mezquita, y me he trazado un camino ignorado de todos por la abertura que recibe la luz del dia.»

El primer encuentro de los aventureros, el combate singular de Argante, Oton, Tancredo y Raimundo de Tolosa tiene lugar delante de la puerta de Efraim. Cuando Armida llega de Damasco entra, segun dice el poeta, por la estremidad del campamento. En efecto, las últimas tiendas de los cristianos debian hallarse cerca de la puerta de Damasco, hácia el Occidente.

Coloco la admirable escena de la fuga de Herminia, hácia la estremidad septentrional del valle de Josafat. Cuando la amante de Tancredo, salva la puerta de Jerusalém, seguida de su fiel escudero, *penetra en los valles, y toma unos senderos oblícuos y estraviados*. (Cant. VI, stanz. 96). No sale, pues, por la puerta de Efraim, porque el camino que desde esta puerta conduce al campamento de los Cruzados, pasa por un terreno enteramente llano, sino que prefiere evadirse por la puerta que mira á Oriente, por ser menos sospechosa y hallarse peor guardada.

Herminia llega á un lugar profundo y solitario: *In*

solitaria et ima parte. Detiénese allí y encarga á su escudero que vaya á hablar á Tancredo; este lugar profundo y solitario está muy marcado en la parte alta del valle de Josafat, antes de dar vuelta al ángulo septentrional de la ciudad. Allí Herminia podia esperar con seguridad el regreso de su mensajero, pero no pudo resistir su impaciencia; subió, pues, á la altura, desde donde descubrió las tiendas lejanas. En efecto, al salir del barranco del torrente Cedron, y dirigiéndose hácia el Norte, debia verse á la izquierda el campamento cristiano. Siguen luego estas admirables estancias:

Era la notte, etc.

«Reinaba aun la noche; ninguna nube oscurecia su frente, adornada de estrellas; la naciente luna derramaba su dulce claridad; la enamorada hermosura toma al cielo por testigo de su amor, y el silencio y los campos son los mudos confidentes de su pena.

»Dirige sus inquietas miradas á las tiendas de los cristianos, y esclama: «¡Oh campo de los latinos, »objeto caro á mi vista! ¡Qué aire tan puro se respira »en tí! ¡Cómo reanima y restaura mis exhaustas fuer»zas! ¡Ah! Si el cielo concede algun dia asilo á mi »agitada existencia, solo lo hallaré en tu recinto; ¡no, »no gozaré de reposo sino en medio de las armas!

»¡Oh campo de los cristianos! ¡recibe á la infeliz »Herminia! ¡Obtenga esta en tu seno esa piedad que »el Amor le prometió; esa piedad que, cautiva un »tiempo, halló en el alma de su generoso vencedor! No »reclamo mis Estados, no pido el cetro que me ha sido »usurpado. ¡Oh cristianos! ¡Seré sobrado venturosa, »si puedo tan solo servir bajo vuestras banderas!

»Así hablaba Herminia; mas ¡ah! no preveia los males que le deparaba la impropicia fortuna. Unos rayos de luz reflejados sobre sus armas, hirieron á lo lejos las miradas; su vestido blanco y el tigre de plata que sobre su casco brillaba anunciaron á Clorinda.

»No lejos de allí hay un puesto avanzado, á cuya cabeza están dos hermanos llamados Alcandro y Polifernes.»

Alcandro y Polifernes debian hallarse apostados cerca del sepulcro de los Reyes. Debemos sentir que el Taso no haya descrito estas mansiones subterráneas, pues la indole de su génio le inducia á la pintura de un monumento de esta naturaleza.

No es tan fácil determinar el lugar donde la fugitiva Herminia encuentra al pastor á la orilla del rio; no obstante, como en el pais no hay sino un rio, y Herminia ha salido de Jerusalém por la puerta de Oriente, es probable que el Taso haya colocado esta escena encantadora en las márgenes del Jordan. Convengo que es inconcebible que no haya citado este rio; pero es cierto que este eminente poeta no se ha atenido bastante á los recuerdos de la Escritura, de que Milton sacó tantas bellezas.

Por lo que respecta al lago y al castillo donde la hechicera Armida encierra á los caballeros á quienes ha seducido, el Taso declara que ese lago es el mar Muerto.

Alfin giungemmo al loco, ove già scesse
Fiamma dal cielo, etc.

Uno de los lugares mas hermosos del poema es el ataque del campamento cristiano por Soliman. El sultan marcha á través de las mas espesas tinieblas de la noche; porque, segun la sublime espresion del poeta,

Votó Pluton gli abissi, e la sua notte
Tutta versó dalle Tartar e grotte.

El campo es asaltado por el lado de Occidente. Godofredo, que ocupa el centro del ejército, hácia el Norte, advierte bastante tarde el combate empeñado en el ala derecha. Soliman no pudo arrojarse sobre el ala izquierda, aunque estaba mas próxima al desierto, porque por este lado hay unos barrancos profundos. Los árabes, ocultos durante el dia en el valle de Terebinto, salieron á favor de las sombras, para intentar la libertad de Solima.

Soliman vencido, tomó solo el camino de Gaza. Ismen le encuentra y le hace subir á una carroza que envuelve en una nube, y atravesando juntos el campo de los cristianos, llegan á la montaña de Solima. Este admirable episodio es conforme á las localidades hasta en el esterior del castillo de David, cerca de la puerta de Jafa ó Belém; pero en lo restante hay un error. El poeta ha confundido ó se ha complacido en confundir la torre de David con la torre Antonia, edificada lejos de allí al pié de la ciudad, en el ángulo septentrional del Templo.

Cuando se pisan aquellos lugares, la imaginacion cree ver los soldados de Godofredo salir por la puerta de Efraim, volverse al Oriente, bajar al valle de Josafat, y marchar, á guisa de piadosos é inermes peregrinos, á orar al Eterno en el monte Olivete. Obsérvese que esta procesion cristiana recuerda de una manera notable la pompa de los Panateneos, conducida á Eleusis, entre los soldados de Alcibiades. El Taso, que habia leido todo, que imita sin cesar á Virgilio, Homero y los demás poetas de la antigüedad, ha colocado aquí en hermosos versos una de las mas hermosas escenas de la historia. Añadamos que esta procesion es por otra parte un hecho histórico referido por el Anónimo, el monge Roberto y Guillermo de Tiro.

Hablemos del primer asalto: las máquinas están colocadas delante de las murallas que miran al Septentrion. El Taso es minuciosamente exacto en este lugar:

Non era il foso di palustre limo.
(Che nol consente il loco), o d'acqua molle.

Esto es cierto en sumo grado. El foso que mira al Norte está seco, ó por mejor decir, es un baranco natural como los demás de la ciudad.

En las circunstancias de este primer asalto, el poeta ha seguido su genio sin apoyarse en la historia; y como le convenia no caminar con tanta presteza como el cronista, supone que la máquina principal fue quemada por los infieles, siendo preciso volver á empezar el trabajo. Es cierto que los sitiados prendieron fuego á una de las torres de los sitiadores. El Taso ha amplificado este incidente, segun lo requeria el argumento de su fábula.

Poco despues se empeña el terrible combate de Tancredo y Clorinda: ficcion la mas patética que ha producido la fantasía de un poeta. El lugar de la escena se reconoce fácilmente. Clorinda no puede volver á entrar con Argante por la puerta Dorea; hállase, pues, al pié del Templo, en el valle de Siloé. Tancredo la persigue, y empieza el combate. Clorinda moribunda pide el bautismo, mientras Tancredo, mas desventurado que su víctima, va á buscar agua á una fuente inmediata; esta fuente tiene un lugar determinado:

Poco quindi lontan nel sen del monte
Scaturia mormorando un picciol rio.

Esta es la fuente de Siloé, ó mas bien el manantial de María, que brotó al pié de Sion.

No sé si la pintura de la sequía, en el canto décimotercero, es el trozo mejor escrito del poema; el Taso se muestra en él á la par de Homero y Virgilio. Este trozo, esmeradamente compuesto, tiene una entonacion y una pureza de estilo, de que algunas veces carecen las demás partes de la obra:

Spenta é del cielo ogni benigna lampa, etc.

«Nunca se levanta el sol sino cubierto de vapores de sangriento color, siniestro presagio de un calamitoso dia; nunca se pone sin que unas manchas rojas anuncien otro mas triste. Siempre el mal presente pare-

ce mas cruel por la horrorosa certidumbre del que debe seguirle.

»Marchita cae la flor bajo los rayos abrasadores del sol; la yerba palidece, la tierra se abre, y las fuentes se agotan. Todo esperimenta la cólera celestial, y las áridas nubes que cruzan el espacio, no son otra cosa que inflamados vapores.

»El cielo se asemeja á un negro horno; la vista no halla donde descansar; el céfiro enmudece aprisionado en sus lóbregos antros; el ambiente yace inmoble; y solo algunas veces el hálito abrasador de un viento que sopla del lado de la costa mora, lo agita y lo enciende.

»Las sombras de la noche están abrasadas por el calor del dia; su velo aparece encendido con el fuego de los cometas y cargado de exhalaciones funestas. ¡Oh tierra sin ventura! el cielo te niega su rocío; y moribundas las flores y las yerbas, esperan en vano las lágrimas de la aurora.

»El rocío no baja ya en alas de la Noche á derramar su dulce beleño sobre los desfallecidos mortales, que con apagada voz imploran sus favores sin poder alcanzarlos. La sed, azote el mas cruel de todos, consume á los cristianos; el tirano de la Judea ha inficionado las fuentes con mortales venenos; y en sus letales aguas ocúltanse traidoras las enfermedades y la implacable muerte.

»La fuente Siloé, que pura siempre, les habia ofrecido el tesoro de su cristalina corriente, ora exhausta, arrástrase lenta sobre las arenas que apenas humedece; ¿á qué recurso, ¡ay! apelar? El Erídano desbordado, el Ganges, y el mismo Nilo, cuando salva orgulloso sus orillas y anega el Egipto con sus fecundas aguas, apenas bastarian á saciar sus deseos.

»En el ardor que los devora, su imaginacion les representa cruel los argentados arroyos que vieran correr á través de los frescos céspedes, y las fuentes que han visto brotar del seno amigo de un peñasco y serpentear por las praderas; empero estos cuadros, tan risueños un dia, solo sirven en tales momentos para escitar su amargura y duplicar su desesperacion.

»Aquellos robustos guerreros que han vencido la naturaleza y sus obstáculos; que nunca se han doblado al peso de la ruda armadura; que ni el hierro, ni el temido aparato de la muerte han podido domar; débiles ya, sin aliento ni vigor, oprimen la tierra con su inútil peso; un fuego oculto circula por sus venas, y los mina y los consume.

»El corcel, un tiempo tan altivo, languidece cerca de una yerba árida é insípida; sus piés vacilan, su soberbia cabeza se inclina muellemente sobre el yerto pecho; muéstrase ya insensible al aguijon de la gloria; olvida ya las conquistadas palmas, y esos ricos despojos con que tanto se envaneciera un dia, no le son ya sino un vil y odioso fardo.

»El perro fiel olvida su amo y su albergue; tendido yace sobre el ardiente polvo; y jadeando sin cesar, pretende en vano calmar el fuego que lo devora; que lento y abrasador pesa el aire sobre los pulmones que debia refrescar y fortalecer.»

Esto es magnífica y sublime poesía. Esta pintura, tan bien imitada en *Pablo y Virginia*, tiene el doble mérito de convenir al cielo de la Judea y de hallarse fundada en la historia, puesto que los cristianos sufrieron tan aciaga sequía en el sitio de Jerusalém. Roberto nos ha dejado una descripcion de ella.

En el canto décimocuarto buscaremos un rio que corre por las inmediaciones de Ascalon, y en cuyas orillas vive el ermitaño que reveló á Ubaldo y al caballero dinamarqués los destinos de Reinaldo. Este rio es el torrente Ascalon, ó algun otro mas al Norte, conocido únicamente en tiempo de las Cruzadas, segun el testimonio de D'Anville.

Por lo que respecta á la navegacion de los dos caballeros, el poeta sigue con toda exactitud el órden geográfico. Zarpando de un puerto entre Jafa y Ascalon, y bajando hácia el Egipto, debieron ver sucesivamente á Ascalon, Gaza, Rafia y Damieta. El Taso marca el rumbo hácia el Poniente, aunque al principio era hácia Mediodia; pero no podia entrar en tan secundario pormenor. En último resultado veo que todos los poetas épicos han sido hombres muy instruidos, y conocedores en particular de las obras de los que les habian precedido en la senda de la epopeya: Virgilio traduce á Homero; el Taso imita en cada estancia algun pasaje de Homero, de Virgilio, de Lucano y de Estacio; Milton toma de todos, y une á sus propios tesoros los de sus antecesores.

El canto décimosesto, que pinta los jardines de Armida, nada ofrece á nuestro asunto. En el décimoséptimo hallamos la descripcion de Gaza, y la enumeracion del ejército egipcio; asunto épico magistralmente tratado, en que el Taso revela un profundo conocimiento de la geografía y la historia. Cuando pasé de Jafa á Alejandría, nuestro caique bajó hasta situarse en frente de Gaza, cuya vista trajo á mi memoria este pasaje de la *Jerusalém*:

«En las fronteras de la Palestina, y en el camino que conduce á Pelusa, ve Gaza espirar las olas y sus furores; en su derredor se dilatan inmensas soledades y áridas arenas. El viento que reina sobre el mar, ejerce tambien su imperio sobre estas movibles arenas; y el viajero ve flotar y perderse á merced de las tormentas su inseguro camino.»

El último asalto, en el canto décimonono, es enteramente conforme á la historia. Godofredo hizo atacar la ciudad por tres puntos. El anciano conde de Tolosa batió las murallas entre el Poniente y el Mediodia, en frente del castillo de la ciudad, cerca de la puerta de Jafa; Godofredo atacó por el Norte la puerta de Efraim, y Tancredo acometió á la torre angular, que tomó, andando el tiempo, el nombre de *Torre de Tancredo*.

El Taso se atiene de este modo á las Crónicas en las circunstancias y el resultado del asalto. Ismen, acompañado de dos hechiceras, sucumbió al golpe de una piedra arrojada por una máquina; en efecto, dos magas perecieron bajo el muro, en la toma de Jerusalém. Godofredo levanta sus ojos, y ve á los guerreros celestiales que pelean en su favor por todas partes. Es una hermosa imitacion de Homero y Virgilio, y además una tradicion del tiempo de las Cruzadas: «Los muertos »fueron enterrados con los vivos, dice el padre Nau; »porque muchos de los ilustres cruzados, que habian »perecido en diferentes ocasiones, antes de entrar, y »entre otros Adhemar, virtuoso y solícito obispo del »Puy en Auvernia, se presentaron sobre las murallas, »como si hubiese faltado á la gloria que poseian en la »Jerusalém celestial la de visitar la terrestre, y adorar »el Hijo de Dios en el trono de sus ignominias y sufri»mientos, como le adoraban en el de su magestad y »poder.»

La ciudad fue tomada, segun refiere el poeta, por medio de unos puentes que desde las máquinas iban á dar sobre las murallas. Godofredo y Gaston de Foix habian dado el diseño de estas máquinas, construidas por unos marineros pisanos y genoveses. Por consiguiente, todo es verdadero en este asalto en que el Taso desplegó todo el calor de su genio caballeresco, si se esceptua lo que se refiere á Reinaldo, pues como este héroe es de pura invencion, sus hechos deben ser imaginarios. No habia guerrero alguno llamado *Reinaldo de Este* en el sitio de Jerusalém: el primer cristiano que se arrojó á sus murallas, no fue un caballero llamado Reinaldo, sino *Etoldo*, gentil-hombre flamenco de la comitiva de Godofredo, y á quien siguieron este y Guicher. La estancia en que el Taso pinta el estandarte de la cruz, cubriendo con su sombra las torres de Jerusalém, es sublime:

«El estandarte vencedor tremola suelto en los aires; respetuosos los vientos soplan mas plácidos, mas ra-

diante el sol lo dora con sus rayos; los dardos y las flechas se desvian ó retroceden á su aspecto, mientras Sion y la colina parecen inclinarse para ofrecerle el homenaje de su alegría.»

Todos los historiadores de las Cruzadas hablan de la piedad de Godofredo, de la generosidad de Tancredo, y de la justicia y prudencia del conde de Saint-Gilles; la misma Ana Comneno hace el elogio de este; el poeta, pues, nos ha pintado los héroes que conocemos; y cuando inventa caracteres, es por lo menos, fiel á las costumbres. Argante es el verdadero mameluco:

L'altro é Circasso Argante, uom che straniero.

«El otro es Argante el circasiano: aventurero desconocido á la córte de Egipto, que se ha colocado en la categoría de los sátrapas. Su valor le ha investido con los primeros honores de la guerra. Impaciente, inexorable, salvaje, infatigable, invencible en los combates, despreciador de todos los dioses, su espada es su razon y su ley.»

Soliman es un verdadero sultan de los primeros tiempos del imperio turco. El poeta, que ningun recuerdo entrega al olvido, hace del sultan de Nicea uno de los antepasados del gran Saladino; y se ve que se propuso pintar á este bajo los rasgos de su abuelo. Si la obra de Berthereau viese alguna vez la luz pública, los héroes mulsumanes de la *Jerusalém* serian mejor conocidos. El citado Berthereau habia traducido los autores árabes que se han ocupado de la historia de las Cruzadas. Esta preciosa traduccion debia formar parte de la coleccion de los historiadores de Francia.

No puedo señalar el lugar donde el feroz Argante recibió la muerte de mano del generoso Tancredo; pero es preciso hallarlo en los valles situados entre el Poniente y el Norte, pues no puede colocársele al Oriente de la torre angular sitiada por Tancredo, porque en tal caso Herminia no le hubiese encontrado herido, cuando volvia de Gaza acompañada de Vafrin.

Respecto de la última accion del poema, que ocurrió cerca de Ascalon, el Taso la ha colocado, con un tacto esquisito bajo los muros de Jerusalém. En la



CENTINELA TURCO.

historia esta accion es insignificante; pero en el poema es una batalla superior á las de Virgilio, é igual á los mayores combates de Homero.

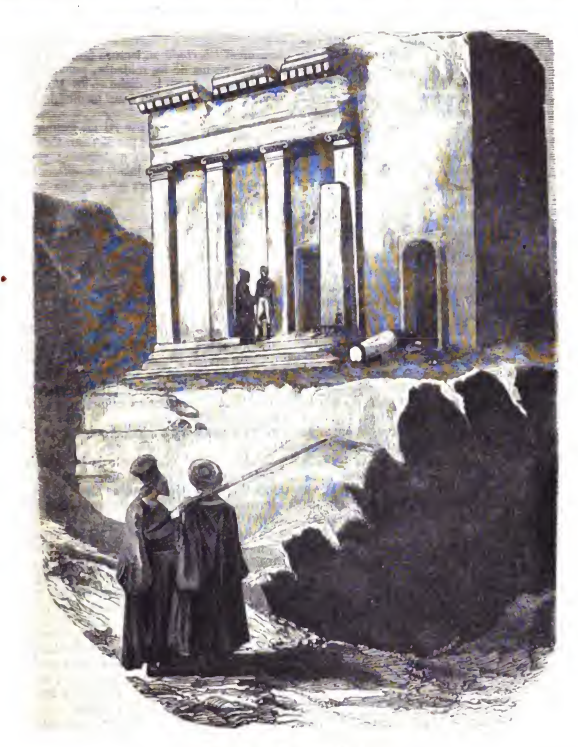
Voy ahora á trasladar aquí el sitio de Jerusalém, tomado de nuestras antiguas Crónicas: los lectores pueden comparar el poema con la historia.

El monge Roberto es el mas frecuentemente citado entre todos los historiadores de las Cruzadas. El Anónimo de la coleccion titulada *Gesta Dei per Francos*, es mas antiguo, pero su narracion es demasiado descarnada; Guillermo de Tiro peca por el estremo opuesto. Es preciso, por lo tanto, referirse al monge Roberto, pues aunque su latinidad es afectada, y copia los giros de los poetas, por esta misma razon, no obstante sus juegos de palabras y sus pesados retruécanos (1), es menos bárbaro que sus contemporáneos, y tiene por otra parte cierta crítica y una imaginacion brillante.

«El ejército se formó en derredor de Jerusalém del modo siguiente: el conde de Flandes y el de Normandía desplegaron sus tiendas hácia el Norte, no lejos de la iglesia construida en el lugar donde fue apedreado San Estéban proto-mártir; Godofredo y Tancredo se situaron al Occidente; el conde de Saint-Gilles acampó al Mediodia, sobre el monte Sion, al rededor de la iglesia de María, madre del Salvador, en otro tiempo la casa donde el Señor celebró la Cena con sus Discípulos. Así dispuestas las tiendas, mientras las tropas fatigadas del camino descansaban y construian las máquinas propias para el combate, Raimundo Pileto y

(1) *Papa Urbanus urbano sermone peroravit, etc.; Vallis speciosa et spatiosa, etc.* Tal es el gusto literario de la época.

Raimundo de Turena, salieron del campamento seguidos de otros muchos, á visitar los lugares vecinos, temiendo ser sorprendidos por los enemigos antes que los Cruzados pudiesen prepararse, y encontraron en su camino á trescientos árabes; empeñado el choque, dieron muerte á muchos de ellos y les cogieron treinta caballos. El segundo dia de la tercer semana (13 de junio de 1099), los franceses atacaron á Jerusalém, pero no pudieron tomarla en dicho dia. Sin embargo, su trabajo no fue infructuoso, pues destruyeron la antemuralla, y aplicaron las escalas á la principal; y si hubieran tenido suficiente número de ellas, este primer esfuerzo hubiera sido el último. Los que subieron al muro pelearon mucho tiempo con la espada y las armas arrojadizas. Muchos de los nuestros sucumbieron en este asalto; pero la pérdida de los sarracenos fue mucho mayor; la noche puso fin á la accion y dió descanso á entrambos partidos. No obstante, la inutilidad de este primer esfuerzo ocasionó á nuestro ejército un largo trabajo y muchas penalidades, porque nuestras tropas carecieron de pan por espacio de diez dias, hasta que nuestras naves llegaron al puerto de Jafa. Además, sufrieron mucho á causa de la sed; la fuente de Siloé, situada al pié del monte Sion, suministraba apenas agua á los hombres, siendo preciso llevar á beber los caballos y demás animales á seis millas del campamento, haciéndoles acompañar de una numerosa escolta.



SEPULCRO EN EL VALLE DE SILOÉ.

. . . .

«No obstante, la flota que llegó á Jafa proporcionó víveres á los sitiadores, pero no sufrieron menos los rigores de la sed; esta fue tan terrible durante el sitio, que los soldados hacian escavaciones en la tierra y apretaban sobre sus labios los terrones húmedos; lamian las piedras mojadas de rocio, bebian un agua fétida, que habia estado encerrada mucho tiempo en

pieles de búfalos y diferentes animales; y muchos se abstenian de comer, esperando templar la sed por medio del hambre.

. . . .

«Los generales hacian llevar desde muy lejos gruesos maderos para construir máquinas y torres. Terminadas estas, Godofredo colocó la suya al Oriente de la ciudad, y el conde de Saint-Gilles estableció otra enteramente igual hácia el Mediodia. Tomadas estas disposiciones, el quinto dia de la semana los Cruzados ayunaron y distribuyeron limosnas á los pobres; el sesto, que era el 12 de julio, la aurora se levantó resplandeciente; los guerreros escogidos subieron á las torres, y arrojaron escalas sobre los muros de Jerusalém. Los hijos ilegítimos de la Ciudad Santa se asombraron y estremecieron al verse sitiados por tan imponente multitud. Pero como se veian por todas partes amenazados de la muerte, y consideraban segura su derrota, solo pensaron en vender cara su vida. Godofredo se mostraba en lo alto de su torre, no como un infante, sino como un arquero. El Señor dirigia su mano en el combate, y todas las flechas que disparaba atravesaban de parte á parte al enemigo. A su lado peleaban sus hermanos Balduino y Eustaquio, cual dos leones al lado de un leon; recibian terribles golpes de piedra y dardos, y los devolvian con usura.

«En tanto que así se batallaba sobre las murallas de la ciudad, verificábase en derredor de ellas una procesion con las cruces, las reliquias y los sagrados altares. La suerte de las armas se mantuvo indecisa durante una parte del dia; pero á la hora en que el Salvador del mundo entregó su espíritu, un guerrero llamado *l' Etolde*, que guerreaba en la torre de Godofredo, fue el primero que saltó á las murallas de la ciudad; siguióle Guicher; aquel Guicher que habia derribado un leon; Godofredo fue el tercero que se arrojó, y todos los demás caballeros siguieron el ejemplo de su caudillo. Abandónanse entonces arcos y flechas, y no brilla otra arma que la espada. Al ver esto, el enemigo abandona las murallas y baja á la ciudad, mientras los soldados de Cristo los persiguen con gran gritería.

«El conde de Saint-Gilles, que por su parte hacia extraordinarios esfuerzos para acercar sus máquinas á la ciudad, oyó este clamoreo, y dijo á sus soldados: «¿Por qué permanecemos aquí? Los franceses son dueños de Jerusalém, y la hacen resonar con sus voces y sus golpes.» Esto dicho, adelantóse rápidamente hácia la puerta inmediata al castillo de David, y llamando á los que lo guarnecian les intimó la rendicion. No bien el emir reconoció al conde de Saint-Gilles, le abrió la puerta, confiándose á la lealtad de este respetable guerrero.

«Pero Godofredo se esforzaba, al frente de los franceses, en vengar la sangre cristiana derramada en el recinto de Jerusalém, y queria castigar á los infieles por los ultrajes que habian hecho á los peregrinos. Nunca se mostrara tan terrible, ni aun cuando luchara con el gigante (1), en el puente de Antioco. Guicher y muchos miles de guerreros escogidos hendian á los sarracenos desde la cabeza hasta la cintura, ó los dividian por medio del cuerpo. Ninguno de nuestros soldados se mostró cobarde, porque nadie oponia resistencia (2). Los enemigos solo intentaban huir; pero la fuga les era imposible, pues al precipitarse en desordenado tropel, se atropellaban entre sí. Los pocos que lograron escaparse se encerraron en el templo de Salomon, donde se defendieron mucho tiempo. Como el dia empezaba á declinar, nuestros soldados invadieron el templo, y poseidos de furor degollaron á todos los que hallaron en él, siendo tan atroz la carniceria, que los cadáveres mutilados eran arrastrados por las olas de sangre hasta el atrio; y las manos y los brazos cortados flotaban sobre esta sangre, é iban á unirse á cuerpos á que no habian pertenecido.» ×

Al acabar de describir los lugares celebrados por el Taso, esperimento un placer por haber sido el primero en tributar á un poeta inmortal el mismo honor que otros han tributado antes que yo á Homero y Virgilio. Todo el que sea sensible á la hermosura, al arte y al interés de una composicion poética, á la riqueza de los pormenores, á la verdad de los caracteres y á la generosidad de los sentimientos, debe hacer de la ***Jerusalém libertada*** su lectura favorita. Es especialmente el poema de los soldados, pues respira el valor y la gloria; y, como he dicho en los ***Mártires***, parece escrito sobre un escudo en medio de los campamentos.

Cerca de cinco horas invertí en examinar el teatro de los combates cantados por el Taso. Este teatro ocupa menos de media legua de terreno; y el poeta ha señalado con tanta fidelidad los diferentes lugares de su accion, que basta una ojeada para reconocerlos.

Al entrar en la ciudad por el valle de Josafat, hallamos la caballería del pachá, que regresaba de su espedicion. No es posible formarse una idea del aire de triunfo y de alegría de aquella tropa vencedora de los carneros, las cabras, los asnos y los caballos de algunos infelices árabes del Jordan.

Debo ahora hablar del gobierno de Jerusalém; constitúyenlo:

1.° Un *mosallam ó sangiachey*, jefe militar.
2.° Un *mula-cady*, ó ministro de policía.
3.° Un *mufti*, jefe de los santones y letrados.
(Cuando este mufti es un fanático ó un perverso, como el que se hallaba en mi tiempo en Jerusalém, es la mas tiránica de todas las autoridades para los cristianos).
4.° Un *muteleny* ó aduanero de la mezquita de Salomon.
5.° Un *susbachy* ó preboste de la ciudad.

Estos tiranuelos dependen, á escepcion del mufti, de un tirano principal, que es el pachá de Damasco.

Jerusalém está incluida en el pachalato de Damasco, sin que se sepa el por qué, si ya no es á causa del sistema destructor que los turcos siguen naturalmente y por instinto. Separada de Damasco por las montañas, y mas aun por los árabes que infestan los desiertos, Jerusalém no puede hacer llegar sus quejas al pachá cuando los gobernadores la oprimen. Mas natural seria que dependiese del pachalato de Acre, que está en sus inmediaciones; en tal caso, los francos y los padres latinos se colocarian bajo la proteccion de los cónsules residentes en los puertos de Siria, y los griegos y los turcos podrian hacer oir su voz; pero esto es precisamente lo que se procura evitar; se quiere una esclavitud muda y no unos oprimidos insolentes que se atrevan á decir que se les tiraniza.

Jerusalém, por consiguiente, está entregada á un gobernador casi independiente, que puede consumar con plena impunidad el mal que le place, con tal que haga al pachá partícipe de sus ilícitas ganancias. Sabido es que en Turquía todo superior tiene el derecho de delegar sus poderes á un inferior; poderes que siempre se estienden á vidas y haciendas. Mediante algunas *bolsas*, un genízaro se convierte en un pequeño agá, que puede á su antojo quitar la vida á cualquiera, ó permitirle que rescate su cabeza. De esta manera se multiplican los verdugos en todas las poblaciones de la Judea. Lo único que se oye en este país, la única justicia de que se trata, es: *Pagará diez, veinte, treinta bolsas; se le darán quinientos palos; se le cortará la cabeza*. Un rasgo de injusticia induce á otra mayor. Si se despoja á un habitante, es indispensable despojar á su vecino, porque para sustraerse

(1) Era un sarraceno de gigantesca estatura, á quien Godofredo partió por mitad de una cuchillada, en el puente de Antioco.

(2) ¡Donosa reflexion!

× Jamás he leído disparates como estos, y eso que el monje Roberto es, según el autor, "el menos bárbaro de sus contemporáneos" ¿Pues si llega a ser el más bárbaro, qué hubiera escrito?

á la hipócrita integridad del pachá es preciso tener, por medio de un segundo crímen, con que pagar la impunidad del primero.

Alguno creerá tal vez que el pachá, al recorrer su jurisdiccion, aplicará el conveniente remedio á tamaños males, vengando á los pueblos; pero es el caso que el pachá es á su vez el azote mas cruel de los habitantes de Jerusalém; témese su llegada como la de un jefe enemigo; ciérranse las tiendas; todos se ocultan en los subterráneos, y fingen hallarse moribundos sobre sus esteras, ó huyen á la montaña.

Puedo patentizar la verdad de estos hechos, pues me hallaba en Jerusalém cuando llegó el pachá. Abdallah es un hombre dominado por una avaricia sórdida, como casi todos los musulmanes; en su calidad de caudillo de la caravana de la Meca, y bajo pretesto de procurarse dinero para protejer mejor á los peregrinos, se cree con derecho á multiplicar las exacciones; y al efecto no hay ardid que no invente. Uno de los que emplea con mas frecuencia es fijar á los comestibles un *maximum* muy bajo. El pueblo se regocija, pero los mercaderes cierran sus tiendas. La carestía empieza, y entonces el pachá entra en negociaciones secretas con ellos, y les concede, mediante cierto número de bolsas, el permiso de vender á los precios que les acomode. Los mercaderes procuran recobrar el dinero que han dado al pachá, espendiendo los géneros á precios escesivos; y el pueblo, presa del hambre segunda vez, se ve precisado á despojarse de su último vestido, para procurarse el sustento.

He visto cometer á Abdallah una vejacion aun mas ingeniosa. He dicho que habia enviado su caballeria á saquear los árabes que cultivaban las orillas opuestas del Jordan. Estos desdichados que habian pagado el *miri*, y que no se juzgaban en guerra, se vieron sorprendidos en medio de sus tiendas y rebaños. Los satélites del rapaz Abdallah les robaron dos mil doscientas cabras y carneros, noventa y cuatro vacas, mil asnos y seis yeguas de la mejor raza; solo se escaparon los camellos, aunque fueron cogidos veinte y seis; pues habiéndoles llamado un sheik, le siguieron: estos fieles hijos del desierto fueron á llevar su leche á sus dueños en la montaña, como si hubiesen adivinado que no tenian otro alimento.

Un europeo no podria adivinar lo que el pachá hizo de este botin. Pues bien: señaló á cada animal un precio duplo de su valor. Tasó cada cabra y cada carnero en veinte piastras, y cada vaca en ochenta. Estas reses, asi tasadas, se entregaron á los carniceros, á diferentes particulares de Jerusalém, y á los gobernadores de las poblaciones inmediatas; fue, pues, indispensable tomarlas y pagarlas bajo pena capital. Confieso que si no hubiera visto con mis propios ojos esta doble iniquidad, me pareceria absolutamente imposible. Por lo que toca á los asnos y caballos quedaron en poder de sus dueños; porque, por un estraño convenio entre estos ladrones, los animales de pezuña hendida pertenecen al pachá, en estas reparticiones, y las restantes bestias á los soldados.

Despues de saquear á Jerusalém, el pachá se retira. Pero á fin de no pagar á los guardas de la ciudad y para aumentar la escolta de la caravana de la Meca, lleva consigo á los soldados. El gobernador queda solo con una docena de esbirros, que no pueden bastar para el servicio de la policía interior, y menos aun para la del país. El año anterior al de mi viaje se vió precisado á ocultarse en su casa, para librarse de unas partidas de ladrones que recorrian las murallas de Jerusalém, y que estuvieron á punto de entrar á saco en ella.

No bien se ha alejado el pachá, empieza otro mal, necesaria consecuencia de su brutal opresion. Las poblaciones devastadas se insurreccionan y se acometen mútuamente para entregarse á sus hereditarias venganzas. Todas las comunicaciones quedan interrumpidas; la agricultura perece, y el campesino tala durante la noche la viña ó corta el olivo de su vecino. El pachá vuelve al año siguiente y exige el mismo tributo en un país cuya poblacion ha disminuido. Necesita, pues, redoblar la opresion y esterminar tribus enteras. El desierto se ensancha poco á poco; ya no se ve de distancia en distancia sino algunas chozas arruinadas, y á su puerta cementerios siempre crecientes; cada año ve desaparecer una cabaña y una familia; y en breve, solo queda en pié el cementerio para indicar el sitio donde se alzaba la poblacion.

Al volver al convento á las diez de la mañana, acabé de visitar la biblioteca, en la que hallé, además del registro de los firmanes, un manuscrito autógrafo del sabio Cuaresmio. Este manuscrito latino tiene por objeto, como las obras impresas del mismo autor, investigaciones relativas á la Tierra-Santa. Algunas otras carpetas contenian ciertos papeles turcos y árabes, concernientes á los negocios del convento, ciertas cartas de la congregacion, misceláneas, etc.; ví tambien algunos tratados de los Padres de la Iglesia, muchas peregrinaciones á Jerusalém, la obra del abate Mariti, y el escelente Viaje de Mr. de Volney. El padre Clemente Perés habia creido descubrir algunas ligeras inexactitudes en este Viaje, y las habia anotado en unas hojas sueltas que me regaló.

Habia visto todo en Jerusalém, y conocia su interior y esterior mucho mejor de lo que conozco el interior y esterior de Paris; por lo cual empecé á pensar en mi partida. Los religiosos de Tierra-Santa se dignaron dispensarme un honor que ni habia solicitado ni merecido. En consideracion á los pequeños servicios que, segun decian, habia hecho á la religion, me pidieron aceptase la órden del Santo Sepulcro. Esta órden, muy antigua en la cristiandad, aun sin hacer subir su origen á Santa Elena, era en otro tiempo muy conocida en Europa; pero en la actualidad solo se halla en Polonia y España; el guardian del Santo Sepulcro es el único que tiene el derecho de conferirla.

Salimos á la una del convento, y nos dirigimos á la iglesia. Entramos en la capilla de los frailes latinos, y cerramos las puertas para que los turcos no viesen las armas, lo que hubiese costado la vida á los religiosos. El guardian se cubrió con sus vestiduras pontificales; encendiéronse las lámparas y los cirios; todos los frailes formaron un circulo en mi derredor, cruzados los brazos sobre el pecho. Mientras cantaban en voz baja el *Veni Creator*, el guardian subió al altar y me arrodillé á sus piés. Sacáronse del tesoro del Santo Sepulcro las espuelas y la espada de Godofredo de Bullon, y dos frailes en pié sostenian á mi lado tan venerables insignias. El oficiante recitó las preces de costumbre, y me hizo las preguntas de fórmula. Calzóme luego las espuelas, dióme tres golpes en el hombro con la espada, y me abrazó. Los religiosos entonaron el *Te Deum*, mientras el guardian rezaba esta oracion sobre mi cabeza:

«Señor, Dios omnipotente, derrama tu gracia y tus »bendiciones sobre este servidor tuyo, etc.»

Estas ceremonias no son sino el recuerdo de unas costumbres que ya no existen. Pero si el lector piensa en que me hallaba en Jerusalém, en la iglesia del Calvario, á doce pasos del sepulcro de Jesucristo, y á treinta del sepulcro de Godofredo de Bullon; que acababa de calzar la espuela del libertador del Santo Sepulcro, y de tocar aquella larga y ancha espada de hierro que esgrimia en otro tiempo una mano tan noble y leal; si recuerda estas circunstancias, unidas á mi vida aventurera, mis viajes por tierra y mar, adivinará sin esfuerzo cuan conmovido me sentiria. Por lo demás, aquella ceremonia no podia serme indiferente: yo era francés, y Godofredo de Bullon lo era tambien; y sus antiguas armas me comunicaron al tocarme un nuevo amor á la gloria y al honor de mi patria.

Recibí mi diploma autorizado con la firma del guardian y el sello del convento. Con este brillante diploma de caballero, me fue entregada mi humilde patente de peregrino; conservo entrambos documentos como un monumento de mi paso por la tierra del antiguo viajero Jacob.

Ahora que me dispongo á abandonar la Palestina, es preciso que el lector se traslade conmigo fuera de las murallas de Jerusalém, para dirigir la última mirada á esta ciudad estraordinaria.

Detengámonos primero en la gruta de Jeremias, cerca de los sepulcros de los Reyes. Esta gruta es bastanta espaciosa, y su bóveda está sostenida por un pilar de piedra; en ella, segun se dice, hizo oir el Profeta sus *Lamentaciones*, que parecen compuestas á la vista de la moderna Jerusalém; ¡tan al vivo pintan el estado de esta desolada ciudad!

«¿Qué causa pudo haber, para que una ciudad tan poblada, tan rica y deliciosa, se vea ahora tan solitaria, y despojada de todos sus adornos y bellezas? ¿Cómo es que la que sujetó tantos pueblos á su dominio, y era mirada como la reina de las provincias, se halle al presente como viuda y huérfana, sin rey, sin templo, sin pontífice, sin magistrados, y sufriendo el ignominioso yugo de los caldeos?

»Sus caminos se ven desiertos, y no hay quien vaya á adorar al Señor en sus mayores solemnidades: derribadas por tierra sus puertas, gimen y suspiran sus sacerdotes: sus doncellas se muestran desaliñadas y desfiguradas, y ella suspira penetrada toda de amarga pena.

»¡Oh vosotros, todos los que pasais al lado de Jerusalém por el camino, ved, contemplad, y decidme, si hay alguno que tenga materia de sentir y de dolerse, que se pueda comparar con la que yo tengo!

»Tenia el Señor determinado derribar los soberbios muros de la hija de Sión; y para esto tendió su cuerda, como hacen los arquitectos cuando quieren nivelar, ó igualar algun terreno. Y cuando hubo comenzado la obra, no apartó de ella la mano hasta haberlo todo destruido, é igualado con el suelo. Cayó, pues el muro, y todo lo que tenia delante, que le servia de resguardo.

»Las puertas de la ciudad y del Templo se vieron sepultadas en sus ruinas, fueron rotas y quebrantadas las barras y cerrojos que las aseguraban: su rey y sus príncipes, llevados cautivos, gimen la pérdida de su libertad entre las naciones: cesó la esposicion de la ley y su observancia, por lo que mira á lo ceremonial y sacrificios: enojado el Señor, ni aun á los verdaderos profetas quiso dar sus respuestas.

»Al considerar y ver tan grandes miserias, se debilitaron mis ojos, y casi cegaron de llorar sin cesar y sin consuelo, sintiendo dentro de mí conmovidas todas mis entrañas: no cabia en el pecho mi corazon al ver el quebranto de mi pueblo, y cómo desfallecian de hambre y de sed en medio de las calles los niños, y aun los tiernos infantes, que llevaban las madres pendientes de sus pechos.

»¿Qué ejemplo de calamidad pública y de quebranto podré yo hallar para compararle con el tuyo, hija de Jerusalém, y darte por este medio algun consuelo? ¿con cuales penas igualaré las tuyas, hija de Sión, para que respires algun tanto, siendo como las aguas del mar sin límites ni término?

»Pero quedaste burlada, porque todos los que pasaban cerca de tus muros, te insultaban y escarnecian en tus desgracias, y meneando la cabeza, decian: ¿Este es el paradero de aquella grande, hermosa y gloriosa Jerusalém, que llenaba de gozo toda la tierra?»

Vista desde el monte de los Olivos, al otro lado del valle de Josafat, Jerusalém presenta un plano inclinado sobre un suelo que baja desde Occidente á Oriente. Un muro almenado, fortificado con algunas torres y con un castillo gótico, encierra el casco de la ciudad, dejando libre, no obstante, una parte del monte Sión que en otro tiempo comprendia.

En la region del Poniente y en el centro de la ciudad hácia el Calvario, las casas se estrechan bastante; pero hácia el Oriente y á lo largo del valle del Cedron, se descubren unos espacios vacios, entre otros, el recinto que se estiende al rededor de la mezquita edificada sobre las ruinas del Templo, y el terreno casi abandonado donde se alzaban el castillo Antonia y el segundo palacio de Herodes.

Las casas de Jerusalém son unas pesadas masas cuadradas, muy bajas, sin chimeneas y sin ventanas, terminando en unas azoteas aplanadas ó en cúpula y se asemejan á unos calabozos ó á unos sepulcros. Todo se presentaria bajo un mismo nivel, si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, las copas de algunos cipreses, y los bosquecillos de nópalos no interrumpiesen la triste uniformidad del plano. A la vista de aquellas casas de piedra, encerradas en un paisage de piedras, puede creerse que son los confusos monumentos de un cementerio en medio de un desierto.

Si entrais en la ciudad, nada os consolará de la tristeza esterior; os perdereis en unas callejuelas no empedradas que suben y bajan en un piso desigual, y caminais envueltos en nubes de polvo ó entre guijarros que ruedan á vuestro paso. Los toldos sostenidos de una casa á otra aumentan la oscuridad de este laberinto; y los bazares abovedados é infectos acaban de privar de luz á la desolada ciudad; algunas mezquinas tiendas no ofrecen al público sino la miseria; y por lo regular están cerradas por temor al paso de un cadí. A nadie se ve en las calles, á nadie en las ventanas; solo algunas veces un paisano se desliza á través de las tinieblas, ocultando bajo sus vestidos los frutos de su labor, temiendo ser robado por el soldado; en un apartado rincon el carnicero árabe deguella alguna res colgada por las patas á una tapia arruinada; y al ver el semblante sombrio y fosco de este hombre, pudiera creerse que mas bien que de degollar un cordero, acaba de perpetrar un homicidio. El único rumor que por intérvalos se percibe en la ciudad deicida, es el galope de la yegua del desierto, en que monta el genízaro que lleva la cabeza del beduino, ó que va á saquear el Fellah.

En medio de esta desolacion estraordinaria, es preciso detenerse un momento para contemplar cosas aun mas estraordinarias. Entre las mudas ruinas de Jerusalém, dos clases de pueblos independientes encuentran en su fe los recursos que bastan para sobrellevar tantos horrores y miserias. Allí viven unos religiosos cristianos, á quienes nada puede inducir á abandonar el sepulcro de Jesucristo: ni latrocinios, ni malos tratamientos, ni amenazas de muerte. Sus cánticos resuenan dia y noche en derredor del Santo Sepulcro; y despojados á la mañana por un gobernador turco, la tarde les encuentra al pié del Calvario, orando en el lugar donde Jesucristo sufrió por la salvacion de los hombres. En su frente se retrata la paz del ama, y sus labios sonrien. Sin poder y sin soldados, protegen poblaciones enteras contra la iniquidad. Maltratados por el palo y el sable, las mujeres, los niños y los rebaños, se refugian en los claustros de aquellos solitarios. ¿Quién impide al protervo armado perseguir su presa y demoler tan debiles murallas? la caridad de los religiosos, pues se privan de los últimos recursos de la vida para rescatar á sus suplicantes. Turcos, árabes, griegos, cristianos y cismáticos, todos se entregan á la proteccion de unos pobres religiosos, que no pueden defenderse á sí mismos. Aquí debemos reconocer con Bossuet, que «las manos levantadas al cielo des»truyen mas batallones que las armadas de flechas.»

Mientras la nueva Jerusalém sale así *del desierto, brillante de claridad*, dirigid una mirada entre el monte Sión y el Templo: ved ese otro pueblo que vi-

ve separado del resto de los habitantes de la ciudad. Objeto particular del general desprecio, dobla la cerviz sin quejarse; sufre todas las injurias sin pedir justicia; se deja abrumar á golpes sin exhalar un suspiro, y si se le pide la cabeza, la entrega impasible á la cimitarra. Si algun miembro de esta sociedad proscrita, deja de existir, su compañero irá á enterrarle furtivamente á favor de la noche, en el valle de Josafat, á la sombra del templo de Salomon. Penetrad en la mansion de ese pueblo, y le hallareis sumido en una miseria horrorosa, haciendo leer un libro misterioso á sus hijos que á su vez le harán leer á los suyos. Ese pueblo hace hoy lo mismo que hacia há cinco mil años.

Ha asistido diez y siete veces á la ruina de Jerusalém, y nada puede impedirle que dirija á Sion sus tristes miradas. Cuando vemos á los judíos dispersos por la tierra, segun la palabra de Dios, nos asalta sin duda la sorpresa; pero para que esta raye en lo sobrenatural, es preciso verlos en Jerusalém; es preciso ver á esos legítimos señores de la Judea, esclavos y extranjeros en su propia patria; es preciso verlos esperando, bajo todas las formas posibles de la opresion, un rey que ha de venir á libertarles. Abrumados por la cruz que los condena, y que está plantada sobre sus cabezas; ocultos cerca del Templo, de que no queda piedra sobre piedra, permanecen en su deplorable ceguedad. Los persas, los griegos y los romanos han desaparecido de la tierra; y un reducido pueblo, cuyo orígen precedió al de estos grandes pueblos, subsiste aun sin mezcla en los desfigurados escombros de su patria. Si alguna cosa presenta en las naciones el sello del milagro, creo que este sello se encuentra aqui. En efecto, ¿hay algo mas maravilloso, aun á los ojos del filósofo, que este encuentro de la antigua y la nueva Jerusalém al pié del Calvario: la primera, afligiéndose al aspecto del sepulcro de Jesucristo resucitado; la segunda, consolándose al lado de la única tumba que no tendrá cuenta alguna que dar al espirar los siglos?

Di gracias á los frailes por su benévola hospitalidad, y les deseé con toda mi alma una felicidad que no esperan en este mundo; que, próximo á separarme de ellos, esperimentaba una verdadera tristeza. No conozco un martirio comparable al de estos desventurados religiosos: el estado en que viven se parece al en que se vivia en Francia bajo el reinado del Terror. Yo me disponia á regresar á mi patria, á abrazar á mis parientes, á ver á mis amigos, y á gozar de las dulzuras de la vida; y aquellos religiosos, que tambien tenian parientes, amigos y patria, quedaban desterrados en aquella tierra de esclavitud. No todos tienen esa fuerza de alma que nos hace insensibles á las amarguras; así, pues, he oido algunas quejas que me han hecho conocer la estension del sacrificio. ¿No halló Jesucristo amargo su cáliz en aquellos mismos lugares? Y no obstante, lo bebió hasta las heces.

El 12 de octubre monté á caballo con Alí-Aga, Juan, Julian y el dragoman Miguel, y al ponerse el sol salimos de la ciudad por la puerta de los Peregrinos. Atravesamos el campamento del pachá, y me detuve antes de bajar al valle de Terebinto para mirar por última vez á Jerusalém, sobre cuyas murallas descubrí la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro, que no tornará á ser saludada por el peregrino, porque ya no existe, y el sepulcro de Jesucristo está actualmente espuesto á las injurias de la intemperie. En otro tiempo toda la cristiandad hubiera corrido para reparar el sagrado monumento; hoy, empero, nadie piensa en ello, y la mas pequeña limosna empleada en esta obra meritoria, pareceria una supersticion ridícula. Despues de contemplar durante algun tiempo á Jerusalém, me interné en las montañas. Eran las seis y media cuando perdí de vista la Ciudad Santa: el navegante señala así el momento en que desaparece á su vista una tierra lejana que no debe tornar á ver.

En el valle de Terebinto hallamos á los caudillos de los árabes de Jeremías, Abou-Gosh y Giaber, que nos esperaban; llegamos á Jeremías á las doce de la noche, y comimos un cordero que Abou-Gosh nos habia hecho preparar. Quise darle algun dinero, pero se negó á tomarlo, y me rogó únicamente le enviase dos cargas de arroz de Damieta, cuando me hallase en Egipto, lo que le ofrecí hacer con la mejor voluntad, y no obstante, no me acordé de mi promesa sino en el momento de embarcarme para Túnez. No bien se restablezcan nuestras relaciones con el Levante, Abou-Gosh recibirá su arroz de Damieta, y verá que un francés puede carecer de memoria, pero nunca de palabra. Espero que los muchachos beduinos de Jeremías darán la guardia á mi presente, y que dirán aun: «¡Adelante! ¡Marchen!»

El 13 á mediodia, llegué á Jafa.

SESTA PARTE.

VIAJE POR EGIPTO.

Grande fue mi perplejidad á mi regreso á Jafa, pues no habia en el puerto ni un bajel, lo que me hacia dudar entre el proyecto de ir á embarcarme á San Juan de Acre, y el de trasladarme por tierra á Egipto. Hubiera preferido esta segunda resolucion, pero era impracticable, porque cinco partidos armados se disputaban á la sazon las orillas del Nilo: Ibraim-Bey en el Alto-Egipto; otros dos pequeños beyes independientes; el pachá de la Puerta en el Cairo; una banda de albaneses insurrectos, y El-Fy-Bey en el Bajo-Egipto. Estos diferentes partidos infestaban los caminos; y los árabes, aprovechándose de tal confusion, acababan de cerrar todos los pasos.

La Providencia acudió en mi auxilio. Al subsiguiente dia de mi llegada á Jafa, cuando ya me disponia á partir para San Juan de Acre, ví entrar en el puerto un barco de la escala de Trípoli de Siria, que venia en lastre y buscaba cargamento. Los frailes enviaron á buscar el capitan, quien accedió á conducirme á Alejandría, y en breve concluimos nuestro tratado, que conservo escrito en árabe. Mr. Langrés, tan conocido por su erudicion en las lenguas orientales, lo ha juzgado digno de ser presentado á los sabios, á causa de las muchas singularidades que contiene, y tuvo la complacencia de traducirlo; yo he hecho grabar el original:

EL (Dios).

«El objeto de este escrito y el motivo que lo hace »trazar es que en el dia y fecha aquí citada, los fir»mantes hemos fletado nuestro barco al portador de »este tratado el señor Francesko (francés), para ir »de la escala de Yafa á Alejandría, bajo condicion de »que no entre en ningun puerto, y que se dirija di»rectamente á Alejandría, á no ser que se vea obli»gado por el mal tiempo á entrar en alguna escala. »El flete de este barco es cuatrocientos ochenta »*ghrouch* (pesos) á leon, cada una de las cuales vale »cuarenta *parah* (1). Han convenido entre sí que el »mencionado flete sea satisfecho á su entrada en Ale»jandría. Pactado y convenido entre ellos delante de »los testigos que abajo firman. Testigos:

»El Seid (el señor) Mousthafá él Bâbâ; el seid

(1) Aunque aquí se halla empleada la voz árabe *fadhdhah*, que en rigor significa *dinero*, esta voz indica en este caso la moneda ínfima conocida en Egipto con el nombre de *parah* ó *meydyn*, valuada en 8 dineros 4/7, en el *Anuario de la República francesa*, publicado en el Cairo en el año IX. Segun la misma obra, pág. 60, la piastra turca, el *ghrouch* de 40 *parah* vale 1 lib., 8 sueldos y 6 dineros 6/7.

donde se mecieron las primeras ilusiones de mi vida.

Mr. de Saint-Marcel, cónsul de Francia en Roseta, nos recibió con la mayor cortesanía; y Mr. Caffe, comerciante francés y el mas atento de los hombres, quiso acompañarnos al Cairo. Hicimos nuestro ajuste con el patron de una gran barca, cuyo lugar principal nos cedió; y, para mayor seguridad, nos reunimos á un albanés. Mr. de Choiseul ha pintado con toda exactitud estos soldados de Alejandro.

«Los altivos albaneses serian aun héroes si tuviesen »á su cabeza un Scanderberg; pero no son otra cosa »que unos malhechores, cuyo esterior anuncia la fe»rocidad. Todos son altos, ágiles, y membrudos; su »vestido consiste en unos pantalones muy anchos, un »juboncillo, y un chaleco guarnecido de chapas de »metal y de muchas filas de bellotas de plata; calzan »unos borceguíes atados por medio de correas que su»ben algunas veces hasta las rodillas, para contener »otras chapas de metal que se adaptan á sus piernas, »y las preservan del roce del caballo. Sus mantos ador»nados con galones y muchos colores, acaban de hacer »este vestido muy pintoresco, y cúbrense la cabeza »con un gorro de paño encarnado, que dejan cuando »marchan al combate.»

Los dos dias que pasamos en Roseta los empleamos en visitar esta agradable ciudad árabe, sus jardines y su bosque de palmeras. Savary ha exagerado algo los atractivos de este lugar; sin embargo, no ha sido tan inexacto como se ha querido hacer creer. La vehemencia de sus descripciones ha perjudicado á su autoridad como viajero; pero es justo decir que mas que á su narracion falta la verdad á su estilo.

El 26, á medio dia, entramos en nuestra barca en que habia gran número de pasajeros turcos y árabes; y corriendo á lo largo, empezamos á subir el Nilo. A nuestra izquierda se estendia, hasta perderse de vista, una verde llanura; á nuestra derecha embellecian el rio unos campos cultivados, y mas allá se descubrian las arenas del desierto. Algunas palmeras esparcidas aquí y acullá anunciaban los pueblos, á semejanza de los árboles plantados en derredor de las cabañas en las llanuras de Flandes. Las casas de estos pueblos son de tierra y construidas sobre unos montecillos artificiales: precaucion inútil, puesto que por lo regular estas casas á nadie salvan de la inundacion del Nilo. Una parte del Delta está erial, pues en él han sido degollados por los albaneses millares de fellahs, y el resto ha emigrado al Alto-Egipto.

Contrariados por el viento y por la rapidez de la corriente, empleamos siete perdurables dias en subir desde Roseta al Cairo. Unas veces nuestros marineros nos remolcaban por medio de una cuerda; otras navegábamos á favor de una brisa del Norte que solo soplaba algun momento. Muchas veces nos deteníamos para tomar á bordo algunos albaneses; el segundo dia se incorporaron con nosotros cuatro, que se apoderaron de nuestro camarote, siéndonos forzoso sufrir su brutalidad é insolencia. Al mas leve ruido subian al puente y tomaban sus fusiles, pareciéndose al insensato que intentara hacer la guerra á un enemigo ausente. Les he visto asestar sus armas contra los niños que corrian por la orilla pidiendo limosna, y que iban luego á ocultarse detrás de las ruinas de sus cabañas, como acostumbrados ya á tan bárbaros juegos. Entretanto, nuestros mercaderes turcos saltaban á tierra, sentábanse tranquilamente sobre sus talones, volvian el rostro á la Meca, y daban en medio de los campos volteretas religiosas. Nuestros albaneses, medio musulmanes y medio cristianos, invocaban indistintamente á Mahoma y á la Vírgen; sacaban del bolsillo un rosario; pronunciaban en francés palabras obscenas, vaciaban sendos cántaros de vino, y disparaban fusilazos al aire, pisando el vientre de los cristianos y mulsumanes que descansaban.

¿Es posible que las leyes puedan establecer tan radical diferencia entre los hombres? ¡Cómo! ¿Esas hordas de forajidos albaneses, esos estúpidos musulmanes, y esos fellahs, tan cruelmente oprimidos, habitan los mismos lugares donde vivió un pueblo tan industrioso, tan pacífico, tan sabio; un pueblo cuyas costumbres y usos se ha complacido en pintarnos Herodoto y especialmente Diodoro? ¿Hay acaso en algun poema un cuadro mas hermoso que este?

«En los primitivos tiempos, los reyes no se condu»cian en Egipto como en los demás pueblos donde ha»cen todo lo que les place, sin hallarse obligados á »seguir ninguna regla ni á tomar consejo alguno; todo »les estaba prescrito por las leyes, no solo respecto »de la administracion del reino, sino respecto á su »conducta privada. No podian hacerse servir por es»clavos comprados ni aun de los que hubiesen nacido »en su casa; pero se les daban los hijos de los princi»pales de entre los sacerdotes, que escedian de veinte »años, y los mas distinguidos de la nacion, para que »el rey, viéndose rodeado de dia y de noche, de la »mas escogida juventud del Egipto, no hiciese ningu»na accion baja ó indigna de su categoría. En efecto, »si los príncipes se arrojan con tan lamentable facili»dad á toda clase de vicios, consiste en que hallan mi»nistros siempre dispuestos á lisonjear sus malas pasio»nes. Habia tambien ciertas horas del dia y de la noche »en que el rey no podia disponer de su persona, y en »que estaba obligado á llenar los deberes marcados en »las leyes. Al rayar el dia debia leer las cartas que de »todas partes le eran dirigidas, para que instruido por »sí mismo de las necesidades de su reino, pudiese »ocurrir á todo y remediar todo. Despues de salir del »baño se envolvia en un manto precioso, y ostentaba »las demás esterioridades del poder real, para ir á sa»crificar á los dioses. Cuando las víctimas habian sido »llevadas al altar, el gran sacerdote, en pié y en pre»sencia de todo el pueblo, pedia á los dioses en alta »voz que conservasen al rey, y derramasen sobre él »toda clase de prosperidades, para que gobernase con »justicia á sus súbditos. Luego intercalaba en su ora»cion un compendio de todas la virtudes propias de »un rey, y proseguia:» «Porque es señor de sí mismo, »magnánimo, benéfico, afable para con los demás, y »enemigo de la mentira; sus castigos no igualan sus »faltas, y sus recompensas esceden sus servicios. Des»pues de haber dicho muchas cosas de esta naturaleza, »condenaba las faltas en que el rey habia caido por »ignorancia. Es verdad que le disculpaba de ellas, »pero llenaba de maldiciones á los aduladores y á to»dos los que le daban malos consejos. El gran sacer»dote se espresaba en estos términos, porque las lec»ciones severas mezcladas con ciertos elogios, son mas »eficaces que las recriminaciones amargas, para indu»cir á los monarcas al temor de los dioses y al amor de »la virtud. Despues de esto, habiendo el rey sacrifica»do y consultado las entrañas de la víctima, el lector »de los libros sagrados le leia algunas acciones ó pala»bras notables de los grandes hombres, para que el je»fe de la república, teniendo imbuido el espíritu en »escelentes máximas las redujese á práctica en las oca»siones convenientes.»

Es en verdad sensible que el ilustre arzobispo de Cambray, en lugar de pintarnos un Egipto imaginario, no hubiese tomado este cuadro, prestándole los colores con que su fecundo genio hubiera sabido embellecerlo. Faydit tiene razon en este único punto, si es posible tenerla cuando se carece absolutamente de decoro, buena fe y gusto. Pero hubiera sido muy conveniente que Fenelon hubiese conservado, á todo precio, el fondo de las aventuras inventadas por él, y narradas en el estilo mas antiguo: el episodio de Termosiris *vale todo un largo poema*.

«Me interné en un bosque sombrío, donde ví súbi»tamente á un anciano que tenia en la mano un libro. »La frente de este anciano era espaciosa, calva y ar-

»rugada; una blanca barba le llegaba á la cintura; su »estatura era alta y magestuosa, y su tez todavía »fresca y sonrosada; sus ojos vivos y penetrantes; su »voz suave; sus palabras, sencillas y persuasivas. Nun»ca he visto un anciano tan respetable: *Termosiris* era »su nombre.»

Pasamos por el canal de Menouf, lo que me impidió ver el hermoso bosque de palmeras, que se encuentra en el gran brazo de rio que mira á Oeste; pero los árabes infestaban á la sazon la orilla occidental de este brazo, que confina con el desierto líbico. Al salir del canal de Menouf, y continuando la subida del rio, descubrimos á nuestra izquierda la cresta del monte Moqattam, y á nuestra derecha las altas dunas de arena de la Libia. Poco despues descubrimos los vértices de las Pirámides en el espacio vacío que dejaba la separacion de estas dos cordilleras, pero nos hallábamos á la distancia de mas de dos leguas. Durante el resto de nuestra navegacion, que duró aun cerca de ocho horas, permanecí en el puente contemplando aquellos sepulcros, que parecian agigantarse y subir al cielo, á medida que nos acercábamos á ellos. El Nilo, que era entonces como un pequeño mar; la mezcla de las arenas del desierto y de la mas lozana frondosidad; las palmeras, los sicomoros, las cúpulas, las mezquitas y los minaretes del Cairo; las distantes pirámides de Sacarah, de las que el rio parecia salir como de sus inmensos reservatorios; todo esto formaba un cuadro que no tiene igual en la tierra. «Pero sean cuales fueren »los esfuerzos de los hombres, dice Bossuet, su nada »se anuncia por donde quiera: ¡aquellas portentosas »pirámides eran unos sepulcros! ¡Los mismos reyes »que las erigieron no tuvieron el poder de ser enter»rados en ellos, y no pudieron disfrutar de su sepul»cro!»

Confieso, no obstante, que al primer golpe de vista de las Pirámides esperimenté una profunda admiracion. Sé que la filosofía puede afligirse ó sonreir al pensar que el monumento mas soberbio que ha salido de mano de los hombres es un sepulcro; pero, ¿por qué no hemos de ver en la pirámide de Chéops otra cosa que una mole de piedras y un esqueleto? El hombre no levantó tan sorprendente sepulcro, impulsado por el mezquino sentimiento de su nada, sino obedeciendo al instinto superior de su inmortalidad: este sepulcro no es el límite que anuncia el fin de una carrera de un dia, sino el que señala la entrada de una vida imperecedera; es una especie de puerta eterna construida en los confines de la eternidad. «Todos es»tos pueblos (del Egipto) dice Diodoro de Sicilia, mi»ran la duracion de la vida como un tiempo muy bre»ve y de escasa importancia, y conceden, al contra»rio, mucha atencion á la dilatada memoria que la »virtud deja en pos; por esta razon llaman á las casas »de los vivos posadas, por las cuales no se hace mas »que pasar; y dan el nombre de mansiones eternas á »los sepulcros de los muertos, de los que no se vuelve »á salir. Hé aquí por qué los reyes han sido indiferen»tes á la construccion de sus palacios, al paso que han »mostrado el mayor interés en la de sus sepulcros.»

Pretendese hoy que todos los monumentos tengan una utilidad física, y no se reflexiona en que hay para los pueblos una utilidad moral de un órden mucho mas elevado, al cual tendian las legislaciones de la antigüedad. ¿Nada dice la vista de un sepulcro? Y si algo enseña, ¿por qué estrañariamos que un rey haya querido eternizar esta leccion? Los grandes monumentos constituyen una parte esencial de la gloria de toda sociedad humana. A no ser que se defienda que es igual para una nacion legar ó no un nombre á la historia, no es posible condenar esas obras colosales que llevan la memoria de un pueblo mas allá de su propia existencia, y le hacen vivir contemporáneo de las generaciones que van á establecerse en sus abandonados campos. ¿Qué importa entonces que esas obras hayan sido anfiteatros ó sepulcros? Todo es sepulcro en un pueblo que ya no existe. Cuando el hombre ha pasado, los monumentos de su vida son mas vanos aun que los de su muerte; su mausoleo es, por lo menos, útil á sus cenizas; pero ¿qué conservan sus palacios de sus ya olvidados placeres?

Es indudable que, hablando en rigor, una reducida huesa basta á todos, pues seis piés de tierra, como decia Mateo Molé, reducirán á la razon al mas engreido potentado del mundo. Dios puede ser adorado, así bajo un árbol como bajo el cimborrio de San Pedro, y en una cabaña puede vivirse como en el Louvre. El vicio de este raciocinio consiste en que traslada un órden de cosas á otro. Por otra parte, un pueblo no es mas dichoso cuando vive en la ignorancia de las artes, que cuando lega á la posteridad magníficos testimonios de su genio. Nadie cree ya en esas sociedades de pastores, que pasan sus dias en la inocencia, entregados á dulcísimos solaces en el seno de los bosques. Sabido es que estos candorosos pastores se hacen entre sí una guerra atroz, para comerse los carneros de sus vecinos. Sus grutas no están rodeadas de viñas, ni embalsamadas con el perfume de las flores; el humo asfixia á los que las habitan, y el olor de las leches les ahoga. En poesía y en filosofía un pueblo semi-bárbaro puede gozar todos los bienes; pero la implacable historia los somete á las calamidades que abruman el resto de los hombres. Los que tanto claman contra la gloria, ¿no amarán un poco la fama? De mí sé decir que, lejos de mirar como un loco al rey que mandó construir la gran Pirámide, le considero, al contrario, como un monarca dotado de magnánimo corazon. La idea de vencer al tiempo por medio de un sepulcro, obligando á las generaciones, las costumbres, las leyes y las edades á estrellarse al pié de una tumba, no puede haber salido de un alma vulgar. Si en esto hay orgullo, debemos creer que es un orgullo de muy buena ley. Una vanidad como la de la gran Pirámide, que dura há tres ó cuatro mil años, puede al fin hacerse tener en algo.

Aquellas pirámides trajeron á mi memoria otros monumentos menos fastuosos, pero que no obstante eran tambien sepulcros; me refiero á los edificios de céspedes que cubren las cenizas de los indios en las orillas del Ohio. Cuando los visité, me hallaba en una situacion de alma harto diferente de la en que me sentia al contemplar los gigantescos mausoleos de los Faraones: entonces empezaba mi viaje, y ahora lo termino. El mundo se ha presentado á mis ojos en estas dos pocas de mi vida precisamente bajo la imágen de los desiertos en que he visto estas dos especies de sepulcros: soledades risueñas, ó estériles arenales.

Llegamos á Boulacq, y alquilamos caballos y asnos para el Cairo. Esta ciudad, dominada por el antiguo castillo de Babilonia y el monte Moqattam, presenta un aspecto bastante pintoresco, á causa de las muchas palmeras, sicomoros y minaretes que en su recinto se elevan. Entramos en ella por unos muladares y un arrabal destruido, en medio de los buitres que devoraban su presa, y nos detuvimos en el barrio de los Francos, especie de callejon sin salida, cuya entrada se cierra todas las noches, como el átrio de un convento. Fuimos recibidos por Mr..... (1), á quien Mr. Drovetti habia confiado la gestion de los negocios de los franceses en el Cairo. Nos tomó bajo su nombre, y envió á advertir el pachá de nuestra llegada, haciendo al mismo tiempo avisar á los cinco mamelucos franceses, para que nos acompañasen en nuestras escursiones.

Estos mamelucos estaban al servicio del pachá. Co-

(1) Por la mayor de las fatalidades, se ha borrado de mi diario el nombre de mi huésped en el Cairo; y como temo no haberlo retenido exactamente, no me atrevo á estamparlo aquí. No me perdonaria este contratiempo, si mi memoria fuese tan infiel á sus servicios, afabilidad y cortesanía, como lo ha sido á su nombre.

mo los grandes ejércitos dejan siempre en pos algunos rezagados, el nuestro perdió doscientos ó trescientos soldados que quedaron esparcidos por el Egipto, que tomaron partido á favor de diferentes beyes, adquiriendo en breve mucha celebridad por su denuedo. Todos opinaban que si estos desertores se hubiesen reunido y nombrado un bey francés, en lugar de fraccionarse entre sí, se hubiesen hecho dueños del país.

Por desgracia les faltó un caudillo, y casi todos perecieron asalariados por los dueños que habian elegido. Hallándome en el Cairo, Mahamed-Ali-Pachá lloraba aun la muerte de uno de estos valientes. Este soldado, tambor en uno de nuestros regimientos, habia caido, siendo aun muchacho, en manos de los turcos, por efecto de las vicisitudes de la guerra; y al llegar á la juventud, se halló afiliado en las tropas del pachá. Mahamed, que aun no le conocia, esclamó al verle cargar á un grupo enemigo: «¿Quién es ese hombre? ¡No puede dejar de ser un francés!» Y en efecto, era un francés. Desde aquel momento se hizo el favorito de su señor, y no se hablaba sino de su arrojo. Poco antes de mi llegada á Egipto, sucumbió en un encuentro en que los otros cinco mamelucos perdieron sus caballos.

Tales mamelucos eran gascones, languedocianos y picardos; su jefe confesaba sin rebozo ser hijo de un zapatero de Tolosa. El segundo en autoridad servia de intérprete á sus camaradas, pues salia bastante bien el turco y el árabe. Otro, jóven alto y pálido, habia vivido mucho tiempo en el desierto con los beduinos, y echaba muy de menos esta vida, pues me referia que cuando se hallaba solo en los arenales, montado en un camello, se sentia entregado á unos arrebatos de alegría, que no le era posible dominar. El pachá hacia tal aprecio de aquellos cinco mamelucos, que los preferia al resto de sus spahis: solo ellos imitaban y escedian el arrojo de aquellos terribles ginetes destruidos por el ejército francés en la batalla de las Pirámides.

Vivimos en el siglo de los prodigios; cada francés parece llamado hoy á representar un papel estraordinario: cinco soldados rasos de nuestro ejército eran en 1806 casi dueños del Cairo. No habia cosa mas divertida y singular que el ver á Abdallah de Tolosa jugar con los cordones de su cafetan, y dar con ellos en el rostro á los árabes y albaneses que le molestaban, abriéndonos así un ancho paso en las calles mas concurridas.

Por lo demás, estos reyes por el destierro habian adoptado, á imitacion de Alejandro, las costumbres de los pueblos conquistados, pues ostentaban cumplidas túnicas de seda, vistosos turbantes blancos, y armas soberbias; tenian además un harem, esclavos y caballos de la mejor raza: estrañas comodidades de que sus padres carecen en Gascuña y Picardia. Empero en medio de las alfombras, tapices y divanes que ví en su casa, observé con placer un despojo de la patria: una casaca acribillada á sablazos, que cubria el pié de una cama hecha á la francesa. Abdallah reservaba tal vez aquellos honrosos girones de su antigua casaca para el fin de tan brillante sueño, como el pastor convertido en ministro:

> Le coffre étant ouvert, on y vit des lambeaux,
> L'habit d'un gardeur de troupeaux,
> Petit chapeau, jupon, panetiére, houlette,
> Et, je pense, aussi sa musette.

Al dia siguiente de nuestra llegada al Cairo, 1.° de noviembre, subimos al castillo para examinar el pozo de José, la mezquita, etc. El hijo del pachá habitaba á la sazon el castillo, y presentamos nuestros homenajes á su escelencia, de unos catorce á quince años de edad. Hallámosle sentado en un tapiz, en un gabinete desmantelado, y rodeado de una docena de aduladores que se apresuraban á obedecer sus caprichos. No he visto en mi vida mas repugnante espectáculo. El padre de aquel niño era apenas dueño del Cairo, y no poseia ni el Alto ni el Bajo-Egipto. Y en tan precario órden de cosas, doce miserables salvajes alimentaban con las mas torpes lisonjas á un jóven bárbaro, encerrado para su seguridad en una torre. ¡Hé aqui el dueño que esperaban los egipcios, despues de tantos desastres!

Degradábase, pues, en un rincon de aquel castillo el alma de un niño, llamado á gobernar hombres, mientras en otro rincon se acuñaba una moneda de ínfima ley. Y para que los habitantes del Cairo recibiesen sin murmurar el oro falsificado y el jefe corrompido que se les preparaba, los cañones estaban asestados contra la ciudad.

Preferia, por consiguiente, dirigir sus miradas á lo esterior, y admirar desde lo alto del castillo el vasto y maravilloso cuadro que presentaban á lo lejos el Nilo, los campos, los desiertos y las Pirámides. Parecia que las tocábamos, aunque nos hallábamos á la distancia de cuatro leguas. A la simple vista descubria perfectamente los ajustes de las piedras, y la enorme cabeza de la Esfinge que salia de la arena; pero á favor de un anteojo, contaba los escalones de los ángulos de la gran Pirámide, y distinguia los ojos y la boca de la Esfinge; ¡tan prodigiosas son estas masas!

Menfis habia existido en las llanuras que se estienden desde la opuesta orilla del Nilo, hasta el desierto donde descuellan las Pirámides.

«Estas felices llanuras que son, segun se dice, la »mansion de los justos que han dejado de existir, no »son en realidad sino las feraces campiñas inmediatas »al lago Aquerusa, cerca de Menfis y hermoseadas »por muchas lagunas cubiertas de trigo ó de lotos. No »sin fundamento se ha dicho que los muertos moran »en este lugar, porque allí se da fin á los funerales de »la mayor parte de los egipcios, cuando, despues de »haber hecho atravesar á sus restos mortales el Nilo y »el lago Aquerusa, se les deposita al fin en unos sepul»cres subterráneos en este campo. Las ceremonias que »aun hoy se practican en el Egipto, convienen á todo lo »que los griegos dicen del infierno, como tambien á »la barca que traslada los muertos; á la moneda que »es preciso dar al barquero, llamado *Charon* en len»gua egipcia; al templo de la tenebrosa Hecate, colo»cado á la entrada del infierno; á las puertas del Co»cito y del Leteo, sujetas por goznes de metal, y á »otras, que son las de la Verdad y la Justicia, que no »tiene cabeza.» (*Diod. trad. de Terrason*).

El 2 nos trasladamos á Djizé y á la isla de Rhoda. Examinamos el Nilómetro en medio de las ruinas de la casa de Murad-Bey. De este modo nos habiamos acercado mucho á las Pirámides, que á esta distancia, parecian de desmesurada altura; y como las veiamos á traves del verdor de los arrozales, la corriente del rio y las copas de las palmeras y los sicomoros, asemejábanse á unas fábricas colosales levantadas en un magnífico jardin. La luz del sol, de admirable suavidad, doraba la árida cordillera del Moqattam, los arenales líbicos, el horizonte de Sacarah y la llanura de los sepulcros. Un fresco viento impelia unas blancas nubecillas hácia la Nubia, y rizaba la vasta superficie de las aguas del Nilo. El Egipto me ha parecido el país mas hermoso de la tierra; me son agradables hasta los desiertos que lo rodean, porque abren á la imaginacion todos los campos de la inmensidad.

Al volver de nuestra escursion vimos la mezquita abandonada de que he hablado al ocuparme del El-Sachra de Jerusalém, y que me parece el original de la catedral de Córdoba.

Pasé otros cinco dias en el Cairo, esperando visitar los sepulcros de los Faraones; mas esto fue imposible. Por una estraña fatalidad, las aguas del Nilo no se hallaban bastante retiradas para ir á caballo á las Pirámides, ni bastante altas para acercarse á ellas em-

barcados. Enviamos á sondear los vados y á examinar el campo; todos los árabes dijeron unánimemente que era preciso esperar aun tres semanas ó un mes, antes de intentar el viaje. Un retraso de este género me hubiera espuesto á pasar el invierno en Egipto, porque los vientos del Oeste iban á empezar; y esto no convenia ni á mis negocios ni á mi fortuna. Habíame detenido ya bastante en mi camino, y me esponia á no volver jamás á Francia, por haber querido subir hasta el Cairo. Fuéme preciso, por lo tanto, resignarme á mi destino, regresar á Alejandria y contentarme con haber visto las Pirámides, sin haberlas tocado. Encargué á Mr. Caffe escribiese mi nombre sobre aquellos grandiosos sepulcros, segun costumbre, á la primera ocasion, pues debemos cumplir todos los minuciosos deberes de un viaje piadoso. ¿No nos es grato leer sobre los restos de la estátua de Memnon, el nombre de los romanos que la oyeron suspirar al despuntar la aurora?

Por lo demás, me hubiera familiarizado mucho con la residencia en el Cairo, única ciudad que me ha dado cabal idea de una ciudad oriental, tal como acostumbramos á representárnosla; por esto figura tanto en las *Mil y una Noches*. Conserva aun muchas señales del paso de los franceses: las mujeres se muestran con menos reserva que en otro tiempo; hay una completa libertad de ir y entrar donde se quiere; y el traje europeo, lejos de ser un objeto de insulto, es un título de proteccion. Hay un jardin bastante ameno, plantado de palmeras con alamedas circulares, que sirve de paseo público, y es obra de nuestros soldados.

Antes de abandonar el Cairo, regalé á Abdallah una escopeta de dos cañones, de la fábrica de Lepage, y me prometió hacer uso de ella á la primera ocasion. Separéme de mi huésped y de mis amables compañeros de viaje; y me trasladé á Boulacq, donde me embarqué con Mr. Caffe para Roseta. Eramos los únicos pasajeros, y nos dimos á la vela el 8 de noviembre á las siete de la noche.

Bajamos con la corriente del rio, y entramos en el canal de Menouf. En la mañana del 10, al salir del canal, y al entrar en el gran brazo de Roseta, vimos el lado occidental del rio ocupado para un campamento de árabes. La corriente nos impelia á nuestro pesar hácia aquel lado, obligándonos á costear la orilla. Un centinela oculto detrás de un vetusto paredon, gritó á nuestro patron que abordase; mas él respondió que debia dirigirse á su destino, y que por otra parte no era enemigo. Durante este coloquio habiamos llegado á tiro de pistola de la orilla, y las aguas corrian durante mas de una milla en esta direccion. Viendo el centinela que seguiamos nuestro camino, nos hizo fuego; este primer disparo estuvo á punto de matar al piloto, que contestó con un escopetazo. Los árabes acudieron en tropel, se estendieron á lo largo de orilla, y sufrimos el fuego de la línea. Bogábamos con mucha lentitud, porque el viento nos era contrario; y para colmo de adversidad, encallamos un momento. No teníamos armas, y yo habia dado mi escopeta á Abdallah. En tan crítico lance, quise hacer bajar á la cámara á Mr. Caffe, que por complacerme se oponia á un percance trascendental; pero aunque padre de familia y de edad provecta, se empeñó en quedarse en el puente. Entonces eché de ver la estraña ligereza de un árabe, que descargaba su fusil, volvia á cargarlo á la carrera, y disparaba de nuevo, sin quedarse un solo paso atrás respecto de la barca. La corriente nos llevó al fin á la otra orilla, pero nos arrojó á las inmediaciones de un campamento de albaneses insurrectos, mas temible para nosotros que los árabes, porque tenian artillería, y una bala de cañon nos hubiera infaliblemente echado á pique. Descubrimos algun movimiento en tierra, y por fortuna la noche acudió en nuestro auxilio. No encendimos fuego, y nos mantuvimos en profundo silencio. La Providencia nos condujo, sin otro accidente, en medio de los dos partidos enemigos, hasta Roseta, donde llegamos el 11 á las diez de la mañana.

Pasé dos dias con Mr. Caffe y Mr. de Saint-Marcel, y partí el 13 para Alejandría. Al abandonar el Egipto, lo saludé con estos hermosos versos, tomados de *La Navigation*, de Mr. Esmenard:

Mere antique des arts et des fables divines,
Toi, dont la gloire assise au milieu des ruines
Etonne le génie et confond notre orgueil,
Egypte vénérable, oú du fond du cercueil,
Ta grandeur colossale insulte á nos chiméres,
C'est ton peuple qui sut, á ces barques legéres,
Dont rien ne dirigeait le cours audacieux,
Chercher des guides súrs dans la voúte des cieux.
Quand le fleuve sacré qui féconde tes rives,
T'apportait en tribut ses ondes fugitives,
Et, sur l'émail des prés égarant les poissons,
Du limon de ses flots nourrissait tes moissons,
Les hameaux, dispersés sur les hauteurs fertiles,
D'un nouvel Océan semblaient former les iles;
Les palmiers, ranimés par la fraicheur des eaux,
Sur l'onde salutaire abaissaient leurs rameaux;
Par les feux du Cancer Syéne poursuivie
Dans ses sabies brúlants sentait filtrer la vie;
Et des murs de Péluse aux lieux oú fut Memphis,
Mille canots flottaient sur la terre d'Isis.
Le faible papyrus, par des tissus fragiles,
Formait les flancs étroits de ces barques agiles,
Qui, des lieux séparés, conservant les rapports,
Réunissaient l'Egypte en parcourant ses bords.
Mais lorsque dans les airs la Vierge triomphante
Ramenait vers le Nil son onde décroissante,
Quand les troupeaux belants et les épis dorés
S'emparaient á leur tour des champs désaltérés,
Alors d'autres vaisseaux á l'active industrie,
Ouvraient des aquilons l'orageuse patrie.

. . . .

. . . .

Alors mille cités que décoraient les arts,
L'immense Pyramide, et cent palais épars,
Du Nil enorgueilli couronnaient le rivage.
Dans les sables d'Ammon le porphyre sauvage,
En colonne hardie élancé dans les airs,
De sa pompe étrangére étonnait les déserts.

. . . .

O grandeur des mortels! O temps impitoyable!
Les destins sont comblés: dans leur course immuable,
Les siécles ont détruit cet éclat passager
Que la superbe Egypte offrit a l'étranger.

En el mismo dia llegué á Alejandría á la siete de la noche.

Mr. Drovetti me habia fletado un buque austriaco para Túnez. Este buque, de porte de ciento veinte toneladas, estaba dirigido por un ragusano; el segundo capitan se llamaba *Francisco Dinetti*, jóven veneciano, escelente naútico. Los preparativos del viaje y las tempestades nos detuvieron en el puerto diez dias, que empleé en recorrer una y otra vez la ciudad.

En una nota de los *Mártires* he citado un largo pasaje de Estrabon que da los detalles mas satisfactorios acerca de la antigua Alejandría; la nueva no es menos conocida, gracias á Mr. Volney, que nos la ha pintado de la manera mas completa y fiel. Invito á los lectores que recorran este cuadro, pues no hay en nuestro idioma un fragmento mejor en el género descriptivo. Por lo que respecta á los monumentos de Alejandría, Pocoke, Norden, Shaw, Thevenot, Pablo Lucas, Tott, Niebuhr, Sonnini y otros ciento, los han examinado, contado y medido. Me limitaré, pues, á citar aquí la inscripcion de la columna de Pompeyo, creyendo ser el primer viajero que la ha dado á conocer en Francia (1). El mundo sabio la debe á algunos oficiales ingleses que lograron vaciarla en yeso.

(1) Me equivocaba. Mr. Jaubert habia llevado esta inscripcion á Francia antes que yo. El sabio d'Ansse de Villoi-

Pocoke habia copiado algunas letras; muchos viajeros la habian visto, y yo mismo he descifrado á la simple vista muchos rasgos, entre otros el principio de esta palabra Διοκ..., que es decisiva. El vaciado del yeso presenta estas cuatro líneas:

ΤΟ... ΩΤΑΤΟΝ, ΑΥΤΟΚΡΑΤΟΡΑ
ΤΟΝ ΠΟΛΙΟΥΧΟΝ, ΑΛΕΞΑΝΔΡΕΙΑΣ
ΔΙΟΚ. Η. ΙΑΝΟΝ ΤΟΝ... ΤΟΝ
ΠΟ... ΕΠΑΡΧΟΣ ΑΙΓΥΠΤΟΥ.

Introduciendo en esta inscripciones algunas ligeras variantes, su traduccion es la siguiente:

«Al muy sabio emperador protector de Alejandría, »Diocleciano Augusto; Polion, prefecto de Egipto.»

Así, pues, todas las dudas relativas á la columna de Pompeyo están aclaradas, por lo que atañe á la inscripcion, pues la columna es mucho mas antigua que su dedicatoria. ¿Pero la historia enmudece sobre el particular? Me parece que en la Vida de uno de los



INTERIOR DEL SEPULCRO DE LOS REYES.

Padres del desierto, escrita en griego por un contemporáneo, se lee que en un terremoto de Alejandría cayeron todas las columnas, esceptuando la de Diocleciano.

Mr. Boissonade, á quien tantos favores debo, y cuyo complaciente carácter he sometido á tan grandes y largas pruebas, propone suprimir una palabra de mi interpretacion, que solo sirve para regir unos acusativos, y cuyo lugar no está señalado en la base de la columna. Mr. Boissonade, destinado á consolarnos de la pérdida ó la vejez de tantos ilustres sabios, tiene indudablemente razon.

son la descifró en un artículo del *Almacen Enciclopédico*, año VIII, tom. V, pag. 53. Este artículo merece ser citado. El docto helenista propone una lectura un poco diferente de la mia.

En Alejandría tuve una de esas pequeñas satisfacciones de amor propio de que tanto se ufanan los autores, y que ya me habian halagado tanto en Esparta. Un turco rico, viajero y astrónomo, llamado *Aly-Beyel Abassi*, que habia oido pronunciar mi nombre, dijo que conocia mis obras. Habiendo ido á visitarle, acompañado del cónsul, no bien me vió esclamó abrazándome: *¡Ah! mi querido Atala, mi querido René!* Inútil es decir que *Ali-Bey* me pareció en aquel momento digno de descender del gran Saladino. Y aun estoy algo persuadido que es el turco mas sabio y cortés del mundo, aunque no conozca mucho los nombres franceses; pero *non ego paucis offendar maculis* (1).

Si el Egipto me habia encantado, Alejandría me pareció el lugar mas triste y desolado de la tierra.



VISTA ESTERIOR DE LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.

Desde la azotea de la casa del cónsul descubria un mar desnudo que se estrellaba sobre unas rocas bajas, aun mas desnudas; unos puertos igualmente vacíos, y el desierto líbico perdiéndose en el horizonte de Mediodia; este desierto parecia acrecentar y prolongar, por decirlo así, la superficie amarilla y plana de las olas; hubiérase creido ver un solo mar dividido en dos mitades, la una agitada y estrepitosa, inmóvil y muda la otra. Veíase por donde quiera á la nueva Alejandría mezclar sus ruinas con las de la antigua ciudad; un árabe, caballero en un jumento en medio de los escombros; algunos perros exánimes devorando en la playa los esqueletos de los camellos: los pabe-

(1) ¡Hé aquí lo que es la gloria! Hánme dicho que este pretendido Ali-Bey es español, y que desempeña actualmente un empleo en su patria: ¡Escelente leccion para mi vanidad! *Nota de la tercera edicion.*

llones de los cónsules europeos flotando sobre sus respectivos domicilios, y desplegando entre los sepulcros sus enemigos colores; ¡hé aquí el panorama de Alejandría!

Algunas veces montaba á caballo en compañía de Mr. Drovetti, é íbamos á pasear por la ciudad antigua, por Necrópolis, ó por el desierto. La barrilla cubria escasamente un árido arenal; los chacales huian al vernos; una especie de grillo hacia oir su voz aguda y enojosa y recordaba, nuncio de tristeza, el hogar del labrador en aquella ingrata soledad donde nunca el humo campestre llama al viajero á la tienda del árabe. Y esos lugares son tanto mas melancólicos cuanto que los ingleses han destruido el espacioso estanque que servia como de jardin á Alejandría; la vista, pues, no halla ya sino unos arenales monotonos, unas aguas sin animacion y la eterna columna de Pompeyo.

Mr. Drovetti habia hecho construir sobre la azotea de su casa una pajarera á modo de tienda, donde criaba codornices y perdices de diferentes especies. Pasábamos horas enteras paseando por ella y hablando de la Francia, siendo la conclusion de todos nuestros discursos que era preciso buscar á la posible brevedad algun pequeño retiro en nuestra patria, para encerrar en él nuestras grandes esperanzas. Cierto dia, despues de un largo razonamiento acerca del reposo, me volví hácia el mar y mostré á mi amigo el bajel combatido por el viento, á que en breve habia de confiar mi existencia. No digo que el deseo del descanso no sea muy natural en el hombre; empero el objeto que nos parece menos elevado no es siempre el de mas fácil logro; ah! muchas veces nos es tan imposible alcanzar una choza como un palacio.

El cielo se mantuvo constantemente encapotado durante mi permanencia en Alejandría, y el mar, sombrío y tormentoso. Me dormia y me despertaba al eterno gemido de las olas, que se estrellaban iracundas casi al pié de la casa del cónsul, y hubiera podido aplicarme las reflexiones de Eudoro, si es permitido citarse á sí mismo.

«El triste murmullo del mar fue el primer rumor »que resonó en mi oido al abrir mis ojos á la luz. ¡En »cuántas costas he visto despues romperse las mismas »olas que contemplo aquí! ¡Quién me hubiera dicho »algunos años há que oiria gemir en las costas de Ita»lia, en los arenales de los bátavos, los bretones y »los galos aquellas olas que veia desarrollarse en las »hermosas arenas de la Mesenia! ¿Cuál será el término »de mis peregrinaciones? ¡Dichoso yo si la muerte »me hubiera sorprendido antes de empezar mis es»cursiones en la tierra, cuando no tenia aventura »alguna que contar!»

Durante mi forzosa residencia en Alejandría recibí muchas cartas de Mr. Caffe, mi animoso compañero de viaje por el Nilo. No haré mencion sino de una, por contener algunos interesantes pormenores relativos á los negocios del Egipto en aquella época:

Roseta, 4 de febrero de 1806.

Señor:

«Aunque estamos en el 14 del corriente, tengo el »honor de volver á escribiros, persuadido de que al »recibo de esta os hallareis aun en Alejandría. Ha»biendo escrito cuatro cartas para Paris, me tomo la »libertad de recomendároslas para que tengais la bon»dad de hacerlas llegar á sus respectivos destinos á »vuestro feliz regreso á dicha capital.

»Mahamed-Agá, actual tesorero de Mahamed-Alí, »pachá del Cairo ha llegado hoy á medio dia, y cir»cula el rumor de que ha impuesto quinientas bolsas »de contribucion sobre el arroz de la nueva cosecha. »Ved aquí como los negocios van de mal en peor.

»La aldea donde los mamelucos han batido á los al»baneses, y que ha sido saqueada por unos y otros, »se llama *Neklé;* la en que hemos sido atacados por »los árabes tiene por nombre *Saffi*.

»No ceso de sentir no haber tenido la satisfac»cion de veros antes de vuestra partida; en esto me »habeis privado de un gran placer, etc.

»Vuestro humilde y afectuoso servidor, etc.

L. E. Caffe.

El 28 de noviembre á medio dia, habiéndose declarado un viento favorable, me trasladé á bordo del buque con mi criado francés, pues habia enviado, como he dicho, mi criado griego á Constantinopla. Abracé en la playa á Mr. Drovetti, y nos prometimos amistad y recuerdos: hoy le pago mi deuda, lleno de placer.

Nuestra embarcacion estaba anclada en el gran puerto de Alejandría, donde los buques francos son admitidos en la actualidad como los turcos: ventaja debida á nuestros ejércitos. Encontré á bordo un rabino de Jerusalém, un berberisco y dos pobres moros de Marruecos, tal vez descendientes de los Abencerrajes, que volvian de la peregrinacion á la Meca, y me pedian su paso por caridad. Recibí á los hijos de Jacob y Mahoma en nombre de Jesucristo; en realidad no tenia gran mérito en ello, porque imaginé que aquellos desgraciados serian para mí mensajeros de felicidad, encubriendo mi fortuna con su miseria.

Zarpamos á las dos, y un piloto nos puso fuera del puerto. El viento era débil y de la parte del Mediodia, por lo cual permanecimos tres dias á la vista de la columna de Pompeyo, que descubríamos en el horizonte. En la tarde del tercer dia oimos el cañonazo con que el puerto de Alejandría anunciaba nuestra desaparicion. Este disparo fue como la señal de nuestra partida definitiva, porque se levantó el viento del Norte é hicimos vela á Occidente.

Intentamos atravesar el gran canal de Libia; pero el citado viento, que ya no era muy favorable, se declaró al Noroeste el 29 de noviembre, y nos vimos precisados á hacer repetidas abordadas entre la Creta y la costa de África.

Fijándose el viento al Oeste el 1.° de diciembre, nos cerró completamente la travesia. Poco á poco fue inclinándose al Sudoeste, trocándose en una tempestad que no cesó hasta nuestra llegada á Túnez. Nuestra navegacion fue una especie de no interrumpido naufragio de cuarenta y dos dias; lo que á la verdad es algo largo. El 3 amainamos todas las velas y empezamos á huir impelidos por la marejada; y de esta suerte fuimos arrastrados con estraordinaria violencia hasta las costas de la Caramania, desde donde ví á mi placer, por espacio de cuatro dias enteros, las tristes y enhiestas cumbres del Crago, envueltas en tempestuosas nubes. Azotábamos el mar en todas direcciones, procurando alejarnos de la tierra, á la menor variacion del viento. Durante algunos momentos nos propusimos entrar en el puerto de Castillo-Rojo; pero el capitan, hombre tímido en demasía, no se atrevió á fondear en él. La noche del 8 fue terrible. Una ráfaga repentina del Mediodia nos impelió á la isla de Rodas, siendo las oleadas tan cortas y rudas que molestaban no poco la nave. Entonces descubrimos un falucho griego, medio anegado, teniendo el desconsuelo de no poder procurarle ningun socorro, á pesar de hallarse á la distancia de dos cables de nuestra popa. Los cuatro hombres que lo tripulaban estaban arrodillados en el puente; habian colgado un farol en su mástil, y exhalaban gritos que los enemigos vientos nos traian. ¡Al dia siguiente no vimos ya al desventurado falucho!

Habiendo pasado el viento al Norte cortamos el trinquete, procurando sostenernos en la costa me-

ridional de Rodas, y avanzamos hasta la isla de Escarpanto. El 10, el viento volvió á caer al Oeste, y perdimos toda esperanza de continuar nuestro derrotero. Yo deseaba que el capitan renunciase á la idea de pasar el canal de Libia, y que se encaminase al Archipiélago, donde nos prometiamos hallar otros vientos; pero temia aventurarse en medio de aquellas islas. Hacia ya diez y siete dias que estábamos en el mar, y para entretener mi tiempo copiaba y ordenaba las notas de este viaje y las descripciones de los *Mártires*. En la noche me paseaba por el puente con el segundo capitan Dinelli. Las noches trascurridas en medio de las olas en un bajel azotado por la tempestad, no son estériles para el alma, porque las sublimes concepciones brotan de estos espectáculos. Las estrellas que se muestran fugitivas entre las rotas nubes; las olas que en torno centellean; los golpes de mar que hacen salir un sordo rumor de los costados de la nave; el áspero gemir del viento en los inseguros mástiles: todo anuncia al marino que se halla fuera del poder del hombre, y que solo depende ya de la voluntad de Dios. La incertidumbre del porvenir presenta los objetos en su verdadero valor; que la tierra, contemplada desde un mar proceloso, se asemeja á la vida considerada por un hombre próximo á su fin.

Despues de haber medido veinte veces las mismas olas, volvimos á hallarnos el 12 delante de la isla de Escarpanto. Esta isla, llamada antiguamente *Carpathos* y *Crapathos* por Homero, dió su nombre al mar Carpacio. Algunos versos de Virgilio forman hoy toda su celebridad:

«Est in Carpathio Neptuni gurgite vates
Cæruleus Proteus, etc.»

«Protée, ô mon cher fils! peut seul finir tes maux;
C'est lui que nous voyons, sur les mers qu'il habite,
Atteler á son char les monstres d'Amphitrite;
Pallène est sa patrie, et dans ce meme jour
Vers ces bords fortunés il hate son retour.
Les Nymphes, les Tritons, tous, jusqu'au vieux Nérée,
Respectent de ce dieu la science sacrée;
Ses regards pénétrants, son vaste souvenir,
Embrassent le present, le passé, l'avenir:
Précieuse faveur du dieu puissant des ondes,
Dont il pait les troupeaux dans les plaines profondes.»

No iré, si puedo evitarlo, á habitar la isla de Proteo, no obstante los hermosos versos de las Geórgicas francesas y latinas. Aun me parece ver las tristes aldeas de Anquinates, de Oro y San Helias, que descubriamos á favor de los anteojos marinos en las montañas de la isla. No he perdido como Menelao y Aristeo, mi reino ó mis abejas; nada espero del porvenir, y abandono al hijo de Neptuno unos secretos que no pueden interesarme.

El 12 á las seis de la noche, el viento se dirigió al Mediodia, y persuadí al capitan á que pasara delante de la isla de Creta, á lo que accedió con trabajo. A las nueve gritó como de costumbre: *¡Ho paura!* y fue á acostarse. Mr. Dinelli tomó á su cuidado el salvar el canal formado por la isla de Escarpanto y la de Coxo, y entramos en él con un impetuoso viento del Sudeste. Al amanecer nos hallamos en medio de un archipiélago de islotes y de escollos que blanqueaban en todas direcciones. En vista de esto, tomamos el partido de fondear en el puerto de la isla de Estampalia, que teníamos á la vista.

Aquel triste puerto no tenia bajeles en sus aguas ni casas en sus orillas. Unicamente se descubria una miserable poblacion suspendida por decirlo así, como de costumbre, en la cima de un peñasco. Anclamos en la costa, y desembarqué con el capitan. Mientras éste subia al pueblo, examiné el interior de la isla, donde solo ví espesos matorrales, aguas que vagaban y se perdian entre el musgo, y el mar que se estrellaba en una larga serie de escollos. No obstante, los antiguos denominaron esta isla la *Mesa de los Dioses*, á causa de las flores de que estaba sembrada. Es mas conocida con el nombre de *Astipalea*, y en ella habia un templo de Aquiles. Tal vez hay gentes muy felices en las míseras barracas de Estampalia; gentes que acaso nunca han salido de su isla, y que nunca han oido hablar de nuestras revoluciones. Preguntábame si hubiera deseado tal felicidad; pero yo era ya un viejo piloto, incapaz de responder afirmativamente á esta pregunta, pues sus ensueños son hijos de los vientos y las tempestades.

Nuestros marineros embarcaron agua, y el capitan volvió con unos pollos y un cerdo vivo. Un falucho candiota entró tambien en el puerto, y no bien echó el ancla á nuestro lado, la tripulacion se puso á bailar en derredor del timon: *¡O Græcia vana!*

El viento continuó soplando del lado del Mediodia; y aparejando el 16 á las nueve de la mañana, pasamos al Sur de la isla de Nanfia, y al ponerse el sol divisamos la Creta. Al siguiente dia (17), haciendo rumbo al Noroeste, descubrimos el monte Ida cuya cima cubierta de nieve parecia una inmensa cúpula. Nos encaminamos á la isla de Cérigo, y tuvimos la buena suerte de pasarla el 18. El 19 volví á ver las costas de la Grecia, y saludé el Tenaro; entonces se levantó, con gran júbilo nuestro, una tempestad del Sudeste, y en cinco dias llegamos á las aguas de la isla de Malta, que descubrimos la víspera de Navidad, en cuyo dia el viento se fijó al Oeste-Noroeste y nos llevó al Mediodia de Lampedusa, permaneciendo diez y ocho dias en la costa oriental del reino de Túnez, entre la vida y la muerte. Jamás olvidaré el dia 28. Nos hallábamos á la vista de Pantaleria, cuando de repente se declaró á medio dia una calma profunda; el cielo, alumbrado por una luz descolorida, se mostraba amenazador, y al ponerse el sol, se estendió por el cielo una noche tan profunda, que justificó á mis ojos la hermosa frase de Virgilio: *Ponto nox incubat atra.* Poco despues oimos un estruendo pavoroso: un huracan rompió sobre el bajel, y lo hizo girar cual una liviana pluma sobre un estanque. En un momento se alborotó de tal suerte, que su superficie presentó una inmensa llanura de espuma. La nave, rebelde ya al timon, parecia un punto negro en medio de aquella espantosa blancura; el torbellino nos arrebataba, arrancándonos al parecer á las olas; girábamos en todos sentidos, sumergiendo alternativamente la popa y la proa en los abismos de las tronadoras aguas. La nueva aurora vino á mostrarnos toda la gravedad del peligro, pues casi tocábamos la isla de Lampedusa. El mismo huracan estrelló contra las costas de Malta dos buques ingleses, desastre de que los periódicos de entonces dieron noticia. Considerando Mr. Dinelli inevitable el naufragio, escribí un billete concebido en estos términos: «F. A. de Chateaubriand naufragó en la isla »de Lampedusa el 28 de diciembre de 1806, al volver »de la Tierra-Santa,» y lo encerré en una botella vacía, con la mira de arrojarlo al mar en el momento supremo.

La Providencia se dignó salvarnos. Un ligero cambio en el viento nos llevó al Mediodia de Lampedusa, donde nos hallamos en un mar libre. El viento continuaba subiendo al Norte, por lo cual nos atrevimos á izar una vela, y corrimos hácia la pequeña sirte. El fondo de esta se eleva progresivamente hasta la costa, de manera que navegando con la sonda en la mano, se fondea al número de brazas que se quiere. La escasa profundidad del agua hace que la mar se muestre en calma en medio de los vientos mas recios; y esta playa, tan peligrosa para las embarcaciones de los antiguos, es una especie de puerto én plena mar para las naves modernas.

Fondeamos delante de las islas de Kerkeni, muy inmediatas á la línea de las pesquerias. Tan cansado me hallaba de aquella interminable y peligrosa trave-

sía, que hubiera querido desembarcar en Esfax, y desde allí dirigirme por tierra á Túnez; pero el capitan no se atrevió á buscar este puerto, cuya entrada es en efecto peligrosa. Ocho dias permanecimos al ancla en la pequeña sirte, donde ví empezar el año 1807. ¡Bajo cuántos astros, y en cuán diferentes fortunas habia visto ya renovarse para mí los años que se deslizan tan rápidos, ó que se arrastran tan lentos! ¡Cuán lejos de mí estaban los tiempos felices de mi niñez, en que recibia con un corazon que palpitaba de alegría la bendicion y los presentes paternales! ¡Con cuánta vehemencia esperaba el primer dia del año! ¡Y entonces, en extranjera nave, en medio del borrascoso mar, á la vista de una tierra bárbara, ese primer dia volaba para mí sin testigos, sin placeres, sin los abrazos de familia, sin esos tiernos deseos de felicidad que una madre forma con tanta sinceridad en bien de sus hijos. Aquel dia, que se levantaba del seno de las tormentas, solo derramaba sobre mi frente amarguras, tristes recuerdos y cabellos blancos.

No obstante, creimos que debíamos celebrar su festividad, no como la de un huésped agradable, sino como la de un antiguo conocido. Degollamos los pollos restantes, á escepcion de un animoso gallo, nuestro fiel reloj, qua no habia cesado de velar y cantar en medio de los mayores peligros. El rabino, el berberisco y los dos moros salieron de la cala del buque, y vinieron á recibir sus aguinaldos en nuestro festin; ¡tal era mi banquete de familia! Brindamos por la Francia, no lejos de la isla de los Lotófagos, donde los compañeros de Ulises olvidaron su patria, aunque no conozco frutos bastante dulces para hacerme olvidar la mia.

Tocábamos casi las islas de Kerkeni, las *Cercinæ* de los antiguos. En tiempo de Estrabon habia pesquerias en frente de estas islas, como en la actualidad. Las *Cercinæ* fueron testigos de dos grandes reveses de fortuna, porque vieron pasar alternativamente fugitivos á Aníbal y Mario. Estábamos cerca de Africa (*Turris Annibalis*), donde el primero de estos eminentes varones se vió precisado á embarcarse para sustraerse á la ingratitud de los cartagineses. Esfax es una ciudad moderna: segun el doctor Shaw, deriva su nombre de la palabra *Sfakousse*, en razon de la multitud de cohombros que crecen en su territorio.

El 6 de enero de 1807 se aplacó al fin la tempestad; y abandonando la pequeña sirte, subimos á lo largo de la costa de Túnez, y el 10 doblamos el cabo Bueno, objeto de todas nuestras esperanzas. El 11 fondeamos bajo el cabo de Cartago, y el 12 echamos anclas delante de la Goleta, escala ó puerto de Túnez. Enviamos á tierra el bote, y escribí á Mr. Devoise, cónsul francés cerca del bey, pues temia sufrir otra cuarentena, pero el cónsul me alcanzó el permiso de desembarcar el 18; no puedo espresar la alegría con que abandoné el buque. Alquilé caballos en la Goleta; y dando la vuelta al lago, llegué á las cinco de la noche á casa de mi nuevo huésped.

SEPTIMA Y ULTIMA PARTE.

VIAJE Á TÚNEZ Y REGRESO Á FRANCIA.

En casa de Mr. y madama Devoise hallé la hospitalidad mas generosa y la sociedad mas amable; tuvieron la bondad de retenerme seis semanas en el seno de su familia, y al fin disfruté un descanso de que me sentia harto menesteroso. Acercábase el Carnaval, y todos pensaban en divertirse y reir á despecho de los moros. Las cenizas de Dido y las ruinas de Cartago oian el sonido del violin francés. Nadie se cuidaba de Escipion ni de Aníbal, ni de Mario, ni de Caton de Útica, á quien se hubiera hecho beber (pues era aficionado al vino), si le hubiese pasado por las mientes la idea de ir á acechar la alegre concurrencia. Solo San Luis hubiese sido respetado en su calidad de francés; pero el buen y gran rey no hubiese visto con disgusto que sus súbditos se solazasen en el mismo lugar donde tanto habia sufrido.

El carácter nacional es indeleble. Nuestros marinos dicen que en las nuevas colonias los españoles empiezan por edificar una iglesia, los ingleses una taberna y los franceses un fuerte; yo añado una sala de baile. Hallándome en América, en la frontera de los paises salvajes, supe que á la primera jornada hallaria entre los indios á un compatriota mio. Al llegar á los Cayoungas, tribu que formaba parte de la nacion de los Iroqueses, mi guia me llevó á un bosque, en cuyo centro se veia una especie de granja donde hallé unos veinte salvajes entre hombres y mujeres, pintarrajeados á manera de hechiceros, medio desnudos, con las orejas recortadas, sendas plumas de cuervo en la cabeza, y gruesos anillos pasados para la extremidad de la nariz. Un francés empolvado y peinado como en otro tiempo, con casaca color verde-manzana, chupa de droguete (1), guirindola y vuelos de muselina, tocaba, mejor diria rascaba un violin de bolsillo, y hacia bailar el *Madelon Friquet* á aquellos iroqueses. Mr. Violet (que tal era su nombre), era profesor de baile entre los salvajes, que le pagaban gozosos sus lecciones en pieles de castor y perniles de oso; habia sido marmiton al servicio del general Rochambeau durante la guerra de América, y habiéndose quedado en Nueva-York despues de la retirada de nuestro ejército, concibió el alto propósito de enseñar las bellas artes á los americanos. Habiendo visto coronadas sus filantrópicas miras con un resultado feliz, el nuevo Orfeo llevó la civilizacion hasta las hordas errantes del Nuevo-Mundo. Al hablarme de los indios, me decia siempre: «Estos señores salvajes y estas señoras salvajesas;» felicitábase mucho de la agilidad de sus discípulos, y en verdad con razon, pues en toda mi vida he visto hacer tan descomunales piruetas. Mr. Violet, teniendo su violinejo entre su barba y pecho, templaba el fatal instrumento, y gritaba en iroqués:» *¡Cada cual á su puesto!*» Y la regocijada turba saltaba y brincaba como una bandada de demonios. ¡Ved aquí el genio de los pueblos!

Bailamos á nuestra vez sobre las ruinas de Cartago. Habiendo vivido en Túnez absolutamente como en Francia, dejaré ya de seguir las fechas de mi diario. Trataré, pues, los asuntos de una manera general, y segun el órden en que se presenten á mi memoria. Pero antes de hablar de Cartago y de sus ruinas, debo nombrar á las diferentes personas que conocí en Berbería. Además del cónsul de Francia, veia con frecuencia á Mr. Lessing, cónsul de Holanda, y á su cuñado Mr. Humberg, oficial de ingenieros holandés, gobernador de la Goleta, en cuya compañía visité las ruinas de Cartago, teniendo muchos motivos para elogiar su carácter complaciente y cortés. Encontré tambien á Mr. Lear, cónsul de los Estados-Unidos. Yo habia sido recomendado en otro tiempo en América al general Washington; y habiendo ocupado Mr. Lear un puesto cerca de este gran hombre, quiso hacerme dar paso, en memoria de mi ilustre patron, en un schooner de los Estados-Unidos. Este schooner me dejó en España, como diré al fin de este *Itinerario*. Por último, vi en Túnez, tanto en la legacion como en la ciudad, á muchos franceses jóvenes á quienes no era estraño mi apellido. Ni debo olvidar los restos de la apreciable familia de Mr. Andanson.

Si la multitud de relaciones fatiga al escritor que se propone hablar en la actualidad del Egipto y la Judea, esperimenta respecto de las antigüedades de Africa un inconveniente enteramente contrario por la

(1) Cierto género de tela.

escasez de documentos. No porque carezcamos de *Viajes* á Berbería, pues conozco hasta treinta *Relaciones* de los reinos de Marruecos, Argel y Túnez, sino porque estas relaciones son incompletas. Entre los antiguos *Viajes* debemos hacer mérito de la *Africa ilustrada* de Graminaye, y la erudita obra de Shaw. Las *Misiones* de los frailes trinitarios y mercenarios encierran milagros de caridad, pero no hablan, ni deben hablar, de los romanos y los cartagineses. Las *Memorias* impresas á continuacion de los *Viajes* de Pablo Lucas, solo contienen la relacion de una guerra civil en Túnez. Shaw hubiera podido suplirlo todo, si hubiese hecho estensivas sus investigaciones á la historia; pero por desgracia no la considera sino bajo el punto de vista geográfico, y toca de paso las antigüedades; Cartago, por ejemplo, no ocupa en sus observaciones mas lugar que Túnez. Entre los viajeros modernos, lady Montague, el abate Poiret y Mr. Desfontaines dicen algunas palabras acerca de Cartago, pero sin pintarla bajo ningun aspecto. En Milan vió la luz pública en 1806, año de mi viaje, una obra titulada: *Ragguaglio di alcuni Monumenti di Antichita ed Arti, raccolti negli ultimi Viaggi d' un dilettante.*

Creo que en este libro se habla de Cartago, pero leí el anuncio demasiado tarde para hacerlo venir de Italia. Puede decirse, por consiguiente, que el asunto que voy á tratar es nuevo; abriré el camino, y me seguirán los eruditos.

Antes de hablar de Cartago, único asunto interesante aquí, es preciso empezar por desembarazarnos de Túnez. Esta ciudad conserva casi su antigua denominacion. Los griegos y latinos le llamaban *Tunes*, y el mismo Diodoro le da el epiteto de *Blanca*, por hallarse construida sobre una colina gredosa, á doce millas de Cartago, y casi á la orilla de un lago cuya agua es salada. Este lago comunica con el mar, por medio del canal llamado la *Goleta*, que está defendido por un castillo. Los buques mercantes fondean delante de él, ó se ponen al abrigo detrás del muelle de la Goleta, pagando un considerable derecho de anclaje.

El lago de Túnez podia servir de puerto á las escuadras de los antiguos; pero actualmente una de nuestras barcas tiene mucho trabajo en atravesarlo sin encallar. Para evitarlo, es preciso seguir el canal principal, indicado por unas gruesas estacas clavadas en su fondo. Abulfeda señala en este lago una isla que sirve actualmente de lazareto. Algunos viajeros han hablado de los flamencos ó fenicópteros que animan aquel lagunazo, por otra parte bastante triste. Cuando estos hermosos pájaros vuelan en busca del sol, alargando su cuello, hácia delante y estirando hácia atrás sus patas, parecen flechas rodeadas de plumas de color de rosa.

Para llegar á Túnez desde las orillas del lago, es preciso atravesar un terreno que sirve de paseo á los francos. La ciudad está amurallada, y su circuito es de cerca de una legua, comprendiendo el arrabal esterior, llamado *Bled-el-Had-rah*. Las casas son bajas, las calles angostas, las tiendas pobres, y las mezquitas miserables. El pueblo, que se deja ver poco, tiene algo de feroz y salvaje. A las puertas de la ciudad se halla lo que se llama los *Siddi* ó los *Santos*: estos son unos negros y negras enteramente desnudos, devorados por ciertos parásitos, y revueltos entre inmundicia, que comen con insolencia el pan de la caridad. Aquellos nauseabundos seres están bajo la inmediata proteccion de Mahoma. El resto de la poblacion se compone de traficantes europeos, de turcos matriculados en Esmirna, de moros degenerados, de renegados y cautivos.

Los alrededores de Túnez son agradables, pues presentan vastas llanuras sembradas de trigo y rodeadas de colinas á que prestan sombra muchos olivos y algarrobos. Un acueducto moderno, de buen efecto, atraviesa un valle á espaldas de la ciudad; el bey tiene su casa de campo en el fondo de este valle. Desde Túnez se descubren al Mediodia las colinas de que he hablado. Al Oriente se ven las montañas de Mamelife, de caprichosos perfiles y estraña figura, á cuyo pié se encuentran las aguas calientes conocidas de los antiguos. Al Norte y Occidente la vista se espacia por el mar, el puerto de la Goleta y las ruinas de Cartago.

Los tunecinos son, sin embargo, menos crueles y mas civilizados que los pueblos de Argel, pues dieron asilo á los moros de Andalucía que habitan en Tub-Urbo, á seis leguas de Túnez, sobre el Me-Jerdah (1). El bey actual es un hombre discreto, que procura sustraerse á la dependencia de Argel, á que está sometida Túnez desde su conquista por los argelinos en 1757. Este príncipe habla el italiano, se produce con talento, y entiende mejor la política europea que la mayor parte de los orientales. Sabido es que Túnez fue embestida por San Luis en 1270, y tomada por Cárlos V en 1535. Como la muerte de San Luis se relaciona con la historia de Cartago, hablaré de ella en otra parte. Cárlos V derrotó al famoso Barba-Roja, y restableció en su trono al rey de Túnez, obligándolo, no obstante, á pagar un tributo á España; puede consultarse acerca de esto la obra de Roberston (2). Carlos V retuvo en su poder la Goleta; pero los turcos volvieron á tomarla en 1574.

Nada digo de la Túnez de los antiguos, porque no tardaremos en verla figurar en las guerras de Roma y Cartago.

Por lo demás, en Túnez me regalaron un manuscrito que trata del estado actual de este reino, de su gobierno, su comercio, sus rentas, sus ejércitos y sus caravanas. No he querido aprovecharme de este manuscrito, cuyo autor no conozco; pero sea quien fuere, es justo que recoja el honor debido á su trabajo, por lo cual, publicaré esta escelente *Memoria* al final de este *Itinerario* (3). Paso ahora á ocuparme de la historia y de las ruinas de Cartago.

El año 883 antes de nuestra era, precisada la reina Dido á abandonar su patria, fue á abordar al África. Cartago, fundada por la esposa de Siqueo, debió tambien su nacimiento á una de esas trágicas aventuras que señalan el origen de los pueblos, y que son como el gérmen ó presagio de esos males, frutos mas ó menos tardios de toda humana sociedad. Nadie ignora el feliz anacronismo de la *Eneida*. Tal es el privilegio del genio, que los infortunios poéticos de Dido forman parte de la gloria de Cartago. A la vista de las ruinas de esta ciudad, se buscan ávidamente las llamas de la hoguera fúnebre; créese oir las imprecaciones de una mujer abandonada, y se admiran esas poderosas mentiras que pueden ocupar la imaginacion en los lugares llenos de los mas altos recuerdos históricos. En verdad, cuando una reina moribunda llama en los muros de Cartago á las divinidades enemigas de Roma, y á los dioses vengadores de la hospitalidad; cuando Venus, sorda á los ruegos del Amor, escucha los votos del aborrecimiento, y niega á Dido un descendiente de Eneas y le concede un Aníbal: tales portentos, espresados en un lenguaje maravilloso, no pueden pasar desapercibidos. La Historia ocupa entonces un puesto entre las Musas, y la ficcion se muestra tan grave como la verdad.

Despues de la muerte de Dido, la nueva colonia adoptó una forma de gobierno cuyas leyes ha encarecido Aristóteles. Unos poderes sabiamente equilibrados entre los dos primeros magistrados, los nobles y el pueblo, subsistieron sin destruirse por espacio de siete siglos; y apenas sufrieron alguna alteracion por las sediciones populares y algunas conspiraciones de

(1) El Bagrada de la antigüedad, á cuya márgen mató Régulo la famosa serpiente.

(2) *Historia de Carlos V*, lib. V,

(3) No insertamos esta *Memoria*, por parecernos sobrado larga y de escaso interés para nuestros lectores. (N. del T.)

los magnates. Como las guerras civiles, manantial de los crímenes públicos, son no obstante, madres de las virtudes privadas, la república ganó mas que perdió en tales tempestades. Si sus destinos sobre la tierra no fueron tan largos como los de su rival, á lo menos la libertad no sucumbió en Cartago sino con la patria.

Empero, como las naciones mas libres son tambien las mas entusiastas, hallamos á los cartagineses envueltos en guerras vergonzosas antes de la primera guerra púnica. Ellos esclavizaron aquellos pueblos de la Bética, cuyo valor no bastó á sostener su virtud; y habiéndose aliado con Jerjes, perdieron una batalla contra Gelon, el mismo dia en que los lacedemonios perecieron en las Termópilas. A despecho de sus preocupaciones, los hombres tienen en tanta estima los sentimientos nobles, que nadie piensa en ochenta mil cartagineses degollados en los campos de la Sicilia, mientras el mundo entero recuerda á los trescientos espartanos que perecieron por obedecer las santas leyes de su patria. La grandeza de una causa, que no sus medios, conduce á la verdadera celebridad; el honor ha formado en todos tiempos la parte mas sólida de la gloria.

Despues de haber combatido alternativamente á Agatocles en África y á Pirro en Sicilia, los cartagineses vinieron á las manos con la república romana. La causa de la primera guerra púnica fue liviana; pero esta guerra llevó á Régulo á las puertas de Cartago.

No queriendo los romanos interrumpir el curso de las victorias de este gran hombre, ni enviar á los cónsules Fulvio y M. Emilio á ocupar su puesto, le mandaron permanecer en África en calidad de procónsul. Régulo se quejó de estos honores, y escribió al Senado rogándole con vehemencia le quitase el mando del ejército, pues un asunto interesante á sus ojos reclamaba su presencia en Italia. Tenia un campo de siete yugadas en Pupino; y habiendo muerto el arrendatario de este campo, el criado de aquel habia huido con los bueyes y los aperos rústicos. Régulo esponia á los senadores que si su hacienda quedaba inculta, le seria imposible proveer á la manutencion de su mujer é hijos. El senado mandó que el campo de Régulo fuese cultivado á espensas de la república; que se sacase del erario la suma necesaria para rescatar los objetos robados, y que sus hijos y esposa fuesen alimentados durante su ausencia á espensas del pueblo romano. Justamente admirado de esta envidiable sencillez, Tito Livio esclama: «¡Oh! ¡Cuán preferible es la virtud á »las riquezas! Estas pasan con su poseedor, mientras »aun escita profundo respeto la pobreza de Régulo.»

Este, marchando de victoria en victoria, se apoderó en breve de Túnez, cuya toma esparció la consternacion entre los cartagineses, que pidieron la paz al procónsul. Este labrador romano probó que es mas fácil guiar el arado despues de haber alcanzado victorias, que dirigir con mano segura una prosperidad brillante; el verdadero hombre grande está formado especialmente para brillar en el infortunio: muéstrase como deslumbrado en las prosperidades, y parece como estraño á la fortuna. Régulo propuso á los enemigos condiciones tan duras, que se vieron precisados á continuar la guerra.

Durante estas negociaciones, el destino llevó á través de los mares un hombre llamado á cambiar el curso de los acontecimientos: un lacedemonio, cuyo nombre era *Xantipo*, se presenta á retardar la ruina de Cartago; da una batalla á los romanos bajo los muros de Túnez, destruye su ejército, hace prisionero á Régulo, se reembarca y desaparece sin dejar otras huellas en la historia.

Régulo, conducido á Cartago, sufrió los mas inhumanos tratamientos, pues se le hicieron espiar las duras victorias de su patria. Los que con irritante orgullo ataban á sus carrozas triunfales los reyes destronados, y las mujeres y niños vertiendo lágrimas, ¿podian esperar que se respetaria á un ciudadano romano prisionero?

La fortuna volvió á mostrarse propicia á los romanos. Cartago pidió segunda vez la paz, y al efecto envió embajadores á Italia, siendo Régulo uno de ellos. Sus señores le hicieron dar palabra de que volveria á su prision si las negociaciones eran infructuosas, pues esperaban que abogaria con calor en defensa de una paz que le devolveria su patria.

Habiendo llegado Régulo á las puertas de Roma, se negó á entrar en la ciudad, porque habia una ley antigua que prohibia á los extranjeros introducir en el Senado á los embajadores de un pueblo enemigo; y Régulo, que se miraba como un enviado de los cartagineses, hizo revivir en aquella ocasion la antigua costumbre; los senadores se vieron, por consiguiente, obligados á reunirse fuera de los muros de la ciudad. Régulo les declaró que iba á pedir por órden de sus dueños al pueblo romano la paz ó el cange de los prisioneros.

Los embajadores de Cartago, una vez espuesto el objeto de su mision, se retiraron; y como Régulo se dispusiese á seguirles, los senadores le pidieron asistiese á su deliberacion.

Instado á que emitiese su dictámen, espuso con energia todas las razones que Roma tenia para continuar la guerra con Cartago. Los senadores, que admiraron tan sublime firmeza, deseaban salvar á tan digno ciudadano; y el gran pontifice sostuvo que se podia eximirle de los juramentos que habia prestado.

«Seguid los consejos que os he dado, dijo el ilustre »prisionero, con una voz cuya entereza llenó de asom»bro á la asamblea, y olvidad á Régulo; ¡no me que»daré en Roma despues de haber sido el esclavo de »Cartago, ni atraeré sobre vosotros la cólera de los »dioses! He prometido á nuestros enemigos restituirme »á su poder si desechais la paz, y guardaré mi jura»mento. No se engaña á Júpiter con vanas espiaciones; »la sangre de los toros y las ovejas no alcanza á borrar »una mentira, y el sacrilegio recibe su castigo mas ó »menos tarde.

»No ignoro la suerte que me espera; pero un crímen »mancharia mi alma, al paso que el dolor solo puede »quebrantar mi cuerpo. Por otra parte, no hay males »para el que sabe sufrirlos, puesto que si esceden las »fuerzas naturales, la muerte nos emancipa de su peso. »¡Padres conscriptos! Cesad de compadecerme; he »dispuesto de mi persona, y nada puede hacerme »cambiar de opinion. Vuelvo á Cartago; y al cumplir »mi deber, me abandono á los dioses.»

Régulo puso el colmo á su magnanimidad, pues á fin de disminuir el interés que su vida escitaba, y para librarse de una compasion inútil, dijo á los senadores que los cartagineses le habian hecho beber un veneno lento antes de salir de su encierro, y añadió: «De este modo solo me perdereis algunos instantes »que no valen la pena de ser comprados á precio de »un perjurio.» Esto dicho, se levantó y alejó de Roma sin proferir una palabra mas, fijos los ojos en el suelo, y rechazando á su esposa é hijos, ya sea porque temiese que al despedirse de ellos le dominase la ternura, ya porque se juzgase indigno, en su condicion de esclavo cartaginés, de los abrazos de una matrona romana. Concluyó su vida en medio de horrorosos suplicios, si ya no es que el silencio de Polibio y de Diodoro no contradicen el relato de los historiadores latinos. Régulo fue un ejemplo digno de eterna recordacion, de lo que pueden en un alma bien templada la religion del juramento y el amor pátrio. Y si el orgullo tuvo tal vez alguna parte en la resolucion de este genio varonil, el hombre que supo castigarse de esta manera por haber sido vencido, era ciertamente digno de la victoria.

Despues de veinte y cuatro años de guerras, un tratado de paz puso término á la primera guerra pú-

nica. Empero los romanos no eran ya aquel pueblo de labradores regido por un senado de reyes, que erigia altares á la Moderacion y á la Pequeña-Fortuna: eran unos hombres que se creian formados para el mando, y á quienes la ambicion impulsaba sin cesar á la injusticia. Invadieron, pues, bajo un frívolo pretesto la Cerdeña, y se felicitaron por haber hecho en plena paz una conquista á los cartagineses. Pero ignoraban que el vengador de la fe violada estaba ya á las puertas de Sagunto, y que en breve se presentaria en las colinas de Roma: aquí empieza la segunda guerra púnica.

Aníbal es á mis ojos el mas célebre capitan de la antigüedad; y si no es el que escita mas afecto, es el que despierta mas admiracion. Es cierto que ni tuvo el heroismo de Alejandro, ni los talentos universales de César; pero escedió á entrambos como guerrero. Es lo mas frecuente que el amor á la patria ó de la gloria sea el móvil que guia á los héroes á los prodigios; pero el esclusivo resorte de Aníbal fue el odio. Entregado á este genio de nueva especie, partió de las estremidades de España con un ejército compuesto de veinte pueblos diferentes; salvó los Pirineos, atravesó las Galias, subyugó á su paso las naciones enemigas, vadeó los rios, y llegó al pié de los Alpes. Estas montañas, entonces sin caminos, defendidas por pueblos bárbaros, opusieron en vano su imponente barrera á Aníbal, que precipitándose desde sus nevadas cumbres sobre la sorprendida Italia, destruyó el primer ejército consular á las márgenes del Tesino; descargó el segundo golpe en el Trebia; el tercero en Trasimeno, y en el cuarto estuvo á punto de inmolar á Roma en la llanura de Cannas. Por espacio de diez y seis años hizo la guerra sin recibir el menor auxilio en el corazon de Italia; por espacio de diez y seis años no incurrió sino en una de esas faltas que deciden de la suerte de los imperios, y que parecen tan estrañas á la naturaleza de un gran hombre, que puede atribuírselas razonablemente á un oculto designio de la Providencia.

Infatigable en los peligros, inagotable en los recursos, astuto, ingenioso, elocuente, hasta sabio y autor de muchas obras, Aníbal tuvo todas las disposiciones que pertenecen á la superioridad del espíritu y á la fuerza del carácter; pero careció de las altas cualidades del corazon: frio, cruel, sin entrañas, nacido para destruir y no para fundar imperios, fue muy inferior á su rival en magnanimidad.

El nombre de Escipion el Africano es uno de los mas hermosos de la historia. Amigo de los dioses, generoso protector del infortunio y de la hermosura, Escipion presenta algunos rasgos de semejanza con los antiguos caballeros. En él empieza esa urbanidad romana, adorno del genio de Ciceron, Pompeyo y César, y que reemplazó entre estos ilustres ciudadanos la rusticidad de Caton y de Fabricio.

Aníbal y Escipion se avistaron en los campos de Zama, célebre aquel por sus victorias, famoso este por sus virtudes, y dignos ambos de representar sus grandes patrias y de disputarse el imperio del mundo.

Al partir con rumbo al Africa la flota de Escipion, la costa de la Sicilia estaba ocupada por un pueblo inmenso y por innumerables soldados. Cuatrocientos bajeles de cargamento y cincuenta trirremes cubrian la rada de Lilibea. La galera de Lelio, almirante de la flota, se distinguia entre todas por sus tres fanales, pues las demás naves llevaban una ó dos luces, segun su magnitud. Fijos estaban los ojos del mundo en aquella espedicion destinada á arrancar á Aníbal de Italia, y decidir al fin de la suerte de Roma y Cartago. La quinta y la sesta legion que se habian hallado en la batalla de Cannas, ardian en deseo de arrasar los hogares del vencedor. El general especialmente atraia todas las miradas, pues su piedad hácia los dioses, sus proezas en España, donde habia vengado la muerte de su tio y de su padre; el proyecto de llevar la guerra al Africa, proyecto que solo él habia concebido contra la opinion del gran Fabio; y finalmente ese favor que los hombres conceden á las empresas atrevidas, á la gloria, la hermosura y la juventud, hacian de Escipion el objeto de todos los votos y de todas las esperanzas.

Llegado el dia de la partida, Escipion se mostró al amanecer en la popa de la galera de Lelio, á la vista de la escuadra y de la multitud que cubria las alturas de la orilla. Un heraldo levantó su cetro é impuso silencio. Escipion esclamó:

«¡Dioses y diosas de la tierra, y vosotras, divinidades del mar, conceded un éxito feliz á mi empresa! »¡Cedan mis proyectos en gloria mia y en la del pueblo romano! ¡Ojalá que regresemos un dia á nuestros hogares, llenos de regocijo, y cargados con los despojos del enemigo; y ojalá Cartago sufra las calamidades con que habia amenazado á mi patria!»

Dichas estas palabras, se degolló una víctima; Escipion arrojó al mar las humeantes entrañas; las velas se desplegaron al sonido de la trompeta; y un viento favorable impelió toda la flota á lo largo de las costas de la Sicilia.

Al otro dia de la partida, se dejó ver la tierra de África, y el promontorio de Mercurio; la noche sobrevino y la flota se vió obligada á echar anclas. Al salir el nuevo sol, Escipion descubrió la costa, y preguntó cual era el nombre del promontorio mas cercano á las naves: «Es el cabo Hermoso,» respondió el piloto. A este nombre de venturoso presagio, el general saludó la fortuna de Roma, y mandó volver la proa de su galera hácia el lugar señalado por los dioses.

El desembarco se efectuó sin obstáculo alguno; esparcióse la consternacion por ciudades y campos; los caminos estaban cubiertos de hombres, mujeres y niños que huian con sus rebaños; aquella escena parecia una de esas grandes emigraciones de los pueblos, cuando naciones enteras abandonan los sepulcros de sus antepasados, por la cólera ó por la voluntad del cielo. El espanto se apoderó de Cartago; todos corrieron á las armas; cerráronse las puertas y se colocaron soldados en las murallas, como si los romanos se hallasen ya prontos á dar el asalto.

No obstante, Escipion envió su flota á Útica; y mientras marchaba por tierra con ánimo de sitiar esta ciudad, se le incorporó Masinisa al frente de dos mil caballos.

Este rey númida, antiguo aliado de los cartagineses, habia hecho la guerra á los romanos en España, y habiendo perdido y reconquistado muchas veces su reino por una serie de aventuras estraordinarias, se hallaba fugitivo cuando Escipion desembarcó en África. Sifax, príncipe de los gétulos, que habia casado con Sofonisba, hija de Asdrúbal, acababa de apoderarse de los estados de Masinisa. Este se arrojó en brazos de Escipion, y los romanos le debieron parte de los triunfos de sus armas.

Despues de algunas batallas felices, el general romano sitió á Útica. Los cartagineses, acaudillados por Asdrúbal y Sifax, formaron dos campamentos separados á la vista del de los romanos. Escipion consiguió incendiar estos campamentos, cuyas tiendas eran de esteras y cañas, á usanza de los númidas, lo que produjo la muerte de cuarenta mil hombres en una sola noche. El vencedor, que se apoderó en aquella ocasion de una prodigiosa cantidad de armas, las hizo quemar en honor de Vulcano.

Mas no por esto se desalentaron los cartagineses, sino que decretaron grandes reclutamientos. Sifax, movido por las lágrimas de Sofonisba, se mantuvo fiel á los vencidos, y arriesgó de nuevo su vida por defender la patria de una mujer á quien amaba con delirio. Favorecido constantemente por el cielo, Escipion derrotó los ejércitos enemigos, tomó las ciudades sometidas a ellos, se apoderó de Túnez y amenazó

á Cartago con una completa destruccion. Arrastrado por su fatal amor, Sifax se atrevió á presentarse de nuevo ante los vencedores, con un arrojo digno por cierto de mejor suerte. Abandonado por los suyos en el campo de batalla, se precipitó solo sobre los escuadrones romanos, prometiéndose que sus soldados, avergonzándose de abandonar á su rey, volverian caras é irian á morir á su lado; pero los cobardes continuaron en su fuga, y Sifax cuyo caballo murió de un bote de pica, cayó vivo en manos de Masinisa.

Estremado motivo de júbilo fue para este ver prisionero suyo al usurpador de su corona; algun tiempo despues, los azares de la guerra pusieron tambien en poder de Masinisa á Sofonisba, la esposa de Sifax. La desventurada se arrojó á los piés del vencedor, esclamando:

«Tu prisionera soy, pues así lo quieren los dioses, »tu valor y la fortuna; pero, por tus rodillas que »abrazo, y por esa mano vencedora que me permites »tocar, te suplico ¡oh Masinisa! que me admitas por »tu esclava, y me libres del horror de verme juguete »de un bárbaro. ¡Ah! No hace sino un momento que »estaba, como tú ahora, rodeada de la magestad de »los reyes! Reflexiona que no puedes renegar de »tu sangre, y que compartes con Sifax el nombre »de númida. Mi esposo salió de ese palacio, por la »cólera de los dioses: ¡ojalá hayas tu podido entrar »en él bajo mas felices auspicios! Juzga lo que debo »prometerme de un romano, siendo como soy ciuda»dana de Cartago é hija de Asdrúbal. Si no puedo ser »esclava de un príncipe nacido en el suelo de mi pa»tria; si solo la muerte puede librarme del yugo ex»tranjero, dame esa muerte, y la contaré en el nú»mero do tus beneficios.»

Masinisa se enterneció al ver el triste lloro y la suerte aun mas triste de Sofonisba, que brillaba en todo el esplendor de la juventud y de una incomparable hermosura. Sus ruegos, dice Tito Livio, eran menos súplicas que caricias. El ya vencido Masinisa le prometió todo; y no menos enamorado que Sifax, hizo su esposa á su prisionera.

Sifax, cargado de cadenas, fue presentado á Escipion. Este eminente varon, que poco antes habia visto dueño de un trono al que entonces contemplaba á sus piés, sintióse movido á compasion. Sifax, que habia sido en otro tiempo aliado de los romanos, hizo recaer sobre Sofonisba la culpabilidad de su defeccion. «Las antorchas de mi fatal himeneo, dijo han »reducido á cenizas mi palacio; pero una cosa me »consuela: la furia que ha destruido mi casa, ha pa»sado al tálamo de mi enemigo, y reserva á Masinisa »una suerte igual á la mia.»

Sifax ocultaba de esta manera bajo la máscara del odio los crueles zelos que le arrancaban estas palabras, porque amaba aun á Sofonisba. Escipion no estaba sin inquietud, pues temia no sin razon, que la hija de Asdrúbal adquiriese sobre Masinisa el ascendiente que habia ejercido sobre Sifax. La pasion de Masinisa se presentaba con un sello de estremada violencia, pues se habia apresurado á celebrar sus bodas antes de dejar las armas; é impaciente por unirse á Sofonisfa, habia encendido las antorchas nupciales delante de los dioses domésticos de Sifax, dioses acostumbrados á oir los votos formados contra los romanos. Masinisa habia vuelto á unirse á Escipion, quien elogiándole, le dirigió algunas ligeras acusaciones por su conducta hácia Sofonisba. Entonces Masinisa entró en cuentas consigo mismo, y temiendo atraerse la desgracia de los romanos, sacrificó su amor á su ambicion. Oyósele gemir en su tienda, y luchar contra esos sentimientos generosos que no es dado al hombre arrancar de su corazon sin violento esfuerzo. Hizo llamar al oficial encargado de guardar el veneno del rey: este veneno servia á los príncipes africanos para librarse de la vida cuando caian en un mal irremediable; de este modo, la corona que no estaba entre ellos al abrigo de las tempestades de la fortuna, estaba á lo menos á cubierto del desprecio: Masinisa mezcló el veneno en una copa para enviarlo á Sofonisba. Despues, dirigiéndose al oficial encargado de tan triste mensaje, le dijo: «Dí á la reina que si en »mí hubiera consistido, nunca Masinisa se hubiera »separado de Sofonisba. Si los dioses de los romanos lo »ordenan de otro modo, le guardo á lo menos una de »mis promesas: no caerá viva en manos de sus ene»migos, si se somete á su fortuna como ciudadana de »Cartago, como hija de Asdrúbal y como esposa de »Sifax y de Masinisa.»

El oficial entró en el aposento de Sofonisba, y le entregó la órden del rey: «Recibo con alegría este pre»sente nupcial, dijo la desgraciada, si es cierto que »un marido no ha podido hacer otro obsequio á su »mujer. Di á tu señor que al perder la vida hubiera »á lo menos conservado el honor sino me hubiese ca»sado con Masinisa la víspera de su muerte.» Dichas estas palabras, bebió el veneno.

Así las cosas, los cartagineses llamaron á Aníbal, que derramó lágrimas de ira, acusó á sus conciudadanos, se quejó de los dioses y se acusó de no haber marchado á Roma despues de la batalla de Canas. Nunca un hombre, al abandonar su país para marchar al destierro, esperimentó mas dolor que Aníbal, al arrancarse á una tierra extranjera para volver á su patria.

Desembarcó en la costa de África con los veteranos que habian atravesado, como él, las Españas, las Galias y la Italia; veteranos que ostentaban mas haces arrebatadas á los pretores, á los generales y á los cónsules, que las con que todos los magistrados de Roma se hacian preceder. Aníbal habia estado treinta y seis años ausente de su patria, de la que habia salido en la niñez, y volvia en la edad madura, como lo dijo á Escipion. ¡Cuáles debieron ser las reflexiones de aquel gran hombre, cuando volvió á ver á Cartago, cuyos muros y habitantes le eran casi extranjeros! Dos de sus hermanos habian muerto; los compañeros de su infancia habian desaparecido; las generaciones se habian sucedido; los templos cargados de los despojos de los romanos fueron sin duda los únicos lugares que Aníbal pudo reconocer en aquella nueva Cartago. Si sus compatriotas no se hubiesen dejado cegar por la envidia, ¡con cuánta admiracion hubieran contemplado al héroe que por espacio de treinta años derramara su sangre por ellos en una region lejana, cubriéndoles de inmarcesible gloria! Pero cuando los servicios son tan eminentes que sobrepujan los límites del agradecimiento, no reciben otra recompensa que la ingratitud. Aníbal tuvo la desgracia de ser mas grande que el pueblo en que habia nacido, y su destido fue vivir y morir en estraño suelo.

El general cartaginés condujo su ejército á Zama, y Escipion acercó su campamento al de Aníbal. Este tuvo tan claro presentimiento de la infidelidad de la fortuna, que pidió una entrevista al general romano, para proponerle la paz; fijóse, pues, el punto de reunion. Cuando los dos capitanes se vieron frente á frente, quedaron mudos y llenos de recíproca admimiracion. Aníbal tomó al fin la palabra, y dijo:

«¡Escipion! los dioses han querido que tu padre »fuese el primer general enemigo á quien me he de»jado ver en Italia, con las armas en la mano; esos »mismos dioses me mandan venga hoy á pedir desar»mado la paz á su hijo. Has visto á los cartagineses »acampados á las puertas de Roma; hoy resuena en »el recinto de Cartago el estruendo de un campa»mento romano. Niño salí de mi patria, y vuelvo á »ella cargado de dias; una larga esperiencia de la »próspera y la adversa fortuna me ha enseñado á juzgar »de las cosas por la razon, no por los acontecimien»tos. Tu juventud, y la felicidad que aun no te ha

»abandonado, te harán acaso enemigo del reposo; »porque en el caso próspero no se fija la atencion en »los contratiempos. Tienes la edad que yo tenia en Ca»nas y Trasimeno; medita lo que he sido, y aprende »en mi ejemplo á conocer la volubilidad de la for»tuna. El que te habla como suplicante es ese Aníbal, »que acampado entre el Tiber y el Teveron, próximo »á asaltar á Roma, deliberaba sobre lo qué haria de »tu patria. He llevado el espanto á los campos de tus »padres, y ora me veo precisado á pedirte evites á mi »patria iguales calamidades. Nada es tan inseguro co»mo la suerte de las armas; un momento puede arre»batarte tu gloria y tus esperanzas. Si consientes en »la paz, quedarás árbitro de tus destinos; si comba»tes, entregarás tu suerte al capricho de la casua»lidad.»

A este estudiado discurso, Escipion contestó con mas franqueza, si bien con menos elocuencia; desechó como insuficientes las proposiciones de paz que le hacia Aníbal, y no se pensó ya sino en combatir. Es probable que el interés de la patria no fuese el único motivo que indujo al general romano á romper con el cartaginés, pues debemos creer que Escipion no pudo vencer el deseo de medirse con Aníbal.

El dia que siguió á esta entrevista, dos ejércitos, compuestos de veteranos y conducidos por los dos mayores capitanes de los dos mayores pueblos de la tierra, se adelantaron para disputarse, no ya los muros de Roma y de Cartago, sino el imperio del mundo, premio de este postrer combate.

Escipion colocó los piqueros en la primera fila, los príncipes en la segunda y los triarios en la tercera, interrumpiendo estas lineas á intérvalos iguales para abrir paso á los elefantes de Cartago. Los vélites, esparcidos en estos intérvalos, debian, segun lo requiriese el caso, replegarse á espalda de los soldados pesadamente armados, ó derramar sobre los elefantes una granizada de flechas y dardos. Lelio cubria el ala izquierda del ejército con la caballería latina, y Masinisa mandaba en el ala izquierda los ginetes númidas.

Aníbal colocó ochenta elefantes al frente de su ejército, cuya primera línea estaba compuesta de liguríenses, galos, baleares y moros; los cartagineses se mostraban en la segunda línea; y los brucianos formaban á espalda de estos una especie de reserva, con la cual el general contaba poco. Aníbal opuso su caballería á la de los romanos, los cartagineses á Lelio, y los númidas á Masinisa.

Los romanos fueron los primeros en dar la señal del ataque, prorumpiendo al mismo tiempo en tan descomunal vocinglería, que asustada una parte de los elefantes, se replegó sobre el ala izquierda del ejército de Aníbal y esparció la confusion entre los ginetes númidas. Masinisa, al ver tal desórden, cayó sobre ellos, y acabó de ponerlos en completa fuga. La ótra parte de los elefantes, que se habia precipitado sobre los romanos, fue rechazada por los vélites, y causó en el ala derecha de los cartagineses el mismo desastre que en la izquierda. Así, pues, desde la primera embestida Aníbal se vió sin caballería, y descubierto en ambos flancos: razones poderosas, de que la historia no ha podido adquirir noticia, le impidieron sin duda pensar en la retirada.

Habiendo venido á las manos la infantería, los soldados de Escipion derrotaron fácilmente la primera línea enemiga, compuesta de mercenarios. Los romanos y los cartagineses se hallaron entonces frente á frente. Los primeros, que para llegar á los segundos, se veian precisados á pasar sobre montones de cadáveres, rompieron su línea, y estuvieron á punto de perder la victoria. Viendo Escipion el peligro, cambió su órden de batalla, haciendo pasar los príncipes y los triarios á la primera fila, y colocándolos á derecha é izquierda de los piqueros; por este medio desconcertó el frente del ejército de Aníbal, que habia perdido ya su caballería y la primera línea de sus infantes. Los veteranos cartagineses sostuvieron la gloria que se habian conquistado en tantas batallas. Distinguíase entre ellos, por sus coronas, á muchos soldados rasos que habian dado muerte á generales y cónsules. Pero la caballería romana, que volvia de la persecucion del enemigo, cargó por retaguardia á los antiguos compañeros de Aníbal, que rodeados por todas partes pelearon hasta el último suspiro, y no abandonaron sus banderas sino con la vida. El mismo Aníbal, despues de haber hecho todo lo que debe esperarse de un general y de un soldado intrépido, huyó con algunos ginetes.

Dueño del campo de batalla, Escipion hizo grandes elogios de la pericia que su competidor habia mostrado en los varios lances de la batalla. ¿Era esto generosidad ú orgullo? Tal vez era lo uno y lo otro, porque el vencedor era Escipion y Aníbal el vencido.

La batalla de Zama puso término á la segunda guerra púnica. Cartago pidió la paz, pero la recibió bajo condiciones que presagiaban su próxima ruina. Aníbal, que no se atrevió á entregarse á la fe de un pueblo ingrato, abandonó su patria, y recorrió las córtes extranjeras suscitando en todas partes enemigos á los romanos, que le perseguian en todas, dando á unos reyes débiles consejos que eran incapaces de seguir, y aprendiendo á costa de la propia esperiencia que los huéspedes coronados no entienden el lenguaje de la gloria y del infortunio. Dícese que encontró en Efeso á Escipion, y que este le preguntó: ¿Quién ha sido, en tu concepto, el primer capitan del mundo?—Alejandro, respondió el cartaginés.—¿Y el segundo? añadió Escipion.—Pirro.—¿Y el tercero?—Yo.—¿Qué seria, pues, repuso Escipion riendo, si me hubieses vencido?—Me hubiera antepuesto á Alejandro, replicó Aníbal. Estas palabras prueban que el ilustre desterrado habia aprendido en las córtes el arte de la lisonja, y que abrigaba á la vez sobrada modestia y sobrado orgullo.

Por último, los romanos no pudieron resolverse á dejar vivir á Aníbal. Aunque solo, proscripto y desgraciado, les parecia que aun hacia vacilar la fortuna del Capitolio; sentíanse humillados al pensar que habia en el mundo un hombre que los habia vencido, y á quien no intimidaba su grandeza. Enviaron, pues, una embajada al corazon de Asia, pidiendo al rey Prusias la muerte de su suplicante, y Prusias cometió la villanía de abandonar á Aníbal. Entonces, este gran hombre tomó el veneno, diciendo con amarga ironia; «¡Libremos á los romanos del miedo que les causa un anciano desterrado, inerme y vendido!»

Escipion esperimentó, como Aníbal, los sinsabores inherentes á la gloria, y concluyó sus dias en Literna en un destierro voluntario. Háse notado que Aníbal, Filópemen y Escipion murieron casi en el mismo tiempo, víctimas los tres de la ingratitud de sus respectivos paises. El Africano hizo grabar sobre su sepultura esta tan conocida inscripcion:

INGRATA PATRIA,
NO GUARDARÁS MIS HUESOS.

Pero la proscripcion y el destierro que pueden hacer olvidar los nombres vulgares, atraen la atencion hácia los ilustres: la virtud venturosa nos deslumbra; pero nos escita vehementes simpatías cuando la vemos perseguida.

Cartago no sobrevivió mucho tiempo á Aníbal. Escipion Nasica y los senadores mas prudentes querian conservar á Roma una rival; pero no es dado al hombre cambiar los destinos de los imperios. Triunfó el odio ciego del anciano Caton, y los romanos empezaron la tercera guerra púnica bajo los mas frívolos pretestos.

Emplearon desde el principio de ella una irritante

perfidia para despojar de sus armas á los enemigos. Habiendo los cartagineses pedido en vano la paz, resolvieron sepultarse bajo las ruinas de su ciudad. Los cónsules Marcio y Manlio no tardaron en presentarse á la vista de Cártago; pero antes de formalizar el sitio, celebraron dos ceremonias formidables: la invocacion de las divinidades tutelares de esta ciudad, y la entrega de la pátria de Aníbal á los dioses infernales:

«Dios ó diosa que proteges el pueblo y la república »de Cartago; genio á quien ha sido confiada la defen»sa de esta ciudad, abandona tu antigua morada, y »ven á habitar nuestros templos. ¡Puedan Roma y nues»tros sacrificios serte mas aceptos que la ciudad y los »sacrificios de los cartagineses!»

Pasaron luego á la fórmula de la entrega:

«Dios Pluton, Júpiter maléfico, dioses Manes, es»parcid el terror en la ciudad de Cartago, y arrastrad »sus habitantes al infierno. Yo os entrego la cabeza de »los enemigos, sus bienes, sus ciudades, sus campos; »realizad mis votos, y os inmolaré tres ovejas negras. »¡Tierra, madre de los hombres, y tú, Júpiter, ser»vidme de testigos!»

No obstante, los cónsules fueron vigorosamente rechazados, pues el genio de Aníbal habia renacido en la sitiada ciudad. Las mujeres cortaron sus cabellos é hicieron con ellos cuerdas para los arcos y las máquinas bélicas. Escipion, el segundo Africano, servia á la sazon como tribuno en el ejército romano. Algunos viejos que habian visto al primer Escipion en Africa vivian aun, entre otros el célebre Masinisa. Este rey númida, mas que octogenario, invitó al jóven Escipion á su córte; y suponiendo verificada esta entrevista (1), Ciceron compuso el hermoso trozo de su *República*, conocido con el nombre de *Sueño de Escipion*. El célebre orador hace hablar es estos términos al Emiliano, á Lelio, á Filo, á Manilio y á Escévola:

«Me acerqué á Masinisa. El anciano me recibió en »sus brazos y me anegó en sus lágrimas; luego alzan»do al cielo sus ojos, esclamó: «Sol y dioses celestia»les, os doy gracias! Recibo antes de morir, en mi »reino y en mis hogares al digno heredero del varon »virtuoso y del gran capitan que no se borra de mi »memoria!

»Aquella noche, ocupada mi mente con el discurso »de Masinisa, soñé que el Africano se presentaba á mis »ojos: yo temblaba, poseido de respeto y temor: mas »él me tranquilizó y llevándome consigo á lo mas alto »del cielo, en un lugar donde resplandecian millones »de estrellas, me dijo:

»Baja tus ojos y mira á Cartago; yo la he obligado »á someterse al pueblo romano; y en el espacio de dos »años tú la destruirás sin dejar piedra sobre piedra, »mereciendo por tí mismo el nombre de *Africano*, que »solo debes hoy á la herencia que de mí recibiste..... »Para estimularte á la virtud, sabe que hay en el cielo »un lugar destinado al hombre justo. Lo que en la »tierra se llama la vida, es la muerte. El hombre no »existe sino en la mansion eterna de las almas; y á ella »solo se llega por medio de la santidad, la religion y la »justicia, el respeto á los padres y el amor á la patria. »Sabe, especialmente despreciar las recompensas de »los mortales. Desde aquí ves cuan pequeña es esa »tierra; cuán escaso lugar ocupan en el globo que »apenas divisas, los mas dilatados reinos; cuantos de»siertos y mares dividen entre sí á los pueblos. ¿Cual, »por consiguiente, seria el blanco de tu ambicion? »¿El nombre de un romano ha salvado alguna vez las »cumbres del Caúcaso ó las orillas del Ganges? ¡Cuán»tos pueblos á Oriente, á Occidente, á Mediodia y al »Norte, no oirán en tiempo alguno hablar del Africa»no! Y los que de él hablan hoy, ¿cuánto tiempo ha»blarán, si están cercanos á la muerte? En el completo »trastorno de los imperios; en esas grandes revolu»ciones que el tiempo trae consigo, mi memoria de»saparecerá para siempre. ¡Oh hijo mio! no pienses »sino en los santuarios divinos, donde oyes esa armo»nía de las esferas, que ora encanta tus oidos; no as»pires sino á esos templos eternos preparados para las »grandes almas y para esos genios sublimes que durante »la vida han sabido elevarse á la contemplacion de las »cosas celestiales.»

Esta noble ficcion de un cónsul romano, conocido con el sobrenombre de *Padre de la patria*, no se opone á la gravedad de la historia; que si el destino de esta es conservar los grandes nombres y los pensamientos del genio, estos grandes nombres y pensamientos se encuentran aquí. (2)

Escipion el Emiliano, nombrado cónsul por el favor del pueblo, recibió órden de continuar el sitio de Cartago. En consecuencia sorprendió primero la ciudad baja, llamada *Megara* ó *Magara* (3). Luego intentó cerrar el puerto esterior por medio de una calzada, pero los cartagineses abrieron otra entrada á este puerto, y se presentaron en el mar con gran asombro de los romanos. Fácil les hubiera sido incendiar la flota de Escipion: pero la hora de Cartago habia sonado, y la pavura se habia apoderado de los consejos de la desventurada ciudad.

Fue esta defendida por cierto Asdrúbal, hombre cruel que acaudillaba treinta mil mercenarios, y que trataba á los ciudadanos con tanto rigor como los enemigos. Habiendo pasado el invierno en las empresas mencionadas, Escipion atacó en la primavera el puerto interior llamado el *Cothon*.

Dueño á poco de las murallas de este puerto, avanzó hasta la plaza mayor de la ciudad. Tres calles desembocaban en esta plaza, y subian en declive hasta la ciudadela, conocida con el nombre de *Byrsa*. Los habitantes se defendieron en las casas de estas calles, y Escipion se vió en la necesidad de situarlas, y tomar una tras otra. Este combate duró seis dias con sus noches. Una parte de los soldados romanos forzaba los asilos de los cartagineses, mientras otra se ocupaba en arrastrar por medio de ganchos los cadáveres amontonados en las casas, ó arrojados á las calles. Muchos vivos fueron sepultados en confuso desórden con los muertos.

El séptimo dia, unos diputados se presentaron en traje de suplicantes, limitándose á pedir la vida de los ciudadanos refugiados en la ciudadela. Escipion accedió á su peticion, esceptuando, no obstante, de esta gracia á los desertores romanos que se habian pasado al bando cartaginés. Cincuenta mil personas, hombres, mujeres, niños y ancianos, salieron de Birsa.

En lo mas culminante de la ciudadela elevábase un templo consagrado á Esculapio, y en él se atrincheraron los tráfugas, cuyo número ascendia á novecientos. Asdrúbal que los capitaneaba, tenia á su lado su mujer y sus dos hijos. Esta tropa desesperada esterilizó durante algun tiempo los esfuerzos de los romanos; pero espulsada poco á poco de los atrios del templo, se encerró en este. Entonces Asdrúbal, arrastrado por un cobarde amor á la vida, abandonó en secreto sus compañeros de infortunio, su mujer y sus hijos, y fue á abrazar las rodillas de Escipion, empuñando un ramo de olivo. Escipion lo hizo mostrar al punto á los tráfugas, quienes llenos de furor, incendiaron el templo, fulminando horribles imprecaciones contra Asdrúbal.

Al empezar á propagarse las llamas se dejó ver una mujer, adornada con sus mas hermosos trajes, y te-

(1) Escipion habia visto anteriormente á Masinisa; pero su última entrevista no tuvo lugar, porque Masinisa habia muerto cuando Escipion llegó á su córte.

(2) Este sueño es una imitacion de un pasaje de la *República de Platon*.

(3) Describiré á Cartago al hablar de sus ruinas.

niendo de la mano á dos niños : era la esposa de Asdrúbal. Dirigió sus miradas á los enemigos que rodeaban la ciudadela, y reconociendo á Escipion esclamó: »¡Romano! no pido al cielo que descargue sobre tí su »venganza, puesto que no haces otra cosa que seguir »las leyes de la guerra; pero, ¡ojalá que, de consuno »con las divinidades de mi pais, castigues al traidor »que vende á su mujer, sus hijos, su patria y sus dio»ses! ¡Asdrúbal! Sabe que Roma prepara ya el castigo »de tu maldad. ¡Indigno caudillo de Cartago! ¡Corre á »hacerte atar al carro del vencedor, mientras esta ho»guera nos librará, á mí y á mis hijos, de la torpe es»clavitud!»

Dichas estas palabras, degolló á sus hijos, y precipitóse con ellos en las llamas. Todos los tránsfugas imitaron su ejemplo.

Así pereció la patria de Dido, Sofonisba y Aníbal. Floro quiere que se juzgue de la magnitud de tal desastre por el incendio, que duró diez y siete dias enteros. Escipion lloró sobre la suerte de Cartago. En presencia del incendio que devoraba aquella ciudad poco antes tan floreciente, reflexionó sobre las revoluciones de los imperios, y pronunció estos versos de Homero, aplicándolos á los futuros destinos de Roma: »Un tiempo vendrá »en que el mundo verá hundirse las sagradas murallas de »Ilion, el belicoso Priamo y todo su pueblo.» Corinto fue destruida el mismo año que Cartago, y un corintio repitió, como Escipion, un pasaje de Homero, á la vista de su patria reducida á cenizas. ¿Qué hombre es ese á quien toda la antigüedad nombra á la caida de los Estados, y al espectáculo de las calamidades de los pueblos, como si nada pudiese ser grande y trágico sin su presencia; como si todos los dolores humanos se hallasen bajo la proteccion y el imperio del cantor de Ilion y de Héctor?

No bien fue destruida Cartago, cuando parece que un dios vengador sale de sus ruinas : Roma, perdidas sus costumbres, ve brotar en su seno terribles guerras civiles; y esta corrupcion y estas discordias empiezan en las playas púnicas. Escipion, el destructor de Cartago, murió asesinado poco despues por sus parientes; los hijos de aquel Masinisa, que hiciera triunfar á los romanos, se degüellan sobre la tumba de Sofonisba; y los despojos de Sifax sirvieron á Yugurta para pervertir y vencer á los descendientes de Régulo. ¡Oh ciudad venal! esclamó el príncipe africano, al salir del Capitolio; ¡oh ciudad madura para tu ruina, si encuentras un comprador!» En breve hizo Yugurta pasar un ejército romano bajo el yugo casi á la vista de Cartago, y renovó esta vergonzosa ceremonia, como para regocijar los manes de Aníbal; pero cayó al fin en poder de Mario, y perdió la razon en medio de su pompa triunfal. Los lictores le desnudaron, le arrancaron sus pendientes, y le arrojaron á un foso, donde aquel rey justificó lo que de la codicia de los romanos habia dicho.

Empero la victoria alcanzada sobre el descendiente de Masinisa, hizo nacer entre Sila y Mario la rivalidad que cubrió á Roma de luto. Obligado á huir de su competidor, Mario corrió á buscar un asilo entre los sepulcros de Hannon y de Amílcar; pero un esclavo de Sextilio, prefecto de África, llevó á Mario la órden de abandonar los mudos restos que le servian de refugio: »Vé á decir á tu amo, respondió el terrible cónsul, »que has visto á Mario fugitivo sentado sobre las rui»nas de Cartago.»

«Mario y Cartago, dicen un historiador y un poeta, »se consolaban mútuamente de su suerte; y derriba»dos el uno y la otra, perdonaban á los dioses.»

Finalmente, la libertad de Roma espira á los piés de Cartago destruida y encadenada. La venganza es completa: un Escipion sucumbe en Africa bajo los golpes de César; y su cadáver es juguete de las mismas olas que llevaron las vencedoras naves de sus abuelos.

Pero Caton vive todavía en Útica, y Roma y la libertad permanecen en pié en su persona. César se aproxima y Caton, que juzga que los dioses de la patria se han retirado, pide su espada, que un niño le entrega; Caton la desenvaina, y tocando su punta, esclama: »¡Soy señor de mí mismo!» Esto dicho se reclina en su lecho, lee dos veces el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma, y entrégase al sueño. El canto de los pajarillos le despierta al despuntar el dia: pensando entonces que habia llegado el tiempo de cambiar una vida libre en otra inmortal, aplícase una estocada al vientre, y cayendo de su lecho se debate contra la muerte. Todos acuden y vendan su herida; pero recobrándose de su parasismo, rasga los vendages y arranca sus entrañas, prefiriendo noblemente morir por una causa santa que vivir bajo el yugo de un gran hombre.

Cumplido el destino de Roma republicana, y habiendo cambiado los hombres y las leyes, la suerte de Cartago sufrió un cambio igual. Ya Tiberio Graco habia establecido una colonia en el desierto recinto de la ciudad de Dido; pero esta colonia no prosperó, á lo que parece, puesto que Mario no halló en Cartago sino cabañas y ruinas. Hallándose en Africa, Julio César tuvo un sueño, en el cual creyó ver á un numeroso ejército que le llamaba con lágrimas. Desde entonces concibió el proyecto de reconstruir á Corinto y á Cartago, cuyos ejércitos le habia al parecer, reproducido el ensueño. Augusto, que esperimentó todos los furores de una revolucion sangrienta, y que supo repararlos todos, cumplió el proyecto de César. Cartago salió de sus ruinas, y Estrabon asegura que en su tiempo estaba ya floreciente. Llegó luego á ser la metrópoli de Africa, y se hizo célebre por su cultura y sus escuelas, viendo nacer alternativamente grandes y felices genios. Tertuliano le dirigió su *Apologético* contra los gentiles. Pero, siempre cruel en su religion, Cartago persiguió á los cristianos inocentes, como habia quemado en otro tiempo niños en honor de Saturno, y entregó al martirio al ilustre Cipriano, que hacia reflorecer la elocuencia latina. Arnobio y Lactancio se distinguieron en Cartago, mereciendo el segundo el sobrenombre de *Ciceron cristiano*.

Sesenta años despues, San Agustin adquirió en la capital de Africa aquella pasion por los placeres, que, á imitacion del Rey-Profeta lloró el resto de su vida. Su lozana imaginacion, embelesada con las ficciones de los poetas, se complacia en buscar las ruinas del palacio de Dido. Los desengaños que la edad trae consigo, y el hondo vacío que dejan los placeres, inspiraron mas graves pensamientos al hijo de Mónica; San Ambrosio dió cima á la victoria, y Agustin, ya obispo de Hipona, fue un modelo de virtud. Su casa parecia una especie de monasterio, donde nada era afectado ni en pobreza ni en riquezas. Modestamente vestido pero con limpieza y decoro, el venerable prelado desechaba los trajes fastuosos, que no se adaptaban, segun decia, ni á sus achaques ni á su ancianidad. Ninguna mujer entraba á visitarle, ni aun su hermana, viuda y sierva de Dios. Los viajeros hallaban en su mesa una liberal hospitalidad, al paso que él se alimentaba de frutas y legumbres. Su principal ocupacion consistia en la asistencia de los pobres y en la predicacion de la palabra de Dios, viéndose sorprendido en el ejercicio de sus deberes por los vándalos, que sitiaron á Hipona el año 431 de nuestra era, y cambiaron la faz del Africa.

Los bárbaros habian invadido ya las grandes provincias del imperio; la misma Roma habia sido saqueada por Alarico. Los vándalos, impelidos por los visigodos, ó llamados por el conde Bonifacio, pasaron al fin de España á Africa. Eran, en opinion de Procopio, de la raza de los godos, y unian á su nativa ferocidad el fanatismo religioso. Convertidos al Cristianismo, pero arrianos de secta, persiguieron á los católicos con desusada saña. Su crueldad no tuvo ejemplo, pues cuando eran rechazados de los muros de una ciudad, da-

ban muerte á sus prisioneros en derredor de ella. Dejando los cadáveres espuestos al sol, encargaban, por decirlo así, al viento el cuidado de llevar la peste á los lugares donde su furor no habia podido saciarse. El Africa se llenó de espanto al ver aquella raza de hombres, gigantes medio desnudos, que convertian los pueblos vencidos en una especie de acémilas, los conducian cual rebaños, y los degollaban cuando se cansaban de ellos.

Genserico estableció en Cartago la capital de su imperio; y en verdad era digno de acaudillar los bárbaros que Dios le habia sometido. Era un príncipe sombrío, sujeto á accesos de la mas negra melancolía, y que parecia grande en el naufragio universal del mundo civilizado, porque estaba encaramado sobre sus ruinas.



CONVENTO DE LOS PADRES LATINOS EN JERUSALÉM.

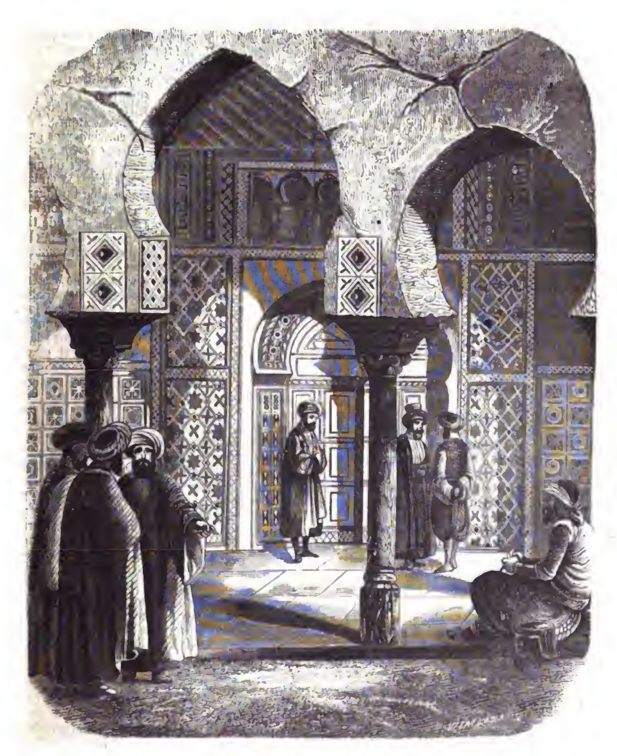
Aunque abrumada de calamidades, la ciudad de Dido debia gozar del placer de una postrera venganza. Genserico atravesó el mar y se apoderó de Roma, que entregó á la rapacidad de sus soldados por espacio de catorce dias con sus noches. Reembarcóse luego; y la flota de este nuevo Aníbal llevó á Cartago los despojos de Roma, bien así como la flota de Escipion habia llevado á Roma los despojos de Cartago. Todas las naves de Genserico, dice Procopio, llegaron felizmente á Africa, escepto la que conducia los dioses. Sólidamente establecido en su nuevo imperio, Genserico salia de él todos los años para saquear la Italia, la Sicilia, la Iliria y la Grecia. Los ciegos conquistadores de aquella época sentian en su interior que nada podian por sí mismos, y que no eran sino los pasivos instrumentos de un decreto providencial. De aquí procedian los nombres que se daban de *Azote de Dios*, de *Destructor de la especie humana;* de aquí nacia aquel frenético prurito de destruccion de que se sentian atormentados, y

aquella insaciable sed de sangre; de aquí aquella estraña combinacion de todas las cosas para su triunfo: las bajezas, la cobardía, la falta de virtudes, de talentos, de genio: estaba escrito que nada suscitase obstáculos al cumplimiento de los decretos del cielo. La flota de Genserico estaba próxima á darse á la vela, y sus soldados se hallaban á bordo: ¿A dónde se dirigia? Lo ignoraba. »¡Príncipe! le preguntó el piloto, ¿qué »pueblos vas á atacar?—Los que Dios mira ahora en »su cólera,» respondió el bárbaro.

Genserico murió treinta y nueve años despues de haber tomado á Cartago, única ciudad de Africa cuyos muros no destruyó. Tuvo por sucesor á Honórico, uno de sus hijos.

Despues de un reinado de ocho años, Honórico fue reemplazado en el trono por su primo Gondamundo, que empuñó el cetro trece años, y dejó la corona á su hermano Trasamundo.

El reinado de este fue en totalidad de veinte y siete años. Ilderico, hijo de Honórico y nieto de Genserico,



ENTRADA DE LA GRAN MEZQUITA.

heredó el reino de Cartago. Gelimero, pariente de Ilderico, conspiró contra él y lo encarceló. El emperador Justiniano tomó la defensa del monarca destronado, y Belisario pasó á África. Gelimero no opuso resistencia, por lo cual el general romano entró vencedor en Cartago, y se dirigió al palacio donde, por un capricho de la fortuna, comió los manjares que habian sido preparados para Gelimero, y que le fueron servidos por los oficiales de este príncipe. Nada habia cambiado en la córte, escepto el rey; lo que significa muy poco cuando se ha dejado de ser feliz.

Por lo demás, Belisario era digno de sus victorias, pues era uno de esos hombres que se muestran á largos plazos en los dias en que triunfa el vicio, para

oponerse al derecho de proscripcion fulminado contra la virtud. Por desgracia, esas almas superiones que brillan en medio de la bajeza, no producen revolucion alguna, porque no están enlazadas con los negocios humanos de su tiempo; que estrañas y aisladas en el presente, no pueden ejercer influencia alguna en el porvenir. El mundo rueda sobre ellos sin arrastrarlas en su curso; mas tampoco pueden detener al mundo. Para que las almas de elevado temple sean útiles á la sociedad, es preciso que nazcan en un pueblo que conserve el amor al órden, á la religion y á las costumbres, y cuyo genio y carácter se hallen en consonancia con su posicion moral y política. En el siglo de Belisario los acontecimientos eran grandes, y pequeños los hombres. Por esta causa los anales de ese siglo, aunque llenos de terribles catástrofes, nos irritan y cansan, pues no buscamos en la historia las revoluciones que avasallan y abruman á los hombres, sino los hombres que subyugan las revoluciones, y son mas poderosos que la fortuna. El universo, radicalmente trastornado por los bárbaros, solo nos inspira horror y desprecio, al paso que nos ocupamos eterna y justamente de una insignificante discordia de Esparta y Atenas, en un oscuro rincon de la Grecia.

Gelimero, prisionero en Constantinopla, sirvió al triunfo de Belisario. Poco despues este monarca se hizo labrador. En igualdad de casos, la filosofía puede consolar á un hombre adocenado; pero contribuye á aumentar las amarguras de un corazon verdaderamente régio.

Sabido es que Justiniano no hizo arrancar los ojos á Belisario, lo que despues de todo, seria un acontecimiento harto pequeño en la gran historia de la ingratitud humana. Por lo que atañe á Cartago, esta vió salir de sus murallas á un príncipe para ir á sentarse en el trono de los Césares; fue aquel Heraclio que destronó al tirano Focas. En 647 los árabes hicieron su primera espedicion á África, la que fue seguida de otras cuatro en el trascurso de igual número de años. Cartago sucumbió al yugo musulman en 696, y la mayor parte de sus habitantes huyó á España y Sicilia. El patricio Juan, general del emperador Leoncio, ocupó la ciudad en 697; pero los sarracenos volvieron á entrar en ella para siempre en 698; la hija de Tiro fue presa de los hijos de Ismael, siendo tomada por Hassan, en el califato de Abd-el Melike. Dícese que los nuevos dominadores de Cartago destruyeron hasta sus cimientos. Sin embargo, existian aun grandes ruinas de ella á principios del siglo noveno, dado que sea cierto que los embajadores de Carlomagno descubriesen en ellas los restos mortales de San Cipriano. A fines del mismo siglo, los infieles formaron una liga contra los cristianos, y tenian á su cabeza, dice la historia, á los *Sarracenos de Cartago*. Veremos tambien que San Luis halló una ciudad naciente en las ruinas de esta antigua ciudad. Sea lo que fuere, en la actualidad no presenta sino los restos de que vamos á hablar. En el país se la conoce con el nombre de *Bersach*, que parece una corruptela de la palabra *Birsa*. Cuando se quiere ir desde Túnez á Cartago, es preciso preguntar por la torre de Almenara, *ó la torre* de Mastinaces: *¡ventoso gloria curru!*

Es bastante difícil comprender bien, segun la descripcion de los historiadores, el plano de la antigua Cartago. Polibio y Tito-Livio habian hablado sin duda muy someramente del sitio de esta ciudad, pero no poseyendo ya sus narraciones, nos vemos precisados á recurrir á los abreviadores latinos, como Floro y Veleyo Patérculo, que no se detienen en detallar los lugares. Los geógrafos posteriores no conocieron sino la Cartago romana. La autoridad mas completa en este particular es la del griego Apiano, que florecia cerca de tres siglos despues de los hechos, y cuyo estilo declamatorio carece de exactitud y claridad. Rollin, que lo sigue, mezclando acaso inoportunamente la autoridad de Estrabon, me evitará el trabajo de una traduccion. Oigámosle:

«Estaba situada en el fondo de un golfo, rodeada »de mar, en forma de península, cuyo cuello, esto »es, el itsmo que la unia con el continente, era de »una legua y cuarto (veinte y cinco estadios). Hácia »el Occidente salia una larga punta de tierra, de cerca »de doce toesas de ancho (medio estadio), que inter»nándose en el mar la separaba de la laguna, y esta»ba rodeada por todas partes de peñascos y de una »simple muralla. Por la parte del Mediodia y del con»tinente, donde descollaba la ciudadela llamada *Birsa*, »la ciudad estaba cercada por una triple muralla, de »treinta codos de altura, sin contar los parapetos y »las torres que la flanqueaban en derredor á iguales »distancias, y distantes entre sí ochenta toesas. Cada »torre tenia cuatro pisos, pero las murallas no tenian »sino dos; estaban abovedadas, y en la planta baja »habia establos para albergar trescientos elefantes, »con todo lo necesario para su subsistencia, cuadras »para cuatro mil caballos y los convenientes graneros. »Habia tambien espacio suficiente para alojar veinte »mil infantes y cuatro mil ginetes. Por último, todo »este aparato de guerra estaba encerrado en las solas »murallas. No habia en la ciudad sino un lugar cuyos »muros fuesen débiles y de escasa elevacion: un án»gulo olvidado que empezaba en la punta de tierra de »que hemos hablado, y que continuaba hasta el puerto »situado al ocaso. Habia dos puertos que comunicaban »entre sí, pero que solo tenian una entrada de setenta »piés de ancho, cerrada por medio de cadenas: el »primero era para los mercaderes, y en él habia mu»chas y diferentes habitaciones destinadas á los mari»neros; el otro era el puerto interior, para los buques »de guerra, en medio del cual se veia una isla llama»da *Cothon*, rodeada, como tambien el puerto, de »grandes muelles con aposentos separados para poner »á cubierto doscientos veinte bajeles, y almacenes »donde se custodiaba todo lo necesario para su arma»mento y equipo. La entrada de cada uno de estos »aposentos, destinados á guardar las naves, estaba »adornada de mármol de órden jónico, de manera, »que asi el puerto como la isla presentaban por ambos »lados dos magníficas galerías. En esta isla se hallaba »el palacio del almirante; y como se hallaba en frente »de la entrada del puerto, podia descubrirse todo lo »que pasaba en el mar, sin que desde este pudiese »verse lo que se hacia en el interior del puerto. Los »mercaderes no tenian vista alguna á los buques de »guerra, pues los dos puertos estaban separados por »una doble muralla, y en cada uno habia una puerta »particular para entrar en la ciudad sin pasar por el »otro. Pueden, por lo tanto, distinguirse tres partes »en Cartago: el puerto, que era doble, llamado algu»nas veces *Cothon*, á causa de la pequeña isla asi de»nominada; la ciudadela, llamada *Birsa*, y la ciudad »propiamente dicha, que rodeaba la ciudadela y se »llamaba *Megara*.»

Probablemente no quedaron de esta primera ciudad sino las cisternas públicas y privadas, cuya sorprendente hermosura da una gran idea de los monumentos cartagineses; pero ignoro si el acueducto que conducia el agua hasta ellas debe ser atribuido á la segunda Cartago. Me fundo, para creer en la completa destruccion de la ciudad de Dido, en este pasaje de Floro:

«*Quanta urbs deleta sit, ut de cæteris taceam, »vel ignium mora probari potest. Quippe per con»tinuos XVII dies vix potuit incendium exstingui, »quod domibus ac templis suis sponte hostes immi»serant; ut quatenus urbs eripi Romanis non pote»rat, triumphus arderet.*»

Apiano añade que lo que se libertó de las llamas fue demolido por mandato del Senado romano. Ro-

»ma, dice Veleyo Patérculo, ya señora del mundo, »no se juzgaba segura mientras subsistiese el nombre »de Cartago: «*Si nomen usquam maneret Carthaginis.*»

Estrabon, en su descripcion concisa y clara, mezcla evidentemente diferentes partes de la antigua y la nueva ciudad, diciendo:

«Cartago rodeada por todas partes de murallas, »ocupa una península de trescientos estadios de cir»cunferencia, que ha unido á la tierra firme por me»dio de un istmo de sesenta estadios de ancho. En »medio de la ciudad se elevaba una colina sobre la »cual estaba construida una ciudadela llamada *Birsa*, »y en su remate se veia un templo consagrado á Es»culapio; la pendiente de la colina estaba cubierta »de casas. Los puertos están al pié de Birsa, como »asimismo la pequeña isla redonda llamada *Cothon*, »en cuyo derredor las naves forman un círculo.»

Por lo que respecta á la palabra *Karchédon* del original, observo con algunos autores que, segun Samuel Bochard, el nombre fenicio de Cartago era *Cartha-Hadath* ó *Cartha-Hadtha*, esto es, la nueva ciudad. Los griegos hicieron de esta palabra *Karchédon*, y los romanos *Cartago*. Los nombres de las tres partes de la ciudad estaban tambien tomados del fenicio: *Magara* de *magar*, almacen; *Birsa* de *borsa*, fortaleza; y *Cothon* de *ratoun*, cortadura, porque no está bien averiguado que el *Cothon* fuese una isla.

Segun Estrabon, no sabemos de Cartago sino que habia llegado á ser una de las mas vastas y hermosas ciudades del mundo. Plinio, no obstante, se limita á decir: *Colonia Carthago, magnæ in vestigiis Carthaginis.* Pomponio Mela, antes de Plinio, no se muestra mucho mas favorable: *Jam quidem iterum opulenta, etiam nunc tamen priorum excidio rerum, quam ope præsentium clarior;* pero Solin dice: *Alterum post urbem Romam terrarum decus.* Otros autores la apellidan la *Grande* y la *Feliz*: *Carthago magna, felicitate reverenda.*

La nueva Cartago sufrió un incendio bajo el reinado de Marco-Aurelio, pues vemos á este príncipe ocupado en reparar los desastres de la colonia.

Cómodo, que estacionó una flota en Cartago, destinada á conducir á Roma los cereales del África, quiso mudar el nombre de Cartago en el de *Ciudad Commodiana.* Pero esta vaciedad del indigno hijo de un gran hombre, cayó en breve en justo olvido.

Los dos Gordios, que habian sido proclamados emperadores en África, hicieron de Cartago la capital del mundo durante su efímero reinado; parece, no obstante, que los cartagineses se manifestaron poco agradecidos, porque, segun Capitolino, se sublevaron contra los Gordios en favor de Capelio; y Zosimo añade que reconocieron por su señor á Sabiniano, mientras el jóven Gordio sucedia en Roma á Balbino y á Máximo. Aun cuando creyésemos, segun Zonaro, que Cartago fue favorable á los Gordios, estos emperadores no hubieran tenido tiempo bastante para hermosear mucho esta ciudad.

Muchas inscripciones traducidas por el sabio doctor Shaw prueban que Adriano, Aureliano y Séptimo Severo, erigieron monumentos en diferentes ciudades del Bizacio; y no es de suponer que despreciaran la capital de tan rica provincia.

El tirano Majencio llevó el fuego y el hierro á África, y triunfó de Cartago como de la antigua enemiga de Roma. No es posible ver sin estremecerse esa larga serie de insensatos que han gobernado el mundo, casi sin interrupcion, desde Tiberio hasta Constantino, y que despues de este príncipe, van á unirse á los monstruos de la Bizantina. Los pueblos no valen mas que los reyes; parece que existia entre las naciones y los soberanos un espantoso convenio: estos, para atreverse á todo, aquellas, para sufrirlo todo.

Así, lo que sabemos de los monumentos de Cartago en los siglos que acabamos de recorrer, se reduce á muy poco, pues solo vemos por los escritos de Tertuliano, San Cipriano, Lactancio y San Agustin; por los cánones de los concilios de Cartago, y por las *Actas de los Mártires*, que en Cartago habia anfiteatros, teatros, baños y pórticos. La ciudad nunca estuvo bien fortificada, puesto que Gordio el *Mayor* no pudo defenderla; y mucho despues Genserico y Belisario entraron en ella sin dificultad.

Poseo muchas monedas de reyes vándalos, que prueban que las artes estaban enteramente perdidas en el reinado de estos monarcas; no es probable, pues, que Cartago debiese belleza alguna á sus nuevos dominadores. Lejos de ser así, sabemos que Genserico demolió las iglesias y los teatros, y que todos los monumentos paganos fueron destruidos por su mandato: cítanse entre otros, el templo de Minerva y la calle consagrada á la diosa Celeste, adornada de soberbios edificios.

Justiniano, despues de haber arrancado á Cartago del poder de los vándalos, hizo construir pórticos, termas, iglesias y monasterios, como se ve en el libro intitulado *De los Edificios*, de Procopio. Este historiador habla tambien de una iglesia fundada por los cartagineses á orillas del mar, en honor de San Cipriano. Hé aquí lo que he podido recoger en lo tocante á los monumentos de una ciudad que tan alto puesto ocupa en la historia; hablemos ahora de sus ruinas.

Habiendo llegado á Túnez el bajel en que habia zarpado de Alejandría, anclamos en frente de las ruinas de Cartago, que yo miraba sin poder adivinar lo que eran; descubria algunas cabañas moriscas, una ermita musulmana en la estremidad de un cabo muy saliente, y algunas ovejas que pacian entre unas ruinas, tan poco marcadas que apenas las distinguia del suelo: ¡aquellas ruinas eran Cartago!

. . . . Devictæ Carthaginis arces
Procubuere; jacent infausto in littore turres
Eversæ. Quantum illa metus, quantum illa laborum
Urbs dedit insultans Latio et Laurentibus arvis!
Nunc passim, vix reliquias, vix nomina servans
Obruitur, propriis non agnoscenda ruinis.

«Los muros de Cartago vencida y sus torres derribadas yacen diseminadas en la funesta orilla. »¡Cuánto temor inspiró en otro tiempo esta ciudad á »Roma! ¡Cuantos esfuerzos le costó, cuando insultaba »al Lacio y á los campos de Laurento! Ahora apenas »se descubren sus restos; apenas conserva su nom»bre, y no puede ser reconocida por sus propias »ruinas.»

Para no perderse en ellas, es forzoso seguir una marcha metódica. Supongo, pues, que el lector sale conmigo del fuerte de la Goleta, el cual como es sabido y he dicho, está situado en el canal por donde el lago de Túnez se une al mar. Cabalgando á lo largo de la playa, en la direccion Este-Nordeste, se hallan, despues de media hora de camino, unas salinas que suben hácia el Oeste, hasta un lienzo de muralla bastante inmediato á las grandes cisternas. Pasando entre las salinas y el mar, empiézase á descubrir unos diques que se internan á bastante distancia en las olas. El mar y los diques quedan á la derecha; y á la izquierda se descubren muchas ruinas sobre unas eminencias desiguales; al pié de estas ruinas hay un estanque circular, bastante profundo, que comunicaba antiguamente con el mar, por medio de un canal cuyas señales se ven todavía. Este estanque debe ser, en mi opinion, el *Cothon*, ó puerto interior de Cartago. Los restos de los inmensos trabajos que se descubren en el mar indicarian en este caso el muelle esterior. Paréceme tambien que se pueden descubrir algunos indicios de la calzada que Escipion hizo construir á fin de obstruir el puerto. He advertido tam-

bien un segundo canal interior, que será, si se quiere, la cortadura practicada por los cartagineses, cuando abrieron otra salida á su flota.

Este parecer es directamente opuesto al del doctor Shaw, que sitúa el antiguo puerto de Cartago al Norte y Noroeste de la península, en la laguna llamada *El-Mersa*, ó el Havre. Supone que este puerto ha sido cerrado por los vientos del Nordeste y por el cieno del Bagrada. D' Anville, en su *Geografía antigua*, y Belidor en su *Arquitectura hidráulica*, han adoptado esta opinion, y los viajeros se han sometido á estas respetables autoridades. Ignoro cual es acerca del particular el dictámen del sabio italiano cuya obra no he visto.

Confieso que me causa timidez el tener que impugnar á hombres de mérito tan superior como Shaw y D' Anville, pues uno habia visto los lugares, y el otro los habia adivinado, si así puede decirse. No obstante, me alienta una circunstancia: Mr. Humberg, ingeniero en jefe en la Goleta, hombre muy instruido, y que ha mucho tiempo que reside en medio de las ruinas de Cartago, desecha absolutamente la hipótesis del sabio inglés. Es cierto que debemos desconfiar de esos pretendidos cambios de lugares, de esos accidentes locales, por cuyo medio se explican las dificultades de un plano que no se entiende. No sé, pues, si el Bagrada ha podido cerrar el antiguo puerto de Cartago, como supone el doctor Shaw, y causar en la playa de Utica todas las revoluciones que señala. La parte alta del terreno al Norte y Noroeste del istmo de Cartago no tiene, ya sea á lo largo del mar, ya en el El-Mersa, la menor sinuosidad que pudiese servir de abrigo á un bajel. Para hallar el Cothon en esta situacion, es preciso recurrir á una especie de agujero que en opinion de Shaw no ocupa cien varas cuadradas. Lo contrario sucede en el mar que mira al Mediodia, pues se encuentran largas calzadas; bóvedas que pueden haber sido los almacenes, y aun los albergues de las galeras; se ven canales abiertos artificialmente; un estanque interior bastante espacioso para contener las barcas de los antiguos, y en medio de él una islita.

La historia acude en mi auxilio. Escipion el Africano estaba ocupado en fortificar á Túnez cuando vió los bajeles que salian de Cartago para atacar la flota romana en Útica, (*Tito Livio*, lib. X). Si el puerto de Cartago hubiese estado al Norte, al otro lado del istmo, Escipion no hubiera podido descubrir las galeras de los cartagineses, porque la tierra oculta en esta parte el golfo de Útica. Pero suponiendo el puerto colocado al Sudeste, Escipion vió y debió ver aparejar los enemigos.

Cuando Escipion el Emiliano se propuso cerrar el puerto esterior, hizo empezar el dique en la punta del cabo de Cartago, (*App.*) Pero este cabo está al Oriente, sobre la misma bahía de Túnez. Apiano añade que esta punta de tierra estaba inmediata al puerto, lo que es verdad si este se hallaba al Sudeste, lo que es falso si se hallaba al Nordeste. Suponer una calzada desde la punta mas larga del istmo de Cartago, con objeto de encerrar al Noroeste lo que se llama el *El-Mersa*, es una hipótesis absurda.

Por último, despues de haber tomado el *Cothon*, Escipion atacó á *Birsa*, ó la ciudadela (*Apiano*); el Cothon estaba sobre la ciudadela; por consiguiente, esta se hallaba construida sobre la mas alta colina de Cartago; colina que se ve entre el Mediodia y el Oriente. El Cothon, situado al Noroeste, hubiérase hallado á larga distancia, mientras que el estanque que indico está precisamente al pié de la colina del Sudeste.

Si me estiendo sobre el particular mas de lo necesario á muchos lectores, hay tambien otros muchos que se toman un vivo interés en los recuerdos históricos, y que no buscan en una obra sino hechos y conocimientos positivos. ¿No es cosa estraña que en una ciudad tan famosa como Cartago sea preciso buscar hasta el sitio de sus puertos, y que lo que constituyó su gloria principal, sea precisamente lo mas olvidado?

Shaw me parece mas feliz cuando habla del puerto de que hace mencion el primer libro de la *Eneida*. Algunos sabios han creido que este puerto era una creacion del poeta; otros han creido que Virgilio se habia propuesto representar ó el puerto de Itaca ó el de Cartagena, ó la bahía de Nápoles; pero el cantor de Dido, que era harto escrupuloso en lo relativo á la pintura de los lugares para permitirse semejante licencia, ha descrito con la mayor exactitud un puerto situado á alguna distancia de Cartago. Oigamos á Shaw:

«El *Arvah-Reah*, la Aquilaria de los antiguos, está »á dos leguas al Este-Nordeste de Seedy-Doude, un »poco al Mediodia del promontorio de Mercurio; allí »desembarcó Curion las tropas que luego fueron der»rotadas por Saburra. Hay allí diferentes restos de antigüedades, pero ninguna es digna de atencion. La »montaña situada entre la orilla del mar y la pobla»cion, donde no tiene sino media milla de distancia, »está á veinte ó treinta piés sobre el nivel del mar, »muy artísticamente tallada, y taladrada en algunos »parajes para hacer entrar el aire en las bóvedas que »en ella se han practicado; aun se ven en estas bóve»das, á convenientes distancias, unas gruesas colum»nas y arcos para sostener la montaña. Allí están las »canteras de que habla Estrabon, y de donde los habi»tantes de Cartago, de Utica y de otras muchas ciudades »inmediatas podian sacar piedras para sus edificios; »y como la parte esterior de la montaña está entera»mente cubierta de árboles; como la entrada de las »bóvedas mira al mar, y hay un enorme peñasco á »cada lado de esta abertura, en frente de la cual se »halla la isla de Egimuro; y como además se encuen»tran algunos manantiales que brotan del peñasco, y »localidades convenientes para los trabajadores, casi »no puede dudarse, al ver que las circunstancias coin»ciden tan exactamente, que aquella sea la caverna »que Virgilio coloca en alguna parte del golfo, y cuya »descripcion hace en los versos siguientes, aunque »hay comentadores que han creido que esto es una »mera ficcion del poeta:

Est in secessu longo locus: insula portum
Efficit objectu laterum; quibus omnis ab alto
Frangitur, inque sinus scindit sese unda reductos.
Hinc atque hinc vastæ rupes, geminique minantur
In cœlum scopuli, quorum sub vertice late
Æquora tuta silent: tum sylvis scena coruscis
Desuper, horrentique atrum nemus imminet umbra.
Fronte sub adversa, scopulis pendentibus antrum;
Intus aquæ dulces, vivoque sedilia saxo;
Nympharum domus, etc.

(VIRG., *Æneid.*, lib. 1, v. 153-168.)

Una vez conocidos los puertos, lo restante nos ocupará poco tiempo. Supongo que hemos continuado nuestro camino á lo largo del mar hasta el ángulo de donde arranca el promontorio de Cartago. Este cabo, segun el doctor Shaw, nunca fue comprendido en la ciudad. Ahora nos alejamos del mar, y volviendo á la izquierda, recorremos al dirigirnos á Mediodia las ruinas de la ciudad, esparcidas en el anfiteatro formado por las colinas.

Primero hallamos los vestigios de un vastísimo edificio, que parece haber formado parte de un palacio y de un teatro. Sobre este edificio, y subiendo hácia Poniente, se llega á las hermosas cisternas que pasan generalmente como los únicos restos de Cartago; acaso reciben las aguas de un acueducto cuyos fragmentos se ven en el campo. Este acueducto recorria un espacio de cincuenta millas, y se dirigia á los manantiales del Zawan y de Zungar. Habia algunos templos sobre estos manantiales; los arcos mayores del

acueducto tienen setenta piés de elevacion, y sus machones presentan diez y seis en cada costado. Las cisternas son inmensas, y forman una serie de bóvedas que nacen unas en otras, y están rodeadas en toda su longitud por un corredor; es en verdad una obra magnífica.

Para ir desde las cisternas públicas á la colina de Birsa se atraviesa un áspero camino. Hállanse al pié de la colina un cementerio y una miserable poblacion, que es acaso el *Tents* de lady Montagne. Los *albergues de los elefantes* de que esta hace mencion, son unos subterráneos que nada ofrecen de particular. La cima del Acrópolis presenta un terreno llano, lleno de pequeños trozos de mármol, y que es indudablemente el área de un palacio ó de un templo. Si nos inclinamos á lo primero, será el palacio de Dido; si á lo segundo, deberemos reconocer el templo de Esculapio. Allí se precipitaron en las llamas dos mujeres: la una para no sobrevivir á su deshonor, la otra para no sobrevivir á su patria.

Soleil, dont les regards embrassent l'univers,
Reine des dieux, témoin de mes affreux revers,
Triple Hécate, pour qui dans l'horreur des ténèbres
Retentissent les airs de hurlements funèbres;
Pales filles du Styx, vous tous, lugubres dieux,
Dieux de Didon mourante, écoutez tous mes vœux!
S'il faut qu'enfin ce monstre, échappant au naufrage,
Soit poussé dans le port, jeté sur le rivage;
Si c'est l'arrêt du sort, la volonté des cieux,
Que du moins assailli d'un peuple audacieux,
Errant dans les climats ou son destin l'exile,
Implorant des secours, mendiant un asile,
Redemandant son fils arraché de ses bras,
De ses plus chers amis il pleure le trépas!...
Qu'une honteuse paix suive une guerre affreuse!
Qu'au moment de régner, une mort malheureuse
L'enleve avant le temps! Qu'il meure sans secours,
Et que son corps sanglant reste en proie aux vautours!
Voila mon dernier vœu! Du courroux qui m'enflamme
Ainsi le dernier cri s'exhale avec mon ame.
Et toi, mon peuple, et toi, prends son peuple en horreur;
Didon au lit de mort te legue sa fureur!
En tribut à ta reine offre un sang qu'elle abhorre!
C'est ainsi que mon ombre exige qu'on l'honore.
Sors de ma cendre, sors, prends la flamme et le fer,
Toi qui dois me venger des enfants de Teucer!
Que le peuple latin, que les fils de Carthage,
Opposés par les lieux, le soient plus par leur rage!
Que de leurs ports jaloux, que de leurs murs rivaux,
Soldats contre soldats, vaisseaux contre vaisseaux,
Courent ensanglanter et la mer et la terre!
Qu'une haine éternelle éternise la guerre!

. . . .

A peine elle achevait, que du glaive cruel
Ses suivantes ont vu partir le coup mortel;
Ont vu sur le bûcher la reine defaillante,
Dans ses sanglantes mains l'épée encor fumante.

Desde la cúspide de Birsa se descubren las ruinas de Cartago, mas numerosas de lo que generalmente se cree; aseméjanse á las de Esparta, que nada tienen bien conservado, pero que ocupan un espacio considerable. Las visité en febrero, en cuyo mes las higueras, los olivos y los algarrobos brotaban sus primeras hojas; y muchas angélicas de gran estension y muchos acantos formaban agradables bosquecillos de verdor entre las ruinas de mármol de todos colores. A lo lejos veia el istmo, un doble mar, unas islas distantes, una risueña campiña, unos lagos azules y unas montañas hermoseadas por agradables accidentes de luz y colorido; descubria los bosques, las naves, los acueductos, los pueblecillos morunos, las ermitas mahometanas, los minaretes y las casas blancas de Túnez. Millares de estorninos, reunidos en bandadas, y á manera de nublados, revoleteaban sobre mi cabeza. Rodeado de los mas gigantescos y tiernos recuerdos, pensaba en Dido, en Sofonisba, y en la heróica esposa de Asdrúbal; contemplaba las tendidas llanuras do yacen sepultadas las poderosas legiones de Aníbal, Escipion y César; mis ojos querian reconocer el sitio ocupado por Útica; ¡ah! ¡los restos del palacio de Tiberio subsisten aun en Caprea, y búscase en vano en Útica el solar de la casa de Caton! Por último, los terribles vándalos y los ágiles moros pasaban alternativamente por mi memoria, que me presentaba como último cuadro á San Luis, espirando sobre las ruinas de Cartago. Quiero que la relacion de la muerte de este príncipe termine mi *Itinerario*, pues me considero feliz regresando, digámoslo así, á mi patria, á través de un antiguo monumento de sus virtudes, y concluyendo en el sepulcro del rey de santa memoria esta larga peregrinacion á los sepulcros de los grandes hombres.

Cuando San Luis emprendió su segundo viaje allende el mar, no era ya jóven. Su valetudinaria salud no le permitia ni permanecer mucho tiempo á caballo, ni sostener el peso de una armadura; pero Luis, que nada habia perdido del vigor de su espíritu, reunió en Paris los grandes del reino, y despues de trazarles el cuadro de las calamidades de la Palestina, les declaró que estaba resuelto á marchar al socorro de sus hermanos los cristianos. Al mismo tiempo recibió la cruz de manos del legado del papa y la entregó á sus tres hijos mayores.

Multitud de señores se cruzaron, á su imitacion; los reyes de Europa se prepararon á tomar la bandera. Carlos de Sicilia, Eduardo de Inglaterra, Gaston de Bearn y los reyes de Navarra y de Aragon. Las mujeres mostraron el mismo celo: la señora de Poitiers, la condesa de Bretaña, Yolanda de Borgoña, Juana de Tolosa, Isabel de Francia y Amicia de Courtenay, abandonaron la rueca que entonces manejaban las reinas, y siguieron á sus maridos al otro lado del mar.

San Luis hizo su testamento, dejando en él á Inés, la mas jóven de sus hijas diez mil francos de dote, y cuatro mil á la reina Margarita; nombró luego por regentes del reino á Mateo, abad de San Dionisio, y á Simon, señor de Nesle; despues de esto, fue á tomar la oriflama.

Esta bandera, que empieza á brillar en los ejércitos de la Francia en el reinado de Luis *el Gordo*, era un estandarte de seda pendiente de la estremidad de una lanza, *de color de escarlata á manera de estandarte con tres puntas, y le rodeaban unos flecos de seda verde*. En tiempo de paz se le depositaba en el altar de la abadía de San Dionisio, entre los sepulcros de los reyes, como para advertir que de raza en raza los franceses eran fieles á Dios, al príncipe y al honor. San Luis tomó esta bandera de mano del abad, que tal era la costumbre; recibió del mismo la escarcela (1) y el bordon (2) del peregrino, llamado en aquella época el *consuelo y la señal del viaje* (3); usanza tan antigua en la monarquía, que Carlomagno fue enterrado con la escarcela de oro que acostumbraba llevar cuando iba á Italia.

Luis oró en el sepulcro de los mártires, y puso su reino bajo la proteccion del patrono de la Francia. Al dia siguiente de esta ceremonia se dirigió descalzo y acompañado de sus hijos desde el palacio de Justicia hasta la iglesia de Nuestra Señora. Aquella misma noche salió para Vincennes, donde se despidió de la reina Margarita, *hermosa y buena reina, llena de gran sencillez*, segun dice Roberto de Sainceriaux; hecho esto, abandonó para siempre aquellas añosas encinas, venerables testigos de su justicia y su virtud.

San Luis se embarcó en Aigues-Mortes el martes 1.° de julio de 1270. En el consejo del rey se debatieron tres pareceres, antes de darse á la vela: abordar en San Juan de Acre; atacar el Egipto, ó practicar un desembarco en Túnez. Por desgracia San Luis adoptó

(1) Un cinturon.
(2) Un báculo.
(3) *Solatia et indicia itineris.*

el último dictámen por una razon que parecia bastante decisiva.

Túnez se hallaba á la sazon bajo el dominio de un príncipe á quien Godofredo de Beaulieu y Guillermo de Nangis llaman *Omar-el-Muley-Moztanca*. Los historiadores contemporáneos no dicen el por qué este príncipe fingió querer abrazar la religion cristiana; pero es muy probable que noticioso del armamento de los cruzados, y no sabiendo donde estallaría aquella tempestad, creyó conjurarla enviando embajadores á Francia y halagando al santo rey con una conversion que no entraba en sus planes. Esta supercheria del infiel fue precisamente lo que atrajo sobre su cabeza la tormenta que pretendia conjurar. Luis creyó que bastaria dar á Omar una ocasion de hacer manifiestos sus deseos, y que en tal caso gran parte del Africa se haria cristiana, á imitacion de su príncipe.

A este motivo religioso se unia una razon política: los tunecinos infestaban los mares; se apoderaban de los socorros destinados á los príncipes cristianos de la Palestina; suministraban caballos, armas y soldados á los soldanes de Egipto, y eran el centro de las inteligencias que Bondoc-Dari mantenia con los moros de Marruecos y de España. Importaba, pues, destruir aquella madriguera de bandidos, para facilitar las espediciones á Tierra Santa.

San Luis entró en la bahía de Túnez en julio de 1270. Por aquel tiempo un principe moro se habia propuesto reedificar á Cartago, y muchas casas nuevas descollaban ya en medio de las ruinas, y se veia un castillo sobre la colina de Birsa. Los cruzados admiraron la hermosura del país, cubierto de estensos olivares. Omar no salió al encuentro de los franceses, pero les amenazó con degollar á todos los cristianos de sus estados si intentaban el desembarco. Estas amenazas no impidieron que el ejército desembarcase y acampase en el istmo de Cartago, despues de haber tomado posesion de la patria de Aníbal dirigiéndole estas palabras: *Yo te intimo el mandato de Nuestro Señor Jesucristo y de Luis rey de Francia, su lugarteniente.* Aquellos lugares habian oido del gétulo, del tirio, del latino, del vándalo, del griego y del árabe, la espresion de las mismas pasiones en diferentes idiomas.

San Luis resolvió tomar á Cartago antes de sitiar á Túnez, á la sazon ciudad rica, mercantil y fortificada. Trabada la lucha, espulsó á los sarracenos de una torre que defendia las cisternas; el castillo fue asaltado, y la nueva ciudad sufrió la suerte de la fortaleza. Las princesas que seguian á sus maridos desembarcaron en el puerto; y por una de esas singulares peripecias que los siglos llevan consigo, las principales damas de Francia se alojaron en las ruinas de los palacios de Dido.

Pero la prosperidad abandonó á San Luis desde que atravesara los mares, como si su destino fuese dar á los infieles el ejemplo del heroismo en el infortunio. No le era posible atacar á Túnez antes de recibir los auxilios que debia llevarle su hermano el rey de Sicilia. Obligado, por lo tanto, á atrincherarse en el istmo, el ejército se vió acometido de una enfermedad contagiosa que en pocos dias arrebató la mitad de los soldados. El sol de Africa devoraba á unos hombres acostumbrados á vivir bajo mas benigno cielo. Y para aumentar los desastres de los cruzados, los moros levantaban una arena abrasadora por medio de máquinas, y entregaban al viento aquella arena candente, imitando de esta suerte, en daño de los cristianos, los efectos del *Kamsim* ó del terrible viento del desierto: ingeniosa y formidable invencion, digna de las soledades que la inspiraron, y que prueba hasta qué punto puede llevar el hombre el genio de la destruccion. Los incesantes combates acababan de estenuar las fuerzas del ejército; los vivos no bastaban para dar sepultura á los muertos, y los cadáveres eran arrojados á los fosos del campamento, que no tardaron en quedar cegados.

Los condes de Nemours, de Montmorency y de Vendome no existian ya; el rey habia visto espirar en sus brazos á su querido hijo, el conde de Nevers, y él mismo se sintió atacado del contagio, conociendo desde el principio que su mal era de muerte, y que postraria facilmente un cuerpo quebrantado por las fatigas de la guerra, por los cuidados del trono, y por aquellas vigilias religiosas y reales que Luis consagraba á Dios y á su pueblo. Esforzóse, no obstante, en disimular su mal y en ocultar el dolor que la pérdida de su hijo le causaba. Veíasele, con la muerte retratada en el semblante, visitar los hospitales como uno de aquellos religiosos mercenarios consagrados en los mismos lugares á la redencion de los cautivos y á la salvacion de los apestados. De las obras de santo pasaba á los deberes de rey; velaba por la seguridad del campamento, y mostraba al enemigo un intrépido continente; ó bien sentado delante de su tienda, administraba justicia á sus súbditos, como debajo de la encina de Vincennes.

Felipe, primogénito y sucesor de San Luis, no se alejaba de su padre, á quien veia próximo á bajar al sepulcro. El rey se vió al fin precisado á no salir de su tienda; y entonces, no pudiendo ya ser personalmente útil á sus pueblos, procuró garantirles la felicidad para el porvenir, dirigiendo á Felipe unas instrucciones que ningun francés leerá en tiempo alguno sin derramar lágrimas; escribiólas en su lecho de muerte. Ducange habla de un manuscrito que parece ser el original de esas preciosas instrucciones; el escrito era largo, pero en sus trémulos carácteres echábase bien de ver la debilidad de la mano que habia trazado los conceptos de un alma tan vigorosa.

Todo hombre cercano á su fin, desencantado de las cosas del mundo, puede dirigir sabios consejos á sus hijos; pero cuando estos consejos están apoyados en el ejemplo de toda una vida de inocencia; cuando salen de los labios de un gran príncipe, de un denodado guerrero, y del corazon mas sencillo que puede hallarse; cuando son las últimas aspiraciones de un alma divina, que vuela á las eternales mansiones; ¡feliz entonces al pueblo que puede glorificarse diciendo: »El hombre que ha escrito estas instrucciones era el rey de mis padres!»

Como la enfermedad hiciese notables progresos, Luis pidió la Estrema-Uncion; al recibirla, respondió á las preces de los agonizantes con voz tan segura como si diese órdenes en un campo de batalla. Púsose de rodillas al pié de su lecho para recibir el santo Viático, y fue preciso sostener por los brazos á este nuevo San Gerónimo en esta última comunion. Desde aquel momento puso término á los pensamientos terrenos, pues juzgó cumplidos sus deberes respecto de su pueblo. ¡Ah! ¿qué monarca habia cumplido mejor los suyos? Su caridad se estendia entonces á todos los hombres: oró por los infieles, que fueron á la vez la gloria y el infortunio de su vida, é invocó los santos patronos de esa Francia, objeto de su paternal cariño. En la mañana del lunes 25 de agosto, conociendo que se acercaba su hora final, se hizo acostar en un lecho de ceniza, donde permaneció tendido con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos fijos en el cielo.

Solo se ha visto una vez, y jamás volverá á verse tan magnífico espectáculo: la flota del rey de Sicilia se dejaba ver en el horizonte; el campo y las colinas estaban cubiertos con el ejército de los moros. En medio de las ruinas de Cartago, el campamento cristiano presentaba la imágen del mas horroroso dolor; ningun ruido resonaba en él; los soldados moribundos salian de los hospitales, y se arrastraban á través de las ruinas para acercarse á su rey, próximo á dejar de existir. Luis estaba rodeado de su familia, anegada en

X Vamos, los moros se adelantaron 646 años al prodigioso in[vento] de los alemanes, durante la inicua guerra mundial que promo[vieron] en 1914, llamado "gases asfixiantes", para matar a los también [illegible]herados de sus enemigos.

lágrimas, de príncipes afligidos, y de princesas desfallecidas. Los diputados del emperador de Constantinopla se hallaban presentes á esta escena, y pudieron contar á la Grecia el prodigio de una muerte que hubiera causado la admiracion de Sócrates. Desde el lecho de ceniza en que San Luis exhalaba el postrer suspiro, descubríase la costa de Utica: todos podian entablar la comparacion entre la muerte del filósofo estóico y la del filósofo cristiano. Mas dichoso que Caton, San Luis no se vió obligado á leer un tratado de la inmortalidad del alma para convencerse de la existencia de una vida futura, cuya invencible prueba hallaba en su religion, en sus virtudes y en sus infortunios. Por último, él rey exhaló su postrer aliento á las tres de la tarde, pronunciando en voz preceptible estas palabras: «¡Señor! entraré en vuestra casa, y os adoraré en vuestro santo templo; y su alma voló al santo templo que era digna de habitar.»



PUERTA DE LOS MAUGRAVINOS.

Oyóse entonces el eco de la trompeta de los cruzados de Sicilia, cuya flota llegaba llena de regocijo y cargada de inútiles auxilios; mas nadie respondió á su señal. Carlos de Anjou se admiró de ello, y empezó á temer hubiese ocurrido alguna desgracia. Saltó á tierra donde vió á los centinelas con la pica vuelta, espresando su dolor menos aun en este luto militar, que en el abatimiento de su semblante. Voló á la tienda del rey su hermano, á quien halló difunto sobre el lecho de ceniza; arrojóse sobre sus restos mortales, rególos con sus lágrimas, besó con respeto los piés del santo, y dió unas muestras de ternura y de dolor que nadie esperaba de alma tan orgullosa. El rostro de San Luis conservaba aun todos los colores de la vida.

Carlos obtuvo las entrañas de su hermano, que hizo depositar en Montreal, cerca de Salerno. El corazon

y la osamenta del príncipe fueron destinados á la abadia de San Dionisio; pero los soldados no quisieron dejar partir antes que ellos unos despojos tan queridos, diciendo que las cenizas de su soberano eran la salvacion del ejército. Dios quiso dar al sepulcro del santo una virtud que se manifestó por medio de repetidos milagros. La Francia, que no podia consolarse de haber perdido en la tierra tan buen monarca, le declaró su protector en el cielo. Luis, colocado en el número de los santos, fue de este modo para la Francia una especie de rey eterno. Elevávonsele iglesias y capillas mas magníficas que los modestos palacios donde habia pasado su vida.

Los antiguos caballeros que le acompañaran á su primera cruzada, fueron los primeros que reconocieron el nuevo poder de su caudillo. El señor de Joinville dice: «Hice erigir un altar en honor de Dios y de Monseñor San Luis.» La muerte de este, tan tierna, tan virtuosa, tan tranquila, y en la cual termina la historia de Cartago, parece un sacrificio de paz ofrecido en espiacion de los furores, de las pasiones y los crímenes de que esta ciudad infortunada fue teatro por tan largo espacio de tiempo. Nada mas tengo que decir á los lectores; hora es ya de que regresen conmigo á mi patria.

Dejé á Mr. Devoise, que me habia dado tan noble hospitalidad, y me embarqué en el schooner americano, que como he dicho, me habia fletado Mr. Lear. Zarpamos de la Goleta el lunes 9 de marzo de 1807, y nos dimos á la vela con rumbo á España. Tomamos las órdenes de una fragata americana en la rada de Argel, donde no desembarqué. Esta ciudad está edificada en una situacion encantadora, sobre un ribazo que se asemeja á la hermosa colina de Pausílipo. El 19 á las 7 de la mañana, descubrimos á España hácia el cabo de Gata, en la punta del reino de Granada; seguimos la costa, pasamos por delante de Málaga, y fuímos á anclar el Viernes Santo, 27 del citado mes, en la bahía de Gibraltar.

El lunes de Pascua desembarqué en Algeciras, y el 4 de abril partí para Cádiz á donde llegué dos dias despues, siendo recibido con estremada urbanidad por el cónsul y vice-cónsul de Francia, los SS. Leroy y Canclaux. Desde Cádiz me dirigí á Córdoba, donde admiré la mezquita que le sirve hoy de magnífica catedral. Recorrí la antigua Bética, que los poetas hábian considerado como la mansion de la felicidad; y despues de subir hasta á Andújar, retrocedí para ver á Granada, cuya Alhambra me pareció digna de admiracion aun despues de haber recorrido los templos de la Grecia. La campiña de Granada es deliciosa, y se parece mucho á la de Esparta; al verla, se concibe fácilmente que los moros recordasen con amargura tan privilegiado país.

De Granada salí para Aranjuez, y atravesé la patria del ilustre caballero de la Mancha, á quien tengo por el mas noble, el mas valiente, el mas amable y el menos loco de los mortales. En Aranjuez vi el Tajo, y el 21 de abril llegué á Madrid.

Mr. de Beauharnais, embajador de Francia en la córte de España, me colmó de obsequios, pues habia conocido en otro tiempo á mi desgraciado hermano, muerto en el cadalso con su ilustre abuelo, Mr. de Malesherbes.

El 24 abandoné á Madrid y pasé al Escorial, construido por Felipe II en las desiertas montañas de Castilla la Vieja. La córte va todos los años á pasar una temporada á este monasterio, como para ofrecer á unos solitarios muertos al mundo el espectáculo de todas las pasiones, y recibir de ellos enseñanzas de que las pasiones nunca se aprovechan. Allí se vé tambien la capilla fúnebre, donde están sepultados los reyes de España, en sarcófagos iguales y dispuestos á manera de escalones; de modo que todo aquel polvo, impotente ya, está rotulado y ordenadamente dispuesto como las curiosidades de un museo. Hay algunos sepulcros vacíos para los soberanos que aun no han fallecido.

Desde el Escorial pasé á Segovia, cuyo acüeducto es una de las obras mas grandiosas de los romanos; pero dejemos á Mr. de Laborde describirnos estos monumentos en su hermoso *Viaje*. En Burgos, una soberbia catedral gótica me anunció que me acercaba á mi país.

Al visitar esta antigua ciudad, no olvidé tributar un recuerdo de respeto á las cenizas del Cid;

> Don Rodrigue surtout n'a trait á son visage
> Qui d'un homme de cœur ne soit la haute image,
> Et sort d'une maison si féconde en guerriers,
> Qu'ils y prennent naissance au milieu des lauriers.
> . . . . Il adorait Chimene.

En Miranda saludé al Ebro, primer rio que vió los pasos de ese Aníbal cuyas huellas habia seguido durante tanto tiempo.

Habiendo pasado por Vitoria y atravesado las encantadoras montañas de Vizcaya, el 3 de mayo volví á pisar el suelo francés, y llegué á Bayona el 5 despues de haber dado la vuelta entera al Mediterráneo y de haber visitado á Esparta, Atenas, Esmirna, Constantinopla, Rodas, Jerusalém, Alejandría, el Cairo, Cartago, Córdoba, Granada y Madrid.

Cuando los antiguos peregrinos habian terminado un viaje á Tierra Santa, depositaban su bordon en Jerusalém y tomaban á su regreso un baston de palmera: yo no he traido á mi país tan brillante símbolo de gloria, pues no he dado á mis últimos trabajos una inmerecida importancia. Há veinte años que me consagro al estudio en medio de todos los azares de la suerte y de todos los sinsabores, *diversa exilia et desertas quærere terras:* gran número de páginas de mis libros han sido escritas debajo de la tienda, en los desiertos y en medio de las olas; con harta frecuencia he manejado la pluma sin saber cómo prolongaria algunos instantes mas mi existencia: pero estos son derechos á la indulgencia, no títulos de gloria. Me he despedido de las Musas en los *Mártires*, y renuevo mi despedida en estas *Memorias*, que son su continuacion ó comentario. Si el cielo me concede un descanso que nunca he disfrutado, procuraré elevar en silencio un monumento á mi patria; y si la Providencia me niega este reposo, solo debo pensar en poner mis últimos dias al abrigo de las amarguras que han envenenado los primeros. Ya no soy jóven, y he perdido la aficion al bullicio, porque no ignoro que las letras, cuyo cultivo es tan dulce cuando es secreto, no nos atrae en lo esterior sino desatadas tempestades: de todas maneras, he escrito bastante si mi nombre debe vivir; demasiado, si debe perderse en las tinieblas del olvido.

FIN DEL ITINERARIO.

VARIOS DOCUMENTOS DIPLOMÁTICOS.

RELATIVOS

A LA INDEPENDENCIA GRIEGA.

Cuando en 1806 emprendí mi viaje á Jerusalém, esta ciudad estaba casi enteramente olvidada, porque un siglo anti-religioso habia perdido la memoria de la cuna de la religion; y como ya no habia caballeros, parecia que ya no habia Palestina.

El último viajero á Levante, el conde de Volney, habia proporcionado al público muy apreciables noticias relativamente á la Siria; pero habíase limitado á ciertos detalles generales acerca del gobierno de la Judea. De este concurso de circunstancias resultaba que Jerusalém, por otra parte tan inmediata á nosotros, parecia hallarse en los confines del mundo; la imaginacion se complacia además en sembrar obstáculos y peligros en los caminos de la Ciudad Santa. Yo resolví aventurarme á llegar á ella, y me sucedió lo que siempre sucede á todo aquel que sigue sin titubear el objeto de sus terrores: el fantasma se desvaneció. Costeé todo el Mediterráneo sin esperimentar accidentes de trascendencia, volviendo á hallar á Esparta, pasando á Atenas, saludando á Jerusalém, admirando á Alejandría, señalando á Cartago, y descansando del triste espectáculo de tantas ruinas en las ruinas de la Alhambra.

He tenido, pues, el escaso mérito de abrir el camino, y el gran placer de ver que se han seguido mis huellas. En efecto, no bien fue publicado mi *Itinerario*, cuando sirvió de guia á multitud de viajeros. Nada le recomienda tanto al público como su exactitud; es el libro de viaje de las ruinas, pues he marcado escrupulosamente en él los caminos, los habitantes y las estaciones de la gloria. Mas de quinientos ingleses han visitado á Atenas en estos últimos años; y lady Stanhope ha renovado en Siria la historia de las princesas de Antioco y de Tripodl.

Aun cuando no hubiera tenido, al trasladarme á Grecia y la Palestina, sino la felicidad de trazar la senda á los talentos eminentes llamados á darnos á conocer estos paises de hermosos y grandes recuerdos, me felicitaria por haber realizado mi empresa. El público ha visto en Paris los *Panoramas* de Jerusalém y de Atenas: la ilusion era tan completa, que reconocí al primer golpe de vista los monumentos y lugares que habia indicado. Ningun viajero se ha visto en tiempo alguno sometido á tan dura prueba: yo no podia esperar que Jerusalém y Atenas fuesen trasladados á Paris, para convencerme de mentira y de verdad. La confrontacion con los testigos me ha sido favorable; y tan minuciosa ha parecido mi exactitud, que algunos fragmentos del *Itinerario* han servido de programa y de esplicaciones populares á los cuadros de los *Panoramas*.

El *Itinerario* ha adquirido un interés de nueva especie, á causa de los acontecimientos políticos del momento; háse convertido, por decirlo así, en una obra de circunstancias, en un mapa topográfico del teatro de esta guerra sagrada que escita actualmente la atencion de todos los pueblos, puesto que se trata de saber si Esparta y Atenas renacerán, ó si permanecerán eternamente sepultadas en su polvo. ¡Desgraciado el siglo, que testigo de una lucha heróica, creyese que se puede permitir sin peligro y sin penetracion del porvenir, que una nacion sea inmolada!

No es cierto que el derecho político esté siempre separado del derecho natural, porque hay crímenes que perturbando el órden moral, perturban el órden social y motivan la intervencion política. Cuando la Inglaterra tomó las armas contra la Francia en 1793, ¿qué razon alegó para justificar su determinacion? Declaró que no podia mantenerse por mas tiempo en paz con un país donde se violaba la propiedad, donde se proscribia á los ciudadanos, donde se desterraba á los sacerdotes, y donde habian sido abolidas todas las leyes protectoras de la humanidad y la justicia. ¿Y se sostendrá hoy que no hay ni asesinato, ni destierro, ni espropiacion en Grecia? ¿Se defenderá que es lícito asistir tranquilamente al degüello de algunos millones de cristianos?

Los hombres detestables y de limitada inteligencia que creen que una injusticia, en el mero hecho de haber sido consumada, no acarrea ningun resultado funesto, son la peste de los Estados. ¿Cuál fue la primera acriminacion dirigida en 1789 por las potencias extranjeras al gobierno monárquico de la Francia? El haber tolerado la reparticion de Polonia. Esta reparticion, que derribó la barrera que separaba el Norte y el Oriente, del Mediodia y del Occidente de Europa, abrió el camino á los ejércitos que han ocupado alternativamente á Viena, Berlin, Moscou y Paris.

Una política inmoral se envanece por una victoria pasajera; júzgase sutil, astuta y hábil, cuando escucha con irónico desprecio el grito de la conciencia y los consejos de la probidad. Empero mientras camina sin obstáculos aparentes, y mientras se juzga victoriosa, se siente súbitamente detenida por los mismos velos con que se encubria; vuelve la cabeza, y se encuentra frente á frente con una revolucion vengadora que la ha seguido en silencio. ¿No quereis estrechar la mano suplicante de la Grecia? ¡Pues bien! su mano moribunda os marcará la frente con una mancha de sangre, para que el porvenir os reconozca y castigue.

Cuando recorrí la Grecia, estaba triste pero tranquila; el silencio de la esclavitud reinaba sobre sus destruidos monumentos; la libertad no habia hecho oir el grito de su renacimiento en el fondo de la tumba de Armodio y Aristogiton, y los ahullidos de los esclavos negros de la Abisinia no habian respondido á este grito. Durante el dia, no escuchaba en mis largas jornadas sino la eterna cancion de mi pobre guia; y durante la noche dormia tranquilamente al abrigo de algunas adelfas, á la márgen del Eurotas. Las rui-

nas de Esparta enmudecian en mi derredor; la gloria, hasta la gloria callaba. Agotado por los ardores del estío, el Eurotas derramaba lentamente un mezquino raudal de cristalinas aguas entre sus dos orillas, como para dejar mas espacio á la sangre que en breve habia de inundar su cauce. Modon, donde pisé por primera vez la tierra sagrada de las Helenas, no era el arsenal de las hordas de Ibrahim; Navarino no recordaba sino á Néstor y á Pilos; Tripolitza, donde recibí los firmanes para pasar el istmo de Corinto, no era un monton de escombros ennegrecidos por las llamas en los que tiembla una guarnicion de verdugos mahometanos, disciplinada por algunos renegados cristianos. Atenas era una linda poblacion que entrelazaba los verdes árboles de sus jardines con las columnas del Parténon. Los restos de las esculturas de Fidias no habian sido amontonadas aun para servir de abrigo á un pueblo que habia vuelto á mostrarse digno de acampar en esas murallas inmortales. Mas, ¿dónde están mis huéspedes de Megara? ¿Han sido degollados? ¿Han trasladado, á sus hijos á los mercados de Alejandría algunos bajeles cristianos? Los buques de guerra construidos en Marsella por el pachá de Egipto contra los verdaderos principios de la neutralidad (1), han escoltado estos convoyes de carne humana viva, ó estos cargamentos de mutilaciones triunfales que van á decorar las puertas del Serrallo?

¡Caso lamentable! He creido pintar la desolacion al pintar las ruinas de Argos, de Micenas y de Lacedemonia; y si se cotejan mis descripciones con las que actualmente nos llegan de la Morea, parece que he viajado por la Grecia en los tiempos de su prosperidad y pasado esplendor.

He juzgado útil á la causa de los griegos unir á este nuevo prefacio del *Itinerario*, mi *Nota acerca de la Grecia*, mi *Opinion* en la cámara de los Pares en apoyo de mi enmienda al proyecto de ley relativo á la represion de los delitos cometidos en las escalas de Levante, y tambien la página del discurso que leí en la Academia; página en que espresaba mi admiracion á los antiguos y modernos helenos. Así se hallará reunido todo lo que he escrito con relacion á la Grecia, esceptuando algunos libros de los *Mártires*.

He presentado en la *Nota* un medio sencillo y fácil de emancipar á los griegos, y he defendido su causa cerca de los soberanos de Europa; por medio de mi *Enmienda* me dirigí al primer cuerpo político de la Francia, y este noble tribunal ha pronunciado una magnánima sentencia en favor de mis ilustres clientes.

La *Nota* presenta la Grecia en el estado á que hoy la reducen unos bárbaros; el *Itinerario* la presenta en la situacion á que la habian reducido antiguamente otros bárbaros. La *Nota*, prescindiendo de su punto de vista político, es una especie de complemento del *Itinerario*. Si la nueva edicion de esta obra cae algun dia en manos de los helenos, verán á lo menos que no he sido ingrato: el *Itinerario* atestigua la hospitalidad que me han concedido; la *Nota* revela el reconocimiento con que la he pagado.

Por lo demás, podrá verse que he juzgado á los turcos en el *Itinerario*, como los juzgo en la *Nota*, aunque un período de veinte años separa las épocas en que he escrito ambas obras.

Los negocios de la Grecia se presentaban naturalmente á mi espíritu al ocuparme de la reimpresion del *Itinerario*; hubiera creido cometer un sacrilegio, omitiéndolos en este prefacio. Nunca debemos cansarnos de reclamar los derechos de la humanidad; deploro tan solo no hallarme dotado de esa voz poderosa que despierta una indignacion generosa en el fondo de los corazones, y convierte la opinion pública en una barrera insuperable á los planes de la iniquidad.

(1) Hay dos clases de neutralidad: una que prohibe todo, otra que permite todo.

La neutralidad que prohibe todo puede tener inconvenientes, porque puede en ciertos casos carecer de generosidad, pero es estrictamente justa.

La neutralidad que permite todo, es una neutralidad mercantil, venal é interesada, pues cuando las partes beligerantes son desiguales en poder, esta neutralidad, verdadero sarcasmo, es una hostilidad respecto de la parte mas débil y una connivencia con la mas fuerte. Mejor seria unirse francamente al opresor contra el oprimido, porque á lo menos no se agregaria la hipocresía á la injusticia.

Permitis que el pachá de Egipto construya bajeles en vuestros puertos, le proporcionais todos los medios de que podeis disponer para que termine sus espediciones, ¡y decís que los griegos pueden hacer lo mismo! El pachá de Egipto puede pagaros los medios de destruccion que os compra, mientras su hijo devasta la Morea. ¿Tienen acaso los griegos para hacer construir bajeles, el oro que los árabes de Ibrahim les han robado? ¿No son educados los hijos de los griegos en nuestras ciudades por la caridad pública, á la cual no quereis contribuir? Cesad, pues, de decirnos que los griegos son dueños tambien de construir buques en vuestros puertos, y no insulteis por mas tiempo la razon y la humanidad, apellidando neutralidad una alianza abominable.

NOTA ACERCA DE LA GRECIA.

ADVERTENCIA.

No publicamos un libro ni un folleto (2), sino el prospecto de una suscricion, aunque bajo una forma particular, y esta es la causa porque aparece firmado; es una accion de gracias y una súplica que un miembro de la sociedad dirige á la piedad nacional en favor de los griegos; da gracias por los socorros ofrecidos, y pide que se ofrezcan otros: levanta su voz en el momento de la crisis de la Grecia; y como para salvar este país no bastarian tal vez los auxilios de la generosidad particular, intenta atraer mas poderosos auxiliares á una causa sagrada.

PRÓLOGO.

PRIMERA PARTE.

Los personajes del drama que há treinta años se representa á nuestra vista, se retiran. Los actores populares han sido los primeros en bajar á los sepulcros que habian colocado en la escena, arrastrando en pos algunas cabezas coronadas; otros potentados les han seguido en mayor número: Luis XIV, Luis XVI, Gustavo III, Pio VI, Leopoldo II, Pio VII, Catalina II, Selim III, Carlos III de España, Fernando I de Sicilia, Jorje III, Luis XVIII, el rey de Baviera Alejandro, y ese Bonaparte, único en su dinastía, solitario en la vida y en la muerte; ese Bonaparte que no se sabe cómo admitirlo en el número de los reyes, ni cómo eliminarlo de él; todos estos monarcas han desaparecido. En presencia de las antiguas monarquías que pierden unas tras otras sus antiguos representantes, se levantan repúblicas nuevas, que en todo el vigor de la juventud, parece se prometen la tierra por derecho de desherencia.

Los hombres importantes que se distinguieron en la fundacion de un nuevo sistema, han acudido tambien á la cita general: Pitt y Fox, Richelieu y Castlereagh se han presentado en ella, y otros muchos no tardarán en reunirse á ellos.

(2) La primera edicion de la *Nota acerca de la Grecia* no era en efecto sino una especie de prospecto del comité griego, de que el autor es miembro; pero los sucesos posteriores á esta primera publicacion han movido al autor á añadir un prólogo á la segunda edicion y un prefacio á la tercera. Este prólogo está dividido en dos partes; el lector lo hallará á continuacion de esta advertencia, como tambien el prefacio.

Este gran movimiento que arrastra todo hace harto pequeñas las ambiciones, las intrigas y las cosas del dia. Bonaparte muere en un rincon del mundo, sobre una roca, en medio del Océano; y Alejandro va á buscar una tumba por esos caminos de la Crimea, testigos del viaje triunfal de su abuelo. De esta manera se burla Dios del poderío humano, y anuncia por medio de señales inequívocas las revoluciones que sus consejos van á desatar en los destinos de los pueblos.

Empieza una nueva era política : el tiempo que ha pertenecido á la restauracion propiamente dicha, termina, y entramos en una era desconocida. ¿En dónde está la obra de nuestros diez años de paz? ¿Qué hemos fundado ó que hemos destruido? Si nada hemos hecho en medio de la profunda tranquilidad de Europa, ¿qué haremos en medio de la Europa tal vez agitada? Cuando los acontecimientos esteriores se compliquen con las miserias interiores, ¿á dónde iremos?

La consternacion de cincuenta millones de hombres anuncia mejor de lo que pudiera espresarse, todo lo que la Rusia ha perdido al perder á Alejandro. Una familia augusta anegada en lágrimas; una esposa á quien su muerte costará tal vez la vida; el heredero de un imperio que, olvidando su inmensa y gloriosa herencia, se encierra dos dias para llorar, y cuyo poder se anuncia con el juramento de la mas noble fidelidad fraternal; el ídolo de un pueblo religioso y sensible, una respetable madre sumida en una afliccion tanto mas cruel, cuanto que una falsa esperanza habiase mezclado á sus temores, y daba gracias á Dios al pié de los altares por haber salvado á su hijo, cuando estas acciones de gracias se han cambiado en gritos de dolor : todas estas ostensibles señales de un dolor íntimo y verdadero son una elocuente oracion fúnebre.

La Europa ha participado de este dolor, y ha llorado al que puso término á devastaciones espantosas, á trastornos sin nombre, á la efusion de sangre humana, á una guerra de veinte y dos años; ha llorado al primero que restableció entre nosotros el trono legítimo, y sirvió para darnos, con los hijos de San Luis, el órden, la paz y la libertad.

El emperador Alejandro, que habia esperimentado los abusos de la fuerza, buscó la gloria en la moderacion. Siempre será honorífico al árbitro de un millon de soldados, haberlos retenido en sus tiendas de campaña. Dotado de los sentimientos mas nobles; religioso, tolerante é inclinado á las libertades públicas; habiendo emancipado en parte los siervos de su corona; magnánimo en 1814 cuando salvó á París despues de haber visto arder á Moscou; cuando solo quiso por fruto de su victoria la felicidad de aplaudir nuestras nacientes instituciones; generoso en 1817, cuando rechazó y toda idea de debilitar la Francia, y cuando nada pidió en el momento mismo en que se veia precisado á contratar empréstitos, en el momento en que tantas potencias se aprovechaban de nuestros infortunios, Alejandro habia violentado su natural inclinacion al detenerse ante la independencia de la Grecia, y solo se detuvo por temor de perturbar el reposo del mundo. Nada mas sencillo, en verdad, que otros tuviesen de él este temor; pero que él lo abrigase respecto de sí mismo, solo podia proceder de una delicadeza de conciencia, de un fondo de justicia y de una grandeza de alma poco comunes.

Sea permitido al autor de la *Nota* llorar la pérdida de un príncipe que realzaba las mas raras cualidades con esa bondad de corazon, con esas costumbres sin fausto, con esa sencillez tan admirables en el poder; sea permitido á un hombre poco acostumbrado al favor y al lenguaje de las córtes, manifestar su respeto á un príncipe que le habia manifestado con sus cartas y sus palabras la mas honrosa confianza; á un príncipe que le habia colmado de públicas muestras de estimacion; á un príncipe á quien no puede pagar aquí sino el pobre tributo de una estéril y dolorosa gratitud : á lo menos, hoy no podrá atribuirse esta gratitud á la ambicion ó á la lisonja.

Sin embargo, no es posible ocultar que la política seguida por la Rusia respecto de los helenos, ha sido contraria á la opinion religiosa, popular y militar del país. Fueren cuales fuesen los sucesos de la Morea, haciase responsable siempre al gabinete de San Petersburgo. Si la Grecia triunfaba, los rusos preguntaban por qué no habian tomado parte en la victoria; si sufria reveses, se irritaban por no haber impedido la derrota. Su orgullo nacional habia visto con disgusto que las negociaciones de su gobierno estaban confiadas en Constantinopla á un diplomático extranjero; creian que su papel era inferior á su poder, y solo les tranquilizaba sobre el partido que se habia adoptado, su ilimitada confianza en las luces de su soberano, su respeto y su veneracion á un monarca digno de todas las consideraciones. Empero el mismo Alejandro empezaba á alimentar dudas, y los enemigos de los griegos que habian advertido esta nueva disposicion, apresuraban por esta misma causa el esterminio de un pueblo desgraciado, pues temian despertase un príncipe cuyas virtudes eran inspiradas por la justicia y la grandeza de alma.

Habiase suscitado una grave cuestion en 1823, al realizarse la espedicion á España; esta cuestion no solo fue tratada por los trámites ordinarios de la diplomacia, sino que lo fue tambien en una correspondencia particular entre el autor de la *Nota*, ministro á la sazon, y uno de sus ilustres amigos en una de las grandes córtes de Europa. Tal vez algun dia será provechoso al estudio de la sociedad el saber cómo dos hombres cuyas posiciones y destinos presentaban alguna analogía en aquella época, han debatido entre sí los intereses generales del mundo y los esenciales de su país, en unas confidencias fundadas en una estimacion recípoca.

Hoy, que el autor de la *Nota* está privado de los datos y de la autoridad que dan un puesto activo, le falta esta facilidad de ser útil, y no puede servir á una causa sagrada sino por medio de la prensa; medio de limitado alcance bajo el punto de vista diplomático, pues es evidente que no pudiendo ni debiendo publicarse todo, muchas cosas quedan ignoradas por la misma imposibidad de revelarlas.

Si los informes son exactos, la idea de un despacho colectivo ó de varios despachos simultáneos en favor de los griegos, dirigidos á las potencias cristianas por el Divan (esta idea se desenvuelve en la *Nota*), habia sido tomada en consideracion antes de la muerte del emperador Alejandro, sino de una manera oficial, á lo menos como materia de controversia general. Pero se cree que se ha presentado una objecion por los políticos de una córte principal.

«No se puede, habrán dicho, pedir al Divan la separacion de la Grecia, sin apoyar esta peticion con una amenaza en caso de negativa. Pero toda intervencion con amenaza es contraria á los principios del derecho político. Por otra parte, todo despacho conminatorio que no produjese efecto, seria pueril; y todo despacho conminatorio, seguido de un efecto, produciria la guerra; por consiguiente, semejante despacho es inadmisible, puesto que una guerra con la Turquía podria conmover la Europa.»

Este raciocinio seria exacto si no fuese aplicable al proyecto espuesto en la *Nota*. Pero esta no pide un despacho amenazador, ni coloca á la Puerta en la necesidad de obedecer ó batirse: solo desea que se diga sencillamente á la córte otomana: «Reconoce la in»dependencia de la Grecia, con condiciones ó sin ellas; »sino quieres tomar este partido, nosotros nos vere»mos precisados á reconocer esta independencia, en »bien de la humanidad en general, en bien de la paz

»de Europa en particular, y en provecho de los intere»ses comerciales.»

A estos motivos podria añadirse hoy que no conviene á la seguridad de las potencias cristianas que se trasladen diariamente numerosas fuerzas de África y Asia á Europa; que no conviene á estas potencias que la Morea se convierta en un campamento atrincherado, donde respetables cuerpos de ejército se adiestren en el manejo de las armas; que no les conviene que el pachá de Egipto se sitúe con todas las poblaciones blancas y negras del Nilo en los puntos avanzados de la Turquía, amenazando de este modo á la Cristiandad ó á la misma Constantinopla.

El pachá de Egipto domina en Chipre; es dueño de Candia; estiende su poder hasta la Siria; procura reclutar y disciplinar las tribus guerreras del Líbano; hace conquistas en la Abisinia; se adelanta en Arabia hasta las inmediaciones de la Meca; tiene tesoros y bajeles, é influye en las Regencias Berberiscas. Ya está en Morea, y puede pedir el imperio antes que el sultan le pida su cabeza. No se fija la atencion en estos progresos, que son, no obstante, muy dignos de ella. Si una nacion civilizada lanzase todos sus ejércitos sobre un punto determinado de su territorio, la Europa justamente alarmada le pediria cuenta de su resolucion. ¿Y no es estraño que se vea al Asia, al África y á la Europa mahometana derramar incesantemente sus hordas en la Grecia, sin temer los efectos mas ó menos remotos de semejante movimiento? Entre tanto, un puñado de cristianos que se esfuerzan en romper un yugo odioso, son acusados por otros cristianos de que atentan contra la paz del mundo; y se mira sin espanto agitarse, aglomerarse y disciplinarse esos millares de bárbaros que penetraron en otro tiempo hasta el centro de la Francia y hasta las puertas de Viena.

Se hace mas que permanecer tranquilo, puesto que se presta á esas naciones enemigas los medios de conseguir mas prontamente su designio. ¿Podrá creer la posteridad que el mundo cristiano, en la época de su mayor civilizacion, ha permitido que numerosos bajeles, izando el pabellon cristiano, trasporten hordas de mahometanos de los puertos de África á los de Europa para degollar cristianos? Una escuadra de mas de cien naves, dirigidas por falsos discípulos del Evangelio, acaba de atravesar el Mediterráneo llevando á Ibraim los discípulos del Alcoran que van á acabar de destruir la Morea. Nuestros padres, á quienes llamamos bárbaros; San Luis, cuando iba á buscar á los infieles hasta en sus propios hogares, ¿prestaban sus bajeles á los moros para que invadiesen de nuevo á España?

¿Ha reflexionado bien su conducta la Europa? Enséñase á los turcos á batirse con regularidad; los turcos regidos por un gobierno despótico, pueden poner en movimiento todas sus poblaciones; si estas poblaciones armadas se forman en batallones, se acostumbran á las maniobras militares y obedecen á sus jefes; si tienen una artillería bien servida; en una palabra, si aprenden la táctica europea, habrase hecho posible una nueva é inesperada irrupcion de bárbaros. Recuérdese (si la esperiencia y la historia sirven de algo en nuestros dias), que los mahometos y solimanes no alcanzaron sus primeras victorias sino porque el arte militar estaba mas adelantado entre los turcos que entre los cristianos en la época en que se mostraron.

No solo se educa á los soldados de la secta mas fanática y brutal que ha pesado en tiempo alguno sobre la raza humana, sino que se les acerca á nosotros. Nosotros los cristianos, prestamos barcos á los árabes y á los negros de la Abisinia para que invadan la Cristiandad, como los últimos emperadores romanos trasladaron los godos desde las orillas del Danubio al mismo corazon del imperio.

Este campo de instruccion y de maniobras se establece en Morea, á la puerta de Italia y de Francia; los conscriptos del turbante acuden allí para adiestrarse en el ejercicio de fuego contra los adoradores de la Cruz, que indefensos les son entregados. Establecida sobre las ruinas de la Grecia antigua y sobre los cadáveres de la Grecia cristiana, la barbárie regimentada amenazará la civilizacion. Ya se verá lo que será la Morea, cuando, apoyada en los turcos de la Albania, del Epiro y de la Macedonia, quede convertida, segun la enérgica frase de un griego, en una nueva regencia berberisca. Los turcos son valientes, y tienen á su espalda en el campo de batalla, el paraiso de Mahoma. ¡El cielo nos libre de la esclavitud con uniforme, y de la fatalidad disciplinada!

¿Y no tomamos una actitud conveniente en presencia de esa nueva regencia berberisca? Le permitimos construir bajeles en Marsella; y hasta se asegura lo que no queremos creer, esto es, que se le ceden para sus construcciones las maderas de nuestros bosques marítimos. Por otra parte, comprando tambien buques en Londres, tendrá barcos de vapor, cañones de vapor y todo lo demás. Los turcos han conservado todo el vigor de su natural ferocidad, y á esta se añadirá toda la ciencia del arte perfeccionado de la guerra. ¿Háse visto en tiempo alguno una combinacion de cosas mas formidable y amenazadora?

Adóptese, que tiempo es todavia, una política mas generosa, y al mismo tiempo mas previsora y sabia. No se trata, como se ha dicho en la *Nota*, sino de obrar respecto de la Grecia del mismo modo con que la Inglaterra ha creido debia obrar respecto de las colonias españolas. Ha tratado comercial ó políticamente con estas colonias como estados independientes, sin dejar entreveer que haria la guerra á España; y no ha hecho esta guerra.

Pero se objetará que el Divan no tomaria las cosas tan benignamente; que en vano se evitaria el tono amenazador al declararle la resolucion de los aliados relativamente á la independencia de la Grecia; y que este temerario consejo seria capaz por si solo de atraer las hostilidades contra las potencias que le presentasen tal declaracion.

El Divan está ciego, á no dudarlo; pero cuando se raciocina no puede admitirse como una objecion sólida la suposicion de una locura. Todo el que ha tratado á los turcos y estudiado sus costumbres sabe que la humillacion de la Puerta es igual á su jactancia, cuando se ve seriamente estrechada. Imaginar que la Puerta declararia la guerra á la Europa cristiana si toda la Europa reclamase ó reconociese la independencia de la Grecia, seria asustarse por vanas quimeras. Cuando vemos al Divan alarmado al mero anuncio del armamento de tres barcos de vapor á las órdenes de lord Cochrane, puede juzgarse si desearia luchar con las flotas combinadas de la Inglaterra, la Francia, la Rusia, el Austria y la Grecia.

¿Pero el simple reconocimiento de la independencia de los griegos por las potencias cristianas bastaria para asegurársela? ¿No habrian de sufrir los esfuerzos de toda la Turquía?

Sin duda: pero el gobierno griego, reconocido por las potencias aliadas, adquiriria una fuerza insuperable á sus enemigos. Este gobierno, rodeado de los representantes de las diferentes córtes, pudiendo comunicarse con los Estados regulares, podria fácilmente negociar empréstitos; y con dinero tendria escuadras y soldados. Los bajeles cristianos no se atreverían en lo sucesivo á servir de trasportes á los bárbaros; y el desaliento que en breve se apoderaria de los turcos, no tardaria en obligar al Divan á esas treguas sucesivas por cuyo medio el orgullo musulman accede á doblegarse y á descender hasta la paz.

Sean las que fueren las tentativas que la benevolencia haya podido ó pueda hacer en favor de la Grecia en Constantinopla, no puede esperarse ningun éxito favorable mientras no se recurra á la declaracion propuesta por la *Nota*, ó á cualquiera otra medida decisi-

va. Recomendar la humanidad á los turcos, intentar atraerles por medio de los sentimientos generosos, esplicarles el derecho de gentes, hablarles de hospodaratos, de treguas y negociaciones, sin hacerles alguna intimacion, sin concluir cosa alguna, es trabajo perdido, tiempo malgastado. Una sola palabra, francamente pronunciada, orillaria satisfactoriamente este negocio. Si la Grecia sucumbe es porque se quiere que sucumba, puesto que basta para salvarla enviar un correo á Constantinopla.

La consecuencia del esterminio de los helenos seria de grave trascendencia para el mundo civilizado. Repítese que se quiere evitar una conflagracion militar en Europa. Yo insisto en lo dicho: esta conflagracion no tendrá lugar si se accede á emancipar á los griegos por el medio propuesto; pero por otra parte, nadie se haga ilusiones: de la victoria de los turcos en la Morea resultarian guerras sangrientas. Todas las potencias se mantienen en una falsa posicion relativamente á la Grecia: supóngase consumada la destruccion de los helenos, y entonces se levantarán por todas partes las quejas de la opinion. La matanza de toda uná nacion cristiana y culta, verificada á los ojos de la cristiandad culta, no quedaria impune: la sangre cristiana caeria sobre los que la hubiesen dejado derramar; recordariase entonces que la Cristiandad no solo se habia visto precisada á asistir al espectáculo de este gran martirio, sino que además habia vendido ó prestado sus naves para trasportar los verdugos y las fieras al anfiteatro. Tarde ó temprano, los gobiernos conocerian á su costa el mal que á si mismos se habian causado: en unos las ideas generosas, en otros las simpatias secretas y las ambiciones ocultas se despertarian de una manera alarmante; todos se acusarian recíprocamente, todos irian á hacerse la guerra sobre las ruinas, despues de haberse negado á salvar los pueblos.

El autor de la *Nota* justificaria fácilmente sus tristes predicciones por medio de consideraciones deducidas del carácter, del espíritu, de los intereses y de las opiniones de los pueblos de Europa y de los sucesos que en breve presenciarán estos pueblos. ¿Qué influencia ha determinado la politica seguida hasta aqui respecto de la Grecia? ¿Qué idea ó qué temor ha dominado en este gran negocio? Aqui concluye el derecho del escritor, y el hombre de Estado deja caer la cortina.

La muerte del emperador, Alejandro acaba de cambiar la situacion de las cosas: Alejandro, que envejeciera en el trono, habia atrevesado dos veces la Europa á la cabeza de sus ejércitos; guerrero pacificador, al adoptar una conducta determinada, tenia la preponderancia que dan la victoria, la edad, la feliz estrella y la costumbre de ceñir la corona y gobernar. ¿Seguirá su heredero la misma política y le será posible seguirla, aun cuando lo intente? ¿No juzgará mas fácil y seguro continuar la politica nacional de su imperio, es decir, ser ruso antes que francés, inglés, austriaco ó prusiano? En tal caso, la Grecia seria ausiliada. ¡Cuán noblemente abriria la senda real un príncipe que hiciese el primer acto de su reinado de la emancipacion de la Grecia, de la libertad de tantos cristianos desgraciados! ¡Qué popularidad y qué brillo atraeria sobre el resto de su reinado! Esta es acaso la única gloria que Alejandro ha dejado recoger á su sucesor.

¿Se desea saber lo que puede esperarse del nuevo monarca? Un general francés va á decirnoslo.

«El gran duque Constantino hacia cuidar á su vista »y hasta en sus habitaciones á los oficiales franceses »enfermos, que personalmente iba á buscar á los hos»pitales; visitábales en sus camas y les consolaba con »espresiones llenas de bondad é interés; salvó de un »buque incendiado á dos oficiales, librándoles de las »llamas, conduciendo al uno en hombros, mientras su »ayuda de cámara hacia lo mismo respecto del otro; »arrostró, para seguir los impulsos de su generoso »corazon, una epidemia mortífera de que se vió aco»metido. Mas de un oficial francés, arrancado por su »activa humanidad á los brazos de la muerte, le es »deudor de su existencia; bajo este título, el autor »le dirige el homenaje de su justa gratitud.»

¿Y Constantino I, este generoso enemigo, no seria el favorable amigo de sus hermanos en religion? ¿No hay epidemias que arrostrar, ni incendios que estinguir en la Morea? Constantino lo sabe: los pueblos hallan en su nombre un presagio, y en su carácter una garantia de la libertad de la Grecia.

Pida hoy el gabinete de San Petersburgo el despacho colectivo ó los despachos simultáneos, y será, no lo dudamos, acogida por muchas potencias; en virtud de la respuesta negativa ó evasiva de los turcos, reconozca la Rusia la independencia de la Grecia, y se habrá puesto un término á tantas calamidades.

Por otra parte, la Inglaterra previendo un cambio probable, ¿no intentará anticipar los sucesos, aceptando el protectorado que rehusó al principio? El tiempo desenvolverá la nueva política que no es imposible ver nacer, y que hasta es razonable imaginar. El proyecto indicado en la *Nota* seria pues mas útil que en tiempo alguno, si se quisiese adoptarlo á la vez para salvar la Grecia y evitar todo choque entre los Estados europeos. ¡Ojalá hallen los griegos medios de prolongar su existencia hasta el dia que tal vez les libertará!

Desgraciadamente, no es posible fijar este dia. Un nuevo reinado puede anunciarse con un cambio completo de sistema; pero tambien puede marchar durante algun tiempo por las sendas trazadas por el reinado anterior. Suelen hallarse muchos obstáculos al empezar una carrera, por lo cual la prudencia y la circunspeccion son entonces muy necesarias. Cuando el monarca difunto ha sido un príncipe magnánimo y virtuoso; cuando ha representado un papel brillante en el teatro del mundo; cuando ha sido el fundador de una politica particular; finalmente, cuando ha muerto en una alta reputacion de sabiduría, llorado, amado y admirado de sus pueblos y de las naciones extranjeras, la veneracion que se profesa á su memoria, el merecido culto que á sus cenizas se rinde, la misma tristeza y consternacion que produce el espectáculo de sus funerales, los sentimientos de ternura y dolor de su sucesor, todo, todo inclina á seguir las tradiciones que ha dejado. Lo que ha establecido parece sagrado; creeriase una impiedad el tocarlo, y se siente una viva propension á declarar que en nada será modificada la obra de su genio. Pero el tiempo debilita estas impresiones, sin destruirlas en lo que tienen de natural y respetable; el carácter del nuevo monarca, la fuerza de los nuevos intereses y el diferente espíritu de los ministros llamados á los negocios, concluyen por dominar especialmente en las cosas justas y útiles al Estado. A la Grecia le basta poder esperar; acampe su libertad en la montaña y vera acudir á sus amigos. Nada puede calcularse en Europa mas allá de seis meses.

Espero destruir la objecion por cuyo medio los hombres influyentes imaginan haber alejado la idea de acercarse al plan indicado en la *Nota*. Creo haber demostrado que no se trata de un despacho conminatorio, sino de una mera declaracion que produzca la emancipacion deseada. ¿Se rehusará comprar á tan poca costa una gloria tan santa? ¿Este resultado no vale la media hora que costaria la redaccion del despacho libertador de la Grecia?

Entremos ahora en el exámen de las acusaciones que se dirigen á los griegos, con el intento de arrebatar á un pueblo oprimido la admiracion debida á su valor y la compasion que inspiran sus infortunios.

SEGUNDA PARTE.

Así como el unánime consentimiento de las naciones demuestra la existencia de la gran verdad religio.

sa, hay verdades secundarias que derivan su prueba del asentimiento general de los espíritus. Cuando vemos á hombres de diferentes genios, de costumbres opuestas, de principios, de intereses y aun de pasiones contrarias, coincidir en un punto, puede proclamarse en alta voz que se encierra una verdad incontestable en el punto convenido.

Aplíquese esta observacion á la Grecia. ¿Qué harian los pueblos rivales si fuesen dueños de obrar? Darian la libertad á este desgraciado país. ¿Qué piensan los hombres capaces de ver los objetos bajo puntos de vista desemejantes? ¿Qué piensan respecto de la legitimidad con que los mahometanos reclaman derechos sobre la Grecia conquistada y cristiana? Piensan que no existe esta legitimidad.

M. de Bonald ha defendido esta tesis con toda la conviccion de su fe, con toda la fuerza de su lógica; Mr. Benjamin Constant ha demostrado en un folleto lleno de razon y de talento, que esta pretendida legitimidad era una monstruosidad segun las mismas definiciones de los mas eminentes publicistas, y que no se debia agregar al absurdo del principio la imprevision aun mas peligrosa, de disciplinar á unos bárbaros. M. Pouqueville, en su obra llena de hechos interesantes, ha consignado las mismas verdades; M. Carlos Lacretelle ha defendido en discursos animados de un calor y de una vida estraordinarios, la causa de los desgraciados helenos de una manera digna de ella; M. Villemain ha trazado en su *Ensayo acerca del estado de los griegos*, con toda la autoridad de la elocuencia y con todo el poder de los testimonios históricos, los derechos que los griegos tienen á la libertad. Y yo, si me atrevo á tenerme en algo, he formado mi opinion há mucho tiempo, y la he manifestado en un tiempo en que nadie pensaba en la emancipacion de la patria de Leónidas.

En todos los comités filhelenos formados en Europa se advierten nombres que á juzgar por las antipatías políticas, parecia muy difícil ver reunidos; ¿qué deberemos deducir de estas observaciones? Que en la opinion que reclama la libertad de la Grecia no entra pasion alguna ni algun espíritu de partido, pues la coincidencia de tantos talentos diferentes en una misma verdad, es una prueba terminante, como queda dicho, en favor de esta verdad.

Los enemigos de los griegos, muy escasos en número por otra parte, se hallan muy lejos de hacer ver la misma unanimidad en los motivos del odio que les anima; esto debe consistir en lo erróneo de su juicio, no siéndoles posible defender su opinion sino por medio de sofismas. Ya trasforman á los griegos en carbonarios ó jacobinos; ya atacan el mismo carácter de la nacion griega, y convierten sus calumnias en argumentos.

Respondemos á la primera acusacion que los griegos no son jacobinos; que no han manifestado proyectos destructores del órden; que en lugar de levantarse contra los principios protectores de las naciones, han implorado su poder. Han pedido ser admitidos en la gran comunion cristiana, han alzado hácia esta una voz suplicante, y lejos de preferir á las demás formas de gobierno el régimen republicano, sus costumbres y sus deseos les hacen inclinarse á la monarquia. ¿Han sido escuchados? ¡No! se les ha arrojado á la cuchilla, se les ha enviado al matadero. Se ha sostenido que el romper las cadenas de la tiranía era eximirse de un juramento de fidelidad; ¡cómo si pudiese existir contrato alguno entre el hombre y la esclavitud!

El recuerdo de los males que han desolado nuestra patria sirve hoy de argumento á los enemigos de los principios generosos. ¡Cómo! ¿por qué una revolucion se haya entregado á los mas criminales escesos, todos los oprimidos, sea cual fuere el punto del globo en que giman, están obligados á sufrir el yugo en espiacion de crímenes de que no son culpables? ¿Todas las manos aherrojadas que cultivan penosamente la tierra, serán acusadas de atentados con que no se han manchado? El fantasma de una libertad sangrienta que cubrió de cadalsos la Francia, ¿habrá estendido desde lo alto de esos cadalsos la esclavitud del mundo?

Pero los que se muestran tan asustados por lo que ya pasó, ¿han manifestado siempre los mismos temores? ¿No han capitulado alguna vez con las repúblicas? ¿Arrepiéntense hoy de haber favorecido la independencia? Sea en buen hora. Pero, ¿por qué no espian personalmente sus pecados? La Grecia no necesitaba que su arrepentimento recayese sobre ella, y en verdad no hubiera querido no ser elegida para cumplir la penitencia que merezca.

Háse permitido que se formen repúblicas en América, y en compensacion se quiere perpetuar el despotismo en Grecia; ¡jugada funesta para la monarquía! El poder real que se coloca entre democracias y gobiernos arbitrarios se coloca en un doble peligro, pues el temor á la tiranía puede precipitar en las libertades populares. Libren las coronas á la Grecia, y se harán bendecir; las bendiciones dan la vida.

La segunda acusacion tiene por base el carácter de los griegos y la conducta que han observado desde que combaten por su independencia.

¿Quiénes son aquí los acusadores? Son en general los pequeños traficantes que temen toda concurrencia. La Grecia es aun ingeniosa y valiente; por lo qué, siendo libre, se convertiria en breve en un semillero de marineros denodados y de industriosos comerciantes. Esta rivalidad futura, que ya se prevee, inspira disgusto. Pero para conservar el monopolio de los aceites y de la miel del Ática, de los algodones de Seres, de los tabacos de Macedonia, de las lanas del Olimpo y del Pelion, de las fábricas de Ambelakía, del bermellon de Livadia, de las uvas de Corinto, de las gomas de Tesalia, del opio de Salónica y de los vinos del Archipiélago, ¿es preciso esterminar á todo un pueblo? ¿Es preciso que una nacion llamada á su vez á los beneficios de la Providencia, sea inmolada á la codicia de algunos mercaderes?

Los griegos, nos dicen sus enemigos, son falsos, pérfidos, avaros, cobardes y rastreros; y á este cuadro diseñado por un envidioso interés, se opone el de la buena fe de los turcos y sus raras virtudes.

Los viajeros que agenos á intereses mercantiles han recorrido el Levante, saben muy bien el juicio que deben formar de la buena fe y de las virtudes de los pachás, de los beyes, de los agás, de los safis y los genízaros: especie de animales crueles, los mas violentos cuando cuentan con la superioridad; los mas traidores cuando no pueden triunfar por la fuerza.

Desconfiemos de las preocupaciones históricas relativas á los griegos del Bajo-Imperio y de sus desventurados descendientes; nuestros estudios nos fascinan, y vivimos mas de lo que imaginamos bajo el yugo de las tradiciones. Los cronistas de las Cruzadas y los poetas que mas tarde las cantaron, atribuyeron las calamidades de los francos á la perfidia de los griegos, mientras los latinos que tomaron y saquearon á Constantinopla, procuraron justificar estas violencias repitiendo la misma acusacion de perfidia. El cisma de Oriente vino luego á fomentar las enemistades religiosas. Finalmente, la conquista de los turcos y el interés de los negociantes se complacieron en difundir una opinion que servia de escusa á su barbarie y su codicia. El mundo juzga siempre criminal al infortunio.

Empero, hoy es preciso suprimir por lo menos del acta de acusacion, esa inculpacion de cobardia tan gratuitamente lanzada contra los griegos. Las mujeres suliotas que se precipitan con sus hijos en las olas; los desterrados de Parga que llevan consigo las cenizas de sus padres; Psara, que se sepulta debajo de sus ruinas; Missolonghi, que casi sin fortificaciones re-

chaza los bárbaros, dos veces posesionados de su recinto; unas frágiles barcas trasformadas en escuadras formidables que atacan, queman y dispersan los navíos del enemigo: hé aquí los hechos que consagrarán la Grecia moderna en ese magnífico altar en que está grabado el nombre de la Grecia antigua. No puede recurrirse al desprecio donde brilla tanto amor á la libertad y á la patria. Los hombres pérfidos y corrompidos no son tan valientes. Los griegos han vuelto á hacerse nacion por medio de su denuedo; y no queriendo la política reconocer esta legitimidad, han apelado á la gloria.

Si se les acusa de algunos piratas que no han podido reprimir y que han manchado sus mares, ellos mostrarán los cadáveres de las mujeres de Suli, que han purificado esas mismas aguas.

Para que el carácter general atribuido á los griegos por la malevolencia, presentase por otra parte alguna apariencia de verdad, seria preciso que formasen hoy un pueblo homogéneo. Pero los kleptas de la Tesalia, los paisanos de la Morea, los manufactureros de la Romelia, los soldados del Epiro y de la Albania, y los marinos del Archipiélago, ¿tienen todos los mismos vicios y las mismas virtudes? ¿Es justo atribuirles las costumbres de los comerciantes de Esmirna y de los príncipes de Fanar? Los griegos tienen faltas; ¿qué nacion no las tiene? ¿Y cómo son tratados los franceses (mas justos en sus juicios acerca de los demás pueblos, de lo que estos lo son respecto de ellos), por los historiadores de la Gran Bretaña?

Pero prescindiendo de esto, en la lucha actual de griegos y turcos, no se trata de apreciar las virtudes relativas de uno y otro pueblo, sino la justicia de la causa que ha puesto las armas en la mano á los griegos. Si estos tienen los vicios que les ha dado la esclatud, iniquidad grande será obligarles á sufrir esta esclavitud en consideracion á los vicios hijos de ella. Destruid la causa y habreis destruido el efecto. No calumnieis á los griegos porque no quereis socorrerles; no acuseis á la víctima para justificaros de ser los amigos del verdugo.

Finalmente, en una nacion cristiana, por el mero hecho de serlo, hay mas principios de órden que en una nacion mahometana. Aunque los turcos tuviesen algunas de esas virtudes especiales que imprime la costumbre de mandar, virtudes de que pueden carecer los griegos, poseen en menor grado esas virtudes públicas que entran en la organizacion de los Estados. Bajo este solo punto de vista la Europa debe preferir un pueblo que se conduce segun las leyes regeneradoras de las luces, á otro que destruye en todas partes la civilizacion. Ved lo que han llegado á ser bajo la dominacion sarracena la Europa, el Asia y el África mahometanas.

Despues de las acusaciones generales dirigidas al carácter de los griegos, vienen las particulares relativas á su posicion actual.

«Los griegos han aplicado á sus intereses privados el »dinero que se les ha prestado para que reconquisten »su libertad; admiten en sus filas á todos los aventu»reros, y toleran las intrigas y las ambiciones extran»jeras. Los *capitani* están divididos y son codiciosos, »la Grecia está sumida en la anarquía, etc., etc.»

Algunas sociedades francesas se habian ofrecido á contratar el empréstito griego. Si lo hubiesen conseguido, no hubieran dirigido reconvenciones tan amargas á la nacion que hubiesen socorrido; se sabe muy bien en Francia que algunos desórdenes son siempre inseparables de los grandes infortunios; sábese que un pueblo que sale tumultuariamente de la esclavitud, no es un pueblo regular iniciado en el arte de la administracion, fruto del órden político y del progreso del tiempo. Nadie cree en Francia que los servicios dispensados den el derecho de insultar y autorizen un lenguaje ofensivo y altanero. Si los particulares hubiesen empleado en su provecho las sumas prestadas á la Grecia, ¿cómo hubiera sufragado esta, durante cinco años, los gastos de cinco campañas, tan costosas como mortíferas? Sabemos además que los helenos habian comprado algunos bajeles en Inglaterra y los Estados-Unidos, y estas fuerzas les habrian llegado, si la Europa cristiana no se hubiese opuesto á ello.

«Los griegos admiten en sus filas á los aventureros, »y toleran las intrigas y las ambiciones de los extran»jeros.»

Concedamos esta acusacion, si tal es el hecho: pero ¿á quién deberá culparse? Los griegos, abandonados de todos los gobiernos regulares y cristianos, reciben á todo el que les lleva algun auxilio. Si las intrigas extranjeras se agitan entre ellos, no pueden impedirlas; pero lejos de favorecerlas las desaprueban, porque conocen que no pueden dejar de serles perjudiciales. Salvad á los griegos por medio de una intervencion favorable, y no necesitarán mas de los hijos perdidos de la fortuna. No comparemos, sin embargo, algunos particulares desconocidos con esos hombres generosos, que abandonando su patria, sus familias y sus amigos, acuden de todos los paises de Europa á derramar su sangre en aras de la causa griega. Esos hombres saben muy bien que la Grecia nada puede hacer por ellos, porque gime pobre y devastada; pero su corazon late por su gloria y por su infortunio, y desean participar de aquella y de este.

«La anarquía reina en la Grecia, y los *capitani* »están divididos; luego este pueblo es indigno de ser »libre; luego es preciso dejarle perecer.»

Tal es tambien la doctrina que la Europa monárquica ha seguido respecto de la Vendeé: los jefes estaban desunidos, y la Vendeé ha sido abandonada. ¿Qué dice hoy de esto la Europa monárquica?

Vemos á los griegos en el momento de la lucha; ¿deberemos admirarnos de que las dificultades innumerables que tienen que superar hagan nacer entre ellos diversos sentimientos y opuestas opiniones? Los griegos están divididos, porque la naturaleza de sus recursos pecuniarios y militares son desiguales, como tambien sus poblaciones; porque es muy natural que los habitantes de las islas y de las diferentes partes del continente tengan intereses un tanto encontrados. El negarse á reconocer estas causas naturales de disentimiento é imputarlas como un crímen á los griegos, seria una enorme injusticia.

Lejos de admirarnos de que los griegos no se hallen enteramente de acuerdo, debemos por el contrario maravillarnos de que hayan logrado formar un lazo comun y una comun defensa. ¿No es un verdadero milagro que un pueblo esclavo, á la vez insular y continental, haya podido crearse ejércitos de tierra y de mar, sostener sitios, tomar plazas, obtener victorias navales, establecer un gobierno que delibera, manda, contrata empréstitos, se ocupa en la confeccion de un código de leyes rentísticas, administrativas, civiles y políticas, bajo el baston y la cimitarra de los turcos, y bajo todo el peso de un inmenso imperio? ¿se puede poner en parangon, con alguna apariencia de equidad, lo que los griegos han hecho en el discurso de su heróica lucha, con algunos desórdenes inseparables de su cruel situacion?

Si un viajero hubiese visitado los Estados-Unidos despues de la pérdida de la batalla de Brooklyn, durante la toma de New-York, de la invasion New-Jersey, de la derrota de Brandywine, de la fuga del Congreso, de la ocupacion de Filadelfia y del levantamiento de los realistas; si hubiese encontrado pésimas tropas, sin uniforme, sin paga, sin raciones, y muchas veces sin armas; si hubiese visto la Carolina Meridional sometida; el ejército republicano de Pensilvania insurreccionado; si hubiese sido testigo de las conjuraciones y las traiciones; si hubiese leido las proclamas de Arnoldo, general de la Union, que

declaraba que la *América habia llegado á ser presa de la codicia de los jefes, objeto del desprecio de sus enemigos y del dolor de sus amigos;* si ese viajero se hubiese salvado á duras penas en medio de las guerras civiles y de los degüellos jurídicos en diferentes Estados de la Union; si en cambio de su dinero se le hubiesen entregado billetes de crédito casi sin valor, hasta el punto de que un sombrero lleno de billetes bastaba escasamente para comprar un par de zapatos; si hubiese recogido el acta del Congreso que, violando la fe pública, declaraba que estos mismos billetes no tuviesen en adelante curso segun su valor nominal, sino segun su valor convencional; ¿que relato hubiese hecho tal viajero de la situacion de las cosas y del carácter de los caudillos en los Estados-Unidos? ¿No hubiera presentado la insurreccion de Ultramar como una vergonzosa anarquía, como un movimiento próximo á su fin? ¿No hubiera pintado á los americanos como una raza de hombres divididos entre sí, ambiciosos, indignos de la libertad á que aspiraban, avaros, sin fe, sin ley, y a punto de sucumbir bajo las armas victoriosas de la Gran Bretaña?

El éxito de la lucha y la prosperidad actual de los Estados-Unidos desmentiria hoy la relacion de aquel viajero, el cual, no obstante, habria dicho lo que habia visto. Y sin embargo, los americanos se hallaban en una situacion mucho mas favorable que los griegos para trabajar en pro de su independencia. No eran esclavos; estaban ya acostumbrados á una administracion organizada; cada Estado se regia con una forma de gobierno regular, y gozaba de la fuerza que resulta de una civilizacion adelantada.

Si viene ahora un viajero á trazarnos el cuadro de la anarquía que haya hallado ó creido hallar en Grecia, no hará otra cosa que trazar al vivo la situacion natural de una nacion en el laborioso nacimiento de su libertad. Mucho mas estraordinario seria que se nos dijese que todo está tranquilo y floreciente en la Morea, en medio de la invasion de Ibrahim, que el que se nos diga que los griegos están agitados; que las órdenes se ejecutan mal; que el miedo se ha apoderado de las almas pusilámines, y que algunos ambiciosos, y acaso algunos traidores, procuran aprovecharse de las calamidades de su patria.

Y ciertamente, sin carecer de valor, es preciso tener un alma dotada de un temple estraordinario para arrostrar tranquilamente las consecuencias que podria tener el triunfo de ese bárbaro, á quien el África envia incesantemente nuevos asesinos. El autor de esta *Nota* conoció en otro tiempo á Ibrahim; y se le permitirá que recuerde aquí, en gracia del interés del momento, lo que dijo de su entrevista con este jefe:

pág. 130

«Al dia siguiente de nuestra llegada al Cairo (1.° de »noviembre de 1806), subimos al castillo para exami»nar el pozo de José, la mezquita, etc. El hijo del »pachá habitaba entonces este castillo. Presentamos »nuestros homenajes á su escelencia que tenia catorce »ó quince años, y le hallamos sentado en una alfom»bra, en un gabinete desmantelado, y rodeado de una »docena de aduladores que se apresuraban á obedecer »sus caprichos. Nunca he visto mas repugnante espec»táculo. El padre de este niño era apenas dueño del »Cairo, y no poseia ni el Alto ni el Bajo-Egipto. En »tal estado de cosas, doce miserables salvajes alimen»taban con las mas torpes lisonjas á un jóven bárbaro, »encerrado para su seguridad en un torreon. ¡Hé aqui »al señor que los egipcios esperaban despues de tantas »desgracias!»

»Así se degradaba en un rincon de aquel castillo el »alma de un niño que debia gobernar á muchos hom»bres, y en otro rincon se acuñaba una moneda de ínfi»ma ley. Y para que los habitantes del Cairo recibiesen »sin murmurar el oro falsificado y el jefe corrompido »que se les preparaba, los cañones estaban asestados »contra la ciudad.»

¡Hé aquí al hombre destinado tal vez á esterminar la raza griega, y á reemplazarla en la patria de las bellas artes con otra de esclavos negros!

¿Se sabe lo que es para los Osmanlis el derecho de conquista, y de conquista sobre un pueblo que miran como perros insurrectos? Este derecho es la matanza de los ancianos y de los hombres capaces de manejar las armas (1), la esclavitud de las mujeres, la prostitucion de los niños, seguida de la circuncision forzada y de la toma del turbante.

Así Candía, la Albania y la Bosnia, de cristianas que eran hánse convertido en mahometanas. ¿Puede un verdadero cristiano fijar los ojos sin estremecerse en este resultado de la esclavitud de la Grecia? Este mismo nombre que no puede pronunciarse sin respeto y ternura, ¿no añade cierta idea mas dolorosa á la catástrofe que amenaza á ese país de la gloria y de los recuerdos? ¿Qué iria á buscar en lo sucesivo el viajero en las ruinas de Atenas? ¿Hallaria estas ruinas? y si las hallaba, ¡cuán espantosa civilizacion desplegarian á sus ojos! A lo menos el genízaro indisciplinado, sumido en su estúpida barbarie, os permitiria mediante algunos sequines, llorar en paz sobre tantos monumentos destruidos; pero el abisinio disciplinado ó el griego musulman os presentarian su consigna ó su bayoneta.

Es preciso considerar que la invasion de Ibrahim es una nueva invasion de la Cristiandad en concepto de los musulmanes. Pero esta segunda invasion es mucho mas formidable que la primera, pues esta se limitó á encadenar los cuerpos, al paso que aquella tiende á destruir las almas. No se hace ya la guerra al Cristianismo, sino á la Cruz.

Sé bien que se murmura al oido de los hombres que se asustan de este porvenir, un secreto muy singular: Ibrahim no abriga la intencion de permanecer en Grecia; todos los males que causa á este país son un mero pasatiempo; pasa por la Morea con sus negros y sus árabes para hacerse rey de Egipto.

Mas ¿quién le hará rey? ¿El mismo? Para esto no necesitaba ir tan lejos, hacer tantos gastos y perder una parte de sus tropas, recien disciplinadas.

¿Háse tomado este solaz para aguerrirlas? Los griegos le hubieran perdonado con mucho gusto el viaje.

¿Es el Gran-Señor el que ha de colocar la corona en las sienes de Ibrahim? Pero es probable que no se la conceda sino en recompensa del esterminio de los griegos, y que no se contente con un simulacro de guerra. Cuando un pachá presta servicios á la Puerta, esta no acostumbra enviarle una corona. ¡Y no obstante, los enemigos de la Grecia están reducidos á esta política y á estas escusas!

La córte de Roma, en las actuales circunstancias, se ha manifestado humana y compasiva; sin embargo, nos atrevemos á decir que si ha conocido sus deberes, no ha calculado bastante su fuerza.

«Pontífices del Altísimo (dice de una manera ad»mirable el *Ensayo histórico sobre el estado de los »griegos* (2), sucesores de los Bossuet y los Fenelon, »¿cómo no ha resonado vuestra voz en esta causa sa»grada? ¡Ah! ¿La Iglesia de Francia no ha conocido »en la época mas horrorosa de nuestras discordias ci»viles todos los tormentos de la persecucion, y no »halla la piedad en sus recuerdos? A fines de la edad »media y en el calor de los disturbios suscitados por »el concilio de Florencia, el papa Calisto hizo publi»car muchas indulgencias, y mandó se hiciesen ro»gativas en todos los templos de Europa en favor de

(1) En tiempo de Mahomet II, los habitantes de un pueblo inmediato á Modon fueron serrados por medio cuerpo, en número de quinientos; en tiempo de Bayaceto, toda la poblacion de Modon, que pasaba de doce años, fue asesinada, etc. (*Ensayos históricos sobre el estado de la Grecia* por VILLEMAIN.

(2) Por VILLEMAIN.

»los cristianos de la Grecia, combatida por los infieles; »¡olvidaba su cisma, y solo veia su infortunio!

»¿No se teme, si la Grecia acaba de perecer, no se »teme preparar al porvenir un terrible motivo de acri»minacion y asombro? ¿Los pueblos cristianos de »Europa preguntarán nuestros descendientes, esta»ban desprovistos de fuerza y de esperiencia para lu»char contra los bárbaros? No. Nunca habian llegado »á mayor altura las artes relativas á la guerra. ¿La »catástrofe fue tan rápida y repentina que la política »no tuvo el tiempo necesario para calcularla é impe»dirla? No. El sacrificio duró cinco años; mas de »cinco años trascurrieron antes que todos los sacerdo»tes fuesen degollados, todos los templos reducidos á »cenizas y derribadas en Grecia todas las cruces.»

¡Cuán tierno hubiera sido ver al padre de los fieles despertar á los príncipes cristianos, llamarles al socorro de la humanidad, y declararse, como Eugenio III y como Pio II, jefe de una cruzada por lo menos tan santa como las primeras! Hubiera podido decir á los cristianos de nuestros dias lo que Urbano II decia á los primeros cruzados (tomamos esta elocuente traduccion de la escelente y completa *Historia de las Cruzadas* (1):

«¿Qué voz humana podrá referir las persecuciones »y tormentos que sufren los cristianos? La rabia im»pia de los sarracenos no ha respetado las vírgenes »cristianas; han aherrojado las manos de los enfermos »y los ancianos; los niños arrancados á los brazos de »sus madres, olvidan ahora entre los bárbaros el »nombre de Dios... ¡Desgraciados de nosotros, hijos »y hermanos mios, que vivimos en tan calamitosos »dias! ¿Hemos nacido en este siglo para presenciar »la destruccion de la Cristiandad y permanecer tran»quilos cuando gime víctima de manos opresoras?... »¡Guerreros que me escuchais, vosotros que buscais »pueriles pretestos de guerra, regocijaos al ver en »Grecia una guerra legítima!»

¡A cuántos corazones no hubieran atraido á la religion semejante conducta y semejante lenguaje!

Esta política hubiera formado un inmenso contraste con la que se está siguiendo. Nunca, no, nunca, no tememos declararlo, ha afligido al mundo una política mas repugnante, mas miserable, mas peligrosa por sus resultados. Cuando se ve á los cristianos preferir disciplinar á unas hordas mahometanas, á que una nacion cristiana reconquiste, aun bajo las formas monárquicas su puesto en el mundo civilizado, el ánimo se siente poseido de una especie de terror y disgusto. Niégase todo auxilio á los griegos, á quienes se finje mirar como unos rebeldes, republicanos y revolucionarios, mientras se reconocen las repúblicas blancas de las colonias españolas y la república negra de Santo Domingo; lord Cochrane ha podido hacer todo lo que ha querido en América, y se le priva de todo medio de accion en favor de la Grecia.

A los brazos, á los buques, á los cañones y á las máquinas que se han suministrado á Ibrahim faltaba una direccion capaz de hacerlos valer. ¡Así se ha secundado benévolamente el plan destructor de los turcos! Estos no se hubieran atrevido á emprender una campaña de invierno; pero los crueles enemigos de los helenos han conocido que es preciso acelerar su esterminio, porque si se deja respirar á la Grecia durante algunos meses, cualquier accidente inesperado, cualquiera intervencion poderosa puede salvarla.

¡Pues bien! si hoy es ya demasiado tarde, si los griegos deben sucumbir, si deben hallar todos los corazones cerrados á la piedad y todos los ojos á la luz, las víctimas que se hayan librado del hierro y del fuego, refúgiense en los diferentes pueblos; ¡y dispersos sobre la tierra, acusen á nuestro siglo cerca de todos los hombres ante la mas remota posteridad! Esas víctimas serán, como las ruinas de su antigua patria, el objeto de la admiracion y del dolor, y mostrarán al mundo los restos de un gran pueblo. Entonces se hará justicia, pero justicia inexorable. ¡Dichosos aquellos que no se hayan hallado al frente de los negocios públicos el dia del abandono de la Grecia! ¡Preferible cien veces será haber sido el oscuro cristiano cuyos ruegos hayan subido inútilmente hasta los tronos. ¡Mil veces mas segura estará la memoria del defensor sin poder, de los derechos de la religion perseguida y de la humanidad ultrajada!

(1) Por Mr. Michaud.

PREFACIO

DE LA TERCERA EDICION DE LA NOTA.

El mundo ha presenciado un estraño espectáculo desde la publicacion de la última edicion de esta *Nota:* dos príncipes han abdicado alternativamente el imperio, y se han mostrado igualmente dignos de la corona, negándose á ceñirla.

Aunque esta corona ha quedado al fin en la cabeza del gran duque Nicolás, y el prologo de la *Nota* habla de Constantino como emperador, nada he mudado en el testo de este prólogo. Hay una política comun á todos los reyes: la que se funda en los principios eternos de la religion y la justicia, muy diferente de la que es preciso adaptar á los tiempos y á los hombres; política en la qu es preciso retractarse al dia siguiente de lo que se ha escrito el anterior, porque ha sobrevenido algun inesperado acontecimiento, porque ha desaparecido un monarca.

¿Pero será el destino de la desgraciada Grecia, que hasta las virtudes que pudieran socorrerla le sean fatales? El tiempo invertido en una lucha en que los progresos de las ideas del siglo descuellan en medio de la resistencia de las costumbres nacionales y militares; este tiempo se ha perdido en grave daño de un pueblo cuya destruccion se apresura: mientras dos hermanos se entregaban generosamente la diadema, los griegos, herederos de sí mismos, se legaban al morir la corona del martirio, y ni uno de ellos se ha negado á ceñir con ella sus sienes. Pero estos monarcas de la religion, de la libertad y del infortunio se suceden con rapidez en su ensangrentado trono; esta raza real se estinguirá en breve, y no hay prisa que sobre, si se desea salvar sus últimos vástagos.

Asegúrase que Ibrahim, ya en Patrás, va á hacer trasladar una parte de su ejército á Missolonghi. Esta plaza, sitiada por espacio de cerca un año, y que ha resistido á las turbulentas hordas de Reschid-Pachá, ¿podrá resistir, con unas murallas medio demolidas, con medios de defensa agotados y con una reducida guarnicion, á los forajidos disciplinados de Ibrahim? En el mismo momento en que se publica la nueva edicion de esta *Nota*, el viajero busca tal vez en vano á Missolonghi, como aquel mensajero de la antigua Atenas que no vió en su paso á Olinto. Invitamos á los monarcas de la tierra á que libren á unos hombres cuyas cadenas ha roto acaso para siempre el Rey de los reyes. Escribimos, tal vez sin saberlo, sobre el sepulcro de la Grecia moderna, como hemos escrito en otro tiempo sobre el de la Grecia antigua.

Si la Grecia sucumbiese segunda vez, este hecho seria para nuestra edad el gran crímen de la Europa cristiana, la obra legítima de este siglo, que sin embargo ha restablecido la legitimidad, la falta que seria castigada mucho antes que este siglo trascurriese. Toda injusticia política tiene su inevitable consecuencia y esta es un terrible castigo. En el órden moral y religioso, este castigo no es menos seguro. La sangre de los padres que han recibido la muerte por mantenerse fieles á su religion, y la voz de los hijos que se han precipitado en la infidelidad, no dejarian de atrae

sobre nosotros las maldiciones y las venganzas del cielo.

¡Y qué doble abominacion! ¡Cómo! esos buques cristianos que han trasladado á Europa las hordas mahometanas del Africa para degollar á otros cristianos, han conducido á esta region las mujeres y los hijos de estos cristianos para ser vendidos y reducidos á la esclavitud. ¡Y estos autores del tráfico de blancos se atreverán á hablar de la abolicion del tráfico de negros, se atreverán á pronunciar palabras de humanidad, se atreverán á ensalzar la filantropía de su política!

¡No! no les será permitido decir que eran cristianas á las generaciones que hayan presenciado sin detènerlo, el esterminio de todo un pueblo cristiano. No erais cristianos, responderá la justicia divina, los que pediais leyes contra el sacrilegio, mientras dejabais trocar en mezquitas los templos del verdadero Dios; no erais cristianos los que llamabais la severidad de los tribunales contra los escritos irreligiosos, mientras tolerabais que el Alcoran fuese enseñado á los niños cristianos, sometidos á duro cautiverio; no erais cristianos los que multiplicabais en Francia los monasterios, mientras dejábais violar en Oriente los asilos de las esposas del Señor; no erais cristianos los que frecuentabais los hospitales, los que no hablabais sino de caridad y obras de misericordia, y habeis abandonado á todos los dolores á cuatro millones de cristianos cuyas heridas acusan vuestra falsa caridad; no erais cristianos los que considerabais como un triunfo el atraer á la Iglesia católica algunos de vuestros hermanos protestantes, y habeis permitido que vuestros hermanos del rito griego se viesen obligados á abrazar el islamismo; no erais cristianos los que os uniais para acercaros á la santa Mesa, y que con la hostia en los labios condenabais á los adoradores de la víctima sin mancha á las prostituciones de la apostasía! Vosotros habeis dicho con el fariseo: «Yo no soy como los demás »hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros; yo »ayuno dos veces á la semana.» Y Dios preferirá á vosotros el publicano que al acusarse no se atrevia á mirar el cielo.

Estas acusaciones os serán lanzadas al rostro; lo son ya, y servirán de prueba contra todo lo que intentais establecer. La incredulidad escudriñará lo que vuestra fe ha hecho en favor de la Grecia, así como la revolucion pregunta á vuestro realismo qué cabaña ha reconstruido en la Vendeé. Vuestras doctrinas, desmentidas por vosotros mismos, escitarán estrepitosas carcajadas en los enemigos del trono y del altar.

El pasado predice el porvenir: grandes acontecimientos se preparan. No sin un oculto designio de la Providencia ha desaparecido Alejandro en el momento en que los elementos de un nuevo órden de cosas fermentan en todos los pueblos. Esa retaguardia de ochocientos mil hombres que mantenia al mundo en respeto, no puede ya obrar con la misma política, con la misma unidad. La Europa continental sale de la tutela; la base sobre que se apoyaban todas las fuerzas militares de la Alianza, no tardará en desquiciarse; ese poderoso ejército escalonado, cuya cabeza estaba en Nápoles y cuya cola llegaba á Moscou, se dislocará en breve. Cuando las olas de ese mar se hayan retirado, se verá á descubierto el fondo de las cosas. Entonces se hará sentir el tardío arrepentimiento de haberse negado á hacer lo que hubiera debido hacerse para no necesitar de esas olas.

Algunos se lisonjean todavía esperando que Missolonghi no habrá sucumbido, y que, mediante un nuevo prodigio de valor, sus habitantes habrán dado tiempo á la Cristiandad, iluminada al fin, para volar á su auxilio. Empero si sucediese lo contrario, cristianos heróicos; si fuese cierto que próximos á espirar, nos hubieseis encargado el depósito de vuestra memoria; si nuestro nombre hubiese tenido el honor de ser una de las últimas palabras que hubieseis pronunciado; ¿qué podriamos hacer para mostrarnos dignos de ejecutar el testamento de vuestra gloria? ¿De qué sirven inútiles discursos á tantas proezas y tantas adversidades? Una sola espada desenvainada en una causa tan santa, hubiera valido mas que todas las arengas de la tierra; ¡solo la palabra de Dios es una espada!

NOTA ACERCA DE LA GRECIA.

Los últimos acontecimientos de la Grecia han atraido de nuevo las miradas de Europa sobre este desgraciado país. Unas hordas de esclavos negros, trasladadas desde el centro del Africa, acuden para dar cima en Atenas á la obra de los eunucos negros del Serrallo. Los primeros acuden en su fuerza á destruir las ruinas que á lo menos los segundos, en su impotencia, dejaban subsistir.

¿Verá nuestro siglo á unas hordas salvajes ahogar la civilizacion renaciente en la tumba de un pueblo que ha civilizado la tierra? ¿La Cristiandad permitirá impasible que los turcos degüellen á los cristianos? ¿Y la legitimidad europea consentirá sin indignarse, que se dé su nombre sagrado á una tiranía que hubiera ruborizado á Tiberio?

No pretendemos reproducir aquí el orígen y la historia de los disturbios de la Grecia; consúltense al efecto las obras que abundan sobre tan triste materia. Lo único que nos proponemos en la presente *Nota* es llamar la atencion pública hácia una lucha que debe tener un término; es fijar algunos principios, resolver algunas cuestiones, presentar algunas ideas que podrian germinar provechosamente en otros espíritus; demostrar que no hay cosa mas sencilla y que cueste menos esfuerzos que la libertad de la Grecia; obrar en fin, por medio de la opinion, si es posible, sobre la voluntad de los hombres poderosos. Cuando no se puede ofrecerá la religion y la humanidad, sino meros votos, es un deber hacerlos oir.

No hay un solo hombre que no desee la emancipacion de los griegos, ó por lo menos no hay uno solo que se atreva á tomar públicamente el partido del opresor contra el oprimido. Este pudor es ya un indicio favorable á la causa que se examina.

Pero los publicistas que han escrito sobre los negocios de la Grecia han sostenido que nadie debia mezclarse en ellos, por cuatro razones principales:

1.° El imperio turco ha sido reconocido parte integrante de la Europa en el congreso de Viena.

2.° El Gran Señor es el legítimo soberano de los griegos; de lo cual resulta que estos son vasallos rebeldes.

3.° La mediacion de las potencias interventoras podria suscitar dificultades políticas.

4.° No conviene que se establezca un gobierno popular en el Oriente de Europa.

Examinemos desde luego las dos primeras razones.

Primera razon: El imperio turco ha sido reconocido parte integrante de Europa en el congreso de Viena.

¿El congreso de Viena ha garantizado al gran Señor la integridad de sus Estados? ¡Cómo! ¿se los ha asegurado hasta contra la guerra? ¿Asistian al congreso los embajadores de la Puerta? El gran visir ha firmado el protocolo? ¿El mufti ha ofrecido proteger al sumo pontífice y este á aquel? Temeriamos alejarnos de la gravedad que este asunto reclama, si nos detuviésemos á refutar unos asertos tan singulares como inesactos.

Hay mas: grande seria la sorpresa de la Puerta al saber que le ha sido garantizado algo: tales garantias le parecerian una insolencia. El sultan reina por el Alcorán y la espada; y en su concepto, es dudar de sus derechos el reconocerlos; porque es suponer que no los posee con su plena y entera voluntad; en el régimen

arbitrario, la ley es el delito ó el crímen, segun la legalidad mas ó menos pronunciada de la accion.

Pero los escritores que pretenden que los Estados del Gran Señor han sido puestos bajo la salvaguardia del congreso de Viena, ¿recuerdan que las posesiones de los príncipes cristianos, inclusas las colonias, han sido realmente garantidas por las actas de aquel Congreso? ¿Consideran las consecuencias á donde podria conducirnos esta cuestion que se suscita aquí como de paso? Cuando se trata de las colonias españolas ¿se habla de ese Congreso que tan caprichosamente se hace intervenir al tratarse de la Grecia?

Sea permitido á lo menos reclamar en favor de las víctimas del despotismo musulman la libertad que se conceptua justo pedir para los súbditos de S. M. Católica. Concedamos que es lícito separarse de los artículos de un tratado general firmado por todas las partes para procurar lo que se cree ser un bien mayor á pueblos enteros; pero en tal caso no se invoque ese mismo tratado para perpetuar la miseria, la injusticia y la esclavitud.

Segunda razon: El Gran Señor es el soberano legítimo de los griegos; de lo cual resulta que estos son vasallos rebeldes.

El Gran Señor no aspira á los honores de la legitimidad que generosamente se le adjudican, y repetimos que esto le sorprenderia mucho; ó por mejor decir, no eleva á los cristianos á la categoría de vasallos legítimos.

Los legítimos vasallos del sucesor de Mahoma son los mahometanos. Los griegos, en su condicion de cristianos, no son vasallos legítimos ni ilegítimos, sino que son esclavos; son *perros* que han nacido para morir bajo el baston de los verdaderos creyentes.

Por lo que respecta á la nacion griega, á la que la nacion turca no ha incorporado en su seno, llamándola á la participacion de la comunidad civil y política, no está obligada á ninguna de las condiciones que ligan á los súbditos con los soberanos y á estos con aquellos. Sometida desde el principio al derecho de conquista, obtuvo algunos privilegios del vencedor en cambio de un tributo que accedió á pagarle. Ha pagado y obedecido mientras han sido respetados aquellos privilegios, y hasta ha pagado y obedecido aun despues de haber sido violados. Pero cuando al fin ha visto ahorcados sus sacerdotes y profanados sus templos; cuando han sido degollados, quemados y ahogados millares de griegos; cuando se han entregado sus mujeres á la prostitucion, y vendido sus hijos en los mercados de Asia, la sangre que quedaba en el corazon de tantos desgraciados se ha sublevado. Estos esclavos por fuerza empezaron á defenderse con sus hierros. El griego, que ya no era vasallo por el derecho político, ha conquistado su libertad por el derecho natural; ha sacudido el yugo sin ser rebelde, sin romper ningun lazo legítimo, porque ninguno se ha contraido con él. El musulman y el cristiano en Morea son dos enemigos que habian ajustado una tregua bajo ciertas condiciones; el primero ha violado estas condiciones; el segundo ha vuelto á tomar de nuevo las armas; tornan, pues, á hallarse en la misma posicion en que se encontraban cuando empezaron la lucha, há trescientos sesenta años.

Trátase ahora de saber si se puede y se quiere detener la efusion de sangre. Pero aquí se presentan las dos últimas razones de los publicistas.

La mediacion de las potencias interventoras podria suscitar dificultades políticas.

No conviene que se establezca un gobierno popular en el Oriente de Europa.

Estas razones pueden ser destruidas por los hechos.

La escena política ha cambiado mucho de aspecto desde el dia en que se hicieron sentir en la Morea los primeros movimientos. El Divan y el gabinete de San Petersburgo han empezado á reanudar sus antiguas relaciones; los hospodares han sido nombrados; los turcos han evacuado casi enteramente la Valaquia y la Moldavia; y si todavía hay alguna cuestion pendiente acerca de estos Principados, no por ello es menos cierto que los negocios de la Grecia no se complican ya con los de la Rusia.

Estamos, por consiguiente, colocados en un terreno nuevo para negociar; y por el tenor de los tratados, especialmente los de Jassy y Bucharest, la Rusia tiene el derecho incontestable de tomar parte en los asuntos religiosos de la Grecia.

Por otra parte, la Europa no se halla ya ni por la naturaleza de sus instituciones, ni por las virtudes de sus monarcas, ni por las luces de sus gobiernos y sus pueblos, en la situacion en que se encontraba cuando proyectaba repartir la Turquía. Un sentimiento de justicia mas general se ha ingerido en la política desde que los gobiernos han aumentado la publicidad de sus actos. ¿Quién piensa hoy en desmembrar los Estados del Gran Señor? ¿Quién piensa en la guerra con la Puerta? ¿Quién codicia tierras y privilegios mercantiles, cuando hay ya demasiadas tierras, y cuando la igualdad de derechos y la libertad de comercio se trasforman lentamente en los votos y códigos de las naciones?

No se trata, pues, para conseguir la independencia de la Grecia, de atacar en comun á la Turquía y batirse luego por la reparticion de sus despojos; trátase tan solo de pedir colectivamente á la Puerta que negocie con los griegos para que tenga término una guerra de esterminio que aflige á la Cristiandad, que interrumpe las relaciones comerciales, que perjudica á la navegacion, que obliga á las partes neutrales á hacerse convoyar, y que perturba el reposo general.

Si el Divan se negase á escuchar tan justas reclamaciones, el reconocimiento de la independencia de la Grecia podria ser la inmediata consecuencia de la negativa; por este mero hecho la Grecia se salvaria sin que se disparase un cañonazo en su favor; y la Puerta, tarde ó temprano se veria precisada á seguir el ejemplo de los estados cristianos.

¿Pero puede disputarse al gobierno otomano el derecho de soberanía sobre sus Estados?

No. La Francia, mas que cualquier otro poder, debe respetar á su antiguo aliado, y mantener todo lo que es posible mantener de sus tratados anteriores y de sus antiguas relaciones; pero es preciso, no obstante, colocarse respecto de la Turquía en la misma actitud en que ella se coloca respecto de los demás pueblos.

Para la Turquía, los gobiernos extranjeros no son sino gobiernos de hecho; ni se comprende á sí misma de otra manera.

No reconoce el derecho político de Europa; pues se gobierna por el código de los pueblos del Asia; y no tiene, por ejemplo, el menor inconveniente en prender á los embajadores de los paises con que rompe las hostilidades.

No reconoce nuestro derecho de gentes: si el viajero que recorre su imperio es protegido por unas costumbres, en lo general hospitalarias, y por los preceptos caritativos del Alcoran, no lo es por las leyes.

En las transacciones comerciales el musulman es sincero y religioso observador de sus propias convenciones; pero el fisco es arbitrario y falso.

El derecho de guerra de los turcos no es el derecho de guerra de los cristianos: es la muerte en la defensa, la esclavitud en la conquista.

El derecho de soberanía de la Puerta no puede ser reclamado legítimamente sino por sus provincias musulmanas. En sus provincias cristianas, donde no tiene la fuerza cesa de reinar; porque la presencia de los turcos entre los cristianos no es el establecimiento de una sociedad, sino una mera ocupacion militar (1).

(1) En todos los lugares de Grecia, donde el punto es mi-

¿Pero la Grecia, estado independiente, presentará tanta importancia como la Turquía en las transacciones europeas? ¿Podrá ofrecer por su propia masa una muralla contra las tentativas de un poder cualquiera?

Pero, ¿acaso la Turquía es un baluarte mas firme? ¿No ha conocido todo el mundo cuán fácil es atacarla? Se ha visto en sus guerras con Rusia, se ha visto en Egipto hasta donde llega su poder de resistencia. Sus ejércitos son numerosos y bastante valientes en el primer encuentro; pero algunos regimientos disciplinados bastan para dispersarlos; su artilleria es nula; su misma caballeria no sabe maniobrar y se estrella en un batallon de infanteria; los famosos mamelucos fueron destruidos por un puñado de soldados franceses. Si alguna potencia no ha invadido la Turquía, demos gracias á la moderacion aun cuando ocupa un trono.

Si se quiere suponer que la Turquía ha sido respetada por el temor prudente que cada cual ha tenido de encender una guerra general, ¿no es evidente que todos los gabinetes estarian igualmente interesados en no permitir que la Grecia sucumbiese? La Grecia tendria en breve tratados y alianzas y no se presentaría sola en la arena.

Es preciso decir mas: la Grecia libre, armada como los pueblos cristianos, fortificada y defendida por los ingenieros y los artilleros que en breve se proporcionaría entre sus vecinos, destinada á ser muy pronto, por su genio, una potencia marítima; la Grecia, no obstante su escasa estension, cubriria mejor el Oriente de Europa que la dilatada Turquía, y formaría un contrapeso mas útil en la balanza de las naciones.

Por último, la separacion de la Grecia de la Turquía no destruiria esta potencia, que siempre contaria tantas provincias militares europeas. Y hasta podria sostenerse que el imperio turco aumentaria de poder limitándose y haciéndose enteramente musulman, y perdiendo esas poblaciones cristianas situadas en las fronteras de la Cristiandad, que se ve precisada á vigilar y guardar como se vigila y guarda á un enemigo. Los políticos de la Puerta aseguran además que el gobierno otomano no tendrá toda su fuerza hasta que vuelva á entrar en Asia. Tal vez tienen razon.

Y en último lugar, si el Divan quisiese tratar para la emancipacion de la Grecia, seria posible que esta accediese á pagar un tributo mas ó menos considerable, y de este modo todos los intereses serian atendidos.

Bien pesado todo, el derecho de soberanía no puede ser visto de la misma manera bajo la dominacion de la Media-Luna que bajo el imperio de la Cruz.

La Grecia ya medio emancipada, ya políticamente organizada, dueña de escuadras y de ejércitos, haciendo respetar y reconocer sus bloqueos, siendo bastante fuerte para mantener tratados, contratando empréstitos en paises extranjeros, acuñando moneda y promulgando leyes, es un gobierno de hecho ni mas ni menos que el de los Osmanlis; su derecho público á la independencia, aunque menos antiguo, es de la misma naturaleza que el de la Turquía, y la Grecia tiene además la ventaja de profesar la religion y de ser regida por los mismos principios que rigen á los demás pueblos civilizados y cristianos.

Si estos argumentos encierran alguna fuerza, falta ahora examinar los peligros ó los temores que haria nacer el establecimiento de un gobierno popular en el Oriente de Europa.

Los griegos, á quienes ninguna potencia ha podido socorrer hasta el dia por no comprometer los intereses mas inmediatos; los griegos, que construirán con sus propias manos el grandioso edificio de su libertad, ó que se sepultarán bajo sus escombros; los griegos tienen indisputablemente el derecho de elegir la forma de su existencia política. Seria preciso haber participado de sus peligros, para tener derecho á mezclarse en lo relativo á sus leyes. Hay demasiada equidad, demasiados conocimientos, demasiada elevacion de ideas, demasiada magnanimidad en las altas influencias sociales, para temer que se pueda alguna vez poner restricciones á la independencia de un pueblo que la ha conquistado á precio de su sangre.

Pero si en vista de los hechos se pudiese aventurar un juicio acerca de la Grecia; si las divisiones de que se ha visto trabajada pudiesen suministrar una idea bastante exacta de su espíritu nacional; si su fuerte tendencia religiosa, si la preponderancia de su clero nos esplicasen el secreto de sus costumbres; si, por último, la historia, que nos muestra los pueblos del Atica y del Peloponeso saliendo, despues de mas de mil años, de la doble esclavitud del Bajo-Imperio y del fanatismo musulman; si esta historia pudiese ofrecer alguna base sólida á las conjeturas, nos inclinaríamos á creer que la Grecia, esceptuando las islas, propenderia mas á una constitucion monárquica que á una constitucion republicana.

Los derechos de todos los ciudadanos se conservan tan bien (particularmente en un pueblo antiguo), en una monarquia constitucional como en un estado democrático. Si las pasiones hubiesen sido menos escitadas, acaso hoy se elevarian grandes monarquías representativas en las Américas españolas, de acuerdo con la legitimidad. Las necesidades de la civilizacion hubieran sido satisfechas, y se habria establecido una libertad necesaria, sin que el porvenir de los antiguos reinos de Europa se viese amenazado por la existencia de todo un mundo republicano.

El mayor descubrimiento político del último siglo, descubrimiento á que los hombres de Estado no conceden bastante atencion, es la creacion de una *república representativa* como la de los Estados-Unidos. La formacion de esta república resuelve el problema que se creia irresoluble, esto es, la posibilidad para muchos millones de hombres de existir en sociedad bajo unas instituciones populares.

Si en los Estados que se forman ó se regeneran no se opusiese las monarquías representativas á las repúblicas representativas; si se pretendiese retroceder á lo pasado y combatir como á enemiga la razon humana, tal vez antes de un siglo toda la Europa seria republicana ó presa del despotismo militar.

Como quiera que sea, es bastante probable que una forma monárquica adoptada por los griegos disiparia todos los temores, á no ser que las monarquías constitucionales fuesen tambien sospechosas. Seria una calamidad para las coronas que el puerto fuese mirado como un escollo; pero nos prometemos que ningun espíritu ilustrado incurrirá en tan grosero error.

Una mediacion reducida á pedir á la Turquía para la Grecia una especie de existencia parecida á la de la Moldavia y la Valaquia, que tan ventajosa hubiera sido dos años há, pudiera ser inútil hoy. La revolucion parece demasiado adelantada; los griegos están próximos á rechazar á los turcos ó á ser esterminados por ellos.

Una política firme, grande y desinteresada puede evitar tantas muertes, dar una nueva nacion al mundo y devolver la Grecia á la tierra.

Hemos hablado sin pasion, sin preocupacion, sin ilusiones, con calma, con reserva y mesura de un asunto que nos afecta profundamente, pues creemos servir mejor por este medio la causa de los griegos que apelando á vanas declamaciones. Un problema político, que no era único, pero que se ha involucrado hasta lo infinito, se resuelve en algunas palabras.

¿Los griegos son rebeldes y revolucionarios? No.

¿Forman un pueblo con el que se pueda tratar? Si.

¿Tienen las condiciones sociales que el derecho político exige para ser reconocidos por las demás naciones? Si.

litar, se ve que los griegos están relegados en parajes aislados y distantes de los turcos.

¿Es posible emánciparlos sin trastornar el mundo, sin dividirse, sin tomar las armas, y aun sin poner en peligro la existencia de la Turquía? Si; y esto en el plazo de tres meses, mediante un solo despacho colectivo, firmado por las grandes potencias de Europa, ó por medio de despachos simultáneos que espresen el mismo deseo.

Estos son los documentos diplomáticos que quisiéramos firmar con nuestra sangre.

Y hemos raciocinado con miras conciliadoras, en el sentido y la esperanza de una armonía completa entre las potencias; porque en la rigurosa verdad, ni aun es necesaria una inteligencia general entre los gabinetes para la emancipacion de los griegos; una sola potencia que la reconociese, la produciria. ¿Cesaria toda buena inteligencia entre esa nacion y las diferentes córtes? ¿Se han roto todas las relaciones amistosas con la Inglaterra cuando ha seguido respecto de las colonias españolas el plan que indicamos aquí respecto de la Grecia? Y, sin embargo, ¡cuanta diferencia no se advierte bajo todos conceptos en esta cuestion!

La Grecia sale heróicamente de sus cenizas, y para asegurar su triunfo bástale una mirada benévola de los príncipes cristianos. Nadie acusará ya su valor, como aun se calumnia su buena fe. Léanse en las relaciones de algunos soldados franceses conocidos por su valor, esos combates en los que ellos derramaron su sangre, y se verá que los hombres que habitan la Grecia son dignos de pisar esta tierra ilustre. Los canaris y los miaulis hubieran sido reconocidos por verdaderos griegos en Micala y en Salamina.

La Francia, que ha dejado tan grandes recuerdos en Oriente, que vió á sus soldados reinar en Egipto, en Jerusalém, en Constantinopla y Atenas; la Francia, hija primogénita de la Grecia por el valor, el genio y las artes, contemplaria con placer la libertad de este noble y desgraciado pais, y se cruzaria piadosamente por ella. Si la filantropía levanta su voz en favor de la humanidad, si el mundo sabio y el mundo político aspira á ver renacer la madre de las ciencias y de las leyes, la religion pide tambien sus altares en la ciudad donde San Pablo predicó el Dios Desconocido.

¡Qué honor sería para la Restauracion identificar su época con la de la emancipacion de la patria de tantos varones eminentes! ¡Cuán bello seria ver á los hijos de San Luis, recien reinstalados en su trono, mostrarse á la vez libertadores de los reyes y de los pueblos oprimidos!

Todo camina con regularidad en los negocios humanos cuando los gobiernos se ponen á la cabeza de los pueblos, y les preceden en la carrera que estos están llamados á recorrer.

Todo camina mal en los negocios humanos cuando los gobiernos se dejan arrastrar por los pueblos, y resisten los progresos y las necesidades de la creciente civilizacion. Hallándose entonces las luces fuera de su debido lugar, y residiendo la inteligencia superior en el que obedece, en vez de residir en el que manda, reina gran perturbacion en el Estado.

Nosotros, simples particulares, redoblamos nuestro celo por la suerte de los griegos; protestamos en su favor á la faz del mundo; combatimos por ellos, y recogemos en nuestros hogares sus hijos desterrados, despues de haber hallado noble hospitalidad en sus ruinas.

Esperando dias mas propicios, recibimos y solicitamos á la vez de la generosidad pública lo que nos envia de todas partes en pro de nuestros ilustres suplicantes. Damos gracias á esa desinteresada y brillante juventud que se impone un tributo sobre sus placeres para socorrer la desgracia. ¡Sabemos lo que vale la juventud francesa! ¿Qué no podria hacerse con ella hablándole su lenguaje y dirigiéndola sin detenerla en la pendiente de su genio, pronta siempre á sacrificarse, dispuesta siempre á hacer esclamar á algun nuevo Pericles: «¡El año ha perdido su primavera!»

Nosotros deseamos tambien manifestar nuestro agradecimiento á esos oficiales de todas las armas que vienen á ofrecernos su esperiencia, su brazo y su vida. Tal es el poder del valor y del talento, que algunos hombres pueden por sí solos hacer inclinar la victoria al lado de la justicia, ó dar el tiempo, deteniendo la adversa fortuna, de llegar á una mediacion que todos los intereses deben desear.

Sean las que fueren las determinaciones de la política, la causa de los griegos es la causa popular. Los nombres inmortales de Esparta y de Atenas parecen haber interesado al mundo entero; en todos los paises de Europa se han formado sociedades en favor de los helenos; sus infortunios y su valor han atraido todos los corazones á la causa de su libertad. Numerosos votos y donativos les llegan hasta desde las costas de la India, y hasta del centro de los desiertos de América: este reconocimiento del género humano pone el sello á la gloria de la Grecia.

ESTRACTO

DE UN DISCURSO ACERCA DE LA HISTORIA DE FRANCIA,

LEIDO EN LA ACADEMIA FRANCESA

en su sesion celebrada el 9 de febrero de 1826, en la recepcion de Mr. el duque Mateo de Montmorency.

Una misma generacion de romanos tuvo por señores en menos de la cuarta parte de un siglo á un africano, á un asirio y á un godo (1): vamos á ver reinar dentro de un momento á un árabe (2). Es digno de advertir que de todos estos aventureros, candidatos al despotismo, que acudian á Roma desde todas las estremidades del globo, ninguno fue desde la Grecia. Esta antigua patria de la libertad, á pesar de hallarse esclava, se negaba á producir tiranos; en vano los godos destruyeron sus obras maestras en Olimpia, pues la devastacion y la esclavitud no pudieron robarle su genio ni su nombre. Cayeron sus monumentos, pero sus ruinas se mostraban cada vez mas sagradas; estas ruinas eran dispersadas, pero bajo de ellas se hallaban los sepulcros de los grandes hombres; rompíanse estos sepulcros, ¡pero de ellos salia una memoria inmortal! Patria comun de todas las celebridades, país que nunca careció de habitantes, porque donde quiera nacia un extranjero ilustre, allí nacia un hijo adoptivo de la Grecia, esperando el renacimiento de estos indígenas de la libertad y de la gloria, que debian volver á poblar algun dia los campos de Platea y de Maraton.

OPINION

DEL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

sobre

EL PROYECTO DE LEY RELATIVO Á LA REPRESION DE LOS DELITOS COMETIDOS EN LAS ESCALAS DE LEVANTE (3).

Señores:

He advertido en el proyecto de ley sometido á nuestro exámen una laguna considerable, y que en mi concepto importa mucho llenar.

El proyecto habla de infracciones, de delitos y crímenes perpetrados en las escalas de Levante, pero no especifica estas infracciones, estos delitos y crímenes,

(1) Macrino, Heliogábalo y Maximino.
(2) Filipo.
(3) Cámara de los Pares, sesion del lunes 13 de marzo de 1826.

pues únicamente anuncia que cuando se cometen los castiga aplicándoles las leyes penales francesas.

Debemos, pues, remontarnos, para la imposicion de estos castigos, al conocimiento de los delitos; esto es lo regular, puesto que aquí solo se trata de una ley de procedimiento, y puesto que los delitos pueden ser siempre conocidos por la ley penal, designando esta siempre y necesariamente el delito ó crímen que ocasiona su aplicacion.

Pero si ocurre que haya infracciones, delitos y penas no previstos, y que por consiguiente, ningun castigo les amenaza, resulta que estas infracciones, delitos y crímenes no pueden ser castigados por las leyes penales existentes, hasta que hayan sido comprendidos en la serie de las infracciones, delitos y crímenes conocidos y señalados.

Así, por ejemplo, ha sido plausible el tráfico de los negros, hasta el dia en que la ley lo haya prohibido. ¡Pues bien! un crímen por lo menos igualmente horroroso, que llamaré el *trafico de blancos*, se comete en los mares de Levante; y este es el crímen que mi enmienda os propone recordar, para que pueda caer bajo la vindicta de las leyes francesas.

Voy, señores, á desenvolver mi pensamiento:

Si la ley contra el tráfico de negros se espresase de una manera general; si en lugar de decir como dice: ***en todas partes, todo aquel que sea aprehendido en el tráfico conocido con el nombre de tráfico negrero***, será castigado, etc., hubiese dicho solamente en el ***tráfico de los esclavos***, no hubiera necesitado, señores, proponer ninguna enmienda, pues hablando el proyecto de ley actual en general de las infracciones, delitos y crímenes que han tenido lugar en las escalas de Levante, y cometiéndose todos los dias en ellas el crímen del tráfico de esclavos, es evidente que el que designo hubiera quedado comprendido en el presente proyecto de ley. Pero la ley de 1818 no habla de una manera general del crímen contra la libertad de los hombres, pues limita su prohibicion al tráfico de negros. Ora bien: hé aquí, señores, el singular resultado que esta prohibicion especial puede producir en las escalas de Levante y Berbería.

Supongo que un buque cargado de esclavos negros, que sale de Argel, de Túnez y Trípoli, conduce su odioso cargamento á Alejandría: este delito está previsto por las leyes. Los cónsules de Argel, de Túnez y Trípoli informan en virtud de la ley que vais á publicar, y el capitan culpable es castigado en virtud de la ley de 1818 contra el tráfico.

Pues bien, señores: en el momento en que el buque negrero llega á Alejandría, entra en el puerto otro buque cargado de infelices esclavos griegos, arrebatados á los yermos campos de Argos y de Atenas; ningun informe puede instruirse contra los autores de semejante crímen. Vuestras leyes castigarán en el mismo lugar, en el mismo puerto y á la misma hora al capitan que ha vendido un negro, y no se harán sentir sobre el que ha traficado con un blanco.

Os pregunto, señores: ¿puede subsistir esta monstruosa anomalía? ¿El mero anuncio de esta anomalía no subleva el corazon, el alma, la justicia y la razon, la religion y la humanidad?

Este es el espantoso absurdo que os propongo destruir por el medio mas sencillo, sin herir el carácter del proyecto de ley que constituye el objeto de la presente discusion.

No temais, señores, que trace aquí un cuadro patético de los infortunios de Grecia, y os arrastre al campo de la política extranjera, en que tal vez no os convendria entrar. Cuanto mas conocidas son mis opiniones en este punto, tanto mas reservado seré en mis palabras. Me limito, pues, á pedir la represion de un crímen enorme, haciendo abstraccion de las causas que lo han producido y de la política que la Europa cristiana ha creido debia seguir. Si esta política es errónea será al fin castigada, porque ni á los gobiernos ni á los individuos es dado eximirse de las naturales consecuencias de sus faltas.

Nadie ignora que muchas mujeres, muchos niños y ancianos han sido trasladados en buques pertenecientes á naciones civilizadas para ser vendidos como esclavos en los diferentes bazares de Europa, Asia y Africa. Estos niños, estas mujeres y esos ancianos pertenecen á la raza blanca como nosotros; y añadiria que han nacido en esa Grecia, madre de la civilizacion, sino me hubiese prohibido todos los recuerdos que pudieran robar la calma á vuestros espíritus.

No permita Dios que yo intente disminuir el horror que inspira el tráfico negrero; pero hablo en presencia de cristianos y de los venerables prelados de una Iglesia no há mucho perseguida. Cuando se arranca un negro á sus bosques, se le traslada á un pais civilizado; encuentra cadenas, es verdad; pero la religion, que nada puede hacer por su libertad en este mundo, aunque ha pronunciado la abolicion de la esclavitud; la religion, que no puede defenderle contra las pasiones humanas, consuela al menos al pobre negro y le asegura en otra vida esa dulce libertad que se encuentra cerca del Reparador de todas las injusticias, cerca del Padre de todas las misericordias.

Pero el habitante del Peloponeso y del Archipiélago, arrancado á las llamas y á las ruinas de su patria; la esposa robada á su degollado esposo; el niño arrebatado á la madre en cuyos brazos ha recibido el bautismo: toda esa raza es civilizada y cristiana. ¿Y á quién es vendida? ¡A la barbarie y al mahometismo! Aquí el crímen religioso se une al crímen civil y político, y el individuo que lo comete es responsable ante el tribunal del Dios de los cristianos, como ante el de las naciones cultas, de las apostasías que reconozcan por causa unas ventas reprobadas del cielo; y es responsable tambien de las demás miserias que sean en este mundo su inevitable consecuencia.

Objétase que no puede compararse lo que denominó el *tráfico de blancos* con el de los negros, puesto que los comerciantes cristianos los compran para revenderlos luego en los diferentes mercados de Levante.

Esto seria, señores, una negativa sin prueba, á la cual podriais conceder mas ó menos valor. Yo pudiera, no obstante, decir que supuesto que los esclavos blancos son vendidos en los mercados del Cairo y en los puertos de Berbería, nada demuestra que los mismos cristianos infieles á su fe y rebeldes á las leyes de su país, que se dedican aun al tráfico de negros escrupulizasen mas en vender un blanco que un negro. ¿Negais el crímen? Pues bien: sino se comete, la ley no tendrá aplicacion alguna, pero existirá como una amenaza de vuestra justicia, como un testimonio de vuestra gloria, de vuestra religion, de vuestra humanidad, y me atrevo á decirlo, como un monumento de la gratitud del mundo á la patria de las luces.

Pero ahora, señores, que he querido, para dar mayor fuerza á mi argumentacion, combatir *à priori* la negativa pura y sencilla, si me fuese opuesta por alguno, los raciocinios del segundo grado de lógica no dejarian el menor subterfugio á esa negativa.

¿Un crímen es siempre uno y entero? ¿No hay asesinato, por ejemplo, sino cuando el hombre ha muerto al golpe recibido? ¿La ley no ha asimilado al crímen todo lo que sirve para perpetrarlo? ¿No envuelve en sus fallos así á los cómplices del criminal, como á este mismo?

«Los cómplices de un crímen ó de un delito, dice el »Código penal, art. 59 y 60, libro II, sufrirán la misma pena que los autores de este crímen ó delito, salvo el caso en que la ley lo disponga de otro modo. Sufrirán la misma pena los que con conocimiento de causa hayan ayudado ó asistido al autor ó á los autores de la accion en los hechos que la hayan preparado ó facilitado ó de aquellos que la hayan consumado.»

Diráse que los cristianos en Levante no compran ni venden esclavos blancos; pero ¿no han fletado bajeles para trasladarlos del lugar donde habian sufrido la esclavitud al mercado donde debian ser vendidos? ¿No se han hecho de este modo los corredores de un comercio infame? No han recibido así el precio de la sangre? ¡Cómo! Esos hombres que han oido los doloridos gritos de los hijos y de las madres; que han hacinado en la cala de sus naves á los griegos medio quemados y cubiertos con la sangre de sus degolladas familias; esos hombres que han embarcado á unos cristianos esclavos con el traficante turco que iba á entregarlos á la apostasía y á la prostitucion por algunas piastras; ¿esos hombres, repito, no serian criminales?

Es evidente que en este caso el cómplice es aun mas criminal, porque sino hubiera suministrado, por una mezquina retribucion, medios de trasporte, las desgraciadas víctimas hubieran permanecido á lo menos en las ruinas de su patria; y ¿quien sabe si la victoria ó la política haciendo al fin triunfar la Cruz, les hubiese devuelto algun dia á la religion y á la libertad?

Observad, por otra parte, señores, una cosa que resuelve la cuestion. Mi enmienda que, como vereis en breve, se reduce al art. 1.º de la ley de 15 de abril de 1818, se espresa de una manera lata como este artículo; no hace consistir el crímen en el mero hecho de la compra y venta del esclavo, pues el buen sentido y la eficacia de la ley exigian que fuese redactado en estos términos.

Cuando un buque arriba á la costa de Africa, para hacer el tráfico negrero, el capitan halla una abundante cosecha, y tan abundante que su embarcacion no basta para llevarla; arriba otro buque, y el capitan lo fleta y le entrega parte de su cargamento; el buque fletado marcha á las Antillas; pero si es encontrado es detenido, aunque su capitan no haya comprado ni debiese vender por su cuenta los esclavos, de que hace un comercio furtivo. Este capitan comparece ante los tribunales y es condenado; ¿y por qué? porque la ley del 15 de abril de 1818 dice con mucha justicia: «Todo aquel que en todas partes sea aprehendido en el tráfico conocido con el nombre de *tráfico negrero.*»

Ved aquí precisamente el caso de esos horrorosos ajustes que han tenido lugar en el Mediterráneo; y ved aquí el crímen que mi enmienda está destinada á prevenir.

Quiero creer, señores, que ningun buque francés ha manchado su pabellon blanco en este abominable tráfico, y que ninguno de los súbditos del santo rey que murió en Túnez por libertar á los cristianos, ha tenido parte en tales abominaciones; pero sea quien fuere el criminal, á quien yo no busco, es indudable que este negro crímen se ha cometido; me parece, por lo tanto, que estamos obligados en rigor mantenerlo á lo menos bajo la accion de una severa amenaza.

Hay, señores, algunos artículos que pueden olvidarse en una ley, pero no que deben dejar de ser admitidos en ella cuando una vez han sido propuestos. Me atrevo, pues, á esperar que los ministros del rey serán favorables á la enmienda que voy á leer á la Cámara. Cuando tenia el honor de sentarme á su lado en el Consejo de S. M., sé con cuanta prisa adoptaron una respuesta al despacho de un gabinete extranjero para que se pusiese un término á la destruccion de la Grecia. Me complazco en revelar estos sentimientos que tanto les honran, y espero que si la política nos divide, la humanidad al menos nos reunirá.

Reasumo mi pensamiento, señores.

Si la ley sobre el tráfico de negros hubiese sido menos particular en la enunciacion de los delitos y crímenes que condena, y si el proyecto de ley que examinamos comprendiese los crímenes y delitos que se cometen en las escalas de Levante, ninguna enmienda me hubiera visto precisado á proponer.

Pero como la ley contra el tráfico limita su accion á lo que concierne á los esclavos de la raza negra, deja todo poder de obrar á los que quieran hacer el comercio de los esclavos de la raza blanca en las escalas de Levante, y coloca visiblemente á los culpables fuera del alcance de la ley contra el tráfico negrero.

Propongo remediar este mal por medio de una enmienda, que no es otra cosa, como ya he dicho, que el primer artículo de la ley sobre el tráfico de negros, pero generalizado y estendido sobre todas las razas de esclavos. Nada añado en el proyecto de ley actual á la enunciacion de las penas, y nada alteró en la jurisdicion de los tribunales. Declarando este proyecto de ley que las infracciones, los delitos y crímenes cometidos en las escalas de Levante y Berbería sean castigados por las *leyes francesas*, es evidente que la ley contra el tráfico negrero está comprendida en las leyes francesas, y que las penas que esta ley establece serán aplicables á los crímenes y delitos mencionados en mi enmienda. Así me evito naturalmente entrar en el sistema de una ley penal; mi enmienda subsiste siendo lo que debe ser, un grado mas de procedimiento en el testo de una ley de procedimiento.

Ninguna innovacion introduce en la materia penal; pues solo hace estensiva una disposicion de una ley ya existente; aplica solo á la esclavitud en general lo que en una de vuestras leyes se limitaba á una esclavitud particular. No creo, pues, señores, que sea posible presentar una objecion un poco sólida contra una enmienda reclamada á la vez por vuestra religion, vuestra justicia y vuestra humanidad, y que se coloca tan naturalmente en el proyecto de ley sobre que vais á votar, que pudiera decirse que es su parte inherente é indispensable.

Considerada en sus relaciones con los negocios del mundo, la enmienda no presenta el menor inconveniente. El término genérico que empleo no indica ningun pueblo particular. He cubierto la Grecia con el manto de la esclavitud para que nadie la reconociese, y para que las señales de su miseria hiciesen á lo menos su persona inviolable á la caridad del cristiano.

ENMIENDA

AL ARTÍCULO PRIMERO DEL PROYECTO DE LEY SOBRE LA REPRESION DE LOS CRÍMENES COMETIDOS POR SÚBDITOS FRANCESES EN LAS ESCALAS DE LEVANTE, Y QUE DEBE FORMAR EL SEGUNDO PÁRRAFO DE ESTE ARTÍCULO.

«Se considera infractor, delincuente y criminal, »segun la gravedad de los casos, conforme á la ley »del 15 de abril de 1818, todo aquel que sea aprehen»dido por súbditos y bajeles franceses, en cualquier »lugar, bajo cualquier condicion y pretesto que sea; »y por súbditos extranjeros en los paises sometidos á »la dominacion francesa, en el tráfico de esclavos en »las escalas de Levante y Berbería.»

DISCURSO

EN RESPUESTA AL GUARDA-SELLOS DE S. M.

Señores:

El señor guarda-sellos sostiene que mi enmienda estaria mejor colocada en el artículo 26 del proyecto de ley que en el primero, y que no se opone á esto. Si el señor guarda-sellos se obliga á sostener mi enmienda, colocada en el artículo 26, estoy pronto á darle esplicaciones y á entenderme con él.

Creo que la memoria ha sido infiel al señor guarda-sellos: cree que he acusado á los franceses: precisamente les he esceptuado, y he declarado que esperaba

que ninguno de ellos habria manchado el pabellon blanco en tan abominable tráfico.

Me parece que el señor guarda-sellos no ha destruido ni lo que he dicho relativamente al crímen, ni lo que he sostenido respecto de la complicidad del crímen, pues se limita á negarlo todo. Pero negar no es probar; y yo, para sostener que las traslaciones de esclavos existen, me apoyo en los escritos de todos los viajeros, en las relaciones de todas las gacetas impresas en el Oriente, aun en aquellas que no son favorables á la causa de los griegos; en los periódicos oficiales de Napolí de Romani, y por último, en las mismas quejas del gobierno griego. Cuando se ha pedido á este que castigue á los piratas que usurpan su pabellon, ha respondidó que nada deseaba mas, pero que era preciso tambien que las naciones cristianas prohibiesen á sus súbditos proporcionar trasportes á los soldados turcos y fletar bajeles para recibir en ellos á los desgraciados habitantes de la Grecia, á quienes se reducia á esclavitud. Estos hechos, señores, son conocidos de todo el mundo.

Y por último, como ya he dicho, si el crímen no existe basta que sea posible y que amenace, para inutilizar de antemano cualquier medio de cometerlo impunemente. Si mi enmienda, introducida en el proyecto de ley es inútil, tanto mejor; pero este es el caso de decir con mas razon que nunca, que lo que abunda no daña. Esta enmienda os hará un honor inmortal sin poder causar ningun peligro. Toda la cuestion viene á reducirse á este punto: habrá juicio ante los tribunales. Si los sospechosos no son reos del crímen que se les imputa; si no han tomado parte alguna en un tráfico reprobado por las leyes divinas y humanas, ninguna pena sufrirán.

Todos los dias son aprehendidos algunos bajeles en concepto de sospechosos de haber hecho el tráfico negrero, y si sus dueños se justifican quedan en libertad. Lo repito: si el delito ó el crímen que la enmienda está destinada á prevenir no existe, la ley nunca tendrá aplicacion; si existe y hay sospechosos, ¿queréis que un crímen delante de Dios y de los hombres quede impune?

Otra objeccion del señor ministro de Justicia consiste en decir que mi enmienda introduce una ley penal en otra de procedimiento.

Creia, señores, haberme puesto al abrigo de esta réplica en la esplanacion de mi enmienda. En efecto, creo haber demostrado hasta la evidencia que mi enmienda no confunde en manera alguna las materias, y no sale del carácter de la ley. Pero, por lo visto, no me he hecho entender bastante; procuraré, pues, hacerme entender mejor.

Mi enmienda confunde tan poco una ley penal con otra de procedimiento, que no encierra la fórmula de ninguna pena. Espresa únicamente un delito, que será indudablemente castigado por las leyes francesas, como todos los delitos y crímenes cometidos en las escalas de Levante; y así lo reclama el mismo proyecto de ley en su artículo 26.

El sabio magistrado á quien tengo el honor de responder, parece ha confundido cosas diametralmente opuestas, pues porque me ocupaba de delitos le ha parecido que establecia penas de que no hice mencion alguna.

Considerada bajo todos los puntos de vista, mi enmienda, señores, no desnaturaliza el principio de la ley en que solicito su introduccion. Pido, por decirlo así, el restablecimiento de un artículo olvidado en esta ley; la materia es enteramente homogénea. La enmienda generaliza la naturaleza de un crímen ya mencionado en vuestras leyes, y no introduce ninguna pena nueva para la represion de este crímen. El proyecto de ley se ocupa de los delitos cometidos en las escalas de Levante á la vista de los cónsules franceses; y lo que esta enmienda especifica son tambien delitos cometidos en las escalas de Levante á la vista de los cónsules del rey. Aquí los crímenes tienen el mismo teatro, son perpetrados por los mismos hombres, confirmadas por los mismos testigos y juzgadas por los mismos tribunales; ¿qué mas se necesita para dar á una enmienda el carácter de la ley en que puede ser colocada?

Quisiera pasar en silencio una objeccion que no es nueva, y que há diez años he visto reproducida al discutirse casi todas las leyes.

Es raro que cuando una enmienda presenta alguna importancia, no se diga que esta enmienda es una ley particular, una usurpacion de la iniciativa real, y que á lo mas puede ser objeto de una proposicion especial. Vuestra sabiduría, señores, no se ha atenido por lo regular á esta objecion; y por el contrario, muchas veces ha admitido enmiendas que, segun se os decia, desnaturalizaban la ley en su principio, é introducian una ley en otra. Vuestra memoria os suministrará grandes ejemplos de esta verdad. En breve tendreis, en el proyecto de ley sobre el derecho de primogenitura, ocasion de usar ámpliamente del derecho de proponer enmiendas. Y no creo pidais al noble informante de vuestra comision que cambien en proposiciones las enmiendas que esta ha considerado oportuno presentar en vuestra última sesion.

Y en verdad, señores, aunque mi enmienda fuese mas estraña á la ley, ¿podrias negaros á prevenir un crímen tan enorme por una mezquina consideracion de materias? No se replique que siempre hay tiempo de esperar: la enmienda es urgente, porque las desgracias se precipitan, y no se trata de prevenir un desórden futuro, sino un desórden presente.

En el momento en que os hablo, señores, una nueva cosecha de víctimas humanas cae tal vez bajo la hoz de los turcos. Un puñado de cristianos heróicos se defiende aun en medio de las ruinas de Missolonghi, á la faz de la Europa cristiana, que mira insensible tanto valor y tantos infortunios. ¿Quién puede penetrar los designios de la Providencia? Ayer he leido, señores, una carta de un niño de quince años, fechada en las murallas de Missolonghi: «Mi querido compadre, escribe en su sencillez á uno de sus camaradas en Zante; he sido herido tres veces; pero ya »estoy bastante curado, y mis compañeros lo están »tambien para haber vuelto á empuñar nuestros fusiles. Si tuviésemos víveres, haríamos frente á triple »número de enemigos. Ibrahim está al pié de nuestros »muros, y nos ha hecho llegar proposiciones y amenazas, pero hemos rechazado unas y otras. Ibrahim »tiene á su lado algunos oficiales franceses; ¿qué hemos hecho á los franceses para que nos traten así?»

¡Señores! ¿Este jóven será preso y trasportado por manos cristianas á los mercados de Alejandría? Si debe preguntarnos otra vez qué ha hecho á los franceses, responda nuestra enmienda á la pregunta de su desesperacion y al grito de su miseria, para que podamos contestarle: «¡No! no es el pabellon de San Luis el »que protege tu esclavitud; ¡antes bien quisiera cubrir »tus nobles heridas!»

¡Pares de Francia, ministros del rey Cristianísimo! si no podemos socorrer con nuestras armas á la infortunada Grecia, separémonos á lo menos por medio de nuestras leyes de los crímenes que en su suelo se cometan; demos un noble ejemplo, que preparará tal vez en Europa las sendas de una política mas elevada, mas humana, mas en armonía con la religion y mas digna de un siglo ilustrado; ¡y á vosotros, señores, á la Francia se deberá esta noble iniciativa!

FIN.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

ESTUDIOS HISTORICOS,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDOS

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

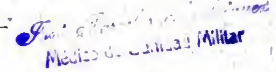
MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe núm. 4.
1854.



BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

ESTUDIOS HISTÓRICOS,

POR CHATEAUBRIAND.



INTRODUCCION.

Por todo lo que me queda de vida, no quisiera ver comenzar de nuevo los diez y ocho meses que acaban de trascurrir. Nunca podrá formarse una idea de la violencia en que he vivido: me he visto obligado á abstraer mi espíritu diez, doce y quince horas al dia, de lo que pasaba en torno mio, para entregarme puerilmente á la composicion de una obra cuyas páginas nadie tendrá á bien recorrer. ¿Quién se resolverá á leer cuatro gruesos volúmenes cuando cuesta trabajo hojear el fugitivo folletin de una Gaceta? Escribia la historia antigua, y llamaba presurosa á mi puerta la moderna: en vano, le gritaba: «Espera, que ya llegará para mí tu vez,» porque pasaba entre el estrépito de los cañones, llevando en pos de sí tres generaciones de reyes.

Y ¡en verdad que aparecen en armonía la época y la naturaleza de estos *Estudios!* Derríbanse las cruces, persíguese á los sacerdotes, y trátase de aquella y de estos en todas las páginas de mi obra; destiérrase á los Capetos, y estos ocupan ocho siglos en la historia que doy á luz. El trabajo mas largo y el postrero de mi vida; el que mas indagaciones, cuidados y años me ha costado; aquel en que tal vez mas escritos y hechos he desentrañado, ve la luz pública cuando no encontrará lectores: lo cual equivale á arrojarlo á un pozo, donde quedará sepultado bajo los montones de escombros que caerán sobre él. Cuando una sociedad se compone y se descompone; cuando se trata de la existencia individual y de la colectiva; cuando no hay seguro un porvenir de una hora, ¿quién se cuida de lo que hace, dice y piensa su vecino? ¡A fe que es tiempo oportuno para hablar de Neron, de Constantino, de Julio, de los Apóstoles, de los Mártires, de los Padres de la Iglesia, de los Godos, Hunos, de los Vándalos, de los Francos, de Clovis, de Carlo-Magno, de Hugo Capeto, y de Enrique IV! ¡Feliz coyuntura por cierto, para pintar el naufragio del mundo antiguo, cuando nos hallamos envueltos en el cataclismo del moderno! ¿No es acaso una especie de desvario ó de flaqueza de ánimo ocuparse de las letras en estos momentos? Lo es ciertamente; pero semejante desvarío no procede de mi cerebro, sino de los antecedentes de mi contraria fortuna. Sino hubiera hecho tantos sacrificios en aras de la libertad de mi país, no me habria visto obligado á contraer empeños en circunstancias doblemente deplorables para mi; y no pudiendo suspender una publicacion de que no soy dueño, me es necesario coronar con este último esfuerzo todos mis sacrificios. Jamás se vió autor alguno en semejante situacion: gracias á Dios ha llegado á su término, y solo me resta sentarme sobre las ruinas y despreciar esta vida que desdeñaba ya en mi juventud.

Despues de estas quejas tan naturales, y en que he prorumpido involuntariamente, consuélame un pensamiento: empecé mi carrera literaria con una obra en que pintaba al Cristianismo bajo sus relaciones poéticas y morales, y la termino con un escrito en que lo considero bajo sus relaciones históricas y filosóficas: di principio á mi carrera con la Restauracion y la concluyo tambien con ella. Me produce una satisfaccion interior el hallarme consecuente conmigo mismo. Las grandes líneas de mi existencia no se han desviado de la direccion recta; y si, á semejanza de los demás hombres, no me he parecido á mí mismo en los detalles, perdónese por ello la fragilidad humana. Los principios en que se funda la sociedad me han sido queridos y sagrados; se me dispensará al menos la justicia de reconocer que mis obras respiran un amor sincero á la libertad; que he sido entusiasta del honor y de la gloria de mi patria; y que, exento de torpe envidia, nunca he rehusado mi admiracion á los talentos en cualquier partido que los haya visto brillar. ¿Me habré dejado arrastrar demasiado por el ardor de la polémica? Si así fuese, me arrepiento y hago justicia á las prendas que haya desconocido; quiero dejar amistosamente el mundo.

PREFACIO.

Principia Herodoto su historia declarando los motivos que le indujeron á escribirla, y Tácito explica las razones que le obligaron á tomar la pluma. Aunque carezco del talento de estos historiadores, puedo imitar su ejemplo, y decir cual Herodoto que escribo por la gloria de mi patria, y porque he presenciado los infortunios de los hombres. Mas libre que Tácito, ni amo ni temo á los tiranos. Aislado ya en el mundo para eu lo sucesivo, y sin esperar cosa alguna de mis trabajos, me hallo en la posicion mas favorable á la independencia del escritor, pues habito ya en las generaciones cuyas sombras he evocado. Las sociedades antiguas perecen, y surgen las nuevas de sus ruinas: leyes, costumbres, usos, trajes, opiniones, y hasta los principios mismos, todo ha sufrido una completa metamórfosis. Se ha verificado una grande revolucion, y se prepara otra: la Francia debe recomponer sus anales para ponerlos en relacion con los progresos de la inteligencia; y en esta necesidad de reconstruir la obra sobre un plan nuevo, ¿dónde habremos de buscar los materiales? ¿Cuáles son los trabajos de este género ejecutados por los hombres que nos han precedido? ¿Qué debe alabarse ó censurarse en los escritores de la antigua escuela histórica? Si debe seguirse enteramente la nueva, ¿cuáles son en este caso sus mas notables autores? ¿Es todo verdad en las teorías religiosas, filosóficas y políticas de nuestros dias? Hé aquí lo que me propongo examinar en este prefacio. Hacia muchos años que me ocupaba en escribir una historia de Francia, de la que los presentes *Estudios* presentarán tan solo la exposicion, las miras generales y las ruinas; pero me falta la vida para llevar á cabo mi obra; en el camino en que el tiempo me detiene, señalo pues, con la mano á los viajeros jóvenes las piedras que habia amontonado, y el terreno en que me proponia levantar mi edificio.

ORIGEN COMUN DE LOS PUEBLOS DE EUROPA.—DOCUMENTOS É HISTORIADORES EXTRANJEROS QUE DEBEN CONSULTARSE RELATIVAMENTE Á LA HISTORIA DE FRANCIA.

Los antiguos concibieron la historia de muy distinto modo que nosotros: considerábanla como una simple instruccion, y bajo este punto de vista la coloca Aristóteles en rango inferior á la poesía: daban poca importancia á la verdad, y bastábales tener que contar un hecho verdadero ó falso, ó que este hecho ofreciese un gran espectáculo, ó una leccion de moral y de política. Desembarazados de esas lecturas inmensas en que se pierden á un mismo tiempo la imaginacion y la memoria, consultaban pocos documentos, escaseaban mucho sus citas, y cuando se refieren á una autoridad, lo hacen siempre sin indicacion precisa. Herodoto se contenta con anunciar en su primer libro titulado *Clio*, que escribe con arreglo á los historiadores de Persia y Fenicia; y en el segundo que se titula *Euterpe*, habla siguiendo á los sacerdotes egipcios que *le leyeron* sus Anales. Reproduce un verso en la *Iliada*, un pasaje de la *Odisea*, y un fragmento de Eschiles; y ni Herodoto ni sus oyentes de los juegos Olímpicos necesitan mas autoridades.

No se encuentra en Tucídides un sola cita; únicamente hace mencion de algunos cantos populares.

Tito Livio nunca se apoya en un texto: *los autores, los historiadores refieren*: hé aquí su modo de explicarse. En su tercera *Década* recuerda los dichos de Cintio-Alimento, prisionero de Aníbal, y de Coelio y Valerio sobre la guerra Púnica.

Cítanse las autoridades en Tácito con mas frecuencia, empero no por esto son numerosas. Se cuentan trece citas de nombres propios, que son: en el primer libro de los *Anales*, Plinio, historiador de las guerras de Germania; en el libro cuarto, las *Memorias* de Agripina, madre de Neron, obra cuya pérdida nunca será bastante sentida: en el libro décimotercio, á Favio Rústico, Plinio el historiador y Cluvio; en el décimo cuarto á Cluvio; en el décimo quinto á Plinio. En el tercer libro de las *Historias* nombra Tácito á Messala y á Plinio, y remite los lectores á las *Memorias* que tenia en las manos; en el cuarto libro se refiere á los sacerdotes egipcios; y en las *Costumbres de los Germanos* escribe un verso de Virgilio alterándole. Dice con frecuencia: «Cuentan los historiadores de estos tiempos:» *Temporum illorum scriptores prodiderint*; explica su sistema declarando que solo refiere el nombre de los autores cuando difieren entre sí. De este modo, dos citas vagas en Herodoto, ninguna en Tucídides, dos ó tres en Tito Livio, y trece en Tácito, forman el cuerpo de las autoridades de estos historiadores. Algunos biógrafos, como Suetonio y principalmente Plutarco, leyeron mas *Memorias*, pero las citas numerosas se reservaban á los compiladores como Plinio el naturalista, Ateneo, Macrobio y San Clemente de Alejandría en sus *Stromatas*.

Los analistas de la antigüedad excluian de sus narraciones el cuadro de los diferentes ramos de la administracion: las ciencias, las artes, la educacion pública, no entraban en el dominio de la Historia; así pues, Clio caminaba á la ligera, desembarazado del pesado equipo que ahora arrastra en pos de sí, y el historiador se convertia con frecuencia en un viajero que se limitaba á referir lo que habia visto. En la actualidad la Historia es una enciclopedia que todo lo embebe, desde la astronomía hasta la química; desde la ciencia del hacendista hasta las artes fabriles; desde el conocimiento de la pintura, la escultura y la arquitectura, hasta la economía política; desde el estudio de las leyes eclesiásticas, civiles y criminales, hasta el de las leyes, políticas. El historiador moderno se dedica á describir una escena de costumbres y de pasiones: interrúmpele de improviso una contribucion; otro impuesto reclama su crítica, y préstanle copiosos materiales la guerra, la navegacion y el comercio. ¿Cómo se fabricaban entonces las armas? ¿de dónde se proveian de madera para la construccion? ¿Cuánto valia la libra de pimienta? todo se desconcierta si el autor, no observando que el año princi-

piaba en Pascua, le ha fechado en 1.º de enero. ¿Y quién se ha de fiar en su palabra si ha equivocado la página de una cita, ó anotado mal la edicion? la sociedad queda desconocida si se ignora el color de los calzones del rey, ó el valor de un marco de plata. El historiador ha de saber, no tan solo lo que ocurre en su patria sino tambien en las naciones vecinas, y al través de estos detalles es preciso que una idea filosófica sirva de constante guia á su pensamiento. Ved aquí los inconvenientes de la historia moderna; y son tales, que quizás nos privarán para siempre de historiadores como Tucídides, Tito Livio y Tácito; mas no siendo posible evitar esos inconvenientes, es fuerza someterse á ellos. El escritor destinado, á pintarnos algun dia el gran cuadro de nuestra historia, no se ceñirá á indagar el origen de donde provienen inmediatamente los Francos y los Franceses, sino que estudiará los primeros siglos de las sociedades que rodean la Francia, porque los pueblos nuevos de diversas comarcas, cual los niños de diferentes paises, tienen entre si la semejanza comun que les da naturaleza, y porque estos pueblos compuestos de un corto número de familias aliadas, conservan en su adolescencia el sello de los rasgos maternales.

Cuatro especies de documentos, contienen la historia entera de las naciones en el órden sucesivo de su edad: las poesías, las leyes, las crónicas que describen hechos generales y las memorias que juntan las costumbres y la vida privada. Los hombres cantan primero y despues escriben.

Ya no poseemos los barditos que mandó recoger Carlo-Magno; réstanos tan solo una oda en honor de la victoria que Luis, hijo de Luis el Tartamudo, consiguió en 881 contra los Normandos; pero el monge de San Galo y Ermoldo el Negro han escrito enteramente segun el gusto de la cancion germánica.

La mitología y las poesías escandinavas; los Edda y los Sagas; los cantos de los Scaldas que nos han conservado Snarron, Saxon el Gramático, Adan de Brema y las crónicas anglo-sajonas; los Nebelungas, aunque de fecha mas reciente, suplen nuestras pérdidas; ya se verá el uso que he hecho de ellos al trazar la historia de las costumbres bárbaras. Por lo que atañe á las lenguas, los evangelios godos de Ulphilas son un tesoro.

En cuanto al Mediodía de la Francia, Mr. Renouard ha rehabilitado la antigua lengua romana, y al dar á luz las poesias escritas ó cantadas en ella, ha prestado un servicio importante. Mr. Fauriel, á quien debemos la hermosa traduccion de los cantos populares de la Grecia, manifestará en la formacion de la lengua romana, los vestigios de los tres idiomas mas antiguos de la Galia, que aun se hablan al presente, uno en Escocia, otro en el pais de Gales, y el tercero entre los Vascongados, ha fijado su atencion en un poema sobre las guerras de los árabes en España y de los cristianos de la Occitania, cuyo héroe es un príncipe aquitano llamado Waltez: ¿no será Waiffre? Varios cantos recuerdan las rebeliones de diferentes geles del Mediodia de Francia contra los monarcas Carlovingios, lo cual viene á probar mas y mas que las hostilidades de Carlos Martel, Pepino y Carlo-Magno contra los príncipes de Aquitania, tuvieron por orígen una enemistad de raza; porque los descendientes de los Merivingios, reinaban mas allá del Loire. Confiamos en que Mr. Fauriel se ocupará de una historia de los Bárbaros en las provincias meridionales de la Francia: este asunto seria digno de su no vulgar condicion y distinguido talento.

Para estudiar las leyes bárbaras, no basta analizar las leyes Sálica, Ripuaria y Gombeta, sino que deben considerarse como capítulos de un mismo código nacional las leyes lombardas, alemanas, bávaras, rusas (estas no son sino el derecho sueco), anglo-sajonas y galas: con estas pueden reconstruirse varias partes del primitivo edificio galo. Todas estas leyes se han impreso, ó separadamente ó en las diferentes colecciones de los historiadores de Francia, Italia, Inglaterra y Alemania. El padre Canciano reunió en Venecia en 1781, su *Barbarum leges antiquæ*, en cinco volúmenes en folio, coleccion excelente que deberia hallarse en todas nuestras bibliotecas: hállanse en ella la traduccion italiana de las *Juntas del reino de Jerusalen*, y diferentes trozos inéditos. Asegúrase que no tardaremos en tener las *Juntas* enteras publicadas con arreglo al manuscrito que se ha encontrado, con las traducciones greco-bárbara é italiana de 1498. De esto se ocupa la Academia de las Inscripciones. La coleccion de los dos textos de la ley Sálica, de la que existen diez y ocho ó veinte manuscritos conocidos, coleccion hecha por Mr. Wiarda, es estimable, y será conveniente no perderla de vista, pero siempre queda Bignon de doctor en esta materia, así como Baluze es siempre el hombre notable en punto á las *Capitulares* y las *Fórmulas*.

Despues de las poesias y las leyes, no se consultará sin fruto, por lo tocante á los seis primeros siglos de los tiempos bárbaros, á los historiadores de Rusia, Polonia, Suecia y Alemania, aunque generalmente hayan escrito con posterioridad á los nuestros.

El analista ruso mas antiguo es Nestor, monge de Kioff. Fundóse la monarquía rusa hácia la mitad del siglo IX, y Kioff fue su primera capital desde el año 882: á lines del siglo X, Kioff y toda la Rusia antigua abrazaron el Cristianismo, y Nestor redactó su obra en idioma eslavo por el año 1073. Esta obra ha sido traducida al aleman por Scherer y comentada por Schloezer; no existe empero traduccion alguna de ella francesa ó latina, hallándose tan solo algunas notas sacadas de Nestor en la traduccion francesa de la historia de Karemsino. Nestor imitó á Constantino, Cedreno, Zonars y otros escritores de la *Bizantina*; ha intercalado en su texto muchos pasajes de estos escritores, y nos ha conservado *in extenso* dos documentos preciosos de la historia de Rusia: los tratados de paz de Olez y de Igor con la córte de Constantinopla. Los mismos griegos ignoraban la existencia de ambas piezas porque pertenecen á la época mas estéril de sus anales, desde el año 813 hasta el de 959.

La crónica de Nestor concluye en 1096: Nestor es, segun la opinion de Schloezer, la primera, la única fuente, ó al menos la principal para la historia del Norte escandinavo y finlandés; hasta que él publicó su obra, aquellos paises eran para los historiadores, *Terra incognita*. En uno de los continuadores de Nestor se halla el código mas antiguo de las leyes rusas, llamado *La Verdad rusa ó El Derecho ruso*, que está sacado de las leyes escandinavas. Los primeros soberanos de Rusia procedieron de la Escandinavia, llamados por la voluntad de las poblaciones rusas. Para convencerse de que el derecho ruso es de origen escandinavo, basta compararle con la legislacion sueca, cuyos fragmentos mas auténticos se han conservado. Una obra bastante escasa en la actualidad, impresa en Abo ó en Upsal, (*De Jure Sveonum Gothorumque vetusto*), presenta el texto original del derecho ruso, y muchas veces no puede entenderse el texto moscovita sin la ayuda del sueco.

Uno de los trabajos que deben consultarse sobre los historiadores y la literatura eslavo-rusa, es el de Kohl. *Introductio ad histor litterar Slav.*

Los historiadores de los demás pueblos de orígen eslavo escribieron con posterioridad á Nestor, y aun á su primer continuador, puesto que Nestor escribió entre los años 1056 y 1116, y Cosme el historiador de Praga murió en 1125.

Martin Gallus, analista de Polonia, debe ser colocado entre 1109 y 1136: Helmoldo, cuya obra sirve de manantial á la historia de los pueblos de la edad media en Alemania, y principalmente á la de los es-

lavos, escribió en Lubeck hácia el año 1170, su *Chronica Slavorum*.

Adan de Bremen, casi contemporáneo de Nestor, es útil para la historia de Dinamarca; otro analista tan concienzudo como Nestor, y algunos años mas antiguo que él, pues murió en el año de 1018, es Dismar, obispo de Merseburgo, que escribió acerca de la Alemania.

Todos los documentos de la historia de la Germania, se hallarán reunidos en la coleccion de los historiadores alemanes que publica en Hannover el sabio Paerz, bajo los auspicios del baron de Stein. Mr. Paertz ha visitado el gabinete de nuestros manuscritos y ha escudriñado los archivos del Vaticano para redactar la historia de la edad media de Alemania.

Ha salido á luz el primer volúmen en folio de esta coleccion: el segundo y el tercero deben publicarse muy pronto. Esta coleccion hará inútiles las conocidas hasta el presente, bajo la denominacion de *Scriptores rerum Germanicarum*: falta saber, no obstante, si podrá prescindirse de la coleccion de Leibnitz de *Scriptores rerum Brunsvicensium*. Leibnitz, genio universal, presintió la importancia de su trabajo para la mitología de los Eslavos y los Germanos, y aun para la lengua de estos pueblos: en uno de sus prefacios se leen sobre la historia de la edad media, ideas que los conocedores modernos de nuestra época no han hecho mas que reproducir muchas veces bajo distintas formas.

La historia de Suecia de Dalen es una compilacion bastante completa, pero poco crítica; la de Rühs es la mas estimada. La nueva coleccion, de que se han publicado ya dos volúmenes, es de Geyer. Existen dos gruesos tomos en folio de Lagerbring, formados de materiales históricos y legislativos sobre la Suecia.

No debe mirarse con desprecio la *Historia de Dinamarca* de Mallet: la introduccion relativa á la mitología y á las poesías del Norte es interesante, aunque despues se han hecho progresos en la lengua y descubrimientos en las fábulas escandinavas.

Saxo-Grammaticus es el Nestor de Dinamarca, así como Snorrom es el Herodoto del Norte; este país posee tambien una coleccion de *Scriptores*.

En cuanto á la *Historia de Polonia*, ademas de Martin Gullus tenemos á Vicente Kadlubeck, obispo de Cracovia, que murió en 1223. El obispo Dlugosh compiló los anales de su país hácia la mitad y á fines del siglo XV, tomando sus narraciones, cual lo confiesa él mismo, de las tradiciones populares.

Por órden de Nicolás I se procede en Rusia á la reunion de los documentos eslavos y otros títulos de aquel vasto imperio. La Lusacia y la Baviera dan principio á sus colecciones, y la sociedad formada en Francfort se ocupa sin descanso del descubrimiento y publicacion de los diplomas y papeles nacionales de Alemania.

Tales son las riquezas que nos ofrece el Norte de Europa. Sin embargo no abusemos, como hay demasiada inclinacion á hacerlo, de los orígenes escandinavos, eslavos y tudescos. En el dia parece que toda nuestra historia se encierra en Alemania; que solo allí se hallan nuestras antigüedades y los hombres que las han conocido. Los cuarenta años de nuestra revolucion han interrumpido los estudios en Francia, mientras que han continuado en las universidades germánicas; los alemanes nos han ganado una parte del tiempo que les llevábamos de ventaja; mas si en el derecho, en la filología y en la filosofía nos han tomado la delantera hasta el dia, están todavía muy lejos de llegar en historia al punto en que nos hallábamos al estallar nuestras revueltas.

Tributemos justicia á los sabios de Alemania, pero no olvidemos que los pueblos septentrionales son, como *pueblos*, mas jóvenes que nosotros en muchos siglos; que nuestros manuscritos son notablemente anteriores á los suyos; que los inmensos trabajos de los benedictinos de San Mauro y de San Vannes comenzaron mucho antes que los trabajos históricos de los profesores de Gottinga, Jena, Bonn, Dresde, Weimar, Brunswick, Berlin, Viena, Presburgo, etc.; y que los literatos franceses, superiores en claridad y precision á los del otro lado del Rhin, los aventajan tambien en solidez y en la universidad de las indagaciones.

Los alemanes no nos exceden verdaderamente en conocimientos sino en la codificacion; y los grandes legistas, Cujas, Domat, Dumoulin y Pothier, son tambien franceses. Nuestros vecinos poseen sobre los orígenes de las naciones bárbaras algunas noticias particulares, que deben á las lenguas que se hablan en Dalmacia, Hungría, Servia, Bohemia, Polonia, etc.; pero un espíritu ilustrado no debe dar demasiada importancia á estos estudios que vienen á degenerar en una metafísica de gramática, la cual parece tanto mas admirable cuanto mas envuelta se halla en tinieblas.

Si por el estudio del sanscrito y de los diferentes dialectos indio, chino, tártaro y tibetino se consigue extender las fórmulas por medio de las cuales se descubre el mecanismo general del lenguaje humano, será *filosoficamente* hablando, un progreso notable de la ciencia: pero *históricamente* hablando, es dudoso que resulten de ello muchas luces. Al sistema de los orígenes comunes por las raices del *logos*, se opondrá siempre con buen éxito el sinchronismo ó la espontaneidad del verbo y del pensamiento, en los diferentes tiempos y paises.

Si pasamos de Alemania á Inglaterra, no dejará de ser muy provechoso recorrer las poesías anglo-sajonas, galas, escocesas, irlandesas, con el objeto de procurarnos un conocimiento general de la infancia de una sociedad bárbara; mas no por esto deberemos convertirlas en pruebas, porque la vanidad de cada comarca ha confundido de tal manera los cantos imitados posteriormente con los originales, que apenas pueden distinguirse.

En cuanto á las leyes dije ya que seria útil consultar las anglo-sajonas y gálicas. Las *Actas* de Reymer continuadas por Roberto Sanderson, son un repertorio excelente; pero no principiaré hasta el año 1101. Saltan de repente del año 1103 al año 1137, y continuan de este modo con lagunas de diez, quince y veinte años, hasta el siglo XIII en que se multiplican los documentos. Esta coleccion, por importante que sea, es muy inferior á la de las ordenanzas de nuestros reyes y otras recopilaciones que deben servirles de continuacion; hállanse allí confundidas las materias de un modo incoherente; no las preceden los admirables prefacios con que los De-Lauriers, los Secousse, los Vilevauls y los Brequigny enriquecieron su trabajo y que son tratados completos del derecho francés. Le Clerc y Rapin han publicado, sin embargo, en el tomo décimo de las *Actas* de Reyner, un compendio histórico árido, pero útil, de los veinte tomos de la edicion de Londres de 1745.

En los historiadores primitivos de Inglaterra, el analista francés puede recorrer con fruto tres *Gildas* y *la Historia eclesiástica* de Beda; y en los últimos siglos los cronistas, poetas ó prosistas de la raza normanda. Las traducciones anglo-sajonas hechas del latin por Alfredo el Grande, las leyes de este príncipe publicadas por Guillermo Lombardo, y su Testamento con las notas de Manssing, suministran algunos datos curiosos. En su traduccion anglo-sajona de Orosio, Alfredo insertó dos periplos escandinavos del Báltico, del noruego Uther y del dinamarqués Wulfstan; esto es lo mas auténtico que se halla tocante á aquel mar interior, cuyas costas poblaban los bárbaros destinados á subyugar los habitantes civilizados de las playas del Mediterráneo.

Existen muchas colecciones de los historiadores ingleses, pero sin órden, y se repiten entre sí, porque en la libre Gran-Bretaña nada hace el gobierno, sino los particulares que todo lo comprenden. Débese unir á la coleccion de Heidelberg (1587), la de Francfor (1601), y los diez autores del Compendio de Selden (Londres 1652): tendremos entonces próximamente todo lo relativo á las costumbres comunes de Inglaterra y Francia. La reunion de los antiguos historiadores ingleses, escoceses, irlandeses y normandos de Camden, no vale tanto como su *Britanniæ descriptio*; esta es la que debe estudiarse para los orígenes romanos y bárbaros. El genio de los normandos, tan en armonía con el nuestro, se manifiesta principalmente en el *Dvomsdaybook:* este documento, de inestimable valor, fue impreso en 1783 por órden del Parlamento inglés. Lo completaremos consultando el catálago general del clero de Inglaterra y del país de Gales, que fue mandado formar por Eduardo II en 1291: el manuscrito de este catálago se encuentra en las bibliotecas de Oxford. Faltan en el *Dvomsdaybook* el principado de Gales, los condados de Northumberland, Cumberland, Westmoreland y Durham; esta estadistica presenta los pormenores de las tierras cultivadas, habitadas ó desiertas de la Gran-Bretaña; el número de los habitantes libres ó siervos, y hasta el de los ganados y colmenares. En el *Dvomsdaybook* están dibujadas toscamente las ciudades y las abadías.

No debemos olvidarnos de consultar los mapas de la edad media, pues son útiles, no tan solo para la geografía histórica, sino tambien porque con el auxilio de los nombres propios de los lugares se descubre el orígen de algunos pueblos. En el pleriplo de Wulfstan, por ejemplo, la isla de Byrnholm se llama *Burgendaland*, y en la obra histórica de Snorron, titulada *Heims-kringla*, se ve que los escandinavos decian *Borgundar-holm*: hé aquí la patria de los Burgundos ó Borgoñones. No apurando demasiado estas indicaciones, no dejan de ser ventajosas; pero es preciso no figurarse, como algunos autores alemanes, que una tribu de Francos tomó el nombre de *Salii* porque acampaba en las orillas del Saale en Francenia. El gobierno inglés ha empleado en Roma al sabio Marini en la coleccion de las cartas de los papas y de los demás documentos relativos á la historia de la Gran-Bretaña desde el año 1216.

Portugal y España suministran distinta clase de documentos. Las lenguas que se hallaban en el Mediodia de la Galia antes de que estas lenguas hubiesen sido usurpadas por el habitante de Picardia ó el francés wallon, se hablaban en Cataluña, en las márgenes del Ebro, y se extendian á espaldas de las provincias Vascongadas, por los valles de Asturias, hasta la Lusitania. Los poemas primitivos del Cid, y los romances de la misma época, las antiguas leyes marítimas de Barcelona, y el relato de la expedicion de la gran compañía catalana á Morea, deben leerse con la pluma en la mano por el historiador francés, que al presente hallará nuevas aclaraciones en las *Antigüedades del derecho marítimo*, obra erudita de Mr. Pardessus y en la *Crónica* grico-bárbara de *las guerras de los franceses en Romania y Morea*, publicada por Mr. Bouchon, á quien se deben tan útiles ediciones. Alonso I, rey de Castilla, llamado el *Sabio*, dejó en español antiguo un cuerpo de legislacion que debe consultarse. Alonso se remonta con frecuencia á las leyes primitivas, y reina tal tono de candor y virtud en la exposicion de sus instituciones, que hace á este rey de Castilla digno contemporáneo de San Luis.

Entre los cronistas españoles debe buscarse á Idacio, por la pintura que hace de las costumbres de los Sueves y los Godos, y de los estragos de estos pueblos en las Españas y las Galias; pero se encuentran mas noticias en Isidoro de Sevilla, posterior á Idacio cerca de ciento cincuenta años. Ha de leerse principalmente en Isidoro al fin de su *Crónica*, desde el año 500 de Jesucristo, su *Historia de los Reyes godos, vándalos y suevos*, su libro de las *Etimologías*; *su regla para los monges de Andalucía*, y sus obras de gramática. En la coleccion de los historiadores españoles, en cuatro volúmenes en folio, no se ha observado el órden cronológico de los autores: entre los materiales en bruto de la Historia de España, yace el trabajo de los escritores modernos, y particularmente la *Historia de rebus hispanicis* de Mariana. Los primeros libros de esta Historia son excelentes, particularmente en la version española. Deben reconocerse doscientas páginas de las *Antigüedades lusitanas* de Resend.

Pasando de España á Italia, vuelve á encontrarse la civilizacion, que nunca pereció en el país batido de los Romanos. Sin embargo, el reino de Udoacro, el de los Godos y el de los Lombardos han dejado documentos en que se reconoce la huella de los Bárbaros. Solo las colecciones de Muratori ofrecen una cosecha abundante. Mas, hemos descuidado abrir cuando podíamos hacerlo, dos manantiales, el Escorial y el Vaticano, cuya abundancia habria renovado una parte de la Historia moderna. Júzguese por un hecho casi del todo ignorado: es costumbre llevar un registro secreto en el que se anota hora por hora cuanto dice, hace y ordena un papa mientras dura su pontificado ¡Qué tesoro no es semejante diario!

ARCHIVOS FRANCESES.

Hablemos de lo que nos pertenece, é indiquemos ya nuestras propias riquezas. Tributemos primero un homenaje brillante á esa escuela de los benedictinos que nunca podrá ser reemplazada. Si yo no fuese en la actualidad un extranjero en el suelo mismo que me vió nacer; si tuviera el derecho de proponer alguna cosa, me atreveria á solicitar el restablecimiento de una órden que tantos servicios prestó á las letras. Quisiera que reviviese la congregacion de San Mauro y de San Vannes en la abadía de San Dionisio, á la sombra de la iglesia de Dagoberto, cerca de las tumbas, cuyas cenizas se arrojaron al viento en los instantes en que se dispersaba el polvo del tesoro de los documentos antiguos; los hijos de una libertad sin ley, y por consiguiente sin madre, necesitaban bibliotecas y sepulturas vacías.

Las empresas literarias que deben durar siglos, requerian una sociedad de hombres consagrados á la soledad; libres de los embarazos materiales de la existencia, instruyendo á su lado los discípulos jóvenes, herederos de su hábito y de su sabiduría. Estas doctas generaciones encadenadas al pié de los altares, renunciaban en ellos las pasiones del mundo, encerraban modestamente toda su vida en sus estudios, á semejanza de esos obreros sepultados en las minas de oro, que envian á la tierra unas riquezas que no han de gozar. ¡Gloria á los Mabillon, los Montfaucon, los Marténé, los Ruissart, los Bouquet, los Achery, los Vaissette, los Lobincau, los Calmet, los Ceillier, los Labat, los Clemencet, y á sus reverendos co-hermanos, cuyas obras son aun la fuente inagotable en que todos bebemos mientras existimos, á pesar de que afectamos desdeñarlos! No habia hermano lego de los que desenterraban en un libro mortuorio el diploma empolvado que le indicaba á don Bauquet ó á don Mabillon, que no fuese mil veces mas instruido que la mayor parte de los que hoy se atreven como yo á escribir sobre Historia, y á medir desde lo alto de su ignorancia aquellos grandes cerebros que todo lo abrazaban; aquella especie de contemporáneos de los Padres de la Iglesia, hombres del tiempo de los godos y de las viejas abadias, que parecian los autores de los pergaminos que descifraban. ¿Dónde está la coleccon

X. No es Alonso I, sino ...

de los historiadores de Francia? ¿Qué es de tantos otros y tan gigantescos trabajos? ¿Quién concluirá esos monumentos en derredor de los cuales no se descubren sino los carcomidos restos de los andamios de donde han desaparecido los obreros?

Los benedictinos no eran el único cuerpo sabio que se ocupaba de nuestras antigüedades; tenian en las demás órdenes religiosas émulos y rivales; debemos á los jesuitas la coleccion de los *Hagiographos*, que tomó el nombre del literato que la comenzó. ¿Qué ignoraba mi compatriota el padre Hardouin, á pesar de ser algunas veces su talento algo singular? No debe pasarse en olvido al padre Labbe, pues él suministró el plan y la lista de los autores de la coleccion Bizantina, y publicó los ocho primeros volúmenes de la edicion de los concilios. El padre Petau es el oráculo de la cronología, y el padre Sirmond ha dado á luz la Noticia de las *dignidades* de las Galias y las obras de Sidonio, Apollinario, etc., etc.

Los sacerdotes del Oratorio cuentan en su órden á Garlos Lecointe, autor de los *Annales Eclesiástici Francorum* continuados por Gerardo Dubois y por Julio Loriot, sus cohermanos. Debemos á Santiago el Largo, la *Biblioteca histórica de la Francia*, corregida y aumentada por Ferret de Toutette, etc., etc.

La magistratura parlamentaria con el canciller á su cabeza, era un cuerpo letrado que dirigia los trabajos y no se desdeñaba de poner mano en ellos; esto se echará de ver cuando indique los manuscritos que han de consultarse y las empresas paralizadas por la accion revolucionaria.

La Academia de las Inscripciones trabajaba por su parte en las investigaciones de nuestros antiguos monumentos; he contado en sus Memorias mas de doscientos cincuenta y siete articulos sobre todos los puntos controvertibles de nuestra arqueología. Hallábanse los miembros de esta ilustre academia encargados de varios trabajos considerables que se ejecutaban, con el concurso de las luces de diferentes sociedades, y bajo el patrocinio del gobierno. Mas dichosa que la congregacion de San Mauro, la Academia de las Inscripciones existe todavía y ve á su cabeza á sus venerables gefes, los Dacier, los Sacy, los Quatremer de Duincy, sabios de raza, como los Bignon, los Valvis, los Sainte-Marthe, cuyos compañeros siguen siendo entre nosotros los intérpretes fieles de la antigüedad.

Al lado de estos tres grandes cuerpos de benedictinos, magistrados y académicos, se veian los hombres aislados, como los Ducange, los Bergier, los Lebeuf, los Bullet, los Decamps y tantos otros: sus concienzudas disertaciones han arrojado la mas viva luz sobre los puntos oscuros de nuestros origenes. Inutil es indicar lo que se ha de elegir en estos autores. ¡Qué pozo de ciencia no es Ducange! Es cosa que maravilla.

Recomiendo principalmente á nuestros historiadores futuros mas detenida la lectura de los Concilios, de los anales particulares de las provincias, de las costumbres de estas, tanto latinas como galas: en ellas se encuentra, mezclada con las Vidas de los Santos, la verdadera historia de Francia en los ocho primeros siglos de nuestra monarquia.

Y no obstante, estos materiales impresos, cuyo número abruma la imaginacion, no son sino una parte de los documentos que deben consultarse.

Los Archivos, el Gabinete, ó el Tesoro de Pergaminos, las listas y registros, del Parlamento, los manuscritos de la Biblioteca pública y las demás bibliotecas, deben llamar nuestra atencion. No basta buscar los hechos en ediciones cómodas, sino que se necesita ver con los propios ojos lo que puede llamarse la fisonomía de los tiempos, los diplomas que tocaron la mano de Carlo-Magno y la de San Luis; la forma exterior de los documentos, el papiro, el pergamino, la tinta, la letra, los sellos, las viñetas: es preciso, en fin, manejar los siglos y respirar su polvo. Entonces, el hombre estudioso vuelve, cual un viajero en regiones desconocidas, con un diario escrito en los mismos lugares, y un cartapacio lleno de dibujos tomados del natural.

En una nota sustancial ha dado Mr. Champollion Tigeac algunos datos que creo de mi deber reproducir.

«Propusiéronse hace ya mucho tiempo, reunir en una sola coleccion general todos los documentos auténticos relativos á la historia de Francia. Colbert y d' Aguesseau pusieron los primeros cimientos de esta coleccion: el establecimiento, en 1759 del *Depósito de legislacion*, conjunto metódico de todas las leyes del reino que ascendió á mas de trescientas mil piezas, y que debe existir todavía, ya sea en la Chancilleria ya en los archivos reales producia, como una de sus dependencias naturales, la reunion de todos los monumentos históricos que fuese posible descubrir; y Luis XV ordenó esta reunion en 1762, siendo ministro Mr. Bertin. Los decretos del consejo de 8 de octubre de 1763, y de 18 de enero de 1764, arreglaron el órden del trabajo y de los gastos, reclamando el celo y el concurso de todos los sabios para este objeto grandioso de utilidad pública: establecieron en 1779 conferencias muy propias para regularizar tantos y tan honrosos esfuerzos; excitáronlos mas y mas por medio de nuevas disposiciones añadidas á las precedentes en 1781, durante el ministerio de monsieur Maurepas, y aumentaron en 1783, mediante la influencia de Mr. d' Ormesson, los fondos destinados á los gastos del gabinete. Mr. de Calonne propuso en 1785 nuevos medios de emulacion que fueron de general utilidad, y el clero se asoció á la empresa en 1786, añadiendo á los subsidios concedidos por el rey un suplemento, tomado de los fondos que dedicaba á la historia de la Iglesia.

»Los estados de las provincias imitaron este generoso ejemplo: las órdenes de Mr. de Calonne procuraron en 1787 el concurso de todos los intendentes; y la organizacion del trabajo sabiamente centralizado en las manos del Historiógrafo de Francia, Moreau, bajo la autoridad del ministerio, hizo que todos estos esfuerzos fueran útiles y fructuosos. Los hombres instruidos de todos los paises ansiaban el honor de concurrir á la obra: el rey honraba su afan y recompensaba sus servicios mas notables con gracias de todas clases. La Congregacion de San Mauro y la de San Vannes habian derramado sus obreros mas hábiles por todos los puntos de Francia donde se podian hacer indagaciones: los documentos llegaban con abundancia y todo parecia asegurar la próxima publicacion del Rymer francés, mejor concebido y mas útil que el de Inglaterra; un decreto de 10 de octubre de 1788, aseguraba mas y mas tan precioso resultado á la historia de Francia, y la impresion del primer tomo que contenia los documentos relativos á la primera raza, hacia rápidos adelantos cuando ocurrió la revolucion. Un decreto de 14 de agosto de 1790 ordenó la traslacion de todos los documentos históricos á la Biblioteca real; suscitáronse quejas, y quedaron luego los fondos especiales que le estaban destinados, siendo preciso olvidar por espacio de treinta y seis años esos venerables archivos de la monarquía francesa.

Los trabajos de Baluze, Ducange, Dupuy, d' Achery, Martene y Mabillon, habian probado bastante que existia, á mas del tesoro de los documentos de la corona, una multitud de manuscritos de sumo interés y á veces de grande importancia, para la historia y el derecho público del reino. Comprendióse desde entonces la insuficiencia relativa de las dos obras emprendidas por órden del rey: la Coleccion de ordenanzas y la de los historiadores de Francia: esta última, segun su plan sabiamente concebido, era puramente histórica, no admitia los actos de la administracion general emanados de la autoridad régia: y la primera

× Cárlos Du Cange (1610-1680), sábio francés, autor de un Glosario latino.

abrazaba tan solo las ordenanzas de los reyes de la tercera raza. Habia pues, á pesar de las *Capitulares* de Baluze, inmensas lagunas en los tiempos que habian trascurrido desde el origen de la monarquía hasta el advenimiento de los Capetos, y solo podian llenarse con esa copia de documentos y actas de todas clases depositadas, ó mas generalmente olvidadas en los numerosos archivos de las ciudades, de las iglesias, de los monasterios, de los tribunales y de las casas de los grandes. Tratábase de reconstruir por medio de su testimonio los anales venideros y completos de la Francia, y crear con su reunion en un depósito comun, un centro perpetuo para todas las indagaciones decretadas por el gobierno, ó emprendidas por los particulares.

Este plan no asustó por su extension á los que le habian concebido, ni á la autoridad que debia asegurar su cumplimiento. Pero el trabajo sobre los documentos y diplomas de la historia de Francia, comprendia dos partes distintas aunque estrechamente enlazadas entre sí: 1.ª la tabla general de los documentos impresos; Mr. de Brequigny se encargó de redactarla y publicó tres tomos en folio empezando por una carta del papa Pio I al obispo de Viena qne se reputa del año 142 ó bien del 166, y concluyendo en el reinado Luis VII en 1779: la impresion del cuarto tomo se interrumpió en la página 568, que llegaba al año 1213, pero se han conservado algunas colecciones de buenas hojas. 2.ª La reunion mas numerosa que fuese posible ya de escritos originales publicados ó inéditos ó ya de copias fieles de todos los documentos y otros instrumentos históricos no publicados: uniéronse los inventarios de gran número de archivos, muchos cartularios y el despojo de los de la Biblioteca del rey, los registros de los señores terratenientes, las colecciones de piezas formadas por los particulares, los papeles legados por los sabios cuyos trabajos eran análogos á la naturaleza del depósito; por último algunas obras manuscritas que interesaban á la Historia de Francia, y que nunca se ha descuidado salvar de la dispersion: tal es el magnífico manuscrito sobre vitela, que contiene el proceso de Juana de Arco conocido con el nombre de *Manuscrito de d' Urfé*.

El objeto final de la empresa se hallaba fijado desde su principio en el pensamiento de los que la dirigian; mas para alcanzarlo necesitaban además de su celo y de sus luces, el auxilio del tiempo y este les faltó. Habíase dado á entender que la coleccion general de tales diplomas podria publicarse completa algun dia: el rey habia hecho concebir en 1782 tan lisonjera esperanza al mundo sabio; y algunos años despues estaban ya en prensa el primer volúmen de la Coleccion de los manuscritos y los dos tomos de las Cartas del papa Inocencio III (el jurisconsulto mas hábil de su siglo, y que no ejerció menos influencia en los asuntos de Francia que en los demás Estados de la Cristiandad); el primero, merced á los desvelos de Mr. Brequigny, y los otros dos por los de Mr. Du Thiel, que habia recogido en Roma los materiales. El depósito mismo adquiria una consistencia que acrecentaba su utilidad, pues venia á ser el centro de los grandes trabajos históricos que darán honor eterno á la literatura francesa y preciosos modelos á los pueblos celosos de su propia celebridad. Acudíase á ellos en busca de datos, así para la coleccion de los historiadores de Francia, como para el arte de verificar las fechas y para la nueva coleccion de los Concilios: época siempre memorable de historia literaria francesa, en que bajo la misma proteccion, y por solo el efecto de la régia munificencia, las prensas francesas producian á la vez las cuatro grandes colecciones cuyo mérito era igual á su extension; y al mismo tiempo la *Gallia Cristiana*, la Coleccion de documentos, las Cartas históricas de los papas, la Tabla cronológica de los documentos impresos, la Historia literaria de Francia y las historias particulares de las provincias por los benedictinos, el Glosario francés de Sainte Pelaye y Mouchet, el Froissard completo de Mr. Dacier, las Noticias y Extractos de los Manuscritos, y las Memorias de la Academia de las Bellas-Letras que han fundado y propagado por el mundo sabio los principios mas sólidos de la erudicion clásica. Estas prosperidades literarias brillaban con todo su esplendor en 1786, y en 1791 no quedaba ya sino el doloroso recuerdo de tantas empresas gloriosas.

Mr. Campollion habla de la interrupcion de estos trabajos; pero como no dice cuál fue la causa inmediata, voy á expresarla.

El 19 de junio de 1792, subió Condorcet á la tribuna de la Asamblea nacional, y pronunció el siguiente discurso:

«Hoy es el aniversario de aquel dia memorable en que la Asambrea constituyente, destruyendo la nobleza acabó de completar el edificio de la igualdad política. Imitadores celosos de tan hermoso ejemplo, lo habeis proseguido hasta en los depósitos que sirven de refugio á su incorregible vanidad. En este dia, y en la capital de Francia, la Razon reduce á cenizas á los piés de la estátua de Luis XIV, los inmensos volúmenes que testifican el orgullo de esa casta. Todavía quedan mas vestigios en las bibliotecas públicas, en el Tribunal de cuentas, en los cabildos y en las casas de los genealogistas; preciso es pues envolver tales depósitos en una destruccion comun. No consentireis sin duda, que se conserve á expensas de la nacion esa esperanza ridícula que parece amenazar la igualdad, puesto que se trata de combatir la mas ridícula, pero la mas incurable de las pasiones. En este momento mismo medita aun el proyecto de dos Cámaras, ó de una distincion de grandes propietarios, tan favorable á los hombres que no ocultan ya cuánto pesa la igualdad sobre su nulidad personal.

»Propongo en su consecuencia decretar, que los departamentos quedan autorizados para quemar los títulos que se encuentran en los diferentes depósitos.»

La Asamblea, despues de haber decretado la urgencia, adoptó por unanimidad el proyecto de Condorcet, que acaba de decir en las últimas frases de su discurso lo mismo que hoy dia se repite, pues estamos ahora en la parodia de aquellos hechos.

El 22 de febrero de 1793 se mandó fuesen *quemados en la plaza de las Picas trescientos cuarenta y siete volúmenes y treinta y nueve cajas*.

Con Dorcet, no obstante todos sus afanes, no se creia tan seguro de la igualdad, que no tuviese la precaucion de llevar habitualmente consigo una buena dosis de veneno.

En 1793 el ministro Rolland escribió á los conservadores de la Biblioteca mandándoles que entregasen los manuscritos; contestaron que estaban prontos á obedecer, pero se tomaron la libertad de observar humildemente, que era necesario tambien destruir el *Arte de verificar las fechas y el Diccionario de Moreri*, como emponzoñadas con un gran número de artículos semejantes á aquellos de que con tanta razon se queria purgar la tierra. Mas tarde, el comité de salvacion pública mandó que se quitasen las armas de Francia de las cubiertas de los libros de la Biblioteca; y para llevar á cabo la empresa, ajustóse el negocio con un vándalo por un millon y quinientos treinta mil francos.

Cortábase el escudo de Francia con un sacabocado, y se ponia en su lugar un retazo de tafilete, y cuando las armas estaban estampadas en una hoja del tomo, era arrancada. ¿No se podria volver á emprender hoy tan bella operacion?

Denuncióse el gabinete de medallas, y destináronse las de oro y plata á la casa de Moneda para que se fundiesen. El abate Barthelemy se dirigió con este

motivo á Aumont, amigo de Danton, que hizo anular el decreto, porque Danton solo hacia fundir los hombres. Un cómico ambulante que fue despues guardaalmacen, solicitó la plaza de conservador de los manuscritos: habiéndole preguntado si sabria leerlos, contestó: ciertamente, pues he hecho algunos. Vendiéronse al peso manuscritos preciosos á los especieros, y otros, enviados á Metz sirvieron para hacer cartuchos. Cargáronse los cañones con nuestra gloria antigua: los disparos la esparcieron, y de ella surgió nuestra nueva gloria.

La república aristocrática del Directorio, procedió de muy distinto modo que la democrática de la Convencion, mandando corregir en Racine, Bossuet y Massil on, todo cuanto dejaba traslucir religion y realismo. Algunos hombres de mérito se consagraron á estas elucubraciones filosóficas y la correccion de Racine se concluyó no sé por quién.

Es muy posible que no tengamos hoy el furor estúpido de un sabio de la Convencion, ni la cándida animosidad de un ciudadano del Directorio; pero ¿tenemos acaso mas aficion á lo pasado? ¿Llegaríamos al extremo de tomarnos el trabajo de corregir al pobre Racine, que habria podido hacer algo bueno, si Boileau no le hubiera extraviado su gusto literario, y si hubiese nacido en nuestra época? Tenia en verdad felices dotes intelectuales.

Y sin embargo, ya que únicamente nos convencen los hechos, deberíamos reconocer que lo pasado es un hecho, un hecho indestructible, mientras que lo futuro, que tanto apreciamos, no existe. Hay para un pueblo millones de millones posibles de porvenir, de todos ellos tan solo uno se realizará, y quizás el menos previsto. Si nada es el pasado, ¿qué es el porvenir sino una sombra en las márgenes del Leteo, que quizás no aparecerá nunca en este mundo? Vivimos entre la nada y una quimera.

De la edicion empezada de los Catálogos de los Manuscritos y de la impresion de estos documentos, epístolas y escritos, solo se salvaron algunos ejemplares, como acabamos de leer en la Noticia de M. Champollion; el resto pereció por completo. A los volúmenes impresos y publicados por Brequigny y de La Porte du Theil, *Diplomata*, *Chartæ*, *Epistolæ et alia documenta ad res francicas spectantia*, proceden unos prolegómenos en que se refiere la historia de la empresa acometida, hállandose en ellos cuanto se necesita saber sobre los documentos contenidos en los referidos tomos.

Las pruebas materiales de la falsedad de un acta son bastante fáciles de distinguir cuando se ha estudiado la caligrafía, y los benedictinos dieron excelentes reglas para ello. Pero existen tambien evidencias internas que deben decidir igualmente á los analistas jóvenes: por ejemplo, solo nos quedan seis diplomas reales de Khlovigh, y de ellos solo uno es íntegramente auténtico. Compárese el estilo y la manera conque están escritas tales piezas: léese debajo del acta de fundacion del monasterio de San Pedro de Sens: *Ego Chlodeveus, in Dei nomine, rex Francorum, manu propia signavi et subscripti*. ¡Como si Khlovigh hablase en latin, escribiese en latin, firmase en latin, y desfigurase su nombre con la ortografía latina! Despues de esta firma supuesta vienen las increibles tambien de Clotilde, de los cuatro hijos del rey, de su hija, del arzobispo de Reims, etc.

El diploma auténtico es una carta dictada y dirigida á Euspicio y á Máximo: Khlovigh les hace donacion del sitio llamado Miey, y de cuanto pertenece al dominio real entre el Loire y el Loiret. La carta empieza así: *Chlodoveus Francorum rex vir illuster*, y concluye con las siguientes palabras: *ita fiat ut ego Chlodoveus volui*. Al pié se lee tan solo: *Eusebius Episcopus confirmavi*. Ved aquí al franco en toda la sencillez sálica: *ficit, ego volui*.

Glosario de Santa Pelaye y de Brequigny, continuado por Mouchet, se compone de cincuenta y seis volúmenes en folio, de los cuales únicamente dos se han impreso; solo se han salvado tres ejemplares de la edicion, lo demás está manuscrito. Cada tomo contiene cuatrocientas ó quinientas columnas, y de cuatrocientos á ochocientos artículos, siendo un repertorio compuesto á semejanza del plan seguido en el *Glosario latino* de Ducanges y en el *Glosario del Derecho francés* de De Launiers; traduce muchas veces los artículos del primero, añadiéndolos. La edad media entera se halla por órden alfabético en esta coleccion inmensa. Aquellos reyes de Francia que nos mantenian en una ignorancia crasa para oprimirnos mejor; aquellos reyes que hubieran debido nacer todos á la vez en nuestros dias, para aprender á menospreciarse á sí mismos y á sus siglos, tenian no obstante la manía de favorecer las letras: habíales ocurrido sin saber por qué y prematuramente la idea de formar esas grandes colecciones de diplomas. Montagu, secretario y tesorero de los manuscritos en el reinado de Carlos V, habia comenzado ó por mejor decir continuado el catálogo general de los documentos históricos, y nos dice que sus predecesores se habian visto obligados á abandonar sus investigaciones por falta de dinero para seguirlas. Enrique II mandó abrir el tesoro de los manuscritos á Juan Du Tillet, escribano del parlamento, el hombre mas versado en nuestras antigüedades que hasta el dia se ha visto, y que habia concebido en casi todas sus partes el vasto plan llevado á cabo en los reinados de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI con el apoyo del gobierno, el estímulo del clero, y los desvelos de los grandes cuerpos letrados de Francia.

Habiendo compulsado con sumo trabajo y gastos, dice Du Tillet al rey, infinidad de registros de vuestro parlamento, é investigado las librerías y títulos de muchas iglesias, me pongo á escribir en forma de historia, y por órden de los reinados, las disensiones de esta tercera línea reinante, con sus vecinos; los dominios de la corona por provincias; las leyes y ordenanzas desde la Sálica, por volúmenes y reinados; y en coleccion separada lo que pertenece á las personas y casas reales; la forma antigua del gobierno de los tres estados, y el órden de justicia del mismo reino, con las variaciones que en él han sobrevenido.

Du-Tillet pone á continuacion de sus colecciones los inventarios de los documentos como pruebas é ilustraciones; un solo ejemplo manifestará su exactitud: «Promesa de Eleonora, reina de Inglaterra, de prestar homenaje al rey Felipe, de los ducados de Guyena y condado de Poitou en julio de 1134. En el tesoro, caja *inglesa* C, y bolsa no numerada.»

Los *inventarios* de Du-Tillet son el modelo de los catálogos modernos de documentos.

Despues de Du-Tillet, Pedro Pithou, y Marquardo Treher formaron el plan de una coleccion de los historiadores de Francia; plan que empezó á ejecutar Andrés Duchesne, llamado con justicia el padre de nuestra historia: su hijo Francisco continuó la obra que debia constar de catorce volúmenes, y de los cuales se han impreso ya cinco. Colbert confió á una asamblea de sabios el cuidado de proseguir tan ventajosa empresa, cuyos sabios eran nada menos que Lecointe, Ducange, Wion d'Herouval, Adriano de Valois, Juan Gallois, y Baluce. Ducange propuso una distribucion diferente á la de Duchesne con la insercion de las piezas nuevamente descubiertas.

El arzobispo de Reims, Carlos Mauricio Le Tellier, volvió á emprender el proyecto bajo el patrocinio de su hermano Louvois, y quiso encargar á don Mabillon la direccion de los trabajos. El canciller d'Aquesseau formó en 1717 dos sociedades de literatura para que se ocupasen en la coleccion de Duchesne. Hay un plan de Ducange, notas del abate

Gallois, una memoria del abate de las Tullerías, y observaciones del abate Grand, todo lo cual contribuyó poderosamente á la confeccion de *Rerum gallicarum et franciscarum scriptores*, de don Bouquet. Lancelot, Lebeus, Secousse, Toncemagne y Saint-Pelaye conferenciaban sobre investigaciones en casa de Mr. d'Argenson, del canciller de Lamoignon, ó de Mr. de Malesherbes, su hijo: serie de nombres, contando desde Andrés Duchesne, que podemos oponer á los mas ilustres de Europa.

Deseamos llegue un tiempo, y que no esté lejos, en que vuelvan á emprenderse estos trabajos paralizados por la revolucion, y que se acaben de formar catálogos los manuscritos de la Biblioteca, (no sé si debo decir real ó nacional), que yacen miserablemente desconocidos. Así podrian encontrarse, no solo documentos de las antigüedades de los francos, sino tambien de la antigüedad griega y latina. Autores cuyas obras no tenemos, ó que poseemos mutiladas, existian todavía en el décimo, undécimo y duodécimo siglos: sin duda han escapado á los Condorcet de la edad media, un ejemplar de Tácito, de Tito Livio, de Menandro ó de Sófocles. Deseamos que se mejore la suerte de los hombres dignos que vigilan los depósitos de la ciencia, y que sucumben bajo el peso de un trabajo que se acrecienta diariamente, pues se multiplican los libros y los lectores. Debemos desear que se aumente el número de los discípulos de la escuela de manuscritos. Cuando los Dacier y los Vampract; cuando los demás sabios venerables que nos quedan, hayan pasado de esos sepulcros de los tiempos, llamados bibliotecas, á su propio sepulcro; y ¿quién descifrará nuestros anales? ¿Sufrirá acaso la patria de los Mabillon el oprobio de ir á buscar á Alemania intérpretes de nuestros diplomas? ¿Será preciso que un Champollion germánico venga á leer en nuestros monumentos la lengua de nuestros padres, muerta ya para nosotros? Deseamos finalmente que no se incurra en la obstinacion de ensanchar el edificio de la Biblioteca en el terreno en que al presente se halla, y que se adopte el hermoso plano de un hábil arquitecto para reunir el templo de la ciencia al palacio del Louvre: estos son los últimos votos de un francés.

ESCRITORES DE LA HISTORIA GENERAL Y DE LA HISTORIA CRÍTICA DE FRANCIA, ANTERIORES Á LA REVOLUCION.

Son harto severos los juicios que al presente se formen por lo que respecta á los escritores que han trabajado nuestros anales antes de la revolucion. Supongamos que nuestra historia general estuviese por componer; que fuera preciso sacarla de los manuscritos, ó bien de los documentos impresos; que hubiésemos de desembrollar la cronología, disentir los hechos y establecer los reinados; sostengo que no obstante nuestra ciencia innata y nuestra sabiduría adquirida, no podríamos escribir tres tomos. ¿Cuántos de entre nosotros podrian descifrar una línea de los documentos originales, cuántos podrian leerlos ni aun con el auxilio de los *alfabetos del método*, y de los *fac-símile* insertos en la *Re diplomática* de Mavillon y en otras partes? Nos aqueja demasiada impaciencia por ostentar nuestros pensamientos, y desdeñamos demasiado á los que nos han precedido para humillarnos á hacer el modesto papel de anticuarios de libros y cartularios. Si leyésemos, tendríamos menos tiempo para escribir; y ¡cómo defraudaríamos de nuestras producciones á la posteridad! Por grande que sea nuestro justo orgullo, ¿me atreveré á suplicar á nuestra superioridad que no rompa harto pronto las muletas conque se arrastra, con las alas plegadas? Cuando con datos muy correctos y hechos muy exactos, impresos en buen francés y en caracteres muy legibles componemos á nuestro placer nuevas historias, rindamos algun tributo á aquellos espíritus oscuros con cuyos trabajos nos basta ensartar los harapos de nuestro ingenio para sorprender al universo admirador.

Du-Haillan, Belleforest, de Serres y Dupleix han sido los primeros que trabajaron en la historia general de Francia. Du-Haillan sabe mucho y cosas muy curiosas; tiene fuego, y divierte su independencia noviliaria. En su dedicatoria á Enrique IV dice: «No he querido ser lisonjero ni cortesano, sino historiador verídico: he querido pintar las facciones mas deformes á la par de las mas hermosas, y hablar osada y libremente de todo.... He impugnado muchos puntos que apoya la comun opinion de los hombres como la venida de Taramundo á las Galias, la institucion de la ley Sálica, etc.»

Belleforest es difuso, pero su compilacion de las antiguas crónicas pone en camino de descubrir muchas cosas extrañas: Du-Haillan le critica en uno de sus prefacios: «No pertenezco al número de esos escritores atrevidos é ignorantes que abortan libros todos los dias, y que hacen con ellos *espesos bosques*.» Alusion al apellido de Belleforest.

Juan de Serres era protestante: no hay fidelidad en sus citas ni verdad en su cronología y su estilo está recargado de figuras y metáforas. De Serres era sin embargo un sabio: Pasquier y d'Aubigné le han censurado con harta dureza.

Dupleise procede con método; es el primer historiador francés, con Viguier, que anotó en el márgen las autoridades: antes de la obra maestra de Adriano de Valois, ninguno habia excedido á Dupleis en la historia de las dos primeras razas, sino Fauchet.

No hablaré de Auligné, aunque bien lo merece, porque se encerró como De Thou en un período particular: la misma razon me hace omitir á Juan La Caureur: ninguno ha remontado tanto el estilo histórico como este último escritor.

Despues de estos cuatro primeros autores de nuestra historia general, encontramos á Mereray, Varillas, Cordemoy, Legendre, Dame, Velly, Villaret y Garnier.

Nunca podrian escribirse mejor algunas partes de nuestra historia de lo que escribió Mezeray varios reinados. Su compendio es superior á su grande Historia, aunque haya discursos compuestos en el género de Corneille. Las vidas de las reinas son algunas veces modelos de sencillez. En cuanto á la falta de lectura de que se acusa á Mezeray, la mayor parte de sus errores han sido corregidas por el abate Labaureur, Launoy, Dirois y el padre Griffet. Mezeray fue mordaz; nada iguala la libertad de sus juicios: lastima es que su ejecutor testamentario arrojase á las llamas su *Historia de la Gabela*. Amelot de la Houssaye dice que Mezeray ha dejado en sus escritos *una imágen bastante viva de la antigua libertad*. Menaje echa en rostro á este autor que *carece de frases*; Mezeray, ha dicho: *Al fin de la segunda raza el reino estaba sujeto á las leyes de los feudos gobernándose mas bien como un gran feudo que como una monarquia*. Cuanto se ha dicho despues sobre los tiempos feudales, no es sino lo contrario de este destello del ingenio.

Luis de Cordemoy publicó, terminándola, la *Historia de Francia* que habia escrito Gerardo de Cordemoy, su padre: Cordemoy era, como Bousset gran cartesiano, y su exacto trabajo es el primero en que empieza á resplandecer el método filosófico.

El abate Le Gendre introdujo en la historia general la pintura de las costumbres y de los trajes: innovacion feliz que abre una nueva senda á la historia. Le Gendre, adulador de Luis el Grande en sus *Ensayos* sobre el reinado de este monarca, juzga con franqueza todo lo demás. Mucho se ha declamado contra Va-

rillas, calificándola de novelesco; y sin embargo no es tan inexacto como se ha querido suponer. Versado en la lectura de los originales, habia perdido en ella la vista; pero se hallaba poseido de la manía mas particular que pueda imaginarse, pues traslada los actos de un personaje á otro cuando este personaje tiene en siglos distintos nombres homónimos ó semejantes: fácil me seria citar ejemplos curiosos de esto.

Despues de la obra del padre Daniel no es necesario ya escribir la historia militar de Francia. En fin, sin hablar del *Compendio cronológico*, harto elogiado por cierto del presidente Henault, y de los *Ensayos Históricos*, harto censurados de Voltaire, el largo trabajo de Velly, de Villaret y Garnier es de sumo valor. No eran sin duda unos ingenios los tres últimos escritores, mas, ¿en dónde se halla el ingenio? solo en nuestro siglo en que corre las calles al salir de las mantillas, como un polluelo que rompe su cascaron. A falta de este primer don del cielo, que nos estaba exclusivamente reservado, hállase en los historiadores que acabo de nombrar, una lectura concienzuda, páginas escritas con estilo castizo, y juicios exactos. Es verdad que estos historiadores equivocan la fisonomía de los siglos, pero no siempre.

En cuanto á las dos primeras razas, preciso es confesar que Velly es algunas veces ridículo; pero pintaba segun el gusto de su tiempo. Khlovigh, en nuestros anales ante-revolucionarios, se semeja á Luis XIV, y Luis XVI á Hugo Capeto. Hallábase entonces ofuscada la mente con el tipo de una monarquía grave, siempre igual, marchando impasible con tres órdenes y un parlamento con sus largas ropas; de aquí nace la monotonía de las narraciones y la uniformidad de las costumbres que hace insípida la lectura de nuestra Historia General: los historiadores eran entonces hombres de gabinete que nunca habian visto ni manejado los negocios.

Pero si nosotros percibimos los hechos bajo otro



LOS MONGES BENEDICTINOS.

punto de vista, no creamos que esto proviene de la sóla fuerza de nuestra inteligencia: hemos llegado despues de la caida de la monarquía; medimos en tierra al coloso roto, y le encontramos proporciones distintas de las que parecia tener cuando estaba en pié. Colocados en otro punto de la perspectiva, tomamos por un progreso del espíritu humano el simple resultado de los acontecimientos, el desórden ó la desaparicion de los objetos. El viajero que huella con sus plantas las ruinas de Tebas, ¿es acaso el egipcio que se detenia debajo de una de las cien puertas de la ciudad de Faraon?

Lo que principalmente nos ofende en el dia al leer nuestra historia pasada, es el no reconocernos en ella: La Francia, de real y aristocrática que era, se ha convertido en republicana y plebeya. Con el espíritu de igualdad que nos domina, nos irrita la presencia exclusiva de algunos nobles en nuestros fastos, y nos preguntamos si no valemos mas que tales gentes, ó si nuestros padres se ocuparon debidamente de los destinos de nuestra patria. Una reflexion debia tranquilizarnos. ¿Quién de nosotros sobrevivirá á su tiempo? ¿Sabemos cómo se llamaban los miles de soldados que ganaron las grandes batallas del ejército popular? Cayeron á la vista de sus compañeros, muertos un momento despues á su lado; y generales que quizás no tuvieron parte alguna en el triunfo, han venido á ser los herederos ilegítimos de aquellos hijos oscuros del honor y de la gloria. Una nacion solo tiene un nombre; sus hijos plebeyos ó patricios, no son conocidos sino por un escaso número de los mismos, ora los persiga ó favorezca la fortuna.

Por lo que toca á las libertades, preséntase una observacion análoga: los historiadores del décimo sétimo siglo no podian comprenderlas como nosotros; no carecian de imparcialidad, independencia, ni valor; pero si de las nociones generales de las cosas que el tiempo y la revolucion han desarrollado. La histo-

ria hace progresos que no adquieren otros ramos de la inteligencia literaria. La lengua cuando ha llegado á su madurez, permanece en tal estado ó se corrompe: pueden componerse los versos de distinto modo que Racine, pero nunca mejor : la poesía tiene sus lindes en los límites del idioma en que se escribe ó canta; mas la historia, sin corromperse, muda de carácter con los siglos porque se compone de hechos adquiridos y de las verdades encontradas; porque reforma sus juicios con su experiencia; porque siendo el reflejo de las costumbres y de las opiniones del hombre, es susceptible de la perfeccion misma de la especie humana. En lo físico, la sociedad con los descubrimientos modernos, no es ya la sociedad sin esos descubrimientos; en lo moral, la sociedad con las ideas desarrolladas en mayor esfera cual lo están en nuestros dias, no es ya la sociedad sin tales ideas : el Nilo en su nacimiento, no es el Nilo desembocando en el



CARLO-MAGNO MANDA RECOGER LOS ANTIGUOS BARDITOS.

mar. En una palabra, los historiadores del siglo XIX no han creado nada : únicamente tienen ante su vista un mundo nuevo que les sirve de escala rectificada para medir el mundo antiguo.

Hecha así completa justicia á los hombres de mérito que han tratado de nuestra Historia General antes de la revolucion, diré con la misma imparcialidad que no debemos tomarlos por guias. No podemos dispensarnos de recurrir á los originales, porque estos escritores los leian de otro modo que nosotros, y con otro espíritu : no buscaban en ellos las cosas, que nosotros buscamos, ni las veian siquiera, y desechaban precisamente lo que nosotros recogemos. No elegian por ejemplo en las obras de los padres de la Iglesia sino lo que pertenece al dogma y á la doctrina del Cristianismo : las costumbres, los usos, las ideas no les parecian de importancia alguna : una historia nueva y entera yace oculta en los escritos de los

Padres; y los presentes *Estudios* indicarán el camino de ella. Nada sabemos de la civilizacion griega y romana del quinto, sexto y sétimo siglos, ni de la barbarie de los destructores del mundo romano, sino por los escritores eclesiásticos de aquella época.

En cuanto á nuestros propios monumentos, fáltanos hacer descubrimientos de la misma naturaleza. Antes de la revolucion solo se indagaba en los manuscritos lo que tenia relacion con los sacerdotes, los nobles y los reyes: nosotros no nos cuidaremos sino de lo que concierne á los pueblos y á las transformaciones sociales, pues esto ha quedado sepultado en los manuscritos. Los escritores ante-revolucionarios de la historia crítica de Francia, son tan numerosos que es imposible indicarlos todos: solo algunos deben considerarse como gefes de escuela.

La *Historia del establecimiento de la monarquía francesa en las Galias* es una obra sólida, frecuentemente atacada y nunca destruida ni aun por Montesquieu, que por otra parte tenia escasos conocimientos en las casas de los francos. Se plagia al abate Dubris sin confesar el plagio, aunque seria mas leal declararlo.

Lo mismo sucede con el abate Gourey: su *Disertacion sobre el estado de las personas en Francia bajo la primera y la segunda raza*, disertacion coronada por la Academia de las Inscripciones, ofrece un método, una claridad y una sabiduría no comunes. Cuanto se escribe ahora sobre el mismo objeto, se copia en parte del excelente trabajo de Gourey: razon hay para no rehacer una obra tan bien escrita; mas debia advertirse para que las alabanzas se tributasen al que las merece. Existen hombres destinados á servir de guia á los otros: Pagí será la lumbrera eterna de los fastos consulares: Tillemont es el maestro mas seguro de los hechos y datos de la historia de los emperadores; Gibbon se apoya en él y se extravia, y cae cuando finaliza la obra de Tillemont. Saint-Mare ha desenmarañado, el caos de los negocios italianos desde el siglo v hasta el xii. No hacemos mérito de su *Compendio cronológico* cuando nos ocupamos de este período de la historia; justo seria sin embargo hacerlo tanto mas cuanto mas yerros se cometen sino se sigue á Saint-Mare, que á su vez siguió á Sigonius y Muratori.

Las *Observaciones* del abate de Mabley están escritas en un tono de arrogancia y fatuidad, que las confundiria con las obras de algunos talentos de nuestra época, si la aridez no reemplazase en ellas la hinchazon. A pesar de tanta soberbia, no se encuentran en Mabley sino ideas incompletas, una pretension extremada á la devocion del espiritu, y el deseo de expresar grandes pensamientos en breves palabras; y en efecto escasean las voces; pero aun mas las ideas. Leed en este afectado autor algunos pasajes sobre la trasmision de las propiedades, pues merecen ser leidos.

Boulaimulliers ha conocido exactamente la naturaleza aristocrática de la antigua constitucion francesa, pero incurre en muchos absurdos al tratar de la nobleza; por otra parte es demasiado conciso para que su instruccion indemnice del vicio de su sistema.

Resulta de estos pormenores que han de distinguirse dos escuelas históricas anteriores á la revolucion: la escuela del siglo xvii y la del siglo xviii: la una erudita y religiosa, crítica y filosófica la otra: en la primera los benedictinos reunian los hechos, y Bossuet los anunciaba á la tierra: en la segunda, los enciclopedistas criticaban los hechos, y Voltaire los entregaba á las disputas del mundo. La Inglaterra fundaba entre nosotros su escuela exacta mas desembarazada que la nuestra de las preocupaciones antireligiosas. Nuestra escuela moderna del siglo xix puede llamarse escuela política; tambien es filosófica pero de distinto modo que la del siglo xviii: hablemos ya de ella.

ESCUELA HISTÓRICA MODERNA DE FRANCIA.

La escuela moderna se divide en dos sistemas principales: en el primero, la historia debe ser escrita sin reflexiones, debe consistir en la simple narracion de los acontecimientos, y en la pintura de las costumbres; debe presentar un cuadro sencillo, variado y lleno de episodios, dejando á cada lector, segun la naturaleza de su espiritu, en libertad de deducir las consecuencias de los principios, y de separar las verdades generales de las particulares. Esta es la que se llama historia *descriptiva*, en oposicion á la historia *filosófica* del último siglo.

En el segundo sistema deben narrarse los hechos generales, suprimiendo una parte de los pormenores; sustituir la historia de la especie á la del individuo; permanecer impasible ante el vicio y la virtud, así como ante las catástrofes mas trágicas. Tal es la historia *fatalista*, ó el *fatalismo* aplicado á la historia.

Voy á exponer mis dudas acerca de estos dos sistemas.

La historia descriptiva, llevada hasta sus últimos límites, ¿No participa demasiado de la naturaleza de las Memorias? Los pensamientos filosóficos, empleados sóbriamente, ¿no son, acaso necesarios para comunicar á la historia su gravedad, para hacerle pronunciar los decretos que pertenecen á su postrero y supremo tribunal? En el grado de civilizacion á que hemos llegado, ¿la historia de la *especie* puede desaparecer por completo de la historia del *individuo*? Las verdades eternas, base de la sociedad humana, ¿han de perderse en cuadros que no representen sino las costumbres privadas?

Hay en el hombre dos hombres; el de su siglo y el de todos los siglos; el gran pintor debe dedicarse principalmente á sacar la semejanza del postrero, quizás al presente se da demasiado valor á la semejanza, y por decirlo así, á la copia de la fisonomía de cada época. Puede ser que en la historia, como en las artes, representemos mejor que en otro tiempo las costumbres, las *interioridades* y todo el material de la sociedad; pero una figura de Rafael, con su fondo descuidado y sus flagrantes anacronismos, ¿no borra acaso esas perfecciones de segundo órden? Cuando se representaban los personajes de Racine con peluca á la moda de Luis XIV, no por eso se sentian los espectadores menos admirados ó conmovidos. ¿Por qué? Porque veian **al hombre** en vez de ver á **los hombres.**

Jamais Iphigénie, en Aulide inmolée
N'a couté tant de pleurs à la Gréce assemblée
Que dans l'heureux spectacle á nos yeux etalé
N'en a fait sous son verser la Champmeslé.

Mr. de Barante se ha hecho superior á estas dificultades con la supremacía de su talento, y porque no ha ocultado del todo la *especie*; pero temo que haya extraviado á los imitadores.

Ved aquí lo que me parece verdadero en el sistema de la historia descriptiva. La historia no es una obra de filosofía sino un cuadro: debe unirse á la narracion la representacion del objeto, es decir, que á la vez se ha de pintar y dibujar; deben ponerse en boca de los personajes el lenguaje y sentimientos de su tiempo, y no mirarlos al través de nuestras propias opiniones, causa principal de la alteracion de los hechos. Si tomando por regla nuestras creencias sobre la libertad, la igualdad, la religion y sobre todos los principios políticos, hacemos aplicacion de esta regla al antiguo órden de cosas; adulteramos la verdad, y exigimos de los hombres que vivian bajo un régimen distinto, opiniones de que no tenian la misma idea. Nada era tan malo como nosotros pensamos; el sacerdote, el noble, el vecino de una ciudad, el vasallo,

tenian de lo justo y de lo injusto nociones muy distintas de las nuestras: era aquel otro mundo, un mundo sin duda que se acercaba menos que el presente á los principios generales de la naturaleza, pero que no carecia de grandeza ni de fuerza; así lo atestiguan sus actos y su duracion. No nos apresuremos á juzgar con tanto desden lo pasado: ¿quién sabe si la sociedad de ahora, que nos parece superior (y que lo es en efecto bajo muchos puntos de vista) á la sociedad antigua, parecerá á nuestros nietos en el trascurso de dos ó tres siglos, lo que á nosotros nos parece la de dos ó tres siglos antes? ¿Nos alegrariamos en el sepulcro de que nos juzgasen las generaciones futuras con el mismo rigor con que juzgamos á nuestros abuelos? La bondad y sinceridad de la historia descriptiva consisten en que pinta los tiempos tales como son en sí.

El otro sistema histórico moderno, el sistema fatalista, presenta en mi opinion, inconvenientes mucho mas graves, porque separa la moral de la accion humana: así considerada, tendré ocasion de combatirla, al hablar de los escritores de talento que lo han adoptado. Diré tan solo aqui que el sistema que olvida al *individuo* para ocuparse de la *especie*, cae en el extremo opuesto al sistema de la historia descriptiva. Anular por entero al *individuo*, no concederle mas que la posicion de un guarismo colocado en la serie de un número, es disputarle el valor *absoluto* que posee independiente de su valor *relativo*. Así como un siglo influye sobre el hombre, el hombre influye sobre el siglo; y si el hombre es el representante de las ideas del tiempo, tambien este es el representante de las ideas del hombre.

El segundo sistema de la historia moderna presenta su lado de verdad como el primero. Es cierto que no puede omitirse hoy la historia de la *especie*; que existen realmente revoluciones inevitables, porque se operan en los ánimos antes de producirse fuera de ellos; que la historia de la *humanidad*, de la sociedad *general*, de la civilizacion *universal*, no debe disfrazarse con la historia de la *individualidad social*, por los acontecimientos *particulares* de un siglo y de un país. La perfeccion consistiria en enlazar los tres sistemas: la historia filosófica, la particular y la general; en admitir las reflexiones, los cuadros, los grandes resultados de la civilizacion, arrojando de los tres sistemas lo exclusivo y sofístico. Por lo demás, aunque es muy útil profesar principios fijos al tomar la pluma, es en mi concepto una cuestion ociosa el preguntar cómo ha de escribirse la historia. Cada historiador la escribe con arreglo á su propio genio: el uno cuenta bien los hechos, el otro los pinta mejor; este es sentencioso, aquel indiferente ó patético, incrédulo ó religioso: todos los modos son buenos con tal que sean verdaderos. Reunir la gravedad de la historia al interés de las Memorias; ser á la vez Tucídides y Plutarco, Tácito y Suetonio, Bossuet y Froissard, y asentar los cimientos de su trabajo sobre los principios generales de la escuela moderna; tal es el verdadero prodigio. Pero ¿á quién ha concedido jamás el cielo tan raro conjunto de talentos, de los que uno solo bastaria para la gloria de muchos hombres? Escriba pues cada cual como le plazca, como sienta: no debemos exigir del historiador sino el conocimiento de los hechos, la imparcialidad de los juicios, y la hermosura del estilo, si le es posible.

ESCUELA HISTÓRICA DE ALEMANIA. — FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.—LA HISTORIA EN INGLATERRA Y EN ITALIA.

Cerca de nosotros y mientras fundábamos nuestra escuela política, estableció la Alemania sus nuevas doctrinas, y nos dejaba atrás en las altas regiones de la inteligencia: introducia la filosofía en la historia no esa filosofía del siglo XVIII que consistia en pronunciar fallos morales ó anti-religiosos, sino la que se atiene á la esencia de los seres, que penetrando la cubierta del mundo sensible, indaga si bajo de ella existe alguna cosa mas real, de mas vida, causa de los fenómenos sociales.

Descubrir las leyes que rigen á la especie humana; tomar por base de los trabajos las tres ó cuatro grandes tradiciones difundidas por todos los pueblos de la tierra; reconstruir la sociedad sobre tales tradiciones, del mismo modo que se restaura un monumento con arreglo á lo que queda de sus ruinas; seguir el desarrollo de las ideas y las instituciones en esta sociedad; señalar sus trasformaciones; inquirir en la historia si existe en la sociedad algun movimiento natural, que manifestándose en épocas fijas y situaciones dadas, pueda hacer predecir la repeticion de tal ó tal trastorno, cual se anuncia la reaparicion de los cometas cuyas curvas se han calculado: son verdaderamente intereses inmensos. ¿Qué es el hombre? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? ¿Qué ha venido á hacer aqui bajo? ¿Cuál es su destino? ¿Los archivos del mundo suministraban acaso respuestas á esas preguntas? ¿Se encuentra en cada orígen nacional una era religiosa? ¿Se pasa de esta era á otra heróica? ¿Y de esta era heróica á una social? ¿Y de esta edad social á una edad llamada propiamente humana? ¿De esta edad humana á una filosófica? ¿Hay siempre algun Homero que cante en todos los paises, en distintas lenguas, en la infancia de todos los pueblos? Alemania se divide en dos partidos al tratar estas cuestiones: el partido filosófico histórico y el partido histórico.

El partido filosófico-histórico, á cuya cabeza se coloca Mr. Hegel, pretende que el alma universal se manifiesta en la humanidad de cuatro modos: el uno sustancial, idéntico, inmóvil, se encuentra en el Oriente: el otro, individual, variado, activo, se le ve en la Grecia; componiase el tercero de los dos primeros en una lucha perpetua, y residia en Parma: y el cuarto, que salia de la lucha del tercero para poner en armonia lo que era distinto, existia en las naciones de origen germánico.

Así el Oriente, Grecia, Roma y la Germania, presentan las cuatro formas y los cuatro principios históricos de la sociedad. Cada masa grande de pueblos colocados en estas categorias geográficas, deriva de estas posiciones distintas la naturaleza de su genio, el carácter de las leyes y el género de sucesos de su vida social. El partido histórico se atiene tan solo á los hechos y rechaza toda fórmula filosófica. Mr. Niebuhr, su ilustre gefe, cuya reciente pérdida llora el mundo ilustrado, ha compuesto la historia romana que precedió á Roma; mas no ha dado una idea por base á su gigantesco monumento. Mr. de Savigny que continúa la historia de derecho romano desde el siglo poético hasta el filosófico á que hemos llegado, no busca el principio abstracto que parece haber dado á este derecho una especie de eternidad.

La escuela filosófico-histórica de nuestros vecinos procede segun se ve, por la *síntesis*, y la escuela puramente histórica, por el *análisis*. Estos son los dos métodos naturalmente aplicables á la idea y á la forma. La escuela filosófica sostiene que el espíritu humano crea los hechos: la histórica dice que el hecho pone en movimiento al espíritu humano: esta escuela reconoce ademas el encadenamiento providencial en el órden de los acontecimientos. Estas dos escuelas toman en Alemania el nombre de sistema racional y de sistema sobrenatural.

De concierto con las dos escuelas históricas marchan dos escuelas teológicas, que se unen á las dos primeras segun sus diferentes afinidades. Ambas escuelas teológicas son cristianas, mas la una deriva el Cristianismo de la razon pura y la otra de la revela-

cion. En aquel pais en que los estudios profundos, se llevan tan lejos, á nadie ha ocurrido que el carecer la sociedad de las ideas cristianas sea una prueba de los progresos de la civilizacion. Las *Ideas sobre la filosofía de la Historia de la humanidad* por Herder, son harto célebres para no recordarlas aquí: un pasaje de la introduccion de Mr. Quinet bastará para darlas á conocer.

«La historia en su principio así como en su fin, es el espectáculo de la libertad, la protesta del género humano contra el mundo que lo encadena, el triunfo de lo infinito sobre lo finito, la manumision del espíritu, el reinado del alma: el dia en que la libertad faltase al mundo, se detendria la historia. Impelido el género humano por una mano invisible, no solo ha roto el sello del universo y sentado una barrera desconocida hasta entonces, sino que triunfa de sí mismo, se retira de sus propias sendas, y mudando incesantemente de formas y de ídolos, atestigua en cada esfuerzo que el universo le embaraza y le sujeta. En vano el Oriente que se adormece en la fe de sus símbolos, cree haberle encadenado con tantas trabas misteriosas: en las opuestas costas se levanta un pueblo nuevo que se reirá de sus enigmas y lo ahogará al despertar. En vano la personalidad romana lo ha absorvido todo para devorarlo en medio de ese silencio del imperio, ¿es una ilusion falaz, un engaño poético, ese susurro salido de los bosques del Norte, y que no es ni el sacudimiento de las hojas, ni el chillido del águila, ni el mugido de las fieras? Así, cautivo en los límites del mundo, lo infinito se agita para encontrar una salida, y la humanidad que lo ha recogido, dominada como de un vértigo, va caminando, en presencia del universo mundo, de ruinas en ruinas, sin encontrar dónde detenerse. Parécese á un viajero fatigado, presa del tedio y lejos de sus hogares: habiendo salido de la India antes de despuntar el dia, apenas ha reposado en el recinto de Babilonia, cuando la destruye; y falto de abrigo huye á los Persas, á los Medos, á la tierra de Egipto. Un siglo, una hora mas, y destroza á Palmira, á Ecbatana y á Menfis; y derribando siempre el asilo en que se ha abrigado, abandona á los Lidios por los Helenos, estos por los Etruscos, estos por los Romanos, estos por los Getas, y estos por... Pero ¿quién sabe lo que va á seguirse? ¡Qué ciega precipitacion! ¿Quién lo apura? ¿Cómo no teme desfallecer antes de la llegada? ¡Ah! si en la antigua epopeya seguimos de mar en mar el destino errante de Ulises hasta su isla querida, ¿quién nos dirá cuando terminarán las aventuras de este extraño viajero, y cuándo verá humear á los lejos los techos de su Itaca?

»Así, nosotros tocamos los primeros lindes de la historia. Abandonamos los fenómenos físicos para penetrar en el laberinto de las revoluciones que marcan la vida de la humanidad. Adios, dulces y apacibles retiros, reposo eterno, frescura é inocencia de los cuadros: el aire que vamos á respirar es devorador, el terreno que pisamos está manchado de sangre, y los objetos oscilan en él con una instabilidad eterna: ¿Dónde fijaré mis ojos? El mas pequeño grano de arena arrebatado por los vendabales, encierra mas elementos de duracion que la fortuna de Roma ó de Esparta. En tal solitario albergue sé que existia un riachuelo cuyo blando murmullo, tortuosa corriente y viva armonía exceden en antigüedad á los recuerdos de Nestor y á los anales de Babilonia. Hoy, como en los tiempos de Plinio y Columela, crece el jacinto en las Galias, la vinca-pervinca en Iliria, y la margarita en las ruinas de Numancia, y mientras que en torno de ellas han mudado las ciudades de dueños y de nombres; mientras muchas han entrado en el dominio de la nada, y las civilizaciones han chocado entre sí y se han pulverizado, las pacíficas generaciones de estas flores han atravesado incólumes los siglos y se han sucedido una á otra hasta nosotros, frescas y risueñas como en los dias de las mas sangrientas batallas.

»Esta permanencia del mundo material ¿no excitará aquí sino vanos pesares, y su imponente masa servirá tan solo para enseñarnos lo efímero y tumultuoso de la sucesion de las civilizaciones? ¡No lo permita Dios! Por el contrario, refléjase en el sistema entero de las acciones humanas, y marca en ellas el profundo carácter de la paz y la serenidad. Cuando se ha establecido que las vicisitudes de la historia no se originan de un vano capricho de las voluntades, sino que tienen sus fundamentos en las entrañas mismas del universo; que son su resultado mas alto, y que es una condicion del mundo el que nazca en una época tal forma de civilizacion, tal movimiento de progresion; que estos diversos fenómenos guardan armonía con el dominio entero de la naturaleza, y participan de su carácter como todas las especies de produccion terrestre; las acciones humanas se presentan, entonces como un nuevo reinado que tiene sus armonías, sus contrastes y su esfera determinada.»

Así se expresa Herder por el órgano de su elocuente intérprete.

Por lo demás, estos nobles sistemas aplicados á la historia, no son tan nuevos como parecen. Un hombre apaciblemente dormido durante siglo y medio en el polvo, acaba de resucitar reclamando su emplazada gloria: habíase adelantado á su época, y cuando ha llegado la era de las ideas que representaba, estas han llamado á su tumba para respetarla: hablo de Vico. ×

En su obra de la *Ciencia nueva*, Vico, dejando á un lado la historia particular de los pueblos, sentó los fundamentos á la Historia general de la especie humana.

«Trazar la historia universal y eterna,» dice Monsieur Michelet en su traduccion compendiada y su análisis exacto y bien escrito del sistema de Vico, «trazar la historia universal que se produce en el tiempo bajo la forma de historias particulares; descubrir el círculo ideal dentro del que gira el mundo real, hé aquí el objeto de la *Ciencia nueva*, que es á la vez la filosofía y la historia de la humanidad.

Deduce su unidad de la religion, principio productor y conservador de la sociedad. Hasta aquí no he hablado sino de la teología natural: La *Ciencia nueva* es una teología social, una demostracion histórica de la Providencia, una historia de los secretos conque sin saberlo los hombres, y muchas veces á pesar suyo, ha gobernado la gran ciudad de género humano. ¿Quién no sentirá un placer divino en este cuerpo mortal, cuando contemplamos ese mundo de las naciones tan variado en caracteres, tiempos y lugares, con la uniformidad de las ideas divinas?»

Segun Vico, los fundadores de la sociedad fueron: los gigantes ó los cíclopes. Los gigantes no tenian leyes ni Dios: retumbó el trueno, se asustaron, reconocieron una potencia superior á la suya; orígen de la idolatría que nació de la credulidad y no de la impostura. La idolatría, fue necesaria al mundo, dice Vico, puesto que domó con el terror de la religion el orgullo de la fuerza, y preparó por medio de la religion de los sentidos, la de la razon, y en seguida la de la fe. Esta fue la primera edad, la edad poética de las sociedades, en que todas las leyes eran religiosas. Vico, para desembarazarse de las cuestiones teológicas, deja aparte al pueblo de Dios como único depositario de la verdadera tradicion, y raciocina libremente sobre los restantes.

Con la religion comienza la sociedad; los primeros padres de familia fueron los primeros sacerdotes, los primeros reyes, los *patriarcas* (padres y príncipes).

Este gobierno de familia es cruel, absoluto; el padre tiene derecho de vida y muerte sobre sus hijos, del mismo modo que su vida y su muerte están sometidas

× Juan Bautista Vico fué un historiador italiano, no español, que vivió de 1668 a 1724.

á Dios, que lo ha criado y á quien ha oido entre el estrépito del rayo. De aquí proceden los sacrificios humanos, los ritos, las ceremonias religiosas; ley primitiva de la especie humana, ley que se prolongó hasta el derecho civil, sucesor de esta primera ley.

No tardaron los salvajes que habian permanecido en la promiscuidad de bienes y de mujeres, y en la anarquía que era su consecuencia, en refugiarse á los altares de los *fuertes*, en las alturas en que las primeras familias se habian reunido bajo el gobierno de los padres de familia ó de los *héroes*.

Estos refugiados se convirtieron en esclavos de sus defensores : no gozaron de ninguna de las prerogativa de los héroes, particularmente del matrimonio religioso ó solemne que fundó la sociedad doméstica; pero habiéndose multiplicado quisieron una parte de las tierras que cultivaban, y en todos los puntos en que los héroes no fueron bastante poderosos para conservar la totalidad de los bienes, cedieron con ciertas condiciones las tierras á sus antiguos esclavos. Tal fue la primera ley agraria, el orígen de las clientelas y de los feudos.

Entonces tuvo principio la ciudad. Los padres de familia compusieron la clase de los *nobles*, de los *patricios*; los refugiados formaron la de los *plebeyos*, *jornaleros*, *clientes* y *vasallos*: no tenian derecho alguno politico, ni poseian mas que el goce de las tierras concedidas por los nobles.

Todas las ciudades heróicas fueron gobernadas aristocráticamente, y eran esencialmente guerreras. Sus habitantes, bandidos ó piratas en extraños paises, estaban enteramente divididos en el suyo.

Poco á poco se transforman estas sociedades aristocráticas, merced al acrecentamiento de la parte democrática, en repúblicas populares. Corrómpense los estados populares, y el pueblo, que primero habia reclamado solo la igualdad, quiere dominar á su vez: sobreviene la anarquía, y obliga al pueblo á acogerse bajo el dominio de uno solo. La necesidad del órden funda la monarquía, asi como la necesidad de la libertad habia fundado la aristocracia y la necesidad de la igualdad la democracia.

Si la monarquía no detiene la corrupcion del pueblo, este pueblo, dice Vico, se hace esclavo de una nacion mejor, que le somete con las armas y le salva someliéndole, porque ambas son leyes naturales: *El que no sepa gobernarse obedecerá* y *los mayores serán dueños del mundo*. Esta máxima es muy contestable, á la verdad.

La parte verdaderamente nueva del sistema de Vico, es aquella en que introduce la historia del derecho civil en la historia del derecho politico. Habia dado á sus estudios esta direccion, y sus primeros ensayos de jurisprudencia y de etimología latina son indudablemente sus mejores obras. Demuestra que la jurisprudencia varia segun la forma de los gobiernos, los cuales derivaron á su vez de las costumbres, y observa que la primera ley de la sociedad, ley que primero fue enteramente religiosa, penetró y se prolongó en el órden civil al través de las revoluciones y de las transformaciones políticas. Nadie habia observado antes de él que si la jurisprudencia, de los romanos se hallaba rodeada de solemnidades y misterios, era porque dimanaba del antiguo derecho religioso, y porque sus misterios eran una impostura, un medio de poder inventado por los sacerdotes y los nobles. En Roma, los actos llamados por excelencia *actos legítimos*, iban acompañados de ritos sagrados : para que los matrimonios y los testamentos se llamasen *justos*, esto es, suponiendo los derechos del órden político el mas elevado, era preciso que fuesen legalizados por ceremonias santas.

Esta interesante observacion de Vico puede aplicarse á nuestra misma sociedad; el Cristianismo que la *fundó aparte*, en medio de la sociedad pagana de Roma y de la Grecia, ó entre los pueblos bárbaros, la sometió á la ley religiosa. El matrimonio y la sepultura no se consideraron *solemnes* y *legítimos* entre los fieles hasta que fueron *autorizados* cristianamente : el bautismo convirtió en *solemne* y *legítimo* el nacimiento, así como la extremauncion consagró la muerte. Los siete sacramentos de la Iglesia fueron actos civiles de la primera sociedad cristiana.

Tal es el sistema de Vico, sistema en que es preciso reconocer á un hombre de elevado entendimiento pero á un hombre dominado por la imaginacion, y que mezcla á las verdades nuevas los juegos del espíritu que no pueden aprobar la historia, la razon y la sana lógica. Sus ideas sobre la idolatría, útil en su concepto á los hombres, son insostenibles; cuando trata de Hércules, de Hermes, de Homero, de Rómulo, no de los individuos, sino del tipo ideal de las costumbres y de las ideas de una época, raciocina visiblemente contra las operaciones naturales del espíritu humano. El salvaje personifica los árboles, las flores, las rocas, pero no *alegoriza* los tiempos. Cuando Vico dice que los hombres recobraron la estatura ante-diluviana, volviendo al estado de salvajes despues del diluvio, va en contra de la buena física, pues el hombre en el estado *bestial*, como todos los animales es mezquino: la sociedad en los hombres, y el estado doméstico en los animales capaces de educacion, desarrollan en el mas alto grado la naturaleza.

Vico decide tambien con harta ligereza la cuestion sobre la palabra humana : supone que se perdió despues del diluvio, y que hubo una época de mudez para el género humano, que llegado este caso no habria sido sino una especie de familia de monos. ¿Se concedió la palabra al hombre con el pensamiento? ¿Ha dimanado de ella cual nace el fruto de la flor? ¿La palabra, por el contrario, ha sido revelada? Inmensa cuestion es esta, que Vico ha resuelto con un rasgo de pluma, y que el rigor de la historia no permite adoptar como un hecho incontestable. En nuestros dias ha renovado, un escritor francés, mejorándola, una parte del sistema de Vico. La filosofía de Mr. Ballanche es una teología cristiana. Segun esta filosofía, una ley general de la Providencia gobierna el conjunto de los destinos humanos, desde el principio hasta el fin. Esta ley general no es sino el desarrollo de dos dogmas generadores : la prescripcion y la rehabilitacion, dogmas que se encuentran en todas las tradiciones generales de la humanidad, y que son el mismo Cristianismo. El sentimiento vivo de ambos dogmas produce una sicologia que explica las facultades humanas, dando cuenta de la naturaleza íntima del hombre y que se revela en la contestura de las lenguas antiguas. El hombre, durante su laboriosa carrera, busca sin descanso el camino de la caida á la rehabilitacion, para llegar á la unidad perdida.

Mr. Ballanche ha querido hacer penetrar el genio histórico en la region que precedió á la historia : su *Orfeo* compendia los quince siglos de la humanidad anteriores á los tiempos históricos.

En seguida ha reducido los cinco primeros siglos de la historia romana á una síntesis que es á un mismo tiempo una trilogía poética y una sicología de la humanidad.

No puedo dar á conocer mejor la *Palingnesia social*, que copiando este pasaje de un excelente extracto de Mr Desmousseaux de Givré, hombre cuyo entendimiento está marcado con uno de esos caracteres pronunciados que se dan á conocer al instante en el órden literario ó político (1).

(1) Este extracto vió la luz en el *Diario de los Debates* del 27 de junio de 1830. Mr. Desmousseaux de Givré, agregado en Londres, era mi segundo secretario de embajada en Roma. De todos los diplomáticos jóvenes es el único que presentó su dimision cuando Mr. de Polignac se encargó del mi-

Investigando sucesivamente los libros santos, las poesías primitivas y la historia, Mr. Ballanche ha deducido de sus unánimes respuestas una analogía perfecta entre el principio revelado y el principio racional; y ved aquí entero el pensamiento *palignésico*. Cree que la ley que preside á los progresos de la humanidad ora se la contemple en la esfera religiosa, ora se la estudie en la filosófica, es *una*. El título que debia grabarse en el frontispicio de sus obras completas, para anunciar su idea fundamental debia pues ser este: *Identidad del dogma de la caida y de la rehabilitacion del género humano con la ley filosófica de la perfectibilidad*.

Las Escrituras nos manifiestan á un hombre sucumbiendo en la prueba de la obediencia; despues iniciado por su misma caida en el conocimiento del bien y del mal, y mas tarde expiando su error con la sangre de una víctima inocente y voluntaria. Este hombre de las Escrituras es á un mismo tiempo Adan, el pueblo judío y el género humano. El hijo de Dios, viniendo á la tierra para morir en ella, ofrece una triple expiacion: por su madre María es hijo de Adan, hijo de David, *Hijo del Hombre*; es decir, hijo del primer pecador, hijo del pueblo elegido, é hijo del género humano. Hay pues, en el sentido místico identidad entre un hombre, una nacion y la humanidad entera. Para estas tres unidades vivas de una naturaleza semejante aunque de un órden distinto, existen tres grados necesarios antes de llegar á la perfeccion de que depende la salvacion, á saber: la prueba, la iniciacion y la expiacion.

«Pues bien: por todas partes en las creencias de los pueblos, en los cantos de los poetas y en los recuerdos de la historia, se reproduce el *mito* cristiano.

«En los tiempos fabulosos arrebató Prometeo el fuego del cielo, é iniciado en el secreto de los dioses, expió su temeridad en los tormentos. En los tiempos heróicos, Orfeo, iniciador de los pueblos, pierde por segunda vez á Eurídice porque ha querido sorprender el secreto de los infiernos. En los tiempos históricos, Bruto, despues de haber consultado el oráculo, emancipa á los patricios de la autoridad de los reyes, y la sangre generosa de Lucrecia corre en expiacion.

Mas tarde, es Virginia á quien sacrifica su propio padre, víctima pura cuya muerte consagra la emancipacion de la plebe, es decir, la iniciacion de un pueblo en la libertad. En estos hechos elegidos á la aventura entre otros mil análogos, reconócense por donde quiera la prueba que ha de sufrirse, el enigma que ha de descifrarse, y el sacrificio de una vida inocente, estos tres grandes rasgos del *mito* cristiano.

«Inquirir, restaurar y enlazar esos trozos desfigurados de esa idea, una y triple á la vez, no ha sido sino el lado material de un gran trabajo, la tarea de la erudicion y de la ciencia; pero haber aplicado á los fenómenos de la vida de las naciones el dogma cristiano, haber encontrado en cada pueblo el hombre de que habla la Escritura; he ahí la inspiracion religiosa, y al propio tiempo el pensamiento filosófico.»

No á todas las inteligencias conviene quizás mirar la historia desde tanta altura; pero aun las mismas que se complacen en las lecturas fáciles, hallarán un encanto particular en la *Palignesia social* de Mr. Ballanche. Un estilo elegante y armonioso adorna unos pensamientos consoladores y puros; parece que se ven todos los secretos de la conciencia tranquila y serena del autor, á la luz pacífica y misteriosa de su imaginacion. Su genio tersófico no nos deja nada que envidiar á la Alemania y la Italia. Ignoro si Vico, Herder y Mr. Ballanche, aplicando sus fórmulas á la historia, confunden ó no los asuntos y los géneros diversos; pero no cabe duda en que engrandecen al hombre, y es muy útil que el historiador se haya formado una idea elevada de la especie humana, para que escriba con mas nobleza sobre sus derechos y sus libertades.

Mientras se acrecentaba el movimiento de los espíritus en Francia y Alemania, la Gran-Bretaña permanecia estacionaria.

La escuela de Edimburgo ha hecho progresar los estudios filosóficos: los *Ensayos de filosofía moral* de Dugald Hewart han sido traducidos por Mr. Jouffroy, profesor jóven, que comienza á pulverizar con su lógica clara y poderosa los sistemas que infatúan el espíritu del dia. Pero bajo el concepto histórico, como Inglaterra disfruta hace mucho tiempo de franquicias importantes, y como el goce de ellas ha contribuido tanto á su prosperidad, á su paz y á su gloria, los escritores de aquel país no han considerado los hechos bajo el punto de vista de un porvenir mas feliz. La libertad aristocrática, que hasta ahora ha dominado á las libertades reales y populares en Wertminster, ha vaciado las ideas de un molde uniforme de que no han procurado separarse; esta tendencia se observa hasta en los escritores economistas de la Gran-Bretaña, que consideran el impuesto, el crédito, la propiedad de todos los géneros en el sentido de las instituciones actuales de su país.

Mas por la influencia creciente de la industria y la importacion de los principios del continente, se forma actualmente en los tres reinos unidos una clase de hombres cuyas ideas no son ya *inglesas*: distíngense muy bien estas ideas por su *color*, en los libros, y en los discursos de las cámaras de los Lores y los Comunes, y tarde ó temprano derrocarán la Constitucion de 1688. El primer paso dado en esta senda ha sido la emancipacion de la Irlanda católica; el segundo será la reforma parlamentaria: entonces la vetusta Inglaterra tendrá sus revoluciones, y se renovará su historia.

En estos últimos tiempos se ha hecho notable la *Historia de Inglaterra* por el doctor Lingard, que no por eso nos dispensa de leer los historiadores de las dos antiguas escuelas wigh y tory. Gran escándalo ha causado ver que un sacerdote católico é inglés hallaba culpable á Carlos I, y que solo vitupera la forma en la ejecucion de este príncipe.

La Inglaterra no era rica en Memorias, mas ahora empiezan á multiplicarse. Paréceme que Mr. Hallam ha sido mas feliz en su *Historia constitucional de Inglaterra*, que en su *Europa en la edad media*.

El genio de Italia habia salido de su antiguo templo al estruendo de las conmociones europeas, mas ahora ha regresado á sus ruinas, recinto de emancipacion para las grandezas pasadas, para la gloria perseguida y los talentos desgraciados. *La historia de los Estados-Unidos* por Botta no puede ser repudiada por la patria de los Villani, los Bentinoglio, los Giamone, los Davila, los Guicciardini y los Maquiavelos. En la historia antigua los Italianos serán siempre nuestros maestros, porque ellos son su continuacion, y están familiarizados con su lengua y sus monumentos.

Acabo de decir que el génio de Italia habia vuelto á sus ruinas, pero se apodera de mi mano y me obliga á retroceder.

nisterio de Negocios extranjeros, y se retiró conmigo y á mi pesar. Deseaba volver á entrar en el servicio despues de los dias de julio, y han sido preferidos á él sugetos nuevos en la carrera, ó que no habian contraido otro mérito que el de haber sido colocados cerca de los embajadores mas opuestos á las libertades constitucionales de la Francia. Nuestro cuerpo diplomático no era verdaderamente bastante rico (y lo conozco á fondo) para despreciar los servicios de un hombre como Mr. de Givré, cuando queria hacer el sacrificio de adherirse á un ministerio tan deplorable.

Autores franceses que han escrito la historia despues de la revolucion.—Memorias, traducciones y publicaciones.—Teatro.—Novela histórica. — Poesia. — Escritores que han fundado nuestra nueva escuela histórica.

Del exámen de los principios de la escuela moderna histórica, considerada en sus sistemas en Francia, Alemania, Inglaterra é Italia, paso al de nuestros historiadores de esta escuela.

Los escritores franceses que se han ocupado de la historia despues de la revolucion, han emprendido opuestas sendas: los unos han permanecido fieles á las tradicciones de la escuela antigua, al paso que los otros han entrado en la nueva escuela descriptiva y fatalista.

Mr. Villemain, que propende por el buen gusto de su estilo á la escuela antigua, y por sus ideas á la nueva, nos ha dado una historia completa de Cromwell. Ocultándose tras los acontecimientos y dejándoles hablar, ha sabido colocarlos con mucho arte en el punto de vista conveniente para que produjesen gran efecto. Un asunto de inmenso interés ocupa ahora al autor. Si se ha de juzgar por los fragmentos de la *Vida de Gregorio VII*, que he tenido la fortuna de oir leer, el público puede esperar una de las mejores obras históricas que se han publicado hace mucho tiempo. Por lo demás, cito con frecuencia los trabajos de Mr. Villemain en estos *Estudios*, y para no incurrir en repeticiones escuso aquí los elogios que se hallarán en otra parte.

Mr. Daunon, miembro de la congregacion religiosa de donde salieron los Lecointe y Lelong, no ha desmentido su docto orígen, pues es uno de los continuadores mas sabios de la *Historia literaria de Francia*, y se halla en las diferentes Memorias, materia abundante para la instruccion; pero debe leerse con cierta prevencion lo que dice de los sumos pontífices cuando juzga á un papa del siglo x, segun las ideas del siglo xviii. Mr. Dounon se muestra poco favorable á la escuela moderna.

Mr. de Saint-Martin que sigue tambien las huellas antiguas, ha esparcido por sus conocimientos en la lengua armenia, una viva luz sobre la historia de los Persas.

En la *Teoria del poder civil y religioso* de Mr. de Bonald, brilla el ingenio, pero causa sentimiento reconocer cuan lejos están ya de nosotros las ideas de esta teoría; ¡con qué rapidez nos arrastra el tiempo! La obra de Mr. de Bonald es como esas pirámides, palacios de la muerte, que sirven tan solo al navegante del Nilo para medir el camino que ha recorrido con las aguas.

No sé como clasificar á Mr. Dulaure: fue conocido antes de la revolucion, durante su curso y despues de ella. Sus *Descripciones de las curiosidades y de los alrededores de Paris*; sus *Singularidades históricas*, y su *Historia crítica de la nobleza*, abundan en hechos oportunamente elegidos. Pertenecen, no obstante, á la sátira histórica y no á la historia: siempre puede mostrarse el reverso de una sociedad. Se debe leer en Mr. Dulaure el *Suplemento á los crímenes del antiguo comité de gobierno*, impreso en 1795.

Malte-Brun ha discutido en su *Geografía* con mucha sagacidad é instruccion el orígen de algunos pueblos bárbaros.

Mr. Lacretelle ha trazado la historia de nuestros dias con juicio, claridad y energía; ha abrazado el noble partido de la virtud contra el crímen, y aborrece en la revolucion todo lo que no sea libertad; actor, él tambien en las escenas revolucionarias, ha arrostrado en las calles de Paris la metralla de un poder mas venturoso que el que acaba de espirar. Encuéntranse hoy muchos hombres que saben escribir cincuenta páginas y algunas veces un tomo (no muy abultado), de un modo muy distinguido; pero hay muy pocos que sean capaces de componer y coordinar una obra extensa, de abrazar un sistema, de sostenerlo con interés y arte, durante el curso de muchos volúmenes, pues se requieren para ello una fuerza de juicio, un aliento tan vigoroso, tal abundancia de diccion y tanta facultad de aplicacion, que disminuyen cada dia. El folleto y el artículo de un periódico parecen haberse convertido en el termómetro que señala la medida y el límite de nuestra inteligencia.

La obra de Mr. Lemontey sobre Luis XIV presenta el reinado de este príncipe, bajo un punto de vista enteramente nuevo. Juzgo sin embargo haber hecho sobre esta obra una observacion necesaria al hablar del reinado de tan gran rey.

Mr. Mazure ha dejado una historia escrita con bastante descuido; pero ha variado bajo diferentes conceptos, lo que sabiamos de Jacobo II, y del papel que representó Luis XIV en la catástrofe del monarca inglés. No se ha hecho bastante justicia á Mr. Mazure, puesto que se encuentran en su obra datos que solo allí se descubren, y cuyo orígen se oculta ó se calla.

Una mujer que no tiene rival, nos ha dado en sus *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la revolucion francesa*, una idea de la altura á que habria podido remontarse, si hubiese aplicado su talento á la historia, pues se ve brillar en las *Consideraciones* un vivo sentimiento de gloria y libertad. Cuando la autora, al hablar del abatimiento del tercer estado bajo la antigua monarquía, lo muestra en el momento de la apertura de los Estados generales, y exclama con Corneille: «¡Entonces nos levantamos!» aduce la cita mas elocuente que puede verse. Madama de Stael aborrece á los tiranos, y todo opresor de la libertad, por grande que sea, no halla en ella simpatía alguna.

Debe leerse en las *Consideraciones* lo que dice de Mirabeau: «Era tribuno por cálculo y aristocrático »por gusto, pues hablando de Caligny añadia: *Que »entre paréntesis era mi primo*: ¡tanto buscaba la »ocasion de recordar que era noble!—Despues de mi »muerte, proseguia, los facciosos se dividirán los des»pojos de la monarquía.» Madama de Stael concluye de este modo estos interesantes apuntes acerca de Mirabeau: «Me avergüenzo de expresar mi dolor por un carácter tan poco digno de estimacion; mas su talento es tan raro, y desgraciadamente es tan probable que no volvamos á ver otro semejante en el curso de nuestra vida, que no podemos dejar de suspirar cuando la muerte encierra bajo sus puertas de bronce á un hombre en otro tiempo tan elocuente, tan animado, y en fin, tan en completa posesion de la vida.»

Estas reflexiones pueden aplicarse á la misma madama de Stael, variando solo las primeras palabras, cuya circunstancia las hace mas dolorosas, porque nunca nos avergonzaremos de *manifestar nuestro dolor por el carácter* de esta mujer ilustre, toda vez que no ha existido ninguno mas digno que el suyo. Su noble independencia le valió el destierro y las persecuciones que aceleraron su muerte. Bonaparte llegó á saber, y debió haberlo sabido antes, que el ingenio es el único rey á quien no se puede encadenar á un carro de triunfo.

Como última prueba del talento eminente de madama de Stael, no puedo dejar de trascribir este párrafo sobre la catástrofe de Robespierre: «Vióse á este hombre, que habia firmado durante mas de un año un número inaudito de sentencias de muerte, bañado en sangre y tendido sobre la mesa misma en que habia escrito su nombre bajo sus funestas sentencias. ¡El hombre que tanto hablara para proscribir, tenia rota la quijada de un pistoletazo, y no podia proferir una sola palabra para defenderse!

Nunca deploraremos bastantemente el prematuro fin de madama Stael: crecia su talento, perfeccionábase su estilo, y á medida que la juventud pesaba menos sobre su vida, desembarazábase su pensamiento de la cubierta que le sujetaba, y tomaba el vuelo de la inmortalidad.

Bajo el título modesto: *De la consagracion de los reyes de Francia, y de las relaciones de esta ceremonia con la constitucion del Estado en las diferentes edades de la monarquia*, Mr. Clausel de Coussergues ha escrito un volúmen que no perecerá: los amantes de la claridad y de los hechos bien clasificados sin pretensiones y sin fraseologia, quedarán satisfechos de su trabajo.

Mr. Fievee ha encerrado en los reducidos límites de un folleto titulado: *De las opiniones y de los intereses*, muchas ideas nuevas y descubrimientos ingeniosos sobre nuestra historia.

He hablado en otra parte de la *Historia de las Cruzadas*, y me contentaré con decir aquí que las traducciones y los extractos de los analistas de las cruzadas, tanto orientales como occidentales, añadidas como pruebas á las nuevas ediciones, forman un compendio en extremo recomendable. Mr. Michaud se retrata en su *Historia*; último cruzado, ha ido á visitar al sepulcro en que yo creí haber depositado para siempre mi baston de peregrino.

La *Historia de Polonia anterior y del reinado del rey Juan Sobieski*, por Mr. Salvandy, es una obra grave y bien escrita. «Sobieski fue, dice el historiador, aquel cuyo formidable brazo puso los límites que no debia traspasar ya la dominacion de los Osmanlis. Ante sus victorias fue donde vino á estrellarse el furor de la última invasion de los bárbaros, hasta entonces siempre indomable y amenazadora: desde aquel tiempo hasta el dia solo han ido retirando sus olas... soldado y príncipe á la vez, vió trascurrir toda su vida, en el perpetuo sacrificio de sus inclinaciones, sus afectos, su fortuna, y su vida, á los intereses de la Polonia. Solo él, cual incansable campeon, parecia ocupado en defenderla; sus esfuerzos para conservar sus leyes y sus fronteras parecen prodigiosos, y esta pasion dominó el curso entero de su existencia. Logró domar á los enemigos que tenian la república de los Jagelones invadida y oprimida por todas partes, mas fácilmente que vencer á los enemigos interiores. Espiró luego, y una vez en tierra este apoyo poderoso, la Polonia puso tambien en cierto modo el pié en el sepulcro; pues no era otro su destino en el reinado de los sucesores de Juan III, sino acabar de morir.»

En toda la obra se sostiene tan noble estilo, y el autor cuida de observar la influencia que la Francia del siglo XVII ejercia sobre los destinos de la Europa. Cual si todos los hombres grandes debiesen salir entonces de la córte del gran rey, Sobieski habia sido mosquetero al servicio de Luis XIV. La *Historia de la anarquia de Polonia* por Rulhieres forma, por decirlo así, la continuacion de la historia de Mr. Salvandy, y no deben añadirse á estos dos monumentos ni el apéndice de Mr. Terrand, ni el que Mr. Daunou ha sustituido al trabajo de este autor; mas deben, sí, añadírseles los curiosos y picantes folletos de Mr. de Pradt.

La *Historia de los franceses de los diferentes Estados* por Mr. Monteil, supone grandes investigaciones. Mr. Monteil y Mr. Capefigue pertenecen al reducido número de esos sabios jóvenes que no escriben en el dia, sino despues de haber leido, y hubieran sido dignos discípulos de la escuela benedictina. Pero han extraviado á Mr. Monteil el gusto del siglo y el funesto ejemplo del abate Barthelemy: la forma novelesca con que el autor de la *Historia de los franceses* ha envuelto sus estudios, los perjudica, y se le debe rogar en nombre de su propia sabiduria y de su verdadero mérito, que la haga desaparecer en las futuras ediciones de su obra.

El éxito que obtuvo la *Historia de la campaña de Rusia*, es una prueba de que no se necesita, para interesar al lector, encerrarse en un detenido sistema. Narraciones animadas, brillante colorido y escenas puestas á la vista del lector en todo su movimiento y con toda su vida, son las cualidades que pertenecen á todas las escuelas y que harán eterna la obra de Mr. de Segur.

Las *Vidas de los capitanes franceses de la edad media* por Mr. Mazas, no pueden condenarse al silencio. El autor ha querido referir tan solo la verdad exacta: ha visitado el teatro donde brillaron los guerreros cuyas hazañas describe, y ha seguido en los matorrales de mi pobre patria las huellas de Du-Guesclin. Recuerdo haber principiado mis primeros estudios en el colegio desconocido de la oscura ciudad donde descansaba el corazon del buen condestable: estudié un poco de latin, griego y hebreo cerca de aquel corazon que nunca habló sino francés, lengua que el mio no ha olvidado. Mr. Mazas cree haber encontrado el punto del paso de Eduardo III en Blanque-Paque, sobre el Soma; quisiera hubiese declarado si el vado es practicable todavía, ó si está perdido en el mar, frente á frente de Crotoy, como generalmente se cree.

Olvido, sin duda, con harto pesar mio, muchos escritores cuyas obras merecerian ser recordadas por mí; pero los límites de un prefacio no me permiten extenderme tanto. El público reproducirá los nombres que se escapen á mi memoria, y les dispensará la justicia que yo desearia tributarles.

El tiempo en que vivimos ha debido suministrar necesariamente numerosos materiales para escribir Memorias. Apenas hay uno que no haya llegado á ser, siquiera por espacio de veinte y cuatro horas un personaje, y que no se crea obligado á dar cuenta al mundo de la influencia que ha ejercido en el universo: todos los que han saltado del cuarto del portero á la antesala, que de la antesala se han deslizado al salon, y que de este se han arrastrado hasta el gabinete del ministro; todos los que han espiado detrás de las puertas, quieren referir cómo han recibido en el estómago el ultraje que tenia otro objeto. Las admiraciones, las mendicidades doradas, las traiciones virtuosas, las igualdades que ostentan placas, órdenes ó colores de lacayos, y las libertades atadas al cordon de la campanilla, tienen que dar esplendor á su lealtad, á su honor, á su independencia. El uno se cree obligado á referir que, agradecido todavía á las últimas muestras de confianza de su dueño, y sintiendo aun el calor de sus abrazos, juró obediencia á otro señor: os dirá que no ha hecho traicion sino para hacerla mejor despues: otro os explicará cómo aprobaba en alta voz lo que en voz baja detestaba, ó cómo empujaba las ruinas bajo las cuales no tuvo valor para sepultarse. A estas Memorias, tristemente verdaderas, vienen á unirse las mas tristemente falsas; fábrica en que la vida de un hombre se vende por varas, y en que el obrero, por el precio de una comida frugal, arroja lodo al rostro de la fama, que ha sido entregada á su hambre.

Consuélase uno, sin embargo, al encontrar en ese caos de bajeza y de ignominia algunos escritos concienzudos, cuyos autores se dedican á reproducir sinceramente lo que han visto y experimentado. El trabajo de esos autores debe considerarse como un conjunto de preciosas noticias históricas. MM. de Las-Cases y Pourgaud merecen entero crédito cuando hablan del prisionero de Santa Helena.

Mr. Carrel no solo ha publicado la *Historia de la contrarevolucion de Inglaterra en el reinado de Carlos II y de Jacobo II*, historia escrita con esa sencillez varonil que agrada mas que todo, sino que, al analizar algunas obras sobre España, ha dado noticias de sumo interés. Nótanse en ellas una manera firme, un paso

decidido, franqueza y arrojo en el estilo, y unas observaciones escritas al resplandor de los fuegos del vivac y de las estrellas de un cielo enemigo, entre el combate de la tarde y el que debe volver á comenzar el toque de diana. *La narracion de un veterano valiente*, dice Gaspar de Tavannes, es muy *distinta de los cuentos del que nunca ha visto sus manos bañadas en la sangre* de sus fieros enemigos, en las llanuras armadas. Encuéntrase en Mr. Carrel una opinion fija que no le impide comprender la opinion ajena y ser justo con todos. Si el simple soldado sin instruccion, sin medios de fijar sus pensamientos, interesa en la relacion de los asaltos que ha dado, de los paises que ha vencido, el hombre de educacion y de mérito convertido en soldado voluntario de una causa que ama, tiene otros medios de trasmitir sus sentimientos á las almas de aquellos á quienes se dirige. Figurémonos un francés errante por las montañas de España, pidiendo á los pastores, cuya libertad cree defender, una hospitalidad guerrera: en esa intimidad de una vida de aventuras y peligros sorprenderá el secreto de las costumbres, y pondrá á vuestra vista una sociedad que ningun otro historiador hubiera podido describir. He atravesado la España, he observado á esos árabes (1) cristianos á quienes la libertad política es tan indiferente, porque disfrutan de la independencia individual, y no he hallado el pueblo que he visto, sino en las descripciones de Mr. Carrel.

El autor traza rápidamente el cuadro de la guerra de Cataluña en 1823, pinta el arrojo de Mina y la marcha de este gefe hábil por las montañas. Nosotros todos que diseminados por las tormentas de nuestra patria, hemos llevado la mochila y el fusil en defensa de nuestra propia opinion por causas extrañas, sentimos la ternura del soldado y del infortunio, leyendo esa historia tan bien contada y que parece ser la nuestra.

«Las pasiones que produjeron la guerra de España, dice Mr. Carrel, están ahora bastante borradas para que pueda prometerme inspirar algun interés, mostrando en medio de las montañas de Cataluña, bajo el antiguo uniforme francés, soldados de todas las naciones arrastrados por el ascendiente de un gran carácter; marchando á donde este los conducia, sufriendo y batiéndose sin esperanza de ser elogiados ni de cambiar la faz de las cosas, aunque hiciesen prodigios de valor, en el estado desesperado de su causa; no teniendo mas perspectiva que un fin miserable en medio de un país sublevado contra ellos, ó la muerte en los patíbulos, si se libraban de la de los campos de batalla. Tal fue durante mucho tiempo la situacion de los que habiendo salido de Barcelona algun tiempo antes de la capitulacion de esta plaza, fueron á sucumbir con Pachiarotti delante de Figueras, despues de cuarenta y ocho horas de una lucha, cuyo encarnecimiento probó que eran franceses los que peleaban por una y otra parte. Aquel combate debia concluir con el esterminio del último de los que, en medio de la Europa de 1823, habian osado ondear la bandera tricolor en la punta de sus lanzas, y adornar sus morriones con la escarapela de Fleurus y de Zurech... Poco importa el destino de algunos hombres en semejantes acontecimientos; pero ¡cuántos otros sucesos habian sido necesarios para que estos hombres de todos los pueblos de Europa se volviesen á encontrar soldados antiguos del mismo capitan en un país que no conocian, para defender una causa que era la suya. Las cosas *en sus continuas y fatales transformaciones, no arrastran consigo todas las inteligencias; no doman todos los caracteres, ni cuidan con igual facilidad de todos los intereses: preciso es comprender esto y perdonar en algun modo las protestas que se elevan en favor de lo pasado. Cuando espira una época, rómpese su molde*, y basta á la Providencia que no *pueda rehacerse; pero es hermoso contemplar algunas veces los pedazos que quedan en tierra.*»

He subrayado las últimas líneas, porque el hombre que ha podido escribirlas tiene motivos para simpatizar con los que tienen fe en la Providencia, que respetan la religion de lo pasado, y que tienen tambien fijos los ojos en las ruinas.

Por lo demás, los tiempos en que vivimos son tan históricos, que imprimen su sello en todos los géneros de trabajo. Tradúcense las antiguas crónicas, y se publican los rancios manuscritos: debemos á Mr. Guizot la *Coleccion de las memorias relativas á la historia de Francia desde la fundacion de la monarquía francesa hasta el siglo* XIII. No sé si las traducciones de nuestros anales latinos, á la vez que favorecen á la historia, perjudicarán ó no al historiador; es de temer que abriendo el santuario de los hechos á los ignorantes y á los ineptos, nos hallemos inundados de Titos-Livios y de Tucidides á expensas de algun librero. No sucede así con la publicacion de los originales: nunca alabaremos bastante al marqués de Tortia por habernos dado el texto de los *Anales de Hainaut* por Jacobo de Guisa. Tambien debemos dar gracias á Mr. Buchon por la edicion de su *Froissard* y de sus demás crónicas. Mr. Crapelet, Mr. Pluquet, Mr. Meon y Mr. Barriere han mostrado su amor á la ciencia: el primero ha publicado la *Historia* del Castellano de Coucy; el segundo la novela *Rou;* el tercero la de *Renart*, y el cuarto las *Memorias* de Lomenie. Estas Memorias contienen anécdotas sobre los últimos momentos de Mazarino, y acaban de dar á conocer los personajes que el marqués de Saint-Aulaire ha vuelto á poner en escena con tanto éxito en su *Historia de la Fronda.*

Todo toma al presente la forma de la historia: la polémica, el teatro, las novelas y la poesía. Si leemos el *Richelieu* de Mr. Victor Hugo, conoceremos lo que un ingenio original es capaz de inventar siguiendo un camino que no conocieron los Corneille y los Racine. La Escocia ve renacer la edad media en las célebres invenciones de Walter Scott; y el Nuevo-Mundo, que no posee mas antigüedades que sus bosques, sus salvajes y su libertad tan antigua como la tierra, encuentra en Mr. Cooper el pintor de sus antigüedades. No nos hemos quedado atrás en este nuevo género de literatura; una multitud de hombres de talento nos han dado cuadros pintados con el colorido de la historia. No me es posible recordar tantas obras; pero en este momento se presentan dos á mi memoria: la una, de Mr. Merimée, reproduce las costumbres en la época de la Saint-Barthelemy; la otra, de Mr. Latouche, ofrece á nuestra vista una de las sangrientas reacciones de la contrarevolucion napolitana. Estas pinturas vivas harán que sea de dia en dia mas difícil la tarea del historiador. En el siglo XII la caballería histórica produjo la caballería romántica, que marchó al par de la primera: en nuestro tiempo la historia verdadera tendrá su historia ficticia, que la hará desaparecer en su esplendor ó la seguirá como su sombra.

Bajo el sencillo título de *Cancionero* un hombre ha llegado á ser uno de los poetas mas eminentes que ha producido la Francia: con un talento que participa del género del de la Fontaine y de Horacio, ha cantado cuando ha querido, como escribe Tácito. Suele el vate no ser tan feliz cuando pinta á los reyes sentados en el trono, á menos que no sea el rey Yvetot.

(1) El vizconde de Chateaubriand, que en 1823 era ministro de Negocios Extranjeros en Francia, y partidario acérrimo de la Santa-Alianza en la misma época, fue quien contribuyó eficaz y poderosamente con el envio de los *cien mil hijos de San Luis* acaudillados por Bessieres, á despojarnos de la libertad política que de otra suerte hubieran sabido conservar muy bien los *árabes* españoles, puesto que eran bastante inteligentes y generosos para concebir todo su valor.

Mr. de Beranger tiene comunmente por demonio familiar una de esas musas que lloran riendo, y cuyas alas dilata el infortunio.

Los fundadores de nuestra escuela moderna histórica reclaman ya toda nuestra atencion.

Ya he dicho anteriormente que Mr. Barante habia creado la escuela descriptiva, y he dado cuenta al público de la *Historia de los duques de Borgoña*. Recorriendo ahora su nueva carrera, poco importan sin duda á Mr. de Barante los elogios literarios; séame permitido, sin embargo, manifestar mi sentimiento por la no publicacion de la *Historia del Parlamento* que nos habia ofrecido. Quizá la continuará si alguna vez se ve libre de los negocios, pues las letras son la esperanza para entrar en la vida pública, y el reposo cuando se sale de ella.

MM. Thiers y Mignet son los gefes de la escuela fatalista, y MM. Thierry, Guizot y Sismondi los grandes reformadores de nuestra historia general: me ocuparé primeramente de los postreros.

Enlazando en cuanto á los hechos la historia de Adriano de Valois con las observaciones de MM Thierry, Guizot y Sismondi, no queda ya casi nada que decir por lo que toca á la primera y la segunda raza de nuestros reyes.

Las *Cartas* de Mr. Thierry sobre la *Historia de Francia*, obra excelente, se refieren á un tiempo cuyo verdadero carácter está desfigurado por nuestra escuela antigua. Mr. Thierry, como todos los hombres que tienen conciencia y están dotados de un talento verdadero y progresivo, ha corregido lo que le pareció dudoso en las primeras ediciones de su hermosa y sabia *Historia de la conquista de Inglaterra*, y en sus *Cartas sobre la historia de Francia*. Ha modificado algunas de sus opiniones, porque la experiencia ha venido á rectificar ciertos juicios demasiado absolutos; nunca deploraremos bastante el exceso de trabajo que ha privado de la vista á Mr. Thierry. Confiemos en que dictará largo tiempo aun á sus amigos para consuelo de sus admiradores (en cuyo número quiero que me cuente el primero), las páginas de nuestros anales; y la historia tendrá su Homero como la poesía. Tendré nuevas ocasiones de hablar de Mr. Thierry en este prefacio, del mismo modo que me he complacido en poderle citar y en apoyarme en su autoridad en estos *Estudios históricos*.

El *Curso de Historia* de Mr. Guizot en lo concerniente á la segunda raza, es de gran mérito: se podria no convenir con el docto profesor en algunos pormenores; pero ha distinguido con una razon ilustrada las causas generales de la descomposicion y recomposicion del órden social en los siglos VIII y IX. Hállanse igualmente lecciones curiosas sobre la literatura civil y religiosa, y multitud de hechos exactos, bien observados y escritos con imparcialidad. Mr. Guizot ha sido reemplazado en su cátedra, por uno de los escritores jóvenes de nuestra época que se ha anunciado en Francia con el mayor brillo, Mr. Saint-Marc Girardin.

Mr. Sismondi, conocido por su *Historia de las repúblicas italianas*, es un autor de mérito que se ha consagrado á la historia de Francia con una aficion digna de elogio. Harto preocupado quizá con las ideas modernas, ha juzgado demasiado lo pasado por lo presente; un poco de acrimonia filosófica, natural sin duda, le ha hecho tratar severamente á algunos hombres y reinados; pero ha sido uno de los primeros que han penetrado el partido que los pueblos pueden sacar hasta de sus crímenes; las elucubraciones de este sabio analista deben leerse con precaucion pero estudiarse con fruto.

Aunque estoy de acuerdo con los escritores que acabo de citar, sobre la mayor parte de los hechos que han rectificado en nuestros historiadores de la antigua escuela, tales como la semejanza que dichos historiadores establecian entre los Francos y los Franceses, la supuesta emancipacion de las municipalidades, por Luis el Gordo, etc. no lo estoy sin embargo en otros puntos, y me veo obligado á diferir de la opinion de estos maestros.

La inexorable historia rechaza los sistemas mas ingeniosos cuando no están apoyados en documentos auténticos.

Se habla como del descubrimiento mas importante de la escuela moderna de una segunda invasion de los Francos, es decir, de una invasion de los Francos de Austrasia al reino de los Francos de Neustria; invasion que se supone haber sido la causa del encumbramiento de la segunda raza.

Para admitir semejante novedad, preciso es, en mi concepto referirse á algo mas que á meras conjeturas. ¿Infiérese de los pasajes inéditos, de los documentos, de los diplomas desconocidos hasta el dia? No: nada positivo se ha citado en apoyo de una asercion cuyas pruebas cambiarian los tres primeros siglos de nuestra historia: nos vemos, pues, precisados á indagar en qué apariencia de verdad se funda un hecho que debian recordar todas las crónicas. ¡Qué! ¿se habrá descubierto de repente en el siglo XIX una segunda invasion de los Francos, sin que nadie haya oido hablar de ella antes de esta época? ¿Ni los benedictinos, ni los sabios de la Academia de las Inscripciones, ni hombres como Tillet, Duchesne, Baluze, Bignon, Adriano de Valois, ni todos los historiadores de Francia, por diversas que hayan sido sus opiniones y doctrinas; ni los críticos como Scalígero, Du-Plessis, Bullet, Bayle, Secousse, Gibert, Treret, Lebeuf; ni los publicistas como Bodin, Mably, Montesquieu, habrian visto nada sobre este asunto? Esto solo me haria dudar, porque no tengo seguridad alguna en mis propias luces. Hace sin embargo treinta años que leo con la pluma en la mano los documentos de nuestra historia, y no he descubierto el menor vestigio de un acontecimiento que debiera haber producido tan grave revolucion.

Pronto siempre á reconocer la superioridad de los demás y mi propia debilidad, cediendo quizás con harta ligereza, á los consejos y á las críticas, he disputado conmigo mismo para convencerme de una cosa que los hechos me negaban. Pepino de Heristal, duque de Austrasia, al frente del ejército austrasiano derrotó á Thierry III, rey de Neustria, y usurpó su autoridad con el nombre de mayordomo de palacio hácia el año 690 ¿Será esto lo que habrán calificado de segunda invasion de los Francos?

Pero despues del establecimiento de estos en las Galias, desde Clovis hasta Pepino, gefe de la segunda raza, los reinos de los Francos se habian hostilizado sin cesar unos á otros, consecuencia inevitable del repartimiento de la sucesion real, que se reprodujo en los reinados de los descendientes de Carlo-Magno. Así se habian formado y desaparecido alternativamente los reinos de Metz, Soisons, Orleans, París, Borgoña, y Aquitania. Sospecho que se haya calificado de nueva invasion de los Francos alguna otra guerra civil entre las tribus francas.

No me parece mejor demostrado que los Francos de Austrasia fuesen mas numerosos, y hubiesen conservado mejor el carácter sálico que los Francos de Neustria. Los Francos neustrasianos no se extendian mas allá del Loira: el pais que se extendia á la otra parte de este rio reconocia apenas su autoridad, y se veian obligados á llevar allí sus armas; el mismo Mr. Thierry cita un ejemplo de los estragos que á su paso cometian. Estoy convencido de que los sabios cuyas opiniones no admito en este punto, examinarán á su vez con mas detenimiento un hecho tan grave. Quizá á su vez me echarán en cara mi atrevimiento, cuando me vean dudar sobre el significado que se da á la palabra *franco*, y no tener seguridad de que haya existido jamás

una *liga* de pueblos germánicos conocidos con el nombre de *francos* por la razon misma de su *confederacion*.

Pasemos á los escritores de la escuela moderna del sistema fatalista.

Llaman principalmente la atencion dos de estos escritores: unidos entre sí por el triple lazo de la amistad, de la opinion y del talento, se han repartido la narracion de los fastos revolucionarios.

Mr. Mignet ha encerrado en una obra breve y filosófica, los sucesos que Mr. Thiers ha presentado bajo mas extensas formas. Hállase en el primero multitud de rasgos tales como el siguiente: «Las revoluciones que ocupan á muchos gefes no se entregan sino á uno solo.»—En revolucion todo depende de la primera negativa y de la primera lucha. Para que se verifique pacíficamente una innovacion, es preciso que no encuentre oposiciones; porque en este caso, en lugar de reformadores sabios y prudentes no se muestran en la escena sino reformadores extremados é inflexibles.... Con una mano combaten para defender su dominacion, y con la otra fundan un sistema para consolidarla.»

El retrato de Danton está trazado con mano maestra: «Danton, dice el autor, era un revolucionario gigantesco.... Danton á quien se ha denominado el Mirabeau del populacho, tenia mucha semejanza con aquel tribuno de las clases elevadas. Este poderoso demagogo presentaba una mezcla de vicios y de cualidades contrarias. Aunque se habia vendido á la córte, no era sin embargo vil, porque hay caracteres que saben dar brillo á la bajeza.... Una revolucion era á sus ojos un juego en que el vencedor, si la necesitaba, ganaba la vida del vencido.» La lucha de Robespierre contra Camilo Desmoulins y Danton está representada con sumo interés, y el historiador interpola en su narracion los discursos y las palabras de aquellos hombres sanguinarios. Danton, en el momento de perecer, pesaba así sus destinos: «Mas quiero ser guillotinado que guillotinador: nada vale mi vida y la humanidad me fastidia.» Aconsejábanle que partiese: ¡Partir! ¿Puede uno acaso llevarse la patria en la suela del zapato?» Encerrado en el calabozo que habia ocupado Hebert, decia: «En esta misma época fue cuando hice instituir el tribunal revolucionario: pido perdon á Dios y á los hombres, pues no era mi intencion que llegase á ser el azote del género humano.» Interrogado por el presidente Dumas, respondió «Soy Danton, tengo treinta y cinco años, y mi mansion será pronto la nada.» Sentenciado gritó: «Arrostro en pos de mi á Robespierre: Robespierre me sigue.» El terror ha pasado en estas palabras á la narracion del historiador.

Hablando el autor de la muerte de Robespierre, dice: «El hombre de faccion debe perecer en los cadalsos como los conquistadores en la guerra.» Aquí brilla la elocuencia aplicada á la razon.

Mr. Mignet ha trazado un bosquejo bellísimo, y Mr. Thiers ha pintado el cuadro. Voy á poner á la vista de mis lectores la muerte de Mirabeau y la de Luis XVI, tanto mas, cuanto que no teniendo el autor que representar personajes plebeyos, objeto de su predileccion, admira sin embargo la verdad de su conviccion y de su talento, superando en él la seduccion de su sistema. Conozco que si hubiese de hablar como historiador de Mirabeau y de Luis XVI, seria mas severo que Mr. Thiers; preguntaria si todos los vicios del primero pertenecian á un político eminente, y si todas las virtudes del segundo eran las de un gran monarca. «Mirabeau, dice el autor, sorprendió principalmente en esta ocasion por su audacia; nunca quizá habia subyugado tan imperiosamente la Asamblea. Pero se aproximaba su fin, y aquellos eran sus últimos triunfos.... La filosofía y el humor festivo brillaron en sus postreros instantes. Pálido y con los ojos profundamente hundidos, parecia muy otro en la tribuna, y acometíanle con frecuencia repentinos síncopes. Los excesos del placer y del trabajo, y las emociones de la tribuna, habian gastado en poco tiempo aquella complexion tan vigorosa.... Tomó por última vez la palabra cinco veces seguidas, y salió fatigado para no volver á presentarse mas: el lecho de muerte le recibió, y solo lo entregó al panteon. Habia exigido de Cabanís que no se llamasen mas médicos, y sin embargo, no se le obedeció; aquellos vieron acercarse la muerte, que se habia apoderado ya de los piés, siendo la cabeza la última que sucumbió á ella, cual si la naturaleza hubiera querido dejar brillar su genio hasta el último instante. Un pueblo inmenso se apiñaba en torno de su morada, y ocupaba todas las avenidas en el mas profundo silencio.... Mirabeau mandó abrir las ventanas: Amigo mio, dijo á Cabanís, hoy moriré: ya no falta mas que cubrirse de perfumes, coronarse de flores y rodearse de músicas para entrar apaciblemente en el sueño eterno. De tiempo en tiempo los agudos dolores interrumpian tan nobles y tranquilos discursos. Habiais prometido, dijo á sus amigos, ahorrarme padecimientos inútiles. Al decir esto pidió con instancia opio: y habiendósele negado, lo exigió con su acostumbrada violencia. Entonces, para satisfacerle, le entregaron una copa, persuadiéndole que contenia aquella droga. Asió la bebida que creia mortal, y pareció quedar contento: un instante despues espiró. Era el 20 de abril de 1591................
La Asamblea interrumpió sus trabajos, se decretó un luto general, y se prepararon magníficas exequias. Pidióse que algunos diputados acompañasen el cadáver: Todos iremos, gritaron los demás. La iglesia de Santa Genoveva se erigió en Panteon con este rótulo, que no existe en el momento en que refiero estos hechos:

A LOS HOMBRES GRANDES LA PATRIA RECONOCIDA. Se ha vuelto á colocar esta inscripcion: ¿Subsistirá? ¿Quién sabe lo que encierra el porvenir? ¿Quién conoce á los hombres grandes y quién los juzga? No quiero proseguir investigacion alguna bajo la losa de un sepulcro; cuando la muerte ha aplicado su mano al rostro de un hombre, no queda lugar para el insulto: pero las pasiones políticas son menos escrupulosas y con tal que una revolucion llegue á durar algunos años, pocas glorias permanecen seguras en la tumba. Comparando la narracion de Mr. Thiers con la de Madama de Staël, se podrá sorprender algunos secretos del talento.

Pasemos á la muerte de Luis XVI. Apoderándose la inocencia de la víctima, del ingenio del autor, le subyuga y se reproduce toda entera en estas elocuentes palabras:

«En Paris reinaba un estupor profundo: la audacia del nuevo gobierno habia causado el efecto ordinario que produce la fuerza en las masas: habíalas paralizado y reducido al silencio. El consejo ejecutivo estaba encargado de la dolorosa mision de hacer cumplir la sentencia. Hallábanse reunidos todos los ministros en la sala de sus sesiones, y parecian llenos de consternacion: resonaban los tambores en la capital, y todos los ciudadanos á quienes ninguna obligacion llamaba á figurar en aquella jornada terrible, se ocultaban en sus casas. Veianse cerradas las puertas y las ventanas, y cada cual aguardaba en su morada el triste acontecimiento. A las ocho salió el rey del Temple. En la delantera del carruaje iban algunos oficiales de gendarmeria, á quienes confundia la piedad y resignacion de la víctima. Una multitud armada formaba la carrera y el coche caminaba lentamente en medio del silencio universal. Habíase dejado un espacio vacío alrededor del cadalso, que rodeaban los cañones; y el vil populacho, pronto siempre á ultrajar al genio, á la virtud y al infortunio se situaba detrás de las filas de los federados, y él solo daba señales exteriores de satisfaccion.»

Las campañas de Italia formaban en la obra de Mr. Thiers un episodio separado, que bastaria por sí solo para señalar al autor un rango elevado entre los historiadores. Despues de este homenaje sin reserva, tributado á los gefes de la escuela fatalista, juzgo me será permitido aventurar algunas reflexiones sobre su sistema, porque se ha abusado mucho de él.

Los discípulos, como sucede siempre, careciendo del talento de sus maestros, juzgan excederles en mérito exagerando sus principios. Ha aparecido una escasa secta de teoristas del terror, cuyo objeto exclusivo es justificar los excesos revolucionarios: especie de arquitectos con esqueleto y cabeza de muerto, como los que se encuentran en las catacumbas de Roma. Tan pronto les parecen los asesinatos producciones llenas de ingenio, como dramas terribles, cuya grandeza cohonesta su sangrienta crueldad. Convierten los acontecimientos en personajes, y si bien no dicen.



LOS TITULOS DE LA NOBLEZA SON ARROJADOS AL FUEGO.

«Admirad á Marat» gritan: «Admirad sus obras:» el homicida no es una hermosa figura, pero el homicidio es divino. Los miembros de los comités revolucionarios pudieron muy bien ser asesinos públicos, pero sus asesinatos son sublimes; examinad sino los grandes resultados que produjeron: los hombres nada son: las cosas lo son todo, y á estas no se las debe culpar. En otro tiempo se decia: «Aborreced al crímen y perdonad al criminal.» Si se diera crédito á los parodistas de MM. Thiers y Mignet, la máxima deberia expresarse en sentido inverso y seria preciso decir: Aborreced al criminal y perdonad.... ¿Qué digo? amad, respetad el crímen.

Necesario es que el historiador, segun el sistema, refiera las mayores atrocidades sin indignacion, y hable de las virtudes mas elevadas sin amor; que con una mirada indiferente considere la sociedad como sometida á ciertas leyes irresistibles, de suerte que cada cosa acontezca como debia acontecer, esto es, inevitablemente. El inocente ó el hombre de talento

debe morir, no porque sea inocente ú hombre de talento, sino porque su muerte es necesaria, y porque su vida opondria obstáculos á un hecho general colocado en la serie de los acontecimientos. En tal caso nada es la muerte; es un mero accidente mas ó menos patético: preciso era que tal ó cual individuo desapareciese para el progreso de tal objeto, para la realizacion de tal verdad.

Hállanse mil errores detestables en este sistema. Introducida la fatalidad en los acontecimientos humanos, no tendria siquiera la ventaja de trasladar á la Historia el interés de la fatalidad trágica. Véase un personaje víctima, en la escena, de su inexorable destino; veásele perecer á pesar de sus virtudes, y resulta un no sé qué terrible de este resorte puesto en movimiento por el poeta. Pero represéntese la sociedad como una especie de máquina que se mueve ciegamente en virtud de leyes físicas ocultas; verifíquese una revolucion solo porque debe verificarse; que bajo las ruedas de su carro, como bajo las del carro indio, sean aplastados á la aventura inocentes y culpables; que el indiferentismo ó la piedad sean una misma cosa



ORÍGEN DE LOS FEUDOS, FÓRMULA DEL JURAMENTO.

respecto del vicio y de la virtud; y esta fatalidad del objeto, esta impasibilidad del hombre serán brutales, no trágicas. Este nivel histórico, lejos de manifestar vigor, descubre tan solo la impotencia del que lo emplea en los hechos. Me atrevo á asegurar que los dos historiadores que han producido tan malhadados imitadores eran muy superiores á la opinion, cuyo gérmen se ha creido encontrar en sus obras.

¡No! Si se separa la verdad moral de las acciones humanas, falta la regla para juzgar tales acciones; se suprime la verdad moral de la verdad política, carece esta de fundamento, y entonces no hay razon alguna ya para preferir la libertad á la esclavitud, ni el órden á la anarquía. *¡Mi interés!* respondereis. ¿Y quién os ha dicho que es mi *interés* el órden y la libertad, si amo el poder á semejanza de tantos revolucionarios? Si quiero apoderarme de lo que deseo, si no me contento con ser un ciudadano pobre y os-

curo, ¿á nombre de qué ley me obligareis á doblegarme bajo el yugo de vuestras ideas?—Por medio de la fuerza. ¿Y si soy yo el mas fuerte?—Destruyendo la verdad moral me restituireis al estado de la naturaleza, y todo me será permitido, os contradecis á vosotros mismos cuando con el objeto de contenerme me hablais de ciertas necesidades que no reconozco. Mi regla es mi brazo: lo habeis desencadenado, lo extenderé para robar ó herir, segun convenga á mi ambicion ó á mis odios.

Gracias al cielo, no es cierto que un crímen sea útil nunca, ni que la injusticia sea en tiempo alguno necesaria. No digamos que si en las revoluciones no hubiese perecido este ó aquel hombre inocente ó ilustre, contrario á estas revoluciones, habria paralizado su curso, y que el todo no debe sacrificarse á la parte. Cierto es que ese hombre virtuoso ó de talento hubiera podido amortiguar el movimiento; pero la injusticia ó el crímen ejecutados en su persona, retrasan mil veces mas ese movimiento. El recuerdo de los excesos revolucionarios ha sido y es todavía entre nosotros el mayor obstáculo para el establecimiento de la libertad.

Si pasando en silencio los bienes que ha hecho la revolucion, las preocupaciones que ha destruido y las libertades que ha establecido en Francia, se trazará la historia de la revolucion por sus crímenes, sin añadir una sola palabra ni una sola reflexion al texto, expresando tan solo integramente todos los horrores propalados y cometidos en París y en las provincias por espacio de cuatro años, esta cabeza de Medusa haria retroceder tantos siglos al género humano que llegaria hasta los ultimos límites de la esclavitud, porque aterrada la imaginacion se resistiria á creer que en semejantes atentados se ocultara el menor destello de bien. Tan extraño error es este, como el de ensalzar semejantes crímenes para hacer amable la revolucion. No fueron el año 1793 y sus excesos los que produjeron la libertad: aquel tiempo de anarquía originó tan solo el despotismo militar; y aun duraria este si el que habia hecho su cómplice á la gloria, hubiera sabido mostrar cierta moderacion en los goces de la victoria. El régimen constitucional brotó de las entrañas del año 1789, y hemos vuelto despues de largos estravios al punto de partida; mas, ¡cuántos viajeros han quedado en el camino!

Todo cuanto puede hacerse por medio de la violencia, hubiérase podido ejecutar al abrigo de la ley, pues el pueblo que tiene la fuerza para proscribir, la tiene asimismo para obligar á la obediencia sin proscripcion. Si admitis que alguna vez es permitido faltar á la justicia bajo el pretesto del bien público, ved aquí á lo que os conduce esta máxima: hoy sois los mas fuertes, matais á nombre de la libertad, la igualdad y la tolerancia; pero mañana sereis los mas débiles, y otros darán muerte á nombre de la esclavitud, de la desigualdad y del fanatismo, ¿Qué respondereis? Serviais de obstáculo á lo que se queria, y ha sido necesario haceros desaparecer: necesidad enojosa sin duda alguna, pero al fin es necesidad: estos son vuestros principios, sufrir, pues, sus consecuencias. Mario derramaba la sangre en nombre de la democracia, y Sila en el de la aristocracia, en tanto que Antonio, Lépido y Augusto creyeron útil cercenar las cabezas que soñaban todavía con la libertad romana. No censuraremos á los asesinos de la Saint Barthelemy, toda vez que se veian obligados (á pesar suyo sin duda) á obrar así para conseguir sus fines.

Solamente perecieron seis mil víctimas, se dice, por órden de los tribunales revolucionarios. Este aserto es inexacto. Tomemos las cosas desde su orígen.

El primer número del *Boletin de las Leyes* contiene el decreto por el cual se instituyó el *tribunal revolucionario;* consérvase este decreto al frente de aquella coleccion, no para hacer uso de él, supongo, en tiempo ni ocasion alguna, sino como una inscripcion terrible grabada en el frontispicio del templo de las leyes, para aterrar al legislador é inspirarle horror á la injusticia. Declara el decreto que el único castigo aplicado por el tribunal revolucionario, es la pena de muerte. El artículo 9.° autoriza á todo ciudadano para prender y conducir ante los *magistrados* á los *conspiradores* y los *contrarevolucionarios;* el artículo 13 dispensa de la prueba de testigos, y el artículo 16 priva de defensor á los *conspiradores.* Este tribunal no permitia apelacion.

Hé aquí por de pronto la gran base sobre la cual es necesario sentar nuestra admiracion: ¡Honor á la equidad revolucionaria! ¡Honor á la justicia de las cavernas! Examinemos ahora los actos dimanados de aquella justicia. El republicano Prudhomme, que no aborrecia la revolucion y que escribió cuando la sangre no habia perdido aun su calor, nos ha dejado seis volúmenes de pormenores. Dos de estos volúmenes están consagrados á un diccionario donde se halla inscrito cada *criminal* por órden alfabético con su nombre, apellido, edad, patria, calidad, domicilio, profesion, fecha y causa de su sentencia, dia y sitio de la ejecucion. Encuéntranse entre los guillotinados 18,613 víctimas, repartidas de este modo:

Ex-nobles.	1,278
Señoras, id.	750
Mujeres de labradores y artesanos.	1,467
Religiosas.	350
Clérigos.	1,135
Plebeyos de distintos estados. . .	13,633
Total:	18,613

Mujeres muertas á consecuencia de abortos.	3,400
Mujeres embarazadas y parturientes.	348
Mujeres muertas en la Vendée. .	15,000
Niños id., id.	22,000
Muertos en la Vendée.	900,000
	940,748
Víctimas durante el proconsulado de Carrier en Nantes.	32,000
Niños fusilados.	500
Idem ahogados.	1,500
Mujeres fusiladas.	264
Idem ahogadas.	500
Clérigos fusilados.	300
Idem ahogados.	460
Nobles ahogados.	1,404
Artesanos id.	5,300
Víctimas de Lion.	31,000
	73228

No comprendemos en este cuadro los asesinados en Versailles, en los Carmelitas, en la Abadía y en la nevera de Aviñon; ni los fusilados de Tolon y de Marsella despues de los sitios de estas dos ciudades; ni el degüello de la pequeña ciudad provenzal Bedoin, cuya poblacion pereció por completo.

Para la ejecucion de la ley del 21 de setiembre de 1793 sobre los sospechosos, fueron instalados en toda la superficie de la Francia mas de cincuenta mil comités revolucionarios, que segun los cálculos de Cambon, individuo de la Convencion, costaban anualmente quinientos noventa y un millones del papel llamado *asignado.* Cada miembro de estos comités recibia tres francos diarios y su número ascendia á quinientos cuarenta mil: de este modo eran quinientos cuarenta mil los acusadores que tenian derecho de condenar á muerte.

Contábanse solo en París setenta comités revolucionarios; y cada uno de ellos tenia su cárcel para detener á los sospechosos.

Obsérvese que no son solo los *nobles*, los *sacerdotes* y los *religiosos* los que figuran aquí en el registro mortuorio; si se tratara tan solo de tales personas, el terror seria verdaderamente virtud: *¡Canalla! ¡raza de necios!* Pero es el caso que perecieron diez y ocho mil nuevecientos veinte y tres individuos de diferentes estados, no nobles; dos mil doscientas treinta y una esposas de labradores ó artesanos; dos mil niños guillotinados, ahogados y fusilados; y en Burdeos se guillotinaba por el crimen de *negociantismo*. ¡Las mujeres! ¿Sabeis que en ningun país, en ninguna época, en ninguna nacion del mundo, ni en proscripcion política alguna, han sido entregadas las mujeres al verdugo, exceptuando algunos hechos aislados de Roma en tiempo de los emperadores, y de Inglaterra en el de Enrique VIII, la reina María y Jacobo II? Unicamente el Terror ha ofrecido al universo el infame y despiadado espectáculo del asesinato jurídico de las mujeres y los niños en masa.

El girondino Rivuffe, prisionero con Vergniaud, con madama Roland y sus amigas de la Consergería, refiere lo que sigue en sus *Memorias de un preso*: «Las mujeres mas hermosas, las mas jóvenes, las mas interesantes caian confundidas en aquel abismo (la Abadía), del que salian para ir á docenas á inundar con su sangre el cadalso.

»Hubiérase podido decir que el gobierno estaba en manos de esos hombres depravados, que no contentos con insultar al sexo de la hermosura con sus monstruosos apetitos, le profesaban ademas un odio implacable. Jóvenes embarazadas, otras recien paridas y que permanecian aun en el estado de debilidad y palidez consiguiente á este esfuerzo extraordinario de la naturaleza, estado que respetaran los pueblos mas salvajes; jóvenes en cuyos pechos se habia suspendido de repente el curso del primer alimento del niño, ó á causa del espanto ó por haberlas arrebatado los hijos de su seno, eran sepultadas dia y noche en aquel abismo. Llegaban arrastradas de calabozo en calabozo, sujetas sus débiles manos con indignos hierros, y algunas llevaban argollas al cuello. Unas entraban desmayadas y en brazos de los criados de los carceleros, que se reian de ellas, y otras en un estado de estupor é imbecilidad. Hácia los últimos meses particularmente, (antes del 9 termidor), reinaba allí una actividad infernal: crujian dia y noche los cerrojos: llegaban por la tarde sesenta personas para ir al cadalso al dia siguiente, y eran reempladas luego por cien mas, á las que aguardaba dentro del mismo plazo igual suerte.

»Catorce doncellas de Verdun, de un candor sin igual, y que parecian unas vírgenes consagradas á una fiesta pública, pisaron juntas el patíbulo. Desaparecieron á la par sacrificadas en su primavera: el patio de las mujeres, presentaba al otro dia de su muerte el aspecto de un jardin despojado de sus flores por la tormenta. Nunca he visto entre nosotros una desesperacion igual á la que produjo semejante barbarie.

»Perecieron tambien juntas veinte mujeres del Poitou, siendo su mayor parte unas pobres labriegas: paréceme ver todavía á aquellas víctimas desgraciadas; paréceme verlas tendidas en el patio de la Consergería, postradas por el cansancio del largo camino, y durmiendo sobre el empedrado..... En el momento de salir para el suplicio, arrancaron de brazos de una de aquellas desgraciadas, un niño que en aquel instante mamaba una leche cuyo manantial iba á secar el verdugo, ¡Oh gritos del amor maternal, cuán penetrantes fuísteis, mas cuán estériles!... Algunas de estas mujeres murieron en la carreta, y sus cadáveres fueron guillotinados. ¿No ví acaso, pocos dias antes del 9 termidor, otras mujeres arrastradas al suplicio? Habíanse declarado embarazadas... ¡Y son estos los hombres, los franceses á quienes sus mas elocuentes filósofos, predican hace sesenta años la humanidad y la tolerancia!

»Ya se habia practicado en la plaza de San Antonio un inmenso acueducto por donde debia correr la sangre. Preciso es decirlo, por horroroso que sea, todos los dias sacaban en cubos la sangre humana, y en el momento de la ejecucion se ocupaban cuatro hombres en vaciarlos en aquel acueducto.

»A las tres de la tarde bajaban al tribunal estas largas procesiones de víctimas, y atravesaban lentamente bajo anchurosas bóvedas, por medio de los presos que se colocaban en fila con un ansia sin igual para verlas pasar. Yo ví caminar á la muerte con el mismo ademan conque caminaban en otro tiempo á las ceremonias públicas, á cuarenta y cinco magistrados del parlamento de París, y á treinta y tres del de Tolosa; ví pasar con paso lento y seguro á treinta propietarios; los veinte y cinco primeros comerciantes de paños de Sedan, compadecian al acercarse su fin á diez mil jornaleros á quienes dejaban sin pan. Yo ví á aquel Baysser, *terror de los rebeldes de la Vendée*, y el mas apuesto soldado que ha tenido la Francia; yo ví á todos aquellos generales á quienes la victoria acababa de cubrir de laureles, trocados de repente en fúnebres cipreces; ví por último á todos aquellos militares jóvenes tan aguerridos y vigorosos.... caminaban en silencio...! únicamente sabian morir.»

Prudhomme da la última mano á este cuadro:

«La mision de Lebon en los departamentos que lindan con el Norte, puede ser comparada á la aparicion de aquellas negras furias tan temidas en los tiempos del paganismo....

En los dias festivos colocábase la orquesta al lado del cadalso, y Lebon decia á las doncellas que se hallaban allí: «Seguid la voz de la naturaleza, entregaos, abandonaos á los brazos de vuestros amantes....

»Algunos niños á quienes habia corrompido componian su guardia, y eran los espías de sus padres. Algunos de ellos tenian guillotinas pequeñas con las cuales se divertian en dar la muerte á pajarillos y ratones.» Sabido es que Lebon, despues de haber abusado de una mujer que se habia entregado para salvar á su marido, asesinó á este infeliz en presencia de la desventurada esposa, á la que únicamente quedó todo el horror de su sacrificio: género de atrocidad tan comun entonces, que dice Prudhomme no podria contarse su número.

Carrier se distinguió en Nantes. «Cerca de ochenta mujeres sacadas del depósito y conducidas al lugar de la matanza, fueron fusiladas en él: desnudáronlas en seguida, y sus cadáveres permanecieron diseminados por espacio de tres dias.

»Condujeron al mismo lugar para fusilarlos á quinientos niños de ambos sexos, de los que el mayor número rayaba apenas en los catorce años. Nunca se viera un espectáculo mas tierno y espantoso: la pequeñez de su estatura puso á muchos al abrigo de los tiros; desatáronse las ligaduras, y se derramaron por los batallones de sus verdugos buscando un refugio entre sus piernas, á los que se abrazaron fuertemente, halzando hácia ellos sus rostros, en que estaban pintados la inocencia y el horror. Mas esto no causó impresion alguna en sus asesinos, que los degollaron á sus piés.»

Ahogados en Nantes:

«Multitud de mujeres, embarazadas la mayor parte, y otras con sus hijos en brazos, fueron llevadas á bordo de las gabarras.... ¡Las inocentes caricias y la sonrisa de las tiernas víctimas, excitan en el alma de sus llorosas madres un sentimiento que acaba de despedazar sus entrañas; corresponden con efusion á tan dulces halagos pensando que es por la última vez!... Una de ellas acababa de parir en la playa, y sus verdugos la concedieron apenas el tiempo necesario para

x 9 termidor (27 julio 1794). célebre día que puso fin al reino de Robespierre y al régimen del terror.

terminar este doloroso trance: adelantáronse los asesinos, las amontonaron en las gabarras, y despues de haberlas desnudado, les ataron las manos á la espalda. Resonaron entonces por todas partes los gritos mas penetrantes, las mas amargas imprecaciones de las desgraciadas madres contra sus verdugos: Fouquet, Robin y Lamberty respondian á sablazos, y la tímida belleza, bastante ocupada ya en ocultar su desnudez á los mónstruos que la ultrajaban, aparta estremecida sus miradas de su compañera desfigurada por la sangre, y que vacilante ya entre la muerte y la vida, exhala el último suspiro á sus piés. Suena la formidable señal: los carpinteros levantan al golpe de sus hachas las troneras, y el mar sumerge para siempre á las desventuradas.»

¡Ved aquí el objeto de vuestros himnos! ¡Millares de ejecuciones en menos de tres años, y en virtud de una ley que privaba á los acusados de testigos, de defensores y de apelacion! ¿Habeis olvidado que la memoria de una sola sentencia injusta, la de Sócrates, ha atravesado veinte siglos para deshonrar á sus jueces y á sus verdugos? Para entonar el canto de triunfo, seria preciso aguardar por lo menos á que los padres y las madres, las esposas y los hijos, los hermanos y las hermanas de las víctimas hubiesen muerto; empero pueblan todavía la Francia mujeres, ciudadanos, comerciantes, magistrados, labriegos, soldados, generales, inmensa mayoría de plebeyos que fuisteis víctimas del Terror, ¿os place suministrar nuevo pábulo á este extraordinario espectáculo?

Objétase: una revolucion es una batalla: ¡Comparacion inexacta! En un campo de batalla se recibe la muerte dándola: ambos partidos tienen las armas en la mano. El verdugo combate sin peligro, empuña la soga ó la cuchilla, y le entrega maniatado al enemigo. No sé que nunca se haya dado el nombre de combate á lo que pasó entre Luis XVI, la doncella de Verdun, Bailly, Andrés Chenier; el anciano Malesherbes y el verdugo: El ladron que me espera al extremo de un bosque, juega al menos su vida contra la mia; pero el revolucionario que despues de haberse vendido ya á la córte, ya al partido republicano, enviaba desde el seno de la disolucion carros llenos de mujeres á la plaza del cadalso; ¿qué riesgos corria con tan débiles adversarios?

Los prodigios de nuestros soldados no fueron obra del Terror: produjolos el espíritu militar de los Franceses, que despertará siempre al eco de la trompeta. No fueron los comisarios de la Convencion y las guillotinas, á consecuencia de las victorias, los que restablecieron la disciplina en los ejércitos, sino estos, quienes restauraron el órden en Francia.

La prueba de que aquella época fatal no tenia cosa alguna superior, propia para ser reproducida, es que seria imposible hacerla renacer. Los tumultos y las matanzas populares pertenecen á todos los siglos, á todos los paises; pero una organizacion completa de asesinatos llamados legales; de tribunales que sentencian á muerte en todas las ciudades; de asesinos afiliados que despojan á sus víctimas y las conducen casi sin guardia al patíbulo, no se ha visto sino una vez, ni nunca volverá á verse. Ahora se resistirian los ciudadanos uno á uno: cada cual se defenderia en su casa, en su campo, en la cárcel y hasta en el mismo cadalso. El Terror no fue invencion de algunos gigantes: fue sencillamente una enfermedad moral, una peste. Un médico lleno de entusiasmo por su arte, exclamaba lleno de alegría: «Hemos vuelto á hallar la lepra.» No se volverá á hallar el Terror. No enseñemos al pueblo á amar los crímenes: no queramos pasar por una nacion de ogros, que lame con delicia como el leon sus ensangrentadas quijadas. El sistema del terror llevado al extremo, no es otra cosa que la conquista conseguida por el exterminio; por consiguiente, no es posible consumar bastante pronto todos los holocaustos para que el horror que inspiran no subleve hasta á los atizadores de las hogueras.

La misma admiracion que se concede al terror, se prodigaba á los terroristas con igual sin razon: los que los han tratado de cerca no eran sinó unos miserables, cuya capacidad mental estaba ceñida á límites muy vulgares: héroes del miedo, mataban con el temor de ser asesinados. Lejos de haber formado esos designios profundos que se les suponen en el dia, caminaban sin saber á dónde se dirigian, á merced de su embriaguez y de los acontecimientos. Se ha dado el nombre de inteligencia á los instintos materiales; se ha forjado la teoría con arreglo á la práctica, y del poema se ha deducido la poética. Si algunos de aquellos estúpidos diablos han mezclado casualmente ciertas prendas á sus vicios, estos dones estériles se parecian á los frutos que se desprenden de la rama y se pudren al pié del árbol que los ha producido. Un verdadero terrorista es un hombre mutilado, privado como el eunuco de la facultad de amar y de reproducirse, y háse querido convertir en talento su impotencia.

Que durante la fiebre revolucionaria se encontrasen atroces calumniadores nutridos con sangre como esas inmundas sabandijas que pululan en los muladares; que brujas mas crapulosas que las de Macbet bailasen en torno del caldero donde hervian los miembros desgarrados de Francia, puede tener explicacion; pero que se hallen en el dia hombres que en una sociedad pacífica y bien organizada, se constituyan los mejores apologistas de aquellas orgías brutales; hombres que inciensan y coronan de flores la cubeta donde caian las cabezas con corona ó con gorro colorado; hombres que entonan la lógica del homicidio, que se hacen maestros en el arte del asesinato, como hay profesores de esgrima: hé ahí lo que no se comprende.

Desconfiemos de este movimiento del amor propio que nos hace creer en la superioridad de nuestro talento y en la fortaleza de nuestra alma, porque miramos á sangre fria las catástrofes mas espantosas: el verdugo maneja los troncos de las víctimas sin conmoverse: ¿prueba esto acaso la firmeza de su carácter ó la sublimidad de su inteligencia? Cuando el mas vil de los pueblos; cuando los romanos del tiempo del imperio corrian al espectáculo de los gladiadores; cuando se degollaban veinte mil prisioneros para divertir á un Neron cercado de prostitutas desnudas, ¿no era esto el terror en gran escala? ¿Alterará el nombre la naturaleza del hecho? ¿Deberemos hallar horrible en nombre de la tiranía, lo que hallaríamos admirable en nombre de la libertad?

Colocar la fatalidad en la historia es desembarazarse del trabajo de pensar, ahorrarse la pena de indagar la causa de los acontecimientos. Mas mérito y dificultad hay en demostrar cómo el extravío de los principios de la moral y de la justicia ha producido desgracias, y cómo estas han originado las libertades, por el regreso á las nociones de la moral y la justicia. Hay sin duda en esto mas dificultad que en colocar la sociedad bajo gruesas manos de almirez, que reducen á masa ó polvo las cosas y los hombres: solo falta soltar la presa de las pasiones, y principiarán las manos de almirez á levantarse y volver á caer. En cuanto á mí, ningun entusiasmo me inspira una segur. He visto clavar cabezas en la punta de una pica, y aseguro que semejante espectáculo es horroroso. He encontrado algunas de esas grandes capacidades que hacian pasear las cabezas, y puedo decir que no hay cosa mas limitada que ellos: el mundo los dirigia y juzgaban dirigir el mundo. Conocí á uno de los mas famosos revolucionarios, hombre ligero, hablador, de un talento muy escaso, y que careciendo enteramente de valor, era de todo punto inútil en los peligros. No me intimidan los destrozadores de carne humana; en vano me dirán que de sus fábricas de podredumbre y

de sangre sacan excelentes ingredientes de los esqueletos molidos con arte: ¡obreros de cadáveres, por mas que pulvericeis la muerte, nunca hareis brotar de ella un gérmen de libertad, un grano de virtud, una chispa de ingenio!

Guarden, pues, los teoristas del terror, si les place su fanatismo de hielo, que les sugiere dos ó tres palabras inexplicables de *necesidad*, *movimiento*, *fuerza progresiva*, bajo las cuales ocultan lo vacio de sus pensamientos: no volveré á leerlos, pero leeré una y mil veces á los dos historiadores á quienes han tomado con tanto desacierto por guias, y cuyo talento me hará olvidar á sus despreciables y salvajes imitadores.

Por lo demás, un autor á quien la libertad debe mucho, el último orador de esas generaciones constitucionales que espiran; un hombre cuya reciente muerte debe aumentar su autoridad, M. Benjamin Constant, ha combatido antes que yo á esos dogmáticos de Terror. Necesario es leer íntegro en sus *Miscelaneas de literatura y de política*, el artículo de que voy á copiar tan solo este pasaje. El Terror no ha producido bien alguno. A su lado ha existido lo que era indispensable á todo gobierno, pero que hubiera existido sin él, y lo que corrumpió y emponzoñó mezclándose con él. . . . .

«Este régimen odioso no ha preparado, como dicen, al pueblo para la libertad; sino á sufrir un yugo cualquiera; ha encorvado las cabezas, pero degradando los ánimos, marchitando los corazones: ha sido útil durante su existencia á los amigos de la anarquía, y su recuerdo sirve ahora á los amigos de la esclavitud y del envilecimiento de la especie humana. . . .

»No habria reproducido tan funestas memorias á no haber pensado que interesaba á la Francia, cualquiera que sea en adelante su destino, no ver confundir lo que es digno de admiracion con lo que solo inspira horror. Justificar el régimen de 1793, pintar crímenes y delirios como una necesidad que pesa sobre los pueblos cuantas veces procuran ser libres, es perjudicar á una causa sagrada mas de lo que podian perjudicar los ataques de sus enemigos mas declarados...

»Distinguid, pues, cuidadosamente las épocas y los hechos; condenad lo que es eternamente culpable: no recurrais á una metafísica abstracta y sutil para prestar á los atentados el pretesto de una fatalidad irresistible que no existe; no despojeis vuestros juicios de toda autoridad, y de todo valor vuestros homenajes.»

Debe consolarnos el pensar que el régimen del Terror no puede renacer, no solo, como ya he dicho, porque nadie se someteria á él, sino tambien porque las causas y las circunstancias que lo produjeron han desaparecido. En 1793, fue preciso demoler el inmenso edificio de lo pasado, y conquistar ideas, instituciones y propiedades. Concíbese fácilmente que un sistema de matanza, aplicado como una palanca á la destruccion de un edificio colosal, pudiese parecer una fuerza necesaria á unos hombres perversos; mas hoy todo está derribado, todo conquistado, ideas, instituciones y propiedades. ¿De qué se trata actualmente? De una forma política mas ó menos republicana, de algunas leyes que deben abolirse ó publicarse, y de ciertos hombres que es preciso reemplazar por algunos otros. Empero, por tan pequeños resultados, que no encuentran ninguna resistencia colectiva, que no lastiman ninguna clase determinada, no se necesita aniquilar una nacion. No se hace terror *á priori*: el terror no fue un plan combinado y anunciado de antemano, sino que vino poco á poco con los acontecimientos; empezó por los asesinatos privados y en tropel de 1789, 1790, 1791 y 1792, para llegar á los asesinatos públicos y metódicos de 1793. Los terroristas no sabian anticipadamente que lo eran. Nuestros terroristas en teoría nos gritan: «Nosotros somos terroristas de gran cuenta; nosotros vamos á establecer un soberbio terror. Venid, y os guillotinaremos, pues somos hombres enérgicos, y el genio es nuestro lado fuerte.» Estos parodistas de terror, estos terroristas de sainete, muy capaces sin duda de mataros si los desafiais, por via de prueba, serian incapaces de sostener tres dias consecutivos el instrumento de la muerte, que en breve caeria sobre sus cabezas.

DE ESTOS ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Tiempo es ya de dar cuenta de mis propios *Estudios*. He aducido en mi *Prólogo* las razones por las cuales no seré leido y las causas por qué pierdo el último gran trabajo de mi vida; pero en fin, si en algun momento robado á la gravedad de las catástrofes presentes; si en esos breves intérvalos de descanso que separan los acontecimientos en las revoluciones, algunos hombres estudiosos se ocupasen de mis observaciones, voy á ahorrarles el trabajo de pasar adelante. Cuando se haya echado una mirada sobre la conclusion de este prefacio, se podrá decir, si se quiere, que se ha leido mi obra, y se estará en el caso de aprobarla ó combatirla sin haberla leido, si por casualidad tiene alguno el tiempo ó el capricho de empeñar una controversia literaria.

He dado á la primera parte de mi trabajo el título de *Estudios Históricos*, dejándole no obstante el de *Discursos* que primero habia elegido. He pensado que el título de *Estudios* convenia mejor á la modestia de mi tarea, que me daba mas libertad para hablar de varios asuntos enlazados con el principal, y no me obligaba á sostener de continuo mi estilo en la altura del discurso.

En la *Introduccion* expongo mi sistema, y defino las tres verdades fundamentales del órden social la verdad religiosa, la verdad filosófica ó la independencia del espíritu del hombre, la verdad política ó la libertad. Opino que todos los hechos históricos nacen del choque, de la division ó de la alianza de estas tres verdades. Adopto por verdad religiosa la verdad cristiana, no como Bossuet, haciendo del Cristianismo un círculo inflexible, sino uno que se extiende á medida que las luces y la libertad se desarrollan. El Cristianismo ha tenido varias eras: su era moral ó evangélica, su era de los mártires, su era metafísica ó teológica, su era política, y ha llegado á su era ó su siglo filosófico.

El mundo moderno tiene su nacimiento al pié de la cruz. Las naciones modernas se componen de los tres pueblos pagano, cristiano y bárbaro; de aquí la necesidad para conocerlos bien, de remontarse á su orígen; de aquí la obligacion para el historiador de tomar los hechos desde el tiempo de Augusto, en que principia á la vez el imperio romano, el Cristianismo y los primeros movimientos de los bárbaros.

Tenemos, pues, la historia del imperio romano mezclada con la del Cristianismo, el cual ataca en el interior la sociedad pagana, mientras que los bárbaros la asedian en el exterior; y la historia de las invasiones sucesivas de los bárbaros, distinguiendo dos principales: una cuando los bárbaros no habian aun recibido la fe; otra cuando eran ya cristianos.

Hé aquí los vicios principales de la sociedad antigua; estaba fundada sobre dos abominaciones: el politeísmo y la esclavitud. El politeismo falseando la verdad religiosa, esto es, la unidad de Dios, falseaba todas las verdades morales, al paso que la esclavitud destruia todas las verdades políticas.

Hé aquí la filosofía de los paganos: doctrina que comunicó al Cristianismo, y doctrinas que este recibió de ella. Los filósofos griegos hicieron salir la filosofía de los templos y la encerraron en las escuelas: los sacerdotes cristianos la hicieron salir de las escuelas y la extendieron por todos los hombres.

El politeismo se encontró en el reinado de Juliano en la misma situacion en que se halla el Cristianismo en nuestros dias; con la diferencia de que al presente no existe un culto que pueda reemplazar al Cristianismo, mientras en tiempo de Juliano, este estaba preparado y dispuesto á sustituir la religion antigua. Inútiles fueron los esfuerzos de Juliano para hacer retrogradar su siglo: el tiempo no retrocede, y el campeon mas audaz no podria obligarle á quedar un paso atrás. Merced á la conversion de Constantino y á la destruccion de los templos, la verdad política comienza á inocularse en la sociedad por medio de la moral cristiana y de las instituciones de los bárbaros. Entre los grandes trastornos que ocurrieron en el órden social, por el Cristianismo, debemos señalar principalmente la *emancipacion de las mujeres*, que sin embargo no ha sido sancionada todavía por la ley, y el *principio de la igualdad humana*, desconocido de la antigüedad politeista.

Todos los orígenes de nuestra sociedad han sido referidos á dos siglos anteriores á su verdadera época. Constantino, que reemplazó el gran patriarcado por una nobleza titulada, y que trocó con sus demás instituciones la naturaleza de la sociedad latina, es el verdadero fundador del poder real moderno, en lo que conservó del carácter romano.

Entre las monarquías bárbaras y el imperio puramente latino-romano, hubo un imperio romano-bárbaro que duró cerca de un siglo antes de la deposicion de Augústulo. Los historiadores no han hecho esta observacion, la cual explica por qué en el momento de la fundacion de los reinos bárbaros, nada pareció cambiar en el mundo: con mas ó menos infortunios veíase siempre en la escena los mismos hombres y las mismas costumbres.

Habiendo llegado al través de los acontecimientos, á la ereccion del reino de Italia por Odoacro, y á la del reino de los francos por Clovis, me detengo, y presento separadamente los tres grandes cuadros de las costumbres, de las leyes y de la religion de los paganos, los cristianos y los bárbaros.

Concentracion de todas las filosofías y de todas las religiones en el Asia hebrea, persa y griega. Escuela famosa de los profetas. Sistemas filosóficos, herejías judáicas y griegas: afinidades de los sistemas filosóficos y de las herejías. La herejía mantuvo la independencia del espíritu humano, y fue favorable á la verdad filosófica.

Aquí concluyen los *Estudios históricos*, y adopto un nuevo título para continuar mi marcha.

He indicado que mi primer plan era escribir unos *Discursos históricos* desde el establecimiento del Cristianismo, (pasando por el imperio romano, las razas Meroringia y Carlovingia y la raza de Capeto), hasta el reinado de Felipe VI llamado de Valois. En este reinado me proponia escribir la historia de Francia propiamente dicha, llegando á la época de la revolucion; no me habia comprometido á publicar en la coleccion de mis *Obras* sino los *Discursos históricos*; mas viendo que la vida huye de mí sin permitirme cumplir mis proyectos, he determinado satisfacer á aquellos de mis lectores que han manifestado el deseo de conocer mi sistema entero sobre la historia de nuestra patria. En su consecuencia trazo un *análisis razonado* de esta historia, durante las dos primeras razas, y una parte de la tercera. Cuando llego á la época en que debia principiar mi historia propiamente dicha, intercalo algunos fragmentos de los reinados de Felipe de Valois y del rey Juan, particularmente las batallas de Creci y de Poitiers, teniendo cuidado de llenar las lagunas con sumarios. Despues de estos dos reinados vuelvo al *análisis razonado*, y lo continúo hasta la muerte de Luis XVI.

Los *Estudios ó Discursos históricos* muy extensos que comprenden desde Augusto hasta Augústulo, muestran por la profundidad de los fundamentos la intencion que tenia de levantar un vasto edificio; me ha faltado el tiempo, y no he podido edificar sobre los cimientos que habia abierto sino una especie de tienda de tablas ó de lienzo, groseramente pintada, representando bien ó mal el monumento proyectado, y adornada con algunos trozos de arquitectura, esculpidos separadamente con arreglo á mis primeros diseños. Sea lo que fuere, voy á explicar los delineamentos de mi plan, ó hablando en otros términos, de mi *análisis razonado*.

En cuanto á las dos primeras razas, adopto generalmente las ideas de la escuela moderna no trasformo los francos en franceses, sino que veo á la sociedad entera dominada por algunos bárbaros hasta el fin de la segunda raza. Sigo el sistema de Mr. Thierry por lo que respecta á los nombres propios de la primera y la segunda raza, porque en efecto, nada fija mejor el momento de la metamórfosis de los francos en franceses, que las alteraciones sobrevenidas en los nombres. Pero no he usado enteramente en los nombres francos la misma ortografía que el autor de las *Cartas sobre la historia de Francia*, no escribiendo, por ejemplo *Khlodowig ó Chlodorrig* en vez de *Clovis*, procurando de este modo no herir aquello á que están acostumbrados nuestros ojos y oidos.

Ademas, justifican mi ortografía los cronistas latinos, germánicos y franceses antiguos: Du Tilles, y principalmente Chantereau y Lefebre, han intentado suavizar algunos nombres, y me parece útil aplicar por fin semejante reforma á nuestra historia. Confieso, no obstante que he sido débil por lo que respecta á Carlo-Magno, pues me ha sido imposible cambiarle en *Karlos el Grande*, excepto cuando he citado al monge Saint-Gallo. ¿Qué quereis? No hay poder bastante contra la gloria, y cuando esta ha compuesto un nombre, forzoso es adoptarlo aunque lo hubiera pronunciado mal. Los griegos eran grandes corruptores de la verdad silábica: su oido poético y desdeñoso, sin cuidarse de la verdad histórica, adaptaba violentamente los nombres bárbaros á la eufonía. Escribo tambien *Karlos el Martel* en vez de *Karlos Martillo*, (*Marteau*); es absolutamente lo mismo en la antigua lengua, y confio que no se me criticará el que siga la costumbre de decir Carlos Martel.

Habia dado principio á numerosas indagaciones sobre los galos; mas habiendo salido á la luz la obra de Mr. Amadeo Thierry, he abandonado mi trabajo, porque es el destino de ambos hermanos instruirme y desalentarme.

Mas si me he sometido á las felices innovaciones de la escuela moderna, tambien combato algunas de sus opiniones. No puedo admitir, por ejemplo, que los Francos fuesen una especie de salvajes semejantes á aquellos con quienes he vivido en América, porque los hechos rechazan esta suposicion. Deshecha igualmente la segunda invasion de los Francos, que habria sentado en el sólio á los Carlovingios, mas arriba dejo expuestos los motivos de mi incredulidad. En cuanto á la escuela antigua, niego su doctrina relativa á la herencia de los reyes de la primera y de la segunda raza; sostengo que la eleccion existia en todas partes, y que no podia haber usurpacion donde dominaba la eleccion. Hay mas aun: siento que la herencia es una cosa nueva en las sucesiones reales, y que lo ignora toda la antigüedad *europea*, y que esta herencia no principió hasta Hugo Capeto en el siglo x, por una razon que indicaré en dos palabras.

La antigüedad romano-bárbara espiró hácia el fin de la segunda raza, y entonces se verificó una de las grandes trasformaciones del género humano por medio del establecimiento del feudalismo. La edad media fue obra del Cristianismo, ejerciendo su accion sobre los bárbaros y sobre las instituciones germánicas.

Antes de entrar en el *análisis razonado* de los reinados de la tercera raza, demuestro cuál era la comunidad cristiana, y cuál la constitucion de la Iglesia, dos cosas distintas entre sí. Pruebo que la Iglesia cristiana era una monarquía electiva, representativa y republicana, fundada en el principio de la igualdad mas completa; que la inmensa mayoría de los bienes de la Iglesia pertenecia á la parte plebeya de las naciones; que una abadía no era sino una casa romana; que el papa, hijo con frecuencia de las últimas clases de la sociedad, era el tribuno y el mandatario de las libertades de los hombres; y que solo en calidad de único representante de una verdad política oprimida, tenia la mision y la autoridad de juzgar y deponer á los reyes. Digo que en aquella época en que desapareció el pueblo, este se hizo sacerdote y conservó bajo este disfraz el uso y la soberanía de sus derechos: esta es la era del Cristianismo, que estaba destinado á penetrar en el Estado y apoderarse del poder temporal cuando todas las luces se concentraron en el clero. La libertad es cristiana.

Se ve, pues, en la presente exposicion que mis ideas sobre el Cristianismo difieren de las del conde de Maistre y de las del abate de Lamennais. El primero pretende reducir los pueblos á una servidumbre comun, dominada á su vez por la teocracia; ó el segundo llamar á los pueblos (salvo error mio), á una independencia general bajo la misma dominacion teocrática. A ejemplo de un ilustre compatriota pido la emancipacion de los hombres, y exijo tambien la del clero, como se verá en estos *Estudios;* mas no creo que el papismo deba ser una especie de poder dictatorial que pese sobre las futuras repúblicas. En mi concepto el Cristianismo se hizo político en la edad media por una necesidad rigurosa, pues cuando las naciones hubieron perdido sus derechos, la religion, que era entonces el único elemento de ilustracion y poder, se constituyó en su depositaria. Mas hoy que los pueblos recobran sus derechos, el papismo abdicará naturalmente las funciones temporales, y resignará la tutela de su pupilo, entrado ya en su mayor edad. Deponiendo la autoridad política conque fue justamente investido en los dias de opresion y de barbarie, el clero volverá á entrar en las vías de la Iglesia primitiva, cuando tenia que combatir la falsa religion, la falsa moral y las falsas doctrinas filosóficas. Pienso que la edad política del Cristianismo espira, que su edad filosófica principia, y que el papismo no será ya en adelante sino el manantial puro en que se conservará el principio de la fe, tomada en el sentido mas racional y lato. La unidad católica se personificará en un gefe venerable que represente en su persona á Cristo: es decir, las verdades de la naturaleza de Dios y de la naturaleza del Hombre. ¡Sea siempre el sumo pontífice el conservador de estas verdades al lado de las reliquias de San Pedro y de San Pablo! Dejemos en la cristiana Roma que todo un pueblo caiga de rodillas bajo las manos de un anciano que lo bendice. ¿Hay algo acaso que pueda conformarse mejor con tantas ruinas? ¿En qué podria desagradar esto á nuestra filosofía? El papa es el único príncipe que bendice á sus súbditos.

La verdad religiosa no será destruida, porque ninguna verdad se pierde; pero se la puede desfigurar, abandonar, negar en ciertos momentos de sofismas y de orgullo, por aquellos que, no creyendo ya en el Hijo del Hombre, son los discípulos ingratos de la nueva sinagoga. Para mí no hay cosa alguna mejor que una institucion consagrada á la custodia de esa verdad de esperanza, donde los espíritus pueden ir á saciar su sed de doctrina, como en la fuente de agua viva de que habla Isaías. No existen ya las antipatías entre las diferentes comuniones: los hijos de Cristo, de cualquier rama que vengan, se han apiñado al pié del Calvario, tronco natural de la familia. Los desórdenes y la ambicion de la córte romana han cesado, y solo han quedado en el Vaticano la virtud de los primeros obispos, la proteccion de las artes y la magestad de los recuerdos. Todo tiende á recomponer la unidad católica; con algunas concesiones de una y otra parte, pronto se pondrán de acuerdo. Repetiré lo que he dicho ya en esta obra: para despedir un nuevo brillo, solo aguarda el Cristianismo un ingenio superior que venga á tiempo á ocupar su destino (1). La religion cristiana entra en una nueva era, y sufre como las instituciones y las costumbres la tercera trasformacion. Cesa de ser política, y se convierte en filosófica sin dejar de ser divina; su círculo flexible se extiende con las luces y las libertades, mientras que la cruz señala para siempre su inmovible centro.

Con la tercera raza se constituye el feudalismo, y en el reinado de Felipe I aparece la edad media en toda la energía de su juventud, con el alma enteramente religiosa, el cuerpo completamente bárbaro, y el entendimiento tan vigoroso como el brazo. El heredamiento y el derecho de primogenitura se establecieron en la persona de Hugo Capeto, con la ceremonia de la consagracion. Esta, ó la eleccion religiosa, ha usurpado la eleccion política; presento las pruebas de este hecho, que ningun historiador, al menos que yo sepa, habia observado hasta hoy.

Los Francos se convierten en Franceses bajo el cetro de los primeros reyes de la tercera raza.

Han existido cuatro monarquías contando desde Hugo Capeto hasta Luis XVI: la monarquía puramente feudal y de los grandes Pares; la de los Estados llamados despues Estados generales; la parlamentaria, en las suspensiones de los Estados, y la monarquía absoluta, que se pierde en la constitucional.

Incidentes de estas diversas monarquías, ó grandes acontecimientos que se enlazaron con ellas, fueron la emancipacion de las municipalidades, (*comunes*), las Cruzadas, etc., etc.

La monarquía feudal era una verdadera república aristocrática federativa; ó mejor dicho, una democracia noble, porque en esta aristocracia no habia pueblo, ni vasallos, sino tan solo esclavos. El nombre *pueblo* no se halla en aquella época en las crónicas, porque efectivamente no existia. El pueblo principió á renacer en el reinado de Luis el Gordo, en las ciudades con los *vecinos*, en los campos con los *siervos emancipados*, y con la recomposicion sucesiva de las propiedades pequeñas y medianas.

Definamos el feudalismo. ¿Qué era el feudo? La mezcla de la propiedad y de la soberanía. La propiedad tomó el carácter del propietario y se hizo conquistadora: el poder, la justicia y la nobleza, fueron unidas á la posesion de las tierras, siendo esta la principal causa de la larga duracion del reinado feudal. Hé aquí algunas pruebas y explicaciones acerca de esto.

El feudo y el alodio eran el combate y la coexistencia de la propiedad segun la sociedad antigua, y la propiedad, segun la sociedad nueva. El mundo feudal fue tan solo un mundo militar en el que todo descansó como en un campamento entre los gefes y los soldados, sobre la subordinacion y los compromisos de honor.

Bajo el feudalismo la esclavitud germánica reemplazó á la esclavitud romana. La servidumbre ocupó el lugar de la esclavitud; este fue el primer paso de la emancipacion de la raza humana, ¡y cosa rara! se debió al feudalismo. El siervo convertido en vasallo, no fue ya sino un soldado armado, pues las armas

(1) Despues de escritas estas líneas, el cardenal Capellari ha sido nombrado papa: es hombre de vasta ciencia y de virtud eminente, que conoce su siglo; ¿mas no ha llegado harto tarde? Formé ardientes votos por esta eleccion en el anterior cónclave.

libertaban á los que las esgrimian. De la servidumbre se pasó al salario, y este se modificó mas adelante, porque no es una libertad completa.

Luis el Gordo no emancipó las municipalidades como lo ha asegurado por espacio de tanto tiempo la antigua escuela histórica; pero el movimiento de insurreccion general de las municipalidades en el siglo XI, que ha observado la escuela moderna, no debe admitirse, sino con restriccion, porque esta escuela se ha dejado arrastrar sobre este punto por el espíritu de sistema.

Las Cruzadas recompusieron los grandes ejércitos modernos, descompuestos por los acantonamientos del feudalismo.

La caballería no tiene su orígen en las Cruzadas, y los novelistas que la refieren al tiempo de Carlo-Magno, no han faltado, como se cree, á la verdad histórica. La caballería comenzó á un mismo tiempo entre os moros y entre los cristianos, á fines del siglo VIII. El autor del poema de *Antar*, y el monge Saint-Gall (que escribian uno y otro las hazañas de los paladines moros y cristianos), Carlo-Magno y Arun-al-Rachild, eran contemporáneos. Pruébase esta antigüedad de la caballería, por las costumbres, los combates, las armas, las artes, los monumentos y la arquitectura.

No hubo caballería colectiva, sino una caballería individual. La caballería histórica ha dado nacimiento á una caballería romántica, y esta, que marchó á la par con la caballería histórica, selló los tiempos de la edad media con un carácter de fantasía y de fábula que es muy esencial distinguir.

La monarquía de los Estados cuyo orígen procede del reinado de San Luis, aunque no se fija su fecha, hasta el de Felipe el Hermoso, nunca entró por completo en las costumbres de Francia; fue siempre débil, porque las dos primeras órdenes, el clero y la nobleza, tenian constituciones particulares y se cuidaban muy poco de una constitucion comun. El tercer Estado, llamado únicamente para votar impuestos, no atendia sino á unirse á la corona para defenderse de las otras dos órdenes. La monarquía parlamentaria debilitaba tambien los Estados, usurpando sus funciones y poderes. Finalmente, el reino no formaba entonces un cuerpo homogéneo, sino que tenia Estados de provincia, y la autoridad de los Estados de la lengua d'Oyl era desconocida á treinta leguas de Paris.

Cuadro general de la edad media en el momento en que la rama de los Valois subió al trono: vida prodigiosa de este siglo; educacion, costumbres privadas, artes, etc.; modo independiente y vigoroso de imitar y apropiarse los autores clásicos. Poblacion y aspecto de la Francia en la edad media: cubrian su suelo mas de ochenta mil monumentos. Admirable arquitectura gótica; su historia. Pudo tener su primer orígen en la Persia. Nació del neo-greco asiático introducido en Europa á un mismo tiempo por dos religiones y por tres caminos distintos: en España por los moros; en Italia por los griegos; en Francia, Inglaterra y Alemania por las Cruzadas.

Aquí abandono el *análisis razonado* para ocuparme de la *historia* misma. Reinados de los Valois. Mudanzas sociales ocurridas en estos reinados: los pueblos se nacionalizan; sepárase la Gran-Bretaña de la Francia, convirtiéndose en su rival y enemiga; forma su constitucion y establece sus libertades.

Fragmentos de los reinados de Felipe VI y de su hijo Juan; guerra de la Bretaña; la Francia es invadida y asolada; batalla de Creci y de Poitiers. La alta y primera nobleza pierde las tres grandes batallas de Creci, Poitiers y Azincourt, y perece casi toda. Muéstrase en la escena una segunda nobleza, que libra á Francia de los Ingleses, y figura por última vez en Yory. El ejército plebeyo ó nacional, que empieza á formarse en el reinado de Carlos VII, se aumenta, y la pólvora, cambiando la naturaleza de las armas, sirve para destruir la importancia militar de la nobleza, que concluye por dar oficiales al ejército cuyas filas constituia en otro tiempo. Si el sistema de las guardias nacionales se generalizara, destruiria el ejército permanente: se volveria á los levantamientos en masa de la edad media, y el llamamiento á los plebeyos destruiria al de los nobles.

En la época de las guerras de Eduardo III, el color nacional francés era el rojo, y el nacional inglés el blanco. Eduardo tomó el rojo como rey de Francia, y nosotros desechamos este color, ya enemigo. El tratado de Bretigny no mutiló la Francia como se ha creido: Felipe casi nada cedió de las provincias de la corona, y no hubo sino señores particulares que mudaron de soberano. Esto no podria compararse en manera alguna con el desmembramiento de la Francia homogénea de nuestros dias.

¿Por qué no se encuentra en nuestra historia sino un centenar de nombres históricos? Porque los cronistas de la monarquía feudal escribieron únicamente la historia del ducado de Paris, y los escritores de la monarquía absoluta, solo nos han dado la historia de la córte.

Despues del reinado de Felipe de Valaois, dejo la *historia* y vuelvo al *análixis razonado*.

Cuadro de los infortunios de la Francia durante el cautiverio del rey Juan: Carlos V y Duguesclin aparecen juntos, como nacidos el uno para el otro; intimidad de sus destinos. Paris se convierte en 1357, en una especie de democracia antigua, en medio del feudalismo; famosos Estados de aquella época; Carlos el Malo, rey de Navarra; sus designios contra el rey Juan. Someter á juicio á un soberano, no es idea que pertenece al tiempo en que vivimos; pruebas históricas de que la aristocracia y la teocracia han juzgado y condenado á reyes mucho tiempo antes de que la democracia haya imitado este ejemplo. Artículo notable y generalmente ignorado del testamento del Carlo-Magno, cuyo artículo supone que los hijos y nietos de este excelente príncipe y hombre grande, á pesar de que eran reyes, podian ser judicialmente tonsurados, mutilados y sentenciados á muerte.

El levantamiento de los paisanos, los furores del jacobinismo y la existencia de las grandes compañías, fueron desgracias que dieron sin embargo por resultado el ejército nacional. Los movimientos de los hombres groseros de la edad media no indicaban sino la independencia del individuo, que procuraba prevalecer á falta de la libertad y de la especie.

Carlos el Sabio, médico paciente, con la mano aplicada al corazon de la Francia y sintiendo que le volvia la vida, hablaba como señor: intimaba al príncipe Negro que compareciese ante su tribunal, enviaba un ugier á prender al vencedor de Poitiers y presentaba una proeza á la gloria.

Calamidades del reinado de Carlos VI, reinado que trascurrió entre la aparicion de un fantasma y la de una pastora. Explícase quién fue esa doncella cantada por los tres grandes poetas, Shakespeare, Voltaire y Schiller; de qué modo lo hicieron.

Carlos VII. La monarquía feudal se descompuso en el reinado de este monarca, y no quedaron ya sino sus hábitos. Variaciones capitales: ejército permanente é impuesto no votado; los dos ejes de la monarquía absoluta. Formacion del Consejo de Estado: separacion de este Consejo del Parlamento y de los Estados Generales. Desde el punto á que habia llegado la sociedad en el reinado de Carlos VII, podia dirigirse á la monarquía libre ó á la monarquía absoluta: distinguese con claridad el punto de interseccion y de enlace de los dos caminos; mas la libertad se detuvo y dejó marchar al poder. La causa de esto fue que despues de la confusion de las guerras civiles y extranjeras, y despues de los desórdenes del feudalismo, la tendencia

de las cosas se inclinaba á la unidad del principio gubernativo. La monarquía en ascenso debia elevarse al mas alto grado de su poder: era preciso que al aniquilar la tiranía de la aristocracia, hubiera principiado á hacer sentir la suya, antes de que la libertad pudiese reinar á su vez. Así se sucedieron en Francia, en un órden regular, la aristocracia, la monarquía y la república: y habiendo abusado del poder, la nobleza, el poder real y el pueblo, se prestaron al fin á vivir en paz bajo un gobierno compuesto de sus tres elementos.

Luis XI ensayó la monarquía absoluta sobre el cadáver palpitante del feudalismo. Este personaje, colocado en los límites de la edad media y de los tiempos modernos, nacido en una época social en que nada estaba concluido y todo principiado, tuvo una forma monstruosa, indeterminada, particular suya, y que participaba de las dos tiranias entre las cuales aparecia. Sus costumbres; sus ideas; su politica: justificacion de la postrera.

Cuando desapareció Luis XI, acabaron de desplomarse las ruinas de la Europa feudal: tómase á Constantinopla; renacen las letras, é invéntase la imprenta: la América en el momento de su descubrimiento: presiéntese la grandeza de la casa de Austria por el enlace de la heredera de Borgoña con la familia imperial. Enrique VII, Leon X, Carlos V y Lutero con la reforma, están cerca. Tócanse ya las orillas de un nuevo universo.

El punto mas elevado de la monarquía de los tres Estados se encuentra en el reinado de Carlos VIII y de Luis XII. Carlos VIII se enlaza con Ana, heredera del ducado de Bretaña. Guerras de Italia. Desde que los reyes de Francia rompieron el último eslabon de la cadena aristocrática, pudieron marchar fuera de su país á la cabeza de la nacion.

Luis XII contrajo matrimonio con la viuda de Carlos XIII, y la Bretaña fue el último gran feudo que volvió á los dominios de la corona. La monarquía feudal que principió por el desmembramiento sucesivo de las provincias del reino, concluyó por su reunion sucesiva al reino, cual los rios que salen del mar y vuelven al mismo.

Sucesos del reinado de Francisco I. Ya no se encuentra el original del *Todo se ha perdido menos el honor*; pero la Francia que lo escribió, lo tiene por auténtico. Trasformacion social de la Europa.

El descubrimiento de América ocurrido en el reinado de Carlos VII, en 1492, produjo una revolucion en el comercio, la propiedad y el sistema económico del mundo antiguo. La introduccion del oro de Méjico y del Perú hizo bajar el precio de los metales, elevó el de los géneros y manufacturas, hizo pasar á otras manos la propiedad territorial, y creó una propiedad desconocida hasta entonces, la de los capitalistas, cuya primera idea habian dado los Lombardos y los Judíos. Con los capitalistas nacieron la poblacion industrial y la constitucion artificial de los fondos públicos. La sociedad ya en esta senda, se renovó bajo el punto de vista rentístico, cual se habia renovado bajo el punto de vista moral y político.

A las aventuras de las Cruzadas sucedieron las de ultramar, de muy distinta importancia: el globo se engrandeció, principió el sistema de las colonias modernas, y la marina militar y mercante aumentó en toda la extension de un Océano sin costas. El limitado mar Interior del mundo antiguo, fue solo un estanque de corto interés, cuando las riquezas de las Indias llegaron á Europa por el cabo de las Tempestades. Con cuatro años de diferencia, Carlos V triunfaba de Motezuma en Méjico, y de Francisco I en Pavía.

Hay épocas en que la sociedad se renueva, y en que ciertas catástrofes imprevistas ó ciertas casualidades felices ó desgraciadas, ó ciertos inesperados descubrimientos determinan muy de antemano un cambio en el gobierno, las leyes y las costumbres.

Las guerras de Francisco I, de Carlos V y de Enrique VIII, confundieron los pueblos, y las ideas se multiplicaron.

Cuando Bayardo adquiria el alto renombre que le granjearon sus proezas, hallábase en medio de la Italia moderna, de la Italia que brillaba entonces en toda la frescura y lozanía de la civilizacion renovada; en medio de los palacios edificados por Bramante y Miguel-Angel, y cuyas paredes se veian cubiertas de cuadros recien salidos de manos de los mas grandes maestros; en la época en que se desenterraban las estátuas y los preciosos monumentos de la antigüedad. Los ejércitos regulares conocidos en Europa desde fines del reinado de Carlos VII, hicieron desaparecer el resto de las milicias feudales, y los valientes de todos los países, se encontraron en estas tropas disciplinadas. Aquellos infieles á quienes los caballeros iban á buscar con San Luis al fondo de la Palestina, dueños á la sazon de Constantinopla, y convertidos en aliados de la Francia, intervenian en su política.

Todo cambió en este país: hasta los trajes sufrieron variacion, y se mezclaron é identificaron las costumbres antiguas y modernas.

La lengua naciente fue escrita con ingenio, finura y sencillez por la hermana de Francisco I, y por este mismo monarca que componia versos tan bien como Marot; por Rabelais, Amyot, los dos Marot y los autores de *Memorias*. Cultiváronse con ardor el estudio de los clásicos, el de las leyes romanas y la erudicion general, y las artes adquirieron tal grado de perfeccion que no han pasado de él en época alguna. La pintura, que brillaba en Italia, fue trasplantada á nuestros bosques y á nuestros castillos góticos, que vieron sus torrecillas y sus almenas coronadas con los órdenes de Grecia. Ana de Monmorency que rezaba sus *Pater noster*, adornaba á Ecouen con obras maestras; el Primático hermoseaba á Fontainebleau, y Francisco I, que se hacia armar caballero como en tiempo de Ricardo *Corazon de Leon*, asistia á la muerte de Leonardo de Vinci, y recibia el último suspiro de este grande pintor. Al lado de esto el condestable de Borbon cuyos soldados se presentaban como los de Alarico para saquear á Roma; aquel condestable que habia de morir de un cañonazo disparado quizás por el grabador Benvenuto Cellini, representaba en sus tierras de Francia el poder y la vida de un antiguo y opulento vasallo de la corona.

La reforma es el acontecimiento mas grande de aquella época, pues despertó las ideas de la antigua igualdad, é indujo al hombre á examinar, á inquirir y aprender; la reforma fue, propiamente hablando, la verdad filosófica que, revestida de una forma cristiana, atacó la verdad religiosa, ella contribuyó de una manera eficaz á trasformar una sociedad esencialmente militar, en una sociedad civil é industrial: este bien es inmenso; pero iba mezclado con muchos males, y la imparcialidad histórica no permite callarlos.

El Cristianismo principió entre los hombres por las clases plebeyas, pobres é ignorantes: Jesucristo llamó á los pequeños, y estos corrieron á su Maestro: la fe penetró poco á poco en las clases elevadas, y se sentó por fin en el trono imperial. El Cristianismo era entonces católico ó universal: la religion llamada *católica* partió desde el punto mas bajo para llegar á las eminencias sociales; ya hemos visto que el papismo no era sino el tribunal de los pueblos en la edad política del Cristianismo.

El protestantismo siguió un camino opuesto, pues se introdujo por la cabeza del Estado, por los príncipes y los nobles, por los sacerdotes y los magistrados, por los sabios y los literatos, y descendió lentamente á las condiciones inferiores: los caracteres de estos dos

orígenes se han mantenido ostensibles en ambas comuniones.

La comunion reformada no ha sido nunca tan popular como la católica, pues como hija de una estirpe de príncipes y de patricios, no simpatiza con la muchedumbre. El protestantismo, equitativo y moral, es exacto en el cumplimiento de sus deberes; pero su bondad participa mas de la razon que de la ternura: viste al que está desnudo, pero no le abriga en su seno; abre asilos á la miseria, mas no vive, no llora con ella en sus albergues mas pobres; consuela al infortunio, mas no le compadece.

Comparacion del sacerdote católico y del ministro protestante: la reforma resucitó el fanatismo que se extinguia, suprimiendo la imaginacion de las facultades del hombre, cortó las alas al ingenio y detuvo su vuelo. Goëthe y Schiller no aparecieron hasta que el protestantino, abjurando su espíritu seco y lúgubre, se acercó á las artes y á los objetos de la religion católica. Esta ha cubierto el mundo con sus monumentos: á ella se debe esa arquitectura gótica que rivaliza en sus pormenores y eclipsa en su grandeza á los monumentos de la Grecia. Tres siglos ha que nació el protestantismo; es poderoso en Inglaterra, en Alemania, en América; practícanlo millones de hombres; mas ¿qué ha erigido? Os mostrará las ruinas que ha amontonado, y entre las cuales ha creido conveniente plantar varios jardines ó establecer algunas manufacturas.

Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la experiencia de los siglos y á la antigua sabiduría de los ancianos, el protestantismo se apartó de lo pasado para edificar una sociedad sin cimientos. Confesando por padre á un monge aleman del siglo XVI, el reformado renunció la magnífica genealogía que hace subir al católico, por una serie de santos y de hombres grandes, hasta Jesucristo, y desde este, hasta los patriarcas y la cuna del universo. El siglo protestante negó desde su primer dia todo parentesco con el siglo de aquel Leon protector del mundo civilizado contra Atila, y con el siglo de aquel otro Leon, que poniendo fin al mundo de la barbarie, embelleció la sociedad cuando ya no era necesario defenderla.

Si la reforma reducia el campo del ingenio en la elocuencia, la poesía y las artes, comprimia tambien los corazones guerreros, porque el heroismo es la imaginacion en el órden militar. El catolicismo habia producido los caballeros: el protestantismo formó capitanes valientes y virtuosos, pero sin entusiasmo: nunca hubiera formado un Duguesclin, un Lahire, un Bayardo.

Se ha dicho que el protestantismo habia sido favorable á la libertad política, pues habia emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas?

Fijad los ojos en el Norte de Europa, en el país donde nació la reforma y donde se ha conservado, y en todas partes encontrareis la voluntad única de un señor: la Suecia, la Prusia y la Sajonia han permanecido bajo el poder de la monarquía absoluta, y la Dinamarca se ha convertido en un despotismo legal. El protestantismo se estrelló en los paises republicanos: no pudo invadir á Génova, y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una reducida Iglesia secreta que vino al suelo; las artes y el hermoso sol de Mediodia, eran mortales para él. En Suiza no tuvo éxito sino en los cantones aristocráticos, análogos á su naturaleza, y aun allí con grande efusion de sangre. Los cantones populares ó democráticos Schwitz, Ury y Underwald, cuna de la libertad helvética, le rechazaron. En Inglaterra no fue el vehículo de la Constitucion, formada antes del siglo XVI, en el regazo de la fe católica. Cuando la Gran-Bretaña se separó de la córte de Roma, el Parlamento habia ya juzgado y depuesto reyes, y los tres poderes eran distintos: no se cobraba el impuesto, ni se levantaba el ejército sin el consentimiento de los lores y de los comunes; habíase encontrado la monarquía representativa, y marchaba ya: el tiempo, la civilizacion y las luces, siempre en aumento, hubieran añadido los resortes que aun le faltaban, así bajo la influencia del culto católico como bajo el imperio del culto protestante. El pueblo inglés estuvo tan lejos de conseguir la extension de sus libertades por el hundimiento de la religion de sus padres, que nunca el Senado de Tiberio se mostró tan vil como el Parlamento de Enrique VIII, pues llegó hasta el extremo de decretar que únicamente la voluntad del tirano, fundador de la Iglesia anglicana, tuviese fuerza de ley. ¿Fue la Inglaterra mas libre bajo el cetro de Isabel que bajo el de María? Lo cierto es que el protestantismo en nada alteró las instituciones; allí donde encontró una monarquía representativa ó repúblicas aristocráticas, como en Inglaterra y Suiza, las adoptó; y donde halló gobiernos militares, como en el Norte de Europa, transigió con ellos y aun los hizo mas absolutos.

Si las colonias inglesas formaron la república plebeya de los Estados-Unidos, no debieron su emancipacion al protestantismo; porque no fueron las guerras religiosas las que las libertaron, sino que se sublevaron contra la opresion de la madre patria, protestante como ellas. El Marylano, Estado católico, hizo causa comun con los demás Estados, y actualmente la mayor parte de los de Oeste son católicos: los progresos de la comunion romana en aquel pais de libertad exceden á toda creencia, mientras las demás comuniones mueren en una indiferencia profunda. Finalmente, al lado de esa gran república de las colonias inglesas protestantes, acaban de levantarse las grandes repúblicas de las colonias españolas católicas; y ciertamente que estas, para lograr su independencia, han tenido que vencer obstáculos superiores á los de las colonias anglo-americanas, alimentadas, digámoslo así, en gobierno representativo antes de romper el débil lazo que las unia á la metrópoli.

Solo una república y algunas ciudades libres se han formado en Europa con la ayuda del protestantismo; la república de Holanda y las ciudades Anseáticas, mas es preciso observar que la Holanda pertenecia á las municipalidades industriosas de los Paises-Bajos, que por espacio de mas de cuatro siglos lucharon para sacudir el yugo de sus príncipes, y se gobernaron en forma de repúblicas municipales, á pesar de ser tan zelosas católicas. Felipe II y los príncipes de la casa de Austria no pudieron sofocar en Bélgica el espíritu de independencia; y los sacerdotes católicos acaban de reducirla al estado republicano.

Pruebas y manifestacion de estos hechos desconocidos ó desfigurados hasta el dia. Despues de estas pruebas, hago observar que en mis investigaciones no hablo de los protestantes, sino en lo relativo al tiempo pasado; muy mejorados en la actualidad, no son ya lo que eran en la época de Lutero, de Enrique VIII y de Calvino, y han ganado lo que perdieron los católicos.

El reinado de los segundos Valois, desde Francisco I hasta Enrique III, la matanza de la noche de San Bartolomé, la liga y las guerras civiles, son los tiempos del terror aristocrático y religioso, del cual surgió la monarquía absoluta de los Borbones; así como el despotismo militar de Bonaparte surgió del reinado del terror popular y político. La libertad sucumbió despues de la Liga, porque lo pasado que habia colocado los Guisas á su cabeza, detuvo el porvenir.

Hechos y personajes de aquella época. El dia de San Bartolomé: Carlos IX: muerte de este príncipe; su arrepentimiento. Carlos IX habia dicho á Ronsard en versos cuya naturalidad y elegancia debiera haber imitado este poeta:

Tous deux egalement nous portons des couronnes;
Mais, roi, je la reçois; poete, tu la donnes.

¡Dichoso este príncipe sino hubiera recibido una diadema dos veces manchada con su propia sangre y con la de los Franceses! la corona es un adorno molesto para dormir en el lecho de la muerte.

El cadáver de Carlos IX fue trasladado sin pompa á San Dionisio, acompañado por algunos arqueros de la guardia, por cuatro gentiles–hombres de cámara, y por Brantome, narrador único, que modelaba los vicios de los magnates, como se saca el vaciado del rostro de los difuntos.

Enrique III: la Liga: durante esta el pueblo no dirigia sus negocios, sino que seguia humildemente la huella de los grandes: no habia formado un gobierno aparte, sino adoptado lo que existia; únicamente se hacia servir por el Parlamento, y habia trasformado sus sacerdotes en tribunos.

Cuando Mayenne lo juzgaba oportuno, mandaba ahorcar á quien le placia de entre el pueblo y á los Diez y seis.

Los Paises-Bajos quieren entregarse á Enrique III, que los rehusa; y la Francia, por un destino constante, pierde tambien la ocasion de extender sus fronteras hasta las márgenes del Rhin.

Jornada de las barricadas. La historia viva ha reducido á proporciones muy mezquinas estos hechos de la historia muerta, tan famosa en otro tiempo. ¿Qué son en efecto la jornada de las barricadas y la del mismo Saint Barthelemy al lado de esas grandes insurrecciones del 7 de octubre de 1789, del 10 de agosto de 1792, de las matanzas del 2, 3 y 4 de setiembre del mismo año, del suplicio de Luis XVI, de su hermana, de su esposa, y finalmente, de todo el reinado del Terror? Mientras me ocupaba de estas barricadas que arrojaron de Paris á un rey, otras barricadas hacian desaparecer en breves horas tres generaciones de reyes. La historia no aguarda al historiador: traza una linea y arrebata un mundo.

La jornada de las barricadas nada produjo, porque no fue el movimiento de un pueblo que procura conquistar su libertad; porque la independencia política no era todavía una necesidad comun. El duque de Guisa no intentaba un levantamiento para el bien de todos: ambicionaba una corona, despreciaba á los habitantes de Paris, aunque los halagaba, y no se atrevia á fiarse enteramente de ellos. Obraba tan débilmente en un círculo de ideas nuevas, que su familia habia esparcido folletos probando que descendia de Lothero, duque de Lorena: de aquí resultaba que los Capetos eran unos usurpadores, y los Lorenas, los legítimos herederos del trono, como últimos vástagos de la linea corlo-vingia. Esta fábula llegaba un poco tarde. Los Guisas representaban lo pasado y luchaban por un interés personal contra los Hugonotes revolucionarios de la época, que representaban lo futuro; pero no, con lo pasado no se hacen revoluciones sino contrarevoluciones.

Todo se verificaba, pues, sin una de esas grandes convicciones propias de las doctrinas políticas; sin esa fe en la independencia que todo lo derriba. Habia, si, materia para revueltas, pero no para trasformaciones, porque nada estaba bastante edificado ni bastante destruido: el instinto de la libertad no se habia convertido aun en impulso de la razon; los elementos del órden social fermentaban aun en las tinieblas del caos: la creacion principiaba, pero aun no se habia hecho la luz.

La misma insuficiencia se notaba en los hombres; no eran bastante completos, ni en defectos, ni en cualidades, ni en vicios, ni en virtudes, para producir una variacion radical en el Estado. En la jornada de las barricadas Enrique II y el duque de Guisa, se mostraron muy inferiores á su posicion: faltó al uno el corazon y al otro el arrojo del crimen.

En la conducta del duque de Guisa se advirtió mas orgullo que valor, mas presuncion que ingenio, mas desprecio al monarca que ardor hácia el realismo. Intrigaba á caballo como Catalina en su lecho: libertino sin amor, como la mayor parte de los hombres de su época, no sacaba del trato de las mujeres sino un cuerpo debilitado y pasiones gastadas. A sus espaldas tenia toda una religion y toda una nacion: y las puñaladas fueron el desenlace de una tragedia que parecia deber concluir con batallas, con la caida del trono y el cambio de una raza.

La jornada de las barricadas, tan infructuosas, produjo sin embargo mucho honor en su partido. «Pero ¡qué milagros hemos visto llevados á cabo por él y con la ayuda de Dios, en el espacio de diez y ocho meses! ¿Quién puede hablar de la jornada de las barricadas sin gran admiracion al ver á un pueblo tan grande que nunca ha salido de las puertas de su ciudad con las armas en la mano, habiendo visto al abrir sus tiendas á los escuadrones reales completamente armados y formados en las plazas mas espaciosas y fuertes de la ciudad, formar sus barricadas con tanta presteza que rechazó á todos aquellos escuadrones hasta el Louvre sin efusion de sangre?» *Oracion fúnebre del duque y cardenal de Guisa.*

La semejanza de los elogios y de las palabras con lo que leemos todos los dias, da únicamente algun valor á este pasaje, olvidado en un folleto de la Liga.

Se ha pintado tantas veces el carácter de Catalina de Médicis, que no presenta ya sino una vulgaridad. Solo resta hacer una sola observacion. Catalina era italiana, é hija de una familia de mercaderes que fue elevada al principado en una república, estaba acostumbrada á las tempestades populares, á las facciones, á las intrigas, á los venenos y puñaladas, y por consiguiente ni tenia ni podia tener ninguna de las preocupaciones de la aristocracia y de la monarquía francesa, es decir, ese desden respecto de los grandes, ese desprecio á sus inferiores, esas pretensiones al derecho divino, y esa sed del poder absoluto, mientras era el monopolio de una raza. No conocia nuestras leyes, y se cuidaba muy poco de ellas: ocupábase tan solo de que la corona pasase á su hija. Incrédula y supersticiosa como los Italianos de su tiempo, en su cualidad de incrédula no profesaba aversion alguna á los protestantes, y solo por política los hizo asesinar. Finalmente, si la seguimos en todos sus pasos conoceremos que nunca vió en el dilatado reino de que era soberana sino una Florencia engrandecida. los motines de su pequeña república, las sublevaciones de un barrio de su ciudad nativa contra otro barrio y la querella de los Pazzi y los Médicis en la lucha de los Guisas y los Chatillons.

Detalles circunstanciados del asesinato del Acuchillado (le *Balafré*) (1), en Blois. La reunion de los protestantes y de los católicos despues de este asesinato, hizo abortar la libertad. Jacobo Clemente, muerte de Enrique III. Cuadro general de los hombres y de las costumbres en tiempo de los últimos Valois, é historia de estas costumbres por los folletos de aquella época. Disolucion, crueldad, asesinatos mercenarios, mujeres, favoritos, protestantes, magistrados. La prensa (ó las ideas), representan por vez primera un papel importante en los negocios humanos. Lo que puede decirse en favor de los Valois; su siglo es el verdadero siglo de las artes, y no el de Luis XIV. El mismo Enrique IV no fue tan magnífico y noble como los príncipes de quienes recibió la corona. Todos fueron eclipsados por los Guisas, verdaderos monarcas de aquellos tiempos.

Con los Borbones se inaugura la monarquía absoluta. Enrique IV era ingrato y gascon, prometia mucho y cumplia poco; pero su valor, su talento, su s

(1) Dábase este nombre al duque de Guisa, á causa de una cicatriz que tenia en el rostro, y era el resultado de una herida.

rasgos oportunos y algunas veces magnánimos, su talento oratorio, sus cartas llenas de originalidad, viveza y fuego, sus aventuras, y hasta sus amores, le inmortalizan. Su fin trágico ha contribuido en gran manera á su fama, pues desaparecer á tiempo del mundo es una de las condiciones de la gloria.

Nos hemos formado una idea falsa del modo cómo subieron al trono los Borbones: el vencedor de Ivry no se sentó en él con botas y espuelas al salir de la batalla, sino que capítulo con sus enemigos, y sus amigos no tuvieron muchas veces mas recompensas que el honor de haber participado de sus reveses. Pormenores sobre esto.

Quienes eran los Diez y seis; Comité de Salvacion pública de la Liga. Procesion durante el sitio de París. Descripcion del hambre. Enrique IV abjura; mas no podia hacer otra cosa para reinar. ¿Era creyente? Enrique IV iba á llevar la guerra á los Paises-Bajos, cuando le detuvo uno de esos enviados secretos de la muerte que ponen la mano en los reyes. Tales hombres se levantan súbitamente y se abisman al instante en los suplicios: nada les precede ni les sigue: aislados de todo, hállanse suspendidos en este mundo tan solo de su puñal: participan en cierto modo de la existencia y de las propiedades de la cuchilla, y solo se les vislumbra un momento al resplandor del golpe



LOS HABITANTES DEL POITOU EN LA CONSERGERIA.

que descargan. Ravaillac estaba muy cerca de Jacobo Clemente; es un hecho único en la historia el que el último rey de una familia y el primero de otra, hayan sido asesinados del mismo modo por un solo hombre, en medio de sus guardias y de su córte, y en el espacio de menos de veinte y un años. El mismo fanatismo animó á ambos asesinos; mas el uno inmoló á un príncipe católico, y el otro á un príncipe á quien creia protestante. Clemente fue el instrumento de una ambicion personal, al paso que Ravaillac, á semejanza de Louvel, fue el ciego emisario de una opinion.

Las guerras civiles y religiosas del siglo XVI duraron treinta y nueve años: engendraron la matanza de San Bartolomé, derramaron la sangre de mas de dos millones de franceses; devoraron cerca de tres mil millones de nuestra moneda actual; produjeron el secuestro y la venta de los bienes de la Iglesia y de los particulares; dieron muerte violenta á Enrique III y á Enrique IV, é incoharon la causa criminal del primero de estos monarcas. ¿Qué es lo mejor que ha hecho la revolucion? La verdad religiosa, una vez falseada, no se entrega á menos excesos que la verdad política, cuando extralimita su objeto.

La monarquía de los Estados espíra en el reinado de Luis XIII, y la parlamentaria muere con la Fronda. El primer voto de las municipalidades de Francia cuando fueron llamadas á los Estados por Felipe el Hermoso, para oponerse á las usurpaciones de Bonifacio VII, estaba concebido en estos términos: «Tenga á bien el señor rey conservar la soberana franquicia de su reino, que es tal, que en lo temporal el rey no reconoce soberano en la tierra, fuera de Dios.» El último voto de las municipalidades en los Estados de 1614, decia así:

«Suplicamos al rey ordene que se obligue á los señores á emancipar en sus feudos á todos los siervos.»

Así, pues, el primer voto del tercer estado al salir de la larga servidumbre de la monarquía feudal, es

una reclamacion en favor de la libertad del rey; y el postrero, en el instante en que vuelve á entrar en la esclavitud de la monarquía absoluta, es una reclamacion en favor de la libertad del pueblo; lo cual es nacer dignamente y morir mejor. He dicho el por qué no pudo establecerse en Francia la monarquía de los Estados. Richelieu sube al ministerio, su astucia labró su fortuna, y su orgullo su gloria.

Todas las libertades mueren á un mismo tiempo: la libertad religiosa con la toma de La-Rochela; porque la fuerza de los Hugonotes quedó destruida, y el edicto de Nantes no fue sino la consecuencia de la desaparicion del poder material de los protestantes. La libertad literaria sucumbió á su vez con la creacion de la Academia francesa, tribunal supremo del clasicismo, que mandó comparecer á su presencia como pri-



JORNADA DE LAS BARRICADAS.

mer reo al genio de Corneille, Racine vino despues á imponer á las letras el despotismo de sus obras maestras, como Luis XIV impuso el yugo de su grandeza á la política. Bajo la opresion de la admiracion, Chapelain, Coras, Leclerc y Saint-Amand sostuvieron en vano en sus perseguidas obras la independencia de la lengua y del pensamiento: espiraron por la libertad de hablar mal, bajo los versos de Boileau, apelando de la servidumbre de su siglo á la posteridad libre. Razon tuvieron para reclamar contra la inflexibilidad de las reglas y la proscripcion de los asuntos nacionales, pero no la tuvieron en ser detestables poetas.

En el reinado de Luis XIII solo se descubren un objeto y un hombre: Richelieu. Preséntase cual la monarquía absoluta personificada, que viene á dar muerte á la antigua monarquía aristocrática. Este genio del despotismo se desvanece, y deja en su lugar á Luis XIV, encargado de sus plenos poderes.

La monarquía parlamentaria, sobreviviendo á la de los Estados, llegó en la minoría de Luis XIV á la cumbre del poder: tuvo sus guerras, batiéronse muchos en su honor, y sus secretos servian de taco á sus cañones; en su reinado de un momento tuvo por magistrado á Mateo Molé, por prelado al cardenal de Retz, por heroina á la duquesa de Longueville, por héroe popular al hijo de un bastardo de Enrique IV, y por generales á Condé y Turena. Pero esta monarquía neutra, que no era ni la absoluta, ni la templada de los Estados, que aparecia en medio de la una y de la otra; que no queria la esclavitud ni la libertad; que no aspiraba sino á la caida de un ministro artificioso y sagaz: esta monarquía, seguida de algunos príncipes inquietos y facciosos, pasó en breve. Luis XIV, ya en su mayor edad, entró en el Parlamento con un látigo, cetro y símbolo de la monarquía absoluta, y los Franceses fueron aherrojados por espacio de ciento y cincuenta años.

Despues de la comedia de Mazarino, representóse la de Carlos I. Las guerras parlamentarias de la Gran Bretaña fueron las últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa espirante, y las discordias de la Fronda, los últimos esfuerzos de la independencia francesa ya moribunda. La Inglaterra pasó á la libertad con semblante severo, en tanto que la Francia pasó al despotismo con rostro risueño.

El siglo de Luis XIV fue el soberbio catafalco de nuestras libertades, iluminado por mil antorchas de gloria que elevaba en su derredor una comitiva de hombres eminentes.

Luis XIV, como Napoleon, cada cual con la diferencia de su época y su genio, sustituyeron el órden á la libertad.

La monarquía absoluta de Luis XIV era una necesidad un hecho producido por los sucesos anteriores; era inevitable. El pueblo desapareció de nuevo como en tiempo del feudalismo; mas ya estaba creado, existia, dormia y se despertó á su tiempo: durante su letargo tuvo hermosos ensueños en el reinado de Luis el Grande, pues no habia sido excluido de la alta administracion ni del mando de los ejércitos.

Al terminar la lucha de la aristrocrácia con la corona, empezó la de la democracia con esta. El poder real, que habia favorecido al pueblo con el fin de desembarazarse de los grandes, conoció que se habia creado otro rival menos intrigante, pero mas formidable. Empeñóse entonces el combate sobre el terreno de la igualdad, principio vital de la democracia. Hubo monarquía absoluta en el reinado de Luis XIV, porque la antigua libertad aristocrática habia muerto, y la igualdad democrática apenas vivia: en la ausencia de la libertad y de la igualdad, segada la una y la otra todavía en gérmen, reinó el despotismo, y en realidad no podia reinar otra cosa.

El feudalismo ó la monarquía militar noble perdió sus principales batallas; pero los extranjeros no pudieron conservar las provincias que habian ocupado en nuestra patria, y fueron arrojados de ellas sucesivamente; el imperio, ó sea la monarquía militar plebeya, hizo conquistas inmensas, pero se vió obligado á abandonarlas, y nuestros soldados al retirarse trajeron dos veces consigo á Paris á los extranjeros: la monarquía real absoluta no fue lejos á buscar sus combates; pero nos quedó el fruto de sus victorias, y nuestra independencia vive todavía al abrigo del círculo de murallas que trazó en derredor nuestro. ¿A qué es debido esto? Al espíritu positivo del gran rey, y á la prolongada duracion de su reinado. Luis procuró dar á nuestro territorio sus límites naturales. Se han encontrado en los papeles de su administracion los proyectos que abrigaba para extender la frontera de la Francia hasta el Rhin, y para apoderarse del Egipto; y aun existe una memoria de Leibnitz sobre el mismo asunto. Si Luis hubiera tenido un éxito completo, no nos quedaria hoy ninguna causa de guerra extranjera.

Desfavorable aspecto de Luis XIV. Cuando cesó de vivir, se le acusó de haber usurpado en provecho propio la dignidad de la nacion.

Este príncipe causó además un daño irreparable á su familia: la educacion oriental que estableció para sus hijos, esa separacion completa de los hijos del trono de los de la patria, hizo al heredero de la corona extraño al espíritu del siglo, y á los pueblos sobre los cuales habia de reinar. Enrique IV corria con los niños labriegos, desnudos los piés y descubierta la cabeza por las montañas del Bearn; al paso que el preceptor, que mostraba al jóven Luis XV la muchedumbre reunida bajo las ventanas de su palacio, le decia: «Señor, todo ese pueblo es vuestro.» Esto explica los tiempos, los hombres y los destinos.

¿La vieja monarquía feudal habia atravesado seis siglos y medio con sus libertades aristocráticas, para venir á caer á los piés del hijo trigésimo de Hugo Capeto? ¿Cuánto duró el Estado formado por Luis XIV? Ciento cuarenta años. Despues de la muerte de este príncipe, la monarquía absoluta solo presentó dos monumentos: la almohada, testigo de los desórdenes de Luis XV, y la cuchilla que derribó la cabeza de Luis XVI.

Luis XV respiró en su cuna la pestilente atmósfera de la regencia: dotado de un carácter indeciso y de la mas insuperable de las pasiones, se halló cargado con el peso enorme de una monarquía absoluta, y su talento no le sirvió sino para ver sus vicios y sus defectos cual una antorcha que alumbra un abismo.

Hechos y costumbres de aquel tiempo. El duque de Choiseul, madama de Pompadour, madama Du Barry. Las grandes señoras de la córte se escandalizaron con el favor de esta última, pues les pareció que Luis XV faltaba á lo que debia á su nacimiento, haciéndoles la injuria de no escoger sus cortesanas de entre ellas. La desventurada Du Barry vivió bastante para expiar en el cadalso la debilidad de su vida, y luchar con el verdugo en frente de las *Calceteras:* parcas ébrias y viles á quienes podia ser agradable saborear la sangre de Maria-Antonieta, pero que debieron haber respetado la de la señorita Lange.

Por vez primera se lee el nombre de Washington en la narracion de un oscuro combate empeñado en los bosques cerca del fuerte de Duquesne, entre algunos salvajes, algunos franceses é ingleses en 1754. ¿Qué guarda de Versalles, qué proveedor del *Parque-de-los Ciervos*, qué cortesano sobre todo ó académico, hubiera querido en aquella época trocar su nombre por el de aquel ignorado americano? En aquella misma época acababa de nacer el niño que debia tender algun dia una mano amiga á Washington. ¡Cuántas esperanzas encerraba aquella cuna! Era la de Luis XVI.

El reinado de Luis XV, la época mas deplorable de nuestra historia: cuando se buscan los personajes de ella, vémonos reducidos á investigar en las antesalas del duque de Choiseul, y las guardaropías de las Pompadour y las Du Barry, nombres que no sabemos cómo elevar á la dignidad de la historia. La sociedad entera se disolvió: los hombres de Estado se convirtieron en literatos, estos en diplomáticos, los grandes señores en banqueros, y los asentistas en grandes señores. Las modas eran tan ridículas como de mal gusto las artes; pintábanse pastoras con tontillo en los salones donde los coroneles bordaban. Todo estaba desconcertado en los entendimientos y en las costumbres, indicio seguro de una próxima revolucion.

La sociedad francesa era tan pueril como la romana, en el momento de la invasion de los bárbaros: en vez de componer versos en los claustros, componianse en los tocadores, y con una cuarteta se adquiria alta celebridad.

Será empero señalar causas harto mezquinas á la revolucion, el buscarlas en aquella vida de hombres de inmensa fortuna, en aquella vida de teatros, de intrigas galantes y literarias, unidas á los golpes de Estado contra el Parlamento, y á los furores de un despotismo decrépito. Esta degeneracion de la Francia contribuyó sin duda á disminuir los obstáculos que debia encontrar la revolucion; mas no era la causa eficiente sino la auxiliar de esta revolucion. Seis siglos hacia que la civilizacion adelantaba, habiéndose destruido multitud de preocupaciones y pulverizado mil instituciones opresoras. La Francia habia recogido sucesivamente parte de las libertades aristocráticas feudales, del movimiento municipal, del impulso de las Cruzadas, del establecimiento de los Estados, de la lucha de las jurisdicciones eclesiásticas y señoriales, del prolongado cisma, de los descubrimientos del siglo XVI; de la reforma, de la independencia del pensamiento durante las turbulencias de la Liga y las disensiones de la Fronda, de los escritos de algunos ingenios osados, de la emancipacion de los Paises-Bajos, y de la revolucion de Inglaterra. La prensa, aunque encadenada, conservó el depósito de estos recuerdos bajo la monarquía absoluta de Luis XIV: la libertad durmió pero no abdicó su poder; y esa libertad antigua recobró sus derechos cual la antigua nobleza, al empuñar de nuevo su espada. Las generaciones del cuerpo y las del entendimiento conservan el carácter de su peculiar orígen; cuanto produce el cuerpo muere á semejanza suya, empero cuanto crea el espíritu es imperecedero como él. Aun no se han engendrado todas las ideas; mas cuando nacen es para vivir sin fin, y convertirse en tesoro comun de la raza humana.

Amanecia la época en que iba á mostrarse la libertad moderna, hija de la razon y llamada á reemplazar la antigua libertad, hija de las costumbres. Y aconteció, que ni aun la corrupcion de la Regencia y del siglo de Luis XV, fue poderosa á destruir los principios de libertad que nosotros hemos recogido; porque esta libertad no tiene su orígen en la inocencia del corazon sino en las luces del entendimiento.

En el siglo XVIII enmudecieron los negocios para dejar espedito el campo de batalla á las ideas: sesenta años de un innoble reposo proporcionaron al pensamiento la ocasion de desarrollarse, de ascender y de descender en las diferentes clases de la sociedad, desde el palaciego hasta el morador de la cabaña. Las costumbres desautorizadas se encontraban en un estado (como acabo de hacerlo observar), que no ofrecian resistencia al entendimiento, cual suelen hacerlo cuando son jóvenes y vigorosas.

Luis XVI dió principio á la aplicacion de las teorías inventadas en el reinado de su abuelo por los economistas, y los enciclopedistas. Aquel honrado príncipe restableció los Parlamentos, suprimió la servidumbre corporal, y mejoró la suerte de los protestantes. Finalmente, el apoyo que prestó á la revolucion americana (apoyo injusto segun el derecho privado de las naciones, pero útil á la especie humana en general), acabó de desarrollar en Francia los gérmenes de la libertad.

La monarquía parlamentaria, despertando al fin de la monarquía absoluta, vuelve á llamar á la de los Estados, que sale á su vez del sepulcro para trasmitir sus derechos hereditarios á la monarquía constitucional: el rey-martir abandona el mundo.

El gran imperio cristiano de los Franceses debe pues colocarse entre la pila bautismal de Clovis y el cadalso de Luis XVI: la misma religion se halla en pié en las dos barreras que señalan los dos confines de ese anchuroso palenque. «Altivo sicambro, inclina el cuello, adora lo que has quemado y quema lo que has adorado,» dijo el sacerdote que administraba á Clovis el bautismo de agua. «Hijo de San Luis, sube al cielo,» dijo el sacerdote que asistia á Luis XVI, en el bautismo de sangre.

Entonces se hundió el mundo antiguo. Cuando las olas de la anarquía se retiraron, dejóse ver Napoleon á la entrada de un nuevo universo bien así como esos gigantes que la historia profana y sagrada nos pintan en la cuna de la sociedad, y que se mostraron en la tierra despues del diluvio.

Así conduzco desde el pié de la cruz hasta el pié del cadalso de Luis XVI, las tres verdades ocultas en el fondo del órden social: la verdad religiosa, la verdad filosófica ó la independencia del entendimiento del hombre, y la verdad política ó la libertad. Procuro demostrar que el espíritu humano sigue una línea progresiva en la civilizacion, aun en el momento mismo en que parece retrogradar. Tiende el hombre á una perfeccion indefinida: lejos está aun de volver á encumbrarse á las sublimes alturas de donde las tradiciones religiosas y primitivas de todos los pueblos nos dicen haber caido; mas no cesa de subir por la pendiente de ese desconocido Sinaí en cuya cima verá de nuevo á Dios. La sociedad caminando adelante, verifica ciertas trasformaciones generales, y hemos llegado á uno de esos grandes cambios de la especie humana.

Los hijos de Adan no son sino una misma familia que camina hácia el mismo fin. Los hechos ocurridos en las naciones tan distantes de nosotros en el globo y en los siglos, esos hechos que en otro tiempo no despertaban en nuestra mente sino un mero instinto de curiosidad, nos interesan al presente como asuntos propios, y cual si hubiesen sucedido en vida de nuestros ancianos padres. Para conservar tal libertad, tal verdad, tal idea, tal descubrimiento, se hizo preciso esterminar todo un pueblo: para añadir un talento de oro ó un óbolo al fondo comun del tesoro humano, sufrió un individuo todas las calamidades imaginables. Dejaremos á nuestra vez los conocimientos que podemos haber adquirido, á los que nos seguirán en la tierra: en medio de las sociedades que perecen incesantemente, vive una sociedad inmortal; los hombres caen, mas el hombre permanece en pié, enriquecido con los tesoros que le han trasmitido sus antecesores, haciendo brillar en sus sienes la radiante corona de las luces adquiridas, adornado con los presentes de los siglos: gigante que crece siempre, siempre, siempre, y cuya frente remontándose á los cielos, no se detendrá sino á la altura del trono del Eterno.

Y ved aquí cómo sin abandonar la verdad cristiana, me hallo de acuerdo con la filosofía de mi siglo y con la escuela moderna histórica. Podrán algunos diferir de mi opinion, pero deberán reconocer que lejos de atascar mi entendimiento en los carriles de lo pasado, trazo desembarazadas vías: ¡dichoso yo si la historia, como la política me es deudora de la rectificacion de algunos errores!

Por lo demás, ni aun en mi sistema religioso me separo de mi tiempo, como podrian creerlo los entendimientos poco reflexivos. Dícese que el Cristianismo ha pasado: ¿Ha pasado? Si; en la calle donde hemos hundido una cruz; en casa de dos ó tres vecinos nuestros; en la Asamblea en que declaramos desde lo alto de nuestra superioridad, que nadie nos comprende, que no es posible comprendernos, y que, á no hallarse muy adelantada una generacion es incapaz de seguir el vuelo de nuestro genio, y de entrar en el movimiento del universo. Merced á ese genio adivinamos lo que no sabemos; dejamos caer una mirada de águila sobre los siglos; sin necesidad de antorcha penetramos en la noche de lo pasado é iluminamos el porvenir con resplandores que ofuscan los débiles ojos de nuestros padres,

Sea así; pero á pesar de esto y salvo el respeto debido á nuestra superioridad, el Cristianismo no ha pasado, pues acaba de emancipar la Grecia, de dar la libertad á los Países-Bajos, y se bate en Polonia. El clero católico ha roto á nuestra vista las cadenas de Irlanda, y emancipado las colonias españolas convirtiéndolas en repúblicas. El catolicismo, como he dicho, hace progresos inmensos en los Estados-Unidos, y toda la Europa bárbara ó civilizada se inscribe en diferentes comuniones de la forma evángélica. Si fuera posible que el mundo civilizado sufriese otra invasion, ¿quién lo invadiría? Unos soldados que ayunarían, orarían y morirían en nombre de Cristo. La filosofía de Alemania tan sábia, tan ilustrada, y á la cual me adhiero, es cristiana, y lo es asimismo la filosofía de Inglaterra. Considero una insigne pequeñez de alma el no tomar en cuenta al menos como un hecho, esa idea cristiana que vive todavía entre tantos millones de hombres en las cuatro partes del mundo; esa idea que se encuentra el Kamtschaska y en los arenales de la Tebaída, en la cumbre de los Alpes, del Cáucaso y de las Cordilleras; paréceme digo gran miseria el imaginar que esta idea haya dejado de existir porque ha desertado de nuestro mezquino cerebro.

Hay dos hombres á quienes no desechará el siglo, pues fruto de sus entrañas, sus talentos y sus principios reciben alabanzas, inciensos y admiraciones de la época presente: ambos marchan á la cabeza de todas las opiniones políticas y de todas las nuevas doctrinas literarias. Escuchemos á lord Byron y á Mr. Benjamin Constant, acerca de las ideas religiosas.

«No soy enemigo de la religion, todo lo contrario; en prueba de ello educo á mi hija natural bajo la fe de un riguroso catolicismo en un convento de la Romanía porque opino que nunca se puede tener bastante religion cuando se tiene alguna. Y porque de dia en dia me inclino mas á las doctrinas católicas.» (*Memorias de lord Byron*, tom. V, pág. 172.)

Durante su destierro en Alemania en tiempo del gobierno imperial, se ocupó Mr. Benjamin Constant en escribir su obra sobre la religion. Da cuenta de su trabajo á uno de sus amigos (1), en una carta autógrafa que tenga á la vista, y de la cual copiaré un pasaje muy notable:

Hardemberg 11 de octubre de 1811.

«He continuado trabajando lo mejor que he podido en medio de tantas ideas tristes. Confío en que dentro de pocos dias veré redactada en su totalidad por vez primera mi *Historia del politeismo*. He renovado todo su plan y mas de las tres cuartas partes de los capítulos. Esto era necesario para coordinar el órden que tenia concebido, y que juzgo haber realizado; necesario ha sido tambien hacerlo así porque como sabeis, no soy ya aquel filósofo intrépido, seguro de que nada hay despues de este mundo, y tan contento con él, que se regocija de que no hay otro. Mi obra es una prueba singular de lo que dice Bacon, que el principio de los conocimientos conduce al ateismo, y la perfeccion de ellos á la religion. Profundizando los hechos, recogiéndolos de todas partes y luchando contra las innumerables dificultades que oponen á la incredulidad, me he visto obligado á retroceder en las ideas religiosas. Ciertamente que lo he hecho de buena fe, porque cada paso retrógrado me ha costado mucho. Aun en estos momentos todos mis hábitos y todos mis recuerdos son filosóficos, y defiendo palmo á palmo todo el terreno que la religion me vuelve á conquistar. Hay además en todo esto un sacrificio de amor propio; porque imagino que es difícil hallar una lógica mas extricta que la empleada por mí para atacar todas las opiniones de este género. Mi libro no tenia absolutamente otro defecto que estar escrito en sentido opuesto á lo que ahora me parece verdadero y bueno, y hubiera obtenido indudablemente un triunfo de partido. Aun hubiera logrado tambien otro resultado feliz, porque con algunas ligeras variaciones hubiera adoptado el plan que mas agradaria en la actualidad: un sistema de ateismo para las gentes de rango; un manifiesto contra los sacerdotes, y todo esto combinado con la acostumbrada narracion para el pueblo de ciertas fábulas, narracion que satisface al mismo tiempo al poder y á la vanidad.»

Consiento en pasar por espíritu retrógrado con Herder, con la escuela filosófica de Alemania, y finalmente con Mr. Benjamin Constant y lord Byron.

La sociedad se halla atormentada en el dia por una necesidad de creencia que se manifiesta en todas partes. En vano se pretende satisfacer la avidez de los ánimos, esforzándose en fanatizarlos con una verdad material que tambien los engaña, puesto que el raciocinio se cambia en abstraccion. Este entusiasmo efímero no conduce lejos á la juventud, porque ni puede librarse de la tristeza que la abruma, ni llenar el vacío que ha dejado en ella la falta de toda fe. No se admira durante mucho tiempo un puñado de barro sensitivo, aunque esté compuesto de espíritu y de materia, y forme esa pretendida unidad humana, cuyo sistema renovado de los Griegos, es además un ensueño de una secta buddhista. ¡Cuánta miseria sería que esta vida de un dia no fuese otra cosa que la conciencia íntima de nuestra nada!

Tal es la serie de ideas y de hechos que el lector encontrará en los presentes *Estudios históricos*. Sé que con este análisis despojo á mi trabajo del principal atractivo de la curiosidad. Si abrigase la esperanza de ser leido, me habria abstenido de privarme del medio mas seguro de triunfo; pero carezco de tal esperanza. Un extracto, aunque sea ya demasiado largo, me deja al menos la eventualidad de dar á conocer las verdades que he creido útiles, y que permanecerian oscurecidas en las dilatadas páginas de estos volúmenes. Como autor me equivoco; como hombre tengo razon. Cuando hemos vivido y padecido mucho, hemos aprendido tambien mucho: á fuerza de vigilias y de trabajar durante el dia; á fuerza de manejar penosamente el arado ó la vela, los viejos labradores, como los viejos marineros, llegan á conocer el cielo y á saber predecir las tormentas. Réstame solo dar gracias á las personas que me han ilustrado con sus trabajos ó consejos.

Debo á la finura y á las bondades del baron de Bunsen, ministro de S. M. el rey de Prusia en Roma, un excelente extracto de los *Nibelungos*, que se halla al fin de estos *Estudios*. El sabio Mr. Bunsen era amigo del gran historiador Niebuhr: mas venturoso que yo, registra todavía aquellas ruinas donde yo esperaba restituir á la tierra, imágen por imágen, mi pobre arcilla en cambio de alguna estátua desenterrada.

El conde de Tourgueneff, antiguo ministro de instruccion pública en Rusia, hombre de universales conocimientos, se ha dignado comunicarme interesantes datos sobre los historiadores de Polonia, Rusia y Alemania.

Para disipar ciertas dudas relativas á algunos puntos de la filosofía de los padres de la Iglesia, me he dirigido á Mr. Cousin; y he visto que el verdadero sabio es siempre accesible.

Mis instructivas conversaciones con mi compatriota Mr. Dubois, me han ilustrado sobre los sistemas religiosos del Oriente. Al hablar de los hombres que hacen honor á mi país, he hecho observar que la Bretaña contaba en la actualidad al abate de Lamennais: si Mr. Dubois publica la obra que actualmente escribe sobre los orígenes del Cristianismo, tendré un nuevo motivo para felicitar á la Francia.

(1) Mr. Ochet que es en la actualidad secretario general del consejo de Estado.

Mr. Pouqueville me ha facilitado no pocas noticias indispensables á mi trabajo, y he seguido sin temor de extraviarme al que fue mi primer guia en los campos de Esparta. Ambos visitamos las ruinas de Grecia cuando aun no las alumbraba sino un pálido destello de pasada gloria, y ambos defendimos la causa de nuestros antiguos huéspedes, quizá no sin fruto; á lo menos, cuando leo en el *Child-Harold* de lord Byron algunos pasajes de mi *Itinerario*, me anima la esperanza de que merced al auxilio de este inmortal intérprete, no se perderán enteramente mis palabras en favor de un pueblo desventurado.

Puede leerse con fruto una disertacion conque Mr. Lenormant ha tenido á bien permitirme enriquecer mi obra. Mr. Lenormant ha recorrido el Egipto con Mr. Champollion, ha leido las inscripciones en aquel, los mudos monumentos seculares, que acaban de levantar de nuevo su voz en sus desiertos.

De hoy mas no tornará á decirse de las Pirámides.

Vingt siecles descendus dans l' eternelle nuit.
Y sont sans mouvement, sans lumiere et sans bruit.

Los antiguos han atribuido constantemente al Oriente el orígen de las religiones griegas; y sobre tal base refutada sin embargo en nuestros dias, ha apoyado Mr. Creucet su grande obra de las *Religiones de la antigüedad*. Desde la publicacion de este libro el estudio religioso de la antigüedad ha hecho progresos, y se descubren de dia en dia los secretos de la Persia y de la India. El *Ensayo sobre la religion de la Arcadia*, de que se ocupa Mr. Lenormant, comprenderá el paso de las tradiciones orientales á Grecia, en su forma mas pura y menos alterada. El sabio arqueólogo Panofka une su trabajo al de Mr. Lenormant.

Mr. Ampere, hijo del ilustre académico á quien la ciencia debe descubrimientos que admira el mundo sabio, me ha enseñado con suma complacencia algunas de sus traducciones y estudios escandinavos. Estos estudios son el extracto de una grande obra á que Mr. Ampere ha consagrado sus ocios, obra que será la historia de la poesía de los diferentes pueblos, de la poesía tomada en la esencia misma de la palabra, y como la parte mas real y ciertamente la mas viva de la inteligencia humana. Mr. Lenormant y Mr. Ampere pertenecen á esa juventud reflexiva que custodia hoy la hija de nuestros infortunios y la esclava de nuestra gloria, es decir, la libertad. ¡Ojalá la guarde como debe!

He tenido noticia por conducto de las escuelas de Alemania, de notas instructivas de Mr. Barchoux, apresurándome á aprovecharme de ellas.

He encontrado en los directores de nuestras bibliotecas y de nuestros archivos nacionales, esa urbanidad y complacencia que nunca se cansa, y que los hace tan apreciables á sus compatriotas y á los extranjeros.

Finalmente, Mr. Daniello ha escudriñado los manuscritos, los libros y los pasajes que yo le he indicado en el discurso de mi trabajo; le debo este testimonio público, y al separarme de él como del resto del mundo, me atrevo á recomendarle al que necesite la ayuda de un literato instruido y laborioso.

¿Qué me resta decir? Nada, excepto ese adios que la natural honradez de nuestros autores galos daba en otro tiempo al lector en sus prefacios. Imitaré su ejemplo : mis largas relaciones con el público justificarán esta intimidad. Así pues, dirigiéndome á la nueva Francia le digo: «Adios, amigo lector. A tí te quedan tu juventud, un largo porvenir y todo cuanto rodea una existencia que empieza; á mí me quedan horas marchitas y sin vigor, lo pasado en vez de lo futuro, y la soledad que se forma en derredor de una vida que termina. «*Tú lector, vale et juvantem aut certe volentem, ama.*»

ESTUDIO PRIMERO.

EXPOSICION.

Tres verdades componen la base del edificio social: la verdad religiosa, la filosófica y la política.

La verdad religiosa es el conocimiento de un Dios único, manifestada por medio de un culto.

La verdad filosófica es la triple ciencia de las cosas intelectuales, morales y naturales.

La verdad política es el órden y la libertad: el órden es la soberanía ejercida por el poder: la libertad es el derecho de los pueblos.

Cuando menos desarrollada está la ciudad, mas confusas aparecen estas verdades : combátense entre sí en la ciudad imperfecta, pero nunca se destruyen : y de su combinacion con el entendimiento, las pasiones, los errores y los acontecimientos, nacen los hechos históricos. Entre el extruendo ó el silencio de las naciones, en la profundidad de las edades, en los extravíos de la civilizacion ó en las tinieblas de la barbarie, murmura siempre alguna voz solitaria que reclama las tres verdades fundamentales, cuyo uso constante y completo conocimiento dará por resultado la perfeccion social.

La sociedad, á pesar de que alguna vez parece retroceder, no cesa de marchar adelante. La civilizacion no describe un círculo perfecto, ni se mueve en línea recta: es en la tierra como el navío en el mar, que combatido por la tempestad bordea, retrocede y es desviado por las olas del derrotero que se propone seguir; pero al fin halla á fuerza de tiempo prósperos vientos, adelanta diariamente algo en su verdadero rumbo, y aborda al puerto hácia donde habia desplegado sus velas.

Examinando las tres verdades sociales en el órden inverso, y empezando por la verdad política, prescindamos de las antiguas nociones de lo pasado.

La libertad no existe exclusivamente en la república, á donde la habian relegado los publicistas de los dos últimos siglos, imitando á los publicistas antiguos. Las tres divisiones del gobierno, en monarquía, aristocracia y democracia, son puerilidades de escuela en lo relativo al goce de la libertad: puede encontrarse esta en cualquiera de las formas referidas, del mismo modo que puede verse excluida de ellas. No hay sino una constitucion real para todos los Estados: la libertad; la forma de esta es indiferente.

La libertad es de derecho natural y no de derecho político, como se ha sustentado harto inoportunamente; el hombre la ha recibido el nacer bajo el nombre de independencia individual. Por consiguiente, y como derivacion de estos principios existe esta libertad en partes iguales en las tres formas de gobierno. Ningun príncipe, ninguna asamblea podrian daros lo que no le pertenece, ni arrebatarnos lo que es nuestro.

Dedúcese tambien de aquí que la soberanía no es ni de derecho divino, ni de derecho popular, sino que es el órden establecido por la fuerza; es decir, por el poder admitido en el Estado. El rey es el soberano en la monarquía; el cuerpo aristocrático en la aristocracia, y el pueblo en la democracia; pero estos poderes son incapaces de comunicar la soberanía á otro objeto que no sea ellos mismos, porque allí no hay rey, ni aristócrata, ni pueblo que puedan destronarse.

Establecidas estas bases, el historiador no debe apasionarse por la forma monárquica, ni por la republicana: haciendo abstraccion de todo sistema político, no profesa odio ni amor á los pueblos ni á los reyes; los juzga con relacion á los siglos en que vivieron, sin

aplicar por fuerza á sus costumbres teoría alguna, sin atribuirles ideas que no tenian ni podian tener, cuando todos á la par yacian en un estado igual de infancia, de sencillez y de ignorancia.

La libertad es un principio que nunca se pierde; porque si se perdiese, la sociedad política se disolvería: pero la libertad, bien comun, es usurpada con frecuencia. Poseyéronla primero en Roma los reyes, heredáronla despues los patricios, pasó luego á los plebeyos, y al abandonar á estos se afilió en el ejército: mas, cuando las legiones corrompidas y derrotadas le volvieron la espalda, se refugió en los tribunales y hasta en el palacio del príncipe, entre los eunucos, de los que pasó al clero cristiano.

Las revoluciones no tienen mas que un motivo y un objeto: el goce de la libertad por un individuo, por algunos individuos ó por todos.

Cuando se conquista la libertad en provecho de un hombre, truécase en despotismo, el cual consiste en la servidumbre de todos y en la libertad de uno solo: cuando es conquistada por muchos, se convierte en aristocracia; y cuando la conquistan todos recibe el nombre de democracia, que es la opresion de todos por todos, porque entonces reina la confusion del poder y de la libertad, del gobernante y del gobernado.

Entre los antiguos era la libertad una religion, pues tenia sus altares y sus sacrificios. Bruto le inmoló sus hijos: Codro le sacrificó su vida y su cetro: era austera, ruda, intolerante y capaz de las mayores virtudes, á semejanza de todas las creencias vigorosas, como la fe.

Entre los modernos, la libertad es la razon; existe sin entusiasmo, se la ama porque conviene á todos; á los reyes, cuya corona asegura regularizando el poder, y á los pueblos, porque no necesitan precipitarse en las revoluciones para encontrar lo que poseen.

Vengamos á la verdad filosófica. Esta, protegida por la libertad política, le comunica nueva fuerza, y hace subir las ideas teóricas á la eminencia de las gerarquías sociales, al paso que extiende las ideas prácticas por las clases laboriosas.

La verdad de que hablamos no es otra cosa sino la independencia del entendimiento humano: tiende á descubrir, á perfeccionar en las tres ciencias que le competen; la ciencia intelectual, la moral y la natural: esta consiste en el exámen de la constitucion de la naturaleza, desde el estudio de las leyes que rigen los mundos, hasta las que hacen vejetar la yerba ó mover el insecto.

Pero la verdad filosófica, lanzándose hácia el porvenir, se ha hallado en contradiccion con la verdad religiosa, que está enlazada con lo pasado, porque participa de la inmovilidad de su eterno principio. Hablo aquí de la verdad religiosa mal entendida, pues no tardaré en demostrar que la verdad religiosa del Cristianismo, restituido á su índole primitiva no es enemiga de la verdad filosófica.

De la antigua lucha de la verdad filosófica con la verdad política y la religiosa, nace una serie inmensa de hechos. Entre los Griegos y los Romanos, la verdad filosófica minó el culto nacional, y se estrelló contra el órden moral y el político: en las repúblicas combatió en vano esa libertad servida por esclavos, libertad privilegiada, egoista, exclusiva, que no veia sino enemigos fuera de la patria: en los imperios la verdad filosófica se dejó corromper por el poder, é ignoró las primeras nociones de la moral universal.

Esta verdad ha producido en el mundo moderno acontecimientos y catástrofes de todas clases: la independencia del entendimiento del hombre, manifestada unas veces por la sublevacion de los pueblos, y otras por las herejías, irritó á la verdad religiosa, oscurecida por la ignorancia. De aquí nacieron las guerras civiles, las proscripciones, el acrecentamiento del poder temporal del clero, y del despotismo de los reyes. La verdad religiosa se adormecia, y la libertad filosófica se aprovechaba de su sueño, narrando la historia, deslizándose en las leyes civiles é interviniendo en las políticas; y atacando indirectamente la verdad religiosa, echaba en cara al clero su avaricia, su ambicion y sus costumbres; asimismo combatia directamente el órden establecido, haciendo á la misma sombra de los claustros, esos descubrimientos que debian producir una revolucion general. La imprenta se convirtió en agente principal de las ideas, desprovistas hasta entonces de órganos inteligibles para la muchedumbre. Conociendo entonces por primera vez la verdad filosófica que habia llegado á ser una potencia popular, se arrojó sobre la verdad religiosa, con impulso tal que estuvo á punto de ahogarla.

En nuestros dias la verdad filosófica no está ya en pugna con la religiosa y la política: la libertad moderna, sin esclavos y sin intolerancia, es una libertad que coincide con la verdad filosófica, de modo que la independencia del entendimiento del hombre, hostil en los tiempos antiguos á la sociedad religiosa y política, la ayuda y la sostiene hoy. Las luces propagadas componen ahora, de los anales particulares de los pueblos, los anales generales de los hombres: el escritor debe pues en lo sucesivo hacer marchar de frente la historia de la especie, y la del individuo.

Pasemos á la verdad religiosa, es decir, al conocimiento de un Dios único, manifestado por un culto.

Esta verdad ha constituido hasta ahora el movimiento principal de la especie humana: encuéntrase en el principio de todas las sociedades, cuya primera ley fue; envuelve en sí misma la verdad filosófica y la política, mas no tardaron los hombres en alterarla.

La verdad filosófica comenzó por medio de las iniciaciones, las luces religiosas que involucraba con sus doctrinas especulativas. Los platónicos y los estóicos crearon algunos hombres contemplativos, inteligentes, morales y virtuosos; pero las escuelas fueron entregadas á la irrision: el vulgo se burló de los peripatéticos que cultivaban las ciencias naturales: nadie se propuso ir á habitar la ciudad pedida á Galieno para gobernarla segun las leyes de Platon. Los filósofos, ó aceptando el culto dominante en su siglo, ó intentando dirigir los pueblos por medio de ideas abstractas, incurrian en los errores comunes, ó no tenian superioridad alguna sobre la multitud. Ignoraban lo que da cumplida explicacion de todo, esto es, el Cristianismo: este nos induce á hablar de la verdad religiosa conforme á los pueblos modernos civilizados, de esa verdad de que ha brotado la mayor parte de los acontecimientos ocurridos desde el nacimiento de Jesucristo hasta nuestros dias.

El Cristianismo, cuya era no principió hasta la mitad de los tiempos, vió la luz en la infancia del mundo. El hombre recien creado, peca por orgullo, y es castigado, abusa de las luces de la ciencia, y es condenado á las tinieblas del sepulcro. Dios habia creado la vida, el hombre creó la muerte, y esta llegó á ser su única necesidad.

Empero toda falta puede expiarse: ofreceráse, pues en sacrificio un holocausto divino, y rescatado el hombre quedará rehabilitado para sus inmortales destinos.

Tal es el fundamento del Cristianismo. Al resplandor de este sistema, descórrese el velo de los humanos misterios: el mal moral y el mal físico quedan explicados: ya no nos vemos obligados á negar la existencia de Dios y la del alma, para aclarar las facultades recurriendo á las leyes de la materia, que nada iluminan y que son mas incomprensibles que las de la inteligencia.

La solidaridad de la especie por la falta del individuo, depende de fines elevados que destruyen la aparente injusticia. Verse encadenado al bien en castigo de una primera rebelion, es una de las grandezas del

hombre: Los hijos de Adan trabajando en comun para perfeccionarse y librarse de la falta de su padre comun, ¿no producirán por último la rehabilitacion de su raza? Sin la mancomunidad de obligaciones de familia ¿de dónde nacerá nuestra simpatía ó antipatía, á las resoluciones generosas ó á las acciones perversas? ¿Qué nos importarian el vicio ó la virtud distante, tres mil años ó tres mil leguas de nosotros? Y no obstante, ¿nos son indiferentes? ¿No sentimos que nos interesan, nos conmueven y afectan de una manera personal é íntima?

La posteridad de Adan se dividió en dos ramas: la segunda, esto es, la de Abel, conservó la historia de la caida y de la redencion prometida, la primera con el primer homicida, olvidó su recuerdo y guardó no obstante los usos que consagraban una verdad olvidada. Hállase el sacrificio humano en todos los pueblos, cual si hubiesen conocido la necesidad de redimirse; pero no eran bastantes por sí mismos para conseguir rescatarse. Establecióse una perpetua libacion de sangre; la guerra y la ley la derramaron: el hombre se abrogó sobre la vida de su semejante un derecho que no tenia; derecho que radicaba en la idea confusa de la expiacion y del rescate religioso. Una vez verificada la redencion en el sacrificio de Jesucristo, la pena de muerte hubiera debido quedar completamente abolida, mas solo se perpetuó por una especie de crímen legal. El Salvador habia dicho en un sentido absoluto: *No matarás.*

Bossuet ha hecho de la verdad religiosa el fundamento de todo, agrupando los hechos en derredor de esta verdad única con incomparable magestad. Todo cuanto ha ocurrido en el universo, es en concepto del obispo de Meaux, el mero cumplimiento de la palabra de Dios: la historia de los hombres es para él la historia de un hombre, el primogénito de las generaciones formado por la mano del Criador, animado por su soplo, hombre caido, hombre redimido con su raza, y capaz en lo sucesivo de encumbrarse á las alturas de su perdido rango. Bossuet desprecia los documentos de la tierra, y busca en el cielo sus títulos. ¿Qué le importa este imperio del mundo, *presente de ningun valor*, como él mismo lo dice? Si se muestra parcial, es por el mundo eterno: escribiendo al pié de la cruz, hace caer los pueblos bajo el signo de la salvacion, bien así como somete los acontecimientos al dominio de su genio.

Entre Adan y Jesucristo, entre la cuna del mundo colocada en la montaña del Paraiso terrenal y la cruz levantada en el Gólgota, hormiguean, por decirlo así, naciones sumidas en la noche de la idolatría, y arrastrando la maldicion fulminada contra el padre de familia. Vénse retratadas en breves toques de pincel con sus vicios y sus virtudes, con sus artes y su barbarie, de modo que esas muertas naciones resucitan lozanas: el nuevo Ezequiel reanima con su soplo los áridos esqueletos. Pero en medio de estas naciones descuella un reducido pueblo que perpetúa la tradicion sagrada, y hace oir de tiempo en tiempo palabras proféticas. Nace el Mesías; la raza vendida desaparece, y la rescatada empieza; Pedro lleva á Roma los poderes de Jesucristo, y se verifica la renovacion del universo.

Puede adoptarse el sistema histórico de este eminente prelado y escritor, si bien con una rectificacion notable: Bossuet encerró los acontecimientos en un círculo tan riguroso como su genio; todo en él se halla encadenado dentro de un Cristianismo inflexible. La existencia de ese círculo terrible, en que giraba el género humano en una especie de eternidad, sin progreso y sin perfeccion, no es por fortuna otra cosa que un imponente error.

La sociedad es un diseño de Dios: en sentido de Bossuet, Dios realizó este diseño por medio de Jesucristo; pero el Cristianismo no es un círculo incapaz de extension; lejos de ser así, es una órbita que se ensancha á medida que se dilata la civilizacion, por lo cual no comprime ni ahoga ninguna ciencia, ninguna libertad.

El dogma que nos manifiesta que el hombre degradado volverá á encontrar sus gloriosos fines, presenta un sentido espiritual y otro temporal: en virtud del primero el alma comparecerá ante Dios limpia de la culpa original; en virtud del segundo el hombre recupera las luces que perdiera al entregarse á sus pasiones, causa de su caida. De este modo, nada se doblega violentamente á mi sistema, ó por mejor decir, al sistema de Bossuet rectificado: por el contrario, este sistema se plega á los acontecimientos, y envuelve la sociedad, dejándole su libertad de accion.

El Cristianismo divide la historia del género humano en dos partes distintas: desde la creacion del mundo hasta el nacimiento de Jesucristo, vemos la sociedad con esclavos, con la desigualdad de los hombres entre sí, y con la desigualdad social del hombre y de la mujer: desde Jesucristo hasta nosotros brilla la sociedad con la igualdad de los hombres entre sí, con la igualdad social del hombre y de la mujer, la sociedad sin esclavos, ó por lo menos sin la esclavitud como principio.

La historia de la sociedad moderna se inaugura por lo tanto en la cruz. Para conocerla bien, es preciso observar en qué difiere desde su nacimiento esta sociedad de la sociedad pagana, cómo descompuso esta, y qué nuevos pueblos se mezclaron á los cristianos para precipitar el poder romano y abismar el órden religioso y político del mundo antiguo.

Si se considera el Cristianismo en todo el vigor de la ortoloxia, esto es, haciendo de la religion católica el complemento de toda sociedad, ¿qué espectáculo mas grandioso que el principio y establecimiento de esta religion?

Hé aquí todo lo que desde luego se descubre:

A medida que el politeismo se hunde, y se propaga la revelacion, se conocen mas á fondo los deberes de la familia y los derechos del hombre; pero el imperio de los Césares es condenado terminantemente, y solo recibe las semillas de la verdadera religion para que no perezca todo en su naufragio. Los discípulos de Jesucristo, que preparan á la sociedad un camino de salvacion interior, facilitándola al mismo tiempo otro en el exterior, van á buscar á lejanos paises, los herederos del mundo romano para desarmarlos.

Hallábase este mundo harto corrompido y lleno de vicios, de crueldades, de injusticias; harto alucinado con sus falsos dioses y sus espectáculos, para que pudiera ser enteramente regenerado por el Cristianismo. Una religion nueva necesitaba pueblos nuevos; era preciso á la inocencia del Evangelio la inocencia de los hombres rústicos, y una fe sencilla reclamaba corazones sencillos como ella.

Una vez adoptados por Dios sus altos designios, los puso por obra. Roma que no veia en las fronteras sino vastas soledades, creyó que nada debia temer; y sin embargo en aquellos campos desiertos reunió el Todopoderoso el ejército de las naciones. Mas de cuatrocientos años fueron necesarios para reunir aquel innumerable ejército, aunque los bárbaros, impelidos como las olas del mar, se desbordaron como ellas. Conduciales cierto instinto milagroso, y cuando carecian de guias les servian de tales las fieras de los bosques. Oyéron una voz en los cielos que los llamaba del Septentrion y el Mediodia, de Poniente y de las regiones de la aurora. ¿Quiénes eran? Solo Dios sabe sus verdaderos nombres. Tan desconocidos como los desiertos de donde salian, ignoraban de dónde venian, pero no á donde se encaminaban; dirigíanse al Capitolio, convocados, segun decian, á la destruccion del imperio romano, cual si marcharan á un banquete.

La Escandinavia apellidada fábrica de las naciones,

fue la primera á quien se llamó para que pusiese en movimiento estos pueblos: los Cimbrios atravesaron antes que otro alguno el Báltico, y se dejaron ver en las Galias y la Italia, cual la vanguardia del ejército exterminador.

Un pueblo que ha dado su nombre á la barbarie misma, y que sin embargo no tardó en civilizarse, los Godos, salieron de la Escandinavia despues de los Cimbrios, á quienes habian quizá arrojado. Estos intrépidos bárbaros se multiplicaron en su marcha, en la cual se les unieron por alianza ó por conquista los Bastarnos, los Venedos, los Sangos, los Roxalanos, los Eslavos y los Alanos: los Eslavos se extendieron á espalda de los Godos en las llanuras de la Polonia y de la Moscovia, y los Alanos ocupaban las tierras valdías situadas entre el Volga y el Tanais.

Al acercarse á las fronteras romanas; los Allamanes (alemanes), que son quizá una parte de los Suevos de que habla Tácito, ó una confederacion de *toda clase de hombres* se colocaban delante de los Godos y se reunian á los Germanos propiamente dichos, que poblaban las orillas del Rhin. Hallábanse entre estos, en el Alto-Rhin, naciones de orígen galo, y en el Rhin-Inferior tribus germánicas, que asociadas para conservar su independencia, se denominaban á sí mismas *Francos*. Esta gran division de soldados del Dios-Vivo, compuesta de las cuatro líneas de los Eslavos, Godos, Alemanes y Germanos, con todas sus mezclas de nombres y de razas, apoyaba su ala izquierda en el mar Negro, la derecha en el mar Báltico, teniendo á su frente el Rhin y el Danubio, débiles vallas del imperio romano.

El mismo brazo que levantaba las naciones polares, arrojaba de las fronteras de la China las hordas de Tártaros, convocadas á la cita (1). Mientras Neron derramaba la primera sangre cristiana en Roma, los ascendientes de Atila caminaban en silencio por los bosques, é iban á posesionarse de la parte oriental del imperio; hallábanse por un lado separados de los Godos tan solo por la laguna Meotis, y tocaban por el otro á los Persas, á quienes habian casi subyugado, y que continuaban la cadena con los Arabes ó los Sarracenos en el Asia, estos, daban en Africa la mano á las turbas errantes del Bargah y del Sahara, y estas estaban en contacto con los Moros del Atlas, concluyendo de encerrar dentro de un círculo de pueblos vengadores, así á los falsos dioses que habian invadido el cielo, como á los romanos que habian oprimido la tierra.

Así se presenta el Cristianismo en los cuatro primeros siglos de nuestra era, al contemplarle con la persuasion de su orígen divino; pero, si sacudiendo el yugo de la fe, nos colocamos en otro punto de vista, cambiará la perspectiva, mas nada habrá perdido de su grandeza.

Ora sea cierto producto de la civilizacion y de la sabiduría de los tiempos, cierto trabajo de los siglos, cierta elaboracion de la moral y la inteligencia, ó cierto compuesto de diferentes doctrinas, de diversos sistemas metafísicos y astronómicos, envuelto todo esto en un símbolo para hacerlo mas sensible al vulgo; ora sea la idea religiosa innata, que despues de haber vogado errante de altares en altares, de sacerdotes en sacerdotes, concluyó por encarnarse; mito el mas puro; eclecticismo de las grandes civilizaciones filosóficas de la India, la Persia, la Judea, el Egipto, la Etiopia, la Grecia y las Galias, especie de Cristianismo universal anterior al Cristianismo judáico, y mas allá del cual nada hay sino la esencia misma de la filosofía, sea de esto lo que se quiera, para elevarse sobre la simple fe, por medio de humanas fuerzas, no por eso es menos cierto que el Cristianismo, aun desnaturalizado así, interpretado y alegorizado, aparece siempre como la revolucion mas trascendental de que han sido testigos los hombres.

El libro de la historia moderna permanecerá cerrado sino se considera el Cristianismo ó como una revelacion que ha operado una trasformacion social, ó como un progreso natural del espíritu humano hácia la civilizacion universal: ya sea sistema teocrático, sistema filosótico, ó ambas cosas á la vez, solo él puede iniciarnos en el secreto de la nueva sociedad.

Admitir, segun la opinion del siglo pasado, que la religion evangélica es una supersticion judáica, que vino á mezclarse con las calamidades de la invasion de los bárbaros; que esta supersticion destruyó el culto poético, las artes y las virtudes de la antigüedad; que precipitó á los hombres en las tinieblas de la ignorancia; que se opuso á la restauracion de las luces, y causó todos los males de las naciones; admitir esto, repito, es medir dimensiones colosales con la escala mas mezquina; es cerrar los ojos al hecho dominante de toda aquella época. El siglo pensador en que vivimos no puede explicarse la ligereza de juicio, y las superficiales miras del siglo que nos ha precedido. Una religion que ha cubierto el mundo con sus instituciones y sus monumentos; una religion que ha sido el regazo y el molde en que se formó y pulió nuestra sociedad entera ¿no habria tenido otros fines, otros medios de accion que la prosperidad de un convento, las riquezas de un clero, los privilegios de una abadía, los cánones de un concilio, ó la ambicion de un papa?

Los resultados del Cristianismo son tan extraordinarios así filosófica, como teológicamente hablando: decídase el lector á elegir prodigios.

Desde luego, el Cristianismo filosófico es la religion intelectual sustituida á la material, el culto de la idea que reemplaza al de la forma; de aquí procede un órden diferente en el mando intelectual, un modo distinto de deducir y practicar la verdad religiosa.

Y obsérvese además que por donde quiera que el Cristianismo ha encontrado una religion material, ha triunfado de ella casi sin resistencia; en tanto que ha penetrado lentamente en los paises donde dominaban religiones de naturaleza espiritual, como él: así es que en la India empeñó largos combates metafísicos, á semejanza de los que presentó, á las herejías ó á las escuelas de la Grecia.

Todo cambió con el Cristianismo, aunque solo se le considere como un acontecimiento humano: la esclavitud dejó de ser el derecho comun; la mujer recobró su puesto en la vida civil y social, y la igualdad, principio desconocido de los antiguos, fue proclamada. La prostitucion legal, la exposicion de los niños, el asesinato autorizado en los juegos públicos y en la familia, y por último, la arbitrariedad en el suplicio de los reos sentenciados, quedaron sucesivamente abolidos de los códigos y de las costumbres. Los hombres abandonaron la civilizacion pueril, corruptora, falsa y privada de la sociedad antigua, para entrar en la senda de la civilizacion moral, razonable, verdadera y general, de la sociedad moderna: pasaron de los dioses á Dios.

La historia no presenta sino un solo ejemplo de la trasformacion completa de la religion de un pueblo dominador y civilizado: y este ejemplo único se halla en el establecimiento del Cristianismo sobre las ruinas de las idolatrías, plaga de que estaba infestado el imperio romano. Aun bajo este solo punto de vista, ¿qué entendimiento medianamente reflexivo no procurará estudiar tal fenómeno? El Cristianismo no vino para la sociedad, como Jesucristo para las al-

(1) Segun el sistema de Guignes, fundado en indagaciones modernas, los Hunos eran originarios de la Filandia. Véase á Klaproth en sus *Cuadros históricos del Asia;* y á Mr. Saint-Martin, en sus sabias notas á la *Historia del Bajo Imperio*, por Lebeau.

mas, á manera de ladron, *tanquam fur*; apareció en la mitad del dia, en medio de todas las luces, y en el mas alto período de la grandeza latina.

No vino á combatir unas hordas salvajes, (ya les saldrá al encuentro cuando sea necesario), sino que asestó sus golpes á los vencedores del mundo, á la antigua civilizacion de la Judea, del Egipto, de la Grecia y de la Italia. En menos de tres siglos se dió cima á la conquista, y el Cristianismo traspasó los límites del imperio romano. La causa eficiente, su triunfo rápido y general, fue el componerse de la filosofía mas abstracta y sublime, con relacion á la naturaleza divina, y de la mas perfecta moral, respecto de la humana: nunca estos dos objetos se encontrarán reunidos en una misma religion; de suerte que esta religion se adaptó bien á las escuelas especulativas y contemplativas, cuyas iniciaciones reemplazaba; á la muchedumbre ilustrada, cuyas costumbres corregia, y á la poblacion bárbara, cuya sencillez embelesaba al mismo tiempo que mitigaba su fogosa impetuosidad.

Si el dogma de la unidad de un Dios ha podido reemplazar los absurdos del poleiteismo; es decir, si una verdad ha ocupado el lugar de una fábula, ¿quién no ve que habiendo sido trocada la piedra angular del edificio social, las leyes, materiales levantados sobre esta piedra, han debido asemejarse á la sustancia elemental de sus nuevos cimientos?

¿Cómo se verificó esto? ¿Cuál fue la lucha de las dos religiones? ¿Qué se prestaron? ¿De qué se despojaron una á otra? ¿Cómo el Cristianismo, habiendo pasado de su siglo heróico á su siglo de inteligente exámen, del tiempo de sus intrépidos mártires al de sus grandes ingenios, triunfó de los verdugos y de los filósofos? ¿Cómo penetró á la vez en todos los entendimientos, en todos los usos, en todas las costumbres, en todas las artes, en todas las ciencias, en todas las leyes criminales civiles y políticas?

¿Cómo se repartieron ambos sexos los puestos en la accion general? ¿Cuál fue la influencia de las mujeres en el establecimiento del Cristianismo? ¿No se debió á las controversias religiosas y á la necesidad en que los fieles se hallaron de defenderse, la libertad de la palabra escrita, siendo el imperio del mundo el premio ofrecido al pensamiento victorioso?

¿Cuál fue en el reinado de Constantino, el efecto del advenimiento de la monarquía de la Iglesia, que debe distinguirse de la república cristiana? ¿qué produjo el movimiento reaccionario del paganismo en el reinado de Juliano? ¿qué sucedió al verificarse la trasposicion completa de los dos cultos en el Teodosio? ¿qué analogías presentaron las heregías del Cristianismo con las diferentes sectas filosóficas? Hecha abstraccion del perjuicio que pudieron causar, ¿no sirvieron las heregías para prevenir la completa barbarie, manteniendo en accion la facultad mas sutil del espíritu, en medio de los siglos mas groseros?

¿No va unido el principio de las instituciones modernas al reinado de Constantino, cinco siglos antes de lo que generalmente se supone? ¿El imperio de Occidente fue destruido por una invasion súbita de los bárbaros, ó no sucumbió sino á los esfuerzos de los bárbaros ya cristianos y romanos? ¿Cuál era el estado de la propiedad en el momento de la caida del imperio de Occidente? La gran propiedad se fundó en la conquista y la barbarie, y se descompuso por medio de la ley y la civilizacion: ¿Cuál fue pues el movimiento de esta propiedad, y cómo varió sucesivamente el estado de las personas? Todas estas cuestiones y otras muchas que se desarrollarán en el curso de estos *Estudios*, no se han examinado todavía con la necesaria extension.

En la historia que se abre al pié de la cruz, y que llega hasta nuestros dias, hay grandes errores que disipar, grandes verdades que establecer y mucha justicia que rendir. En el imperio del Cristianismo, la lucha de las inteligencias y de la legitimidad contra las ignorancias y las usurpaciones cesó por grados: descubriéronse y fijáronse las verdades políticas; el gobierno representativo que Tácito considera cual una hermosa quimera, se hizo posible, y las ciencias que habian permanecido casi estacionarias, recibieron un impulso rápido de ese espíritu de innovacion que favoreció el hundimiento del mundo antiguo. El mismo Cristianismo, purificándose despues de haber atravesado los siglos de supersticion y de fuerza, vino á ser en las naciones nuevas la perfeccion de la sociedad.

Calumniósele sin embargo: los aduladores lo pintaron á Marco Aurelio como una faccion; á sus sucesores como una escuela de perversidad, y mas adelante la hipocresía desfiguró algunas veces la obra de la verdad, pretendiendo hacer fanático, perseguidor, enemigo de las letras, de las artes y de toda libertad, á lo que es la tolerancia, la caridad; la libertad y la antorcha del genio. Lejos de hacer retrogradar á las ciencias, el Cristianismo, desembrollando el caos de nuestro ser, ha manifestado que la raza humana, que los antiguos creian haber llegado á su virilidad, se hallaba aun en la cuna. El Cristianismo crece y marcha con el tiempo: es una luz cuando se mezcla á las facultades del alma, y un sentimiento cuando se asocia á los movimientos del corazon. Moderador de los pueblos y de los reyes, solo combate los excesos del poder de cualquier parte que procedan, pues en la moral evangélica, razon superior, se apoya la razon natural en su asension á la enhiesta cima á que aun no ha llegado. Merced á esta moral, hemos aprendido que la civilizacion no despoja al hombre de la independencia, y que existe una libertad, fruto de las luces, no de otro modo que existe una libertad hija de las costumbres.

Mostrabánse apenas los bárbaros en las fronteras del imperio, cuando el Cristianismo se deslizó en su seno. La coincidencia de ambos acontecimientos, esto es, la combinacion de la fuerza intelectual y de la fuerza material para la destruccion del mundo pagano, es un hecho á que se enlaza el orígen, desapercibido á primera vista de la historia moderna. Algunas invasiones fácilmente rechazadas, y una religion desconocida defundiéndose entre esclavos, ¿podrian fijar acaso las miradas de los señores de la tierra? ¿Podian adivinar los filósofos que empezaba una revolucion general? Y sin embargo, conmovian tambien las antiguas ideas, alteraban las creencias y las destruian en las clases superiores de la sociedad, en la época en que el Cristianismo minaba los cimientos de esas creencias y de esas ideas en las clases inferiores. La filosofía y el Cristianismo, atacando á la par el antiguo órden del universo por los dos extremos, marchando el uno hácia el otro; dispersando á sus adversarios, se encontraron frente á frente despues de su victoria. Ambos contendentes se habian comunicado mútuamente algo en su asalto contra el enemigo comun: habíanse cedido hombres y doctrinas; mas cuando hácia la mitad del cuarto siglo fue necesario, no dividir, sino reasumir el imperio de la opinion, el Cristianismo aunque ya se habia sentado en el trono, se halló revestido al mismo tiempo de la fuerza popular, siendo así que la filosofía no tenia otras armas que el poder de los tiranos: Juliano dió el último combate y quedó vencido.

Rompiendo en todas partes las barreras, las hordas selváticas corrian á hacerse bautizar en los anfiteatros, poco antes regados con la sangre de los mártires. El Cristianismo era á la sazon democrático entre la muchedumbre romana, entre los grandes talentos emancipados, y entre las tribus salvajes: el género humano reconquistaba la libertad por medio de la moral y la barbarie.

Tal es el cuadro que debe trazarse antes de entrar en la historia particular de nuestros padres: mi propósito es pintar estos tres mundos confusamente coexistentes: el mundo pagano ó el mundo antiguo, el mundo cristiano, y el mundo bárbaro; especie de trinidad social de que se formó la sociedad única que cubre hoy la tierra civilizada. Reasumamos la exposicion del sistema que me ha parecido mas adecuado á las luces actuales, y que á mi entender hermana mejor nuestras dos escuelas históricas. Parto de los principios de la escuela antigua para llegar á las consecuencias de la moderna; porque, como no es posible destruir lo pasado ni lo futuro, me coloco entre ambos sin conceder la preeminencia, ni al hecho sobre la idea, ni á esta sobre aquel.

He buscado los principios generadores de los hechos, y los coloco en la verdad religiosa, la verdad filosófica con sus tres ramas, y la verdad política.

Esta no es menos que el órden y la libertad, sean cuales fueren las formas de que se rodee.

La verdad filosófica es la independencia del entendimiento del hombre: combatió en otro tiempo á la verdad política, y principalmente á la verdad religiosa: principio de destruccion en la sociedad antigua, lo es de duracion en la moderna, porque se halla de acuerdo con la verdad política y con la verdad religiosa perfeccionada.

La verdad religiosa es el conocimiento de un Dios único, manifestada por medio de un culto. El verdadero culto es el que explica mejor la naturaleza de la Divinidad, y la del hombre; por esta sola razon el Cristianismo es la religion verdadera.

Ora le miremos con los ojos de la fe, ora con los de la filosofía, el Cristianismo ha renovado la faz del mundo.

El Cristianismo no es el círculo inflexible de Bossuet, sino una órbita que se extiende á medida que la sociedad se desarrolla; y como nada comprime ni ahoga, tampoco se opone en manera alguna á las luces ni á la libertad.

Tal es el esqueleto que procuro cubrir de carne. Para introducir al lector en el laberinto de la historia moderna, he puesto en su mano los hilos que deben guiarle: la predicacion del Evangelio, ó sea la iniciacion general de los hombres en la verdad intelectual y moral, y la irrupcion de los bárbaros.

Débense distinguir dos grandes invasiones de estos pueblos: la primera principia en el reinado de Decio, y se detiene en el de Aureliano, en cuya época los bárbaros, casi todos paganos, se arrojaron como enemigos sobre el imperio: la segunda se verificó en el reinado de Valentiniano y de Valente, y convertidos entonces en parte al Cristianismo, entraron los bárbaros en el mundo civilizado como suplicantes huéspedes ó aliados de los Césares. Llamados por espacio de tres siglos por la debilidad del Estado y por las facciones, y apoyando á los diversos caudillos que aspiraban al imperio, batiéronse unos contra otros segun la voluntad de los señores que los pagaban, y á quienes al fin destruyeron: alistados unas veces en las legiones de que eran gefes ó soldados, esclavos otras, ó ya dispersos en colonias militares, tomaban posesion de la tierra con la espada y el arado. Sin embargo, rara vez labraban los campos, y cuando lo hacian era á su despecho, pues les parecia mas fácil verter la sangre de un romano para abonar los surcos, que derramar su sudor.

Conviene saber cuál era la situacion del imperio cuando se verificaron las dos invasiones generales de estos pueblos antecesores nuestros, y que ni aun estaban indicados en los trabajos geográficos. Habitaban mas allá de los límites del mundo conocido de Strabon, Plinio y Ptolomeo, un pais ignorado; empero fue preciso colocarlos en los mapas, cuando Alarico y Genserico escribieron sus nombres en el Capitolio con la punta de sus espadas.

DISCURSO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

DESDE JULIO CÉSAR HASTA DECIO.

Despues de haber predicado Jesucristo el Evangelio, dejó su cruz en la tierra, como un divino monumento de la civilizacion moderna. Del pié de esta cruz plantada en Jerusalen, partieron doce legisladores pobres, desnudos, con un báculo en la mano, para adoctrinar las naciones y renovar la faz de los pueblos.

Las leyes de Licurgo no habian podido sostener á Esparta, ni la religion de Numa habia logrado conservar la virtud de Roma mas allá de algunos centenares de años: empezó un pescador enviado por un hombre de la mas humilde condicion, estableció en el Capitolio ese imperio que cuenta ya diez y ocho siglos de existencia y que, segun sus profecías, no debe tener fin.

Hacia mucho tiempo que la republicana Roma habia repudiado la libertad, para convertirse en miserable concubina de los tiranos: la grandeza de su primer divorcio le sirvió al menos de escusa. César es el hombre mas cabal de la historia, porque reune el triple talento de político, escritor y guerrero. Por desgracia este hombre eminente era tan corrompido como su siglo; mas si hubiese nacido en tiempo de las costumbres sencillas, hubiera sido rival de los Cincinatos y Fabricios, porque compendiaba todos los géneros de fuerza y de poder. Mas cuando se dejó ver en Roma, habia pasado el imperio de la virtud, y no encontrando sino la gloria, siguió las huellas de esta á falta de mejor númen.

* Augusto, heredero de César, no pertenecia á esa primera raza de hombres que hacen las revoluciones, sino á la clase secundaria que se aprovecha de ellas, y que corona con destreza el edificio, cuyos cimientos fueron abiertos por mas poderosa mano: reunia á la vez la habilidad y la medianía necesarias á la direccion y manejo de los negocios públicos, que se destruyen del mismo modo con una completa ignorancia que con una gran superioridad.

El terror que Augusto habia inspirado al pronto le fue útil: los partidos enmudecieron temblando, y cuando vieron al usurpador hacer legitimar su autoridad por el Senado, conservar (1) la paz, no perseguir á nadie y nombrar por su sucesor en el consulado á un antiguo amigo de Bruto, se reconciliaron con sus cadenas. El sagaz emperador parodiaba las formas republicanas; consultaba á Agrippa, á Mecenas, y quizás tambien á Virgilio (2), sobre el restablecimiento de la libertad, al mismo tiempo que invadia todos los poderes (3), se hacia investir con el poder legislativo (4), é instituia la guardia pretoriana (5). Supo atraerse las Musas para que aplacasen la historia, y el mundo ha perdonado al amigo de Horacio. Augusto fijó los límites del imperio romano del modo siguiente (6):

Al Norte el Rhin y el Danubio.

Al Oriente el Eufrates.

Al Mediodía el Alto-Egipto, los desiertos de Africa y el monte Atlas.

Al Occidente los mares de España y de las Galias.

Trajano subyugó la Dacia al Norte del Danubio (7), y la Mesopotamia y la Armenia al Oriente del Eufrates; pero estas últimas conquistas fueron abandonadas por Adriano. Agrícola, en el reinado de Domiciano, acabó de someter la Gran-Bretaña (8) hasta los dos golfos situados entre Dumbritton y Edimburgo.

En los reinados de Augusto y de Tiberio mantenia el

* Augusto año de Roma 725 antes de Jesu-Cristo 29.

imperio veinte y cinco legiones (9), que llegaron á ser treinta en el reinado de Adriano (10). El número de soldados que componia una legion no fue siempre el mismo: fijándola en doce mil quinientos hombres, hallaremos que tan vasto Estado estaba defendido en tiempo de los primeros emperadores tan solo por trescientos veinte y dos mil quinientos, y luego por trescientos setenta y cinco mil hombres. Seis mil ochocientos treinta y un romanos propiamente dichos, y cinco mil seiscientos sesenta y nueve aliados ó extranjeros, formaban el completo de una legion, y bajo el yugo de la tiranía no era Roma, sino las provincias, las que suministraban soldados. Los Celtíberos fueron las primeras tropas asalariadas introducidas en las legiones (11). Roma que habia combatido en favor de su libertad, confió á hombres mercenarios el cuidado de defender su esclavitud.

Diez y seis legiones guarnecian el Rhin y el Danubio (12); dos estaban acantonadas en la Dacia, tres en la Mesia, cuatro en la Pannonia, una en la Norica, una en la Rhecia, tres en la Alta y dos en la Baja-Germania, y tres en la Bretaña; ocho legiones, de las que seis moraban en Siria y dos en Capadocia, bastaban para asegurar la tranquilidad del Oriente. Egipto, Africa y España se mantenian en paz, sujeto cada uno de estos paises á la custodia de una legion. Diez y seis mil hombres de cohortes de la ciudad y de guardia pretoriana (13), protegian en Italia el doble monumento de la libertad y de la servidumbre, el Capitolio y el palacio de los Césares.

Tres flotas, la primera en Rávena, la segunda en Misena, la tercera en Frejus protegian la regularidad del Mediterráneo oriental y occidental (14); la cuarta, armada, dominaba al Océano entre la Bretaña y las Galias; la quinta cubria el Ponto-Euxino; y muchas barcas tripuladas por soldados estacionaban el Danubio (15): tal era la fuerza regular del imperio. Esta fuerza acrecentada gradualmente, no excedia sin embargo, de cuatrocientos cincuenta mil hombres, en el momento en que millares de bárbaros se preparaban para atacarla. Verdad es que todo romano se reputaba soldado, y que en ciertas ocasiones se recurria á los alistamientos extraordinarios, conocidos con el nombre de *conjuracion* ó de *evocacion*, y ejecutados por los *conquisitores* (16). En estos casos de *tumulto* se enarbolaban dos banderas en el Capitolio, una encarnada para reunir á los infantes, y otra azul para reunir á los ginetes.

Una linea de puertos fortificados principalmente en las márgenes del Rhin y del Danubio, y ciertos puntos amurallados y algunas fábricas de armas situadas á conveniente distancia, completaban el sistema defensivo de los Romanos. Este sistema varió poco desde el reinado de Augusto hasta el de Decio, pues únicamente se añadió á la defensa lo que la experiencia habia acreditado de útil.

En tiempo de Augusto estalló aquella guerra de la Germania en que Varo perdió sus legiones.

Cuando Augusto entraba en su duodécimo consulado, y Cayo César era declarado príncipe de la juventud, ¿qué ocurria en un oscuro rincon de la Judea?

«Hácia este mismo tiempo se publicó un edicto de César Augusto en que se mandaba formar el censo de los habitantes de toda la tierra.

»José partió tambien de la ciudad de Nazareth, que está en Galilea, y vino á Judea á la ciudad de David, llamada Belen, porque era de la casa y familia de David.

»Para hacerse empadronar con María, su esposa, que estaba en cinta.

»Mientras permanecian allá, cumplióse el tiempo en que debia realizarse su alumbramiento.

»Y dió á luz su hijo primogénito, y habiéndole envuelto en pañales, le acostó en un pesebre, porque no habia lugar para ellos en la posada.

»Habia en los contornos varios pastores que pasaban la noche en los campos, cuidando por turno de sus rebaños.

»Y súbitamente se les presentó un ángel del señor, y se vieron cercados de una luz divina que les causó gran temor.

»Entonces les dijo el ángel: «No temais, pues vengo á daros una nueva que será para todo el pueblo »objeto de suma alegría.

»En este dia os ha nacido en la ciudad de David, un »salvador, que es Cristo.»

Estos prodigios no fueron conocidos de la córte de Augusto, donde Virgilio cantaba á otro niño*, mas las bellas ficciones de su musa no igualaban la pompa de la realidad de que eran testigos algunos pastores. ¡Un niño de condicion humilde, y menospreciada estirpe, nacido en un establo de Belen, era en verdad un señor harto singular del mundo, y su nombre hubiera causado no poca admiracion en Roma! Y sin embargo, desde el nacimiento de este niño cámbiase la cronología y señálase el primer año de la era moderna. (17)

Tiberio, sucesor de Augusto **, no se tomó como este el trabajo de fascinar á los Romanos; oprimiólos desembozadamente, y los obligó á prodigarle la servidumbre. En él principió la serie de mónstruos abortados por la corrupcion romana.

El primero de ellos en el órden de los tiempos, fue tambien el mas hábil; y como todo degenera, incluso la misma tiranía, tras los tiranos activos vienen los tiranos indolentes.

Tiberio extendió el crímen de lesa-magestad inventado por Augusto, y que se convirtió en una ley rentística, que produjo la raza de los delatores: nueva especie de magistratura que Domiciano declaró sagrada bajo la justicia de los verdugos (18).

Tiberio sacrificó los derechos del pueblo á los senadores, y las personas de estos al pueblo; porque este, pobre é ignorante, no tenia fuerza sino en sus derechos, y porque los senadores ricos é instruidos, deducian únicamente su poder de su valor personal.

Tiberio unia á sus demás defectos el de las almas pequeñas: la ingratitud á los servicios que le habian sido prestados, y la envidia al mérito; el talento inquieta á la tiranía, cuando es débil le teme como á una fuerza irresistible, y cuando es fuerte la aborrece como á la libertad.

Las costumbres de Tiberio eran dignas del resto de su vida; pero se guardaba silencio sobre ellas, porque llamaba á sus crímenes en auxilio de sus vicios, y el terror le vengaba del desprecio.

La guerra de los Germanos continuó en el reinado de este príncipe, dando ocasion á las victorias de Germánico, que prepararon el veneno con que debia expiarlas. Los triunfos de Germánico le costaron la vida, murió de su gloria, si así puede decirse.

El año en que su viuda, la primera Agripina, fue á reunírsele en la tumba, despues de prolongados sufrimientos, el Hijo del Hombre terminaba su mision, restituyendo á los pueblos la religion, la moral y la libertad, en el momento en que espiraban en la tierra.

«Sin embargo, la madre de Jesús, y la hermana de su madre María, esposa de Cleofás, y María Magdalena, se hallaban al pié de la cruz.

»Habiendo visto Jesús á su madre, y cerca de ella al discípulo amado, dijo á aquella: mujer hé ahí á tu hijo.

»Luego dirigiéndose al discípulo, le dijo: Hé ahí á tu madre. Y desde aquel momento el discípulo la tuvo en su compañía.

»Sabiendo despues Jesús que todo se habia cum-

* Augusto, año de Roma 754. Antes de J.-C. 1.
** A. de J.-C. el 14.

plido, para que tambien se cumpliese una *palabra* de la Escritura, dijo: «Tengo sed.»

»Y como hubiese allí una vasija llena de vinagre, los soldados empaparon en él una esponja, y rodeándola del hisopo la acercaron á sus labios.

»Habiendo Jesús bebido el vinagre, exclamó: «Todo se ha cumplido»; é inclinando la cabeza exhaló su espíritu.»

En esta narracion no se encuentran ya el lenguaje y las ideas de los historiadores griegos y romanos: penetramos en regiones desconocidas. Dos mundos singularmente distintos se presentan aquí á la vez: Jesucristo en la cruz * y Tiberio en Cáprea.

La publicacion del Evangelio empezó el dia de Pentecostés de aquel mismo año. Tuvo principio la Iglesia de Jerusalen, siendo elegidos los siete diáconos Estéban, Felipe, Prochoro, Nicanor, Timon, Parmenas, y Nicolás (19). El primer martirio se verificó en la persona de San Estéban (20): Simon el Mago inventó la primera herejía (21), á la que siguió la de Apolonio de Tyana. Saul, de perseguidor que era, se convirtió en apostol de los gentiles, con el gran nombre de Pablo. Pilato envió á Roma las actas del proceso del Hijo de María: Tiberio propuso al Senado colocar á Jesucristo en el número de los dioses (22). Y la historia romana ha ignorado estos hechos.

Despues de Tiberio, un loco y un imbecil **, Calígula y Claudio, fueron llamados á gobernar el imperio, que caminaba entonces abandonado á sí mismo, como lo habia montado su predecesor, es decir á merced de la servidumbre y la tiranía.

Preciso es hacer justicia á Claudio: rehusaba el poder, y habiéndose ocultado detrás de una puerta durante el tumulto que siguió al asesinato de Cayo, fue descubierto por un soldado que le saludó como á emperador (23). Claudio consternado, no pedia sino la vida, y habiéndole dado ademas el imperio, lloraba al recibir tal presente.

En el reinado de Claudio empezó la conquista de la Gran-Bretaña; y como este emperador habia nacido en Lyon, introdujo los Galos en el senado.

Los Judíos, perseguidos en Alejandría, enviaron á Calígula por diputado á Filon. Herodes-Antipas (24) y Pilato fueron desterrados á las Galias. Cornelio es el primer soldado romano que recibió la fe.

Acrecentóse el número de los discípulos del Evangelio, fundáronse las siete Iglesias del Asia-Menor, y los discípulos del Evangelio recibieron en Antioquía por vez primera el nombre de *cristianos* (25). Pedro, encarcelado en Jerusalen por Herodes Agrippa, recobró milagrosamente la libertad. Este príncipe de nuevo género y cuyos sucesores estaban llamados á ocupar el solio de los Césares, entró en Roma (26) con el báculo pastoral en la mano el segundo año del reinado de Claudio ***. Antes de derramarse por la tierra para anunciar al Mesías, los apóstoles compusieron en Jerusalen el símbolo de la fe. Ese código de los cristianos, destinado á ser, andando el tiempo, la ley del mundo no fue escrito: Jesucristo no escribió cosa alguna; siete de sus apóstoles no han dejado otra cosa que sus obras; existen otras de las cuales se ignora hasta el nombre, ¡y la doctrina de estos hombres desconocidos ha recorrido la tierra! Juan evangelizó en el Asia Menor, llevando consigo á María, que el Salvador le habia legado desde lo alto de la cruz: encaminóse Felipe á la Alta-Asia; Andrés á la Escitia; Tomás al país de los Parthos y hasta las Indias, á donde Bartolomé llevára el Evangelio de San Mateo, escrito antes que los demás. Simon predicó en Persia; Matías en Etiopia; Pablo en la Grecia; Marcos, discípulo de Pedro, escribió su Evangelio en Roma; y Pedro envió misioneros á Sicilia, á Italia, á las Galias y á las costas de Africa. San Pablo llegaba á Efeso cuando ocurria la muerte de Claudio, y catequizó personalmente en Provenza y en las Españas.

* Tiberio, A. de J. C. 33.
** Calígula A. de J. C. 37. Claudio A. de J. C. 41.
*** Claudio, emperador. S. Pedro, papa. A. de J. C. 42.

Sabemos por las epístolas de este apóstol que los primeros cristianos y las primeras cristianas en Roma fueron Epenitas, María, Andrónico, Junia, Ampliato, Urbano, Stachys y Appeles. Pablo saludó tambien á los fieles de la casa de Aristóbulo y á los de la casa de Narciso (27), el famoso favorito de Claudio. Estos nombres son muy oscuros, y no se hallarán en los documentos suministrados á Tácito; pero es sin duda harto notable observar, desde el punto á que hemos llegado, al mundo cristiano empezar desconocido en la casa de un liberto, que la historia ha creido de su deber inscribir en sus fastos.

* Así como todos los conquistadores han llegado á ser Alejandros, todos los tiranos han heredado el nombre de Neron; mas no se adivina el por qué este principe ha gozado tan alta honra, porque no fue mas cruel que Tiberio, ni mas insensato que Calígula, ni mas disoluto que Eliogábalo; quizá será porque dió muerte á su madre, y por haber sido el primer perseguidor de los cristianos. Tal vez tambien su entusiasmo por las artes imprimió, á su tiranía un carácter de ridiculez que sirvió para hacerlo notable. El hermoso cielo de Bayas y las suntuosas fiestas, eran el teatro donde Neron se complacia en colocar sus crímenes.

Los senadores que le condenaron á muerte le probaron que un artista no vive en todas partes, como acostumbraba decirlo, cantando al son del laud (28). Aquellos viles esclavos que juzgaron á su señor caido, no habian osado atacarle cuando se hallaba en pié: dejaron vivir al odioso tirano, y solo dieron muerte al miserable histrion.

El incendio de Roma, hecho atroz de que se acusó á los cristianos á quienes se confundía con los Judíos, produjo la primera persecucion **: los mártires eran crucificados como su *Maestro*; ó cubiertos con pieles de fieras, eran devorados por los perros; ó ya se les vestia con túnicas impregnadas de pez, á las que se prendia fuego, (29) y la pez derretida caia al suelo mezclada con la sangre. Estas primeras antorchas de la fe alumbraron una fiesta nocturna. Neron quedaba en sus jardines, y á la luz que despedian guiaba vistosos carros.

Pablo, acusado ante Félix y Festo, se trasladó á Roma, en donde predicó el Evangelio con Pedro (30).

Estalló entonces la herejía de los nicolaitas, que habia tomado su nombre de Nicolás, uno de los siete primeros diáconos. Santiago, obispo de la Iglesia judía, habia sufrido el martirio; la guerra de Judea tuvo orígen en tiempo de Sexto Galo, y los cristianos se habian retirado de Jesusalen.

Apolonio de Tyana, que desembarcara en la capital del mundo para ver, segun decia, qué clase de animal era un tirano (31), fue expulsado de ella con los demás filósofos. Pedro y Pablo encerrados en la prision Mamertina, situada al pié del Capitolio, fueron sentenciados á muerte ***: Pablo fue decapitado como ciudadano romano, cerca de las aguas Salvianas en un lugar hoy desierto, donde se ven tres fuertes, á escasa distancia de la Basílica con la advocacion de San Pablo, extramuros, la cual fue destruida por un incendio en el momento mismo de la muerte de Pio VII. Pedro, reputado como judío y de vil condicion, fue crucificado cabeza abajo en el monte Janículo, y enterrado á la orilla de la via Aurelia, no lejos del templo de Apolo (32): levántanse allí actualmente el palacio del Vaticano y la iglesia de San Pedro, cuya grandeza

* Neron emper. S. Pedro, papa, A. de J. C. 54.
** Año de J. C. 64.
*** Año de J. C. 67.—29 de junio.

compite con las mas imponentes ruinas de Roma. Neron ignoraba sin duda el nombre de los dos malhechores de baja esfera, condenados por los magistrados, y que eran, despues de Jesucristo, los fundadores, de una religion nueva, de una nueva sociedad, y de un poder que estaba destinado á continuar la eternidad de la ciudad de Rómulo.

* Lino, de quien se trata en las Epístolas de San Pablo, sucedió á San Pedro; y San Clemente ó San Cleto, á San Lino.

El pueblo romano amó á Neron, y esperó volver á encontrarle despues de su muerte en la persona de algunos impostores: algunos cristianos creyeron que Neron era el Ante-Cristo, y que volveria á aparecer á la consumacion de los siglos (33), pues el mundo pagano le aguardaba para sus delicias, y el mundo cristiano para sus pruebas.

En el reinado de Neron fue tambien cuando San Marcos fundó la iglesia de Alejandría, que principió particularmente por los terapeutas, secta judía entregada á la vida contemplativa (34), y que sirvió de primer modelo para las órdenes monásticas cristianas. Los terapeutas diferian de los esenianos en que solamente se veian en Palestina, y en que vivian en comun del trabajo de sus manos. La escuela filosófica de Alejandría mezcló tambien sus doctrinas con las del Cristianismo, sutilizó la sencillez evangélica, y produjo herejías famosas.



CARACALLA Y SEVERO.

La muerte de Neron causó una revolucion en el Estado: el derecho de eleccion pasó á las legiones, y la constitucion adquirió un carácter militar. La dignidad imperial se habia mantenido hasta entonces vinculada en la familia de Augusto, por una especie de derecho de sucesion: es verdad que el Senado y los pretorianos habian añadido mas ó menos fuerza á este derecho; pero en fin la eleccion habia permanecido concretada á la ciudad eterna, y á la sangre del primero de los Césares. Usurpada por las legiones, produjo mudanzas esenciales, y multiplicando las guerras civiles, multiplicó las causas de destruccion; el ejército, nombrando á su señor, y no recibiéndolo ya de la voluntad de los senadores y de los dioses, no tardó en menospreciar su obra. Los bárbaros introducidos en el ejercito, se acostumbraron á hacer emperadores, y cuando se cansaron de disponer del mundo en provecho ajeno lo reservaron para sí.

En el despotismo hereditario hállanse ciertas eventualidades de reposo para los hombres; pues pierde parte de su rudeza en su vejez. Empero en el despotismo electivo cada gefe se levanta hasta la soberanía con toda la fuerza del primogénito de su raza, y se entrega á la opresion con todo el ardor de un recien encumbrado al poder; siempre subsiste el tirano en su vigor electivo, mientras que la nacion que no se renueva, permanece en su servidumbre hereditaria. Y como el imperio romano ocupaba el mundo conocido, y el emperador podia ser elegido en todas partes, de ahí procedia esa diversidad de tiranías, segun que el señor era originario de Africa, de Europa ó de Asia. Todas las variedades de opresion diseminadas al presente por los diferentes climas, se cubrian por medio de la eleccion con la púrpura, á donde cada candidato llegaba con su propio carácter y las costumbres de su país.

Seyano, que aprovechándose de la envidiosa vejez de Tiberio, habia envenenado á Druzo, ocasionado la desgracia, y por consiguiente la muerte de Agripina y la de sus dos hijos mayores, no consiguió quitar la vida al hijo tercero de Germánico. Este fue Cayo-Calígula: Claudio, su tio y hermano de Germánico, proclamado emperador por los pretorianos y principalmente por los Germanos de su guardia, tuvo de Mesalina al desventurado Británico. Agripina, hermana de

* Neron Emper. Lino papa. A. de J. C. 67-68. Cleto, Anacleto, Clemente, papa. A. de J. C. 68-77.

Calígula ó hija de la primera Agripina, esposa de Germánico, contrajo segundas nupcias con su tio Claudio, y le hizo adoptar á Neron, á quien habia tenido de su primer matrimonio con Domicio. Aenobarbo, Neron, encumbrado al imperio, despues de haberse desecho de Británico, se vió obligado á privarse de la existencia, y con él se extinguió la familia de Augusto. No obstante, los vicios y crímenes que la han hecho execrable, esta familia no careció de cierta elevacion y delicadeza, fruto del ejercicio del poder, de la posesion de las riquezas, y de los recuerdos de una ascendencia histórica. La casa de Julio pretendia descender por un lado de Eneas, por otro de los reyes de Alba, y por otro de Claudio el Sabino y de todos los Claudios, sus orgullosos descendientes.

Galba, que ocupó breves instantes el puesto de Neron, pertenecia tambien á una raza aristocrática; pero despues de él empieza una nueva clase de príncipes. Siempre que se verifica un gran cambio en la constitucion de un Estado, desaparecen las familias antiguas, ya sea porque se extingan realmente, ó porque obedeciendo ó resistiendo al nuevo poder, desaparezcan en el desprecio que acompaña á su sumision, ó en el olvido que sigue á su fiereza. El despotismo, que era aristocrático con la eleccion del Senado, hízose democrático con la eleccion del ejército.

Notemos en el primer año del reinado de Neron, el nacimiento de Tácito: este historiador apareció despues de los tiranos para castigarlos, cual los remordimientos siguen las huellas del crímen. Tito Livio habia muerto en el reinado de Tiberio; Tito Livio y Tácito se repartieron en cierto modo el cuadro de las virtudes y los vicios de los Romanos; pero los ejemplos aducidos por el primero, fueron tan inútiles con las lecciones dadas por el segundo.

Durante el reinado de Neron se sublevó la Gran-Bretaña, pero fue vencida; agitáronse los Partos, mas fueron contenidos por Corbulon; los Germanos permanecieron tranquilos, á excepcion de los Frisones y los Ausibaros, que quisieron ocupar á lo largo del Rhin el país que los Romanos dejaban inculto. El anciano caudillo de los Ansibaros, rechazado por el general romado, exclamó: «No puede faltarnos tierra para vivir ó para morir en ella.» (35) Debemos contar á los Ansibaros en el número de nuestros antepasados, porque despues formaron parte de la Liga de los francos. * Galba, Othon y Vitelio pasaron rápidamente, teniendo apenas tiempo para ocultarse bajo el manto imperial. Galba habia dicho á Pison, en el hermoso discurso que Tácito pone en su boca, que la eleccion reemplazaria para el pueblo romano la libertad; en efecto, esta no fue sino la decision de la fuerza.

Algunas palabras de Galba son dignas de la antigua Roma, cuya sangre conservaba. Solicitando algunos legionarios una nueva gratificacion, les respondió: «Yo elijo soldados, no los compro.» (36).

Othon acababa de sublevar á los pretorianos, un soldado se presentó á Galba con la espada desnuda, asegurándole que habia muerto á Othon. «¿Quién te lo ha mandado?» preguntó el viejo emperador (37).

Galba fue asesinado en la plaza pública: rodeado de los sediciosos á quienes habia sublevado Othon, alargó el cuello á los asesinos, diciéndoles: «Herid, si mi muerte es útil al pueblo romano.» Cayó su calva cabeza, y un soldado para llevarla se vió precisado á envolverla en un pedazo de tela (38).

Esta cabeza debió haber aconsejado mejor á un anciano de setenta y tres años: ¿A qué ceñir con la corona una frente desnuda?

Othon habia ambicionado el imperio; lo habia ambicionado en el acto, no como un poder sino como un placer. Demasiado débil para vivir, tuvo bastante valor para morir. Habiendo sido batidos sus soldados por las legiones de Vitelio se acostó, durmió bien, se atravesó con un puñal al despertar (39), y espiró en silencio sin haber leido el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma, y sin desgarrarse las entrañas. Pero Caton murió con la libertad, y Othon no dejaba sino el poder.

Vitelio, que solo era conocido, por sus excesos gastronómicos, y cuyo mas preciado monumento era un plato (40); Vitelio, sucesor de Othon, disolvió á los pretorianos que se le habian declarado hostiles. No tardó en atacarle Primo; vencedor en nombre de Vespaisano, batiéronse en Roma: los Ilirios y los Germanos legionarios se degollaron mútuamente en medio de los festines, de las danzas y de las prostituciones.

Vitelio huyó con su cocinero y su panadero, y habiendo vuelto á entrar en palacio y encontrándolo desierto corrió poseido de espanto á ocultarse en el cuarto de un portero, á cuyo lado habia unos perros que le mordieron (41). Atrancó la puerta del cuarto con la cama y el colchon del portero; llegaron en tanto los soldados, y habiendo descubierto al emperador, le arrancaron de su asilo, y le arrastraron medio desnudo á lo largo de la via Sacra, con las manos atadas á la espalda, una cuerda al cuello, el vestido en girones y los cabellos en desórden. Su rostro encendido con los vapores del vino, su voluminoso abdómen y su paso vacilante como el de un sileno (42), fueron otros tantos objetos de insulto y de risas. Llamáronle incendiario, gloton y beodo; arrojáronle inmundicias; atáronle una espada en el pecho con la punta en la barba, para obligarle á levantar la cabeza que él bajaba lleno de vergüenza, y le precisaron á mirar sus estátuas derribadas, cuyas inscripciones decian que habia nacido para la ventura y la concordia de los Romanos (43). Finalmente, despues de haberle abrumado de ultrajes y cubierto de heridas, le quitaron la vida, arrojando su cuerpo al Tiber, y plantando su cabeza en la punta de una pica. Vitelio se sentó en el imperio que habia tomado por un banquete, y sus convidados le obligaron á acabar el festin en las Gemonias.

Los Sármatas Oseolanos fueron batidos durante el breve reinado de Othon. Mientras Vespasiano atacaba á Vitelio, los Dacios invadieron la Mesia siendo rechazados por Mucetano. Civilis sublevó á los Bátavos; y los Germanos, aliados de Civilis, hicieron varias correrias por las fronteras romanas.

La muerte de Vitelio suspendió el curso de estas ignominiosas adversidades. Ochenta años de felicidad, interrumpidos tan solo por el reinado de Domiciano, tuvieron principio en la elevacion de Vespasiano. Háse mirado este periodo como aquel en que el género humano fue mas dichoso; así seria si la dignidad y la independencia de las naciones no tuviesen parte alguna en su dicha. Los primeros tiranos de Roma se distinguieron cada uno por un vicio particular, para que se formase juicio de lo que es capaz de soportar la sociedad sin disolverse; en cambio, los buenos príncipes que sucedieron á aquellos tiranos brillaron cada cual con una virtud distinta, á fin de que se conociese la insuficiencia de las cualidades personales para la existencia de los pueblos cuando estas cualidades se hallan separadas de las instituciones.

Cuantos méritos diversos pueden imaginarse, resplandecieron á la cabeza del imperio; y los que poseyeron tales méritos pudieron emprenderlo todo sin que les estorbara traba alguna; herederos del poder absoluto, eran dueños de emplear para obrar el bien la arbitrariedad, ejercitada antes para el mal. ¿Qué causa produjo este despotismo de la virtud? ¿restablecia la libertad? ¿preservó el imperio de su caida? No. El género humano no se mejoró ni cambió. Reinó la firmeza, subió al trono con Vespasiano, la moderacion con Tito, la generosidad con Nerva, la grandeza con Trajano, las artes con Adriano, la piedad

* GALBA, OTHON, VITELIO, emper. CLETO, CLEMENTE, papas. De J. C. 68-69.

con Antonino; finalmente la filosofía se sentó en el trono con Marco-Aurelio, sin que la realizacion de este sueño de los sabios produjese bien alguno sólido. Consiste esto en que nada hay duradero ni aun posible cuando todo proviene de las voluntades y no de las leyes; consiste en que sobreviviendo el paganismo á la edad poética, y no teniendo ya en favor suyo á la juventud, ni á la austeridad republicanas, trasformaba los hombres en un rebaño de niños decrépitos, sin juicio y sin inocencia.

Existian en el imperio cristianos oscuros, perseguidos aun por el mismo Marco-Aurelio, y que conseguian con una religion menospreciada lo que no podia lograr la filosofía dueña del cetro; corregian las costumbres y formaban una sociedad que dura todavía.

* Vespasiano puso fin á la guerra de Civilis, y á la revuelta que dió origen á la interesante aventura de Eponina. Esta gala no debe pasar desapercibida en una historia de los Franceses.

Tito, que pertenecia al escaso número de esos hombres á quienes la prosperidad hace mejores, no se vió obligado á sostener exteriormente el honor del imperio; solo tuvo que combatir sus pasiones, y las venció para ser la delicia del género humano. Se ha querido dudar de su constancia en la virtud, en el caso de que se hubiese prolongado su vida; pero ¿por qué calumniar la nada de un porvenir tan vano que ni aun ha existido?

Aplicáronse á Tito y á Vespasiano las profecías que anunciaban á unos conquistadores venidos de la Judea (45). El Mesías debia ser un príncipe de paz, por consecuencia, Vespasiano mandó edificar en Roma y consagrar á la Paz Eterna un templo que presenció siempre la guerra, y cuyos cimientos descarnados en el dia, apenas han resistido las injurias del tiempo. El verdadero príncipe de paz era el rey de ese nuevo pueblo, que crecia y se multiplicaba en las catacumbas, al pié del mundo antiguo, por encima del cual pasaba. San Clemente escribió á los Corintios invitándolos á la concordia. Cuenta que San Pedro habia llevado con paciencia sus padecimientos muchas veces; que San Pablo habia sido azotado con varas, apedreado y cargado de cadenas (46) *en siete ocasiones diferentes*. Explica el órden del ministerio eclesiástico, las obligaciones, los oficios, las solemnidades; Dios ha enviado á Jesucristo, este á los apóstoles, y los apóstoles han establecido á los obispos y á los diáconos.

La religion acrecentó su fuerza en los reinados de Vespasiano y de Tito, por la realizacion de uno de los oráculos escritos en los libros santos: Jerusalen pereció.

La guerra de Judea habia comenzado en tiempo de Neron. Contóse la multitud de Judíos que se halló en Jerusalen el año 66 de Jesucristo en la fiesta de los Azimos por el número de las víctimas pascuales que habian sido inmoladas, y que ascendieron á doscientas cincuenta y seis mil quinientas (47). Diez y á veces veinte convidados se reunian para comer un cordero, lo que equivale, suponiendo que solo fuesen diez, un total de dos millones quinientos cincuenta y seis mil asistentes purificados.

La destruccion del Templo fue anunciada por medio de repetidos prodigios: habiase oido una voz que decia: *Salgamos de aqui*. Jesús, hijo de Anano, corriendo en torno de las murallas de la ciudad sitiada habia gritado: *¡Desgracia! ¡Desgracia sobre la ciudad! ¡Desgracia sobre el Templo! ¡Desgracia sobre el pueblo! ¡Desgracia sobre mí!* (48) El hambre, la peste y la guerra civil reinaban dentro de la ciudad, y fuera de ella los soldados romanos sacrificaban á cuantos querian escaparse: faltaron cruces y sitios donde colocarlas. Abriase el vientre á los fugitivos para buscar en sus entrañas el oro que se habian tragado, y seiscientos mil cadáveres de pobres fueron arrojados á los fosos por encima de las murallas; trocábanse las casas en sepulturas, y cuando estaban llenas cerraban las puertas. Tito, despues de haberse apoderado de la fortaleza Antonia, atacó el Templo el 17 de junio del año 70 de Jesucristo, dia en que el sacrificio perpetuo habia cesado á falta de manos consagradas que lo ofreciesen. María, hija de Eleazar, asó á su hijo y se lo comió (49) en la ciudad donde otra María habia dado sepultura á su hijo. Jesucristo habia dicho á las mujeres de Jerusalen, segun las palabras del Profeta: «Dia vendrá en que se dirá: Dichosas las entrañas que no concibieron, y los pechos que no han amamantado!»

El Templo fue incendiado el 8 de agosto del mismo año 70, siéndolo luego la parte baja de la ciudad, en tanto que la alta fue tomada por asalto. Tito mandó derribar los restos del Templo y de la ciudad, excepto tres torres, entregándose al fin al arado sus ruinas. Fue tal la inmensidad del botin que el precio del oro bajó una mitad en Siria. Un millon y cien mil judíos murieron durante el sitio, y noventa y siete mil fueron vendidos (50); hallándose apenas compradores para aquel vil rebaño. En la fiesta del nacimiento de Domiciano, y en la del aniversario del advenimiento de Vespasiano al imperio (24 de octubre del año 70, y 1.º de julio del 71), muchos miles de judíos perecieron por el fuego ó por las fieras, ó á manos unos de otros como gladiadores. En Roma, Tito y su padre triunfaron de la Judea, y Juan y Simon, gefes de los judíos de Jerusalen entraron encadenados detrás del carro triunfal.

Las medallas acuñadas en memoria de aquel suceso representan una mujer envuelta en su manto, sentada al pié de una palmera, con la cabeza apoyada en la mano, y esta inscripcion: *La Judea cautiva.*

Los cristianos hallaban en aquella catástrofe muy diferentes motivos de admiracion que la muchedumbre pagana: no se habian cumplido tres años desde que San Pedro habia sido sepultado en el Vaticano; San Juan, que habia visto llorar á Jesucristo la futura destruccion de Jerusalen, vivia aun, y quizá, segun algunas tradiciones, habitaba todavía la tierra la Madre del Hijo del Hombre, porque aun no se habia verificado la Asuncion, dejando en el sepulcro en vez de cenizas la ropa virginal ó un maná celestial (51).

Dispersáronse los Judíos; pero como testigos vivos de la palabra viva, subsistieron por un milagro perpetuo en medio de las naciones. Extranjeros en todas partes, esclavos en su propio país, vieron hundirse aquel Templo del que no queda piedra sobre piedra, como lo han visto mis ojos. Una parte de su poblacion encadenada, vino á levantar en Roma aquel otro monumento en que debian morir los cristianos. El cincel esculpió en un arco de triunfo que todavía se admira, los ornamentos que brillaban en las pompas de Salomon, y cuya forma ignorariamos á no ser por este acaso: el orgullo de un príncipe romano, y el talento de un artista griego no sospechaban que suministraban una prueba mas de la grandeza de la nacion vencida y de su misterioso destino. Todo habia de servir, así la gloria como las ruinas, para eternizar la memoria del pueblo constituido por Moisés, y en cuyo seno nació Jesucristo.

El Capitolio, incendiado en los desórdenes que señalaron el fin de Vitelio, era presa de las llamas casi en el momento mismo en que ardia el templo de Jerusalen. Domiciano hizo despues la dedicacion del nuevo Capitolio; el altar de la servidumbre reemplazó en él al de la libertad, é hízose ademas sentir la desgracia de no poder restablecer la imágen famosa del perro, cuyos custodios respondian de ella con la vida. Invirtiéronse sesenta millones únicamente en dorar el edificio: Júpiter, segun decia Marcial (52), vendiendo el

* VESPASIANO, TITO, CLEMENTE, papa. De J. C. 69.-84.

Olimpo entero, no hubiera podido pagar la vigésima parte de esta suma. El dios de los Judíos habia pronunciado la destruccion de su templo, y Juliano se esforzó en vano en reedificarlo.

La grande peste y la erupcion del Vesubio que costó la vida á Plinio el naturalista, pertenecen á esta época (53).

Ebion, Cerinto y Menandro, discípulo de Simon, iban predicando sus herejías: los filósofos fueron nuevamente desterrados de Roma; eran estos Euphrates, Tirio, primero amigo y despues adversario de Apolonio de Tyana; Demetrio el Cínico, Artemidoro, Earnis el Pitagórico, Epicteto el Estóico, Luciano el Epicúreo, Diógenes el Jóven cínico, Heras y Dion de Prusia; Musonio fue el único con quien no se ensañó Vespasiano.

El papa Clemente acabó de gobernar la Iglesia el año 77 de Jesucristo, cediendo su cátedra á San Anacleto ó Cleto*, para evitar un cisma (54). Atribúyense al citado pontífice las obras mas antiguas despues de los libros canónicos.

Nunca ** se advirtió mayor desemejanza entre dos hermanos que la que existió entre Domiciano y Tito. En el reinado de Domiciano***, las tribus del Norte impelidas quizás por el cuerpo principal de los Godos que se acercaba, se movieron en las fronteras del imperio. Domiciano fue batido en Germania por los Cuados y los Marcomanos, y compró la paz á Decébalo, caudillo de los Dácios, pagándole una especie de tributo anual. Aprovecháronse los Bárbaros de este primer ejemplo de debilidad; y segun los tiempos y las circunstancias continuaron vendiendo á los emperadores una paz, cuyo precio les servia á su placer para volver á empezar la guerra.

Aunque vencido, no dejó Domiciano de decretarse los honores del triunfo, y tomó con razon el nombre de *Dácico*. Dió juegos, se consagró estátuas, y se arrastró en la gloria en que otros emperadores se habian precipitado.

Sus armas fueron mas felices en la Gran Bretaña, pues Agrícola batió á los Caledonios, y su flota dió la vuelta á la isla por el Septentrion.

El imperio recibió un golpe funesto con el aumento de la paga de los soldados, porque aumentó la influencia de estos, harto considerable ya; y el gobierno degeneró en república militar: es una ley eterna que la libertad, indestructible por su naturaleza, brille en alguna parte

Domiciano persiguió á los filósofos (55) á quienes se confundia con los cristianos, por lo cual se retiraron á los confines de las Galias, á los desiertos de Libia y á la Escitia. Apolonia interrogada por Domiciano, mostró un gran arrojo y una franqueza rústica.

Comenzó á verse en todas partes la sucesion de los obispos. Abilio sucedió en Alejandría á San Marcos; en Roma San Evaristo á San Cleto, y Alejandro I ó Sixto I á San Evaristo. Hácia el fin de su reinado, Domiciano se lanzó, por decirlo así, sobre los fieles, y el apóstol San Juan, desterrado en la isla de Patmos, tuvo sus visiones apocalípticas. Flavio Clemente, cónsul y primo hermano del emperador, que destinaba los dos hijos de Clemente al imperio, habia abrazado la fe, y murió decapitado. El Evangelio hacia rápidos progresos en las clases elevadas de la sociedad.

Asesinado Domiciano, no apareció Nerva en pos de él, sino para abolir el crímen de lesa-magestad (56), castigar á los delatores y llamar á Trajano **** á la púrpura: tres beneficios que le han granjeado la gratitud de los hombres.

En el reinado de Trajano llegó el imperio á su mayor grado de prosperidad y de poder. Este príncipe admirable solo tuvo la debilidad propia de los corazones magnánimos: amó demasiado la gloria. Vencedor de Decébalo, redujo la Dácia á provincia; pero esta conquista, que fue un objeto de triunfo, debia trocarse en un motivo de luto, porque destruyó el último pueblo que separaba á los Godos de los Romanos. Trajano llevó la guerra á Oriente, dió un rey á los Partos, tomó á Suza y Ctesiphon, sometió á la Armenia, la Mesopotamia y la Asiria, bajó al golfo Pérsico, vió el mar de las Indias y se apoderó de un puerto en las costas de Arabia; despues de estas empresas dejó de existir, y su sucesor, sea por prudencia, sea por envidia, abandonó sus conquistas.

Debemos colocar en el último año del primer siglo de la era cristiana la muerte de San Juan en Efeso; este apóstol se daba asimismo en sus postreras cartas el nombre de *anciano* ó de *presbítero* de la palabra griega *presbyteros* «Hijos mios, amaos unos á otros;» tales eran sus únicas instrucciones; habia sido testigo de la Pasion sesenta y seis años antes. San Judas, San Bernabé, San Ignacio, y San Policarpo, se daban á conocer por sus doctrinas. Las sucesiones de los obispos se verificaban en mayor número y con mas publicidad: Ignacio y Heron en Antioquía, Cerdon y Primino en Alejandría, se sucedieron mútuamente. En pos del papa Evaristo vinieron Alejandro, Sixto y Telesforo, mártir.

Los cristianos padecieron en el reinado de Trajano, no precisamente como cristianos, sino como individuos de sociedades secretas. Una carta de Plinio el Jóven, gobernador de Bitinia, fija la época en que los cristianos empezaron á figurar en la historia general.

. . . .

«Ha aparecido un libelo anónimo que contiene los nombres de muchos que niegan ser cristianos ó haberlo sido. Cuando he visto que invocaban los dioses conmigo, y que ofrecian incienso y vino á vuestra imágen que expresamente habia yo mandado traer con las estátuas de los dioses; y cuando he visto además que maldecian á Cristo, he creido que debia devolverles la libertad, porque dicen que es imposible obligar á estos actos á los que son verdaderamente cristianos... Ved aquí á lo que aseguraban se reduce su falta ó error: acostumbran reunirse antes de la salida del sol, y entonan juntos en dos coros un cántico en honor de Cristo, cual si fuese un Dios; se obligan por juramento, no á un crimen, sino á no cometer hurtos, latrocinios ni adulterios; á no faltar á su palabra y á no negar un depósito; luego se retiran y vuelven á reunirse para asistir á una comida parca y modesta, y que aun esto se habian abstenido de verificarlo despues de mi bando, en el que, cumpliendo vuestros mandatos, prohibe las reuniones... El caso me ha parecido digno de ser consultado, principalmente á causa del número de los acusados, porque corren peligro muchas personas de todas las edades, sexos y condiciones. Esta superstícion ha infestado, no solo las ciudades, sino tambien las aldeas y los campos, y me parece que aun podemos contenerla y curarla. Al menos es indudable que se ha vuelto á frecuentar los templos casi abandonados, que se vuelve á celebrar los sacrificios solemnes despues de una gran interrupcion, y que se venden en todas partes las víctimas, siendo asi que muy pocos los compraban ya. De esto puede deducirse fácilmente la multitud de los que se corregirian si se abriese la puerta al arrepentimiento.»

El universo cristiano ha desmentido hace mucho tiempo las esperanzas de Plinio. ¡Mas qué progresos tan rápidos y admirables! ¡Los templos abandonados! ¡No habia ya quien comprase las víctimas! ¡Y apenas habia espirado el evangelista San Juan!

Trajano, en su respuesta al gobernador, le previno que no debia perseguirse á los cristianos, pero que si eran denunciados y convictos, era preciso castigarlos;

* ANACLETO, papa. A. de J. C. 77.

** DOMICIANO, emper.

*** ANACLETO, EVARISTO, SIXTO, papas. A. de J. C. 82.-97.

**** NERVA, TRAJANO, emper. EVARISTO, ALEJANDRO, I. papas. A. de J. C. 97.-118.

que en cuanto á los libelos anónimos, no podian servir de materia á las acusaciones; y que perseguirlos seria un ejemplo pernicioso é indigno del siglo de Trajano (57.)

La historia presenta pocos documentos mas notables que esta correspondencia entre uno de los últimos escritores clásicos de Roma, y uno de los monarcas mas grandes que honraron el imperio, por lo que respecta al estado de los primeros cristianos.

Adriano* mantuvo la paz, comprándola á los Bárbaros, quizá porque su predecesor habia juzgado mas honroso y seguro emplear igual suma en hacerles la guerra. Naturalmente envidioso de los triunfos ajeños, no perdonó á Apolodoro el arquitecto, ni á Trajano el emperador. Viajero coronado, gran administrador, y amigo de las artes, cuyo genio renovó, visitó los lugares célebres de su imperio; y la historia ha notado que evitó pasar por Itálica, su oscura patria. Persiguió á sus amigos, salió del mundo diciendo chanzonetas acerca de su alma, (58) y dejando á los Romanos, dignos de tal regalo, un dios mas: el dios Antinoo.

Este príncipe, que habia creado una divinidad, temió ser rechazado del Olimpo; grandes esfuerzos, costó á Antonia,obtener para él aquella apotéosis con que los señores del mundo prolongaban la ilusion de su poderio.

Multiplicábanse las herejias: habian aparecido Saturnino, Basilides, Carpocras, y los Gnósticos. Iba en aumento la calumnia contra los cristianos, que preocupaban extraordinariamente al gobierno y á la opinion pública. El pueblo los acusaba de sacrificar niños, de beber su sangre, de comer carne humana, de hacer en sus asambleas secretas que los perros apagasen las antorchas, y de unirse en las sombras al acaso, como las bestias.

Los filósofos por su parte atacaban al judaismo y al Cristianismo, mirando al primero como orígen del segundo. Entonces empezaron los fieles á escribir y á defenderse: Cuadrato, obispo de Atenas, presentó su apología á Adriano, y Arístides, tambien ateniense, publicó, otra apologia. Adriano mandó suspender la persecucion. Eusebio nos ha conservado la carta que escribió á Minucio-Fondato, procónsul de Asia: (59) «Si alguno acusa á los cristianos, decia, y prueba que quebrantan las leyes, juzgadlos segun el delito; pero si los calumnian, castigad al calumniador.»

Adriano estableció colonos en Jerusalen y levantó entre sus ruinas una ciudad llamada Elea-Capitolina; algunos judios reunidos en esta nueva ciudad se sublevaron otra vez, y fueron exterminados. La Judea se convirtió en una soledad: prohibióse á los Israelitas diseminados que entraran en Jerusalen, y hasta que la miraran desde muy lejos: ¡tan invencible era su amor á Sion! Colocóse en el santo sepulcro el ídolo de Júpiter, levantóse en el Calvario una Venus de mármol, y plantóse un bosque en Belen; y la consagracion á Adonis del pesebre en que habia nacido Jesús, profanó aquellos lugares, asilo de la inocencia (60.)

La herejía de Valentin, el martirio de Santa Sinforosa, y de sus siete hijos en Tibur para la dedicacion de los jardines y palacios de Adriano, terminaron por lo que concierne á los cristianos, el reinado de este emperador.

Antonino** fue el mas amado de todos los emperadores, y el mas respetado de los pueblos limítrofes del imperio. Justo en extremo, tuvo varios rasgos de semejanza con Numa, y su carácter compasivo le hizo mas apto para el gobierno que lo habian sido los Titos y Trajanos: la ciencia de las leyes va unida con la de la religion.

Dejáronse ver en el reinado de Antonino los dos heresiarcas Marcion y Apeles: Justino, filósofo cristiano, publicó su primera apologia dirigida al emperador, al Senado y al pueblo romano, y habló de los misterios sin disfraz. Santa Felicitas confesó á Cristo, con sus hijos.

Marco Aurelio amaba la paz por carácter y por filosofía*; y no obstante, tuvo que sostener numerosas guerras con los Bárbaros. Los Cuados, que se perdieron en la Liga de los Francos, amenazaron á Italia con una irupcion: los Marcomanos, ó por mejor decir, una confederacion de los pueblos germanos, impelidos por los Godos, y otros pueblos que les oprimian se procuraron establecimientos en el imperio. Habian aprovechado el momento en que las legiones romanas se ocupaban en defender el Oriente contra los Partos; acercábase la grande invasion, y el mundo empezaba á agitarse. Habiendo Marco-Aurelio asociado al imperio á su hermano adoptivo, Marco-Verro, rechazó con él á los agresores, y quedaron vencidos los Marcomanos y los Cuados. A consecuencia de estas guerras, los Romanos recobraron cien mil prisioneros, y las colonias de bárbaros que se habian formado en la Dácia, la Panonia, ambas Germanias y hasta Rávena, en Italia. Levantáronse estas, y enseñaron á los Romanos lo que debian temer de semejantes colonos. Cien mil prisioneros devueltos suponen ya en las naciones septentrionales un poder y una regularidad en el gobierno, en que no se ha fijado bastante la atencion.

Las artes y las letras despidieron su postrer resplandor en los reinados de Trajano, Adriano, Antonino y Marco-Aurelio: este es el segundo siglo de la literatura latina, en la cual debemos estudiar los conocimientos que suministró el genio moribundo de la Grecia sometida á los Romanos, porque entonces aparecieron Tácito, los dos Plinios, Suetonio, Floro, Galeno, Sexto Empírico, Plutarco, Ptolomeo, Arriano, Pausanias, Apiano, Marco-Aurelio y Epicteto, emperador el uno, esclavo el otro; y brilló, en fin, Luciano, que se burlaba de los filósofos y de los dioses.

Marco-Aurelio murió sin haber podido terminar completamente la guerra de los Bárbaros, y despues de haberse visto obligado á sofocar la rebelion de las colonias militares. Dejó el imperio á su hijo Cómmodo; hubo en esto un error de la naturaleza, que la filosofía debió haber precavido.

Si los Romanos debieron por largo tiempo los triunfos de sus armas á la disciplina, á la organizacion de las legiones y á la superioridad del arte militar; debieronlos á la necesidad en que se hallaban los legionarios de combatir en todos los climas, de alimentarse con todas las sustancias, y de endurecerse por medio de largas y fatigosas marchas. Los pueblos de la Europa moderna, (exceptuando la nacion francesa en las últimas conquistas de su última revolucion); los pueblos de la Europa moderna, divididos en pequeños Estados, han combatido casi siempre contra sus vecinos, ó sobre el suelo patrio á escasa distancia de sus hogares. Mas el imperio romano encerraba en su seno el mundo conocido: sus soldados, pasaban de las márgenes del Danubio y del Rhin á las del Eufrates y del Nilo; de las montañas de la Caledònia, la Helvecia y la Cantabria á la cordillera del Caucaso, del Tauro y del Atlas; de los mares de Grecia á las arenas de la Arabia y á los campos de los Numidas. Emprèndense al presente largos y peligrosos viajes en los paises que las legiones recorrian para mudar de guarnicion; esas empresas de Ultramar, que tan célebres hicieron á las Cruzadas, no eran para los Romanos sino el movimiento de un

* ADRIANO, emper. ALEJANDRO, SIXTO I. TELESFORO, papas A. de J. C. 118.-138.

** ANTONINO, emper. HIGINIO, PIO I, ANICETO, papas. A. de J. C. 139.-162.

* AURELIO, emper. ANICETO, SOTERO, ELEUTERIO, papas. De J. C. 162.-181.

cuerpo de tropas que habiendo salido de la Batavia se dirigian á relevar una guarnicion á Jerusalen. El general que se trasladaba á regiones tan diversas, y que obligado á emplear los recursos peculiares de cada una se servia del camello y del elefante debajo de las palmeras, y de la mula y del caballo debajo de las encinas, extendia su experiencia y sus talentos con el vuelo de sus águilas.

El mundo romano no presentaba un aspecto uniforme: los pueblos subyugados habian conservado sus costumbres, sus trajes, su idioma, sus dioses indígenas y sus leyes locales; en lo exterior no se conocia en ellos la dominacion extranjera sino por los caminos militares, los campos atrincherados, los acueductos, los puentes, los anfiteatros, los arcos de triunfo y las inscripciones latinas grabadas en los monumentos de las repúblicas y de los reinos incorporados al imperio; en lo interior, la administracion civil, fiscal y militar, los prefectos y los procónsules, las municipalidades y los Senados, y la ley general que dominaba las justicias particulares, anunciaban un dueño comun. Los Romanos no habian impuesto á la tierra sojuzgada sino sus armas, su código y sus juegos.

Marco-Aurelio, adepto de la escuela estóica, aborrecia á los discípulos de la cruz por una especie de vivacidad de secta. «Debemos estar dispuestos siempre á morir, decia en una de sus máximas, en virtud de un juicio que nos sea propio, no por el capricho de una mera obstinacion, como los cristianos.» Hubo muchos mártires durante su reinado: Policarpo en Esmirna, Justino en Roma, despues de haber publicado su segunda apología, los confesores de Viena y de Lion, á cuya cabeza brillaba Potino, anciano que pasaba de noventa años, y á quien sucedió Ireneo en la cátedra de Lion.

En esta época, los apologistas, como Athenágoras cambiaron de lenguaje, y de acusados se convirtieron en acusadores: defendiendo el culto del verdadero Dios, atacaron el de los ídolos. Por otra parte, los magistrados no fueron los únicos promovedores de las persecuciones, pues las pidieron los pueblos: el levantamiento de las masas en Viena, Lion, y Autun, multiplicó las víctimas en las Galias (61), lo cual prueba que los cristianos no eran ya una reducida secta limitada á algunos iniciados, sino un considerable número de hombres que amenazaban el antiguo órden social, y que armaban contra ellos los añejos intereses y las preocupaciones antiguas. La legion Fulminante compuesta en parte de discípulos de la nueva religion, obtuvo una victoria en 174 contra los Sármatas, los Cuados y los Marcomanos; victoria reproducida en los bajos-relieves de la columna Antonina; segun Eusebio, Marco-Aurelio se confesó deudor de su triunfo á las oraciones de los soldados de Cristo (62).

El Evangelio habia hecho tales progresos que Meliton, obispo de Sardis en Asia, decia á Marco-Aurelio en una exposicion: «Se persigue ahora á los servidores de Dios..... Nuestra filosofía estaba antes difundida entre los Bárbaros; vuestros pueblos recibieron su luz en el reinado de Augusto, y á ella es debida la felicidad de vuestro imperio (63).»

Un rey de los Bretones, tributario de los Romanos, escribió el año 170 al papa Eleuterio, sucesor de Sotero, pidiéndole misioneros, quienes sembraron la fe en las poblaciones británicas, bien así como el monge Agustin, enviado por Gregorio el Grande, predicó andando el tiempo el Evangelio á los Sajones vencedores de los Bretones.

Brillaba no obstante en Marco-Aurelio bastante moderacion para no abandonarse enteramente al odio de que estaban animadas las escuelas filosóficas; así pues, escribió el año décimo de su reinado á la comunion del pueblo del Asia Menor, reunida en Efeso, una carta llena de tolerancia, y aun excedió á sus antecesores, porque decia: «Si un cristiano es acusado en calidad de tal, absolvedle, aun cuando quede convicto de serlo, y perseguid al acusador (64).» Pero le era difícil luchar contra la supersticion y la filosofía, aliadas de un modo extraño para destruir al enemigo comun.

Los Marcionitas, los Montanistas y los Marcosianos, introdujeron nueva confusion en la fe.

Con Marco-Aurelio espiró la era de la felicidad de los Romanos, bajo la autoridad imperial, y comenzaron de nuevo tiempos horrorosos que no cesaron ya sino por la trasformacion de la sociedad. Para pintar su historia basta un solo rasgo: Cómmodo y sus sucesores hasta Constantino, perecieron casi todos de muerte violenta. Cuando Marco-Aurelio hubo desaparecido, los Romanos volvieron á sumirse con tanto ardor en la abyeccion, que se les hubiera podido tener por hombres vueltos de nuevo á la libertad, pues solo se habian emancipado de las virtudes de sus antiguos señores.

Dignos son de notarse dos efectos del poder absoluto sobre el corazon humano.

No ocurrió siquiera á los buenos príncipes que gobernaron el mundo romano, la idea de dudar de la legalidad de su poder, ni la de restituir al pueblo los derechos que le habian sido usurpados.

El mismo poder absoluto trastornó la razon de los malos príncipes. Los Nerones, los Calígulas, los Domicianos y los Cómmodos, fueron verdaderos insensatos; y para no asombrar demasiado á la tierra, el cielo revistió con la locura sus crímenes, como para darles en cierto modo un carácter de inocencia.

Habiendo encontrado * Cómmodo á un hombre de extraordinaria corpulencia, le partió en dos para probar su fuerza y gozar del placer de ver esparcidas las entrañas de la víctima (65). Llamábase Hércules; queria que Roma variase el nombre y tomase el suyo, y algunas vergonzosas medallas han perpetuado la memoria de este insano capricho. Cómmodo pereció por la indiscrecion de un niño, por el veneno que le dió una de sus concubinas, y por la mano de un atleta que ahogándole acabó lo que el veneno habia comenzado (66).

En el reinado de Cómmodo apareció una nueva raza de destructores: hablo de los Sarracenos, tan funestos al imperio de Oriente.

Pertinaz, ** que sucedió á Cómmodo, se mostró digno del poder: su ambicion era de aquellas que inspira el convencimiento de los talentos que se poseen y no la envidia de los que no pueden conseguirse. El nuevo emperador hizo reclamar á los Bárbaros el tributo que se les pagaba, y ellos lo devolvieron; paso vigoroso fue este: pero los antecesores de Pertinaz, al inmolar á su debilidad ó á sus vicios la dignidad y la independencia romanas, habian causado un daño irreparable ¿Podíase acaso rescatar el honor de un Estado que iba á venderse en pública subasta?

Pertinaz era un soldado rígido, y los pretorianos le asesinaron: ofrecióse el imperio al mejor postor y hubo dos licitadores de tiranía que se disputaron los harapos de Tiberio: Didio Juliano venció en la puja á su competidor, merced á un exceso de mil y doscientas dracmas (67), y los pretorianos entregaron la mercancía de ciento veinte millones de hombres á Didio, que no pudiendo pagar el valor de la adjudicacion (68), se vió amenazado de ser ejecutado por deudas. En otro tiempo el Senado habia proclamado la venta de una porcion del territorio de la república; el lugar en que acampara Anibal.

El Senado de Didio se sintió sin embargo avergonzado, y se sobrecogió de pavor cuando supo que se habian insurreccionado las legiones que habian elegido á tres emperadores. Diéronse todos prisa á reparar

* Cómmodo, emper. Eleuterio, papa. A. de J. C. 181.-192
** Pertinaz, Juliano, emper. Victor, papa. A. de J. C. 193.

una bajeza con una crueldad; al cabo de sesenta y seis dias Didio fue depuesto y condenado. «¿Qué crimen he cometido?» preguntaba llorando (69). El desgraciado no habia tenido tiempo para adquirir la práctica de la tiranía é ignoraba que haber comprado el imperio y no haber quitado la vida á nadie, era una contradicion que hacia imposible su reinado: hombre vulgar, era harto inferior á su crímen.

No sabemos por qué Roma se avergonzó de la elevacion de Didio Juliano, á no ser porque sintió uno de esos movimientos de dignidad natural, que brotan algunas veces en medio de la abyeccion. Dionisio decia en Corintio á los que le inculcaban: «Sin embargo, he sido rey.» Un pueblo degenerado que nunca habia pensado en prescindir del yugo cuando tenia el poder de nombrarse un dueño, llamó al imperio á Pescenio Niger, que mandaba en Oriente; mas las legiones de Iliria habian elegido á Séptimo-Severo, y las legiones británicas á Clodio Albino. Entonces se encendieron nuevamente las guerras civiles: Severo quedó vencedor de Niger en tres combates en Asia, siendo igualmente dichoso contra Albino en la batalla de Lion; y á pretesto de castigar á los partidarios del último, mandó dar muerte á gran número de senadores. Las fortunas de las familias senatoriales eran enormes, y no se conseguia menoscabarlas con el mal entendido impuesto; así pues, el crímen de lesamagestad fue inventado como una ley de hacienda, porque envolvia la confiscacion de bienes. Vemos á algunos príncipes anunciar al subir al imperio, que no harán morir á senador alguno: esto equivalia á declarar que no impondria nuevos impuestos.

Severo * habia nacido en Leptis, en la costa de Africa; y véase cómo por este hecho el gefe de los Romanos hablaba la lengua de Anibal. Reunia la crueldad y la fe púnica, y no carecia de cierta grandeza: á imitacion de Vitelio disolvió al pronto la guardia pretoriana; despues la restableció y aumentó componiéndola de los soldados mas valientes de las legiones de Iliria; hasta entonces solo se habian admitido en este cuerpo hombres sacados de Italia, de España y de la Norica, provincias reunidas hacia mucho tiempo al imperio. Los Bárbaros se aproximaban mas y mas al trono; pronto los veremos elevarse al rango de los favoritos y ministros, para llegar á ser emperadores.

Severo obligó á los senadores á colocar á Cómmodo en la clase de los dioses: «¡Bien les está por cierto, decia, mostrarse escrupulosos! ¿Valen á caso mas que ese tirano?» Interesábale á Severo no permitir la degradacion de Cómmodo, puesto que intentaba entregar el mando á Caracalla. Los emperadores procuraban, por los medios indirectos de la asociacion, y por los títulos de Augusto y de César, hacer la púrpura hereditaria; pero dos cuerpos, el ejército y el Senado, les oponian obstáculos; en uno de ellos existia el hecho, en el otro el derecho: y el hecho y el derecho, que con tanta frecuencia se combaten, se entendian entre sí para disfrutar lo que se habian apropiado despojándo al pueblo romano.

Despues de haber triunfado de los Partos, Severo, al fin de su vida pasó á la Gran-Bretaña, batió á los Caledonios, y le vantó para contenerlos las murallas que llevan su nombre: á esta época pertenece la fábula de Fingal.

Habíase casado el emperador con Julia Domma, natural de Emeso en Siria, mujer dotada de hermosura, gracias, instruccion y valor; tuvo de ella dos hijos, que fueron Caracalla y Geta, cuyo mútuo odio se hizo sentir desde la infancia. Caracalla, ansioso de reinar, intentó deshacerse de su padre cuando este se hallaba empeñado en la guerra de la Caledonia. Severo, habiendo entrado en su tienda se acostó, puso una espada á su lado, y mandó llamar á su hijo, «Si quieres matarme, le dijo, toma esa espada, ó manda á Pepiniano, aquí presente, que me degüelle; te obedecerá, porque te nombro emperador (71).»

Algun tiempo despues, hallándose Severo enfermo en Yorck, y conociendo que se aproximaba su fin, dijo: «Lo he sido todo, pero todo es nada (72).» Habiéndose acercado el oficial de guardia á su lecho, le dió por contraseña: *Trabajemos* (73); dicha esta palabra, dejó de existir.

Los reinados de Cómmodo, Pertinaz, Juliano y Severo, vieron brillar la elocuencia de los primeros Padres de la Iglesia: entre los Padres griegos descuella San Clemente de Alejandría (cuyas obras tituladas el *Maestro* y los *Estròmatas* están llenas de hechos curiosos): entre los Padres latinos, Tertuliano es el Bossuet de Africa. San Ireneo, aunque escribió en griego, declara en su tratado contra las herejías que, como habitaba entre los Celtas y se veia precisado á hablar y oir una lengua bárbara, no se debia exigirle las galas y la lozanía del estilo. Nos manifiesta que el Evangelio se habia divulgado ya por todo el mundo; cita las iglesias de Germania, de la Galia, de España, de Oriente, de Egipto, de Libia, alumbradas, dice, con una misma fe, así como con un mismo sol (74). Nombra á los dos obispos que se sucedieron en Roma desde Pedro hasta Eleuterio; afirma que él habia conocido á Policarpio, á quien los apóstoles consagraran obispo de Esmirna, el cual habia hablado con muchos discípulos que vieron á Jesucristo (75). Este es uno de los testimonios mas terminantes de la tradicion.

Por este tiempo, Panteno, gefe de la escuela cristiana de Alejandría, predicó á las naciones orientales, y penetró en las Indias, donde encontró muchos cristianos en posesion del Evangelio de San Mateo, escrito en lengua hebráica, y legado á aquella Iglesia por el apóstol Bartolomé (76).

Vemos por los dos libros de Tertuliano dirigidos á su mujer, que los enlaces, entre los cristianos y los paganos empezaban á ser frecuentes; pero, segun este orador, los mas disolutos de los paganos eran los que se casaban con cristianas, y las mas frágiles de estas las que se enlazaban con los paganos (77). Su tratado esparce mucha luz sobre la vida doméstica de las familias de ambas religiones.

El número de los discípulos del Evangelio se aumentó mucho en Roma en el reinado de Cómmodo, principalmente entre las familias nobles y opulentas. Apolonio, senador instruido en la literatura y la filosofía, habia abrazado el nuevo culto; mas habiendo sido delatado por uno de sus esclavos, sufrió el suplicio de la cruz en virtud del edicto de Marco-Aurelio, que prohibia acusar á los cristianos en calidad de tales (78). Pero Apolonio fue condenado á su vez á perder la cabeza, porque todo cristiano que comparecia ante los tribunales y no se retractaba de su creencia, era castigado con la muerte. Apolonio pronunció en pleno Senado una apología completa de la religion.

Habiendo muerto el papa Eleuterio, tuvo por sucesor á Victor, quien gobernó la Iglesia de Roma por espacio de doce años.

El emperador Severo amó al principio á los cristianos, pues confió la educacion de su hija mayor á uno de ellos, llamado Próculo, y protegió á los miembros del Senado, convertidos á la fe, pero mudó de parecer mas adelante, y provocó una persecucion general en la que perecieron Perpetua, Felicidad y San Ireneo, con una multitud de su pueblo. Tertuliano escribió la elocuente y célebre apología, en que se explicaba así: «Somos de ayer y llenamos ya vuestras ciudades, vuestras colonias, el ejército, el palacio, el Senado, el foro; solo os dejamos vuestros templos (79).» Publicó su *Exhortacion á los mártires*,

* SEPTIMO. SEVERO, emper. VICTOR I, ZEFERINO, papas. A. de J. C. 193.-212.

sus tratados de los *Espectáculos*, de la *Idolatría*, de los *Adornos de las mujeres*, y su libro de las *Prescripciones*, obra admirable que sirvió de modelo á Bossuet en su obra clásica *de las Variaciones*. Tertuliano cayó en la herejía de los Montanistas, que convenia á la severidad de su genio. Orígenes empezaba á darse á conocer en esta época.

Durante la persecucion de Severo procuraron los cristianos ponerse al abrigo de sus verdugos aplacándoles con dinero, y continuó esta costumbre.

Muerto Severo, * reinó Caracalla con su hermano Geta, á quien no tardó en hacer asesinar en los brazos de su madre. Se ha conservado un dicho de Papiniano: habiendo sido invitado por el emperador á componer la apología del asesinato de Geta, se manifestó este jurisconsulto, menos complaciente que el filósofo Séneca, contestando: «Mas fácil es cometer un parricidio que justificarlo (80).»

Con Caracalla volvieron á aparecer en el trono la depravacion y la crueldad; hubo asesinatos en Roma, en las Galias y en Alejandría. Llamóse primero este emperador Bassiano, del nombre de su abuelo, sacerdote del Sol en Fenicia; y mudó su primer nombre en virtud de órden de Severo por el de Marco Aurelio Antonio. Los vicios de Caracalla, contrastando con las virtudes, bajo cuyo patrocinio intentaban ponerle, sirvieron tan solo para hacerle mas odioso. El desprecio del pueblo hizo desaparecer el sobrenombre glorioso confundiéndolo con el apodo de Caracalla, tomado del vestido galo conque hacia alarde de ataviarse el hijo de Severo.

Su padre habia conmovido el Estado introduciendo los Bárbaros en la guardia pretoriana: Caracalla completó el mal haciendo extensivo el derecho de ciudadano á todos los vasallos: quedó degradada la nobleza de la sangre romana; y por una especie de igualdad democrática, todo súbdito, bárbaro ó romano, fue admitido al concurso de la tiranía. Poco á poco se borraron las distinciones de ciudades libres ó de colonias, de derecho latino ó derecho itálico. En teoría esto era un bien, pero en la práctica un mal: no se trataba de libertad, sino de dinero; no de emancipar á las masas, sino de hacer pagar á los individuos como *ciudadanos* la vigésima parte de los legados y de las herencias, de la cual estaban exentos como *vasallos*. Perdiéronse las antiguas costumbres y la homogeneidad de la raza, y se trocó la fuerza de aquellas por la uniformidad de la administracion (81).

Caracalla tuvo como tantos otros la manía de imitar á Alejandro: aquellos plagiarios de un héroe olvidaban que la pica del Macedonio dió nacimiento á mas ciudades que las que destruyó. En las orillas del Rhin y del Danubio encontró casualmente Caracalla dos pueblos nuevos, los Godos y los Alemanes. Amaba á los Bárbaros, y aun se supone que en sus conferencias privadas les descubrió el secreto de la debilidad del imperio, secreto que ya sus espadas les habian revelado.

Habiendo pasado á Asia, Caracalla visitó las ruinas de Troya. Para honrar y recordar la memoria de Aquiles, cuya verdadera semejanza pretendia ser, quiso llorar la muerte de un amigo; en su consecuencia se administró un veneno á Festo, liberto á quien amaba tiernamente, y despues hizo que le levantaran una hoguera fúnebre. Y como Aquiles, el mas hermoso de los griegos, cortó su rubia cabellera para arrojarla á la hoguera de Patroclo, Caracalla, feo, pequeño y deforme se arrancó dos ó tres cabellos que sus excesos y disolucion le habian dejado, excitando la risa de los soldados, que le veian buscar y hallar á duras penas, en su frente la materia del sacrificio por el amigo á quien habia hecho envenenar (82).

* CARACALLA, emper. ZEFERINO, papa. A. de J. C. 212—217.

Caracalla estaba enfermo de sus excesos; su alma sufria tanto como su cuerpo; representábansele sus crímenes, y creíase perseguido por las sombras de su padre y de su hermano (83). Consultó á Escolapio, á Apolo, á Serapis, á Júpiter-Olímpico sin conseguir consuelo alguno porque los remordimientos no se curan.

* Macrino, Prefecto del Pretorio, amenazado por Caracalla le hizo asesinar (84). Se cree que la emperatriz, acusada de incesto con Caracalla su hijo, sucumbió á una muerte dolorosa voluntaria ó involuntaria (85). No quedó ningun individuo de la familia Severo; cuyos infortunios, á pesar de los que dicen los historiadores, inspiraron poco interés á los hombres. En las razas antiguas sorprende la caida; en las modernas, la elevacion, porque las primeras al caer, salen de su situacion natural, mientras que las segundas entran en ella.

Caracalla tuvo templos y sacerdotes, porque Macrino pidió altares para aquel á quien habia asesinado. Los Romanos, libres ya de sus tiranos los convertian en dioses, y así gozaban aquellos de dos inmortalidades, la del odio público y la de la ley religiosa que consagraba este odio.

Macrino cubria con exterior grave y con apariencias de valor un carácter frívolo y tímido; deseó el imperio, lo obtuvo, y se halló embarazado con su posesion. Tenia el instinto del mal, pero carecia de talento: de manera que siendo incapaz de fecundar este mal, cuando habia cometido un crímen, no sabia ya qué hacerse: esto es lo que acontece cuando la ambicion excede los límites de la capacidad, ó cuando una fortuna extraordinaria se ve comprimida en un espíritu limitado y en una alma pequeña, en vez de extenderse á sus anchuras en un ingenio perfecto y en un corazon grande. Despues de catorce meses de reinado, el ejército quitó el imperio á Macrino con la misma facilidad conque se lo habia dado.

Julia, mujer de Séptimo Severo, é hija de Bassiano, tenia una hermana llamada Julia-Mœsa, que se casó con Julio-Avito, y tuvo dos hijas: Sœmis y la célebre Mamea. Esta última dió á luz á Alejandro-Severo, y Sœmis se habia casado con Vavio-Marcelo; pero no se sabe á punto fijo, si tuvo trato secreto con Caracalla, y si Eliogábalo fue fruto de este trato.

Despues de la muerte de Caracalla, Mœsa, hermana de la emperatriz Julia, se retiró á Emeso con sus dos hijas Sœmis y Mamea, viudas ambas, y cada una con un hijo: Eliogábalo tenia trece años, y Alejandro nueve. Mœsa logró que diesen á Eliogábalo el cargo de gran sacerdote del Sol. Con sus hábitos sacerdotales era de una belleza extraordinaria, y le comparaban á las estátuas mas perfectas de Baco: Vióle una legion: Se prendó de su hermosura y por las intrigas de Mœsa le proclamó emperador. Júzguese por esto cual sea el carácter del ejército: eligió á Eliogábalo porque era hermoso, y porque le creyó hijo de Caracalla y de Sœmis; es decir, bastardo de un mónstruo y de una mujer adúltera.

Macrino hizo marchar contra la legion un cuerpo de tropas mandados por Ulpio-Juliano, el cual, abandonado de las suyas, pereció asesinado. Un soldado le cortó la cabeza, la envolvió, hizo un paquete que cerró con el sello de Juliano, y la presentó á Macrino como la cabeza de Eliogábalo; Macrino desenvolvió el paquete sangriento, y conoció que aquella cabeza pedia la suya. Despues de haber perdido una batalla contra su rival, que desplegó sumo valor, huyó y fue detenido y asesinado. Su hijo, á quien enviaba al rey de los Partos experimentó la misma suerte.

Reinó pues Eliogábalo, ** porque era necesario que

* MACRINO, emper. ZEFERINO, papa. A. de J. C. 217—218.
** ELIOGÁBALO, emper. ZEFERINO y CALISTO, papas. A. de J. C. 218—222.

todas las pasiones y todos los vicios pasasen por encima del trono para que los hombres consintiesen en colocar sobre él á la religion que condenaba todos los vicios y todas las pasiones.

Roma vió llegar á un jóven sirio, sacerdote del Sol, con los párpados pintados, las mejillas teñidas con carmin, vestido con tiara, collar, brazaletes, túnica de tela de oro, ropaje de seda á lo fenicio, y sandalias adornadas con piedras cinceladas. Este jóven sirio iba rodeado de eunucos, cortesanos, bufones, cantores, enanos y enanas bailando y andando de espaldas delante de una piedra triangular. Eliogábalo vino á reinar en los hogares del viejo Horacio, á encender el casto fuego de Vesta, á embrazar el escudo sagrado de Numa, y á tocar los venerable emblemas de la santidad romana (86).

En medio de tantos reinados execrables, distínguese el de Eliogábalo por su tipo original. Cuanto la imaginacion de los Arabes ha creado de mas prodigios, en fiestas, pompa y riqueza, no parece sino una tradicion confusa del reinado del sacerdote del Sol: anotaremos estos detalles en el artículo de las costumbres de los Romanos. El vicio que gobernó mas particularmente el mundo en tiempo de Eliogábalo, fue la deshonestidad; este monarca elegia los agentes del poder por las cualidades que mas capacidad les daban para el libertinaje (87); despreciando las distinciones sociales y las preeminencias del talento, colocaba la soberanía política en la potencia que mas participa del instinto del bruto.

Sucedió que habiendo tomado varios maridos, dióse por dueño tan pronto un cochero del circo, como el hijo de un cocinero (88). Hacia que le saludasen con el titulo de *domina* y de *imperatrix*; vestiase de mujer, y entreteníase en labores de lana. Hombre y mujer, prostituido y prostituida, no hubiera adquirido mas pureza aun cuando se hubiera consagrado al culto de Cibeles como habia pensado hacerlo. (89). Concedió asiento á su madre en el Senado cerca de los cónsules, y creó otro senado de mujeres que deliberaban sobre las preferencias, los honores de la córte y la forma de los vestidos.

Sin embargo no estaba Eliogábalo desprovisto enteramente de valor. Perseguíale el presentimiento de una vida breve; y habia preparado para matarse en un caso, cordones de seda, un puñal de oro, veneno encerrado en vasijas de cristal y de pórfido, y un patio interior empedrado de piedras preciosas sobre las cuales pensaba precipitarse desde lo alto de una torre. Faltáronle tales recursos; vivió en sitios infames, y fue muerto en una letrina (90) con su madre. Cortáronle la cabeza, y su cadáver arrastrado hasta un albañal, no pudo entrar en la abertura demasiado estrecha (91); este incidente valió á Eliogábalo los honores del Tiber, por lo cual le dieron el sobrenombre de Tiberino, equívoco que significa el *ahogado en el Tiber*, ó el *pequeño Tiberio*; de este modo se divertian los Romanos hasta con su misma infamia. Cuando el despotismo desciende tan bajo, que su degradacion le quita la fuerza, los esclavos respiran un momento: en tiempos de oprobio el desprecio ocupa algunas veces el lugar de la libertad. No olvidemos para ser justos, que Eliogábalo era un niño, pues contaba tan solo veinte y dos años cuando fue asesinado, y habia reinado ya tres años, nueve meses y cuatro dias: pervirtiéronle su madre, su siglo, y la naturaleza del gobierno de que llegó á ser cabeza.

Las mismas mujeres, cuya ambicion habia figurado en los reinados de Caracalla, Macrino y Eliogábalo, contribuyeron á la caida de este último príncipe, y produjeron la inauguracion de su sucesor. Sœmis habia persuadido á su hijo á que crease Augusto á su primo Alejandro. Eliogábalo envidioso de la virtud de Alejandro, intentó primero corromperle, y no pudiendo conseguirlo quiso asesinarlo; Mamea, para salvarle, le condujo al campamento de los pretorianos. Verificóse una reconciliacion que duró poco, y despues de asesinado Eliogábalo, recibió su primo la púrpura.

Cada emperador al pasar por el sólio dejaba en él alguna prenda para la destruccion del imperio: permaneció el lujo exagerado que Eliogábalo habia introducido en los muebles, en los vestidos y en la mesa. Desde la fecha de este reinado fueron tomando incremento la profusion de la seda y del oro, y las liberalidades á las legiones. El príncipe sirio habia mandado acuñar algunas monedas de oro dobles y cuádruples de las antiguas, y otras que contenian diez, cincuenta y cien veces su valor: distribuia estas monedas á los soldados á imitacion de sus predecesores, pero como contaba el número y no el peso de las monedas, centuplicaba algunas veces el precio del regalo: ahora bien para variar las costumbres de un Estado, basta variar las fortunas.

No existiendo ya el emperador Eliogábalo, enviaron á Siria al dios Eliogábalo, introducido en Roma con su gran sacerdote. Un decreto prohibió para siempre la entrada de las mujeres en el Senado. Los ensayos del déspota de Asia no envilecieron menos las antiguas instituciones: Júpiter Capitolino, habia cedido su puesto al Sol, y una mujer habia ocupado un lugar en algunos senatus-consultos. La religion es tan necesaria á la duracion de los Estados, que aun siendo falsa arrastra tras sí al desplomarse el edificio político. La sociedad antigua pereció con el politeismo; pero habiase elevado en su seno otro culto, pronto á reemplazar al primero y á ser el fundamento de una sociedad nueva.

* Alejandro-Severo, príncipe económico y de buen juicio, consagró casi todo su reinado á las reformas: en los gobiernos viejos se perfecciona la administracion á medida que se deterioran las costumbres: la civilizacion pasa del alma al cuerpo. Desgraciadamente Alejandro no pudo destruir el mal que habia hecho el tiempo: las legiones sediciosas y sedientas de riqueza no podian ya ser reformadas sino por el acero de los Bárbaros. En el cuarto año del reinado de este príncipe, hubo una revolucion en Oriente.

Despues que hubo pasado Alejandro el Grande, y que los Romanos se derramaron por sus huellas sin cubrirlas, formóse la monarquía de los Partos. Artabán, último bástago de la dinastía de los Arsácidas, ocupaba todavía el trono cuando Alejandro-Severo fue puesto á la cabeza del mundo romano. Artabán habia sido ingrato con un vasallo suyo, que no tuvo la generosidad suficiente para perdonar la ingratitud: sublevóse contra su señor y se sentó en su sólio (92) Llamábase Artajerjes; hijo adulterino de la mujer de un curtidor y un soldado, pretendió descender de los soberanos de Babilonia. Nunca se pone en duda la nobleza de los vencedores, y fue lo que quiso ser. Proclamado heredero y vengador de Dario, obligó á su nacion á dejar el nombre de Partos por tomar el de Persas, y estableció un imperio funesto para Roma, el cual despues de haber durado cuatrocientos veinte y cinco años, fue derrocado por los Sarracenos.

No contento Artajerjes con haber libertado á su patria reclamó á los Romanos las provincias que ocupaban en Oriente: ¿querria acaso legitimarse por la gloria? No sabemos si Alejandro-Severo venció á Artajerjes; pero lo cierto es, que volvió á Roma y obtuvo los honores del triunfo (93); de allí pasó á las Galias. Los movimientos de los Godos y de los Persas en los dos extremos del imperio, habian obligado á los Romanos á encaminar sus principales fuerzas al Danubio y al Eufrates, y á retirar cinco de las ocho legiones que custodiaban las orillas del Rhin.

La invasion de los cristianos seguia paralelamente

* ALEJANDRO SEVERO, emper. URBANO Y PONCIANO, papas. A. de J. C. 222--235.

á la de los Bárbaros. Mamea, madre de Alejandro, profesaba quizás la nueva religion; al menos inspiró á su hijo sumo respeto á este culto. Adoraban en una capilla particular la imágen de Jesucristo entre las de Apolonio de Thyanea, de Abrahan y de Orfeo (94). A ejemplo de la comunidad cristiana, que publicaba los nombres de los sacerdotes y de los obispos antes de ordenarlos, promulgaba los nombres de los gobernadores de las provincias (95), para que el pueblo pudiese vituperar ó aprobar la eleccion imperial. Tomaba por regla de su conducta esta máxima: «No hagas para otro lo que no quieras que te hagan á ti:» y habia mandado que se grabase en su palacio, y en las paredes de los edificios públicos. Cuando el verdugo castigaba á un reo, repetiale la sentencia favorita de Alejandro (96): así una sola palabra del Evangelio, creaba un príncipe justo en medio de tantos príncipes inicuos.

Pero los jurisconsultos ascendidos á los consejos y á los cargos del Estado, Salbino, Ulpiano, Pablo, y Modestino, eran enemigos de los discípulos de la cruz; el culto de estos parecia á tales magistrados, amantes y custodios de lo pasado, una novedad destructora de las antiguas leyes (97) y de los viejos altares. Ulpiano habia compuesto el séptimo libro de un tratado sobre *el deber de un cónsul*, coleccionando los edictos que declaraban qué delitos, eran dignos de castigo, y las penas que se habrian de imponer á los cristianos.

Ulpiano, prefecto del Pretorio, degollado por sus propios soldados, habia sido discípulo de Papiniano. Viene en seguida Pablo y Modestino, extinguiéndose en este último la antorcha de aquella jurisprudencia cuyos oráculos fueron recogidos por Teodosio el Jóven y Justiniano. Por lo demás, si las leyes sabias testifican el talento de un pueblo, tambien dan testimonio de sus costumbres, así como del remedio se colige el carácter de la enfermedad. En el principio carecieron los Romanos de leyes escritas; y en tiempo de sus tres últimos reyes se reunieron unas cuarenta decisiones bajo el nombre de código papiniano (98). Las doce tablas que componian un total de ciento cincuenta textos (háyanse ó no copiado de la Grecia y explicado por el desterrado Hermodoro (99), bastaron á la república mientras conservó la virtud. Siguieron despues bajo el mismo dominio de la república el derecho flaviano y el derecho eliano. Con Augusto tuvo principio, bajo el imperio, la ley *régia* que algunos han negado, y sucesivamente se fueron amontonando las diferentes constituciones de los emperadores, hasta los códigos gregoriano y hermogeniano. Corrompidos entonces los Romanos, no tuvieron bastante ya con los *senatus-consultos*, los *plebiscitos*, los *edictos de los príncipes*, los *edictos de los pretores*, las *decisiones de los jurisconsultos* y el *derecho consuetudinario*. Al paso que envejecia la familia, multiplicaba los casos de jurisprudencia; sutilizábase el espíritu de los tribunales á medida que se embrollaban las relaciones de las cosas y de los individuos. Dos mil volúmenes compilados por Triboniano forman el cuerpo del derecho romano, con la denominacion de código Digesto, Pandectas Instituciones y Novelas no contando con el derecho greco-romano ó sea la paráfrasis de Teófilo y los siete volúmenes en folio de los Basílicos, obra de los emperadores Basilio, Leon el Filósofo y Constantino Porfirogénito; sólida mole que ha sobrevivido á Roma, pero que no pudo apuntalarla lo suficiente para impedir que se hundiera. La sociedad vive mas por las costumbres que por las leyes, y las naciones que no se salvan por su inocencia, perecen muchas veces con su sabiduría.

Durante los reinados de Severo, Caracalla, Malvino, Eliogábalo y Alejandro, el papa Ceferino sucedió á Victor mártir, Calisto á Ceferino, Urbano á Calisto, y Ponciano á Calisto. Minucio-Feliz escribió su diálogo en defensa del Cristianismo. Paseábase una mañana Minucio por la orilla del mar en Ostiá, con Octavio cristiano y Cecilio que seguia el paganismo: los tres interlocutores se entretenian por de pronto en mirar á unos niños que jugaban tirando piedras llanas que hacian saltar sobre la superficie de las aguas, y despues se sentó Minucio entre los dos amigos. Cecilio que habia saludado á un ídolo de Serapi, preguntó por qué los cristianos se ocultaban, por qué no tenian templos, imágenes ni altares. ¿Cuál es su Dios? ¿De dónde procedia el culto de ese Dios único, solitario, abandonado, que ninguna nacion libre conocia, cuyo poder era tan débil que juntamente con sus adoradores se hallaba cautivo de los Romanos? Los Romanos sin ese Dios gobiernan y gozan el imperio del mundo. Los cristianos, siguió diciendo Cecilio, no usais de perfumes, ni os coronais de flores; estais pálidos y temblando; no resucitareis como pensais, y no gozais de la vida por esperar esa vana resurreccion.

Octavio respondió que el mundo es el templo de Dios, y que una vida pura y las buenas obras son el verdadero sacrificio. Refutó la objecion sacada de la grandeza romana, volvió en ventaja suya el argumento de la pobreza dirigido contra los discípulos del Evangelio, y Cecilio se convirtió. Pocos diálogos de Platon ofrecen una escena tan bella ni discursos mas nobles (100).

Orígenes hijo de un mártir, abrió en Alejandría su escuela cristiana; enseñaba en ella toda clase de ciencias, y Mamea, madre del emperador, quiso verle: los paganos y los filósofos asistian á sus cursos, le dedicaban obras y le elogiaban en sus escritos. Orígenes habia aprendido el hebreo; estudiaba ademas la Escritura en la Version de los Setenta, y en las tres versiones griegas de Aquila, Teodosio y Simmaco. Compuso un número tan considerable de obras, que siete estenógrafos se ocupaban en escribir diariamente bajo su direccion (101): sabidas son su falta y su condenacion. Tuvo el talento, la elocuencia y la desgracia de Abelardo sin deberlo á una pasion humana; no fue débil sino por la ciencia y la virtud. En Orígenes se verificó, la trasformacion del filósofo pagano en filósofo cristiano: habia en su método una claridad inmensa y en sus palabras un encanto indecible. Otros escritores eclesiásticos sobresalieron entonces, particularmente. Hipólito, mártir, y quizás obispo de Ostia, que inventó para encontrar el dia de Pascua un ciclo de diez y seis años, que ha llegado hasta nosotros (102).

Hemos visto á Alejandro marchar á las Galias, donde solo quedaron tres legiones. Habíase introducido en ellas el desórden, y el emperador se esforzó en restablecer la disciplina; sublevéronse á instigaciones de Maximino. El hijo de Mamea llevaba ya trece años de reinado, y prometia larga vida: esto era demasiado: las liberalidades que los aspirantes á la púrpura prodigaban al soldado al tiempo de su elevacion se convirtieron para ellos en una nueva causa de su propia ruina. El imperio era una hacienda que el príncipe arrendaba mediante una suma convenida; pero con una cláusula tácita, en virtud de la cual se comprometia á morir pronto.

Asesinos excitados por Maximino, dieron muerte á Alejandro y á su madre en Secila, cerca de Maguncia.

El imperio perdió los vestigios del órden conque habia sobrevivido hasta entonces: guerras civiles, invasion general de los Bárbaros, territorio desmembrado, provincias saqueadas, mas de cincuenta príncipes elevados y precipitados; tal es el espectáculo que se presenta á la vista por espacio de medio siglo, hasta el reinado de Diocleciano en que el mundo se sumergió en otros infortunios. Un estado que encierra en su seno el gérmen de su destruccion, sigue marchando en tanto que nadie pone su mano en él

pero al menor choque se rompe: la ciencia consiste en dejarle caminar sin tocarle.

* Maximino reemplazó á Alejandro.

Ya tenemos al primer bárbaro en el solio, y de aquella misma estirpe que produjo al primer vencedor de Roma. Habia nacido en Trácia, su padre se llamaba Micca, y era godo; el nombre de su madre era Ababa, y descendia de los Alanos. Pastor primero, fue soldado luego en tiempo de Séptimo-Severo, centurion en el de Caracalla, tribuno en el de Eliogábalo, cuyo destino estuvo á punto de renunciar por pudor (103), y finalmente comandante de las nuevas tropas levantadas por Alejandro, cuyo bienhechor sacrificó el ambicioso bárbaro.

Tenia su estatura ocho piés y medio de alto: arrastraba él solo un carro cargado, rompia de una puñada los dientes ó la pata de un caballo, reducia á polvo las piedras con los dedos, hendia los árboles, echaba á rodar por el suelo diez y seis, veinte y hasta treinta luchadores; sin tomar aliento, corria con la rapidez de un caballo á galope, llenaba varias copas con su sudor; comia cuarenta libras de carne, y bebia veinticuatro azumbres de vino al dia (104). Era grosero, carecia de instruccion, apenas sabia hablar la lengua latina, despreciaba á los hombres; era duro, altanero, feroz y astuto, pero casto y amante de la justicia; tampoco carecia de valor, aunque no perteneciese como Alarico al número de los soldados cuya espada es bastante ancha para hacer una herida que quede impresa en el género humano. Descúbrese aqui una nueva raza de hombres, sobradamente dotada de las prendas que le faltaban ya á la antigua. Dios tomaba de la mano al alistado en sus milicias para mostrarlo á la tierra y anunciar la trasmision de los imperios. Solo habian mediado trece años desde el reinado de Eliogábalo hasta el de Maximino, y el uno era el fin y el otro el principio de un mundo.

Asi una misma generacion de Romanos tuvo por señores en menos de la cuarta parte de un siglo á un africano, un asirio y un godo, y pronto veremos el imperio en poder de un árabe. Entre estos diferentes aventureros, candidatos del despotismo que afluian á Roma, ninguno vino de Grecia; aquella tierra de independencia se negaba á producir tiranos. En vano destruyeron los Godos sus obras maestras; la devastacion y la esclavitud no lograron privarla de su genio ni de su nombre. Derribábanse sus monumentos y sus ruinas se hacian mas sagradas; dispersábanse estas ruinas y debajo de ellas se encontraban los sepulcros de los hombres grandes; destrozábanse los sepulcros y salia de estos una memoria inmortal. Patria comun de todas las celebridades, pais donde nunca faltaron habitantes, porque donde quiera que nacia un extranjero ilustre, allí nacia un hijo adoptivo de la Grecia, aguardando la resurreccion de aquellos indígenas de la libertad y de la gloria, que debian un dia tornar á poblar los campos de Platea y de Maraton.

Vueltos los Romanos de su sorpresa, se sublevaron no pudiendo soportar la idea de que los gobernase un godo convertido en ciudadano en virtud del decreto de Caracalla: ¡cual si conviniese á unos esclavos mostrar la menor altivez!

Estallaron varias conspiraciones, y fueron castigadas: Maximino pretendia reformar el imperio del mismo modo que habia restablecido la disciplina de las legiones con los suplicios. Por la menor falta sentenciaba á los principales ciudadanos á ser arrojados á las fieras, clavados en la cruz, ó cosidos dentro de animales recien muertos. Aborrecia al Senado y á aquellos patricios, que eran los mas viles y los mas insolentes de los hombres; tenia la debilidad de avergonzarse de su nacimiento, en presencia de los nobles, que olvidaban con demasiada vileza su orígen para tener el derecho de acordarse del suyo. Algunos amigos que le habian socorrido cuando era pobre, perecieron asesinados; no pudo perdonarles sus recuerdos (105), y sin embargo no debia haber sacrificado á los testigos de su miseria, sino á los de su fortuna. Inspiró, tal terror á los senadores, que se hicieron rogativas públicas para que pluguiese á los dioses impedirle la entrada en Roma.

Habíanle llamado Hércules, Aquiles, Ayax, Milon el Crotoniata; diéronle entonces los nombres de Cíclope, Falaris, Buriris, Esciron, Tifon, y Giges, porque el pueblo con la corrupcion habia recaido en las fábulas, como se vuelve á la infancia en la vejez.

Maximino derrotó á los Sármatas y á los Germanos; escribia al Senado: «No podriamos decir lo que hemos hecho, padres conscriptos; pero hemos incendiado los pueblos de los Germanos, arrebatándoles sus ganados, recogido prisioneros y exterminado á los que nos resistian.» Y en otra ocasion: «He terminado mas guerras que capitan alguno de la antigüedad, trasladado al imperio romano inmensos despojos, y hecho tantos cautivos que apenas podrian contenerlos las tierras de la república.» (106)

Mas el Africa se sublevaba, y proclamaba Augustos á los dos Gordianos, padre é hijo.

Gordiano el Viejo, procónsul de Africa, descendia de los Gracos por su madre y de Trajano por su padre, esto es, de los mas ilustres que brillaron en Roma libre y esclava. Su padre, su abuelo, su bisabuelo y él propio habian sido cónsules: no era posible contar sus riquezas; citábanse sus juegos, sus palacios, sus caños, sus pórticos: eran estas sobradas prosperidades para morir, aunque es verdad que el imperio le alcanzó á pesar suyo.

Habiendo sido asesinado un recaudador del fisco en Thysdro de Africa, los autores de esta muerte, para librarse de la venganza de Maximino, revistieron á Gordiano el Viejo con las insignias del poder. Rechazólas Gordiano y se revolcó por el suelo llorando: pero fue inútil su resistencia, porque le condenaron á la púrpura. Saludaron Augusto á Gordiano el Jóven, que como amigo de las letras deploraba los infortunios de su patria entre las mujeres y las musas.

El Senado confirmó la eleccion de ambos Gordianos, y declaró á Maximino enemigo de la república. Al recibir el emperador esta noticia se golpeó la cabeza contra las paredes, desgarró sus vestidos, empuñó su espada, intentó arrancar los ojos á su hijo; bebió y lo olvidó todo. Al dia siguiente reunió sus tropas y les dijo: «Compañeros, los Africanos han faltado á sus juramentos como acostumbran. Han elegido por señor á un anciano á quien convendria mejor el sepulcro que el imperio. El muy virtuoso Senado, que en otro tiempo asesinó á Rómulo y César me ha declarado enemigo de la patria mientras yo combatia y triunfaba en provecho suyo. Marchemos contra el Senado y los Africanos: vuestros son todos sus bienes.» (107)

Cuando Maximino pronunciaba este discurso no tenia ya nada que temer de los Gordianos (108). Capeliano, gobernador de Numidia, fiel á Maximino, ganó una batalla en que pereció el jóven Gordiano. Gordiano el Viejo se ahorcó con su cinturon para no sobrevivir á su hijo y salir libremente de las grandezas en que habia entrado por fuerza.

El Senado designó dos nuevos emperadores, Maximo-Papiano, soldado valiente, y Claudio Balbino, orador y poeta: los eligió entre los veinte comisarios á quienes habia encomendado la defensa de Italia. Un tercer Gordiano, nieto del viejo Gordiano, y sobrino ó hijo del jóven, de edad de trece años, fue al propio tiempo proclamado César. Corrieron mensajeros por

* Maximino emper. Antero y Fabiano, papas. A. de J. C. 235–238.

todas partes ordenando á los habitantes de los campos que destruyesen los trigos, transportasen los ganados, se retirasen á las ciudades, y cerrasen las puertas á Maximino.

Sin embargo, un accidente, habia producido en Roma la guerra civil, y hubo asaltos, combates é incendios. La presencia del niño Gordiano apaciguó el tumulto: ambos partidos se calmaron á la vista de la púrpura adornada con la inocencia y la juventud. (109)

El emperador no habia comunicado su ardor á los soldados, y su vigor para mantener la disciplina le habia enajenado el amor de las legiones. Puso sitio á Aquilea, y los habitantes se defendieron, llegando

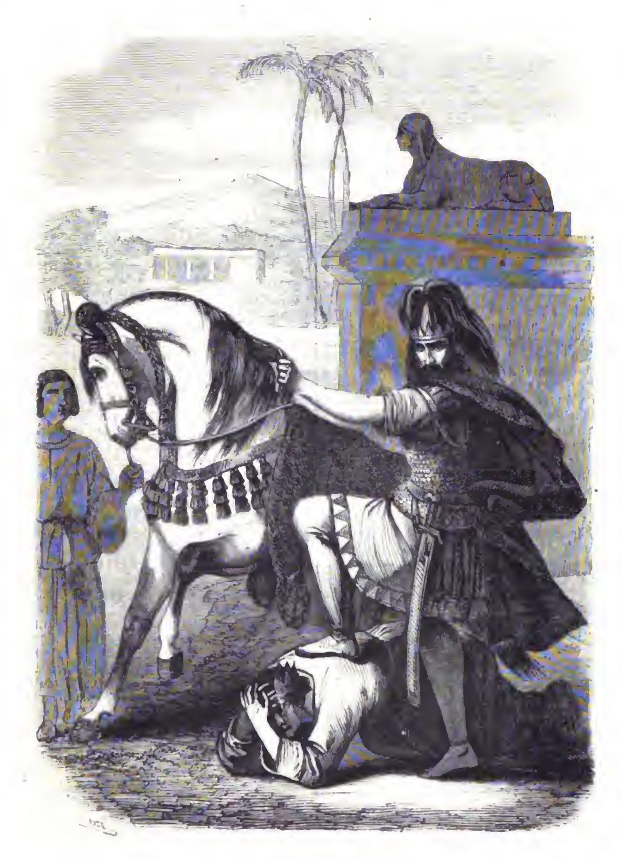


MUERTE DE DECIO.

las mujeres al extremo de cortarse los cabellos para hacer cuerdas destinadas á las máquinas de guerra. En memoria de este sacrificio edificaron un templo a Venus la calva (110). La fortuna abandonó á Maximino, y fue asesinado juntamente con un hijo.

El correo que trasmitió á Roma el mensaje del ejército, encontró al pueblo en el teatro, porque era seguro hallarle siempre en aquel sitio. Aquel pueblo atormentado con la grandeza y la miseria, y que se alimentaba de fiestas y proscripciones, adivinó la

noticia antes de haberla oido, y exclamó en grito unánime: «¡Maximino ha muerto!» Termináronse los juegos, y corrieron á los templos á tributar gracias á los dioses: tradicion y mofa de los hombres grandes y de los altos hechos de la libertad republicana: La cabeza del Augusto y la del César fueron enviadas al Senado. El hijo del gigante Maximino se habia instruido en las letras: sus inclinaciones, sus modales y sus atavíos eran elegantes y escogidos, y muchas mujeres le habian amado. En vez de la armadura de hierro que usaba su padre, llevaba una coraza de oro, un escudo del propio metal, una lanza



SAPOR Y VALERIANO CAUTIVO.

dorada, y un casco esmaltado con piedras preciosas (111). Aun despues de muerto, su rostro magullado, cubierto de sangre y de polvo, conservó facciones admirables. En otro tiempo se habian aplicado al jóven César los versos en que Virgilio comparó la belleza del hijo de Evandro al lucero del alba, cuando sale húmedo aun del seno del Océano (112). Su suerte enterneció por un momento al populacho, que quemó en el campo de Marte con mil ultrajes la encantadora cabeza sobre la cual acababa de llorar. Asi concluyeron los dos godos, soberanos de Roma antes que Alarico; mas por la púrpura que por la espada.

Debemos fijar en el reinado de Maximino el principio de esa sucesion de los emperadores militares, nacidos de las circunstancias, que semibárbaros sostuvieron el imperio contra los esfuerzos de los Bárbaros. Tambien en esta época estalló la rivalidad del Senado y del ejército para la eleccion de príncipe; nueva causa de destruccion que se añadió á las muchas que fermentaban en el Estado.

Este Senado en otro tiempo tan abyecto, habia conservado hasta entonces por sus tradiciones de gloria, por su nombre, por la riqueza de sus miembros, y por las dignidades de que estaban revestidos, una especie de poder inexplicable: al Senado daban cuenta los emperadores de sus victorias, y el Senado era el que gobernaba en los interegnos. Los años se contaban por el consulado: la religion y la historia se enlazaban con la existencia senatorial. Leíase en todas partes: S. P. Q. R. cuando ya no habia Senado ni pueblo. Roma hablaba aun de libertad como esos reyes modernos que escriben en el encabezamiento de sus títulos las soberanías que han perdido.

Hasta el reinado de Maximino habia existido, sino inteligencia, al menos cierta conformidad forzada entre el Senado y las legiones; pero habiendo elegido los senadores por sí solos tres emperadores durante las turbulencias de este reinado, quedaron tan orgullosos con aquella recuperacion de autoridad, que no pudieron menos de manifestar deseo de conservarla. Conociéronlo las legiones, y no se dejaron dominar. Los emperadores proclamados en las provincias por los ejércitos, se acostumbraron á considerar al Senado como á un enemigo de su poder, y cuyo sufragio no les era necesario; alejáronse de Roma donde no residieron ya sino rara vez y á pesar suyo. La ciudad eterna quedó poco á poco aislada en medio del imperio; y en tanto se batian en derredor suyo, sentóse á la sombra de su nombre, mientras llegaba su ruina.

Maximino persiguió la religion. En esta persecucion se mencionan por vez primera de un modo positivo las basílicas cristianas; sin embargo, háblase de un sitio consagrado al culto de Cristo en el reinado de Alejandro-Severo.

Algunos autores han creido, que la persecucion habia tenido por principal objeto en Oriente, dar muerte á Orígenes: el pueblo y los filósofos hubieran mirado como un gran triunfo la apostasía de este defensor de la Iglesia (113), que por el ascendiente de su talento, habia verificado una multitud de conversiones. Otros escritores han pensado, que la persecucion nació con motivo del soldado en favor del cual escribió Tertuliano el libro de la Corona. He dicho varias veces, que en la eleccion de un emperador era costumbre prodigar liberalidades á los soldados, quienes para recibirlas, se coronaban de laurel. En el advenimiento de Maximino, se adelantó un legionario con la corona en la mano; preguntóle el tribuno por qué no la llevaba en la cabeza como sus compañeros. «No puedo, respondió, porque soy cristiano.»

Tertuliano aprueba la conducta del legionario (114), pareciéndole que el coronarse de laureles era propio de la idolatría.

Al lado de las elecciones que hacia el acero, continuaban las elecciones pacíficas de otros soberanos que reinaban por la caña. Habiendo muerto el papa Urbano, tuvo por sucesor á Ponciano, que desterrado á la isla de Cerdeña, abdicó. Antero, que se sentó en su lugar, vivió solamente un mes, y proclamaron obispo de Roma á Fabiano. *

En medio de las guerras civiles y extranjeras, brillaban las ciencias en los entendimientos mas preclaros de los cristianos. Teodoro ó Gregorio de Pons, llamado el *Taumaturgo*, aparecia en el mundo: Africano escribió su *Historia Universal*, que comenzando en la creacion del mundo, se detenia en el año 221 de nuestra era (115). Tratábase allí la historia de un modo desconocido hasta entonces: un cristiano oscuro decia al imperio brillante de los Césares, que era moderno; que sus hechos y sus fábulas no contaban sino un dia de existencia comparados con la antigüedad del pueblo de Dios y de la religion de Moisés, y que por esta escala debia medirse en adelante la vida de las naciones. La crónica de Africano no se encuentra ya sino en la de Eusebio.

Orígenes publicó la obra que le habia costado veinte y ocho años de investigaciones (116): era una edicion de la Escritura en muchas columnas, y que tomó el nombre de Hexaplo, Octaplo y Tetraplo, segun el número de ellas. En los Hexaplos, la primera columna contenia el texto hebreo en letras hebráicas; la segunda el mismo texto en letras griegas; la tercera la version griega de Aquila; la cuarta la de Simmaco; la quinta la de los Setenta, y la sexta el texto hebreo de Teodosion.

Los Octaplos tenian dos columnas mas; compuestas de dos versiones griegas, la una encontrada en Jericó por el mismo Orígenes, y la otra en Nicópolis de Epiro. No se empleó en aquel trabajo inmenso el idioma de los señores del mundo. Varias traducciones latinas hechas sobre la Version de los Setenta, bastaban á las necesidades de la iglesia de Roma y de las demás iglesias del Occidente. Obstinábanse los Griegos en considerar la lengua de Ciceron como una lengua bárbara.

Multiplicábanse los concilios, ya sea por las necesidades de la comunidad cristiana, ya para arreglar la disciplina y las costumbres, ó para combatir la herejía. Cipriano, jóven todavia, levantaba su voz en Cartago; este era el varon, cuya florida elocuencia habia de inspirar la elocuencia de Fenelon, como la palabra de Tertuliano, habia de animar la palabra de Bossuet.

Agitábase todo entre los Bárbaros: unos se reunian en las fronteras; otros se introducian en el imperio, ó como vencedores, ó como prisioneros, ó como auxiliares: los cristianos crecian igualmente en número, y extendian sus conquistas entre los conquistadores.

Máximo* y Balbino subieron al trono imperial despues de la muerte de Maximino: rodeaba al primero un cuerpo de germanos que le eran adictos, como los suizos y los guardias escoceses á nuestros reyes. Los pretorianos tuvieron envidia, pues no aprovaban una eleccion debida únicamente al Senado. Corrieron á las armas cuando la ciudad se hallaba entregada á los juegos capitolinos: los emperadores, arrancados de su palacio, fueron degollados en medio de ultrajes semejantes á los que fueron prodigados en otro tiempo á Vitelio; habia en los archivos del Estado, antecedentes para toda clase de asesinatos y de vicios. Máximo, hijo de un cerrajero ó carretero, era un hombre valiente, diestro en la guerra, moderado, y tan serio, que le daban el sobrenombre de *Triste;* Balbino pertenecia á una familia que pasaba por noble sin ser antigua, y era dulce y afable: decíase del primero, que conocia lo que era justo, y del segundo, que se extendia á mas. Habia nombrado ya César al tercer Gordiano, nieto del viejo Gordiano: los pretorianos le saludaron con el título de Augusto, y el Senado y el pueblo le reconocieron.

Este monarca reinó demasiado poco: tuvo por suegro á su maestro de retórica, llamado Mysitheo, que le arrebató de las manos de los eunucos (117); y Gordiano convirtió á Mysitheo en prefecto del Pretorio y en ministro. Mysitheo habia sido un hombre oscuro antes de tomar las riendas del Estado; condicion ne-

* 11 de Enero, 236.

* MAXIMINO Y BALBINO, emper. FABIANO, papa. De J. C. 252.

cesaria para prosperar cuando se nace con talento, porque en la carrera política no se sube al poder con una reputacion formada de antemano.

No fue considerable la guerra en el reinado de Gordiano III; pero hubo en ella nombres grandes: Sapor, hijo de Artajerjes, atacó al imperio en Oriente, y aparecieron los Francos en las Galias. Aureliano, que fue despues emperador, mandaba entonces una legion, y batió á los Francos cerca de Maguncia, matando á setecientos y haciéndoles trescientos prisioneros. Reputó esta victoria de tanta importancia, que los soldados improvisaron dos malos versos que se han conservado hasta nosotros.

Mille francos, mille Sarmatas semel occidimus;
Mille, mille, mille Persas quœrimus (118).

Así es como el nombre de nuestros padres se encuentra por la vez primera en una cancion de soldados que expresa á la vez el valor de aquellos y el pavor de los Romanos.

Preparóse Gordiano III para rechazar á Sapor, y antes de salir de Roma abrió el templo de Jano, y esta es la vez postrera que se trata de semejante ceremonia en la historia. Presumimos que no volvió á cerrarse el templo, y que fue como un presagio del destino del imperio. Habiendo pasado Gordiano por la Mœsia y por la Trácia, derrotó á los Godos; pero fue menos venturoso con los Alanos. Consiguió algunas ventajas sobre Sapor, y debió el triunfo á Mysitheo, á quien honró el Senado con el nombre de tutor de la república. Gordiano tuvo la candidez de convenir en ello al dar cuenta de sus victorias al Senado (119): volver la gloria al que nos la dió, es ser digno de ella.

La caduca Roma no sufria á un gran ciudadano sino con violencia; cuando por acaso producia alguno, no tenia ya á semejanza de una madre estenuada ni fuerzas para alimentarlo. Murió Mysitheo envenenado quizás por Filipo, que le sucedió en el cargo de prefecto del Pretorio. Desde aquel momento abandonó la fortuna á Gordiano; porque existen espíritus creados para aparecer juntos, y que son su complemento mútuo. Las sociedades en su infancia, reparan fácilmente la pérdida de un hombre hábil; pero cuando se acercan á su término, si llegan á faltar los ciudadanos de mérito que les restan, todo perece.

El nuevo prefecto del Pretorio era árabe, ó hijo de un gefe de salteadores; y Filipo, unido por de pronto á Gordiano, acabó por inmolarlo. Gordiano se humilló hasta el extremo de solicitar sucesivamente la particion igual del poder, el rango de César, el cargo de prefecto del Pretorio, el título de duque ó gobernador de provincia, y finalmente, la vida: el asesino se lo rehusó todo excepto unos pobres funerales. El último descendiente de los Gracos, contaba apenas veinte y tres años: el humilde sepulcro del jóven emperador de los Romanos, se erigió lejos del Tiber, en la confluencia del Chaboras con el Eufrates, á corta distancia de las ruinas de aquella Babilonia que vió llorar á Israel cerca de los sepulcros de los grandes reyes.

* Filipo, proclamado Augusto, y su hijo César, estipularon la paz con Sapor, y vinieron á Roma. Júzguese del estado á que habia llegado Roma: no se sabe si debe colocarse en la época del advenimiento de Filipo la existencia de dos emperadores llamado el uno Marcó, filósofo de profesion, y el otro Severo-Hostiliano. No se conocen sino los nombres de ambos señores del mundo, y hasta se ignora si llegaron á reinar.

Desde esta época es cuando se principia á denominar tiranos, para distinguirlos de los emperadores, á los pretendientes al imperio que elegidos por las legiones no eran reconocidos por el Senado. No existia sin embargo entre tales hombres igualmente opresores, sino la diferencia de fortuna, y dábase á la victoria el título que se negaba al infortunio.

Quedan todavía dudas sobre la verdad de un hecho grave: ¿Filipo era cristiano? Las pruebas son débiles, y veremos en adelante no pocos príncipes de la fe indignos de serlo sin que podamos hacer justicia á este; pero la marcha de la historia prescribe que anotemos la coincidencia de la elevacion de un godo al imperio en la persona de Maximino, y quizás de un cristiano en la de Filipo.

Este celebró los juegos seculares en 21 de abril del año 248: Horacio los habia cantado en el reinado de Augusto; juegos misteriosos celebrados durante tres noches al resplandor de antorchas en la orilla del Tiber (120), y que ninguno veia dos veces en su vida, señalaban entonces el trascurso de un periodo de mil años para la antigua Roma, y fueron interrumpidos. Mas de otros mil años trascurrieron hasta que un príncipe de la nueva Roma los restableció con el nombre de Jubileo el año 300 de la era vulgar. Bonifacio VIII ofició con los ornamentos imperiales, y doscientos mil peregrinos se hallaron reunidos en la fiesta. Clemente VI, Urbano VI y Paulo II fijaron sucesivamente la vuelta del Jubileo, el primero á cincuenta, el segundo á treinta y tres y el tercero á veinte y cinco años: Clemente en consideracion á la brevedad de la vida; Urbano en memoria del tiempo que Jesucristo pasó en la tierra, y Paulo para la mas pronta remision de los pecados. Los esclavos y los extranjeros no asistian á los juegos seculares de Roma idólatra; Roma cristiana llamaba al Jubileo á los desgraciados y á los viajeros.

Filipo hizo la guerra á los Carpianos, pueblos situados en los montes Carpatos, vecinos de los Godos. Estos últimos habian empezado á percibir desde el reinado de Alejandro-Severo un tributo de los Romanos; los Carpianos pretendieron obtener igual ventaja, y fueron vencidos.

Levantáronse de improviso dos nuevos emperadores, Saturnino en Syria y Marino en Mœsia. Decio, cuyo nombre recuerda la primera invasion grande de los Bárbaros, habia nacido de padres oscuros: encumbrado al consulado, ó por sus talentos, ó por las revoluciones, que elevan indistintamente el mérito y la medianía, el vicio y la virtud, Decio se encontró encargado de castigar á los partidarios de Marino, que le obligaron á ocupar su lugar, marchar contra Filipo, y presentarle batalla. Los crímenes habian caido bajo el dominio del derecho comun, y las guerras civiles formaban el temperamento del Estado. Filipo fue vencido y muerto en Verona (121), y su hijo degollado en Roma.

Cuéntase de este jóven que desde la edad de cinco años nunca se habia reido; no subió al trono y perdió las delicias de la infancia: hubiéralas gozado si hubiese permanecido bajo la tienda del árabe. En aquellos tiempos casi nunca perecia un príncipe solo, pues sus hijos eran asesinados tambien; esta leccion tantas veces repetida, á nadie corregia; hallábanse mil ambiciosos, y no se veia ni un padre.

Tal era el estado de los hombres y de las cosas al advenimiento de Decio; todo contribuia á acelerar la disolucion del Estado. Los Bárbaros no tenian nada delante de ellos, excepto el Cristianismo que los aguardaba para hacerlos capaces de fundar una sociedad, bendiciendo su espada.

SEGUNDA PARTE.

DESDE DECIO HASTA CONSTANTINO.

* Abrese la verdadera historia de los Bárbaros con el reinado de Decio. Vamos ahora á conocerlos mejor,

* Filipo emper. Fabiano papa A. de J. C. 244.-249.

* Decio emper. Fabiano, Cornelio, papas. De J. C. 249.-251.

porque darán distinto movimiento á los negocios, mezclarán las razas, multiplicarán los infortunios, cumplirán el destino del mundo antiguo, y darán principio al del mundo nuevo. Formidables invasiones sucederán á las rápidas correrias y a las incursiones pasajeras que hacian los Caledonios en la Gran-Bretaña, los Germanos y los Francos en las Galias, los Cuados y los Marcomanos en las márgenes del Danubio, los Persas y los Sarracenos en Oriente, y los Moros en Africa: aparecerán los Godos y los demás bárbaros acampados en las fronteras, los rechazarán y perseguirán. Parece que ya el estruendo de los pasos y los gritos de aquella muchedumbre hacen temblar el Capitolio.

Los Godos que quizás pertenecian á la antigua estirpe de los Suevos, y estaban separados de ella por Cotualdo; los Godos, hijos de los conquistadores de la Escandinavia, de donde tal vez habian arrojado á los Cimbrios, extendieron su dominio sobre una parte de los otros bárbaros. los Bastarnos, los Venedos, los Sazigos, los Roxolanos, los Eslavos ó Vándalos ó Esclavones, los Antos y los Alanos, originarios del Cáucaso (1). Odino su primer legislador, fue tambien su dios de la guerra, á no ser que se suponga la existencia de dos Odinos: colocándole en el cielo remontaron la ley al nivel de la religion. Odino tenia un templo en Upsal, donde cada nueve años le inmolaban dos hombres y dos animales de cada especie, si es que en aquellos remotos tiempos (2) existian Odino, Upsal y su templo, ó si es verdad que hayan jamás existido.

En el siglo de los Antoninos, en el momento en que el imperio romano tocaba la cúspide de su poder, los Godos dieron el primer paso, y se establecieron en la embocadura del Vistula. Las colonias de los Vándalos, que eran ó salidas de su seno ó esclavos alistados en sus filas, se derramaron por las orillas del Oder y por las costas del Mecklemburgo y de la Pomerania. Los Godos, divididos en Ostrogodos y Visogodos, Godos occidentales y Godos orientales, se subdividieron ademas en bandas ó tribus con los nombres de Hérulos, Gépidos, Burgondos ó Borgoñones, y Lombardos (3). Si se supone que los últimos no eran de orígen gótico, será preciso admitir al menos que se habian convertido en Godos por la conquista, y que separados despues de la Confederacion Gótica, cuando esta llegó romperse, fundaron la monarquía de los Burgondos y de los Lombardos.

Los Godos levantaron su campamento, dieron un segundo paso, aparecieron en los confines de la Dácia, y llegaron en seguida hasta el Ponto-Euxino. El rey que gobernaba entonces la monarquía hereditaria se llamaba Amalo, y pretendia descender de los Ansos (4) ó semidioses de los Godos.

Subyugando Trajano á los Dacios mas allá del Danubio, sujetó sin saberlo al imperio vecino de sus destructores; los Godos no fueron conocidos con un nombre verdadero hasta el reinado de Caracalla, y cuando Roma llegó á aprenderlo ya no le volvió á olvidar nunca.

Orgullosos los Godos con sus conquistas, y engrosados con las hordas que se les habian incorporado, precipitáronse contra el imperio cual un torrente hinchado por otros torrentes, en la época de la caida de Filipo y de la elevacion de su sucesor.

Guiados por su rey Euva, inundaron la Dácia, pasaron el Danubio, obligaron á Marcianópolis á comprar su rescate, retiráronse, volvieron, sitiaron á Nicópolis, tomaron por asalto á Filippolis, degollaron á cien mil habitantes, y se llevaron una multitud de prisioneros ilustres (5). Mientras caminaban, se entretuvieron en dar un señor al mundo, y salvajes medio desnudos otorgaron la púrpura á Prisco, hermano de Filipo, que la habia solicitado. Decio corrió con su hijo á oponerse á sus destrozos, y vendido por Galo, que quiso tambien recibir el imperio de mano de los Bárbaros tuvo que penetrar en un pantano donde pereció con su hijo y con su ejército (6).

Decio, príncipe notable, por otra parte, que vió principiar la gran invasion de los Bárbaros, se habia armado del mismo modo contra los cristianos; impotente para rechazar á los unos y á los otros, nada pudo hacer contra los dos pueblos á quienes Dios habia entregado el imperio. Esta persecucion produjo caidas que San Cipriano atribuye á la relajacion de las costumbres de los fieles (7). En el anfiteatro de Cartago gritaba el pueblo: «Entregad á Cipriano á los leones.» y el elocuente obispo se retiró (8); á Dionisio de Alejandría le salvaron sus discípulos ocultándole. Gregorio el *Taumaturgo* invitó á sus neófitos á ponerse en salvo, y se precavió de los peligros retirándose á una colina desierta. Han quedado consignadas en los fastos de la religion las ejecuciones del sacerdote Pionío en Esmirna, de Máximo en Asia y de Pedro en Lampsaco. El papa Fabiano confesó con alma y cuerpo en 20 de enero de 250; y contando desde su martirio vienen exactos los años del pontificado romano, como la Era de Cristo fijada en la cruz. Alejandro, obispo de Jerusalen, y Babylas, obispo de Antioquía, que habia obligado al emperador Filipo y á su madre á hacer penitencia la noche de Pascua, perecieron en los calabozos: el uno, anciano, sufria la prueba por segunda vez, y el otro quiso ser enterrado con las cadenas de su prision (9). Resistió Orígenes cruelmente atormentado.

Un jóven de la Tebaida baja, llamado Pablo huyendo de la persecucion, halló una gruta á la que hacia sombra una palmera, y donde manaba una fuente que daba nacimiento á cierto arroyo. Pablo se encerró en aquella gruta, y vivió en ella noventa años, logrando la gloria de vivir solitario que le hizo ser el primer ermitaño cristiano (10).

Varios obispos fundaron iglesias en las Galias; Dionisio en Paris, Gaciano en Tours, Estremoino en Clermont de Auvernia, Trofino en Arlés, Pablo en Narbona y Marcial en Limoges.

Despues del martirio de Fabiano tres obispos proclamaron papa á Novaciano, primer antipapa y gefe del primer cisma. El clero habia elegido por su parte á Cornelio, hombre dotado de suma firmeza. Estuvo vacante la silla pontificia por espacio de diez y seis meses.

Contábanse entonces en Roma cuarenta y seis sacerdotes, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, cincuenta y dos exorcistas, lectores y porteros, quinientas viudas y otros pobres sustentados por la Iglesia (11). Diez y seis obispos concurrieron á la ordenacion de Cornelio, confirmado por el pueblo: obsérvese la diferencia de ambos imperios: los soldados de Júpiter proclamaban tiranos, y los de Cristo santos.

Galo proclamado Augusto con Hostiliano, hijo segundo de Decio, se obligó á pagar á los Godos un tributo anual: á este precio consintieron en respetar el territorio romano; y como se cumplen únicamente las condiciones que se aceptan y no las que se imponen, los Godos quebrantaron la palabra. Declaróse una peste horrorosa. Galo mandó quitar la vida á Hostiliano, hijo de Decio, y lo reemplazó con su propio hijo. Continuó la persecucion, y sucumbieron á sus rigores dos papas, Cornelio y Lucio I.

Emiliano * derrotó á los Godos en Mesia, y se vistió la púrpura: Galo marchó contra él. Las tropas de Galo se sublevaron, y le quitaron la vida juntamente con su hijo, pasándose á las águilas de Emiliano. Valeriano conducia en auxilio de Galo las legiones de la Galia, que al saber la muerte del emperador procla-

* GALO, EMILIANO, emper. CORNELIO, LUCIO I, papas. De J. C. 251-253.

maron á Valeriano. Emiliano pereció á su vez á manos de sus soldados (12). Valeriano dividió el poder con su hijo Galieno: un tirano se habia levantado en el reinado de Decio, y otro en el de Galo.

Valeriano habia adquirido ya práctica * en los empleos militares y civiles, y habiendo sido ademas diputado de los dos primeros Gordianos en el Senado, habia figurado en todos los negocios de su tiempo. Confiriéronle la censura por aclamacion, cuando los dos Decios restablecieron esta magistratura reunida á la dignidad imperial. «La vida de Valeriano, dicen, era una censura perpetua: reproducia las costumbres de la venerable antigüedad.» Sin embargo, Valeriano no era mas que un talento limitado que no llegaba, ni con mucho, á la grandeza de su fortuna.

Galieno, á quien su padre habia nombrado Augusto, se dirigió á mandar las Galias: padre é hijo corrian por todas partes á oponerse á los Bárbaros, auxiliados por los diestros capitanes Pósthumo, Claudio, Aureliano y Probo, que se instruian en la escuela de las armas por los crímenes y por las necesidades. Los Germanos que provenian quizás de la Confederacion de los Francos, invadieron la Galia hasta los Pirineos, atravesaron estos montes, saquearon parte de España, y aparecieron en las costas de Mauritania, donde causó admiracion aquella nueva raza de hombres (13). Allí los combatió y rechazó Pósthumo á las órdenes de Galieno; mas los Alemanes, otros de los Germanos, en número de trescientos mil avanzaron en Italia hasta las inmediaciones de Roma. Galieno los obligó á retirarse.

Los Godos, los Sármatas y los Cuados encontraron á Valeriano en Iliria, quien los contuvo ayudado de Claudio, Aureliano y Probo.

La Escitia vomitaba á millares sus pueblos sobre el Asia Menor y sobre la Grecia: es probable que aquellos Escitas boranos que inundaron entonces el país, no eran sino una columna de Godos vencedores del reducido reino del Bósforo. Embarcáronse en el Ponto-Euxino en una especie de cabañas flotantes, entregándose á una mar tempestuosa y á tímidos marineros. Rechazados en la Cólchide, volvieron á la carga, atacaron al templo de Diana y la ciudad de Œeta, inmortalizada por la fábula y el talento de los poetas; se apoderaron de Pithionto; sorprendieron á Trebisonda; robaron la provincia del Ponto, y encadenando los Romanos cautivos á los remos de sus bajeles, regresaron triunfantes al desierto (14).

Otros godos ó escitas á quienes alentó este ejemplo, hicieron construir una flota á sus prisioneros; partieron de la embocadura del Tanais, y vogaron costeando la orilla occidental del Ponto-Euxino, mientras que un ejército marchaba por tierra de concierto con la flota. Pasaron el Bósforo, desembarcaron en Asia, saquearon á Calcedonia, entraron en Nicomedia donde los llamaba el tirano Chyrsogonas, saquearon las ciudades de Lio y de Pousa, y se retiraron á la luz de las llamas con que incendiaron á Nicea y á Nicomedia (15).

Mientras se sucedian tales infortunios, Valeriano habia ido á Antioquia, y se empleaba en otra guerra que le fue en extremo fatal. Sapor, invitado por Cyriades que aspiraba al imperio, habia entrado en Mesopotamia, y fueron presa suya Nisibe, Carrhes y Antioquía. Llegó Valeriano, rescató á Antioquía, quiso socorrer á Edessa y pidió la paz. Sapor le propuso una entrevista que aceptó, y quedó prisionero de un enemigo sin fe. La sencillez no es admirable sino cuando va unida á la grandeza; de otro modo es el paso ordinario de un espíritu limitado. Valeriano era un hombre sincero, del mismo modo que era un hombre nulo: sus virtudes llevaban impreso el carácter de su medianía.

* VALERIANO GALIENO, emper. ESTEBAN, SIXTO II, DIONISIO, papas. De J. C. 253-260.

Vengados quedaron en su persona el oprobio y el infortunio de tantos reyes humillados en el Capitolio. Encadenado y vestido de púrpura alargaba la cabeza, el cuello ó la espalda á guisa de estribo á Sapor cuando montaba á caballo (16). Este gefe creia equivocadamente hollar el poder; el imperio persa no se elevó: era el imperio romano el que se habia hundido.

* Murió Valeriano: su piel rellena de paja, curtida y teñida de rojo estuvo colgada por espacio de muchos siglos en las bóvedas del templo principal de la Persia (17). ¿Qué impresion hizo la vista de este trofeo al mundo? ninguna. El mismo Galieno, considerando la desgracia como una abdicacion, se contentó con decir: «Ya sabia yo que mi padre era mortal (18).» Apoderóse de la otra mitad de la púrpura que habia dejado Valeriano, del mismo modo que se roba el sudario de un cadáver.

Existen muy hermosas medallas de Valeriano, que representan á una mujer coronando al emperador con estas palabras: *Restitutori Orientis*; la fortuna desmintió tan descarada adulacion. Galieno no pensó ni en rescatar, ni en vengar á su padre; lo convirtió en una deidad (19), que costaba menos.

El imperio presentó en aquella época un espectáculo horroroso, pero original; fue como una escena anticipada de la edad media. Jamás, desde los hermosos dias de la república, habian brillado á la vez tantos hombres dignos de aprecio; estos hombres nacides de los acontecimientos que obligan al talento á recobrar su natural dominio, no poseian las virtudes de Caton y de Bruto; pero como hijos de distinto siglo, eran hábiles y osados. Habiendo vuelto á entrar á pesar suyo en la vida militar del campamento, los Romanos del imperio habian recobrado cierta virilidad por el trato frecuente con las generaciones varoniles de los Bárbaros.

Treinta, ó lo que es mas seguro, diez y nueve tiranos, aparecieron durante los reinados de Valeriano y de Galieno: en Oriente, Cyriades, Macriano, Balisto, Odenato y Zenobia: en Occidente, Pósthumo, Lekiano, Victorino y su madre Victoria, Mario y Tétrico: en Iliria y en los confines del Danubio, Ingenuo, Regiliano y Aureolo: en el Ponto, Saturnino: en Francia, Trebeliano: en Tesalia, Pison: Valente en Grecia: en Egipto, Emiliano; y Celio en Africa. La mayor parte de estos pretendientes que defendieron el imperio contra los enemigos exteriores, y que intentaron apropiárselo, hubieran sido príncipes dotados de suma capacidad.

Macriano, anciano astuto, político y atrevido, estaba lisiado (20), y hacia que llevasen los ornamentos imperiales sus dos hijos, jóvenes y vigorosos, en vez de llevarlos él mismo (21).

Odenato, que rechazó á Sapor y vengó á Valeriano, es mas conocido todavía por su mujer Zenobia y por el retórico Longino (22).

Balisto é Ingenuo eran capitanes ilustres.

Dábase á Calfurnio-Pison el dictado de hombre.

Regiliano logró tanta nombradía, que el Senado le confirió los honores del triunfo, no obstante su sublevacion contra Galieno (23).

Pósthumo, que extendió su dominacion sobre las Galias, la España, y tal vez sobre la Gran Bretaña, estaba dotado de talento.

Su sucesor Victorino poseia tambien grandes talentos, pero con cierta debilidad que con frecuencia los acompaña, la aficion á las mujeres (24).

Victoria, madre de Victorino, que se daba á si misma el título de augusta y madre de los ejércitos, fue la Zenobia de las Galias. Esta decia hablando de la primera: «Hubiera querido partir el imperio con Victoria que se me parece.» Hasta el armero Mario que habia sido elevado al rango de Augusto por Vic-

* GALIENO, emper. DIONISIO, papa. A. de J. C. 260-268.

toria, era un partidario de carácter. «Amigos, dijo á sus compañeros de armas convertidos ya en vasallos suyos; me criticarán mi primer estado: ¡permitan los dioses que nunca me afemine en la molicie, el vino, las flores y las mujeres! Que me echen en cara mi oficio de armero, con tal que las naciones estranjeras conozcan por sus derrotas que he aprendido á manejar el acero! Digo esto, porque lo único que podrá criticarme Galieno, esa peste impúdica, es que he fabricado armas (25).» Mario fue muerto por un soldado que en otro tiempo estuvo de oficial en su taller, quien al traspasarle el cuerpo con la espada, le dijo: «Tú la fabricaste (26).»

Muerto Mario, no desmayó Victoria: esta gala nombró todavía otro emperador, Tétrico, gobernador de la Aquitania, que se vistió la púrpura en Burdeos.

De estos diferentes tiranos uno solo era senador, y únicamente Pison era noble: descendia de Numa por sus padres, y sus enlaces le autorizaban para poder decorar sus lares con las imágenes de Craso y de Pompeyo. Los Calfurnianos se habian librado de las proscripciones: vemos que fueron cónsules en el tiempo que medió desde Augusto hasta Alejandro-Severo. Roma se cubria de nuevas plantas; cuando sus viejos troncos echaban algunos vástagos, marchitábanse pronto y no reverdecian.

Otros hombres de mérito, tales como Aureliano, Claudio y Probo, servian á Galieno aguardando el soberano poder: el carácter mismo del emperador era sino estimable, al menos poco comun.

Orador y poeta (27) Galieno era indiferente á todo excepto al imperio. Participáronle que el Egipto se habia sublevado, y contestó: «Bien: nos pasaremos sin lino (28).» Se han perdido la Galia y el Asia. «Renunciaremos á la espuma de nitro, y no usaremos en adelante Facos * de Arras (29).» ¡Pero cuidado con tocar á los placeres de Galieno! Si el rumor de un motin ó de una invasion demasiado cercana amenazaba su paz, corria á las armas, desplegaba valor, evitaba el peligro, y volvia á sepultarse con actividad en la pereza. Feroz para conservar su reposo escribia á uno de sus oficiales despues de la rebelion de Ingenuo en Iliria: «No perdoneis á los varones, cualquiera que sea su edad, niños ó ancianos. Quitad la vida á cuantos se hayan permitido una palabra, un pensamiento contra mí (30). Condenaba á muerte á cuatro ó cinco mil soldados rebeldes, entreteniéndose al mismo tiempo en construir edificios pequeños con hojas de rosas, y modelos de fortalezas con frutas (31). Un mercader habia vendido perlas de vidrio á la emperatriz por perlas verdaderas. Galieno lo condenó á ser arrojado á las fieras, y mandó que en vez de fieras soltasen contra él un capon (32).

A cada noticia desastrosa que llegaba reíase Galiano, preguntaba cuales serian los festines y los juegos de la mañana siguiente y de aquel dia (33). El mando se desplomaba, y componia versos al matrimonio de sus sobrinos. «Id, amables mancebos, arrullad cual la paloma, abrazaos como la yedra, vivid unidos como la perla á la concha.» (34) Tambien filosofaba, y daba, á Plotino una ciudad arruinada de la Campania para que estableciese en ella una república segun las leyes de Platon (35). Recostado en los banquetes entre mujeres, en medio de la sociedad que se desplomaba, (36), este Horacio imperial no queria de la vida sino los placeres: todo fue turbacion en su reinado, excepto su persona (37): no conservaba la calma en torno suyo y para él sino hasta donde llegaba la longitud de su espada.

Representémonos el Estado presa de las diferentes usurpaciones; los tiranos batiéndose entre sí, defendiéndose contra las tropas del príncipe legítimo rechazando á los Bárbaros ó llamándolos en su auxilio. Ingennuo tenia un cuerpo de Roxolanos á sueldo, y Pósthumo un cuerpo de Francos. Ya no se sabia donde estaba el imperio, reinaba la division entre los Romanos y entre los Bárbaros: las águilas romanas peleaban unas contra otras: las banderas de los Godos peleaban tambien entre sí. Cada provincia reconocia al tirano mas inmediato; porque en la imposibilidad de ser protegida por el derecho, se sometia al hecho. Un pedazo de púrpura hacia por la mañana un emperador y por la tarde una víctima; era el adorno de un trono ó de un sepulcro. Obligado Saturnino á aceptar el supremo poder, gritó: «Soldados, hareis de un general dichoso un emperador miserable.» (38)

Y al través de tamaños acontecimientos veianse juegos públicos, martirios, sectas entre los cristianos, y escuelas entre los filósofos, en las cuales se ocupaban de los sistemas metafísicos en medio de los gritos de los Bárbaros.

Continuando la peste sus estragos arrebataba en Roma cinco mil personas cada dia: siguieron la carestia, el hambre, los terremotos, los meteoros, las tinieblas sobrenaturales, el levantamiento de los esclavos en Silicia, la rebelion de los Isaurianos que renovaron la guerra de los antiguos piratas, el tumulto horroroso de Alejandría en cuya inmensa ciudad cada edificio se convirtió en una fortaleza, cada calle en un campo de batalla; una parte de la poblacion pereció, y el Brachion quedó vacío. Y entre tantas calamidades preciso es hallar sitio todavía para la continuacion de la grande invasion de los Godos.

Sapor, habiendo vuelto á entrar en el Asia romana, recuperó á Antioquia y se apoderó de Tarso en Silicia y de Cesárea en Capadocia. Los Godos se arrojaron sobre Italia; otros godos ó escitas salieron por tercera vez del Ponto-Euxino, sitiaron á Tesalónica, asolaron la Grecia (39), y saquearon á Corinto, Esparta y Argos, ciudades olvidadas hacia mucho tiempo y que aparecian en aquel siglo cual la fantasma de otro tiempo y de otra gloria. En vano Atenas habia reedificado sus murallas derribadas por Lisandro y Sila: un godo quiso incendiar las bibliotecas, y otro godo se opuso. «Dejemos, dijo, á nuestros enemigos esos libros que les quitan el amor á las armas.» (40) La patria de Temístocles fue libertada sin embargo por el historiador, llamado el segundo Tucidides (41), y el último de los griegos en aquella edad media y degenerada. Atenas veia otra vez á los Bárbaros: en el tiempo de los Persas, la salvaron sus grandes hombres, y sus obras clásicas no permitieron á los Godos que destruyeran su memoria.

Finalmente, los Godos incendiaron el templo de Efeso, que siete veces habia salido de sus ruinas y siempre mas bello (42); mas no volvió á levantarse ya. Un decreto de la Providencia producia desastres irreparables: tratábase, no de la conservacion de los monumentos, sino de la fundacion de una nueva sociedad. En todos los puntos donde el politeismo habia elevado dioses, presentóse un destructor: cada templo pagano vió un hombre armado en sus puertas, y la Providencia no detuvo la antorcha y la palanca sino cuando hubo cambiado la raza humana.

Sin embargo, como no habia sonado aun la hora final, hubo momentos de reposo. Odenato venció á Sapor y alivió al Asia; Pósthumo contuvo á las naciones germánicas, y los demás enemigos fueron rechazados tan pronto por los tiranos, como por los generales de los emperadores. Los tiranos mismos se destruyeron mútuamente, y cuando Claudio subió al poder solo tuvo ya que combatir á Tétrico en las Galias, y á Zenobia en Oriente. Habíase declarado esta independiente desde que Odenato fue asesinado en un festin.

Habiéndose vestido Aureolo la púrpura en Italia, la fama de esta usurpacion penetró hasta el fondo del

* Dábase el nombre de *Faco* á una especie de vestido que usaban los soldados de aquella época. *N. del T.*

palacio de Galieno, quien se impacientó, y dejando sus delicias sitió á Aureolo en Milan: una flecha disparada á traicion le privó de la vida, cuando sin acabarse de armar corria á caballo con la espada en la mano á rechazar una salida de los sitiados.

Marciano que acababa de derrotar á los Godos en Iliria, era el gefe principal de la conspiracion.

Duró una innovacion de Galieno: habia prohibido á los senadores el servicio militar, y fuese porque la usurpacion de Pison le hubiese alarmado mas que las otras, ó ya porque el Senado al rechazar una horda de bárbaros, que se habian adelantado hasta la vista de Roma, hubiese obrado con demasiada energía. Entonces se estableció la distincion entre hombres de toga y hombres de espada. Los senadores formaron un cuerpo de magistratura, cuyos miembros, desconocidos del soldado, perdieron toda influencia en el ejército. Murmuraron al pronto, pero despues miró su cobardía como un honor el derecho que habian obtenido de ocultarse. El edicto de Galieno acabó de hacer militar la construccion del imperio, y preparó las grandes mudanzas de Diocleciano.

*Claudio II, designado para la púrpura por Galieno sustituyó á este. Las grandezas no imponian ya respeto: todo lo habian juzgado, apreciado y conocido; dábase muerte á los príncipes como á los demás hombres, y sin embargo todos aspiraban á la soberanía; nunca se habian arrastrado y prosternado tanto á los piés del poder como en el momento en que ya no creian en su prestigio. El Senado confirmó la eleccion de Claudio, y una de las mayores violencias contra los parientes y amigos de Galieno.

No debemos creer que las decisiones del Senado fuesen el resultado de graves razones maduramente examinadas; eran mas bien aclamaciones de un rebaño de esclavos que se apresuraban á reconocer la servidumbre, cual si en los interegnos temiesen gozar un momento de libertad. Reunidos tumultuosamente en el templo de Apolo (porque no pudieron celebrar sus reuniones mucho tiempo en el Capitolio á causa de una fiesta de Cibeles), gritaron los senadores (43); «Augusto Claudio, los dioses te conserven para nuestro bien.» Sesenta veces fue repetida esta aclamacion. «Claudio-Augusto, á tí y á tus semejantes habiamos deseado siempre (Cuarenta veces), Claudio-Augusto, la república te deseaba (Cuarenta veces). Claudio-Augusto, eres padre, hermano, amigo, excelente senador y emperador verdadero (Ochenta veces). Claudio-Augusto, libranos de Aureolo (Cinco veces). Claudio-Augusto libranos de Zenobia y de Victoria.» (Siete veces.)

¡Eran estos los herederos de un Senado de reyes! Claudio (44) exterminó en Macedonia un ejército de godos, y echó á pique su flota compuesta de dos mil barcas: entre los prisioneros se hallaban reyes y reinas. Los vencidos fueron incorporados en las legiones, ó condenados á cultivar la tierra (45).

Habiendo triunfado Claudio, apellidado *el Godo*, murió: su hermano Quintilio (46) se vistió la púrpura en Italia, y se quitó la vida al cabo de diez y siete dias.

Sentóse en la silla del imperio Aureliano** otro soldado aventurero, á quien habia recomendado Claudio. Su madre era sacerdotisa del Sol en un pueblo de Iliria, donde su padre era colono de un senador romano. Apasionado á las armas, siempre á caballo, vivo, ardiente, buscando querellas y aventuras, habia conseguido que sus compañeros le diesen el nombre de *Aureliano espada en mano*, para distinguirle de otro Aureliano (47). Este fue el primer romano; que como dije, trató con los Francos.

Aureliano, ascendido á la dignidad de gefe soberano, encontró dos enemigos temibles, dos mujeres: Victoria la gala y Zenobia la palmiriana. Victoria murió cuando Aureliano pasó á las Galias donde no halló ya sino á la hechura de aquella, al tirano Tétrico que hizo traicion á sus soldados y se pasó á Aureliano.

Zenobia se habia apoderado de Egipto: Aureliano marchó contra ella, la derrotó en Emesis, la sitió en Palmira, y la hizo prisionera cuando huia: Palmira fue saqueada y el filósofo Longino sentenciado á muerte por el arrojo de sus consejos. Destruidos todos los tiranos, sometido el Egipto, y pacificada la Galia, quiso el emperador obtener los honores del triunfo en Roma. Antes de marchar á Oriente habia libertado á la Italia de una especie de liga de los Alemanes, los Marcamanos, los Vutongos y los Vándalos.

Con motivo de estas correrias de Bárbaros, hizo Aureliano levantar, ó por mejor decir, reedificar las murallas de Roma. En otro tiempo las siete colinas, en una circunferencia de trece millas, habian sido fortificadas; pero Roma extendiéndose por fuera con su poderío, unió por medio de arrabales inmensos y magníficos varias ciudades á la ciudad antigua (48). Zósimo escribe (49) que en el tiempo de Aureliano habia caido el antiguo recinto, y que el construido por este emperador no se acabó hasta el tiempo de Probo (50), y parece que todavía seguian los trabajos en el reinado de Diocleciano (51). Obsérvanse en el dia mezclados con las construcciones subsiguientes varios restos de las obras de Aureliano. Las murallas de Roma han suministrado por sí sola una historia curiosa (52), en la que quedan como trazados por su recinto los infortunios de la ciudad eterna: Roma se ha fortificado, por decirlo así, con sus calamidades. Siglo y medio debia trascurrir aun antes que sufriese el yugo de los Bárbaros, y ya Aureliano levantaba los baluartes inútiles que mas tarde aquellos habian de asaltar.

Aureliano en su triunfo, ademas de una multitud de prisioneros Godos, Alanos, Alemanes, Vándalos, Roxolanos, Sármatas, Suevos y Francos, llevaba tras sí á Tétrico, senador romano, vestido con la púrpura imperial, y á Zenobia, reina de Palmira. Iba esta tan cargada de perlas que apenas podia dar un paso: los grandes de su córte, cautivos como ella, la aliviaban el peso de sus cadenas de oro. Ostentábase Aureliano sentado en un carro tirado por cuatro ciervos, especie de despojos y riqueza de otro rey godo; este carro iba á esperar á Alarico en el Capitolio (53).

Aureliano dió á Tétrico el gobierno de la Lucanéa en cambio del imperio: Tétrico no tenia el talento de Victoria, y se contentó con ser dichoso.

En cuanto á Zenobia sabido es que segun las apariencias era judía de nacimiento; que Longino habia sido su maestro de literatura griega y de filosofía, y que habia compuesto para su uso una historia compendiada de Oriente. Inclinábase á la opinion de los Hebreos por lo tocante á la naturaleza de Jesucristo. Acúsanle de haber dado muerte á un hijo que tuvo Odenato de otra mujer, y quizás al mismo Odenato: tuvo tres hijas y tres hijos, de los que el uno llamado Valbailato, fue rey de una region desconocida de Asia (54). Sus tres hijas cautivas con ella, se casaron; y San Zenobio, obispo de Florencia en tiempo de San Ambrosio, descendia de la reina de Palmira. El valor de Zenobia se eclipsó con su fortuna, pues pidió la vida llorando: la hermosa discípula del magnánimo Longino, no fue ya en Roma sino la delatora de algunos senadores iniciados en una conjuracion verdadera ó supuesta contra Aureliano. Habitaba una casa de campo en Tibur, cerca de los jardines de Adriano y del retiro de Horacio, dejando juntamente con un nombre célebre las ruinas que visitamos en el desierto.

Aureliano era naturalmente severo, y la prosperidad le hizo cruel. No queria que los soldados tomasen

* Claudio II emper. Felipe, papa. De J. C. 268-270.
** Aureliano emper. Felix.

ni una sola gallina de los labradores, diciendo que los guerreros deben hacer verter la sangre de los enemigos, y no las lágrimas de los ciudadanos (55). ¡Hermosos sentimientos, nobles máximas! Tuvo que sostener una guerra singular en el seno mismo de Roma, la guerra de los monederos, que le mataron siete mil soldados en un combate en el monte Celio (56). Los castigos que imponia el emperador eran horribles: meditaba una persecucion general contra los cristianos (57), y cuando se dirigió á Oriente con el designio de hacer la guerra á los Persas, fue muerto por los oficiales de su ejército entre Heraclea y Byzancio (58).

El mundo permaneció siete meses sin dueño; y el Senado y el ejército se cedieron mútuamente la eleccion de emperador: rehusaba el uno usar de su derecho, y el otro de su fuerza (59). Los dos últimos soberanos habian consolidado de tal manera el Estado que no hubo disturbios; mas no por eso recobró Roma su libertad. ¿qué hubiera hecho de ella?

Finalmente, el Senado proclamó emperador al senador Claudio-Tácito, * de edad de setenta y cinco años; es tal la soberania natural del talento que no existe al presente un solo hombre que no preferiria haber sido Tácito el historiador á Tácito el emperador.

Parece que este último temió la infamia de que su abuelo habia cubierto á los tiranos, y vivió en la púrpura cual si estuviese en la presencia y temiendo siempre al pintor de Tiberio (60).

El emperador restituyó al Senado algunas de sus prerogativas, y este, en su corrompida decrepitud, creyó que renacia la casta infancia de la república (61). Cuando Tácito iba á colocarse á la cabeza del ejército en Trácia para repeler un ataque de los Alanos con quienes los Romanos habian quebrantado la fe, murió de fatiga ó fue muerto en Tarús, ó en Tianea, ó en el Ponto, segun las diferentes versiones de los historiadores (62). Poco tiempo antes de su muerte habiase abierto la tumba de su padre, y habia visto la sombra de su madre: el sepulcro de nuestros padres se abre siempre para recibirnos, pero se traslucen en esto ciertos recuerdos confusos de la tumba de Agripina, porque el genio del historiador dominaba á la imaginacion del monarca.

Floriano, hermano de Tácito, se declaró Augusto en Asia, y Probo ** en Oriente; una guerra civil de dos ó tres meses terminó la lucha en favor del postrero. La derrota de los Francos, de los Borgoñones, de los Vándalos y de los Logiones ó ligas que se habian apoderado de las Galias, señaló el principio del reinado de Probo. Mató cuatrocientos mil bárbaros, libertó y reedificó setenta ciudades, trasladó á la Gran-Bretaña colonias de prisioneros, sometió una parte de la Alemania, obligó á los pueblos vecinos á retirarse mas allá del Necker y del Elba, á pagar á los Romanos un tributo anual en trigo, vacas y ovejas, y á tomar las armas en defensa del imperio contra las naciones mas remotas (63); por último, levantó una muralla de doscientas millas de longitud, desde el Rhin hasta el Danubio (64). Probo concibió el plan regularizado de defender el imperio contra los Bárbaros con los Bárbaros. Cuando la república reunia algunos pueblos á su dominio, les comunicaba la virtud en cambio de la fuerza que de ellos recibia. ¿Qué podian los Romanos de Probo con los Bárbaros?

Un puñado de Francos auxiliares á quienes Probo habia desterrado á la costa del Ponto-Euxino, se aburrieron, y apoderándose de algunas barcas pasaron el Bósforo, asolaron las costas de Grecia, Asia y Africa; tomaron y saquearon á Siracusa, entraron en el Océano, y despues de haber costeado las Españas y las Galias desembarcaron en su patria en la embocadura del Rhin (65), dejando al mundo pasmado con su audacia, que anunciaba un gran pueblo.

Probo pasó á Egipto, derrotó en la Tebaida á los Blencios, salvajes de Etiopia, de quienes casi nada se sabe; y de allí marchó contra los Persas. Sentado en tierra sobre la yerba en la cumbre de una montaña de Armenia, comiendo garbanzos en un puchero, vestido con un tosco ropaje de lana teñida de púrpura, la cabeza cubierta con el sombrero porque estaba calvo, sin levantarse, sin interrumpir la comida, recibió Probo á los embajadores admirados del gran monarca. Díjoles que él era el emperador, y que si su amo rehusaba hacer justicia á los Romanos, dejaria la Persia tan desnuda de árboles, y de espigas como su cabeza lo estaba de cabellos, y se quitó el sombrero. «¿Teneis hambre? añadió este Popilio del imperio: comed conmigo, y sino retiraos.» (66).

Probo dió tierras en Trácia á cien mil bastarnos (nacion escita ó goda), que se situaron en ellas: habia repartido otras entre los Gepidos, los Yutungos, los Vándalos y los Francos, quienes se sublevaron todos en diferentes intérvalos.

Puede fijarse en el reinado de Probo el fin de la primera invasion grande de los Bárbaros, aunque sus movimientos continuaron en el tiempo de Caro, Cavino, Numeriano, y se prolongaron al de Diocleciano, hasta el advenimiento de Constantino al imperio.

Probo, libre ya de las guerras extrañas, sofocó las revueltas de Saturnino, de Procal y de Bonosio. Con la vuelta de una paz tan completa, afirmaba que pronto no necesitaria tener ejército. Ocupó las tropas ociosas en plantar viñas en la Pannonia; en la Mœséa y en las Galias, y segun Vopisco, hasta en la Gran Bretaña; creese que la Borgoña le debe sus primeras riquezas. Probo guerrero tan digno del cetro, no por eso dejó de recibir la muerte de mano de sus soldados, en un mirador de hierro desde donde vigilaba á las legiones empleadas en secar los pantanos de Sirmich su patria (67).

Caro, * que sucedió á Probo, habia nacido en Narbona segun los dos Victores: deciase originario de Roma; y no se sabe siquiera con certeza si vió la capital del mundo, de que era soberano. Despues de haber conseguido victorias de los Persas, le hirió un rayo cerca de Ctesiphon que habia tomado (68): cuando la guerra fatigada cesaba de dar la muerte á sus principes, encargábase el cielo de dársela.

Los hijos de Caro, Carino y Numeriano, ** elevados al imperio celebraron en Roma los *juegos Romanos* (69), que fueron cantados por Calpurnio ó Calfurnio, poeta tan olvidado como estos mismos juegos. (70).

Volviendo Numeriano de Persia sucumbió á los golpes de Aper, prefecto del Pretorio, con cuya hija se habia casado. Montesquieu observa que los prefectos del Pretorio eran en aquella época, para los emperadores, lo que son en el dia los visires para los sultanes (71). El principe habia derramado tantas lágrimas por la muerte de su padre, que su vista se habia debilitado, y le llevaban en una litera en medio de las legiones. Aper, que codiciaba la púrpura, se dió demasiada prisa: su maldad tomó la delantera á sus manejos, el cadáver de Numeriano asesinado en la litera cerrada se corrompió antes que el asesino pudiese asegurarse del favor de los soldados: el mal olor que despedia (72) reveló la presencia del crímen y la nada de las grandezas humanas.

El ejército celebró un consejo en Calcedonia con el objeto de elegir gefe del Estado, y fue nombrado (73) Diocleciano, que mandaba á los gefes milita-

* Tacito emper. Eutaquiano, papa. A. de J. C. 275—276
** Probo, emper. Eutaquiano, papa. A. de J. C. 278—282.

* Caro, emper. y sus dos hijos Cavino y Numeriano. Eutaquiano, papas A. de J. C. 282—283.
** Carino y Numeriano I, emper. Caro, papa. A. de J. C. 281.

res del palacio. Bajando en el acto del tribunal, traspasó con su espada á Aper, y gritó «He muerto al fatal javalí.» Una druida de Tongres le habia ofrecido el imperio cuando hubiese dado muerte á un *javalí*, en latin *aper* (74). En 17 de setiembre de 284, dia de esta eleccion, principió la era famosa en la Iglesia, conocida con el nombre de Diocleciano ó de los Mártires (75).

Diocleciano dió varias batallas contra Carino, cuyas costumbres recordaban las de los emperadores desarreglados, predecesores de los emperadores militares. Triunfó Carino; mas sus soldados victoriosos le despojaron de la vida, instigados por un tribuno cuyo lecho nupcial habia deshonrado, y se sometieron á Diocleciano.

Muchas consideraciones se presentan en lo relativo á los cristianos, en los reinados de los últimos emperadores Galo, Emiliano, Valeriano, Galieno, Claudio, Aureliano, Tácito, Probo, Caro y sus hijos.

Aunque todos los obispos tomaban el nombre de papas, establecíase la unidad de la Iglesia: un tratado de San Cipriano la recomienda (76).

Galo y Valeriano renovaron las persecuciones, y ademas de las generales hubo que lamentar otras particulares. Habiendo publicado los emperadores edictos contradictorios con motivo de la nueva religion, y no anulándose mútuamente tales edictos; sucedia que los delegados del poder, segun sus caracteres, sus principios y sus preocupaciones, empleaban la tolerancia ó la intolerancia de la ley (77).

Sucumbieron los papas Cornelio, Estéban y Sixto II; el último habia trasladado los cuerpos de S. Pedro y de S. Pablo á las Catatumbas que servian de templo y de sepulcro á los cristianos. Al hablar de las costumbres de los fieles, contaré varios hechos del martirio de S. Lorenzo.

Cortaron la cabeza á Cipriano en Cartago, y trescientos cristianos cuyos nombres se ignoran igualaron en Utica la firmeza de Caton, siendo precipitados en un foso de cal viva (78). Teógenes, obispo, sufrió el martirio en Hippona, Fructuoso en Tarragona, Parturino en Tolosa y Dionisio en Lutecia (79), ilustrando por primera vez aquella villa desconocida: el Cristianismo se arraigaba y florecia vigorosamente en el campo de los mártires, como un árbol en el cercado de los muertos. Gregorio el Taumaturgo, próximo á espirar, preguntó si quedaban todavía algunos idólatras en su ciudad episcopal, y respondiéronle que habia diez y siete. «Dejó, pues, á mi sucesor otros tantos infieles como cristianos encontré en Neocesárea (80).»

Al entrar los Bárbaros en el imperio habian llamado á los misioneros, y los enviados de la misericordia de Dios salieron al encuentro de los agentes de su cólera, para desarmarlos. Los obispos con la cadena al cuello curaban á los enfermos y predicaban la santa palabra. Los señores ponian su confianza en aquellos esclavos médicos; figurábanse que por ellos obtenian la victoria y pedian el bautismo. Los prisioneros se trasformaban en pastores, y tenian principio las Iglesias nómadas en medio de las hordas guerreras, que entraban en sus bosques como en sus tiendas. Estas diversas naciones se convertian unas á otras, formaban confederaciones, que se disolvian ó recomponian segun los triunfos ó los reveses: hombres feroces que sacudian todos los yugos, y se sometian al freno de algunos sacerdotes cautivos.

De todos los cuerpos del Estado, el ejército romano era en el que menos progresos hacia el Cristianismo. Los cristianos huian de alistarse, porque miraban los festines, la medida y la marca como señales del paganismo. Maximiliano llamado al servicio, decia al procónsul Dion en Tebesta de Numidia. «No recibiré la marca, porque ya he recibido la señal de Jesucristo (81).» Por otra parte el legionario unido á sus águilas dificilmente renunciaba á la idolatría de la gloria.

Los heresiarcas y los filósofos continuaron su sucesion. Manes con la doctrina de dos principios, Plotino y Porfiro con sus bellos ingenios, eran enemigos de Cristo.

Diocleciano * asoció á Maximiano al poder supremo, y nombró dos Césares, Galerio y Constancio: el Oriente y la Italia eran territorios que incumbian á los Augustos; los Césares tenian la custodia del Danubio y del Rhin, mas allá de los cuales se extendian las provincias del Occidente. Las posesiones romanas se hallaban divididas en cuatro Estados despóticos, lo cual preparó la separacion final de los dos imperios de Oriente y de Occidente.

El ejército obedeciendo á cuatro dueños no tuvo ya la fuerza suficiente para crearlos, ni en ninguna de las cuatro divisiones territoriales habia un tesoro suficiente para suministrar á cada usurpador los medios de comprar la eleccion. Diocleciano disminuyó el número de los pretorianos, y les opuso dos nuevas cohortes, los jovianos y los herculanos.

Pero lo que produjo la seguridad del príncipe causó la ruina del Estado: estas legiones que elegian á los emperadores, repelian al propio tiempo á los Bárbaros, y era una república militar que nombraba para su gobierno soberanos nacionales, y no los queria extranjeros. Cuando Diocleciano hubo verificado estas mudanzas; cuando Constantino siguiendo la misma política hubo disuelto á los pretorianos; cuando en vez de dos prefectos del Pretorio nombró cuatro; cuando hubo llamado las legiones que guardaban las fronteras para que guarneciesen la córte del imperio, espiró el reinado de las legiones y tuvo nacimiento el poder doméstico. Los soldados y los eunucos (82) se dividieron el derecho de eleccion; y la libertad romana, que habia comenzado en el Senado, pasado al foro y atravesado el ejército, fue á encerrarse en el palacio con los esclavos separados de la raza humana; carceleros de la libertad, que carecian hasta de la facultad de perpetuar en la familia la servidumbre hereditaria.

El Senado participó de la humillacion de las legiones: Roma no vió ya sino rara vez á sus emperadores, que residieron en Tréveris, Milan, en Nicomedia y despues en Constantinopla. Diocleciano modeló su córte por el estilo de la del gran rey, y se dió el sobrenombre de *Júpiter*: en vez de la corona de laurel ciñóse la diadema, y añadió al manto de púrpura el ropaje de oro y de seda. Nombráronse oficiales de palacio de distintas clases, y divididos en diversas secciones: los eunucos estaban encargados de la guardia interior de los aposentos. Todo el que entraba á la presencia del emperador se prosternaba y adoraba. Los sucesores de Diocleciano, y quizas él mismo, tomaron el título de *vuestra eternidad*, y vivieron un dia (83). Tenemos que decir, sin embargo, que los emperadores se abrogaron este tratamiento por una especie de derecho de herencia. Roma se apellidaba la ciudad eterna: el pueblo romano habia visto en la inmutabilidad del dios Término el presagio de la duracion del poder; y al usurpar los poderes políticos, los déspotas usurparon tambien el prestigio religioso. No obstante, esta trasmision de suerte de la especie al destino al individuo, no era sino una falsedad impia: las naciones que mudan de costumbres, de leyes, de nombres y de sangre, no mueren, es verdad; ¿pero que cosa hay mas caduca, ni mas mortal que el hombre?

Seis años despues de haber asociado al imperio á Maximiano, Diocleciano se asoció igualmente á los dos Césares Galerio y Constancio. Hubo en las Galias

* DIOCLECIANO Y MAXIMIANO, emper. CAYO Y MARCELINO, papas. De J. C. 284—305.

con el nombre de Bagaudas (84) una insurreccion de campesinos, muy semejante á las que estallaron en Francia en la edad media. Œliano y Amando, gefes de estos campesinos, se vistieron la púrpura: sus medallas han llegado hasta nosotros (85) mas como una prueba histórica del poder de un dueño, que como un monumento de la libertad: créese que Œliano y Amando eran cristianos (86). Maximiano sometió estos hombres rústicos, cuyo nombre volvió á aparecer en el siglo v. Salviano, en esta última época procura disculpar la sublevacion de aquellos con los muchos padecimientos que sufrieron: la faccion de la miseria está muy arraigada.

Carancio en la Gran-Bretaña y Aquileo en Egipto, fueron vencidos el uno por Constancio y el otro por Diocleciano, despues de una usurpacion mas ó menos larga. Galerio, vencido al pronto por los Persas, los derrotó á su vez.

Diocleciano, gran administrador, y hombre sagaz y hábil (87), repasó y aumentó las fortificaciones de las fronteras, batió con el auxilio de sus asociados y sus generales á los Blemmios en Egipto, á los Moros en Africa, á los Francos, á los Alemanes y á los Sármatas en Europa, y sembró la division entre los Godos, los Vándalos, los Gépidos y los Borgoñones, que se consumieron en guerras intestinas. Los Bárbaros del Norte que habian caido prisioneros, fueron, ó distribuidos como esclavos entre los habitantes de los territorios de Tréveris, Langres, Cambría, Beauvais y Troyes, ó adoptados en clase de colonos, principalmente algunas tribus de Sármatas, Bastarnos y Carpianos.

En el momento en que iba á triunfar el Cristianismo, tuvo que sostener una persecucion general. Estimulado por Galerio, á quien excitaba su madre, adoradora de los dioses de las montañas, reunió Diocleciano un consejo de magistrados y de hombres de guerra; y este consejo opinó que debia perseguirse á los enemigos del culto público. El emperador consultó á Apolo de Mileto, y este respondió que los justos esparcidos por la tierra le impedian decir la verdad: la pitonisa se quejaba de ser muda, y los arúspices declararon que los justos de que hablaba Apolo eran los cristianos. Resolvióse la persecucion; y fijó la época de la fiesta de las Terminales, último dia del año romano (88), dia que se reputaba venturoso, y que debia poner fin á la religion de Jesús. Diocleciano y Galerio se hallaban en Nicomedia.

Principió el ataque por la demolicion de la Basílica edificada en aquella ciudad sobre una colina y rodeada de espaciosos edificios (89). Buscaron con afan al ídolo, mas no lograron encontrarlo. El decreto de exterminio prevenia en resúmen: que se destruyesen las iglesias y entregasen á las llamas los libros santos; que se privase á los cristianos de los honores y dignidades, y que se les condenase al suplicio sin distincion de órden ni de rango; que pudiesen ser perseguidos ante los tribunales, y que ellos no pudiesen demandar á persona alguna, aun cuando fuese en reclamacion de robo, reparacion de injurias ó de adulterio; y que los libertos que profesaran el Cristianismo volviesen á ser esclavos (90).

Siempre se cometen las grandes iniquidades sociales por el efecto retroactivo de las leyes ó por su denegacion: el quebrantamiento de la justicia es el punto en que el hombre se encuentra mas lejos de Dios. Un edicto particular proscribia á los obispos, ordenando que se les encadenara y se les obligase á abjurar.

La persecucion que primero fue local se extendió despues á todas las provincias del imperio. Se atormentó principalmente á los individuos de la casa imperial: Valeria, hija de Diocleciano, y Prisca su mujer, acusadas de Cristianismo ofrecieron sacrificios á los dioses: Doroteo, el primero de los eunucos, Gorgonio, Pedro, Judas, Migdonio y Mardonio padecieron el martirio. Aplicaron sal y vinagre á las heridas de Pedro, y tendiéndole sobre unas parrillas asaron sus carnes como las viandas de un festin (91). Arrojaron en las hogueras confundidos mujeres, niños y ancianos, y otras víctimas amontonadas en barcos fueron arrojadas al fondo del mar (92).

La baja adulacion se halló en este momento dispuesta como siempre á hacer la apología del crimen, y dos filósofos (93) escribieron á la luz de las hogueras contra los cristianos.

A aquella época pertenece el martirio de la legion tebana, sacrificada por órden de Maximiano. Nantes en la Armórica, quedó consagrado con la sangre de los dos hermanos Donaciano y Rogaciano (94).

Arnobio y Lactancio defendieron el Cristianismo, y el postrero nos ha descrito la muerte de los perseguidores y la extincion de su raza (95): tales eran Licinio, Galerio y Candidiano su hijo; Maximiano con el suyo, de edad de ocho años, su hijo que rayaba en los siete, su mujer ahogada en el Ornato donde habia hecho ahogar á los cristianos; Diocleciano, Valerio y y Prisca fugitivos, disfrazados con vestidos miserables, fueron reconocidos, presos y decapitados en Tesalónica, y arrojados despues sus cadáveres al mar; víctimas de la tiranía de Licinio, no fueron acusados sino de pertenecer á una estirpe maldita.

Diocleciano y Maximino celebraron en Italia sus triunfos, el uno de los Egipcios y el otro de los pueblos del Norte, y este fue el último triunfo auténtico que vió Roma. El emperador solo bajó del carro de la victoria para subir en Nicomedia al tribunal de su abdicacion. Esta escena pasó en una llanura inundada por la muchedumbre de los grandes, del pueblo y de los soldados: Diocleciano declaró que deseando descansar, cedia el imperio á Galerio. Al propio tiempo indicó el César que debia reemplazar á Galerio, encumbrado á la dignidad de Augusto; era este Daia ó Daza-Maximino, hijo de la hermana de Galerio. En seguida cubrió la espalda de este pastor (96) con su manto de púrpura, y Diocleciano convertido de nuevo en Diocles, tomó el camino (97) de Salona, patria suya.

Al deponer la autoridad brillaban las lágrimas en los ojos de aquel hombre extraordinario; y habia llorado igualmente cuando Valerio en una conferencia secreta le declaró que queria ser el señor, y que si Diocleciano no queria ausentarse sabria obligarle á ello. Otros han escrito que Diocleciano renunció al trono por menosprecio de las grandezas humanas (98). Ya sea que este príncipe abandonase el imperio de grado ó por fuerza, con valor ó con debilidad, se retiró á Salona y dió á su vida un carácter filosófico que al presente forma su principal nombradía.

Diocleciano habitaba en la orilla del mar una casa de campo (99), que Constantino el Grande supone era sencilla y Constantino Porfirogeneto (100) reputó magnífica. Maximiano, Hércules se despojó de la autoridad soberana en Milan en favor de Constancio-Cloro, y nombró César á Valerio-Severo, favorito oscuro de Galerio, el mismo dia en que Diocleciano verificaba su sacrificio en Nicomedia. Habiendo recobrado Maximiano la púrpura con el tiempo, invitó á Diocleciano á que siguiese su ejemplo. Diocleciano respondió: «Si vieses las hermosas coles que he plantado, no me hablarias ya del imperio.» (102) Palabras que fueron desmentidas por sus disgustos.

Durante los nueve años que Diocleciano vivió en Salona, su mujer y su hija perecieron miserablemente, y no las pudo salvar: entonces conoció la importancia de un príncipe á quien no queda mas autoridad que la del llanto. Amenazado por Constantino y por Licinio, y quizás tambien por el Senado (103), resolvió acortar sus dias; no sabemos con certidumbre el género de muerte que escogió; se ha hablado del vene-

no, de la abstinencia y de la melancolía (104). El emperador sin imperio no dormia ya ni comia : suspiraba, gemia y San Gerónimo manifestó que antes de espirar vomitó su lengua roida por los gusanos (105).

La filosofía fue tan inútil á Diocleciano para saber morir, como la religion á Carlos V : ambos tuvieron remordimientos por haber renunciado el mando : el primero en su lecho y sobre la tierra donde se revolcaba en medio de sus lágrimas (106); el segundo en el fondo de su féretro donde se colocó para asistir á la representacion de sus funerales (107).

Diocleciano multiplicó los impuestos, y cubrió el imperio de monumentos gravosos, que muchas veces mandaba destruir y volver á levantar bajo un nuevo plan. La Providencia ha querido que una sala de las Termas del perseguidor de los cristianos, se haya convertido en Roma en iglesia de Nuestra Señora de los Angeles. El claustro que en otro tiempo era el extenso cementerio del edificio, es en el dia un espacio demasiado grande para la muerte : un hoyo practicado al pié de tres ó cuatro columnas basta para tumbas de los Cartujos, que se disminuyen, que tambien perecen, y que en su abdicacion del mundo no echan menos cosa alguna de la tierra.

Despues de la abdicacion de Diocleciano, los hechos son como siguen.

* Constancio gobernaba las Galias, la España y la Gran-Bretaña : era dulce, justo, tolerante con los cristianos, y tan pobre que tenia que pedir prestada la plata cuando daba un festin (108). Suidas le llama *Constancio el pobre* (109); sobrenombre que no han tenido jamás los príncipes absolutos.

Tuvo de Elena, hija de un hostelero, su mujer legítima ó su concubina, á Constantino el Grande; y de Teodora, hija de la esposa de Maximiano Hércules, tres hijas y tres varones. Obligáronle á repudiar á Helena, por haber nacido en una clase tan ínfima.

Constantino tenia entonces diez y ocho años, y envuelto en la humillacion de su madre, se alistó en las banderas de Diocleciano, y empuñó las armas en Egipto y en la Persia. Galerio envidioso del favor de que gozaba el hijo de Constancio con los soldados, intentó deshacerse de él estimulándole á batirse primero con un Sármata y despues con un leon (110). Habiendo salido victorioso de ambas pruebas Constantino se salvó con la fuga de los lazos de Galerio; y para que no le persiguiese mandó en cada parada de postas desjarretar á los caballos de que se habia servido (111). Reunióse á su padre en Bolonia en el momento en que aquel, vencedor de Carancio, se embarcaba con rumbo á la Gran-Bretaña. Constancio murió en Yorck; y las legiones, haciendo el último ensayo de su poder, sin esperar la eleccion de palacio proclamaron emperador á Constantino en nombre de las virtudes de su padre. Galerio no concedió á Constantino sino el título de César, confiriendo á Valerio la dignidad de Augusto.

Galerio mandó formar una nueva estadística de las propiedades, con el fin de establecer una contribucion general sobre las tierras y sobre las personas, sometiendo á su pago la Italia : sublevóse Roma, é invistió con la púrpura á Majencio, yerno de Galerio é hijo de Maximiano-Hércules. El viejo emperador que habia abdicado salió de su retiro y se unió á su hijo; Severo, refugiado en Rávena, que entregó por capitulacion á Maximiano-Hércules, fue condenado á muerte y se hizo abrir las venas.*

Maximiano contrajo alianza con Constantino, le otorgó la mano de Fausta ** su hija, y le nombró Augusto. Galerio cayó sobre la Italia al frente de un ejército; y habiendo llegado á Narné y vístose obligado á retroceder, elevó á Licinio, su antiguo compañero de armas, al rango de que la muerte habia precipitado á Severo. Daia-Maximino, el César que gobernaba el Egipto y la Siria, estimulado por la envidia se decoró tambien con la dignidad de Augusto. Seis emperadores (cosa nunca vista y que tampoco volvió á verse), reinaron á un mismo tiempo: Constantino, Majencio y Maximiano en Occidente, Licinio, Maximino y Galerio en Oriente.

Estalló la discordia entre Maximino-Hércules y Majencio su hijo : Maximiano se retiró á Iliria y despues á las Galias, al lado de Constantino su yerno. Conspiró contra él, y con la falsa noticia de la muerte de aquel príncipe, se apoderó de un tesoro depositado en la ciudad de Arlés. Constantino, ocupado en las orillas del Rhin, en rechazar á un cuerpo de francos, volvió, sitió á su suegro en Marsella, lo prendió y condenó á muerte á un anciano, cuya ambicion le habia hecho volver á la infancia (112).

Galerio murió en Sárdica de una enfermedad asquerosa (113) que los cristianos atribuyeron á la venganza celeste, porque Galerio habia sido el verdadero autor de la persecucion. Maximino-Daia y Licinio se dividieron sus Estados; el último hizo alianza con Constantino, y el primero con Majencio. Constantino vencedor de los Francos y de los Alemanes entregó su príncipe á las fieras en el anfiteatro de Tréveris (114).

Majencio, opresor de Africa y de Italia, inventó el donativo gratuito (115) que los reyes y los señores feudales exigieron en lo sucesivo por las victorias, los nacimientos, los matrimonios, y por la admision de sus hijos, en el órden de la caballería : entre los Romanos se trataba del consulado del jóven príncipe; Majencio inmoló á los senadores con un puñal para librarse de su brutal persecucion y deshonró á las mujeres de estos. Sofronia, cristiana y esposa del prefecto de Roma se mató : Majencio intentó invadir la Galia. Constantino decidido á anticiparse á su enemigo, vió en los aires el lábaro (116), y comenzó á instruirse en la fe. Majencio habia restablecido los pretorianos, y su ejército se componia de ciento setenta mil infantes, y de diez y ocho mil caballos. Constantino no temió atacarle con cuarenta mil soldados veteranos. Pasó los Alpes-Cottianos por una de aquellas sendas indestructibles que no existian en tiempo de Aníbal : se apoderó de Susa por asalto, derrotó un cuerpo de caballería pesada en las inmediaciones de Turin, otro en Bresa, obligó á Verona á capitular, y amarró á la guarnicion cautiva con cadenas fraguadas con las espadas de los vencidos (117). Constantino marchó á Roma, y ganó la batalla en que Majencio perdió el imperio y la vida.

Esta batalla es del corto número de aquellas que siendo la expresion material de la lucha de las opiniones, producen no un simple hecho de armas sino una revolucion verdadera. Dos cultos y dos mundos se encontraron en el puente Milvio : dos religiones se vieron la una en presencia de la otra con las armas en la mano, en las márgenes del Tíber, y á la vista del Capitolio. Majencio interrogaba los libros sibilinos, sacrificaba leones, hacia abrir el vientre de las mujeres preñadas para examinar el pecho de los niños arrancados de las entrañas maternas : suponiendo que los corazones, que aun no habian palpitado, no podrian contener impostura alguna. Constantino en su campamento se contentaba con decir que habia llegado hasta allí por el impulso de la divinidad y por la magnitud de su talento (118), (cuyas palabras se grabaron en su arco de triunfo). Los antiguos dioses de Janículo formaron en torno de sus altares las legiones que habian enviado á conquistar el universo; y en frente de estos soldados descubríanse los soldados de Cristo. El lábaro dominó á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicó en la montaña;

* GALERIO CONSTANCIO, emperador, MARCELINO, papa. De J. C. 306.

** CONSTANTINO emperad. MARCELO, EUSEBIO, MELQUIADES SILVESTRE I, MARCO JULIO I, papas. De J. C. 307—337.

porque el tiempo y el género humano habian ya adelantado un paso.

Seis meses despues de la victoria de Constantino intentó Maximino-Daia apoderarse de la parte del imperio que gobernaba Licinio, y vencido cerca de Heraclea fue á morir en Nicomedia. De los seis emperadores solo quedaban ya Constantino y Licinio.

Indispusiéronse ambos. La primera guerra civil, seguida de otra segunda, produjo las batallas de Cibalis, Mardia, Andrinópolis, y Crisópolis donde Constantino fue afortunado. Habiendo caido Licinio en manos del vencedor, le desterró este á Tesalónica. Algun tiempo despues pidieron su cabeza bajo pretesto de una conspiracion urdida por él en su destierro: este



PROBO RECIBIENDO A LOS EMBAJADORES PERSAS.

recurso de crimen, tantas veces reproducido en la historia, manifiesta cuan estéril es en sus inventos la tirania.

Constantino, viéndose en posesion del mundo, resolvió al fin de su vida dar una segunda capital á sus Estados: levantóse Constantinopla en el sitio que ocupaba Bizancio, en nombre de Jesucristo, como se habia levantado Roma sobre las cabañas de Evandro en nombre de Júpiter (119). El fundador del imperio cristiano declaró que edificaba la nueva ciudad por órden

de Dios (120): referia que estando dormido bajo las murallas de Bizancio habia visto durante el sueño una mujer abrumada por los años y las enfermedades trocarse en una doncella en la que resplandecian la salud y las gracias, y que parecia revestida con los ornamentos imperiales (121). Constantino, interpretando este sueño, obedeció al aviso del cielo, y armado con una lanza, guió por sí mismo á los obreros que trazaban el recinto de la ciudad. Advirtiéronle que el espacio que habia recorrido ya era inmenso: «Sigo, respondió, al guia invisible que marcha delante de mí, y no me pararé hasta que él se pare.» (122)

Los despojos de la Grecia y del Asia embellecieron la ciudad naciente; trasladaron a ella los ídolos de los dioses muertos, y las estátuas de los hombres grandes que no mueren como los dioses. La antigua metrópoli pagó principalmente su tributo á esa jóven rival, por lo cual dijo San Gerónimo que Constantinopla se habia adornado con la desnudez de las demás ciudades (123). Las familias senatorias y ecuestres pasaron de las orillas del Tiber á las del Bósforo, para ocupar allí palacios semejantes á los que abandonaban. Constantino levantó la iglesia de los Apóstoles, que veinte años despues de su dedicacion amenazaba ruina, y Constancio edificó á Santa Sofía mas célebre por su nombre que por su belleza. Egipto se encargó de alimentar á la nueva Roma á espensas de la antigua.

Los historiadores repiten algunos juicios sin exámen: se leerá con frecuencia que Constantino habia acelerado la caida del poder de los Césares destruyendo la unidad de su silla; y por el contrario, la fundacion de Constantinopla fue la que prolongó hasta los siglos modernos la existencia romana. Roma, conservándose única metrópoli, no hubiera sido mejor defendida: el imperio se hubiera hundido con ella cuando sucumbió á la espada de Alarico, si la nueva capital no hubiera servido de segunda cabeza al imperio, cabeza que no fue derribada hasta mil años despues de la primera (124) por la espada de Mahometo II.



GALO EJERCIENDO EL ESPIONAJE EN LAS CALLES DE ANTIOQUIA.

Mas lo que fue favorable á la duracion del poder temporal, tal como la creó Constantino, perjudicó al poder espiritual, de que se declaró protector. Permaneciendo en Occidente bajo la influencia de la gravedad latina y del buen sentido de las razas germánicas, los emperadores no hubieran caido en las sutilezas del ingenio griego, y no habrian ensangrentado tantas herejías el mundo y la Iglesia. Constantinopla nació cristiana, y no tuvo, como Roma, que renegar de un culto antiguo; pero desfiguró el ara que Constantino le habia dado.

ESTUDIO SEGUNDO.

PRIMERA PARTE.

DESDE CONSTANTINO HASTA VALENTINIANO Y VALENTE.

Al principiar * el segundo estudio entramos en la unidad del asunto; y no me veo ya obligado á separar los tres hechos de las naciones paganas, cristianas y bárbaras: estas últimas, ó establecidas en el mundo romano, ó preparando en el exterior la invasion decisiva, se habian inclinado ya en la época á que me refiero á las costumbres y á la nueva religion del imperio.

Por otra parte, el Cristianismo se ha vestido la púrpura, y su causa no es ya la de una secta escluida de las masas populares; su historia es la historia del Estado. Aunque la mayoría de las poblaciones sometidas á la dominacion de Roma siguió y se mantuvo aun mucho tiempo en el paganismo, el poder y la ley se hicieron cristianos.

Descúbrense nuevos intereses, y personajes de una especie desconocida hasta entonces. Desde el reinado de Neron hasta el de Constantino, las disensiones religiosas no habian tenido entre los fieles sino el carácter de disputas domésticas despreciadas ó contenidas por la autoridad; mas luego que el hijo de Santa Helena hubo levantado el estandarte de la cruz, los cismas se trocaron en querellas públicas; y cuando espiraron las persecuciones del paganismo, tuvieron principio las de las herejías. Apenas habia empuñado Constantino las riendas del gobierno cuando Arrio sembró la division en la Iglesia.

Con Arrio se presentaron en el palenque aquellos excelentes obispos educados en las escuelas de Antioquía, de Alejandría y de Atenas: los Alejandros, los Atanasios, los Gregorios, los Basilios y Crisóstomos, los cuales, renovando la filosofía, la elocuencia y la literatura, libertaron el entendimiento humano de las antiguas trabas, y le sacaron del camino de la rutina, por el que tanto tiempo habia marchado bajo el dominio de los antiguos talentos, y de una religion caida. Los padres de la Iglesia latina, San Paulino, San Hilario, San Gerónimo, San Ambrosio y San Agustin, produjeron en Occidente la misma transformacion.

Los discursos y acciones de estos sacerdotes llamaban la principal atencion del gobierno, y no alcanzaron ya los generales y los ministros, mas que un interés y una nombradía de segundo órden. Los concilios reemplazaron á los consejos, ó por mejor decir, fueron los verdaderos consejos del soberano que se apasionó de las verdades ó de los errores que muchas veces no comprendia. El mundo pagano procuraba luchar con sus rancias fábulas, y los sistemas desacreditados de sus sabios contra un siglo que le arrastraba en pos de sí.

El Cristianismo habia tenido que sufrir las persecuciones del paganismo; y trocados ahora los papeles el Cristianismo proscribia á su vez al paganismo. Pero estudiemos la diferencia de los principios y de los hombres.

Los paganos no defendieron obstinadamente su culto ni corrieron al martirio como los cristianos; ¿Porqué? Porque el politeismo era á la vez la idea falsa y la idea decrépita que sucumbia bajo la idea verdadera y rejuvenecida de la unidad de Dios. La antigua sociedad no encontró pues para defenderse la energia con que contó la nueva sociedad para atacar.

Hasta entonces los movimientos del mundo civilizado habian sido producidos por las impulsiones de un culto corporal, las reclamaciones de la libertad y las usurpaciones del poder: finalmente por las pasiones políticas ó guerreras: un nuevo órden de hechos se desarrolla, y ármanse únicamente los hombres en defensa de las verdades ó de los errores del entendimiento. Esas sutilezas metafísicas, que son y serán siempre oscuras y que tanta sangre costaron, no por eso dejan de suministrar la prueba del progreso inmenso de la especie humana. Cuanto mas se aleja el hombre del hombre material para concentrarse en el hombre inteligente, tanto mas se aproxima al objeto de su existencia; y sino perdiese algunas veces el valor físico y la virtud moral al desarrollar su naturaleza divina, llegaria con menos lentitud á la perfeccion á que es llamado.

Con Constantino se formó la Iglesia propiamente dicha. Entonces nació esa monarquía religiosa que, tendiendo á concertarse bajo un solo gefe, tuvo sus leyes particulares y generales, sus concilios ecuménicos y provinciales, su gerarquía, sus dignidades, sus dos grandes divisiones del clero regular y secular, sus propiedades regidas en virtud de un derecho distinto del derecho comun; mientras los obispos que honrados por los príncipes, amados de los pueblos, y elevados á los mas altos empleos políticos, reemplazaban igualmente á los magistrados inferiores en las funciones municipales y administrativas, intervenian por medio de los sacramentos en los principales actos de la vida civil, y se convertian en legisladores y guias de las naciones.

Notemos dos cosas poco observadas, que nos esplicarán la manera con que el Cristianismo logró dominar á la sociedad entera, pueblos y reyes.

La Iglesia se constituyó en monarquía (electiva y representativa), y la comunidad cristiana en república: todo era obediencia y distincion de clases en la una, aunque el gefe supremo se eligiese siempre entre los individuos del pueblo; todo era libertad é igualdad en la otra. Originábase de aquí la doble influencia del clero que por una parte convenia á los grandes por sus doctrinas de poder y de subordinacion, y por otra satisfacia al vulgo por sus principios de independencia y nivelamiento evangélico: de aquí dimanaba tambien su lenguaje contradictorio sin dejar de ser sincero; el sacerdote era cerca de los soberanos el tribuno de la república cristiana, les recordaba los derechos iguales de los hijos de Adan, y la preferencia que el Redentor de todos concedia á los pobres y á los desventurados sobre los ricos y los felices; este mismo sacerdote era para con el pueblo el mandatario de la monarquía de la Iglesia, predicando la sumision y mandando dar el César lo que es del César. Jamás se altera la sociedad religiosa sin que cambie la sociedad política: ya he dicho como la eleccion de los emperadores pasó de los campamentos al palacio. Las revoluciones se concentraron en el hogar imperial: rara vez las insurrecciones y la ambicion militar encendieron ya las guerras civiles, sino que nacieron estas de las disensiones de la familia reinante, como acontece en los imperios despóticos de Oriente.

En el reinado de Constantino apareció con el establecimiento de la Iglesia esa especie de aristocracia, al modo moderno, que no reemplazó jamás en el imperio al patriciado á que Roma debió su primera libertad. Constantino multiplicó, si es que no los inventó, los títulos de nobilísimo, clarísimo, de ilustre, de duque, de conde, (en el sentido honorífico de las dos últimas palabras). Estos títulos con los de baron y marqués, de orígen puramente bárbaro, han pasado á la nobleza de nuestros tiempos. Así en la época de que hablamos, se preparó una transfusion de elementos; y al primer altar de Constantinopla, altar que fue cristiano, unióse uno de los primeros eslabones de la cadena de la nueva sociedad. Si las creaciones políti-

* Constantino, emp. Marcelo, Eusebio, Melquiades, Silvestre, Marco, Julio I, papas, de 307,—337.

cas de Constantino no fueron efecto inmediato del Cristianismo, fueron al menos su efecto intermedio. Todo tiende á nivelarse en la ciudad: no es posible progresar sobre un punto dejando atrás los otros, porque las ideas de la sociedad han de ser analógicas, ó la sociedad ha de disolverse.

Las instituciones de la antigua patria morian, pues, con el viejo culto. El paganismo desde la desaparicion de la edad religiosa y de la edad heróica, rara vez se habia mezclado en la política: santificaba ciertos actos de la vida del ciudadano; protegia los sepulcros, precedia á la denunciacion del juramento, consultaba al cielo por lo que toca al éxito de una empresa, honraba al emperador mientras vivia, le ofrecia libaciones, le inmolaba víctimas, coronaba sus estátuas, y despues de muerto le admitia en el rango de los dioses: á esto se limitaba poco mas ó menos la accion del paganismo. Los adivinos, astrólogos y mágicos, que habian venido de Oriente, añadieron algunas bellaquerías á las mentiras de los oráculos regulares.

Mas con el ministro cristiano se introdujo aquella especie de poder nacional que los bracmanes de la India, los magos de Persia, los drúidas de las Galias, los sacerdotes caldeos, judíos, egipcios, que servian todos á una religion mas ó menos alegórica y mística, habian ejercido en otro tiempo. El santuario produjo una reaccion en las ideas del poder en razon de la mayor ó menor inmaterialidad del dios y de su mayor aproximacion á la verdad religiosa. La idolatría habia servido mal y no hubiera producido nunca la especie de aristocracia que patrocinó Constantino; así es que cuando Juliano intentó volver al politeismo desdeñó los títulos y el nuevo régimen de la córte. Despues del reinado de este príncipe, solo se descubre la aristocracia recientemente inventada, que logró sostenerse porque se estableció el órden eclesiástico de que emanaba: los restos de la antigua aristocracia desaparecieron, porque los recuerdos no sobrepujan á las costumbres, y vamos á dar la prueba de esto.

Constantino habia formado en su segunda Roma un patriciado á imitacion del cuerpo famoso que inmortalizaron tantos grandes ciudadanos. Aquella nobleza resucitada adquirió tan poca consideracion, que casi causaba rubor formar parte de ella; en vano se propusieron sostener con pensiones (1) su pobreza, y disfrazar su aparicion del dia anterior con el lenguaje trajes, usanzas y costumbres del tiempo pasado: los privilegios no son antecesores, ni es posible al hombre disminuir ni aumentar los dias que cuenta. Los senadores de Constantino quedaron sepultados bajo el nombre antiguo y brillante de *Patres conscripti* con que se ultrajaba su reciente oscuridad.

Abrazando el Cristianismo, fundando la Iglesia, fijando los Bárbaros en el imperio y estableciendo una titulada gerarquía, Constantino engendró verdaderamente la edad media (2), cuyo nacimiento han fijado, como dejo insinuado, cinco siglos demasiado tarde.

Este príncipe no subió al Capitolio despues de su victoria sobre Majencio, y pareció repudiar juntamente con los dioses la gloria de la ciudad eterna. Publicó un edicto favorable á los cristianos, y mas tarde un segundo decreto para los confesores y mártires: concedió inmunidades y rentas á las iglesias, y privilegios á los sacerdotes: no hizo á los papas la donacion inventada en el siglo VIII por Isidoro; pero les cedió el palacio de Latran, palacio de la emperatiz Fausta, y en él construyó el edificio conocido con el nombre de Basílica de Constantino (3).

Prohibióse el suplicio de la cruz (4), y se hizo consuetudinaria la vacacion del domingo (5), y quizás tambien la santificacion del sábado ó del viernes (6). Condenó la idolatría, dejando empero á los idólatras la libertad del culto; á pesar de esto varios templos fueron despojados y otros demolidos (7). Helena derrocó en Jerusalen el simulacro de Venus, descubrió el Santo Sepulcro y la verdadera Cruz, edificó la iglesia de la Resurreccion, la de la Ascension en el monte de los Olivos, y la del pesebre en Belen. Eutropía, madre de la emperatriz Fausta sustituyó con un oratorio cristiano, el altar profano que habia en la encina de Mambré. Constantina, Mayuma, escala ó puerto de Gaza, y otras ciudades y pueblos, abrazaron la religion de Cristo (8). ¿No parece que entramos en el mundo moderno, al reconocer los sitios y los nombres con que se hallan familiarizados nuestros ojos y nuestra memoria?

Las leyes de Constantino restituyeron la libertad á los que yacian contra su derecho en la esclavitud (9), permitiendo la manumision en la iglesia ante el pueblo con el solo testimonio de un obispo (10): los clérigos mismos tenian el poder de dar libertad á sus esclavos por testamento, ó por concesion verbal, lo cual hubiera bastado á no ser por los desórdenes de los tiempos, para manumitir de un golpe una parte considerable de la especie humana. Otras leyes prohiben las concubinas á los casados (11), ordenan la salubridad de las cárceles, prohiben los calabozos (12), exceptúan de la confiscacion de los bienes la parte dada á las mujeres y á los hijos antes del delito de los maridos y de los padres, y proscriben los actos infames y los combates de gladiadores (13). Estos diferentes reglamentos no surtieron un efecto inmediato y completo, pero marcan los primeros instantes del establecimiento legal del Cristianismo por la condenacion de la idolatría, de la esclavitud, de la prostitucion y del asesinato.

Constantino hubo tambien de ocuparse de las herejías: anatematizó en Arlés la de los donatistas nacida en Occidente: en Oriente la de Arrio y exigió la convocacion del primer concilio ecuménico. Las cuestiones teológicas interesan poco en el dia (14); pero el concilio de Nicea es un acontecimiento importante en la historia de la especie humana. Túvose entonces la primera idea, y se vió el primer ejemplo, de una sociedad que existia en distintos climas, entre las leyes locales y privadas, y no obstante independiente de los príncipes y de las sociedades bajo las cuales y en las cuales residia: pueblo que formaba parte de los demás pueblos, y que sin embargo vivia aislado en medio de ellos, enviaba diputados de todos los extremos del universo á tratar de los negocios que concernian tan solo á su vida moral y á sus relaciones con Dios. ¡Cuantos derechos tácitamente reconocidos por este quebrantamiento de los sellos del poder sobre la voluntad y sobre el pensamiento!

Por vez primera, tambien desde el tiempo de Moisés, emanicipador del hombre en medio de las naciones esclavas de la ignorancia y de la fuerza, se renovó la manifestacion divina del Sinaí: como en torno del campamento de los Hebreos, veíanse de pié los ídolos al rededor del concilio de Nicea, cuando los intérpretes de la Nueva Ley proclamaron la verdad suprema del mundo: la existencia y la unidad de Dios. Desvaneciéronse las fábulas de los sacerdotes que habian ocultado el principio vivo, y los misterios con que los filósofos lo habian envuelto: la Cruz de Cristo desgarró el velo del santuario, y el hombre vió á Dios cara á cara. Entonces se compuso ese símbolo que los cristianos repiten hace ya quince siglos en toda la superficie del globo; símbolo que explicaba aquel de que los apóstoles y sus discípulos se servian como de santo y seña para reconocerse. Comparándolos, se observan los progresos del tiempo y la introduccion de la elevada metafísica religiosa en la sencillez de la fe.

« Creemos en un solo Dios, padre todo poderoso, criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado por el padre; es decir, de la sustancia del padre

Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios del verdadero Dios, engendrado, y no hecho consustancial al Padre, que ha creado todas las cosas en el cielo y en la tierra..... Creemos en el Espíritu Santo.» (15).

El concilio de Nicea creó estas inmensas mudanzas: proclamó la unidad de Dios, y fijó las ideas probables de la doctrina de Platon. Constantino en una arenga á los Padres del concilio, declaró y aprobó los principios admitidos por aquel filósofo: un primer Dios, supremo origen de un segundo: dos esencias iguales en perfecciones; mas la una debe su existencia á la otra, y la segunda ejecuta las órdenes de la primera. Las dos esencias son una sola: la una es la razon de la otra; y siendo esta razon Dios, es tambien Hijo de Dios (16).

¿Y quiénes eran los miembros de esta convencion universal reunida para reconocer al monarca eterno y á su eterna ciudad? Héroes del martirio, ingenios doctos ú hombres todavía mas sabios por la ignorancia del corazon y la sencillez de la virtud. Espiridion, obispo de Trimitonta, guardaba ganado y poseia el don de los milagros (17): Jacobo, obispo de Ninibe, vivia en las altas montañas, pasaba el invierno en una caverna, se alimentaba con frutas silvestres, vestia una túnica de piel de cabra, y predecia lo venidero (18). Entre los trescientos diez y ocho obispos acompañados de sacerdotes, diáconos y acólitos, se veian veteranos mutilados en la última persecucion: Pafnucio de la alta Tebaida, discípulo de San Antonio, tenia el ojo derecho rebentado, y cortado el jarrete de la pierna izquierda (19): Pablo de Neocesárea las dos manos quemadas (20): Leoncio de Cesárea, Tomás de Cizica, Marino de Troade y Eutero de Esmirna, procuraban ocultar sus heridas sin reclamar la parte de gloria que les correspondia por haberlas recibido. Todos estos soldados de un mismo é inmenso ejército, nunca se habian visto; y habian peleado sin conocerse, en la accion general, bajo todos los puntos del cielo, y por la misma fe.

Entre los heresiarcas se distinguian Eusebio de Nicomedia, Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia, y el mismo Arrio llamado á dar cuenta de su doctrina ante Atanasio, que entonces no era sino un simple diácono agregado á Alejandro, obispo de Alejandría.

Varios filósofos paganos acudieron presurosos á este grande asalto de la inteligencia. Acabamos de ver que el mismo Constantino, en su arenga, manifestó sus ideas sobre la doctrina de Platon. Un anciano lego, ignorante y confesor, atacó á uno de aquellos filósofos, fastuosos y le esplicó todo el Cristianismo en breves palabras: «Filósofo, en nombre de Jesucristo, escucha: solo hay un Dios que todo lo ha criado por medio de su Verbo, y fortalecido con su espíritu. Ese Verbo es el Hijo de Dios que se ha compadecido de nuestra vida material, y ha querido nacer de una mujer, visitar á los hombres, y morir por ellos. Vendrá á juzgarnos segun nuestras obras.» (21)

Constantino abrió en persona el concilio el 19 de junio el año 325. Vestia un manto de púrpura adornado con piedras preciosas, y se presentó sin guardias, acompañado tan solo de algunos cristianos: no se sentó en un trono pequeño de oro que habia en el estremo de la sala, sino despues de haber ordenado á los Padres que se habian levantado al verle entrar, que ocuparan sus sillas. Pronunció una arenga en latin, su lengua natural y del imperio, que fue esplicada en griego. El concilio condenó la doctrina de Arrio á pesar de una viva oposicion; promulgó veinte cánones de disciplina, y terminó sus sesiones el 25 de agosto del próximo año (325).

Trasladémonos en alas de la imaginacion al antiguo mundo para formarnos una idea de las sensaciones que experimentaria cuando entre el estruendo de los himnos obscenos, pueriles ó absurdos á Venus, Baco, Mercurio y Cibeles, escuchó voces graves que cantaban al pié de un altar nuevo: «¡Oh Dios, te alabamos! ¡Oh Señor, confesamos tu existencia! ¡Oh Padre Eterno, toda la tierra te venera!» Las preces latinas, compuestas por los soldados, no eran menos esplícitas que el himno de San Ambrosio y de San Agustin (22).

El espíritu humano se desprendió de las mantillas en que estaba envuelto; y la elevada civilizacion, la civilizacion intelectual que salió del concilio de Nicea, no decayó ya, ni brilló con menor esplendor. El simple catecismo de nuestros niños encierra una filosofía mas sabia y mas sublime que la de Platon. La unidad de Dios es ya en el dia una creencia popular; y de esta sola verdad reconocida, data una revolucion radical en la legislacion europea, largo tiempo violada por el politeismo que establecia una mentira por fundamento del edificio social.

¡Sin embargo tanta es la dificultad de contenerse en las regiones de la pura inteligencia! Mientras el politeismo y la religion corporal tendian á salir de las naciones, entraban de nuevo en ellas por una doble senda: los filósofos, para hacerse accesibles al vulgo inventaban los *genios*, y los cristianos, para envolver en signos sensibles el alto espiritualismo honraban los santos y las reliquias.

Se ha conservado el catálogo de los prelados que llevaron los decretos del concilio á las diferentes iglesias (23). Los Germanos y los Godos profesaban la fe; Frumencio la habia sembrado en Etiopia; una mujer esclava la habia enseñado á los Iberianos, y unos mercaderes de Osroeme á la Persia. Tridotes, rey de Armenia, profesó el Cristianismo antes que los emperadores romanos.

Por lo demás, Constantino intervino demasiado en las contiendas religiosas á que le arrastraron varias mujeres de su familia, y las importunidades de los obispos de ambos partidos. Despues de haber desterrado á Arrio le volvió á llamar y desterró á Atanasio, que fue sucesor de Alejandro en la sede de Alejandría. Arrio espiró súbitamente en Constantinopla vomitando las entrañas, en el momento que Eusebio de Nicomedia se esforzaba en conducirle triunfante (24). El anciano obispo Alejandro habia pedido á Dios su propia muerte ó la del heresiarca, segun fuese mas útil á la manifestacion de la verdad (25).

Constantino derrotó sucesivamente á los Sármatas y á los Godos, y recibió diputaciones de los Blemmios, de los Indios, de los Etiopes y de los Pérsas. Declaróse auxiliar de los Sármatas en una guerra que aquellos tuvieron que sostener contra los Godos, y despues contrajo nueva alianza con los últimos que se obligaron á suministrarle cuarenta mil soldados llamados *fœderati*, aliados (26). Los Sármatas habian armado á sus esclavos, y habiendo sido expulsados por estos mismos esclavos pidieron y obtuvieron tierras en el imperio (27).

Sapor II, sentado á la sazon en el trono de Persia, tenia un nombre fatal á los emperadores romanos. Su padre Hormisdas II, dejó al morir preñada á su esposa: los magos declararon que daria á luz un hijo; pusieron tierra sobre el vientre de la reina, y el monarca en embrion, Sapor, fue coronado en las entrañas de su madre (28). Constantino escribió á este príncipe una carta en favor de los cristianos, recordándole la catástrofe de Valeriano, castigado por haberlos perseguido. Sapor debió acordarse de esta carta cuando Juliano marchó contra sus huestes: el monarca de los Persas tenia un hermano mayor desterrado, llamado Hormisdas, á quien encontraremos en Roma.

Constantino, feliz en clase de monarca, no se libró de la desgracia como hombre. Las calamidades que afligieron á la familia del primer augusto pagano, parecieron reproducirse en la familia del primer augusto cristiano.

De Minervina su primera mujer tuvo Constantino

á Crispo, príncipe en quien brillaban el valor y la belleza, educado por Lactancio. Ya fuera que el hijo de Minervina inspirase una pasion á Fausta, su madrastra, ó que esta tuviese envidia por sus propios hijos de las grandes cualidades de Crispo, le acusó delante de su marido (29), y renovó la trágica aventura de Fedra. Constantino mandó quitar la vida á su hijo, como tambien al jóven Licinio su sobrino, de edad de once años: cortaron la cabeza á Crispo en Polo de Istria (30). Enterado luego por su madre Helena de la inocencia de Crispo, y de las costumbres depravadas de Fausta, ordenó Constantino la muerte de esta mujer, que fue ahogada en un baño de agua caliente (31). Los cristianos y los gentiles formaron juicios encontrados sobre estas acciones: San Crisóstomo deduce de ellas que no debemos desear el poder, ni apetecer mas felicidad que la de la virtud y del cielo (32): el filósofo Sopatro, consultado por Constantino segun Zosimo, declaró que la religion de los griegos no tenia expiaciones para semejantes crímenes (33); y sin embargo, la idolatría habia encontrado dioses indulgentes para Neron y Tiberio.

¿Es cierto que Constantino se arrepintió, que pasó cuarenta dias llorando, que levantó á Crispo una estátua de plata con cabeza de oro, y con esta inscripcion: «A mi hijo desventurado, pero inocente?» (34) La autoridad en que se apoya este hecho es sospechosa. Dios no pedia á Constantino una estátua de Crispo; exigióle el resto de su familia.

Constantino no recibió el bautismo sino algunos momentos antes de su muerte en Aqueron, cerca de Nicomedia: habia manifestado deseos de bautizarse en las aguas del Jordan como Cristo; pero le faltó el tiempo. Despojado del ropaje de púrpura para dejar los reinos de la tierra, y revestido del ropaje blanco para solicitar las grandezas del cielo, el primer emperador cristiano espiró en medio del dia de pascua de Pentecostés. Trescientos treinta y siete años habian trascurrido desde que la religion cristiana habia nacido entre pastores en un pesebre: Constantino la dejaba encumbrada sobre el solio del mundo de que no necesitaba.

* Constantino habia tenido tres hermanos de padre por parte de Teodora, nuera de Maximiano-Hércules, á saber: Dalmacio, Julio-Constantino y Anibaliano.

Dalmacio murió, y dejó un hijo que llevaba su mismo nombre, elevado á César, y otro hijo, Claudio Anibaliano, nombrado rey del Ponto y de la Armenia.

Julio-Constancio tuvo de Gala, y de Basilina, su segunda mujer, á Juliano. Ignórase la posteridad de Anibaliano, ó mejor dicho, no se sabe cosa alguna con exactitud.

Los hermanos, sobrinos y principales oficiales de Constantino, fueron asesinados despues de su muerte á excepcion de los dos hijos de Julio-Constancio.

No se han explicado claramente las causas de esta conspiracion espontánea del ejército y del palacio, que por nada habia sido presagiada; y es con justa razon sospechosa la autenticidad del escrito póstumo de Constantino, en el cual declaraba á sus tres hijos que le habian envenenado sus dos hermanos. ¿Inmoló Constancio al furor de su ambicion á sus dos tios, á siete de sus primos, al patricio Optato y al prefecto Ablario? Pero aun le quedaban á Constancio otros hermanos, que no estaban entonces en su poder. Juliano, San Atanasio, San Gerónimo, Zosimo, Sócrates, cuyas opiniones son tan encontradas se reunen sin embargo para infamar su memoria (35). Es probable que tales asesinatos fueron el fruto de diferentes pasiones combinadas con la política del déspota, que enseña á buscar el reposo en el crímen. El paganismo, la herejía, y la turbulencia militar, hallaron satisfacciones y venganzas en aquel exterminio de la familia imperial.

* Constancio, emp. Julio I, Liberio, papas, de 361,—361.

El imperio quedó dividido entre los tres hijos de Constantino: Constantino, Constancio y Constante. Constantino y Constante empuñaron las armas el uno contra el otro: Constantino sucumbió cerca de Aquilea en la primera campaña (36): Constante, dueño único del Occidente fue atacado por los Francos; y Libanio nos ha dejado acerca de esta guerra varios pormenores sobre las costumbres y el carácter de nuestros antepasados (37).

Magnencio, bárbaro de orígen, y gefe de los Jovianos y de los Herculanos, saludado Augusto por sus amigos, obligó á Constante á emprender la fuga, y le mandó asesinar al pié de los Pirineos. Este príncipe no halló sino un solo hombre que quisiese asociarse á su mala fortuna, el cual era un franco llamado Laniogaise (38), mas fiel al infortunio de los reyes que á su autoridad.

El único hijo de Constantino que quedó entonces, llamado Constancio, despues de haber combatido flójamente contra los Persas, despojado á Vetranion, usurpador de la púrpura en Ilirsia, y rehusado tratar con Magnencio, venció á este en Murza (39), y le redujo luego al extremo de quitarse la vida.

Habíase cometido una falta antes de obtener este triunfo, la cual manifiesta el grado de dibilidad y de miseria en que habia caido ya el imperio: detenido Constancio en Oriente por asuntos graves, cuando supo la rebelion de las Galias invitó á los Alemanes á pasar el Rhin para que contuviesen la fuerza de Magnencio. Obedecieron los Alemanes, y ocuparon su terreno de treinta leguas á lo largo del Rhin, desde el nacimiento del rio hasta su embocadura, sin contar las tierras que asolaban con sus rapiñas.

Los panegiristas afirman que Constancio heredero de todos los Estados de su padre, usó bien de su victoria; y los historiadores aseguran que no supo conllevar su fortuna. Durante estas discordias, vióse á los capitanes y cuerpos francos servir á diferentes partidos, algunos obispos ir de un campamento á otro en calidad de embajadores, y en la batalla de Murza el emperador se retiró á un templo á orar; mejor hubiera hecho en combatir, que no era aquel ya el mundo antiguo.

Fíjase en el reinado de Constancio el dominio de los ennucos, abismados hasta entonces bajo el peso de los edictos. Aquellos hombres (excepto tres ó cuatro que estaban dotados de ingenio militar), blanco del menosprecio público; se refugiaron en las sentinas de palacio; demasiado envilecidos para encubrarse á los negocios públicos, sumergiéronse en las intrigas de la córte, y se indemnizaron por la virilidad de sus vicios de la impotencia de sus virtudes. Eusebio, eunuco, camarero y favorito de Constancio, en su triple estado de bajeza, mandó pronunciar la sentencia de muerte contra Galo.

Galo, y Juliano, sobrinos de Constantino y primos de Constancio, rayaban el primero en los doce años, y el segundo en los seis, cuando se verificó el asesinato de la familia imperial. Marco, obispo de Aretusa, habia salvado á Juliano, ocultándolo en el santuario de una iglesia (40): á Galo dejáronle por enfermo y próximo á morir, pues no parecia merecer la pena de que le quitasen la vida.

La infancia de estos dos príncipes estuvo rodeada constantemente de sospechas y peligros. Permanecieron seis años encerrados en la fortaleza de Marcellum, antiguo palacio de los reyes de Capadocia. Galo, honrado á los veinte y cinco años con el título de César por Constancio, se casó con la princesa Constantina, hija de Constantino el Grande y viuda de Anibaliano, rey del Ponto y de la Armenia. Estableció su residencia en Antioquía, y desde este punto gobernó lo que entonces llamaban las cinco diócesis de la prefectura oriental.

Galo, al pasar de la soledad al poder, llevó consigo

la inquietud y el espíritu salvaje de la primera, unido á la apacibilidad y moderacion necesarias al ejercicio del segundo, convirtiéndose en un tirano bajo y cruel, entregado á los espías y ejercitando por sí mismo el espionaje. Iba disfrazado á los sitios públicos, y su disfraz no estorbaba que le reconociesen, porque, Antioquía estaba iluminada de noche con tanta cantidad de luces que se veian los objetos como en el lleno del dia (41), circunstancia que nos recuerda la policía de las ciudades modernas. La sed de sangre y de rapiñas atormentaban aun mas á Constantina, esposa de Galo, á la que acusaban de tomar en secreto el título de *Augusta* (42), con la intencion de dar públicamente el de Augusto á su marido.

Llamado á la córte de Milan despues del asesinato de los dos ministros que le habia enviado el emperador, cometió Galo la imprudencia de obedecer (43). La carta de llamamiento estaba llena de protestas de amistad y de ofertas. Prendiéronle en Peltau y le condujeron á Flona de Istoia y habiéndole despojado del calzado de los Césares, procedió al interrogatorio el eunuco Eusebio, y le condenaron á muerte: fue ejecutado cerca de Pola donde veinte y ocho años antes habia sido decapitado Crispo (44). ¡Cuántas cabezas, terror de los pueblos, fueron segadas por el verdugo! (45)

Los Isauros y los Sarracenos asolaban el Asia (46); los Francos y los demás germanos continuaban sus correrías transrinianas, y Roma se sublevaba por el vino en medio de sus desórdenes y sus espectáculos (47). Como Constantino y Constancio eran apasionados en extremo á los Bárbaros, y los habian encumbrado á casi todos los cargos del Estado, sucedió que Silvano, hijo de Bonito, gefe franco, mandaba la infantería romana en las Galias: era un hombre apacible y de suaves costumbres, aunque hijo de un padre bárbaro, y sabia tambien sufrir, segun dice la historia al hablar de sus cualidades. Acusáronle de haber aspirado á la púrpura, cuando permanecia fiel; la calumnia le convirtió en traidor, y se apoderó del imperio como para escudarse. Veinte y ocho dias despues de su usurpacion, obligado á buscar asilo mas seguro, no tuvo tiempo para entrar en él, y le privaron de la existencia sus compañeros cuando intentaba refugiarse en una iglesia (48).

Entonces los Francos, los Alemanes y los Sajones, se precipitaron de nuevo sobre las Galias, saquearon cuarenta ciudades en la orilla del Rhin; y habiéndose apoderado de Colonia, la arruinaron (49). Los Cuados y los Sármatas asolaban la Pannonia y la Alta Mœsia (50), y los generales de Sapor perturbaban la Mesopotamia y la Armenia: tal fue la época de elevacion de Juliano.

Hasta la edad de quince años recibió Juliano la primera educacion de Eusebio, obispo de Nicomedia, que manejaba en la córte la intriga arriana y del eunuco Mardonio, personaje grave, escita de nacion y grande admirador de Hesiodo y de Homero. El futuro apóstata se vió reunido despues con Galo en la fortaleza de Marcellum; aprendió desde muy temprano á reprimirse, y pareció aficionarse á las verdades de la fe. Cuando Galo fue nombrado César, Juliano obtuvo el permiso de seguir sus estudios en Constantinopla, bajo la vigilancia de Herebolo, cristiano primero é infiel despues con su discípulo, y vuelto por último al Cristianismo despues de la muerte de Juliano (51). Este príncipe visitó las escuelas de la Jonia: Constancio mismo favorecia los estudios de su primo, con la esperanza de que los libros le harian olvidar el imperio; mas la superioridad del estudiante, aun en la literatura, no tardó en alarmarle.

Despues de la muerte de Galo, Juliano fue conducido á Milan, estrechamente custodiado durante siete meses, y desterrado por fin á Atenas. Alli encontró juntamente con San Basilio y San Gregorio de Niazanzo, una multitud de retóricos que acabaron de atraerle á sus doctrinas, y tomó todo el porte de un filósofo. Siendo universal su instruccion, igualaba su memoria á su inteligencia; pensaba y escribia en griego, mas tambien se servia del latin (52). Habiendo asolado las Galias los Francos y los Alemanes, la emperatriz Eusebia decidió á Constancio á crear César á Juliano para oponerle á los Bárbaros. El discípulo de Platon recibió la carta que le llamaba al mando supremo como una sentencia de muerte; alzó las manos hácia aquel templo cuyas ruinas admirables parecen haberse conservado únicamente para atestiguar la belleza de la antigua libertad griega, á la libertad que renace. Juliano subió á la ciudadela, abrazó las columnas del Partenon, las regó con sus lágrimas, é imploró la proteccion de la diosa. Alejóse en seguida de la inmortal ciudad, donde algunos declamadores y sofistas hollaban las cenizas de Demóstenes y de Sócrates, pero donde todavía reinaba Minerva por medio del genio de Fidias y de Piricles.

Llegado á Milan escribió estas palabras á la emperatriz: «¡Ojala tengas hijos! Concédate Dios esa felici«dad y otras prosperidades; pero en nombre del cielo «te conjuro, déjame regresar á mis hogares.»(53). Así llamaba Juliano á la Grecia. Escrito el billete no se atrevió á enviarlo, detenido segun dijo por las amenazas de los dioses; porque el apóstata tomó la voz de la ambicion por una órden del cielo.

Los oficiales de palacio se apoderaron del estudiante de Atenas, le despojaron del manto y de la barba de filósofo, y los vistieron el traje militar. El mismo nos ha pintado su torpeza en el nuevo atavío, su embarazo en la córte y las burlas de los eunucos (54). La última parte de la educacion de Juliano habia sido popular, asistia al curso de los retóricos en Constantinopla como los demás, y mezclándose en las costumbres públicas adquirió conocimientos que faltan generalmente á la instruccion de los príncipes.

El sexto dia de noviembre del año de Jesucristo 335, habiendo reunido Constancio en Milan las legiones proclamó César á Juliano. El huérfano, cubierto con la púrpura y en medio de los asesinos de su familia, repetia en voz baja un verso de Homero: «Arrebatáronle la muerte *oculta bajo la púrpura* y su invencible destino.»

Despues de haberse casado con Helena, hermana del emperador, marchó Juliano á su gobierno de las Galias, al que se habia añadido la Gran Bretaña y quizás la España (55). Eusebia le dió libros, que habian de ser sus consejeros: Constancio le dió criados, para ser sus dueños (56). Sujeto á una celosa tutela, no podia tomar por sí una resolucion interior, una órden, ni mudar un criado: todo estaba arreglado en el interior de su palacio al tenor de las órdenes de Constancio, hasta los manjares de la mesa: no llegaba á sus manos una sola carta sin haber sido leida antes, y se le privaba de la compañía de sus amigos por el temor de comprometerlos y exponerse á su propia ruina. Apenas habian puesto á su disposicion algunos soldados (57). Su único consuelo al entrar en el país saqueado y confiado á su inexperiencia, fue encontrar una mujer anciana y ciega que le saludó con el nombre de restaurador de los templos (58).

Durante los cinco años que gobernó Juliano las Galias corrió de una ciudad á otra, de Cutun á Cuxerre de Cuxerre á Troyes, de Troyes á Colonia, de Colonia á Tréveris, de Tréveris á Lion: estuvo sitiado en la ciudad de Sens, pasó el Rhin cinco veces, ganó la batalla de Estrasburgo á los Clemanes, hizo prisionero á Chrodomairo, el mas poderoso de sus reyes, estableció las ciudades, castigó á los exactores, disminuyó los impuestos, y finalmente (lo que mas nos interesa por los vínculos de la sangre), sometió á los Camaros y á los Franco-sálicos: aquí comenzamos á vivir con los Francos en medio de la futura Francia. Juliano ha-

bia escrito sus guerras de las Galias: su obra, que colocaban al lado de los *Comentarios de César*, se ha perdido desgraciadamente; hubiera arrojado una luz muy viva sobre la oscura historia de nuestros abuelos en el cuarto siglo.

Juliano pasó por lo menos en Lutecia los dos inviernos de 358 y de 359. Amaba aquella especie de villa á la que daba el nombre de querida Lutecia (59) y donde habia reunido, en cuanto se lo permitian sus empresas militares, á varios sabios y filósofos. Oribases el médico, de quien nos quedan algunos escritos, redactó allí su *Compendio* de Galeno: esta es la primera obra publicada en una ciudad que habia de enriquecer la literatura con tantas obras clásicas.

Complacémonos en buscar el orígen de las grandes ciudades, como en remontarnos á la fuente de los rios caudalosos: no dejará de causar placer el leer el propio texto de Juliano.

«Hallábame durante un invierno en mi querida Lutecia (60) (que así se llama en las Galias la ciudad de los Parisios), la cual ocupa una isla en medio de un rio, uniéndose á sus orillas por medio de puentes de madera. Rara vez crece ó mengua el rio; tal como se vé en el estío permanece en el invierno, y se bebe con gusto el agua purísima y de risueño aspecto (61) Como las Parisios viven en una isla, seríales difícil procurarse otra agua. La temperatura en invierno es poco rigurosa, á causa, segun dicen las gentes del país, del calor del Océano, que no distando mas de novecientos estadios, envia á Lutecia un aire tibio: el agua del mar es en efecto menos fria que el agua dulce. Por esta razon, ó por otras que ignoro, sucede así (62). El invierno es pues muy suave para los habitantes de aquella tierra: produce el suelo hermosas viñas: los Parisios poseen tambien el arte de conservar las higueras (63), envolviéndolas con paja de trigo como en un vestido, y empleando los demás medios que se usan para poner los árboles al abrigo de la intemperie de las estaciones.

»Sucedió que el invierno que pasé en Lutecia desplegó una violencia desacostumbrada: el rio acarreaba pedazos de hielo que parecian losas de mármol. ¿Habeis visto las piedras de Frigia? pues como aquellas eran por su blancura los pedazos de hielo, toscos voluminosos empujándose los unos á los otros, hasta que aglomerándose formaban un puente (64). Mas duro conmigo mismo, y mas rústico que nunca no quise consentir que calentasen, con hornillos segun la costumbre del país, el aposento en que dormia.» (65).

Refiere Juliano que por fin permitió que encendiesen en su cámara carbon, cuyo vapor estuvo á punto de asfixiarle.

Habia en Lutecia termas, construidas por el modelo de las de Diocleciano en Roma; créese que Juliano y Valentiniano I habitaron en ellas, y Ammiano habla de ello con suma frecuencia. Es probable que dichas termas se hubiesen edificado antes de la llegada de Juliano á las Galias, quizás en tiempo de Constantino ó de Constancio Cloro. Otros han imaginado, muy inoportunamente, que Juliano ocupaba en las islas un palacio levantado en el terreno donde se construyó posteriormente el alcázar de los reyes de Francia. Véianse asimismo en Lutecia un Campo de Marte y anfiteatros que debian hallarse hácia el lado de la puerta de San Victor como resulta de algunos títulos del siglo XIII (66). La flota encargada de guardar el Sena estaba estacionada cerca de Paris, y verosímilmente tenia por fondeadero el espacio que cubre en el dia la nave gótica de Nuestra Señora (67).

Mientras que Juliano habitaba la reducida y naciente Lutecia, Constancio visitaba la grande y moribunda Roma, que este emperador de los Romanos no habia visto nunca.

Existiria sin duda en Roma algun anciano á quien en su infancia habria contado su abuelo la entrada de un sacerdote de Siria, Eliogábalo, saltando con la púrpura en medio de ennucos y de bailarinas, delante de una piedra triangular consagrada al Sol. Ahora venia con pompa triunfal por una victoria conseguida sobre los Romanos (68), una especie de ídolo cristiano, Constancio, rodeado á semejanza de aquel, de eunucos, pero inmóvil sobre un carro brillante con las piedras preciosas, con los ojos fijos, sin moverse ni para escupir, ni para sonarse, ni para enjugarse la frente, y solo encogiendo algunas veces su corta estatura para pasar por debajo de elevadas puertas (69). En torno suyo flotaban, á la punta de largas picas doradas, estandartes de púrpura, cortados en figura de dragones, cuyas afiladas colas silbaban á impulso del viento. Cercábanlo guardias soberbiamente armados, y caballeros cubiertos de hierro que parecian, no hombres, sino estátuas bruñidas por la mano de Praxíteles (70). Cerca ya de Roma encontró Constancio á los patricios y al Senado, que no tomó como Cineas por una asamblea de reyes, sino por el consistorio del mundo (71); creyó al ver las oleadas de la multitud que todo el género humano habia acudido á Roma (72).

Cuando hubo penetrado en los Rostros, quedóse estupefacto al recordar el antiguo poder del Torum (73). Desde allí el monarca oriental fue á apearse el antiguo palacio de Octavio, que no tenia ni mármoles ni columnas, y en el que el fundador del imperio, el amigo de Horacio, habitó cuarenta años el mismo aposento en invierno y en verano (74).

Ammiano-Marcelino, de quien he copiado los anteriores detalles, nos describe en seguida dos cosas dignas de atencion: una parte de los edificios de Roma cual existian en su tiempo, y la admiracion que en Constancio despertó su vista. ¡Cuántos acontecimientos habian sobrevenido, y cuántos dias pasado para que el señor del imperio romano fuese un extranjero en la capital de aquel imperio! ¡Para que permaneciese mudo de admiracion en medio de las obras de tantos ingenios, de tantas fortunas, de tantos siglos, de tanta libertad y esclavitud, cual si fuese un viajero que encontrase ahora á Roma entera en un desierto! Mas estos monumentos de las costumbres vivas de un pueblo carecen de existencia, y sus insensibles masas no pudieron á su vez maravillarse de la pequeñez de Constancio, á la manera que este se aturdia de su grandeza.

Hay cierto trabajo de tiempo que da á las cosas humanas el principio de existencia que no tienen: los hombres espiran y nada son en sí mismos; pero sus vidas colocadas de cabo á cabo, y sus sepulcros ordenados en fila, forman una cadena cuya fuerza se aumenta en razon de su longitud, y de estas nadas reunidas se compone la inmortalidad de los imperios. El nombre de Roma era el único poder que faltaba vencer á los Bárbaros; y Roma aunque habitada por una muchedumbre numerosa, no estaba defendida ya en realidad sino por los recuerdos de algunos muertos antiguos. Constancio visitó cuidadosamente aquella ciudad apoderándose de la autoridad que consentian aun dejarse trasmitir á su púrpura. Arengó al Senado y al pueblo: ¿qué hubiera respondido Mario si hubiese sacado la cabeza de la tumba?

Al recorrer las siete colinas cubiertas de monumentos en sus faldas y cumbres, el emperador se figuraba á cada paso que el objeto que acababa de admirar era inferior al que veia (75): el templo de Júpiter Tarpeyo, los baños semejantes á ciudades de provincia, la masa del anfiteatro edificado con piedras tiburtinas y cuya altura era tanta que los ojos se fatigaban para medirla; la bóveda del panteon suspendida como el cielo; las columnas coronadas como las estátuas de los emperadores á las que se subia por gradas; la plaza y el templo de la Paz, el teatro de Pompeyo, el Odeon y el Estadio, adornos magníficos de la ciudad eterna (76). Pero en el foro de

parte alguna de mi cuerpo; y os lo diria todo francamente, aun cuando tuviese una verruga como la de Cimon (4).»

¡Y es el Señor del mundo el que habla de sí mismo de esta suerte! Pero esta humildad brutal, es el orgullo del poder.

Juliano estaba adornado de virtudes, de talento y de una grande imaginacion: pocas veces un mismo hombre ha escrito y llevado una corona como Juliano. Aborrecia los juegos, los teatros, los espectáculos: era sóbrio, laborioso, intrépido, ilustrado, justo, administrador perfecto, y enemigo de la calumnia y de los delatores. Amaba la libertad y la igualdad, tanto como puede amarlas un príncipe, y desdeñaba el título de Señor ó de amo. Perdonó en las Galias á un eunuco encargado de asesinarle.

Un dia le enseñaron un ciudadano que decian aspiraba al imperio, porque se habia mandado preparar un manto de púrpura. Juliano encargó al oficioso amigo del príncipe legítimo, presentase al usurpador un par de borceguíes adornados de púrpura, para que nada faltase al traje imperial (5). La ley prohibia bajo pena de muerte que se fabricasen para los particulares telas de púrpura, y un usurpador se veia reducido en los primeros momentos de su eleccion, á robar la púrpura de las banderas militares y de las estátuas de los dioses.

Maris, obispo arriano de Calcedonia, insultaba á Juliano que ofrecia sacrificios en un templo de la fortuna. Juliano le dijo: «Anciano, el galileo no te volverá la vista.» Maris era ciego.—Le doy gracias, respondió el obispo, porque así me ahorra el dolor de ver á un apóstata como tú (6).» El emperador sufrió con paciencia esta reconvencion injuriosa.

Delphidio, célebre abogado de Burdeos, pleiteaba delante de Juliano contra Numerio, acusado de concusion en el gobierno de la Galia-Narbonense; y Numerio negaba los hechos: «¿quién no será inocente, gritó el abogado, si basta negar?—¿Y quién estará inocente, replicó Juliano, si basta ser acusado (7)?»

Otros abogados encomiaban á Juliano. «Regocijaríanme vuestros elogios, les dijo, si tuvierais valor para censurarme» (8).

El pueblo de Antioquía denunció á un cierto Thalassio por exactor y enemigo antiguo de Galo y de Juliano.» Conozco dijo el emperador que me ha ofendido: y eso mismo debe haceros suspender vuestras persecuciones hasta que me haya vengado de mi enemigo.» Y perdonó al acusado (9).

Un hombre se prosternó á sus pies en un templo, rogándole á gritos que le perdonase la vida. «Es Teodoto, le dijeron, gefe del Consejo de Hieraplea; que en otro tiempo pedia vuestra cabeza á Constancio.—Hace mucho tiempo que lo sabia, respondió el emperador. Vuelve en paz á tus hogares, Teodoto: Tengo empeño en disminuir el número de mis enemigos y aumentar el de mis amigos» (10).

Cierta mujer se quejaba contra un criado de la servidumbre militar despedido de Palacio; y no se habia atrevido á citarle mientras se mantuvo en el favor. Presentóse en la audiencia imperial con las insignias de su empleo; y la mujer se creyó perdida, presumiendo que su adversario habia vuelto á la gracia del príncipe. «Mujer, dijo Juliano, sosten tu acusacion: el demandado no se ha puesto su cinto sino para caminar mas á prisa por el lodo; sus insignias nada pueden contra tu derecho» (11).

La publicacion del Misopogon manifiesta la misma elevacion de carácter: prescindiendo del orgullo cínico de esta obra, un hombre revestido del poder absoluto, rodeado de un ejército de bárbaros consagrados á sus mandatos, un príncipe que podia con una sola señal hacer exterminar á sus insolentes detractores, y que se contenta con vengarse de un libelo con un folleto, es un ejemplo único en la historia de los pueblos y de los reyes, César en el Anti-Caton no tuvo que vengarse sino de la virtud, y no pudo vencerla ni aun uniendo las armas á la sátira.

Los *Césares* son todavía mas extraordinarios que el Misopogon ¿Qué soberano ha juzgado jamás á sus predecesores con tanto rigor, y superioridad? Julio-César entra el primero en el banquete de los dioses: Sileno advierte á Júpiter que aquel convidado podria muy bien pensar en destronarle, y Júpiter observa que la cabeza de aquel mortal no deja de parecerse á la suya. Viene Augusto, Augusto, cuyos colores del rostro cambian como los del camaleon: Tiberio de aspecto fiero y terrible, y con la espalda cubierta de lepra: Calígula, mónstruo á quien precipitan en el Tártaro: Claudio, príncipe de escaso entendimiento, que no es nada sin Palas, Narciso y Mesalina: Neron con una corona de laurel en la cabeza y una lira en la mano, á quien Apolo arroja en el Cocito: Siguen despues hombres de todas clases; los Galbas, los Othones, los Vitelios; Vespasiano que corre á apagar el fuego prendido en los Templos (12). Tito á quien envian á la Venus pública, Domiciano á quien encadenan junto al Toro de Falaris y Nerva, á cuya vista exclama Sileno: «¡Dejasteis oh dioses, quince años á un monstruo en el trono, y este anciano afable y justo no ha reinado un año entero! «Júpiter tranquiliza á Sileno anunciándole que seguiran á Nerva, príncipes virtuosos.

Preséntase Trajano: Sileno recomienda en el instante á Júpiter que vigile al que da de beber á los inmortales. ¿qué busca Adriano? ¿Su Antinoo? No está en el Olimpo.—Antonino, moderado, excepto en amor, detendríase á dividir en porciones iguales un grano de comino. Al ver á Marco-Aurelio, Sileno declaró que nada tenia que echarle en cara.

Sobreviene un debate entre Alejandro y César, justadores de la gloria. César afirma que ha eclipsado á los hombres grandes de su tiempo y de todos los siglos, y todos los paises. ¿Qué pretende Alejandro con su conquista de la Persia? ¿Puede oponer algo acaso á la batalla de Farsalia? ¿Quién era mas diestro capitan, Pompeyo ó Darío? ¿Donde estaban los mejores soldados? «Tú Alejandro, degollaste á los ciudadanos de Tebas, incendiaste las ciudades de los desventurados griegos; Yo César conquisté las Galias, pasé el Rhin, atravesé el Occéano, y salté á la costa de los Bretones. Tu venciste diez mil griegos, y yo derroté á ciento cincuenta mil romanos.»

Alejandro que comenzaba á enfurecerse, apostrofa á Júpiter, y le pregunta cuando acabará de alabarse aquel hablador romano. ¡Ha triunfado de Pompeyo! ¡Pompeyo, pobre hombre, que se aprovechó de los triunfos de Lúculo, y á quien han dado el nombre de grande por lisonja; pero podia comparársele á Mario, á los dos Escipiones, á Camilo? «Tu derrotaste á Pompeyo, César? ¡A Pompeyo tan cuidadoso de su peinado, que no se atrevia á rascarse la cabeza sino con la punta del dedo! No sometiste á los Galos y á los Germanos sino para encadenar tu patria: ¿hubo nunca accion mas impía y detestable? No hables con tanto desden de los diez mil griegos á quienes me vi obligado á rendir. Vosotros, Romanos, que apenas habeis podido apoderaros de la Grecia en su decadencia, que os esforzásteis por someter un Estado reducido, casi ignorado en los gloriosos dias de la Helenia, ¿que hubiera sido de vosotros si os hubierais visto precisados á combatir á los Griegos unidos y florecientes? ¡Qué bien está el hablar con menosprecio de mi conquista de Persia, á vosotros, famosos conquistadores que despues de tres siglos de guerra habeis logrado con el sudor de vuestra frente enseñorearos de algunas ciudades situadas mas allá del Tigris! Menos de diez años bastaron á Alejandro para domar la Persia y las Indias.» La sátira continúa de esta manera despiadada, altanera y exacta hasta Constantino, tratado con ultraje por el restaurador de la idolatría: le

entrega á la diosa de la molicie, que lo abraza, lo viste con una ropa mujeril de diferentes colores, y lo lleva por la mano á la lujuria. A su lado encuentra Constantino á su hijo Crispo, que gritaba incesantemente. « Corruptores de mujeres, homicidas, sacrilegos, malvados, acercaos todos los que tengais necesidad de expiacion: con un poco de agua quedareis purificados. Si recaeis en nuevas faltas, daos golpes en la cabeza, en el pecho, y todo os será perdonado» (13).

Descúbrense aqui triple calumnia y odio inveterado; no reconocemos ya al soberano superior que condena á los malos príncipes, ni al hombre grande que juzga á sus iguales.

Juliano era músico y poeta de talento: nos quedan dos epigramas suyos elegantes, el uno contra el féretro, y el otro describiendo el órgano poco mas ó menos tal como es en el dia (14). Sus cartas son instructivas, aunque escritas en estilo poco natural (15): copiaremos una en que abundan por demás las Nereidas, las Gracias, las Ninfas, vulgaridades de la mitologia, y que se parece en extremo á las floridas epístolas de lirios y rosas que el gran Federico escribia á los literatos la víspera de una batalla; mas el asunto es interesante y las descripciones agradables, y nos revela varios secretos de la vida y de la juventud de Juliano.

La abuela materna de este le habia dejado una reducida posesion en Bithinia, y el emperador escribe á un amigo, cuyo nombre ignoramos, regalándoselas. ¿Quién es el rey de una provincia del imperio romano que no creyese en el dia menoscabar el dominio desmembrar el dominio de su corona, y comprometer la dignidad de su persona ofreciendo con tan buena voluntad la herencia de su abuela á un amigo?

»La casa no dista veinte estadios del mar; pero no aturden allí el mercader, ni el marinero gritador y pendenciero. No obstante, gózase en ella de los presentes de las Nereidas, y cómese el pescado fresco y palpitante. Si trepas á un cerro poco distante de la casa, verás la Propóntida, sus islas y la ciudad que lleva el nombre ilustre de un emperador. No vivirás allí en medio del alga, del musgo y de las demás plantas desagradables y desconocidas que arroja el mar á la playa, sino entre los sauces, el tomillo y las yerbas que exhalan perfumes. Recostado con un libro en la mano, despues de una lectura reflexiva podrás entregar al descanso tus fatigados ojos: el mar y los bajeles te ofrecerán un espectáculo encantador. En mi infancia me agradaba en extremo este sitio, porque reunia fuentes no dignas de desprecio, baños bastante limpios, hortaliza y árboles. Cuando llegué á la edad de hombre, ansiaba ardientemente volver á ver tan delicioso sitio, y volví á él muchas veces en compañía de algunos amigos. Consagréme á la agricultura para plantar en aquella tierra, como un monumento, una viña que da vino suave y lleno de fragancia. Hallarás en mi cercado á Baco y á las Gracias: los racimos pendientes de la cepa, ó trasladados al lagar, exhalan el olor de las rosas; y encerrado el licor en el tonel es ya un néctar, si hemos de dar crédito á Homero. Me preguntarás quizás, ¿por qué siendo el terreno tan propio para el cultivo de la vid no he plantado mas? En primer lugar no soy un agricultor muy diestro, y las Ninfas me templan la copa de Baco; no queria mas vino que el necesario para mí y para mis convidados, cuyo número sabes que no es muy grande. Acepta pues, ese regalo, ¡oh querida cabeza (16)! Es de escaso valor, en verdad; pero lo que pasa de un amigo á otro amigo, de la casa á la casa, es muy dulce como lo dice el sabio poeta Píndaro.»

Los discursos de Juliano participan de los defectos de la literatura de su tiempo; mas el que dirige á los atenienses, libre en parte de tales lunares manifiesta la gravedad con que pudo escribir la historia de la guerra de las Galias y de la Germania. Sensible es que el apóstata haya elogiado tanto en sus dos panegíricos á Constancio su perseguidor, y haya estado tan frio en el elogio de Eusebia, su bienhechora, y quizás algo mas (17).

Juliano, gran admirador del tiempo pasado, quiso que el vocabulario de que se servia se remontase á los dias clásicos de la Grecia: revistió frecuentemente con la diccion antigua las ideas modernas; podemos formar concepto de este contraste por un ejemplo en sentido opuesto. El autor de las *Vidas de los hombres grandes* escribió en griego, en un idioma perfecto y anticuado y ha sido traducido al francés en un idioma imperfecto y naciente, lo cual ha originado un fenómeno extraordinario: el ingenio de Plutarco era cándido, y su lengua no lo era ya: se ha presentado Amyot, y ha suministrado á Plutarco la lengua que faltaba á su ingenio. Pero Amyot no es tan feliz en sus *Morales*: el idioma galo que tan bien se habia prestado á las narraciones del biógrafo, no ha podido verter las ideas complexas y las expresiones metafísicas del filósofo.

Grandes imperfecciones equilibraban las eminentes cualidades de Juliano: echaba á perder su carácter original copiando á otros hombres grandes, y parecia no serle natural sino la continua imitacion. Habíase propuesto principalmente por modelos á Alejandro y Marco-Aurelio: su memoria dominaba sus acciones y hacia que su erudicion tomara parte en su vida. Cuando devolvió á los obispos el tratado de Diodoro de Tarso en favor del Cristianismo, con las tres palabras: *Anegnon*, *egnon*, *categnon* : *lei*, *entendi*, *condené*; recordó con suma violencia el *Veni*, *vidi*, *vici*, de César. Sus actos de clemencia eran poco meritorios, porque el desden tomaba en ellos mas parte que la generosidad, superficial, burlon, petulante, argumentador sin decoro, de una locuacidad inagotable, habria degenerado en cruel si se hubiera dejado llevar de sus inclinaciones (18). En sus arrebatos involuntarios, rebajábase hasta el extremo de golpear con las manos y con los piés á las gentes del pueblo que se presentaban en sus audiencias (19). Su pudor es sospechoso; y aunque Mamertino asegura que su lecho era mas casto que el de una Vestal, es probable, cuando no cierto, que tuvo hijos naturales (20). El poder de una palabra es tan inmenso, que el nombre de apóstata dado á Juliano basta para mancillar su memoria, aun al presente en que nos separan de este príncipe catorce siglos, y en que sucumben las instituciones que proscribia.

La antipatía de Juliano al culto de los cristianos se robusteció con el aborrecimiento que la inspiró el príncipe que asesinó á su padre, que entregó su hermano al verdugo, y amenazó por largo tiempo su vida. El ara antigua era entonces el ara perseguida, y Juliano se adhirió á ella del mismo modo que un carácter generoso abraza el partido de la patria, de la debilidad y del infortunio: quiso dar crédito á los absurdos que su razon condenaba, y empleó su ingenio como los filósofos de su época, en explicar por medio de alegorías el culto de aquellas divinidades, personificaciones de los objetos de la naturaleza, ó pasiones materializadas. La belleza de las ceremonias del paganismo encantaba su imaginacion poética, alimentada con los ensueños de la Grecia; en el renacimiento de las letras verificado en el siglo XVI, algunos escritores de Francia y de Italia, enamorados de tan bellas fábulas, se convirtieron en verdaderos paganos, y abjuraron de su creencia entre las manos de Homero y de Virgilo. Juliano atribuia su salvacion á su piadosa veneracion hácia los dioses, que á él solo habian exceptuado de la justa sentencia pronunciada contra la impía familia de Constantino.

Su aversion al Cristianismo se acrecentó tambien probablemente con el espectáculo que ofrecia la so-

ciedad cuando subió al imperio. La herejia de Arrio lo habia dividido todo y subdividido; no se oian sino anatemas lanzados y recibidos: los mismos católicos no se entendian ya; los obispos se disputaban las sedes, y el cisma añadia sus desórdenes á los de la herejia. Juliano habia hecho la observacion de que los cristianos son mas crueles entre sí que las fieras con los hombres (21) (es un autor pagano el que lo afirma). Atanasio observa lo mismo de los Arrianos (22). Tales querellas extendidas por todas las ciudades, pueblos y aldeas debilitaban el imperio en el exterior, paralizaban la accion del poder en el interior, y hacian la administracion peligrosa y difícil. Los jueces y los gobernadores se ocupaban esclusivamente en reprimir los delitos y sediciones de los cristianos. El famoso Jorge, obispo arriano de Alejandría, perseguidor de los paganos y de los católicos, habia asolado el Egipto con sus rapiñas y sus crueldades. Diodoro, uno de sus adherentes, cortaba por su propia autoridad la cabellera de los niños, cabellera que la idolatría materna dejaba crecer en honor de alguna divinidad protectora. El pueblo cansado se sublevó, asesinó á Jorge y robó su biblioteca, cuyos resto mandó reunir cuidadosamento Juliano al prefecto de Egipto. La locura de los Galileos, dice el mismo príncipe en su carta á Artabio, lo ha perdido casi todo (23)



GULIENO LE CONDÉNA A SER ARROJADO A LAS FIERAS.

Juliano que no hubiera podido reconocer la verdad cristiana en medio de unos hombres que no se entendian sobre la naturaleza del Cristo, pudo creer, pues, que suprimiria á la vez todos los males sofocando todas las sectas bajo el dominio del antiguo culto: error fue este, propio de un juez preocupado, que tomó los efectos por la causa, que no observó sino la parte exterior de los trastornos, que no vió el movimiento sino en la superficie, y no descubrió la idea inmóvil que descansaba en el fondo de tales turbulencias. Habiáse verificado una revolucion, y realizado un cambio en la especie humana.



LOS BARBAROS VIENEN A ATACAR A LOS ROMANOS.

Sin embargo, la educacion de la infancia del gran enemigo de la cruz habia sido enteramente cristiana: habia disputado sobre devocion en Marcelo con su hermano Galo; parece tambien que despues de haber sido lector en la Iglesia de Nicomedia, se habia hecho motilar, para hacerse fraile (24) intencion que se ha querido atribuir á hipocresía, y que es mas justo considerar como impulso de un alma exaltada. Juliano no podia ser cristiano ni filósofo á medias, porque la naturaleza no le habia dejado sino la eleccion del fanatismo.

Sea como quiera, tan pronto como este príncipe fue separado de Galo, se entregó á la pasion del estudio que le habia inspirado Mardonio, su primer maes-

tro, y visitó en Pergamo á Edesio, cuya escuela arrojaba sumo esplendor.

Edesio, gefe del neoplatonismo, cuyo fundador habia sido Plotino, y discípulo y sucesor de Yámblico, era un anciano cuyo entendimiento vigoroso se elevaba hasta el cielo, á medida que su cuerpo se inclinaba hácia la tierra. Juliano queria adquirir toda su ciencia mas el anciano le dijo: «Amable pretendiente de la sabiduría, mi cuerpo es un edificio ruinoso, próximo á desplomarse: preguntad á mis hijos. (25)»

Estos que Edesio llamaba sus hijos eran sus discípulos Máximo, Prisco, Eusebio y Crisanto: Juliano se dirigió primero á los dos últimos. Eusebio no daba crédito á la teurgia, y hablaba á Juliano contra los que operaban prodigios: Contóle que Máximo habia hecho sonreir en su presencia por medio de un grano de incienso purificado, y de un himno cantado en voz baja, á la estátua de la diosa del templo de Hecate, y que las antorchas se habian encendido por sí mismas (26). Arrabatado Juliano en el acto por la curiosidad, no quiso escuchar ya los raciocinios de Eusebio, y se apresuró á ir á buscar á Máximo á Efeso.

Máximo, de una edad que frisaba en la vejez llevaba una larga barba blanca: su elocuencia era atractiva, y el sonido de su voz se hermanaba tanto con la expresion de sus miradas, que no era posible resistir á su prestigio (27). Apremiado por Juliano mandó llamar á Crisanto, y ambos le instruyeron. Máximo condujo al jóven príncipe al subterráneo de un templo; despues de las evocaciones oyóse un grande estruendo, y aparecieron varios espectros de fuego. Juliano sobrecogido de terror hizo involuntariamente y por costumbre la señal de la cruz, y las sombras se desvanecieron. Juliano no pudo entonces dejar de admirar el poder del signo de los cristianos, y el filósofo le dijo con voz severa: «¿Creeis haber intimidado á los dioses? se han retirado por que no quieren tener relacion alguna con profanos como vos. (28)»

Ignórase lo restante de aquella iniciacion; pero aseguran que Máximo predijo el imperio á Juliano, si juraba abolir el Cristianismo y restablecer el antiguo culto.

Ademas, por densas que fuesen las nubes con que el neoplatonismo rodeaba su doctrina, sabemos que admitia potencias subordinadas, con las que se comerciaba por medio de la ciencia de la cábala. Como los filósofos no podian justificar las locuras del politeismo tomado en el sentido absoluto, componian un sistema de alegorías en las que encerraban las verdades de la física, de la moral y de la teología. Admitian un Dios.—Principio, cuyos atributos se convertian en divinidades inferiores.—Los astros, la tierra, el mar, los reinos, las ciudades, las casas, lo mismo que las virtudes y las artes tenian sus genios: los que al propio tiempo se ruborizaban y gloriaban de las antiguas supersticiones, recargaban así la imaginacion inventando para justificarlas un sistema digno de ellas.

Subsistia en el fondo la antigua doctrina platónica llenando el intérvalo inconmensurable que separa al hombre de Dios, seres que eran mas ó menos sublimes á medida que se hallaban mas próximos á Dios ó al hombre: nuestra alma, segun los grados de su virtud, se remontaba por esa dilatada cadena de héroes, genios y dioses, é iba á abismarse en el seno del Ser Supremo, hermosura, verdad, soberano bien, ciencia completa.

Mas atraido por los misterios que saciado de secretos, Juliano fue á buscar al fondo de la Grecia un anciano, sacerdote de Eleusis, que tenia fama de no ignorar cosa alguna. Si damos fe á Ennapo, única autoridad de esta narracion, Juliano en el acto de su rompimiento con Constancio, llamó al referido sacerdote á las Galias, y le participó su proyecto, que no habia revelado mas que á Oribases su médico, y á Evemero su bibliotecario.

Juliano se hallaba versado en la teurgia y en ambas adivinaciones: sus creencias se componian de una mezcla de neoplatonismo, y de algunos recuerdos de su primera educacion cristiana, envuelto el todo en el helenismo y en la mitología homérica. El neoplatonismo unia á la doctrina de Platon ideas tomadas de las escuelas pitagórica, estóica y peripatética. En virtud de la ley de la metempsicosis, pensaba Juliano haber heredado el alma de Alejandro: supersticion natural en el valor, el ingenio y la gloria.

Libanio compara la verdad entrando de nuevo en el espíritu de Juliano, purificada del Cristianismo, á la estátua de los dioses vuelta á colocar en el templo en otro tiempo profanado. Segun el mismo Libanio, las divinidades amigas despertaban al discípulo imperial, tocando suavemente sus manos y sus cabellos (29); distinguia la voz de Júpiter de la de Minerva, y no se engañaba en la figura de Hércules y de Apolo: platónico en el espíritu, estóico en el carácter, cínico en algunas costumbres exteriores, Juliano oraba y ayunaba en honor de Isis, de Pan ó de Hecate, del mismo modo que los Padres del desierto, sus contemporáneos, ayunaban y oraban en los dias de vigilia y de abstinencia. Si en aquella época afectaba la filosofía austeridad y pretendia obrar prodigios, es porque se veia obligada á oponer alguna cosa á las virtudes y maravillas de los cristianos.

En efecto, poco tiempo despues del reinado de Juliano se promovió una persecucion contra los hombres acusados de magia, y esta magia no era sino la reaccion y el contrapunto de los milagros. El Cristianismo habia obligado al helenismo á recurrir á la imitacion para conservar su poderío. La ceremonia del taureóbolo ó del crióbolo que remontaba por su principio á la mas remota antigüedad, se habia convertido en una simple parodia del bautismo. En la orilla de una zanja cubierta con una piedra horadada, el sacrificador degollaba un toro ó un becerro; la sangre de la víctima caia por los agujeros sobre el prosélito, colocado en el fondo de la zanja, y las manchas de aquel pecador quedaban lavadas, al menos por veinte años. Los filósofos eran los solitarios de la religion de Júpiter, y como los ermitaños del Cristianismo, atribuíanse un poder sobrenatural. Plotino evocaba con la ayuda de un egipcio á su propio demonio; cuando murió salió un dragon de debajo de su lecho y atravesó una pared. Yámblico se elevaba por el aire, y su cuerpo parecia resplandeciente; con el sonido de una palabra hizo un dia que saliesen del fondo de un baño Ero y Antero, genios del amor. Edesio obligaba á los dioses á descender del Olimpo, y recibia de ellos oráculos en versos exámetros (30). Acabamos de ver las farsas de Máximo y de Crisanto; pues Simon el Mago y Apolonio de Tianea habian tenido las mismas pretensiones á la virtud teurgica. Celso habia opuesto á los milagros de Jesucristo los prodigios de Esculapio, de Apolo, de Aristes y de Abaris. Los filósofos afectaban tanta semejanza con los ascéticos, que Juliano en un momento de enfado contra los cínicos, los compara á los monges galileos (31): pronto veremos á este príncipe procurando ordenar la policía de los templos con arreglo á la disciplina de las Iglesias. Finalmente, los idólatras reformados habian colocado una Trinidad á la cabeza de sus dioses; porque el paganismo, vencido en todas partes, se veia obligado, por decirlo así, á hacerse cristiano.

Sin embargo, en esta trasfusion de la sangre social, en realizacion de la revolucion mas grande de la inteligencia, debemos observar tambien para ser justos y sinceros, la parte que el Cristianismo podia haber admitido de la filosofía y del paganismo.

¿El Cristianismo recibió de la filosofía los dogmas de la Trinidad, del Logos ó del Verbo?

Tuve ya ocasion de tratar en otra parte de esta cuestion: observé (32) que los Egipcios pudieron muy

bien haber conocido la Trinidad, como lo probaba la inscripcion griega del grande obelisco del circo mayor de Roma: cité un oráculo de Serapis, referido por Heráclidas del Ponto y Porfirio (33), cuyo oráculo manifiesta esplícitamente el dogma de la Trinidad (34).

Los Magos tenian una especie de Trinidad en su Metris, Oromasis y Arimanis, ó Mitra, Oromas y Arimanes. Platon parece indicar la Trinidad en el Timeo, el Epinomes; y en una carta á Dionisio el Jóven, cita el Verbo del modo mas claro. Segun su doctrina, el Verbo Divino ha ordenado el Universo y le ha hecho visible (35): Platon habia tomado el dogma de la Trinidad de Timeo de Locros, que lo aprendió en la escuela itálica. Los Pitagóricos confesaban la excelencia del Ternario: el Tres no es producido y produce todas las demás fracciones, por lo que tenia en la escuela pitagórica la calificacion de número sin madre. Los Estóicos profesaban la misma teología, como lo atestigua Tertuliano, citando á Zenon y á Cleanto (36).

En las Indias y en el Tibet propiamente dicho, los Libros sagrados mencionan el Verbo y la Trinidad. Por último, los misioneros ingleses creen haber encontrado la Trinidad hasta en la religion de los salvajes de Otaiti (37).

Los primeros padres de la Iglesia, salidos casi todos de la escuela platónica, han confesado que su antiguo maestro se habia aproximado algunas veces á la doctrina pura; así se encuentra en Orígenes, en Tertuliano, en San Justino, en Atanasio (38) y en San Agustin. Este último refiere que habiendo leido los tratados de los Platónicos, descubrió en ellos las verdades de la fe relativas al Verbo de Dios, tales como se anuncian en el primer capítulo del Evangelio de San Juan. Observa que habiendo oido hablar del Cristianismo, muchos platónicos convinieron en que el Mesías era el Hombre Dios, y en que la verdad permanente, la inmutable sabiduría se habia encarnado (39). Platon habia declarado que si el Justo venia á la tierra seria desconocido y crucificado. Hábiase esparcido desde la Persia hasta el fondo de Occidente, una tradicion confusa de las encarnaciones del Dios indio.

Constantino en la arenga que he citado, señaló á Platon como el primer filósofo que atrajo los hombres á la contemplacion de las cosas divinas (40).

Muy natural es que un hombre del talento de Platon se acercase á la verdad revelada, por la fuerza de su penetracion: las verdades de la inteligencia, como todas las otras verdades, nos son mas ó menos accesibles segun la mayor ó menor superioridad de nuestro entendimiento. Pero la filosofía de Platon se hallaba envuelta en tanta oscuridad, en tantas contradicciones y errores, que es difícil deducir de ella el sistema de los cristianos. Despues Aristóbulo, José, S. Justino, Orígenes y Eusebio de Cesárea (41), anunciaron y probaron que Platon habia tenido conocimiento de los libros hebreos, y, que en ellos habia bebido esa parte de su filosofía que tan poco se asemeja á la que le pertenece como propia, ó por mejor decir á Pitágoras, los ejemplares de las ideas y de la armonía de las esferas.

Pero ninguna induccion razonable puede inferirse de las doctrinas que han corrido despues del advenimiento de Cristo: el neoplatonismo en vez de haber dado á los cristianos la Trinidad, se la hubiera antes arrebatado, y Plotino y Porfiro recompusieron su sistema confuso del Ternario por el sistema positivo y claro de la nueva religion. Entonces apareció el dogma trinitario de los paganos mas esplícitamente enunciado, los tres dioses, los tres entendimientos, los tres reyes reunidos en la unidad demiúrgica. Los filósofos admiraban mucho las primeras palabras del Evangelio segun San Juan.: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios:* Decian que era necesario escribirlas en letras de oro en la fachada de los templos (42): San Basilio (43) asegura que habian llegado al extremo de apoderarse de las tales palabras, é insertarlas en sus obras cual si les perteneciesen. Eusebio de Cesarea, Teodoreto y San Cirilo de Alejandría acusaron y convencieron á Amelio, discípulo de Plotino, de ser un plagiario del Evangelio de San Juan, de este apóstol á quien Amelio llama desdeñosamente bárbaro (44). Teodoreto compara los Neoplatónicos, imitadores de los fieles (y en particular á Porfiro), á las monas y á la corneja de Esopo (45).

Solo puedo indicaros en los presentes estudios los asuntos que exigen un desarrollo considerable. Convendria examinar si antes del Cristianismo revelado, existió ó no un Cristianismo oscuro, universal, esparcido por todas las religiones y todos los sistemas filosóficos de la tierra; sino se encuentra por do quiera una idea confusa de la Trinidad, del Verbo, de la Encarnacion, de la Redencion, de la caida primitiva del hombre; si el Cristianismo hizo ó no salir del fondo del santuario las doctrinas misteriosas que no se trasmitian sino por la iniciacion; si llevando en sí su propia luz, no recogió todas las luces que podian unirse á su esencia, y si fue ó no una especie de eclectismo superior, una eleccion exquisita de las verdades mas puras.

Hace tiempo ya que se ha inquirido el grado de influencia que pudo ejercer la filosofía sobre la doctrina de los padres de la Iglesia: por una parte se ha sostenido que trasformaron el Cristianismo moral de los apóstoles en el Cristianismo metafísico del concilio de Nicea; y por otra se ha combatido este aserto (46).

Los que querian defender á los Padres acusados de platonismo, hubieran podido valerse de la autoridad misma de Juliano, que pretende probar la falsedad del sistema de los cristianos, oponiéndoles el del gefe de la Academia: y en un pasaje, cuyo estilo abunda en belleza y en pensamientos elevados, compara la creacion referida por Moisés á la creacion tal cual la supone Platon. El dios de Moisés, dice, no he creado, ó por mejor decir no ha *coordinado* sino la naturaleza material, el *mundo de los cuerpos;* no habia poder alguno que engendrase la naturaleza espiritual, el mundo animado, mientras que el dios de Platon da á luz primero los seres inteligentes, las Potencias, los Angeles, los Genios, los cuales crean en seguida por delegacion del Dios Supremo, las formas ó la naturaleza visible que los representan, los Cielos, el Sol y las Esferas, que son los vestidos ó las imágenes de las Potencias, de los Angeles y de los Genios.

El principio esencial del alma, es uno de los misterios en que mas tarde nos hemos fijado; los Padres vacilan y presentan diferentes opiniones, y en los siglos IX, X y XI el campo de las discusiones permanecia abierto, aun sobre este punto á los escritores eclesiásticos.

Todo esto en nada perjudica á la cuestion fundamental; aun cuando fuese posible probar que se conocieron mas ó menos las doctrinas del Cristianismo antes de su era, nada podria perder con esta prueba. Lo he dicho ya, los entendimientos vigorosos pudieron descubrir las verdades radicales, antes de que el género humano hubiese adquirido estas mismas verdades por medio de una revelacion directa. Lejos de destruir la fe, este seria un nuevo y prodigioso argumento en su favor, porque entonces quedaria demostrado que es conforme á la religion natural de las inteligencias mas elevadas.

Tales son las relaciones que existian entre la filosofía y el Cristianismo. En cuanto al paganismo, la religion cristiana tomó de él algunas fórmulas aplicables á todas las religiones, algunos ritos, algunas preces, cierta pompa, que solo necesitaban mudar de

objeto para ser verdaderamente santa: el incienso, las flores, los vasos de oro y de plata, las lámparas, las coronas, las luces, el lino, la seda, los cantos, las procesiones, las épocas de ciertas fiestas, pasaron de las aras vencidas al altar triunfante. El paganismo intentó robar al Cristianismo sus dogmas y su moral; el Cristianismo arrebató al Paganismo sus ornamentos: el primero era incapaz de conservar lo que habia robado, y el segundo santificaba lo que habia tomado.

La apostasía del primo de Constancio, que al pronto se ocultó cuidadosamente á la muchedumbre, llegó á noticia de un reducido número de filósofos y sacerdotes que aguardaban la rehabilitacion de los dias antiguos, cual hombres que, extraños al mundo en que viven, sueñan entre nosotros la vuelta imposible de lo pasado. Sin embargo, no pudo guardarse tanto el secreto de la mudanza de Juliano, que no traspirase en parte fuera del palacio. Aun en el dia se conserva una carta de Galo del año de 351 ó 352, en la que el César menciona las noticias que corrian en Antioquía. «Suponian escribia á Juliano que se hallaba entonces en Jónia, que habiais abandonado la religion de nuestros antepasados y abrazado el helenismo; mas no he tardado en desengañarme. Decio me ha dicho que estábais por el contrario lleno de celo construyendo oratorios, y que os agradaba estar en las tumbas de los mártires.» Galo llama al Cristianismo la religion de sus antepasados, y San Gregorio de Nazianceno le da el nombre de religion antigua. ¡Cuán mudado estaba el mundo romano! ¡Cuán rápida habia sido la conquista del Evangelio!

Pero si el Cristianismo habia hecho tantos progresos exteriores, no era menos admirable el desarrollo de su poder interior. Ya podia reconocerse su carácter universal, no solamente en el sentido de su difusion por los pueblos, sino tambien el de su armonía con las diferentes facultades del hombre: Ved al Cristianismo explicando en el mas hermoso lenguaje las ideas mas sublimes, no obstante que lo predicaron entendimientos obtusos, artesanos groseros sin educacion y sin letras. ¿Cómo habia podido producir Pedro el pescador á Gregorio el poeta, á Basilio el filósofo y á Juan boca de oro, el orador? Porque Jesús el Cristo estaba detrás de Pedro el apóstol, y el Verbo increado contenia la virtud de la palabra humana: Hijo de Dios, manantial de todas las luces y de todos los bienes, distribuíalos á sus servidores en proporcion de las necesidades sucesivas de la sociedad, dando oportunamente la sencillez ó la elocuencia, la fuerza de las costumbres ó la claridad del entendimiento. De esa cruz tan tosca, de ese leño que no ofreció por el pronto á la adoracion del Universo sino un patíbulo y un sentenciado, fluyeron gradualmente las perfecciones de la esencia divina.

Juliano, encumbrado al imperio, publicó un edicto de tolerancia universal. Los obispos y los sacerdotes, á cualquiera comunion que perteneciesen, ora fuesen Arrianos, Donatistas, Novacianos, Ennomianos, Macedonios ó Católicos, fueron igualmente protegidos por el que los miraba á todos con menosprecio, y esperaba debilitarlos dividiéndolos. No obstante, hace observar él mismo, que llamó á los obispos desterrados, á sus hogares y no á sus sedes: reunia á los gefes de las sectas, y cuando se encolerizaban les gritaba: «¡Escuchadme! que los Francos y los Alemanes me han prestado atencion (47).» En sus cartas recomienda la moderacion para con los cristianos, y solo haciendo gestos conserva la imparcialidad filosófica: su odio se trasluce al través de una afectada tolerancia, y le arranca palabras sangrientas.

Juliano exceptuó de su amnistía á Atanasio por una preferencia merecida. «Seria peligroso, dice el apóstata en su carta á los habitantes de Alejandria, dejar á la cabeza del pueblo un intrigante; no un hombre, sino un aborto sin valor, que se tiene en tanto mas precio cuanto mayores son los peligros que acumula sobre su cabeza» (48). Y en una carta á Ecdicio, prefecto de Egipto, añade Juliano: «Los dioses son menospreciados: expulsad al malvado Atanasio; ha osado en mi reinado conferir el bautismo á unas mujeres griegas de ilustre cuna» (49).

Eunapo no nos deja duda alguna sobre la sinceridad religiosa de Juliano; basta por lo demás leer los fragmentos que nos quedan de las obras de este emperador, tan original en clase de hombre como extraordinario en clase de príncipe, para convencernos de que era pagano de buena fe. Habia adquirido en las iniciaciones y en las sociedades secretas tal grado de entusiasmo que llegaba al extremo de interpretar los sueños y creer en las apariciones.

A la salida y á la puesta del sol inmolaba una víctima á Apolo; su divinidad favorita; creía en la Trinidad de los Platónicos, y el sol era á sus ojos el Logos, el Hijo del Padre soberano, el Verbo ardiente que trasmite la vida al universo. Por la noche honraba Juliano á la luna y á las estrellas, con las que se unen las almas de los heroes. En las grandes solemninades complaciase en representar el papel de sacrificador y de arúspice.

«No deja de ser un hermoso espectáculo, ver al emperador de los Romanos hendir la leña, degollar las víctimas, consultar sus entrañas, soplar el fuego de los altares en presencia de algunas viejas, con los carrillos hinchados, provocando la risa de los mismos, cuyos elogios deseaba excitar!» En las fiestas de Venus, marchaba entre dos tropas de gentes prostituidas de uno y otro sexo, afectando gravedad en medio de las carcajadas de la disolucion, levantando los hombros, llevando delante su puntiaguda barba, y alargando sus menudos pasos para imitar la marcha de un gigante. San Crisóstomo (50) duda que la posteridad quiera dar crédito á su narracion, y conjura para que atestigüen la verdad de sus palabras á los ancianos que le escuchaban, y que podian haber sido testigos de tanta indignidad.

El emperador hacia todas estas cosas en clase de soberano pontífice, dignidad que entre los Romanos iba unida á la soberanía política. Dejaba exhausto el erario con los gastos de un culto que no era posible restablecer: ofrecia en holocausto aves raras, y algunas veces veíanse acumulados junto al ara de un solo altar cien toros en un mismo dia. Los pueblos decian que si volvia vencedor de los Persas, destruiria la raza de los toros. Parecíase en esto, segun la observacion de Ammiano-Marcelino, al César Marco, á quien los toros blancos habian escrito este billete: «Los toros blancos al César Marco, salud: Hemos concluido si triunfais» (51).

Juliano prodigaba magníficos presentes á los santuarios célebres, de Dodona, Delfos y Delos; y cuando llegó á Antioquía, su primer cuidado fue ofrecer sacrificios en la cima del monte Casio. Supo con santo regocijo que el gobernador de Egipto habia encontrado el buey Apis: mandó limpiar en Dafne la fuente Castalia; pero al visitar aquel sitio tan célebre por su belleza, tuvo un gran motivo de dolor, porque el bosque de laureles y de cipreses se habia convertido en un cementerio cristiano, donde Galo habia depositado el cuerpo de San Babilas. «Figurábame de antemano, dijo Juliano, una pompa magnífica: no imaginaba sino víctimas, libaciones, perfumes y coros de hermosos niños, cuya alma fuese tan pura como blanco su vestido. Entro en el templo y no encuentro incienso, tortas, ni víctimas.... Me dirijo al sacerdote y le pregunto qué sacrificará la ciudad á los dioses en aquella fiesta solemne.—Aqui hay un ganso que he traido de mi casa, me responde» (52).

Repáráronse los templos destruidos por el tiempo ó por los cristianos: Juliano fue el Lutero pagano de su siglo que emprendió la reforma de la idolatría, to-

mando por modelo la disciplina de los cristianos. Llenándole de admiracion la fraternidad evangélica, deseaba que los paganos se uniesen así desde el uno al otro extremo de la tierra; queria que los sacerdotes del helenismo tuviesen la virtud de los sacerdotes de la cruz; que fuesen como estos, irreprensibles, y que á imitacion suya predicasen la piedad, caridad y la hospitalidad. Ordenó preces graves y regulares en horas fijas, cantadas por dos coros en los templos, y finalmente proponíase fundar monasterios de hombres y de mujeres, y hospitales.

«¿No debemos avergonzarnos acaso de que los Galileos, esos impios, despues de haber alimentado á sus pobres, alimenten tambien á los nuestros á quienes dejamos en completa miseria? (53).» San Gregorio Nazianceno observa que aquellos imitadores de los cristianos no podian apoyarse en el ejemplo de sus dioses, y que habia contradicion entre su moral y su fe.

El mismo celo que manifestaba Juliano por el paganismo, tenia por la filosofía, y amaba á un retórico con la misma ternura que á un augur. Cuando se verificó su rompimiento con Constancia, habíase lisonjeado de que Máximo correria á las Galias. Regresaba de su última expedicion al otro lado del Rhin, y en todas partes preguntaba al pasar si habia llegado algun filósofo: descubrió de lejos á un cinico, y tomándole por Máximo se dejó llevar de la alegría; mas era otro filósofo amigo de Juliano (54). ¿No parece que se está viendo á un emperador humillando su púrpura ante un anacoreta, ó un caballero cruzado besando la manga de Pedro el ermitaño?

Pero Juliano no fue mas afortunado con los filósofos que con los sacerdotes, porque se corrompieron en su córte. Máximo y algunos otros sofistas adquirieron fortunas escandalosas, y desmintieron con sus costumbres la rigidez de sus doctrinas: Crisanto, Libanio y Aristómenes fueron los únicos que se conservaron en una reserva laudable. Juliano habia tenido á San Basilio por condiscipulo en Atenas, y procuró atraerle á su lado; mas el filósofo cristiano desechó desde su soledad la amistad del filósofo pagano en el trono.

«Luego, dice San Crisóstomo (toscamente traducido por Tillemont), luego que Juliano publicó su edicto restableciendo la idolatría, vióse correr de todas las partes del mundo á los magos, á los encantadores, á los adivinos, á los augures y á cuantos traficaban con la impostura y la ilusion; de suerte que el palacio entero estaba lleno de gentes sin honor y de vagamundos. Los que hacia tanto tiempo se veian reducidos á la última miseria; los que por sus hechicerías y maleficios se habian consumido en las cárceles y en las minas; los que arrastraban á duras penas una vida miserable en los empleos mas humildes y vergonzosos, todos estos, encumbrados á sacerdotes y á pontífices, hallábanse en un instante colmados de honores. El emperador no haciendo caso de los generales ni de los magistrados, y no dignándose siquiera hablarles, llevaba consigo por la ciudad á los jóvenes perdidos en los desórdenes, y á las cortesanas que acababan de salir de los lugares infames de su prostitucion. El caballo del emperador y sus guardias le seguian á larga distancia, mientras que esta tropa infame rodeaba su persona y se presentaba en la primera fila de honor, en medio de las plazas públicas, diciendo y haciendo cuanto puede esperarse de gente de su raléa.»

La apostasía condujo á Juliano al fanatismo, y de este á la persecucion; porque cuando el hombre ha cometido una falta que supone irreparable, el orgullo le hace buscar un abrigo en la falta misma. Juliano intentó dos cosas difíciles; enardecer el celo de los idólatras hácia un culto que habia perdido su prestigio, y provocar las apostasías entre los cristianos. Estimulador de la avaricia y de la debilidad, ofrecia oro y honor á la apostasía, pero se estrelló contra la fe fervorosa y contra la fe tibia. El mismo se queja de no encontrar á casi ninguna persona dispuesta á ofrecer sacrificios; confiesa que el discurso helénico que dirigió al Senado cristiano de Berea, elegiado en la forma, no obtuvo suceso alguno en el fondo, y reconviene á los habitantes de Alejandría por haber abandonado á los dioses de Alejandro por un Verbo que ni ellos ni sus padres habian visto nunca (55, Crisanto usó de moderacion con los cristianos, adivinando que su culto no tardaria en triunfar. El mundo antiguo y el moderno rechazaron á Juliano; el primero en su decrepitud, hubiera procurado en vano enderezarse como un jóven; el segundo adolescente vigoroso, no pudo encorvarse como un viejo.

La mision del César apóstol con los soldados tuvo la suerte que debia esperar en los campamentos: ordenó á los oficiales que dejasen la fe ó la espada, y Valentiniano abandonó la postrera, que le dejó la libre diestra para tomar la corona. En cuanto á las legiones, las de Occidente, compuestas de Galos y de Germanos, acomodáronse perfectamente con él vino, las hecatombes y los bueyes gordos (56); dejóse á las legiones de Oriente el lábaro, pero despues de borrar el monógrama en Cristo, y ocultóse la idolatría entre una confusion cobarde y hábilmente dispuesta de los emblemas de la guerra y de la dignidad real.

El emperador resolvió reconstruir el templo de Jerusalén, con el objeto de dejar burlada una profecía en que se apoyaban los cristianos; pero saliendo del seno de la tierra globos de fuego. dispersaron á los obreros. Abandonóse la empresa (57), que era poco digna de un espíritu filosófico. Ultimo testigo del cumplimiento de la palabra del Señor, he visto á Jerusalén: *Non relinquetur lapis super lapidem.*

Finalmente, Juliano prohibió á los fieles enseñar la literatura: por los niños principalmente penetraba el Evangelio en el corazon de los padres. «Dejad que se acerquen á mí los párvulos!»—«O no expliqueis, decia el emperador en su edicto, á los escritores profanos si condenais su doctrina; ó si los explicais, aprobad sus sentimientos. Creeis que Homero, Hesiodo y sus iguales profesan el error: explicad, pues, á Mateo y á Lucas en las iglesias de los galileos (58).»

Los maestros cristianos privados de las cátedras de elocuencia y de literatura, recurrieron á un medio ingenioso para probar que no eran unos zafios, que se viesen obligados á permanecer en la barbarie de su origen como decia Juliano. Compusieron (y continuó la costumbre) sobre temas de moral y teología, y sobre asuntos sacados de la Historia Santa, himnos, idilios, elegías, odas, tragedias y aun comedias. Nos han quedado muchos de aquellos poemas, que abren nuevas sendas al talento, aplican el arte de versificar á las asperidades de la alta metafísica, y acomodan la lengua de las Musas á las formas de las ideas, del mismo modo que se habia plegado en todos tiempos á las de las imágenes (59).

Este golpe fue sin embargo muy duro para los cristianos; los grandes ingenios que combatian entonces por la fe, hubieran preferido sufrir una persecucion sangrienta: no pueden guardar silencio, hablan sin cesar de esta iniquidad, y como el siglo en medio de los bárbaros armados era filosófico y literario, ni aun los mismos paganos aplaudieron la órden de Juliano; y Ammiano la trató de injusta (60).

Las controversias religiosas ó políticas principian generalmente por los escritos y terminan por las armas; no sucedió así durante la revolucion que ofreció el primero y único ejemplo de una variacion completa en la religion nacional de un gran pueblo civilizado. Asesinaron desde luego á los cristianos en diez batallas ordenadas, las diez persecuciones generales, y los cristianos entregaron su cabeza sin procurar defenderse por la fuerza; pero reconocieron desde el principio

la necesidad de escribir para demostrar su inocencia y asegurar su fe. Al Cristianismo se debe la libertad del pensamiento escrito, que tan cara costó á los que la conquistaron, pues desdeñáronse primero los hombres de responder á ella de otro modo que con los garfios de hierro y las garras de los leones. Cuando el Evangelio hubo ganado las voluntades de la muchedumbre, el politeismo, obligado á renunciar á la guerra de la espada, aceptó la de la pluma, y la idolatria se refugió en los dos extremos opuestos de la sociedad, en los ignorantes y los literatos. Los filósofos, los retóricos, los poetas y los gramáticos sostuvieron vigorosamente el paganismo con los hombres rústicos: los primeros por el orgullo de la ciencia, y los segundos por la privacion de todo saber. Desde el siglo III de la era cristiana hasta la abolicion completa de la idolatria, no puede abrirse un libro de filosofía, de religion, de ciencias, de historia, de elocuencia ó poesía, sin hallar en él el combate de ambas religiones. En el reinado de Juliano encontramos á Libanio, Edesio, Prisco, Máximo y Sopatro, oradores y sofistas: Andrónico y Delfidas, poetas: Ammiano-Marcelino y Aurelio-Victor, historiadores: Mamertino, panegirista: Oribases, médico: y al mismo Juliano, orador, poeta é historiador; combatiendo todos contra Atanasio, Basilio, los dos Gregorios, el de Niza y el Nazianceno, Diodoro de Társis, oradores, filósofos, poetas é historiadores; Cesario, médico y hermano de Gregorio el Nazianceno, y Proheresio, retórico, que prefirió abandonar su cátedra de Atenas á ser exceptuado del edicto que prohibia á los cristianos la enseñanza.

Juliano preludió las persecuciones que meditaba con una especie de apologia del paganismo; porque pintando la inocencia de sus dioses, y condenando al Dios á quien habia abandonado, justificaba indirectamente su apostasía. En medio de los cuidados que exigia de su parte el imperio, tuvo tiempo para dictar la obra de que San Cirilo nos ha conservado una parte en la refutacion que de ella hizo.

Juliano se remonta al tiempo de Moisés; compara su sistema de la creacion del mundo al de Platon, y da la preferencia al postrero.

Dios, despues de haber hecho al hombre, dijo: «no es conveniente que el hombre viva solo;» y crió á la mujer que perdió al hombre.

¿Qué pensaremos de la serpiente que habló? ¿En qué lengua hablaba? ¿Y cómo despues de haber visto esta podremos burlarnos de las fábulas populares de la Grecia?

Dios prohibió á nuestros primeros padres el conocimiento del bien y del mal; vedóles que tocasen el árbol de la vida, temiendo que lograsen vivir siempre: blasfemia es esta contra Dios, ó alegoría. ¿Entonces por qué hemos de desechar los mitos de los filósofos?

Dios eligió por pueblo suyo á los hebreos: ¿y como un Dios justo pudo abandonar á todas las demás naciones? Entre los griegos el Dios criador es el rey y el padre comun de los hombres.

Juliano observa que existen pocas naciones en Occidente que sean propias para el estudio de la filosofía y de la geometría: mucho han cambiado los tiempos.

Quereis que creamos en la torre de Babél, y no quereis dar fe á los gigantes de Homero, que hacinaron tres montañas una sobre otra para escalar el cielo! El Decálogo no contiene sino preceptos vulgares: el Dios de los Hebréos es un Dios zeloso que no sufre otro; y vosotros, ¡oh Galileos! dais á ese Dios un Hijo supuesto que nunca conoció.

¿Quién es ese Dios siempre irritado, que queriendo castigar á algunos hombres culpables hace perecer á cien mil inocentes? (61) Comparad el legislador de los Hebréos con los legisladores de Grecia y de Roma, con los grandes hombres de Egipto y de Babilonia.

¿Quién es ese Jesús, corruptor de los mas viles Judíos, y á quien no se conoce sino de trescientos años á esta parte; ese Jesús, que nada hizo en el trascurso de su vida sino curar á varios cojos y á algunos endemoniados? Esculapio es muy distinto salvador de la humanidad.

La inspiracion divina enviada por los dioses, no tiene sino una época, y los oráculos famosos cesan con la revolucion de los siglos.

Los Galileos no han tomado de los Hebreos sino su furor y su odio contra la especie humana: han renunciado al culto de un solo Dios para adorar á hombres miserables; y como la sanguijuela han chupado la sangre mas corrompida de los Judíos dejándoles la mas pura.

Jesús y Pablo no pudieron prever las quimeras que formarian algun dia los Galileos, ni adivinar el grado de poder á que lograrian encumbrarse estos andando el tiempo. Pablo y Jesús no tenian mas pretension que engañar á algunas criadas y esclavos ignorantes.

¿Pueden citarse en el reinado de Tiberio y de Claudio, cristianos distinguidos por su cuna ó por su mérito?

El agua del bautismo no quita la lepra ni el empeino, ni cura la gota ni la disentería; pero borra el adulterio, la rapiña, y linpia el alma de todos los vicios.

Si el Verbo es Dios, viniendo de Dios ¿cómo Maria, mujer mortal, ha dado á luz un Dios?

Ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas, ni Marcos osaron decir que Jesús fue un Dios; pero cuando en Italia y Grecia un gran número de personas le hubieron reconocido por tal, y principiaron á venerar los sepulcros de Pedro y de Pablo, entonces Juan declaró que el Verbo se habia hecho carne y habitado entre nosotros. Sin embargo, cuando nombra á Dios y al Verbo, no nombra á Jesús ni á Cristo. Juan debe ser considerado como el orígen de todos los males.

Siguen despues de esto algunas consideraciones sobre el sacrificio de Abraham.

Muchas cosas deben admirarnos en esta obra truncada de Juliano. Confiésanse en ella los milagros de Jesucristo, reconócense los homenajes tributados á las tumbas de San Pedro y de San Pablo, y testificase el silencio de los oráculos, añadiendo que San Juan es el manantial de todos los males. Lo cual significa que anunció la doctrina del Verbo, y que no existe medio de sostener que esta doctrina establecida por el discípulo muy amado, se tomó dos siglos mas tarde de la escuela de Alejandría: por lo demás el ataque es flojo.

Juliano cierra los ojos para no ver los rasgos sublimes de los libros de Moisés, ni lo inefable del Evangelio, y sus raciocinios realzan aun la gloria que pretende rebajar. ¿Cómo es que en el reinado de Claudio y de Tiberio, en el nacimiento mismo de la era cristiana, contaba apenas el Cristianismo por neófitos á algunos criados y esclavos, y que casi en seguida vió el apóstol Juan la Grecia y la Italia cubiertas de cristianos, y venerando los sepulcros de Pedro y de Pablo? Juliano no conoce que con esta relacion suministra nueva fuerza al milagro del establecimiento del Cristianismo. La causa humana de la propagacion sorprendente de la fe, es que la primera de todas las verdades, la verdad que engendra todas las demás, la verdad de la unidad de Dios, habia venido á destronar á la primera de todas las mentiras, á la mentira que engendra todos los errores, á la mentira de la pluralidad de los dioses. Una vez divulgada esta verdad entre la muchedumbre, despues de una ausencia de muchos miles de años, obró en los ánimos con su energía esencial y nativa.

Juliano, perseguidor de nueva especie, afectó sustituir al nombre de cristiano el de galileo, que habian

empleado ya Epicteto y algunos heresiarcas. Uniendo la burla á la injusticia, despojaba de sus propiedades á los discípulos del Evangelio, diciendo: «Su ley admirable les prescribe que renuncien á los bienes de la tierra para llegar al reino de los cielos; y nosotros deseando facilitarles graciosamente el viaje, mandamos que se les alivie del peso de todos sus bienes.» Cuando los cristianos osaban quejarse, respondian: «La vocacion de un cristiano ¿no es acaso padecer?»

Habíanse destruido muchos edificios paganos en el reinado de Constancio, y otros habian sido convertidos en iglesias: Juliano obligó al clero á restituir estos, y á reedificar aquellos, y siendo atacados los intereses adquiridos, produjeron desórdenes. Marcos, obispo de Aretusa, á la cabeza de su grey habia derribado un templo; y como era harto pobre para poder restituir su valor, prendieron al prelado en virtud de la ley romana que entrega á los acreedores la persona del deudor insolvente. Despues de haberle azotado con varas y arrancado la barba, frotaron su cuerpo desnudo con miel, y colgando al anciano envuelto en una red, le expusieron á los rayos de un sol ardiente á la picadura de las moscas. Marcos habia libertado á Juliano en su niñez de los furores de Constancio, como Joad habia sustraido á Joas de las manos de Atalía; y vióse tratado del mismo modo que Joad por el príncipe, ingrato con el gran sacerdote é infiel á Dios que lo habian salvado.

Decidido á volver al templo y al bosque de Dafne su antigua pompa, mandó Juliano quitar las reliquias de San Babilas del cementerio cristiano: el pueblo se amotinó, y prendió fuego al templo de Apolo. El emperador irritado ordenó á su tio Juliano, Conde de Oriente y apóstata como el sobrino, que cerrase la catedral de Antioquia y confiscase sus rentas. El Conde puso entredicho á las demás iglesias, mancilló los vasos sagrados; y condenó ó muerte á San Teodoreto. Gaza, Ascalon, Cesárea, Heliópolis y la mayor parte de las ciudades de Syria se levantaron contra los cristianos, no por ardimiento religioso, sino por avaricia, odio y envidia. Despues de haber desenterrado á los muertos, asesinaron á los vivos y arrastraron por las calles los cadáveres despedazados: los cocineros horadaban las víctimas con asadores, las mujeres con sus ruecas; y las entrañas de los sacerdotes y de las reclusas fueron devoradas por aquellos antropófagos, ó arrojadas á los cerdos mezcladas con cebada. Varios adoradores de Jesucristo perecieron degollados sobre las aras de los dioses (62). Pero hay una cosa muy difícil de creer, no obstante el testimonio de dos santos y de dos hombres ilustres (63): que el fondo del Oronto, varias pozos, cuevas, zanjas y estanques se viesen cegados al decir de los autores referidos, por los cuerpos de los mártires decapitados durante la noche, ó por los de los recien-nacidos y de las vírgenes á quienes el emperador inmolaba en sus operaciones mágicas. Habíase acusado á los primeros cristianos de sacrificar niños: devolvíase entonces la calumnia á Juliano.

Teodoreto refiere, que dirigiéndose Juliano á Persia, llegó á Carrhes donde tenia un templo Diana: encerróse en este templo con sus confidentes mas íntimos, y cuando salió mandó sellar las puertas, colocó en ellas una guardia, y prohibió que nadie penetrase en el interior del edificio hasta su vuelta, que nunca se verificó.—Volvieron pues á abrir el templo, ¿y qué encontraron? una mujer colgada de los cabellos, con las manos desplegadas y el vientre abierto. Juliano escudriñando el porvenir en el seno de la víctima, habia llamado á la muerte que le aguardó allí con su guadaña. (64).

El sincero fanatismo de este príncipe, y la familiaridad de los Romanos con el asesinato autorizado por el antiguo derecho paterno; el derecho de la esclavitud, el poder de la espada, y el del juez soberano en el gefe absoluto del imperio, hacen verosímil la narracion de Teodoreto: Ammiano, admirador de Juliano, le acusa de haber sido mas supersticioso que religioso. Augusto y Claudio habian prohibido los sacrificios humanos; pero en la legislacion del despotismo, lo que se prohibe al pueblo se consiente al tirano: el príncipe que crea el crimen, que hace la ley y la aplica, es superior al uno y á la otra.

Juliano meditaba contra los cristianos un plan de persecucion digno de un sofista, y habia aplazado su ejecucion hasta su regreso de la guerra de los Persas, porque necesitaba un triunfo para cubrir la injusticia con la gloria. Exclusion de los Galileos de todos los destinos, prohibicion de los tribunales, necesidad de ofrecer incienso á los ídolos para conservar el derecho de litigar, y hasta de comprar el pan (65): tal era el designio que el odio filosófico, la envidia literaria y el amor propio mortificado habian inspirado al apóstata. Es un rasgo característico de la historia del pueblo que nos ocupa esa privacion de la justicia ordenada siempre como la pena mas terrible que puede imponerse á un ciudadano. La sociedad en esta nacion de maestros estaba penetrada de la ley é incorporada a ella: los fastos del imperio eran una coleccion extensa de jurisprudencia, y el mundo romano un gran tribunal.

Juliano reinó veinte meses y diez y seis ó veinte y tres dias despues de la muerte de Constancio. Ensoberbecido con sus triunfos contra los Francos, envanecido con los embajadores que recibia de los pueblos mas remotos, como los de Trapobana; no quiso admitir la paz que le ofrecia Sapor. Este rey de los reyes, que se habia adornado con la tiara hasta en la noche del seno maternal, este hermano del sol y de la luna (66), perseguia con encarnizamiento á los cristianos, tal vez por animosidad contra su hermano mayor, cuyo trono habia usurpado, Hormidas el desterrado y el cristiano: y el número de las víctimas inmoladas en los Estados de Sapor se ha evaluado en doscientas noventa mil. El que queria destruir á los discípulos del Evangelio por medio de la ley, y el que los entregaba á la espada, iban á venir á las manos: la Providencia armaba al apóstata contra el perseguidor. Juliano se creia tan seguro de la victoria que rehusó la alianza de los Sarracenos; trató con altanería á Arsaces, rey de Armenia, cuya asistencia reclamaba sin embargo, aunque Arsaces profesaba el Cristianismo. Habia reinado en Antioquía una hambre espantosa acrecentada por una medida falsa sobre los granos, y el acumulamiento de un ejército numeroso aumentó esta calamidad. Una fuerza invisible parecia impulsar á Juliano; y en una empresa militar de tan alta importancia no brillaban ni se daban á conocer sus acostumbrados talentos. Habíase desdeñado de atacar á los Godos, porque le lisonjeaba la idea de conquistar la Persia como Alejandro, y solo consiguió la gloria de morir en ella como Sócrates: esclavo siempre de sus recuerdos, sus acciones mas nobles no parecian mas que imitaciones elevadas. Enlazaba á esta esperada conquista grandes proyectos sobre el imperio, y principalmente contra la cruz: el hombre, en sus insensatos proyectos olvida contar la hora que no ha de oir sonar. Juliano penetró en el país enemigo, y cual si temiese que su filosofía hiciera sospechoso su arrojo, se exponia á los peligros sin miramiento. Dejóse engañar por algunos tránsfugas, incendió su flota en el Tigris, y dudó acerca del camino que debia tomar, porque queria ver la llanura de Arbela: no tardó en verse falto de víveres, hostigado por la caballería Persa, y obligado á emprender la retirada. Próximo ya á sucumbir con su ejército, consagraba todavía al estudio y á la contemplacion las horas mas silenciosas de la noche. Hallándose en una de estas horas solitarias leyendo ó escribiendo en su tienda, se le apareció el genio del imperio, á quien habia visto ya en Lutecia, antes de

que le saludasen Augusto: estaba pálido, desfigurado, y se alejó tristemente cubriendo con un velo su cabeza y el cuerno de la abundancia (67). Juliano se levantó apresurándose á ofrecer una libacion á los dioses: descubrió una estrella que atravesó el cielo y se desvaneció (68); el piadoso adorador del Olimpo creyó reconocer en aquel meteoro el astro amenazador del dios Marte. Al dia siguiente, cuando peleaba sin coraza á la cabeza de sus soldados, le rozó el brazo una jabalina atravesándole el costado derecho y penetrando en la parte inferior del hígado; cayó del caballo, desfalleció y cuando volvió á abrir los ojos juzgó, no obstante los cuidados del hábil Oribases, que su herida era mortal.

Un general herido en el campo de batalla espira sobre banderas, noble lecho que el honor concede con frecuencia á sus fieles amigos. Aquí se presenta un espectáculo sin ejemplo: Juliano tendido sobre una estera cubierta con una piel, su lecho ordinario, aparece rodeado de soldados y de sofistas; su muerte es la de un héroe; sus palabras las de un sabio. «Amigos, dijo, llegó el tiempo de dejar la vida: deudor de buena fe, devuelvo alegremente á la naturaleza lo que me pide. Todas las máximas de los filósofos me han enseñado que el alma es de una sustancia mas afortunada que el cuerpo. Sé tambien que los inmortales envian con frecuencia la muerte á los que los reverencian como la mayor recompensa. Los dolores insultan á los cobardes y ceden á los valerosos. Confío haber conservado sin mancha el poder que recibí del cielo, y que fluye de él por emanacion, y doy gracias al Dios Eterno que me arrebata del mundo en medio de una gloriosa carrera. El que desea la muerte antes de que suene su hora, ó el que la tome cuando es oportuna, carecen igualmente de valor....

«Ya no tengo aliento para hablar. Me abstengo de nombrar emperador por miedo de equivocar el mas digno, ó de exponer al que juzgase mas capaz, sino se aprobaba mi eleccion: como hijo tierno y como hombre de bien, deseo que la república encuentre despues de mi muerte un gefe íntegro (69).»

Habiendo hablado así con voz tranquila, dispuso de sus bienes de familia en favor de sus amigos íntimos, y preguntó por Anatolio, maestro de ceremonias. El prefecto Salustio respondió que Anatolio era *feliz* (70). Juliano adivinó que habia sido muerto, y deploró la muerte de un amigo, él que miraba la suya con tanta indiferencia. Los que le rodeaban derramaban lágrimas, y Juliano los reprendió diciendo que no convenia llorar por una alma próxima á reunirse con el cielo, y con los astros. Guardaron silencio, y continuó discurriendo sobre la excelencia del alma con los filósofos Máximo y Prisco. Volvióse á abrir su herida, pidió agua fria, y espiró sin esfuerzos en mitad de la noche (71). No contaba mas que treinta y tres años, y habia sido veinte cristiano (72).

Si es verdad, como han querido persuadir y como el carácter del hombre en general lo hace sospechar, que Juliano calculando los sucesos de su vida habia preparado de antemano su discurso de muerte, jamás se ha representado con tanta perfeccion un gran papel, pues el actor se elevaba á la altura del personaje que fingia. Las dos religiones compitieron en inventar prodigios en las versiones opuestas de los últimos momentos del emperador. Teodoreto y Sozomeno, el compilador de las actas del martirio de San Teodoreto, sacerdote de Antioquía, dicen que herido Juliano, recibió su sangre en sus manos, y arrojándola hácia el cielo, gritó: «¡Has vencido, galileo!» (73) Otros pretenden que queria precipitarse en el rio con el objeto de desaparecer como Rómulo, y pasar por un dios. Leése en las actas de Teodoreto que no fueron los Persas sino los ángeles en figura de Persas los que pelearon contra Juliano (74).

El modo como pereció fue tambien objeto de controversia: los Romanos aseguraban que la jabalina habia sido lanzada por un persa, y los Persas que por un romano. Libanio llega al extremo de decir en una de sus obras que el emperador fue muerto á traicion como Aquiles (75); y en otro paraje parece acusar al gefe de los cristianos, que segun Gibbon, no podia ser sino San Atanasio (76). La vida de San Basilio y la crónica de Alejandría contienen la historia de una vision de este santo, de la que resulta que Mercurio, mártir de Capadocia, habia herido á Juliano por órden de Jesucristo (77). Didimo, ciego célebre y Juliano Sabbas, famoso solitario, tuvieron revelaciones de la misma naturaleza. Dídimo vió en sueños á unos guerreros montados en caballos blancos corriendo por el aire, y gritando: «Decid á Dídimo que hoy, y en este mismo instante ha sido muerto Juliano.» (78). Sabbas oyó una voz que decia: «El jabalí salvaje que destruia la viña del Señor ha caido muerto.» (79) Preguntando Libanio á un cristiano de Antioquía: «¿qué hace hoy el hijo del carpintero?—Un féretro, respondió el cristiano.» (80)

Dúdase sobre la mayor parte de estos hechos y en realidad son muy dudosos; pero no tanto se trata respecto de aquella época de la crítica histórica como de la pintura del movimiento de los ánimos.

Consternáronse los paganos al saber el fin prematuro del restaurador de la idolatría. «Recuerdo, dice San Gerónimo, que siendo aun niño y estudiando gramática, en los momentos en que las ciudades humeaban con el fuego de los sacrificios, divulgóse súbitamente la noticia en la muerte de Juliano. Un filósofo exclamó: «¡Dicen los cristianos que su dios es sufrido, y nada es tan rápido como los efectos de su cólera!» (81)

Gregorio Nazianceno principia y termina sus invectivas contra Juliano por una especie de himno en que respira una alegria tan feroz como elocuente.

«¡Pueblos, escuchad! ¡prestadme atencion cuantos habitais el universo! lanzo desde este sitio, cual desde la cúspide de una montaña un grito inmenso. ¡Escuchad, naciones, escuchad vosotros los que vivis al presente, y los que existiéreis mañana! Angeles, potencias, virtudes, escuchad! La destruccion del tirano es obra vuestra. El dragon, el apóstata, el grande y temible genio, el enemigo del género humano que esparcia por do quiera, el terror, que vomitaba blasfemias contra el cielo, aquel que tenia el corazon mas manchado que impura la boca, ha caido! ¡Cielos y tierra, prestad oido al estrépito de la caida del perseguidor!

«¡Venid tambien, atletas generosos, defensores de la verdad, que fuísteis dados en espectáculo á Dios y á los hombres! acercaos, los que fuísteis despojados de vuestros bienes; corred los que injustamente expulsados de vuestra patria terrestre, fuísteis arrancados de los brazos de vuestras esposas, de vuestros hijos; en fin, convoco á estos regocijos á cuantos confiesan un solo Dios, Soberano Señor de todas las cosas. Dios es el que ha pronunciado un juicio tan brillante, el que ha ejecutado tan pronta venganza; el Señor es el que ha derribado la cabeza del impío. En los santos trasportes que me animan no existen palabras que correspondan á la grandeza del beneficio. Algun dia veremos como el suplicio de Juliano condenado, es superior á cuantos tormentos puede figurarse el entendimiento humano. ¡Oh mortal que te llamabas el mas prudente y el mas sabio de los hombres, escucha la oracion fúnebre, que Gregorio y Basilio pronuncian sobre tu féretro! Oh tú, que nos habias impedido el uso de la palabra, ¿cómo has caido en el silencio eterno?» (82)

Si Antioquía se regocijó con festines y con danzas; si la victoria de la cruz fue no solo celebrada en las iglesias, sino tambien en los teatros; si resonaron los gritos de «¿dónde están vuestros oráculos, insensato Máximo?» (83) en Carrhes apedrearon (14) el correo portador del funesto mensaje, y varias ciudades colo-

caron la imágen de Juliano entre las estátuas de los dioses, y le tributaron honores divinos. (85.)

Libanio intentó traspasarse con la espada (86), y solo se resignó á vivir para trabajar en la apología de un príncipe, de quien Gregorio Nazianceno debia escribir la sátira: sobre una tumba es mas propia la alabanza que la crítica. Los estímulos del fanatismo son tales que un santo, un padre de la Iglesia, un hombre superior por sus talentos, no ha temido sentar que Juliano habia hecho envenenar á Constancio.

El cuerpo de Juliano, trasladado á Tarso, fue enterrado enfrente del monumento de Maximino—Daia : el camino que conduce á los desfiladeros del monte Tauro, separaba los sepulcros de los últimos perseguidores de los cristianos (87).

Los funerales se efectuaron segun el rito del paganismo: los bufones cantaban aires fúnebres; un personaje representaba la muerte, y los farsantes se complacian en medio de sus danzas y de sus lamentos, en burlarse de la derrota y de la apostasía del enemigo de los teatros (88).

El cristiano Gregorio Nazianceno compadece á la ciudad de Tarso, condenada á guardar el polvo del adorador de los demonios: polvo que se agitaba, y que la tierra rechazó (89). El filósofo Libanio habria deseado saludar los despojos mortales de Juliano al lado de los del divino Platon, en los jardines de la Academia (90).

El soldado Ammiano.—Marcelino deseaba que las cenizas de su general fuesen bañadas no por el Cidno, sino por el Tiber, que atraviesa la ciudad eterna, y abraza los monumentos de los antiguos Césares (91). Sin embargo, la tumba de Juliano en las márgenes del Cidno, tan célebre por la frescura de sus ondas, se convirtió en una especie de templo, y una mano amiga grabó en ella este epitafio: Aquí descansa Juliano, muerto mas allá del Tigris. Emperador excelente y valeroso guerrero (92). Veiase reducido á su vez el politeismo á las reliquias, y á llorar en sus santuarios abandonados.

Juliano, al desdeñar el fausto de la córte de Constancio, y recibir de un ejército amotinado el título de Augusto, habia devuelto momentáneamente el derecho de eleccion únicamente á los soldados: reuniéronse despues de su muerte ansiosos de darse un gefe, y ofrecieron la púrpura al prefecto Salustio, que no admitió este honor. Hemos podido observar ya que principiaba á rehusarse con harta frecuencia la autoridad suprema : hasta el reinado de Cómmodo el imperio era la posesion de todos los placeres en el descanso; pero, desde aquel reinado, el César no fue ya sino un soldado, que corria con las armas en la mano desde el Rhin al Eufrates, y desde el Nilo al Danubio, combatiendo ó rechazando al enemigo doméstico ó extranjero. El poder al dejar de ser un goce, se convirtió en una carga: la medianía se hallaba siempre pronta á colocarla sobre sus hombros, y el mérito á sacudirla.

En defecto de Salustio, las legiones eligieron emperador á Joviano, primiciero de las guardias, cuyo nombre habian pronunciado por acaso. Era cristiano y católico como Valentiniano, y habia preferido á semejanza suya la fe á la espada; pero Juliano, que no le temia, consintió en dejarle la una y la otra. Joviano habia sido el encargado de conducir á Constantinopla el cuerpo de Constancio muerto en Mopzucrena : sentado en el carro fúnebre habia participado de los honores imperiales tributados á las cenizas de su señor: auguraron de esto su grandeza futura, y los adivinos hubieran podido leer igualmente el presagio de su segundo y próximo viaje en el mismo carro.

* Joviano firmó una paz de veinte y nueve ó treinta años, y estipuló un tratado vergonzoso con Sapor: cedió á los Persas cinco provincias situadas mas allá del Tigris (93), la colonia romana de Singara y la ciudad de Nisibe, no obstante sus lágrimas, y sin tener en cuenta su último sitio descrito con tanta elocuencia por Juliano en uno de sus dos panegíricos de Constancio. Obligados á entregar á Sapor las murallas que con indecible arrojo habian defendido en contra suya con Santiago su obispo, los Nizibianos, desterrados de sus hogares, despojados de sus bienes, ofrecieron todavía al autor de su destierro la corona de oro que acostumbraba presentar cada ciudad á los nuevos emperadores: ejemplo admirable de una fidelidad que no se creia emancipada de sus deberes por la ingratitud (94).

* Joviano restituyó la paz á la Iglesia, y llamó á San Atanasio.

Así se desvanecieron todos los proyectos de Juliano, que arrostró la empresa de abatir la cruz, y fue el último emperador pagano.

El helenismo volvió á caer con todo el peso de la edad en el polvo, de donde le habia levantado apenas una mano mal guiada. Los filósofos se afeitaron, arrojaron lejos de sí sus vestiduras, y se contentaron con enseñar secretamente sus doctrinas, ó con lamentarse de las generaciones que sacudian su yugo : y era tanto el temor de ser tomados por filósofos, que los ciudadanos que llevaban mantos con franja se la quitaron.

Juliano habia corrido á la conquista de los Persas con el objeto de volver á domar á los cristianos; y esta guerra, que debia derrocar el trono del gran rey, produjo el primer desmembramiento del imperio de los Césares.

Ha sido preciso recordar minuciosamente esta última prueba de la Iglesia, porque forma época y se distingue de las demás: participa de una civilizacion mas adelantada, y presenta cierto aire de familia con la impiedad literaria é irónica, que difundia un talento original en el siglo XVIII. Pero la impiedad del emperador, que podia ordenar el suplicio, no dejó á los cristianos sino coronas; y la impiedad del poeta, que carecia del poder de la espada, les legó cadalsos.

La persecucion de Juliano no tuvo su orígen en el paganismo popular, sino en el paganismo filosófico que habia quedado aislado en el campo de batalla, teniendo á su cabeza un cínico con manto de púrpura, que llevaba el mundo viejo en su cabeza y el imperio en sus alforjas. Pero en la liza donde ambos partidos procuraban arrebatarse campeones, los hombres de talento pasaron sucesivamente con su genio y sus virtudes al lado del Cristianismo, cual los soldados que desiertan con armas y bagaje al enemigo; mientras que el opuesto campo no recibia un solo refuerzo.

Constantino era un príncipe inferior á Juliano, y sin embargo ha enlazado su nombre á una de las revoluciones mas memorables del órden social; y es porque haciendo abstraccion de la fuerza sobrenatural que pudo obrar en el establecimiento de la religion cristiana, se puso al frente de las ideas de su tiempo, marchó en el sentido en que lo hacia la especie humana, y se engrandeció con las costumbres que crecian y que le impulsaban.

Juliano, por el contrario, se vió atropellado por las generaciones que pretendia detener, las cuales le derribaron al suelo á pesar de su fuerza, y pasaron por encima de su pecho. Y aun cuando hubiese vivido, hubiera retrasado, no contenido el movimiento : el desnudo calvario por donde el entendimiento humano iba á buscar la verdad de Dios, debia dominar todos los templos. Los afanes inútiles que empleó una vasta inteligencia, un monarca absoluto, un guerrero te-

* JOVIANO, emper. DAMASO I, papa. De J. C. 364.

* JOVIANO, emper. DAMASO I, papa. A. de J. C. 364.

mible para restablecer el culto antiguo, prueban que es tan imposible resucitar los siglos como los muertos. Ciento cincuenta años antes habia inaugurado tambien Plinio el jóven que se podia estirpar el Cristianismo. La tentativa retrógrada de Juliano, acontecimiento único en la historia antigua (95), tiene hartos ejemplos en la historia moderna: cuantas veces los que navegan agua arriba han intentado hacer retroceder la corriente del tiempo, otras tantas, sumergidos luego, no han logrado mas que acelerar su naufragio.

Joviano volvió del desierto, con soldados desnudos, que tenian que mendigar su pan: el legionario que habia conservado un pedazo de su pica ó de su escudo, ó que ostentaba colgando sobre la espada uno de sus borceguíes, ensalzaba su arrojo: así hubiera acontecido á los Persas si Juliano hubiera vivido, segun dice Libanio. El fin de la retirada del ejército, marcó el término de la vida de Joviano: su esposa le habia salido al encuentro para participar de la púrpura, y halló su acompañamiento fúnebre. Los oficiales civiles y militares, los eunucos y el ejército intentaron colocar la diadema en la frente de Salustio que la rehusó segunda vez. La eleccion, despues de las proposiciones de distintos candidatos, se fijó en Valentiniano, confesor de la fe en el reinado de Juliano: no habia estudiado, pero poseia una elocuencia natural. Treinta dias despues de su elevacion, asoció al imperio á su hermano Valente; nombre fatal que recuerda la última y difinitiva invasion de los Bárbaros.

Entonces se verificó; y para siempre, la division del imperio de Oriente y del imperio de Occidente. Valentiniano estableció su córte en Milan, y Valente en Constantinopla. Los dos hermanos se ausentaron del castillo de Mediana, que dista tres millas de Naissa, donde se habia verificado la particion del imperio romano: encamináronse juntos á Sirmio, donde se abrazaron, se separaron, y no volvieron á verse nunca (96).

ESTUDIO TERCERO.

PRIMERA PARTE.

DESDE VALENTINIANO I Y VALENTE, HASTA GRACIANO Y TEODOSIO I.

Para evitar la confusion de los objetos, será preferible ver por separado lo que ocurria en los imperios de Oriente y de Occidente, sin perder de vista, no obstante, su enlace, y lo que habia de comun en los sucesos, costumbres y leyes de las dos grandes divisiones del mundo romano.

El Occidente, que le habia tocado en suerte á Valentiniano *, comprendia la Iliria, la Italia, las Galias, la Gran-Bretaña, la España y el Africa: el Oriente, confiado á Valente, abrazaba el Asia, el Egipto, la Tracia y la Grecia.

La residencia particular de Valentiniano era en Milan, y la de Valente Constantinopla; pero ambos emperadores se trasladaban al sitio que reclamaba su presencia.

En Ocidente tuvo Valentiniano que pelear contra los Alemanes que se arrojaron sobre la Galia, y fortificó de nuevo la línea del Rhin. Aparecieron los Borgoñones salidos de los Vándalos que habitaban las márgenes del Elba: daban á su rey el nombre genérico de Hendinos, y á su gran sacerdote el de Sinisto (1). Los Borgoñeses, enemigos de los Alemanes, formaron alianza con Valentiniano, y se comprometieron á suministrarle un ejército de ochenta mil hombres.

Los Sajones y los Francos volvieron á presentarse en las costas de la Galia y de la Gran-Bretaña, y los Pictos y los Escotos asolaron esta última provincia. Teodosio, general de Valentiniano, los rechazó hasta el fondo de la Caledonia.

Los pueblos de la Getulia, la Numidia y la Mauritania, asolaron el Africa; envióse á Teodosio para repelerlos y castigar la avaricia de Romanus, comandante militar de aquella provincia y logró buen éxito en la primera parte de su mision.

Valente y Valentiniano persiguieron con todo el rigor de las leyes romanas á sus súbditos acusados de magia; numerosas fueron las víctimas en Roma y en Antioquía. Máximo, tan famoso en el reinado de Juliano, y otros filósofos sucumbieron: Yámblico se envenenó, y Libanio pudo apenas librarse de la acusacion (2).

Valente era tirano por debilidad, Valentiniano por cólera. Dos osas (cuyo nombre declara la historia, Inofensiva y Lentejuela dorada), tenian sus jaulas al lado del dormitorio de Valentiniano, y las alimentaba con carne humana.—Inofensiva logró en premio de su mérito el volver á sus bosques (3).

El emperador de Occidente deslustraba sus grandes cualidades con su temperamento cruel, y condenaba al fuego por las menores faltas. Milan tuvo sus víctimas, que recibieron por la injusticia de la sentencia el nombre de inocentes: todo deudor insolvente sufria la pena de muerte; y si un reo recusaba un juez, enviábanle por lo mismo al tribunal de este (4).

Nos sorprende la arbitrariedad de los suplicios que manchan los anales de Roma: parecia haberse abandonado al capricho de los magistrados y de los particulares el género de penas que debian aplicarse; las leyes criminales de los Romanos eran muy inferiores á sus leyes civiles. No fijamos bastante la atencion en las mejoras evidentes introducidas en las leyes por la mansedumbre de Cristo. Como estamos acostumbrados á leer hechos atroces, cuando vemos á los hombres despedazados con garfios, expuestos desnudos y frotada con miel la picadura de las moscas, atormentados á semejanza de los prisioneros de guerra de los Iroqueses por órden de un juez, ó por la venganza de un simple acreedor, no inquirimos cómo acontecia esto en las naciones civilizadas del mundo antiguo, y por qué no sucede en las naciones civilizadas del mundo moderno. El progreso tan lento de la sociedad no alcanza á explicar estas variaciones, necesario es reconocer una causa mas pronta; mas eficaz, mas general, y esta causa es el espíritu del Cristianismo.

La sangre de los emperadores paganos se descubre de nuevo en las crueldades de Valentiniano; y el carácter de los emperadores cristianos, en las leyes que mandan que los médicos asistan á los pobres, y que prohiben la exposicion de los niños (5). ¡Honor á la benignidad evangélica, á la cual se debe la abolicion de una costumbre que autorizaban las legislaciones mas famosas de la antigüedad!

Entre las leyes de Valente y de Valentiniano debe señalarse tambien el establecimiento de las escuelas, modelos de nuestras universidades: la educacion pública espiró con la libertad pública, y los colegios modernos tuvieron su orígen remoto en los siglos de esclavitud y decadencia del imperio romano.

Valentiniano dió á las ciudades defensores oficiosos (6), especie de magistrados elegidos por el pueblo (7); de donde provino que las iglesias convertidas en una especie de municipios, tuvieron á su vez defensores que se trasformaron en campeones en la edad media. La libertad política se habia convertido en privilegios de vecindad: vemos por todas partes á

* Valentiniano, Valente emperadores, Féliz, Dámaso, papas. De J. C. 364—367.

los emperadores dirigiendo cartas y rescriptos á las municipalidades de las diferentes provincias de Europa, Africa y Asia.

Siguiendo la serie de las instituciones con el código en la mano, observamos con una admiracion que participa de agradecimiento, que el trabajo de los príncipes cristianos tiende principalmente á atenuar las condenas criminales y á reformar las costumbres: los hijos de los ajusticiados recobran los bienes paternos; mejórase la suerte de los pobres y de los esclavos por medio de reglamentos: multiplícanse asimismo los casos de libertad y castíganse los vicios abominables cantados por los poetas, y protegidos por los magistrados. En una palabra, en la coleccion de las leyes romanas debe buscarse la verdadera historia del Cristianismo, mucho mas que en los fastos del imperio.

Valentiniano concedió el libre ejercicio del culto á sus súbditos, y no se inclinó á partido alguno en las contiendas religiosas (8): creyóse tanto mas autorizado á ejercer esta tolerancia, cuanto mas independientemente se habia mostrado cristiano, en el reinado de Juliano. Sin embargo, prohibió á los paganos los sacrificios, y las asambleas á los Maniqueos y Donatistas. Puso tambien límites al acrecentamiento de las riquezas de la Iglesia y á la multiplicacion de las órdenes monásticas; vedó al clero admitir en la clericatura á los propietarios del pueblo y á los decuriones de las ciudades, á menos que estos abandonasen sus bienes á la municipalidad de que eran miembros, ó á algunos de sus parientes (9). Tambien se prohibió al clero aceptar legados testamentarios. Ya el poder y la fortuna habian producido la corrupcion, y Dámaso disputó la sede de Roma á Urimo, viniendo á las manos (10): halláronse por la mañana ciento treinta y siete muertos en la basílica de Sicinio, que hoy se llama Santa Maria la Mayor.

Valentiniano habia tenido de su primera mujer Severa un hijo llamado Graciano, al que elevó en Amiens el 24 de agosto del año 367 al rango de Augusto, sin crearle primero César, segun era costumbre. Se ha inquirido la causa de semejante innovacion, y es evidente: su padre poseia á la sazon dos imperios, y Graciano, de edad de ocho años, no era ya un César ó un general nombrado para defender una parte del Estado, sino un heredero que habia de suceder en la soberanía á Valentiniano.

Este emperador repudió á Severa, y se casó con Justina, siciliana de orígen, la cual, segun dice Zósimo, estuvo casada primero con el tirano Magnencio. Justina era arriana, mas no declaró su herejía hasta despues de la muerte de Valentiniano. Dió al emperador un hijo que se llamó Valentiniano II, y tres hijas, Justa, Grata y Gala; esta última fue la segunda esposa de Teodosio el Grande.

Los Guados y los Sármatas, justamente irritados con la traicion de los Romanos, que despues de haber atraido á su rey Gabino á una entrevista, le habian asesinado, asolaban la Iliria: Valentiniano corrió al frente de las fuerzas de la Galia, y murió repentinamente en Bergocion (11) de un acceso de cólera, en una audiencia que daba á los diputados de los Guados suplicantes.

Mallobaudo ó Mellobaudes, gefe de una tribu de Francos, habia obtenido un mando en el reinado de Valentiniano, y se habia distinguido por sus proezas militares; á la muerte del emperador acometió con Equicio, conde de Iliria, la empresa de hacer prevalecer los derechos de Valentiniano, hijo de Justina, sobre los de Graciano, hijo de Severa. Proclamaron en efecto emperador á Valentiniano II; pero su hermano Graciano * que ya era Augusto, en vez de ofenderse reconoció la eleccion. Tocó en suerte á Valentiniano la Italia, la Iliria y el Africa: Graciano guardó para sí las Galias, la España y la Inglaterra, ó quizás no se verificó una particion verdadera. Lo que hay de cierto es que Graciano gobernó solo el Occidente hasta su muerte, porque Valentiniano era todavía niño y no habia salido de la tutela de su madre.

Valente no aprobaba estos arreglos pacíficos entre sus sobrinos; pero los movimientos de los Godos detuvieron su intervencion en negocios de menor importancia.

Puesto en posesion del imperio de Oriente por Valentiniano I, Valente habia tenido que sufrir grandes pruebas desde los primeros dias de su reinado. Procopio que mandaba el ejército de Mesopotamia, se vistió la púrpura en la misma Constantinopla por la autoridad de dos cohortes galas; y queriendo legitimar su usurpacion, casó con Faustina, viuda del emperador Constancio, la cual tenia una hija de edad de cinco años, en la que miraban las legiones el último vástago de la raza de Constancio. La rebelion de Procopio duró poco; abandonáronle sus soldados á la voz de sus capitanes que guardaron su fe. Arrastraron á Procopio rendido al campo del emperador de Oriente, donde fue decapitado.

Valente sostuvo débilmente contra Sapor á los reyes de Armenia y de Iberia. Señálanse en esta guerra las aventuras de Para, rey de Armenia, monarca fugitivo como tantos otros, protegido primero por los Romanos, y degollado despues por ellos en un banquete.

Los Godos, que habian permanecido fieles á la família de Constantino, se declararon contra Valente en favor de Procopio, marido de la viuda de Constancio. Valente consiguió algunas ventajas sobre estos bárbaros, y la paz fue el resultado de tales triunfos, hasta que seis años despues los Hunos precipitaron á los Godos contra el imperio. Valente profesaba la religion arriana, y persiguió á los católicos, á quienes daba el nombre de Atanasianos: era á la sazon su gefe San Basilio desde la muerte de San Atanasio. A este hombre grande, solitario y caritativo, se debe la fundacion del primero de los monumentos levantados á las miserias humanas; monumentos que son la gloria eterna del Cristianismo. Los monges, casi todos católicos, se habian acrecentado por el espíritu y las desgracias de su tiempo. Valente los mandó arrebatar á mano armada; violentáronlos á alistarse en las legiones, y cuando se resistieron los asesinaron.

Llegamos al famoso acontecimiento que apresuró la caida del antiguo mundo.

Desde sus expediciones marítimas, los Godos, que se mantenian en paz con los Romanos, se habian multiplicado en los bosques, sujetando en torno suyo á las demás poblaciones bárbaras. Hermanrico, rey de los Ostrogodos, y de la noble estirpe de Amalis, se hizo conquistador á la edad de ochenta años; á los ciento y diez iba aun á los combates, y era el único contemporáneo de su gloria (12). Conquistó á los Herulos y á los Venedos, y su poder se extendia por los bosques y sobre las hordas que habia en ellos, desde el Ponto-Euxino hasta el Báltico, por detrás de las tribus sajonas, alemanas, francas, borgoñonas y lombardas, mas inmediatas á las márgenes del Rhin: el Danubio separaba el imperio salvaje de los Godos, del imperio civilizado de los Romanos. Los Visogodos, reunidos á los Ostrogodos, les habian cedido la preeminencia: sus gefes, entre los cuales se distinguian Atanarico, Fritigerno y Alavivo habian renunciado el nombre de reyes para descender ó ascender á la dignidad de jueces (5).

A este estado habian llegado las naciones góticas de las fronteras del imperio de Oriente, cuando de improviso se divulgó la voz de que una raza desconocida habia atravesado la laguna Meótides. Anuncióse la presencia de los Hunos con un terremoto que con-

* VALENTE, GRACIANO, emper. DAMASO, papa. De J. C. 376.-378.

movió casi todo el suelo del mundo romano, é inclinó la corona en la cabeza secular de Hermaurico. Los Hunos eran la última gran nacion destinada á la destruccion de Roma, y las otras naciones habian hecho alto para esperarlos, porque venian de lejos. Apenas aparecieron, oyóse hablar de los Lombardos, postrera oleada de aquel Océano.

Un nuevo sistema histórico supone que los Hunos eran descendientes de los pueblos Uralo-fineses. En este sistema fundado sobre una crítica mas perfecta y sobre un conocimiento mas avanzado de los pueblos y de las lenguas del Asia y de la Europa Septentrional, síguese no obstante con menos facilidad la marcha y los progresos de los soldados futuros de Atila.

En el antiguo sistema que Gibbon adoptó, es mas fácil no perder el hilo. Desechando de la primitiva monarquía de los Hunos la parte confusa y romántica, dejando á un lado lo que pudieron, ó no, hacer los Hunos en el Norte de la muralla de la China, y su derrota por el emperador Voulé, de la dinastía de los Hunos; encuéntrase que en tiempo de la mision de Cristo dos divisiones de Hunos se adelantaron en Occidente, la una hácia el Oxo, y la otra hácia el Volga: esta se fijó en la costa oriental del mar Caspio, y fue conocida con el nombre de Hunos blancos, que tuvieron frecuentes encuentros con los Persas.

La otra division de los Hunos penetró difícilmente por el Volga y conservó sus costumbres, aumentando su fuerza por medio de alianzas voluntarias, de la reunion de los pueblos conquistados, y del hábito de los combates: esta division subyugó á los Alanos, y la mayor parte de los vencidos ingresó en las filas de los vencedores, mientras que una colonia independiente de los primeros fué á confundirse con las razas germánicas, y á asociarse á la guerra que sostenian contra el imperio (14).

Los Hunos parecieron formidables á los mismos Bárbaros; y cuando hubieron pasado la laguna Meótides, halláronse en presencia de los tributarios del poder de Hermaurico. Las dos monarquías de los Hunos y de los Godos, compuesta la una de salvajes á caballo, y la otra de salvajes á pié; es decir, las dos razas escita y tártara, se encontraron. Los Godos se hallaban divididos: Hermaurico, abusando del poder, habia mandado descuartizar á la mujer de un gefe roxolano que se habia separado de su servicio (15). Los hermanos de la víctima la vengaron traspasando á puñaladas á Hermaurico, inútilmente escudado con su edad secular, y á quien ciento y diez años habian dejado aun sangre en el corazon: no sucumbió en el momento mismo. Belamiro, rey de los Hunos, se aprovechó de este acontecimiento; atacó á los Ostrogodos, á quienes abandonaron los Visogodos; Hermaurico, impaciente con el dolor que le causaba su herida, y atormentado aun mas con la ruina de su imperio, puso fin á unos dias que la muerte habia olvidado (16). Withimero, encargado despues de su muerte del gobierno, dió contra los Hunos y los Alanos una batalla en que fue muerto (17). Safrax y Alateo salvaron al jóven Witerico, rey de los Ostrogodos, y condujeron los restos independientes de sus compatriotas á las orillas del Niester.

Sin embargo, los Visogodos, separados de los Ostrogodos, se habian retirado á las tierras de los Gépidos sus aliados, y hasta en ellas los persiguieron los Hunos. Un cuerpo de caballería tártara vadeó el Niester por la noche á la claridad de la luna: Atanarico, juez de los Visogodos, que defendia las orillas del rio, logró llegar á una altura con su ejército, é intentó fortificarse allí; pero los Visogodos se precipitaron hácia el Danubio, y enviaron embajadores á Valente, conjurándole á que les concediese la Mœsia Inferior por asilo, y ofreciendo abrazar la religion cristiana.» Valente, dice Jornandez, envió algunos obispos heresiarcas á los Visogodos, é hizo de estos suplicantes, sectarios de Arrio en vez de discípulos de Jesucristo. Los Visogodos comunicaron el veneno á los Gépidos, sus huéspedes, y los Ostrogodos sus hermanos; derramáronse por la Dácia, la Trácia y la Mœsia Superior, y todos los Godos se convirtieron al arrianismo (18).»

El historiador se equivoca; no eran todavia cristianos todos los Godos en el año 376, pero habian recibido ya las semillas de la fe. En el concilio de Nicea dieron á Teófilo el título de obispo de los Godos (19), quienes tenian un pequeño santuario católico en Constantinopla. Hácia el año 325, Audio, gefe de un cisma, fue desterrado por Constantino á Escitia; penetró este entre los Godos, predicóles el Evangelio, y estableció en su país monjas, ascetas y monasterios (20). Los mismos Godos habian ejercitado en extremo la crueldad de la persecucion arriana de 372; y este pueblo fugitivo, diputó á Constantinopla en 376 al célebre obispo Ulfilas (21).

Fritigerno y Alarico mandaban á los Visogodos que tendian las manos á Valente; Atanarico, seguido de algunos compañeros, no quiso presentarse en las tierras del imperio en calidad de perjuro ó de suplicante, y se retiró á los bosques de Transilvania.

Valente, hipócrita sectario, se creia un político profundo, y accedió á la peticion de los Visogodos, felicitándose porque se acantonaban en las fronteras de sus Estados unos guerreros que prometian defenderle y hacerse arrianos. Quiso que acampasen todos aun aquellos á quienes podia atacar una enfermedad mortal (22); pero puso dos condiciones al beneficio: que los Visogodos entregasen sus hijos y sus armas; sus hijos en rehenes, y sus armas como vencidos. ¡Y Valente pretendia que aquellos brazos desarmados se levantasen para proteger su cabeza! Los Visogodos se sometieron.

Las lluvias habian hinchado el Danubio; reunieron un sin número de barcos, balsas, troncos de árboles ahondados, y vióse por permiso de Dios á los Romanos ocupados noche y dia en trasladar al imperio á los destructores del imperio. Comisarios nombrados para este objeto, intentaron contar los Bárbaros cuando pasaban de la una á la otra orilla del Danubio; pero tuvieron que desistir de esta empresa (23). Ammiano-Marcelo, citando dos versos de Virgilio, dice que hubiera sido mas fácil contar las arenas que el viento del Mediodía levanta en las playas de la Libia. Un cálculo menos poético valúa la emigracion de los Visogodos en un millon de individuos.

Separaron de sus padres á los hijos varones de las familias mas distinguidas, y los distribuyeron por diferentes provincias, cuyos habitantes quedaron admirados de los brillantes adornos y marcial belleza de los jóvenes desterrados.

En cuanto á las armas no las entregaron: los Visogodos llevaban consigo los tributos que habian recibido en otro tiempo, y las antiguas riquezas que robaran á los Romanos; creyóseles opulentos porque estaban cargados de despojos; y para conservar el acero embriagaron la avaricia de los oficiales de Valente con tapices, telas preciosas, esclavos y ganados. A los que prefirieron otro lucro les prostituyeron sus hijas (24), vendiendo su honor para comprar el imperio, seguros de que con sus espadas no tardarian en conducir á las hijas de los Césares al lecho de los Godos.

Los Ostrogodos, guiados por Safrax y Aleteo que habian salvado á Witerico, se presentaron á su vez en la orilla septentrional del Danubio, y solicitaron inútilmente el favor obtenido por sus compatriotas, porque el miedo empezaba á reinar entre los Romanos.

Los Visogodos avanzaron por las Tracias: los Romanos se habian encargado de alimentarlos, y no los sustentaron: suministráronles carne infestada de perros y de otros animales muertos de enfermedades: un pan costaba un esclavo, y un cordero seis libras de

plata. Despues de haber enajenado sus esclavos, no les quedó ya que vender sino el resto de sus hijios (25). Asi convirtieron (porque al fin Roma debia perecer), un millon de aliados en un millon de oprimidos: la gratitud espira donde principia la injusticia.

Los Ostrogodos, dejando los ruegos, pasaron el Danubio, y ostentáronse enemigos é independientes en el territorio romano. Fritigerno, gefe de los Visogodos formó alianza secreta con los nuevos emigrados, y se esforzó en reunir á los Godos bajo un mismo interés.

Máximo y Lupicino, generales de Valente, tenian entonces el mando de las Trácias, y eran por su avaricia y su debilidad la causa primordial de todos estos infortunios. Estalló la discordia en Marianópolis, capital de la Mœsia Baja, situada á setenta millas del Danubio: Lupicino habia invitado á los gefes de los



PREDICACION DEL EVANGELIO.

Godos á un banquete con el designio de hacerlos asesinar: las guardias de aquellos gefes, que se habian quedado en las puertas de la ciudad, trabaron pendencia con los soldados romanos, y sus clamores penetraron en la sala del festin. Fritigerno y sus amigos desenvainaron las espadas, abriéronse paso por medio de la muchedumbre, y salieron de la ciudad teniendo la fortuna de escapar de las manos de sus enemigos (26). «Este dia, dice Jornandés, quitó el hambre á los Godos y la seguridad á los Romanos: los primeros no se consideraron ya como vagamundos y extranjeros, sino como ciudadanos y señores del imperio.» (27)

Lupicino confiando en la disciplina de las legiones y en la superioridad de sus armas, atacó á los Godos, quienes desplegando sus banderas hicieron oir el lamentable sonido de aquel cuerno, célebre en la narracion de sus combates, y á cuyo bronco estruendo debia desplomarse el Capitolio (28): los Romanos fueron vencidos.

Antes de la emigracion general de aquellos pueblos una tropa de godos habia entrado al servicio de Va-

lente, bajo el mando de Suerido y de Coliar; y atacada por los amotinados habitantes de Andrinópolis, los rechazó y se unió al gran cuerpo de sus compatriotas. Fritigerno pasó el Hemo y sitió á Andrinópolis sin lograr tomarla. Los obreros empleados en las minas de Rodope se sublevaron, refugiáronse al seno de los Bárbaros, y les sirvieron despues de guias en los reductos mas secretos de los Romanos. Los Godos libertaron á sus hijos cautivos (29), quienes les refirieron lo que habian padecido por la lascivia y crueldad de sus señores: parte de los Hunos y de los Alanos se aliaron con los Godos.

Entonces pensó Valente en poner remedio á los males que habia originado; retiró las legiones de Armenia, y pidió socorros al jóven emperador Graciano, que acababa de suceder á Valentiniano su padre, y que envió en auxilio de Valente á Richomer, conde de los criados, con las legiones galas. Un primer ejército romano, bajo las órdenes de Trajano y Profuturo, se acercó á los Visogodos acampados en la embocadura meridional del Danubio, á sesenta millas al Norte de Tomos, destierro de un poeta: Fritigerno mandó encender hogueras para llamar á sus bandas derramadas por la llanura. Ligáronse los Visogodos con un juramento terrible, y entonaron cánticos á la gloria de sus abuelos; respondiéronles los romanos con el *barritus*, grito militar que comenzando casi en voz baja, y siempre creciendo, concluia con una explosion espantosa (30). La batalla de los Sauces, que tomó su nombre de los pacíficos árboles bajo los cuales se dió, duró el dia entero, y la victoria permaneció indecisa. Los Visogodos volvieron á entrar en su campamento; y los Romanos no osaron renovar el combate, determinando encerrar á los Bárbaros en el ángulo de tierra que forman el Danubio, el mar Negro y el monte Hemo. Los Ostrogodos y el partido de los Hunos y de los Alanos, con el cual, Fritigerno habia formado alianza les libertaron.

Valente, suspendiendo la guerra que hacia á los frailes, partió por fin de Antioquia con un segundo ejército. Habiendo llegado á Constantinopla maltrató al general Trajano, amigo de San Basilio. Al cabo de algunos dias salió de la capital de Oriente, echado por el desprecio popular y por los clamores de la muchedumbre que le daba prisa para que marchase contra otros enemigos (31).

El monge Isaac salió inmediatamente de su celda próximo al camino por donde pasaba el emperador, y poniéndose en su presencia le dijo gritando: «¿A dónde vas? Has hecho la guerra á Dios, y ya no está en favor tuyo. Desiste de tu impiedad, ó no volvereis ni tú ni tu ejército.» El emperador contestó: «Ponedle en la cárcel. Falso profeta, volveré y mandaré que te quiten la vida.» Isaac respondió: «Mándame dar la muerte si hallas mentira en mis palabras.» Los frailes cristianos (32) reemplazaban á los filósofos cínicos, diferenciándose tan solo en las costumbres.

Los Godos despues de haber saqueado por segunda vez la Trácia y pasado el Hemo, inundaban los alrededores de Andrinópolis. Frigerido, general de Graciano, habia derrotado á varios aliados de los Godos, entre otros á los Taifalos, bárbaros licenciosos, cuyos prisioneros fueron trasladados á las tierras abandonadas de Parma y de Módena (33). Sebastian, general en gefe de la infantería de Valente, se habia dedicado á restablecer la disciplina en un cuerpo particular, el cual logró inmensa ventaja sobre un número superior de enemigos. Embriagado con tales triunfos, preparóse Valente para vencer á los pueblos godos y se estableció en un campo fortificado bajo las murallas de Andrinópolis.

Richomer, venido del Occidente, corrió á anunciar á Valente que su sobrino, vencedor de los Alemanes, se adelantaba para sostenerle.

Al propio tiempo un obispo enviado por Fritigerno, político tan astuto como diestro caudillo, se presentó con humildes palabras y sumisiones. Protestó públicamente de la fidelidad de los Godos, que á su decir tan solo solicitaban apacentar sus ganados en la desierta Trácia; pero en cartas secretas, estimulaba Fritigerno al emperador á emprender la marcha (34), asegurándole que el solo terror que inspiraba su nombre obligaria á los Godos á someterse. Valente, zeloso de la fama de Graciano, no quiso esperar á un príncipe jóven que podia arrebatarle el honor de la victoria, ó por lo menos participar de él, y levantó el campamento el 9 de Agosto del año de 378, dejando en Andrinópolis el tesoro militar y los ornamentos imperiales.

A ocho millas de la ciudad descubrieron, formando un círculo, los carros de los Bárbaros. Los Romanos tomaron tristemente sus disposiciones militares entre los lúgubres clamores de los Godos (35): estos admirados tambien del estruendo de las armas y del ruido de los escudos que golpeaban los legionarios, enviaron á proponer la paz, porque no habia llegado aun su caballería mandada por Alateo y Safrax. Valente se obstinó en no dar oidos sino á negociadores de elevada esfera: el soldado romano se fatigó con el calor del dia, acrecentado con un vasto incendio, porque habian prendido fuego á las yerbas y á la leña seca de los campos (36). Fritigerno pidió á su vez un hombre de distincion para tratar de un acomodamiento, y habiéndose ofrecido Richomer, partió con consentimiento de Valente, cuyo corazon comenzaba á desmayar. Apenas se habia acercado al campamento enemigo, cuando los sagitarios y los escutarios empeñaron el combate. La caballería de los Godos volvia entonces reforzada con un cuerpo de Alanos; y sin dejar tiempo á Richomer para desempeñar su mision, se precipitó contra las tropas imperiales.

Encontráronse los dos ejércitos cual las proas de los bajeles, dice Ammiano (37). El ala izquierda de las legiones llegó hasta los carros; pero abandonada por su caballería, quedó abrumada bajo el sin número de bárbaros que cayeron sobre ella como un enorme derrumbamiento de tierra (38). Detuviéronse los soldados romanos; y apiñados unos contra otros, faltóles espacio para tirar de la espada: nunca se vieron sus cabezas amenazadas de un peligro mas inminente bajo aquel cielo en que acababa de extinguirse la luz del dia (39).

En medio de aquella confusion, horrorizado Valente, saltó por encima de los montones de muertos, y se refugió entre las filas de los lanceros y maciarios que aun se defendian. Los generales Trajano y Victor buscaron en vano la reserva formada de soldados Bátavos, porque los caminos se hallaban obstruidos con los cadáveres de los caballos y de los hombres. Una flecha quitó la vida al emperador al cerrar la noche, aunque otros dicen que lo llevaron herido con varios eunucos á la casa de un labriego, y que habiendo llegado los Godos y hallado atrancada la puerta, la prendieron fuego (40), ignorando quién se hallaba dentro. Valente pereció entre las llamas. «Fue quemado con régia pompa, dice Jornandés, por los que le habian pedido la verdadera fe, y á quienes habia engañado dándoles el fuego del infierno en vez del fuego de la caridad (41).»

Los dos generales Trajano y Sebastian, Valeriano, caballerizo mayor, Egnicio gobernador de palacio; Potencio, tribuno de los Promos; otros treinta y cinco tribunos, y las dos terceras partes del ejercito romano, quedaron en el campo. Segun el autor ya citado la historia no presenta otra batalla en que haya sido tan horrorosa la carnicería, si exceptuamos la de Canas (42).

Los Godos dieron el asalto á Andrinópolis sin lograr su rendicion; y habiendo descendido hasta Constantinopla, admiraron los edificios que descollaban por

encima de las murallas que defendian la ciudad: su destino era ver á Constantinopla y tomar á Roma: entre estos dos límites, el mundo civilizado era la liza abierta para sus correrías. Horrorizados con la accion de un sarraceno (43), retrocedieron hácia el Hemo, forzaron el paso de Sugnes, y se derramaron por un pais fértil hasta el pié de los Alpes-Julianos. Los lugares por donde habia pasado aquella muchedumbre, no presentaban mas que el aspecto de una playa desierta y asolada cuando se ha retirado el flujo que ha atraido las tempestades y los bajeles.

Libanio compuso la oracion fúnebre de Valente y de su ejército. «Las lluvias del cielo han borrado la sangre de nuestros soldados; pero quedan sus huesos blanqueando, testigos mas duraderos de su arrojo. El mismo emperador ha caido á la cabeza de los Romanos, No imputemos la victoria á los Bárbaros; la cólera de los dioses es la causa única de nuestros infortunios.» Libanio se acordaba de Juliano.

Ammiano que termina su obra en la muerte de Valente, procura tranquilizar á los Romanos sobre los triunfos de los Godos: recuerda las diferentes invasiones de los Bárbaros desde la de los Cimbros, con el objeto de probar que nunca lograron buen éxito: esta digresion del historiador, manifiesta mucho mejor de lo que yo pudiera decir el terror de los pueblos y sus presentimientos sobre el porvenir.

El mismo Ammiano cuenta (y son casi las últimas líneas de aquel soldado griego de la ciudad de Antioquia, que escribia en latin sus recuerdos en la ciudad de Roma); este mismo Ammiano cuenta, que el duque Juliano que mandaba mas allá del Tauro, ordenó por medio de cartas secretas que asesinaran en el dia y hora señalados á los Godos dispersados por las provincias de Asia. «Merced á este artificio prudente se libró el Oriente, sin estruendo y sin combates, de un peligro inminente (44).» La leccion provenia de Mitridates; pero no aprovechó ni al reino del Ponto, ni al imperio romano. Graciano vengó mejor á Valente, elevando á la púrpura á Teodosio.

SEGUNDA PARTE.

La familia de Teodosio era española, como la de Trajano y de Adriano. Teodosio* no solicitó el poder, ni empleó mas intrigas que su fama, ni mas protectores que la necesidad. Estaba desterrado, y era hijo de un gran general, decapitado injustamente en Cartago (1): deseaba la paz y la medianía, y tuvo guerras y riquezas: un emperador que apenas frisaba en los diez y nueve años le nombró colega suyo.

En el reinado de Teodosio, sucesor de Valente en Oriente, los Godos se dividieron y se sometieron. Los Visogodos se establecieron en la Tracia, los Ostrogodos en la Frigia y en la Lidia, é introducidos en el imperio no salieron ya de él. Un partido (el de Fravitta, que era pagano), queria permanecer fiel á los Romanos; y otro (el de Priulfo ó de Eriulfo) sostenia que no habia obligacion de guardar fidelidad á señores cobardes y pérfidos. La enemistad de ambos gefes estalló en un banquete á que Teodosio los habia convidado. Fravitta siguió á Priulfo que se habia levantado de la mesa, y le sepultó su espada en el vientre (2).

Graciano gobernaba el Occidente, mientras que su hermano Valentiniano II, niño aun, residia en Italia. El poeta Ausonio, que profesaba el helenismo, habia tenido parte en la educacion de Graciano (3), y San Ambrosio habia compuesto para este príncipe, á quien llamaba cristianísimo (4), una instruccion sobre la Trinidad. Graciano se negó á tomar el ropaje pontifical de los ídolos (5); publicó, y rebocó despues un edicto de tolerancia (6), y eximió á las mujeres cristianas de subir al teatro (7). El Cristianismo era un derecho futuro á la libertad, y un privilegio actual de virtud.

Graciano, prefiriendo la caza á los demás placeres, entregaba su confianza á los alanos de su guardia, que se distinguian principalmente como cazadores; y los otros bárbaros que estaban en su servicio concibieron profunda envidia. Mellobaudez, rey de una tribu de los Francos, (aquel mismo Mellobaudez que habia querido hacer reconocer á Valentiniano II, para reinar en nombre de un niño), habia logrado á fuerza de doblez ser el favorito de Graciano. Entonces Máximo, soldado ambicioso, permitió que le proclamasen Augusto en la Gran-Bretaña: cayó sobre las Galias, acompañado de treinta mil soldados, y seguido de una poblacion numerosa que se fijó en parte en la Armórica. Graciano que residia en París, emprendió la fuga, y detenido por el gobernador del Lyonesado, fue puesto en manos de Andragacio, general de la caballería de Máximo y sufrió la muerte. Mellobaudez participó de la suerte de su amo á quien quizás habia vendido (8). El emperador de Oriente toleró la usurpacion de Máximo.

Teodosio publicó un edicto famoso en favor de la religion católica, cuyo edicto ordena seguir la religion enseñada por San Pedro á los Romanos; creer en la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, autorizando á los que profesasen esta doctrina para que se llamasen católicos (9).

Sin embargo, el arrianismo triunfaba en las orillas mismas del Bósforo: Roma y Alejandría rechazaban hacia cuarenta años la comunion de los obispos y de los príncipes de Constantinopla, y la controversia ocupaba á la ciudad entera. «Rogad á un hombre que os trueque una moneda de plata, y os enseñará en qué se diferencia el hijo del padre; preguntad á otro cuanto vale el pan, y os responderá que el hijo es inferior al padre: informaos si está pronto el baño, y os dirán que el hijo ha sido criado de la nada (10).»

San Gregorio Nacianceno intentó fundar en Constantinopla una iglesia católica; atacáronle y la discordia dividió su rebaño.

Teodosio, despues de haber recibido el bautismo y publicado su edicto, ordenó á Demófilo, obispo arriano, que reconociese el símbolo de Nicea, ó que cediese Santa Sofía y las demás iglesias á los sacerdotes de la fe ortodoxa. Gregorio fue instalado en la cátedra episcopal por Teodosio en persona, rodeado de sus guardias. Pero los santuarios se veian vacíos, y la poblacion arriana lanzaba gritos (11). Esta resistencia produjo la proscripcion del arrianismo en todo el Oriente; y un sínodo convocado en Constantinopla el año 382 confirmó el dogma de la consustanciabilidad. La intervencion del poder político no sirvió de obstáculo á S. Gregorio, cansado ya para abdicar su silla é ir á morir en el destierro (12).

Máximo, usurpador de las Galias, tan ortodojo como Teodosio, fue el primer príncipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas. Prisciliano, obispo de Avila en España, fundador de la secta de su nombre, fue castigado con la pena capital en Tréveris con dos sacerdotes y dos diáconos (13): el poeta Latroniano, y Euchrocia, viuda del orador Delfidio, sufrieron la misma suerte. Acusaban á los Priscilianos de mágia, de vida licenciosa y de impiedad. San Ambrosio y San Martin de Tours condenaron semejantes crueldades.

Dije ya que la emperatriz Justina, segunda mujer de Valentiniano I, y madre de Valentiniano II, era arriana. Quiso abrir en Milan una iglesia de su confesion; Ambrosio se opuso á ello, y siguiéronse turbulencias; mas el santo que las habia excitado con su celo, las calmó con su autoridad. Sin embargo, condenado al destierro, negóse á obedecer, y el pueblo

* Graciano, Valentiniano II, Teodosio I, emper. Damaso I, Siricio, papas. De 380 á 395.

tomó su defensa. La libertad individual comenzaba á renacer, protegida por la libertad religiosa. Contábase San Agustin entre los discípulos de San Ambrosio.

Máximo que habia quitado á Graciano las Galias, la Gran-Bretaña y las Españas, intentó despojar á Valentiniano de las provincias de Italia: engañó á la córte de Milan, no obstante la prevision de San Ambrosio, y atravesó los Alpes antes de que Justina recelase sus proyectos; de suerte que esta solo tuvo tiempo para salvarse con su hijo. La poblacion de Milan era católica, y renunció fácilmente á la fidelidad jurada á una princesa y á un niño arrianos. San Ambrosio se negó á toda comunicacion con Máximo (14).

Justina, llegada á Tesalónica, imploró el auxilio de Teodosio, quien ofreció socorrerla, haciéndola observar que el cielo la imponia el castigo que merecia su herejía (15). Valentiniano tenia una hermana llamada Gala, cuya hermana confirmó en el corazon de Teodosio la resolucion que le inspiraba la gratitud á la familia de Graciano I. Teodosio se casó con Gala y marchó á la cabeza de un ejército de romanos, de hunos, de alanos y de godos, contra un ejército de romanos, de germanos, de moros y de galos. Máximo, vencido en las márgenes de Sava, no mostró valor ni talento: refugióse á Aquilea y cayó prisionero en ella, siendo despojado de los ornamentos imperiales y conducido al campamento de Teodosio, donde perdió su cabeza pocos instantes despues de su corona (16).

Habia ocurrido la sedicion de Antioquía un año antes de la victoria alcanzada por Teodosio sobre Máximo: Libanio y San Crisóstomo nos han conservado su doble relacion. Teodosio, no obstante haber pronunciado una sentencia terrible, se conmovió y perdonó: tres años despues no manifestó la misma indulgencia con Tesalónica. En Antioquía habian destruido las estátuas del emperador, de su padre Teodosio, de su primera mujer Flacila y de sus dos hijos Arcadio y Honorio: y en Tesalónica el pueblo habia degollado á Boterico, comandante de la guarnicion, por haber encarcelado á un infame cochero del circo, enamorado de las gracias de una esclava jóven de Boterico. Teodosio dió la órden de exterminar el pueblo, cuya órden revocó cuando se habia ejecutado ya. La muchedumbre convocada á los juegos del circo, fue acometida por tropas ocultas en los edificios inmediatos. Un mercader habia asistido con sus dos hijos al espectáculo, y rodeado de asesinos, ofréceles su vida y su fortuna en rescate de sus hijos: los soldados responden que tienen obligacion de presentar cierto número de cabezas; pero consienten en perdonar una de ambas víctimas, instando al comerciante para que designe cuál quiere salvar. Mientras que el padre mira llorando á sus dos hijos y vacila, los impacientes Bárbaros ahorran á su ternura el horror de la eleccion, y degüellan á ambos niños (17).

San Ambrosio supo en Milan la matanza de Tesalónica, y retirándose á la campiña se negó á volver á la córte. Escribió al emperador: «No me atreveria á ofrecer el sacrificio, si asistieseis á él. Lo que me vedaria la sangre de un solo hombre derramada, ¿podré hacerlo con la carnicería de un sinnúmero de inocentes (18)?»

No contuvo á Teodosio la carta anterior; quiso entrar en la iglesia y encontró en el pórtico á un hombre que le detuvo; era Ambrosio. «Has imitado á David en su crímen, exclamó el santo varon, imítalo en el arrepentimiento (19).»

Ocho meses trascurrieron sin que el emperador obtuviese el permiso de penetrar en el lugar santo. «¡El templo de Dios, repetia, está abierto á los esclavos y á los mendigos, y me cierran sus puertas!» Ambrosio permanecia inexorable, y respondia á Rufino que le apremiaba: «Si Teodosio quiere cambiar su poder en tiranía, le entregaré con gozo mi vida (20).» Finalmente, conmovido por el arrepentimiento del emperador, le concedió el obispo la expiacion pública; pero en cambio de este favor obtuvo una ley suspensiva de las ejecuciones de muerte por espacio de treinta dias, contados desde aquel en que se pronunciase la sentencia. ¡Bella y admirable ley que daba tiempo para que se amortiguase la cólera y naciese la piedad! ¡Leccion sublime y provechosa á la humanidad y á la justicia! Si hubieran mediado treinta dias entre la sentencia de Teodosio y su cumplimiento, hubiérase salvado el pueblo de Tesalónica (21).

Despojado el emperador de los distintivos del poder supremo, hizo penitencia en medio de la catedral de Milan: prosternado en el pavimento imploró el perdon del cielo con llantos y súplicas (22). San Ambrosio, prestándole el auxilio de sus lágrimas, parecia haber pecado y delinquido en su compañía (23). Semejante ejemplo siempre famoso, enseñaba al pueblo que los crímenes hacen descender al último rango á los hombres mas elevados: que la ciudad de Dios no reconoce grandes ni pequeños; y que la religion todo lo nivela, y restablece la igualdad entre los hombres. Este es uno de los hechos completos, raros en la historia, en que las tres verdades religiosas filosófica y política habian obrado de concierto. ¡A qué distancia tan inmensa se quedaba aquí el paganismo! La accion de San Ambrosio es una accion fecunda, que encierra ya las acciones análogas de un mundo venidero: es la revelacion de un poder engendrado en la descomposicion de todos los demás.

Teodosio restableció á Valentiniano III en la posesion del imperio de Occidente, y regresó á Constantinopla. Justina murió.

Arbogastes, elevado á los grandes cargos de la milicia, se apoderó de la casa del jóven príncipe; ya hemos podido observar con motivo de Mellobaudes que los francos se introdujeron en todos los negocios del palacio y del Estado. Retenido, casi prisionero en Viena de las Galias por su orgulloso súbdito, Valentiniano manifestó su situacion á San Ambrosio y á Teodosio; mas no tuvo la paciencia de esperar. Llamó á Arbogastes, le recibió sentado en el trono, y le entregó la órden que le destituia de sus empleos. «Tú no me has dado el poder, y no puedes quitármelo,» dijo el franco tirando el papel al suelo (24). Valentiniano cogió la espada de uno de sus guardias para traspasarse ó para herir á Arbogastes (25). Desarmáronle, y algunos dias despues le encontraron ahogado en su cama (26).

Arbogastes desdeñó vestirse la púrpura, y envolvió con ella á un romano que en otro tiempo habia sido su secretario y que se llamaba Eugenio, profesor de retórica latina, y empleado despues de palacio (27). Teodosio se preparó por espacio de dos años enteros para vengar á Valentiniano, y envió á consultar á Juan, solitario de Tebaida, que le prometió la victoria (28): Estilicon reunió las legiones con Tusiario: los Bárbaros auxiliares se reunieron al ejército: Alarico, el destructor de Roma, se hallaba entre los reclutas de Teodosio, y figuraban á la sazon en la escena la mayor parte de los personajes que habian de asistir á la caida de la ciudad eterna.

El soldado franco Arbogastes esperó en los confines de Italia con su emperador Eugenio, al soldado godo Alarico que venia con su emperador Teodosio. Ocurrió el primer encuentro bajo las murallas de Aquilea, y perecieron diez mil godos con Bacurio, general de los Iberos. Teodosio pasó la noche atrincherado en las montañas, y al despuntar el dia vió que le habian cortado la retirada; recurrió entonces á un expediente empleado frecuentemente con los Bárbaros, poco cuidadosos de la causa y de los señores por quienes vertian su sangre: entabló negociaciones con Arbi-

trion, gefe de las tropas que le cerraban el camino. Estipularon un tratado que escribieron apresuradamente (á falta de papel y de tinta) en las tablillas (29) imperiales.

Teodosio llevó en seguida á sus nuevos aliados al ataque del campo de Eugenio: caminaba delante de los batallones, y haciendo la señal de la cruz, exclamó. «¿Donde está el Dios de Teodosio (30)?» Levantóse una borrasca que sembró el terror entre los Gálos: Eugenio rendido, fue hecho prisionero, atado, agarrotado, conducido á la presencia de Teodosio, y muerto prosternado á sus plantas.

Arbogastes vagó durante dos dias entre las rocas, y se hirió el corazon con el machete, porque la vida y la muerte de un franco únicamente á él pertenecian. San Ambrosio no habia querido reconocer á Eugenio, y tuvo el placer de abrazar vencedor á su ilustre penitente. El obispo de Milan (31), Rufino (32), Orosio (33) y San Agustin que parecen autorizados por el mismo Claudino (34), dicen, que los apóstoles Juan y Felipe combatieron á la cabeza de los cristianos en un torbellino. Teodosio habia llorado tanto la víspera de la batalla para conseguir la proteccion del cielo, que colgaron de un árbol para secarlos sus vestidos empapados en lágrimas (35): trofeo de humildad que se convirtió en trofeo de la victoria. Juan, el solitario de la Tebaida supo este triunfo en la hora misma en que le consiguió Teodosio (36). En Constantinopla un endemoniado, levantándose por el aire en el momento del combate, gritó apostrofando el tronco decapitado de San Juan Bautista: «Por tí he quedado pues vencido; ¿tú eres quien arruina mi ejército (37)?» Hé aqui los tiempos tales como son.

Teodosio mandó derribar las estátuas de Júpiter, colocadas en la falda de los Alpes: los rayos eran de oro, y los soldados decian que deseaban ser heridos por aquellos rayos: entonces el emperador les entregó el dios tonante (38).

No se habian escapado á la penetracion de mis lectores las numerosas reminiscencias del pasado órden de cosas que hormiguean en esta narracion. Las ficciones del helenismo permanecian en el fondo de los ánimos convertidos al Evangelio; acusabánse y defendianse de aquellos recuerdos como del crímen de mágia, pero no por esto dejaban de atormentarles. Los poemas de Homero y de Virgilio eran como unos templos defendidos por un demonio poderoso: los obispos, los sacerdoles, los solitarios no osaban quemarlos, pero robaban á estos maravillosos edificios cuanto podian convertir en un santo uso. La mitología, reina destronada que dominaba todavia por sus encantos, se apoderó no solo de la literatura cristiana, sino tambien de la historia: fue preciso que las naciones escandinavas y germánicas descendiesen de los Griegos y de Troyanos, y que la Iliada y la Eneida se convirtiesen en primitivas crónicas de los Francos. Los Bárbaros del Norte se reconocieron hijos de Homero, del mismo modo que los Arabes quieren ser hijos de Abraham. ¡Poder prodigioso del ingenio que da por padre de la verdad al padre de las fábulas!

Vemos en el reinado de Teodosio á los destructores del imperio establecido en el imperio; Hunos y Godos al servicio de los principes mismos á quienes iban á exterminar; Francos, oficiales de palacio, haciendo y deshaciendo emperadores; Caledonios, Moros, Sarracenos, Persas, Iberos, acantonados en las provincias, porque la ocupacion militar del mundo romano precedió cincuenta años á la particion de aquel mundo. Los mismos hombres que defendian aun al trono de los Césares, crugiendo bajo los pasos de tantos enemigos, no procedian tampoco de la estirpe de Sila y de Mario: Estilicon era de la sangre de los Vándalos, y Acio de la sangre de los Godos. El imperio latino-romano no era ya sino el imperio romano-bárbaro: pareciase á un campo inmenso tomado por ejércitos extranjeros, al pasar por él, como una especie de pátria comun y transitoria. No faltaba para el complemento de la conquista sino algunas destrucciones, la mézcla momentánea de las razas y en seguida su separacion.

La invasion moral se habia mantenido á la altura de la invasion física ó material: los cristianos habian creado emperaderes como los Bárbaros, y habian sometido á los mismos Bárbaros. «Vemos, dice San Gerónimo. «fluir á Jerusalen, sin cesar, multitud de religiosos «que llegan de las Indias, de Persia y de Etiopía. Los «Armenios deponen el carcaj, y los Hunos comienzan á cantar salmos. El ardor de la fe penetra hasta en «las frias regiones de la Escitia, y el ejército de los «Godos en que flotan al aire las cabelleras rubias y doradas, lleva consigo tiendas que transforma en iglesias.» (39).

La ruina del paganismo data de los reinados de Teodosio y de Graciano, cuyos príncipes atacaron á un mismo tiempo á la idolatría y á la herejía.

Graciano se apoderó de los bienes pertenecientes al colegio de los sacerdotes y á la congregacion de las vestales; en seguida mandó arrebatar en Roma el altar de la Victoria, del sitio en que los senadores acostumbraban á reunirse; Constancio lo habia derribado ya, y Juliano vuelto á restaurar. El Senado encargó á Simmaco que solicitase el restablecimiento de este altar, y la restitucion de los bienes tomados. El prefecto de Roma defendió la causa del mundo pagano, y el obispo de Milan la del mundo cristiano. Débese recordar siempre el pasaje tan conocido del discurso de Simmaco.

Roma, cargada de años, se dirigió á los emperadores Teodosio, Valentiniano II y Ascadio diciéndoles: »Excelentísimos principes, padres de la patria, respe»tad la vejez á que he llegado por mi piedad, dejad»me conservar la religion de mis antepasados; no me »arrepiento de haberla seguido. Viva yo conforme á »mis costumbres, puesto que soy libre. Mi culto ha »puesto al mundo bajo la sujeccion de mis leyes: mis »sacrificios alejaron á Anibal de mis murallas y á los »Galos del Capitolio. ¿No he vivido tanto acaso sino »para verme insultada al cabo de mi larga carrera? »Examinaré las instituciones que se me quieren impo»ner; pero la reforma que se hace en la vejez es tardia »é injuriosa» (40).

Simmaco pregunta donde se jurarán las leyes de los príncipes, si se destruye el altar de la Victoria (41): sostiene que la confiscacion de los bienes y rentas de los templos, inicua en el hecho, aumenta muy poco el tesoro del estado. Los infortunios de los emperadores, el hambre que ha asolado á Roma, provienen del abandono de la antigua religion: el sacrilegio ha hecho reinar la sequía en aquel año (42).

San Ambrosio responde á Simmaco: Roma, expresándose por el órgano de un sacerdote cristiano, declara: «que sus falsos dioses no han sido la causa de »sus victorias, puesto que sus enemigos vencidos »adoraban á los mismos dioses: el valor de las legio»nes lo ha hecho todo. Los emperadores que se entre»garon á la idolatría, no estuvieron exentos de las »calamidades inseparables de la naturaleza humana: »si Craciano que seguia el Evangelio ha experimenta»do infortunios, ¿fue por ventura mas dichoso Julia»no el Apóstata? La religion de Cristo es el único manantial de salvacion y de verdad. ¡Los paganos se »compadecen de sus sacerdotes, que nunca han es»tado hartos de nuestra sangre! ¡Quieren la libertad »de su culto los que en el reinado de Juliano nos pro»hibieron hasta la enseñanza y la palabra! ¿Os juz»gais aniquilados por la privacion de vuestros bienes »y de vuestros privilegios? Pues en la miseria, en los »malos tratamientos, en los suplicios es donde noso»tros los cristianos hallamos nuestro acrecentamien»to, nuestras riquezas y nuestro poder. Todo lo que »Roma puede presentar en favor de la virtud casta,

»se reduce á siete vestales, cuya pudicicia de tiempo »determinado es recompensada con hermosos velos, »coronas, vestidos de púrpura, con la pompa de las »literas, con la multitud de esclavos, y con inmensas »rentas (43). ¡Numerosas vírgenes evangélicas, de »una vida retirada, humilde y austera consumen, sus »dias en las vigilias, los ayunos y la pobreza! ¡Nues»tras iglesias poseen rentas! exclaman ¿Por qué »vuestros templos, no han hecho de su opulencia el »uso que hacen nuestras iglesias de sus riquezas? ¿Don»de están los cautivos que han rescatado vuestros tem»plos, los pobres que han alimentado y los desterrados á quienes han socorrido? Sacrificadores: han sido »consagrados á la utilidad pública los tesoros que so»lo servian para vuestro lujo, ¡y á esto llamais cala»midad! (44).»

Diez y ocho ó veinte años despues de San Ambrosio, Prudencio se creyó obligado á refutar de nuevo á Simmaco: repite poco mas ó menos en los dos cantos de su poema lo que habia dicho el obispo de Milan; pero emplea un argumento que parece tomado de nuestro siglo, y que oponen al presente á los amadores exclusivos de lo pasado. Simmaco suspiraba por las instituciones de los antiguos; y Prudencio responde, que si debemos preferir la manera de vivir de los primeros tiempos, es necesario renunciar entonces á todas las cosas que sucesivamente se han inventado para el bienestar del hombre; desechar los progresos de las artes y de las ciencias, y retroceder á la barbarie (45). En cuanto á las vestales, Prudencio niega su castidad y su dicha: segun el poeta dice: «El pudor cautivo es conducido al altar estéril. La voluptuosidad no se extingue en las desventuradas por que la desprecien, sino porque la apartan con violencia de su cuerpo que está intacto, pero su imaginacion no se conserva igualmente vírgen. La vestal no encuentra reposo en su lecho: una herida invisible hace suspirar á la doncella innubil por las antorchas nupciales (46).»

Prudencio satiriza luego el permiso concedido á las vestales de casarse despues de cuarenta años de virginidad. «La vieja veterana, desertando del fuego y de los trabajos divinos á que consagró su juventud, se desposa y traslada sus beneméritas arrugas al tálamo nupcial, y enseña á entibiar en el frio lecho un nuevo himeneo (47).»

Si las defensas de Simmaco y de San Ambrosio fuesen meras amplificaciones de dos abogados lidiando en el foro, la historia desdeñaria detenerse á examinarla; mas era un proceso real y el mas importante que se habia presentado en el tribunal de los hombres: no se trataba de nada menos que de la caida de una religion y de una sociedad, y del establecimiento de otra sociedad y de otra religion. Perdiose la causa pagana en el tribunal de los emperadores, porque lo estaba ya en el de los pueblos.

Teodosio, en una reunion del Senado, propuso esta cuestion: «Qué Dios deben adorar los Romanos, ¿á Cristo ó á Júpiter? (48)» La mayoría del Senado condenó á Júpiter. Los padres lo sentian quizas; pero los hijos prefirieron el Dios de Ambrosio al Dios de Simmaco. La prosperidad del imperio no dimanaba de aquellos simulacros á los que las costumbres puras no comunicaban ya una divinidad inocente: el altar de la Victoria no habia tenido poder sino cuando se hallaba colocado cerca del altar de la virtud.

Prudencio nos ha dejado la relacion de la conversion de Roma.

«Hubierais visto á los padres conscriptos, lumbreras brillantes del mundo, trasportados de alegría; á aquel consejo de ancianos Catones, conmovidos al vestirse el manto de la piedad mas resplandeciente que la toga romana, y al desnudarse las insignias del pontificado pagano. El Senado entero, á excepcion de algunos de sus miembros que permanecieron en la roca Tarpeya, se precipitó á los templos puros de los nazarenos; la tribu de Evandro, y los descendientes de Eneas, corrieron á las fuentes sagradas de los apóstoles. El primero que presentó su cabeza fue el noble Anicio.... así lo refiere la augusta ciudad de Roma. El heredero del nombre y de la estirpe divina de los Olibros, quitó de su palacio, adornado de trofeos, los fastos de su familia, las haces de Bruto, para deponerlos en las puertas del templo del glorioso mártir para humillar delante de Jesús la segur de Ausonia. La fe viva y pronta de los Paulos y de los Barros, los ha entregado súbitamente á Cristo. ¿Nombraré á los Gracos tan populares? ¿Diré los cónsules que rompiendo las imágenes de los dioses se consagraron con sus lictores á la obediencia y al servicio del Crucificado Todopoderoso? Podria contar mas de seiscientas familias de antigua estirpe, alistadas en sus banderas. Fijad los ojos en ese recinto: apenas hallareis en él algunos ánimos perdidos en los ensueños paganos, adictos á su absurdo culto, complaciéndose en permanecer en las tinieblas, en cerrar los ojos, al esplendor del dia (49).»

¿No se creerá al leer estos versos de Prudencio, que Roma existia en los principios del siglo V, con sus grandes familias y sus grandes recuerdos? ¡Y escribia en 403! Siete años despues, Alarico removia y barria aquel antiguo polvo de los Gracos y de los Brutos con que se cubria el orgullo de algunos nobles degenerados.

Teodosio extendió la proscripcion del paganismo á las diferentes provincias del imperio. Nombróse una comision para abolir los privilegios de los sacerdotes, prohibir los sacrificios, destruir los instrumentos de la idolatría y cerrar los templos y el patrimonio de los mismos remplos se confiscó en provecho del emperador, de la Iglesia católica y del ejército. «Prohibimos, dice el último edicto de Teodosio, á nuestros súbditos, magistrados ó ciudadanos, desde la primera clase hasta la última, inmolar víctima alguna inocente en honor de un ídolo inanimado. Vedamos los sacrificios de la adivinacion por las entrañas de las víctimas.»

Los hijos de Teodosio, Arcadio y Honorio, y sus sucesores multiplicaron estos edictos: pueden consultarse todas aquellas leyes en el código (50), pero mas conminatorias que expresas, rara vez se ejecutaban, y algunas veces se emprendian ó recordaban segun las necesidades y las fluctuaciones de la política. El papa Inocencio, con motivo del primer sitio de Roma por Alarico en 408 permitió los sacrificios, con tal que se hiciesen en secreto. Los príncipes, obrando en sentido contrario á sus edictos, conservaban á algunos paganos en los altos cargos del Estado, y concedian títulos á los pontífices de los ídolos. Ninguna ley prohibia á los gentiles escribir contra los cristianos y su religion; ninguna ley obligaba al pagano á abrazar el Cristianismo, bajo pena de ser castigado en su persona ó en sus bienes. Aun hay mas: varios edictos de aquella época (y he citado ya algunos), se oponen á las adquisiciones del clero por via de testamento ó de donacion; derogan las inmunidades concedidas; ordenan este nuevo género de propiedades de mano muerta, introducido justamente con la Iglesia; prohiben á los frailes la entrada en las ciudades, y fijan la suerte de las religiosas. Aunque el poder político fuese cristiano, inquietábale ya la lucha; temia verse arrastrado por ella, y no teniendo ya nada que temer del paganismo, comenzaba á ponerse en guardia contra las empresas del otro culto. Las costumbres rompieron tan débil barrera, y el celo se extendió mas lejos que la ley.

Por todas partes demolieron los templos, pérdida por siempre deplorable para las artes; pero el monumento material sucumbió, como siempre, bajo la fuerza intelectual de la idea que habia entrado ya en la conviccion del género humano.

San Martin, obispo de Tours, seguido de una tro-

pa de frailes, derribó en las Galias los santuarios, los ídolos y los árboles consagrados. El obispo Marcelo emprendió la destruccion de los edificios paganos en la diócesis de Apamea, capital de la segunda Syria. El templo cuadrangular de Júpiter, presentaba en sus cuatro frentes quince columnas de diez y seis piés de circunferencia: resistió, y fue preciso el fuego para lograr su destruccion. Mas tarde, en Cartago, cristianos menos fanáticos salvaron el templo llamado celeste, convirtiéndole en iglesia, del mismo modo que despues Bonifacio III salvó el panteon de Roma.

La ruina del templo de Serapis en Alejandría, se hizo célebre: estaba levantado aquel templo en que se depositaba el Nilómetro, sobre un cerro artificial al que se subia por cien gradas: sosteníanlo multitud de bóvedas iluminadas por lámparas, y habia muchos patios cuadrados y cercados de edificios destinados á la biblioteca, al colegio de los discípulos, y al aposentamiento de los celebrantes y guardianes. Cuatro órdenes de galerías con pórticos y estátuas, presentaban dilatados paseos: riquísimas columnas adornaban el templo propiamente dicho, que era todo de mármol: tres láminas de cobre, de plata y de oro cubrian las paredes. La estátua colosal de Serapis, cubierta la cabeza con la medida misteriosa, tocaba con sus dos brazos ambos lados del recinto del altar cabaña, y en un dia determinado los rayos del sol venian á fijarse en los labios del dios (51).

Los paganos no consintieron fácilmente en abandonar semejante edificio, sostuvieron en él un verdadero sitio, estimulados á la defensa por el filósofo Olimpio (52), hombre de admirable belleza y de una elocuencia divina. Estaba lleno del dios, y tenia inspiraciones de profeta (53). Dos gramáticos, Hellade y Ammone, combatian bajo sus ordenes: el primero habia sido pontífice de Júpiter, y el segundo de un mono (54). Teófilo, arzobispo de Alejandría, armado con los edictos de Teodosio y apoyado por el prefecto de Egipto, consiguió la victoria. Hellade se vanagloriaba de haber muerto nueve cristianos por su mano (55): y Olimpio se escapó despues de haber oido una voz que cantaba *alleluya* en mitad de la noche, y en medio del silencio del templo (56). El edificio fue saqueado y demolido. «Vimos, dice Orosio á pesar de su celo apostólico, los estantes vacíos y sin libros; devastaciones que dejan memoria de los hombres y del tiempo (57).» La estátua de Serapis, herida primero en la mejilla por la segur de un soldado, y despues derribada y rota, fue quemada pieza por pieza en las calles y en el anfiteatro. Un nido de ratones (58) se escapó de la cabeza del dios con grande algazara de los espectadores.

Los demás monumentos paganos de Alejandría fueron igualmente destruidos, y las estátuas de bronce fundidas (59). Teodosio habia mandado distribuir su valor en limosnas, y Teófilo se enriqueció juntamente con los suyos (60).

Arrasaron el templo de Canope, escuela famosa de letras sacerdotales, donde se veia un ídolo simbólico, cuya cabeza descansaba en las piernas: poco tiempo antes Antonino el filósofo habia enseñado en ella con esplendor la teurgia, y predecido la caida del paganismo: Sosipatra, su madre, tenia fama de célebre maga. Algunas religiosas y frailes tomaron en el templo de Canope el lugar que habian ocupado los dioses y los sacerdotes egipcios (61).

Así pereció tambien en los confines de la Persia un templo inmenso que servia de fortaleza á una ciudad. «Habiéndose hecho cristiano Serapis, dice San Gerónimo, lloró el dios Marmas, encerrado en su templo de Gaza y temblaba esperando que fuesen á derrocarle (62).»

La sangre cristiana que derramaron las manos filosóficas de Hellade, quedó vengada en extremo algunos años despues con la de Hipatia (63). Era hija de Theon el geómetra, estaba dotada de un ingenio superior al de su padre, y habia nacido, criádose y educado en Alejandría. Instruida en la astronomía mas de lo que convenia á su sexo, frecuentaba las escuelas y enseñaba la doctrina de Aristóteles y de Platon: la llamaban la filósofa. Los magistrados le tributaban honores, veíase todos los dias á su puerta una multitud de gentes á pié y á caballo que se apresuraban á verla y á oirla (64). Habíase casado, y sin embargo permanecia vírgen: acontecia entonces con mucha frecuencia el que dos esposos viviesen libres en el lazo conyugal (65), que unidos sus sentimientos, sus gustos, su destino y su fortuna, estuviesen separados sus cuerpos. La admiracion que inspiraba Hipatia no excluia otro sentimiento mas tierno: moríase de amor por ella un discípulo suyo; la jóven platónica hizo uso de la música para la curacion de la enfermedad, restituyendo por medio de la armonía la paz al alma que habia turbado (66). Cirilo, obispo de Alejandría, concibió profunda envidia de la gloria de Hipatia (67). El populacho cristiano, á cuya cabeza marchaba un lector llamado Pedro (68), se precipitó sobre la hija de Theon cuando entraba un dia en la casa paterna: los malvados la arrastraron á la iglesia á Cesaria, la pusieron enteramente desnuda, y la sajaron con conchas cortantes, quemando en seguida en la plaza Cinaron (69) los miembros de aquella criatura celestial, que vivia en la sociedad de los astros á quienes igualaba en belleza, y cuyas mas sublimes influencias habia experimentado.

El combate de las ideas antiguas contra las ideas nuevas en aquella época, presenta un espectáculo que hace sea todavía mas instructivo el que en la actualidad presenciamos (70). No era ya como en tiempo de Juliano un movimiento retrógrado, era por el contrario una carrera por la pendiente del siglo; pero las antiguas costumbres y recuerdos, los viejos hábitos y las viejas preocupaciones, disputaban palmo á palmo el terreno; porque al abandonar el culto de los antepasados creian hacer traicion á los hogares, á las tumbas, al honor y á la patria. La violencia ejercida en oposicion con el espíritu de la ley, hacia que fuera el conflicto mas porfiado, y acusaban á los cristianos de olvidar en la fortuna los preceptos de caridad que habian recomendado en el infortunio.

Los hombres de guerra y los hombres de Estado, los senadores y los ministros, los sacerdotes cristianos y los paganos, los historiadores, los oradores, los panegiristas, los filósofos y los poetas, corrian al ataque ó á la defensa de las antiguas y de las modernas aras.

Teodosio es un emperador violento y débil entregado á los placeres de la mesa, segun Zosimo (71); y es un santo que reina en el cielo con Jesucristo á los ojos de San Ambrosio (72).

A la voz y al golpe de las manos mismas de los frailes y de los obispos se hunden los templos: caen al sonido de los cánticos de victoria de Prudencio, y el anciano Libanio reanima su piedad filosófica para enternecer á Teodosio en favor de los mismos templos.

«Aquel, dice el emperador; aquel (Constantino) que cuando era yo niño aun, abatió á sus plantas al príncipe que le habia ultrajado (Majencio), creyendo que le convenia adoptar otro dios; utilizó los tesoros y las rentas de los templos para edificar á Constantinopla, mas no hizo mudanza alguna en el culto solemne: si las casas de los dioses quedaron pobres, las ceremonias se conservaron con lujo y riqueza. Su hijo (Constancio) se entregó al perverso consejo de mandar que cesasen los sacrificios, y el primo de este hijo (Juliano), príncipe dotado de todas las virtudes, los restableció. Despues de su muerte subsistió por algun tiempo la costumbre de los sacrificios, aboliéronla, es verdad, los dos hermanos (Valentiniano y Valente) á causa de algunos innovadores, pero se conservó el uso de quemar perfumes. Vos mismo habeis tolerado esta

costumbre de suerte que tanto debemos daros gracias por lo que nos habeis otorgado, como quejarnos por lo que nos quitais. Habeis permitido que el fuego sagrado permaneciese en los altares, y que se quemasen en ellos el incienso y los demás aromas.

«¡Y sin embargo, destrúyense nuestros templos! Unos trabajan para llevar á cabo la obra con la leña, la piedra y el hierro; otros emplean sus manos y sus piès: ¡presa es esta de Mysiena (proverbio griego que significa conquista fácil)! Hunden los techos, minan los muros arrebatan las estátuas y derriban los altares. Los sacerdotes solo pueden escoger entre dos partidos: callar ó morir. De una primera expedicion corren á otra segunda y tercera, y no se cansan de erigir trofeos injuriosos á vuestras leyes.

»¡Esto sucede en las ciudades, en los campos es mucho peor! Allí se congregan los enemigos de los templos, se dispensan, se reunen de nuevo, y cuéntanse sus hazañas; y hay quien se avergüenza de no ser el mas criminal. Tiéndense como los torrentes surcando la comarca, y se agolpan impetuosamente contra la casa de los dioses. La campiña privada de templos está sin dioses; yace arruinada, destruida, muerta: los templos ¡oh emperador! son la vida de los campos; son los primeros edificios que en ellos se han visto; los primeros monumentos que han llegado hasta nosotros al través de las edades: á los templos confía el labrador su mujer, sus hijos, sus bueyes, sus mieses....

»Ved aqui la conducta de los cristianos: protestan que no hacen la guerra sino á los templos; pero esta guerra es en provecho de los tales opresores: arrebatan á los desgraciados los frutos de la tierra, y parten con los despojos, cual si los hubiesen conquistado y no robado.

»No les bastan aun tantos excesos; atacan tambien las posesiones privadas, porque al decir de estos bandidos, están consagradas á los dioses. Bajo tan especiosos pretestos muchos propietarios se ven privados de los bienes que poseian heredados de sus abuelos, mientras que sus espoliadores propalando que honran á la divinidad con sus ayunos, se engordan á expensas de las víctimas. Si vamos á quejarnos al pastor (título que afectan dar á un hombre que ciertamente no está dotado de mansedumbre), despide de su presencia á los reclamantes, cual si debieran considerarse dichosos en no haber padecido mas..................

»Pretenden que hemos violado la ley que prohibe los sacrificios: nosotros lo negamos, y responden que si no se han verificado sacrificios hemos degollado bueyes, en medio de los festines y de los regocijos: es verdad; pero no habia altares para recibir la sangre, ni se ha quemado parte alguna de la víctima, ni se han ofrecido tortas, ni hecho libaciones. Ahora bien; si cierto número de personas se han reunido en una casa de campo á comer un ternero ó un carnero; si tendidas en la yerba se han alimentado con la carne del mismo ternero ó carnero, despues de haberlo hervido ó asado, no sé qué leyes se han violado, porque ¡oh divino emperador! vos no habeis prohibido las reuniones domésticas. Por consiguiente aunque se haya cantado un himno en honor de los dioses y se les haya invocado, no se ha quebrantado vuestro edicto, á menos que no querais transformar en crimen la inocencia de semejantes festines.

»Nuestros perseguidores se figuran que con la violencia nos atraen á la práctica de su religion; se engañan: los que parecen haber variado de culto, han permanecido tales como eran. Asisten á las asambleas con los cristianos; pero cuando aparentan orar, no oran, ó dirigen las preces á sus antiguos dioses.......

»En materia de religion fiadlo todo al convencimiento y nada á la fuerza. ¿No tienen acaso los cristianos una ley concebida en estos términos: *Practicad la mansedumbre, y procurad conseguirlo todo con ella: mirad con horror á la necesidad y á la violencia?* ¿Por qué pues os precipitais contra nuestros templos con tanto furor? ¿Vosotros tambien traspasais entonces vuestras leyes?...........................

»...Mas puesto que los cristianos alegan el ejemplo del primero que despojó los templos (Constantino), hablaré de él á mi vez. No mentaré los sacrificios, porque no los tocó; pero ¿quién fue mas rigurosamente castigado que el robador de los tesoros sagrados? Aun en vida vengó á los dioses en sí mismo, en su propia familia, y despues de su muerte fueron degollados sus hijos.

»Los cristianos se creen tambien autorizados con el ejemplo del hijo de aquel principe (Constancio), quien demolió los templos, empleando en ello tanto trabajo como hubiera necesitado para construirlos (¡tan difícil era separar aquellas piedras juntas y enlazadas con un fuerte cimiento!); distribuia los edificios á los favoritos que le rodeaban, del mismo modo que hubiera podido darles un caballo, un esclavo, un perro ó una alhaja. Pues bien estos presentes fueron funestos al que los prodigaba y á los que los aceptaban..

....

»De estos favoritos, unos murieron en el infortunio sin posteridad, sin testamento; otros dejaron herederos; ¡pero cuánto mas les hubiera valido no haberlos tenido! Vemos al presente á sus hijos habitando en medio de las columnas arrancadas de los templos: vémoslos cubiertos de infamia, y haciéndose un guerra cruel.» (73)

Este pasaje, demasiado instructivo para extractado, ofrece un cuadro casi completo del siglo IV: Usos é influencia de los templos en las campiñas; fin de estos mismos templos; principio de la propiedad del clero cristiano, por la confiscacion de la propiedad del clero pagano; avaricia y fanatismo de los nuevos convertidos que se autorizan con las leyes, desnaturalizándolas, para cometer rapiñas y turbar el interior de las familias; y del mismo modo que Lactancio ha referido la muerte funesta de los perseguidores del Cristianismo, Libanio relata los desastres sucedidos á los perseguidores de la idolatría. Mas sea lo que fuere, Dios, que castiga la injusticia particular del individuo, permite tambien que se realicen las revoluciones generales, calculadas sobre la necesidad de la especie.

Los frailes fueron los principales obreros en la demolicion de los templos; así se les prodigan igualmente ultrajes y elogios.

Sozomeno asegura que los padres del desierto practican una filosofía divina.

»Los religiosos, dice San Agustin, no cesan de amar á los hombres, aunque hayan cesado de verlos, hablando con Dios y contemplando su hermosura.» (74)

San Crisóstomo, con motivo de la sedicion de Antioquía, compara la conducta de los filósofos y de los frailes. ¿Dónde están ahora, exclama, los que usaban baston, manto y larga barba; aquellos infames cínicos inferiores á los perros sus modelos? Han abandonado la desgracia, y han ido á ocultarse á las cavernas. Los verdaderos filósofos (los frailes de los contornos de Antioquía) han corrido presurosos á la plaza pública: los habitantes de la ciudad han huido al desierto, y los habitantes del desierto han venido á la ciudad. El anacoreta ha recibido la religion de los apóstoles, é imita su virtud y su valor. ¡Vanidad de los paganos! ¡Debilidad de la filosofía! Conócese en sus obras que no es sino fábula, comedia, farsa y ficcion.» (75)

«¿Quiénes son los destructores de nuestros templos? dice á su vez Libanio. Hombres vestidos con negros ropajes, que comen mas que los elefantes, que piden al pueblo vino en cambio de sus cantos, y ocultan su embriaguez bajo la palidez artificial de sus mejillas.» (76)

«Hay una raza llamada frailes, dice igualmente Eunapo: estos frailes que parecen hombres en la forma, y cerdos por la vida que llevan, hacen y se permiten cosas abominables..... Cualquiera que se viste un ropaje negro, y presenta al público un rostro sucio, tiene derecho para ejercer una autoridad tiránica.» (77)

«En alta mar (habla el poeta Rutilio) se levanta la isla de Capraria, manchada por hombres que huyen de la luz. Hánse dado ellos mismos el nombre de monges porque aspiran á vivir sin testigos: temen los favores de la fortuna, porque no tendrian valor para arrostrar sus desdenes, y hácense desgraciados por el miedo de serlo. ¡Rábia estúpida de un cerebro desordenado! ¡Aterrarse con la idea del mal y no poder sufrir el bien! Su suerte se reduce á encerrar sus pesares en una estrecha celda, y henchir su triste corazon con un humor atrabiliario.» (78)

Despues de haber pasado Capraria, pequeña isla situada entre la costa de Etruria y la de Córcega, Rutilio descubre otra isla, la Gorgona. «Allí se ha sepultado vivo entre las rocas un ciudadano romano. Impulsado este jóven por las furias, noble de orígen, con un pingüe patrimonio, y no menos venturoso por su matrimonio, huye la sociedad de los hombres y de los dioses. El crédulo desterrado se oculta en el fondo de una vergonzosa caverna; figúrase que el cielo se complace con las miserias repugnantes, y se trata con mas rigor de lo que pudieron tratarle los dioses irritados. Decidme, os ruego, ¿no posee esa secta venenos peores que los brebajes de Circe? Entonces se transformaban los cuerpos, y al presente se transforman las almas. (79)»

El clero cristiano exponia á la risa de la muchedumbre las debilidades y farsas de los sacerdotes del paganismo. Empleaban estos el imán para hacer prodigios, para suspender en el aire un carro de bronce tirado por cuatro caballos (80), ó para hacer subir un sol de hierro á la bóveda de un templo (81). Encerrábanse dentro de estátuas huecas arrimadas á las paredes, y pronunciaban oráculos.

Fleury ha copiado en la Historia eclesiástica una anécdota (82), contada con menos pudor por Rufino (83). «Un sacerdote de Saturno, llamado Tirano, abusó así de muchas mujeres de los principales habitantes de la ciudad: decia al marido que Saturno habia ordenado que su mujer fuese á pasar la noche en el templo. El marido, encantado con el honor que el dios le dispensaba, enviaba á su mujer ataviada con los mas bellos adornos, y cargada de ofrendas. Encerrábanla en el templo delante de todos: Tirano entregaba las llaves de las puertas y se retiraba; pero durante la noche iba por los subterráneos y entraba en el ídolo. El templo estaba iluminado, y la esposa atenta á sus preces no veia á nadie; y oyendo de repente una voz que salia del ídolo, llenábase de temor mezclado de alegría. Despues que Tirano en nombre de Saturno le habia dicho lo que creia oportuno para sorprenderla mas, ó prepararla para que satisfaciese sus apetitos, apagaba de repente las luces, tirando unos lienzos dispuestos con este fin. Bajaba entonces, y hacia cuanto se le antojaba á favor de las tinieblas. Despues de haber engañado así á muchas mujeres por espacio de largo tiempo, una mas prudente que las anteriores, se horrorizó de aquella accion; y escuchando mas atentamente reconoció la voz de Tirano, regresó á su casa y descubrió el fraude á su marido. Acusó este á Tirano, el cual fue puesto en tormento y quedó convencido del crimen por su propia confesion, que cubrió de infamia á muchas familias de Alejandría, descubriendo tantos adulterios, y sembrando dudas sobre el nacimiento de tantos hijos. Tales crímenes dibulgados contribuyeron mucho á la destruccion de los ídolos y de los templos.»

Habia ocurrido en Roma en el reinado de Tiberio (84) un caso muy semejante, que recordaba tambien el de aquel jóven que representando el papel del rio Escamandro, abusó de la sencillez de una doncella (85). Sacaban á la vista, para vergüenza de la idolatría, las muñecas henchidas de paja, los simulacros ridículos, obscenos ó mostruosos, los instrumentos de mágia, y hasta las cabezas cortadas de los niños, cuyos labios habian dorado (86); divinidades todas encontradas en los santuarios mas secretos de los templos derribados.

Los paganos se sostenian firmes, y devolvian desprecio por desprecio insultando el culto de los mártires. «En vez de los dioses del pensamiento, los frailes obligan á los hombres á adorar esclavos de la peor especie; recogen y salan los huesos y las cabezas de los malhechores, condenados á muerte por sus crímenes; trasládanlos aquí y allí; enseñánlos como divinidades: se arrodillan delante de semejantes reliquias, y se prosternan delante de las tumbas; cubiertas de inmundicias y de polvo. Llaman mártires, ministros, intercesores para con el cielo, á los que esclavos infieles en otro tiempo, han sido azotados con varas, y llevan en su cuerpo el merecido sello de su infamia: hé ahí los nuevos dioses de la tierra.» (87)

En medio de estos combatientes exaltados, los hombres mas justos y mas moderados de uno y otro partido, reconocian lo que podia y debia alabarse ó censurarse en los discípulos de ambas religiones. Ammiano-Marcelino, hablando del papa Dámaso, observa que los cristianos tenian poderosas razones para disputarse, aunque fuese á mano armada, la silla episcopal de Roma. «Los candidatos preferidos, enriquécense con los presentes de las mujeres; vénse paseados en carros, y vestidos con ornamentos magníficos; y la suntuosidad de sus festines, sobrepuja la pompa de las mesas imperiales. Los obispos de Roma, que asi hacen ostentacion de sus vicios, serian mas venerados si se pareciesen á los obispos de provincia, sóbrios, sencillos, modestos, con la vista fija en la tierra, granjeándose la estimacion y respeto de los verdaderos adoradores del Dios Eterno.» (88)

«Hacedme, obispo de Roma, decia el prefecto Pretexto á Dámaso, y me hago cristiano.» (89)

San Gerónimo, muchas veces razonable, á fuerza de ser apasionado, escribe: «¡Que vergüenza tan grande para nosotros! Los sacerdotes de los falsos dioses, los truhanes, las personas mas infames pueden ser legatarios: solos los sacerdotes y los frailes no pueden serlo: prohíbeselo una ley, y una ley que no está hecha por emperadores enemigos de la religion, sino por príncipes cristianos. Y aun no me quejo de que se haya hecho esa ley, sino de que nosotros la hayamos merecido; inspiróla una sabia prevision y aun no es bastante poderosa contra la avaricia, porque se burlan de la prohibicion con fraudulentos fideicomisos.» (90)

El mismo Padre dice en otra parte: «Hay algunos que solicitan el sacerdocio ó el diaconado para ver mas libremente á las mujeres. Cuidan con especial atencion de su vestido, de calzar con limpieza, y de perfumarse. Rizan los cabellos con el hierro; las sortijas brillan en sus dedos; andan con la punta del pié, de suerte que mas os parecerán jóvenes recien casados que clérigos. Hay algunos cuya única ocupacion es saber los nombres y la residencia de las mujeres de calidad y de conocer sus inclinaciones: descubriré uno que es maestro en la materia. Levántase al salir el sol, despues de haber preparado el órden de sus visitas; busca los caminos mas cortos, y este viejo importuno entra casi hasta en las alcobas donde duermen. Si desea una almohada, una servilleta, ó algun mueble de su gusto, lo alaba, admira su limpieza, lo toca, se queja de no tener otro igual, y lo arranca mas bien que obtenerlo.» (91)

Gregorio Nazianceno habla de los carros dorados,

de los hermosos caballos, de la comitiva numerosa de los prelados; y describe á la muchedumbre desviándose ante ellos como delante de las fieras (92).

Estas controversias se repetian en todas partes; pasaban los mares, y agitábanse en las cartas, desde la gruta de Belen hasta Hipona; desde el desierto de la Tebaida hasta Alejandría; desde Antioquia á Constantinopla, y desde Constantinopla hasta Roma. Los ánimos se hallaban conmovidos, á medida que se acercaba la catástrofe; pero por un efecto natural, los que se habian unido á la causa perdida para encumbrarse al poder, no hallaban en ella sino su ruina.

Focio nos ha conservado un fragmento de Damascio, en el cual enumera aquel filósofo los personajes que emprendieron inutilmente resucitar el culto de los Helenos. Nombra á Juliano el primero: Lucio, capitan de guardias en Constantinopla, intentó quitar la vida á Teodosio, para volver á levantar la idolatría; pero no pudo desenvainar la espada, pues le horrorizaron las miradas terribles de una mujer que estaba detrás del emperador y que le ceñia con sus brazos. Marzo é Yilo perdieron la vida en una empresa de la misma naturaleza: Ammonio, despues de haber conspirado, se refugió al lado de un obispo: Severiano urdió una nueva trama; pero vendióle Americo, que descubrió el complot á Zenon, emperador de Oriente (93).

Eugenio, emperador por Arbogastes, colocó la imágen de Hércules en sus banderas, restituyó á los templos sus rentas, y mandó restablecer en Roma el altar de la Victoria. En esta misma Roma, á la que tanto trabajo costaba renunciar al dios Marte, se habia divulgado un oráculo: unos versos griegos anunciaban que el Cristianismo duraria trescientos sesenta y cinco años: Jesús no tenia culpa de su culto; mas Pedro versado en las artes mágicas, habia logrado conservar por este número fijo de años la religion de Jesucristo (94). Ahora bien, contando desde la resurreccion, el período fijado espiraba en el consulado de Honorio, y de Eutiquiano, el año 398 de la era cristiana. Los paganos, llenos de alegría, aguardaban la abolicion completa é inmediata de la ley evangélica, y en el mismo año los templos de Africa fueron destruidos ó cerrados por órden de Honorio (95).

Nació otra esperanza: Radagesio, pagano y bárbaro, asolaba la Italia y amenazaba á Roma, «¿Como, decian los piadosos idólatras, hemos de poder resistir á un hombre que ofrece por la tarde y por la mañana víctimas agradables á los dioses que nosotros abandonamos? (96)» Y Radagesio quedó vencido, mientras que Alarico, bárbaro tambien, pero cristiano, entró en Roma. Euchero, hijo de Estilicon, era objeto de secretos deseos; profesaba el paganismo.

El mismo Attalo, juguete de los Godos, tuvo partidarios: habia distribuido los principales oficios del Estado entre varios politeistas, y Zosimo observa que la familia cristiana de los Anicos era la única que se afligia al ver el bien público (97). No podia llegar á mas la parcialidad.

En fin, Antemio, uno de los últimos fantasmas de emperador creado por Richomer, hizo palpitar por última vez el corazon de los viejos helenistas: inclinábase á los ídolos y habia ofrecido á Severo, enteramente entregado al culto antiguo, restituir á la ciudad eterna su primitivo esplendor, y devolverla los dioses autores de su gloria. El papa Hilario destruyó el proyecto, haciendo ofrecer á Antemio que separaria de su lado á cierto Filotes (98), de la secta de los Macedonianos, que colocaba á Antemio entre el paganismo y la herejía: Alarico y Genserico habian saqueado ya á Roma; y Odroaco rey de Italia, se hallaba á punto de reemplazar al emperador de Occidente,

El paganismo fue á sepultarse en las catacumbas de donde habia salido el Cristianismo: aun se encuentran en el dia entre las capillas y los sepulcros de los primeros cristianos, los simulacros y los santuarios de los postreros idólatras (99). No solo se conservaron en secreto los restos de la religion griega, sino que dominó públicamente una parte del nuevo culto: quéjase de ello San Bonifacio en el siglo VIII á la córte de Roma (100).

TERCERA PARTE.

El combate moral é intelectual terminó del mismo modo que el combate político. Despues del saqueo de Roma, la idolatría acusó á los fieles de ser la causa de todas las calamidades públicas; acusacion que habia reproducido con frecuencia, y que resonaba en su hora postrera.—Los cristianos débiles unian su voz á la de los paganos, y decian: «Pedro, Pablo, Lorenzo, están enterrados en Roma, y sin embargo Roma se ve saqueada. (1)» Para refutar tan trillado argumento San Agustin compuso su grande obra de la ciudad de Dios. Su objeto, al engrandecer la belleza, la verdad y la santidad del Cristianismo, es probar que los Romanos no debieron su pérdida sino á la corrupcion de las costumbres y á la falsedad de la religion: Los persigue con su propia historia en la mano.

«Decís proverbialmente: No llueve, y los cristianos son la causa. ¿Olvidais pues las plagas que han asolado el imperio antes que se sometiese á la fe? Confiais en vuestros dioses: ¿cuándo os han protegido? Los Bárbaros, respetando el nombre de Jesucristo, perdonaron á cuantos se habian refugiado en las iglesias de Roma: las guerras de los paganos no ofrecen ni un solo ejemplo de esta naturaleza; nunca los templos salvaron á ninguno de ellos. En tiempo de Mario, el pontífice Mucio-Scévola fue muerto al pié del altar de Vesta, asilo tenido por inviolable, y su sangre casi apagó el fuego sagrado. Roma idólatra ha padecido mas con sus discordias civiles, que Roma cristiana con el hierro de los Godos: Sila hizo morir mas senadores que los que ha despojado Alarico.

»La providencia fundó los reinos de la tierra: la grandeza pasada del imperio no debe atribuirse con mas fundamento al poder de los dioses impotentes, que á la influencia quimérica de los astros. La teología natural de la filosofía no puede oponerse á su vez á la teología divina de los cristianos, porque se ha engañado con frecuencia. La escuela itálica que fundó Pitágoras, la escuela jónica que Tales instituyó, han incurrido en errores capitales. Tales, aplicado al estudio de la física, tuvo por discípulo á Anaximandro, que instruyó á Anaximeno; este fue maestro de Anaxágoras, y Anaxágoras de Sócrates, que aplicó toda la filosofía á las costumbres. Platon vino despues de Sócrates, y se aproximó en gran manera á las verdades de la fe.

»Pero ¿cómo es que los cristianos, á la vez que pretenden no adorar mas que un solo Dios, levantan templos á los mártires? El hecho no es exacto, nuestro respeto á los sepulcros de los confesores, es un homenaje tributado á los hombres que atestiguaron la verdad hasta la muerte; pero, ¿quién oyó nunca pronunciar á un sacerdote estas palabras celebrando los oficios en el altar de Dios sobre las cenizas de un mártir: Pedro, Pablo ó Cipriano, os ofrezco este sacrificio?

»Los paganos se glorían de los prodigios obrados por su religion: Tarquino cortó una piedra con una navaja de afeitar: una serpiente de Epidauro siguió á Esculapio hasta Roma: una vestal tiró de un barco con su cinturon: otra sacó agua en una criba ¿pue-

den compararse tales maravillas con los milagros que cuenta la Escritura? El Jordan suspendiendo su curso deja pasar á los Hebreos: las murallas de Jericó caen delante del Arca santa. ¡Ah! no nos fijemos en la ciudad de la tierra: volvamos nuestros pasos á la ciudad del cielo, que tiene su orígen antes de la creacion del mundo visible.

»Los ángeles son los primeros habitantes de la ciudad divina; participan del cielo y de la luz, porque en el principio Dios hizo el cielo, y dijo: *Que la luz sea hecha*. Dios no creó sino un solo hombre, y todos estábamos en aquel hombre. Derramó en él una alma dotada de inteligencia y de razon, ya sea que hubiese creado antes esta alma, ó que la infundiese soplando sobre el rostro del hombre, cuyo cuerpo no era sino barro. Dió al hombre una mujer para reproducirse; pero como toda la raza humana debia provenir del hombre, formó á Eva de los huesos, de la carne y de la sangre de Adan.

»El hombre, á quien el Señor habia dicho: «el dia »en que comas la fruta prohibida morirás,» comió la fruta prohibida y murió. La muerte es la pena impuesta al pecado; mas si el pecado se borra con el bautismo, ¿por qué el hombre muere al presente? Muere para que no se destruya la fe, la esperanza y la virtud.

»Dos amores han edificado las dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, ha levantado la ciudad terrestre; el amor de Dios hasta la abnegacion de sí mismo, ha edificado la ciudad celeste. Cain, ciudadano de la ciudad terrestre, edificó una ciudad; Abél no edificó ninguna, porque era ciudadano de la ciudad celeste, y extranjero en la tierra. Las dos ciudades pueden unirse por el matrimonio de los hijos de los santos con las hijas de los hombres á causa de su hermosura, porque la hermosura es un bien que nos viene de Dios.

»Las dos ciudades se mueven juntamente: la ciudad terrestre, desde el tiempo de Abrahám, ha producido los dos grandes imperios de los Asyrios y los Romanos: la ciudad celeste llega, por el mismo Abrahám, desde David hasta Jesucristo. Han venido cartas de aquella ciudad santa de que al presente estamos desterrados, y estas cartas son las Escrituras. El rey de la ciudad celeste ha descendido en persona á las tierra para enseñarnos el camino y ser nuestro guia.

»El supremo bien es la vida eterna, y no pertenece á este mundo: el mal supremo es la muerte eterna, á la separacion de la compañia de Dios. La posesion de las felicidades temporales es una bienaventuranza falsa, una gran enfermedad. El justo vive de la fe.

»Cuando las dos ciudades hayan llegado á su fin por medio de Cristo, habrá suplicios eternos para los pecadores. La pena de muerte en la ley humana no consiste solo en el minuto empleado para la ejecucion del criminal, sino en el acto que le priva de la existencia: el Juez eterno excluye al culpable de la eternidad viva, como el juez temporal excluye al culpable del tiempo existente. ¿Puede acaso el Eterno pronunciar sino juicios eternos?

»Por la misma razon, la ventura de los justos no tendrá término. El alma sin embargo no perderá la memoria de los males pasados, sino se acordase de su primitiva miseria, si no conociese siquiera la miseria indestructible de los que hubiesen perecido, ¿cómo cantaria sin fin las misericordias de Dios, segun nos lo dice el Salmista? En la ciudad divina se cumplirán aquellas palabras: *Permaneced tranquilos, reconoced que soy Dios*; es decir, que allí se gozará del sábado, de aquel dia dilatado y sin noche, en el cual descansaremos en Dios.»

Brilla en esta obra del Platon cristiano la melancolia mas profunda; descúbrese una alma tierna, inquieta, echando menos quizás las ilusiones, y cuyos vagos sentimientos son producidos por un espíritu abstracto y una imaginacion mística. El que jóven aun, habia confesado con tanto candor, que habia pedido la pureza, *pero no demasiado pronto* (2), de haber deseado amar, (3) él que habia dicho. «Cuando me hayais conocido tal como soy, rogad por mí:» (4) el padre de Adeodato derrama por las páginas escritas en su vejez ese disgusto de la tierra que es la ventura de los santos y la herencia de los desgraciados. El espectáculo de las calamidades públicas contribuia sin duda á entristecer el genio de Agustin. ¡Qué tiempo para escribir los años que separan á Alarico de Genserico, segundo destructor de Roma y de Cartago, y los que mediaron entre el saqueo de la ciudad eterna por los Godos, y el de Hippona por los Vándalos!

Volusiano, miembro de una familia poderosa de Cartago, habia escrito á San Agustin que uno de sus amigos manifestaba deseos de encontrar un cristiano capaz de resolver ciertas dificultades relativas al nuevo culto. San Agustin en su respuesta afable y política, le incluye una especie de compendio de la *Ciudad de Dios*.

El mismo Padre mantiene correspondencia con la poblacion pagana de Madaura. «¡Despertaos, pueblos de Madaura, parientes mios y hermanos mios!... (5). ¡Pueda el verdadero Dios convertiros á la fe, y libraros de las vanidades de este mundo!» Un obispo, un controvertista ardiente, San Agustin, llama á los idólatras *parientes y hermanos suyos*.

Algunos años antes habia tenido tambien activa correspondencia con Máximo, gramático de la misma ciudad de Madaura, y Máximo le habia rogado que dejando aparte su elocuencia, y los sutiles argumentos de Chirisippo, le explicase cual era el Dios de los cristianos. Y ahora, varon excelente (6), que has abandonado mi comision, esta carta será arrojada al fuego, ó destruida de otra manera. Si sucede asi, perecerá un pedazo de papel, pero no mi doctrina..... ¡Quieran los dioses conservarte! ¡Los dioses por quienes los pueblos de la tierra adoran de mil modos diferentes en una armonia discorde al Padre comun de los dioses y de los hombres!» (7). Ved aquí al pagano que implora á su vez las bendiciones del cielo sobre la cabeza de un cristiano.—Longiniano escribe estas palabras á San Agustin; «Señor y venerado padre: en cuanto al Cristo; en quien crees, y al espíritu de Dios, por quien esperas ir al seno del verdadero, del soberano, del bienaventurado autor de todas las cosas, no me atrevo á expresar lo que pienso; difícil es al hombre definir lo que no entiende; pero eres digno del respeto que profeso á tus virtudes (8).»

San Agustin responde: «Aprecio tu circunspeccion en no negar ni afirmar cosa alguna tocante á Cristo; es una moderacion laudable en un pagano (9).»

El ilustre obispo de Hippna espiró á los setenta y seis años, en su ciudad episcopal sitiada en el pleno ejercicio de los deberes de un pastor valeroso y caritativo. Murió, dice el elegante autor que nunca os cansareis de ver citado, murió con los ojos clavados en esa misma ciudad celeste, cuya maravillosa historia habia escrito (10).»

—Pero antes de las cartas referidas de Agustin, encuéntrase quizás un monumento aun mas extraordinario de la tolerancia religiosa entre los entendimientos superiores: son las cartas de San Basilio á Libanio, y de este á aquel. El sofista pagano habia sido maestro del doctor cristiano en Constantinopla. «Cuando regresásteis á vuestro pais, escribe Libanio á Basilio, me decia á mi mismo: ¿qué hace ahora Basilio? ¿aboga en el foro? ¿enseña la elocuencia? He sabido que habeis seguido mejor camino; que no os habiais ocupado sino en agradar á Dios, y he envidiado vuestra dicha (11).»

Basilio envia jovenes capadocios á la escuela de Libanio sin temor de infestarlos con el veneno de la ido-

latria. Bastará, le dice, que antes de la edad de la experiencia se cuenten estos jóvenes en el número de vuestros discípulos (12).—¡Basilio es mi amigo! exclama Libanio en otra carta; Basilio es mi vencedor, y siéntome por ello arrebatado de alegria (13).—Poseo vuestra arenga, dice Basilio, y la he admirado: ¡oh musas! ¡oh Atenas! ¡cuantas cosas enseñais á vuestros discípulos (14)!»

¿Es este el enemigo de Juliano, el amigo de Gregorio Nazianceno, el fundador de la vida cenobítica? ¿Es aquel el ardiente sectario de Juliano, el violento adversario de los frailes, el orador que defendia los templos? ¿son á la verdad estos hombres los que tienen semejante comercio de cartas?

Sinesio, de la colonia lacedemonia fundada en Africa, en la Cirenáica, descendia de Euristenes, primer rey de Esparta, de la raza dórica; era filósofo; y como San Agustin en su juventud, dividia el tiempo entre la lectura y la caza. El pueblo de Tolemaida, en Libia, le pidió por obispo. Sinesio declaró que no se reconocia con la pureza de costumbres necesaria para tan santo estado: que Dios le habia dado una esposa á quien no queria abandonar, ni visitarla furtivamente como un adúltero, y que deseaba tener muchos hijos bellos y virtuosos. Añadió: «Nunca diré que el alma haya sido creada despues del cuerpo: nunca creeré que el mundo ha de ser destruido en todo ó parte: la resurreccion me parece una cosa muy misteriosa, y no me sujeto á las opiniones del vulgo (15).» Dejáronle su esposa y sus opiniones, y le nombraron obispo. Cuando se hubo ordenado, no pudo en siete meses resolverse á vivir en medio de su rebaño; pensaba que su cargo era incompatible con su filosofía, y queria expatriarse y pasar á Grecia (16). Dejáronle su filosofía, y permaneció en Tolemaida.



JULIANO Y CRISANTO. — Y APARECIERON ESPECTROS DE FUEGO.

Sinesio habia sido discípulo de Hipatia, en Alejandría, y las cartas que le escribia tenian este sobrescrito. «A la filósofa: á la filósofa Hipatia (17).» En una de ellas (y era ya obispo) la llama su madre, su hermana, su amada (18): dícele que tiene un alma muy divina (19); y felicita á Herculiano por haberle hecho conocer á aquella mujer extraordinaria que revelaba los misterios de la verdadera filosofía (20). Estas relaciones pacíficas se mantenian en un rincon del mundo el año 410 de J. C. el año mismo en que Alarico entró en la ciudad eterna. Cinco años antes los Macetas y otros pueblos bárbaros habian sitiado á Cirena (21). La mano de Dios se mostraba en la nube y bajo su peso abismábanse los siglos, los imperios y los monumentos, y los hombres seguian el curso ordinario de su destino: en aquel tiempo abundaba la vida, porque abundaba tambien la muerte.

Hasta los mismos poetas gemian en ambos cultos por no poder cantar en las mismas fuentes, y sobre las mismas montañas. Ausonio, de la religion de Homero, escribe á Paulino, de la religion de Cristo: «¡Musas, divinidades de la Grecia, escuchad mis ruegos, restituid un poeta á las musas del Lacio!» El poeta de la cruz responde: «¿Por qué llamas en mi auxilio á unas musas que he repudiado? Un Dios mas grande subyuga mi alma... Nada te arrancará de mi memoria... Mi alma no puede olvidarte porque no puede morir (22)...»

El tiempo, como podeis observar, habia gastado la violencia de los partidos: los hombres superiores, cuando ha pasado el momento de la accion, no tardan en entenderse: existe entre tales hombres una paz natural que podria llamarse la paz de los talentos,

parecida á esa paz de Dios, que una religion comun establecia entre los valerosos y los fuertes. Así á fines del siglo IV, y en los dos siglos siguientes, es visible la tendencia que muestran en unirse los filósofos de ambas religiones: el odio habia desaparecido, y tan solo quedaba el sentimiento. Las disputas no existian ya sino entre los cristianos de diferente sectas.

Sin embargo, algunos caracteres rígidos, instruidos en la ruda enseñanza apostólica, desaprobaban tanta blandura; condenaban á los oradores y á los poetas, y menospreciaban la delicadeza del lenguaje. San Gerónimo confiesa con lágrimas en los ojos su inclinacion á los autores profanos, y expía de antemano con el ayuno, la vigilias y la oracion, la lectura que va á emprender de Ciceron y de Platon. Rufino acusa á Gerónimo de un crímen enorme: de haber ocupado á varios religiosos del monte de los olivos en copiar los diálogos de Ciceron, y de haber explicado Virgilio á los niños cristianos en su cueva de Belen.

Los filósofos, despues del reinado de Juliano, habian cesado de distinguirse de la muchedumbre en el traje y las costumbres; pero la profesion de las doctrinas, y la sucesion de los maestros, se prolongaron mucho mas allá del reinado del Apóstata. En los siglos V y VI, los paganos ocupaban todavia las cátedras públicas en Atenas (23): Siranio fue el predecesor de Proclo, que trasmitió el doctorado á Marino, convertido del judaismo samaritano al helenismo. Proclo era autor de un doble comentario de Homero y de Hesiodo, de dos libros de teurgia, de cuatro libros sobre la *República* de Platon, de diez libros sobre los oráculos, de otros muchos tratados, y de diez y ocho argumentos contra los cristianos, refutados por Filopono (24). Marino nos ha dejado la biografía de su maestro: entonces un santo escribia la vida de otro santo, un filósofo la de otro filósofo; así se dividian la gloria del cielo y la de la tierra.

Marino atribuye á Proclo una virtud sobrenatural de beneficencia: cuenta como prueba de ello la curacion milagrosa de la jóven Asclepigenia, hija de Arquiadas y de Plutarca. Observa que la casa de Proclo estaba inmediata al templo de Esculapio; porque Atenas, dice, era aun bastante venturosa en conservar entero el templo del Salvador. Platon era pobre (Marino es el que habla): no poseia mas que un jardin en el recinto de la Academia, y una renta que equivalia al valor de tres piezas de oro; pero en tiempo de Proclo la renta de la Academia ascendia á mas de mil (25).

Marino nos señala tambien la época cierta de la pérdida de la famosa estátua de Fidias, la Minerva del Partenon; habiéndose librado de las rapiñas de los Godos, no escapó de las de los cristianos. «Minerva, dice, manifestó el mucho afecto que profesaba á Proclo cuando la estátua de esta diosa, que hasta entonces habia permanecido en el Partenon, fue arrebatada por los que tocan á las cosas que no deberian ser tocadas. Cuando Minerva, pues, fue echada de su templo, una mujer de perfecta hermosura se apareció en sueños á Proclo y le mandó adornar sus hogares, diciéndole: «Minerva quiere habitar y dormir contigo (26).»

Marino coloca la muerte de Proclo en el año 124, contando de la muerte de Juliano (27), que era una era usada por el pesar y el agradecimiento filosófico. Los cristianos contaban tambien desde la época de los mártires.

Mas tarde todavía, hácia el año 550, encontramos á Damascio el Estóico, unido en amistad con Simplicio y Euliano. La aventura de estos últimos filósofos del mundo romano, merece ser referida.

Damascio de Syria, Simplicio de Sicilia, Euliano de Frigia, Ermas y Diógenes de Fenicia, é Isidoro de Gaza, agobiados con el triunfo de la cruz, resolvieron expatriarse é ir á vivir entre los Persas. Cuando hubieron llegado á la comarca de los Magos, vieron que el rey no era filósofo, que los nobles estaban llenos de orgullo, y que el pueblo, astuto y ladron, no valia mas que el pueblo romano. Escandalizóles principalmente el espectáculo de la poligamia, impotente tambien para precaver el adulterio; arrepintiéronse entonces y desearon volver á entrar en su pais. Cosroes, que negociaba entonces un tratado con la córte de Constantinopla, hizo insertar en él generosamente una cláusula en favor de tales huéspedes; y no los molestaron á su regreso, gozando pacíficamente en sus hogares de la libertad de conciencia (28).

En esta agonía de una sociedad próxima á espirar, la semejanza de lenguaje, de ideas y costumbres, era casi completa entre los hombres superiores de ambas religiones: los mismos principios de moral; las mismas expresiones de *salvacion*, de gracia divina; las mismas invocaciones al Dios único, eterno, al Dios Salvador. Cuando leemos á Sinesio y á Marino, á Fulgencio y á Damascio, y á los demás escritores religiosos y morales de aquella época, cuesta trabajo determinar la creencia á que pertenecen, si los unos no se apoyaran en la autoridad homérica, y los otros en la autoridad bíblica.

Boecio en el Occidente, Simplicio en el Oriente, terminaron esta serie de buenos ingenios, que se habian colocado entre el cielo y la tierra: vieron apoderarse la soledad de las escuelas en que se habia alimentado el Cristianismo, y de las que desterró al auditorio; y cerraron con honor las puertas del Liceo y de la Academia de los sabios. Justiniano suprimió las escuelas de Atenas cuarenta y cuatro años despues de la muerte de Proclo (29). Boecio, cristiano y perseguido, era filósofo: Simplicio, filósofo y feliz, tenia el carácter de un cristiano. «¡Oh Señor! (dice en la súplica que termina su comentario del *Enchiridion* de Epitecto). ¡Oh Señor, padre, autor y guia de nuestra razon, concédenos no olvidar nunca la dignidad con que decoraste nuestra naturaleza! ¡Haz que obremos como seres libres; que purificados de toda pasion desordenada, sepamos, si se sublevan, combatirlas y gobernarlas! ¡Que nuestro juicio, guiado por la luz de la verdad, nos incline á las cosas verdaderamente buenas! Yo te suplico ¡*Oh Salvador* mio! que disipes las tinieblas que cubren los ojos de nuestras almas, á fin de que podamos, como dice Homero, distinguir al hombre y á Dios.»

Boecio, encerrado en un calabozo en Ticino (Pavía), se queja de la mudanza de su fortuna y de los infortunios de su vejez, y rodéanle las musas vestidas de luto. De repente se le aparece una mujer magestuosa, cuyas miradas son penetrantes y brillante el color: es jóven, y sin embargo se conoce que su nacimiento ha precedido al de los hombres del siglo; tan pronto parece no exceder la estatura comun, como su frente toca á las nubes y se oculta á las miradas de los mortales. Su ropaje es de una tela de materia incorruptible, y suaviza ligeramente el esplendor de esta ropa una especie de tinta semejante á la que comunica el tiempo á los cuadros antiguos. Esta mujer ostenta un libro en la mano derecha y un cetro en la izquierda. Al punto que descubrió á las musas dictando versos al dolor de Boecio, despidió á aquellas cortesanas, que lejos de cerrar las heridas, las mantenian abiertas con un veneno sutil. En seguida se sentó en el lecho del prisionero, y le dirigió estas palabras. «¿Eres tú el que he alimentado yo con mi leche y educado con tan tierno afan? ¿Tú, cuyo espíritu y corazon habia fortalecido, te habrás dejado vencer por la adversidad? ¿Me conoces? ¡Guardas silencio!» La divinidad enjuga con su ropaje las lágrimas que manan de los ojos de Boecio: al punto reconoce á la madre fecunda de las virtudes, á su celeste amiga, á la Filosofía. Da las últimas lecciones á su discípulo, repitiéndole que el soberano bien solo se encuentra en Dios; y á semejanza de Simplicio, la Filosofía, ó por mejor decir Boecio, exclama: «¡Ser infinito! ¡manantial de todos los bie-

nes! ¡Dios salvador! ¡Elevad nuestras almas hasta la altura en que habitais! ¡derramad sobre nosotros esa luz que puede dar solo á nuestros ojos la fuerza para contemplaros!»

¿Hay cosa mas hermosa y al propio tiempo mas semejante que estos últimos acentos de Simplicio y de Boecio? En esta época el Cristianismo era filosófico; retrocedió y se hizo monacal por la ignorancia y las desgracias derramadas por la tierra, que es precisamente lo que constituyó su fuerza. El tiempo de la barbarie incubó los gérmenes de la sociedad moderna, y su incubacion tuvo una energía prodigiosa. El Cristianismo, filosófico antes de tiempo por consecuencia de una civilizacion vieja que no era hija suya, hubiérase gastado: era preciso que atravesase siglos de tinieblas, que produjese por sí mismo la civilizacion nueva para llegar á su edad filosófica natural, edad á que llega en el dia.

Entre Platon y San Agustin, entre Sócrates y Boecio, medió uno de los mas grandes períodos de la historia del espíritu humano. Los maestros de la sabiduría pagana entregaron al retirarse el punzon y las tablillas á los maestros de la ciencia evangélica. El principio de la filosofía no pereció, porque ningun principio se destruye, porque la filosofía es á la vez la lengua del entendimiento, y la region elevada en que habita el alma separada de su cubierta. La teología se sentó en los bancos que abandonaba la filosofía y la continuó. Los sistemas de Aristóteles y de Platon, la forma y la idea, dividieron siempre las inteligencias hasta el tiempo en que las obras del Estagirita, traidas á Europa por los árabes, renovaron la doctrina de los peripatéticos y produjeron la escolástica. El vástago mas fecundo del Cristianismo, la herejía, que no cesó de brotar con vigor, reprodujo por su parte el fruto filosófico, á cuyo gérmen debia la vida.

Al leer el relato de la expoliacion de los templos en el reinado de Teodosio, habreis creido que concurriais á la destruccion de las iglesias, perpetrada en nuestros dias. Mas la ruina de nuestras iglesias no ha ocasionado la caida de la religion de Jesucristo, mientras que la religion de Júpiter, arruinada entonces, desapareció con sus templos. La verdad no está unida á una piedra; subsiste independientemente del altar; y el error no puede existir sino sepultado en las tinieblas de un santuario. El Cristianismo, en tiempo de Teodosio y de sus hijos, se hallaba próximo á reemplazar al paganismo; el Cristianismo no tiene heredero en nuestro siglo. ¿Qué podria darnos la filosofía humana que se presentara para ser la sucesora de la fe, del mismo modo que intentó ocupar el lugar de la idolatría? ¿La teurgia? ¿Quién la admitiria? Y esta teurgia ¿qué ocultaria bajo su velo sino esas mismas verdades de esencia divina que la enseñanza pública de la Iglesia ha puesto al alcance del vulgo? Los misterios de las iniciaciones son reveladas á la muchedumbre en el símbolo que repite en el dia el hijo del pueblo.

Si imaginásemos establecer una cosa distinta de las verdades recibidas de la fe, el panteismo, por ejemplo, ¿lo conseguiriamos? El Cristianismo es la síntesis de la idea religiosa, y ha reunido sus rayos; el panteismo es el análisis de la misma idea, y dispersa sus elementos. ¿Tendrá cada uno en sus hogares una pequeña fraccion de la verdad divina que convertirá en un dios para su consumo particular? ¿Resucitarian acaso los penates, los ídolos, los genios? ¿Volveria otra vez la idolatría por este camino á falsear la sociedad? ¿Habria tantos altares como familias? ¿tantos sacerdotes como ceremonias? ¿tantos ritos como imaginaciones existieran para inventarlos? ¿La pluralidad de las religiones privadas podria acaso reemplazar á la unidad de la religion pública? ¿Produciria el mismo efecto sobre el hombre? ¡Qué caos seria el movimiento y el ejercicio de tantos cultos infinitos y diversos! Revivirian todas las extravagancias y los desórdenes del entendimiento y de las costumbres que desacreditaron las sectas filosóficas y las herejías, y renacerian todas las aberraciones sobre la naturaleza de Dios. ¿Quién es Dios? ¿Es eterno? ¿Ha creado la materia? ¿Existe Dios aparte y cerca de ella? ¿Hay algun manantial de donde nacen y donde vuelven á entrar las inteligencias? ¿La misma materia existe? ¿El universo existe en nosotros ó fuera de nosotros? ¿El espíritu es efecto ó causa? ¿Llegaremos al extremo de suponer en un nuevo sistema, que Dios no es aun perfecto, que se forma cada dia por la reunion de las almas desprendidas de los cuerpos, de suerte que no sea ya Dios quien haya formado al hombre, sino que sean los hombres los criadores de Dios? ¿Y cómo revestireis de una forma sagrada que reemplace la forma cristiana, esas alegorías, esos mitos, esos ensueños, esos vapores de los entendimientos defectuosos, nebulosos y vagos, que buscan la religion y que no la quieren? El misticismo, el eclectismo ó la eleccion de las verdades en cada sistema, ¿pueden convertirse en culto? ¿Son evidentes estas verdades? ¿Y todos los entendimientos se conforman con las mismas abstracciones metafísicas?

En fin, todo sistema filosófico al implantarse en las ruinas del Cristianismo, no tendria yo por vehículo popular el medio que en otro tiempo se encontró: la predicacion de la moral universal. El Evangelio tuvo que desarrollar esos grandes principios de libertad y de igualdad, que descubiertos por algunos ingenios privilegiados, estaban ignorados por las naciones, y combatidos por las leyes. En la actualidad se ha realizado la obra: la filosofía puede proponer reformas; pero no tiene nada nuevo que enseñar. ¿Cómo pues sin el recurso del establecimiento de una moral, determinareis á los hombres, á que truequen los misterios tan difíciles de entender?

Siendo imposible todo esto, no descubriremos realmente detrás del Cristianismo mas que la sociedad material: sociedad bien ordenada, bien arreglada, hasta cierto punto exenta de crímenes; pero tambien muy limitada, animada y circunscrita á los sentidos cultos y embrutecidos. Cuando en la sociedad material se elevasen los descubrimientos físicos y las invenciones de las máquinas hasta los milagros, esto no produciria sino el género de perfeccion de que es susceptible la máquina misma. El hombre, privado de sus facultades divinas, es pobre y triste: pierde la mas rica mitad de su ser, y concretado á su cuerpo, al que no puede rejuvenecer ni dar vida, se degrada en la escala de la inteligencia. Nos convertiríamos por falta de religion en una especie de indios ó de chinos. La China y la India, la una por el materialismo y la otra por una filosofía petrificada, son verdaderas naciones mómias: sentadas hace miles de siglos, han perdido el uso del movimiento y la facultad de progresion, semejantes á esos ídolos mudos y acurrucados, á esas esfinges recostadas y silenciosas, que guardan todavía el desierto en la Tebaida.

Religiosamente hablando, nos vemos obligados á deducir de estas investigaciones imparciales, que nada existe despues del Cristianismo.

Pero si el Cristianismo cae como todas las instituciones que el hombre ha tocado, comunicándolas la debilidad de su naturaleza; si el tiempo de esta religion ha espirado ¿qué hemos de hacer? El mal no tiene remedio: no lo pienso así. El Cristianismo intelectual, filosófico y moral, tiene sus raices en el cielo, y no puede perecer: en cuanto á sus relaciones con la tierra, solo aguarda un grande ingenio para renovarse. Conócese perfectamente en el dia la posibilidad de la fusion de las diversas sectas en la unidad católica; pero la condicion primordial para llegar á la recomposicion de la unidad es la emanci-

pacion de los cultos. Mientras la religion católica sea una religion pagada, dependiente de la autoridad política y de la forma variable de los gobiernos; mientras continue viéndose atada en sus movimientos, entrabada en sus reuniones particulares y generales, contaminada en sus cátedras y escuelas por el dinero del erario; en una palabra, mientras no vuelva al pié y á la libertad de la cruz, se consumirá degenerada.

Si hubiésemos desarrollado lentamente en el órden cronológico de la narracion el cuadro de la caida del politeismo y de la destruccion de las escuelas filosóficas, no hubiéramos podido distinguirlo bien: el triunfo completo de la religion cristiana en el reinado de Teodosio, señalaba el lugar en que debia exponerse este cuadro. Volvamos á tomar el hilo de los hechos políticos y militares.

ESTUDIO CUARTO.

PRIMERA PARTE.

DESDE ARCADIO Y HONORIO HASTA TEODOSIO II Y VALENTINIANO III.

Tres meses tan solo sobrevivió Teodosio* á la victoria conseguida sobre Eugenio: murió en Milan y su cuerpo fue trasladado á Constantinopla. Dejó dos hijos, Arcadio y Honorio: Arcadio habia sido declarado Augusto por su padre en el año quinto del reinado de este. Honorio fue revestido de la misma dignidad despues de la muerte de Valentiniano II, y cuando Teodosio se preparaba á marchar contra Eugenio. Arcadio heredó el imperio de Oriente, Honorio el de Occidente; Arcadio se sepultó en el palacio de Constantinopla, Honorio entre las murallas de Ravena. Era Arcadio pequeño de cuerpo, contrahecho, feo, muy moreno é ignorante: tenia los ojos medio cerrados como la serpiente (1). La holgazanería y la ligereza caracterizaban á Honorio (2). Rufino tomó á su cargo el engañar y envilecer á los dos emperadores, y Estilicon, venderlos y defenderlos. Sufria Arcadio el yugo de los eunucos y de su mujer; y Honorio criaba una gallina llamada *Roma*, mientras Alarico tomaba la ciudad de Rómulo.

Rufino fue ministro de Arcadio, y Estilicon de Honorio: originario el primero de Causa, en las Galias, habia conseguido en el reinado de Teodosio, que le favoreció demasiado, los cargos de mayordomo mayor de palacio, de cónsul y de prefecto del pretorio. Tacháronle de ambicioso, de pérfido, de cruel, y principalmente de avaro, Claudio, Suidas, Zosimo, Orosio, San Gerónimo, y Simmaco (3), quien alabando á todo el mundo, á nadie alababa, segun se ha observado.

Reconocido Rufino por prefecto de Oriente, y aspirando en secreto al imperio, tenia una hija á quien pretendia casar con Arcadio. Eutropo, el eunuco, frustró este proyecto, y Arcadio elevó al tálamo imperial á Eudosia, célebre por sus cuestiones con San Juan Crisóstomo: era hija de Bauton, valeroso gefe de los Francos, y entonces conde y general romano.

Gobernaba el Occidente Estilicon en el reinado de Honorio: era un famoso capitan, de orígen vándalo (4). Estaba casado con Serena, sobrina de Teodosio, y esta alianza llenaba de orgullo el corazon del semi-bárbaro (5). Pretendia que su tio Teodosio le habia confiado la tutela de sus dos hijos, y sufria con impaciencia la autoridad que gozaba Rufino en Oriente.

Este último, defraudado en sus proyectos por el matrimonio de Eudoxia, y temiendo las maquinaciones de Estilicon que levantaba ejércitos, ensañó los bárbaros contra el imperio, incitó á los Hunos á precipitarse sobre el Asia, y entregó la Europa á los Godos (6). Alarico mandaba á los últimos.

Habia nacido Alarico en la isla de Peuce, situada en la embocadura del Danubio, en el seno mismo de la barbárie. Claudiano llamó poéticamente al Danubio el dios paternal de Alarico. Era este uno de los cinco ó seis hombres milenarios ó fásticos, y no pertenecia á la familia de los *Amalaricos*, la primera entre los Godos, sino á la segunda que era la de los *Balthos*. Su arrojo le habia granjeado entre sus compatriotas el sobrenombre de Balto, que significa el osado ó el valiente.

Jóven aun Alarico, habia pasado el Danubio en 376 con los Visogodos cuando estos huian delante de los Hunos. Habíase encontrado en los combates que precedieron y causaron la derrota y muerte de Valente (7). Negoció la paz con Teodosio, y le siguió en calidad de aliado en su expedicion contra Eugenio.

Rufino fue á desenterrar, para vengar su querella doméstica, al hombre á quien Dios habia destinado para vengar la querella del mundo. A fin de que el godo no encontrase obstáculo alguno, destacó el favorito de Arcadio dos traidores, Antioco y Geroncio, el uno á custodiar el paso de las Termópilas, y el otro el istmo de Corinto (8): estos dos porteros de la Grecia debian franquear sus puertas á los Bárbaros.

Fingiendo pues Alarico cierto descontento de la córte de Arcadio, merodeó todo el pais entre el mar Adriático y el Ponto-Euxino. Los Godos llevaban en su compañía algunas tropas de Hunos, que en el invierno anterior habian pasado el Danubio por encima del hielo. Los Bárbaros continuaron su saqueo hasta el pié mismo de las murallas de Constantinopla, de donde salió Rufino en traje godo, á parlamentar con ellos (9).

Estilicon, bajo el pretesto de socorrer al Oriente, se puso en marcha con el ejército que Teodosio habia empleado contra Eugenio.

Entonces llegó una órden de Arcadio reclamando á Estilicon el ejército de Teodosio, y prohibiéndole pasar adelante: Estilicon obedeció, entregando el mando á Gainas, capitan godo que servia á sus órdenes, y á quien encargó en secreto que matara á Rufino: empresa en que no dejó de ayudarle el eunuco Eutropo (10).



Lisonjeábase Rufino de ser proclamado emperador por los soldados que le llevaban otra púrpura; corrió con Arcadio á su encuentro: mandó Gainas que le cercasen é inmediatamente le hizo asesinar á los piés de Arcadio. Llevaron su cabeza separada del cuerpo á Constantinopla en la punta de una pica, y la pasearon por las calles; su mano derecha cortada acompañaba á la cabeza, y presentábanla de puerta en puerta (11). Un guijarro metido en la boca del muerto la sostenia abierta, y suponian que sus labios entreabiertos pedian la limosna que aguardaba la mano (12): sátira popular horrorosamente enérgica contra la exaccion y el poder. Ninguna utilidad reportó la mudanza del ministro: Eutropo ocupó el lugar de Rufino.

Alarico y sus Godos, no teniendo ya nada que robar ni qué combatir, pasaron el desfiladero de las Termópilas, defendido tan solo por la tumba de Leonidas. Los pastores enseñaron á los Persas el camino del monte; las *Ropas-negras* (que en el lenguaje de Eunapo significa los monges) lo descubrieron á los Godos (13). ¡Que variacion tan prodigiosa en los tiempos! ¡Qué revolucion entre los hombres!

* Arcadio, Honorio, emper. Siricio, Anastasio I, Inocencio I, papas. De 395—408.

Protegieron á Tebas las murallas (14): esta ciudad recordaba los nombres de Edipo, Epaminondas y Alejandro. Alarico dejó libre á Atenas, que no era ya sino una universidad menos famosa por su filosofía que por su miel (15). Aceptó un convite, y se bañó en la ciudad de Pericles y de Aspasia, para demostrar que no era extraño á la civilizacion (16); pero entregó el Atica á las llamas. Aun se ve en el dia á Atenas, que se parece, como acontecia en la época de los Godos, á la piel vacia y sangrienta de una víctima, cuya carne habia sido ofrecida en holocausto (17). Afirmaban que Minerva habia movido su lanza, que la sombra de Aquiles habia horrorizado á Alarico (18). Los ánimos debilitados por las fábulas valen muy poco en las realidades calamitosas de los imperios; la Grecia conservada y como embalsamada con sus ficciones, oponia puerilmente los ensueños del tiempo pasado á las terribles verdades del presente.

Alarico continuó su marcha hácia el Peloponeso: Ceres pereció en Eleusis con sus misterios; muchos filósofos murieron de sentimiento ó al filo de la espada de los Bárbaros, entre otros Protero, Hilario y Prisco, tan amado de Juliano (19). Corinto, Argos y Esparta vieron hollada su gloria: entonces pereció tambien quizás aquel Júpiter Olímpico que no tenia de inmortal sino la estátua. Por desgracia era de oro y de marfil; si hubiera sido de mármol quedaríamos alguna esperanza de volverle á encontrar bajo los matorrales de la Elide, á no ser que esta obra de Fidias, pulverizada se hubiese convertido en cal de una choza ó de un minarete.

Estilicon desembarcó con un ejército en las costas de Grecia; cercó á Alarico en el monte Foloe, y en seguida le dejó escapar (20). Habiendo salido Alarico del Peloponeso fue daclarado por una mudanza súbita de fortuna señor de la Iliria oriental, á nombre del emperador Arcadio. Suponia este príncipe que Honorio no habia tenido derecho para auxiliarle, porque la Grecia correspondia al impero de Oriente (21): Arcadio no queria perder nada de la legitimidad de su cobardía. Creyó captarse la voluntad de Alarico invistiéndole con el mando de una provincia, y solo consiguió hacerle mas temible. La justicia eterna castiga la cobardía: Alarico acababa de degollar á los hijos: concediéronle el poderío de los padres: no se consigue reinar por semejantes medios.

Los Godos proclamaron rey, bajo el nombre de rey de los Visogodos, á Alarico; é invadieron la Italia en el primer año mismo de ese siglo v, célebre por la destruccion del imperio de Occidente, y por la fundacion de los reinos bárbaros. Estilicon reunió un ejército; retiróse Alarico, y Honorio fue á disfrutar los honores del triunfo. No hablo de esta ceremonia ridícula, sino para traer á la memoria al verdadero vencedor; era este un monge, cuyo nombre estaba destinado á la inmortalidad. Habiendo salido Telémaco expresamente de su soledad de Oriente, habia ido á Roma, sin mas autoridad que la de su hábito, para llevar á cabo lo que las leyes de Constantino no habian podido conseguir. Arrojóse al anfiteatro en medio de los gladiadores, y procuró separarlos con sus pacíficas manos. Los espectadores, embriagados con el espíritu del homicidio, le asesinaron (22); verdadero mártir de la humanidad, rescató con su sangre la que se derramaba en aquel espectáculo de muerte. Desde aquel dia quedaron abolidos definitivamente los combates de los gladiadores.

Estilicon, con cuyas dos hijas casó sucesivamente Honorio, habia tratado con los Francos en las orillas del Rhin. Marcomiro y Sunnon, hermanos, reinaban en aquellos pueblos: al uno lo desterraron á Toscana, y el otro fue muerto por sus compatriotas. Pretenden que Marcomiro fue padre de Faramundo (23).

San Ambrosio habia espirado en el año 797, y Estilicon consideró su muerte como la ruina de Italia (24).

Sublevóse Guidon en Africa y fue derrotado por su hermano Marcezelo. La incertidumbre de las cosas de este siglo es tan grande, escribia por este tiempo San Agustin; vemos con tanta frecuencia destronados á los príncipes de la tierra, que los que fundan en ellos sus esperanzas, solo encuentran su perdicion (25).» Marcezelo fue arrojado á un rio inmediato á Milan, por órden del envidioso Estilicon.

Los Escotos y los Pictos asolaron la Inglaterra. Alarico que habia salido de Italia volvió á entrar en ella á últimos del año 402. La historia confusa de aquella época no nos permite señalar las causas de estos diferentes movimientos. Acúsanse los partidos mútuamente: ya representan á Alarico como á un gefe sin fe, que se burla de los juramentos prestados alternativamente á los dos emperadores Arcadio y Honorio; ya expresan sospechas de que Estilicon pretendiese colocar la corona en la cabeza de su hijo Euchero, sublevando de propósito á los Bárbaros; pero este crecimiento de la fiebre no era sino efecto de la descomposicion del cuerpo social en su enfermedad de muerte. La segunda irrupcion de Alarico llenó de pavor la Italia: Roma reparó las murallas de Aureliano; y Honorio, pronto á huir, temblaba en los pantanos de Rávena: Estilicon atacó á los Godos en Pollense, en los confines de la Liguria, y logró una victoria caramente comprada (26). Los Godos habian reusado al pronto el combate por motivo de la celebracion de las fiestas de Pascua (A. 403). La esposa y los hijos de Alarico cayeron prisioneros en poder de Estilicon, y Alarico para rescatarlos consintió en evacuar sus conquistas. Tenia Dios en medio del imperio Romano dos ejércitos de Godos, armados con los rayos de su justicia: al frente del uno marchaba un godo cristiano, Alarico; y el gefe del otro era un godo pagano, Radaguises ó Rhodoguises, segun la escritura griega. Componíase el ejército de este, de toda la raza goda de la otra parte del Danubio y del Rhin. y conducia á las batallas doscientos mil soldados.

Subió Radaguises á su vez á la Italia (A. 405), así como la marea que sube reemplaza á la que ha bajado ya. Estilicon reunió los Alanos, los Hunos y otros godos, mandados por Saro. Penetraron los enemigos hasta Florencia y San Ambrosio se apareció á un cristiano, cuyo huesped habia sido en otro tiempo en esta ciudad, y le prometió que serian librados repentinamente. Obligó Estilicon al dia siguiente á la multitud de los Bárbaros, por la fuerza ó por el hambre, á fugarse ó á entregarse. Radaguises cayó prisionero, y fue cargado de cadenas y sentenciado á muerte; sus compañeros acorralados como un rebaño, fueron vendidos á razon de un escudo por cabeza. Murieron casi todos á un tiempo; lo que se habia ahorrado al comprarlos, se gastó en abrir sus tumbas.

Un año despues de la derrota de Radaguises (A. 406), invadieron las Galias, los Alanos, los Vándalos y los Suevos; excitados, siempre, como suponen, por Estilicon, que destruia á los Bárbaros con sus batallas y los levantaba de nuevo con sus intrigas. Los Borgoñones y los Francos siguieron á los Alanos, á los Vándalos y á los Suevos á las Galias, en 407, y no salieron ya de allí.

Las legiones de la Gran-Bretaña eligieron por emperador en este mismo año á Marco, á quien asesinaron, y en seguida eligieron á un soldado llamado Constantino. Pasó este al continente, destruyó cuanto encontró á su paso, y se estableció en Arlés. Fue reconocido ó al menos tolerado por Honorio, que promulgaba pacíficamente leyes bastante buenas para los vasallos que ya no tenia: proscribió á los Priscilianistas y á los Donatistas.

Constante hijo, de este Constantino emperador de Arlés, primero monge y despues César y Augusto, se apoderó de España. Abrió sus puertas á los Bárbaros,

privando de la custodia de los Pirineos á los leales y valerosos paisanos encargados de defenderlos (27).

Casóse Honorio en 408 con Termancia, hija segunda de Estilicon, Alarico trató con Estilicon por medio de diputados, y consiguió el empleo de general de los ejércitos de Honorio en la Iliria Occidental. Æcio que quedó en rehenes en poder de Alarico, pasó tres años en su compañía. Alarico, no satisfecho todavia, se adelantó hácia Italia y exigió cuatro mil libras de oro, que Estilicon hizo que se le concedieran.

Principiaba Honorio á desconfiar de Estilicon, que era á la vez, tio y suegro suyo, y á quien acusaban de codiciar la púrpura para su hijo Euchero, abiertamente adicto al paganismo.

Un campamento reunido en Pavía, y formado secretamente por Olimpo, favorito de Honorio, fue la señal de la revolucion. Supo Estilicon este acontecimiento en Bolonia, y adivinando la causa se retiró á Rávena. Llegaron dos órdenes de Honorio, la una mandando arrestar y la otra quitar la vida al salvador del imperio, declarado enemigo público: cortáronle la cabeza en 23 de Agosto de 408, y Roma fue la que le condenó al cadalso. Heracliano, despojó de la vida á Estilicon con su propia mano, y fue nombrado conde de Africa: por una virtud de extraccion, la sangre de un grande hombre ennoblecia á su verdugo. Euchero, que amaba los templos y que buscó abrigo en Roma en las iglesias, fue asesinado, y la misma suerte sufrió Termancia, esposa de Honorio. Olimpo heredó el favor de que habia gozado Estilicon.

Durante estas revueltas del Occidente habia gobernado en Oriente Arcadio, subyugado á su vez sucesivamente por Rufino y por Eutropo; el uno indigno favorito que se creia odiado por su fortuna, cuando solo lo era por su persona; el otro hediondo eunuco, que de esclavo de un palafrenero habia llegado á ser cónsul, ávido publicano que todo lo arrebataba hasta las mujeres, y que lo vendia por costumbre, acordándose de que tambien su persona habia sido vendida (28). Ya se ha visto cual fue la muerte de Rufino.

Eutropo para ocultar su vileza, inventó leyes que se conservan en el código como un monumento del humano oprobio (29): estas leyes aplican el crimen de lesa magestad á los que conspiran contra las personos adictas al emperador; castigan el pensamiento, y recaen hasta en los hijos de los culpables de leso-favoritismo. Tales leyes, que ni siquiera pusieron á su autor á cubierto de las conspiraciones, hicieron temblar á los esclavos, y no contuvieron en manera alguna á los Godos. Tribigildo, gefe de una colonia de Ostrogodos fundada por Teodosio, en la Frigia; sublevóse por indicacion de Gainas, este otro godo, asesino de Rufino. Tribigildo, vejado mientras permaneció siendo amigo, fue respetado cuando se convirtió en enemigo; conocieron que habia sido fiel cuando dejó de serlo. El eunuco reinante, acusado de tales desórdenes, los pagó con su caida: habíase atrevido á insultar á la emperatriz Eudoxia. San Crisóstomo, que debia la silla episcopal de Constantinopla á Eutropo, tuvo el arrojo de defender á su bienhechor; y si no pudo librarle de la cuchilla de la ley, arrebatóle al menos al furor popular. Pintólo demasiado vil para que le degollasen, y reclamó en su favor la inviolabilidad del menosprecio. Eutropo, aterrado y tembloroso, con la cabeza cubierta de polvo, se habia refugiado en la iglesia á que él mismo quitara el derecho de asilo. «Abrióle su seno la Iglesia, dice Crisóstomo; admitióle al pié del altar; le ocultó con las mismas cortinas que cubrian el lugar sagrado, y no consintió que le arrancasen del santuario cuyas columnas abrazaba» (30).

Eutropo fue desterrado á la isla de Chipre, conducido luego á Pantico y decapitado. Este hombre que habia sido dueño de tanto terreno que era imposible medirlo, logró apenas el poco que era necesario para cubrir su cadáver. (31).

San Juan Crisóstomo salvó la vida á Aureliano y á Saturnino, á quienes Gainas acusaba de ser los autores de las turbulencias de Oriente: Gainas, frustrados sus proyectos de venganza, conspiró abiertamente. Los Godos á cuyo frente marchaba, y con cuyo auxilio queria sorprender á Constantinopla, fueron asesinados; y despues de haber sido derrotado él propio por Fravittas, halló la muerte entre los Hunos á la otra parte del Danubio, en la antigua patria de los Godos.

Eudoxia, proclamada Augusta, mandó que venerasen sus imagenes; una estátua de plata levantada á esta mujer ambiciosa, cerca de la iglesia de Santa Sofía, enardeció el celo de San Crisóstomo, siendo la causa principal del destierro de este prelado eminente. Salió de Constantinopla el 20 de Junio de 404; y Eudoxia espiró el 6 de Octubre: *un aborto puso término á su vida, á su reinado, á su orgullo, á su animosidad y á todos sus crímenes* (32).

* Arcadio murió el 1.° de Mayo del año 408, algunos meses antes del trágico fin de Estilicon: dejó un hijo único, Teodosio II, cuyo tutor fue Authemio, prefecto de Oriente. Los Hunos y los Esquieros invadieron la Tracia.

Pulqueria hermana mayor de Teodosio, fue desde la edad de quince años la maestra de su hermano. Convirtióse el palacio en un monasterio: levantábase Teodosio al amanecer con sus hermanas á cantar en dos coros las alabanzas de Dios. Nunca este príncipe vengó injuria alguna; y pocas veces consintió en que se impusiera la pena de muerte á los criminales. Decia: «Es fácil quitar la vida á un hombre, pero solo Dios puede restituírsela.» En cierta ocasion pedia el pueblo un atleta para combatir con las fieras; Teodosio que estaba presente respondió: «No sabeis que no acostumbramos á concurrir á combates crueles é inhumanos? (33).»

Habia inventado este príncipe suave una lámpara perpétua para que sus criados no tuviesen que levantarse por las noches á encenderla de nuevo (34). Instruido (35), amante de las artes hasta el extremo de ocuparse en pintar y sacar modelos de escultura con sus propias manos, escribia con tal perfeccion que le habian dado el sobrenombre de *Calígrafo*. Por lo demás, su alma carecia de sublimidad, era cobarde, huia de la guerra, y compraba la paz con los Bárbaros, principalmente con Atila. Firmaba todos los papeles que le presentaban sin leerlos; tanta era su aversion á los negocios (36). De este modo rubricó el acta de la esclavitud de la emperatriz (37); siendo Pulqueria la que procuró corregirle con tan inocente leccion. San Agustin observa que este emperador hubiera sido un santo en la soledad (38).

Teodosio vivia entregado á los eunucos que estragaban la virilidad del príncipe; y Antíoco, gran camarlengo de palacio, estaba al frente de todos los asuntos. Teodosio se mezcló demasiado en los negocios eclesiásticos; favoreció la herejía de Eutiches, y apoyó las violencias de Dioscoro.

Debo llamar vuestra atencion sobre algunas leyes características del tiempo de Teodosio: leyes contra los Heresiarcas de todas clases; Maniqueos, Pepucenios, Frigios, Priscilianistas, Arrianos, Macedonios, Tenonios, Novacianos, Sebastianos; leyes para los profesores de letras en Constantinopla. Señalan estas, diez profesores latinos para las humanidades, diez griegos, tres latinos para la retórica, cinco griegos llamados sofistas, uno para los secretos de la filosofía y dos para el derecho. El Senado era el que elegia á los profesores públicos, que sufrian un exámen. Encuéntranse leyes

* HONORIO, TEODOSIO II, emper. INOCENCIO I, ZÓSIMO, BONIFACIO I, CELESTINO I, papas. De 409 á 423.

prohibiendo enseñar (A. 419) á los Bárbaros á construir bajeles, y que pronunciaban pena de muerte contra los delincuentes; leyes que conceden á cada uno el derecho de fortificar sus tierras y sus propiedades (39). Este derecho es la personificacion de la edad media.

En 421 casó Teodosio con Eudocia, hija de Heraclido, filósofo de Atenas, ó de Leoncio, sofistas: llamábase Athenais antes de recibir el bautismo. Atenas, que no habia suministrado tirano alguno al imperio romano, dióle por reina una musa: Eudocia era poetisa, y puso en verso cinco libros de Moisés, Josué, los Jueces, y la tierna y poética égloga de Ruth.

Es necesario no confundir á Eudocia con Eudoxia, nombre de su suegra, y nombre tambien de la hija que tuvo de Teodosio, y que se casó con Valentiniano III en 432.

Volvamos á los asuntos de Italia.

Habiéndose privado Honorio del auxilio de Estilicon, hubiera podido confiar el mando de las tropas romanas á Saro el godo, hombre aguerrido; pero le rechazó porque era pagano. Alarico proponía la paz bajo condiciones aceptables; y no habiendo sido admitidas, corrió á poner sitio á Roma (40). Sirena, viuda de Estilicon, se hallaba en esta ciudad, y creyéndola el Senado de inteligencia con Alarico, la mandó ahogar por consejo de Placidia, hermana de Honorio.

Alarico cerró el Tíber; y el hambre y la peste martirizaron á los sitiados (41). Consintió Alarico en alejarse mediante una suma inmensa (42). Despojaron las estátuas de las riquezas con que estaban ornadas, entre otras las del Valor y de la Virtud (43).

Honorio encerrado en Rávena, no ratificaba el tratado estipulado. El Senado le envió por diputados á Attalo, administrador del tesoro, Cecilio y Máximo; pero nada consiguieron del emperador, dominado por Olimpo.

Acercóse Alarico á Roma, y derrotó á Valente que iba á socorrerlo.

Olimpo caido en desgracia, restablecido despues en el mando, y caido por segunda vez, vino á parar en que le cortasen las orejas y le matasen á porrazos. A Olimpo sucedió Jove: habia conocido á Alarico en Epiro; era pagano y estaba versado en las letras griegas y latinas. La necesidad de los tiempos habia producido una tolerancia momentánea; una ley de Honorio del año 409, concedió la libertad de religion á los paganos y á los herejes.

Alarico sitió de nuevo la ciudad eterna: queriendo el diestro y desdeñoso bárbaro cortar las dificultades que hallaba con el emperador, mudó el gefe del imperio, y obligó á los Romanos, á proclamar Augusto á Attalo, que habia llegado á ser prefecto de Roma. Attalo era del agrado de los Godos, porque habia sido bautizado por su obispo.

Attalo nombró á Alarico general de sus ejércitos. Fue una noche á dormir en palacio, y pronunció un discurso pomposo delante del Senado.

Dirigióse en seguida contra Honorio, su digno rival. Honorio envió diputados á Attalo, y le ofreció la mitad del imperio de Occidente. Attalo propuso á Honorio conservarle la vida y desterrarle á una isla. Jove hizo traicion á un mismo tiempo á Honorio y á Attalo. Alarico que bloqueaba á Rávena y que principiaba á disgustarse de Attalo, le sometió sin embargo todas las ciudades de Italia, á excepcion de Bolonia (44). Estas extrañas escenas ocurrian en el año 409.

Geroncio se sublevó en España contra Constantino el Usurpador, que reinaba en Arlés, y trasladó el cetro á Máximo.

La Inglaterra, á la que Roma no defendia ya, recobró su libertad. En las Galias las provincias Armóricas, se constituyeron en repúblicas federativas (45). Los Alanos, los Vándalos y los Suevos entraron en España en 28 de setiembre del año 409. Los Vándalos tenian por rey á Gonderico, y los Suevos á Ermerico. Repartiéronse por suertes las provincias Ibéricas: Galicia cupo á los Suevos y á los Vándalos de Gonderico; la Lusitania y la provincia de Cartagena fueron adjudicadas á los Alanos: la Bética cayó en poder de otros Vándalos, de quienes tomó el nombre de Vandalucia. Algunos pueblos de Galicia se mantuvieron independientes en las montañas (46).

En el año 410 Alarico degradó á Attalo á causa de las negociaciones entabladas con Honorio; despojóle públicamente en las puertas de Rímini de los vestidos imperiales (47). Attalo y su hijo Ampelo permanecieron en los carros de su dueño. Alarico custodiaba tambien en sus bagajes á Placidia, hermana de Honorio, medio reina y medio esclava. Procuró estipular la paz con el hermano de esta princesa á quien envió el manto de Attalo. Honorio vaciló; Alarico volvió á sacar á su emperador de entre sus propios criados, y restituyendo la púrpura á Attalo marchó á Roma. Sonó la hora fatal el dia 24 de agosto del año 410 de Jesucristo.

Roma fue tomada por la fuerza ó por la traicion: los Godos, enarbolando sus estandartes en lo alto del Capitolio, anunciaron al mundo la variacion de las razas (48).

Despues de los seis dias de saqueo salieron los Godos de Roma como aterrados: sepultáronse en la Italia meridional; murió Alarico, y le sucedió su cuñado Ataulfo.

En los años 411 y 412 no hubo ya cónsules, así como ya no habia mundo romano; al menos no se encuentran sus fastos en estos dos años. Levantóse sin embargo un general de estirpe latina. Constancio era de Naisse, patria de Constantino; habíase dado á conocer en tiempo de Teodosio, y tenia el título de conde, cuando Honorio pensó en emplearle. Si no conociésemos el orgullo humano, no podriamos comprender cómo Honorio queria mejor perdonar á los Bárbaros que le arrebataban la diadema, que á un vil competidor que se la disputaba: Constancio recibió la órden de ir á atacar á Constantino, tirano de las Galias.

Geroncio que habia proclamado Augusto á Máximo en España, tenia situado á Constantino en Arlés: su ejército le abandonó tan luego como se presentó Constancio. Máximo cayó con Geroncio y vivió entre los Bárbaros en la miseria.

Libre Constantino de Geroncio, se entregó con su hijo Juliano en manos del general de Honorio: antes de rendirse, se habia hecho ordenar sacerdote por Heros, obispo de Arlés (49); precaucion que no le salvó, pues fue enviado con su hijo á Italia, y decapitado á doce leguas de Rávena.

Edobico ó Edobinco, gefe franco y general de Constantino, habia intentado auxiliarle. Constancio, y Ulfilas, capitan godo que mandaba su caballería derrotaron á Edobico en las orillas del Ródano. Edobico se refugió en los dominios de Ecdice, señor galo á quien en otro tiempo habia prestado importantes servicios (50). Ecdice cortó la cabeza á su huésped, y la presentó á Constancio (51). «El imperio, dijo Constancio al recibir el presente, da gracias á Ulfilas por la accion de Ecdice (52)». Y Constancio arrojó de su campo, como á un hombre que atrae á él la cólera del cielo, á este traidor, á la amistad y al infortunio (53).

Jovino se vistió la púrpura en Maguncia en el año 412.

Los Godos despues de haber evacuado la Italia, habian bajado á Provenza. Ataulfo hizo alianza con Jovino, quien habia proclamado Augusto á su hermano Sebastian: malquistóse muy pronto con ellos, y los exterminó (54). Los generales de Honorio se habian unido á los Godos en esta expedicion.

Sublevóse Heraclio en Africa el año 413: desembar-

có en Italia, y habiendo sido rechazado fugóse á Cartago, y murió desconocido en el templo de Mnemosina.

Caracterizaba á Honorio una cualidad muy extraña, la de no conformarse con arreglo alguno: á todo oponia su ignominiosa cobardia como una virtud. Si le ofrecian la paz, cuando no poseia medio alguno de defenderse, altercaba sobre las condiciones, las eludia y acababa por rehusarlas. Su paciencia apuraba la de los Bárbaros; cansábanse de derrotarle sin poder conseguir que se confesara vencido. ¡Admirable ilusion de la grandeza romana que aun imponia respeto despues de la toma de Roma!

Ataulfo deseaba ardientemente la mano de Placidia, que continuaba cautiva, y la pedia muchas veces en matrimonio á su hermano que se la negaba siempre. Durante estas negociaciones, cien veces interrumpidas y reanudadas, el sucesor de Alarico se apoderó de Narbona y quizás tambien de Tolosa: naufragó delante de Marsella, donde fue rechazado y herido por el conde Bonifacio; Burdeos le abrió sus puertas.

Los Francos incendiaron á Tréveris en el año 413. Los Burgondos ó Borgoñones (55) se establecieron definitivamente en la parte de las Galias, á que dieron su nombre.

Cansado de la negativa de Honorio, Ataulfo resolvió casarse con aquella que hubiera podido convertir en su manceba por el derecho de la victoria. Habíase quizás verificado el matrimonio en Forli (56), en Italia; solemnizóse en Narbona en el mes de enero del año 414. Ataulfo estaba vestido á la romana y cedia el primer asiento á la ilustre desposada: esta aparecia sentada en un lecho adornado con toda la pompa de una emperatriz. Cincuenta lindos mancebos, cubiertos con trajes de seda, y componiendo ellos mismos parte de la ofrenda, colocaron á los piés de Placidia cincuenta azafates llenos de oro, y cincuenta llenos de pedrería (57). Attalo que de emperador habia venido á parar en no se sabe qué cosa, en la comitiva de los Godos, entonó el primer epitalamio (58). Así un rey godo que habia venido de la Escitia, daba su mano en Narbona á Placidia su esclava hija de Teodosio y hermana de Honorio, y la ofrecia como regalo de boda los despojos de Roma; en sus bodas danzaba y cantaba otro romano, á quien los Bárbaros habian convertido en histrion del mismo modo que le nombraron emperador y embajador cerca de un aspirante al imperio, y del mismo modo que les plugo arrojarlo de nuevo la púrpura.

Concluyamos con los sucesos de Attalo. Despues del matrimonio de Placidia, este señor del mundo que carecia de tierras, de plata, de soldados, nombró intendente de sus dominios al poeta Paulino, nieto del poeta Ausonio (59). Attalo abandonado por los Bárbaros, despues de haber seguido á los Godos á España, hizose á la vela para no se sabe á donde; prendiéronle en medio del mar y le condujeron encadenado á Rávena. Luego que se supo en Constantinopla la noticia de esta captura, resonaron por todas partes las acciones de gracias (60), y celebráronse regocijos públicos. Honorio en una especie de triunfo, celebrado en Roma, en el año 417, hizo marchar al temible vencido delante de su carro, y le obligó en seguida á subir á la segunda grada de su solio para que la ciudad de Rómulo, deshonrada por Alarico, pudiera contemplar y admirar la ilustre victoria del gran César de Rávena.

Al prisionero se le cortó la mano derecha, ó todos los dedos, ó solamente un dedo de ella (61): no era de temer que con ella empuñase la espada, sino que rubricase órdenes; porque en la apariencia existia aun alguna cosa inferior á Attalo capaz de obedecerle. Acabó sus dias en la isla de Lipari, que en otro tiempo habia propuesto á Honorio; y como estaba poseido del anhelo de vivir, es probable que fuese dichoso.

Habíase visto otro Attalo, gefe de otro imperio: era este aquel mártir de Lion, á quien hicieron dar la vuelta por el anfiteatro precedido de un cartel en que decia: *El crsitiano Attalo*.

Honorio habia estipulado la paz con Ataulfo su cuñado: habíase este obligado á evacuar las Galias y á pasar á España. Placidia dió á luz un hijo á quien se dió el nombre de Teodosio, y que vivió poco tiempo. Ataulfo retirado á la otra parte de los Pirineos, fue muerto en Barcelona de una puñalada por uno de sus criados (A. 415). Los seis hijos que habia tenido de su primera mujer, fueron asesinados despues de su padre.

Los Visogodos colocaron en el trono á Sigerico, hermano de Saro; y al sétimo dia de elegido le asesinaron. Sucedióle Walia que trató con Honorio, y le restituyó Placidia, que habia vuelto á ser esclava por un rescate de seiscientas mil medidas de trigo. (62)

Constancio, general de los ejércitos de Occidente, se casó con la viuda de Ataulfo contra la voluntad de esta, de quien tuvo una hija, Justa-Grata-Honoria, y un hijo, Valentiniano III.

El año que precedió al eclipse de 418, indica el principio del reinado de Faramundo (63).

Walia exterminó en el año 418 á los Silingos y á los Alanos en España. Los Godos volvieron á las Galias, donde Honorio les cedió la segunda Aquitania, todo el terreno que hay desde Tolosa hasta el Océano (64).

El reino de los Visogodos tomaba la forma cristiana, bajo el dominio de los obispos arrianos (65). Teodorico empuñó el cetro despues de Walia; este dejó una hija casada con un Suevo, de quien tuvo á aquel Ricimiro, (66) que estaba destinado á consumar la ruina del imperio de Occidente. Una constitucion de Honorio y de Teodosio dirigida á Agrícola prefecto de las Galias, en el año 418, le ordena que congregue los Estados generales de las tres provincias de Aquitania y de cuatro provincias de la Narbona. Los emperadores resolvieron que conformándose con un uso ya antiguo, se celebrarian los Estados todos los años en la ciudad de Arles, desde los idus de Agosto, hasta los idus de setiembre (del 15 de agosto al 13 de setiembre). Esta constitucion es un hecho histórico de la mayor importancia, que anuncia el paso á una nueva especie de libertad.

Constancio, padre de Honorio y de Valentiniano III, fue proclamado Augusto y murió.

Honorio obligó á su hermana Placidia, á quien amaba quizás demasiado (67), á retirarse á Constantinopla con su hija Honoria y su hijo Valentiniano. Despues de un reinado de veinte y ocho años, que no tiene otro igual por las revueltas que asolaron la tierra, sino los treinta años últimos en que escribo; espiró Honorio en Rávena, doce años y medio despues del saqueo de Roma, llevando su nombre tan insignificante en pos de la celebridad del grande Alarico.

Esta época cuenta algunos historiadores, y tuvo tambien poetas. Aparecen estos principalmente en el principio y el fin de las sociedades: nacen con las imágenes, y necesitan cuadros de inocencia ó de infortunio; cantan en derredor de la cuna ó de la tumba, y las ciudades se levantan ó se desploman al son de su lira. Nos ha quedado una parte de las obras de Olimpiodoro, de Frigerido, de Claudiano, de Rutilio y de Macrobio.

En el año 414 publicó Honorio una ley permitiendo á todo individuo matar leones en Africa, lo cual estaba prohibido antiguamente. «Es preciso, dice el decreto de Honorio, anteponer á nuestros placeres el interés de nuestros pueblos.»

SEGUNDA PARTE.

Desde Teodosio II y Valentiniano III hasta Marciano, Avito, Leon I, Mayoriano, Authemio, Olibrio, Glicerio, Nepos, Zenon y Augústulo.

El emperador de Occidente, Valentiniano III *, estaba en Constantinopla con su madre Placidia, cuando murió Honorio. Aprovechóse de la vacante del trono el primer secretario Juan, y se hizo proclamar Augusto en Roma. Para sostener su usurpacion solicitó la alianza de los Hunos; pero Teodosio defendió los derechos de su primo. Ardaburio corrió á Italia con un ejército é hizo prisionero á Juan, abandonado de los suyos. Paseáronle sobre un asno por entre el populacho de Aquilea; ya le habian cortado una mano (1) y no tardaron en derribarle la cabeza. Este príncipe de un momento decretó la libertad perpetua de los esclavos (2) : las grandes ideas sociales penetran con rapidez en la mente de algunos hombres, mucho tiempo antes de que puedan ponerse en práctica : parécense al sol procurando salir de noche.

Seis años tenia Valentiniano cuando le proclamaron Augusto, bajo la tutela de su madre. La Iliria occidental fue cedida al imperio de Oriente. Un edicto declaró que en lo sucesivo las leyes de ambos imperios dejarian de ser comunes.

Dos hombres disfrutaban en aquella época de una reputacion merecida : Æcio y Bonifacio eran llamados los últimos romanos del imperio, como se habia dado á Bruto el nombre de último romano de la república. Desgraciadamente no estaban inflamados como Bruto por el amor de la libertad y de la patria; esta noble pasion no existia ya. Bruto aspiraba al restablecimiento de la antigua libertad, emancipada de la tiranía doméstica. ¿Qué hubieran podido desear Æcio y Bonifacio? El restablecimiento del antiguo despotismo, libre del yugo extranjero. Este resultado no podia tener para ellos la fuerza de una virtud pública; combatian pues con talentos personales en fabor de intereses privados, que se derivaban de otro órden de cosas. Mezclábase en sus acciones un sentimiento de honor militar; pero la independencia de su país, aunque la hubieran reconquistado, habria sido tan solo un accidente de su gloria.

La derrota de Atila ha inmortalizado á Æcio; la defensa de Marsella contra Ataulfo, y la reconquista del Africa de poder de los partidarios del usurpador Juan, han constituido la nombradía de Bonifacio : consiguió mas celebridad por haber entregado el Africa á los Bárbaros, que por haberla libertado de los Romanos. Una de las pruebas de la ilustracion de Bonifacio es su amistad con San Agustin. Placidia lo debia todo á este gran capitan; habiale sido fiel en el tiempo de sus desgracias. Æcio, por el contrario habia favorecido la rebelion de Juan, y negociado el tratado por el que debian pasar sesenta mil Hunos de las orillas del Danubio á las fronteras de Italia.

Æcio era hijo de Guadencio, gefe de la caballería romana y conde de Africa. Habiéndose educado en la guardia del emperador, entregáronle en rehenes á Alarico en el año 403, y despues á los Hunos, cuya confianza se granjeó. Æcio poseia las cualidades de un hombre sabio y valiente; distinguiale de las gentes de su clase, un rasgo particular : carecia de ambicion, y sin embargo no podia tolerar rival alguno en el favor y en la gloria. Esta flaqueza envidiosa le hizo ser falso para con Bonifacio, aunque amaba la rectitud : incitó á Placidia á quitar á Bonifacio el gobierno de Africa, y avisó á él en secreto que Placidia le llamaba con objeto de darle la muerte (3). Bonifacio tomó las armas para defender su vida, que creia injustamente amenazada; Æcio pintó este armamento como una sublevacion que habia previsto. Fuera de sí Bonifacio recurrió á los Vándalos, derramados por las provincias meridionales de España.

Acababa de morir Gunderico, rey de estos bárbaros; su hermano bastardo Genserico ó hablando mas correctamente, Gizerico, habia ocupado su lugar. A ruegos de Bonifacio hízose á la vela con su ejército y desembarcó en Africa en mayo del 429. Tres siglos despues el resentimiento y la traicion de otro guerrero, habian de llamar de Africa contra España á los vengadores de otra querella doméstica : los Moros se embarcaron donde habian abordado los Vándalos atravesaron en sentido opuesto aquel estrecho, cuyas tormentas no bastaron á defender las playas de una y otra parte contra las pasiones humanas.

Las revueltas que causaba en Africa el cisma de los Donatistas, facilitaron la conquista á Genserico : este príncipe era Arriano, y todos aquellos á quienes oprimia la Iglesia ortodoja, consideraron al extranjero como un libertador (4). Los Vándalos, ayudados por los Moros, se presentaron bien pronto en las puertas de Hippona, donde murió San Agustin.

Bonifacio y Placidia se habian dirigido mútuas explicaciones, y habia quedado puesta en claro la perfidia de Æcio. Arrepentido Bonifacio intentó rechazar al enemigo : se remedia el mal que otro ha causado, y pocas veces el que hemos producido nosotros mismos. Vencido aquel en dos combates, vióse precisado á abandonar el Africa, no obstante haberle socorrido Aspar, general de Teodosio (5) : recibióle Placidia generosamente : le elevó al rango de patricio, y al de general en gefe de los ejércitos de Occidente. Æcio, que triunfaba en las Galias, corrió á Italia con una multitud de bárbaros. Los dos generales, cual si fueran dos emperadores, concluyeron sus diferencias en una batalla: Bonifacio consiguió la victoria (A. 432); pero Æcio le hirió con una larga pica que se habia mandado construir á propósito (6). Sobrevivió Bonifacio tres meses á su herida; y por una magnanimidad que despertaban en él los infortunios de la patria suplicó á su esposa, rica española y que pronto iba á quedar viuda, que diera su mano á Æcio (7). Placidia declaró rebelde á Æcio, le sitió en las fortalezas donde procuró defenderse, y le obligó á refugiarse entre aquellos mismos Hunos, á quienes debia derrotar mas tarde en los campos catalaunicos.

Genserico, despues de haber negociado un tratado de paz con Valentiniano III para tener tiempo de exterminar á sus enemigos domésticos, se acercó á Cartago, llamada la Roma africana, y entró en ella el 9 de octubre de 439. Habian trascurrido quinientos ochenta y cinco años desde que Escipion el Jóven habia arrasado la Cartago de Aníbal.

En el año de la toma de la Cartago romana por un vándalo, hizo Eudocia la Ateniense, mujer de Teodosio II, su viaje á Jerusalen. Sentada en un trono de oro, pronunció en presencia del pueblo y del Senado un panegírico de los Antioquenos (8), en la ciudad que habia satirizado Juliano. Envió desde Jerusalen á su cuñada Pulqueria el retrato de la Vírgen, obra segun dicen de San Lucas (9). La copia de esta imágen llegó por sucesion de los pintores, hasta el pincel de Rafael : la religion, la paz y las artes progresaron insensiblemente al través de los siglos, de las revoluciones, de la guerra y de la barbarie. Eudocia, acusada de afeccion demasiado viva á Paulino, volvió á Jerusalén, donde murió. Una manzana que Teodosio habia enviado á Eudocia, y que esta regaló a Paulino, descubrió un misterio de que supo aprovecharse la ambicion de Pulqueria (10).

Ahora que he trazado ya la invasion de los Godos y de los diferentes pueblos del Norte, réstame hablar

* Teodosio II, Valentiniano III, Marciano, Avito, Leon I, Mayoriano, Authemio, Olibrio, Glicerio, Nepos, Zenon y Augústulo emperador, Celestino I, Sisto III, Leon I, Hilario y Simplicio, papas. De 425 á 476.

de la de los Hunos que oscureció en un momento todas las demás.

Cuando los Hunos pasaron la laguna Meotis, llevaban á su frente á Balamiro ó Balambero, y despues á Uldino y á Caraton (11). Los ascendientes de Atila habian reinado sobre los Hunos, ó si se quiere habian sido sus gefes. Manduique ó Mondzucque su padre, era hermano de Octar y Rouas, ó Roas, ó Rugulas, ó Rugilas, y gozaba de inmenso poder. Multiplicaron los Hunos sus campamentos entre el Tanais y el Danubio (12): poseian la Panonia y una parte de la Dacia cuando murió Rouas (13); tuvo por sucesores á sus dos sobrinos Atila y Bleda, que penetraron en la Iliria. Atila quitó la vida á Bleda, y quedó dueño de la monarquía de los Hunos (14). Atacó á los persas en Asia, y puso á tributo el Norte de la Europa: la Escitia y la Germania reconocian su autoridad; su imperio lindaba con el territorio de los Francos, y se acercaba al de los Escandinavos; los Ostrogodos y los Gepidos eran vasallos suyos; una multitud de reyes, y setecientos mil guerreros, marchaban á sus órdenes (15).

Pretenden los modernos apoyándose en la autoridad de *Nibelungen*, poema aleman escrito á fines del siglo XII ó á principios del XIII, que el nombre original de Atila era *Etzel*; no creo esto en manera alguna. En todo caso no es probable que el nombre de Etzel sepulte en el olvido el de Atila (16).

Vencedor Atila del mundo bárbaro, fijó sus miradas en el mundo civilizado. Temiendo Genserico que Teodosio II ayudase á Valentiniano III á recobrar el Africa, incitó á los Hunos á que invadiesen con preferencia el imperio de Oriente (17). Debemos observar cuan astutos, sagaces y aficionados á negociaciones eran los Bárbaros, lo bien que conocian los intereses de las diferentes córtes, y con qué arte verificaban tratados en Europa, Africa y Asia, en medio de los acontecimientos mas diversos y complicados. Cierta querella sobre una feria en las orillas del Danubio, fue el pretesto de la guerra entre Atila (18) y Teodosio (A. 407 á 408).

La inundacion de los Hunos cubrió la Europa en toda su extension desde el Ponto-Euxino hasta el golfo Adriático. Tres batallas perdidas por los Romanos, facilitaron el paso á Atila hasta las puertas de Constantinopla. Una paz ignominiosa puso fin á estos primeros estragos. Al retirarse Atila se llevó consigo un pedazo del imperio de Oriente: dióle Teodosio seis mil libras de oro, y se comprometió á pagarle un tributo anual de una ó dos sestas partes de esta suma (29).

A resultas de estos acontecimientos el rey de los Hunos habia enviado á Constantinopla (A. 449), una diputacion en la que iba Orestes, su secretario, que fue padre de Augustulo, último emperador romano. Estas guerras prodigiosas, estas variaciones de fortuna, tan extrañas nos causaban mas admiracion hace cincuenta años, que la que nos causan en el dia. Acostumbrados al espectáculo de ligeros combates que no traspasaban los limites de algunas leguas, y que no cambiaban la faz de los imperios, estabamos habituados á la estabilidad hereditaria de las familias reales. Ahora que hemos presenciado grandes y súbitas invasiones; que hemos visto al Tártaro, vecino de las murallas de la China, acampado en el Louvre y regresando despues á sus murallas; que hemos visto al soldado francés bivaqueando en los muros del Kremlin, ó á la sombra de las Pirámides; ahora que hemos visto á los reyes de antigua y de nueva estirpe, colocar por la noche en las maletas sus cetros carcomidos ó cortados aquella mañana del árbol, se nos han hecho familiares estos caprichos de la fortuna. No existe monarca alguno tan bien consolidado que no pueda perder en pocas horas la diadema real del tesoro de San Dionisio; no existe escribiente alguno tan insignificante ó pastor de yeguas, que no pueda encontrar una corona en el polvo de su bufete ó entre la paja de su granja.

El eunuco Chrisafo, fovorito de Teodosio, procuró seducir á Edecon, uno de los embajadores de Atila, y creyó que le habia persuadido á dar de puñaladas á su señor. Edecon al regresar al campo de los Hunos descubrió la conspiracion; y Atila envió de nuevo á Orestes á Constantinopla con pruebas y quejas, pidiendo por satisfaccion la cabeza del culpable. Los patricios Anatolio y Nomus se encargaron de apaciguar á Atila con presentes (20); acompañábales Prisco, quien nos ha dejado la ralacion de su encargo y de su viaje. Este mismo Prisco habia visto en Roma á Meroveo, rey de los Francos (21).

En este intermedio murió Teodosio en Constantinopla, el año 450, de una caida del caballo (22), á la edad de cincuenta años. La nombradía de este príncipe ha dimanado solamente del código que lleva su nombre; monumento compuesto de los restos de la antigua legislacion, semejante á las columnas que se levantan con el bronce abandonado en el campo de batalla; monumento de vida para los Bárbaros, de muerte para los Romanos, y colocado en los límites de ambos mundos.

A esta época pertenecen, los historiadores eclesiásticos; recordarlos es demostrar la altura en que se hallaba el espíritu humano: sus nombres son Sozomeno, Sócrates, Teodoreto, Filostorgio, Teodoro, autor de la *Historia Tripartita*, Felipe de Sido, Prisco y Juan el Orador.

Pulqueria, mucho tiempo antes proclamada *Augusta* colocó la corona de su hermano Teodosia en la cabeza de Marciano; y para asegurar mejor los derechos de este oscuro ciudadano, medio guerrero y medio escritor, le dió la mano en 461 y permaneció vírgen (23). Ni el Senado, ni la córte, ni el ejército, se opusieron á esta eleccion: ¡prodigiosa mudanza de las costumbres! Aquí principia un espíritu, desconocido de la antigüedad, y que anuncia aquella edad media en que todo eran aventuras. Las mujeres disponian de los imperios: Placidia, hermana de Honorio, y cautiva de un godo, ascendió al tálamo de este godo que aspiraba á la púrpura; Pulqueria, hermana de Teodosio II, llevó en dote á Marciano el Oriente; Honoria, hermana de Valentiniano III, quiso dar el Occidente á Atila; Eudoxia, hija de Teodosio II y viuda de Valentiniano III, llamó á Genserico á Roma; y Eudoxia hija de Valentiniano III, casó con Hunerico, hijo de Genserico. Por las mujeres, pues, se unió el mundo antiguo al nuevo, y al formarse esta union de que hemos nacido nosotros, las dos sociedades se repartieron las ocupaciones de los sexos: la antigua tomó la rueca y la moderna la espada.

Marciano era digno de la eleccion de Pulqueria: poseia aquel mérito que tan solo se encuentra en las clases inferiores en tiempo de la decadencia de las naciones. Ha sido ensalzado pór San Leon el Grande (24). y se dice que tenia un corazon superior al interés y al miedo. Apaciguó las turbulencias de la Iglesia por medio del concilio de Calcedonia; y respondió á Atila que le exigia el tributo: «tengo oro para mis amigos, y acero para mis enemigos (25).» Cuando Aspar, general de Teodosio, atacó el Africa, acompañóle Marciano en calidad de secretario: Aspar, fue derrotado por los Vándalos, y Marciano se halló en el número de los prisioneros de Genserico; aguardando su suerte, acostóse en tierra y se quedó dormido en el patio del palacio del rey. Abrasaba el calor: descendió un águila, se colocó entre el rostro de Marciano y el sol, y le hizo sombra con sus alas. Violo Genserico, llenóse de admiracion, y si hemos de dar crédito á esta ingeniosa fábula, devolvió la libertad al prisionero cuya grandeza vaticinó (26).

La arrogante contestacion de Marciano á Atila hi-

rió el orgullo de este conquistador: vacilaba el tártaro entre dos presas; desde el fondo de su ciudad de madera, en las praderas de la Panonia, dudaba cual de los dos brazos debia extender para apoderarse del imperio de Oriente ó del Occidente, y si debia hacer desaparecer de la tierra á Roma ó á Constantinopla.

Decidióse por el Occidente, y emprendió su camino por las Galias. Æcio habia vuelto á la gracia de Placidia: ya hemos visto que fue huésped y suplicante de los Hunos.

El reino de los Visogodos en las provincias meridionales de las Galias se habia establecido bajo el cetro de Teodorico, á quien algunos han creido hijo de Alarico. Clodio, el primero de los reyes de Francia habia extendido sus conquistas hasta el Somma; sorprendióle Æcio y le rechazó, (27) pero Clodio concluyó por conservar sus ventajas. Muerto este disputáronse sus dos hijos su patrimonio: uno de ellos, quizás Meroveo, que aun siendo muy jóven habia ido de embajador á Roma (28), imploró el socorro de Valentiniano, y su hermano primogénito buscó la proteccion de Atila (29).

Honoria hermana de Valentiniano, tratada con rigor en la córte de su hermano, habia sido amada de Eugenio, jóven romano empleado en su servidumbre (30). Manifestáronse señales de preñez, y la emperatriz Placidia hizo partir á Honoria á Constantinopla. Rodeada de las hermanas de Teodosio y de sus piadosas compañeras, no pudo Honoria tomar aficion á las virtudes, despues de haber experimentado las pasiones: del mismo modo que Placidia, su madre habia sido esposa de un compañero de Alarico, resolvió arrojarse en los brazos de un bárbaro. Envió en secreto á uno de sus eunucos para que entregara su anillo al rey de los Hunos: Atila era horrible; pero era el señor del mundo, y el azote de Dios (31).

Autorizado con el anillo de Honoria, reclamaba el gefe de los Hunos el dote de su ilustre desposada, es decir, una porcion de los Estados romanos: respondiéronle que las hijas no heredaban el imperio. Atila se suponia tambien atraido por los intereses que ponia en juego otra mujer. Teodorico habia casado su hija única con Hunerico, hijo de Genserico; este, por una sospecha de envenenamiento, la volvió á enviar á su padre, despues de haberle cortado la nariz y las orejas. Los Visogodos amenazaban á los Vándalos con su venganza; y Genserico llamaba á Atila, su aliado para contener á Teodorico su enemigo (32).

Tres causas ó tres pretestos conducian pues á Atila á la Galia; la reclamacion del dote de Honoria, la intervencion reclamada en los negocios del reino de los Francos, y la guerra contra los Visogodos en virtud de una alianza que existia entre los Hunos y los Vándalos. Arbitro de las naciones, defensor de una princesa oprimida, el destructor del mundo, procursor de la andante caballería, se preparó á pasar el Rhin en nombre del amor, de la justicia y de la humanidad.

Bosques enteros fueron talados; el rio que separa las Galias de la Germania se vió cubierto de barcas (33) cargadas de un sinnúmero de soldados, á semejanza de los barquichuelos que transportan al presente por lo largo del Peneo las abejas nómadas de los pastores de la Tesalia (34). San Agnan, obispo de Orleans; San Lupo, obispo de Troyes y Santa Genoveva, pastora de Nanterre, se esforzaron en conjurar la tempestad: ya se verá el efecto y el carácter de su intervencion cuando se hable de las costumbres de los cristianos.

Æcio no habia descuidado medio alguno para destruir á sus antiguos amigos: habíanse reunido á sus tropas los Visogodos, no sin vacilar, teniendo lugar muchas negociaciones entre Teodorico, Atila y Valentiniano (35). Marchó Æcio al encuentro de los Hunos, á quienes vió detenidos y atrasados delante de las puertas de Orleans, cuyo destino era salvar la Francia. Atila se retiró á las llanuras cataláunicas, llamadas tambien mauritanas, cuya latitud era de cien leguas, como dice Jornandés y la longitud de sesenta (36): siguiéronle á estas llanuras Æcio y Teodorico.

Pusiéronse los dos ejércitos en órden de batalla. Una colina que insensiblemente se elevaba, cercaba la llanura: los Hunos y sus aliados ocupaban la derecha, los Romanos y sus aliados, la izquierda. Hallábase reunida alli una parte considerable del género humano (37), cual si Dios hubiera querido pasar revista á los ministros de sus venganzas, en el momento en que acababan de desempeñar su mision: iba á distribuirles la conquista, y á señalar los fundadores de los nuevos reinos. Estos pueblos, llamados de todos los extremos de la tierra, se habian alistado bajo las dos banderas del mundo futuro y del mundo pasado, de Atila y de Æcio. Guerreaban con los Romanos los Visogodos, los Lœtos los Armoricanos, los Galos, los Bretones, los Sajones, los Borgoñones, los Sármatas, los Alanos, los Alemanes, los Ripuarios y los Francos sometidos á Meroveo: seguian á los Hunos otros Francos, otros Borgoñones, los Rugianos, los Erulios, los Turingios, los Ostrogodos y los Gépidos. Atila arengó así á sus soldados.

«Despreciad ese tropel de enemigos, á quienes no unen ni una misma lengua, ni unas mismas costumbres, y que se han asociado tan solo por el miedo. Precipitaos sobre los Alanos y los Godos, que constituyen toda la fuerza de los Romanos; el cuerpo no puede tenerse en pié cuando están los huesos separados ¡Mostrad valor! ¡Enciéndase el acostumbrado furor! Nada puede el acero contra los valientes, si no ha llegado aun la hora señalada por el destino. Esa multitud despavorida no podrá mirar frente á frente á los Hunos. Si el éxito no me engaña, ved aquí el campo, que nos fue prometido por tantas victorias. Yo daré el primer golpe al enemigo: cualquiera que se atreva á adelantarse á Atila, en el combate, caerá muerto (38).

Esta batalla dada en 453 fue horrorosa: no habia misericordia, no habia cuartel para ninguno. El que durante su vida, dice el historiador de los Godos, fue bastante dichoso para comtemplar semejantes acontecimientos y dejó de verlos, privóse de un espectáculo prodigioso (39). Los ancianos que vivian en la infancia de Jornandés, acordábanse aun de que un riachuelo que se deslizaba por medio de aquellos campos heróicos, se aumentó súbitamente, no con las lluvias, sino con la sangre, y se convirtió en un torrente. Los heridos iban arrastrándose á este arroyo á apagar su sed, y bebian la sangre con que ellos mismos lo habian formado (40). Ciento sesenta y dos mil muertos cubrieron la llanura; Teodorico fue muerto, pero Atila quedó vencido. Atrincherado detrás de sus carros, durante la noche cantaba haciendo sonar sus armas: á la manera del leon, que ruge y amenaza en la entrada de la caverna adonde le han hecho retroceder los cazadores (41).

Dividióse el ejército vencedor, ya fuera por la impaciencia ordenaria de los Bárbaros, ya por la política de Æcio, que temió no quedasen demasiado poderosos los Visogodos, cuando Atila se hubiese alejado. Como señalo al presente las huellas de todo lo que ya no existe, debo advertir que la victoria catalaunica, es el último triunfo extraordinario conseguido por los antiguos señores del mundo. Roma, que se habia extendido poco á poco hasta los extremos de la tierra, volvia á entrar gradualmente en sus primeros límites; bien pronto iba á perder el imperio y la existencia en aquellos mismos valles de los Sabinos donde habian tenido principio su existencia y su imperio: del gigante solo iba á quedar una cabeza enorme, separada de un cuerpo colosal.

Atila aguardaba que le atacasen; solo supo la retirada de los vencedores por el largo silencio de los campos (42), entregados á los ciento sesenta y dos mil mudos de la muerte. Libre contra toda esperanza de su ruina, y restituido á su lado, volvió á pasar el Rhin. Mas poderoso que nunca entró al año siguiente en Italia, saqueó á Aquilea, y se apoderó de Milan. Valentiniano salió de su madriguera de Rávena para ocultarse de nuevo en Roma, con intencion de huir cuando se acercara el peligro: inclinábale á la fuga el miedo, y la cobardía le detuvo; indigno siempre del imperio ora le abandonase ó le vendiese. Dos cónsules, Avieno y Frigesio, y el papa San Leon, entablaron negociaciones con Atila. Consintió el tártaro en retirarse, con la promesa de obtener lo que él llamaba siempre el dote de Honoria: movióle una razon mas poderosa, detúvole una mano que se manifestaba entonces por todas partes, á falta de la mano de los hombres. Explicaré esto en su lugar.

Arrojóse Atila por segunda vez sobre las Galias, de donde le rechazó Torismondo, sucesor de Teodorico. El huno volvió á regresar otra vez á su ciudad de madera meditando nuevos estragos, y desapareció. El héroe de la barbarie murió, como el héroe de la civilizacion, en la embriaguez de la gloria y entre los excesos de un festin: quedóse dormido una noche en el seno de una mujer, y no volvió á ver el sol; fue víctima de una hemorragia: reventó el conquistador, por la demasiada sangre que habia bebido, y por el lascivo desenfreno á que se habia entregado. El mundo romano se juzgó libre, pero quedaba esclavo de sus vicios; el castigo no habia bastado á corregirle.

La invasion de Atila en Italia dió nacimiento á Venecia. Esos habitantes de la Venisia se encerraron en algunos islotes inmediatos al continente. Sus murallas eran un tejido de mimbres: alimentábanse con pescado, y no poseian mas riquezas que sus góndolas y la sal que vendian en las costas. Casiodoro los compara á las aves acuáticas que tienen su nido en medio de las aguas (43). Ved aquí el orígen de esa opulenta, de esa misteriosa, de esa voluptuosa Venecia, cuyos palacios vuelven á entrar en la actualidad en el cieno de donde salieron.

Los Romanos abandonaron la Gran-Bretaña, á pesar de sus lágrimas y de sus súplicas.

Cuando se hizo pedazos la espada de Atila, Valentiniano, desenvainando por vez primera la suya, la sepultó en el corazon del último romano: zeloso de Æcio, quitó la vida al que habia retardado por tan largo tiempo la caida del imperio (44). Valentiniano violó á la mujer de Máximo, rico senador, de la familia de los Anicianos (45): Máximo conspiró: Valentiniano, último príncipe de la familia de Teodosio, fue asesinado en medio del dia por dos bárbaros, Transtilo y Optila afectos á la memoria de Æcio (46). Eligieron á Máximo en lugar de Valentiniano, y aunque su reinado duró muy pocos dias, le pareció demasiado largo. «¡Dichoso Damocles! exclamaba envidiando la oscuridad de su vida: tu reinado comienza y acaba en una misma comida (47).»

Habiendo quedado viudo Máximo, obligó á Eudoxia, viuda de Valentiniano é hija de Teodosio II, á casarse con él. Eudoxia buscó un vengador, y no halló otro mas terrible que Genserico. Habiánse convertido los Vándalos en piratas diestros, y osados; devastaron la Sicilia, saquearon, á Palermo, y asolaron las costas de la Lucania y de la Grecia. Genserico, llamado por Eudoxia (48), no rehusó la presa, y sus bajeles anclaron en Ostia. Máximo quiso escaparse; detúvole el pueblo que le hizo pedazos. San Leon procuró salvar por segunda vez á su grey, y no pudo conseguir de Genserico lo que obtuviera de Atila: la ciudad eterna fue entregada al saqueo por espacio de catorce dias, y catorce noches. Los Bárbaros volvieron á embarcarse, y la flota de Genserico trasladó á Cartago las riquezas de Roma, del mismo modo que la flota de Escipion habia llevado á Roma las riquezas de Cartago. El cantor de Dido parecia haber anunciado á Genserico en Anibal. Halláronse entre el botin los adornos robados al templo de Jerusalen: ¡qué mezcla de ruinas y de recuerdos! Llegaron todos los bajeles con felicidad, exceptuando el que iba cargado con las estátuas de los dioses (49). Ninguna admiracion causaron estas nuevas calamidades: Alarico habia quitado la existencia á Roma, y Genserico, no hizo sino despojar el cadáver.

Avito, perteneciente á una familia poderosa de la Avernia, suegro de Sidonio-Apolinar, y general en gefe de los ejércitos romanos en las Galias, ocupó el lugar de Máximo. Recibió la púrpura de manos de Teodorico II, rey de los Visogodos, que reinaba en Tolosa; este Teodorico era hermano de Torismondo, hijo de Teodorico I muerto en los campos catalaunicos. Sometió los restos de los Suevos en España; pero cuando daba muestras de pelear por la gloria del emperador, hechura suya; Avito habia perdido ya el trono: degradóle el Senado romano, que parecia sacar de su propia degradacion este poder de envilecimiento. Fue el principal autor de su caida Ricimero ó Richimero; hijo de un suevo y de la hija del rey godo Walia, como ya lo he dicho anteriormente. Este gefe de las tropas bárbaras en Italia, al sueldo de los Romanos, dió una doble prueba de poder nombrando al emperador depuesto (16 de octubre de 456) obispo de Plasencia (50): la tonsura iba á ser en lo sucesivo la corona de los reyes destronados. No se sabe con certeza cual fue el fin de Avito: un historiador dice, sin embargo, que despues de haberle quitado el imperio, le quitaron tambien la vida (51).

Ricimero trasladó la púrpura á Mayoriano, antiguo compañero de Æcio. Mayoriano era uno de esos hombres que envia el cielo por un instante á la tierra cuando degeneran las estirpes: ajenos al mundo en que viven, detiénense en él tan solo el tiempo necesario para impedir la estincion de la virtud (52). Mayoriano reanimó la gloria romana atacando á los Francos y á los Vándalos con las antiguas cohortes, sin gefe, de Atila y de Alarico. Quedan de este emperador muchas y muy laudables leyes. Ricimero le habia sentado únicamente en el trono porque juzgaba que carecia de talento; cuando conoció su yerro, encendió la sedicion, y Mayoriano abdicó. Créese que le envenenaron (53). (7 de agosto de 461). El que hacia y deshacia reyes, (lo cual en aquella época de revoluciones, no revelaba talentos superiores, ni indicaba necesidad de correr grandes peligros), puso la diadema en la cabeza de Libio-Severo; y procuró en esta ocasion que el príncipe no fuese un grande hombre, y lo consiguió. Solo ha quedado de este Libio-Severo el titulo imperial: el exceso de oscuridad en los reyes produce los mismos resultados que una gloria extraordinaria: inmortaliza solo el nombre.

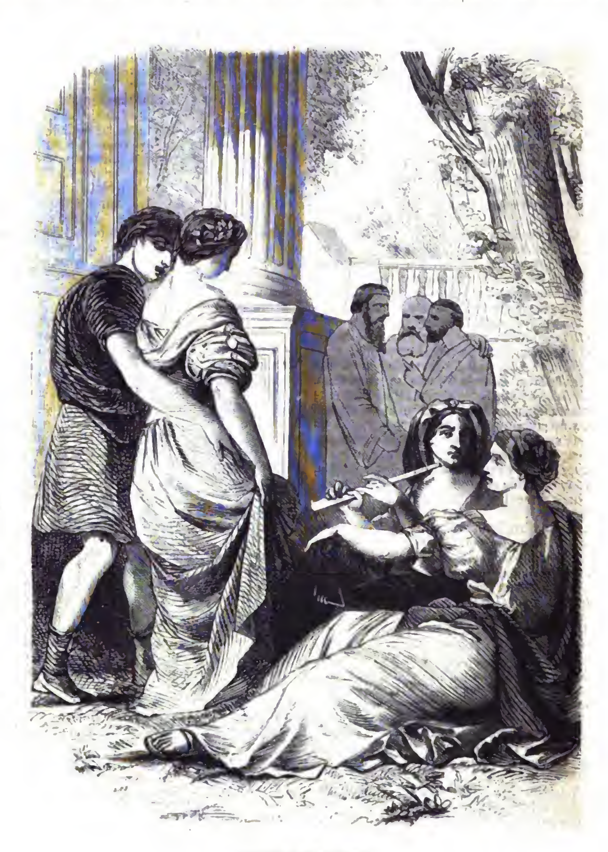
Dos hombres fieles á la memoria de Mayoriano se negaron á reconocer la hechura de Ricimero: Marcelino, con el título de patricio de Occidente, dueño de la Galia, conservó un poder independiente: á él imploraron los Bretones, y á él nombraron los Francos por corto tiempo su gefe cuando arrojaron á Childerico.

Siguió la Italia entregada á las correrias de los Vándalos; el viejo Genserico encendia en ella la llama todos los años por la primavera. Por un trastorno del órden del destino, dice Sidonio, la abrasadora Africa derramaba sobre Roma los furores del Cáucaso (54).

Leon I apellidado el Grande, el Carnicero, ó con mas frecuencia el Leon de Trácia, habia sido elegido emperador de Oriente despues de la muerte de Marciano, ocurrida á últimos de enero del año 457. Constantinopla, donde no habian entrado los Bárbaros, gozaba sobre Roma la preeminencia, no la superioridad, que da la fortuna sobre la desgracia. El imperio de

Occidente sobre su lecho de muerte parecíase á un guerrero, ó á un rey á quien saquean y roban la tienda ó el palacio mientras está espirando, sin dejarle siquiera un sudario para sepultarle. Leon, que veia dar señores á Roma, le envió á Autemio (año 468) en calidad de emperador, y á peticion del Senado. Ricimero envenenó á Libio-Severo, y se casó con la hija de Authemio. Celebráronse grandes regocijos, y todo pareció consolidado en una ruina.

Ya se ha visto que Authenio pensaba en restablecer el culto de los ídolos (55). Los dos imperios, y particularmente el de Oriente, levantaron un poderoso ejército contra los Vándalos. Confiaron el mando á Basilisco, que dejó incendiar su flota delante de Cartago, reducido á la necesidad de pasar plaza de traidor para conservar la reputacion de gran general. Libre Gerserico de este peligro siguió sus correrías y se apoderó de la Sicilia.



DISCÍPULOS DE PLATON.

Teodorico II habia roto sus tratados con Roma cuando murió el emperador Mayoriano, y agregó Narbona á su reino. Su hermano Eurico, que le asesinó, completó la conquista de las Españas sobre los Romanos y los Suevos: reconocieron estos su autoridad y conservaron la Galicia. No fue menos afortunado Eurico en las Galias; extendió su dominio por una parte desde los Pirineos hasta el Ródano, y por la otra

hasta el Loira. Por aquel tiempo los Borgoñones eran aliados de Roma y se despedazaban entre sí; lo propio hacian los Francos y los Sajones.

Sin embargo, Ricimero se malquistó con su suegro Aúthemio, y se resolvió á variar otra vez al señor titular del Occidente. Llamó á Olibro para darle la púrpura, el cual se habia casado con Placidia, hija de Valentiniano III; resultó una guerra civil. Roma fue saqueado tercera vez, dice el papa Gelasio, y fueron hollados los miserables restos del imperio. Authemio, fue muerto (11 de julio de 472), Olibro expiró, y Ricimero les precedió á la tumba, adonde habia precipitado á cinco emperadores todos nombrados por él (56).

Gundivar ó Gundibaldo, sobrino de Ricimero, y



JULIANO SACRIFICANDO EN EL TEMPLO DE DIANA.

elevado á la dignidad de patricio por Olibro, excitó á Glicerio á que se apoderase del mando: Quizás sea este Gundibaldo el célebre rey de los Borgoñones. Proclamaron en Constantinopla á Julio-Nepos emperador de Occidente. Sorprendió á su competidor Glicerio, y le hizo tonsurar y ordenar obispo de Salona (57). Julio-Nepos cedió la Auvernia á Eurico, rey de los Visegodos, creyendo que podria sacrificar sus amigos á sus enemigos. Sublevaronse las tropas que Nepos tenia á su sueldo; huyó llevando en pos de sí, en su retirada á Dalmacia, un titulo que él solo reconocia y volvió á encontrar en Salona á su

rival en el imperio, á quien habia hecho obispo (58). Nepos no merecia el trabajo de que le dieran una puñalada, y sin embargo le asesinaron (59). Habiánse presentado en Italia los Ostrogodos durante la aparicion de Glicerio.

Los demás bárbaros que mas bien oprimian que defendian á este desgraciado país, tenian entonces por gefe á Orestes, aquel secretario de Atila de quien he hablado anteriormente. Muerto el rey de los Hunos pasó al servicio de los emperadores de Occidente, que le nombraron patricio y general en gefe de los ejércitos: habia tenido un hijo de madre desconocida, ó quizás de la hija de aquel mismo conde Rómulo á quien Valentiniano envió de embajador á Atila: llamábase este hijo Rómulo-Augusto, por sobrenombre Augustulo: ¡humillaos y reconoced la nada de los imperios!

Orestes rehusó la púrpura que le ofrecian sus soldados, y dejó se la vistieran á su hijo (60). Los Esciros, los Alanos, los Rugianos, los Heruleos y los Turcilingos, que eran los formidables defensores de los miserables Romanos, estimulados por el ejemplo de sus compatriotas que residian en Africa, en las Españas y en las Galias, intimaron á Orestes que les entregase el tercio de las propiedades de Italia. Orestes creyó poder resistirlos. Odoacro (hijo quizás de Edecon, antiguo compañero de Orestes en su mision á Constantinopla), se hallaba investido, despues de diversas aventuras, con una gran dignidad en las guardias de Italia; púsose á la cabeza de los sediciosos, sitió á Orestes en Pavía, tomó la plaza, le aprisionó y le quitó la vida (61). En 23 de agosto del año 476 proclamaron rey de Italia á Odoacro, arriano de religion: el imperio romano habia durado quinientos y siete años, menos algunos dias, desde la batalla de Accio; contábanse mil doscientos veinte y nueve años desde la fundacion de Roma.

Cuando Augustulo, último sucesor de Augusto, perdió las insignias del poder, Simplicio, cuadragésimo séptimo pontífice contando desde San Pedro, ocupaba la cátedra del apóstol; cuyo imperio habia principiado en el reinado del heredero inmediato de Augusto: los sucesores de Simplicio reinan todavía, hace ya mil trescientos cincuenta y cuatro años, en los palacios de los Césares.

Odoacro estableció su córte en Rávena. El Senado romano renunció el derecho de elegir señor: satisfecho de entregarse esclavo á discreccion, declaró que el Capitolio abdicaba el dominio del mundo, y envió con una embajada solemne las águilas imperiales á Zenon, que gobernaba el Oriente. Zenon (62) recibió en Constantinopla á los embajadores con rostro severo: echó en cara al Senado el asesinato de Anthemio y el destierro de Nepos. «Nepos vive todavía, dijo á los embajadores; hasta su muerte será vuestro verdadero señor.» Este título de tirano honorario extendido por Zenon á favor de Nepos, es el último de la legitimidad de los Césares.

Habiendo encontrado Odoacro en Ravena á Augustulo, le despojó de la púrpura (63). Nada dice la historia de él sino que era hermoso (64). El primer rey de Italia concedió al último emperador de Roma una pension de seis mil monedas de oro; mandóle trasladar á la antigua villa de Lúculo (65), situada en el promontorio de Miseno, y convertida en fortaleza desde las guerras de los Vándalos: habia pertenecido primero á Mario y Luculo la compró (66).

De este modo señalaba la Providencia por prision al hijo del secretario de Atila, á un principe de raza goda, revestido de la púrpura romana por los últimos bárbaros que destruian el imperio de Occidente; señalaba la Providenbia, digo, por prision á este principe, un edificio que encerró los despojos de los Cimbros, primeros bárbaros del Septentrion que amenazaron el Capitolio. Aquí pasó Augustulo su juventud y su vidá desconocidas, sin cuidarse de los sucesos que iban unidos á su nombre, indiferente á las lecciones que le daban sus vicisitudes, ajeno á los recuerdos que despertaban los lugares de su destierro.

Añadamos ahora, atentos como estamos á la inmutabilidad de los decretos eternos, y á la insolidez de las cosas humanas, que las reliquias de San Severino sucedieron á la persona de Augustulo en el palacio que Mario decoró con sus proscripciones y sus trofeos, y Lúculo con sus fiestas y sus banquetes: convirtióse en iglesia (67). Siendo aun Odoacro un soldado oscuro, visitó á San Severino en la Norica. El solitario, al ver á este bárbaro de elevada estatura, que se encorvaba para pasar por la puerta de la celda, le dijo: «Marcha á Italia; ahora estás cubierto con humildes pieles de animales, tiempo vendrá en que distribuirás dádivas (68).»

Finalmente, el Dios que con una mano humillaba al imperio romano, levantaba con lo otra el imperio francés. Augustulo deponia la diadema en el año 476 de Jesucristo, y en el de 481, Clodoveo, coronado con su larga cabellera, reinaba sobre sus compañeros.

ESTUDIO QUINTO.

PRIMERA PARTE.

COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS.—SIGLO HERÓICO.

DETENGÁMONOS á contemplar las vastas ruinas que acabamos de recorrer. Poco sirve conocer las fechas de sus hundimientos, ni saber los nombres de los que se ocuparon en esta destruccion: es preciso ademas profundizar, interiorizarse en el estudio de las costumbres, de la vida de los tres pueblos, cristiano, pagano y bárbaro, que se confundieron para dar nacimiento á la sociedad moderna. Puesto que el imperio de Occidente, está ya destruido, esta nueva sociedad es la que va á aparecer; veamos lo que fue el mundo antiguo en los cuatro siglos que precedieron á su muerte, y en qué se convirtió cuando hubo espirado. Principiemos por los cristianos.

El Cristianismo nació en Jerusalen, en una tumba que yo he visitado en la falda del monte Sion: Su historia está enlazada con la religion de los Hebreos.

Mientras estuvo en pié el primer templo, todo fue gobernado con arreglo á la ley de Moisés: cuando el rey, el pueblo, ó cierta parte de este se entregaban á lá idolatria, caia sobre ellos la espada.

Bajo la duracion del segundo templo, se alteró la pureza de la ley con la mezcla de dogmas exóticos, y se formó la Sinagoga.

La conquista de Alejandro introdujo á su vez la filosofía griega en el sistema hebraico. Gonstituyéronse escuelas judáicas; estas escuelas, derramadas por la Media, la Elimaida, el Asia Menor, el Egipto, la Cirenáica, la isla de Creta, y hasta en Roma, sufrieron la influencia de las religiones, de las leyes, de las costumbres y hasta de la lengua misma de estos diversos paises: los libros de los Macabeos se escandalizan de tales novedades.

«En este tiempo salieron de Israel hijos de iniquidad, que dieron á muchos este consejo: » Corramos, y hagamos alianza con las naciones que nos rodean...

»Y edificaron en Jerusalen una escuela pública, á imitacion de las naciones (1).

»Los sacerdotes mismos no se cuidaban lo mas mínimo de los objetos venerados de su país, y tenian en la mayor estima el sobresalir en todo lo que los griegos honraban (2).»

Formáronse muy pronto cuatro sectas principales: la de los Fariseos, la de los Saduceos, la de los Samaritanos y la de los Esenios.

Los fariseos alteraban el dogma y la ley, reconociendo una especie de destino impotente, que no quitaba la libertad al hombre: dividíanse en siete gerarquías. Entregados á pensamientos extravagantes, ayunaban y se azotaban, cuidaban al caminar de no tocar los piés de Dios, que no se elevan sino cuarenta y ocho pulgadas sobre la tierra, y principalmente empleaban un gran celo en propagar su doctrina.

Lo que distingue á las sectas judáicas de las griegas, es precisamente este espíritu de propagacion. La sabiduría helénica, se reducia generalmente á la teoría; la sabiduría judáica tenia por objeto la práctica: la una formaba *escuelas*, y la otra *sociedades*. Moisés habia impreso una virtud legislativa en el carácter de los Hebreos; y el Cristianismo, que es de orígen judío, retuvo y poseyó en el mas alto grado esta virtud.

Los Saduceos atendian á la letra escrita; desechaban la tradicion, y por consiguiente la ciencia cabalística: y al ver que en los libros de Moisés nada se hablaba del alma, eran materialistas y preferian Epicuro á Zenon.

Los Samaritanos no adoptaban sino el Pentateuco, y se remontaban á la religion patriarcal.

Los Esenios de la Judea (que produjeron los terapeutas de Egipto, secta mas contemplativa todavía) rechazaban la tradicion como los Saduceos, y creian en la inmortalidad del alma como los Fariseos. Huian de las ciudades; vivian en el campo, renunciaban al comercio, y se ocupaban en la labranza. No tenian esclavos, ni amontonaban riquezas: comian en comunidad, llevaban vestidos blancos, que no pertecian como propiedad á ninguno, y que cada cual tomaba á su vez. Moraban unos en un edificio comun, otros en casas particulares; pero abiertas á todos. Absteníanse del matrimonio, y educaban á los niños que les confiaban. Respetaban á los ancianos; no mentian, ni juraban nunca. Ofrecian guardar silencio sobre los *misterios*: estos misterios no eran otros que la moral escrita en la ley.

Los primeros fieles tomaron de los Esenios esta sencillez de vida, mientras que los Terapeutas dieron nacimiento á la vida monástica cristiana.

Pero por otra parte, el esenismo era la única secta judáica que no esperaba al Mesías y que condenaba el sacrificio en lo cual no la siguieron los cristianos. Una opinion comun se descubria en el fondo de la sociedad israelita: el Salvador de la estirpe de David, en todos tiempos prometido, era esperado de siglo en siglo, de año en año, de dia en dia, de hora en hora; Hombre y Dios, Rey-conquistador, para los Saduceos, los Caraitas ó Escripturarios; sabio ó doctor, para los Samaritanos.

Hallábase á mas en este pueblo un hecho que no pertenecia sino á él; quiero decir, la grande escuela poética de los profetas: remontando su orígen á la cuna del mundo, vagó por espacio de cuarenta años con el Arca por el desierto; No pudieron interrumpirla el cautiverio de Egipto, ni el de Babilonia, la conquista de Alejandro ni la opresion de los reyes de Siria, la dominacion romana, ni la monarquía de los Herodes, que ingirieron á la fuerza é improvisaron en Judea una civilizacion extranjera. Esta escuela del porvenir evocando el tiempo pasado y desdeñando el presente no careció de maestros ni en la prosperidad, ni en el infortunio, ni en las márgenes del Nilo, en las orillas del Jordan, ni en rios de Babilonia, ni en las ruinas de Tiro y de Jerusalen. ¡ Y qué maestros! Moisés, Josué, David, Salomon, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y Cristo en quien se realizaron todas las profecías, y que fue á su vez el último profeta.

Cuando este último apareció, desconociéronle los Judios, y le miraron como á un seductor. Los dos comentarios del Mishna, el Talmud babilónico y el Talmud de Jerusalen, suministran singulares noticias de Jesucristo (3).

«Cierto dia, se dice en aquellos comentarios, cuando muchos doctores estaban sentados á la puerta de la ciudad, dos mancebos pasaron por delante de ellos: el uno cubrió su cabeza, y el otro pasó con la cabeza descubierta. Eliezer al ver la desvergüenza de este jóven sospechó que seria algun hijo ilegítimo; buscó á su madre, que vendia yerbas en el mercado, y supo que no solo era hijo ilegítimo, sino que habia nacido de una mujer impura» (4).

El Talmud llama á María muchas veces peinadora de mujeres.

Los Judios compusieron dos historias de Cristo con el título de *Sepher toldos Jeschu*: libro de las generaciones de Jesús. «Joseph Pandera, de Belen, se enamoró de una peinadora jóven llamada Mirjan (María), desposada con Jon Jochanan. Pandera abusó de Mirjan, que dió á luz un hijo llamado Jehoscua (Jesús). Jehoscua, educado por Elchanan, progresó en las letras. Los senadores á quienes Jehoscua no quiso saludar en la puerta de la ciudad, mandaron pregonar al son de trescientas trompetas que su nacimiento era impuro. Huyó á Galilea, volvió á Jerusalen, se introdujo en el templo, aprendió y robó el nombre de Dios, lo escribió sobre un pedazo de piel (5), se abrió la pierna sin dolor, y ocultó su hurto en la incision. Con el inefable nombre Schemhamephoras obró una multitud de prodigios. Jehoscua, condenado á muerte por el Sanhedrin, fue coronado de espinas, azotado y apedreado: querian clavarle en un madero; pero rompiéronse todos los maderos, porque los habia encantado. Los sabios fueron á buscar un gran troncho de col, (6) y clavaron en ella á Jehoscua.

Esta es una de las miserables historias que los Judios oponian á la magestad de la narracion evangélica.

La primera iglesia judáica se compuso de tres mil convertidos. Estos convertidos escuchaban las instrucciones de los apóstoles, oraban juntos, y practicaban en las casas particulares la particion del pan. Tenian comunidad de bienes, y vendian sus herencias para distribuir el valor de ella á sus hermanos. Su vida, segun he dicho antes era próximamente la de los Esenios.

Conservóse por largo tiempo su sencillez. Habiendo sabido Domiciano que algunos cristianos judíos suponian ser descendientes de la estirpe real de David, les mandó ir á Roma. Interrogados sobre sus riquezas, contestaron que poseian treinta y nueve plethros de tierra (poco mas de tres fanegas), que pagaban el impuesto, y que se sustentaban con el producto de sus campos; y enseñaron entonces sus manos encallecidas por el trabajo. Preguntóles el emperador lo que era el reino de Cristo; respondiéronle que no era de este mundo; y los despidió. Estos dos labradores eran dos obispos: vivian aun en el reinado de Trajano (7).

Al escribir la historia de la Iglesia se han confundido los tiempos; es muy esencial distinguir dos edades en el primer Cristianismo: la edad heróica ó de los mártires; la edad intelectual ó filosófica. Principia la una en Jesucristo y concluye en Constántino; extiéndese la otra desde este emperador hasta la fundacion de los reinados bárbaros. Voy á hablar primero de la edad heróica á retratarla tal como se pinta ella misma, y tal como la han representado los paganos.

«Entre nosotros dice un apologista, hallareis ignorantes, artesanos, y mujeres ancianas, que no podrian quizás inculcar con el raciocinio la verdad de nuestra doctrina; no pronuncian discursos, pero practican buenas obras. Amando á nuestro prójimo como á nosotros mismos, hemos aprendido á no herir á los que no hieren; á no proceder contra los que nos despojan: si nos dan una bofetada, presentamos la otra mejilla; si

nos piden nuestra túnica, ofrecemos ademas nuestro manto. Segun la diferencia de las edades, consideramos á los unos como hijos nuestros, á los otros como hermanos y hermanas, y honramos á las personas mas ancianas como á nuestros padres. La esperanza de otra vida nos hace despreciar la presente, y hasta los goces del entendimiento. Cada uno de nosotros cuando toma una mujer no se propone sino tener hijos, é imita al labrador que aguarda la cosecha con paciencia. Hemos renunciado á vuestros espectáculos sangrientos, creyendo que no hay diferencia alguna entre presenciar el asesinato y cometerlo. Consideramos como homicidas á las mujeres que promueven su propio aborto, y opinamos que exponer á un niño es matarlo. Somos iguales en todo, obedeciendo á la razon sin pretender gobernarla» (8).

Obsérvese que esta no es una *escuela*, una *secta*, sino una *sociedad*, fundada en la moral universal, desconocida de los antiguos.

La necesidad y no el sensualismo, arreglaba las comidas: los hermanos se sustentaban mas de pescado que de carne; tomaban alimentos crudos con preferencia á los condimentados. No hacian sino una sola comida á la puesta del sol, y si alguna vez tomaban alimento por la mañana, era un poco de pan seco. El vino, prohibido á los jóvenes, estaba permitido á las otras personas, pero en corta cantidad. La regla prohibia los muebles lujosos, la vajilla, las coronas, los perfumes y los instrumentos de música. Durante la comida entonaban cánticos piadosos: estando prohibida la risa estrepitosa, reinaba una gravedad modesta.

Concluida la comida de la tarde, daban gracias á Dios por el dia que les habia concedido, y despues se retiraban á dormir en un duro lecho: acortaban el sueño para alargar la vida. Oraban los fieles muchas veces por las noches y levantábanse antes del alba.

Sus vestiduras blancas, sin mezcla de colores, no debian arrastrar por tierra, y se componian de una tela ordinaria: era una máxima recibida que el hombre debe valer mas que su vestido. Las mujeres llevaban calzado por el bien parecer; los hombres caminaban con los piés desnudos, excepto cuando iban á la guerra; nunca entraban el oro y las pedrerías en sus adornos; cubrir la cabeza con una peluca, darse colorete, teñirse los cabellos ó la barba, parecia indigno de un cristiano. El uso del baño no era permitido sino para recobrar la salud, ó para la limpieza del cuerpo.

Consentíase, sin embargo, algunos adornos á las mujeres, como incentivos para agradar á sus maridos. No tenian esclavas, ó tenian las menos que podian; no se servian de eunucos, enanos, mónstruos, ni mantenian ninguna de las fieras que las matronas romanas alimentaban á expensas de los pobres.

Para conservar las fuerzas corporales durante la juventud, ejercitábanse los hombres en la lucha, en el juego de pelota, en la carrera, y se entregaban principalmente al trabajo de manos: los quehaceres y el servicio doméstico ocupaban á las mujeres. Los dados y los demás juegos de azar, los espectáculos del circo, del teatro y del anfiteatro estaban prohibidos como un manantial de corrupcion. Dirigíanse á la iglesia con comedimiento, en silencio y con una piedad sincera. El ósculo de paz era la señal de reconocimiento entre los cristianos: evitaban no obstante saludarse en las calles, temerosos de darse á conocer á los infieles. Todas estas reglas de conducta estaban visiblemente en oposicion con la sociedad romana, y su práctica podia pasar por una censura de aquella sociedad.

La virginidad era reputada como el estado mas perfecto, y el matrimonio se interpretaba como la intencion del Criador. Los ancianos decian con este motivo: «No existen en las enfermedades y en la edad avanzada cuidados semejantes á los que producen la esposa y los hijos. Aficionaos al alma; no considereis el cuerpo sino como una estátua, cuya belleza hace pensar en el artífice y eleva el pensamiento á la verdadera perfeccion.» Reconocian que la mujer es susceptible de la misma educacion que el hombre, y que podian filosofar sin letras, el griego, el bárbaro, el esclavo, el anciano, la mujer y el niño: esto era restituir la especie humana á su naturaleza.

El cristiano honraba á Dios en todas partes, porque Dios está en todos los lugares. «La vida del cristiano es una fiesta perpetua: alaba á Dios trabajando, navegando, en los diferentes estados de la sociedad.» Sin embargo, habia horas consagradas principalmente á la oracion, como tercia, sexta y nona. Oraban de pié, con el rostro vuelto hácia el Oriente, la cabeza y las manos alzadas al cielo. Al responder á la oracion final, levantaban tambien simbólicamente un pié, como un viajero dispuesto á abandonar la tierra (9).

Para los discípulos del Salvador, Dios carecia de figura y de nombre: cuando le llamaban Uno, Bueno, Espíritu, Padre, Criador, era por pobreza de la lengua humana. El alma sola, que es cristiana de origen, halla instintivamente el verdadero nombre de Dios, cuando se entrega á su libre testimonio: todas las veces que despierta de su letargo, se expresa de este modo en su interior: *Lo que á Dios plazca. Dios me ve. Lo recomiendo á Dios. Dios me lo restituirá.* Y el hombre cuya alma habla así, no fija sus ojos en el Capitolio, sino en el cielo (10).

El pastor tenia la sencillez del rebaño; el obispo, el diácono y el sacerdote, cuyos nombres significaban presidente, siervo y anciano, no se distinguian del resto de la multitud por su traje. Mediadores en el altar, árbitros en los hogares, recomendábaseles que fueran tiernos, compasivos, no demasiado crédulos del mal, ni demasiado severos, porque todos somos pecadores (11). Si eran casados, no debian tener sino una sola mujer; debian gozar reputacion de buenas costumbres, de padres de familia ejemplares, y disfrutar una nombradía sin mancha, aun entre los paganos. «Durante las pruebas, decia San Ignacio permanezcan firmes como el yunque á los golpes del martillo (12).» Este mismo santo escribia á la Iglesia de Roma en su esclavitud: «No seré verdadero discípulo de Jesucristo, sino cuando el mundo no vea ya mi cuerpo. Rogad para que quede convertido en víctima. No os lo ordeno como Pedro y Pablo; estos eran apóstoles, y yo nada soy: aquellos estaban libres, y yo esclavo (13).»

Sacábanse los obispos de todas las condiciones de la vida: algunos eran labradores, pastores ó carboneros. Las diócesis, especie de repúblicas federativas, elegian sus presidentes segun sus necesidades; elocuentes é instruidos para las grandes ciudades, simples y rústicos para los campos, y aun belicosos cuando era preciso para defender la comunidad. Huian los electos de estos honores como de unas cargas pesadas; y el pueblo cristiano corria á las cavernas, al fondo de las selvas y á las soledades de los montes á buscar y á elevar á estos príncipes de la fe. Ocultábanse, declarábanse indignos, derramaban abundantes lágrimas, y aun algunos espiraban de terror.

Geres, pequeña ciudad de Egipto, distante cincuenta estadios de Pelusa, habia elegido obispo á un solitario llamado Nilammon: vivia en una celdilla, cuya entrada habia tabicado, y se obstinaba en rehusar el obispado. Teófilo, obispo de Alejandría, procuró persuadirle. «Mañana, padre mio, dijo el ermitaño, hareis lo que os plazca.» Teófilo volvió al dia siguiente, y dijo á Nilammon que abriese. «Oremos antes», respondió el solitario desde el fondo de la roca. Pasaron el dia en oracion, y por la tarde llamaron á Nilammon en alta voz; pero observando que no respondia, quitaron las piedras que cerraban la entrada

de la ermita, y hallaron al solitario muerto al pié de un crucifijo (14).

Las primeras iglesias eran lugares ocultos, selvas, catacumbas, cementerios; y una piedra, ó la tumba de un mártir servian de altares: por ornamentos veianse flores, algunos vasos de madera, algunos cirios y algunas lámparas, á cuya luz leia el sacerdote el Evangelio en la oscuridad de los subterráneos; tenian asimismo cajas con secretos para ocultar en ellas pan que el viajero llevaba á los fieles á las minas, á los calabozos y al medio de los leones del anfiteatro. Tales eran los cristianos de la edad heróica.

Los paganos los consideraban de otro modo. Segun ellos, estos sectarios groseros, ignorantes, fanáticos, populacho medio desnudo, complacianse en verse rodeados de algunos jóvenes estúpidos, y de ancianas dementes, para referirles puerilidades (15). Suponian los paganos que los galileos no querian dar ni discutir las razones de su religion acostumbrando á decir: «No os canseis en preguntas inútiles (16); la sabiduría de esta vida es un mal, y la locura un bien.» «Vuestra herencia, escribia Juliano (17) apostrofando á los discípulos del Evangelio, es la grosería. Toda vuestra sabiduría consiste en repetir estúpidamente: Creo.» Los latinos llamaban á la religion de Cristo *insania* (18), *amentia* (19), *dementia* (20), *stultitia*, *furiosa opinio* (21), *furoris insipientia* (22). A los fieles mismos daban el sobrenombre de *medio muertos*, á causa de sus largos ayunos y de sus vigilias (23).

Luciano ó por mejor decir, un autor desconocido anterior á Luciano, pintó en el diálogo satírico *Philopatris* una reunion de los primeros cristianos.

CRICIAS.—«Fui á una de las calles de la ciudad, y percibí una gran porcion de gente que cuchicheaba, y que para oir mejor acercaba el oido á la boca del que hablaba. Miré á estos hombres por si podia descubrir algun conocido, y distinguí al político Craton, amigo mio desde la infancia.»

TRICPHON.—«No sé quién quieres decir: ¿es aquel que está empleado en la reparticion de los tributos? ¿Qué sucedió?»

CRICIAS.—«Me acerqué á él despues de haber atravesado la multitud; y habiéndole saludado, oí á un anciano de corta estatura, y muy estropeado, llamado Cariceno, que principió á decir con voz aguda y nasal, despues de haber tosido y escupido: *Aquel de quien acabo de hablar, pagará lo restante de los tributos, satisfará todas las deudas, tanto públicas como particulares, y recibirá á todo el mundo sin informarse de su profesion*. Cariceno añadió otras muchas puerilidades, igualmente aplaudidas por los que estaban presentes, y á quienes la novedad de los objetos hacia estar atentos. Otro hermano llamado Clevocarmo, sin sombrero ni zapatos, y cubierto con un manto lleno de girones hablaba entre dientes: enseñómelo un hombre mal vestido que venia de la montaña, y que tenia la cabeza rasa....

«Entonces uno de los concurrentes, de mirada feroz, me tiró del manto, creyendo que era de los suyos, y quiso persuadirme en mala hora que asistiese á una sesion de aquellos magos....

»Habiamos pasado ya el umbral de bronce y las puertas de hierro, como dijo el poeta, cuando, despues de habernos encaramado á un aposento alto, por una escalera de caracol, hallámonos, no en el salon de Menelao, brillante con el oro y el marfil, (así es que tampoco vimos á Helena), sino en una asquerosa guardilla: ví unos hombres pálidos desfallecidos y encorvados contra el suelo. Apenas me hubieron visto cercáronme gozosos, preguntándome si les traia malas nuevas; parecian desear acontecimientos desgraciados, y semejantes á las furias, regocijábanse con el infortunio.

»Despues de haberse hablado al oido, preguntáronme quién era yo, cuál mi patria, quiénes mis padres....

»Estos hombres, que caminan por el aire, hiciéronme muchas preguntas sobre la ciudad y el mundo. Díjeles: El pueblo entero vive en el gozo, y así vivirá en lo futuro. Ellos, funciendo las cejas me respondieron que no sucederia así, y que se estaba formando un mal que pronto estallaria....

»En seguida como si hubiese triunfado su causa, principiaron á referir las cosas que les agradaban: dijeron que los negocios iban á tomar otro rumbo; que las divisiones turbarian la tranquilidad de Roma; que nuestros ejércitos serian derrotados. No pudiendo contenerme ya, é inflamado de cólera, exclamé: ¡ Miserables! ¡Caigan sobre vuestras cabezas los males que anunciais, puesto que amais tan poco vuestra patria.»

TRICPHON.—«¿Y qué replicaron esos hombres de cabeza tan rasa como el entendimiento?»

CRICIAS.—«Escucharon mis palabras con la mayor mansedumbre, y recurrieron á sus escapatorias ordinarias: dijeron que todas estas cosas las veian en sueños, despues de haber ayunado diez dias, y pasado las noches cantando sus himnos.... Entonces con una falsa sonrisa, se inclinaron fuera de los lechos miserables en que reposaban (24).»

Esta reunion, descrita por un enemigo, difiere singularmente del concilio de Nicea. Los cristianos eran tan despreciados en la época en que se escribió esta sátira, que se les consideraba inferiores á los Judíos. Sin embargo, aquellos hombres escondidos en las guardillas; aquellos miserables arrastrados al suplicio tan pronto como eran reconocidos; aquellos culpables, no de crimen, sino de nacimiento, aquellas criaturas degradadas en quienes no se concedia siquiera el derecho de los siervos mas viles; aquellos esclavos, puestos fuera de la ley, eran los que debian restituir al género humano sus leyes y su libertad.

El embarazo de los cristianos ante sus padres paganos, ofrece una semejanza singular con lo que ocurre en nuestros dias entre las generaciones antiguas y las nuevas: las primeras no entienden ni entenderán nunca lo que es claro y exacto para las segundas (25). El Cristianismo, verdadera libertad bajo todas las relaciones, parecia, á los ojos de los antiguos idólatras acostumbrados al despotismo político y religioso, una novedad detestable; denunciaban este progreso de la especie humana como una subversion de todos los principios sociales. «En las casas particulares se ven, dice Celso, hombres groseros, é ignorantes, tejedores de lana, que callan delante de los ancianos y de los padres de familia: pero si encuentran en un lugar apartado algunos niños, algunas mujeres, enséñanles su doctrina: díceles que no deben prestar oidos á sus padres ni á sus maestros; que estos son unos dementes, incapaces de conocer y de paladear la verdad. Excitan así á los jóvenes á sacudir el yugo; los incitan á entrar en un gineceo, ó en un batan, ó en la tienda de un zapatero, para aprender lo que es perfecto (26).»

Las virtudes, consecuencia necesaria del primer Cristianismo, hacian odiar á los que las practicaban, porque eran una reconvencion para los vicios opuestos. Un marido expulsaba á su mujer que era prudente desde que se habia convertido al Cristianismo; un padre desheredaba á un hijo, en otro tiempo pródigo y liberal, transformado por el cambio de religion en hijo sumiso y obediente (27). Las acusaciones dirigidas contra los cristianos eran la historia misma de su inocencia. «Pongo por testigos á vuestros registros, decia Tertuliano: ¡oh vosotros! que juzgais á los criminales, ¿hay uno solo que sea cristiano? La inocencia es para nosotros una necesidad, habiéndola aprendido de Dios, que es un maestro perfecto. Nos echan en cara que somos inútiles á la vida; y sin embargo vamos á vuestros mercados, á vuestras ferias, á vuestros baños, á vuestras tiendas, á vuestras hosterías. Comerciamos, militamos, y ejerce-

mos la labranza (28). Es verdad que los traficantes de mujeres perdidas, los asesinos, los envenenadores, los magos, los arúspices, los adivinos, ni los astrólogos, no sacan lucro ninguno con nosotros (29).»

Acusaban á los cristianos de ser una faccion, y ellos respondian: «La faccion de los cristianos consiste en estar reunidos en una misma religion, en una misma moral, en una misma esperanza. Formamos una conjuracion para rogar á Dios en comunidad, y leer las divinas Escrituras. Si alguno de nosotros peca, se le priva de la comunion, de las oraciones, y de nuestras reuniones, hasta que ha hecho penitencia. Presiden estas asambleas ancianos cuya sabiduría ha merecido semejante distincion. Cada uno lleva algun dinero todos los meses, si quiere ó si puede. Este tesoro sirve para alimentar y para enterrar á los pobres, para sostener á los huérfanos, á los náufragos, á los desterrados, á los condenados á las minas ó á la cárcel por la causa de Dios. Nos damos mútuamente el nombre de hermanos: estamos dispuestos á morir los unos por los otros. Todo es comun entre nosotros, menos las mujeres. Nuestra cena comun se explica con el nombre de Agape, que significa *caridad* (30).»

La congregacion apostólica abrazaba entonces el mundo civilizado, como una inmensa sociedad secreta que avanzaba hácia su objeto, á pesar de las proscripciones y de la necia enemistad del mundo. Desde la edad heróica del Cristianismo se presienten las mudanzas radicales que esta religion iba á causar en las leyes: era la filosofía puesta en práctica. Mientras llegaba la abolicion de la esclavitud por medio de transformaciones graduales, principió la emancipacion del sexo femenino.

Las mujeres aparecieron solas al pié de la cruz; Jesucristo, perdonó durante su vida las debilidades de estas, y no desdeñó su homenaje: emancipólas en la persona de Maria su divina Madre.

Las mujeres seguian á los apóstoles para servirles, como Magdalena y las otras Marías habian seguido á Jesucristo (31). San Pablo saludó en Roma á las mujeres de la familia de Narciso.

Esas mujeres tuvieron una relacion inmediata con la Iglesia, en virtud de la institucion de las diaconisas. La diaconisa debia ser casta, sóbria y fiel. Las viudas elegidas para esta funcion, no podian tener menos de sesenta años de edad; debian haber criado á sus hijos, ejercido la hospitalidad, lavado los piés de los viajeros y consolado á los afligidos (32).

Las instrucciones de los apóstoles y de los primeros padres, demuestran cuán importantes eran las mujeres en el nacimiento mismo de la sociedad cristiana. Tertuliano escribió dos libros sobre sus adornos y el uso de su belleza. «Desechad el afeite, los cabellos postizos y los demás adornos: no concurrais á los templos, á los espectáculos, ni á las fiestas de los gentiles. No salgais de casa sin un motivo poderoso, como es el visitar á los hermanos enfermos, asistir al santo sacrificio, escuchar la palabra de Dios (33). Desechad las delicias, para que no os agovien las persecuciones. Las manos acostumbradas á los brazaletes, no podrian soportar el peso de las cadenas; los piés adornados con cintillas, llevarian penosamente los grillos; una cabeza cargada de perlas y esmeraldas no dejaria sitio para la cuchilla (34).»

Las vírgenes no debian presentarse en la Iglesia sino cubiertas hasta la cintura con velos: concediaseles como á las viudas una pension. En el tratado *ad uxorem* se ve pintada la mujer diferente en un todo de la mujer de la antigüedad, y tal como es al presente. Este, al mismo tiempo, es un cuadro verdadero de lo que ocurria entonces en la comunidad general, y en la familia privada de los cristianos.

Tertuliano invita á su esposa á no casarse segunda vez si moria antes que ella, principalmente á no tomar por marido á un infiel. El Cristianismo, conformándose con la naturaleza y con el órden, reprobaba la poligamia de las naciones orientales, y el divorcio admitido por los Griegos y los Romanos.

«La mujer cristiana, dice Tertuliano, ¿cumplirá con su esposo pagano los deberes de la pagana? ¿tendrá para él hermosura, atavíos, aseo mundano y caricias vergonzosas? No sucede así entre los santos: todo es moderacion como que Dios les está mirando (35).

«¿Cómo podrá (la esposa cristiana) servir al cielo teniendo á su lado un esclavo del demonio encargado de retraerla? Si ha de asistir á la Iglesia, le citará á los baños mas temprano que de costumbre: si ha de ayunar, dispondrá un festin para el mismo dia: si debe salir, opondrále que nunca los criados han estado mas ocupados (36). ¿Llevará á bien este marido que su esposa visite de calle en calle á los hermanos en los aposentos mas humildes? ¿Consentirá que se levante de su lecho para asistir á las reuniones nocturnas? ¿Tolerará que vele en la solemnidad de Pascua? ¿La permitirá que se siente en la mesa del Señor, tan infamada entre los paganos? ¿Le agradará que se introduzca en las cárceles á besar las cadenas de los mártires, lavar los piés de los santos, y ofrecer presurosa el alimento á los confesores (37)? Si llega un hermano de otro país, ¿cómo se le hospedará en una casa extraña? Si necesita hacer alguna limosna, hallará cerrados el granero y la bodega.

»Aunque el marido pagano consintiera en todo esto, es al fin una desgracia verse en la precision de confiarle los usos de la vida cristiana. ¿Os ocultareis de él al hacer la señal de la cruz en vuestro lecho, en vuestro cuerpo, ó al soplar alguna cosa inmunda? ¿No creerá que es una operacion mágica? ¿No sabrá lo que tomais secretamente antes de todo alimento? Y si sabe que es pan ¿no sospechará que es tal cual le suponen (38)?

»¿Qué cantará en un festin la mujer cristiana con su marido pagano? Escuchará himnos teatrales: no hará siquiera mencion de Dios (39), ni invocacion á Jesucristo, ni lectura de las Escrituras, ni salutacion divina.

»La Iglesia extiende el contrato del matrimonio cristiano, la oblacion lo confirma, y siendo la bendicion su sello, preséntanlo los ángeles al Padre celestial que lo ratifica. Dos fieles reciben el mismo yugo: son una sola carne, un solo espíritu; oran juntos, juntos ayunan, juntos asisten á la Iglesia y á la mesa de Dios, en tiempos de persecucion y de paz (40).»

Las mujeres cristianas se convirtieron en misioneras en sus propios hogares, y en inteligencias celestes en el seno de las familias paganas. Acabamos de ver que estaban encargadas de cuidar á los enfermos y á los pobres; y cuando principalmente derramaban los tesoros de su celo, era en los tiempos de persecucion. Penetraban en las cárceles, llevaban mensajes, distribuian dinero, curaban las llagas causadas por los tormentos, y morian tambien á su vez con un heroismo superior al que atribuyen á las mujeres de Esparta y de Roma. En sus virtudes, y hasta en sus debilidades, habia un encanto para suavizar á los perseguidores: la nodriza de Caracalla y la ama de Cómmodo eran cristianas.

Mas adelante, en el siglo filosófico del Cristianismo, las mujeres, madres, esposas é hijas de los emperadores extendieron el poder del Evangelio, mientras que otras mujeres, conducidas en esclavitud por los Bárbaros, convertian naciones enteras: así lo he dicho al hablar de los Iberos. Ya hemos visto igualmente que las Helenas y las Eudoxias destruyeron templos y levantaron iglesias.

Trascurrido algun tiempo, las vírgenes consagradas á Dios en los monasterios, se distinguieron en

todo género de sacrificios y de abnegacion. San Gerónimo nos ha dado á conocer á Marcela, á Asela su hermana, y á su madre Albina; á Principia, hija de Marcela; á Paula, amiga de Marcela; á Paulina, á Eustaquia, á Lea y á Fabiola, que vendió su patrimonio para fundar el primer hospital que opuso Roma á los monumentos de sangre y prostitucion. En esta casa de misericordia; las descendientes de los cónsules servian á los pobres y á los extranjeros, antes de morir pobres y extranjeras en la gruta de Belen. ¡Oh destino de las cosas! Las mujeres que prestaron las primeras adoraciones en el fondo de las catacumbas, fueron las últimas que llenaron aquellas iglesias, á donde llevaron á los padres, y donde no pudieron retener á los hijos. Lloraron al pié del Calvario, que vió espirar la sublime víctima: lloran todavía al pié del mismo Calvario; pero aquel á quien sepultaron en la tumba, se encumbró al cielo: nada queda ya en la cruz, nada en el santo sepulcro.

Todavía no se ha completado la emancipacion de la mujer, particularmente en cuanto á la opresion de las leyes: se logrará en la renovacion cristiana que principia ahora.

La era de los mártires ofrece un espectáculo extraordinario: en un mismo pueblo los hombres y las mujeres corrian á los juegos públicos con todo el esplendor del lujo y de la embriaguez de los placeres; y otros hombres y otras mujeres, consagrados á todos los deberes, componian una parte esencial de esos mismos juegos derramando su sangre.

El siglo heróico del paganismo tuvo sus Hércules guerreros; el siglo heróico del Cristianismo, produjo sus Hércules pacíficos, que domaron á otra especie de mónstruos, los vicios, las pasiones, los errores; héroes cuya victoria consistia, no en matar, sino en morir.

De todos los fundadores célebres de religiones, Jesús, es el único que no fue poderoso por el nacimiento, las armas, la política, la poesía ni la filosofía: no empuñaba el cetro, la espada, la pluma ni la lira; vivió pobre, ignorado, calumniado, y fue el primer mártir de su culto. Sus apostóles sufrieron despues de él; el suplicio de estos, formó la cadena que une la pasion á las pasiones particulares, renovadas por espacio de cuatro siglos. La hostia espiritual habia venido á reemplazar la hostia material; pero la efusion de sangre cristiana (que era la sangre misma de Cristo) no debió detenerse, sino cuando desapareció el holocausto pagano. Esto explica, segun los fundamentos de la fe, la duracion de las persecuciones; hubo víctivas cristianas en el anfiteatro, mientras hubo víctimas paganas en los templos; la inmolacion de las primeras, continuó en proporcion á la de las segundas. Constantino y sus hijos abolieron el sacrificio, y cesó el martirio: restableció Juliano el sacrificio, y volvió ó principiar el martirio.

Amaestrados los cristianos, por la experiencia, habian perfeccionado el arte de prestarse auxilios: no hubo artificios que no inventara la caridad para penetrar en los calabozos, para seducir á los carceleros, es decir, para convertirlos al Cristianismo y conducirlos con sus prisioneros á la muerte. La historia del filósofo Peregrino, que se quemó á son de trompetas y en el dia señalado, nos ha trasmitido una prueba inesperada de la actividad evangélica.

Estando Peregrino viajando, hízose neófito; preso en Palestina, diéronse prisa los cristianos á rodearle. Desde por la mañana muchas mujeres, viudas y niños sitiaban la cárcel, y por la noche se introducia algun sacerdote á fuerza de dinero adonde estaba el filósofo. Corrian de todas las ciudades del Asia hermanos enviados por la comunidad á alentar al prisionero. «Es inandita, dice Luciano, la diligencia de estos hombres; cuando algunos de ellos padecen infortunios, nada les intimida. Imagínanse los miserables que vivirán despues de esta vida. Desprecian la muerte, y muchos se entregan voluntariamente á los suplicios (41).»

Contáronse diez batallas generales, que fueron las diez persecuciones terribles, sin contar una multitud de acciones particulares; distinguiéronse las mujeres en estos combates. Sinforiano fue conducido al martirio en Autun de las Galias; su madre le gritaba de lo alto de las murallas de la ciudad: «Hijo mio, hijo mio Sinforiano, levanta tu corazon al cielo; no vas á perder la vida; vas á trocarla por una vida mejor (42).»

Blandina, esclava, recibió la última corona entre los confesores de Lion: sufrió los azotes, las fieras, la silla de hierro candente: caminaba á la muerte como al tálamo nupcial, como al festin de las bodas (43).

Habia en Egipto otra esclava de asombrosa hermosura llamada Potamiana: habiéndose enamorado de ella su dueño, quiso primero seducirla y despues violentarla; pero rechazado por la virtuosa doncella, la entregó al prefecto Aquila como cristiana. El prefecto invitó á Potamiana á ceder á los deseos de su dueño; y habiéndose negado á ello, condenóla á ser sumergida en una caldera de pez hirviendo, y la amenazó con entregarla á los gladiadores para que la violasen. Potomiana dijo: «Os ruego por la vida del emperador que no me despojeis de mis vestidos, ni me espongais al público desnuda. Que me sumerjan poco á poco en la caldera con mi traje.» Este favor le fue concedido, y Marcela su madre, sufrió el suplicio del fuego (44).

La irrision que iba unida á la crueldad disoluta, en nada disminuia la gravedad del infortunio. Las siete vírgenes de Aucira, entregadas á algunos mancebos desenfrenados antes de ser ahogadas, borraron con una sola palabra, lo singular que podia parecer el infortunio de su vejez. La mas anciana se quitó el velo, y enseñando su cana cabeza al jóven, le dijo; «Quizá tendrás una madre *llena de canas* como yo: déjanos nuestras lágrimas y reserva para tí la esperanza (45).»

Felicidad, matrona romana de un rango ilustre fue sentenciada á muerte con sus siete hijos, á quienes alentó á confesar su fe con valor.

Sinforosa, de Tibur, tenia tambien siete hijos: Adriano la llamó, y habiéndola exhortado á sacrificar, le respondió: «Getulio mi marido, y su hermano Amancio, eran tribunos vuestros, y prefirieron la muerte á vuestros ídolos.» Arrebatada Sinforosa de los cabellos, fue precipitada en el abismo de aquellas cascadas que habian suministrado agua á los baños de las cortesanas, y refrescado el vino de Horacio. Los siete hijos siguieron á su madre (46).

Uno de los cuarenta mártires de Sevaste, habia resistido al doble tormento del hielo y del fuego: los verdugos, olvidándole de intento y dejándole en la plaza, esperaban que abjurase su fe: su madre le puso con sus propias manos en la fúnebre carreta. «¡Ve, le dijo, hijo mio! termina tu dichoso viaje con tus compañeros, para que no te presentes el último á Dios (47).

El martirio de Perpetua y de Felicidad en Cartago es el mas célebre de cuantos describen las *Actas sinceras*. Era Perpetua noble, y de edad de veinte y dos años, tenia padre, madre, dos hermanos y esposo, y criaba á su hijo: Felicidad era esclava y estaba preñada.

El padre de Perpetua, pagano celoso, pretendia obligarla á sacrificar. «Despues de haber estado algunos dias sin ver á mi padre (así se explica la misma Perpetua, que escribió el principio de su martirio) di gracias al Señor, y me consolé de su ausencia. En aquellos dias fue cuando nos bautizaron: al acabarse la ceremonia pedí tan solo al cielo, la paciencia suficiente para sufrir las penas corporales. Pocos dias

despues nos encarcelaron: horroricéme, porque nunca habia estado sepultada en tales tinieblas. ¡Oh dia aciago! (48) hacia excesivo calor á causa de la multitud de gente; los soldados nos empujaban: finalmente, moriame de inquietud por mi hijo. Entonces, los bienaventurados diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistian, lograron con el dinero que nos permitiesen salir, y pasar algunas horas en un sitio mas cómodo de la cárcel. Salimos en efecto; cada cual pensaba en sí propio: yo dí de mamar á mi hijo (49); encargándolo al cuidado de mi madre; infundí ánimo á mi hermano, y consumíame el tormento de ver los dolores que les causaba. En esta angustia pasé varios dias. . . . .

. . . .

»Corrió la voz de que debiamos asistir á un interrogatorio. Trasladóse mi padre desde la ciudad á la cárcel lleno de tristeza, y me decia: «¡Hija mia, compadécete de mis canas! ¡compadécete de mí (50)! Si yo soy digno de que me des el nombre de padre, si te he criado yo mismo hasta ahora, si te he preferido á tus hermanos, haz que no caiga sobre mí el oprobio de los hombres. Mira á tu madre, mira á tu hijo, que no podrá sobrevivirte: deja esa arrogancia por temor de perdernos á todos; porque ninguno de nosotros osará ya abrir los labios, si te sucede alguna desgracia.

»Así se explicaba mi padre enternecido, besándome las manos, arrojándose á mis piés, sollozando, llamándome, no su hija, sino *su señora* (51). Compadecíale al ver que él solo de toda mi familia no se regocijaria de nuestro martirio. Díjele para consolarle: Sucederá en el cadalso lo que á Dios plazca; porque habeis de saber que no dependemos de nosotros sino de su voluntad (52). Retiróse contristado.

»Al dia siguiente, cuando estábamos comiendo, vinieron á buscarnos para el interrogatorio. Divulgóse al instante la noticia por los barrios inmediatos, y se agolpó un pueblo numeroso: subimos al tribunal.....

»El procurador Hilarion me dijo: Ten en cuenta la vejez de tu padre; ten presente la infancia de tu hijo; sacrifica por la prosperidad de los emperadores.—No haré tal, respondí.—¿Eres cristiana? me preguntó; y contesté: Cristiana soy (53). Mi padre se esforzaba por sacarme del tribunal; Hilarion ordenó que lo arrojasen de allí, y recibió un golpe de vara: sentílo como si hubiese sido herida yo propia, tanto fue lo que sufrí al ver maltratado á mi padre en su vejez (54). Entonces Hilarion pronunció nuestra sentencia condenándonos á todos á ser expuestos á las fieras. Volvimos gozosos á la cárcel; y como mi hijo se hallaba acostumbrado á estar conmigo, y á alimentarse con la leche de mis pechos, envié al diácono Pamponio para que lo pidiera á mi padre. Pero este no quiso entregarlo (55); é hizo Dios que el niño no pidiese ya de mamar, y que la leche no me causara incomodidad alguna.»

Termina la relacion de Perpetua, en la tercera de las visiones que tuvo en su calabozo.

«Felicidad estaba embarazada de ocho meses, y al ver tan cercano el dia del espectáculo estaba muy afligida temiendo que difiriesen su martirio, porque estaba prohibido martirizar á las mujeres preñadas antes del término del alumbramiento. Sus compañeros en el sacrificio se mostraban notablemente afligidos por su parte al dejarla sola en el camino de su comun esperanza (56). Tres dias antes del espectáculo se reunieron todos á orar y á llorar por ella. Apenas habian concluido la oracion, comenzáronle los dolores; y como el alumbramiento es naturalmente mas difícil en el octavo mes, su trabajo fue improbo, y se quejaba. Uno de los carceleros le dijo: Si te quejas ahora, ¿qué será cuando seas entregada á las fieras (57)? Dió á luz una hija, que crió como propia una mujer cristiana... Los hermanos y los demás lograron permiso para entrar en la cárcel, y refrescar con los encarcelados: el conserje de la prision se habia convertido ya á la fe. La víspera del combate presentáronles, segun costumbre, la última comida, á la que daban el nombre de *cena libre* (58), y que servian en público; pero los mártires la convirtieron en una ágape. Hablaron al pueblo con su acostumbrada firmeza... Miradnos bien los rostros, decian, para que podais conocernos el dia del juicio (59).

»Habiendo llegado el dia del combate, los mártires se dirigieron desde la cárcel al anfiteatro, cual si caminaran al cielo, placenteros, mas bien conmovidos de alegría que de temor. Seguíalos Perpetua con rostro sereno y paso firme, cual una persona amada de Jesucristo, bajando los ojos para ocultar á los espectadores su viveza (60). Felicidad estaba enagenada al ver que recobrada de su alumbramiento podia combatir con las fieras. Habiendo llegado á la puerta, quisieron obligarles, conforme al uso, á ponerse los adornos de los que se presentaban en aquel espectáculo. Consistian, para los hombres, en un manto rojo, traje de los sacerdotes de Saturno (61); y para las mujeres, un cintillo alrededor de la cabeza, símbolo de las sacerdotisas de Ceres. Los mártires rehusaron estas libreas de la idolatría. . . . .

»Despojaron de sus vestidos á Perpetua y á Felicidad, y las colocaron en la red para exponerlas á una vaca furiosa. Horrorizóse el pueblo (62) al ver tan delicada á la una, y á la otra recien parida: retiráronlas, y las cubrieron con trajes flotantes. Acometió primero á Perpetua, que cayó de espaldas: incorpórose y al ver que su vestido se habia desgarrado por un lado, recogiólo para cubrirse la pierna, atendiendo mas al pudor que al sufrimiento (63). Volvióse á atar los cabellos sueltos para no parecer de luto, y observando á Felicidad toda magullada, alargóle la mano para ayudarla á levantarse (64). Llegaron así á la puerta Sana-Vivaria, donde recibió á Perpetua un catecúmeno llamado Rústico. Despertó entonces como de un profundo sueño, y mirando en derredor suyo, exclamó: ¿Cuándo nos expondrán á esa vaca? Refiriéronle lo que habia sucedido; y no quiso creerlo hasta que descubrió en su cuerpo y en su vestido las señales de lo que habia sufrido (65). Mandó llamar á su hermano, y dirigiendo la palabra á este y á Rústico, les dijo. Permaneced firmes en la fe, amaos mútuamente, y no os intimiden nuestros sufrimientos. . . . .

»Pidió el pueblo que las condujeran de nuevo al medio del anfiteatro. Los mártires, despues de haberse dado el ósculo de paz, se dirigieron allí por sí mismos (66). Felicidad cupo en suerte á un gladiador poco diestro, que la hirió en los huesos, obligándola á lanzar un grito; porque la ejecucion de los moribundos arrojados á las fieras, servia de aprendizaje á los gladiadores nuevos. Perpetua aplicó por sí propia la vacilante mano del verdugo á su garganta (67).»

En la misma Cartago, que reunia á esta tantas otras memorias, llevóse Cipriano la palma debida á su elocuencia y á su fe; cortaron la cabeza á este primer Fenelon, que se vendó él mismo los ojos: atáronle las manos, Julian sacerdote y Julian diácono; sus neófitos tendieron pañuelos para recibir su sangre.

Mucho tiempo antes Policarpo, que gobernaba la Iglesia de Esmirna hacia ya setenta años y habia sido nombrado por el apóstol Juan, verificó su entrada por órden del cónsul, caballero sobre un asno en su ciudad episcopal, como Cristo en Jerusalen. El pueblo gritaba: «Ese es el doctor de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses: arrojad un leon contra Policarpo.» Esto no fue posible, porque se habian concluido los combates de las fieras. Entonces volvió á clamar el pueblo á una voz: «Que Policarpo sea quemado vivo.»

Preparada la hoguera, quitóse Policarpo el ceñidor y se despojó de sus vestidos. Querian clavarle en la

hoguera como á su Señor en la cruz, y manifestó que esta precaucion era inútil, porque permaneceria firme. Atáronle, pues, sencillamente, y parecia un cordero escogido en el ganado, como un holocausto agradable y acepto á Dios (68). El anciano miró al cielo y exclamó: «¡Gracias te doy, Dios de todas las criaturas! Cábeme parte del cáliz de la pasion de tu Cristo, para resucitar á la vida eterna. Bendígote, glorificote por el pontífice Jesucristo, tu muy amado hijo, á quien gloria sea tributada, á ti y al Espíritu Santo en los siglos futuros. Amen (69).»

Cuando acabó de hablar prendieron fuego á la hoguera: desplegáronse las llamas alrededor de la cabeza del mártir, cual la vela de un bajel hinchada por el viento (70). Refieren sus actas que se parecia al oro ó á la plata probada en un crisol (71), y que exhalaba un olor de incienso ó de un perfume vital (72). El verdugo encargado de rematar las fieras moribundas, hirió á Policarpo, y salió tanta sangre de las venas del anciano, que apagó el fuego (73).

Pothin, obispo de Lion, anciano de mas de noventa años, débil y enfermizo, fue derribado, hollado, arrastrado por la arena, y arrojado de nuevo á la cárcel, donde entregó el alma. Sus compañeros en los tormentos parecian en medio del suplicio curarse una llaga con otra llaga nueva: los ejecutores atormentándoles, no tanto aparecian verdugos que abren heridas, como cirujanos que las cierran; tanta era la alegría de los confesores. Muchos de ellos escribieron en griego la relacion de su martirio, desde el fondo de los calabozos donde los sepultaron de nuevo antes de darles la muerte. La carta tenia este sobrescrito: *Los siervos de Jesucristo, que viven en Viena y en Lyon de Galia, á los hermanos del Asia y de Frigia, que profesan la misma fe y tienen la misma esperanza en la redencion: Paz, gracia y gloria de parte de Dios Padre, y de Jesucristo nuestro Señor* (74).

No os hablaré del martirio de las seducciones, empleado despues de la inutilidad de las amenazas y de los dolores: dignidades, honores, fortuna, y hasta voluptuosidad que hermosas cortesanas procuraban encender, fueron tan inútiles como los leones y el fuego.

La sangre es poderosa: estas generaciones del siglo heróico cristiano, que subyugaron las clases industriosas, produjeron las generaciones del siglo filosófico del Cristianismo, que conquistaron á su vez á los hombres de talento. Este siglo filosófico no está separado brúscamente del siglo heróico; tiene su orígen en este. Sus primeros ingenios enseñan y mueren en el cadalso; pero su doctrina reinó y triunfó en sus sucesores, despues que pasó la era de los confesores. El Cristianismo filosófico no destruyó tampoco el Cristianismo heróico, pero se verificaron los sacrificios de otra manera en los combates contra los heresiarcas, ó bajo el hierro de los Bárbaros.

SEGUNDA PARTE.

CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS.—SIGLO FILOSÓFICO.—HEREJÍAS.

En esta segunda edad del Cristianismo, la grandeza de las costumbres públicas y la sublimidad intelectual sustituyen á la virtud de las costumbres privadas, y á la belleza moral evangélica. Ya no es la Iglesia militante, esclava, democrática en los calabozos y en la sangre; sino la Iglesia triunfante, libre, real, en la tribuna y en la púrpura. Suceden los doctores á los mártires: estos no habian tenido sino su fe, aquellos tienen su fe y su talento. La parte selecta del mundo pagano, que no habia cedido ni á la sencillez apostólica ni á la autoridad de las hogueras, escucha, se llena de admiracion, y pronto cede, hallando en la boca de los padres los sistemas de los sabios, explicados con mas claridad y elocuencia.

Las altas escuelas cristianas se parecian á las escuelas filosóficas, y las cátedras contaban una serie no interrumpida de profesores como en Atenas. A Taciano siguió Rodon, y Máximo, sucesor de Rodon, examinó la cuestion del orígen del mal, y de la eternidad de la materia (1). Clemente de Alejandría, que reemplazó á Panteno, habíase alimentado con las obras de Platon: cita en sus *Stromatas*, los maestros con quienes habia estudiado, y que residian uno en Grecia, otro en Italia y dos en Oriente. «Mi maestro de Palestina, dice, era una abeja que libando el zumo de las flores de la pradera apostólica y profética, dejaba en el espíritu de sus oyentes un tesoro suave é inmortal.»

En su tratado del verdadero *Gnóstico*, (el que conoce) pinta Clemente el retrato del sabio mismo de los filósofos. «El gnóstico no vive ya sujeto á las pasiones, nada le enfada en esta vida, porque ha recibido la luz inaccesible: no hace salir su cuerpo voluntariamente de la vida, porque Dios se lo prohibe; pero aparta su alma de las pasiones (2). El gnóstico se aprovecha de todos los conocimientos humanos (3). Temer la filosofía de los paganos es una debilidad; muy frágil seria la fe que aquella conmoviera (4). El gnóstico hace uso de la música para ordenar las costumbres, vive libre, ó si es casado y tiene hijos, mira á su esposa como á su hermana, puesto que esta esposa no será ya para él sino una hermana cuando esten en el cielo. Los sacrificios agradables á Dios son las virtudes y la humildad, con la sabiduria.»

La fama de Orígenes se habia difundido por todo el mundo romano, y los Politeistas mismos admiraban al doctor cristiano. Habiendo entrado un dia en la escuela de Plotino, en el momento en que este explicaba sus lecciones, Plotino se ruborizó, interrumpió su discurso, y no le continuó sino á ruegos de su ilustre oyente, de quien hizo un pomposo elogio al volver á tomar la palabra (5).

Plotino, fundador del neoplatonismo, no era empero su inventor: éralo Ammonio-Saccas, que habia enseñado misteriosamente su doctrina á Plotino y á Orígenes; este último faltó al secreto.

Estos padres de la Iglesia, salidos la mayor parte de las escuelas filosóficas, y oriundos de familias paganas, fueron no solo profesores elocuentes sino tambien hombres políticos; entonces brillaron aquellos obispos que arrostraban frente á frente el poder de los emperadores y la brutalidad de los reyes bárbaros. Atanasio peleó contra los Arrianos: citado al concilio de Tiro y depuesto en el de Jerusalen, fue desterrado á Tréveris por Constantino. Regresa: los pueblos corren á verle pasar y entra en triunfo en su ciudad episcopal. Noventa obispos arrianos, á cuya cabeza se hallaba Eusebio de Nicomedia, le condenaron de nuevo en Antioquía: cien obispos ortodojos le declararon inocente en Alejandría, y el papa Julio confirmó esta sentencia en Roma. El prelado volvió á sentarse en su silla; y le arrojaron de ella por órden de Constancio, que mandó ejecutar los decretos arrianos de los concilios de Arlés y de Milan. Atanasio celebraba una fiesta solemne en la iglesia de San Theon en Alejandría; cuando cantaba el salmo del triunfo de Israél sobre Faraon, y el pueblo respondia al fin de cada versículo: «la misericordia del Señor es eterna,» los soldados derribaron las puertas: el pueblo huyó, y Atanasio permaneció en el altar rodeado de sacerdotes y de frailes, que le libertaron de la pesquisa de los soldados. Refugióse á los sitios mas apartados de Egipto, y los religiosos que le albergaron se vieron inquietados: este genio entusiasta se abismó aun mas en la soledad, como un acero ardiente en la vaina. Un criado que le quedaba iba todos los dias con peligro de la vida á buscar el alimento de su amo. ¿Qué

hace Atanasio en los desiertos? Escribe : los sepulcros de los príncipes de Tanis, los pozos en que duermen las momias de los perseguidores de Moisés, son las bibliotecas del solitario viviente; allí es donde escribió las páginas que desde el fondo del desierto conmueven las pasiones del mundo. A la muerte de Constancio, Atanasio vuelve á aparecer en medio de su pueblo; Juliano le obliga á regresar á la Tebaida, y aun vuelve cuando Juliano ha pasado. Valente le proscribe, y se oculta en el sepulcro de su padre. Finalmente, sale por última vez de las sombras, y cual torrente calmado acaba pacíficamente su curso. De los cuarenta y seis años que duró el episcopado de Atanasio, habia pasado veinte en el desierto.

Gregorio Nazianceno, nombrado obispo ortodojo de Constantinopla, de la que primero fue tan solo misionero, tuvo que sufrir los ultrajes de los Arrianos; y Teodosio, que le habia entronizado á mano armada, le abandonó; Gregorio, obligado á alejase de la iglesia que habia creado y amado tanto, le dirigió aquella patética despedida que ha llegado hasta nosotros. Pasó el fin de sus dias en su retiro de Capadocia, cantando (porque era poeta), la inconstancia de las amistades humanas, la fidelidad del trato con Dios, y la hermosura que hace olvidar todas las demás, la de la virtud.

Basilio, arzobispo de Cesárea, mereció el sobrenombre de Grande. Dictó reglas en Oriente á la vida cenobita; hay mas de trescientas cincuenta cartas suyas, homilías, y un panegírico de los cuarenta mártires. Estas obras nos enseñan infinitas cosas : están escritas en un estilo muy elevado, porque San Basilio es quizá, con San Efren, uno de los padres que mas se alejan del genio antiguo, y se acercan al genio moderno. Sobresale en las descripciones de la naturaleza : no citaré porque es harto conocida, su carta á Gregorio Nazianceno sobre el sitio solitario que el mismo Basilio habia escogido en el Ponto (6): sus nueve homilías sobre el *Hexaemeron* ó la obra de los seis dias, son una especie de curso de historia natural; predicábalas en la cuaresma por mañana y tarde, y cuando tomaba de nuevo la palabra referia á sus oyentes lo que habia dicho la víspera. La física del *Hexaemeron* es defectuosa, pero sus detalles son encantadores. El orador procura deducir de la historia de las plantas y de los animales las instrucciones de la moral. Un dia hablando de los reptiles y de los cuadrúpedos, pasaba en silencio las aves (7) : al punto la rústica asamblea le indicó su olvido por señas. El naturalista cristiano, candorosamente interrumpido, reconoció su error : varió de asunto, y describió el instinto de de las aves con un acierto extraordinario, y aun sacó un ejemplo religioso de una equivocacion : segun su opinion, hay aves castas que se reproducen sin unirse, y de ahí la virginidad de María (8).

Valente intentó obligar á Basilio á que abrazase el arrianismo, y le envió á Modesto, prefecto de Oriente, con órden de aterrarle por medio de amenazas. Modesto se admiró de la firmeza de Basilio. «Sin duda alguna, le dijo el santo, nunca habeis tratado á ningun obispo.» Despues de muerto logró Basilio tanta fama que procuraban imitarle hasta en sus defectos: afectaban su palidez, su barba, su porte, su hablar mesurado, porque era pensativo y recogido. Vestianse á su semejanza, se acostaban á su modo, y se alimentaban de las cosas que preferia para su sustento. Este obispo universal fundó los primeros hospitales de Asia.

Flaviano y Juan Crisóstomo se mezclaron aun mas que Basilio en la política. En la sedicion de Antioquía, Crisóstomo, que era entonces simple sacerdote, sembró consuelos con sus discursos; y Flaviano, á pesar de su edad avanzada, partió á Constantinopla. Cuando hubo llegado al palacio del emperador y fue introducido en los salones, se mantuvo en pié sin hablar, bajando la cabeza y ocultando el rostro cual si solo el hubiera sido culpable del crímen de su pueblo. Teodosio se acercó y le echó en cara la ingratitud de los vecinos de Antioquía. Entonces el obispo prorumpiendo en lágrimas, dijo : «Podeis en esta ocasion adornar vuestra cabeza con una diadema mas brillante que la que llevais. Han derribado vuestras estátuas; levantad otras mas preciosas en el corazon de vuestros súbditos.

«¡Qué gloria para vos cuando digan algun dia : una ciudad populosa era culpable; gobernadores y jueces, aterrados, no osaban abrir los labios : presentóse un anciano y conmovió al príncipe! No vengo solamente de parte del pueblo; vengo de parte de Dios á declararos que si perdonais á los hombres sus errores, vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados. Otros os presentarán oro, plata, regalos; yo no os ofrezco mas que las leyes santas, exhortándoos á imitar á nuestro Señor, que nos colma de bienes, aunque le ofendamos diariamente. No defraudeis mis esperanzas : si perdonais á mi ciudad, regresaré lleno de alegría; si la condenais, no volveré á entrar en ella.»

Al oir Teodosio este discurso, exclamó : «¿seremos implacables para con los hombres, nosotros que solo somos hombres, cuando el Señor de los hombres oró en la cruz por sus verdugos (9)?» El Cristianismo era al mismo tiempo un principio y un modelo : no es posible formarse una idea de cuan saludable ha sido para la humanidad este ejemplo del perdon de Cristo, recordado incesantemente durante los siglos de barbarie y de despotismo.

San Crisóstomo habia practicado durante cuatro años la vida ascética en las montañas; pasó dos años enteros en una cueva sin acostarse, y casi sin dormir, y se habia fugado porque pensaron en nombrarle obispo. Si en la edad heróica cristiana, cuando se trataba de subir el primero al martirio, no era el episcopado una carga ligera, esta misma carga no fue menos pesada en la edad filosófica del Cristianismo; necesitábanse el don de la palabra, la instruccion del literato, la destreza del hombre de Estado y la firmeza del hombre de bien. Mas tarde, cuando ocurrió la invasion de los Bárbaros, todas las tribulaciones de los tiempos caian á la vez sobre los prelados. Juan Boca-de-oro, nombrado obispo de Constantinopla, corrigió al clero, gobernó con sus consejos las iglesias de la Trácia y del Asia, y resistió á las acometidas del godo Gainaz. Veíase algunas veces obligado á retirarse del altar, por que sentia su ánimo harto agitado para ofrecer el sacrificio. Conspiraron contra él; acusáronle de orgullo, de injusticia, de violencia, de amor á las mujeres; á fin de justificarse de la última debilidad ofreció mostrar el estado á que le habian reducido las austeridades de su juventud. Condenado en el concilio de Chenez, desterrado de Constantinopla, y vuelto á llamar poco despues, se atrevió á arrostrar el poder de Eudoxia, que juró su muerte. Entonces fue cuando pronunció el famoso discurso en que decia : «Herodiades está todavía furiosa, aun baila, y pide aun la cabeza de Juan.» Crisóstomo, precipitado como Demóstenes de la tribuna cuya gloria era, arrebatado del altar en que habia dado un asilo á Eutropa, recibió la órden de salir de Constantinopla, y dijo á los obispos amigos suyos : «venid, oremos : despidámonos del ángel de esa iglesia.» Despues añadió á las diaconisas : mi fin se acerca : no volvereis á ver ya mi rostro»: bajó por un camino secreto á la orilla del Bósforo, para evitar la vista de la muchedumbre, y habiéndose embarcado pasó á Bitinia. Desterrado á Cuensa, los pueblos, los frailes y las vírgenes corrian á su encuentro, gritando : «mas valdria que el sol perdiese sus rayos que Boca-de-oro la palabra.»

A pesar de hallarse desterrado, temianle sus enemigos, y solicitaron que se le enviase á un destierro mas

remoto; notificóse pues al confesor que se trasladase á Petionto, en las orillas del Ponto-Euxino. El viaje duró tres meses: los dos soldados que conducian á Crisóstomo le obligaban á caminar expuesto á la lluvia ó á los ardores del sol, porque estaba calvo. Cuando hubieron pasado de Comama, se detuvieron en una iglesia dedicada á San Basilio martir. El santo se sintió enfermo; mudóse el traje, se vistió de blanco, comulgo (estaba en ayunas) distribuyó á los asistentes lo que le quedaba, pronunció estas palabras que tenia por lo comun en los labios! ¡«Alabado sea Dios por todo!» y despues, alargando los piés pronunció el último amen (10).

Nada puede haber mas completo ni perfecto que la vida de los prelados de los siglos IV y V. El obispo bautizaba, confesaba, predicaba, ordenaba penitencias privadas ó públicas, lanzaba anatemas ó levantaba excomuniones, visitaba á los enfermos, asistia á los moribundos, enterraba á los muertos, redimia á los cautivos, alimentaba á los pobres, á las viudas, á los huérfanos, fundaba hospicios y enfermerías, administraba los bienes de su clero, resolvia como juez de paz las causas particulares, ó decidia las diferencias entre las ciudades: publicaba al propio tiempo tratados de moral, de disciplina y de teología, escribia contra los heresiarcas y los filósofos, se ocupaba de ciencias y de historia, dictaba cartas para las personas que le consultaban en ambas religiones, mantenia correspondencia con los obispos y las iglesias, con los frailes y los ermitaños, asistia á los concilios y á los sinodos: llamábanle los emperadores á su consejo, encargábanle negociaciones, enviábanle á los usurpadores ó á los principes bárbaros para desarmarlos ó contenerlos: de suerte que los tres poderes religioso, político y filosófico, se habian concentrado en el obispo. San Ambrosio va de embajador cerca de Máximo, hace salir á Teodosio del santuario, reclama las cenizas de Graciano, no logra salvar á Valentiniano II, y se niega á comunicar con Eugenio: en medio de estas ocupaciones tan importantes, compuso todas las obras suyas que han llegado hasta nosotros, introdujo la música en las iglesias del Occidente, y dejó cánticos tan famosos que en los siglos siguientes la palaba *Himno*, y la palabra Ambrosiano, fueron sinónimas.

Los trabajos de San Ambrosio no exceden á los de San Agustin: noventa y tres obras en doscientos treinta y dos libros, sin contar sus cartas, testifican la fecundidad y variedad del ingenio del hijo de Mónica. «Si pudiera, dice en una carta dirigida á Marcelino, daros cuenta de mi tiempo, y de las obras en que me veo obligado á poner mano, os sorprenderia y afligiria la multitud de negocios que me abruman. . . . . .
. . . .
Cuando encuentro algun descanso por parte de los que recurren á mi, no me faltan otros trabajos: siempre tengo que dictar papeles que me priban de seguir las obras que son mas de mi gusto, en los cortos intérvalos de reposo que me dejan las necesidades ó las pasiones de los demás (11).» Agustin escribe contra los Donatistas; estos quieren quitarle la vida; intercede por ellos, tiene una desavenencia con San Gerónimo: ocúpase de las sentencias de árbitros, y recibe á los fugitivos despues del saqueo de Roma. Su amistad y sus relaciones con el conde Bonifacio son celebres: la carta que escribió á aquel hombre ofendido, para promover en él de nuevo el amor á la patria, le honra sobre manera. «Juzgad por vos mismo: si el imperio romano os ha ocasionado bienes, no le volvais mal por bien; si os ha ocasionado males, no le volvais mal por mal.» Agustin vestia con suma limpieza, pero con sencillez. «Mi vestido, decia, debe ser tal que pueda darlo á mis hermanos si lo necesitan; pero debe tambien por su modestia acomodarse á mi profesion, á mi cuerpo encorvado por la vejez, y á mis cabellos blancos (12).» Iba calzado, y decia á los que llevaban los piés desnudos: «admiro vuestro valor: tolerad mi debilidad.» Ninguna mujer entraba en su casa, ni aun su hermana: si se veia absolutamente precisado á comunicar con mujeres no las hablaba sino en presencia de un sacerdote, porque se acordaba de su caida. Murió en Hippona, cuando estaba sitiada, sin hacer testamento, porque en su extremada pobreza nada tenia que dejar á nadie.

San Gerónimo es otra figura gigantesca de aquellos tiempos; pero de naturaleza muy distinta, borrascoso, apasionado, solitario, echando menos el mundo en el desierto, y el desierto en el mundo; es un viajero que busca por todas partes un abrigo, y que se sobrecarga de trabajos del mismo modo que se cubre de arena para ahogar lo que no es posible ahogar: marinero náufrago, peregrino salvaje y desnudo, que lleva su dolor al lugar de los dolores del Hijo del Hombre, y que encorvado bajo el peso de los años, apenas puede mantenerse al pié de la cruz.

Agustin y Gerónimo pertenecen á los tiempos modernos: reconócese en ellos un órden de ideas, una manera de sentir que ignoraba la antigüedad. El Cristianismo hizo vibrar en aquellos corazones una cuerda muda hasta entonces; creó hombres de ensueños, de tristeza, de disgusto, de inquietud, y de pasion, que solo encuentran un refugio en la eternidad.

El clero regular formaba una parte considerable de la organizacion cristiana: en el mundo romano civilizado, los frailes eran hombres de la naturaleza, como fueron hombres de la civilicacion en el mundo bárbaro. Distinguianse tres clases de religiosos: los reclusos encerrados en sus celdas, los anacoretas dispersos por los desiertos, y los cenobitas que vivian en comunidad. Las reglas de algunas órdenes monásticas eran obras maestras de legislacion. Tres causas generales poblaron los claustros: la religion, la filosofía y la desgracia: separáronse de la sociedad cuando esta hubo perdido el poder de proteger. Los conventos se convirtieron por esta misma razon en un plantel de hombres de talento y de independencia.

La ocupacion manual de los cenobitas era fabricar cuerdas, cestas, esteras y papel: tambien copiaban libros (13): trabajos de los que San Efren se complace en deducir lecciones.

Pablo ermitaño, Antonio, Pacomio, Hilario, Macario y Simon Estilita, son personajes desconocidos del helenismo; sus vestidos, sus palmeras, sus fuentes, sus cuervos, sus leones, sus montañas, sus grutas, sus antiguas tumbas, las ruinas en que los demonios los tentaban, y las columnas que les elevaban á otra soledad en los aires; pertenecen al dominio de la imaginacion oriental cristana.

Los ascetas erraban en silencio por el Sinaí cual las sombras del pueblo de Dios. Estos aspirantes al cielo ejercian gran poder sobre la tierra: los emperadores enviaban á consultarlos. Constantino dirigió una carta á San Antonio llamándole padre, y San Antonio reunió á sus frailes y les dijo: «no os admire el que un emperador nos escriba, porque no es mas que un hombre; pero debe pasmaros el que Dios haya escrito una ley para los hombres (14).» Antonio se negaba á dar respuesta alguna; sus discípulos le apremiaban, y al fin escribió á Constantino y á sus hijos: «Despreciad el mundo, pensad en el juicio final, acordaos de que Jesucristo es el único rey verdadero y eterno, y practicad la humanidad y la justicia (15).»

En la sedicion de Antioquía los frailes bajaron de sus montañas, y se establecieron en las puertas del palacio implorando la gracia de los culpables. Uno de ellos, Macedonio, por sobre nombre Cristóphago, encontró en la ciudad á dos comisarios del emperador; asió al uno del manto y ordenó á ambos que se apeasen; la osadia de este viejo de corta estatura y cubierto de harapos, indignó á los comisarios; mas habiendo sabido quien era, le abrazaron las rodillas. «Ami-

gos, gritó el ermitaño, interceded por la vida de los culpables; decid al emperador que sus súbditos son hombres criados tambien á semejanza de Dios; que si se irrita por unas estatuas de bronce, una imágen viva y dotada de razon, es muy preferible á tales estatuas. Cuando estas son destruidas, pueden hacerse otras; pero ¿quién dará un solo cabello al hombre á quien se ha dado muerte (16)?» Así renacian la livertad y la dignidad del hombre por medio del Cristianismo: aquellos ermitaños, estenuados con los ayunos, encontraban en la independencia y en el menosprecio de la vida, los derechos que la sociedad habia perdido en el seno del lujo y de la esclavitud.

No economizaban las lecciones á los emperadores. Lucifer de Cagliari apostrofa á Constancio con motivo de Atanasio: «si hubieras caido en manos de Matatias y de Finez, te hubieran traspasado con la espada: ¡y yo te injurio porque hiero con mis palabras tu espíritu empapado en sangre cristiana! ¿Por qué no te vengas de un mendigo? ¿Debemos respetar acaso tu diadema, tus pendientes, tus brazaletes y tu rico vestido con menosprecio del Criador? Me acusas de que te ultrajo: ¿á quién te quejarás? ¿á Dios á quien tú no conoces? ¡A tí mismo, hombre mortal, que nada puedes contra los siervos de Dios! Si nos haces morir, pasaremos á una vida mejor. Te debemos obediencia pero tan solo para practicar las obras buenas, no para las malas, ni para condenar á un inocente (17).»



ALLI SE HA SEPULTADO VIVO ENTRE LAS ROCAS UN CIUDADANO ROMANO.

Lucifer era legado del papa Liberio: ya se ve despuntar el espíritu vehemente y dominador del futuro Gregorio VII.

Habianse introducido vicios al través de las virtudes: las pasiones secretas se alimentaban en el silencio del retiro, y las pasiones públicas nacian entre el estruendo del mundo. San Gregorio Nazianceno, San Crisóstomo, San Gerónimo, San Agustin, Salirano y otros muchos padres, se quejan de la ambicion de los prelados, de la avaricia de los sacerdotes, y de las costumbres de los frailes. Ya se han visto ejemplos que vienen en apoyo de tales acusaciones, y he recordado leyes que se oponian á las usurpaciones del clero; porque, el hombre ya sea que triunfe por las virtudes ó por las armas, se corrompe con la victoria. Donde principalmente se verificaron los mayores desórdenes fue en las sectas separadas de la union de la Iglesia; las herejías fueron para el Cristianismo lo que los sistemas filosóficos para el paganismo; con la diferencia de que los sistemas filosóficos eran las verdades del culto pagano, y las herejías los errores de la religion cristiana.

Las herejías salian casi todas de las escuelas de la sabiduría humana. La filosofía de los Hebreos, de los Persas, de los Indios, de los Egipcios y de los Griegos, se habian concentrado en Asia bajo la dominacion romana; de este foco, producido por la chispa evangélica, surgió una multitud de herejías, tan diferentes como semejantes eran las costumbres de los heresiarcas. Podríase formar un catálogo de los sistemas filosóficos, y colocar al lado de cada sistema la herejía que le corresponde. Tertuliano lo habia reconocido. «La filosofía, dice, que intenta temerariamente sondear la naturaleza de la divinidad y de sus decretos, ha inspirado todas las herejías. De aquí provienen los *Eonos*, y no se que formas extrañas, y la trinidad humana de Valentin, que habia sido platónico: de aquí el dios bueno é indolente de Marcion, salido de los Estóicos: los Epicúreos enseñan que el alma es mortal. Todas las escuelas de filosofía están acordes en

negar la resurreccion de los cuerpos. La doctrina que confunde la materia con Dios es la doctrina de Zenon. ¿Se habla de un dios de fuego? Siguen á Heráclito. Los filósofos y los herejes tratan los mismos asuntos, y se enredan en las mismas cuestiones. ¿De dónde proviene el mal y por qué existe? ¿De dónde proviene el hombre y cómo? y lo que poco despues propuso Valentin: ¿cuál es el principio de Dios? Si le prestamos oidos es el pensamiento y un aborto (18).»

San Agustin contaba en su tiempo ochenta y ocho herejías, principiando en los Simonianos y concluyendo en los Pelagianos, y confiesa que no las conocia todas. Como el entendimiento no hace con frecuencia mas que repetirse, no será inútil advertir que la pala-



MARTIRIO DE SANTA FELICIDAD Y SANTA PERPETUA.

bra *herejía* significa *eleccion*, y esto mismo quiere decir la voz eclecticismo que tan en boga está en el dia; el eclecticismo es la herejía de las herejías, ó la eleccion de las elecciones filosóficas.

De este modo en el momento de la destruccion del imperio romano en Occidente, el Cristianismo marchaba con doce persecuciones generales (19); las persecuciones de Neron, de Domiciano, de Trajano, de Marco-Aurelio, de Severo, de Maximino, de Decio, de Valeriano, de Aureliano, de Diocleciano, de Constancio (persecucion arriana) y de Juliano: con tres cismas de la Iglesia romana, los cismas de los antipa-

pas Novaciano, Ursiano y Eulalio, y con mas de cien herejías. Debe entenderse por cisma (lo que entonces se entendia) el disentimiento por lo que mira á las personas, y por herejía las diferencias en las doctrinas.

Las herejías del primer siglo fueron de tres clases: pertenecian las primeras á algunos impostores, que pretendian ser el verdadero Mesías, ó por lo menos una inteligencia divina que poseia la virtud de los milagros; las segundas procedieron de esos entendimientos superficiales que recurrian al sistema de las emanaciones para explicar los prodigios de los apóstoles: las terceras fueron el producto de la imaginacion de ciertos visionarios que veian en Jesucristo un genio bajo la forma de un hombre, ó un hombre dirigido por un genio: decian tambien que Jesucristo habia enseñado dos doctrinas, la una pública y la otra secreta; mutilaban los libros del Nuevo Testamento, componian evangelios falsos, y falsificaban epístolas de los apóstoles. En estas tres clases de herejes sobresalen Simon, Dositeo, Menandro, Teodoto, Gorteo, Cleóbulo, Himeneo, Fileto, Alejandro, Hermógenes, Cerinto, los Ebionistas y los Nazarenos. Casi todas las herejías del primer siglo fueron de origen judío.

En el siglo II las herejías se convirtieron en griegas y orientales. Varios filósofos del Asia habian abrazado el Cristianismo, y le comunicaron las ideas especulativas con que se habian alimentado: la doctrina de los dos principios, la creencia de los genios, las emanaciones caldeas, y en una palabra todo lo abstracto del Oriente, modificado por la filosofía griega, amasada y reamasada en la escuela de Alejandría. Hubo tambien reformadores del Cristianismo, que á su parecer se hallaba ya alterado: Montano, Praxeas, Marcio, Saturnino, Hermias, Artemas, Basílides, Hermógenes, Apeles, Caliano, Heráeleo, Cerdon, Severo, Bardesano y Valentin fueron los herejes mas célebres de aquella época.

Praxeas, que pertenecia á la herejía de Montan sostenia que Dios Padre era el mismo Jesucristro, y que por consecuencia habia sufrido. Los discípulos de Praxeas fueron llamados *Patropasianos*, porque atribuian al Padre lo mismo que al Hijo la pasion y la cruz (20).

Valentino, siguiendo al espíritu griego que todo lo personificaba, trasformaba los *nombres en personas*: los siglos que en la Escritura se llaman Eonos ó Aionos, se convertian en seres que cada uno tenia su nombre. El primero, Eono se llamaba *Proono*, preexistente, ó *Bithos*, profundizador, habia vivido largo tiempo desconocido con *Ennoia*, el pensamiento, ó *Charis*, la gracia, ó *Sige*, el silencio. *Bythos* engendró con *Sige* á *Nous* ó la inteligencia, su hijo único. *Nous* fue padre de todas las cosas: *Nous* dió á luz otros dos Eonos, *Logos y Zoe*, el verbo y la vida: de *Logos y Zoe* nacieron *Anthropos* y *Ecclesia*, el hombre y la iglesia. En fin, despues de treinta Eonos, que formaban el *Pleroma*, ó la plenitud, hallábase la virtud del *Pleroma*, *Horos* ó *Stauros*, el término ó la cruz (21). Esta teología se extendia mucho mas lejos; pero el entendimiento humano tiene locuras demasiado numerosas para que las sigamos en todas sus modificaciones.

En el tercer siglo la filosofía griega continuó sus plagios sobre el Cristianismo: los hombres que pasaban sin cesar de las escuelas de Atenas y de Alejandría á la religion evangélica, procuraban hacer á esta *natural*, es decir, que se esforzaban en explicar los misterios, con objeto de responder á las objecciones de los paganos. Esta falta vergonzosa del entendimiento produjo los errores de Sabelio, de Noet, de Hierax, de Berylle y de Pablo de Samosata, contándose tambien las de los Ofitos, de los Cainitos, de los Setianos y de los Melquisedecianos.

Manes, cuya herejía principió hácia el año 277, era un esclavo llamado Curbico, por sobre nombre Manes, lo cual significaba en persa el *arte de la palabra*, en la que pretendia descollar Manes. Tuvo por discípulo á Tomás, y trajo de la Persia la antigua doctrina de los dos principios: el buen principio es la luz, el mal principio las tinieblas. El mundo era la invasion del mal principio, ó del principio tenebroso, en el principio bueno ó luminoso. Manes infiltraba su doctrina en el Cristianismo por la historia de la tentacion del hombre, obra de Satanás, y por la mision de Jesucristo, enviado por el buen principio para destruir la accion de Satanás ó del mal principio (22).

Los herejes procuraban con mucha frecuencia volver á entrar en el seno de la Iglesia; no se les negaba pero habia desidencias sobre las condiciones de su reintegracion: otro manantial de cismas hubo que lamentar en el siglo III, de los que uno de los mas conocidos fue el de los novacianos.

Distínguese el siglo IV por la gran herejía de Arrio. El mundo filosófico se habia convertido en aquella época en neoplatónico; el neoplatonismo no hallaba ya contradictores, y se aproximaba á la teología cristiana, á la cual se habia asemejado. Habiendo pasado el poder político al lado de los cristianos, las herejías afectaron el caracter de la dominacion y las costumbres del palacio; intentaron reinar y se encumbraron en efecto al sólio con Constancio; pero sirvieron de escalon al paganismo para que recobrara por un momento la púrpura con Juliano. Habiendo dividido Constancio la doctrina ortodoja por medio del arrianismo, pareció muy natural que la religion se mudase en el reino de Juliano como se habia mudado en el de Constancio, y que el uno obligase á sus súbditos á adoptar su comunion, así como el otro lo habia hecho.

Sabelio habia establecido la distincion de las Personas de la Trinidad; Marcio y Cerdon reconocian tres sustancias increadas: Arrio quiso conciliar estas opiniones haciendo de la Trinidad tres sustancias: pero sentando por principio que el Padre solo era increado, venia á ser el Verbo una criatura, y Macedonio negó despues la divinidad del Espíritu Santo. La palabra *consustancial* se inventó para separar las sutilezas de los arrianos; palabra latina que no traducia exactamente la famosa palabra griega *Homoousios*, empleada por los padres de Nicea. Eusebio y Teognis se valieron de una superchería al suscribir el símbolo (23): introdujeron una j en la palabra *homoousios*, y escribieron *homojousios*, *semejante en sustancia*, en vez de *la misma sustancia*. Armáronse disputas sobre esta jota, que ocasionó infinitas persecuciones é hizo correr mucha sangre. San Hilario, con la rectitud y el raciocinio de los pueblos occidentales, admitió ambas expresiones, diciendo que nada podia ser semejante segun la naturaleza que no fuese de la misma naturaleza (24). El arrianismo dividido en varias ramas, eusebiana, semi-arriana, etc., pasó de los Romanos á los Godos; su carácter participaba de fastuoso, de violento y cruel. Arrio, su fundador, era sin embargo un hombre dulce aunque obstinado; sabido es que el antagonista de Arrio fue el famoso Atanasio.

Con Arrio vinieron tambien en el siglo IV los reformadores, que atacaron la disciplina de la iglesia y el culto de la Vírgen: por la austeridad de las costumbres llegaban á la depravacion. Cuéntanse Helvidio, Bononio, Andeo, Colatho, Joviniano, Prescilio y otros muchos.

El siglo V vió las herejías concentradas en los prelados, y estalló la del violento Nestorio, obispo de Constantinopla. Negó la union hipostática, admitiendo no obstante la encarnacion de Cristo, pero diciendo que no habia salido del seno de la Vírgen. El Oriente se dividió; hubo concilios contra concilios, anatemas contra anatemas, persecuciones, deposicio-

nes y destierros. Despues del concilio de Efeso triunfó el nestorianismo: no tardó Eutiques en combatir á Nestorio y reemplazar un error por otro. El nestorianismo suponia dos personas en Jesucristo; Eutiques, por otro exceso, suponia que las dos naturalezas del Hombre-Dios, la naturaleza humana, y la naturaleza divina, estaban de tal suerte reunidas que no componian sino una sola. Los frailes habian sostenido contra los nestorianos la maternidad de la Vírgen, y se alistaron casi todos bajo las banderas de Eutiques. El imperio de Oriente, cima de todas las herejías, continuó engolfándose en tan deplorables sutilezas. Los patriarcas de Constantinopla adquirieron un poder que les facilitaba disponer de la púrpura. Despues de Eutiques, algunos frailes escitas, en el siglo VI, sentaron por principio que una de las personas de la Trinidad habia padecido: en el siglo VII reinaron otras quimeras: en el VIII Leon Isauriano dió orígen á la secta de los iconoclastas; y finalmente, hácia la mitad del siglo IX se estableció el gran cisma de los Griegos.

El Occidente, asolado por los Bárbaros en el siglo V, dió á luz herejías que trascendian á infortunio; algunos cristianos oprimidos idearon una causa ciega para explicar los padecimientos no merecidos en apariencia: Pelagio, fraile breton que habia viajado mucho, fue el autor de un nuevo sistema, en el que suponia al hombre capaz de llegar al grado supremo de perfeccion por sus propias fuerzas. Desde esta altura estóica, fácil era deslizarse á ese ciego rigor del destino que cae sobre el justo sin abatirle. Arrastrado Pelagio de consecuencia en consecuencia, al paso que aparentaba admitir la eficacia de la gracia, veíase obligado á negar esta necesidad, y á rechazar la fuerza del pecado original que hubiera destruido la posibilidad de la perfeccion sin la gracia. Juliano, obispo de Eclana, sucedió á Pelagio. Los semi-pelagianos engendraron la predestinacion; sostenian que la caida de Adan suspendió el libre albedrío, y que Jesucristo no habia muerto por todos: el resultado era la condenacion eterna y la salvacion eterna forzadas por la presciencia de Dios. Esta herejía duró largo tiempo (25), llegando hasta Gohescala y aun hasta Juan Escoto-Erigenes.

En el sexto, séptimo, octavo y nono siglos la unidad siempre creciente de la Iglesia católica, y la autoridad de Carlo-Magno, disminuyeron las herejías dogmáticas; pero se formaron herejías de imaginacion: tuvieron su orígen en una nueva especie de maravillas dimanadas de los falsos milagros de las vidas de los santos, del poder de las reliquias, y del carácter crédulo y guerrero próximo á crear la edad media. La luz clásica arrojó un rayo que se perdió entre las tinieblas del siglo IX, y produjo una superticion escusable al menos; un sacerdote de Maguncia probó que Ciceron y Virgilio se habian salvado. El estudio de la Escritura originó discusiones sutiles sobre el nombre de Jesús, la palabra Querubin, el Apocalipsis, los Números aritméticos y el parto de la Vírgen. Tal fue aquella larga cadena de mentiras, locuras ó puerilidades.

Pasemos de las doctrinas á los hombres, del cuadro de las creencias á la pintura de las costumbres, y de la herejía al heresiarca: rara vez acontece que los errores del entendimiento no tuerzan la rectitud del corazon, y que un error no engendre un vicio.

Marco, discípulo de Valentin, seducia á las mujeres pretendiendo comunicarlas el don de la profecía; haciase amar de ellas apasionadamente, y le seguian por todas partes. Sus discípulos (26) poseian el mismo talismán, y bandadas de mujeres iban trás ellos en las Galias. Llamábanse *perfectos*, y pretendian haber llegado á una virtud indecible. Segun ellos, el dios Sabaoth tenia por hijo á un diablo, de quien Eva habia tenido á Cain y á Abel.

Los Docitos maldecian la union de los sexos, diciendo que el *fruto prohibido* era el matrimonio, y los *vestidos de piel*, la carne que viste al hombre (27).

Los Carpocracianos, discípulos de Carpocrates, sostenian que el alma era todo, que el cuerpo nada era, y que podia hacerse del cuerpo cuanto se quisiese. Epifanio predicaba la misma doctrina, y de aquí vino el que estos heresiarcas restableciesen entre sí la igualdad y la comunidad de la naturaleza. Oraban desnudos, como una prueba de libertad; tenian horror al ayuno; daban banquetes, se bañaban y se perfumaban. Los bienes y las mujeres eran propiedad comun, y cuando recibian huéspedes el marido ofrecia su compañera al extranjero. Concluido el banquete apagaban las luces, y se abismaban en los desórdenes y excesos de que calumniaban á los primeros cristianos; pero disminuian cuanto era posible la generacion, porque siendo el cuerpo infame, no era oportuno reproducirlo (28).

Montano corria el mundo con dos profetisas, Prisca y Maxinila: llamábase espíritu-santo, y continuador de los profetas. Las devociones de los Montanistas eran de un rigor excesivo.

Pablo de Samosata se creó una fortuna inmensa con el comercio de sus errores. En las asambleas eclesiásticas se sentaba en un trono, y al hablar al pueblo se golpeaba el muslo con la mano y entonaban cánticos en alabanza suya.

En Africa, en medio de los Donatistas se formaron los Circunceliones, hombres furiosos que robaban las cabañas de los campesinos, aparecian en medio de las poblaciones y de los mercados, ponian en libertad á los esclavos, y abrian las puertas de las cárceles á los presos por deudas. Mataban á los Católicos con palos, que llamaban *israelitas*, y daban principio á sus matanzas cantando: *¡alabado sea Dios!* A semejanza de algunos discípulos de Platon, dominados por el frenesí del suicidio, dábanse la muerte ó se la hacian dar á precio de dinero. Hombres, mujeres y niños, se arrojaban á precipicios ú hogueras (29).

Muchos concilios, y entre ellos el de Nicea, imponen penas contra los eunucos voluntarios. A imitacion de Orígenes se habia formado una secta entera de aquellos hombres degradados, á quienes llamaban valerianos: mutilaban no solo á sus discípulos, sino tambien á sus huéspedes (30), y acechaban á los extranjeros en los caminos para librarlos de los peligros de la voluptuosidad. Habitaban mas allá del Jordán, á la entrada de la Arabia (31).

Los Gnosticos dividian la especie humana en tres clases; los hombres materiales ó hilicos, los hombres animales ó priquíquicos, y los hombres espirituales ó pneumáticos. Los Gnosticos se subdividian á sí mismos en una multitud de sectas; la de los Ofitas veneraba á la serpiente por haber prestado el mayor servicio á nuestro primer padre, dándole á comer el árbol de la ciencia del bien y del mal. Tenian una serpiente encerrada en una jaula, y el dia que suponian ser el de la seduccion de Eva y de Adan, abrian la puerta al reptil, que se deslizaba sobre una mesa, y se enroscaba á la torta que le presentaban; esta torta era la eucaristía de los Ofitas (32).

Los Gnosticos de otra especie creian que todos eran seres sensibles, y se dejaban casi morir de hambre por temor de herir á una criatura de Dios. Cuando se veian obligados por fin á tomar un poco de alimento, decian al trigo: «No soy yo quien te ha molido, quien te ha amasado, quien te ha puesto en el horno ni cocido.» Rogaban al pan que les perdonase, y lo comian con piedad y remordimientos.

Los Priscilianos, cuya doctrina era una mezcla de la de los Maniqueos y de los Gnosticos, anulaban los matrimonios por odio á la generacion, porque la carne no era obra de Dios sino de los ángeles malos: reuníanse de noche hombres y mujeres, oraban desnudos como los Carpocracianos, y se entregaban á mil

y mil excesos justificados siempre por la vileza del cuerpo (33). España, infestada con esta secta, se convirtió en una escuela de impudicicia.

La Iglesia hacia frente á todas estas herejías; su lucha perpetua nos da la razon de aquellos concilios, de aquellos sínodos, de aquellas asambleas de distintos nombres y de todas clases que encontramos desde el nacimiento del Cristianismo. Es cosa prodigiosa la actividad incansable de la comunidad cristiana: ocupada en defenderse de los edictos de los emperadores y de los suplicios, viéndose al propio tiempo obligada á combatir contra sus hijos y sus enemigos domésticos. Tratábase en verdad de la existencia misma de la fe: si no se hubiesen estirpado continuamente las herejías del seno de la Iglesia, por medio de cánones, y no hubiesen sido denunciadas y anatematizadas en los escritos, los pueblos no hubieran sabido ya á que religion pertenecian. Rodeado de las sectas, que se hubieran propagado sin obstáculos y ramificádose hasta lo infinito, habríase perdido el principio cristiano en sus numerosas derivaciones, cual le pierde un rio en la multitud de sus canales.

De este análisis resulta que las herejías se impregnaron del espíritu de los siglos en que se sucedieron. Sus consecuencias políticas fueron inmensas: debilitaron y dividieron el mundo romano: los frailes arrianos abrieron la Grecia á los Godos, los Donatistas el Africa á los Vándalos; y para sustraerse á la opresion de los Arrianos, los obispos católicos entregaron la Gália á los Francos. En Oriente el nestorianismo arrojado á la Persia, pasó á las Indias, y fue á unirse al culto de Lama, y á constituir en los altares de un dios extraño la gerarquía y las órdenes monásticas de la Iglesia cristiana y originó tambien la especie de poder problemático y fantástico del Preste-Juan. Por otra parte, una porcion de sectas variadas que proscribia el fanatismo griego, se refugiaron confundidas en Arabia: de la confusion de sus doctrinas, profesadas juntamente en el destierro, y confeccionadas por la imaginacion oriental, salió el mahometismo, herejía judáico-cristiana, en la que el odio ciego contra los adoradores de la cruz, se compone de los odios diversos de todas las infidelidades con que se formó la religion del Alcorán.

Mirando las cosas desde mas alto en sus relaciones con la gran familia de las naciones, las herejías no fueron mas que la verdad filosófica, ó la independencia del entendimiento del hombre, negando su adhesion á la idea adoptada. Tomadas en tal sentido, las herejías produjeron efectos saludables; ejercitaron el pensamiento, evitaron la barbarie completa, manteniendo despierta la inteligencia en los siglos rústicos y mas ignorantes, conservaron un derecho natural y sagrado, el derecho de elegir. Siempre habrá herejías, porque el hombre que nace libre, hará siempre elecciones. Aun en el caso de que la herejía repugne á la razon, justifica una de nuestras facultades mas nobles, la de inquirir sin registro y de obrar sin trabas.

TERCERA PARTE.

COSTUMBRES DE LOS PAGANOS.

Un paganismo prolongado é instituciones contrarias á la verdad humana, habian introducido la gangrena en el corazon del mundo romano. El Evangelio podia producir santos aislados, y familias piadosas, caritativas y heróicas; mas no podia estirpar súbitamente un mal arraigado por una civilizacion antinatural. El Cristianismo reformó las costumbres públicas antes de purificar las costumbres privadas; corrigió las leyes, y estableció los dogmas de la moral universal antes de obrar eficazmente sobre la generalidad de los individuos. Así hemos visto la esclavitud, la prostitucion, la exposicion de los recien nacidos, los combates de los gladiadores, prohibidos legalmente por Constantino y sus sucesores (efecto glorioso del encumbramiento del Cristianismo al poder); pero hemos hallado tambien el mismo fondo de corrupcion en el trono. Los emperadores, es cierto, no se hacian ya culpables de aquellas infamias cínicas con que se mancillaron á la faz del sol, como Tiberio, Calígula, Neron, Domiciano, Commodo y Eliogábalo; pero comenzaron los crímenes interiores de palacio, una depravacion secreta, una vida de intrigas, y un sistema en fin que se parecia mas á las córtes modernas: lo único que el Cristianismo pudo hacer al pronto fue obligar á los vicios á ocultarse.

La corrupcion del imperio romano dimanó de tres causas primordiales: el culto, las leyes y las costumbres; y como aquel imperio encerraba en su seno una multitud de naciones situadas en diferentes climas, y que habian llegado á distintos grados de civilizacion, todas estas naciones mezclaban sus corrupciones particulares á la del pueblo dominador; de aquí provino que el Egipto comunicase á Roma sus supersticiones, el Asia su molicie y el Occidente y el Norte de Europa su desprecio á la humanidad.

La sociedad romana hablaba dos lenguas, y se componia de dos genios: la lengua latina y la griega, el genio griego y el latino. La lengua latina se concretaba á una parte de la Italia, á varias colonias africanas, ilirias, dácicas, galas, germánicas y bretonas, mientras que Alejandro habia llevado su lengua materna hasta los confines de la Etiopía y de las Indias: servia de idioma intermedio entre los pueblos que no se entendian, y hablábanla en Roma hasta los esclavos y los que vendian yerbas. El genio griego comunicó á los Romanos la corrupcion intelectual, las sutilezas, la mentira, la vana filosofía, y cuanto menoscaba la sencillez natural; el genio latino entregó á estos mismos Romanos á la corrupcion material, á los excesos de los sentidos, á la licencia, y á la crueldad.

Si pasamos de estas generalidades al exámen particular de la religion, de las leyes, y de las costumbres encontramos á la idolatría perfectamente calculada para autorizar los vicios: el hombre no hacia mas que imitar las acciones de los dioses (1). Júpiter sedujo á una mujer transformándose en lluvia de oro; ¿por qué yo, mísero mortal, no he de hacer otro tanto? (2). Ovidio (y la autoridad es original) no quiere que las doncellas vayan á los templos por que verian allí á cuantas hizo madres Júpiter (3). Las mujeres se prostituian públicamente en el templo de Venus en Babilonia (4). En la Armenia, las familias mas ilustres consagraban sus hijas vírgenes aun á aquella diosa (5). Las mujeres de Byblis que no consentian cortarse los cabellos en el luto de Adonis, para lavarse de esta impiedad, tenian que entregarse un dia entero á los extranjeros. El dinero que dimanaba de tan santa mancha, se consagraba á la diosa (6). Las doncellas de la isla de Chipre corrian á la orilla del mar antes de casarse y ganaban con el primero que se presentaba el dinero de su dote (7).

Nada habia mas célebre que el templo de Corinto, que contenia mil ó mil doscientas prostitutas consagradas á la madre de los amores. Aquellas cortesanas eran consultadas y empleadas en los negocios de la república como las vestales (8).

Luciano, en los *Diálogos de los dioses*, censura riéndose las torpezas de la mitología. Juno se queja á Júpiter de que ya no la acaricia desde que ha robado á Ganimedes: Mercurio se burla con Apolo de la aventura de Marte, encadenado por Vulcano en los brazos de Venus, y Venus incita á Páris al adulterio, diciéndole: «Helena no es negra, puesto que nació de

un cisne; ni grosera, pues estuvo encerrada en la cáscara de un huevo. Tengo dos hijos: el uno hace amable el objeto, y el otro inspira amor; pondré al primero en tus ojos, y al segundo en el corazon de Helena, y te enviaré las Gracias por compañeras juntamente con el Deseo.» Mercurio dice á Pan: «¿Con qué acaricias á las cabras?

Los ladrones, los homicidas y demás tenian sus protectores en el cielo. «Hermosa Laverna, enséñame el arte de engañar, y que me crean justo y santo» (9).

Los misterios de Adonis, de Cibeles, de Príapo y de Flora, se representaban en los templos y en los juegos consagrados á las mismas divinidades. Veíase á la luz del sol lo que se oculta en las tinieblas, y el sudor del oprobio helaba alguna vez el infame denuedo de los actores (10).

El órden legal, en armonía con el órden religioso, convertia estos desórdenes en costumbres aprobadas. Pensábase sin duda que la ley Escantinia era rigorosa porque exceptuaba tan solo de la prostitucion pública á los *Mancebos de calidad*. Incluíase en el tesoro el tributo que pagaban las prostitutas, y Alejandro Severo aplicó aquel dinero á la reparacion del circo y de los teatros (11).

En una sociedad en que diez millones escasos de hombres, disponian de la libertad de mas de ciento veinte millones de sus semejantes, se concibe la facilidad con que podian satisfacerse los diferentes vicios. La esclavitud era un manantial inagotable de corrupcion: la única definicion legal del esclavo lo decia todo *Non tam vilis quam nullus*: no tan vil como nulo. El señor tenia derecho de vida y de muerte sobre el esclavo, y este no podia adquirir sino en provecho del señor. Leemos en el libro vigésimo primero del titulo primero del edicto *Ediles*, hablando de la venta de los esclavos: «Los que venden esclavos deben declarar á los compradores sus enfermedades y defectos: si son inclinados á la fuga ó á la vagancia, y si han cometido algun delito ó causado perjuicios. . . . .

«Si desde la venta ha perdido el esclavo algo de su valor, ó si por el contrario ha adquirido alguna cosa como una mujer que le haya parido un hijo..... si el esclavo se ha hecho culpable de un delito que merezca la pena capital; si ha intentado darse la muerte, si se ha empleado en combatir contra las fieras en la arena, etc.»

Inmediatamente despues de este título viene un artículo sobre la venta de los caballos y otros ganados que principia del mismo modo que el de la venta de los esclavos: «Los que venden caballos deben declarar sus defectos, sus vicios ó sus enfermedades, etc.»

Todas las miserias humanas se encierran en aquellos textos que los legistas romanos anunciaban sin sospechar siquiera la abominacion de semejante órden social.

Las crueldades ejercidas con los esclavos horrorizan: ¿rompiase un vaso? mandaban echar en los viveros de peces al criado torpe, cuyo cuerpo iba á engordar las murenas favoritas adornadas con anillos y collares. El señor hacia dar la muerte á un esclavo por haber herido al jabalí con un venablo, clase de armas prohibidas á la servidumbre (12). Abandonaban ó mataban á los esclavos enfermos; los esclavos agricultores pasaban la noche encadenados en los subterráneos: distribuíanles una poca sal, y no recibian el aire sino por una ventanilla estrecha. El dueño de un siervo podia condenarle á las fieras, venderlo á los gladiadores, y obligarle á cometer acciones infames. Los Romanos castigaban con el trato mas cruel, por la mas ligera falta, á las mujeres destinadas á su servicio. Si un esclavo mataba á su dueño, perecian con el culpable todos sus compañeros inocentes. La ley *Petronia*, el edicto del emperador Claudio, los esfuerzos de Antonino el Piadoso, de Adriano y de Constantino, fueron ineficaces para remediar estos abusos que estirpó el Cristianismo.

El instinto de la crueldad romana se encuentra en las penas aplicables á los crímenes y á los delitos. La ley prescribia el castigo de la cruz (á la que sustituyó la horca) (13), el fuego, la decapitacion, el precipitar á los reos, el ahogamiento en la cárcel, los azotes hasta morir, el entregarlos á las fieras, los trabajos en las minas, el destierro á las islas, y la pérdida de la libertad.

En los primeros tiempos colgaban al culpable, con la cabeza envuelta en un velo, de unos árboles llamados malhadados y maldecidos por la religion, tales como el álamo (14), el aliso y el olmo, reputados como estériles. No se podia dar la muerte sino con la cuchilla, no con el hacha, la espada, el puñal y el palo: la muerte por el veneno ó por la privacion de alimentos permitida al pronto, fue prohibida despues.

Estaban exceptuados del tormento los militares y las personas ilustres ó distinguidas por su virtud; estas trasmitian el privilegio á su posteridad hasta la tercera generacion. Tambien se sustraian del tormento los hombres libres de estirpe no plebeya, excepto en el caso de ser acusado del crimen de lesa magestad contra el primer gefe del Estado; pero el pavor de los tiranos y la vileza de los jueces, implicaban esta acusacion en todas las causas.

Los tormentos se reducian al potro, que estiraba los miembros y separaba los huesos del cuerpo, á las planchas de hierro candente, á los garfios con que arrastraban (15), y á las garras con que despedazaban. Un mismo hombre podia ser puesto repetidas veces en el tormento: y si varios individuos eran acusados del mismo crímen, daban principio á los tormentos por el mas tímido ó el mas jóven (16).

No bastaban aun estas invenciones horribles de la inhumanidad, y se dejaban el arbitrio del juez (17) los límites de los tormentos. De aquí nació esa arbitraridad de los suplicios, de que he hablado ya anteriormente.

Antes de aplicar á los esclavos el tormento, el acusador depositaba el precio de ellos, y el gobierno confiscaba los esclavos que sobrevivian cuando se habian declarado contra sus señores (18).

Pasemos de esta narracion sucinta de la perversidad de Roma pagana por la religion y las leyes, á la pintura de la corrupcion de las costumbres.

El único pueblo que haya convertido en tiempo alguno el homicidio en espectáculo, es el pueblo romano: unas veces eran los gladiadores, y aun las *gladiatrices* oriundas de familias nobles (19), que se mataban mutuamente para divertir al populacho mas abyecto ó deleitar á la sociedad mas escogida; otros los prisioneros de guerra á quienes armaban unos contra otros, y que se asesinaban en medio de las fiestas, por la noche, á la luz de las antorchas y en presencia de cortesanas enteramente desnudas; obligaban á los padres, á los hijos y á los hermanos á degollarse mutuamente para desvanecer el tedio de un Neron, y mejor todavía de un Vespasiano y un Tito.

Las panteras, los tigres, los osos, figuraban en estos juegos de los hombres por una justa igualdad y fraternidad. La muerte quiso aparecer un dia en medio del palenque con toda su opulencia, y presentó á la vez una multitud de leones: tantas bocas hambrientas hubieran carecido de pasto, si no se hubiesen encontrado felizmente los mártires para suministrar su sangre y su carne á aquellas cohortes del desierto. Inmoláronse once mil animales de diferentes clases despues del triunfo que Trajano obtuvo contra los Dacios, y diez mil gladiadores sucumbieron en los juegos, que duraron ciento veintitres dias.

La ley romana extendia sus cuidados maternales á

las fieras carnívoras, prohibiendo darles la muerte en Africa, del mismo modo que se prohibe matar á las ovejas, madres de los ganados. El ruidoso choque de las cuchillas, los rugidos de las fieras y los gemidos de las víctimas cuyas entrañas se veian esparcidas por la arena, perfumada con esencia de azafran ó con aguas de olor (20), encantaban á la muchedumbre: al salir del anfiteatro corria á deleitarse en los baños, ó á los sitios cuyas muestras brillaban bajo las bóvedas que han dado su nombre á la violacion de la castidad. Aquellos espectadores desapiadados de la muerte, que le miraban sin poder aprender á morir, rara vez concedian la vida: si el gladiador imploraba gracia, las Delias, las Lesbias, las Cintias, las Lidias, todas aquellas esposas de los Tíbulos, de los Cátulos, de los Propercios y de los Horacios, hacian la señal de muerte con la misma mano cuyos muelles alhagos habian sido celebrados por las musas (21).

El placer de la sangre daba nuevo realce á los festines particulares: cuando se habian hartado y comenzaba á despuntar la embriaguez, llamaban á los gladiadores, y el salon resonaba con aplausos cuando caia muerto uno de los dos combatientes. Un romano ordenó en su testamento que se hiciese pelear del mismo modo á las mujeres hermosas que habia comprado, y otro mandó lo mismo respecto de los esclavos jóvenes á quienes habia tenido amor (22).

El lujo de los edificios superaba en Roma á cuanto pueda decirse: la casa de un rico era una ciudad entera donde se encontraban foro, circo, pórticos, baños públicos y bibliotecas. Los dueños vivian en ella durante el dia en salones adornados con pinturas que la luz del sol no alumbraba; al presente no podemos verlas aun sino al resplandor de las antorchas, hoy que la noche de los siglos y las tinieblas de las ruinas han añadido su oscuridad á la de aquellas bóvedas. Una obra falsamente atribuida á Luciano hace el elogio de una *habitacion*; represéntase esta vivienda como una mujer modesta cuyo adorno es á sus encantos lo que la *púrpura es á un vestido*. Y sin embargo la habitacion que tan sencilla parece al autor de este trozo de retórica, tiene paredes pintadas al fresco, techos con marcos de oro, y todo lo que en el dia seria reputado de la mayor magnificencia.

Pasando de la crueldad á la lujuria, ¿quién ignora las *spintriæ* de Tiberio y los incestos de Calígula? ¿Quién no ha oido hablar de Mesalina, y del tálamo á que llevaba el olor de sus infamias? Neron se casaba públicamente con hombres (23). Con la herida que causó á Sporo, inventó una nueva mujer. No hablaré una palabra de Vitelio, ni de Domiciano.

El lujo de los banquetes y de las fiestas dejaba exhaustos los tesoros del Estado y la fortuna de las familias; era preciso buscar las aves y los pescados mas raros por los paises y costas mas remotas. Engordaban toda clase de animales para la mesa, hasta ratas. De las puercas solo comian las tetillas, dejando lo demás para los esclavos.

Ateneo consagra once libros de su *Banquete* á la descripcion de todos los pescados, mariscos, cuadrúpedos, aves, insectos, frutas, vegetales y vinos que usaban los antiguos en sus festines. Tómase el trabajo de instruir á la posteridad de que los cocineros eran personajes importantes, familiarizados con la lengua de Homero, y á quienes se hacia aprender de memoria los diálogos de Platon. Ponian los platos en la mesa, contando: *Uno*, *Dos*, *Tres* (24), y repitiendo de este modo el principio del *Timeo*. Habian hallado el medio de presentar un lechon entero asado por una parte y hervido por la otra (25). Molian juntos sesos de gallinas y de puercos, yemas de huevos y hojas de rosas, y formaban del todo una masa odorífera que cocian á fuego lento con aceite, garo, pimienta y vino (26). Antes del festin comian cigarras para excitar el apetito (27).

Ya he hablado de aquel Eliogábalo, á quien sus compañeros daban el sobrenombre de *Vario*, porque le suponian hijo de una mujer pública y de varios padres. Alimentaba á los oficiales de su palacio con tripas de barbos, sesos de faisanes y de tordos, huevos de perdiz y cabezas de papagayos (28). Daba á sus perros hígados de ánades, á sus caballos uvas de Apamenes, y á sus leones papagayos y faisanes (29). Por su parte comia patas de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, tetas y vulvas de jabalinas, lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes revueltos con granos de oro, lentejas con piedras de centella, habas guisadas con pedazos de ámbar, y arroz mezclado con perlas (30); tambien usaba de perlas en vez de pimienta blanca para salpicar las criadillas y los pescados. Inventor de manjares y de bebidas, mezclaba el almáciga con el vino de rosa. Un dia ofreció á sus parásitos una ave-fénix, y á falta de ella mil libras de oro (31)

En verano daba banquetes cuyos adornos variaban cada dia de color: en las estufillas, en las ollas, en los vasos de plata, que pesaban cien libras, veíanse cinceladas figuras del dibujo mas impúdico (32). Aduladores viejos, sentados en torno del señor del banquete, acariciábanle al comer.

Los lechos de mesa, de plata maciza, estaban sembrados de rosas, violetas, jacintos y narcisos. El artesonado dando vueltas vertia flores con tanta profusion que casi ahogaban á los convidados (33). El nardo y los perfumes preciosos alimentaban las lámparas de estos festines, en que se contaban algunas veces veinte y dos servicios. A cada servicio se lavaban y pasaban á los brazos de otra mujer (34).

Nunca comia Eliogábalo pescados cerca del mar; pero cuando se hallaba distante de él, mandaba distribuir á su servidumbre lechecillas de lamprea y de lobos marinos. Arrojaban al pueblo piedras preciosas con frutas y flores, y le enviaban á beber á las piscinas, y á los baños llenos de vino de rosa y de ajenjo (35).

Ya he mencionado algo de las impurezas y de las bodas de Eliogábalo. Agradábale principalmente representar la historia de Páris; caian sus vestidos de repente, y aparecia desnudo teniendo la mano en uno de sus pechos, y tapándose con la otra como la Venus de Praxiteles: arrodillábase, y se presentaba á los ministros de sus deleites (36). Abandonó á Zotico el cochero, y dióse en matrimonio á Hierocles, llevando su pasion al postrero á tal grado de obscenidad que no seria posible decirla: pretendia celebrar así los juegos sagrados de Flora (37). Cual buen romano, unia la inmolacion de las víctimas humanas á los excesos, eligiéndolas entre los hijos de las familias mas distinguidas, y cuidando de que viviesen sus padres y madres para que fuera el dolor mas excesivo (38).

Eliogábalo vestia ropajes de seda bordados de perlas: nunca usaba dos veces el mismo calzado, la misma sortija, la misma túnica (39); ni conoció jamás segunda vez á una misma mujer (40). Los almohadones en que se acostaba se llenaban con una especie de vello de pluma de las alas de las perdices (41). A un carro de oro embutido de piedras preciosas (Eliogábalo despreciaba los carros de plata y de marfil), uncia dos, tres y cuatro mujeres hermosas, con el seno descubierto, y hacia que le arrastrasen en su cuadriga. Algunas veces iba desnudo, como su elegante tiro, y rodaba por debajo de los pórticos sembrados de lentejuelas de oro (42), cual el sol conducido por las Horas.

Si tales iniquidades y locuras perteneciesen únicamente á un solo hombre, nada deberia deducirse con relacion á las costumbres de un pueblo; pero Eliogábalo no habia hecho sino reunir en su persona los vicios que habian dominado antes de su reinado desde Augusto hasta Cómmodo. ¿Deberá, pues, causarnos

admiracion que existiese al propio tiempo en las catacumbas de Roma, y en las arenas de la Tebaida, otro pueblo que con austeridades y lágrimas invocase la creacion de otro universo? Debian desaparecer de la tierra aquellos cocheros del circo, aquellas prostitutas de los templos de Cibeles, que causaban pavor á la luna (43), con sus horribles desenfrenos, aquellos forzadores de testamentos, aquellos envenenadores, aquellos trimalciones, toda aquella peste del anfiteatro, raza juzgada y condenada.

La impureza no era el fruto particular de la educacion de los tiranos, un privilegio del palacio, ni una gracia de la córte, sino el vicio dominante en la tierra pagana griega y latina. El pudor, como virtud no como instinto, es hijo del Cristianismo: si alguna escusa podian alegar los antiguos, era que no remontándose á mas altura que á la inclinacion animal, no habian formado de la castidad la idea que nosotros tenemos de ella.

Los sabios en Atenas, examinaron doctamente cuándo comenzó el amor en los mancebos. Los unos le remontaron al tiempo de Júpiter, y los otros al de Minos que se enamoró de Thesea; otros por fin al de Laio que robó á Crisippo, hijo de Pelope su huésped. Gerónimo el Peripatético alaba este amor y hace el elogio de la legion de Tebas; y Agnon el Académico refiere que entre los Espartanos era lícito á la juventud de ambos sexos el prostituirse legalmente antes del matrimonio.

En el *Diálogo de los amores*, que verosímilmente no es de Luciano, introduce el autor en la escena dos personajes, Caricles y Calicrátidas, los cuales defienden en un bosque del templo de Gnido, el uno el amor de las mujeres y el otro el de los mancebos. Licino y Theomnesto son jueces del debate. Atacando Caricles á su adversario, despues de haber hecho el elogio de sus mujeres, le dice: « Tu víctima padece y llora tus odiosas caricias (44); si se permiten tales desórdenes entre los hombres, preciso es dejar á las Lesbias su estéril voluptuosidad (45).»

Calicrátidas toma la palabra y niega algunos argumentos de Caricles: «¿Los leones no se casan con los leones, dices? es que los leones no filosofan.» (46) Calicrátidas hace en seguida una pintura satírica de la mujer: «Por la mañana al levantarse del lecho se parece la mujer á una mona; las viejas y las criadas ordenadas en fila como en una procesion, la presentan los instrumentos y las drogas de su tocador, una palancana de plata, un aguamanil, un espejo, hierros para rizarse, afeites, botes llenos de opiatas y de ungüentos para limpiarse los dientes, ennegrecer las cejas, teñir y perfumar los cabellos: parécenos asistir al laboratorio de un farmacéutico. Cubre la mitad de su frente con los rizos de su cabellera, mientras que la parte restante de la misma cabellera, flota sobre sus hombros. Las cintas de su calzado están tan apretadas que entran en su carne; y no tanto puede decirse que se ha vestido, como encerrado en una tela transparente que deja ver lo que aparenta ocultar. Adorna con perlas preciosas sus orejas, con brazaletes de figura de serpientes de oro sus puños y sus brazos: ciñe su cabeza una corona de diamantes y de piedras de las Indias; largos collares penden de su cuello; brillan en su calzado de púrpura talones de oro, y colora sus impúdicas mejillas para disimular su palidez. Así adornada, sale á adorar diosas desconocidas y fatales á su marido, á cuya adoracion siguen iniciaciones de mala nota y misterios sospechosos (47). Vuelve á casa, y pasa de un baño prolongado á una mesa suntuosa, donde se harta de alimento gustando todos los manjares con la punta del dedo. Aguárdala un lecho voluptuoso donde se entrega á un sueño inesplicable, si es sueño, y cuando sale de su muelle tálamo corre presurosa á las térmas vecinas (48).»

De esta sátira, pasa Calicrátidas á la alabanza de los jóvenes: «Levántase antes de la aurora, entra en una agua pura, estudia las máximas de la sabiduría, toca la lira, doma su vigor los caballos de Tesalia, arroja el venablo: es á la vez Mercurio, Apolo y Cástor. ¿Quién no será amigo de semejante mancebo (49)? El amor era el mediador de la amistad entre Orestes y Pílades, que bogaban juntos en el mismo barco de la vida (50): es muy bello estimularse á las acciones heróicas por una triple comunidad de placeres, peligros y gloria. El alma de los que aman con este amor celeste habita las regiones divinas, y *dos amantes de esta clase reciben despues de la vida el precio inmortal de la virtud* (51).» Calicrátidas expresa aquí la opinion de Platon y de Sócrates, declarado el mas sabio de los hombres.

Liciano sentencia el proceso: deja las mujeres á los hombres vulgares, y los mancebos á los filósofos. Theomnesto se rie de la supuesta pureza del amor filosófico, y concluye por la pintura de una seduccion, cuya desnudez apenas puede soportarse bajo el velo de la lengua griega ó latina.

Los personajes mas eminentes de la Grecia y las celebridades mas notables, sufrieron el yugo de tan degradantes pasiones: Alejandro hizo ruborizar á sus soldados con sus familiaridades con el eunuco Bagoar. Pericles vivia públicamente con la esposa de su hijo (52), y defendió ante los tribunales á Cimon, acusado de incesto con su hermana Elpinice, y Elpinice fue el precio de la gastada elocuencia del triunfante orador (53). Sófocles sale de Atenas con un mancebo que le roba el manto, y Eurípides se burla de Sófocles declarándole que ha poseido por nada á la misma criatura (54). Sófocles le responde en verso: « Eurípides, fue el sol y no un mancebo quien me despojó del manto, agobiándome con su calor; pero ó tí te ha helado Boreas en los brazos de una mujer adúltera (55).» El extravagante Diógenes bailaba con la elegante Lais, que se entregaba á él, y el voluptuoso Aristippo, amante de Lais, aprobaba la particion. En la tumba de Diocles celebraban los mancebos todos los años la fiesta de los besos, y el mas lascivo obtenia la corona (56). Diocles habia sido un infame. Ateneo nos refiere tambien el papel que representaban las cortesanas, y Luciano las lecciones que se daban mútuamente: Aspasia, Frinea, Lais, Glicera, Flora, Guathena, Gunathenion, Mánia, y tantas otras, se han convertido en personajes que se confunden con los mas graves y hermosos recuerdos de la historia, de las artes y del ingenio.

Un rasgo particular distingue el *Diálogo de las cortesanas* de Luciano. El autor saca frecuentemente á la escena á una madre y á una hija: la madre es la que corrompe á la hija, la que procura quitarle los remordimientos y el pudor, la que la instruye en el libertinaje, en la mentira, en el robo, la que la aconseja prostituirse al mas villano, al mas feo, al mas infame, con tal que pague bien, y que sea fácil despojarle de sus riquezas. En cuanto á las cortesanas jóvenes, casi siempre experimentan una pasion sincera y cándida; recurren á los encantos, como la maga de Teócrito, para llamar á los amantes veleidosos, ocupándose en arrancarlos no solo de los brazos de las rivales, sino tambien de los rivales filósofos. Quelidionon propone á Drosa escribir con carbon en la pared de Ceramico: *Aristeneto corrompe á Clinias:* este Aristeneto era un filósofo que habia quitado Clinias á Drosa. En fin, encuéntrase entre los diálogos de Luciano, el de Clonarion y Leaena, consagrado á á la pintura de los desórdenes de las mujeres, que están trazados como los desórdenes de los hombres. Leaena es amada de una mujer rica de Lesbos, Megila, ligada ya con Demonassa, vecina de Corinto. Estas dos mujeres invitan á Leaena á participar de su lecho comun. Megila arroja lejos de sí su caballera postiza, quedase desnuda y con la cabeza rasa como un atleta (57). Leaena entra en detalles bastante exten-

sos con Clonarion, y se niega á darle los postreros. (58).

Formaríase una idea inexacta de estas obras si se juzgasen como esos libros malos destinados entre nosotros á la deprabacion de la juventud, pero que no pintan el estado general de la sociedad. Los padres de la Iglesia se explican como Luciano y como Ateneo: Clemente de Alejandria indica escenas de la misma naturaleza que las referidas en el *Diálogo de los amores*, y cita en otra parte hechos contados por el mismo Luciano (59): habla de la Venus de Gnido, mancillada en su templo, y de Filoenis, «á quién, dice Fleury, se atribuia un escrito que trataba de las lascivias mas criminales de que son capaces las mujeres.» San Justino asegura en su apología que la obra de Filoenis andaba en manos de todos (60).

En varias naciones se concedia un premio al mas impúdico (61). Habia ciudades enteras consagradas á la prostitucion: inscripciones escritas en las puertas de los sitios del libertinaje, y la multitud de simulacros obscenos hallados en Pompeya, han dado lugar á creer que esta ciudad gozaba de semejante privilegio. Los filósofos meditaban sin embargo sobre la naturaleza de Dios y del hombre en aquella Sodoma: sus libros desenterrados, han resistido menos á las cenizas del Vesubio que las imágenes de bronce del museo secreto de Pórtici. Caton el Censor alababa á los jóvenes abandonados al vicio que cantaban los poetas (62). Concluidos los banquetes veíanse en los lechos del festin niños desventurados que aguardaban los ultrajes (63).

Ammiano-Marcelino ha descrito á los descendientes de los Cincinatos y los Publícolas del siglo IV (64). «Distinguense por sus carros altos: sudan bajo el peso de su manto, tan ligero sin embargo que el menor soplo del viento lo lavanta. Sacúdenle con frecuencia del lado izquierdo para ostentar las franjas y dejar ver su túnica, donde hay bordadas varias figuras de animales. Extranjeros id á verlos, y os abrumarán á caricias y á preguntas; volved allí, y parecerá que nunca os hayan visto. Recorren las calles con sus esclavos y sus bufones... Delante de estas familias ociosas, marchan primero los cocineros ahumados; en seguida esclavos con sus parásitos, y cierran el acompañamiento los eunucos viejos y jóvenes, pálidos, lívidos y horrorosos.

»Si envian á enterarse del estado de un enfermo, el criado no se atreve á volver á la morada de su señor antes de haberse lavado desde la cabeza hasta los piés. El populacho no tiene otro abrigo durante la noche que las tabernas y los lienzos tendidos sobre los teatros: juega á los dados con furor, ó se divierte en hacer un ruido innoble con las ventanas de las narices (65).

Los que se ensoberbecen por que llevan los nombres de les Reburros, los Faburros, los Pagonios, los Gerios, los Dalios, los Tarascios y los Perrasios, van á los baños cubiertos de seda, y acompañados de cincuenta esclavos; y apenas entran en la piscina, gritan «¿Dónde están mis criados?» Si hallan alguna criatura gastada en otro tiempo en el servicio del público, alguna vieja que traficó con su cuerpo, corren á ella y le prodigan asquerosas caricias. ¡Y estos son los hombres, cuyos antepasados reprendian á un senador, por haber dado un beso á su esposa delante de su hija! ¿Quereis saludarlos? Semejantes á los toros que van á herir con las astas, inclinan la cabeza á un lado, y no dejan libre sino la rodilla ó la mano para que las bese el humilde cliente.........

»En medio de los festines pedian balanzas para pesar los pescados y las aves. Treinta secretarios con las tablillas en la mano enumeraban los servicios. Si un esclavo llevaba demasiado tarde el agua tibia, le daban trescientos latigazos; mas si un vil favorito cometia un asesinato, ¿qué quereis? decia el señor: ¡es un miserable! Castigaré al primero de mis criados que obre así.»

«Si estos ilustres patricios van á ver una casa de campo, ó á una partida de caza que dan otros en su presencia; si se hacen transportar en barcas pintadas, por un tiempo algo caloroso, desde Puteoles á Caieta, comparan sus viajes á los de César y Alejandro. Una mosca que se pose en las franjas de su dorado abanico, un rayo de sol que atraviese algun agujero de su quitasol, los desconsuela, y quisieran haber nacido entre los Cimmerianos (66).

Cincinato hubiera perdido la gloria de la pobreza, si despues de su dictadura hubiese cultivado un campo tan extenso como el espacio que ocupa uno solo de los palacios de sus descendientes (67). El pueblo no vale mas que los senadores; no lleva sandalias en los piés, y se hace dar nombres retumbantes: bebe, juega y se abisma en licenciosos excesos; el gran circo es su templo, su morada, su foro. Los mas viejos juran, por sus arrugas y sus cabellos canos, que la república está perdida, si tal cochero no parte el primero y pasa rozando diestramente la meta. Estos señores del mundo, estimulados por el olor de los manjares, siguen á las mujeres que gritan como pavos reales hambrientos, y se deslizan á la sala á comerse hasta á los amos» (68).

La molicie del pueblo pasó al ejército, y el soldado preferia los cantares obscenos al grito de guerra; ya no le servia como antes una piedra de almohada sobre una cama de armas, y bebia en copas mas pesadas que su espada (69); sabia el valor del oro y de las piedras preciosas: habia pasado ya aquel tiempo en que habiendo encontrado cierto legionario en el campo de un rey de Persia un saco de piel lleno de perlas, las tiró sin saber lo que eran y solo se llevó el saco (70).

El soldado romano abandonó la coraza y dejó el pilo y la espada corta; y entonces desnudo como los Bárbaros é inferior en fuerza fue vencido fácilmente. Vegecio atribuye las derrotas sucesivas de las legiones al abandono de las armas antiguas (71).

Los desórdenes de la policía de Roma eran extrordinarios; júzguese por un suceso ocurrido en el reinado de Teodosio I.

Los emperadores habian construido grandes edificios donde estaban los molinos y los hornos que servian para moler la harina y cocer el pan distribuido al pueblo. Habian levantado varias tabernas cerca de estos edificios, y algunas mujeres públicas atraian los transeuntes á aquellas tabernas, donde apenas fijaban el pié caian en subterráneos por medio de trampas y allí permanecian presos el resto de su vida, obligados á dar vueltas á las piedras, sin que jamás supiesen sus parientes lo que habia sido de ellos. Un soldado de Teodosio, cogido en el lazo, sacó un puñal, mató á los que le detenian y se escapó. Teodosio mandó demoler los edificios que encubrian aquellas madrigueras, é hizo desaparecer igualmente las casas de prostitucion donde se retiraban las mujeres adúlteras (72).

La anarquía de las provincias era igual á la que reinaba en la capital del imperio. Salviano declara que no hay castigo que no mereciesen los Romanos; los compara con los Bárbaros, hallándolos inferiores en caridad, sinceridad, castidad, generosidad y valor. Hace la descripcion de la Septimania. «Todo se encuentra allí: viñas, prados esmaltados de flores, vergeles, campos cultivados, bosques, árboles frutales, rios y arroyuelos. ¿No deberian los habitantes de esta provincia cumplir sus deberes para con un Dios que tan próbido se ha mostrado con ellos? Pues bien: el pueblo mas venturoso de las Galias es al propio tiempo el mas desordenado (73). La gula y la impureza dominan por do quiera. Los ricos menosprecian la religion y el bien parecer, la fe del matrimonio no es ya un freno, y la esposa legítima se halla confundida con

las concubinas. Los señores se valen de su autoridad para obligar á sus esclavas á entregarse á sus deseos; y reina la abominacion en los sitios donde las doncellas no gozan ya la libertad de ser castas. Encúentranse romanos que se entregan á todos los desórdenes, no en su casa, sino en medio de los enemigos y entre las cadenas de los Bárbaros.

»Las ciudades están llenas de sitios infames, que no frecuentan menos las mujeres de calidad que las de clase humilde; miran este libertinaje como uno de los privilegios de su nacimiento, y no se glorían menos de aventajar á las otras mujeres en lujuria que en nobleza (74).

»No hay nadie ya, continúa el nuevo Jeremías, para quien no sea un suplicio la prosperidad de otros. Los ciudadanos se proscriben mutuamente: las ciudades y las poblaciones son presa de una multitud de tiranuelos, jueces y publicanos. Los pobres se ven despojados, y las viudas y los huérfanos oprimidos: y algunos romanos van á buscar entre los Bárbaros una humanidad y un abrigo que no encuentran entre los Romanos. Otros, reducidos á la desesperacion, se sublevan y viven del robo y del pillaje: dánles el nombre de rebeldes (75), convirtiendo en crímen su infortunio: ¿y sin embargo no son las proscripciones, las rapiñas, las concusiones de los magistrados las que han sepultado á estos desgraciados en semejante desórden? Los propietarios de escasa fortuna que no se han fugado, se echan en los brazos de los ricos para que los socorran, y les entregan sus patrimonios. ¡Felices los que pueden tomar en arriendo los bienes que entregan gratuitamente! Mas no los poseen largo tiempo: caen de infortunio en infortunio, y del estado de colonos á que se han reducido voluntariamente, pasan luego al de esclavos (76).»

Este pasaje de Salviano es uno de los documentos mas importantes de la historia: nos manifiesta como varió en el siglo VI el estado de las propiedades y de las personas; cómo el propietario de escasa fortuna entregó sus bienes y en seguida su persona al gran propietario para que le protegiese. Este efecto violento de la necesidad se convirtió por de pronto en uso, y de allí á poco en ley: dióse el *alodio* al bárbaro que lo trocó en *feudo*, mediante el servicio, y así se estableció la dependencia y la propiedad feudal.

Es preciso añadir á las causas de la destruccion de las leyes y de las costumbres paganas una última causa, poderosa en las clases elevadas de la sociedad: la filosofía.

He hecho observar ya que las sectas filosóficas eran respecto del paganismo lo que las herejías respecto del Cristianismo, en su relacion inversa de la verdad con el error. La verdad filosófica no fue en su origen sino la verdad religiosa, ó hablando mas correctamente, la filosofía, que nació en los templos, y fue cultivada al pronto en secreto por los sacerdotes. La verdad filosófica (la independencia del espíritu del hombre en la triple ciencia de las cosas intelectuales, morales y naturales) se debió hallar alterada segun los tiempos y los lugares. Los hombres colocados en la infancia del mundo buscaron y creyeron descubrir las leyes misteriosas de la naturaleza en la causa que mas obraba á sus ojos.

Así es que los sacerdotes de Caldea consideraron la luz de que estaban inundados en su hermoso clima como una emanacion del alma universal, y no tardaron en atribuir á los astros que observaban, una influencia exencialmente particular sobre el hombre y sobre la naturaleza. La luz, disminuyendo su fuerza al alejarse de su foco, creaba en el camino del cielo á la tierra seres cuya inteligencia variaba segun el grado de fecundidad que quedaba al rayo creador. El sistema de los sacerdotes caldeos produjo la teoría de los genios, y los usos y las costumbres se encadenaron á la marcha de las estaciones.

Los magos, no considerando en la luz sino el calor, hicieron del fuego el principio de todo: y como había, segun ellos, una materia tosca que se resistia á la accion del fuego, dedujeron de esto los dos principios: el espíritu y la materia, el bien y el mal. Por el fuego ó el calor se reproducian el alma humana y los genios de la religion secreta de los Caldeos.

Los sacerdotes de Egipto se persuadieron en las orillas del Nilo, de que el agua era el agente de una alma universal para la produccion de los cuerpos. Habiendo observado que existen en el hombre entendimiento, y en el animal instinto, dedujeron una inteligencia que tiende á unirse con la materia, y que quiere producir siempre cosas perfectas al paso que la materia se opone incesantemente á la perfeccion. Mas parece que miraban el principio bueno y el malo como igualmente materiales, lo cual producia una doctrina de ateismo y de materialismo, profesada por el pueblo mas supersticioso de la tierra.

Hoy que conocemos mejor las Indias, y que sus lenguas sagradas han sido descubiertas y profundizadas ya por los sabios de Europa, hallamos en aquellas regiones inmensas sistemas metafísicos de todas clases, y cultos de todas las formas, hasta de la forma cristiana; hallamos tres principios excelentes, aunque confundidos con ideas extravagantes: la existencia de un Dios supremo, la inmortalidad del alma, y la necesidad moral de obrar bien.

Pero esta necesidad moral de la filosofía india tuvo una consecuencia tan inesperada como desastrosa: de la necesidad del bien seguiase que el alma del hombre debia volver al seno de Dios, si practicaba la virtud, ó encerrarse en otros cuerpos en la tierra si se habia abandonado á los vicios. Este círculo inevitable de la sociedad religiosa hizo estacionaria á la sociedad política: todo quedó limitado á castas que no tenian mas movimiento que el de esos bonzos que permanecen dias enteros en la misma actitud por espíritu de sacrificio y de perfeccion. El resultado que produjo el materialismo en la China, y la supersticion en Egipto, lo obtuvo la filosofía en las Indias; ató al hombre á su cuna y á su tumba.

La ciencia sublime quedó pues cautiva en los colegios sacerdotales de la Caldea, la Persia, las Indias y el Egipto. Hagamos justicia á los Griegos que sacaron la filosofía del fondo de los templos, del mismo modo que el Cristianismo la hizo salir de las escuelas filosóficas. Así fue practicada secretamente la filosofía por los sacerdotes, y así dió su primer paso: estudiáronla algunos ingenios superiores de la Grecia fuera de los santuarios, con lo cual dió el segundo paso, y generalizáronla los cristianos entre el pueblo: tal fue su tercero y último paso.

Los Griegos que arrebataron primero la filosofía á las iniciaciones, fueron poetas y legisladores, como Lino, Orfeo, Museo, Eumolpo y Melampo. Siguiéronles, cuando la sociedad estaba mas ilustrada, Tháles, Pitágoras y Ferecides; viajando por las Indias, la Persia, la Chaldea y el Egipto, penetraron sus sistemas por las doctrinas que habian estudiado con los sacerdotes de sus comarcas. Thales, como los Egipcios, admitió el agua por elemento general, y se convirtió en gefe de la filosofía experimental; una de las ramas de su escuela produjo la filosofía moral personificada en Sócrates. Pitágoras engendró la filosofía intelectual que divinizó Platon. Aristóteles, ingenio positivo y universal, supuso una materia eterna y formas matemáticas invariables, encerradas en la misma materia: Concluyó el mundo por dividirse entre las dos escuelas de Platon y de Aristóteles, entre el sistema de las formas y el de las ideas.

Las conquistas de Alejandro difundieron la filosofía griega por el globo, donde aquella se enriqueció con nuevos conocimientos.

«Alejandro ordenó á todos los vivientes que tuvie-

sen por su país la tierra habitable, y por su castillo y sus almenas el campamento: que todos los hombres de bien se reputasen por parientes, teniendo únicamente por extraños á los malvados: por último, que el Griego y el Bárbaro no se distinguiesen por el manto, ni por la forma del broquel, ni por la cimitarra, ni por el alto capacete, sino que se conociesen y diferenciasen, el Griego por la virtud, y el Bárbaro por el vicio, de donde resultaba que todos los hombres virtuosos eran griegos, y todos los viciosos, bárbaros..........
.... ¡Qué placer causaria el ver aquellos bellos y santos desposorios, cuando reunió Alejandro en una misma tienda × cien lindas persianas que se iban á casar con cien mancebos macedonios y griegos, coronado él mismo de flores, y entonando el primero el himno epitalámico, como un cántico de alianza universal! (77).»

Amyot, que introduce aquí sin saberlo la lengua y el reflejo de las costumbres de su siglo en la descripcion de la edad filosófica é ilustrada de la Grecia, en nada altera la verdad de los hechos, y les añade un nuevo encanto. No es de mi incumbencia entrar en los pormenores de las sectas filosóficas (78); pero debo recordar que la filosofía de Platon, mezclada con los dogmas caldeos y las tradiciones judáicas, se estableció en Alejandría, bajo el reinado de los Ptolomeos: todos los sistemas, todas las opiniones vinieron á parar á este centro de luces y de tinieblas, cuyo caos disipó el Cristianismo.

La filosofía de los Griegos introducida en Roma, conmovió el culto nacional en la ciudad mas religiosa de la tierra. El poeta satírico Lucilo, amigo de Escipion, se habia burlado de los dioses de Numa; y Lucrecio intentó sustituirlos con la voluptuosa nada de Epicuro. César habia declarado en pleno Senado que con la muerte se acababa todo; y Ciceron, que inquiriendo la causa de la superioridad de Roma no la encontraba sino en su piedad, decia contradictoriamente que en la tumba concluia enteramente el hombre. El epicurismo reinó entre los Romanos durante la mayor parte del siglo I de la era cristiana: Plinio, Séneca, los poetas y los historiadores lo atestiguan con sus escritos, sus máximas y sus versos. El estoicismo recobró la superioridad cuando la virtud se elevó al trono.

Estas filosofías distintas que no descendian al vulgo, descomponian la sociedad: no curaban la superstición de los esclavos, y quitaban á sus señores el temor de los dioses. Las artes mágicas mas ó menos unidas á los dogmas escolásticos, la teurgia y la goecia, producian errores tan deplorables como las mentiras de la mitología.

Los filósofos, tan pronto desterrados de Roma, como llamados á su seno, se convertian en personajes importantes ó ridículos que se prestaban complacientemente á la idolatría, á las costumbres y á los crímenes de su siglo. Encuéntranse al lado de todos los tiranos, y en medio de los excesos de Eliogábalo: es verdad que en honor de la virtud se velaban la cabeza como Agamenon se cubrió el rostro en el sacrificio de su hija (79). El mismo Platino asistia á los desórdenes de Graciano.

Atribuíanse aquellos sabios dones sobrenaturales: desde Apolonio que se trasladaba por el aire á donde queria, hasta Proclo que conversaba con Pan, Esculapio y Minerva, no hay prodigios de que no fuesen capaces. Las maneras de vida que afectaban hacian sospechoso lo natural de sus principios. Menedo de Lampsaco se presentaba en público vestido con un ropaje negro, cubierto con un sombrero de corteza, en el que se veían grabados los doce signos del zodíaco; su larga barba le caia hasta la cintura y encaramado sobre el coturno, se apoyaba en un baston de fresno: pretendia ser un espíritu salido de los infiernos para predicar la sabiduría á los hombres (80).

Habiendo caido en un barranco Anaxarco, maestro de Pirrhon, negóse este á sacarle, porque segun decia todo es indiferente en sí, y lo mismo era vivir en un hoyo que sobre la tierra (81).

Cuando Zenon andaba por las ciudades, acompañábanle sus amigos por miedo de que le atropellasen los carros, pues no se tomaba el trabajo de escapar de la fatalidad (82). Diógenes hacia el perro en un tonel: Demócrito se encerraba en un sepulcro (83): Heráclito pacia la yerba de las montañas (84): Empedocles, queriendo ser tenido por una divinidad, se precipitó en el Etna: el volcán expelió las sandálias de bronce del impío y se descubrió la superchería (85).

Aquellos sofistas se entregaban, así como los heresiarcas, á toda clase de locuras: los Platónicos se quitaban la vida como los Circunceliones, y los Cínicos violaban el pudor como los Priscilianos. En las escuelas de Atenas y de Alejandría, los maestros mezclaban al pueblo en sus facciones; sus discípulos corrian al encuentro de los recien venidos para atraerlos á su doctrina, gritando, saltando y golpeándose á manera de furias.

Luciano representa á Menippo, disfrazado con una clava, una lira y una piel de leon, y gritando: «¡Yo te saludo, pórtico soberbio, entrada de mi palacio!» En seguida refiere Menippo á Filonidas, que, cansado de la incertidumbre de las doctrinas se habia dirigido á un discípulo de Zoroastro. Este mago por excelencia, llamado Mithrobarzanes, tenia siempre largos los cabellos y la barba. Admitió á Menippo, le lavó durante tres meses enteros en el Eufrates, siguiendo el curso de la luna y murmurando largas preces; le escupió tres veces en la nariz, le zambulló del Eufrates en el Tigris, le purificó con cebolla marina, le condujo á su morada caminando hácia atrás; le armó con la clava, la lira y la piel del leon, y le encargó que se llamase Ulises, Hércules ú Orfeo. Terminada la iniciacion Menippo descendió á los infiernos, conducido por Mithrobarzanes: allí le aconsejó Tiresias que olvidase las quimeras filosóficas, diciéndole: «La mejor vida es la mas comun.»

El libro titulado *Las sectas en almoneda*, presenta el cuadro completo de sus diversos caracteres. Júpiter manda preparar sillas: Mercurio, investido con el cargo de ugier, llama á los mercaderes para que compren toda clase de vidas filosóficas; se darán á crédito de un año, mediante fianza. Júpiter manda principiar por la secta itálica.

MERCURIO.

¡Hola, Pitágoras! baja y da la vuelta á la plaza. Hé aquí una vida celestial: ¿quién la comprará? ¿quién quiere ser mas grande que el hombre? ¿quién quiere conocer la armonía de las esferas y resucitar despues de su muerte?

UN MERCADER.

¿De dónde eres?

PITÁGORAS.

De Samos.

EL MERCADER.

¿Dónde has estudiado?

PITÁGORAS.

En Egipto con los sabios.

EL MERCADER.

Si te compro ¿qué me enseñarás?

PITÁGORAS.

Haré que te acuerdes de lo que supiste en otro tiempo.

× Yo hubiera escrito "cien lindas persas" y no "persianas".

EL MERCADER.

¿Cómo?

PITÁGORAS.

Purificando tu alma.

EL MERCADER.

¿Cómo la instruirás?

PITÁGORAS.

Por medio del silencio. Estarás cinco años sin hablar.

EL MERCADER.

¿Y despues?

PITÁGORAS.

Te enseñaré la geometría, la música y la aritmética.

EL MERCADER.

Sé esta última.

PITÁGORAS.

¿Cómo cuentas?

EL MERCADER.

Uno, dos, tres, cuatro.

PITÁGORAS.

Te equivocas: cuatro es diez, el triángulo perfecto y el juramento, etc.

(Desnudan á Pitágoras y se ve tiene un muslo de oro. Trescientos mercaderes le compran por diez minas.)

(Llaman á Diógenes.)

UN MERCADER.

¿Qué podré hacer de este animal sino un sepulturero ó un aguador?

MERCURIO.

No, un portero, porque ladra y se llama á sí mismo perro.

EL MERCADER.

Temo que me muerda; rechina los dientes y me mira de soslayo.

MERCURIO.

Nada temas, está domesticado.

EL MERCADER.

Amigo, ¿de qué país eres?

DIÓGENES.

De todos los paises.

EL MERCADER.

¿Qué profesion es la tuya?

DIÓGENES.

Médico del alma y heraldo de la libertad y de la verdad.

EL MERCADER.

Maestro, si te compro ¿qué me enseñarás?

DIÓGENES.

Te encerraré con la miseria, no te cuidarás de tus parientes ni de tu patria: abandonarás la casa paterna: habitarás algunas ruinas, algun sepulcro, ó como yo, un tonel. Tu renta consistirá en tu alforja llena de mendrugos y de libracos viejos: disputarás con Júpiter sobre la felicidad, y si te azotan te reirás.

EL MERCADER.

Para eso seria preciso que mi piel fuera una concha de ostra ó de tortuga.

DIÓGENES.

Te explicaré mi doctrina: Censurarlo todo, tener la voz áspera como un perro, aspecto bárbaro, porte feroz y salvaje; vivir en medio de la multitud cual si no hubiese nadie; estar solo en medio de todos; preferir la Venus ridícula, y entregarse en público á lo que otros se avergüenzan de hacer en secreto. Si te fastidias, tomarás un poco de cicuta y te irás de este mundo: tal es la ventura, ¿la quiéres?

Despues de Diógenes, por el cual dieron dos óbolos, Mercurio hizo venir á Aristippo que estaba ébrio y no pudo responder. Mercurio explicó su doctrina que consistia en no cuidarse de nada, en servirse de todo y en buscar la voluptuosidad sin mirar donde.

Heráclito y Demócrito, compendio de la sabiduria y de la locura, sucédieron á Aristippo: el uno reia y el otro lloraba. Demócrito reia porque todo es vanidad, y el hombre no es sino un concurso de átomos producidos por el acaso. Heráclito lloraba porque el placer es dolor, el saber ignorancia, la grandeza bajeza, la salud enfermedad, y el mundo un niño que juega á la taba y se atormenta por un ensueño. Heráclito se lamenta de lo pasado, se fastidia de lo presente y se asusta de lo futuro.

Júpiter mandó avisar á Sócrates.

UN MERCADER.

¿Quién eres?

SÓCRATES.

Un amante de los mancebos y maestro en el arte de amar (86.)

UN MERCADER.

En ese caso mi hijo es demasiado hermoso para que te confie su educacion.

SÓCRATES.

No soy amante del cuerpo sino del espíritu: aun cuando durmiese con tu hijo no mediaria entre nosotros deshonestidad alguna.

EL MERCADER.

Eso es muy sospechoso...

SÓCRATES.

Lo juro por el perro y el plátano.

EL MERCADER.

¿Cuál es tu doctrina?

SÓCRATES.

He inventado una república y me gobierno con arreglo á sus leyes.

EL MERCADER.

¿Qué se hace en tu república?

SÓCRATES.

Las mujeres no pertenecen á un solo marido, porque cada hombre puede tener comercio con todas.

EL MERCADER.

¿Quedarán, pues, abolidas las leyes contra el adulterio?

SÓCRATES.

Simplezas.

EL MERCADER.

¿Y qué has establecido respecto de los mancebos hermosos?

SÓCRATES.

Serán el premio de la virtud, y su amor la recompensa del valor.

Sócrates fue vendido por dos talentos.

Epicuro vino despues de Sócrates: Este, dijo Mercurio, es el discípulo del risueño Democrito, y del gran bebedor Aristippo: le agradan las cosas dulces y melosas.

Crisippo el estóico, con la barba larga y los cabellos cortos, es pregonado como la virtud misma, y como censor del género humano. Crisippo es el único sabio, rico, elocuente, bueno, justo: explica al mercader absorto que existen cosas principales y cosas menos principales; accidentes, y accidentes de accidentes; pretende enseñarle los silogismos: *El segador, el predominante, el electro, el enmascarado*; pruébale que él, mercader, no conoce á su padre, que es una piedra ó un animal, un animal ó una piedra (87.)

El peripatético sucede al estóico: sabe cuanto tiempo vive un mosquito; hasta qué profundidad penetran los rayos del sol en el mar, y cuál es el alma de las ostras (88). El diálogo termina en Pirrias (por Pirron.)



ÁGAPE, Ó COMIDA DE LOS CRISTIANOS.

EL MERCADER.

¿Qué sabes, Pirrias?

EL FILÓSOFO.

Nada (89.)

EL MERCADER.

¿Cómo nada?

EL FILÓSOFO.

Porque, no sé si existe alguna cosa.

EL MERCADER.

¿Y nosotros no existimos?

EL FILÓSOFO.

No sé (90.)

EL MERCADER.

¿Y tú, no existes?

EL FILÓSOFO.

Aun lo sé menos (91).

EL MERCADER.

Acabo de comprarte: ¿no eres mio?

EL FILÓSOFO.

Me abstengo y considero (92).

EL MERCADER.

Sígueme, eres mi esclavo.

EL FILÓSOFO.

¿Quién lo sabe?

EL MERCADER.

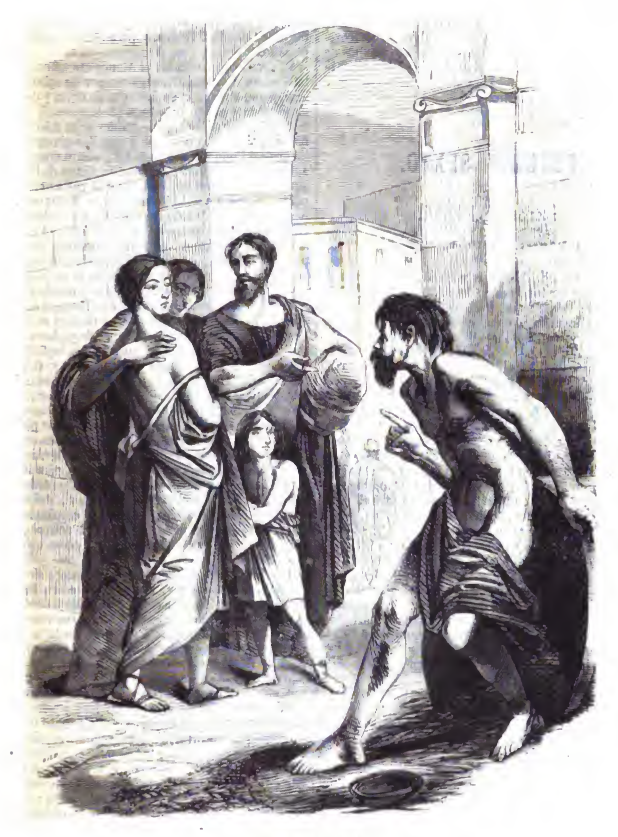
Los que están aquí.

EL FILÓSOFO.

¿Qué hay aquí alguno?

EL MERCADER.

Te probaré que soy tu dueño. (Le golpea.)



DIÓGENES Y SU TONEL.

EL FILÓSOFO.

Me abstengo y considero.

Luciano en la *Hermotina* ó las *Sectas* acabó de destruir el edificio del orgullo humano.

Asi aparecian, humillados y vencidos por el tiempo, aquellos filósofos, que en otra época fueron honor de la humanidad; aquellos sabios, que en medio de las naciones mancilladas y materialistas, habian conservado las verdades de la ciencia, de la moral y de la religion natural hasta que se corrompieron juntamen-

te con la muchedumbre, y por los estravíos mismos de la sabiduria.

Tal era la sociedad romana; sus generaciones estaban ya maduras, y los Bárbaros se presentaban como los segadores que vienen de provincias remotas á cortar nuestras yerbas y nuestras mieses: los cristianos y los paganos iban á caer en los sulcos segun el peso de su valor respectivo. El hombre aficionado á los goces de la vida, no veia como se acercaban el Franco, el Godo y el Vándalo, sino con los ojos del terror que le inspiraba la muerte; mientras que el anacoreta, el sacerdote y el obispo buscaban los medios de amansar á los vencedores, y de convertir las calamidades públicas en agentes para alistar nuevos soldados en las banderas de Cristo.

ESTUDIO SEXTO.

PRIMERA PARTE.

COSTUMBRES DE LOS BÁRBAROS.

Cuanto pueda hallarse mas variado, extraordinario y feroz en las costumbres de los salvajes, se presentó á los ojos de Roma: vió, primero por grados, y despues repentinamente, en el corazon y en las provincias de su imperio, hombres de escasa estatura, flacos y atezados, ó una especie de gigantes con los ojos verdes (1), los cabellos rubios lavados con agua de cal, frotados con manteca ágria ó con cenizas de fresno (2): desnudos los unos y adornados con collares, anillos de hierro y brazaletes de oro; los otros cubiertos con pieles, sayos, anchas bragas y túnicas estrechas y pintarrajeadas (3): otros, ademas, con la cabeza cargada con cascos hechos en figura de hocicos de bestias feroces (4); otros con la cara y el colodrillo rasos (5), ú ostentando largas barbas y bigotes. Los unos esgrimiendo á pié mazas, macetas, martillos, armas arrojadizas de dos ganchos, hachas de dos filos (6), hondas, flechas armadas con huesos agudos (7), redes y tiras de cuero (8), espadas cortas y largas; y los otros cabalgando sobre altos caballos cubiertos de hierro (9), ó yeguas feas y ruines, pero rápidas como las águilas (10). En las llanuras los Bárbaros peleaban desparramados (11), ó formados en punta (12), ó agrupados en masa: en los bosques se encaramaban á los árboles, objetos de su culto, y peleaban (13) llevados en hombros y en brazos de sus dioses.

Apenas bastarian numerosos volúmenes para describir las costumbres de tantos pueblos.

Los Agathirsos, como igualmente los Pictos se manchaban el cuerpo y los cabellos con color azul; las gentes de clase inferior le pintaban con motas escasas y pequeñas, mientras que los nobles las llevaban grandes y unidas (14).

Los Alanos no cultivaban la tierra: alimentábanse con leche y carne de los ganados, y andaban vagando en sus carros de corteza, de desierto en desierto. Cuando sus ganados habian consumido todos los pastos de los contornos, colocaban las tiendas que les servian de ciudades sobre sus carros, y marchaban á plantarlas á otra parte (15): el sitio donde se paraban era su nueva patria (16). Los alanos eran altos y hermosos; tenian la cabellera casi rubia, y habia en sus miradas un no sé que de terrible y suave al propio tiempo (17). No conocian la esclavitud, porque todos descendian de origen libre (18).

Los Godos, que eran como los Alanos, de raza escandinava, se asemejaban á los postreros; pero se habian entregado menos á las costumbres eslabas, y propendian mas á la civilizacion. Apolinario ha descrito un consejo de godos ancianos. «Conforme á su antigua costumbre, reúnense sus ancianos al salir el sol: bajo el hielo de la vejez conservan el fuego de la juventud. No puede verse sin disgusto el lienzo que cubre sus descarnados cuerpos; y las pieles con que se visten apenas les bajan á las rodillas. Usan botines de piel de caballo, que aseguran con un simple nudo en medio de la pierna, cuya parte superior permanece descubierta (19).» Y ¿para qué se habian reunido aquellos godos? Para indignarse de que un vándalo hubiese tomado á Roma, y para elegir un emperador romano!

El Sarraceno, así como el Alano, era nómada; montado en su dromedario, vagando por las soledades sin límites mudando á cada instante de tierra y de clima, su vida no era sino una fuga (20).

Los Hunos parecieron horribles á los mismos Bárbaros: miraban con horror á aquellos ginetes de cuello grueso, mejillas acuchilladas, rostro ennegrecido, aplastado y sin barba, cabeza en figura de bola, con agujeros mas bien que ojos (21); la voz aguda y el aspecto salvaje. La fama los pintaba en Roma como unas bestias de dos piés, ó como las efigies disformes que colocaba la antigüedad en los puentes (22). Suponíaseles un origen digno del terror que inspiraban; pretendiase que descendian de ciertas hechiceras llamadas *Aliorumna*, que expulsadas de la sociedad por el rey de los Godos Felimer, se habian juntado en el desierto con los demonios (23). Los Hunos, diferentes en todo de los otros hombres, no usaban el fuego ni viandas preparadas: alimentábanse de yerbas silvestres y de carnes medio crudas, puestas un instante entre sus muslos, ó calentadas entre la silla y el lomo de sus caballos (24). Llevaban atadas al cuello sus túnicas de tela colorada y de pieles de turon, las que no se quitaban hasta que caian hechas pedazos (25). Sepultaban la cabeza en gorros redondos de piel, y sus velludas piernas en una especie de cañones de piel de cabra (26). Hubiérase dicho que estaban clavados en sus caballos pequeños y mal formados, pero incansables. Muchas veces se sostenian en ellos sentados á mujeriegas, y allí trataban de negocios, deliberando, vendiendo, comprando, bebiendo, comiendo, durmiendo sobre el cuello angosto del animal, y entregándose profundamente á toda clase de ensueños (27).

Los Hunos sin morada fija, sin hogar, sin leyes y sin hábitos domésticos, vivian errantes en los carros que habitaban. En estas chozas móviles las mujeres se hacian sus vestidos, se entregaban á sus maridos, parian y daban de mamar á sus hijos hasta la edad de la pubertad. En aquellas generaciones ninguno podia decir de donde provenia, porque habia sido concebido lejos del lugar de su nacimiento, y educado mas lejos todavia (28). Este modo de vivir en carruajes con ruedas, estaba en uso en muchos pueblos y principalmente entre los francos. Mayoriano sorprendió una horda de aquel pueblo. «La comarca vecina resonaba con el estruendo de una boda: los enemigos celebraban bailando á manera de los Escitas, el himeneo de un mancebo de rubia cabellera. Despues de la derrota se hallaron los preparativos de la errante fiesta; las ollas, los manjares de los convidados, todo el festin quedó prisionero, y las odoríferas coronas de flores..... El vencedor se apoderó del carro de la desposada (29).»

Sidonio es un testigo muy notable de las costumbres de los Bárbaros cuya invasion presenciaba. «Me hallo, dice, en medio de los pueblos de luenga cabellera, obligado á oir el lenguaje del Gérmano, y á aplaudir con un gesto forzado el canto del ébrio Borgoñes con los cabellos untados con manteca aceda.... Felices vuestros ojos, felices vuestros oidos que no los ven ni los oyen! dichosa vuestra nariz que no aspira diez veces por mañana el olor pestífero del ajo y de la cebolla (30).»

No todos los Bárbaros eran igualmente brutos: los Francos, confundidos hacia largo tiempo con los Romanos, habian adoptado parte de su limpieza y de su elegancia. «Su jóven gefe caminaba á pié en medio de los suyos; su vestido de escarlata y de seda blanca estaba recamado de oro; y su cabellera y su tez participaban del esplendor de la púrpura. Sus compañeros iban calzados con pieles de animales, guarnecidas con sus propios pelos: llevaban las piernas y las rodillas desnudas; los ropajes pintarrajados de aquellos guerreros subian muy altos, ajustaban las caderas y apenas llegaban á las pantorrillas; sus mangas no pasaban del codo. Por debajo de este primer vestido se veia una especie de saya de color verde, guarnecida de escarlata y despues como un manto forrado y sujeto por un broche (31) Las espadas de estos guerreros colgaban de un cinturon estrecho, y sus armas les servian tanto de adorno como de defensa: llevaban en la mano derecha picas de dos ganchos ó hachas arrojadizas, y ocultaban el brazo izquierdo bajo un escudo con adornos de plata y con la abolladura dorada (32).» Tales eran nuestros padres.

Sidonio llegó á Burdeos y encontró al lado de Eurico, rey de los Visogodos, á diversos bárbaros que sufrian el yugo de la conquista. «Aqui se presenta el Sajon con los ojos azules; firme en las ondas, y que vacilaba en la tierra. Aquí el viejo Sicambro, con el colodrillo rapado, echando hácia atras, desde que le han vencido, los cabellos que nacen sobre su cuello envejecido: aquí vagaba el Hérulo con las mejillas verdosas que labraba el fondo del Océano, y disputaba su color al alga; aquí el Borgoñés, que tiene siete piés de alto, mendigaba la paz doblando la rodilla (33).»

Acostumbraban generalmente los Bárbaros beber la cerveza, el agua, la leche y el vino en el cráneo de los enemigos. Cuando salian vencedores entregábanse á mil actos feroces: las cabezas de los Romanos rodearon el campo de Varo, y los centuriones fueron degollados en los altares de la divinidad de la guerra (34): y si quedaban vencidos volvian su furor contra si propios. Los compañeros de la primera liga de los Cimbros, á quienes derrotó Mário fueron hallados en el campo de batalla atados unos á otros; habian querido imposibilitarse para retroceder y verse en la necesidad de morir. Sus esposas se armaron con espadas y hachas: ahullando, rechinando los dientes de rabia y de dolor, herian á Cimbros y á Romanos, á los primeros por cobardes y á los segundos por enemigos; y en medio de la pelea cogian las espadas cortantes de los legionarios con las manos desnudas, les arrancaban los escudos y se hacian dar la muerte. Vióselas sangrientas, desmelenadas, vestidas de negro, subidas en los carros, matar á sus maridos, á sus hermanos, á sus padres, á sus hijos; ahogar á los recien nacidos, arrojarlos á los piés de los caballos, y traspasarse á puñaladas. Una de ellas se ahorcó de la punta de la lanza de su carro, despues de haber atado del cuello á sus dos hijos, uno de cada pié. A falta de árboles para lograr el mismo suplicio, los cimbros vencidos se ponian un lazo corredizo al cuello, ataban el extremo de la cuerda del lazo á las piernas ó á los cuernos de sus bueyes, y estimulando á la yunta, con el aguijon, aquellos labradores de nueva especie se abrian la tumba (35).

Tan terribles costumbres se hallan de nuevo entre los Bárbaros del siglo v. Su grito de guerra hacia palpitar el corazon del Romano mas intrépido, y los Germanos lanzaban este grito sobre el borde de sus escudos aplicados á sus labios (36): ya he dicho que el sonido del cuerno de los Godos era célebre.

No obstante la semejanza y diferencia de hábitos, aquellos pueblos se distinguian los unos de los otros por los matices del carácter. «Los Godos eran engañosos, pero castos, dice Salviano; los Alemanes impúdicos, pero sinceros; los Francos mentirosos, pero hospitalarios, y los Sajones crueles, pero enemigos de la voluntuosidad (37).» El mismo autor hace tambien el elogio de la honestidad de los Godos, y principalmente de la de los Vándalos. Los Taifalos, poblacion de la Dacia, pecaban por el extremo contrario; obligaban á los mancebos á casarse por medio de un contrato con los hombres, consumiéndose la flor de su juventud en tan execrables uniones, y no podian librarse de semejantes incestos sino despues de haber muerto un jabalí ó un oso (38).

La sed del oro devoraba á los Hunos, pérfidos en las treguas: entregados al instinto de los brutos, no conocian límites entre la honestidad y la deshonestidad. Oscuros en su lenguaje, libres de toda religion y de toda supersticion, ningun respeto divino les encadenaba. Coléricos y caprichosos, separábanse en un mismo dia de sus amigos, sin que los hubiesen irritado con una sola palabra, y volvian á ellos sin que hubiesen procurado calmarlos (39).

Algunas de estas razas eran antropófagas. Un sarraceno velludo y desnudo hasta la cintura, lanzando un grito ronco y lúgubre, se precipitó con espada en mano sobre los Godos, llegados al pié de las murallas de Constantinopla despues de la derrota de Valente; aplicó sus labios á la garganta del enemigo que habia herido, y chupó la sangre, mientras le miraban horrorizados los espectadores (40). Los Escitas de Europa mostraban ese mismo instinto propio del huron y de la hiena (41): San Gerónimo vió en las Galias á los Atticotas, horda de Bretones, que se alimentaban de carne humana y que cuando encontraban en los bosques piaras de puercos y otros ganados, cortaban los pechos á las pastoras, y las partes mas carnosas á los pastores, porque era para ellos un festin delicioso (42). Los Alanos arrancaban la cabeza del enemigo vencido, y cubrian los caballos con la piel de su cadáver (43). Los Budinos y los Gelones se hacian tambien vestidos y caparazones de caballo con la piel de los vencidos (44), cuya cabeza se reservaban (45). Los mismos Gelones se cortaban las mejillas; un rostro acuchillado, presentando heridas que tuvieran costras lívidas y una cresta roja, era entre ellos el honor supremo (46).

La independencia componia el fondo del Bárbaro, como la patria componia el fondo del Romano, segun la expresion de Bossuet. Ser vencido ó encadenado, parecia á estos hombres de batallas y de bosques cosa mas insufrible que la misma muerte: reirse en el momento de espirar era la señal distintiva del héroe. Sajon el gramático, dice de un guerrero: «cayó, se rió y murió (47).» Las lenguas germánicas tenian un nombre particular para designar á los entusiastas de la muerte: el mundo debia ser la conquista de unos hombres tan extraordinarios.

En su edad heróica las naciones enteras son poetas: los Bárbaros sentian la pasion de la música y de los versos, y su musa se despertaba en los combates, los festines y los funerales. Los Germanos celebraban á su dios Tuiston (48) en cánticos antiguos: cuando se movian para dar la carga, entonaban en coro el Bardito, y por la manera mas ó menos vigorosa con que resonaba este himno, presagiaban el éxito futuro del combate (49).

Entre los Galos, los Bardos estaban encargados de trasmitir á la posteridad el recuerdo de las cosas dignas de alabanza (50).

Refiere Jornandés que en la época en que escribia, oia repetir todavía á los Godos los versos consagrados á su legislador (51). En el banquete real de Atila, dos gépidos celebraron las hazañas de los antiguos guerreros, y sus cánticos de gloria en la mesa, animaron con un enternecimiento marcial el rostro de los convidados. Los ginetes que ejecutaron en torno del féretro del héroe tártaro una especie de torneo fúnebre,

cantaban: «Aquí yace Atila, rey de los Hunos, engendrado por su padre Mundzuch. Vencedor de las mas fieras naciones, reunió bajo su poder la Escitia y la Germania, lo cual no habia conseguido nadie antes de él. Ambas capitales del imperio romano temblaban al oir su nombre: aplacado con su sumision, contentóse con hacerlas tributarias. Atila, favorecido del destino hasta su postrer aliento, ha terminado sus dias, no á manos del hierro enemigo, ni de la traicion doméstica, sino sin dolor y en medio de la alegría. ¿Hay muerte mas dulce que la que no exige venganza alguna (52)?»

Un manuscrito original de la abadía de Fulda, que ahora se halla en Cassel (53), ha salvado casualmente de la destruccion el fragmento de un poema teutónico, que reune los nombres de Hildebrando, Teodosio, Hermaurico, Odoacro y Atila. Hildebrando á quien su hijo no quiere reconocer, exclama: ¡qué destino es el mio! He errado fuera de mi pais sesenta inviernos y sesenta estios, y ahora es preciso que mi propio hijo me tienda muerto con su hacha, ó que sea yo su asesino.»

El Edda (La abuela), compendio de la mitología escandinava, los Sagga, ó las tradiciones históricas de los mismos paises; los cantos de los Escaldas, trascritos por Sajon el Gramático, ó conservados por Olao-Wormsins en su *Literatura rúnica*, presentan una multitud de ejemplos de estas poesías. He dado en otra parte una imitacion del poema lírico de Lodbrog, guerrero escalda y pirata. «Hemos combatido con la espada....... Las águilas y las aves de piés amarillos, lanzaban chillidos de alegría........ Las vírgenes han llorado largo tiempo....... Deslízanse las horas de la vida: sonreiremos cuando hayamos de morir (54).» Otro canto sacado del Edda se expresa con la misma energía y la propia ferocidad.

Hogni y Gunar, dos héroes de la raza de los Nibelungos, caen prisioneros de Atila. Dicen á Gunar que revele dónde existe el tesoro de los Nibelungos, y que rescate su vida con el oro.

El héroe responde.

«Quiero tener en mi mano el corazon de Hogni, sacado destilando sangre del pecho del valeroso héroe, y arrancado con un puñal embotado del seno de ese hijo del rey.

Arrancaron el corazon de un cobarde que se llamaba Hialli; le pusieron sangriento aun en un plato, y se lo presentaron á Gunar.

«Entonces Gunar, aquel gefe del pueblo, cantó: veo aquí el corazon sangriento de Hialli; no es como el corazon de Hogni el valiente: tiembla en el plato donde le han colocado, y temblaba aun mas cuando estaba dentro del pecho del cobarde.

»Cuando arrancaron el corazon de Hogni de su pecho, se rió: el guerrero valeroso, ni aun pensó en quejarse. Pusieron su corazon sangriento en un plato y lo llevaron á Gunar.

»Entonces este héroe ilustre, de la raza de los Nibelungos, cantó: Aquí veo el corazon de Hogni el valiente: no se parece al corazon de Hialli el cobarde: tiembla muy poco en el plato donde le han puesto, y temblaba aun menos cuando estaba en el pecho del valiente.

»Porque no te veré, ¡oh Atli! (Atila) tan lejos de mis ojos como lo estarás siempre de nuestros tesoros! En mi poder está ya para siempre el tesoro oculto de los Nibelungos, porque Hogni no vive ya.

»Deborábame incesante inquietud cuando viviamos ambos; ahora nada temo, porque estoy solo (55).»

Resplandece en el último rasgo una ternura sublime.

Este carácter de la poesía heróica primitiva existe lo mismo entre todos los pueblos bárbaros: encuéntrase en el iroqués que precedió á la sociedad en los bosques del Canadá, del mismo modo que en el griego convertido en salvaje, que sobrevivió á la sociedad en las montañas del Pindo, donde solo habia quedado la musa armada.» No temo la muerte, decia el iroqués, y me rio de los tormentos. ¡Que no pueda devorar el corazon de mis enemigos!»

«Come, ave (es una cabeza la que habla á un águila en la enérgica traduccion de M. Fauriel); «come, ave; cómete mi juventud; hártate con mi valor, y tus alas crecerán una vara, y tus uñas un palmo (56).»

Las leyes mismas estaban bajo el dominio de la poesía. Un hombre de un talento raro para la historia, Mr. Thierry, ha observado muy ingeniosamente que las *primeras líneas del prólogo* de la ley sálica, parecen ser el testo literal de una cancion antigua; las traduce así con un estilo vigoroso y noble.

»La nacion de los Francos, ilustre, que tiene á Dios por fundador, poderosa en las armas, enérgica en los tratados de paz, profunda en los consejos, noble y robusta de cuerpo, dotada de singular blancura y belleza, osada, ágil y diestra en el combate, convertida hace poco á la fe católica, libre de herejías; buscando por inspiracion de Dios la llave de la ciencia, segun la naturaleza de sus cualidades, cuando profesaba todavía una creencia bárbara; deseando la justicia y conservando su piedad. En tal época fue dictada la ley *sálica* por los gefes de esta nacion, que en aquel tiempo estaban á su cabeza.......

»¡Viva Cristo que ama á los Francos! «Que guarde su reino....... Este es aquel pueblo, que, pequeño en número, pero valeroso y fuerte, sacudió de su cabeza el duro yugo de los Romanos.»

Abundaban las metáforas en los cantos de los escaldas: los rios eran el *sudor de la tierra y la sangre de los valles;* las flechas son las *hijas del infortunio;* el hacha *es la mano del homicida;* las yerbas *la cabellera de la tierra*; la tierra es la *nave que flota sobre los siglos*; el mar el *campo de los piratas*, y un bajel es su *patin ó el caballo* de las olas.

Los Escandinavos tenian ademas algunas poesías mitológicas. «Las diosas que presiden los combates, las hermosas Walkiriaz, estaban á caballo, cubiertas con su casco y escudo. Vamos, dijeron, y crucemos con nuestros caballos esos mundos entapizados de verdura, que son la morada de los dioses.»

Fiaban tambien á la memoria los primeros preceptos morales puestos en verso. «El huésped que se presenta en vuestra morada ¿tiene frias las rodillas? dadle un sitio en el hogar. No hay cosa mas inútil que beber demasiada cerveza: el ave del olvido canta delante de los que se embriagan y les roba el alma. El gloton come su muerte. Cuando un hombre enciende fuego, la muerte entra en su morada antes de que se apague aquel fuego. Alabad la hermosura del dia cuando haya pasado. No os fieis ni del hielo de la noche, ni de la serpiente que duerme, ni de los trozos de la espada, ni de un campo recientemente sembrado.»

Finalmente, los Bárbaros conocian tambien los cantos de amor. «Yo me batí en mi juventud con los pueblos de Devonstheim, y maté á su monarca, jóven aun y sin embargo, una doncella de Rusia me desprecia.

«Sé hacer ocho ejercicios: me sostengo firme en el caballo, nado, corro patines, arrojo el venablo, manejo el remo, ¡y me desprecia no obstante una doncella de Rusia (57)!»

El uso de los himnos guerreros continuó algunos siglos despues de la conquista del imperio romano: las derrotas producian lamentos latinos, cuyo tono revelan varias veces los manuscritos antiguos: Angelberto llora la batalla de Fontenay y la muerte de Hugo, bastardo de Carlo-Magno. Era tal el furor de la poesía, que se encuentran versos de todos los metros hasta en los diplomas de los siglo VIII, IX y X (58). Un canto teutónico conserva el recuerdo de un triunfo conseguido sobre los Normandos en el año de 881 por Luis,

hijo de Luis el Tartamudo.» He conocido un rey, llamado el señor Luis, que servia á Dios con todo su corazon, porque Dios le recompensaba....... Asió la lanza y el escudo, montó rápidamente á caballo, y voló á vengarse de sus enemigos.» Nadie ignora que Carlo-Magno mandó formar una coleccion de los antiguos cantos de los Germanos (59).

La crónica sajona da en verso la narracion de una victoria conseguida por los Ingleses contra los Daneses; y la historia de Noruega el apoteosis de un pirata de Dinamarca muerto con otros cinco gefes de corsarios sobre las costas de Albion (60).

Los marineros normandos celebraban por si mismos sus correrías: uno de ellos se explicaba á sí: «He nacido en el alto país de Hormega entre pueblos diestros en manejar el arco: mas he preferido izar mi vela, espanto de los labradores de la playa. He lanzado tambien mi batel por medio de los escollos, *lejos de la morada de los hombres*.» Y este escalda de los mares tenia razon, puesto que los Daneses descubrieron á Vineland ó la América.

Estas rimas militares terminan en la cancion de Orlando, que fue el último cántico de la Europa bárbara. «En la batalla de Hastingz dice admirablemente el gran pintor de la historia que acabo de citar,» un normando llamado Taillefer, lanzó su caballo al frente de la línea de batalla, y entonó el canto de las hazañas de Carlo-Magno y de Orlando, célebres en toda la Galia. Mientras cantaba, manejaba la espada, lanzábala al aire con fuerza, y la recibia en su mano derecha : los Normandos repetian sus estribillos ó gritaban: ¡Dios nos ayude! ¡Dios nos ayude (61)!»

Wace nos refiere el mismo hecho en distinta lengua. «Taillefer, que cantaba muy bien montado en el caballo, que corria presuroso, caminaba delante de ellos cantando á Carlo-Magno, y á Orlando, y á Oliveros y á los vasallos que murieron en Roncesvalles.»

En la batalla de Poitiers cantaron tambien esta balada heróica, que deberia encontrarse en el romance de Orlando y de Oliveros, de la biblioteca de los reyes Carlos V, VI y VII (62).

Los Bárbaros entonaban sus poesías nacionales al son del pífano, del tambor y de la gaita : los Escitas en la alegría de los festinos hacian resonar la cuerda de su arco (63): usábanse en las Galias la citara ó la guitarra (64), y el arpa en la isla de los Bretones : habia tres cosas que no podian embargarse por deudas á un hombre libre del país de Gales : su caballo, su espada y su arpa.

¿En qué lenguas se escribian ó cantaban todos estos poemas? Las principales lenguas eran la céltica, la eslava, la teutónica y la escandinava : difícil es averiguar á qué raiz pertenecia el idioma de los Hunos. El oido delicado de los Griegos y de los Romanos, no distinguia en las conversaciones de los Francos y de los Tártaros mas que graznidos de cuervos (65), ó sones inarticulados, sin relacion alguna con la voz humana (66); pero cuando triunfaron los Bárbaros, preciso fue entender las órdenes que el señor dictaba al esclavo. Sidonio-Apolinar felicita á Syagrio porque se expresa con pureza en la lengua de los Germanos. «Ríome, dice el pueril literato, al ver á un *bárbaro* que teme cometer, delante de vosotros, un *barbarismo* en su lengua (67).» El cánon cuarto del concilio de Tours, ordena que cada obispo traduzca sus sermones latinos á las lenguas romana y tudesca (68). Luis el Piadoso mandó traducir en versos teutónicos la *Biblia*; y sabemos por Loup de Ferrieres que en el reinado de Carlos el Calvo, enviaban á los frailes desde Ferrieres á Pruym para que se familiarizasen con la lengua germánica (69). Diéronse á conocer en la misma época los caracteres de que se servian los Normandos para conservar la memoria de sus canciones: llamábanse aquellos caracteres *runstabath*, que son letras rúnicas; las unieron á las que Ethico habia inventado en tiempo anterior, y en cuyos signos habia explicado San Gerónimo.

La palabra usada en los bosques es desde su nacimiento una palabra completa para la poesía : bajo el punto de vista de las pasiones y las imágenes y degenera cuando llega á perfeccionarse. El hombre pierde en imaginacion lo que gana en inteligencia; encadenado en la sociabilidad, se asusta el entendimiento de toda expresion independiente, y pierde su carácter libre y audaz. No hay nada tan vivo como el griego de Homero, á pesar de hacer largo tiempo que pasó con Ulises y Aquiles: no son las lenguas primitivas las que mueren, sino el ingenio que ya no existe para hablarlas y entenderlas.

Nos quedan algunos monumentos de las lenguas de nuestros antepasados, y nos vemos obligados á confesar que eran mas dulces y armoniosas en su edad heróica, que al presente en su edad varonil. Ulfilaz, obispo de los Godos, tradujo á su idioma patrio en el siglo IV, los Evangelios, que habiéndose conservado hasta nuestros dias, se han impreso con glosas y eruditos comentarios (70). Si comparamos el teutónico de Ulfilaz con el teutónico del juramento de Carlos y de Luis, tal como Nithard (71) nos le ha trasmitido, y con el teutónico del canto de victoria de Luis, hijo de Luis el Tartamudo (72), hallaremos que á medida que nos acercamos al aleman moderno, se hace la pronunciacion mas áspera y difícil. Las palabras del idióma de Ulfilaz acaban con suma frecuencia en vocales, y principalmente en la vocal *a: wisandona* (existencia), *Gotha* (Dios), *waldufuja* (potencia), *godamma* (bueno), etc. Este godo tiene mucha semejanza con el escandinavo del fragmento manuscrito de Fulde, y del canto de Gunar, copiado del *Edda* (73). No se encuentran siquiera en el *fac simile* del texto de Ulfilaz las letras que segun dicen se vió obligado á inventar para reproducir la pronunciacion de sus compatriotas: nótanse tan solo algunas ligaduras griegas mezcladas á los caracteres latinos; pero que no presentan en su agregacion el mismo poder labial, lingual y gutural que expresan en griego.

Segun cierto pasaje de Herodoto un sistema plausible señala á los pueblos de la Filandia y de la Gothia un origen asiático: supónese que descienden de una colonia de Medos, y se han encontrado analogías entre la lengua de los Persas y la de los Suevos y Daneses. Algunos nombres propios, particularmente, han parecido los mismos en ambos idiomas: el *Gustaff ó Gustaw* de los Suecos, corresponde á *Gustaspe ó Hystaspe* de los Persas: *Oten, Olstanus, Cstanus*, reyes de Suecia, tienen los nombres persas *Ostanu, Olstanes y Ostanes*. Gibert (74) hubiera debido observar en apoyo de su sistema (tan difundido y reproducido en el dia), que el *Edda* menciona un pueblo conquistador, venido de Asia á las regiones septentrionales del Báltico. El sabio Roberto Henri, ministro de la comunion calvinista en Edimburgo, ha enriquecido su *Historia de Inglaterra* con distintos *specimen* de los dialectos bretones y anglo-sajones de diferentes épocas: el cuadro puesto al fin de este tomo da una idea de las lenguas que hablaban los destructores del mundo romano.

Pasemos á la religion de los Bárbaros. Los historiadores nos dicen que los Hunos no tenian ninguna (75), y observamos únicamente que creian como los Turcos en una especie de fatalidad. Los Alanos, á la manera de los pueblos de orígen céltico, reverenciaban una espada desnuda, clavada en tierra (76). Los Galos tenian su terrible *Dis*, padre de la noche, á quien inmolaban ancianos sobre el *dolmin* ó la piedra druídica (77); y los Germanos adoraban el horror secreto de los bosques (78). La religion de estos pueblos era tanto mas sencilla cuanto mas complicada era la de los Escandinavos.

El gigante Imer fue muerto por los tres hijos de

Bore: Orin, Vil y Ve. La carne de Imer formó la tierra, su sangre el mar y su cráneo el cielo (79). El sol no sabia entonces donde estaba su palacio, la luna ignoraba su fuerza, y las estrellas no conocian el sitio que debian ocupar.

Otro gigante llamado Noru fue el padre de la Noche. Esta, casada con un hijo de la familia de los dioses, dió á luz al Dia. Colocaron al Dia y á la Noche en el cielo en dos carros, conducidos por dos caballos: Hrim-Fax (crines heladas), conduce á la Noche: las gotas de su sudor forman el rocío: Skin-Fax (crines luminosas), guia al Dia (80). Bajo cada caballo hay un odre lleno de aire que produce la frescura de la mañana.

Un camino ó un puente conduce de la tierra al firmamento: tiene tres colores y se llama arco-iris. Se romperá cuando los genios malos, despues de haber atravesado los rios de los infiernos, pasen á caballo este puente.

La ciudad de los Dioses está situada debajo de la encina Igg-Drasill (81), que da sombra al mundo: hay en el cielo varias ciudades.

El dios Thor es hijo mayor de Odin; Tyr es la divinidad de las victorias. Nueve vírgenes engendraron á Heindall el de los dientes de oro: Loke es el urdidor de engaños: el lobo Feuris es hijo de Loke (82); habiendo sido encadenado con dificultad por los dioses, saltó de su boca una espuma que se convirtió en manantial del rio Vam (los vicios).

Las diosas guerreras ascienden á doce, y la principal es Frigga; llámanse Walkirias: Gadur, Rosta y Skulda (el porvenir), la mas jóven de las doce hadas, va todos los dias á caballo á escoger los muertos (83).

Hay en el cielo un gran salon, el Valhalla, en donde son recibidos los valientes cuando termina su vida: el salon tiene quinientas cuarenta puertas, y por cada una de ellas salen ochocientos guerreros muertos para batirse con el Lobo (84). Aquellos valerosos esqueletos se entretienen en romperse los huesos y comen en seguida juntos; beben la leche de la cabra Heidruna que pace las hojas del árbol Lerada (85). Su leche es agua miel: todos los dias llenan un cántaro bastante grande para embriagar á los héroes muertos. El mundo perecerá en un incendio.

Encuéntranse en el culto de ciertos bárbaros magos hadas, profetisas y dioses desfigurados, tomados de la mitología griega. Lo sobrenatural es la naturaleza misma del entendimiento del hombre. ¿Hay acaso cosa mas admirable que ver á los Esquimales reunidos en torno de un *brujo* encima de su mar sólido, en la entrada misma de ese paso tan largo tiempo buscado, y que una barrera eterna de hielo cerraba al navío del intrépido capitan Parry (86)?

Descendamos de la religion de los Bárbaros á sus gobiernos.

Parece que estos gobiernos fueron en general una especie de repúblicas militares, cuyos gefes eran electivos ó pasajeramente hereditarios por efecto de la ternura, de la gloria ó de la tiranía paterna. Toda la Europa antigua del paganismo y de la barbarie no conoció mas que la soberanía electiva: la soberanía hereditaria fue obra del Cristianismo: soberanía que solo se estableció por una especie de sorpresa, dejando dormir el derecho á la par del hecho.

La sociedad natural presenta las mismas variedades de gobierno que la sociedad civilizada: el despotismo, la monarquía absoluta, la monarquía moderada, la república aristocrática ó democrática (87). Muchas veces tambien han imaginado las naciones salvajes formas políticas de una complicacion y de una astucia prodigiosas, como lo prueba el gobierno de los Hurones. Algunas tribus germánicas, con la eleccion del rey y del gefe de la guerra, creaban dos autoridades soberanas, independientes la una de la otra: lo cual ciertamente era una organizacion sorprendente.

Los pueblos venidos del Oriente de Asia diferian en constitucion de los pueblos que habian salido del Norte de Europa; la córte de Atila presentaba el espectáculo del serrallo de Estambul ó de los palacios de Pekin; pero con una diferencia notable: las mujeres se presentaban públicamente entre los Hunos: Maximino fue presentado á Cerca, principal reina ó sultana favorita de Atila: estaba recostada sobre un divan, y sus damas bordaban sentadas en círculo sobre los tapices que cubrian el pavimento. La viuda de Bleda habia enviado á los embajadores un presente de hermosas esclavas.

Los Bárbaros que en varios usos particulares se parecian á los salvajes que he visto en el Nuevo-Mundo, se diferenciaban esencialmente de ellos bajo otros puntos de vista. Un centenar de Hurones, cuyo gefe enteramente desnudo llevaba un sombrero de tres picos galoneado, servian en otro tiempo al gobernador francés del Canadá: ¿se les podria comparar á esas tropas de raza eslava ó germánica, auxiliares de las legiones romanas? Los Iroqueses en la época de su mayor prosperidad, no armaban mas de diez mil guerreros: solo los Godos ponian, como un sobrante de su conscripcion militar, un cuerpo de cincuenta mil hombres al sueldo de los emperadores; y en los siglos IV y V las legiones enteras se componian de Bárbaros. Atila reunia bajo sus banderas setecientos mil combatientes, número que apenas podria suministrar en el dia la nacion mas populosa de Europa. Figuran tambien en los cargos del palacio y del imperio los Francos, los Godos, los Suevos y los Vándalos: alimentar, vestir y equipar á tantos hombres, solo puede hacerlo una sociedad que haya hecho progresos en las artes industriosas: el hecho de tomar parte en la civilizacion griega y romana supone un desarrollo considerable de inteligencia. La extravagancia de los usos y costumbres no destruye el anterior aserto, porque el estado político de un pueblo puede estar muy adelantado, y conservar sin embargo los individuos de este mismo pueblo los hábitos del estado de la naturaleza.

Conocíase la esclavitud entre todas aquellas hordas amotinadas contra el Capitolio: este derecho horroroso, emanado de la conquista, es no obstante el primer paso de la civilizacion: el hombre enteramente salvaje mata y se come á sus prisioneros, y únicamente cuando tiene una idea del órden social, les deja la vida para emplearlos en sus trabajos.

Los Bárbaros conocian la nobleza lo mismo que la esclavitud: tan solo por haber confundido la especie de igualdad militar que nace de la fraternidad de las armas, con la igualdad de las clases, se ha podido dudar de un hecho enteramente averiguado. La historia prueba de un modo irrecusable que existian diferentes rangos sociales en las dos grandes divisiones de la sangre escandinava y caucasiana. Los Godos tenian sus *Ases* ó semi-dioses, y dos familias dominaban á todas las demás, los Amalis y los Baltos.

El derecho de primogenitura era ignorado de la mayor parte de los Bárbaros, y costó mucho trabajo á la ley canónica hacérselo adoptar. No solo subsistia entre ellos la herencia en partes iguales, sino que algunas veces, reputando por mas débil al menor de los hijos, le concedian ventajas en la sucesion. «Cuando los hermanos se han repartido los bienes paternos, dice la ley gálica, el mas jóven obtiene la mejor casa, los instrumentos de labranza, la caldera de su padre, su cuchillo y su hacha (88).» Lejos de estar en vigor el espíritu de lo que se llama *ley sálica* en la verdadera ley sálica, la línea materna era llamada antes que la línea paterna en las herencias y en los negocios que de ellas resultaban. No tardaremos en ver un ejemplo al hablar de la pena del homicidio (89).

El gobierno seguia la regla de la familia; el rey al morir dividia su sucesion entre sus hijos, salvo el consentimiento ó la ratificacion popular: la ley política no era en su sencillez sino la ley doméstica.

En muchas tribus germánicas la posesion era anual; propietarios de lo que cultivaban, volvian las tierras despues de la cosecha á la comunidad (90). Los Galos extendian el poder paterno hasta sobre la vida de sus hijos: los Germanos no podian disponer sino de su libertad (91). En el país de Gales el Peucenedlt ó gefe del clan, gobernaba todas las familias (92).

Las leyes de los Bárbaros, separándolas de lo que el Cristianismo y el Código romano introdujeron en ellas, se reducen á las leyes penales para defensa de las personas y de las cosas. La ley sálica habla del robo de cerdos, de caballerías, de carneros, de cabras y de perros, desde el lechon hasta la puerca que marcha á la cabeza del ganado, desde el ternero hasta el toro, desde el cordero recien nacido hasta el carnero, desde el cabrito hasta el macho cabrio, y desde el perro conductor de jaurías hasta el del pastor. La ley gálica prohibia tirar una piedra al buey uncido al arado, y apretarle demasiado el yugo (93).

La ley protege principalmente al caballo, y condena á una multa de quince hasta treinta sueldos de oro al que ha montado un caballo ó una yegua sin el permiso del dueño. El robo del caballo de un franco, de un caballo capon, de un caballo entero y de sus yeguas obliga á una considerable indemnizacion (94). La caza y la pesca tenian sus garantias; señalábanse retribuciones por una tórtola ó un pajarillo libertados de los lazos en que hubiesen caido; por un halcon cogido en un árbol; por la muerte de un ciervo domesticado que servia para atraer á los ciervos salvajes; por el robo de un jabalí acosado por otro cazador; por el de la caza ó de la pesca ocultas; y por el hurto de una barca ó de una red de pescar anguilas. Disposiciones especiales protegian toda especie de árboles: velar por la conservacion de los bosques (95) era hacer leyes en favor de la patria.

La asociacion militar ó la responsabilidad de la tribu y la solidaridad de la familia se encuentran en la institucion de los *co-jurandos* ó compurgadores: si acusaban á un hombre de una falta ó de un crimen, podia segun la ley alemana y otras muchas, librarse de la pena, si hallaba cierto número de *iguales* suyos que juraran que estaba inocente. Si el acusado era una mujer, los compurgadores debian ser mujeres (96).

Siendo la valentía la principal cualidad del bárbaro, se castigaba toda in uria que suponia falta de valor: por consiguiente llamar á un hombre LEPUS *liebre* ó CONCACATUS, *ciscado*, obligaba á una indemnizacion de tres hasta seis sueldos de oro (97): y la misma tarifa regia por la reconvencion hecha á un guerrero de haber arrojado su escudo en presencia del enemigo.

La barbarie se manifiesta en toda su desnudez en la legislacion de las heridas: la ley sajona es la que desciende á mas pormenores sobre este punto: cuatro dientes rotos delante de la boca no costaban mas que seis chelines, pero un solo diente roto detrás de los cuatro anteriores valia cuatro chelines: la uña del dedo pulgar estaba tasada en tres chelines, y una de las membranas de la nariz tenia el mismo valor (98).

La ley ripuaria se expresa con mas nobleza: exigia treinta y seis sueldos de oro por la mutilacion del dedo que sirve para lanzar las flechas (99): manda que un nigénuo pague diez y ocho sueldos de oro por la herida de otro nigénuo, cuya sangre haya llegado á tierra (100). Compénsase con treinta y seis sueldos de oro una herida en la cabeza ó en otra parte, si saliese de la herida un hueso capaz de producir un sonido arrojado contra un escudo, que deberá colocarse á doce piés de distancia (101). El animal doméstico que mataba á un hombre habia de entregarse á los parientes del muerto con una indemnizacion: lo mismo sucedia con el trozo de madera que caia sobre un transeunte. Los Hebreos tenian tambien reglamentos semejantes.

Y sin embargo aquellas leyes, tan violentas en las cosas que describen, son mucho mas suaves en realidad que las nuestras; únicamente se pronuncia la pena de muerte cinco veces en la ley sálica y seis veces en la ley ripuaria, siendo una cosa muy digna de notarse, que nunca se pronuncia, excepto en un solo caso para castigar el asesinato: el homicidio no exige la pena capital, mientras que se castigan con ella el rapto, la prevaricacion, y la falsificacion de algun título ó privilegio, quedando aun para todos estos crímenes ó delitos el recurso de los co-jurandos.

El procedimiento relativo al único caso de muerte en reparacion del homicidio es un cuadro de costumbres. El que hubiese quitado la vida á un hombre, y no tuviese con qué pagar la indemnizacion, ha de presentar doce co-jurandos, los cuales declaren que el delincuente no posee nada, ni en el país ni fuera de él, sino lo que ofrece para compensar el homicidio. En seguida el acusado entra en su morada y toma tierra con la mano en los cuatro extremos de la casa: vuelve á la puerta, se mantiene en pié en el dintel con el rostro vuelto hácia el interior de la habitacion: despues por encima de sus hombros, derrama la tierra sobre su pariente mas cercano. Si su padre, su madre y sus hermanos han abandonado cuanto tenian echa la tierra sobre la hermana de su madre, ó sobre los hijos de esta hermana, ó sobre los tres parientes mas cercanos en la línea materna (102). Hecho esto, descalzo y en camisa, salta con la ayuda de una vara larga por encima del cercado que hay en torno de su casa, y entonces los tres parientes de la línea materna tienen que encargarse de pagar lo que falta á la suma en que se han convenido. A falta de parientes maternos son llamados los paternos. El pariente pobre que no puede pagar tira á su vez la tierra recogida en los cuatro extremos de la casa sobre el pariente mas rico: si este pariente no puede completar el importe de la suma, el demandante obliga al asesino á comparecer ante cuatro audiencias sucesivas: finalmente, si ninguno de los parientes de este último quiere redimirle le dan muerte; *de vita componat.*

De estas precauciones multiplicadas que adoptaban para salvar los dias de un culpable, resulta que los Bárbaros trataban la ley como tiranía, y se precavian contra ella; no haciendo caso alguno de su vida ni de la de los demás, consideraban como un derecho natural el matar ó ser muertos. El rey mismo en la ley de los Sajones, podia ser muerto, lo cual se compensaba pagando setecientas veinte libras de plata. El Germano no concebia que un ser abstracto, una ley, pudiera derramar su sangre. Asi, en el principio de la sociedad, el instinto del hombre rechazaba la pena de muerte, del mismo modo que en la sociedad perfecta la abolirá la razon: de manera que esta pena habrá sido establecida tan solo en el intermedio del estado puramente salvaje, y del estado completo de civilizacion; ó lo que es lo mismo, cuando la sociedad no tenia ya la independencia del primer estado, ni habia llegado todavía á la perfeccion del segundo.

SEGUNDA PARTE.

CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES DE LOS BÁRBAROS.

Los guías de las naciones bárbaras eran casi tan extraordinarios como ellas. En medio de la conmocion social, Atila parecia haber nacido para espanto del

mundo: iba unida á su destino una impresion de terror, y el vulgo tenia de él una opinion terrible. Su andar era magestuoso, y echábase de ver su poderío en los movimientos de su cuerpo, y en el girar de sus ojos. Amante de la guerra, pero sabiendo contener su ardimiento, era prudente en el consejo, accesible á los que rogaban, y propicio con aquellos cuya fe habia recibido. Su corta estatura, su pecho ancho, su cabeza mas ancha todavía, sus ojos pequeños, su escasa barba, sus cabellos canosos, su nariz roma y su color atezado, revelaban su orígen (1).

Su capital era un campo ó un gran aprisco de madera en los pastos del Danubio; los reyes á quienes habia sometido, velaban alternativamente en la puerta de su cabaña, y sus mujeres habitaban otros aposentos en torno suyo. Cubriendo su mesa con platos de madera y manjares groseros, dejaba los vasos de oro y de plata, trofeos de la victoria y obras maestras de las artes de Grecia, en manos de sus compañeros (2). Sentado allí el tártaro en un escabel, recibia á los embajadores de Roma y Constantinopla: á su lado se sentaban tambien, no los embajadores, sino Bárbaros desconocidos que eran sus generales y capitanes: bebia á su salud, concluyendo, en medio de la espansiva generosidad del vino, por perdonar á los señores del mundo (3). Cuando Atila se encaminó á la Galia, llevaba una especie de trahilla de príncipes tributarios que esperaban, con miedo y temblando, una señal del dominador de los monarcas, para egecutar lo que les ordenase (4).

Pueblos y gefes llenaban una mision que ellos mismos no podian explicarse: llegaban de todos lados á las riberas de la desolacion, unos á pié otros á caballo ó en carros, unos arrastrados por ciervos (5) ó por rengíferos, ó llevados por camellos, y otros flotando sobre sus escudos (6), ó en barcas de cuero y de corteza de árboles (7). Navegantes intrépidos entre los hielos del Norte y las tempestades del Mediodia parecia que hubiesen visto descubierto el fondo del Océano (8). Los Vándalos que pasaron al Africa confesaban que no tanto cedian á su voluntad, como á un impulso irresistible (9).

Aquellos soldados del Dios de los ejércitos no eran sino los ciegos ejecutores de un designio eterno: de aquí nacian ese furor de destruir, esa sed de sangre que no podian apagar; esa combinacion de todas las cosas para su triunfo; vileza de los hombres, falta de valor, de virtud, de talento y de genio. Genserico era un príncipe sombrío, sujeto á accesos de negra melancolía; y en medio del trastorno del mundo, parecia grande porque se habia encumbrado sobre las ruinas. En una de sus expediciones marítimas, cuando todo estaba preparado, y él propio se habia embarcado, no sabia donde iba. «Señor, le dijo el piloto, ¿á qué pueblos quieres hacer la guerra?—A aquellos; respondió el viejo vándalo, contra quienes Dios está irritado» (10).

Alarico marchaba hácia Roma, y un ermitaño atajó el camino al conquistador, advirtiéndole (11) que el cielo venga los infortunios de la tierra. «No puedo detenerme, dijo Alarico; alguno me aguija y me estimula á saquear á Roma.» Tres veces sitió la ciudad eterna antes de apoderarse de ella: Juan y Brasilio, que le fueron enviados como diputados en el primer sitio para excitarle á que se retirase, le representaron que si persistia en su empresa tendria que combatir con una muchedumbre desesperada.» La yerba espesa, repuso el diezmador de los hombres, se siega mejor» (12). Sin embargo, dejóse aplacar y se contentó con exigir de los demandantes todo el oro, la plata, los muebles preciosos y los esclavos de origen bárbaro. «Rey, exclamaron los enviados del Senado, ¿qué quedará pues á los romanos?»—«La vida» (13).

He dicho ya en otra parte que despojaron las imágenes de los dioses, y que fundieron las estátuas de oro del Valor y de la Virtud. Alarico recibió cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, cuatro mil túnicas de seda, tres mil pieles teñidas de escarlata y tres mil libras de pimienta (14). Con el hierro habia rescatado Camilo de los Galos á los antiguos Romanos.

Ataulfo, sucesor de Alarico, decia: «He tenido el empeño de borrar el nombre romano de la faz de la tierra, y de sustituir al imperio de los Césares el imperio de los Godos, con el nombre de Gothia. Mas habiéndome demostrado la experiencia la imposibilidad en que se hallan mis compatriotas de soportar el yugo de las leyes, he mudado de resolucion: en vista de esto he querido ser el restaurador del imperio romano, en vez de ser su destructor.» Un sacerdote llamado Gerónimo refiere (año 416) en su gruta de Belen á otro sacerdote llamado Orosio estas novedades del mundo (15): otra maravilla.

Una corza abrió el camino á los Hunos al través de la laguna Meotis y desapareció (16). Una becerra se hirió el pié en un prado, y el pastor descubrió una espada oculta entre la yerba, la cual presentó al príncipe tártaro: Atila tomó la espada, y por ella, llamándola espada de Marte (17), juró realizar sus derechos á la dominacion del mundo. Decia: «La estrella cae, la tierra tiembla; soy el martillo del universo.» Añadió él mismo á sus títulos el de *Azote de Dios*, que le daba la tierra (18).

Tal era el hombre á quien la vanidad de los Romanos llamaban *general al servicio del imperio*; el tributo que le pagaban era á sus ojos *el sueldo* de general; y lo mismo hacian con los gefes de los Godos y de los Borgoñones. El huno decia con este motivo: «Los generales de los emperadores son criados, y los generales de Atila emperadores» (13).

Vió Atila en Milan un cuadro que representaba á algunos Godos y Hunos prosternados delante de los emperadores; y mandó que le pintasen á él propio sentado en un trono, y á los emperadores llevando en los hombros sacos de oro que vaciaban á sus pies (20).

«¿Creeis, preguntaba á los embajadores de Teodosio II, que pueda existir una fortaleza ó una ciudad si se me antoja hacerla desaparecer del suelo?» (21)

Despues de haber quitado la vida á su hermano Bleda, envió dos godos, uno á Teodosio y otro á Valentiniano, con este mensaje: «Atila, mi señor y vuestro, os manda que le prepareis un palacio.» (22).

«La yerba no vuelve á crecer, decia tambien aquel exterminador, en los sitios por donde ha pasado el caballo de Atila.»

El instinto de una vida misteriosa, perseguia hasta en la muerte á estos mandatarios de la Providencia. Alarico sobrevivió poco tiempo á su triunfo; los Godos desviaron el curso de las aguas de Busentum, cerca de Cozencia; cavaron una sepultura en medio de su lecho enjuto; depositaron en ella el cadáver de su gefe con gran cantidad de plata y telas preciosas; despues volvieron el Busentum á su lecho, y su rápida corriente pasó por encima de la tumba de un conquistador (23).

Los esclavos empleados en la obra fueron degollados, para que ningun testigo pudiese revelar dónde descansaba el que habia tomado á Roma, cual si temiesen que por méritos de aquella gloria ó de aquel crímen buscaran sus cenizas.

Atila, que habia espirado en el regazo de una mujer, fue expuesto primero en su campamento entre dos largas filas de tiendas de seda. Los Hunos se arrancaron los cabellos y acuchillaron las megillas para llorar á Atila, no con lágrimas de mujer, sino con sangre de hombre. (24). Numerosos ginetes daban vueltas en torno del catafalco, cantando alabanzas del héroe. Terminada esta ceremonia pusieron una mesa encima de la tumba preparada, y los asistentes se sentaron á un festin mezclado de alegría y de dolor. Despues del banquete confiaron el cadáver á la tierra

en el secreto de la noche: estaba encerrado en un triple féretro de oro, de plata y de hierro. Sepultaron con el féretro armas arrebatadas al enemigo, aljabas enriquecidas con piedras preciosas, ornamentos militares y banderas; y para ocultar para siempre á los hombres el sitio de semejantes riquezas, los enterradores fueron enterrados juntamente con el cadáver (25).

Segun relacion de Prisco, la noche misma en que murió el Tártaro, el emperador Marciano vió en sueños en Constantinopla el arco solo de Atila (26). El mismo Atila, despues que le derrotó Acio, habia formado el proyecto de quemarse vivo en una hoguera formada con las sillas y los arneses de sus caballos, para que nadie pudiese alabarse de haber hecho prisionero ó muerto al que tantas victorias habia conseguido (27): así habria desaparecido en las llamas como Alarico en un torrente: imágenes de la grandeza y de las ruinas con que habian llenado su vida y cubierto la tierra.

Los hijos de Atila, que formaban por sí solos un pueblo (28), se dividieron. Las naciones que aquel hombre habia reunido bajo el poder de su espada, se citaron para la Panonia, en las orillas del rio Netad, para emanciparse y despedazarse. Matáronse á competencia una multitud de soldados sin gefe (29), el Godo esgrimiendo la espada, el Gépido moviendo el venablo, el Huno arrojando la flecha, el Suevo á pié, y el Alano y el Hérulo armados, el uno pesadamente y el otro á la ligera (30): treinta mil hunos quedaron en el campo, sin contar á sus aliados y enemigos. Allac, hijo querido de Atila, murió á manos de Alarico, gefe de los Gépidos. Nada tenia de positivo la herencia del mundo que habia dejado el rey de los Hunos: no era sino una especie de ficcion ó de encanto producido por su espada: roto el talisman de la gloria, todo se desvaneció. Los pueblos pasaron con el torbellino que los habia conducido; y el reino de Atila fue tan solo una invasion.

La imaginacion popular, conmovida fuertemente con tan repetidas escenas de matanza, habia inventado una historia que parece la alegoría de todos aquellos furores y exterminios. Un fragmento de Damarcio refiere, que Atila dió una batalla á los Romanos en las puertas de Roma, y que todos perecieron por una y otra parte, excepto los generales y algunos soldados. Cuando hubieron perecido los cuerpos, permanecieron en pié las almas, continuando la accion durante tres dias y tres noches: aquellos guerreros no combatieron con menos ardimiento muertos que vivos (31).

Mas si por un lado los Bárbaros se sentian estimulados á destruir, hallábanse contenidos por otra: el mundo antiguo que tocaba á su ruina, no debia desaparecer enteramente en el punto en que principiaba la nueva sociedad. Cuando Alarico se hubo apoderado de la ciudad eterna, señaló la iglesia de San Pablo y de San Pedro para retiro de los que quisiesen encerrarse en ellas; sobre lo cual hace San Agustin esta bellísima observacion: que si el fundador de Roma habia abierto en su ciudad naciente un asilo, Cristo estableció en ella otro mas glorioso que el de Rómulo (32).

En medio de los horrores de una ciudad entregada al saqueo, en medio de una capital caida por vez primera, y para siempre del rango de dominadora y de señora de la tierra, vióse á algunos soldados (¡y qué soldados!) protegiendo la traslacion de los tesoros del altar. Llevaban los vasos sagrados uno á uno y descubiertos; á ambos lados marchaban los Godos con espada en mano, y los Romanos y los Bárbaros entonaban juntos himnos en alabanza de Cristo (33).

Lo que Alarico perdonó no hubiera escapado de las manos de Atila, que marchaba contra Roma. San Leon salió á su encuentro: el sacerdote de Dios detuvo al azote de Dios (34), y el prodigio de las artes dió vida al milagro de la historia en el nuevo Capitolio, que caia á su vez: Convertidos los Bárbaros en cristianos, unian á su aspereza las austeridades del anacoreta: Teodorico, antes de atacar el campo fortificado de Litorio, pasó la noche vestido de estera (35), y no la dejó sino para volver á tomar el sayo de piel.

Si los Romanos aventajaban á los vencedores en civilizacion, estos les eran superiores en virtudes. «Cuando queremos insultar á un enemigo, dice Luitprando, le llamamos *Romano:* este nombre significa bajeza, cobardia, avaricia, lujuria, mentira, y él solo encierra todos los vicios» (36). Los Bárbaros desdeñaban el estudio de las letras, diciendo: «El niño que tiembla á la vista de la vara, no podrá mirar una espada sin temblar» (37). En la ley sálica, el asesinato de un franco, se evaluaba en doscientos sueldos de oro; el de un romano propietario, en cien sueldos, es decir, en la mitad del de un hombre (38).

Ni las dignidades, ni la edad, ni la profesion, ni el culto, contuvieron los furores del desórden, en medio de las provincias incendiadas; los ojos no podian apartarse del circo y del teatro: saqueada Roma, los Romanos fugitivos pasaron á hacer alarde de su depravacion á la vista de Cartago, que se conservó romana todavía por algun tiempo (39). Cuatro veces fue invadida Tréveris, y el resto de sus ciudadanos se sentó, rodeado de sangre y de ruinas, en las gradas desiertas de su anfiteatro.

«Fugitivos de la ciudad de Tréveris, exclama Salviano, os habeis dirigido á los emperadores solicitando el permiso de volver á abrir el teatro y el circo; mas ¿dónde está la ciudad, dónde está el pueblo en cuyo nombre me presentan esa peticion?» (40).

Colonia sucumbió en medio de una orgía general; los principales ciudadanos no estaban en estado de levantarse de la mesa, cuando el enemigo, dueño ya de las murallas, se precipitaba en la ciudad (41).

Casi todas las casas de Cartago eran sitios de prostitucion: vagaban por las calles hombres coronados de flores, esparciendo á lo lejos la fragancia de los perfumes, vestidos como las mujeres, con la cabeza velada como ellas, y vendiendo á los transeuntes sus detestables favores (42). Llegó Genserico: fuera de la ciudad resonaba el estruendo de las armas, y dentro la algazara de los juegos; confundíanse los ayes de los moribundos con las voces de un populacho ébrio, y apenas podia distinguirse el grito de las víctimas de la guerra, de las aclamaciones de la muchedumbre que ocupaba el circo (43).

Recuérdese, para no perder de vista el curso de los sucesos, que en aquella época, Rutilio ponia en verso su viaje de Roma á Etrúria, como Horacio en los hermosos dias de Augusto, su viaje de Roma á Brindis; que Sidonio Apolinar cantaba sus deliciosos jardines en la Auvernia invadida por los Visogodos; que los discípulos de Hipathia no respiraban sino para ella en las dulces relaciones de la ciencia y del amor, que Damascio en Atenas, daba mas importancia á cualquier ensueño filosófico que á la destruccion de la tierra; que Orosio y San Agustin estaban mas ocupados con el cisma de Pelagio que con la desolacion del Africa y de las Galias; que los eunucos de palacio se disputaban destinos que solo habian de poseer por espacio de una hora; finalmente, que habia historiadores que escudriñaban como yo los archivos de lo pasado en medio de las ruinas de lo presente, y que escribian los anales de las revoluciones antiguas al estruendo de las revoluciones modernas, sirviendo de mesa á ellos y á mí en el edificio que se desploma, la piedra caida á nuestros piés, esperando la que ha de aplastar nuestras cabezas.

No es posible formarse en el dia sino una idea muy vaga del espectáculo que presentaba el mundo romano despues de las incursiones de los Bárbaros: la tercera parte (y quizás la mitad) de la poblacion de Europa

y de una parte del Africa y del Asia fue destruida por la guerra, la peste y el hambre.

La reunion de tribus germánicas durante el reinado de Marco-Aurelio, dejó en las orillas del Danubio huellas que no tardaron en borrarse; pero cuando aparecieron los Godos en tiempo de Filipo y de Decio, la desolacion se extendió y fue duradera. Valeriano y Galieno vestian la púrpura cuando los Francos y los Alemanes asolaron las Galias y pasaron á España.

En su primera expedicion naval saquearon los Godos el Ponto; en la segunda se precipitaron de nuevo sobre el Asia Menor, y en la tercera redujeron á cenizas la Grecia. Estas invasiones produjeron una hambre y una peste que duró quince años, y que recorrió todas las provincias y todas las ciudades, muriendo en un solo dia cinco mil personas (44). Se averiguó por el registro de los ciudadanos que recibian una retribucion de trigo en Alejandria, que aquella ciudad habia perdido la mitad de sus habitantes (45).

Una invasion de trescientos veinte mil Godos en el reinado de Claudio, cubrió la Grecia; y en Italia en tiempo de Probo, otros bárbaros multiplicaron los mismos infortunios. Cuando Juliano pasó a la Galia, acababan de ser destruidas por los Alemanes cuarenta y cinco ciudades: los habitantes habian abandonado los pueblos abiertos, y no cultivaban ya sino las tierras cerradas dentro de las murallas de los puntos fortificados. En el año 412 los Bárbaros recorrieron las diez y siete provincias de las Galias, impeliendo delante de ellos como un rebaño, senadores y matronas, señores y esclavos, hombres y mujeres, doncellas y mancebos. Un cautivo que caminaba á pié en medio de los carros y de las armas, no tenia mas consuelo que ir junto á su obispo, tambien prisionero; poeta y cristiano á la vez, tomaba este cautivo por asunto de sus cantos los infortunios de que era testigo y víctima. «Aun cuando el Océano hubiese inundado las Galias, no habria causado tan horribles estragos como esta guerra. Si nos han tomado nuestras reses, nuestros frutos y nuestros granos; si han destruido nuestras viñas y nuestros olivares; si el fuego y el agua han arruinado nuestras casas en el campo, y si (lo que es todavia mas triste) permanece desierto y abandonado lo poco que nos resta; todo esto no compone mas que la menor parte de nuestros males. Mas ¡ay! diez años ha que los Godos y los Vándalos hacen de nosotros una horrible carnicería. Los castillos edificados sobre las rocas, las poblaciones situadas en las montañas mas altas, las ciudades rodeadas de rios, no han bastado para librar á los habitantes del furor de esos Bárbaros, y en todas partes han estado expuestos á los últimos extremos. Si no puedo quejarme de la matanza verificada sin discernimiento en tantos pueblos, en tantas personas considerables por su rango, que pueden no haber recibido sino el justo castigo de los crímenes que habian cometido ¿no puedo al menos preguntar qué culpa tenian tantos niños envueltos en la misma carnicería, tantos niños cuya edad era incapaz de pecar? ¿Por qué ha dejado Dios consumir sus templos?» (46).

La invasion de Atila completó estas destrucciones: únicamente se salvaron dos ciudades al Norte de Loira, Troyes y París. En Metz los Hunos ahorcaron hasta los niños, á quienes el obispo se habia apresurado á bautizar, y luego entregaron la ciudad á las llamas: mucho tiempo despues no era posible reconocer el sitio donde habia existido, sino por un oratorio que se habia escapado solo del incendio (47). Salviano habia visto ciudades llenas de cuerpos muertos: perros y aves de presa, cebadas en la carne infecta de los cadáveres, eran los únicos seres vivientes de aquel calvario (48).

Los Thuringios que servian en el ejército de Atila practicaron al retirarse por medio del país de los Francos, crueldades inauditas que Teodorico, hijo de Clovis, recordaba ochenta años despues, para estimular á los Francos á la venganza. «Precipitándose sobre nuestros padres, les arrebataron todo, y colgaron de los árboles á sus hijos por los nervios de los muslos. Dieron á mas de doscientas doncellas una muerte cruel: ataron los brazos de las unas á la cola de los caballos, que estimulados por un aguijon de acero, las hicieron pedazos: tendieron á otras en los carriles de los caminos, y las clavaron con estacas en la tierra: pasaron por encima de ellas carretas cargadas, rompiendo sus huesos, y quedaron para pasto de los cuervos y de los perros (49).»

Los documentos mas antiguos que hablan de concesiones de terrenos á los monasterios, declaran que dichos terrenos se sacan de los bosques, (50) que están desiertos, *eremi*, ó mas enérgicamente que se toman del desierto (51), *ab eremo*. Los cánones del concilio de Angers (4 de octubre de 453), ordenan á los clérigos que se provean de cartas episcopales para viajar; les prohiben que lleven armas; vedan las violencias y las mutilaciones, y escomulgan al que hubiese entregado ciudades; estas prohibiciones prueban que habia desórdenes é infortunios en las Galias.

El título cuarenta y siete de la ley sálica: *Del que se ha establecido en una propiedad que no le pertenece, y del que la posee hace doce meses*, manifiesta la incertidumbre de la propiedad, y el gran número de propiedades sin dueño. Todo el que haya ido á establecerse en una propiedad ajena, y permanezca en ella doce meses sin contestacion legal, podrá continuar en su goce con la misma seguridad que los demás habitantes (52).»

Si saliendo de las Galias dirigís vuestros pasos al Oriente de Europa, presenciaréis un espectáculo no menos triste. Despues de la derrota de Valente, nada quedó en las comarcas que se extienden desde las murallas de Constantinopla hasta el pié de los Alpes-Julianos: las dos Trácias ofrecian á lo lejos unos campos desiertos, verdes y entapizados de huesos blanquecinos. El año 448 enviaron á Atila embajadores romanos: trece dias tardaron en llegar á Sárdica, incendiada, y de Sárdica á Naisa: la ciudad natal de Constantino no era ya sino un monton de piedras: varios enfermos desfallecian entre los escombros de las iglesias; y la campiña de los contornos se veia sembrada de esqueletos (53). «Desvastaron las ciudades y degollaron á los hombres, dice San Gerónimo, desaparecieron los cuadrúpedos, las aves y hasta los peces, y la tierra se cubrió de zarzales y de espesos bosques (54).»

La España tuvo su parte en aquellas calamidades. En tiempo de Orosio, Tarragona y Lérida se hallaban en el estado de desolacion en que las dejaran los Suevos y los Francos; apenas se descubrian algunas cabañas levantadas en el recinto de las metrópolis arruinadas. Los Vándalos y los Godos aumentaron estas ruinas, y el hambre y la peste consumaron la destruccion. En los campos, las fieras cebadas en los cadáveres, se abalanzaban á los hombres que respiraban aun: en las ciudades, hacinadas las poblaciones, despues de haberse alimentado con las mas asquerosas sustancias, se devoraban entre sí: una mujer tenia cuatro hijos; les quitó la vida y se los comió todos (55).

Los Pictos, los Caledonios, y en seguida los Anglo-Sajones, exterminaron á los Bretones, excepto las familias que se refugiaron al país de Gales ó á la Armórica. Los insulares dirigieron á Acio una carta cuyo sobre escrito decia así: *El gemido de la Bretaña á Acio, tres veces cónsul.* Decian: «Los Bárbaros nos arrojan hácia el mar, y el mar nos repele hácia los Bárbaros: solo nos queda la eleccion de la muerte, entre el filo de la espada y las ondas (56).»

Gildal completa el cuadro: «La mano sacrílega de los Bárbaros venidos de Oriente, paseó el incendio de

un mar á otro: el fuego no se detuvo hasta despues de haber abrasado las ciudades y los campos en toda la superficie de la tierra, y haberla barrido como con una lengua roja hasta el Océano occidental. Todas las columnas se desplomaron con el choque del ariete; todos los habitantes de la campiña con los guardianes de los templos, los sacerdotes y el pueblo perecieron por el hierro y el fuego. Elévase una torre venerable en medio de las plazas públicas, y cae: los fragmentos de los muros, las piedras, los altares sagrados, los miembros de los cadáveres amasados y mezclados con la sangre, se parecian á la uva pisada en un horrible lagar.

»Algunos infelices que se habian escapado de estos desastres fueron alcanzados y degollados en las montañas: otros, obligados por el hambre, volvian y se entregaban al enemigo para sufrir una esclavitud eterna, lo cual se consideraba, como un señalado favor: otros pasaban á los pueblos de Ultramar, y durante la travesía cantaban con grandes suspiros, debajo de las velas de los buques: *Tú ¡oh Dios! nos has entregado como carneros para un festin: tú nos has dispersado entre las naciones* (57).»

Una de las leyes gálicas describe por completo la miseria de la Gran-Bretaña: determina la indicada ley que no se reciba compensacion alguna por el robo de la leche de una yegua, de una perra ó de una gata (58).

Los Vándalos aniquilaron las tierras fértiles de Africa, á la manera que sus estériles arenas están aniquiladas por el sol (59). «Semejante desvastacion, dice Possidonio, testigo ocular, hizo muy amargo á San Agustin el último tiempo de su vida: veia las ciudades arruinadas, en el campo los edificios derribados, los habitantes muertos ó fugitivos, las iglesias desprovistas de sacerdotes, y las vírgenes y los religiosos dispersados. Unos habian sucumbido á los tormentos, otros perecido al rigor del acero; y otros en fin, reducidos al cautiverio, y habiendo perdido la integridad del cuerpo, del espíritu y de la fe, servian á enemigos duros y brutales... Los que se fugaban á los bosques, á las cuevas y rocas ó á las fortalezas, caian prisioneros, y perecian ó se morian de hambre. En Africa, de tanto número de iglesias, apenas quedaban tres, Cartago, Hippona y Ciotha, que no hubiesen sido arruinadas, y cuyas ciudades subsistiesen (60).

Los Vándalos arrancaron las viñas, los árboles frutales, y particularmente los olivos, para que los habitantes retirados á las montañas no pudiesen hallar alimento (61). Demolieron los edificios públicos que se habian escapado de las llamas, y en algunas ciudades no quedó ni un solo hombre con vida. Inventores de un nuevo medio de tomar las ciudades fortificadas, pasaban á cuchillo á los prisioneros alrededor de las murallas: la infeccion de aquellos cadáveres, bajo un sol ardiente, se esparcia por el aire, y los Bárbaros dejaban al viento el cuidado de llevar la muerte al interior de los muros que no habian podido asaltar (62).

Finalmente, la Italia vió precipitarse sucesivamente sobre ella torrentes de Alemanes, de Godos, de Hunos y de Lombardos, cual si los rios que descienden de los Alpes y se dirigen á opuestos mares, mudando de improviso de curso, se hubiesen lanzado sobre la Italia á oleadas. Roma, cuatro veces sitiada y dos veces tomada, sufrió los infortunios mismos con que abrumara á la tierra. «Las mujeres, segun San Gerónimo, no perdonaron siquiera á los niños que tenian á los pechos, é hicieron volver á entrar en su vientre el fruto que acababa de salir de él (63). Roma se convirtió en tumba de los pueblos mismos cuya madre habia sido... La lumbrera de las naciones se apagó, y cortando la cabeza del imperio romano, se cortó al mismo tiempo la del mundo (64).—Se han difundido noticias terribles, exclamaba San Agustin desde lo alto del púlpito al hablar del saqueo de Roma; ¡carnicería, incendio, rapiña, exterminio! ¡Gemimos, lloramos, y no hallamos consuelo! (65)»

Hiciéronse reglamentos para aliviar del tributo las provincias de la Península, principalmente la Campania, la Toscana, el Piceno, el Samnio, la Apulia, la Calabria, el Brucio y la Lucania, y diéronse á los extranjeros que consentian en cultivar las tierras que habian quedado sin dueño (66). Mayoriano (67) y Teodorico se ocuparon en reparar los edificios de Roma, de los que no habia quedado ni uno entero, si hemos de dar crédito á Procopio (68). La ruina fue creciendo con el tiempo; con los nuevos asedios, con el fanatismo de los cristianos y con las guerras intestinas: Roma vió reproducirse sus conflictos con Alba y Tibur: batianse á las puertas mismas de la ciudad, y los espacios vacios que habia en su recinto fueron entonces el campo de aquellas batallas que en otro tiempo daban en los confines de la tierra. Su poblacion que ascendia á tres millones de habitantes, quedó reducida á menos de ochenta mil (69). Hácia el principio del siglo VIII cubrian la Italia bosques y pantanos: los lobos y otras fieras de los montes frecuentaban los anfiteatros edificados para ellos, pero ya no habia hombres que devorar.

Los despojos del imperio pasaron á los Bárbaros; los carros de los Godos y de los Hunos, las barracas de los Sajones y de los Vándalos, se veian cargados de cuanto habian acumulado por espacio de tantos siglos las artes de Grecia y el lujo de Roma: desocupaban el mundo como una casa que se deja. Genserico mandó á los ciudadanos de Cartago que le entregasen bajo pena de la vida las riquezas que poseian: dividió las tierras de la provincia proconsular entre sus compañeros, y conservó para sí mismo el territorio de Bizancio y de las tierras fértiles de Numidia y de Getulia (70). Este mismo príncipe despojó á Roma y al Capitolio en la guerra que Sidonio designa con el nombre de cuarta guerra púnica (71), y reunió una masa de cobre, bronce, oro y plata que ascendia á muchos millones de talentos (72).

El tesoro de los Godos era célebre: consistia en cien palanganas llenas de oro, perlas y diamantes que Ataulfo ofreció á Placidia; en sesenta cálices, quince patenas y veinte cofres preciosos para encerrar el Evangelio (73). El *Missorium*, que componia parte de esta riqueza, era un plato de oro de quinientas libras de peso, elegantemente cincelado. Sisenando, rey godo, lo empeñó á Dagoberto por un auxilio de tropas: el godo hizo que lo robasen en el camino, y apaciguó despues al franco con una suma de doscientos mil sueldos de oro, precio que se creyó muy inferior al valor del plato (74). Pero la mayor maravilla de este tesoro era una mesa formada de una sola esmeralda: rodeábanla tres órdenes de perlas, y estaba sostenida por sesenta y cinco piés de oro macizo, incrustado de piedras preciosas: estimábanla en quinientas mil piezas de oro; de los Visogodos pasó á los Arabes (75): conquista digna de su imaginacion.

La historia al presentarnos el cuadro general de los desastres de la especie humana en aquella época, ha dejado sepultadas en el olvido las calamidades particulares, siéndole imposible dar cuenta de tantos infortunios. Sabemos únicamente por los apóstoles cristianos una parte de las lágrimas, que enjugaban en secreto. La sociedad trastornada en sus cimientos, privó hasta á la mísera cabaña de la inviolabilidad de su indigencia, y no se vió ya mas segura que el suntuoso palacio: en tan aciago tiempo, cada tumba encerraba un desgraciado.

El concilio de Braga, en Lusitania, suscrito por diez obispos, da una idea sencilla de lo que ocurrió y se padecia en las invasiones. El obispo Pancraciano tomó la palabra: «ya veis, hermanos mios, como está

asolada la España por los Bárbaros; arruinan las iglesias; matan á los servidores de Dios, profanan la memoria de los santos, sus huesos, sus sepulcros, los cementerios..... Presentad á la vista de nuestra grey el ejemplo de nuestra constancia, sufriendo por Jesucristo una parte de los tormentos que sufrió por nosotros (76). . . . . «Entonces Pancraciano hizo la profesion de fe de la Iglesia católica, y á cada artículo respondian los obispos: *creemos* (77).» ¿Y qué haremos ahora, dijo Pancraciano, de las reliquias de los santos?» Clipando de Coimbra respondió: «Obre cada uno segun lo permita la ocasion: los Bárbaros se hallan cerca de nosotros, y apremian á Lisboa; poseen á Mérida y Astracán: el dia que menos pensemos vendrán sobre nosotros. Vaya cada uno á su pueblo y consuele á los fieles, ocultando poco á poco los cuerpos de los santos, y remitiéndonos la relacion de los sitios ó cuevas donde los haya colocado, para evitar que los olvide con el tiempo.» Pancraciano dijo: «Id en paz. Nuestro hermano Pontamio permanecerá solo á causa de la destruccion de su iglesia de Eminia que los Bárbaros están saqueando.» Pontamio contestó: «Quiero ir tambien á consolar á mi grey, y sufrir con



MUERTE DE SIGERIDO.

ella por Jesucristo; no he recibido el cargo de obispo para vivir en la prosperidad, sino en el trabajo.» Pancraciano le respondió: «decís muy bien: Dios os guarde.» Todos los obispos repitieron: «Dios os guarde (78). Todos juntos dijeron: «Vayamos en paz en nombre de Jesucristo.»

Cuando Atila apareció en las Galias, precediale el terror; Genoveva de Nanterre, tranquilizó á los habitantes de Paris: exhortaba á las mujeres á orar juntas en el Baptisterio, y las prometia la salvacion de la ciudad: los hombres que no creian en las profecias de la pastora, se excitaban á apedrearla ó á ahogarla (79). El archidiácono de Auxerre les disuadió de tan perverso intento, asegurándoles que San German publicaba las virtudes de Genoveva. Los Hunos no llegaron á las tierras de Paris (80). Perdonaron á Troyes, por recomendacion de San Loup; y en su retirada el azote de Dios hizo que le escoltase el santo (81). San Loup, esclavo y prisionero, protegiendo á Atila, presenta un rasgo grandioso de la historia de aquellos tiempos.

San Aguan, obispo de Orleans, estaba encerrado en su ciudad sitiada por los Hunos, y envió á las murallas á esperar y descubrir á los libertadores, pero nada parecia. «Orad, dijo el santo, orad con fe,» y envió de nuevo un vigía al muro. Tampoco se distinguia cosa alguna: «Orad, repitió el santo, orad con fe,» y envió por tercera vez á mirar desde lo alto de las torres. Distinguiase como una ligera nube que se levantaba de la tierra.—«¡Es el auxilio del Señor!» exclamó el obispo (82).

Genserico condujo cautivas desde Roma á Eudoxia y á sus dos hijas, únicos restos de la familia de Teodosio (83). Miles de Romanos fueron hacinados en los bajeles del vencedor, que por un exceso inaudito de barbarie mandó separar á las mujeres de sus maridos, y á los padres de sus hijos (84). Deogracias, obispo de Cartago, consagró los vasos santos al rescate de los prisioneros. Convirtió dos iglesias en hospitales, y no obstante su edad avanzada, cuidaba á los enfermos, visitándolos noche y dia. Murió, y aquellos á quienes habia libertado, creyeron que iban á recaer en la esclavitud (85).

Cuando Alarico entró en Roma, Próba, viuda del prefecto Petronio, gefe de la poderosa familia Aniciana, se salvó en un barco por el Tiber (86): su hija Læta y su nieta Demetriade la acompañaron: estas tres mujeres vieron desde su fugitiva barca las llamas que consumian la ciudad eterna. Próba poseia cuantiosos bienes en Africa, y los vendió para socorrer á sus compañeros de destierro y de infortunio (87).

Huyendo de los bárbaros de Europa, los Romanos se refugiaban al Africa y al Asia; mas en estas provincias remotas hallaban otros bárbaros: arrojados del corazon del imperio á los extremos, repelidos de las fronteras al centro, podian decir que la tierra se habia convertido en un parque donde los batia un circulo de cazadores.

San Gerónimo recibió á algunos restos de tantas grandezas en aquella gruta en que el Rey de los reyes habia nacido pobre y desnudo. ¡Qué espectáculo y qué leccion ofrecen aquellos descendientes de los Escipiones y de los Gracos, refugiados al pie del Calvario! San Gerónimo comentaba entonces á Ezequiel, y aplicaba á Roma las palabras del profeta sobre las ruinas de Tiro y de Jerusalen: «Haré que suban contra vosotros muchos pueblos, cual hace subir el mar las olas. Destruirán las murallas hasta el polvo..... Haré que recaiga sobre los hijos de Judea el peso de sus crímenes..... Verán venir horrores sobre horrores (88).» Mas cuando al leer aquellas palabras, *pasarán de un país á otro, y serán conducidos cautivos*, el solitario clavaba los ojos en sus huéspedes y prorumpia en lágrimas.

Y sin embargo, la gruta de Belen no era ya un asilo seguro: otros destructores despojaban la Fenicia, la Siria y el Egipto (89). El desierto, cual si fuera arrastrado por los Bárbaros y mudara de sitio con ellos, se extendia á las comarcas, en otro tiempo mas fértiles; y en las provincias que se habian visto animadas con pueblos innumerables, no quedaban mas que la tierra y el cielo (90). Las arenas mismas de la Arabia que seguian á estos campos desbastados, sufrian el gravoso peso de la plaga comun: San Gerónimo habia escapado con sumo trabajo de las manos de las tribus errantes, y los religiosos del Sinaí habian sido degollados: Roma faltaba al mundo, y la Tebayda á los solitarios.

Cuando hubo caido el polvo que levantaban los piés de tantos ejércitos, y que salia del hundimiento de tantos edificios; cuando se hubieron disipado los torbellinos de humo que se levantaban de tantas ciudades incendiadas; cuando la muerte impuso silencio á los gemidos de tantas víctimas; cuando cesó el estruendo de la caida del coloso romano, entonces se descubrió una cruz, y al pié de esta cruz un nuevo mundo. Algunos sacerdotes con el Evangelio en la mano, sentados sobre las ruinas, resucitaban la sociedad en medio de los sepulcros, del mismo modo que Jesucristo volvió la vida á los hijos de los que habian creido en sus palabras.

ACLARACIONES.

SOBRE ATILA.

El nombre Etzel evidentemente no es mas que la forma teutónica de la palabra caucásica Atila. Ni los manuscritos, ni los impresos varian acerca de este nombre demasiado conocido de los Romanos para que lo alteraran, y cuya composicion y sonido nada tenian de extraño á sus oidos. Continuamente se les ve por el contrario variar las palabras que su oido comprendia mal, y para los cuales su alfabeto no les ofrecia letras compuestas. Así es que escribian Gaiseric, Geiseric, Giseric, Genseric etc. Hasta la denominacion misma de Huno se alteró, pues con frecuencia se encuentra escrito *Ehun*. Los partidarios del orígen chino de los Hunos podrian sacar una de esas inducciones tomadas de los idiomas de las que se hace demasiado caso en la actualidad. La ciencia etimológica puede indudablemente aclarar algunos puntos de la historia; pero tiene tambien sus sistemas, que con frecuencia son mas á propósito para embrollar el origen de los pueblos, que para ponerlos de manifiesto. El filólogo Brigant demostraba científicamente que todos los idiomas de la tierra se derivaban del que se habla en la Bretaña Baja, y le parecia muy probable que Adan y Eva hubiesen hablado en el paraiso terrestre la lengua que se habla en Quimper-Corentin; solo que no sabia con exactitud si esto sucedia antes ó despues del pecado.

Pero volviendo al nombre Atila, diremos que en la sílaba *la* no es una añadidura latina, y demostrarémos que los antiguos idiomas de los Bárbaros tenian una multitud de palabras terminadas con la vocal *a*. Tan lejos está Etzel de ser el nombre primitivo de Atila que hasta en un canto del *Edda* se halla escrito *Attil*, omitida la *a* final: citaré este canto al hablar de la poesía de los pueblos septentrionales. De todos modos creo que se leerán con sumo placer las siguientes notas sobre el poema de los *Nibelüngen*, debidas á la fina atencion de S. E. M. Bunsen, digno y sabio amigo de Mr. Niebuhr, embajador de S. M. el rey de Prusia, en Roma, y de quien dejé de ser colega por una triste prevision del porvenir.

NOTAS COMUNICADAS POR S. E. M. BUNSEN.

El poema épico germánico conocido con el título de *Der-Nibelunge-Noét*, es decir, «fin trágico, (ó desgracias) de los Nibelungos» debe su forma actual á uno de los primeros poetas de los últimos tiempos del siglo XII ó principios del XIII. No consta que ese poeta fuese *Wolfram von Eschenbach* segun generalmente se cree, ni *Heinrich von Ofterdingen*, como lo asegura Mr. Augusto Guillermo de Schlegel.

La palabra *Nibelungen*, es absolutamente desconocida. El pais de los *Nibelungen* que segun parece significa pais de las nieblas podria muy bien ser la Noruega, mas en el poema se aplica el nombre de *Nibelungen* hasta á los mismos héroes de la Borgoña.

Los personajes históricos que figuran en ese poema son los siguientes:

I. *Siglos quinto y sexto.*

1. *Etzel*: este era el nombre original de Atila (548) como lo ha observado ya Juan Muller en su *Historia de la Suiza* (1, 7, nota 20). Este nombre tal vez significaria príncipe del Wolga pues este rio era llamado *Ehzel* por los Tártaros. Entre los vasallos de Etzel figuraba el gran rey de los Ostrogodos, Teodorico (527) llamado *Dietrich* de Bern (Verona) en el poema. Segun la historia nació este príncipe cuatro años antes del fallecimiento de Atila. El poema menciona tambien á *Irenfrido* probablemente *Herenfrido*, rey de Turingia que estaba casado con la sobrina de Teodorico; y al rey de los Ostrogodos, Vitiges, llamado Wittich (542).

2. Al lado de estos personajes del quinto y sexto siglo aparece el margrave Rudiger de Pechlarn, personaje histórico que vivia á mediados del siglo X, y era margrave del país que cae por bajo el Ens (Austria).

El poema da el nombre de *Blodel* al hermano del rey de los Hunos, el mismo que segun la historia se llamaba *Bleda*.

3. *Gunther*, rey de los Borgoñones, residente en Worms, hermano de Chriemgilda, esposa de Ligfrido. Próspero Aquitano escribió en 431 lo siguiente: «*Gundicarium Burgundionum regem, intra Gallias habitantem, Actius bello obtinuit, pacemque ei supplicanti dedit; qua non diu potitus est, siquidem illum Huni cum populo suo ac stirpe deleverunt.*

El nombre del hermano *Giselher* se encuentra en un documento del rey Gundobaldo del año 517 entre los reyes de Borgoña. Entre los caballeros de su córte *Volcher* recuerda el nombre de *Talco*, que asesinó (577) á Chilperico por mandado de su hermana política Brungilda.

4 *Sigfrido*, Aquiles del poema, invulnerable como el héroe griego á esecpcion de un solo sitio: Sigfrido, vencedor de los Nibelungos, de un dragon y de la reina de Islandia, la amazona Brungilda, se casó con el rey Gunther y fue reina de Borgoña. Su padre, llamado *Sigmundo* era rey de los Paises-Bajos (*Niderlandia*) y residia en Santen, sobre el Bajo-Rhin.

Es digno de atencion que la tumba del rey Siegberto (que no es mas que otro modo de escribir su nom-

bre) erigida en Soissons, en la iglesia de San Medardo que este príncipe mandó edificar, presenta el dragon á los piés del rey. La vida de este desgraciado monarca ofrece tambien analogia con la del héroe del poema en lo tocante á haber sido vencedor, como Sigfrido, de los Sajones y de los Daneses, y haber sido asesinado (575) por instigacion de su cuñada Fredegunda. así como Sigfrido lo fue por las sugestiones de Brungilda. Siegberto era rey de Austrasia, en cuyos límites se encontraba *Santen*. *Guntran* que al parecer es el mismo nombre que Gunther ó *Gundar* era hermano suyo. Por último la esposa de Siegbert se llamaba *Brunequilda*, hija de Atanagildo de España, rey de los Visogodos que fue asesinado en 613. La version de la historia del poema, en el *Edda* llama Sigurd (Sigfrid) al primer esposo de Brunequilda.

Estos son todos los personajes del poema : algunos recuerdan nombres y otros la vida y hechos de personajes ilustres entre los Borgoñones, los Francos y los Godos del quinto y sexto siglo, á excepcion del margrave Rudiger que pertenece á una era posterior del noveno y décimo siglo. Ahora citaré los principales nombres históricos de estos dos últimos siglos.

II. *Siglos noveno y décimo.*

El poema habla de los *Rusos* que figuran en la escena en 862; de los Húngaros y los Hunos que tambien se presentan en ella 900, segun la antigua opinion. Entre los personajes que reciben á los Borgoñones al pasar por la Baviera y el Austria al país de Atila, en Hungría, se menciona el obispo *Piligrin* ó *Pligerin de Passau* (en Baviera). Este era el gran apóstol de los Húngaros. Fue obispo de una parte de Hungría y Austria desde el 971 hasta el 972. Los Borgoñones le encontraron en Passau, y recibió á *Chriemjilda*, como sobrina suya.

III. *Siglos once y doce.*

Solo al siglo XI puede pertenecer la mencion que se hace de los Polacos y al XII la de la ciudad de Viena, edificada en 1162.

El gran ingenio de este siglo XII, que supo reunir estos elementos épicos, tal cual se habian ido desarrollando en la historia de los pueblos germánicos, relacionando los héroes de diversas épocas con el principal suceso de la historia de los Borgoñones, la derrota del rey Gunther por los Hunos, aquel ingenio, vuelvo á decir, dió á su narracion el colorido de la edad media feudal y caballeresca. Por lo tanto hablando con todo rigor el poema no es histórico sino para esa época, ni presenta mas fechas anteriores que la imágen trasmitida por la tradicion popular. Así es que la córte de Gunther es la de un príncipe del siglo XII: las armas que usan los héroes, y todo su modo de vivir pertenecen á la misma fecha. Los Hunos del siglo V, viven segun el poema, como los Húngaros del XI.

Las noticias detalladas acerca de origen é historia de este poema épico (al cual con mucha probabilidad puede referirse el célebre pasaje de la vida de Carlo-Magno). («Item barbara et antiquisima carmina, quibus veterum regun actus et bella canebantur, scripsit memoriæque mandavit.») Fueron recogidas por los sabios *hermanos Grimm*, en su periódico, el *Deutsche Walder*, La mejor disertacion sobre su importancia nacional y su belleza épica es la de *M. Aug. G. Schlegel* en el Museo germánico (Deotsches Museum), publicado por Mr. Federico Schlegel.

La primera edicion fue publicada en 1757 por *Bodmer*, dedicándola á Federico el Grande, á cuyo talento no se escapó la grandeza de la concepcion del poema que sin embargo no llegó á ser apreciado de la nacion sino hasta principios de nuestro siglo. Publicado sucesivamente este poema por *Hagen* y *Zeume*, ha sido últimamente impreso con arreglo al manuscrito mas antiguo, y con un criterio sobresaliente por el célebre filósofo de Berlin, *M. Lachmann.*

Una traduccion francesa de este poema que los Goëthe y los Schlegel han encontrado digno del nombre de Iliada germánica, una traduccion hecha en el estilo sencillo y natural de las crónicas, y precedida de una noticia histórica y un análisis que hiciera resaltar la sublimidad del concepto y las bellezas de detalle de esta epopeya, alcanzaria brillantes resultados. Para hacer semejante traduccion se necesitaria un hombre muy versado en la literatura alemana antigua, para comprender bien el idioma en que está escrito el poema original.

EXTRACTO

DEL POEMA DE LOS NIBELUNGEN

ESCRITO EN 4316 ESTROFAS DE CUATRO VERSOS PAREADOS (ESPECIE DE ALEJANDRINOS) DIVIDIDOS EN CUARENTA AVENTURAS.

Gunther hijo de Danckart y de Ute, rey de Borgoña residente en Worms, tenia dos hermanos. *Genot* y *Gieslher*, y una hermana, objeto de su cariño llamada *Chriemjilda*. Su córte era la principal de aquella época, y los mas célebres caballeros servian en ella; la jóven princesa era celebrada en todo el mundo tanto por su hermosura, como por la nobleza de su corazon. Esta jóven vió en sueños dos águilas que precipitándose sobre un halcon que tenia en sus manos le dieron muerte. Su madre le explicó este sueño; el halcon significaba un noble caballero con quien habia de casarse y que le habia de ser arrebatado por una muerte violenta.

Habia en aquel tiempo en Santen un héroe que por su hermosura y bizarría era el mas completo de los caballeros; *Sigfrido*, hijo de Sigmunt y de Sigelinda. Despues de haber dado muerte á un dragon, con cuya sangre se hizo invulnerable menos en un sitio entre los hombros, y despues de haber vencido á los hermanos Nibelungo y Eschilbungo dueños de un tesoro, pasó á la córte de Worms á pedir la mano de Chriemjilda. *Hagen*, que era el principal caballero de los que servian al rey, se opuso; mas habiendo Sigfrido prestado dos grandes servicios al monarca, consiguió que este le prometiera darle la mano de su hija.

El primero de estos dos servicios fue vencer á los Sajones y Daneses, poderosos enemigos de Gunter, y el segundo haberle ayudado á salir vencedor de la célebre amazona *Brunegilda*, reina de Isenlandia, que á cuantos aspiraban á su mano les obligaba á pelear tres veces con ella, cortándoles la cabeza si eran vencidos y solo otorgaba su mano á quien saliera vencedor. Cuantos hasta entonces se habian presentado, tantos perdieron la vida : Gunter hubiera corrido la misma suerte á no haberle ayudado invisiblemente Sigfrido: un célebre mágico que el jóven guerrero habia librado del enano Albrich, custodio del tesoro de los Nibelungos le habia dado el don de la invisibilidad.

Brunegilda vencida fue llevada á Worms donde se celebraron las bodas de Gunter y Sigfrido. La altiva Brunegilda no permitió á Gunter usar de sus derechos de esposo, pues al arrimarse á ella lo ató y le hizo prometer que jamás atentaria á su virginidad. Mas Sigfrido ayudó tambien esta vez á su cuñado : ataron á Brunegilda estando dormida; su altivez tuvo que capitular y desde aquel momento fue esposa sumisa. En la lucha que tuvo con Brunegilda Sigfrido le quitó el cinturon y se lo guardó : esta fué la primera causa

de su desgracia y de la ruina de la casa de Borgoña.

Habiendo Criemjilda visto el cinturon atormentó tanto de zelos á su marido, que este en un momento de debilidad y quebrantando la palabra dada á Gunter descubrió el misterio y por último dió el cinturon á su mujer Criemjilda habiéndole hecho prometer que lo guardaria en secreto.

De allí á poco tiempo ambas mujeres fueron á la iglesia y Brunejilda no quiso permitir á la esposa de Sigfrido, que habia sido presentada como vasalla de Gunter, entrar al lado suyo. Criemjilda ofendida le enseñó el cinturon y la llamó concubina de su marido. Brunejilda juró tomar venganza de aquella afrenta y acusó á Sigfrido de haberse jactado del deshonor de la reina. Sigfrido probó su inocencia por medio de un juramento público. El rey se dió por satisfecho, pero la reina se valió de Hagen, y este le permitió vengarla dando muerte á Sigfrido. Comunicó su designio á los príncipes y al rey quien cedió á las insinuaciones del traidor y á las lágrimas de su mujer. Hagen desde entonces aparentó la mas tierna amistad á Sigfrido y viendo que Criemjilda sin poder olvidarse nunca del sueño, estaba llena de inquietud por la suerte de su esposo, le dió palabra de no separarse nunca de su lado, aunque en realidad le parecia inútil su compañía por el don de invulnerabilidad de que el héroe gozaba. Entonces Criemjilda reveló á Hagen el punto en que su marido podia ser herido y señaló con una cruz encarnada el sitio en que la sangre del dragon no habia penetrado.

El resultado de la traicion estaba ya asegurado: dispusieron una caceria en una isla del Rhin y cuando el héroe se encorvó sobre una corriente para apagar la sed, el traidor consumó su atentado, haciendo luego colocar el cadáver de Sigfrido delante de la puerta de Criemjilda, que al salir de sus habitaciones al dia siguiente quedó aterrada con aquel espectáculo.

Aquí termina la primera parte del poema. Criemjilda vivió en el mas completo retiro por espacio de trece años lamentando el triste fin de su esposo y la pérdida del tesoro de los Nibelungos que tambien le habian quitado.

Habiendo Etzel, rey de los Hunos oido hablar de la gloria de Sigfrido y de la hermosura de su viuda, se determinó despues de la muerte de su primera esposa *He-che* á pedir la mano de Brunejilda. A pesar de haberse esta espantado con la idea de contraer segundo enlace y particularmente con un pagano, cedió al fin cuando uno de los vasallos alemanes de Etzel, el margrave Rudiger le prometió no abandonarla nunca y ayudar á vengarla del asesinato de su primer marido y del robo del tesoro de los Nibelungos.

Criemjilda dió la mano al rey de los Hunos que la recibió en Viena.

Mas el dolor y su sed de venganza contra Hagen fueron cada vez mas acerbos. Aparentaba morirse de deseos de volver á ver á sus padres. Etzel deseando consolarla le prometió que haria venir toda la córte de Borgoña á verla. Invitaron á Guntero, y este sin hacer caso del consejo que le daba Hagen de que no aceptara el convite, partió con 1060 caballeros, y 9000 soldados.

Al llegar al Danubio, Hagen se hizo predecir el resultado del viaje por las ninfas del rio á las cuales quitó sus vestidos: dijéronle las ninfas que cuantos iban en aquella expedicion habian de morir menos el capellan del rey. Hagen para desmentir este oráculo precipitó al capellan en el rio; pero fue milagrosamente salvado. En vista de esto Hagen hizo pedazos el único barco en que habian pasado el Danubio y anunció á sus compañeros que no volverian á ver su patria.

Etzel recibió á sus huéspedes con cordialidad; pero la reina no pudo ocultar su furor contra Hagen. Primero intentó hacerle morir á él solamente; mas no habiéndolo podido conseguir decretó la ruina de todos. En tanto que los héroes borgoñones asistian á su banquete llegó uno de los empleados del rey todo ensangrentado diciendo que sus nueve mil soldados habian sido pasados á cuchillo por Blodel, hermano de Etzel, á quien acababa de matar. Hagen se levantó, cortó la cabeza de un jóven príncipe, hijo de Etzel y de Criemjilda, que estada con ellos en el banquete y se retiró con los demás Borgoñones al castillo que se les habia dado por alojamiento.

No pudiendo los Hunos, enviados por la reina, entrar en él, dieron fuego á los cuatro ángulos de la fortaleza: los caballeros Borgoñones apagaron las llamas con cadáveres de enemigos, y siguiendo el consejo de Hagen reanimaron sus fuerzas bebiendo sangre que les inspiró una rabia y un valor invencible.

En vano Rudiger y Teodorico trataron al dia siguiente de conseguir que los Borgoñones pudieran retirarse libremente: Criemjilda queria la cabeza de Hagen, pero el rey se negó abiertamente á entregarlo á su venganza. Rudiger cuya hija tenia que casarse con el príncipe Giselher de Borgoña, tuvo que renovar como vasallo de Etzel el ataque: despues de una tierna escena entre este príncipe y Hagen, á quien dió su escudo (movido del heroismo de su enemigo que le pidió esta última señal de aprecio) atacó á los héroes de Borgoña. El príncipe Gernot cayó entre sus manos, finalmente él y Giselher perecieron combatiendo cuerpo á cuerpo.

La tropa de Rudiger fue toda pasada á cuchillo. Al saber los vasallos de Dietrich, rey de los Amelungos (Ostrogodos) esta noticia pidieron permiso para llevarse el cadáver del margrave. El rey Gunter estaba dispuesto á dárselo, pero Wolkner y Hagen exigieron que vinieran á reconocerlo entre los demás cuerpos muertos. Esto dió lugar á una segunda disputa de la que se originó un nuevo combate: todos los hombres que Dietrich envió á reconocer el cadáver, quedaron despojados de la vida.

El gran príncipe de los Amelungos se dirigió entonces á Gildebrandt, que era el mas valiente de sus compañeros. Rogóle el rey que se entregara juntamente con los pocos héroes que vivian aun, prometiendo salvarles la vida si lo hacian.

Los fieros Borgoñones rehusaron someterse, pero el héroe de los Ostrogodos venció sucesivamente al rey y á Hagen y los presentó atados á Criemjilda amonestándola que les perdonara la vida. Criemjilda por de pronto habló á solas con Hagen prometiendo no matarle si le decia qué se habia hecho del tesoro de los Nibelungos. Hagen no quiso descubrir este secreto en tanto que el rey viviera. Criemjilda hizo que en el acto le presentaran la cabeza de Gunter. Al verla, Hagen dijo que ya habia previsto su crueldad, y que él por su parte habia deseado impulsarla hasta el extremo de que quitara la vida á su propio hermano; pero que todo era inútil, pues nunca llegaria á saber donde estaba el tesoro de los Nibelungos del cual era el único posesor, habiendo muerto todos los príncipes de Borgoña.

Al oir estas palabras Criemjilda tomó una cuchilla é hizo saltar la cabeza del héroe. Hildebrandt, compañero de Dietrich, á quien estaba encargada la custodia de Hagen, lleno de horror mató á la reina. Este fue el triste fin de los Borgoñones, y Etzel se quedó solo con Dietrich para llorar á los que habian perecido.

A estas notas comunicadas por S. E. M. Bunsen añadiré que los Alemanes tienen una tragedia de Atila, de Warner. Existe ademas una vida de Atila escrita en el siglo XII por Juvencus, Cæcilius, Calanus, Delmaticus, y otra compuesta en el siglo XVI por Olao, arzobispo de Upsal. Últimamente se ha publicado en Alemania una historia de los Hunos.

FIN DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS.

NOTAS DE LOS ESTUDIOS HISTORICOS.

NOTAS DEL PREFACIO.

[1] La de la última eutrega de la primera edicion de sus obras completas.

[2] Este extracto se publicó en el Diario de los Debates del 27 de junio de 1830. Mr. Desmousseaux de Givre, agregado á mi embajada de Londres, era mi segundo secretario de embajada en Roma. Este es el único de todos los jóvenes diplomáticos que presentó su dimision cuando Mr. de Polignac se encargó de la cartera de Asuntos Extranjeros, y se retiró conmigo y sin mi aprobacion. Despues de las jornadas de julio tuvo deseos de volver al servicio, y fue pospuesto por sugetos enteramente nuevos en la carrera, ó cuyo mérito solo consistia en haber servido cerca de embajadores que habian sido los mas opuestos á las libertades constitucionales de Francia. No era tanta la riqueza del cuerpo diplomático en aquella época (estoy muy bien enterado de este particular) para que no se echaran de menos los servicios de un sugeto como Mr. de Givre, cuando este tenia á bien hacer el sacrificio de adherirse á tan deplorable ministerio.

[3] Despues de escritas estas líneas ha sido nombrado papa el cardenal Capellari. Es hombre de vasta ciencia, de eminente virtud y conocedor de su siglo; pero habrá llegado tarde? Yo habia invocado esta eleccion con todo mi deseo en el cónclave anterior.

[4] Mr. Hochet, secretario general del Consejo de Estado.

NOTAS DEL ESTUDIO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

[1] Hæc cum Cæsar ita recitasset, mire senatorum animi affecti sunt. Fuerunt pauci qui ejus animum intelligerent ideoque adstipularentur; reliqui aut suspicabantur quo hæc concilia dicta essent, aut fidem iis habebant. Horum alteri artificium in occultanda callide sua sententia Cæsaris admirabantur; alteri, hoc ejus propositum; alteri ægre ejus versutiam, alteri pœnitentiam captæ respublicæ procurationis ferebant: jam enim extiterant qui popularem reipublicæ formam ut turbulentam odissent, ac mutationem ejus approbrarent. Cæsaris imperio delectarentur...... proinde cum frecuenter etiam dicenti adhuc acclamassent, ubi peroravit, multis omnes eum verbis precati sunt, ut solus emperii summam gereret: multisque quibus id ei persuaderent adductis argumentis tandem eo compulerent ut principatum solus obtineret (Dionis. *Hist. rom.*, lib. LIII, ed. Joannis Leunclavii, pág. 502, 505.)

[2] Ad quam deliberationem quum Agrippam, Mæcenatemque adhibuisset (nam cum his de omnibus arcanis suis communicare solebat) prior in hanc sententiam Agrippa locutus est (Dionis., *Hist. rom.*, lib. LII, pág. 463; edit. Joannis Leunclavii.)

In qua re diversæ sententiæ consulto habuit, Mæcenatem et Agrippam...... quare Augusti animus hinc ferebatur et illinc ... Rogavit igitur Maronem an conferat privato homini se in sua republica tirannum facere. (Pág. última. *Vitæ Virgilii* tributæ Donato; edic. 1699 a P. Ruces. Parisiip.)

[3] In hunc modum pugna navalis facta est 4 nonas septembris. Id a me non frustra commemoratum est, dies annotare alioquin non solito, sed quod ab ea die primum Cæsar solus rerum potitus est, imperiique ejus recentio præcise ab ea sumitur (Dionis Casii, *Hist. rom.*, lib. LI, pág. 442; edit. Joannis Leunclavii.)

Hoc autem anno (ab Urbe condita 735), vere iterum penes unum hominem summa totius reipublicæ esse cæpit. Quamquam armorum deponendorum, resque omnes senatus populique potestati tradendi consilium Cæsar agitaverit. (*Ibid.*, lib. LII, pag. 463, lib. LIII, pág. 474, 511, núm. 2, p. 40.)

[4] Quod principi placuit, legis habet vigorem: utpote cum lege regia, quæ de imperio ejus lata est, populus ei et in eum omne suum imperium et potestatem conferat. (Ulpian., lib. I, *Princip.* et de *Constit. princip.*)

[5] Certum numerum partim in urbis, partim in sui custodiam allegit dimissa Calaguritanorum manu quam usque ad devictum Antonium, item Germanorum quam usque ad cladem varianam, inter armigeros circa se habuerat. (Suet. *in vita Aug.*)

[6] Termini igitur finesque imperii romani sub Augusto erant, ab oriente Euphrates; a meridie Nili cataractæ, et deserta Africæ et mons Atlas; ab occidente oceanus; a septentrione Danubius et Rhenus. (Just. Lips. *de Magrom.*, lib. I, capitulo III, Antuerpiæ. 1637, 6, tom. in fol., t. III, p. 379.)

Retenti fines, seu dati imperio romano *(en tiempo de Claudio)*: Mesopotamia per orientem, Rhenus Danubiusque ad septentrionem, et a Meridie Mauri accepere provinciis. (Aus. Vict., *Hist. abbreo.*, part. II, cap. IV; Suet., *Hist. rom.*, tomo II, pág. 127.)

Hadrianus gloriæ Trajani certum est invidiase qui ei susceperit in imperio: sponte propia reductis exercitibus, Armeniam, Mesopotamiam, et Assyriam concessit; et inter Romanos et Parthos medium Euphratem esse voluit (Sext. Ruf., *Brev.*; Suet.; *Hist. rom.* tomo II, pág. 166.)

[7] Romani imperii, quod post Augustum defensum magis fuerat, quam nobiliter ampliatum, fines longe, lateque diffudit: urbes trans Rhenum in Germania reparavit: Daciam, Decibalo victo, subegit, provincia trans Danobium facta in his agris quos nunc Teciphali, et Netophali et Thembirgi habent. Ea provincia decies centena millia pasuum in circuitu tenuit. Armeniam, quam occupaverunt Parthi, recepit

Parthamisire occiso, qui eam tenebat. Albanis regem dedit. Iberonem regem, et Sauromatorum, et Bosporanorum, et Arabum, et os Droenorum et Cochorum, in fidem accepit. Corduenos, Marcomeros occupavit: et Anthemusium, magnam Persidis regionem; Seleuciam, et Ctesiphontem, Babylonem et Messenios vicit ac tenuit: usque ad fines et mare Rubrum accepit: atque ibi tres provincias fecit, Armeniam, Assyriam, Mesopotamiam, cum his gentibus, quæ Madenam attingunt. Arabiam postea in provinciæ formam redegit; in mari Rubro classem instituit, ut per eam Imbriæ fines vastaret. (EUTROP., lib. VIII, cap. II et III. Lugduni Batavorum, 1762, in 8.° pág. 360 et seg.)

Trajanus, qui post Augustum romanæ reipublicæ movit lacertos, Armeniam recepit a Parthis. Sublato diademate, regi Armeniæ majoris regnum ademit Albania regem dedit, Iberos, Bosporanos, Colchos, in fidem romanæ ditionis accepit. Saracenorum loca et Arabum occupavit. Corduenos et Marcomedos obtinuit, Anthemusiam, optimam Persidis regionem, Seleuciamque et Ctesiphontem ac Babyloniam accepit et tenuit. Usque ad Indiæ fines post Alexandrum accepit. In mari rubro classem instituit (SEX. RUF. *Brev.*, SUET., *Hist. rom.*, tomo II, pág. 165)

[8] Quarta æstas obtinendis, quæ percurrerat, insumpta. Ac, si virtus exercitum et romani nominis gloria pateretur, inventus in ipsa Britannia terminus. (TAC., *Agrip.*, capitulo XXIII; SUET. *Hist. rom.*, vol. III, pág. 366.)

Britanniæ situm populosque multis scriptoribus numeratos, non in comparationem curæ ingeniive referam; sed quia tunc primum perdomita est. (TAC., *Agrip.*, cap. XXIII; SUET., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 365.)

[9] Sed præcipuum robur Rhenum juxta, commune in Germanos Gallosque subsidium, octo legiones erant. Hispaniæ recens perdomitæ, tribus habebantur. Mauros Juba rex acceperat domum populi romani. Cætera Africæ per duas legiones: parique numero Ægyptus. Dehinc initio ab Syria usque ad flumen Euphratem, quantum ingenti terrarum lines ambitur, quatuor legionibus coercita; accolis Ibero Albanoque et aliis regibus, qui magnitudine nostra proteguntur adversum externa imperia. Et Thraciam Rhœmetalces ac liberi Cotyis; ripamque Danubii legionum in Pannonia, ducere in Mœsia attinebant: totidem apud Dalmatiam locatis quæ positu regionis a tergo illis, ac, si repentinum auxilium Italia posceret, haud procul accirentur. (TAC., *Ann.*, lib. IV, cap. V; SUET.; *Hist. rom.*, vol. III, pág. 185.)

Alebantur eo tempore legiones civium romanorum XXIII, aut, quem alii numerum ponunt, XXV. (DION., lib. LV, capitulo XXIII. Stamburgi, 1752, in-fol pág. 794)

[10] Arguentibus amicis quod (Favonius) male cederet Hadriano, de verbo quod idonei auctores usurpassent, risum jucundissimum movit. Ait enim: «Non recte suadetis, familiares, qui non patimini me illum doctiorem omnibus credere, qui habet triginta legiones.» (SPAR., *in Adrian.*, cap. XV; SUET., *Hist. rom.*, vol. II, pág. 281.)

Sub Augusto et Tiberio viginti quinque legiones fuerunt, ex Dione et Tacito; quin postea tamen auxerint, vix dubito, et sub Trajano atque Hadriano certum fuisse triginta, aut et supra. (LIPS., *de Magnit rom.*, lib. I, cap. IV. Antuerpiæ, 1337, in-fol., tomo III, pág. 379.)

[11] Id modo ejus anni in Hispania ad memoriam insigne est, quod mercenarium militem in castris neminem ante, quam tum Celtiberos, Romani habuerunt. (TIT. LIV. lib. XXIV, cap. XLIX. Lugduni Batavorum et Amstelodami, 1740, in-4.°, tomo III, p. 934)

[12] Sed hæc ita sub Augusto: ut tamen tetigæ creverunt, et primum Claudius imperator, Britannia domita, legiones in ea tres locavit, manseruntque. Tum Vespasianus duas etiam in Cappadocia: et Trajanus deinde in Dacias duas. (JUST. LIPS., *de Magnit*, *rom.*, lib. I, cap. IV. Antuerpiæ, 1637, fol., tomo III, pág. 937.)

En tiempo de Alejandro Severo ya no quedaban mas que 19 de las 28 de Augusto: las demás fueron disueltas ó incorporadas unas en otras, segun lo afirma Dion; mas los sucesores de Augusto las aumentaron.

Alebantur eo tempore (Augusti ævo) legiones civium romanorum XXIII, aut, quem alii numerum ponunt, quinque et viginti; nostro tempore solæ novemdecim ex iis restant: nempe secunda legio Augusta, cujus in superiori Britannia sunt hyberna: tres tertiæ, una in Phœnicia, Gallica, nomine; altera in Arabia, Cyrenaica dicta legio; tertia, Augusta, in Numidia; quarta, Scythica, in Syria: quinta, Macedonica, in Dacia; sexta duæ, una in inferiori Britannia, Victrix: altera in Judæa, Ferrata: septima in Mysia superiore, Claudiana præcipue nuncupata: octava, Augusta, in Germania superiore: decima utraque gemina, cum quæ in Pannonia superiore, tum qui in Judæa posita est: undecima in Mysia inferiore, Claudiana cognomento (hæ duæ legiones a Claudio sunt nominatæ, quod adversus eum in seditione Camilli non rebellassent): duodecima in Cappadocia, Fulminifera: decima tertia gemina in Dacia: decima quarta gemina in Pannonia superiore: decima quinta Apollinaris, in Cappadocia; vicesima Valeria et Victrix, in Britannia superiore versantes: quam vicesimam, ut mihi videtur, eamdem cum ea legione, cui pariter nomen est Vicesimæ; et cui hiberna in superiore sunt Germania (quamvis non ab omnibus Valeria dicatur, neque hodie id nomen retineat), Augustus accepta m servavit. Hæ itaque legiones Augusti supersunt, reliquis aut omnino dispersatis, aut ab ipso Augusto, et aliis imperatoribus, inter cæteras legiones admixtis, unde geminarum appellatio tracta putatur.—Ac quoniam quidem semel de legionibus dicere cœpi, lubet reliquas etiam superstites, ab aliis imperatoribus deinceps lectas, hoc loco referre, ut qui de his cognoscere cupit, uno omnia loco facilius percipiat. Nero legionem primam, Italicam nuncupatam, instituit inferiori Mysia hyemantem: Galba primam Adjutricem, in inferiori Pannomia, septimam in Hispania: Vespasianus secundam Adjutricem, in Pannonia inferiori, quartam in Syriam Harsam: Domitianus primam Minensiam, in Germania inferiori: Trajanus secundam Ægyptiam, et trigesimam Germanicam, quibus a suo nomine nomen imposuit. Marcus Antoninus secundam in Norico, tertiam in Rhætia: quæ etiam Italica vocatur: Severus Parthicas primam et tertiam in Mesopotamia, secundamque Mediam in Italia.

Nostro itaque tempore tot sunt legiones civium præter urbanos et prætorianos sub Augusto autem seu XXIII, seu XXV ictæ alebantur, ac multæ etiam aliæ auxiliariæ, equitum peditumque et classiariorum, qua non certus numerus mihi non constat. (DION.; lib. LV, cap. XXIII et LIV. Hamburgi, 1752, in-fol., pág. 794 et seq.)

[13] Οἵ τε σωματοφύλακες, μύριοι ὄντες, καὶ δεκαχῇ τεταγμένοι, καὶ οἱ τῆς πόλεως φρουροὶ ἑξακισχίλιοι τε ὄντες, καὶ τετραχῇ νενεμημένοι.

Decies item mille prætoriani milites in decem divisi cohortes, ultro præsidiani, ad sex millia, in quatuor cohortes distributi. (DION., lib. LV, cap. XXIV. Hamburgi, 1752, in-fol., pág 797.)

Totidem (legionibus), apud Dalmatiam locatis, quæ positu regionis a tergo illis, ac si repentinum auxilium Italia posceret, haud procul accirentur: quamquam incideret urbem propius miles, tres urbanæ, novem prætoriæ cohortes. Etruria ferme Umbriaque delectæ, aut vetere Latio, et coloniis antiquitus romanis. (TAC., *Ann.*, lib. IV, cap. V; *Historia rom.*, vol. III, pág. 185)

Aumentáronse en tiempo de Vitelio.

Insuper confusus, pravitate vel ambitu, ordo militiæ. Sedecim prætoriæ, quatuor urbanæ cohortes scribebantur, queis singula millia inessent. (TAC., *Hist.*, lib. II, cap. XCIII; SUET., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 311.)

[14] Ex militaribus copiis legiones et auxilia provinciatim distribuit: classem Miseni, et alteram Ravennæ, ad tutelam superi et inferi maris, collocavit. (SUET., *Aug.*, cap. XLIX; SUET., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 30.)

Italiam utroque mari duæ classes; Misenum apud et Ravennam, proximumque Galliæ littus rostratæ naves præsidebant, quas actiaca victoria captas Augustus in oppidum Forojuliense miserat, valido cum regimine. (TAC., *Ann.*, lib. IV, cap. V, SUET., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 185.)

Apud Misenum ergo et Ravennam singulæ legiones cum classibus stabant, ne longius a tutela urbis abscederent: et cum ratio postulasset, sine mora, sine circuitu ad omnes mundi partes navigio pervenirent. (VEGET., lib. IV, capítulo XXXI. Vesaliæ Clivorum, 1670, in-8.°, pág. 133.)

[15] Igitur digressus castellis Vannius, funditur prælio: quamquam rebus adversis, laudatus quod et pugnam manu capescit, et corpore adverso vulnera excepit. Cæterum ad classem in Danubio opperientem perfugit. (TAC., *Ann.*, libro XII, cap. XXX; SUET., *Hist. rom.*, vol. III, pág. 224.)

Nam per Rheni quidem ripam quinquaginta amplius castella direxit, Bonnam et Geconiam cum pontibus junxit, classibusque firmavit. (HOR., lib. IV, cap. XII; SUET., *Hist. rom.*, vol. II, pág. 51.)

[16] *Qui rempublicam salvam esse vult, me sequatur*, decia el cónsul. *Tumultus quasi timor multus, vel a tumeo.* (CIC. Phil.)

[17] La verdadera cronologia debe colocar el nacimiento de Jesucristo en 25 de diciembre del año de Roma 751 y el 27 del reinado de Augusto; pero la era comun, segun lo he indicado ya, se cuenta desde el año 754 de la fundacion de Roma.

[18] Legem majestatis reduxerat; cui nomen apud veteres idem, sed alia in judicium veniebant. Siquis proditione

exercitum aut plebem seditionibus denique, male gesta republica, majestatem populi romani minuisset. Facta arguebantur, dicta impune erant. Primus Augustus cognitionem de famosis libellis specie legis ejus tractavit, Commotus Casii Severi libidine, qua viros feminasque illustres procacibus scriptis diffamaverat. Mox Tiberius consultante Pompeio Macro prætore: *an judicia majestatis redderentur? Exercendas leges esse* respondit. (TAC. *Ann.*, lib. I, cap. LXXII, pág. 128 y 129, edic. 1715 a Crist. Hauffio. Leipsick.—*Cod.*, lib. IX, tit. VIII. *Ad legem Juliam majestatis.*—*Digest.* eodem.

19 Et elegerunt Stephanum, virum plenum fide, et Spiritu Sancto, et Philippum et Prochorum, et Nicanorem et Timonem, et Parmenam et Nicolaum Advenam Antiochenum. (*Act. Apost.* V. S. pág. 289. Lyon, 1684.

20 Et lapidabant Stephanum invocantem et dicentem: Domine Jesu, suscipe spiritum meum.

21 Simon nimirum quidam Samaritanus, in vico cui Gitthon nomen est, natus sub Claudio Cæsare... propter magicas quas exibuit virtutes deus habitus, et statua apud eos veluti deus honoratur: quæ statua in omne Tiberi, inter duos pontes est erecta, latinam hanc habens inscriptionem: *Simoni deo sancto*: ac Samaritani prope omnes, ex aliis nationibus etiam perpauci, illum quasi primum deum esse confitentes, adorant quoque. (JUST., *Mar. Apol.* tom. II. pág. 69.)

22 Pilato de christianorum dogmate ad Tiberium referente, Tiberius retulit ad senatum, ut inter cætera sacra reciperetur. Verum, cum ex consulta patrum christianos eliminari Urbe placuisset, Tiberius post edictum, accusatoribus christianorum comminatus est mortem, scribit Tertulianus in *Apologetico* (EUSEB. Cæs. Chroni. An. Dom. XXXVIII. Bale.)

23 Neque multo post, rumore cædis exterritus, processit ad solarium proximum, interque prætenta foribus vela se abdidit: latentem discurrens forte gregarius miles, animadversis pedibus, e studio sciscitandi quisnam esset, agnovit, extractumque, et præ metu ad genua sibi accidentem, imperatorem salutavit. (*Vita Claudii*, cap. II, pag. 202; édit. de 1761, por Ophelot de La Pause. Paris.)

24 Anno Domini 38,—regnante Caligula,—Herodes Lugdunum Galliæ mittitur in exilium. JOSEPH. 18-14.)

Interea Tiberius duobus et viginti circiter annis sui principatus exactis, vivendi finem fecit: postquam Caius imperium suscepit; et continuo Judæorum principatum tradidit. Agrippæ simul et Philippi ac Lysianæ tetrarchias, cum quibus et paulo post Herodis eidem pariter contulit. Ipsum vero Herodem qui vel in Johanis nece autor extiterat, vel in passione Domini interfuerat: multis excruciatum modis æterno damnat exilio: sicut Josephus in his quæ supra inseruimus scribit. (EUSEBII CÆS *Historiæ*, lib. II, pag 482; édit. 1559. Basileæ, per Henricum Petri, in 4.º)

Hé aqui el pasaje que Eusebio, segun Nicéforo y Josefo refieren en el sitio indicado.

In tantas et tan graves calamitates, ut fertur, incurrit, ut necessitate adductus, sibi propria manu mortem consciceret, suorumque ipse scelerum vindex existeret (EUSEB., *Hist. eccles.*, lib. II, cap. VII.)

25 Et annum totum conversati sunt ibi in ecclesia, et docuerunt turbam multam, ita ut cognominarentur primum Antiochiæ discipuli christiani (*Act. Apostolor*, cap. XI, vers. XXVI, pag. 295. Lugduni, 1684.)

26 Continuo namque in ipsis Claudi temporibus, clementia divinæ Providentiæ probatissimum omnium apostolorum et maximum fidei, magnificentiæ et virtutis merito primorum principem Petrum, ad urbem Romam, velut adversum humani generis communem perniciem repugnaturum deducit, ducem quemdam et magistrum militiæ suæ, scientem, divina prælia gerere, et virtutum castra ductare, isteadveniens ex orientis partibus, ut cœlestis quidam negociator, mercimonia divini luminis, si quis sit comparare paratus, advixit, et salutaris prædicationis verbo primus in urbe Roma Evangelii sui clavibus januam regni cœlestis aperuit (EUSEB. CÆS., *Eccles. Hist.*, lib. II, pag. 487; edit. Basileæ, per Henric. Petri; 1559, in 4.º)

Petrus apostolus, natione Galilæus, christianorum pontifex, cum primum Antiochenam Ecclesiam fundasset, Romam proficiscitur, ubi Evangelium prædicans viginti quinque annis ejus urbis episcopus perseverat. (EUSEBII *Cæsaris Chronicon*, D. Hieronymo interprete. Anno Dom. 44, pag. 77; edit. Basileæ, per Henricum Petri, 1559.)

27 Salutate eos qui sunt ex Narcissi domo, qui sunt in Domino. (*Ep.* 16 B. PAUL *ad Romanos* v. II.)

28 Prædictum a mathematicis Neroni olim erat, fore ut quandoque destitueretur. Unde vox ejus celeberrima: *τὸ τέχνιον πᾶσα γαῖα τρέφει.* (SUET., *in Vit Neronis.*)

29

Pone Tigellinum: tæda lucebis in illa,
Qua stantes ardent, qui fixo gutture fumant,
Et latum media sulcum deducit arena.

(JUV., *Sat.* I, v. 155.)

Afflicti periculis christiani. (SUET., *in vit. Neronis*, pag. 251, cap. XVI.)

Nero, quæsitissimis pœnis adfecit, quos per flagitia invisos, vulgus *christianos* appellabat.

Et pereuntibus addita ludibria, ut ferarum tergis contecti, laniatu canum interirent, aut crucibus affixi, aut flammandi; atque ubi defecisset dies, in usum nocturni luminis uterentur. (TACIT., *Annal*, lib. XV; édit. de Barbou.)

30 Cum autem venissemus Romam, permissum est Paulo manere sibimet cum custodiente se milite. (*Act. Apost.*, cap. XXVIII, v. 16.)

Mansit autem biennio in suo conducto: et suscipiebat omnes qui ingrediebantur ad eum.

Prædicans regnum Dei, et docens quæ sunt de Domino Jesu-Christo, cum omni fiducia, sine prohibitione.

31 Præterea tantum qui peragraverim terrarum, quantum antea mortalium nemo belluasque viderim Arabicas Indicasque varii generis; hæc tamen bellua quam tyrannum vulgo vocant, neque quot capita habeat novi, neque utrum curvis unguibus serratisque sit dentibus.

Καὶ ἄλλως ἐπελθὼν γῆν, ὅσην οὔπω τις ἀνθρώπων, θηρία μὲν Ἀράβιά τε καὶ Ἰνδικὰ πάμπολλα εἶδον, τὸ δὲ θηρίον τοῦτο ὃ καλοῦσιν οἱ πολλοὶ τύραννον, οὔτε ὁπόσαι κεφαλαὶ αὐτῷ οἶδα, οὔτε εἰ γαμψώνυχός τε καὶ καρχαρόδους ἐστί. (PHILOST., *in Vit. Ap. Tyan.*)

32 Paulum proinde Romæ, eo regnante, securi percussum, et Petrum etiam suffixum cruci, historiarum monumentis proditum est; quin etiam insignis ac testata Petri ac Pauli inscriptio, quæ in cœmeteriis Romæ ad hoc usque tempus manet, hujus rei gestæ fidem facit: atque hæc ita se habere confirmat itidem vir ecclesiasticus Caius nomine, qui Zephirini pontificis romani temporibus vixit, inque disputatione scriptis prodita!...

Ego, inquit, apostolorum tropæa perspicue possunt ostendere; nam, si lubet in Vaticanum proficisci, aut in viam quæ Ostiensis dicitur, te conferre, tropæa eorum qui istam Ecclesiam suo sermone et virtute stabiliverunt, invenies. Porro Dionysius, corinthiorum Episcopus, illos ambos martyrium eodem tempore pertulisse, sic ad Romanos scribens commemorat; Petrum et Paulum, qui Romanos et Corinthios primum in Ecclesiam Christi inseruerunt, prudenti quodam admonitione impulsi, in unum locum conclusistis... Nam ambo.. eodem tempore martyrium subierunt (EUSEBII. *Hist. Eccles.* lib. II, pag. 49.)

Petrus ad extremum cum Romæ versaretur, capite deorsum statuto, sic enim perpeti cupiebat, cruci suffixus est... Quid attinet de Paulo dicere... Nerone summam rerum administrante, martyrio occubuit. Ista ab origine ad verbum tertio tomo Comentariorum, quos scripsit in Genesim revera commemorata sunt (Ibid., lib. III, cap. I, pag. 51.)

Petrus ad terram capite verso cruci affixus est in Vaticano justa viam triumphalem sepultus... Paulus vero gladio animadversus et via Ostiensi sepultus. (Baron, Martyr, pag. 289.)

33 Nero... dignus extitit qui persecutionem in christianos primus inciperet, nescio an postremus explerit: siquidem opinione multorum receptum sit, ipsum Ante Christum venturum, (SULPITII SEVERI *Sacræ Hist.* lib. III, pag. 95, edit. Elsevidiana, Sugduni Batavorum, Anno 1643.)

Cæterum cum ab eo de fine seculi quæremus ait nobis (S. Martinus) Neronem et Ante-Christum prius esse venturos: Neronem in occidentali plaga, regibus subactis decem; imperatorum, persecutionem autem ab eo hactenus exercendam ut idola gentium coli cogat (SULPITII SEVER *Dialogo* II, pag. 36, Edit. eadem.)

34 Aiunt Marcum primum in Ægyptum trajecisse... Atque tanta hominum et mulierum fidem christianam amplexantium ex prima aggressione et conatu, pergrave in primis, sanctum et severum ejus vivendi exemplum ibi cogebatur multitudo, ut Philoipse eorum studia exercitationes, mores, frequentes congressus, communem inter ipsos victus rationem, suis scriptis persequi, operæ prætium existimaret... Apud nos *ἀσκηταί*, id est monachi... appellati sunt... Ab Hebrais, ut videtur, ducebant originem. Propterea permulta vetera instituta, propius ad Judæorum consuetudinem accedentia, observabant. (EUSEB., (*Hist. eccles.* lib. II, pag. 29.)

35 Deese nobis terram in qua vivamus, in qua moriamur non potest. (TACIT. Annal. lib. XIII, pag. 256, Apud Barbou Parisiis 1777.)

[36] Legere se militem, non emere consuesse (SUET. in vita Galbæ.)

[37] ¿Quo authore? (*id. ibid.*)

[38] Suetonio añade algunos pormenores:

Jugulatus est ad lacum Curtii, ac relictus ita uti erat, donec gregarius miles, a frumentatione rediens, abjecto onere, caput ei amputavit: et quoniam capillo præ calvitie arripere non poterat, in gremium abdidit: mox inserto per os pollice ad Othonem detulit. (SUET., *in vit. Galbæ*, pag. 298 et 299.)

[39] Post hæc, sedata siti gelidæ aquæ potione, accepit duos pugiones, et explorata utriusque acie, cum alterum pulvino subdidisset foribus adopertis trajicit ictu infra læram papillam (SUET. *in vita Othonis*. pag. 300.)

[40] Hanc cænam iratris quoque superavit dedicatione patriæ, quam ob immensam magnitudinem clypeum Minervæ dictitabant (SUET. *in vit.* Auli Vitell. p. 317.)

Hanc patinam cum fictilis esse non posset propter magnitudinem argenteam fecit; eaque diu permansit, veluti res diis consecrata quosque Adrianus eandem conspicatus coullari jussit (DION. Hist. Rom. de Viteli. lib. LXV, pag. 735).

[41] Confugit in cellulam janitoris, religato pro foribus cane. (SUET. *in vit.* Auli Vitell. pag. 321.) Vitelius, sordido, attritoque sagalo amictus se abdit in oscurum locum ubi canes alebantur, sed investigatus, iuventusque pannis obsitus et sanguine perfusus quod eum canes laserant, deprehenditur (DION. *Hist. rom.* lib. LXVI).

[42] Religatis post terga manibus, injecto cervicibus laqueo veste discissa seminudus in Forum fractus est inter magna rerum verborumque ludibria, per totum Viæ Sacræ spatium reducto coma capite ceu noxii solent, atque etiam mento mucrone gladii subjecto ut visendam præberet faciem, neve submitteret; quibusdam stercore et cœno incessentibus aliis *incendiarium* et *patinarium* vociferantibus, parte etiam vulgi corporis vitia exprobante: erat enim in eo enormis proceritas, facies rubida plerumque et vinolentia, venter obesus, alterum femur subdebile (SUET, *in vita Aul. Vitell.* p. 322).

[43] Vitellium infestis mucronibus coactum, modo erigere os et offerre contumeliis, nunc cadentes statuas suas, plerumque rostra, aut Galbæ occisi locum contueri (TACIT, *Hist.* lib. IV, pag. 476, edit de Barbon).

Statuæ equestres cum plurifariam ei ponerentur... laurea religiosissime circumdederat (SUET, *in vit. Vitelli*).

Solutnm a latere pugionem, consuli primnm deinde, illo recusante, magistratibus ac mox singulis senatoribus porrigens, nullo recipiente quasi in æde Concordiæ positurus abscessit: sed quibusdam aclamantibus *ipsum esse concordiam* redit: nec solum se retinere fertum affirmavit, verum etiam *Concordiæ* recipere cognomen. (SUET., *ib.*)

[44] DION p. 754.

[45] Pluribus persuasio inerat, antiquis sacerdotum litteris contineri, eo ipso tempore fore ut valesceret Oriens, profectique Judæa rerum potirentur: quæ ambages Vespasianum ac Titum prædixerant. (TACIT., *Hist.*, lib. V, cap. XIII.)

[46] Petrus non unum aut alterum, sed plures labores sustulit... Paulus propter æmulationem in vincula septies conjectus, verberibus cæsus, lapidatus, patientiæ præmium reportavit. (CLEMENTIS *ad Corinth. epist.*, p. 8.)

[47] Hostiarum quidem ducenta et quinquaginta sex millia et quingentas numeravere. (JOSEPH., *Bell. Jud.*, lib. VII, cap. XVII, pag. 960.)

[48] Vocem audire, quæ diceret: *Migremus hinc.* Supra murum enim circumiens iterum: «¡Væ! væ! civitati, ac fano, ac populo,» voce maxima clamitabat: cum autem ad extremum addidit: «*Væ etiam mihi*» lapis tormento missus eum statim peremit, animamque adhuc omnia illa gementem dimisit. (JOSEPH., *de Bello Jud.*, lib. VII, pag. 96.)

[49] Mulier quædam... Maria nomine, de vico Vetezobra... vi animi de necessitate compulsa... raptoque filio quem lactentem habebat... occidit, coctumque medium comedit, adopertumque reliquum servavit. (JOSEPH., lib. VII, cap. VIII, pag. 954 et 955.)

[50] Et captivorum quidem omnium qui toto bello comprehensi sunt, nouagiuta et septem millia comprebensus est numerus, mortuorum vero per omne tempus obsidionis undecies centum millia. (JOSEPH., *de Bello Jud.*, lib. VII, cap. XVII.)

[51] Plurime asseverant quia in sepulchro ejus, non nisi manna invenitur quod scaturire cernitur. (*De Assumpt. B. Mariæ sermo, tributus divo Hieronymo.* tom. IX, pag. 67.)

[52] Quantum jam superis, Cæsar, cœloque dedisti,

Si repetas, et si creditor esse velis.

Grandis in æthereo; licet auctio fiat Olympo,

Coganturque dei vendere quidquid habent;

Conturbabit atlas: et non erit uncia tota,

Decidat tecum qua pater ipse deum,

Pro Capitolinis, quid enim tibi solvere templi

Quid pro Tarpeiæ frondis honore potest?

Quid pro culminibus geminis matrona Tonantis?

Pallada prætereo · res agit illa tuas.

Quid loquar Alcidem, Phœbumque, piosque Laconas,

Addita quid Latio flavia templa polo?

Expectes, et sustineas, Auguste, necesse est:

Nam, tibi quod solvat, non habet area Jovis.

(MART., lib. IX, *Epigr.* 4.)

[53] PLIN., lib. XXXIV, cap. VII.

[54] Accepit impositionem manuum episcopatus, et eo recusato remoratus est (dicit enim in una epistola sua: Secedo, abeo, erigatur populus Dei...); Cletus constituitur. (EPIPHANIUS *contra hæreses*, cap. VI.)

[55] Philosophia autem adeo perterrita est, ut, habitu mutato, alii in extremam Galliam aufugerent, alii in Libyæ Scythiæque deserta. (EUSEB., *Chron.*, ant. 92: PHILOST. *vit. Apoll.*, libr. VII, cap. IV.)

[56] Claudio habia intentado lo mismo.

[57] Por no rehacer lo que considero como muy bien hecho, me valgo de la traduccion de Fleury, cuyo estilo es mas natural y claro que el de la elegante traduccion de Sacy.

[58] EUSEB. lib. III, cap. XXXIII; PLIN. lib. 1, *epist.* XCVII, XCVIII. Tertuliano hizo con razon observar lo que habia de contradictorio é injusto en el discurso y resolucion de Trajano.

Papas. A. de J. C. 118—138.

[59] Animula vagula, blandula etc.

[60] EUSEB. lib. IV. *Flis.* cap. VIII y IX.

[61] Ab Adriani temporibus usque ad imperium Constantini, per annos circitir centum octoginta, in loco resurrectionis simulacrum Jovis in crucis rupe, statua ex marmore Veneris agentibus posita colebatur, existimantibus persecutionis auctoribus quia tollerent nobis fidem resurrectionis et crucis, si loca sancta per idola polluissent...

Bethleem nunc nostram lucus inumbrabat Thamus, id est Adonidis, et in specu ubi quondam Christus parvulus vagiit, Veneris amasius plangebatur. (HIER., *ad Paulinum*, pagina 102. Bale, 1537.)

[62] (Epistolarum verba eorum citabo): Servi Jesu-Christo, qui Viennam et Lugdunum Glaliæ incolunt, fratribus in Asia et Phrigia.... pax, gloria a Deo padre.... Magnitudinem afflictionis qui hoc loco ingravescit, ingens gentilium odium, contra sanctos incitatum.... neque exprimi, neque comprehendi possunt.... Ac primum cruciamenta que confertim erant, et tanquam cumulo a multitudine in illos coacervata.... Vociferationes, plagas, violentos tractus, dilacerationes, lapidum projectiones, carceres, et quidquid denique ab agresti et furiosa multitudine contra nos, velut contra hostes et inimicos, fieri solet. (EUSEB., *Hist. ecclee.*, lib. IV, cap. 1 pag. 102.)

[63] Eadem historia apud gentiles scriptores, qui longe a nostra religione dissentiunt... Nostrorum etiam Apolinarius qui affirmat legionem, cujus precibus miraculum habebatur, latino sermone *Fulmineam*, usque ab illo tempore appellatam: illudque nomen rei eventum scite exprimens ab Aurelio Cæsare ei tributum. (EUS. *Hist. eccles.*, lib. V, pag. 93.

[64] Multo magis te obsecramus, ne tan aperto latrocinio nos spoliari permittas... Divina quam excolimus religio antea inter Barbaros insigniter vignit: quæ cum apud gentes tuas, præclaro et eximio. Augusti regno.. floreret, ipsi imperio quo potiris, cumprimis fausto ac felici præsidio fuit. (EUSE., *Hist. eccles.*, lib. V, cap. XXV, pag. 108, 109.)

[65] *Chron. Alex.*; EUSEB., *Hist.* IV cap. XIII.

[66] Obtunsi oueris pinguem hominem medio ventre dissecuit, ut ejus intestina subito funderentur. (*Hist. Aug.*, pag. 128.)

[67] Erat autem Commodo pusio quidam... sumpto in manus, qui supra lectulum jacebat, libello, foras processit... incidit in Marciam... quæ libellum pueri manu aufert... Agnita Commodi manu... ubi se primam peti intellexit... electum accersit... placitum rem veneno agi... cum evomisset... veriti illi... Narcisso cuidam, audaci strenuoque adolescenti, persuaserunt ut Commodum in cubiculo strangularet. (HERODIAN., *Vit. Commod.*, lib. I, pag. 91, 92.)

[68] Sed simul ad superiora vicena sestercia, altera quina adjecisset, eamque summam magno edito clamore in manibus ostendisset. (DION., *Hist. rom.* lib. LXXIII, pag. 835.)

Sane cum vicena quina millia militibus promisisset tricena dedit. *Hist. Aug.*, pag. 61.)

Præterea militibus singulis, plus multo argenti daturum quam petere auderent, aut accepturos speraverant, neque in dando moram futuram. (HERODIAN lib. II pag. 130, 131.)

[69] Sed spes militum fefellerat, nec implere fidem promissorum poterat. (HERODOT., lib. II, pag 134.)

[70] Is imbellem miserumque senem... inter fœdissimas comploraciones trucidavit. (HEROD., lib. II, pag. 170.)

Nihilque dixit percussoribus, nisi: Quid ergo peccavi? Quem interfeci? (DION., lib. LXXIV. pag. 839.)

Missi tamen a senatu quorum cura per militem gregarium in palatio idem Julianus occisus est, fidem Cæsaris implorans, hoc est Severi. (*Hist. Aug.* pag. 63.)

[71] DION., lib. LXXIV; HEROD., lib. VII; SPART., *Hist.* pag. 33.

[72] Si me cupis, inquit Severus, interficere, hic me interfice. Quod si id recusas aut times tua manu facere, adest tibi Papinianus præfectus, cui jubere potes ut me interficiat: nam is tibi quidquid præceperis, propter ea quod sis imperator, efficiet. (DION., *Hist. rom.*, lib. LXXVI, pagina 868.)

[73] Omnia fui, et nihil expedit. (AUREL. VICT.)

[74] Laboremus. (*Hist. Aug.*, pag. 364.)

[75] Etenim Ecclesia... per universum orbem usque ad extremos terræ fines dispersa... Ac neque hæ quærin Germaniis sitæ sunt Eclesiæ, aliter credunt aut aliter tradunt, nec quæ in Hispaniis aut Galliis, aut in Oriente, aut in Ægypto, aut in Africa, aut in Mediterraneis orbis regionibus sedem habent. Verum ut sol hic a Deo conditus, in universo mundo unus atque idem est. (S. IRÆN., lib. I, cap. X, *contra hæreses*, pag. 49)

[76] Et Polycarpus autem, nom solum ab apostolis edoctus et conversatus cum multis, ex iis qui Dominum nostrum viderunt, sed etiam ab apostolis in Asia, etc. (S. IRÆN., *contra hæreses*, lib. III, cap. III, núm. 4.)

[77] Pantenus ille, quem ad Indos devexisse diximus, ubi (ut fertur) evangelium Matthæi; quod ante ejus adventum ibi fuerat receptum, in manibus quorumdam qui in illis locis Christum profitebantur, reperit: quibus Bartholomæum unum ex apostolis prædicasse, illisque Matthæi evangelium litteris hebraicis scriptum, reliquisse. (EUSEB., *Hist. eccles.*, lib. V, pag. 95.)

[78] Igitur cum quasdam istis diebus nuptias de Ecclesia tolleret... (TERT., lib. II, cap. II, pag. 167.)

Solis pejoribus placet nomen christianum... Pleræque genere nobilis... cum mediocribus... ad licentiam conjunguntur (*Ibid.*, cap. VIII, pag. 174.)

[79] EUSEB., *in Chron.* an. 191.

[80] Sola relinquimus templa. (TERT., *Apolog.*)

[81] Non tam facile parricidium excusari quan posse fieri (*Hist. Aug.*, pag. 88.)

[82] Algunos comentadores atribuyen el edicto de Caracalla ú otro semejante á Marco Aurelio. Yo he seguido la opinion que presenta mayor número de autoridades.

[83] Cumque esset raro capillo, et crinem quæreret ut imponeret ignibus, diridiculo erat omnibus: cæterum quos habuit capillos tamen totondit. (HERODIAN., lib. VI, pagina 310, 311.)

[84] Fuit ægra corporis valetudine... Sed mente in primis insana quibusdam viris sæpenumero agitari a patre, fratreque gladios gestantibus, videbatur. (DIONIS *Hist. rom.*, libro LXXVII, pag. 877.)

Pater ei cum gladio astitit in somnis, et: Ut tu, inquit, fratem tuum interfecisti, ita ego te interficiam. (DION., *Hist*, lib. LXXVIII, pag. 883.)

[85] Macrinus Antoninum occidit. (*Hist. Aug*, pag. 88.)

[86] Julia, cognita filii cæde, ita affecta est ut se percuteret, ac mortem sibi consciscere conaretur... Inedia consumpta moritur. Acceleravit ei mortem cancer, quem cum am multo tempore in mamma habuisset quies centem percusso pectore irritavit. (DION., lib. LXXVIII, pag. 886)

[87] Fuit autem Heliogabali, vel Jovis, vel Solis sacerdos, atque Antonini sibi nomen asciverat... Vultum præterea eodem quo Venus pingitur, schemate figurabat... Heliogabalum in Palatino monte, juxta ædes imperatorias, consecravit; eique templum fecit... et Vestæ ignem, et palladium, et ancilia, et omnia Romanis veneranda in illud transfert. (*Hist. Aug.*, lib. CII.)

In penum Vestæ, quod solæ virginis solique pontifices adeunt, irrupit, et pollutus ipse omni contagioni morum, cum iis qui se polluerant. (*Hist. Aug*,, lib. CII, pag. 103.)

Magorum genus aderat. (*Ib.*)

At vero Antoninus, e Syria profectus... cultum patrii numinis celebrare supervacuis saltationibus, vestitum usurpans luxuriosum, purpura intextum atque auro, monilibusque et armillis redimitus, coronas sustinens ad tiaræ modum. (HERODIAN., lib. V, pag. 376, 377.)

Amphoras plurimas ante aras profundebat... chorosque circum aras agitabat, nullis non organis consonantibus unaque mulieribus phœnissis cursitantibus in orbem, cymbalaque inter manus habentibus aut tympana, omni circunstante senatu et equestri ordine. (HERODIAN., lib. V, pag. 181.)

[88] Ad honores reliquos promovit commendatos sibi pudibilium enormitate membrorum. (*Hist. Aug.*, pag. 474.)

[89] Nupsit et coit ut et pronubum haberet, clamaretque *concide*, *magire*, et eo quidem tempore quo Zoticus ægrotabat. (*Hist. Aug.*, pag. 472; DIV., lib. LXXIX; HERODIAN., lib. V.)

[90] Jactavit autem caput inter præcisos fanaticos, et genitalia sibi devinxit.

[91] Atque in latrina, ad quam confugerat, occisus. (*Hist. Aug.*, pag. 478.)

[92] DION., lib. LXXIX; HERODIAN., lib. V, *Hist. Aug.*, pag. 478.

[93] DION., lib. LXXX. HERODIAN., lib. VII.

[94] *Hist. Aug.*, pag. 135. HERODIAN., lib. VI.

Mr. de Saint Martin en sus notas á la historia del bajo imperio de Lebeau ha derramado nueva claridad sobre la confusa historia de los reyes de Persia y de Armenia.

[95] Primum ut si facultas esset, id est, si non cum uxore cubuisset; matutinis horis in larario suo, in quo et divos principes, sed optimos, electos, et animos sanctiores, in queis Apollonium, et quantum scripto suorum temporum dicit, Christum, Abrahamum et Orpheum et hujusmodi cæteros habebat. (LAMPRID., *in vita Alex*, *le veri*. pag. 328.)

[96] Denique cum inter militares multum ageretur, multorum dicebat et nomina.—De promovendis etiam sibi annotabat, et perlegebat cuncta pittacia et sit faciebat diebus etiam pariter annotatis, et quia et qualis esset, et quo insinuante promotus. (LAMPRID., *Hist. Aug.* pag. 320.)

Ubi aliquos voluisset rectores provinciis dare, vel proponendos facere, vel procuratores, id est rationales ordinare, nomina eorum proponebat, hortans populum, ut siquis quid haberet crimini, probaret manifestis rebus: si non probasset subiret pænam capiti: dicebatque, *grave esse*, *cum id christiani et Judæi facerent in prædicandis sacerdotibus qui ordinandi sunt*, *non fieri in provinciarum rectoribus*, *quibus et fortunæ hominum commiterentur et capita.* (LAMPRID., *Hist. Aug.* pag. 345.)

[97] Clamabatque sæpius quod a quibusdam sive Judæis, sive christianis audierat et tenebat; idque per præconem, cum aliquem emendaret, dici juvebat: *Quod tibi fieri non vis*, *alteri ne feceris:* quam sententiam usque adeo dilexit, ut et in palatio, et in publicis operibus præscribere juberet. (LAMPRID. *Hist. Aug.*, pag. 350.)

[98] At enim puniendi sunt qui destruunt religiones..... (LACTAN., *Dio. inst.* lib. V., pag. 417.)

[99] Este es el monumento mas antiguo de la Jurisprudencia romana. En tiempo de Tarquino el Soberbio, reunió Sexto Papirio en un solo tomo las leyes de los monarcas, *qui leges regias in unum contulit*, segun dice Pomponio con motivo de la ley segunda del Digesto. Estas leyes régias estaban escritas en la antigua lengua romana, ó sea lengua osca, conservada en la inscripcion de la columna de Duilio, en la tabla de Escipion, hijo de Barbato, y en el Senatus consulto que prohibió las Bacanales. Las vocales *a*, *e*, *i*, *o*, *u* tomaban una *d* en fin de diccion, particularmente si esta se hallaba en el caso ablativo. La *e* y la *i* se ponian juntas muchas veces, ó substituyéndose mutuamente. La *o* reemplazaba á la *e*, la *u* se escribia *ou*, ó simplemente *v*, otras veces *uo* ó acaso *oi*. La *d* se pronunciaba *du* y se escribia lo mismo. La consonante *g* no existia, y en su lugar se empleaba la *c*. Estas transformaciones aparecen con claridad en la palabra *foiciount*, ó *foicioint* que solian usar en vez de fugiunt. La *m* quedaba por lo regular suprimida en fin de diccion, ó se le agregaba una vocal, como *urbe* por *urbem*, *tama* por *tam*. La *r* solia frecuentemente cambiarse en *s*, ó no se empleaba mas que al principio y al fin de las palabras. Sin embargo siempre se ha dicho *roma* y no *soma*; mas en medio de diccion la *r* llamada *canina* por la aspereza de su sonido se pronunciaba y escribia *s*, como *asa* en vez de *ara*. La *x*, la *z* y la *y* eran desconocidas en la lengua osca, ni se hacia uso de las consonantes dobles. Antonio Terracon, á ejemplo de José Escaligero ha restituido en su *Historia de la Jurisprudencia romana* quince textos del derecho papiriano. He aquí el primero de ellos.

Jou' Papeisianom.

I.

Mensa. Deicatam. Asai, veice, peasertase, jous. esiod,



utei. endo. Templod. Jounonei. Poploniai. Aucousta. mensa. est.

Léase

Jus Papirianum.

Mensam dedicatam aræ vicem præstare jus esto, in templo Junonis Populoniæ augusta mensa est.

100 Los antiguos glosadores del derecho romano cuentan con toda formalidad que los Griegos antes de dar noticia de sus leyes á los diputados romanos, enviaron á Roma un filósofo para enterarse de lo que era aquella ciudad. Habiendo este filósofo llegado al término de su viaje, se encontró con un loco que por medio de ciertos signos con los dedos, le dió al parecer noticia de la Trinidad. Volvió el filósofo á dar cuenta de su mision, y los Griegos creyeron que los Romanos eran dignos de que se les dieran las leyes que constituyeron el fondo de las doce Tablas: *Quendam stultum ad disputandum cum Græco posuerunt, ut si perderet, tantum derisio esset. Græcus sapiens nuta disputare cœpit, elelevavit unum digitum, unum Deum significans. Stultus, credens quod vellet cum uno oculo excæcare, elevavit duos, et cum eis elevavit etiam pollicem, sicut naturaliter evenit, quasi cæcare cum vellet utroque. Græcus autem credidit quod Trinitatem ostenderet.*

101 Minut., *in Octav.*

102 Euseb., lib. vi, cap. xxi, xxiii y siguientes.

103 *Hier. Script.* xxi.

104 Cum ille, ut vidit infamem principem sic exorsum, à militia discessit... Fuit, igitur Maximinus, sub homine impurissimo, tantum honore tribunatus, sed nunquam ad manum ejus accessit: numquam illum salutavit... ut de eo in Senatu verba faceret Severus Alejander talia: *Maximinus, patres conscripti, tribunus, cui ego latum clavum addidi, ad me confugit qui sub impura illa bellua militare non potuit. (Hist. Aug., pág. 370.)*

105 Erat præterea (ut refert Codrus) magnitudine tanta, ut octo pedes digito videretur egressus: pollice ita vasto, ut uxoris dextrocherio uteretur pro annulo. Jam illa prope in aure mihi sunt posita, quod hamaxas manibus atraheret, rhedam onustam solus moveret, equo si pugnum, dedisset dentes solveret, si calcem, crura frangeret: lapides tophicios friaret, arbores teneriores scinderet: alii denique cum Crotoniatem Milonem, alii Herculem, Antæum alli vocarunt... Cum militibus ipse luctam exercebat, quinos, senos, et septenos ad terram prosternens... Sexdecim lixas uno sudore devicit... Volens Severus explorare quantus in currendo esset, equum admisit multis circuitionibus, et quum neque Maximinus scurrendo permulta spatia, desistisset, ait ei... Bibisse illum sæpe in die vini capitolinam amphoram constat: comedisse et quadraginta libras carnis, ut autem Codrus dicit, etiam sexaginta... Sudores sæpe suos excipiebat, et in calices vel in vasculum mittebat; ita ut duos, vel tres sextarios sui sudoris ostenderet. (*Hist. Aug.*, páginas 368, 369, 372.)

106 *Hist. Aug.*, pág. 141. Herodian., lib. vii, pág. 237.

107 Herodian., lib. vi. *Hist. Aug.*

108 Id., Id., Id.

109 Id., Id., Id.

110 El anciano Gordiano reinó treinta y seis dias.

111 Herodian., lib. vii. *Hist. Aug*

112 Tanta fide Aquileienses contra Maximinum pro senatu fuerunt, ut funes de capillis mulierum facerent, quum deessent nervi ad sagittas emittendas; quod aliquando Romæ dicitur factum. Unde in honorem matronarum, templum Veneri Calvæ senatus dicavit. (*Hist. Aug.*, pág. 398.)

Lactancio dice lo mismo de las mujeres romanas.

Urbe á Gallis occupata, obsessi in Capitolio Romani quum ex mulierum capillis tormenta fecissent, ædem Veneri Calvæ consecrarunt. (Lact., . *Div. Inst.*, pág. 88, in-4.º)

113 Usus est autem idem adolescens (Maximin. junior) et aurea lorica, exemplo Ptolemæorum; usus est argentea, usus et clypeo gemmato inaurato, et hasta inaurata. Fecit et spathas argenteas, fecit etiam aureas... fecit et galeas gemmatas, fecit et bucculas. Quædam parens sua libros homericos omnes purpureos dedit, aureis litteris scriptos. (*Hist. Aug.*, pág. 506.)

114 Usus est magistro græco litteratore Fabilio, cujus epigrammata multa exstant, maxime in imaginibus illius pueri, qui versus græcos fecit ex illis latinis Virgilii, quum ipsum puerum describeret:

Qualis, ubi Oceano perfusus Lucifer unda
Extulit os sacrum cœlo, tenebrasque resolvit
Talis erat juvenis primo sub nomine clarus.

En este pasaje de la Eneida falta un verso y se ha interpolado otro.

115 Oros., lib. vii, cap. xix.

116 *Tertull. de Coron.*

117 Euseb., lib. vi. *Hist.*, cap. xvi. Epiph., *de Mens.* números 18 y 19.

118 *Hist. Aug.*, pág. 161.

119 Vopisc. *in vit Aurelian.; Hist. Augusta.*

120 *Hist. Aug.* Vict. Aurel.

121 Zossim., lib. ii.

122 Zossim., lib. i.

123 Zenar., lib. xii.

SEGUNDA PARTE.

1 Para la complicada historia de los Bárbaros puede consultarse á Bayer, Gatterer, Avelung, Schlæzer, Reineggs, Malte-Brun, etc., etc. Estos sabios tienen sistemas contradictorios: el uno no ve en la Germania mas que Suevos y no Suevos: el otro quiere que los Eslavos sean los Vándalos: no falta quien convierte á estos en Venedos y reconoce la casta de Eslavos mezclados y Eslavos propiamente dichos. Los Suevos se convierten en Alemanes: los Alemanes de la actualidad, etc., etc. En medio de todo esto hay que buscar un puesto para el sistema que por medio de la division de lenguas clasifica la raza finlándica, caucásica, ¿quién sabe? Por mi parte yo presento al lector en la *Exposicion* de este discurso lo que me ha parecido menos oscuro. Creo haber sido el primero en recoger los nombres y el número de las hordas de la América Septentrional (*Viaje á América*). á pesar de la aridez y confusion de las tradiciones de estos salvajes, es mas fácil formarse una idea aproximativa de ellos que aclarar algo la historia de los pueblos germánicos. Los Romanos que ignoraban la lengua de estos pueblos, lo confundieron todo, y ellos mismos cuando llegaron á civilizarse, estaban ya tan lejos de su orígen, que no encontraron mas que algunas canciones y tradiciones orales mezcladas de fábulas y de cristianismo. Desgraciadamente se perdió la *Historia de los Godos* escrita por Casiodoro, y no queda de ella mas que el compendio de Jornandés. Grocio publicó una edicion de los escritores Godos. Agathias, y sobre todo Procopio, son de grande auxilio en la historia gótica; Jornandés habla de algunas crónicas en verso de este pueblo, citadas por Ablavio, y se conserva la traduccion de los cuatro Evangelios por Ulfilas, como el monumento mas antiguo del idioma teutónico. Pertenece al siglo iv, y Ulfilas tuvo que inventar letras para expresar ciertos sonidos de la lengua de los Godos. El juramento de Carlos en aleman, segun Vittard (842) es posterior en mas de cuatro siglos á la traduccion de Ulfilas, y en mas de cinco al canto teutónico que celebra la batalla de Luis, hijo de Luis el Tartamudo, ganada contra los Normandos en 881. La crónica de Marius que principia el año 455 y concluye el 581, contiene datos acerca de los Godos y Borgoñones. Hay tambien una genealogia de los reyes Godos, publicada con arreglo á un manuscrito del monasterio de Moissac.

2 Adan de Breme. *Saxo-gram.* Los *Eddas*, los *Sagas*, *la historia de Suecia*, etc., etc.

3 Hacen descender á los Burgundos ó Borgoñones de los Vándalos, Eslavos ó Venedos conquistados por los Godos. Eran enemigos de los Alemanes (Ammiano Marcelino, libro xxviii; Plinio, *Hist. nat.*, iv.) Una tradicion los hacia descender de los soldados romanos que guarnecian en las orillas del Elba las fortalezas de Druso. (Orosio, lib. vii), Pablo Warnefrid (el diácono) coloca la cuna de los Godos y Lombardos en la Escandinavia. Entre los reinados de Augusto y Trajano se encuentran ya Lombardos establecidos en las orillas del Elba y del Oder (Veleyo Patérculo, ii.)

4 Proceres suos non puros homines, sed semideos, id est Anses–Horum ergo, ut suis fabulis ferunt, primus fuit Gapt qui genuit Halmal; Halmal vero genuit Augis, Augis genuit eum qui, dictus est Amala, a quo et origo Amalorum decurrit (Jornand *de Reb. Getic.*, pag. 607).

5 Ammian. Marcel., lib xxxi, cap. v.

6 Aurel. Victor, cap. xxix; Jonandes, cap. xviii; Zosimo lib. i, Zonar. lib. xii; *His Aug.* pág. 225.

7 *Epist.* 11.

8 *Epist.* 10, 20, 59, 60.

9 .... vinculis..... cum quibus suum corpus sepeliri mandabit, (*Martirol.*, 24 *jan.*)

10 Prudentisimus adolescens ad montium deserta fugiens tandem reperit saxenum montem. Ad cujus radicem haud procul erat grandis spelunca quæ lapide claudebatur; quo

remoto avidius explorans, animadvertit intus grande vestibulum, quod aperto de super cœlo, patulis diffusa ramis vetus palma contexerat, fontem lucidissimum ostendens; cujus rivum tantummodo foras erumpentem statim modico foramine eadem quæ genuerat aquas terra sorbebat (HIERON, *in vita Pauli* Eremitæ, pág. 338. Basileæ.)

[11] In qua tamen non ignorabat (Novatus) presbyteros esse quadraginta sex, diaconos septem, acolithos quadraginta duos, exorcistas et lectores una cum ostiariis quinquaginta duos, viduas et alios morbo atque egestate afletos mille et quingentos. EUSEB. *Hist.*, lib VI, cap. XXXV, pág. 178.)

[12] ZONAR, lib. XII, EUTOP., lib. IX cáp. VI.

[13] EUTROP., lib. IX, cáp. VI; AURELIUS VICTOR.

[14] ZOSIM., lib. I; GREG., FHAUM *Epist. ap. Masc.*

[15] ZOSIM., lib. I.

[16] Rex Persarum Sapores qui eum ceperat, si quando libuerit aut vehiculum ascendere aut equum, inclinare sibi Romanum jubebat ac terga præbere, imposito pede super dorsum ejus. (LACT., *de Morte persecut.*, cap. V, pág. 60)—Valerianus scilicet in captivitatem ductus á Sapore, non gladio sed ludibrio, omnibus vitæ suæ diebus merita pro factis percepit, ita ut quotiescumque rex Sapores equum conscendere vellet non manibus, sed incurvato dorso et in cervice ejus pede posito, equo membra levaret. EUTROP., *in Vita Poutii manuscripta*; apud LACT., pág. 60.)

[17] Tandem a Sapore rege Persarum jussus excoriari, saleque conditus, in sempiternum tui infortunii tropæum ante omnium oculos statuisti. (EUSEB., *Orat. Const.*, pág. 412.)

Direpta est ei cutis, et eruta visceribus pellis, infecta rubro colore ut in templo barbarorum deorum ad memoriam triumphi clarissimi poneretur. (LACT., *de Morte persecut.*, capitulo V, pág. 59.)

Agathias da á entender que Valeriano fue desollado vivo. Al escribir Constantino á Sapor II en favor de los cristianos, le habla del horrible trofeo que aun se veia, segun él dice: en aquel pais (EUS. *Vit. Coust.*)

[18] Ubi de Valeriano patre comperit quod captus esset, id quod philosophorum optimus de filio amisso dixisse fertur: *Sciebam me genuisse mortalem*; dixit ille: *Sciebam patrem meum esse mortalem*. (GALL. *in Hist. Aug.*)

[19] Patrem multum reliquit. (*Hist. Aug.*, pág. 466.) Nec inter deos quidem, nisi coactus, retulit quum mortuum audisset. (*Ibid.*, pág. 468.)

[20] *Hist. Aug.*, pág. 116. *Triginta Tyran.*

[21] ZONAR. pág. 296.

[22] *Hist. Aug.* pág. 215.

[23] *Ibid.* pág. 194.

[24] *Ibid.*, p. 137. Cupiditas voluptatis mulierariæ sic perdidit.

[25] Scio commilitones, posse mihi objici artem pristinam, cujus mihi omnes testes estis. Sed dicat quisque quod vult: utinam semper ferrum exerceam non vino, non floribus, non mulierculis, non popinis, ut facit Gallienus, indignus patre suo, et sui generis nobilitate, depeream. Ars mihi objiciatur ferraria, dum me et exteræ gentes attrectasse suis cladibus recognoscant in Italia. Denique ut omnis Allemania, omnisque Germania cum ceteris quæ adjacent gentibus Romanum populum ferratam putent gentem, ut specialiter in nobis ferrum timeant. Vos tamen cogitetis velim, fecisse vos principem qui numquam quidquam sciverit tractare nisi ferrum. Quod idcirco dico, quia scio mihi a luxuriosissima illa peste nihil opponi posse nisi hoc, quod gladiorum armorumque artifex fuerim. (*Hist. Aug. Trig. Tyran.* página 300.

[26] Hic est gladius quem ipse fecisti (*Hist Aug. Trig. Tyran.* pág. 300.)

[27] Fuit enim (quod negari non potest) oratione, poemate, atque omnibus artibus clarus (*Hist. Aug.* pág. 169

[28] Quim nuntiatum est ei Ægyptum dissecuisse, dixisse fertur: *Quid? Sine lino œgiptio esse non possumus?*

[29] Quum autem vastatam Asiam..... *Quid*, inquit, *sine aphronitris esse non possumus.....?* Perdita Galia..... arrisisse et dixisse perhibetur: *Non sine Atrebatis sagis* tuta respublica est? (Hist. Aug., pág 161).

[30] «Gallienus Variano.

»Non mihi satisfacies, si tantum armatos occideris, quos et cors belli interimere potuisset. Perimendus est omnis sexus virilis, si et senes atque impuberes, sine reprehensione nostra occidi possent. Occidendus est quicumque male voluit; occidendus est quicumque male dixit contra me, contra Valeriani filium, contra tot principum patrem et fratrem. Ingenuus factus est imperator; Lacera, occide, concide: animum meum intelligere potes, mea mente irascere, quia hoc manu mea scripsi.» (TREBELL. POLL.: *Trig. Tyran. de Ingenno; Hist. August.* pág. 500).

[31] Terna millia et quaterna militum, singulis diebus occidit (pág. 476); cubicula de rosis fecit, de prunis castella composuit, uvas triennio servavit, hieme summa melones exhibuit; mustum quem admodum toto anno haberetur docuit, etc., etc. (*Hist. Aug.*, pág. 475).

[32] Idem, quum quidam gemmas vitreas pro veris vendidisset ejus uxori, atque illa, re prodita vindicari vellet, surripi quasi ad leonem venditorem jussit, deindere cavea caponem emitti; mirantibusque cunctis rem tam ridiculam, per curionem dici jussit: *Imposturam fecit et passus est.* (*Hist. Aug.*, pág. 471).

[33] Sic de partibus mundi cum eas amitteret jocabatur pág. 461), nec ad talia movebatur..... Sed ab iis qui circa eum erant requirebat: *Ecquid habemus in prandio? ecquæ voluptates paratæ sunt? et qualis cras erit seena? quales circenses?* (*Hist. Aug.*, pág. 487).

[34] Jocari se dicebat quum orbem terrarum undique perdidisset (pág. 475). Hujus est illud epithalamium... quum ille manus sponsorum teneret, sæpius ita dixisse fertur:

Ite, ait, o pueri, pariter sudate medullis
Omnibus inter vos: non murmura vestra columbæ,
Brachis non hederæ, non vincant oscula conchæ.

(*Hist Aug.*, pág. 470).

[35] Gallienus et uxor ejus Plotinum honorabant; hic igitur eorum benevolentia fretus oravit ut dirutam quandam olim in campania civitatem philosophis aptam instauraret, regionemque circunfusam cultæ civitati donaret, concederetque, civitatem habitaturis Platonis legibus gubernari, atque ipsam civitatem Platonopolim apellari..... Quod facile impetrasset nisi quidam imperatoris familiares invicta, vel indignatione acriter obstilissent. (PLOTINI vita ejus operibus præfixa auctore).

[36] Concubinæ in ejus tricliniis sæpe accubuerunt. (PORPHYR., (*Hist. Aug.*, pág. 476).

[37] Orbem terrarum triginta prope tyrannis vastari fecit, ita ut etiam mulieres melius eo imperarent. (*Hist Aug.*, pág. 475).

[38] Commilitones, bonum ducem perdidistis et malum principem fecistis. (*Hist. Aug*; *Trig. Tyran.*, pág. 322).

[39] Los autores varian sobre la época de esta invasion: unos la fijan en el reinado de Valeriano, otros de Galieno, y otros en el de Claudio y hasta en el de Aurelio.

[40] ZONAR., lib. XII.

[41] Habia escrito la *Historia de los tiempos* desde Alejandro Severo hasta Claudio, la *Historia de las guerras de Escitia*, y cuatro libros de la *Historia de los sucesores de Alejandro*. Se conservan dos fragmentos suyos de las guerras de Escitia en los extractos de las embajadas. (PHOT., *Biblioth.*, cap. LXXXII; VOSS., *de Hist. græc.*, pág. 243.)

[42] *Hist. Aug.*, pág. 178, Jornand, cap. XX.

[43] Hæc in Claudium dicta sunt: Auguste Claudi, dii se nobis præstent (dictum sexagies): Claudi Augusté, principem aut qualis tu es semper optatimus (dictum quadragies): Claudi Auguste, te respublica requirebat (dictum cuadragies): Claudi Auguste, tu frater, tu pater, tu amicus, tu bonus senator, tu vere princeps (dictum octuagies): Claudi Auguste, tu nos ab Aureolo vindicá (dictum quinquies); Claudi Auguste, tu nos á Zenobia et a Victoria libera (dictum septies): Claudi Auguste, Fetricus nihil fecit (dictum septies). *Hist. Aug.* in Vita div. Claud., pág. 541).

[44] Delevisnus trecenta viginti millia Gothorum, duo millia navium mersimus: tecta sunt flumina scutis; aphathis et lanceolis omnia littora operiuntur. Campi ossibus latent tecti; nullum iter purum est, ingem carrago deserta est. Tantum mulierum cepimus, ut binas et ternas mulieres Victor sibi miles possit adjungere (*Hist. Aug. in Vit. div., Claud.* pág. 545).

[45] Plerique capti reges; captæ diversarum gentium nobiles feminæ, impletæ barbaris servis senibusque cultoribus romanæ provinciæ; factus miles barbarus et colonus ex Gotho. Nec ulla fuit regio quæ Gothum servum triumphali quodam servitio non haberet (*Ibid.*)

Quotquot autem incolumes evasere vel in ordines romanos recepti sunt, vel terram colendam nancti totos se agriculturæ dederunt. (ZOSIM., *Hist.*, lib. 1, pág. 15, Basileæ).

[46] Quintillius inde Claudii frater dictus est imperator, qui ubi per paucos menses vixisset..... necesarii ejus auctores fuerunt ut mortem sibi consisceret, ac multo meliori vero sponte sua de imperio cederet. Quod fecisse perhibetur, a medico quodam vena secta continuatoque fluxu sanguinis donec exarnisset. (ZOSIM. *ibid*).

Quintillus frater ejusdem delatum sibi omnium judicio

susceepit imperium..... et septima decima die, quod se gravem et serium erga milites ostenderat..... eo genere quo Galba, quo Pertinax interremptus est. (*Hist. Aug.* pág. 211).

[47] *Manus ad ferrum.* (*Hist. Aug.*, pag. 211).

[48] Exspatiantia tecta multos addere urbes.

[49] Zosim., lib. 1, pág. 265.

[50] *Id. ibid.*

[51] Boll. 20 ener. pág. 278. *in Act. S. Sebast.* año 287.

[52] Nibbi.

[53] Aur. Vopisc., *in Hist. Aug.* pág. 220; *Trig. Tyran.* cap. XXIII, XXIX.

[54] El pais de los Ucrinos.

[55] *Hist. Aug.*, pág. 222.

[56] Suid., pág. 191.

[57] Eus. *Chron.*

[58] *Hist. Aug.*, pág. 218.

[59] Vopis., *Hist. Aug.*, pág. 222.

[60] Anualmente debian depositarse por órden de Claudio Tácito diez ejemplares de los *Anales*, y de las *Historias* en las bibliotecas públicas: si esta órden hubiese sido puesta en ejecucion es probable que poseeríamos por completo las obras maestras, que la mano del tiempo ha mutilado. Claudio Tácito era de la familia de Cornelio Tácito, mas no es cierto que descendiera en linea recta del historiador. (*Hist. Aug.*, *Vit. Tac*).

[61] *Ibid. ibid.*

[62] Victor. *el jov.*; Aurel. Victor; Euseb., *Chron.*

[63] *Prob. Vit.*, *Hist. Aug.*, pág. 238 et seq; Zos., libro I; Buchari, *Hist. Belg.*, lib. III., pág. I: Hier. *Chron.*

[64] Limes inter Rhenum atque Danubium ab Adriano imperatore ligneo muro munitus, a Germanis sub Aurelio eversus, a Probo restauratus, et muro lapideo fuit firmatus (Danielis Schopflini *Alsat. Illust.*, tom. I, p. 223).

[65] Itidem cum Franci ad imperatorem accessissent, et ab eo sedes obtinuissent, pars eorum quædam defectionem molita, magnamque navium copiam nancta, totam Græciam conturbavit. In Siciliam quoque delata, et Urbem Syracusanam adorta, magnam in ea cædem edidit. Tandem cum et in Africam adpulisset, ac refecta fuisset, adductis Carthagine copiis, nihilominus domum redire nullum passa detrimentum potuit. (Zosim., lib. I, pág. 20, edit. Basileæ).

[66] Quo in habitu deprehensum a legatis Carinum aiunt. Purpurea vestis humi per herbam jacebat; cibus autem erat pridianum ex ipsis elixis pulmentum, in hisque frusta quædam et inveterata porcinarum carnium salsamenta. Eos ergo (Parthorum legatos) cum vidisset, neque surrexisse neque quidquam mutasse fertur, sed, e vestigio vocatis, dixisse: Se quidem illos scire ad sese venire, se enim Carinum esse, juvenique regi in eadem die renunciarent jubere, ni saperet omnem ipsorum saltum, campumque omnem intra lunare spatium Carini capite fore nudiorem, simulque dicentem detracto pileo caput ostendisse nihilo galea adjacente villosius: ac si quidem esurirent, ut manum una in ollam immitterent permissurum, sin minus, jubere se eadem hora recedere.

Synesii episcopi Cyrenes de regno ad Arcadum imperat., interprete Dionysio Petavio Jesu Presbytero. (Pág. 18. Lutetiæ, 1633).—Sabido es el error en que incurre el testo de Sinesio, atribuyendo á Carino el hecho que pertenece á Probo.

[67] Vict., *ep.*, Cut.

[68] Ctesiphontem usque pervenit... ut alii dicunt morbo, ut plures fulmine interremptus est. Negari non potest eo tempore quo periit, tantum fuisse subito tonitruum, ut multi terrore ipso exanimati esse dicantur: cum igitur ægrotaret atque in tentorio jaceret, ingenti exorta tempestate, immani coruscatione, immaniori, ut diximus, tonitru exanimatus est. (*Carus. Hist. Aug.* pag. 666).

[69] September habet dies 30—27.—Ludi romaniani.

Ægidii Bucherii.

Venimus ad sedes, ubi pulla sordida veste,
Inter femineas spectabat turba cathedras.
Nam quæcumque patent sub aperto libera cœlo
Aut eques aut nivei loca densavere tribuni.
..... Stabam defixus.....
Tum mihi senior.....   Quid
Ad tantas miraris opes? qui nescius auri
Sordida tecta, casas etsola mapalia nosti?
En ego.....   et ista
Factus in urbe senex, stupeo tamen.....
Balteus en gemmis, en illita porticus auro
Certatim radiant. Nec non ubi finis arenæ,
Proxima marmoreo peragit spectacula muro:
Sternitur adjunctis ebur mirabile truncis,
Et coit in rotulam tereti qua lubricus axis
Impositos subita vertigine falleret ungues.
Excuteretque feras. Auro quoque tota refulgent
Retia, quæ tortis in arenam dentibus exstant
Dentibus æquatis.....
..... Vidi genus omne ferarum,
Hic niveos lepores, et non sine cornibus apros
Menticoram.....
Vidimus et tauros....
..... Æquoreos ego cum certantibus ursis
Spectavi vitulos...
Ah! trepidi quoties... .   arenæ
Vidimus in partes, ruptaque voragine terræ,
Emersisse feras; et eisdem sæpe latebris
Aurea cum crocco creverunt arbuta libro.

Calpurnii *ecloga septima.*

Me coloqué en los bancos en medio de los asientos de las mujeres, desde donde el populacho, vestido con el asqueroso traje de la miseria, presencia los juegos; hay que advertir que todo el recinto colocado al aire libre se halla ocupado por los tribunos de toga blanca ó por los caballeros..... Lleno estaba yo de admiracion, cuando un anciano me dijo:

¿Por qué te maravillas de tanta riqueza? tú que no conoces el valor del oro, y que nunca has habitado mas que bajo el techo de una cabaña, cuando yo que me he envejecido en esta ciudad, estoy deslumbrado..... Brillaba el oro en el Pórtico, y las piedras preciosas en todo el recinto. Al pié del muro de mármol que rodeaba la arena habia una especie de rueda hecha de pedazos de marfil ensamblados con tal arte, que su eje cilindrico y su resbaladiza superficie alejaban á las fieras asi que ponian sobre ella sus garras. Sobre la arena se veian redes doradas sujetas con colmillos de elefantes de una misma dimension..... Vi toda especie de animales, liebres blancas, jabalíes armados de hastas, una foca y toros y vacas marinas luchando con osos.

¡Ah! ¡cuántas veces no me sentí poseido de terror, cuando entreabriéndose la arena daba lugar á que nuevas fieras saliesen de su seno! Algunas veces hacian tambien salir de las brillantes cavidades que habia bajo el circo, madroñeros cuyos troncos estaban teñidos de azafran.

[70] *Grandeza y decadencia de los Romanos.*

[71] Patre mortuo, cum nimio fletu oculos dolere cœpisset... dum lectica portaretur, factione Arrii apri soceri sui qui invadere conabatur imperium, occisus est. Sed cum perplurimos dies de imperatoris salute quæreretur a milite, concionareturque Aper idcirco illum videri non posse, quod oculos invalidos a vento et sole subtraheret, fetori tamen cadaveris res esset prodita omnes invaserunt Aprum, eumque ante signa et principia protraxere. (Flav. Vopisc. *Numerianus. Hist. Aug.*, pág. 669).

[72] *Domesticus regens.* (*Car. Aug. Vit.* pág. 250).

[73] *Domesticus regens.* (Car. Aug. Vit. pág. 252).

[74] Antes del asesinato de Aper solia decir que él mataba *jabalíes;* pero que otro se los comia: *utitur pulpamento.*

[75] Sirvió esta era durante mucho tiempo para el cómputo de la festividad de Pascuas, y aun en la actualidad se sirven de ella los Coptos y los Abysinios.

[76] De unitate Ecclesiæ catholicæ, vulgo de simplicitate prælatorum. *Opera Cyp.*, pág. 206).

[77] Pagi, año 252; *Catal.* Bucher.

[78] Prudent. peristeph.

[79] *Martir.*, 14 de Mayo.

[80] Greg. Nyss., pág. 1076 B.

[81] Milita et accipe signaculum.—Non accipio signaculum. Jam habeo signum Christi Dei mei. (*Acta Ruinartii.* pág. 310).

[82] Adriano de Valois hace notar que entre los Romanos, *milites* significaba una cosa y *Exercitus* otra: en apoyo de su observacion cita el pasaje de Idacio: *Apud Constantinopolim Marcianus a* MILITIBUS *et ab* EXERCITU, *instante etiam sorore Theodosii Pulcheria regina efficitur imperator.* Por *exercitus* entiende el sabio historiador la córte y los oficiales de palacio, y tiene razon. Gregorio de Tours y otros autores emplean la misma distincion: la serie de hechos demuestra que la eleccion habia llegado á ser duplicada, es decir, que intervenian en ella el concurso de los oficiales de palacio y el beneplácito de los del ejército. (*Valeriana*, pág. 79).

[83] Aur. Vict. pag. 525; Eutrop., pág 586; Greg; Naz., or. 3; At. *Apolog. cont. Arian;* Ammian. Marcel., lib. XV.

[84] Aur. Vict. pág. 585:

[85] *Vict. S. Babol. in And. Du Ch. Hist. Fr. Scrip.*

[86] *Galizæ, mes. rei. antiq.*

[87] He trazado en los *Mártires* los retratos de Diocleciano.

Galerio y Constancio con la mas escrupulosa fidelidad histórica: permítaseme pues reproducirlos en vez de rehacerlos.

«Diocleciano posee eminentes cualidades: su espíritu es vasto, poderoso, atrevido; pero su carácter, con frecuencia demasiado débil, no sostiene todo el peso de su genio. Todo lo grande ó pequeño de sus acciones dimana de estas dos fuentes. Así es que en su vida se notan los actos mas opuestos: tan pronto es un príncipe lleno de firmeza, de talento y de valor, que arrostra la muerte, que comprende la dignidad de su elevado rango, y que obliga á Galerio á seguir á pié, como el último soldado en pos de su carro triunfal; como se le ve aparecer á guisa de hombre débil, temblando ante ese mismo Galerio, flotando sin resolucion entre mil proyectos, abandonándose á las mas deplorables supersticiones, y no redimiéndose del temor de la muerte, sino obligando á que le den los impíos dictados de Dios y de Eternidad. Arreglado en sus costumbres, sufrido en sus empresas, sin placeres, ni ilusiones, no creyendo en virtudes, ni esperando nada de la gratitud, acaso se llegará á ver á ese gefe del imperio despojarse de la púrpura por desprecio á los hombres, y á fin de dar á entender al mundo que para Diocleciano era tan fácil el subir, como el bajar del trono.»

»Sea por debilidad, ó por fuerza de las circunstancias ó por cálculo Diocleciano ha querido dividir su poder entre Maximiano, Constancio y Galerio. Pero cediendo á una política de la que acaso se arrepentirá algun dia ha procurado que estos príncipes sean inferiores á él y no sirvan mas que de realzar su mérito. Unicamente Constancio con sus virtudes es el que le ha inspirado algun recelo; por eso le ha separado de la córte relegándolo al fondo de las Galias, y ha retenido junto á su persona á Galerio. No os hablaré de Maximiano, augusto, guerrero bastante intrépido, pero príncipe ignorante y grosero que carece absolutamente de influencia. Paso á hablar de Galerio.

»Nacido entre las cabañas de los Dacios, este pastor ha alimentado bajo el pellico desde su infancia la ambicion mas desenfrenada. Tal es la triste condicion de un estado donde la sucesion al poder no está terminantemente fijada por las leyes. Todos los corazones se sienten inflamados por los mas vastos deseos: nadie desespera de hallar un camino para el trono, y como la ambicion no siempre supone talento, por un hombre de mérito que le eleve la sociedad tiene que sufrir la impertinencia de veinte tiranos que no pasan de la medianía.

Galerio lleva al parecer marcado sobre su frente el sello, ó mas bien la ignominiosa marca de sus vicios. Los desvirtuados descendientes de los Romanos creen vengarse del terror que les inspira ese César, llamándole *Armentarius*. Como hombre que ha pasado en la indigencia la mitad de su vida, ahora consagra Galerio los dias á los placeres de la mesa y las sombras de la noche encubren sus asquerosas orgías. En medio de estas saturnales de la grandeza pone todo su conato en disfrazar su primitiva desnudez con la desvergüenza de su lujo, pero cuanto mas se emboza con el manto de César, tanto mas pone de manifiesto el tosco zamarro del pastor.»

Sobre la sed insaciable de mando, y el espíritu de crueldad y violencia, Galerio ascendió al poder con otra disposicion muy á propósito para turbar el imperio: siéntese poseido de un ciego furor contra los Cristianos. La madre de este César, aldeana grosera y supersticiosa hacia en su cabaña repetidos sacrificios á los dioses de las montañas. Indignada de que los discípulos del Evangelio rehusaran tomar parte en su idolatría, inspiró á su hijo el odio que alimentaba contra los fieles. Galerio ha impelido ya al débil y bárbaro Maximiano á perseguir á la Iglesia; mas aun no le ha sido dado vencer la discreta moderacion del emperador.

[88] 23 de febrero 301.

[89] EUSEB. lib. VII. cap. II.

[90] *Id. ibid.*

[91] De morte et persec. martyr. 26

[92] Hé aquí el cuadro de esta persecucion tomado tambien de los *Mártires*, y que en el fondo no es mas que un exacto compendio de la larga narracion de Eusebio y de Lactancio: (EUSEB. cap. VI, VII, VII, VIII, X, XI. lib. IV, LACT).

Extiéndese en un momento la persecucion desde las márgenes del Tiber á las extremidades del imperio. Por todas partes se oye el ruido de las iglesias que se desploman al impulso de los soldados: los jueces se dispersan por los templos y los tribunales y obligan á todo el mundo á sacrificar á los falsos dioses: si alguno rehusa hacerlo, en el acto es entregado á manos de los verdugos: no caben las víctimas en los calabozos: las vias públicas se ven cubiertas de hombres mutilados que por sentencia de los tribunales van á morir en los subterráneos de las minas, ó en las obras públicas. El látigo, los potros, los garfios de hierro, la cruz y las fieras despedazan los tiernos cuerpecillos de los niños juntamente con los de sus madres: aquí suspenden de un poste á las mujeres enteramente desnudas y con la cabeza hácia bajo, dejándolas morir en este tan bárbaro, como ignominioso suplicio: allí sujetan un mártir á dos árboles violentamente encorvados que luego al enderezar su tronco despedazan y se llevan consigo los mutilados miembros de la víctima. Cada pais hace alarde de un suplicio favorito, el fuego lento se usa en Mesopotamia, la rueda en el Ponto, el hacha en Arabia, el plomo derretido en Capadocia.... A veces en medio de los tormentos apaciguan la sed del confesor, y le echan agua al rostro, temiendo que el ardor de la fiebre no acelere la muerte. En muchas ocasiones cansados ya de ejecuciones parciales, arrojan los verdugos tumultuosamente un grupo de fieles á la hoguera; y despues de reducir á polvo sus calcinados huesos los entregan al viento. . . . .

. . . .

Las ciudades están sometidas al gobierno de autoridades militares, que nada mas saben que condenar á muerte. Hay comisionados que con la mas minuciosa atencion toman noticia de todos los bienes y propiedades de los ciudadanos: inquieren lo que produce cada posesion, numeran las cepas y los árboles, y cuentan las cabezas del ganado. Todo individuo del imperio tiene que poner su firma en esos registros de la estadística, mejor dicho, en esas listas de proscripcion. Por temor de que pueda haber quien sustraiga parte de su fortuna á la avidez del emperador, obligan por medio de violentos castigos á los niños á declarar contra sus padres, á los esclavos contra sus dueños y á las mujeres contra sus maridos; no pocas veces se han presentado infelices que acosados por el tormento han sido falsos delatores de sí mismos, suponiéndose dueños de riquezas que jamás habian tenido. No se escusan ni la decrepitud, ni las enfermedades de presentarse á las órdenes del ejecutor: el dolor y las enfermedades comparecen ante sus tribunales, y á fin de dar toda la latitud posible á la tiranía, aumentan en sus listas años á la infancia y se los rebajan á la vejez. Nada quita la muerte de un hombre al tesoro de Galerio; antes por el contrario, el emperador se hace heredero con la tumba, pues el difunto, aunque ha desaparecido del número de los vivientes, sigue figurando en el rol de la contribucion, y sino, paga por la desgracia de haber vivido. Los pobres, de quienes nada se puede exigir, parecia que por su miseria estaban al abrigo de toda violencia; mas por desgracia han llegado á ser objeto de la sarcástica compasion del tirano. Galerio manda amontonarlos en barquichuelos, y luego para remediar su miseria los sepulta en el fondo del mar. (*Mártires*, lib. XVIII.)

[93] PAGI, an. 302, núm. 13, EPIPHAN. *hercs.* 68.

[94] *Act. sinc.*, pág. 295.

[95] *De morte persecut.*

[96] EUTROP., pág. 56; VICT., *Epist.*

[97] *Rhedæ impositas*, dice el texto.

[98] EUTROP. lib. IX, cap. XVIII. AUREL VICT. *Lumen panegyr. vet.* VII, 15.

[99] Acaso Espalatro.

[100] *Ad cœtum sanct.*, cap. XXV; EUSEB.

[101] *De Administ. imp. ad. Rom. fil.*, pág. 72, 85, 86.

[102] VICT., *Ep.*, pág. 223; EUTROP., pág. 589.

[103] LACT., *de Morte pers.*

[104] *Id.*, *ibid.*; EUSEB., lib. VII, cap. XVII; VICT. *Epist.*

[105] Nos autem dicemus, omnes persecutores qui afflixerunt Ecclesiam Domini, ut taceamus de futuris cruciatibus, etiam in præsenti seculo recepisse quæ fecerint. Legamus ecclesiasticas historias: quid Valerianus, quid Decius, quid Diocletianus, etc., passi sint, et tunc rebus probabimus etiam juxta litteram prophetiæ veritatem esse completam: quod computruerint carnes eorum, et oculi contabuerint, et lingua in pedorem et saniem dissoluta sit. (*Commentarior.* D. HIERON., *in Zachar.*, lib. III. p. XIV, pág. 370-h. Romæ, in ædibus populi romani, 1571.)

[106] LACT. *de Mort pers.*

[107] He resolved to celebrate his own obsequies before his death. He ordered his tomb to be erected in the chapel of the Monastery. His domestiks marched thither in funeral procession, with black tapers in their hands; he himself followed his shroud, he was laid in his coffin with much solemnity. The service for the dead was chanted, and Charles joined in the prayers which were offered up for the rest of his soul, mingling his tears with those which his attendants shed, as if they had been celebrating a *real* funeral. The ceremony closed with sparkling holy water on the coffin in the usual form, and at the assistants retiring, the doors of the chapel were shut. Then Charles arose out of the coffin. (ROBERTSON'S, *Hist. of Charles V*, vol the third, pág. 817, 1760.)

Sibi adhuc viventi suprema officia repræsentari sioque ipse funeri interesse voluit atratus. Itaque monachis immistus mortuale sacrum canentibus, æternam sibimet requiem tanquam deposito inter sedes beatas apprecatus fuit, majori circumstantium luctu quam cantu: et genibus nixus summo rerum conditori animam suam humili precatione commendavit: inde inter gementium famulorum manus in cellam relatus. (MARIANÆ, *Hist. Hisp. continuatio ab Emmanuele Miniana*, lib. V, pág. 216, tomo IV.)

108 EUT., 587. Adeo autem cultus modici, ut feriatis diebus, si cum amicis numerosioribus esset epulandum, privatorum ei argento ostiatim petito triclinia sternerentur. (EUTROP., *Rer. romanar*, libro II, página 136. Basileæ, anno 1532.)

109 Pauper ita vocabatur Constantius. *Παῦπερ οὕτω ἐκάλειτο Κωνσταντιος*. (SUIDÆ *Lexicon*, tomo II. Genevæ, 1690.)

110 PHOTII. *Bib.*, cap. LXII. In praxag.; ZONAR., *Ann Vitæ Diocl.*

111 ZOSIM., lib. II, y los dos VICTOR.

112 Refiérese esta muerte de distintas maneras.

113 LACTAN *de Morte pers.* EUSEB., cap. XVI, AUREL. VICT., *Epist.*

114 *Paneg. Orat, int. vet. paneg.*

115 AUREL. VICT., pág. 526.

116 RUFIN., *Hist. eccl.*, pág. 145.

117 Tu divino monitus instinctu, de gladiis eorum gemina manibus aptari claustra jussisti, ut servarent deditos gladii sui, quos non defenderent repugnantes. (*Incerti panegyricus Constantino Augusto*, cap. II, pág. 498, tomo II. Trajecti ad Rhenum, 1787.)

118 *Instinctu Divinitatis*, *mentis magnitudine.*

119 Cum muros, arcemque procul, et rara domorum
Tecta vident, quæ nunc romana potentia cœlo
Æquavit. (VIRG.)

120 *Cod. Theod.*, lib. V.

121 SOZOMENE, pág. 444, *conq. de Const.*, lib. I.

122 Philostorg., *Hist. eccles.*, lib. II, cap. IX.

123 *Constantinopolis dedicantur pene omnium urbium nuditate. Chron.*, pág. 181. *Nuditas*, esta palabra que pertenece al latin clásico, no puede emplearse en este pasaje mas que en el sentido de la Biblia. Los principales objetos artísticos transportados á Constantinopla fueron las tres serpientes que en Delfos sostenian la trípode de oro consagrada en memoria de la derrota de Jerjes, la estátua de Pan, igualmente consagrada por todas las ciudades de Grecia, y las Musas de Helicon. La estátua de Rea fue arrebatada al monte de Dyndemo, mas por una barbarie digna de aquel siglo, cambiaron la posicion de las manos de la diosa para darle un ademan suplicante, y la separaron de los leones de que estaba acompañada.

124 Mil cuarenta y siete años.

NOTAS DEL ESTUDIO SEGUNDO.

PRIMERA PARTE.

1 Nec a stultitia ulta re honor iste videretur.... Ac tunc quidem et latifundiorum et pecuniarum auctoramento illecti, munera hæc escam quamdam esse putabant, qua ad illic ligendum domicilium attrahebantur. (THEMISTII *Orat.* página 48. Parisiis 1634.

2 Es preciso entender esta expresion en el sentido general: la edad media propiamente dicha no principió hasta Roberto, hijo de Hugo Capeto y acabó en Luis IX.

3 Creese que Constantino hizo edificar en Roma otras seis iglesias: San Pedro en el Vaticano, San Pablo extramuros, Santa Cruz de Jerusalen, Santa Inés, San Lorenzo, extramuros, San Marcelino y San Pedro, mártires. Dotó á la iglesia de Latran con posesiones en Italia, Africa y Grecia que producian una renta anual de 3,934 sueldos de oro. Otras iglesias en Ostia, en Alba, en Capua y en Nápoles poseian una renta de 17,717 sueldos de oro, y ademas les estaba adjudicada otra sobre aromas en Egipto y en el Oriente. La iglesia de San Pedro poseia casas y tierras en Antioquía, en Tarso, en Tyro, en Alejandría y en Ciro en la provincia del Eufrates. Estas tierras suministraban nardo, bálsamo, estoraque, canela y azafran para las lámparas é incensarios. Componíanse todos estos donativos de inmuebles que habian sido confiscados á los mártires, cuyos herederos no los habian reclamado y de las rentas que el paganismo tenia adjudicadas á sus templos, y á los juegos que se habian ya prohibido. Anastasio, el bibliotecario, de cuyas compilaciones tomamos estos apuntes presenta la siguiente lista de los vasos de oro y plata empleados en el servicio de estas Iglesias.

Hic fecit in urbe Roma ecclesiam in prædio qui cognominabatur Equitius. Patenam argenteam pensantem libras viginti, ex dono Aug. Constantini. Donavit autem scyphos argenteos duos, qui pensaverunt singuli libras denas; calicem aureum pensantem libras duas, calices ministeriales quinque pensantes singuli libras binas; amas argenteas binas pensantes singulæ libras denas; patenam argenteam; chrismatem; chrismatem auro clusum pensantem libras quinque; phara coronata decem pensantia singula libras octonas; phara ærea viginti pensantia singula libras denas; canthara cerostrata duodecim ærea pensantia libras tricenas. (ANASTASIO. *Bibliothec.*, *de Vic. Pontificum roman.*, pág. 13.)

4 AUREL. VICT. pág. 526.

5 *Cod Just.*, lib. III, *de Fer.*

6 EUS., *Vit. Const.*, lib. IV, cap. XVIII; SOZOM., lib. I, cap. XVIII.

7 En particular los templos de Afaco en el monte Líbano, de Heliopolis en Fenicia y los de Esculapio y de Apolo en Cilicia.

8 SOCRAT, lib. I, cap. XVII; SOZOM., lib. II, cap. I, IV; EUSEBIO, *Vit. Const.*, lib. IV, cap. XXXVII.

9 *Cod. Theod.*, tomo I, pág. 447.

10 *Cod. Just.*, tomo XIII, lib. I; *Cod. Theod.*, tomo I, pág. 354; SOZOM., lib. I, cap. IX.

11 *Cod. Just.*, tomo XXVI, pág. 464.

12 *Cod. Theod.*, tomo III, pág. 33.

13 *Cod. Theod.*, tomo V, pág. 397; EUSEBIO, *Vit. Const.* lib. IV, cap. XXV; SOCRAT., lib. I, cap. XVIII.

14 Volveré á hablar de este particular en el cuadro de las herejías.

15 FLEURY, *hist. eccles.* lib. II, pág. 122.

16 CONST. MAG. *in orat. sanct. cæt.*, cap. IX.

17 Hic pastor ovium, etiam episcopatu positus permansit. Quadam vero nocte cum ad caulas fures venissent, et manus improbas quo aditum educendis ovibus facerent extendissent, invisibilibus quibusdam vinculis restricti, usque ad lucem velut traditi tortoribus permanserunt. (RUFF., libro I, cap. V.)

18 Jacobus enim episcopus Antiochiæ Mygdoniæ, quam Syri vulgo et Assyri Nisibim appellant, plurima fecit miracula. (THEODOR., lib. I, cap. III, pág. 24.)

19 Paphnutius, homo Dei, episcopus ex Ægypti partibus confessor, ex illis quos Maximianus dexteris oculis effossis et sinistro poplite succiso, per metalla damnaverat. (RUFF., lib. I, cap. IV.)

20 Paulus vero, episcopus Neocæsare, ambabus manibus fuerat debilitatus, candente ferro eis admoto. (THEODOR., lib. I, cap. VII, pág. 25.)

21 Dialectici quibusdam sermonum prolusionibus... sese exercebant... Laicus quidam, ex confessorum numero, recto ac simplici præditus sensu, cum dialecticis congreditur, hisque illos verbis compellavit.—Christus et apostoli non artem nobis dialecticam, nec inanem versutiam tradiderunt, sed apertam ac simplicem sententiam, quæ fide bonisque actibus custoditur. Quæ cum dixisset, omnes qui aderant, admiratione perculsi, ei assenserunt. (SOCRAT., *Hist. eccles.*, lib. I, cap. VIII, pág. 10)

22 Te solum agnoscimus Deum, te regem profitemur, te adjutorem invocamus. Tui muneris est quod victorias retulimus, quod hostes superavimus: tibi ob præterita bona gratias agimus et futura a te speramus. Tibi omnes supplicamus, utque imperatorem nostrum Constantinum, una cum piissimis ejus liberis incolumem et victorem diutissime nobis serves, rogamus.

Hoc die solis a militaribus numeris fieri et hæc verba interprecandum ab iis proferri præcipit. (EUSEB. PAMPH., *de Vit. Const.*, lib. IV, pág. 443.)

23 Hosius, episcopus cordulæ, sanctis Dei Ecclesiis quæ Romæ sunt, et in Italia, et Hispania tota, et in reliquis ulterius nationibus usque ad Oceanum commorantibus, per eos qui cum ipso erant, romanos presbyteros Vitonem et Vicentium. (GELASII CYZICENI, *Act. Concil. Nicæni.*, libro III, pág. 807, *in concil. gener. eccles. cath.*, tom. I, Romæ 1698.)

24 Eusebianis satellitum instar eum stipantibus per mediam civitatem magnifice incedebant. (SOCRAT, *Hist. ecclesiastica*, lib. I cap. XXXVIII, pág. 63.)

25 Cum orasset Alejander ac rogasset Dominum, sit aut ipsum auferret... Votum sancti impletum est... nam Arius... crepuit. (EPIPHAN., *Episc. Constantine*, opus contra octoginta hæreses, lib. II, pág. 321, Parisiis 1564.)

Petitio Alexandri erat hujusmodi: ut si quidem recta esset Asii sententia, ipce diem disceptioni præstitutum nu-

quam videret; sin vers esset fides quan ipse profiteretur, ut Arius impietatis pænas lueret. (SOCRAT., lib. II, cap. XXXVII, pág. 61.)

26 Nam et dum famosissimam et Romæ æmulam in suo nomine conderet civitatem, Gothorum interfuit operatis, qui, fœdere inito cum imperatore XL suorum milia illi in solatia contra gentes varias obtulere; quorum et numerus, et millia usque ad præsens in republica nominantur, id est fœderati. (AMM., pág. 648; AUR. VICT., pág. 527; JORN. *de reb. got.* pág. 640, cap. 221.)

27 LUS., *Vict. Const.*, pág. 529; AMM., pág. 476. JORN., pág. 641.

28 Qui, cum responderent masculam prolem parituram, nihil ultra morati sunt, sed, cidari utero imposita embrium regem pronuntiarunt. (*Agathiæ. scholast.*, lib. IV, pág. 135, Paris 1670.)

29 Crispum filium Cæsaris ornatum titulo quod in suspicionem venisset quasi cum Fausta noverca consuesceret, nulla ratione juris naturalis habita sustulit. (ZOSIM., *Histor.* lib. II, pág. 32 Basilæ.)

30 HIER., *Chr. Eutr.*, pág. 588; AMM., lib. XIV, página 29.

31 Nam cum balneum accendi supra modum jussisset, eique Faustam inclusisset, mortuam inde extraxit. (ZOSIM., *Hist.*, lib. II, pág. 31. Basileæ.)

32 Αὐτὸς δὲ ὁ νῦν κράτων οὐχὶ ἐξ οὗ τὸ δι δυμα περιέτετο ἐν πόνοις... Αλλὰ ουχ ἡ βασίλεια τοιαύτη των οὐρανων.

Alter vero qui nunc rerum potitur, nonne ex quo diadema gestat, perpetuo versatur in laboribus, molestiis, calamitatibus?.. At non hujusmondi cœlorum regnum. (S. J. CHRYSOSTOMO, *ad Philip.*, *homel.* XV, tom. XI, pág. 319.)

33 Ad flamines accedens, admisorum lustrationes poscebat: illis respondentibus non esse traditum lustrationis modum qui tam fœda piacula posset eluere. (ZOSIM., *Hist.*, libro. II. pág. 31. Basileæ.)

34 Tandem permotus pœnitentia integros quadraginta dies illum luxit, tanta animi ægritudine, ut numquam lavaret corpus, nec lecto recumberet. Præterea statuam ei posuit ex argento puro et ex parte inauratam præter caput, quod ex puro auro confectum erat: inscriptis in fronte his versibus: *Filius meus injuria affectus* (ἠδίκημενος ὑιός ὑιός μου). GEORG. CODIN., *de Antiquitatibus Constantinopolitanis*, pág. 34, Parisiis.

35 JULIAN., *ad Athe.*, Ath. ad solst. Vit. Agent. tom. I, pág. 856. HIER., *Chr. Zos. Hist.*, pág. 692; SOCR. *Hist. eccles.*, lib. III, cap. I, pág. 165.

36 EUTR. AUREL. VICT., *Epist.*

37 LIBAN., *orat* III, pág. 158.

38 ZOS., lib. II, pág. 693; VICT., *Epist.* EUTR., HIERO., *Chr.*; IDAC., *chr.*, an. 350. AMMI. lib. XV. cap. V. Laniogaiso... solum adfuisse morituro Constanti supra retulimus.

39 Quedaron cincuenta mil hombres sobre el campo de batalla segun Victor, cuya opinion es que los Romanos no volvieron á reponerse de esta pérdida.

40 NAZ., ORAT. III, pág. 90, ROLLIN. XXII, MART. *gr.*, pág. 16.

41 *Ubi pernoctantium luminum claritudo dierum io let imitari fulgorem.* (AMM., lib. XIV, cap. I.) De qué manera estaba iluminada Antioquía? El texto del historiador no lo explica. Amiano Marcelino que describe minuciosamente las máquinas de guerra, no creyó deber dar pormenores sobre un objeto de uso diario. Como este autor propende bastante á la hinchazon de estilo, no debe tampoco tomarse al pié de la letra lo que dice acerca de la gran claridad. San Gerónimo (epist. XIV) habla de las hogueras que se encendian en las calles públicas, á cuyo resplandor se reunia la gente y se discutian asuntos de interés del momento. *Dura audientiam et circulum lumina jam iu plateis accenta solverent, et inconditam disputationem nox interrumperet.*

42 PHIL-OTORG., *Hist. eccles.*, lib. III, cap. CCXXII.

43 Constantina murió en su tránsito á Cena, ciudad de Bitinia.

44 AMM., lib. XIV. cap. XI.

45 *Qui cadita, quæ horruere gentes, funesti carnifices absciderunt!*

46 AMM., lib. XIV, pag. 3 y sig.

47 *Id.*, *ibid.*

48 *Id.*, lib. X, cap. V, *Aur. Vict.*, *Epist.* EUTR HIER., *Chr.* Segun Amiano, Silvano se habia ya retirado lleno de temor á una pequeña capilla cristiana, de donde le sacaron para darle muerte. *Silvanum extractum ædiculo quo exanimatus confugeral, ad conventiculum ritus christiani tenden tem, densis gladiorum ictibus trucidarunt.*

49 ZOS., lib. III, pág. 702; AMM., lib. XV.

50 ZOSIM., lib. III, pág. 702.

51 AMM., lib. XV. cap. XII.

52 EPIST. IX, LVI, *Or.*, III; EUTROP., lib. XV; EUNAP., *Vit. Max.*; LIBAN., *or*, X; SOCRAT., lib. III.

53 JULIAN., *ad Ath.*

54 *Id*, *ibid.*

55 AMM., lib. XX, ZOSIM., lib. III.

56 JULIAN., *ad Ath.*, *or*, III.

57 AMM., lib. XVII, XX, XXI, XXII; ZOSIM. lib. III; LIBAN., *or* XII; JULIAN., *ad Ath.*

58 Tunc anus quædam orba liminibus, cum, percontando quinam esset ingressus, Julianum Cæsarem comperisset, exclamavit, hunc deorum templa reparaturum.

59 φίλην Λευκετίαν: *caram Luteliam.*

60 ΜΙΣΟΠΩΓΩΝ Η ΑΝΤΙΟΧΙΚΟΣ. JULIAN. *Op.*, pág. 340. D. Lipsiæ, 1696.

61 No está muy conforme esto con lo que vemos en la actualidad, excepto en lo concerniente á la salubridad del agua. Aun en la época á que se refiere Juliano salia de madre el Sena con bastante frecuencia. Si Juliano hubiese nacido en Roma, ó si alguna vez habia visto el Tiber, las aguas del Sena le habrian parecido muy cristalinas comparadas con las de aquel otro rio (*flabus Tiberinus*). Es cierto que en la Jonia no habia visto Juliano mas que el Hermo (*turpidus hermus*), ni en Atenas habia podido ver mas que dos riachuelos, y el Eridano que sin duda habria visto en la Lombardia, tampoco podia competir con el Sena en cuanto á la limpidez de sus aguas. Pero Juliano habia vivido en las márgenes del lago Cosme: habia ademas visto los demás rios de la Galia y los de Capadocia: escribió el *Misopogon* en las orillas del Oronte, y no debian tardar sus cenizas en reposar en las márgenes del Cidno. ¿cómo pues podia parecerle tan cristalinas las aguas del Sena? Por ventura, como alguno lo cree, ¿pasaria en aquella época el rio Marne por Paris?

62 Era muy cierta la observacion que los Galo-romanos hacian: el invierno es mas húmedo, pero menos frio en las orillas del mar, que en el interior de las tierras.

63 Echase de ver que no ha cambiado el clima de Paris. Hace mucho tiempo que en Surena se cultiva la viña. Juliano no pretendia ser buen conocedor de vinos, y segun él mismo dice, preferia las Ninfas á Baco. Por lo tocante á las higueras, siguen aun en Argentenil la costumbre de enterrarlas y resguardarlas con paja.

64 Juliano pinta muy bien lo que con intérvalo de algunos años puede verse en Paris. Las masas de hielo que el Sena deja en sus orillas pueden á primera vista ser tomadas por rocas de marmol.

65 De este pasaje de Juliano puede inferirse que las habitaciones se calentaban con braseros ó estufas, lo que acaso dependeria de la escasez de leña que habria en las inmediaciones de Paris. Lo que hay que advertir es que los Romanos habian llevado el arte de caldear las habitaciones al mayor grado de perfeccion segun se infiere de los restos de las construcciones domésticas.

66 D. T. DU PLES., *Nuev. Anal. de Paris*; BREUL, *Antig. de Paris.*

67 *Præfectus clasis Andericianorum Parisiis. Notic.*, *Imper.* Meseray, cuya lectura y critica deben hacerse con precaucion, opina que esta escuadra estaba en Andresy hácia la confluencia del Oise y del Sena. Muévele á establecer esta opinion la circunstancia de llamarse *Andericianos* los marineros que tripulaban aquellas naves. Júzguese de la fuerza del argumento. (*Hist. de Francia anterior á Clovis*, lib. III) Yo he seguido la opinion del abate Dubos.

68 La derrota de Magnencio.

69 *Corpus perhumile curvabat portas ingrediens celsas, et velut collo munito rectam aciem luminum tendens, nec dextra vultum, nec læva flectebat, tanquam figmentum hominis; non cum rota concuteret nutans, nec spuens, aut os aut nasum tergens vel fricans, manumve agitans visus est nunquam.* (AMM., lib. XVI, cap. X.)

70 *Limbis ferreis cincti, ut Praxitelis manu polita crederes simulacra, non viros.* (AMM., lib. XVI., cap. X.)

71 *Non ut Cineas ille, Pyrrhi legatus, in unum coactam multitudinem regum, sed asylum mundi totius adesse existimabat.* (Id., ibid.)

72 *Stupebat qua celeritate omne quod ubique est hominum genus confluxerit Romam.* (Id., ibid.)

73 *Proinde Romam ingressus, imperii virtutumque omnium larem, cum venisset ad Rostra, perspectissimum priscæ potentiæ, Forum obstupuit.* (Id., ibid.)

74 En Amiano se lee unicamente *in palatium receptus.* Yo sigo la opinion de Gibbon que cree que el palacio á que

se refiere el texto era el de Augusto, de cuyo edificio dice Suetonio:

Ædibus modicis neque laxitate neque cultu conspicuis, ut in quibus porticus breves essent, albanarum columnarum, et sine marmore ullo, aut insigni pavimento conclavia, ac per annos amplius quadraginta eodem cubiculo hieme et æstate mansit. (C. SUETON. TRANQ. *Octav.*, pág. 109. Antuerpiæ.)

[75] ***Deinde intra septem montium culmina, per acclivitates planitiemque posita urbis membra collustrans et suburbana, quidquid viderat primum, id eminere inter cuncta sperabat.*** (AMM.)

[76] ***Jovis Tarpii delubra, quantum terrenis divina præcellunt: lavacra in modum provinciarum exstructa: amphitheatri molem solidatam lapidis tiburtini compage, ad cujus summitatem ægre visio humana conscendit: Pantheum velut regionem teretem, speciosa celsitudine fornicatam; elatosque vertices qui scansili suggestu consurgunt, priorum principium imitamenta portantes, et urbis templum forumque Pacis, et Pompei theatrum, et Odeum, et Stadium, aliaque inter hæc decora urbis æternæ.*** (Id., lib. XVI, cap. X)

[77] ***Ut opinamur... nec relatu ineffabiles, nec rursus mortalibus appetendos.*** (Id., ibid.)

[78] ***Ante, imperator, stabulum tale condi jubeto, si vales; equus quem fabricare disponis, ita late succedat, ut iste quem videmus.*** (AMM., lib. XVI, cap. X.)

[79] ***Id tantum sibi placuisse quod didicisset ibi quoque homines mori.*** (Id., ibid.)

[80] Por lo tocante á la historia de Hormisdas he seguido particularmente á Zosimo; mas hay que advertir que Zonaro, Agathias y Albufarage *(ex arabico latine reddita Historia)* discrepan de la opinion de aquel autor en varios puntos.

[81] ***Imperator de fama querebatur ut invalida vel maligna, quod augens omnia semper in majus, erga hæc explicanda quæ Romæ sunt obsolescit.*** (AMM., lib. XVI. capítulo V.)

[82] Constancio habia querido hacer transportar á Constantinopla otro obelisco; Juliano volvió á insistir en el proyecto y escribió á los de Alejandria proponiéndoles el cambio del obelisco por una estátua colosal que acababa de hacerse y que acaso seria la suya. Juliano añade que en la cúspide del obelisco se albergaban algunos solitarios, y que otras personas dormian en dicho monumento, encenagadas en inmundicia y cometiendo atrocidades. Por cuya razon queria el emperador destruir á la vez la supersticion y la infamia, añadiendo que los Alejandrinos no podrán menos de alegrarse al ver desde lejos cuando vayan á Constantinopla, el regalo con que ellos habrán enriquecido la patria de Juliano. Creese que este obelisco, transportado á Constantinopla por Juliano ó por Valente fue elevado por Teodosio en el Hipódromo. La edicion alemana de que me valgo no tiene el final de esta carta de Juliano á los de Alejandría. Este pasaje fue hallado por Muratori, y se hace mencion del en las ***Anedoctas griegas*** de la ***Biblioteca griega*** de Fabricius.

[83] ***Hier. de Scriptor, eccles***; RUFIN. ***pro Orig***; HILARII, ***Fragmenta a Pithæo ed.***

[84] AMM. MARCELL., lib XXI, cap. XVI.

[85] ***Id. ibid.***

[86] Imperator Liberio dixit quota pars est orbis terrarum, ut tu solus homini impio suffragari velia?.. Liberius dixit: Etiamsi solus sim, fidei causa non idcirco minuitur (Parisiis, 1683. THEODOR., *Hist. eccles.*, lib. II. cap. XVI. pág 94.

[87] Ecclesias orbis terrarum vacuas ac desertas fecisti, et mitci tanquam noxio eleemosgnam adfers. *Id.* pág. 95.

[88] Unus Deus, unus Cristus, unus Episcopus. (THEODORET., lib. II. pág. 96.)

[89] No hablo del altar de la Victoria que Constantino mandó quitar del Senado y que Juliano probablemente volvió á restituir á su antiguo puesto. Haré mencion de este particular al hablar de Teodosio I.

[90] ***Augustum Julianum horrendis clamoribus concrepabant.*** (AMM., lib. XX, cap. IV.)

[91] Impositoque scuto pedestri (*Id. ibid.*) Libarcio exclama: ***O felix scutum, in quo solemnis inaugurationis mos peractus est, omni tibi tribunali convenientius!***

[92] Llamábase ***Maurus.***

[93] El texto habla en particular de un adorno de cabeza de mujer: ***Uxoris colli vel capitis.***

[94] JULIAN., Orat ad S. P. Q. Athen.; LIBAN ***Orat. parent.***; ZONAR., lib. XIII.

[95] ***Auguste Juliane ut provincialis, et miles, et reipubl, decrevit autoritus*** (AMM. lib. XX, cap. XI.)

[96] AMM., lib. LIBAN., ***Orat parent.***

[97] MAMERT., ***Paneg.***; LIBAN., ***Orat.***

[98] ***Adhærere cultui christiano fingebat a quo jampridem occulte desciverat.*** (Lib. XX.)

[99] Ο μὲν γὰρ αὐτὴν ὡς ἀδελφὴν ἐγὼ δὲ ὡς μητέρα φιλῶ. (JULIAN. *epist.* 58.)

[100] ***Ego non rationalem jussi, sed tonsorem acciri.***

SEGUNDA PARTE.

[1] Está traduccion no es del todo exacta y carece de la severidad del original; mas hay algo tan grave, tan sencillo y natural en el estilo de Fleury que no he querido incurrir en la temeridad de rehacer lo que él habia hecho. Fleury y Tillemont son dos escritores, cuyas pinceladas nadie puede retocar. En el último en fuerza de su instruccion, conciencia y exactitud hay genio. Parece que se halla en presencia de los hombres y de las cosas y á manera de los cristianos de los primeros siglos, hallándose en presencia de la verdad, preferiria morir á decir una mentira. Su estilo incorrecto, áspero y desnudo está mezclado de cosas que llenan de admiracion. Asi es como pintando los últimos momentos de Juliano, dice, usando el lenguaje de los P P. de la Iglesia. «***Murió en desgracia de Dios y de los hombres*** »

[2] ***Mediocris erat staturæ, capillis tanquam pexisset mollibus, hirsuta barba in acutum desinente vestitus, venustate oculorum micantium flagrans, qui mentis ejus angustiæs indicabat, superciliis decoris et naso rectissimo, ore paulo majore, labro inferiore demisso, opime et incurva cervice, humeris vastis et latis, ab ipso capite usque unguium summitates lineamentorum recta compagine, unde viribus valebat et cursu.*** (AMM. lib. XX, v. cap. IV.) Segun este retrato, Juliano tenia el cabello suave, las cejas hermosas, la nariz enteramente griega: la hermosura de sus brillantes ojos daba á entender que su alma no estaba á gusto en la angosta prision del cuerpo. Si en el texto se lee ***argutias*** en vez de ***angustias***, el sentido quedará reducido á decir que tenia viveza en los ojos, pero que por su mucha movilidad no daban la espresion conveniente á la mirada segun lo dice San Gregorio Nazianzeno.

[3] ***Discurrentes in ea pediculos.***

[4] Spanheim ha traducido el ***Misopogon***: M. La Bletterie ha publicado otra traduccion juntamente con la de ***los Césares*** y de algunas cartas escogidas: el marqués de Argens tradujo, con el nombre de ***Defensa del paganismo***, lo que San Cirilo de Alejandría nos conservó de la obra de Juliano contra los cristianos; finalmente M. Tourlet ha publicado una version completa de las obras de este emperador. Yo me he valido de los excelentes trabajos de mis antecesores sin adoptar enteramente su version. La traduccion del ***Misopogon*** de M. La Bletterie conservada por M. Tourlet corrigiéndola, es elegante: mas no dice todo lo que dice el original. La Bletterie que sobre todo era un hombre razonable, de imaginacion y talento no pasó de los límites de la ironía, y no se atrevió á entrar en el terreno del sarcasmo porque temió el descarado tono de las palabras. No me refiero al decir esto, á la palabra colectiva ***Señores*** dada á los habitantes de Antioquía, palabra que trasciende demasiado á una insignificante fórmula de la sociedad actual y que el traductor hubiera podido fácilmente hacer desaparecer. M. La Bletterie cree que Juliano calumnia á su barba: asi lo pienso yo tambien: es probable que Juliano no hacia mas que repetir las burlas de los de Antioquía, y que encarecia esas burlas, y ponderaba sus propios defectos para dejarse caer desde mas alto sobre los vicios contrarios de sus detractores. Ya hemos visto que Juliano se bañaba en una casa de campo y se mandó cortar el cabello al llegar á Constantinopla, y esto no denota por cierto que el emperador fuese del todo indiferente al aseo de su persona. San Agustin, cuya filosofia verdaderamente era muy distinta de la de Juliano, piensa que la limpieza era una semi-virtud.

M. Tourlet ha reunido muchos fragmentos de Juliano que no se encuentran en las antiguas ediciones de sus obras. Ha hecho un verdadero servicio á las letras; pero el descubrimiento mas importante seria encontrar la ***Historia de las guerras de Juliano en las Galias***. Esta obra se ha perdido en tanto que sus mas insignificantes discursos se han conservado. Lo cual proviene del espíritu del siglo en que vivió Juliano, y en el cual se daba la mayor importancia á sus escritos dogmáticos para admirarlos ó combatirlos, y se paraba poco la atencion en lo que no se rozaba con las controversias religiosas. Por esta razon nos ha trasmitido Cirilo de Alejandría en sus diez libros: «***Pro sancta christianorum religione adversus libros athei Juliani***» una gran parte de la obra de este emperador contra la religion cristiana.

[5] ***Jubet periculoso garritori pedum tegmina dari purpurea ad adversarium ; erferenda*** (Amm.)

[6] Illum (Julianum) graviter objurgavit, impium et apostatam vocans et religionis expertum. At ille conviciis reddens convicia cœcum eum appellavit : Neque vero, inquit, Deus tuus galilæus te unquam sanaturus est. ***Gratias***, inquit Maris, ***ago Deo, qui me luminibus orbabit ne viderem vultum tuum qui in tantam prolapsus es impietatem.*** (Socrat., *Hist. eccles.*, lib. II, cap. XII, pág. 150.)

[7] ***Ecquis innocens esse poterit, si accusasse sufficiet?*** (Amm.)

[8] ***Gaudebam plane præ meque ferebam, si ab his laudarer quos et vituperasse posse adverterem, si quid factum sit secus aut dictum*** (Id.)

[9] ***Agnosco quem dicitis offendisse me justa de causa; et silere vos interim consentaneum est, dum mihi inimico meliori faciat satis*** (Id.)

[10] ***Abi securus ad lares, exutus omni metu, clementia principis, qui ut prudens definivit, inimicorum minuere numerum augereque amicorum sponte sua contendit ac libens*** (Amm.)

[11] ***Prosequere, mulier, si quid te læsam existimas: hic enim sic cinctus est ut expeditius per lutum incedat: et parum nocere tuis partibus potest*** (Id.)

[12] Alusion al templo de Jerusalen y del capitolio.

[13] *Ὅστις φθορεὺς, ὅστις μιαιφόνος, ὅστις ἐναγής· καὶ βδελυρὸς, ἴτω θαῤῥῶν· ἀποφανῶ γὰρ αὐτὸν τουτῳὶ τῷ ὕδατι λούσας, αὐτίκα καθαρόν. Κἂν πάλιν ἔνοχος τοῖς αὐτοῖς γένηται, δώσω τὸ στῆθος πλήξαντι, καὶ τὴν κεφαλὴν πατάξαντι καθαρῷ γενέσθαι.* Quisquis mulierum corruptor, quisquis homocida est, quisquis piaculo aut exsecrando scelere se obstrinxit, fidenter huc adito. Etenim simul atque hac aqua ablutus fuerit, illico ego eum purum reddam. Quod si iisdem rursus se flagitiis contaminarit, efficiam uti, tunso pectore et capite percusso, expietur. (*In Cæsar.*, pág. 336. B.)

[14] Existe, segun dice, manuscrito un poema de Juliano sobre el sol y algunos discursos que no han llegado á publicarse. De un gran número de cartas debidas á la fecunda pluma de Juliano, apenas conocemos mas que sesenta y cuatro. Vosio asegura que el libro de los *Césares* en los antiguos manuscritos se llamaba las Saturnales y el Banquete; pero Suidas establece una distincion entre ambas obras y cita en esta última cosas que no se encuentran en los *Césares*. Indica ademas el mismo autor otras dos obras de Juliano que tampoco han llegado hasta nosotros y cuyos títulos eran *Sobre las tres figuras* y el *origen del mal contra los ignorantes*. Eunapo en sus Vidas de los Sofistas, habla con frecuencia de Juliano : habia tambien escrito su historia y acaso era una de las que componian la *de los emperadores desde Alejandro Severo*. Creese que parte de esta se encuentra en los libros de Zosimo quien se habia dado por contento con retocar el trabajo de Eunapo. Calisto, segun dice Sócrates, puso en verso la vida de Juliano. En el siglo XVII se creia que la historia política de Eunapo existia en las bibliotecas de Italia. El mundo literario debe al sabio M. de Boissonade una edicion griega de Eunapo de la que M. Cousin, juez competente, habla de este modo : su opinion debe ser de muy distinto peso que la mia : «nadie en efecto se ha hallado mejor dispuesto para dar una edicion crítica de Eunapo que M. Boissonade, que tanto servicio ha prestado á la filosofía neoplatónica publicando una nueva edicion de la Vida de Proclo por Marino, y el comentario inédito de Proclo sobre el Cratilo. La modestia de M. Boissonade se hizo un deber de recoger como si sus propias fuerzas no le bastaran, todos los materiales amontonados por sus antecesores. El *Specimen* de Carpzove le puso en posesion de las notas de Fabricio, y por medio de Schæfer, Erfurt, en cuyo poder habian venido á parar los trabajos inéditos de Wagner, se los comunicó con la mayor atencion á Boissonade juntamente con las notas de Reinesio. Para la vida de Libanio se valió de las notas inéditas de Valois; y dos ejemplares de Eunapo, que habian pertenecido á Walckenaer, le suministraron algunas acertadas correcciones escritas al márgen por Walckenaer ó sacadas por él del ejemplar de Vocio conservado en la biblioteca de Leide, sin contar las conjeturas del ilustre obispo de Avranches, Huet, estampadas en uno de los ejemplares de la biblioteca de Paris, y otros medios que seria difuso enumerar y que desaparecen todos ante la vasta coleccion de observaciones de toda especie con que Wyttenbach enriqueció la obra de nuestro sabio compatriota : de manera que los dos tomos de que se compone esta edicion de Eunapo presentan el trabajo de maestros de distintos paises y siglos, hábilmente empleados por un sabio contemporáneo nuestro.

[15] Libanio pretende haber llegado á la perfeccion del estilo epistolar y concede el segundo lugar á Juliano. Plinio el Jóven ofrece el modelo de aquel espíritu elegante y culto que imitaron Juliano y los Griegos de su tiempo.

[16] Φίλη κεφαλή *O carum caput*. Horacio trasladó este giro al latin, y Racine al francés.

[17] Esta linda princesa es representada por Juliano como amante de las letras y llena de compasion hácia los desgraciados (Paneg-Lus). El mismo habia personalmente experimentado estas buenas cualidades de la princesa, y sin embargo posteriormente la vemos dando una bebida abortiva á Helena. ¿Cómo Eusebia que habia elevado á Juliano á la púrpura, y que por lo tanto no parecia temer su ambicion queria privarle de posteridad? Esto no se explica sino por el desvario de una pasion : Eusebia habia deseado colocar en el trono del mundo á Juliano ; pero no podia sufrir que otra mujer mas dichosa que ella fuese madre de sus hijos. Es de advertir que Eusebia era esteril y Helena, aunque no tan jóven como ella, era fecunda.

[18] Sócrates, lib. III, cap. XXI.

[19] Nav., pág. 121.

[20] Julian., *epist.* XI. *Educator meorum liberorum.*

[21] Nullas infestas hominibus bestias, ut sunt sibi ferales plerique christianorum expertus. (Amm., lib. XXII, cap. V.)

[22] Ariani Scythis ipsis crudelioribus (Ath. *Hist. Arian.*)

[23] Etenim Galilæorum amentia, propemodum omnia affixit ac perdidit. (Julian., epist. VII.)

[24] Et ad cutem usque tonsus monasticam vitam simulavit. (Socrat.)

[25] Eunap., Vit., Jambl., Vit., Max.

[26] *Id.*, *ibid.*

[27] Eunap., Vit., Jambl., Vit., Max.; Liban., Paneg. 175.

[28] Theodor., lib. III, cap. III: Gregorio Nac. or. III, página 71.

[29] Eunap., Vit. Soph.; Brucker, *Hist. philosoph.*; Julian., apud S. Cyril, lib. VI.

[30] *Genio del Cristianismo.*

[31] Julian, contra imperitos canes. *Or.* VI.

[32] El hermoso descubrimiento de la lectura de los geroglíficos ha derramado alguna claridad sobre el sistema religioso de los Egipcios. Debo al señor Carlos Le-Normand, que fué con Mr. Champollion á Egipto, la científica nota que inserto á continuacion. El autor al tratar de la Trinidad egipcia, dice tambien algunas palabras sobre el tauróbolo. (Véase el Prefacio de estos Estudios históricos.)

«La Triada egipcia, idénticamente semejante á la Triada india, se funda en una creencia panteística: los dos principios fundamentales (Ammon-Ra y *Mouth*, la abuela, en la forma mas elevada) representan el espíritu y la materia: no son ni siquiera correlativos, pues han dicho que Ammon es el *marido de su madre* *, lo cual quiere decir que el espíritu es una emanacion de la materia preexistente, del caos. En el Ritual funerario, documento principal y resúmen de la teología egipcia, Ammon dice á Mouth : Yo soy el espíritu: *tú eres la materia.* Mas adelante en la oracion dirigida á Mouth, bajo la forma secundaria de Neith, se leen estas palabras: *Ammon es el espíritu divino, y tú, eres el gran cuerpo Neith, que preside en Saïs.* De su union proviene *Chons*, la mas alta manifestacion del espíritu, tercera persona de la Triada tebana. Chons es hasta tal punto idéntico con el *Logos* de la India, de la Persia, de Platon y hasta de S. Juan, que en el gran templo que le está dedicado en Tebas se le da el nombre de *Chons-Toth*, es decir, *palabra*. Esta triple unidad de Dios se encuentra tambien en todas las graduaciones del seismo egipcio, hasta en la triple manifestacion de Dios en las personas de Osiris, Isis y Horus. Luego sigue un personaje suplementario, un resúmen de las formas múltiples de la Divinidad. *Ammon-Horus*, ó *Perus-Ammon*, que une los dos cabos de esta inmensa cadena, y representa la unidad panteística del mundo concentrado en las tres personas del espíritu, de la materia y del Verbo. Ammon-Horus es el Dios Pan de los Griegos

»La Trinidad cristiana está fundada en la existencia de un Dios preexistente á la materia, que ha creado el mundo de la nada; este Dios se manifiesta incesantemente en su hijo; el espíritu es el intermediario de esta manifestacion, que en su triplicidad constituye la unidad de Dios. Resulta, pues, que para establecer una relacion entre esta trinidad y la triada egipcia, se tendria que suponer en esta última la abstraccion del principio femenino y la division del espíritu en principio generador y en espíritu propiamente dicho. La diferencia radical de las dos doctrinas se funda en la diversa opinion que los panteistas y los cristianos profesan acerca del orígen del mal: el mas exaltado optimismo pan-

* En el peristilo del templo *Chene* en Karnak, llamado el **gran** *templo del Sud*, en la gran obra de Egipto.

telstico no puede destruir la inherencia del mal á la materia eterna, y por consiguiente la necesidad del mal: Nephtis, hermana de Isis, parte su lecho entre Osiris y Tifon.

»Los primeros apologistas atribuyeron al deseo que tenian los idólatras de contrabalancear la influencia de las ceremonias cristianas el frecuente uso de los sacrificios taurobólicos, á contar desde la mitad del segundo siglo de nuestra era. Pero es probable que estos sacrificios tuviesen un orígen diverso que la imitacion de los ritos del bautismo, y hasta que no dependieran de la idea de rehabilitacion de donde se ha derivado la ceremonia bautismal. La purificacion expiatoria por medio de la sangre es universal en los cultos de Oriente, y encuéntranse trazas de ella hasta en el Levítico: ***Et sanguinem qui erat in altare aspersit super Aaron, et vestimenta ejus, et super filios illius ac vestes eorum*** (VIII, 30). Todos los testimonios antiguos están conformes en deribar los tauróbolos del culto frigio de Cibeles. Este culto, si bien introducido en Roma doscientos siete años antes de Jesucristo, pasó mucho tiempo sin ser mas que tolerado, y no fue recibido como culto público sino en tiempo del emperador Antonino. Mr. de Bose (tomo II de las ***Memorias de la Academ. de Inscrip.***) ha recordado muy oportunamente las causas de la veneracion supersticiosa de este emperador á los misterios de Cibeles: al mismo tiempo ha demostrado que Faustina (la madre) fue la primera emperatriz que en las medallas tomó el dictado de ***madre de los Dioses***. El mas antiguo tauróbolo que encontramos acreditado por una inscripcion, se refiere al año 160 de Jesucristo, y se celebró por la conservacion de los dias de Antonino y de su familia (v. las ***memorias*** citadas). La mayor parte de los monumentos de este género tienen, así como el precedente, un color político. Lo que seria difícil negar es que las ideas de regeneracion diseminadas por el Cristianismo en todo el mundo, contribuyeron á extender el uso del tauróbolo; pero los mismos apologistas demuestran la diferencia del principio, y por consiguiente de orígen que habia entre las ceremonias taurobólicas y el bautismo: la sangre del toro, decia Sirmiro (citado por Mr. de Bose) no purifica, mancha. Y es que efectivamente la idea de la purificacion rehabilitante y la expiacion sangrienta, pertenecen á dos sistemas opuestos, de los cuales el segundo quedó abolido por el sacrificio de la gran víctima del Cristianismo. Si fuera posible señalar al sacrificio taurobólico un orígen mas antiguo que los misterios de Cibeles, encontraríamos algun indicio en el mito persa de Mithra y en la inmolacion del toro, que es su símbolo principal; y sabido es que la religion de la madre de los dioses no es en gran parte mas que una emanacion de las doctrinas persas.»

[33] TEODOR., *sermo* VII *ad Græc.*

[34] Porfirio pertenece al neoplatonismo posterior á la predicacion del Evangelio: bajo este concepto su testimonio puede pasar por sospechoso.

[35] PLATON, tom. II 986, in Epinomid.

[36] TERTULL., *pologet.*

[37] *Genio del Cristianismo*

[38] S. JUSTINO, *Apolog.*; ORIG. *contra Cels*; TERTULIANO *Apolog.*; ATANAS. *de Incarn. verbi Dei*, pág. 83.

[39] AGUS. *Confess.*, lib. VII; id. epist. CXVIII.

[40] CONSTANT. MAG. *in Orat. Sanctor. cœt*, cap. IX.

[41] ARISTOBUL., apud Euseb., lib. XIII; *Præp. Evang.*, cap. XII. JOSEPH, lib. II; *contra Appion;* S. JUST. *Apologet.*; ORIG., lib. XII *contra Cels.* EUSEB., lib. XI, *Præpar. Evang. in proemio.* La version de los Setenta es posterior al viaje de Platon á Egipto; pero se prueba por Aristóbulo (*apud Euseb.*, lib. XIII. *Præp. Evang.*, capítulo XII), y por Demetrio (in epist. ad Plorem. Eg. Reg. apud Joseph. Arist. y Euseb.) que partes considerables de los libros hebreos estaban traducidas al griego mucho antes de la version completa de los Setenta (Véase la *Defensa de los SS. PP. acusados de Platonismo*, lib. IV, pág. 618 y *sig.*) Baltus tiene en este particular completamente razon contra Lutero.

[42] ***Solebamus audire aureis litteris conscribendum et... in locis eminentissimis proponendum esse dicebat.*** AGUS. de *Civit. Dei*, lib. X, cap. XXIX.)

[43] BASIL., *hom.* 16 *in verba illa: In principio erat Verbum.*

[44] EUSEB., *Præp. Evang.*, lib. XI, cap. XIX; THEODORO, sermo XI ad Græc. CIRILL. ALEX., lib. VII *in Julian.*

[45] THEODOR, sermo VII *ad Græc.*

[46] Los lectores que deseen conocer á fondo esta cuestion, pueden leer la Defensa de los SS. PP. acusados de Platonismo por BALTUS. Tom. I en 4.º Paris 1711. MOSHEM. de turbata per Platonicos ecclesia ap. Curwort. *System. intel.*, tom. II. Lugd. Batav.

[47] ***Audite me quem Allamani audierunt et Franci.*** AMM.

[48] Α' λλ' ἀνθρωπισυτιλής. ***Quod si ne ille quidem vir est, ud contemptus homunico*** (Julian., epist. VII.)

[49] Suis ausus est in meo regno feminas Græcorum ilustres ad baptismum impelere. (JULIAN. *Epist.* VI.)

[50] En Antioquia es donde hablaba Crisóstomo de este modo. Ammiano se expresa tambien en los mismos términos, libro XXII, cap. XIV.

[51] El texto de estas palabras está en griego en Ammiano. (V. la nota de los sabios editores, AMM., en fol. Lug. Batav., 1693.) Se ha atribuido este epigrama á Marco Aurelio.

[52] *Misopogon.*

[53] ***Sed quid est causæ, cur in hisce, perinde ac si nihil amplius opus esset, conquiescamus, ac non potius convertamus oculos ad ea, quibus impia christianorum religio creverit, id est, ad benignitatem in peregrinos, ad curam ab illis in mortuis sepeliendis positam, et ad sanctimoniam vitæ quam simulant.... Nam turpe profecto est, cum nemo ex Judæis mendicet, et impii Galilæi non suos modo, sed nostros quoque alant, ut nostri auxilio, quod à nobis ferri ipsis debeat, destituti videantur.*** (JULIAN., *epist.* XLIX.)

[54] Este detalle se encuentra en una carta al filósofo Máximo. Por medio de ella Juliano nos da noticias de Besanson, así como de Paris por medio del *Misopogon.*

Ad Gallos revertens, circumspiciebam et percontabar de omnibus qui illinc venirent, num quis philosophus num quis scholasticus, aut pallio penulave indutus, eo appulisset. Cum autem Vesontionem (Βεσοντίωνα, Besançon) ***appropinquarem (est autem oppidulum nunc refectum, magnum tamen olim, et magnificis templis ornatum, mœnibus firmissimis, et loci natura munitum, propterea quot cingitur Dubi*** (Δαουβίς, Doubs): ***estque, ut in mari, rupes excelsa, propemodum ipsis avibus inaccessa, nisi qua flumen ambiens tanquam littora quædam habet projecta): cum, inquam, prope abessem ab hac urbe, vir quidam cynicus cum pera et baculo mihi occurrit. Eum ego cum eminus aspexissem, teipsum esse putavi: cum accessit propius, a te omnino illum venire suspicatus sum. Est autem mihi quidem ille amicus, multum tamen infra expectationem meam.*** (JULIAN., *epist.* XXXVIII.)

[55] Hunc vero quem neque vos, neque patres vestri videre, Jesum Deum esse Verbum creditis oportere. (JULIAN., *epistola* LI.)

[56] Petulantes ante omnes et Celtæ... Augebantur ceremoniarum ritus immodice cum impensarum amplitudine ante hac inusitata et gravi. (AMM.)

[57] El texto de Ammiano Marcelino que voy á citar, embarazó mucho á Gibbon, y antes de él á Voltaire: efectivamente, un milagro afirmado por un pagano era una cosa embarazosa, y no hubo otro arbitrio que recurrir á la física. Juliano, dice juiciosamente el abate de La Bletterie, y los filósofos de su córte se valdrian sin duda de cuantos conocimientos tenian de física para «no atribuir á la divinidad un »prodijio tan manifiesto. La naturaleza sirve á la religion tan »oportunamente que por lo menos podria ser sospechosa de »connivencia.» Mr. Guizot en su excelente edicion francesa de la obra de Gibbon; indica tambien algunas leyes de física por las que hasta cierto punto se podria explicar la aparicion de los fuegos que hicieron retroceder á los obreros de Juliano. Mr. Tourlet valiéndose de un cálculo cronológico, asegura que el fenómeno ocurrido en Jerusalen no fue mas que el terremoto que amenazó á Constantinopla, y asoló á Nicea y Nicomedia durante el tercer consulado de Juliano, año 362. Soy demasiado ignorante para disputar nada á los hechos, ni tengo autoridad suficiente para interpretarlos ó impugnarlos, y nada mas hago que referirlos como los he encontrado. Sozomeno, Rufino, Sócrates, Teodoreto, Filostorgo, San Gregorio Nazianzeno, San Crisóstomo y San Ambrosio confirman la narracion de Ammiano Marcelino Juliano mismo confiesa haber querido restablecer el templo. ***Templud illud tanto intervallo a ruinis excitare voluerim.*** Socabando los cimientos del nuevo templo acabaron de destruirse los del antiguo, y se confirmaron los oráculos de Daniel y de Jesucristo por los medios con que el mundo habia creido convencerlos de impostura. Segun refiere Filostorgo (lib. VII, cap. VI), trabajando un obrero en los fundamentos del templo encontró bajo una bóveda en el capitel de una columna rodeada de agua el Evangelio de San Juan. Nada mas positivo que el texto de Ammiano que es como sigue: ***Ambitiosum quondam apud Hierosolymam templum, quod post multa et interneciva certamina, obsidente Vespasiano posteaque Tito, ægre est expugnatum, instaurare sumptibus cogitabat immodicis: negotiumque maturandum Alypio dede-***

rat Antiochensi, qui olim Britannias curaverat pro præfectis. Cum itaque rei idem fortiter instaret Alypius, juvaretque provinciæ rector metuendi globi flammarum prope fundamenta crebis assultibus erumpentes, fecere locum, exustis aliquoties operantibus, inaccessum; hocque modo elemento destinatius repellente cessavit inceptum. (Amm., lib. XXIII, cap. I.)

58 Sin in Deos sanctissimos putant ab illis auctoribus peccatum esse, eant in Galilæorum ecclesias, ibi que Matthæum et Lucam interpretentur. Juliano, *epistola* XLII.)

59 Solo San Gregorio Nazianzeno compuso mas de treinta mil versos. Tres de sus poemas se refieren á la *virginidad*, y otros muchos tratan de su *vida y males que le han acosado:* algunos otros reprenden las costumbres del clero y el lujo de las mujeres, y finalmente otros fueron escritos en alabanza de los monges. Los poemas intitulados: *Las calamidades de mi alma*, *Grandeza y miseria del hombre y los Secretos de San Gregorio* son admirables por la elevacion del asunto y belleza de expresion: tambien tiene muchos versos sobre el respeto debido á las tumbas. Los dos Apolinarios, padre é hijo se distinguieron por un certámen poético contra el edicto de Juliano. El primero puso en verso heróico la Historia Sagrada hasta el reinado de Saúl, y tomó por modelo de sus comedias-trajedias y odas piadosas á Menandro, Eurípido y Pindaro: el segundo explicó en diálogos á manera de los de Platon los Evangelios y la doctrina de los apóstoles.

60 Libro XXII, cap. 2.

61 Es curioso encontrar en los argumentos de Juliano todos los argumentos de Voltaire.

62 Sozomen., lib. V; Theodor., lib. IX; Gregorio Naz., *or.* IX.

63 Chrysostomo, *cont. gent.;* Gregorio Nazianzeno, *ibid.*; Theodosio, *ibid.*

64 Theodoreto, lib. III, cap. XXI.

65 Theodoreto, libro III, cap. XXIII; Sozom., libro IV; Gregorio Nazianzeno, *or.* III.

66 *Frater solis et lunæ.*

67 *Vidit squalidius, ut confessus est proximis speciem illam Genii publici, quam cum ad augustum surgeret culmen conspexit in Galiis, velata cum capite cornucopia per aulæa tristius discedentem.* (Amm., lib. XXV, cap. II.)

68 *Flagrantissimam facem candenti similem visam, aeris parte sulcata evanuisse existimavit: horroreque perfusus est, ne ita aperte minax Martis apparue rit sidus.* (Id. Ibid.)

69 Amm., lib. XXV, cap. III.

70 Beatum fuisse.... intellexit occisum. (Amm., lib. XXV, cap. III.)

71 *Medio noctis horrore vita facilius est absolutus.* (Amm., lib. XXV, cap. III.)

72 Julian., *epist.* LI. La-Bletterie no le atribuye mas que XXXI, pero se engaña juntamente con el historiador Sócrates.

73 Aiunt illum, vulnere accepto, statim haustum manu sua sanguinem in cœlum jecisse, hæc dicentem: Vicisti, Galilæe! (Sov., lib. III, cap. XXV, pág. 147)

74 Et quum omnia se obtinuisse putasset, subito ei irruit multitudo exercitus angelorum. (Passion. San Theodoreto, presbyter.)

75 Dolo enim mortuus est sicut Achilles. Liban., *pro templis*, pág. 24. Genevæ, 1634.)

77 Gibbon sigue la opinion de La-Bletterie: nota este último que por una frase de Libanio se habia sospechado de San Basilio y de San Gregorio Nazianzeno, pero que dicha frase se refiere mas bien á San Atanasio. A los diez y seis años despues de muerto Juliano; no temió Libanio renovar en cierto discurso al emperador Teodosio una acusacion que carecia de pruebas. Sozosemo (lib. VI, cap. II), hace honor á algunos cristianos celosos de la muerte de Juliano, y compara estos héroes desconocidos á los generosos griegos que en otro tiempo llegaron á sacrificarse por la patria. Libanio está tan poco acorde consigo mismo que en otro de sus discursos (*orat.* II, *pág.* 28), dice positivamente que Juliano habia sido muerto por un persa llamado Aquemenides.

78 Per nocturnam speciem, Basilius, Cæsaræ episcopus, vidit cælos apertos et Christum Salvatorem in solio pro tribunali sedentem magnoque clamore vocantem: Mercuri, abi, occide Julianum imperatorem, illum hostem christianorum. Sanctus ergo Mercurius stans coram Domino, losicam ferream indutus, accepto a Domino mandato evanuit: rursus visus adstare ad tribunal Domini exclamavit: Julianus imperator expiravit uti emperasti, Domine. (*Chronicon Alexandrinum*, pág. 693-694.

Equos candidos per aerem discurrentes sibi videre visus est, virosque ipsis insidentes, ita clamantes audire: Nuntiate Didymo, hodie Julianum hac ipsa hora peremptum esse. (Sozom., *Hist. eccles.*, lib. VI, cap. II, p. 318.)

79 Suem agrestem, vastatorem vineæ Domini.... mortuum jacere. (Theodor., lib. III, cap. XXIX, pág. 637. Lutetiæ Parisiorum, 1642.)

80 Iste fabri filius arcam ei ligneam parat ad tumulum. (Sozomen., *Hist. eccles. in Julian.*, cap II, pág 519.) La historia de San Mercurio, trasformada en la de un caballero llamado Mercurio, sirvió de asunto para un drama de la edad media.

Dum adhuc essem puer, et in grammaticæ ludo exercerer, omnesque urbes victimarum sanguine pollucrentur, ac subito persecutionis ardore Juliani nuntiatus esset interitus, eleganter unus de ethnicis: Quomodo, inquit, christiani dicunt Deum suum esse patientem... nihil iracundius, nihil hoc furore præsentius! (San Hieron., *Comment.*, libro II, cap. III, in Habacuc, pág. 243-244.)

82 Greg. Naz., *Or. cont. Julian.* Este hermoso rasgo oratorio, *Venid tambien, generosos atletas*, ha sido visiblemente imitada por Bossuet en el admirable apóstrofe con que termina la oracion fúnebre del gran Condé.

83 Nec in Ecclesiis solum ac martyriis, cuncti tripudiabant, sed in ipsis etiam theatris Victoriam crucis prædicabant... Omnes siquidem uncti simul clamabant: Ubinam sunt vaticinia tua, Maxime stulte? (Theodor., lib. III, capítulo XXVIII, pág. 147-148.)

84 Et Carrheni tantum percepere dolorem morte Juliani nuntiata, ut eum qui nuntium hunc adtulerat, lapidibus obruerent. (Zosim. lib. III, pág. LIX. Basileæ.)

85 Pleræque urbes illum deorum figuris repræsentarunt, atque ut divos honorant. (Lib., *orat.* X, tomo I, pág. 330, Lutetiæ, 1607.)

86 In ensem oculos conjeci quasi vita acerbior omni jugulatione mihi futura esset (Lib, *Vit.*, pág. 45.)

87 Porro cadaver Juliani, quum Merobandes, et qui cum illo erant, in Ciliciam deportassent, non consulto sed casu quodam e regione sepulchri in quo Maximini ossa erant condita deposuerunt, via publica duntaxat loculos eorum a se invicem separante. (Philostorg., *Hist. eccles.*, lib. VIII, p. 311. Parisiis, 1673.)

88 Mimi et histriones eum ducebant probris a scena petitis, ac ludibriis incessebant, etque fidei abjurationem et cladem vitæque finem exprobrantes. (San Gregor. *theologi oratio* V, tomo I, pág. 159. Lutetiæ, 1778.)

89 Ut mihi quispiam narravit nec ad sepulturam assumptum, sed a terra quæ ipsius causa turbata fuerat excussum, æstuque vehementi projectum. (*Id. orat.* XXI, pág. 408.)

90 Atque eum quidem Tarsi in Cilicia recepit suburbanum: at potiori jure in Academia, proximo Platonis sepulchro, fuisset tumulatus. (Liban., *Orat. Parentat.*, cap. CLVI, pág. 377.)

91 Cujus suprema et cineres, si quis tunc juste consuleret, non Cydnus videre deberet, quamvis gratissimus amnis et liquidus: sed ad perpetuandam gloriam recte factorum prælerlambere Tiberis, intersecans urbem æternam, divorumque veterum monumenta præstingens. (Amm., lib. XXV, cap. X.)

92 Amm., lib. XXV, cap. X. V. tambien la *Vida de Juliano* por La-Bletterie. *ad fin.*

93 Con relacion á los Persas.

94 Amm., lib. XXV.

95 Leonidas se perdió como Juliano en un teatro mas pequeño, en Esparta.

96 Amm. lib. XXV. Filostorg., pág. 114. Teodosio I no fue por un momento dueño del imperio mas que para partirlo entre sus dos hijos.

NOTAS DEL ESTUDIO TERCERO.

PRIMERA PARTE.

1 Apud hos generali nomine rex appellatur Hendinos... Sacerdos omnium maximus vocatur sinistus. (Amm. Marcel. lib. XXVIII, cap. V, pág. 539—1671).

2 Primus ex nobilibus philosophis interfectus est Maximus, et post illum oriundus ex Phrigia Hilarius, qui ambiguum quoddam oraculum clarius fuisset interpretatus. Secundum hunc Simonides, et patricius Lydus et Andronicus e Caria, (Zosim., *Histor.*, lib. IV, pág. 65. Basileæ.

3 Micam auream et Innocentiam cultu ita curabat enixo, ut earum caveas prope cubiculum suum locaret.... Innocentiam denique, post multas quas ejus laniatu cadaverum vi-

derat sepulturas, ut benemeritam in sylvas abire dimisit. (AMM. MARCEL., lib. XXIX, cap. III.

[4] Cod. Just. for. pág. 250.

[5] Cod. Theod., tom. III, lib. VIII, pág. 54.

[6] *Ibid.*, tom. LV, lib. I, pág. 197.

[7] *Cod. Just.*, tom. IX, lib. I et XI pág. 166.

[8] BAV. ann. 371; SYMM., lib. IX, *epis.* 54.

[9] *Cod. Theod.*, tom. I, lib. LIX, pág. 405.

[10] Damasius et Ursinus, supra humanum modum ad rapiendam episcopatus sedem ardentes, scisiis studiis asperrime conflictabantur, adusque mortis vulnerumque discrimina adjumentis utriusque procesis... Uno die centum triginta septem reperta cadavera peremptorum. (AMM. MARCEL., lib. XXVII, cap. III, pág. 481, Parasiis, 1677).

[11] 17 noviembre 375.

[12] JORN. cap. XXII.

[13] JORN. cap. XXII.

[14] DEGUIGNES, GIBBON, JORNANDES, AMMIEN MARCELLIN, etc.

[15] Dum enim quandam mulierem Sanieth nomine pro mariti fraudulento discessu, rex furore commatus, equis ferocibus illigatam, incitatisque cursibus per diversa divelli præcepisset: fratres ejus Sarus et Ammius, germanæ obitum vindicantes, Ermanarici latus ferro petierunt. (JORNAND., *de Reb gothicis*, cap. XXIV, pág. 70—71. Lugduni Batavorum).

[16] Inter hæc Ermaranicus tam vulneris dolorem, quam etiam incursiones Hunnorum non ferens, grandævus et plenus dierum, centesimo decimo anno vitæ suæ delunctus est. (JORN., cap. XXIV).

[17] AMM. MARCELL., lib. XXXI, cap. III.

[18] Et ut fides uberior illis haberetur promittunt, se, si doctores linguæ suæ donaverit, flere christianos.... Sic quoque Veseghotæ a Valente imperatore ariani potius quam christiani effecti. De cætero, tam Ostrogothis, quam Gepidis, parentibus suis, per affectionis gratiam evangelirantes, hujus perfidiæ culturam edocentes, omnem ubiquæ linguæ hujus nationem ad culturam hujus tectæ invitavere. Ipsi quoque (ut dictum est) Danubium transmeantes Daciam, repensem Mæsiam, Thraciasque permissu principis insedere. (JORN., cap. XXV).

[19] SOCRAT. lib. II, cap. XVI.

[20] SULP. SEV., lib. XVI núm. 42; EPIPH, *Hær.*, LXX, núm. 9, 14.

[21] SOZOM., lib. VI, cap. XXXVII.

[22] Et navabatur opera diligens, ne qui romanam rem eversurus derelinqueretur vel quasatus morbo letali. (AMM. MARCEL., lib. XXXI, cap. IV).

[23] Proinde permissu imperatoris transeundi Danubium copiam colendique adepti Thraciæ partes, transfretabantur in dies et noctes, navibus, ratibusque et cavatis arborum alveis agminatim impositi... Ita turbido agminantium studio orbis romani pernicies ducebatur. Illud sane neque obscurum est, neque incertum, infaustos transvehendi barbaram plebem ministros numerum ejus comprendere calculo sæpe tentantes, conquievisse frustratos. (*Id.*, *ib*).

[24] ZOSIM.

[25] Cœperunt duces (avaritia compellente non solum ovium, boumque carnes, verum etiam canum, et immundorum animalium, morticina eis pro magno contradere: adeo, ut quodlibet mancipium in unum panem aut decem libras in unam carnem mercarentur. (JORN., cap. XXVI).

[26] AMM. MARCEL., lib. XXI; JORN., cap. XXVI.

[27] Illa namque dies Gothorum famem, Romanorumque securitatem ademit; cœperuntque Gothi jam non ut advenæ et peregrini, sed ut cives, et domini possessoribus imperare. (JORN., cap. XXVI).

[28] Rauca cornua. CLAUDIAN. *in Ruf*). Auditisque triste sonantibus. (AMM. MARCEL., lib. XXXI).

[29] Eo maxime adjumento præter genuinam erecti fiduciam, quod confluebat ad eos in dies ex eadem gente multitudo, dudum á mercatoribus renumdati, adjectis plurimis quos primo transgressu necati inedia, vino exili vel panis frustis mutavere viiissimis. (AMM. MARCELL., lib. XXXI, cap. VI)

[30] Et Romani quidem voci undique martia concinentes, a minore solita ad majorem protolli, quam gentilitate apellant barritum, vires validas erigebant. (AMM MARCELL., libro XXXI, cap. VII).

[31] Venit Constantinopolim, ubi moratus paucissimos dies seditione popularium pulsatus, etc. (AMM., lib. XXXI, página 639. Parisiis, 1677).

[32] Quo pergis, imperator, qui Deo bellum intulisti, nec eum habes ad utorem? Desine ergo bellum inferre ei.. Nam neque reverteris, et exercitum præterea amittes...
Ad hæc imperator in percitus:
Revertar, inquit, teque interficiam, et falsi vaticinii pœnas a te exigam.
Tum ille minas non tiquam reformidans: Interfice, inquit, si in verbis meis mendacium fuerit deprehensum. (THEODOR. *Episcop.*; CYR., *Eccles. hist.*, lib. IV, pág. edit. Parisiis, 1673).

[33] Cum... trucidaret omnes ad unum... vivos omnes circa Mutinam, Regiumque et Parmam italica oppida, rura culturos exterminavit. (AMM., MARCELL., lib. XXXI, capitulo IX).

[34] AMM. MARCELL., lib. XXXI, cap. XII.

[35] Atque ut mos est, ululante barbara plebe, ferum et triste, Romani duces acum struxere. (*Id.*, *ibid*).

[36] Miles fervore calefactus æstivo, siccis faucibus commarceret relucente amplitudine camporum incendiis, quos lignis nuitrimentisque aridis subditis, ut hoc fieret, iidem hostes urebant. (*Id.*, *ibid*).

[37] Deinde collisæ in modnm rostrorum navium acies. (*Id.*, cap. XIII).

[38] Sicut ruina aggeris magni oppressum atque dejectum est. (AMM. MARCELL., lib. XXXI, cap. XIII).

[39] Diremit hæc nunquam pensabilia damna (quæ magno rebus stetere romanis) nullo splendore lunari nox fulgen. (*Id.*, *ibid*).

[40] Unde quidam de candidatis per fenestram lapsus, captusque a Barbaris, prodidit tactum, et eos mœrore affixit, magna gloria defraudatos quod romanæ, rei rectorem non cepere superstitam. (*Id.*, *ibid*).

[41] Cum regali pompa crematus est, haud secus quam Dei prorsus judicio, ut ab ipsis igne combur retur, quos ipse veram fidem petentes in perfidiam declinasset et ignem charitatis ad gehennæ ignem detorsisset. (JORN., cap. XXVI).

[42] AMM. MARCELL., lib. XXXI, cap. XIII.

[43] Volveré á hablar sobre este particular.

[44] Quo consilio prudenti, vel mora completo, orientales provinciæ dissentionibus ereptæ sunt magnis (AMM. MARCELL., lib. XXXI, cap. XVI).

SEGUNDA PARTE.

[1] OROSIO, pág. 219.

[2] LUNAPO, pág. 21, c. d; Zos. pág. 755—677.

[3] AUSONIO, pág. 405.

[4] Cristianisimo. (AMB. *de fide* tom. IV, pág. 110).

[5] Zos., lib. IV, pág. 711, d.

[6] Ley de 17 de octubre 378, fechada en Constantinopla; ley de 3 de agosto 379 fechada en Milan (*Cod. Theod*).

[7] *Cod. Theodos.* XV, tit. VII, lib. IV, pág. 365.

[8] SOCR. lib. V; Zos., lib. VII; PACAT *Panegyr. ad Theod.*

[9] Ley de 28 de febrero 380, fechada en Tesalónica (*Cod. Theodos.*, XVI, tit. I, lib. II, pág. 4—5.

[10] JOSTIN, *Observaciones sobre la hist. eccles.*, tomo IV, pág. 71, (5 tomos en 8.°, 1673) y GIBBON.

[11] GREG. NAZ. *de Vita sua*, pág. 21.

[12] *Id*, *ib*.

[13] SULP. SEV, lib. II; OROS. lib. VII, cap. XXXIV.

[14] ZOS., lib. IV, pág. 767; TEODOR., lib. V, cap. XIV, pág. 724.

[15] THEOD. lib. V, cap. XV, pág. 724.

[16] PACAT. *Panegyr ad Theod.*, pág. 200, *Inter veteres Panégyricos*.

[17] Mercator quidam, pro duobus filiis qui comprehensi fuerant semetipsum offerens, rogabat ut ipse quidem necaretur, filii vero abirent incolumes: et pro hujus beneficii mercede quidquid habebat auri militibus pollicebatur. Illi calamitatem hominis miserati, pro altero ex filiis quem vellet, supplicationem ejus admiserunt. Utrumque vero dimittere ahud quaquam sibi tutum fore dixerunt, eo quod numerus deficeret. Verum pater quum ambos aspiceret flens et gemens neutrum ex duobus eximere valuit. Sed dubius ancepsque animi quoad interficerentur permansit, utriusque amore ex æquo flagrans. (SOZOMINI *Hist. eccles.*, lib. VII, pág. 747. Parisiis, 1678).

[18] Offere non audeo sacrificium, si volueris assistere; an quod in unius innocentis sanguine non licet, in multorum licet? (AMBR., *epist.* LI, núm. II).

[19] Secutus es errantem, sequere corrigentem. (PAUL., *in Vita Ambrossii*, in tom. I Operum, pág. 62).

[20] Quod si imperium mutarit in tyrannidem, cædem, quidem lubens excipiam. (THEOD., lib. V, cap. XVIII).

[21] AMBR. *de obit. Theod.*, cap XXXIV, AUG. *de Civit. Dei*, lib. V, cap. XXVI. Hay en el código Teodosiano (*lib. XIII de pœn.*) una ley semejante que lleva el nombre de Gracia-

no, fechada en el consulado de Antonio y de Siagrio, 18 agosto 382. No puede ser esta la dada en 390 por Teodosio á peticion de S. Ambrosio. Es probable que la ley de Graciano no llegó á tener ejecucion.

22 In templum ingressus, non stans, Dominum precatus est, nec genibus flecsis, sed pronus, humique adjectus, versum illud Davidis recitavit: «Ahæsit pavimento anima mea, vivifica me secundum verbum tuum. (Theod. lib. v, *Hist.* cap. xiv).

23 Si quidem quotiescumque illi aliquis ad percipiendam pœnitentiam lapsus suos confessus esset, ita flebat, ut illum flere compelleret, videbatur enim sibi cum jacente jacere. (Pab., *in vita Ambrosii*, pág. 63).

24 Nec imperium mihi dedisti, ait, nec auferre poteris; discerptoque libello, et in terram abjecto, discedebat. Zos., pág. 83. Basilea.

25 Gladio ducem confodere voluit, et sibi ipsi manus inferre Valentinianus finxit. (Filost. lib. xi, cap. i, páginas 144—145).

26 Imperatori dormienti gulam fregerunt. (Socrat., libro v, cap. xxv, pág. 294, Zos., lib. vii, cap. xvii, página 739).

27 Grammaticus quidam, qui quum litteras latinas docuisset, tandem in palatio militavit, et magister scriniorum imperatoris factus est. No hay que confundir este empleo con el *scrinii magister* de la cancillería. Socr., lib. v, pág. 240.

28 Ruf., pág. 191; Theodor., pág. 738.

29 Tum vero imperator, quum chartam et atramentum non reperisset, acceptis tabulis quas quidam ex astantibus forte gerebat honoralæ et convenientis ipsis militiæ proscripsit gradum. (Soz., pág. 742, a, b, c).

30 Ubi sit Theodosii Deus? (Amm. *In obitu Theodosii imp. Serm.*, tom. V, pág. 117).

31 Ambr. de *Spiritu Sancto*, 36, pág. 692.

32 Tracto adversariorum animo, seu potius divinitus expulso. (Ruf., lib. ii, cap. xxxiii, pág. 19).

33 Oros., pág. 220, b.

34 A Theodosii partibus in adversarios vehemens ventus ibat. Unde poeta (Claudianus):

O nimium dilecte deo, cum fundit ab antris
Eolus armatas hyenies cui militat æther,
et conjurati veniunt ad cla sica venti.
(Aug, *de Civ. Dei.* lib. iv, cap. xxvi).

35 Oros., lib. vii, cap. xxxv, pág. 220.

36 Ruf. *de Vitis Patrum*, cap. i, pág. 457.

37 A damone in sublimem raptum Joanni Baptistæ conviciatum esse eumque quasi capite truncatum probris appetisse, ita vociferando: «Tu me vincis, et exercitui meo insidiaris!» (Soz., pág. 743).

38 Eorumque fulmina quod aurea fuissent.... se ab illis fulminari velle dicentibus, hilariter benigniterque donavit. (Aug., *de Civit. Dei.* lib. v, cap. xxvi, pág. 110).

39 Hierón. *epist.* vii, pág. 54.

40 Romam huc putemus assistere, atque his vobiscum agere sermonibus: Optimi principes, patres patriæ, reveremini annos meos, in quos mea pius reus adduxit. Utar ceremoniis avitis, neque enim me pœnitet. Vivam more meo, quia libera sum. Hac cultus in leges meas orbem redegit. Hæc sacra Annibidem a mœnibus, a Capitolio Senonas repulerunt. Ad hoc ergo servata sum, ut longæva reprehendar? Videro quale sit quod instituendum putatur. Sera tamen et contumeliosa est emandatio senectutis. (Symm., lib. x, *epist.* liv, pág. 287, etc.; et Ambr., tom. ii, página 828).

41 Ubi in leges vestras et verba jurabimus? (Ambr, tom. ii, pág. 828).

42 Sacrilegio annus exaruit. (*Id*, *ibid*).

43 Quod tamen illis virgines præmia promissa fecerunt, vix septem vestales capiuntur puellæ. En totus numerus quem insulæ vittati capitis, purpuratorium vestium murices, pompa lecticæ ministrorum circum usa comitatu, privilegia maxima, lucra ingentia, præscripta dumque pudio cibiæ tempora coegerunt. Non est virginitas, quæ pretiemitur non virtutis studio possidetur. (Ambr., libell. ii, *contra relat. Symm*).

44 No he podido traducir literalmente el texto difuso y prolijo de las dos epistolas de S. Ambrosio; por lo tanto me he concretado á presentar la sustancia y aglomerar los argumentos.

45 . . . . . . Placet damnare gradatim
Quidquid posterior succesor repperit usus.
(Pruden. *contra Simm.*, lib. ii, v. 250 y sig.).

46 Captivus pudor ingratis addicitur aris
Nec contempta perit miseris, sed adempta voluptas
Corporis intacti; non mens intacta senetur,
Nec requies datur ulla toris quibus innuba cæcum
Vulnus et amissas suspirat fœmina fædas (*Id*, *ibid.*)

47 Nubit anus vetarana sacro perfuncta labore
Desertisque focis, quibus est famulata juventus,
Transfert emeritas ad sulcra jugalia rugas,
Discit et in gelido nova nupta tepescere lecto.
(*Id.*, *ibid.*, v. 1081-1084).

48 Orationem habuit qua eos hortabatur ut missum facerent errorem (sic enim appellabat), quem hactenus secuti fuissent et christianorum fidem amplecterentur. (Zosim., *Histor.* lib. iv. Basileæ).

49 Exultare patres videas pulcherrima mundi
Lumina, conciliumque senum gestire Catonum;
Candidiore toga niveam pietatis amictum
Sumere et exuvias deponere pontificales.
Jamque ruit, paucis Tarpeia in rupe relictis,
Ad sincera virum penetralia Nazareorum
Atque ad apostolicos Evandria curia fontes,
Æniedum soboles....
Fertur enim ante alios generosus Anitius urbis
Illustrasse caput: sic se Roma inclyta jactat.
Quin et Olybriaci generisque et numinis hæres,
Ad ectis fastis, palmata insignis ab aula,
Martyris ante fores, Rauti submittere fasces
Ambit, et Ausoniam Christo inclinare securim
Mon Paulinorum, non Bassorum dubitavit.
Prompta fides darese Christo....
Jam quid plebicolas percurram carmine Gracchos;
Jure pot statis fultos, et in arce senatus
Præcipuos simulacra Deum jussisse revelli?
Cumque suis pariter lictoribus omnipotenti
Suppliciter Christo se consecrasse regendos?
S. Acentas numerare domos de sanguine prisco
Nobilium licet, ad Christi lignacula versus.
. . . .
Respice ad illustrem, lux est ubi publica, cellam:
Vix pauca invenies gent libus obsita nugis;
Ingenia, obstrictos ægre retmentia cultus.
Et quibus exactas placeat servare tenebras,
Splendentemque die medio non cernere solem.

50 Aurel. Prudentius, vir consularis, contra Symmachum præfectum urbis. *Corpus poetarum*, *tom.* iv, *página* 783, v. 128-161; bajo el título: *de Paganis sacrificiis et templis*.

51 Ruf., lib. xxii, pág. 192; Socr., pág. 276, lib. vii, cap. xx; *Expositio totius mundi.* Geogr., *minor.*, t. iii, pág. 8.

52 Ad postremum grassantes in sanguine civium ducem sceleris et audaciæ suæ deligunt Olympium quemdam nomine et habitu philosophum, quo antes gnano arcem defenderent, et tyrannidem tenerent. (Ruf, lib. xx-xxii.)

53 Οὗτω δὲ ἦν O υμπος πλήρης τοῦ Θεοῦ ὥστε. Olympus autem adeo plenus erat Deo ut, etc. Suidas, in voce Ολυμπος.

54 Ελ διος μὲν οὖν ἱερεὺς τοῦ Διὸς εἶναι ἐλέγετο Α'μμώνιος δὲ Πιθήκου. Helladius quidem Jovis, Ammonius vero simiæ sacerdos esse dicebatur. (Socr, lib. v., cap. xvi, pág. 275.)

55 Helladius vero apud quosdam gloriatus est quod novem homines sua manu in conflictu interemisset. (Socr., lib. v, capítulo xvi.)

56 Olympius vero, sicut á quibusdam accepi, nocte intempesta quæ illum diem præcesserat, quemdam in Serapio *alleluia* canentem audivit (Zos., pág. 588. c. d.)

57 Nos vidimus armaria librorum, quibus direclis, exinanita ea á nostris hominibus, nostris temporibus memorant. (Oros., lib. vi, cap. xv, pág. 421.)

58 Ubi caput truncatum est, murium agmen ex internis eripuit. (Theodoro, *Hist. ecc.*, lib. v, pág. 229. Parisus, 167.)

59 Ac templa quidem disturbata sunt. Statuæ vero in lebetes et alios Alexandrinæ ecclesiæ usus conflatæ. (Socrates, pág. 275.)

60 Cultus numinis et Serapidis delubrum Alexandriæ disturbata dissipataque fuere... Imperante tunc Theodosio prætorii præfecto, piaculari homine, et Eurymedonte quopiam... templi qui dona vix manus hostiliter injecerunt. (Eunap., pág. 85. Antuerpiæ, 1568.)

61 Monacos Canopi quoque collocarunt. (Eunap., página 55.)

[62] Hier., *epist.* vii, pág. 54, d.
[63] La ruina del templo de Serapio ocurrió el año 391, y la muerte de Hipatia el 415.
[64] Suidas, voce Τχατια.
[65] Isidori philosophi conjux, sed ita ut conjugii usu abstineret. (Fabric., Bibl. gr., lib. v, cap. xxii.)
[66] Hypathiam ope musicæ illum á morbo isto liberasse.
[67] Suidas, voce Τχατι, pág. 503.
[68] Quorum duo erat Petrus quidam lector. (Socrat., Historia eccl., lib. vii, cap. xv, Parisiis, 1678.)
[69] Eamque a sella detractam ad ecclesiam quæ Cæsareum cognominatur, rapiunt: et vestibus exutam testis interimerunt. Cumque membratius eam discerpissent, membra in locum quem Cinaronem vocant compostata incendio consumpserunt. (Socrat., *Hist. eccl.*, lib. vii, cap. xv, página 332.)
[70] Ya no asistimos á ese espectáculo: se acabó. El autor corrigió estas planas el 13 de agosto de 1830, y estaban impresas antes del 27 de julio. En vista de la revolucion consumada en ese periodo, Mr. Chateaubriand exclama: *Insensatos que os hallais colocados al frente de los gobiernos, os aprovechareis de esta rápida y terrible leccion?*
[71] Zos., lib. iv.
[72] Ambr., tom. v. *Sermo de diversis*, p. 122, f.
[73] Libanio. *Pro templis.*
[74] Aug, Liber retractatio, cap. xxi.
[75] Chrissost. *Rom.* xvii, p. 196, c.
[76] Liban. *Pro templis.*
[77] Monacos sic dictos, homines quidem specie, sed vitam turpem porcorum more exigentes, qui in propatulo infinita atque infanda scelera committebant... Nam ea tempestate quivis atram vestem indutus, quique in publico sordido habitu spectari non abnuebat, is tyrannicam obtinebat auctoritatem.
[78] Eunap. *in Vita Æde ii*, pág. 84. Antuerpiæ, 1568.)

Processu pelagi jam se Capraria tolliti
 Squalet luci ugis insula plena viris.
Ipsi se monachos Graios cognomine dicunt,
 Quod soli nullo vivere teste volunt.
Munera fortunæ metuunt, dum damna verentur;
 Quisquam sponte miser, ne miser esse queat.
Quænam perversi rabies tam stulta cerebri,
 Dum mala formides, nec bona posse pati.
Sive suas repetunt fato ergastula pœnas,
 Tristia seu nigro viscera felle tument.
Sic nimiæ bilis morbum adsignavit Homerus
 Bellerophonteis sollicitudinibus;
Nam juveni offenso, sævi post tela doloris,
 Dicitur humanum displicuisse genus.
(Rutilii *Itinerarium*, lib. i, v. 439-452.)

[79] Adversus scopulos, damni monumenta recentis,
 Perditus hic vivo funere civis erat.
Noster enim nuper juvenis majoribus amplis,
 Nec censu inferior, conjugiove minor,
Impulsus Furiis homines divosque reliquit,
 Et turpem latebram credulus exul agit.
Infelix putat, illuvie cœlestia passi,
 Seque premit læsis sævior ipse deis.
Num, rego, deterior Circæis secta venenis?
 Tunc matabantur corpora; nunc animi.
(Rutilii *Itinerarium*, lib. i, v. 517-526.)

San Agustin habla bien de estos monges de la isla de Capraria, tan desacreditados por Rutilio. Refiere que Mascerel bajó á esta isla y se llevó en su compañia dos religiosos, Eustacio y Andrés, á cuyas oraciones debió la victoria que obtuvo en Africa contra su hermano Gildon (*Epist.* lxxxi, pág. 142.)
[80] Prosper, lib. iii, cap. xxxviii, pág. 130.
[81] Ruff., pág. 135.
[82] Tom. iv, lib. xix, pág. 628.
[83] Sacerdos erat apud eos Saturni, Tyrannus nomine. Hic, quasi ex responso numinis, adorantibus in templo nobilibus quibusque et primariis viris, quorum sibi matronæ ad libidinem placuissent dicebat Saturnum præcepisse ut uxor sua pernoctaret in templo. Tum is qui audierat, gaudens quod uxor sua dignatione numinis vocaretur, exornatam complius insuper et donariis onustam, ne vana scilicet repudiaretur, conjugem mittebat ad templum. In conspectu omnium conclusa intrinsecus matrona, Tyrannus, clausis agnis et traditis clavibus discedebat. Deinde sacro silentio, per occultos et subterraneos aditus, intra ipsum Saturni simulacrum patulis crepabat cavernis. Erat autem simulacrum illud a tergo excisum, et parieti diligenter annexum. Ardentibusque intra ædem luminibus intentæ, supplicantique mulieri vocem subito per simulacrum oris concavi proferabat ita ut pavore et gaudio infelix mulier trepicarat, quod dignam se tanti numinis putaret alloquio. Posteaquam vero quæ libitum fuerat vel ad consternationem majorem, vel ad lidinis incitamentum, destruisset numem impurum, arte quadam linteolis obductis, repente lumina exstinguebantur universa. Tum descendens obstupefactæ et constæ natæ mulierculiæ adulterii meum profanis commentationibus interebat. Hoc eam per omnes miserorum matronas multos am tempore gereretur, accidit quamdam pudicæ mentis, seminam horruisse lacinus, et atentius designantem cognovise, vocem Tyranni, ac domum regressam viro de fraude sceleris nalicass. (Ruff., *Hist. ecc. est*, lib. ii, pág. 245.)
[84] Joseph, *Ant.*, lib. viii, cap. v.
[85] Lucien.
[86] Ruff., pág. 188.
[87] Eunap., *in Vita Ædes.*
[88] Neque ego abnuo ostentationem verum considerans urt banarum, hujus rei cupidos ob impetrandum quod appetunt, omni contentione laterum jurgari debere: cum is adepti futuri sint ita securi, ut dibentur oblationibus matronarum procedantque vehiculis insidentes, circunspecte vestiti, epulas currentes profusas, adeo ut eorum convivia regales superent mensas. Qui esse poterant beati revera, si magnitudine urbis, urbis disjecta cum vitiis ad imitationem antistitum quorumdarum provincialium viverent: quos tenuitas edendi potandique parcissime, vilitas etiam indumentorum et supercilia humana spectantia, perpetus numini verique ejus cultoribus ut puros commendant et verecundos. Amm. Marcell., lib. xxvii, cap. iv.)
[89] Facite me romanæ urbis episcopum, et ero protinus cristianus. (Hieron., tom. ii, pág. 105.)
[90] Me valgo de la elegante imitacion de Mr. Villemain. (*Miscelanea hist. y lit.*)
[91] Fleury, *hist. ecles.*, tom. iv, lib. xviii, pág. 493. Moliere tomó algo de este cuadro en su comedia *del hipócrita.*
[92] Greg. Naz., orat. xxxii, pág. 526.
[93] *Vit.* et Voss., *de Histor. gr.*, lib. ii, cap. xxi.
[94] Cum enim viderent, nec tot tantisque persecutionibus eam potuisse consumi, sed his potius mira incrementa sumpsisse, excogitaverunt nescio quo versus græcos, tanquam consulenti cuidam divino oraculo effusus, ubi Christum quidem ad hujus tanquam sacrilegii crimine faciunt innocentem. Petrum autem maleficiis fecisse sub ungunt, ut coloretur Christi nomen per trecentos sexaginta quinque annos, deinde completo memorato numero annorum sine mora sumeret finem. (*De Civit. Dei*, lib. xviii, cap. liii.)
[95] *Ibid.*—[1] *Ibid.* lib. v, cap. xxiii, pág. 63.
[96] Zosim., lib. v, pág. 827.
[97] Phot., cap. ccxlii, pág 1040.
[98] Claud. in Ruf., pág. 72.
[99] D. Agincourt. *Monumentos de la edad media en Roma.*
[100] Bonif. *Epist. ad Serran.* y D. Man. *Phes. Aned.*

TERCERA PARTE.

[1] Aug. *Serm.*, pág. 1200.
[2] *Confes.* lib. viii, cap. vii, núm. xvii.
[3] *Ibid.*, lib. iii y iv.
[4] Aug. *Epist.* ccxxxi, núm. vi.
[5] Expergiscimini aliquando, fratres mei et parentes mei Madaurenses. (*Epist.* ccxxxii.)
[6] Vir eximie.
[7] Diiste servent, per quos et eorum atque cunctorum mortalium communem patrem, universi mortalis, quos terra sustinet, mille modis concordi discordia veneramur et colimus. (*Ap.* Agustin, *ep.* xvi, al xliii, tom. ii)
[8] Ut autem me cultorem tuorum virtutum dignatus est. (Agustin, *epist.* ccxxxiii, núm. 3.)
[9] Proinde quod de Christo nihil tibi negandum vel affirmaudum putasti, hoc in pagani animo temperamentum non invitas acceperint. (*Epist.* ccxxxv.)
[10] Traduccion de Villemain. (*Misc. hist. y lit.*)
[11] Traduct. de M. Villemain. (*Met. hist. et litt.*)
[12] Ep. cccxxxvi.—Edit. Bened.
[13] Ep. cccxxxvii.
[14] Ep. cccxxxii.
[15] Ep. ccclii.
[16] Syn., *Ep.* lvii.—cv.
[17] Ep. xcv.—*ad Olym.*

[18] Τῇ φιλοσόφῳ. Τῇ φιλοσόφῳ Ὑπατίᾳ. *Ep.* XV, pág. 172; *ep.* X, pág. 170.

[19] Μῆς ρ, καὶ αὖ λφῆ, καὶ διδάσκαλε. *Ep* XVI, pág. 173.

[20] Τῆς θε τός ςασ υ ψυχῆς. *Ep.* X, pág. 170.

[21] Ep. CXXXV, pág. 272.

[22] Ep. CCXV.—CCXLIX.

[23] Villemain (Misc. hist. y lit.)

[24] Yoncio da el catálogo de la sucesion de los filósofos atenienses, pág. 301 y 302; *De scriptoribus hist. philosophiæ.*

[25] SUIDAS, *Lex.*, voce *Procli*; FABRIC., *de Procli script. edit.*, pág. 80.

[26] PHOT., *Cod.* CXLII, pág. 1064. DAMASC. *in vita Isid.*

[27] MARIN., *in vita Procli*, cap. XXX, pág 62. Debemos á Mr. Boissonade una excelente edicion de la vida de Proclo por Marino y del Comentario inédito de Proclo sobre el Cratylo.

No sé si con relacion al arte se ha fijado nunca la atencion en este pasaje. Yo me habia olvidado de él en mis apuntaciones sobre la historia de Esparta y Atenas en la introduccion del *Itinerario de Paris á Jerusalén.* Tampoco lo cita Mr. Quatre Mere de Quincy en su *Júpiter Olímpico.* En Atenas habia dos estátuas de Minerva ejecutadas por Fidias: la de la ciudadela era de bronce, y se veia la cimera de su casco desde el cabo Sunio: la del Parthenon era de oro y marfil. De esta es indudablemente de la que habla Marino.

[28] MARINO *in vita Procli*, cap. XXXVI, pág. 73.

[29] AGATHIAS, lib. II, p. 69 et seq.; SUIDAS, voce Ηρίσδας; BRUKER, *H. crit. de la philosoph.*, tom. II, pág. 451. JOAN. MATT., tom. II, pág. 187; ALEMAN., pág. 106.

NOTAS DEL ESTUDIO CUARTO.

PRIMERA PARTE.

[1] PHILOST., *Hist. eccl.* lib. XI, cap. III; PROCOP. *de Bel. Pérsico*, lib. I, cap. II.

[2] PROCOP. *de Bel. Vandal.*, lib. I, cap. II. PHOT., capítulo LXXX.

[3] *In Ruf.* LUID., pág. 690; ZOSIM lib. V, OROS., pág. 221. HIER.

[4] OROS., lib. VIII, cap. XXXVII.

[5] HIER., ep. XXI.

[6] Id. ep. III, XXX, XX, pág. 783.

[7] CLAUD. *de Sext. Hon. consul.*, pág. 117, id., *de Bell. Get.*, pág. 170; SYMM. lib. II; JORNAND., cap. XIV, pág. 29.

[8] ZOS., pág. 782.

[9] CLAUD., *in Ruf.*, pág. 22.

[10] ZOS., pág. 780. PHILOST., lib. II, cap. IV.

[11] Data a Gaine tessera simul universi Rufinum circumdatum gladiis feriunt. Et hic quidam ei dexteram adimebat, ille manum alteram procidebat. Alius a cervice revulso capite recedebat consuetos victoriæ Poanas accinens... et manum ejus ubique per urbem circumgestarent et ab occurrentibus peterent insatiabili pecuniam darent. (ZOS., *Hist.*, lib. V, pág. 89.)

Rufinus quidem etiam imperatorium nomen adiscipsum trahere omni arte studebat... Milites In loco qui Tribunal dicitur, ad ipsos imperatoris pedes gladiis contrucidarunt... Eo ipso die quo ii qui militum defectum agebant, purpuram ipsi circumdatus erant. (PHILOSTOR., *Hist. ecc.*, lib. IX, página 528.)

[12] Porro milites quum Rufino caput amputassent, lapidem ori ejus immiserunt; hastæque infixum circumferentes quaqua versum discurrere cœperunt. Dextram quoque ejusdem præcisam gestantes, per singulas officinas urbis circumtulerunt, hæc addentes: Date stipem insatiabili. Magnamque auri vim hujusmodi postulatione colligerunt. (*Id. ibid.*)

[13] EUNAP., cap. VI, pág. 93 *in Vita Philosoph.*

[14] ZOS., pág. 783.

[15] Athenæ vero quondam civitas fuit, sapientum domicilium nunc eam mellatores celebrant: quibus pars illud sapientum plutarcheorum ad ice, qui non orationum suarum fama juvenes in theatris congregant, sed mellis ex Hymeto amphoris. (SYNES., *epist.* CXXXV, *ad fratrem*, pág. 272.)

[16] ZOS., pág. 784.

[17] Nihil enim jam Athenæ splendidum habent, præter celeberrima locorum nomina. Ac velat ex hostia consumpta sola pellis superest animalis, quod olim aliquando fuerat indicium. (SYNES., *ad fratrem*, *ep.* CXXXV, pág. 772.)

[18] ZOS., pág. 784.

[19] EUNAP., cap. VI, 93-94.

[20] ZOS., pág. 784.

[21] CLAUD., *de Bel. Get.*

[22] Thelemachus, monasticæ vitæ deditus. Hic ab Orientis partibus profectus, ejusque rei causa Romam ingressus... Ipse quoque in amphitheatrum venit. Et in arenam descendens, gladiatores qui inter se pugnabant compescere conabatur. Sed cruentæ cadis spectatores cum ægre terentes, et dæmonis qui eo sanguine oblectabatur furorem animis suis concipientes, pacis autorem lapidibus obruerunt. (THEODORO, *episcop.*; CYR. *eccl. Hist.*, lib. V, cap. XXVI, página 204. Parisiis 1073.)

[23] ADRIAN.; Val. *rer. Fr.*, lib. III.—[9] AMBR., *Vit. P.*, cap. XLVI.

[24] Deus noster refugium et virtus, sunt quædam refugia quo quisque cum fugerit, magis infirmatur quam confirmatur. Conjugis, verbi gratia, ad aliquem in seculo magnum... Tanta hujus seculi inserta sunt, et ita potentum ruinæ quotidianæ crebrescunt, ut quum ad tale refugium perveneris, plus tibi timere incipias. (AUG. *Narrationes in Psalmos* XLV, v. II, pág. 229, cap. IV.

[25] CLAUD. *de Bel. Get.*, pág. 173. PRUD. *in Simm.*, libro II. OROS., lib. II, cap. XXXIII. JOR, pág. 603. Polencia es una aldea del Piamonte sobre el Tanaro.

[26] OROSIO, pág. 223.

[27] CLAURIS, *in Eutrop. eun.*, lib. I, cap. 94 y siguientes.

[28] *Cod. The.*, ley de 4 de setiembre de 397,

[29] HOMELIA IV, pág. 60.

[30] TILLEMONT. Hist. de los Emperad., tom. V, pág: 472.

[31] Ac tantum tulleris possedit quantum nec facile nominare qui nunc exigua conditur humo, et quantulum et non nemo miseratione motus imperties. (Chrys., tom. IV, página 481, a. d.)

[32] VILLEMAIN, Hist. de los Emperad., tom., IV, pág. 522.

[33] Populus vociferari cœpit: Cum fera bestia audax quidam bestiarius pugnet.

Quibus ille ita respondit:

Nescitis nos cum humanitate et clementia spectaculis interesse solitos? (SOCR. pág. 362.)

[34] SOZ., *Protegon*, pág. 396.

[35] Semper lectitandis libris occupatus. (CONSTANTINI. MANASSIS. *Compendium*, pág. 55.)

[36] S. quis ei chartam offeret, rubris et in ea litteris nomen imperatorium subscribebat, non inspectis prius eis quæ essent in ea præscriptis. (*Id. ibid.*)

[37] Quamobrem divinis exornata dotibus Pulcheria fratrem ab hoc vitio revocare studens, singulari diligentia imperatorem monebat. Litteras fingit, in quibus perscriptum foret, imperatorem Pulcheriæ sorori conjugem suam veluti mancipium donasse. Hanc chartam fratri offert, rogat hanc scripturam litteris imperatoriis munire ac subsignare velit. Imperator precibus sororia agnuit, mox calamum prehendit manu et exaratis purpurei coloris litteris, chartam confirmat. (*Id. ibid.*)

[38] *Epist.*

[39] *Cod. Th.*

[40] An. 408.

[41] Portas undique concluserat, et occupato Tiberi flumine, submi.istrationem commeatus e porta impediebat... Famem pectis comitabatur. (ZOSIM., Hist. lib. V, pág. 105. Basileæ.)

[42] Omne aurum quod in urbe foret et argentum. (*Id.*, pág: 106.)

[43] Non ornamenta duntaxat sua simulacris ademerunt, verum etiam nonulla ex argento et auro facta conflarunt, quorum erat in numero Fortitudinis, quoque simulacrum quam Romani Virtutem vocant. Quod sane corrupto quidquid fortitudinis apud Romanos superabat extinctum fuit. ZOSIM., *Histor.*, lib. V, pág. 107. Basileæ.)

[44] ZOSIM., pág. 829 y siguientes.

[45] *Ibid.*, *ibid.*

[46] AUG. *ep.* 122; PROS., CHR., ZOS., pág. 814; IDAT., *Chr.*, pág. 10.

[47] ZOS., pág. 830.

[48] Se encontrarán los detalles en el arte sobre las costumbres de los Bárbaros.

[49] Post hanc victoriam... Constantinus cognita Edonici cæde, purpuram et reliquia imperii insignia deposuit.

Cumque ad ecclesiam venisset, illic presbyter ordinatus est. (SOZ., cap. XV, lib. X, pág. 816, d.)

[50] Profugit ad Ecdicium, qui multis olim beneficiis ab Edobico affectus; amicus illi esse putabatur. (*Id.*, *ibid.*)

[51] Verum Ecdicius caput Edobici amputatum ad Honorii duces detulit. (*Id. ibid.*)

[52] Constantius vero caput quidam accipi jussit, dicens,

rempublicam gratiss agere Ulfilæ ob facilius Edicii. (Soz., cap. xv, lib. ix, pág. 816.)

[53] Sed cum Ecdicius apud cum manere vellet, abscedere eum jussit, nec sibi, nec exercitui commodam fore ratus consuetudinem hujus viri, qui tam male hospites suos exciperet. *Id.*, *ibid.*)

[54] Oros., pág. 224; Idat., *Chr.*

[55] Tengase cuidado en no confundir los Burugundios con los Burgundios ó Borgoñones.

[56] Jorn cap. xxi.

[57] Inter alia nuptiarum dona, donatur Adolphus etiam quinquaginta formosis pueris, serica veste indutis ferentibus singulis utraque manu ingentes discos binos, quorum alter auri plenus, alter labillis pretiosis, vel pretii inæstimabilis, quæ ex romanæ urbis direptione Gothi deprædati fuerant. (Idat. *Chron.*, an 414. Voyez aussi Olymp. *apud Photiam.*)

[58] Idat., *Chron.*, an 414. Olymp *ap. Phot.*

[59] Paulin., *Pœnit. Nuchar.*, poem., pág. 287.

[60] *Chron. Alex.* pág. 708.

[61] Oros. pág. 224; Philost. lib. xii, cap. v; Zos. lib. vi.

[62] Pros. *Chron.*; Phot.; Zos., lib. ix, cap. ix; Philost., lib. xii, cap. iv, pág. 534: Oros., pág. 224.

[63] Vales, Re, Franc, lib. iii, pág. 118.

[64] *Id. Ibid.*, pág. 115.

[65] Sid. Ap., vers. ii, pag. 300.

[66] Dom. Bouquet. *Re. Gal. et Franc. Script.* Sid. Ap.

[67] Phot, cap. lxxx, pág. 197, voce *Olimp.*

SEGUNDA PARTE.

[1] Philost. pág. 538; Procop. *de Bell. Vand.*, lib. i, cap. iii.

[2] *Cod. Theod.* tom. iii, pág. 938.

[3] Procop. *Bell. Vand.* lib. i, cap. iii, pág. 183.

[4] Gibb. *Tall of the Rom. Emp.*

[5] Procop., *de Bell. Vand.*, lib. i, cap. iii.

[6] Idat., *Chr.*; Marcel., *Chr.*; *Exc. ex Hist. Goth*; Prisc.

[7] Marcel., *Chron.*

[8] *Chron. Alex.*, pág. 732; Le Sag., *de Hist. eccl.* pág. 227.

[9] Nicephor., lib. xiv, cap. ii. pág. 44, b, c.

[10] *Chron. Pascal. seu Alexand.*, pág. 315-16.

[11] Jornand., cap. xxiv-xlviii; Vales., *Re Franc.*, lib. iii; Phot., cap. lxxx.

[12] Amm. Marcel., lib. xxxi.

[13] Prisc., pág. 47 Prosp. Tis., *Chron.*

[14] Pros.; Marcel.

[15] Prisc., pág. 64; Prosp., *Chron.*; Jornand.

[16] V. *las aclaraciones al fin de los Estudios.*

[17] Prisc., pág. 40.

[18] *Id.*, pág. 53.

[19] Evag., *de Hist. eccl.*, pág. 62; Marcel. *Chron.*; Jorn., *Rer. Goth.*, cap. xliv; Prisc., pág. 44; Theoph., *Chron.*, pág. 88.

[20] Prisc., *de Leg.*, pág. 34 et seq.

[21] *Id. ibid.*, pág. 40.

[22] Theodor., pág. 55.

[23] Evag., lib. i, cap. i.

[24] Leo, ep. lxxxix, pág. 616; *id. ep.* xciv, pág. 628.

[25] Prisc. pág. 39.

[26] Illi sub dium coacti circiter meridiem, quum a sole quippe cestivo languscerent, sederant; inter quos Marcianus negligenter stratus ducebat somnum; quadam inteim, ut perhibent, aquila supervolante, quæ passis dii ita se librabat, eundemque in acre locum insistebstur, umbra blandiretur uni Marciano. Rem Gizericus e superiori contemplatus ædium parte, atque ut erat sagacissimus vir ingenio, divinum ostentum interpretatus... Deus illi destinasset imperium. (Procop. *de Bell. Vandal*, lib. i; pág. 185 y 176.)

[27] Idat., *Chron.* pág. 19; Vales., *Re, Franc.*, lib. iii.

[28] Prisc., *Leg.* pág. 40.

[29] Sed., *Car.* vii: Greg. *Tur.*, lib. ii.

[30] Marcell, *Chronic.*

[31] Jornandes anticipa la época de este hecho, pero confunde los tiempos,

[32] Hujus ergo mentem ad vastationem orbis paratam comperiens Gezericus, rex Vandalorum, quem Paulo ante memoravimus, multis numeribus ad Vesegotharum bella præcipitat, metuens ne Theodoricus, Vesegotharum rex, filiæ ulcisceretur injuriam quæ Hunnericho, Gizerici filio, juncta, prius quidem tanto conjugio lætaretur; sed postea, ut erat ille et in sua pignora truculentus, ob auspicionem tantummodo veneni ab ea parati, eam, amputatis naribus, spolians decore naturali, patri suo ad Galias remiserat, ut turpe funus miseranda semper offerret, et crudelitas, qua etiam moverentur externi, vindictam patris efficacius impetrarat, (Jornand, *de Reb, Get*, cap. xxxvi.

[33] . . . . . Cecidit cito secta bipenni.
Hercynia in lintres, et Rhenum sexintalno (Sid. Ap., carm. vii. pág. 97.)

[34] Ponqueville, *Viaje á Grecia.*

[35] Jornan. cap xxxvi.

[36] C, leugas, ut Galli vocant, in longum tenentes, et lxx, in latum. (Jornan., cap. xxxvi.)

[37] Fit ergo area innumerabilium populorum pars illa terrarum. (Jornan., cap. xxxvi.)

[38] Adunatas despicite dissonas gentes. Judicium pavoris est, societate defendi . . . Alanos invadite, in Vesegothas incumbite. . . Nec potest atare corpus, cui ossa substraxerit. Consurgant animi, furor solitus intumescat. . . Victuros nulla tela convenient, morimos et in ocio fata præcipitant. . . Non fallor eventu hic campus est quem nobis tot prospera promiserant. Primus in hostes tela conjiciam. Si quis potuerit Attila pugnante ocium ferre, sepultus est. (Jornand., cap. xxxvi)

[39] Ubi talia gesta referuntur, ut nihil esset, quod in vita sua conspicere potuisset egregius, qui hujus miraculi privaretur aspectu. (*Id.*, cap. xl.)

[40] Num si senioribus credere fas est, rivulus memorati campi humili ripa protabens, peremptorum vulneribus sanguine multo provectus, non auctus imbribus, ut solebat, sed liquore concitatus insolito, torrens factus est cruoris augmento. Et quos illic coegit in aridam sitim vulnus inflictum fluenta mixta clade traxerunt: ita constricti sorte miserabili sordebant, potantes sanguinem quem fudere sanciati. (Jornand., cap. xl.)

[41] Strepens almis tubis canebat, incussionemque minabatur: velut leo venabulis pressus, spelnncæ aditus obambulans. (*Id. id.*)

[42] Sed ubi hostium absentia sunt longa silentia consecuta erigitur mens ad victoriam, gaudia præsumuntur, atque potentis regis animus in antiqua fata revertitur. (*Id.* xli.)

[43] Aquatilium avium more domus est. (Variar., lib. xii, *ep.* xxiv.)

Vease tambien *Verona illustrat a* de Maffei, et la *Histoire de Venisse*, por M. Daru.

[44] Prosp., Idat., an 454.

[45] Maximus quidam erat senator romanus... Uxorem habebat singulari continentia et forma, commendatiss me famæ præditam... Huic nactæ concubitu, obscœni libidine ardens Valentinianus... vim attulit obluctanti. (Procop., *de Bell. Vand.*, lib. ii, cap. iv, pág. 487.)

[46] *Id. ibid*; Evag., lib. ii, cap. vii.

[47] Dicere solebat vir litteratus atque ob ingenii merita quæstorius Fulgentius, se ex ore ejus frequenter audisse cum perosus pondus imperii veterum desideraret socaritatem: «Felicem te, Damocles, qui non uno longius prandio regni necessitatem toleravisti.» (Sid. Ap. *ep.* xiii, lib. ii, p. 165.)

[48] Procop, *de Bell. Vand.* pág. 188.

[49] Navibus Gizerici unam qua simulacra vehebantur periisse erunt. (Procop., *de Bell. Vand.*, lib. ii, pág. 189.)

[50] Vict. Tun.

[51] Idat. *Chron.*

[52] Sid. App. carm. v, pág. 312; Procop., *de Bell, Vand.*, lib. i, cap. vii.

[53] Segun otra version Mayoriano fue destronado por Ricimero que le mandó degollar á los cinco despues de haberlo depuesto.

[54] . . . Conversosque ordine fati Torrida caucaseos infert mihi Byrsa furores. (Sidon. Apol.)

[55] V. el final de la segunda parte de estos Estudios.

[56] Valois se apoya en otro autor anónimo, conforme á lo tocante á aquellos tiempos oscuros, con lo que se encuentra en los Factos consulares de Onufro, en las actas de los Concilios, en Casiodoro, en Victor de Tunna, en la crónica de Alejandria, etc., etc. (Vales., *Re. Franc.*)

[57] Phot., cap. lxxviii, pág. 472. Onuph.; Jorn. *de Reg. ac temp. suc*, pág. 454.

[58] Quo comperto, Nepos fugit in Dalmatias, ibi que defecit privatus regno, ubi jam Glycerius, dudum imperator, episcopatum Salonitanum habebat. (Vales., *Re. Franc.*, pág. 227, id. in not. Amm. Marcell.)

[59] Onuph., pág. 477; Marc, *Chron.* xvi.

[60] Angustulo a Patre o reste in Ravenna emperatore ordinato. (Jornand., cap. xlv.)

[61] Ennod. Ticin, *Vit. Epiph.*, pág. 387.

[62] MALCHNO., *Excerp. de Leg.*, pág. 93.

[63] Non multum post, Odovacer, Turcilingorum rex habens secum Scyros, Herutos, diversarumque gentium auxiliarios, Italiam occupavit, et Oreste interfecto Augustulum filium ejus de regno pulsum. (JORNAND., cap. XLVI.)

[64] Pulcher erat. (ANON. VAALES.)

[65] Deposuit (Odovacer) Augustulum de regno... Tamen donavit ei reditum sex milia solidos. (ANON. VAL., pág. 706.) In Lucullano Campaniæ cactello exilii pœna damnavit. (JORNAND., cap. XLVI.)

[66] PLUT., *in Mario et in Lucul.*

[67] EUGIP., *in Vit. S. Severin.*

[68] Vade ad Italiam, vade vilissimis nunc pellibus coopertus: sud multis cito plurima largiturus. (ANON., VAL, pág. 717.)

NOTAS DEL ESTUDIO QUINTO.

PRIMERA PARTE.

[1] MACAB, lib. I, cap. I.

[2] *Id.*, lib. II, cap. IV.

[3] La Mishra es una coleccion de tradiciones judáicas becha á mediados del segundo siglo de la Era Cristiana por el rabino Hida, hijo de Simon, llamado el Santo por la pureza de su vida, y gefe de la escuela hebráica de Tiberiade eu Galilea.

«Ea omnia secundum certa doctrinæ capita disposuit, et »in unum volumen redegit, cui nomen hoc *Mishna*, boc est *δευτέρωσις*, imposuit.» Tela ignea Statanæ. (WAGEMEIL, pr., pág. 55.)

[4] Cum aliquando seniores sederent iu porta (urbis), præteriunt ante ipsos duo pueri, quorum alter caput texerat, alter detexerat. Et de eo quidem, qui caput proterve et coutra bonos mores texerat, pronuntiavit R El eser, qnod esset spurius... Abiit ergo ad matrem pueri istius, quam cum videret sedentem iu foro, et vendeutem legumiua... Unde apparuit puerum istum esse non modo spurtum, sed at meustruatæ filium.

[5] Venit itaque Jesus Nazarenus, et ingressus templum didicit litteras illas, et scripsit in pergameuo: deinde scidit carnem cruris sui, et in incisione illa iuclusit dictam chartulam, et dicendo nomeu, nullum sensit dolorem, et rediit cutis coutinuo sicut ante erat.

[6] Ipse quippe per Schemhamepboras adjuraverat omnia ligna ne susciperent eum. Abierunt itaque, et adduxerunt stipitem unius caulis qui non est de lignis, sed de herbis, et suspenderunt eum super eum.

[7] Nec sibi in pecunia subsistere, sed in æstimatione terræ, quod eis esset in quadraginta minus uno jugeribus coustituta, quam suis manibus excolentes, vel ipsi alerentur vel tributa dependerent. Simul et testes ruralis et diurni operis manus labore rigidas et callis obduratas præferebant. Interrogati vero de Christo quale sit regnum ejus... responderunt quod uon bujus mundi regnum. (HEGESIP., *Ap. Euseb.*, lib. III, cap. XX.

[8] AENAGOR., *Apolog.* trad. de HEURY. (*Hist. eccles.* lib. III, tom. I, pág. 389.)

[9] CLEM., ALEJ., *Pedag*, lib. I, II, III; id, *in Stram.*

[10] Quod Deus dederit. Deus videt et Deo commeudo, et Deus mibi redet... Denique prouuntians hoc nou ad Capitolium; sed ad cœlum respicit. (TERTUL., Apologetticus, cap. XVII, pág. 64. Parisiis, 1657.)

[11] S. POLIC., *Epist.*

[12] Sta firmus velut iucus quæ verberatur (IGNAT. *ad Polyc.*, pág. 206. Geuevæ, 1623.)

[13] Tuuc verus ero Jesu Christi discipulus cum mundus nec corpus meum viderit. Depecimini Domiuum pro me ut per hæc instrumenta Deo eficiar hostia uou ut Petrus et Paulus hæc præcipio vobis: illi apostoli Jesu Christi, ego vero minimus; illi liberi ut pote servi Dei, ego vero etiam suum servus. (IGNACII, *Epistola ad Romanos*, pág. 247. Genevæ, 1623.

[14] In orationem spiritum Deo reddidit. (*Martyr.*, 6 Euero.)

[15] Qui de ultima fæce collectis iuferioribus et mulieribus credulis... plebem profanæ coujurationis instituunt .. miseri... ipsi seminudi... maxime indoctis. (THEOPH *Antioch*, lib. II, MINUT. FELIX, *Apol.*)

[16] Nibil perquiras, sed duntaxat credito... humanam banc sapientiam pro uoxia esse habeudam; et pro boua frugique stultitiam... Malam esse in vita sapientiam. (ORIG. *Cont. Cels.*, lib. I.)

[17] *Apud* GREG. NAZ.

[18] S. CYP., lib. *ad Demet.*

[19] PLIN. *Epist. ad Traj.*

[20] TERT. *Ap.*, cap. I.

[21] MINUT. FEL.

[22] *Ac. Proc. Mart. Scill.* — [3] GREG. NAZ. *con Julian.*

[23] *Philopat.*, y en BULL, Hist. del establecimiento del Cristian. sacada únicamente de los autores judios y paganos pág. 261.

[24] LARDNER. *Jewhis and healen testimonies*, etc., tom. II, pág. 366. He conservado la version de Bullet, haciendo dessparecer coutrasentidos, descuidos y oscuridades de estilo; el texto mismo está muy enredado y nada tiene que ver con la elegancia de Luciano. La Philopatris ba sido tambien traducida por Ablancourt y por Blin de Saint More.

[25] Todo esto estaba escrito mucho tiempo antes de las jornadas del 27, 28 y 29 de julio.

[26] ORIGENES *contra Celso.*

[27] Uxorem jam pudicam, maritus uon amezelotypus ejecit. Filium subjectum pater retro patiens abdicavit. (TERTUL., *Apologet.*, cap. III, tom. II, pág. 16 Parisiis, 1648.)

[28] Itaque uon sine foro, uon sine macello, uon sine balneis, tabernis, officinis, stabulis, nundinis vestris, cæterisque commerciis cobabitamus hoc seculum. Navigamus et nos vobiscum, et rusticamur et mercamur. (TERTUL., *Apologetic.*, pág. 343, cap. XLII, tom. II.)

[29] Plaue confitebor si forte verede sterilitate christianorum conqueri possunt. Primi erunt leuones, perductores, aquarioli. Tum sicarii, venenarii, magi. Item aruspices, arioli, matbematici. His infructuosos esse magnus fructus est. (TERTUL., *Apologetic.*, cap. XLIII, pág. 356.)

[30] TERTUL., *Apologetic.*

Eraut autem ibi mulieres multæ a louge, quæ secutæ erant Jesum a Galilea, ministrantes ei.

[31] Inter quas erat Maria Magdalene, et Maria Jacobi, et Joseph mater... (*Evang. secundum Matthæum*, cap. XXVII, v. 55, 56.)

[32] Vidua eligitur non minus sexaginta anorum, quæ fuerit unius viri, uxor.

In operibus bonis testimonium habens, si filios educavit, si hospitio recepit, si sanctorum pedes lavit, si tribulatiouem patientibus subministravit. (*Epist B Pauli ad Thimoth.*, cap. V, v. 9, 10.)

[33] Num uec templa circuistis, nec spectacula postulatis, nec festos dies gentilium uostis. Nulla est strictus prodeundi causa, nisi imbecillis aliquis ex fratribus visitandus, aut sacrificium affertur, aut Dei verbum administratur. (TERTUL. *de Culta fœminar.*, lib. II, pág. 315. Parisiis, 1568.)

[34] Discutiendæ enim sunt deliciæ quarum molitia et fluxu fidei virtus effeminari potest. Ceterum nescio an manus spathalio circumdari solita in duritia catenæ stupescere sustineat. Nescio au crus de periscelio in nervum se patiatur arctari. Timeo cervicem, ne margaritarum et smaragdorum laqueis occupata, locum spatbæ non de. (*Id.*, *ibit.*)

[35] Tanquam sub oculis Dei modeste et moderate transiguntur. (TERTUL., *ad Uxor.*, lib. II, cap. IV, pág. 332.)

[36] Ut stacio facienda est, maritus de die coudicat ad bulueas. Si jejunia observauda sunt, maritus eadem die convivium exerceat. Si procedendum erit, uumquam magis familiæ occupatio adveniat. (*Id. ibi.*)

[37] Quis denique que iu solemnibus Paschæ abuoctantem securus sustinebit? Quis ad convivium dominicum illud quod inflamat siue sua suspicione dimittet? Quis iu carcerem ad osculanda viucula martyris reptare patietur? aquam sauctorum pedibus offerre? (TERTUL., *ad Uxor.*, lib. II.)

[38] Trátase de la Eucaristia y de la historia del niño que debian los cristiauos comer.

Cum aliquid immundum flatu expuis, non magiæ aliquid videberis operari? Nou sciet maritus qnid secreto aute omnem cibum gustes? et si sciverit panem non illum credet esse qui dicitur? (TERTUL., *ad Uxor.*, pág. 336.)

[39] Quis maritus suas illi, vel marito quid illa cantabit? quæ Dei meutio? quæ Christi invocatio? (*Id. ibid.*)

[40] Ecclesia conciliat et confirmat oblatio obsignatum angeli reuuntiaut pater rato babet... duo in carne una, ubi et una caro unus et spiritus. Simul oraut, simul jejunia transigunt. Iu Ecclesia Dei pariter, iu connubio Dei pariter, in augustiis, in refrigeriis. (*Id. ibid.*)

[41] LUCIAN. *in Pereg.*

[42] Nate Simphoriane... sursum cor suspende fili, nan et tu forsitau matrem jam cauam habes. Et uobis quidem miseris relinque lacrymas, tibi vero spem babe. (*Act. Mart. sincera*, pág. 360 Parisiis, 1689.)

[43] Blandiua inter confessores supremam coronam adepta, et ad bestias et igmen velut ad thedamum progrediebatur. (*Act sinc.*)

[44] Potamiana cum matre Marcella per flammas ad cœlum evecta, (*Act. sinc.*)

[45] Forsan et matrem, velut ego canam babes, relinque nobis lachrimas et spem serva tibi. (*Act. sinc.*)

[46] Alia vero die jussit Adrianus simul omnes septem filios ejus sibi præsentarii et ad trochleas extendi, (*Act. Mart.*, pág. 19.)

[47] O nate, inquit, perfice cum tuis contubernalibus iter beatum, ne unus desis illorum choro, ne reliquis Domino præsenteris, (*Act. martyr sinc.*, pág. 81.)

[48] ¡O diem asperum!

[49] Ego infantem lactabam. (*Act. sinc.* pág. 81.)

[50] Miserere filia canis meis; miserere patri! *Act. sinc.*, pág. 82.)

[51] Et lacrimis non filiam, sed Dominam vocabat.

[52] Scito enim nos non in nostra potestate esse constitutos, sed Dei.

[53] Christiana sum. (*Act. sinc.*, pág. 82-83.)

[54] Sic dolui pro senecta ejus misera!

[55] Sed dare pater noluit.

[56] Ne tam bonam sociam quasi comitem solam in via ejusdem spei relinquerent.

[57] Quid facies objecta bestiis? (*Act. sinc.* pág. 86.)

[58] Illa cœna ultima quam liberam vocant.

[59] Ut cognoscatis nos in die illo judicii.

[60] Vigorem oculorum dejiciens. (*Act. sinc.* pág. 77.)

[61] Viri quidem sacerdotum Saturni.

[62] Horruit populus.

[63] Ad velamentum femorum adduxit, pudoris potius memor quam doloris.

[64] Sed manum ei tradidit, et sublevavit illam.

[65] Quando, inquit, producimur ad vaccam, nescio... Non prius credidit nisi quasdam notas vexationis in corpore et habitu suo recognovisset. (*Act. sinc.* pág. 590.)

[66] Osculati invicem ut martyrium per solemnia pacis consummarent.

[67] Inter costas puncta exultavit... et errantem dextram tirunculi gladiatoris ipsa in jugulum suum posuit. (*Act. sinc.* pág. 88.)

[68] Tanquam aries insignis ex immenso grege delectus, ut holocaustum gratum et acceptum Deo.

[69] Deus totius creaturæ tibi gratias ago. ¡In calice passionis Christi tui particeps fiam in resurrectionem vitæ æternæ! ¡Te laudo, te benedico, te glorifico per Jesum Christum dilectum tuum filium pontificem: gloria nunc et in secula seculorum! ¡Amen! EUSEB., (*Hist. eccles*, lib. IV, pág. 73).

[70] Tanquam velum navigii ventorum flatibus turgescens, caput martyris undique obvallat. (*Ibid*).

[71] Tanquam aurum et argentum in camino ignis ardore probatum. (*Ibid*).

[72] Fragrantem edorem inde auriebamus, velut ex thure odorifero, aut quovis alio aromate. (*Ibid*).

[73] Tanta cruoris copia effluxit ut ignem prorsus extingueret. (*Id*, cap. XV, pág. 72).

[74] Servi J. C. qui Viennam et Lugdunum Galliæ incolunt, fratribus in Asia et Phryhia qui eamdem nobiscum redeptionis fidem et spem habent, pax, gratia et gloria, a Deo Patre et Christo Jesu Domino nostro sit vobis. (EUSEB.,) *Hist.*, lib. V, cap. I, pág. 84).

SEGUNDA PARTE.

[1] Rodon..... eruditus a Fatiano, libros quamplurimos et contra Marcionis hæresim scripsit (EUSEB., *Hist.*, lib. V. cap. XIII.

[2] Se isuum quidem a vita mon eduxit, non est enim ei permisum, sed animam adducit a motibus et affectionibus (CLEMEN. ALEJAND. *Stromahan* lib, VI, pág. 632. Lutetiæ Parisiorum 1631).

[3] Sive judaicas, sive philosophorum discit scripturas... communem facit veritatem. (Id. Ibid. pág. 941).

[4] Multi autem, non secus ac picti larvas, timent græcam philosophiam, dum verentur ne eos abducat. Veritas enim est inouperabilis, dissovitur autem falsa opinio. (*Id. Ibid* pág. 655).

[5] EUSB., *Hist. eccles.* lib. VI cap. XIX.

[6] V. tambien las nuevas misceláneas históricas y literaria de Mr. Villemain, pág. 322 y sig. Hay además otras dos traducciones.

[7] Impossibile putatur in Dei matre quod in vulturibus possibile non negatur. Avis sine masculo parit, et nullus refellit; et quia virgo Maria peperit, pudori ejus quæstionem faciunt. (*Id. Ibid.* lib. V. cap. XX, pág. 97).

[8] CHRISSOST. *Homili.*

[9] PALLAD. *Dialog.* de vita S. Chrysost.

[10] Candidas vertes requirit, exutisque prioribus eas sibi jejunus induit, omnibus ad calceamenta usque mutatis, atque reliquas presentibus distribuit; et cum dixisset more suo: *Gloria Dei propter omnia*, et ultimun *Amen* obsignasset, extendit pedes. (PALLAD. *Dialog.* de vita S. Chrysost.

[11] Si autem rationem omnium dierum et lucubrationum aliis necessitatibus impensarum tibi possem rediere; graviter contritatus miraveris quanta me distendant...... Cum enim ab eorum hominum necessitatibus aliquantulum vaco, qui me si angariant, non desunt quæ dictanda propono... Tales ergo mihi necessitates dictandi aliquid, quod me ab eis dictationibus impediat, quibus magis inardesco, deese non possunt; cum paululum spatii vix datur inter acuros occupationum, quibus nos alienæ vel cupiditates, vel necesitates angasiatæ traunt. (AUG., *Epist.*, pág. 139).

[12] Vestes ejus vel lechualia ex moderatu et competensi habitu erant, nec nitida nimium, nec abjecta plurimum (POSID. in vita Aug., cap. XXI.

[13] ¿Funiculos efficis..? In mente babelo illos qui per mare navigant. Spor tulas exiguas operaris? ¿Quæ nuncupatur mallaccia cogita... Pulchre et eleganter scribis? Odiorum fabricatores cogita. (*S Patris Ephræm Syri Parænesis quadragesima septima*, pág. 33. Antuerpiæ, 1619.)

[14] Ne miremini si ad nos scribat imperator, homo cum sit; sed miramini potius quod legem hominibus scripserit Deus. *S Anastasii archiepiscop, S Antonii vita*, tom. II pág 856. Parisiis. 1698).

[15] Sed potius diei judicii recordarentur, scirentque Christum solum et æternum esse imperatorem. Rogabat ut humanitati studerent accuram justitiæ pauperunque gererent. (*Id.*, *ibid*).

[16] Ad principes ipsos accedentes cum fiducia loquebantur pro reis, et omnes sanguinem effundere parati erant, et capita deponere, ut captos ab exspectatis tribulationibus eriperent . . . .
Statuæ quidem defetæ rursum erectæ fuerunt; si autem vos Dei imaginem occideretis, quomodo rursum poteritis peremptum revocare? etc. (S. J. CHRYSOSN., *Hom.* XVII, pág. 175, tom. II. Parisiis, 1718).

[17] Subditos nos debere esse in bonis operibus, non in malis. An bonum est opus si cum quem innocentem scimus... interimans?.. De non parcendo in Deum delinquentibus.— (*Luciferi, episcopi Cataritani, ad Constantium Constantini magni Imp. Aug. Opuscata*, pág. 99. Parisiis 1568).

[18] *Præscript. cont. hæret.* FLEURY.

[19] *Las actas de los Apóstoles* demuestran que habian ocurrido ya persecuciones particulares aun antes de la de Neron. Así lo acredita San Lucas, y las Actas de los Apóstoles son anténticas por mas que se diga en contrario.

[20] *Append ad Tertul Præscrip in fin.*

[21] TERNULL, *adv. Valent.*

[22] BEAUCOBRE, *Historia de Munich.*; HERBELOT, THEODOR. Hæret; Acta disput. Arch, Monum. eccl., grec, et lat. ap. Vales, et D. Cel.

[23] Philostr;, lib. I. cap. IX.

[24] Sulp. Sev. lib. XIII.

[25] NORIS *Hits. Pelag*, lib. II; DUCHESNE, *Prædcst*; *Anna. Benedict.*, tomo II, an 829.

[26] IREN, lib. I, cap. VIII et IX; THEODOR., *Her.*, lib. I, cap. X et XI.

[27] CLEM. III, *Strom.*

[28] Nudi toto corpore precantur, tanquam per hujusmodi operationem inveniant dicendi apud Deum libertatem; corpora autem sua tum muliebria, tum virilia noctu ac din curant unguentis, balneis, epulationibus, concubitibusque el ebrietatibus vocantes, et detestantur jejunantem. Atque humanæ carnis esu peracto.. Non ad generandam sobolem corruptio apud ipsos instituta est, sed voluptatis gratia, diabolo illudente talibus, et seductam errore Dei creaturam subsannante. (EPIPH., *episcop. Constatiæ contra hæreses*, pág. 71. Lutetiæ Parisiorum, 1612)

[29] Altorum montium cacuminibus viles animas projicientes, se præcipites dabant. (OPNANI AFRI. *Nilevitami episcopi de schismate Donatistarum*, lib, III, pág. 59. Lutetiæ Parisiorum, 1700).

[30] Non solum preprios hoc modo perficiunt, sed sæpe etiam peregrinos accidentes, et adhuc apud ipsos hospitio exceptos: abripiunt enim tales intus et vinculis illigatos per vim castrant, ut non amplius sint in voluptatis periculo impulsi.

[31] In Bacathis, regione Philadelphina ultra Jordanem. (EPIPH, *episcop. Const. adversus hæres.*, LVIII, pág. 407.)

[32] ORIG. *cont. Cels.*

[33] SULP. SEV., lib. III; AUG. *Hæres.*, LXX.

TERCERA PARTE.

1 Eurip., ap. Just.
2 Ego homuncio, hoc non facerem? (Tet. *Eun. act. III*).
3 Quam multas matres fecerit ille deus (Trist., lib. II).
4 Heredot. lib. I.
5 Strab. lib. XVI.
6 Lucian., *de Assyria init:*
7 Dotat in pecuniam quæsitureis... pro reliqua pudicitia libamento Veneri soluturas. (Fust., lib. XVIII).
8 Athen., lib. XIII.
9 . . . . . . Pulcha averns,
Da mihi faltere, da je istum sanctumque videri.
(Horat., *ep.* XVI, lib. I).

10 Exuntur etiam vestibus populo flagitante meretrices, quæ tunc mimorum funguntur officio, et in conspectu populi usque ad satietatem impudicorum luminum cum pudendis motibus detinentur (Lactant., *de falsa Religione*, lib. I, pág. 61. Basileæ).
11 Leonum vectigal et meretricum et exoletorum in sacrum ærarium inferri vetuit, sed sumtibus publicis ad instaurationem theatri, circi, amphitheatri et ærarii deputavit. (Lamprid., *in Alex. Sev*).
12 Cicer., *in Verr* V. cap. III.
13 Callistratus scripserat crucem : Tribonianus furcam substituit, quia Constantinus supplicium, crucis abroga verat. (*Pandec.* lib. XLVIII, tit. IX. de *pœn*).
14 Erant autem *infelices arbores*, damnatæque relligione, quæ nec seruntur nec fructum ferunt: quales populus, sinus, ulmus. (Plin., hist. nat. lib. XXVI, *Pandect.*)
15 Unco trahebantur. (Plin., Senec).
16 Ut ab eo primum incipiatur qui timidior est, vel teneræ ætatis videtur. (*Pandec.*, lib. XLVIII, tit. XVIII).
17 Quæstionis modum magis et judices arbitrari oportere. (*Id. ibid*).
18 V. todo el espantoso título de *Quæstionibus*. El espíritu de esta última ley es lógico en su crueldad.
19 Per id tempus factum es mulierum certamen... cum crudele pugnavissent, essentque ob eam causam cœteras nobilissimas feminas conviciis consectatæ, cautum est ne quæ mulier usquam in reliquum tempus muneribus gladiatoris fungeretur. (Dion., *Hist. Rom.*, lib. LXXVI, pág. 858. Hanoviæ, 1806.)
20 Croco diluto aut aliis fragrantibus liquoribus. (Martial., v. 126, et *de Spect.*, III).

21 Pollicem vertevant. (Juvenal., *sat.* III, v. 36).
Quis nescit? vel quis non vidit vulnera pati?
Quem cavat assiduis sudibus, scutoque lacessit,
Atque omnes implet numeros, dignissima prorsua
Florali matrona tuba; nisi si quid tu illo,
Pectore plus agitat, veræque paratur arenæ.
Huem præstare potest mulier galeata pudorem.
Quæ fugit a sexu? (Juv., *sat.* VI, v. 247 et seq).

22 Quidam testamento formosissimas mulieres quas emerat, eo pugnæ genere confligere inter se; alius, impuberes pueros quos vivus in deliciis habebat. (Athen., lib. IV, pág. 154, edit. 1598).
23 Nero tanto Sabinæ desiderio teneri cœpit ut puerum libertum (Sporus nominabatur) execari jusserit quod Sabinæ simillimus erat, eoque in cæteris rebus pro uxore usus sit, quin etiam progrediente tempore eum in uxorem duxit, quanquam ipse nuptus Pythagoræ liberto. Dion., lib. LXII, pág. 715).
24 Athen., lib. IX, cap. VII.
25 *Id*, lib. IX, cap. VI, ad fin.
26 Fragrantisimis rosis in mortario tritis, addo gallinarum et porcorum elixa cerebra, deinde oleum, garum, piper, vinum, omnia curiose trita in ollam novan effundens, subjecto igni blando et continuo. (Athen., *Deipnosoph.*, lib. IX, pág. 406).
27 Lib. IV, cap. VI.
28 Exhibuit palatinis ingentes dapes extis mullorum refertas, et cerebellis phœnicopterum, et perdicum ovis, et cerebellis turdorum, et capitibus psittacorum et phasianorum et pavonum. (Ælii Lamprid *Hist. Aug. vit. Heliogab.*, página 108. Parisiis, 1620).
29 Canes jecinoribus anserum pavit. Misit et uvasapamenas in præsepia equis suis. Et psittacis atque phasianis leones pavit. (*Id*, *ibid*).
30 Comedit calcania camelorum et cristas vivis gallinaceis demptas; linguas pavonum et lusciniarum pisum cum aureis, lentem cum cerauniis, fabam cum electris et orizam cum albis. (*Id.*, *ibid*).
31 Fertur et promisisse phœnicem conviviis, vel pro ea libras auri mille. (*Id.*, pág. 109).
32 Deinde æstiva convivia coloribus exhibuit .. Semper varie per dies omues æstivos... Vasa centenaria argentea sculpta, et nonnulla sechematibus libidinosis inquinata. (Ælii Lamprid., *Hist. Aug. vit. Heliogab.*, pág. 107).
33 Oppressit in tricliniis versatilibus parasitos suos violis et floribus, sic ut animam aliqui efflaverint, quum crepere ad summum non possent (*Id.*, pág. 108).
34 Idem in lucernis balsamum exhibuit. Exhibuit et aliquando tale convivium ut baberet viginti et duo fercula ingentium epularum, sed per singula lavarent, et mulieribus uberentur ipse et amici cum jurejurando quod voluptatem efficerent (Id. pág. III).
35 Ad mare piscem numquam comedit: in longisimis a mari locis omnia marina semper extribuit: murænarum lactibus et luporum in locis mediterraneis pavit, et rosis piscinam exhibuit, et bibit cum omnibus suis caldaria, miscuit gemmas pomis ac floribus; jesit et per fenestras cibos (*Id. ibid*).
36 Posterioribus eminentibus in subactorem rejectis et oppositis (*Id.*, pág. 109).
37 Ut eidem inguina oscularetur (*Id. ibid*).
38 Credo ut major esset utrique parenti dolor (*Id. ibid*).
39 Calceamentum unquam iteravit; annulos etiam negatur iterasse, preciosas vestes sæpe conscidit (Lamprid., *vita Heliogab.*, pág. 112).
40 Idem mulierem numquam iteravit preter uxorem (*Id.* pág. 109).
41 Nec cubuit in accubitis facile, nisi iis qui pilum leporinum haberent, aut plumas perdicum, sub alares calcitras sæpe permutans. (*Id.* pág. 108).
42 Habuit et gemmata vehicula et aurata, contempsis argentatis et eboratis et æratis. Junxit et quaternas mulieres pulcherrimas et binas ad papillam, vel ternas et amplius, et sic vectatus est, sed plerunque nudas, cum nudum illæ traherent. (*Id.* pág. 111.) Scobe auri porticum stravit.... ut fit de aurosa arena *Id.* pág. 112).
43 Inque vices equitant, ac luna teste moventur.
(Juv., *sat.* VI).
44 Principio quidem dolores ac lacrimæ oboriuntur, ubi per tempus dolor aliquid remisit, nihil quicquam, ut aiunt, modeste feceris, voluptas autem ne ulla quidem. (Luciani *Amores.* pág. 572. Lutetiæ Parisiorum, an. 1615).
45 Congrediantur et illæ inter se mutuo. Tribadum obscænitatis istius passim ac libere vagetur. (*Id. ibid*).
46 Nom amant sese leones nec philosophantur

Οὐκ ἐρῶσι λέοντες, οὐδὲ γὰρ φιλοσοφοῦσιν.
(Luciani *Amores.* pág. 576).

47 Etiam corona caput circumcirca ambit, lapillis indicis stellata, pretiosa autem de cervicibus monilia de pendent. Impudentes etiam genas rubefaciunt illitis fucis. . . . . . . Nempe statim e domo egressæ sacrificia faciunt arcana et absque viris auspecta misteria. (Luciani *Amores*, pág. 579).
48 Domi statim prolixa balnea ac sumptuosa quidem ac lauta mensa. Posteaquam enim nimis quam repletæ fuerint sua ipsarum gulositate, summis digitis velut inscribentes appositorum unumquodque degustant. Et diversorum corporum somnos et muliebritate lectum refectum, ex quo surgens statim lavacro opus habet. (*Id*, *ibid*). No espresa esta traduccion latina todo lo que dice el texto griego.
49 Mane exurgens ex lecto postquam residentem in oculis somnium reliquum aqua simplici abstersit. Illiapta atque sonora lyra. Thessali equi ellicuræ sunt, ac breviter juventutem domant ac subjugant, in pace meditatur rea bellicas, evibrando jacula....... Quomodo vero, non amaret illum in palæstria quinem Mercurium, inter lyras autem Apollinem, equitatorem vero Catorem?
50 Amor Orestem et Pyladem conjunxit: atque in uno eædemque vitæ navigio simul navigarunt.
51 Etiam æther post terram excipit eos qui hæc sectantur: illi autem meliori fato morientes, virtutis præmium incorruptibile consequuntur. (*Id.* pág. 585).
52 Athen., lib. XIII, cap. V.
53 *Id.*, *ibid.*
54 Sophoclem venustum puerum extra mœnia civitatis duxisse ut cum eo coiret, eumque Sophoclis penula direpta discessisse. Euripides cachinnans per ludibrium dixit illo se aliquando puero usum fuisse, verum sibi furto nihil amissum. (Athen., pág. 604).
55 Hoc ubi Sophocles audiit, in Euripidem epigramma scripsit hujusmodi:

Sol quidem, o Euripides, non puer cum me tepefaceret,
Veste nudavit: tibi vero alienam uxorem osculanti
Inæssit Boreas, etc.

Ἥλιος ἦν, οὐ παῖς, Εὐρίπιδη, ὅς μὲ χλιαίνων, etc.
(ATHEN., *Deipnosoph.*, pág. 604).

[56] Quique labra labris dulcius applicaverit,
is corenis oneratus ad suam matrem revertitur.
(THEOD., *Idyll.* XII).

[57] Megilla comam ut illam fictitiam habebam a capite rejecit, ipsa autem jacebat omnino similis atque æqui paranda gladiatori alicui vehementer virili atque robusto ad vivum usque cutem detonsa.
[58] Ne quære accuratius omnia, turpia enim sunt.
(LUCIANI *dialogi meretricii Clonarium et Leæna*, ad finem, pág. 970).
[59] *In Pædagog.*, lib. II, cap. X; *in Protreptico*, pág. 24 et 38.
[60] Un autor italiano demasiado célebre ha reproducido la obra de Philænis. Antes de él un grave y religioso sabio del siglo XI escribió un libro de la misma naturaleza; Brantome renovó las mismas historias; mas el verdadero autor de la obra griega no fue la cortesana Philænia, sino un sofista llamado Policrates segun nos lo refiere Ateneo.
[61] Impios infamia turpissima. . . . .
(PHILO. *De præmiis et pœnis*, pág. 586, in-fol. Parisiis, 1552).
[62] HORAT., *satir.*, lib. I.
[63] Transeo puerorum infelicium greges quos post transacta convivia aliæ cubiculi contumeliæ exspectant. (SENEC., *epist.* 95).
[64] Los Romanos del tiempo de Trajano, Antonino Pio y Marco Aurelio eran ya muy parecidos á los Romanos de que habla Amiano Marcelino. Luciano que vivia en aquella época nos ha dejado en el *Nigrinus* un cuadro de costumbres romanas, de donde el historiador parece haber tomado algunos rasgos: solo que el primero habla con mas latitud acerca de la aficion á los caballos, el lujo, funerales, testamentos etc.
[65] AMON. MARCEL., lib. XLV.
[66] Ubi si inter aurata flabella laciniis sericis insederint muscæ, vel per foramen umbraculi pensilis radiolus irruperit solis, queruntur quod non sunt apud Cimmerios nati. (AMM. MACELL. lib. XXVIII, cap. IV, pág. 411. Lugduni Batavorum, 1693).
[67] Quorum mensuram si in agris consul Quintius possedisset, amiserat etiam post dictaturam gloriam paupertatis. (*Idem*, lib. XXII, cap. IV).
[68] AMM MARCELL., lib. XXVIII, cap. IV.
[69] Cum miles cantilenas meditaretur pro jubilo molliores: et non saxum erat ut antehac armato cubile. . . . . et graviora gladiis pocula, testa enim bibere jam pudebat. (AMM., lib. XXII, cap. IV).
[70] *Id.*, *ibid.*
[71] *De re milit.*, cap. X.
[72] SOCRAT, lib. V, cap. XVIII.
[73] In omnibus quippe Gallis sicut divitiis primi fuere, sic vitiis. (SALV., *de Gubern. Dei*, lib. XII, pág. 330).
[74] Apud Aquitanicas vero quæ civitas in locupletissima ac nobilissima sui parte non quasi lupanar fuit? quis potentum ac divitum non in luto libidinis vixit? Quis non se barathro sordidissimæ colluvionis immersit? Haud multum matrona absesta vilitate ancillarum. (SALV., *de Gubern. Dei*, lib. VII, pág. 232).
[75] Quos compulimus esse criminosos, imputatur his infelicitas sua: quibus enim aliis rebus Bagaudæ facti sunt nisi iniquitatibus nostris, nisi eorum proscriptionibus et rapinis qui exactionis publicæ in quæstus proprii emolumenta vertant? (SALV., *de Gubern. Dei*, lib. V, pág. 159).
[76] Coloni divitum fiunt... in hanc necessitatem redacti ut et jus libertatis amittant. (*De Guberna. Dei*, lib. X. c. V, pág. 169).
[77] Plutarco. De la fortuna de Alejandro. Trad. de Amyot.
[78] El *Ensayo histórico sobre revoluciones* contiene un breve compendio de esas sectas, y puede consultarse el cuadro sinoptico que he formado de ellas; podrá hacerse alguna correccion valiéndose del *Manual de la historia de la filosofía* de Tenneman, perfectamente traducido por M. Cousin.
[79] Erant amici improbi, et senes quidam et specie philosophi, qui caput reticulo componerent, (LAMPRID., in vit. Elag. pág. 102.)
[80] SESID ATHEN., lib. IV. pág. 162.
[81] LAERT., *lib in Pyrron.*
[82] *Id.* lib. VII.
[83] *Id.* lib. IX in *Dem.*
[84] *Id. in Eracl.*
[85] *Id. in Eracl.*
[86] Id. lib. VIII. LUCIAN., STRAB., lib. VI,
[87] El texto es mas terminante:

Παιδεραστής εἰμι, καὶ σοφὸς τὰ ἐρωτικά.
SEC. *Vitar. Auct.*, pág. 193.

[88] Lapis est corpus: nonne et animal corpus est? Tu vero lapis et animal. (LUCIAN *Vitar. Auct.*, pág. 197.)

Quam profunde sol radios emittat in mare:
Denique qualem animam habeant ostra.
Id. 198.

[89] Οὐδὲν. (*Id.*, *ibid.*)
[90] Οὐδὲ τοῦτο οἶδα. (LUCIAN., *Vitar.*, *Auct.*, pág. 198.)
[91] Πολὺ μᾶλλον ἔτι τοῦτ' ἀγνοῶ.
(LUCIAN, *Vitar. Auct.*)
[92] *Id.*, *ibid.*

NOTAS DEL ESTUDIO SEXTO.

PRIMERA PARTE.

[1] ..... Tum lumine glauco
Albet aquosa acies....
APOLLIN *in Panegyric. Majoran.*
[2] Calcis enim lixiva frecuenter capillos lavant.
(DIOD. lib. V.)
Infundens acido comam butyro...
(APOLL. car. XII.)
[3] Strictius assuetœ vestes procera coercent.
(*Franaci.*)
Coloratis sagulis pube tenus amictu. (AMM. lib. XIV. capítulo IV.)
[4] Todos los ginetes cimbrios llevaban cascos cuya figura imitaba las fauces abiertas de toda clase de bestias feroces, y los adornaban con penachos á manera de alas y de estremada altura Presentábanse armados de corazas de hierro muy brillante, y cubiertos de escudos enteramente blancos. (PLUT *in Mar.*)
[5] Ad frontem coma tracta jacet, nudata cervix.
Setarum per summa nitet (APOLL *in Panegir. Mayor.*)
[6] Ancipitibus securibus et angonibus præcipue remgerunt (Franci); sunt vero angones hastæ quædam neque admodum parvæ, neque admodum magnæ, adjactu feriendum sic ubi opus fuerit, et ubi comminus collato pede confligendum est, impetusque faciendus accomodatæ. Hæ pleraque sui parti ferro sunt obductæ, ita ut perparum ligni a laminis ferrei nudum conspiciatur, atque adeo vix totæ imæ hastæ cuspia (AGATH., *Hist.*, lib. II.)
[7] Sola in sagittis spes, quas inopia ferri ossibus asperant (*Tac de More Germ.*) Missilibus telis acutis ossibus arte mira coagmentatis. (AMM., lib XXXI cap. II.)
[8] Contortis laciniis illigant, ut laqueatis resistentium membris equitandi vel grabandi adimant facultatem. (AMM., lib. XXXI, cap. II.) Laqueis interceperunt hostes, traendo conficere. (POMP MEL., lib. I, cap. últ.)
[9] Otros montaban en caballos cubiertos de hierro. (*Panegyr. veter.* VI, VII, pág. 158, 166, 167.) Echase pues de ver que la armadura completa de hierro tomada de los Persas por los Romanos, era conocida antes de la época de la caballería. Otro tanto puede decirse de algunas costumbres que la historia atribuye á siglos demasiado inmediatos á los nuestros.
[10] Equis... duris... sed deformibus. (AMM. lib. XXXI, capítulo II.)
[11] Et his artibus Hunni Gothis superiores evasere, partim enim circumequitando, partim excurrendo et opportune retrocedendo, jaculantes ex equis maximam Gothorum cædem fecere. (*Teste* ZOSIMO, pág. 747; VALES, *Annot in Amm.* lib. XXXI, cap. II, pág. 475).
[12] Acies per cuneos componitur. (*Tac. de Mor. Germ.* cap. VI.)
[13] Molientibus hostem rari apparuere qui conjuctis arborum truncis... velut efastigiis turrium, sagittas tormentorum ritu effudere... (GREG. TUR. lib. II, cap. IX, HERODIAN. lib. VII, cap. V.)
[14] Agathyrsi interstincti colore cæruleo corpora simul et crines, et humiles minutis atque raris, nobiles vero latis,

Fucatis et densioribus notis. (AMM. MARC., lib. XXXI, capitulo II.)

[15] Velut carpentis civitates impositas vehunt. (*Id.*, lib. XIII, cap. II.)

[16] Quocumque ierint illic genuinum existimant larem (*Id.*, *ibid.*)

[17] Crinibus mediocriter flavis, oculorum temperata torvitate terribiles. (*Id. ibid.*)

[18] El texto latino dice: *Omnes generoso sanguine procreati.* (*Id. ibid.*)

[19] Membra virum patent, his altato tegmine poples. (APOLLO. car. XII.)

[20] Errant semper per spatia longe, lateque distenta... nec idem perferunt diutius cœlum aut tractu unius soli illis unquam placet, Vita est illis semper infuga. (AMM, MARCEL., lib. XIV. cap. V.)

[21] Eo quod erat eis species pavenda nigredine, sed velut quædam (si dici fas est), deformis offa, non facies, habentque magis puncta quam lumina... nam maribus ferro genas secant.. hinc imberbes senescunt. (JORNAND., *de Reb. Get.* cap. XXIV.) Ubi quoniam ab ipsis nascendi primitiis infantum ferro sulcantur altius genæ. (AMM. MRCELL.)

[22] Prodigiosæ formæ et pandi, ut bipedes existimes bestias, vel quales in commarginandis pontibus effigiati stipites dolantur incompte. (*Id.*, lib. XXXI, cap. II.)

[23] Sicut a nobis dictum est, reperit in populo suo (Filimer, rex Gothorum) quasdam magas mulieres quas patrio sermone *Aliorummas* is ipse cognominat, easque habens suspectas de medio sui proturbat, longeque ab exercitu suo fugatas in solitudinem coegit terræ. Quas spiritus immundi per eremum vagantes dum vidissent, et earum se complexibus in coitu miscuissent genus hoc ferocissimum edidere. (JORNAND., cap. XXIV.)

[24] In hominum autem figura licet insuavi ita viri sunt asperi, ut neque igni, neque saporatis indigeant cibis, sed radicibus herbarum agrestium et semicruda cujusvis pecoris carne vescantur, quam inter femora sua et equorum terga subsertam, fotu calefaciunt brevi. (AMM., lib. XXVI, capitulo II.)

[25] Indumentis operiuntur linteis, vel ex pellibus silvestrium murium consarcinatis... Sed semel obsoleti coloris tunica collo inserta non ante deponitur aut mutatur, quam diuturna carie in pannulos defluxerit defrustata. (*Id.*, *ibid.*)

[26] Galeris incurvis capita tegunt, hircuta crura coriis munientes hædinis. (AMM., lib. XXXI, cap. II) San Gerónimo llama tiaras á esta clase de sombreros, *tiaras galies.* (In epitaph. Nepot.)

[27] Verum equis prope affixi duris quidem, sed deformibus, et muliebriter iisdem nonnumquam insidentes funguntur muneribus consuetis. Ex ipsis quivis in hac natione per nox et per dies emit et vendit, cibumque sumit et potum, et inclinatus cervici angustæ jumenti, in altum soporem adusque varietatem effunditur somniorum. (*Id.*, *ibid.*)

Hec plus nubigenas duplex natura biformes
Cognatis aptavit equis.....

(LAUDIAN., *in Ruf.*, *de Hun.* lib. I.)

[28] Omnes enim sine sedibus fixis, absque lare vel lege aut ritu stabili dispalantur, semper fugientium similes cum carpentis in quibus habitant, ubi conjuges tetra illis vestimenta contexunt, et coeunt cum maritis, et pariunt et adusque pubertatem nutriunt pueros. Vullusque apud eos interrogatus respondere unde oritus poteat, alibi conceptus, natusque procul, et longuis educatus. (*Id.*, *ibid.*)

[29] .... Fors ripæ colle propinquo,
Barbaricus resonabant hymen, seythicisque chereis
Erudebat flavo similis nova nupta marito.
. . . .
Barbarici vaga festa tori convictaque passim
Fercula captivasque dapes, cirroque madente
Ferre coronatos redolentia serta lebetes,
. . . . rapit esseda victor
Nubentemque nurum. . . . .

(APOLLIN., *in Panegyr. Major.*)

[30] Inter crinigenas situm cabernas,
Et germanica verba sustinentem,
Laudantem tetro subinde vultu,
Quos Burgundio cantat esculentus,
Infundens acido comam butyro.
Felices oculos tuos et aures,
Felicemque libet vocare nasum,
Cui non allia sordiæque cepæ
Ructant mane novo decem apparatus!

(APOLLIN., carm. XII.)

[31] Especie de capa usada por los pueblos de las orillas del Rhin.

[32] APOLLIN., lib. IV, *Epist. ad Domnit.*

[33] Istio Saxona cærulum videmus.
Assuetum ante salo, solum timere.
Hic tonso occipiti, senex Sicamber.
Postquam victus est, elicit retrorsum
Cervicem ad veterum novos capillos:
Hic glaucis Herulus genis vagatur,
Imos Oceani colens recessus,
Algoso prope concolor profundo
Hic Burgundio septipes frequenter
Flexo poplite supplicat quietem.

(APOLLIN., lib. VIII, *epist.* IX.)

[34] Medio campi albentia ossa, ut fugerant, ut restiterant, disjecta vel afigerata. Adjacebant fragmina telorum, equorumque artus, simul truncis arborum antefixa ora; lucis propinquis barbaræ aræ, apud quas tribunos, ac primorum ordinum centuriones mactaverant et cladis ejus superstites, pugnam aut vincula elapsi, referebant, hic cecidisse legatos illic raptas aquilas. (TACIT., *Ann.* I, 61.)

[35] PLUT., *in Vit. Marii.*

[36] Nec tam voces illæ quam virtutis concentus videntur. Adfectatur pracipue asperitas soni, et fractum murmur objectis ad os scutis, quo plenior et gravior vox repercussu intumescat. (TACIT., *de Mor. Germ.*, III.)

[37] Gothorum gens perfida, sed pudica est: Alamanorum impudica, sed minus perfida: Franci mendaces, sed hospitales; Saxones crudelitate efferi, sed castitate miraudi. (SALVIAN. *de Gubern. Dei*, lib. VII, pág. 256. Parisiis, 1608.)

[38] Ut apud eos nefandi concubitus fœdere copulentur maribus puberes; ætatis viriditatem in corum pollutis usibus consumpturi. Porro si quis jam adultus aprum exceperit solus, vel interemerit ursum immanem, colluvione liberatur incesti. (AMM., lib. XXXI, cap. IX.)

[39] AMM. MARCELL., lib. XXXI, cap. II.)

[40] Ex ea enim crinitus quidam, nudus omnia præter pubem, subraucum et lugubre strepens, educto pugione agmini se medio Gothorum inseruit, et interfecti hostis jugulo labra admovit, efusumque cruorem exsuxit. (*Id.*, lib. XXXI, capitulo XVI.)

[41] Ipsis ex vulneribus ebibere. (POMP. MELA, *de Scyht. Europ.*, cap. II, lib. I.)

[42] Quid loquar de cæteris nationibus, quum ipse adolescentulus in Gallia viderim Atticotos, gentem britannicam, humanis vesci carnibus; et quum per silvas porcorum greges et armentorum pecudumque reperiant, pastorum *nates* et feminarum et *papillas* solere abscindere, et has solas ciborum delicias arbitrari? (S. HIERON., tom. IV, pág. 201, *adv. Jovin.*, lib. II.)

[43] Interfectorum avulsis capitibus detractas pelles pro phaleris jumentis accommodant bellatoriis. (AMM. MARC., lib. XXI, cap. II.)

[44] Budini sunt et Geloni perquam feri, qui detractis cutibus hostium indumenta sibi, equisque tegmina conficiunt. (*Id. ibid.*)

[45] Illos, reliqui corporis; se, capitum... (POMP. MELA. lib. XI, cap. IV.)

[46] Illustrijam tum donatur celsus honore,
Squameus et rutilis etiamnum livida crestis
Ora gerens. . . .

(APOLLIN., *in Paneg. Avit.*, V, 241.)

[47] MALLET, *Introd. a l' Hist. du Danem.*, cap. XIX; SAX. GRAMM.

[48] Celebrant carminibus antiquis Tuistonem Deum.

[49] Sunt illis hæc quoque carmina quorum relatu, quem *Barditum* vocant, accendunt animos, futuræque pugnæ fortunam ipso cantu augurantur. (*Tac. de Mor. Germ.* III.)

[50] Bardi, qui de laudationibus rebuesque poeticis student. (STRAB. lib. VI.)

[51] Jornan., lib. VIII.

[52] Præcipuus Hunnorum rey Attila, patre genitus Mundzucco, portissimarum gentium dominus, qui inaudita ante se potentia solus scythica et germanica regna possedit, nec non utraque romanæ urbis imperia captis civitatibus terruit, et ne præda reliquia subderent, placatus precibus, annum vectigal accepit. Quumque hæc omnia proventu felicitatis egerit, non vulnere hostium, non fraude suorum, sed gente

incolumi inter gaudia lætus, sinesensu doloris occubuit. Quis ergo hunc dicat exitum, quem nullus æstimat vindicandum? (JORNAND., cap. XLV.)

53 Véase la nota sobre Atila.

54 Martires lib. VI.

Pugnavimus ensibus. . . .
. . . .
Vitæ elapsæ sunt horæ;
Ridens moriar.

El texto escandinavo de esta oda ha sido publicado en letra rúnica por Wormius, *Litt. run.* pág. 197 y transportado á la coleccion de Biorner: consta la oda de 29 estrofas.

55 Debo este canto sacado del Edda y el fragmento del poema épico del manuscrito de Fulde á M. Ampere, de quien he hablado ya en el prefacio de estos *Estudios*. No podrá menos de ser grato el oirá este jóven literato, lleno de erudicion y de talento hablar sobre una materia que ha profundizado, y que faltaba á la literatura francesa. Mis trabajos hubieran parecido menos áridos á mis lectores, si me hubiera sido posible enriquecerlos siempre con pasajes semejantes al que sirve de fin á esta nota.

«La gran familia de las naciones germánicas (habla M. Ampere) puede dividirse en tres ramas, la gótica, la teutónica y la escandinava. De las lenguas góticas no queda ya otro monumento que la traduccion de la Biblia por Ulfilas.

«Otro documento mas antiguo de las lenguas teutónicas es un fragmento épico conservado en un M. S. que contiene el libro de la Sabiduria y algunos otros tratados religiosos. Este M. S. procedente de la Abadía de Fulde, existe actualmente en Cassel, donde yo he tenido ocasion de verlo, y todo él pertenece al siglo VIII ó á la primera mitad del noveno.* Los personajes que figuran en aquel breve pasaje y aquellos de quienes habla, asi como los sucesos á que alude pertenecen al gran ciclo épico de la antigua poesia alemana de la que el poema de *Nibelungen* y el *libro de los Héroes* son refundiciones mas modernas. Esta página del M. S. de Cassel es por lo tanto el mas antiguo y curioso resto de aquel ciclo, é interesa por el doble título de ser un monumento nacional para la Francia. La lengua en que está escrito es el antiguo aleman del cual el idioma de los Francos era un dialecto. Sin duda formaba este pasaje parte de aquellos poemas *bárbaros y muy antiguos ya* á principios del siglo IX en cuya época Carlo-Magno los mandó coleccionar y copió algunos con su propia mano.**

«Contiene este fragmento la relacion de un encuentro entre dos guerreros del ciclo á que me refiero: el anciano Hildebrand y su hijo Hadebrand. El primero era el amigo, y el mentor del héroe por excelencia, Teodorico. Segun la leyenda, pero no segun la Historia, Teodorico se vió obligado á dejar su reino en manos de Hermanrico, que instigado por Odoacre, lo usurpó. El héroe fugitivo halló un asilo al lado de Atila, rey de los Hunos. Asi se encuentran agrupados de un modo fabuloso estos cuatro nombres históricos que han quedado confusamente grabados en la memoria de los pueblos. Habiendo muerto el usurpador, Teodorico volvia á sus Estados con el anciano Hildebrand, cuando este se encontró con su hijo Hadebrand que habia permanecido en Bern (Verona.) No habiéndose ni uno ni otro conocido dan lugar al fragmento que hemos mencionado, cuyo elevado estilo recuerda el de la escuela homérica.»

«He oido decir que Hildebrand y Adebrand, padre é hijo, se denostaron mutuamente en un encuentro. En vista de lo cual estos héroes vistieron su traje de batalla, y ciñeron la espada. Estando á punto de soltar la rienda á sus corceles, Hildebrand que era hombre de corazon noble y de ánimo prudente preguntó con breves palabras al contrario quién era su padre entre los mortales, diciéndole: de qué familia eres? Dímelo y te daré una túnica de triple malla; porque has de saber, oh guerrero, que yo conozco toda la raza humana.

Adebrand, hijo de Hildebrand respondió: Hombres ancianos y sabios de mi pais que ya no existen, me dijeron que mi padre se llamaba Hildebrand, y yo me llamo Adebrand. Cierto dia mi padre tuvo que marchar hácia el Este, huyendo del odio de Odacre. (*Othacr.*); *iba en compañía de Teodorico* (*Teotrich*) *y con muchos de sus héroes. Dejé en su pais solos á su jóven esposa y á su hijo que aun era niño: sus armas quedaron sin dueño y él se fué hácia el Este. Despues cuando principiaron las desgracias de mi primo Teodorico, cuando este se vió sin amigos, mi padre no quiso permanecer mas con Odoacro. Mi padre era conocido entre los guerreros valientes y amaba demasiado los combates donde siempre se le veia en primera línea para que yo pueda creer, que se mantiene aun en vida.—Señor de los hombres, exclamó Hildebrand, no es posible que desde lo alto del cielo permitas que se lleve á cabo semejante combate entre hombres de una misma sangre. Diciendo esto se quitó un brazalete de oro, que rodeaba su brazo, y que el rey de los Hunos le habia regalado: tómalo, le dijo á su hijo, alargándoselo, yo te lo regalo: Adebrando replicó: Con la lanza en ristre, tocando punta con punta es como se deben recibir semejantes regalos. Viejo huno: malo eres para compañero: quieres engañarme con tus palabras, espía astuto, y yo quiero derribarte al suelo con mi lanza. Cómo, siendo tan anciano, puedes fraguar tales mentiras? Ciertos marineros que han navegado por el mar de los Vendos me han referido un combate en el que Hildebrand, hijo de Herebrand, perdió la vida: Hildebrand hijo de Herebrand contestó. Conozco por tu armadura que no has servido aun con ningun ilustre caudillo y que ninguna valentía has hecho en este reino. Ah! Ah! Dios poderoso, qué suerte la mia! He andado errante lejos de mi pais sesenta inviernos y sesenta veranos. Me he colocado siempre á la cabeza de los combatientes; jamás me han puesto cadenas en los piés dentro de ninguna fortaleza enemiga, y ahora me veo reducido á que mi propio hijo me abra el pecho con su espada, me derribe con su acha, ó sea yo su asesino. Con facilidad te podrá acontecer, si te sirve bien tu brazo que arrebates á un hombre valiente su armadura y despojes su cadáver: hazlo, si te crees con derecho de hacerlo, y sea el mas infame de los hombres del Este el que te prive de ese combate de que te manifiestas tan deseoso. Juzgad segun vuestro valor buenos compañeros, que nos estais mirando quién de nosotros dos puede jactarse en la actualidad de lanzar con mas certeza la jabalina que será la dueña de las dos armaduras. Así diciendo lanzaron sus jabalinas de cuchilla cortante, que se quedaron clavadas en sus respectivos escudos. Resonaron las achas de piedra... Caian pesadamente sobre sus blancos escudos: las armaduras estaban ya abolladas; pero sus cuerpos permanecian inmóbiles...*

Aquí da fin el fragmento, cuyos primeros versos voy á citar para que se tenga una idea del aleman de aquella época, mucho mas sonoro que el que usa al presente.

Ik gihorta tahl seggen, that sih urhettun anon muotin
Hildibrant enti Hadhubrant untar heriuntuem.
Sunu fata ungo Iro saro rit un,
Garutum se iro guthamun, gurtur sih iro suert ana,
Helido, uber ringa do si to dero hiltu ritum.

56 Como ejemplo de la antigua poesia escandinava, citaré el siguiente rasgo sacado del *Edda*. En este encontraremos la misma grandeza, pero menos moderacion; mas violencia y ferocidad, pero ferocidad sublime.

A continuacion cita M. Ampere el canto de Gunar tal como yo lo he presentado en otro lugar.

Hé aquí prosigue diciendo el sabio traductor una muestra de la antigua lengua escandinava en la cual está escrito este pasaje notable como casi todos los del Coda por su carácter sombrío y grandioso.

Hiarta skal mér Havgna
I hendi liggja
Blóthugt ór briosti
Scorit bald-ritha
Saxi slithr-beito
Syni thio thaus.
Skaro their hiarta.
Hjalla ór brioati
Blothuet that á bjoth lang
Ok baro for Gunar.

57 Los dos *Edda* y los *Sagga*; WORM., *litt. runic.*; MALLET. *Historia de Dinam.*

58 Vease entre otros un diploma del año 835.

59 *Verum Gall et Franc.*, *Script.*, tom. IX, pág. 99.

60 Veanse estos cantos en la Historia de la conquista de Inglaterra por los Normandos de M. A. Thierry, tom I, página 131, de la terc. edic.

* Grim die Beydem altesten deutschen gedichte. Cassel, 1812, pág. 35.

** La opinion tan repetida de que Carlo-Magno no sabia escribir podria no ser mas que una fábula. He aquí lo que acerca de esto dice un contemporáneo suyo: *Ydem barbara et antiquissima carmina quibus veterum actus et bella cantabantur scripsit memoriæque mandavit Ilginá.* Vita Car. Magni, cap. XXIX.

61 Thierry, *Hist. de la conquista de Inglaterra por los Normandos*, tom. I, pág. 213.
62 Du Cange, voce *Cantilena Rollandi*; *Mém. de l'Ac. des inscript.*, tom. I, p. I, pág. 317; *Hist. litt. de la France*, tom. VII, Avertiss., pág. 73.
63 Diod. Sic.
64 Plut. *in Demetr.*
65 Julian. *Op.*
66 Nec alia voce notum, nisi quæ humani sermonis imaginem assignabat. (Jornand., cap. XXIV, *de Reb Get.*)
67 Æstimari minime potest, quanto mihi cæterisqui sit risui, quoties audio quod te præsenti formulet facere higme suæ Barburus barbarismum. (*Rer. Gall. et Frdnc. script.*, tom. I, pag. 794.)
68 *Concil. Gall.*
69 Lup. Fer., *ep.* LXX et XCI.
70 Ulphidas. *Gothische Pibel übersgrumg.* (Edic. de Juan Christ. Zan. Weissenfelis, 1805.)
71 Nithradi. *Hist.*, lib. III, pág. 227, *in rer Gall. scrip.* tom. VII.
72 *Rer. Gall. script.*, tom. IX, pág. 99.
73 Vease este canto y fragmento anteriormente citados.
74 *Memorias para la Hist de las Galias*, pág. 211.
75 Sine lare, vel lege aut ritu stabili. (Amm Marcell.)
76 Gladius barbarico ritu humi figitur nudus (*Id.*, libro XXXI, cap. IX.)
77 Tertull. *et August.*
78 Tacit. *de Mor. Germ.*
79 Texto escandinavo:

Or ymis holdi
Var corp um skarprd,
En or sreia sær
. . . .
En or bausi himin.

Traduccion latina.

Ex Imeris carne
Terra creata est;
Ex sanguinis autem mare
. . . .
Ex cranio autem cælum.

Edda sæmundar hins frodda, (58, Hajniæ, 1787.)

80 *Shin-Faxi* (juba splendens) vocatur.
Qui serenum trahit
Diem super humanum genus.
. . . .
Hrim Faxi (juba pruinosus) vocatur
Qui singulas trahit
Noctes super benefica numina.
Ne lupatis stillare facit guttas
Quovis mane,
Inde venit vos in convalles.
(*Edda*, pág. 8--9.)

81 Subtus ab arbore. Igg-Drasilli.
. . . .
Qui curret
Per æsculum Igg-Drasilli.

82 Snor. Edda, fab. XXIX.
83 *Id.*, *ibid.*

84 Quingenta ostiorum
Et ultra quadraginta,
Ita puto in *Valhalla* esse:
Octingenti *Einheriorum*
Exeunt simul per unum ostium,
Cum contra lupum pugnatum eunt.
(*Edda sæmundar hinns froda*, pág. 53.)

85 *Heidruna* vocatur capra
Quæstat supra aulam Odini
Et pabulum sibi carpit ex *Læradi* ramis:
Craterem illa (quotidie) implebit
Liquidum illius melonis.
Nen potis est iste potus deficere.
(*Id.*, *Ibid.*)

Vease tambien Millet *Introduccion á la historia de Dinamarca y los monumentos de la mitologia de los antiguos Escandinavos.*
Segundo viaje del capitan Parry para descubrir el paso al N. E. de América.
86 Vease en el viaje á América, gobierno de los salvajes.
87 Leg. Wall., lib. II, cap. XVII.
88 Encuéntrase una buena nota sobre la sucesion de la tierra Sálica, art. V, del título XLII, en la nueva traduccion de las leyes de los Francos por M. J. F. A. Peiré. Pláceme hacer justicia á este apreciable autor cuanto menos se ha hablado de su trabajo, al cual M. Inambert ha añadido un prefacio. No hay expresiones para alabar a esta clase de estudios que son tan costosos y producen tan poca gloria.
89 Leg. Wall., lib. II, cap. XVI.
90 Arva per annos mutant Facit., *de Mor. Germ.*, capítulo XXVI.
91 Cæsar de Bell., gall, lib. VI, cap. XIX.
92 Leg. Wall., pág. 164.
93 *Ibid.*, lib. III cap. IX.
94 *Lex. Salic.*, tit. XXV.—Lex Vip., tit. XLII.
95 *Id.*, tit. VIII.—*Id.*, tit. XLVIII.
96 *Leg. Wall.*
97 *Lex. Salic.*, tit. XXXII.

Renart se pense qu'il fera,
et comment le chunchiera.
(*Roman du Renart aput cangg gloss.*, voce *Conca.*)

98 Lex anglo-saxonic, pág. 7.
99 Si secundus digitus unde sagittatur. (Lex Vipuar., titulo V, art. XII.)
100 Ut sanguis exeat, terram tangat. (Lex Vipuar., tit. II, art. XII.)
101 Os inde exierit, quod, super viam duodecim pedum in saxo jactum, sonaverit. (*Ibid.*, tit. LXX, art. I.)
102 Hé aquí el ejemplo de preferencia en la línea materna.

SEGUNDA PARTE.

1 Vir in concussionem gentis natus in mundo, terrarum omnium metus: qui nescio qua sorte terrebat cuncta, formidabili de se opinione vulgata. Erat namque superbus incessu, huc atque illuc circumferens oculos, ut elati potentia ipso quoque motu corporis appareret. Bellorum quidem amator, sed ipse manu temperans, consilio validissimus, supplicantibus exorabilis, propitius in fide semel receptis. Forma brevis, lato pectore, capite grandiori, minutis oculis, rarus barba, canis aspersus, simo naso, teter colore, originis suæ signa restituens. (Jornand., cap. XXXV, *de Reb. Get.*)
2 Attilæ in cuadra lignia, et nihil præter carnes. Conviviis aurea et argentea pecula quibus bibebant suppeditabantur. Attilæ poculum erat ligneum. (*Ex Prino rethore gothicæ historiæ excerpta, Carolo contoclaro idterprete.* pág. 60. Parisiis 1606)
3 Tum convivarum primum ordinem, ad Attilæ dextram sedere constituerunt, secumdum ad lavam: in quo nos et Berichus, vir apud Scitas nobilis, sed Berichus superiore loco. (*Id.*, pág. 48.)
Sedentes ordines salutavit. Reliquis deinceps ad hunc modum honore affectis, Attila nos, ex Thracum instituto, ad parium poculorum certamen provocavit. (*Id.*, pag. 49)
4 Turba regum, diversarumque nationum ductores, ac si satellites, absque aliqua murmuratione cum timore et tremore unusquisque adotabat, aut certe quod jussus fuerat exsequebatur. (Jornand., cap. XXXVIII, *de Reb. Get.*)
5 Fuit alius currus quatuor cervis junctus, qui fuisse dicitur regis gothorum. (Vospic. in Vit. Aurelian.)
6 Enatantes super parma positi amnem in ulteriorem egressi sunt ripam. (Greg. Tur., lib III, pág. 15)
7 Quin et Aremoricus piratum saxona tractus superabat, cui pelle salum sulcare Britannum Ludus, et apesto glancum mare fidere lembo.
(Apoll., *in Panegyr. Avit.*)
8 Imos Oceani colens recessus. (*Id.* lib. VIII, *epist.* IX.)
9 Cœlestis manus ad punienda Hispanorum flagitia, etiam ad vastandam Africam transire cogebat. Ipsi denique fatebantur non suum esse quod facerent, agi enim se divino jussu ac perurgeri. (Salvian., *de Gubernat. Dei*, lib. VII, pág. 250.)
10 Cum e Carthaginis portu velis passis soluturus esset, interrogatus a nauclero, quo tendere populabundus vellet, respondisse: Quo Deus impulerit. (Zosim., *de Bello Vandalico*, lib. I, pág. 188.)
Narrant cum e Carthaginis portu solvens á nauta interrogaretur quo bellum inferre vellet, respondisse: in eos quibus iratus est Deus. (Procop., *Hist. Vand.*, lib. I.)
11 Probus, aliquis monachus ex his qui in Italia erant,

Romam festinanti Alarico consuluisse ut urbi paceret, nec se tantorum malorum auctore constitueret. Alaricus respondisse dicitur, se non volentem hoc tentare, sed esse quemdam qui se obtundendo urgeat, ac præcipiat ut Romam evertat. (Sozom., lib. IX, cap. VI, pág. 481.)

[12] Ipsius inquit fœnum rariore facilius resecatur. (Zosim., lib. V, pág. 106.)

[13] Aiebat enim non aliter se finem obsidionis facturum nisi aurum omne, quod in urbe foret, et argentum accepisset, præterea quidquid supellectilis in urbe reperiret: itemque mancipia barbara. Huic cum dixisset alter legatorum si quidem hæc abstulisset quid eis tandem relinqueret in urbe, qui essent? Animas, respondit. (*Id.*, *Ibid.*)

[14] Quinquies mille libras auri, et præter has tricies mille libras argenti, quater mille tunicas sericas, et ter mille pelles coccineas, et piperis pondus quod ter mille libras æquaret. (Zosim., lib. V, pág. 107.)

[15] Nam ego quoque ipse virum quendam Narbanensem, illustris sub Theodosio militiæ, etiam religiosum prudentemque et gravem apud Bettdeem oppidum Palestinæ, beatissimo Hieronymo presbitero referente, audivi se familiarissimum. Ataulpho apud Narbonam fuisse; ac de eo sæpe subtestificatione vedicisse quod ille, quum esset animo, viribus ingenioque nimius, referre solitus esset se in primis ardenter inhiasse ut obliterato romano nomine romanum omne solum Gothorum imperium et faceret et vocaret; essetque ut vulgariter loquar, Gothia, quod romania fuisset... At ubi multa experientia probavisset, neque Gothos ullo modo parere ligibus posse propter effrenatam barbariem, neque reipublicæ interdici leges oportere, elegisse te saltem, ut gloriam sibi et restituendo in integrum augendoque romano nomine, Gothorum viribus, quareret, habereturque apud posteros romanæ restitutionis auctor, postquam esse non poterat in mutator. (Oros., lib. VII)

[16] Mox quoque ut scythica terra ignotis apparuit, cerva disparuit. (Jornand., de Reb. Get., cap. XXIV.)

[17] Quum pastor quidam gregis unam baculam conspiceret claudicantem, nec causam tanti vulneris inveniret, ullicitus vestigia cruoris insequitur: tandemque senitad gladium, quem depascens herbas bacula incaute calcaverat, effosumque protinus ad Attilam difert. Quo ille munere gratulatus, ut erat magnanimus, arbitratur se totius mundi principem constitutum, et per Martis gladium potestatem sibi concessam esse bellorum (Prisc., *apud Jornand*, capítulo XXXV.)

[18] *Stella cadit; tellus tremit; en ego malleus orbis.* Seque, juxta eremitæ dictum, Flagellum Dei jussit apellari. (*Rerum hungarum scriptores varii*, Francofurti, 1600.)

[19] Jam tum enim cum irascebatur dicebat exercituum duces, usos esse servos; qui quidem Attilæ, non tamen imperatoribus romanis, erant honore et dignitate pares. (Ex Prisc. rhet. Gothic. hist. excerpt, pág. 40.)

[20] Cum autem in pictura vidisset Romanorum quidem reges, in aureis thronis sedentes, Scythas vero cæsos et antes pedes ipsorum jacentes, pictorem accersitum jussit se pingere sedentem in solio: Romanorum vero reges ferentes saccos in humeris, et ante ipsius pedes aurum effundentes. (Suid., in voce *Mediolanum*, pág. 517.)

[21] Quæ enim urbs, quæ arx qua late patet Romanorum imperium, salva et incolumis evadere potuit quam evertere aut diruere apud se constitutum habuerit. (*Excerpta ex historia Gothica Prisci rethoris de legationibus*, *in corpore historiæ Bpant.*, pág. 43.)

[22] Imperat tibi per me dominus meus et dominus tuus Attila, uti sibi palatium seu regiam Romæ egregie adornes. (*Chronicon Alexandrinum*, pág. 734.)

[23] Hujus ergo in medio alter, collecto captivorum agmine, sepulturæ locum effodiunt. In cujus fodiæ gremio Alaricum multis opibus obruunt: rursusque aquas in suum alveum reducentes, ne a quoquam quandoque locus cognosceretur, fossores omnes intermerunt (Jornand de Reb. Get., c. XXX.)

[24] Ut prædiator eximius non femineis lamentationibus et lacrymis, sed sanguine lugeretur virili. (Jornand., capítulo XLIX.)

[25] Nam de tota gente Hunnorum eclectissimi equites in eo loco quo erat positus; in modum cistensicum cursibus ambientes, facta ejus cantu funereo tali ordine referebant... Postquam talibus lamentis est defletus, stravam super tumulum ejus quam apellant ipsi, ingenti comessatione concelebrant, et contraria invicem sibi copulantes, luctum funereum mixto gaudio explicabant, noctuque secreto cadaver est terra reconditum. Cujus fercula, primum aure, secundo argento, tertio ferri rigore communiunt....

Addunt arma hostium cædibus adquisita, phaleras vario gemmarum fulgore pretiosas, et diversi generis insignia, quibus colitur aulicum decus. Et ut tot et tantis divitiis humana curiositas arceretur, operi deputatos detestabili mercede trucidarunt, emersitque momentanea mors sepelientibus cum sepulto. (Jornand. de Reb. Get., cap. XLIX.)

[26] Arcum Attilæ in eadem nocte fractum ostenderet. (Prisc, in Jornand., cap. XI.)

[27] Equinis sellis construxisse pyram, seseque, si adversarii irrumperent, flammis injicere voluisse; ne aut aliquis ejus vulnere lætaretur, aut in potestatem hostium tantorum hostium gentium dominus perveniret.... Multarum victoriarum dominus. (Jornand., *de Reb. Get.*, cap. XL, XLIII.)

[28] Filii Attilæ, quorum per licentiam libidinis pene populus fuit. (Jornand., cap. L.)

[29] Committitur in Pannonia juxta flumen cui nomen est *Netad*. Illic concursus factus est gentium variarum, quas in sua Attila tenuerat ditione. Dividuntur regna cum populis, fiuntque ex uno corpore membra diversa, nec quæ unius passioni compaterentur, sed quæ exciso capite invicem insanirent: quæ nunquam contra se pares invenerant, nisi ipsi mutuis se vulneribus sauciantes, se ipsos discerperent fortissimæ nationes. (Jornand., cap. L.)

[30] Pugnantem Gothum ense furentem, Gepidam in vulnere suorum cuncta tela frangentem, Suevum pede, Hunnum sagitta præsumere, Alanum gravi, Herulum levi armatura aciem instruere (*Id.*, *ibid.*)

[31] Commissa pugna contra Scythas ante conspectum urbis Romæ, tanta utrinque facta est cædes, ut nemo pugnantium ab utraque parte servaretur, præter quam duces paucique satellites eorum: cum cecidissent pugnantes, corpore defatigati, animo adhuc erecti, pugnabant tres integras noctes et dies, nihil viventibus pugnando inferiores, neque manibus neque animo. (Phot., *Bibl.*, pág. 1039.)

[32] Romulus et Remus asylum constituisse perhibentur quærentes creandæ multitudinem civitatis; mirandum in honorem Christi præcessit exemplum. Hoc constituerunt eversores urbis quod instituerant antea conditores. (Aug., *Civ.*, lib. I: cap. XXXIV, pág. 22. Basileæ.)

[33] Super capita elata palam, aurea atque argentea vasa portantur, exsertis undique ad defensionem gladiis pia pompa munitur. Hymnis Deo, Romanis Barbarisque concinentibus, canitur.—Personat late in excidio urbis salutis tuba..... (Oros., *historiar.*, lib. VII, cap. XXXIX, pág. 574. Lugduni Batavorum, 1767.)

[34] Occurrente sibi (Attila) extra portas sancto Leone episcopo, cujus supplicatio ita eum Deo agente lenivit, ut cum omnia in potestate ipsius essent, tradita sibi civitate, ab igne tamen et cæde atque suppliciis abstineret. (Prosp. *Chronic.*)

[35] Indutus cilicio pernoctavit. (Salvian., *de Gubern Dei*, pág. 165.)

[36] Vocamus Romanum, hoc solo, id est quidquid luxuriæ, quidquid mendacii, imo quidquid vitiorum est comprehendentes. (Luitprand. *legat. apud. Murat.*, *Scriptor. Ital.*, vol. II, par. I, pág. 481.)

[37] Eos nunquam hastam aut gladium despecturos mente intrepida, si scuticam tremuissent (Procop., *de Bell. Gothico*, lib. I, pág. 312.)

[38] Si quis ingenuus Francum, aut hominem barbarum, occiderit, qui lege salica vivit, VIII denariis, qui faciunt solidos CC, culpabilis judicetur. (Tit. XLIII, art. I) Si romanus homo possessor occisus fuerit, IV denariis, qui faciunt solidos C, culpabilis judicetur. (Tit. XLIII, art. VII.)

[39] Quæ (pestilentia dæmonum) animos miserorum adeo obcæcavit tenebris, tanta deformitate fœdavit ut etiam modo, romana urbe vastata fugientes, Carthaginem venire potuerunt, in theatris quotidie certatim pro histrionibus delirarent.... Vos nec contriti ab hoste luxuriam repressistis: perdidisti utilitatem calamitatis et miserrimi facti estis, et pessimi permansistis. (Aug., *de Civil Dei*, lib. I, c. XXXII.)

[40] Theatra igitur quæritis, circum a principibus postulatis: quæso cui statui, cui populo, cui civitati? (Salvian., *de Gubern. Dei*, lib. VI, p. 217.)

[41] Ad gressum nutabundi (p. 213) Barbaris pene in conspectu omnium sitis, nullus metus erat hominum, non custodia civitatum. (Salv., *de Gubern. Dei*, lib. VI, pág. 214.)

[42] Adeo omnia pene compita, omnes vias, quasi foveæ libidinum.... Fœtebant, ut ita dixerim, cuncti urbis illius cives cœno libidinis spurcum sibimetipsis mutuo impudicitiæ nidorem inhalantes. (pág. 260.)

Indicia sibi quædam monstrucæ impuritatis innectebant ut femineis tegminum illigamentis capita velarent atque publice in civitate (pág. 266.) Latrono quodam modo excubias videret (pág. 269. Salv., *de Gubern. Dei*, lib. VII.)

[43] Fragor, ut ita dixerim, extra muros et intra muros, præliorum et ludi confundebantur: vox morientum, vox que

bacthantium; ac vix discerni forsitan poterat plebis ejulatio quæ cadebat in bello, et sonus populi qui clamabat in circo. (Salv., *de Gubern. Dei*, lib. VI, pág. 210.)

44 Nam et pestilentia tanta existebat vel Roma, vel in Achaicis urbibus, ut uno die quinque millia hominum pari morbo perirent. (*Hist. Aug.*, pág. 177.)

45 Quærunt etiam quamobrem civitas ista maxima, non amplius tantam habitatorum multitudinem ferat, quantam senum.... quorum nomina in tabulas publicas pro divisione frumenti factitatas. (Euseb. *Hist. eccles.*, lib. VII, c. XXI.)

46 Si totus Gallos sese effudisset in agros
Oceanus, vastis plus superesset aquis, etc.

(*De Provid. div.*, traduccion de Tillemont, *Hist. de los Emper.*)

47 Nec remansit in ea locus inustus præter oratorium beati Stephani primi martyris ac levitæ. (Greg. Tur., libro II, cap. VI.)

48 Jacebat si quidem passim, quod ipse vidi at que sustinui, utriusque sexus cadavera nuda, lacerata, urbis oculos incestantia, avibus canibusque laniata. (Sal. *de Guberu. Dei*, lib. VI, pág. 216.)

49 Irruentes super parentes nostros omnem substantiam abstulerunt, pueros per nervum femoris ad arbores appendentes, puellas amplius ducentas crudeli nece interfecerunt: ita ut ligatis brachiis super equorum cervicibus epsiqui moti acerrimo stimulo per diversa petentes, diversas in partes feminas Siviserunt. Aliis vero super orbitas viarum extensis, sudibusque in terram confixis, planstra desuper onerata transire fecerunt, confractisque ossibus, canibus, avibusque eas in cibaria dederunt. (Greg. Tur., lib. III, cap. VII.)

50 *Act. S. Sever.*

51 *S. Bernard. Vit.*

52 Si autem quis impraverit in villam alienam, et ei aliquid infra duodecim menses secundum legem contestatum non fuerit, recursus ibidem consistat sicut et alii vicini. (Art. IV.)

53 Venimus Naissum quæ ab hostibus fuerat eversa et solo æquata; itaque eam desertam hominibus ostendimus, præter quam quod in ruinis sacrarum ædium erant quidam ægroti Omnia enim circa ripam erant plena ossibus eorum qui bello ceciderant. *(Excerpta e legationibus ex Historia Gothica Prisci rhetoris, in corp. Byz. Histor.*, pág. 59. Parisiis, e typographia regia, 1660.)

54 Vastatis urbibus, hominibusque interfectis, solitudinem et raritatem bestiarum quoque fieri, et volatilium pisciumque.... crescentes vepres et condensa sylvarum cuncta pererunt. (Hier. *ad Sophon.*)

55 Fames dira grassatur, adeo ut humanæ carnes ab humano genere vi famis fuernnt devoratæ, matres quoque necatis vel coctis per se natorum suorum sint pastæ corporibus.

Bestiæ occisorum gladio, fame, pestilentia, cadaveribus adsuetæ, quousque hominum fortiores interimunt. (Idatii episcop. *Chronicon.*, pág. 11. Lutetiæ Parisiorum, 1619.)

56 «*Ætio ter consuli gemitus Britannorum.*»—Et in processu epistolæ ita calamitates suas explicant: Repellunt Barbari ad mare, mare ad Barbaros. Inter hæc oriuntur duo genera funerum, aut jugulamur aut mergimur. (Bedæ *presbyt.*, *Hist. eccl. gentis Anglorum*, cap. XIII, Coloniæ, anno 1612.)

57 De mari usque ad mare, ignis orientali sacrilegorum manu exageratus, et finitimas quasque civitates agrosque populans, qui non quievit accensus donec cunctam pene exurens insulæ superficiem rubra occidentalem trucique Oceanum lingua delamberet. Ita ut cunctæ columnæ crebro impetu, crebris arietibus, omnesque coloni cum præpositis ecclesiæ, cum sacerdotibus ac populo, mucronibus undique micantibus, ac flammis crepitantibus, simul solo sternerentur; et venerabili visu, in medio platearum una turrium, edito carmine evulsarum, murorumque celsorum, saxa, sacra altaria, cadeverum frusta, crustis ac gelantibus purpurei cruoris tecta velut in quodam horrendo torculari mixta viderentur.

Itaque nonnulli miserarum reliquiarum in montibus deprehensi acervatim jugulabantur; alii, fame confecti accedentes, manus hostibus dabant in ævum servituri.......... quod altissimæ gratiæ stabat in loco. Alii transmarinas petebant regiones cum ululatu magno, hoc modo sub velarum sinibus cantantes: *Dedisti nos tanquam oves escarum, et in gentibus dispersisti nos Deus.* (*Hist. Gildæ, liber querulus de excidio Britanniæ*, pág. 8, *in Hist. Brit. et Angl. scrip.*, tomo II.)

58 *Leges Wallicæ*, lib. III, cap. III, pág. 207-260.

59 Buffon, *Hist. natur.*

60 Traduct. de Fleury, *Hist. eccles.*

61 Sed nec arbustis fructiferis parcebant ne forte quos antra montium occultaverant, post eorum transitum, illis pabulis nutrirentur; ab eorum contagione nullus remansit locus immunis. (Victor, *Vitensis episc.*, lib. I *de Persecutione africana*, pág. 2. Divione, 1664.)

62 Ubi vero munitiones aliquæ videbantur, quas hostilitas barbarici furoris oppugnare nequiret, congregatis in circuitu castrorum innumerabilis turbis, gladiis feralibus cruciabant, ut putrefactis cadaveribus, quos adire non poterant arcente murorum defensione, corporum liquescentium enecarent fœtore. (Victor. Vitens., *de Persecutione africana*, p. 3.)

63 Ad. . . . . ; dum mater non parcit lactanti infantiæ, et suo recipit utero quem paulo ante effuderat. (Hieron., *ep.* XVI, pág. 121. *Epistolæ tribus prioribus contentæ in eodem volumine*, tomo II, pág. 486. Parisiis, 1579.)

64 Quis credat ut totius orbis exstructa victoriis Roma corrueret, ut ipsa suis populis et mater fieret et sepulchrum..... Postquam vero clarissimum terrarum omnium lumen extinctum est, imo romani imperii truncatum caput, et, ut verius dicam, in una urbe totus orbis interiret........ obmutui. (Hieron., *in Ezech.*)

65 Horrenda nobis nuntiato sunt: strages facta, incendia, rapinæ, interfectiones, excruciationes hominum..... Omnia gemimus, sæpe flevimus, vix consolati sumus. (Aug., *de Urb excidio*, tom. VI, pág. 624.)

66 *Cod. Theodos*, lib. XI, XIII, XV.

67 Antiquarum ædium dissipatur speciosa constructio, et, ut aliquid reparetur, magna diruuntur, etc. (Nov. Major., tit. VI, pág. 35.)

68 . . . Omnique direpta, magna Romanorum cæde edita, pergunt alio. (Procop., *Hist. Vand.*) La Chronique de Marcellin ajoute: *Partem urbis Romæ cremavit;* et Philostorge va bien au dela.

69 Brottier y Gibon no le dan mas poblacion que 1.200,000 almas, cálculo tan escaso como exagerado es del Justo Lipsio y otros que le asignan 4, 8, y hasta 14 millones.

70 Procop., *de Bell: Vand.*, lib. I, cap. V; Victor. Vitens., *de Persecut. Vandal.*, lib. I, cap. IV.

71 Sid. Apoll. *Paneg. Avit.*

72 Ne æs quidem, aut quicquam aliud unde pretium fieri posset in palatio reliquerat. Diripuerat et Capitolium, Jovis templum, tegularumque partem abstulerat alteram, quæ ex ære purissimo factæ auroque largiter oblitæ, magnificam plane mirandamque speciem præbebant. (Procop., *Historia Vand.*, lib. I.)

73 Nam sexaginta calices, quindecim patenas, viginti Evangeliorum capsas detulit, omnia ex auro puro, ac gemmis pretiosis ornata. Sed non est passus ea confringi. (Greg. Turon, lib. III, cap. X.)

Las gestas de los Francos, pág. 557, repiten el mismo hecho.

74 In hujus beneficii repensionem Missorium aureum nobilissimum ex thesauris Gothorum. ... Dagoberto dare promisit, pensantem auri pondus quingentos...... Quumque a Sisenando rege Missorius ille legatariis fuisset traditus, a Gothis per vim tollitur, nec eum exinde exhibere permiserunt. Postea discurrentibus legatis ducenta millia solidorum Misorii hujus pretii Dagobertus a Sisenando accipiens, ipsumque pensavit. (Fredeg., Chron. cap. LXXIII.)

El tercer fragmento de Tredegario y las *Gestas* de Dagoberto, cap. XXIX, vuelven á referir esta anedocta.

75 *Hist. de Africa y España bajo la dominacion de los Arabes* por Cardona.

76 Notum vobis est, et fratres soci mei, quomoda barbaræ gentes devastant universam Hispaniam: templa evertunt, servos Christi occidunt in ore gladii, et memorias sanctorum, ossa, sepulcra, cœmeteria profanant. (Lab. Concilion, pág. 1508.)

77 Similiter et nos credimus.

Pancratianus dixit: Abite in pace omnes, solus remaneat frater noster destructionem ecclesiæ suæ quam Barbari vexant.

Pontamices dixit: Abeam et ego ut confortem oves meas, et simul cum eis pro nomine Christi patiar labores et anxietates; non enim suscepi numus episcopi in prosperitate, sed in labore.

Pancrat: Optimum verbum, justum concilium: profectum approbo. Deus te conservet.

Omnes episcopi: Servete Deus.

Omnes simul: Abeamus in pace Jesuchristi.

Concil., (tomo II, páp. 1509.)

78 Dies aliquot in Baptisterio vigilias exercentes jejuniis

et orationibus ac vigiliis insisterent ut suaserat Genovefa. Deo vacarunt. Vivis quoque suadebat ne bona sua a Parisio ausferrent. Urbem Parisium incontaminatam fore ab inimicis.

[79] Insurrexerunt cives in eam dicentes pseudoprophetissam: tractarerunt ut Genovefam, aut lapidibus obrutam, aut vasto gurgite submersam punirent. (Boll., iii, p. 139.)

[80] Interea adveniente Autissiodorensi urbe archidiacono, qui olim audierat sanctum Germanum magnificum testimonium de Genovefa, dedisse.... dixit: Nolite tantum admittere facinus.... Prædictum exercitum ne Parisium circundaret procul abegit. (*Vita S. Genov. ap. Boll.*, 3, janv.)

[81] Redux in Gallias, Lupus urbem suam ab Attilæ Hunnorum regis furore servavit, an. 451, qui post vastatas romani imperii plurimas provincias, Thraciam, Illyriam, etc. Galliam quoque invaserat, ubi Remos Cameracum, Lingonas Autissiodorum aliasque urbes ferro flammisque vastarat. Attilam Rhenum usque comitatus Lupus, inde reversus tum ut se arctius vocationibus divinis implicaret. (*G. Ch.*, tomo xii, pág. 485; *Vit. S. Lup. ap. Suri.*, pág. 348.)

[82] Adspicite de muro civitatis, si Dei miseratio jam succurrat.... Adspicientes autem de muro, neminem viderunt. Et ille: Orate, inquit, fideliter..... Orantibus autem illis, ait: Adspicite iterum. Et cum adspexissent neminem, viderunt qui ferret auxilium. Ait eis tertio: si fideliter petitis, Dominus velociter adest. Exacta quoque oratione, tertio juxta senis imperium abspicientes de muro, viderunt á longe quas nebulas de terra consurgere. Quod renuntiantes, ait sacerdos: Domini auxilium est. (Greg. Tur., lib. ii, p. 461.)

[83] De la relacion de los guerreros que han *combatido despues de su muerte*, y de la Historia de S. Agnan de Orleans pude inferirse que los poemas y cuentos que se han hecho populares en el último siglo, tienen su orígen por lo tocante al fondo ó á la forma en las crónicas del siglo v ó xv.

[84] At Eudoxiam Gizerichus filiasque ejus ex Valentiniano duas, Eudociam et Placidiam, captivas abduxit. (Procop., *Hist. Vand.*, lib. i.)

[85] Vict. Vit., lib. i, cap. viii.—*Id.*, *ib.*; Fleury, *Hist. eccless.*, tomo vi, pág. 491.

[86] Probam fuisse matronam inter senatorias fama ac divitiis insignem.... Jam et portum et amnem, potito hoste, familiæ suæ præcepisse, ut nocti portam panderent. (Pro. *Hist. Vand.*, lib. i.)

[87] Hier. *epist.* viii, ad Demet., tomo i, pág. 62-73; Sulp. xxix, n. ub. Till. *Vida de S. Agust.*

[88] Cap. vii, v. 26, cap. xii, v, ii.

[89] Invasis, exicissisque cuitatibus atque castellis....... Amm. *Marcell.*

[90] .... Ubi præter cælum et terram.... cuncta pervenerunt. (Hieron *ad Sophron.*)

FIN.

ÍNDICE

DE LOS ESTUDIOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

VIAJES
A ITALIA Y AMERICA,

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDOS

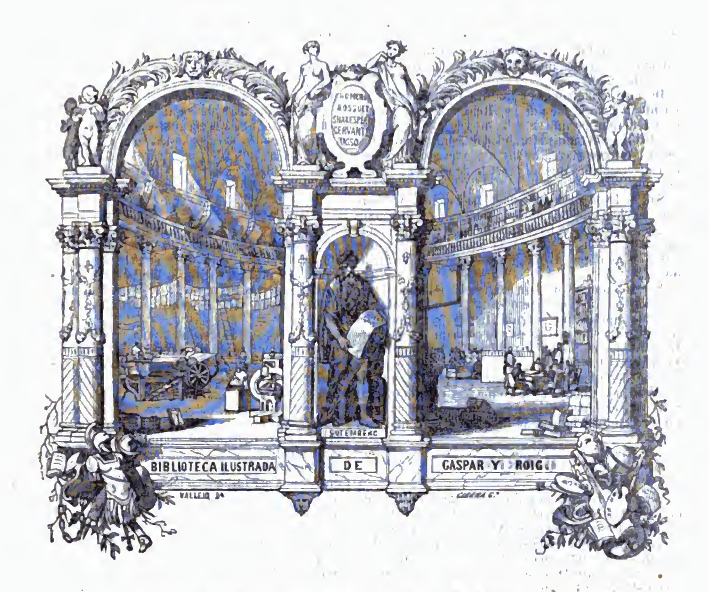
POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

4 - 7 - 1848.—**Muere Chateaubriand.**

MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe, num. 4.
1854.



VIAJES A ITALIA Y AMÉRICA.

POR

F. A. DE CHATEAUBRIAND.

A MR. JOUBERT.

PRIMERA CARTA.

Turin, 17 de junio de 1803.

Mi querido amigo: no me ha sido posible escribirte desde Lyon, como te habia prometido. Ya sabes cuanto amo esta hermosa ciudad, en que tan bien recibido fuí el año anterior, habiéndolo sido aun mejor en el actual; he vuelto á ver sus antiguas murallas romanas, defendidas por los valientes lioneses de nuestros dias, cuando las bombas de los convencionales obligaban á nuestro amigo Fontanes á trasladar á otra parte la cuna de su hija, y he visitado de nuevo la abadía de los *Dos Amantes* y la fuente de J. J. Rousseau. Las colinas que rodean el Saone se muestran risueñas y pintorescas cual nunca, y las barcas que atraviesan este manso rio, *mitis Arar*, sombreadas por una vela, alumbradas con un farol durante la noche, y dirigidas por mujeres, ofrecen un agradable espectáculo. Supuesto que te gustan las campanas, ven á Lyon, pues todos estos conventos esparcidos por las colinas, han vuelto á ser poblados por sus solitarios.

No ignoras que la academia de Lyon me ha dispensado el honor de admitirme en su seno. Te lo confieso francamente: si el espíritu maligno tiene alguna parte en las cosas humanas, no busques en mi orgullo sino la parte buena, aunque tú te obstinas en ver el infierno por el buen lado. El placer mas vivo que en mi vida he experimentado, es haber sido honrado en Francia y en el extranjero con muestras de inesperado interés, pues mas de una vez me ha ocurrido, mientras descansaba en una miserable posada de aldea, ver entrar á un padre y á una madre con su hijo, que me presentaban para darme gracias. ¿Era el amor propio el que me inspiraba ese placer tan intenso de que hablo? Mas, ¿en qué podia interesarse mi vanidad porque unas gentes oscuras, aunque honradas, me manifestasen su gratitud en un camino real, donde nadie era testigo de ella? Lo que me complacia era (á lo menos me atrevo á creerlo así), haber practicado algun bien, haber consolado algunos corazones afligidos, y hecho renacer en el pecho de una madre la esperanza de criar un hijo cristiano, lo que equivale á un hijo sumiso, respetuoso y amante de sus padres. Ignoro lo que vale mi obra (1): pero ¿hubiera disfrutado

(1) El *Genio del Cristianismo.*

de esa alegría tan pura, si hubiese escrito con todo el talento imaginable, un libro ofensivo á las costumbres y á la Religion?

Dí, mi querido amigo, á nuestra mezquina sociedad cuánto deploro la falta de esa Religion, cuyo encanto es indefinible, porque se echa de ver que los mismos que hablan con tanta naturalidad de asuntos familiares, pueden razonar acerca de los mas elevados; sencillez de conversaciones que no procede de escasez, sino de eleccion.

Salí de Lyon á las cinco de la madrugada. No te enviaré el elogio de esta ciudad, pues está escrito en sus ruinas, y en ellas lo leerá la posteridad; que en tanto que la Religion, el valor y la lealtad sean honrados entre los hombres, Lyon permanecerá á cubierto del olvido.

Nuestros amigos me han exigido les escriba la descripcion de mi viaje; pero como he caminado con bastante rapidez, no he tenido tiempo para cumplirles mi palabra; así es que he escrito con lápiz en una cartera el breve diario que te remito. En el libro de postas hallarás los nombres de los paises *desconocidos* que he descubierto, como por ejemplo, Puente de Beauvoisin y Chambery; pero me has repetido tantas veces que eran necesarias notas, y siempre notas, que nuestros amigos no podrán quejarse si te complazco.

DIARIO.

Al salir de Lyon, el camino es bastante triste; pero desde la Torre del Pino hasta el Puente de Beauvoisin, el país es fresco y frondoso. Al acercarse á la Saboya descúbrense tres órdenes de montañas, casi paralelas, que descuellan unas sobre otras. El arroyo Gué riega la llanura situada al pié de estas montañas, y aun que vista desde lejos parece plana; al entrar en ella se advierte que está entrecortada por desiguales colinas; crecen allí algunas hayas, el trigo y la vid. Las montañas que forman el fondo del paisaje, son verdosas y aparecen cubiertas de musgos, ó bien terminan en enormes peñascos que afectan la forma de gigantescas cristalizaciones. El Gué serpentea por un cauce tan profundo, que puede considerarse como un valle, porque los bordes interiores están cubiertos de espesos arbolados; solo en algunos rios de América, y especialmente en el Niagara, habia visto esta circunstancia.

En cierto lugar se pasa á muy corta distancia del Gué, cuya opuesta márgen está formada de piedras semejantes á unas altas murallas romanas, de arquitectura semejante á la del circo de Nimes. (1)

Cuando se llega á las Escalas, se advierte que el país se muestra mas agreste, siendo preciso seguir para hallar una salida, tortuosos desfiladeros abiertos en unos peñascos mas ó ménos horizontales, inclinados ó perpendiculares, y sobre cuyas cimas vagan unas nubes incoloras, parecidas á las nieblas matutinas que se desprenden de las tierras bajas. Aquellas nubes se levantan ó descienden al pié de las moles de granito, de manera que dejan al descubierto las crestas de los montes, ó llenan el espacio comprendido entre ellos y el cielo. El conjunto formaba un cuadro cuyos vagos límites parecian no pertenecer á ningun determinado elemento.

La mas enhiesta cumbre de las montañas á que me refiero, está ocupada por la Gran-Cartuja, y á su pié se halla el camino de Mantuel; la Religion ha colocado sus beneficios cerca de aquel que *mora en los cielos*, pero el príncipe colocó los suyos en la morada de los hombres.

Leíase en otro tiempo una inscripcion que anunciaba que Mantuel habia hecho taladrar la montaña, en pro comunal; y aunque fue borrada bajo el régimen revolucionario, Bonaparte la hizo restaurar: solo falta añadir á ella su nombre; ¿por qué no se obra siempre con la misma nobleza?

(1) Cuando esto escribia, no habia visto aun el Coliseo.

Antiguamente se atravesaba el interior del peñasco por medio de una galeria subterránea, hoy abandonada. En aquellos parajes vi tan solo algunas avecillas de montaña, que silenciosas revoloteaban en derredor de la boca de la caverna, no de otro modo que los Sueños que Virgilio coloca á la entrada de su infierno:

..... Foliisque sub omnibus hærent.

Chambery está situado en una planicie rodeada de unas colinas bastante desnudas, pero se llega á él por un agradable desfiladero, y se sale por un hermoso valle. Las montañas que lo limitan mostrábanse en parte cubiertas de nieve, y se ocultaban incesantemente bajo un cielo movedizo, formado de vapores y nubes.

En Chambery acogió una mujer á un hombre, que en pago de la hospitalidad que de ella recibió, y de la amistad con que le favoreciera, se creyó obligado á deshonrarla filosóficamente. O Juan Jacobo se dió á pensar que la conducta de madama de Warens era una cosa extraordinaria, en cuyo caso ¿á qué quedan reducidas las pretensiones del ciudadano de Ginebra á la virtud? ó juzgó que su conducta era reprensible, en cuya hipótesis sacrificó la memoria de su bienhechora á la pueril vanidad de escribir algunas páginas elocuentes; ó por último, se persuadió de que sus elogios y el encanto de su estilo bastaban á subsanar los agravios que infiere á madama Warens, lo cual seria el mas odioso amor propio. Hé aqui el peligro á que exponen las letras: el deseo de celebridad triunfa algunas veces de los sentimientos nobles y generosos. Si Rousseau no hubiese adquirido una reputacion literaria, hubiera sepultado en los valles de la Saboya las debilidades de la mujer, que proveyó á su manutencion, y sacrificándose hasta á sus mismos defectos, hubiérala consolado en su vejez, en vez de contentarse con darla una tabaquera de oro y abandonarla. Ahora, que todo ha terminado para Rousseau, ¿qué le importa que su polvo sea ignorado ó famoso? ¡Ah! ¡Nunca se levante contra nuestro sepulcro la voz de la amistad defraudada!

Los recuerdos históricos contribuyen no poco al placer ó al tedio del viajero. Los principes de la casa de Saboya, aventureros y caballerescos, enlazan bien su memoria con las montañas que cubren sus reducidos dominios.

Despues de pasar por Chambery, el curso del Isere es digno de atencion en el puente de Montmelian. Los saboyanos son ágiles, bastante bien formados, de complexion débil y de agradable fisonomia, participando á la vez de los tipos francés é italiano; su aspecto es pobre pero sin indigencia, como sus valles. Es muy comun hallar cruces en los caminos de la Saboya, é imágenes de la Virgen en los troncos de los pinos y nogales: indicio del carácter religioso de aquellos naturales, cuyas pequeñas iglesias rodeadas de árboles seculares, forman un hermoso contraste con sus gigantescas montañas. Cuando los torbellinos del invierno se desatan en las cumbres cubiertas de nieves eternas, el saboyano acude á colocarse al abrigo de su templo campestre, y á implorar la misericordia del Árbitro de los elementos.

Los valles en que se entra despues de pasar el puente de Montmelian, están rodeados de montañas de muy diferente aspecto, pues ya se muestran casi desnudos, ya cubiertos de bosques, y su fondo es bastante parecido á Marly, en cuanto al cultivo y las sinuosidades del terreno, aunque este es mas abundante en agua y tiene además la ventaja de ser regado por un rio. El camino se asemeja mas á una alameda de jardin que á una carretera; y los nogales que le prestan sombra

han traido á mi memoria los que tanto admirábamos en nuestros paseos de Savigny. Estos árboles nos reunirán de nuevo bajo su sombra. (1) El poeta exclamó en un momento de melancolía:

Beaux arbres qui m' avez vu naitre,
Bientot vous me verrez mourir!

¿Los que mueren á la sobra de los árboles que les han visto nacer, son acaso dignos de compasion?

Los valles de que hablo terminan en la aldea que ostenta el grato nombre de Agua-Bella. Cuando la atravesé, la altura que la domina estaba coronada de nieve, que al derretirse á los rayos del sol, bajaba en tortuosos arroyuelos por las negras y verdes concavidades de los peñascos, remedando multitud de blancas serpientes que se lanzasen al valle desde las vecinas cumbres.

Es tal la topografía de Agua-Bella, que parece cerrar los Alpes; pero rodeando á escasa distancia un enorme peñasco aislado, derrumbado sobre el camino, descúbrense nuevos valles que se pierden en la cadena de montes que siguen la corriente del Arche; el aspecto de estos valles es mas imponente, y por decirlo así, mas salvaje.

Los montes de entrambos lados se levantan, sus laderas se muestran perpendiculares, y sus estériles cimas empiezan á presentar algunos ventisqueros, en tanto que los torrentes que por donde quiera se despeñan, van á engrosar la turbulenta corriente del Arche. En medio del tumulto de las aguas, advertí una ligera y silenciosa cascada que se precipita con suma gracia sobre una cortina de sauces, que levemente agitada por el viento, hubiera podido representar á los poetas la ondulosa túnica de una náyade, sentada en un erguido peñasco. Los antiguos no hubieran dejado de consagrar allí un altar á las Ninfas.

Poco despues, el paisaje desplega toda su grandeza: los bosques de pinos, hasta entonces jóvenes, se muestran decrépitos; el camino, erizado de fragosidades, se plega y replega sobre los abismos; los puentes de madera sirven para atravesar anchos precipicios, donde se ve serpentear ó se escucha mugir las cenagosas aguas.

Habiendo pasado San Juan de Maurienne, y entrando al ponerse el sol en San Andrés, no encontré caballos, lo que me obligó á detenerme; esta circunstancia me movió á ir á dar un paseo por aquellas inmediaciones. La atmósfera era transparente en las crestas de los montes, cuyos dentellados contornos se destacaban con extraordinaria pureza sobre el cielo, mientras una inmensa nube subiendo lentamente del pié de la cordillera, se elevaba hácia sus cumbres.

La voz melodiosa del ruiseñor y el agudo grito del águila llegaban á mis oidos; veia los almezos cubiertos de flores en el valle, y la nieve en la montaña, al paso que un castillo, obra de los cartagineses, segun la popular tradicion, dejaba ver sus ruinas en la escarpada punta de una roca. Todo lo que procede del hombre en aquellos lugares, es mezquino é inseguro: apriscos de ovejas, formados de juncos entrelazados, y casas de tierra construidas en dos dias; parece que el cabrero saboyano, asombrado al aspecto de las moles eternas que le rodean, cree no debe molestarse en satisfacer las pasajeras necesidades de su breve existencia; ¡parece que la derribada Torre de Anibal le enseña sin cesar la escasa duracion y la fragilidad de los monumentos con que el orgullo humano intenta señalar su paso sobre la tierra!

Al tender mi vista por aquellos desiertos, no podia dejar de admirar con asombro el rencor de un hombre mas poderoso que todos los obstáculos; de un hombre que desde el Estrecho Gaditano se trazó un fácil camino á través de los Pirineos y los Alpes, para precipitarse sobre Roma. Muy poco importa que las antiguas historias no nos indiquen con exactitud los lugares por donde pasó Anibal, pues es indudable que este gran capitan atravesó estos montes, entonces sin caminos, y mas salvajes aun por sus habitantes, que por sus torrentes, sus peñascos y sus bosques. Dícese que en Roma se comprende mejor ese odio terrible que no lograron aplacar las batallas del Trebia, de Trasimeno y de Cannas; me han asegurado que en los baños de Caracalla, las paredes están acribilladas á golpes de pica, hasta la altura de un hombre. ¿Fue el germano, el galo, el cántabro, el godo, el vándalo ó el lombardo, quien así se encarnizó contra aquellas paredes? La venganza de la especie humana debia pesar sobre aquel pueblo libre, que no podia cimentar su grandeza sino sobre la esclavitud y la destruccion del resto del mundo.

(1) ¡No nos reunieron!

Al amanecer salí de San Andrés, y llegué á las dos de la tarde á Lans le Bourg, situado al pié del monte Cenis; al entrar en este pueblo ví á un campesino que tenia asido por las patas á un aguilucho, mientras una caterva desapiadada maltrataba al jóven rey, insultando la tierna edad y la magestad caida; el padre y la madre del noble huérfano habian recibido muerte. Me propusieron vendérmelo, pero murió á consecuencia de los malos tratamientos de que habia sido víctima, antes que me hubiese sido posible restituirle la libertad.

En el lugar citado se empieza á subir el Cenis, abandonando el Arche, cuya corriente conduce hasta el pié de la montaña; al opuesto lado del Cenis, el Doria abre la entrada de Italia. Muchas veces he tenido ocasion de observar en mis viajes la utilidad de los rios. No son únicamente unos *grandes caminos que marchan*, como los denomina Pascal, sino que trazan además la ruta á los hombres, y les facilitan el paso de las montañas. Siguiendo su curso, se hallaron entre si las naciones, y los primeros habitantes de la tierra penetraron en sus mas recónditas soledades. Así es que los griegos y los romanos ofrecian sacrificios á los rios, y la Fábula los suponia hijos de Neptuno, porque lo son en efecto de los vapores del Océano, y guian al descubrimiento de lagos y mares; hijos viajeros, que al fin vuelven al seno y al sepulcro de su padre.

El monte Cenis nada tiene de particular por la parte de Francia; el lago que ocupa su meseta, solo me pareció un mezquino estanque, y me ví tristemente desencantado al empezar á bajar hácia el Novalesado, pues esperaba, no sé por qué, descubrir las feraces llanuras de Italia; pero solo ví un negro y profundo abismo, y un caos de torrentes y precipicios.

En general, los Alpes, si bien mas altos que las montañas de la América Septentrional, no han presentado á mi vista ese carácter original, esa virginidad que se advierte en los Apalaches y aun en las tierras altas del Canadá: la barraca de un siminol debajo de un magñolia, ó la de un chipowés debajo de un pino, presentan un aspecto mucho mas grave que la cabaña de un saboyano á la sombra de un nogal.

A MR. JOUBERT.

SEGUNDA CARTA.

Milan, 21 de junio de 1803.

Mi querido amigo: voy á continuar mi carta, aunque ignoro cuando podré concluirla.

Debo á la Italia una completa reparacion. Habrás visto en mi breve diario fechado en Turin, que habia quedado poco complacido al primer aspecto de este pais. El efecto de las inmediaciones de Turin es hermoso, pero se resiente de la proximidad á la Galia, pu-

diendo creerse que se vive en la Normandía, exceptuando las montañas. Turin es una ciudad nueva, aseada, de regular construccion, y muy adornada de palacios, pero su aspecto es algo triste.

Mis juicios se han rectificado al atravesar la Lombardía, pero esta impresion no se produce en el ánimo del viajero sino despues de algun tiempo. Desde luego se descubre un país rico en su conjunto, pero la admiracion no se despierta sino al observar detalladamente los objetos. Unas praderas cuyo verdor excede á la frescura y delicado tejido de los céspedes ingleses, se confunden con dilatados campos de maiz, arroz y trigo, sombreados por viñas que pasan de una estaca á otra, formando sobre las doradas mieses graciosas guirnaldas; el conjunto es una vasta plantacion de moreras, nogales, olmos, sauces, y álamos, regada por numerosos canales y arroyos. Los campesinos y las campesinas, dispersos aquí y acullá, desnudo el pié y cubierta la cabeza conun gran sombrero de paja, siegan los prados, y los cereales, cantan, conducen yuntas de bueyes, ó hacen subir y bajar sus barcas á lo largo de los rios. Esta escena abraza una extension de cuarenta leguas, aumentando en riqueza hasta Milan, centro de tan soberbio cuadro. El Apenino descuella á la derecha, y los Alpes á la izquierda.

Los medios de transporte son muy rápidos; y las posadas, mas cómodas que las de Francia, lo son casi tanto como las de Inglaterra. Empiezo á creer que la Francia, tan culta, es no obstante, algo bárbara (1).

No me admira ya el desprecio con que los italianos miran aun a los pueblos transalpinos, como los visigodos, galos, germanos, escandinavos, eslavos y anglonormandos, pues es indudable que deben causarles horror nuestro cielo de plomo, nuestras ahumadas aldeas y nuestras ciudades cubiertas de lodo. Muy otro es aquí el aspecto de las ciudades y aldeas: las casas son espaciosas, y sus fachadas, de blancura deslumbradora; las calles son anchas, y es muy comun que las atraviesen arroyos, en cuyas aguas lavan las mujeres la ropa blanca ó bañan á sus hijos. Turin y Milan presentan la regularidad, la limpieza y las aceras de Londres, y la arquitectura de sus edificios compite con la de los barrios mas hermosos de París; tienen además comodidades particulares, pues en el centro de las calles hay dos filas de piedras muy lisas para que el movimiento de los coches sea mas suave, y por este medio se evitan las desigualdades del piso.

La temperatura es deliciosa; y aun asi, me dicen que no hallaré el verdadero cielo de Italia hasta mas allá de los Apeninos; la capacidad y el desahogo de los aposentos neutralizan los efectos del calor.

He visto al general Murat, quien me ha recibido con la mayor afabilidad y cortesanía, y le entregué la carta de la bondadosa madama Bacchiochi (1). He pasado el dia entre edecanes y militares; no es posible hallar mas finura; el ejército francés es siempre el mismo: su divisa es el honor.

He comido de riguroso uniforme en casa de Mr. Melzi, pues se celebraba el bautismo del hijo del general Murat. Mr. Melzi conocia á mi desgraciado hermano, de quien hemos hablado largo rato. El vice-presidente, hombre de modales muy nobles, y cuya casa se parece á la de un príncipe de sangre real, me ha tratado con cortesía y frialdad, habiéndole yo correspondido en iguales términos.

No te hablo de los monumentos de Milan, y especialmente de la catedral á que se está dando fin; mas, yo creo que el género gótico, aunque sea de mármol, está en contradiccion con el cielo y las costumbres de Italia. Voy á partir: ya te escribiré desde Florencia y Roma.

(1) No se olvide que esta carta se escribió en 1803.
(1) Esta señora, en adelante princesa de Luca, era hermana mayor de Bonaparte, á la sazon primer cónsul.

A MR. JOUBERT.

CARTA TERCERA (1).

Roma, 27 de junio de 1803.

¡Al fin he llegado! Toda mi frialdad se ha desvanecido, y me siento abrumado, perseguido por lo que he visto; he visto, á mi parecer, lo que nadie, lo que ningun viajero ha pintado; ¡necios! ¡almas de hielo! ¡bárbaros! ¿No han atravesado, antes de llegar aquí, la Toscana, jardin inglés, en cuyo centro hay un templo, es decir, Florencia? ¿No han pasado en caravana con las águilas y jabalíes, las soledades de esta segunda Italia, llamada el *Estado Romano?* ¿Por qué viajan esas gentes? Habiendo llegado á la hora del ocaso, he hallado á toda la poblacion que salia á pasear á la Arabia Desierta, á la puerta de Roma; ¡qué ciudad¡ ¡qué recuerdos!

28 de junio.

He recorrido, todo hoy, víspera de San Pedro. He visto ya el Coliseo, el Panteon, la columna Trajana, el castillo de San Angelo, San Pedro y... ¿qué se yo? He visto la iluminacion y los fuegos artificiales, que anuncian la gran ceremonia con que se celebrará mañana la fiesta del príncipe de los Apóstoles; pero mientras se intentaba hacerme admirar los fuegos que brillaban en la cúpula del Vaticano, mi vista se detenia en el mágico efecto de la luna sobre el Tiber, sobre estas casas romanas, y sobre estas ruinas suspendidas por todas partes.

29 de junio.

Salgo de los Oficios divinos, celebrados en San Pedro: el papa tiene un semblante pálido, triste y religioso, en que parece se pintan todas las tribulaciones de la Iglesia. La solemnidad ha sido soberbia, y especialmente durante algunos momentos, magnífica; pero la orquesta ha sido mediana, y el templo estaba desierto.

3 de julio de 1803.

Ignoro si estas líneas terminarán en una carta. Me avergonzaria, mi querido amigo, de ser tan escaso de noticias, sino me propusiese ver los objetos con mas detenimiento, antes de pintarlos. Por desgracia, entreveo ya que la segunda Roma cae á su vez: ¡todo pasa y muere!

Su Santidad me recibió ayer, y mehizo sentar á su lado con la mayor cordialidad. Hízome luego ver que leia el *Genio del Cristianismo*, y en efecto tenia uno de sus tomos abiertos sobre la mesa. No puede hallarse un hombre mas bondadoso, un prelado mas digno, un príncipe mas modesto: no me tomes por madama de Sevigné. El secretario de Estado, cardenal Gonsalvi, es un hombre dotado de penetracion y de carácter templado. Adios; es preciso enviar al correo estos diminutos papeles.

TIVOLI Y LA QUINTA ADRIANA.

10 de diciembre de 1803.

Soy quizá el primer extranjero que ha recorrido el Tívoli en una disposicion de alma, no pintada en viaje alguno. Hoy he llegado solo á las siete de la noche á la posada del *Templo de la Sibila*, y ocupo en ella un reducido aposento, en frente de la cascada, que escucho mugir; pero aunque he intentado verla, solo he

(1) Las cartas escritas en Florencia se han perdido.

descubierto en la profundidad de las tinieblas unas luces blancas, producidas por el movimiento de las aguas. Me ha parecido vislumbrar á lo lejos un recinto formado de árboles y casas, y en derredor un círculo de montañas. No sé qué mudanzas introducirá la luz del sol en este paisaje nocturno.

Este lugar es á propósito para entregarse á reflexiones y á ideas fantásticas: recuerdo mi vida pasada, siento el peso del presente, y procuro penetrar mi porvenir. ¿Dónde me hallaré, qué haré, qué seré dentro de veinte años? Siempre que el hombre se reconcentra en sí mismo, siempre que sondea todos los vagos proyectos que forma, tropieza en un obstáculo invencible, y en una incertidumbre producida por una certidumbre; este obstáculo y esta certidumbre son la muerte, esa terrible muerte que detiene y destruye todo.

¿Habeis perdido un amigo? En vano tendreis mil cosas que decirle: sin fortuna, aislados errantes, sobre la tierra, y no pudiendo confiar á nadie vuestros dolores y placeres, llamareis á vuestro amigo, que no acudirá ya á consolar vuestros males, ni á tomar parte en vuestras alegrias; ya no os dirá: «Has obrado desacertadamente,» ó «has tenido razon en obrar así.» Ahora es forzoso ya marchar solo. Si llegais á ser ricos, poderosos y célebres, ¿qué hareis de esas prosperidades sin vuestro amigo? ¡La muerte ha destruido todo! Torrentes que os despeñais turbulentos en la caliginosa noche en que os escucho rebramar, ¿acaso desapareceis mas rápidos que los dias del hombre, ó podeis decirme qué es el hombre, vosotros que habeis visto pasar y abismarse en estos lugares tantas generaciones, no menos estrepitosas que vuestras aguas?

11 de diciembre.

No bien ha despuntado el dia, he abierto mis ventanas. Mi primera vista de Tívoli en las sombras, era bastante exacta, pero la cascada me ha parecido pequeña, y los árboles con que mi fantasia la habia engalanado, no existen. Un miserable grupo de casas se deja ver al opuesto lado del rio, y el conjunto está rodeado de montañas descarnadas; pero me consolé al ver la vivísima luz de la aurora que rayaba á espaldas de las montañas, y el templo de Vesta que á muy escasa distancia de mí, dominaba la gruta de Neptuno. Algunos bueyes, asnos y caballos se colocaron en la parte superior de la cascada á lo largo de un banco de arena, y habiéndose acercado al Teverone, bajaron sus cuellos y bebieron lentamente en las aguas, que pasaban á su vista cual un relámpago, para precipitarse en el espumoso fondo. Un pastor sabino, vestido con una piel de cabra, y con una especie de clámide arrollada en el brazo izquierdo, se apoyó en su cayado para mirar beber á su rebaño: esta escena formaba un agradable contraste, por su inmovilidad y silencio, con el movimiento y el estruendo de las aguas.

Terminado mi desayuno, me trajeron un guia, con el que fui á situarme en el puente de la cascada; pero como habia visto la catarata de Niagara, no me causó admiracion. Desde el puente bajamos á la gruta de Neptuno, así denominada, á mi parecer, por Vernet. El Anio, despues de su primera caida debajo del puente, se pierde entre los peñascos, y vuelve á mostrarse en la citada gruta, para despeñarse otra vez en la de las Sirenas.

El fondo de la gruta de Neptuno tiene la figura de una copa, á la cual acuden las palomas á satisfacer su sed. Un palomar practicado en la roca, y mas parecido al nido de un águila que al abrigo de ave tan tímida, ofrece á las pobres palomas mi asilo falaz, pues se juzgan seguras en aquel lugar, inaccesible en apariencia, y en él constituyen sus nidos; pero un camino oculto conduce á él, y á favor de las tinieblas un desapiadado raptor arrebata los pichones que sin temor dormian al estruendo de las aguas, bajo las alas maternas: *Observans nido, implumes detraxit.*

Subiendo á Tívoli desde la gruta de Neptuno, y saliendo por la puerta Angelo ó del Abruzo, mi cicerone me condujo al país de los sabinos, *pubemque sabellum.* Siguiendo la corriente del Anio, llegué á un olivar donde se abre una vista pintoresca en una célebre soledad. Allí se descubren á la vez el templo de Vesta, las grutas de Neptuno y las Sirenas, y las pequeñas cascadas que salen de uno de los pórticos de la quinta de Mecenas; y el azulado vapor que se extiende por todo el paisaje, atenua la rudeza de sus contornos.

Gran idea es preciso formarse de la arquitectura romana, cuando se recapacita que aquellas moles construidas há tantos siglos, han pasado del servicio de los hombres al de los elementos, y cuando se ve que sostienen en la actualidad el peso y el movimiento de las aguas, habiéndose convertido en incontrastables peñascos sobre que ruedan aquellas tumultuosas cascadas.

Mi paseo duró seis horas; al volver á mi posada entré en un patio ruinoso, en cuyas paredes vi algunas lápidas sepulcrales, atestadas de inscripciones maltratadas, de las que copié las siguientes:

DIS. MAN.
CLIÆ PAULIN.
VIXIT ANN. X
MENSIBUS DIE. 3

SEI. DEUS.
SEI. DEA.

D. M.
VICTORIÆ.
FILIÆ QUÆ
VIXIT. AN. XV
PEREGRINA
MATER. B. M. F.

D. M.
LICINIA
ASELERIO
TENIS.

¿Puede haber algo mas vano que todo esto? Leo en una piedra los recuerdos que un vivo consagraba á un difunto; el vivo dejó á su vez de existir, y despues de dos mil años, yo, bárbaro de las Galias, vengo á visitar las ruinas de Roma, y á estudiar estos epitafios en un retiro abandonado; ¡yo, tan indiferente al que lloró como al que fue llorado; yo, que mañana me alejaré para siempre de estos lugares, y que desapareceré en breve de la tierra!

Todos los poetas de Roma que pasaron á Tibur se complacieron en pintar la celeridad de nuestra existencia: *Carpe diem!* decia Horacio; *Te spectem, suprema mihi cum venerit hora!* exclamaba Tíbulo; Virgilio pintaba esta hora suprema, diciendo: *Invalidasque tibi tendens, heu! non tua, palmas.* ¿Quién no ha perdido algun objeto de su cariño? ¿Quién no ha visto dirigírsele unas manos inutilizadas por la proximidad de la muerte? ¡Cuántas veces un amigo moribundo intentó que su amigo le estrechase la mano, para detenerle en la vida, mientras se sentia arrastrado por la muerte! *Heu! non tua!* Este verso del vate de Mántua es admirable por la ternura y el dolor que respira. Desgraciado aquel que no ama los poetas! Yo diria de ellos casi lo mismo que dice Shakespeare de los hombres insensibles á la armonía.

Al volver á mi casa, cuya azotea conduce al templo de Vesta, hallé la misma soledad que habia dejado en aquellas cercanías. Los pintores conocen ese color de los siglos, peculiar de los monumentos antiguos, y que varía segun los climas: tal es el color de ese templo,

cuya área es de sesenta pasos. El verdadero templo de la Sibila forma notable contraste con este por la forma cuadrada y el estilo severo de su arquitectura. Cuando la cascada del Anio estaba situada á la derecha de este rio, como se supone, el templo debia hallarse suspendido sobre el declive de aquella; aquel lugar era muy propio para la inspiracion de la sacerdotisa y la emocion religiosa de la multitud.

He dirigido mi última mirada á las montañas del Norte, cubiertas de un blanco velo por las nieblas vespertinas, al valle del Mediodia, y al conjunto del paisaje, y he vuelvo á mi solitario aposento. A la una de la madrugada el viento soplaba con violencia, y habiéndome levantado, pasé el resto de la noche en la azotea. El cielo estaba encapotado, y la tempestad mezclaba sus sordos gemidos en las columnas del templo con el ronco estruendo de la cascada: parecíame oir melancólicas voces en los respiraderos del antro de la Sibila. Los vapores de la cascada subian hasta mi desde el fondo del abismo como una sombra blanca, semejante á una aparicion. Creíame trasladado á las playas ó á las malezas de mi querida Armórica, en una noche de otoño: los recuerdos del techo paterno borraban para mí la memoria de los hogares de César, pues cada hombre lleva dentro de sí un mundo compuesto de todo lo que ha visto y amado, y en el que entra á cada paso, en los momentos mismos en que recorre y parece habitar un mundo extranjero.

Dentro de algunas horas visitaré la quinta Adriana.

12 de diciembre.

La entrada principal de la quinta Adriana estaba en el Hipódromo, en la antigua via Tiburtina, á muy corta distancia del sepulcro de Plauto. Ningun vestigio de antigüedad queda en el Hipódromo, hoy transformado en viñedos.

Al salir de un atajo muy estrecho, una alameda de cipreses, cortados por las copas, me ha conducido á una miserable quinta, cuya ruinosa escalera estaba obstruida por trozos de pórfido, de granito, de rosetones de mármol blanco y de diferentes adornos arquitectónicos. A espaldas de esta quinta, se ve el teatro romano, en regular estado de conservacion: es un semicírculo de tres órdenes, y cerrado por una pared recta que le sirve como de diámetro; la orquesta y el escenario estaban en frente del palco imperial.

El hijo de la arrendentaria, casi desnudo y como de doce años de edad, me enseñó este palco y los cuartos destinados á los actores. Debajo de las localidades que ocupaban los espectadores, y en un lugar donde se guardan los aperos de la labranza, ví el tronco de un Hércules de colosales dimensiones, en medio de los bieldos y rastrillos: los imperios nacen del arado, y bajo él desaparecen.

El interior del teatro sirve de patio y de jardin á la quinta, pues está plantado de ciruelos y perales. El pozo que ocupa su centro tiene dos pilares que sostienen los cubos; uno de ellos es de barro seco y de piedras agrupadas al acaso, y el otro es un hermoso trozo de columna estriada; pero la naturaleza, deseando sin duda ocultar la magnificencia de este pilar, y ponerlo en armonia con la rusticidad del primero, hále cubierto con un manto de yedra. Una piara de cerdos hozaba y destruia el musgo que cubre las graderías del teatro, pues la Providencia solo habia necesitado hacer brotar algunas raices de hinojo entre las junturas de aquellos asientos, y entregar el antiguo emporio de la elegancia romana á los inmundos animales del fiel Eumeo, para destruir los soberbios asientos de los señores de la tierra.

Subiendo desde el teatro por la escalera de la quinta, llegué á la *Palestrina*, cubierta de escombros; la bóveda de una de sus salas conserva adornos de esquisito dibujo.

Allí empieza el valle denominado por Adriano el *Valle de Tempé*.

Est nemus Æmoniæ, prerrupta quod undique claudit
Sylva.

En Stowe (Inglaterra), he visto la copia de este capricho imperial, pero Adriano habia trazado su jardin *inglés*, como dueño que era del mundo.

A la extremidad de un bosquecillo de olmos y encinas, descúbrense unas ruinas que se dilatan á lo largo del *Valle de Tempé*; dobles y triples pórticos que servian para sostener las azoteas de las *fabricas* de Adriano. El valle se extiende hácia el Mediodia hasta perderse de vista, y está plantado de cañas, olivos y cipreses. La colina occidental del valle, parecida á la cadena del Olimpo, está adornada con la mole del Palacio, de la Biblioteca, de los Hospicios, de los templos de Hércules y de Júpiter, y con las largas arcadas con festones de yedra, que sustentaban estos edificios. Una colina paralela, aunque de menor altura, rodea el valle hácia el Oriente, y á su espalda descuellan en anfiteatro las montañas de Tívoli, destinadas á representar el *Osa*.

Un ángulo de la quinta de Bruto, se enlaza con las ruinas de la quinta de César, en medio de un olivar. Allí la libertad duerme en paz con el despotismo; el puñal de aquella y el hacha de este no son ya sino unos hierros destruidos por el orin, y sepultados debajo de los mismos escombros.

Desde el inmenso edificio que, segun la tradicion, estaba consagrado á recibir los extranjeros, se llega, atravesando unas salas destruidas por todas partes, al local de la Biblioteca. Aquí empieza un laberinto de ruinas entrecortadas por bosquecillos de pinos, por olivares y diferentes plantaciones, que si halagan la vista, entristecen el corazon.

Un trozo, súbitamente desprendido de la bóveda de la Biblioteca, ha rodado á mis piés, destruyendo y arrastrando en su caida algunas plantas. Estas retoñarán mañana; pero si el ruido y el polvo han desaparecido al momento, la nueva ruina permanecerá muchos siglos al lado de las que parecian esperarla. Así se abisman los imperios en la eternidad, donde yacen en silencio. Los hombres se asemejan á esas ruinas que de tiempo en tiempo vienen á cubrir la tierra: toda la diferencia se reduce (y esto ocurre tambien respecto de las ruinas), á que unos se precipitan en presencia de algunas personas, mientras otros caen sin testigos.

Desde la Biblioteca pasé al circo del Liceo, donde se habian cortado algunas malezas para encender fuego; este circo se apoya en el templo de los Estóicos. En el pasadizo que conduce á este, descubrí las altas y abigarradas paredes de la Biblioteca, que dominaban las del Circo. Sobre aquellas paredes, medio ocultas entre las copas de los olivos silvestres, descollaba un corpulento pino aparasolado, sobre el cual se levantaba el último pico del monte Calva, que servia de asiento á una nube. Nunca el cielo y la tierra, las obras de la naturaleza y las de los hombres, se han enlazado mejor en cuadro alguno.

El templo de los Estóicos dista un poco de la plaza de Armas, y por la abertura de uno de sus pórticos se descubre como en un aparato óptico, al fin de una alameda de olivos y cipreses, la montaña Palomba, coronada con la primera aldea de la Sabina. A la izquierda y al pié del Pecilo, se baja á las *Cento-Celle* de los guardias pretorianos: están formadas de unos aposentos abovedados, como de unos ocho piés cuadrados, de dos, tres y cuatro pisos, sin comunicacion alguna entre sí, y reciben la luz por la puerta. Un foso rodea estas habitaciones militares, en que es probable se entrase por un puente levadizo. Cuando los cien puentes estaban bajos y los pretorianos los pasaban una y otra vez, esto debia presentar un extraño espectá-

culo en medio de los jardines del emperador filósofo, que colocó un nuevo dios en el Olimpo. ¡El labrador del patrimonio de San Pedro expone hoy al sol sus mieses en el cuartel del legionario romano! Cuando el pueblo-rey y sus señores levantaban tan fastuosos monumentos, muy lejos estaban de imaginar que construian las bodegas y graneros de un cabrero sabino y de un colono de Albano.

Despues de recorrer parte de las *Cento-Cellæ*, invertí bastante tiempo en volver á la parte del jardin dependiente de las Termas de las mujeres, donde me sorprendió la lluvia.

Muchas veces me he dirigido dos preguntas, en medio de las ruinas romanas: las casas particulares estaban compuestas de multitud de pórticos, de aposentos abovedados, de capillas, de salas, de galerías subterráneas y de pasadizos oscuros y secretos; ¿de qué podian servir tantas habitaciones á un solo dueño? Las de los esclavos, huéspedes y clientes, estaban casi siempre construidas aparte.

Para resolver esta pregunta, me figuro al ciudadano romano en su casa como una especie de religioso que se habia construido un claustro. Esta vida interior, indicada por la mera forma de las habitaciones, ¿no será una de las causas de esa calma que se advierte en los escritos de los antiguos? Ciceron hallaba en las largas galerias de sus domicilios y en sus templos domésticos, la paz que habia perdido en el comercio de los hombres. Hasta la luz que en aquellas habitaciones penetraba, parecia mensajera de reposo, pues bajaba casi siempre de la bóveda ó de ventanas muy altas; esta luz perpendicular, tan igual y tranquila, con que iluminamos actualmente nuestros salones de pintura, servia al romano para contemplar, digámoslo así, el cuadro de su vida. Nosotros necesitamos ventanas que den á las calles, á las plazas y á los mercados. Todo lo que se agita y produce ruido nos complace, y el recogimiento, la gravedad y el silencio nos hastian.

La segunda pregunta que me dirijo es la siguiente: ¿Para qué tantos monumentos destinados á unos mismos usos? pues abundan las salas para bibliotecas, siendo así que los antiguos tenian pocos libros; abundan asimismo las termas, pues las hay de Neron, de Tito, de Caracalla, de Diocleciano, etc. Aun cuando Roma hubiese tenido triple poblacion de la que llegó á contar, la décima parte de estos baños hubiera bastado para hacer frente á las necesidades públicas.

A esto me respondo que es probable que semejantes monumentos fuesen desde su creacion verdaderas ruinas y lugares abandonados, pues un emperador demolia ó despojaba las obras de su antecesor, para emprender por su cuenta otros edificios, que su sucesor se apresuraba á abandonar. Así se empleaton la sangre y los sudores del pueblo en los inútiles trabajos de la vanidad de un hombre, hasta el dia terrible en que los vengadores del mundo, saliendo de sus bosques, enarbolaron el estandarte de la cruz sobre aquellos monumentos del orgullo.

Habiendo cesado la lluvia, visité el Estadio, adquirí noticias del templo de Diana, en frente del cual se elevaba el de Venus, y penetré en los escombros del Palacio del Emperador. Lo que mejor se conserva en aquella informe destruccion, es una especie de subterráneo ó cisterna de planta cuadrada, bajo la misma torre del palacio, y cuyas paredes eran dobles; cada una tiene dos piés y medio de espesor, y el espacio que las separa es de dos pulgadas.

Al salir del palacio, lo dejé á la izquierda y á mi espalda, adelantándome sobre la derecha hácia la campiña romana. Al través de un campo de trigo, sembrado sobre unas cuevas, me acerqué á las termas conocidas aun con el nombre de *Aposentos de los filósofos*, ó de *Salas pretorianas*, pues son unas de las ruinas mas imponentes de toda la quinta. La hermosura, la elevacion, el atrevimiento y la ligereza de las bóvedas, los diferentes enlaces de los pórticos que se cruzan, se cortan ó se siguen paralelamente, y el paisaje que se extiende á espaldas de este grandioso monumento, producen un efecto sorprendente. La quinta *Adriana* ha suministrado algunos restos preciosos de pintura. Los pocos arabescos que en ella he visto revelan gran sabiduría de composicion, y un dibujo tan delicado como correcto.

La Naumaquia se muestra á espaldas de las Termas, y es una laguna artificial, en la que los enormes tubos que aun se conservan, hacian desaguar los rios. Esta laguna, seca en la actualidad, servia para los simulacros de combates navales; nadie ignora que en estas fiestas se degollaban algunas veces uno ó dos mil hombres, para divertir al populacho romano.

En derredor de la Naumaquia se elevaban unos vastos terraplenes destinados á los espectadores, y se apoyaban sobre unos pórticos que servian de almacenes ó de abrigo á sus galeras.

Un templo de construccion igual á la del de Serapis en Egipto, servia de agradable decoracion á esta escena; la mitad de su gran cúpula ha venido á tierra. A la vista de aquellos sombrios pilares, de aquellas bóvedas concéntricas, y de aquella especie de embudos donde mugia el oráculo, se advierte que no se habita ya la Italia y la Grecia, y que el genio de otro pueblo ha presidido á aquel monumento. Un antiguo santuario presenta en sus verdosas y húmedas paredes algunos indicios de pintura: cierto indefinible lamento parecia vagar en torno de aquel abandonado asilo.

Desde allí me trasladé al templo de Pluton y Proserpina, llamado vulgarmente la *Entrada del Infierno*. Este templo es actualmente el albergue de un viñador, pero no pude entrar en él, porque su dueño se habia alejado, á semejanza del dios.

Mas abajo de la Entrada del Infierno extiéndese un valle llamado el *Valle del Palacio*, y pudiera tomársele por el Eliseo. Adelantando hácia el Mediodía, y siguiendo una pared que sostenia las azoteas contiguas al templo de Pluton, descubrí las últimas ruinas de la quinta, situadas á una legua de distancia.

Desandando lo andado, quise ver la Academia, formada de un jardin, de un templo de Apolo y de diferentes departamentos destinados á los filósofos. Un paisano me abrió una puerta para pasar al campo de otro propietario, y me encontré en el Odeon, y en el teatro griego, bastante bien conservado. Algun genio melodioso habia sin duda permanecido en aquel lugar consagrado á la armonía, porque oí silbar allí un mirlo el 12 de diciembre, mientras una caterva de niños, ocupados en recoger aceitunas, hacia resonar con sus cantos los mismos ecos que acaso habian repetido los versos de Sófocles y la música de Timoteo.

Allí terminó mi excursion, mucho mas larga de lo que suele hacerse: obsequio de que soy deudor á un príncipe viajero. Mas allá se encuentra el gran pórtico, de que queda muy poco; algo mas lejos se ven los restos de algunos edificios desconocidos; y por último, los *Colle di San Estephano*, donde termina la quinta, sostienen las ruinas del Pritaneo.

Desde el Hipódromo hasta el Pritaneo, la quinta Adriana ocupaba los lugares conocidos hoy con los nombres de *Roca-Bruna*, *Palazza*, *Aqua-Fera* y los *Colle di San Stephano*.

Fue Adriano un príncipe notable, mas no uno de los grandes emperadores romanos; no obstante, es uno de los que mas recuerdos despiertan en nuestros dias. En todas partes dejó restos de su reinado. Una muralla célebre en la Gran Bretaña, tal vez el circo de Nimes y el puente del Gard en las Galias, algunos templos en Egipto, algunos acueductos en Troyes, una nueva ciudad en Jerusalém y en Atenas, un puente en uso actual y otros muchos monumentos en

Roma, patentizan el gusto, la actividad y el poder de Adriano, que además era poeta, pintor y arquitecto. Su siglo fue el restaurador de las artes.

El destino del *Mole Adriani*, es en verdad harto singular: los adornos de este sepulcro sirvieron de armas contra los godos; pero aunque la civilizacion arrojó columnas y estátuas á la cabeza de hierro de la barbarie, no evitó que esta entrase en Roma. El mausoleo se transformó, andando el tiempo, en fortaleza papal, y tambien en cárcel, lo que no desmiente su primitivo destino. Los fastuosos edificios levantados sobre las cenizas del hombre, no ensanchan las proporciones del ataud: los muertos se asemejan en su sepulcro á la estátua sentada en un templo muy reducido de Adriano: si intentasen levantarse, romperian su frente en la bóveda.

Cuando Adriano subió al trono, dijo en alta voz á uno de sus enemigos: «¡Estás en salvo!» Magnánimas son estas palabras. Pero como es mas fácil perdonar á la política que al genio, el envidioso Adriano dijo en su interior, al ver las obras maestras de Apolo: «¡Está perdido!» y el artista pereció.

No me alejé de aquellos famosos lugares sin llenar mis bolsillos de fragmentos de pórfido, de alabastro, de estuco pintado y de mosáicos; pero luego los arrojé.

Estas ruinas no existen ya para mí, pues es probable que no tornaré á recorrerlas. A cada paso dejamos de existir para un tiempo, para una cosa, para una persona que no hemos de volver á ver, pues la vida es una muerte sucesiva. Muchos viajeros, anteriores á mí, escribieron sus nombres en los rotos mármoles de la quinta Adriana, prometiéndose prolongar su existencia estampando en unos lugares célebres el sello de su paso: ¡cuánto se han equivocado! Mientras me esforzaba en leer uno de aquellos nombres, recien escritos con lápiz, y que creia reconocer, un ave emprendió su vuelo desde una enramada de yedra, y sacudiendo algunas gotas de la pasada lluvia, borró el orgulloso nombre.

Mañana visitaré la quinta de Este.

EL VATICANO.

He visitado el Vaticano á la una. El dia era hermoso, brillante el sol, y la temperatura en extremo benigna.

¿Qué he visto? Solitarias y espaciosas escaleras, ó por mejor decir, rampas que pueden subirse á caballo; solitarias galerías adornadas de las obras maestras del genio, por donde los antiguos pasaban con todas sus pompas; solitarios salones, celebrados ó estudiados por tantos grandes artistas, admirados por tantos ilustres varones: el Taso, Ariosto, Montaigne, Milton, Montesquieu, reyes y reinas, poderosos ó caidos, y todos los peregrinos de todas las partes del mundo.

Pinturas : Dios desenmarañando el Caos.

El ángel que seguia á Loth y su mujer.

Una hermosa vista de Frascati, tomada desde una altura de Roma, en un ángulo de la galería.

En la entrada de las habitaciones: una batalla de Constantino, en la que se anegan el tirano y su caballo.

San Leon deteniendo á Atila. ¿Por qué dió Rafael un aire altivo y no religioso al grupo cristiano? Para expresar el sentimiento de la asistencia divina.

El Santísimo Sacramento, primera obra de Rafael: es un cuadro frio, sin piedad, pero su disposicion y sus figuras son admirables.

Apolo, las Musas y los poetas. El carácter de estos está bien expresado.

Heliodoro expulsado del templo.—Un ángel digno de atencion, y una figura de mujer celestial, imitada por Girodet en su Osian.

El incendio del barrio.—La mujer que lleva un vaso: copiado sin cesar. Contraste del hombre ahorcado y de otro que intenta alcanzar un niño: el arte se deja ver demasiado. La mujer y el niño han sido pintados mil veces, y siempre con maestría, por Rafael.

La escuela de Atenas.—Efecto de las tres luces, citado en todas partes.

Biblioteca. Su puerta es de hierro, y está erizada de puntas: ¡tal es la puerta de la ciencia! Por armas de un papa, tres abejas: símbolo ingenioso.

Un magnífico bajel y unos libros sellados. Si se franquease su lectura, pudiera escribirse aquí toda la historia moderna.

Museo cristiano. Instrumentos de martirio: garfios de hierro para desgarrar las carnes, rascadores para arrancarlas, martinetes de hierro y tenazas: ¡hermosas antigüedades cristianas! ¿Cómo se padecia en otro tiempo? Como hoy, pues así lo atestiguan estos instrumentos. En punto á dolores, la especie humana permanece estacionaria.

Diferentes lámparas encontradas en las catacumbas. El Cristianismo empezó en un sepulcro; de la lámpara de la muerte brotó la luz que ha iluminado el mundo. —Antiguos cálices, cruces, y cucharillas para administrar la Comunion.—Algunos cuadros traidos de Grecia, para salvarlos del encono de los Iconoclastas.

Antigua imágen de Jesucristo, copiada despues para los pintores, y cuya fecha no puede ser anterior al siglo VIII. ¿Era Jesucrito *el mas hermoso de los hombres*, ó era feo? Los Padres griegos y los latinos abrigan diferente opinion; mas yo me inclino á creer que era hermoso.

Donativo hecho á la Iglesia en papiro: el mundo vuelve á empezar aquí.

Museo antiguo. Una cabellera de mujer hallada en un sepulcro. ¿Era la de la madre de los Gracos, ó la de Delia, Cintia, Lálage ó Licinia, de la cual, Mecenas, si hemos de dar crédito á Horacio, no hubiera cambiado un solo cabello por toda la opulencia de un rey de Frigia?

> Aut pinguis Fhrygiæ Mygdonias opes
> Permutare velis crine Lyciniæ?

Si hay algo que envuelva la idea de la fragilidad son los cabellos de una jóven, que fueron tal vez objeto de la idolatría de la mas versatil pasion, y no obstante han sobrevivido al imperio romano. La muerte, que rompe todas las cadenas, no ha podido romper el leve tejido de un cabello.

Una hermosa columna de alabastro.—Un sudario de amianto sacado de un sarcófago; la muerte no ha dejado de devorar su presa en este sudario.—Un vaso etrusco. ¿Quién ha bebido en esta copa? Un muerto. Todo, en este museo, es tesoro del sepulcro, bien haya servido á los ritos fúnebres, bien haya pertenecido á las funciones de la vida.

EL MUSEO CAPITOLINO.

2 de diciembre de 1803.

La Columna Miliaria. *En el patio* se ven los piés y la cabeza de un coloso.

En el Senado : algunos nombres de modernos senadores. Una loba herida por el rayo; ánades del Capitolio.

Antiguas medidas de trigo, de aceite y vino, en forma de altar, con cabezas de leon.

Varias pinturas que representan los principales acontecimientos de la república romana.

Una estátua de Virgilio: su aspecto es rústico y melancólico; su frente grave, sus ojos inspirados, y las arrugas circulares que parten de las ventanas de la nariz, terminan en la barba, comprendiendo las mejillas.

Ciceron: brillan en su rostro cierta regularidad y expresion de ligereza, menos fuerza de carácter que de filosofía, y tanto talento como elocuencia.

El Alcibiades no ha excitado mi atencion por su hermosura, pues tiene cierto aire de necedad y estolidez.

Un jóven Mitrídates que se parece á un Alejandro.

Fastos consulares, antiguos y modernos.

Un sarcófago de Alejandro Severo y su madre.

Un bajo-relieve de Júpiter, niño aun, en la isla de Creta. Es una obra admirable.

Una columna de alabastro oriental; la mas hermosa que se conoce.

Un plano antiguo de Roma sobre mármol, que revela la perpetuidad de la Ciudad eterna.

Bustos: el de Aristóteles: adviértese en él un sello de inteligencia y fuerza.

El de Caracalla; sus ojos contraidos; nariz y boca puntiagudos; aire feroz y como de locura.

El de Domiciano: labios apretados.

El de Neron: semblante redondo y ojos hundidos, de manera que la frente y la barba son prominentes; aspecto de un esclavo griego disoluto.

Los de Agripina y Germánico: el rostro de este es largo y enjuto; el de aquella, grave.

El de Juliano: frente pequeña y estrecha.

El de Marco Aurelio: frente espaciosa, y ademan de mirar al cielo.

El de Vitelio: nariz gruesa; labios delgados; mejillas abultadas; ojos pequeños y cabeza un tanto deprimida.

El de César: rostro delgado; todas las arrugas profundas; aire de privilegiada inteligencia; frente prominente entre los ojos, como si la piel estuviese agrupada y cortada por una arruga perpendicular; cejas bajas y casi en contacto con los ojos; boca grande y muy expresiva; créese que va á hablar, y casi sonrie; nariz saliente, pero no tan aguileña como se le pinta ordinariamente; mejillas aplastadas como las de Bonaparte; casi no tiene occipucio; barba redonda y doble; ventanas de la nariz un poco cerradas; aire de imaginacion y genio.

Un bajo-relieve, que representa á Endimion que duerme sentado en un peñasco; cabeza inclinada sobre el pecho, y un poco sobre el asta de su lanza, que descansa en su hombro izquierdo; la mano de este lado, indolentemente tendida sobre la lanza, sostiene apenas la correa de un perro, que sentado sobre sus patas traseras, extiende su vista mas allá del peñasco (1). Este es uno de los mas hermosos relieves conocidos.

Desde las ventanas del Capitolio se descubren el Foro, los templos de la Fortuna y la Concordia, las dos columnas de Júpiter Estator, los Rostros, el templo de Faustino, el del Sol, el de la Paz, las ruinas del palacio dorado de Neron, las del Coliseo, los arcos de triunfo de Tito, de Séptimo Severo y de Constantino: ¡vasto cementerio, en que están escritas las fechas de la muerte de los siglos, en sus respectivos monumentos fúnebres!

LA GALERIA DORIA.

Un gran paisaje; diferentes vistas de Nápoles, y la fachada de un templo ruinoso en un campo: de Gaspar Pusin.

(1) Tal es la actitud en que pintó á Eudoro en los *Mártires.*

La cascada de Tívoli y el templo de la Sibila.

Un paisaje de Claudio de Lorena y una fuga á Egipto, del mismo: la Vírgen, detenida á la entrada de un bosque, tiene al Niño en sus rodillas; un ángel presenta viandas al Niño, y San José quita la albarda al jumentillo; descúbrense en último término un puente por el cual pasan algunos camellos y sus guias, y un horizonte en que apenas se diseñan los edificios de una gran ciudad; la calma y la luz de este cuadro son admirables.

Otros dos pequeños paisajes de Claudio de Lorena, uno de los cuales representa una especie de matrimonio patriarcal en un bosque; es acaso la obra mas acabada de este gran pintor.

Una fuga á Egipto, de Nicolás Pusin: la Vírgen y el Niño, montando un asno guiado por un ángel, bajan de una colina á un bosque, y San José sigue la humilde cabalgadura; el movimiento del viento está indicado en las ropas y los árboles.

Muchos paisajes del Dominiquino: los coloridos son vivos y brillantes, y los asuntos risueños; pero en lo general su tono es duro, y su luz poco vaporosa, poco ideal. Cosa extraña es que los ojos franceses sean los que mejor han visto la luz de Italia.

Un paisaje de Anibal Carrachio: está lleno de verdad, pero carece de elevacion de estilo.

Diana y Endimion, de Rubens: la idea es feliz. Endimion duerme casi en la misma actitud del bajo-relieve del Capitolio, mientras Diana, suspensa en los aires, apoya ligeramente una mano en un hombro del cazador, para darle un beso sin interrumpir su sueño; la mano de la diosa de la noche es de la blancura de la luna, y su cabeza se distingue poco del azul del firmamento. El conjunto está dibujado con suma correccion; pero cuando Rubens dibuja bien, pinta mal; este gran colorista perdia su paleta cuando encontraba su lápiz.

Dos cabezas, por Rafael; los cuatro Avaros, por Alberto Durier; el Tiempo arrancando las plumas de las alas del Amor; es del Ticiano ó del Albano: la alegoría es feliz, pero la ejecucion es fria y amanerada, si bien las carnes tienen todo el colorido de la vida.

Unas bodas aldobrandinas, copia de Nicolás Pusin; vénse en ellas diez figuras, que forman en un mismo término dos grupos de tres y otro de cuatro figuras. El fondo representa una especie de biombo de color oscuro hasta la altura del pecho; los ademanes y el dibujo participan de la sencillez de la escultura; parece un bajo-relieve. En este cuadro no hay riqueza de fondo, ni detalles, ni ropas, ni muebles, ni árboles, ni accesorio alguno; solo figuran en él los personajes, naturalmente agrupados.

PASEO POR ROMA AL RESPLANDOR

DE LA LUNA.

24 de diciembre de 1803.

Los campanarios y los edificios lejanos parecen desde lo alto de la Trinidad del Monte los bosquejos borrados de un pintor, ó unas costas desiguales vistas desde el mar á bordo de un bajel.

Sombra del Obelisco: ¿cuántos hombres han visto tu sombra en Egipto y Roma?

La Trinidad del Monte está desierta; un perro ladra en este retiro francés, y se divisa una luz en el piso mas alto de la quinta de Médicis.

Los edificios del Estadio se muestran blancos y en calma, y sus sombras transversales se destacan con fuerza. En la plaza de la Columna, la de Antonino se muestra medio iluminada.

El Panteon ostenta su hermosura, y el Coliseo su grandeza y silencio á la luz de la luna.

El efecto de este astro es magnífico en San Pedro, en el Vaticano, en el Obelisco, en las dos fuentes, y en la columnata circular.

Una jóven mendiga me pide limosna con la cabeza envuelta en su saya; la *poverina*, hermosa como una madona, ha sabido elegir el tiempo y el lugar; si yo fuese Rafael, la pintaria en un cuadro. El romano pide cuando desfallece de hambre, mas no importuna si se le despide; y á semejanza de sus antepasados, nada hace para ganarse el sustento, siendo preciso que le alimente su senado ó su príncipe.

Roma duerme en medio de estas ruinas. El astro de



CARRETA DE LA LOMBARDIA.

la noche, que algunos suponen ser un mundo infinito y despoblado, pasea sus pálidas soledades sobre las de Roma, alumbrando calles sin habitantes, cercas, plazas y jardines por donde nadie pasa, monasterios donde ya no se escucha la voz de los cenobitas, y claustros tan desiertos como los pórticos del Coliseo.

¿Qué pasaba há diez y ocho siglos á estas horas, en estos mismos lugares? No solo ha dejado de existir la antigua Italia, sino que la de la edad media ha desa-

parecido tambien. No obstante, la huella de estas dos Italias está aun bien marcada en Roma: si la Roma moderna ostenta su San Pedro y todas sus obras maestras, la Roma antigua le opone su Panteon y todos sus despojos; si una hace bajar del Capitolio sus cónsules y sus emperadores, la otra hace salir del Vaticano la dilatada serie de sus pontífices. El Tiber separa entrambas glorias: sentados sobre un mismo polvo, Roma pagana se abisma por momentos en sus sepulcros, al paso que la Roma cristiana vuelve á bajar lentamente á las catacumbas de que saliera.

Tengo en mi cabeza el asunto de una veintena de



PESCADORES NAPOLITANOS.

cartas acerca de la Italia, que quizá verian la luz si consiguiese expresar mis ideas tales como las concibo; pero los dias huyen y me falta el descanso. Me asemejo al viajero que precisado á partir mañana, ha enviado delante de sí sus equipajes. Los equipajes del hombre son sus ilusiones y sus años: y entrega á cada minuto una parte de ellos al que la Escritura apellida *rápido correo:* el Tiempo (1).

(1) De esta veintena de cartas solo he escrito una, la relativa á Roma, á Mr. de Fontanes. Los varios fragmentos que acaban de leerse, y los que vendrán despues, debian constituir el texto de otras cartas; pero descritas Roma y Nápoles

NAPOLES.

Terracina, 31 de diciembre.

Ved aquí los equipajes, las cosas y los objetos que se encuentran en tropel en las calles de Italia: ingleses y rusos que viajan con gran gasto en cómodas berlinas, con todas las costumbres y preocupaciones nacionales; muchas familias italianas que transitan en vetustas calesas, para trasladarse económicamente á las vendimias; muchos frailes á pié, que llevan de la brida á una mula reacia cargada de reliquias; labradores que conducen carretas tiradas por grandes bueyes, y llevan una efigie de la Vírgen colocada en el timon á la extremidad de un palo; aldeanas veladas ó con los cabellos diestramente trenzados y adornadas con airosos guardapiés de vivos colores, justillos abiertos por el pecho y atacados con cintas, y collares y brazaletes de mariscos; carros tirados por mulas engalanadas con campanillas, plumas y mantillas encarnadas; barcas, puentes y molinos; multitud de asnos, cabras y carneros; alquiladores de coches y caballos para los viajeros; correos con la cabeza cubierta con una red, como los españoles; muchachos completamente desnudos; peregrinos, mendigos, penitentes blancos y negros; militares dando vaivenes en malos carricoches; escuadras de gendarmes, y ancianos mezclados con las mujeres. Todo este conjunto respiraba un aire de alegría y benevolencia suma, pero era mayor aun la curiosidad que en él se descubria: todos se seguian con la vista, como queriendo hablarse, mas nadie se decia una palabra.

A las diez de la noche.

He abierto la ventana de mi habitacion: las olas vienen á estrellarse al pié de las paredes del albergue. Nunca examino el mar sin un movimiento de júbilo, y casi de ternura.

Gaeta, 1° de enero de 1804.

¡Otro año ha trascurrido!

Al salir de Fondi saludé al primer vergel cubierto de naranjos que encontré: aquellos hermosos árboles estaban tan cargados de maduros frutos, como pudieran estarlo los manzanos mas fecundos de la Normandía. Trazo estas pocas palabras en Gaeta, en un balcon á las cuatro de la tarde, con un sol soberbio y en presencia del mismo mar. Aquí murió Cicerón, en aquella patria, como él mismo dice, que habia salvado: *Moriar in patria sæpe servata*. Ciceron fue muerto por un hombre á quien habia defendido en otro tiempo; ingratitud en que abunda la historia. Antonio recibió en el *Foro* la cabeza y las manos de Ciceron, y dió una corona de oro y una suma de 200,000 libras al asesino; pero esto no bastaba al hecho, y la cabeza fue elevada en la tribuna pública entre las dos manos del orador. En tiempo de Neron se elogiaba mucho á Ciceron, pero en el de Augusto nada se hablaba de él. La causa de esta anomalía aparente era, que en tiempo de Neron el crímen se habia perfeccionado, y los antiguos asesinatos del divino Augusto eran vagatelas, ensayos, y casi el tiempo de la inocencia comparado con las nuevas infamias. Además de esto, se estaba ya muy lejos de los tiempos de libertad; se ignoraba ya lo que habia sido: ¿los esclavos que asistian á los juegos del Circo, iban á entusiasmarse con los ensueños de los Catones y los Brutos? Los retóricos podian muy bien, en el lleno de la servidumbre, alabar al aldeano de Arpinum. Neron mismo hubiera sido hombre capaz de propagar arengas acerca de la excelencia de la libertad, y si el pueblo romano se hubiese dormido, como era de esperar, durante sus peroratas, su señor, autorizado por la costumbre, le hubiera hecho despertar á fuerza de palos para obligarle á aplaudir.

Nápoles, 2 de enero.

El duque de Anjou, rey de Nápoles y hermano de San Luis, hizo matar á Coradino, legítimo heredero de la corona de Sicilia. Coradino desde lo alto del cadalso arrojó su guante á la multitud: ¿quién le recogió? Luis XVI, descendiente de S. Luis.

El reino de las Dos Sicilias tiene alguna cosa de extraño para la Italia; griego bajo los antiguos romanos, ha sido sarraceno, normando, aleman, francés y español en los tiempos modernos.

La Italia de la edad media, era la Italia de las dos grandes facciones de Guelfos y Gibelinos, la Italia de las rivalidades republicanas y de las pequeñas tiranías, época en que solo se oye hablar de crímenes y libertad; entonces todo se ejecutaba con la punta del puñal. Las aventuras de aquella Italia participan del carácter romancesco: ¿quién no ha oido hablar de Ugolino, Francisca de Rimini, Romeo y Julieta, y Otelo? Los duxes de Génova y de Venecia, los príncipes de Verona, de Ferrara y de Milan, los guerreros, los navegantes, los escritores, los artistas, los mercaderes de aquella Italia, eran hombres de genio: Grimaldi, Frigoso, Adorni, Dandolo, Marin, Zeno, Morosini, Gradenigo, Scaligieri, Visconti, Doria, Trivulce, Spinola, Zeno, Pisani, Cristóbal Colon, Américo Vespucio, Gabato, el Dante, Petrarca, Bocacho, Ariosto, Maquiavelo, Cardan, Pomponace, Achillini, Erasmo, Policiano, Miguel-Angel, Perugino, Rafael, Julio Romano, Dominiquino, Ticiano, Caragio y los Medicis; pero á pesar de esto, no se ve ni un caballero, ni nada de la Europa Transalpina.

En Nápoles, al contrario, la caballería se une al carácter italiano, y las proezas á las conmociones populares; Tancredo y el Taso, Juan de Nápoles y el buen rey René, que no reinó, las Vísperas Sicilianas, Masanielo y el último duque de Guisa: hé aquí las Dos-Sicilias. El soplo de la Grecia viene así á espirar en Nápoles; Atenas ha prolongado sus fronteras hasta Pæstum: sus templos y sus tumbas forman una faja crepuscular al extremo del horizonte de un cielo encantador.

No he admirado á Nápoles sino cuando estuve en él: desde Cápua y sus deliciosos campos hasta aquí, el país es fértil, pero poco pintoresco, y se entra en Nápoles, casi sin verlo, por un camino quebrado. (1)

8 de enero de 1804.

He visitado el Museo.

Por toda riqueza existe una estátua de Hércules, de que hay dos copias, y representa al dios en reposo, apoyado en el tronco de un árbol: hay ligereza en la clava; una Venus, en la que se admira la belleza de las formas, y el busto de Escipion el Africano.

¿Por qué la escultura antigua es superior (2) á la

en el cuarto y quinto libro de los *Mártires*, solo resta de cuanto pensaba decir acerca de Italia, la parte histórica y política.

(1) Puédese si se quiere, abandonar la antigua ruta, pues desde la última dominacion francesa se ha practicado otra entrada trazando un hermoso camino al rededor de la colina del Pausilipo.

(2) Esta asercion, cierta en general, admite sin embargo, bastantes excepciones. La estatuaria antigua en nada supera á las cariatides de Louvre de Juan Goujon. Diariamente tenemos á la vista aquellas obras maestras y sin embargo no fijamos la atencion en ellas. El Apolo ha sido mucho mas elogiado: los méropes del Partenon son los únicos que representan en toda su perfeccion la escultura griega. Lo que he dicho de las artes en el *Genio del Cristianismo* está desmentido con frecuencia. En aquella época no habia visitado aun la Italia, la Grecia, ni el Egipto.

moderna, al paso que la pintura moderna es verosímilmente superior ó por lo menos igual á la antigua?

En cuanto á la escultura, pienso:

Que los hábitos y costumbres de los antiguos eran mas graves que los nuestros, y sus pasiones menos turbulentas. Ahora bien: la escultura que rechaza los matices débiles y los movimientos inapreciables, se acomodaba mejor al continente tranquilo y seria fisonomía de los griegos y romanos.

Además, los ropajes antiguos descubrian en parte la desnudez, y esta desnudez estaba siempre á los ojos de los artistas, al paso que hoy solo ocasionalmente se ofrece á las miradas del escultor moderno: en una palabra las formas humanas eran mas bellas.

Respecto á la pintura, diré:

Que admite mucho movimiento en las actitudes; y por consecuencia, cuando la *maneras* desgraciadamente son sensibles, perjudican menos á los grandes efectos del pincel.

Las reglas de la perspectiva, que apenas tienen aplicacion á la escultura, son mucho mejor entendidas por los modernos que lo eran por los antiguos; ademas, en la actualidad se conocen mas colores, restando solo saber si son mas vivos y puros.

En mi revista al Museo, he admirado la madre de Rafael pintada por su hijo: bella y sencilla, se asemeja un poco al mismo Rafael, como las Vírgenes de aquel genio divino se parecen á los ángeles.

Miguel-Angel pintado por él mismo, llamó tambien mi atencion, así como Armida y Reinaldo, escena propia de un espejo mágico.

POUZOLO Y LA SOLFATARA.

4 de enero.

En Pouzolo he examinado el templo de las Ninfas y la casa de Ciceron, que llamaba la *Puteolane*, y en la que escribió muchas veces á Atico y compuso tal vez su segunda Filípica. Esta quinta, edificada segun el plano de la Academia de Atenas, y embellecida despues por Vetus, se convirtió mas tarde en palacio en tiempo del emperador Adriano, que murió en ella pronunciando aquellas célebres palabras de despedida á su alma:

Animula vagula, blandula,
Hospes comesque corporis, etc.

Tambien quiso se pusiese en su tumba que habia sido asesinado por los médicos:

Turba medicorum regem interfecit.

La ciencia ha progresado.

En aquella época, todos los hombres de mérito eran filósofos, aunque no cristianos.

Desde el Pórtico se gozaba del espectáculo mas bello: un pequeño vergel que ocupa hoy la casa de Ciceron; mas allá el templo de Neptuno y unas tumbas, despues la Solfatara, inmenso campo cubierto de azufre; el ruido de las fuentes de agua hirviendo, pudiera representar para los poetas el rumor del Tártaro, y cerrando el círculo, la vista del golfo de Nápoles, cabo dibujado por la luz del crepúsculo vespertino, de que parecian ser un reflejo el Vesuvio y el Apenino, acordes armónicos de aquellos fuegos celestes. El vapor diáfano que se extendia por la superficie de las aguas y una parte de la montaña; la blancura de las velas de los barcos que entraban en el puerto; la isla de Caprea en lontananza; la montaña de las Camáldulas con su convento y su bosquete coronando á Nápoles, contrastaban admirablemente con la Solfatara. Un francés habita la isla donde se retiró Bruto. Gruta de Esculapio. Tumba de Virgilio, desde donde se divisa la cuna del Taso.

EL VESUVIO.

5 de enero de 1804.

Hoy 5 de enero he salido de Nápoles á las siete de la mañana, y me encaminé á Portici. El sol se habia desembarazado de las nubes que ocultaban su aparicion, pero la frente del Vesuvio permanecia velada por una densa niebla. Escogi un *cicerone* que me condujera al cráter del volcan, y cabalgando cada uno en su mula, nos pusimos en marcha.

Comencé á subir por un camino bastante ancho practicado entre dos viñedos plantados de álamos. Marchaba directamente á las regiones del naciente invierno. Un poco mas arriba de los vapores suspendidos en la region media del aire, descubrí la copa de algunos árboles: eran los pequeños olmos de la ermita. Descubriánse á derecha é izquierda algunas miserables habitaciones de viñadores, campeando en medio de las ricas cepas del *Lacryma-Christi*, pero el resto solo ofrecia á la vista del observador una tierra abrasada, vides despojadas entrelazándose con los pinos en forma de parasol, algunos aloes cercando las propiedades, é innumerables piedras rodadas, pero ni un ave.

Llegado á la primera esplanada de la montaña, una llanura árida y desprovista de vejetacion se desplegó á mi vista. A través de aquella desnudez se creen descubrir las dos cabezas del Vesuvio, á la izquierda la Somma y á la derecha la boca actual del volcan, perdidas ambas entre pálidas nubes. Avancé mas, y por un lado ví la Somma que se perdia entre las simas, y por otro empecé á distinguir las sinuosidades practicadas en el cono del volcan que iba á hollar muy pronto. La lava de 1766 y 1769 cubria el plano sobre que marchaba, desierto humeante, donde las lavas arrojadas como escorias de forjador, destacan sobre un fondo negro el color blanquecino de su espuma semejante á las heces desecadas.

Siguiendo el camino por la izquierda y dejando á la derecha el cono del volcan, llegué á la falda de una colina ó mas bien muro formado por la lava que ha hecho desaparecer de la vista el Herculano. Esta especie de muralla, plantada de viñas en la faja que la une al llano, ofrece á su espalda un vallado profundo en el que crece un monte tallar, en el cual se deja sentir un frio intenso.

Subí aquella colina para ir á la ermita que se descubre al lado opuesto. Allí el cielo disminuye su elevacion y las nubes vuelan sobre la tierra á manera de una humareda gris, ó como se esparcen y huyen las cenizas arrojadas al viento, uniéndose á este espectáculo melancólico el sordo murmullo de los arbolillos de la ermita.

El eremita se adelantó á mi encuentro y tomando la brida de mi mula eché pié á tierra. Este solitario, hombre de buen aspecto y de una fisonomía franca, me hizo entrar en su celda, y disponiendo una refraccion, me sirvió pan, manzanas y huevos. Sentóse en frente de mí, y con los codos apoyados en la mesa departió tranquilamente durante mi desayuno. Las nubes se habian cerrado de tal suerte por todo el horizonte, que circundándonos densamente, nos imposibilitaban distinguir ningun objeto desde la ventana de la ermita. Oíase solo en aquel vaporoso abismo el ronco silbido del viento y el rumor lejano de la mar azotando las costas de Herculano; ¡escena pacífica de la hospitalidad cristiana, representada en una reducida celda, al pié de un volcan y en medio de una tempestad!

El ermitaño me presentó el libro donde los extranjeros acostumbran anotar algun pasaje de su vida,

pero ningun pensamiento hallé en aquel libro que mereciese retenerlo en la memoria; los franceses, con el buen gusto peculiar de su nacion, se han contentado solo con estampar en él la fecha de su mansion, ó elogiar al ermitaño. Aquel volcan nada digno de consideracion ha inspirado á los viajeros, y esto me confirma en una idea que há mucho tiempo me domina, y es que así los grandes asuntos como los objetos grandiosos, no son á propósito para inspirar elevados pensamientos; porque estando, por decirlo así, evidente su grandeza, todo lo que se añada al hecho lo rebaja. El *nascitur ridiculus mus* es una verdad de todas las montañas.

Pasadas dos horas y media, partí de la ermita, y volviendo á subir la colina de lava que ya habia recorrido, descubrí á mi izquierda el valle que me separaba de la Somma, y á mi derecha la llanura del cono. Proseguí mi camino elevándome por la orilla del cerro, y no hallé en aquel horrible lugar otra criatura viviente que una pobre jóven, delgada, amarillenta y medio desnuda, sucumbiendo al peso de una carga de leña cortada en la montaña.

La densidad de las nubes no me dejaba descubrir nada, y el viento silbando de bajo á alto, las arrojaba del plano negro que dominaba haciéndolas pasar sobre el dique de lava que recorría: no escuchaba otro ruido que el paso de mi mula.

Abandoné la colina; volví á la derecha y descendí á la llanura cubierta de lava que desemboca en el cono del volcan, y que atravesé por la parte baja al subir á la ermita. Aun en presencia de aquellas ruinas calcinadas, la imaginacion apenas acierta á representarse aquellos campos de fuego y de metales fundidos en el momento de las erupciones del Vesuvio. El Dante los habia visto quizá en este momento solemne cuando pintó en su *Infierno* aquellas arenas abrasadas donde las llamas eternas descienden lentamente en medio de un pavoroso silencio, *Come di neve in Alpe sanza vento:*

Arrivammo ad una landa,
Che dal suo letto ogni pianta rimove.
Lo spazzo er' un' arena arida e spessa
. . . .
Sovra tutto 'l sabbion d' un cader lento
Piovea di fouco dilatata, e falde,
Come di neve in Alpe sanza vento.

Las nubes empero, se entreabren por aquellos picos y descubro repentinamente y á intérvalos, á Portici, Caprea, Ischia, el Pausilipo, la mar sembrada con las blancas velas de los pescadores, y la costa del golfo de Nápoles, bordada de naranjos: es el paraiso visto desde el infierno.

Hemos llegado al pié del cono: dejamos nuestras mulas, y apoyado en un largo baston que me da mi guía, comenzamos á hollar la enorme masa de cenizas que le precede. Las nubes se vuelven á cerrar de nuevo, la niebla se espesa y la oscuridad redobla.

Héme aquí en lo alto del Vesuvio, escribiendo sentado á la boca del volcan y próximo á descender al fondo de su cráter. El sol se muestra de cuando en cuando á través del velo de vapores que rodea toda la montaña. Este accidente, que me oculta uno de los mas bellos paisajes de la tierra, contribuye á hacer mas formidable el horror de aquel sitio. El Vesuvio, separado por las nubes que le rodean, de los paises encantados que le sirven de pedestal, parece situado en el mas profundo de los desiertos, y la especie de terror que inspira no basta á debilitar el espectáculo de una ciudad floreciente que mora á sus piés.

Propongo á mi guia el descenso al crater, mas él manifiesta alguna dificultad con objeto de sacar mas partido de su posicion, y convenidos en la suma que ha de recibir en el acto, se la entrego. Despójase de su vestido, y despues de andar algun tiempo por el borde del abismo para hallar una línea menos perpendicular y hacer mas fácil la bajada, el guia se detiene y me advierte me prepare. Vamos á precipitarnos.

Hénos ya en el fondo del abismo cuyo caos desconfio poder pintar.

Imagínese una sima de una milla de circunferencia y de trescientos piés de elevacion, que va alargándose en forma de embudo. Sus bordes ó paredes interiores están surcadas por el fluido ardiente que aquel abismo ha contenido y derramado hácia fuera. Las partes salientes de aquellos surcos se asemejan á las jambas de ladrillo en que los romanos apoyaban sus mamposterias. Algunas rocas suspendidas en varias partes del contorno han cubierto el abismo con sus restos, y una espesa masa de cenizas.

Este fondo del abismo está labrado de diferentes maneras: cerca de su centro hay formados tres pozos ó pequeñas bocas recientemente abiertas y que vomitaron llamas durante la mansion de los franceses en Nápoles en 1798.

Densas humaredas traspiran á través de los poros del abismo, sobre todo al lado de la *Torre del Griego*. En el flanco opuesto, hácia Caserta descubrí una llama, y cuando se mete la mano en las cenizas queman aun á algunas pulgadas de profundidad de la superficie.

El color general de la sima, es el del carbon apagado. Pero la naturaleza siempre bella, prodiga sus gracias aun á los objetos mas horribles: la lava, pintada de azul en unas partes, ofrece en otras los matices del verdemar, del amarillo subido y del anaranjado. Trozos de granito, violentados y torcidos por la accion del fuego, se han encorvado por sus extremidades, imitando las palmas y las hojas del acanto. La materia volcánica enfriada sobre la roca viva por la cual ha corrido, forma en todas direcciones, rosetones, guirnaldas y cintas, y afectando tambien las figuras de las plantas y de los animales, forma mil grupos caprichosos é imita los variados dibujos que se admiran en las ágatas. En una roca azulada he descubierto un cisne de lava blanca perfectamente modelado, siendo tan completo el efecto, que se hubiera jurado dormia aquella hermosa ave sobre una agua tranquila, con la cabeza oculta bajo su ala y su largo cuello extendido sobre su espalda como un rollo de seda:

Ad vada Meandri concinit albus color.

El mismo silencio absoluto que habia observado ya en las selvas americanas, en la mitad del dia, encontré aquí, y conteniendo el aliento solo escuchaba los latidos del corazon y la pulsacion de las sienes, producida por el movimiento de las arterias. Algunas veces el viento penetrando por la parte superior del cono, bajaba hasta el fondo del cráter mugiendo al chocar con mis vestidos ó silbando al quebrarse en mi baston; tambien escuché rodar algunas piedras que mi guia hacia desprender al pisar sobre las cenizas. Un eco confuso, parecido á la vibracion del metal ó del vidrio, prolongaba el ruido de su caida y despues todo enmudecia. Compárese este silencio mortal con las detonaciones espantosas que turban aquellos mismos lugares cuando el volcan vomita el fuego de sus entrañas y cubre la tierra de tinieblas,

Este contraste puede dar lugar á muchas reflexiones filosóficas que nos hagan mirar con lástima las cosas humanas. ¿Qué son en efecto esas famosas revoluciones de los imperios, al lado de estos accidentes de la naturaleza, que tan fácilmente cambian la paz de la tierra y de los mares? ¡Felices al menos los hombres, si no empleasen en atormentarse mútuamente los pocos dias que han de pasar reunidos! El Vesuvio no ha abierto una sola vez sus abismos para devorar las ciudades, sin que sus furores no hayan sorprendido á los pueblos sumidos en sangre y lágrimas. ¿Cuáles han sido los primeros indicios de civilizacion,

las primeras huellas del paso de los hombres que se han hallado en los apagados senos del volcan? Instrumentos de suplicio, y esqueletos encadenados (1).

Los tiempos varian, y los destinos humanos ofrecen la misma inconstancia: La *vida* dice una cancion griega, *huye como la rueda de un carro:*

Τροχὸς ἅρματος γὰρ οἷα
Βιοτος τρέχει κυλισθεὶς.

Plinio perdió la vida por haber querido contemplar á larga distancia el volcan en cuyo cráter estoy yo tranquilamente sentado. Yo miro humear el abismo en torno mio, y medito que á algunas toesas de profundidad hay una sima de fuego bajo mis piés; pienso que el volcan podria abrirse y lanzarme en el aire entre pedazos de mármol destrozado.

¿Qué providencia me ha conducido á este sitio? ¿Por qué casualidad las tormentas del Océano americano me han arrojado á los campos de Lavinia: *Lavinaque venit littora?* No puedo menos de dirigir una mirada retrospectiva á las agitaciones de esta vida, «donde las cosas, dice San Agustin, no son mas que miseria y la esperanza no puede dar un momento de felicidad: *Rem plenam miseriæ, spem beatitudinis inanem.*» Nacido en las rocas de la Armórica el primer rumor que hirió mi oido al venir al mundo fue el del mar; ¿y en cuántas playas no he visto quebrarse despues aquellas mismas olas que vuelvo á encontrar aquí?

¿Quién me hubiese dicho, hace algunos años, que oiria gemir en las tumbas de Escipion y de Virgilio aquellas ondas que se desarrollaban á mis piés en las costas de Inglaterra ó en las playas del Maryland? Mi nombre está escrito en la cabaña del salvaje de la Florida, y acabo de estamparle en el libro del ermitaño del Vesuvio. ¿Cuándo depositaré á la puerta de mis padres el báculo y la capa del viajero?

O patria! o divum domus Ilium!

PATRIA, Ó LITERNA.

6 de enero de 1804.

Saliendo de Nápoles para la gruta de Pausilipo, he rodado una hora en calesa por la campiña; despues de haber atravesado cortos caminos cubiertos de enramadas, he bajado del carruaje para buscar á pié á *Patria* ó sea la antigua Literna. Lo primero que se me ha presentado ha sido un bosquecillo de álamos, y en seguida unas viñas y una llanura sembrada de trigo. La naturaleza era bella pero triste. En Nápoles como en el Estado Romano, los cultivadores no se dejan ver en los campos sino en el tiempo de la sementera y de la recoleccion, porque retirados despues á los arrabales de las villas ó á las aldeas, las campiñas carecen de poblaciones, ganados y habitantes y no ofrecen por lo tanto el movimiento rústico de la Toscana, del Milanesado y de las comarcas transalpinas. Sin embargo, en las cercanías de Patria he hallado algunas posesiones bastante bien edificadas y agradables: tenian por ejemplo en el patio un pozo adornado de flores y ornamentado con dos pilastras que coronaban frondosos aloes en forma de canastillo, descubriéndose en el país un gusto particular para la arquitectura, que revela la antigua patria de la civilizacion y de las artes.

Los terrenos húmedos sembrados de helechos, contiguos á fondos cubiertos de madera, me han recordado el aspecto de la Bretaña. ¡Cuánto tiempo há que he dejado mis brezos natales! Acábase de cortar un antiguo monte de encinas y olmos entre los cuales me he criado, y al recordar tamaña devastacion me siento inclinado á prorumpir en quejas, como aquellos seres cuya vida era inseparable de la mágica selva del Taso.

A lo lejos he descubierto en las orillas del mar la *torre* llamada *de Escipion*. A la extremidad de una manzana de casas formada por una capilla y una especie de meson, se dilata un campo de pescadores en el cual he entrado. Hallábanse ocupados en acomodar sus redes al borde de un estanque; dos de ellos me han acercado un barquichuelo y me han conducido cerca de un puente donde he desembarcado en el punto que ocupa la torre. He pasado varias dunas donde crecian laureles, mirtos y olivos enanos, y subido, aunque no sin trabajo, á lo alto de la torre, vigía que sirve para el reconocimiento de las embarcaciones; mis miradas han vagado por aquel mar que Escipion habia contemplado tantas veces. Algunos restos de las bóvedas llamadas *Grutas de Escipion*, se han ofrecido á mis pesquisas religiosas: pisaba poseido de respeto, la tierra que cubria los huesos de aquel, que en medio de su gloria buscaba la soledad. Yo no tendré de comun con aquel gran ciudadano mas que el último destierro que á ningun hombre se levanta.

BAYAS.

9 de enero.

Desde lo alto del Monte-Nuevo, se descubre una vasta plantacion de mirtos, y elegantes brezos.

El lago Averno: es de forma circular y está confundido entre un recinto de montañas; sus orillas están adornadas de viñas de altas cepas; el antro de la Sibila está colocado hácia el Sur en el flanco de los peñascos, cerca de un bosque. He oido cantar á las aves, y las he visto volar al rededor del antro, á pesar de los versos de Virgilio:

Quam super haud ullæ poterant impune volantes
Tendere iter pennis. . . . .

En cuanto al *ramo de oro*, aunque todas las palomas del mundo me lo hubiesen mostrado, no hubiera sabido cogerlo.

El lago Averno comunicaba con el lago Lucrino: restos de este último lago en el mar; restos del puente Julia.

Se embarca y se sigue el dique hasta los baños de Neron, He hecho cocer huevos en el Flegeton. Reembarcándose al salir de los baños de Neron, y doblando el promontorio, en una costa abandonada, gimen batidas por las olas, las ruinas de multitud de baños y de quintas romanas. Templos de Venus, de Mercurio, de Diana; tumbas de Agripina, etc. Bayas fue el Elíseo de Virgilio y el infierno de Tácito.

HERCULANO, PORTICI, POMPEYA.

11 de enero.

La lava ha llenado el Herculano, como el plomo fundido llena las cavidades de un molde.

Pórtici es un almacen de antigüedades.

Hay cuatro partes descubiertas en Pompeya: 1.ª el templo; el cuartel de los soldados; los teatros; 2.ª una casa recientemente desembarazada por los franceses; 3.ª un cuartel de la ciudad; 4.ª la casa fuera de la ciudad.

La torre de Pompeya tiene cerca de cuatro millas. El cuartel de los soldados, es una especie de claustro alrededor del cual habia cuarenta y dos cuartos: algunas palabras latinas estropeadas y con pésima ortografía emborronan las paredes. Cerca de allí estaban los esqueletos encadenados: «Aquellos que un tiempo

(1) En Pompeya.

fueron encadenados, dice Job, no sufrirán ya, ni oirán la voz del exactor.»

Un pequeño teatro; veinte y una gradas en semicírculo y corredores detrás. Un gran teatro: tres puertas en el fondo para salir á la escena, comunicándose con los cuartos de los actores; tres filas marcadas para las gradas: la inferior mas ancha y de mármol. Los corredores de la espalda anchos y abovedados.

Entrábase por el corredor á lo alto del teatro y se bajaba á la platea por salidas especiales. Seis puertas se abrian en aquel corredor. No lejos de allí hay un pórtico cuadrado de sesenta columnas, y además otras columnas en línea recta, en direccion Sur á Norte; disposicion que no he podido comprender.

Hay tambien dos templos, uno de los cuales tiene tres altares y un santuario elevado.

La casa descubierta por los franceses es curiosa: los dormitorios, extremadamente exigüos, están pintados de azul ó de amarillo y adornados con pequeños cuadros al fresco. Vese en aquellos cuadros un personaje romano, un Apolo tocando la lira, paisajes, perspectivas de jardines y ciudades. En la habitacion mayor de aquella casa, hay una pintura que representa á Ulises huyendo de las Sirenas: el hijo de Laertoes, atado al mástil de su bajel, escucha á tres Sirenas situadas en las rocas: la primera toca la lira, la segunda una especie de trompeta, y la tercera canta.

Para llegar á la parte de Pompeya descubierta de mas antiguo, se entra por una calle de cerca de quince piés de ancho: á uno y otro lado hay aceras elevadas del pavimento que conservan la huella de las ruedas en diversos puntos. La calle está formada por tiendas y casas, cuyo primer piso está derribado. En dos de aquellas casas se ven los objetos siguientes:

Un gabinete quirúrgico y un tocador, ambos con pinturas análogas.

Llamáronme la atencion hácia un molino de trigo, y las señales de un instrumento cortante, marcadas aun en la piedra de la tienda de un tocinero ó panadero, porque no sé lo que era.

La calle conduce á una puerta de la ciudad, donde ha quedado al aire un trozo de muro de circunvalacion. En esta puerta comenzaba la línea de sepulcros que marcaban la via pública.

Despues de pasar la puerta, se encuentra la casa de campo tan conocida. El pórtico que rodea el jardin de aquella casa, está compuesto de pilares cuadrados, agrupados de tres en tres. Bajo el primer pórtico, existe otro, y allí fue ahogada la jóven, cuyo seno está impreso en el trozo de tierra que he visto en Pórtici: la muerte, haciendo las veces de estatuario, ha modelado su víctima.

Para pasar de una parte descubierta de la ciudad á otra descubierta tambien, se atraviesa un rico suelo cultivado ó plantado de vides. El calor era escesivo, pero la tierra presentaba un aspecto risueño, cubierta de verdor y esmaltada de flores (1).

Al recorrer aquella ciudad de muertos, una idea fija me perseguia. No se cavaba en ningun edificio de Pompeya sin que se descubriesen utensilios domésticos, instrumentos de diferentes oficios, muebles, estátuas, manuscritos, etc., y con estos restos de los tiempos que fueron, se llena el *Museo de Pórtici*. Esto no obstante, otra cosa mejor podria hacerse, y sería dejar las cosas en el sitio en que están y como están; reponer los techos, cielos rasos, entarimados y ventanas para impedir el deterioro de las pinturas de las paredes; levantar el antiguo recinto de la ciudad, cerrar sus puertas, y por último establecer allí una guardia y dotar algunos sabios versados en las artes. ¿No seria este el museo mas maravilloso de la tierra? ¡Una ciudad romana conservada por completo, como si sus habitantes acabaran de salir un cuarto de hora antes!

Se aprendería mejor la historia doméstica del pueblo romano, y el estado de aquella civilizacion, dando algunos paseos por la Pompeya restaurada, que leyendo las obras de la antigüedad. La Europa entera se apresuraria á trasladarse á aquella ciudad representante de los antiguos tiempos, y los gastos que exigiere la ejecucion de este proyecto, serian ampliamente compensados por la afluencia de extranjeros en Nápoles. Además, fácilmente se comprende que no era indispensable emprender á la vez estos trabajos; podian continuarse lentamente pero con regularidad las escavaciones, y solo serian necesarios un poco de ladrillo, pizarra, yeso, piedra, maderas de carpintería y de construccion para emplearlas á proporcion que las ruinas se fueran desembarazando de la tierra que las obstruye; y un arquitecto hábil seguiria, en cuanto á las restauraciones, el estilo local, de que hallaria modelos en los paisajes pintados en las paredes mismas de las casas de Pompeya.

La práctica actual me parece perjudicial: arrebatadas á sus sitios naturales, las curiosidades mas raras se sepultan en gabinetes, donde no están en relacion con los objetos que las rodean, además de que, descubiertos los edificios de Pompeya, no tardarán en venir al suelo, pues si hasta ahora se han conservado, ha sido porque han estado ahogados entre escombros, pero expuestos al aire libre, se pulverizarán sino se los conserva ó repara.

En todos los paises, los monumentos públicos elevados á toda costa con granito ó mármol, son los únicos que han resistido á la accion de los tiempos; pero las habitaciones domésticas, las ciudades propiamente dichas, han caido, porque la fortuna de los simples particulares no les permitia edificar para siglos.

A MR. DE FONTANES.

Roma, 10 de enero de 1804.

Llego de Nápoles, querido amigo, y te remito un fruto de mi viaje, al que tienes derecho: algunas hojas del laurel que cubre la tumba de Virgilio. «*Tenet nunc Parthenope.*» Hace tiempo que debiera haberte hablado de aquella tierra clásica, creada para interesar á un genio como el tuyo; pero varias razones me han impedido lo cumpliese. Pero no quiero dejar á Roma sin decirte al menos algunas palabras de esta ciudad famosa. Hemos convenido en que te escribiria al azar, y sin decir metódicamente cuanto pensaba de Italia, como te dije en otro tiempo, la impresion que hacian en mi corazon las vastas soledades del Nuevo-Mundo. Sin mas preámbulo voy á procurar pintarte el exterior de Roma, sus campiñas y sus ruinas.

Ya has leido cuanto se ha escrito sobre este asunto; pero no sé si los viajeros te han dado una idea exacta del cuadro que presenta la campiña de Roma. Imagínate una cosa parecida á la desolacion de Tyro y Babilonia, de que habla la Escritura; un silencio y una soledad tan profundos como era inmenso el ruido y el tumulto de los hombres que se agrupaban en otro tiempo en este suelo. Creese escuchar aun aquí retumbar aquella maldicion del Profeta: *Venient tibi duo hæc subito in die una: sterilitas et viduitas.* Descúbrense acá y allá algunas extremidades solitarias de vias romanas, algunos rastros desecados de los torrentes del invierno: restos que vistos de lejos, tienen la apariencia de unos grandes caminos frecuentados, y que no son otra cosa que el cauce desierto de unas aguas borrascosas que han pasado como el pueblo romano. Pocos árboles se ofrecen á la vista, pero en cambio por todas partes se ven ruinas de acueductos y de tumbas: ruinas que parecen ser las selvas y plantas indígenas de una tierra compuesta del polvo de los

(1) Al fin de este Viaje doy noticias curiosas acerca de Pompeya, que completan esta sucinta descripcion.

muertos y de las ruinas de los imperios. Con frecuencia he creido ver ricas mieses, extendiéndose por una gran llanura; pero me aproximaba y solo hallaba yerbas marchitas que habian engañado mi vista. Otras veces, bajo aquellas mieses estériles se distinguen huellas de un cultivo antiguo. Ni un ave, ni un labrador; absoluta carencia de movimiento campestre; ni el menor mugido de ganado, ni la mas pobre aldea alteran aquella monótona perspectiva, viéndose solo un corto número de granjas incultas en medio de aquella desnudez de los campos: propiedades que aumentan lo sombrío del paisaje con sus puertas y ventanas herméticamente cerradas, y de las cuales no sale humo, ruido, ni habitante alguno. Una especie de salvaje, casi desnudo, pálido y consumido por la fiebre, guarda aquellas tristes chozas, como los espectros que en las historias góticas defendian la entrada de los castillos abandonados. En una palabra, diríase que ninguna nacion habia osado suceder á los señores del mundo en su tierra natal, y que aquellos campos están tales cómo los ha dejado la reja de Cincinato ó el último arado romano.

Un monumento que domina y entristece mas aun aquel terreno inculto, y que la voz popular caracteriza con el nombre de *Tumba de Neron* (1), se eleva en medio de ella como la gran sombra de la Ciudad Eterna. Decaida de su poder terrestre, parece haberse querido aislar del mundo, no pudiendo su orgullo soportar su decadencia; y para separarse de las demás ciudades de la tierra, ha ocultado noblemente sus desgracias en la soledad como reina caida de la elevacion de su trono.

Paréceme imposible describirte la sensacion que se experimenta al ver aparecer repentinamente á Roma en medio de aquellos reinos vacíos, *inania regna*, y que parece querer levantarse de la tumba en que descansa. Imagina la turbacion y asombro que embargaria á los profetas cuando Dios les enviaba la vision de alguna ciudad á la que habia unido los destinos de su pueblo: *Quasi aspectus splendoris*. La multitud de recuerdos y la abundancia de sentimientos anonadan; el alma se abisma al aspecto de aquella Roma que ha recogido dos veces la sucesion del mundo, como heredera de Saturno y Jacob.

Acaso creerás, amigo mio, despues de haber leido esta descripcion que es imposible haya cosa mas espantosa que las campiñas romanas; pero te engañarias mucho si así pensaras porque á pesar de todo poseen una inconcebible grandeza y siempre que se las contemple se exclamará con Virgilio:

> Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,
> Magna virum!

Si las miras como economista, tu alma se llenará de desaliento; pero si las contemplas como artista, como poeta, y aun como filósofo no querrias quizá, que fuesen diferentes de lo que son. El aspecto de los campos de pan llevar, ó de una loma cubierta de viñas no te causarian tan fuertes emociones como la vista de esta tierra que no he podido rejuvenecer el cultivo moderno, y que conserva el carácter antiguo como las ruinas que la cubren.

Nada puede compararse bajo el aspecto de la belleza, á las líneas del horizonte romano, á la suave inclinacion de los planos y á los contornos vagos y ligeros de las montañas que lo terminan. Unas veces los valles toman la forma de un estadio, un circo ó un hipódromo invadiendo la campiña, y otras los collados aparecen cortados en forma de terraplenes, como si la mano poderosa de los romanos hubiera removido aquella inmensa mole de tierra. Un vapor particular ocupando la parte lejana del horizonte, redondea los objetos y disimula la dureza y fealdad que pudieran tener sus formas. Las sombras nunca son pesadas y negras, y no hay grandes masas de rocas ó de follaje por oscuras que sean, en que no se insinue siempre un poco de luz. Una tinta de singular y armónico colorido, une la tierra, el cielo y las aguas; y todas las superficies, por una gradacion insensible de colores, vienen á unirse por sus extremidades, sin que pueda determinarse el punto donde termina una nube y comienza otra. ¿No has admirado en los paisajes de Claudio Lorena aquella luz que parece ideal y mas hermosa aun que natural? pues bien: ¡esa es la luz de Roma! No he querido privarme del placer de ver ocultarse el sol en la quinta Borghèse entre los cipreses del monte Mario y los pinos de la quinta Pamphili, plantados por Lenôtre, y muchas veces tambien he subido el Tiber en Ponte-Mole para gozar de la grandiosa escena que ofrece el paisaje al despedirse el dia. Las cimas de las montañas de la Sabina parecian entonces de lapislázuli ó de ópalo, mientras sus basas y flancos se ofrecian á la vista como inundados en un vapor ligeramente teñido de violeta y purpurina. Unas veces las nubes, llevadas con gracia inimitable en alas del viento vespertino, á manera de carros vaporosos, parecian representar la aparicion de los habitantes del Olimpo en aquel cielo mitológico; y otras la antigua Roma parecia haber extendido en el Occidente toda la púrpura de sus cónsules y Césares para que por ella dirigiera sus últimos pasos el dios de la luz. Esta rica decoracion no desaparece con tanta prontitud como en nuestros climas, y así es que cuando se cree van á borrarse aquellos tintes, reaparecen en algun otro punto del horizonte: un crepúsculo sucede á otro, y se ve con placer prolongarse la mágia de la caida del sol. Verdad es que á la hora del reposo de las campiñas, el aire no repite ya cantos bucólicos; los pastores no estan allí ya, *¡Dulcia linquimus arva!* pero vense aun *las grandes víctimas del Clytumna*, bueyes blancos ó rebaños de yeguas medio salvajes que descienden á las orillas del Tiber para abrevar en sus aguas. Te creerias transportado á los tiempos de los antiguos sabinos ó al siglo del arcadio Evandro, cuando el Tiber se llamaba Albula, y cuando el piadoso Eneas surcó sus aguas desconocidas.

Convendré sin embargo en que las perspectivas de Nápoles son mas deslumbradoras que las de Roma: ya el sol inflamado ó la luna llena y roja se elevan sobre el Vesuvio como un globo lanzado por el volcan: la bahia de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, las montañas de la Apulla, la isla de Caprea, la costa del Pausilipo, Bayas, Misena, Cumes, el Averno, los Campos Elíseos y toda aquella tierra virgiliana ofrecen un espectáculo mágico, pero carecen á mi juicio de la grandiosidad de la campiña romana. Por lo menos hay una cosa positiva, y es que se connaturaliza uno prodigiosamente con aquel suelo famoso. Dos mil años hace que Ciceron se creia desterrado bajo el cielo del Asia, y decia á sus amigos: *Urbem, mi Rufi, cole; in ista luce vive*. El atractivo de la bella Ausonia es aun el mismo, y se citan muchos ejemplos de viajeros que habiendo venido á Roma con el designio de pasar algunos dias, moraron en ella durante su vida. Necesario fue que viniese á morir el Pusin á esta tierra de soberbios paisajes.

El que se ocupe exclusivamente del estudio de la antigüedad y de las artes, y el que no tiene ya lazos que le liguen á otros paises, debe venir á morar en Roma. Aquí hallará para su sociedad una tierra que le nutrirá de útiles reflexiones y llenará su corazon, y paseos que le dirán siempre alguna cosa. La piedra que huelle con sus plantas le evocará recuerdos, el polvo que el viento eleve al cruzar este suelo, encerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado, si ha unido las cenizas de los que amó á tantas cenizas ilustres,

(1) La verdadera tumba de Neron estaba en la *Puerta de Pueblo*, en el sitio donde se ha edificado despues la iglesia de *Santa Maria del Pópolo*.

¿con qué encanto no pasará del sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso, de la encantadora tumba de *Cecilia Metela* al modesto ataud de una mujer infortunada! Podrá creer que aquellos manes queridos se complacen en vagar en torno de aquellos monumentos, con la sombra de Ciceron que llora aun á su querida Julia, ó la de Agripina, ocupada aun de la urna de Germánico. Si es cristiano ¡ah! ¡cómo podrá sustraerse á aquella tierra que se ha hecho su patria, de aquella tierra que ha visto nacer un segundo imperio, santo ya en su cuna, y mas grande en poder que el que le ha precedido; de aquella tierra donde los amigos que hemos perdido duermen con los mártires en las catacumbas, y vigilados por el ojo del padre de los fieles, parecen deben ser los primeros en levantarse de su polvo, y parecen tambien mas cercanos á los cielos!

Aunque Roma, vista interiormente ofrece el aspecto de la mayor parte de las ciudades europeas, no obstante conserva aun un carácter peculiar: ninguna otra ciudad ofrece á la vista y á la consideracion del filósofo semejante mezcla de arquitectura y ruinas, desde el Panteon de Agripina á las murallas de Belisario, y desde los monumentos traidos de Alejandría hasta el cimborrio elevado por Miguel-Angel. La belleza de las mujeres es otro rasgo distintivo de Roma: recuerdan por su porte y continente las Clelias y Cornelias, y se juzga ver las estátuas de Juno y Palas descendidas de sus pedestales, paseando al rededor de sus templos. Por otra parte se halla en los romanos ese *tono de carnes* al que han dado los pintores el nombre de *color histórico* y emplean en sus cuadros. Natural es que hombres, cuyos abuelos han representado tan gran papel en la tierra, hayan servido de modelo ó tipo á los Rafaeles y Dominiquinos, para representar sus personajes históricos.

Otra singularidad de la ciudad de Roma, son los rebaños de cabras, y sobre todo aquellas yuntas de grandes bueyes con enormos cuernos, recostados al pié de los obeliscos egipcios, entre los restos del Foro y bajo los arcos por donde pasaban en otro tiempo para conducir al triunfador romano á aquel Capitolio que Ciceron llamaba el *Consejo público del universo*:

Romanos ad templa Deum duxere triumphos.

A todos los rumores comunes á las grandes ciudades, se une aquí el ruido de las aguas que se escucha por do quiera, como si se estuviera al lado de las fuentes de Blandusia ó de Egeria. De lo alto de las colinas encerradas en el recinto de Roma, ó de la extremidad de muchas de sus calles, se descubre la campiña en perspectiva, confundiéndose la ciudad y los campos de una manera altamente pintoresca. En invierno, los techos de las casas están cubiertos de yerbas como las cabañas de nuestros aldeanos; y todas estas diversas circunstancias contribuyen á dar á Roma cierto aire rústico perfectamente de acuerdo con su historia: sus primeros dictadores manejaban el arado: debió el imperio del mundo á labradores, y la mayor parte de sus poetas no se desdeñaron de enseñar el arte de Hesiodo á los hijos de Rómulo:

Ascræumque cano romana per oppida carmen.

Respecto al Tiber, que baña con sus aguas esta gran ciudad y que comparte la gloria con ella, su destino es altamente singular. Pasa por un ángulo de Roma como si no existiese; nadie se digna dirigirle una mirada, nadie habla de él, nadie bebe de sus aguas, sirviéndose solo de ellas las mujeres para lavar; piérdese entre las mezquinas casas que le ocultan, y corre á precipitarse en el mar avergonzado de llamarse *el Tevere*.

Entro ahora, querido amigo, á decirte algunas palabras de aquellas ruinas de que tanto me has recomendado te hable, y que constituyen una gran parte de las afueras de Roma: las he visto en detalle, ora en Roma, ora en Nápoles, á excepcion de los templos de Pæstum, que no he tenido tiempo de visitar. Sin duda sentirás que estas ruinas presenten diversos caracteres, segun los recuerdos que á ellas están anejos.

En una tarde apacible del mes de julio último, me senté en el Coliseo en la grada de uno de los altares consagrados á los dolores de la Pasion. El sol, próximo á su ocaso, derramaba corrientes de oro por todas aquellas galerías donde en otro tiempo pululaba el torrente de los pueblos; fuertes sombras salian al mismo tiempo del fondo de los palcos y de los corredores, ó caian en la tierra en anchas fajas negras. Desde lo alto de los macizos de la arquitectura, descubrí entre las ruinas del lado derecho del edificio, el jardin del palacio de los Césares, con una palmera, al parecer colocada de ex-profeso, en aquellos restos para los pintores y poetas. En lugar de los gritos de júbilo que exhalaban en otros dias unos espectadores feroces al ver desgarrar á los cristianos por los leones, se escuchaban solo los ladridos de los perros del eremita que custodia aquellas ruinas. Pero tan pronto como el sol desapareció del horizonte, la campana de la cúpula de San Pedro resonó bajo los pórticos del Coliseo. Aquella correspondencia establecida por los sonidos religiosos en los dos monumentos mas grandes de la Roma pagana y de la Roma cristiana, me causó una viva emocion: yo pensaba en que el edificio moderno se desplomaría como el antiguo; juzgaba que los monumentos se suceden como los hombres que los han elevado; recordaba en mi memoria, que aquellos mismos judios que en su primera cautividad trabajaban en las pirámides de Egipto y en las murallas de Babilonia, habian edificado aquel enorme anfiteatro en su última dispersion. Las bóvedas que repetian los sonidos de la campana, eran la obra de un emperador pagano, señalado en las profecías como destructor final de Jerusalem. Estos son asuntos de meditacion bastante elevados; ¿y creerás que una ciudad donde semejantes efectos se reproducen á cada paso, no sea digna de verse?

He vuelto ayer, 9 de enero, al Coliseo, con intento de examinarlo en distinta estacion y bajo diferente aspecto; y me ha sorprendido no escuchar el ladrido de los perros á mi llegada, y no verlos aparecer en los corredores superiores del anfiteatro entre las secas yerbas que allí vejetaban, como tenian de costumbre. He llamado á la puerta de la ermita practicada en el arco de un palco, y nadie me ha respondido: el ermitaño ha pasado como el edificio en que moraba. La inclemencia de la estacion, la ausencia del buen solitario y pesares recientes, me han hecho mas terrible la tristeza de aquel lugar: he creido ver los escombros de un edificio que habia admirado algunos dias antes en toda su integridad y lozanía. Asi, amigo mio, somos advertidos á cada paso de nuestra nada: el hombre busca fuera de sí razones para convencerse de ello: va á meditar sobre las ruinas de los imperios, y olvida que él mismo es un resto aun mas frágil, y que caerá antes que aquellas ruinas que contempla (1). Lo que acaba de completar la idea de que la vida es el *sueño de una sombra* (2), es que no podemos tener ni aun la esperanza de vivir por mucho tiempo en la memoria de nuestros amigos, puesto que su corazon, donde está grabada nuestra imágen, es como el objeto, cuyos rasgos refleja, una arcilla sujeta á disolverse. Háseme mostrado en Pórtici un trozo de las cenizas del Vesuvio, deleznable, y que conserva la marca, diariamente debilitada por el estrago del tiempo, del seno y brazo de una jóven enterrada bajo las ruinas de Pompeya; esta es una imágen bastante exacta, si bien ineficaz para el orgullo humano, de la

(1) El hombre á quien se dirigia esta carta no existe ya. (Nota de la edicion de 1827).

(2) Píndaro.

huella que deja nuestra memoria en el corazon de los hombres: *ceniza y polvo* (1).

Antes de partir para Nápoles, fuí á pasar solo algunos dias en Tívoli: recorrí las ruinas de los alrededores, y sobretodó las de la quinta Adriana. Sorprendido por la lluvia en medio de mi camino, me refugié en los salones de las Termas cercanas al Pœcilo (2), bajo una higuera que habia derribado un lienzo de pared al desarrollarse. En un pequeño salon octógono, una viña virgen horadaba la bóveda del edificio, y su gruesa cepa, lisa, roja y tortuosa, se elevaba á lo largo del muro como una serpiente. En torno mio, y á través de las arcadas de las ruinas, se abrian puntos de vista de la campiña romana. Espesos matorrales de sauco llenaban aquellas salas desiertas, donde venian á refugiarse algunos mirlos. Los fragmentos de mampostería estaban tapizados de hojas de escolopendra, cuya verdura satinada se destacaba como un bello mosáico sobre la blancura del mármol. Altos cipreses reemplazaban á las columnas caidas en aquel palacio de la muerte; el acanto silvestre se arrastraba á mis piés sobre las ruinas, como si la naturaleza se complaciera en reproducir en aquellas mutiladas obras maestras de arquitectura, el ornamento de su pasada belleza. Todos aquellos diversos salones y la parte mas elevada de las ruinas parecian canastillos y ramos de verdor, y agitando el viento las húmedas guirnaldas, las plantas todas se inclinaban bajo la lluvia del cielo.

Mientras contemplaba aquel cuadro, mil ideas confusas se chocaban en mi espíritu: tan pronto admiraba como detestaba la grandeza romana, y ya pensaba en las virtudes como en los vicios de aquella propietaria del mundo, que habia querido asimilar una imágen de su imperio en su jardin. Recordaba los acontecimientos que habian destruido aquella quinta soberbia: veíala despojada de sus mas bellos ornamentos por el sucesor de Adriano; veia á los bárbaros pasar sobre ella como un torbellino que todo lo asola, y veia tambien que si alguna vez se acantonaron en ella para defenderse en aquellos mismos monumentos que casi habian destruido, coronaban el órden griego y toscano con la almena gótica: y por último, veia á los religiosos cristianos, que, llevando la civilizacion á aquellos sitios, plantaban la viña y conducian el arado en el *Templo de los estóicos* y en las *salas de la Academia*. El siglo de las artes renace y nuevos soberanos acaban de trastornar lo que restaba de las ruinas de aquellos palacios, para buscar en ellos algunas obras artísticas. A estos distintos pensamientos uniase una voz interior que me repetia lo que cien veces he escrito ya acerca de la vanidad de las cosas humanas. En los monumentos de la quinta Adriana hay vanidad de vanidad; pues como todo el mundo sabe, estos no eran otra cosa que imitacion de otros monumentos esparcidos en las provincias del imperio romano: el verdadero templo de Serapis en Alejandría, la verdadera Academia en Atenas, no existen ya, y así es que en las copias de Adriano no se ven sino ruinas de ruinas.

Dicho esto, amigo mio, convendria te describiese el templo de la Sibilá, en Tívoli, y el elegante templo de Vesta, suspendido sobre la cascada; pero me falta el tiempo. Siento no poder pintarte aquella cascada celebrada por Horacio; pero estaba en tus dominios, tú el heredero de la ἀττικία de los griegos, ó del *simplex munditiis* de cantor del *Arte poetica*; pero los he visto en una estacion muy triste, y además estaba de mal humor. Mas te diré: me importunaba el ruido de aquellas aguas que tanto me habian encantado en las selvas americanas. Frecuentemente recuerdo el placer que experimentaba cuando por la noche, en medio del desierto, con mi hoguera medio apagada, mi guia durmiendo, y paciendo mis caballos á alguna distancia; escuchaba la melodía de las aguas y de los vientos en lo profundo de los bosques. Aquellos murmullos, tan pronto fuertes como débiles, aumentando y decreciendo á cada instante, me hacian estremecer: cada árbol era para mí una especie de lira armoniosa, de la cual sacaban los vientos acordes inefables.

Hoy alcanzo á descubrir soy muchó menos sensible á los encantos de la naturaleza, y dudo que la catarata del Niagara me causase la misma admiracion que en otros dias. Cuando uno es jóven, la naturaleza, por muda que parezca, habla elocuentemente: todo su porvenir está ante él (si me permite esta expresion mi Aristarco); espera comunicar sus sensaciones al mundo, y se alimenta con mil quimeras. Pero en una edad avanzada, cuando la perspectiva que teniamos á la vista viene á colocarse á nuestra espalda, y se desvanece una multitud de ilusiones, entonces la naturaleza aislada se hace fria y apenas nos dice nada: *Los jardines hablan poco.* (3)

Para que aquella naturaleza nos interese ya, es preciso que se una á los recuerdos de la sociedad: pues nosotros nos bastamos menos á nosotros mismos; la soledad absoluta nos pesa, y necesitamos de aquellas conversaciones *que se tienen á media voz por la tarde entre los amigos.* (4)

No dejé á Tívoli sin visitar la casa del poeta que acabo de citar: estaba en frente de la quinta de Mecenas, y allí era donde ofrecia *floribus et vino genium memorem brevis ævi.* La ermita no podia ser muy grande porque está situada en la cima misma de la colina; pero se comprende deberá estarse allí bien al abrigo de la intemperie, y que todo era cómodo aunque pequeño. El pastor colocado delante de la casa abrazaba con la vista un pais inmenso: retiro á propósito para el poeta á quien basta poco, y que goza de todo lo que no le es propio: *Spacio brevi spens longam reseces.* Prescindiendo de todo, es muy fácil ser filósofo como Horacio. Poseía una casa en Roma, y dos quintas en la campiña, una en Utica y otra en Tívoli. Bebia con sus amigos un vino especial del consulado de Tulo; su bufete estaba cubierto de plata, y decia familiarmente al primer ministro del señor del mundo: «*No siento las necesidades de la pobreza, y si quisiese alguna cosa mas, Mecenas, tú no me la rehusarias.*» Con esto se puede cantar á *Lálage*, coronarse *de lirios, que viven poco*, hablar de la muerte bebiendo el falerno, y *dar al viento los pesares*.

Observo que Horacio, Virgilio, Tibulo y Tito Livio murieron todos antes que Augusto, que en esto tuvo la suerte de Luis XIV: este gran príncipe sobrevivió poco á su siglo y se durmió el último en la tumba, como para asegurarse que no quedaba ya nada tras él.

Sin duda alguna te será indiferente saber que la casa de Cátulo está situada en Tívoli, mas arriba de la de Horacio, y que en la actualidad está habitada por algunos religiosos cristianos; pero tal vez te llame la atencion que Ariosto haya venido á componer sus *fábulas cómicas* al mismo lugar en que Horacio gozó de todas las cosas de la vida. Pregúntase uno con sorpresa cómo es que el cantor de Roldan, retirado en casa del cardenal de Este, en Tívoli, ha consagrado sus *divinas* locuras á la Francia, y á la Francia semi-bárbara, teniendo á la vista los severos monumentos y los graves recuerdos del pueblo mas serio y civilizado de la tierra. Por lo demás, la quinta de Este es la única moderna que me ha interesado en medio de las ruinas de las quintas de tantos emperadores y cónsules. La casa de Ferrara ha tenido el honor poco comun de ha-

(1) Job.
(2) Monumentos de la quinta. Véanse mas arriba la descripcion de Tívoli y de la quinta Adriana.

(3) La Fontaine.
(4) Horacio.

ber sido cantada por los dos grandes poetas de su tiempo, y los dos genios mas brillantes de la Italia moderna.

> Piácciavi, generose Ercolea prole,
> Ornamento e splendor del secol nostro,
> Ippolito, etc.

Esta es la voz de un hombre dichoso que da gracias á la casa poderosa, cuyos favores ha merecido y cuyas delicias constituye. El Taso, mas sensible, hace oir en su invocacion los acentos del reconocimiento de un gran hombre infortunado :

> Tu magnanimo Alfonso, il qual ritogli, etc.

Indudablemente es usar con nobleza del poder, servirse de él para proteger los talentos proscriptos, y acoger al mérito fugitivo. Ariosto é Hipólito de Este, han dejado un recuerdo en los vallecillos de Tívoli, que no cede en encanto al de Horacio y Mecenas. ¿Pero qué se han hecho los protectores y los protegidos? En el momento en que escribo, la casa de Este acaba de extinguirse; la quinta del cardenal de Este se ha convertido en ruinas como la del ministro de Augusto: historia de todas las cosas y de todos los hombres :

> Linquenda tellus, et domus, et placens
> Uxor.

Un dia entero pasé en esta soberbia quinta y no me cansé de admirar la perspectiva que se descubria desde lo alto de sus terrados ; á mis piés se dilataban los jardines con sus plátanos y cipreses ; despues de los jardines se descubrian los restos de la casa de Mecenas, situada á la orilla del Anio (1) ; al otro lado de la ribera y coronando la colina del frente, se veia descollar un frondoso olivar de corpulentos troncos, y envueltas entre su follaje las ruinas de la quinta de Varo; un poco mas lejos, hácia la izquierda, en el llano se elevan los tres montes *Monticelli*, *San Francesco* y *San-Angelo*, y entre las cimas de aquellos tres montes vecinos campeaba la lejana y azulada cumbre del antiguo Soracto ; en el horizonte y á la extremidad de las campiñas romanas, describiendo un círculo por el Poniente y Mediodia, se divisaban las alturas de Monte-Fiescone, Roma, Civita-Vecchia, Ostia, el mar y Frascati, dominado por los picos de Tusculum; y por último, viniendo á buscar á Tívoli hácia el Levante, la circunferencia entera de aquella inmensa perspectiva, terminaba en el monte Ripoli ocupado en otro tiempo por las casas de Bruto y Ático, y á cuyo pié se halla la quinta Adriana con sus ruinas.

En medio de este cuadro sorprendente, puede muy bien seguirse el curso del Teverone que descendiendo hácia el Tiber corre hasta el puente donde se eleva el mausoleo de la familia *Plautia*, edificado en forma de torre. Descúbrese tambien el gran camino de Roma en la campiña ; es la antigua via Tiburtina, en otro tiempo adornada de sepulcros, y en cuya larga extension se elevan montones piramidales de heno imitando aquellas tumbas.

Difícil seria hallar en el mundo un golpe de vista mas admirable y mas á propósito para despertar poderosas reflexiones. No quiero hablar de Roma, cuyas cúpulas se descubren, sino solamente de los lugares y monumentos encerrados en aquella vasta extension. Allí está la casa en que Mecenas, hastiado de los bienes terrenales, murió de consuncion; Varo dejó su collado para ir á verter su sangre en los pantanos de la Germania; Casio y Bruto abandonaron sus retiros para trastornar su patria. Bajo aquellos altos pinos de Frascati, Ciceron dictaba sus *Tusculanas;* Adriano hizo correr un nuevo Peneo al pié de aquella colina, y transportó á aquellos sitios los encantos y recuerdos del valle de Tempé. Junto á aquella fuente de la Solfatara, la reina cautiva de Palmira acabó sus dias en la oscuridad y su quinta momentánea desapareció en el desierto. Aquí fue donde el rey Latino consultó al dios Fauno en la selva de la Albunea; allí fue donde Hércules tenia su templo, y donde la sibila Tiburtina dictaba sus oráculos; allá están las montañas de los antiguos sabinos, las llanuras de la vetusta Lacio; tierra de Saturno y de Rhea, cuna de la edad de oro, cantada por todos los poetas; colinas risueñas de Tibur y de Lucretilo, donde solo el genio francés ha podido recordar las gracias que esperaban el pincel del Pusin y de Claudio de Lorena.

Bajé de la quinta de Este (1), cerca de las tres de la tarde, y pasé el Teverone por el puente de Lupus para entrar en Tívoli por la puerta Sabina. Al atravesar los seculares olivos de que acabo de hablar, descubrí una capillita blanca dedicada á la madona Quintilanea y edificada sobre las ruinas de la quinta de Varo. Era un domingo, la puerta de aquella capilla estaba abierta, y entré en ella. Descubrí tres altares pequeños dispuestos en forma de cruz, y en el del centro se elevaba un gran crucifijo de plata ante el cual ardia una lámpara suspendida en la bóveda. Un solo hombre de aspecto desgraciado estaba posternado cerca de un banco, y oraba con tanto fervor que no levantó la vista para mirarme, á pesar del ruido producido por mis pisadas. Yo sentí entonces lo que he experimentado mil veces al entrar en una iglesia, una especie de *tregua* de los combates del corazon (como dicen nuestras antiguas Biblias), y cierto disgusto de la tierra. Arrodilléme á alguna distancia de aquel hombre, é, inspirado por el sitio pronuncié esta oracion: «Dios del »viajero, que habeis querido que el peregrino os adorase en este humilde asilo, edificado sobre las ruinas »del palacio de un grande de la tierra! ¡Madre de dolor, »que habeis establecido vuestro culto misericordioso »en la herencia de aquel romano infortunado, muerto »lejos de su país en las selvas de la Germania! No es»tamos aquí mas que dos fieles postrados al pié de »vuestro altar solitario : conceded á ese desconocido, »tan profundamente humillado ante vuestra grande»za, todo lo que os pida; haced que las súplicas de ese »hombre sirvan á su vez para curar todas mis en»fermedades, á fin de que estos dos cristianos que son »extraños el uno al otro, que no se han encontrado »mas que por un instante en la vida, y que van á »separarse para no volverse á ver acá abajo, se admi»ren al encontrarse al pié de vuestro trono, y de »deberse mútuamente una parte de su felicidad, por »los milagros de su caridad!»

Cuando observo, amigo querido, las hojas esparcidas sobre mi mesa, me espanto de mi enorme conjunto de vagatelas y vacilo en enviártelas. Siento por lo tanto que no te haya dicho nada en sustancia, y haya olvidado mil cosas que hubiera debido decirte, como por ejemplo, el no haberte hablado de Tusculum, ni de Ciceron, que segun Séneca, «fue el único genio que tuvo el pueblo romano igual á su imperio.» *Illud ingenium quod solum populus romanus par imperio suo habuit.* Mi viaje á Nápoles, mi descenso al cráter del Vesuvio, mis escursiones á Pompeya, á Caserta, á la Solfatara, al lago Averno, y á la gruta de la Sibila, hubieran podido interesarte, etc. Bayas, donde han pasado tantas escenas memorables, merecia solo un volúmen. Me parece ver aun la torre de Bola, situada donde estuvo la casa de Agripina, y en la que esta dijo aquella palabra sublime á los asesinos enviados por su hijo: *Ventrem feri!* La isla Nisida, que sirvió de retiro á Bruto, cerca del matador de César; el puente de Calígula, la Piscina admirable, todos aquellos palacios edi-

(1) Hoy el Teverone.

(1) Al fin de mi descripcion de la quinta Adriana anuncié para el siguiente dia un paseo á la quinta de Este y no di entonces detalles de este paseo, porque se hallaba en mi *carta acerca de Roma,* á Mr. de Fontanes.

ficados en el mar y de que habla Horacio, bien valdrian la pena de que uno se detuviese un poco. Virgilio ha logrado y hallado en estos lugares las bellísimas ficciones del libro sexto de su Eneida, y desde aquí escribia á Augusto aquellas modestas palabras, las únicas que conocemos en prosa de aquel gran poeta: *Ego vero frecuentes á te litteras accipio..... De Ænea quidem meo si me hercule jam dignum auribus haberem tuis, libenter mitterem; sed tanta inchoata, res est ut pene vitio mentis tantum opus ingressus mihi videar: cum præsertim, ut scis, alia quoque studia ad id opus multoque potiora impertiar.*

Mi peregrinacion á la tumba de Escipion el Africano es una de las que mas han satisfecho mi corazon, aunque haya faltado el objeto de mi viaje. Habíaseme dicho existia aun el mausoleo y que en él se leia aun la palabra *patria*, único resto de aquella inscripcion que se pretende haber sido grabada en él: *Ingrata patria! no poseerás mis huesos.* Pasé pues á Patria, llamada antigüamente Literna, y aun cuando no encontré la tumba, recorrí las ruinas de la casa que habitó en su destierro el mas grande y el mas amable de los hombres: me parecia ver pasearse al vencedor de Anibal, por la orilla del mar en la costa opuesta á la de Cartago, consolándose de la injusticia de Roma con los encantos de la amistad y la conciencia de sus virtudes. (1)

En cuanto á los modernos romanos, querido amigo, creo que Duclos estaba de buen humor cuando los llamó los *Italianos de Roma*, pues creo subsiste aun en ellos el fondo de una nacion que tiene poco de comun con las demás. En aquel pueblo puede descubrirse un juicio severísimo, buen sentido, valor, paciencia, genio, huellas profundas de sus antiguas costumbres, y cierto aire de soberanía que unido á algunos hábitos dignos, revelan su superioridad. Antes de condenar esta opinion, que tal vez te parezca atrevida, seria preciso oir las razones en que la apoyo; pero no tengo tiempo para dártelas.

¡Cuántas cosas tendría que decirte acerca de la literatura italiana! Solo he visto una vez al conde Alfieri; ¿adivinarías cómo? ¡en su féretro! Díjoseme que apenas habia sufrido alteracion, y su fisonomía me pareció noble y grave; la muerte aumentaba sin duda su severidad, y habiéndose hecho muy corto el ataud, se vieron en la necesidad de inclinarle la cabeza hácia el pecho, violencia que le imprimió un aspecto formidable. Debo á la bondad de una persona que le fue muy querida (2), y á la finura de un amigo del conde, notas curiosas sobre las obras póstumas, las opiniones y la vida de este hombre célebre. La mayor parte de los papeles públicos de Francia solo han insertado reseñas truncadas ó inciertas, y mientras puedo comunicarte mis notas te envio el epitafio que el conde Alfieri habia hecho para su noble amiga en union con el suyo:

HIC. SITA. EST.
AL.... E... ST....
ALB.... COM....
GENERE. FORMA. MORIBUS.
INCOMPARABILI. ANIMI. CANDORE.
PRÆCLARISSIMA
A. VICTORIO. ALFERIO.
JUXTA. QUEM. SARCOPHAGO. UNO (3).
TUMULATA. EST.
ANNORUM. 26. SPATIO.
ULTRA. RES. OMNES. DILECTA.
ET. QUASI. MORTALE. NUMEN.
AB. IPSO. CONSTANTER HABITA.
ET. OBSERVATA.
VIXIT. ANNOS.... MENSES... DIES....
HANNONIÆ. MONTIBUS. NATA.
OBIIT.... DIE.... MENSIS....
ANNO. DOMINI. M. D.CCC. (4)

La sencillez de este epitafio, y sobre todo la nota que le acompaña, me parecen en extremo tiernas.

(1) No solamente se me habia dicho que existia aquella tumba, sino que hasta habia leido circunstanciadamente lo que relato aquí, en un viajero cuyo nombre he olvidado. Empero las razones siguientes me hacen dudar de la verdad de los hechos.

1.° Me parece que Escipion, á pesar de las justas razones de queja que tenia contra Roma, amaba demasiado su patria para consentir se grabase aquella inscripcion en su tumba: esto parece contrariar cuanto sabemos del genio de los antiguos.

2.° La inscripcion referida y concebida casi literalmente en los términos imprecatorios que Tito Livio pone en boca de Escipion al salir de Roma, ¿no será tal vez el origen de este error?

3.° Plutarco cuenta que se ha hallado cerca de Gaeta una urna de bronce en una tumba de mármol, donde debian haber sido encerradas las cenizas de Escipion, y que tenia una inscripcion muy diferente de la de que aquí se trata.

4.° Habiendo tomado el nombre de Patria la antigua Literna, esto ha podido muy bien ocasionar cuanto se ha dicho de la palabra *patria*, único resto de la inscripcion de la tumba. ¿No seria en efecto una coincidencia singular el que se llamase *Patria* el lugar de su residencia, y se hallase tambien la palabra *patria* en el monumento de Escipion? á menos que no se suponga que el uno ha tomado su nombre de la otra.

Puede creerse así toda vez que autores que no conozco han hablado de esta inscripcion con tanta seguridad que no há lugar á la menor duda: en Plutarco se halla una frase que parece favorecer la opinion que combato. Un hombre de gran mérito, y que me es tanto mas querido cuanto que es muy desgraciado, * ha hecho al mismo tiempo que yo el viaje á Patria. Muchas veces hemos hablado de este célebre sitio; pero no recuerdo me haya dicho haber visto él mismo *la tumba y la palabra* (lo que destruiria toda clase de duda), ó si me ha contado sencillamente la tradicion popular. En cuanto á mí, no he podido hallar el monumento, y solo he visto las ruinas de la quinta, que valen poco.

Plutarco refiere la opinion de los que colocaban la tumba de Escipion cerca de Roma; pero confundian evidentemente la tumba de los Escipiones con la tumba de Escipion. Tito Livio afirma que esta se hallaba en Literna, que estaba coronada por una estátua que fue derribada por una tempestad, y que él habia visto aquella estátua. Sábese además por Séneca, Ciceron y Plinio, que la otra tumba, es decir la de los Escipiones, habia existido en efecto en una de las puertas de Roma. Descubierta en tiempo de Pio VI, se han transportado las inscripciones al museo del Vaticano, y entre los nombres de los miembros de la familia de los Escipiones, hallados en el monumento, falta el del Africano.

* Mr. Bertin el mayor, desterrado y perseguido entonces por Bonaparte, por su adhesion á la casa de Borbon.

(2) La persona para la cual habia sido compuesto de antemano el epitafio que traslado á continuacion, no dejó mentir por mucho tiempo el *Hic sita est*, yendo á unirse al conde Alfieri. Nada mas triste que leer próximo ya el fin de nuestros dias lo que hemos escrito en la juventud: todo lo que era presente cuando se tenia la pluma en la mano es ya pasado: se hablaba de vivientes, y no hay ya mas que muertos. El hombre que envejece en el camino de la vida, vuelve atrás la vista para mirar á sus compañeros de viaje, y han desaparecido! El es el único que ha quedado en un camino ya de sierto.

(3) *Sic inscribendum, me, ut opinor et opto, præmoriente; sed aliter jubente Deo, aliter inscribendum*:

Qui. juxta. eam. sarcophago. uno.
Conditus. erit. quam primum.

(4) «Aquí reposa Eloisa E. St., condesa de M., ilustre por sus abuelos, célebre por sus gracias personales, por la apaciabilidad de su genio y por el candor incomparable de su alma. Enterrada cerca de Victor Alfieri, en una misma tumba *; prefirióla veinte y seis años á todas las cosas de la tierra. Aunque mortal, fue constantemente servida y honrada por él, como si hubiera sido una divinidad.

* Así lo he escrito, esperando y deseando morir el primero; pero si pluguiese á Dios ordenarlo de otro modo, entonces se diria: *Enterrada por el conde Victor Alfieri, que bien pronto sera sepultado á su lado en una misma tumba.*

Por esta vez he terminado mis noticias, y te envio estos trozos de ruinas, en las que creo hallarás cuanto pueda agradarte, pues en la descripcion de los diversos objetos de que te hablo, me imagino no haber omitido nada digno de notarse, á excepcion del Tiber, que es siempre el *flavus Tiberinus* de Virgilio. El color cenagoso que le distingue preténdese es debido á las lluvias que caen en las montañas de donde descien-



RUIÑAS DEL INTERIOR DE ROMA.

de; y cuando en tiempo de calma y serenidad he mirado correr aquellas ondas incoloras, he creido descubrir en él la viva imágen de una vida comenzada en medio de turbulentas borrascas: el resto de su curso pasa sin accidentes bajo un cielo límpido y puro, permaneciendo teñido con las aguas de la tempestad que han enturbiado su corriente.

NOTICIA SOBRE LAS EXCAVACIONES

DE POMPEYA.

En la nota de la página 18 dije: «Al fin de este volúmen daré noticias curiosas acerca de Pompeya, que completarán mi breve descripcion.»

Primero se descubrieron los dos teatros, despues el

templo de Isis y el de Esculapio, la casa de campo de Arrio Diomedes, y muchas tumbas. En la época en que Nápoles fue gobernado por un rey hijo de las filas del ejército francés, fueron descubiertos los muros de la ciudad, la calle de las tumbas, muchas del interior de la misma, la basílica, el anfiteatro y el foro. El rey de Nápoles ha continuado los trabajos, y como las excavaciones están dirigidas con inteligencia, y se hacen con el laudable designio de descubrir la ciudad destruida, mas bien que con el de buscar enterrados tesoros, diariamente se añaden nuevos conocimientos y descubrimientos á los ya adquiridos en un asunto tan interesante y casi inagotable.

La ciudad de Pompeya, situada próximamente á



PUENTE DEL SANTO ANGEL EN ROMA.

catorce millas al Sud-Este de Nápoles, está edificada, en parte sobre una eminencia que domina la fértil llanura, considerablemente enriquecida con la misma cantidad de materias volcánicas con que la cubre el Vesuvio. Las murallas de la ciudad y las paredes de sus edificios han retenido en su recinto todas las materias que el volcan ha vomitado sobre ellas y las lluvias han petrificado; de suerte que la extension de aquellas construcciones está marcada distintamente por las montañuelas que ha formado la piedra pómez y la acumulacion gradual de la tierra vejetal que las cubre.

La eminencia sobre que fue edificada Pompeya debe haber sido formada en una época muy remota, y está compuesta de productos volcánicos vomitados por el Vesuvio.

Háse creido que la mar habia bañado en otro tiempo los muros de Pompeya, y que habia dilatado sus aguas hasta el punto por donde pasa hoy el camino de Salerno; y Strabon dice en efecto que aquella ciudad servia de arsenal marítimo á muchas ciudades de la Campania, añadiendo estaba cerca de Sarno, rio que podian bajar y subir los mercaderes.

Muchos hechos que he observado en Pompeya, parecerian incomprensibles sino se tuviera presente que la destruccion de esta ciudad ha sido producida por dos catástrofes distintas: la una en el año 63 de Jesucristo por un terremoto, y la otra seis años despues por una erupcion del Vesuvio. Sus habitantes empezaban apenas á reparar los destrozos causados por la primera, cuando los signos precursores de la segunda los obligaron á abandonar un lugar que no tardó en ser enterrado bajo un diluvio de cenizas y materias volcánicas.

No obstante varios restos de construcciones de ladrillo indican su posicion. Conservóse sin duda por algun tiempo en sus cercanías una parte de la poblacion, puesto que Pompeya está indicada en el *Itinerario* de Antonino y en la carta de Peutinger. En el siglo III los condes de Sarno abrieron un canal tributario del rio de este nombre: sábese que pasaba por debajo de Pompeya, pero se ignora la verdadera posicion de esta ciudad en los tiempos antiguos, habiendo sido el orígen de las excavaciones mandadas practicar por el gobierno napolitano, el hallazgo de una estátua en 1748, en el campo de un labrador al tiempo que araba sus tierras.

En la época de los primeros trabajos, los escombros que se sacaban de la parte que se trataba de descubrir, se vertian en la que ya lo habia sido, y á manera que se iban extrayendo las pinturas al fresco, los mosáicos y otros objetos curiosos, la cavidad desembarazada se volvia á llenar de nuevo; hoy se sigue un sistema diferente.

Aun cuando las obras de excavacion no han ofrecido grandes dificultades por los pocos esfuerzos que exige el terreno para ser excavado, solo hay desenterrada una séptima parte de la ciudad. Algunas calles están al nivel del gran camino que pasa á lo largo de los muros, cuyo circuito es de cerca de seiscientas toesas.

Viniendo de Herculano, el primer objeto que llama la atencion, es la quinta de Arrio Diomedes, situada en los arrabales. Ofrece desde luego á la simple vista una construccion lindísima, y está tan bien conservada aunque le falta un piso, que puede dar una idea exacta de la distribucion interior que los antiguos daban á sus viviendas. Bastaria poner puertas y ventanas á aquella abandonada morada para hacerla habitable, y aunque muchos cuartos son extremadamente pequeños, el propietario era un hombre opulento, observándose que en las casas de las gentes menos acomodadas los cuartos son aun mas reducidos.

El pavimento de la de Arrio Diomedes es de mosáico y los cuartos solo tienen ventanas, no recibiendo muchas la luz sino por la puerta. Las necesidades de nuestra sociedad y sus costumbres nos hacen ignorar el uso de muchos pasadizos y recodos que se echan de ver en ella. Las ánforas que contenian el vino están aun por descubrir por completo, y permanecen con el pié enterrado en la arena y apoyadas contra la pared.

La calle de las Tumbas ofrece á derecha é izquierda los sepulcros de las principales familias de la ciudad, y aun cuando la mayor parte son de cortas dimensiones, su construccion es de mucho gusto.

Las calles de Pompeya no son anchas, pues solo cuentan quince piés de un lado á otro, haciéndolas aun mas estrechas las aceras: están pavimentadas con piedra de lava gris y de formas irregulares como las antiguas vias romanas, distinguiéndose aun claramente la huella de las ruedas. Solo ha quedado en pié en las casas la planta baja; pero las ruinas manifiestan tenian mas de un piso: casi todas tienen un patio interior, en cuyo centro está un *impluvium* ó depósito para conservar el agua llovediza, y del que pasaba á una cisterna contigua. La mayor parte de las casas estaban adornadas con pavimentos de mosáico y de paredes generalmente pintadas de amarillo, azul ó encarnado. Sobre este fondo habia pintados lindos arabescos y cuadros de diversas dimensiones. Las casas tienen generalmente una sala de baño sumamente cómoda, que con frecuencia está construida con paredes dobles, y cuyo espacio intermedio estaba vacío con el objeto de que la habitacion se preservase de la humedad.

Las tiendas de los mercaderes de productos, líquidos y sólidos, ofrecian á la vista gruesos macizos de piedra con frecuencia revestidos de mármol, y en los que estaban empotradas las vasijas que contenian los efectos.

Háse creido que el género de comercio que se hacia en algunas casas estaba designado por figuras que aun permanecen esculpidas en el muro exterior; pero estos emblemas parecian indicar mas bien el genio á cuya proteccion estaba acogida la familia.

Las odres y las máquinas de moler el grano indican los despachos de los panaderos. Estas máquinas consisten en una piedra de base redonda, cuya extremidad superior es cónica y se adapta al hueco ó cavidad de otra que como ella está labrada en forma de embudo en su parte superior: haciendo dar vueltas á la piedra de arriba por medio de dos asas laterales que atravesaban unos maderos, el grano vertido en el embudo superior caía por un agujero entre el embudo invertid y la piedra cónica reduciéndolo á harina el movimiento de rotacion.

Los edificios públicos, como los templos y los teatros, son en general los que están mejor conservados, y por consecuencia lo mas interesante de Pompeya.

El pequeño teatro, que segun las inscripciones, servia para las representaciones cómicas, está en buen estado: puede contener 1,500 espectadores al paso que en el grande hay local para mas de 6,000 personas.

De todos los anfiteatros antiguos, el de Pompeya es uno de los menos deteriorados. Removidos los escombros, se han encontrado en los corredores que rodean la arena, excelentes pinturas que brillaban con los colores mas vivos; pero puestas en contacto con el aire exterior, se han alterado notablemente. Esto no obstante, se descubren aun vestigios de un leon y un clarinero vestido de un modo extraño. Las inscripciones que tienen relacion con los diferentes espectáculos que se representaban, son un monumento muy curioso.

Para formar idea exacta da la forma y extension de las maravillas de la ciudad, el medio mas á propósito es examinar el plano de ellas.

«Estas fortificaciones, de catorce piés de ancho, dice Mr. Mazois, se componian de un terraplen y un contra-muro, y se subia á ellas por escaleras suficientemente espaciosas para dar paso á dos soldados de frente. Las murallas están sostenidas, así por la parte de la ciudad como por la de la campiña, por una pared de piedra sillería, y segun las leyes de construccion militar, la exterior debia tener cerca de veinte piés de elevacion, y la interior debia elevarse sobre el terraplen lo menos ocho piés. Una y otra están construidas con la especie de lava llamada *piperina;* exceptuando los cuatro ó cinco primeros sillares del muro exterior, que son de pedernal ó canto grosero. Todas las piedras están perfectamente uni-

das, siendo efectivamente casi innecesario el mortero en construcciones como estas hechas con materiales de gran dimension. Este muro exterior está mas ó menos inclinado hácia la fortificacion, mientras que los primeros sillares por el contrario van escalonándose á medida que se elevan.

»Algunas de las piedras, y sobre todo las de los primeros sillares están entalladas y encajadas unas en otras de modo que se sostengan mútuamente. Como este modo de construir se eleva á una remota antigüedad, parece haber imitado las pelásgicas ó ciclopianas, de que conserva rasgos, y puede conjeturarse que la parte de los muros de Pompeya, de este modo edificados, es obra de los Oscos ó al menos de las primeras colonias griegas que fueron á establecerse en la Campania:

»Ambos muros están almenados de manera que vistos por la parte de la campiña figuran un doble recinto de fortificaciones.

»Estas murallas se presentan á la vista desordenadas, cosa qué solo puede atribuirse á los terremotos que precedieron á la erupcion de 79. Pienso, añade Mr. Mazois, que Pompeya ha debido ser desmantelada muchas veces, y lo prueban las brechas y reparaciones que se observan en sus murallas. Parece tambien que estas fortificaciones debian haber sido consideradas hace ya tiempo como innecesarias, puesto que por la parte donde estaba el puerto se han edificado viviendas sobre los muros, que en muchas partes se han derribado con este objeto.

»Estos muros están coronados de torres que no corresponden á la gran antigüedad de aquellos, pues su construccion indica que pertenecen á los tiempos en que se repararon las murallas; las torres son de forma cuadrangular, sirven de poterna, y están colocadas á igual distancia unas de otras.

»Parece que la ciudad carecia completamente de fosos, al menos por la parte en que se ha escavado, porque los muros están asentados en un terreno escarpado.»

Vése pues que las fortificaciones, por su género especial de construccion, han sido los monumentos que mas han resistido á la accion del tiempo, pues á pesar de la esquisita atencion con que se ha procurado conservar los que se han descubierto, la exposicion al aire libre de que habian estado preservados hacia largo tiempo, los ha desmoronado. Las lluvias de invierno, en extremo abundantes en la Europa meridional, hacen que la humedad penetre gradualmente por las grietas y los revestimentos. Esta accion destructora hace crecer en ellas el musgo y otras plantas que desuniendo los restos que constituyen las ruinas, concluyen por convertirlas en escombros. Para evitar esta destruccion se han cubierto los muros con tejas, y para evitar el mismo resultado en los edificios, se han rehabilitado los techos.

El plano indica cinco puertas, designada cada una de ellas con un nombre peculiar que han tomado despues del descubrimiento de la ciudad, pero que no se apoya en monumento alguno. La puerta de Nola que es la mas pequeña de todas, es la única que conserva sus arcos; la mas próxima al Forum ó cuartel de los soldados, que es por la que se entra, ha sido construida cerca de la antigua.

Algunos han pensado que en lugar de extraer de Pompeya los diferentes objetos que en ella se han encontrado, y formar con ellos el museo de Portici, hubiera sido mejor dejarlas en el lugar que ocupaban, y de este modo se tendria una ciudad antigua y todo lo en ella contenido. Esta idea es especiosa, y los que la proponian no han reflexionado que muchas cosas se hubieran deteriorado por el contacto del aire, y que independientemente de esta inconveniencia, se hubiera corrido el riesgo de ver robados muchos objetos por viajeros poco delicados, cosa por desgracia con frecuencia observada. Además, seria necesario para pensar en amueblar algunas casas, que el recinto de la ciudad estuviese enteramente reparado, de tal suerte, que apareciese aislada, y no ofreciese por lo tanto la facilidad de bajar á ella desde los terrenos circunvecinos; entonces se cerrarian las puertas, y Pompeya no estaria expuesta á ser saqueada de nuevo por los piratas terrestres.

No he tenido otro designio al escribir esta *Noticia* que dar una idea sucinta del estado de las excavaciones de Pompeya en 1817. Para conocer bien este lugar importante, conviene consultar la erudita obra de Mr. Mazois, titulada *Ruinas de Pompeya*. Hállanse tambien descripciones preciosas en un libro que publicó durante su residencia en Nápoles el señor conde de Clarac, conservador de antigüedades. Este libro titulado *Pompeya*, no ha sido puesto en venta en atencion al escaso número de ejemplares que de él se tiraron, pero Mr. Clarac da en él cuenta exacta é instructiva de muchas excavaciones que dirigió.

Es tan necesario consultar, en este objeto interesante, solo obras á las que haya presidido el cuidado mas escrupuloso, que frecuentemente se ven viajeros y escritores que por no haber visto jamás á Pompeya, repiten con sobrada confianza los cuentos absurdos debidos á los *ciceroni*. Algunos periódicos diarios de Paris han transcrito últimamente un artículo del *Correo* de Londres, en que Mr. W... abusaba extrañamente del privilegio de contar cosas extraordinarias. Mencionaba en su relato el dinero hallado en el cajon de un mostrador, una lanza apoyada todavía contra una pared, epigramas trazados en las columnas del cuartel de los soldados, y calles adornadas de edificios públicos.

Estas necedades han impelido á Mr. M... que ha examinado durante doce años las excavaciones de Pompeya, á comunicar al *Diario de los Debates* de 18 de febrero de 1821, observaciones en extremo sensatas.

«Sin duda es permitido, dice Mr. M..., á los que visitan á Pompeya, escuchar los cuentos que les relatan los *ciceroni* ignorantes é interesados, á fin de obtener de los extranjeros que conducen, algunas monedas mas; es tambien muy corriente darles fe, pero hay algo mas que candidez en contarlos sencillamente como verdades, é ingerirlas en los diarios de mas circulacion.

»La relacion de Mr. W... me hace recordar que habiendo visto el caballero Coghell en el museo de la reina de Nápoles unas *Artoplas* ó tarteras para cocer el pan, las tomó por sombreros, y escribió á Londres que habia hallado en Pompeya sombreros de bronce de extraordinaria ligereza.

»Las excavaciones de Pompeya tienen un interés demasiado general, los descubrimientos que proporcionan son demasiado preciosos bajo el aspecto histórico, artístico y de la vida privada de las naciones, para que sea lícito publicar relaciones absurdas y erróneas, sin advertir al público la ninguna fe que merecen.»

CARTA DE MR. TAYLOR A MR. CH. NODIER,

SOBRE LAS CIUDADES

DE POMPEYA Y HERCULANO.

«Importan tanto para la historia de la antigüedad Herculano y Pompeya, que para estudiarlas bien, es preciso vivir y morar en ellas.

»Establecíme en la casa de Diomedes, situada á la puerta de la ciudad, cerca de la vía de las Tumbas,

con objeto de seguir paso á paso todas las circunstancias de una excavacion curiosísima bajo todos aspectos, y hallé tan cómoda aquella morada, colocada al lado de la casa de Salustio, que la preferí á los palacios inmediatos al Foro.

»Mucho se ha escrito sobre Pompeya; pero tambien se ha desvariado notablemente. Por ejemplo, un sabio llamado Matorelli se ocupó durante dos años enteros en redactar una enorme memoria para probar que los antiguos no habian conocido las vidrieras, y quince dias despues de la publicacion de su in-folio, se descubrió una casa cuyas ventanas estaban cerradas con vidrios. Necesario es convenir, no obstante, que los antiguos no eran muy amigos de esta clase de huecos, pues comunmente la luz entraba por la puerta; pero en las casas de los patricios se veian hermosos cristales, tan transparentes como nuestros vidrios de Bohemia, y que se ajustaban con listones de bronce, de mucho mejor gusto que los nuestros, de madera.

»Un viajero de mucho genio y talento, que ha publicado algunas cartas sobre la Morea, y con él otros muchos, han extrañado que las modernas construcciones de Oriente sean absolutamente semejantes á las de Pompeya; pero reflexionando un poco, nada mas natural que esta semejanza. Las artes en general han nacido en Oriente, y esto no debian nunca olvidarlo cuantos se dedican al estudio y desean ilustrar la opinion.

»Continuánse las excavaciones con mucha perseverancia, órden y cuidado, intentando descubrir un nuevo cuartel y soberbias termas, y en una de las salas que he visto, he observado con sorpresa tres sillas de bronce, de forma enteramente desconocida y de una construccion bellísima. En una de ellas estaba colocado el esqueleto de una mujer, cuyos brazos se hallaban cubiertos de alhajas; y en la otra habia brazaletes de oro, de forma ya conocida: examiné un collar, de trabajo ciertamente maravilloso, y puedo asegurar seria imposible que nuestros mas hábiles diamantistas hicieran cosa mas preciosa, ni de mejor gusto.

»Difícil es pintar el placer que se experimenta al tocar aquellos objetos en los mismos sitios en que han reposado tantos siglos, y antes que la ilusion desaparezca. Una de las ventanas estaba cerrada con hermosos vidrios, que se han trasladado al museo de Nápoles.

»Las alhajas fueron transportadas al palacio real, siendo á pocos dias objeto de una exposicion pública.

»Pompeya ha permanecido veinte siglos oculta en las entrañas de la tierra, y aun cuando las naciones han pasado sobre su suelo, sus monumentos han permanecido en pié y sus adornos intactos. Si reviviera un contemporáneo de Augusto, podria decir: «Salud, »oh patria mia, mi morada es la única que ha conser»vado su forma sobre la tierra, y con ella hasta los »mas tribiales objetos de mi afecto. Hé aquí mi lecho; »hé aquí mis autores favoritos. Mis pinturas están aun »tan frescas como el dia en que la mano ingeniosa del »artista adornó con ellas mi vivienda. Recorramos la »ciudad, vamos al teatro y en él reconoceré el sitio »donde aplaudí por primera vez las bellas escenas de »Terencio y Eurípides.»

»Roma es un vasto museo: *Pompeya es una antigüedad viva.*»

ADVERTENCIA DE LA EDICION DE 1827.

Nada de particular tengo que decir acerca del *Viaje á América* que va á leerse; la narracion, así como el asunto de los *Natchez*, está sacada del manuscrito original de los mismos *Natchez*, y por lo tanto, este Viaje encierra su comentario y su historia.

Todas mis obras mencionan con frecuencia mi paso por América, y aun cuando habia pensado recoger y colocar por órden de fechas en mi relato, todas esas reminiscencias, he renunciado á este propósito para evitarme un doble trabajo, y solo me he circunscrito á recordar aquellos pasajes, citando algunos que me han parecido necesarios para la inteligencia del texto, y son de corta extension.

En la *Introduccion* he insertado un fragmento de las *Memorias de mi vida*, para que el lector se familiarice con el jóven viajero á quien va á seguir á Ultramar; y en cuanto á la redaccion, diré que he corregido con esmero la parte escrita anteriormente, siendo del todo nueva la que describe los hechos posteriores á 1791, que nos conducen hasta nuestros dias.

Al hablar de las repúblicas españolas, digo (hasta donde me es *permitido decir*) lo que hubiera deseado hacer en pro de aquellos Estados nacientes, cuando mi posicion política me daba influencia en los destinos de los pueblos; pero debo, no obstante advertir que, no he tratado este gran negocio sin tener presente cuanto necesitaba para ilustrarme en él, habiendo hojeado muchos volúmenes impresos y Memorias inéditas para componer una docena de páginas. He consultado además á personas que han viajado y residido en las repúblicas españolas, y soy deudor á la atencion del caballero Esmenard, de datos preciosos sobre los empréstitos americanos.

El prefacio que precede al *Viaje á América* es una especie de historia de los viajes, y presenta al lector el cuadro general de la ciencia geográfica, ó mejor dicho, el itinerario del hombre por el globo.

Respecto á mis *Viajes por Italia*, solo era conocida del público mi carta dirigida desde Roma á Mr. de Fontanes, y algunas páginas acerca del Vesuvio: las cartas y notas que se han unido á estos opúsculos, no habian visto aun la luz pública.

Los *Cinco dias en Auvernia*, trozo inédito, siguen, en el orden cronológico á las Cartas y Notas sobre Italia.

El Viaje al *Monte Blanc* vió la luz en 1800, pocos meses antes de mi partida para Grecia.

PREFACIO.

Los viajes son una de las fuentes de la historia, pues por medio de las narraciones de los viajeros se hermana la historia particular de cada país con la de las naciones extrañas.

Los viajes se remontan hasta la cuna de la sociedad, y los libros de Moisés nos cuentan, las primeras emigraciones de los hombres. En estos libros vemos al patriarca conducir sus ganados en las llanuras de Canáan, al árabe vagar por sus solitarias arenas, y al fenicio explorar los mares.

Moisés hace salir la segunda familia de los hombres, de las montañas de Armenia, punto central de las tres grandes razas, cobriza, negra y blanca: indios, negros y celtas ú otros pueblos del Norte.

Los pueblos pastores reconocen por padre á Sem, los comerciantes á Cam, y los militares á Jafet. Moisés puebla la Europa con los descendientes de Jafet, y los griegos y romanos consideran á Japeto como el padre de la especie humana.

Homero, bien haya existido un poeta de este nombre, bien sean las obras que se le atribuyen una coleccion de las tradiciones griegas, nos ha dejado en la Odisea, el relato de un viaje, trasmitiéndonos por su conducto las ideas que en la primera antigüedad existian acerca de la configuracion de la tierra, cosmografía conforme con la de Hesiodo: segun aque-

llas ideas, la tierra representaba un disco circundado por el rio Océano.

Herodoto, padre de la historia, como Homero lo es de la poesia, fue como este un viajero; recorrió el mundo conocido en su tiempo, y ¿con qué encanto no ha descrito las costumbres de los pueblos? En aquella época no existian aun mas que algunas cartas de las costas, trazadas por los navegantes fenicios, y el mapamundi de Anaximandro, corregido por Hecateo, que escribió tambien un itinerario del mundo, citado por Estrabon.

Herodoto es el único que distingue bien dos partes de la tierra, la Europa y el Asia, pues la Libia ó el Africa, segun él, no eran otra cosa que una vasta península de ésta última region. Marca tambien los caminos de algunas caravanas en el interior de la Libia, y da una sucinta relacion de un viaje al rededor de Africa. Necos rey de Egipto, protegió la navegacion de unos fenicios del golfo arábigo, quienes volviendo á este país por las columnas de Hércules, despues de haber invertido tres años en llevar á efecto su navegacion, contaron á los admirados pueblos que habian visto al sol á su derecha. Tal es el hecho contado por Herodoto.

Los antiguos, como nosotros, tuvieron dos especies de viajeros; unos que recorrian la tierra, y otros que visitaban los mares. Próximo á la época en que escribió Herodoto, el cartaginés Hannon realizó su *Periplo*, quedándonos asimismo algunos restos de la compilacion de las excursiones marítimas de su tiempo, hechas por Scylax.

Platon nos ha dejado la novela de aquella Atlantida, en la que se ha querido descubrir la América, y Eudoxio, compañero de viaje del filósofo, compuso un itinerario universal, en el cual unió la geografía á las observaciones astronómicas.

Hipócrates visitó los pueblos de la Escitia, y aplicó los resultados de su experiencia al alivio de la especie humana.

Jenofonte ocupa un lugar ilustre entre aquellos viajeros armados, que contribuyeron á hacernos conocer la morada que habitamos.

Aristóteles, que se adelantó á su siglo, creia que la tierra era esférica, y calculaba su circunferencia en 400,000 estadios, pensando como Cristóbal Colon, que las costas de la Hesperia estaban en frente de las de la India. Tenia una idea vaga de Inglaterra é Irlanda, á las que denominaba Albion y Jerna, y aun cuando no le eran desconocidos los Alpes, los confundia con los Pirineos.

Dicearco, uno de sus discípulos, hizo una descripcion encantadora de la Grecia, de la cual solo poseemos algunos fragmentos, en tanto que otro discípulo de Aristóteles, Alejandro el Grande, llevaba el nombre de la misma Grecia hasta las fronteras de la India. Las conquistas de Alejandro obraron una revolucion en las ciencias como en los pueblos.

Androstenes, Nearco y Onesicrito, reconocieron las costas meridionales del Asia, y despues de la muerte de Filipo, Seleuco Nicanor penetró hasta el Ganges; Patroclo, uno de sus almirantes, navegó en el Océano Indio. Los reyes griegos de Egipto abrieron un comercio directo con la India y la Trapobana; Tolomeo Filadelfo envió á la India geógrafos y flotas; Timostenes publicó una descripcion de todos los puertos conocidos, y Eratóstenes cimentó sobre bases matemáticas un sistema completo de geografía. Las caravanas que hacian el comercio, penetraban en la India por dos caminos diferentes, uno de los cuales terminaba en Palibotra, descendiendo por el Ganges, y el otro circuia los montes Imaüs.

El astrónomo Hiparco anunció una dilatada tierra que debia unir la India al Africa, profetizando ya el universo de Colon.

La rivalidad de Roma y Cartago hizo viajero á Polibio, y le condujo á visitar las costas del Africa hasta el monte Atlas, con el fin de conocer á fondo el pueblo, cuya historia queria escribir. Eudoxio de Cirica intentó dar la vuelta al Africa por el Oeste, en los reinados de Tolomeo Fiscon y Tolomeo Latur, y buscó una ruta mas directa para pasar desde los puertos del Golfo Arábigo á los puertos de la India.

Empero los romanos, extendiendo sus conquistas hácia el Norte, arbolaron nuevas velas: Pitheas de Marsella, que anteriormente habia tocado en las riberas de donde debian venir un dia los destructores del imperio de los Césares, navegó hasta los mares de la Escandinavia; fijó la posicion del Cabo Sagrado y del Cabo Calbium (Finisterre) en España, reconoció la isla Uxisama (Ouessant), la de Albion, una de las Casitéridas de los cartagineses, y surgió á la famosa Thulé, que la antigüedad creyó fuese la Islandia, pero que segun todas las apariencias, es la costa del Jutland.

Julio César esclareció la geografía de los galos, comenzó el descubrimiento de la Germania y de las costas de la isla de los Bretones, y Germánico llevó las águilas romanas hasta las márgenes del Elba.

Estrabon, en el reinado de Augusto, comprendió en una obra, así los conocimientos de los viajeros que le habian precedido, como los que él mismo habia adquirido; pero si su geografía ofrece alguna novedad relativamente á algunas partes del globo, hace tambien retrogradar la ciencia en algunos puntos: Estrabon distingue las islas Casitéridas de la Gran Bretaña, y presume que las primeras (que segun esta hipótesis deben ser las Sorlingas), producian estaño: este metal se extraia de las minas de Cornouailles, y cuando el geógrafo griego escribia, hacia ya tiempo conocia el mundo romano el estaño de Albion, que llegaba á aquellos paises atravesando las Galias.

En la Galia ó la Céltica suprime este geógrafo casi toda la península armoricana, y no conocia el Báltico aun cuando pasase ya por un gran lago salado, en cuya extension se hallaba la *Costa del ámbar amarillo*, que es la Prusia actual.

En la época en que florecia Estrabon, Hipalo fijó la navegacion de la India por el Golfo Arábigo, experimentando los vientos regulares que llamamos *monzones*, tomando uno de estos vientos, el de Sud-Oeste que conducia á la India, el nombre de *Hipalo* de aquel intrépido navegante. Las flotas romanas partian por lo regular del puerto de Berenice, cuando el estío llevaba corrida la mitad de su carrera, y llegaban en treinta dias al de Ocelis ó Caná en la Arabia; de allí se dirigian al de Muziris, primera escala de la India, en cuarenta dias, invirtiendo por lo tanto setenta en la navegacion. El retorno, que se hacia en invierno, se verificaba en el mismo espacio de tiempo, de lo que resulta que los antiguos empleaban menos de cinco meses para ir y volver de las Indias. Plinio y el Periplo del mar Eritreo suministran estos curiosos detalles.

Despues de Estrabon, Dionisio el Periegeta, Pomponio Mela, Isidoro de Charax, Tácito y Plinio vienen á aumentar los conocimientos ya adquiridos acerca de las naciones antiguas. Plinio, sobre todo, es interesante por el número de viajes y relaciones que cita. Al leerle vemos con sentimiento se ha perdido una descripcion completa del imperio romano, hecha de órden de Agripa, yerno de Augusto, así como los Comentarios sobre el Africa escritos por el rey Juba, comentarios extractados de los libros cartagineses; tambien carecemos de una relacion de las islas Afortunadas de Stacio Seboso, las Memorias de la India por Séneca, y un Periplo del historiador Polibio, tesoros que con dolor llorará perdidos la posteridad. Plinio tuvo alguna noticia del Thibet; fijó el punto oriental del mundo en la embocadura del Ganges; al Norte entrevió las Orcades; conoció la Escandinavia, y dió el nombre de *Golfo Codan* al Mar Báltico.

Los antiguos tenian cartas itinerarias, y una especie de libros de postas. Vegeso distingue las primeras con el nombre de *picta*, y las segundas con el de *annotata*. De todos estos trabajos solo han llegado hasta nosotros : *el Itinerario de Antonino; el de Burdeos a Jerusalém*, y *la Tabla de Peutinger*. La parte superior de esta Tabla, que comenzaba en el Oeste, está desgarrada, y faltan la Península Española y el Africa Occidental: esta especie de carta se extiende al Este hasta la embocadura del Ganges, y marca rutas en el interior de la India; tiene veinte y un piés de largo por uno de ancho, y puede considerarse como una zona ó gran camino del mundo antiguo.

Hé aqui á lo que se reducian los trabajos y conocimientos de los viajeros, antes de la aparicion de la obra de Tolomeo. El mundo de Homero era una isla completamente redonda, rodeada, como hemos dicho, por el rio Océano : Herodoto presentó aquel mundo como una llanura sin límites precisos : Eudoxio de Gnido le transformó en un globo de trece mil estadios de diámetro, próximamente; è Hiparco y Estrabon le dieron doscientos cincuenta y dos mil de circunferencia, de ochocientos treinta y tres estadios al grado. Sobre este globo se trazó un cuadrado cuyo costado mas largo corria de Occidente á Oriente, y dividido por dos lineas que se cortaban en ángulo recto, tomaban, la una el nombre de *diafragma* marcando de Oeste á Este el largo ó *longitud* de la tierra, de setenta y siete mil ochocientos estadios; y la otra, una mitad mas corta, indicaba de Norte á Sur el ancho ó *latitud* de la tierra, comenzando los cómputos en el meridiano de Alejandria. Por esta geografía, segun la cual, la tierra era mucho mas ancha que larga, se alcanza el orígen de esas expresiones impropias de *longitud* y *latitud*.

En esta carta del mundo habitado, se hallaban la Europa, el Asia y el Africa. Estas dos últimas se unian á las regiones australes, ó se separaban por un mar que reducia extraordinariamente el Africa. Los continentes terminaban, por la parte septentrional en la embocadura del Elba; por la meridional cerca de las orillas del Niger; por la occidental en el Cabo Sacro, en España, y por la oriental en las bocas del Ganges : la zona tórrida en el Ecuador, y las zonas glaciales en los polos, se consideraban incapaces de habitarse.

Curioso será observar que casi todos aquellos pueblos llamados *Bárbaros*, que conquistaron el imperio romano. y á los que deben su orígen las naciones modernas, habitaban en la parte allende de los limites del mundo conocido por Plinio y Estrabon, es decir, en los paises cuya existencia ni aun se sospechaba.

Tolomeo, que á pesar de su ciencia, cayó en gravísimos errores, fijó sobre bases matemáticas la posicion de los lugares, y se vió aparecer en su trabajo un gran número de naciones sármatas. Indicó con exactitud el Volga, y bajó hasta el Vistula.

En Africa confirmó la existencia del Niger, y tal vez señaló á Tombouctou en Tucabath : citó tambien un gran rio que llamó *Gyr*.

En Asia, su país de los Sines no es seguramente la China, pero si parece probable sea el reino de Siam. Supuso este géografo que el Asia, prolongándose hacia el Mediodia, se unia á una tierra desconocida, que se enlazaba á su vez, al Africa por el Oeste. En la Sérica de Tolomeo se descubre el moderno Thibet, que proveyó à Roma de la primera seda basta con que elaboró sus ricos trajes.

Si con Tolomeo acaba la historia de los viajes de los antiguos, con Pausanias terminan tambien las descripciones de la vetusta Grecia, cuyo genio ha respondido noblemente en nuestros dias á la voz de la nueva civilizacion. Las naciones bárbaras aparecen; el imperio romano se desmorona, y de la raza de los godos, francos y eslavos, salen otro mundo y otros viajeros.

Aquellos pueblos no eran otra cosa que grandes caravanas armadas que, desde las rocas de la Escandinavia y desde las fronteras de la China, marchaban al descubrimiento del imperio romano. Iban á enseñar á aquellos pretendidos señores del mundo, que habia otros hombres que los esclavos sometidos al yugo de los Tiberios y Nerones; venian á enseñar su país á los geógrafos del Tiber, y desde entonces fue una necesidad situar aquellas naciones en la carta, y creer en la existencia de los godos y de los vándalos, cuando Alarico y Genserico escribieron sus nombres en las paredes del Capitolio. No pretendo contar aquí las emigraciones y establecimientos de los bárbaros; solo buscaré en las ruinas que amontonaron, los anillos de la cadena que une los viajeros antiguos á los modernos.

Un trastorno notable se opera en las investigaciones geográficas, producido por el trastorno de los pueblos. Lo que los antiguos nos dan mejor á conocer es el país que ellos habitaban, pues mas allá de las fronteras del imperio romano, todo es para ellos desierto y tenebroso. Acaecida la invasion de los bárbaros, casi nada sabemos ya de la Grecia y de la Italia, pero en cambio empezamos á penetrar en las comarcas que vieron la infancia de los destructores de la antigua civilizacion.

Tres manantiales fecundos reprodujeron los viajes en los pueblos establecidos sobre las ruinas del mundo romano: el celo de la religion, el ardor de los combates, y el espíritu de aventuras y empresas, mezclado á la avidez del comercio.

El celo de la religion condujo, así á los primeros, como á los últimos misioneros, á los paises mas lejanos. Antes del cuarto siglo, ó por mejor decir, en tiempo de los Apóstoles, que no fueron otra cosa que peregrinos, los sacerdotes del verdadero Dios llevaron á todas partes la antorcha de la fe, y mientras que la sangre de los mártires corria en los anfiteatros, unos ministros de paz predicaban la misericordia á los vengadores de la sangre cristiana : los conquistadores estaban ya en parte conquistados por el Evangelio, cuando se presentaron ante los muros de Roma.

Las obras de los Padres de la Iglesia hacen mencion de una multitud de piadosos viajeros, mina prodigiosa que jamás será bastante esplotada, y que encierra inmensos tesoros, aun considerada solo bajo el aspecto geográfico é histórico.

Ya en el siglo quinto de nuestra era, un monge egipcio recorrió la Etiopia, y aprovechó tan bien sus observaciones, que le debe la ciencia una topografía del mundo cristiano; un armenio llamado Chorenenzis, escribió tambien una obra geográfica, y el historiador de los godos, Jornandés, obispo de Rávena, consigna ya en el siglo sexto, así en su historia como en su libro *De Origine mundi*, hechos importantísimos sobre los paises del Norte y del Este de Europa. El diácono Varnefrid publicó una historia de los lombardos, y otro godo, el Anónimo de Rávena, dió un siglo despues la descripcion general del mundo. El apóstol de Alemania, San Bonifacio, envió al papa unas especies de memorias sobre los pueblos de la Esclavonia, y los polacos aparecen por primera vez en el reinado de Othon II en los ocho libros de la preciosa Crónica de Ditmar. San Otton, obispo de Bemberg, á invitacion de un cronista español llamado *Bernardo*, predica la fe recorriendo la Persia, y Otton vió el Báltico y quedó admirado de la extension de este mar. Desgraciadamente ha desaparecido el diario del viaje que hizo el monge de Corbie, Auscaire, por Suecia y Dinamarca en tiempo de Luis el Benigno, á menos que no exista en la biblioteca del Vaticano, pues sabido es fue enviado á Roma en 1260. Adam de Bremen ha tomado de esta obra una parte de su propia relacion de los reinos del Norte, y menciona además la Rusia que tenia por capital á Kiow á pesar de que en Les Sagas el imperio ruso sea llamado *Gardvike*, y que Holmgard, hoy

Novogorod, sea designada como la principal ciudad de aquel imperio naciente.

Giraud Barry y Dicuil trazan, el uno, el cuadro del principado de Gales y de la Irlanda en el reinado de Enrique II; y el otro retrocede á examinar las medidas del imperio romano en tiempo de Teodosio.

De la edad media tenemos mapas: un cuadro topográfico de todas las provincias de Dinamarca, hácia el año 1231, siete cartas del reino de Inglaterra, y de las islas cercanas, en el segundo siglo; y el famoso libro conocido con el nombre de *Doomsdaybook*, empezado por órden de Guillermo el Conquistador. Hállase en aquella estadística el catastro de las tierras cultivadas, habitadas ó desiertas de Inglaterra, el número de habitantes, así libres como siervos, y hasta el de los ganados y el de las colmenas. En estas cartas están groseramente dibujadas las ciudades y abadías, y si bien es cierto que estos dibujos perjudican á los detalles geográficos, dan por otra parte una idea de las artes de aquel tiempo.

Las peregrinaciones de la Tierra Santa, comenzadas desde el siglo IV, forman una parte considerable de los monumentos gráficos de la edad media, pues San Gerónimo asegura iban peregrinos á Jerusalém desde la India, y la Etiopia, la Bretaña y la Hibernia; el *Itinerario de Burdeos á Jerusalém* parece haber sido compuesto hácia el año 333 para uso de los peregrinos de las Galias.

Los primeros años del siglo sexto nos proporcionan el *Itinerario* de Antonino de Placencia, y despues de él viene en el siglo séptimo, San Arculfo, cuya relacion escribió Adamanno; en el siglo octavo tenemos dos viajes á Jerusalém de San Guilbaldo, y una relacion de los Santos Lugares por el venerable Beda; en el noveno, á Bernardo el Monge; y en los siglos décimo y undécimo á Olderico, obispo de Orleans, el griego Eugisipo, y en fin Pedro el Ermitaño.

Aqui empiezan las Cruzadas; Jerusalém permanece en manos de los príncipes franceses por espacio de ochenta y ocho años, y aun despues de la toma de esta ciudad por Saladino, los fieles continuaron visitando la Palestina, sucediéndose sin interrupcion las peregrinaciones desde Focas, en el siglo trece, hasta Pococke, en el diez y ocho.

Con las Cruzadas se vieron renacer aquellos historiadores viajeros de que ofrece tantos modelos la antigüedad. Raimundo de Agiles, canónigo de la catedral de Puy en Velay, acompañó al célebre obispo Adhemar en la primera cruzada; y nombrado capellan del conde de Tolosa, escribió con Pons de Balazun, bravo caballero, todos los hechos de que fue testigo en el camino y toma de Jerusalém. Raoul de Caen, leal servidor de Tancredo, nos pinta la vida de aquel caballero, y Roberto el Monge presenció el sitio de Jerusalém.

Sesenta años despues, Foulcher, de Chartres y Odon de Deuil, van tambien á la Palestina; el primero con Balduino, rey de Jerusalém, y el segundo con Luis VII, rey de Francia. Jacobo de Vitry se convierte en obispo de San Juan de Acre.

Guillermo de Tyro, que se muestra hácia el fin del reino de Jerusalém, pasó su vida en los caminos de Europa y Asia; muchos historiadores de nuestras antiguas crónicas fueron, ó monges ó prelados errantes, como Raoul, Glaber, y Flodoard, ó guerreros como Nithard, nieto de Carlomagno, Guillermo de Poitiers, Ville-Hardouin, Joinville, y tantos otros que cuentan sus lejanas expediciones. Pedro Devaulx Cernay era una especie de ermitaño en los espantosos campos de Simon de Montfort.

Invadidas las crónicas por la lengua vulgar, Froissard aparece en primer término; este escritor trazaba su historia sobre su corcel de batalla, y mas que una historia escribió sus viajes. Paseábase desde la córte de Inglaterra á la del rey de Francia, y desde esta á la pequeña córte de los condes de Foix. «El tercer dia »de mi estancia en la ciudad de Paumiers, se me pre»sentó por casualidad un caballero del conde de Foix »que volvia de Aviñon, llamado el señor Espaing de »Lyon, hombre valiente, entendido y apuesto caballero, »que podria tener entonces veinte y cinco años. Le »compañé, y estuvimos seis dias en camino. Cabalgan»do, el dicho caballero (despues de rezar sus oraciones »de la mañana), conversaba la mayor parte del dia con»migo, demandándome noticias; y cuando yo le pre»guntaba él me respondia tambien, etc.» Vese pues á Froissard llegar á los grandes palacios, comer poco mas ó menos á las horas en que comemos, ir al baño, etc. El exámen de los viajes de esta época me induce á creer que la civilizacion doméstica del siglo catorce estaba infinitamente mas avanzada de lo que imaginamos.

Retrocediendo al momento en que la Europa civilizada fue invadida por los pueblos del Norte, hallamos á los viajeros y geógrafos árabes, que marcan cortas desconocidas de los antiguos, en los mares de las Indias, siendo tambien muy importantes sus descubrimientos en la parte de Africa. Massudi, Ibn-Haukal, Al-Edrisi, Ibn-Alonardi, Abulfeda y El Bakoni, dan descripciones extensas, así de su propia patria como de las comarcas sometidas á las armas árabes. Viajaban además por el Norte de Asia, por un país espantoso rodeado de una enorme muralla y un castillo de Gog y de Magog. Hácia el año 715, en tiempo del califa Walid, los árabes conocieron la China, á donde enviaban por tierra mercaderes y embajadores, penetrando despues por mar en el siglo nueve; Wahab y Abuzaid abordaron á Canton, y desde el año 850 los árabes sostuvieron un agente comercial en la provincia de este nombre; manteniendo su tráfico con algunas ciudades del interior; y ¡cosa singular! en aquellas remotas tierras hallaron comunidades cristianas.

Los árabes daban muchos nombres á la China: el Cathai comprendia las provincias del Norte, el Tchin ó el Sin, y las provincias del Mediodia. Introducidos en la India por la proteccion de sus armas, los discípulos de Mahomet hablan en sus narraciones de los hermosos valles de Cachemira con tanta precision, como de los voluptuosos valles de Granada. Su dominacion empero no se limitó solo á tierra firme, sino que colonizó muchas de las islas del mar Indico, entre los que figuran Madagascar y las Molucas, donde los hallaron los portugueses cuando doblaron el cabo de Buena-Esperanza.

Mientras que los mercaderes militares del Asia hacian en Oriente y Mediodia descubrimientos desconocidos á la Europa, subyugada por los Bárbaros, los septentrionales que quedaron en su primitiva patria, suecos, noruegos y dinamarqueses, emprendian por el Norte y Occidente otros descubrimientos, igualmente ignorados de la Europa franca y germánica. Other, el noruego, adelantaba por el mar Blanco, y Wufstan el dinamarqués describia el Báltico, que Eginard habia ya descrito, y que los escandinavos llamaban *el Lago salado del Este*. Wufstan cuenta que los Estienses, ó pueblos que habitaban al Oriente del Vistula, bebian la leche de sus yeguas como los tártaros, y dejaban por herederos á los mejores caballeros de su tribu.

El rey Alfredo, que ha sido el que ha conservado el compendio de estas relaciones, fue el primero que dividió la Escandinavia en las provincias ó reinos, que actualmente la dividen, país que en las lenguas góticas se llamó *Mannaheim*, que quiere decir *país de los hombres*, y que el latino del siglo sexto tradujo enérgicamente por el equivalente de estas palabras: *fábrica del género humano*.

Los piratas normandos que colonizaron á Dublin, Ulster y Connaught en Irlanda, exploraron y sometieron las islas de Shetland, las Orcades y las Hébridas, arribando á las islas Feroer y á la Islandia, archivos

de la historia del Norte, á la Groenlandia, desde entonces habitada y habitable, y por último, tal vez á la América de cuyo descubrimiento hablaremos mas adelante, así como del viaje y de la carta de los hermanos Zeni.

Pero el imperio de los califas cayó, y de sus ruinas brotaron muchas monarquías: el reino de los Aglabitas y despues los Fatimitas en Egipto, y los despotados de Argel, de Fez, de Trípoli y de Marruecos, en la costa africana. Los Turcomanos convertidos al islamismo, sometieron el Asia occidental desde la Siria hasta el Mont-Casbhar, y pasando á Egipto el poder otomano, borró las últimas huellas del imperio romano, dilatando sus conquistas hasta la parte allende del Danubio.

Gengis-Kan aparece, y el Asia es transtornada y subyugada de nuevo; Oktaï-Kan destruye el reino de los Cumanos y de los Nioutchis; Mangu se apodera del califato de Bagdad; Kublaï-Kan invade la China y una parte de la India; y de aquel imperio mogol, que consiguió reunir bajo un mismo yugo casi el Asia entera, nacieron los kanats que encontraron los europeos en la India.

Los príncipes europeos, espantados de aquellos tártaros que habian extendido la devastacion hasta la Polonia, la Silesia y la Hungría, trataron de conocer las tierras de donde partia aquel prodigioso movimiento; y los papas y los reyes enviaron embajadores á aquellos nuevos instrumentos del azote de Dios. Ascelin, Carpin y Rubruquis penetraron en el país de los Mogoles, y este último encontró que Caracorum, ciudad capital de aquel kan, señor del Asia, tenia poco mas ó menos la extension del villorrio de San Dionisio, y estaba rodeada de una muralla de tierra en que se veian dos mezquitas y una iglesia cristiana.

Hiciéronse dos itinerarios de la Gran-Tartaria para uso de los misioneros, y Andrés Lusimel consiguió predicar el Cristianismo á los Mogoles, mientras Ricold de Monte-Crucis penetraba tambien en la Tartaria.

El rabino Benjamin de Tudela, ha dejado una relacion de lo que ha visto ó de lo que ha oido decir de las tres partes del mundo (1160).

Y por último, Marco Polo, noble veneciano, no cesó de recorrer el Asia por espacio de veinte y seis años, siendo el primer europeo que penetró en la China, en la India allende el Ganges, y en algunas islas del Océano Indio (1271-95). Su obra llegó á ser el manual de los comerciantes en Asia, y de los geógrafos en Europa.

Marco Polo cita á Pekin y Nankin, y nombra además una ciudad de Quinsaï, que dice ser la mas grande del mundo: contábanse en ella doce mil puentes sobre otros tantos canales que la atravesaban, y añade, se consumian diariamente noventa y cuatro quintales de pimienta. El viajero veneciano hace mencion en sus narraciones de la porcelana; pero nada absolutamente habla del té, y á su diligencia esquisita se debe el conocimiento de Bengala, Japon, isla de Borneo y mar de la China, en el que cuenta siete mil cuatrocientas cuarenta islas, abundantes en especería.

Los príncipes tártaros ó mogoles, que dominando el Asia pasaron á algunas provincias de Europa, tenian su mérito especial, pues no solo no sacrificaban, sino que ni aun reducian á esclavitud á sus prisioneros. Sus campos estaban llenos de obreros, de misioneros y de viajeros que ocuparon empleos importantes, aun en tiempo de su dominacion, y se penetraba con mas facilidad en su imperio que en aquellas regirones feudales, donde un abad de Cluní tenia las cercanias de París por una comarca tan lejana y desconocida, que no osaba penetrar en ella.

Despues de Marco Polo vinieron Pegoletti, Oderico, Mandeville, Clavijo, Josafat y Bárbaro, que acabaron de descubrir el Asia, no contribuyendo poco á este adelanto los frecuentes viajes por tierra que ya en esta época se hacian á Pekin, y cuyos gastos se elevaban á trescientos ó cuatrocientos ducados. Además de este medio de cambio, habia papel-moneda que se llamaba *babisci ó balis*.

Los genoveses y venecianos hicieron el comercio de India y China en caravanas, y por dos rutas diferentes: Pegoletti marca circunstanciadamente las estaciones de una de ellas (1353). En 1312 se encontró en Pekin un obispo llamado *Juan de Monte Corvino*.

Empero el tiempo marchaba: la civilizacion hacia rápidos progresos, y los descubrimientos debidos á la casualidad ó al genio del hombre, separaban para siempre los siglos modernos de los antiguos, é imprimian un sello nuevo á generaciones nuevas tambien. La brújula, la pólvora de cañon y la imprenta, eran llamadas á guiar al navegante, á defenderle y á recordarle las expediciones peligrosas.

Los griegos y romanos se habian criado á las orillas de aquella extension de agua interior, que mas bien parece un gran lago que un océano; pero habiendo pasado el imperio á los bárbaros, el centro del poder político se situó principalmente en España, Francia é Inglaterra, en la proximidad de aquel mar Atlántico, bañado en su parte occidental por riberas desconocidas. Fue necesario habituarse á arrostrar largas noches y horrendas tempestades, á prescindir completamente de las estaciones, á abandonar los puertos, así en los dias caliginosos del invierno como en los tranquilos del estio, y á construir navíos cuya fuerza estuviese en proporcion con las del nuevo Neptuno con quien tenian que luchar.

Ya hemos insinuado las atrevidas empresas de aquellos piratas del Norte, que segun la expresion de uno de sus panegiristas, parecian haber visto en todo su horror el fondo del abismo; pero debemos tambien tener en cuenta que las repúblicas formadas en Italia de los restos de Roma y de los reinos de los godos, vándalos y lombardos, continuaron y perfeccionaron la antigua navegacion del Mediterráneo. Las flotas venecianas y genovesas habian conducido los cruzados á Egipto, Palestina, Constantinopla y Grecia, y habian ido á buscar en Alejandría y el Mar Negro, las ricas producciones de la India.

En fin, los portugueses perseguian en Africa á los moros expulsados de las riberas del Tajo, y por lo tanto se necesitaban naves que siguiesen y alimentasen á los combatientes en aquellas dilatadas costas. El cabo Nuñez detuvo largo tiempo á los pilotos; pero doblado por Jilianez en 1433 se descubrió, ó mejor dicho, se volvió á encontrar la isla de la Madera: las Azores surgieron del seno de las olas, y como desde el tiempo de Tolomeo se estaba en la persuasion de que el Asia se aproximaba al Africa, se creyó que estas eran las islas que, segun Marco Polo, limitaban el Asia en el mar de las Indias. Háse pretendido que en las playas de la isla de Corvo se elevaba una estátua ecuestre en actitud de señalar con el dedo el Occidente; opinion que parece justificarse por las monedas fenicias halladas en aquella isla.

Del cabo Nuñez viraron los portugueses al Senegal, pasando sucesivamente á las islas de Cabo-Verde, costa de Guinea, cabo Mesurado, Sur de Sierra-Leona, Benin y el Congo; y Bartolomé Diaz llegó en 1486 al famoso cabo de las Tormentas, cuyo nombre se cambió en otro mas propicio.

Tambien fue reconocida aquella extremidad meridional del Africa, que segun los geógrafos griegos y romanos debia reunirse al Asia, y en la que se encontraban las regiones misteriosas en que no se habia penetrado aun sino por aquel mar prodigioso que vió á Dios, y huyó: *Mare vidit et fugit*.

«Un espectro inmenso, espantoso, se levanta á nuestra vista: su actitud es amenazadora, su aire, feroz, su color pálido, su barba espesa y fangosa, su ca-

»bellera está sobrecargada con el peso de la tierra ce»nagosa que á ella está asida; sus labios son negros; sus dientes lívidos, y oprimidos por sus espesas cejas, »se mueven incesantemente sus centellantes ojos. .

»Habla, y su voz formidable parece salir de las si»mas de Neptuno. . . . .

»Soy el genio de las tempestades, dice; yo revisto »con todo el pavoroso aspecto del terror ese vasto pro»montorio que ni los Tolomeos, los Estrabones, los »Plinios y los Pomponios, ni ninguno de vuestros sa»bios ha conocido. Yo pongo aquí un límite á la tierra »africana en la cima que mira al polo Antártico, y que »hasta hoy, velada á las miradas de los mortales, se »indigna en este momento de vuestra audacia.

»De mi carne desecada, de mis huesos convertidos »en rocas, los dioses, los inflexibles dioses, han for»mado el gigantesco promontorio que domina estas »vastas ondas. . . . .

»Al terminar estas palabras, vertió un torrente de »lágrimas y desapareció. A su huida se disipó la »nube tenebrosa, y el mar pareció exhalar un prolongado gemido (1).»

Vasco de Gama terminando una navegacion de eterna memoria, abordó en 1418 á Calicut en la costa de Malabar.

Todo varia entonces en la superficie del globo: el mundo de los antiguos está destruido. El mar de las Indias no es ya un mar interior, un recinto rodeado por las costas asiáticas y africanas; es un océano que por un lado se une con el Atlántico, y por otra con los mares de la China y con un mar de Levante mas vasto aun. Cien reinos civilizados, ya árabes ó ya indios, mahometanos ó idólatras, y voluptuosas islas embalsamadas con delicados aromas, se revelan á los pueblos de Occidente. Una nueva naturaleza aparece, y el velo que ocultó por millares de siglos una parte del mundo, se descorre: descúbrese la patria del sol, mansion encantadora de donde sale todas las mañanas para dispensar la luz; desplégase á la vista sin obstáculos que se opongan, aquel sabio y brillante Oriente, cuya historia se relaciona tanto con los viajes de Pitágoras, las conquistas de Alejandro y los recuerdos de las Cruzadas, y cuyos perfumes han llegado hasta nuestros país, atravesando los campos de la Arabia y los mares de la Grecia. La Europa la envió un poeta para saludarla, cantarla y pintarla, noble embajador, cuya fortuna y genio parecian simpatizar con las regiones y destinos de los pueblos de la India. El poeta del Tajo hizo escuchar su triste y armoniosa voz en las orillas del Ganges; las arrebató sus encantos, su renombre y sus desgracias, dejándolas sus riquezas.

Un reducido pueblo, encerrado en un círculo de montañas á la extremidad occidental de la Europa, se abre un camino á la parte mas pomposa de la vivienda del hombre.

Tambien otro pueblo de esa misma península, pueblo no restablecido aun á su antigua grandeza, se une á un pobre piloto genovés repudiado de todas las córtes, y ambos descubren un nuevo universo á las puertas del Ocaso, en el momento mismo en que los portugueses abordaban á los campos de la Aurora.

¿Los antiguos han conocido la América?

Homero colocaba el Eliseo en el mar occidental, al lado allende de las tinieblas cimmerianas: ¿era esta la tierra de Colon?

La tradicion de las Hespérides, y mas tarde la de las islas Afortunadas, sucedieron á la del Eliseo, y aun cuando los romanos creyeron ver las islas Afortunadas en las Canarias, no destruyeron la creencia popular de la existencia de una tierra mas lejana aun en la parte occidental.

Nadie hay que ignore cuanto se ha dicho de la Atlántida de Platon, continente que al parecer debia ser mayor que el Asia y el Africa reunidas, y que estaba situado en el Océano Occidental en frente del Estrecho de Gades; posicion exacta de la América. En cuanto á las ciudades florecientes, á los diez reinos gobernados por los reyes, hijos del Neptuno, etc., la imaginacion ardiente de Platon ha añadido estos detalles á las tradiciones egipcias. La Atlántida fue sumergida, se dice, en un dia en el fondo de las aguas; esta opinion equivale á desembarazarse á la vez de las narraciones de los navegantes fenicios, y de las consejas del filósofo griego.

Aristóteles habla de una isla tan llena de encantos, que el senado de Cartago prohibió á sus marinos frecuentasen aquellos parajes bajo pena de muerte; y Diodoro nos cuenta la historia de una isla considerable y lejana, donde los cartagineses habian resuelto trasladar la metrópoli de su imperio, si en Africa experimentasen algun desastre.

¿Qué se hizo de aquella Panchœa de Evhemero, negada por Estrabon y Plutarco y descrita por Diodoro y Pomponio Mela, inmensa isla situada en el Océano al Sur de la Arabia, isla encantada donde el fénix construia su nido sobre el altar del sol?

Segun Tolomeo, las extremidades del Asia se reunian en una *tierra desconocida* que se unia al Africa por el Occidente.

Casi todos los monumentos de la antigüedad indican un continente austral, y yo no puedo conformarme con la opinion de los sabios que no ven en este continente mas que un contrapeso sistemático, imaginado para equilibrar las tierras boreales: este continente, ciertamente se prestaba maravillosamente á ocupar los espacios vacios de las cartas; pero tambien es muy posible fuese el recuerdo confuso de una tradicion, y su situacion al Sur de la rosa naútica mas bien que al Oeste, seria tal vez un error insignificante entre las enormes trasposiciones de los geógrafos de la antigüedad.

Quedan como últimos indicios, las estátuas y medallas fenicias de las Azores, si no son ya aquellas estátuas adornos de grabado aplicados á los antiguos portulanos de este archipiélago.

¿Desde la caida del imperio romano y la reconstruccion de la sociedad por los bárbaros, no habrá tocado en las costas de América alguna otra nave anterior á las de Cristobal Colon?

Respecto á este punto parece indudable que los rudos exploradores de los puertos de la Noruega y del Báltico, encontraron la América Septentrionol en el primer año del siglo XI. Descubiertas por ellos las islas Feroer hácia el 861, la Islandia de 860 á 872, y la Groenlandia en 982 ó tal vez cincuenta años despues, en 1001 un islandés llamado *Biorn* fue arrojado por una tempestad al Sud-Oeste cuando pasaba á la Groenlandia, y cayó en una tierra baja cubierta de bosques. Vuelto á la Groenlandia, contó su aventura, y Leif, hijo de Erico Randa, fundador de la colonia noruega de Groenlandia, se embarcó con Biorn: á fuerza de trabajos encontraron la isla, vista por este, y del aspecto agreste que presentaba la intitularon *Helleland*, isla rocallosa, y *Mareland*, ribera arenosa. Arrastrados á una segunda costa, siguieron mar arriba una ribera, é invernaron en la orilla de un lago. En aquel sitio el sol permanece ocho horas en el horizonte en el dia mas corto, y un marinero aleman al servicio de los dos gefes, les mostró algunas vides silvestres: Biorn y Leif, al abandonar aquella tierra la bautizaron con el nombre de *Vinland*.

Desde esta época, el Vinland ha sido frecuentado por los groenlandeses que mantienen con los salvajes, el comercio de peletería, y en 1121 pasó de Groenlandia á este pais, el obispo Erico, para predicar el Evangelio á los naturales.

Imposible es desconocer que estos detalles se refieren á alguna parte de la América Septentrional, situada

(1) Las Luisiadas.

hácia los 49° de latitud, puesto que allí en el dia mas corto, segun las observaciones de los viajeros, el sol permanece ocho horas en el horizonte. Los 49° de latitud caerian próximamente hácia la embocadura del San Lorenzo y la parte septentrional de la isla de Terranova, donde corren rios de escaso alveo que se comunican con los infinitos lagos en que abunda el interior de la isla.

Esto es lo único que se sabe de Leif, Biorn y Erico; y la autoridad mas antigua, respecto á los hechos á ellos relativos, es la recopilacion de los Anales de Islandia por Hauk, escrita en 1300, ó sean trescientos años despues del verdadero ó supuesto descubrimiento del Vinland.

Los hermanos Zeni, venecianos de nacion, y ocupados al servicio de un caudillo de las islas Feroer y Shetland, se cree visitaron tambien hácia el año 138, el Vinland de los antiguos Groenlandeses, de cuyo viaje existen una relacion y un mapa. Este incluye al Sur de la Islandia y al Nord-Este de Escocia, entre los 61° y 65° de latitud Norte, una isla llamada Frislandia: al Oeste de esta isla y al Sur de Groenlandia, indica tambien dos costas como á mas cuatrocientas leguas de distancia, con corta diferencia, y las distingue con los nombres de *Estotiland* y *Droceo*. Algunos pescadores de Frislandia arrojados al Estotiland, segun el texto, hallaron en él una ciudad populosa y bien edificada, añadiendo, que en ella habia un rey, y un intérprete que hablaba latin.

Los frislandeses naúfragos, fueron enviados por el rey de Estotiland á un país situado al Mediodia, que llamaban Droceo, y allí fueron devorados por los antropófagos, de cuya carnicería solo se salvó uno. Restituido este á Estotiland, despues de haber sufrido por mucho tiempo la esclavitud en el Droceo, representó aquella comarca como teniendo una extension inmensa, cual un *nuevo mundo*.

Este Estotiland parece referirse al antiguo Vinland de los noruegos, tal vez Terranova; la ciudad de Estotiland seria el resto de la colonia noruega, y la comarca de Droceo ó Drogeo, se convertiria despues en la Nueva-Inglaterra.

Cierto es que la Groenlandia fue descubierta á mediados del siglo x, y no lo es menos que la punta meridional de este país está muy próxima á la costa del Labrador; cierto es, que los esquimales, colocados entre los pueblos de Europa y América, parecen participar mas del carácter de los primeros que del de los segundos; y cierto es, que hubieran podido mostrar á los primeros noruegos, establecidos en Groenlandia, el camino del nuevo continente; pero se mezclan demasiadas fábulas é incertidumbres á las aventuras de los noruegos y de los hermanos Zeni, para que se pueda arrebatar á Colon la gloria de haber sido el primero que abordó á las tierras americanas.

La carta de navegacion de los dos Zeni y la relacion de su viaje de 1380, no fueron publicadas hasta 1558 por un descendiente de Nicolás Zeni, y en esta época los prodigios de Colon se habian ya realizado: ciertas rivalidades nacionales podian muy bien inducir á ciertos hombres á reclamar un honor digno indudablemente de envidia, y venecianos y noruegos pidieron, los unos á Estotiland para unirla á Venecia, y los otros á Vinland para agregarla á Berghen.

Muchas cartas geográficas de los siglos xiv y xv, indican tierras descubiertas ó vírgenes aun, en el gran mar al Sud-Oeste y Oeste de la Europa. Segun los historiadores genoveses, Doria y Vivaldi se dieron á la vela con el designio de pasar á las Indias por el Occidente; pero las costas que los habian visto perderse en medio de las aguas, no los vieron volver. La isla de la Madera se encuentra citada en un portulano español del año 1384 con el nombre de *isola di Leguame*, así como las islas Azores aparecen tambien en las obras de geografía desde 1380. Por último, una carta trazada en 1436 por el veneciano Andrés Bianco, designa al Occidente de las islas Canarias una tierra de Antillas, y al Norte de estas otra llamada *Isla de la Man Satanaxio*.

Háse pretendido que aquellas islas fuesen las Antillas y Terranova; pero sabido es que Marco Polo prolongaba el Asia hasta el Sud-Este, y situaba á su frente un archipiélago, que aproximándose á nuestro continente por el Oeste, debia encontrarse respecto á nosotros poco mas ó menos en la posicion que ocupa la América: buscando aquellas Antillas Indias, ó sean Indias Occidentales, fue conducido Colon al descubrimiento de la América, resultando de un prodigioso error la concepcion de una milagrosa verdad.

Los árabes tambien han pretendido honrarse con el descubrimiento de América, y al paso que cuentan que los hermanos Almagrurinos, de Lisboa, penetraron en las tierras mas lejanas de Occidente, un manuscrito árabe refiere una tentativa infructuosa en aquellas regiones, donde solo se descubria cielo y agua.

No disputemos á un gran hombre la obra de su genio. ¡Quién pudiera descubrir la sensacion que esperimentaria Cristóbal Colon, cuando franqueado el Atlántico, en medio de una tripulacion indisciplinada, y dispuesto á volver á Europa sin haber alcanzado el objeto de su viaje, descubrió una pequeña luz en una tierra desconocida, que le ocultaban las tinieblas de la noche mas angustiosa! El vuelo de las aves le habia guiado hácia la América, y la luz del hogar de un salvaje le descubrió un nuevo universo. Colon debió experimentar un sentimiento parecido al que la Escritura pinta en el Criador, cuando despues de haber sacado la tierra de la nada, vió que su obra era buena: *Vidit Deus quod esset bonum*. Colon creaba un mundo. Lo que siguió de nadie es ignorado: el inmortal genovés que ni aun habia querido que la América llevase su nombre, fue el primer europeo que atravesó cargado de cadenas aquel mismo Océano, cuyas aguas habia sido tanbien el primero en medir. Es tal la injusticia humana, que cuando la gloria es de tal naturaleza que redunda en pro de los hombres, estos casi siempre la castigan.

Mientras los portugueses costeaban los reinos del Quiteve, de Sedanda, de Mozambique y de Melinda, imponian tributos á los reyes moros, penetraban en el mar Rojo, terminaban la vuelta del Africa, visitaban el Golfo Pérsico y las dos penínsulas de la India, surcaban los mares de la China, tocaban en Canton, reconocian el Japon, las islas de las Especias y penetraban hasta las costas de la Nueva-Holanda, una multitud de navegantes siguió el camino trazado por las velas de Colon. Cortés destruye el imperio de Méjico, y Pizarro el del Perú, y estos conquistadores, marchando de sorpresa en sorpresa, eran tan admirables como sus mismas aventuras. Al contemplar las últimas olas del Atlántico, creian haber explorado todos los abismos; pero desde lo alto de las montañas de Panamá descubrieron un segundo Océano que cubria la mitad del globo. Nuñez de Balboa descendió á la playa, penetró en las ondas hasta un sitio en que le llegaba el agua á la cintura, y sacando su espada, tomó posesion de aquel mar en nombre del rey de España.

Los portugueses exploraban entonces las costas de la India y de la China, y los compañeros de Vasco de Gama y de Cristóbal Colon se saludaron desde las orillas del mar desconocido que los separaba: unos habian hallado un mundo antiguo, y otros descubierto uno nuevo; desde las costas de América á las de Asia, los cantos de Camoëns respondian á los de Ercilla, á través de las soledades del Océano Pacífico.

Juan y Sebastian Cabot dan á Inglaterra la América Septentrional; Cortereal rehabilita á Terranova, dá nombre al Labrador, examina la entrada de la bahía de Hudson, que toma el nombre de *Estrecho de Anian*, y por ella espera encontrar paso á las Indias Orientales.

Jacobo Cartier, Verazzani, Ponce de Leon, Walter Raleigh, y Fernando de Soto, examinaron y colonizaron el Canadá la Acadia, la Virginia y las Floridas, y los holandeses, tomando tierra en el Spizberg, salvaron los límites fijados á la problemática Thulé; Hudson y Baffin penetraron en las bahías que llevan sus nombres.

Las islas del golfo Mejicano fueron situadas matemáticamente, y Americo Vespucio delineó las costas de la Guyana, Tierra-Firme y Brasil; Solís halló el rio de la Plata; Magallanes, entrando en el Estrecho á que dió su nombre, penetró en el Océano, y fue muerto en las Filipinas. Su nave, que arribó á las Indias por el Occidente, volvió á Europa por el cabo de Buena-Esperanza, terminando así por primera vez aquel viaje peligroso de la vuelta del mundo. Mil ciento ochenta y cuatro dias se invirtieron en él, cuando hoy solo se emplean ocho meses.

Creíase tambien que el Estrecho de Magallanes era el único desaguadero que daba paso al Océano Pacífico, y que las tierras americanas volvian á unirse á un continente austral por la parte meridional del Estrecho; pero Francisco Drake primero, y despues Shouten y Lemaire doblaron la punta meridional de la América. Con estos nuevos viajes quedó fijada definitivamente la geografía del globo por esta parte, y por ella se supo, que la América y el África terminaban en los cabos de Hornos y Buena-Esperanza, dirigiendo sus extremidades hácia el polo Antártico, y penetrando en un mar austral sembrado de islas.

En el Gran Océano reconoció Cortés la California, su golfo y el mar Bermejo, mientras Cabrillo se remontó á lo largo de las costas de la Nueva-California, hasta los 43° de latitud Norte; Galli llegó hasta los 57°, y en medio de tantos periplos reales, Maldonado, Juan de Fuca y el almirante Fonte, colocaron sus viajes quiméricos. Behring fijó por la parte del Norte los límites de la América Septentrional, como Lemaire habia determinado por la parte Sur los de la América Meridional, y la América cerró el camino de la India á manera de un ancho dique entre dos mares.

Una quinta parte del mundo habia sido divisada por los primeros navegantes portugueses hácia el polo Austral: esta nueva parte del mundo está designada con bastante correccion en una carta del siglo xvi, conservada en el Museo británico; pero aumentados los descubrimientos por los holandeses, sucesores de los portugueses en las Molucas, la dieron el nombre de *Tierra de Diemen*, que cambió despues en el de Nueva-Holanda, cuando en 1642, Abel Tasman concluyó de darle la vuelta: Tasman en este viaje tuvo tambien conocimiento de la Nueva-Zelandia.

Los intereses mercantiles y las guerras políticas impidieron á españoles y portugueses gozar pacíficamente de sus conquistas. En vano trazó el papa la famosa línea que dividia el mundo entre los herederos del genio de Gama y de Colon, pues el barco de Magallanes habia probado físicamente á los mas incrédulos, que la tierra era redonda y que existian antípodas. Por lo tanto, la línea recta del sumo pontífice era ya inútil en una superficie circular, y se perdia en el cielo; además de que las pretensiones y los derechos se mezclaron y confundieron.

Establecidos los portugueses en América, y los españoles en las Indias, los ingleses, los franceses, los daneses y los holandeses corrieron presurosos á repartirse la presa. Entonces se desembarcaba en tumultuosa confusion sobre las riberas; se plantaba una empalizada, se enarbolaba un pabellon, se tomaba posesion de un mar, de una isla ó de un continente en nombre de un soberano europeo, sin preguntar si eran legítimos señores de aquellos lugares, pueblos, reyes, hombres civilizados ó salvajes. Los misioneros pensaban que el mundo pertenecia á la Cruz, en el sentido de que Jesucristo, conquistador pacífico, debia someter á todas las naciones al Evangelio; pero los aventureros de los siglos xv y xvi miraban las cosas bajo un punto de vista mas material, y creian santificar su avaricia insaciable desplegando el estandarte de la salvacion en una tierra idólatra: así pues, el emblema de un poder eminentemente caritativo y pacífico, se convirtió en la enseña de la persecucion, la discordia y la muerte.

Los europeos se combatian unos á otros por todas partes; un puñado de extranjeros distribuido en inmensos continentes, parecia no tener terreno donde situarse. Aquellos hombres, no solo se disputaban unas tierras y unos mares donde esperaban hallar oro, diamantes, y perlas; aquellas comarcas que producian el marfin, el incienso, el aloe, el té, el café, la seda, las ricas telas; aquellas islas donde crecian el árbol de la canela, el de la nuez moscada, el pimentero, la caña de azúcar, la palmera y el sagú; sino que se degollaban mútuamente por la posesion de una roca esterilizada por las nieves de los polos, ó por una mezquina morada en un rincon de aquel vasto desierto. Aquellas guerras que no ensangrentaron al principio mas que los lugares que las vieron nacer, se extendieron con las colonias europeas á toda la superficie del globo, envolviendo en sus horrores á los pueblos que ignoraban hasta el nombre de los paises y de los reyes á quienes eran inmolados. Un cañonazo disparado en España, Portugal, Francia, Holanda, Inglaterra ó en el fondo del Báltico, destrozaba una tribu salvaje en el Canadá, aherrojaba una familia negra de la costa de Guinea ó derrocaba un reino en la India. Segun los diversos tratados de paz, los chinos, indios, africanos y americanos se hacian franceses, ingleses, portugueses, españoles, holandeses ó daneses; y algunas partes de África, Asia y América cambiaban de dueños segun el color de la bandera europea que se enarbolaba en sus paises. Pero no eran solo los gobiernos de nuestro continente los que se arrogaban tan brutal supremacía, pues simples compañías de mercaderes ú hordas de piratas, hacian la guerra en provecho propio y gobernaban reinos tributarios é islas fecundas, por medio de una factoría, de un agente de comercio, ó un capitan de corsarios.

Las primeras relaciones de aquellos descubrimientos tienen en general una sencillez encantadora, y aun cuando se mezclaba á ellas infinidad de fábulas, estas no oscurecian la verdad. Los autores de aquellas relaciones son demasiado crédulos sin duda, pero hablan en conciencia; cristianos poco ilustrados y frecuentemente apasionados, pero sinceros, engañan seguramente, pero ellos se engañaban tambien á sí mismos. Monges, marinos y soldados, empleados todos en aquellas expediciones, refieren sus peligros y aventuras con una piedad y un calor que se comunican al que las lee. Aquella especie de modernos cruzados, que van en busca de nuevos mundos, cuentan lo que han visto ó aprendido, y sin dudar de ello lo exageran al pintarlo; porque reflejan fielmente la imágen del objeto colocado ante sus ojos. Descúbrese en sus relatos el asombro y la admiracion que experimentarian á la vista de aquellos mares vírgenes, de aquellas tierras primitivas que se desplegaban á su vista, de aquella naturaleza hermoseada por la sombra de árboles gigantescos, regada por rios inmensos, y poblada por animales desconocidos; naturaleza, en fin, que Buffon ha divinizado en su descripcion del kamitchi, que ha cantado, por decirlo así, al hablar de aquellas *aves uncidas al carro del sol en la zona ardiente que limitan los trópicos; aves que vuelan incesantemente bajo un cielo de fuego, sin apartarse de los dos límites extremos de la ruta del gran astro.*

Entre los viajeros que escribieron el diario de sus escursiones, figuran algunos de los grandes hombres de aquellos tiempos prodigiosos. Poseemos las cuatro *Cartas de Cortés á Carlos V*; una *Carta de Cristóbal Colon á Fernando é Isabel*, fechada en las Indias Occidentales á 7 de julio de 1503, y el señor Navarrete ha publicado otra, dirigida al papa, en la cual, el piloto

X Ya que cita otros, no sé porqué el autor ha de callar el nombre de Elcano que fué el primero que dió la vuelta al mundo.

genovés promete al sumo pontífice darle el pormenor de sus descubrimientos, y dejarle comentarios como César. ¡Qué tesoro si esas cartas y esos comentarios se hallasen en la biblioteca del Vaticano! Colon, como César, era tambien poeta, pues ha legado á la posteridad algunos versos latinos. Que aquel hombre fue inspirado del cielo, nada mas natural sin duda, y así es que Giustiniani, al publicar un Salterio hebreo, árabe, griego y caldeo, coloca por nota la vida de Colon en el salmo *Cœli enarrant gloriam Dei*, como una reciente maravilla que revela la gloria de Dios.



RUINAS DE POMPEYA.—FRAGMENTO DE ESTATUA DESCUBIERTO POR UN LABRADOR.

Probable es que los portugueses y españoles, aquellos en Africa y estos en América, recogiesen hechos ocultos entonces por gobiernos envidiosos; pero el nuevo estado político de Portugal y la emancipacion de la América española, favorecieron pesquisas interesantes. Ya el jóven é infortunado viajero Bowdich publicó la relacion de los descubrimientos de los portugueses en el interior de Africa, entre Angola y Mozambique, tomada de manuscritos originales. Consérvase respecto á este asunto una narracion secreta y en alto grado curiosa del estado del Perú, durante el viaje de La Condamine, y el señor Navarrete ha da-

do á luz la coleccion de viajes de los españoles, con otras Memorias inéditas concernientes á la historia de la navegacion.

En fin, viniendo á nuestra edad, comienzan esos viajes modernos donde brilla la civilizacion con todos sus recursos, y la ciencia con todos sus medios. Por tierra los Chardin, Tavernier, Bernier, Tournefort, Niebuhr, Pallas, Norden, Shaw y Hornemann, reunen sus preciosos trabajos á los de los escritores de las *Cartas edificantes*. Grecia y Egipto ven llegar á sus playas exploradores, que para descubrir un mundo pasado, arrostran tantos peligros como los marineros



VISITA AL GENERAL WASHINGTON.

que buscaron un nuevo mundo; y Bonaparte y sus cuarenta mil viajeros baten palmas de júbilo al ver las ruinas de Tebas.

Por mar, Drake, Sarmiento, Candish, Sebaldo de Weert, Spilberg, Noort, Woodrogers, Dampier, Gemelli-Carreri, La Barbinais, Byron, Wallis, Anson, Bougainville, Cook, Carteret, La Perouse, Entrecasteaux, Vancouver, Freycinet y Duperré, no han dejado ni un escollo por reconocer.

El Océano Pacífico, perdida ya su inmensa soledad, se ha convertido en un risueño archipiélago, que recuerda la hermosura y los encantos de la Grecia.

La India, tan misteriosa poco há, carece ya de secretos, y conocidas sus tres lenguas sagradas, sus libros mas reservados han sido traducidos: el mundo se ha iniciado en las creencias filosóficas que dividieron las opiniones de aquel vetusto suelo, y la sucesion de los patriarcas de Bouddhah es ya tan conocida como la genealogía de nuestras familias. La sociedad de Calcuta publica con regularidad las noticias científicas de la India; y se lee el sanscrito, se habla el chino, el javanés, el tártaro el turco, el árabe y el persa, en París, Bolonia, Roma, Viena, Berlin, San Pertersburgo, Copenhague, Estocolmo y Londres. Se ha encontrado hasta la lengua de los muertos, aquella lengua perdida con la raza que la habia inventado; el obelisco del desierto ha presentado sus caracteres misteriosos, y se han descifrado; las momias han descorrido los cerrojos de la tumba, y se las ha examinado á la luz del sol; y por último, se ha restituido la palabra al pensamiento mudo, que ningun vivo podia ya expresar.

Webb, Raper, Hearsay y Hodgson, han buscado las fuentes del Ganges; Moorcroff, ha penetrado en el Tibet; se han medido los picos del Himalaya; y en fin, citar con el mayor Renell la multitud de viajeros á quienes la ciencia será siempre deudora de muchos adelantos y noticias, es punto menos que imposible.

En Africa, al sacrificio de Mungo-Parka, han seguido otros muchos: Bowdich, Toole, Belzoni, Beaufort, Peddie y Woodney, han perecido; pero esto no obstante, este continente formidable concluirá por ser hollado por la planta de los europeos.

En el quinto continente, despues de atravesar las montañas Azules, se va penetrando poco á poco en aquella singular parte del mundo, donde los rios parecen correr en sentido contrario, ó sea del mar al interior; donde los animales apenas se parecen á los ya conocidos; donde los cisnes son negros; donde el canguro se lanza como una langosta; donde una naturaleza anómala, como Lucrecio la describió á las orillas del Nilo, alimenta una especie de monstruo que participa de las cualidades del ave, del pez y de la serpiente, pues nada debajo del agua, pone un huevo, y hiere con un aguijon mortal.

En América, el ilustre Humboldt ha pintado y descrito todo.

El resultado de tantos esfuerzos, los conocimientos positivos adquiridos acerca de tantos lugares, el movimiento de la política, la renovacion de las generaciones y el progreso de la civilizacion, han cambiado el cuadro primitivo del globo.

En las ciudades de la India se ve hoy mezclada la arquitectura de los Bramas, con palacios italianos y monumentos góticos; los elegantes carruajes de Londres se cruzan con los palanquines y las caravanas, en los caminos del tigre y del elefante. Navíos de alto bordo remontan el Ganges y el Indo: Calcuta, Bombay y Benarés tienen espectáculos, asambleas científicas é imprentas. El pais de las *Mil y una noches*, el reino de Cachemira, el imperio del Mogol, las minas de diamantes de Golconda, los mares que enriquecen las perlas orientales, ciento veinte millones de hombres que Baco, Sesostris, Dario, Alejandro, Tamerlan y Gengis-Kan habian conquistado ó intentado conquistar, reconocen por propietarios y amos una docena de comerciantes ingleses, cuyo nombre se ignora, y que moran á cuatro mil leguas del Indostan, en una oscura calle de la ciudad de Londres. Estos comerciantes se cuidan muy poco de aquella vieja China, vecina á sus ciento veinte millones de vasallos; y tanto es así, que lord Hastings les ha propuesto conquistarla con veinte mil hombres. ¡Mas cómo! ¡el té bajaria de precio en las orillas del Támesis! hé aquí lo que salva al imperio de Tobí, fundado dos mil seiscientos treinta y siete años antes de la era cristiana, segun su cronología; de aquel Tobí, contemporáneo de Rebu, tatarabuelo de Abraham.

En Africa comienza un mundo europeo en el cabo de Buena-Esperanza. El reverendo John Campbell, embarcado en este cabo, penetró en el Africa Austral hasta la distancia de once mil millas, y encontró ciudades populosas, tales como Machéou y Kurrechane, tierras bien cultivadas, y fundiciones de hierro. Al Norte del Africa el reino Bornou y el de Soudan, propiamente dicho, han ofrecido á los señores Clapperton y Denham treinta y seis ciudades mas ó menos considerables, una civilizacion avanzada, y una caballería negra armada como los antiguos caballeros.

La antigua capital de un reino negro-mahometano, conserva ruinas de palacios que sirven de guarida á elefantes, leones, serpientes y avestruces, pudiéndose creer desde luego que el mayor Laing penetró en aquel Tombouctou tan conocido como ignorado.

Otros ingleses, invadiendo el Africa por la costa de Benin, se dirigieron hácia donde iban los primeros pesquisidores, y se reunieron por fin, navegando rio arriba, á sus valerosos compatriotas, llegados por el Mediterráneo. El Nilo y el Niger nos descubrirán bien pronto sus fuentes y sus corrientes. En aquellas regiones abrasadoras, el lago Stad refresca el aire con sus benéficas emanaciones; pero en los desiertos arenosos de la Zona Tórrida, el agua se hiela en el fondo de las odres, y un viajero célebre, el doctor Oudney, pereció allí al rigor del frio.

En el polo Antártico el capitan Smith ha descubierto la Nueva-Sethland, único resto de la inmensa tierra austral de Tolomeo, en cuyas aguas hay una cantidad innumerable de ballenas de corpulencia enorme, y de tal poder que una de ellas atacó en 1820 al navío americano *l' Essex* y lo echó á pique.

El Gran Océano no es ya un triste desierto, porque los malhechores ingleses, unidos á los colonos voluntarios, han edificado algunas ciudades en aquel postrer mundo abierto á la audacia de los hombres. En aquella tierra que por fin se ha domado á los esfuerzos de la industria, se ha hallado hierro, hulla, sal, pizarra, cal, lápiz, arcilla de alfarería, alumbre, y en una palabra, cuanto es útil para el establecimiento de la sociedad. La Nueva-Gales del Sur, tiene por capital á Sidney en el puerto Jackson, y Paramatta está situada en el fondo de la bahía; la ciudad de Vindsor prospera en la confluencia del South-Creck y del Hawkesburi, y el gran pueblo de Liverpool ha fecundado las orillas del Georges-River, que desemboca en la bahía Botánica (Botany-Bay), situada á catorce millas al Sur del puerto Jackson. La isla Van-Diemen está bastante poblada, y tiene puertos soberbios y montañas enteras de hierro; su capital se llama *Hobart*.

Los deportados á la Nueva-Holanda, sufren diversos castigos segun la naturaleza de sus crímenes; y así permanecen en prision, son ocupados en los trabajos públicos, ú obligados á fijarse en el país por medio de concesiones territoriales, hechas en su favor, pudiendo conseguir la libertad ó permanecer en la colonia, mediante un permiso superior, los que se hayan corregido.

La colonia ha progresado tanto, que sus rentas, cuyas cuotas ascendieron en 1819 á 21,179 libras esterlinas, sirvieron para disminuir en una cuarta parte los gastos del gobierno.

La Nueva-Holanda tiene imprentas, periódicos políticos y literarios, escuelas públicas, teatros, carreras de caballos, grandes caminos, puentes de piedra, edificios religiosos y civiles, máquinas de vapor, manufacturas de paño, de sombreros y de loza; habiéndose construido naves en sus astilleros. Los frutos de todos los climas, desde el banano hasta la manzana,

y desde el olivo á la vid, prosperan en aquella tierra que fue de maldicion; y los carneros, cruzados con los moruecos de Inglaterra y del Cabo de Buena-Esperanza, y especialmente con los merinos, han adquirido gran estimacion.

La Oceánica transporta sus trigos á los mercados del Cabo, sus cueros á las Indias, y sus salazones á la isla de Francia. Aquel pais, que hace veinte años no enviaba á Europa mas que canguros y algunas plantas, expone hoy las lanas de sus merinos en los mercados de Liverpool é Inglaterra, donde ha llegado á venderse la libra á 11 sueldos, 6 dineros, precio que superaba en 4 sueldos al alcanzado por las lanas finas de España en los mismos mercados.

En el mar Pacífico se observa la misma revolucion; y las islas Sandwich, un tiempo inhabitadas, forman ya un reino civilizado por Tameama, que cuenta con una marina compuesta de veinte goletas y varias fragatas. Algunos marineros ingleses desertores, se han convertido en príncipes y han levantado ciudadelas que defiende una buena artillería, sosteniendo además un comercio activo con América y Asia. La muerte de Tameama entregó ciertamente el poder á los pequeños señores feudales de las islas Sandwich, pero no pudo destruir los gérmenes de la civilizacion. Ultimamente se han visto en la Opera de Londres un rey y una reina de aquellos insulares que habian comido con el capitan Cook, cuyos huesos veneraban en el templo consagrado á los dioses Rono. Estos personajes sucumbieron al influjo del clima húmedo de Inglaterra, y lord Byron, heredero de la dignidad de par que habia gozado el gran poeta, muerto en Missolonghi, fue encargado de transportar á las islas Sandwich los féretros de los reyes difuntos: basta ya, á mi juicio, de contrastes y recuerdos acerca de este punto.

Otaïti ha perdido sus danzas, coros y costumbres voluptuosas. Las bellas habitantes de la nueva Citeres, demasiado alabadas tal vez por Bougainville, son hoy bajo sus árboles del pan, y sus elegantes palmeras, puritanas que van al sermon, leen la Escritura con misioneros metodistas, controvierten desde la mañana á la tarde, y expian en el tédio la extremada alegría de sus madres. En Otaïti se imprimen Biblias y obras ascéticas.

Un rey de aquella isla, el rey Pomario, se ha hecho legislador, y ha publicado un código criminal dividido en diez y nueve títulos, nombrando cuatrocientos jueces para ejecutar las leyes en él consignadas: el asesinato es el único castigado con pena de muerte; porque la calumnia calificada de *primer grado* tiene asignada una pena especial: el calumniador está obligado á construir con sus propias manos un gran camino, de dos á cuatro millas de largo por doce piés de ancho. «El camino debe ser convexo, dice la ordenanza real, con el objeto de que las aguas llovedizas corran por los costados. » Si existiera una ley semejante en Francia, tendriamos los caminos mas hermosos de la Europa.

Los salvajes de aquellas islas encantadas, admiradas por Juan Fernandez, Anson, Dampier y otros viajeros, se han transformado en marineros ingleses. Un anuncio de la *Gaceta de Sidney*, en la Nueva-Gales, avisa que los insulares de Otaïti y de Nueva-Zelandia, Roni, Paoutou, Popoti, Tiapoa, Moaï, Topa, Ficou, Aiyong y Haouho, van á partir del puerto de Jackson en navíos de la colonia.

En fin, en aquellos hielos de nuestro polo, regiones fatales de donde á fuerza de trabajos y peligros salieron Gmelin, Ellis, Federico Martens, Philipp, Davis, Gilbert, Hudson, Tomás Button, Baffin, Fox, James, Munk, Jacob May, Owin y Koscheley: entre aquellos hielos donde pasaron el invierno los infortunados holandeses, medio muertos de frio y de hambre, en el fondo de una caverna sitiada por los osos; en aquellas mismas regiones polares, rodeados de una noche de muchos meses, el capitan Parry, sus oficiales y tripulacion, en completa salud, cómo damente encerrados en su barco, y con víveres en abundancia, representaban comedias y daban bailes y mascaradas: ¡no de otro modo, refinada la civilizacion, ha hecho que el hombre surque con seguridad los mares, y disminuyendo toda clase de peligros, le ha dado los medios de arrostrar la intemperie de los climas!

En el viaje que sigue inmediatamente á este prefacio hablaré de los cambios ocurridos en América, debiendo solo observar de paso los diferentes resultados que han producido los descubrimientos de Colon y Vasco de Gama.

La especie humana ha sacado escasa utilidad de los trabajos del navegante portugués; pero la ciencia por el contrario les es deudora de algunos adelantos, porque con ellos no solo se han destruido ciertos errores de geografía y física, sino que los pensamientos del hombre se han engrandecido á medida que la tierra se iba dilatando á su presencia. Por medio de estos descubrimientos ha podido hacer mas comparaciones, visitando mas pueblos, y se ha sentido superior á lo que era viendo lo que podia hacer; ha comprendido que la especie humana crecia y que las generaciones pasadas habian perecido en su infancia; y estos conocimientos, estos pensamientos, esta experiencia, esta estimacion de sí mismo han entrado como elementos generales de la civilizacion. Empero, ninguna mejora política se ha obrado en las vastas regiones en que Gama fué á desplegar sus velas. Los indios no han hecho mas que cambiar de señores. El consumo de los productos de su pais se ha disminuido en Europa por la inconstancia del gusto y de la moda, y por lo tanto no es ya un objeto de lucro: hoy no se va ya hasta el fin del mundo para buscar ó apoderarse de una isla, que produjera la nuez moscada; ademas de que las producciones de la India han sido imitadas ó connaturalizadas en otras partes del globo. En resúmen, los descubrimientos de Gama son una magnífica aventura, pero nada mas, habiendo tenido quizá el inconveniente de aumentar la preponderancia de un pueblo hasta el punto de ser peligrosa á la independencia de los demás.

Los descubrimientos de Colon, por las consecuencias que hoy se experimentan, han sido una verdadera revolucion, tanto para el mundo moral como para el físico, segun tendré ocasion de manifestar extensamente en la conclusion de mi viaje. No olvidemos sin embargo, que el continente hallado por Gama no ha pedido la esclavitud á ninguna otra parte de la tierra, y que el Africa debe sus cadenas á esa América, tan libre hoy. Nosotros admiramos la ruta que trazó Colon en las simas del Océano; pero para los pobres negros es el camino, que al decir de Milton, construyeron sobre el abismo la Muerte y el Mal.

Réstame solo referir las investigaciones con que se ha completado últimamente la historia geográfica de la América Septentrional.

En 1772, Hearne descubrió el mar á la embocadura del rio Mina de Cobre, y Mackenzio le vió en 1789 á la embocadura del rio que lleva su nombre. El capitan Ross, y en seguida el capitan Parry, fueron enviados, el uno en 1818 y el otro en 1819, á explorar de nuevo aquellas regiones glaciales. El capitan Parry penetró en el Estrecho de Lancastre, pasó verosímilmente por el polo magnético, é invernó en la rada de la isla Melville.

En 1831 verificó el reconocimiento de la bahía de Hudson, y volvió á Repulsebay. Guiado por las noticias de los esquimales, se presentó en la entrada de un estrecho que obstruian los hielos, y que llamó el *Estrecho de la Fury y de la Hecla*, del nombre de los barcos que montaba: desde allí divisó el último cabo de la América, al Nord-Este.

El capitan Francklin, enviado á América para secundar por tierra los esfuerzos del capitan Parry, bajó por el rio Mina de Cobre y entró en el Mar Polar, avanzando por la parte Este hasta el golfo de la *Coronacion de Jorje IV*, poco mas ó menos en la direccion y á la altura de Repulsebay.

En 1825, el mismo capitan Francklin, en una segunda expedicion, bajó por el Makenzio, vió el Mar Ártico, volvió á invernar al Lago de los Osos, y tornó á bajar el Mackenzio en 1826. En la embocadura de aquel rio se dividió la expedicion inglesa, y una mitad, provista de dos canoas, fue á buscar por el Este el rio Mina de Cobre, y la otra, á las órdenes del mismo Francklin y provista igualmente de dos canoas, se dirigió hácia el Oeste.

El 9 de julio, Francklin se vió precisado á detenerse por los hielos sin poder comenzar su navegacion hasta el 4 de agosto. Apesar de todo, solo podia andar una milla por dia, y la costa era tan baja, y el agua de tan poca profundidad, que costó mucho desembarcar. Las espesas brumas que allí reinaban y los golpes de viento que se sucedian sin intermision, eran otros tantos obstáculos que se oponian á los progresos de la expedicion.

Llegó sin embargo el 18 de agosto á los 150° del meridiano y á los 70° 30' Norte, y por consecuencia habia recorrido mas de la mitad de la distancia que separa la embocadura del Mackenzio del Cabo de Hielo, mas arriba del Estrecho de Behring: al intrépido viajero no le faltaban aun víveres; sus canoas no habian sufrido la menor avería; sus marineros gozaban de perfecta salud, y veia el mar abierto ante su vista; pero las instrucciones del almirante eran precisas, y prohibiéndole prolongar sus escusiones sino podia ganar la bahía de Kotzebue antes del principio de la mala estacion, se vió obligado á volver al rio Makenzio, y el 21 de setiembre entró en el Lago de los Osos, donde encontró la otra mitad de la expedicion.

Esta, no solo habia terminado su exploracion de las costas desde la embocadura del Makenzio hasta la del rio Mina de Cobre, sino que habia prolongado su navegacion hasta el golfo de la *Coronacion de Jorge IV*, remontándose por Este hasta los 118° del meridiano: por todas partes se le habian presentado buenos puertos, y una costa mas abordable que la recorrida por el capitan Francklin.

El capitan ruso, Otto de Kotzebue, descubrió en 1816 al Nord-Este del Estrecho de Behring, un paso ó entrada que conserva su nombre; y á este paso, situado al Nord-Este de América, fué á esperar á Francklin el capitan inglés Beechey, con una fragata, cuando aquel venia á buscarle de la parte Nor-Oeste. La navegacion del capitan Beechey se terminó felizmente: arribado en 1827 al sitio y época de la cita, los hielos no detuvieron su buque sino á los 72° 30' de latitud Norte. Obligado entonces á anclar en una costa, observó que todos los dias pasaban y repasaban los *baidars* (nombre ruso de las embarcaciones indias en aquellas aguas), por unas aberturas practicadas entre el hielo y la tierra, y con una ansiedad indefinible creia ver llegar tambien á cada instante al capitan Francklin.

Ya hemos dicho que este habia llegado el 18 de agosto de 1826 á los 150° del meridiano de Grenwich, y á los 70° 30' de latitud Norte, hallándose por lo tanto apartado del Cabo de Hielo, 10° de longitud, grados que en aquella elevada latitud, dan poco mas de 81 leguas. El Cabo de Hielo está separado del paso de Kotzebue como unas 60 leguas, y es probable que si al capitan Francklin no le hubiera estado prohibido doblar el Cabo, hubiera hallado alguna corriente en comunicacion directa con las aguas de la entrada de Kotzebue; pero de todos modos, bastaba recorrer 125 leguas para encontrar la fragata del capitan Beechey.

Al final del mes de agosto, y durante todo el mes de setiembre, es cuando los mares polares están mas descargados de hielo, y habiendo permanecido el capitan Beechey en el paso de Kotzebue, hasta el 14 de octubre, el capitan Francklin hubiera podido hacer aquella travesía de 125 leguas en poco menos de dos meses, y en la mejor estacion del año, ó sea desde el 18 de agosto al 14 de octubre. Nunca se deplorará demasiado los obstáculos puramente humanos, que impidieron, segun las instrucciones que tenia, hacer aquella marcha el capitan Francklin. ¡Qué transportes de júbilo, mezclados de justo orgullo, no hubieran estallado en los marineros ingleses al realizar el descubrimiento del paso del Nord-Este, al encontrarse en medio de los hielos, al abrazarse en aquellos mares no surcados aun por ninguna nave, en aquella extremidad hasta entonces desconocida del Nuevo-Mundo! De cualquier modo que sea, el problema geográfico puede ya considerarse como resuelto: el paso del Nord-Este existe, y la configuracion exterior de la América está ya trazada.

El continente americano termina al Nord-Oeste en la bahía de Hudson por una península llamada *Melleville*, cuya punta postrera ó último cabo, se sitúa á los 69° 48' de latitud Norte, y á los 82° 50' de longitud Oeste de Greenwich. Allí se abre un estrecho entre este cabo y la tierra de Cockburn, cuyo estrecho, llamado el *Estrecho de la Fury y de la Hecla*, no ofreció al capitan Parry otra cosa que una masa sólida de hielo.

La península Nor-Oeste se une al contineute cerca de la bahía de Repulsa, y no puede ser muy ancha en su raiz, puesto que el golfo de la *Coronacion de Jorge IV*, descubierto por el capitan Francklin en su primer viaje, desciende al Sur hasta los 66° y medio, y su extremidad meridional no se aparta mas que 67 leguas de la parte occidental de la bahía Wager. El capitan Lyon fue enviado á la bahía de Repulsa con el fin de pasar por tierra, del fondo de aquella bahía al golfo de la *Coronacion de Jorge IV;* pero los hielos, las corrientes y las tempestades, detuvieron el navío de aquel aventurero marino.

Ahora, prosiguiendo nuestra investigacion y colocándonos al otro lado de la península Melville, en aquel golfo de la *Coronacion de Jorge IV*, hallaremos la embocadura del rio Mina de Cobre á los 67° 42' 35" de latitud Norte, y á los 115° 49' 33" de longitud Oeste de Greenwich. Hearne habia indicado aquella embocadura cuatro grados y un cuarto mas al Nor-Oeste en latitud, y cuatro y un cuarto mas al Oeste en longitud.

De la embocadura del rio Mina de Cobre, navegando hácia la embocadura del Makencio, se remonta en toda la longitud de la costa, hasta el 70° 37' de latitud Norte, se dobla un cabo y se vuelve á descender á la embocadura oriental del Makenzio por los 69° 29'. De aqui la costa se dirige al Oeste hácia el Estrecho de Behring, elevándose hasta los 70° 30' de latitud Norte, bajo los 150° del meridiano de Greenwich, punto donde el capitan Francklin se detuvo el 18 de agosto de 1826, no hallándose, como he dicho, mas que á 10° de longitud Oeste del Cabo de Hielo, situado próximamente á los 71° de latitud.

Reasumiendo todos estos diversos resultados, tenemos:

El último cabo Nord-Oeste del continente de la América Septentrional á los 69° 48' de latitud Norte, y al 82° 50' de longitud Oeste de Greenwich; el cabo *Turnagain* en el golfo de la *Coronacion de Jorge IV*, á los 68° 30' de latitud Norte; la embocadura del rio Mina de Cobre á los 60° 49' 35" de latitud Norte, y á los 115° 49' 33" de longitud Oeste de Greenwich; un cabo de la costa entre el rio Mina de Cobre y el Makenzio á los 70° 37' de latitud Norte, y á los 126° 52' de longitud Oeste de Greenwich; la embocadura del Makenzio á los 69° 29' de latitud, y á los 133°

24' de longitud; el punto donde se detuvo el capitan Francklin á los 70° 30' de latitud Norte, y á los 15° al Oeste de Greenwich; y por último, el cabo del Hielo á los 10° de longitud mas al Oeste, y á los 61° de latitud Norte.

Resulta, pues, que desde el último cabo Nor-Oeste de la América Septentrional, en el *Estrecho de la Hecla y de la Fury*, hasta el cabo del Hielo, mas arriba del Estrecho de Behring, el mar forma un golfo espacioso pero de escasa profundidad, que termina en la costa Nor-Oeste de América: esta costa corre de Este á Oeste, ofreciendo en el golfo general tres ó cuatro bahías principales, cuyas puntas ó promontorios se aproximan en latitud al punto en que están colocados el último cabo Nor-Oeste de la América, en el *Estrecho de la Fury y de la Hecla*, y el cabo del Hielo, mas arriba del Estrecho de Behring.

Al frente de este lago, ó sea entre los 70° y 75° de latitud Norte, tuvieron lugar los descubrimientos resultantes de los tres viajes del capitan Parry, á saber: la presunta isla de *Cockburn*, las delineaciones del *Estrecho del Principe Regente*, las *islas del Principe Leopoldo*, de *Bathurst* y de *Melville*, y la tierra de *Banks*. Solo se trata ya de hallar á través de aquellos terrenos desunidos un paso libre al mar, que baña la costa Nor-Oeste de América, y que tal vez seria navegable en la estacion oportuna por los barcos balleneros.

Mr. Macleod ha contado á Mr. Duglas en las grandes vertientes de la Colombia, que existe un rio que corre paralelamente al Mackenzio y que se precipita en el mar, cerca del cabo de Hielo. Al Norte de este cabo hay una isla, donde los barcos rusos acuden á comerciar con los naturales del país. Mr. Macleod ha visitado el mar polar, y ha pasado en el espacio de once meses, desde el Océano Pacífico á la bahía de Hudson, y declara que el mar polar está espedito despues del mes de julio.

Tal es el estado actual de las cosas en el exterior de la América Septentrional, relativamente á aquel famoso paso que me habia propuesto buscar, y que fue el objeto principal de mi escursion á Ultramar; veamos lo que han hecho los últimos viajeros en el interior de esa misma América.

En la parte Nord-Oeste de aquellos desiertos helados y sin árboles, circundados por el lago del Esclavo y el del Oso, nada queda ya por descubrir. Mackenzio partió el 3 de junio de 1789, del fuerte Chipiouyan, situado en el lago de las Montañas, y que se comunica con el del Esclavo por medio de una corriente, mezclando sus aguas con el rio que naciendo de este lago, va á perderse en el mar polar, y se llama hoy rio Mackencio.

El 10 de octubre de 1792, Mackencio volvió á salir por segunda vez del fuerte Chipiouyan, y dirigiendo su rumbo hácia el Oeste, atravesó el lago de las Montañas y navegó rio arriba por el Oungigah ó rio de la Paz, que nace en las montañas Rocallosas, conocidas ya por los misioneros franceses con el nombre de *Piedras brillantes*. Mackenzio atravesó estas montañas; encontró un rio caudaloso, el Tacoutché-Tessé, que tomó equivocadamente por el Colambia, y abandonando su corriente, pasó al Océano Pacífico por otro rio que tituló *rio del Salmon*.

Allí encontró multiplicadas señales del paso del capitan Vancouver, y despues de haber observado y fijado la latitud de aquellos lugares, á los 52° 21' 33", escribió con bermellon en una roca: «Alejandro Mackenzio vino aquí por tierra desde el Canadá, el 22 de »julio de 1793.» En esta época ¿que haciamos en Europa?

Los viajeros americanos, por una mezquina envidia nacional, que ellos mismos no se explican, apenas hablan del segundo itinerario de Makenzio, itinerario que prueba, que este inglés fue el primero que tuvo el honor de atravesar el continente americano por la parte del Septentrion, desde el mar Atlántico al gran Océano.

El 7 de mayo de 1792, el capitan americano Roberto Gray, divisó en la costa Nor-Oeste de la América Septentrional la embocadura de un rio bajo los 46° 19' de latitud Norte y los 126° 14' 15" de longitud Oeste del meridiano de París: este marino entró en aquel rio el 11 del mismo mes, y le llamó el Colombia, del nombre del navío que mandaba.

Vancouver llegó al mismo lugar el 19 de octubre del mismo año, y Brougthon con la conserva de Vancouver pasó la barra del Colombia, y surcando el rio, penetró hasta ochenta y cuatro millas mas allá de la barra.

Los capitanes Lewis y Clarke, llegados por el Misuri, desde las montañas Rocallosas, edificaron un fuerte en 1805, á la entrada del Colombia, que quedó abandonado á su partida.

En 1811, los americanos levantaron otro en la orilla izquierda del mismo rio, y tomó el nombre de *Astora* del de M. J.-J. Astor, negociante de Nueva-York y director de la Compañia de peleterías en el Océano Pacífico.

En 1810, se reunió en San Luis del Misisipi una parte de los asociados de la Compañía, y ejecutó una nueva escursion al Colombia, atravesando las montañas Rocallosas; mas tarde en 1812, algunos de aquellos asociados conducidos por Mr. R. Stuart, volvieron del Colombia á San Luis, y con estos viajes toda la costa quedó reconocida. Los caudalosos afluentes del Misuri, el rio de los Osagos, y el de la Roca-Amarilla, tan imponente como el Ohio, fueron cruzados, y las poblaciones americanas se comunicaron por medio de aquellos rios por la parte Nord-Oeste con las tribus indias mas ocultas, y por el Sud-Este con los habitantes de Nueva-Méjico.

En 1820, Mr. Cass, gobernador del territorio del Michigan partió de la ciudad del Estrecho edificada en el canal que une el lago Erié con el de Saint-Clair, y siguiendo la gran cadena de lagos buscó las fuentes del Misisipi; Mr. Schoolcraft ordenó el diario de este viaje, lleno de hechos instructivos, y segun él, la espedicion entró en el Misisipi por el rio del lago de Arena, que por aquella parte tenia doscientos piés de ancho. Los viajeros hendieron sus aguas, y atravesaron con gran peligro cuarenta y tres puntos de una corriente rápida; el Misisipi se iba gradualmente angostando, y en el salto de Peckagoma solo tenia ochenta piés de ancho. «El aspecto del país cambia, »dice Mr. Schoolcraft; la selva que prestaba su sombra »á las orillas del rio, desaparece; este describia nume»rosas sinuosidades en una pradera de tres millas de »ancho, donde se elevaban yerbas altísimas, la avena »loca y los juncos, y que estaba limitada por colinas »arenosas de una altura regular, donde crecian algu»nos pinos amarillos. Largo tiempo navegamos sin »avanzar mucho, y parecia habíamos llegado al ni»vel superior de las aguas; la corriente del rio no era »mas que de una milla por hora, y no descubriamos »mas que el cielo; y las yerbas á través de las cuales »se abrian paso nuestras canoas, ocultaban completa»mente todos los objetos lejanos. Las aves acuáticas »abundaban extraordinariamente, pero no se veia ni »un pluvial.»

La expedicion atravesó el pequeño y el gran lago Ouinnipec, y cincuenta millas mas arriba, se detuvo en el lago superior del Cedro-Rojo, al cual dió el nombre de *Cassina* en honor de Mr. Cass.

Allí es donde se encuentra la fuente principal del Misisipí, contando el lago diez y ocho millas de largo por seis de ancho. Sus aguas transparentes están cubiertas con la sombra de los olmos, arces y pinos que se crian en sus orillas; y Mr. Pike, otro viajero que situa una de las pricipales fuentes del Misisipí en el

lago de la Sanguijuela, pone el lago Cassina en los 47° 42' 40'' de latitud Norte.

El rio Biche sale del lago del mismo nombre, y entra en el lago Cassina. «Calculando en sesenta millas, »dice Mr. Schoolcraft, la distancia del lago Cassina al »de Biche, la fuente mas lejana del Misisipi, se tendrá como ancho total del curso de este rio tres mil »treinta y ocho millas. El año anterior bajé el Misisipi »desde San Luis en un barco de vapor, y el 10 de ju»lio pasé su embocadura para ir á Nueva-York, re»sultando que á poco mas de un año me hallé cerca de »su orígen, sentado en una canoa india.»

Mr. Schoolcraft observó que á corta distancia del lago Biche las aguas corren hácia el Norte en el rio Rojo, que se pierde en la bahia de Hudson.

Tres años despues, en 1823, Mr. Beltrami recorrió las mismas regiones, y coloca las mismas fuentes septentrionales del Misisipí á cien millas mas arriba del lago Cassina ó del Cedro-Rojo, afirmando que anteriormente á él, ningun viajero habia pasado mas allá del Cedro-Rojo. Hé aquí cómo describe su descubrimiento de las fuentes del Misisipí:

«Nos hallamos en las tierras mas altas de la Amé»rica Septentrional... Esto no obstante, el país es lla»no, y la colina en que estoy no es, por decirlo así, »mas que una eminencia formada en el centro para »servir de observatorio.

»Dirigiendo la vista alrededor de sí, se ven correr »las aguas al Sur hácia el golfo de Méjico, al Norte »hácia el mar Glacial, al Este hácia el Atlántico, y »al Oeste hácia el mar Pacífico.

»Una gran llanura corona aquel punto culminante; »pero lo mas admirable es, que del centro de el surja »un lago.

»¿Cómo se ha formado este lago? ¿de dónde vie»nen sus aguas? Forzoso es preguntarlo al gran Arqui»tecto del mundo.... Este lago no tiene salida algu»na, y mi vista, que es bastante perspicaz, no ha »descubierto ni aun en la parte mas lejana de aquel »claro horizonte, ningun terreno que se eleve sobre »su nivel; todos por el contrario son mucho mas infe»riores...

»Habeis visto las fuentes del rio que he surcado »hasta aquí (el rio Rojo), y habreis podido observar »que están precisamente al pié de la colina, y filtran »en línea recta de la orilla septentrional del lago: es»tas fuentes son las del rio Rojo ó Sangriento, y otras »situadas al Sur, forman un hermoso estanque de »ochenta pasos de circunferencia próximamente; estas »aguas filtran tambien del lago, y... son las fuentes »del Misisipí.

»Este lago, de tres millas de periféria y de forma »acorazonada, habla al alma, y la mia se ha conmovido. »Justo era sacarlo del silencio en que lo ha dejado la »geografía á pesar de tantas expediciones, y darlo á »conocer al mundo de una manera distinguida. Yo le »he dado el nombre de aquella dama respetable, cuya »vida, como ha dicho su ilustre amiga la condesa de »Albani, *ha sido un curso de moral en accion*, y cuya »muerte ha sido una calamidad para todos los que te»nian la dicha de conocerla... Yo he llamado á aquel »lago el lago *Julia*, y á las fuentes de los dos rios, *las »fuentes Julianas del rio Sangriento y las fuentes »Julianas del Misisipí.*

»He creido ver la sombra de Colon, de Américo »Vespucio, de Cabotto, y de Verazzani, asistir con »júbilo á aquella gran ceremonia, y felicitarse de que »uno de sus compatriotas viniese á despertar con nue»vos descubrimientos el recuerdo de los servicios que »habian prestado al mundo entero, por sus talentos, »sus hazañas y sus virtudes.»

Aunque extranjero, escribe en francés, facilmente se reconocerán el gusto, los rasgos, el carácter y el justo orgullo del genio italiano.

La verdad es que la eminencia de donde mana el Misisipí es una tierra llana pero culminante, cuyas vertientes derraman sus aguas por el Norte, el Este, el Mediodia y el Oeste, y que sobre aquella planicie se abre una multitud de lagos que vierten rios, cuyas corrientes se deslizan en direccion de los rumbos del viento. El suelo de esta plataforma superior es movedizo como si flotase sobre abismos, y en la estacion lluviosa, los rios y los lagos se desbordan; diríase que era un mar, si ese mar no ostentase selvas de avena-loca que se elevan á veinte y treinta piés de altura. Las canoas perdidas en aquel doble océano de aguas y yerbas, no pueden gobernarse sin el auxilio de las estrellas y la brújula; y cuando sobrevienen las tempestades, las mieses fluviales se plegan, se derrumban sobre las embarcaciones y millares de gansos, cercetas, garzas reales y gallinetas, vuelan formando una espesa nube sobre la cabeza de los viajeros.

Las aguas desbordadas permanecen algunos dias, como inciertas de la pendiente que han de tomar, y una piragua puede ser arrastrada mansamente ó á los mares polares, á los del Mediodia, á los grandes lagos del Canadá ó á los afluentes del Missuri, segun el punto de la circunferencia en que se halla, pasado el ímpetu de la inundacion. Nada hay mas admirable y magestuoso que ese movimiento y distribucion de aguas centrales de la América del Norte.

En el Misisipí inferior, el mayor Pike en 1806, y Mr. Nuttal en 1819, han recorrido el territorio de Arkansa, visitado los Osajes, y provisto de noticias útiles, así á la historia natural como á la topografía.

Tal es aquel Misisipí de que hablaré en mi *Viaje*, y que tantos recuerdos conserva de la Francia.

Colon descubrió la América en la noche del 11 al 12 de octubre de 1492, y el capitan Francklin completó el descubrimiento de aquel nuevo mundo el 18 de agosto de 1826. ¡Qué de generaciones arrebatadas, qué de revoluciones cumplidas, qué de cambios ocurridos en aquellos pueblos, en el espacio de trescientos treinta y tres años, nueve meses y veinte y cuatro dias!

Este mundo no se parece ya al mundo de Colon. En aquellos mares ignorados, en los que se veia elevarse una *mano negra, la mano de Satanás* (1), que se apoderaba de los navíos en el silencio y oscuridad de la noche, y los enterraba en el fondo del abismo; en aquellas regiones antárticas, mansion de la noche, del espanto y de las fábulas; en aquellas aguas furiosas del cabo de Hornos y del cabo de las Tormentas, donde se llenaban de terror los pilotos; en aquel doble Océano que bate sus dobles riberas; en aquellos parajes en otro tiempo tan formidables, buques-correos hacen con regularidad sus trayectos para el servicio de la correspondencia y de los viajeros. Convídase á comer desde una ciudad floreciente de América á otra ciudad floreciente de Europa, y se llega á la hora convenida; y en lugar de aquellos barcos groseros, desaseados, infectos y húmedos, donde no se comian mas que viandas saladas, y donde el escorbuto devoraba á los navegantes, elegantes navíos ofrecen á los pasajeros, cámaras cubiertas de anacardo, adornadas con tapices, espejos, flores, bibliotecas, instrumentos de música y todo el refinamiento de la elegancia y buen tono; y por último, un viaje que exigia muchos años de estudios acerca de aquellas diversas latitudes, no ocasiona hoy la muerte de un solo marinero.

Burlámonos de las tempestades porque las distancias han desaparecido, y un simple ballenero hace vela al polo austral, y si la pesca no es buena vuelve al polo boreal; para apoderarse de un pez se atraviesan dos veces los trópicos, se recorre dos veces el diámetro de la tierra, y se tocan en algunos meses los dos cabos del universo. En las puertas de las tabernas de Londres se ve fijado el anuncio de la salida del *paquebot de la tierra de Diemen*, con todas las como-

(1) Veánse las antiguas cartas y los navegantes árabes.

didades posibles para los pasajeros á los Antipodas, y esto al lado del anuncio de la salida del paquebot de Douvres á Calais. Hay *itinerarios de bolsillo*, *guias y manuales* para uso de las personas que se proponen hacer un *viaje de recreo al rededor del mundo*, y este viaje dura nueve ó diez meses á lo sumo. Pártese en el invierno al salir de la Ópera, y despues de haber tocado en las islas Canarias, Rio-Janeiro, Filipinas, China, Indias y cabo de Buena-Esperanza, se vuelve al hogar doméstico en la época en quo comienza la caza.

Los barcos de vapor no conocen ya vientos contrarios en el Oceano, ni corrientes opuestas en los rios, y desde lo alto de las galerías de los kioscos ó palacios flotantes de dos ó tres pisos de elevacion se admiran los mas bellos cuadros que ofrece la naturaleza en las selvas del Nuevo-Mundo. Cómodos caminos franquean la cima de las montañas, ó abren desiertos poco antes inaccesibles, viéndose reunidos cuarenta mil viajeros en partida de campo en la catarata del Niagara. Por los caminos de hierro se deslizan rápidamente los pesados carruajes de comercio, y si placiese á la Francia, la Alemania y la Rusia, establecer una línea telegráfica hasta la muralla de la China, podriamos escribir á nuestros amigos chinos y recibir la respuesta á las nueve ó diez horas. Un hombre que empezara su peregrinacion á los 18 años y la terminara á los 60, caminando solamente cuatro leguas por dia, hubiera completado siete veces la vuelta de nuestro mezquino planeta en toda su vida. El genio del hombre es seguramente demasiado grande para la pequeña morada que habita, y de aquí es preciso concluir que está destinado á mansion mas elevada.

¿Conviene que las comunicaciones entre los hombres se hayan hecho tan fáciles? ¿Las naciones no conservarán mejor su caracter peculiar ignorándose las unas á las otras, y guardando una fidelidad religiosa á las costumbres y tradiciones de sus padres? Yo he oido en mi juventud murmurar á los viejos bretones contra los caminos que se queria abrir en sus bosques, cuando aquellos caminos debian elevar el valor de las propiedades riberiegas.

Sé que se puede emplear con cierto éxito este sistema de declamaciones apasionadas; sé que los tiempos antiguos tienen su mérito, pero es necesario recordar que un estado político no es mejor porque sea caduco y rutinario, pues á juzgar así seria preciso convenir que el despotismo de la China y la India, que nada han innovado desde hace tres mil años, es lo mas perfecto del mundo. Yo no veo por lo tanto que pueda haber felicidad en encerrarse durante una cuarentena de siglos con pueblos infantiles y tiranos decrépitos.

Los gustos y la admiracion del hombre estacionario emanan de juicios falsos sobre la verdad de los hechos y la naturaleza del hombre: sobre la verdad de los hechos, porque supone que las antiguas costumbres morales eran mas puras que las modernas, lo que es un completo error; y sobre la naturaleza del hombre, porque no quiere ver que el espíritu del hombre es susceptible de perfeccion.

Los gobiernos que detienen el vuelo del genio, se parecen á los pájareros que quiebran las alas del águila para impedir que se remonte.

En fin, no se puede clamar contra los progresos de la civilizacion, á no estar ofuscado por necias preocupaciones, y en este caso se veá los pueblos como se les habia visto otras veces, aislados y como no teniendo nada de comun en sus destinos. Pero si se considera la especie humana como una gran familia que camina hácia el mismo objeto; si no imaginamos que las cosas están dispuestas en la tierra para que una pequeña provincia ó un reducido reino queden enteramente en su ignorancia y pobreza, y sus instituciones políticas tales como la barbarie, los tiempos y la casualidad las han abortado: entonces ese desarrollo de la industria, de las ciencias y de las artes, parecerá lo quo es en efecto, una cosa lejítima y natural, y en este movimiento universal se reconocerá el de la sociedad, que terminando su historia particular, comienza su historia general.

En tiempos mas lejanos, cuando cual otro Ulises, se abandonaba el hogar doméstico, el viajero excitaba la curiosidad pero hoy, excepto una media docena de personajes, que por su mérito individual salen de la regla general; ¿quién puede interesar con el relato de sus escursiones? Yo, pobre peregrino, vengo á colocarme entre esa multitud de viajeros oscuros que han visto lo que todo el mundo ve, que no han proporcionado ningun progreso á las ciencias, que nada han añadido al tesoro de los conocimientos humanos; pero me presento como el último historiador de los pueblos de la tierra de Colon, de aquellos pueblos cuya raza no tardará en desaparecer, y vengo á decir algunas palabras sobre los destinos futuros de la América, y sobre aquellos otros pueblos herederos de los infortunados indios, sin que me anime otra pretension que espresar lamentos y esperanzas.

INTRODUCCION.

En una nota del *Ensayo histórico*, escrita en 1794, manifesté con bastante extension, cuál habia sido mi designio al pasar á América, y en algunas de mis obras, y especialmente en el prefacio de la Atala, he repetido muchas veces esto mismo. Prometíame nada menos que descubrir el paso al Nor-Oeste de la América, volviendo á buscar el mar polar visto por Hearne en 1772, divisado mas al Oeste en 1789 por Mackenzio, reconocido por el capitan Parry que se acercó á él en 1819 á través del Estrecho de Lancastre, y en 1821 á la extremidad del Estrecho *de la Hecla y de la Fury* (1), y cuyas costas exploró el capitan Francklin, despues de haber bajado sucesivamente el rio de Hearne en 1821 y el de Mackenzio en 1826; costas que rodea una faja de hielos, y que hasta el presente han rechazado toda clase de embarcaciones.

Conviene observar una cosa peculiar á la Francia y es, que la mayor parte de sus viajeros han sido hombres aislados, abandonados á sus propias fuerzas y genio, habiéndoles empleado ó socorrido muy raras veces el gobierno ó las compañías particulares. De aquí ha resultado que los extranjeros, mas diestros, han realizado, mediante un concurso de voluntades nacionales lo que los individuos franceses no han podido acabar; pues si bien es cierto que en Francia hay valor, y que este merece recompensa, no basta siempre para obtenerla.

Hoy, que me acerco al fin de mi carrera, no puedo menos de pensar, dirigiendo la vista á lo pasado, cuánto la hubiera modificado si hubiera llenado el objeto de mi viaje. Perdido en aquellos mares salvajes, en aquellas playas hiperbóreas, donde ningun hombre ha impreso su huella, los años de discordia que con su espantoso rumor han destruido tantas generaciones, hubieran pasado silenciosos sobre mi cabeza, y el mundo hubiera cambiado mientras yo estaba ausente de él. Probable hubiera sido que no hubiera tenido la desgracia de escribir, y mi nombre, ó hubiera quedado sumido en el olvido, ó se habria confundido con una de esas reputaciones pacíficas que jamás sublevan contra sí la envidia, y que anuncian menos la gloria que la dicha. ¿Quién sabe si repasado el Atlántico, me hubiera fijado en las soledades por mí descubiertas, como un conquistador en medio de sus conquistas? Es verdad

(1) Este intrépido marino habia vuelto á partir para Spitzberg, con intencion de ir hasta el polo en trineo; pero permaneció 61 dias sobre el hielo sin poder pasar los 82° 45' de latitud Norte.

que no hubiera figurado en el congreso de Verona, y que no se me habria llamado *Monseñor* en la fonda de los Negocios extranjeros, calle de los Capuchinos, en París.

Todo esto es harto indiferente en el término del camino: cualquiera que sea la diversidad de las rutas, los viajeros llegan al sitio de la cita comun: todos llegan á él igualmente fatigados, porque en la tierra, desde el principio hasta el fin del camino, el peregrino no se sienta ni una sola vez para reposar: como los judíos en el festin de la Pascua, asistimos al banquete de la vida, en pié, con los lomos ceñidos con una cuerda, los zapatos calzados, y el báculo en la mano.

Inútil es volver á decir cual era el objeto de mi empresa, puesto que le he manifestado repetidas veces en casi todos mis escritos; pero si creo deber advertir al lector, que este primer viaje podia muy fácilmente ser el último, si lograba procurarme desde luego los recursos necesarios á mi gran descubrimiento; pero en el caso de que fuera detenido por obstáculos imprevistos, este primer viaje no debia ser sino el preludio de otro, una especie de reconocimiento del desierto.

Para comprender la ruta que se me verá emprender, necesario es recordar tambien el plan que me habia propuesto, plan que está rápidamente trazado en la nota del *Ensayo histórico* ya indicado, y á la que remito al lector. Por ella se verá que en lugar de dirigirme al Septentrion, queria encaminarme por el Oeste con objeto de alcanzar la costa occidental de América, un poco mas arriba del golfo de California. De allí, siguiendo el perfil del continente, y siempre á la vista del mar, intentaba dirigirme hácia el Norte hasta el Estrecho de Behring, doblar el último cabo de América, descender por el Este á lo largo de las costas del Mar Polar, y entrar en los Estados-Unidos por la bahía de Hudson, el Labrador y el Canadá.

Lo que me determinaba á recorrer la larga costa del Océano Pacífico, era el escaso conocimiento que se tenia de ella. Dudábase aun despues de los trabajos de Vancouver de la existencia de un paso entre los 40° y los 60° de latitud septentrional: el rio Colombia, la situacion del nuevo Cornouailles, el Estrecho de Chleckhoff, las regiones Aleutianas, el Golfo de Bristol ó de Cook, las tierras de los indios Tchoukotches, nada de todo esto se habia aun explorado por Kotzebue y demás navegantes rusos ó americanos. Hoy el capitan Francklin evitando muchos miles de leguas de circuito, se ahorró la pena de buscar por el Occidente lo que no se podia hallar sino por el Septentrion.

Esto no obstante, rogaré al lector recuerde los diversos pasajes del prefacio general de mis *Obras completas* y el del *Ensayo histórico*, donde refiero algunas particularidades de mi vida. Destinado por mi padre á la marina, y por mi madre al estado eclesiástico, yo elegí el servicio terrestre y fui presentado á Luis XVI. Para gozar de los honores de la córte y *montar las carrozas*, segun el lenguaje de la época, se necesitaba tener por lo menos el rango de capitan de caballería, y me encontraba capitan de caballería en derecho, y subteniente de infantería de hecho en el regimiento de Navarra. Habiéndose sublevado como los demás, los soldados de este regimiento, cuyo coronel era el marqués de Mortemart, á fines del año 1790, me hallaba libre de toda clase de lazos que me unieran á mi cuerpo. Cuando dejé la Francia á principios del año de 1791, la revolucion marchaba á pasos agigantados, y aun cuando los principios en que se fundaba eran los mios, detestaba las violencias que la habian deshonrado; así pues fuí á buscar con júbilo una independencia mas conforme con mis gustos, y mas simpática con mi carácter.

En esta misma época la emigracion se acrecentaba; pero como no habia lucha, ningun sentimiento de honor me forzaba, contra la inclinacion de mi razon, á mezclarme en la locura de Coblentz. Una emigracion mas razonable se dirigia hácia las riberas del Ohio; una tierra de libertad ofrecia su asilo á los que huian la de su patria, probando el alto precio de las instituciones generosas, el destierro voluntario de los partidarios del poder absoluto, en un mundo republicano.

En la primavera de 1791 me despedí de mi respetable y digna madre, y me embarqué en Saint-Maló, llevando una carta de recomendacion del marqués de la Rouairie para el general Washington. El marqués habia hecho la guerra de la independencia en América, y no tardó en hacerse célebre en Francia por la conspiracion realista á que dió su nombre. Tenia por compañeros de viaje dos jóvenes seminaristas de San Sulpicio, á quienes su superior, hombre de mérito, conducia á Baltimore. Dímonos á la vela, y al cabo de cuarenta y ocho horas perdimos de vista la tierra y entramos en el Atlántico.

Difícil es dar una idea á los que nunca han navegado, de las emociones que se experimentan, cuando desde el bordo de un navío no se descubre mas que cielo y agua; pero esto no obstante he procurado trasmitir aquellos sentimientos en el capítulo titulado *Dos perspectivas de la naturaleza* del *Genio del Cristianismo*, y en los *Natchez*, poniendo mis propias emociones en boca de *Chactas*. El *Ensayo histórico* y el *Itinerario* están igualmente llenos de los recuerdos é imágenes de lo que se puede llamar el desierto del Océano. Hallarme en medio del mar era no haber dejado mi patria, pues por decirlo así, era ser transportado en mi primer viaje por mi nodriza, por la confidente de mis primeros placeres. Séame permitido, para que el lector comprenda mejor el espíritu de la narracion que va á leer, que cite algunas páginas de mis Memorias inéditas, porque casi siempre nuestro modo de ver y sentir se enlaza con las reminiscencias de nuestra juventud.

Podian aplicarse á mí los versos de Lucrecio:

Tum porro puer ut sævis projectus ab undis
Navita. . . . .

El cielo quiso colocar en mi cuna una imágen de mis destinos.

«Educado como compañero de los vientos y de las »olas, aquellas olas, aquellos vientos y aquella sole»dad, que fueron mis primeros maestros, convenian »tal vez mas á la naturaleza de mi genio y á la inde»pendencia de mi carácter. Quizá deba á esta educa»cion salvaje alguna virtud que hubiera ignorado; »mas la verdad es, que ningun sistema de educacion »es en sí mismo preferible á otro. Dios sabe bien lo »que hace, y es indudablemente su providencia la »que nos dirige cuando nos llama á representar un »papel en la escena del mundo.»

Despues de los detalles de la infancia vienen los de mis estudios. Jóven aun cuando salí del techo paterno, demostré la impresion que hicieron en mí, París, la córte y el mundo; pinto la sociedad de entonces, los hombres que encontré, los primeros movimientos de la revolucion, y la cronología de las fechas me conduce á la época de mi partida para los Estados-Unidos. Al entrar en el puerto visité la tierra en que se habia deslizado una parte de mi infancia; mas en este punto quiero dejar hablar á las *Memorias*.

«No he visto á Combourg mas que tres veces: á »la muerte de mi padre toda mi familia se reunió en »el castilo para despedirse. Dos años despues acom»pañé á mi madre á Combourg, que quiso amue»blar la antigua morada que debian visitar mi her»mano y mi cuñada: mi hermano no vino á Bretaña,

»y muy luego subió al cadalso con la jóven (1) para »quien mi madre preparaba el lecho nupcial, y por »último tomé el camino de Combourg al entrar en el »puerto, cuando me decidí á pasar á América.

»Despues de diez y seis años de ausencia, y próximo »á trocar de nuevo el suelo natal por las ruinas de la »Grecia, iba á abrazar en medio de las landas de mi »pobre Bretaña, lo que me restaba de mi familia; pero »no tuve valor para emprender la peregrinacion de los »campos paternos. En los matorrales de Combourg »he adquirido lo poco que valgo, y allí he visto reu»nirse y desaparecer mi familia. De diez hermanos »no quedamos mas que tres: mi madre ha muerto »de dolor, y las cenizas de mi padre han sido arrojadas »al viento.

»Si mis obras me sobreviven, si debo dejar al mun»do un nombre, quizá un dia, guiado por estas Me»morias, se detenga el viajero un momento en los lu»gares que he descrito. Podrá reconocer el palacio, »pero buscará en vano el *gran mallo* ó el gran bosque. »Este ha sido talado, y la cuna de mis sueños ha de»saparecido como los sueños mismos: solo ha quedado »en pié sobre un peñasco el antiguo torreon, que pa»rece lamentar la ausencia de las encinas que un tiem»po le rodeaban y le protegian contra las tempestades. »Aislado como él, he visto como él tambien caer en »torno mio aquella familia que embellecia mis dias y »me prestaba un abrigo: gracias al cielo, mi vida no »se ha cimentado sobre una tierra tan sólida como las »torres en que he pasado mi juventud.»

Los lectores conocen ya al viajero con quien van á familiarizarse en la narracion de sus primeras escursiones.

Me embarqué pues en Saint-Maló, como he dicho, y tomando el alta mar el dia 6 de mayo de 1791, hácia las ocho de la mañana, descubrimos la punta de la isla de Pico, una de las Azores, y anclamos algunas horas despues en una mala rada de fondo rocáceo al frente de la isla Graciosa. Puede verse en el *Ensayo histórico* la descripcion de esta isla, cuyo descubrimiento se ignora en qué fecha se verificó.

Esta tierra extraña, primera á que abordaba, hizo en mí una impresion tan profunda, y su recuerdo, grabado en mi memoria con toda la fuerza y vivacidad de la juventud, ha permanecido tan indeleble, que no he olvidado conducir á Chactas á las Azores, para enseñarle la famosa estátua que pretendieron haber hallado en sus riberas los primeros navegantes.

De las Azores, arrojados por el viento al banco de Terranova, nos vimos precisados á hacer un segundo descanso en la isla de San Pedro. «T. y yo, digo en »el *Ensayo histórico*, recorrimos las montañas de aque»lla isla espantosa; perdímonos entre las nieblas que »la cubren continuamente, y errando entre las nubes »y los mugidos del viento, oimos el bramido de un »mar que no pudimos descubrir; nos habiamos extravia»do; nos hallábamos entre unos matorrales ásperos y se»cos y al borde de un torrente bermejizo que corria »entre dos rocas.«

Los valles están sembrados en diferentes puntos de una especie de pino, de cuyos renuevos preparan los indígenas una bebida amarga, y la isla se presenta rodeada de muchos escollos, entre los cuales descuella el del *Palomar*, llamado así porque las aves marítimas hacen en él su nido en la privavera. He dado la descripcion de esta peña en el *Genio del Cristianismo*.

La isla de San Pedro está separada de la de Terranova por un estrecho peligrosísimo, y desde sus costas desoladas se descubren las mas desoladas aun de Terranova. En estio, las playas de aquellas islas aparecen cubiertas de peces que se secan al sol, y en invierno están pobladas de osos blancos que se alimentan de los restos olvidados por los pescadores.

Cuando abordé á San Pedro, la capital de la isla consistia, segun creo recordar, en una calle bastante larga construida á lo largo del mar. Sus habitantes, sumamente hospitalarios, se apresuraron á ofrecernos su mesa y su casa, y el gobernador se alojaba á la extremidad de la ciudad. Comí dos ó tres veces en su casa, y observé cultivaba en uno de los fosos del puente algunas legumbres de Europa. Me acuerdo que despues de comer acostumbrabamos á pasear por su *jardin*, y despues nos ibamos á sentar al pié del asta del pabellon enarbolado en la fortaleza. La bandera francesa flotaba sobre nuestras cabezas, y hablando de la patria mirábamos un mar salvaje, y las costas sombrías de la isla de Terranova.

Despues de un descanso de quince dias, dejamos la isla de San Pedro, y haciendo rumbo hácia el Mediodia, llegamos á la latitud de las costas de Mariland y de la Virginia, donde fuimos detenidos por la calma. Allí gozamos de un cielo bellísimo, y así las noches como los crepúsculos, ofrecian un espectáculo admirable. En el capítulo del ya citado *Genio del Cristianismo*, que lleva por título *Dos perspectivas de la naturaleza*, he descrito una de esas pompas nocturnas, y una de esas magnificencias del ocaso. «El »globo ígneo del sol, próximo á sumergirse en las olas, »se mostraba entre el cordaje del navío en medio de »aquellos espacios infinitos, etc».

Un accidente inesperado estuvo á punto de poner término á mis proyectos.

El calor nos abatia, y el navío en una calma inalterable, sin vela y sobrecargado de mástiles era atormentado por el balance. Abrasado sobre el puente, y fatigado del movimiento, quise bañarme, y aunque no teniamos chalupa ninguna, me arrojé desde el palo bauprés al mar. A mi ejemplo, muchos pasajeros se lanzaron á las aguas, y nadaba tan descuidadamente, que ni una vez siquiera volví la vista al navío que acababa de dejar: acordeme no obstante de él, y cuando torné á mirarle, ví que la corriente le habia arrastrado muy lejos. La tripulacion anhelosa, habia acudido al puente deseando ver el resultado de los esfuerzos que se hacian para salvar á los nadadores, á quienes se habia arrojado un cable, y cuya situacion era peligrosa, por los tiburones que se presentaron en las aguas del navio y comprometian su existencia, habiendo sido necesario dispararles tiros para que se ahuyentaran. Las olas eran tan crecidas que retardaban mi vuelta, agotando mis fuerzas, y me veia con un abismo debajo de mí y con los tiburones que fácilmente podian llevarme un brazo ó una pierna. En el bastimento se hacian todos los esfuerzos imaginables para arrojar al mar una canoa; pero era forzoso establecer una palanca, lo que requiere un tiempo considerable.

Por fortuna se levantó una brisa casi insensible, y el navio, orzando un poco, se acercó á mí; pude apoderarme del cabo de la cuerda; pero habiéndose avalanzado á ella mis compañeros de temeridad, cuando desde el costado del bastimento tiraron para sacarnos, como yo estaba á la extremidad del cable, cargaban sobre mí con todo su peso. Sacósenos del agua uno á uno, y durante esta operacion, que como es de inferir, fue larga, sufrimos muchas alternativas, pues continuando el balance á cada movimiento ó nos abismábamos diez ó doce piés en las olas, ó éramos suspendidos en el aire á igual altura, como peces en anzuelo. En la última inmersion me sentí próximo á desmayarme; con un balance mas, todo hubiera concluido para mí; al fin me sacaron medio muerto, ¡si me hubiera ahogado, qué gran desembarazo para ellos y para mí!

Algunos dias despues de este accidente divisamos

(1) La señorita de Rosambo, nieta de Mr. Malesherbes, ejecutada con su marido el mismo dia que su ilustre abuelo.

tierra, y se mostró á nuestra vista, por la copa de algunos árboles, que parecian salir del seno de las aguas; las palmeras de la embocadura del Nilo me descubrieron despues del mismo modo las costas de Egipto. Un piloto vino á nuestro bordo: entramos en la bahía de Chesapeakae, y aquella misma tarde se envió una chalupa á buscar agua y víveres frescos. Unime al partido de los que querian saltar á tierra, y media hora despues de haber dejado el barco, hollaba el suelo americano.

Permanecí algun tiempo con los brazos cruzados, dirigiendo mis miradas en torno mio y confundido en una mezcla de sentimientos é ideas que no podia distinguir entonces, y que ni aun hoy podria pintar. Este continente ignorado del resto del mundo, en toda la duracion de los tiempos antiguos y durante un gran número de los siglos modernos; los primeros destinos salvajes de aquel continente, y sus segundos destinos desde la llegada de Cristobal Colon; la dominacion de las monarquías de Europa debilitada en aquel Nuevo-Mundo; la vieja sociedad acabando en la jóven América; una república de un género desconocido hasta entonces, anunciando un cambio en el espíritu humano y en el órden político; la parte que mi patria habia tenido en aquellos acontecimientos; aquellos mares y aquellas playas debiendo en gran parte su independencia al pabellon y á la sangre francesa; un gran hombre saliendo á la vez de en medio de las discordias y de los desiertos; Washington habitando una ciudad floreciente en el mismo sitio en que un siglo antes, Guillermo Penn habia comprado un pedazo de tierra á unos indios; los Estados Unidos devolviendo á Francia á través del Océano la revolucion y la libertad que Francia habia sostenido con sus armas; en fin, mis propios designios, los descubrimientos que queria intentar en aquellas soledades naturales, que extendian aun sus vastos reinos tras el estrecho imperio de una civilizacion extranjera: hé aquí lo que ocupaba confusamente mi alma.

Dirigímonos á una habitacion demasiado apartada, para comprar en ella lo que queriamos se nos vendiese, y fuimos atravesando algunos pequeños bosques de balsameros y cedros de Virginia que perfumaban el aire. Vi revolotear pájaros-burlones y cardenales, cuyos cantos y colores me anunciaron un nuevo clima; y una negrita de catorce á quince años y de una belleza extraordinaria vino á abrirnos la verja de una casa que tenia á la vez el aspecto de la propiedad de un inglés y de la habitacion de un colono. Unos rebaños de vacas pacian en los prados artificiales, rodeados de empalizadas, en las cuales jugueteaban ardillas grises, negras y rayadas; unos negros serraban trozos de madera, mientras otros cultivaban las plantaciones de tabaco, y comprando tortas de maiz, pollas, huevos y leche, volvimos al bastimento, surto en la bahía.

Levóse ancla para ganar la rada y en seguida el puerto de Baltimore. El trayecto fue lento por falta de viento, y al acercarnos al puerto observamos que las aguas se angostaban y permanecian en una calma profunda, como si se tratara de remontar un rio rodeado de anchas alamedas, razon por la cual Baltimore se ofreció á nuestra consideracion como en el fondo de un lago. En frente de la ciudad se elevaba una colina cubierta de árboles, y á cuyo pié se comenzaban á edificar algunas casas. Amarramos en el muelle del puerto, y acostado á bordo no bajé á tierra hasta el siguiente dia. Entonces fuí á alojarme al albergue á que se habia trasladado mi equipaje, y los seminaristas se retiraron con su superior al establecimiento preparado para ellos, de donde se dispersaron por América.

Baltimore, como todas las demás metrópolis de los Estados-Unidos, no tenia la extension de hoy; era una linda ciudad muy animada y propia á su objeto. Pagué mi travesía al capitan, y le dí una comida de despedida en una taberna muy buena, cerca del puerto. Alquilé en seguida el carruaje que hacia tres veces á la semana el viaje de Filadelfia, y á las cuatro de la mañana subia en él para rodar por los grandes caminos del Nuevo-Mundo, donde no conocia á nadie, ni nadie me conocia á mí: mis compañeros de viaje no me habian visto jamás, y yo tampoco debia volverlos á ver despues de nuestra llegada á la capital de Pensilvania. La ruta que recorriamos mas bien estaba trazada que concluida, y el paisaje era desnudo y llano; pocas aves, pocos árboles, algunas casas esparcidas, y ninguna aldea; hé aquí lo que ofrecia la campiña y lo que me impresionó desagradablemente.

Al acercarnos á Filadelfia encontramos aldeanos que iban al mercado, carruajes públicos y coches muy elegantes. Filadelfia me pareció una ciudad bonita; sus calles, bastante anchas, se cortan en ángulo recto en un órden regular de Norte á Sur y de Este á Oeste, hallándose plantadas de árboles algunas de ellas. El Delaware, que corre paralelamente á la calle que sigue la orilla occidental, seria un rio considerable en Europa; pero del cual no se habla una palabra en América. Sus márgenes son bajas y poco pintorescas.

Filadelfia en la época de mi viaje (1791), no se extendia mas que hasta Schuylkill, y únicamente el terreno que se avanzaba hacia aquel afluente, estaba dividido por lotes en los cuales se construian algunas casas aisladas.

El aspecto de esta ciudad es frio y monótono, y en general lo que falta en los Estados-Unidos son monumentos, especialmente antiguos. El protestantismo, que no sacrifica nada á la imaginacion y que en sí mismo es nuevo, no ha levantado esas torres y cúpulas con que la antigua religion católica ha coronado á la Europa. Casi nada se eleva sobre las masas de los muros y de los techos en Filadelfia, Nueva-York, y Boston, y la vista se entristece al extenderse sobre aquel monótono nivel.

Los Estados-Unidos parecen mas bien una colonia que una nacion-matriz, presentando mas bien usos que costumbres. Descúbrese desde luego que los habitantes no son hijos de aquel suelo, y que aquella sociedad, tan bella en el presente, carece de pasado; las ciudades son nuevas, los sepulcros son de ayer; esto me ha hecho decir en *los Natchez*: «Los europeos »no tenian aun tumbas en América, cuando poseian »ya calabozos. Estos eran los únicos monumentos del »pasado para aquella sociedad sin ascendientes y sin »recuerdos.»

Nada hay viejo en América sino los bosques, hijos de la tierra y la libertad, madre de toda sociedad humana: esto vale mas que monumentos y antepasados.

Un hombre desembarcado como yo en los Estados-Unidos, lleno de entusiasmo hácia los antiguos, un Caton que buscaba por todas partes la severidad de las primitivas costumbres romanas, debió escandalizarse mucho al hallar por do quiera la elegancia de los trajes, el lujo del ajuar, la frivolidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas, la inmoralidad de las casas de banca y de juego, y el ruido de los salones de baile y de los espectáculos. En Filadelfia hubiera podido creerme en una ciudad inglesa, pues nada me anunciaba hubiese pasado de una monarquía á la república.

Puede observarse en el *Ensayo histórico* que en aquella época de mi vida admiraba mucho las repúblicas; solamente que no las creia posibles en la edad que habia alcanzado el mundo, porque yo no conocia la libertad sino á la manera de los antiguos, es decir, á la libertad hija de una sociedad naciente; ignoraba que hubiese otra libertad hija de las luces y de una civilizacion civil, libertad cuya realidad ha demostrado la república representativa. Nadie está ya hoy obligado á labrar por sí mismo su pequeño campo, á repudiar las artes y las ciencias, á tener las uñas ganchosas y sucia la barba para ser libre.

Mi *baja* política me inspiró sin duda el mal humor que me hizo escribir la nota satírica contra los cuakeros, y en parte contra todos los americanos, nota que se halla en el *Ensayo histórico*. Por lo demás, el aspecto del pueblo en las calles de la capital de la Pensilvania era agradable; los hombres se mostraban decentemente vestidos; las mujeres, y sobre todo las cuakeras con sus sombreros iguales, parecian extremadamente lindas.

Allí encontré muchos colonos de Santo Domingo y algunos franceses emigrados. Impaciente por comenzar mi viaje al desierto, me aconsejaron pasase á Albany, donde, mas próximos á los desmontes y naciones indias, seria mas fácil encontrar guias y noticias referentes al país que buscaba.

Cuando llegué á Filadelfia, no estaba en ella el gran Washington, y me ví obligado á esperarle quince dias, al cabo de los cuales volvió. Vile pasar en un coche que arrastraban con rapidez cuatro caballos vigorosos guiados por grandes riendas. Washington, segun mis ideas de entonces, debia ser necesariamente un Cincinato; pero Cincinato en carroza trastornaba un poco mi república del año 296 de Roma. ¿El dictador Washington podia ser otra cosa que un labriego, que ocupado en las tareas de la labranza, pasaba su vida picando sus bueyes con el aguijon y conduciendo la timonera del arado? Cuando fuí á llevar mi carta de recomendacion á aquel gran hombre, hallé sin embargo en su casa la sencillez del viejo romano.

Una casa pequeña del género inglés, semejante en todo á las casas vecinas, era el palacio del presidente de los Estados-Unidos, y en él ni se veia guardia ni criados. Llamé, y abrió una jóven. La pregunté si estaba en casa el general, y me respondió que si. Añadí que tenia que entregarle una carta, y la criada me preguntó mi nombre, que extraordinariamente difícil de pronunciar en inglés, no pudo retener. Díjome entonces con afabilidad, *Walk in sir*. «Entre V., caballero,» y marchando delante de mí por uno de aquellos estrechos corredores que sirven de vestíbulo á las casas inglesas, me introdujo en un gabinete donde me suplicó aguardase al general.

Yo estaba sereno, porque la grandeza de alma ó de fortuna no me imponen: admiro la primera sin anonadarme, y la segunda me inspira mas lástima que respeto. El rostro del hombre jamás me turbará.

Al cabo de algunos minutos entró el general. Era un hombre de alta estatura, de aire tranquilo y frio mas bien que noble, y bastante parecido á los retratos que de él corren. Presentéle mi carta sin hablar una palabra; la abrió, miró la firma que leyó en alta voz, y exclamó admirado: «¡el coronel Armand!» pues así le llamaba él, y así se habia firmado el marqués de La Rouairie.

Tomamos asiento, y le expliqué como pude, el motivo de mi viaje. El general me respondia siempre por monosílabos franceses, ó ingleses, y parecia escucharme con una especie de asombro. Creí descubrirlo, y le dije con presteza: «Pero mas fácil es descubrir el paso del Nor-Oeste, que crear un pueblo como lo habeis hecho.» *¡Well, well, young man!* exclamó tendiéndome la mano; y despues de invitarme á comer para el dia siguiente, nos separamos.

Fuí exacto á la cita, y allí me encontré con cinco ó seis individuos, entre los cuales rodó la conversacion casi completamente sobre la revolucion francesa. El general nos enseñó una llave de la Bastilla, pero conviene advertir, que aquellas llaves eran meros juguetes que se distribuian entonces en ambos mundos. Si Washington hubiera visto como yo en medio de los arroyos de Paris, á los *vencedores de la Bastilla*, hubiera tenido menos fe en su reliquia. Lo serio y fuerte de la revolucion no estaba en aquellas orgías sangrientas. Cuando la revocacion del edicto de Nantes, en 1685, el mismo populacho del arrabal de San Antonio, que demolió el templo protestante en Charenton, devastó con igual ahinco la iglesia de San Dionisio en 1793.

Dejé á mi huésped á las diez de la noche y no le he vuelto á ver, pues partió al dia siguiente para el campo, y yo continué mi viaje.

Tal fue mi encuentro con aquel hombre que ha emancipado todo un mundo. Washington descendió á la tumba cuando mi nombre era aun oscuro, y yo he pasado á sus ojos como el ser mas desconocido; él estaba en todo su esplendor, y yo en toda mi oscuridad. Tal vez mi nombre no haya quedado impreso en su memoria, ni un solo dia; pero ¡dichoso al menos con que sus miradas se hayan fijado en mí! pues la virtud que encierran las miradas de un gran hombre se inoculó en mí, y me sentí inspirado por ellas el resto de mi vida.

Despues he visto á Bonaparte: la Providencia ha querido mostrarme los dos personajes á quienes plugo colocar á la cabeza de los destinos de sus siglos.

Si se comparan Wasington y Bonaparte, aun considerándolos simplemente como hombres, se observará que el genio del primero se remonta á menos altura que el del segundo. Washington no pertenecia como Bonaparte á aquella raza de los Alejandros y los Césares, que sobrepuja á la estatura de la especie humana. Nada admirable realza su persona; no está colocado en un vasto teatro; no asiste á la toma de las ciudades con los capitanes mas hábiles, y los monarcas mas poderosos de su tiempo; no atraviesa los mares; no corre en triunfo de Menfis á Viena y de Cadiz á Moscou; pues se defiende con un puñado de ciudadanos en una tierra sin recuerdos y celebridad, en el estrecho círculo de los hogares domésticos. No da tampoco aquellos combates que renuevan los tiempos sangrientos de Arbelles y Farsalia; no derriba los tronos para recomponer otros con sus ruinas; *no pone el pié en el cuello de los reyes*, y no les hace decir en los vestíbulos de su palacio:

Qu' ils se font trop atendre, et qu' Attila s' ennuie.

Empero, indudablemente alguna cosa misteriosa encierran las acciones de Washington: obra con lentitud, y al ver su prudencia diriase que se creia el custodio del porvenir de la libertad y temia comprometerla. No son sus destinos los que rige aquel héroe de nueva especie, sino los de su país, y por eso no se permite aventurar lo que no le pertenece, ¿Pero de qué profunda oscuridad va á surgir aquella luz? Buscad los bosques desconocidos donde brilló la espada de Washington, ¿que hallareis en ellos? ¿tumbas? no; ¡un mundo! Washington ha dejado los Estados-Unidos por trofeo, en su campo de batalla.

Bonaparte no tiene ningun rasgo de aquel grave americano: combate en una tierra vieja, rodeado de esplendor y de estrépito; no quiere crear mas que su reputacion; no se encarga mas que de su propia suerte. Parece conocer que su mision será corta, que el torrente que de tan alto desciende se esparce prontamente en la llanura, y se apresura á gozar y abusar de aquella gloria, como de una juventud fugitiva. A ejemplo de los dioses de Homero, quiere llegar de un salto al confin del mundo; aparece en todas las regiones; inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, y arroja de paso coronas á su familia y á sus soldados; se apresura en sus monumentos, sus leyes y sus victorias; é inclinado sobre el mundo, con una mano aplasta á los reyes, y con la otra abate al gigante revolucionario; pero haciéndose superior á la anarquía, sofoca la libertad, y acaba por perder la suya en su último campo de batalla.

Cada uno es recompensado segun sus obras: Washington eleva una nacion á la independencia; magistrado humilde duerme tranquilamente bajo su techo paternal, en medio de los gratos recuerdos de sus compatriotas y de la veneracion de todos los pueblos.

Bonaparte arrebata á una nacion su independencia: emperador caido, es precipitado en el destierro, donde el espanto de la tierra no le cree bastante seguro bajo la custodia del Océano; y en tanto que se debate contra la muerte, débil y encadenado en una roca, la Europa no se atreve á deponer las armas. Espira: y aquella noticia, publicada á la puerta del palacio ante el cual habia proclamado tantos funerales el temido conquistador, no detiene ni admira al viador: ¿qué tenian que llorar los ciudadanos?

La república de Washington subsiste, el imperio de Bonaparte está destruido: no ha vivido mas que el



EL MAESTRO DE BAILE DE LOS IROQUESES.

tiempo trascurrido el primero y segundo viaje de un francés que ha hallado una nacion reconocida, allí donde habia combatido por algunos colonos oprimidos.

Washington y Bonaparte salieron del seno de una república, y ambos fueron hijos de la libertad; pero el primero la ha sido fiel y el segundo la ha hecho traicion. Su suerte, puesto que la eleccion está hecha, será diferente en el porvenir.

El nombre de Washington volará con la libertad, de edad en edad: marcará el principio de una nueva era para el género humano.

El nombre de Bonaparte será repetido tambien por las generaciones futuras; pero no irá unida á él ninguna bendicion, y servirá frecuentemente de autoridad á todos los tiranos.

Washington ha sido el representante legítimo de las

necesidades, de las ideas, de las luces, de las opiniones de su época; ha secundado en lugar de contrariar el movimiento de los espíritus; ha querido lo que debia querer, la cosa á que era llamado, y de aquí la coherencia y perpetuidad de su obra. Este hombre que llamó poco la atencion, porque fue sencillo y se mantuvo en las proporciones de lo justo, ha confundido su existencia con la de su país; su gloria es el patrimonio comun de la creciente civilizacion; su renombre se eleva como uno de esos santuarios de donde mana una fuente inagotable para el pueblo.

Bonaparte podia tambien haber enriquecido el dominio público, porque trabajaba en la nacion mas civilizada, inteligente, bizarra y brillante de la tierra. ¡Cuál seria hoy el rango que ocuparia en el universo si hubiese unido la magnanimidad á lo que tenia de heróico, si, Washington y Bonaparte á la vez, hubiera nombrado á la libertad por heredera de su gloria!

Pero aquel desmesurado gigante no enlazó sus destinos con los de sus contemporáneos: su genio pertenecia á la edad moderna, su ambicion era de los antiguos dias; no comprendió que los milagros de su vida superaban con mucho al valor de una diadema, y que aquel adorno gótico le sentaria mal. Ora adelantaba con el siglo, ora retrocedia hacia lo pasado; y ya se remontase ó siguiese el curso del tiempo, su fuerza prodigiosa arrastraba ó rechazaba sus olas. Los hombres no fueron á sus ojos mas que un medio de poder, y asi es que ninguna simpatía estableció entre su felicidad y la suya. Habia prometido librarlos, y los encadenó; aislose de ellos y se alejaron de él. Los reyes de Egipto colocaban sus fúnebres pirámides, no entre las campiñas florecientes, sino en medio de las arenas estériles: aquellas grandes tumbas se elevan como la eternidad en la soledad. Bonaparte ha edificado, á ejemplo suyo, el monumento de su reputacion.



EL SAQUEM DE LOS ONONDAGAS.

Los que como yo han visto al conquistador de la Europa y al legislador de la América, desvia hoy sus ojos de la escena del mundo; porque unos cuantos histriones, que hacen llorar ó reir, no valen la pena de ser mirados.

Un carruaje, parecido al que me habia llevado desde Baltimore, me condujo de Filadelfia á Nueva-York, ciudad alegre, populosa y comerciante, y que no obstante estaba muy distante de ser lo que es hoy. Una de mis primeras operaciones fue dirigirme en peregrinacion á Boston para saludar el primer campo de batalla de la libertad americana. «He visto los campos de Lexington, y me he detenido ante ellos absorto en el silencio mas elocuente, como el viajero al frente de las Thermopilas, para contemplar la tumba de aquellos guerreros de ambos mundos, que fueron los primeros que murieron por obedecer las leyes de la patria. Hollando aquella tierra filosófica, que me decia con su muda elocuencia cómo se pierden y se elevan los imperios, confesé mi ignorancia respecto á las miras de la Providencia, y humillé mi frente en el polvo.» (*Ensayos históricos.*)

Vuelto á Nueva-York me embarqué en el paquebot que navegaba con direccion á Albany, y surqué el rio de Hudson, llamado tambien el *Rio del Norte.*

En una nota del *Ensayo histórico* he descrito una parte de mi navegacion por este rio, en cuya orilla se confunde hoy con los republicanos de Washington, uno de los reyes de Bonaparte, y lo que es mas, uno de sus hermanos. En esa misma nota he hablado del mayor Andrés, de aquel infortunado jóven, acerca de cuya suerte pronunció un amigo, cuya pérdida nunca deploraré bastante, sentidas y enérgicas palabras cuando Bonaparte estaba próximo á subir al trono en que se habia sentado María-Antonieta (1).

Llegado á Albany, fuí á buscar á Mr. Swift para

(1) Mr. de Fontanes, elogio de Washington.

quien me habian dado una carta en Filadelfia. Este americano se ocupaba en el trato de peleterias con las tribus indias enclavadas en el territorio cedido por Inglaterra á los Estados-Unidos; porque conviene observar que las potencias civilizadas se reparten á su capricho las tierras americanas como si les pertenecieran. Despues de haber hablado largo tiempo con Mr. Swift, este me hizo objecciones sumamente razonables acerca de mis proyectos, diciéndome entre otras cosas, que era imposible emprender de buenas á primeras un viaje de aquella importancia, solo, sin auxilios, apoyo ni recomendacion para los puestos ingleses, americanos y españoles, por donde me veria obligado á pasar; que aun cuando tuviera la dicha de atravesar tantas soledades sin accidente alguno, llegaria á regiones heladas donde pereceria de frio ó de hambre. Aconsejóme despues, empezara por aclimatarme á aquel clima haciendo por via de aprendizaje alguna escursion al interior de América; que aprendiera el sioux, el iroqués y el esquimal; y por fin que viviese algun tiempo entre los que recorrian los bosques canadienses y los agentes de la compañía de la bahía de Hudson. Hechas estas experiencias preliminares, podria entonces, con ayuda del gobierno francés, proseguir mi atrevida empresa.

Estos consejos, cuya prudencia no podia menos de reconocer, me disgustaron sin embargo; pero si no me hubiera fiado de ellos, hubiera partido directamente al polo, como se va de Paris á Saint-Cloud. Oculté no obstante, á Mr. Swift mi desagrado, y le supliqué me procurase un guia y caballos, á fin de dirigirme á la catarata del Niagara y de allí á Pittsbourg, desde donde podria bajar al Ohio. No podia desechar de mi fantasía el primer plan que me habia trazado.

Mr. Swift puso á mi disposicion un holandés que hablaba muchos dialectos indios, y despues de haber comprado dos caballos, me apresuré á dejar á Albany.

Todo el país comprendido hoy entre el territorio de aquella ciudad y el de Niagara está habitado, cultivado y atravesado por el famoso canal de Nueva-York; pero entonces estaba desierta una gran parte de él.

Cuando despues de haber pasado el Mohawk, me hallé en aquellos bosques, en cuyas espesuras jamás se habia oido el hacha del leñador, experimentaba una especie de éxtasis que no he podido menos de referir en el *Ensayo histórico*: «Iba de árbol en árbol »y de derecha á izquierda indiferentemente, diciéndo»me á mí mismo: Aquí no hay ningun camino traza»do, ninguna ciudad, ninguna de esas reducidas ha»bitaciones, nada de presidentes, de repúblicas, de »reyes... Y para probar si me habia restablecido en »mis derechos primitivos, me entregaba á mil actos de »mero capricho que hacian rabiar al corpulento holan»dés que me servia de guia, y que indudablemente »me creia loco.»

Entramos en los cantones de las seis naciones iroquesas, y el primer salvaje que encontramos fue un jóven, que á guisa de correo marchaba delante de un caballo en el cual se veia sentada una india adornada á uso de su tribu. Mi guia les saludó dándoles los buenos dias al pasar.

No debe olvidarse que en la frontera de aquella soledad tuve el honor de ser recibido por uno de mis compatriotas, aquel Mr. Violet maestro de baile entre los salvajes, y cuyas lecciones pagaban en pieles de castor y perniles de oso. «En medio de una selva se »descubria una especie de granja, y en ella hallé como »una veintena de salvajes, entre hombres y mujeres, »pintarrajeados como los brujos, con el cuerpo medio»desnudo, las orejas recortadas, plumas de cuervo en »la cabeza y anillos pasados por las narices. Un francés »de escasa estatura, con el pelo empolvado y rizado á la »usanza antigua, casaca verde-manzana, chupa de »droguete, guirindolas y vuelos de muselina, tocaba »un violin de bolsillo y hacia bailar un *Madelon Friquet* »á aquellos iroqueses. Mr. Violet, al hablarme de los »indios, me decia siempre: *Estos señores salvajes y »estas señoras salvajesas*, y elogiaba mucho la ligereza »de sus discípulos: en efecto, jamás he visto hacer se»mejantes cabriolas. Mr. Violet, con su pequeño vio»lin entre la barba y el pecho, preludiaba el instru»mento fatal, y exclamaba en iroqués: *¡A sus puestos!* »y todos saltaban como una bandada de demonios» (1).

Ciertamente era una cosa bastante extraña para un discípulo de Rousseau, aquella introduccion á la vida salvaje por medio de un baile que daba á los iroqueses un antiguo marmiton del general Rochambeau. Continuamos nuestro camino, y desde este punto dejo hablar al manuscrito tal y cómo lo he encontrado, ora bajo la forma de *narracion*, ora bajo la de *diario*, y algunas veces en *cartas* ó simples *anotaciones*.

LOS ONONDAGAS.

Llegamos á la orilla del lago que ha tomado su nombre del pueblo iroqués de los Onondagas, y necesitando descanso nuestros caballos, elegí en union con mi holandés un lugar á propósito para establecer el campo. Nos hallábamos en la garganta de un valle, y en la parte en que un rio bullicioso salia del lago. Este rio corre apenas cien toesas al Norte en línea recta, cuando se replega al Este y se desliza paralelo á la orilla del lago por la parte exterior de las rocas que ciñen á este.

En la curva formada por este rio fue donde erigimos nuestro aposento nocturno: fijamos en tierra dos palos altos, colocamos horizontalmente en la horcajadura de estos una larga vara, y apoyando en esta y en el suelo cortezas de abedul, formamos un techo digno de nuestro palacio. La hoguera de viaje fue encendida para cocer nuestra cena y cazar los incómodos mosquitos que tanto abundan en aquellas regiones; y así nuestras sillas como nuestras capas nos servieron de almohadas y de mantas bajo el *ajupa*.

Atamos una campanilla al cuello de nuestos caballos y los soltamos en los bosques. Aquellos animales, dirigidos por un instinto admirable, nunca se apartaron tanto que pudieran perder de vista el fuego que encendieron sus amos durante la noche, para dar caza á los insectos y defenderse de las serpientes.

Desde el fondo de nuestra choza gozábamos de una vista pintoresca. A nuestro frente se extendia el lago sumamente estrecho y rodeado de selvas y rocas; y á nuestro derredor, el rio, envolviendo nuestra península con sus verdes y limpidas aguas, barria las orillas con impetuosidad.

No eran aun las cuatro de la tarde cuando terminamos nuestro albergue, y tomando mi escopeta fuí á pasear por las cercanías. Primero seguí la corriente del rio, pero mis excusiones botánicas no dieron resultado satisfactorio, pues las plantas variaban poco, reduciendose solo á las numerosas familias de las *plantago virginica*, y á algunas otras de las que adornan las praderas, todas bastante comunes. Dejé luego las orillas del rio por las del lago, y no fuí mas afortunado, pues exceptuando una especie de rododendro, nada hallé que valiese la pena de detenerme en ellas: las flores de este arbusto, de un vivo color de rosa, producian un efecto encantador con el agua azul del lago donde se reflejaban, y el oscuro declive de la roca en que penetraban sus raices.

Habia pocas aves, y solo descubrí una pareja solitaria que revoloteaba en frente de mí, pareciendo complacerse en dar movimiento y amor á la inmovilidad y rudeza de aquellos sitios. El color del macho me

(1) *Itinerario.*

hizo reconocer el ave blanca ó *passer nivalis* de los ornitologistas. Creí tambien oir la voz de esa especie de osifraga tan bien caracterizada por la definicion *strix exclamator;* pero, ave tan inquieta como todos los tiranos, me fatigaba en vano en perseguirla.

El vuelo de esta avè me condujo á través de los bosques hasta un valle cerrado por unas colinas desnudas y pedregosas, y en aquel lugar extraordinariamente retirado se veia una mala cabaña de salvaje, medio construida entre las rocas, y una flaca y macilenta vaca, que pacia en un prado al pié de la peña.

Siempre me han inspirado cariño estos pobres abrigos: el enfermizo animal se acomodó en un rincon, pues el desgraciado teme despertar con su vista sentimientos que los hombres rechazan. Fatigado de mi escursion me senté en lo alto del collado que recorria, teniendo á mi frente la choza india situada en la colina opuesta; tendí en tierra mi escopeta, la coloqué á mi lado, y me abandoné á esos ensueños cuyo encanto he experimentado con tanta frecuencia.

Habian pasado apenas algunos minutos cuando oí voces en el fondo del vallecillo, y descubrí tres hombres que conducian cinco ó seis vacas cebadas. Despues de haberlas dejado pacer en la pradera, se dirigieron hácia la flaca, que alejaron á palos.

La aparicion de aquellos europeos en un lugar tan desierto, me fue extraordinariamente desagrable, haciéndola aun mas importuna su violencia, pues echaron á la pobre bestia entre las rocas, riéndose á grandes carcajadas, sin duda porque la exponian á romperse las piernas. Una mujer salvaje, al parecer tan miserable como su vaca, salió de la choza aislada, y avanzando hácia el espantado animal, la llamó con dulzura y la ofreció una cosa que comer. La vaca corrió hácia ella alargando el cuello con un débil mugido de alegría; pero los colonos amenazaron desde lejos á la india, y volvió á su cabaña. La vaca la siguió: detúvose á la puerta donde su amiga la alhagaba con la mano, y el animal reconocido lamia aquella mano protectora. Los colonos se habian retirado.

Yo me levante, bajé la colina, atravesé el vallecillo, y subiendo la colina opuesta, llegué á la choza resuelto á reparar en cuanto de mi dependiese la brutalidad de los hombres blancos. La vaca, al verme hizo un movimiento para huir; pero andando con precaucion, llegué, sin que se marchase, hasta la habitacion de su ama.

La india habia entrado en su casa, y al umbral de ella pronuncié la salutacion que me habian enseñado: *¡Siegoh! ¡ He llegado!* La india, en lugar de devolverme mi salutacion por la repeticion acostumbrada *¡ Habeis llegado!* nada respondió. Yo juzgé que la visita de uno de sus tiranos la era importuna. Púseme entonces á mi vez á acariciar á la vaca, y la india pareció llena de admiracion, viéndose en su rostro amarillo y apesadumbrado señales de enternecimiento y casi de gratitud. Aquellas misteriosas relaciones del infortunio arrasaron en lágrimas mis ojos: hay cierta dulzura en llorar males que no lo han sido por nadie.

Mi huéspeda me miró aun por algun tiempo con una especie de duda, como si temiese que tratara de engañarla; pero despues dió algunos pasos, y pasó su mano por la frente de su compañera de miseria y soledad.

Animado por aquella muestra de confianza, dije en inglés, por haber ya agotado mi lenguaje indio: «¡Está muy flaca!» y la india me respondió tambien en mal inglés: «Come muy poco.» *She eats very little.* «La han echado brutalmente,» repliqué, y la mujer me respondió: «Estamos acostumbradas á eso las dos *boht.*» Yo contesté: «¿Esta pradera no es vuestra?» Ella respondió: «Era de mi marido, que ha muerto. No tengo ningun hijo, y los blancos traen sus vacas á mi pradera.»

Yo nada tenia que ofrecer á aquella indigente criatura: mi obligacion hubiera sido reclamar la justicia en su favor; ¿pero á quién dirigirme en un país en que la mezcla de los europeos y de los indios habia confundido las autoridades; donde el derecho de la fuerza arrebataba la independencia al salvaje, y donde el hombre civilizado, casi convertido en salvaje, habia sacudido el yugo de la autoridad civil?

Nos separamos por fin, la india y yo, despues de habernos estrechado la mano, y mi huéspeda me dijo muchas cosas que no comprendí, y que serian sin duda deseos de prosperidad para el extranjero. Si no han sido oidos por el cielo, no es culpa de la que oró, sino de aquel por quien fue dirigida la súplica, pues todas las almas no tienen igual aptitud para la dicha, así como todas las tierras no producen mieses.

Volví á mi *ajoupa*, donde tuve una comida bastante triste. La tarde fue magnífica: el lago, en un reposo profundo, no ofrecia la menor agitacion en sus aguas; el rio bañaba murmurando nuestra península, que decoraban falsos ébanos en flor: el ave llamada *cucú de la Carolina*, repetia su canto monótono, y la escuchábamos ya á nuestro lado, ya á una distancia lejana, segun que el ave cambiaba el sitio de sus reclamos amorosos.

Al dia siguiente me acompañó mi guia á la visita de cumplido al primer saquem de los Onondagas, cuya poblacion no estaba lejos. Llegamos allí á las diez de la mañana, é inmediatamente me vi rodeado de multitud de jóvenes salvajes, que me hablaban en su lengua, mezclando frases inglesas y algunas palabras francesas: hacian gran ruido, y parecian alegres. Estas tribus indias enclavadas en los desmontes de los blancos, han adoptado algo de sus costumbres: tienen caballos y ganados, sus cabañas están llenas de muebles y utensilios comprados en Quebec, Montreal, Niagara y el Estrecho, ó en las ciudades de los Estados-Unidos.

El saquem de los Onondagas era un viejo iroqués en todo el rigor de la palabra; su persona guardaba el recuerdo de los antiguos usos, y de los antiguos tiempos del desierto: grandes orejas recortadas, perlas pendientes de la nariz, rostro abigarrado de diversos colores, pequeño penacho de cabellos en la parte superior de la cabeza, túnica azul, manto de piel, cinturon de cuero con el cuchillo de escalpa y rompe-cabezas brazos con varios dibujos, *mocasinas* en los piés, y un collar de porcelana en la mano.

Me recibió bien y me hizo sentar en su estera: los jóvenes se apoderaron de mi escopeta, y desmontaron y montaron la chimenea con una destreza sorprendente: era una sencilla escopeta de caza, de dos cañones.

El saquem hablaba inglés y entendia el francés, y como mi intérprete sabia el iroqués, se estableció fácilmente la conversacion. Entre otras cosas me dijo que aunque su nacion habia estado siempre en guerra con la mia, la estimaba. Me aseguró que los salvajes no cesaban de recordar con placer á los franceses, al paso que se lamentaban de los americanos, que bien pronto no dejarian á los pueblos que habian acogido á sus antepasados, ni aun tierra para cubrir sus huesos.

Hablé al saquem de la desdicha de la viuda india, y me dijo que en efecto aquella mujer era perseguida, pero que él habia solicitado muchas veces el auxilio de los comisarios americanos con objeto de protejerla, y que no habia podido obtener justicia, añadiendo que en otro tiempo los iroqueses lo hubieran hecho.

Las mujeres indias nos sirvieron una comida. La hospitalidad es la última virtud salvaje que ha quedado á los indios, en medio de los vicios de la civilizacion europea. Sabido es lo que era en otro tiempo aquella hospitalidad: una vez recibido el viajero en una cabaña, era aneja la inviolabilidad: el hogar tenia la potestad del altar, y el hombre acogido á él era sagrado. El dueño de aquel hogar se haria matar antes que se tocase á un cabello de su cabeza.

Cuando una tribu expulsada de sus bosques, ó un hombre, acudian á pedir hospitalidad, el extranjero empezaba lo que se llamaba la danza del suplicante, que se ejecutaba así:

Este adelantaba algunos pasos, despues se detenia mirando al suplicado, y retrocedia en seguida hasta su primera posicion. Entonces los huéspedes entonaban el canto del extranjero: «¡Hé aquí el extranjero, hé aquí el enviado del Gran Espíritu!» Despues del canto, un niño tomaba la mano del extraño para conducirle á la cabaña, y cuando el niño tocaba en el dintel de la puerta, decia: «Hé aquí al extranjero!» y el gefe de la cabaña respondía: «Niño, introduce al hombre »en mi cabaña.» El extranjero, entrando entonces bajo la proteccion del niño, iba, como entre los griegos, á sentarse en el centro del hogar. Presentábasele el calumet de paz y fumaba tres veces mientras las mujeres entonaban el himno del consuelo: «El extran»jero ha hallado una madre y una mujer: el sol se ocul»tará y levantará para él como en otros dias.»

Llenábase de agua de arce una copa consagrada, que era una calabaza ó un vaso de piedra, colocado generalmente en un rincon de la chimenea y adornado con una corona de flores; y el extranjero, despues de haber bebido la mitad del agua, pasaba la copa á su huésped, que la acababa de vaciar.

Al otro dia de mi visita al gefe de los Onondagas, continué mi viaje. Aquel viejo gefe se habia hallado en la toma de Quebec y habia asistido á la muerte del general Wolf, y yo que salia de la choza de un salvaje, me habia escapado recientemente del palacio de Versalles y acababa de sentarme á la mesa de Wasbigton.

A medida que avanzamos hácia el Niagara, el camino, de suyo peligroso, apenas se veia trazado por entre unos árboles cortados. Los troncos de estos árboles servian de puentes para atravesar los riachuelos ó de puntales en los barrancos. La poblacion americana se trasladaba entonces á las concesiones de Geneseo, y el gobierno de los Estados-Unidos, vendia aquellas concesiones á mayor ó menor precio, segun la bondad del suelo, la calidad de los árboles, y el curso y abundancia de las aguas.

Los desmontes ofrecian una mezcla curiosa del estado natural y el salvaje: en el ángulo de un bosque en que jamás habian retumbado sino los gritos de los salvajes y de las fieras, se encontraba una tierra labrada; y desde el mismo punto de vista se descubria la cabaña del indio y la habitacion de un plantador. Algunas de aquellas habitaciones, ya concluidas, recordaban las propiedades de los hacendados ingleses y holandeses; y otras á medio acabar no tenian por techo mas que la copa de un oquedal.

Yo era recibido en aquellas viviendas de un dia, y hallaba en ellas frecuentemente una familia rodeada de todas las comodidades y elegancia de Europa; muebles de anacardo, pianos, tapices, espejos; todo esto á cuatro pasos de la choza del iroqués. Por la tarde, cuando los criados volvian de los bosques ó de los campos con el hacha y el arado, se abrian las ventanas; las hijas de mi huésped cantaban acompañándose al piano la música de Paesiello y Cimarosa, á la vista del desierto, y algunas veces al murmullo lejano de una catarata.

En los terrenos mejores se establecian pequeñas ciudades, y no puede formarse idea de la placentera sensacion que se experimenta al ver salir la veleta de un reciente campanario del seno de una antigua selva americana. Como las costumbres inglesas siguen por todas partes á los ingleses, despues de haber atravesado paises en que no se descubria el menor indicio de habitantes, descubrí la muestra de una posada que pendia de la rama de un árbol á la orilla del camino, y que balanceaba el viento de la soledad. Cazadores, plantadores é indios se encontraban en aquellas hospederias; pero la primera vez que reposé en ella juré seria la última.

Una tarde, al entrar en aquellas singulares hosterias quedé estupefacto al ver un lecho inmenso de forma circular al rededor de un poste: cada viajero que llegaba ocupaba un sitio en aquel lecho, apoyando los piés en el poyo del centro, y dirigiendo la cabeza á la circunferencia del círculo, de manera que los durmientes estaban colocados simétricamente como los rayos de una rueda ó las varillas de un abanico. Despues de un momento de vacilacion, me introduje en aquella máquina, porque no veia á nadie. Empezaba á trasponerme, cuando sentí la pierna de un hombre que se deslizaba á lo largo de la mia; era la de mi endiablado holandés que se extendia á mi lado. En mi vida he experimentado mas horror. Salté fuera de aquel camastro hospitalario, maldije cordialmente los buenos usos de nuestros buenos antepasados, y me fuí á dormir envuelto en mi capa á la claridad de la luna: aquella compañera del sueño del viajero era por lo menos agradable, fresca y pura.

Aquí termina el manuscrito, ó mejor dicho, lo que contenia se ha insertado en las demás obras mias. Despues de muchos dias de marcha, llegué al rio Geneseo, y al otro lado de aquel rio ví la maravilla de la serpiente de cascabel atraida por el sonido de una flauta (1). Mas lejos encontré una familia salvaje, y pasé la noche en su compañía á alguna distancia de la caida del Niagara. La historia de este encuentro y la descripcion de aquella noche se hallan en el *Ensayo histórico* y en el *Genio del Cristianismo*.

Los salvajes del salto del Niagara, bajo la dependencia de los ingleses, estaban encargados por aquella parte de la custodia de la frontera del Alto-Canadá, por lo que salieron á nuestro encuentro armados de arcos y flechas, y nos impidieron el paso.

En tal situacion me vi obligado á enviar al holandés al fuerte del Niagara á pedir permiso al comandante para entrar en tierras del dominio británico; esto me entristeció, pues recordé que la Francia habia mandado siempre en aquellas comarcas. Mi guia volvió con el pase, que conservo aun, firmado por el capitan *Gordon*. Singular es que haya encontrado el mismo nombre inglés en la puerta de mi celda en Jerusalém (2).

Permanecí dos dias en la aldea de los salvajes. El manuscrito ofrece en esta parte la minuta de una carta que escribia á uno de mis amigos en Francia: hela aquí:

Carta escrita entre los salvajes del Niagara.

Forzoso es que te cuente lo que ha pasado ayer mañana entre mis huéspedes. La yerba estaba aun cubierta de rocio; el viento salia perfumado de las selvas; las hojas de la morera silvestre estaban cargadas de una especie de cocos parecida á los gusanos de seda, y las plantas algodoneras del país, invirtiendo sus dilatadas cápsulas, se asemejaban á los rosales blancos.

Las indias, ocupadas en diversos trabajos, se hallaban reunidas al pié de una corpulenta haya purpúrea, y sus niños de pecho suspendidos en hamacas en las ramas de los árboles, se mecian en aquellas cunas aéreas á impulso de la brisa de los bosques, con un movimiento casi insensible. Las madres se levantaban de cuando en cuando para ver si dormian sus hijos, ó si habian sido despertados por la multitud de aves que cantan y revolotean en torno suyo. Esta escena era encantadora.

Nosotros estábamos sentados á parte, con siete guerreros, y cada uno ostentaba una gran pipa en la boca: dos ó tres de estos hablaban inglés.

(1) *Genio del Cristianismo.*
(2) *Itinerario.*

A escasa distancia de donde estábamos, los muchachos se entretenian; pero á pesar de sus juegos, saltos, carreras y pelotazos, no hablaban una palabra. Allí no se oia el aturdidor chillido de los muchachos europeos: aquellos jóvenes salvajes brincaban como los cabritillos, pero como ellos, permanecian silenciosos. Un zagalon de siete ú ocho años se separaba de vez en cuando de la turba, mamaba, y se volvia á jugar con sus camaradas.

Los niños jamás se destetan por fuerza, pues despues de nutrirse de otros alimentos, agotan el seno de su madre como la copa que se apura al fin de un banquete. Aun cuando la nacion entera muera de hambre, el niño halla en el seno maternal una fuente de vida. Esta costumbre es quizá una de las causas que impiden á las tribus americanas acrecentarse tanto como las familias europeas.

Los padres han hablado á los hijos y estos han respondido á aquellos: hice que me dieran cuenta del coloquio por medio de mi holandés, y hé aquí lo que ha pasado:

Un salvaje de unos treinta años ha llamado á su hijo y le ha intimado saltase con menos violencia: el chico ha respondido: *eso es razonable*, y sin hacer lo que el padre le decia, ha vuelto al juego.

El abuelo del niño le ha llamado á su vez, y le ha dicho: *Haz eso:* y el mozito se ha sometido. Así el hijo ha desobedecido á su padre que le *suplicaba*, y ha obedecido á su abuelo que le *mandaba*. El padre no es casi nada para el hijo.

A este, que no reconoce otra autoridad que la de la edad y la de la madre, jamás se le impone castigo; y tanto es así, que entre los indios se reputa como un crímen espantoso y sin ejemplo el que un hijo sea rebelde á su madre. Cuando esta es vieja, él la alimenta.

En cuanto al padre, mientras es jóven, el hijo no hace el menor caso de él; pero cuando va avanzando en el camino de la vida, su hijo le honra, no como padre, sino como anciano, es decir como un hombre de buen consejo y experiencia.

Este modo de criar los hijos en completa independencia, deberia conducirlos al vasallaje del mal humor y los caprichos; y sin embargo, los hijos de los salvajes no tienen ni caprichos, ni mal humor, porque no desean sino lo que saben que pueden obtener. Si un hijo llora por alguna cosa que necesita ó desea, su madre le dice vaya á tomarla donde la haya visto, y si no es bastante fuerte para alcanzarla ó se siente débil para conseguirla, olvida el objeto de su apetito. Si el hijo salvaje no obedece á nadie, nadie le obedece á él; este es todo el secreto de su alegría y de su razon.

Los muchachos indios no se querellan nunca, ni riñen tampoco; no son alborotadores, chismosos, ni mohinos; y en su aire se descubren cierta seriedad propia de la tranquilidad del alma, y cierta nobleza hija de la independencia.

Nosotros no podriamos educar así á nuestra juventud, porque seria preciso empezar por desprendernos de nuestros vicios; y en lugar de hacerlo así, hallamos mas fácil enterrarlos en el corazon de nuestros hijos, cuidando solamente de impedir que aparezcan al exterior.

Cuando el jóven indio siente despertarse en él la inclinacion á la caza, la pesca, la guerra ó la política, estudia é imita las artes que ve practicar á su padre, y de este modo aprende á construir una canoa, trenzar una red, manejar un arco, un fusil, el rompe-cabezas, y el hacha; cortar un árbol, edificar una choza, y explicar los *collares*. Lo que es un entretenimiento para el hijo, se convierte en autoridad para el padre; el derecho de la fuerza y de la inteligencia de este, es reconocido, y este derecho le conduce poco á poco al poder de saquem.

Las hijas gozan de la misma libertad que los mancebos; y aun cuando permanecen mas tiempo al lado de sus madres, encargadas de enseñarlas los quehaceres domésticos, hacen poco mas ó menos lo que quieren. Cuando una jóven india ha obrado mal, su madre se contenta con echarla al rostro algunas gotas de agua y decirle: *Tú me deshonras*. Este reproche rara vez deja de producir efecto.

Hemos permanecido hasta la mitad del dia á la puerta de la cabaña: el sol era abrasador. Uno de mis huéspedes se ha adelantado hácia los muchachos y les ha dicho: *Hijos, el sol os comerá la cabeza; id á dormir*, y todos han exclamado: *Es justo*. Y por toda muestra de obediencia han continuado jugando, despues de haberse convencido de que el sol les *comeria la cabeza*.

Pero las mujeres se han levantado, la una mostraba una bebida encerrada en un vaso de madera, la otra un fruto favorito, y una tercera desarrollaba una estera para acostarse: han llamado á la turba obstinada, uniendo á cada nombre una palabra de ternura, y los niños al instante han volado hácia sus madres como una nidada de pájaros. Las mujeres los han acogido risueñas y cargando cada una con su hijo, aunque con bastante trabajo, los niños comian en sus brazos lo que su mano cariñosa acababa de darles.

Adios, no sé si esta carta, escrita en medio de los bosques llegará á tus manos.

Del villorrio de los indios pasé á la catarata del Niagara. La descripcion de esta catarata, colocada al fin de la *Atala*, es demasiado conocida para reproducirla, además de que forma tambien parte de una nota en el *Ensayo histórico;* pero hay en esta misma nota algunos detalles tan íntimamente unidos á la historia de mi viaje, que creo deber repetirla aquí.

Rota la escalera india que en otro tiempo se hallaba en la catarata del Niagara, quise, aunque á despecho de las observaciones de mi guia, bajar al fondo de la caida por una roca cortada á pico, que se elevaba á cerca de doscientos piés. Aventureme al descenso, y á pesar de los mugidos de la catarata, y del abismo espantoso que rugia á mis piés, conservé mi equilibrio y llegué á situarme á cuarenta piés del fondo. A esta altura, la roca lisa y vertical, no ofrecia ya raices ni hendiduras donde poder asegurar los piés, y quedé suspendido por un brazo sin poder subir ni bajar; mis dedos cansados ya de sostener el peso de mi cuerpo, se abrian poco á poco y veia una muerte inevitable. Pocos hombres hay que hayan pasado en su vida dos minutos como los que yo pasé entonces suspendido sobre la sima del Niagara. Por último, abriéronse mis manos y caí; pero por una dicha inesperada me precipité sobre la roca viva, donde hubiera debido estrellarme cien veces, y sin embargo no me sentia tan mal como era de presumir, atendido el peligro: me habia quedado á media pulgada del abismo, y solo la Providencia pudo hacer no rodase á él; pero cuando el frio del agua comenzó á penetrarme, sentí que no estaba tan bien como habia creido al principio, pues me aquejaba un dolor insoportable en el brazo izquierdo, que me habia roto por la parte superior del codo. Mi guia, que me miraba desde lo alto, y al cual hice una seña, corrió á buscar algunos salvajes, que á fuerza de trabajo, me volvieron á subir con cuerdas de abedul, y me transportaron á su casa.

No fue este el único riesgo que corrí en el Niagara. Apenas llegué me dirigí, como era natural, á ver la caida de sus aguas: llevaba á mi caballo de la brida y esta arrollada al brazo. Mientras estaba inclinado sobre la sima para contemplarla, una serpiente de cascabel removió los matorrales que nos rodeaban; el caballo espantado, retrocedió, y encabritándose fué á parar al borde del abismo. Fuéme imposible desenredar mi brazo de las riendas, y el caballo, cada vez mas asustado, me arrastró tras sí. Ya sus patas delanteras habian perdido tierra, y encogido á la orilla del precipicio, se sostenia solo por la fuerza de la contraccion

muscular. Fácil es presumir la suerte que me esperaba; mas el animal mismo, asombrado del nuevo peligro que le amenazaba, hizo un esfuerzo violento y dando un bote en direccion á la parte de tierra, se lanzó á diez piés del borde del abismo (1).

Reconocida la herida, se halló que solo tenia una fractura simple en el brazo, y con dos tablillas, un vendaje y un cabestrillo completé mi curacion. Mi holandés no quiso pasar adelante, y recibido el precio de su trabajo, se volvió á su casa. En cuanto á mí, hice un nuevo trato con los canadienses del Niagara, que tenian parte de su familia en San Luis de los illineses en el Misisipí, y continué mi viaje.

El manuscrito presenta aquí una ojeada general de los lagos del Canadá.

LAGOS DEL CANADA.

La masa de las aguas del lago Erié descarga en el lago Ontario, despues de haber formado la catarata del Niagara, y en las orillas de él hallan los indios el bálsamo blanco producido por el balsamero; el azúcar que se extrae del arce, nogal y cerezo; el tinte rojo en la corteza de la *perrussa*; la techumbre de sus barracas en la corteza del árbol blanco; el vinagre en los racimos verdes del vinagrero; la miel y el algodon en las flores del hisopo silvestre; el aceite para el cabello en el girasol, y una panacea para las heridas en la *planta universal*. Los europeos han sustituido estos beneficios de la naturaleza por productos artificiales: los salvajes han desaparecido.

El lago Erié tiene mas de cien leguas de circunferencia, y las naciones que poblaban sus orillas han sido exterminadas por los iroqueses hace ya dos siglos. Algunas hordas errantes infestaron despues aquellos lugares, donde nadie osaba detenerse.

Espanta ver á los indios aventurarse en frágiles barquillas, formadas de corteza de árboles en un lago en donde son terribles las tempestades. Cuelgan sus manitús en la popa de las canoas, y lanzándose á través de los torbellinos de nieve, atraviesan por en medio de las ondas bramadoras, de aquellas ondas que ya al nivel del borde de las canoas ó sobreponiéndose á ellas, parece intentan tragarlas. Los perros de los cazadores, apoyando las patas en los costados de ellas dan ladridos lastimeros, mientras que sus amos guardan un silencio profundo y hieren las olas mesuradamente con sus remos. Sus canoas avanzan todas en hilera, viéndose de pié en la proa de la primera uno de sus gefes que repite el monosílabo OAH; la primera vocal dando una nota elevada y corta, y la segunda dando otra grave y larga. En la última canoa, otro gefe tambien en pié sobre ella, maneja un gran remo en forma de timon; y los demás guerreros, sentados en el fondo de las canoas con las piernas cruzadas, navegan impávidos á través de la niebla, de la nieve y de las ondas, distinguiéndose solo las plumas que adornan las cabezas de los indios, el estirado cuello de los dogos ahulladores, y las espaldas de dos sachems que hacen los oficios de piloto y augur, pudiendo creérseles los dioses de aquellas aguas.

El lago Erié es tambien famoso por sus serpientes. Al Oeste de este lago, desde las islas de las Culebras hasta las orillas del continente, y en un espacio de mas de veinte millas se extienden anchos nenúfares, cuyas hojas, en estío están cubiertas de serpientes entrelazadas unas á otras. Cuando los reptiles se mueven á los rayos del sol, se ven rodar sus anillos matizados de azul, púrpura, oro y ébano, no distinguiéndose en sus horribles nudos doble, ó triplemente formados, mas que ojos chispeantes, lenguas de tres dardos, fauces de fuego y colas armadas de aguijones y campanillas que se agitan en el aire á manera de látigos. Un silbido continuo y un rumor parecido al que forman las hojas secas al rodar por el suelo de las selvas, salen de aquel impuro Cocito.

El estrecho que abre paso, desde el lago Huron al lago Erié, debe su renombre á sus bosques y praderas. El lago Huron abundante en pesca, lo es muy especialmente en *art kamegues* y truchas que suelen pesar hasta doscientas libras. La isla de Matemoulin, famosa en otro tiempo, la poblaba el resto de la nacion de los Ontawais, que los indios creian descendiente del gran Castor, habiéndose observado que el agua del lago Huron, así como la del lago Michigan, crece durante siete meses y disminuye en la misma proporcion, durante otros siete. Todos estos lagos tienen un flujo y reflujo mas ó menos sensible.

El lago Superior ocupa un espacio de mas de cuatro grados, entre los 46° y los 50° de latitud Norte, y no menos de ocho, entre los 87° y los 95° de longitud Oeste del meridiano de Paris; es decir que este mar interior tiene cien leguas de ancho y cerca de doscientas de largo, con una circunferencia de seiscientas leguas, poco mas ó menos.

Cuarenta rios reunen sus aguas en este inmenso recinto, y entre ellos, el Allinipigon y el Michipicroton son considerables, tomando este último su orígen en las cercanías de la bahía de Hudson.

Muchas islas adornan este lago inmenso, figurando en primera línea la isla Maurepas, en la costa septentrional; la isla Pontchartrain en la ribera oriental; la isla Minong, hácia la parte meridional, y la isla del Gran-Espíritu ó de las Almas, al Occidente, que podria constituir el territorio de un Estado europeo, pues tiene treinta y cinco leguas de largo y veinte de ancho.

Los cabos mas considerables del lago son: la punta Kioucounan, especie de istmo que entra dos leguas en las olas; el cabo Minabeaujou, semejante á un faro; el cabo Trueno, cerca de la bahía del mismo nombre, y el cabo Rochedebout, que se eleva perpendicularmente sobre las playas como un obelisco mutilado.

La ribera meridional del lago Superior es baja, arenosa y sin abrigo: las costas septentrionales y orientales son por el contrario montañosas, y presentan una serie de rocas cortadas á pico. El lago mismo está abierto en la roca. A través de sus ondas verdes y transparentes, se descubren á mas de 30 ó 40 piés de profundidad masas de granito de diferentes formas, algunas de las cuales parece han sido recientemente serradas por la mano del obrero. Cuando el viajero, sacando de rumbo su canoa, mira inclinado sobre un costado, la cresta de aquellas montañas submarinas, no puede gozar mucho tiempo de aquel espectáculo porque sus ojos se turban y experimenta vértigos.

Admirada de la gran extension de aquel depósito de aguas, la imaginacion se dilata con el espacio; y segun el instinto comun de todos los hombres, los indios han atribuido la formacion de aquel inmenso lago á la misma potestad que redondeó la bóveda del firmamento, uniendo de este modo á la admiracion que inspira la vista del lago Superior, la solemnidad de las ideas religiosas.

Aquellos salvajes se han sentido arrastrados á hacer de aquel lago el objeto principal de su culto, por el aspecto misterioso que la naturaleza plugo dar á una de sus mas grandes obras. El lago Superior tiene un flujo y reflujo irregulares, y las aguas, en los grandes calores del estío, están frias como la nieve á medio pié bajo su superficie, con la particularidad, de que esas mismas aguas se hielan muy rara vez en los inviernos rigorosos de aquellos climas, y en las épocas en que el mismo mar no resiste á la influencia de los hielos.

Las producciones naturales varian segun la dife-

(1) *Ensayo histórico.*

rencia de los terrenos, y así es que en la costa oriental no se ven mas que selvas de arces raquíticos y degenerados, que crecen casi horizontalmente en la arena, mientras que en la de Norte, allí donde la roca viva concede á la vejetacion alguna garganta ó alguna condicion de valle, se perciben matorrales de groselleros sin espinas, y guirnaldas de una especie de vid que da un fruto parecido al frambueso, aunque de un color de rosa mas pálido. En cuanto á árboles de mayor corpulencia, solo se descubren esparcidos sin órden algunos pinos aislados.

Entre la multitud de perspectivas que ofrecen estas soledades, dos son especialmente dignas de observacion.

Entrando en el lago Superior por el estrecho de Santa María, se descubren á la izquierda, algunas islas formadas en semicírculo, y que plantadas de árboles en flor, parecen ramilletes nacidos en el agua; y á la derecha, los cabos del continente se internan en las ondas, cubiertos unos con una menuda yerba, cuyo verdor se une al doble azul del cielo y de las aguas, formados otros de una arena roja y blanca que destacándose del fondo azulado del lago, parecen cortes de obra de marquetería. Entre estos cabos largos y desnudos se entremezclan altos promontorios cubiertos de bosques, que se repiten invertidos en el líquido cristal sombreado por sus copas; y los árboles, unas veces reunidos, y otras diseminados, forman, ya una espesa cortina sobre la costa, ó bordan la tierra á manera de guirnaldas. En este caso sus troncos separados ofrecen puntos de óptica, maravillosos; y las plantas, las rocas, y los colores, ora disminuyen de proporcion, ora varian su tinte á medida que el paisaje se aleja ó se aproxima al observador.

Las islas al Mediodía y los promontorios al Oriente, inclinándose unos hácia otros por el Occidente, forman y abrazan una vasta y tranquila rada cuando la tempestad agita las otras regiones del lago. Millares de peces y aves acúaticas se crian en aquellas aguas, distinguiéndose el pato negro del Labrador, encaramado en las crestas de los escollos que rodean las aguas, y que aislado y solitario parece envidiar los festones de su blanca espuma: los somormujos se ocultan, aparecen y vuelven á desaparecer: el ave de los lagos resbala sobre la superficie de las olas, y el martin-pescador agita rápidamente sus alas azules para fascinar su presa.

Por la otra parte, cerrando las islas y los promontorios aquella rada, en la desembocadura del estrecho de Santa María, la vista descubre el plano fluido é ilimitado del lago. Las superficies movibles de aquellas llanuras se elevan y se pierden gradualmente en la extension, pasando del verde de esmeralda al azul claro, despues al lapis-lázuli y por último al turquí. Cada matiz se confunde en el otro, y el último, ó se pierde en el horizonte, ó se une al cielo por una línea de sombra azul.

Esta preciosa perspectiva del lago, es propiamente un cuadro de estío; pero cuando debe gozarse de toda su hermosura es cuando la naturaleza está tranquila y risueña. El segundo paisaje, por el contrario, representa una escena del invierno y exige una estacion borrascosa y despojada de atractivos.

Cerca del rio Allinipigon se eleva una roca enorme y aislada que domina el lago. Al Occidente se despliega una cadena de rocas, echadas ó extendidas unas, y como plantadas otras en el suelo, estas hendiendo el aire con sus picos áridos, y aquellas con sus cimas redondeadas: sus flancos verdes, rojos ó negros, retienen la nieve en sus profundas grietas, uniendo al alabastro mas puro, el color de los granitos y de los pórfidos.

Allí crecen algunos de esos árboles de forma piramidal que la naturaleza enlaza á su gran arquitectura é imponentes ruinas, y son como las columnas que adornan aquellos suntuosos edificios, ya permanezcan erguidos, ó yazcan confundidos entre el polvo: el pino se eleva sobre los plintos de las rocas; y las yerbas erizadas de carámbanos, penden tristemente de sus cornisas, creyéndose ver las ruinas de una ciudad en los desiertos de Asia: pomposos monumentos que antes de su caida dominaban los bosques, y hoy ostentan frondosas selvas en sus restos derrumbados.

Detrás de la cadena de rocas que acabo de describir, se abre á manera de surco, un estrecho vallecillo atravesado por su centro por el rio Tumba. Este valle no ofrece en estío mas que un musgo débil y enrojecido, dibujando los intersticios de las rocas con unas especies de hongos de sombreretes de diversos colores. Durante el invierno, el cazador no puede descubrir en aquella soledad llena de nieve, á las aves y á los cuadrúpedos, cubiertos con la blancura de las escarchas, sino por los picos colorados de las primeras, y los negros hocicos y sanguinarios ojos de los segundos. Al fin del valle, y en una perspectiva lejana, se descubre la cima de las montañas hiperbóreas, donde Dios ha situado las fuentes de los cuatro rios mas grandes de la América Septentrional. Nacidos en la misma cuna, van á confundirse despues de un curso de mil doscientas leguas en cuatro Océanos distintos colocados en los cuatro puntos del horizonte: el Misisipí se pierde por el Sur en el golfo Mejicano; el Ontawais se precipita por el Norte en los mares del Polo; el San Lorenzo corre por el Oriente al Atlántico; y el rio del Oeste lleva por el Occidente el tributo de sus aguas al Océano de Nontouka (1).

A esta ojeada acerca de los lagos, sigue el principio de un diario que no contiene mas que la indicacion de las horas.

DIARIO.

SIN FECHA.

El cielo brilla en todo su pureza sobre mi frente, y las ondas se deslizan límpidas bajo mi canoa que huye impelida por una ligera brisa. A mi izquierda, veo colinas cortadas á pico, flanqueadas por rocas de donde penden convólvulos de flores blancas y azules, festones de bignonias, largas gramíneas, y plantas saxátiles de todos colores, y á mi derecha se dilatan vastas praderas. A medida que avanza la canoa, se descubren nuevas escenas y nuevos puntos de vista; ora valles solitarios y risueños, ora colinas desnudas de vejetacion; veo allá un ligero bosque de arces, donde se muestra el sol como á través de un delicado encaje.

¡Libertad primitiva, te encuentro al fin! y paso ante tí como esa ave que vuela á mi vista y que sin direccion determinada duda solo cerca de la sombra que eligirá para reposar. Heme aquí tal como el Todopoderoso me ha criado, soberano de la naturaleza y llevado en triunfo por las aguas. Los habitantes de los rios acompañan mi carrera, los pueblos que moran en el aire regalan mi oido con sus himnos, las bestias de la tierra me saludan, las selvas inclinan sus flexibles copas á mi paso. ¿El sello inmortal de nuestro orígen se ha grabado en la frente del hombre social ó en la mia? Corred á encerraros en vuestras ciudades, id á someteros á vuestras mezquinas leyes, ganad vuestro pan con el sudor de vuestra frente, ó devorad el pan del pobre, degollaos por una palabra, por un señor, dudad de la existencia de Dios, ó adoradle bajo formas supersticiosas; yo en tanto vagaré por mis soledades; no reprimiré el menor latido de mi corazon; ni uno solo de mis pensamientos será encadenado; seré tan libre como la naturaleza, y no reconoceré otra soberanía

(1) Geografía errónea de aquel tiempo, modificada hoy.

que la del que enciendió la lumbrera de los soles y que la solo impulso de su mano hizo girar todos los mundos.

A las siete de la tarde.

Hemos atravesado la horca del rio y seguido el brazo del Sud-Este. Hemos buscado á lo largo del canal una playa donde desembarcar, y hemos entrado en una especie de fuente que se abre bajo un promontorio coronado da una arboleda de tulíperos. Sacada á tierra nuestra canoa, unos han reunido ramas secas para encender lumbre, otros han preparado el ajoupa, y yo he tomado mi escopeta y me he internado en el bosque vecino.

Apenas he andado cien pasos, he encontrado una manada de pavos, ocupados en comer bayas de helecho y frutos de almezo. Estas aves difieren bastante de las de su raza aclimatadas en Europa; son mas gruesas, y su plumaje es de color de pizarra bañado de un rojo cobrizo en el cuello, el lomo y la extremidad de las alas; segun los reflejos de la luz este plumaje brilla como el oro bruñido. Estos pavos silvestres se reunen frecuentemente en grandes manadas, y por la noche se suben á las copas de los árboles mas elevados. Al amanecer dan desde lo alto de estos árboles un grito repetido, y poco despues de salir el sol, sus clamores cesan, y bajan á las selvas.

Nos hemos levantado muy de mañana para partir con la fresca, y reembarcados los bagajes hemos desplegado nuestra vela. Por ambos lados teniamos tierras elevadas cubiertas de arboledas, y el follaje presentaba todos los matices imaginables: el escarlata huyendo sobre el rojo, el amarillo oscuro sobre el oro brillante, el moreno vivo sobre el moreno ligero, el verde, el blanco, el azul, lavados en mil tintas mas ó menos débiles, mas ó menos brillantes. A nuestra proximidad resplandecia toda la hermosa variedad de prisma, y lejos de nosotros en las revueltas del valle, los colores se mezclaban y perdian en fondos aterciopelados. Los árboles á pesar de sus diversas formas armonizaban entre sí; los unos se desplegaban á modo de abanico, los otros se elevaban en cono, estos se rodeaban en bola, y aquellos se cortaban en pirámide; pero es preciso contentarse con gozar de este espectáculo sin procurar describirlo.

A las diez de la mañana.

Adelantamos lentamente. La brisa ha cesado, y el canal empieza á estrecharse: la atmósfera se cubre de nubes.

Al medio dia.

Es imposible remontar ya mas en nuestra canoa, y por lo tanto, se hace indispensable cambiar nuestro modo de viajar; vamos á sacar nuestra canoa á tierra, á tomar nuestras provisiones, nuestras armas y nuestros trajes de noche, y á penetrar en el bosque.

A las tres.

¿Quién describirá la sensacion que se experimenta al entrar en estas selvas tan antiguas como el mundo, y que son las únicas que dan un idea de la creacion, tal y como salió de las manos de Dios? El dia, declinando á través de un velo de follaje, reparte en la profundidad del bosque una media luz vacilante y móvil, que imprime á los objetos una grandeza fantástica. No se fija la planta en un paraje donde no haya que saltar árboles caidos, sobre los que se elevan otras generaciones de árboles. Busco en vano una salida á aquellas soledades; engañado por una luz mas viva, avanzo á través de las yerbas, ortigas, musgos, lianas y del espeso humus formado de los restos de los vejetales; pero solo llego á una claridad formada por algunos pinos caidos. Bien pronto la selva se hace mas sombría, y la vista no descubre sino troncos de encinas y nogales, que se suceden los unos á los otros, y parecen oprimirse á manera que se alejan: la idea del infinito está á mi vista.

A las seis.

He visto de nuevo otra claridad, y me he dirigido hácia donde se descubria. He llegado al punto donde brillaba, y he hallado solo un triste campo mas melancólico que las selvas que le rodean. Este campo es un antiguo cementerio indio. Permítaseme me detenga un instante en esta doble soledad de la muerte y de la naturaleza; ¿hay un asilo donde pudiese dormir mejor para siempre?

A las siete.

No pudiendo salir de aquellos bosques, hemos acampado. La reverberacion de nuestra hoguera se extiende á larga distancia: iluminada la hojarasca por su parte inferior con el resplandor escalarta que produce el fuego, parece ensangrentada: los troncos de los árboles mas cercanos se elevan á guisa de columnas de granito enrojecido, pero los mas distantes, á penas iluminados por la luz, se asemejan en la profundidad del bosque, á pálidos fantasmas reunidos en círculo en una noche profunda.

Media noche.

El fuego empieza á extinguirse, el círculo de su luz se disminuye. Escucho: una calma formidable pesa sobre aquellas selvas; se diria que el silencio sucede al silencio. Procuro aunque en vano escuchar en aquella tumba universal algun ruido que revele la vida. ¿de dónde emana ese suspiro? de uno de mis compañeros: se queja aunque dormido. Tú vives, pero sufres: ¡hé aquí el hombre!

Las doce y media.

El reposo continua; pero el árbol decrépito se rompe y cae. Las selvas mugen, y mil voces se levantan. Muy pronto los rumores se debilitan, se extinguen en lejanías casi imaginarias, y el silencio invade de nuevo el desierto.

Una de la mañana.

El viento se levanta, y corriendo sobre la copa de los árboles, los sacude al pasar sobre su cabeza. Al presente es como la ola del mar que se quiebra tristemente sobre la ribera.

Unos sonidos han despertado otros sonidos. La selva es ya toda armonía. ¿Son los graves ecos del órgano los que escucho, mientras rumores mas ligeros vagan en las bóvedas de verdura? Un corto silencio interrumpe aquellos acordes, la música seria comienza, y por do quiera se escuchan dulces quejas, murmullos que encierran otros murmullos: cada hoja habla un lenguaje distinto; cada tallo de la yerba da una nota particular.

Una voz extraordinaria retumba en las selvas: es la de aquella rana que imita los mugidos del toro. El bosque todo resuena con los cantos monótonos de los murciélagos que permanecen asidos á las hojas, creyéndose oir clamores continuos, ó el fúnebre tañido de una campana. Todo en la naturaleza nos recuerda alguna idea de la muerte, porque esta idea está en el fondo de la vida.

A las diez de la mañana.

Hemos vuelto á emprender nuestra marcha: descendiendo á un vallecillo inundado, nos han servido de puente para atravesar el pantano las ramas de la encina-sauce, extendidas de una á otra raiz de junco. Preparamos nuestra comida al pié de una colina cubierta de árboles que escalamos bien pronto para descubrir el rio que buscamos.

A la una.

Nos hemos vuelto á poner en marcha, y las gallinetas nos prometen para esta tarde una buena comida.

El camino es escarpado, apenas hay árboles, y unos matorrales resbaladizos cubren el flanco de la montaña.

A las seis.

Hemos conseguido por fin llegar á la cima, y desde ella solo hemos divisado en el fondo del valle la copa de los árboles que lo cubren, descollando solo entre aquel mar de verdor algunas rocas aisladas á manera de escollos elevados sobre la superficie del agua. El esqueleto de un perro suspendido de la rama de un abeto, anuncia el sacrificio indio ofrecido al genio de aquel desierto. Un torrente se precipita á nuestros piés, y va á perderse en un rio de escasa corriente.

A las cuatro de la mañana.

La noche ha sido pacífica y nos hemos decidido á volver á buscar nuestro bajel, en vista de que no tenemos esperanza de hallar camino en aquellos bosques.

A las nueve.

Nos hemos desayunado bajo un vetusto sauce cubierto de convólvulos y debilitado por largos hongos. A no ser por los mosquitos en que abunda este sitio, seria muy agradable; pero nos hemos visto precisados á hacer una gran humareda de madera verde para cazar á nuestros enemigos. Los guias me han anunciado la visita de algunos viajeros que en dos horas de marcha, poco mas ó menos, estarian con nosotros. Esta finura de oido es tan prodigiosa, que hay indio que oye las pisadas de otro á cuatro ó cinco leguas de distancia, aplicando el oido á la tierra. Al cabo de las dos horas hemos visto llegar efectivamente una familia salvaje: ha dado un grito de bienvenida, y hemos contestado con alegría.

Al medio dia.

Nuestros huéspedes nos han dicho que hacia dos dias que nos habian oido, y que sabian que éramos de *carnes blancas*, porque el ruido que haciamos al andar era mas fuerte que el que hacian los de las carnes rojas. He preguntado la causa de aquella diferencia, y me han contestado la advertian en el modo de romper las ramas y abrirse paso por las selvas. El blanco revela tambien su raza por lo pesado de su paso, además de que el ruido que produce no aumenta progresivamente: el europeo da vueltas por los bosques; el indio marcha en línea recta.

La familia india se componia de dos mujeres, un niño y tres hombres, y restituidos todos al bajel, encendimos un gran fuego en la orilla del rio. Una benevolencia mútua reina entre nosotros: las mujeres han cuidado de nuestra comida, compuesta de salmonetes y una arrogante pava, mientras nosotros con los *guerreros* fumábamos y conversábamos en compañía. Al otro dia nuestros amables huéspedes nos ayudaron á llevar la canoa á un rio, á cinco leguas de distancia del en que estábamos.

Aquí termina el diario; pero una página separada y que se halla á su final, nos transporta al centro de los Apalaches. Hé aquí su contenido.

Estas montañas no son como los Alpes y los Apeninos, montes agrupados regularmente unos sobre otros, elevando sobre las nubes sus cimas cubiertas de nieve. Por el Oeste y el Norte, parecen muros perpendiculares de algunos miles de piés de elevacion, y desde cuya altura se precipitan rios que vierten sus aguas en el Ohio y el Misisipí. En aquella especie de gran fractura, se descubren senderos que se precipitan en medio de los precipicios, cruzándose con los torrentes; senderos y torrentes adornados en sus orillas por una especie de pino, cuya copa es de color de verde-mar, y cuyo tronco casi de arbusto, está salpicado de manchas oscuras producidas por un musgo raso y negro.

Pero por la parte del Sur y del Este, los Apalaches no merecen llamarse montañas, puesto que sus cimas bajando gradualmente hasta el suelo que limita el Atlántico, vierten en él rios que fecundan las selvas de encinas, arces, nogales, moreras, castaños, pinos, abetos, copalmas, magnolias y mil otras especies de arbustos floridos.

Despues de este corto fragmento hay un trozo bastante extenso sobre el curso del Ohio, y del Misisipí, desde Pittsboug hasta los Natchez. La narracion empieza con la descripcion de los monumentos del Ohio, y aun cuando en el *Genio del Cristianismo* hay un pasaje y una nota, relativos ambos á estos monumentos, lo que allí he dicho difiere bastante en muchos puntos de lo que transcribo aquí (1).

Imaginémonos unos restos de fortificaciones ó monumentos ocupando una extension inmensa, y observaremos desde luego cuatro especies de obras, á saber: bastiones cuadrados, lunas, medias lunas, y túmulos. Los bastiones, las lunas y medias lunas son regulares; los fosos anchos y profundos; las trincheras hechas de tierra con parapetos en plano inclinado; pero los ángulos de los glasis corresponden á los de los fosos, y no se inscriben como el paralelógramo en el polígono.

Los túmulos son sepulcros de forma circular, y abiertos algunos de ellos, se ha hallado en su fondo un ataud formado de cuatro piedras en el cual hay osamentas humanas. Este féretro sostenia otro, que contenia otro esqueleto, y así sucesivamente hasta la cúspide de la pirámide, que podia tener veinte ó treinta piés de elevacion.

Estas construcciones, desde luego se echa de ver no pueden ser obra de las actuales naciones de la América, y los pueblos que las han elevado han debido tener un conocimiento en las artes superior aun al de los mejicanos y peruanos.

(1) Desde la época en que escribí aquella Disertacion, los sabios y las sociedades arqueológicas americanas, han publicado varias *Memorias sobre las ruinas del Ohio*, que son curiosas bajo dos aspectos:

1.° Porque recuerdan las tradiciones de las tribus indias, que dicen han venido de Oeste á las playas del Atlántico, un siglo ó dos (á lo que se puede juzgar), antes del descubrimiento de la América por los europeos, y que cuentan tuvieron que combatir muchos pueblos en sus largas marchas, y especialmente los que habitaban en las orillas de Ohio, etc.

2.° Las *Memorias* de los sabios americanos hacen mencion del descubrimiento de algunos idolos encontrados en las tumbas; idolos que tienen un carácter puramente asiático. Parece cierto haber florecido en el valle del Ohio y del Misisipí un pueblo mucho mas civilizado que los salvajes actuales de la América. ¿Pero cuándo y cómo ha perecido? Esto es lo que quizá no se sabrá nunca. Estas *Memorias* de que me ocupo son poco conocidas, aunque injustamente, y puede

¿Se atribuirán estas obras á los europeos modernos? Respecto á esto no recuerdo que Fernando de Soto, que fue el que penetró antiguamente en las Floridas, haya avanzado mas allá de la ciudad de Chicassas, por uno de los brazos del Mobile; y por otra parte, ¿cómo un puñado de españoles hubiera podido remover toda aquella tierra, y con qué objeto?

¿Serán los cartagineses ó fenicios los que en otro tiempo hayan sido arrojados á aquellas regiones americanas en su comercio al rededor de África y las islas Casiterides? Pero antes de penetrar tanto en el Oeste han debido establecerse en las costas del Atlántico: ¿por qué pues no se halla la menor huella de su paso en la Virginia, las Georgias y las Floridas? Además, ni los fenicios ni los cartagineses enterraban sus muertos del modo que lo están los de las fortificaciones del Ohio. Los egipcios practicaban una costumbre parecida; pero las momias estaban embalsamadas y las de las tumbas americanas no lo están; y no se diga que faltaban los ingredientes, pues las gomas, resinas, alcanfores y sales se encuentran por do quiera.

¿Habrá existido la Atlántida de Platon? ¿El África en los siglos desconocidos, se extenderia á la América? Sea lo que quiera, es indudable que una nacion ignorada ha morado en aquellos desiertos, nacion superior á las generaciones indias del presente. ¿Cuál era esta nacion? ¿Qué revolucion la ha destruido? ¿Cuándo ha acaecido este acontecimiento? Cuestiones son estas que nos conducen á la inmensidad del pasado, donde los siglos, como los sueños, solo producen confusion.

Las obras de que me ocupo se encuentran á la embocadura del gran Miamis, en la del Muskingum, en la especie de *puerto de la Tumba*, y en uno de los brazos del Scioto: los que costean este rio ocupan un espacio de mas de dos horas de camino, bajando hácia el Ohio. En el Kentucky, á lo largo del Teneseo, y en el país de los Siminoles, no se puede dar un paso sin descubrir algunos vestigios de esos monumentos.

Los indios están acordes en que cuando sus padres vinieron del Oeste hallaron las obras del Ohio tal como hoy se encuentran, variando solo la fecha de esta emigracion india de Ocaso á Levante, segun la nacion que lo refiere. Los Chicassas, por ejemplo, llegaron á los fuertes que cubren las fortificaciones, hace dos siglos, y tardaron siete años en realizar su viaje, no marchando mas que una vez cada año, y llevando consigo los caballos robados á los españoles, de cuya presencia huian.

Otra tradicion pretende, que las obras del Ohio hayan sido hechas por los indios blancos. Estos, segun los indios rojos, debian haber venido de Oriente, y cuando dejaron el lago sin orillas (el mar), estaban vestidos como los de las carnes blancas de hoy.

Fundándose en esta débil tradicion, se ha dicho que hácia el año 1170, Ogan, príncipe del país de Gales, ó bien su hijo Madoc, se embarcó con una gran parte de sus súbditos (1), y abordó á unos países desconocidos, hácia el Occidente. ¿Pero es posible imaginar que los descendientes de aquel galo hayan podido construir las obras del Ohio, cuando se les supone perdidas todas las artes, y reducidos á un puñado de guerreros errantes, y vagando por los bosques como los demás indios?

Háse tambien pretendido que en las fuentes del Missuri viven numerosos pueblos civilizados, resguardados por recintos militares, semejantes á los de las orillas del Ohio; que estos pueblos se sirven de caballos y otros animales domésticos; que tienen ciudades y caminos públicos, y que son gobernados por reyes (2).

La tradicion religiosa de los indios acerca de los monumentos de sus desiertos, no está conforme con su tradicion histórica. Hay, dicen ellos, en medio de aquellas obras una caverna que la atribuyen ser la del Grande Espíritu, de aquel Grande Espíritu que crió en ella los Chicassas. El país en aquel tiempo, estaba cubierto de agua, viendo lo cual el Grande Espíritu, fabricó muros de tierra para poner á secar sobre ellos á los Chicassas.

Pasemos á la descripcion del curso del Ohio. Este rio está formado por la reunion del Monongahela y del Alleghany: el primero nace al Sur en las montañas Azules ó Apalaches; y el segundo en otra cadena de aquellas montañas, situada al Norte entre los lagos Erié y Outario, comunicándose el Alleghany con el primero de estos por medio de una corta travesía. Ambos rios se unen mas abajo del fuerte, llamado antiguamente fuerte Duquesne, y hoy el fuerte Pitt ó Pittsbourg: su confluencia se verifica al pié de una alta colina de carbon de piedra, y mezclándose sus aguas pierden sus nombres, siendo solo conocidas con el de Ohio, que significa con razon *hermoso rio*.

Mas de sesenta rios enriquecen á este con su caudal, y aquellos cuyo curso viene del Este y Mediodía salen de las alturas que dividen las aguas tributarias del Atlántico, de las que bajan al Ohio y Missisipí: los que nacen al Oeste y al Norte manan de las colinas, cuya doble vertiente alimenta los lagos del Canadá, y provee al Misisipí y al Ohio.

El espacio que recorre este último rio ofrece en su conjunto un ancho valle, limitado por colinas de iguales alturas; pero á medida que se viaja por las aguas, desaparecen los detalles.

Imposible es hallar un suelo mas fecundo que las tierras regadas por el Ohio, pues en sus colinas se producen selvas de pinos rojos, bosques de laureles, mirtos, arces de azúcar y encinas de cuatro especies: los valles dan nogales, alisos, fresnos y tulíperos, y los pantanos producen el abedul, el álamo y el ciprés-*calvo*. Los indios hacen estofas con la corteza del álamo; comen la cutícula del abedul; emplean la sávia de la *bourgine* para curar la fiebre y cazar las serpientes; la encina les provee de flechas, y el fresno de canoas.

Las yerbas y las plantas son en extremo variadas, pero las que cubren las campiñas son: la yerba de búfalo, de siete á ocho piés de alto; la yerba trifolia, la avena-loca ó arroz silvestre, y el añil.

En un suelo fertilísimo se encuentra generalmente á cinco ó seis piés de profundidad, un lecho de piedra blanca, base de un excelente humus; pero á medida que el viajero se aproxima al Misisipí, halla primero una superficie de tierra fuerte y negra, despues una capa de greda de diversos colores, y por último bosques de cipreses-calvos, hundidos en el cieno.

Al borde del Chanon, y á doscientos piés de profundidad del agua, se pretende haber visto trazados caracteres en las paredes de un precipicio, y de aquí se ha inducido que el agua corria en otro tiempo á aquel nivel, y que sin duda naciones desconocidas escribieron aquellas letras misteriosas al pasar por el rio.

hallárselas en el diario titulado: ***Nuevos anales de los viajes.***

(1) Esta es una alteracion de las tradiciones islándicas, y de las historias poéticas de los Saggas.

(2) Hoy son ya conocidas las fuentes del Missuri, y no se ha encontrado en aquellas regiones mas que salvajes. Tambien es necesario relegar á la fábula, por iguales razones, la historia de un templo en que se halló una Biblia, que no podia ser leida sino de los indios *blancos*, poseedores del templo, y que habian perdido el uso de la escritura. Por lo demás, la colonizacion de los rusos al Nor-Oeste de América, ha podido muy bien haber servido de fundamento á la creencia de haberse establecido un pueblo blanco en las fuentes del Missuri, que ha venido repitiéndose de boca en boca.

Una transicion súbita de temperatura y de clima, se observa en el Ohio: en las cercanías de Canaway, el ciprés-calvo cesa de crecer; los sasafrás desaparecen, y las selvas de encinas y de olmos se multiplican. Todo toma un colorido diferente: los verdes se oscurecen, y los matices se hacen mas sombrios.

En el rio puede decirse que no hay mas que dos estaciones: cayendo las hojas repentinamente en noviembre, las nieves se suceden inmediatamente, y apareciendo despues el viento Nor-Oeste, se establece por completo el reinado del invierno. Un frio seco que disipando toda clase de bruma, descubre el cielo en toda su pureza, continúa hasta el mes de marzo; entonces el viento torna al Nord-Este, y en menos de quince dias, los árboles cargados de escarcha, aparecen cubiertos de flores. El estio se confunde con la primavera.

La caza es abundante. Los patos nadadores, las pardillas azules, los cardenales y los gilgueros purpúreos brillan entre el verdor de los árboles; el ave *whetshaw* imita el ruido de la sierra; el ave-gato maulla, y los papagayos, que toman algunas palabras, revoloteando al rededor de las habitaciones, las repiten en los bosques. Un gran número de estas aves se alimentan de insectos: la oruga verde del tabaco, el gusano de una especie de morera blanca, las moscas de luz y la araña acuática les sirven principalmente de alimento; pero los papagayos, reuniéndose en grandes bandadas, devastan de tal modo las sementeras, que se concede una prima al que presente una cabeza de estas aves, así como al que consigue dar caza á las ardillas.

El Ohio ofrece poco mas ó menos los mismos peces que el Misisipí, siendo muy comun coger truchas de treinta y treinta y cinco libras, y una especie de esturion que tiene la cabeza en forma de paleta de remo.

Continuando el curso del Ohio, se pasa un pequeño rio llamado el Lic de los grandes huesos. Llámase *lic* en América á los bancos formados de una tierra blanca un poco gredosa, que los búfalos se complacen en lamer, y en la cual abren surcos con la lengua. Los escrementos de estos animales están tan impregnados de la tierra del lic, que parecen trozos de cal. La causa de buscar los búfalos estos lics, es la mucha sal que contienen, sales que sirven para curar á los rumiantes de los torozones que les produce la crudeza de las yerbas. Esto no obstante, las tierras del valle del Ohio no son saladas al gusto, sino que por el contrario, son extraordinariamente insípidas.

El lecho rio del Lic es uno de los mayores que se conocen, y los vastos caminos que los búfalos han trazado á través de las yerbas para llegar á él, serian espantosos, si no se supiese que estos toros salvajes son las criaturas mas pacíficas. En este lic se ha descubierto una parte del esqueleto de un elefante, fósil; el hueso de la pierna pesa 70 libras; las costillas cuentan en su curvatura siete piés, y la cabeza tres de largo; los dientes molares tienen cinco pulgadas de ancho por ocho de alto, y las defensas catorce pulgadas de la raiz á la punta.

Despojos semejantes han sido hallados en Chile y Rusia, y los tártaros pretenden que el elefante, fósil existe en su país en la embocadura de los rios, asegurándose tambien que los cazadores lo han perseguido al Oeste del Misisipí. Si la raza de estos animales ha perecido, ¿cómo creer cuándo se ha verificado aquella destruccion en países tan diversos y en climas tan diferentes? Nada sabemos acerca de esto, y sin embargo, diariamente pedimos cuenta á Dios de sus obras.

El Lic de los grandes huesos está á cerca de treinta millas del rio Kentucky, y á ciento ocho proximamente de las corrientes del Ohio. Las márgenes del rio Kentucky están abiertas á pico á modo de muros, y se descubre en aquel lugar un camino hecho por los búfalos que bajan de lo alto de una colina, de las fuentes de betun que se puede quemar á guisa de aceite, de las grutas embellecidas por columnas naturales, y de un lago subterráneo que se extiende á distancias desconocidas.

En la confluencia del Kentucky y del Ohio, el paisaje desplega una pompa extraordinaria: allí se ven rebaños de cabras, que desde la punta de una roca miran al hombre deslizarse sobre las aguas; allí se admiran bosquecillos de pinos que á manera de ramilletes se proyectan horizontalmente en las ondas, y por último risueñas praderas que se dilatan hasta perderse de vista, mientras que las selvas extendiéndose á manera de preciosos cortinajes, ocultan la base de algunas montañas, cuya cima aparece en lontananza.

Este país tan magnífico se llama sin embargo el Kentucky, del nombre de su rio, que significa *rio de sangre*, debiendo este funesto nombre á su belleza misma: por espacio de mas de dos siglos se disputaron la caza de aquel bello país, las naciones del partido de los queroqueses y las del de los iroqueses. En aquel campo de batalla ninguna tribu india osó fijar su residencia: los sawanoes, los miamis, los piankiciawoes, los wayoes, los kaskasias, los delawares y los illineses, todos iban alternativamente á combatirse allí; pero jamás se elevó en aquella extension una choza india. Solo hácia el año 1752 fue cuando los europeos empezaron á saber algo positivo acerca de los valles situados al Oeste de los montes Alleghany, llamados primero las *montañas Enedles* (sin fin), ó *Kittaniny ó montañas Azules*. Empero Charlevoix, en 1720, habia ya hablado del curso de Ohio, y el fuerte Duquesne, hoy fuerte Pitt (Pitt's-Burgh), fue construido por los franceses en la union de los dos rios, fuentes del Ohio. En 1752, Luis Evant publicó un mapa del país situado en el Ohio y Kentucky; Jacobo Macbrive hizo una excursion á aquel desierto en 1754; Jones Finley penetró en él en 1757; y por último el coronel Boone lo descubrió por completo en 1769, y se estableció en él con su familia en 1775. Preténdese que el doctor Wood y Simon Kenton fueron los primeros europeos que bajaron el Ohio en 1773 desde el fuerte Pitt hasta el Misisipí; pero el orgullo nacional de los americanos les conduce á atribuirse el mérito de la mayor parte de los descubrimientos al Occidente de los Estados-Unidos: debe no obstante tenerse presente que los franceses del Canadá y de la Luisiana, que llegaron por el Norte y Mediodía, recorrieron aquellas regiones mucho tiempo antes que los americanos que vinieron de la parte de Oriente, y que incomodaron en su ruta á la confederacion de los Creeks, y á los españoles de las Floridas.

Esta tierra comenzó (1791) á poblarse por las colonias de la Pensilvania, de la Virginia y de la Carolina, y por algunos de mis desgraciados compatriotas, que huyeron de los primeros furores de la revolucion.

¿Las generaciones europeas serán mas virtuosas y mas libres en aquellas regiones que las generaciones americanas que han exterminado? ¿Los esclavos no labrarán ya la tierra bajo el látigo de su señor, en aquellos desiertos donde el hombre ostentaba su independencia? ¿Las prisiones y calabozos no reemplazarán á la cabaña abierta y la alta encina que no lleva mas que el nido de las aves? ¿La riqueza del suelo no hará nacer nuevas guerras? ¿El Kentucky cesará de ser la *tierra de sangre*, y los edificios humanos embellecerán las orillas del Ohio mejor que los monumentos de la naturaleza?

Del Kentucky á las corrientes del Ohio se cuentan cerca de 80 millas, y estas corrientes ó cascadas están formadas por una roca que se extiende bajo el agua en el lecho del rio: su descenso no es ni peligroso, ni difícil, pues su caida media no es mas que de cuatro ó cinco piés en el espacio de un tercio de legua. El rio

se divide en dos canales mediante unas islas agrupadas en medio de las cascadas, y cuando uno se abandona á la corriente, se puede pasar sin aligerar el bajel; pero es imposible cortarla sin disminuir su carga.

El rio por la parte de las corrientes, tiene una milla de ancho, y deslizándose la vista por el magnífico canal se detiene á alguna distancia, mas abajo de su caida, en una isla cubierta de un bosque de olmos adornados con guirnaldas de lianas y vides vírgenes.

Por el Norte se descubren las colinas que forman el *Puertecillo de plata*: la primera de ellas humedece su planta perpendicularmente en el Ohio, y su masa, labrada en grandes facetas rojas, está decorado con infinidad de plantas: otras colinas paralelas, coronadas



CHATEAUBRIAND EN LA CATARATA DEL NIAGARA.

de selvas se elevan por detrás de la primera, y van alejándose las miradas á medida que se van dirigiendo hacia el cielo, hasta que su cima, herida por la luz, se tiñe del color de aquel y desaparece.

Por el Mediodía se dilatan extensas sábanas sembradas de bosquecillos y cubiertas de búfalos, los unos tendidos, los otros errantes, estos paciendo la yerba, aquellos parados en grupos y oponiéndose unos á otros sus cabezas bajas. En medio de este cuadro, las cascadas, segun son heridas por los rayos del sol,

azotadas por los vientos ó sombreadas por las nubes, se elevan en borbotones de oro, blanquean como la espuma, ó ruedan á manera de olas bruñidas.

Mas abajo de las cascadas le alza un islote donde los cuerpos se petrifican: este islote está cubierto de agua en las épocas de los desbordamientos, y se pretende que la virtud petrificante concedida á este pequeño rincon de tierra, no se extiende á la ribera vecina.

Desde las cascadas á la embocadura del Wabash se cuentan trescientas diez y seis millas. Este rio comunica por medio de una travesía de nueve millas,



EL BISONTE.

con el Miamis del lago que descarga sus aguas en el Erié. Las riberas del Wabash son elevadas y en ellas se ha descubierto una mina de plata.

A noventa y cuatro millas mas abajo de la embocadura del Wabash, comienza un bosque plantado de cipreses, y desde este hasta los bancos Amarillos, bajando siempre por el Ohio, hay cincuenta y seis millas, dejando á la izquierda las embocaduras de ambos rios, que están á diez y ocho millas de distancia uno de otro.

El primero de estos rios se llama el Queroqués ó el Teneseo, que saliendo de los montes que separan las Carolinas y las Georgias de las tierras llamadas del Oeste, corre de Oriente á Occidente por su falda con una corriente rápida y tumultuosa en esta primera parte de su curso: en seguida se dirige súbitamente al Norte, y engrosado con muchos afluentes, derrama sus aguas por las tierras que le costean, deteniendo sus ondas como para descansar despues de una huida precipitada de cuatrocientas leguas. A su embocadura, tiene seiscientas toesas de ancho y en un estrecho llamado Gran-Rodeo, presenta una cascada de una legua de extension.

El segundo rio, conocido con el nombre de Shanawon ó el Cumberland, es el compañero de Queroqués ó del Teneseo, y despues de haber pasado con él su infancia en las mismas montañas, desciende tambien con él á las llanuras. Hácia la mitad de su carrera, obligado á abandonar el Teneseo, se apresura á correr lugares desiertos; y los dos gemelos, aproximándose hácia el final de su vida, espiran á alguna distancia uno de otro, en el Ohio que los reune.

El país que riegan estos rios está generalmente entrecortado de colinas y valles, regados por una multitud de riachuelos; pero esto no obstante en el Cumberland se ven sembradas algunas llanuras de cañas, y grandes extensiones de terreno cubiertas de cipreses. Los búfalos y las cabras abundan en este país, habitado aun por naciones salvajes, y particularmente por los Queroqueses. Los cementerios indios son frecuentes: triste prueba de la antigüedad de estos desiertos.

Ya he dicho que el camino del gran bosque de cipreses del Ohio, á los bancos Amarillos, se calcula en cincuenta y seis millas proximamente; y ahora añadiré que los bancos Amarillos se llaman así del color que les es propio: colocados en la orilla septentrional del Ohio, continuamente se ven lamidos por la corriente, en extremo caudalosa en esta parte. El Ohio tiene en casi toda su extension dos riberas, una para la estacion de los desbordamientos, y otra para los tiempos de sequía.

De los bancos Amarillos hasta la embocacura del Ohio, en el Misisipí, por los 36° 51' de latitud, se cuentan proximamente treinta y cinco millas.

Para describir acertadamente la confluencia de los dos rios, es preciso suponer se parte de una pequeña isla situada bajo la ribera oriental del Misisipí y se entra en el Ohio: á la izquierda se descubre el Misisipí, que corre en este estrecho casi de Este á Oeste, y presenta una gran masa de agua turbia y tumultuosa; á la derecha, el Ohio, transparente como el cristal y pacífico como el aire, viene lentamente del Norte al Sur describiendo una curva graciosa, y ambos en las estaciones medias, tienen cerca de dos millas de ancho en el momento de su encuentro. El volúmen de sus aguas es casi el mismo;y los dos rios, oponiéndose una resistencia igual, detienen su curso y parecen dormir juntos durante algunas horas en su lecho comun.

El punto donde confunden sus aguas está elevado como unos veinte piés sobre las aguas; y este cabo cenagoso, compuesto de limo y arena, se cubre de cáñamo silvestre y de una especie de vid que se arrastra por el suelo ó trepa á lo largo de los tallos de la yerba de búfalo; las encinas-sauces crecen tambien en aquella lengua de tierra que desaparece en las grandes inundaciones; y los rios desbordados y confundidos, ofrecen á la vista un vasto lago.

La confluencia del Missuri y del Misisipí ofrece tal vez un espectáculo mas extraordinario. El Missuri, rio fangoso de aguas blancas y cenagosas, se precipita con violencia en el puro y tranquilo Misisipí, y arrancando de las riberas grandes trozos de arena en la estacion florida, forma islas flotantes que bajan por su corriente con sus árboles cubiertos de hojas y de flores, y que ora en pié, ora medio caidos, presentan una escena maravillosa.

De la embocadura del Ohio á las minas de hierro de la costa oriental del Misisipí, se cuentan solo quince millas de distancia; y de las minas situadas á la embocadura del rio Chicassas, sesenta y siete, necesitándose andar ciento cuatro millas para llegar á las colinas del Margeta, que riegan el pequeño rio de su nombre: sitio en que abunda extraordinariamente la caza.

¿Qué causa extraña produce el encanto de la vida salvaje? ¿por qué el hombre mas acostumbrado á ejercitar su pensamiento, se olvida alegremente de sí mismo en el tumulto de una cacería? Correr por los bosques, perseguir las bestias montaraces, construir la choza que ha servir de abrigo, encender la hoguera protectora, llevar uno mismo el alimento que ha de restaurar las fuerzas perdidas, y situarse al lado de una fuente, son ciertamente placeres indescriptibles; y tanto es así, que muchos europeos han reconocido la importancia de este goce y lo han preferido á otros mil, mientras que el indio muere de pesar si se le encierra en el reducido límite de nuestras ciudades. Esto prueba que el hombre es mas bien un ser activo que un ser contemplativo; que en su condicion natural abraza pocas necesidades, y que la sencillez del alma es una fuente inagotable de dicha.

Desde el rio Margeta al de San Francisco se recorren setenta millas; y este que debe su nombre á los franceses, es aun para ellos el sitio de reunion para la caza.

Desde el rio de San Francisco á las Akansas ó Arkansas se cuentan ciento ocho millas, y aun cuando los habitantes de este país son los que mas nos estiman, todos los indios, en general, aprecian mas á mis compatriotas que á ninguno de los demás europeos, debiéndose sin duda esta diferencia al genio alegre de los franceses, á su extraordinario valor, á su aficion á la caza y aun á la vida salvaje, como si la civilizacion en su extension mas lata se aproximase al estado natural.

El rio Akansas es navegable en canoa en mas de cuatrocientas cincuenta millas, y corre á través de una hermosa comarca; el nacimiento de este rio parece ocultarse en las montañas del Nuevo-Méjico.

Del rio de los Akansas al de los Yazous, hay ciento cincuenta y ocho millas, contando este último cien toesas de ancho en su embocadura. En la estacion lluviosa puede el Yazou ser navegable por grandes bajeles en mas de ochenta millas de extension, obligándoles á tomar una travesía una pequeña catarata que en él se forma. En otro tiempo habitaban los diversos brazos de este rio los Yazous, los Chactas, los Chicassas, y los Natchez, que formaban un solo pueblo con los primeros.

La distancia que media entre los Yazous y los Natchez, cruzándola por el rio, se divide de este modo: desde las costas de los Yazous al Bayouk-Negro, treinta y nueve millas; del Bayouk-Negro al rio de las Piedras, treinta, y del rio de las Piedras á los Natchez, diez.

Desde las costas de los Yazous hasta el Bayouk-Negro, el Misisipí está sembrado de islas, y dando diversas vueltas y revueltas, ofrece en sus dimensiones dos millas de ancho próximamente, por ocho ó diez brazas de profundidad. Esta distancia se disminuiria, sin embargo muy fácilmente, cortando las puntas de tierra que hacen tan tortuoso su curso, pues la distancia de Nueva-Orleans á la embocadura del Ohio, que solo es de cuatrocientas sesenta millas en línea recta, es de ochocientos cincuenta y seis por el rio, trayecto que podria reducirse á menos de doscientas cincuenta millas.

El espacio que media entre el Bayouk-Negro y el

rio de las Piedras, está sembrado de canteras, las primeras que se encuentran desde la embocadura del Misisipí hasta este pequeño rio, que ha tomado de ellas su nombre.

El Misisipí está sujeto á dos inundaciones periódicas, una en primavera y otra en otoño, siendo la primera la mas considerable, pues empieza generalmente en mayo y acaba en junio; durante este período corre cinco millas por hora, velocidad que con corta diferencia llevan en su ascension las contra-corrientes: ¡admirable prevision de la naturaleza! porque sin estas contra-corrientes á duras penas podria surcarse el rio (1). En aquella época el agua se eleva á gran altura, é inundando las riberas, no torna al seno del rio de donde ha salido, sino que á semejanza de las aguas del Nilo, permanece en el terreno que ha anegado, ó filtrándose penetra el suelo, que deja abonado con un fértil sedimento.

La segunda crecida tiene lugar á consecuencia de las lluvias de octubre, pero no es tan considerable como la de la primavera. Durante estas inundaciones el rio arrastra grandes trozos de madera y hace oir mugidos terribles. La velocidad ordinaria de la corriente de este rio es de cerca de dos millas por hora.

Las tierras de escasa elevacion que costean el Misisipí, desde Nueva-Orleans hasta el Ohio, están casi todas en la orilla izquierda; pero se acercan ó alejan á mayor ó menor distancia del canal, dejando algunas veces entre ellas y el rio grandes sábanas de muchas millas de anchura. Las colinas no siempre cubren paralelamente la orilla, pues tan pronto divergen en forma de rayos á largas distancias, y presentan en las perspectivas que ofrecen, valles plantados de mil clases de árboles, ó vienen á converger al rio y forman una multitud de cabos que se retratan en las ondas. La ribera derecha del Misisipí es plana, cenagosa y no ofrece el menor accidente, con cortas excepciones, viéndose solo brincar á los búfalos por entre las altas cañas verdes ó doradas que la decoran, ó brillar las aguas de una multitud de estanques llenas de aves acuáticas.

Los peces del Misisipí son la perca, el sollo, el esturion y otros, pescándose tambien langostas enormes.

Las tierras situadas alrededor del rio, producen el ruibarbo, el algodon, el añil, el azafran y el lino silvestre; un gusano del país hila una seda bastante fuerte; el azadon saca de algunos riachuelos ostras de perlas, nacidas en unas aguas que no ofrecen la menor belleza, y se conoce una mina de azogue, otra de lapis-lázuli y algunas de hierro.

El resto del manuscrito contiene la descripcion del país de los Natchez, y la de la corriente del Misisipí hasta Nueva-Orleans, descripciones que se hallan completas en la *Atala* y *los Natchez*.

Inmediatamente despues de la descripcion de la Luisiana, se hallan en el manuscrito algunos extractos de los viajes de Bartram, traducidos por mí con bastante cuidado, y á los que he intercalado reflexiones, rectificaciones, observaciones, adiciones y descripciones propias, poco mas ó menos como las notas puestas por Mr. Ramond á su traduccion del *Viaje de Coxe en Suiza*. Pero en mi trabajo, el todo está mucho mas enlazado; de modo, que no solo es casi imposible separar lo que es mio de lo que pertenece á Mr. Bartram, sino que es dificilísimo reconocerlo. Dejo, pues, este trozo tal y como está bajo el título de

(1) Esta dificultad está vencida con los barcos de vapor.

DESCRIPCION DE ALGUNOS SITIOS EN EL

INTERIOR DE LAS FLORIDAS.

Éramos impelidos por un viento fresco. El rio iba á perderse en un lago que se abria á nuestra vista, y que formaba un recinto de cerca de nueve leguas de circunferencia. Tres islas se elevaban en medio de aquel lago, y haciendo vela hácia la mayor, llegamos á ella á las ocho de la mañana.

Desembarcamos en la orilla de un llano de forma circular, y pusimos al abrigo nuestra canoa bajo un grupo de castaños que crecian casi en el agua. Construimos nuestra choza en una pequeña eminencia, acompañándonos en nuestra faena la brisa, que silbando, refrescaba con su soplo el lago y las selvas. Nos desayunamos con galletas de maiz y nos dispersamos en la isla, unos para cazar y otros para pescar ó coger plantas.

Allí observamos una especie de hibiscos, yerba enorme que crece en los lugares bajos y húmedos, se eleva á mas de diez ó doce piés, y termina en un cono extremadamente agudo; las hojas lisas, ligeramente surcadas, están avivadas por bellas flores carmesíes que se descubren á gran distancia.

El agave vivíparo crecia aun á mayor altura en aquella puertos salados, y presentaba una selva herbácea de treinta piés de altura. La semilla madura de aquella planta germina muchas veces sobre la planta misma, de suerte que la nueva cae á tierra en todo su incremento. Como el agave vivíparo crece frecuentemente á la orilla de las aguas corrientes, sus semillas desnudas arrebatadas por las ondas estarian expuestas á perecer; pero la naturaleza, siempre previsora, las ha hecho desarrollarse en la planta madre para prevenir estos casos particulares y para que con este objeto puedan fijarse en tierra por sus pequeñas raices, escapándose, por decirlo así, del seno materno.

La pincia de América es comun en la isla, y su tallo, parecido al de un junco nudoso, está adornado de hojas como las del peral: los salvajes la llaman *apoya matsi*. Las jóvenes indias de mala vida machacan esta planta entre dos piedras y se frotan con ella el seno y los brazos.

Atravesamos una pradera sembrada de jacobeas de flores amarillas de alceas, de penachos de color de rosa, y de obelias de zumo purpúreo; y los ligeros vientos que reinaban jugueteando con las copas de estas plantas, ya mecian aquellas masas formando oleadas doradas, rosadas ó purpúreas, ya trazaban en la verdura profundos surcos.

La polygala, tan abundante en los terrenos cenagosos, se asemejaba por su forma y color á los *senins* del mimbre rojo, y sus ramas, ya se arrastraban por la tierra ya se elevaban en el aire: esta planta tiene un cierto sabor amargo y aromático. Junto á ella crecia el convólvulo de las Carolinas, con hojas lanceoladas, y ambas se encuentran allí donde hay serpientes de cascabel; la primera cura su mordedura, y la segunda es tan poderosa, que los salvajes, despues de haberse frotado bien las manos con ella, manejan impunemente estos formidables reptiles. Los indios cuentan que el Gran Espíritu ha tenido piedad de los guerreros de la carne roja y de *las piernas desnudas*, y él mismo ha sembrado aquellas yerbas saludables, á pesar de la reclamacion de las almas de las serpientes.

Reconocimos la serpentaria en las raices de los árboles corpulentos; el árbol para el dolor de muelas, cuyo tronco y ramas espinosas abundan en protuberancias del grueso de un huevo de paloma; y la arctosta ó cañalieja, cuya cereza roja crece entre los musgos y cura los flujos hepáticos. El rhamnus que tiene la

propiedad de cazar las culebras, brotaba vigorosamente en las aguas estancadas cubiertas de moho.

Un espectáculo inesperado hirió nuestras miradas: descubrimos una ruina india situada sobre una elevacion á la orilla del lago : hácia la izquierda se levantaba un cono de tierra de cuarenta á cuarenta y cinco piés de alto, y de este cono partia un camino antiguo, trazado por entre un magnífico bosque de magnolias y encinas verdes, que iba á desembocar en una sábana. Algunos fragmentos de vasos y diferentes utensilios estaban dispersos en todas direcciones y aglomerados con fósiles, conchas, petrificaciones de plantas y osamentas de animales.

El contraste de aquellas ruinas con la juventud y lozanía de la naturaleza, aquellos monumentos humanos en un desierto donde creíamos ser los primeros que penetraban, nos causaron una sorpresa extraordinaria. ¿ Qué pueblo habia habitado aquella isla? Su nombre, su raza y el tiempo de su existencia todo era desconocido; vivió tal vez cuando el mundo que lo ocultaba en su seno era aun ignorado de las otras tres partes de la tierra. El silencio de aquel pueblo es quizá contemporáneo del ruido que hacian grandes naciones europeas, caidas á su vez en el silencio, y que no han podido legarnos sino ruinas.

Examinamos las del desierto : de las cavidades arenosas del túmulo salia una especie de adormidera de flor rosácea, al fin de un tallo inclinado de color verde pálido. Los indios sacaban de la raiz de aquella adormidera una bebida soporífera, y así el tallo como la flor, tenian un olor agradable que se comunicaba á la mano cuando se la tocaba. Esta planta habia sido creada para adornar la tumba de un salvaje: sus raices producen el sueño, y el perfume de su flor, sobreviviendo á la flor misma, es una imágen tierna del recuerdo que deja en la soledad una vida inocente.

Continuando nuestro camino y observando los musgos, las gramíneas inclinadas, los arbustos desmelenados y aquella multitud de plantas de aspecto melancólico, propias para decorar las ruinas, observamos una especie de *œnetherus* piramidal de siete á ocho piés de altura, con hojas oblongas y dentadas y de un verde negruzco y flor amarilla. Esta flor empieza á abrirse por la tarde, y permanece en este estado toda la noche; la aurora la encuentra en todo su brillo; pero hácia la mitad de la mañana se marchita, y cae al medio dia: cierto es que no vive mas que algunas horas, pero las pasa bajo un cielo sereno. ¿Qué importa entonces la brevedad de su vida?

A algunos pasos de allí se extendia una faja de mimosas ó sensitivas, plantas que en las canciones de los salvajes, merecen el honor de ser el símbolo del alma de una jóven. (1)

Al volver á nuestro campo atravesamos un riachuelo cuyas orillas estaban sembradas de dioneas, zumbando en torno nuestro una multitud de efímeras. Habia tambien en aquel parterre tres especies de mariposas, una blanca como el alabastro, otra negra como la pez, con alas listadas de amarillo, y la tercera con cola hendida y cuatro alas barreadas de azul y sembradas de anillos purpúreos. Estos insectos atraidos, por las dioneas, se posaban sobre ellas; pero apenas habian tocado sus hojas se cerraban estas y envolvian su presa.

Vueltos á nuestro ajoupa fuimos á pescar para consolarnos del poco éxito de la caza. Embarcados en la canoa con las redes y la liga, costeamos la parte oriental de la isla rozando con las algas extendidas á lo largo de aquellos cabos sombreados por frondosas arboledas: la trucha era tan voraz que le poniamos anzuelos sin cebo; pero el pez que mas abundaba en aquellas aguas era el llamado *de oro*. Imposible es ver cosa mas bella que este pequeño rey de las ondas : tiene cerca de cinco pulgadas de largo; su cabeza es de color ultramar; sus costados y vientre brillan como el fuego; una faja longitudinal de color oscuro atraviesa sus costados, y el iris de sus anchos ojos resplandece como el oro bruñido. Este pez es carnívoro.

A alguna distancia de la ribera, y á la sombra de un ciprés-calvo, observamos unas pequeñas pirámides cenagosas, que elevándose debajo del agua, llegaban hasta su superficie. Una legion de peces de oro sitiaba en silencio aquella ciudadela. Repentinamente el agua se remueve y los peces de oro huyen. Varios cangrejos armados de tijeras salen de la plaza insultada y llenan de turbacion á sus brillantes enemigos. Pero bien pronto las bandadas esparcidas vuelven á la carga, haciendo replegar á su vez á los sitiados, y la brava pero lenta guarnicion, entra reculando en la fortaleza para reponerse del sobresalto.

El cocodrilo flotando como el tronco de un árbol, la trucha, la perca, y otros, entre ellos, el salgo, el pez-tambor y el pez de oro, todos enemigos mortales unos de otros, nadan en confusion en el lago, y parecen haber hecho tregua á fin de gozar en comun de la hermosura de la tarde, pintándose el fluido azulado con sus cambiantes colores. Las ondas estaban tan puras, que se hubiera creido poder tocar con el dedo á los actores de aquella escena que se solazaban á veinte piés de profundidad en su gruta de cristal.

Para volver á ganar la bahía donde teniamos nuestro campamento, no tuvimos que hacer mas que dejarnos llevar por las aguas y las brisas: el sol se acercaba á su ocaso, y en el primer plano de la isla aparecian encinas verdes, cuyas ramas horizontales formaban una especie de parasol, y azaleas que brillaban como redes de coral.

Detrás de este primer término se elevaban los árboles mas encantadores de aquella region, entre los que descuellan los papayas con su tronco recto, gris y entretejido, que sostiene á la altura de veinte y cinco piés un grupo de largas hojas dobladas por su costilla, y que se dibujan como la S graciosa de un vaso antiguo. Los frutos, en forma de pera, están colocados alrededor del tallo, y fácilmente se los confundiria con el cristal, pareciendo el árbol entero una columna de plata cincelada, coronado por una urna corintia.

Y por último, en el tercer término se elevaban gradualmente en el aire las magnolias y los liquidámbares.

El sol se ocultaba por detrás de la cortina de árboles de la llanura, y á medida que descendia, los movimientos de la sombra y de la luz daban un carácter mágico á todo el cuadro : allí se deslizaba un rayo á través de la copa de una haya y brillaba como un carbunclo engastado en el follaje sombrío; aquí la luz divergia entre los troncos y las ramas, y proyectaba en los céspedes columnas prolongadas y enrejados movibles. En el cielo se veian nubes de todos colores, unas fijas, imitando gruesos promontorios ó antiguas torres cercanas á un torrente; otras flotando en forma de humaredas rosadas ó capullos de seda blanca. Un momento bastó para cambiar la escena aérea; y entonces se vieron bocas de fuego inflamadas, grandes montones de brasas, rios de lava, paisajes ardientes. Las mismas tintas se repetian sin confundirse : el fuego se destacaba del fuego, el amarillo pálido del amarillo pálido, el violeta del violeta : todo estaba resplandeciente, todo cubierto, penetrado, saturado de luz.

Pero la naturaleza se burla del pincel de los hombres, pues cuando se cree que ha agotado su mayor belleza, sonrie y se embellece de nuevo.

A nuestra derecha estaban las ruinas indias; á nuestra izquierda nuestro campamento de cazadores. La isla desarrollaba ante nosotros sus paisajes grabados ó modelados en las ondas. Al Oriente, la luna,

(1) Todos estos diversos pasajes son mios; pero debo conceder á la verdad histórica que si viese hoy las ruinas indias de Alabama, rebajaria mucho su antigüedad.

tocando el horizonte parecia reposar inmóvil en las costas lejanas, y al Occidente, la bóveda celeste parecia fundida en un mar de diamantes y zafiros, en el cual el sol medio abismado, parecia disolverse.

Los animales de la Creacion, parecian como nosotros, admirados de aquel grandioso espectáculo: el cocodrilo vuelto hácia el astro del dia, lanzaba por su inmensa boca el agua del lago en borbotones, que al salir de aquella sima se teñian con la luz crepuscular; el pelícano, subido en una rama desecada, loaba á su manera al Señor de la naturaleza, mientras que la cigüeña se elevaba para bendecirle mas allá de las nubes!

Nosotros te cantaremos tambien, Dios del universo, ¡tú que prodigas tantas maravillas! La voz de un hombre se elevará con la voz del desierto; tú distinguirás los acentos del débil hijo de la mujer, en medio del rumor de las esferas que tu mano hace rodar, del mugido del abismo cuyas puertas has sellado.

A nuestra vuelta á la isla tuve una comida excelente: truchas frescas guisadas con cogollos de cañaliejas, eran un bocado digno de la mesa de un rey, y por lo tanto era mas que un rey. Si la suerte me hubiera colocado en el trono, y una revolucion me hubiese precipitado de él, en lugar de arrastrar mi mísera existencia en Europa, como Carlos y Jacobo, hubiera dicho á los ambiciosos: «Envidiais mi puesto, »pues bien, ensayad el oficio y vereis que no es tan »apetecible. Degollaos por mi vetusto manto; yo voy »á gozar en las selvas de la América de la libertad »que me habeis dado.»

Tuvimos un vecino convidado á comer: un agujero próximo á nosotros, y que se asemejaba bastante al cubil de un tejon, era la morada de una tortuga: el solitario salió de su gruta, y se puso á comer gravemente á la orilla del agua. Estas tortugas difieren poco de las de mar, pues solo tienen el cuello mas largo. Concedimos la vida á la reina de la isla.

Despues de comer me senté solo en la ribera, y no se escuchaba otro ruido que el flujo y reflujo del lago prolongado á lo largo de las playas: las moscas de luz brillaban en la sombra, eclipsándose al pasar por los parajes alumbrados por la luz de la luna. Mi contemplacion nocturna me condujo á esa especie de éxtasis de los viajeros, que abstrayéndolos completamente, no conservan el menor recuerdo de sí mismos, y en aquel momento me sentia unido á la existencia del Gran Todo y vejetar con los árboles y las flores. Esta es sin duda, la disposicion de alma mas dulce para el hombre, porque entonces es feliz, pues hay en sus placeres cierto fondo de amargura, un no sé qué, que se pedria llamar la tristeza de la dicha. El éxtasis del viajero es una especie de plenitud de corazon y de vida intelectual que le deja gozar pacíficamente de la existencia: el pensamiento es el que turba la felicidad que Dios nos concede, porque el alma es pacífica, el espíritu inquieto.

Cuentan los salvajes de la Florida, que en una isla situada en el centro de un lago, viven las mujeres mas hermosas del mundo, y que los Muscogulgos han querido intentar muchas veces la conquista de la isla mágica; pero huyendo ante sus canoas, las mansiones eliséacas, concluian por desaparecer: imágen natural del tiempo que perdemos en la prosecucion de nuestras quimeras. En este país habia tambien una fuente que daba la juventud: ¿quién querria rejuvenecerse?

Al dia siguiente abandonamos la isla antes de salir el sol, atravesamos el lago, y entramos en el rio que anteriormente habiamos bajado. Este rio estaba lleno de caimanes, animales peligrosos en el agua, sobre todo en el momento del desembarco. En tierra un niño puede adelantárselos con solo andar al paso ordinario; pero para evitar sus celadas se prende fuego á las yerbas y matorrales, siendo un espectáculo curioso ver grandes espacios de agua coronados de una cabellera de llamas.

Cuando el cocodrilo de aquellas regiones ha adquirido todo su incremento, tiene de veinte á veinte y cinco piés desde la cabeza á la cola, su cuerpo es grueso como el de un caballo, y el réptil tendria exactamente la forma del lagarto comun, si su cola no fuera comprimida por ambos lades como la de los peces. Su cuerpo está cubierto de escamas que resisten la accion de las balas exceptuando dos puntos vulnerables inmediatos á la cabeza y las patas. Su cabeza tiene cerca de tres piés de largo; sus narices son anchas, y la mandíbula superior es la única movible, abriéndose en ángulo recto sobre la inferior: gruesos dientes semejantes á las defensas del jabalí que se ven salir por debajo de la primera, dan al mónstruo un aspecto terrible.

La hembra del caiman pone en tierra huevos blanquecinos, que cubre con yerbas y cieno, elevándose su número algunas veces hasta ciento. Estos huevos forman con el légamo de que están cubiertos, pequeños montoncillos de cuatro piés de altura por cinco de diámetro en su base, y el sol y la fermentacion de la arcilla hacen abrirse los huevos. Una hembra no distingue los suyos de los de otras, y una sola toma á su cuidado la custodia de las incubaciones del sol. ¿No es singular hallar entre los cocodrilos los hijos comunes de la república de Platon?

El calor nos sofocaba: navegábamos por entre las lagunas, y nuestras canoas hacian agua á causa de haber derretido el sol la paz del bordage. Frecuentes bocanadas abrasadoras venian con frecuencia de la parte del Norte, y nuestros corredores de bosques predecian una borrasca, porque la rata de las sábanas subia y bajaba incesantemente de las ramas de la encina-verde. Los mosquitos nos atormentaban de una manera espantosa, y en los sitios bajos y húmedos se distinguian fuegos fátuos.

Pasamos la noche muy mal á la intemperie, sin ajoupa, en una península formada por las lagunas, y en la que la luna y los demás objetos se veian confundidos en una niebla roja. Por la mañana cesó la brisa, y nos reembarcamos para tratar de ganar un lugar indio á algunas millas de distancia; pero nos fue imposible surcar por largo tiempo la corriente, y nos vimos obligados á desembarcar en la punta de un cabo cubierto de árboles, desde donde descubrimos una vista inmensa. Ligeras nubes aparecian alternativamente por debajo del horizonte hácia la parte Nord-Este, y se alzaban con lentitud por el cielo; preveíase una tormenta, y dispusimos un abrigo lo mejor que pudimos, con ramas de árboles.

El sol se nubla, y se escuchan los primeros retumbos del trueno: los cocodrilos responden á ellos con un sordo rugido como si un trueno respondiera á otro trueno. Una inmensa columna de nubes se extiende por la parte de Nord-Este y por la del Sud-Este; el resto del cielo se pinta con un color de cobre súcio y semitransparente, parecido al colorido del rayo. El desierto se ilumina con una luz falsa, y la tempestad suspendida sobre nuestras cabezas y próxima á estallar, ofrecen un cuadro lleno de grandeza.

La borrasca empieza, y para formarse una idea exacta de ella se puede imaginar un diluvio de fuego, sin viento ni agua; un olor de azufre llena la region del aire, y la naturaleza se ilumina como al resplandor de un incendio.

Inmediatamente se abren las cataratas del abismo; las gotas de agua caen con tal precipitacion y tan espesas, que sus moléculas se unen, y un velo de agua confunde las nubes con la tierra.

Los indios dicen que el ruido del trueno es producido por aves de un tamaño desmesurado que se baten en el aire, y por los esfuerzos que hace un viejo para vomitar una culebra de fuego; y en prueba de

esta asercion, muestran árboles donde el rayo ha trazado la imágen de una serpiente. Acontece con frecuencia que las tormentas incendian las selvas, y en este caso, el incendio no se extingue hasta que encuentra la corriente de algun rio, convirtiéndose en lagos y pantanos estas selvas abrasadas.

El chorlito cuya voz se escucha en el cielo en medio de la lluvia y el trueno, nos anuncia el fin de la borrasca; y desgarrando el viento las nubes que vuelan quebradas á través del cielo, las siguen el trueno y los relámpagos íntimamente unidos á sus flancos: el aire se hace frio y sonoro, y solo quedan de aquel diluvio gotas de agua, que caen á manera de perlas de las hojas de los árboles. Nuestras redes y provisiones de viaje flotan en las canoas, llenas de agua hasta la escotadura de los remos.

El país habitado por los Creeks (confederacion de los Muscogulgos, Siminoles y Queroqueses), es encantador. De distancia en distancia, la tierra está taladrada por una multitud de recipientes que se llaman *pozos*, y que son mas ó menos anchos y mas ó menos profundos, segun el caudal que reciben por las comunicaciones subterráneas que tienen con los lagos, pantanos y rios. Todos estos pozos están colocados en el centro de una montañuela plantada de los árboles mas bellos, y cuyos cóncavos senos, se asemejan á las paredes de un vaso lleno de un agua pura. Brillantes peces nadan en el fondo de sus aguas.

En la estacion de las lluvias, las sábanas se convierten en lagos sobre las cuales se elevan á manera de islas los montecillos de que acabamos de hablar.

Cuscowilla, aldea siminola, está situada sobre una cadena de colinas arcillosas, á cuatrocientas toesas de un lago: unos abetos separados unos de otros y tocándose solo por las copas, separan el pueblo y el lago, y entre sus troncos, á manera de columnatas, se distinguen varias cabañas, el lago y sus márgenes, unidas por un lado á las selvas, y por otro á las praderas. No de otro modo se muestran el mar, el llano y las ruinas de Atenas, á través de las columnas aisladas del templo de Júpiter Olímpico.

Difícil sería imaginar cosa mas hermosa que las cercanías de Apalachucla, la ciudad de la paz. Saliendo del rio Chata-Uche, el terreno se eleva progresivamente apartándose del horizonte por el Occidente; pero no por medio de una pendiente uniforme, sino por una especie de plataformas sobrepuestas unas á otras.

A medida que se adelanta por aquellas especies de terrados, los árboles cambian segun la elevacion del suelo: al borde del rio se crian encinas-sauces, laureles y magnolias; mas arriba sasafrás y plátanos; despues pinos y nogales, y en el último terrado está plantado un bosque de encinas, entre las cuales se observa la especie que cria largos musgos blancos: esta selva está coronada por rocas desnudas y quebradas.

Multitud de riachuelos descienden serpenteando de aquellas rocas, y ora corren entre flores y verdura, ora caen en cristalinas cascadas. Cuando colocado al otro lado del rio Chata-Uche se descubre aquella vasta escalinata, coronada por la arquitectura de las montañas, se creeria ver el templo de la naturaleza y las magníficas gradas que conducen á aquel monumento.

Al pié de este anfiteatro hay una llanura donde pacen rebaños de toros europeos, escuadrones de caballos de raza española, hordas de gamos y ciervos, batallones de grullas y pavos, que á manera de mármoles cubren de blanco y negro el fondo verde de aquella sábana. Aquella asociacion de animales domésticos y montaraces, y las chozas siminolas donde se descubren los progresos de la civilizacion á través de la ignorancia india, acaban de dar á aquel cuadro un carácter peculiar.

Aquí termina propiamente hablando el *Itinerario* ó la Memoria de los sitios recorridos; pero quedando en las diversas partes del manuscrito una multitud de detalles acerca de las costumbres y usos de los indios, he reunido estos detalles en capítulos comunes, despues de haberlos revisado cuidadosamente, y unido á ellos mi narracion hasta la época actual. Despues de treinta y un años que han transcurrido desde mi viaje, las luces y las cosas se han modificado, así en el Antiguo como en el Nuevo-Mundo; y estos acontecimientos naturalmente habian de modificar las ideas y rectificar los juicios del escritor. Antes de pasar á las *Costumbres de los salvajes*, me será permitido trasladar algunos bosquejos de *Historia Natural* de la América Septentrional.

HISTORIA NATURAL.

CASTORES.

Cuando se observan por primera vez las obras de los castores, no se puede menos de admirar al que enseña á una pobre y pequeña bestia el arte de los arquitectos de Babilonia, y nada mas frecuente que envidiar el hombre, tan arrogante con su genio, la escuela de los castores.

Estas admirables criaturas buscan un valle donde corra un riachuelo, que atajan con una calzada: el agua, encontrando aquel obstáculo, se eleva y llena bien pronto el intérvalo comprendido entre las dos colinas, y en este depósito construyen los castores sus habitaciones. Detallemos la construccion de la calzada.

Por cada uno de los lados opuestos de las colinas que forman el valle, empieza una serie de empalizadas entrelazadas con ramaje y revestidas con una especie de mortero. Esta primera serie de trabajos está resguardada por otra, colocada á quince piés mas atrás de la primera, y el espacio que media entre ambas está colmado de tierra.

El dique continúa avanzando con igualdad por ambos lados del valle, hasta que no queda ya mas que una abertura de unos veinte piés de largo en el centro; pero como en este punto la corriente obra con energía, los ingenieros cambian los materiales, y para evitar una catástrofe, refuerzan por el centro estas construcciones hidráulicas con troncos de árboles apilados unos sobre otros, y ligados en conjunto por un cemento parecido al de las empalizadas. Este dique, que con mucha frecuencia tiene cien piés de largo, por quince de alto y doce de ancho en su base, disminuye de espesor en una proporcion matemática á medida que se eleva, terminando en un plano horizontal de tres piés superficiales.

La parte de la calzada que está opuesta al agua, va bajando gradualmente en declive, mientras que la parte exterior conserva un perfecto aplomo.

Previsto todo esto, el castor calcula por la altura del dique, cuántos piés tendrá su habitacion futura, y sabe que pasado determinado número de piés, no debe temer los efectos de la inundacion, porque aunque la hubiese, pasaria sobre el dique. Por consecuencia, una morada que supere aquel dique le proporcionará un asilo en las grandes crecidas: algunas veces ademas practica una esclusa de seguridad que abre ó cierra segun las circunstancias.

El artificio de que se valen los castores para derrumbar los árboles, es sumamente curioso; debiéndose observar cuidan siempre de elegir los que se hallan á la orilla de algun rio. Un número de trabajadores, proporcionado á la importancia de la obra que se trata de emprender, roe sin descanso las raices, poniendo especial atencion en no cortar el árbol por

la parte de tierra, sino por la del agua, á fin de que cuando caiga lo verifique sobre la corriente. Un castor colocado á alguna distancia, advierte con un silbido á los leñadores el momento en que se inclina la copa del árbol atacado, á fin de que se preserven de la caida; y cuando esta se ha verificado, los obreros arrastran el tronco, á manera de balsas, hasta sus ciudades; no de otro modo hacian bajar los egipcios por el Nilo los obeliscos labrados en las canteras de la Elefantina, para embellecer sus metrópolis.

Los palacios de la Venecia del desierto, construidos en el lago artificial, tienen dos, tres, cuatro y hasta cinco pisos, segun la profundidad del lago. El edificio, elevado sobre sólidas estacadas, queda descubierto en los dos tercios de su altura, sosteniendo las seis estacas clavadas en el cauce del rio, el primer pavimento formado de varetas de abedul, cruzadas unas con otras. Sobre este piso se eleva el vestíbulo del monumento, y las paredes de él, encorvadas y redondeadas en bóveda, se cubren con una arcilla pulida como el estuco. En el pavimento del pórtico hay practicada una trampa por la cual bajan los castores á bañarse ó á buscar las ramas de álamo que les sirven de alimento, y que se hallan amontonadas en un almacen comun construido debajo del agua, entre las estacas que forman el cimiento de las diversas habitaciones. El primer piso del palacio sustenta otros tres formados de la misma manera, pero divididos en tantos departamentos cuantos castores hay, no pasando generalmente de diez ó doce, divididos en tres familias; estas familias reunidas en el vestibulo ya descrito, comen en compañía, observándose por do quiera el mayor órden y regularidad. Ademas del paso del baño hay otras dos salidas para las diversas necesidades de los habitantes: todas las habitaciones están tapizadas de retoños de abeto, y en ellas no se tolera la menor suciedad. Cuando los propietarios van á su casa de campo, edificada á la orilla del lago, y construida como la de la ciudad, nadie se atreve á ocupar el lugar que les corresponde, quedando vacio su departamento hasta que vuelven. En la época en que se derriten las nieves, los ciudadanos se retiran á los bosques.

Así como hay una esclusa para los casos en que el rio viene con todo el lleno de las aguas, hay tambien un camino secreto para la evacuacion de la ciudad, á semejanza de los subterráneos de los castillos góticos abiertos debajo de las rocas, que desembocaban en la campiña.

Hay además de todas estas construcciones, habitaciones destinadas á los enfermos. ¡Y un animal débil é informe termina trabajos tan sorprendentes, y medita cálculos tan exactos!

Hácia el mes de julio, los castores celebran un consejo general, y en él examinan si convendrá mas reparar la antigua ciudad y la antigua calzada, ó si será mejor construir una ciudad nueva y un nuevo dique. Cuando faltan los víveres en la parte en que se habian establecido, ó cuando las obras han sido destruidas por la accion de las aguas ó las pesquisas de los cazadores, deciden formar otro establecimiento; pero si juzgan por el contrario que puede subsistir el primero, se sitúan de nuevo en las antiguas viviendas, y preparan las provisiones de invierno.

Los castores tienen un gobierno regular, y entre sus funcionarios, si así puede decirse, figuran los ediles, nombrados para vigilar por la conservacion de la policía de la república. Durante el trabajo colectivo, se establecen centinelas para evitar toda sorpresa; y si algun ciudadano rehusa desempeñar la parte que le haya cabido en la distribucion de las cargas públicas, se pronuncia contra él la sentencia de destierro, y mediante ella se ve obligado á arrastrar una existencia vergonzosa, metido en un agujero y retirado del resto de la especie. Los indios dicen que el castor perezoso, castigado de este modo, vive flaco y estenuado, llevando el lomo pelado como sello de ignominia. ¿De qué sirve á estos animales tanta inteligencia? El hombre respeta las bestias feroces y extermina los castores, como tolera los tiranos y persigue la inocencia y el genio.

La guerra no es desconocida por desgracia á los castores, pues con frecuencia se suscitan entre ellos discordias civiles, independientemente de las disidencias extranjeras que tienen con las ratas almizcladas. Cuentan los indios que si es sorprendido un castor merodeando en el territorio de una tribu que no es la suya, se le conduce inmediatamente á presencia del gefe de aquella tribu, donde es castigado por via de correccion; pero si reincide, se le corta aquella cola que tan útil le es como medio de transporte y de construccion, y vuelve mutilado al seno de la amistad que se arma para vengar su injuria. Esta diferencia suele con frecuencia dirimirse por un duelo entre los gefes de ambas tropas, ó por un combate singular de tres contra tres, ó treinta contra treinta, á manera del combate de los Curiacios y de los Horacios, ó de los treinta bretones contra los treinta ingleses. Las batallas son generalmente sangrientas, y los salvajes que acuden para despojar á los muertos, han encontrado tendidos en el campo del honor, mas de quince de aquellos valientes animales. Los castores que han conseguido la victoria, se apoderan de la ciudad de los vencidos, y segun lo exijan las circunstancias, ó establecen en ella una colonia ó dejan una guarnicion.

La hembra del castor concibe dos, tres y hasta cuatro hijos, y los alimenta é instruye durante un año. Cuando la poblacion se ha acrecentado demasiado, los castores de corta edad van á formar un nuevo establecimiento, á manera de un enjambre de abejas escapado de la colmena. El castor vive castamente con una sola hembra, y es tan celoso, que algunas veces mata á su compañera, lo mismo por causa que por sospecha de infidelidad.

La longitud media del castor es de dos piés y medio á tres, y el ancho, medido de un lado á otro, de cerca de catorce pulgadas; puede llegar á pesar cuarenta y cinco libras, y su cabeza se parece á la de la rata; sus ojos son pequeños, sus orejas cortas, desnudas por dentro y velludas por fuera; sus patas delanteras solo tienen tres pulgadas de largo, y están armadas de uñas cóncavas y agudas; sus patas traseras, palmeadas como las del cisne, le sirven para nadar; la cola es plana, de una pulgada de espesor, y cubierta de escamas exágonas y dispuestas en forma de de tejas como las de los peces, y usa de ella á modo de llana y carretilla. Sus mandíbulas, extremadamente fuertes, se cruzan como las hojas de una tijera, y cada una de ellas está guarnecida de diez dientes, de los cuales los dos incisivos tienen dos pulgadas de longitud, y le sirven para cortar los árboles, cuadrar sus troncos, arrancar su corteza y triturar las maderas tiernas de que se alimenta.

El animal por lo regular es negro, y muy rara vez blanco ó moreno; tiene dos pieles, la primera larga, cóncava y lustrosa, y la segunda formando una especie de vello sumamente delicado, crece bajo la primera, y es la que se emplea en el fieltro. El castor vive veinte años. La hembra es mas gruesa que el macho, y su piel tira mas á gris por el vientre. No es cierto que el castor se mutile cuando cae vivo en manos de los cazadores, á fin de sustraer á su posteridad de la esclavitud Necesario es, pues, buscar otra etimologia á su nombre.

La carne de los castores nada vale, de cualquier modo que se la guise; pero á pesar de esto, los salvajes la conservan despues de haberla curado al humo, y usan de ella cuando les faltan los víveres.

La piel del castor es fina sin ser cálida, razon por

la que en otro tiempo no fue apreciada la caza del castor entre los indios, siendo la mas honrosa la de los osos, porque en ella hallaban utilidad y peligro. Contentábanse con matar algunos castores para llevar el despojo como adorno, pero no se inmolaban poblaciones enteras. El precio que los europeos han dado á este despojo, es el único que ha llevado al Canadá el exterminio de estos cuadrúpedos, que ocupan por su instinto el primer lugar entre los animales.

Al presente es preciso andar mucho en direccion á la bahía de Hudson para hallar castores, y aun allí no ofrecen la misma industria, porque el clima es muy frio; disminuidos en número, han perdido en inteligencia, y por lo tanto no se desarrollan las facultades, hijas de la asociacion. (1)

Estas repúblicas contaban en otro tiempo ciento y ciento cincuenta ciudadanos, y algunas veces mas. Cerca de Quebec se veia un estanque formado por los castores, que sostenia con su caudal de agua un molino de sierra. Los depósitos de agua formados por estos anfibios eran sumamente útiles, puesto que proveian de agua á las piraguas que cruzaban los rios durante el estio. De este modo los castores hacian para los salvajes de la Nueva-Francia el mismo servicio, que lo que un talento ingenioso, un gran rey ó un gran ministro, hicieron en la antigua para los hombres civilizados.

OSOS.

Los osos son de tres especies en América: el oso moreno ó amarillo, el oso negro y el oso blanco. El primero es pequeño y frugívoro, y trepa á los árboles.

El oso negro es mayor y se alimenta de carne, de peces y de frutos, pescando con singular destreza. Sentado en la márgen de un rio, agarra con su pata derecha el pez que ve pasar, y lo saca á tierra. Si despues de haber satisfecho el hambre le sobra algo de su comida, la oculta. Duerme una parte del invierno en los cubiles ó en los huecos de los árboles donde se retira; y cuando sale de su letargo, en los primeros dias de marzo, su principal cuidado es purgarse con simples:

Il vivait de regime et mangeait á ses heures.

El oso blanco ó marino, frecuenta las costas de la América Septentrional, desde las costas de Terranova hasta el fondo de la bahía de Baffin, y es el feroz guardian de aquellos helados desiertos.

CIERVO.

El ciervo del Canadá es una especie de reno que se puede domesticar. Su hembra, que carece de astas, es de forma agradable, y si tuviera las orejas mas cortas, se pareceria mucho á una ligera yegua inglesa.

DANTA.

Este animal tiene el hocico de camello, las astas aplastadas del gamo, y las piernas del ciervo. Su piel está mezclada de gris, blanco, rojo y negro; su carrera es rápida. Segun los salvajes, los dantas tienen un rey llamado el *gran danta*, y sus súbditos le rinden toda especie de homenajes. El gran danta tiene las piernas tan altas, que una nevada de ocho piés apenas le causa embarazo. Su piel es invulnerable: tiene un brazo que le sale de la espalda, y del que se sirve para los mismos usos que los hombres de los suyos.

Los juglares ó sacerdotes pretenden tiene el danta un hueso en el corazon que reducido á polvo, quita los dolores de parto, y dicen que la uña del pié izquierdo de este cuadrúpedo, aplicado al corazon de los epilépticos, los cura radicalmente. El danta, añaden, está sujeto á la epilepsia, y cuando presiente el ataque, se sangra en la oreja izquierda con su pezuña izquierda y se alivia.

BISONTE.

El bisonte tiene unos cuernos bajos, negros y cortos, y ostenta una larga barba de crin, pendiéndole hasta los ojos un mechon de pelo semejante al de la barba, y que naciendo entre los cuernos le cae en descompuestas greñas. Su pecho es ancho, su grupa afilada; su cola espesa y corta; sus piernas gruesas y vueltas hácia fuera; una giba, de pelo bermejo y largo y semejante á la primera del dromedario, se eleva sobre sus espaldas. El resto de su cuerpo está cubierto de una lana negra que los indios hilan para hacer sacos para el trigo, y telas para cubiertas. Este animal tiene un aspecto feroz, y sin embargo es muy manso.

Entre los bisontes, ó mejor dicho entre los búfalos, palabra española inglesada, hay algunas variedades. Los mayores son los que se encuentran entre el Misuri y el Misisipí, y se acercan á la talla de un elefante de mediana alzada. Tienen el aspecto del leon por la crin, el del camello por la giba, el del hipopótamo ó del reinoceronte por la cola y la piel de los cuartos traseros, y el del toro por los cuernos y las patas.

En esta especie, el número de las hembras supera en mucho al de los machos. El toro enamora á la becerra galopando en circulo á su alrededor, mientras que ella inmóvil en el centro de la circunferencia trazada por el macho, muge con dulzura. Los salvajes imitan en sus juegos propiciatorios estos giros, que llaman la *danza del bisonte*.

Este no tiene período fijo de emigracion, y aunque se ignora donde va, parece agradarle mucho la parte septentrional en el estío, puesto que se le ha hallado en las orillas del lago del Esclavo, y se le ha encontrado hasta en las islas del mar Polar, siendo probable visite tambien los valles de las montañas Rocallosas, por el Oeste, y las llanuras de Nuevo-Méjico, al Mediodia. Los bisontes son tan numerosos en las verdes estepas del Missuri, que cuando emigran, su conjunto tarda algunas veces muchos dias en desfilar, como si fuera un inmenso ejército: cuando marchan, el ruido que producen se oye á muchas millas de distancia, sintiéndose igualmente temblar la tierra hollada por sus pezuñas.

Los indios adoban con perfeccion la piel del bisonte con la corteza del abedul, y el hueso de la espalda de aquel les sirve de carda.

La carne del bisonte, cortada en trozos anchos y delgados y secada al sol ó al humo, es muy sabrosa, y se conserva muchos años como el jamon; las gibas y las lenguas de las vacas son las partes mas gustosas para comerlas en fresco. Quemado el estiércol del bisonte, produce una brasa fuerte, y es un gran recurso en las sábanas donde falta madera. Este útil animal proporciona á la vez los alimentos y el fuego del festin. Los sioux encuentran en sus despojos la cama y el vestido. El bisonte y el salvaje, situados en el mismo suelo, son el toro y el hombre en el estado natural, y parece no aguardan ambos mas que un surco, para hacerse el uno doméstico y el otro civilizado.

(1) Se han hallado castores entre el Misuri y el Misisipí; pero donde abundan de un modo extraordinario, es allende las montañas Rocallosas, en los brazos del Colombia. Ocupada esta region por los europeos, no tardarán en ser exterminados los castores que en ella viven, pues ya en el año último (1826), se han vendido en San Luis, en el Misisipí, cien fardos de piel de castor, de cien libras cada uno, á cinco *gourdes* la libra de tan preciosa mercancía.

RAPOSA Ó FUINA.

La fuina americana tiene cerca de la vejiga un pequeño saco lleno de un licor bermejo, y cuando es perseguida, arroja aquel agua al huir; el olor de ella es tal, que los cazadores y los perros mismos abandonan la presa, y si el agua que lo produce llegan á alcanzar á los vestidos, los impregna y los hace perder su vista. Este olor es una especie de almizcle penetrante, que ocasiona vértigos, y los salvajes pretenden es un remedio eficaz para los dolores de cabeza.

ZORRO.

Los zorros del Canadá son de la especie comun, variando solo en que tienen teñida de un negro lustroso la extremidad del pelo. Sabido es el modo que tienen de apoderarse de las aves acuáticas, y La Fontaine, el primero de los naturalistas, no lo ha olvidado en sus inmortales cuadros.

El zorro canadiense, se situa en la orilla de un lago ó de un rio, y da mil saltos y brincos; el ánsar y los patos, encantados de aquellas gracias, se acercan para observarle mejor, y entonces sentado sobre sus piernas traseras menea dulcemente la cola. Las aves, cada vez mas satisfechas, saltan á la ribera y se acercan hácia el astuto cuadrúpedo, que afecta tanta tonteria como ellas tienen en acercarse. Bien pronto la necia volátil toma confianza hasta el punto de ir á picar la cola del zorro, que se lanza sobre su presa.

LOBO.

Diversas son las especies de lobos que hay en América; pero el que se llama *cerval* va durante la noche á ladrar en torno de las habitaciones. Nunca suele ahullar mas que una vez en el mismo sitio, y su rapidez es tan grande, que en menos de algunos minutos se oye su ladrido á una distancia prodigiosa de la parte en que ha dado su primer grito.

RATA ALMIZCLADA.

La rata almizclada se alimenta en la primavera de los renuevos de los arbustos, y en estío de las fresas y frambuesas; en otoño come bayas de brezos, y en invierno raices de ortigas. Edifica y trabaja como el castor, y cuando los salvajes matan uno de estos animales, se entristecen extraordinariamente: hacen humaredas al rededor de su cuerpo que rodean de manitús deplorando su parricidio, pues entre ellos pasa la hembra de la rata almizclada por la madre del género humano.

CARCAJU.

El carcajú es una especie de tigre ó gato grande, y es célebre el modo conque caza al danta por medio de sus aliados los zorros. Sube á un árbol, se oculta agazapado en una rama cortada por junto al tronco, y se envuelve por decirlo así en su espesa cola, que le rodea tres veces el cuerpo. Poco despues se oyen ahullidos lejanos, y se ve aparecer al danta, acosado por tres zorros, que procuran dirigirle hácia la emboscada del carcajú. En el instante en que la bestia, lanzada al peligro, pasa por debajo del árbol fatal, el carcajú cae sobre ella, la oprime el cuello con su cola y procura cortarle con los dientes la vena yugular. El danta brinca, hiere al aire con sus astas, rompe la nieve con sus piés, se arrastra sobre sus rodillas, huye en línea recta, recula, se acurruca, anda á saltos, sacude su cabeza; pero sus fuerzas se agotan, sus costados jadean, su sangre corre á lo largo de su cuello, sus rodillas tiemblan y se doblan por fin. Los tres zorros acuden á la matanza; y el carcajú, tirano equitativo, divide en partes iguales la presa entre él y sus satélites. Los salvajes no atacan nunca en tan crítico momento al carcajú y los zorros, porque dicen seria injusto arrebatar á aquellos cazadores el fruto de sus fatigas.

AVES.

Las aves en América son mucho mas numerosas y variadas de lo que á primera vista se creyó, habiendo sucedido lo mismo en Africa y Asia. Los primeros viajeros solo fijaron la atencion en aquellos grandes y brillantes volátiles que parecen flores en los árboles; pero despues se ha descubierto una multitud de pequeñas aves cantoras cuyo gorgeo es tan dulce como el de nuestra silvia.

PECES.

Los peces, en los lagos del Canadá, y sobre todo en los de la Florida, son de una hermosura y brillantez admirables.

SERPIENTES.

La América puede decirse que es la patria de las serpientes. La serpiente de agua, que se parece mucho á la de cascabel, carece sin embargo de este distintivo y del veneno, y se la encuentra por donde quiera.

Muchas veces he hablado en mis obras de la serpiente de cascabel, y sabido es que los dientes de que se sirve para esparcir su veneno, no son con los que come. Puédasele arrancar los primeros, y en este caso solo queda una hermosa serpiente llena de inteligencia, y que ama apasionadamente la música. En los ardores del medio dia, en el mas profundo silencio de las selvas, hace oir su cascabel para llamar á la hembra; signo de amor, y único ruido que hiere entonces el oido del viajero.

La hembra concibe algunas veces veinte hijos, y cuando son perseguidos, se refugian en la boca de su madre, como si se quisieran ocultarse en el seno materno.

Las serpientes en general, y especialmente la serpiente de cascabel, son muy veneradas por los indígenas de América, que les atribuyen un espíritu divino, y las domestican hasta el punto de hacerlas ir á pasar el invierno metidas en unas cajas al hogar de una cabaña. Estos singulares penates salen de sus habitaciones en la primavera, para tornarse á los bosques.

Una serpiente negra que tiene un anillo amarillo en el cuello, es bastante mala, y otra enteramente negra, sin ponzoña, sube á los árboles y caza las aves y las ardillas. Encanta al ave con sus miradas, ó por mejor decir, la espanta, pues este efecto del miedo, que se ha querido negar, es hoy indudable: si el miedo sujeta las piernas al hombre, ¿por qué no quebrará las alas al ave?

La serpiente leveris, la serpiente verde, y la serpiente manchada, toman sus nombres de sus colores y de los dibujos de su piel, y sobre ser completamente inocentes, tienen una hermosura extraordinaria.

La mas admirable de todas, es la serpiente llamada de vidrio, á causa de la fragilidad de su cuerpo, que se quiebra al menor contacto. Este reptil es casi transparente, y refleja los colores como un prisma. Vive de insectos y no hace daño alguno; su longitud es la de una culebra pequeña.

La serpiente espinosa es corta y gruesa, y tiene un dardo en la cola con el que hiere mortalmente.

La serpiente de dos cabezas es poco comun, y se

parece bastante á la víbora, pero sus cabezas no están comprimidas.

La serpiente silbadora se ha multiplicado mucho en la Georgia y las Floridas: tiene diez y ocho piés de longitud, y su piel está sembrada de manchas negras en un fondo verde. Cuando se acercan á ella, se aplasta, ofrece á la vista deferentes colores, y abre la boca silbando. Debe procurarse cuidadosamente no entrar en la atmósfera que la rodea, porque tiene el poder de descomponer el aire que la circunda, y este aire, aspirado imprudentemente, produce la languidez. El hombre atacado desfallece, sus pulmones se vician y al cabo de algunos meses muere de consuncion: esta es la opinion de los habitantes del pais.

ARBOLES Y PLANTAS.

Los árboles, arbustos, plantas y flores trasplantados á nuestros bosques, campos y jardines, anuncian la variedad y riqueza del reino vejetal en América. ¿Quién no conoce hoy el laurel coronado de rosas, llamado *magnolia*, el castaño que lleva un verdadero jacinto, el catalpa que reproduce la flor de naranjo, el tulípero que toma el nombre de su flor, el arce azucarero, el haya purpúrea, el sasafrás, y entre los árboles verdes y resinosos, el pino de lord Weymouth, el cedro de la Virginia, el balsamero de Gilead y el ciprés de la Luisiana de raices nudosas, tronco enorme, y cuyas hojas se asemejan a un encaje de musgo? Las lilas, las azáleas y las pompaduras, han enriquecido nuestras primaveras; las aristolóquias, las usterias, las bignonias, las decumarias y los celustris han mezclado sus flores, sus frutos y sus perfumes á la verdura de nuestras yedras.

Las plantas floridas son innumerables: la efímera de Virginia, el helonias, el lirio del Canadá, el lirio llamado *soberbio*, la tigridia de penacho, la aquilea rosácea, la dalia, la helenia de otoño y los *phlox* de todas especies, se confunden hoy con nuestras flores nativas.

En fin, hemos exterminado casi por completo la poblacion salvaje, y América nos ha dado la patata, que evita para siempre el hambre entre los pueblos destructores de los americanos.

ABEJAS.

Todos estos vejetales alimentan brillantes insectos. Estos han recibido en sus tribus nuestra mosca de miel que ha ido á descubrir quellas sábanas y selvas embalsamadas, de que se contaban tantas maravillas. Háse observado que los colonos son frecuentemente precedidos en los bosques de Kentucky y de Teneseo por las abejas; vanguardia de los labradores, son el símbolo de la industria y de la civilizacisn que anuncian. Extranjeros en la América, llegados en pos de las velas de Colon, estos conquistadores pacíficos no han arrebatado á un nuevo mundo de flores sino los tesoros, cuyo uso ignoraban los naturales, y no se han servido de aquellos tesoros, sino para enriquecer el suelo de que los habian extraido. ¡Cuánto no deberíamos felicitarnos, si todas las conquistas se pareciesen á las de aquellas hijas del cielo!

Las abejas empero han tenido que rechazar las miriadas de cínifes y mosquitos que atacaban sus cinifes en los troncos de los árboles; mas su genio ha triunfado de aquellos envidiosos, perversos y deformes enemigos. La abejas han sido reconocidas como reinas del desierto; y su monarquía administrativa se ha establecido en los bosques al lado de la república de Washington.

COSTUMBRES DE LOS SALVAJES.

De dos modos igualmente incompletos puede pintarse á los salvajes de la América Septentrional: el uno ocupándose solo de sus leyes y costumbres, sin entrar en el detalle de sus trajes caprichosos y de sus hábitos con frecuencia repugnantes para los hombres civilizados, y en este caso no se tendrán mas que griegos y romanos, porque las leyes indias son graves y las costumbres en muchos casos llenas de atractivos.

Y el otro modo, por el contrario, representando solo los usos y trajes de los salvajes, prescindiendo de sus leyes y costumbres; en este caso solo hallamos cabañas ahumadas é infectas, en las cuales viven retirados una especie de monos con palabra. Sidonio Apolinar se lamentaba de verse obligado *á oir el ronco lenguaje del germano y á frecuentar la compañía del borgoñon que se frotaba con manteca los cabellos.*

Ignoro si la rústica vivienda del viejo Caton, en el pais de los Sabinos, era mucho mas aseada que la choza del iroqués. El maligno Horacio seria el único que podria sacarnos de dudas.

Si se pinta con los mismos caracteres á todos los salvajes de la América Septentrional, se alterará indudablemente el parecido, pues los salvajes de la Luisiana y de la Florida, difieren en muchas cosas de los del Canadá; y por lo tanto, sin pretensiones de trazar la historia particular de cada tribu, he reasumido, cuanto he podido adquirir acerca de los indios bajo los títulos siguientes:

Matrimonios, hijos, funerales; cosechas, fiestas, danzas y juegos; año, division y cómputo del tiempo, calendario natural; Medicina; lenguas indias; caza; guerra; Religion; gobierno, y por último, en una conclusion que abraza la sociedad india bajo todos aspectos, presento la América tal como se ofrece hoy á la consideracion del viajero y del observador.

MATRIMONIOS, HIJOS, FUNERALES.

Conócense dos especies de matrimonios entre los salvajes: el primero se verifica por la simple conformidad del hombre y la mujer, y en este caso, el compromiso es de mas ó menos duracion, segun el plazo que ha placido fijar á la pareja. Terminado este, los dos esposos se separan á imitacion del concubinato legal europeo de los siglos octavo y noveno de nuestra era.

El segundo enlace se ejecuta tambien en virtud del mútuo consentimiento del hombre y la mujer, pero mediante la intervencion de los parientes. Aunque este matrimonio carece de límite, puede romperse pasado un número determinado de años, y se ha observado que entre los indios se prefiere el segundo matrimonio, es decir, el legítimo, por las jóvenes y los viejos, y el primero por las viejas y los jóvenes.

Cuando un salvaje ha resuelto contraer matrimonio legal, va á hacer la peticion á los parientes de la novia, acompañado de su padre. Este se adorna con un traje que estrena para esta solemnidad; engalana tambien su cabeza con plumas nuevas, se quita la antigua pintura de su rostro para reemplazarla con un nuevo afeite; muda el anillo que pende de su nariz ó de sus orejas; toma en su mano derecha un calumet forrado de blanco, y cuyo cañon azul está adornado con plumas de colas de aves, y en su mano izquierda sostiene el arco con la cuerda floja, á guisa de baston. Su hijo le sigue cargado de pieles de osos, de castores y dantas, y lleva dos collares de porcelana de cuatro vueltas y una tórtola viva en una jaula.

Los pretendientes se dirigen primero á la casa del pariente mas anciano de la novia; entran en su cabaña, se sientan ante él en una estera, y el padre del jóven guerrero, tomando la palabra, dice: «Hé aquí »unas pieles; los dos collares, el calumet azul y la »tórtola, piden tu hija en matrimonio.»

Si son aceptados los presentes, el matrimonio está concluido, porque el consentimiento del abuelo ó del saquem mas antiguo de la familia, implica el consentimiento paterno. La edad es la fuente de la autoridad entre los salvajes; y así cuanto mas anciano es un hombre, mas poder tiene. Estos pueblos derivan el poder divino de la eternidad del Gran Espíritu.

Algunas veces suele el viejo imponer ciertas restricciones á su consentimiento, aun cuando acepte los presentes, y esto se da á entender, cuando despues de haber aspirado por tres veces el vapor del calumet, el fumador arroja la primera bocanada en lugar de tragársela como ejecuta cuando el consentimiento es pleno.

De la cabaña del viejo pariente, pasan al hogar de la madre y de la jóven prometida, y cuando los sueños de esta han sido infaustos, su espanto es grande. Para ser favorables los sueños no han de haber representado espíritus, antepasados, ni patria, sino cunas, aves y ciervas blancas. Hay no obstante un medio infalible de conjurar los ensueños funestos, y es el suspender un collar rojo al cuello de un muñeco hecho de encina: la esperanza de los hombres civilizados ha colocado tambien collares rojos en sus muñecos.

Desde esta primera peticion hasta la conclusion del matrimonio, pasa un espacio de tiempo considerable, y durante él todo parece haberse concluido: la virtud predilecta del salvaje es la paciencia. En los peligros mas inminentes todo debe ofrecer el carácter ordinario, pues aunque el enemigo esté á las puertas, ningun guerrero dejará de fumar tranquilamente su calumet de paz, y sentado al sol con las piernas cruzadas, pasaria por una *vieja*.

Cualquiera que sea la pasion del jóven, su deber le impone la obligacion de afectar la indiferencia mas fria y esperar las órdenes de la familia. Segun la costumbre establecida, los esposos deben vivir primero en la cabaña de su pariente mas anciano; pero con mucha frecuencia, disposiciones particulares se oponen á la observancia de esta costumbre. El futuro esposo construye entonces su cabaña, eligiendo casi siempre para situarla algun valle solitario, junto á un riachuelo ó una fuente, y bajo un bosque que la pueda ocultar.

Todos los salvajes son como los héroes de Homero, médicos, cocineros y carpinteros. Para construir la choza nupcial, se clavan en tierra cuatro palos de un pié de circunferencia y doce de altura, y que están destinados á marcar los cuatro ángulos de un paralelógramo de veinte piés de largo por diez y ocho de ancho. Unas mortajas abiertas en los palos, reciben unos travesaños que forman, llenando de tierra sus intérvalos, las cuatro paredes de la cabaña.

En las dos murallas longitudinales se practican dos aberturas, una de las cuales sirve de entrada al edificio, y la otra conduce á una segunda pieza, semejante á la primera, pero mas pequeña.

Nadie debe ayudar al presunto esposo mientras sienta los cimientos de su morada; pero adelantado ya su trabajo, todos sus compañeros le auxilian en él. Estos llegan cantando y danzando, y conduciendo instrumentos de albañilería hechos de madera, sirviéndoles de llana el homoplato de algun gran cuadrúpedo. Agarran la mano de su amigo, saltan sobre sus espaldas, se chancean con él acerca de su matrimonio, y concluyen la cabaña. Subidos sobre los palos y las paredes empezadas, forman el techo con cortezas de abedul y rastrojos de maiz; y mezclando pelos de bestias salvajes y paja de avena–loca cortada con arcilla roja, cubren con esta mezcla las paredes interiores y exteriores. En el centro ó en una de las extremidades de la sala principal, colocan los obreros cinco largas pérticas que rodean de yerba seca y mortero: esta especie de cono hace los oficios de chimenea, y da salida al humo por una abertura practicada en el techo. Todo este trabajo se ejecuta en medio de algazara y cantos satíricos, cuyo mayor número son groseros, sin que por eso dejen de carecer de gracia algunos de ellos.

«La luna oculta su frente en una nube; está aver»gonzada y sonrojada porque sale del lecho del sol. »Así se ocultará y se sonrojará.... al dia siguiente de »sus bodas, y nosotros la diremos: dejános ver tus »ojos.»

Los golpes del martillo, el ruido de las llanas, el chasquido de las ramas al romperse, las risas, los gritos y las canciones, se oyen á gran distancia, y las familias todas salen de sus aldeas para tomar parte en su regocijo.

Terminada la cabaña por la parte exterior, se la reviste con yeso por dentro si el país lo proporciona, y con greda en defecto del yeso; se arranca el césped que haya quedando dentro del edificio, y los obreros danzan en el suelo húmedo que bien pronto queda apisonado é igualado. Esteras de caña tapizan en seguida aquella área y las paredes de la habitacion, y en pocas horas se concluye una choza que con frecuencia encierra bajo su techo de corteza mas felicidad que la que se halla bajo las bóvedas de un palacio.

Al dia siguiente se llena la nueva habitacion con todos los muebles y comestibles del propietario: esteras, escabeles, vasos de tierra y de madera, calderas, cubos, perniles de osos y dantas, tortas secas, gavillas de maiz y plantas para alimento ó remedios: estos diversos objetos se cuelgan en las paredes ó se colocan en tablas, y en un agujero guarnecido de cañas, se echa el maiz y la avena–loca. Los instrumentos de pesca, caza, guerra y agricultura, la esteva, los lazos, las redes hechas con la médula interior de la falsa palmera, los anzuelos, los dientes de castor, los arcos, las flechas, los rompe-cabezas, las hachas, los cuchillos, las armas de fuego, los cuernos para llevar la pólvora, los chichikues, los tamboriles, los pitos, los calumets, el hilo de nervio de cabra, la tela de morera ó abedul, las plumas, las perlas, los collares, el negro, el azul y el bermellon para el adorno, una multitud de pieles, unas adobadas y otras con pelo: tales son los tesoros con que se enriquece la cabaña.

Ocho dias antes de la celebracion del matrimonio, la jóven se retira á la cabaña de las purificaciones, lugar retirado donde las mujeres entran y permanecen por espacio de tres ó cuatro dias por mes, y donde van á parir. Durante los ocho dias de retiro, el guerrero comprometido, caza: deja la caza en el punto donde la mató, y las mujeres la cogen y llevan á la cabaña de los parientes para el festin de las bodas. Si la caza ha sido buena, se saca de ella un augurio favorable.

Llegado por fin el gran dia, los juglares y los principales saquems son invitados á la ceremonia. Muchos jóvenes guerreros van á buscar al desposado á su casa, mientras que otra porcion de doncellas van á buscar á la desposada á su cabaña. La pareja prometida se adorna con las plumas, collares y vestidos de pieles mas bellos, y de colores mas brillantes.

Ambas comitivas llegan al mismo tiempo, aunque por caminos distintos, á la choza del pariente mas anciano. Practícase una segunda puerta en aquella choza, en frente de la puerta ordinaria, y el esposo, rodeado de todos sus compañeros, se presenta por una de las puertas; la esposa rodeada de sus compañeras

se presenta por la otra. Los saquems de la fiesta están sentados en la cabaña con el calumet en la boca. La nuera y el yerno se colocan en rollos de pieles, á una extremidad de la cabaña.

Entonces comienza en la parte exterior la danza nupcial, entre los dos coros que han quedado á la puerta. Las jóvenes armadas de un baston encorvado imitan las diversas operaciones de la labor, y los jóvenes guerreros hacen la centinela á su lado con el arco en la mano. Repentinamente sale de la selva un partido enemigo y se esfuerza en robar las mujeres, estas tiran su azada y huyen; sus hermanas vuelan



PETICION MATRIMONIAL.

á socorrerlas. Empéñase un combate simulado, y los raptores son rechazados.

A esta pantomima suceden otros cuadros trazados con una viveza natural: esto es, la pintura de la vida doméstica, el cuidado de la casa, los quehaceres de la cabaña, los placeres y trabajos del hogar: dulces ocupaciones de una madre de familia. Este espectáculo termina por una rueda donde las jóvenes giran al revés de la carrera del sol, y los jóvenes guerreros segun el movimiento aparente de este astro.

La comida sigue despues, y se compone de sopa, caza, tortas de maiz y cañalieja, especie de legumbre, manzanas de mayo, especie de fruta dada por una yerba, pescado, viandas tostadas y aves asadas.

Se bebe en grandes calabazas el jugo del arce ó del zumaque, y en pequeñas tazas de haya una preparacion de casina, bebida cálida de que se sirven como del café, consistiendo la esplendidez de la comida en la profusion de los manjares.

Despues del festin, la multitud se retira quedando solo en la cabaña del viejo pariente doce personas, seis saquems de la familia del marido, y seis matronas de la familia de la mujer. Estas doce personas, sentadas en tierra, forman dos círculos concéntricos describiendo los hombres el círculo exterior. Los cónyuges se colocan en el centro de los dos círculos y tienen horizontalmente cada cual por un cabo una caña de seis piés de largo. El esposo alza en la mano derecha una pata de cabra, y la esposa, eleva en la mano izquierda una gavilla de maiz. La caña tiene pintados diversos geroglíficos que marcan la edad de la pareja unida y la luna en que se celebra el matrimonio. Depositanse á los piés de la mujer los presentes del marido y de su familia, á saber: un adorno completo, el guardapiés de corteza de morera, el corsé de lo mismo, el manto de plumas de avesó de piel de marta, las mocassinas bordadas de pelo de puerco-espin, brazaletes de conchas y anillos ó perlas para las narices y orejas.

A estos adornos para vestir se unen una cuna de junco, un trozo de agárico, pedernal para encender el fuego, el caldero para cocer las viandas, la correa de cuero para llevar las cosas de peso y la leña para el hogar. La cuna hace palpitar el corazon de la esposa; el caldero y el collar no la espantan, pues mira con sumision aquellas muestras de la esclavitud doméstica.



FUNERALES.

El marido no deja tambien de recibir su leccion: un rompe-cabezas, un arco y un remo le anuncian sus deberes: combatir, cazar y navegar. En algunas tribus, un lagarto verde, de aquella especie cuyos movimientos son tan rápidos que apenas puede seguirlos la vista, y algunas hojas secas amontonadas en una cesta, dan á entender al nuevo esposo que el tiempo huye y el hombre cae. Estos pueblos enseñan la moral de la vida por emblemas, y recuerdan que la naturaleza ha distribuido á cada uno de sus hijos una parte de cuidados y deberes.

Encerrados los dos esposos en el doble círculo de los doce parientes, y declarando que quieren unirse, el mas viejo toma una caña de seis piés y dividida en doce pedazos entrega uno á cada uno de los doce testigos, los que están obligados á presentar su pedazo de caña, para reducirlo á cenizas, el dia que los esposos pidan el divorcio.

Las jóvenes que han llevado á la esposa á la cabaña del mas viejo, terminan su acompañamiento con cánticos á la choza nupcial, y los guerreros á su vez conducen á ella al nuevo esposo. Los convidados á la fiesta vuelven á sus aldeas y echan pedazos de su vestido en los rios, en sacrificio á los manitús, quemando una parte de su alimento.

En Europa, los jóvenes se casan para huir el servicio militar; pero en la América Septentrional ninguno puede casarse como no haya combatido por la patria. No se juzga á un hombre digno de ser padre, sino cuando ha probado que sabe defender sus hijos. Por una consecuencia de esta varonil costumbre, un guerrero no comienza á gozar de consideracion pública, sino desde el dia de su matrimonio.

La pluralidad de las mujeres está admitida, pero solo un abuso contrario da muchos maridos á una mujer: las hordas mas groseras ofrecen sus mujeres ó hijas á los extranjeros. No es una depravacion, sino el sentimiento profundo de su miseria, lo que conduce á los indios á esta especie de infamia, pues piensan hacer mas feliz su familia mudando la sangre paternal.

Los salvajes del Nor-Oeste pretenden descender de

la raza del primer negro que descubrieron: le tomaron por un genio malo, y connaturalizándole con ellos, creyeron proveerse de inteligencias y protectores entre los genios negros.

El adulterio en la mujer era en la antigüedad castigado entre los hurones por la mutilacion de la nariz, porque se queria que la falta permaneciese grabada en el rostro.

En caso de divorcio, los hijos son adjudicados á la mujer, porque entre los animales, dicen los salvajes, es la hembra la que alimenta á los hijos.

La mujer que se hace embarazada al primer año de su matrimonio, es vituperada como incontinente, y para evitar esta nota y destruir su fruto prematuro, toman algunas veces el jugo de una especie de ruda: empero ¡inconsecuencias inherentes al hombre! al paso que sus costumbres parecen tan rígidas en este punto, la mujer solo es estimada en el momento en que se hace madre, y como tal es llamada á las deliberaciones públicas, siendo mas respetada cuantos mas hijos tiene, y mucho mas si son varones.

Un marido que pierde su mujer, se desposa con la hermana de esta, si la tiene, así como la mujer que pierde á su marido, se desposa con el hermano de este; costumbre parecida al precepto establecido por la ley ateniense: una viuda muy sobrecargada de hijos, es muy buscada.

En el instante en que se declaran los primeros síntomas del embarazo, cesa toda clase de relaciones entre los esposos, y hácia el final del noveno mes se retira la mujer á la cabaña de las purificaciones, donde es asistida por las matronas. Mientras está en ella, ningun hombre, sin exceptuar el marido, puede entrar en la cabaña, donde permanece treinta ó cuarenta dias despues del parto, segun haya dado á luz varon ó hembra.

Cuando el padre recibe la noticia del nacimiento de su hijo, toma un calumet de paz, cuyo tubo rodea con pámpanos de vid vírgen, y corre á anunciar la feliz nueva á los diversos miembros de la familia. Perteneciendo el hijo exclusivamente á la madre, se dirige primero á los parientes maternos, y acercándose al saquem mas anciano le presenta su pipa despues de haber fumado él en direccion de los cuatro puntos cardinales, y le dice: «Mi mujer es madre.» El saquem toma la pipa, fuma á su vez, y responde quitándose el calumet de la boca: «¿Es un guerrero?»

Si la respuesta es afirmativa, el saquem fuma tres veces mirando al sol; pero si es negativa, no fuma mas que una vez. El padre, concluidas estas ceremonias, es conducido en triunfo á mayor ó menor distancia, segun el sexo del recien-nacido. Cuando un salvaje es padre, adquiere nueva autoridad en la nacion, pudiendo decirse que su dignidad de hombre empieza con su paternidad.

A los treinta ó cuarenta dias de purificacion, la parida se dispone á volver á su cabaña, y reunidos los parientes, se pone nombre al niño: apagáse el fuego; arrójanse al viento las antiguas cenizas del hogar; prepárase una hoguera compuesta de maderas aromáticas; el sacerdote ó juglar, con una mecha en la mano, se dispone á encender el nuevo fuego; y por último, se purifican los lugares del contorno, rociándolos con agua de fuente.

No tarda en aparecer la jóven madre, que avanza sola hácia la cabaña vestida con un traje enteramente nuevo, pues nada de lo que la haya pertenecido la es permitido usar en este caso. Descubierta la mama izquierda, suspende de ella á su hijo, completamente desnudo, y al llegar á los lares, se queda en el umbral de la puerta.

El sacerdote pone fuego al hogar, y adelantándose el marido, recibe á su hijo de las manos de su mujer. Reconocido por él, le proclama en alta voz, asistiendo á estas ceremonias, en algunas tribus, solo los parientes del mismo sexo que el niño. Despues de haber besado los labios de su hijo, el padre le entrega al saquem mas anciano, y de las manos de este pasa el recien-nacido á los brazos de toda la familia, concluyendo por recibir la bendicion del sacerdote y los votos de las matronas.

Terminado este acto, se pasa á elegir el nombre con que se le ha de distinguir, sin que en ninguna de estas ceremonias intervenga la mujer, que permanece en el dintel de la cabaña. Cada familia tiene por lo comun tres ó cuatro nombres, que se renuevan alternativamente; pero nunca recae la eleccion en los extraños á la línea materna. Segun la opinion de los salvajes, es el padre el que crea el alma del niño, y la madre la que la engendra en su cuerpo (1), yasí nada mas justo que el cuerpo reciba un nombre que emane de la madre.

Cuando se quiere honrar al niño se le confiere el nombre del mas antiguo de la familia, el de su abuelo por ejemplo; y desde este momento el niño ocupa el sitio de la mujer cuyo nombre ha recibido; dásele en el trato el grado de parentesco que recuerda su nombre, y así un tio puede saludar á un sobrino con el título de *abuela;* uso que haria reir, sino fuera en extremo tierno. Esta costumbre vuelve por decirlo así la vida á los abuelos; reproduce en la debilidad de los primeros años la debilidad de la vejez, une y acerca las dos extremidades de la vida, el principio y el fin de la familia; comunica una especie de inmortalidad á los antepasados, suponiéndolos presentes en medio de su posteridad; aumenta los cuidados que la madre debe á la infancia, recordando los cuidados que se han tomado por la suya; en una palabra, la ternura filial aumenta el amor maternal.

Despues de la imposicion del nombre, la madre entra en la cabaña y se la devuelve su hijo, que ya no debe pertenecer á nadie sino á ella. Colócale cariñosamente en la cuna, formada de una pequeña plancha de madera sumamente ligera y de un lecho de musgo y de algodon en bruto, y el infante depositado desnudo en aquella cama, queda sostenido y á cubierto de los accidentes de una caida por dos tiras de piel flexible, que dejan libre el movimiento. Sobre la cabeza del recien-nacido hay un aro que sostiene un velo que tiene la doble aplicacion de alejar los insectos y dar fresco y sombra á la criatura. Ya he hablado en otra parte (2) de la madre india, y he contado tambien cómo lleva los hijos; cómo los suspende de las ramas de los árboles; cómo les canta; cómo los adorna; cómo los duerme y los despierta; y cómo en fin despues de su muerte los llora; cómo va á repartir su leche sobre el césped de su tumba, ó recoge su alma en las flores (3).

Despues del matrimonio y el nacimiento, incumbe hablar de la muerte, término fatal de las escenas de la vida; pero he descrito tantas veces los funerales de los salvajes, que casi está agotado este asunto.

No repetiré, pues, lo que he dicho en la *Atala* y los *Natchez*, relativamente al modo de vestir al difunto, cómo se le pinta y cómo se conversa con él, etc. Añadiré solamente, que es uso admitido en todas las tribus, reunirse en los casos de defuncion para que la familia distribuya lo que poseia el muerto entre todos los convidados á la comida fúnebre, pues es obligatorio comer y beber todo lo que se halla en la cabaña. Al amanecer se exhalan fuertes gemidos sobre el ataud de corteza donde yace el cadáver, volviendo á comenzar al anochecer; esta ceremonia dura tres dias, y en el último se entierra el difunto. Cúbrese su sepultura con un montoncillo de tierra; y si sus hazañas guerreras le han

(1) Véanse los ***Natchez***.
(2) ***Atala***, ***Genio del Cristianismo***, ***Natchez***, etc.
(3) Véase en cuanto á la educacion de los hijos, la carta que antecede, pág. 52.

hecho célebre, un palo pinrado de encarnado marca su sepultura.

En muchas tribus los parientes del muerto se hacen heridas en las piernas y en los brazos, y un mes despues todavía se continuan los gritos de dolor al ponerse y salir el sol, recordándose aun durante muchos años el aniversario de la pérdida sufrida, por gritos semejantes.

Cuando muere un salvaje en el invierno, cazando, su cuerpo permanece en las ramas de los árboles, y no se le rinden los últimos honores, sino cuando han vuelto los guerreros á su tribu, costumbre que se practicaba tambien en otro tiempo entre los moscovitas.

No solamente los indios tienen oraciones y ceremonias diferentes segun el grado de parentesco, dignidad, edad y sexo de la persona finada, sino que tienen tambien tiempos de exhumacion pública (1) ó conmemoracion general.

¿Por qué los salvajes de América son los que mas veneracion tributan á los muertos? En las calamidades nacionales lo primero en que se piensa es en salvar los tesoros de la tumba, y parece no reconocerse la propiedad legal sino allí donde están enterrados sus antepasados. Siempre que los indios han defendido sus derechos de posesion, se han servido de este argumento que les parecia incontestable: «Diremos á los huesos de nuestros padres: «Levantaos y seguidnos á una tierra extraña.» Y cuando este argumento no ha producido el eficaz resultado que apetecian, ¿qué han hecho? han llevado consigo las osamentas que no podian seguirlos.

Los motivos de esta adhesion extraordinaria á sus queridas reliquias se adivinan fácilmente. Los pueblos civilizados tienen, para conservar el recuerdo de su patria, los monumentos de las letras y de las artes; tienen ciudades, palacios, torres, columnas, obeliscos; tienen la huella del arado en los campos por ellos cultivados; sus nombres están grabados en metal ó mármol, y sus acciones son conservadas en las crónicas.

Los salvajes nada de esto tienen: su nombre solo se halla escrito en los árboles de sus selvas; su choza, edificada en algunas horas, perece en cortos instantes; la simple laya de labor que solo desflora la tierra no ha podido aun formar un surco; sus canciones tradicionales desaparecen con la última memoria que las retenga, con la última voz que las repita. No hay pues para las tribus del Nuevo-Mundo mas que un solo momento: la **tumba**. Arrebatad á los salvajes los huesos de sus padres, y los arrancareis su historia, su ley y hasta sus dioses: arrebatareis á la posteridad de aquellos hombres la prueba de su existencia, y tambien la de su nada.

COSECHAS, FIESTAS, RECOLECCION DEL AZUCAR DE ARCE, PESCA, DANZAS Y JUEGOS.

COSECHAS.

Se ha creido y se ha dicho que los salvajes no sacan partido de la tierra, y esto es un error. Dedícanse es verdad, con especialidad á la caza, pero todos se entregan á alguna especie de cultivo, todos saben aplicar las plantas y los árboles á las necesidades de la vida, y los que ocupaban el hermoso país que forma hoy los Estados de la Georgia, del Teneseo, de la Alabama y del Misisipi, eran bajo este punto de vista mas civilizados que los naturales del Canadá.

Entre los salvajes, todos los trabajos públicos son fiestas: pasados los últimos frios, las mujeres siminolas, chicasesas y natchez se arman de una laya de nogal, y colocándose en la cabeza, cestas divididas con varios compartimentos, llenos de semillas de maiz, pipas de sandia, habas y girasoles, se trasladan al campo comun, situado generalmente en una posicion fácil de defender, como en una lengua de tierra entre dos rios ó en un círculo de colinas.

Colócanse en línea á una de las extremidades del campo, y comienzan á remover la tierra con su laya, marchando hácia atrás.

Mientras que remueven así la labor antigna sin formar surco, otras indias las siguen, sembrando el espacio preparado por sus compañeras. Echanse mezcladas en el barbecho las habas y el maiz; y cuando este ha crecido, sus cañas sirven de tutores ó sustentáculo á las legumbres trepadoras.

Entretanto, las doncellas se ocupan en formar capas de una tierra negra y lavada en las que distribuyen pipas de calabaza y girasol, y alrededor de estos lechos de tierra se encienden hogueras de madera verde, con el objeto de activar la germinacion por medio de la humareda.

Los saquems y los juglares presiden los trabajos, y los muchachos, vagando alrededor del campo comun, espantan á los pájaros con sus gritos.

FIESTAS.

La fiesta del trigo verde se celebra en el mes de junio: cógese cierta cantidad de maiz cuando está aun en leche, y de este grano, esquisito en este estado, se amasa el *tassomanony*, especie de torta que sirve de provision de guerra y de caza.

Las mazorcas de maiz puestas á hervir en agua de fuente, se sacan á medio cocer, y se someten á un fuego lento. Cuando han adquirido un color rojizo, se las desgrana en un *poutagan* ó mortero de madera. Se machaca el grano en él, humedeciéndole, y esta masa cortada en trozos y secada al sol, se conserva por un tiempo ilimitado. Cuando se quiere usar de ella basta meterla en agua, leche de nuez ó jugo de arce, y así remojada ofrece un alimento sano y agradable.

La fiesta principal de los Natchez era la del fuego nuevo, especie de jubileo en honor del sol, en la época de la gran cosecha: el sol era la divinidad principal de todos los pueblos vecinos al imperio mejicano.

Un especie de pregonero público recorria las aldeas, anunciando la ceremonia al son de una gran concha, y diciendo estas palabras: «Que cada familia prepare »vasos nuevos y vestidos sin estrenar; que se laven las »cabañas; que los granos, trajes y utensilios viejos »sean desechados y quemados en una hoguera comun, »en medio de cada aldea; que los malhechores vuelvan »á sus hogares pues los saquems olvidan sus crímenes.»

Esta amnistia de los hombres, concedida á los hombres en el momento en que la tierra les prodiga sus tesoros; aquella llamada general de los felices y de los infortunados, de los inocentes y de los culpables al gran banquete de la naturaleza, eran un resto tierno de la sencillez primitiva de la raza humana.

Al segundo dia volvia á aparecer el pregonero: prescribia un ayuno de sesenta y dos horas acompañado de una abstinencia rigorosa de todo placer, y ordenaba al mismo tiempo la *medicina de las purificaciones*. Todos los natchez tomaban inmediatamente algunas gotas de una raiz que llamaban la *raiz de sangre*, raiz perteneciente á una especie de *plantin* y que destila un licor rojo que tiene las cualidades de un violento emético. Durante los tres dias de abstinencia y de oracion, se guardaba un profundo silencio poniéndose un especial cuidado en separarse de las cosas terrestres para ocuparse únicamente de AQUEL que madura el fruto en el árbol y el trigo en la espiga.

(1) *Atala*.

Al final del dia tercero, el pregonero proclamaba la apertura de la fiesta, que fijaba para el siguiente.

Iluminado apenas el cielo con la blanca luz de la aurora, se veia avanzar por los caminos brillantes de rocío á los jóvenes, matronas y saquems. El templo del Sol, gran cabaña alumbrada solo por la luz que penetraba por sus dos puertas, una por la parte de Occidente y otra por la del de Oriente, era el sitio de la cita: abierta la puerta oriental, el pavimento y las paredes interiores del templo aparecian cubiertas de esteras finas, pintadas y ornadas con diferentes geroglíficos. Varios cestos colocados con órden en el santuario, encerraban las osamentas de los antiguos gefes de la nacion, como las tumbas en nuestras iglesias góticas.

Sobre un ara colocada al frente de la puerta oriental para que recibiera los primeros rayos del sol saliente, se elevaba un ídolo que representaba un chuchuacha. Este animal, del tamaño de un lechoncillo, tiene el pelo de tejon, la cola de rata y las patas de mono: la hembra tiene en el vientre una bolsa donde alimenta á sus hijuelos. A la derecha de la imágen del chuchuacha se veia la figura de una serpiente de cascabel, y á la izquierda, un muñeco groseramente esculpido. Ante estos símbolos ardia en un vaso de piedra un fuego de corteza de encina, que por ningun concepto debia extinguirse, exceptuando la víspera de la fiesta del fuego nuevo ó la de la cosecha; las primicias de los frutos estaban suspendidas alrededor del ara, y los asistentes colocados en el templo por el órden siguiente:

El Gran-Gefe ó el *Sol* á la derecha del ara; á la izquierda la Mujer-Gefe única mujer que tenia derecho á penetrar en el santuario; al lado del *Sol* se situaban sucesivamente los dos Gefes guerreros, los dos oficiales para los tratados, y los principales saquems; al lado de la Mujer-Gefe se sentaban el edil ó inspector de los trabajos públicos, los cuatro heraldos de los festines, y en seguida los jóvenes guerreros. En tierra, delante del ara, algunos trozos de cañas secas echadas oblicuamente unas encima de otras hasta la altura de diez y ocho pulgadas, trazaban círculos concéntricos cuyas diferentes circunferencias abrazaban, apartándose del centro, un diámetro de doce á trece piés.

El gran sacerdote, en pié en el umbral del templo, tenia la vista fija en el Oriente, y antes de presidir á la fiesta se habia bañado tres veces en el Misisipí. Una túnica blanca de corteza de abedul le cubria, ciñéndosela por los riñones con una piel de serpiente. El antiguo buho lleno de paja, que acostumbraba á llevar en la cabeza, habia sido reemplazado por el pellejo de un ave jóven de la misma especie. Este sacerdote frotaba con lentitud, uno contra otro, dos pedazos de madera seca, pronunciando en voz baja palabras mágicas. A su lado, dos acólitos levantaban por las asas dos copas llenas de una especie de sorbete negro. Todas las mujeres, con la espalda vuelta al Oriente, y apoyando una mano sobre su laya y llevando de la otra á sus hijos, describian, en la parte exterior, un círculo á la puerta del templo.

Esta ceremonia tenia cierto carácter augusto; porque la grandeza del verdadero Dios se deja sentir hasta en las supersticiones de las falsas religiones; el hombre que ora es respetable; la súplica que se dirige á la Divinidad es tan santa por su naturaleza, que imprime un carácter sagrado al que la pronuncia, ya sea inocente, culpable, ó desgraciado. Era por cierto un espectáculo tierno el que ofrecia una nacion reunida en un desierto en la época de la cosecha para dar gracias al Todopoderoso por sus beneficios, para cantar al Creador que perpetúa el recuerdo de la Creacion, mandando al sol se eleve todas las mañanas sobre el mundo.

Un profundo silencio reinaba en la multitud. El gran sacerdote observaba atentamente las variaciones que presentaba el cielo. Cuando los colores de la aurora, trocados de rosa en púrpura, comenzaban á ser atravesados por los rayos de un fuego puro y se hacian cada vez mas vivos, el sacerdote aceleraba la colision de los dos trozos de madera seca. Una mecha azufrada, formada de médula de caña estaba preparada para recibir la chispa. Los dos maestros de ceremonias se adelantaban con paso mesurado, el uno hácia el Gran-Gefe y el otro hácia la Mujer-Gefe. De cuando en cuando se inclinaban, y por último se detenian ante el Gran-Gefe y la Mujer-Gefe, y permanecian completamente inmóviles.

Vivos torrentes de llamas se escapaban del Oriente, y la parte superior del disco del sol se mostraba en el horizonte. En aquel mismo instante el gran sacerdote oprime el oah sagrado; el fuego surge de la madera calentada por el frotamiento, la mecha azufrada se enciende, las mujeres que se hallan en la parte exterior del templo se vuelven súbitamente y levantan todas á la vez hácia el astro del dia, sus recien-nacidos y sus layas.

Los dos gefes de la nacion beben el sorbete negro que les presentan los maestros de ceremonias, el juglar comunica el fuego á los círculos de cañas, y la llama serpentea siguiendo su espiral. Muchas cortezas de encina arden en el ara, y aquel fuego nuevo da pábulo á los fuegos apagados de la aldea. El Gran-Gefe entona el himno al sol.

Consumidos los círculos de cañas y terminado el himno, la Mujer-Gefe sale del templo, y poniéndose á la cabeza de las mujeres, colocadas en fila se trasladan al campo comun de la cosecha. No siendo permitido á los hombres seguirlas, son las primeras que cogen las gavillas de maiz para ofrecerlas en el templo, y amasan con lo sobrante los panes ázimos del banquete nocturno.

Llegadas á los campos, arrancan en el cuadrado correspondiente á su familia cierto número de las gavillas mas hermosas de maiz, soberbia planta cuyas cañas de siete piés de altura, rodeadas de hojas verdes y coronada de un rollo de granos dorados, se parecen á aquellos tallos rodeados de cintas que consagran á las iglesias de aldea nuestros campesinos. Millares de zarzales azules, de pequeñas palomas del grueso de un mirlo, de pájaros de los arrozales, cuyo plumaje gris tiene matices oscuros, se posan sobre el tallo de las gavillas y levantan el vuelo al aproximarse las segadoras americanas, enteramente ocultas en las espesuras de los grandes espinos. Los zorros negros hacen algunas veces estragos considerables en estos campos.

Las mujeres vuelven al templo llevando sobre la cabeza las primicias encerradas en fardos, y el gran sacerdote, recibiendo la ofrenda, la deposita en el ara. Se cierra la puerta oriental del santuario, y se abre la occidental.

Reunida la multitud á esta puerta cuando el dia va á cerrar, designaba una media luna cuyas extremidades estaban vueltas hácia el sol, y los asistentes, con el brazo derecho levantado presentaban los panes ázimos al astro de la luz. El juglar cantaba el himno de la tarde, que era un elogio del sol poniente: sus rayos nacientes habian hecho crecer el maiz, y sus rayos moribundos habian santificado las tortas formadas del grano de la gavilla cosechada.

Al llegar la noche se encendian fuegos, se asaban oseznos que cebados con raices silvestres, ofrecian en aquella época del año un manjar excelente. Se ponian á tostar sobre los carbones, pavos de las sábanas, perdices negras y una especie de faisanes mas gordos que los de Europa. Estas aves así preparadas se llamaban *el alimento de los hombres blancos*. Las bebidas y frutos servidos en esta comida eran el agua de arce, de zarzaparrilla, de plane, de nogal blanco, las manzanas de mayo, los *plankmines*, y las nueces. Los llanos resplandecian con la llama de las hogueras, y

por todas partes se oia el sonido del chichikué, del tamboril y del pito, mezclados con las voces de los bailarines y los aplausos de la muchedumbre.

Si en estas fiestas, algun infortunado, extraño á aquella alegría, pasease sus miradas por los juegos del llano, un saquem iria á buscarle y se informaria de la causa de su tristeza: él curaria sus males si eran remediables, ó se los aliviaria al menos si no podian tener término.

La cosecha de mayo se hace arrancando las gavillas ó cortándolas á dos piés de altura del tallo. El grano se conserva en odres ó en fosos guarnecidos de cañas. Guárdanse tambien gavillas enteras desgranándolas á medida que se van necesitando. Para reducir el maiz á harina se le machaca en un mortero ó se le estruja entre dos piedras. Los salvajes usan tambien de molinos de mano comprados á los europeos.

La cosecha de la avena-loca ó del arroz silvestre sigue inmediatamente á la del maiz, y ya he hablado de ella en otra parte (1).

RECOLECCION DEL AZUCAR DE ARCE.

La recoleccion del suco del arce se hacia y se hace aun hoy entre los salvajes, dos veces al año. La primera recoleccion tiene lugar hácia el fin de febrero, de marzo ó de abril, segun la latitud del país donde crece el arce azucarero. El agua recogida despues de las ligeras heladas de la noche, se convierte en azúcar haciéndola hervir á fuego vivo. La cantidad de azúcar obtenida por este procedimiento varia segun las calidades del árbol. Esta azúcar, fácil de digerir, tiene un color verduzco y es de un gusto agradable, aunque un poco ácido.

La segunda recoleccion se verifica cuando la savia del árbol no tiene bastante consistencia para cambiarse en suco. Esta savia se condensa en una especie de melaza, que, disuelta en el agua de fuente, ofrece un licor fresco durante los calores del estío.

Cultívase con gran cuidado la madera del arce de la especie roja y blanca, y son los mas productivos aquellos cuya corteza parece negra y como sarnosa. Los salvajes han creido observar que estos accidentes son ocasionados por el pico-verde de cabeza roja, que horada el arce, cuya savia es mas abundante, y la respetan como un ave inteligente y un genio bueno.

A cuatro piés de tierra próximamente, se abren dos agujeros de tres cuartos de pulgada de profundidad, en el tronco del arce, que se perforan de alto á bajo para facilitar la salida de la savia.

Estas dos incisiones primitivas están hechas por la parte que mira al Sur, y corresponden paralelamente á otras dos semejantes practicadas en la parte Norte, ahondándose despues estas cuatro cortaduras á medida que el árbol va dando su savia hasta dos pulgadas y media de profundidad.

Dos artesas de madera, colocadas en las dos faces del árbol, que están horadadas, reciben la savia que se dirige á ellas por dos tubos de caña introducidos en las cortaduras.

Cada veinte y cuatro horas se extrae el suco destilado, y conducido á unos tinglados cubiertos de cortezas de árboles, se le hace hervir en una vasija de piedra hasta que espuma. Cuando se ha reducido á la mitad por la accion del fuego, se le trasiega á otra vasija donde continua hirviendo hasta que toma el punto de jarabe. En este estado se le saca del fuego y se le deja reposar por espacio de doce horas, pasadas las cuales se le decanta en una tercera vasija, cuidando no se remueva el sedimento que haya producido la clarificacion.

Este tercer recipiente se somete á su vez á la accion de un fuego lento, cuidando de echar un poco de grasa al jarabe para impedirle rebase los bordes. En el momento en que se nota que empieza á tomar punto, se pasa con presteza á un cuarto y último recipiente llamado *refrigerante;* entonces una mujer vigorosa menea el líquido sin parar con un trozo de palo de cedro, hasta que tome el grano del azúcar. Ya en esta consistencia, se le pasa á unos moldes de corteza que dan al fluido coagulado la forma de pequeños panes cónicos, terminando con esto la operacion.

Cuando solo se trata de hacer melazas, el procedimiento concluye con el segundo fuego.

La extraccion de la savia del arce dura quince dias, y todos ellos, puede decirse, son una fiesta continua. Todas las mañanas van los salvajes al bosque de arces, generalmente regado por una corriente y animado con los bulliciosos grupos de indios é indias dispersos á los piés de los árboles: los jóvenes danzan y se entretienen en diferentes juegos, mientras los niños se bañan en los arroyuelos, vigilados por los saquems. Por la alegría de aquellos salvajes, su semi-desnudez, la vivacidad de sus bailes, las luchas no menos bulliciosas de los bañistas, la movilidad y frescura de las aguas y la vejez de las enramadas, se creería asistir á una de aquellas escenas de los Faunos y Dríadas descritas por los poetas:

> Tum vero in numerum Faunosque ferasque videres
> Ludere.

PESCA.

Los salvajes son tan hábiles en la pesca, como diestros en la caza: apresan al pez con el anzuelo y la red y agotan los viveres. Pero además, tienen pescas públicas, y la mas célebre de todas es la del esturion en el Misisipí y sus afluentes.

Esta fiesta empezaba por el matrimonio de la red. Seis guerreros acompañados de seis matronas, llevaban esta, y adelantando por en medio de los espectadores, agrupados en la plaza pública, pedian en matrimonio para sus hijos, esto es, la red, dos doncellas que designaban.

Los parientes de las jóvenes daban su consentimiento, y estas y la red, eran casadas por el juglar con las ceremonias acostumbradas: así tambien el dux de Venecia se desposaba con el mar.

Las danzas alegóricas seguian inmediatamente al matrimonio; y despues de las bodas de la red el concurso pasaba al rio, en cuya márgen estaban reunidas las canoas y piraguas. Las desposadas, envueltas en la red, marchaban á la cabeza del cortejo, pasando á ocupar los barcos despues de haberse provisto de hachones de pino y piedras para encender lumbre. La red, sus mujeres, el juglar, el Gran-Gefe, cuatro saquems y ocho guerreros para manejar los remos, se embarcaban en una gran piragua que precedia la flota.

Esta marchaba á alguna bahía frecuentada por el esturion, y durante la travesía se pescaban los demás peces que se ofrecian al paso, como la trucha y el pez armado, aquella con la red, y este con el anzuelo. Al esturion se le hiere con un dardo atado á una cuerda anudada en lo interior de la canoa. El pez herido, huye arrastrando tras sí la canoa; pero debilitándose poco á poco su huida, acaba por espirar en la superficie del agua. Las diferentes actitudes de los pescadores, el juego de los remos, el movimiento de las velas, la posicion de las piraguas agrupadas ó dispersas mostrando ora un costado, ora la popa ó la proa, todo contribuye á ofrecer un espectáculo sumamente pintoresco, formando los paisajes terrestres el fondo inmóvil de aquel movible cuadro.

A la entrada de la noche, se encendian hachones

(1) *Natchez.*

en las piraguas, y su resplandor se reproducia en la superficie del agua. Las canoas apiñadas proyectaban á su vez masas de sombras sobre las olas enrojecidas; y se hubiera podido tomar á los pescadores indios que se agitaban en aquellas embarcaciones, por sus manitús, seres fantásticos, creacion de la supersticion y de las visiones del salvaje.

El juglar daba la señal de retirada á la media noche, diciendo que la red queria retirarse con sus dos esposas. Ordenadas las piraguas en dos filas, y colocado simétrica y horizontalmente un hachon entre remero y remero á los costados de las piraguas, las líneas que formaban, paralelas á la superficie del rio, aparecian y desaparecian á la vista por el balance de las ondas, y se asemejaban á remos inflamados que se sumergian en ellas para hacer vogar las canoas.

En tan solemne momento se cantaba el epitalamio de la red, la que con toda la gloria de un esposo era declarada vencedora del esturion, que ostenta una corona y tiene doce piés de largo. Se pintaba la derrota del ejército entero de los pescados; el *lancornet*, cuyas barbas le sirven para envolver á su enemigo; el *chaousaron* provisto de una lanza dentellada, cóncava y agujereada por la punta: el *artimegue*, que despliega un pabellon blanco; los cangrejos que preceden á los peces guerreros para trazarles el camino: todos son vencidos por la red.

Al canto de estos triunfos seguian estrofas que pintaban el dolor de las viudas de los peces: «En vano »estas viudas aprenden á nadar, pues ya nunca ve»rán consigo á aquellos con quienes se complacian »en vagar por las selvas sub-marinas; no reposarán »ya con ellos en los lechos de musgo, que cubria una »bóveda transparente.» La red, despues de tantas proezas, es invitada por último, á dormir en los brazos de sus dos esposas.

DANZAS.

El baile entre los salvajes, como entre los antiguos griegos y la mayor parte de los pueblos en su infancia, se une á todas las acciones de la vida. Se baila en las bodas, y las mujeres forman parte de aquella danza; se baila para recibir un huésped, para fumar un calumet; se baila en las recolecciones; se baila en el nacimiento de un hijo, y se baila, sobre todo, en las defunciones. Cada caza tiene su baile especial, y consiste en la imitacion de los movimientos, de los hábitos y de los gritos del animal cuya persecucion está decidida: se trepa como el oso, se construye como el castor, se galopa en círculo como el bisonte, se brinca como la cabra, se ahulla como el lobo, y se ladra como el zorro.

En la danza de los valientes ó de la guerra, los guerreros, completamente armados, se colocan en dos filas; un niño marcha entre ellos con el chichikué en la mano: es el *niño de los sueños*, el niño que ha soñado, inspirado por los buenos ó malos manitús. Detrás de los guerreros va el juglar, profeta ó augur intérprete de los sueños del niño.

Los bailarines forman luego un doble círculo, mugiendo sordamente, mientras el niño, inmóvil en el centro de él, pronuncia con los ojos bajos, algunas palabras ininteligibles. Cuando el niño levanta la cabeza, los guerreros saltan y mugen con mas fuerza, invocando á Ataensía, manitú de la ira y la venganza. Un especie de corifeo marca el compás dando golpes en un tamboril, y los bailarines se acompañan con campanillas compradas á los europeos y sujetas á los piés.

Si se está en el caso de partir para alguna expedicion, un gefe militar ocupa el lugar del niño, y despues de arengar á los guerreros, da un golpe con su maza á una figura de hombre ó manitú enemigo, dibujados groseramente en la tierra. Los guerreros, volviendo á empezar el baile, acometen con igual furor la figura hollada por su gefe, é imitando las actitudes del combate, blanden sus mazas ó sus hachas, maniobran con sus mosquetes ó sus arcos, y agitan sus cuchillos convulsivamente, prorumpiendo en feroces ahullidos.

A la vuelta de la expedicion, la danza guerrera es aun mas espantosa; cabezas, corazones, miembros mutilados, y cráneos con cabelleras ensangrentadas, se ven suspendidas en picas ó clavadas en tierra, siendo presenciada la danza pavorosa que ejecutan al rededor de aquellos trofeos, por los infelices prisioneros sentenciados á la hoguera, que miran aterrorizados aquella escena de horrible alegría. Ya tendré ocasion de hablar de algunas otras danzas de esta naturaleza, en el artículo de la guerra.

JUEGOS.

El juego es una accion comun al hombre, y este sentimiento universal, emana de tres fuentes: la naturaleza, la sociedad y las pasiones. De aquí resulta naturalmente que haya tres clases de juegos: los de la infancia, los de la virilidad, y los de la ociosidad ó las pasiones.

Los juegos de la infancia, inventados por los niños mismos, se observan en todo el ámbito de la tierra. Yo he visto al muchacho salvaje, beduino, negro, francés, inglés, aleman, italiano, español, griego oprimido, y turco opresor, lanzar la pelota y hacer rodar el arco. ¿Quién ha enseñado á estos niños, tan diferentes por sus lenguas, tan distintos por sus razas, sus costumbres y su país, quien, repito, les ha enseñado unos mismos juegos? El maestro de los hombres, el Padre de la grande y única familia: él enseña á la inocencia sus entretenimientos, que son á la vez el desarrollo de las fuerzas físicas y una necesidad de la naturaleza.

La segunda clase de juegos es la que, sirviendo para aprender un arte, es al mismo tiempo una necesidad de la sociedad, y en ella se colocan los juegos gimnásticos, las carreras de carros, la naumaquia entre los antiguos, las justas, los castillos, los pasos de armas, los torneos de la edad media, la pelota, la esgrima, las carreras de caballos y los juegos de destreza entre los modernos. El teatro con sus pompas, forma una diversion á parte, y el genio le reclama como uno de sus pasatiempos, hallándose en el mismo caso los juegos de combinacion en donde obra el talento, como el juego de las damas y el ajedrez.

La tercera clase de juegos son los de azar, aquellos donde el hombre expone su fortuna, su honor y algunas veces su libertad y su vida, con un frenesí que raya en el delirio; estos juegos son una necesidad de las pasiones. Los dados entre los antiguos, los naipes entre los modernos, y los huesecillos entre los salvajes de la América Septentrional, pueden entrar con razon en el número de esos pasatiempos funestos.

Estas tres clases de juegos de que acabo de hablar se hallan entre los indios.

Los juegos de sus hijos son los de los nuestros: ellos tienen el globo y la pelota (1), la carrera, el tiro de arco para la juventud, y ademas el *juego de las plumas*, que recuerda uno muy antiguo de la caballería.

Los guerreros y las jóvenes bailan alrededor de cuatro postes sobre los cuales hay colocadas plumas de diferentes colores: de cuando en cuando sale de la cuadrilla un jóven, y coge una pluma del color que lleva la señora de sus pensamientos; enlaza aquella

(1) Véase los *Natchez*.

pluma á sus cabellos y entra en la comparsa de baile. Por la disposicion de la pluma y la forma de los pasos adivina el indio el lugar que su amante le indica para verse, y cuando un guerrero toma plumas de un color con que no se adorna ninguna de las bailarinas, es señal de que, ó no ama ó no es correspondido. Las mujeres casadas solo son admitidas á este juego como simples espectadoras.

Entre los juegos de tercera especie ó sean los de la ociosidad y las pasiones, solo citaré el de los huesecillos.

En este juego los salvajes pierden sus mujeres, sus hijos y su libertad, y cuando se ha jugado sobre la palabra y se ha perdido, es obligatorio cumplirla. ¡Cosa extraña! el hombre que con frecuencia falta á los juramentos mas sagrados, que se burla de las leyes, que engaña sin escrúpulo á su vecino, y algunas veces á su amigo, y que se vanagloria de la astucia y la duplicidad, cifra su honor en cumplir los compromisos de sus pasiones, en prestar su palabra al crímen y ser sincero con los autores, muchas veces culpables, de su ruina, y los cómplices de su depravacion.

En el juego de los huesecillos, llamado tambien *del plato*, dos jugadores son los únicos que hacen la partida, pues los demás van en pro ó en contra. Ambos adversarios tienen cada uno su marcador, y la partida se juega sobre una mesa ó simplemente sobre el césped.

Los dos jugadores que hacen la partida tienen cada uno seis ú ocho dados ó huesecillos parecidos á los huesos de los albaricoques, cortados en seis faces desiguales: las mas largas están pintadas, una de blanco y otra de negro.

Los huesecillos se menean en un plato de madera un poco cóncavo; el jugador hace dar vueltas á este plato, y dando en la mesa ó el césped, se hacen saltar al aire.

Si al caer presentan todos el mismo color, el que ha jugado gana cinco puntos; si de seis ú ocho solo cinco son de un color, el jugador no gana mas que un punto por la primera vez; pero si el mismo jugador repite el mismo golpe, gana la partida, que es de cuarenta.

A medida que se pierden tantos, se aumenta en igual proporcion la parte del adversario.

El que gana continúa sosteniendo la partida, y el que pierde, cede el sitio á uno de los que han apuntado á su favor, y cuya eleccion es libre al marcador de su parte: los marcadores son los personajes principales de este juego, y por lo tanto, se les elige con mucha precaucion, prefiriendo á aquellos cuyo manitú se cree mas fuerte y hábil.

La designacion de los marcadores conduce muchas veces á violentos debates: si un partido ha nombrado á un marcador cuyo manitú, es decir la fortuna, pasa por formidable, el partido opuesto rechaza el nombramiento: tiénese algunas veces una alta idea del poder del manitú de un hombre que se detesta, y en este caso el interés se sobrepone á la pasion, y se adopta á aquel hombre por marcador, á pesar del encono que se le profesa.

El marcador tiene en la mano una pequeña plancha en la que anota con yeso rojo los golpes que da su compañero, mientras los salvajes se apiñan en tropel alrededor de los jugadores; todas las miradas están fijas en el plato y los huesecillos, y todos ofrecen votos y hacen promesas á los buenos genios. Los valores empeñados en el golpe de los dados son muchas veces inmensos para los indios, pues unos ponen su cabaña, otros se despojan de sus vestidos y los juegan contra los de los casadores del partido opuesto; y otros en fin que han perdido todo lo que poseian, proponen contra una débil puesta su libertad, ofreciendo servir durante un número determinado de meses ó años, al que gane el golpe contra ellos.

Los jugadores se preparan á su ruina con actos religiosos, tales como el ayuno, la vigilia y la oracion; los mancebos se separan de sus amadas, y los casados de sus mujeres, siendo examinados con exquisito cuidado los sueños. Los interesados se proveen de unos taleguillos donde meten las cosas con que han soñado; pedazos de madera, hojas de árboles, dientes de pescados y otros cien manitús tenidos por de buen agüero. La ansiedad está pintada en los rostros durante la partida, y ciertamente no se mostraria mas conmovido el concurso si se tratase de la suerte de la nacion. Todos se agrupan en torno del marcador, y como si de él emanase una virtud superior, procuran tocarle y ponerse bajo su influencia; es una escena de verdadero frenesí, y cada golpe que se da va precedido de un profundo silencio, y seguido de una viva aclamacion. Los aplausos de los que ganan y las imprecaciones de los que pierden, recaen sobre los marcadores, y hombres ordinariamente castos y moderados en sus acciones, vomitan ultrajes de una grosería y atrocidad increibles.

Cuando el golpe que se va á dar es decisivo, frecuentemente se detiene por reclamacion de los interesados en uno y otro partido, que habiendo equilibrado el juego con sus puestas, declaran fatal tan crítico momento, y por lo tanto, digno de que se dilate la suerte comprometida en el salto de los huesecillos. Un jugador, apostrofando á los dados, les atribuye su desgracia y los amenaza con el fuego, mientras otro declara que se opone á la decision del negocio en tanto no se le permita echar un pedazo de nicociana en el rio; otros muchos piden á voces el salto de los huesecillos; pero basta que haya una sola voz que se oponga á ello, para que el golpe se detenga por derecho. Cuando se cree llegado por fin el instante decisivo, se oye de improviso una voz que exclama: «¡Deteneos! ¡deteneos! ¡los muebles de mi cabaña son los que me hacen desgraciado!» Y corriendo á su vivienda rompe los trastos y los arroja á la puerta, despues de hecho lo cual vuelve diciendo: «¡Jugad! ¡jugad!»

Otras veces uno de los que casan, se figura que tal ó cual hombre de los que presencian el juego le hace desgraciado, y en este caso, el interpelado debe alejarse de aquel sitio, si no está interesado en el juego, ó buscarse otro hombre cuyo manitú, á juicio del que casa, pueda vencer al del hombre que lleva consigo la desgracia. Algunas veces ha sucedido tenerse que retirar del juego los comandantes franceses del Canadá que presenciaban aquellas escenas deplorables, para satisfacer los caprichos de un indio, pues si se tratase, aunque no fuese mas que de contrariar ligeramente sus aprensiones, la nacion entera haria causa comun con el jugador, y mezclándose la religion en el asunto, correria la sangre.

Últimamente, cuando se tira el golpe decisivo, pocos indios tienen valor para presenciarlo, y la mayor parte se precipitan á tierra, cierran los ojos y se tapan los oidos, esperando el decreto de la fortuna como una sentencia de vida ó muerte.

AÑO, DIVISION Y CÓMPUTO DEL TIEMPO,

CALENDARIO NATURAL.

AÑO.

Los salvajes dividen el año en doce lunas, division que alcanza á todos los hombres, porque apareciendo y desapareciendo la luna doce veces, divide visiblemente el año en doce partes, mientras que el año solar, que es el verdadero, no está indicado por variaciones en el disco del sol.

DIVISION DEL TIEMPO.

Estas doce lunas toman sus nombres de las labores, bienes y males de los salvajes, y de los dones y accidentes de la naturaleza; y de aquí que varien los nombres segun el pais y los usos de los diversos pueblos. Charlevoix cita un gran número de ellos; pero un viajero moderno (1) designa así los meses de los sioux y de los cipawais.

MESES DE LOS SIOUX.		LENGUA SIUESA.
Marzo,	la luna del mal de ojos.	Wisthociasia-oni.
Abril,	la luna de la caza.	Mograhoandi-oni.
Mayo,	la luna de los nidos.	Mograhochanda-oni.
Junio,	la luna de las fresas.	Wojusliciascia-oni.
Julio,	la luna de las cerezas.	Champascia-oni.
Agosto,	la luna de los búfalos.	Tantankakiocu-oni.
Setiembre,	la luna de la avena-loca	Wasipi-oni.
Octubre,	la luna del fin de la avena-loca.	Sciwostapi-oni.
Noviembre,	la luna de la cabra.	Takiouka-oni.
Diciembre,	la luna en que la cabra echa sus cuernos	Ah esclakiouska-oni.
Enero,	la luna del valor..	Ouwikari-oni.
Febrero,	la luna del gato montés..	Owiciata-oni.

MESES DE LOS CIPAWAIS.		LENGUA ALGONQUINA.
Junio,	la luna de las fresas.	Hode l min-quisis.
Julio,	la luna de los frutos quemados.	Mikin-quisis.
Agosto,	la luna de las hojas amarillas . .	Walhebaqui-quisis.
Setiembre,	la luna de la caida de las hojas. .	Inaqui-quisis.
Octubre,	la luna de la caza pasajera. . . .	Bina-hamo-quisis.
Noviembre,	la luna de la nieve.	Kaskadino-quisis.
Diciembre,	la luna del Pequeño-Espíritu. . .	Manito-quisis.
Enero,	la luna del Gran-Espíritu.. . . .	Kitci-manito-quisis.
Febrero,	la luna de la llegada de las águilas.	Wamebinni-quisis.
Marzo,	la luna de la nieve endurecida.	Oua banni-quisis.
Abril,	la luna del calzado de la raqueta.	Pokaodaquimi-quisis.
Mayo,	la luna de las flores.	Wabigon-quisis.

Los años se cuentan por nieves ó por flores, y tanto el anciano como la jóven tienen en el número de sus años el símbolo de sus edades.

CALENDARIO NATURAL.

Los indios solo conocen en astronomia la estrella polar, á la que llaman *estrella inmóvil*, y les sirve para guiarse durante la noche. Los osagos han observado y dado nombre á algunas constelaciones. De dia no tienen los salvajes necesidad de brújula, pues en las sábanas la punta de la yerba se inclina al Sur, y en los bosques, el musgo que se pega al tronco de los árboles por la parte Norte, les indican el Septentrion y el Mediodia. Para los viajes nocturnos tienen diseñadas cartas geográficas en las cortezas de los árboles con la designacion de las distancias.

Los diversos límites de su territorio son rios, montañas, una roca donde se ha concluido un tratado, una tumba á la orilla de una selva, ó una gruta del Gran-Espiritu en un valle.

Las aves, los cuadrúpedos y los peces, sirven de barómetro, de termómetro y de calendario á los salvajes, y dicen que el castor les enseña á edificar y gobernarse, el carcajú á cazar con los perros como él lo ejecuta con los lobos, y el gavilan de agua á pescar con un aceite que atrae al pez.

Los pichones, cuyas bandadas son innumerables, y las becadas americanas de pico de marfil, anuncian el otoño á los indios, al paso que los papagayos y pico-verdes predicen la lluvia con silbidos temblorosos.

Cuando el *maukawis*, especie de codorniz, canta sin cesar desde la madrugada hasta la puesta del sol en el mes de abril, el siminol considera pasados los frios, y las mujeres siembran las semillas propias del estío; pero cuando se sitúa en una cabaña por la noche, el que la ocupa se prapara á morir.

Si el pájaro blanco juguetea en la region superior del aire, anuncia infaliblemente una tormenta; pero si llegada la tarde revolotea delante del viajero batiendo un ala con otra, como asustado, predice algun peligro.

En los grandes acontecimientos pátrios, los juglares afirman que Kitchi-Manitú se remonta mas allá de las nubes en alas de su ave favorita, el *walkon*, especie de ave del paraiso de alas oscuras, y cuya cola está adornada de cuatro largas plumas verdes y rojas.

Las cosechas, los juegos, las cacerías, las danzas, las reuniones de los saquems, las ceremonias del matrimonio, del nacimiento y de la muerte, todo se ordena por observaciones sacadas de la historia natural, y fácil será comprender cuánta gracia y poesía prestarán al lenguaje de aquellos pueblos, usos tan sencillos. Nuestras gentes van á divertirse á la Grenouillère, trepan por la cucaña, siegan á la mitad del mes de agosto, plantan cebollas por Saint-Fiacre y se casan por San Nicolás.

MEDICINA.

La ciencia médica es una especie de iniciacion entre los salvajes, y se llama la *gran medicina:* afiliánse en ella como en una fracmasonería, pues tiene sus secretos, sus dogmas y sus ritos.

Si los indios pudiesen desterrar del tratamiento de las enfermedades las costumbres supersticiosas y la charlatanería de los sacerdotes, conocerian todo lo que constituye la esencia del arte de curar, pudiéndose casi afirmar ha adelantado tanto, como en los pueblos civilizados.

Conocen una multitud de simples á propósito para cerrar las heridas, y usan oportunamente del *garentoguen*, que llaman *abasout-chenza*, á causa de su forma y es el *ginseng* de los chinos ó panax. Con la segunda corteza del sasafrás, cortan las fiebres intermitentes, y las raices del *lychnis* de hojas de yedra, les sirven para curar las inflamaciones de vientre; emplean tambien el *bellis* del Canadá, que se eleva á seis piés de altura, y produce unas hojas carnosas y estriadas, para combatir la gangrena, limpiando completamente las úlceras, ya se la reduzca á polvo, ya se aplique cruda y triturada.

El pipirigallo trifolio, de flores rojas, dispuestas en forma de espiga, tiene la misma virtud que el bellis.

Segun los indios, la forma de las plantas tiene analogías y semejanzas con las diferentes formas del cuerpo humano que están destinadas á curar, ó con los animales maléficos, cuyo veneno neutralizan. Estas observaciones no deberian despreciarse, pues los pueblos sencillos que aprecian mas que nosotros las indicaciones de la naturaleza, están menos sujetos á errores que nosotros.

Uno de los grandes medios empleados por los salvajes en muchas enfermedades, son los baños de vapor. Construyen con este objeto una *cabaña* que llaman *de los sudores*, y está formada con ramas de árboles plantadas en círculo y unidas por la copa, formando un cono; por la parte exterior se las cubre con pieles de animales, dejando solo una pequeña abertura junto al suelo, por la cual se entra apoyado sobre las rodillas y las manos. En medio de aquella estufa hay un recipiente lleno de agua, que se hace hervir echando guijarros enrojecidos al fuego; el vapor que se eleva de aquel baño es abrasador, y en pocos minutos el enfermo se cubre de sudor.

(1) Beltrami.

La cirugía no está ni con mucho, tan adelantada como la medicina; pero esto no obstante han logrado suplir nuestros instrumentos con invenciones ingeniosas. Entienden muy bien el mecanismo de los vendages, aplicados á las fracturas simples, y tienen huesos tan puntiagudos como lancetas para sangrar y escarificar los miembros reumatizados. Para sacar la cantidad de sangre prescrita, la chupan con un cuerno, y en lugar de ventosas usan de unas calabazas llenas de materias combustibles, á las que ponen fuego cuando hay necesidad de aplicarlas. Abren moxas con nervios de cabra, y en vez de sifones usan de las vejigas de ciertos animales.

Los principios de la caja fumigatoria, empleada por algun tiempo en Europa, en el tratamiento de los ahogados, son conocidos de los indios, y se sirven al efecto de una ancha tripa cerrada en una de las extremidades, y abierta en la otra por un pequeño tubo de madera: esta tripa se infla con humo y este se hace penetrar en los intestinos del ahogado.

Todas las familias tienen lo que se llama *saco de medicina*, y consiste en un saco lleno de manitús y de diferentes simples de gran poder, que se transporta tambien á la guerra; en los campamentos es un *palladium*, y en las cabañas, sus dioses Lares.

Las mujeres, como hemos dicho, se retiran durante el parto á la cabaña de las purificaciones, donde son asistidas por matronas, que en los partos ordinarios tienen los conocimientos necesarios, pero en los difíciles carecen de instrumentos. Cuando la criatura se presenta mal, y no la pueden volver, sofocan á la madre la que debatiéndose con la muerte, arroja el fruto de sus entrañas por el esfuerzo de la última convulsion. Advertida siempre la madre antes de recurrir á este medio, nunca vacila en sacrificarse: algunas veces la sofocacion no es completa, y en este caso se salvan á la vez el hijo y la heróica madre.

La práctica mas comun en estos casos desesperados es causar á la paciente un gran susto, y para esto, se acercan en silencio á la cabaña de las purificaciones, algunos de jóvenes y de repente dan un grito de guerra. Estos clamores suelen producir buen efecto; pero tambien se estrellan frecuentemente contra la serenidad de las mujeres animosas, de las que hay muchas entre las indias.

Cuando un salvaje cae enfermo, todos sus parientes van á su choza, pero tienen especial cuidado en no pronunciar nunca la palabra *muerte* estando presente algun amigo del enfermo, pues el ultraje mas sangriento que podria hacerse á un hombre, seria decirle: «Tu padre ha muerto.»

Hemos visto la parte seria de la medicina de los salvajes, y vamos á ver ahora la parte grotesca, la que hubiera pintado un Moliere indio, si lo que dice relacion con las enfermedades morales y físicas de nuestra naturaleza, no encerrara alguna tristeza.

Si el enfermo experimenta desmayos, en los intérvalos en que se le puede suponer muerto, los parientes, sentados en torno de la estera del moribundo, segun su grado de parentesco, prorumpen en tan descomunales ahullidos, que se oirian á media legua de distancia. Cuando el enfermo recobra el uso de sus sentidos, los ahullidos cesan para volver á empezar á la primera crisis.

Entretanto llega el juglar, y el enfermo le pregunta si recobrará la vida, á lo que aquel le responde que solo él puede darle la salud. Entonces el enfermo, que se creia próximo á espirar, arenga á sus parientes, los consuela y los excita á desterrar la tristeza y á comer bien.

Cúbrese al paciente de yerbas, de raices y de pedazos de cortezas. Sóplasele con un tubo de pipa en las partes de su cuerpo donde se cree reside el mal, hablándole el juglar en la boca para conjurar, si es tiempo aun, al espíritu infernal.

El enfermo mismo dispone el banquete fúnebre, puesto que deben consumirse todos los víveres que queden en la cabaña, y las ceremonias empiezan degollando los perros, para que vayan á advertir al Gran Espíritu de la próxima llegada de su amo. A pesar de estas puerilidades, hay alguna grandeza de alma en la sencillez con que el salvaje cumple el último acto de su vida.

Cuando el enfermo no tiene remedio, el juglar pone su ciencia al abrigo de los acontecimientos, y hace admirar su arte si el enfermo recobra la salud.

Así que el peligro ha pasado, no dice una palabra, y comienza sus invocaciones.

Empieza pronunciando palabras que nadie comprende, y despues exclama: «Yo descubriré el maleficio; »yo obligaré á Kitchi-Manitú á huir de mi presencia.»

Dichas estas palabras, sale de la choza; los parientes le siguen, y corre á precipitarse en la *cabaña de los sudores* para recibir la inspiracion divina. Colocados al rededor de la estufa, y poseidos de un mudo terror, los parientes oyen al sacerdote que ahulla, canta y grita, acompañándose con un chichikué. De repente sale desnudo por el respiradero de la choza, cubiertos de espuma los labios y con los ojos torcidos; se abisma destilándole el sudor en un estanque helado, y despues se revuelca en la tierra, se hace el muerto y resucita, y volando á la cabaña manda á los parientes le vayan á esperar en la choza del enfermo.

A poco, se le ve venir con un carbon medio encendido en la boca, y una serpiente en la mano.

Despues de nuevas contorsiones al rededor del enfermo, deja caer el carbon y exclama: «Despiértate, »yo te prometo la vida; el Gran Espíritu me ha revelado »lo que te producia la muerte.» El poseido del espíritu divino se echa sobre su crédula víctima, y desgarrándola con los dientes arroja de su boca un huesecillo que llevaba oculto: «Hé aquí exclama, el maleficio que »he arrancado de tu carne.» Entonces el sacerdote pide una cabra y truchas para hacer con ellos un banquete, sin lo cual el enfermo no podria sanar; y para llenar este deber religioso, los parientes están obligados á ir inmediatamente á cazar y pescar los manjares propuestos para el sacrificio.

El médico devora la comida; pero esto no basta. El enfermo está amenazado de una recaida si dentro de una hora aquel no obtiene el manto de un gefe que reside á dos ó tres jornadas del lugar de la escena. El juglar sabe la imposibilidad de cumplir el mandato; pero como prescribe á la vez la regla y la dispensa, mediante cuatro ó cinco mantos profanos, proporcionados por los parientes, los releva de la adquisicion del manto sagrado reclamado por el cielo.

Las aprensiones del enfermo, que naturalmente vuelve á la vida, aumentan lo maravilloso de aquella cura: el enfermo se sale del lecho, se arrastra á gatas por detrás de los muebles de la cabaña, y si se le pregunta, nada responde, continuando solo en sus vueltas al rededor de la habitacion, acompañadas de gritos extraños. Agárrasele por fin y se le vuelve á colocar en su estera; creyéndosele presa de un nuevo acceso de su mal, permanece un instante tranquilo; pero de improviso se vuelve á levantar, y se sumerge en un estanque, de donde se le extrae solo á fuerza de trabajo: preséntasele una pocion, y dice con gravedad señalando á uno de sus parientes: «Dásele á ese danta.»

El médico procura penetrar la causa del nuevo delirio del enfermo, y este le responde seriamente: «Me »he dormido y he soñado que tenia un bisonte en el »estómago.» La familia parece consternada; pero de repente todos los circunstantes exclaman á voz en grito diciendo que están tambien poseidos de un animal, y el uno imita el grito del caribú, el otro el ladrido del perro, y un tercero por fin el ahullido del lobo; el enfermo procura remedar á su vez los mugidos de su bisonte, y aquello es un laberinto espantoso. Há-

cese traspirar al visionario mediante una infusion de salvia y ramas de abeto, y curada ya su imaginacion, por la complacencia de sus amigos, declara que el bisonte le ha salido ya del cuerpo. Estas locuras, mencionadas por Charlevoix, se renuevan diariamente entre los indios.

¿Cómo aquel hombre que se elevaba tan alto cuando se creia próximo á la muerte, se ofrece tan bajo cuando está seguro de vivir? ¿Cómo, sabios ancianos, jóvenes razonables y mujeres sensatas, se someten á los caprichos de una mente exaltada? Hé aquí los misterios del hombre, la doble prueba de su grandeza y su miseria.

LENGUAS INDIAS.

Cuatro lenguas principales parecen haberse destribuido la América Septentrional: la algonquina y el huron al Norte y al Este; la siouesa al Oeste, y la chicasesa al Mediodia; pero los dialectos difieren por decirlo así, en cada tribu. Los crecks actuales hablan el chicasés mezclado de algonquino.

El antiguo natchez era un dialecto mas dulce del chicasés.

El natchez, como el huron y el algonquin, no conocia mas que dos géneros: el masculino y el femenino desechando el neutro. Nada tiene de extraño esta clasificacion en pueblos que á todo conceden pensamiento, que creen escuchar voces en todos los murmullos, y atribuyen las pasiones de la ira y del amor á las plantas; de los deseos á las ondas; espíritu inmortal á los animales, y almas á las rocas. Los nombres carecen de declinacion en el natchez, y en el plural solamente toman la letra *k* ó el monosílabo *ki*, si terminan en consonante.

Los verbos se distinguian por la característica, la terminacion y el aumento: así los natchez dicen, *T-ija*, yo marcho; *ni Tijaban*, yo marchaba; *ni-ga Tija*, yo marcharé; *ni-ki Tija* yo marché ó he marchado.

Tenian tantos verbos como sustantivos expuestos á su accion; y así *comer* maiz era un verbo distinto del de *comer* cabra; *pasearse* en una selva, se decia de distinto modo que pasearse por una colina; *amará su amigo* se trasladaba por el verbo *napitilima*, que significa yo estimo; *amar á su dueño*, se expresaba por el verbo *nisikia*, que se puede traducir por *yo soy feliz*. En las lenguas de los pueblos cercanos á la naturaleza, los verbos se multiplican excesivamente ó son escasísimos, pero sobrecargados de una multitud de letras que varian su significacion: el padre, la madre, el hijo, la mujer, el marido, todos han buscado expresiones diversas para manifestar sus diversos sentimientos; las pasiones humanas han modificado la primitiva palabra que dió Dios al hombre al concederle la existencia. El verbo era uno y lo encerraba todo; mas el hombre ha sacado de él las lenguas con sus variaciones y riquezas: lenguas en que se hallan sin embargo algunas palabras radicales que han quedado como tipo ó prueba de su comun origen.

El chicasés, raiz del natchez, carece de la letra *r*, excepto en las palabras derivadas del algonquin, como *arrego*, *yo hago la guerra*, que se pronuncia con una especie de desgarramiento del sonido. El chicasés tiene aspiraciones frecuentes para el lenguaje de las pasiones, tales como la ira, la cólera, los zelos; pero en los sentimientos tiernos, y en las descripciones de la naturaleza, sus expresiones están llenas de encanto y de magestad.

Los sioux, á quienes su tradicion hace originarios de Méjico en el alto Misisipí, han extendido el imperio de su lengua desde aquel rio á las montañas Rocallosas por la parte del Poniente, y hasta el rio Rojo por la del Norte: allí se hallan los cipawais, que hablan un dialecto del algonquin, y son enemigos de los sioux.

La lengua siouesa ofrece en su pronunciacion un silbido bastante desagradable al oido, y á ella se deben los nombres de casi todos los rios y lugares al Oeste del Canadá, tales como el Misisipí, el Misuri, el Osago, etc. En cuanto á su gramática, nada ó poco menos es lo que se sabe.

El algonquin y el huron son las lenguas madres de todos los pueblos de la parte de la América Septentrional comprendida entre las fuentes del Misisipí, la bahía de Hudson y el Atlántico, hasta la costa de la Carolina. Un viajero que supiera estas dos lenguas, podria recorrer sin intérprete mas de mil ochocientas leguas en este pais, y hacerse entender de mas de cien pueblos.

La lengua algonquina comenzaba en la Acadia y en el golfo de San Lorenzo, y dirigiéndose de Sud-Este á Sud-Oeste, por el Norte, abrazaba una extension de mil doscientas leguas. Los indígenas de la Virginia la hablaban tambien; pero en la parte allá de las Carolinas, hácia el Mediodia, dominaba la lengua chicasesa. El idioma algonquin terminaba por el Norte en los Cypawais. Mas hácia el Septentrion aparecia la lengua de los esquimales; al Oeste y orilla izquierda del Misisipí se habla la lengua algonquina, y en la orilla derecha del mismo rio la lengua siouesa.

El algonquin no tiene tanta energía como el huron, pero es mas dulce, mas elegante, mas claro; empléasele comunmente en los tratados, y pasa por la lengua culta ó clásica del desierto. El huron lo hablaba el pueblo á quien debe su nombre, y el de los Iroqueses, colonia suya.

El huron es una lengua completa con verbos, nombres, pronombres y adverbios, teniendo los verbos simples una doble conjugacion, una absoluta y otra recíproca; las terceras personas tienen dos géneros, y los nombres y los tiempos siguen el mecanismo de la lengua griega. Los verbos activos se multiplican hasta el infinito, como en la lengua chicasesa.

El huron carece de letras labiales; se le habla con pronunciacion nasal, y casi todas las sílabas son aspiradas. El diptongo *uo* forma un sonido extraordinario que se expresa sin mover los labios, y los misioneros no sabiendo como indicarlo, lo han escrito con la cifra 8.

El genio de aquella noble lengua consiste principalmente en personificar la accion, es decir, en volver la pasiva por la activa; para probar lo cual el padre Rasle cita el ejemplo siguiente: «Si preguntais á un »europeo para qué le ha criado Dios, os dirá que para »conocerle, amarle y servirle, y por este medio mere»cer la gloria eterna.» Un salvaje os responderá en lengua hurona: «El Gran-Espíritu ha dicho de nos»otros: Que me conozcan, que me amen, que me »sirvan y los haré entrar en mi ilustre felicidad.»

La lengua hurona ó iroquesa tiene cinco dialectos principales.

Esta lengua tiene solamente cuatro vocales *a*, *e*, *i*, *o* y el diptongo 8, que participa de consonante y del valor de la *w* inglesa: sus consonantes son seis, *h*, *k*, *n*, *r*, *s*, *t*.

En el huron casi todos los nombres son verbos; no hay infinitivo, y la raiz del verbo es la primera persona del presente de indicativo.

Hay tres tiempos primitivos, de los cuales se forman los demás, y son: el presente de indicativo, el pretérito indefinido, y el futuro simple afirmativo.

Apenas hay sustantivos abstractos, y si se encuentran algunos, desde luego se descubre han sido formados fuera de tiempo del verbo concreto, modificando una de sus personas.

El huron tiene un número dual como el griego, y dos primeras personas plurales y duales. Carece de auxiliares para conjugar los verbos, así como de parti-

cipios y verbos pasivos, pues estos se forman por el activo ó se vuelven por él: *Yo soy amado*, se dice: *Se me ama*, etc. Tampoco hay pronombres para expresar las relaciones en los verbos, pues se conocen solamente por la inicial del verbo, que se modifica tantas veces y de tantas maneras, cuantas relaciones hay posibles entre las diferentes personas de los tres números, lo que es absurdo. Estas relaciones por lo tanto son la clave de la lengua, y una vez comprendidas, pues tiene reglas fijas, ya no hay obstáculo.

Una de las singularidades de esta lengua es que los imperativos de los verbos tengan primera persona.

Todas las palabras de la lengua hurona pueden componerse entre sí; y en general, exceptuando solo algunos casos, el objeto del verbo, cuando no es un nombre propio, se incluye en el verbo mismo, no formando mas que una sola palabra, y entonces el verbo toma la conjugacion del nombre, porque todos estos pertenecen á una de sus cinco conjugaciones.

Esta lengua tiene un gran número de partículas expletivas, que aisladas no significan nada, pero que colocadas en el discurso, le dan gran fuerza y claridad. Estas partículas no son comunes al género masculino y femenino, sino que por el contrario cada uno tiene las que le son propias.

Estos géneros son dos: el noble para los hombres, y el innoble para las mujeres y los animales machos ó hembras. Cuando se dice de un cobarde que es una mujer, se hace masculina la palabra *mujer*; y cuando de una mujer se dice por el contrario que es un hombre se hace femenina la palabra *hombre*.

La señal del género noble é innoble, y la del singular, dual y plural, es la misma en los nombres y en los verbos, los cuales tienen todos en sus tiempos y número dos terceras personas, noble é innoble.

Cada conjugacion es absoluta, reflexiva, recíproca y relativa, sirviendo de ejemplo la siguiente.

CONJUGACION ABSOLUTA.

Singular, presente de indicativo.

Iks8ens.. . . . Yo aborrezco.

Dual.

Tenis8ens. . . Tu y yo, etc.

Plural.

Te8as8ens. . . Vosotros y nosotros, etc.

CONJUGACION REFLEXIVA.

Singular.

Katats8ens. . . Yo me aborrezco, etc.

Dual.

Tiatats8ens.. . Nosotros nos, etc.

Plural.

Te8atats8ens. . Vosotros y nosotros, etc.

Para la conjugacion recíproca se añade *te* á la conjugacion reflexiva, cambiando la *r* en *h* en las tres personas del singular y del plural.

Así pues se dirá:

Tekatats8ens.. Yo me aborrezco, *mutuo*, con alguno.

CONJUGACION RELATIVA DEL MISMO VERBO Y DEL MISMO NOMBRE.

Singular.

Relacion de la primera persona á las otras.

Kous8ens.. . . *Ego te odi*, etc.

Relacion de la segunda persona á las otras.

Taks8ens.. . . *Tu me.*

Relacion de la tercera masculina á las otras.

Raks8ens.. . . *Ille me.*

Relacion de la tercera persona femenina á las otras.

8aks8ens.. . . *Illa me*, etc.

Relacion de la tercera persona indefinida *se*.

Ionks8ens. . . Se me aborrece.

Dual.

La relacion del dual al dual y al plural, se hace plural: solo me ocuparé de la relacion del dual al singular.

Relacion del dual á las demás personas.

Keis8ens. . . *Nos* 2, *te* etc.

Las tres personas duales á las otras, son las mismas que las plurales.

Plural.

Relacion de la primera plural á las otras.

K8as8ens.. . . *Nos te*, etc.

Relacion de la segunda plural á las otras.

Tak8as8ens.. . *Vos me.*

Relacion de la tercera plural masculina á las otras.

Ronks8ens. . . *Ille me.*

Relacion de la tercera plural femenina á las otras.

Iousks8ens.. . *Illæ me.*

CONJUGACION DE UN NOMBRE.

Singular.

Hieronke. . . . Mi cuerpo.
Tsieronke. . . Tu cuerpo.
Raieronkè. . . Su—á él.
Raieronke. . . Su—á ella.
Ieronke. . . . El cuerpo de alguno.

Dual.

Teniëronke. . Nuestro *(meum et tuum)*.
Iakeniieronke . Nuestra *(meum et illum)*.
Seniieronke. . Vuestro 2.
Niieronke. . . Su 2 á ellos.
Kaniieronke. . Su 2 á ellas.

Plural.

Te8aieronke. . Nuestros *(nost. et vest.)*
Iak8aieronke. . Nuestras (*nost. et illor.*)

Y así de todos los nombres. Comparando la conjugacion de este nombre con la conjugacion absoluta del verbo *iks8ens*, yo aborrezco, se ve que tienen absolutamente las mismas modificaciones en los tres números: *k* para la primera persona *s* para la segunda, *r* para la tercera noble, *ka* para la tercera innoble, y *ni* para el dual. Para el plural, se redobla *te8a*, *se8a ra-ti*, *konti*, cambiando *k* en *te8a*, *s* en *se8a*, *ra* en *ra-ti*, *ka* en *konti*, etc.

La relacion en el parentesco va siempre de mayor á menor; ejemplo:

Mi padre, *rakenika*, el que me tiene por hijo. (Relacion de la tercera persona á la primera.)

Mi hijo, *rienha*, el que yo tengo por hijo. (Relacion de la primera á la tercera persona).

Mi tio, *rakenchaa*, *rak*... (Relacion de la tercera persona á la primera).

Mi sobrino, *rion8atenha*, *ri*... (Relacion de la primera á la tercera persona, como en el verbo precedente).

El verbo *querer* no tiene traduccion en iroqués, y se sustituye con *ikire*, *pensar*, de este modo:

Yo quiero ir allá.
Ikere etho iake.
Yo pienso ir allá.

Los verbos que expresan una cosa que no existe ya



MUJERES IROQUESAS

en el momento en que se habla, carecen de perfecto, conservando solamente un imperfecto, como *ronnhek8e*, imperfecto, él ha vivido, él no vive ya. En esta regla: si *yo he amado* á alguno, y si yo le *amo aun*, me serviria por analogia del perfecto *kenon8ehon*. Si no le amo ya, me serviria del imperfecto *kenon8esk8e*; yo le *amaba*, pero yo *no le amo ya*: esto en cuanto á los tiempos.

Respecto á las personas, los verbos que expresan una cosa que se hace por fuerza carecen de primeras personas, y solo tienen una tercera relativa á las demás. Así, en yo estornudo, *te8akitsionh8a*, hay relacion de la tercera á la primera: esto *me estornuda* ó me hace estornudar.

Yo bostezo, *te8akskara8ata*, igual relacion de la tercera innoble á la primera *8ak*, esto me *abre la bo-*

ca. La segunda persona, *tu bostezas, tu estornudas*, será la relacion de la misma tercera persona innoble, á la segunda *tesatsionk8a, tesaskara8ata*, etc.

Para los términos del verbo ó régimen directo hay una variedad suficiente de modificaciones á los finales que las expresan inteligiblemente, modificaciones que están sometidas á reglas fijas.

Kninons, yo compro. *Kehninonse*, yo compro para alguno. *Kehninon* yo compro de alguno.—*Katennietha*, yo envio. *Kehnieta*, yo envio por alguno. *Keiatennietennis*, yo envio á alguno.

Por solo el exámen de estas lenguas, resulta, que pueblos llamados por nosotros *salvajes*, estaban muy adelantados en esa civilizacion que consiste en la combinacion de las ideas: verdad que se confirmará mas y mas por los detalles de su gobierno (1).

CAZA.

Inmediatamente que los ancianos han acordado la caza del castor ó del oso, un guerrero va de puerta en puerta por todas las aldeas, diciendo: «Los gefes van á partir; todos los que quieran seguirlos que se pinten de negro y ayunen, para conseguir del Espíritu los sueños que les manifiesten el sitio en que reposan este año los castóres y los osos.

Al oir esta advertencia todos los guerreros se pintarrajean de hollin disuelto con manteca de oso, y empieza el ayuno de ocho noches, ayuno tan riguroso que no se debe tragar ni una gota de agua, cantando entretando incesantemente para hacer propicios los sueños.

Cumplido el ayuno, los guerreros se bañan, y después se sirve un gran festin, durante el cual cada indio cuenta los sueños que ha tenido; si la mayoria de estos determina un sitio para la caza, la reunion resuelve trasladarse á él definitivamente.



LA PESCA.

Ofrécese un sacrificio expiatorio á las almas de los osos muertos en las cazas anteriores, y se las conjura se muestran favorables á los nuevos cazadores, es decir, que se suplica á los osos muertos permitan se aniquile á los vivos. En estas solemnidades, cada guerrero canta sus antiguas hazañas contra las fieras.

Terminados los cánticos, emprenden la marcha completamente armados, y cuando llegan á la márgen de un rio, los guerreros se sientan de dos en dos en el fondo de las canoas, cada uno con un remo en la mano. A la señal dada por el gefe, las canoas se colocan en fila y la que marcha á la cabeza arrostra la violencia de las aguas, cuando se navega contra corriente. A estas expediciones se llevan traillas de perros, lazos, trampas y calzado á propósito para andar sobre la nieve.

Llegados al sitio determinado, se sacan las canoas á tierra y se rodean con una empalizada revestida de césped. El gefe divide la gente en cuadrillas, cada una de igual número de individuos, y despues de la distribucion de los cazadores, se procede á la del terreno donde se ha de cazar, construyendo cada cuadrilla una choza en el centro del lote que le ha tocado.

Apartada la nieve, se clavan en tierra unas estacas, y apoyando en ellas cortezas de abedul quedan formadas las paredes de la cabaña: otras cortezas inclinadas

(1) He tomado la mayor parte de las curiosas noticias que acabo de dar acerca de la lengua hurona, en una pequeña gramática iroquesa manuscrita que tuvo la bondad de enviarme M. Marcoux, misionero en San Luis, distrito de Montréal, en el Bajo-Canadá. Además, los jesuitas han dejado trabajos importantes acerca de las lenguas salvajes del Canadá. El P. Chaumont que pasó cincuenta años entre los hurones, ha compuesto una gramática de su lengua, y debemos tambien al P. Rasle, encerrado diez años en una aldea de Abenakis, preciosos documentos. Háse concluido un diccionario francés-iroqués, nuevo tesoro para los filólogos, y se posee tambien el manuscrito de un diccionario iroqués é inglés del cual se ha extraviado desgraciadamente el primer tomo que abrazaba desde la letra A hasta la L.

unas á otras, y elevándose sobre las primeras, forman el techo del edificio, saliendo el humo del hogar por un agujero practicado en el mismo. La nieve cubriendo, por la parte anterior los vacios de la construccion, la sirve de revestimiento ó blanqueo. Una hoguera está encendida en el centro de la cabaña, y algunas pieles tapizan su suelo: los perros duermen al pié de sus amos, y lejos de sufrir el frio se ven sofocados, pues el humo lo invade todo, y los cazadores ya sentados, ya echados, procuran colocarse debajo de él. Para empezar la caza de el castor se espera por lo regular á que las nieves hayan caido, y que el viento del Nord-Este, serenando el cielo, produzca un frio seco, ocupando los dias anteriores en algunas cazas intermedias, tales como las de las nutrias, los zorros y las ratas almizcladas.

Las trampas usadas contra estos animales son, tablas mas ó menos gruesas y de mayor ó menor anchura. Practícase un agujero en la nieve, y una de las extremidades de las tablas está posada en tierra mientras la otra se eleva sostenida por tres pedazos de madera, ajustados de modo que parecen formar el número 4. El cebo se sujeta á una de las patas de esta cifra, y el animal que se quiere coger, introducido debajo de la tabla, tira hácia sí el cebo, y cayendo la trampa, queda prisionero.

El cebo difiere segun el animal á que se destina; al castor se presenta un trozo de madera de álamo; al zorro y al lobo un pedazo de carne; y á la rata almizclada nueces y frutos secos.

Las trampas para los lobos se colocan á la entrada de los sitios por donde acostumbra pasar, y á la desembocadura de los sitios llenos de malezas; para los zorros en la pendiente de las colinas á alguna distancia de los sotos; para las ratas almizcladas en los montes tallares de fresnos; y para las nutrias en las hondonadas de las praderas y en las junqueras de los estanques.

Estas trampas se reconocen por la mañana, saliendo de la choza dos horas antes que luzca el dia.

Los cazadores, para andar por la nieve usan de un calzado especial, que tiene diez y ocho pulgadas de largo por ocho de ancho, y es de forma oval por delante y terminado en punta por detrás; la curva de la elipse es de madera de abeto, doblada y endurecida al fuego. Las cuerdas transversales y longitudinales están hechas de correas de cuero de seis líneas en todos sentidos, reforzadas con mimbres verdes. La raqueta está sujeta al pié por tres abrazaderas; y sin estas máquinas ingeniosas, seria imposible dar un paso por aquellos climas, en invierno: esto no obstante al principio lastiman y fatigan, pues obligan á volver las rodillas hácia dentro y abrir las piernas.

Cuando se procede á reconocer y levantar los lazos ó trampas en los meses de noviembre y diciembre, generalmente se hace en medio de torbellinos de nieve, de granizo y de viento, ventiscas tan espesas y peligrosas que apenas se ve á medio pié de distancia. Los cazadores marchan en silencio; pero los perros dan fuertes ahullidos al sentir la presa, y se necesita toda la sagacidad del salvaje para encontrar las trampas y senderos enterrados bajo los carámbanos.

El cazador se detiene á un tiro de piedra de las trampas hasta que despunta el dia, y allí permanece en pié, inmóvil en medio de la tempestad, con la espalda vuelta al viento y los dedos metidos en la boca: de cada pelo de la piel que le cubre sale un hilo escarchado, y el mechon de cabellos que corona su cabeza, se convierte en un penacho de hielo.

Al primer rayo de la luz del dia, cuando se ven caidas las trampas, corren á dar fin de la bestia. Entonces un lobo ó un zorro, con los lomos medio espachurrados, enseña á los cazadores sus dientes blancos y su cola negra; pero los perros toman pronto por su cuenta al herido.

Barrida la nieve reciente, se levanta la máquina, y despues de poner un pasto fresco, se cuida de colocar el artificio á cubierto del aire. Las trampas algunas veces se hallan derribadas sin que la caza haya caido, y este accidente es efecto de la astucia de los zorros, que asaltan el cebo alargando la pata por un costado de la tabla, en lugar de colocarse bajo la trampa, y de este modo se apoderan sanos y salvos de la comida.

Si el primer resultado que han ofrecido los lazos satisface á los cazadores, estos vuelven triunfantes á su choza, y en este caso es increible el ruido que hacen: cuentan las capturas hechas al salir el sol, invocan los manitús, gritan sin entenderse, desvarian impresionados por su júbilo, y los perros les acompañan con su algazara. De este primer resultado se sacan los presagios mas favorables para el porvenir.

Así que han cesado las nevadas, y el sol brilla en aquella superficie endurecida, se dispone la caza del castor. Empiézase por dirigir al Gran-Castor una súplica solemne, presentándole una ofrenda de nicociana. Cada uno de los indios se arma de una maza para romper el hielo, y de una red para coger la presa; pero sea cual fuere el rigor del invierno, algunos estanques pequeños no se hielan nunca en el Alto-Canadá: fenómeno debido á la abundancia de las termas ó á la exposicion particular del suelo.

Estos depósitos de agua no congelable, están formados muchas veces por los mismos castores, como he dicho en el artículo de historia natural, y hé aquí cómo se destruye á estas pacíficas criaturas de Dios.

Prácticase un agujero bastante ancho en la calzada del estanque donde viven los castores, y pasando por él el agua, la maravillosa ciudad queda en seco. Los cazadores, colocados en pié sobre la calzada con una maza en la mano, y los perros á su espalda, ven aparecer las habitaciones á medida que las aguas van bajando: alarmado el pueblo anfibio de aquella filtracion rápida, y juzgando aunque sin conocer la causa, se ha abierto una brecha en la calzada, se ocupa inmediatamente en cerrarla. Todos nadan á porfía; los unos se adelantan para examinar la naturaleza del daño; los otros abordan á la ribera para buscar materiales, y otros por último se trasladan á las casas de campo para advertir del peligro á sus conciudadanos. En tan crítico momento los desgraciados son perseguidos por todas partes: en la calzada, la maza da dura muerte al obrero que se esfuerza en reparar la avería; el habitante refugiado en su casa campestre, no está seguro ya en ella, porque el cazador le echa á los ojos un puñado de polvo que le ciega, y los dogos le estrangulan. Los gritos de los vencedores hacen retemblar los bosques; el agua se agota, y entonces se da el asalto de la ciudad.

El modo de apoderarse de los castores en los vivares helados, es distinto: practicadas algunas aberturas en el hielo, los castores aprisionados bajo su bóveda de cristal se apresuran á salir á respirar á aquellas aberturas; pero á pesar de todo los castores descubririan la emboscada, que les oculta la médula del junco echada en el agua, si los cazadores no tuvieran la precaucion de cubrir con borra de caña todos los puntos en que se ha quebrado el hielo. Al aproximarse al respiradero, los descubre el remolino que forman, y el cazador metiendo el brazo en la salida, agarra al animal por la pata, y echándole sobre el hielo es rodeado de un círculo de asesinos, dogos y hombres. Atado inmediatamente á un árbol, un salvaje le desuella medio vivo para que su pelo vaya á cubrir, mas allá de los mares, la cabeza de un habitante de Londres ó París.

Terminada la expedicion contra los castores, los indios vuelven á la cabaña de la cacería cantando himnos al Gran-Castor, al ruido del tambor y del chichikué.

La desolladura se hace en comun. Plantados dos postes, se coloca en cada uno de ellos un cazador,

teniendo suspendidos por las patas traseras dos castores. Al mandato del gefe se abre el vientre de los animales muertos, y se les despoja. Si se encuentra alguna hembra entre las víctimas, la consternacion es grande, pues no solo es un crímen religioso matar las hembras del castor, sino que se reputa como un delito político, y una ocasion de guerra entre las tribus. Esto no obstante, el estímulo de la ganancia, la pasion por los licores fuertes, y la necesidad de las armas de fuego, se han sobrepuesto á la fuerza de la supersticion y al derecho establecido y ha muerto gran cantidad de hembras, práctica que mas ó menos tarde producirá la extincion de su raza.

La caza termina por una comida compuesta de carne de castores, y un orador pronuncia el elogio de los cuadrúpedos muertos, como si no hubiera contribuido á su muerte: recuerda cuanto he dicho de sus costumbres, y alaba su inteligencia y sabiduría: «No »oireis ya, dice, la voz de los gefes que os manda»ban y que habiais escogido entre todos los castores »guerreros para que os dieran leyes. No hablareis ya »en el fondo del lago el lenguaje que saben perfecta»mente los juglares, y no dareis ya mas batallas á las »nutrias que tan cruelmente os persiguen. ¡No, cas»tores! pero vuestras pieles servirán para comprar ar»mas, llevaremos vuestros jamones ahumados á nues»tros hijos, é impediremos que nuestros perros rom»pan vuestros duros huesos.»

Todos los discursos, todas las canciones de los indios, prueban que se asocian á los animales, que les conceden un carácter y un lenguaje, que los consideran como institutores y seres dotados de un alma inteligente. La Escritura muchas veces ofrece al hombre como ejemplo el instinto de los animales.

La caza de los osos, que es la mas celebrada entre los indios, comienza por largos ayunos, penitencias sagradas y festines, y se verifica en invierno. Los cazadores atraviesan caminos espantosos, á lo largo de los lagos y por montañas cubiertas de nieve que oculta completamente sus precipicios. En los desfiladeros peligrosos ofrecen el sacrificio que consideran mas acepto al genio del gran desierto, y consiste en colgar vivo un perro en las ramas de un árbol, y dejarle morir rabiando. Chozas construidas á la ligera les preservan tan malamente del rigor de los hielos, que el que se guarece en ellas se quema por un lado y se hiela por el otro, no teniendo mas recurso para preservarse del humo, que echarse boca abajo con el rostro metido entre las pieles. Los perros hambrientos ahullan desesperadamente pasando y repasando sobre el cuerpo de sus amos, y cuando estos creen tomar un mezquino alimento, algo mas listos que ellos, lo han devorado.

Despues de fatigas inauditas llegan por fin á las llanuras cubiertas de pinares, que sirven de guarida á los osos, y olvidando las fatigas y los peligros, empieza la accion.

Los cazadores, divididos en grupos, abrazan un gran espacio circular colocándose á alguna distancia unos de otros. Situados en los diferentes puntos del círculo, marchan á la hora convenida, en direccion de un rádio que se dirige al centro, examinando cuidadosamente los añosos árboles que en aquel rádio ocultan á los osos, pues el animal es descubierto por la huella que deja su aliento en la nieve.

Así que el indio ha descubierto las huellas que busca, llama á sus compañeros, trepa por el pino, y á diez ó doce piés de altura halla la entrada por la cual ha penetrado el solitario en su celda: si el oso está dormido se le parte la cabeza, y subiendo al árbol otros dos cazadores, ayudan al primero á sacar de su especie de nicho al animal ya muerto, que arrojan á tierra.

El guerrero explorador y vencedor, se apresura á bajar: enciende su pipa, la mete en la boca del oso y soplando por la chimenea del calumet, llena de humo la garganta del cuadrúpedo. Dirige en seguida algunas palabras al alma del finado, y le suplica le perdone su muerte, pidiéndole no le sea adverso en las demás cazas que pueda emprender. Despues de esta arenga, corta la punta de la lengua del oso para quemarla en la aldea, y descubrir por el modo de chisporretear en la llama, si el alma del oso está ó no aplacada.

El oso no siempre se encierra en el tronco de un pino, pues habita frecuentemente en un cubil, cuya entrada cierra él mismo, estando algunas veces tan repleto este eremita, que á penas puede andar aunque haya vivido sin alimento una parte del invierno.

Los guerreros, partiendo de diferentes partes del círculo, y dirigiéndose al centro, se encuentran en él por fin, llevando arrastrando ó persiguiendo su presa, viéndose algunas veces llegar jóvenes salvajes que arrean con una varita un formidable oso, que trota pesadamente por la nieve. Cuando están fatigados de este juego, hunden un cuchillo en el corazon del pobre animal.

La caza del oso, como todas las demás, acaba por un convite sagrado, y la costumbre es asar un oso entero y servirle á los convidados sentados en rueda sobre la nieve al abrigo de los pinos, cuyas ramas están tambien cubiertas de ella. La cabeza de la víctima, pintada de rojo y azul, se coloca en lo alto de un poste, y los oradores la dirigen la palabra, prodigando elogios al muerto mientras devoran sus miembros. «¡Cómo subias á lo alto de los árboles! ¡qué fuerza »en tu musculatura! ¡qué constancia en tus empre»sas! ¡qué sobriedad en tus ayunos! Guerrero de la »poblada piel, en la primavera los oseznos se abrasa»ban de amor por tí. Hoy ya no existes, pero tus des»pojos constituye ahora las delicias de los que los po»seen.»

Frecuentemente se ven sentados en aquellos festines en amable compañía con los salvajes, dogos, osos y nutrias domesticadas.

Los indios contraen, durante esta caza, compromisos que se toman la molestia de cumplir. Juran por ejemplo, no comer hasta haber llevado la pata del primer oso que matarán á su madre ó su mujer, y muchas veces estos objetos queridos se hallan á trescientas ó cuatrocientas millas de la selva donde han cazado la bestia. En este caso se consulta al juglar, el cual por medio de un presente, arregla el negocio, y los imprudentes que pronuncian estos votos, están libres de ellos, quemando en honor del Gran-Liebre la parte del animal que habian reservado á sus parientes.

La caza del oso termina hácia fines de febrero, empezando en esta época la del danta, del cual se encuentran grandes manadas en los viveros de abetos.

Para cogerlos se cierra un terreno considerable en dos triángulos de igual medida, formados por estacas altas y apiñadas. Estos dos triángulos se comunican por uno de sus ángulos, y en la abertura se ponen lazos. La base del triángulo mayor queda abierta, y los guerreros se colocan en ella formando una sola línea. Empiezan la batida avanzando y dando grandes gritos, y tocando una especie de tambor. Los dantas huyen hácia el cercado cerrado por las estacas, y buscando en vano una salida, llegan al sitio fatal donde quedan envueltos en las redes. Los que logran saltarlas se precipitan en el pequeño triángulo, donde fácilmente son atravesados á flechazos.

La caza del bisonte se verifica durante el estío en las sábanas que costean el Misuri ó sus afluentes. Los indios baten la llanura echando los ganados hácia la corriente del agua. Cuando los bisontes resisten la huida, los salvajes prenden fuego á las yerbas, y los animales quedan encerrados entre el incendio y el rio: en este caso millares de estas pesadas bestias atra-



viesan las llamas ó las ondas, mugiendo á un tiempo; pero caen al fin alcanzados por la bala ó el venablo, ofreciendo un espectáculo admirable.

Los salvajes emplean aun otros medios de ataque contra los bisontes, pues ora se disfrazan de lobos con el fin de reunirlos, ora atraen las vacas imitando el mugido del toro. En los últimos dias de otoño, cuando los rios apenas se han helado, dos ó tres tribus reunidas dirigen los ganados hácia aquellos rios. Un sioux, vestido con la piel de un bisonte, atraviesa el rio por el delgado hielo; los bisontes engañados le siguen, y roto el frágil puente, por el peso enorme de las bestias, se matan unos á otros en medio de aquellas ruinas flotantes. En estos críticos momentos los cazadores hacen uso de la flecha: el tiro mudo de esta arma tiene la ventaja de no espantar la caza, y la saeta es lanzada por el arquero cuando el animal está abatido. El mosquete no ofreceria resultado, pues hay pérdida y ruido en el uso del plomo y la pólvora.

Uno de los cuidados mas especiales del cazador es atacar al bisonte por la parte que no toma viento, pues de no hacerlo asi percibiria la aproximacion del hombre á larga distancia. El toro herido suele volverse contra el que le hiere, y defiende con tal empeño á la becerra, que muere muchas veces por ella.

Los sioux errantes en las sábanas situadas en la orilla derecha del Misisipí, desde las fuentes de este rio hasta la cascada S. Antonio, crian caballos de raza española, con los cuales hacen salir á los bisontes de sus madrigueras.

Algunas veces tienen singulares compañeros en esta caza, y son los lobos, que colocados á retaguardia de los indios, se aprovechan de sus restos, apoderándose de las terneras extraviadas á favor de la confusion.

Con mucha frecuencia cazan estos lobos por su propia cuenta, y en este caso, tres de ellos entretienen á la vaca con sus juegos; mientras esta, sencillamente atenta, observa las truhanerías de aquellos traidores, un lobo oculto en la yerba la agarra por las mamas; al sentirse asida vuelve la cabeza para desembarazarse de aquella molestia, y entonces los tres cómplices del brigante se la cuelgan á su garganta.

En el teatro de aquella cacería se ejecuta algunos meses despues una caza no menos cruel, pero mas pacífica: la de las palomas, que se cogen durante la noche á la luz de un hachon en los árboles aislados donde reposan durante su emigracion de Norte á Mediodia.

La vuelta de los guerreros por la primavera es una fiesta solemne cuando la caza ha sido buena. Buscánse entonces las canoas, adobáselas con grasa de oso y resina de terebinto; se embarcan las peleterías, las viandas ahumadas, y los bagages, y se entregan á las corrientes de los rios, cuyas vertientes rápidas y cataratas, desaparecen por la crecida de las aguas.

Cuando los cazadores se aproximan á las poblaciones, un indio, saltando á tierra, corre á advertir á la nacion de la proximidad de los guerreros, y entonces las mujeres, los niños, los viejos y los guerreros que habian quedado en las cabañas, se trasladan al rio. Al descubrir la flota, todos la saludan con un grito de alegría, que es repetido por la tripulacion, y las píraguas cambiando el órden de marcha, deshacen la fila en que venian marchando y uniendo bordo con bordo presentan la proa. Los cazadores saltan á la ribera, y entran en las aldeas en el mismo órden observado á su salida, cantando cada indio en el lenguaje que le es propio: «Es necesario ser hombre para atacar á »los osos, como yo lo he hecho; es necesario ser hom»bre para traer pieles como las que traigo y víveres »en tanta abundancia.» Las tribus aplauden, y las mujeres les siguen conduciendo el producto de la caza.

Las pieles y las viandas se distribuyen en la plaza pública, y encendido el fuego del retorno, se arrojan á él los picos de las lenguas de los osos: si son carnosas y chascan bien, es el augurio mas favorable; pero si son secas y se queman sin producir el menor ruido, la nacion está amenazada de alguna desgracia.

Despues de la danza del calumet, se sirve el último convite de la caza, que consiste en un oso traido vivo de la selva: ponésele á cocer entero con la piel y las entrañas en una enorme caldera, siendo de rigor no dejar nada de él, pero tampoco romper sus huesos, costumbre tomada de los judios. Tambien es preciso beber hasta la última gota del agua en que ha hervido, y si el estómago de algun salvaje rechaza el alimento, está obligado á llamar en su auxilio á sus compañeros. Este festin dura ocho ó diez horas, y los comensales salen de él en un estado lamentable, pagando algunos con su vida el horrendo placer que impone la supersticion. Un saquem cierra la ceremonia, diciendo:

»Guerreros, el Gran-Liebre ha mirado nuestras »flechas; habeis mostrado la sabiduría del castor, la »prudencia del oso, la fuerza del bisonte y la viveza »del danta. Retiraos y pasad la luna de fuego en la »pesca y los juegos.» Este discurso se termina por un OAH! grito religioso repetido tres veces.

Las bestias que proporcionan á los salvajes las peleterías son: el tejon, el zorro gris amarillo y rojo, el *pecan*, el *gopher*, el *racoon*, la liebre gris y blanca, el castor, el armiño, la marta, la rata almizclada, el gato montés ó carcajú, la nutria, el lobo cerval, la bestia fétida, la ardilla negra, gris y rayada, el oso, y el lobo de muchas especies.

Las pieles curtidas se extraen del danta, llama, oveja de la montaña, cabra, gamo, ciervo y bisonte.

LA GUERRA.

Entre los salvajes todos llevan las armas, hombres, mujeres y niños: pero la masa de los combatientes se forma del quinto de cada tribu.

La edad legal del servicio militar es de quince años, y la guerra es el gran negocio de los salvajes y el fondo completo de su política; esto no obstante, la guerra es algo mas legítima que entre los pueblos civilizados, puesto que casi siempre es declarada en pro de la existencia misma del pueblo que la emprende, y por su medio se trata de conservar paises de caza ó terrenos propios para el cultivo. Pero, por la misma razon de que el indio no se aplica al arte que le da la muerte, sino para vivir, resultan furores implacables entre las tribus, porque es el alimento de la familia el que se disputa. Los odios concluyen por ser individuales, y como los ejércitos son cortos y cada enemigo conoce el nombre y el rostro de su contrario, el encarnizamiento de la lucha es aun mayor, porque el combate se encona por las antipatías de carácter y por los resentimientos particulares, descubriéndose en las querellas de estos hijos del desierto, algo del carácter de animosidad que distingue las turbulencias civiles.

A esta primitiva y general causa de guerra, entre los salvajes, se suelen mezclar otras razones de alarma producidas por algun motivo supersticioso, algunas disensiones domésticas ó algun interés comercial de los europeos. Así pues llegó á ser motivo legítimo de guerra entre las hordas americanas del Norte, la muerte de las hembras de los castores.

La guerra se anuncia de una manera extraordinaria y terrible. Cuatro guerreros pintados de negro desde la cabeza á los piés, se deslizan en medio de las mas profundas tinieblas en el pueblo amenazado; llegados á las puertas de las cabañas, arrojan en el hogar un

rompe-cabezas pintado de rojo, y en cuyo mango estan marcados con signos conocidos de los saquems, los motivos de las hostilidades: los primeros romanos lanzaban una javelina hácia el terreno enemigo.

Estos heraldos de las armas indias desaparecen inmediatamente en la oscuridad de la noche á manera de fantasmas, dando el famoso grito de guerra *woop*, que se forma apoyando una mano en la boca y golpeando los labios, de modo que el sonido tembloroso que de ellos se escapa, ora sordo, ora agudo, termina por una especie de rugido de que es imposible formarse idea.

Denunciada la guerra, si el enemigo es demasiado débil para sostenerla, huye, y si se siente fuerte la acepta, comenzando inmediatamente los preparativos y ceremonias acostumbradas.

Enciéndese un gran fuego en la plaza pública, y la caldera guerrera colocada sobre la hoguera, es la marmita del genízaro. Cada combatiente echa en ella algo de lo que le pertenece, plantándose además dos postes donde se suspenden flechas, rompe-cabezas y plumas, todo pintado de encarnado. Los postes se colocan al septentrion, al oriente, al mediodia ó al occidente de la plaza pública, segun el punto geográfico de donde ha de venir la guerra.

Hecho esto, se presenta á los guerreros la *medicina* de la guerra, vomitivo violento desleido en dos azumbres de agua, que es forzoso beber de un trago. Los jóvenes se dispersan por la cercanías, pero sin apartarse demasiado, y el gefe que debe mandarlos, despues de haberse frotado el cuello y el rostro con grasa de oso y carbon molido, se retira á la estufa donde pasa dos dias enteros sudando, ayunando y observando los sueños. Durante estos dos dias es prohibido á las mujeres acercarse á los guerreros; pero sí pueden hablar con el gefe de la expedicion, á quien visitan con el objeto de obtener una parte del botin hecho al enemigo; porque los salvajes nunca dudan del éxito feliz de sus empresas.

Las mujeres llevan diferentes presentes que depositan á los piés del gefe, quien cuenta con granos ó conchas las súplicas particulares: una hermana reclama un prisionero que reemplace á un hermano muerto en los combates; una matrona exige cabelleras para consolarse de la pérdida de sus parientes; una viuda requiere á un cautivo por marido, ó á una viuda extranjera para esclava; y una madre pide un huérfano que sustituya al hijo que ha perdido.

Pasados los dos dias de retiro, los jóvenes van á ver á su vez al gefe de la guerra, y le declaran el designio de tomar parte en la expedicion; porque aunque el consejo haya resuelto la guerra, esta resolucion no obliga á nadie, siendo el compromiso puramente voluntario.

Todos los guerreros se pintarrajean de negro y encarnado, y del modo mas á propósito, á su juicio, para espantar al enemigo. Unos se pintan barras longitudinales ó transversales en las mejillas; otros manchas redondas ó triangulares; y otros en fin, se trazan figuras de serpientes. El pecho descubierto y los brazos desnudos de un guerrero ofrecen la historia de sus hazañas; ciertas cifras particulares expresan el número de cabelleras que ha arrebatado, los combates en que se ha hallado, y los peligros que ha corrido. Los geroglíficos impresos en la piel con puntos azules, se perpetúan eternamente, quemando las picaduras finísimas que los constituyen con la goma del pino.

Los combatientes, completamente desnudos ó cubiertos solo con una túnica sin mangas, adornan con plumas el único mechon de pelo que conservan en la parte superior de la cabeza. Su cinturon de cuero ostenta el cuchillo para cortar los cráneos, y el formidable rompe-cabezas; y en la mano derecha llevan el arco ó la carabina; en el costado izquierdo de la espalda ostentan el carcaj guarnecido de flechas ó el cuerno lleno de pólvora y balas: no de otro modo los cimbros, teutones y francos, procuraban aparecer formidables á los ojos de los romanos.

El gefe guerrero sale por fin de la estufa con un collar de porcelana roja en la mano, y dirige este discurso á sus hermanos de armas: «El Gran-Espíritu abre mi »boca. La sangre de nuestros deudos muertos en la »última guerra, no se ha enjugado aun; sus cuerpos »permanecen todavia insepultos; necesario es preser»varlos de los insectos. Yo he resuelto marchar por la »senda de la guerra: he visto osos en mis sueños; los »buenos manitús me han prometido asistencia, y los »malos no me serán contrarios; iré pues á comer »los enemigos, á beber su sangre y á hacerlos prisio»neros. Si perezco, ó alguno de los que consienten se»guirme pierde la vida, nuestras almas serán recibidas »en la mansion de los espiritus; nuestros cuerpos no »permanecerán tendidos en el polvo ó en el lodo, por»que este collar rojo será el premio del que cubrirá á »los muertos.»

El gefe tira el collar al suelo, y los guerreros mas afamados se apresuran á levantarlo; los que no han combatido aun ó no se han distinguido sobre los demás, no se atreven á disputar el collar; pero el guerrero que consigue levantarlo ocupa el puesto de lugarteniente general del gefe, y le reemplaza en el mando, si este perece en la expedicion.

El guerrero poseedor del collar pronuncia un discurso, y despues traen agua caliente en un vaso. Los jóvenes lavan con ella á su gefe y le quitan el color negro de que está cubierto, para pintarle las mejillas, la frente y el pecho con gredas y arcillas de diferentes colores, revistiéndole con las mejores ropas.

Durante esta ovacion, el gefe canta á media voz aquella famosa cancion de muerte que se entona cuando se va á sufrir el suplicio del fuego:

«Yo soy bravo é intrépido, y no temo la muerte; »me rio de los tormentos; ¡cuán cobardes son los que »los temen! ¡son mujeres, menos que mujeres! ¡que la »rabia ahogue á mis enemigos! ¡pueda devorarlos y »beber hasta la última gota de su sangre!»

Cuando el gefe concluye la cancion de muerte, su lugar-teniente general empieza la cancion guerrera:

«Combatiré por la patria; arrebataré cabelleras; »beberé en el cráneo de mis enemigos, etc.»

Cada guerrero añade á su cancion detalles mas ó menos atroces, segun su carácter. Los unos dicen: «Cortaré los dedos de mis enemigos con los dientes; »les quemaré los piés y en seguida las piernas.» Otros dicen: «Dejaré que los gusanos se introduzcan en »sus llagas; les quitaré la piel del cráneo; les arran»caré el corazon y se lo introduciré en la boca.»

Estas canciones infernales solo eran pronunciadas por las hordas septentrionales, pues las tribus del Mediodia se contentaban con ahogar en humo á los prisioneros.

Repetida por el guerrero su cancion bélica, entonaba su cancion de familia, que consistia en el elogio de sus antepasados. Los jóvenes que van al combate por la primera vez guardan silencio.

Terminadas estas primeras ceremonias, el gefe pasa al consejo de los saquems, que están sentados en rueda con una pipa roja en la boca, y les pregunta si persisten en querer levantar el hacha. Desde este momento empieza la deliberacion, y casi siempre se confirma la primera resolucion. Entonces el gefe de guerra vuelve á la plaza pública y anuncia á los jóvenes la decision de los ancianos que es acogida por un grito de los primeros.

Desátase el perro sagrado que se habia atado á un poste, y se le ofrece en sacrificio á Areskoui, dios de la guerra. Las naciones canadienses deguellan un perro, y despues de haberle hecho hervir en una caldera, se sirve á los guerreros. La asistencia de las mujeres está prohibida á este festin misterioso, y al final del

convite declara el gefe el dia en que emprenderá la marcha, al salir ó ponerse el sol.

La indolencia natural de los salvajes se convierte súbitamente en una actividad extraordinaria; el júbilo y ardor marcial de la juventud se comunica á la nacion, y repentinamente se establece una especie de talleres para la construccion de trineos y canoas.

Los trineos, destinados al transporte de bagajes, enfermos y heridos, se hacen de dos tablas muy finas de pié y medio del largo por siete pulgadas de ancho, levantadas por la parte anterior; además tienen rebordes donde se fijan unas correas para sujetar los costados. Los salvajes tiran de este carro sin ruedas merced á una doble correa de cuero, llamada *metump*, que cruza el pecho, y cuyos cabos están atados á la parte delantera del trineo.

Las canoas son de dos especies, unas mas grandes y otras mas pequeñas, y se las construye de la manera siguiente:

Unas piezas corvas se unen por su extremidad, formando una elipse de cerca de ocho piés y medio en el diámetro mas corto, y de veinte en el mas largo. A estas piezas maestras se unen unos costados delgados de madera de cedro rojo, reforzados por un enrejado de mimbre. Este esqueleto de la canoa se cubre con corteza de olmo ó abeto arrancada en invierno, mediante una operacion sencilla, que es echar agua hirviendo en el tronco de estos árboles. Estas cortezas se ensamblan con raices de abeto, extraordinariamente blandas y que con dificultad se secan, tapando las junturas por dentro y por fuera con una resina, cuyo secreto guardan los salvajes. Cuando la canoa está concluida y guarnecida de sus remos de arce, se asemeja á una araña acuática, elegante y ligero insecto que marcha con rapidez por la superficie de los lagos y rios.

Cada combatiente debe llevar consigo diez libras de maiz ú otros granos, su estera, su manitú y su saco de medicina.

El dia que precede al de la partida y que se llama el dia de las despedidas, está consagrado á una tierna ceremonia entre las naciones de las lenguas hurona y algonguina. Los guerreros que hasta entonces han acampado en la plaza pública ó en una especie de campo de Marte, se dispersan por las aldeas y van despidiéndose, cabaña por cabaña. Recíbeseles con muestras del mas vivo interés, y todos desean poseer alguna cosa que les haya pertenecido; quitaseles su manto para darles otro mejor, se cambia con ellos el calumet, y todos se ven obligados á comer algun manjar ó por lo menos beber una copa de cualquiera de las bebidas que usan. Cada choza expresa por ellos un voto particular, y los guerreros responden á sus huéspedes con un deseo semejante.

Cuando el guerrero se despide de su propia cabaña, se detiene en pié en el dintel de la puerta. Si tiene madre, esta es la primera que se adelanta, y él la besa los ojos, la boca y los pechos. Despues de la madre aparecen las hermanas, á quienes toca la frente; su mujer es la postrera que viene á su presencia, y la encomienda á los buenos genios. De todos los hijos que tiene, solo le son presentados los varones, y al verlos, extiende sobre ellos su hacha ó su rompe-cabezas, sin pronunciar una palabra. Su padre es el último que se deja ver, y el saquem, despues de darle un espaldarazo, pronuncia un discurso excitándole á honrar á sus antepasados, diciéndole: «Yo estoy detrás de tí, como tú estás detrás de tu hijo; si soy vencido, el enemigo hará caldo de mi carne, insultando tu memoria.»

El dia que sigue al de la despedida, es el de la marcha, y apenas despunta el alba, el gefe guerrero saliendo de su cabaña, da el grito de muerte. Si la nube mas ligera oscurece el cielo, si ha sobrevenido un sueño funesto, si se ha descubierto una ave ó animal de mal agüero, la partida se difiere; pero si no es así, el campamento, despertado por el grito de muerte se levanta y se arma.

Alzanse por los gefes de las tribus estandartes hechos de trozos redondos de cortezas de árbol, atados á la punta de un largo dardo, y en los cuales se ven groseramente dibujados manitús, tortugas, osos, castores, etc. Estos gefes de las tribus representan el grado de mariscales de campo, sometidos al mando del general y su lugar-teniente, habiendo además capitanes que no entran á formar cuerpo en la masa del ejército: son partidarios que siguen á los aventureros.

Hecha la enumeracion del ejército, cada guerrero entrega al gefe al pasar por delante de él, un pedacito de madera marcado con un sello particular, y hasta que se le devuelve aquel símbolo, ningun guerrero puede retirarse de la expedicion, siendo declarado infame el que retroceda despues de este compromiso.

Inmediatamente despues se presenta el supremo sacerdote, acompañado del colegio de los juglares ó médicos, que llevan cestas de juncos en forma de embudo y sacos de piel llenos de raices y plantas. Los guerreros se sientan en tierra con las piernas cruzadas formando un círculo, y los sacerdotes quedan en pié en el centro de él.

El Gran juglar llama á cada uno de los combatientes por su nombre, y levantándose el guerrero apostrofado entrega su manitú al juglar, que le pone en una de las cestas de junco, cantando aquellas palabras algonquinas: *¡Ajouh-oyah-alluya!*

Los manitús varian hasta lo infinito, puesto que representan los caprichos y sueños de los salvajes: ora son pieles de raton rellenas con heno ó algodon, ora piedrecillas blancas, aves empajadas, dientes de cuadrúpedos ó de pescados, pedazos de tela roja, ramas de árboles, abalorios ó algunos adornos europeos, y por último, todas las formas que creen ellos han tomado los buenos genios al manifestarse á los poseedores de aquellos manitús: ¡dichosos ellos que se creen seguros á tan poco precio y puestos al abrigo de los golpes de la fortuna por tales bagatelas! En tiempo del feudalismo se tomaba acta del derecho adquirido por la donacion de una varita, una paja, un anillo, un cuchillo, etc.

Distribuidos los manitús en tres cestas, se confia su custodia al gefe guerrero y á los de las tribus.

De la recoleccion de los manitús se pasa á la bendicion de las plantas medicinales y de los instrumentos de cirugía. El gran juglar los saca alternativamente del fondo de un saco de cuero ó de pelo de búfalo, y colocándolos en tierra danza alrededor de ellos, acompañado de los demás juglares, golpeándose los muslos, haciendo gestos, ahullando y pronunciando palabras desconocidas. Terminado este baile, declara que ha comunicado á los simples una virtud sobrenatural, y que tiene poder para restituir á la vida á los guerreros muertos. Se abre los labios con los dientes, aplica una clase de polvo á la herida, cuya sangre chupa con destreza y aparece curado repentinamente. Algunas veces le presentan un perro que se cree muerto; pero á la aplicacion de un instrumento el perro se pone en pié, y semejante astucia se atribuye á milagro. ¡Y los que se dejan engañar por apariencias tan groseras, son hombres intrépidos! El salvaje solo ve en la charlatanería de sus sacerdotes la intervencion del Gran-Espíritu, y no se sonroja de invocar en su ayuda al que ha hecho la llaga y puede curarla.

Entretanto, las mujeres disponen el festin de marcha, que como el primero se compone de carne de perro; pero antes de tocar al manjar sagrado, el gefe dirige á la reunion estas palabras.

HERMANOS MIOS:

«No soy aun hombre, lo sé, empero nadie ignora que »he visto algunas veces al enemigo. Hemos tenido

»muertos en la última guerra; pero los huesos de nues»tros compañeros no han sido aun preservados de los »insectos; por lo tanto, necesario es cubrirlos. ¿Cómo »hemos podido permanecer tanto tiempo en las es»teras? El manitù de mi valor me ordena vengar al »hombre. Juventud, ten corazon.»

Terminadas estas palabras, el gefe entona la cancion del manitú de los combates (1), y los jóvenes repiten el estribillo. Despues del cántico, el gefe se retira á la cima de una eminencia y se echa en una piel teniendo en la mano un calumet rojo, cuya chimenea está vuelta hácia el lado del pais enemigo. Ejecútanse las danzas y pantomimas de la guerra, empezando por la de la *danza del descubrimiento*.

Un indio que adelanta solo con paso mesurado hasta el medio de los espectadores, representa la partida de los guerreros: vésele marchar y despues acampar al declinar el dia, y descubierto el enemigo, se arrastra sobre las manos para llegar hasta él: ataca, se mezcla en la confusion, se apodera de uno, mata á otro, y se retira precipitada ó tranquilamente, volviendo lleno de dolor ó alegre con el triunfo.

El guerrero que ejecuta esta pantomima, la termina con un canto en honor suyo y gloria de su familia.

«Hace veinte nieves que hice doce prisioneros, y »hace diez que salvé al gefe. Mis antepasados eran bra»vos y famosos. Mi abuelo era el mas sabio de la tribu »y el rugido de la batalla; mi padre era un mónstruo »de fuerza. Mi bisabuela fue madre de cinco guer»reres; mi abuela valia tanto como un consejo de »saquems; mi madre hace una sagamita excelente. »Yo soy mas fuerte y sabio que todos mis antepasados. La cancion de Esparta era esta: *Hemos sido en otro tiempo jóvenes, valientes y arrojados*.

Así que ha concluido este guerrero, los demás se levantan y cantan igualmente sus hechos gloriosos, y cuanto mas se lisonjean mas se les felicita: nada hay mas noble ni mas digno que ellos, pues reunen todas las cualidades buenas y las virtudes mas eminentes. El que se decia superior á todo el mundo, aplaude al que declara sobrepujarle en mérito. Los espartanos tenian tambien esta costumbre, porque pensaban que el hombre que se alababa en público, se comprometia á merecer aquellas alabanzas. Poco á poco todos los guerreros dejan su sitio para tomar parte en las danzas, y se ejecutan marchas al son del tambor, del pífano y del chichikué. A medida que el baile adelanta, crece el movimiento, y se imitan los trabajos de un sitio ó el ataque de una empalizada, unos saltan como para franquear un foso; otros parecen echarse á nado; y otros ofrecen la mano á sus compañeros para ayudarles á subir al asalto. Los rompe-cabezas chocan contra los rompe-cabezas; el chichikué precipita la marcha, los guerreros sacan sus puñales y empiezan á dar vueltas sobre sí mismos: primero lentamente, despues con mas ligereza, y bien pronto con tal rapidez que los hace desaparecer en el círculo que describen, hiriendo la bóveda celeste con horribles gritos. El puñal que aquellos hombres se dirigen á la garganta con una viveza que hace extremecer su rostro negro ó abigarrado, sus trajes fantásticos, sus prolongados ahullidos, y todo aquel cuadro de una guerra salvaje, inspiran terror.

Fatigados, jadeantes y cubiertos de sudor terminan la danza, y los actores pasan despues á la prueba de los mancebos. Insúltaseles, dirigenseles reproches deprimentes, échaseles ceniza ardiendo en los cabellos, azotáseles y arrojáseles tizones en la cabeza, siendo indispensable, soportar, todos estos ultrajes con la mas completa insensibilidad, pues el que dejara traslucir la señal mas insignificante de impaciencia, seria declarado indigno de levantar el hacha.

(1) Véanse los *Natchez*.

El tercero y último banquete del perro sagrado corona estas diversas ceremonias, y no debe durar mas que media hora. Los guerreros comen silenciosos, y el gefe que los preside abandona el festin muy pronto. A esta señal los convidados corren á los bagajes y toman las armas. Los parientes y amigos los rodean sin decir una palabra, y por las mejillas de la madre, que sigue con la vista á su hijo ocupado en cargar los paquetes de los trineos, se ven correr mudas pero elocuentes lágrimas. Las familias están sentadas en tierra, y aun cuando algunas permanecen en pié, todas tienen fijas sus miradas en los preparativos de la partida, leyéndose escrita en todas las frentes aquella pregunta que interiormente se hacen los corazones tiernos: «¿Le volveré á ver?»

El gefe guerrero sale por fin completamente armado de su cabaña; la tropa se forma en órden militar, y el gran juglar, llevando consigo los manitús, marcha á la cabeza, siguiéndole inmediatamente el gefe guerrero; despues va el porta-estandarte de la primera tribu, ostentando en el aire su enseña, y detrás de él marchan los hombres de la tribu. Otras desfilan junto á la primera, y tiran de los trineos cargados de calderas, esteras y sacos de maiz; otros guerreros conducen sobre sus espaldas, cuatro en cuatro ú ocho en ocho, así las canoas chicas como las grandes: las *jóvenes pintadas* ó cortesanas acompañan al ejército. Estas suelen tambien uncirse á los trineos, y en lugar de tener el *metump* cruzado por el pecho, se le aplican á la frente. El lugar-teniente marcha solo en el flanco de la columna.

El gefe guerrero, despues de dar algunos pasos por el camino, detiene á los guerreros y les dice:

«Desterremos la tristeza: cuando se va á morir se »debe estar contento; sed dóciles á mis ordenes. El »que se distinga recibirá mucha nicociana. Yo doy mi »estera para que me la lleve á... poderoso guerrero. Si »yo y mi lugar-teniente somos puestos en la caldera, »este..... será quien os conducirá. Vamos! golpead »vuestros muslos y ahullad tres veces.»

Dicho esto, el gefe entrega al guerrero designado su saco de maiz y su estera, distincion que le da derecho á mandar la tropa si el gefe ó su lugar-teniente pereciesen.

Empezada la marcha, el ejército va generalmente acompañado de todos los habitantes de la aldea hasta el rio ó lago donde se deben lanzar las canoas. Entonces se renueva la escena de la despedida, y los guerreros se desnudan y reparten sus vestidos entre los miembros de su familia. En este momento supremo es permitido expresar sin temor su dolor, y cada combatiente es rodeado de todos sus parientes que le colman de caricias y le estrechan entre sus brazos, apellidándole con los nombres mas dulces que existen entre los hombres. Antes de separarse, tal vez para siempre, se perdonan los agravios que recíprocamente se hayan podido hacer; y los que quedan, suplican á los manitús abrevien el tiempo de la ausencia, mientras que los que parten piden al cielo descienda el rocío sobre la choza natal, no olvidando en sus deseos de felicidad á los animales domésticos, huéspedes del hogar paterno. Lanzadas las canoas al rio, y embarcados los guerreros, la flota se aleja, y las esposas y padres permaneciendo en la orilla, dirigen desde ella á sus esposos ó hijos las últimas demostraciones de cariño.

Para llegar al país enemigo no siempre se sigue el camino derecho, sino que muchas veces se toma el mas largo como el mas seguro. La marcha está dirigida por el juglar, y sometida á los buenos ó malos presagios, y se detiene si durante ella se ha visto un rapaz *strix*. Entrada la flota en el puerto, desembarca la tripulacion, y lo primero que se hace es construir una empalizada, haciendo cocer las calderas á la llama de las hogueras encendidas en la costa. Terminada la comida, el campo se pone bajo la custodia de

los espíritus; y despues de encargarles el gefe no aparten de sí el rompe-cabezas, les recomienda no ronquen demasiado fuerte. Suspéndense en las empalizadas los manitús, es decir, los ratones empajados, los guijarros blancos, los fragmentos de paja y los pedazos de tela roja, y el juglar comienza la oracion:

«Manitús, estad vigilantes; abrid los ojos y los oi»dos. Si los guerreros fueran sorprendidos, esta ocur»rencia redundaria en deshonor vuestro. ¡Cómo! di»rán los saquems, se han dejado batir los manitús de »nuestra nacion por los del enemigo! Ya conocereis »cuan vergonzoso seria esto, nadie os daria de comer; »los guerreros soñarán para conseguir otros espíritus »mas poderosos que vosotros; por lo tanto interesa»dos estais en hacer bien la guardia, pues si se nos »arrebatase nuestra cabellera durante el sueño, no»sotros no seremos vituperados, sino vosotros.»

Despues de esta admonicion á los manitús, cada cual se retira en la mas completa seguridad, convencido de que no tendria la menor cosa que temer.

Los europeos que han hecho la guerra con los salvajes preguntaron á sus compañeros de estera, admirados de tan extraña confianza, sino habian sido nunca sorprendidos en sus campamentos: «Frecuentemente,» respondian estos. «¿No hariais mejor en ese caso, decian los extranjeros, en poner centinelas?—«Seguramente seria eso muy conveniente,» respondió el salvaje volviéndose para dormir. El indio hace una virtud de su imprevision y pereza, encomendándose solo á la proteccion del cielo.

Los indios no tienen hora fija para el reposo, ni para el movimiento, pues basta que diga el juglar á media noche que ha visto una araña en una hoja de sauce, para partir.

Cuando se hallan en un país abundante en caza, la tropa se dispersa, y los bagajes y los que los conducen quedan á merced del primer partido hostil; pero dos horas antes de ocultarse el sol todos los cazadores vuelven al campo con una puntualidad y precision de que solo son capaces los indios.

Si se da en el *sendero blazed* ó en el del *comercio*, la dispersion de los guerreros es aun mayor; este sendero está señalado en las selvas y en el tronco de los árboles, marcados todos á la misma altura. Este es el camino que siguen las diversas naciones en su mútuo tráfico ó con las naciones blancas. El derecho público de estos pueblos tiene establecido sea neutral este camino, y así no se molesta á ninguno de los que se hallan en el.

Igual neutralidad hay establecida para el *sendero de la sangre*, trazado por el fuego que se pone para incendiar los matorrales, y en él no se erige ninguna cabaña por estar destinado aquel camino al paso de las tribus en sus expediciones lejanas, llegando á tal punto la observancia de esta ley, que aun cuando los partidos enemigos se encuentren en él, jamás se atacan. Violar el *sendero del comercio* ó el de la *sangre* es una causa inmediata de guerra contra la nacion culpable de tal sacrilegio.

Si una tropa halla dormida á otra con la cual está aliada, permanece en pié fuera de las empalizadas del campo, hasta que se despiertan los guerreros. Vueltos estos de su sueño, su gefe se acerca á los viajeros, y presentándoles cabelleras destinadas para estas ocasiones les dice: «*Teneis golpe aquí*;» que quiere decir «Podeis pasar, sois nuestros hermanos, vuestro honor está á cubierto.» Los aliados responden: «Tenemos golpe aquí;» y prosiguen su camino. El que tomara por enemiga una tribu amiga y la despertara, se expondria á una acusacion de ignorancia ó de cobardia.

Si hay que atravesar el territorio de una nacion neutral, es indispensable solicitar el paso, y con este objeto se traslada una diputacion con el calumet á la aldea principal de la nacion. El orador declara que el árbol de paz ha sido plantado por los antepasados, y que su sombra se extiende á los dos pueblos; que el hacha está enterrada al pié del árbol; que es necesario estrechar la cadena de la amistad y fumar la pipa sagrada. Si el gefe de la nacion neutral recibe el calumet y fuma, está concedido el paso, y el embajador vuelve á unirse con su gente bailando por el camino.

Cuando se avanza hácia la comarca á cuyo suelo se lleva la guerra, se marcha sin plan, sin precaucion y sin temor, siendo la casualidad generalmente la que anuncia la presencia del enemigo; en este caso un cazador va apresuradamente á contar que ha visto pisadas de hombre impresas en la tierra. Oido esto, inmediatamente se mandan cesar todos los trabajos con el objeto de que no se perciba el menor ruido. El gefe parte con los guerreros mas experimentados á reconocer las huellas, y los salvajes que oyen los sonidos á distancias infinitas, reconocen las pisadas en los áridos brezos ó en las desnudas rocas donde otro ojo que el suyo nada advertiria. No solo descubren aquellos vestigios, sino que pueden decir qué tribu los ha dejado y cuánto tiempo há. Si la separacion de los piés es considerable, son illineses los que por allí han pasado; si la señal del talon es profunda, y ancha la impresion del pulgar, los pesquisidores reconocen á los utchiponeses; si el pié está marcado de costado pueden asegurar sin temor de equivocacion han pasado corriendo los pontonetamis; si la yerba ha conservado apenas el rastro de los caminantes, y la señal se halla en la parte superior de la planta y no cerca de la tierra, aquellas huellas fugitivas pertenecen á los hurones; si los pasos están vueltos hácia fuera y caen á treinta seis pulgadas unos de otros, los europeos han marchado por aquel camino; los indios andan con la punta del pié hácia dentro y con los dos piés en la misma línea. El juicio que se forma de la edad de los guerreros, se calcula por la pesadez ó ligereza, y por lo corto ó largo de los pasos.

Cuando el musgo ó la yerba pisada no se conserva húmeda, las huellas son antiguas; y cuentan cuatro ó cinco dias cuando ya pululan los insectos en la yerba ó musgo hollado; tienen ocho ó doce cuando la fuerza vejetal del suelo ha reaparecido y brotan nuevas hojas: asi borran los pasos del hombre y de su gloria, algunos insectos, algunos retoños de yerba y algunos dias.

Bien reconocidas las huellas, los indios aplican el oido á la tierra y juzgan por murmullos que el oido europeo no podria percibir, la distancia á que se encuentra el enemigo.

Entrado en el campo, el gefe hace apagar los fuegos; prohibe hablar y cazar, y sacando las canoas á tierra, se ocultan entre los matorrales. Dase una gran comida, acompañada del silencio mas profundo, y despues todos se acuestan.

La noche que sigue al primer descubrimiento del enemigo, se llama la *noche de los sueños*. Todos los guerreros están obligados á delirar y á contar al dia inmediato su delirio, para poder juzgar del mérito de la empresa.

El campo ofrece entonces un singular espectáculo: los salvajes se levantan y marchan en las tinieblas murmurando la cancion de muerte, á la cual añaden algunas palabras nuevas, tales como estas: «Yo me »engulliré cuatro serpientes blancas y arrancaré las »alas á un águila roja.» Este es el sueño que el guerrero acaba de tener y que une á la cancion. Sus compañeros están obligados á adivinar el sueño, y de no hacerlo, el soñador queda exento del servicio. En este caso las cuatro serpientas blancas pueden representar cuatro europeos que debe matar el que sueña, y el águila roja un indio al cual arrebatará la cabellera.

Otro guerrero añade á su cancion de muerte en la

noche de los sueños la historia de un perro que tenia orejas de fuego, y no pudiendo obtener la explicacion de su sueño, parte para su cabaña. Estos usos que tienen el carácter infantil, podrian favorecer la cobardia entre los europeos; pero entre los salvajes del Norte de América no ofrecen este inconveniente, y en ellos no se debe reconocer sino un acto de aquella voluntad libre y enérgica que el indio no desmiente jamás cualquiera que sea el hombre á que le someta un momento, por razon ó por capricho.

En la *noche de los sueños*, los jóvenes tienen gran temor de que el juglar no sueñe mal, es decir, que tenga miedo; porque este, por solo su sueño, puede hacer retroceder al ejército aunque hubiese andado doscientas leguas. Si algun guerrero ha creido ver los espíritus de sus padres ó se ha figurado oir su voz, esto solo basta para hacer levantar el campo. La independencia absoluta y la religion sin luces son las que gobiernan las acciones de los salvajes.

Cuando no contraria la expedicion ningun sueño, se pone en marcha. Las *mujeres pintadas* quedan á retaguardia con las canoas, enviándose delante una veintena de guerreros elegidos entre los que han hecho el juramento de los amigos (1). El órden mas completo y el silencio mas profundo reinan en la tropa, y los guerreros marchando en fila guardan tan bien las distancias, que el que va detrás pone el pié en el sitio en que ha pisado el que le precede, evitando así la multiplicacion de las pisadas. Para mayor precaucion, el guerrero que cierra la marcha hecha hojas secas y polvo en el camino recorrido, y el gefe marcha á la cabeza de la columna. Guiado por los vestigios del enemigo, recorre sus sinuosidades á través de los matorrales como un sabueso sagaz, y de cuando en cuando se detiene para escuchar atentamente. Si la caza es la imágen de la guerra entre los europeos, entre los salvajes la guerra es la imágen de la caza, y el indio aprende, persiguiendo á los hombres, á descubrir los osos. El mejor general en el estado natural es el cazador mas vigoroso y fuerte; así como las cualidades intelectuales, las sabias combinaciones y el uso perfeccionado del juicio, forman en el estado social los grandes capitanes.

Los corredores enviados de descubierta traen consigo algunas veces paquetes de cañas recientemente cortadas, que representan desafios ó carteles; y contadas, su número indica el de los enemigos. Si las tribus que llevaban antiguamente aquellos desafios, eran reputadas por su franqueza militar, como la de los hurones, los paquetes de juncos decian exactamente la verdad; pero si por el contrario eran famosas por su genio político, como la de los iroqueses, las cañas aumentaban ó disminuian la fuerza numérica de los combatientes.

Si se ofrece á la vista el sitio de un campamento ocupado el dia antes por el enemigo, se examina con cuidado, y por la construccion de las chozas conocen los gefes las diferentes tribus de una nacion y sus diferentes aliados. Las chozas que no tienen mas que un solo palo á la entrada, son las de los illineses, sirviendo de indicio para conocer los pueblos que las han construido, la sola adicion de una pértica y su inclinacion mas ó menos pronunciada. Las ajoupas redondas pertenecen á los utueses, y las de techo plano y elevado anuncian las gentes de las *carnes blancas*. Sucede algunas veces que los enemigos, antes de ser hallados por la nacion que los busca, baten á un partido aliado de aquella nacion, y para intimidar á los que los persiguen, dejan á sus espaldas un monumento de su victoria. Hállase unas veces un corpulento abeto descortezado, y otras se ven trazadas en la epidermis blanca desnuda de los árboles las figuras siguientes: un oso, y una hoja de abeto roida por una mariposa, diez círculos y cuatro esteras, un ave volando, una luna sobre gavillas de maiz, una canoa y tres ajoupas, un pié humano y veinte chozas, un buho y un sol en su ocaso, un buho, tres círculos y un hombre echado, un rompe-cabezas y treinta cabezas cortadas colocadas en línea recta, dos hombres en pié en un pequeño círculo, y tres cabezas en un arco con tres líneas.

El óvalo con geroglíficos designaba un gefe illinés llamado Atabou, que se reconocia por las señales particulares que tenia en el rostro; el oso era el manitú de aquel gefe; la hoja de abeto roida por la mariposa representaba el símbolo nacional de los illineses; los diez círculos representaban mil guerreros, pues cada uno de ellos suponia ciento; las cuatro esteras designaban cuatro ventajas obtenidas; el ave volando marcaba la partida de los illineses; la luna sobre las gavillas de maiz significaba que aquella partida habia tenido lugar en la luna del trigo verde; la canoa y las tres ajoupas contaba que los mil guerreros habian viajado tres dias por agua; el pié de hombre y las veinte chozas denotaban veinte dias de marcha por tierra; el buho era el símbolo de los chicassas; el sol en su ocaso manifestaba que los illineses habian llegado al oeste del campo de los chicassas; el buho, los tres círculos y el hombre echado, decian que trescientos chicassas habian sido sorprendidos durante la noche; el rompe-cabezas y las treinta cabezas colocadas en fila declaraban que los illineses habian matado treinta chicassas; los dos hombres en pié sobre un pequeño círculo anunciaban que llevaban veinte prisioneros; las tres cabezas en el arco decian habian muerto tres illineses, indicando las tres líneas tres heridos.

Un gefe guerrero debe saber explicar con rapidez y precision estos emblemas; y por el conocimiento que tenga de la fuerza y alianzas del enemigo, debe juzgar de la mayor ó menor exactitud histórica de aquellos trofeos. Si despues de todo se decide avanzar á pesar de las victorias, verdaderas ó pretendidas del enemigo, se prepara el combate.

Despáchanse nuevos investigadores que se adelantan encorvándose á lo largo de las malezas, y algunas veces arrastrándose sobre las manos. Descubiertas las chozas hostiles se suben á los árboles mas altos, y apresurándose á volver al campo, dan cuenta al gefe de la posicion del enemigo, y si es fuerte se examina la estratajema que podrá hacérsela abandonar.

Una de las mas comunes es imitar el grito de las fieras. Los jóvenes se dispersan por los montes y braman como los ciervos, mugen como los búfalos ó ahullan como los zorros; y aun cuando los salvajes están acostumbrados á esta astucia, es tal su pasion por la caza y tal la perfeccion con que imitan la voz de los animales, que caen continuamente en aquella añagaza. Atraidos por aquella voz, salen de su campo y caen en la emboscada, y si pueden rehacerse, ocupan un terreno defendido por obstáculos naturales, tales como una calzada en un pantano, ó una lengua de tierra entre dos lagos.

Sitiados en aquel puesto, en lugar de procurar abrirse paso, se ocupan pacíficamente en diferentes juegos como si estuvieran en el seno de sus aldeas, pues nunca se determinan dos pelotones indios á atacarse á viva fuerza, sino en la última extremidad: gústales mas emplear la paciencia y la astucia, y como ni uno ni otro tienen provisiones, ó los que bloquean un desfiladero se ven obligados á retirarse, ó los que están encerrados á abrirse paso.

La confusion en este caso es espantosa, porque se reproducen los grandes duelos de los combates antíguos: el hombre ve al hombre, y hay en la mirada humana animada por la cólera, cierta especie de contagio y de aspecto terrible, que involuntariamente se comunica. Los gritos de muerte, las canciones guerreras, los ultrajes mútuos hacen retemblar el campo de batalla: los guerreros se insultan como los héroes de Ho-

(1) Véase los *Natchez.*

mero, pues se conocen todos por su nombre propio: »¿No te acuerdas ya, se dicen, del dia en que deseabas »que tus piés tuviesen la velocidad del viento, para »huir ante mi flecha? ¡Vieja! ¿te haré traer la sagami»ta nueva y la casina abrasadora en el nudo de la ca»ña?—¡Gefe charlatan de mucha boca! responden los »otros, bien se conoce que estás acostumbrado á llevar »el guardapiés; tu lengua es como la hoja del álamo, »que se agita sin cesar. »

Los combatientes se echan tambien en cara sus imperfecciones naturales, llamándose cojos, vizcos y pequeños; estas heridas al amor propio aumentan su rabia, acrecentando la ferocidad del combate la espantosa costumbre de arrancar la cabellera al enemigo. Pónese el pié en el cuello del vencido, y mientras se agarra con la mano izquierda el mechon de cabellos que llevan los indios en la parte superior de la cabeza, se traza un círculo en el cráneo con la mano derecha, alrededor de los cabellos, auxiliado de un cuchillo estrecho: este trofeo es arrebatado muchas veces con tal destreza, que ✕ el cerebro queda á descubierto sin haber sufrido lesion por la punta del instrumento.

Cuando se presentan dos partidos enemigos en campo raso, y el uno es mas débil que el otro, el mas inferior abre agujeros en la tierra, y metiéndose en ellos se bate desde allí como en esas plazas de armas cuyas fortificaciones, casi al nivel del suelo, presentan poca superficie á la bala. Pero esto sirve de poco, porque los sitiadores lanzan sus flechas á manera de bombas, con tal exactitud que caen en la cabeza de los sitiados.

Concédense honores militares á los que han muerto mayor número de enemigos, y uno de ellos es permitirles llevar plumas de *killion*. Para evitar injusticias, las flechas de cada guerrero llevan una marca particular, y extrayéndolas del cuerpo de la víctima, se premia la mano que las ha lanzado.

El arma de fuego no puede atestiguar la gloria de su amo; y así, cuando se mata con la flecha, con el rompe-cabezas ó el hacha, se cuentan las hazañas por el número de cabelleras arrebatadas.

Durante el combate es muy raro que se obedezca al gefe de la guerra, quien por otra parte solo desea distinguirse personalmente. Tambien es raro que los vencedores persigan á los vencidos, pues quedan en el campo de batalla para despojar á los muertos, atar á los prisioneros, y celebrar el triunfo con danzas y cánticos: llórase á los amigos que se ha perdido, y sus cuerpos son expuestos en las ramas de los árboles con grandes lamentaciones, al paso que los cuerpos de los contrarios quedan tendidos en el polvo.

Un guerrero destacado del campo lleva á la nacion la noticia de la victoria y la vuelta del ejército (1), y reunidos los ancianos, el gefe militar cuenta al consejo los detalles de la expedicion, y mediante ella se determina continuar la guerra ó negociar la paz.

Si se decide esta, los prisioneros se conservan como medio de concluirla, y si se persiste en la guerra, son entregados al suplicio, para cuyos detalles me será permitido remitir al lector al episodio de la *Atala* y á los *Natchez*. Las mujeres son las que comunmente se muestran mas crueles en sus venganzas; y por lo mismo desgarran á los prisioneros con sus uñas, los pinchan con los instrumentos de los trabajos domésticos, y guisan la comida con su carne. Estas carnes se comen tostadas ó hervidas, y los caníbales conocen las partes mas suculentas de la víctima. Los que no devoran á sus enemigos, beben por lo menos su sangre, y embadurnan con ella su pecho y rostro.

Pero á pesar de todo, las mujeres tienen un precioso privilegio, que consiste en poder salvar á los prisioneros, adoptándolos por hermanos ó maridos, sobre todo, si han perdido los suyos en el combate. La adopcion confiere los derechos de la naturaleza, y no hay ejemplo de que un prisonero adoptado haya hecho traicion á la familia de que se ha hecho miembro, y no muestre menor ardor que sus nuevos compatriotas en tomar las armas contra su antigua nacion: de lo que nacen las aventuras mas patéticas. Un padre se halla muchas veces frente á frente con su hijo, y si este le vence, le deja marchar por la primera vez, diciéndole: «Tú »me has dado la vida, yo te la devuelvo: estamos pa»gados. No te presentes ya mas ante mí, porque te »arrebataré la cabellera.»

Esto no obstante, los prisioneros adoptados no gozan de una seguridad completa. Si acontece que la tribu donde sirven hace algun daño, se les extermina; y tal mujer que se habia encargado de un niño, á lo mejor le divide de un hachazo.

Los iroqueses, célebres por su crueldad hácia los prisioneros de guerra, tenian una costumbre que parecia tomada de los romanos y que anunciaba el genio de un gran pueblo: era incorporar á la nacion vencida en la suya, sin hacerla esclava; de este modo, sino la obligaban á adoptar sus leyes, la sometian por sus costumbres.

No todas las tribus quemaban sus prisioneros, pues algunas se contentaban con reducirlos á la servidumbre. Los saquems, rígidos partidarios de las costumbres antiguas, deploraban aquella humanidad, degeneracion, segun ellos, de la antigua virtud. El Cristianismo, difundiéndose entre los indios, contribuyó á dulcificar los caracteres feroces, pues en nombre del Dios sacrificado por los hombres, obtenian los misioneros la abolicion de los sacrificios húmanos: ellos plantaban la cruz en el sitio que ocupara el poste del sacrificio, y la sangre de Jesucristo rescataba la sangre del prisionero.

RELIGION.

Cuando los europeos llegaron á América, hallaron entre los salvajes creencias religiosas, casi borradas hoy. Los pueblos de la Florida y de la Luisiana adoraban casi todos al sol, como los peruanos y mejicanos. Habia templos, sacerdotes ó juglares, y sacrificios, mezclando solamente á este culto del Mediodia el culto y las tradiciones de alguna divinidad del Norte.

Los sacrificios públicos tenian lugar á la orilla de los rios, y se verificaban en los cambios de estacion ó con motivo de la paz ó de la guerra; los sacrificios particulares se hacian en las chozas. Arrojábanse al viento las cenizas profanas y se encendia un fuego nuevo. La ofrenda á los buenos y malos genios consistia en pieles; utensilios de menaje, armas y collares, todo de poco valor.

Pero una supersticion comun á todos los indios, y por decirlo así, la única que han conservado es la de los *manitús*. Cada salvaje tiene el suyo, como cada negro su ídolo, y ya es un ave, un pez, un cuadrúpedo, un reptil, una piedra, un trozo de madera, un pedazo de tela, un objeto pintado, ó ya un adorno americano ó europeo. El cazador cuida de no matar ó herir al animal que ha elegido por manitú; y cuando ocurre esta desgracia procura apaciguar por todos los medios posibles los manes del dios muerto, no sintiéndose completamente tranquilo sino cuando haya *soñado* otro manitú.

Los sueños representan un gran papel en la religion del salvaje: su interpretacion es una ciencia, y sus ilusiones se tienen por realidades. En los pueblos civilizados sucede frecuentemente lo contrario; las realidades son ilusiones.

Entre las naciones indígenas del Nuevo-Mundo, el dogma de la inmortalidad del alma no está expresado distintamente, pero todos tienen de él una idea con-

(1) Esta vuelta está descrita en el libro XI de los *Natchez*.

✕ Se escurrió el católico Sr Chateaubriand porque para que quede al descubierto el cerebro es preciso levantar la bóveda craneana y con un cuchillo estrecho no es posible cortar el hueso. Para esto es necesario una [illegible] con el cuchillo se contentó [illegible] descubre el cerebro.

fusa, como lo atestiguan sus usos, fábulas, ceremonias fúnebres, y su piedad para con los muertos. Los salvajes, lejos de negar la inmortalidad del alma, la reproducen y parecen concederla hasta á las de las bestias, desde el insecto, el reptil, el pez y el ave, hasta el cuadrúpedo de mayor corpulencia. En efecto, pueblos que ven y oyen *espíritus* por todas partes, deben suponer naturalmente que se encierra uno en ellas mismas, y que los seres animados, compañeros de su soledad, tienen tambien sus inteligencias divinas.

Las naciones del Canadá poseen un sistema completo de fábulas religiosas, observándose en ellas, no sin admiracion, restos de las ficciones griegas y de las verdades bíblicas.

El Gran-Liebre reunió un dia sobre las aguas su córte, compuesta del danta, la cabra, el oso y otros cuadrúpedos, y sacando un grano de arena del fondo del gran lago, formó de él la tierra. Despues creó los hombres de los cuerpos muertos de los diversos animales.

Otra tradicion hace á Areskouí ó Agresgoué, dios de la guerra, y Ser supremo ó Gran-Espíritu.

El Gran-Liebre fue contrariado en sus designios, pues Michabú, dios de las aguas, apellidado el Gran-Gato-Tigre, se opuso á la empresa del Gran-Liebre, y este, teniendo que combatir á Michabú, no pudo crear mas que seis hombres, uno de los cuales subió al cielo y tuvo comercio con la bella Athaënsia, divinidad de las venganzas. El Gran-Liebre, conociendo que estaba en cinta, la precipitó de un puntapié á la tierra, y cayó sobre la espalda de una tortuga.

Algunos juglares pretenden que Athaënsia tuvo dos hijos, uno de los cuales mató al otro; pero generalmente se cree que no dió á luz mas que una hija, la cual á su vez fue madre de Tahouet-Saron y de Jouskeka, que mató á su hermano.

Athaënsía se toma algunas veces por la luna, y Jouskeka por el sol, que tambien es representado por Areskouí, dios de la guerra. Entre los natchez, Athaënsía, diosa de la venganza, era la *mujer-gefe* de los malos manitús, y Jouskeka de los buenos.

La raza de este se extinguió casi por completo en la tercera generacion, á consecuencia de un diluvio enviado por el Gran-Espíritu. Mesou, llamado tambien Saketchak, viendo aquel desbordamiento, encargó al cuervo inquiriese el estado de las cosas, pero el cuervo desempeñó mal su comision: viendo esto Mesou soltó á la rata almizclada, que le llevó un poco de limo. Mesou restableció la tierra á su primitivo estado, y lanzando flechas contra los troncos de los árboles que quedaban aun en pié, aquellas se convirtieron en ramas. Reconocido á los buenos oficios de la rata almizclada, se desposó con una de sus hembras, y de aquel matrimonio nacieron todos los hombres que pueblan hoy el mundo.

En estas fábulas hay, como no puede menos, algunas variantes, y segun otras autoridades, no fue Mesou el que hizo cesar la inundacion, sino la tortuga sobre la cual cayó Athaënsía, arrojada del cielo: esta tortuga apartó nadando, las aguas con sus patas y descubrió la tierra. Por lo tanto, la venganza es la madre de la nueva raza de los hombres.

El Gran-Castor es despues del Gran-Liebre el manitú mas poderoso. El es el que ha formado el lago Nipissingo y las cataratas que se hallan en el rio de los ontaueses que sale del Nipissingo, con los restos de la calzada que el Gran-Castor construyó para formar aquel lago; pero murió á la mitad de su empresa. Enterrósele en lo alto de una montaña á la que dió su forma, y desde entonces ninguna nacion ha pasado por el pié de su tumba, que no haya fumado en su honor.

Michabú, dios de las aguas, nació en Mechillinakinac en el estrecho que une el lago Huron con el lago Michigan. De allí se transportó al estrecho, puso un dique en el salto Santa María, y conteniendo las aguas del lago Alimipigon formó el lago Superior, para cazar los castores. Michabú aprendió de la araña á tejer las redes, y despues enseñó el mismo arte á los hombres.

Hay lugares especiales donde los genios moran con particular predileccion, y uno de ellos es el gran Wakon-Teche (la caverna del Gran-Espíritu), situada á dos jornadas mas abajo del salto San Antonio; esta caverna encierra un lago subterráneo de profundidad desconocida, siendo tradicion admitida que cuando se arroja á él una piedra, el Gran-Liebre deja oir una voz formidable. Créese tambien que los caracteres que se hallan grabados en la bóveda de la caverna, han sido trazados por los espíritus.

Al occidente del lago Superior se descubren algunas montañas formadas de piedras, que brillan como el hielo que adorna las cataratas en el invierno, y detrás de ellas se extiende un lago mucho mayor que el Superior. Michabú gusta muy particularmente de este lago y de estas montañas (1); pero donde ha fijado su residencia el Gran-Espíritu ha sido en el lago Superior, en el cual se le ve pasearse á la claridad de la luna, complaciéndose en coger el fruto de un grosellero que cubre la orilla meridional del lago. VéSele con frecuencia sentado en la punta de una roca, desde la cual desencadena las tempestades, y habita una isla del mismo lago que lleva su nombre, y que, segun las creencias de los salvajes, está habitada por las almas de los guerreros muertos en el campo de batalla, que pasan á ella para gozar del placer de la caza.

En otro tiempo surgia del centro del lago Sagrado una montaña de cobre que el Gran-Espíritu arrebató y transportó allí de otros paises en los tiempos mas remotos; pero en la actualidad ha sembrado la orilla de piedras del mismo metal, habiéndolas dotado de la virtud singular de hacer invisibles á los que las llevan consigo. El Gran Espíritu no quiere que se toque á estas piedras, y un dia que los algonquines fueron bastante temerarios para arrancar una, apenas entraron en las canoas cuando fueron perseguidos por un manitú de mas de sesenta codos de altura, que salió del fondo de una selva: llegábale el agua escasamente á la cintura, y hubo de ser tan tenaz su persecucion, que obligó á los algonquines á arrojar al agua el tesoro que habian robado.

En las márgenes del lago Huron, el Gran-Espíritu ha hecho cantar á la liebre blanca como un ave, mientras que el ave azul dió el maullido del gato.

Athaensía ha plantado en las islas del lago Erié la *yerba para las pulgas*; yerba que mirada por un guerrero le comunica la fiebre, y si la toca, adquiere su piel un calor sutil que le atormenta. Athaensía plantó tambien en los bordes del lago Erié el cedro blanco para destruir la raza de los hombres, y el vapor que de él se desprende hace perecer al niño en el seno de la jóven madre, como la lluvia desprende el racimo de la vid.

El Gran-Liebre ha concedido la sabiduría al rapaz strix del lago Erié, porque esta ave caza los ratones en el estío, y despues de mutilados los conduce vivos á su morada, donde cuida de cebarlos para el invierno: costumbre que no disgusta á los árbitros de los pueblos.

En la catarata del Niágara habita el Genio formidable de los iroqueses.

Cerca del lago Ontario los machos de las palomas torcaces se precipitan por la mañana en el rio Geneseo; y por la tarde, seguidos de igual número de hembras, van á buscar á la bella Endaé, que fue sacada de la comarca de las almas por el canto de su esposo.

(1) Esta antigua tradicion de una cadena de montañas y de un inmenso lago situado al Nor-Oeste del lago Superior indica con bastante exactitud las montañas Rocallosas y el Océano Pacífico.

El ave pequeña del lago Ontario hace la guerra á la serpiente negra; y hé aquí lo que dió lugar á este combate.

Hondiun, famoso gefe de los iroqueses, constructores de cabañas, vió á la jóven Almilao, y quedó prendado de su hermosura. Bailó tres veces de cólera, porque Almilao era de la nacion de los hurones, enemigos de los iroqueses, y volvió á su choza diciendo: «¡Me es indiferente!» pero el alma del guerrero no hablaba así.

Levantóse, tomó sus armas, atravesó las selvas, y llegó á la choza de Almilao, situada en el país enemigo. Era de noche.

Almilao oyó andar en su cabaña y dijo: «Akouessan, siéntate en mi estera.» Hondiun se sentó en la estera sin hablar una palabra, pues Athaensía y toda su rabia ocupaban su corazon. Almilao rodeó su brazo al guerrero iroqués, sin conocerle, y buscó sus labios. Hondiun la amó como á la luna.

Akouessan el abenaquis, aliado de los hurones, llegó en tan crítico momento, y se acercó en medio de las tinieblas: los amantes dormian. Deslizóse al lado de Almilao, sin descubrir á Hondiun, arrollado en las pieles que los cubrian. Akouessan encantó el sueño de su amada.

Hondiun se despertó, extendió la mano, tocó la cabellera de un guerrero, y un grito de guerra retumbó en la cabaña. Los saquems de los hurones acudieron; pero Akouessan el abenaquis ya no existia.

Hondiun, gefe iroqués, fue atado al poste de los prisioneros, y entonó su cancion de muerte; llamó á Almilao en medio del fuego, é invitó á la jóven hurona á que le devorase el corazon. Esta lloraba y sonreia: la vida y la muerte estaban en sus labios.

El Gran-Liebre hizo entrar el alma de Hondiun en la serpiente negra, y la de Almilao en la ave pequeña del lago Ontario. Desde entonces esta ataca á aquella, y la da muerte de un solo picotazo. Akouessan fue transformado en hombre marino.

El Gran-Liebre construyó una gruta de mármol negro y verde en el pais de los Abenaquis, y plantó un árbol en el lago salado (el mar), á la entrada de la gruta. Todos los esfuerzos de los hombres de las carnes blancas no han bastado á arrancar este árbol; y cuando la tempestad silba en el lago sin orillas, el Gran-Liebre desciende de la roca azul, y llora bajo el árbol á Hondiun, Almilao y á Akouessan.

Así entretienen al viajero las fábulas de los salvajes, desde el fondo de los lagos del Canadá hasta las costas del Atlántico. Moisés, Lucrecio y Ovidio parecen haber legado á estos pueblos, el primero su tradicion, el segundo su mal físico, y el tercero sus metamórfosis. Hay en todo esto bastante religion, mentira, y poesía, para instruirse, extraviarse y consolarse.

GOBIERNO.

LOS NATCHEZ.

DESPOTISMO EN EL ESTADO NATURAL.

Háse confundido casi siempre el estado natural con el salvaje, y de esta confusion ha resultado figurarse que los salvajes no tenian gobierno, y que cada familia era regida sencillamente por su gefe ó por su padre; que una caceria ó una guerra reunian ocasionalmente las familias por un interés comun; pero que satisfecho esto, las familias volvian á su aislamiento é independencia.

Estos son errores notables, pues entre los salvajes se halla el tipo de todos los gobiernos conocidos por los pueblos civilizados, desde el despotismo hasta la república, pasando por la monarquía limitada ó absoluta, electiva ó hereditaria.

Los indios de la América Septentrional, conocen las monarquías y repúblicas representativas, siendo el federalismo una de las formas políticas mas comunmente empleadas por ellas, pues la extension de su desierto produjo para la ciencia y sus gobiernos, lo que el exceso de poblacion ha motivado en los nuestros. El error en que se ha caido relativamente á la existencia política del gobierno salvaje, es tanto mas singular, cuanto que debiéramos estar ilustrados respecto á este punto por la historia de los griegos y romanos, cuyo imperio poseia á su nacimiento instituciones complicadísimas.

Las leyes políticas nacen en los hombres antes que las leyes civiles, sin embargo de que pareceria debian preceder estas á aquellas; pero es un hecho harto sabido, que el *poder* se ha organizado antes que el *derecho*, y la razon ha sido, que los hombres han tenido necesidad de defenderse contra la arbitrariedad, antes de fijar sus relaciones entre sí.

Las leyes políticas nacen espontáneamente con el hombre, y se establecen sin antecedentes, ó se las encuentra entre las hordas mas bárbaras.

Las leyes civiles por el contrario, se forman por los hábitos, pues lo que era una costumbre religiosa para el matrimonio de una jóven y un mancebo, para el nacimiento de un niño ó para la muerte de un cabeza de familia, se transforma en ley con el trascurso del tiempo. La propiedad particular, desconocida de los pueblos cazadores, es tambien otra fuente de las leyes civiles, que no se halla en el estado natural; y así es que no existia entre los indios de la América Septentrional código alguno de delitos ni penas. Los crímenes contra las cosas y las personas eran castigados por la familia, y no por la ley. La venganza era la justicia; así, el derecho natural perseguia, entre el hombre salvaje, lo que el derecho público alcanza entre el hombre culto.

Resumamos primero los rasgos comunes á todos los gobiernos de los salvajes, y despues entraremos en el detalle de cada uno de ellos.

Las naciones indias están divididas en tribus, y cada una de estas tiene un gefe hereditario, diferente del militar, que adquiere su derecho por la eleccion, como entre los antiguos germanos.

Las tribus llevan un nombre particular, tal como la tribu del Aguila, del Oso, del Castor, etc.; y los emblemas que las distinguen se convierten en enseñas guerreras ó sellos para los tratados.

Los gefes de las tribus y de las divisiones de estas, toman sus nombres de algunas cualidades que les son propias, de algun defecto de su espíritu ó de su persona, ó de alguna circunstancia de su vida. De aquí que uno se llame *bisonte blanco*, otro la *pierna coja*, la *boca chata*, el *dia sombrio*, el *vibrador de dardos*, la *hermosa voz*, el *matador de castores*, el *corazon de fuego*, etc.

Otro tanto sucedia en Grecia: en Roma, Cocles debió su nombre á la proximidad de sus ojos ó á la pérdida de uno de ellos, y Ciceron á la berruga ó á la industria de su abuelo. La historia moderna cuenta á sus reyes y guerreros por los nombres de *Calvo*, *Tartamudo*, *Bermejo*, *Cojo*, *Martel* ó *Martillo*, *Capeto* ó *Cabeza gorda*, etc.

Los consejos de las naciones indias se componen de los gefes de las tribus, de los militares, de las matronas, de los oradores, de los profetas ó juglares, y de los médicos, variando solo segun la constitucion de los pueblos.

El espectáculo que presenta un consejo de salvajes es en extremo pintoresco. Terminada la ceremonia del calumet, toma la palabra un orador. Los miembros del consejo están sentados ó tendidos en tierra, en diferentes actitudes: los unos, completamente desnudos, solo tienen para cubrirse una piel de búfalo; los otros, pintarrajeados desde los piés á la ca-

beza, parecen estátuas egipcias; y otros, por último, unen á los adornos salvajes, plumas, picos de aves, garras de osos, cuernos de búfalo, huesos de castor, dientes de pescado, y algunos diges europeos. Los rostros están pintados de diferentes colores, ó teñidos de blanco y negro. Escúchase atentamente al orador, y cada una de sus pausas es acogida por el grito de aplauso, *oah! oah!*

Naciones tan sencillas nada deberian tener que debatir en política; y sin embargo, es lo cierto que ningun pueblo civilizado trata de mas cosas á la vez: ya de enviar una embajada á una tribu para felicitarla por sus victorias; ya de renovar ó concluir un tratado de alianza; ya de pedir una explicacion sobre la violacion de un territorio; ya de mandar una diputacion para lamentar la muerte de un gefe; ya de solicitar un voto en una asamblea; ya de elegir un gefe; ya de inutilizar un competidor, ya de ofrecer una mediacion ó aceptarla para hacer deponer las armas á dos pueblos; ya de mantener el equilibrio para que tal nacion no se haga demasiado fuerte y amenace la libertad de las otras. Todos estos asuntos se discuten con órden, y las razones en pro y en contra se deducen con claridad, habiéndose conocido saquems que poseian á fondo todas estas materias, y hablaban con una profundidad de miras y de juicio, de que serian capaces pocos hombres de Estado europeos.



DANZA GUERRERA.

Las deliberaciones del Consejo se marcan en colla-

res de diversos colores, archivos del Estado que encierran los tratados de guerra, de paz y de alianza, con todas las condiciones y cláusulas necesarias. Otros collares contienen las arengas pronunciadas en los diversos consejos, y ya he hecho mencion en otra parte de la memoria artificial de que usan los iroqueses para retener un largo discurso. El trabajo se dividia entre guerreros, que por medio de algunos huesecillos aprendian de memoria, ó mejor dicho, escribian en su memoria la parte del discurso que estaban encargados de reproducir (1).

Las dererminaciones de los saquems se graban algunas veces en los árboles con signos enigmáticos, y aunque el tiempo que roe nuestras vetustas crónicas destruye igualmente las de los salvajes, lo hace de distinta manera; extiende una nueva corteza sobre el *papyrus* que conserva la historia india, y al cabo de un corto número de años, el indio y su historia han desaparecido á la sombra del mismo árbol.

Pasemos ahora á la historia de las instituciones particulares de los gobiernos indios, empezando por el despotismo.

Necesario es ante todo observar que allí donde se ha establecido el despotismo, reina una especie de civilizacion *física*, tal y como se la encuentra en la mayor parte de los pueblos asiáticos, y tal como existe en el Perú y en Méjico. El hombre que no puede mezclarse en los negocios públicos, y que entrega su vida á un señor, como un bruto ó un niño, emplea todo el tiempo en ocuparse de su bienestar material. El sistema de esclavitud, sometiendo á este hombre á otros brazos que los suyos, lo convierte en una máquina que labra su campo, embellece su vivienda, fabrica sus vestidos y prepara su comida. Pero llegando á cierto grado, aquella civilizacion del despotismo permanece estacionaria, porque el tirano superior que quiere permitir algunas tiranías particulares, conserva siempre el derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, cuidando estos de encerrarse en una medianía que no excita ni la avaricia ni los zelos del poder.

Bajo el imperio del despotismo hay, pues, un principio de lujo y de administracion; pero con una medida que no permite á la industria desarrollarse, ni llegar el genio á la libertad, por el influjo de las luces.

Fernando de Soto halló pueblos de esta naturaleza en las Floridas, y fué á morir á la márgen del Misisipí, rio en que se extendia la dominacion de los natchez, pueblos originarios de Méjico, cuyo país habitaron hasta despues de la caida del trono de Motezuma. La época de la emigracion de los natchez coincide con la de los chicascas, que vinieron del Perú expulsados igualmente de su tierra natal por la invasion de los españoles.

Un gefe llamado el *Sol*, gobernaba los Natchez, y se suponia descendiente del astro del dia. La sucesion al trono se verificaba por la línea femenina, y al Sol no le sucedia su propio hijo, sino el de su hermana ó el de su pariente mas próximo. Aquella *Mujer-Gefe*, que así se llamaba, tenia como el Sol una guarda de jóvenes llamados *Allouez*.

Los dignatarios inferiores al Sol eran los dos gefes de guerra, los dos sacerdotes, los dos oficiales para los tratados, el inspector de las obras y graneros públicos, hombre poderoso, llamado *gefe de la harina*, y los cuatro maestros de ceremonias.

La recoleccion hecha en comun y puesta bajo la custodia del Sol, fue en su orígen la causa principal del establecimiento de la tiranía. Unico depositario de la fortuna pública, el monarca se aprovechó de ella para hacerse favoritos, y enalteció á unos á expensas de los otros, inventando esa gerarquía de empleos que interesan á una multitud de hombres en el poder, por la complicidad de la opresion. El Sol se rodeó de satélites prontos á ejecutar sus órdenes, y al cabo de algunas generaciones se formaron clases en el Estado; porque pretendiendo ser nobles los que descendian de los generales ú oficiales de los Allouez, se les dió asenso. Entonces fue inventada multitud de leyes, y cada individuo se vió obligado á llevar al Sol una parte de su caza y de su pesca. Si este mandaba tal ó cual trabajo, se suponia la obligacion de ejecutarlo, sin recibir por él el menor salario. Imponiendo la servidumbre, el Sol se apoderó del derecho de juzgar. «¡Deshacedme de ese perro!» decia, y sus guardias obedecian.

El despotismo del Sol produjo el de la Mujer-Gefe, y despues el de los nobles. Cuando una nacion se hace esclava, se forma una serie de tiranos, desde la primera clase hasta la última. La arbitrariedad del poder de la Mujer-Gefe tomó el carácter del sexo de esta soberana, y se inclinó á la parte de las costumbres. La Mujer-Gefe se creyó con derecho de tomar tantos maridos y amantes cuantos la placia, haciendo en seguida extrangular á los objetos de sus caprichos. Al poco tiempo se admitió que el jóven Sol, ascendido al trono, pudiese hacer extrangular á su padre, cuando este no fuese noble.

Esta corrupcion de la madre del heredero del trono cundió á las demás mujeres, y los nobles podian abusar de las vírgenes y aun de las jóvenes esposas en toda la nacion, habiendo llegado el Sol á mandar una prostitucion general de las mujeres, como se habia practicado en ciertas iniciaciones babilónicas.

A todos estos males faltaba solo uno, la superstición, y los natchez se vieron abrumados por ella. Los sacerdotes buscaron los medios de robustecer la tiranía, por la degradacion de la razon del pueblo. Hízose un honor insigne y una accion meritoria para el cielo, matarse sobre la tumba de un noble, habiendo gefes cuyos funerales llevaban consigo la matanza de mas de cien víctimas. Aquellos opresores parecian no abandonar el poder absoluto en la vida, sino para heredar la tiranía de la muerte: aun á los cadáveres obedecian: ¡tan avezados estaban á la esclavitud! Mas aun: solicitábase algunas veces el honor de acompañar al Sol al país de las almas, aun diez años antes de su muerte; pero el cielo permitia una justicia, pues aquellos mismos allouez para los que habia sido fundada la esclavitud, eran obligados por la opinion á herirse con su puñal en obsequio de su amo, siendo el suicidio el digno ornamento de la pompa fúnebre del despotismo. Pero; ¿de qué servia al soberano de los Natchez llevar consigo su guardia mas allá de la vida? ¿podia defenderle del eterno vengador de los oprimidos?

Muerta una Mujer-Gefe, su marido que no era noble fue ahogado, y la hija mayor que le sucedió en aquella dignidad, mandó la extrangulacion de doce niños, cuyos cuerpos se colocaron alrededor de los de la antigua Mujer-Gefe y su marido; y los catorce fueron depositados en una especie de andas, pomposamente decoradas.

Catorce allouez llevaban el lecho fúnebre, y puesto el convoy en marcha, la abrian los padres y las madres de los niños extrangulados, marchando lentamente de dos en dos, y llevando sus hijos muertos en sus brazos. Catorce víctimas que se habian ofrecido voluntariamente á la muerte, seguian el lecho fúnebre, llevando en sus manos el cordon fatal que ellas mismas habian hilado. Los parientes mas cercanos de aquellas víctimas los rodeaban, y la familia de la Mujer-Gefe cerraba la comitiva.

De diez en diez pasos los padres y las madres que precedian á la *Teoria*, dejaban caer los cuerpos de sus hijos, y los hombres que llevaban las andas pasaban sobre ellos, de suerte que cuando se llegaba al templo,

(1) Puede verse en los *Natchez* la descripcion de un consejo de salvajes, celebrado en la Roca del Lago, pues los detalles son rigurosamente históricos.

la carne de aquellas tiernas hostias caia á pedazos.

El convoy se detuvo en el lugar destinado á la sepultura. Desnudáronse las catorce personas *devotas*, y se sentaron en tierra: un allouez agarró las rodillas de cada una de ellas, y otro las sujetó las manos por detrás; hizoseles luego tragar tres pedazos de tabaco y beber un poco de agua, y echándoles el lazo al cuello, los parientes de la Mujer-Gefe tiraron de los cabos de él, cantando.

Apenas se puede comprender cómo un pueblo en el cual era desconocida la propiedad individual, y que ignoraba la mayor parte de las necesidades de la sociedad, pudo caer bajo semejante yugo. Por una parte hombres desnudos, representando la libertad natural; por otra, exacciones sin ejemplo y un despotismo que sobrepuja á lo mas formidable que se ha visto entre los pueblos civilizados; la inocencia y las virtudes primitivas del estado político en su cuna, á la par de la corrupcion y los crímenes de un gobierno decrépito: ¡qué monstruoso conjunto!

Una revolucion sencilla, natural y casi sin esfuerzo, libró en parte á los natchez de sus cadenas. Abrumados por el yugo de los nobles y del Sol, se contentaron con retirarse á los bosques, y la soledad les dió la libertad. El Sol, abandonado en la *gran aldea*, y no teniendo ya nada que dar á los allouez por haber quedado inculto el campo comun, fue abandonado de aquellos mercenarios; habiéndole sucedido un príncipe razonable, no restableció los guardias, abolió los usos tiránicos, llamó á sus súbditos y les hizo amar su gobierno. Un consejo de ancianos formado por él destruyó el principio de la tirania, organizando bajo nuevas bases la propiedad comun.

Las naciones salvajes, sometidas al imperio de las ideas primitivas, tienen una repugnancia invencible hácia la propiedad particular, reconocida como el fundamento del órden social, naciendo de aquí se vea entre algunos indios esa propiedad comun, ese campo público de las mieses, y esas recolecciones depositadas en graneros de los cuales cada uno saca la cantidad proporcionada á sus necesidades; pero de aquí tambien procede el poder de los gefes que vigilan aquellos tesoros, y que acaban por distribuirlos en provecho de su ambicion.

Regenerados los natchez, hallaron medio de ponerse al abrigo de la propiedad particular, sin caer en el inconveniente de la propiedad comun. El campo público fue dividido en tantos lotes cuantas familias habia, y cada una de estas llevaba á su casa la mies contenida en uno de aquellos lotes. De este modo se destruyó el granero público, conservando empero el campo comun; y como cada familia no recogia precisamente sino el producto del cuadrado que habia labrado y sembrado, no podia atribuirse el goce del derecho particular, sino á lo que habia recibido, resultando que no fue ya la comunidad de la tierra, sino la comunidad de trabajo la que constituyó la propiedad comun.

Los natchez, conservaron el exterior y las formas de sus antiguas instituciones, manteniendo siempre una monarquía absoluta, un Sol, una Mujer-Gefe y diferentes órdenes ó diferentes clases de hombres; pero esto solo eran una reminiscencia del pasado; recuerdos útiles á los pueblos, para los cuales, nunca es bueno destruir la autoridad de sus mayores. Mantúvose siempre encendido el fuego perpetuo en el templo, y las cenizas de los antiguos gefes, depositadas en aquel edificio, permanecieron en reposo, no solo porque era un crimen violar el asilo de los muertos, sino tambien porque el polvo de los tiranos da lecciones tan elocuentes como el de los demás hombres.

LOS MUSCOGULGOS.

MONARQUIA LIMITADA EN EL ESTADO NATURAL.

Al Oriente del país de los Natchez, abatidos por el despotismo, los muscogulgos ofrecian en la escala de los gobiernos de los salvajes la monarquía constitucional ó limitada. Este pueblo unido á los siminoles forma con ellos la Confederacion de los Creeks en la antigua Florida y tiene un gefe llamado Mico, que desempeña las funciones de rey ó magistrado.

Este, reconocido como el primer hombre de la nacion, recibe de sus súbditos toda clase de muestras de respeto; y cuando preside el consejo se le rinden homenajes que rayan casi en la abyeccion, permaneciendo vacío su asiento cuando se halla ausente.

El Mico convoca el consejo para deliberar acerca de la paz y de la guerra, dirigiéndose á él los embajadores y extranjeros que llegan ó visitan la nacion.

La potestad régia del Mico es electiva é inamovible; y la eleccion, verificada por los ancianos, se confirma por el cuerpo ó clase de los guerreros. Para ocupar tan elevado puesto es preciso haber vertido su sangre en los combates, ó haberse distinguido por su razon, su genio, ó su elocuencia. Este soberano, que debe exclusivamente su poder á su mérito, se eleva como el Sol sobre la Confederacion de los Creeks, para animar y fecundar la tierra.

El Mico no lleva sobre si señal alguna que le distinga, y fuera del consejo es un simple saquem que se mezcla entre la muchedumbre; habla familiarmente con todos, y fuma y bebe en la copa plebeya con los guerreros: á un extraño le seria imposible reconocer en él la primera autoridad de aquel pueblo. En el consejo mismo donde recibe tantos honores, solo tiene voz; pero su influencia, debida únicamente á su saber, es decisiva, pues se sigue generalmente su opinion por reputarla casi siempre como la mejor.

La veneracion de los muscogulgos hácia el Mico, es extrema, llegando á tal punto, que cuando un jóven intenta hacer una accion deshonrosa, su compañero le dice: «Ten cuidado, que el Mico te vé,» y el jóven se detiene; obsérvase aquí la accion invisible del despotismo de la virtud.

El Mico, no obstante, goza de una prerogativa peligrosa. Las cosechas se hacen entre los muscogulgos en comun, y cada familia está obligada despues de haber recibido su lote, a llevar una parte de ella á un granero público del que el Mico puede extraer cantidades á su voluntad; y sabido es, como acabamos de ver, que semejante privilegio produjo la tiranía de los Soles de los Natchez

La autoridad mayor del Estado, despues del Mico, reside en el consejo de los ancianos, que decide la paz y la guerra, y aplica las órdenes del Mico; institucion política verdaderamente singular. En la monarquía de los pueblos civilizados, el rey es el poder ejecutivo, y el consejo ó la asamblea nacional, el poder legislativo; aquí es al contrario: el monarca hace las leyes, y el consejo las ejecuta. Tal vez hayan creido estos salvajes que existe menos peligro en investir á un consejo de ancianos del poder ejecutivo, que en entregar este en manos de un solo hombre. Por otra parte, habiendo probado la experiencia que un solo hombre de edad madura y de talento reflexivo, elabora mejor las leyes que un cuerpo deliberante, los muscogulgos no han tenido reparo en colocar el poder legislativo en el rey.

Pero el consejo de los muscogulgos tiene un vicio capital, y es, el estar bajo la inmediata direccion del gran juglar que lo dirige por el temor de los sortilegios, y por la adivinacion de los sueños. Los sacerdotes forman en esta nacion un colegio formidable, que amenaza apoderarse de los demás poderes. El gefe de la guerra, independiente del Mico, ejerce un poder

absoluto en la juventud armada. Pero esto no obstante, si la nacion está en un peligro inminente, el Mico se convierte por un tiempo limitado en general, para las relaciones exteriores, conservando el carácter de magistrado para el interior.

Tal es, ó mejor dicho, tal era el gobierno muscogulgo, considerado en sí mismo y á parte, pues además tiene otras relaciones como gobierno federativo.

Los muscogulgos, nacion altiva y ambiciosa, vinieron del Oeste, y se apoderaron de la Florida despues de haber exterminado á los Yamases, sus habitantes primitivos (1). Poco despues hicieron alianza con ellos los siminoles, que vinieron del Este.

Los muscogulgos, como mas fuertes, obligaron á aquellos á entrar en una confederacion, en virtud de la cual los siminoles enviaron diputados á la gran ciudad de los muscogulgos, hallándose así gobernados en parte por el Mico de estos últimos.

Estas dos naciones reunidas, fueron llamadas por los europeos, la nacion de los creeks, dividiéndose en creeks superiores, los muscogulgos, y en creeks inferiores, los siminoles. No satisfecha aun la ambicion de los muscogulgos, llevaron la guerra al país de los Queroqueses y al de los Chicassas, y los obligaron á entrar en la alianza comun; confederacion tan célebre en el Mediodía de la América septentrional, como la de los iroqueses en el Norte. Singular es ciertamente ver á los salvajes intentar la reunion de los indios en una república federativa, en el mismo sitio en que los europeos debian establecer un gobierno de la misma naturaleza.

Los muscogulgos, al celebrar tratados con los blancos, han estipulado que estos no venderian aguardiente á las naciones aliadas, contratando ademas que en las naciones de los creeks no se toleraria mas que un mercader europeo que residiria bajo la salvaguardia pública. Jamás se violaban por su parte las leyes de la mas exacta probidad y transitaba seguro por el país, asegurada su fortuna y su vida.

Los muscogulgos son inclinados á la ociosidad y á las fiestas, cultivan la tierra y crian ganados y caballos de raza española, teniendo tambien esclavos. El siervo labra los campos, cultiva en los jardines las frutas y las flores, cuida del aseo de la cabaña, y prepara la comida. Está alojado, vestido y alimentado como sus amos, y si se casa, sus hijos son libres, entrando á gozar del derecho natural por el mero nacimiento. La desgracia del padre y de la madre no pasa á su posteridad, pues los muscogulgos no han querido que la servidumbre fuera hereditaria : ¡leccion sublime que los salvajes han dado á los hombres civilizados!

Tal es sin embargo la esclavitud, que por mas que se dulcifique degrada las virtudes. El muscogulgo, atrevido, bullicioso é impetuoso, que apenas tolera la menor contradiccion, es servido por el yamasa tímido, silencioso, paciente y abyecto; por aquel yamasa antiguo señor de las Floridas, de raza india que combatió heróicamente para salvar á su país de la invasion muscogulga, pero que al fin tuvo que ceder á la fortuna contraria. ¿Qué cosa ha podido establecer entre el yamasa de los antiguos tiempos y el de hoy, entre aquel yamasa vencido y aquel muscogulgo vencedor, tan gran diferencia? dos palabras : libertad y servidumbre.

Las ciudades muscogulgas están edificadas de una manera particular. Cada familia tiene casi siempre cuatro casas ó cuatro cabañas iguales, las que, colocadas las unas en frente de las otras, forman un patio cuadrado de cerca de media yugada, practicable por los cuatro ángulos. Las cabañas, construidas de madera, están revestidas por dentro y por fuera de un mortero rojo parecido á la tierra de los ladrillos, sirviendo de techumbre á estas viviendas, pedazos de corteza de ciprés dispuestos como las conchas de la tortuga.

En el centro de la ciudad principal, y en la parte mas elevada de ella, hay una plaza pública rodeada por cuatro espaciosas galerías; en una de ellas está situada la sala del consejo, que se reune diariamente para la expedicion de los negocios. Esta sala está dividida en dos por un tabique longitudinal, y la pieza ó departamento del fondo carece de luz, pues solo la recibe por una abertura elíptica, practicada en la parte inferior del tabique. En este santuario se depositan los tesoros de la religon y de la política; los rosarios de asta de ciervo, la copa de la medicina, los chichikués, el calumet de paz y el estandarte nacional, hecho de cola de águila. El Mico, el gefe guerrero y el gran-sacerdote, son los únicos que pueden entrar en este lugar formidable.

El departamento exterior, que es la sala del consejo, está dividido en tres partes por tres pequeños tabiques transversales á la altura del pecho; y sobre estos tres repechos se elevan tres órdenes de graderías que se apoyan en la pared del santuario. En estos bancos cubiertos de esteras, se sientan los saquems y los guerreros.

Las otras tres galerías, que forman con la del consejo, el circuito de la plaza pública, están igualmente divididas en tres partes, pero no tienen tabique longitudinal; y en estas galerías, llamadas *galerías del banquete*, se halla siempre una multitud bulliciosa ocupada en diferentes juegos.

Las paredes, los tabiques y las columnas de madera de aquellas galerías, están sobrecargadas de adornos geroglíficos que encierran los secretos sacerdotales y políticos de la nacion. Estas pinturas representan hombres en diversas actitudes, aves y cuadrúpedos con cabeza de hombres, y hombres con cabeza de animales. El dibujo de estos monumentos está trazado con valentía, guardando las proporciones naturales; el colorido es vivo, pero aplicado sin arte; el órden arquitectónico de las columnas; varía en las ciudades segun la tribu que las habita; en los otases las columnas son espirales, porque los muscogulgos y los otases son de la tribu de la Serpiente.

En esta nacion hay una ciudad de paz y otra de sangre. La ciudad de paz es la capital de la Confederacion de los Creeks, y se llama *Apalachucla*, y en ella jamás se vierte sangre, siendo convocados allí los diputados creeks cuando se trata de establecer una paz general.

La ciudad de sangre se titula *Coweta*, y está situada á doce millas de Apalachucla, siendo en ella donde se delibera la guerra.

En la Confederacion de los Creeks son dignos de atencion los salvajes que habitan la hermosa ciudad de Uche, compuesta de dos mil habitantes, y que puede armar hasta quinientos guerreros. Estos salvajes hablan la lengua *savanna* ó *savantica*, lengua radical distinta de la muscogulga. Los aliados de la ciudad de Uche opinan generalmente de diferente modo que los demás aliados en el consejo, emanando de aquí la rivalidad que los profesan, pero son bastante prudentes unos y otros para no producir nunca un rompimiento.

Los siminoles, inferiores en número á los muscogulgos, solo cuentan nueve ciudades situadas todas en las orillas del Flint, y no se da un paso en su país sin que se descubran sábanas, lagos, fuentes y rios, cuyas corrientes arrastran el agua mas cristalina.

El siminol respira alegría, contento y amor; su

(1) Estas tradiciones de las emigraciones indias son oscuras y contradictorias. Algunas personas instruidas consideran á las tribus de las Floridas como un resto de la gran nacion de los allighewis, que habitaban los valles del Misisipí y del Ohio, y que echaron hácia los siglos XII y XIII á los lennilenapos (iroqueses y salvajes delawares) horda nómada y belicosa, venida del Norte y del Oeste, es decir, de las costas vecinas al estrecho de Behring.

marcha es ligera; su continente franco y sereno; sus gestos revelan la actividad de la vida; hablan mucho y con viveza, y su lenguaje es armonioso y fácil. Su carácter amable y voluble es tan pronunciado en este pueblo, que apenas puede mantener una actitud digna en las asambleas políticas de la Confederacion.

Los siminoles y los muscogulgos tienen una talla bastante elevada, y por un contraste extraordinario sus mujeres son la raza mas pequeña de las mujeres conocidas en América, pues rara vez llegan á cuatro piés y dos ó tres pulgadas, y sus piés y manos parecen los de una europea de nueve ó diez años. La naturaleza sin embargo las ha indemnizado de esa especie de injusticia con un talle elegante y gracioso, y unos hermosos ojos negros extremadamente rasgados, llenos de languidez y modestia. La caida natural de sus párpados tiene una especie de pudor voluptuoso que encanta; y cuando hablan, á no verlas, se creeria escuchar la voz de tiernos infantes que pronuncian palabras á medio formar.

Las mujeres creeks trabajan menos que las otras indias, ocupándose solo en bordados, tintes y otros trabajos mas inferiores. Las esclavas las evitan el cuidado de cultivar la tierra, ayudándolas sin embargo á recoger las cosechas, acompañadas de los guerreros.

Los muscogulgos son dados á la poesía y á la música, y en la tercera noche de la fiesta del maiz nuevo, se reunen en la galería del consejo para disputar el premio del canto, premio que es concedido á pluralidad de votos por el Mico, y que consiste en una rama de encina verde: los helenos se disputaban una rama de olivo. Las mujeres concurren tambien á este certámen, y frecuentemente obtienen la corona: una de aquellas odas se ha hecho célebre á la posteridad.

Cancion de la carne blanca.

«La carne blanca vino de la Virginia. Era rica, tenia telas azules, pólvora y veneno francés (1). La carne blanca vió á Tibeïma la ikouessen (2).

»Yo te amo, dijo á la jóven pintada; cuando me acerco á tí, siento liquidárseme la médula de mis huesos; mis ojos se turban, y me siento morir.

»La jóven pintada, que ansiaba las riquezas de la carne blanca, la respondió: Déjame grabar mi nombre en tus labios; estrecha mi seno contra el tuyo.

»Tibeïma y la carne blanca edificaron una cabaña. La ikouessen disipó las grandes riquezas del extranjero, y fue infiel. La carne blanca lo supo, pero no pudo dejar de amar. Iba de puerta en puerta mendigando granos de maiz para sostener la vida de Tibeïma. Cuando la carne blanca podia obtener un poco de fuego líquido (3), bebia para olvidar su dolor.

»Siempre amando á Tibeïma, y siempre engañado por ella, el hombre blanco perdió la razon y corrió desenfrenado por los bosques. El padre de la jóven pintada, ilustre saquem, la reprendió; pero el corazon de una mujer que ha dejado de amar es mas duro que el fruto del papaya.

»La carne blanca volvió á su cabaña. Estaba desnuda; tenia una larga barba erizada; sus ojos estaban hundidos y sus labios pálidos; sentóse sobre una estera para pedir hospitalidad en su propia cabaña. El hombre blanco tenia hambre, y como estaba enajenado, se creia un niño y juzgaba ver en Tibeïma á su madre.

»Tibeïma que habia hallado nuevas riquezas con otro guerrero en la antigua cabaña de la carne blanca, se horrorizó de aquel á quien habia amado, y le espulsó. La carne blanca se sentó en un monton de hojas á la puerta, y murió. Tibeïma murió tambien. Cuando el siminol pregunta cuyas son las ruinas de aquella cabaña, cubierta de crecidas yerbas, nada se le responde.»

(1) Aguardiente.
(2) Cortesana.
(3) Aguardiente.

Los españoles colocaron en los bellos desiertos de la Florida una fuente de juventud. ¿No estaba yo autorizado á elegir aquellos desiertos para que fueran el país de algunas otras ilusiones?

Pronto veremos lo que ha sido de los creeks, y qué suerte amenaza á aquel pueblo que marchaba á grandes pasos hácia la civilizacion.

LOS HURONES Y LOS IROQUESES.

REPÚBLICA EN EL ESTADO NATURAL.

Si los Natchez ofrecen el tipo del despotismo en e estado natural, y los Creeks el primer destello de la monarquía limitada, los Hurones y los Iroqueses presentaban en el mismo estado natural, la forma del gobierno republicano. Estos, como los Creeks, tenian además de la constitucion peculiar á la nacion propiamente dicha, una asamblea general representativa y un pacto federativo.

El gobierno de los hurones diferia poco del de los iroqueses, pues al lado del consejo de las tribus se alzaba un gefe hereditario, cuya sucesion continuaba por la línea femenina como entre los Natchez. Si se extinguia la línea de este gefe, la matrona mas noble de la tribu elegia un nuevo gefe, deduciéndose de aquí que la influencia de las mujeres debia ser considerable en una nacion en que la política y la naturaleza les daban tantos derechos. Los historiadores atribuyen á esta influencia una parte de las buenas y malas cualidades del huron.

En las naciones asiáticas, las mujeres son esclavas, y por lo tanto no tienen participacion alguna en el gobierno; pero encargadas de los cuidados domésticos, están por lo general exentas de los rudos trabajos del campo.

En las naciones de origen germánico, las mujeres eran libres, pero completamente extrañas á los actos políticos, como no fuera aquellos que decian relacion con el valor y el honor.

En las tribus del Norte de America las mujeres tenian participacion en los negocios de Estado, pero se empleaban en esos penosos trabajos anejos al hombre en la Europa civilizada. Esclavas y bestias de carga en los campos y en la caza, eran libres y reinas en las asambleas de la familia y en los consejos de la nacion, siendo preciso remontarse á la época de los galos para hallar algo que se parezca á la condicion social de estas mujeres.

Los Iroqueses ó las cinco naciones (1), llamados en la lengua algonquina los *Agannonsioni*, eran una colonia de los hurones; pero separados de estos en una época ignorada, abandonaron las orillas del lago Huron y se fijaron en la márgen meridional del rio Hochelaga (el San Lorenzo), no lejos del lago Champlain. Andando el tiempo, llegaron hasta el lago Ontario y ocuparon el país situado entre el lago Erié y las fuentes del rio Albany.

Los iroqueses son un ejemplo palpable del cambio que pueden obrar en el carácter de los hombres la opresion y la independencia, pues despues de haberse separado de los hurones se entregaron al cultivo de la tierra, constituyendo una nacion agrícola y pacífica, que les valió el nombre de *agannonsioni*.

Sus vecinos los *adirondacs*, que conocemos con el

(1) Seis, segun la division de los ingleses.

nombre de *algonquines*, pueblo guerrero y cazador á la vez, cuya dominacion se extendia por un inmenso país, despreciaron á los hurones, nacion viajera, cuyas cosechas compraban. Sucedió que los algonquines invitaron á una caceria á algunos jóvenes iroqueses, y estos se distinguieron de tal suerte que celosos los algonquines los destrozaron.

Los iroqueses corrieron á las armas por la primera vez, para vengar á sus compañeros, y aunque sufrieron una derrota, resolvieron perecer todos ó conquistar su libertad. Un genio guerrero, hasta entonces para ellos desconocido, se desplegó repentinamente, y desafiando á su vez á los algonquines, estos se aliaron con los hurones de cuya raza eran originarios los iroqueses. Precisamente en el momento mas rudo de aquella querella, fue cuando Jacobo Cartier y en seguida Champlain, abordaron al Canadá, y unidos los algonquines á los extranjeros, los iroqueses tuvieron que luchar con los franceses, los algonquines y los hurones.

No tardaron en llegar los holandeses á Manhatte (Nueva-York), y los iroqueses, que solicitaron la amistad de aquellos nuevos europeos, se procuraron armas de fuego, y al poco tiempo se hicieron tan hábiles en el manejo de ellas como los blancos mismos. No hay ejemplo entre los pueblos civilizados de una guerra tan larga y tan implacable como la que hicieron los iroqueses á los algonquines y á los hurones; esta lucha, que duró mas de tres siglos, concluyó con el exterminio de los algonquines, y los hurones reducidos á una pequeña tribu, tuvieron que acogerse á la proteccion del cañon de Quebec. La colonia francesa del Canadá, en el momento mismo de sucumbir á los ataques de los iroqueses, debió únicamente su salvacion á un cálculo político de estos salvajes extraordinarios (1).

Probable es que los indios del Norte de América fuesen gobernados primeramente por reyes, como los habitantes de Roma y Atenas, y que estas monarquias se cambiaran á poco en repúblicas aristocráticas, hallándose en las principales poblaciones huronas é iroquesas, familias nobles ordinariamente en número de tres. Estas familias eran el tronco de las tres tribus principales, una de las cuales gozaba de una especie de preeminencia, llamándose *hermanos* los miembros de esta primera tribu, cuando los de las otras dos se llamaban *primos*.

Estas tres tribus llevaban el nombre de tribus huronas, y se distinguian con el título de tribu de la Cabra, tribu del Lobo, y tribu de la Tortuga: esta se subdividia en dos ramas, la grande y la pequeña Tortuga.

El gobierno, extremadamente complicado, se componia de tres consejos, á saber: el consejo de los asistentes, el de los ancianos, y el de los guerreros en estado de llevar las armas; es decir, el grueso de la nacion.

Cada familia enviaba un diputado al colegio de los asistentes, y era nombrado por las mujeres, que frecuentemente elegian una de ellas para representarlas. El consejo de los asistentes era el supremo, y en su consecuencia, el primer poder pertenecia á las mujeres de las que los hombres solo eran lugar-tenientes. Esto no obstante, el consejo de los ancianos pronunciaba en definitiva, y ante él se presentaban en apelacion las deliberaciones del consejo de los asistentes.

(1) Ya hemos visto que otras tradiciones consideran á los iroqueses como una columna de aquella emigracion de los lennilénapos venidos de las costas del Océano Pacífico; y en este caso, esta columna de los iroqueses y de los hurones, habria espulsado á las poblaciones del Norte del Canadá, entre las cuales se hallaban los algonquines, al paso que los indios delawares, inclinándose mas al Sur, descenderian hasta el Atlántico, dispersando los pueblos primitivos establecidos el Este y Oeste de los Alleghanys.

Los iroqueses habian imaginado no debian privarse de la asistencia de un sexo, cuyo talento sutil é ingenioso es fecundo en recursos, y sabe obrar sobre el corazon humano; pero habian calculado tambien que las determinaciones de un consejo de mujeres podrian ser apasionadas; y para evitar este inconveniente, determinaron fuesen templadas y como atenuadas aquellos acuerdos por el juicio de los ancianos. Este consejo femenil se hallaba tambien entre los galos.

El segundo consejo, ó sea el de los ancianos, era el moderador entre el consejo de los asistentes y el compuesto de la masa de los guerreros jóvenes.

No todos los miembros de estos tres consejos gozaban del derecho de tomar la palabra, pues ciertos oradores elegidos por cada tribu y que hacian un estudio particular de la política y la elocuencia, discutian en los consejos los asuntos de Estado.

Esta costumbre, que seria un obstáculo á la libertad en los pueblos civilizados de Europa, era una medida de órden para los iroqueses, que no sacrificaban la libertad particular á la general; y tanto era así, que ninguno de los miembros de estos tres consejos se creia comprometido individualmente por la deliberacion de los mismos, no habiéndose sin embargo verificado un caso en que un guerrero hubiera rehusado someterse.

La nacion iroquesa se dividia en cinco cantones, independientes unos de otros. Estos cantones podian por lo tanto contratar la paz ó la guerra separadamente; y en semejantes circunstancias los cantones que permanecian neutrales les ofrecian sus buenos servicios.

Los cinco cantones nombraban de tiempo en tiempo diputados, que renovaban la alianza general, y en aquella dieta, celebrada en medio de los bosques, se trataban algunas veces grandes empresas para el honor y seguridad de toda la nacion. Cada diputado pronunciaba un discurso relativo al canton que representaba, y se deliberaba sobre los medios de prosperidad comun.

Los iroqueses eran tan famosos por su política como por sus armas. Colocados entre los ingleses y los franceses, descubrieron bien pronto la rivalidad de estos dos pueblos, y comprendieron que serian buscados por el uno ó por el otro. En esta persuasion se aliaron con los ingleses, no porque los apreciasen, mas que á los franceses, sino porque estos se habian unido, como ya hemos dicho, á los algonquines y hurones. Esto no obstante, los iroqueses no deseaban el completo triunfo de uno de los dos partidos extranjeros; y así fue, que cuando se preparaban á dispersar la colonia francesa del Canadá, una órden del consejo de los saquems detuvo al ejército y le obligó á retroceder, al paso que cuando los franceses vieron el momento oportuno de conquistar la Nueva-Jersey, y echar de ella á los ingleses, los iroqueses hicieron marchar á sus cinco naciones en auxilio de los ingleses, y los salvaron.

El iroqués nada tenia de comun con el huron mas que la lengua: el huron era alegre, de talento, voluble, de un valor brillante y temerario, y de una talla elevada y elegante.

El iroqués, por el contrario, era de vigorosa estatura, pecho ancho, piernas musculares y brazos nervudos. En los grandes ojos redondos del iroqués brillaba la independencia, y su aspecto era el de un héroe, resplandeciendo en su frente las elevadas concepciones del pensamiento y los nobles sentimientos del alma. Aquel hombre intrépido no se admiró de las armas de fuego, cuando las vió usadas contra él la primera vez, y firme al silbido de las balas y al estruendo del cañon, como si estuviera acostumbrado á oirlos toda su vida, no hizo mas aprecio de él que del rumor de la borrasca. Tan pronto como pudo procurarse un mosquete, se sirvió de él mejor que el europeo, y sin abandonar

por eso el rompe-cabezas, el cuchillo, el arco y la flecha, agregó á estas armas la carabina, la pistola, el puñal y el hacha, pareciendo no haber nunca bastantes armas para su valor. Doblemente adornado con los instrumentos mortíferos de la Europa y de la América, con su cabeza adornada de penachos, con sus orejas recortadas, su rostro pintarrajeado de negro y sus brazos tintos en sangre, aquel noble campeon del Nuevo-Mundo, se mostró tan formidable á la vista como en el combate, en el terreno que defendió palmo á palmo contra el extranjero.

La virtud del iroqués se cifraba en la educacion; un jóven jamás se sentaba en presencia de la ancianidad, pues el respeto á la edad era semejante al que Licurgo creó en Lacedemonia. La juventud se acostumbraba á sufrir las mayores privaciones y á arrostrar los mas inminentes peligros; y largos ayunos ordenados por la política en nombre de la Religion, cacerias peligrosas, continuos ejercicios de armas, y varoniles juegos dieron al iroqués un carácter que tenia mucho de indomable. Veíase reunirse con frecuencia á los mancebos, y juntando sus brazos, que sujetaban con ligaduras, ponian sobre ellos un carbon encendido para ver quien resistia mas tiempo el dolor.

Si una jóven cometia una falta y su madre la arrojaba agua al rostro, esta sola reprension bastaba para que la castigada se estrangulase.

El iroqués despreciaba el dolor como la vida, y mas de una vez se vió arrostrar el furor de las llamas de la hoguera á un saquem de cien años y excitar á los enemigos á redoblar su crueldad, desafiándoles á que le hicieran exhalar un suspiro. Esta magnanimidad de la vejez tenia por objeto dar nobles ejemplos á los guerreros jóvenes, y enseñarles á ser dignos de sus padres.

Todo participaba de la grandeza de aquel pueblo, y basta su lengua, casi toda aspirada, encantaba el oido. Cuando un iroqués hablaba, se hubiera creido escuchar un hombre que expresándose con esfuerzo, pasaba sucesivamente de las entonaciones mas graves á las mas agudas.

Tal era el iroqués, antes que la sombra y la destruccion de la civilizacion europea se hubiesen extendido sobre él.

Aunque he dicho que el derecho civil y criminal son casi desconocidos á los indios, el uso ha suplido en algunos lugares á la ley.

El asesinato, que entre los francos se rescataba mediante una compensacion pecuniaria, relativa al estado de las personas, entre los salvajes no se compensaba sino con la muerte del matador. En la Italia de la edad media, las familias tomaban á su cargo los hechos y causas de cuanto concernia á sus miembros: y de aquí aquellas venganzas hereditarias que dividian la nacion cuando las familias eran poderosas.

En los pueblos del Norte de la América, la familia del homicida no toma á su cargo el defenderle, mientras que los parientes del muerto, creen un deber vengarle. El criminal á quien la ley no amenaza, pero á quien tampoco defiende la naturaleza; no encontrando asilo ni en los bosques donde los aliados del muerto le persiguen, ni en las tribus extrañas que le entregarian, ni en su hogar doméstico, que no le salvaria, se hace tan miserable, que un tribunal vengador seria un bien para él. Allí á lo menos habria una forma, una manera de condenarle ó de satisfacerle, porque si la ley hiere, conserva, como el tiempo que siembra y siega. El matador indio, decaido á consecuencia de su vida errante, y no hallando familia pública que le castigue, se entrega en manos de una familia particular que le inmola: en defecto de la fuerza armada, el crimen conduce al criminal á los piés del juez y del verdugo.

El asesinato involuntario se expiaba algunas veces con presentes. Entre los abenaquis la ley ordenaba se pusiese el cuerpo del hombre asesinado en una especie de zarzos al aire libre, y que el asesino atado á un poste fuese condenado á tomar su alimento y á pasar muchos dias en aquel pilar de la muerte.

ESTADO ACTUAL DE LOS SALVAJES

DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL.

Si presentase al lector este cuadro de la América salvaje como la imágen fiel de lo que existe hoy, le engañaria: he pintado lo que fue, mas bien que lo que es. Hállanse sin duda aun muchos rasgos del carácter indio en las tribus errantes del Nuevo-Mundo, pero el conjunto de las costumbres, la originalidad de los trajes, la forma primitiva de los gobiernos, el genio americano en fin, ha desaparecido. Despues de haber contado lo pasado, me resta, para completar mi trabajo, trazar lo presente.

Aun despues de cercenado el relato de los primeros navegantes y colonos que reconocieron y desmontaron la Luisiana, la Florida, la Georgia, las dos Carolinas, la Virginia, el Maryland, la Delaware, la Pensilvania, la Nueva-Jersey, la Nueva-York, y todo lo que se llama Nueva-Inglaterra, la Acadia y el Canadá, no se podria evaluar la poblacion salvaje, comprendida entre el Misisipí y el rio San Lorenzo en el momento del descubrimiento de aquellas comarcas, en menos de tres millones de hombres.

Hoy la poblacion india de toda la América Septentrional, no comprendiendo en ella ni los mejicanos, ni los esquimales, apenas se eleva á cuatrocientas mil almas. La rectificacion del censo de los pueblos indígenas de aquella parte del Nuevo-Mundo no se ha hecho todavía, y voy á hacerla. Muchos hombres y muchas tribus no responderán á mi llamada; pero, último historiador de aquellos pueblos, voy á abrir su registro mortuorio.

En 1534, á la llegada de Jacobo Cartier al Canadá, y en la época de la fundacion de Quebec por Champlain en 1608, los algonquines, los iroqueses y los hurones con sus tribus aliadas ó dependientes, á saber los etcheminos, los suriqueses, los bersiamitas, los papinacletas, los montañeses, los atikamegas, los nipisingos, los temiscaminos, los amikués, los cristinales, los asiniboles, los puteuatamis, los nokais, los otchagras, y los miamis, armaron cerca de cincuenta mil guerreros, lo que supone una poblacion salvaje de cerca de doscientas cincuenta mil almas. Al decir de Laboutan, cada una de las cinco grandes ciudades iroquesas encerraba catorce mil habitantes. Hoy no se encuentran en el Bajo-Canadá mas que seis aldeas de salvajes convertidos al Cristianismo: los hurones de Corette, los abenaquis de San Francisco, los algonquines, los nipisingos, los iroqueses del lago de las Dos-Montañas, y los osuecaquias, débiles restos de muchas razas que no existen, y que han sido recogidos por la Religion, ofrecen la doble prueba de su poder, que tiende á conservar, y del de los hombres, que tiende á destruir.

El resto de las cinco naciones iroquesas está enclavado en las posesiones inglesas y americanas; y el número total de los salvajes que acabo de nombrar asciende á mas de dos mil quinientas ó tres mil almas.

Los abenaquis, que en 1587 ocupaban la Acadia (hoy la Nueva-Brunswick y la Nueva-Escocia); los salvajes del Maine, que destruyeron todos los establecimientos de los blancos en 1575, y que continuaron sus devastaciones hasta 1748; las mismas hordas que hicieron sufrir igual suerte á Nueva-Hampshire, los wampanoagas y los nipmucks que presentaron una especie de batallas en buen órden á los ingleses, sitiaron á Hadley y asaltaron á Brokfield, en el Massachusets; los indios que en los mismos años de 1673 y 1675 combatieron á los europeos; los pe-

quots del Connecticut; los indios que negociaron la cesion de una parte de sus tierras con los Estados de Nueva-York, de Nueva-Jerssey, de la Pensilvania y de la Delaware; los piscataways del Maryland; las tribus que obedecian á Powohatan en la Virginia; y los paraustis, en las Carolinas, todos han desaparecido (1).

De las numerosas naciones que encontró Fernando de Soto en las Floridas (comprendiendo bajo este nombre todo el territorio que constituye hoy los Estados de la Georgia, de la Alabama, del Misisipi y del Teneseo), no quedan ya mas que los creeks, los queroqueses y los chicassas (2).

Los creeks, cuyas antiguas costumbres he pintado, escasamente podrian poner en pié de guerra, en este momento, dos mil guerreros; y de los vastos paises que les pertenecian no poseen ya mas que unas ocho mil millas cuadradas en el Estado de Georgia, y un territorio próximamente igual en la Alabama. Los queroqueses y los chicasas, reducidos á un puñado de hombres, viven en un ángulo de los Estados de Georgia y de Teneseo, ocupando los últimos las dos riberas del rio Hiwaseo.

A pesar de su debilidad, los creeks han combatido valerosamente á los americanos en los años 1813 y 1814, habiéndoles hecho experimentar grandes pérdidas los generales Jackson, Wite, Clayborne y Floyd en Talladega, Hillabes, Autosea, Bacanachaca, y sobre todo en Entonopeka. Estos salvajes hicieron progresos en la civilizacion y especialmente en el arte de la guerra, empleando y dirigiendo muy bien la artillería; y hace algunos años que juzgaron y dieron muerte á uno de sus Micos, por haber vendido tierras á los blancos sin participacion del consejo nacional.

Los americanos, que codician el rico territorio donde viven aun los muscogulgos y siminoles, han querido forzarles á cedérselos por una suma determinada, proponiéndoles transportarlos en seguida al Occidente del Misuri. El Estado de Georgia ha pretendido haber comprado aquel territorio, y aun cuando el congreso americano ha puesto algun obstáculo á aquella pretension, tarde ó temprano los creeks, los queroqueses y los chicasas, estrechados entre la poblacion blanca del Misisipí, del Teneseo, de la Alabama y de la Georgia, se verán obligados á sufrir el destierro ó el exterminio.

Las naciones que vagaban todavía en el valle del Ohio á lo largo de este rio y sus afluentes, se sublevaron en 1810 contra los americanos, poniendo á su cabeza un juglar ó profeta que anunciaba la victoria, mientras su hermano, el famoso Thécumseh, combatia: tres mil salvajes se reunieron para recobrar su independencia. El general americano Harrison marchó contra ellos con sus tropas, y los encontró al fin el 6 de noviembre de 1811 en la confluencia del Tippacanoé y del Wabash. Los indios animados por su gefe Thécumseh, que desplegó un habilidad extraordinaria, mostraron el mayor valor; pero apesar de sus esfuerzos quedaron vencidos.

La guerra de 1812 entre americanos é ingleses, renovó las hostilidades en las fronteras del desierto, y los salvajes haciendo casi todos causa comun con los ingleses, vieron á su gefe Thécumseh pasar á su servicio y ponerse á las órdenes del coronel inglés, Proctor, que dirigia las operaciones. Las bárbaras escenas de los antropófagos se repitieron en Cikago y en los fuertes de Meigs y Milden, habiéndose llegado á devorar el corazon del capitan Wells en un banquete de carne humana. El general Harrison se apresuró á castigar tales desórdenes, y batió á los salvajes en la pelea del Thames, donde pereció Thécumseh y de cuya carnicería se salvó el coronel Proctor, merced á la velocidad de su cabalgadura.

Concluida la paz entre los Estados-Unidos y la Inglaterra en 1814, quedaron determinados definitivamente los límites de ambos imperios, habiendo asegurado su dominio los americanos sobre los salvajes con una línea de puestos militares.

Desde la embocadura del Ohio hasta el salto de San Antonio, en el Misisipí, se hallan situados los saukis en toda la márgen occidental de este último rio, elevándose su poblacion á cuatro mil ochocientas almas; las de los *renards* y winebegos ascienden á mil seiscientas; cada una; y la de los menomenos á mil doscientas. Los illineses son el tronco de estas tribus.

Despues de estos vienen los sioux, de raza mejicana, divididos en seis naciones, de las cuales la primera habita en la parte alta del Misisipí, y la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta ocupan las orillas del rio San Pedro, extendiéndose la sexta hácia el Misuri. La poblacion de estas seis naciones siouesas se evalua en cerca de cuarenta y cinco mil almas.

Detrás de los sioux y acercándose al Nuevo-Méjico, se hallan algunos restos de los osagos, de los cansas, de los octotatas, de los mactotatas, de los ajoués y de los panis.

Los assiboinos andan errantes bajo diferentes nombres, desde las fuentes septentrionales del Misuri al gran rio Rojo, que se precipita en la bahía de Hudson: su poblacion asciende á veinte y cinco mil almas.

Los cipawais, de raza algonquina, y enemigos de los sioux, cazan, en número de tres ó cuatro mil guerreros, en los desiertos que separan los grandes lagos del Canadá, del lago Winnepic.

Estas son las noticias mas positivas que se tienen de la poblacion de los salvajes de la América septentrional; y aun cuando se unan á estas tribus conocidas, las menos frecuentadas que viven en la parte mas allá de las montañas Rocallosas, con dificultad tendrán los cuatrocientos mil individuos mencionados al principio del censo, habiendo viajeros que no dan mas que cien mil almas á la poblacion india del lado aquende de las citadas montañas, y cincuenta mil á la del lado allende de las mismas, inclusos los salvajes de la California.

Empujados por las poblaciones europeas hácia el Nor-Oeste de la América Septentrional, las poblaciones salvajes fueron á espirar impulsadas tal vez por un destino singular, en la playa misma en que desembarcaron en siglos desconocidos, para tomar posesion de la América. En la lengua iroquesa los indios se daban el nombre de *hombres de siempre* ONGUE-ONOUE. Estos *hombres de siempre* han pasado, y el extranjero no dejará bien pronto á los legítimos herederos de todo un mundo, mas que la tierra de su sepulcro.

Conocidas son las razones de esta horrible despoblacion: el uso de los licores fuertes, los vicios, las enfermedades, y las guerras que hemos multiplicado entre los indios, han precipitado la destruccion de estos pueblos; pero no es enteramente cierto que el estado social, estableciendo sus reales en las selvas, haya sido una causa eficiente de esta destruccion.

El indio no era *salvaje:* la civilizacion europea no ha obrado sobre el *puro estado de naturaleza*, sino que ha obrado sobre la *civilizacion americana que empezaba;* si nada hubiese encontrado, hubiese creado alguna cosa; pero ha hallado costumbres, y las ha

(1) La mayor parte de estos pueblos pertenecian á la gran nacion de lennilenapos, cuyas ramas principales eran los iroqueses y los hurones, al Norte, y los indios delawares, al Mediodía.

(2) Puede consultarse con éxito para todo lo relativo á la Florida, una obra titulada: *Vista de la Florida occidental, conteniendo su geografía, su topografía, etc., seguida de un apéndice acerca de sus antigüedades, los títulos de concesion de las tierras y de los canales, y acompañada de un mapa de la costa y de los planos de Pensacola y de la entrada del puerto.* Filadelfia, 1817.

destruido, y porque era mas fuerte no ha creido deberse mezclar á estas costumbres.

Preguntar qué se hubiera hecho de los habitantes de la América, si esta region hubiese escapado á las velas de nuestros navegantes, seria sin duda una cuestion inútil, pero altamente curiosa de examinar. ¿Habrian perecido en secreto, como aquellas naciones mas adelantadas en las artes, que, segun todas las probabilidades, florecieron antiguamente en las comarcas que riegan el Ohio, el Muskingum, el Teneseo, el Misisipí inferior y el Tumbec-bee?

Prescindiendo por un momento de los grandes principios del Cristianismo, y dejando aparte los intereses de Europa, un genio filosófico hubiera debido desear que los pueblos del Nuevo-Mundo hubieran tenido tiempo de desarrollarse fuera del círculo de nuestras instituciones.

Estamos reducidos por do quiera á las gastadas formas de una civilizacion ya vieja (no hablo de las poblaciones de Asia, sumidas hace cuatro mil años en un despotismo que las perpetúa en la infancia). Hánse hallado entre los salvajes del Canadá, de Nueva-Inglaterra, y de las Floridas los principios de todas las costumbres y de todas las leyes de los griegos, romanos y hebreos: una civilizacion de naturaleza diversa de la nuestra, hubiera podido reproducir los hombres de la antigüedad ó hacer brillar luces desconocidas de un foco ignorado todavía. ¿Quién sabe si hubiéramos visto llegar un dia á nuestras costas algun otro Colon americano, que viniese á descubrir el Antiguo-Mundo?

La degradacion de las costumbres indias, ha marchado al par de la despoblacion de las tribus. Las tradiciones religiosas se han hecho cada vez mas confusas: la instruccion, difundida primero por los misioneros del Canadá, ha mezclado ideas extrañas á las ideas nativas de los indígenas, y se descubren hoy á través de mil fábulas groseras, las creencias cristianas desfiguradas. La mayor parte de los salvajes llevan cruces por adorno, y los mercaderes protestantes les venden lo que les daban los misioneros católicos. Digamos para honra de nuestra patria y gloria de nuestra religion, que los indios se habian aficionado extraordinariamente á los franceses, á quienes recuerdan sin cesar, y que un *ropaje negro* (un misionero), es venerado aun en las selvas americanas. Si los ingleses, en sus guerras con los Estados-Unidos, han visto alistarse bajo la bandera británica á casi todos los salvajes, es porque los ingleses del Quebec conservan aun entre ellos, algunos descendientes de los franceses y porque ocupan el país que *Onontbio* (1) ha gobernado. El salvaje continúa temiéndonos en el suelo que hemos hollado, en la tierra en que fuimos sus primeros huéspedes, y donde hemos dejado sepulcros: sirviéndose de ella los nuevos poseedores del Canadá, permanece fiel á la Francia en los enemigos de los franceses.

Hé aquí lo que se lee en un *Viaje* hecho recientemente á las fuentes del Misisipí. La autoridad de este pasaje es tanto mayor, cuanto que el autor, en otra parte de su viaje, se detiene para argumentar contra los jesuitas de nuestros dias.

«En realidad los misioneros franceses, en general, »se han distinguido siempre en todas partes por una »vida ejemplar y conforme con su estado. Su buena fe »religiosa, su caridad apostólica, su dulzura insinuan»te, su paciencia heróica y su ausencia de fanatismo y »de rigorismo, determinan en estas comarcas, épo»cas edificantes en los fastos del Cristianismo; y al »paso que los nombres de los Vilde, de los Vodi»lla, etc., serán siempre execrados por los corazones »verdaderamente cristianos, el de los Daniel, los Bre»beuf, etc., no decaerán nunca de la veneracion que »la historia de los descubrimientos y de las misiones »les consagró con justo motivo. De ahí esa predilec»cion que manifiestan los salvajes hácia los franceses; »prediileccion que naturalmente hallan en el fondo de »su alma, alimentada por las tradiciones que sus pa»dres han dejado en pró de los primeros apóstoles del »Canadá, entonces la Nueva-Francia (2).»

Esto confirma lo que he escrito ya otras veces acerca de las misiones del Canadá. El carácter brillante del valor francés, nuestro desinterés, nuestra jovialidad, nuestro espíritu aventurero, simpatizan con el genio de los indios; pero es necesario convenir tambien, que la religion católica es mas á propósito para la educacion del salvaje, que la protestante.

Cuando el Cristianismo apareció en medio de un mundo civilizado, y de los espectáculos del paganismo, fue sencillo en su exterior, severo en su moral, metafísico en sus argumentos, porque se trataba de arrancar al error pueblos seducidos por los sentidos ó extraviados por sistemas filósoficos. Cuando el Cristianismo pasó de las delicias de Roma y de las escuelas de Atenas á las selvas de la Germania, se rodeó de pompas y de imágenes á fin de encantar la sencillez del bárbaro. Los gobiernos protestantes de América se han ocupado poco de la civilizacion de los salvajes, y no han pensado mas que en traficar con ellos; ahora bien: el comercio que acrecienta la civilizacion en los pueblos ya civilizados, y en los que la inteligencia ha prevalecido sobre las costumbres, produce la corrupcion en los pueblos cuyas costumbres son superiores á la inteligencia. La Religion es evidentemente la ley primitiva, y los padres Jogues, Lallemant y Brebœuf eran legisladores de una especie bien diversa de la de los contratantes ingleses y americanos.

Del mismo modo que se han confundido las nociones religiosas de los salvajes, se han alterado por la irrupcion de los europeos las instituciones políticas de estos pueblos. Los resortes del gobierno indio eran sutiles y delicados; el tiempo no los habia aun consolidado, y la política extranjera los ha roto fácilmente al tocarlos. Aquellos diferentes consejos equilibrando sus autoridades respectivas; aquellos contrapesos formados por los asistentes, los saquems, las matronas y los guerreros jóvenes, todo aquella máquina ha sido desordenada; nuestros presentes, nuestros vicios y nuestras armas, han comprado, corrompido ó muerto los personajes de que se componian aquellos distintos poderes.

Hoy las tribus indias son conducidas simplemente por un gefe; las que se han confederado, se reunen algunas veces en dietas generales; pero ninguna ley arregla aquellas asambleas, y se separan casi siempre sin haber resuelto nada; tienen en sí mismas el sentimiento de su nulidad y el desaliento que acompaña á la debilidad.

Otra causa ha contribuido á degradar el gobierno de los salvajes, y ha sido el establecimiento de puestos militares americanos é ingleses en medio de los bosques. Allí un comandante se constituye el protector de los indios en el desierto; merced á algunos presentes hace comparecer á las tribus á su presencia; se declara su padre y el enviado de uno de los *tres mundos blancos*, pues los salvajes designan así á los españoles, franceses é ingleses. El comandante enseña á sus *hijos rojos* que va á fijar tales límites, á desmontar tal terreno, etc. y el salvaje acaba por creer que no es él el verdadero poseedor de la tierra de que se dispone sin su consentimiento; se acostumbra á mirarse como de una especie inferior al blanco, y consiente en recibir órdenes, y cazar y combatir por

(1) *La gran montaña*. Nombre salvaje de los gobernadores franceses en el Canadá.

(2) *Viaje de Beltrami*. 1823.

sus señores. ¿Qué necesidad hay de gobierno cuando no queda mas que la obediencia?

Natural es que las costumbres y los trajes se hayan perdido con la religion y la política, y que todo haya sido arrebatado á la vez.

Cuando los europeos penetraron en América, los salvajes vivian y se vestian del producto de la caza, y no hacian entre sí ningun negocio. Bien pronto les enseñaron los extranjeros á cambiarlas por armas, licores fuertes, diversos utensilios de menaje, telas groseras y adornos, algunos franceses, llamados *corredores de bosques*, acompañaron al principio á los indios en sus escursiones. Poco á poco se formaron compañías de comerciantes, que establecieron puestos avanzados y factorías en medio de los desiertos. Perseguidos por la avidez europea y la corrupcion de los pueblos civilizados hasta el fondo de sus bosques, los indios cambian en aquellos almacenes ricas peleterías por objetos de poco valor, pero que se han hecho para ellos de primera necesidad. No solamente trafican con la caza ya hecha, sino que disponen de la caza futura, como se vende una cosecha al pié de la era.

Estos anticipos acordados por los contratantes, sumen á los indios en un abismo de deudas, y desde entonces tienen todas las calamidades del hombre de nuestras ciudades, y todas las penurias del salvaje. Sus cacerías, cuyos resultados procuran exagerar, se transforman en una fatiga espantosa: llevan consigo á sus mujeres; y estas desgraciadas, empleadas en todos los ejercicios del campo, tiran de los trineos, van á buscar las reses muertas, adoban las pieles y curan las viandas. Véseles llevar á sus tiernos infantes, asidos al pecho y colocados sobre las espaldas, cargadas con pesados fardos. Cuando están en cinta y próximas al parto, para activarle y volver á emprender mas pronto su faena, aplican el vientre á una barra de madera elevada á algunos piés del suelo, y dejando caer sus piernas y cabeza, dan á luz una miserable criatura con todo el rigor de la maldicion: *In dolore paries filios!*

Resulta, pues, que habiendo entrado la civilizacion con el comercio, las tribus indias en lugar de desarrollar su inteligencia se han embrutecido. El indio se ha hecho pérfido, interesado, falso y disoluto; y su cabaña es un receptáculo de inmundicias y de basura. Cuando estaba desnudo, se cubria con pieles de bestias y tenia un aspecto arrogante é imponente; hoy los harapos europeos, sin cubrir su desnudez, atestiguan solamente su miseria; es un mendigo á la puerta de una tesorería, no un salvaje en sus selvas.

Por último, se ha formado una especie de pueblo mestizo, hijo del comercio de los aventureros europeos y de las mujeres salvajes. Estos hombres, llamados *bosques quemados*, á causa del color de su piel, son agentes de negocios ó corredores de cambio entre los pueblos á quienes deben su doble orígen, y hablando á la vez la lengua de sus padres y de sus madres, son los intérpretes de los traficantes con los indios y de estos con aquellos, participando de los vicios de ambas razas. Estos bastardos de la naturaleza civilizada y de la naturaleza salvaje, se venden tan pronto á los americanos como á los ingleses, para entregarles el monopolio de las peleterías: ellos sostienen las rivalidades de las Compañías inglesas de la bahía de Hudson, del Nor-Oeste y de las compañías americanas; *Fur Colombian American company*, *Mi souri's fur company*, y otras; además cazan por cuenta de los traficantes con cazadores asalariados por las compañías.

El espectáculo es entonces enteramente diferente del que presentan las cacerías indias: los hombres van á caballo, y hay furgones que transportan las viandas secas y las pieles: las mujeres y los niños son conducidos en una especie de carritos tirados por perros. Estos, tan útiles en las comarcas septentrionales, son sin embargo una carga para sus amos, que no pudiendo alimentarlos durante el estío, los ponen á pension fijando el importe sus guardianes, contrayendo así nuevas deudas. Los dogos afamados salen algunas veces de su perrera, y cuando no pueden ir á caza van á pesca, viéndoseles abismarse en los rios y perseguir al pez hasta el fondo del agua.

En Europa no se conoce mas que aquella gran guerra de América que produjo la libertad de un pueblo; pero se ignora que ha corrido la sangre muchas veces por mezquinos intereses de mercaderes de pieles. La Compañía de la bahía de Hudson vendió en 1811 á lord Selkirk un dilatado terreno á la orilla del rio Rojo, y en 1812 se hizo el establecimiento. La Compañía del Nor-Oeste ó del Canadá sospechó de ella, y las dos compañías, aliadas á diferentes tribus indias, y secundadas por los *bosques quemados*, vinieron á las manos. Esta pequeña guerra doméstica, que fue horrible, tuvo lugar en los desiertos helados de la bahía de Hudson, y la colonia de lord Selkirk fue destruida en el mes de junio de 1815, precisamente en el momento en que se daba la batalla de Waterloo. En estos dos teatros, tan diferentes por el brillo y la oscuridad, las desgracias de la especie humana eran las mismas. Las dos compañías aniquiladas han conocido que valia mas unirse que desgarrarse, y dirigen hoy de acuerdo sus operaciones por el Oeste hasta Colombia, y por el Norte hasta los rios que entran en el mar polar.

Reasumiendo: las naciones mas altivas de la América Septentrional solo han conservado de su raza la lengua y el vestido, y aun este se ha alterado bastante. Lo único que han aprendido ha sido á cultivar un poco la tierra, y criar los ganados. El salvaje del Canadá se ha convertido en oscuro pastor de afamado guerrero; pero, pastor extraordinario, conduce sus yeguas con un rompe-cabezas, y sus carneros con flechas. Felipe, sucesor de Alejandro, murió de escribano en Roma; un iroqués canta y baila por algunas monedas en Paris; desvíese la vista del dia siguiente al de la gloria.

Al trazar este cuadro de un mundo salvaje, al hablar incesantemente del Canadá y de la Luisiana, al examinar en los mapas antiguos la extension de las antiguas colonias francesas en la América, me acosaba una idea penosa y me preguntaba cómo habia podido dejar perecer el gobierno de mi país aquellas colonias, que en la actualidad serian para nosotros un manantial inagotable de prosperidad.

De la Acadia y del Canadá á la Luisiana, de la embocadura del S. Lorenzo á la del Misisipí, se extendia el territorio de la Nueva-Francia, lo que formó en su origen la Confederacion de los trece primeros Estados Unidos. Los otros once, el distrito de la Colombia, los territorios de Michigan, del Nor-Oeste, del Misuri, del Oregon, y de la Arkansa, nos pertenecian ó nos pertenecerian como pertenecen hoy á los Estados-Unidos, por la cesion de los ingleses y españoles, nuestros primeros herederos en el Canadá y la Luisiana.

Tómese como punto de partida entre los 43° y 44° de latitud Norte, en el Atlántico, al cabo Arena de la Nueva-Escocia, antiguamente la Acadia; y desde este punto tírese una línea que pasando por detrás de los primeros Estados-Unidos, Maine, Vernon, Nueva-York, Pensilvania, Virginia, Carolina y Georgia, vaya por el Teneseo á buscar el Misisipí y Nueva Orleans, y remontándose despues á los 29° (latitud de las bocas del Misisipi) suba por el territorio de Arkansa al del Oregon, y atravesando las montañas Rocallosas termine en la punta San-Jorge, en la costa del Océano Pacífico, hácia los 42° de latitud Norte: el inmenso pais comprendido en esta línea, el mar Atlántico al Nord-Este, el mar polar al Norte, el Océano Pacífico y las posesiones rusas al Nor-Oeste, y el

golfo Mejicano al Sur, es decir mas de dos tercios de la América Septentrional, reconocerian las leyes de la Francia.

¿Qué habria sucedido si estas colonias hubiesen estado aun en nuestras manos en el momento de la mancipacion de los Estados-Unidos? ¿Se hubiera verificado? ¿nuestra presencia en el suelo americano la habria precipitado ó retardado? ¿La Nueva-Francia misma se hubiese declarado independiente? ¿Porqué no? ¿Qué mal hubiera habido para la madre-patria en ver florecer un inmenso imperio salido de su seno, imperio que extenderia la gloria de nuestro nombre y de nuestra lengua en otro hemisferio?

Poseeríamos en la parte allá de los mares vastas comarcas que podrian ofrecer un asilo al excedente de nuestra poblacion, mercados considerables á nuestro comercio, y un fomento á nuestra marina; al paso que hoy nos vemos obligados á enterrar en nuestras prisiones criminales condenados por los tribunales, por no poseer un pedazo de tierra para trasladar á ella á esos desgraciados. Estamos excluidos del nuevo universo donde empieza el género humano. Las lenguas inglesa y española sirven en Africa, en Asia, en las islas del mar del Sur, y en el continente de ambas Américas, para la interpretacion del pensamiento de muchos millones de hombres; y nosotros, desheredados de la conquista de nuestro valor y de nuestro genio, apenas oimos hablar en algunos pueblos de la Luisiana y del Canadá, sometidos á una dominacion extranjera, la lengua de Racine, de Colbert y de Luis XIV; habiendo quedado solo como un testimonio de los reveses de nuestra fortuna y de las faltas de nuestra política.

Así ha desaparecido la Francia de la América Septentrional, como aquellas tribus indias con las cuales simpatizaba, y de las cuales he descubierto algunos restos. ¿Qué ha acontecido en aquella América del Norte desde la época en que viajaba por ella? Necesario es decirlo: y para consolar á los lectores, voy en la conclusion de esta obra á hacer que fijen sus miradas en un cuadro milagroso, y á que aprendan lo que influye la libertad en la dicha y dignidad del hombre, cuando va acompañada de las ideas religiosas, y es á la vez inteligente y santa.

CONCLUSION.

ESTADOS-UNIDOS.

Si volviese hoy á los Estados-Unidos, no los conoceria, pues allí donde dejé bosques, hallaria campos cultivados, y allí donde me abrí un camino á través de las malezas, viajaria por soberbios caminos. El Misisipí, el Misuri y el Ohio, no corren ya por tristes soledades; grandes navíos de tres puentes los remontan; mas de doscientos barcos de vapor vivifican sus orillas, y en el país de los Natchez se eleva una ciudad encantadora, de cerca de cinco mil habitantes, en el mismo sitio que ocupaba la choza de Celuta. Chactas podria ser hoy diputado en el Congreso, y dirigirse á casa de Atala por dos distintos caminos, uno de los cuales conduce á San Estéban sobre el Tumbec-bee, y el otro á los Natchitochés: un libro de postas le indicaria las once paradas: Washington, Franklin, Homochitt, etc.

La Alabama y el Teneseo están divididos, el primero en treinta y tres condados con veinte y una ciudades, y el segundo en cincuenta y un condados con cuarenta y ocho ciudades. Algunas de estas, tales como Cahawba, capital de la Alabama, conservan su denominacion salvaje, pero están rodeadas de otras de muy diferentes nombres. Los muscogulgos, simiñoles, queroqueses y chicascas tienen una Atenas, un Maraton, una Cartago, una Menfis, una Esparta, una Florencia, una Hampden y condados de Colombia y de Marengo: la gloria de todos los países ha cedido un nombre á aquellos mismos desiertos en que encontré al padre Aubry y á la oscura Atala.

El Kentucky posee un Versailles, y un condado llamado *Borbon* tiene por capital á París. Todos los desterrados, todos los oprimidos que se han retirado á América, han llevado á ella la memoria de su patria:

> . . . . Falsi Simoentis ad undam,
> Libabat cineri Andromache.

Los Estados-Unidos ofrecen en su seno, bajo la proteccion de la libertad, una imágen y un recuerdo de la mayor parte de los lugares célebres de la antigua y de la moderna Europa, á semejanza de aquel jardin de la campiña de Roma donde Adriano habia hecho repetir los diversos monumentos de su imperio.

Debe observarse que apenas hay un condado que no encierre una ciudad, pueblo ó aldea de Washington; unanimidad tierna del reconocimiento de un pueblo.

El Ohio riega actualmente cuatro estados; el Kentucky, el Ohio propiamente dicho, el Indiana y el Illinés, todos los cuales envian al Congreso treinta diputados y ocho senadores: la Virginia y el Teneseo tocan al Ohio por dos puntos, y cuenta en sus riberas ciento noventa y un condado y doscientas ocho ciudades. Un canal que se abre no lejos de sus cascadas y que estará terminado dentro de tres años, lo hará navegable hasta Pittsburgo por navíos de alto bordo.

Treinta y tres caminos reales parten de Washington, como en otro tiempo partian de Roma sus vías famosas, y terminan dividiéndose en otras mil en la circunferencia de los Estados-Unidos. Por este medio se va de Washington á Dover, en la Delaware; de Washington á la Providencia, en el Rhode-Island; de Washington á Robbinstown, en el distrito del Maine, frontera de los Estados Británicos hácia el Norte; de Washington á Concordia; de Washington á Montpellier, en el Connecticut; de Washington á Albany, y de allí á Montreal y á Quebec; de Washington al Havre de Sackets, en el lago Ontario; de Washington á la catarata y al fuerte del Niagara; de Washington por Pittsbourg, al distrito de Michillinachinac, en el lago Erié; de Washington, por San Luis en el Misisipí, á Councile-Bluffs del Misuri; de Washington á la Nueva-Orleans y á la embocadura del Misisipí; de Washington á los Natchez; de Washington á Carlestown, á Savanuah y á San Agustin, formando el total una circulacion interior de caminos de veinte y cinco mil setecientas cuarenta y siete millas.

Vése por los puntos en donde se unen estas rutas, que recorren sitios anteriormente salvajes, y hoy cultivados y habitados; y en una gran parte de estas rutas hay montadas postas, conduciendo de un sitio á otro cómodos carruajes públicos á precios módicos. Tómase la diligencia para el Ohio ó para la catarata del Niagara, como en otro tiempo se tomaba un guiaó un intérprete indio.

Los caminos de travesía vienen á empalmar con las vías públicas, y como estos, están igualmente provistos de medios de transporte. Estos son casi siempre dobles, porque encontrándose lagos y rios por todas partes, puede viajarse en barcos de remo, de vela, ó de vapor.

Varias embarcaciones de esta última especie hacen travesías regulares de Boston y de Nueva-York á Nueva-Orleans, hallándose igualmente establecidas en los lagos del Canadá, Ontario, Erié, Michigan y Champlain; lagos donde apenas se veian hace treinta años

algunas piraguas de salvajes, y donde ahora sostienen reñidos combates los navíos de línea.

Los barcos de vapor en los Estados-Unidos sirven no solo para las necesidades del comercio y de los viajeros, sino para la defensa del país; y algunos de ellos, de inmensas dimensiones, colocados á la embocadura de los rios, armados de cañones y de agua hirbiendo, parecen á la vez ciudadelas modernas y fortalezas de la edad media.

A las veinte y cinco mil setecientas cuarenta y siete millas de caminos generales, deben añadirse la extension de cuatrocientos diez y nueve caminos cantonales, y la de cincuenta y ocho mil ciento treinta y siete millas de vías marítimas. Los canales aumentan el número de estas últimas; el canal de Middlesex une el puerto de Boston con el rio Merrimack; el canal Champlain pone en comunicacion este lago con los mares canadienses; el famoso canal Erié ó de Nueva-York une en la actualidad el lago Erié con el Atlántico; los canales Sautee, Chesapeake y Albemarle son debidos á los Estados de la Virginia y de la Carolina; y como los anchos rios se aproximan por sus manantiales, á pesar de correr en diversas direcciones, nada es mas fácil que unirlos entre sí. Conócense ya cinco caminos para ir al Océano Pacífico, y de ellos solo uno atraviesa el territorio español.

Una ley de las sesiones del Congreso de 1824 á 1825 ordena el establecimiento de un puesto militar en el Oregon. Los americanos, que tienen un establecimiento en la Colombia, penetraron así hasta el gran Océano entre las Américas inglesa, rusa y española, por una zona de tierra de seis grados de ancho próximamente.

Hay, sin embargo, un límite natural á la colonizacion. La frontera de los bosques se detiene al Oeste y al Norte del Misuri en inmensas estepas que no ofrecen á la vista un solo árbol, y que parecen resistirse al cultivo aunque la yerba crece en ellas abundantemente. Esta Arabia verde sirve de paso á los colonos que van en caravanas á las montañas Rocallosas y á Nuevo-Méjico, y separa los Estados-Unidos del Atlántico de los Estados-Unidos del mar del Sur, como aquellos desiertos que en el Antiguo-Mundo separan regiones fértiles. Un americano ha propuesto abrir á su costa un gran camino férreo desde San Luis sobre el Misisipi hasta la embocadura de la Colombia, mediante una concesion de diez millas de profundidad, que le seria hecha por el Congreso, á ambos lados del camino: este gigantesca proposicion no ha sido aceptada.

En el año 1789 habia solamente setenta y cinco oficinas de postas en los Estados-Unidos, y ahora existen mas de cinco mil.

Desde 1790 á 1795 estas oficinas se aumentaron de setenta y cinco á cuatrocientas cincuenta y tres; en 1800 ascendieron al número de cuatrocientas tres; en 1805 se elevaban á mil quinientas cincuenta y ocho; en 1810 á dos mil trescientas; en 1815 á tres mil; en 1817 á tres mil cuatrocientas cincuenta y nueve; en 1820 á cuatro mil treinta, y en 1825 á cerca de cinco mil quinientas.

Las cartas y despachos son transportados por malas-correos que hacen cerca de ciento cincuenta millas por dia, y por correos á caballo y á pié.

Una gran línea de malas-postas se extiende desde Anson, en el Estado del Maine, por Washington á Nashville, en el Estado de Teneseo, y recorre una distancia de mil cuatrocientas ochenta y ocho millas. Otra línea une á Highgate, en el Estado de Vermont, á Santa María en Georgia, distante mil trescientas sesenta y nueve millas. Desde Washington á Pittsbourg hay montadas paradas de malas-postas, ó sea en una distancia de doscientas veinte y seis millas, y bien pronto se establecerán hasta San Luis del Misisipí por Vincennes, y hasta Nashville por Lexington y Kentucky. Los albergues son buenos y aseados, y en algunos puntos, excelentes.

Las oficinas para la venta de las tierras públicas están abiertas en los Estados del Ohío y de Indiana, en el territorio del Michigan, del Misurí y de los Arkansas, en los Estados de la Luisiana, del Misisipí y de la Alabama. Se cree que quedan mas de mil ciento cincuenta millones de acres de tierra á propósito para el cultivo, sin contar el terreno ocupado por las grandes selvas, los cuales se evalúan en un mil ciento cincuenta millones de dollars, estimando cada acre uno con otro, en diez dollars, y no calculando el dollar mas que en tres francos, cálculo extremadamente pequeño bajo todos conceptos.

En los Estados del Norte se hallan veinte y cinco puestos militares, y veinte y dos en los del Mediodía.

En 1790 la poblacion de los Estados-Unidos era de tres millones novecientos veinte y nueve mil trescientos veinte y seis habitantes; en 1800, de cinco millones trescientos cinco mil seiscientos sesenta y seis; en 1810 de siete millones doscientos treinta y nueve mil novecientos tres; en 1820, de nueve millones seiscientos nueve mil ochocientos veinte y siete, debiendo añadir á esta poblacion un millon quinientos treinta y un mil esclavos.

En 1790 el Ohio, el Indiana, el Illinés, la Alabama, el Misisipí y el Misuri no tenian suficiente número de colonos para que se los pudiera incluir en el censo. El Kentucky solo presentaba en 1800 setenta y tres mil seiscientos setenta y siete, y el Teneseo treinta y cinco mil seiscientos noventa y uno. El Ohio, sin habitantes en 1790, contaba cuarenta y cinco mil trescientos sesenta y cinco en 1800; doscientos treinta mil setecientos sesenta en 1810; y quinientos ochenta y un mil cuatrocientos treinta y cuatro en 1820; la Alabama desde 1810 á 1820, subió de diez mil habitantes á ciento veinte y siete mil novecientos uno.

Así la poblacion de los Estados-Unidos ha aumentado de diez en diez años desde 1790 á 1820, en la proporcion de treinta y cinco individuos por ciento. Seis años han pasado ya de los diez que se completarán en 1830, época en la cual se presume que la poblacion de los Estados-Unidos será próximamente de doce millones ciento setenta y cinco mil almas; la parte del Ohio será de ochocientos cincuenta mil habitantes, y la de Kentucky de setecientos cincuenta mil.

Si la poblacion continuase duplicándose cada veinte y cinco años, en 1855 los Estados-Unidos tendrian una poblacion de veinte y cinco millones setecientas cincuenta mil almas; y veinte y cinco años despues, es decir en 1880, esta poblacion se elevaria á mas de cincuenta millones.

El producto de las exportaciones de las producciones indígenas y extranjeras de los Estados-Unidos, ascendió en 1821 á la suma de 64.974,382 dollars, y la renta pública del mismo año á 14.264,000 dollars; el excedente de la recaudacion sobre el gasto, ha sido de 3.334,826 dollars, habiéndose reducido la deuda nacional en el mismo año á 89.204,236 dollars.

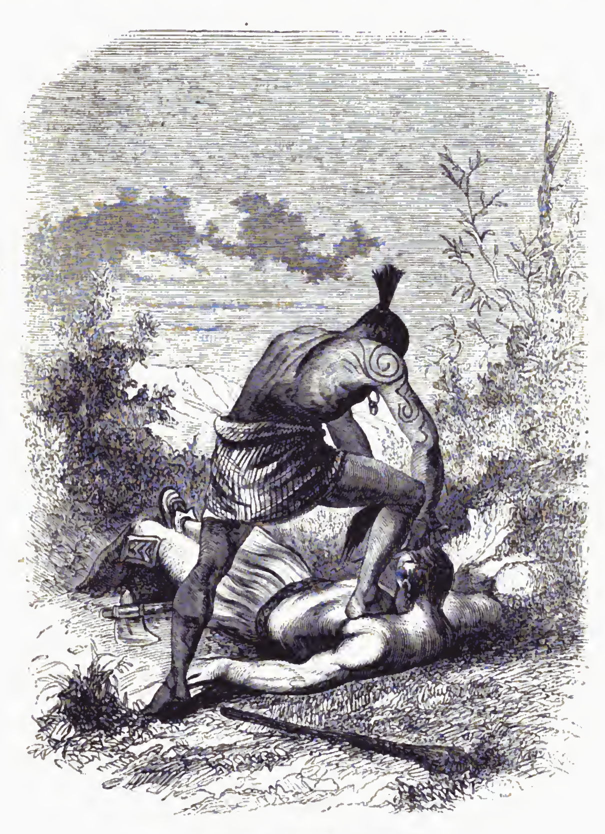
El ejército ha llegado algunas veces á cien mil hombres, componiendo la marina once navíos de línea, nueve fragatas y cincuenta navíos de guerra de diferentes portes.

En cuanto á las constituciones de los diversos Estados, es inútil hablar de ellas, bastando saber que todas son libres.

Allí no hay religion dominante, pero cada ciudadano cuida de practicar un culto cristiano, haciendo progresos considerables en los Estados del Oeste la religion católica.

Aun suponiendo, como creo, que el resúmen estadístico publicado en los Estados-Unidos haya sido exagerado por el orgullo nacional, la prosperidad que quedará en el conjunto de los hechos, seria aun digna de nuestra admiracion.

Para terminar este cuadro sorprendente es preciso representarse las ciudades como Boston, Nueva-York, Filadelfia, Baltimore, Savannah y Nueva-Orleans, alumbradas por la luna, llenas de caballos y coches, y ofreciendo todos los goces del lujo que introducen en sus puertos millares de embarcaciones: es preciso representarse en la imaginacion aquellos lagos del Canadá, en otro tiempo tan solitarios, cubiertos hoy de fragatas, corbetas, cutters, barcas y barcos de vapor que se cruzan con las piraguas y las canoas de los indios, como los grandes navíos y las galeras con los pinques, chalupas y caiques en las aguas del Bósforo. Muchos templos y casas embellecidas con columnas de arquitectura griega, se elevan en medio de aquellos bosques, á la orilla de aquellos rios, antiguo ornamento del desierto. Añádase á esto vastos colegios, observa-



ARRÁNCASE LA CABELLERA AL VENCIDO.

torios construidos por la ciencia en la mansion de la ignorancia salvaje; todas las religiones, todas las opiniones viviendo en paz, trabajando de comun acuerdo en mejorar la especie humana y desarrollar su inteligencia, y contemplareis el cuadro de los prodigios de la libertad.

El abate Raynal habia propuesto un premio para el que resolviese esta cuestion: «¿Cuál será la influencia del descubrimiento del Nuevo-Mundo en el Antiguo?

Los escritores se perdieron en cálculos relativos á la importacion y exportacion de los metales, á la despoblacion de España, al acrecentamiento del comercio

y á la perfeccion de la marina; pero nadie, á lo menos que yo sepa, buscó la influencia del descubrimiento de la América en Europa, en el establecimiento de las repúblicas americanas. No se veia nunca mas que las vetustas monarquías; poco mas ó menos tales cuales eran; la sociedad estacionaria, el espíritu humano permaneciendo inerte sin avanzar ni retroceder; no se tenia la menor idea de la revolucion que en el espacio de cuarenta años se ha obrado en los espíritus.

El tesoro mas precioso que encerraba la América en su seno era la libertad, y todos los pueblos están llamados á sacar fruto de esta mina inagotable. El descubrimiento de la república representativa en los Estados-Unidos, es uno de los acontecimientos políticos mas grandes que han tenido lugar en el mundo, y ha probado, como he dicho en otra parte, que pueden practicarse dos especies de libertad; la una pertenece á la infancia de los pueblos, hija de las costumbres y de la virtud, y esta fue la de los primeros griegos y romanos, y la de los salvajes de América; la otra, nacida de la vejez de los pueblos, é hija de las luces y de la razon, y esta es la libertad de los Estados-Unidos, que reemplazó la libertad del indio. ¡Tierra feliz, que en el espacio de menos de tres siglos ha pasado de una libertad á otra casi sin esfuerzo, y por una lucha que solo ha durado ocho años!

¿La América conservará su última clase de libertad? ¿Los Estados-Unidos no se dividirán? ¿No se descubren ya los gérmenes de esas divisiones? ¿Un representante de la Virginia no ha sostenido ya la tesis de la antigua libertad griega y romana con su sistema de esclavitud, contra un diputado del Massachusetts, que defendia la causa de la libertad moderna sin esclavos, tal como la ha hecho el Cristianismo?

¿Los Estados-Unidos del Oeste, extendiéndose cada vez mas, y demasiadamente apartados de los Estados del Atlántico, no acabarán por tener un gobierno propio?

En fin, ¿los americanos son hombres perfectos? ¿no tienen sus vicios peculiares, como los demás hombres? ¿son moralmente superiores á los ingleses, de quienes descienden? ¿Esa emigracion extranjera de todos los paises de Europa, que se introduce incesantemente en su poblacion, no destruirá andando el tiempo, la homogeneidad de su raza? ¿El espíritu mercantil no los dominará? ¿El interés no empieza á ser para ellos el defecto nacional dominante?

Necesario es decir con dolor que el establecimiento de las repúblicas de Méjico, de la Colombia, del Perú, de Chile y de Buenos-Aires, es peligroso para los Estados-Unidos. Cuando aquellos no eran mas que colonias de un reino transatlántico, no era probable la guerra; pero hoy, ¿no se suscitarán rivalidades entre las antiguas repúblicas de la América Septentrional, y las nuevas repúblicas de la América Española? ¿Aquellas no se prohibieron alianzas con las potestades europeas? Si de una y otra parte se corriera á las armas; si el espíritu militar se apoderase de los Estados-Unidos, podria aparecer un gran capitan; la gloria ama las coronas, y los soldados no son mas que brillantes fabricantes de cadenas, y la libertad no está segura de conservar su patrimonio bajo la tutela de la victoria.

Sea lo que quiera lo que acontezca en el porvenir, la libertad no desaparecerá nunca por completo de la América: esta es una de las grandes ventajas de la libertad, hija de las luces, sobre la libertad, hija de las costumbres.

La libertad nacida de estas, perece cuando su principio se altera, y es inherente á la naturaleza de las costumbres deteriorarse con el tiempo.

La libertad nacida de las costumbres, comienza antes que el despotismo en los dias de oscuridad y de pobreza, y se pierde en el despotismo y en los siglos en que dominan el esplendor y el lujo.

La libertad nacida del desarrollo de las luces brilla despues de las edades de opresion y de corrupcion, y marcha al par del principio que la conserva y la renueva; las luces de que es efecto, lejos de debilitarse con el tiempo como las costumbres que producen la primera libertad, las luces, digo, se fortifican por el contrario con el trascurso del tiempo, y por lo tanto no abandonan la libertad que han producido; que siempre unidas á esta libertad, son á su vez la virtud generadora y su inagotable fuente.

Por último, los Estados-Unidos tienen una salvaguardia mas, y es que su poblacion no ocupa mas que la décima octava parte de su territorio. La América habita aun la soledad, y por mucho tiempo mas, sus desiertos serán sus costumbres, y sus luces su libertad.

Otro tanto querria poder decir de las repúblicas españolas de la América. Gozan de independencia, están separadas de la Europa, es verdad; esto es un hecho realizado, un hecho inmenso sin duda en sus resultados; pero del que no emana inmediata y necesariamente la libertad.

REPUBLICAS ESPAÑOLAS.

Cuando la América Inglesa se sublevó contra la Gran-Bretaña, su posicion era muy diferente de la en que se halla la América Española. Las colonias que han formado los Estados-Unidos fueron pobladas en diferentes épocas por ingleses descontentos de su país natal, y que se alejaban de él á fin de gozar de la libertad civil y religiosa. Los que se establecieron principalmente en Nueva-Inglaterra, pertenecian á esa secta republicana famosa bajo el segundo de los Estuardos.

El odio á la monarquía se conservó en el clima riguroso del Massachusetts, de Nueva-Hampshire y del Maine. Cuando estalló la revolucion en Boston, puede decirse que no fue una revolucion nueva, sino la de 1649 que reaparecia despues de un aplazamiento de poco mas de un siglo, y que iban á ejecutar los descendientes de los puritanos de Cromwell. Si Cromwell mismo, que se habia embarcado para Nueva-Inglaterra, y á quien una órden de Carlos I obligó á desembarcar; si Cromwell hubiera pasado á América, hubiera vivido oscurecido; pero sus hijos hubieran gozado de aquella libertad republicana que buscó en un crímen y que solo le dió un trono.

Los soldados realistas hechos prisioneros en el mismo campo de batalla, vendidos como esclavos por la faccion parlamentaria, y á quienes no reclamó Carlos II, dejaron tambien en la América Septentrional hijos indiferentes á la causa de los reyes.

Como ingleses, los colonos de los Estados-Unidos estaban ya acostumbrados á la discusion pública de los intereses populares, á los derechos de ciudadania y al lenguaje y forma del gobierno constitucional. Instruidos en las artes, las letras y las ciencias, participaban de todas las luces de su madre-patria, y no solo gozaban de la institucion del jurado, sino que tenian mas, pues en cada uno de sus establecimientos habia Cartas en virtud de las cuales se administraban y gobernaban. Estas Cartas estaban fundadas en principios tan generales, que sirven aun hoy de constituciones particulares á los diferentes Estados-Unidos. Resulta de estos hechos que los Estados-Unidos no cambiaron, por decirlo así, de existencia en el momento de su revolucion: un congreso americano substituyó á un parlamento inglés; un presidente á un rey; la cadena del feudatario fue reemplazada por el lazo del federalismo, y se halló por casualidad un gran hombre que estrechó este lazo.

¿Los herederos de Pizarro y de Hernan Cortés se

parecen á los hijos de los *hermanos* de Penn y á los hijos de los *independientes*? ¿Han sido educados en la escuela de la libertad en la vieja España? ¿Han hallado en su antiguo país las instituciones, las lecciones, los ejemplos y las luces que forman un pueblo en el gobierno constitucional? ¿Tenian Cartas en aquellas colonias sometidas á la autoridad militar, donde la andrajosa miseria se habia sentado sobre minas de oro? ¿No ha llevado la España al Nuevo-Mundo, su religion, sus costumbres, sus trajes, sus ideas, sus principios y hasta sus preocupaciones? Una poblacion católica, sometida á un clero numeroso, rico y poderoso; una poblacion de dos millones novecientos treinta y siete mil blancos, mezclados con cinco millones quinientos diez y ocho mil negros y mulatos libres y esclavos; y siete millones quinientos treinta mil indios; una poblacion dividida en clase noble y plebeya; una poblacion diseminada en inmensas selvas, en una variedad infinita de climas, en dos Américas, y á lo largo de las costas de dos Océanos; una poblacion casi sin relaciones nacionales y sin intereses comunes, es tan á propósito para las instituciones democráticas como la poblacion homogénea, sin distincion de rango, y protestante en las tres cuartas partes y media de los diez millones de ciudadanos de los Estados-Unidos? En estos la instruccion es general, al paso que en las repúblicas españolas la casi totalidad de la poblacion no sabe ni aun leer; el cura es el sabio de las aldeas, y estas son tan escasas, que para ir de una ciudad á otra no se tarda menos de tres ó cuatro meses. Ciudades y aldeas han sido devastadas por la guerra; allí no se encuentran caminos ni canales; y los rios inmensos que llevaron un dia la civilizacion á los puntos mas recónditos de aquellas comarcas, no riegan aun mas que desiertos.

De todos aquellos negros, indios y europeos ha salido una poblacion mixta, entorpecida en esa esclavitud templada que las costumbres españolas establecen por do quiera que reinan. En la Colombia existe una raza nacida del africano y del indio, que no tiene otro instinto que vivir y servir. Háse proclamado el principio de la libertad de los esclavos, y todos ellos han querido permanecer con sus amos.

En algunas de estas colonias, olvidadas aun de España, y oprimidas por pequeños déspotas llamados gobernadores, se introdujo una gran corrupcion, pues nada era mas comun que encontrar eclesiásticos rodeados de una familia, cuyo orígen no ocultaban. Háse conocido un habitante que especulaba con su comercio con las negras, y que se enriquecia vendiendo los hijos que tenia de aquellas esclavas.

Las formas democráticas eran tan ignoradas; el nombre mismo de república era tan extraño en aquellos paises, que sin un volúmen de la historia de Rollin no se habria sabido en el Paraguay lo que era un dictador, cónsules y senado. En Goatemala, dos ó tres jóvenes extranjeros han hecho la constitucion. Naciones, cuya educacion política está tan atrasada, inspiran siempre temores á la libertad.

Las clases superiores en Méjico son instruidas y distinguidas; pero como Méjico carece de puertos, la generalidad de la poblacion no se ha puesto en contacto con las luces de Europa.

La Colombia tiene por el contrario, por la excelente disposicion de sus costas, mas comunicacion con el extranjero; y un hombre digno de atencion se ha elevado en su seno. ¡Pero es cierto que un soldado generoso pueda lograr imponer la libertad con tanta facilidad como podria establecer la esclavitud? La fuerza no reemplaza al tiempo, y cuando falta á un pueblo la primera educacion política, esta educacion solo puede adquirirse por los años. Por lo tanto, la libertad se robustecia mal al abrigo de la dictadura, y seria de temer que una dictadura prolongada aficionase á la persona revestida de este poder á ejercer la arbitrariedad perpétuamente. Esto es agitarse en un círculo vicioso. Una guerra civil existe en la república de la América Central.

La república Boliviana y la de Chile han sido atormentadas por revoluciones, y situadas en el Océano Pacífico, parecen excluidas de la parte mas civilizada del mundo (1).

Buenos-Aires tiene los inconvenientes de su latitud, pues nada es mas cierto que la temperatura de tal ó cual region puede ser un obstáculo al movimiento y marcha del gobierno popular. Un país donde las fuerzas físicas del hombre se abaten por el ardor del sol; donde es necesario ocultarse durante el dia y estar tendido casi sin movimiento en una estera; un país de esta naturaleza no favorece las deliberaciones de la tribuna. Inútil es sin duda exagerar la influencia de los climas, pues se ha visto alternativamente en un mismo sitio, en las zonas templadas, pueblos libres y pueblos esclavos; pero, bajo el círculo polar y bajo la Línea, hay exigencias de clima incontestables, y que deben producir efectos permanentes. Los negros, en virtud de esta sola necesidad, serán siempre poderosos, sino consiguen hacerse dueños de la América Meridional.

Los Estados-Unidos se sublevaron por la laxitud del yugo y el amor á la independencia, y cuando quebraron sus trabas hallaron en sí las luces suficientes para conducirse. Una civilizacion muy avanzada, una educacion política de antigua fecha y una industria desarrollada, los condujeron á ese grado de prosperidad en que se muestran hoy, sin que se viesen obligados á recurrir al dinero y á la inteligencia del extranjero.

En las repúblicas españolas los hechos son de otra naturaleza.

Aunque miserablemente administrados por la madre-patria, el primer movimiento de aquellas colonias fue mas bien efecto de un impulso extranjero que de un instinto de libertad. La guerra de la revolucion francesa lo produjo. Los ingleses, que desde el reinado de la reina Isabel no cesaron de dirigir sus miradas hácia las Américas Españolas, enviaron en 1804 una expedicion á Buenos-Aires, expedicion que hizo fracasar la bravura de un solo francés, el capitan Liniers.

La cuestion para las colonias españolas era en aquellos momentos, saber si querian la política del gabinete español, aliado entonces á Bonaparte, ó si, mirando aquella alianza como forzada y contra la naturaleza, se apartarian del *gobierno español* para conservarse en el respeto al *rey de España*.

Desde el año 1790, Miranda habia empezado á negociar con la Inglaterra el asunto de la emancipacion; pero volvió á emprenderse en 1797, 1801, 1804 y 1807, época en la cual se preparaba una gran expedicion en Corck para Tierra-Firme.

Por fin, Miranda pasó en 1809 á las colonias españolas; pero la expedicion no fue afortunada, pues tomando consistencia la insurreccion de Venezuela, Bolívar la extendió.

La cuestion cambió desde entonces para las colonias y para Inglaterra; la España se habia sublevado contra Bonaparte; el régimen constitucional habia comenzado en Cádiz, bajo la direccion de las Cortes, y aquellas ideas de libertad llegaron necesariamente á América por la autoridad de las Cortes mismas.

La Inglaterra por su parte no podia ya atacar ostensiblemente las colonias españolas, puesto que el rey de España, prisionero en Francia, se habia hecho su aliado, y por lo tanto publicó bills en los que prohibia auxiliasen los súbditos de S. M. B. á los americanos; pero al mismo tiempo, seis ó siete mil hombres alistados, á

(1) En el momento en que escribo, los papeles públicos de todas opiniones anuncian las turbulencias, divisiones y bancarrotas de estas diversas repúblicas

pesar de aquellos bills diplomáticos, pasaron á sostener la insurreccion de Colombia.

Restablecido el antiguo gobierno á consecuencia de la restauracion de Fernando, la España cometió grandes faltas; reinstalado el gobierno constitucional por la insurreccion de las tropas de la isla de Leon, no se mostró mas hábil; las Cortes fueron aun menos favorables á la emancipacion de las colonias españolas que lo habia sido el gobierno absoluto. Bolívar, por su actividad y sus victorias, acabó de romper los lazos que desde el principio querian desatarse, y los ingleses que se hallaban en Méjico, en la Colombia, en el Perú y en Chile con lord Cochrane, acabaron por reconocer públicamente lo que era en gran parte efecto de sus maquinaciones secretas.

Vése, pues, que las colonias españolas no han sido como los Estados-Unidos inducidas á la emancipacion por un principio poderoso de libertad; que este principio no ha producido al plantearse ninguna clase de turbulencias, ni aquella vitalidad, aquella fuerza que anuncian la firme voluntad de las naciones. Un impulso exterior, intereses políticos y acontecimientos extraordinariamente complicados: hé aquí lo que se descubre á la primera ojeada. Las colonias se desunieron de la España porque la España estaba invadida, y en seguida se dieron constituciones como las que las Córtes daban á la madre-patria; en fin no proponiéndoles nada razonable, se resistieron á volver á someterse al yugo. No era esto sin embargo todo: el oro y las especulaciones del extranjero tendian tambien á arrebatarles cuanto pudiera quedarles de nativo y nacional en su libertad.

De 1822 á 1826 se hicieron diez empréstitos en Inglaterra para las colonias españolas, ascendiendo á la suma de 20.978,000 libras esterlinas. Estos empréstitos fueron contratados uno con otro á 75 c. Despues se ha descontado, sobre estos empréstitos, dos años de interés al 6 por 100, y además se han retenido por fornituras 7.000,000 de libras esterlinas, resultando que la Inglaterra ha desembolsado una suma efectiva de 7.000,000 de libras esterlinas, ó 175.000,000 de francos; pero las repúblicas españolas no quedaron gravadas en menos de 20.978,000 libras esterlinas de deuda.

A estos empréstitos, ya excesivos, se unieron una multitud de asociaciones ó de Compañías destinadas á explotar las minas, pescar las perlas, construir canoas, abrir caminos, y desmontar las tierras de aquel nuevo mundo, que parecia descubierto por la primera vez. Estas Compañías se elevaron hasta el número de veinte y nueve, y el capital nominal de las sumas empleadas por ellas, fue de 14.767,500 libras esterlinas. Los accionistas formaban solo casi la cuarta parte de esta suma, es decir 3.000,000 de esterlinas (ó 75 millones de francos) que es forzoso añadir á los 7.000,000 de libras esterlinas (ó 175.000,000 de francos) de los empréstitos, formando un total de 250.000,000 de francos adelantados por Inglaterra á las colonias españolas, y por los cuales pesa una suma nominal de 35.745,500 libras esterlinas, tanto sobre los gobiernos como sobre los particulares.

La Inglaterra tiene vice-cónsules en las bahías pequeñas, cónsules en los puertos de alguna importancia, cónsules generales y ministros plenipotenciarios en la Colombia y en Méjico. Todo el país está cubierto de casas de comercio inglesas, de comisionados ingleses, de agentes de las Compañías inglesas para la explotacion de las minas, de mineralogistas ingleses, de militares ingleses, de fabricantes de fornituras inglesas, de colonos ingleses á quienes se ha vendido á 3 schellings el acre de tierra que rentaba 12 sueldos y medio al poseedor de la accion. El pabellon inglés flota en todas las costas del Atlántico y el mar del Sur; los barcos suben y bajan por todos los rios navegables cargados con los productos de las de las manufacturas inglesas ó con el cambio de aquellos productos, y muchos paquebots provistos por el Almirantazgo parten regularmente todos los meses de la Gran-Bretaña para los diferentes puntos de las colonias españolas.

Numerosas quiebras han sido la consecuencia de aquellas empresas inconsideradas; y el pueblo en muchas partes ha roto las máquinas para la explotacion de las minas; las minas vendidas no se han hallado, y de aquí que se haya procedido á pleitear la propiedad entre los negociantes ibero-americanos y los ingleses, habiéndose tambien suscitado serias discusiones entre los gobiernos, relativamente á los empréstitos.

Resulta de estos hechos que las antiguas colonias de España, en el momento de su emancipacion, se han hecho una especie de colonias inglesas. Los nuevos amos no son queridos, porque no se quiere nunca á los amos, y porque en general el orgullo británico humilla á los mismos que proteje; no siendo menos cierto, que esa especie de supremacía extranjera compromete en las repúblicas españolas el entusiasmo del genio nacional.

La independencia de los Estados-Unidos no se combinó con intereses tan diversos: la Inglaterra no habia experimentado como España una invasion y una revolucion política, mientras que sus colonias se separaban de ella. Los Estados-Unidos fueron socorridos militarmente por la Francia, que los trató como aliados, y no se hicieron por una multitud de impréstitos, especulaciones é intrigas, los deudores y el mercado del extranjero.

En fin, la independencia de las colonias españolas no está aun reconocida por la madre-patria, y esta resistencia pasiva del gabinete de Madrid tiene mucha mas fuerza é inconvenientes de lo que se imagina: el derecho es un poder que sirve de contrapeso al hecho, aun cuando los acontecimientos no estén en favor del derecho; y cuán cierta sea esta verdad, lo prueba nuestra restauracion. Si la Inglaterra, sin hacer la guerra á los Estados-Unidos, se hubiera contentado con no reconocer su independencia, los Estados-Unidos serian lo que son hoy á pesar de todo.

Cuantos mas obstáculos han encontrado y encuentran aun las repúblicas españolas en la nueva carrera que han emprendido, tanto mas mérito tendrán en superarlos. Ellas encierran en sus vastos límites todos los elementos necesarios de prosperidad: variedad en el clima y en el suelo; montes para la marina y un doble océano para la navegacion que les abre el camino al comercio del mundo. La naturaleza que ha prodigado todo género de producciones en aquellas repúblicas, es rica dentro y fuera de la tierra, que las produce: los rios fecundan la superficie de aquella tierra, y el oro fertiliza su seno. A la América Española se ofrece un porvenir propicio; pero decirla que puede conseguirlo sin esfuerzo, seria engañarla y adormecerla en una seguridad falaz: los aduladores de los pueblos son tan peligrosos como los aduladores de los reyes. Cuando se cree una utopía, ni se tiene en cuenta el pasado, ni la historia, ni los hechos, ni las costumbres, ni el carácter, ni las preocupaciones, ni las pasiones; y encantados con sus propios ensueños no se precaven contra los acontecimientos, y se vician los mas bellos destinos.

He expuesto con franqueza las dificultades que pueden detener la libertad de las repúblicas españolas; y debo indicar con igual verdad las garantías de su independencia.

La influencia del clima, la falta de caminos y cultivo harian infructuosos desde luego los esfuerzos que se intentasen para conquistar estas repúblicas. Podria ocuparse por un momento el litoral, pero seria imposible avanzar en el interior.

La Colombia no tiene ya en su territorio aquellos españoles propiamente dichos, que tomaron el nombre de *godos*, pues ó han perecido ó han sido expulsados.

En Méjico acaban de tomarse varias medidas contra los naturales de la antigua madre-patria.

Todo el clero en la Colombia es americano, y muchos sacerdotes, infringiendo culpablemente la disciplina de la Iglesia, son padres de familia como los demás ciudadanos, y no llevan ni aun el hábito de su estado. Las costumbres sufren sin duda alteraciones notables con este estado de cosas, resultando tambien de aquí que el clero, á pesar de ser católico, temiendo mantener relaciones íntimas con la córte de Roma, favorece la emancipacion. Los frailes por efecto de las turbulencias acaecidas, son mas bien soldados que religiosos. Además, veinte años de revolucion han creado derechos, propiedades y gerarquias que no es fácil destruir, y la nueva generacion nacida en el curso de la revolucion de las colonias, está poseida del ardor de la independencia. La España se lisonjeaba un dia de que el sol no se ponia en sus Estados; confiemos en que la libertad no cesará ya de alumbrar á los hombres.

¿Pero podia establecerse esa libertad en la América Española por un medio mas fácil y seguro del que se ha servido; medio que aplicado en tiempo útil, cuando los acontecimientos no habian aun decidido nada, habia hecho desaparecer una multitud de obstáculos? Así lo creo.

Segun mi modo de pensar, las colonias españolas hubieran ganado mucho constituyéndose en monarquias constitucionales, pues la monarquía representativa es á mi juicio un gobierno muy superior al republicano, porque destruye las pretensiones individuales al poder ejecutivo, y reune el órden y la libertad.

Paréceme tambien que la monarquía representativa hubiera sido mas adecuada al genio español, y al estado de las personas y las cosas en un país donde la gran propiedad territorial domina; donde el número de los europeos es pequeño, y el de los negros ó indios considerable; donde la esclavitud es una costumbre pública; donde la religion del Estado es la católica, y donde la instruccion falta totalmente en las clases populares.

Las colonias españolas independientes de la madre-patria, constituidas en grandes monarquías representativas, hubieran terminado su educacion política al abrigo de las borrascas que pueden trastornar aun las nacientes repúblicas. Un pueblo que saliendo repentinamente de la esclavitud, se precipita en la libertad, puede caer en la anarquía; y esta produce casi siempre el despotismo.

Pero si existia un sistema capaz de prevenir estas divisiones, se me dirá sin duda: «Habeis ocupado el »poder y os habeis contentado con desear la paz, la »dicha y la libertad de la América Española. Os ha»beis limitado á estériles votos.»

Para contestar, anticiparé algunas ideas de mis *Memorias*, y haré una confesion.

Cuando Fernando fue librado en Cádiz y Luis XVIII escribió al monarca español para inducirle á dar un gobierno libre á sus pueblos, mi mision me pareció terminada, y creí deber poner en manos del rey la cartera de Negocios Extranjeros, suplicando á su magestad se la entregará al virtuoso duque de Montmorency. ¡Qué de disgustos me hubiera evitado! ¡De cuántas divisiones habria tal vez librado á la opinion pública! La amistad y el poder no hubieran dado un triste ejemplo, y hubiese salido del ministerio coronado con el éxito mas feliz y del modo mas brillante, para entregarme al reposo durante el resto de mi vida.

Los intereses de las colonias españolas de las cuales me he conducido á hablar el objeto de esta obra, son los que han producido el último golpe de mi caprichosa fortuna, y puedo decir que me he sacrificado á la esperanza de asegurar el reposo y la independencia de un gran pueblo.

Cuando pensaba en retirarme, ciertas negociaciones importantes habian llevado las cosas muy lejos, y habiendo formado y teniendo los cabos de un plan que me habia forjado y que creia útil á ambos mundos, me lisonjeaba de haber sentado una base donde cabrian la fe y los derechos de las naciones, y el interés de mi patria y de los demás paises. No puedo explicar los detalles de este plan, y lo siento bastante.

En diplomacia, un proyecto concebido no es un proyecto ejecutado, pues los gobiernos tienen su rutina y su modo especial de dirigirse, y es necesario paciencia. A los gabinetes extranjeros no se puede dar asaltos, como Mr. el Delfin tomaba ciudades, y la política no marcha tan ligera como la gloria á la cabeza de nuestros soldados. Resistiendo por desgracia á mi primera inspiracion permanecí en el ministerio, con el fin de realizar mi obra. Figurábame que habiéndola preparado, la conoceria mejor que mi sucesor, y además temia no fuese entregada la cartera á Mr. Montmorency, y que otro ministro no adoptase un sistema prescrito para las posesiones españolas. Me dejé seducir por la idea de unir mi nombre á la libertad de la segunda América sin comprometer la suya en las colonias emancipadas, ni exponer el principio monárquico de los Estados europeos.

Asegurado de la benevolencia de los diversos gabinetes del continente, exceptuando uno solo, no desesperé de vencer la resistencia que me oponia en Inglaterra el hombre de Estado que acaba de morir; resistencia que se debia menos á él que al espíritu mercantil mal entendido de su nacion. Quizá conozca el porvenir la correspondencia privada que tuvo lugar acerca de este gran asunto entre mi amigo y yo. Como todo se encadena en los destinos de un hombre, es muy posible que Mr. Canning, asociándose ó proyectos, por otra parte poco diferentes de los suyos, hubiese hallado mas reposo y hubiese evitado las inquietudes políticas que han fatigado sus últimos dias. Los talentos desaparecen con rapidez, y como la Europa se dirige hoy por medianias, es preciso atravesar mi desierto para llegar á las generaciones nuevas.

De cualquier modo que sea, yo pensaba que la administracion de que era miembro me dejaria concluir un edificio que la honraria; tenia el candor de creer que llevándome al exterior los asuntos de mi ministerio hallaria un camino vírgen; pero como el astrólogo miraba al cielo y caí en un pozo. La Inglaterra aplaudió á mi caida. Verdad es que teniamos guarnicion en Cádiz bajo la bandera blanca, y que la emancipacion monárquica de las colonias españolas por la generosa influencia del primogénito de los Borbones, hubiera elevado la Francia al mas alto grado de prosperidad y gloria.

Tal ha sido el último sueño de mi edad madura: yo me creia en América y desperté en Europa. Réstame decir cómo he vuelto otra vez de aquella misma América, despues de haber visto desvanecerse igualmente el primer ensueño de mi juventud.

FIN DEL VIAJE.

Vagando de selva en selva me aproximé á los desmontes americanos. Una tarde encontré á la márgen de un arroyuelo una heredad, cuya casa estaba edificada con troncos de árboles; pedí hospitalidad y me fue concedida.

Llegada la noche, la habitacion solo se alumbró por la claridad de la llama del hogar, y yo ocupé un rincon de la chimenea. Mientras mi huéspeda preparaba la cena, me entretuve en leer á la luz del fuego, bajando bastante la cabeza, un periódico inglés que rodaba por el suelo. Descubrí escritas con letras gordas, estas palabras: FLIGHT OF THE KING, *huida del rey*. Era el relato de la evasion de Luis XVI, y el arresto del infortunado monarca en Varennes.

El periódico contaba tambien los progresos de la emigracion, y la reunion de casi todos los oficiales del ejército bajo la bandera de los principes franceses. Yo creí oir la voz del honor, y abandoné mis proyectos.

Vuelto á Filadelfia, me embarqué allí. Una tempestad me arrojó en diez y ocho dias á la costa de Francia, donde semi-naufragué en las islas de Guernesey y de Origny. Tomé tierra en el Havre, y en el mes de julio de 1792 emigraba con mi hermano. El ejército de los príncipes estaba ya en campaña, y sin la intercesion de mi desgraciado primo Armando de Chateaubriand, no hubiera sido recibido en él. Creí conveniente decir que llegaba ex-profeso de la catarata del Niagara, pero nada se queria oir, y tuve necesidad de batirme para obtener el honor de llevar una mochila. Mis camaradas, los oficiales del regimiento de Navarra, formaban una compañía en el campo de los príncipes; pero yo entré en una de las compañías bretonas. Puede verse lo que me aconteció, en el nuevo prefacio de mi *Ensayo histórico*.

A consecuencia de esto, lo que me pareció un deber, destruyó los primeros designios que habia concebido, y marcó la primera de esas peripecias que han señalado mi carrera. Los Borbones no necesitaban sin duda que un segundon de Bretaña viniese de Ultramar á ofrecerles su oscuro afecto, así como no han echado menos sus servicios cuando salió de su oscuridad: si, continuando mi viaje, hubiese encendido la lámpara de mi huéspeda con el periódico que cambió mi vida, nadie hubiera echado menos mi ausencia porque nadie sabia que existia. Una breve lucha entre mi conciencia y yo, me llevó al teatro del mundo; yo hubiera podido hacer lo que hubiese querido, puesto que era el único testigo del debate; pero de todos los testigos, mi propia individualidad era ante la que mas temia avergonzarme.

¿Porqué las soledades del Erié y del Ontario se presentan hoy con mas encanto á mi pensamiento, que el brillante espectáculo del Bósforo?

En la época de mi viaje á los Estados-Unidos, estaba en el lleno de mis ilusiones: las turbulencias de la Francia empezaban al mismo tiempo que comenzaba mi vida, y nada se habia consolidado ni en mí ni en mi país. Aquellos dias me son de grato recuerdo, porque reproducen en mi memoria la inocencia de los sentimientos inspirados por la familia y por los placeres de la juventud.

Quince ó diez y seis años despues de mi segundo viaje, la revolucion habia pasado, y entonces ya no me alimentaba de quimeras; mis recuerdos, hijos de la sociedad, habian perdido su hermosura. Engañado en dos peregrinaciones, no habia encontrado el paso del Norte-Oeste; no pude arrebatar la gloria del centro de los bosques donde habia ido á buscarla, y la dejé posada en las ruinas de Atenas.

Habiendo salido de Europa para ser viajero en América, volví de América para ser soldado en Europa, y ni una ni otra cosa conseguí: un genio fatal me arrebató el báculo y la espada, y me puso la pluma en la mano. Contemplando el cielo durante la noche en Esparta, recordaba los paises que habian visto mi sueño, ora tranquilo, ora tumultuoso; habia saludado en los caminos de Alemania, en los zarzales de Inglaterra, en los campos de Italia, en medio de los mares y en las selvas canadienses, las mismas estrellas que veia brillar en la patria de Helena y Menelao. ¿Pero de qué me servia quejarme á los astros, testigos inmóviles de mis vagabundos destinos? Llegará un dia en que su mirada no se fatigue mas en perseguirme, y solo se fijará en mi tumba. Ahora, indiferente á mi suerte, no pido á esos astros malignos la hagan variar mediante una influencia mas plácida, ni que me concedan lo único que de su vida puede dejar el viajero en los sitios que ha visitado.

FIN DEL VIAJE A AMERICA.

VIAJE A CLERMONT.

(AUVERNIA).

2, 3, 4, 5 y 6 de agosto de 1805.

Heme aquí en la cuna de Pascal, y en la tumba de Masillon. ¡Cuántos recuerdos se despiertan! los antiguos reyes de Auvernia y la invasion de los romanos, César y sus legiones, Vercingetorix, los últimos esfuerzos de la libertad de los galos contra un tirano extranjero, despues los visigodos, mas tarde los francos, luego los obispos, los condes y los Delfines de Auvernia, etc.

Gergovia, *oppidum Gergovia*, no es Clermont, pues la verdadera Gergovia estaba en la colina de Gergoye que se descubria al Sud-Este. Aquí se halla Mont-Rognon, *Mons Rugosus*, de que se apoderó César para cortar los víveres á los galos encerrados en la Gergovia, ignorando hasta ahora qué Delfin edificó sobre el *Mons Rugosus* un castillo cuyas ruinas subsisten.

Clermont es la antigua *Nemossus*, suponiendo no haya error en Estrabon, se llamaba tambien *Nemetum*, *Augusto-Nemetum*, *Arverni urbs*, *civitas Arvernay oppidum Arvernum*, segun testimonio de Plinio, Tolomeo, el mapa de Pentinger, etc.

Pero ¿de dónde viene este nombre de *Clermont*, y cuándo lo ha tomado? Loup de Ferrieres y Guillermo de Tiro dicen que en el siglo IX; pero hay otro parecer que resuelve mejor la cuestion. El Anónimo, autor de las hazañas de Pipin, ó Pepin, segun nuestra pronunciacion, dice: *Maximam parten Aquitaniæ vastans, usque urbem Arvernam, cum omni exercitu veniens* (*Pipinus*) CLARE MONTEM *castrum captum, atque succensum bellando cepit.*

Este pasaje es curioso porque distingue la ciudad *urbem Arvenam*, del castillo *Clare Montem castrum*. Por lo tanto, la ciudad romana estaba á la falda de la montaña, defendida por un castillo, edificado en su cima: este castillo se llamaba *Clermont*. Los habitantes de la ciudad baja ó de la villa romana, *Arverni urbs*, cansados de verse continuamente acometidos por sus contrarios pues vivian en una ciudad abierta, se retiraron poco á poco hácia las cercanías del castillo poniéndose bajo su proteccion; y á mediados del siglo VIII se elevó una nueva ciudad llamada Clermont en la parte donde está hoy, es decir, un siglo antes de la época fijada por Guillermo de Tiro.

¿Será cierto que los antiguos arvernos y auvernios de hoy, invadieron la Italia antes de la llegada del piadoso Eneas, ó que, segun Lucano asegura, los arvernos descendian de los troyanos? En este caso no se hubieran inquietado por las imprecaciones de Dido puesto que se habian hecho aliados de Aníbal y protegidos de Cartago. Segun los druidas, si es que podemos saber hoy lo que decian los druidas, Pluton fue padre de los arvernos; pero ¿esta fábula no habrá podido tener origen de los antiguos y tradicionales volcanes de la Auvernia?

¿Deberá creerse lo que dicen Ateneo y Estrabon de los espléndidos banquetes con que el rey Lucrio obsequiaba á sus súbditos los arvernos, y de los paseos que daba en su elevado carro, desde el cual arrojaba á la multitud sacos de oro y plata? Empero, á pesar de este dicho los reyes galos (*Cæsar Comm.*) vivian en una especie de chozas de madera y tierra, como nuestros montañeses de Auvernia.

¿Deberá creerse que los arvernos habian disciplinado perros que maniobraban como tropas ligeras, y que Bituito tenia un número tan crecido de ellos, que podia alimentarse un ejército romano?

¿Deberá creerse que este mismo rey atacó con doscientos mil combatientes al cónsul Fabio, que solo contaba treinta mil hombres? Esto no obstante, los treinta mil romanos mataron ó ahogaron en el Ródano á ciento cincuenta mil auverneses, ni mas ni menos. Contemos.

Cincuenta mil ahogados, es demasiado.

Cien mil muertos.

Ahora bien: no habiendo mas que treinta mil romanos, cada legionario debió matar tres auverneses, lo que da un total de noventa mil auverneses.

Quedan por dividir diez mil muertos entre los mas valientes ó las máquinas del ejército de Fabio.

Suponiendo que los auverneses no hiciesen una vigorosa defensa; que sus perros regimentados no hubiesen hecho mejor resistencia; que no se hubiera malogrado una sola estocada, picazo, flechazo ó pedrada, y que uno solo de estos golpes hubiese bastado para matar á un hombre; que los auverneses no hubiesen huido ni podido escapar; que los romanos no perdiesen un soldado; y en fin, que hubieran bastado *materialmente* algunas horas para matar con la clava cien mil hombres, el gigante Robastro seria un mirmidon al lado de estos portentos. En la época en que se verificó la victoria de Fabio, las legiones no llevaban consigo mas que diez máquinas de primera clase y cincuenta inferiores.

¿Podrá creerse que el reino de Auvernia, convertido en república, armó en tiempo de Vercingetorix cuatrocientos mil soldados contra César?

¿Podrá creerse igualmente que *Nemetum* fuese una ciudad inmensa, cuyo recinto contaba treinta puertas?

En puntos de historia me inclino á creer con mi compatriota el padre Hardouin, que la historia antigua

ha sido refundida por los monges del siglo XIII á imitacion de las *Odas* de Horacio, las *Geórgicas* de Virgilio y las obras de Plinio y Ciceron. Este buen padre se mofaba de los que pretendian que el sol estaba lejos de la tierra: he aquí un hombre razonable.

La ciudad de los Auverneses, convertida en ciudad romana bajo el nombre de *Augusto-Nemetum*, tuvo un capitolio, un anfiteatro, un templo de Waso-Galatas, y un coloso casi igual al de Rodas, y Plinio nos habla de sus canteras y escultores. Tuvo tambien una célebre escuela de donde salió el retórico Fronton, maestro de Marco-Aurelio. *Augusto-Nemetum*, que se regia por el derecho romano, obedecia á un senado: sus ciudadanos, que lo eran romanos, podian ocupar los principales cargos del Estado; esto recordaba la política de Roma-republicana, que concedia el poder á los esclavos.

Las colinas que rodean á Clermont estaban cubiertas de bosques, distinguiéndose por los templos que en ellos descollaban: en Champturgues estaba el templo de Baco; en Montjuset el de Júpiter, servido por mujeres-hadas (*fatuæ, fatidicæ*); en Puy de Montaudon el de Mercurio ó Teutatés (Montandon, *Mons Teutates*), etc.

Nemetum, como toda la Auvernia, cayó bajo el dominio de los visigodos por cesion del emperador Nepos; pero habiendo sido vencido Alarico en la batalla de Vouillé, la Auvernia pasó á poder de los francos. Vinieron despues los tiempos feudales, y con ellos el gobierno frecuentemente independiente de los obispos, condes y Delfines.

El primer apóstol de Auvernia fue San Austremoine, y desde este primer obispo de aquel país hasta Massillon, la *Gallia christiana* cuenta noventa y seis obispos, de los cuales treinta y uno ó treinta y dos han sido santos, habiendo sido uno papa bajo el nombre de Inocencio VI. El gobierno episcopal nada notable ha producido: hablaré de Caulin.

Chilping decia á Thierry que queria destruir á Clermont: «Los muros de aquella ciudad son fuertísimos, pues están defendidos por baluartes inexpugnables; y en fin, para que V. M. me entienda mejor, esos baluartes son los santos y las iglesias que rodean sus murallas.»

El papa Urbano II predicó en el concilio de Clermont la primera cruzada, y al escucharle, el auditorio exclamó: «¡*Diex el volt!*» Aymar, obispo del Puy, partió con los cruzados, y el Taso le presenta asesinado por Clorinda.

. . . . Fu del sangue sacro
Su l'arme femminili, ampio lavacro.

Los condes que reinaron en Auvernia ó fueron los primeros señores feudales de ella, produjeron hombres bastante singulares; y hácia la mitad del siglo X, Guillermo, séptimo conde de Auvernia, que descendia de los Delfines vieneses por la línea materna, tomó el título de Delfin y le extendió á sus tierras.

El hijo de este, llamado *Roberto*, nombre de aventuras y romances, favoreció los amores de un caballero pobre. Este segundo Delfin tenia una hermana, desposada con Bertran I, señor de Mercœur; un trovador llamado Perols, se enamoró de esta noble dama, y habiendo confesado su pasion á Roberto, este pareció no haber recibido del todo mal la confidencia: esta es la historia del Taso desfigurada. Roberto tambien era poeta, y trocaba *sirventes* con Ricardo Corazon de Leon.

El nieto de Roberto, comendador de los Templarios de Aquitania, fue quemado vivo en París, expiando con valor en medio de los tormentos su primer momento de debilidad. No halló en Felipe el Hermoso la tolerancia que habia hallado un trovador; pero Felipe que quemaba á los Templarios, robaba y abofeteaba á los papas.

Una multitud de recuerdos históricos se unen á diferentes sitios de la Auvernia. La ciudad de la Torre recuerda un nombre siempre glorioso para Francia: la Torre de Auvernia.

Margarita de Valois, seduciendo al marqués de Canillac, que la custodiaba en el castillo de Usson, se consolaba placenteramente de la pérdida de sus grandezas y de las desgracias de su reino, aparentando al mismo tiempo estimar á la mujer de su alcaide: «Lo »mejor del caso fue, dice d' Auvigné, que apenas vol»vió la espalda su marido (Canillac) para ir á París, »Margarita la despojó de sus mejores alhajas, y echán»dola fuera con insolencia con todas sus guardias, »se hizo señora de la plaza. El marqués se halló bur»lado y sirvió de hazme-reir al rey de Navarra.»

Margarita queria mucho á sus amantes mientras vivian; pero cuando dejaban de existir los lloraba, hacia versos á su memoria, y prometia serles siempre fiel: *Mentem Venus ipsa dedit:*

Atys, de qui la perte attriste mes années;
Atys, digne des vœux de tant d'âmes bien nées,
Que j'avais élevé pour montrer aux humains
Une œuvre de mes mains.
. . . .
Si je cesse d'aimer, qu'on cesse de prétendre:
je ne veux désormais être pris, ni prendre.

Y aquella misma tarde Margarita era tomada, y desmentia su amor y su inspiracion.

Margarita habia amado á La Mole, decapitado con Coconas, y en el trascurso de la noche hizo que robaran la cabeza del jóven, la perfumó, la enterró con sus propias manos, y contó, suspirando, sus pesares al bello *Jacinto*. «El pobre diablo, Aubiac, marchando »á la horca, en vez de acordarse de su alma y de su »salud, besaba un manguito de terciopelo azul, único »resto de los beneficios de su amada.» Cuando Aubiac vió á Margarita por la primera vez, dijo: «Queria pa»sar una noche á su lado aunque fuera ahorcado poco »despues.» Martigues llevaba á los combates y á los asaltos un perrito que le habia dado Margarita.

D' Aubigné pretende que Margarita habia mandado hacer en Usson las camas de las damas extremadamente altas, con el objeto de que no se desollasen las espaldas, como á ella solia suceder, metiéndose por debajo en cuatro piés para buscar á Pominy, hijo de un calderero de Auvernia, y que de monaguillo pasó á ser secretario de Margarita.

El mismo historiador la prostituye á la edad de once años á d' Antragues y á Charin y la entrega á sus hermanos Francisco de Alenzon y Enrique III; pero no debe darse asenso completo á las sátiras de d' Aubigné, hugonote mal intencionado, ambicioso, descontento y hombre de ingenio cáustico y mordaz; y con tanto mas motivo debe desconfiarse de sus palabras, cuanto que Pibrac y Brantôme nada de esto dicen.

Si Margarita no amó á Enrique IV por parecerle asqueroso, no despreció los obsequios de Champvallon á quien recibia «en un lecho alumbrado por hacho»nes, y adornado con colgaduras de tafetan negro.» »Habia escuchado las galanterias de Mayenne, hombre

»corpulento y voluptuoso como ella; al hombre tan »hondamente resentido con el vizconde de Turena; al »viejo rufian de Pibrac cuyas cartas enseñaba para reir»se con Enrique IV; á aquel criaduelo de Provenza, »Dato, á quien ennobleció en Usson con solo seis varas »de tela, y á *pico-amarillo* de Bajaumont,» el último de la larga lista de favoritos que habia empezado con Antragues y habia, continuado con los ya mencionados, el duque de Guisa, San Lucas y Bussy.

Segun el padre Lacoste, la sola *vista del hermoso brazo de Margarita* bastó para triunfar de Canillac.

Para terminar este *notable comentario, que me se ha escapado en un flujo de coqueteria*, como dice Monsieur Montagne, diré que si las dos líneas reales de Orleans y de Valois carecian de moralidad, en cambio tenian genio: ambas amaban las letras y las artes, y la sangre francesa y la italiana se confundieron en ellas con Valentina de Milan y Catalina de Médicis. Francisco I era poeta, como lo atestiguan sus encantadores versos sobre Ana Sorel; su hermana *la reina de Navarra* narraba á la manera de Boccacio; Carlos IX rivalizaba con Ronsard; los cantos de Margarita de Valois, tolerante y humana á pesar de sus debilidades (salvó muchas víctimas en Saint-Barthelemy), eran repetidos por la córte entera, y sus *Memorias* están llenas de dignidad, gracia ó interés.

El siglo de las artes en Francia es el de Francisco I y va descendiendo hasta Luis XIII, pero de ningun modo el siglo de Luis XIV, pues el pequeño palacio de las Tullerias, el antiguo Louvre, una parte de Fontainebleau y de Aynet y el palacio del Luxemburgo son ó eran muy superiores á los monumentos del gran rey.

Era un personaje muy distinto de Margarita de Valois, el canciller Hospital, nacido en Aigueperse á quince ó diez y seis leguas de Usson. «Aquel era »otro censor Caton, dice Brantóme, que sabia corregir »y censurar perfectamente el mundo corrompido. Al »menos tenia toda la apariencia de tal con su gran »barba blanca, su rostro pálido y continente grave, de »tal suerte que al verle se hubiese dicho era un verda»dero retrato de San Gerónimo.

»La severidad de este gran juez y severo magistra»do no se burlaba fácilmente; pero esto no obstante era »transigente con la razon.... Las bellas-letras le dis»traian mucho del rigor de la justicia, y era un orador »sumamente elocuente, gran historiador y sobre todo »muy buen poeta latino, como lo muestran muchas de »sus obras.»

El canciller Hospital, poco querido de la córte y por lo tanto desgraciado, se retiró á gozar de su pobreza en una casita de campo cerca de Etampes. Acusado de ideas moderadas en religion y politica, sus enemigos enviaron asesinos que acabaran con su existencia en el mismo momento en que tenia lugar la horrible matanza de Saint-Barthelemy: sus criados quisieron como era natural, cerrar las puertas de su casa: «No, no, les dijo, sino es bastante á darles entrada la puerta pequeña, abrid la principal.»

La viuda del duque de Guisa, que debió su salvacion á las súplicas de la duquesa de Saboya, salvó á la hija del canciller ocultándola en su casa; y el testamento de aquella víctima, traducido del latin al francés por Brantóme es sumamente curioso, así por sus disposiciones como por los detalles que encierra.

«Los que me han perseguido, dice Hospital, to»maron un pretesto de religion cuando ellos eran im»pios é irreligiosos; pero os puedo asegurar ¡que »nada habia que les irritase mas que el pensar que mien»tras yo estuviera en posesion de mi cargo no les se»ria permitido infringir los edictos del rey, ni saquear »su propiedad y la de sus súbditos.»

«Por lo demás, hace cerca de cinco años que hago »aquí la vida de Laertes..., y no quiero traer á mi me»moria lo que he sufrido en este alejamento de la cór»te.»

Las paredes de su casa se destruian, y le era penoso sostener á sus viejos criados y á su numerosa familia, y se consolaba como Ciceron con las Musas: deseaba ver á los pueblos restablecidos en su libertad, y murió cuando los cadáveres de las víctimas del fanatismo no habian sido aun roidos por los gusanos ó devorados por los peces y los buitres.

Desearia colocar á Châteauneuf de Randon en Auvernia ¡está tan cerca! Allí fue donde Du Guesclin recibió las llaves de la fortaleza sobre su ataud: mofa de los dos manuscritos que han hecho capitular la plaza algunas horas antes de la muerte del Condestable. »En la historia de ese breton se hallará un alma fuer»te, nutrida en el hierro, formada con la victoria y »contra la cual se estrelló por mucho tiempo el furor de »Marte: en la Bretaña hizo su prueba de armas: la In»glaterra le sirvió de palestra, y en Castilla completó »su carrera: allí las acciones no eran mas que los he»raldos de su gloria; los disfavores; teatros elevados á »su constancia; y el féretro, el pedestal de un trofeo »inmortal.»

La Auvernia ha sufrido el yugo de los visigodos y de los francos, pero solo ha sido colonizada por los romanos; de suerte que si hay galos en Francia deben buscarse en Auvernia, *montes Celtorum*. Todos sus monumentos son célticos, y sus antiguas casas descienden ó de familias romanas consagradas al episcopado, ó de familias indígenas.

El feudalismo echó no obstante hondas raices en Auvernia; y tanto fue así, que todas sus montañas se vieron erizadas de castillos, en los cuales se establecieron señores que ejercieron aquellas pequeñas tiranías, aquellos derechos singulares, hijos de la arbitrariedad, de la grosería de las costumbres y del tedio. En Langeac, el dia de la fiesta de San Galo un señor de castillo, tiraba un millar de huevos á la cabeza de los paisanos, así como en Bretaña se llevaba á casa de otro señor un buey agarrotado en un gran carro tirado por seis bueyes.

Un señor de Tournemine, citado en su castillo de Auvernia por un ujier llamado *Lobo*, le hizo cortar la mano diciendo que jamás se habia presentado un lobo en su castillo sin que hubiera dejado su pata clavada en la puerta. Así aconteció que en los *grandes dias* celebrados en Clermont en 1665, aquellas insignificantes travesuras produjeron doce mil quejas criminales. Casi toda la nobleza tuvo que huir, no habiéndose olvidado aun el hombre *de los doce apóstoles*. El cardenal Richelieu hizo arrasar una parte de los castillos de Auvernia, y Luis XIV consumó la destruccion. De todos aquellos torreones arruinados, uno de los mas célebres fue el de Murat ó de Armagnac, y en él fue aprisionado el desgraciado Jacobo, duque de Nemours, amigo en otro tiempo de aquel Juan V, conde de Armagnac, que se desposó públicamente con su propia hermana. En vano el duque de Nemours dirigió una humildísima carta á Luis XI *escrita en la prision de la Bastilla* y firmada por *el pobre Jacobo*, pues fue decapitado en la plaza pública de Paris, y sus tres tiernos hijos colocados bajo el cadalso, se cubrieron de la sangre de su padre.

Carlos de Valois, duque de Angulema, hijo natural de Carlos IX y de María Touchet y hermano uterino de la marquesa de Verneuil, fue investido con el título y estados del condado de Clermont y Auvernia, y entró en los complots de Biron cuya muerte se ha echado en cara justamente á Enrique IV. A la muerte de Enrique III, Enrique IV dijo á Armando de Gontaut, baron de Biron: *Ahora es preciso que pongais la mano derecha en mi corona; venid á servirme de padre y de amigo contra los que no quieren ni á vos ni á mí.* Enrique debiera haber conservado en la memoria sus palabras; hubiera debido recordar que Carlos de Gontaut, hijo de Armando, habia sido su compañero de armas; hubiera debido acordarse que la cabeza del que habia puesto *la mano derecha en su corona* habia sido arrebatada por una bala de cañon; no era pues justo unir en el Bearnés la cabeza del hijo á la del padre.

El conde de Auvernia fue arrestado en Clermont por nuevas intrigas, y aunque su amada la dama de Châteaugay amenazó matar con la pistola ó la espada á Eure y á Murat que se habian apoderado del conde, nadie murió. El conde de Auvernia fue llevado á la Bastilla de donde salió en tiempo de Luis XIII y vivió hasta 1650: era la última gota de sangre de los Valois.

El duque de Angulema era valiente, ligero ó ilustrado como todos los Valois. Sus memorias contienen una patétita narracion de la muerte de Enrique III, y una noticia circunstanciada del combate de Arques al que se halló presente el duque de Angulema á la edad de diez y seis años. Cayendo sobre Sagonne, conspirador decidido, que le decia: «¡Látigo! ¡látigo!» le atravesó el muslo de un pistoletazo y obtuvo las primicias de la victoria.

La Auvernia estuvo casi siempre sublevada en todo el tiempo de la segunda raza: dependa de la Aquitania, y la carta de Aalon probó que los primeros duques de este país descendian en línea recta de la raza de Clovis, y por lo tanto combatian á los Carlovingios como usurpadores del trono. En tiempo de la tercera raza, cuando la Guyena, feudo de la corona de Francia, pasó por alianza y herencia á la corona de Inglaterra, la Auvernia fue en parte francesa, y se vió asolada por las numerosas compañías, los desolladores, etc. Cantábanse por todas partes lamentaciones latinas sobre las desgracias de Francia:

Plange regni respublica
Tua gens ut schismatica
Desolatur, etc.

Durante las guerras de la Liga, la Auvernia tuvo mucho que sufrir, habiendo sido famosos los sitios de Issoire: el capitan Merle, partidario protestante, hizo degollar vivos tres religiosos de la abadía de este nombre. No habia, pues, razon para gritar tanto contra las violencias de los católicos.

Háse citado mucho y con razon, la respuesta del gobernador de Bayona á Carlos IX que le mandaba destrozar á los protestantes; pero Montmorin, que mandaba en Auvernia en la misma época, manifestó igual generosidad. La noble familia que habia mostrado tan verdadera adhesion á su príncipe, no la ha desmentido aun en nuestros dias, pues ha derramado su sangre por un monarca tan virtuoso, como Carlos IX fue criminal.

Voltaire nos ha conservado la carta de Montmorin.

«Señor:

«He recibido una órden, sellada por V. M. para que »dé muerte á todos los protestantes que se hallan en »mi provincia. Respeto demasiado á V. M. para no »creer que estas cartas son supuestas; y si, lo que á »Dios no plazca, la órden emana verdaderamente de »V. M., la respeto tambien demasiado para obede»cerla.»

Sidonio Apolinario y Gregorio de Tours, los dos historiadores mas antiguos de Francia, son naturales de Clermont. Sidonio, natural de Lion y obispo de Clermont, no es solamente un poeta: es un escritor que nos enseña cómo los reyes francos celebraban sus bodas en un furgon, cómo se vestian y cual era su lenguaje. Gregorio de Tours nos dice, sin contar lo demás, lo que pasaba en su tiempo en Clermont, y narra con una ingenuidad de detalles que hace estremecer, la espantosa historia del sacerdote Anastasio, encerrado por el obispo Caulin en un sepulcro con el cadáver de un viejo. La anécdota de los dos amantes es tambien muy célebre: las dos tumbas de Injurioso y Escolástica se acercaban demostrando la union de los castos esposos que no temian ya faltar á su juramento. Una cosa semejante se ha dicho despues, de Abelardo y Eloisa, pero este hecho no merece la misma confianza. Gregorio de Tours, sencillo en sus pensamientos, y bárbaro en su lenguaje, no deja de ser florido y retórico en su estilo.

La Auvernia ha visto nacer al canciller Hospital, á Domat, Pascal, al cardenal de Polignac, al abate Gerard, y al padre Sirmond; y en nuestros dias á La Fayette, Desaix, Estanig, Chamfort, Thomas, el abate Delille, Chabrol, Dulaure, Montlosier y Barante. Me olvidaba contar entre estos á aquel Lizet, firme en la prosperidad, cobarde en la desgracia, que hacia quemar á los protestantes, pedia la muerte para el condestable de Borbon y carecia de valor para perder un puesto.

Ahora, ya que mi memoria no me recuerda nada esencial de la historia de Auvernia, voy á hablar de la catedral de Clermont, del Limagne y del Puy de Dôme.

La catedral de Clermont es un monumento gótico, que como los demás, no se ha concluido aun. Hugo de Tours comenzó su fábrica al partir para la Tierra Santa segun un plano levantado por Juan de Campis. La mayor parte de estos grandes monumentos se hacian solo á fuerza de siglos, por las inmensas sumas que costaban. La cristiandad entera pagaba estas sumas con los productos de la colecta y la limosna.

La bóveda ojiva de la catedral de Clermont, sostenida por pilares tan sumamente delgados que espantan á la vista, parece que van á dejar desplomarse la bóveda sobre la cabeza del observador. La iglesia, sombría y religiosa, está bastante bien adornada para la pobreza actual del culto. En ella se veia en otro tiempo el cuadro de la *Conversion de San Pablo*, uno de los mejores de Lebrun, que se ha raspado con la hoja de un sable: *Turba ruit!* El sepulcro de Massillon estaba tambien en esta iglesia; pero se ha hecho desaparecer en un tiempo en que nada estaba en su sitio, ni aun la muerte.

Largo tiempo hace que el Limagne es célebre por su hermosura. Se cita siempre al rey Childeberto, á quien Gregorio de Tours hace decir: «Quisiera ver »algun dia el Limagne de Auvernia, cuyo país se dice »es sumamente agradable.» Salviano llama al Limagne la *médula de las Galias*. Sidonio, pintando el Limagne de otros dias, parece retratar el de hoy: *Taceo territorii peculiarem jucunditatem, viatoribus molle, fructuosum iratoribus, venatoribus voluptuosum; quod montium cingunt dorsa pascuis, latera*

vinetis, terrena villis, saxosa castellis, opaca lustris, aperta culturis, concava fontibus, abrupta fluminibus; quod denique hujus, modi est, ut semel visum advenis, multis PATRIÆ TRLIVITNEM SÆPE PERSUADEAT.

Creese que el Limagne ha sido un gran lago, y que su nombre viene del griego λίμνη: Gregorio de Tours escribió alternativamente *Limane* y *Limania*. Sea lo que quiera, Sidonio, jugando con la palabra, decia en el cuarto siglo: *Æquor agrorum in quo, sine periculo, quæstuosæ fluctuant in segetibus undæ.* En efecto, es un mar de mieses.

La posicion de Clermont es una de las mas bellas del mundo.

Imagínese una cadena de montañas reunidas en semicírculo; en la parte cóncava de él, una montañita sobre la que se eleva Clermont, y al pié de este el Limagne formando un valle de veinte y ocho leguas de largo por seis, ocho y diez de ancho.

El valle mirado desde la plaza del (1)..... ofrece un punto de vista admirable. Vagando á la casualidad por la ciudad me detuve en esta plaza hácia las seis y media de la tarde. Los trigos maduros que cubrian la campiña se asemejaban á una playa inmensa cubierta de arena mas ó menos rubia. La sombra de las nubes sembraba aquella playa amarillenta de manchas oscuras á manera de capas de limo ó bancos de algas, imaginándose ver el fondo de un mar cuyas olas acababan de retirarse.

El recinto que forma el Limagne no está al mismo nivel, sino que por el contrario es un terreno desigual cuyas sinuosidades, de alturas diversas, parecen unidas cuando se las mira desde Clermont; pero en realidad ofrecen curvas numerosas y forman una porcion de pequeños valles en el seno del gran valle. Aldeas blancas, casas de campo, blancas tambien, añosos castillos negros, colinas rojizas, viñedos, praderas enriquecidas con cascadas, nogales solitarios redondeados como los naranjos ó echando sus ramas en forma de candelabro dan una animacion brillante con sus variados colores al fondo monótono del color de los trigos: esta perspectiva será aun mas magnífica iluminada por diversos tonos de luz.

A medida que el sol descendia al Occidente, la sombra se extendia por el Oriente é invadia la llanura. El sol no tardó en desaparecer; pero bajando siempre y marchando por detrás de las montañas del Oeste, encuentra algun desfiladero que desemboca en el Limagne; y en este caso, deslizándose sus rayos á través de la abertura, cortan repentinamente la uniforme oscuridad del llano con un rio de oro. Los montes que bordean el Limagne por la parte de Levante, ofrecian todavía su cima alumbrada por la luz del dia; y la línea que aquellos montes trazaban en el aire se quebraba en arcos cuya parte convexa miraba hácia la tierra. Todos estos arcos, uniéndose unos á otros por las extremidades, imitaban en el horizonte las sinuosidades de una guirnalda ó los festones de aquellos cortinajes que se suspenden en las paredes de los palacios por medio de rosetones de bronce. Dibujadas de esta suerte y pintadas como he dicho, con los reflejos del sol opuesto á ellas, las montañas de Levante parecian una cortina de moiré azul y púrpura: lejana y última decoracion del pomposo espectáculo que el Limagne desplegaba á mi vista.

(1) El nombre, escrito con lápiz en el original, está medio borrado.

Los dos grados de diferencia entre la latitud de Clermont y la de París son notables por la belleza de la luz que es mas delicada que en el valle del Sena, lo que hace que el verdor del campo se distinga desde mas lejos y parezca menos oscuro.

Adieu donc, *Chanonat!* adieu, frais paysages!
Il semble qu'un autre air parfume vos rivages;
Il semble que leur rue ait ranimé me sens,
M'ait redonné la joie et rendu mon primtemps.

Necesario es creer al poeta de Auvernia.

He observado en el estilo de la arquitectura ciertos recuerdos y tradiciones de Italia; los techos son planos y cubiertos de tejas acanaladas; las líneas de las paredes largas; las ventanas estrechas y practicadas en lo alto; los pórticos multiplicados; las fuentes frecuentes. Nada se parece mas á las ciudades y aldeas del Apenino que las ciudades y aldeas de las montañas de Thiers, al lado opuesto del Limagne y á la orilla de aquel Lignon donde Céladon fue salvado de la muerte por las tres ninfas Sylvia, Galatea y Leonida.

En Clermont no ha quedado una sola antigüedad romana, á no ser un sarcófago, un final de via romana y unas ruinas de un acueducto; ni un miserable fragmento de coloso y ni aun siquiera las huellas de las casas, de los baños y de los jardines de Sidoine. Nemetun y Clermont han sostenido por lo menos siete sitios, ó si se quiere han sido tomados y destruidos una veintena de veces.

Existe un contraste bastante marcado entre las mujeres y los hombres de esta provincia. Las primeras ostentan facciones delicadas y talle ligero y delgado, al paso que los hombres tienen una constitucion fuerte, siendo imposible no conocer á un verdadero auvernés por la forma de la mandíbula inferior. Una provincia, recordando solo los muertos, cuya sangre ha dado un Turena al ejército, un Hospital á la magistratura, y un Pascal á las ciencias y á las artes, ha probado que tiene una virtud superior.

Al Puy de Dôme fuí por un asunto puramente de conciencia, y me ha sucedido lo que esperaba. El paisaje que se descubre desde lo alto de aquella montaña es mucho menos bello que el que se distingue desde Clermont. La perspectiva á vista de pájaro es plana y vaga, y los objetos disminuyen en la misma proporcion en que se extiende el espacio.

En otro tiempo hubo en el Puy de Dôme una capilla dedicada á San Bernabé, cuyos cimientos todavía se descubren, marcándose el sitio que ocupó con una pirámide de piedra de diez á doce piés. Allí hizo Pascal los primeros experimentos acerca de la pesantez del aire, y me representaba á aquel poderoso genio procurando descubrir en aquella cima solitaria, los secretos de la naturaleza que debian conducirle al conocimiento de los misterios del Creador y de la misma naturaleza. Pascal se abrió el camino á la ignorancia cristiana por medio de la ciencia: comenzó por ser un hombre sublime, para aprender á ser un niño sencillo.

El Puy de Dôme no se eleva mas que ochocientas veinte y cinco toesas sobre el nivel del mar; pero esto no obstante, experimenté en su cima una dificultad de respirar que no sentí ni en los Alleghanys en América, ni en los Alpes mas altos de la Saboya. He pisado el Puy de Dôme casi con tanto trabajo como el Vesuvio, é invertí cerca de una hora para subir desde su base á la cima por un camino escueto y resbaladizo, pero en cuyo penoso tránsito las flores y el verdor

acompañan al viajero. La niña que me servia de guia me cogió un ramillete de hermosísimos pensamientos, pisando yo mismo claveles rojos de una elegancia perfecta. En la cima del monte se veian por todas partes anchas hojas de una planta bulbosa bastante parecida al lirio; y allí encontré con gran sorpresa mia sobre un sitio mas elevado, tres mujeres asidas de la mano y que cantaban una cancion. A mis piés habia algunas vacadas paciendo entre las montañuelas que domina el Puy de Dôme; los ganados suben á la montaña en la primavera y bajan de ella con las nieves. En todo aquel terreno abundan las chozas de la Auvernia, malos abrigos de piedras sin cimiento, ó de madera cubierta con césped. Cantad vuestras chozas, pero no las habiteis.

El patoi de la montaña no es exactamente el de la llanura; y la *gaita*, de orígen céltico, sirve para acompañar algunos aires romancescos que no carecen de melodía, y sobre los cuales se han hecho palabras francesas. Los auverneses, como los habitantes del Rouergue, van á vender mulos á Cataluña y Aragon, y traen de estos paises cierto aire español en armonia con la soledad de sus montañas; hacen para el invierno grandes provisiones de sol y de cuentos, pues los viajeros y los viejos gustan mucho de contarlos, porque han visto mucho, caminando unos por la tierra y otros por el camino de la vida.

Los paises montañosos son á propósito para conservar las costumbres, y así es que una familia de Auvernia llamada los *Guittard Pinon*, cultivaba tierras en comun como en los alrededores de Thiers, y se gobernaba por un gefe electivo que tenia mucha semejanza con el antiguo clan de Escocia. Esta especie de república campestre ha sobrevivido á la revolucion, pero está á punto de disolverse.

Dejo aparte las curiosidades naturales de la Auvernia: la gruta de Royat, encantadora no obstante por sus aguas y verdura; las diversas fuentes minerales; la fuente petrificante de San Allyro con el puente de piedra que ha formado y que Carlos IX quiso ver; los pozos de pez, los volcanes extinguidos, etc.

Prescindo tambien de las maravillas de los siglos medios: los órganos y los relojes de campana con cabezas de moro que abrian bocas espantosas cuando acababa de dar la hora. Las grotescas procesiones, los juegos mezclados de supersticion é indecencia, y mil otras costumbres de aquellos tiempos, no pertenecen mas á la Auvernia que al resto de la Europa gótica.

He querido dirigir una mirada sobre la Auvernia antes de morir, en recuerdo de las impresiones de mi juventud. Cuando era niño y oia hablar de la Auvernia y de los muchachos auverneses, en los brezos de mi Bretaña, me imaginaba que la Auvernia era un país lejano donde se veian cosas extrañas, á donde no se podia ir sino exponiéndose á grandes peligros y caminando bajo la proteccion de la Madre de Dios.

Una cosa me ha llamado la atencion y encantado á la vez, y es que he encontrado en el traje del aldeano auvernés el del aldeano breton. ¿De qué procede esto? De que hubo en otro tiempo para este reino y aun para Europa entera un modo comun de vestir. Las provincias apartadas han guardado la usanza antigua mientras que los departamentos vecinos á Paris han perdido sus costumbres antiguas; naciendo de aquí esa semejanza entre ciertos aldeanos situados en las estremidades opuestas de la Francia, y á los que no han llegado las novedades, por su indigencia y aislamiento.

No veo nunca sin una especie de enternecimiento los muchachos auverneses que van á buscar fortuna en ese gran mundo, con una caja y algunos malos pares de tijeras. Pobres niños que bajan tristes de sus montañas, y que preferirán siempre el pan moreno y el haz de leña á los pretendidos goces de la llanura.

Ellos llevaban la esperanza en su caja al bajar de sus rocas: ¡felices si la vuelven á la choza paterna!

FIN

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

LOS CUATRO ESTUARDOS,

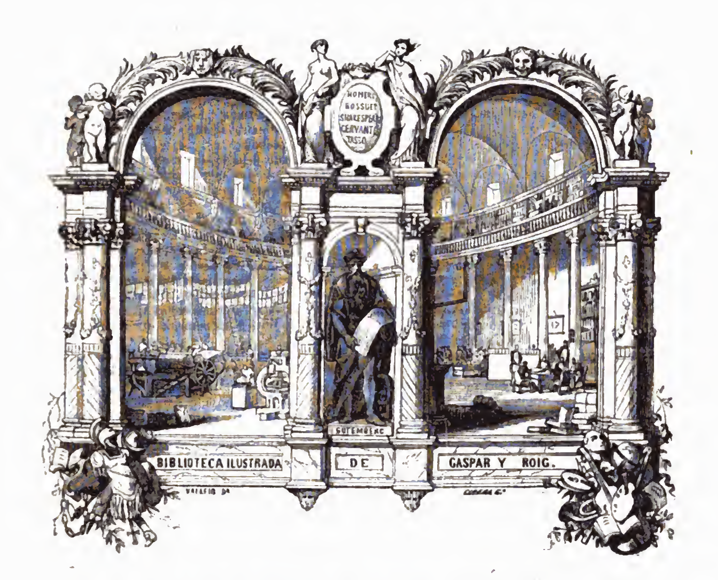
POR F. A. DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDOS

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES
calle del Príncipe núm. 4.
1854.



LOS CUATRO ESTUARDOS.

JACOBO I.

1603. — 1625.

Es indudable que en 1603 nacieron en la Gran-Bretaña, al advenimiento de Jacobo I, muchos individuos que fallecieron en 1688, á la caida de Jacobo II; así es que todo el reinado de los Estuardos en Inglaterra no fue mas largo que la vida de un hombre de edad avanzada, habiendo bastado ochenta y cinco años para la completa desaparicion de los cuatro monarcas que subieron al trono de Isabel, con la fatalidad, las preocupaciones y las desgracias que pesaron sobre su raza.

Jacobo, á imitacion de muchos príncipes devotos, fue manejado por favoritos; pero mientras defendia con la pluma el derecho divino, abandonaba el cetro á Buckingham, que abusaba del derecho político; este valido ostentaba los vicios del poder real, con cuyas virtudes se adornaba el monarca. Es harto comun que los príncipes deleguen el poder á un ministro cuya indignidad conocen, y que, intentando imitar á Dios, cuya imágen se llaman, tengan el orgullo de crear algo de la nada.

Jacobo espiró sin violencia en el lecho de su mujer que habia dado muerte á María de Escocia, á esa noble María, que segun una tradicion, hizo á su verdugo gentil-hombre ó caballero; á esa hermosa viuda de Francisco de Francia, que deseaba ver su *cabeza cortada con una espada á la francesa*, segun refiere Estéban Pasquier. *El verdugo mostró la cabeza separada del cuerpo*, dice Pedro de l'Estoile; *y cayendo en aquel momento al suelo el prendido, se echó de ver que las pesadumbres habian dejado calva á esta pobre reina de cuarenta y cinco años, despues de una prision de diez y ocho.* Pero Jacobo no dejó de trabajar por establecer los principios que debian producir el trágico fin de Carlos I, y murió temblando siempre entre la espada que le habia amenazado en el vientre de su madre, y la cuchilla que debia caer sobre la cabeza de su hijo. Su reinado no fue otra cosa que el espacio que separó los dos cadalsos de Fortheringay y de Whitehall: espacio oscuro en que desaparecieron Bacon y Shakespeare.

Jacobo fue un autor que no careció de mérito. Su *Basilicon Doron*, que sirvió de modelo al *Eikon Basiliké*, encerraba esta leccion, tan inútil para su hijo Carlos: «Aleja de tí los hombres que tienen un interés en ocultarte las necesidades de tus súbditos, para »mantenerte en la dependencia, y que presentando »siempre al soberano las quejas públicas como actos »sediciosos, dan á las lágrimas de los pueblos los »nombres de desobediencia y rebelion.»

CARLOS I.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE CARLOS I A LA CORONA HASTA LA CONVOCATORIA DEL PARLAMENTO LARGO.

1625—1640.

Carlos subió al poder supremo, imbuido en las ideas novelescas de Buckingham y en las máximas absolutistas de Jacobo I; empero este se habia limitado á defender el derecho divino por medio de la controversia, pues su vanidad literaria y su natural moderacion habian permitido la réplica; de aquí habia nacido la libertad de opiniones en política, puesto que en lo tocante á religion habia surgido ya de la lucha entre el espíritu católico y el protestante.

Hombre de muy buena fe en sus doctrinas, Carlos obedecia las tradiciones paternas de que los privilegios de la corona son inenagenables, y que el monarca reinante, su mero usufructuario, debe trasmitirlos intactos á su sucesor.

Empero la nacion, que empezaba á dudar de la latitud de estos privilegios, sostenia que el trono le habia usurpado parte de ellos. Los primeros indicios de esta division se dejaron ver cuando Carlos se propuso continuar la guerra encendida en el Palatinado: el Parlamento negó las sumas pedidas al efecto, pues queria obtener la reparacion de los agravios de que se lamentaba, antes de votar los subsidios, y exigia el destierro de un insolente favorito. Carlos juzgó atacada su autoridad y se obstinó en sostener á Buckigham, disolvió el Parlamento, y levantó, desenterrando añejas leyes, arbitrarios impuestos. Todo su reinado trascurrió en este mismo espíritu.

Grandes fueron sus esfuerzos para gobernar sin el concurso del Parlamento; pero la saludable necesidad de la monarquía representativa, necesidad que impone al príncipe un ejercicio templado del poder, para conseguir la recaudacion tranquila de las contribuciones, atraia forzosamente la corona al principio constitucional. Cuanto mas á su capricho habia obrado el rey, tantas mas garantías se le reclamaban; así es que cedia ó se estralimitaba de nuevo, pero sus concesiones y sus demasías daban siempre por resultado el reconocimiento de algunos derechos.

En medio de este conflicto se formaron eminentes talentos, se trazaron los límites de diferentes poderes, se desenmarañó el caos político, vislumbráronse muchas verdades á través de muchas pasiones, y cuando estas se disiparon, subsistieron aquellas.

Buckingham, el valido de Jacobo, que turbó los primeros años del reinado de Carlos I, es mas notable en la historia pasada de lo que será en la futura, porque no se enlaza con ningun gran movimiento del espíritu humano, ni con ningun gran vicio ó virtud, en la cadena moral de los hechos.

Era Buckingham hombre pródigo, disoluto, de hermosura sin expresion, de orgullo desmedido y de limitado y caprichoso espíritu; uno de esos hombres en quienes predomina la materia, y cuyo espíritu subyugan la carne y la sangre. Este favorito se conceptuaba un general, no siendo sino un soldado. Fanfarron de galantería en la córte de España, insolente en sus pretensiones de amor en la de Francia, y acaso en la de Inglaterra, suponia triunfos que no habia alcanzado.

No obstante, es digno de atencion que Buckingham desafiase impunemente á Richelieu, y que aquellos terribles parlamentarios que algun tiempo despues hicieron subir al cadalso á Strafford, hombre eminente, sufriesen, aunque acusándole, las insolencias de un cortesano vulgar. Consiste esto en que los hombres perdonan mas fácilmente al poder que al genio; y queda por averiguar si Richelieu despreció á un aventurero, ó si en el carácter imperioso y desarreglado del valido habia algo que simpatizaba con el carácter nacional inglés.

Este hombre fue asesinado en 1628 por otro que de nadie era vengador: Felton ensangrentó su puñal en un patricio extravagante, obedeciendo á una extravagancia plebeya.

Buckingham dejó dos hijos, el menor de los cuales pereció en la guerra civil militando en el partido de Carlos I; y el primogénito, que llegó á ser yerno de Farfaix, fue en tiempo de Carlos II gefe del consejo conocido con el nombre de la *Cábala*. Célebre hereditariamente por su aficion á las mujeres, dió muerte en un duelo al conde de Shrewsbury, en tanto que la esposa de este, disfrazada de paje, tenia de la brida el caballo de este segundo Buckingham. No menos disoluto que su padre, aunque dotado de un talento brillante y cultivado, escribió cartas, poemas, sátiras, y compuso con Butler una comedia que cambió el gusto del teatro inglés.

Desde el advenimiento de Carlos I al trono de Inglaterra, hasta la muerte del duque de Buckingham, habian sido convocados tres parlamentos: el primero votó una suma insignificante para la continuacion de la guerra continental en favor de los protestantes, y el segundo se mostró contaminado del espíritu puritano. La Inglaterrra habiase ya dividido en dos grandes fracciones, llamadas el *partido de la córte* y el *partido del campo*.

Carlos, despues de haber disuelto el segundo Parlamento, no tardó en verse obligado á convocar el tercero, el 17 de marzo de 1628. Este Parlamento sentó la primera base de la libertad constitucional inglesa, sancionando la famosa *peticion de los derechos*, bill encaminado á precisar las atribuciones de la corona, en virtud de los principios consignados en la gran Carta. Los Comunes se enorgullecieron hasta el extremo con esta victoria, y despues de varias escenas de violencia en que algunos diputados llegaron á vias de hecho, el rey se vió precisado á prescindir de su concurso.

Asesinado Buckingham y disuelto el tercer Parlamento, trascurrieron doce años sin convocar otro. El consejo de Carlos se componia á la sazon de ministros que presentaban un extraño contraste de mérito y de ineptitud.

El guarda-sellos sir Tomás Coventry, reunia á una vasta erudicion una elocuencia sencilla y la ciencia de los negocios; pero su carácter íntegro carecia de ese calor que crea amigos y de esas pasiones que forman discípulos. Viéndose, pues, poco apoyado en la córte, vió cundir el mal sin dar noticia de sus progresos á su señor; y, segun dice Clarendon, «tuvo la fortuna »de morir en un tiempo en que todo hombre honrado »hubiera deseado abandonar la vida.»

Sir Ricardo Weston, primer lord de la Tesorería, habia mostrado en una clase humilde un talento y un valor que le abandonaron en el pináculo del poder: altanero y cobarde, y tan propenso al insulto como á temblar delante del insultado, no legó á su familia otra cosa que la indigencia y el infortunio.

El conde de Pembroke se distinguia por sus virtudes, por su genio y por cierta gracia particular, y solo se le acriminó su pasion por las mujeres; pasion á que sacrificó un tiempo que hubiera debido consagrar al alivio de las calamidades de su país.

Una gallarda presencia y su destreza en la caza habian asegurado en la córte la posicion del conde de Montgomery, hombre que hubiera pasado desapercibido en tiempos normales. La medianía de este ministro fue objeto de severos cargos contra Carlos, porque en las revoluciones se considera un crímen en los reyes el no rodearse de hombres capaces de elevarse á la altura de las circunstancias.

El conde de Dorset debia á la naturaleza un talento

ameno y una profunda sabiduría; dotes que le granjearon un brillo igual en la cámara de los Comunes y en la hereditaria; pero por desgracia su impetuoso carácter le arrastró á los excesos. Aunque valiente y entusiasta, prodigó su tiempo á galanteos sin honor, y su sangre á combates sin gloria.

La privanza no sirvió al conde de Carlisle sino de medio de gozar de los placeres; y si bien tenia un talento natural para la direccion de los negocios, nunca hizo uso de él. Murió en la indolencia, sin haber sido herido por la tormenta que oyó bramar á lo lejos.

Adulador de Carlos en la prosperidad, lord Holland le abandonó en el infortunio: bajeza vulgar comun á las almas mezquinas; este hombre llegó á ser uno de los bota-fuegos del Parlamento, pues cuando las facciones empiezan, escogen al acaso sus caudillos, y arrojan luego al abismo los monos que habian tomado por hombres.

Por último, el arzobispo de Cantorbery cierra la lista de los consejeros de Carlos, en los tiempos anteriores á los disturbios. Este prelado desplegó en la córte una inflexibilidad de carácter que le hizo incapaz de amoldarse á las circunstancias; por lo que, aborrecido de los grandes, cuyas intrigas y costumbres despreciaba, no tuvo otros medios de sostenerse que la autoridad de una vida santa y la fama de una integridad llevada hasta la rudeza. Y del mismo modo que se habia negado á doblegarse ante los magnates, se opuso á los excesos del pueblo, pasando de la persecucion de las intrigas á la proscripcion de las revoluciones.

Apoyado en este ministerio, Carlos reinó por espacio de doce años con una autoridad ilimitada; es cierto que no abusó de ella bajo el punto de vista administrativo, pero buscaba en teoría lo que habia llegado á ser imposible en práctica, es decir, una monarquía absoluta. Muy fácil es el tránsito del gobierno absoluto al gobierno arbitrario, pues el absolutismo es la tiranía de la ley, y la arbitrariedad la tiranía del hombre.

Si la Inglaterra hubiera querido sufrir un impuesto, entonces módico, hubiera vivido bajo un despotismo tolerable, pues Carlos tenia virtudes domésticas, denuedo, moderacion y probidad; pero se analizaban todos sus actos con la ley en la mano, y se hallaba que podian ser buenos, mas no legales; así es que una sola resistencia daba por resultado el empleo de la fuerza y un escándalo. A falta del poder parlamentario, los consejeros del monarca suscitaron el poder de la cámara Estrellada, fatal auxiliar de la corona.

La sentencia expedida en 1636 contra Hampden por no haber querido someterse al impuesto del *Sihpmoncy* agitó mas hondamente los ánimos; y mientras esto ocurria, una conmocion religiosa trastornaba la Escocia. Merced á ese misterioso concurso de circunstancias que produce la renovacion de los imperios, el pueblo de Escocia y el de Inglaterra se inclinaban al puritanismo en el momento mismo en que los obispos querian hacer triunfar la Iglesia anglicana, y pretendian introducir una parte de la pompa católica.

La nueva liturgia fue rechazada en 1637 en Edimburgo, y la multitud gritaba: ¡El *papa!* ¡el *papa!* ¡el *antecristo!* El reino se sublevó y el *covenant* quedó firmado.

Y no obstante, de este acto fanático, místico é ininteligible, que expresaba en una gerigonza bárbara las ideas mas mezquinas, brotaron la libertad, la tolerancia y la civilizacion constitucional de Inglaterra. No de otro modo salió de los horribles comites de 1793 el pacto de la nueva monarquía francesa. Toda perturbacion política se funda en una verdad que le sobrevive. Por lo regular, esta verdad está confusamente envuelta entre palabras salvajes y hechos atroces; pero en los grandes cambios de los Estados, las palabras y las acciones pasan, en tanto que el hecho político y moral que resulta de una revolucion es toda la revolucion. Cuando esta aborta es porque ha sido intentada demasiado pronto ó demasiado tarde, es decir, mas acá ó mas allá de la época en que hubiera hallado los hombres y las cosas en el grado de madurez adecuado á su fructificacion.

Una asamblea general de la nacion escocesa sucedió á las primeras conmociones de Edimburgo. El episcopado fue abolido en 1638, y empezaron los reclutamientos para sostener las opiniones con soldados.

Sir Tomás Wentworth, miembro del tercer parlamento, habia provocado eficazmente en él la famosa *peticion de los derechos;* pero, una vez establecido el fundamento de la independencia constitucional, Wentworth se declaró el sosten de la prerogativa real atacada, así como habia sido el defensor de las libertades populares escarnecidas. Carlos lo habia nombrado par de Inglaterra y virey de Irlanda. Este monarca, en las difíciles circunstancias políticas en que se vió envuelto, consultó al nuevo lord Wentworth, quien dió á su soberano consejos enérgicos. Mas ¿de qué sirve recomendar la fuerza á la debilidad?

Aunque en toda revolucion hay siempre algunos momentos en que nada parece mas fácil que detenerla, es tal la condicion humana y tan extraña la combinacion de las cosas, que nunca se aprovechan esos propicios momentos. En vez de resistirse, el mismo Carlos hizo un *covenant*, como Enrique III habia formado una liga. Los covenantarios escoceses calificaron de *satánico* el *covenant* del rey; y esto, despues de algunas inútiles concesiones, reunió tropas; lord Wentworth le suministró recursos pecuniarios, y podia poner á sus órdenes un segundo ejército; así, cuando solo se trataba de avanzar, Carlos retrocedió, y concluyó una tregua el 17 de julio de 1639, cuando contaba segura una victoria.

Los escoceses no tardaron en empuñar de nuevo las armas; lord Wentworth, creado conde de Strafford queria llevar la guerra al corazon del país rebelde, y que se reuniese un parlamento ingles; pero Carlos solo siguió la mitad de este consejo.

Hubiera podido creerse que este cuarto parlamento, reunido despues de un interregno de doce años, estallaria en justas quejas; sin embargo, lord Strafford lo dirigió con tanta habilidad, que los Comunes se mostraron al principio bastante dóciles. Estaban fraccionados en tres partidos: los amigos del rey, los partidarios de la monarquía constitucional, y los puritanos, quienes aspiraban á un cambio radical en las leyes y en la religion del Estado; estos tres partidos estuvieron no obstante á punto de reunirse para votar los subsidios; pero la traicion del secretario de Estado, sir Enrique Vane, favorito de la reina, lo desconcertó todo.

El rey y el parlamento, igualmente engañados por este ministro, se creyeron involucrados cuando se entendian; y Carlos, que con su habitual precipitacion imaginó que iban á serle negados los subsidios, hizo por última vez uso de una prerogativa de que tanto habia abusado, disolviendo el 5 de mayo de 1640 este cuarto parlamento, que debia ser seguido de la asamblea que á su vez dió en tierra con la corona.

Los escoceses, que cediendo á las instigaciones de los puritanos, habian invadido de nuevo la Inglaterra, sorprendieron las tropas del rey en Newborn. Habiendo llegado Carlos á York, con objeto de rechazar á los escoceses, reunió un gran consejo de Pares, y le declaró que la reina deseaba la reunion del quinto parlamento.

Detengámonos aquí para hablar de esta reina, cuya influencia fue tan grande en el destino de su esposo Carlos I, y en el de su hijo Jacobo II.

ENRIQUETA MARIA DE FRANCIA.

Sexto vástago y tercera hija de Enrique IV, Enriqueta María nació el 25 de noviembre de 1609, seis meses antes del asesinato de su padre, y murió veinte años despues del de su marido. Sostúvola en las fuentes baptismales el nuncio que fue andando el tiempo, el papa Urbano VIII, y el 11 de mayo de 1625 se casó con Cárlos, rey de Inglaterra: el contrato matrimonial, extendido en presencia del papa, contenia claúsulas favorables á la religion católica. Enriqueta María llegó á Inglaterra con las instrucciones de la madre María Magdalena de San José, religiosa carmelita, y bajo la direccion del padre Berullo, acompañado de doce clérigos de la nueva congregacion del Oratorio, quienes despues de su regreso á Francia, fueron reemplazados por otros tantos capuchinos. Nada podia ser mas fatal á Cárlos I que esta union católica, por otra parte tan noble, en el siglo del fanatismo puritano. El odio popular se pronunció desde luego contra la reina, y se reflejó en el rey.

Imposible es hoy penetrar el secreto de las razones que dirigieron la conducta de Enriqueta María al estallar las turbulencias políticas de la Gran-Bretaña, pues la vemos inclinarse al interés parlamentario hasta el momento de la explosion de la guerra civil; proteger á sir Enrique Vane, que habia malquistado al rey con el cuarto parlamento; pedir la convocacion del parlamento Largo que llevó al patíbulo á Cárlos; arrancar á este la confirmacion de la sentencia expedida contra Strafford; y en virtud de su proteccion, el consejo del monarca se llenó de enemigos ó de adversarios de la corona.

¿Se hallaba Enriqueta María en desacuerdo doméstico con el rey, como aseguraban los parlamentarios? Bossuet dejó traslucir algo acerca de una division secreta entre ambos esposos. Dios, dice, habia cifrado para el rey de Inglaterra grandes encantos en la extraordinaria hermosura de la reina; y como esta poseia todo su cariño, *las nubes que al principio se habian dejado ver, no tardaron en disiparse, etc.*

Ninguna duda cabe hoy relativamente al género de excision que reinó momentáneamente entre Cárlos y Enriqueta María: educada esta en una monarquia absoluta, en una religion cuyo principio es inflexible, en una córte donde se tolera todo á las mujeres, y en un país cuyo carácter nacional es ligero y variable, Enriqueta se mostró desde luego como un niño caprichoso, que pretendió hacer predominar á la vez su voluntad, su religion y sus inclinaciones. De los clérigos, las mujeres y los nobles que formaban su séquito, unos querian practicar su culto en todo su esplendor, mientras otros pugnaban por establecer sus modas y se mofaban de las costumbres de una *córte bárbara*. Cárlos, abrumado por estas disensiones, envió á Francia la comitiva de la reina, de cuya conducta se queja en estas instrucciones remitidas á la córte francesa, con fecha de 12 de julio de 1626. Oigámosle:

«El rey de Francia y su madre no ignoran las desavenencias y disgustos que ocurren entre mi esposa y yo; todo el mundo sabe que las he sufrido hasta el dia con mucha paciencia, creyendo siempre y esperando que las cosas mejorarian de aspecto, porque la reina es muy jóven, y todo procede, no de sus propias inclinaciones, sino de los siniestros y pérfidos consejos de los que la rodean. En efecto, cuando me trasladé á Douvres para recibirla, no podia esperar mas muestras de respeto y de cariño que las que me dió en tal ocasion. Lo primero que me dijo fue que siendo jóven y viniendo á un país extraño, cuyas costumbres ignoraba, podria incurrir en muchos errores; por lo cual me pedia no me enfadase con ella por las faltas que cometiese por ignorancia, hasta que le diese las instrucciones necesarias para evitarlas.... Pero no ha cumplido su palabra. Poco despues de su llegada, madama de San Jorge.... enemistó de tal modo conmigo á mi mujer, que puede decirse que desde entonces no se ha conducido dos dias consecutivos con las atenciones que la he merecido....

»No me tomaré la molestia de detenerme en hablar de muchas pequeñas omisiones, como por ejemplo el cuidado con que huye de mí, pues llega esto á tal grado, que cuando tengo que hablarle de algun asunto, me es preciso dirigirme primero á las personas de su comitiva, pues de lo contrario estoy seguro de recibir un desaire; su poca aplicacion al estudio del inglés, y sus escasos miramientos á la nacion en general. Paso asimismo en silencio la afrenta que me hizo antes de dirigirme á la última y funesta sesion del Parlamento, sobre lo cual tanto se ha hablado, y en Francia teneis á la vista al autor... Despues de haber sufrido tanto tiempo con paciencia los pesares que recibo de la mujer que deberia ser mi mayor consuelo, no puedo tolerar por mas tiempo á su rededor á los que fomentan sus caprichos y la animan contra mí; y deberia alejarlos de ella aun cuando no fuese sino por la sola razon de haberla comprometido á ir á Tiburn, por motivos de devocion.»

No puede, por consiguiente, atribuirse la falta de armonía de Cárlos y Enriqueta sino á una especie de incompatibilidad de carácter entre ellos. Si el tiempo y la adversidad la debilitaron, la vida de Cárlos no fue bastante larga para que desapareciese por entero. Cárlos era de carácter benigno, fácil y afectuoso, al paso que su esposa era dominante, y aun se advertia que miraba con cierto desprecio la debilidad de aquel. Era además encantadora; pero aunque nacida en una córte en que á la verdad no abundaban las virtudes austeras, ni aun los republicanos se atrevieron á calumniar sus costumbres. Tenemos retratos de ella, trazados por Kensington, por Hellis y por Howell. Uno de los historiadores franceses de su vida nos la pinta así, en el momento de su matrimonio: «No habia cumplido aun diez y seis años; su estatura era mediana, pero bien proporcionada; su tez fresca y suave, su rostro largo, sus ojos grandes, negros, de apacible mirar, vivos y brillantes; su cabello negro, sus dientes hermosos; su frente y nariz grandes, pero bien formadas; su aspecto distinguido, sus facciones delicadas, y en toda su persona se advertian cierta nobleza y magestad. De todas las princesas sus hermanas, era la que mas se parecia á su padre Enrique IV, pues tenia como este el corazon elevado, magnánimo, intrépido, lleno de ternura y benevolencia al paso que su talento ameno y agradable se asociaba á los padecimientos ajenos, y compadecia los males de todos.»

Los historiadores ingleses la pintan de pequeña estatura y morena, pero notable por la hermosura de sus facciones y sus elegantes modales.

Amábala Cárlos apasionadamente; pero parece que ella no le correspondia en igual grado; y no obstante, mientras él no le mostraba inquietud alguna, ella se le quejaba y parecia un poco zelosa. En las cartas del monarca, impresas por órden del Parlamento, traspora el mas tierno sentimiento de amor á Enriqueta.

El 13 de febrero de 1643 le decia: «Nunca habia conocido tan á fondo como ahora cuan ventajoso es algunas veces ignorar, porque no he sabido los peligros que has corrido en el mar por la violencia de la tempestad, hasta que adquirí la certidumbre de que por fortuna te habias librado de ellos... El susto que estos peligros me han causado no se calmará hasta que haya tenido la alegría de verte, porque no es á mis ojos el menor de mis infortunios el que hayas corrido por mí tan gran riesgo, en lo cual me

»has manifestado tanto amor, que no hay cosa en el »mundo con que pueda pagártelo, y aun menos con »palabras; pero mi corazon está tan henchido de ter»nura y de tan apasionada impaciencia hácia tí, que »no he podido dejar de decirte algunas, dejando á tu »noble corazon el cuidado de adivinar el resto.»

En Oxford le escribia el 2 de enero de 1645: «Al »leer la carta que recibí ayer, me causó gran sorpresa »ver que te quejas de mi descuido en escribirte.... »Nunca he desperdiciado ocasion de participarte todo »lo que me ocurria. Si no tienes la paciencia de ha»certe superior á juicios desfavorables á mis accio»nes, hasta que te haya explicado los verdaderos mo»tivos de ellas, te expondrás á cada paso á tener la »doble pesadumbre de entristecerte por falsos infor»mes, y de haberles dado fácil asenso. No me ames »sino en cuanto me veas seguir los principios que co»noces en mí.»

El 9 de abril del mismo año le escribe desde el citado lugar: «Te reñiria un poco si reñirte pudiese por»que te alarmas demasiado. Te suplico pienses, pues»to que te amo mas que á cuanto existe en el mundo »y que mi satisfaccion está inseparablemente unida »á la tuya, si es posible que todas mis acciones no »tengan por objeto servirte y complacerte.... La cos»tumbre de tratarte me ha hecho bastante desconten»tadizo: pero esto no es una razon para que me com»padezcas menos, puesto que tú eres el único remedio »á este mal. El objeto de todo esto es pedirte que me »consueles con tus cartas con la posible frecuencia. »¿Crees acaso que los pormenores relativos á tu salud »no son objetos agradables para mí, aun cuando no »tengas otro asunto sobre que escribirme? No dudes, »alma mia, que tu cariño es tan necesario al consuelo »de mi corazon, como tu consejo á mis negocios.»

Cuando se reflexiona que Carlos desahogaba en estos términos su corazon en medio de los horrores de una guerra civil, y próximo á caer en manos de sus enemigos, se experimenta una viva ternura.

La reina le escribia desde York el 30 de marzo, esto es, un año antes, estas palabras un poco duras: «Acuérdate de lo que te he escrito en mis tres últimas »cartas, y ocúpate de mí mas que hasta el presente, »ó aparenta á lo menos ocuparte mas para que nadie »advierta tu indiferencia hácia mí.»

Carlos creyó de su deber declarar al morir, á su jóven hija la princesa Isabel, que *habia sido siempre fiel* á la reina; y la carta de despedida que á esta escribió terminaba con estas palabras: «Muero tran»quilo, pues mis hijos quedan á tu lado. Tu virtud y »tu cariño me responden del cuidado que tomarás en »su direccion; no puedo dejarte prendas mas queri»das y preciosas de mi amor. Bendigo al cielo porque »descarga su cólera solamente sobre mí, pues mi co»razon te profesa el mismo amor que siempre has »visto. Marcho á la muerte sin temor, porque me siento »fortificado por el recuerdo de la firmeza de alma que »me has infundido en nuestros comunes peligros. »Adios; vive persuadida de que hasta el postrer mo»mento de mi vida nada haré que sea indigno del »honor de ser tu esposo.»

Esta última carta, no bastante conocida, prueba que los sentimientos íntimos de Carlos eran tan nobles, y acaso mas interesantes que los que hizo brillar en el cadalso.

Puede acriminarse á Enriqueta María la inclinacion á la intriga, que habia heredado de la sangre de los Médicis; tambien es cierto que se entregó á frailes imprudentes y á favoritos desleales. Tenia el valor propio de su sangre, pero el valor político le faltaba algunas veces, pues cuando bramaban las tormentas populares, aunque mujer de cabeza y de corazon, daba tímidos consejos. Benéfica y magnánima, hizo conceder muchas veces la libertad y la vida á sus enemigos, y ni aun queria saber el nombre de sus calumniadores. «Si esas personas me aborrecen, decia, tal vez »su odio no durará siempre, y si les queda algun sen»timiento de honor, se avergonzarán de causar tor»mentos á una mujer que tan pocas precauciones toma »para defenderse.» Los infortunios de Enriqueta María habian sido predichos, por decirlo así, por Francisco de Sales, que figura en nuestra historia con el triple título de santo, de varon ilustre, y de amigo de Enrique IV.

Sea lo que fuere de las disensiones religiosas y domésticas que turbaron la paz privada de Carlos y de Enriqueta; sean cuales fueren las causas que produjeron la union, inesplicable hasta el dia, de la reina con los principales parlamentarios, cuando estallaron los infortunios de Carlos, la hija del Bearnés halló como él el valor y la virtud en medio de la guerra civil.

Cuando en 1625 fué á recibir la corona de la Gran-Bretaña, su madre la reina María de Médicis y su cuñada la reina Ana de Austria, la acompañaron á Amiens. Todas las ciudades le hicieron á su paso extraordinarios honores; y por una pompa digna de la magestad real cristiana, *las prisiones se abrian á su llegada, y se veia precedida de multitud de desgraciados que la daban gracias por su libertad, y la colmaban de bendiciones.* Las tres reinas se separaron en Amiens, y veinte bajeles que esperaban á Enriqueta de Francia en Bolonia, la trasladaron á Douvres, donde fue recibida al estrépito de la artillería y entre las aclamaciones populares. Hubo además certámenes de carrera, juegos de sortija y otros festejos.

Cuando la reina de Inglaterra volvió fugitiva á Francia en 1644, las prisiones no se abrian ya al encanto de su cetro; lejos de esto, huia de ellas. Viajando de un reino á otro, huyendo de las tempestades para verse envuelta en combates, y librándose de estos para dar en aquellas, Enriqueta se veia abrumada por la fatalidad que perseguia á los Estuardos. Vióse á esta animosa mujer cañoneada en la casa que le servia de asilo contra las olas, y obligada á pasar la noche en un foso donde las balas la cubrian de tierra. Hallándose en otra ocasion próximo á zozobrar el bajel que la conducia, dijo á los marineros estas palabras, que recuerdan las de César: «Una reina no se ahoga.»

El 27 de junio de 1643, rodeada de todos los peligros, pero señora de su espíritu, escribia al rey desde Newart: «Todas las tropas reunidas actualmente en »Nottingham, se han trasladado á Leicester; esto me »induce á creer que su intento es cortarnos el paso... »Me acompañan tres mil hombres de infantería, »treinta compañías de caballería ó de dragones, seis »piezas de artillería y dos morteros. Enrique Germyn »manda todas estas fuerzas en calidad de coronel de »mis guardias, y á sus órdenes sirve sir Alejandro »Lesley, gefe de la infantería, siéndolo Gerardo de la »caballería, y Roberto Legg, de la artillería; yo soy »la generalísima, y me siento llena de ardor y de ac»tividad; en caso de batalla, tendré á mis órdenes »ciento cincuenta carros de bagajes.»

Despues de nuevos reveses, y privada casi de asistencia en la pequeña ciudad de Exeter, que el conde de Essex se disponia á sitiar, dió á luz su última hija el 16 de junio de 1644.

No bien restablecida de su alumbramiento, vióse precisada á huir de nuevo, no teniendo otra asistencia que la de su confesor, un gentil-hombre y una de sus damas, *que la sostenian con trabajo á causa de su extremada debilidad.* Habíale sido forzoso abandonar en Exeter á su recien nacida hija: aquella princesa prisionera diez y siete dias despues de su nacimiento, y herida por la muerte en Saint-Cloud en toda la lozanía de la hermosura y de la juventud; aquella duquesa de Orleans, aquella segunda Enriqueta á quien, como á la primera, debia alcanzar la gloria de Bossuet,

La fugitiva María Enriqueta halló á la entrada de un bosque una cabaña desierta, en la que se mantuvo oculta durante dos dias, y desde donde oia desfilar las tropas del conde de Essex, que hablaban de llevar á Londres la *cabeza de la reina*, que habia sido puesta al precio de seis mil libras esterlinas.

Habiendo llegado Enriqueta á Plymout á través de mil peligros, se embarcó para la isla de Jersey, perseguida por el almirante Batty. Entonces, á imitacion de la esposa de San Luis, hizo prometer á un capitan que le daria muerte y la arrojaria al mar antes de permitir cayese en poder de aquellos infieles de nueva especie. Abordó con algunos marineros á unas rocas de la costa de la Baja-Bretaña, y los habitantes, que tomaron á los extranjeros por unos piratas, se armaron contra ellos; pero Enriqueta María se dió á conocer, y marchando á París, se trasladó al Louvre, donde se vió envuelta en nuevas desventuras.

Ultrajada por los libelos hasta en el continente, pasaba de las manos del feroz populacho de Londres á las del insolente de París. Combatida por dos guerras civiles, hallaba en las orillas del Támesis los crímenes formales de las revoluciones, y en las márgenes del Sena tropezaba con los sanguinarios pasquines de la Gironda, representábase en aquellas el drama de la libertad; y en estas su parodia. Los carniceros y los panaderos ingleses querian matar á Enriqueta María en el palacio de los Estuardos; los carniceros y los panaderos franceses le negaban todo alimento en el palacio de los Borbones, olvidando que sus padres habian sido alimentados por aquel cuya hija se negaban á socorrer.

«Cinco ó seis dias antes que el monarca saliese de »París, dice el cardenal de Retz, me trasladé á casa »de la reina de Inglaterra, á quien encontré en la cá»mara de su hija, que fue mas tarde Mad. de Or»leans, y me dijo al verme: «Ya lo veis, he venido á »acompañar á Enriqueta, pues la pobre no ha podido »levantarse hoy por falta de fuego... La posteridad »creerá con trabajo que una nieta de Enrique el »Grande haya carecido de un haz de leña para calen»tarse en el mes de enero en el Louvre, y en pre»sencia de una córte de Francia.»

Muchas veces se veia precisada á pasearse *tardes enteras en las galerías del Louvre para entrar en calor... No solo temia los insultos del pueblo de París, sino tambien la dureza de sus acreedores... Los parisienses no podian sufrirla; y cierto dia que su hijo el rey Carlos II se paseaba por una azotea que daba al rio, algunos marineros le hicieron amenazas que le obligaron á retirarse por temor de exasperarles mas con su presencia* (1).

¡Triste y extraña complicacion y semejanza de destinos! Enriqueta María habia recibido en 1639 en Whitehall á su madre desterrada, María de Médicis. Los habitantes de Londres, ya sublevados contra la reina de Inglaterra, se entregaron á excesos contra la antigua reina de Francia. La hija de Enrique IV, que se sustraia difícilmente al odio público, se vió precisada á pedir una guardia para proteger la hija de Enrique IV; y Ana de Austria fue impotente á su vez para escudar á la hermana fugitiva de Luis XIII y la tia de Luis el Grande.

Una falsa noticia llegó á oidos de la reina de Inglaterra acerca de la catástrofe del 30 de enero de 1649: cundió la voz de que Carlos I habia sido puesto en libertad por el pueblo; pero la carta de despedida del desgraciado monarca, entregada á Enriqueta el 9 de febrero en el convento de carmelitas de París, la sacó de su agradable error y cayó desmayada. Al dia siguiente Mad. de Motteville fué á cumplimentarla en nombre de la reina regente. La adversidad investia á la reina de Inglaterra del derecho de dar lecciones; así, pues, encargó á Mad. de Motteville dijese á Ana de Austria, «que el rey su señor (Carlos I) se habia »perdido por haber ignorado siempre la verdad..; »que la mayor de las calamidades que podian abrumar »á los reyes, y la única que devoraba sus imperios, »era no saber la verdad.»

¿No explica esta insistencia de Enriqueta su primera inclinacion á los parlamentarios y su antipatía á Strafford, cuyo carácter le parecia demasiado absoluto? En esta conversacion añadió: «que era preciso abstenerse de irritar á los pueblos.» Si Carlos I se habia perdido por no haber conocido la verdad, en sentir de la reina, ¿no participaba esta de la obstinacion del rey acerca de la extension de la prerogativa real? No odiaba los parlamentos; y cuando resolvió abandonar la Inglaterra con su madre María de Médicis, las dos Cámaras la presentaron una humilde peticion suplicándola no se alejase, á la cual Enriqueta contestó en inglés en un expresivo discurso, que permaneceria en aquel país, y que no habia sacrificio alguno que el pueblo no pudiese prometerse de ella.

Despues de la muerte de su esposo, se aplicó el renombre de *reina desgraciada*, y llevó luto toda su vida.

La prueba mas cruel á que se vió sometida esta reina, fue tener que pedir una pension de viudedad al hombre que la habia dejado viuda: Cromwell respondió al cardenal Mazarino que Enriqueta de Francia no habia sido reconocida como reina de Inglaterra. Esta respuesta salvaje, que suponia concubina de un príncipe extranjero la hija de uno de los mas grandes reyes de Francia, causa menos extrañeza que esta peticion de la nieta de Juana Albret. Cuando Enriqueta supo esta negativa, respondió con nobleza: «Este ultraje no recae sobre mí, sino sobre la Francia.» Tal era en efecto la abyeccion á que la política de un ministro sin honor habia reducido entonces la nacion francesa. Mazarino se habia envilecido hasta el punto de hacerse espía de Cromwell cerca de la familia real desterrada: este hecho se desprende de una carta de Cromwell, que no era á su vez sino un gran espía armado y coronado.

Poco antes, Enriqueta María se habia visto obligada á pedir al parlamento de París lo que ella denominada una *limosna*.

Retirada á Chaillot entre unas hermanas de la Visitacion, establecidas en una casa edificada por Catalina de Médicis, Enriqueta se hizo beata; y es digno de notarse que Port-Royal le habia ofrecido dinero y un asilo. Tristes son en las historias de su vida esos sencillos cuentos de religiosos y religiosas, y esos consejos de monjas que hablan de los mas graves acontecimientos, cuyo rumor apenas llega á sus oidos; que juzgan desde el fondo de sus celdas los negocios políticos; y que, inmóviles en sus santos desiertos, ni siquiera advierten que el mundo marcha y pasa al pié de las paredes de sus claustros. Enriqueta María intentó restituir sus hijos al gremio de la Iglesia Romana; pero Carlos II, indiferente á todos los principios, antepuso su corona á su fe, y solo se hizo católico al morir; es decir, cuando nada tenia ya que perder de los bienes terrenos. El duque de Glocester y la princesa de Orange subsistieron celosos protestantes, y solo el duque de York (Jacobo II) recibió las impresiones que debian llevarle un dia á París, para morir allí destronado como su madre. La princesa Enriqueta, mas adelante duquesa de Orleans, fue educada en la religion romana.

A la restauracion de Carlos II, la viuda de Carlos I pasó á Inglarerra, donde no pudo resolverse á vivir. A nadie conocia ya, é iba derramando lágrimas por los palacios de Whitehall, de San James y de Windsor, acosada por sus recuerdos. Despues de haber visto morir á dos de sus hijos (la princesa de Orange, viuda de veinte y seis años, y el duque de Glocester),

(1) *Vida de Enriqueta María.*

embarcóse con su hija Enriqueta para regresar á Francia. Su bajel encalló; Enriqueta fue acometida de un sarampion peligroso, y permaneció á bordo al cuidado de su madre un mes entero. La acrisolada compañera del infortunado Carlos, casó á Enriqueta con el duque de Orleans, y recibió en Chaillot el Breve de la beatificacion de San Francisco de Sales: postreras grandezas de la tierra y del cielo, que la visitaron en la soledad.

Hácia el año 1663, Enriqueta María hizo su último viaje á Londres. En fin, habiendo vuelto para siempre á su patria, cayó enferma en Santa Colomba, pequeña



ENRIQUETA MARÍA SE REFUGIA EN UNA CABAÑA DESIERTA.

casa de campo situada á excasa distancia del Sena. Un grano de opio que tomó, la sepultó en un sueño de que no tornó á despertar, espirando el 10 de setiembre de 1669 á media noche. Un historiador ha dicho que *hizo un santo uso de sus males.* Aunque sus restos fueron trasladados á San Dionisio, y su corazon á la Visitacion de Chaillot, hubiera muerto olvidada si Bossuet no se hubiese apoderado de estos grandes despojos de la fortuna, para hacer reflejar sobre ellos la brillante luz de su genio.

El eminente orador escribia al abad de Rancé, enviándole la oracion fúnebre de la reina de Inglaterra: «He dado órden para que lleguen á vuestras manos »dos oraciones fúnebres, que pueden tener oportuno »lugar entre los libros de un solitario, porque des»cubren la nada de las cosas del mundo; de todos

»modos podreis mirarlas como dos calaveras bastante »elocuentes.»

DESDE LA APERTURA DEL PARLAMENTO

LARGO HASTA EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL.

1640—1647.

Cediendo al parecer de la reina, Carlos I anunció al consejo de los Pares reunidos en York, la convocatoria de un parlamento.

Para conseguir ocuparse exclusivamente de los asuntos interiores, era preciso vencer á los escoceses. En vano se opuso Strafford al deshonroso tratado concluido con ellos; en vano demostró en una accion arrojada cuan fácil era derrotarlos, pues el rey que nada escuchaba, se apresuró á volver á Londres. El cuarto parlamento habia sido disuelto el 5 de mayo de 1640, y el 3 de noviembre del mismo año se abrió esta quinta asamblea, tan famosa en la historia con el nombre de *Parlamento Largo*.

Carlos habia pasado doce años sin reunir la cámara de los Comunes, y se habia dado prisa, despues de este espacio de tiempo á disolverla de nuevo; no es por consiguiente de extrañar que los Comunes irritados, cediendo á una reaccion natural, estableciesen el bill de los parlamentos trienales, y arrebatasen al rey el poder de prorogarlos y disolverlos; por este mero hecho, la monarquía constitucional se habia cambiado en una democrácia real. El monarca, que tanto habia combatido por la *prerogativa*, cuando no era virtualmente atacada, la abandonó en el momento mismo en que se le asestaban los mas rudos golpes.

Desconfiando de ser útil á tan débil príncipe, Strafford habia intentado retirarse del ministerio; pero Carlos retuvo á este fiel consejero, que no pudiendo servirle ya, se sacrificó á él.

Habiase concebido un designio digno ciertamente del resuelto carácter de Strafford: este ministro queria denunciar al Parlamento los miembros del mismo que habian llamado á Inglaterra el ejército escocés, pues existian las pruebas de este llamamiento; pero los hombres á quienes el ministro se proponia anonadar, se anticiparon á él; Pym presentó en nombre de los Comunes en la barra de la cámara de los Pares una acusacion de alta traicion contra Strafford, que fue inmediatamente preso y enviado á la Torre.

Creyendo entonces Carlos calmar á los Comunes, accedió á todo lo que quisieron intentar contra la autoridad de la corona; pero renunciando como acaba de decirse, al poder de disolver el Parlamento, se privó del medio mas seguro de salvar á su amigo.

Los gefes del partido eran en la cámara de los Lores el duque de Bedford, lord Say, lord Mandeville y el conde de Essex.

El duque de Bedfort, dueño de una inmensa renta, procedente en gran parte de las confiscaciones con que la corona habia dotado su familia, estaba adornado de ese buen sentido comun, que el vulgo toma por sabiduría; envanecido de una riqueza de mal orígen y de una razon que bastaba tan solo para los asuntos ordinarios de la vida, y mirando las mercedes de las córtes, no como un favor, sino como un tributo pagado á su poder, Bedford, partidario entusiasta del régimen legal, y cuyos bienes eran los inicuos presentes de la arbitrariedad, se reservaba el derecho de ser ingrato en el dia del infortunio.

Lord Say, furibundo puritano, poseia una regular fortuna. Su ambicion era desmedida, su espíritu sagaz, su carácter reservado: los realistas no tenian un enemigo mas temible.

Sin talentos reales, pero dotado de cortesanía y de cierta sinceridad, lord Mandeville se granjeó el aprecio y la confianza de los Comunes.

El conde de Essex, jugete de los caudillos populares que lisonjeaban su vanidad, era uno de esos hombres de juicio escaso é inexacto, para quienes nada dice la experiencia; hombres que ven la felicidad de la especie en la ruina del individuo, siempre dispuestos á reincidir en las mismas faltas, siempre asombrándose de lo que sucede; personajes que son los necios de un partido, así como otros son los especuladores ó los héroes.

Pym, encargado de todas las proposiciones de leyes en la cámara de los Comunes, no tenia mas talento que el de los negocios, á los que parecia dar cierto aplomo por medio de una palabra pesada y un tono dogmático; pero no carecia de consecuencia, y su juicio era exacto. Deseaba únicamente una mejora en el gobierno; pero gefe de los reformadores al nacer los disturbios, se halló muy á su espalda cuando la revolucion hubo hecho progresos.

Hampden llegó oportunamente para cooperar á la ruina de un imperio; este hombre que habia pasado súbitamente de una vida disipada á las costumbres mas severas, y que ocultaba bajo las apariencias de la afabilidad, gigantescos proyectos, es probable concibiese la idea de una república cuando no se pensaba aun sino en los privilegios parlamentarios.

El secreto de la fuerza de Hampden consistia en la flexibilidad de sus talentos: su elocuencia y su ingenio eran concisos ó difusos, claros ó misteriosos, segun cuadraba á sus designios; y esta oscuridad de que era árbitro, le revestia de mayor poder, identificándole mas con los defectos de su siglo. Ora resumia los debates del Parlamento con admirable precision, cuando contribuian al triunfo de su opinion; ora involucraba las cuestiones de tal manera que conseguia aplazarlas, si anunciaban resolverse en sentido contrario á su parecer. Atento y modesto con artificio, aparentando desconfiar de su juicio y ceder al ajeno, concluia siempre logrando lo que deseaba. Intrépido en el ejército y profundo en el conocimiento de los hombres, fue el único que adivinó á Cromwel, cuando la muchedumbre nada descubria aun en este destructor del trono de los Estuardos. Así penetró Silas el alma de César, pues las águilas vuelan desde lejos y desde alto. Háse creido, no obstante, que Hampden se dejó tentar por la proposicion que se le hizo de ser ayo del príncipe de Gales, si accedia á comprometerse, en union con Pym y Hollis, á salvar á Strafford.

Sombrío, vengativo é implacable, Saint-John, formaba con Pym y Hampden, el triunvirato que dominaba la nacion. Los tres se valian además del fanatismo de Fiennes y de los talentos de sir Enrique Vane.

Unia este á un profundo disimulo, mucha perspicacia y una palabra incisiva; en la no comun fealdad de su rostro creia el vulgo leer destinos extraordinarios. Dominado por una imaginacion inquieta é impetuosa, libertino en Londres, puritano en Ginebra y sedicioso en Boston, Vane excitaba disturbios por donde quiera, enardeciendo los ánimos mediante la ostentacion de principios de que se burlaba. Despues de una vida aventurera en todos los paises, regresó á su pais donde la revolucion parecia atraer su genio fatal.

Habiendo sido acusado Strafford, el Parlamento creyó que era llegado el tiempo de recurrir á las grandes medidas populares. El pueblo hizo salir de las cárceles y pasear en triunfo á tres escritores condenados como libelistas, pues en tiempos de disturbios políticos la licencia de la prensa se confunde frecuentemente con la libertad de la misma, recurriéndose luego al temor que inspira la primera para aherrojar la segunda: Milton tomó la pluma en favor de esta. Encuéntrase por primera vez el gran nombre del

Homero inglés confundido con los de los folletistas de su época, como se lee el nombre de Oliverio Cromwell en el escalafon de los coroneles ó capitanes de caballería del ejército parlamentario.

Numerosas peticiones eran llevadas en hombros de casa en casa, cubiertas con las firmas de honrados ciudadanos, cuya buena fe era sorprendida. Cualquiera que en la cámara popular se mostraba moderado, perdia su puesto, y se hallaban cien causas de nulidad contra su eleccion, mientras que todo el que adoptaba de una manera violenta las ideas dominantes, conservaba su diputacion, aunque su eleccion adoleciese de todas las ilegalidades. Habiendo pasado el poder á los Comunes, fácil fue preveer la muerte de Strafford.

Este hombre solo tuvo un defecto, causa de su perdicion: despreciaba demasiado los consejos y los obstáculos. Formado por la naturaleza para el mando, la mas ligera contradiccion le era insoportable. El imperio pertenece sin duda á los talentos, y la soberania reside en el genio; pero es una desgracia que el sentimiento de una superioridad incontestable se revele al que la posee en un puesto secundario, cuando le es imposible llegar al principal. Lo que seria grandeza y poder legítimo en el mas alto grado del órden social, se convierte en orgullo y tiranía, en un grado inferior.

Conducido ante la cámara de los Pares, sin asistencia, sin preparacion, sin conocer siquiera las acusaciones de que era objeto, luchando solo contra la debilidad del rey, el ardor de los Comunes y el torrente de la enemistad popular, Strafford se defendió con tanta presencia de ánimo, que sus jueces no se atrevieron á sentenciarlo.

Todas las palabras del ilustre desgraciado fueron tranquilas, dignas, patéticas y modestas. Su discurso, que ha llegado hasta nosotros, no está recargado con el fárrago propio de la época. Strafford se mostró en su adversidad tan superior á los Pym y á los Fiennes, por la brillantez del genio como por la elevacion del alma. La conclusion de su defensa, citada en todas partes, arrancó lágrimas á sus enemigos.

«Milores: he detenido aquí á vuestras señorías »mucho mas tiempo de lo que hubiera debido; ines»cusable seria si no hubiese hablado en interés de es»tas prendas, que una santa que ahora habita el cielo, »me ha dejado (mostraba á sus hijos, y sus lágrimas »le interrumpieron); lo que pierdo es nada; pero confieso que lo que mis indiscreciones van á hacer »perder á mis hijos me afecta profundamente: os »ruego me perdoneis esta debilidad. Hubiera querido »decir algunas palabras mas, pero no me es posible »en este momento: así pues, callaré....

»Y ahora, milores, doy gracias á Dios por haberme »hecho conocer, por su gracia, la extremada vanidad »de los bienes terrenos, comparados con la impor»tancia de nuestra salvacion. Me someto, milores, »con toda humildad y toda paz de espíritu á vuestra »sentencia. Ya sea para la vida, ya para la muerte »vuestro equitativo juicio, descansaré lleno de grati»tud y de amor en los brazos del Supremo Autor de mi »existencia.»

Sócrates se mostró menos resignado, pues acusó á sus jueces al fin de su apología. «Es tiempo, les dijo »de retirarme, vosotros *para vivir*, yo para morir.»

Solo á fuerza de amenazas se consiguió hacer condenar á Strafford en la cámara de los Pares; y á pesar de estas violencias, diez y nueve votos se atrevieron á absolverle contra cuarenta y seis.

El acusado se habia dirigido especialmente en su defensa contra su acusador Pym, que se vió reducido á la necesidad de balbucear una mezquina réplica. El encono de los Comunes contra Strafford, era acaso tan vivo porque el noble par habia formado parte de la cámara popular, y se habia mostrado ardiente contrario de la corona; así es que los caudillos plebeyos le miraban como un desertor. La envidia hacia tambien blanco de su saña la elevacion del ministro de Carlos, pues el mérito olvidado complace, pero recompensado, ofusca. Y es preciso añadir que los partidos están dotados de un prodigioso instinto para descubrir y perder á los hombres capaces de combatir sus proyectos. En las grandes revoluciones, el talento que lucha de frente con ellas es anonadado; solo el que las sigue puede dominarlas, y las domina de hecho cuando habiendo agotado sus fuerzas, no tiene ya en su apoyo el peso de las masas y la energía de los primeros movimientos. Pero esta especie de talento, cómplice, digámoslo así de las revoluciones, pertenece á hombres mas grandes por su cabeza que por su corazon, puesto que se ven obligados durante mucho tiempo á ocultarse en el crímen para asaltar el poder.

Temblando Carlos en su palacio al pensar en los peligros de la reina, nombró una comision encargada de ratificar *todos* los bills presentados á la sancion régia, entre los cuales se hallaba el que condenaba á Strafford: ¡última y miserable debilidad de un príncipe que intentaba cohonestar su ingratitud á sus propios ojos, comprendiendo en un acto *general* de la autoridad suprema el acto *particular* que daba la muerte á un amigo! Sabido es que el monarca se resolvió á permitir la ejecucion de la sentencia por lo mismo que hubiera debido robustecerle en la resolucion de oponerse á ella. El magnánimo Strafford escribió una carta á Carlos, para descargar la conciencia de su rey, y darle el permiso de hacerle morir.

«Mi vida, le decia, no vale los cuidados que V. M. se »toma para conservármela. Me apresuro, pues, á »dárosla en cambio de las mercedes con que me ha»beis colmado y como una prueba de reconciliacion »entre vos y vuestro pueblo. Dirigid únicamente una »mirada de compasion sobre mi pobre hijo y sus tres »hermanas.»

De todos los consejeros de la corona, solo Juxon, obispo de Londres, tuvo el valor de decir al rey que no debia acceder á la sentencia de muerte, si no juzgaba culpable á Strafford. ¡Ejemplo aterrador de la divina justicia! Ese mismo Juxon, ese recto y animoso prelado, ausilió en el cadalso á Carlos I.

Cuando Strafford supo que su suplicio habia sido autorizado, se levantó con asombro y exclamó con las palabras de la Escritura: «No pongais vuestra confian»za en la palabra de los príncipes ni en los hijos de los »hombres.» ¿Habia tenido fe en el valor del rey, ó es que un resto de amor á la vida se habia deslizado en el fondo de su elevado corazon?

Empero Carlos no aplacó los ánimos, dejando verter la sangre de su ministro; que nunca una bajeza será poderosa á salvar un hombre. Los príncipes de la tierra que arriesgan con frecuencia su corona por faltas ó por crímenes, obrarian con mas acierto comprometiéndola algunas veces por causas santas.

Por lo demás, el desgraciado Estuardo no dejó de acusarse su falta; y condenado á su vez, declaró que su muerte era una justa expiacion de la de Strafford. Esta confesion pública, pronunciada en alta voz sobre el patíbulo, es una de las mas altas lecciones de la historia: la posteridad no ha absuelto al amigo, pero ha perdonado al monarca, merced á la sinceridad del arrepentimiento y á la grandeza de la expiacion.

Es cierto que Strafford se habia hecho culpable de actos arbitrarios en Irlanda; pero este país habia sido gobernado siempre por la autoridad militar y por leyes excepcionales. Además, los límites de los privilegios de la corona y los derechos del Parlamento estaban aun tan mal deslindados, que cualquiera podia colocarse al lado de uno de estos dos poderes, en virtud de antecedentes de igual autoridad. Cincuenta años despues, Strafford hubiese sido condenado con severidad, pero con justicia; mas en la época en que

fue sentenciado, las leyes que se le aplicaban, ó aun no estaban confeccionadas, ó eran objeto de controversia, ó quedaban derogadas por otras.

El bill de *atainder* envolvió implícitamente el delito y la pena; la sentencia fue á la vez un juicio y una ley que tenia efecto retroactivo: adolecia por consiguiente de violencia y de iniquidad.

Strafford se preparó al suplicio con inalterable calma (1). En la mañana del 23 de mayo de 1641, se le condujo al lugar de la ejecucion: al pasar al pié de la torre en que estaba encerrado el arzobispo Laud, acusado como él, levantó la voz y pidió al prelado le bendijese. El anciano se acercó á la ventana; sus cabellos eran blancos, y las lágrimas surcaban sus mejillas;



EL ARZOBISPO LAUD, BENDICE Á LORD STRAFFORD MARCHANDO AL PATÍBULO.

sosteniánle dos eclesiásticos. Strafford se arrodilló, y Laud pasó sus manos á través de la reja, procurando dar una bendicion que la edad, el infortunio y el dolor no le permitieron concluir, pues cayó desmayado en brazos de sus dos familiares.

Strafford se levantó y volvió á emprender el camino del cadalso, á donde debia seguirle el anciano prelado. El ministro de Carlos marchó al suplicio con tranquilo continente en medio de los insultos del populacho. Antes de colocar su cabeza en el tajo, pronunció estas palabras: «Temo que una revolucion que empieza derramando sangre, termine con las mayores »calamidades, labrando la ruina de los mismos que la »provocan.» Esto dicho, entregó su cuello y pasó á la eternidad en 1641.

(1) Léase, en la coleccion de las cartas de Strafford, la que escribió á su hijo antes de subir al patíbulo.

La revolucion precipitó su carrera, y el rey se trasladó á Escocia: estalló la conspiracion irlandesa, y fue seguida de una de las matanzas mas horrorosas de que la historia hace mencion; los gefes del partido puritano aprovecharon esta coyuntura para acelerar la marcha de los acontecimientos. Carlos regresó de Escocia; el Parlamento le hizo representaciones sediciosas, é hizo prender á los obispos.

Exasperado por tantas afrentas, el rey acusó personalmente de alta traicion en la cámara de los Comunes, á los seis miembros mas famosos de la fraccion puritana.

Advertidos estos de tan imprudente paso, por una indiscrecion de la reina, se refugiaron en la ciudad. Estalló una insurreccion, y se esparcieron los mas absurdos rumores: ya se decia que los *caballeros* (los realistas), debian hacer saltar en el aire el rio, mediante la explosion de una mina; ya se aseguraba que los mismos *caballeros* acababan de prender fuego á las casas de los *cabezas redondas* (los parlamentarios). Amenazada con un decreto de acusacion, la reina obligó al rey á dar su sancion á la ley que privaba á los obispos del derecho de votar. Enriqueta abandonó la Inglaterra, y Carlos se retiró á York despues de haberse negado á firmar el bill relativo á la milicia, bill encaminado á poner el poder militar á discrecion de la cámara electiva, y por una y otra parte se prepararon á la guerra.



CROMWELL DISUELVE EL PARLAMENTO.

Obsérvase en la conducta del rey, desde su advenimiento al trono hasta la época de la guerra civil, esa incertidumbre que prepara las grandes catástrofes. Obstinado en la *prerogativa*, primero se la dejó arrancar á girones, para entregarla luego por entero;

era valiente, pudo remitir á la espada la satisfaccion de sus ofensas, y solo acudió á las armas cuando sus enemigos habian adquirido el poder de resistirse; todas las vias constitucionales le estaban expeditas para obrar en nombre de la Constitucion, hasta contra el Parlamento, y no entró en ellas. Por último, Carlos luchó inútilmente contra la fuerza de las cosas, porque su época se habia anticipado á él, y no era ya únicamente su nacion la que le arrastraba, sino el género humano: aspiraba á lo que ya no era posible. La libertad conquistada fue primero á perderse en el despotismo militar, que la despojó de su anarquía; arrebatada empero á los padres, fue restituida á los hijos, y subsistió en ultimo resultado en Inglaterra.

En los combates de pluma que precedieron á otros mas sangrientos, el partido de Carlos tuvo casi siempre razon, asi en el fondo como en la forma; este partido estableció de una manera terminante y precisa todas las cuestiones relativas á las diferentes formas de gobierno, y probó que la Constitucion inglesa se componia de monarquía, de aristocracia y de democracia (esta era la primera vez que se usaba semejante lenguaje); probó asimismo que las peticiones del Parlamento tendian á desnaturalizar la constitucion monárquica, y á arrojar á la Gran-Bretaña en el estado popular, el peor de todos. Falkland y Clarendon escribieron en favor del rey, aunque uno y otro eran declarados enemigos de las arbitrarias medidas de la córte.

¿Por qué fue desoido un partido tan sensato en sus doctrinas? Consiste esto en que no se le creyó sincero, y en que se mostró frio; hallábase colocado al lado de un poder que propendia á conservar, en tanto que las pasiones militaban en favor de otro que trabajaba por destruir. Finalmente, este partido era sobrepujado en sus sentimientos de libertad por los puritanos, que marchaban á la república. Andando el tiempo, volvieron á triunfar los principios de Falkland y Clarendon, pero fue preciso devorar veinte años de calamidades. Así volvió la Francia en 1814 á las doctrinas proclamadas en 1789, habiendo podido evitarse el lujo de sus desdichas.

Sin embargo, ¡ triste es decirlo ! los crímenes y las miserias de las revoluciones no son siempre tesoros de la cólera divina, esparcidos sin un alto objeto entre los pueblos. Estos crímenes y estas miserias aprovechan algunas veces á las generaciones subsiguientes, por la energía que les dan, por las preocupaciones de que las libran, y por las luces con que las iluminan. Estos crímenes y estas miserias, consideradas como lecciones de Dios, instruyen á las naciones, las hacen circunspectas y las fortifican en los principios de una razonable libertad: principios que nos inclinaríamos á considerar como insuficientes, si no existiese la triste esperiencia de una libertad bajo otra forma.

Falkland nos ha dejado uno de esos recuerdos mezclados de melancolía y de admiracion que enternecen. Estaba dotado del triple genio de las letras, las armas y la política; fue fiel á las Musas en los campamentos, á la libertad en los palacios de los reyes, y adicto á un monarca desgraciado, sin desconocer sus faltas. Abrumado por los males de su país y cansado de la vida, se entregó á una tristeza que se revelaba hasta en el desaliño de sus vestidos. Buscó y halló la muerte en la batalla de Naseby: todos adivinaron su intento de abandonar la vida al verle cambiar sus vestidos, pues se habia ataviado como para un dia de gran solemnidad.

El canciller Clarendon, que por su parte sirvió tan bien á Carlos I, murió mas tarde en Ruen, desterrado por Carlos II, que le debia en parte su corona. En el reinado de este príncipe, se condenó á ser quemada por mano del verdugo la memoria justificativa del virtuoso magistrado cuyos escritos, mezclados con los de Falkland, habian hecho triunfar la causa realista.

Hume dice que el estandarte real plantado en Nottingham, dió la señal de la discordia y de la guerra civil á toda la nacion. Clarendon observa que los parlamentarios cometieron el primer acto de hostilidad, apoderándose de los almacenes de Hull. Esta observacion es justa; pero téngase en cuenta que el Parlamento habia obrado en provecho de sus intereses, porque, cuando en las convulsiones políticas de los imperios se ha llegado al empleo de la fuerza, se trata menos del primer ataque que de la última victoria.

La fortuna se declaró al principio en favor del rey, pues la reina le habia llevado socorros, y reunió en Oxford los miembros del parlamento que se habian mantenido fieles á su causa, para combatir al parlamento de Londres; así, en tiempo de la Liga, habia en Francia el parlamento de Tours y el de Paris; «pero despues de mil peripecias repentinas y de inauditos cambios, la rebelion, refrenada mucho tiempo, se hizo al fin señora de todo; la licencia no conoció freno alguno, las leyes fueron abolidas, la magestad real violada con atentados desconocidos hasta allí, y la usurpacion y la tiranía se engalanaron con el nombre de libertad.»

CROMWELL.

Todos estos contratiempos se compendiaron en un hombre: no es esto decir que Cromwell fuese el adversario de Carlos, (en tal caso la lucha hubiera sido aun harto desigual), pero era el destino visible del momento. Si Carlos, el príncipe Ruperto y los partidarios del rey conseguian algunas ventajas, la presencia de Cromwell las inutilizaba. Cuanto menos brillantes eran los talentos de este hombre, mas sobrenatural parecia: bufon y trivial en sus pasatiempos, lento y tenebroso en su espíritu, poco expedito en su locucion, advertíanse en sus acciones la rapidez y el efecto del rayo. Habia algo de invencible en su genio, como en las nuevas ideas de que era campeon.

Oliverio Cromwell, hijo de Roberto Cromwell y de Isabel Stewart, nació en Huntingdon el 24 de abril del último año del siglo XVI. Roberto tuvo diez hijos, de los cuales fue Oliverio el segundo; todos los hermanos de este murieron de tierna edad. Milton ha ensalzado, al paso que otros han deprimido la familia del Protector, quien dijo en uno de sus discursos que no era ni bien ni mal nacido, lo que era bastante modestia por su parte, porque su nacimiento era bueno, y notables sus alianzas. Los primeros biógrafos de Cromwell, especialmente los franceses, dicen que al principio sirvió en el continente, y que habiéndose presentado al cardenal Richelieu, este predijo su futura elevacion: fábulas relegadas hoy al olvido. Cromwell recibió los primeros rudimentos de las letras en Huntingdon, bajo la férula de un doctor llamado Tomás Beard, párroco de esta pequeña ciudad. El doctor fue un mal maestro, aunque componia piezas dramáticas para sus alumnos, pues Cromwell nunca supo bien la ortografía.

Enviado á Cambridge al colegio de Sydney-Sussex, el 23 de abril de 1616, estudió bajo la direccion de Ricardo Howlet, y aprendió un poco de latinidad. Waller dice que conocia bien la historia de Grecia y Roma; era aficionado á los libros, y escribia fácilmente mala prosa y pésimos versos.

Muerto su padre, y habiéndole su madre llamado cerca de sí, fue, durante dos años el asombro de Huntingdon, por sus excesos. Enviado luego á Lincoln-Inn, para que estudiase leyes, lejos de dedicarse á ellas, se encenagó en la disolucion; y habiendo regresado de Londres á su provincia, contrajo matrimonio con Isabel de Bourchier, hija de sir James Bourchier, natural del condado de Essex, mujer fea y bastante infatuada

con su nacimiento; una sola carta suya que ha llegado á nosotros, prueba que su educacion habia sido completamente descuidada (1).

Cromwell, que solo tenia á la sazon veinte y un años, cambió súbitamente de costumbres, se afilió en la secta puritana y se entregó al entusiasmo religioso, que, unas veces fingido y otras verdadero, conservó toda su vida. En adelante veremos los extraños contrastes de su carácter.

Habiéndole rodeado de algunas comodidades, una herencia, llegó á ser *gentleman farmer* en la isla de Ely, siendo elegido en 1628 miembro del tercer parlamento de Carlos en el que solo se hizo notable por su fervor religioso y por sus declamaciones contra los obispos de Winchester y de Winton. Su acento era bronco y apasionado, sus ademanes groseros, y su vestir sucio y desaliñado. Su estatura era de cinco piés y cinco pulgadas, ancho de hombros, de abultada cabeza y de rostro encendido.

Despues de la disolucion del parlamento de 1628, Cromwell desaparece de la escena pública, donde no vuelve á presentarse hasta la convocacion del parlamento de 1640. Sábese únicamente que habiendo las censuras y la intolerancia de la cámara Estrellada obligado á muchos ciudadanos á trasladarse á la Nueva-Inglaterra, Hampden y su primo Oliverio Cromwell determinaron emigrar á este pais. Mas, es el caso que habiendo elegido por punto de su residencia en las regiones salvajes una pequeña ciudad puritana, fundada en 1635 con el nombre de Say-Brook, por los lores Brook y Say, hallábanse ya á bordo de un buque surto en el Támesis, cuando les obligó á desembarcar un edicto concebido en estos términos:

«Se prohibe á todos los mercaderes, dueños y propietarios de buques, hacer salir al mar un bajel ó »bajeles con pasajeros, antes de haber obtenido una »licencia especial de algunos de los lores del consejo »privado de S. M., encargados de las plantaciones de »Ultramar.»

Así pues, Hampden y Cromwell, en lugar de ir á sepultarse en los desiertos de la América, segun habian resuelto, se vieron detenidos en Inglaterra por órden de Carlos I: no existe en los anales humanos un ejemplo mas evidente de la fatalidad.

Obligado Cromwell á permanecer en Inglaterra, por mandato del rey á quien debia conducir al cadalso, y no sabiendo qué direccion dar á su turbulenta inquietud, se opuso al desecamiento, muy útil por otra parte, de las lagunas de Cambridge, de Huntingdon, Nortahmton y Lincoln, que habia emprendido el conde de Bedford. Esto le valió, por parte de los poderosos á quienes atacaba, el sarcástico nombre de *lord de las lagunas;* pero los partidos popular y puritano le eligieron miembro de la cámara de los Comunes por Cambridge, en el parlamento del 5 de mayo de 1640, á causa del ataque que dirigia contra la nobleza. Habiendo sido disuelto bruscamente este cuarto parlamento, el oscuro diputado volvió á mostrarse el mismo año en ese largo parlamento que debia labrar su fortuna y ser luego destruido por él.

La naciente revolucion no se equivocaba acerca de su caudillo, aunque era aun el miembro mas ignorado de aquellos famosos Comunes. El genio del Protector se despertó al primer grito de la guerra civil: voluntario primero, y luego coronel parlamentario, organizó un regimiento de fanáticos, que sometió á la mas severa disciplina, pues el fraile se convierte fácilmente en soldado; y para vencer el principio de honor que animaba á los *caballeros*, reclutó en su servicio el principio religioso que inflamaba las *cabezas redondas*. No tardó pues, en ser el alma de todo; refundió y reconstituyó el ejército; y sabiendo hacerse eximir de los bills que inspiraba al Parlamento, se ostentó como un poder arbitrario en medio de una faccion enteramente democrática.

(1) Es preciso no confundir las faltas de ortografía y de lenguaje en los manuscritos de la primera parte del siglo XVII, con la ortografía y las lenguas de la misma época, que aun no se habian fijado y variaban en cada pais, segun las diferentes provincias.

DESDE EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL

HASTA LA PRISION DEL REY.

1642-1647.

Cromwell se encumbró adoptando el partido de ponerse á la cabeza de los *independientes*, secta derivada del puritanismo, y cuya exageracion constituyó su fuerza. Los miembros *independientes* del Parlamento llegaron á ser los tribunos de la república: los generales y oficiales del ejército fueron reemplazados por generales y oficiales independientes, y en cada regimiento se establecieron comisarios que desconcertaban las medidas de los capitanes moderados; el resultado de esto fue exaltar hasta el colmo del fanatismo el espíritu de las tropas.

En vano Carlos, revestido aun de una sombra de poder, quiso tratar con Huxbridge, pues rota la negociacion se renovó la guerra. Montrosse alcanzó algunas estériles victorias en Escocia. «El conde de »Montrosse, escocés y cabeza de la casa de Graham, dice el cardenal de Retz, es el único hombre del mundo que me ha traido á la memoria la »imágen de algunos héroes que solo se ven ya en las »*Vidas* de Plutarco; este noble habia defendido en su »pais el partido del rey de Inglaterra con una grande»za de alma sin ejemplo en aquel siglo.»

A pesar de esto, Montrosse no era un varon de Plutarco, sino uno de esos hombres que un siglo que termina lega á otro que empieza: sus antiguas virtudes son tan hermosas como las nuevas, pero son estériles, porque plantadas en un suelo exhausto de vida, ya no las fecundan las costumbres nacionales.

Mientras unos y otros se degollaban en los campos de Inglaterra, los Comunes daban batallas en Londres, derribando cabezas sin arriesgar las suyas. El arzobispo Laud, preso hacia mas de tres años, fue sacado del calabozo por la venganza de Prienne, y subió al patíbulo el 10 de enero de 1645. Este inflexible prelado habia sido muy perjudicial á Carlos, puesto que le habia inculcado la idea de la supremacia episcopal, é inducídole á emprender lo que no tenia fuerzas bastantes para llevar á cabo. Laud, apoyado en su báculo pastoral, se hallaba naturalmente tan cercano al fin de su carrera, que bien hubiera podido prescindirse del trabajo de empujarle hácia él. «De edad de setenta y seis años, venerable »por sus virtudes.... miró la muerte sin caer en esa »pusilaminidad propia de los viejos, que desde el »borde del sepulcro piden al cielo les conceda algunos »desgraciados momentos, que intentan agregar al »considerable número de sus años (1).»

Batido en todas partes y completamente derrotado en Naseby en junio de 1645, Carlos creyó hallar un asilo entre sus verdaderos compatriotas; y saliendo de Oxford, á donde se habia refugiado, fue á reunirse al ejército escocés, con cuyos gefes habia tratado en secreto. Fue conducido á Newcastle, donde se abrieron nuevas comunicaciones. Llegaron comisarios del gobierno inglés, y todos instaban á Carlos para que aceptase las condiciones propuestas: los escoceses ó los *santos*, que tal nombre se daban á sí mismos; los *presbiterianos* temerosos de los *independientes;* el

(1) Vida de Enriqueta de Francia.

embajador de Francia, Bellièvre, y la misma reina ausente, pero que se hacia entender por conducto de Montreuil. Carlos rechazó el arreglo porque chocaba con los principios de su conciencia. En aquella época la fe brillaba por donde quiera, á excepcion de un reducido número de filósofos y de libertinos, é imprimia á las faltas, y á veces á los crímenes de los diferentes partidos, cierta gravedad y hasta moralidad, si así puede decirse, dando á la víctima de la política la conciencia del mártir, y al error el convencimiento de la verdad.

Predicando un ministro escocés en presencia de Carlos empezó el salmo 51: *¿Por qué, tirano, te envaneces de tu iniquidad?* Carlos se levantó y entonó el salmo 56: *Señor, apiádate de mi, porque los hombres quieren devorarme.* El pueblo enternecido continuó el salmo con el caido monarca: uno y otro no se entendian ya sino á través de la Religion.

Empero estas señales de piedad se desvanecieron: los *santos* de Escocia concluyeron un tratado con los *justos* de Inglaterra, y el ejército *covenantaire* entregó á Carlos al parlamento inglés por la suma de 800,000 libras esterlinas. «Los fieles guardias de nuestros reyes, dice Bossuet, vendieron el suyo.» Cuando Carlos tuvo noticia del tratado, pronunció estas bellas y desdeñosas palabras: «Prefiero verme en poder de los que me han comprado á tanto precio, que en el de los que me han vendido cobardemente.»

Prisionero de los hombres que iban á inmolarle en breve, Carlos fue trasladado al castillo de Holmby, el 9 de febrero de 1647, recibiendo en todas partes demostraciones de respeto; la multitud le salia al encuentro, y le llevaban enfermos para que los tocase y les devolviese por este medio la salud: virtud que se le atribuia como *rey de Francia*, esto es, como heredero de San Luis. Cuanto mas desgraciado era Carlos, con mas fe se le creia dotado de esta benéfica virtud: ¡extraña mezcla de poder y de impotencia! Suponíase en el régio cautivo una fuerza sobrenatural, siendo así que ni aun tenia la de romper sus cadenas; podia cerrar todas las llagas, mas no las suyas. ¡Ah! No era su mano, sino su sangre, la que debia curar la enfermedad de libertad de que adolecia la Inglaterra.

Libres los *presbiterianos* de todo temor por parte del rey, se propusieron licenciar el ejército, en el que dominaban los *independientes;* pero estos vencieron y formaron en sus campamentos una especie de parlamento militar, á las órdenes de Cromwell. Los oficiales componian la cámara alta, y los soldados, llamados *agitadores*, la cámara baja; no de otro modo la Constitucion republicana de Roma pasó á las legiones del imperio. Sesenta y dos miembros independientes del verdadero parlamento, con los oradores á su cabeza, fueron á reunirse al ejército militante, predicador y deliberante, que entró en Londres y expulsó de Westminster á quien le plugo. Al mismo tiempo el alferez de caballería Joyce, antiguo sastre que habia trocado la aguja en espada, sacó al rey del castillo de Holmby, le condujo prisionero del ejército á Newmarket, y desde aquí á Hamptoncourt.

Los hombres que se lanzan los primeros á las revoluciones, parten de un punto de reposo, y han sido formados por una educacion y una sociedad muy diferentes de las que las revoluciones producen. En las mas violentas acciones de estos hombres hay siempre algo de lo pasado, algo que no está en armonía con sus acciones, es decir, ciertas impresiones, recuerdos y hábitos que pertenecen á otro órden de tiempos. Estos atletas perecen unos tras otros en la liza á distancias desiguales, segun el diferente grado de sus fuerzas; ó bien, deteniéndose súbitamente, se niegan á avanzar. Empero, en pos de ellos nacen otros hombres, facciosos engendrados por las facciones: ninguna impresion, ningun recuerdo, ningun hábito les contraria ni detiene en los hechos del presente; y como realizan por naturaleza lo que sus antecesores emprendieran por pasion, van mucho mas allá que estos primeros revolucionarios, á quienes sacrifican y reemplazan.

DESDE LA PRISION DEL REY

HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA.

1647—1649.

Casi la mitad de la propiedad inglesa habia sido secuestrada por el Parlamento, so pretesto de la adhesion de los propietarios á las opiniones realistas. El clero anglicano vagaba errante por los bosques, y las víctimas hacinadas en pontones en el Támesis, sucumbian á las enfermedades, y algunas veces al hambre. Habíanse establecido comités investidos del derecho de vida y muerte, que sin forma de proceso despojaban á los ciudadanos. Estos comités ejercian venganzas, traficaban con la justicia y patrocinaban el crímen.

Todos estos males hicieron muy popular la empresa del ejército contra el Parlamento, porque en el choque de las combinaciones y en medio de las miserias públicas, no se examinó hasta qué punto las victorias de la revolucion habian reconocido por causa unos rigores que la humanidad, la equidad y la moral no podian justificar.

Despues de haber expulsado á los *presbiterianos* del Parlamento, el ejército entabló, á ejemplo de este, negociaciones con el rey.

¿Pensó Cromwell en reunirse á Carlos? Así se ha creido. John Cromwell, uno de sus primos, le oyó decir en Hamptoncourt: «El rey es tratado con injusticia; pero hé aquí lo que hará que se le dispense.» Y mostraba su espada. Es verdad que Ireton y Cromwell tuvieron frecuentes conferencias en Hamptoncourt con los agentes del rey, quien, segun se dice, ofreció á aquel la órden de Jarretierra y el título de conde de Essex; pero Cromwell previó tanta oposicion por parte de los *agitadores* y *niveladores*, que se decidió á seguirles. El espíritu republicano, que obligaba á un simple ciudadano á rechazar un cordon, le dió una corona. Cromwell hubiera permanecido obscuro pero virtuoso vasallo; la libertad le impuso el crímen, el despotismo y la gloria.

Cromwell jugaba probablemente con dos barajas: si las negociaciones con Carlos producian buen efecto, le llevaban á la fortuna, y si fracasaban hallaba, abandonándolo, otros honores; por un lado la prudencia y el interés le aconsejaban acercarse á Carlos; por otro, su odio plebeyo y su desmedida ambicion le alejaban de él. Así se explica mejor la ambigüedad de la conducta de Cromwell, que por la profunda hipocresía de una traicion no interrumpida, é irrevocablemente decidida de antemano á entregarse á los últimos excesos.

En estas negociaciones, tantas veces reanudadas é interrumpidas con los diferentes partidos, el mismo Carlos fue generalmente acusado de falsedad. Adolecia del defecto de escribir y hablar mas de lo que dictaba la prudencia, lo cual era causa de que sus misivas, sus cartas, sus declaraciones y sus dichos, concluyesen por ser conocidos de sus enemigos, que al efecto solian servirse de medios poco honrosos. Despues de la batalla de Naseby, el 14 de junio de 1645, halláronse en una cajita perdida cartas y papeles importantes, que fueron leidos en una asamblea popular en Guildhall, y publicadas luego con notas, por órden del Parlamento con este título: *La cartera del rey, abierta*, etc. Estos papeles y estas cartas del rey y de

la reina probaban hasta la evidencia que Carlos no miraba su palabra como comprometida, que intentaba llamar ejércitos extranjeros, y que seguia encaprichado como siempre en sus máximas absolutistas.

Asi tambien, antes de abandonar á Oxford para entregarse á los escoceses, habia escrito á Digby que si los *presbiterianos* ó los *independientes* no se unian á él, se degollarian unos á otros, y que entonces volveria á ser rey.

Cuando preso en Holmby por el ejército, Carlos fue conducido á Hamptoncourt, escribió á la reina una carta, en la cual, despues de haberse explicado acerca de su situacion, añadia: «En tiempo y lugar »oportunos sabré obrar como se debe con esos bribo»nes, y les daré un cordon de cáñamo en lugar de »una jarretiera de seda.» Ireton y Cromwell, que trataban con el rey, sacaron esta carta de los cogines de una silla de montar, en que habia sido encerrada. Como hombre, Carlos era naturalmente sincero; pero como rey, el orgullo de sangre y de poder le hacian desdeñoso y falaz. Montrosse empleó mas noblemente esta imágen de los cordones, cuando dijo marchando al suplicio: «El difunto rey me hizo el honor de re»compensarme con la órden de la Jarretiera; pero la »cuerda hace mas ilustre mi posicion.»

Los *niveladores*, á cuya política debió Cromwell su poder, eran otra faccion engendrada por los *independientes*, cuyos principios llevaban hasta las últimas consecuencias.

Amedrentado por las amenazas, y no pudiendo entenderse con el ejército y con el Parlamento, que trataban separadamente con él, el rey tuvo la debilidad de fugarse de Hamptoncourt, dejando sobre su mesa una declaracion dirigida á las dos cámaras y diferentes papeles. Huntingdon dice que Cromwell habia escrito una carta al gobernador de Hamptoncourt, advirtiéndole el peligro de Carlos.

Tan abandonado juzgaba este su causa, que no intentó internarse en Inglaterra y reunirse á su partido, aunque tuvo por un momento la idea de retirarse á Berwick. Despues de haber marchado toda la noche, sin mas séquito que el ayuda de cámara Legg, y dos gentiles-hombres, Ashburnham y Berckley, llegó á la costa, donde solo vió un mar desierto. El que domina el abismo y separó sus aguas para abrir paso á su pueblo, no permitió que una barca pescadora se presentase para facilitar un camino sobre las olas al fugitivo monarca. Carlos fue á llamar á la puerta del castillo de Tickfield, donde la condesa viuda de Southampton le dió hospitalidad, y luego tomó el partido desesperado de solicitar la proteccion del gobernador de la isla de Wight, el coronel Hammond, hechura de Cromwell.

Advertido por Jacobo Ashburnham y por Berckley, Hammond se negó á prometer su proteccion á Carlos, y pidió ser presentado á él. El rey, sabiendo la inesperada llegada del gobernador, se creyó de nuevo víctima de una de esas traiciones á que estaba acostumbrado, y exclamó: «¡Jacobo, me has perdido!» Ashburnham, anegado en lágrimas, propuso á Carlos dar puñaladas á Hammont, que esperaba á la puerta, pero el monarca no quiso acceder á este asesinato, que acaso le habria salvado.

El rey cayó otra vez prisionero de la faccion militar, en el castillo de Carisbrook. Cromwell, que merced á sus incertidumbres, habia llegado á ser sospechoso al Parlamento y á los soldados, reunió los oficiales, y se resolvió en un consejo secreto que cuando el ejército hubiese acabado de apoderarse de todos los poderes, se juzgase al rey por el crímen de tiranía; crímen que aquel independiente ejército monopolizaba en su provecho, mirándolo sin duda como uno de sus privilegios ó como una de sus libertades.

El Parlamento, aunque ya muy mutilado, intentó resistir todavía, y continuó tratando con el rey. Cuando los comisarios de esta asamblea, ya impotente, fueron introducidos en el castillo de Carisbrook, se mostraron llenos de respeto en presencia de aquella cabeza blanca y *descoronada*, como la llama Carlos en algunos versos que de él nos quedan. Los debates entre los comisarios y el rey se abrieron sobre ciertos puntos de disciplina religiosa, mas no se entendieron: tal era el genio de aquella época, que se sacrificaba todo al capricho de una controversia. Sin embargo, las libertades públicas, y especialmente la de imprenta por las cuales se decia hacer todo, eran inmoladas á los partidos, alternativamente vencedores. Los folletos titulados *Causa del ejército y Acuerdo del pueblo*, eran declarados por los parlamentarios como atentatorios á la autoridad del gobierno, en tanto que la fuerza militar por su parte obtenia, á peticion del general Fairfax, que todo escrito fuese sometido á la censura, siendo el censor designado por el general. Las facciones, sin exceptuar las republicanas, nunca han querido la libertad de la prensa; hé aquí el mas cumplido elogio que de esta libertad puede hacerse.

No obstante, los *niveladores* dieron tal ensanche á su política de teoría, que inspiraron serios temores á Cromwell, quien, presentándose bruscamente en uno de sus conciliábulos con el regimiento *rojo* que acaudillaba y cuyos soldados eran conocidos con el nombre de *costillas de hierro*, dió muerte por su mano á dos demagogos, hizo ahorcar algunos otros, y dispersó el resto. ¿Qué decian las leyes, de estos homicidios arbitrarios, en aquel tiempo de libertad legal?

Avergonzados los escoceses de haber entregado á su señor, corrieron á las armas; Cromwell los batió é hizo prisionero á su general, el duque de Hamilton; y los realistas, obligados á capitular en la ciudad de Colchester, fueron expuestos á la venta como un rebaño de negros y enviados á la Nueva-Inglaterra: Carlos II, reinstalado en su poder, olvidó rescatarlos; así pues, la ingratitud de los reyes hizo de la posteridad de aquellos desventurados prisioneros, unos hombres libres en el mismo suelo donde habian sido vendidos como esclavos de los reyes.

El ejército victorioso pidió, primero en términos embozados y luego sin rodeos, el enjuiciamiento del rey; peticion apoyada por diferentes guarniciones del reino. Luis XVI fue víctima de la animosidad de un cuerpo político, pero Carlos I solo sucumbió á la animosidad de la faccion militar: sus acusadores, una parte de sus jueces, y hasta sus verdugos, fueron oficiales.

Alarmado por tantas tentativas atrevidas, el Parlamento aceleró las negociaciones con el augusto prisionero, á fin de oponer el poder de la corona al de la soldadesca: la única respuesta de Cromwell fue marchar á Londres.

Al mismo tiempo se dió al coronel Hammond, en la isla de Wight, la órden de reunirse al general Fairfax, y que entregase la guardia de la persona del rey al coronel Ewers.

El Parlamento prohibió á Hammond que obedeciese, y él se hubiera sometido á las órdenes de la autoridad civil; pero viendo á los soldados de la guarnicion dispuestos á la rebeldía, salió al campo, donde fue preso. El rey lo fue asimismo, y desde la isla de Wight fue trasladado al castillo de Hurst, y luego á Windsor. Carlos, que habia enviado su *ultimatum* á los Comunes, y prometido á Hammont esperar en la citada isla la respuesta definitiva del Parlamento, no intentó fugarse, como hubiera podido hacerlo fácilmente: su fidelidad á la palabra empeñada le condujo al cadalso; así, pues, el honor del príncipe fue el crímen de la nacion.

Los *independientes*, que habian anteriormente expulsado de la cámara electiva á los presbiterianos mas probos, iban á ser expulsados á su vez. Esta fue la única circunstancia en que aquellos famosos Comunes

dieron muestras de valor, pues en presencia del ejército que sitiaba las puertas de Westminster, declararon que las condiciones que habian llegado de la isla de Wight eran insuficientes, y que se podia concluir un tratado con el rey. Las grandes revoluciones, cuando son tardías, casi nunca son coronadas con un éxito feliz, porque no pertenecen ni á la inspiracion de la virtud, ni al impulso del carácter, puesto que son el mero resultado de una situacion desesperada, que produce una superioridad momentánea sobre el miedo: una vez en este caso, ó se carece del valor necesario para sostener estas revoluciones, ó de los medios necesarios para llevarlas á cabo.

La equitativa historia debe tomar en cuenta que este voto de los Comunes fue principalmente la obra de Prinne, el presbiteriano tan perseguido por el partido de la corona y del episcopado; el hombre que por la independencia de sus opiniones, habia sufrido dos veces la mutilacion, tres la exposicion á la pública vergüenza, ocho años de prision y considerables multas.

Al dia siguiente de la resolucion parlamentaria, el coronel Pride, de oficio carretero, detuvo á cuarenta y siete miembros de los Comunes, cuando se presentaron á las puertas de Westminster; al otro dia se negó la entrada á noventa y ocho, y habiendo declarado Prinne que no se retiraria voluntariamente, á despecho de todos los obstáculos, fue preciso sacarle á viva fuerza. Despues de diferentes espurgos, el parlamento Largo quedó reducido á setenta y ocho miembros, y poco despues á cincuenta y tres, á causa de espontáneas retiradas: trescientos cuarenta votantes habian asistido á la deliberacion relativa á las negogociaciones con el rey. El puñado de sediciosos conservado por la irrision de los soldados, retuvo el nombre de *Parlamento*, pero el desprecio popular le añadió el sobrenombre de *rump*, que le ha quedado.

El *rump* desechó todo proyecto de arreglo con Carlos, y habló tambien de forjar uno de esos planes de república que los ilusos conciben y de que se aprovechan los bellacos. El bill para enjuiciar á Carlos y constituir á este efecto un tribunal, fue propuesto y votado en la pretendida cámara de los Comunes. La cámara alta, de que no quedaba ya sino la sombra, y que solo contaba en su seno diez y seis Pares, deshechó por unanimidad el doble bill; en vista de esto, el *rump* expidió al punto este decreto: «En conside»racion á que los miembros de los Comunes son los »verdaderos representantes del pueblo, de quien, »despues de Dios, se deriva todo poder, la ley nace »de la cámara de los Comunes, y no necesita para »ser obligatoria, ni el concurso de los Pares, ni el »del rey.»

Extendiose un acta autorizando á ciento cuarenta y cinco jueces nombrados en ella, ó solo á treinta de entre ellos, á constituirse en alto tribunal ,á fin de hacer el proceso á Carlos Estuardo, rey de Inglaterra. Coke fue el abogado general, y Bradshaw obtuvo la presidencia de este tribunal, de que Cromwell formaba parte. Al abrirse el procedimiento, solo se hallaron presentes sesenta y seis miembros, y solo sesenta al dictarse el fallo.

El rey fue conducido de Windsor al palacio de San James, y desde aquí á la barra del tribunal, que funcionaba en la extremidad del gran salon de Westminster. El presidente Bradshaw estaba sentado en un sillon de terciopelo carmesí, y los sesenta y seis comisarios, colocados á los dos lados del presidente en banquetas forradas de escarlata; otro sillon situado en frente del presidente estaba destinado al *acusado*. Al anunciarse la llegada del rey, Cromwell se precipitó á una ventana para verlo, y se retiró igualmente presuroso, pálido como la muerte.

Carlos entró con paso firme, calado el sombrero y con un baston en la mano; primero se sentó, y luego se levantó y examinó á sus jueces con segura mirada: acaecia esto el 20 de enero de 1649, dia que debia tener un terrible aniversario: el 20 de enero de 1793 se leyó á Luis XVI, preso en el Temple, la sentencia de muerte.

Conducido cuatro veces á presencia de sus asesinos, Carlos hizo alarde de una nobleza, de una paciencia, de una sangre fria y de un valor que borraron el recuerdo de sus debilidades. Rechazó la competencia del tribunal, y sin descubrir su cabeza, habló como rey.

Bradshaw opuso á Carlos la soberanía del pueblo, y le acusó de haber violado la ley, hollado las libertades públicas y derramado la sangre inglesa. Esta controversia política no era otra cosa que un proceso burlesco en presencia de la muerte, verdadero presidente del tribunal. Los testigos probaron que el rey habia mandado sus tropas en diferentes encuentros: en Francia no se hubiera dado muerte á un rey por haberse batido.

Lady Farfax mostró esa generosa audacia propia de las mujeres, pues se atrevió á contradecir á los comisarios desde la tribuna en que asistia al proceso, habiendo sido amenazada de que se mandaria á los soldados hacer fuego sobre las tribunas.

Los jueces, que se reconocian verdugos, habian colocado una espada sobre la mesa á que estaban sentados los dos secretarios del tribunal. Al pasar por delante de esta mesa, Carlos tocó la espada con la punta de su baston, y dijo: «No me intimida.» Y así era la verdad.

Con el mismo baston habia tocado tambien el hombro del abogado general, Coke, dirigiéndole el grito parlamentario *¡hear! ¡hear!* (¡escuchad! ¡escuchad!); al empezar aquella defensa, el puño de plata del baston cayó al suelo, y así amigos como adversarios concluyeron de este hecho que el rey seria decapitado.

Carlos sonrió con desprecio al oir en su derredor estas encontradas exclamaciones: *¡Justicia! ¡Justicia! ¡Ejecucion! ¡Ejecucion!*

Habiendo un miserable, acaso uno de sus jueces, escupídole en el rostro, se limpió sin inmutarse: «Los »pobres soldados, dijo luego á Herbert, el Cléry del »antecesor de Luis XVI, los pobres soldados no me »aborrecen, sino que son excitados á estos insultos »por sus gefes, á quienes tratarian del mismo modo »por un puñado de plata.» Uno de los soldados, que le manifestaba alguna compasion, fue rudamente golpeado por un oficial: «El castigo me parece supe»rior á la falta,» dijo Carlos.

La Religion sostenia al monarca, que creia compartir sus afrentas con el Rey de los reyes; esta comparacion elevaba su alma sobre las miserias de la vida, y solo se le vió enternecerse cuando oyó al pueblo gritar detrás de los guardas: ¡Dios preserve á V. M.! No son los ultrajes, sino las muestras de bondad, las que rompen el corazon de los desgraciados.

En los intérvalos de las sesiones, los comisarios se retiraban para deliberar en la *Sala pintada;* esto sucedia el tercer dia del juicio, cuando el rey propuso explicarse ante un comité compuesto de lores y de miembros de los Comunes, pues tenia que hacer, segun decia, una proposicion propia para devolver la paz á su pueblo. Bradshaw desechó tal propuesta; y habiendo reclamado el coronel Downes, uno de los jueces, el tribunal fue á deliberar al aposento inmediato; Cromwell triunfó del coronel, y se decidió no admitir la propuesta del rey. Proponiase Carlos, al menos así se ha creido, declarar que abdicaba la corona en favor del príncipe de Gales.

Antes y durante la instruccion del proceso, se trató de exaltar por todos los medios posibles, el espíritu del pueblo.

Un predicador anunció en el púlpito «que acababa

de tener la revelacion de que, para asegurar la felicidad del pueblo, era urgente abolir la monarquía; que el rey era visiblemente Barrabás, y el ejército, Cristo; que no se debia imitar á los judíos, entregando el ladron en lugar del justo; que en el ejército habia mas de cinco mil *santos*, cuales no los habia mayores en el paraiso; y que por lo tanto debia hacerse justicia del gran Barrabás de Windsor.» Este predicador, procedente de Nueva-Inglaterra, se llamaba Peters; extraña semejanza de nombre con aquel otro Peters, que contribuyó á la pérdida de Jacobo II.

En aquellos críticos momentos se vió lo que tantas otras veces: es decir, la probidad comun, suficiente en tiempos normales, é ineficaz en los de peligro. Aquella especie de hombres de bien, que habian querido la revolucion de buena fe, carecieron de energía para encerrarla dentro de justos límites. Whitelocke, que pertenecia á este rebaño de hombres débiles, declaró que rechazaba sobre el ejército la farsa de proceso hecho al rey; cosa muy natural en su opinion, toda vez que el ejército habia pedido la acusacion. Whitelocke tenia razon; pero el ejército no lo entendia así, sino que pretendia hacer de los parlamentarios unos verdugos en pro de sus planes. Whitelocke, guarda-sellos, fue á ocultarse en el campo con su colega Weddrington, y Elsing, amanuense del Parlamento, hizo renuncia de su cargo. John Cromwell, entonces al servicio de Holanda, fue á Inglaterra de parte del príncipe de Gales y del de Orange, con el designio de salvar al rey. Introducido con mucho trabajo cerca de su primo Oliverio, procuró disuadirle de la enormidad del crímen próximo á perpetrarse, y le recordó que le habia visto en otro tiempo en Hamptoncourt animado de mas leales opiniones. Oliverio le replicó que los tiempos habian cambiado, y que aunque habia ayunado y orado por Carlos, el cielo no le habia dado aun respuesta alguna. John se arrebató y fue á cerrar la puerta, y Oliverio creyó que su primo se proponia asesinarle. «Vuelve á tu posada, le dijo, y no te acuestes sino despues de haber oido hablar de mí.» A la una de la madrugada, un mensajero de Oliverio fue á decir á John que el consejo de los oficiales *habia buscado al Señor*, y que este queria que el rey muriese. En otra ocasion se habia oido exclamar á Cromwell; «Se trata de mi cabeza ó de la del rey; mi eleccion está hecha.»

La órden para la ejecucion de la sentencia de muerte fue firmada en la *Sala pintada*, por unos sesenta miembros, que la sellaron con sus sellos; el original de esta órden se conserva: muchos de los nombres de los firmantes están escritos de modo que no es posible leerlos; otros están borrados y reemplazados por otros nombres entre renglones. La bajeza en lo presente y el temor respecto del porvenir habian aconsejado estas villanas precauciones, propias de una conciencia insegura.

Cromwell estampó su nombre en la órden de ejecucion, con esas bufonadas que acostumbraba mezclar con las acciones mas serias; ya porque intentase aparentar que era superior á ellas, ya porque su carácter se compusiese de lo grotesco y lo grande, sirviendo aquel de distraccion á este.

Habiásele visto en su primera juventud tan dado á la disolucion, que los taberneros cerraban sus puertas al verle pasar por las calles de Huntingdon. Una vez, en casa de uno de sus tios obligó á los concurrentes á huir de un baile, merced á cierto *perfume* con que habia frotado sus guantes y vestidos. Algun tiempo despues, ocupándose de una constitucion para Inglaterra, arrojó una almohada á la cabeza de Ludlow, que le arrojó otra á las piernas, cuando le vió huir. Habiéndole sorprendido un dia los *santos* bebiendo, dijo á sus alegres amigos: «Creen que *buscamos al Señor*, y buscamos un tirabuzon.» Este habia caido al suelo.

Cromwell, al firmar la órden de ejecucion de Carlos I, embadurnó de tinta el rostro de Enrique Martyn, que firmaba á su lado; el regicida Martyn devolvió la chanza á su camarada de asesinato: aquella tinta era sangre, é imprimió en ellos la señal que marcaba la frente de Cain.

El coronel Ingoldsby, pariente de Oliverio, nombrado comisario en el alto tribunal, donde no llegó á tomar asiento, entró casualmente en la *Sala pintada* en aquel momento. Instóle Cromwell á que uniese su nombre á los ya inscritos, mas él se negó á hacerlo. Los comisarios se apoderaron de Ingoldsby; Cromwell le pusó á viva fuerza la pluma entre los dedos, con grandes carcajadas; y guiándole la mano, le obligó á trazar la palabra *Ingoldsby*.

Por lo demás, este escarnio abominable es muy frecuente en la historia. Los mayores revolucionarios de Francia eran fanfarrones é indiscretos, y se jactaban de derramar la sangre con la misma indiferencia que el agua. La conciencia del protervo y la del hombre virtuoso producen la misma paz y sostienen agradablemente la vida; hay entre ellas, no obstante, una diferencia: la una no siente el peso de los remordimientos, la otra no siente el de la adversidad.

Cromwell representó otra farsa respecto de Fairfax: proponíase este intentar libertar al rey con su regimiento; pero Cromwell, secundado por Ireton, se esforzó en persuadirle que el Señor habia rechazado á Carlos; y le incitaron á que apelase al cielo para obtener un oráculo, ocultándole, sin embargo, que habian firmado ya la órden de ejecucion.

El coronel Harrison, tan sencillo como Fairfax, pero movido por diferentes ideas, fue dejado por el yerno y el suegro cerca de Fairfax, é hizo durar las oraciones hasta el momento en que llegó la nueva de que habia caido la cabeza del rey.

Los lores Richmond, Luidsay, Southampton y Herforth, antiguos ministros de Carlos, pidieron sufrir la muerte en lugar de este, como únicos responsables, segun el texto de la Constitucion, de los actos de la corona. Las facciones no reconocieron esta noble responsabilidad: y el crímen dió un bill de indemnidad á los ministros. La Escocia amenazó; Francia y España hicieron representaciones bastante frias, y la Holanda obró con mas viveza, pero en vano.

Carlos escuchó la lectura de su sentencia sin dar mas señales de conmocion que una desdeñosa contraccion de labios, cuando se oyó declarar tirano, traidor, asesino, enemigo de la república, y condenado como tal á ser decapitado. Los sesenta y tres comisarios que quedaban de los ciento cuarenta y cuatro nombrados, se levantaron en señal de adhesion á la sentencia, que fue leida en alta voz. Carlos mostró deseo de hablar despues de la lectura, pero no se le permitió, pues no estaba ya vivo á los ojos de la ley.

Durante los tres dias concedidos al preso para prepararse á la muerte, el único rumor de la tierra que llegó á su soledad fue el de los operarios que levantaban el cadalso. Los republicanos tenian en su poder á los dos hijos de Carlos, la princesa Isabel y el duque de Glocester, de edad de tres años, que fueron conducidos á su presencia. El monarca tomó al duque en sus rodillas, y le dijo: «Se va á cortar la cabeza á tu padre; acaso se trata de hacerte rey, pero no puedes serlo mientras vivan tus hermanos mayores, Carlos y Santiago.» El niño respondió: «Primero me dejaré hacer pedazos.» El padre abrazó al huérfano, derramando lágrimas de ternura. Cromwell, que se reservaba la corona, queria hacer del duque de Glocester un mercader de botones. El rey Luis XVIII, niño aun, y su noble hermana recibieron despues en el Temple las bendiciones de Luis XVI.

Un comité nombrado por el tribunal habia elegido el lugar de la ejecucion: el patíbulo se erigió delante del palacio de Whitehall, al nivel de la sala de los

banquetes. A consecuencia de esta disposicion, Carlos debia hallarse á pié llano con su nuevo trono al salir por las ventanas. La mano de Dios habia escrito en las paredes de esta sala de los festines, la ruina del imperio de los Estuardos (1).

El rey habia pedido la asistencia del obispo Juxon, virtuoso defensor de Sltraffodr, y le fue concedida por la mediacion de Peters, el predicante fanático, que tanto se asemejaba á los clérigos de París en tiempo de la Liga. Herberto, que no se separaba de su señor, se acostaba en un camastro inmediato á su lecho.

En la noche del 29 al 30 de enero, el rey durmió profundamente hasta las cuatro de la madrugada. Entonces despertó á Herberto y le dijo: «Ha llegado el dia de mi segundo matrimonio; necesito, pues, un traje digno de esta solemnidad.» Indicó el vestido que queria llevar, y se puso dos camisas á causa del rigor de la estacion. «Si temblase de frio, dijo, mis enemigos lo atribuirian á miedo.»

Habiendo advertido Carlos que Herberto habia tenido un sueño agitado, le preguntó la causa. «He »soñado, dijo aquel, que veia entrar al arzobispo »Laud en vuestro aposento, y que habiéndole dado la »órden de acercarse á vuestra persona, le habeis »hablado con aire triste. El arzobispo exhaló un pro»fundo suspiro, y se retiró inclinando la cabeza.» Cralos asombrado por este sueño, replicó: «Ese arzo»bispo no existe ya; pero si viviese le hubiera dicho »algunas cosas que le habrian hecho suspirar.»

El monarca pasó algunas horas en oracion con el obispo, y recibió la comunion de manos de este verdadero amigo de Dios. El republicano Ludlow desfiguró esta escena patética, refiriendo que Juxon, llamado por Carlos, vistió con premura sus vestiduras pontificales, y que no teniendo ningun discurso dispuesto al efecto, leyó á su penitente uno de sus antiguos sermones. Las Memorias de Clery, falsificadas por órden de los interesados, alteran las palabras del rey mártir, y satirizan los rasgos de la virtud y del infortunio.

Herberto volvió á entrar en la cámara del rey, y poco despues el coronel Hacker fue á anunciar que era tiempo de partir para Whitehall.

Carlos, vestido de luto, adornado con el collar de San Jorje, y con un sombrero con una pluma negra en la cabeza (así se habia vestido Falkland para morir), salió á pié del palacio de San James el 30 de enero de 1649, á las ocho de la mañana, y atravesó el patio entre dos filas de soldados: sus servidores y carceleros, y el mismo coronel Thomlinson, gefe de su guardia fúnebre, le acompañaban con la cabeza descubierta: el respeto era igual á la grandeza de la víctima.

El rey entró en su palacio de Whitehall, donde se le habia preparado un banquete, pero solo tomó un poco de pan y vino; y aun esto por consejo de Juxon. Dos horas trascurrieron antes de ser llamado al suplicio, no habiendo podido formarse sino vagas conjeturas acerca de esta misteriosa dilacion.

Los embajadores de Holanda llegaron á Londres el 25 de enero, y no recibieron audiencia de los Comunes hasta la noche el 29, víspera de la catástrofe.

Seymour se hallaba entre ellos, y era portador de dos cartas del príncipe de Gales, una dirigida al rey y la otra á Fairfax, y ademas llevaba consigo una firma en blanco del príncipe, Seymour estaba autorizado á declarar que los parlamentarios podian escribir en él todas las condiciones que estimasen oportuno imponer para el rescate de la vida del preso; y el nombre del heredero de la corona, escrito al pié de estas condiciones, seria la garantía de su plena y entera aceptacion. Este incidente puede suscitar dudas, y si hubiese ocurrido con algunos dias de antelacion, hubiera quizá salvado al rey. Sea de esto lo que quiera, es cierto que se deliberó al pié del cadalso, y que el sacrificio se suspendió dos horas, por razones de que no tenemos noticia. Hallamos una prueba singular de la irresolucion de los conjurados hasta el último momento.

Fairfax, que se encontraba en Whitehall durante la ejecucion, se habia negado á pertenecer al número de los jueces; habíase opuesto á la sentencia, y lady Fairfax con mayor energía que él, habia amenazado con sublevar los soldados de su regimiento, y solo fue engañado, como hemos visto, por las chocarrerías de Cromwell. Hallóle Herberto rodeado de algunos oficiales en un corredor de Whitehall, y Fairfax le dijo al verle: «¿Cómo sigue el rey?» pregunta que causó no poca sorpresa á Herberto. ¿Deberemos creer que Fairfax imaginaba que no seguian las negociaciones? ¿O es que ignoraba el verdadero estado de las cosas? La rectitud sin luces naturales produce los mismos resultados que la perversidad, porque sino consuma los hechos, deja consumarlos, y su propia conciencia le tiende unos lazos de que no sabe desasirse.

Acaso la demora de que hablamos provino de la dificultad de hallar verdugos, y de vestirlos con traje adecuado á la escena. El proceso formado por los regicidas, demuestra que no se sirvieron del verdugo ordinario; que habiendo sido llamados bajo juramento, todos los soldados de un regimiento se negaron á prestar sus brazos á esta obra; y que Hulet, oficial acusado en el proceso de haber sido el verdugo, sostuvo en su defensa que se le habia mantenido preso en Whitehall por haber rehusado el hacha de honor de los regicidas.

El coronel Thomlinson tuvo la humanidad de permitir á Seymour que entregase á Carlos la carta de su hijo. Seymour recibió las últimas instrucciones del monarca para el príncipe de Gales. No bien se hubo retirado, cuando entró el coronel Hacker, que iba á anunciar al monarca que habia llegado su postrer momento.

Carlos le siguió sin titubear, y atravesó acompañado de Juxon, una dilatada galería ocupada por soldados; estos se mostraban harto cambiados, y en su aspecto se echaba de ver la parte que al fin tomaban en tan alto infortunio. El rey salió por la extremidad de la galería, y se halló de repente sobre el cadalso: sonaban á la sazon las diez y media.

El patíbulo estaba cubierto de negro. Dos verdugos enmascarados, misteriosos fantasmas que aumentaban el terror de la catástrofe, se mantenian en pié al lado del tajo sobre el cual se veia brillar el hacha: los dos estaban igualmente vestidos con trajes de carnicero, especie de saco ó blusa estrecha de lana blanca: el uno, de negro cabello y barba, llevaba un sombrero con ala caida; el otro ostentaba una larga barba parda, y en su cabeza una peluca del mismo color, cuyos pelos colgaban en desórden sobre la máscara. Cuatro argollas de hierro fijas en el patíbulo, estaban destinadas á pasar por ellas unas cuerdas que obligasen al rey á poner su cabeza sobre el tajo en caso que opusiese resistencia: así los antiguos sacrificadores ataban el toro al altar. Varios regimientos de caballería é infantería, con casacas encarnadas, rodeaban el cadalso, y un pueblo numeroso, colocado fuera del alcance de la voz de su soberano, se agrupaba en silencio á espalda de las tropas.

Dominaba Carlos aquel formidable espectáculo desde lo alto del fúnebre monumento, y en sus miradas se advertian cierta intrepidez y serenidad. No pudiendo hacerse oir de la multitud, habló de toda clase de negocios á las personas que le rodeaban, no mostró zozobra ni prisa al aspecto de la muerte, y hubiera podido creersele un hombre ocupado en su aposento

(1) Algunas Memorias dicen que se habia practicado una abertura en la pared.

de la accion mas comun, mientras sus domésticos le preparaban su lecho.

Aquella noche se vendió en las calles de Londres una relacion popular de los últimos momentos del rey, llena de esos pequeños pormenores de que tanto gustan los ingleses. En estos retratos hechos sobre el modelo vivo, brillan una sencillez y una naturalidad que todas las copias del mundo no alcanzan á reproducir. Hé aquí esta relacion, en la que se advertirá la libertad de espíritu de Carlos, y sus discursos mezclados de controversia religiosa y política; el régio orador parecia olvidar que estaba allí para morir, y solo sus paréntesis relativos al hacha, revelaban que se acordaba de todo. Y admiraráse tambien en esta relacion el dolor de los concurrentes, y hasta el respeto del verdugo, pues Hulet, velado el rostro con su antifaz de barba parda, no dió el golpe sino por órden del único que tenia derecho de dictársela.

Nos servimos de la traduccion francesa de este documento, hecha en 1649, y no menos sencilla que el original.

RELACION VERIDICA

DE

LA MUERTE DEL REY DE LA GRAN-BRETAÑA,

CON LA ARENGA DIRIGIDA POR S. M. DESDE EL PATÍBULO, INMEDIATAMENTE ANTES DE SU EJECUCION.

«El dia 29 de enero, á las diez de la mañana, el rey fue conducido desde San James á pié por el interior del patio, en medio de un regimiento de infantería, tambor batiente y banderas desplegadas, con su guardia ordinaria, armada de partesanas, precediéndole y siguiéndole algunos de sus gentiles-hombres con la cabeza descubierta; el señor Juxon, doctor en teología, y poco antes obispo de Londres, le seguia, y el coronel Thomlison, encargado de la custodia de S. M., le hablaba con la cabeza tambien descubierta, desde el parque de San James á través de la galería de White-hall hasta la cámara de su gabinete, donde acostumbraba dormir y hacer sus oraciones; habiendo llegado á la citada galería, se negó á comer, pues habiendo comulgado una hora antes, habia bebido luego un vaso de vino y comido un poco de pan.

»Desde allí fue acompañado por el señor Juxon, el coronel Thomlinson y algunos otros oficiales encargados de seguirle, y por su guardia de corps, rodeado de mosqueteros, desde la sala del banquete inmediata al cadalso, que se alzaba cubierto de negro, con el hacha y el tajo en medio. Muchas compañías de caballería y de infantería estaban colocadas á entrambos lados del cadalso, y á su espalda se agolpaba el pueblo, deseoso de presenciar el espectáculo. Habiendo el rey subido al patíbulo, miró detenidamente el hacha y el tajo, y preguntó al coronel Hacker si lo habia mas alto; luego habló en los términos siguientes, dirigiendo particularmente sus palabras al coronel Thomlinson:

»Muy poco tengo que decir; por esto me dirijo á vos, y os diré que callaría muy gustoso á no temer que mi silencio diese á algunos motivos para creer que sufro la falta con tanta indiferencia como el castigo; pero creo que para sincerarme para con Dios y mi país debo justificarme como buen cristiano y buen rey, y finalmente como un hombre de bien.

»Empezaré hablando de mi inocencia, y en verdad no creo me sea necesario hablaros largo rato sobre el particular. Todo el mundo sabe que no he roto la guerra con las dos cámaras del Parlamento; y pongo por testigo á Dios, á quien pronto habré de dar estrecha cuenta, que nunca he intentado usurpar sus privilegios; por el contrario, ellos inauguraron la discordia, apoderándose de los arsenales; confiesan que me pertenecen, pero juzgan que ha sido necesario arrebatármelos; y para reasumir, diré que si alguno quiere confrontar las fechas de las diputaciones de sus diputados con las de los mios, verá con toda claridad que ellos han empezado estas fatales disensiones y no yo; así es que espero que Dios vengará mi inocencia... No! no quiero que esto acontezca! Tengo caridad, y no quiera Dios que yo impute la falta á las dos cámaras del Parlamento; no es necesaria la una ni la otra, y las juzgo exentas de todo crímen, porque creo que los malos ministros de su parte y de la mia, han sido los principales causantes de la sangre derramada. Bien examinado todo, así como yo me conceptúo libre de culpa, espero (y pido á Dios que así sea), que ellas lo estén igualmente. No obstante, no permita Dios que yo sea tan mal cristiano que no confiese que los juicios de Dios son justos contra mí, pues muchas veces castiga justamente por medio de una venganza injusta, como lo vemos con harta frecuencia. *Diré únicamente que una sentencia injusta que he permitido ejecutar* (1), *es castigada en este momento por otra, tambien injusta, dictada contra mí.* Lo que he dicho hasta aquí tiene por objeto demostraros mi inocencia.

»Ahora, para haceros ver que soy buen cristiano, ved aquí á un hombre justificado (*mostrando con el dedo al señor Juxon*), que dará testimonio de que he perdonado á todo el mundo, y en particular á los autores de mi muerte; Dios sabe quienes son, y le ruego les perdone. Pero esto no basta: es preciso que mi caridad vaya mas lejos: deseo que se arrepientan, porque verdaderamente han cometido un enorme pecado en este caso. Pido á Dios con San Estéban que no reciban el castigo; y no solo esto, sino que puedan hallar el verdadero medio de restablecer la paz en el reino; porque la caridad me manda perdonar, no solo á los particulares, sino procurar, hasta mi último suspiro, consolidar la paz en el reino.

»Así, señores, lo deseo con toda mi alma, y espero que hay aquí algunos (2) que lo harán conocer á todo el país, para ayudar á esta pacificacion.

»Ahora, señores, debo haceros ver que estais en un mal camino, y colocaros en otro mejor. En primer lugar, para probaros que os desviais de la justicia, os diré que todo lo que habeis hecho ha sido, á mi parecer, por via de conquista; ciertamente esta es una pésima via, porque una conquista, señores, nunca es justa sino se apoya en alguna buena y legítima causa, ya sea esta algun agravio recibido, ya algun indisputable derecho; y en tal caso, si os excedeis de esto, la primera contestacion que aventurais hace vuestra causa injusta al fin, aunque al principio no lo fuese; mas si solo es por conquista, cometeis un gran robo; recordad que un pirata acusó un dia á Alejandro de ser un ladron en grande, siendo así que él se daba por contento con ser un ladron en pequeño. De manera, señores, que el camino que ahora emprendeis me parece muy desacertado, y estad seguros de que para poneros en otro mas seguro, nunca hareis bien ni Dios os asistirá sino dais á Dios lo que es de Dios y al rey lo que es del rey (quiero decir á mis sucesores), y al pueblo lo que le pertenece. Yo amo al pueblo tanto como vosotros. Debeis dar á Dios lo que es de Dios, arreglando rectamente su Iglesia (segun la Escritura), pues hoy está en gran desórden. No puedo deciros detalladamente en este momento cual sea esa via; os diré únicamente que seria oportuno reunir un sínodo nacional, donde todos pudiesen discutir con entera

(1) La sentencia de muerte del conde de *Strafford*.
(2) Volviéndose hácia algunos gentiles-hombres que anotaban lo que decia.

libertad, siendo admitidas las opiniones que pareciesen evidentemente buenas.

»Por lo que respecta al rey, en verdad no puedo... Luego, volviéndose á un noble que tocaba el hacha, le dijo: «No deterioreis el hacha. (1) Por lo que respecta al rey las leyes del reino os instruyen claramente; y no obstante, solo os diré una palabra relativamente á mi persona.

»En cuanto al pueblo, deseo tanto como el que mas su libertad y emancipacion; pero debo deciros que estas deben ser conservadas por las leyes que garantizan la vida y las fortunas; no es esto decir que el pueblo tenga parte en el gobierno, pues esto no le pertenece. Un soberano y un vasallo son muy diferentes entre sí; y no obstante, hasta que hagais esto (quiero decir, que deis al pueblo esta especie de libertad), ciertamente no disfrutarán de ella.

»Señores: por este motivo me hallo aquí. Si hubiera querido dar lugar á un arbitraje para cambiar las leyes, segun el poder de la espada, hubiera podido evitar esto; y no obstante os digo (y pido á Dios desvie su castigo de vuestras cabezas), que soy martirizado por el pueblo.

»En verdad, señores, no os entretendré mucho tiempo: únicamente os diré que hubiera podido pedir algun tiempo para coordinar todo esto y presentarlo mejor; espero, sin embargo, que disimulareis este desaliño.

»He descargado mi conciencia, y pido á Dios que adopteis los medios mas á propósito para el bien del reino y para vuestra propia salvacion.»

»Entonces el señor Juxon dijo al rey: «¿Gusta V. M. decir algo para la satisfaccion del pueblo, aunque vuestra adhesion á la religion es harto notoria?»

«—Os doy gracias con todo mi corazon, monseñor, porque casi lo habia olvidado. En verdad, señores, creo que mi conciencia y religion son bien conocidas de todo el mundo: no obstante, declaro en presencia de todos vosotros que muero cristiano profesando la religion de la Iglesia anglicana, tal cual me la ha dejado mi padre, y creo que este recto varon (señalando al señor Juxon), dará testimonio de ello.»

»Luego, volviéndose á los oficiales les dijo: «Escusadme en esto: mi causa es justa y mi Dios es bueno; no diré mas.»

»Luego dijo al coronel Hacker: «Procurad, si sois servido, que no se me atormente mucho.»

»Como en aquel momento se acercase un gentilhombre al hacha, el rey le dijo sobresaltado: «Cuidado con el hacha! cuidado con el hacha!»

»Dirigiéndose luego al ejecutor, dijo: «Haré una oracion breve, y cuando extienda los brazos...»

»Esto dicho, pidió su gorro de dormir al señor Juxon y habiéndoselo puesto dijo al ejecutor: «¿Os molestan mis cabellos?» El ejecutor le pidió los ocultase bajo el gorro, lo que él hizo ayudado del obispo y del mismo ejecutor. Luego, volviéndose otra vez al señor Juxon, repitió: «Mi causa es justa y mi Dios es bueno.»

»—Solo falta ya un paso, que aunque muy triste es muy corto, y podeis considerar que os llevará en breve muy lejos; él os trasladará de la tierra al cielo, donde hallareis gran alegría y consuelo.»

»—Voy á trocar una corona corruptible por otra imperecedera, en la que no puede haber turbacion mundana.»

»—Cambiareis una corona temporal por otra eterna: ¡hermoso cambio!»

»El rey preguntó al ejecutor: «¿Están bien mis cabellos? Dejó caer su manto y dió su cordon azul, distintivo de la Orden de San Jorge, al señor Juxon diciéndole: «Recibid esta memoria.»

»Despojóse luego de su ropilla, y volviendo á colocar el manto sobre sus hombros, miró al tajo y dijo al ejecutor: «Es preciso que lo sujeteis bien.»

»—Está bien sujeto.»

»—Hubiera podido hacerse uno mas alto.»

»—No puede serlo mas, señor.»

»—Cuando extienda los brazos, entonces...

»Pronunció en pié y con voz baja tres ó cuatro palabras, dirigiendo al cielo las manos y los ojos; arrodillóse bruscamente y puso su cuello sobre el tajo; entonces el verdugo volvió á colocar sus cabellos debajo del gorro; y el rey, creyendo que iba á descargar el golpe, le dijo: «Esperad la señal.»

»—Así lo haré, si V. M. lo desea.»

»Despues de una breve pausa, el rey extendió sus brazos. El ejecutor separó de un golpe la cabeza, y tomando esta en su mano la mostró á los espectadores: el cadáver del rey fue depositado en un cofre, forrado al efecto de terciopelo negro, y que ahora se halla en su aposento de Whitehall.»

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI.

(*Fin de la relacion.*)

Clarendon refiere que el cadáver del rey, que se veia en la noche de la ejecucion en su *aposento de Whitehall*, no pudo ser hallado á la restauracion de Carlos II. No obstante, Herberto habia escrito positivamente que la inhumacion habia tenido lugar en Windsor en la cueva del coro de la capilla de San Jorge, donde descansaban los restos de Enrique VIII y de Juana Seymour. Trabajando los operarios en esta capilla en 1813, abrieron casualmente la cueva. El príncipe regente, mas tarde Jorge IV, mandó practicar investigaciones cuyo resultado fue descubrir un ataud de plomo, sobre el cual se veia una plancha de metal con estas palabras CARLOS, REY; esto estaba enteramente conforme con la relacion de Herberto.

Levantóse la tapa, y despues de haber quitado un lienzo impregnado en una materia crasa, dejóse ver el rostro de un difunto cuyas desfiguradas y confusas facciones se asemejaban al retrato de Carlos I. Segun el proceso verbal de sir Enrique Halford, la cabeza del cadáver separada del tronco, tenia los ojos medio abiertos, y se pudo empapar un pañuelo blanco en una sangre aun bastante líquida. Este testigo extraordinario, de regreso del sepulcro, despues del asesinato de Luis XVI, ha venido á revelar las faltas de los reyes, las demasías de los pueblos, el transcurso del tiempo, el íntimo enlace de los acontecimientos, y la complicidad del crímen de 1649 con el de 1793.

Es notable la omision de que adolece la relacion popular de la ejecucion de Carlos, pues no habla de la máscara de los verdugos. El regicida Ludlow guarda tambien silencio sobre el particular. La hoja volante de que se trata no pudo ser vendida en las calles de Londres sino despues de haber pasado por la censura de los vencedores. Ahora bien: ó los verdugos disfrazados eran una horrorosa saturnal, ó la confesion de que se habia perpetrado un asesinato en una cabeza que ningun ser con rostro humano tenia el derecho de tocar.

Para llegar á la fatal ejecucion, Cromwell habia necesitado esos gritos y esas lágrimas que, contrariándose en él, delataban su mútua hipocresía; y mostrándose franco despues del golpe, hízose abrir el féretro, y se cercioró, tocando la cabeza de su rey, que estaba realmente separada del cuerpo, y aun observó que un hombre de tan buena complexion hubiera podido vivir mucho tiempo. El terrible Cromwell, oscuro y desconocido como el destino, armado en aquel momento del inexorable poder de este, se complacia en la victoria alcanzada por él sobre un monarca y sobre la naturaleza.

(3) Queria decirle que no mellase el filo.

Sus compañeros de asesinato, que no participaban de su seguridad y alegría, apresurábanse á abandonar aquella sangrienta escena. El principal verdugo, Hulet, capitan de caballería en el regimiento del coronel Hewson, deseoso de atravesar el Támesis, se arrojó en la barca de un marinero llamado Smith, que fue obligado por unos mosqueteros á tomarlo á su bordo. Habiéndose alejado de la orilla, Smith dijo al siniestro pasajero: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?—No, respondió Hulet; y esto es tan cierto como que soy pecador delante de Dios.» Y temblaba de piés á cabeza. Smith replicó sin dejar de remar: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?» Hulet negó de nuevo, y contó que le habian tenido preso en Whitehall, pero que se habian apoderado de sus *instrumentos*. Smith le dijo: «Echaré á pique mi barca, sino me dices la verdad.» La cabeza del monarca habia sido pagada á Hulet en cien libras esterlinas. «Yo probaré que tu has dado el golpe,» le dijo el abogado general Turner, cuando se instruyó el proceso de los regicidas, «y te arrancaré tu máscara.»

LA REPUBLICA Y EL PROTECTORADO.

1649 – 1658.

La ejecucion de Carlos produjo dos resultados en Inglaterra.

Por una parte, los hombres de bien quedaron consternados; hubo dolores profundos y muertes repentinas causadas por ellos; y como la nacion era religiosa, hubo tambien remordimientos. El *Eikon Basiliké* hizo echar de menos á Carlos I, bien así como el testamento de Luis XVI hizo admirar á este. El *Eikon Basiliké* no era de Carlos; el doctor Gauden es considerado actualmente como su autor. Milton acometió la odiosa tarea de ilustrar este punto de crítica, pero á pesar de toda la sublimidad de su genio, apoyado en la verdad del hecho, no pudo triunfar de una suposicion gratuita, obra de un espíritu vulgar, pero cimentada en la verdad de la desgracia.

¿Qué queda hoy en Inglaterra de todos aquellos dolores? Una ceremonia establecida por Carlos II, que se celebra anualmente el 30 de enero. Hay obligacion de ayunar, pero nadie ayuna; ciérranse los espectáculos, pero el público se divierte en salones y tabernas; ciérrase tambien la Bolsa con no pequeño disgusto de los especuladores, á quienes importa poco hallar la cabeza de un rey en el camino de su fortuna ó de su ruina. Los siglos no adoptan estos legados de luto, porque tienen que llorar hartos males propios, sin encargarse ademas de derramar lágrimas hereditarias.

Por otra parte, en los tres reinados posteriores á la muerte de Carlos I, se esparció suma confusion, pues cada cual tenia un plan de república y de religion. Los millenarios, ó los hombres de la quinta monarquía, pedian la ley agraria y la abolicion de toda forma gubernamental, á fin de esperar el próximo gobierno de Cristo, y no conocian otra Carta que la Escritura. Los Antonianos pretendian que la ley moral estaba destruida, y que todos debian guiarse en lo sucesivo por sus propios principios, y no por las antiguas nociones de justicia y de humanidad; reclamaban la libertad de hacer cuanto les viniese á las mientes: la fornicacion, la embriaguez y la blasfemia, entraban en su opinion en las vias del Señor, puesto que este es quien habla en nosotros. Ni estaban lejos de hacerse turcos, pues se complacian en la lectura del Alcoran, recien traducido. Los cuáqueros y especialmente las cuáqueras, pasaban tambien por una secta mahometana. Los políticos tronaban contra toda especie de culto, y querian que el poder no reconociese ninguna religion particular; otros pretendian refundir las leyes civiles y borrar completamente lo pasado. Despojados de sus bienes y sus honores, los obispos gemian en las cárceles, mientras los presbiterianos veian el fruto de la revolucion sembrada por ellos, y recogido por los independientes, los agitadores y los niveladores.

Eran estos de muchas especies: unos los *escavadores* y *desarraigadores*, se apoderaban de los matorrales, y de los campos en barbecho; otros, los *guerreros* y los *turbulentos*, sublevaban los soldados ó se hacian ladrones en los caminos reales: todos pedian la disolucion del parlamento Largo y la convocatoria de otros. En esta completa disolucion social, en medio de las horcas y de los cadalsos que se levantaban para castigar el vicio y la virtud, no habia ningun partido decisivo; y merced á una especie de buena fe que la anarquía dejaba en libertad, era muy comun oir á los republicanos hablar de poner á Carlos II á la cabeza de la república, y á los realistas declarar que la república era acaso el mejor gobierno.

Subsistian, no obstante, en Londres dos principios de gobierno y de administracion, el *rump* y el consejo de los oficiales que habia subyugado ya á aquel.

Examinóse primero si la cámara de los Pares formaba parte integrante del poder legislativo; y á despecho de la opinion de Cromwell, que movido por sus intereses queria retener su dignidad de par, decidióse que la cámara hereditaria era inútil y peligrosa, quedando decretada su disolucion. La monarquía no corrió mejor suerte; empero el corregidor de Londres se negó á proclamar el acta de la abolicion del poder real.

Una vez trasformado en república el reino de Inglaterra, se acuñó un nuevo y grande sello, que representaba por el anverso la cámara de los Comunes con esta inscripcion: *Gran sello de la república de Inglaterra*; en el reverso se veian una cruz y un harpa, armas de Inglaterra y de Irlanda, con esta leyenda: *Dios con nosotros*; y en el exergo se leia: *Año primero de la libertad, por la gracia de Dios*. 1649. ¡Aciaga es para la libertad la fecha de un crímen!

Cinco miembros de los Comunes, entre ellos Ludlow, recibieron el encargo de componer un consejo de Cuarenta, al que fue confiado el poder ejecutivo. Este comité de los Cinco presentó treinta y cinco candidatos, á los que se agregó el comité de los Cinco. Este fue ademas encargado de examinar la conducta de los parlamentarios que no habian asistido á Westminster durante el proceso del rey.

Era muy natural inmolar víctimas en honor de los funerales de un príncipe; el duque de Hamilton, el conde Holland y lord Capell, presos á la sazon, fueron decapitados: el primero, contra el derecho de gentes, los dos últimos contra el de la guerra. Todos los partidos lloraron la muerte de lord Capell, de quien hizo Cromwell un magnífico elogio, asegurando al mismo tiempo que se le debia sacrificar á causa de su misma virtud. Ya en el cadalso, el noble par preguntó al ejecutor: «¿Has cortado la cabeza de mi señor?—Si, replicó el verdugo?—¿Dónde está el instrumento que descargó el golpe?» El verdugo le mostró el hacha.—«¿Estás seguro de que es la misma?» volvió á preguntar lord Capell; y habiendo obtenido una respuesta afirmativa, tomó el hacha, besóla con respeto y la devolvió al ejecutor, diciéndole: «¡Miserable! ¿Cómo osaste manejarla?» El verdugo respondió: «Me vi obligado á cumplir mi oficio, y recibí treinta libras esterlinas por mi trabajo.»

El verdugo mentia y se jactaba de una victoria ajena, pues no habia manchado ni santificado sus manos y su hacha en la sangre de su rey. Aquel hombre, llamado Brandon, era el verdugo ordinario; y nadie le habia llamado (ó tal vez habia renunciado por temor su ministerio), á la gran ejecucion. Cuando cesó el miedo, se anunció la vanidad, y Brandon pensó en salvar sus derechos y su *honor*: la misma noche de al

muerte de Carlos, Brandon dijo en una taberna las palabras que repitió á lord Capell, envaneciéndose de un crímen que no habia perpetrado.

Lord Capell entregó su cabeza, despues de haber declarado que moria por Carlos I, por su hijo Carlos II, y por todos los herederos legítimos de la corona.

El *rump*, fingiendo contemporizar con la opinion pública, se ocupó al parecer, de su disolucion, y buscó los principios segun los cuales pudiera elegirse un nuevo parlamento. El *rump* no era sincero, pues su único objeto era perpetuarse, esperando los acontecimientos.

Sin embargo, el conde de Ormond, lord Inchiquin y el general Preston habian sublevado la Irlanda, donde Monk, que defendia á Dundalk por el Parlamento, habia capitulado.



ÚLTIMA ENTREVISTA DE CARLOS I CON SUS HIJOS.

Cromwell, á pesar de las pretensiones de Lambert y de Fairfax, fue encargado del gobierno civil y militar de Irlanda, á donde partió acompañado de Ireton, su yerno, despues de haber buscado al *Señor* delante de Harrison, y de haber explicado las Escrituras.

Llegó, pues, á la citada isla al frente de diez y siete mil veteranos y una guardia particular, compuesta de ochenta hombres, todos oficiales. Tredall fue tomada por asalto, el mismo Cromwell subió á la brecha, y todos los irlandeses perecieron, incluso su gefe sir Arturo Asthon. Este antiguo militar llevaba una pierna artificial, que se creia ser de oro; por esta razon, los soldados republicanos se disputaron aquella pierna

realista, que no era otra cosa que el tesoro de madera del honor y de la fidelidad.

Wexford fue saqueada, Goran entregada por los soldados, y los oficiales fueron fusilados. Kilkenny. Youghall, Coke, Kingsale, Colonmell, Dungarvan y Carrick se sometieron. Cromwell é Ireton llevaron á la Irlanda, como lo habian anunciado, el exterminio y el infierno.

Cromwell, en medio de sus victorias, fue llamado para rechazar á los escoceses, que se habian decidido á reconocer los derechos de Carlos II; y aunque habian ahorcado al realista Montrosse, porque no era *convenantaire*, se mostraban realistas. Nada es mas frecuente en las discordias civiles que estas inconsecuencias de los partidos.

Las negociaciones entre Carlos II y los escoceses habian sido interrumpidas muchas veces, hasta que al fin, privado el rey de todo recurso, se habia dirigido



EJECUCION DE CARLOS I.

á Edimburgo, donde habia recobrado el cetro de María Estuardo, á condicion de publicar esta deshonrosa declaracion:

«Que su padre habia pecado tomando esposa en una familia idólatra;

»Que la sangre derramada en las últimas guerras debia ser imputada á su padre;

»Que le causaban profundo dolor la mala educacion que se le habia dado y las preocupaciones que le habian sido inspiradas contra la causa de Dios; preocupaciones cuya injusticia conocia ya;

»Que toda su vida anterior habia sido una serie continua de enemistad contra la obra de Dios;

»Que se arrepentia de la comision dada á Montrosse, y de todas sus acciones que hubieran podido escandalizar;

»Que protestaba ante Dios que era sincero en esta declaracion, y que se atendria á ella hasta su último suspiro, así en Escocia é Inglaterra, como en Irlanda.»

No obstante, Carlos II no carecia de honor y denuedo, pues siendo aun jóven, habia combatido en defensa de su padre, al frente de las fuerzas de mar y tierra. Pero era el príncipe menos á propósito para oir seis sermones de presbiterianos todos los dias. Cuando abrumado por tales predicaciones, buscaba alguna distraccion, no podia salir de Edimburgo sin que ofendiesen su vista los mutilados miembros de Montrosse, clavados á las puertas de la ciudad. Montrosse habia deseado al morir, que su cuerpo fuese dividido en tantos trozos cuantas eran las ciudades de los tres reinos, para que en todas partes se hallasen testigos de su fidelidad. Uno de sus brazos fue expuesto en un cadalso en Aberdeen, pero los habitantes lo sustrajeron furtivamente y lo ocultaron; y habiéndolo colocado despues de la Restauracion, en una caja de terciopelo carmesí bordado de oro, la pasearon en triunfo por toda su ciudad.

Cromwell marchó contra los escoceses á la cabeza de diez y ocho mil hombres, y atacándoles en Dunbar, los derrotó el 31 de setiembre de 1650. El año siguiente, despues de haber conquistado una parte de la Escocia, siguió la pista de Carlos II, que habia avanzado por Inglaterra con un ejército, y le alcanzó en Worcester. El genio tan fatal al padre, no lo fue menos al hijo: el 3 de setiembre de 1651, aniversario de la batalla de Dunbar, se empeñó el combate, en el que dos mil realistas perdieron la vida, siendo vendidos como esclavos ocho mil prisioneros. Esta odiosa costumbre de traficar con los hombres, vuelve á hallarse en el reinado de Jacobo II.

El jóven rey huyó y se cortó el cabello, temiendo como Absalon, ó como los tres reyes cabelludos, ser reconocido por el hermoso adorno de su cabeza. Este príncipe nos ha dejado la narracion de sus aventuras; su disfraz de carnicero; su tentativa para entrar en el Pais de Gales con el pobre Pendrell; el dia que pasó con el coronel Careless en la copa de una encina que recibió el nombre de encina real; sus aventuras en casa de un noble llamado Lane, en el condado de Strafford; su viaje á Bristol, viaje que hizo á caballo llevando á la grupa la hija de su huésped; su llegada á casa M. Norton; su encuentro con uno de los capellanes de la córte, que miraba jugar á los bolos, y con uno de sus antiguos servidores que le nombró anegado en lágrimas; su ida á casa del coronel del Windham; el peligro que corrió por la sagacidad del mariscal, que examinando los piés de los caballos, aseguró que uno de ellos habia sido herrado en el Norte; y por último, el embarco de Carlos en Brighthelmstone y su desembarco en Normandía, hicieron de aquellos momentos de la vida de este príncipe un asunto de gloria romancesca, que luchó con la gloria histórica de Cromwell. Ludlow se limita á decir que Carlos huyó con mistriss Lane.

Cromwell volvió triunfante á Londres, y el Parlamento envió á su encuentro una diputacion.

El general regaló á cada uno de los enviados un caballo y dos prisioneros. Los historiadores no han observado este rasgo de costumbres, que distingue á los ingleses de aquella época de todos los pueblos cristianos de la Europa civilizada, y los acerca á los pueblos orientales. Monk, á quien Cromwell habia dejado en Escocia, acabó de someterla. El reino de María Estuardo quedó reunido á la Inglaterra, por acta del *rump* lo que no habian conseguido los mas poderosos monarcas de la Gran-Bretaña.

A la par que el cuerpo legislativo era objeto del público desprecio, habia mostrado vigor y talento el consejo ejecutivo: esto ocurrió tambien en Francia, bajo los famosos comités emanados de la Convencion. Las tierras del clero habian sido puestas en venta, no menos que los dominios de la corona, así en Inglaterra como en Escocia. Las propiedades nacionales, valuadas primero al precio de diez años de su arriendo anual, llegaron á tener, merced á las victorias de la república, un valor de quince, diez y seis y diez y siete años de su arriendo líquido; los bosques se vendian á parte. Los realistas cuyos bienes habian sido secuestrados ó confiscados, obtenian su devolucion ó desembargo mediante una suma mas ó menos cuantiosa, pagada en moneda contante; y un tributo de ciento veinte mil libras esterlinas bastaba con estas diferentes cantidades, para subvenir á las necesidades del Estado.

Todas las potencias de Europa habian reconocido la república, habiendo sido la España la primera en dar este paso. La Irlanda estaba subyugada y la Escocia sometida y agregada á la Inglaterra; una escuadra á las órdenes del famoso Roberto Blake, que de coronel habia pasado á ser almirante, protegia los mares de las islas Británicas; y otra flota cruzaba las costas de Portugal, bajo el pabellon de Eduardo Popham. Las Indias Occidentales, las Barbadas y la Virginia, que se habian insurreccionado, fueron reducidas á la obediencia. La célebre acta de navegacion, propuesta por el Consejo de Estado al Parlamento en 1651, y que adquirió el carácter ejecutorio el 1.° de diciembre del mismo año, no es, como se ha escrito mil veces, obra de la administracion de Cromwell, sino de la república, antes del establecimiento del Protectorado. Esta acta hizo estallar la guerra entre la Holanda y la Gran-Bretaña en 1652. Blake, Aiskew, Monk y Dean, sostuvieron en once combates, desde el 17 de mayo de 1652, hasta el 10 de agosto de 1653, el honor del pabellon inglés contra Tromp, Ruyter, Van Galen y de Witte.

Las clases populares, que suben á impulso de las revoluciones á la superficie de la sociedad, imprimen por un momento á los pueblos envejecidos una extraordinaria energía; pero como en ellas la ignorancia y la pobreza han conservado toda su fuerza, no tardan en corromperse una vez encaramadas en las altas regiones del poder, pues llegando á él con necesidades apremiantes y apetitos excitados durante mucho tiempo por la miseria y la envidia, prohijan y exageran los vicios de los magnates á quienes substituyen, sin tener la educacion que por lo menos los atenua. Una nacion que se renueva, digámoslo así, por la invasion de una especie indígena de bárbaros, conserva pocos dias su energía; y no siendo mas jóven por su naturaleza sino por meros accidentes, y no renovándose las costumbres como los poderes, en tanto que aquellas no cambian, nada en estos presenta estabilidad y solidez.

No dejó Cromwell de observar que aquel resto de asamblea, sometida y abyecta al principio, empezaba á mirar con recelo el poder que habia adquirido. La autoridad dictatorial de los campamentos habia hecho que el futuro usurpador se disgustase de la autoridad legal, pues su ambicion, no menos que su carácter y su genio, le impelian al poder supremo.

Habia intrigado mucho tiempo entre los diferentes partidos, mostrándose alternativamente presbiteriano, nivelador, y hasta realista, pero buscando siempre su apoyo en el ejército, dominado por el espíritu republicano, en cuanto es posible que semejante espíritu prevalezca en la milicia. Los oficiales aspiraban á la igualdad y á la libertad, sin olvidar la fortuna, los honores y el mando absoluto: de este modo han comprendido siempre los militares la república, desde las legiones romanas hasta los mamelucos.

Cromwell, despues de sus victorias, volvió á ocupar su asiento en el Parlamento el 16 de setiembre de 1651, y pidió con ahinco la redaccion del bill que debia poner término á aquel parlamento interminable; pero no pudo obtenerlo sino por una mayoría de dos

votos, esto es, cuarenta y nueve contra cuarenta y siete; y aun así, la ejecucion del bill fue aplazada para el 3 de noviembre de 1654.

Este bill procedia á la reforma radical parlamentaria tantas veces y tan inútilmente reclamada en tiempos posteriores. La cámara de los Comunes debia componerse en lo sucesivo de cuatrocientos miembros, sin contar los diputados de Irlanda y de Escocia. Las pequeñas poblaciones desaparecian, y no se concedia el derecho electoral sino á las ciudades y puntos principales; la propiedad exigida al ciudadano por el ejercicio de este derecho, ascendia á doscientas libras esterlinas en muebles ó inmuebles.

Cromwell deseaba la disolucion del *rump*, porque esperaba asaltar el poder supremo por medio de diputados elegidos por su influencia y adictos á sus intereses. A fin de preparar las ideas á un cambio de cosas, habia suscitado discusiones acerca de la excelencia del gobierno monárquico; pero no habiendo podido inducir al *rump* á pronunciar la disolucion, tomó un camino mas corto para conseguirla.

El taimado general habia tenido la astucia de llenar todos los puestos con sus favoritos, y los soldados le eran leales. Desde la batalla de Worcester, que apellidó en su carta al Parlamento la *victoria coronante*, apenas disimulaba sus proyectos. La moderacion, tan necesaria á todo el que próximo á llegar al poder, intenta mantenerse en él, era el arma de Cromwell, que habia hecho publicar una amnistia general y se mostraba favorable á los realistas, á quienes hallaba, en principios, menos opuestos que los demás partidos á la autoridad de uno solo, y á su vez habia tambien menester de fidelidad.

La cámara de los Comunes, que se veia atacada, procuró defenderse: quejábase unas veces de las calumnias que Cromwell hacia propalar contra ella, y otras se esforzaba en perpetuarse de una manera menos directa, procediendo á la eleccion de las plazas vacantes en el Parlamento. Mas Cromwel, que no se dormia, presidia asambleas, conferencias y tratados entre los partidos, y engañaba á todo el mundo. El coronel Harrison republicano sincero, pero hombre de limitados alcances, sostenia á todas horas que el general, lejos de pretender ser rey, se ocupaba únicamente de preparar el reinado de Jesús. «¡Venga pronto Jesús, respondió el mayor Streater, ó llegará demasiado tarde!» Cromwell por su parte declaraba que el salmo CX le estimulaba á cambiar la nacion en república; á este fin excitaba al comité de oficiales á presentar peticiones que debian acarrear, merced á la oposicion de los parlamentarios, la destruccion de la república. Una de estas peticiones reclamaba el pago de los sueldos atrasados del ejército y la reforma de los abusos; otra pedia la disolucion inmediata del Parlamento, y el nombramiento de un consejo para gobernar el Estado, hasta la próxima convocatoria de un nuevo parlamento. Arrastrados por su resentimiento, los Comunes declararon que todo el que en lo sucesivo presentase tales solicitudes, seria reo de alta traicion. Comunicada esta resolucion á Cromwell, que la esperaba, gritó poseido de una fingida cólera, en medio de los oficiales: «¡Mayor general Vernon! Me veo precisado á dar un paso que hace erizar mis cabellos.» Esto dicho, tomó trescientos soldados, marchó á Westminster, y dejando aquellos fuera, penetró solo en la Cámara, pues era diputado.

Despues de escuchar algunos momentos en silencio la deliberacion, llamó á Harrison, miembro como él de la Asamblea, y le dijo al oido: «Es tiempo de disolver el Parlamento.» Harrison le respondió: «Es una medida arriesgada: ¡meditadlo bien!»

Cromwell volvió á esperar; luego, levantándose bruscamente, abrumó de ultrajes á los Comunes, acusándolos de esclavitud, de crueldad y de injusticia. «¡Ceded el puesto! gritó fuera de sí; el Señor ha concluido con vosotros, y ha elegido otros instrumentos de sus obras.» Sir Peters Wenworth quiso replicar, pero Cromwell le interrumpió diciendo: «Yo haré cesar esta charlataneria. ¡Vosotros no sois un parlamento; os digo que no sois un parlamento!»

El general golpeó el suelo con el pié: á esta señal se abrieron las puertas, y dos filas de mosqueteros, acaudillados por el teniente coronel Worsley, entraron en la cámara y se colocaron á derecha é izquierda de su general. Vane quiso hablar, pero Cromwell le dijo: «¡Oh, señor Enrique Vane, señor Enrique Vane! ¡Líbreme Dios del señor Enrique Vane! Señalando entonces unos tras otros á algunos de los diputados presentes, les dijo: «Tú eres un borracho, tú un disoluto, (y se dirigia á Martyn, el regicida cuyo rostro habia embadurnado de tinta); tú un adúltero, tú un ladron.» Todas estas calificaciones eran exactas. Harrison hizo bajar al orador de su sillon, alargándole la mano. Los diputados abandonaron despavoridos y en tropel el recinto, huyendo sin atreverse á desenvainar la espada que casi todos ceñian. «Me habeis obligado á esto, decia Cromwell, aunque he pedido al Señor noche y dia me diese la muerte antes que encargarme de esta comision.»

Entonces, señalando con el dedo á los soldados la maza de armas, les dijo: «¡Llevaos ese embeleco!» Fue el último en salir, hizo cerrar las puertas, guardó las llaves en su bolsillo, y se retiró á Whitehall. Al dia siguiente pendia de la puerta de la cámara de los Comunes este sarcástico rótulo: *Se alquila esta habitacion, sin muebles.* Así fue expulsado de Westminster el Parlamento, pero la libertad le sobrevivió.

Nótense las justicias del cielo: aquellos diputados, que habian dado muerte á su legítimo señor, pretendiendo que habia hollado los derechos del pueblo; aquellos diputados que habian arrojado violentamente de sus puestos á no escaso número de sus cólegas, fueron dispersados por uno de sus cómplices, mucho mas culpable que Carlos, respecto de los derechos de la nacion. Pero es harto frecuente que lo que se disputa á la legitimidad se conceda á la usurpacion, porque los hombres, en su orgullo, se consuelan de la esclavitud cuando han elegido su tirano entre sus iguales.

Bonaparte hizo saltar en Saint-Cloud por las ventanas á los republicanos, con menos firmeza y decision política que Cromwell ostentó al disolver el parlamento Largo. La Inglaterra republicana aceptó el yugo: las tempestades habian abortado su rey, y se sometieron á él.

La verdadera república solo duró cuatro años y tres meses en Inglaterra, contando desde la muerte del rey ocurrida en 30 de enero de 1649, hasta la completa disolucion del *rump*, el 20 de abril de 1653. Esta breve república no careció de gloria en lo exterior, ni tampoco de virtudes, libertad y justicia en lo interior. Es cierto que los miembros de la cámara de los Comunes se excluyeron mútuamente de la Asamblea legislativa; pero no se diezmaron ni se asesinaron unos tras otros, como los convencionales. La república francesa existió doce años, desde 1792 á 1804, hasta la ereccion del imperio, tiempo de gloria y de conquista en lo exterior, pero de crímenes, de opresion y de iniquidad en lo interior. Esta diferencia entre dos revoluciones que en último resultado han producido la misma libertad, procede únicamente del sentimiento religioso que animaba á los innovadores de la Gran-Bretaña, y los principios de irreligion de que hacian alarde los fautores de discordias en Francia. En la supersticion pueden existir algunas virtudes, mas no en la impiedad. Los revolucionarios ingleses, fanáticos, conocieron el arrepentimiento, al paso que los revolucionarios franceses, ateos, no lo experimentaron, porque eran insensibles como la materia y la nada.



EL PROTECTORADO.

1653—1658.

Fácil hubiera sido á Cromwell convocar un parlamento libre, pero no le plugo hacerlo: buscaba el poder, que no la libertad. La Inglaterra, por otra parte, estaba cansada de parlamentos, y despues de la anarquia se respiraba para el despotismo. El consejo de los oficiales, que habia presentado la peticion decisiva, se abrogó el derecho de eleccion, y eligió, siempre sugerido por Cromwell, los hombres mas oscuros, ignorantes y fanáticos del partido millenario; y ciento cuarenta individuos, así escogidos, fueron investidos del poder supremo. El mayor general Lambert, que se apellidaba republicano, siendo un servil, y Harrison, demócrata de buena fe pero de menguada inteligencia, prestaban su apoyo á todas las demasías. Harrison, partidario de la *quinta monarquía*, pedia únicamente que el nuevo consejo se compusiese de setenta y dos miembros, para que se pareciese mas al Senhadrin de los judíos. En el club legislativo de los ciento cuarenta *santos*, era preciso tener largos nombres compuestos, y tomados de la Escritura; así como los que componian los clubs durante la revolucion francesa se llamaban *Escévola* y *Bruto*. De los dos hermanos Barebone, uno, el corredor, se llamaba *Alaba á Dios;* y el otro, *Si Cristo no hubiese muerto por vosotros, os hubierais condenado, Barebone.* Este Barebone, cuyo nombre significa en francés *descarnado*, dió su nombre á los ciento cuarenta y cuatro: al parlamento *croupion* sucedió el parlamento *Condenado Barebone*, ó el *Condenado descarnado*.

En una lista de jurados del ducado de Sussex se ven los nombres de White de Emer, *Combates por la buena causa de la fe;* de Pimple de Whitam, *Mata el pecado*, y de Harding de Lewes, *Lleno de la gracia*. Cuando los *santos* entraban en sesion en Westminster, recitaban oraciones, buscaban al Señor dias enteros y explicaban la Escritura: hecho esto, ocupábanse de los negocios de cuyo espíritu se juzgaban poseidos. Cromwell abrió la sesion de los *descarnados* con un discurso que acompañó de piadosas lágrimas, dando gracias al cielo por haber vivido bastante para asistir al principio del reinado de los *santos* en la tierra.

En medio de todas estas locuras se formaban las nuevas costumbres y se arraigaban las instituciones. Estos caracteres eran tan ridículos porque eran originales: pero todo lo que está poderosamente constituido encierra un principio de vida. Los cortesanos de Carlos II pudieron reirse de ellos, pero aquellos fanáticos de buena fe dejaron una posteridad que dió su merecido á los cortesanos.

Whitelocke dice que algunos hombres ilustrados y de elevada gerarquía tomaban asiento en el parlamento Barebone. Ludlove pinta á los *descarnados* como una turba de honrados mentecatos, bastante parecidos á nuestros filántropos. Whitelocke era un parlamentario tímido, que habia huido por no verse precisado á condenar á Carlos I, y que se filiaba siempre en el partido del mas fuerte; Ludlow era un parlamentario decidido, asesino del rey y enemigo de Cromwell.

No habian trascurrido aun cinco meses, cuando los ciento cuarenta y cuatro *santos*, incapaces ya de gobernar en medio de la risa general, encargaron á Rouse, su orador y hechura de Cromwell, entregase la autoridad en manos del que les habia investido de ella. Cromwell habia previsto este caso, y aceptó gimiendo el peso de la autoridad soberana.

Algunos imbéciles, extraños á la faccion militar, se obstinaron en permanecer funcionando á pesar de la desercion del orador y del alguacil que se habia llevado la maza de armas. El capitan White entró en la Cámara, y preguntó á aquellos santos pertinaces qué hacian allí (era el 12 de noviembre de 1653). «Buscamos al Señor;» le respondieron. «Buscadlo en otra parte, replicó White, pues ha muchos años que el Señor no se ha dejado ver por estos lugares.» Y diciendo y haciendo, mandó á sus esbirros expulsar á aquellos delirantes. No obstante, el verdadero principio republicano existia entonces en el ejército inglés mas que en las autoridades civiles; pero no cabe alianza duradera entre el poder constitucional y la autoridad militar, pues cuando la libertad se refugia en el altar de la victoria, no tarda en ser inmolada: sacrificásela para obtener el viento de la fortuna.

Todos los diferentes partidos, excepto el de los *santos* y el de los verdaderos republicanos, el partido del rey, el del episcopado, el militar y el de los golillas que habian temido la reforma de las costumbres y la simplificacion del código de procedimientos; todos los intereses, todas las ambiciones, todas las malas artes, y el cansancio general aplaudian las empresas de Cromwell: este fue cumplimentado por el ejército, por la armada y por las autoridades civiles, porque todos esperaban ansiosos y llenos de curiosidad lo que haria del poder: su fábrica estaba dispuesta y sus obreros prontos á empezar los trabajos.

Convocado el consejo de los oficiales, el mayor general Lambert leyó un escrito intitulado: *Instrumento de gobierno*, reducido á una constitucion que colocaba el poder legislativo en un parlamento y un *protector*. Establecióse igualmente que los miembros de este parlamento serian elegidos por el pueblo; que funcionarian anualmente cinco meses, á voluntad del *protector;* que este tendria el *veto* suspensivo; que nombraria todos los empleos civiles y militares; que en los interregnos de las sesiones, la nacion seria gobernada por el *protector* y por un consejo compuesto de veinte y un miembros, cuando mas, y de trece, cuando menos.

Suplicóse á Cromwell que aceptase el protectorado, y condescendió sin oposicion con los votos de sus pueblos. El corregidor y los aldermen de Londres fueron invitados á concurrir á una ceremonia de instalacion en la sala de Westminster. El Protector prestó juramento al *Instrumento de gobierno*, obra suya. El general Lambert, hincando en tierra una rodilla, le presentó una espada envainada; los comisarios le entregaron los sellos, y el corregidor de Londres le dió una espada desnuda; el vasallo de los Estuardos, ya monarca absoluto de los tres reinos, fue á descansar en el palacio del rey á quien habia asesinado.

El primer parlamento convocado por Cromwell no correspondió á lo que de él esperaba, pues se manifestó en su seno un espíritu de libertad, que la opresion militar no pudo ahogar. En vano el Protector habló al abrirse el Parlamento, de los excesos de la libertad; declamó ingrato contra lo que le habia dado el poder, esto es, los agitadores, los niveladores, los millenarios y las otras diferentes sectas; en vano tronó contra una igualdad quimérica, y elogió la division de las clases en nobles, gentiles-hombres y estado llano; pero aunque su discurso era razonable en el fondo, y hasta de acuerdo con la opinion nacional, adicta aun á los principios de la antigua sociedad, no era esta la cuestion para los Comunes, que solo se ocuparon del poder del Protector, y del bastardo origen de que emanaba. El Parlamento no veia que era tan legítimo como el protectorado, puesto que uno y otro existian únicamente en virtud de una pretendida constitucion, confeccionada por quien no habia tenido derecho de formularla.

Viéndose Cromwell en peligro, no titubeó: despues de la violenta disolucion del parlamento Largo, la violacion de la representacion nacional habia llegado á ser una especie de jurisprudencia política. El Protector puso guardias á la puerta de Westminster, con órden expresa de no permitir la entrada sino á los diputados que se brindasen á firmar una obligacion en

cuya virtud reconociesen la autoridad del Parlamento y de *uno solo*. Ciento treinta miembros firmaron desde luego, y otros se apresuraron á imitar la villanía de sus cólegas. Nada excita mas emulacion que la bajeza: hay una especie de héroes de vileza á quienes no permiten permacecer ociosos los triunfos de la cobardía.

Cromwell, una vez Protector, tomó el título de Alteza. Acuñáronse diferentes medallas en su honor: una lo representaba en busto con esta inscripcion: *Oliverius Dei gratia, Reipublicæ Angliæ, Scotiæ et Hiberniæ Protector;* en otra cara campeaba el escudo de armas de Inglaterra, y en el exergo se leian estas palabras, grabadas despues en las monedas contemporáneas: *Pax quæritur bello.* Otras medallas presentan un corpulento olivo á cuya sombra descuellan otros dos mas pequeños, símbolos del Protector y de sus hijos. La inscripcion dice: *Non deficient Olivarii.* La adulacion no hablaba un latin tan castizo como en tiempo de Tiberio.

Cuando los oficiales fueron á cumplimentar á Cromwell por su modestia en no haber aceptado sino el título de *Protector*, puso la mano sobre su espada y les dijo: «Esta espada me ha elevado; si intentara encumbrarme mas, ella me mantendrá en la esfera que me plazca ocupar.»

No obstante, por grandes que sean la pusilanimidad de los hombres y su temor al poder, es imposible apagar en una asamblea deliberante todo principio vital. Los miembros de los Comunes, á pesar de la obligacion firmada, examinando con madurez el *Instrumento de gobierno*, se reservaron el nombramiento del sucesor de Cromwell, desechando el principio del protectorado hereditario por una mayoría de doscientos votos contra sesenta.

Terminados los cinco meses de sesion, Cromwell reunió el Parlamento en 22 de enero de 1655 en la *Sala pintada*, y se desató en improperios, tratando á los diputados de parricidas por haberle disputado su autoridad, olvidando que él no era otra cosa que un regicida; declaróles ademas que si la república debia padecer, era preferible que fuese dependiente de los ricos que de los pobres, quienes, segun dice Salomon, cuando oprimen nada dejan en pos de sí. Cromwell habia sido herido en su orgullo en la discusion relativa al protectorado hereditario, dejando por este medio la esperanza de sucederle á los principales oficiales y especialmente al mayor general Lambert.

Disuelto el Parlamento, Cromwell convocó otro, para obtener, segun decia, el dinero necesario para el servicio del ejército y de la escuadra, para robustecer el *Instrumento de gobierno*, y en fin, para legalizar la autoridad de los *mayores generales*. Eran estos unos comisarios militares, encargados de levantar sobre los bienes de los realistas, á causa de algunos movimientos insurreccionales por parte de estos, una contribucion arbitraria, equivalente al diezmo de sus fortunas. Cromwell corrompió hasta donde le fue posible las elecciones, y anuló las que le eran menos favorables.

De todo esto surgió al fin un parlamento que bajo el nombre de *Humilde peticion y parecer*, invitaba al Protector á tomar el título de rey, y á reunir *otra cámara;* es decir, una especie de cámara de Pares, compuesta de setenta miembros, nombrados por Cromwell.

Conceptuóse este obligado á rehusar la corona en un largo y oscuro discurso, en que trasporaban á la vez su disgusto por rehusar la diadema, y su satisfaccion por reproducir la escena representada por César. Muchas veces habia hecho controvertir en su presencia la cuestion del *mejor gobierno:* casi en la misma época escribía el gran Corneille la escena de Cinna.

Bonaparte no titubeó en coronarse, bien fuese porque viéndose rodeado de mas gloria, abrigase mas audacia; bien porque la Francia, mas desgraciada en su revolucion que Inglaterra en la suya, temiese menos perder la libertad.

El nuevo parlamento confirmó y confirió de nuevo á Cromwell el título de Protector, con la facultad de nombrar su sucesor, lo que hacia de hecho hereditario el protectorado. Tambien este parlamento fue disuelto á causa de los temores que inspiraba á su dueño; acaso Cromwell aborrecia en su interior á aquellos diputados harto candorosos, porque no le habian ceñido á la fuerza la corona. La usurpacion se entregaba de esta manera á esas frecuentes disoluciones que habian perdido á la legitimidad; pero el brazo de Cromwell era asaz mas poderoso que el de Carlos; este brazo podia mantener en pié sobre ruinas lo que una fuerza ordinaria no hubiera podido evitar que viniese á tierra.

Prescíndase de la ilegalidad de las medidas de Cromwell, ilegalidad á que despues de todo se vela tal vez precisado á apelar para mantener su ilegal poder, y se verá que la usurpacion de este gran hombre fue gloriosa. En lo interior hizo reinar el órden, pues á semejanza de muchos déspotas, era amigo de la justicia en todo lo que no se relacionaba con su persona; y tal es la excelencia de la justicia, que sirve para consolar á los pueblos de la pérdida de su libertad. El fanático y regicida Cromwell, dueño del poder, fue tolerante en religion y en política; promulgó el bill de la libertad de culto y de conciencia; empleó los realistas leales; Hule, magistrado íntegro, y celoso partidario de los Estuardos, fue colocado al frente de la magistratura; Monk, que mandó los ejércitos y las escuadras del Protector, era un realista que en otro tiempo habia sido hecho prisionero en el campo de batalla por los parlamentarios, y lo recordó al triunfar la restauracion.

Cromwell amaba y protegia la nobleza inglesa. Esta no pereció como andando el tiempo la nobleza francesa, porque no separó enteramente su causa de la general, y tambien porque la revolucion de 1640, emprendida en favor de la libertad y no de la igualdad, no atacaba la aristocracia. Los Falkland, los Strafford y los Clarendon habian sido miembros de la oposicion en aquellos famosos parlamentos que tanto contribuyeron á restringir los excesivos privilegios de la corona, y hasta la muerte de Carlos I hubo una cámara de Pares. Essex, Denbigh, Manchester, Fairfax y tantos otros, se distinguieron en el servicio parlamentario de tierra y de mar; multitud de lores tomó parte en la administracion, y se hicieron elegir miembros de los Comunes en los parlamentos de la república y del protectorado, y se dejó ver en los consejos y hasta en la córte de Cromwell. No hubo una emigracion sistemática; y si bien es cierto que perecieron algunos nobles, el cuerpo patricio subsistió incólume en Inglaterra, porque habia tenido el buen criterio de seguir, y aun de iniciar el movimiento nacional.

La administracion del Protector fue activa, vigilante, vigorosa, pero demasiado fundada en la corrupcion de la policía, á la que tenia una decidida propension, y le sacrificaba cuantiosas sumas. Todas las clases dependientes del erario estaban pagadas con regularidad, con un mes de anticipacion; y las pingües pensiones señaladas á los hombres influyentes creaban intereses, si no podian crear deberes.

En lo exterior, Cromwell acabó de humillar la Holanda y de hacer reconocer la superioridad del pabellon británico, por lo que las naciones extranjeras buscaron su alianza. Richelieu habia favorecido los primeros disturbios de Inglaterra, tomándolos por tempestades pasajeras, que ocupando en su propia casa á los enemigos, concedian algun descanso á la Francia; empero no habia reflexionado que se trataba de una revolucion, que acrecentando el vigor del pueblo inglés,

solo dejaria á Mazarino desprecios que devorar: alimento, por otra parte, muy análogo al temperamento del cardenal.

Dunquerque fue entregada á Cromwell por Mazarino; Blake se apoderó de la Jamaica, y la España se vió precisada á ofrecer grandes reparaciones. Háse advertido que Cromwell se abandonó á su pasion religiosa mas que á los consejos de una sana política, al aliarse con la Francia contra España. Esta reflexion, hecha despues de los acontecimientos, no presenta actualmente profundidad alguna, aunque es curioso hallarlas en las *Memorias de Ludlow*. Es verdad que este fue testigo de los triunfos de Luis XIV, y sobrevivió mucho tiempo á Cromwell, cuyo enemigo era.

El Protector trató á la subyugada Irlanda como país de conquista. Los desgraciados irlandeses fueron trasladados por miles á las colonias, y considerable número pereció en los suplicios. Unas leyes draconianas y extranjeras substituyeron aquellas antiguas costumbres hijas del suelo, y cuya autoridad se perpetuaba mediante las tradiciones, delante de alguna imágen de la Vírgen, colocada sobre un matorral y al son de una gaita. Vendiéronse las tierras, dándose mil acres de terreno por 1,590 libras esterlinas en el canton de Dublin; por 1,000 en el de Killkenny; por 800 en el condado de Wexford, y por 600 en los diferentes de la provincia de Leinster. Las colonias militares recibieron las tierras situadas á las inmediaciones de Slego, de Colke y de Collel. Los habitantes quedaron reducidos á la condicion de siervos de los soldados ingleses en el Connaught.

Oliverio extendió su autoridad protectora hasta sobre los vandenses, en las montañas de la Suiza. Habiendo el hermano del embajador de Portugal en Londres dado muerte á un ingles, Cromwell le hizo decapitar. El orgulloso usurpador, firmando un tratado, escribió su nombre sobre el de Luis XIV. En 1657 envió su retrato á la reina Cristina con un dístico que decia que la frente de Cromwell *no era siempre el espanto de los reyes*.

De este orgullo del Protector nació la afectada soberbia de los ingleses por espacio de siglo y medio, y que no desapareció sino ante las victorias de la revolucion francesa, que han colocado la Francia al nivel de la revolucion inglesa.

Sin embargo, Cromwell no fue dichoso, pues todo su poder no alcanzó á impedir que la verdad hiciese oir su voz. Cuando se reconcentraba en sí mismo, recordaba siempre que habia asesinado al rey ó á la libertad, y le era preciso optar entre uno ú otro remordimiento. El Protector contaba que en su niñez se le habia presentado una mujer desconocida que le habia anunciado, como las magas de Macbet, que seria rey. La conciencia de Cromwell presentaba cuando aun era inocente, la tranquila vision de la soberanía real; pero al hacerse culpable le envió el sangriento fantasma de esta. Colocado entre los realistas y los republicanos, que le amenazaban igualmente, se sentia poco satisfecho del equívoco título con que la legitimidad y la libertad le habian precisado á contentarse. Estallaron muchas conspiraciones de los *caballeros:* las de Bagnal, hijo de lady Terringham, de Penruddock, del capitan Grove, del doctor Hervet y de sir Enrique Slingsby. Algunos hombres de la *quinta monarquía* se agitaron tambien: un alferez de caballería llamado Day pertenecia á la asamblea republicana de Coleman-Street, en la que se trataba á Cromwell de perverso y traidor, y algunos regicidas sospechosos fueron encerrados en el castillo de Carisbrook, que habia servido de encierro á Carlos I. Los jueces, y sobre todo los jurados, contrariaban el despotismo del Protector, que volviendo á hallar la libertad atrincherada detrás de esta barrera, se veia obligado á buscar los tribunales adecuados á su gobierno, esto es, los consejos de guerra y las comisiones.

Los folletos políticos, una peticion firmada por muchos oficiales, un libelo titulado el *Memento*, y especialmente el famoso escrito *Killing no murder* (matar no es asesinar), acabaron de destruir el reposo de Cromwell. El coronel Tito, bajo el nombre supuesto de *William Allen*, era el autor del último escrito. En una dedicatoria irónica dirigida á *su alteza Oliverio Cromwell*, Tito invitaba á su alteza á morir por la felicidad y la emancipacion de los ingleses: decíale que su muerte era el deseo general, el ruego comun de todos los partidos, que solo en este punto estaban de acuerdo: Tito firmaba W. A., *ahora vuestro esclavo y vasallo*.

Finalmente, la familia de Cromwell era para él otro motivo de tormento y zozobras, pues hallaba entre los suyos dos especies de oposiciones igualmente violentas: sus tres hermanas se enlazaron con hombres que habian votado la muerte de Carlos I. Tuvo dos hijos y cuatro hijas: Ricardo, protector despues de su muerte, era realista; y Enrique, lord lugar-teniente de Irlanda, tenia parte de los talentos y opiniones de su padre, pero con mas moderacion que él.

Su hija mayor lady Briget, de opiniones republicanas, casó en primeras nupcias con el famoso Ireton, y despues de la muerte de este se unió al teniente general Fleetvood. Lady Isabel, su segunda y mas querida hija, habia dado su mano á lord Claypole, enemigo declarado de la tiranía, siendo así que ella era acérrima realista.

Lady María, cuya opinion es poco conocida, se enlazó con lord Falcombridge, muy activo en la restauracion. Por último, lady Francis, la mas jóven de las hijas del Protector, se casó clandestinamente en apariencia con Roberto Rich, nieto del conde de Warwick. Roberto solo vivió tres meses, y su viuda contrajo nuevo matrimonio con sir John Russell.

El destino de esta última hija de Cromwell fue bastante singular. Lord Broghill habia concebido la idea de darla en matrimonio á Carlos II. Lady Francis se brindaba á este estraño proyecto, al paso que Cromwell, bastante tentado, solo lo rechazaba diciendo: «Carlos II es bastante reprensiblemente disoluto para perdonarme la muerte de su padre.» Difícil es juzgar si Carlos habria aprobado, por política ó por ligereza, esta union parricida. El proyecto fracasó porque lady Francis se apasionó de Jerry White, á la vez capellan y bufon de Cromwell, que habiendo sido sorprendido por el Protector de rodillas á los piés de lady Francis, se vió en la necesidad de casarse, para salvarse, con una de las doncellas de su amada. El matrimonio, primero clandestino, de lady Francis con Roberto Rich, se celebró luego públicamente el 11 de noviembre de 1657. Acordándose el Protector en esta solemnidad de los juegos de su primera juventud, arrancó á su yerno la peluca, y derramó confituras líquidas en los vestidos de las mujeres: esta vez á lo menos los convidados pudieron permanecer en la sala del baile.

De esta manera hallaba Cromwell en su familia, ya republicanos y republicanas que detestaban su grandeza, ya realistas que le echaban en cara sus crímenes. Lady Claypole no le dejaba respirar; Ricardo se habia arrojado á los piés de su padre para obtener la vida de Carlos I. La esposa del Protector, aunque vanidosa, veia con temor su ilegal fortuna; y tratada con decoro, pero excasamente amada por su marido, deseaba se transigiese con el monarca legítimo. Por último, la madre de Cromwell, á quien este amaba y respetaba, le habia suplicado tambien salvase al rey; deseaba verle todos los dias una vez al menos, y al oir la detonacion de un arma de fuego, exclamaba: «¡Mi hijo ha muerto!»

Estas disensiones domésticas y de todos los momentos, que turban la vida de un hombre mucho mas que los grandes acontecimientos políticos, no podian olvidarse en las distracciones que Cromwell buscaba;

habiéndose apasionado de lady Dysert, duquesa de Lauderdale, los *santos* se escandalizaron; y tambien llegó á creerse que hacia oraciones demasiado largas con mistress Lambert. Muchos bastardos que se han envanecido, acaso falsamente de su nacimiento, probaron que el regicida Cromwell, tan severo enemigo de la disolucion y la licencia, el profeta que comunicaba directamente con Dios, habia caido en la debilidad comun á casi todos los grandes hombres, tanto mas frágiles cuanta mayor es su gloria.

Todos los monarcas habian renunciado á divertir su orgullo con el espectáculo de la degradacion humana, por hallarse quizá heridos aun de algunas verdades ocultas bajo unas soeces bufonadas, y habian alejado ya de sus córtes á esos miserables llamados *locos*. Cromwell, empero, tenia cuatro; ora fuese porque este asesino de los reyes se complaciese en rodearse de lo que habia degradado los reyes, regicida tambien respecto de su memoria; ora porque, no atreviéndose á empuñar su cetro, afectase la imitacion de las costumbres que este supone; ora en fin porque hallase en su natural inclinacion á las escenas grotescas, cierta semejanza con los placeres régios. Pero todos los bufones de la tierra no hubieran podido desterrar de su corazon la tristeza que de él se habia apoderado. Su córte, ó por mejor decir, su casa, era á la vez una especie de cuartel y un seminario, donde algunas bulliciosas fiestas desarrugaban dos ó tres veces al año la frente de los predicantes y de los veteranos. Desde la publicacion del folleto *Killing no murder*, no se vió sonreir mas á Cromwell, que se veia abandonado por el espíritu de la revolucion, orígen de su grandeza. La revolucion, que le habia tomado por guía, no le queria ya por dueño; su mision habia terminado, pues ni su nacion ni su siglo le necesitaban ya. El tiempo no se detiene para admirar la gloria: sírvese de ella, y pasa adelante.

Este gran renegado de la independencia, sospechaba hasta de sus guardias, que hacia relevar tres ó cuatro veces al dia, y cuyas conversaciones espiaba disfrazado. Pasaba su vida escuchando los dichos de sus numerosos espias, y no se atrevia ya á mostrarse en público sino cubierto con una coraza oculta bajo su vestido, miserable cilicio del miedo; llevaba además en sus bolsillos pistolas cargadas; así es que probando cierto dia un tiro de caballos frisones, cayó y salió el tiro de una de ellas. Cuando viajaba, lo hacia con tanta rapidez, que se sabia habia pasado por un lugar cuando habia salido de él. Durante la noche vagaba por el palacio de Whiteball testigo del gran sacrificio, como un espectro perseguido por otro; casi nunca se acostaba dos veces consecutivas en el mismo aposento, atormentado allí por sus remordimientos, como la viuda de Carlos se vió desolada mas tarde por sus recuerdos.

La muerte de lady Claypole aumentó la negra melancolía de Cromwell: esta mujer, jóven todavía, devorada en Hamptoncourt por una penosa enfermedad, sucumbió abrumando á su padre de reconvenciones, y llamándole, por decirlo así, en pos de ella.

No tardó en seguirla: hacia algun tiempo que padecia de un humor en una pierna; y habiéndole acometido la calentura en el mismo palacio donde su hija habia exhalado el último suspiro, fue trasladado á Londres. Fiel á su carácter, Cromwell declaró que habia tenido revelaciones de que sanaria para ser útil á su país; y los capellanes de Whitehall anunciaban el próximo restablecimiento del profeta; mas este murió, á pesar de tan faustas predicciones, á la edad de cincuenta y nueve años, el 3 de setiembre de 1658, aniversario de las victorias de Dumbar, de Worcester y de la apertura del primer parlamento protectoral.

«Cromwell iba á destruir toda la cristiandad dice »Pascal; la familia real se veia perdida, y la suya se »hubiera mostrado siempre dominadora, sin un pe»queño grano de arena que se introdujo en su ure»tra; la misma Roma iba á temblar ante él; pero »aquella arenilla, insignificante en sí misma, pero »terrible en tal lugar, fue causa de su muerte, del »hundimiento de su familia y de la rehabitacion del »rey.»

Nada es cierto en esta relacion de Pascal sino la nada de la gloria y de la naturaleza humana á que en ella se alude. Una de esas tempestades que preceden, acompañan ó siguen á los equinoccios, estalló en el momento de la muerte del Protector: el poeta Waller, que cantaba todos los poderes, anunció en bellísimos versos que los últimos suspiros de Cromwell habian estremecido la isla de los Bretones; que el Océano se habia conmovido al perder á su señor, y que Cromwell habia desaparecido en una tempestad cual otro Rómulo. Toda esta poética fraseología no tenia otra realidad que una calentura y algunas ráfagas de viento.

Cromwell participó algo del carácter de Hildebrando, de Luis XI y de Bonaparte, pues fue á la vez sacerdote, tirano y gran hombre, y su genio reemplazó en su país la libertad. Encerraba en sí mismo bastante poder para que le fuese posible crear otro; así pues, mató todas las instituciones que halló ó que le plugo dar.

La mayor parte de los soberanos de Europa se pusieron crespones fúnebres para llorar la muerte de un regicida, y Luis XIV llevó el luto de Cromwell al lado de la viuda de Carlos I. ¿Una corona usurpada absuelve de un crimen?

El nombre de Cromwell, que ocasionaba la cobardia europea, hacia pasar en Inglaterra el poder absoluto á las manos del débil Ricardo; ¡tal es el poder de la gloria! Cromwell dejó el imperio á su hijo; pero los genios en que comienza un nuevo órden de cosas, sea para el bien, sea para el mal, son solitarios y solo se perpetuan por sus obras, nunca empero por sus razas.

El Protector vivió la edad propia de los hombres de su temple: su mas corto reinado es por lo regular de nueve á diez años, y el mas largo, de veinte á veinte y dos. Estos cálculos históricos, que nada parece desmentir, descansan sin duda en alguna verdad natural; acaso la fuerza física de un hombre, colocado en el punto mas alto de las revoluciones, se encuentra agotada en un período de tres ó cuatro lustros.

Acabemos ahora lo que se refiere á Cromwell, aunque sea anticipando algo los hechos.

Thurloe declaraba que Cromwell habia subido al cielo, embalsamado con las lágrimas de su pueblo; pero Cromwell, mas franco en el momento en que la gran verdad, es decir, la muerte, se presenta á los hombres, dijo: «Muchos me han estimado en demasía, al paso que otros desean mi fin.» La bajeza de la lisonja que sobrevive al objeto de la adulacion, no es otra cosa que la escusa de una conciencia mezquina, puesto que si se ensalza á un dueño que ya no existe, es para justificar, mediante la fingida admiracion, el pasado servilismo.

Ricardo hizo magníficas exequias á su padre, cuyo cadáver embalsamado fue expuesto durante dos meses en el palacio de Sommerset, en una sala colgada de terciopelo negro, y en la que no se contaban menos de mil luces. Una figura de cera con vestido de brocado de oro forrado de armiño, ceñida la espada, con un cetro en la mano derecha y una esfera en la izquierda, representaba al Protector: esta imágen estaba tendida en un lecho fúnebre. Un epitafio compendiaba la historia de Cromwell y de su familia, y decia: «Murió con gran seguridad y calma en su lecho.» Palabras eran estas que se adaptaban mejor á Carlos I, excepto las tres últimas.

La figura de cera fue luego puesta en pié sobre un estrado como para anunciar una resurreccion; ó como decian los *independientes*, indignados de aquellas pompas *papistas*, para representar el tránsito de un

alma del purgatorio al paraiso. El 23 de noviembre la imágen volvió á ser colocada en posicion horizontal en un hermoso féretro que llevaron en hombros diez gentiles-hombres para trasladarlo á una carroza, y toda la comitiva se trasladó á Westminster, llevando lord Claypole el caballo de Cromwell. El féretro fue depositado en la capilla de Enrique VII; mas no se ve actualmente en Westminster la efigie de Cromwell, sino la de Monk, y búscanse tambien en vano sus cenizas.

Muchos se complacieron en decir y en escribir, en el momento de la restauracion de Carlos II, que Cromwell, previendo los ultrajes de que sus restos podrian ser juguete, habia mandado fuesen arrojados al Támesis, ó que se les diese sepultura en el campo de batalla de Naseby á nueve piés de profundidad; Barkstead, regicida, lugar-teniente de la Torre, y protegido por Cromwell, habia, segun se decia, hecho ejecutar esta órden por su hijo. Decíase finalmente que los cadáveres de Carlos I y de Cromwell habian sido cambiados de un sepulcro á otro, de manera que Carlos II, sediento de venganza, habia hecho ahorcar el cadáver de su propio padre en lugar del asesino de este. Pero estas sombrías suposiciones inglesas se desvanecen á la luz de los hechos: el no verse sino la imágen de cera del Protector en la fúnebre solemnidad, consistió en que el estado de las carnes, á pesar del embalsamamiento, precisó á trasladar el cadáver á Westminster antes de la ceremonia pública; la inhumacion precedió á los funerales. El cadáver de Carlos I, hallado en nuestros dias en Windsor, prueba que el asesino no habia ido á dormir bajo el techo del asesinado, y que satisfecho con haberle arrebatado la corona, le dejó su ataud.

Si fuesen menester mas testimonios, diriamos que aun se conserva la plancha de cobre dorado hallado sobre el pecho de Cromwell, cuando se abrió su tumba en Westminster. Esta plancha, encerrada en una caja de plomo, fue entregada á Norfolk, heraldo de la cámara de los Comunes, y en ella se lee esta inscripcion:

Oliverius Protector reipublicæ Angliæ, Scotiæ et Hiberniæ, natus 25° aprilis anno 1599, inauguratus 16 decembris 1653°, mortuus 3 septembris, anno 1658, hic situs est.

Nos queda ademas otra prueba de la exhumacion: la terrible historia ha guardado en el *tesoro de sus cartas* el recibo del albañil que rompió, por mandato superior, el sepulcro del Protector, y que recibió la cantidad de 15 chelines por su trabajo. Hé aquí este recibo con su redaccion original, para que hasta las faltas del ignorante artesano atestigüen la autenticidad del documento:

May the 4th day, 1661, rec.d then in full, of the worshipful serjeant Norfoke, fiveteen shillinges, for taking ut the corpes of Cromell et Ierton, et Brasaw.

Rec. by me JOHN LEWIS.

«El cuarto dia de mayo de 1661 he recibido en totalidad del respetable heraldo Norfoke, quince chelines, por sacar los cuerpos de *Cromell, et Ierton et Brasaw.*

«Recibido por mí, JOHN LEWIS.

Vemos por la fecha de este documento, 4 de mayo de 1661, que John Lewis habia presentado una larga cuenta al gobierno: los huesos de Cromwell fueron expuestos en Tyburn el 30 de enero del mismo año.

La Francia conserva tambien algunos recibos de los asesinos del 2 de setiembre de 1792, declarando haber recibido cinco francos *por haber trabajado en pro del pueblo.* En uno de estos recibos se ve impresa la huella de los dedos ensangrentados del firmante.

Finalmente, hé aquí literalmente traducido el documento oficial que da cuenta de la exhumacion:

Enero 30 (1661).

«Los odiosos esqueletos de O. Cromwell, H. Ireton »y J. Bradshaw, arrastrados sobre zarzos hasta Ti»burn, fueron arrancados de su ataud: allí colgados »en los diferentes ángulos de aquel triple árbol (triple »tree), hasta ponerse el sol; entonces fueron descolga»dos, decapitados, y sus troncos inmundos arrojados »á un agujero profundo al pié de la horca. Despues de »esto sus cabezas fueron expuestas en unas estacas en »la cúspide de Westminster-Hall.»

Es, pues, evidente que el cadáver de Oliverio fue depositado en Westminster, pero no permaneció allí mucho tiempo. Mas, ¿qué habia que temer de él? ¿Podia su esqueleto cortar las cabezas de los esqueletos coronados, apoderarse del polvo de los reyes, y usurpar su nada? Como quiera que sea, el 30 de enero, aniversario del regicidio, los restos del Protector pendieron de una horca.

Cromwell habia visitado á Estuardo en su féretro, lo habia tocado con su mano, y se habia cerciorado de que la cabeza estaba separada del tronco: Carlos II fue, en su tiempo, apoyado tambien en una cámara de los Comunes, á devolver á los huesos del Protector la visita hecha á los de Carlos I: venganza estúpida, porque si por una parte no se puede arrancar la vida á lo que es inmortal, por otra, no es posible dar la muerte á la muerte.

Los dispendiosos funerales que nada añadian á la grandeza del hombre, y que no legitimaban al usurpador, arruinaron á Ricardo Cromwell, que se vió precisado á pedir á los Comunes un bill suspensivo de las leyes, para no ser preso á consecuencia de las deudas contraidas por las exequias de su padre. La Inglaterra, que no pagó el entierro del hombre que habia reconocido como señor, se encargó despues de los gastos de inhumacion de un simple ministro de Hacienda.

¿Cuál fue el destino de la familia de Cromwell?

Ricardo tuvo un hijo y dos hijas, pero el hijo no vivió. Enrique habitó una pequeña quinta, en la que Carlos II entró un dia por casualidad, al regresar de caza. Posible es que algun heredero directo de Cromwell por la línea de Enrique, sea actualmente algun ignorado campesino irlandés, acaso católico, que se alimenta de patatas en el territorio de Ulster, que ataca durante la noche á los orangistas, y lucha con las leyes atroces del Protector. Y es posible tambien que este desconocido descendiente de Cromwell haya sido un Franklin ó un Washington en América.

Lady Claypole murió sin sucesion; y sabemos por un capellan de Cromwell, que lady Falconbridge murió tambien sin posteridad. Quedaron lady Rich, mas tarde lady John Russell, y lady Ireton, que contrajo segundas nupcias con el general Fleetwood. Hallamos una mistrees Cook de Newington en Middelesex, nieta del citado general, que comunicó una carta de Cromwell á William Harris, su biógrafo.

La familia de Bonaparte no se perderá como la de Cromwell, porque la mejora de la administracion civil no permitirá esta desaparicion. Por otra parte, ningun punto de semejanza hay bajo este aspecto, en la posicion y el destino de ambos hombres.

El Protector no salió de su isla: las convulsiones políticas de 1640 empezaron y concluyeron en la Gran Bretaña, al paso que las discordias de la Francia se mezclaron con las del mundo entero, conmoviendo las naciones y derribando los tronos. Lo que distingue los movimientos políticos de 1793 de todos los conocidos, es que fueron una emancipacion para los franceses y una esclavitud para sus vecinos; una revo-

lucion y una conquista. Pregúntese á los árabes de la Libia y del mar Muerto y á los nababs de las Indias el nombre de Cromwell, y se verá que lo ignoran; pregúnteseles, empero, el nombre de Napoleon, y lo repetirán como el de Alejandro.

Cromwell inmoló á Carlos I, y ocupó su puesto; Bonaparte, retrocediendo diez siglos, se apoderó de la corona de Carlo-Magno; mas, aunque ensalzó y destronó reyes, á ninguno dió muerte.

Cromwell tomó por esposa á Isabel Bourchier, y tuvo por yerno principal á un procurador; todos los hijos de Isabel Bourchier volvieron á la oscura condicion de su madre, no bien desapareció su famoso padre.

Bonaparte se enlazó con una hija de los Césares, casó sus hermanas con los soberanos que habia creado, y sus hermanos con las princesas cuyas dinastías habia protegido. No perteneció á ninguna asamblea legislativa, ni fue en tiempo alguno como Cromwell,



CROMWEL EXAMINA EL CADÁVER DE CARLOS I.

un tribuno popular; menos culpable que él para con la libertad, porque habia contraido menos compromisos con ella, se juzgó libre para escribir su nombre con la punta de su espada en la genealogía de los reyes: los siglos futuros se han encargado de exhibir sus títulos de nobleza.

RICARDO CROMWELL.

1658.—1660.

Aunque heredero del protectorado, Ricardo era un hombre vulgar que no supo qué hacer de la gloria y los crímenes de su padre. El ejército, dominado mucho tiempo por su caudillo, recobró el imperio. El tio de

Ricardo, Desborough, y su cuñado Fleetvood, con el general Lambert se pusieron á la cabeza de los oficiales, y obligaron al débil Protector á disolver el Parlamento, único sosten con que contaba.

Cada dia traia un nuevo trabajo, una nueva zozobra: Ricardo, que se olvidaba á sí mismo y que era de todos olvidado, que detestaba el yugo militar, sin tener la fuerza de romperlo; que no era republicano ni realista; que de nada se curaba, pues dejaba á sus guardias que le robasen su comida, y á la Inglaterra marchar por sí misma, Ricardo, decimos, abdicó el protectorado el 22 de abril de 1659.

De todos los cuidados que rodean el trono, el mayor para él fue el tener que salir de Whitehall, no porque tuviese apego á este palacio, sino porque le era preciso hacer un movimiento para salir de él. No llevó consigo sino dos grandes baules, llenos de *mensajes y felicitaciones* que le habian sido presentados durante su efímero reinado; en aquellas felicitaciones redactadas para gloria de todos los poderosos y para el uso de todos los hombres degradados, se le decia que Dios le habia *dado la autoridad para la felicidad de los tres reinos*. Algunos amigos le preguntaron qué tesoros se encerraban en aquellos baules. «La felicidad del buen pueblo inglés,» repuso riendo. Mucho tiempo despues, retirado en el campo, se divertia en leer á sus vecinos, despues de haber bebido, algunos documentos de aquellos archivos de la bajeza humana y de los caprichos de la fortuna. Esta sátira filosófica no le hacia un hijo digno de su padre, pero le consolaba. Su hermano Enrique, lord lugar-teniente de Irlanda, proyectó entregar esta isla en manos del rey; pero aunque mas firme y hábil que Ricardo, cedió al torrente que arrastraba á su familia, volvió á Lóndres, y cayó casi tan oscuramente como Ricardo.

El consejo de los oficiales, árbitro ya del país y presidido por el republicano Lenthal, convocó de nuevo el parlamento *rump*; y en la gerigonza de los partidos, los principios de este se llamaron la *antigua buena causa*. Pero solo concurrieron unos cuarenta diputados á la primera reunion, y aun fue preciso ir á buscar á la cárcel á dos de aquellos legisladores, encerrados por deudas. Aquella mal parada momia, arrancada al sepulcro, creyó un momento que era poderosa porque se acordaba haberlo sido bastante para hacer juzgar á un rey. Pero, aunque apenas resucitado, atacó la autoridad militar que le habia devuelto la vida, el *rump* carecia de fuerza, porque estaba colocado entre los realistas, unidos á los presbiterianos, que deseaban la reinstalacion de la monarquía legítima, y los oficiales indóciles al yugo de la autoridad civil.

El general Lambert se puso en marcha contra un partido realista que se habia levantado prematuramente, y lo dispersó. Cobarde regicida y cortesano desgraciado de Cromwell, Lambert, que se habia lisonjeado siempre con la esperanza de heredar un poder asaz pesado para sus hombros, se atrevió á todo despues de su miserable victoria, é hizo presentar al *rump* una de aquellas humildes peticiones llenas de amenazas, cuyo uso habia introducido la revolucion. El *rump* se encolerizó, destituyó á Lambert y á Desborough, y abolió el generalato. Lambert, segun la usanza de la *antigua buena causa*, bloqueó tan estrechamente con sus satélites á Westminster, que solo un miembro del pretendido parlamento, Pedro Wentwoorth, pudo entrar en él. Mientras esto ocurria murió Bradshaw, el famoso presidente de la comision que habia juzgado á Carlos. Monk, que gobernaba la Escocia, y que sin espontanearse con nadie, meditaba el restablecimiento de la monarquía, entró en Inglaterra á la cabeza de doce mil veteranos, y avanzó hácia Londres.

El comité de los oficiales se dirigió á él, y el Parlamento, que ya no funcionaba, le solicitó vivamente. Monk se declaró republicano y enemigo de Estuardo, cuando iba á coronarle, tomó partido contra los oficiales, en favor de la causa constitucional, é instaló de nuevo el *rump*; pero al mismo tiempo hizo entrar en él los miembros presbiterianos, eliminados por la fuerza antes de la muerte de Carlos I: de este solo hecho resultaba el triunfo cierto de los realistas. El parlamento Largo, despues de mandar se procediese á unas elecciones generales, decretó su disolucion, y puso fin por sí mismo á su demasiado larga existencia, en la cual se hallaba ya la laguna de los años del protectorado. El pueblo quemó en señal de regocijo en las plazas públicas montones de osamentas de diferentes animales. Algunos verdaderos republicanos, como Vaney-Ludlow, se fugaron, mientras otros fueron destituidos, no por el hecho de Monk, sino por las prescripciones á que se habian condenado unos á otros. El mando del regimiento de Harlerig fue dado por Monk á lord Falconbrikge, que aunque yerno de Cromwell, sirvió á Carlos II. El coronel Hutchinson, cuya esposa nos ha dejado unas memorias llenas de interés, se retiró á su provincia. Lambert, se confesó culpable á la restauracion, obtuvo la gracia de la vida, y vivió treinta años desterrado en la isla de Guernessey, abrumado bajo el doble peso del regicidio y del desprecio.

El nuevo parlamento, dividido segun la antigua forma, en dos cámaras, se reunió el 25 de abril de 1660: los Comunes, bajo la presidencia de Harbotele-Green-Stone, antiguo miembro excluido del parlamento Largo, por haber denunciado la ambicion de Cromwell; y la cámara de los Pares, bajo la presidencia de lord Manchester, que habia hecho la guerra en otro tiempo á Carlos I.

Grenville, comisario de Carlos II, se habia puesto de acuerdo con Monk; el enviado, procedente de los Paises-Bajos, era portador de la declaracion real de Carlos; este documento nada prometia, no era una Carta. Carlos no tenia en cuenta las conquistas de la época, ni hacia las necesarias concesiones á las costumbres, á las ideas, á la posesion y á los derechos adquiridos; desde aquel momento se hacia indispensable una segunda revolucion, y el príncipe legatario del trono desheredaba á su familia. Acrimínose á Monk por no haber obtenido garantía alguna en favor de la monarquía constitucional; y, dicho sea en honra eterna del partido realista, uno de sus individuos en la cámara de los Comunes, reclamó las libertades de la nacion: llamábase sir Mateo Hale, juez tan íntegro y estimado, que Cromwell lo habia empleado, no obstante su conocida adhesion á sus legítimos soberanos. Monk respondió que si se deliberaba, no respondia de la paz de Inglaterra. «¿Qué temeis? dijo; el rey no tiene oro para compraros, ni ejército »para conquistaros.»

Desatendiéronse todas las representaciones, porque se tenia sed de reposo despues de tan largos disturbios. Los comisarios del Parlamento fueron á Breda, á poner á los piés del monarca los votos y los presentes del pueblo de los tres reinos. Embarcóse Carlos II en un bajel de la flota inglesa en el Haya, desembarcó en Douvres el 26 de mayo de 1660, donde abrazó á Monk que le esperaba en la playa, y viendo una inmensa multitud ébria de júbilo, preguntó afablemente: «¿Dónde están mis enemigos?» Monk representaba en aquel momento el papel de protagonista: hoy, empero, ¡cuán raquítico parece al lado de Cromwell, aunque su figura de cera á lo Curcio, ocupe un armario en Westminster!

El hijo de Carlos I verificó su entrada en Lóndres el 29 de mayo, aniversario de su nacimiento, lo que se creyó de feliz agüero. Cumplia treinta años: era jóven é insinuante, afable, y se mostraba de nuevo en una tierra donde anteriormente solo habia hallado

abrigo en las ramas de una encina; era rey y habia sido desgraciado: fue, pues, objeto de adoracion. ¿Quién lo hubiera creido? ¡El pueblo de la *antigua buena causa* prorrumpia en gritos de regocijo al desembarco de los enanos en la isla de los gigantes!

Los cuerpos políticos inauguran las revoluciones, y los mismos los terminan: una asamblea deliberante, muchas veces ilegal y sin derechos reales, tiene mas poder que un ejército para restaurar á un soberano en su trono. Sin un acuerdo del parlamento de la Liga, declarando la corona de Francia intransmisible á todo príncipe no francés, nunca hubiera reinado Enrique IV. Enciérrase en la ley una fuerza invencible, de la cual deben derivar los monarcas su verdadero poder.

CARLOS II.

1660—1665.

Si fuese posible sospechar que la corrupcion de las costumbres difundida en Inglaterra por Carlos II fue un cálculo de su política, seria preciso colocar á este príncipe en el número de los monarcas mas abominables; pero es probable que no hizo otra cosa que seguir la corriente de sus inclinaciones y la ligereza de su carácter. Fórmanse los hombres con bastante frecuencia un plan de virtud, pero pocas veces un sistema de vicio; la debilidad busca un apoyo para caminar con paso seguro, mas no necesita sosten cuando le importa poco caer. Carlos, que jamás se creyó bien seguro en el poder, entre su padre decapitado y su hermano, cuyo destino era perder la corona, quiso por lo menos concluir en los placeres una vida que habia empezado en los sufrimientos.

Terminadas las fiestas de la restauracion y apagadas las iluminaciones, se levantaron los cadalsos. Carlos habia declinado en el Parlamento toda responsabilidad de esta naturaleza y este no escaseó las reacciones y las venganzas. Cromwell fue exhumado, y su hijo Ricardo emigró al continente; pero dicho sea en obsequio de la verdad, huia menos de su rey que de sus acreedores. El príncipe de Conti, que no le conocia, le insultó preguntándole: *¿Dónde está el cobarde y estólido Ricardo?*

¿Quién se acuerda hoy de que existió un Tomás *Cromwell*, conde de Essex, favorito de Enrique VIII, y que fue decapitado por un mero capricho del tirano su señor? Oliverio Cromwell mata, por decirlo así, su nombre entre los hombres que le precedieron, y lo hace vivir entre los que le han seguido y seguirán, pues una gran gloria oscurece el pasado é ilumina el porvenir.

El 9 de octubre de 1660 se reunió en Hichs's-hall una comision de treinta y cuatro miembros para incohar el proceso de los regicidas; veinte y un jurados componian el gran tribunal. En la lista de los jueces se ve á muchos caudillos revolucionarios, entre otros Monk, que de abyecto servidor del regicida Cromwell, habia pasado á ser caballero de la Jarretiera y duque de Albermarle. Cuando en la extraccion de la gran loteria de las revoluciones, abre cada uno su billete, ve hacerse una amarga é irónica distribucion de los bienes de la fortuna: un hombre se cubre de condecoraciones mientras otro sube al patíbulo; y no obstante, ambos son cómplices del mismo hecho, y han corrido el mismo albur. Pedro, enemigo, nada en la opulencia; Pablo, amigo, yace sepultado en la miseria. Aquel es recompensado por su traicion, al paso que este es castigado por su fidelidad.

El mísero Harrison, presentado á sus jueces les dijo: «Muchos de vosotros, ahora mis jueces, fueron »activos conmigo en las cosas que han ocurrido en Inglaterra.... Lo que se ha hecho ha tenido lugar por »mandato del Parlamento, entonces súprema autoridad.»

La escusa era de buena fe, pero mala en su fondo, pues no basta que un poder *legal* nos prescriba una accion injusta, para que nos consideremos obligados á cometerla. La ley moral es superior en ciertos casos á la ley política: de lo contrario, pudiera suponerse una sociedad constituida de tal manera que el crímen fuese en ella el derecho comun. En fin, el *rump* no era el *verdadero* parlamento, esto es, el parlamento *legal*.

Harrison era un hombre sencillo de entendimiento y de corazon, una especie de loco fanático de la *quinta monarquia*, franco republicano, que se habia separado de Cromwell, opresor de la libertad. A propósito de Harrison aplicó un juez al pueblo inglés el hermoso apólogo del niño que habiendo enmudecido recobró la palabra al ver al asesino de su padre (1). Aunque criminal, Harrison era mas estimable que otros muchos hombres; pero hay en la vida inexplicables fatalidades: tal, dotado de un carácter noble y puro, cae en un error imperdonable, y todos le rechazan, siendo así que tal otro, vil y corrompido por naturaleza, no ha tenido ocasion de equivocarse, y todos le buscan. El uno es condenado en el tribunal de los hombres; el otro lo es en el de Dios.

Descubrióse en el proceso de los jueces de Carlos I que los dos verdugos disfrazados se llamaban Walker y Hulet, ambos militares: Hulet era capitan. *Gorlland*, que ocupaba el sillon presidencial en el meeting regicida, fue acusado por un testigo de haber escupido al rostro del rey. Axtell, mónstruo de crueldad, que mataba, dice el proceso, á los irlandeses como si fueran sabandijas; Axtell, anabaptista y agitador, fue convicto de haber obligado á los soldados á gritar: *¡justicia: ¡ejecucion!*; de haber inducido á hacer fuego á la tribuna de lady Fairfax, y de haberles hecho quemar pólvora en el rostro del augusto prisionero. Todos aquellos hombres sostuvieron que su causa era *la de Dios*. Tomás Scott fue el que mostró mas firmeza. Ya en el Parlamento habia declarado «que nunca se arrepentiria de haber juzgado al rey, y que queria que se grabasen sobre su tumba estas palabras: *Aquí yace Tomás Scott, que condenó á muerte al difunto rey*. No desmintió este lenguaje en medio de los mas atróces suplicios. La sentencia dictada contra todos estaba concebida en estos términos:

«Sereis arrastrados sobre zarzos al lugar de la eje»cucion, para ser allí colgados, y estando aun vivos »se cortará la cuerda. Sereis mutilados (*your privy »member to be cut off*), se os arrancarán las entrañas »(en vida), y serán quemadas á vuestra vista. Vues»tra cabeza será cortada, y vuestros miembros dividi»dos en cuatro cuartos. Vuestra cabeza y vuestros »miembros serán puestos á disposicion del rey, y Dios »se apiade de vuestras almas.»

De los ochenta regicidas que permanecian en Inglaterra en el momento de la restauracion, cincuenta y uno se presentaron á la proclamacion del rey, se reconocieron culpables y disfrutaron de la amnistía; veinte y nueve fueron juzgados; diez sostuvieron que no eran criminales, y marcharon al suplicio con la firmeza de unos mártires: el predicante Hugo Peters participó de esta suerte. John Jones declaró en la horca al rey inocente de su muerte; Carlos II en opinion de Jones, no hacia otra cosa que cumplir los deberes de un buen hijo para con su padre.

Así pues, las exhumaciones y las ejecuciones abrieron un reinado que los cadalsos debian cerrar. Veinte y dos años de disolucion transcurrieron debajo de los patíbulos: últimos años de placer, á la usanza de los Estuardos, y que se asemejaban á una orgia fúnebre.

(1) He citado este pasaje de Harrison en el cap. II de las *Reflexiones políticas*.

En los primeros dias de la restauracion preguntáronse todos cómo se podria llegar á ser bastante esclavo para expiar el crímen de independencia: en aquella emulacion doméstica, el dueño de cada hogar no tenia que ocuparse de los actos de rigor, pues el clero y el Parlamento se encargaron de esta tarea. Los Comunes sancionaron una mocion encaminada á restablecer la doctrina de la obediencia pasiva; el bill de las convocatorias trienales fue abolido, y una especie de largo parlamento real duró diez y siete años, á beneficio de la corrupcion, de la impiedad y la esclavitud, como el largo parlamento republicano habia existido veinte, merced al rigorismo, al fanatismo y á la libertad. Todo adquirió el carácter de una monarquía absoluta en una monarquía representativa: copióse la córte de Luis XIV, sin copiar su grandeza; se intrigó para ser ministro, hubo influencias femeninas en Windsor como en Versalles; los intereses públicos se trataron cual si fuesen meros asuntos privados, y no fueron ya las revoluciones, sino las cabalas cortesanas las que levantaron los patíbulos.

La peste y un vasto incendio no fueron parte á turbar la voluptuosa existencia de Carlos. A instigacion de la Francia, y cediendo á las sugestiones de Enriqueta, duquesa de Orleans, hizo la guerra á Holanda con el único fin de utilizar en provecho de sus placeres los subsidios del Parlamento.

Los desgraciados *caballeros*, aquellos realistas que habian sacrificado todo á la causa de los Estuardos, olvidados á la sazon yacian en la miseria, en tanto que las *cabezas redondas* gozaban de los bienes y honores que habian adquirido, armándose contra la familia legítima. Waller, conspirador cobarde en la época del parlamento Largo, poeta adulador de la usurpacion venturosa, hacia las delicias de la legitimidad restaurada, en tanto que el fiel y denodado Butler fallecia de hambre. Carlos sabia de memoria y se complacia en recitar los versos de *Hudibras*. Esta sátira, llena de estro contra los personajes de la revolucion, llenaba de placer una córte en que brillaban la disolucion de Rochester y los chistes de Grammont: el ridículo era una especie de venganza muy adecuada á la índole de los cortesanos. Por lo demás, ¿las repúblicas son mas reconocidas que las monarquías? ¿Olvidó Carlos II á sus amigos mas que los otros reyes á los suyos? Hay ciertas enfermedades peculiares á las coronas, sean cuales fueren por otra parte las cualidades y los defectos de los hombres que las ciñen. «Entrad en el patio del palacio (de Enrique IV),» dice la ingeniosa duquesa de Rohan, en su *Apología irónica*, «y oireis decir á los oficiales: *Hace veinte y cinco »y treinta años que sirvo al rey, sin poder conse»guir que se me abonen mis pagas*, mientras uno »que le hacia la guerra *ha tres dias, acaba de recibir »tal recompensa*. Subid las escaleras, entrad en las »antesalas, y oireis decir á los gentiles-hombres: »*¿Qué esperanzas despierta el servicio de este prín»cipe? He arriesgado mi vida tantas veces en su de»fensa, he sido herido, he caido prisionero, he per»dido mi hijo, mi hermano ó mi padre, pero ya no »me conoce, y me rechaza con dureza si le pido el mas »pequeño galardon*... Ahora bien, caballeros, ¿no es »todo esto lo que decis? Pues escuchadme á mi vez: »sabed que ese príncipe está dotado de virtudes so»brenaturales, y que dice claramente: *Amigos mios, »ofendedme y os amaré, servidme y os aborreceré*... »¡Oh esforzado y generoso príncipe, que no se entre»ga sino á los generosos, y no se deja forzar sino por »la fuerza!»

Algunos recuerdos, algunas ambiciones privadas y algunas ilusiones propias de esas inteligencias menguadas que se imaginan capaces de resucitar lo pasado, fermentaban en un rincon bajo la proteccion de Jacobo, á la sazon duque de York y sectario del Catolicismo. Esas ambiciones, esas ilusiones y esos recuerdos, tomados en mal hora por una opinion posible ó aplicable, inspiraron á la nacion el temor de un reinado opuesto al culto establecido y á la libertad de los pueblos. La correspondencia diplomática nos revela el odioso papel que representó entonces Luis XIV, y la funesta influencia que ejerció en el destino de Carlos y de Jacobo, pues al mismo tiempo que impulsaba al soberano á la arbitrariedad, estimulaba á los súbditos á la independencia, con la mezquina mira de involucrarlo todo y hacer á la Inglaterra impotente en lo exterior. Los ministros de Carlos y los miembros mas notables de la oposicion del Parlamento cobraban pensiones del citado monarca.

La Iglesia episcopal tomaba parte activa en todos los negocios: proscrita durante las últimas conmocio-ciones por los fanáticos, el interés y el deseo de venganza la habian hecho á su vez fanática. Inficionado por este espíritu de reaccion, el Parlamento queria la unidad del culto, y perseguia igualmente á los católicos y á los presbiterianos, aunque gran número de miembros de aquel parlamento no tenia creencia alguna. En el reinado de Cárlos I la política habia sido el instrumento de la Religion; en el de Carlos II la Religion fue el instrumente de la política. Los principios habian cambiado de lugar, coordinándose de manera que conducian mas directamente á la libertad civil, oprimiendo la de conciencia. Los *independientes* habian desaparecido, y la córte era deista ó atea.

En 1673 el Parlamento sancionó el acta del *test*, precaucion tomada para el porvenir contra el duque de York, como papista. ¡Efecto milagroso, y no obstante natural, de la marcha de los siglos! Aquella famosa ley que sirvió para precipitar del trono á los Estuardos, y que fue la salvaguardia de una nueva dinastía, se deroga en los momentos en que trazamos estas líneas. La abolicion no es aun plena y entera; pero no puede tardar en serlo. Si la familia de los Estuardos no estuviese estinguida, no hallaria ya en su religion obstáculo alguno para volver á subir al trono: ¿lo hallaria en su política? Todo se encierra en aquella para los pueblos y para los reyes.

Una pretendida conspiracion descubierta por el infame Tito Oates, comprometió á la reina, cuyo destierro pidió el Parlamento, enviando al mismo tiempo á la horca algunos jesuitas. Shaftesbury, adulador de Cromwell é instrumento de la restauracion, hombre de un carácter y de un talento bastante parecidos á los del cardenal de Retz; Shaftesbury, padre de un hijo célebre, pasaba de una intriga á otra. Un bill, obra de su antipatía, que no de su conviccion, fue presentado á la cámara de los Comunes, para excluir al duque de York de la sucesion á la corona; pero fue desechado por la cámara de los Pares. Indignáronse los Comunes; Carlos disolvió el Parlamento y convocó otro en Oxford, que, mas turbulento aun que el otro, volvió á presentar el bill desechado. Carlos volvió á disolverlo, despojó á Londres y á algunas ciudades municipales de sus Cartas, reinó arbitrariamente hasta su muerte, y sugerido por su hermano, tornóse cruel y perseguidor.

De aquí surgieron las conspiraciones opuestas y mal concebidas de Monmouth, bastardo de Carlos, y de los lores Shaftesbury, Essex, Grey Rusel, Sidney y Hampden, nieto del famoso parlamentario. Estos tres últimos son célebres: lord Rusel es la única víctima de aquel tiempo que ha merecido la estimacion completa de la posteridad. Hampden se mostró miserable en el proceso, revelando tener de menos lo que su abuelo tenia de mas. Por lo que respecta al republicano Sidney, estaba subvencionado por Luis XIV, y se manejaba de manera que vivia con todas las comodidades á expensas del despotismo, sabiendo no obstante morir noblemente por la libertad.

La inquietud creciente que inspiraba el futuro reinado; las pretensiones de María, hija del duque de

York y esposa del príncipe de Orange; la profunda y fria ambicion de este yerno de Jacobo, en cuyo derredor empezaban á agruparse todos los partidos descontentos, envenenaron los últimos dias de una córte frívola. Carlos sucumbió de repente el 16 de febrero de 1685 á un ataque de apoplejía, resultado harto comun de una vida licenciosa, en el tránsito de la edad madura á la vejez. Los ilícitos placeres de este príncipe le dispensaron un postrer servicio, sustrayéndole á una nueva revolucion, ó por mejor decir, al último acto de la revolucion, pues los Estuardos no quisieron representarlo por sí mismos, utilizando en su favor lo que Guillermo supo recoger. Algunos creyeron que Carlos II habia sido envenenado; no obstante es mas cierto que murió católico, si es que era algo en religion.

Este hijo de Carlos I fue uno de esos hombres ligeros, indolentes, egoistas é incapaces de afectos y convicciones, que se interponen á veces entre dos períodos históricos, para dar fin á uno y principio á otro; para amortiguar los resentimientos, sin ser bastante poderosos para ahogar los principios; uno de esos príncipes cuyo reinado sirve de paso ó de transicion á los grandes cambios de instituciones, de costumbres é ideas en los pueblos; uno de esos príncipes expresamente creados para llenar los vacios que en el órden político separan muchas veces la causa del efecto.

La inteligencia humana habia marchado en razon directa de los progresos de la ciencia social, y la poesía brilló con el mas vivo resplandor. Fue aquella la época de Milton, de Waller, de Dryden, de Butler, de Cowley, de Otway y de Davenant, admiradores unos, despreciadores otros del genio de Cromwell, y todos mas ó menos sometidos á Carlos. «Alimentada en las »facciones, trabajada por el múltiple fanatismo de la »religion, de la libertad y la poesía, aquella alma borras»cosa y sublime (Milton), al perder el espectáculo »del mundo, debia hallar un dia en sus recuerdos el »modelo de las pasiones del infierno, y hacer brotar »del fondo de sus altos ensueños, no interrumpidos »ya por la yerta realidad, dos creaciones igualmente »fantásticas, igualmente inesperadas en aquel siglo »feroz: la felicidad del cielo y la inocencia de la tierra.» Tomamos esta admirable pintura de la historia de Cromwell, por Mr. Villemain.

Tillotson, Burnet, Shaftesbury, Hobbes, Locke y Newton se habian ya mostrado ó empezaban á dejarse ver; las ciencias, segun los tiempos, son hijas ó madres de la libertad.

JACOBO II.

1685—1686.

Cuando las revoluciones deben consumarse, se ve nacer ó mantenerse al frente de los negocios los hombres que por sus virtudes ó crímenes, su fuerza ó debilidad, las conducen á su complemento; vése tambien al mismo tiempo morir ó alejarse los hombres que podrian detener la marcha de los acontecimientos. Carlos I, tercer hijo de Jacobo II, no hubiera ocupado el trono si sus hermanos mayores hubiesen vivido. Su devoto padre lo destinaba á la Iglesia; hubiérase pues sentado tranquilamente en la silla arzobispal de Cantorbery en lugar de subir al cadalso. Toda la serie de los acontecimientos hubiera cambiado por la influencia personal de los monarcas que habrian reinado en lugar de Carlos I y sus dos hijos, y los Estuardos regirian tal vez aun los destinos de la Gran-Bretaña.

Jacobo II, hombre duro y débil, tenaz y fanático, no tenia la mas ligera idea de la revolucion que se habia verificado en los espíritus, y por consiguiente habia quedado rezagado mas de un siglo respecto de sus contemporáneos. Por esta razon quiso intentar en favor de la Iglesia romana, lo que su padre no habia podido llevar á cabo ni siquiera en pro del episcopado: creíase árbitro de operar un cambio en la religion del Estado con tanta facilidad como Enrique VIII, sin tener en cuenta que el pueblo inglés no era ya el pueblo de los Tudors; y aun cuando Jacobo hubiese distribuido á sus súbditos todas las riquezas del clero anglicano, no hubiera hecho un solo católico. Su falta mas trascendental fue jurar, al ceñirse la corona, lo que no tenia intencion de cumplir: la fe guardada no ha salvado siempre á los imperios; pero la fe mentida los ha perdido con sobrada frecuencia.

Jacobo tenia preocupado el ánimo por la insensata rebelion del duque de Monmouth, tan fácilmente reprimida. Monmouth, batido en Segmore, y descubierto despues del combate entre unas malezas, conducido á Londres y presentado á Jacobo, no pudo salvar su vida por la humilde sumision que Jacobo desterrado ha referido benévolamente, creyendo escusar su debilidad divulgando la ajena. La certidumbre de la muerte devolvió el valor á Monmouth, y se mostró valiente y ligero como su padre Carlos II; tenia todas las gracias de la cortesana su madre, y jugó con el hacha, que fue preciso descargar cinco veces para derribar su hermosa cabeza. Hase querido hacer de Monmouth la *Máscara de hierro:* eterno asunto de novelas.

Jacobo, naturalmente cruel, halló un verdugo: Jeffries habia inaugurado sus fechorías á fines del reinado de Carlos II, en el proceso en que Russel y Sidney perdieron la vida. Este hombre, que á consecuencia de la invasion de Monmouth, hizo ejecutar en el Occidente de Inglaterra á mas de doscientas cincuenta personas, no carecia de cierto espíritu de justicia: una virtud que no se echa de ver en un hombre recto, resalta sobremanera cuando está colocada en medio de los vicios.

Arrastrado por su celo religioso, el monarca solo escuchaba los consejos de su confesor el jesuita Peters, á quien habia intentado hacer cardenal. Misionero en su propia córte, Jacobo habia convertido á su ministro Sunderland, que no era mas fiel á su nuevo Dios que á su rey. El nuncio del papa hizo una entrada pública en Windsor, vestido de pontifical: estas cosas, que en el espíritu tolerante ó indiferente de nuestro tiempo serian asaz insignificantes, eran entonces criminales á los ojos de un pueblo á quien se habia enseñado á mirar la comunion romana como enemiga de las libertades públicas.

Viendo el rey que no podia llegar directamente á su objeto, quiso alcanzarlo por medios oblícuos: declaróse protector de los cuákeros y pidió la libertad de conciencia para todos sus súbditos. Cromwell habia tambien aspirado á esta libertad, mas solo con el objeto de defenderse, no con el de atacar, como alevemente se proponia hacerlo Jacobo. Este intrigó sin resultado alguno, para conseguir una mayoria sobre este punto en el Parlamento. Habiendo fracasado su plan, publicó por propia autoridad una declaracion de libertad de conciencia. Siete obispos, que se negaron á leerla en sus iglesias, fueron conducidos á la Torre; pero habiendo sido absueltos por un juicio solemne, su prision y su libertad fueron objeto de un triunfo popular. Jacobo habia formado un campamento que hacia maniobrar á algunas millas de Londres, pero no halló á los soldados mas dispuestos que los obispos, á admitir la libertad de conciencia.

Hé aquí como, merced á un acto justo y generoso en principio, acabó Jacobo de descontentar á la nacion; y en verdad no es difícil hallar la doble razon de esta especie de iniquidad de los hechos: habia por un lado fanatismo protestante, y se advertia por otro que la tolerancia régia distaba mucho de ser sincera,

‹No es de Jacobo II, sino de Jacobo I

y que solo pedia una libertad particular con el torcido designio de destruir la libertad general.

Harto menos fácil es darse cuenta de la conducta del rey. Durante el reinado de su hermano habia visto proponer un bill de incapacidad á la posesion de la corona, fundada en la profesion de cualquiera religion que no fuese la del Estado: estas hostiles disposiciones podian sin duda haber irritado al católico Jacobo; pero ¿cómo no comprendió, por este mero hecho, que para conservar la corona en semejante pueblo, debia evitar herirle en su lado sensible? Lejos de obrar así, en lugar de mostrarse prudente al llegar al poder supremo, Jacobo no fue escaso en la adopcion de las medidas que debian abismarle.

Mucho tiempo hacia que la Holanda era el foco de las intrigas de los diferentes partidos ingleses, cuyos emisarios se reunian allí, bajo la proteccion de María hija primogénita de Jacobo y esposa del príncipe de Orange, hombre que no ha inspirado admiracion alguna, y que no obstante llevó á cabo empresas admirables. Avisado muchas veces por Luis XIV, de los peligros que le rodeaban, el obcecado Jacobo nada queria creer; pero al fin le fue preciso rendirse á la evidencia: un despacho del marqués de Abbeville, embajador de la Gran-Bretaña en La-Haya, desenvolvió á sus ojos todo el plan de invasion. Abbeville habia recibido sus datos del gran pensionista Fagel, pero el conde de Avaux habia tenido mucho antes noticia de todo el negocio. Habíase armado en Texel una escuadra cuyo destino era operar contra Inglaterra, donde el príncipe de Orange decia haber sido llamado por la nobleza y el clero.

Luis XIV, cuya política habia sido desastrosa y miserable hasta el desenlace, volvió á mostrarse grande á la catástrofe: hizo ofertas magnánimas, y hubiéralas ciertamente cumplido, á no haber cometido al mismo tiempo una falta irreparable, pues en vez de atacar los Paises-Bajos, lo que hubiera detenido al príncipe de Orange, llevó la guerra á otra parte. La flota se dió á la vela, y Guillermo desembarcó con trece mil hombres en Broxholme, en Torbay.

Grande fue su asombro al no encontrar allí á nadie, y esperó diez dias en vano. ¿Qué hizo Jacobo en estos diez dias? Nada. Tenia á sus órdenes un ejército que se hubiera batido, y no adoptó resolucion alguna. Su ministro Sunderland lo vendia; el príncipe Jorge de Dinamarca, su yerno, y Ana su hija predilecta, lo abandonaban, como tambien su hija María y su otro yerno, Guillermo. La soledad empezaba á extenderse en derredor del monarca, que se habia aislado de la opinion nacional: en tal apuro pidió consejos al conde de Bedfort, padre de lord Russel, decapitado en el reinado anterior, perseguido por Jacobo: «Yo tenia un hijo que hubiera podido socorreros,» respondióle amargamente el anciano.

Jacobo no mostró firmeza en aquel momento crítico sino por su religion, pues esta habia robado en su provecho el natural valor del príncipe. Jacobo revocó, es cierto, las medidas favorables á los católicos; incurriendo, sin embargo, en una extraña contradicion, hizo bautizar á su hijo en la comunion romana, y el papa fue declarado padrino de este tierno rey, que no debia ceñir la corona. La conciencia era la única virtud de Jacobo II, pero no la aplicaba sino á un solo objeto; esta viva luz convertíase para él en tinieblas, siempre que no tocaba el altar.

El príncipe de Orange avanzaba lentamente hácia Londres, donde la sola presencia de Jacobo combatia al usurpador; la desercion empezó poco á poco en el ejército inglés, y el *Lille Ballero*, especie de himno revolucionario, se cantó entre los desertores. Sabido esto por Jacobo, dijo: «Dénseles los pasaportes en mi nombre, y vayan á buscar al principe de Orange; yo les evitaré la ignominia de la traicion.»

No obstante, el rey tomaba la mas desastrosa de las resoluciones: la de abandonar á Londres. Hizo partir primero a la reina y á su tierno hijo, acompañados de Lauzun, favorito de la fortuna, como sus suplicantes eran su juguete. Jacobo se embarcó en el Támesis, donde arrojó el sello del Estado, ó por mejor decir, su corona, que las aguas no volvieron á traerle. Detenido casualmente en Feversham, volvió á Londres, donde el pueblo le saludó con las mas vivas aclamaciones: esta inconstancia popular estuvo á punto de dar en tierra con la obra de la paciente y culpable ambicion del príncipe de Orange. Ese duque de York, tan denodado en su juventud, bajo las banderas de Turena y de Condé, y tan valiente y hábil almirante en las flotas de su hermano Carlos II, no sabia revestirse como rey de su antiguo valor; y no obstante, hubiérale bastado permanecer y mirar de frente á su yerno é hija. Guillermo le hizo mandar que se retirase al castillo de Ham: y él, en lugar de indignarse contra tan ultrajante mandato, solicitó bajamente el permiso de trasladarse á Rochester. El príncipe de Orange adivinó sin dificultad que su suegro abrigaba la intencion de fugarse del reino, puesto que se acercaba al mar: el usurpador, que no anhelaba otra cosa, se apresuró á concederle el permiso. Jacobo ganó furtivamente la playa, y se embarcó en un bajel que le esperaba, y de cuya direccion nadie queria encargarse.

El austero católico que así sacrificaba un reino á su fe, no tenia otro séquito que su hijo natural, el duque de Berwick, tenido de Arabela Churchill, hermana del duque de Marlborough, quien, aunque debia su fortuna á Jacobo, le abandonó porque le veia desgraciado, para entregarse á un protervo protegido por la fortuna. Berwick y Marlborough, bastardo aquel, traidor este, debian ser, andando el tiempo, dos famosos capitanes: Marlborough conmovió el imperio de Luis XIV, y Berwick aseguró la España al nieto de este gran rey, sin que le fuese posible reconquistar la Inglaterra á su padre Jacobo II. Berwick tuvo la doble gloria de morir de un balazo de cañon en Philipsbourg por la Francia el 12 de junio de 1734, y de haber merecido los elogios de Montesquieu.

Jacobo llegó á los campos de su eterno destierro el 2 de enero de 1689, mes funesto, desembarcando en Ambleteuse, en la Picardía. Cuatro años habian bastado al último hijo de Carlos I para perder un reino.

Una asamblea nacional convocada en Westminster, bajo el nombre de *Convencion*, declaró el 23 de febrero de 1689 que Jacobo, segundo de este nombre, habia abdicado, en el mero hecho de abandonar la Inglaterra; que su hijo, el príncipe de Gales, era un hijo supuesto (impudente mentira); y que María, hija de Jacobo y princesa de Orange, era de derecho heredera de un trono abandonado: así pues, la usurpacion se estableció sobre una ficcion de legitimidad.

El príncipe de Orange y su esposa María aceptaron la sucesion régia, no vacante, bajo condiciones que llegaron á ser la constitucion escrita de la Gran-Bretaña: tal fue el último acto y el desenlace de la revolucion de 1640; así, despues de algunos siglos de discordias, se trazaron los límites que separan hoy en Inglaterra el justo poder de la corona de las libertades legales del pueblo.

Por lo demás, ni Jacobo ni los ingleses mostraron la menor dignidad en aquel memorable acontecimiento, pues dejaron hacer todo lo que le plugo á Guillermo con un escaso ejército de trece mil hombres, entre los que se contaban mil doscientos ó mil cuatrocientos soldados y oficiales franceses protestantes, que espulsados de Francia por la revocacion del edicto de Nantes, fueron á Inglaterra á destronar un príncipe católico, aliado de Luis XIV: así se encadenan los sucesos humanos. Una guardia holandesa se encargó de Londres, y relevó las guardias de Whitehall. Los historiadores de la Gran-Bretaña, que apellidan á la re-

volucion de 1688 la *gloriosa* revolucion, debieran limitarse á llamarla la revolucion *útil*, pues los hechos dejan sus beneficiosos resultados, pero niegan la gloria de ellos á Inglaterra. El mas ligero grado de firmeza en el rey Jacobo hubiera bastado para detener al príncipe Guillermo, pues en los primeros momentos casi nadie se declaró en su favor. Por lo demás, aquella revolucion, que hubiera podido ser aplazada, no era menos inevitable, porque estaba consumada ya en el espíritu de la nacion. Si Jacobo pareció hallarse poseido de un vértigo en el momento decisivo; si durante su reinado solo se le vió ocupado en procurarse un punto seguro en Inglaterra, ó un medio de huida á Francia; si se dejó vencer en todas partes; si no se aprovechó de los consejos ni de los ofrecimientos de Luis XIV, esto consiste en que tenia la conciencia de que sus destinos estaban cumplidos. La libertad, desconocida en tiempo de Jacobo I, ensangrentada en el de Carlos I, deshonrada en tiempo de Calos II y atacada en el reinado de Jacobo II, habia sido, sin embargo, conservada en las formas constitucionales, las cuales la trasmitieron á la nacion, cuyo suelo continuó fecundando despues de la expulsion de los Estuardos.

Estos príncipes no pudieron perdonar jamás al pueblo inglés los males que les habia hecho sufrir; y el pueblo inglés nunca pudo olvidar que ellos habian intentado usurparle sus derechos: habia pues por una y otra parte muchos resentimientos justos y demasiadas ofensas. Destruida toda confianza recíproca, unos y otros se miraron en silencio durante algunos años, porque las generaciones que habian sufrido juntas, igualmente cansadas, consintieron en concluir juntas sus dias; pero las nuevas generaciones, que no experimentaban este cansancio, y que, no alimentando ya enemistades, no necesitaban aceptar los compromisos del infortunio, revindicaron los frutos de la sangre y las lágrimas de sus padres, siendo por lo tanto preciso dar un eterno adios á las cosas pasadas. Al verificarse la revolucion de 1688, solo quedaban en los dos partidos algunos testigos de la catástrofe de 1649: el mismo Jacobo, que iba á morir en el desierto, y el viejo regicida Ludlow, que volvió de él para gozar del placer de ver expulsar á un monarca cuyo padre habia condenado. Ludlow por otra parte era tan extranjero en Londres con sus principios republicanos, como Jacobo II con sus máximas absolutistas.

Otro personaje asistió tambien al advenimiento de Guillermo. Un hombre llamado *Clark*, del condado de Exford, que habia tenido un litigio con sus hijas, habia ido á pleitear á Londres despues de la muerte de su hijo único, y le asaltó la idea de asistir á una sesion de la cámara alta. Habiéndole preguntado uno de los circunstantes si habia visto en su vida cosa semejante, Clark le respondió: «No, desde que he dejado de sentarme en aquel sillon.» Y diciendo estas palabras, señalaba el trono: era Ricardo Cromwell.

¿Habrian podido los Estuardos reinar despues de la restauracion? Muy facilmente, si hubieran hecho lo que Guillermo hizo en Inglaterra, y lo que Luis XVIII en Francia, dando una Carta y aceptando de la revolucion lo que tenia de invencible y de bueno; lo que estaba realizado en los espíritus y en el siglo; lo que habia sido consumado en las costumbres, lo que no podia intentarse destruir, sin chocar violentamente con la corriente de las edades, sin imprimir á las sociedades un movimiento retrógado, sin conmover de nuevo la nacion. Las revoluciones que se verifican en los pueblos en el sentido natural, es decir, en el sentido de la marcha progresiva del tiempo, pueden ser terribles, pero son duraderas, al paso que las que se intentan en sentido contrario, esto es, pugnando con el natural desarrollo de las cosas, no son menos sangrientas; pero, azote de un momento, nada fundan ni crean, y todo su alcance se reduce al poder de exterminar.

Volvamos al rey Jacobo: ¿cuál fue su paradero? «Al dia siguiente, dia de su llegada, el rey fue á esperarle á Saint-Germain, en la alcoba de la reina. Su »magestad se mantuvo allí una media hora ó tres cuar»tos de hora antes que aquel llegase; cuando se halla»ba en el soto, se dió aviso á su magestad, y lo mismo »se verificó al llegar Jacobo á palacio. Entonces su »magestad dejó á la reina de Inglaterra, y salió á su »encuentro á la puerta de la sala de guardias. Los dos »reyes se abrazaron muy tiernamente, con la dife»rencia de que el de Inglaterra, conservando la humil»de actitud de una persona desgraciada, se inclinó »casi hasta las rodillas del rey. Despues de este pri»mer abrazo en medio de la sala de guardias, dié»ronse nuevas pruebas de amistad; y luego, teniendo »estrechadas sus manos, el rey lo presentó á la reina, »que estaba en cama. El rey de Inglaterra no abrazó á su esposa, probablemente por respeto.

»Despues de un cuarto de hora de conversacion, el »rey llevó al de Inglaterra al aposento del príncipe de »Gales. El aspecto de Jacobo no habia inspirado res»peto á los cortesanos, y sus palabras produjeron aun »menos efecto que su aspecto. Refirió al rey en la »cámara del príncipe de Gales los principales sucesos »en que se habia visto envuelto; pero los refirió con »tal desaliño que los cortesanos no quisieron acordarse »de que era inglés, y que por consiguiente hablaba »muy mal el francés; ademas, tartamudeaba un poco, »estaba cansado, y no es cosa extraña que una des»gracia tan grande como la que le abrumaba, dismi»nuyese una elocuencia mayor que la suya.»

Luis XIV dió una flota al rey Jacobo y lo envió á Irlanda; mas habiendo perdido la batalla de la Boyne en junio de 1690, volvió á San German. Un partido bastante numeroso quiso reinstalarle en el trono, pero el monarca negociaba y lo embrollaba todo con sus absurdas pretensiones. Bossuet se mostraba menos exigente que él, pues sostenia que un rey católico podia tolerar la preeminencia de la religion protestante en sus Estados; no obstante, Bossuet deja traslucir al establecer este principio, un pensamiento ulterior poco digno en verdad de su genio y su virtud.

Jacobo vió desde el cabo de la Hogue la destruccion de la segunda flota que debia trasladarle de nuevo á los tres reinos. A consecuencia de este segundo descalabro escribió á Luis XIV: «Mi contraria estrella ha »hecho sentir su influencia sobre las armas de V. M., »siempre victoriosas, hasta que han combatido por mí; »os suplico, pues, no os tomeis mas interés por un »príncipe tan desgraciado.»

Conoció Luis XIV el valor de estas palabras, y duplicando su interés por su augusto cliente, volvió á armarse en 1696 en apoyo del partido jacobista. Jacobo se negó á todo complot de asesinato contra Guillermo, y tampoco quiso subir al trono de Polonia, que su régio huésped se encargaba hacerle obtener. En la época del tratado de Ryswick, Luis XIV, que iba á verse obligado á reconocer á Guillermo por rey de Inglaterra, propuso á este que reconociese á su vez al tierno hijo de Jacobo por su propio heredero. El príncipe de Orange, que no tenia hijos, accedia á ello, pero Jacobo rechazó tal proposicion, diciendo: «Me resigno á la usurpacion del príncipe de Orange, pero »mi hijo no puede heredar la corona sino de mí, porque la usurpacion no puede darle ningun título legítimo.» Hay en esta conducta cierta grandeza y una especie de política negativa, magnánima. Jacobo destronado, y colocado ya en la condicion de un simple cristiano, dejaba de ser un hombre vulgar, y era digno de que se viese en él algo mas que sus devociones con los jesuitas.

Jacobo tuvo el consuelo y el dolor de ver algunas veces en su retiro á los súbditos fieles á su adversa fortuna. «Formáronse en una compañía de soldados »al servicio de Francia, dice Dalrymple, y fueron

»revistados por el rey (Jacobo), en San German en »Laye. El rey les saludó con una inclinacion y con la »cabeza descubierta; volvió, tornó á inclinarse y se »anegó en lágrimas. Ellos se pusieron de hinojos y »bajaron sus cabezas hasta el suelo; luego se levan»taron todos á la vez, y le hicieron el saludo militar... »Eran siempre los primeros en una batalla, y los úl»timos en la retirada. Muchas veces carecieron de los »artículos de primera necesidad, y sin embargo, nun»ca se les oyó quejarse, á no ser de los padecimientos »del que miraban como á su soberano.»

Hay un hecho muy poco conocido: María Estuardo habia deseado que la compañía escocesa al servicio de Francia fuese mandada por uno de los hijos de los reyes de Escocia: en efecto, parece que Carlos I y Jacobo II fueron á su vez capitanes de esta compañía. Los jacobistas, que empuñaron muchas veces las armas por Jacobo y por el pretendiente su hijo, sellaron con un carácter tierno aquella vieja y espirante sociedad. Guillermo habia expulsado de Inglaterra á Jacobo al estribillo de una cancion revolucionaria: créese generalmente que el famoso *God save the king*, cuyo aire es de orígen francés, es un himno religioso que los jacobistas entonaban al marchar al combate. La lealtad, la legitimidad y la religion católica de la antigua Inglaterra, legaron una cancion á la libertad, á la usurpacion y á la comunion protestante de la Inglaterra moderna.

El gobierno inglés no halló un medio mas seguro para castigar á los montañeses escoceses, que mas tarde se sublevaron en favor del hijo de su antiguo rey, que obligarles á abandonar los trajes y las costumbres de sus padres, pues se juzgó que se les arrebatarian sus primitivas virtudes, despojándoles de sus antiguas usanzas.

Jacobo pasó el resto de su destierro en escribir las memorias de su vida: y como la piedad hacia en él las veces del poder, retirado á su conciencia, imperio de que no podia ser desheredado, sus recuerdos le hacian vivir en lo pasado, y su religion en el porvenir. Habia escrito de propio puño estas palabras: «Yo os »doy gracias, ¡Dios mio! por haberme quitado tres »reinos si vuestro designio ha sido hacerme mejor.»

El 16 de setiembre de 1701 murió en paz en San German.

El príncipe de Gales su hijo, que durante algun tiempo llevó el nombre de Jacobo III, y que dejó este mundo el 2 de enero de 1766 (siempre el mes de enero), tuvo dos hijos, Carlos Eduardo el pretendiente, y Enrique Benito, cardenal de York. El príncipe Eduardo tenia cualidades de héroe, pero no vivia en el siglo de los Ricardos *Corazon de Leon*, siglo romancesco en que un solo caballero conquistaba un reino. El pretendiente abordó á las costas de Escocia en agosto de 1745; un giron de tafetan que habia traido de Francia, le sirvió de bandera; y reuniendo bajo de ella á diez mil montañeses, se apoderó de Edimburgo, dejó tendidos á cuatro mil ingleses en Preston, y avanzó hasta catorce leguas de Londres. Si hubiera tomado la resolucion de marchar sobre esta capital, no es posible calcular los resultados.

Obligado á ejecutar un movimiento retrógrado á la vista del duque de Cumberland, el pretendiente ganó sin embargo, la batalla de Falkirk, pero sufrió una completa derrota en Culloden. Errante por los bosques, cubierto de harapos, extenuado de fatiga y presa del hambre, el rey de derecho de tres reinos vió renovadas en su persona las aventuras de su tio Carlos II; pero no hubo restauracion para él, y no legó sino cadalsos á sus amigos.

Habiendo vuelto á Francia, fue desterrado de ella por el tratado de Aix-la-Chapelle en 1748. Preso en el teatro y conducido á Vincennes casi encadenado, retiróse primero á Bouillon y luego á Roma: Luis XIV no reinaba ya. El papa Gregorio el Grande enviaba en calidad de misioneros á la isla de los Bretones los jóvenes esclavos bretones bautizados: doce siglos despues, la Gran-Bretaña enviaba á su vez á los sumos pontífices, reyes bretones confesores de la fe.

El ilustre proscripto se unió á una princesa cuya generosa fama ha continuado Alfieri. Eduardo experimentó la triste suerte reservada á los poderosos en la adversidad: el abandono. Tenia en su favor su buen derecho, pero el infortunio prescribe contra la legitimidad. Los nietos de Luis XV debian vagar por Europa como el pretendiente inglés, y leer esta órden en los postes clavados en los caminos de Alemania: «Se prohibe á todos los mendigos, vagabundos y *emi»grados*, detenerse aquí mas de veinte y cuatro horas.»

Eduardo no perdonó jamás al gobierno francés su cobardía. Al fin de su vida se abandonó á la pasion del vino, pasion innoble ciertamente, pero á beneficio de la cual devolvia á lo menos á los hombres olvido por olvido. Murió en Florencia el 31 de enero de 1788 (¡siempre el mes de enero!), poco mas de un año antes del principio de la revolucion francesa. Su hermano, el cardenal de York, último vástago de los Estuardos, falleció en la capital del mundo cristiano. Los dos hermanos tienen un mausoleo comun: Roma les debia en rigor un puesto en el polvo de sus desvanecidas grandezas.

Cuando la casa de María de Escocia se hubo extinguido, el feretro del desterrado de 1688 ha sido hallado en Francia casi en el momento en que lo era en Inglaterra el ataud de la víctima de 1649. Si alguno hubiese dicho á Luis XIV: «En menos de un siglo »habrán desaparecido tus restos mortales, y los del »príncipe tu régio huésped, será lo único que de ti »quedará en el palacio donde le diste acogida....» ¿qué hubiera pensado Luis el Grande?

Por la voluntad de Dios, las cenizas de un monarca extranjero reclaman hoy en vano en medio de nosotros las cenizas de los reyes de la patria. La secular abadía de Dagoberto ha guardado mal sus tesoros: Jacobo II, al despertar en San German, solo ha visto en San Dionisio á Luis XVI. La tumba del hijo de Carlos I descuella sobre las ruinas de la Francia: ¡triste testigo de dos terribles revoluciones, extraordinaria prueba de la contagiosa fatalidad que abrumó la raza de los Estuardos!

FIN.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG

MISCELANEAS POLITICAS,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

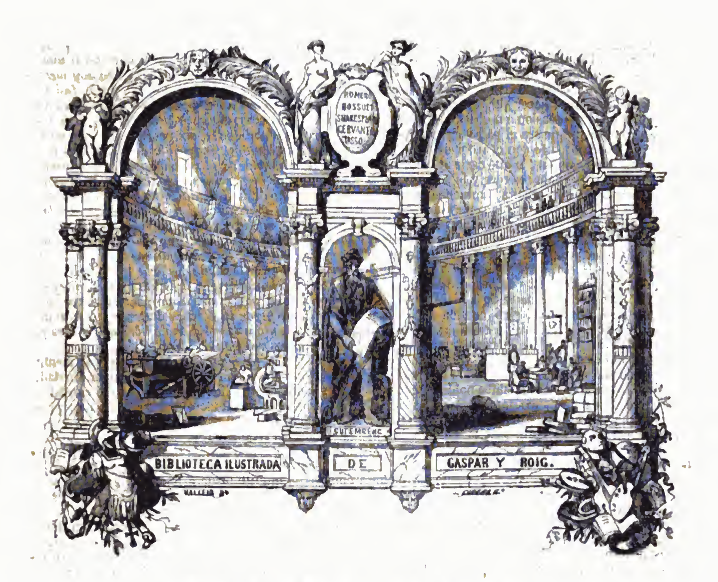
TRADUCIDAS

POR DON FRANCISCO MADINA-VEYTIA.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Principe num. 4.
1854.



MISCELANEAS POLITICAS,

POR CHATEAUBRIAND.

PREFACIO.

(1828.)

Cuando se habrán vuelto á leer, si es que vuelven á leerse, mis obras tituladas *Bonaparte y los Borbones, Compiegne y, Situacion de la Francia en 4 de octubre de 1814, Informe presentado al rey en su consejo de Gante* etc., quedará probado que soy un enemigo de la legitimidad, asi como por el *Genio del Cristianismo* se echa de ver que soy un impío, y como por mis *Reflexiones políticas* aparece que desde el 1814 me he mostrado enemigo de la Carta.

Mas si no soy un impío, soy por lo menos un filósofo y hé aquí la prueba. En el nuevo prólogo del *Ensayo histórico* he dicho. «*Mis creencias son muy sinceras; mañana caminaria con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe.*»

«*No corrijo ni una sílaba de lo que dije en* el Genio del Cristianismo; *jamás se escapará de mi boca una palabra, ni de mi pluma una línea que se halle en oposicion con las opiniones religiosas que profeso desde hace 25 años.*

»Esto es lo que yo soy.

»Vease ahora lo que no soy.

»No soy cristiano, para traficar como con título de privilegio en materias de religion: mi título de privilegio es mi partida de bautismo. Pertenezco á la comunion general natural y pública de todos los hombres que desde la creacion han estado acordes en todo el ámbito de la tierra en elevar á Dios su oracion. No soy mercader de opiniones, ni especulo con ellas. Independiente de toda traba, exceptuando la de gratitud á mi Criador, soy cristiano, sin perder por eso de vista mis propias debilidades, sin proponerme á nadie por modelo, sin ser perseguidor, inquisidor, ni delator, sin expiar la conducta de mis hermanos, sin calumniar los hechos de mis vecinos.

»No por eso se entienda que soy un incrédulo, disfrazado de cristiano que propone la religion como un freno útil á los pueblos. No explico el Evangelio en provecho de la tiranía, sino en beneficio de la desgracia.

»Sino fuese cristiano, no me molestaria por aparentarlo: toda violencia me abruma, todo disfraz me ahoga: si intentara fingir, mi carácter me arrebataria al pronunciar la segunda frase y haria traicion á mi propósito. Por otra parte no adjudico tanta importancia á la vida para entretenerme en decorarla con mentiras.

»Conformarse en todo con el espíritu de elevacion »y dulzura del Evangelio; marchar con el tiempo; »defender la libertad por medio de la autoridad de la »religion, predicar obediencia á la Carta, asi como »sumision al monarca; hacer que resuenen en el púl»pito palabras de compasion en obsequio de los que »sufren, cualquiera que sea el pais y culto á que per»tenezcan; reanimar la fe con el ardor de la caridad; »esto es segun mi opinion, lo que daria al clero la po»testad legítima que debe ejercer y le salvaria de la »irreparable ruina á que se lanza caminando por el sen»dero opuesto. Cierto es que la sociedad no puede »sostenerse sino apoyándose en el altar, pero los orna»mentos de este deben cambiar al tenor de los siglos y »con arreglo á los progresos del espíritu humano. Si »el santuario de la Divinidad es hermoso entre som»bras, aun lo es mucho mas estando bañado de cla»ridad: la cruz es el estandarte de la civilizacion.»

»No me haré incrédulo, sino cuando me habrán »demostrado que el Cristianismo es incompatible con »la libertad; entonces dejaré de considerar como ver»dadera una religion opuesta á la dignidad del hom»bre. ¿Cómo podria creer que dimanara del cielo un »culto que sofocase los sentimientos nobles y genero»sos, que degradara el alma, que cortara las alas al »genio y que abominara la luz en vez de convertirla »en un nuevo medio de elevarse á la contemplacion »de las obras de Dios? Por muy sensible que me fuera »no podria menos de convenir á pesar mio en que me »estaba alimentando de quimeras, y con horror me »acercaria á la tumba donde en vez de encontrar el »esperado reposo solo encontraba la nada.»

Mas no es tal por cierto el carácter de la verdadera religion: el Cristianismo á mi modo de ver lleva consigo dos pruebas evidentes de su celestial orígen: por medio de su moral, propende á librarnos de las pasiones, y por medio de su política, destruye la esclavitud. Luego el Cristianismo es una religion de libertad; esa religion es la mia.

Podria creerse que en aquellas páginas en que manifesté que *mañana caminaria con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe* y que *no corregia ni una sílaba de lo que habia dicho en el Genio del Cristianismo*; podria creerse que personas caritativas hayan encontrado en ellas motivos para acusarme de *filosofismo?*—¿Cómo asi? ¡Ah! ¿pues no habeis echado de ver esta abominable manifestacion del error? *Pertenezco á la comunion general, natural y pública de todos los hombres que desde la creacion del mundo han estado acordes en todo el ámbito de la tierra en elevar á Dios su oracion.*

En buena lógica, no puedo yo pertenecer á la gran comunion de los hombres que han elevado á Dios sus oraciones desde los patriarcas hasta los gentiles de los tiempos modernos que no conocian aun el Evangelio; no puedo, vuelvo á decir, pertenecer á esa comunion, sin cesar de conocer y rogar á Dios á la manera de los cristianos? Pero pasemos adelante.

Aun soy mucho mas culpable; pues añado la *herejía* al *filosofismo*, como lo acreditan estas palabras: *soy cristiano*. Esto es puro protestantismo; pues debia haber dicho: *soy católico-apostólico-romano*. Bien está: soy hereje porque me he servido de aquella célebre expresion que repetian los mártires al marchar al suplicio: «¡soy cristiano!»

Mas si en el mismo párrafo manifesté: que *caminaria con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe* que *no corregia ni una sola sílaba de lo que habia dicho en el Genio del Cristianismo*, queda aun alguna duda acerca de mis opiniones? La obra de la cual no quiero *corregir ni una sílaba* no es por ventura la apología mas completa de la religion católico-apostólico-romana? ¡Ah! piadosos comentadores mios, no son esas las frases que os han herido. Muy ortodojo me encontrariais si antes y despues de las palabras, *yo soy cristiano* no se leyeran estos diversos pasajes: *No soy cristiano para traficar como con títulos de privilegio en materia de religion... No soy mercader de opiniones, ni especulo con ellas... Independiente de toda traba exceptuando la de gratitud á mi criador,* SOY CRISTIANO, *sin perder por eso de vista mis propias debilidades, sin proponerme por modelo sin ser perseguidor, inquisidor ni delator, sin espiar la conducta de mis hermanos, sin calumniar los hechos de mis vecinos... No explico el Evangelio en provecho de la tiranía, sino en beneficio de la desgracia... Marchar con el tiempo; defender la libertad por medio de la autoridad de la religion; predicar obediencia á la* CARTA *asi como sumision al* MONARCA... *esto es lo que segun mi opinion daria al clero la potestad legítima que debe tener... Dos pruebas de su celestial orígen presenta en mi concepto el Cristianismo; por su moral propende á librarnos de las pasiones y por su política destruye la esclavitud. Es por lo tanto una religion de libertad: esa es precisamente mi religion.*

Detestar la persecucion, la intriga y la mentira: desear que la religion se amalgame con la libertad, y se extienda con las luces del siglo, en eso consiste mi verdadera herejía, mi filosofismo real y mi imperdonable pecado. Un hombre que quiere la *Carta*, pero separándola del Evangelio, predica una doctrina estéril; pero aquel que pide que la Carta sea depositada en el altar, explica un sistema fecundo en seducciones diabólicas, la multitud alucinada concluiria por hacerse partidaria de la reprobada obra que el antiguo Dragon inspiró á Luis XVIII, é hizo jurar á Carlos X.

Para todo espíritu recto, para todo corazon sincero nada de equívoco puede haber en las frases *recriminadas* uniéndolas á los conceptos con que están enlazadas; mas deseando dar fin á la cuestion y evitar motivos de anatema por parte de los nuevos doctores, declaro que viviré y moriré *católico, apostólico y romano*. Bien se ve que esta manifestacion es clara y terminante ¿se darán los negociantes de religion por satisfechos con ella? Me creerán? Nada de eso: juzgarán mis intenciones por las suyas propias.

Lejos hubiera estado de sacar á relucir miserables críticas en un prefacio si no hubieran recaido sobre un punto de religion: el desprecio, la indiferencia en semejante materia seria criminal. Profeso mi creencia religiosa tan paladinamente, como mis principios políticos: siempre he creido que no puede haber libertad duradera á no cimentarse como la sociedad en masa sobre la religion; mas no quiero que la hipocresía se confunda con la fe, el encarnizamiento de la calumnia con el celo de la caridad, ni el abuso de las cosas santas con las cosas santas en sí mismas.

Paso ahora á hablar del escrito que coloqué en las *Miscelaneas históricas* del cual Luis XVIII tenia la complacencia de decir que le habia valido tanto como un ejército.

Bonaparte es juzgado con severidad en aquel opúsculo acomodado á las exigencias de la época. En aquel período de turbulencia y de pasiones no habia lugar de pesar escrupulosamente las palabras: menos se trataba de escribir que de obrar, habia que ganar ó perder la batalla en el concepto del público, y si la batalla se perdia, quedaban para siempre dispersos los restos del trono legítimo. La Francia no sabia qué pensar; la Europa asombrada de su victoria, vacilaba; Bonaparte conservando su omnipotencia y escudado con cuarenta mil veteranos permanecia en Fontainebleau; proseguian las negociaciones entabladas con él: el momento era crítico: forzoso era pues ocuparse exclusivamente del hombre que inspiraba temores, y no pararse á indagar lo que en él pudiera haber de eminente; la admiracion puesta imprudentemente en la balanza de la opinion pública, la hubiera inclinado en pro del opresor de nuestras libertades. La pa-

tria estaba abrumada por el despotismo, y entregada por la insensata ambicion de este despotismo á la invasion extranjera: aun brotaban sangre nuestras recientes heridas: la fortaleza de Vincennes, los destierros, los fusilamientos en la llanura de Grenelle, el anonadamiento de nuestra independencia, las repetidas bancarrotas, la iniquidad de la política napoleónica, la ingrata persecucion suscitada contra el soberano pontífice, el rapto del monarca español; los desastres de la campaña de Rusia, y por decirlo de una vez todos los abusos de la arbitrariedad, todas las vejaciones del gobierno imperial, á nadie dejaban la serenidad suficiente para pronunciar un fallo imparcial. No se veia mas que la mitad del cuadro: lo defectuoso figuraba en primer término; las perfecciones estaban sepultadas allá entre las sombras.

El tiempo ha seguido su curso; Napoleon ha desaparecido: aquel soldado ante quien los reyes doblaban la rodilla, aquel conquistador que aturdió el mundo con su estrépito, apenas ocupa envuelto en silencio eterno unos piés de terreno sobre una roca en medio del Océano. Mas cuando yo por primera vez ensayé dibujar su retrato, Napoleon aparecia á la faz del mundo como usurpador del trono de San Luis, como usurpador de los derechos de la nacion. Siendo yo mismo una de sus víctimas me asocié por de pronto para juzgarlo con las generaciones que padecian; pero despues al recordar un cetro perdido y una espada hecha pedazos he debido usar el lenguage de un historiador concienzudo y de un ciudadano que ve ya afianzada la independencia de su patria. La libertad me he permitido admirar la gloria; pero esta, sentada de hoy mas sobre un sepulcro solitario, no volverá á levantarse, para encadenar á mi patria.

En 1814 pinté *Bonaparte y los Borbones*; en 1827 trazé el paralelo entre *Washington y Bonaparte*: mis dos bustos de Napoleon se parecen; mas el primero fue modelado sobre la vida, y el otro sobre la muerte: en esta hay mas verdad que en aquella.

Dejando el mismo Bonaparte de alimentar contra mi su encono llegó al fin á perdonarme y hacerme alguna justicia. Habiendo caido entre sus manos un artículo en que yo hablaba de su poder, le dijo á M. de Montholon.

Si la confianza régia no hubiera en 1814 y 1815 estado depositada en hombres cuya alma estaba destemplada por las circunstancias demasiado apremiantes, ó que renegando de su patria no veian salvacion ni gloria para el trono de su rey mas que bajo el yugo de la Santa Alianza; si el duque de Richelieu, que no ambicionaba mas que librar á su país de las bayonetas extranjeras; si Chateaubriand que acababa de prestar eminentes servicios en Gante, hubiesen estado al frente de los negocios, la Francia hubiera salido poderosa y respetada de aquellas dos grandes crisis nacionales. Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego del genio: sus escritos lo atestiguan. Su estilo no es el de Racine, es el de un Profeta. Solo él en el mundo ha podido decir impunemente en la tribuna de la cámara de los Pares que *la levita gris y el sombrero de Napoleon puestos en un palo sobre la costa de Brest harian correr la Europa á las armas.* (1). Posible es que si alguna vez llega á empuñar Chateaubriand el timon del Estado, se estravie. ¡Tantos son los que han encontrado en esa situacion su ruina! mas lo cierto es que á su genio se adapta cuanto es grande y nacional y que por lo tanto habria rechazado con indignacion los vergonzosos actos de la administracion de aquel tiempo.» (*Memorias para la Historia de Francia en tiempo de Napoleon* por M. DE MONTHOLON, tom. IV, pág. 248.)

¿Por qué no he de confesar que esa opinion de Bonaparte *alhaga la orgullosa debilidad de mi corazon*? No faltan pequeños hombres á quienes he hecho grandes servicios, que no han formado de mi una opinion tan favorable como el gigante de cuyo crimen (2) me atreví á desertar y á combatir el poder. De todos modos comparando el escrito de *Bonaparte y los Borbones* con el paralelo entre Bonaparte y Washington (3), y con algunas páginas de mi *Polémica* se sabrá poco mas ó menos cuanto bueno ó malo puede decirse acerca de aquel á quien los pueblos llamaron, *azote*. Las calamidades con que Dios nos castiga particip n algo de la eternidad y magnitud de la ira divina que las ha lanzado sobre nuestras cabezas. *Ossa árida... dabo vobis spiritum, et vivetis.* (EZEQUIEL.)

SOBRE BONAPARTE Y LOS BORBONES.

30 DE MARZO 1814.

No, jamás creeré que escribo sobre la tumba de la Francia: no puedo menos de persuadirme que tras del dia de la venganza no hayamos ya llegado al dia de la misericordia. El antiguo patrimonio de los reyes Cristianisimos no puede ser dividido; no, no perecerá este reino que Roma moribunda dió á luz en medio de sus ruinas, como postrer esfuerzo de su grandeza. No son los hombres únicamente los que han impelido los acontecimientos al estado en que los vemos: la mano de la Providencia ha influido en ellos visiblemente: el Dios de las batallas se ha puesto al frente de los ejércitos y ha tomado asiento en el consejo de los reyes. ¿Cómo podrian explicarse no recurriendo á la influencia divina la prodigiosa elevacion, y la caida aun mas prodigiosa de aquel que hace algun tiempo hollaba bajo sus plantas al mundo? Aun no hace quince meses que se hallaba en Moscou, y en la actualidad los rusos ocupan á París! Todo se extremecia bajo el imperio de su ley, desde las columnas de Hércules hasta el Cáucaso, y en el momento presente anda fugitivo, errante, sin tener un asilo: su poder avanzó como el flujo del mar, y se retiró como el reflujo.

¿Cómo explicar las faltas de aquel insensato? Adviértase que aun no estamos hablando de sus crímenes.

Estalla en Francia una revolucion preparada por la depravacion de costumbres y por las aberraciones del espíritu. En nombre de la ley caen al suelo la religion y la moral: repútase por supérflua la experiencia y el modo de vivir de nuestros padres: derríbanse las tumbas de nuestros antepasados, base sagrada de todo gobierno estable, para fundar sobre una razon incierta una sociedad sin pasado y sin porvenir. Dejándonos llevar de la mano por la locura, perdida toda nocion de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, recurrimos errantes por todas las formas de las constituciones republicanas. Fue llamado el populacho á deliberar en medio de las calles de Paris, sobre las mismas grandes cuestiones que el pueblo romano iba á discutir al Foro, despues de haber dejado sus armas

(1) Hé aqui el pasaje á que Bonaparte se referia y del cual no se acordaba bien:

«Arrojado al medio de los mares allá donde colocó Camoens el genio de las tempestades, no puede Bonaparte moverse sobre su roca sin que un sacudimiento nos advierta del menor de sus pasos. Si este hombre se agita en un polo llega el extremecimiento hasta el otro; si la Providencia descarga otra vez su azote; si Napoleon se viera libre en los Estados-Unidos, bastaria que fijara sus miradas en el Océano para turbar la paz del mundo antiguo: solo su aparicion en la playa americana del Atlántico obligaria á la Europa á establecer su campamento en la opuesta orilla. (Polémica, art. de 17 de noviembre 1818.)

(2) El asesinato del duque de Enghien.
(3) Viaje á América.

y haberse bañado en las corrientes del Tiber. Entonces fue cuando salieron de sus guaridas todos aquellos reyes semi-desnudos, asquerosos y embrutecidos por la independencia, deformes y mutilados por los trabajos, sin mas virtud que la insolencia de la miseria, y el orgullo de los harapos. No tardó la patria en verse cubierta de llagas tan pronto como sintió el contacto de semejantes manos. ¿Qué vino en pos de aquellos furores y de aquellas quimeras? Vinieron los crímenes y las cadenas.

Pero al menos el objeto que al parecer se proponian entonces, era noble. No debe hacerse cargo á la libertad de los crímenes que en nombre suyo se cometen: la verdadera filosofía no es por cierto madre de las pestíferas doctrinas que los falsos sabios proclaman. Al fin la multitud ilustrada por la experiencia comprendió que el gobierno monárquico era el único que convenia á la patria.

En tal situacion de cosas era lo mas natural que la Francia hubiera llamado á sus príncipes legítimos; pero la Francia temió que no habria perdon para la enormidad de sus crímenes: no se tuvo presente que el corazon de un hijo de San Luis es un inagotable tesoro de misericordia. Unos temian por su vida; otros tenian temores de perder las riquezas adquiridas. Sobre todo costaba demasiado trabajo al orgullo humano hacer una franca confesion de su error. ¡Como! ¡Tantos asesinatos, trastornos y desgracias para volver al mismo punto de donde se habia partido! Hallándose aun conmovidas las pasiones no podian renunciar las pretensiones de toda especie á la igualdad quimérica, á la causa principal de todos los males. Razones de alta consideracion impelian á la Francia; razones de poco momento la detuvieron: la felicidad pública se vió sacrificada al interés personal, la justicia cedió el paso á la vanidad.

Fue pues preciso pensar en restablecer un gefe supremo que fuese hijo de la revolucion, un gefe cuya corrupcion contemporizase con la ley corrompida en su orígen é hiciese alianza con ella. En medio de sus discordias domésticas la Francia habia visto formarse magistrados íntegros, llenos de firmeza y denuedo, y capitanes tan ilustres por su probidad como por sus talentos; mas á ninguno de estos ofreció un poder que sus propios principios no les hubieran permitido aceptar. Desesperábase ya de encontrar entre los franceses una frente que osara ceñirse la corona de Luis XVI: presentóse un extranjero, y este fue el elegido.

Bonaparte no anunció francamente sus proyectos: su carácter se fue desarrollando sucesivamente. Bajo el modesto título de cónsul fue por de pronto acostumbrando á los espíritus independientes á no tener recelos del poder que le habian dado. Captóse la voluntad de los buenos franceses proclamándose restaurador del órden, de las leyes y de la religion. Los mas diestros cayeron en el lazo, los mas previsores no conocieron el artificio. Los republicanos miraban á Bonaparte como obra suya, y como gefe popular de un estado libre: los realistas le consideraban como un segundo Monk, y se apresuraban á servirle, y al paso que todos cifraban en él sus esperanzas, se veia colmado de la gloria que el valor francés conquistaba en los campos de batalla. Entonces se embriagó con el humo de la prosperidad, y su inclinacion al mal comenzó á ponerse en evidencia. El porvenir no sabrá con certeza si este hombre es mas culpable por el mal que hizo, que por el bien que pudo hacer y no hizo. Jamás se ha presentado á usurpador alguno mision mas brillante ni fácil de llevar á cabo. Con solo un poco de moderacion se hubiera él y su raza sentado en el primer trono del universo. Nadie le disputaba este trono: las generaciones venidas á la luz desde el principio de la revolucion no conocian á los antiguos reyes de Francia, ni nada mas habian tenido ocasion de ver que turbulencias y calamidades. La Francia y la Europa estaban ya cansadas: solo se deseaba reposo y este se hubiera comprado á cualquier precio. Mas Dios no quiso que se diera al mundo el pernicioso ejemplo de que un aventurero pudiera turbar el órden de las sucesiones régias, hacerse heredero de los héroes, y aprovecharse en un solo dia del despojo, del talento, de la gloria y del tiempo. Careciendo un usurpador de los derechos del nacimiento no puede justificar sus pretensiones al trono, sino por medio de virtudes. Nada de esto tenia Bonoparte en su favor no contando con sus talentos militares, igualados y aun acaso excedidos por los de otros muchos generales. Bastóle para su perdicion el que la Providencia le abandonara dejándolo en manos de su propia locura.

Cierto rey de Francia acostumbraba decir que «si la buena fe llegara á ser desterrada de entre los hombres, no deberia encontrarse sino en el corazon de los reyes» esta prenda de un alma régia es la que faltó esencialmente á Bonaparte. Las dos primeras víctimas que se conocen de la perfidia del tirano fueron dos gefes realistas de Normandía. Los señores de Frotte y el baron de Commarque cometieron la noble imprudencia de dejarse atraer á una conferencia mediante la fe de una promesa: el resultado fue ser arrestados y pasados por las armas. De allí á poco Santos Louverture fue arrebatado por una traicion en América y probablemente pereció estrangulado en la fortaleza que le servia de prision en Europa.

Otro asesinato vino en breve á llenar de consternacion al mundo civilizado. Creyóse que volvian á aparecer aquellos tiempos de barbárie de la edad media, aquellas escenas que no se encuentran ya sino en las novelas, y aquellas catástrofes que las guerras de Italia y la política de Maquiabelo habian hecho comunes en el otro lado de los Alpes. El extranjero que aun no habia llegado á ser rey, quiso tener por escabel del trono el ensangrentado cuerpo de un francés. ¡Y qué francés, Dios eterno! Derecho de gentes, justicia, religion, humanidad, todo fue violado para consumar este crimen. El duque de Enghien fue arrestado en un pais extranjero y en tiempo de plena paz. Cuando salió de Francia era aun demasiado jóven para conocerla á fondo. Desde el rincon de una silla de posta, entre dos gendarmes fue desde donde pudo por primera vez contemplar el patrio suelo en tanto que atravesaba rápidamente los campos ilustrados por sus abuelos, para ir á morir!—En medio de la noche llegó al fuerte de Vincennes. Al resplandor de las antorchas, bajo las bóbedas de una prision, el nieto del gran Condé fue declarado culpable de haberse dejado ver en los campos de batalla, y hallándose convicto de este crímen hereditario, en el acto se le condenó á muerte. En vano suplicó que le permitieran hablar á Bonaparte. (¡Oh sencillez tan interesante como heróica!) el bizarro jóven era uno de los mas ardientes admiradores de un asesino... no podia creer que un capitan quisiera asesinar á un soldado. Hallándose aun estenuado de hambre y de fatiga le mandaron descender al foso de la fortaleza y allí se encontró con un hoyo recientemente abierto... Desnudáronle de su traje: atarónle una linterna sobre el pecho para distinguirlo entre las tinieblas y ofrecer un blanco á los fusiles que se iban á asestar contra su pecho. Pidió un confesor: rogó á los verdugos trasmitieran á sus amigos las últimas pruebas de afecto, sus recuerdos, y los verdugos le contestaron con groseras é insultantes palabras. Dióse la voz de fuego, y el duque de Enghien cayó... sin testigos, sin consuelo en medio de su patria; á pocas leguas de Chantilly, á pocos pasos de aquellos árboles seculares á cuya sombra el santo rey Luis administraba justicia á sus vasallos, en la prision donde Monseñor el príncipe fue encerrado, murió el jóven, el gallardo, el valiente, el último vástago del vencedor de Rocroy, murió como hubiera

muerto el gran Condé, murió como su asesino no sabrá morir. Su cadáver fue enterrado furtivamente y Bossuet no volverá á la vida para dejar oir su elocuente voz sobre aquellas cenizas.

Al que por un crímen habia descendido al último término de degradacion á que puede llegar la especie humana, nada le faltaba mas que aparentar elevarse sobre la humanidad por la altura de sus designios, dar por pretesto de un atentado razones inaccesibles al vulgo, y hacer que el abismo de iniquidades fuese considerado como profundidades del talento. Bonaparte se valió de aquel miserable recurso que á nadie engaña, y que no vale lo que un simple arrepentimiento: no pudiendo ocultar su crímen, lo publicó.

Cuando se oyó en Paris proclamar la sentencia de muerte, hubo un movimiento de horror que nadie trató de disimular. Preguntábanse con qué derecho acababa de derramar un extranjero la sangre mas ilustre y mas pura de la Francia. ¿Creia acaso aquel extranjero remplazar con su propia familia, la familia que acababa de extinguir? Los militares se sintieron afectados mas particularmente: parciales que el apellido de Condé les pertenecia como cosa propia, y que en él venia simbolizado el honor del ejército francés. Varias veces los antiguos granaderos se habian encontrado en el ardor del combate con las tres generaciones de héroes, el príncipe de Condé, el duque de Borbon y el duque de Enghien, hasta habian llegado á herir al duque de Borbon; pero la espada de un francés no podia agotar aquella noble sangre: solo á un extranjero le era dable estinguir su corriente.

Cada nacion tiene sus vicios, y los de la Francia no son por cierto la traicion, la perfidia ni la ingratitud. El asesinato del duque de Enghien, los tormentos y la muerte dados á Pichegru, la guerra de España y el cautiverio del pontífice revelan en Bonaparte una naturaleza extranjera á la Francia. No obstante el peso de las cadenas de que el país se sentia abrumado, tan sensibles á las desgracias como á la gloria, lloraron los franceses al duque de Enghien, Pichegru, Georges y Moreau; admiraron los hechos de la inmortal Zaragoza, y tributaron respeto al pontífice cargado de cadenas. El que privó de sus Estados al venerable sacerdote cuya mano le habia marcado con el sello de los reyes, el que en Fontainebleau se propasó, segun dicen, hasta el punto de pegar al soberano pontífice, y arrastrar por sus blancos cabellos al padre de los fieles, ese creyó tal vez alcanzar con tales atentados una nueva victoria. No sabia el insensato que al heredero de Jesucristo le quedaba aun el cetro de caña y la corona de espinas que tarde ó temprano triunfa siempre del poder del malvado.

Tiempo vendrá, yo lo espero, en que los franceses libres enteramente declararán por medio de un acto solemne no haber tenido parte alguna en aquellos atentados de la tiranía: manifestarán que el asesinato del duque de Enghien, el cautiverio del papa y la guerra de España fueron actos impíos, sacrílegos, abominables, esencialmente contrarios á su carácter nacional, y cuya infamia no puede recaer sino sobre la frente del *extranjero*.

Bonaparte se aprovechó del terror que el asesinato de Vincennes causó entre los franceses para dar el último paso y escalar el trono.

Entonces principiaron las grandes saturnales de la monarquía: los crímenes, la opresion y la esclavitud marcharon de consuno con la locura. En aquel triste momento espiró toda libertad, toda afeccion honrosa, toda idea de generosidad fueron consideradas como crímenes contra el Estado. El que hablaba de virtud, se hacia sospechoso, el que alababa una buena accion, injuriaba al monarca reinante. Hasta las palabras cambiaron de significacion: al pueblo que combatia por su legítimo soberano se le llamaba pueblo rebelde; al súbdito fiel se le denominaba traidor; la Francia entera se convirtió en imperio de la mentira: periódicos, folletos, discursos, prosa, verso, todo á porfía se encaminaba á disfrazar la verdad. Si llovia, cien voces, aseguraban que el cielo estaba sereno; si el tirano se paseaba sombrío entre un pueblo mudo, decian con toda seguridad que iba avanzando entre las entusiastas aclamaciones de la muchedumbre. El blanco de todo objeto era el monarca: la moral consistia en someterse ciegamente á su antojo; el deber de todo ciudadano estribaba en vociferar panegíricos. Cuando el monarca incurria en una falta, ó se denigraba con un nuevo crímen, entonces particularmente habia que entonar en alta voz cantos de admiracion. Obligábase á los literatos por medio de amenazas á celebrar al déspota. Al publicar una composicion tenian que andar regateando los grados de alabanza que en ella habian de poner, y se llamaban dichosos, cuando á costa de algunos pasajes comunes sobre la gloria de las armas, compraban el derecho de exhalar un furtivo surpiro, denunciar algun crímen ó recordar alguna verdad proscrita. El elogio de Bonaparte era, digámoslo asi, como el sello, como el timbre de esclavitud con que debia engalanarse todo libro para salir á la vista del público: en las nuevas ediciones de autores antiguos tenia buen cuidado la censura de suprimir todos los pasajes contra los conquistadores, contra la esclavitud y la tiranía, bien asi como poco antes el Directorio se habia tomado la molestia de correjir en los mismos autores todo cuanto hablase de monarquía y de reyes. Hasta los calendarios eran escrupulosamente examinados por la censura, y la ley de quintas se convirtió en nuevo artículo de fe en el catecismo. Las nobles artes gimieron bajo la misma servidumbre: Bonaparte, supongamos, envenena á los apestados de Jafa; la pintura se da prisa á representarlo en un lienzo tocando con sus propias manos por un exceso de valor y de humanidad á las desgraciadas víctimas del contagio. No era asi, no, como San Luis curaba los enfermos que una tierna y religiosa confianza hacia llegar á sus manos. Por lo demás nadie hable de opinion pública: el soberano debe disponer de ella á su placer. En la policía perfeccionada por Bonaparte, habia un comité encargado de dar direccion á los ánimos y al frente de este comité figuraba un director de la opinion pública. La impostura y el silencio eran los dos grandes recursos que se empleaban para mantener al pueblo en el error. Si la juventud perecia en el campo de batalla, ¿creerá alguno que el gobierno atendia al interesado que preguntaba por ella, ni que descendia hasta el punto de darle alguna explicacion acerca de la suerte que le habia cabido? El gobierno tomaba medidas para que pasasen desapercibidos los hechos mas importantes á la patria, á la Europa y al mundo entero. ¿Llegaban los enemigos hasta Meaux? no lo hubierais sabido hasta que la precipitada fuga de los aldeanos os lo advirtiera: todos los sucesos iban envueltos en tinieblas: burlábanse de las inquietudes del público: reíanse de sus dolores: ningun caso se hacia de lo que el ciudadano podia sentir ó pensar. ¿Habia alguno que elevara la voz? al momento se presentaba un espía que lo delataba, un gendarme que lo arrastraba preso ante una comision militar: caia sobre el desgraciado la sentencia de muerte, cumpliase y nadie se volvia á acordar dél.

No se daban por satisfechos con encadenar á los padres; era preciso disponer de los hijos. No faltaron casos en que madres anegadas en llanto vinieron desaladas desde las extremidades del imperio, reclamando los hijos que el gobierno les habia arrebatado. Estos hijos habian sido puestos en unas escuelas donde reuniéndose á son de tambor se hacian irreligiosos, disolutos y despreciadores de las virtudes domésticas. Si habia algun sabio y digno preceptor que se atreviera á recordar la antigua experiencia y las lecciones de

moral, al punto se veia denunciado como traidor, como fanático, como enemigo de la filosofía y del progreso de las luces. La autoridad paterna, respetada por los mas abominables tiranos de la antigüedad, era tratada por Bonaparte como un abuso, como una preocupacion. Su intencion era convertir la juventud de aquella época en una especie de mamelucos sin Dios, sin familia y sin patria. No parece sino que aquel enemigo universal se habia propuesto destruir á la Francia por su base.

En el breve espacio de diez años desmoralizó á los hombres, hizo mas daño al humano linaje, que todos los tiranos de Roma juntos, desde Neron hasta el último perseguidor de los cristianos. Los principios que servian de norma á su administracion pasaban del gobierno á las diversas clases de la sociedad, y así es como un gobierno perverso disemina el vicio entre los pueblos, precisamente lo mismo que un gobierno sabio hace fructificar la virtud entre los gobernados. Desde el trono bajaban infiltrándose en las familias la irreligion, el afan de gozar, los gastos ruinosos, el desprecio á la moral y el espíritu de la inconstancia, de la violencia y de la dominacion. Si tal gobierno se hubiese prolongado, la Francia no hubiera llegado á ser mas que una caverna de bandidos.

Los crímenes de la revolucion republicana fueron obra de las pasiones, que siempre dejan algun recurso: hubo desórden en aquella época, pero no hubo destruccion de la sociedad. Afectada estaba ciertamente la moral; pero no aniquilada. La conciencia sentia remordimientos; no dominaba una indiferencia destructora que envolviera al criminal juntamente con el no culpable, y así es, que las desgracias de aquel periodo hubieran podido ser prontamente reparadas. ¿Mas quién podria curar las heridas hechas por un gobierno que establecia por principio el despotismo, y que al paso que de nada mas hablaba que de moral y religion, las iba destruyendo sin cesar con sus instituciones y con su desprecio; que no trataba de fundar el órden sobre el deber y la ley, sino sobre la fuerza y el espionaje de la policía; que á la estúpida inercia de la esclavitud llamaba paz de una sociedad bien organizada, fiel á las costumbres de sus padres, y caminando silenciosamente por el sendero de las antiguas virtudes? Las mas terribles revoluciones son preferibles á semejante estado. Si las guerras civiles producen los crímenes públicos, tambien dan orígen por lo menos á las virtudes particulares, desarrollan los talentos y ponen en evidencia á los grandes hombres. Solo con el despotismo es como desaparecen completamente los imperios, porque abusando de todos los medios, matando mas bien las almas que los cuerpos, llega por último el despotismo á producir la disolucion social y á facilitar el paso á la dominacion de un conquistador extranjero. No hay un solo ejemplo de haber perecido una nacion libre por efecto de guerras entre los ciudadanos: un pueblo encorvado por la violencia de sus tempestades domésticas, siempre ha concluido por erguir la cabeza con mas vigor.

¡Pondérase la administracion de Bonaparte! Si la administracion consiste en números; si para bien gobernar basta saber cuánto produce una provincia en trigo, en vino y en aceite; cuál es el último maravedí que se puede sacar de ella, y el último hombre con que puede contribuir al ejército; desde luego confesamos que Bonaparte era un gran administrador: es imposible dar mejor organizacion al mal, ni arreglar con mas órden el desórden. Mas si la mejor administracion es la que proporciona al pueblo el beneficio de la paz, la que fomenta en su seno principios de justicia y equidad, la que es avara de sangre humana, y la que respeta los derechos de los ciudadanos y las propiedades de las familias; el gobierno de Bonaparte tomado bajo este punto de vista, ha sido el peor de los gobiernos.

Aun considerándolo segun su propio sistema, aparece lleno de faltas y de errores. Parte de las rentas del Estado eran absorvidas por los excesivos gastos de la administracion. Ejércitos de aduaneros y de cobradores devoraban las contribuciones que tenian la comision de recaudar. El mas insignificante gefe de oficina tenia á sus órdenes cinco ó seis agentes. Parecia que Bonaparte se hallaba en guerra abierta con el comercio. Si algun nuevo ramo de industria brotaba en el país, al momento lo sometia á su influencia y lo agostaba entre sus manos. El tabaco, la sal, la lana, los géneros coloniales, para él todo era objeto de monopolio. Bonaparte era el único comerciante de su imperio. Con absurdas combinaciones, mas bien dicho, con una ignorancia y una decidida aversion á la marina, acabó de perder las colonias y arruinar las escuadras. Mandaba construir buques de grandes dimensiones, ¿mas qué hacia con ellos? Dejarlos podrir en los puertos ó desarmarlos para remediar con sus despojos las necesidades de los ejércitos de tierra. Cien fragatas diseminadas por todos los mares, habrian podido causar considerable daño á los enemigos, formar buenos marinos, y protejer á la marina mercante; pero estas nociones tan sencillas y al alcance del sentido comun, no tenian entrada en la cabeza de Bonaparte. Tampoco se le deben atribuir los progresos que hizo la agricultura, pues no dependen sino de la reparticion de las grandes propiedades, de la estincion de algunos derechos feudales, y de otras muchas causas producidas por la revolucion.

Aquel hombre turbulento y extravagante fatigaba diariamente al pueblo que de nada necesitaba mas que de sosiego, con decretos contradictorios, y con frecuencia irrealizables: por la noche violaba lo que habia estatuido por la mañana. En diez años devoró quince mil millones de (1) contribucion, cuya suma excede la de las cobradas durante los 73 años del reinado de Luis XIV. No le bastaban ni el despojo del mundo, ni los mil y quinientos millones de renta: toda su ocupacion se reducia á aumentar su tesoro por medios los mas inicuos. Cada prefecto, cada subprefecto estaba autorizado para aumentar los derechos de puertas de las ciudades, imponer condicionalmente algunos céntimos mas á los consumos de las poblaciones, y hasta de las cabañas de su distrito, y pedir á este ó aquel propietario una cantidad arbitraria para tal ó cual supuesta necesidad. Ejercíase el saqueo sobre toda la Francia. Las enfermedades, la indigencia, la muerte, la educacion, las ciencias, en una palabra todo tenia que pagar su tributo al monarca. El padre que tenia un hijo lisiado é incapaz para el servicio de las armas estaba obligado á pagar al erario 1500 francos para consolarse de aquella desgracia. Alguna vez el quinto conscripto moria de enfermedad sin haber sido reconocido por el capitan encargado del depósito. En este caso se podria suponer que el padre quedaba exento de pagar los 1500 francos: nada de eso. Si la declaracion de enfermedad se habia hecho antes del momento de la muerte, el padre tenia que pagar aquella suma sobre la tumba de su hijo, como que este se hallaba aun en vida en el momento de la declaracion. ¿Queria algun pobre dar educacion á un hijo? por de pronto tenia que pagar una suma á la universidad y luego un censo sobre la pension con que gratificaba al preceptor. Si un autor moderno citaba á otro antiguo, la censura le exigia un céntimo por cada pliego de citas, por la razon de haber caido los escritores antiguos en lo que se llamaba *dominio del público*. Si las citas se hacian en una obra traducida, no se pagaba mas que medio céntimo por pliego, porque en tal

(1) Es un cálculo aproximativo: no me precio de presentar cuentas minuciosamente redactadas por francos y céntimos.

caso la cita era de *dominio mixto*, es decir que la mitad del trabajo era propiedad del escritor muerto y la otra del traductor. Cuando Bonaparte mandó distribuir durante el invierno de 1812 alimentos á los pobres, se creyó que aquel rasgo de generosidad seria pagado de su bolsillo: pero esta generosidad se redujo á imponer algunos céntimos condicionales á la contribucion ordinaria, y con este motivo pudo ganar cuatro millones con la sopa de los indigentes. Finalmente llegó al extremo de apoderarse de la administracion de los funerales: era en efecto cosa muy digna del destructor de los franceses el cobrar una contribucion por sus cadáveres. Y ¿quién habia de reclamar la proteccion de las leyes, si él mismo era quien las confeccionaba? El cuerpo legislativo tuvo una vez la audacia de hablar y no le costó mas que ser disuelto. Un solo artículo de los nuevos códigos daba rápidamente al traste con la propiedad. El administrador de distrito podia decir á cualquiera ciudadano: «Vuestra propiedad pertenece al dominio »público, es decir, es nacional. Por de pronto os la »secuestro: podeis defender vuestro derecho: si el »dominio público carece de razon, se os devolverá »vuestra propiedad.» Y ¿á quién se recurria en demanda de este derecho? ¿á los tribunales ordinarios? Nada de eso. Estos asuntos eran de competencia del consejo de Estado: litigábase ante el emperador, y el emperador era juez y parte.

Si tan insegura era la propiedad, menos solidez habia aun para la libertad civil. ¿Qué cosa mas monstruosa podia darse que aquella comision nombrada para inspeccionar las prisiones, y por cuyo mero informe podia un hombre permanecer detenido toda su vida en un calabozo, y ser puesto sin formacion de causa en tormento, ser arcabuceado durante la noche ó extrangulado entre las puertas de la mazmorra? En medio de esto Bonaparte mandaba nombrar anualmente comisiones de libertad de imprenta y de libertad individual. ¡Jamás llegó Tiberio á burlarse con tal descaro de la especie humana!

La contribucion de sangre era la digna cúpula de esta obra del despotismo. La Escandinavia, llamada por cierto historiador *fábrica del género humano*, no hubiera suministrado bastantes hombres para dejar satisfecha aquella ley homicida. El código del llamamiento al servicio de las armas será eterno monumento del reinado de Bonaparte. Allí se encuentra recopilado todo cuanto la tiranía puede inventar mas sutil é ingenioso para torturar y destruir los pueblos: es aquel código verdaderamente un código del infierno. Las generaciones de Francia estaban sujetas á un desmembramiento normal como los árboles de un bosque: cada año tenian que abandonar sus hogares 80,000 jóvenes, cuyo número podia ser doblado ó aumentado con otras quintas extraordinarias, y alguna vez devoró con anticipacion á sus futuras víctimas, á manera del disipador que empeña las rentas que aun no ha llegado á poseer. Al último se desentendieron de reglamentos é hicieron tomar las armas á cuantos jóvenes necesitaron sin detenerse en contarlos: no eran muy delicados en cuanto á las condiciones que se necesitaban para morir en el campo de batalla: la inexorable ley se manifestaba en extremo indulgente sobre este particular. Remontábanse hácia la infancia; descendian hácia la vejez: el reformado, el que se hallaba de reemplazo, todos volvian nuevamente al servicio: el hijo de algun pobre artesano librado acaso por tres veces á costa de la pequeña fortuna de su padre, tenia que volver á tomar el fusil. Ni las enfermedades ni los defectos corporales no eran causas de exencion. Columnas móviles recorrian el territorio francés como si fuera un pais enemigo, arrebatando al pueblo sus últimos hijos. Si alguno se quejaba de semejante desolacion, le contestaban diciendo que en las columnas móviles habia hermosos gendarmes que podrian consolar á las madres y volverles á dar lo que habian perdido. Si un hermano se hallaba ausente, era soldado el otro hermano. El padre respondia del hijo, la mujer del marido: extendíase la responsabilidad á los parientes mas lejanos, y hasta á los vecinos de la casa. Un pueblo entero tenia que ser fiador del quinto que habia nacido en su recinto. Ciertos comisionados de apremio se instalaban en casa del aldeano de donde faltaba un quinto y le obligaban á vender hasta el lecho para alimentarlos, de modo que para redimirse de esta carga no quedaba otro arbitrio que buscar al fugado aunque estuviera oculto en las malezas de los bosques. Lo absurdo venia de la mano con lo atroz: muchas veces se pidieron hijos á los que habian tenido la dicha de carecer de posteridad: usaron de violencias para descubrir el paradero del portador de un nombre que no existia sino en las apuntaciones de los gendarmes, ó reclamaron como fugado de la quinta al que hacia cinco ó seis años que estaba incorporado á su regimiento. Hubo caso de haber sido puesta en tormento una mujer embarazada para que declarase el lugar en que estaba oculto el primer fruto de sus entrañas: hubo padres que tuvieron que presentar el cadáver de su hijo, para probar la imposibilidad en que se hallaban de presentarlo vivo. Quedaban aun algunas familias acomodadas cuyos hijos habian podido librarse: estos jóvenes dedicándose á los estudios prometian llegar á ser con el tiempo magistrados, ó empleados públicos, ó sabios, ó propietarios, ó de algun modo útiles al órden social de una grande nacion: para envolver á estos jóvenes en la comun ruina se instaló el cuerpo militar llamado *guardias de honor*, y en sus filas tuvieron que asistir á la matanza general. Llegó á tal punto el desprecio de la vida de los hombres y de la nacion, que á los quintos se les daba el nombre de *materia primera* y *carne de cañon*. Alguna vez se promovió entre aquellos abastecedores de carne humana la gran cuestion de averiguar cuánto tiempo duraria un quinto: diciendo unos que duraria treinta y tres meses y otros treinta y seis. El mismo Bonaparte solia decir: *tengo trescientos mil hombres de renta*. En los once años de su reinado ha hecho perecer mas de cinco millones de franceses, suma que excede á cuantos murieron en las guerras civiles ocurridas durante tres siglos en los reinados de Juan, Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, Enrique II, Francisco II, Carlos IX, Enrique III, y Enrique IV. En el último año que acaba de trascurrir, Bonaparte ha tomado para el servicio de las armas (sin contar la milicia nacional) 1.300,000 hombres, ó lo que es lo mismo, mas de 100,000 hombres por mes: ¡y aun hay quien se atreva á decir que no ha echado mano mas que del lujo, del exceso de la poblacion!

No era difícil conjeturar lo que acaba de suceder: todos los hombres sensatos decian que la conscripcion, agotando las fuerzas de la Francia, la dejaba expuesta á la invasion tan luego como se viese formalmente atacada por los aliados. El cuerpo nacional, desangrado por el verdugo, hallándose exhausto de sangre, no ha podido oponer mas que una débil resistencia, y no es el único escollo á que la pérdida de tantos hombres encaminaba á la nacion: aquel funesto sistema propendia á sumergir la Francia, la Europa entera en la barbarie; las artes y las letras iban á quedar inevitablemente destruidas. Un jóven que debe morir á los diez y ocho años no puede dedicarse á ningun estudio. Viéndose las naciones vecinas obligadas á defenderse tenian que recurrir á los mismos medios, y abandonar todas las ventajas de la civilizacion; y precipitándose finalmente los pueblos unos sobre otros; como en el siglo de los godos y de los vándalos, habrian visto renacer las desgracias de aquella época. Al romper aquel furor de guerras los

lazos de la sociedad en general, aniquilaba por consiguiente los vínculos de la familia. Acostumbrado el niño desde la cuna á considerarse como víctima consagrada á una muerte precoz, perdia el freno de la obediencia á sus padres: contrahia hábitos de pereza, de vagancia y de libertinaje, esperando el momento de lanzarse á saquear y degollar al mundo. ¿Qué principio de religion, ni de moral tenia tiempo de arraigarse en aquel corazon? Por otra parte, en la clase del pueblo, los padres no cobraban el afecto necesario, ni empleaban la solicitud oportuna en educar unos hijos que con tanta facilidad habian de perder, de quienes no podian prometerse ningun apoyo, y que en último resultado no venian á ser mas que un motivo de penas, y una pesada carga. De todo esto provenia un endurecimiento, digámoslo así, del alma, un olvido de los sentimientos naturales que conducen al egoismo, la indiferencia al bien y al mal y la falta de apego á los intereses de la patria; defectos que embotan le conciencia y encaminan á la esclavitud, como quitan la capacidad de aborrecer el vicio y admirar la virtud.

Tal fue la administracion de Bonaparte por lo tocante al interior de Francia.

Examinemos ahora su gobierno bajo el aspecto de las relaciones exteriores, aquella política de que estaba tan orgulloso y de la que acostumbraba dar esta definicion: *la política es jugar á los hombres*. Pero, ¡ah! en ese abominable juego perdió todo cuanto tenia, y la Francia es quien ha pagado sus pérdidas.

Principiando por su sistema continental diremos que semejante sistema, propio de un loco ó de un niño no era por de pronto el objeto real de sus guerras, y si solo el pretesto. No hablando mas que de la libertad de los mares aspiraba á ser el dueño de la tierra. ¿Hizo acaso lo que convenia para establecer ese insensato sistema? ¿Por ventura no dejó de cerrar los puertos del Mediterráneo y del Báltico por aquellas dos grandes faltas que como luego diremos hicieron fracasar sus proyectos sobre España y sobre la Rusia? ¿No dió todas las colonias del mundo á los Ingleses? ¿No les abrió en el Perú, en Méjico y en el Brasil un mercado mas ventajoso que el que intentaba cerrarles en Europa? Tan cierto es esto que por último enriqueció con la guerra al pueblo que pretendia arruinar. La Europa no toma del comercio inglés mas que alguñas superfluidades: las naciones europeas en el fondo hallan cada cual en sus propias manufacturas recursos con que satisfacer sus primeras necesidades. En América por el contrario, los pueblos necesitan de todo, desde la primera hasta la última pieza de su vestido: diez millones de americanos consumen mas mercancías inglesas que treinta millones de europeos. No hablo de la importacion del dinero de Méjico á las Indias, ni del monopolio del cacao, de la quina, de la cochinilla, ni de otros mil objetos de especulacion que se han convertido en una nueva fuente de riqueza para los ingleses. Y cuando Bonaparte hubiera conseguido cerrar los puertos de España y del Báltico, hubiera por supuesto tenido que cerrar los de Grecia, de Constantinopla, de Siria y de Berbería: lo cual era equivalente á acometer la empresa de la conquista del mundo. En tanto que él hubiera tenido que emplearse en nuevas conquistas, los pueblos sometidos, no pudiendo cambiar las producciones de su suelo, ni de su industria con las de otros paises hubieran sacudido el yugo y vuelto á abrir sus puertos. Todo eso no presenta mas que falsas miras, empresas pequeñas en fuerza de ser gigantescas, falta de razon, de sentido comun, sueños de un loco, de un delirante.

Por lo tocante á sus guerras, á su conducta con los gabinetes de Europa, queda desvanecido el prestigio tan luego como se sujetan al menor exámen. No se mide la magnitud de un hombre por las empresas que acomete, sino por las que lleva á cabo. A cualquiera le es dado soñar en la conquista del mundo; pero solo un Alejandro pudo conseguirla. Bonaparte gobernaba la España como una provincia del imperio, chupando la sangre y el oro que habia en ella. No se contentó con esto: quiso sentarse en el trono de Carlos IV. ¿Qué hizo para conseguirlo? Poniendo en juego la mas pérfida política introdujo el gérmen de la discordia en la familia real de España: luego burlándose de todas las leyes divinas y humanas arrebató aquella familia, é invadió súbitamente el territorio de un pueblo leal que acababa de combatir por su causa en Trafalgar. Insultó el carácter de aquel pueblo, degolló sus sacerdotes, ajó el orgullo castellano, mas no tardó en ver que respondiendo á su reto se lanzaban al combate los descendientes del Cid, los nietos del gran capitan. Zaragoza celebró sus propios funerales y se sepultó libre por no vivir esclava: la voz de Pelayo resonó nuevamente en las Asturias, y el moderno Almanzor tuvo que abandonar precipitadamente el campo. Esta guerra reanimó el entusiasmo en los pueblos de Europa: la Francia tuvo una frontera mas que defender, creó un ejército en favor de los ingleses, los volvió á traer al cabo de cuatro siglos á los campos de Poitiers, y les hizo dueños de los tesoros de Méjico.

Si Bonaparte en vez de recurrir á esas estrategias dignas de los Borjias, hubiera, valiéndose de una política siempre criminal, pero por lo menos mas hábil, declarado la guerra al rey de España, si se hubiera anunciado como vengador de los castellanos oprimidos por el príncipe de la Paz; si hubiera halagado la española arrogancia, y respetado su religion, tal vez hubiera conseguido su intento (1). «Nada quiero de los españoles; lo que quiero es la España», solia decir en sus accesos de furor. Pues bien, esa España fue ciertamente la que abatió su orgullo: el incendio de Burgos causó el incendio de Moscou; la conquista de la Alhambra trajo á los rusos á sentarse en el Louvre. ¡Sublime y espantosa leccion!

La misma falta cometió respecto de la Rusia. Si en octubre de 1812 se hubiese detenido en las orillas del Duna; si se hubiera contentado con tomar á Riga y acantonar durante el invierno su ejército de 500,000 hombres, dejando á retaguardia la Polonia organizada es verosímil que habria puesto en grave peligro al imperio de los czares. En vez de obrar así se encaminó á Moscou por un solo camino y sin llevar almacenes ni recursos. Llegó á Moscou, y los vencedores de Pultawa incendiaron su ciudad sagrada. Bonaparte se adormeció un mes entre las ruinas y cenizas, olvidado al parecer del regreso de las estaciones y de lo riguroso del clima: dejóse engañar con proposiciones de paz: no conocia lo suficiente el corazon humano, y creyó que unos pueblos que acababan de entregar á las llamas su propia capital, para librarse de la esclavitud, habian de ir á capitular sobre las humeantes ruinas de sus casas. Sus generales le advirtieron que era tiempo ya de retirarse, y Napoleon lo verificó jurando como un niño furioso que no tardaria en volverse á presentar con un ejército, *cuya sola vanguardia constaria de 300,000 soldados*. Dios envió un soplo de su ira: ¡todo pereció, todo quedó reducido á un hombre!

Absurdo en administracion, criminal en política, ¿qué encanto tiene pues ese extranjero para alucinar á los franceses? ¿Su gloria militar? Ya está despojado de ella. Es efectivamente un famoso gana-batallas; pero fuera de esa circunstancia, cualquiera general de mediana capacidad es mas hábil que él. Nada entiende del arte de practicar una retirada, ni de dis-

(1) Por lo menos no hubiera sido tan monstruosa su perfidia; pero bien sabia el tirano que no usando de este medio no tenia otro camino que el de Roncesvalles.

putar el terreno: es impaciente, incapaz de esperar largo tiempo un resultado, fruto de profundas combinaciones estratégicas; toda su ciencia consiste en marchar adelante, embestir, correr, ganar batallas, como dicen, *con descargas de hombres*: aventurarlo todo á un lance, sin cuidarse del porvenir, y sacrificar la mitad del ejército con fatigas superiores á las fuerzas humanas. Pero ¿qué importa? ¿Por ventura no es dueño de decretar nuevas quintas, y de contar con la *materia primera* en abundancia? Se cree que ha perfeccionado la ciencia de la guerra, y lo cierto es que la ha hecho retrogradar (1) á la época de su infancia. Lo sublime de la ciencia de la guerra, en los pueblos civilizados consiste en defender un país de gran extension con un pequeño ejército; en proteger el reposo de algunos millones de hombres detrás de una línea de 60 ú 80,000 soldados; de manera que en tanto que el labrador sigue tranquilamente cultivando su campo, casi ignore que á pocas leguas de su cabaña se están dando batallas. Ciento cincuenta mil hombres guardaban toda la estension del imperio romano, y el mismo Cesar no se presentó en Farsalia sino con algunas legiones. ¡Protéjanos actualmente en nuestros hogares ese vencedor del mundo! ¡Pues qué! ¿Tan súbitamente le ha abandonado su genio? ¿Por qué maravilla aquella Francia que Luis XIV circundó de fortalezas, y Vauban cercó como un hermoso vergel se vé en los momentos presentes invadida por todas partes? ¿Qué es de las guarniciones de las plazas fronterizas? no existen. ¿Qué es de los cañones que defendian sus baluartes? Todo está desarmado, hasta los buques de Brest, de Tulon y de Rochefort. Si Bonaparte hubiera querido entregarnos sin defensa á las potencias aliadas, si en secreto hubiese conspirado, ó se hubiese vendido contra los intereses de la Francia, ¿podia por ventura haber obrado de otro modo? En menos de 16 meses se han sepultado en los bosques de Alemania y en los desiertos de Rusia dos mil millones en numerario, un millon cuatrocientos mil hombres y el material de todo el ejército y de todas las plazas de Francia. En Dresde, Bonaparte cometió faltas sobre faltas, olvidándose de que si los crímenes no son alguna vez castigados mas que en el otro mundo, las faltas no se libran de hallar su castigo en este. Demostrando la mas incomprensible ignorancia de la marcha política de los gabinetes, se empeñó en permanecer sobre el Elba, sufrió una derrota en Leipsick, y rehusó una honrosa paz que le propusieron. Lleno de desesperacion y de rabia, salió por última vez del palacio de los monarcas franceses; por un espíritu de injusticia é ingratitud incendió la poblacion en que aquellos mismos reyes tuvieron la desgracia de alimentarle; no opuso á los enemigos mas que una actividad sin plan, sufrió una postrera derrota, volvió á huir, y por último libró de su presencia á la capital del mundo civilizado.

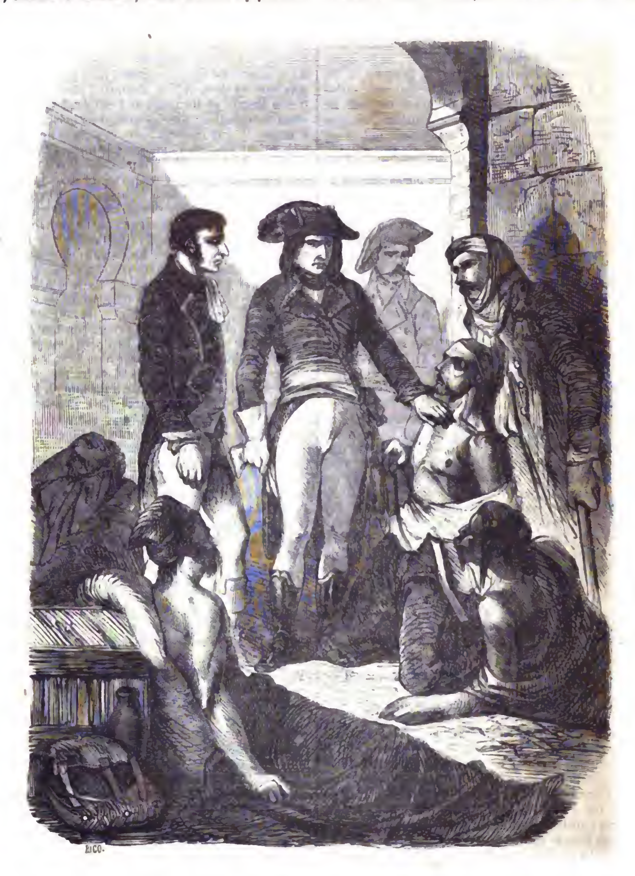
Resistiríase la pluma de un francés á pintar el horror de aquellos campos de batalla: para Napoleon un hombre herido no es mas que un peso: si muere, tanto mejor: con eso le libra de un estorbo. Montones de militares mutilados confusamente hacinados en un rincon, han pasado alguna vez dias y dias, y acaso semanas enteras sin el auxilio de la cirujía: no se encuentran hospitales donde quepan los enfermos de un ejército de 700, ú 800,000 hombres, ni hay facultativos bastantes para cuidarlos. El verdugo de los franceses no toma ninguna precaucion en provecho de aquellos desgraciados: los empleados de sanidad militar carecen de todo recurso para ejercer su profesion: si hay profesores, no hay botica que confeccione sus recetas, si hay botica faltan instrumentos con que amputar los miembros gangrenados. En la campaña de Moscou llegó el caso de aplicar á las heridas heno seco por falta de hilas, hasta el heno faltó.... los heridos murieron. Quinientos mil guerreros, gloria de la Francia, anduvieron errantes entre la nieve y los desiertos, sosteniéndose apoyados en un palo, pues ya carecian de fuerzas para llevar sus armas y por único vestido llevaban la ensangrentada piel de los caballos que habian tenido que matar para procurarse algun alimento. Oficiales veteranos, con los cabellos y la barba herizados de hielo, se rebajaban hasta adular al último soldado que conservaba algun alimento, para que les diera alguna mezquina parte. ¡A tal extremo llegaba el tormento del hambre! Escuadrones enteros, caballos y ginetes quedaban helados durante la noche, y á la mañana aparecian como unos espectros en medio de las nieblas. Los únicos testigos de la desgracia de aquel desventurado ejército, eran las bandadas de cuervos y de perros blancos que le seguian con la ansia de devorar sus restos. El emperador de Rusia mandó hacer durante la primavera indagaciones para tener alguna noticia del número de los muertos (2): contáronse 243,610 cadáveres de hombre, 123,133 de caballo. La peste militar que desde que no se hacia la guerra sino con un pequeño número de hombres habia desaparecido, ha vuelto á presentarse entre las columnas de un ejército de un millon de soldados, y entre los torrentes de sangre humana: ¿Qué hacia el destructor de Francia en tanto que por tales plagas caia diezmada la flor de su juventud? Bonaparte huia, huia; dábase toda prisa en llegar á las Tullerías para decir frotándose las manos al calor de la chimenea: *Mejor se está aquí que en las orillas del Beresina*. Ni una palabra de consuelo se dignó decir á las esposas, ni á las madres que anegadas en llanto le rodeaban; en su frente no se leyó un pesar, ni un movimiento de ternura, ni un remordimiento; no se escapó de su pecho ni un suspiro que fuera una confesion tácita de su locura. Los nuevos Tigelinos decian: «La fortuna que hemos tenido en esta retirada, es que S. M. no ha carecido de nada: siempre ha estado bien alimentado y resguardado de la intemperie en un buen coche: puede decirse que el emperador no ha sufrido ninguna privacion, y esto es un gran consuelo.» Por su parte, S. M. el emperador aparecia radiante, altivo, contento en medio de su córte, ondulando artísticamente los pliegues del régio manto, cubierta la cabeza con el sombrero á lo Enrique IV, dejándose pomposamente caer sobre el trono, y tomando en él las actitudes académicas que le habian enseñado.... mas al través de aquel aparato se veia una cosa hedionda, que todo el brillo de los diamantes de la corona no podia ocultar: *¡el regio manto cubierto de manchas de sangre!*

¡Ah! ese horror de los campos de batalla habita ya entre nosotros: no se oculta ya allá en el fondo de los desiertos: vive entre nosotros; le vemos en París, en aquella ciudad que hace cerca de mil años resistió al poder de los Normandos, ensoberbeciéndose de no haber podido ser vencida sino por Clodoveo, fundador de la monarquía francesa. Entregar un país á la invasion, ¿no es acaso el mayor y el mas imperdonable de los crímenes? Hemos visto perecer el resto de nuestras generaciones; hemos visto grupos de soldados veteranos, pálidos y desfigurados, apoyándose en las esquinas de las calles, agonizando con toda clase de miserias, no teniendo fuerzas para sostener con su mano el arma con que han defendido á la patria, y alargando su demacrado brazo para pedir una limosna! Hemos visto el Sena cubierto de barcas, y las carreteras atestadas de carruajes conduciendo heridos, heridos que aun carecian del beneficio de la primera

(1) Es cierto sin embargo que perfeccionó la parte llamada *administracion del ejército*, y el material de la guerra.

(2) Extracto de un informe oficial del ministro de policía general al gobierno ruso, con fecha 17 de mayo 1813.

curacion. Uno de aquellos carros seguido en sus huellas de sangre por la dolorosa ansiedad pública, volcó en uno de los bulevares, lanzando sobre las desnudas piedras del pavimento un monton de cadáveres vivientes sin brazos, sin piernas, acribillados de sablazos, cosidos de lanzadas, dando alaridos, y pidiendo como postrer favor á sus hermanos, les libraran de una vez de tanto cúmulo de dolores.... Aquellos infelices eran unos jóvenes que sin llegar á la edad de la madurez habian sido arrebatados de sus hogares, y trasportados sin dejar siquiera el traje con que cultivaban la tierra, al campo de batalla; allí como *ali-*



NAPOLEON VISITANDO A LOS APESTADOS DE JAFFA.

mento destinado al cañon, se les habia colocado en el sitio de mas peligro, donde mas fácil pasto hallaban las baterías enemigas.... aquellos infelices, vuelvo á decir, al sentir silbar sobre sus cabezas el mortífero plomo, lloraban y gritaban *¡Madre mia! ¡Madre mia!* Grito aterrador que revelaba, que en vez de tener el intrépido corazon del hombre, solo tenian la debilidad propia de un niño arrancado á la paz doméstica, caido del tierno regazo materno, en las despiadadas manos de su feroz soberano! ¿Y para quién se consuman tantos asesinatos? ¿Para quién se arrostran tantos dolores? para un abominable tirano, para

un estranjero que es tan pródigo de sangre francesa porque no tiene ni una sola gota de ella en sus venas.

¡Ah! cuando Luis XVI rehusaba castigar algunos culpables, cuya muerte le habria asegurado el trono, ahorrando al país tantas calamidades; cuando aquel monarca decia: «no quiero comprar mi seguridad á »costa de la vida de un solo vasallo; cuando escribia »en su testamento. Recomiendo á mi hijo, que en el »caso de tener la desgracia de llegar á ser soberano, »piense que debe consagrarse enteramente á la feli- »cidad de sus conciudadanos; que debe olvidar todo »rencor y acallar todo resentimiento, y en especial »los que se refieran á los disgustos que yo he sufrido; »y que tenga presente que tan solo reinando segun el »espíritu de las leyes, es como se puede hacer la di- »cha de los pueblos;» cuando pronunciaba sobre el cadalso estas palabras: «Franceses, ruego á Dios que no pida á la nacion la sangre de vuestros reyes, que vais á derramar.» Esa es la conducta de un verdadero rey, de un rey francés, de un rey legítimo, de un padre, de un gefe de la patria!

Bonaparte ha demostrado demasiada mediocridad en el infortunio para que se pueda creer que su elevacion fue obra del genio: su elevacion es hija del poder de la Francia, y la Francia la consideró como hija de los hechos de aquel hombre. Su grandeza es el resultado de las inmensas fuerzas que pusimos en sus manos en el momento de su elevacion. La heredó de los ejércitos, formados por los mas hábiles generales de la Francia, conducidos tantas veces á la victoria por aquellos grandes capitanes que han perecido, y que sin quedar uno perecerán acaso víctimas de los furo-



MUERTE DE ENGHIEN.

res y de la envidia del tirano. Encontró al elevarse un pueblo numeroso, engrandecido por las conquistas, exaltado por los triunfos y por el movimiento que siempre producen las revoluciones: no tuvo mas que hacer, que pedir auxilios á la Francia y su fecundo suelo le prodigó ejércitos y tesoros.

Todo obstáculo se allana ante los ejecutores que Dios deja aparecer sobre la tierra para que sean ministros de su terrible indignacion: nada mas que con medianos talentos llegan á coronarse con increibles triunfos. Saliendo del seno de las discordias civiles, toman aquellos exterminadores su principal fuerza de las calamidades á que deben su origen, y del terror que la memoria de estas inspira: de modo que se hacen dueños de la sumision del pueblo en nombre de las calamidades sin las que no hubieran salido de la oscuridad. A tales hombres les es dado corromper, envilecer, anonadar todo honroso sentimiento, degradar los ánimos, mancillar cuanto llegan á tocar, aspirar y atreverse á todo, reinar por medio de la mentira, la impiedad y el terror, hablar en todos sentidos, fascinar todos los ojos, engañar á la misma prudencia, y ser reputados por hombres de superiores talentos, no siendo en realidad mas que unos criminales vulgares, pues no puede darse excelencia en ningun género, no estando solidamente basada en la virtud. Llevando en pos de sí las turbas fascinadas, triunfando en fuerza del número, colmando su deshonor á cada nueva victoria, llegan con la tea en la mano, y los piés bañados en sangre, á los confines de la tierra, poseidos del tremendo espíritu que les priva hasta del conocimiento de su mision.

Por el contrario cuando la Providencia quiere salvar un imperio y no castigarlo: cuando echa mano, no de verdugos, sino de servidores; entonces reserva para sus ministros una decorosa gloria en vez de una

fama abominable. Lejos de allanarles el paso, como á Napoleon Bonaparte, les opone dificultades que sirvan de magnífico contraste á sus virtudes. Este es el distintivo característico entre el libertador y el asolador de los pueblos, entre el gran capitan, cuya mision es destruir, y el hombre que aparece sobre la tierra para edificar. Aquel es dueño de todo y emplea para sus fines recursos inmensos; este otro por el contrario, de nada dispone y solo se vale de los medios mas débiles: fácil es conocer por estas señales la mision y el carácter del asolador de la Francia.

Bonaparte es un supuesto grande hombre: fáltale la magnanimidad que es el constitutivo de los héroes y de los verdaderos reyes: de aquí proviene que no se cita de él ni una sola de aquellas máximas que por sí solas revelan el alma de un Alejandro, de un César, de un Enrique IV ó de un Luis XIV. La Providencia le creó sin entrañas: su cabeza, bastante capaz es el imperio de las tinieblas y de la confusion. Todas las ideas, inclusas las del bien, pueden tener cabida en ella; pero tambien desaparecen con la misma facilidad. El rasgo distintivo de su carácter es una obstinacion invencible, una voluntad férrea; pero entiéndase solamente para la injusticia, la opresion y los planes extravagantes, pues abandona con la mayor inconstancia cualquiera sistema del que pudiera redundar algun bien á la moral, al órden ó á la virtud. La imaginacion le domina; la razon no ejerce en él su influencia. Sus proyectos no son resultado de un profundo y detenido exámen, son ráfagas de un impulso súbito, de una resolucion del momento. Hay algo de cómico en sus acciones; en él todo es remedo, hasta las pasiones que está lejos de sentir. Siempre figurando en un teatro; unas veces, como en el Cairo, representa el papel de un renegado que se jacta de haber destruido la sede pontificia; otras veces, como en Paris, declama tomando el tono de restaurador del Cristianismo: tan pronto inspirado, tan pronto filósofo, en todas sus escenas se nota demasiado el estudio, y la anticipada preparacion: la posteridad juzgará imparcialmente al soberano que tenia que tomar lecciones para presentarse en actitudes dignas de su elevado carácter. Afanándose por parecer original, nunca ha podido pasar de la imitacion, y aun esto lo hace con arte tan grosero que al instante revela el objeto que se propone imitar: constantemente está ensayando palabras que le parecen sublimes, ó hechos que en su concepto están llenos de elevacion. Aparentando un talento universal, habla á un mismo tiempo de hacienda y de espetáculos; de guerra y de modas; arregla la suerte de los reyes, y el sueldo de un empleado de puertas; expide en el Kremlin un reglamento de teatros, y el dia que va á dar una batalla manda que se haga la prision de algunas mujeres en Paris. Como hijo de la revolucion, presenta semejanzas con su madre; intemperancia de lenguaje, aficion á la baja literatura y manía de escribir en los periódicos. Bajo la máscara de César y de Alejandro se echa de ver el hombre de poca importancia y el hijo de oscura familia. El soberano desprecio que manifiesta hácia todos los hombres, nace de que á todos los juzga por sí mismo. Su máxima es que todo se hace por interés, y que hasta la probidad no es mas que un cálculo. De aquí provenia aquel sistema de *fusion* que constituia la base de su gobierno, empleando sin distincion al bueno y al malo, y teniendo el mayor cuidado en poner á cada cual en oposicion con sus propios principios. Su mayor placer consistia en deshonrar la virtud, y denigrar las reputaciones: puede decirse que no tocaba cosa alguna que no la manchara. Cuando habia derribado á un sugeto entonces era, cuando, valiéndonos de sus propias expresiones, decia que *habia encontrado su hombre*; el caido le pertenecia por derecho de infamia, y ganaba un poco menos de amor y un mucho mas de desprecio. En su administracion queria que no se vieran sino resultados; que no se reparará en medios, y que siendo las *masas* el todo, las *individualidades* no fuesen nada. «Podrá esa juventud llegar á corromperse; mas no por eso me será menos obediente; perecerá este ramo de industria: mas por de pronto me valdrá algunos millones; morirán sesenta mil hombres en este lance, pero yo ganaré una batalla.» ¡Esa es su manera de discurrir; ese es el modo de aniquilar los reinos!

Como naturalmente destinado para destruir, Bonaparte llevaba el mal en su seno tan naturalmente como una madre ostenta con alegría y hasta con una especie de orgullo el fruto que lleva en sus entrañas. Horrorizábase de la felicidad de los homdres; en cierta ocasion dijo: «En Francia hay aun algunas personas felices, y estas son las familias que no me conocen que viven en el campo, en una quinta, con 30 ó 40,000 libras de renta; pero yo sabré dar alcance á esas personas.» Napoleon cumplió esta palabra. Estando en una ocasion viendo jugar á su hijo, preguntó á un obispo que se hallaba presente: ¿Señor obispo, creeis que eso tenga alma? Todo lo que se distingue por alguna superioridad espanta al tirano: toda reputacion le importuna. Envidioso del talento, del valor y de la virtud, ni aun la celebridad del crímen le agradaria, si ese crímen no fuese obra suya. Reconociéndole como el menos favorecido de los hombres cáusale sumo placer humillar á cuantos le rodean, sin acordarse que los reyes de Francia á nadie insultaban porque sabian que nadie podia tomar venganza de ellos; sin acordarse que habla con la nacion mas pundonorosa, con un pueblo educado en la corte de Luis XIV justamente célebre por la elegancia de sus modales y por lo exquisito de su delicadeza. Por último Bonaparte nada mas ha sido que el hombre de la prosperidad: tan luego que la desgracia, verdadero crisol de la virtud, tocó al brillante fantasma, se desvaneció el prodigio: el monarca quedó reducido á un aventurero y el héroe se vió despojado de su gloria postiza.

Al disolver el Directorio le habló Bonaparte en estos términos:

«¿Qué habeis hecho de aquella Francia que os dejé en un estado tan brillante? Os dejé la paz y os encuentro en guerra; os dejé victorias y os encuentro en ruinas; os dejé los millones de Italia y por todas partes no encuentro mas que leyes usurpadoras y miseria. ¿Qué habeis hecho de 100,000 franceses todos conocidos mios y compañeros de gloria? ¡Han muerto! Esta situacion no puede prolongarse: antes de tres años nos conduciria al despotismo: queremos república, pero la queremos cimentada sobre bases de igualdad, de moral, de libertad civil y tolerancia política, etc.

Hombre de perdicion, hoy en dia usando de tus propias palabras podriamos preguntarte. ¿Di, qué cuenta das de aquella Francia tan brillante? ¿A dónde han ido á parar nuestros tesoros, los millones de Italia y de la Europa entera? ¿Qué has hecho, no de cien mil, sino de cinco millones de franceses, todos conocidos, parientes, amigos y hermanos nuestros? Esta situacion no puede prolongarse; por ella hemos venido á caer en un espantoso despotismo. Tú querias la república, y nos has dado la esclavitud. Nosotros queremos la monarquía basada en la igualdad de derechos, de moralidad, de libertad civil, de tolerancia política y religiosa. ¿Nos has tú dado esa monarquía? ¿Qué has hecho en beneficio nuestro? ¿Qué debemos á tu reinado? ¿Quién ha asesinado al duque de Enghien, puesto en tormento á Pichegru, desterrado á Moreau, cargado de cadenas al soberano pontífice, arrebatado la familia real de España, y dado principio á una guerra impía? Tú. ¿Quién ha perdido nuestras colonias, arruinado el comercio, abierto la América á los ingleses, corrompido nuestras costumbres, ar-

rebatado los hijos á sus padres, desolado las familias, arrasado el mundo, quemado mas de mil leguas de terreno y contribuido á que toda la tierra mire con horror el nombre francés? Tú. ¿Quién ha expuesto la Francia á la peste, á la invasion, al desmembramiento y á la conquista? Tú. No pudiste hacer semejantes cargos al Directorio; pero nosotros podemos hacértelos. Cuánto mas criminal eres tú que aquellos hombres que en tu propio concepto no eran dignos de reinar. Un rey legítimo y hereditario, por quien el pueblo hubiera sufrido la menor parte de los males que tú nos has causado, habria puesto en peligro su trono, ¿y tú, extranjero y usurpador ¿podrias ser sagrado para nosotros en proporcion de las calamidades que sobre la Francia has derramado? ¿Seguirias reinando aun en medio de nuestras tumbas? La desgracia nos pone en posesion de nuestros derechos : no rendiremos ya mas adoracion á Moloc : no devorarás mas hijos nuestros : abominamos tus quintas, tu policía, tu censura, tus nocturnos fusilamientos, tu tiranía... no es nuestra voz solamente la que te acusa, es el grito de indignacion del género humano; un grito que nos pide venganza en nombre de la religion, de la moral y de la libertad. ¿Qué país no habrá tenido que lamentar víctimas de tu desolacion? ¿En qué ignorado rincon del mundo habrá una oscura familia que no haya participado algo de sus furores? El español en sus montañas, el iliriano en sus valles, el italiano bajo su hermoso cielo, el aleman, el ruso, el prusiano en medio de los escombros de sus ciudades te piden los hijos que les has degollado, el aduar, la cabaña, el palacio, el templo que les has incendiado. Tú les has obligado á venir á buscar entre nosotros lo que tú les quitaste y á registrar tus palacios para recobrar sus despojos ensangrentados. El grito del mundo te declara por el mas insigne criminal que ha aparecido sobre la faz de la tierra ; porque no es sobre pueblos bárbaros, ó sobre naciones degeneradas donde has derramado tantos males, no es sino en el centro de la civilizacion, en un siglo de luces dónde has querido dominar con el cuchillo de Atila y las máximas de Neron. Arroja, arroja en fin tu cetro de hierro : desciende de ese monton de ruinas que te sirven de trono : te expulsamos, como expulsaste el Directorio. ¡Aléjate! ó sírvate de castigo el presenciar la alegría que tu caida causa á la Francia, y contemplar con lágrimas de desesperacion el espectáculo de la pública felicidad.

Tales son las palabras que dirijimos al extranjero. Mas si desechamos á Bonaparte, ¿ quién le reemplazará? — EL REY.

DE LOS BORBONES.

TAN conocidas son de los franceses las funciones anejas al título de rey que no es necesario explicárselas : la palabra *rey* les representa en el acto la idea de la autoridad legítima, del órden de la paz, y de la libertad legal y monárquica. Los recuerdos de la antigua Francia, la religion, las costumbres de otros tiempos, los hábitos de familia y de nuestra infancia, todo va enlazado á esa palabra sagrada, rey, á nadie asusta; antes por el contrario á todos inspira seguridad. Rey, magistrado, padre son ideas sinónimas para un francés. Pero no sabe lo que es un emperador ni conoce la naturaleza, la forma, ni el límite de poder unido á ese título extranjero, al paso que comprende muy bien lo que es un monarca descendiente de S. Luis y de Enrique IV: un gefe cuya autoridad paternal está arreglada por las instituciones, templada por las costumbres, dulcificada y perfeccionada por el tiempo, asi como un vino generoso cogido en el suelo patrio, y purificado por el sol de la Francia.

Hablemos al fin con toda claridad : no habrá reposo, ni dicha para el país, ni estabilidad en las leyes, ni respeto para nuestras opiniones y propiedades hasta que la casa de Borbon se vea restablecida en el trono. Ciertamente no hubiera dejado la antigüedad, mas agradecida que nosotros, de llamar *divina* á una raza que principiando por un rey dotado de valor y prudencia y concluyendo por un mártir, ha contado en el espacio de nueve siglos treinta y tres monarcas, entre los cuales no se encuentra mas que un solo tirano : ejemplo único en la historia del mundo, y eterno motivo de orgullo para la Francia. La probidad y el honor residian en el trono de Francia, asi como en otros paises lo ocupaban la fuerza y la política. La noble y dulce sangre de los Capetos no descansaba de producir héroes, sino para dar á la nacion reyes que ante todo eran hombres de bien. Los unos merecieron el dictado de sabios, de buenos, de justos y de muy amados; los otros figuran en la posteridad con el epíteto de grandes, augustos y padres de las ciencias y de la patria. Cierto es que algunos tuvieron pasiones que fueron expiadas por medio de desgracias; pero ninguno asustó al mundo con aquellos vicios que pesan sobre la memoria de los Césares, y que Bonaparte ha vuelto á reproducir. Los Borbones, última rama de este árbol sagrado, han visto caer á impulsos de un extraordinario destino, á su primer rey bajo el puñal de un asesino, y al último bajo el acha del ateo. Desde Roberto, sexto hijo de San Luis, de quien descienden, nada les ha faltado, durante tan largo periodo de años, mas que esta gloria de la adversidad, que al fin han obtenido tan espléndidamente. ¿Qué podemos echárles en cara? El nombre de Enrique IV hace palpitar los corazones franceses y llena de lágrimas nuestros ojos. Debemos á Luis XIV la mejor parte de la gloria nacional. ¿No se ha dado á Luis XVI el dictado de hombre el mas honrado de su reino? Desecharemos la sangre de ese monarca por ser nosotros los que le dimos muerte ? ¿ Por haber hecho morir á su hermana, á su mujer y á su hijo rechazaremos ahora el resto de su familia ? Esa familia que está llorando en el destierro no sus desgracias, sino las nuestras. Aquella jóven princesa á quien hemos perseguido, reduciéndola á la horfandad suspira continuamente en los palacios estranjeros por las prisiones de su patria. Un príncipe poderoso é ilustre le ha ofrecido su mano, pero ella prefiere poder unir su destino con el de su primo, pobre, desterrado, proscripto por ser francés, y aquella jóven no quiere separarse de las desgracias de su familia. El mundo entero admira sus virtudes : los pueblos de Europa la siguen admirados cuando se presenta en los paseos públicos, colmándola de bendiciones, y ¡ nosotros, nosotros la olvidamos! Al salir de su patria, donde tan desgraciada habia sido lanzó sobre ella una última mirada y sus ojos se anegaron en llanto. Nosotros que somos el constante objeto de sus oraciones y de su amor, nosotros apenas sabemos si existe. ¡ Ah! pueda al menos hallar algun consuelo labrando la dicha de su culpable patria! Esta tierra donde naturalmente brotan las flores de lis, las producirá mucho mas hermosas desde que ha sido regada con la sangre de un rey mártir.

Luis XVIII, que es el primero que debe sentarse en el trono de Francia es un príncipe conocido por su instruccion, incapaz de preocupaciones, y ageno á la venganza. De cuantos soberanos podrian instalarse al presente en el trono francés, acaso es el único mas acomodado á nuestra posicion y al espíritu del siglo: asi como de todos los hombres que la Francia ha podido escoger, Bonaparte era el menos á propósito para ser rey. Las instituciones de los pueblos son obra del tiempo y la experiencia : para reinar es preciso ante todo razon y uniformidad. Un príncipe que no tuviera en su mente mas que dos ó tres ideas comunes,

pero útiles, convendria á la nacion mas que un aventurero extraordinario, inventando continuamente nuevos planes, imaginando nuevas leyes, y no creyendo reinar sino cuando consigue turbar los pueblos destruyendo por la noche lo que ha creado por la mañana. Luis XVIII no solo tiene esas ideas fijas, esa moderacion y ese buen sentido, tan necesario á un monarca, sino que ademas es aficionado á las letras; es instruido y elocuente como muchos de los antiguos reyes; tiene una imaginacion fecunda é ilustrada y está dotado de un carácter enérgico y filosófico. Elijamos entre Bonaparte que volverá con su sangriento código de quintas, y Luis XVIII dispuesto á cicatrizar nuestras heridas, que se presenta con el código de Luis XVI en la mano, y que en el momento de su consagracion repetirá aquellas palabras escritas por su virtuoso hermano:

«Perdono de todo corazon á los que sin darles motivo se han hecho enemigos mios y ruego á Dios se lo perdone.» Monsieur, el conde de Artois de carácter tan franco, tan leal y tan francés se distingue al presente por su piedad, dulzura y buenos sentimientos como en su infancia se distinguió por sus elevadas maneras y sus gracias régias. Bonaparte huye confundido por la mano de Dios, pero no corregido por la adversidad; á medida que retrocede del país que se substrae á su tiranía, arrastra en pos de sí desgraciadas víctimas cargadas de cadenas: en las últimas prisiones de Francia es donde ejerce los últimos actos de su poder. Monsieur viene solo, sin soldados, sin apoyo, sin ser conocido de los franceses á quienes se presenta. Los pueblos al oir su nombre se postran en tierra; besan respetuosamente sus vestidos, abrazan sus rodillas y le dicen derramando torrentes de lágrimas: «No os traemos mas que nuestros corazones: solo eso es lo que Bonaparte nos ha dejado! Fácil es conocer por el modo con que el uno sale de Francia y el otro entra en ella quién tiene por su parte la legitimidad, y quién está manchado con la usurpacion.

En otro punto de las provincias francesas se ha presentado el señor duque de Angulema: Burdeos se ha arrojado á sus brazos, y el país de Enrique IV ha reconocido entre trasportes de júbilo al heredero de las virtudes del Bearnés. No han visto los ejércitos de Francia caballero mas cumplido que el señor duque de Berry. El señor duque de Orleans con su noble fidelidad á la sangre de su rey, demuestra que su nombre será siempre uno de los mas hermosos de Francia. He hablado de las tres generaciones de héroes, el señor príncipe de Condé y el señor duque de Borbon! dejaré á Bonaparte nombrar la tercera.

No sé si la posteridad podrá creer que tantos príncipes de la casa de Borbon han sido proscriptos por un pueblo que les debia toda su gloria, sin poder acusarles de ningun crímen, sin poder achacarles la desgracia por tiranías ejercitadas por el último rey de su raza; no; el porvenir no podrá comprender que haya desterrado la Francia á unos príncipes tan buenos, tan dignos hijos de la patria, para poner al frente de esta á un extranjero que es el mas malvado de los hombres. Concíbese en cierto modo la instalacion de la república: puede un pueblo en un momento de exaltacion, querer cambiar la forma de gobierno y desconocer la autoridad del gefe supremo; mas en el caso de volver á adoptar el sistema monárquico, es el colmo de infamia y de ignorancia quererlo establecer sin el soberano legítimo é imaginarse que pueda sin este existir la monarquía. Modifíquese cuanto se quiera la constitucion de aquella monarquía; pero nadie tiene derecho de cambiar el monarca. Puede acontecer que un rey cruel y tiránico, que quebranta todas las leyes, que priva á todo un pueblo de sus libertades, sea destronado por una revolucion violenta, pero en esos casos extraordinarios, la corona pasa á su hijo, ó á su mas inmediato heredero. ¿Ha sido tirano Luis XVI? ¿Podemos hacer cargos á su memoria? ¿En virtud de qué autoridad privamos á su raza de un trono que por tantos títulos le pertenece? ¿Por qué extravagante capricho hemos dado á Bonaparte la herencia de Roberto el Fuerte? Este Roberto el Fuerte descendia verosimilmente de la segunda raza y esta como es consiguiente estaba unida con la primera. Era conde de París. Hugo-Capeto como francés, trajo á sus compatriotas la ciudad de París, herencia paterna, y bienes y dominios inmensos. La Francia tan pequeña en tiempo de los primeros Capetos se enriqueció y aumentó en el reinado de sus descendientes. Y en provecho de un oscuro isleño, cuya fortuna ha sido preciso fraguar á costa de toda la de los franceses, hemos destruido la ley sálica, paladion de la Francia? ¡Cuan diferentes eran de nosotros en opiniones y sentimientos nuestros padres! Cuando murió Felipe el Hermoso adjudicaron la corona á Felipe de Valois en perjuicio de Eduardo III, rey de Inglaterra, prefiriendo condenarse á sufrir dos siglos de guerras á dejarse gobernar por un extranjero. Esta noble resolucion produjo la gloria y la gradeza del reino: el oriflama fue despedazado en los campos de Crecy, de Poitiers y Arincourt, mas sus girones triunfaron por último de la bandera de Eduardo III y Enrique V. El grito de *Montjoie Saint-Denis* sofocó el de todas las facciones. En la muerte de Enrique III volvió á suscitarse la misma cuestion hereditaria y entonces fue cuando el Parlamento expidió el célebre decreto por el cual la Francia cuenta en el número de sus reyes á un Enrique IV, y á un Luis XIV. Y sin embargo no eran innobles las cabezas de los Eduardos III, Enriques V. Duques de Guisa, é infantes de España que se presentaron á disputar la corona! ¡Dios eterno! ¡Qué se ha hecho pues el orgullo de la Francia! ¡Una nacion que rehusó admitir tan grandes soberanos á trueque de conservar su raza francesa y real, ha venido á parar en elegir á un Bonaparte!

En vano se pretenderia decir que Bonaparte no es extranjero; lo es á los ojos de toda la Europa, y de todos los franceses imparciales: lo será en el fallo de la posteridad, que acaso le adjudicará la mayor parte de nuestras victorias, y nos achacará parte de sus crímenes. Bonaparte no tiene nada de francés ni en sus costumbres, ni en su carácter. Hasta en las facciones del rostro revela su origen. El idioma que aprendió en la cuna no es el de la Francia, y en su pronunciacion, así como en su apellido se echa de ver la patria. Sus padres pasaron mas de la mitad de su vida siendo súbditos de la república de Génova, y él mismo usa de mas sinceridad que sus aduladores, pues no reconociéndose por francés nos aborrece y desprecia. Mas de una vez se le han escapado las siguientes palabras: *He aquí lo que sois vosotros los franceses.* En cierto discurso habló de Italia, como de su patria, y de la Francia, como de una conquista. Si Bonaparte es francés, será preciso convenir en que Santos Louvertoure tenia mejores títulos que él para serlo; pues al fin habia nacido en una antigua colonia francesa que estaba gobernada por las leyes francesas, y el estado libre á que pertenecia por su nacimiento le daba derechos de súbdito y ciudadano. ¡Y un extranjero educado por la caridad de los reyes franceses ha usurpado su trono y arde en deseos de derramar su sangre! ¡Nos interesamos por su infancia y ahora nos sumerje en un abismo de dolor! ¡Justa y providencial compensacion! Los galos saquearon á Roma, y los romanos oprimieron á los galos: los franceses han desolado mas de una vez la Italia, y los Médicis, los Galigai y los Bonapartes nos han desolado á su vez. La Francia y la Italia deberian al fin conocerse, y renunciar para siempre á toda mútua relacion. ¡Qué grato será reposar por último de tantas agitaciones y desgracias bajo la paternal autoridad de un soberano legítimo! Si por

un momento pudieron los franceses ser súbditos de la gloria que sus armas habian derramado sobre Bonaparte, ahora que este se ve despojado hasta de su gloria seria una insensatez seguir siendo esclavos de sus crímenes. Rechacemos á ese opresor como todos los demás pueblos lo han rechazado. No se diga de nosotros que hemos dado muerte al mejor y mas virtuoso de los reyes: que nada hicimos por salvar su vida y hoy derramamos nuestra última gota de sangre, y sacrificamos los últimos restos de la patria, por sostener á un extranjero á quien por otra parte abominamos. ¿Con qué razones esta Francia infiel justificaría su abominable fidelidad? Preciso seria en tal caso confesar que nos complacen los atentados; que los crímenes nos encantan y que solo la tiranía es el gobierno que nos conviene. ¡Ah! Si las naciones extranjeras cansadas por último consintieran á dejarnos ese insensato; si tuviésemos suficiente bajeza de comprar, por una parte de nuestros territorios la infamia de conservar en medio de nosotros el gérmen de la peste y el azote de la humanidad, seria preciso huir al fondo de los desiertos, cambiar de nombre y de idioma, y olvidar y hacer que los demás pusieran en olvido que habiamos sido franceses.

Pensemos en la dicha de una patria comun; no perdamos de vista que nuestra suerte depende de nosotros mismos: una palabra puede volvernos á dar la gloria, la paz y el aprecio del mundo ó sumergirnos en la mas espantosa é innoble esclavitud. Restauremos la monarquía de Clodoveo, la herencia de San Luis, y el patrimonio de Enrique IV. Unicamente los Borbones convienen hoy á nuestra situacion desgraciada: solo sus manos pueden curar nuestras heridas. La moderacion, la paternidad de sus sentimientos, y sus propias adversidades, se adaptan á un reino extenuado, y cansado de convulsiones y desgracias. Con ellos todo será legítimo; sin ellos nada. Su presencia hará renacer el órden, cuyo principio representan para nosotros. Ellos son nobles y bizarros caballeros, tanto ó mas franceses que nosotros mismos. Esos señores cuya divisa son las flores de lis han sido en todos tiempos célebres por su lealtad: tan arraigados están en nuestras costumbres que al parecer forman parte de la misma Francia y su ausencia aflige en estos momentos como la falta del aire y del sol.

Mas si con ellos debe volver la paz, si ellos solos pueden poner término á esta demasiado larga revolucion, el regreso de Bonaparte, por el contrario, nos sumergiria en horribles calamidades y en interminables desavenencias. ¿Puede acaso la imaginacion mas fecunda prever lo que seria aquel monstruoso gigante encerrado en sus estrechos límites, no pudiendo ya devorar los tesoros del mundo, ni seguir derramando la sangre de Europa? ¿Puede nadie representárselo encerrado en una córte arruinada y envilecida, descargando únicamente sobre los franceses su rabia, sus venganzas y su genio turbulento? Bonaparte no ha cambiado; ni cambiará nunca. Constantemente seguirá inventando planes, leyes y decretos absurdos, contradictorios ó criminales. Siempre seguirá atormentándonos y no dando la suficiente seguridad á nuestras vidas, á nuestra libertad y á nuestras propiedades. En tanto que tenga en su mano elementos para turbar el mundo, se dejará dominar del afan de trastornar nuestras familias. Unicos esclavos en medio de un mundo libre, objeto del desprecio de los pueblos, el último grado de nuestra miseria seria no sentir el peso de nuestra bajeza, y adormecernos, como un esclavo de Oriente, indiferentes al cordon que el sultan nos enviará al despertar.

No, no sucederá asi. Tenemos un príncipe legítimo, oriundo de nuestra sangre, educado entre nosotros, á quien conocemos, que nos conoce, que tiene nuestras mismas inclinaciones, usos y costumbres; por quien hemos rogado á Dios en nuestra infancia; cuyo nombre es tan familiar á nuestros hijos como el de sus vecinos, y cuyos padres vivieron y murieron con los nuestros. ¿Por haber obligado nosotros á nuestros antiguos príncipes á ser viajeros será para ellos la Francia una propiedad que habrá caducado? ¿y aun en este caso deberá seguir en posesion de ella Bonaparte por su derecho de extranjero no naturalizado? ¡Ah! no incurramos por Dios en tal deslealtad: no desheredemos á nuestro señor natural para dar su lecho al primero que se presente pidiéndolo. Si nos faltasen nuestros señores legítimos, el último francés seria preferible á Bonaparte para gobernarnos; pues á lo menos no tendríamos el baldon de estar sometidos á un extranjero.

No me resta mas que probar que si el restablecimiento de la casa de Borbon es necesario á la Francia, no lo es menos á la Europa entera.

DE LOS ALIADOS.

No considerando por de pronto mas quo las razones particulares, ¿habrá algun hombre en el mundo que haya querido fiarse nunca en la palabra de Bonaparte? ¿No es un punto de su ordinaria política y una de las inclinaciones de su corazon el hacer consistir la habilidad en engañar, en considerar la buena fe como una fullería y como señal de una capacidad limitada, y en burlarse de la santidad de los juramentos? ¿Ha cumplido ni uno solo de los tratados que celebró con las diversas potencias de Europa? Siempre ha llevado á cabo sus mas sólidas conquistas violando algun artículo de aquellos tratados antes de declarar la guerra: rara es la vez que ha evacuado una plaza que debia devolver, y ahora mismo que se ve abatido aun retiene en su poder algunas fortalezas de Alemania como fruto de sus rapiñas y testigos de sus engaños.

Atado será de manera que no podrá proseguir en sus atentados.—En vano lo debilitaríais desmembrando la Francia, estableciendo guarnicion en las plazas fronterizas por un número de años; obligándole á pagar sumas considerables, reduciéndole á no tener mas que un pequeño ejército y á destruir su sistema de quintas; todo será en vano. Bonaparte, (volveremos á repetirlo) siempre es el mismo. La adversidad no ejerce accion sobre él, por la razon de no haber sido nunca superior á la fortuna. Estará meditando en silencio su venganza: de repente despues de uno ó dos años de reposo, cuando la coalicion se haya disuelto, cuando cada potencia habrá vuelto á sus Estados, volverá á llamar la Francia á las armas, se aprovechará de las generaciones que se habrán ido desarrollando, arrebatará plazas, franqueará las líneas de seguridad é inundará nuevamente á la Alemania. Aun en este momento de nada mas habla que de ir á incendiar á Viena, á Berlin y á Munich; no puede resignarse á soltar la presa. ¿Volverian en este caso bastante á tiempo los rusos desde las orillas del Boristhenes para salvar por segunda vez á la Europa? ¿Esta maravillosa alianza, obra de 25 años de sufrimientos, podrá volver á anudarse rotos que sean una vez todos sus hilos? ¿No habrá hallado Bonaparte el medio de corromper algunos ministros, seducir algunos príncipes, despertar antiguas rivalidades, y hacer entrar acaso en sus intereses á algunos pueblos cuya ceguedad llegue hasta el punto de combatir bajo sus banderas? Por último ¿ocuparán los tronos los mismos príncipes que hoy reinan? ¿No podria un cambio de dinastía traer consigo un cambio de política? Potencias que tantas veces han sido engañadas ¿podrian repentinamente adquirir una confianza que causaria su ruina? ¡Cómo! ¿Habrian podido olvidar el orgullo de aquel aventurero que las ha tratado

con tal insolencia, que se jactaba de que habia reyes que le hacian ante-sala, que daba órdenes á los soberanos; establecia espionaje hasta en sus gabinetes, y decia en alta voz que su *dinastía* sería antes de 10 años la mas antigua de Europa? ¡Podrian los soberanos tratar con un hombre que les ha prodigado ultrajes que tal vez no aguantaria un simple particular! Una hermosa reina era la admiracion de Europa por su belleza, su valor y virtudes, ese hombre ha adelantado la muerte de esta señora haciéndola blanco de los mas bajos y rastreros ultrajes. La santidad de los reyes, y el decoro no me dejan repetir las calumnias, las groserías, las innobles bufonadas que ha prodigado á la vez sobre los reyes y sobre los ministros que en este momento le dictan la ley en su palacio. Aun cuando las potencias despreciasen personalmente esos ultrajes, no pueden, ni deben despreciarlos por el interés y la magestad de los tronos: porque esas potencias deben hacerse respetar de los pueblos: romper la cuchilla del usurpador, y desvirtuar para siempre ese abominable derecho del mas fuerte en el cual Bonaparte fundaba su orgullo y su imperio.

Además de estas observaciones particulares se presentan otras de mas elevada naturaleza, y que por sí solas pueden hacer que las potencias aliadas se resuelvan á no reconocer á Bonaparte por soberano.

Importa al reposo de los pueblos, importa á la seguridad de las coronas y á la vida, asi como á la familia de los soberanos el que un hombre salido de las últimas filas de la sociedad no pueda impunemente sentarse en el trono de su señor, figurar entre los soberanos de Europa, darles el nombre de *hermanos*, y encontrar en las revoluciones que lo han elevado fuerza bastante para contrabalancear los derechos de la raza legítima. Si se llega á dar un ejemplo de esta naturaleza, ningun monarca tendrá en lo sucesivo segura su corona. Si el trono de Clodoveo puede ser en plena civilizacion abandonado á un Corso, en tanto que los hijos del santo rey Luis andan errantes por el mundo, ningun rey podrá decir hoy con seguridad que mañana reinará. Reflexiónese en lo que voy á decir: todas las monarquías de Europa son poco mas ó menos hijas de las mismas costumbres y de los mismos tiempos: todos los soberanos son en realidad una especie de hermanos unidos por la religion cristiana y la antigüedad de los recuerdos. Una vez roto este hermoso y magnífico sistema, ocuparán los tronos razas nuevas que harán predominar otras costumbres, otros principios y otras ideas, y en tal caso se acabó, se acabó la Europa antigua, pues en el curso de unos pocos años, una revolucion general habrá cambiado la sucesion de todos los soberanos. Deben por lo tanto los reyes defender la casa de Borbon como si defendieran su propia familia. Esto que es una verdad considerado por lo tocante á las relaciones de la monarquía, es tambien cierto por lo que hace á las relaciones naturales. No hay un solo rey en Europa que no tenga sangre de los Borbones en sus venas, y que no deba considerarlos como ilustres y desgraciados parientes. Demasiado saben ya los pueblos que les es dado conmover los tronos. A los reyes toca demostrar que si los tronos pueden ser conmovidos, jamás podrán llegar á ser derrocados, y que las coronas, afortunadamente para el mundo, no dependen de los triunfos del crimen ni de los caprichos de la fortuna.

Tambien importa á la Europa civilizada que la Francia, que por su situacion y carácter es como su alma y corazon se mantenga dichosa, floreciente y pacífica, y esto no puede ser sino reinando sus antiguos monarcas. Cualquiera otro gobierno prolongaria en este país las convulsiones que se dejan sentir hasta en el extremo opuesto del mundo. Solo los Borbones ofrecerán por la magestad de su raza, por la legitimidad de sus derechos y por la moderacion de su carácter una suficiente garantía á los tratados, y cicatrizarán las heridas del mundo.

Todas las leyes morales se hallan como suspendidas bajo el reinado de los tiranos, al modo que en Inglaterra se suspende en tiempos de turbulencia el acta en que estriba la libertad de los ciudadanos. Cada cual sabe que no obra bien y que no camina por buen sendero, pero cada cual se somete y se deja oprimir, y falseando hasta las inspiraciones de la conciencia, cumple escrupulosamente con las órdenes mas opuestas á la justicia. La escusa que en tal caso se da, es que se esperan dias mas felices; que el órden será restablecido, y por último, que aquella época es una época de iniquidades por la que es preciso pasar como por un período de desgracias. Mas en tanto que la hora de mejorar de situacion llega, el tirano hace cuanto se le antoja: es obedecido y empeña si quiere todo su pueblo en una guerra, y lo oprime y lo exige cuanto quiere sin que nadie pueda rehusárselo. Esto es imposible que suceda con un monarca legítimo: todo el mundo gobernado por un cetro legal, se halla en goce de sus derechos naturales y en ejercicio de sus virtudes. Si el rey quisiere traspasar los límites de su poder, tropezaria con obstáculos insuperables: todas las corporaciones le saldrian al paso: todos los individuos hablarian oponiéndole la razon, la conciencia y la libertad. Hé aquí el motivo por qué Bonaparte dueño de una sola ciudad de Francia es mas temible que los Borbones con toda la Francia hasta el Rhin.

Por otra parte ¿pueden los reyes dudar acerca de la opinion de Francia? ¿Creen que habrian podido llegar tan fácilmente hasta el Louvre, si la Francia no los hubiese recibido como libertadores? ¿No han visto manifiestas señales de esta esperanza en todas las ciudades donde han entrado? ¿Qué se oye en Francia desde seis meses á esta parte, sino: *Han llegado los Borbones? ¿En dónde están los príncipes? ¿Vendrán? ¡Ah! ¡Si se viera una bandera blanca!* No hay corazon que no esté poseido de horror al usurpador: tanto es el encono que inspira, que ha sofocado en un pueblo guerrero todo lo que hay de duro en la presencia de un enemigo, y se ha sometido á sufrir la invasion de un momento por no tener que tolerar á Napoleon toda la vida. Si los ejércitos se han batido, nada mas podemos hacer que admirar su valor, y deplorar sus desgracias: ellos detestaban al tirano tanto ó mas que el resto de los franceses; pero habian empeñado un juramento, y los granaderos franceses mueren antes que quebrantar su palabra. La vista de la bandera militar inspira fidelidad: desde nuestros padres, los francos, hasta nuestros soldados, viene cumpliéndose sin intermision un pacto sagrado, y todos, sea lícito decirlo, se han casado con la espada. No se confunda, pues, el sacrificio del honor con el afecto á la esclavitud. Nuestros bizarros soldados nada mas esperan sino el que se les absuelva de su palabra. Reconozcan los franceses y los aliados á los príncipes legítimos, y al momento el ejército, libre de su juramento, se colocará bajo el estandarte sin mancha tantas veces testigo de nuestras victorias, alguna vez de desastres, constantemente de valor, pero nunca de infamia.

Ningun obstáculo hallarán los reyes aliados á su designio si quieren seguir el único partido que puede asegurar la tranquilidad del país y de la Europa. Satisfechos deben estar del triunfo de sus armas. Nosotros, como franceses, debemos considerar esos triunfos nada mas que como una leccion de la Providencia, que nos castiga sin humillarnos. Podemos decir con seguridad que lo que era imposible bajo el reinado de nuestros príncipes legítimos acaba de llevarse á cabo bajo el de un aventurero. Los reyes aliados deben en lo sucesivo aspirar á una gloria mas sólida y duradera. Constitúyanse con sus respectivas guardias en la *plaza* de la *Revolucion*, manden celebrar funerales sobre

el mismo sitio donde cayeron las cabezas de Luis y de Antonieta, y allí en aquel consejo de reyes, cuyas manos toquen el ara sagrada, sea reconocido Luis XVIII por rey de Francia, y aclamado por el pueblo postrado de rodillas y anegado en dulce llanto. Ese seria el magnífico y nunca visto espectáculo que los reyes aliados podrian ofrecer al mundo, seguros de que con él atraerian sobre sus cabezas una gloria que los siglos no alcanzarian á borrar.

Mas ya acaba de verificarse una parte de esos acontecimientos. Los milagros producen milagros. París ha visto, como Atenas, entrar en sus muros extranjeros que le han respetado en recuerdo de su gloria y de sus grandes hombres Ochenta mil soldados vencedores han dormido al lado de nuestros ciudadanos, sin turbar su reposo, sin cometer la menor violencia, sin entonar siquiera un cántico de triunfo. Libertadores son ciertamente esos soldados que rehusan considerarnos como conquista. ¡Gloria inmortal á los soberanos que tal ejemplo de moderacion en la victoria han sabido dar al mundo! ¡Cuántas injurias tenian que vengar! Pero no han confundido á los franceses con el tirano que los oprime. Por eso han recogido el fruto de su magnanimidad, siendo recibidos por parte de los habitantes de París como si fueran sus verdaderos monarcas, como príncipes franceses, como Borbones. No tardaremos en ver á los descendientes de Enrique IV; Alejandro nos lo ha prometido: se acuerda que el contrato de casamiento del duque y la duquesa de Angulema está depositado en los archivos de Rusia. Fielmente nos la ha conservado el postrer acto público de nuestro legítimo gobierno, y por último lo ha traido al tesoro de nuestros documentos nacionales, en donde á su vez se conservará la relacion de su entrada en Paris, como uno de los mas interesantes y gloriosos momentos de la historia.

No separemos, sin embargo, de los dos soberanos que se hallan en la actualidad entre nosotros al otro soberano que por la causa de los reyes y el reposo de los pueblos ha hecho el mayor de los sacrificios; y que como monarca y como padre, encuentra la recompensa de sus virtudes en la ternura, gratitud y admiracion de los franceses.

¿Y qué francés, en efecto, podria olvidar lo que debe al príncipe regente de Inglaterra, al noble pueblo que tanto ha contribuido á salvarnos? Las banderas de Isabel ondeaban en los ejércitos de Enrique IV, y ahora vuelven á presentarse en los batallones que acompañaron á Luis XVIII. Somos muy sensibles á la gloria para no admirar á ese lord Wellington que de un modo tan vivo recuerda las virtudes y talentos de Turena. Sintióse uno conmovido hasta derramar lágrimas cuando se le vió prometer en el momento de la retirada del ejército francés, en Portugal, dos guineas por cada prisionero de aquel ejército que le presentaran vivo. Por la única fuerza moral de su carácter, mas bien que por el vigor de la disciplina militar, ha contenido como por milagro al pisar el territorio de la Francia el resentimiento de los portugueses y la venganza de los españoles: por último, bajo sus banderas es donde resonó el primer grito de *¡viva el rey!* á cuyo eco se despertó la desgraciada patria: en vez de traer á un rey de Francia cautivo, el nuevo príncipe Negro ha traido á Burdeos á un rey de Francia rescatado. Cuando el rey Juan fue conducido á Londres, conmovido por la generosidad de Eduardo, se adhirió á sus vencedores y vino á morir en la tierra del cautiverio: como si hubiese previsto que aquella tierra seria en lo sucesivo el postrer asilo del último vástago de su raza, y que algun dia los descendientes de los Talbot y de los Chandos darian asilo á la posteridad proscripta de los La Hire y Duguesclin.

Franceses, amigos, compañeros de infortunio, olvidemos nuestras disensiones, nuestros odios y nuestros errores para salvar la patria: abracémonos sobre las ruinas de nuestro amado país y llamando en nuestro socorro al heredero de Enrique IV y de Luis XIV, venga á enjugar el llanto de sus hijos, á dar la felicidad á su familia y á cubrir caritativamente nuestras úlceras con el manto de San Luis, medio desgarrado por nuestras propias manos. Fijemos la atencion en que todos los males que sufrimos, la pérdida de nuestros bienes y ejércitos, las desgracias de la invasion, la muerte violenta de nuestros hijos, las desavenencias y descomposicion de toda la Francia y la pérdida de nuestras libertades son obra de un solo hombre, y que asímismo todos los bienes que en sentido contrario vamos á gozar, tampoco los deberemos mas que á uno solo. Resuene, pues, en todos los ángulos de la patria el grito de salvacion, el grito que nuestros padres repetian asi en la desgracia, como en la victoria, y que para nosotros es prenda segura de paz y de ventura: ¡Viva el rey!

COMPIEGNE.

Abril 1814.

Habiase anunciado que el rey llegaria al palacio de Compiegne el 29 de abril; multitud de personas llegaban continuamente de París: todos como en tiempo de Enrique IV *tenian hambre de ver un rey.* La guarnicion de aquel punto se componia de un regimiento suizo y de varios destacamentos de la guardia de infantería y caballería. Notabase en todos los semblantes la impaciencia por ver al monarca, y cierta mezcla de admiracion, temor, amor y respeto. Cada hora llegaban correos anunciando la aproximacion del monarca. De repente se oye tocar llamada: un carruaje tirado de seis caballos, entró en el patio del palacio, donde se hallaban formados en dos filas los guardias nacionales de Compiegne y los soldados suizos, llevando los primeros á modo de faja una ancha banda blanca: en la entrada del patio habia un destacamento de lanceros de la guardia, y los granaderos formaban en el vestíbulo. Detúvose el carruaje en la puerta exterior, y la multitud que por todas partes le rodeaba, vió bajar no el rey, sino un venerable anciano apoyado en su hijo: era el príncipe de Condé y el duque de Borbon. Antiguos servidores de la casa de Condé que habian pasado apresuradamente á Compiegne, dieron gritos de alegría al ver á su antiguo señor, y sin ser dueños de reprimirse, se lanzaron sobre él besándole entre sollozos, las manos y hasta los vestidos. Sin embargo, todos los ojos buscaban con ansiedad otro príncipe que debia estar con estos. Habiéndose anunciado el conde de Lostanges el príncipe de Condé le echó con efusion los brazos al cuello diciéndole: *¡Ah! Si.—¡El conde de Lostanges!—Erais coronel de mi regimiento de Enghien.* El príncipe subió en seguida la escalera del vestíbulo, apoyado en el brazo de su hijo, entre los granaderos de la guardia. Todos los presentes tuvimos ocasion de ver á los valientes soldados cubiertos de cicatrices, condecorado su pecho con la cruz de la legion de honor, y su gorra de pelo con la ancha escarapela blanca, llorando al hacer los honores militares á los dos Condés, á los representantes de la antigua gloria de la Francia, asi como aquellos soldados que les saludaban, eran dignos testigos de la moderna. No es posible definir la alegría mezclada de pena que se experimentaba al ver los dos últimos vástagos del vencedor de Rocroi, aquellos dos príncipes tan bizarros, ilustres y desgraciados; cerca se hallaban en aquellos momentos de Chantilly, que ya no existe; pero faltando el heredero ¿qué importa la herencia?

Por último, llegó el rey. Su carroza marchaba precedida de generales y mariscales de Francia que ha-

bian salido á recibir á S. M. No puede decirse que se dieron gritos de *¡viva el rey!* porque la multitud prorrumpió en un clamor continuo y confuso, en el que no era posible distinguir nada mas que acentos de júbilo y de ternura. Al descender el rey de su carroza, sostenido por MADAMA, la duquesa de Angulema, la Francia creyó ver á su padre. Ni el rey, ni MADAMA, ni los mariscales, ni los soldados podian hablar. Las lágrimas servian de palabras, y ciertamente eran los menos enternecidos los que tenian aliento para gritar *¡viva el rey! ¡viva nuestro padre!* sin poder tampoco articular mas palabras que estas. S. M. llevaba una levita azul, sin mas distintivo que una placa y charreteras: sus piernas estaban envueltas en unos anchos botines de terciopelo encarnado, bordadas con trencilla de oro. Su modo de andar es penoso, pero el ademan es noble é interesante: su estatura nada tiene de particular; la cabeza es magnífica, y la mirada magestuosa como la de un rey, y brillante como la de un hombre de talento. Al verle sentado en una silla de brazos, con sus botines á lo antiguo, y su baston entre las piernas, cree uno estar viendo á Luis XIV á los 50 años.

MADAMA vestia un traje blanco, y su cabeza estaba cubierta con un sombrerillo del mismo color, segun la moda inglesa. Si algo puede sobre la tierra dar idea de un ángel por la hermosura, la modestia y el candor es ciertamente la hija de Luis y de Antonieta: sus facciones son una feliz combinacion de las de sus padres, y cierta expresion de dulzura y de tristeza que se ve brillar en sus ojos, anuncia lo mucho que ha padecido: hasta en su traje, algo extranjero, se descubren huellas de su largo destierro. Sus labios no dejaban de repetir, llorando y riendo á un mismo tiempo. *Que feliz soy al verme entre mis buenos franceses.* Palabras en verdad altamente dignas de una princesa que en los palacios del extranjero echaba de menos las prisiones de Francia.

Asi que llegó al aposento que le estaba preparado, el rey tomó asiento en medio de la concurrencia. Presentáronle las señoras que se hallaban en Compiegne, y á cada una de ellas dirigió las mas lisonjeras palabras. Igual presentacion tuvo lugar respecto de MADAMA Hallándose el rey algo cansado y á punto de retirarse dijo á los señores mariscales y generales. *Señores, soy muy feliz en hallarme en medio de vosotros*, y añadió con un acento que es preciso haber oido para comprenderlo: SOY FELIZ Y ME ENVANEZCO. Luego prosiguió. *Espero que la Francia tendrá en lo sucesivo la dicha de no necesitar ya de vuestros talentos; pero en todo caso*, añadió S. M. poniéndose en pié con ademan noble y resuelto, como buen descendiente de Enrique IV, *por afligido que me halle de la gota, no dejaré de ponerme entre vosotros*, diciendo estas palabras atravesó el grupo entre las repetidas aclamaciones de *¡viva el rey!*

A las ocho se sirvió la comida. El rey, MADAMA, el príncipe de Condé el Duque de Borbon, los señores mariscales y generales, los gentiles hombres de servicio, las señoras camaristas de MADAMA, la duquesa de Angulema; la señora de Montboissier, hija de Mr. Malesherbes; las duquesas de Duras, la condesa de Simiane y otras personas de distincion convidadas por S. M. tomaron asiento en la mesa. El salon estaba tan lleno de gente que apenas podia hacerse el servicio. En medio de la comida el rey tomó un vaso de vino, y dirigiéndose á los mariscales les dijo: *Señores brindemos por el ejército.* Acabada la comida S. M. volvió al salon de recibimiento. Todos los concurrentes querian estar de pié; pero el rey mandó sentar á su derecha á los mariscales y generales. Estos bizarros capitanes han quedado sumamente obligados por esta bondadosa complacencia del soberano, y sin duda en aquellos momentos tendrian muy presente que el extranjero sin tener ningun miramiento á su edad, á sus trabajos ni á sus heridas les tenia horas enteras de pié, como si para él consistiera el respeto en los males que hacia sufrir á sus servidores. Sabido es que el rey reune á sus demás buenas cualidades mentales una prodigiosa memoria, como lo ha acreditado al hablar con las personas que le rodeaban. Al ver andar con dificultad al mariscal Lefebre algo atormentado de la gota, le dijo: *¿Que es eso, mariscal, ¿sois tambien de los nuestros?* Al mariscal Mortier, le dirigió estas palabras: *Señor mariscal, cuando no eramos amigos, guardásteis hácia la reina, mi esposa, consideraciones que ella nò quiso que me fueran desconocidas, y ahora las tengo presentes.* Al mariscal Marmont preguntó: *Fuisteis herido en España, y estuvisteis cerca de perder un brazo?* «Asi es, SIRE, respondió el mariscal, pero lo he recobrado para el servicio de V. M.» Los mariscales Macdonald, Ney, Moncey, Serrurier, Brune, el príncipe de Neuchatel, todos los generales y todas las personas que se hallaron presentes merecieron oir igualmente las afectuosas palabras por parte del soberano; de manera que no hubo corazon que no quedara cautivado. Aquel rey sin armas, podia decir de sí mismo lo que se dijo respecto de Enrique IV, que reinaba sobre la Francia

Por derecho de espada y derecho de cuna.

Por todas partes no se oia mas que *¡Ya verá como le serviremos! Suyos seremos mientras vivamos.* Todos los interesantes desterrados que habian vuelto con su señor y todos los oficiales del ejército se estrechaban la mano diciendo: *¡no mas facciones! ¡no mas partidos!* Viva Luis XVIII. Tal es en Francia la autoridad del soberano legítimo, esa magia que acompaña al nombre de rey. Un hombre que acababa de llegar solo del destierro, despojado de todo, sin comitiva, sin guardias, sin riquezas, nada podia dar, ni casi prometer. ¿Quién era este hombre? Era el hijo de San Luis, era el rey. A esta palabra todo se postra á sus piés: el ejército, la grandeza, el pueblo: un millon de soldados arden en deseos de morir por él, y le dan á entender que puede pedirles cuanto quiera aunque sea sus hijos, su vida y su fortuna, con tal que les deje en posesion de esa única cosa de que pueden disponer, y cuyo sacrificio ningun rey de Francia impondrá á sus vasallos, ¡EL HONOR!

DE LA SITUACION DE FRANCIA.

EN 4 DE OCTUBRE 1814.

ACOSTUMBRADOS desde hace mucho tiempo á los prodigios apenas reparamos en los que en la actualidad pasan á nuestra vista, y sin embargo puede decirse con certeza que de cuantos se han llevado á cabo de algunos años á esta parte ninguno merece mas admiracion que la felicidad que goza en este momento la nacion. ¿Podia esperar razonablemente la Francia una calma tan profunda despues de tan deshecha borrasca? Para juzgar con acierto de la posicion que ocupa en el mes de octubre, recordaremos el estado en que la nacion se veia en marzo del mismo año.

La Francia se veia invadida desde el Rhin hasta el Loire, desde los Alpes hasta las montañas del Auvergne, y desde los Pirineos hasta el Garona. Paris estaba lleno de enemigos. Quinientos mil rusos, alemanes y prusianos, estacionados en el otro lado del Rhin, estaban preparados á secundar los esfuerzos de sus compatriotas por medio de una segunda invasion que habria acabado de desolar la Francia. España se disponia á franquear los Pirineos con el ejército anglo-ibérico. Mas de un millon de franceses habian sido llamados en menos de trece meses á los campos de batalla. Un insensato á quien las potencias extranje-

tras brindaban continuamente con la paz, se ostinaba en agotar el último hombre y la última moneda de las desventurada Francia para sostener en lo exterior un monstruoso sistema de guerra y en lo interior una tiranía aun mas monstruosa. Si conseguia prolongar la guerra, la Francia se veia expuesta á no presentar en el breve plazo de algunos meses mas que un monton de cenizas; si aceptaba la paz no podia esperarse que le fuera concedida sino bajo condiciones tan deshonrosas para él como para la nacion; habria sido preciso pagar enormes contribuciones cediendo las plazas fronterizas en garantía de los tratados. Bonaparte, herido en su orgullo, burlado en su ambicion, hubiera cubierto el reino do proscripciones y luto. Ya estaban redactadas las listas, designadas las víctimas y las ciudades enteras condenadas: á las confiscaciones y expropiaciones hubieran seguido los suplicios, la guerra civil habria tal vez coronado todas las desolaciones de la guerra extranjera, y un despotismo sangriento se habria impuesto acaso para siempre sobre las ruinas del país.

¿Cuál era en aquel instante la única esperanza? Una familia á la que habiamos abrumado con todo género de males en recompensa de los bienes que desde tantos siglos atrás venia derramando sobre nosotros! Una familia desterrada, casi puesta en olvido por parte de sus crueles hijos, no encontraba en país extranjero ni recuerdos, ni auxilios. No era por ella por quien se batian: ninguna de las calamidades que á consecuencia de una guerra desastrosa padecia la Francia en aquella época, podia ser imputada á esta familia: en Chatillon se negociaba de buena fe con Bonaparte. Apenas se permitia á MONSIEUR seguir casi solo y desde muy lejos los ejércitos invasores, y luego regresaba á pasar la noche entre las ruinas que Bonaparte habia hecho, á enjugar las lágrimas de los aldeanos que se agrupaban á su alrededor y á socorrer á los quintos heridos, finalmente ya que no le era dado ejercer las prerogativas reales, ponia en práctica todas las benéficas virtudes que habia heredado de la sangre de San Luis. Monseñor el duque de Angulema no figuraba sino como simple voluntario en el ejército de lord Welington: en Jersey, Monseñor el duque de Berry pedia en vano por favor que se le dejara con dos de sus ayudantes en las costas de Francia: era tan poco lo que sus denodadas empresas prometian que habia mandado renovar el arriendo de su casa en Londres.

En momento tan desesperado es cuando la Providencia acabó la obra de la que habia querido encargarse sola á fin de que su mano fuese mas visible á todos. Los extranjeros entraron en París: Dios tocó el corazon de los príncipes, abrió los ojos de los franceses y un grito de *¡viva el rey!* salvó al mundo. Bonaparte gritó que le habian hecho traicion. ¡Traicion, Dios eterno! ¿Y quién habia de hacérsela no siendo él mismo? ¿Vióse nunca una fidelidad mas extraordinaria, mas interesante que la de su ejército? Jamás los soldados franceses mostraron mas heroismo que en el momento en que detestando al autor de tantos infortunios, respetaban aun en su persona al general, y seguramente hubieran perecido con él, si él hubiese tenido aliento para morir.

Mas despues que hubo arrebatado su vida juntamente con los millones que habia tenido valor de pedir, la Francia se volvió hácia su verdadero padre que volvia del destierro sin capitulaciones, tratados ni tesoros, con las manos vacías como habia salido del reino pero con el corazon henchido de aquella ternura, de aquella misericordia tan natural á la raza de los reyes de Francia.

¿Qué es lo que encontró este rey al llegar? Cuatrocientos mil extranjeros en el corazon del reino, mil setecientos millones de deudas, ejércitos desorganizados y que hacia ya varios meses que no cobraban sueldo, mas de treinta mil oficiales que tenian derecho á una colocacion y á recompensas, 400,000 prisioneros prontos á volver á su patria y á complicar la situacion del momento, una constitucion que confeccionar, temores que calmar, esperanzas que cumplir en presencia de los partidos y por último todos los elementos de una guerra civil. A muchas personas les parecia acertado que el rey en medio de tantos apuros, no conociendo el terreno sobre que iba á marchar, ni el estado de las opiniones, ni el carácter de sus vasallos retuviera cerca de su persona una fuerza extranjera. El rey desechó noblemente esa idea: una paz honrosa hizo salir del reino á los aliados sin costar al país ni contribuciones, ni plazas fuertes: conserváronse las antiguas fronteras y aun se ganó en territorio por el lado de Savoya. Fueron tambien respetados los monumentos artísticos y todo fue fruto del aprecio de los aliados al monarca francés.

Una carta aseguró los derechos políticos de la nacion. Aquel ejército tan incómodo por el número no tardó en ver como por encanto pagados casi todos sus atrasos, y el resto será satisfecho sin mucho tardar. Los oficiales que no han podido ser colocados en la nueva organizacion del ejército cobran en el seno de su familia una pension que les proporciona aquella honrosa existencia propia de la gloria. La propiedad se halla garantida; la confianza renace; la industria ha vuelto á recobrar su actividad: todo camina á un estado próspero. La moderacion, el talento y las virtudes de un solo hombre han obrado esos prodigios que no han costado ni una sola gota de sangre á la Francia; nadie ha sido molestado ni perseguido por su opinion: ninguna cárcel se ha abierto sino para dejar salir alguna víctima de las anteriores turbulencias, ningun acto arbitrario del poder se ha mezclado con tantos actos de demencia y de bondad! Estamos demasiado cerca de esta época feliz para apreciarla segun se merece; pero la historia presentará las maravillas que en ella han sucedido á la admiracion de los hombres, y al sobrenombre de Luis el *Deseado* añadirá el dictado de *Sabio* que la Francia ha tenido ya la gloria de dar á uno de sus reyes. Si se hubiese dado crédito á lo que decian algunos, interesados sin duda en esparcir alarmas, la Francia iba á quedar convertida así que llegaran los Borbones en un teatro de reacciones y venganzas. ¿Qué podrian decir esas personas en la actualidad? ¡Cómo! ¡Ni una ejecucion ni un encarcelamiento, ni un destierro ha ocurrido que haya podido acreditar sus profecías! Al regresar Carlos II á Inglaterra el Parlamento hizo sentenciar á varios culpables: al regreso de Luis XVIII á Francia, todo el mundo ha conservado la vida, la fortuna y la libertad; nada hay perdido para ciertos hombres *menos el honor*! Cualquiera que sea la opinion que se haya tenido, la generalidad está acorde en decir que en ningun tiempo ha habido para la Francia una época mas afortunada que los cuatro meses que han pasado desde el restablecimiento de la monarquía. No hay francés alguno que no sienta en sí mismo el convencimiento de su salvacion y de su plena libertad. Cada cual se acuesta seguro de que á media noche no vendrán á despertarle por ser arrastrado ante un tribunal militar por los esbirros de la policía, ó por los gendarmes. El propietario sabe que conservará su fortuna; la madre su hijo, ni tiembla ya esta al ver un edicto en las esquinas creyendo que sea un nuevo decreto de quintas. El labrador, ni el artesano no tienen ya que andarse atormentando en discurrir cómo podrán librar del servicio al único hijo que les queda el quinto que ya no lo es, no tiene que recurrir al bárbaro medio de mutilarse para librarse de la muerte. Solo las contribuciones son las que siguen pesando sobre la Francia, mas por lo menos hay la certeza que no serán arbitrariamente impuestas por la primera autoridad del Estado, ni por los prefectos, subpre-

fectos, ni hasta por los alcaldes y sus tenientes. El Estado tiene deudas, y es preciso pagarlas. ¿Pero quién es el que ha contraido esas deudas? ¿Es el rey ó el hombre de la isla de Elba? Si el rey hubiese querido decir: «No estoy obligado á reconocer las deudas de Bonaparte: las riquezas que la mayor parte de los contratistas han adquirido les indemnizará de lo que pierdan no papándoles aquella deuda.» ¿Qué hubieran respondido? Pero el rey creyó que su honor y el de la Francia estaba interesado en pagar escrupulosamente una deuda que podia ser considerada como del Estado, y por esa buena fe, digna de un descendiente de Enrique IV, ha hecho que la Francia adquiera un crédito que duplicará la riqueza pública.

Asi es que las grandes calamidades con que nos amenazaba el regreso de los Borbones se reducen á algunas murmuraciones, y aun estas, cuando se desciende hasta el orígen que las produce, se ve que no nacen sino de alguna esperanza frustrada, de haber solicitado algun empleo y no haberlo conseguido. La mitad de la Francia, bajo el despotismo que acaba de pasar estaba pagada por la otra mitad. ¡Cómo podia sostenerse semejante abuso! El mismo Bonaparte, si hubiese permanecido en el trono, sin ser dueño de Europa, ¿hubiera podido sostener todos los empleos que habia creado? Ya no los pagaba, y en lo sucesivo para imponer silencio á los descontentos los hubiera mandado pasar por las armas. Por otra parte ¿pueden en el breve término de seis meses ser borradas todas las huellas de una revolucion de veinte y cinco años? Al ocurrir la muerte de Enrique IV aun habia algunos antiguos fanáticos de la Liga que aplaudieron el parricidio de Ravaillac. Preciso es pues resignarnos á ver por mucho tiempo y acaso por toda nuestra vida á los franceses divididos en opiniones sobre una multitud de objetos: los unos detestando lo que los otros aman y estos alabando el gobierno que los otros critican.

Segun los constitucionales, la constitucion no es bastante liberal. Segun los antiguos realistas el Estado hubiera marchado perfectamente sin constitucion. Pero á los primeros se les puede decir: «Si en la »constitucion actual hay algo defectuoso, podrá re»mediarse con el tiempo. La misma constitucion in»glesa, objeto de vuestra admiracion, no ha sido per»feccionada en un dia. Basta que los fundamentos de »la libertad pública se hallen bien establecidos entre »nosotros; que el pueblo tenga representacion; que »no se puedan imponer nuevas contribuciones sin el »consentimiento de los representantes; que ningun »hombre pueda ser despojado, desterrado, encarce»lado ni sentenciado á muerte arbitrariamente. Repo»semos un momento sobre estas grandes bases y »respiremos despues de una carrera tan violenta y »rápida.»

A los segundos es fácil replicar: «La antigua cons»titucion de la monarquia era excelente sin duda; »¿pero podriais en la actualidad reunir sus elemen»tos? ¿En dónde encontrariais un clero independiente, »representado, por sus inmensos dominios, una con»siderable parte de las propiedades del Estado? ¿Dón»de encontrariais una corporacion de nobles bastante »numerosos, ricos y capaces de formar por sus anti»guos derechos feudales, por sus tierras señoriales, »por sus vasallos y su patronazgo, y por la influencia »de sus armas, un contrapeso á la corona? ¿Cómo »restablecereis esos privilegios de las provincias y de »las ciudades, esos fueros, esas grandes corporaciones »de magistratura que por todas partes ponian trabas »al ejercicio del poder absoluto? Por ventura ¿no ha »cambiado hasta el mismo espíritu de esas corpora»ciones? ¿La igualdad de educacion y de fortunas, la »opinion pública, el aumento de ilustracion, permiti»rian establecer en la época presente una clase de »distinciones que chocarian con todas las vanidades? »Las instituciones de nuestros abuelos; en las que »se reconocian con evidencia las huellas de nuestra »santa religion, del honor de la nobleza, de la for»malidad de la magistratura, son por cierto cosas que »siempre se echarán de menos, ¿pero puede nadie ha»cerlas revivir completamente? Permitid, pues, ya que »por último es preciso tomar alguna resolucion, que »se reemplace el honor de la nobleza por la dignidad »del hombre, y la nobleza del individuo por la de la »especie. En vano quisierais remontaros á los tiempos »antiguos; las naciones, son como los ríos, nunca »pueden retroceder hácia su origen: no fue posible »dar á la república romana el gobierno de sus anti»guos reyes, ni al imperio de Augusto el Senado de »Bruto. El tiempo lo cambia todo, y es tan imposible »sustraerse al influjo de sus leyes como al de sus es»tragos.»

Nada tiene de extraño que haya aun alguna efervescencia en las opiniones. El despotismo que acaba de espirar nos hizo salir de nuestro órden natural. Todas nuestras pasiones estaban exaltadas: el soldado en nada menos pensaba que en ser mariscal de Francia a costa de la vida de un millon de franceses: el último empleado de hacienda veia en perspectiva un ministerio: el artesano, una vez salido de su taller, no pensaba en volver á él: la juventud, desembarazada del yugo doméstico, se encenagaba en todos los goces y en todas las quimeras de su edad. Un deber, que en último término se reducia á una bajeza, *obedecer ciegamente á la voluntad de un dueño*, hacia las veces de toda la moral de la vida. Bonaparte era el gefe visible del mal, asi como el demonio lo es invisible. Todas las ambiciones desordenadas se reunian en torno del, asi como los sueños se suspenden del árbol funesto que Virgilio colocó en la puerta de los infiernos.

En la actualidad nos es costoso reducirnos á la senda del deber: la tranquilidad nos parece una cosa insípida. Mas como el órden es el estado natural de las cosas, volveremos á despecho de esas pasiones á recobrar la aficion á lo honesto y á no aspirar mas que á los goces legítimos. Curioso es considerar cuánto sorprende este nuevo órden de cosas á los que estaban acostumbrados á gobernar por los violentos medios del despotismo. Anuncian revoluciones y alzamientos que por fortuna no llegan á realizarse: confunden sus opiniones particulares, su situacion moral, y sus intereses secretos con la opinion, situacion é interés de la nacion. *Esto no es administrar*, dicen ellos. *Esto no puede durar, no puede seguir asi*. ¿Y por qué no? Porque en la llanura de Grenelle no hay afusilamientos, porque la policía no sepulta una docena de personas cada noche en Vincennes; porque desde la extremidad de Francia no vienen ya *jaulas* de posta atestadas de presos; porque no hay espías asalariados que impiden que se hable, se escriba, ni imprima ni aun con arreglo á lo que ellos quieren; porque no se meten en las operaciones mercantiles ni agrícolas; porque el consejo de Estado no toma en un dia cien disposiciones contradictorias; porque pudiendo el gobierno elegir entre veinte y cinco millones de franceses, no ha creido que el talento esté exclusivamente encerrado en algunas cabezas que la opinion pública rechaza, y no los ha nombrado funcionarios suyos. Semejantes personas (que por otra parte se distinguen por la práctica en los negocios) son sin embargo malos jueces de un gobierno legal, pues no han podido apreciar mas que la revolucion y sus violencias, y porque no habiendo empleado mas que la fuerza física, no saben hacer uso de la fuerza moral. Admíranse de que todo marche sin esfuerzos, y casi por un impulso espontáneo: finalmente no alcanzan á comprender que un rey legítimo es un árbol que extiende naturalmente sus ramas y sus raices, se robustece y da proteccion y sombra porque el cielo y la tierra le dispensan su benéfica influencia, y porque se extienden sus raices en el nativo suelo. Imposible es que esa sensa-

cion de seguridad que se experimenta no cunda tarde ó temprano en todos los ánimos, no penetre asi en las cabañas, como en los palacios y que al fin no haga decir á todo el mundo: *Lo cierto es que somos dichosos.*

Examinen el gobierno los que le acusan de debilidad con arreglo á estos hechos y resultados, y verán que ya es mucho mas fuerte que el férreo sistema á que ha remplazado. ¿Hubiérase por ejemplo dejado imprimir contra el último despotismo los libros que hoy salen á luz contra la autoridad existente, sin que aquel despotismo se hubiese visto conmovido? Libelos, los mas infames, y obras, las mas llenas de audacia, circulan y se venden públicamente. ¿A quién hacen daño tales obras? A nadie: pues si hay quien las lea, no hay quien se deje seducir por ellas. Podria decirse que los autores de semejantes escritos destruyen, poniendo en ellos su firma, el efecto que pudieran causar, y asi como los venenos se neutralizan mútuamente, la infamia del escritor neutraliza la ponzoña del libelo. Sea por lo que sea, lo cierto es que un gobierno que apenas cuenta cuatro ó cinco meses de existencia; que se ha establecido, como todos sabemos, en medio de tantas disensiones y calamidades, tiene fuerza para resistir pruebas que hubieran derribado á Bonaparte cuando se hallaba en el apogeo de su poder. En los cafes, en las reuniones se censuran públicamente los actos del ministerio y las leyes que se discuten en ambas cámaras; se critica en alta voz, se vitupera, se alaba, ¿pero se altera por eso la marcha del gobierno?

La Francia está abierta por todas partes: cada cual viaja por ella como le da la gana. Si hay enemigos secretos nadie les impide que puedan entrar y salir cuando les acomode. Pueden entrar en correspondencia; pueden citarse; en una palabra, pueden *conspirar* públicamente donde mas les convenga. ¿Hay alguno que los tema? Nadie. ¿Les habria dejado Bonaparte semejante libertad? En el momento actual el gobierno se desdeñaria de tomar precauciones contra ellos; pues en último resultado sus esfuerzos se estrellarian ante la indulgencia y dulzura de un gobierno paternal que detendria el brazo de la ley levantado para castigarlos: el rey los abrumaria con el peso de su perdon y su bondad. Nada de temible puede emprenderse contra una autoridad fundada sobre la legitimidad y la justicia. La Francia está llena de parientes y de hechuras de Bonaparte, y se hallan todos protegidos como los demás ciudadanos, sin que nadie piense en precaverse de ellos. Una alta princesa ha venido bajo la salvaguardia de la generosidad real á tomar baños en una de las provincias del reino... ¡Bien recientes están aun las heridas! ¡Esa señora podia evocar poderosos recuerdos! ¿Pero qué resultados ha producido su presencia? ¿Ha reproducido la memoria de cuando se hallaba la señora duquesa de Angulema en los baños de Aix bajo el gobierno tan robusto de la tiranía, cuando el solo nombre de Borbon hacia temblar al rey de los reyes? Un hermano del extranjero se ha establecido en las fronteras de Francia, ostentando una opulencia que seria mas decoroso ocultar, ¿Ha manifestado el gobierno el menor recelo? ¿Se ha pedido que se aleje de aquel punto? Apréndase pues á juzgar de la fuerza de un gobierno, no por sus actos administrativos, sino por su mas ó menos de moralidad, de moderacion y de justicia. La fuerza de los reyes es invencible cuando proviene de su talento y de la rectitud de su corazon.

Los Borbones han andado errantes, casi sin asilo, sobre la superficie de la tierra, expuestos á los temores del usurpador: les era imposible acercarse á las fronteras del reino sin aventurar su vida, como lo acredita el duque de Enghien. En la actualidad no persiguen los que se han visto tan cruelmente perseguidos, y dejan á sus antiguos perseguidores aparecer en su alrededor sin manifestar la menor alarma, sin tomar siquiera las precauciones que parecerian tan naturales. ¿Quién no admirará una confianza tan magnanima y un olvidó tan completo de todo resentimiento? Luis XVIII tiene razon. Abandonándose tan completamente á la lealtad de los franceses demuestra de un modo invencible la legitimidad de sus derechos y la solidez de su trono. Parece que al llegar á Calés nos ha gritado como en otro tiempo Felipe de Valois en las puertas del castillo de Broye: «¡Abrid, es la fortuna de la Francia!» Nosotros le hemos recibido y sabremos probarle que somos dignos del aprecio que nos ha manifestado al confiarse tan noblemente en nuestra fe y en nuestras virtudes.

REFLEXIONES POLITICAS.

DICIEMBRE 1814.

CAPITULO PRIMERO.

CASO EXTRAORDINARIO.

Un juez establecido en un tribunal con arreglo á las antiguas constituciones y no por el hecho de una revolucion violenta ha condenado á un hombre á muerte. La sentencia es justa, porque el reo habia cometido enormes delitos. Mas este hombre tenia un hermano, que no ha podido ni ha debido despojarse de los sentimientos de la naturaleza: de manera que entre el juez y el hermano del culpable jamás podrá establecerse ninguna relacion. El grito de la sangre ha separado para siempre á estos dos hombres.

Un juez establecido en un tribunal con arreglo á las antiguas constituciones y no por el hecho de una revolucion violenta ha condenado á un hombre á muerte. Este hombre no era culpable del crimen que se le imputaba; pero el juez, sea por prevaricacion, sea por ignorancia, ha condenado á la inocencia. Si este hombre tiene un hermano, jamás, con mayor motivo aun que en el primer caso, podrá tener relaciones con el juez.

Finalmente un hombre ha condenado á otro hombre á muerte: el condenado era inocente: el que lo condenó no era su juez natural: el inocente que fue condenado era un rey, y el supuesto juez era vasallo suyo. Para cometer su asesinato han sido violadas todas las leyes de las naciones, todas las reglas de la justicia. El tribunal en vez de exigir las dos terceras partes de sus votos para pronunciar la sentencia ha expedido su fallo por la mayoría de algunos votos. A fin de obtener esta mayoría se vió en la precision de contar el voto de los jueces que habian pronunciado la sentencia de muerte condicionalmente. El monarca llevado al cadalso tenia un hermano. ¿El juez que condenó al inocente, el vasallo que inmoló á su rey, podrá presentarse nunca á los ojos del hermano de aquel rey? Si no puede presentarse, ¿se atreverá á escribirle? Si le escribe, ¿será para confesarse criminal y ofrecer su vida en expiacion? No siendo para ofrecer su cabeza, ¿será por lo menos para revelar algun secreto importante á la seguridad del Estado? No. El motivo por el que escribe al hermano de aquel rey es para quejarse de ser injustamente tratado; es para dar á la queja un colorido de amenaza; escribe al hermano de aquel rey y de quien por consiguiente es vasallo, para hacerle la apología del regicidio, para probarle por la palabra de Dios y la autoridad de los hombres, que el regicidio es un acto lícito. De manera que haciendo y diciendo se presenta á Luis XVIII como un hombre que ha merecido bien de su autori-

dad; se le presenta enseñándole el ensangrentado cadáver de Luis XVI.

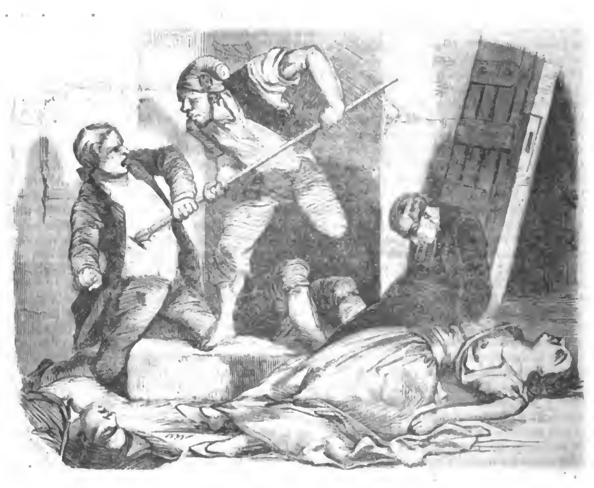
A pedir recompensa por la sangre vertida.

¿Aquella apología del regicidio habrá tal vez sido escrita en el fondo de algun calabozo, entre la exasperacion del infortunio? No, porque su autor está en plena libertad; goza de los derechos de los demás ciudadanos: al frente de la obra figura la lista de sus emplos y títulos honoríficos, advirtiendo que algunos de ellos le han sido conferidos en tiempo de la restauracion (1). ¿Sin duda que el rey en el arrebato de su dolor é indignacion habrá pronunciado alguna sentencia terrible?—¡El rey ha dado palabra de olvidarse de todo!

CAPITULO SEGUNDO.

PALABRAS DE UNO DE LOS JUECES DE HARRISON.

Pero el mundo no ha dado palabra como el rey: el mundo podrá romper el silencio. ¿Porqué imprudencia unos hombres que ante todo deberian procurar oscurecerse en el olvido, son los primeros á ponerse en evidencia, á escribir, á redactar actos de acusacion, á sembrar la discordia, y á llamar la atencion del público? ¿Quién pensaba en ellos? ¿Quién les acusaba? ¿Quién les hablaba de la muerte del rey? ¿Quién pedia que se justificaran? ¿Porqué no gozaban en paz de sus honores? Si en otros escritos se habian alabado de haber condenado á muerte á



MATANZAS DE SETIEMBRE.

Luis XVI ¿quién intentaba disputarles esa gloria? ¡Dicen que se hallan *proscriptos!* ¿Acaso ha caido un solo cabello de su cabeza? ¿Han perdido algo de sus bienes ó de su libertad? ¿Por qué recordando fielmente la época de nuestras calamidades prosiguen acusando á sus víctimas? Se necesita mucho valor, se corre mucho peligro en provocar actualmente á un Borbon. ¿Se necesita tener en el pecho un corazon de bronce para demostrar su bondad paternal? ¿Hay gloria en romper el silencio que se guardaba en tiempo de Bonaparte, para presentarse á decir feroces verdades á un monarca que sentado al cabo de veinticinco años de infortunios en el ensangrentado trono de su hermano, no derrama en torno suyo mas que raudales de una casi celestial misericordia? ¿Qué ha sucedido por último? Que el público se ha visto obligado á entrar en cuestiones que hubiera sido muy conveniente no reproducir.

(1) Memoria al rey, por Mr. Carnot.

El coronel Harrison, uno de los jueces de Carlos I, fue presentado despues de la restauracion de Carlos II ante un tribunal para ser sentenciado á su vez. Entre las diversas razones en que fundó su defensa quiso hacer valer el silencio que el pueblo inglés habia guardado hasta entonces sobre la muerte de Carlos I. Uno de los jueces le respondió: «He oido contar »la historia de un niño que enmudeció de terror al »ver asesinar á su padre. Este niño, á pesar de ha»ber perdido el uso de la voz, conservó profundamente »grabadas en su memoria las facciones del asesino: »de manera que al verlo al cabo de quince años entre un tropel de gente exclamó: ¡*Ese es el que mató »á mi padre!*—Harrison, el pueblo inglés ha reco»brado ya el uso de la palabra: el pueblo es el que »nos grita, al mirarte: ¡*Ese es el que asesinó á nues»tro padre!*» (2).

(2) *The Judicl Arraing. Trial of twenty Regicides*, pág. 56.

CAPITULO III.

LA DOCTRINA DEL REGICIDIO APARECIÓ EN EUROPA Á MEDIADOS DEL SIGLO XVI.—MARIANA.—BUCHANAN.—SAUMAISE Y MILTON.

La doctrina del regicidio no es moderna: á poco despues de la muerte de Enrique III aparecieron escritos sosteniendo que es lícito á un pueblo deshacerse de un tirano: las justificaciones siguen á los crímenes. Examináronse en aquella época las opiniones que nosotros hemos creido peculiares de nuestro siglo. No fueron solo los protestantes los que soñaron en repúblicas, pues hubo tambien católicos que se entregaron á los mismos sueños. Es digno de notarse



NAPOLEON EN MOSCOU.

que los folletos de aquel periodo están escritos con un vigor, una ciencia y una lógica que rara vez se encuentran en los tiempos modernos.

Buchanan, en el diálogo *de Jure regni apud scotos*, y sobre todo Mariana en el tratado *de Rege et Regis institutione* reunieron en un cuerpo de doctrina aquellas ideas hasta entonces diseminadas en diversos escritos.

Supónese que Ravaillac tomó de aquella obra de Mariana las opiniones que le hicieron cometer el asesinato de Enrique IV. Ravaillac no sabia el latin, y por consiguiente no habia podido leer el tratado *de Rege*; pero es posible que hubiese oido hablar de las consecuencias que de él se derivan. De modo que la doctrina del regicidio apareció por de pronto en el mundo para preconizar el crímen de Jacobo Clemente, é inspirar el que cometió Ravaillac. La muerte de Carlos I dió nneva celebridad á los principios de Buchanan y Mariana. Un campeon de la autoridad real, llamado Saumaise se lanzó á la arena, armado con toda la erudicion de su siglo y publicó su famoso tratado DEFENSIO REGIA PRO CAROLO I.

Por de pronto probó la inviolabilidad y el poder legal valiéndose de preceptos y ejemplos tomados del Antiguo Testamento y luego en el Nuevo Testamento y en la doctrina de los PP. halló autoridades para reprobar los principios de los regicidas. Pasando en seguida á los autores profanos invocó en favor de la autoridad real el parecer de los mas grandes filósofos é historiadores de la antigüedad. Saumaise no quedó sin contestacion y mereció el honor de tener por adversario á uno de los mas bellos ingenios de Inglaterra. Milton, que ya se habia distinguido por su obra sobre el *derecho de los reyes y de los magistrados*, que en realidad no es mas que un comentario de Mariana. Milton recogió pues el guante que se habia arrojado á los regicidas, «y refutó á Saumaise, segun dice Voltaire, como una fiera combate contra un salvaje,» pero mas exacto seria decir, como un fanático combate contra un pedante. El estilo latino de Milton (1), es compacto, enérgico y algunas veces en el vigor de la expresion se conoce que fue escrito por el autor del *Paraiso perdido*; pero el modo de discurrir era digno de la causa que Milton habia abrazado. Los epígramas con que se propuso sazonar su escrito no son siempre del mejor gusto; la erudicion, aunque menos pródiga que en el tratado de Saumaise, está por lo general fuera de lugar, y el autor no contesta sólidamente á nada.

Sigamos oyendo á Voltaire: «Milton, dice este autor, habia sido algun tiempo secretario por lo tocante al latin del parlamento llamado *Rump*, cuyo empleo le fue dado en premio de un libro latino escrito á favor de los matadores del rey Carlos I; libro (preciso es confasarlo, tan ridículo por el estilo, como detestable por la materia). Bien puede comprenderse si un atrabiliario pedante de aquel género, y defensor de un crímen tan enorme, pudo ó no agradar á la córte brillante y delicada de Carlos II.»

El grande argumento de Milton era el que tambien habian empleado los jueces de Carlos I, y asi como Ludlow lo sacaba de este texto de la Sagrada Escritura: «La sangre no puede ser purificada de la sangre derramada sino con la sangre del que la derramó.»

Este argumento no hubiera tenido fuerza contra Luis XVI.

CAPITULO IV.

PARALELO.

TAL fue la famosa controversia. Los que en la actualidad la recuerdan, ignoran al parecer cuanto se ha dicho y escrito antes de ahora sobre el particular: ¡Tan débiles son en pruebas, en citas y en argumentos! Asi como los regicidas ingleses citan tambien estos á la Sagrada Escritura en apoyo de su doctrina; pero la citan vagamente, ó porque tienen pocas nociones de ella, ó porque conocen que no les ha de ser favorable. Los autores de la muerte de Carlos eran la mayor parte fanáticos de buena fe, cristianos celosos, que abusando del texto sagrado, mataron *con toda conciencia* á su soberano; mas los que en Francia se han querido escudar en un caso análogo con la autoridad de la Escritura ¿no podrian ser sospechosos de haber intentado unir el parricidio con el sarcasmo? No se les podria acusar de haber querido sorprender la credulidad de los hombres sencillos por medio de citas truncadas, mal explicadas y que para ellos mismos no eran mas que un objeto de desprecio. Servirse de este modo de la incredulidad para inmolar la fe; justificar el asesinato de Luis XVI con la palabra de Dios, sin creer en ella; dar muerte al monarca en nombre de la religion á los ojos del pueblo, y en nombre de la ilustracion en concepto de los hombres instruidos; encender el ara del sacrificio con la doble tea del fanatismo y de la filosofía, eso es, nadie puede negarlo, una nueva combinacion.

Si los regicidas ingleses eran, segun acabamos de decirlo, unos fanáticos de buena fe, aun tenian otra ventaja. Aquellos hombres cubiertos de la sangre de sus reyes, se hallaban puros de la de sus conciudanos. No habian firmado la proscripcion de una multitud de hombres, de mujeres, de niños y ancianos; ni habian puesto sus nombres, *de confianza* al pié de las listas de condenados, despues de otros nombres muy poco á propósito para inspirar semejante confianza. Sin embargo aquellos hombres que nada de esto habian hecho eran aborrecidos: y el público huia de ellos como de unos pestiferos; y les daba muerte como á una fiera. ¡Cuán temible era que los franceses se dejasen llevar de semejante ejemplo! Y á pesar de eso, ¿qué es lo que decimos nosotros á ciertos hombres? Nada. Siguen gozando de su fortuna, de su rango y de sus honores. Asi como el rey, jamás les hubiéramos hablado de su crímen, si no hubiesen sido los primeros en recordárnoslo, transformándose en delatores de sí mismos; ¡y aun se atreven á gritar quejándose del espíritu de venganza! Temamos que la posteridad no nos juzgue de distinto modo, y no confunda esa admirable facilidad de perdonarlo todo por una indiferencia culpable ó por una criminal ligereza; temamos que no considere como una miserable indiferencia hácia la virtud, y hácia el vicio lo que verdaderamente no es mas que una absoluta imposibilidad de recriminar y de obedecer.

Los ingleses que hicieron aquella revolucion eran republicanos sinceros: consecuentes á sus principios los primeros de entre ellos no quisieron servir á Cromwell; Harrison, Sudlow, Vane y Lambert se opusieron decididamente á su tiranía y fueron perseguidos por él. Casi todos tenian todas las virtudes morales y religiosas, y fue tal la fuerza de su conviccion que por ella casi llegaron á honrar su crímen. Tampoco se enriquecieron con el despojo de los proscriptos. En los actos judiciales á que su proceso dió lugar, cuando el presidente hacia á los testigos la pregunta de estilo: «¿El acusado tiene bienes ó posesiones?» «La respuesta fue constantemente la misma:» «No le conocemos ninguna clase de bienes al acusado.» Harrison al morir escribió á su mujer diciendo que nada dejaba mas que su Biblia (2).

Todo hombre que sigue sin variar una opinion tiene por lo menos disculpa á sus propios ojos: un republicano de buena fe, que no cede al tiempo ni á la fortuna, si por otra parte no se le puede imputar crímen alguno, puede merecer ser apreciado.

Mas si á sombra de la opinion política se han acumulado fortunas inmensas; si despues de haber de-

(1) *Joannis Miltonis pro populo anglicano defensio.*

(2) *Trial of the Reg*

gollado el cordero se han hecho caricias al tigre; si Bruto ha recibido pensiones de César, lo mejor que se puede hacer es callar: el acento de la altivez y de la amenaza no se acomodan ya bien en semejantes personas.

«Nada podíamos hacer contra la fuerza.»

¡Habeis podido hacer algo contra la virtud!

Singular es la razon que alegan para cohonestar la muerte de Luis XVI. Dicen que cuando fue sentenciado ya no era rey; que su pérdida era inevitable, y que su muerte fue pronunciada como se pronuncia la de un enfermo desauciado.

¿Hemos leido bien? ¿Creeremos á nuestros ojos? ¿Desde cuando el médico envenena al enfermo de cuya vida no tiene ya esperanza? ¿Era por ventura tan mortal la enfermedad de Luis XVI? ¡Ojala que aquel monarca, á quien dieron muerte por que *no habia ya otro medio de contener las facciones*, hubiese sido víctima de estas! ¡Ojala hubiera perecido en una insurreccion popular! La Francia lamentaria una desgracia; pero no tendria que avergonzarse de un crímen.

Asegurais «que si los jueces que condenaron al rey »á muerte se engañaron, incurrieron en este er»ror juntemente con toda la nacion que por medio de »numerosas manifestaciones se adhirió á su senten»cia. Los gabinetes extranjeros al tratar con aquellos »jueces les demostraron tambien que no vituperaban »la muerte de Luis.»

No mancilleis á todos los franceses para escusar á unos cuantos hombres. ¿Como sin avergonzarse pueden citar esas manifestaciones de los ayuntamientos gobernados por un club de Jacobinos á impulsos de las amenazas y el terror? Por otra parte, con solo un hecho se destruye esa suposicion. Si al conducir el rey al cadalso nada mas se hizo que seguir la opinion del pueblo ¿porqué no quisieron los jueces admitir la apelacion al pueblo? Si Luis era culpable, si los votos eran unánimes, ¿porqué en el seno mismo de la Convencion anduvieron tan distantes de esa unanimidad? La alta cámara que condenó á Carlos lo condenó unánimemente. La Francia os devuelve el cargo que habeis intentado poner sobre ella: ¡pesado es! pero os pertenece, sufridlo.

«Los gabinetes extranjeros han tratado con vosotros.» Pero no en los momentos de la muerte del rey. El asesinato de Luis, del mas dulce é inocente de los hombres acabó de armar contra vosotros á toda la Europa. En todos los ángulos del mundo se elevó un grito de indignacion: un francés hallaba insultos por vuestro crímen hasta en los pueblos acostumbrados á degollar sus gefes en Constantinopla, en Argel y en Túnez. Por haber los extranjeros tratado con vosotros, ¿se ha de inferir que aprobaron la muerte del rey? Decid mas bien que el valor de nuestros soldados salvó á la Francia del peligro en que la pusisteis provocando por un crímen inaudito la venganza de todos los pueblos. No es con vosotros con quienes han tratado los extranjeros, sino con la gloria de nuestras armas, con aquella bandera bajo la cual se refugió el honor francés y que pudo cubriros con su sombra.

CAPITULO V.

ILUSIONES DE LOS APOLOGISTAS DE LA MUERTE DE LUIS XVI.

¿Qué es lo que quieren en último término los autores de esos deplorables sistemas? ¿La república? Ya están curados de esa quimera. ¿Una monarquía limitada? La tienen y ellos mismos confiesan que todas las garantías de la libertad se hallan en la Carta. Si sondeamos la herida encontraremos una conciencia enferma que con nada puede tranquilizarse, una vanidad afectada de padecimientos que se irrita de no ser la exclusivamente llamada á los consejos del rey, y que aun respecto de él quisiera gozar no solo de igualdad, sino hasta de preferencia, y por último encontraremos una secreta desesperacion procedente del insuperable obstáculo que existe entre Luis XVIII y los jueces de Luis XVI. ¿No les seria á tales hombres mucho mas favorable hacerse justicia, confesar ingenuamente sus faltas, convenir en que nunca pueden ser agradable sociedad para el rey, y agradecer sus bondades en vez de sentirse humillados con su silencio, con la paz que les concede y con la dicha que por toda venganza derrama sobre ellos?

Sin embargo es probable que no tratan de ponerse tan en completa evidencia sino porque se hacen aun ilusiones acerca de su posicion: preciso es desengañarles.

No dejan de tener motivos para decirnos que la Francia entera participaba de su culpa de la muerte del rey. «Si nos castigan, dicen entre sí, no tardarán en hacer lo mismo con los que nos siguen: nosotros »somos la primera falanje: una vez rota esta, todo lo »demás será arrollado por todas partes.» Con esta política esperan reclutar mucha gente bajo sus banderas, y hacerse temibles por una especie de coalicion.

Por de pronto nadie piensa en ellos; nadie les amenaza. ¿Por qué son pues tan susceptibles? ¿por que toman el llanto que se derrama en recuerdo de Luis XVI por actos de acusacion? ¿Será preciso que para no afectar su susceptibilidad nos abstengamos de sentimientos? ¿El dolor es venganza? ¿El arrepentimiento es reaccion? Aun suponiendo que esas personas tuvieran justos motivos de temor, están completamente equivocadas cuando se imaginan que todos los franceses hacen causa comun con ellas. La muerte del rey y de la familia real es el verdadero crímen de la revolucion, pues otros muchos de sus actos son errores colectivos, frecuentemente expiados con virtudes y redimidos con servicios, faltas comunes que no pueden ser imputadas á particulares, desgracias que son el resultado de las pasiones, obra del tiempo é inevitable efecto de la necesidad.

Mas los autores del regicidio componen un grupo perfectamente aislado y bajo este punto de vista no inspiran ningun interés.

No hacemos una suposicion vana: la formacion de la cámara de los Pares ha debido necesariamente sufrir algunas exclusiones: ¿mas por eso se ha afligido al pueblo? La cámara de los Diputados contaba entre sus dependientes inferiores algunos que tuvieron la desgracia de haber tenido parte en la muerte de Luis XVI: el gobierno les ha invitado á retirarse y en este modo de obrar la nacion no ha visto mas que la interpretacion de sus propias opiniones. Los dignos representantes del pueblo francés deben ser el modelo de toda accion noble y útil: uno de ellos ha tenido la valerosa abnegacion de confesar su falta, desterrándose de entre sus compañeros. Quien de este modo se juzga á sí mismo, quita á los demás el derecho de juzgarlo, y de él puede decirse que ha salido de la clase de los culpables para entrar en la de los desgraciados.

Deben pues los que pronunciaron la sentencia de Luis XVI perder la esperanza de involucrar á todos los franceses en su causa. Tampoco deben confiar demasiado en su propio número. ¿Efectivamente, no convendria mas separar de ese número á los que votaron la muerte con apelacion al pueblo, ó con una condicion cuyo objeto era retardar la catástrofe? Estos tenian tal vez el pensamiento de salvar á su señor. En tales tiempos 24 horas eran todo: podian presumirse que fuesen mas acomodados para salvar al rey votos, que presentando una esperanza de salvacion, no chocaran de frente con el furor revolucionario, que los que se concretaran á una negativa absoluta. Será un

error, será una debilidad; ¿pero quién se libra de errores ó devilidades? Trasladémonos á aquellos espantosos momentos: veamos las tribunas llenas de verdugos y asesinos, rodeando á la Convencion, señalando con el dedo, destinando al puñal á quien se negara á tomar parte en el asesinato de Luis XVI. Los sitios públicos, las plazas, y las encrucijadas resonaban con alaridos y amenazas. A la vista estaba aun el ejemplo de las matanzas de setiembre y conocidos eran los excesos á que una poblacion desenfrenada podia entregarse.

Tambien es cierto que ya se habian hecho preparativos para degollar á la familia real, una porcion de diputados y muchos millares de proscriptos, en el caso de no haber sido condenado el rey. Acosado por tantos peligros cree un hombre hallar medio de conciliar todos los intereses; imagínase que con un voto evasivo salvará la familia real, suspenderá la muerte del rey, é impedirá una matanza general: apodérase con ansiedad de esa funesta idea y pronuncia un voto condicional. Pero sus colegas no se engañan: adivinan su intencion, desechan con furor la apelacion al pueblo, las condiciones dilatorias, y cuentan su voto en el número de los votos de muerte: ¿Será culpable un hombre que haya obrado de este modo? Lo será con arreglo al derecho; acaso no lo será con arreglo á la intencion. No se trata aquí de principios rigurosos, pues en tal caso hasta los mismos que votaron por la vida del rey no serian menos culpables de lesa magestad, como lo hicieron ver los jueces ingleses en el proceso de los regicidas. Pero nuestras desgracias son tan grandes que exceden toda comparacion y toda regla. Fácil es decir en momentos de calma y de seguridad: «Yo hubiera obrado de este modo: no me habria portado asi: solo en el dia del combate es cuando se conocen las fuerzas. No debemos pues juzgar con rigor lo que se hizo bajo la impresion del puñal: en este caso la suposicion de buenas intenciones constituye la inocencia, y lo demás es efecto del tiempo y de la fragilidad humana.

Conviene asimismo clasificar á parte á los que habiendo sido llamados despues de la muerte del rey á ocupar los altos puestos del Estado, trataron de expiar sus primeros errores salvando víctimas, resistiéndose con denuedo á los sangrientos decretos de la tiranía, y que despues de la restauracion han demostrado con su obediencia y deseo de ser útiles á la monarquía, cuan agradecidos quedaban á la misericordia régia.

Hé aquí pues el débil batallon de los que se creen tan fuertes desmembrado de todo lo que no debe numerarse entre sus filas. Engáñanse tambien mucho cuando exclaman que son la salvaguardia de todo el que ha participado de las turbulencias de la Francia. Mucho mas exacto seria decir que si algo ha podido causar alarma en los ánimos es el perdon concedido á los jueces del rey.

Ese perdon tiene algo de *sobrehumano* y los hombres están propensos á no creerlo. El exceso de virtud hace sospechar de la virtud. No faltaria acaso quien dijera: «El rey no puede tratar de ese modo á »los asesinos de su hermano, y supuesto que á todos »perdona, creeremos que allá en el fondo de su alma »no perdona á ninguno. De manera que el respetar »la vida, la libertad, la fortuna y los honores de los que »votaron la muerte del rey en vez de tranquilizar á la »multitud no sirvieron mas que para inquietarla.»

Pero el rey no quiere proscribir á nadie: es fuerte, muy fuerte: ningun poder podria en la actualidad conmover su trono. Si quisiera castigar no tendria necesidad de esperar otros tiempos, ni otras circunstancias, ni tiene motivo ninguno para disimular. No castiga, porque así como su hermano de dolorosa y santa memoria, ha recibido por herencia la misericordia, y porque así como Luis XVI tampoco quisiera salvar su vida si hubiese de costar una sola gota de sangre francesa. Ademas de todo esto ha empeñado ya su real palabra, y á imitacion suya ningun francés desea venganzas ni reacciones. ¿Qué se pide á los que tuvieron la enorme desgracia de condenar á muerte al hijo de San Luis y de Enrique IV? Que gocen en paz lo que han adquirido y eduquen tranquilamente su familia. No es tan costoso por cierto cuando el hombre se va acercando á la vejez, cuando se ha conocido el mundo, cuando se ha pasado ya de la edad de la ambicion, y se ha vivido entre sangre, turbulencias y tempestades, no es tan duro, decimos, hacer un momento de alto para acabarse de conocer antes de ir á donde fué Luis XVI. Este monarca hizo un postrer viaje no en la plenitud de sus ideas, no lentamente, no rodeado de sus amigos, no con comodidades ni consuelos, sino jóven, apremiado, solo, falto de todo..... y sin embargo lo hizo en paz.

¿Quieren los que le hicieron partir tan precipitadamente probar al mundo que merecen la clemencia de que son objeto? Traten de no agitar los ánimos, ni diseminar vanos temores. Todo buen francés debe encerrar sus propios resentimientos en el fondo de su corazon, aun cuando sean muy razonables. Cualquiera que publique obras cuyo objeto sea exasperar los ánimos y fomentar la division, es culpable. La Francia necesita tranquilidad: lo que conviene es derramar bálsamo en las heridas y de ningun modo estimularlas ni dilatarlas. Lejos de nosotros el mostrarnos injustos con los hombres de quien hablamos: muchos de ellos tienen talentos, cualidades morales, carácter enérgico, mucha capacidad para los asuntos, y experiencia de los hombres. Finalmente si en la restauracion de la monarquía hay algo que les molesta, vuelvan la vista á lo que ellos hicieron y tengan bastante sinceridad para confesar que las imperfecciones que ahora les chocan, son nada en comparacion de los errores en que ellos mismos cayeron en otro tiempo.

CAPITULO VI.

DE LOS EMIGRADOS EN GENERAL.

En los folletos de la época encontramos mucha acrimonia contra esa clase de franceses desgraciados y en medio de todos sus clamores siempre vuelve á reproducirse por tema el asunto de la muerte del rey: »*¿Los emigrados son los que dieron la muerte al rey:* »*los emigrados son los que nos han traido las cadenas: ellos son los que acusan á los liberales de toda* »*clase de crímines:* preciso es haber sido *Chuan,* »*Vandeano, Cosaco, ú Inglés para ser bien recibido* »*en la córte, y sin embargo ¿qué ha hecho la nobleza?* »*¿qué ha hecho en beneficio del monarca el clero?*»

Dícese que un hombre es causa de la muerte de su amigo, cuando este hombre apreciando mal un acontecimiento, ha elegido para salvar á su amigo un medio con el cual no consiguió salvarlo; ¿pero habrá quien tome esta expresion metafórica en su expresion literal? ¿Se ha podido nunca establecer formal comparacion entre el asesino real de un hombre y el amigo de este? ¿Cómo un espíritu ilustrado no ha podido encontrar mas que ese mezquino sofisma para defender una causa que hubiera sido mucho mas prudente dejar sepultada en el olvido?

¿La emigracion fue una medida saludable ó funesta? Sobre esta cuestion se puede opinar de distinto modo. Ante todo es preciso saber si aquella medida fue espontánea, ó violenta, es decir si los hombres insultados, quemados en sus quintas, perseguidos con chuzos, y arrastrados al cadalso, se vieron ó no obligados á abandonar su patria, y si hallándose con sus príncipes en los campos del destierro, debieron ó no ofrecerles su brazo. ¿No saben por propia experiencia

los que actualmente acriminan la accion de haber salido de Francia, que hay casos en que uno se ve en la precision de *huir*, *de escalar las paredes durante la noche y de correr á confiar su vida á una tierra extranjera?* ¿Pueden negar la persecucion? ¿no existen las listas? ¿No aparecen aun con sus firmas? ¿Una sola de aquellas listas no comprende á 15 ó 16,000 personas de diferente sexo, y edad?

¿Aduciremos aun otra razon para justificar la necesidad de la emigracion? No diremos que la razon que vamos á alegar consistia en una ley escrita, pero estaba vigente en el derecho usual de los Franceses: en el *honor*. Como quiera que se le considere este honor con razon ó sin razon es *obligatorio*. Tratándose de discurrir con exactitud es preciso colocarse en la situacion de aquel por quien se discurre. Una vez convenido en que todo noble debia ir á batirse á las orillas del Rin, ¿por qué razon no lo habia de hacer? ¿Mas quién habia convenido en ese deber? La corporacion, el órden social á que aquel noble pertenecia. La corporacion se engañaba. Sea asi; pero se engañaba como aquel anciano rey de Bohemia que á pesar de hallarse ya sin vista, quiso romper una lanza en Crecy, y halló la muerte. ¿Quién le obligaba á ese anciano rey á batirse? El honor. Todo el ejército comprenderá esta razon.

¿Qué ha hecho la nobleza por el rey? Por él ha derramado su sangre en Haguenau, en Weissembourg y en Quiberon, y por él sufre aun en la actualidad la pérdida de sus bienes. El ejército de Condé, que conducido por tres héroes, se batia en Berstheim al grito de *viva el rey*, no era el que le daba muerte en Paris (1).

Pero los emigrados, permaneciendo en Francia habrian podido salvar al rey. ¿Pudieron librar de la muerte á su desgraciado señor los realistas ingleses que no salieron de su patria? ¿Es que Clarendon y Talkland inmolaron á Carlos, como Lally-Tollendal y Sombreuil degollaron á Luis?

¿Qué ha hecho el clero por el rey? Preguntadlo á la iglesia de los carmelitas, á los pontones de Rochefort, á los desiertos de Sinnamary, á los bosques de la Bretaña y de la Vandé, á todas aquellas grutas, á todas aquellas rocas en que se celebraban los santos misterios en memoria del rey mártir; preguntadlo á todos aquellos apóstoles que disfrazados con el traje de paisano, y confundidos entre la multitud esperaban que pasara el carro de las proscripciones para bendecir á vuestras víctimas; preguntadlo á toda la Europa que ha visto al clero francés seguir en sus tribulaciones al hijo mayor de la Iglesia, última pompa de aquel trono errante que la religion acompañaba cuando el mundo lo habia abandonado. ¿Qué hacen hoy esos sacerdotes que os importunan? No dan ya el pan de la caridad; lo reciben. Los sucesores de los que desmontaron los campos de las Galias, los que nos han enseñado las letras y las artes, no hacen valer sus pasados servicios; los que constituian el primer órden del Estado son acaso los únicos que no reclaman ningun derecho politico: ¡sublime ejemplo dado por los discípulos de aquel *cuyo reino no era de este mundo!* Tantos ilustres obispos han dejado el cayado de oro para tomar el baston de los apóstoles, y nada piden de su pingüe patrimonio mas que los tesoros del Evangelio, los pobres, los enfermos, los huérfanos y todos los que vosotros habeis sumido en la desgracia.

¡Ah! ¡Cuánto mejor seria evitar esas recriminaciones, borrar esos recuerdos, destruir hasta esos nombres de emigrados, realistas, fanáticos, revolucionarios, republicanos y filósofos que deben hoy confundirse en el seno de la gran familia! Los emigrados acaso habrán tenido sus equivocaciones, sus debilidades y sus faltas; pero eso de decir á unos desgraciados que todo lo sacrificaron por el rey, que ellos son los que le dieron muerte, ¡eso es demasiado insensato, demasiado cruel! ¡Y quién es el que se lo dice, gran Dios!

Los emigrados nos traen la esclavitud. Fíjase la vista, y por una parte se ve un rey que nos trae una constitucion, tal cual en vano la habíamos solicitado, y en la que se hallan las bases de aquella libertad que sirvió de pretexto á nuestros furores; un rey que todo lo perdona, y cuyo regreso no ha costado á la Francia ni una gota de sangre, ni una lágrima, se ve algunos franceses que entran medio desnudos en su patria, sin socorro, sin proteccion, sin amigos; que no encuentran ya ni sus casas, ni sus familias; que pasan sin quejarse por delante de la herencia paterna, cuyos campos son cultivados por una mano extraña, y que comen en la puerta de sus antiguas moradas el pan de la caridad. Se ve que en beneficio de tales hombres hay que hacer colectas públicas; el varon de Dios (2) que les sigue como por instinto de la desgracia, les ha venido acompañando desde paises remotos: ha vuelto para establecer entre nosotros en beneficio de sus hijos las escuelas que la piedad de los ingleses sostenia. Nada faltaria para coronar la obra mas que establecer esas escuelas en un rincon de la antigua vivienda del emigrado; prepararle un asilo en los hospitales fundados por sus abuelos, y en los que las rentas de su patrimonio sirven para dar á los pobres un lecho de que él carece en este instante: Nosotros no somos los que hacemos esa pintura: son los miembros de la Cámara de los diputados, que no han visto en esos desgraciados, triunfadores, sino víctimas.

Y esos vandeanos, esos chuanes, *para quienes se guardan todas las gracias*, ¿os importunan acaso con el favor de que gozan, ó con su boato? Su honrosa pobreza, su traje tan antiguo como su fidelidad, su porte extraño en los palacios, han sido sin embargo objeto de vuestra burla, cuando esos leales servidores corrieron desde el fondo de la Francia atraidos por la grande, la maravillosa noticia del inesperado regreso de su rey. Fijemos la vista en nuestro alrededor, y tratemos, si es posible, de ser justos. ¿Por quién se ve ocupada la casi totalidad de los grandes y pequeños destinos? ¿La ocupan los chuanes, los vandeanos, los *cosacos*, los emigrados, ó personas que prestaban sus servicios bajo otro órden de cosas? No se envidia, no se critica que estos tales ocupen los empleos; mas ¿por qué se ha de decir precisamente lo contrario de lo que sucede? No le causaba sin duda la prosperidad de los emigrados tanta admiracion á ese Mariscal de Francia que ha solicitado algun socorro para algunos caballeros pobres de S. Luis: «Pues, decia noblemente el Mariscal, es preciso quitarles su decoracion, ó darles medio para que la sostengan con decoro.» Bajo el uniforme francés no puede haber mas que sentimientos generosos.

Lo que con toda verdad se puede decir de los emigrados, tratando de hablar con equidad, es que la venta de sus bienes es una de las mayores injusticias que ha producido la revolucion, que el ejemplo de semejante trastorno de la propiedad en medio de la civilizacion de Europa es el mas funesto que en ningun tiempo se ha dado á los hombres, y que tal vez no se conseguirá una completa reconciliacion entre los franceses, mientras por medio de sabias providencias, indemnizaciones y composiciones voluntarias, no se halle arbitrio de disminuir todo lo que de escandaloso y abominable tiene la primera injusticia.

(1) El Sr. Duque de Borbon recibió un sablazo en esta brillante jornada y estuvo en poco que una bala de cañon no arrebatase á un mismo tiempo á los tres héroes.

(2) El Sr. Abate Carron.

Jamás podrá nadie acostumbrarse á ver mendigar el hijo en la puerta de la casa que era patrimonio de su padre. Esto es lo que con toda exactitud puede decirse por una parte. Por otro lado es cierto que el rey ni las cámaras no han podido remediar violentamente una injusticia por medio de actos que habrian comprometido la tranquilidad del Estado; pues al fin los compradores adquirieron aquellas propiedades bajo la garantia de las leyes: las propiedades han pasado á otras manos y han ocurrido nuevos sucesores y particiones. Poniendo semejantes ventas en tela de juicio se alteraria el órden de las nuevas familias, y se producirian nuevos trastornos. Preciso es por lo tanto emplear para curar esa herida, los suaves remedios que solo el tiempo proporciona: es preciso que el discernimiento presida en las medidas que podrian tomarse. El desinteres y el honor son las dos virtudes de los franceses: con tales elementos todo puede esperarse. Dícese que el rey se propone dar una suma anual tomada del presupuesto civil para socorrer á los propietarios y fomentar las composiciones amistosas. El rey es la gloria y la salvacion de la Francia.

CAPITULO VII.

SINGULAR EQUIVOCACION POR LO TOCANTE Á LA EMIGRACION.

Examinando mas de cerca la opinion de los escritores de la oposicion se ve que han caido, sea á propósito, sea involuntariamente en una singular equivocacion. ¿No parece al oirles que toda la emigracion acaba de regresar á Francia juntamente con el rey? ¿Se ignora que casi todos los emigrados volvieron hará como unos catorce ó quince años, y que los hijos de estos emigrados fueron arrebatados, unos voluntariamente, otros por fuerza, por la conscripcion, ó por los colegios militares; unos apremiados por la absoluta falta de recursos, y otros para salvar á su familia de la persecucion, y que los hijos de estos emigrados, volvemos á decir, han desempeñado destinos en tiempo de Bonaparte, mereciendo que este alabase su valor, su desinterés y su lealtad en cumplir la palabra dada? Muchos de ellos han recibido heridas bajo sus banderas: gefes de los vandeanos y de los chuanes han defendido su patria contra los enemigos. En los ejércitos franceses figuraban los primeros nobles y los descendientes de las familias mas ilustres, que siendo por decirlo así, representantes de la antigua gloria nacional asistian como testigos de las nuevas victorias. En esta noble fraternidad de armas nadie tenia ya un recuerdo de las discordias civiles, y sirviendo á su patria ensayaban el modo de servir en dias mas venturosos á su rey. ¿Por ventura estos hombres que habrian podido echar de menos el rango y la fortuna de sus antepasados, estos vástagos de los Condestables y Mariscales de Francia, con la mochila del soldado á la espalda, podrán amenazarnos con la *resurreccion de todas las preocupaciones?* Por lo menos ya saben que en el ejercicio de las armas todo soldado es noble, y que todo granadero lleva escritos sus títulos de hidalguía en el papel de sus cartuchos.

En vano, pues, la malevolencia trata de crear distinciones y partidos que ni existen ni pueden existir. Si Luis XVIII no quisiese poner al frente de los destinos mas que hombres que *hubieran sido totalmente extraños á la revolucion*, ¿quién seria puro á sus ojos? pero el rey, segun sus hechos lo van demostrando, es tan imparcial como ilustrado, y no establece distincion *entre los que han servido al rey y los que han servido á la patria.* No desnaturalizemos los hechos para alhagar nuestro capricho: no atribuyamos al monarca sentimientos que le son agenos; ni tratemos de crear partidos empeñándonos en encontrarlos allí donde no existen.

CAPITULO VIII.

ÚLTIMOS EMIGRADOS.

De manera que todo el modo de discurrir de los folletos contra los emigrados, si bien es sofístico en cuanto á la forma, tampoco es sólido en lo tocante al fondo. Estriba en una base falsa; pues la grande, la verdadera emigracion hace ya mucho tiempo que regresó á Francia, y ha participado ya de los intereses comunes al resto de los franceses por medio de alianzas, servicios, lazos de gratitud y hábitos de sociedad. Todo queda pues reducido al escaso número de proscriptos que Luis XVIII ha traido en pos de su persona. ¿Quisierais que en su destierro el rey no hubiera tenido ni un amigo? Esto es lo que sucede mas frecuentemente á los príncipes desgraciados. ¿Os asustan unos pocos ancianos que abrumados por la edad y despojados por tantos sacrificios, vienen á reanimarse un momento á los rayos del sol de su patria? Os hemos dado ya noticia de sus calamidades ¿convendria que el rey para inspiraros tranquilidad, rechazase duramente á esos ancianos? Estaria bien que les dijese: «Compañeros que habeis encanecido »conmigo allá en tierras extrañas, yo estoy ya insta»lado en mi palacio; al fin he vuelto á hallar mi pue»blo, mi felicidad y la gloria de mis antepasados: »por lo tocante á vosotros, tened entendido que por »mi causa habeis perdido cuanto teniais: vuestros »antepasados han sido dispersados.... andad, andad »con Dios: no os conozco.» ¿Y adonde podrian ir esos compañeros de desgracia del rey; esos que durante la proscripcion reclinaban su cansada cabeza sobre las flores de lis, casi borradas por la sangre y las lágrimas; esos que se consolaban rodeando con su respeto y sus comunes miserias al monarca en la adversidad? ¿No permitireis que Luis XVIII pueda prestarles un pedazo de su manto? ¿Quereis que su frente se anuble de rigor al verlos; y que jamás les dirija una de esas palabras que en Francia son recompensa de todos los servicios? ¿Quereis que el monarca sea indulgente y misericordioso, y exigís al propio tiempo que sea ingrato? Admiremos los reyes que merecieron ser amados en la desgracia y supieron amar en tiempo de la prosperidad.

CAPITULO IX.

SI ES CIERTO QUE EN LA ACTUALIDAD HAY MAS INQUIETUD QUE EN EL MOMENTO DE LA RESTAURACION.

«Al regresar los Borbones, siguen diciendo: »la alegría fue universal y no hubo mas que una »opinion, un sentimiento comun: los antiguos repu»blicanos *particularmente oprimidos*, aplaudieron »francamente la restauracion. En la actualidad vuel»ven los partidos á levantar la cabeza; se ha disipado »aquella bienhadada confianza, etc.» Hemos sido testigos de los primeros momentos de la restauracion, y hemos observado precisamente lo contrario de lo que se afirma en esas suposiciones. Indisputablemente se disfrutó felicidad, y causó alegría el regreso de los Borbones; pero con ellas iban mezclados muchos síntomas de inquietud. Lejos estaban los antiguos republicanos de hallarse tan satisfechos; sus aplausos no nacian del corazon. Muchos de ellos pensaban retirarse, y habian tomado ya todas sus medidas para la fuga. ¿En concepto de qué puede decirse que hubiesen estado PARTICULARMENTE *oprimidos en tiempo*

de Bonaparte? Ellos gozaban cuantiosas fortunas; ellos desempeñaban los primeros puestos del Estado. ¿Pues qué? ¿Podrá decirse que los afectos á los *Borbones*, esto es, los realistas gozaron del favor durante la tiranía? Parece un sueño.

Lo cierto es que en los primeros momentos del regreso del monarca no llegó á establecerse la confianza de un modo absoluto: mucha gente estaba alarmada; hasta las mismas provincias se hallaban divididas y eran presa de incertidumbres y de agitacion: el ejército ignoraba si se le tendrian en cuenta sus padecimientos y sus victorias: temíase la opresion, y temíanse las venganzas.

Empero el carácter del rey fue poco á poco dándose á conocer, y los recelos se fueron desvaneciendo: vióse brillar la aurora de una paz y la esperanza de una felicidad, de que todo el mundo se hallaba muy ageno. Todos los partidos, asegurados ya de las opiniones que habian tenido, y de los votos que en otro tiempo emitieron, depositaron en el monarca una justa confianza.

Desde aquel momento el rey no ha cesado de desplegar nuevas fuerzas, y la Francia ha marchado hácia su prosperidad. La debilitada oposicion sigue desmembrándose sin cesar; las patrañas, los terrores populares se disipan; el comercio adquiere vigor; las manufacturas florecen; las contribuciones se pagan; la deuda inmensa va quedando saldada; el ejército se siente animado de un solo y comun espíritu; los prisioneros y los soldados cumplidos han regresado al seno de sus familias; los oficiales con un retiro honroso gozan en sus hogares de la admiracion debida á su valor; las madres no se extremecen ya por el temor de nuevas quintas; la mas completa libertad de opiniones en las dos cámaras, en los libros, en los periódicos y en las conversaciones, anuncia que al fin hemos sido devueltos á nuestra dignidad natural; y todo el mundo se siente en pleno goce de sus derechos. Puesta sobre el corazon la mano, ¿de qué podríamos quejarnos? ¿de quién, ó de qué puede tenerse miedo? ¿Hubo en tiempo alguno calma mas profunda tras de la tormenta? ¿Los libelos que combatimos no son hasta una prueba de la libertad mas amplia, y de la fuerza del gobierno? Todo marcha sin esfuerzo, sin opresion: los extranjeros contemplaban con asombro, y casi con envidia nuestra paz y nuestra prosperidad. Ya no se oia hablar de policía, de delaciones, de actos arbitrarios del poder, de ejecuciones, de reaccion pública, ni de venganzas particulares.

Los tribunales no han obrado mas que alli donde han creido hallar criminales, y su accion se ha limitado al arresto de algunos individuos que han sido puestos en libertad en el acto de haberse declarado su inocencia. Cada cual va, viene y obra segun su voluntad. ¿Hay alguno que no esté contento? Todos los caminos le están abiertos; pida pasaporte; llévese su fortuna; nadie se le opondrá; en los caminos apenas se encuentra un gendarme. En un país en que se acaba de expedir la licencia á mas de 400,000 soldados, no se encuentra, por decirlo asi, una puerta cerrada, ni se habla de ningun salteador de caminos. Por todas partes existen hechuras y parientes de Bonaparte, que están en pleno goce de la proteccion de las leyes. Si disfrutan pensiones sobre el Estado, el rey se las paga religiosamente. Si quieren salir del reino, volver á entrar, conducir cartas, enviar correos, hacer proposiciones, propalar rumores y hasta derramar dinero, reunirse pública ó secretamente, amenazar, distribuir libelos, conspirar como lo hemos dicho ya en otra parte, nadie se lo impedirá, pues eso no hace mal á nadie.. Este gobierno de ocho meses es tan sólido, que aunque en la actualidad cometiera faltas sobre faltas, se sostendria á despecho de sus errores. El hermano de Luis XVI, la familia de Luis XVI, la Constitucion que garantiza la libertad del reino son poderes que nada puede conmover. Inmóvil sobre su trono el rey, ha calmado las olas en su alrededor sin ceder á ninguna influencia, á ninguna impulsion, á ningun partido. Su paciencia confunde; su bondad subyuga y arrastra, la paz de su corazon se trasmite á todos. A noticia suya han llegado las conversaciones que se han tenido, las pequeñas displicencias que se han manifestado, y los insensatos pasos que han podido darse; mas todo se ha desvanecido ante su inalterable serenidad. En otro tiempo cuando en Alemania una bala disparada hirió su cabeza, se contentó con decir: «*Si hubiera dado una linea mas arriba, el rey de Francia se llamaria Carlos X.*» Nada mas dijo: Cuando en el rigor del invierno se le dió órden de salir de Mistau, no profirió ni una sola queja. Esta magnanimidad sin ostentacion que le es característica, esta serenidad que por nada puede ser turbada, le acompañan tambien hoy en medio de la prosperidad. Dirígenle una apología de la muerte de su hermano: léela; hace algunas observaciones y se la devuelve á su autor; y ¡sin embargo es rey! ¡y sin embargo todos los dias llora en secreto la muerte de su hermano! Al entrar por primera vez en las Tullerías el dia de su llegada á Paris, postróse de rodillas y exclamó: «¡Oh hermano mio, porque no has de haber vivido hasta este dia! Tú lo merecias mas que yo.» A cualquiera que se le acerque parece dispuesto á decirle: «¿Dónde podrias encontrar mejor »padre? Dejadme cuidar vuestras heridas: me olvido »de mis males para no pensar mas que en los vuestros. »¿Pensais que en mi edad y despues de tantos sufri»mientos podré ambicionar el trono para mí sola»mente? Solo me he sentado en él por provecho »vuestro; quiero haceros tan dichosos, como desgra»ciados habeis sido.»

Quien vuelva alrededor de sí interior y exteriormente la vista, y no colme de bendiciones al príncipe que el cielo nos ha devuelto, no es por cierto digno de ser gobernado por semejante monarca.

CAPITULO X.

SI EL REY DEBERIA VOLVER Á USAR LAS ANTIGUAS FÓRMULAS EN LOS ACTOS EMANADOS DEL TRONO.

No falta quien manifiesta otro género de quejas: á semejanza de los niños mimados á quienes nada se niega, apenas sabemos ya á qué atenernos por lo tocante á nuestra dicha. «El rey quiso recibir la corona, como herencia y no como donativo del pueblo francés. Esta es la razon de llamarse rey de Francia y no rey de los franceses: volvió además á usar la antigua fórmula por la gracia de Dios, etc.»

Queremos una monarquía, ó no la queremos. En el primer caso, ¿desearemos que sea electiva? Si asi es tenemos razon de no llevar á bien que el rey haya fechado su Constitucion del año *diez y nueve* de su reinado, y haya tomado el nombre de *Luis XVIII*. Mas si teniendo á la vista los inconvenientes de la monarquía electiva, volvemos á la hereditaria que es indudablemente la mejor de todas, el rey ha debido decir: «Reino, porque mis antepasados han reinado; reino por los derechos de mi nacimiento: á mí es á quien compete convenir con mis pueblos en la forma de institucion que regularice mi poder, asegure la libertad civil y política, y sea agradable á todos.» En ese caso nada hay mas consecuente que la conducta del rey: no somos una república, y por lo tanto no ha debido reconocer la soberanía del pueblo; tampoco somos una monarquía electiva, y por consiguiente no ha vuelto á ocupar el trono por via de eleccion. Si os separais de estos principios, todo es confusion. A ciertos espíritus exaltados siempre les parece que el

rey destruye la ley, ó esta desvirtúa la monarquía: ambos poderes son compatibles, ó mas bien dicho, son una misma cosa en concepto de Ciceron, y de cualquiera persona de buen sentido.

Otra cuestion bien mezquina es tambien la que se ocupa del dictado de *Rey de Francia*. ¿Son libres los ingleses? pues bien; Carlos II fechó la declaracion dada en Breda del año XII de su reinado, y se tituló rey de Inglaterra (*King of England*) y no rey de los ingleses (*King of the English.*) Por otra parte ¿es mas noble que el rey sea por su título *propietario* de los franceses (rey de los franceses), que *propietario* de la Francia (rey de Francia)? ¿No es mejor que sea dueño de la tierra que del hombre? pues rey de los franceses no querria decir que ha sido nombrado ó elegido por ellos, supuesto que la monarquía es hereditaria, sino que era su dueño, su poseedor. Todos estos discursos por una y otra parte no son mas que menguadas sutilezas: en el fondo no se trata de nada de esto. Los príncipes de la primera raza se llamaban rey de los francos, *rex Francorum*. ¿Por qué? Porque los francos eran no una nacion, sino un pequeño pueblo bárbaro y conquistador, casi sin leyes, y sobre todo sin propiedades fijas: no tenian entonces mas que un general, un capitan, un caudillo, un rey, *dux*, *rex Francorum*. Mezclóse en la segunda raza el título de emperador con el de rey, sin traer consigo mas que la idea de un gefe guerrero, *imperator*. En la tercera raza se principió á decir rey de Francia, *rex Franciæ*, porque entonces el pueblo de los francos por su mezcla con los galos y los romanos se habia convertido en una *nacion* establecida en el territorio de la Francia, reemplazando las leyes sálica, gombeta y ripuaria de la primera raza, y los capitulares de la segunda por el uso del derecho romano y las costumbres escritas, coleccionadas hácia la época de Carlos VIII (1), sustituyendo por tribunales sedentarios los tribunales errantes, y caminando aceleradamente hácia la civilizacion. No están concentrados todos los conocimientos en el *Contrato social;* estudiemos algo de historia, y no seremos tan fáciles en condenar, ni tan arrogantes en nuestros asertos.

La fórmula *por la gracia de Dios* está defendida por sí misma: todo existe por la gracia de Dios. Lo que conviene es que tratemos de ser, si es posible, libres y dichosos, aun cuando sea absolutamente, sino hay otro medio, por la gracia de Dios. Esto es algo duro, ciertamente; mas no perdamos de vista que no siempre se consigue lo que se quiere. Para consolarnos, traeremos á la memoria la idea de que los mas altos filósofos han creido siempre que una fórmula religiosa era tan favorable á la política como á la moral. Ciceron observa que la república romana no debe su grandeza mas que á su piedad para con los dioses. Los antiguos hubieran mirado con compasion las mezquinas impiedades políticas que han cometido los franceses de estos tiempos. «Sea que se establezca una ciudad nueva, decia Platon, sea que se construya alguna antigua que se haya ido arruinando, no debe hacerse, si se ha de proceder con buen sentido, inovacion alguna en lo que haya dictado el oráculo con relacion á los dioses ó á los templos.»

Finalmente es oportuno y útil que en toda constitucion nueva se descubran huellas de las costumbres antiguas. ¿Por qué razon no ha contado la república francesa mas que algunos momentos de vida? Porque (ademas de otras causas que le han causado la muerte), quiso separar lo presente de lo pasado, erigir un edificio sin base, desarraigar nuestra religion, renovar enteramente las leyes y cambiar hasta el idioma francés. Este monumento flotante en el aire, sin punto de apoyo en el cielo, sin base en la tierra, se derrocó al soplo del primer huracan.

Por el contrario, en el país en que se llevan á cabo cambios duraderos, se ve siempre amalgamada una parte de las antiguas costumbres con las nuevas, bien así como los rios que se reunen y se hacen caudalosos confundiendo sus raudales. En la república romana quedaron en pié las mas de las instituciones monárquicas. Solo el nombre de rey sufrió alteracion, segun dice Ciceron (2); pero la obra política siguió intacta.

Nótese que el nombre de rey fue mirado con tal veneracion, que se le dió lugar entre las cosas santas, adjudicándolo al gefe de los sacrificios: *rex sacrificulus ó rex sacrorum*. En Atenas la dignidad de los sacrificios era patrimonio del segundo arconte, y estaba reputada como una de las primeras del Estado. Se ven en la constitucion de los ingleses profundas señales de su orígen gótico. «El rey, dice Montesquieu, goza con una autoridad limitada de todas las apariencias del poder absoluto.» En ciertos casos se le sirve de rodillas: úsase al hablar con él un lenguaje el mas sumiso y respetuoso: finalmente, se le tributa el acatamiento que á la misma ley, como su principal representante.

Aun hay mas: en Inglaterra subsisten casi todas las costumbres normandas y leyes sajonas, aun las que parecen mas distantes de nuestras costumbres. Así es que en algunos condados puede un marido sacar al mercado su mujer, lo cual se remonta al derecho antiguo de esclavitud. ¿Quién creeria que en un país tan libre se encuentra todo lo que recuerda los siglos que nosotros llamamos de esclavitud, y contra los que hemos declamado tanto? Esto depende de que en Inglaterra se ha procedido con mas cordura que los franceses; depende de que allí para fundar algo aprovecharon los cimientos en que reposaba el edificio antiguo; depende de que los ingleses han tenido la discrecion de dejar que las leyes caducas murieran de *muerte*, y se guardaron de acelerar su destruccion valiéndose de peligrosas violencias. No faltarán políticos en concepto de quienes tan racional conducta corra parejas con la esclavitud: tan exagerado modo de ver conduce desde los excesos de la demagogia á la mas degradante sumision, á la tiranía: sin razon no puede haber nada bueno.

Por último, aquel Guillermo III, aquel monarca llamado al trono de Inglaterra con la condicion de aceptar la Constitucion de 1688 fue, tanto él, como sus sucesores, rey por derecho divino y por la gracia de Dios. *It was observed that,* dice Smollet, *the king who was made by the people, had it in his power to rule without tem; to govern* jure divino; *thoug he was created*, jure humano. «Observóse que el rey »elegido por el pueblo podia, si así era de su gusto, »gobernar sin el pueblo y reinar *por derecho divino*, »aunque hubiese sido establecido *por derecho humano.*»

¿Son por eso menos libres los ingleses en la actualidad? ¿No es por el contrario esa conducta lo que ha consolidado su libertad dándole un carácter sagrado? Así es que las costumbres de nuestros padres, conservadas en las antiguas fórmulas en el recuerdo del antiguo derecho político francés, comunicarán algo de carácter religioso á las nuevas instituciones. La monarquía francesa es á manera de un árbol secular cuyo tronco es preciso respetar si se trata de ingerir en sus ramas nuevos frutos. Este árbol de la patria que ha dado frutos durante 1400 años, podrá seguir dando otros tan buenos como aquellos, aunque de otra especie, si no se desperdicia ignorantemente su savia. Mas aun cuando se hallara tan seco como lozano subsiste, no tardaria en volver á cubrirse á la

(1) La mas antigua de estas colecciones es la de Ponthieu, hecha por órden de Carlos VIII, 1495.

(2) De lege III. 7.

sombra de la religion y por la *gracia de Dios*, de toda su lozana verdura: ¿la vara de Aaron no floreció en el arca?

Es cosa dura que la Francia todavía no sepa sacar partido de la leccion dada por la terrible y larga revolucion que acaba de pasar, y que por lo tocante á elementos de política se halle aun en el caso de andar disputando nada mas que sobre palabras: poséase la cosa sin acuciarse en averiguar de donde viene: gócese de una libertad monárquica y racional; que por lo demás poco importa que se haya recibido de manos de un jurisperito con su toga y golilla, ni que esté escrita en el lenguaje gótico de los Harlay y de los Lhopital; lo que interesa es que sea hija de nuestras costumbres, y que en su fisonomía se echen de ver las facciones de nuestra estirpe.

CAPITULO XI.

PASAJE DE UNA PROCLAMA DEL REY.

Hé aquí otro cargo: «El rey dijo en una de sus proclamas que todo el mundo conservaria sus puestos, y sin embargo algunas personas los han perdido.»

¡Extraña es la recriminacion! Pudo el rey comprometerse á no quitar el empleo *absolutamente* á nadie, sea quien fuese? ¡Pues qué! ¡Por el mero hecho de haberse presentado el monarca, habian de ser *vitalicios* todos los puestos del Estado! ¡El último empleado de puertas habia de hallarse en el caso del canciller! Siendo asi, ¿cómo podria ejercerse el gobierno? Luis XVIII, asi como Hugo Capeto, habria confirmado ó establecido al llegar, el sistema feudal. Aunque hubiera habido tantos pequeños y grandes soberanos como grandes y pequeños empleos hay en Francia, ya nada mas se podia hacer que declararlos hereditarios. El rey no habria podido quitar á un juez prevaricador, á un recaudador de mala fe, á un funcionario rechazado por la opinion pública: en todos estos casos no habria habido mas recurso que nombrar un administrador suplente en tanto que ocurriera la muerte del propietario.

Siendo esto asi ¿qué significa la frase de que «todo el mundo conservará sus destinos?» Quiere decir en términos razonables que toda persona contra quien no hubiera razones invencibles, sea respecto de su capacidad, sea por lo tocante á su conducta, permaneceria en el puesto en que el rey lo hubiese encontrado, ó bien seria llamado á ejercer otras funciones: quiere decir que los hombres de un partido no serian sacrificados por los del otro; que los nombres de realista ni republicano no servirian de títulos de admision, ni de causa para ser despedido, y que la probidad é inteligencia seria la verdadera y única recomendacion eficaz para obtener destinos públicos. Esto supuesto ¿podrá nadie decir que el rey no ha cumplido su ofrecimiento? Ya hemos hecho observar que la mayor parte de los empleos está en manos de personas que han servido en el órden de cosas destruido por la restauracion.

Pasando de quejas generales á quejas particulares, se citan los miembros del senado que no han sido admitidos en la cámara de los pares. No convenia tocar semejante cuestion: no convenia recordar al público que tal hombre que hizo rodar la cabeza de Luis XVI, goza en la actualidad de una pension de 36,000 francos, pagada por Luis XVIII. Lejos de quejarse hubiera valido mas guardar silencio: preciso era conocer que semejantes ejemplos producen un efecto contrario al de inspirar interés en provecho de aquellos por quienes se han suscitado. Tantos desgraciados proscriptos por la causa del rey, tantos honrados republicanos contra quienes no se levanta ni una sola acusacion, podrian caer en el desaliento. Los primeros se ven por su lealtad reducidos á la mas profunda miseria; los segundos incapaces de aprovecharse de las calamidades públicas, no han salido de su primitiva indigencia: unos y otros podrian entregarse á amargas reflexiones al ver que los jueces de Luis XVI poseen palacios, sueldos, condecoraciones y hasta se hallan desempeñando cargos públicos. No insistimos en esta idea que al fin nos daria por resultado hacernos ver que acaso nunca los hombres de probidad se habian visto puestos en mas ruda prueba, y nos haria concebir sobre el bien y sobre el mal, sobre las buenas y las malas acciones, dudas capaces de dar al traste con la virtud misma.

Realmente no se hace á los ministros del rey una acusacion formal sobre el hecho de que nos estamos ocupando; solo se dice que han conservado en la cámara de los pares ciertos miembros del senado que (segun los autores de los libelos dicen) deberian haber sido despedidos; de lo cual resulta que en las tales quejas se ha procedido por espíritu de partido, mas bien que por un sentimiento de justicia, y que causa mucho menos disgusto que tal individuo sea excluido de la cámara de los pares que no que otro tal sea admitido en ella.

CAPITULO XII.

DE LOS ALIADOS Y LOS EJÉRCITOS FRANCESES.

Al través de las declamaciones se ve campear una secreta enemistad contra las potencias aliadas que han dado mano á la Francia para romper sus cadenas.

Mas si los aliados han pisado el suelo francés ¿á quién deberá imputarse? ¿Es el rey, ó es el hombre de la isla de Elba el que los ha traido? ¿Han entrado por Luis XVIII? Ellos indudablemente deseaban que los franceses, dispertando de sus errores, volviesen á llamar á su soberano legítimo; deseábanlo como el medio mas breve y eficaz para poner término á los males de Europa; deseábanlo por causa de la justicia, de la humanidad y de los reyes; deseábanlo tambien por la particular amistad que profesaban á Luis XVIII y por el aprecio que las virtudes de este les inspiraban; empero ese voto secreto de su corazon apenas salia de los límites de una débil esperanza, y como ademas de esto se hallaban afectados de otros intereses que no eran los de la Francia, mas que en las desgracias de esta debian fijar su atencion en sus respectivas naciones y no podian por lo tanto pensar en eternizar una guerra tan fecunda en calamidades: por último, aunque á despecho hubieran entrado en negociaciones con Bonaparte por poco que este hubiera mirado con justicia sus pretensiones. ¿Cuántas veces no se jactó en el congreso de Chatillon de tener la paz en su bolsillo? En cierta ocasion se llegó á creer que ya estaba firmada, y en realidad no estuvo lejos de serlo. Los Borbones no figuraban en semejantes movimientos, ó por lo menos no representaban mas parte que la de deseos subordinados á los azares de la guerra, y á los sucesos y combinaciones políticas. Carecian de soldados, de dinero y hasta de crédito. Ni aun se daba por cierta su presencia en el continente y en Paris era un problema el saber si alguno de ellos se hallaba en Inglaterra ó habia salido ya de ella.

No podian imputarse á los príncipes franceses las desgracias de las armas, y esto es una verdad tan evidente que nadie se ha atrevido á ponerla en duda. Ciertamente (y nosotros lo sentimos acaso mas que nadie) es muy poco agradable para un pueblo el ver extranjeros en el centro de su país, mas habiendo acaecido este suceso por culpa de un hombre extranjero tambien á la Francia, no se podrá menos de reconocer lo que ha habido de noble y generoso en la conducta de los enemigos? Ellos han dado en

París un ejemplo único en la historia, y que tal vez no volverá á repetirse. ¿Puede imaginarse acto mas insensato, absurdo, ni desleal, que la última guerra declarada por Bonaparte á Alejandro? Será eternamente bello, eternamente grande el haber salido de las cenizas de Moscou para venir á conservar los monumentos de París. ¿Por ventura el Austria que tantos sacrificios habia hecho, y la Prusia tan cruelmente asolada, no tendrian algunas venganzas que ejercer? Y á pesar de eso los soberanos aliados, admirando el valor de la Francia, olvidando sus propias injurias, llevando el extremo de su delicadeza hasta el punto de no querer entrar en el palacio de los reyes de Francia, no se han consagrado al parecer mas que á la felicidad de esta nacion. ¿Rehusariamos á uno de los mas eminentes varones de este siglo, á lord Welington los elogios menos merecidos aun por su talento, que por su carácter? Mas despues de cumplir con esto, una vez tributadas alabanzas á los monarcas, á los hombres y á los pueblos que las merecen, vuelve la Francia á entrar en la plenitud de sus derechos. Estas alabanzas, no son de aquellas que pertenecen á las armas francesas. ¿En qué consiste la humillacion de la Francia? ¿En que los extranjeros hayan llegado á París? ¿Pues que, no han visitado las armas francesas casi todas las capitales de Europa? Si alguno se olvidara de no hacer justicia á nuestra gloria, nosotros tendríamos buena cuenta de recordársela. Los romanos preconizaban el *amor* de la patria; los franceses encomian el *honor* de la patria. Este es el sagrado emblema de todo francés. ¡Ay del que osará poner temerariamente la mano en este honor, elemento vital de la patria!

Pero gracias á Dios nadie disputa derechos tan legítimos. ¿Quién desconoce el heroismo de los ejércitos franceses? ¿Lo desconocerán los emigrados, que hallándose en país extranjero merecian la acusacion de envanecerse de las victorias que les cerraban el paso para volver á su patria? ¿Quién no tiene noticia de lo mucho que el rey y los príncipes han admirado al ejército? En ese ejército estaba vinculado el honor todo de la Francia: ¡en qué abismo de degradacion no hubiera esta caido á no haber cubierto las cicatrices de sus crímenes con los laureles de sus triunfos! A la sombra de esos laureles se ha librado del desprecio de las naciones: á cada grito de indignacion que la Europa lanzaba, ha respondido la Francia con un himno de victoria. Los campamentos eran templo de la gloria y asilo contra la persecucion: allí se refugiaba todo ciudadano que deseaba evitar la persecucion de los procónsules. Nada han tenido que ver los soldados franceses con el furor de los enconos civiles. En Inglaterra el Parlamento deseó salvar á Carlos I; el ejército le dió muerte: En Francia la Convencion hizo subir á Luis XVI al cadalso; pero el ejército se abstuvo de tomar parte en el crímen: tal vez lo hubiera impedido (1); pero se hallaba enteramente ocupado en rechazar á los enemigos. Cuando se le mandó no dar cuartel á los ingleses ni á los emigrados, se negó á obedecer semejante órden. Perseguido el ejército, como el resto de la nacion por ingratos que todo se lo debian, se vió alguna vez sin pagas, sin víveres y hasta sin vestidos: vióse el ejército seguido de comisionados que llevaban en pos de sí los instrumentos de muerte, como si no fuera bastante el número de intrépidos soldados que caian por las balas del enemigo. No faltó ocasion en que los generales de ese virtuoso ejército tenian que subir á un afrentoso patíbulo: la cabeza del padre de Moreau caia por la infamente cuchilla, en tanto que aquel ilustre capitan extendia los límites de la nacion. Pichegru y otros famosos caudillos fueron los primeros que concibieron el proyecto de salvar la patria, volviendo á llamar al monarca. Honor, pues, á ese ejército tan bizarro, tan sensible y tan amante de la gloria, que permaneciendo fiel á sus banderas, y olvidando las locuras de un bárbaro, halló bastante fuerza en sí mismo despues de la revolucion de Moscou para ganar la batalla de Lutzen; que impedido, pero no abrumado por el peso de Europa, se retiró rugiendo al corazon de Francia; defendió palmo á palmo el terreno de su patria, preparándose aun para nuevos combates, cuando colocado entre un gefe que no sabia morir y un rey que venia á cicatrizar sus heridas, se precipitó todo bañado de sangre entre los brazos del hijo de Enrique IV.

(1) Véase el discurso de M. de La Fayette en la obra de M. Hue.

No, los hechos gloriosos ni pueden olvidarse, ni desfigurarse, como algunos quisieran hacer creer: por mas que se diga, no se ha perdido el lance de *honor;* ni pueden los franceses llegar á perderlo nunca. ¿Cómo no se ha de haber mil veces ganado cuando por él ha vuelto la Francia á adquirir á su rey, y ha podido romper el yugo de la esclavitud? Nada alcanza á pagar el inmenso bien de ser redimido del despotismo. Si, lo que Dios no quiera, volviese algun dia á turbarse la tranquilidad de la Francia, sus hijos podrian volver á ser encontrados en los campos de victoria; mas ¿en dónde podrá dar claras señales de su existencia, un pueblo extenuado por una larga y degradante esclavitud? Por nuestra parte preferiríamos (preciso es decirlo con franqueza) ver la Francia reducida á los muros de Bourges, pero libre y gobernada por un legítimo soberano á que se extendieran sus límites hasta Moscou, siendo esclava y dominada por un usurpador; por lo menos no habria que adorar los furores y bendecir los desprecios de un indigno dueño, ni besar sus manos manchadas con la sangre de nuestros hijos; no habria que ofrecer adoracion á su estátua, ni poner su busto adornado de púrpura en la tribuna de los oradores. Los romanos eran un gran pueblo cuando sus límites no pasaban de la frontera de los Samnitas: ¿qué fue de su virtud cuando gobernados por Neron mandaban desde las riberas del Rhin hasta las del Eufrates?

CAPITULO XIII.

DE LA CONSTITUCION.—ES CONVENIENTE Á LAS DOS OPINIONES QUE DIVIDEN LA FRANCIA.

Aqui termina lo que nuestra empresa tenia de penoso; pues ya no tenemos que fijar la consideracion en lamentables objetos. El principal escritor contra quien hemos justamente combatido en las últimas páginas de nuestra obra dice: «que la constitucion presenta »bastantes garantias para salvarnos á todos; que es »preciso crear una opinion pública, é identificarse »con la causa de la patria.» Nos adherimos con toda nuestra alma á tan hermosas palabras. ¿Quién podria quejarse de la Constitucion que felizmente rige á la Francia? En ella se amalgaman todas las opiniones, se realizan todas las esperanzas, y se satisfacen todas las necesidades. Examinemos su espíritu: al examinarla se nos ofrecerá espontáneamente un suceso, motivo de gratitud al monarca.

Los franceses, ademas de las divisiones políticas, naturales y necesarias en una monarquía, se dividen en la actualidad en dos grandes clases; á saber, los que necesitan del trabajo para vivir, y los que por su condicion se hallan puestos en un estado de dependencia: estos como que continuamente se hallan, ocupados en los medios de conservacion de su existencia física, no necesitan mas que buenas leyes; pero los primeros juntamente con estas necesitan otras que aseguren su consideracion personal. Esta es una necesidad que existe en todos los corazones: no hay

poder humano á quien le sea dado destruirla, ni chocar con ella impunemente. Es una consecuencia necesaria de la igualdad que se establece en la educacion y en las fortunas. Tôdo hombre que lee pasa (no pocas veces por desgracia suya) del imperio de las costumbres al imperio de su razon; mas en fin, este sentimiento es noble en sí mismo, y el chocar con él seria peligroso.

Es preciso ademas tener presente que desde sesenta años á esta parte se han acostumbrado los franceses á discurrir libremente en todas materias, y que desde hace veinte años han puesto en práctica cuantas teorías han tenido el antojo de imaginar. Sangrientos ensayos han desvanecido sus ilusiones; mas sin embargo, quedan hondamente grabadas las ideas de una independencia legal y legítima: donde quiera subsisten esas ideas, abrígalas el soldado bajo la tienda de campaña, el artesano en su taller y el hombre de letras en su bufete. Quien se empeñara en contrariar esas ideas; quien quisiera limitarlas á un cuadro donde se hallen demasiado comprimidas por la violencia, esté seguro que las verá hacer esplosion, y que al estallar no podrán menos de producir nuevos trastornos. Necesario es por lo tanto que veamos el modo de emplear esas ideas en objetos donde estén con alguna expansion, donde puedan moverse sin inflamarse, y donde sin embargo estén circunscritas por un poderoso dique que no las deje desbordarse.

Esto es lo que el rey ha comprendido perfectísimamente, y esto es á lo que se ha tratado de remediar por medio de la Constitucion; en ella se encuentran planteadas todas las bases de una libertad razonable, y los principios republicanos están combinados de manera que contribuyen á la fuerza y á la grandeza de la monarquía.

Por una parte, á nadie es dado borrar recuerdos, ni apagar en los hombres el amor á lo pasado, que tanto mas se admira, cuanto se considera á mayor distancia. El que pretendiese forzar las opiniones de los antiguos realistas á someterse al modo de pensar moderno, produciria otra especie de reaccion. Preciso es en vista de esto combinar una forma de gobierno en que la politica de nuestros padres pueda conservar lo que tenia de venerable sin contrariar el movimiento de los siglos. Pues bien, en la Constitucion se hallan tambien consignadas estas atinadas combinaciones dando un lugar conveniente á todos los principios de la monarquía A todos los franceses conviene pues igualmente esta constitucion; á los partidarios del gobierno moderno porque hablan en nombre de las luces que á su parecer ilustran hoy el espíritu humano, y á los defensores de las instituciones antiguas porque invocan la autoridad de la experiencia: estos abogan por lo pasado; aquellos defienden los intereses del porvenir. Los republicanos dicen: «No queremos vagando de Constitucion en Constitucion, extraviarnos en »vanos sistemas, ni abandonar esas ideas morales, y »religiosas que constituyeron la gloria y felicidad de »nuestros antepasados.» Ninguno de estos excesos es de temer en la especie de monarquía restablecida por el rey: en esta monarquía se amalgaman las dos opiniones que siendo comprimidas en particular producirian nuevos desastres. Las ideas modernas darán á las antiguas aquella dignidad que nace de la razon y recibirán á su vez de estas la magestad que comunica el tiempo.

No es pues la Constitucion una planta exótica, ni un incidente casual del momento: es el resultado de nuestras costumbres actuales: es un tratado de paz firmado por los dos partidos que han dividido la Francia, en el cual cada uno de estos deja algo de sus pretensiones para concurrir á la gloria de la patria.

CAPITULO XIV.

OBJECIONES DE LOS CONSTITUCIONALES CONTRA LA CONSTITUCION.—DE LA INFLUENCIA MINISTERIAL Y DE LA OPOSICION.

«La carta, segun dicen los constitucionales es in»completa: seria preciso que la cámara de los Pares »fuese hereditaria; que se necesitaran menos años de »edad para ser miembro de la de los diputados: que »hubiese un ministerio, y no ministros (1); que los »ministros fuesen miembros de las dos cámaras; que »fueran de buena fe y que la oposicion no fuese una »oposicion desprovista de riquezas, de poder y de in»fluencia, sin cuyos requisitos no puede contrabalan»cear la influencia ministerial. ¿Qué significa una an»tigua y una moderna nobleza *conservada*? ¿Qué »significa el expedir nuevas ejecutorias de nobleza, »no habiendo en realidad mas que una nobleza poli»tica?»

¿No podrán los franceses prescindir de esa deplorable impaciencia, que no les deja esperar nada de la obra de la experiencia ni del tiempo? ¿No se han visto desde la última primavera bastantes milagros? ¡Debe ya hoy hallarse todo completo y perfectamente acabado! ¡La Constitucion inglesa es el fruto de muchos siglos de ensayos y de desgracias, y en Francia se quiere que en seis meses haya llegado al colmo de perfeccion! ¡No se dan por satisfechos con todas las garantías que ofrece la carta, con esas grandes y primeras bases de la libertad: es preciso llegar súbitamente al estado de perfeccion: todo está perdido, si de una vez no se consigue todo. En medio de una invasion, entre los peligros y agitaciones de una restauracion improvista, se quisiera que el rey tuviese tiempo de fijar la mirada en su alrededor para descubrir los elementos de las cosas que se le piden! ¿Deberia precipitarlo todo? ¿Acaso no es hasta prodigioso lo que ha tenido atrevimiento de hacer? ¿Nosotros que damos principio á este gobierno, estaremos dotados de todo lo necesario para conducirlo bien? ¿No es mejor que se vaya corrigiendo progresivamente con nosotros que no que se anticipe á nuestra educacion y á nuestra experiencia? ¡Un solo artículo de la Constitucion de que nos estamos ocupando la eleva sobre cuantas han merecido hasta el presente admiracion; la Francia es el primer pueblo del mundo cuya ley constitucional haya abolido el derecho de confiscacion, cegando para siempre un espantoso abismo de corrupcion, delaciones, injusticias y crímenes. ¡Esta es la única sentencia que el rey ha lanzado contra la revolucion, la única pena á que la ha condenado!

Háblase de los ministros: ha llegado á formarse una idea ridícula y exagerada de su influencia. Desde luego hay que decir que son responsables (2), y esto es ya bastante para que no se olviden de que la espada de la ley está suspendida sobre su cabeza. La naturaleza misma de las instituciones inspira una garantía contra su incapacidad. Estamos casi seguros de que los hombres mas distinguidos por sus talentos serán llamados á dirigir el timon del Estado; pues un hombre absolutamente nulo no puede desempeñar por largo tiempo uno de los primeros puestos bajo un gobierno representativo. Atacado por la voz pública y en las dos cámaras no tendria mas recurso que descender cuanto antes del puesto á donde solo habia podido subir por influencia del favor. La nacion está

(1) Propuse todas estas mejoras en Gante en mi *Informe sobre el estado de Francia:* posteriormente se accedió á lo que yo pedí entonces. En esto por lo menos se echa de ver la consecuencia de mis ideas. Véase mi *Informe al rey.*

(2) Convengo en que esta responsabilidad no está bastante marcada y en que absolutamente es preciso que se dicte una ley sobre el particular.

pues, libre de esos ministros que no tienen en su abono mas que la intriga, y cuya incapacidad ha perdido mas Estados que las mismas faltas de los reyes.

Sospechar de la buena fe de los ministros es un absurdo. Podrian acaso emplearse mezquinas intrigas contra una nacion ¡tan ilustrada y perspicaz como la Francia? En un momento seria general la alarma. En la actualidad el gobierno está interesado en caminar al frente de las cosas, y no en verse obligado á seguirlas: nada debe por lo tanto temerse respecto de este particular.

Por lo tocante á la oposicion, convenimos, que nunca puede ser en Francia de la misma naturaleza que en Inglaterra. En el primero de estos dos paises, no son tan colosales las fortunas, ni el patronazgo de las familias tiene los límites convenientes para dar á la oposicion fuerzas bastantes en sí mismas con que resistir á la influencia ministerial. Mas si carece de esa fuerza de intereses que le comunican en Inglaterra las riquezas, tiene en cambio una fuerza de opinion mucho mas viva. Si un hombre de talento y de probidad se encuentra no por espíritu de contradicion, sino por sus convencimientos en oposicion con los ministros, conseguirá en ambas cámaras y en toda la Francia una preponderancia que todo el peso de la corona podria únicamente balancear. Un discurso elocuente y justo conmoverá la cámara de diputados francesa de muy distinto modo que un discurso con iguales condiciones pronunciando en la cámara de los Comunes de Inglaterra. Es tan sensible por lo relativo á este punto la Francia que es de temer no sea como la antigua Atenas influida en demasia por las inspiraciones de sus oradores. Los misterios de la opinion y del carácter de los pueblos se escapan de todos los cálculos y de todas las teorías. Obsérvese lo que en estos instantes pasa en la cámara de diputados; hállase enteramente entregada á sí misma; la influencia que los ministros ejercen en ella se limita á fórmulas de pura atencion que en nada alteran la suerte de ningun diputado. ¿Y qué sucede? que la mayoría siguiendo pacíficamente el impulso de su conciencia, crítica, ó aprueba lo que le parece digno de alabanza ó de censura. Una cosa merece particularmente la atencion y es que siempre que se han promovido cuestiones de dinero las Cámaras han manifestado paladinamente su opinion: el noble desinterés de la nacion se ha desarrollado con todo su vigor, y asi es que la lista civil y las deudas del rey han sido aprobadas sin oposicion. Habria podido creerse que la ley sobre los emigrados iba á despertar la animosidad de los partidos; mas con general admiracion se ha visto que la Cámara se mostraba mas generosa que la misma ley. ¡Créense deshonrados los franceses al tener que ocuparse de sus intereses personales. Admirable generosidad hija del genio de una nacion particularmente monárquica y guerrera! ¡Pueblo admirable que con tanta facilidad puede ser conducido al bien! ¡Cuánto hace resaltar esta circunstancia la culpabilidad de los que le han extraviado!

Mas al tratarse de otros asuntos las Cámaras se han dividido segun los principios é ideas de cada uno: la oposicion no se ha compuesto de estos ni aquellos individuos: se ha aumentado, disminuido, y vuelto á aumentar sin consideracion á ningun partido: habria podido creerse que no habia ministros, hasta el punto de haberse olvidado que eran ellos los que habian propuesto la ley, para no ocuparse mas que de la misma ley. No conocemos nada mas á propósito para honrar el carácter nacional que la conducta actual de las dos Cámaras; en ella se echa de ver que de nada mas se ocupan que del bien del Estado: generosas en todo lo que concierne al honor, atentas á los derechos políticos, han votado el presupuesto sin oposicion, y han defendido la libertad de la imprenta con vigor, siendo asi que esta última cuestion podia dividir y embrollar á los hombres de mas capacidad. Al ver que por una parte en Ginebra se ponen trabas á la libertad de imprenta y que por otra se proclama esta libertad de imprenta en Bélgica y Alemania, se conoce que no es tan fácil decidir perentoriamente semejante cuestion.

Hemos demostrado por medio de hechos cuán difícil es dominar los ánimos en una nacion brillante y animada. Los franceses han sido siempre libres al pié del trono, como que habian basado en sus opiniones la independencia que otros pueblos habian cimentado en sus leyes. Este hábito de libertad en el pensamiento no deja someterse al que lo tiene incondicionalmente á las ideas de otro: el diputado que mas habia ofrecido á un ministerio apoyarle con su voto, podria en el momento de la deliberacion faltará su promesa. En el carácter francés puede temerse mas la oposicion que la influencia ministerial.

CAPITULO XV.

PROSIGUEN LAS OBJECIONES DE LOS CONSTITUCIONALES.—GERARQUÍA DE LA NOBLEZA.

«¿Qué viene á ser, siguen diciendo una nobleza, »que no es la de la cámara de los Pares? ¿Qué significan esos ennoblecimientos, etc?»

Esto depende de la esencia de las cosas: es preciso esplicarse.

Montesquieu opinó que el honor era el alma de la monarquía, y la virtud base elemental de la república. El honor, segun este escritor reside particularmente en el cuerpo de la nobleza, parte intégrante y necesaria de toda monarquia que no sea un despotismo.

Empero en una monarquía mixta, perteneciendo los cuerpos constituidos á la parte republicana del gobierno, el uno (la cámara de los Pares) á la aristocracia, el otro (la cámara de los Diputados) á la aristocracia, infiérese que los dos cuerpos tienen por base, por espíritu y por objeto, la virtud, es decir, la libertad, sin la que no hay virtud política.

¿Dónde residirá pues esencialmente el principio de la monarquía? ¿En la corona? indudablemente. Mas la corona no puede defenderlo por sí sola: no tardaria en verse invadida por el espíritu republicano y la Constitucion quedaria destruida. De aquí nace que en torno de esta Constitucion es preciso establecer un cuerpo de nobleza que sea como la salvaguardia de la corona, y el auxiliar del principio monárquico.

Observemos ademas que la nobleza no está compuesta de un solo y único principio: evidentemente encierra dos, que son el honor y la virtud, ó sea la libertad. Cuando obra como corporacion respecto de la monarquía en general es conducida por el honor y es monárquica; cuando obra por sí misma, y con arreglo á la naturaleza de su propia Constitucion, se mueve á impulsos de la libertad; es decir que en tal caso es republicana, aristocrática.

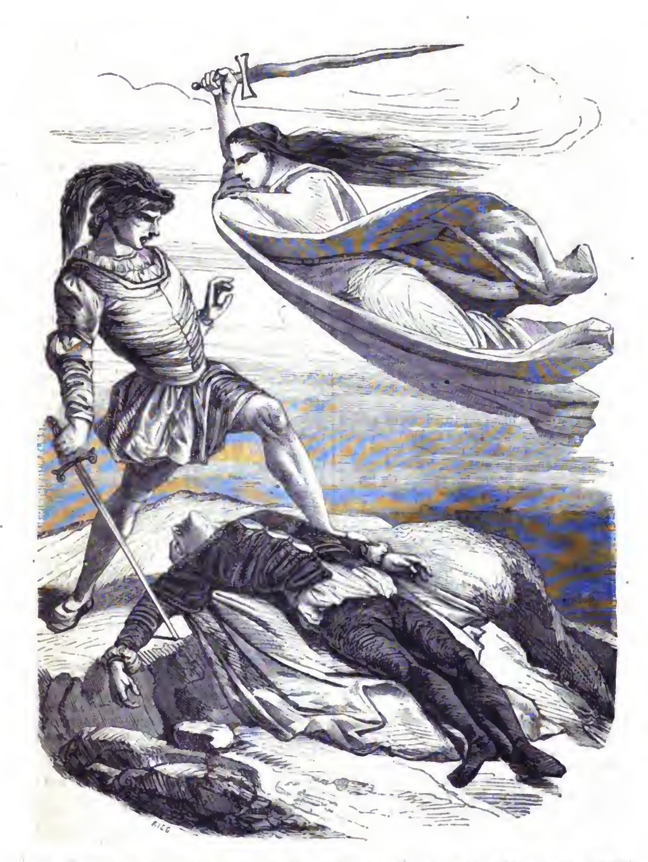
Con arreglo á estas verdades indisputables, veamos lo que sucedia con la nobleza en la antigua monarquía y de qué manera se combinaba con el cuerpo político.

La nobleza en tiempo de la primera y segunda raza de los reyes de Francia se presentaba toda á las asambleas de la nacion; entonces los nobles gozaban *en corporacion* y en su integridad de todos sus derechos; derechos relacionados con el principio de libertad por su principio aristocrático y con el principio del honor por su lado monárquico.

En tiempos de la tercera raza cuando sucedieron los Estados Generales á las Asambleas de marzo y mayo, la nobleza se contentó con enviar diputados á esos Estados y entonces ya no gozó *en corporacion* de la plenitud de sus derechos. La mitad de estos, es decir, los relacionados con el principio de la libertad,

los derechos republicanos, ó aristocráticos fueron trasmitidos por la nobleza á sus representantes, en tanto que prosiguió conservando *en corporacion* sus derechos monárquicos, es decir los dependientes del principio de honor. Asi sucedia hasta el fin de los Estados Generales, en que terminada la mision de los representantes de la nobleza, volvia esta á incorporar sus dos principios, y los derechos que de ellos se derivaban.

¡Pues bien! la única cosa que por lo relativo á la nobleza caracteriza á la actual Constitucion de la Francia es que lo que no sucedia sino por intérvalos en



LA TIERRA NO PUEDE SER PURIFICADA DE LA SANGRE DERRAMADA, SINO POR LA SANGRE DEL QUE LA DERRAMÓ.

tiempos de la monarquía antigua ha quedado en un estado permanente en la nueva.

La nobleza representada en la Cámara de los Pares ha trasmitido para siempre á esta cámara su principio de libertad, sus derechos republicanos y aristocráticos en tanto que al exterior conserva su principio de honor, fundamento real de la monarquía.

De aquí se infiere que esta nobleza no es enteramente incompatible con las modernas instituciones; que no está en contradiccion con la naturaleza del

gobierno; que este gobierno ni ha podido ni debido destruirla; que no ha hecho mas que dividir los elementos que la componian y separado su duplicado principio; y finalmente que la nobleza subsiste á la vez en la cámara de los Pares como poder aristocrático y fuera de esta cámara como fuerza monárquica.

No ejerce sus derechos políticos porque ha delegado su uso á la cámara de los Pares que la representa bajo sus relaciones republicanas, pero ejerce todos sus derechos de honor, apoyando con esta fuerza tan grande en Francia, la autoridad monárquica, que podria ser invadida sin este baluarte.

Tal es la accion de este cuerpo que os parece inútil y que por lo tocante al fondo no es otra que la de la cámara de los Pares. En el Estado no hay dos noblezas: no hay mas que una que se divide en dos ramas, y cada una de ellas tiene funciones distintas y separadas.

Lejos por lo tanto de perjudicar al Estado esta nobleza, toda honor, reducida á su principio mas puro es un contrapeso colocado fuera del centro de movimiento para regularizarlo y mantener el equilibrio del Estado. Es ademas un asilo para todos los recuerdos y para todas las ideas, que no encontrando puesto en las nuevas instituciones, no dejarian de alterarse. Los nobles al paso que sostienen el principio de la monarquía, serán tambien los conservadores de las tradiciones del honor, los testigos de la historia, los reyes de armas de los tiempos pasados y los depositarios de los antiguos privilegios y de los monumentos de la caballería. Considerados únicamente como propietarios, estos hombres que se distinguen por su educacion serán, como tendremos ocasion de decirlo en lo sucesivo, un excelente plantel de oficiales, oradores y hombres de Estado.

Todo esto no es una teoría mas ó menos ingeniosa discurrida para explicar una Constitucion que carece de ejemplo en los demás pueblos. Tambien en Inglaterra hay una nobleza que tiene mas orgullo por descender de los bretones, los daneses, los normandos, los sajones y los aquitanos que por ocupar un banco en la cámara de los Pares. Era tal la altivez de esta nobleza en otros tiempos que nadie que no hubiera sido caballero podia tomar asiento en la mesa de un baron. En la actualidad misma está tan enamorada de sus blasones y de sus cuarteles como lo estaban los patricios de la antigua Roma de su nacimiento y de su derecho de imágenes, *jus imaginum*. El feudo pertenece exclusivamente al hijo mayor, segun la costumbre de Normandía. Hay heraldos y reyes de armas que llevan el registro de la nobleza de las provincias (1). ¿Destruye esta nobleza la nobleza política fundada en esa misma cámara de los Pares? No, pero sirve para aumentar el peso y la dignidad de la corona. En el mismo Atenas ¿no habia por ventura familias nobles que se remontaban al tiempo de los reyes?

Una vez probado que el cuerpo de nobleza intermediaria puede y debe existir en una monarquía mista, y que no se opone á la accion de ninguno de los resortes políticos, no hay necesidad de defender los ennoblecimientos. El rey de Inglaterra crea tambien caballeros y nobles. Hay otra especie de ennoblecimiento que es el que se adquiere por la profesion de las artes liberales ó viviendo con una renta libre. En este caso el ennoblecido recibe el escudo de armas eligiéndolo de los que están en manos del rey de armas. Estas recompensas del soberano no destruyen la igualdad ante la ley y son un medio de alentar el mérito y la virtud.

(1) Smith, *de Reg.* Angl.; La Roque, *Tratado de la nobleza*.

CAPITULO XVI.

OBJECIONES DE LOS REALISTAS CONTRA LA CONSTITUCION.

Los realistas dicen: «Invocando el progreso de las »luces con las palabras de libertad é igualdad se ha »precipitado la Francia en todas las calamidades: solo »el nombre de Constitucion es odioso y casi ridículo. »No se trasporta á un pueblo el gobierno de otro pue»blo: los gobiernos nacen de las costumbres y son »hijos del tiempo; sigamos siendo franceses, y no »tratemos de ser ingleses; lo que es bueno para unos »acaso será malo para otros. El carácter francés es »demasiado ligero para ocuparse seriamente de los »cuidados públicos, es demasiado pronto á inflamar»se; demasiado propenso á los discursos inútiles, y »muy poco solícito del bien general, para tener asam»bleas deliberantes. No carecerán los franceses de »ese honor que es base de su monarquía; pero nun»ca tendrán ese espíritu público que propende á »otro principio de gobierno. Nuestra posicion con»tinental, siguen diciendo, no consiente semejantes »formas políticas. Mientras que en ambas cámaras »estarán los diputados deliberando sobre el levanta»miento de un nuevo ejército, los enemigos llegarán »á París. Si por el contrario el rey dispone á su pla»cer del ejército, destruirá cuando le acomode nues»tra supuesta Constitucion.»

Bien se puede ver, que no disimulamos las objeciones que hacen ambos partidos, y que nada disminuimos de su fuerza.

Desde luego confesaremos que se ha hecho tan extraño abuso de estas palabras, *progresos de las luces*, *Constitucion*, *libertad* é *igualdad* que en el dia es preciso mucho valor para aplicarlar en un sentido razonable. Se han consumado los crímenes mas enormes, se han difundido las máximas mas funestas en nombre de las luces. El ridículo y el horror se han amalgamado con esas frases filosóficas, prodigadas sin tino por los libelistas y los asesinos. Se ha degollado á los blancos para probar la necesidad de abolir la esclavitud de los negros: la razon ha servido para destronar á Dios, y el perfeccionamiento de la raza humana nos ha hecho inferiores á la especie bruta.

Mas caminando en sentido opuesto, ¿no hemos recibido tambien otra leccion? Para salvarnos de los sistemas de una filosofía mal entendida, nos hemos precipitado en las idéas opuestas. ¿Qué ha sucedido? ¿Quién querria, quién se atreveria á ser hoy el panegirista del poder arbitrario? Los excesos de un pueblo levantado en nombre de la libertad son espantosos; pero duran poco y siempre queda en pos de ellos algo de grande y generoso. Pero de los furores de la tiranía, de aquel metodizado hacer mal, de aquel no interrumpido oprobio, de aquel aire de bien estar en medio de las angustias, de aquella simulada prosperidad en el seno de la miseria, ¿qué es lo que queda? La doble leccion de la anarquía y del despotismo nos enseña pues á no buscar la gloria y la felicidad de la nacion fuera del término medio. Caminemos con la mayor precaucion: si exasperados por el recuerdo de nuestros males, los achacamos todos á esas supuestas luces, nos contestarán que la desolacion del Nuevo-Mundo, las matanzas de Irlanda y las de Saint-Bathlemey fueron obra de la religion, que si los filósofos arrastraron á Luis XVI al cadalso, los fanáticos hicieron otro tanto con Carlos I. De nada vale pues semejante modo de raciocinar por una y otra parte: lo que es bueno siempre es bueno á pesar de la mala aplicacion que le hayan podido dar los hombres.

Dejando á un lado esta dificultad acerca de las palabras, vengamos al fondo de las objeciones.

Dícese: «los gobiernos son hijos de las costumbres »y del tiempo. Sigamos siendo franceses: no traspor-

»temos á nuestra patria instituciones de otros pue»blos, buenas para ellos y tal vez malas para nos»otros.»

En esto se comete un grave error. De ningun modo hay que imaginar que la forma de gobierno que actualmente rige en Francia, sea una cosa absolutamente nueva para esta nacion, ni sobre todo que haya sido inventada por los ingleses, ni que antes de ellos no haya habido nadie que hubiese pensado en la existencia de un gobierno que participara de los tres poderes monárquico, aristocrático y democrático.

Por de pronto todos los antiguos pensaron que el mejor gobierno posible seria el que reuniese estos tres poderes. Tal fue la opinion de Pitágoras y de Aristóteles. «Opino con Platon, dijo Ciceron, que la »mejor forma de gobierno es la que presenta una fe»liz combinacion de monarquía, de aristocracia y »democracia (1). Esto es lo que hizo Licurgo (2) en »Esparta. Oigamos á Polibio. ¿No seria el mas per»fecto de todos los gobiernos aquel cuyos poderes se »sirvieran de contrapeso; en el que la autoridad del »pueblo reprimiera el excesivo poder de los reyes, »y fuese á su vez temperada por un senado ele»gido (3)?»

Tácito participaba tambien de esta opinion; aunque es cierto que pensó que semejante gobierno llegaria á ser tan perfecto que no era posible que pudiera existir entre los hombres (4). Mas ya hemos hecho en otra parte observar que solo al Cristianismo estaba reservado realizar ese magnífico sueño de los mas insignes talentos de la antigüedad (5). En efecto, el gobierno representativo es hijo de las instituciones cristianas.

Respetables autoridades no probarian que los pueblos deben derrocar su gobierno, una vez instalado para tomar otro mas perfecto; pero cuando estos pueblos han mudado de Constitucion en medio de una revolucion violenta, si la nueva Constitucion se encuentra basada en las fórmulas, consideradas como mejores por un Licurgo, un Aristóteles, un Platon, un Polibio, ó un Tácito, debe renacer la confianza: y hay lugar de creer que el error no ha sido absoluto.

Montesquieu, despues de hacer un pomposo elogio del gobierno inglés, opina que se descubre su orígen entre los germanos pintados por Tácito (6), y que ese hermoso sistema tuvo su cuna en los bosques.

Siendo esto asi, nada mas haria la Francia al adoptarlo en estos momentos, como lo adoptaron los ingleses, que volver á poner en vigor el gobierno de sus antepasados; empero, sea que traiga su orígen de los francos, sea que deba considerarse como resultado de la religion cristiana, ó sea que participe á un tiempo de estos dos caracteres, lo cierto es que se halla conforme con nuestras actuales costumbres, que no las contraria, y que de ningun modo debe ser considerado como extranjero para la Francia.

En la edad media, toda la Europa, excepto la Italia y parte de Alemania, tuvieron poco mas ó menos la misma Constitucion: las córtes de España, los Estados generales de Francia, y los Parlamentos de Inglaterra estaban fundados en el sistema representativo. La Europa, caminando progresivamente hácia la civilizacion habria llegado á un resultado igual para todos los pueblos, si causas locales y circunstancias particulares no hubiesen desconcertado la uniformidad del movimiento.

(1) *Fragm. Republ.*, lib. II.
(2) Architas. in *Stob.*
(3) Polib., *Excerpt.*, lib. VI, cap. viii y ix.
(4) Tac. *Ann.* IV, 33.
(5) *Genio del Cristianismo.*
(6) *Espíritu de las leyes*, lib. IV, cap. vi.

La Francia tuvo que rechazar invasiones: su nobleza pereció casi toda en los campos de Crécy, de Poitiers y de Asincourt. Ejércitos regulares establecidos con oportunidad por los reyes de Francia acabaron de inutilizar el servicio que hacian los nobles, sino como gefes, por lo menos como soldados. Los feudos á consecuencia del trastorno de las fortunas principiaron á caer en poder de la clase llana. Perdiendo sus fuerzas la parte aristocrática de la Constitucion, la monarquía aumentó las suyas. Las municipalidades vejadas por los caprichos del feudalismo buscaron proteccion en la autoridad real. La invariable sucesion de los monarcas consolidaba cada vez mas las raices del trono. Una vez roto el equilibrio, dejó el gobierno representativo de seguir su natural direccion. En vez de fijarse y regularizarse como en Inglaterra, se denunció dando lugar á que predominara la corona. Los Estados Generales rara vez convocados y siempre en momentos de turbulencias, quisieron aprovecharse de esos instantes para volverse á apoderar de sus derechos y principiaron á no presentarse sino como cuerpos turbulentos y peligrosos: sabiendo que iban á ser disueltos, se dieron prisa á invadirlo todo con la esperanza de conservar algo. Esta conducta consumó su descrédito. Si hubiesen sido llamados en épocas fijas no hubieran manifestado esa suspicacia, y en vez de pensar exclusivamente en sí mismos, se hubieran ocupado de los asuntos del Estado. Todo quedó pues concentrado alrededor de un trono brillante ocupado sucesivamente por los mejores monarcas, en tanto que otra parte del poder de los Estados Generales caia en manos del Parlamento de Paris.

Este poderoso cuerpo se habia ido levantando silenciosa y lentamente: siendo por de pronto ambulante, y fijándose por último en Paris, mereció por su integridad y por sus luces una distinguida consideracion. Desde su orígen minó por su base el feudalismo, y circunscribió las juridiciones señoriales. La sala de los Pares legos y eclesiásticos que formaba la alta cámara ó gran consejo del rey, se reunia al Parlamento en las causas importantes con los príncipes de la familia real y algunas veces hasta con el mismo rey. Esta circunstancia hizo que el Parlamento participara algo de la composicion de los Estados Generales. No siendo estos convocados sino de tarde en tarde el pueblo se acostumbró á considerar el Parlamento como un cuerpo que los reemplazaba en el intérvalo de las sesiones. El derecho de representacion adjudicó á este cuerpo la parte del derecho público relativa á imposicion de contribuciones. De manera que creciendo su reputacion por la virtud, ciencia, y gravedad de sus magistrados, y por la sagacidad de sus providencias, el Parlamento se encontró insensiblemente revestido de un poder político tanto mas respetable, cuanto que estaba unido con el poder judicial. Durante las turbulencias de la Liga, se puso al frente de una faccion, ejerció casi todas las atribuciones de los Estados Generales y decidió los derechos de Enrique IV á la corona. No habiendo los Estados Generales, convocados en tiempo de Luis XIII, producido ningun resultado, y habiendo Richelieu consumado la ruina del poder aristocrático, el Parlamento tomó sobre sí la defensa del pueblo contra la corona y se verificó una completa revolucion en el Estado. Pueden echarse en cara algunos errores á los Parlamentos; mas no pesarán tanto como los servicios que hicieron á la nacion, ilustrándola en tiempos de tinieblas; defendiéndola contra la barbarie feudal, y siendo, despues de la ereccion de la monarquía absoluta en tiempo de Luis XIV los únicos representantes de hecho, que defendieron denodadamente muchas veces las libertades patrias.

La Inglaterra partiendo del mismo punto llegó á otro término. Nada eran para ella sus guerras de Escocia, ni la amenazaron en su existencia: sus guer-

ras de Francia sostenidas por los mismos franceses le fueron provechosas. Libre de recelos por lo tocante al exterior pudo cómodamente ocuparse de su administracion política. Las desavenencias de sus reyes debilitaron la potencia monárquica y robustecieron la parte aristocrática del gobierno. La nobleza permaneció largo tiempo siendo soberana y solo en tiempo de Enrique VII fue cuando los condados hereditarios hasta entonces, se trocaron en título de dignidad. La autoridad militar de los nobles tampoco disminuyó casi nada, porque no hubo necesidad de crear con tanta anticipacion como en Francia tropas disciplinadas. El talento de Alfredo perpetuando en la institucion de los jurados hizo entrar por el órden judicial las ideas democráticas en el principio del Estado. El gobierno feudal, nunca conocido de los sajones, introducido en Inglaterra por la conquista de los normandos, jamás llegó á echar profundas raices. Posteriormente Eduardo renunció á la lengua francesa, mandó que los actos públicos se escribieran en inglés, y reanimó en cierto modo el antiguo espíritu de los germanos.

El Parlamento (llamado de otro modo Estados generales) conservó en todos esos hechos su primitiva autoridad: reuniéndose con frecuencia, llegó en breve el monarca á no poder marchar sin él. Hizo el orgullo de los altos nobles ingleses que el consejo real, ó sea cámara de los pares, de los barones, ó de los lores (que todo es una misma cosa con distintos nombres) no se mezclara con los caballeros ó simples hidalgos en las asambleas de la nacion. Los diputados del estado llano convocados por Leicester en tiempo de Enrique VIII á estas asambleas, se reunieron á los caballeros despues de haber permanecido algun tiempo separados. Así fue como se formaron en Inglaterra dos cámaras distintas, en tanto que en Francia la igualdad de los hidalgos, pobres ó ricos, no permitió que la nobleza se dividiera en dos cuerpos, y los Estados Generales franceses, deliberando en comun, aunque guardando cierto órden en la votacion, llegaron á faltar al establecimiento de la balanza de sus poderes. Por último, la revolucion religiosa producida por la violencia de Enrique VIII disminuyó el influjo del órden eclesiástico en la cámara á los lores. El poder aristocrático debilitado á su vez por este acaecimiento, vió por esta misma circunstancia aumentarse el poder democrático en la cámara de los comunes. Los tres poderes de la primitiva monarquía casi iguales en fuerzas se atacaron y vinieron á parar en una sangrienta lucha bajo los infelices reinados de los Estuardos; mas no habiendo ninguno de ellos podido dominar á los otros, la constitucion de los ingleses salió de este terrible y último conflicto.

De manera que la Francia ha tenido en otros tiempos el mismo gobierno que la Inglaterra y conserva aun en sí misma todos los principios de su gobierno actual. Voltaire observó muy bien en alguna parte de sus obras que el parlamento de Inglaterra no es mas que una imitacion perfeccionada de los Estados Generales franceses y M. D' Aguesseau dice no con menos razon, que todas las leyes de Francia se encuentran en las leyes antiguas de la Gran Bretaña.

En cuestiones de esta importancia y naturaleza es preciso marchar con la antorcha de la historia en la mano, único medio de librarse de muchas prevenciones y preocupaciones. De todo menos se trata que de convertirse en ingleses: la Europa que juntamente con nosotros propende á un sistema de monarquía moderada, no trata ciertamente de hacerse inglesa, y los derechos que se han adquirido así como los que en lo sucesivo se adquieran son el resultado natural de las antiguas monarquías. La Inglaterra avanzó un siglo en la marcha general de los pueblos, y á esto se reduce todo.

CAPITULO XVII.

SIGUEN LAS OBJECIONES. — LA FRANCIA HA ENSAYADO INÚTILMENTE DIVERSAS CONSTITUCIONES. — NO ES LA ÍNDOLE DE ESTE PAIS PARA ASAMBLEAS DELIBERANTES.

Gritase en cierto modo con justicia contra una multitud de constituciones; ¿pero será esta una razon para que no se encuentre una que convenga á la patria? ¿Cuántas constituciones mudaron los ingleses antes de conseguir la que les rige en la actualidad? El *rump*, el consejo de los oficiales de Cronwell y las diferentes sectas religiosas producian diariamente instituciones políticas que sus autores se apresuraban á ensalzar como obras maestras; pero ¿se ha ridiculizado por esto en última constitucion, ni ha dañado á su excelencia y autoridad?

No es á propósito, siguen diciendo el carácter francés para asambleas deliberantes. Mas ¿no habrá habido nunca en esta nacion semejantes asambleas? Eso es otro error histórico mas chocante aun que el primero. ¿Eran nuestros padres menos ardorosos que nosotros? ¿Aquellos francos que Ana Comeno vió pasar por Constantinopla tan impetuosos, tan valientes, que no se avenian á permanecer descubiertos delante de Alejo: aquellos francos irascibles, impacientes, y caprichosos por ventura no tenian consejos, llamados de Baronía, asambleas provinciales y Estados generales de la lengua de *oil* y de la lengua de *oc*? Cuando en tiempo de Felipe de Valois se suscitó la disputa entre las jurisdicciones señoriales y eclesiásticas, ¿pudo acaso verse nada mas grave que lo que entonces sucedió? Sin embargo eran los dos primeros órdenes de la monarquía, los que con todo su poder luchaban por sus privilegios. Sustancióse la causa ante el mismo Felipe: el caballero Pedro de Cugnieres, venerable varon, reuniendo en su persona la toga y la espada, para acomodarse mejor á las dos altas partes contendientes, habló como abogado general y consejero del rey. Esta primera reclamacion del derecho civil contra el derecho canónico, produjo en la sucesion la *apelacion como de abuso*, salvaguardia de la justicia. En el tiempo de las buenas costumbres todo propende á dar origen á buenas leyes. En aquella gran causa hubo que admirar la piedad y justicia del rey, el respetuoso ardimiento del orador de la parte civil y la dignidad del clero. Magnífico espectáculo fue el que presentaron aquellos prelados y aquellos caballeros jurando sobre sus cruces y sobre sus espadas conformarse con lo que la integridad régia resolviera, abogando por la causa de la religion y de la nobleza ante un monarca, hijo primogénito de la Iglesia, y el primero de todos, como noble mas antiguo de su reino.

Cuatro ó cinco siglos despues vuelven esos mismos franceses á presentarse deliberando en las asambleas de marzo y mayo, y á fin de que no nos ocurra duda alguna sobre este particular, el tiempo nos ha trasmitido sus decisiones en la coleccion de las capitulares. En época mas remota las veremos fijando por las leyes gombeta, alemana, ripuaria y sálica el arancel de las heridas. Su terrible justicia consistia entonces en hacerse temer por la espada y hablaban con elocuencia sobre este derecho público á su manera. Discutian sobre la longitud, latitud y profundidad de una herida. Si habian roto alguna parte del cráneo de un hombre se avenian á pagar algunos sueldos de oro; mas, si el herido era franco, menos, si era romano ó galo. Mas para eso era preciso que la parte de hueso rota mereciese la pena, y que tirándola á doce pasos de distancia contra un escudo produjese un sonido. Finalmente en los bosques de la Germania vemos á la luz de la historia á nuestros antepasados deliberando en torno de una espada desnuda, decidiendo sobre la paz ó la guerra con la copa en la mano: acuando el cora-

zon, segun dice Tácito, no puede fingir, y se halla dispuesto á las empresas generosas.»

¿Por qué pues un pueblo que ha hablado y deliberado siempre en público, tanto en la época de su barbarie, como en la de su civilizacion; que ha producido magistrados y ministros como Suger, Nogaret, Pedro de Cuguiéres, Lhopital, de Thou, Mateo Molé, Lamoignon, d' Aguesseau; publicistas como Bodin y Montesquieu y oradores como Masillon y Bossuet, no habrá de entender nada de leyes ni de elocuencia? Por último, ¿no cuentan ya los franceses con veinte y cinco años de experiencia? ¿Se podrá decir que para un pueblo, como este, habrá pasado en balde un cuarto de siglo? Algunos de los actuales ministros han figurado en la tribuna, y conocen todos los resortes que ponen en movimiento al cuerpo politico. Los errores pasados les servirán de leccion, y asi da lugar de esperarlo el buen sentido y la moderacion que reina en ambas cámaras.

CAPITULO XVIII.

SIGUEN LAS OBJECIONES. — POSICION CONTINENTAL DE LA FRANCIA.

«La posicion continental que ocupa la Francia la »obliga á tener en pié un numeroso ejército: si este »depende de las cámaras, la nacion podrá ser invadida »antes que aquellas hayan deliberado; si es la corona »la que tiene á su disposicion la fuerza armada, acaso »llegaria un momento en que se valiera de ella contra »las cámaras.»

Esta objecion, la mas deslumbradora de todas se resuelve como la de la oposicion por un medio del poder de la opinion. ¿Podrá nadie creer que si el enemigo se hallase en la frontera, las cámaras pudiesen rehusar un ejército al rey, ni que hombres propietarios dejasen impunemente invadir sus posesiones? Tan impopular medida sublevaria contra ellos á la nacion entera. En un pueblo tan sensible al honor, tan enamorado de la gloria de las armas, es indudable que en tal caso la multitud se agruparia alrededor de la corona, y la constitucion quedaria abolida de hecho. Pero ademas ¿puede darse una invasion tan súbita, tan imprevista que mucho tiempo antes no haya dado alguna señal de su existencia? ¿Puede acaso ninguna nacion vecina invadir el territorio francés con un puñado de soldados? ¿Por ventura antes de arrojarse á tamaña empresa no necesitaria reunir ejércitos y ponerlos en movimiento? ¿No se traspiraria forzosamente algun rumor de sus movimientos, ó de sus preparativos?

Aunque no se trata de imitar á los ingleses; de dejarse dominar de sistemas, ni de adoptar ciegamente una Constitucion, sin atemperarse á los hábitos, costumbres y situacion de un pueblo; aunque tenemos muy presente que un mismo vestido no puede venir bien á todos los hombres, es indudable que conviene dejar al poder ejecutivo en Francia mucha mas fuerza que en Inglaterra. El rey debe ser mas libre en sus movimientos, porque la Francia tiene mayores límites que aquella nacion, y se halla mas expuesta á las combinaciones de la política exterior. Nada tiene aquella nacion que temer de un enemigo extranjero por lo tocante á su existencia; pero en Francia puede ocurrir una guerra que ponga en peligro al Estado. Muchos intereses que allí se someten á la discusion pública, exigen secreto en Francia y no podrian ser discutidos en ambas cámaras sin aventurarse á un riesgo; pues en tanto que la discusion se iria remontando á abstracciones políticas, en tanto que tendriamos la vista fija en los astros pudiera muy bien suceder que cayéramos lastimosamente en un abismo. Para precaver esta desgracia es preciso que el trono puesto como un broquel nos garantice de los golpes que pudieran caer sobre nosotros; es preciso que el trono sea el antemural de la nacion y que circundado de esplendor y dignidad se haga respetar por su poder y su brillo. La autoridad del rey debe hallarse bastante libre de trabas para obrar con vigor y rapidez; debe en ciertos casos participar algo de la dictadura de Roma, y sobre todo en los actuales momentos debe todo el mundo contribuir á robustecer el poder monárquico revistiéndolo de toda la fuerza necesaria para la salvacion del Estado. La monarquía francesa quedando libre por lo tocante al interior, debe conservar todo el carácter militar por lo que concierne al exterior. En Inglaterra el ejército es un objeto de lujo; entre los franceses debe ser un asunto de primera necesidad. Esta es la razon porque el militar y la nobleza gozarán aquí otro género de consideraciones que las que disfrutan en aquella nacion. Allí puede un rico cervezero, ó un rico fabricante parecer á la patria tan digno de los empleos y honores como un capitan, porque efectivamente son tan necesarios ó acaso mas que él á la comun prosperidad; pero en Francia el soldado que garantiza á su patria de la invasion y del yugo extranjero, es un hombre que no solamente ejerce la profesion mas noble, sino que sigue ademas la carrera mas útil al Estado. De aquí deben nacer diferencias esenciales en las consideraciones que gozan en ambos paises, y por consiguiente diferencias sustanciales en las instituciones políticas. No conviene el traje de la clase media á la libertad en Francia; los hijos de este pais no la seguirán sino cuando oculte el modesto gorro con la cimera del casco.

Naturalmente hemos entrado en la segunda parte de la objecion. Si se da al rey tanta preponderancia, destruirá la libertad y oprimirá las dos cámaras.

Mucha calamidad seria indudablemente el que el gobierno colocara continuamente á la nacion entre la esclavitud y la conquista; mas por fortuna esto no es asi. El rey puede ser absoluto por lo relativo á los asuntos del exterior sin ser opresor dentro de los limites de la patria. La opinion pública viene tambien en apoyo de esta verdad. En el actual estado de cosas, nadie puede hacer impunemente violencia á los diputados: si tal sucediera se suspenderia al momento la cobranza del presupuesto, y para cobrarlo seria preciso armar tantos regimientos como ciudades, tantos ejércitos como provincias. Al decir esto en nada exageramos el poder de la opinion. Montesquieu lo creyó tan robusto que no vaciló en considerarlo como único principio de la monarquía: la libertad es un principio, es un hecho; pero el honor es la mas bella de las opiniones. Montesquieu tuvo mucha razon: en Francia el honor ha sido siempre móvil de todo. A la mano tenemos una prueba tan noble como brillante de esta verdad; todo esclavo, al pisar el suelo francés, adquiere su libertad. ¿Hay alguna ley positiva que lo mande? No por cierto; solo sucede en virtud de la opinion, que transformada en costumbre tiene fuerza de ley ante los tribunales.

La opinion en el antiguo régimen monárquico puede decirse que hacia veces de constitucion. Una cuarteta, un epigrama, una representacion contenian como por encanto los atentados del poder. Todo servia de freno á la autoridad absoluta, hasta la misma urbanidad de las costumbres. ¿Por qué razon pues un elemento tan poderoso en otros tiempos debe considerarse como desvirtuado en la época presente? ¿Por qué cuando precisamente puede expresarse con mas libertad se ha de creer que se ha menguado su eficacia? Lejos está de suceder semejante cosa: un artículo de la gaceta hace diariamente remontarse ó decaer nuestras esperanzas.

Fácil es, se nos dirá, salir del paso contestando con negativas, diciendo: eso no puede suceder, ó internándose en profundos razonamientos acerca de la

opinion. Como que el porvenir no está allí á mano para desmentir al que habla, fácil es desembarazarse contestando de ese modo, pero no se conseguirá inspirar conviccion.

Nos hariamos cargo de semejante réplica si precisamente no viniera como de molde á los mismos que la emplean contra nosotros. ¿Qué es lo que esa clase de personas contesta cuando alguno ataca el antiguo régimen de cosas? ¿Cuándo hay quien les sostenga que en aquellos tiempos nadie se hallaba al abrigo de un golpe de Estado, ni de la violencia de un ministro? Contestan en tal caso que jamás sucedian semejantes desmanes, y que la opinion se oponia á las arbitrariedades del poder. Razonable y valedera es tal contestacion; pero no deben extrañarse que se conteste á sus objeciones con el mismo argumento, ni que uno trate de guarecerse con el mismo escudo que ellos emplean. Nótese que en el caso que nos hemos propuesto no se trata de un hecho oscuro; no se trata de una persecucion individual y casi ignorada: no se trata nada menos que de los actos de rehusar las dos cámaras un ejército al rey, ó del rey dirigiendo contra ellas el ejército. Ciertamente que si la opinion puede tener una marcada influencia, nunca podrá manifestarse mejor que en semejantes momentos.

Por lo demás hay cosas que aunque no pueden apoyarse en demostraciones matemáticas, no por eso dejan de quedar menos demostradas. No son todo hechos positivos en la ciencia del gobierno: ¿no reposa el sistema de hacienda en Inglaterra sobre una ficcion? Misterios tiene la política así como la religion: el juego de las constituciones, su marcha y su influencia son de naturaleza inexplicable. Los cuerpos políticos combinados con las costumbres; las pasiones y los acontecimientos, atraidos, rechazados, contrabalanceados y combatidos, producen efectos que toda la sagacidad humana no hubiera podido calcular. Esa vaguedad, esa incertidumbre, esas grandes cosas que nada producen, esas causas pequeñas que dan margen á tan grandes resultados, esas ilusiones, ese poder de la opinion tan frecuentemente engañoso aparecen manifiestamente en todo lo tocante á la ciencia del gobierno y en todo lo que merece un puesto en la historia. ¿No hay (valiéndonos de un ejemplo) siempre propension á suponer grandes talentos en el que desempeña un papel extraordinario? Muchas veces el talento de ese hombre es menos que cero. La gloria y la virtud hacen padecer equivocaciones al juicio, sobre todo en ciertas épocas en que puede decirse que la fortuna celebra sus bacanales, cuando el esclavo llega á sentarse en el trono del rey. Obsérvese con atencion á los que en tales momentos de delirio conducen al pueblo; miréseles de cerca y mas admirará su nulidad, que su ostentosa existencia: mucho hay que admirar del poco talento que se necesita para decidir de la suerte de los imperios, y al contemplarlo no puede menos de conocerse que en todos los acontecimientos humanos hay algo de fatal, algo de misterioso, que se escapa muy lejos de los límites de la comprension.

CAPITULO XIX.

SI SERIA POSIBLE ESTABLECER LA ANTIGUA FORMA DE GOBIERNO.

Finalmente aun cuando las objeciones contra el nuevo órden de cosas fuesen tan poderosas como poco sólidas nos parecen, hé aquí lo que á todas ellas podria contestarse: «Nadie puede hacer lo que no es, ni sea, ni que exista lo que no existe.» El rey nos ha dado una Constitucion: nada mas nos incumbe que sostenerla y respetarla. Hay una opinion general que domina sobre todas las opiniones particulares: y es la opinion *europea*, opinion por la cual un pueblo tiene que modelar su marcha por la de los demas pueblos. Cuando todo el mundo marcha de consuno hácia un objeto, no hay mas arbitrio que seguir de buena ó de mala gana el impulso general.

Antes del descubrimiento de la imprenta, cuando la Europa se hallaba sin caminos, sin postas y casi sin comunicaciones; cuando habia peligro en ir desde París á Orleans, porque un Mont Chéry á un Montmorency estaban en guerra con el rey de Francia, no llegaba á noticia de los reinos vecinos lo que sucedia en el interior de Francia; mas ahora que desde Petersburgo llega á París una noticia en quince dias; ahora que en las Tullerías se recibe en el término de algunos minutos una comunicacion de Estrasburgo ó de Milan; ahora que todos los pueblos se conocen, se han mezclado, saben mútuamente sus idiomas y conocen su historia; ahora que la imprenta es á manera de una tribuna siempre abierta donde cada cual emite el pensamiento.... no hay medio alguno de aislarse, no hay forma de no ser impelido por la marcha general.

Los hombres han hecho un depósito comun de conocimientos que á nadie le es dado retirar. El rey lo ha comprendido así en su profunda ilustracion, y por eso nos ha concedido la Constitucion. ¿Será por qué habremos carecido de ella en otros tiempos? No sin duda. ¿Por qué no podrá decirse que hemos tenido Constitucion? ¡Por qué no estaba escrita! ¿Lo estaban acaso la de Roma ó la de Atenas? ¿Seria exactamente cierto decir que la que actualmente rige en Inglaterra es una Constitucion escrita? Ciertamente seria muy extraordinario que la Francia hubiera existido como nacion por espacio de doce siglos sin gobierno y sin leyes. La antigua Constitucion de la monarquía era excelente para aquellos tiempos. Maquiabelo que era conocedor en la materia la elogió. Nada hay mas admirable ni completo que el equilibrio de los tres órdenes del Estado, mientras este equilibrio no se alteró. Nada mas admirable ni completo que las reales órdenes de los monarcas franceses en las que se encuentran consagrados todos los principios de las libertades patrias. No hay tal vez un solo caso de opresion que no haya sido previsto en ellas, ni para el que no se haya buscado remedio. Es muy notable que las antiguas turbulencias de Francia hayan sido siempre causadas por guerras extranjeras y por opiniones religiosas y que nunca hayan sido producidas por el órden político.

Los hombres en la antigua Francia estaban menos clasificados por sus categorías políticas que por la naturaleza de sus deberes; el primer órden del Estado era el que rogaba á Dios por la felicidad de la patria y consolaba á los desgraciados. Esta funcion estaba considerada como la mas sublime y lo era en efecto. Al sacerdote seguia el guerrero, porque el hombre que derrama su sangre por la patria y consagra su vida por ella, es un hombre mas noble que el que se dedica á las profesiones mecánicas. Obsérvese que como en tiempo del feudalismo tenian los vasallos que ir á la guerra, resultaba que el labrador era soldado: así es que segun las opiniones de aquel tiempo, la espada y el arado eran nobles y el hidalgo no creia degradarse por labrar la heredad paterna. En seguida venia el órden de los que se ocupaban en artes útiles á la sociedad. No podria creerse á cuántas virtudes era favorable esta division en el órden de los deberes, ni á cuántos sacrificios condenaba al sacerdote, ni á qué generosidad y delicadeza de sentimientos obligaba al hidalgo, en tanto que en la clase mas numerosa sostenia la lealtad, la probidad, y el respeto á las leyes y á las costumbres. En esto ha consistido, no lo dudemos, la larga existencia de la antigua monarquía.

Desgraciadamente se derrocó ese magnífico edificio. No tratamos de averiguar si era mas sólido ó mas perfecto que el que se acaba de levantar. Tampoco

indagaremos si el antiguo gobierno fundado en la religion, como todos los sistemas antiguos, producido lentamente por las costumbres, por el carácter, por el clima y acrisolado por los siglos estaba mas en consonancia con el carácter nacional, ni si era mas á propósito para desarrollar hombres eminentes y virtudes que el gobierno que le reemplaza en estos momentos. No entraremos tampoco en el exámen de si lo que se llama progreso de las luces es un progreso real, ó una marcha retrógrada del espíritu humano, un retroceso hácia la barbarie, una verdadera corrupcion de la religion, de la política y del gusto. Todo eso se puede defender: todos los que acometerán la defensa de esta causa no se hallarian faltos de poderosas razones y sobre todo de sentimientos patéticos para justificar su opinion. Mas en la vida es preciso partir siempre del punto á que se ha llegado. Un hecho es un hecho. Por bueno ó por malo que fuese el gobierno destruido, lo cierto es que ya está destruido; por mas que en el órden actual se progrese ó se retroceda, lo cierto es que los hombres no están ya en el terreno que ocupaban hace cien años, ni mucho menos en el de hace tres siglos. No hay mas arbitrio que aceptar la posicion, tal cual es y dejar de considerar á los hombres en lo que no son, ni en lo que no pueden ser: un niño no es un adulto, ni un adulto es un anciano.

Aunque quisiéramos que los sucesos acaecieran en un órden distinto del que acaecen, no lo podriamos conseguir. Deploremos norabuena la caida del antiguo gobierno, de aquel admirable sistema, que en su duracion lleva escrito su elogio; mas por último, nuestra admiracion, ni nuestros suspiros no nos han de volver á Dugleselin, La Hire ni Dunois. La antigua monarquía no existe ya para nosotros sino en la historia, así como el oriflama que en tiempo de Enrique IV le conservaba aun lleno de polvo en el tesoro de Saint-Denis: el valiente Crillon podia tocar con respetuosa ternura aquel testigo del antiguo valor francés; pero él militaba bajo la triunfante bandera blanca en las llanuras de Yvry, y no pedia que se desenterrara de entre las tumbas el estandarte de los campos de Bouvines.

En otra parte hemos manifestado ya (1) que los elementos de la antigua monarquía han sido dispersados por el tiempo y las desgracias: el espíritu del siglo se ha infiltrado por todas partes y ha penetrado en el corazon y en la cabeza de los mismos que mas libres se creen de su contagio.

Aun hay mas: si los que sin haberlo reflexionado piensan que es posible restablecer el antiguo gobierno, consiguiesen el permiso de acometer esta empresa, no tardariamos en verles desistir del proyecto despues de haber andado perdidos en laberintos sin salida. Por de pronto, ninguno de ellos desearia reponer absolutamente las cosas en el estado en que se hallaban: tantas provincias, tantos pareceres, pretensiones y sistemas; quisieran destruir esto, conservar aquello; cada cual iria de mano armada á pedir á su vecino cuentas de su propiedad.

¿Puede nadie figurarse lo que seria de la Francia el dia en que volvieran á ponerse en vigor las ordenanzas relativas á las pruebas de nobleza exigidas á los oficiales del ejército? Supongamos que el monarca reinando solo y teniendo que pagar 1,700 millones de deuda, sin contar el gasto corriente hubiese mandado á su ministro de Hacienda que le presentara un plan; que el ministro hubiese formado su proyecto tal cual lo hemos visto; que sin poder explicar sus razones, ni poder discutir públicamente sus medios, el ministro, autorizado por un decreto del consejo real hubiese querido poner en ejecucion ese plan ¿qué hubiera sido de la Francia? volvemos á preguntar nosotros.

(1) Del estado de Francia en marzo y octubre del mismo año.

¿No habria el Parlamento de París que por necesidad tenia que tomar acta del decreto, hecho ninguna representacion? ¿No habrian en pos de ella elevado su clamor los parlamentos de las provincias? Los paises de Estados no habrian acudido con reclamaciones? La nobleza y el clero no habrian hecho valer sus privilegios? Los pueblos, siempre dispuestos á no pagar las contribuciones, conmovidos por la resistencia de las demás clases, no se habrian sublevado? Semejante resistencia en el momento en que la discordia fermentaba aun en la nacion, hubiera indudablemente precipitado otra vez á la patria en una nueva revolucion. Pues bien, gracias á la Constitucion, el presupuesto discutido en ambas cámaras ha parecido necesario en cuanto al hecho, é ingenioso en cuanto á sus recursos: ha pasado pacíficamente, y el pueblo satisfecho de haber sido consultado por medio de sus representantes, se ha sometido á pagar contribuciones que en otro tiempo hubieran sublevado la nacion desde un extremo al otro.

Acaso en el nuevo órden de cosas figuran algunas personas que os desagradan, ó que os parecen odiosas, tened presente que esas personas pasarán, y la nacion es la que ha de subsistir. Despues de una revolucion los ánimos se van calmando con lentitud. Hay memoria de haber visto tal hombre en tales circunstancias, y parece imposible que al fin haya llegado á ser un buen ciudadano, y pueda ser empleado útilmente. Convengo en que esto es un mal inevitable; mas no por él se debe renunciar al bien de la patria. En 1605 iba Enrique IV á partir para el Limosin: habia ya diez y seis años que ocupaba el trono, y sin embargo Malherbe le decia en una oda:

«Cunde entre los hombres una desconocida calami»dad que les impele á ser enemigos del reposo en que »vivimos: La mayor parte propende á desear cambios, »y como si se alimenteran del público infortunio ha»cen tantas diligencias por renovarlo que solo puede »dejar de temerla quien carezca de juicio.

»Los ánimos nacidos para la tiranía aparecen ya »cansados de tener encubierto su cruel afan y apuran »en daño nuestro todo su discurso: en su conciencia »leemos con toda claridad que si no sueltan la rienda »á su impaciencia, no lo debemos sino á la proteccion »que él (Enrique IV) nos dispensa.

»Vivid, pues, señor, y sostened nuestra exis»tencia!»

Despues de la restauracion de Carlos II en Inglaterra, los ánimos permanecieron agitados. Una vez pasado el primer impulso de alegría, los hombres que en el curso de la revolucion habian seguido principios opuestos, volvieron á reanimar sus odios. De aquellas facciones traen su orígen los wighs y torys. No faltaron algunos frenéticos que consideraban á los regicidas condenados como mártires de la *buena antigua causa* «of the old good cause.» Suponian que Harrison, Cook y Peter al morir habian sido indudablemente *revestidos del Señor*, «cloathed with the Lord.» ¡Solo estaban cubiertos de la sangre de su rey!

De todo lo dicho debemos deducir que aquellos que echan de menos el antiguo sistema debian adherirse al nuevo, porque es bueno en sí mismo, porque es el resultado forzoso de las costumbres del siglo, y finalmente porque el otro ha venido á tierra por una fatal necesidad, de cuya ley nadie puede librarse.

CAPITULO XX.

EL NUEVO GOBIERNO ENTRA EN EL INTERES DE TODOS.—VENTAJAS QUE OCASIONA Á LOS HOMBRES DE OTROS TIEMPOS.

Mucho nos ha costado el demostrar á unos hombres dignos de todo respeto que ya no les es posible alcanzar lo que desean. Tanto y acaso mas que ellos mis-

Es Duguesclin

mos suspiramos por lo que ha dejado de existir; mas por último bien convencidos estamos de que á nadie le es dado hacer que el siglo XIX sea el XVI, ni el XV, ni el XIV. Todo cambia, todo se destruye, todo pasa. El modo de servir bien á su patria es someterse á las revoluciones que los tiempos traen consigo, y para ser hombre de su pais, es preciso ser hombre de su tiempo. Veamos á quien podrá aplicarse la denominacion de hombre de su tiempo. Así puede llamarse el que dejando á un lado sus opiniones propias, lo sacrifica todo á la felicidad de su patria; un hombre que no adopta ningun sistema, que no da oidos á ninguna preocupacion, que no se afana por buscar lo imposible, y trata de sacar el mejor partido de los elementos que le vienen á mano, un hombre que sin irritarse contra la especie humana, piensa que es preciso conceder algo á las circunstancias, y ve en la sociedad mas debilidades que crímenes: finalmente el hombre de su tiempo será un hombre altamente razonable, ilustrado por la inteligencia, moderado por el carácter, que creerá como Solon, que no conviene doblegar las costumbres al gobierno, sino atemperar este al influjo de aquellas.

La actual constitucion tiene precisamente este último carácter: fáltanos demostrar que es igualmente favorable á los intereses de los súbditos que á los del monarca.

Preguntaremos á la nobleza (1). ¿De qué podeis quejaros? La constitucion os garantiza todo lo que habia de esencial en vuestra antigua existencia. Si no le ha sido posible reponeros en el goce de algunos derechos destituidos por la opinion mucho antes que por los acontecimientos, en recompensa os facilita otras ventajas. Ocupabais los puestos de oficiales en el ejército; pues bien, seguid ocupándolos, pero con condicion de partirlos con franceses que hayan recibido una honrosa educacion. Esto no es haceros una injusticia, pues otro tanto sucedia en los tiempos de la monarquía. El valor ha sido siempre á las ojos de los reyes el principal título de un guerrero. «Para ser »hecho caballero, dijo Mr. du Tillet, siempre se ha »escojido al que se distingue por hechos de valor y »proezas, mas bien que por su alto linaje, pues no »se tiene en cuenta mas que su bizarría (2).»

¿En qué fundaba antiguamente un hidalgo su ambicion y esperanza? En llegar á ser capitan despues de cuarenta años de servicio, y en poderse retirar con la cruz de San Luis (3) y 600 francos de renta cuando llegaba ya la vejez. En la actualidad sigue la carrera militar llegando rápidamente á los primeros puestos. No contando con un estraño favor ó con una accion extraordinaria, ¿cuándo hubiera en el antiguo régimen llegado un hijo menor de alguna casa de Gascuña ó de Bretaña al empleo de coronel, de general ó de mariscal de Francia? Si reuniendo toda su pequeña fortuna hacia un esfuerzo para pasar á Paris á pretender un empleo, ¿podia acaso presentarse en la córte? Para gozar de la vista del rey á quien defendia con su espada, ¿no le era preciso pasar por el costoso ceremonial de la presentacion? ¿Qué papel representaba en las antecámaras de los ministros? ¿Qué era, á los ojos del mundo frívolo é ingrato mas que un pobre hidalgo de provincia? Siendo muchas veces de una nobleza mas antigua que la de los cortesanos que ocupaban el puesto que le pertenecia al lado del monarca, no recibia de aquellos hijos del favor mas que desaires y negativas. Aquel distinguido representante del honor y de la fuerza de la monarquía no era mas que un objeto de ridiculez por su sencillo traje, y por su inculta conversacion: no tenian presente que Enrique IV hablaba en gascon y que las mangas de su gaban habian tenido coderas.

Pasó ya el tiempo de los desaires: nobles de las provincias, nadie os disputará ya el goce de las consideraciones debidas á vuestras familias: en Paris podreis entrar en todas partes, hasta en el palacio de vuestros reyes. Un inmenso y nuevo campo se abre para vosotros en la antigua carrera militar. Podeis ser elegidos miembros de las cámaras: podeis llegar á ser temibles (4) á esos ministros que en otro tiempo se desdeñaban de hablar con vosotros, y que ahora á su vez os alhagarán; podeis llegar á ser pares del reino, y empuñar el timon del Estado, siendo por consiguiente nuevos gefes de vuestras antiguas familias y patrones de vuestra provincia sin deber mas que á vosotros mismos el favor de tan encumbrado destino. ¿Qué podia ofreceros digno de compararse con esto el antiguo gobierno? Y tened presente que no hemos hablado mas que de vuestros intereses materiales, sin hacer mencion de la gloria, prenda segura del que consagra su vida á defender al rey, amparar al pueblo é ilustrar la patria; del que sin desviarse de las aras de la religion defiende los derechos de la razon universal, y combate en pro de los principios de esta libertad prudente, sin la que nada hay digno, nada hay noble en la vida humana. Reflexionando Burnet en la revolucion que dió á Inglaterra esa constitucion tan ponderada, observa que á los ingleses nobles de su tiempo les costaba trabajo someterse *por parecerles mal que el rey no fuese bastante rey* (5). Pues esos nobles que entonces se lamentaban son los antepasados de Pitt, Burke, Nelson y Wellington: aquella monarquía ha llegado á ser una de las mas poderosas de la tierra, y aquel país se ha elevado al mas alto grado de prosperidad rigiéndose por una constitucion que en aquella época repugnaba á su razon, á sus costumbres y á sus tradicciones.

¿Quién de nosotros podria oponerse á la generosa alianza de la libertad y el honor? ¿No son estos los principios, como ya lo hemos demostrado, los que constituyen esencialmente la nobleza? ¿Por qué razon no obtendrá un noble en el nuevo sistema monárquico toda la consideracion de que gozó en el régimen antiguo? Lejos de perjudicarle, la constitucion le vuelve á dar aquella importancia aristocrática que habia perdido, y de la cual los ministros del poder ponian todo su conato, unas veces por la astucia y otras por la fuerza, en despojarle. ¿Qué parte tenia la nobleza antigua en las funciones del gobierno, salvo el raro caso de reunirse los estados generales? ¿No era el parlamento de Paris el que ejercia los derechos políticos? y sin embargo era bastante duro para el antiguo cuerpo de la nobleza no intervenir en nada en los asuntos públicos y ver que el gobierno se iba desplomando sin poder emitir siquiera su opinion (6). Algunos derechos feudales caidos ya en desuso, ¿podian por ventura valer tanto como los derechos políticos que se devuelven en la actualidad á los nobles? Estos derechos conservados por la cámara de los pares, sin

(1) Todas estas máximas descontentaron por de pronto á los mismos á quienes el autor se proponia consolar; pero luego no pudieron menos de darle las gracias, y tomando parte en el gobierno representativo comprendieron sus recursos.

(2) *Coleccion de los reyes de Francia.*

(3) Se ha dicho que precisamente es esto lo que habia de bueno en el antiguo régimen; pero esto es confundir las cosas y sentir mas bien que raciocinar. ¿No se echa de ver que cuanto mas admirable aparece en tal caso la conducta de un *hidalgo*, tanto menos generosa es la del gobierno? ¿Y qué el alabar al uno es criticar al otro?

(4) Podria creerse que he profetizado en vista de los sucesos, si afortunadamente las *Reflexiones políticas* no hubiesen salido á luz en diciembre de 1814.

(5) Reflex. sobre las Memor. hist. de la Gran Bretaña, pág. 54.

(6) No ejercia la nobleza derechos políticos sino en los paises de estados.

impedir por eso que los nobles puedan sentarse tambien en la de los diputados, son bienes que indemnizan á la nobleza de las pequeñas ventajas del antiguo régimen, es decir, del antiguo régimen tan desnaturalizado y debilitado como se hallaba antes de la revolucion. Sobre todo nadie le impide á un noble el ser tan ciudadano como Escipion, y tan caballero como Bayardo; jamás la esclavitud ha sido carácter constitutivo de la nobleza. Cierto es que esta ha sabido en todos tiempos morir gustosamente en obsequio de sus príncipes; pero tampoco ha dejado nunca de defender con respeto, si bien con energía, sus derechos contra las prerogativas de la corona. La nobleza volverá á interponerse, como en otros tiempos, á modo de barrera entre el trono y el pueblo. Cuando Carlos I enarboló el estandarte de la guerra civil, la nobleza de Inglaterra corrió á colocarse en torno de su rey y le declaró que al defenderle contra los rebeldes, de ningun modo pensaba en servir de instrumento para oprimir la libertad de los pueblos, y que si trataba de valerse de sus armas para un objeto semejante, desde luego se creia obligada á retirarse. Esta generosa determinacion es asimismo la que da aliento á la nobleza de Francia: los caballeros de esta nacion son los defensores del pobre y del huérfano. «¡Vive Dios! decia Beltran Duglesquin á Carlos V. »Contad primero con los hombres de sombrero forrado, es decir, con los prelados y los abogados que se »comen el pueblo. A esos es á quienes se debe mandar »abrir sus arcas y no á los pobres estenuados de mise»ria. Hoy os veo marchar por el camino contrarie; »pues se pretende quitar sustancia al que tiene poca, »y al que tiene pan se le ofrece mas.»

Acaso direis que despojados de ciertos homenajes que os tributaban y os distinguian, habeis perdido el caracter esterior de nobleza; mas tened entendido que en diversas épocas y asambleas de los estados generales, los nobles habian ido renunciando á impotentes prerrogativas, y por fin habian convenido en la reparticion igual de contribuciones. Si se hubieran pues separado los últimos Estados Generales sin haberse verificado la revolucion, ¿se habria la nobleza privado de sus privilegios por renuncia voluntaria, considerado como aniquilada? No sin duda: apliquen, pues, ese raciocinio al estado actual. Sin embargo creemos necesario que para lo sucesivo se concediera á la nobleza, como á los antiguos caballeros romanos, algunos de aquellos honores que anuncian su categoria á los ojos del pueblo, sin cuyo requisito no estarán bien marcadas las graduaciones constitucionales de la monarquía, y sin lo cual parecerá que la nacion se halla sometida al nivel del despotismo oriental. Conviene sobre todo que los pares gocen de los mayores privilegios; que tengan localidades especiales en las solemnidades públicas; que se les hagan honores en las provincias, y por decirlo de una vez, que á primera vista se distinga su elevada condicion.

Por lo demás, como no queremos decir que esta consideracion no esté fundada en los términos de la razon y de la mas estricta verdad, tampoco pretendemos que todas las ventajas de que se ha hecho mencion en este capítulo sean concedidas inmediatamente. La carrera militar deberá por ejemplo permanecer mucho tiempo cerrada por causa del gran número de oficiales que han quedado sin empleo y que deben ser preferidos. Cualquiera que fuese la clase de gobierno que la restauracion hubiese establecido, nunca habria podido zanjar este inconveniente. El renacimiento de la antigua monarquía no podia disminuir el número ni desvirtuar los derechos de tantos franceses que han derramado su sangre por la patria. Asi es que la constitucion nada influye en este inconveniente. Por otra parte, asi como ya lo hemos dicho al hablar de la emigracion, son ya muchos los nobles que sirven en el ejército. Finalmente, no siempre debe uno afanarse en provecho propio: solo á los pueblos en masa les están permitidas las *esperanzas sin término y los vastos pensamientos.*

Por lo tocante á la alta nobleza, de la que no hemos hablado con referencia á la constitucion, diremos que son tan grandes las ventajas que le proporciona esta nueva forma de gobierno, que el tratar de desmostrarla seria una cosa superflua. Asi como la alta nobleza era la que mas habia perdido en la destruccion del poder aristocrático de Francia, tambien es ella la que gana mas en el órden de cosas que restaura ese poder. Los varones que sustentan esos nombres históricos con los que se ha famaliarizado ya nuestro oido al tratar de hechos gloriosos, vuelven á entrar en posesion de sus derechos: suerte bastante digna de atencion es por cierto el que contribuyan á establecer la nueva monarquía en la cámara de los pares de Luis XVIII despues de haber establecido la base de la antigua en la de los pares de Hugo Capeto.

De manera que la cámara que restituye á los nobles la parte que antiguamente tenian en el gobierno, y que al mismo tiempo los aproxima al pueblo para no privarlo de su proteccion, no hace mas que renovar el primitivo espíritu de su gerarquía. Los mas altos y brillantes destinos se abren ante la nobleza, y para llegar á ellos no necesitará mas que caminar bien persuadida de su posicion sin volver atrás la vista, y sin empeñarse en vana lucha contra el torrente del siglo.

CAPITULO XXI.

LA CLASE MAS NUMEROSA DE LOS FRANCESES DEBE DARSE POR CONTENTA CON LA CONSTITUCION.

No es necesario demostrarlo. Todo lo que hemos dicho lo demuestra suficientemente. La constitucion nos asegura á todos el goce de la libertad que hemos comprado á costa de la sangre mas pura de la nacion. La constitucion ha enderezado á buen término todos nuestros esfuerzos, y ha hecho que no sean estériles tantas calamidades y tanta gloria, dando al hombre el sentimiento de su dignidad ha ennoblecido nuestros errores. Cada cual parece justificarse á sus propios ojos; cada cual puede decir en su interior: «Hé »aqui el objeto de mis deseos; ya está reconocido el »derecho natural; todo ciudadano francés es llamado »á los empleos civiles y militares y á la tribuna de »ambas cámaras; todos pueden igualmente ilustarse »en servicio de la patria.» Esto no es una esperanza; es un hecho. Y cualquiera que en la actualidad pueda decir: «Soy par de Francia bajo el reinado de un rey legítimo,» debe comprender que la constitucion es por sí misma un hecho muy hermoso y que hay no poca diferencia entre ser par de Luis XVIII ó senador de Bonaparte.

¿Qué hubieran podido conseguir los mas celosos republicanos en el órden político que la restauracion acaba de destruir? El que sin distincion de clases se les abrieran las puertas de los empleos y de los honores. Pues eso lo han conseguido ya bajo un monarca legítimo, y nunca hubieran llegado á gozarlo sirviendo á lar órdenes del extranjero, que por de pronto habia establecido las distinciones mas humillantes. Era mas dificil llegar á la presencia del último empleado de palacio que el personarse hoy con el mismo monarca. Los que sinceramente hayan amado la libertad deben bendecir la constitucion. ¿Podian rozonablemente esperar un resultado mas feliz de sus esfuerzos ni de nuestras discordias? ¿Quién será el insensato que sueñe en la república apesar del desengaño de la experiencia? La extension de la Francia, la índole de la nacion y mil odiosos recuerdos se están oponiendo irresistiblemente á esa forma de gobierno. Cualquiera que imaginara ser esclavo con la repre-

sentacion de las dos cámaras, con el derecho de peticion, con el anulamiento de la confiscacion, con la seguridad de las propiedades, con la independencia personal y con la garantía contra los golpes de estado, cualquiera que tal creyese, volvemos á decir, daria prueba de no haber tenido nunca buena fe en sus opiniones, y por lo tanto nunca seriá digno de ser libre.

CAPITULO XXII.

EL TRONO ENCUENTRA SU SEGURIDAD Y ESPLENDOR EN LA CONSTITUCION.

Por lo tocante al rey, ¿tendrá mas latitud su autoridad segun los antiguos reglamentos que por la Constitucion que nos ha dado? Desde un extremo al otro de la nacion, en virtud de una ley aprobada por ambas cámaras, quedan á su disposicion nuestra vida, nuestros hijos y nuestras fortunas. Hable en nombre de la ley, y todos correremos á sacrificarnos por él. ¿Tendrá que sufrir aquellas eternas representaciones, alguna vez justas, pero con mas frecuencia faltas de consideracion, asi que sea preciso imponer la mas insignificante contribucion? ¿Tropezará en todas las provincias, en cada ciudad, en cada aldea con fueros, con costumbres, con corporaciones que le disputen sus derechos legítimos, y quiten al gobierno la unidad de accion y la rapidez de la marcha? La autoridad regia escudada con ambas cámaras es inatacable, y la fuerza que de ella dimana, irresistible. Las tempestades estallan sobre los ministros; la paz, el respeto y el amor viven estacionados en el trono. Si se siente impelido hácia la gloria de las armas, no tiene mas que hablar y encontrará ejércitos dispuestos á seguirle. Si le agradan las artes y el talento, nada es mas á propósito para desarrollarlas que el gobierno representativo; si le placen las ideas políticas, si se siente inclinado á perfeccionar las instituciones de la patria. ¡Ah! ¡cuántos elementos se adunarán para halagar esa inclinacion verdaderamente regia! ¿Por qué razon habrán de ser los Borbones enemigos de todo cambio en el sistema político? El que acaba de terminar su carrera ¿habia existido siempre? La monarquía ha cambiado de forma de siglo en siglo.

La raza augusta é inmortal de los Capetos ha visto inmóvil sobre el trono pasar á sus piés las generaciones, revoluciones y costumbres de la Francia; y ha sobrevivido á los golpes que brazos parricidas han descargado sobre ella algunas veces, sin dejar por eso de acoger en su seno á sus hijos ingratos. A esa sagrada familia es deudora la nacion de todo cuanto tiene: ella existia, por decirlo asi, antes que nosotros, y es tan francesa como la Francia misma. En tiempo de las dos primeras razas, todo era romano y tudesco, gobierno, costumbres é idióma. La tercera raza abolió la esclavitud, instituyó la representacion nacional por medio de las tres categorías sociales, los parlamentos ó salas de justicia, compuso el código, estableció los ejércitos regulares, fundó colonias, construyó fortalezas, abrió canales, ensanchó y adornó las ciudades, levantó monumentos, y creó hasta el idióma que hablaron Duguesclin y Turena, Ville-Hardouin y Bossuet, Alain Chartier y Racine. Luis XVIII al frente de las dos cámaras nos pondrá en un estado dichoso y floreciente, asi como sus antepasados nos adquirieron el poder con los Estados generales. El rey encontrará en sí mismo elementos de grandeza que comunicar á los nuevos destinos de la nacion. La monarquía renace de sus propias raices como un lirio que ha perdido sus tallos en la estacion de las tempestades, surge de nuevo del seno de la tierra al primer dia sereno de la primavera: *ex omnibus floribus orbis elegisti tibi libium tenum* (1).

(1) Esp.

CAPITULO XXIII.

CONCLUSION.

Toda la Europa parece hallarse dispuesta á adoptar el sistema de las monarquías moderadas: la Francia que fue la primera á dar ese impulso general, no puede menos de seguir el movimiento. Agrúpese, pues, la nacion en torno del gobierno. El amor al monarca, á la patria, y el afecto á la Constitucion, sean el único emblema de la bandera nacional.

Gracias al rey, y solo al rey, la Francia de Luis XIV ha podido conservarse en toda su integridad. Vauban supo establecer los límites de esta nacion mucho mejor que los demarcados por los rios y las montañas. La extension natural de un imperio no está, por mas que algunos digan, determinada por los accidentes geográficos, sino por la conformidad de costumbres é idiómas: los límites de la Francia concluyen allí donde no se habla francés. Aquellos ciudadanos de Hamburgo y de Roma que al hablar en el Senado corrompian el idióma de la Francia; que no tenian ni podian tener mas que odio y enemistad contra esta nacion, habrian por último ocasionado su ruina como pueblo, asi como los galos y las demás naciones subyugadas destruyeron la patria de Ciceron al tomar asiento en el Senado romano. La Francia es lo que era: un millon de soldados se halla dispuesto en caso necesario á defender á unos cuantos millones de labradores: el suelo del país, semejante á una madre prevísora, multiplica sus tesoros y beneficios en proporcion mucho mas alta que la que necesitan sus hijos. Cuatrocientos mil extranjeros, sin contar con los ejércitos nacionales, han asolado sus provincias, y de allí á dos meses hubo que conceder la libre exportacion de cereales. ¿Qué le falta á ese antiguo reino de Clodoveo, cuya fuerza y poder fue alabada por el mismo Gregorio el Grande? Tiene hierro, tiene bosques y cosechas: su sol madura los vinos de todos los paises: las costas del Mediterráneo le suministran aceite y seda, y las del Océano pastos para rebaños. Marsella que ya no está, como en tiempos de Ciceron, *combatida por las oleadas de la barbarie*, atrae el comercio del mundo antiguo, en tanto que sus puertos en el otro mar reciben las riquezas del nuevo. A cada paso se encuentran en este país monumentos de los tres grandes pueblos galos, romanos y franceses. Diósele antiguamente el dictado de madre de los reyes, porque casi todos los tronos de Europa y hasta algunos del fondo de Asia estaban ocupados por hijos suyos. Su gloria que nunca llegará á marchitarse, irá creciendo en el porvenir. Transformados por nuevas leyes los franceses se encaminan á nuevos destinos, y hasta tienen una ventaja sobre los pueblos que les han precedido en la carrera que ahora emprenden, y es la de que habiendo estos envejecido, aquellos la acometen con toda la lozanía de la juventud.

Acostumbrados á los grandes movimientos desde hace tantos siglos reemplazan los franceses el calor de las discordias y el afan de las conquistas por la aficion á las artes y por los gloriosos trabajos del ingenio. No necesitan extender ávidas miradas al exterior, sino fijarlas en su hermosa patria y exclamar con Virgilio:

¡Salve, magna parens frugum.....
Magna virum!

¿Por qué no se ha de hablar con franqueza? Cierto es que la nacion ha perdido mucho con las revoluciones: pero ¿no habrá ganado algo? ¿No se deben contar por nada veinte años de victorias? ¿No valen algo tantas acciones heróicas, tantas abnegaciones generosas? ¿No hay todavía entre los franceses ojos que derraman lágrimas de ternura, corazones que palpitan solo al oir el nombre de la patria?

Si la multitud se ha corrompido, como siempre sucede en las guerras civiles, tambien puede decirse que en la alta sociedad se han purificado las costumbres, y las virtudes domésticas se han hecho mas familiares, así como el carácter francés ha ganado tambien en fuerza y gravedad. Cierto es que no ha perdido su frivolidad, pero ha adquirido mas naturalidad y sencillez; cada cual se parece mas á sí mismo y mucho menos á su vecino. La juventud educada en los campamentos presenta algo de viril y original que en otros tiempos no tenia. La religion no es ya en los que se han dedicado á su ejercicio un acto de costumbre, sino el resultado de una íntima conviccion; la moral, que ha sobrevivido en los corazones, no es ya fruto de una instruccion doméstica, sino enseñanza de una razon ilustrada. Los intereses de mas alta consideracion han ocupado las imaginaciones: el mundo entero ha pasado ante los ojos de la Francia. Diferente cosa es defender su vida, ver derrocarse y levantarse tronos, ó no tener mas ocupacion que una intriga de camarilla, una caceria en el bosque de Boulogne, ó una novedad literaria. Trabajo nos cuesta confesarlo; pero en el fondo ¿dejaremos de conocer que el carácter francés ha adquirido mucha mas virilidad que la que tenia hace treinta ó cuarenta años? Por otro lado, ¿por qué se ha de ocultar que las ciencias exactas, la agricultura y los artefactos han hecho inmensos progresos? No desconocemos los cambios realizados en provecho de la Francia: ¡demasiado caros le han costado! Cesemos, pues, de calumniar á la nacion diciendo que no son á propósito sus hijos para tratar asuntos de la libertad: siendo asi que todo lo entienden, para todo son á propósito, y todo lo comprenden. Manifestándole consideracion y confianza, esta nacion se elevará á todas las alturas del mérito. ¿No ha dado en momentos de prueba muestras bastantes de todo lo que puede ser? Siéntase orgulloso el hijo de Francia al verse libre y gobernado por un rey salido de su propia sangre. Dé en estos momentos ejemplo de órden y de justicia, así como en otros tiempos ha sabido darlos de gloria: respete á las demás naciones sin dejar de respetarse á sí mismo. Algun provecho puede sacarse de las revoluciones y las desgracias, no desentendiéndose de las lecciones de la fortuna: los furores de la Liga salvaron la religion; los estravíos en que la nacion cayó últimamente, la habrán amaestrado á sostenerse en un estado político digno de los sacrificios que para conseguirlo, ha consumado.

Reúnanse todos los hombres de intencion sana para predicar una doctrina saludable, para crear un centro de opinion de donde se irradien todos los movimientos. Las cámaras deben unirse estrechamente al rey á fin de que este pueda ejecutar libremente los proyectos que en provecho de su pueblo está meditando. Haya lealtad en los ministros, reine la buena fe por todas partes, y la salvacion de la patria queda enteramente asegurada. Respeto y veneracion al soberano, libertad para las instituciones, honor en el ejército y amor á la patria; hé aquí las opiniones que todo buen ciudadano debe profesar. Fuera de ese centro todo son quimeras, pesares intempestivos, melancólicos caprichos y penosas recriminaciones; y adviértase que á pesar de todas las atrabiliarias disputas que puedan suscitarse, la fuerza del siglo nos hará, mal que nos pese, seguir esa misma senda de que ahora queremos separarnos. Así lo acredita el ejemplo: hace veinte y seis años que principió la revolucion. Solo una idea ha sobrevivido á todas las demás, la idea que fue causa y principio de esta revolucion, la idea de un órden político que proteja los derechos del pueblo sin lastimar los de los soberanos. ¿Habrá alguno que crea que lo que ni los furores revolucionarios, ni las violencias del despotismo pudieron destruir, pueda destruirse en estos momentos? La Convencion nos curó para siempre de tendencias al republicanismo; y Bonaparte tomó por su cuenta el curarnos radicalmente de aficion al poder absoluto. Estas dos lecciones nos han hecho conocer que una monarquía limitada como la que se debe á Luis XVIII, es el gobierno que mas conviene al decoro y la felicidad de la Francia.

INFORME

ACERCA DEL ESTADO DE LA FRANCIA EN 12 DE MAYO DE 1815, PRESENTADO AL REY EN SU CONSEJO DE GANTE (1).

SEÑOR:

Acaba de suceder la única desgracia que amenazaba á la Europa despues de tantas calamidades. Los soberanos, augustos aliados vuestros, creyeron que impunemente podian emplear su magnanimidad para con un hombre que no conoce ni el valor de una conducta generosa, ni la religion de los tratados. Error ha sido este de aquellos que dependen de la nobleza de carácter. Un alma elevada y recta apenas puede formarse idea de la maldad y el artificio; el salvador de Paris no podia entender á fondo al destructor de Moscou.

Bonaparte, colocado por una extraña fatalidad entre las costas de Francia é Italia se ha dejado caer como Genserico sobre el sitio *á donde le llamaba la cólera de Dios*. Como esperanza de todo el que habia cometido ó meditaba cometer un crímen, apareció, por último, y puso en accion su proyecto. Hombres abrumados con vuestros beneficios, con el seno cubierto de los distintivos que les habeis concedido, besaron por la mañana la mano del monarca á quien iban á vender por la noche. Vasallos traidores, indignos franceses, desleales caballeros, cuando aun resonaba en sus labios el juramento de fidelidad que acababan de haceros, iban con la flor de lis en el pecho, á jurar, por decirlo asi, el perjurio al que tampoco vacilaba en declararse á sí mismo traidor, rebelde y desleal.

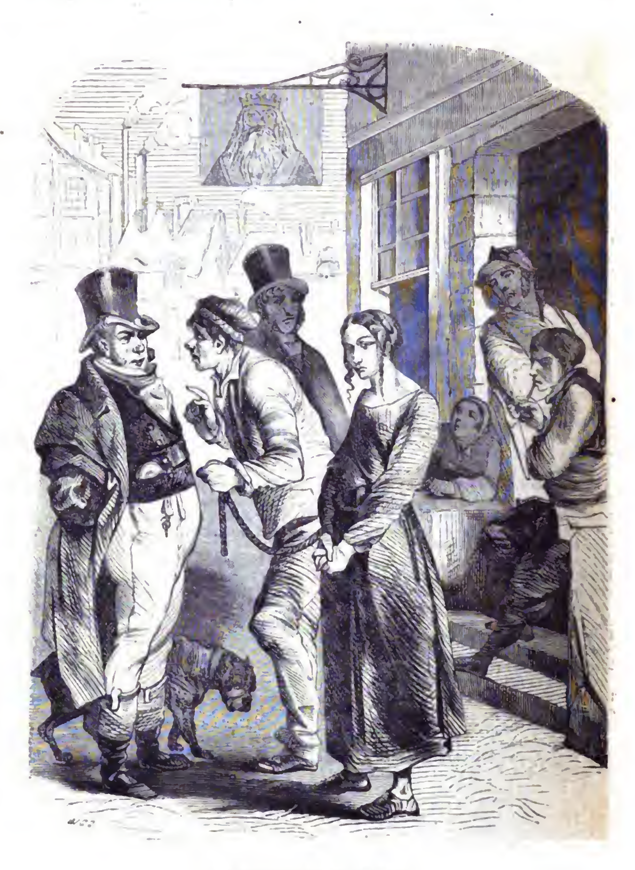
Por lo demás, señor, el ultimo triunfo que corona y pone término á la carrera de Bonaparte, nada tiene de maravilloso: no llega á ser una revolucion verdadera, nada mas es que una efímera invasion. Ningun cambio real ha producido en Francia: las opiniones siguen siendo las mismas que eran. Tampoco es el re-

(1) Cuando llegamos de Gante tuvimos ocasion de oir á algunas personas que á pesar de ser muy buenos realistas, se habian dejado sorprender y trataban de justificar su entusiasmo hácia un personaje demasiado célebre, diciendo: No sabeis los favores que nos ha hecho; no os habeis hallado aquí durante los cien dias; no habeis conocido el espíritu de la Francia, etc., etc.

Extraño es suponer que unos hombres que habian pasado muchos años en Francia bajo el reinado de Bonaparte; que no se habian ausentado mas que por el término de tres meses; que durante este periodo habian vivido á pocas leguas de la frontera; que todos los dias habian recibido noticias de Paris públicas ó confidenciales con solas veinte y algunas veces diez y seis horas de retraso; que estaban en el centro de los ejércitos y de la diplomacia europea, es decir, en el centro de todas las inteligencias y relaciones; que á cada momento veian llegar cerca del rey franceses de la capital y de las provincias; es bien extraño, vuelvo á decir, suponer que para tales hombres la Francia debia ser un pais totalmente desconocido. Por lo cual, si se lee con alguna atencion este informe, no podrá menos de verse que no nos hallábamos los que habitábamos en Gante tan mal instruidos de lo que sucedia en Paris; que habiamos previsto el desenlace de aquella breve tragedia, y que tal vez juzgabamos de las maquinaciones y estado de los partidos mejor que el que se hallaba colocado mas cerca del teatro.

sultado inevitable de un largo encadenamiento de causas y de efectos. El rey se ha retirado por un momento: la monarquía subsiste en su integridad. La nacion con sus lágrimas y sus pesares ha demostrado que se separaba del poder armado que le imponia leyes.

Estos repentinos trastornos son asaz comunes en todos los pueblos que han tenido la espantosa desgracia de caer en manos del despotismo militar. Llenas están de ellos la historia del Bajo imperio, la del imperio otomano, la del Egipto moderno, y la de las regencias de Berbería. A cada momento en el Cairo,



UN INGLES VENDIENDO A SU MUJER.

en Túnez y en Alejandría ocurre que un rey proscripto trata de restaurar su fortuna en las fronteras del desierto. Para el buen éxito de su empresa no necesita de un valor extraordinario, ni de profundas combinaciones, ni de elevados talentos: puede ser el mas comun de los hombres con tal que sea el peor de todos. Estimuladas por la esperanza del botin se declaran en favor suyo algunas hordas armadas: el pueblo consternado tiembla, considera, llora y enmudece: un puñado de hombres armados se hacen res-

petar de la multitud indefensa. El déspota avanza entre el rumor de las cadenas, entra en la capital de su estado, triunfa y muere.

Hace ya largo tiempo, Señor, que el cielo os esta probando, porque quiere que seais un monarca completo. Vuestras regias virtudes, si es que se hallaban aun faltas de algun requisito, reciben hoy bajo la mano del mismo Dios su última perfeccion. En todos los paises donde habeis sustentado la duplicada majestad del trono y del infortunio, olvidándoos de vuestras propias desgracias, solo habeis fijado vuestro pensamiento en las del pueblo. Con la vista elevada



DECRETOS DE QUINTAS EN TIEMPO DEL IMPERIO.

en esa Francia, cuyas fronteras estais casi viendo, y cuyos males quereis conocer para remediarlos, me mandais que os presente el cuadro del estado político y de las disposiciones morales de la nacion. Voy por lo tanto, Señor, á someter á vuestras luces una serie de hechos y de reflexiones.

Hablaré sin rodeos: Vuestra Majestad cuya vista alcanza á todo, sabrá comprenderme.

§ I. *Actas y decretos para el interior.*

Bonaparte llegó á París el 20 de marzo por la tarde;

el robador de las libertades patrias, se introdujo en el palacio de los reyes de Francia al extenderse las tinieblas de la noche, el triunfador, *conducido en brazos de sus pueblos*, invadió el palacio de las Tullerías penetrando por una puerta falsa. ¡Tanta es la confianza que tenia en el amor de sus vasallos! El terror y la supersticion acompañaron sus pasos al cruzar aquellos salones por segunda vez abandonados, despues de haber vuelto á ver á la hija de Luis XVI.

La historia observará que Bonaparte entró esta vez en Paris, acaso al hacer un año que los aliados ocuparon la ciudad. Su orgullo humillado le volvió á conducir á esta capital que nunca fue tomada por fuerza en tiempo de los reyes legítimos, y que la ambicion castigada de Bonaparte entregó á la conquista: volvió pues á establecer su policía allí mismo donde un general ruso aun no hace un año organizó la suya: gracias á este vasto genio, á esas maravillosas combinaciones de aquel verdadero conservador del honor francés! Señor, asi que V. M. apareció, se retiraron los extranjeros: Bonaparte se ha dejado ver y los extranjeros van á volver á entrar en esta desgraciada nacion. Bajo vuestro reinado, los muertos fueron devueltos á sus tumbas y los hijos volvieron al seno de sus familias: bajo la dominacion de Bonaparte, las madres van otra vez á verse separadas de sus hijos, y los huesos de los franceses van á quedar otra vez dispersados por los campos: vos trajisteis todos los consuelos; él trae todos los dolores.

Apenas volvió á usurpar el poder, volvió á principiar el reinado de la mentira. Al leer los periódicos del 20 y del 21 de marzo, cree uno leer la historia de dos pueblos. En los primeros 30,000 guardias nacionales, 3,000 voluntarios y 10,000 estudiantes gritaban llenos de indignacion contra el tirano; en los segundos, bendecian su presencia! El entusiasmo, segun dicen, acompañaba su tránsito, cuando es cosa sabida que solo el silencio de la consternacion y del terror le salieron por donde quiera al encuentro. Señor entonces era mas real y mas interesante vuestro triunfo, porque era el triunfo de un padre! Las bendiciones de los pueblos acompañaban vuestros pasos, y vuestro corazon se halla aun enternecido con aquellos últimos gritos de ¡*viva el rey*! que oisteis resonar entre gemidos y sollozos hasta en las postreras cabañas de Francia!

Desde entonces cada dia ha visto el aborto de una impostura. Desde luego tuvieron por conveniente poner en circulacion algunas audaces mentiras para desalentar á los buenos y animar á los perversos. Asi es que se publicó que ya no habria guerra; que Bonaparte se entenderia con los aliados, y que iba á llegar la archiduquesa María Luisa con su hijo. No podia tardar en quedar de manifiesto la falsedad de tales hechos; pero entretanto iban ganando tiempo. En aquella clase de gobierno la mentira es una cosa organizada, y entra en los asuntos como medio de administracion. Hay mentiras para un cuarto de hora, para medio dia, para un dia entero, y para una semana. Una mentira puede durar hasta la propalacion de otra, y en tal laberinto de imposturas la mente de mejor criterio se encuentra confusa para hallar la verdad.

Desde luego salieron á luz proclamas entregando al olvido cuanto se hubiese escrito ó dicho bajo el gobierno real. Las personas fueron declaradas libres, la nacion libre, la imprenta libre: no se queria mas que paz, independencia y felicidad del pueblo. Todo el sistema imperial ha cambiado: la edad de oro va á renacer. Bonaparte será el Saturno de nuevo siglo de inocencia y prosperidad; un Saturno que no se comerá sus hijos como el de la fábula. Veamos si la práctica ha correspondido á la teoría.

En el *Campo de Mayo* es en donde la nacion va á ser regenerada: allí se repartirán las águilas á las legiones, y se coronará (verosimilmente por contumaz) al heredero del imperio, y allí finalmente se hará el escrutinio de los votos en pro ó en contra del Acta adicional á las constituciones. No me olvidaré de indicar, al fin de este informe, cual será verosimilmente el objeto real de esta grande asamblea.

En tanto que llegaba la aceptacion de la Acta adicional que ha de volver á dar su independencia al pueblo francés, la nacion empezó á disfrutar las ventajas del gobierno mas liberal. ¡Bonaparte la dividió en siete grandes departamentos de policía! Los siete prefectos tenian las mismas atribuciones que los llamados directores generales en otro tiempo. Muy presente tienen en Lyon, Burdeos, Milan, Florencia, Lisboa, Hamburgo y Amsterdam lo que fueron aquellos protectores de la libertad individual. En el número de los siete personajes que debian inspirar seguridad á los ciudadanos, y defenderlos del despotismo cuatro por lo menos hubieran podido en 1793 aspirar á la gloria de ser nombrados para tales empleos.

Sobre esos prefectos se encontraron colocados en una gerarquía mas y mas favorable á la libertad ciertos comisarios extraordinarios parecidos á los representantes del pueblo en tiempos de la Convencion.

La policía nos hizo saber que no iba á servir mas que para propagar la filosofía; que no obraria sino con arreglo á los principios de la virtud y que ella era la fuente de las luces y la base de todo gobierno libre.

Asi mismo manifestó á sus respetables agentes que era preciso segun las circunstancias, cabar *a gran profundidad*, ó limitarse á saber oir, y entender; lo cual equivale á decir, que segun la necesidad convendria sobornar al criado é invitar el hijo á que venda á su padre, ó contentarse únicamente con decir lo que se haya sabido bajo la confianza del secreto.

Los *asuntos religiosos* quedan tambien sometidos á la policía, de manera que la conciencia que anteriormente no dependia sino de Dios en lo sucesivo tendrá que obedecer á un espía.

Segun el poder constitucional de V. M. podian los ministros, durante el año 1815, separar de los tribunales á los magistrados que no pareciesen gozar de la confianza pública. Ocho ó diez fueron únicamente los separados, y todo el mundo sabe la razon por qué lo fueron.

¡*Qué arbitraridad*! exclamó el gobierno actual de Francia, y en el acto quita de su puesto á una multitud de magistrados de irreprochable conducta, distinguidos por su ilustracion y agenos de todo movimiento político.

Otro acto aun mas violento se habia propuesto llevar á cabo; pero tuvo que desistir del empeño al verse contrariado por la opinion. Siendo de pura forma el acto que instituye los escribanos jamás habia sido anulado por ninguno de los gobiernos revolucionarios que se han ido sucediendo, y sin embargo Bonaparte quiso anular un acto que instituia tres procuradores y ocho escribanos solo por haber sido instalados bajo el gobierno real.

Tampoco respetó ninguno de los empleos administrativos y militares. De ochenta y tres prefectos solo veinte y dos quedaron en sus puestos, obligándoles á mudar de prefectura: cuarenta y tres coroneles fueron destituidos al mismo tiempo.

Esta completa libertad que emana de la policía, como de su natural orígen: este respeto á las leyes, á los hombres y á las cosas nació de la libertad de imprenta; pues quedó abolida la censura y la direccion. Verdad es que si la prensa estaba libre, Vincennes tenia abiertas sus puertas, y que como medida de seguridad quedaron provisionalmente los periódicos y los libros en manos del señor duque de Otranto.

La generosa censura que los ministros de Bonaparte se atreven á echar en cara á vuestro ministerio fue mas bien establecida por ellos que por nosotros: el

público se hallaba forzado á no desplegar sus labios sobre lo pasado, y en tiempo del rey no se hablaba por lo menos de ciertos hombres mas que con el tono de la imparcialidad y únicamente para rechazar quizás sus imprudentes ataques.

Bonaparte trató de procurarse otra ventaja por medio de la abolicion del impuesto llamado *ejercicio*, esa gran dificultad de la contribucion sobre las bebidas. Por de pronto, si los derechos reunidos eran odiosos, ¿quién los habia establecido? ¿No era Bonaparte? Luego no hizo mas que alterar su propia obra; mas para que la abolicion tenga efecto aun hay que esperar al 1.º de junio de este año. Bonaparte contando con su buena fortuna cree sin duda que antes de esta época vendrá algun acontecimiento en ayuda suya. Escusado es preguntarle con qué derecho el gefe de un pueblo libre se atreve á tocar el presupuesto, ni indicar otro modo de recaudacion que el que estaba mandado por la ley: Bonaparte no contesta á estas preguntas: él lo sabe y esto basta: segun las exigencias de su policía él siempre es dueño de suprimir, ó hacer que suprime una contribucion bastante desagradable para el pueblo. Si se ve apremiado por los sucesos, ¿no tiene en su mano el gran recurso de no pagar las deudas? El tesoro debe estar siempre bastante provisto cuando el recaudador es la violencia y cuando no se pagan mas deudas que las que acomodan. Para salir de apuros puede tambien contarse con los secuestros, las confiscaciones, los donativos *voluntarios* forzosos y las exacciones.

Vos, señor, que reinais por medio de las leyes, del órden y la justicia, que ni podeis, ni quereis buscar tesoros en las arbitrariedades, ni en la afliccion de vuestros vasallos, vos, que os reputais dichoso en pagar deudas que no habeis contraido, deudas tanto menos obligatorias cuanto que fueron hechas para cerraros el camino del trono; Vos, señor, no habeis empleado al empuñar el cetro otros medios de agradar á vuestros pueblos mas que los que naturalmente nacen de vuestras virtudes. La bancarrota consumada ó proyectada no os ha parecido un sistema de hacienda digno de la Francia ni de vos. Suprimir en el acto una contribucion por odiosa que la juzgarais, os ha parecido una liberalidad criminal; mas yo convengo en que para mantenerla era preciso todo el valor de un rey legítimo, cuyas paternales intenciones son conocidas y veneradas. Un usurpador no podia tomar una resolucion tan noble, ni preferir al presente un porvenir que nunca llegará para el.

Lo que digo tocante al recurso de las futuras espoliaciones no es, señor, una conjetura mas ó menos probable. No me atreveria á hablar á V. M. sino en vista de documentos oficiales. Las espoliaciones están visiblemente anunciadas; los despojos del ciudadano están prometidos al soldado en el informe de la Legion de honor donde dice que se reemplazará por bienes situados en Francia una parte de los sueldos del ejército. ¿Qué bienes serán estos? Probablemente los viñedos de Burdeos, los olivares de Marsella, en una palabra, todos los bienes de los particulares y de las ciudades que habrán manifestado adhesion á la causa de los Borbones.

Señor, el artículo 66 de la Constitucion dice: «Queda abolida la pena de confiscacion de bienes y sin que pueda restablecerse en lo sucesivo.» De manera que V. M. despojada tanto tiempo hace de sus dominios por sus enemigos, no encuentra mejor medio de vengarse de ellos que la abolicion del odioso principio de la confiscacion de bienes. ¿Cuál de los gobiernos será el equitativo? ¿Cuál será el verdadero rey?

Habeis abolido la conscripcion: creiais por lo tanto señor, haber librado de esa plaga para siempre á vuestro pueblo y al mundo. Bonaparte vuelve á reproducirla aunque bajo otra forma y con una denominacion menos odiosa. El decreto relativo á la guardia nacional es lo mas terrible y monstruoso que la revolucion ha dado á luz hasta el presente; encuéntranse ya designados 3,130 batallones á razon de 720 plazas cada uno, que formarán una fuerza efectiva de 2.253,600 hombres. Hay que advertir que hasta ahora no hay movilizados mas que 240 batallones, escogidos entre los cazadores y granaderos y representando un total de 72,800 hombres. No se cree aun bastante fuerte Bonaparte para poner en movimiento el resto; mas eso sucederá regularmente mediante la gran máquina del Campo de Mayo.

Esta inmensa redada coge á toda la poblacion de Francia, y abarca lo que las masas y los decretos de quintas no pudieron abarcar. En 1793 la Convencion no se atrevió á disponer mas que de siete años, es decir, de los hombres de diez y ocho hasta veinte y cinco años. Hoy queda extendido este plazo desde veinte á sesenta años. Reformados, no reformados, solteros, no solteros, de remplazo, no de remplazo, guardias de honor, voluntarios, todo ciudadano, por decirlo de una vez se encuentra envuelto en esa quinta universal. Bonaparte cansado de diezmar el pueblo francés, se decide á exterminarlo de un solo golpe. Créese que la policía con sus terrores obligará á inscribirse á todo ciudadano. No se han establecido los comités de reformas, sino como para nuevo insulto, y otro tanto puede decirse de las antiguas comisiones de la libertad de imprenta y libertad individual cerca del senado. Afortunadamente, señor, habrá hechos materiales é influencias morales que contribuirán á disminuir el peligro de ese desastroso sistema. En los arsenales de la nacion quedan ya muy pocos fusiles, y á consecuencia de la invasion del año pasado han sido destruidas ó desmontadas muchas fábricas de armas. Podrian es verdad fraguarse picas para entregarlas por de pronto á la multitud; pero esta es un arma que ofrece pocos recursos y no querran sin duda renovar el decreto de la formacion de compañías uniformadas con blusa azul, y gorro galo. Por lo que toca al arma aquella que en manos de los franceses suple á todas las demás, el valor, es bien seguro que los guardias nacionales no la esgrimirán contra V. M. Toda la fuerza moral de la Francia, todo el torrente de la opinion están en favor de su rey. En muchos departamentos no se formará la guardia nacional, ó por lo menos no llegará á organizarse y por último el paisanage oprimido por los militares no se dejará subyugar, si llega á empuñar las armas y Bonaparte en vez de fundir un pueblo que le aborrece en un ejército á quien seduce, perderá acaso una soldadesca desenfrenada en medio de una poblacion que le es enemiga,

Para contrabalancear ese enorme decreto de muerte era de esperar alguna medida filantrópica. Esta es la razon porque Bonaparte al pedir la vida de dos millones de Franceses, se conmueve por la suerte de los habitantes de Borgoña y Champaña. Es verdad que no estaria en su mano el indemnizar á las víctimas de su ambicion, supuesto que no fue otra la causa que atrajo los extranjeros, por decirlo asi, como de la mano desde las llanuras del Boristenes hasta las márgenes del Loira: es muy justo socorrer á los que uno ha hecho desgraciados. V. M. habia empleado en consolar las tristes víctimas del usurpador no la estéril ostentacion de un charlatan de humanidad, sino la fecunda benevolencia de un padre. La religion se asoció á tan generosa empresa y volvió á despertar en todos los corazones dulces sentimientos de piedad. No era ciertamente cargando en una parte las contribuciones que se aligeraban en otra, como trató V. M. de socorrer al pueblo: el desgraciado no tenia que pagar contribucion por el desgraciado, la humanidad no excluia la justicia.

Señor, vos edificasteis; Bonaparte ha destruido

Vuestras leyes abolieron la proscripcion y la confiscacion no autorizaron el destierro, ni el encarcelamiento arbitrario: dejaron á los representantes del pueblo el derecho de sentar las contribuciones y aseguraron juntamente con el derecho á todos los honores, la libertad civil y politica. Con Bonaparte ha vuelto á aparecer la proscripcion, y se ha hecho violencia á las fortunas. La Cámara de los Pares y la de los diputados han sido disueltas. El presupuesto se ha alterado, modificado y desnaturalizado por la voluntad de un solo hombre, y quedan abolidas ó por lo menos puestas en duda las gracias concedidas á los defensores de la patria. Ensáñanse contra los empleados de vuestra casa civil y militar, y se publica un decreto que obliga á marchar de París á cualquiera que haya ejercido funciones ministeriales, ó á prestar un juramento bajo pena de tomar contra los que no obedezcan las convenientes medidas; vagas palabras que dan toda latitud á la arbitrariedad. De esta manera el tirano puede ir eligiendo sus víctimas desentendiéndose del olvido y de la seguridad concedida en sus primeras proclamas. Ya es considerable el número de secuestros, de prisiones y de destierros; ya hay trece víctimas cuyos nombres figuran en una lista de muerte. Señor..... vos mismo estais proscripto, vos y los descendientes de Enrique IV, juntamente con la hija de Luis XVI. ¡No podriais en estos momentos sin aventurar la vida poner los piés en aquella tierra sobre la que derramasteis tantos favores, en donde enjugasteis tantas lágrimas, en donde devolvisteis tantos hijos á sus padres; sobre la que no consentisteis que se derramara una sola gota de sangre, y á la que restituisteis la paz y la libertad! Al volver á ocupar V. M. el trono de sus antepasados despues de 23 años de desgracias os encontrasteis en frente de los que sentenciaron á vuestro hermano. ¡Esos hombres viven! ¡No solo viven, sino que vuestra magnanimidad les conservó hasta los derechos de ciudadano! ¡Y son esos mismos los que hoy fulminan decretos de muerte y proscripcion contra vuestra sagrada persona, contra vuestra augusta familia y contra vuestros mas leales servidores! ¡Y todos esos actos en que la violencia, la injusticia y la hipocresía rivalizan con la ingratitud! ¡se expiden en nombre de la libertad!

II.—*Exterior.*

La política exterior de Bonaparte presenta las mismas contradicciones de conducta y de lenguaje: siendo falsos todos los medios de su poder, hallándose todo en oposicion con su carácter forzosamente todo lo que él hace y todo lo que él dice debe participar de la misma falsedad. Ahora se ha propuesto engañar al mundo entero, pero va á caer en sus propias redes. V. M. en su alta sabiduría comprenderá los motivos que le hacen obrar, cuando yo trataré de desenvolver el espíritu del gobierno actual del usurpador y presentarle sin máscara: por ahora no me ocupo mas que de los hechos.

El plan de Bonaparte es adormecer las potencias al exterior con protestas de paz, asi como interiormente trata de seducir á la nacion con promesas de libertad. Pero la paz que promete es guerra, la libertad que ofrece es esclavitud. Por una parte promete guardar el tratado de Paris; por la otra sostiene el espíritu de su ejército presentándole en perspectiva la Bélgica, los límites *naturales* del Rin, y aquella hermosa Italia, objeto de sus predilecciones filiales. El ministro de asuntos extranjeros de Bonaparte discurre, segun el *Moniteur*, de un modo bastante particular:—«Su »señor se propone, segun dice en aquel periódico »cumplir el tratado de Paris: las potencias aliadas por »toda contestacion ponen en marcha sus ejércitos. Es »asi que, si las potencias no se dirigieran mas que »contra un solo hombre, como ellas dicen, no necesi»tarian de 600000 soldados para atacarle. Luego, (es »argumento del señor duque de Vicence), es contra el »pueblo francés contra quien sus ejércitos se apres»tan.» ¿Pero si estas potencias aceptan el tratado de Paris con Luis XVIII, y lo rechazan con Bonaparte, no es evidente que un solo hombre constituye en tal caso toda la diferencia y que en realidad solo contra este hombre se dirigen?

Las potencias aliadas no tienen derecho de mezclarse en los asuntos de Francia. Ciertamente que no; ellas mismas declaran que no pretenden arreglar las instituciones políticas de esta nacion. Pero cuando los franceses, oprimidos por una faccion, ven que vuelve á ponerse á su frente el enemigo del género humano, el hombre que ha llevado el fuego y el hierro á todas las naciones de Europa, ¿no estarán en su derecho los soberanos si tratan de librarles del nuevo peligro que les amenaza? ¿Quién puede fiarse de las palabras de Bonaparte? ¿Quién creerá sus juramentos? Por medio de sus protestas de paz nada mas quiere que ganar tiempo y reunir sus legiones.

¿Por ventura puede convenir á la Francia ni á las naciones vecinas el dejar subsistir en el centro del mundo civilizado un puñado de militares perjuros que dominando al ejército dispongan á su placer del cetro de San Luis y lo den, y lo tomen segun se lo sugiera su capricho? ¡Pues qué! ¿Podrá ser arrancado un soberano legítimo de entre los brazos de su pueblo por una horda de genízaros? ¡Pues qué! ¿Podrán todos los gobiernos verse á cada paso puestos en un nuevo peligro, sin que les quepa el derecho de tratar de poner un freno á semejantes demasías? ¿Lo que sin el mayor inconveniente para Europa hacen los piratas de Argel podrán hacerlo los franceses sin inconveniente para el órden social? ¿No deben tomarse contra las costumbres y los mamelucos del moderno Egipto tantas precauciones como contra la peste que nos viene de ese país? ¿Consentirán los soberanos de Rusia, Alemania, Inglaterra, España, Portugal, Sicilia, Suecia y Dinamarca en recibir, por derecho de ejemplo la corona de mano de sus soldados? Finalmente ¿podrán decidirse las naciones que aman las leyes y la libertad en poner estos bienes bajo la proteccion del despotismo militar?

Si Bonaparte tuviese intenciones tan pacíficas como sus ministros aseguran ¿estaria cometiendo sin cesar actos de agresion contra las córtes extranjeras? Esfuérzase, aunque en vano por hacer que los regimientos suizos sean infieles á su patria; promete media paga á los oficiales belgas que han dejado de ser súbditos de Francia; insulta al noble soberano que habiendo tambien sido probado por la desgracia, ha dispensado generosa acogida á su ilustre compañero de infortunio. Bonaparte se jacta de ser amado en Bélgica; pero se engaña, le detestan. Sus quintas, su guardia de honor y sus persecuciones religiosas le han convertido en objeto de horror para los habitantes de esas hermosas provincias.

Bien comprendo, Señor, cuan desgarrador es para vuestro corazon todo lo que acabo de decir. Tambien nosotros participamos en estos momentos de vuestra régia tristeza. No hay ni uno solo de vuestros consejeros, ni de vuestros ministros que no diera su vida para impedir la invasion de la Francia. Señor, vos sois francés y nosotros tambien lo somos. Sensibles al honor de nuestra patria, celosos de la gloria de las armas nacionales, admiradores del valor del ejército, desearíamos derramar en medio de sus batallones hasta la última gota de nuestra sangre para atraerles á la senda del deber, ó para participar de sus triunfos legítimos. Vemos con el mas profundo dolor las calamidades que están prontas á caer sobre el país: no podemos ocultar que la Francia se halla en un inminente peligro: Dios ha vuelto á coger el azote que vuestras reales manos habian dejado caer al suelo: es

de temer que el rigor de su justicia esceda la grandeza de vuestra misericordia! ¡Ah, Señor los estranjeros respetando al descendiente de los reyes, al heredero de la buena fe de San Luis y de Luis XII, al oir vuestra voz salieron de Francia! Mas si los facciosos que tiranizan á vuestros vasallos prolongasen su usurpacion, si nada hacen vuestros angustiados vasallos para romper el yugo, vos mismo no seriais dueño de conjurar los males que trae consigo la presencia de un ejército extranjero. Por lo menos vuestra regia solicitud se ha asegurado ya mediante la fe de los tratados de que no se hará guerra mas que á un solo hombre. No os habeis descuidado en volar al socorro de vuestro pueblo, y habeis tenido el arte de convertir en amigos generosos á los que de otro modo se habrian presentado como enemigos implacables.

III.—*Cargos que se hacen al gobierno real.*

Acabamos de ver que el principal medio de que Bonaparte se vale para establecer nuevamente su poder es engañar á la Francia y á la Europa; el segundo es calumniar al gobierno real. Entre los cargos que se hacen contra el gobierno de V. M. muchos se apoyan absolutamente en hechos falsos, gran parte de los restantes son absurdos y solo hay algunos que considerados aisladamente y sin el conjunto de circunstancias tienen alguna vislumbre de verdad.

Asegura Bonaparte que habiendo sido disipado el patrimonio extraordinario por el gobierno real le promete reemplazarlo *por bienes* en Francia que servirán de donativo de quien corresponda.

El patrimonio extraordinario y el privado representarian poco mas ó menos la suma de 480 millones. De esta suma total han servido 150 ó 157 millones del patrimonio extraordinario, y 100 del privado para pagar en el último presupuesto las deudas del Estado, ó mas bien han sido dados para deducion de esas deudas. ¿Pero, es el rey quien ha contraido esas deudas? El rey ¿es el desvastador del país, ó es el que reedifica el estado?

Ciento cincuenta millones debidos por las potencias extránjeras entraban en el cálculo de los 480 del patrimonio extraordinario. Los aliados pasaron á Francia á buscar el desquite de esos 150 millones: tampoco es el rey quien les proporcionó ese desquite; supuesto que los extranjeros solo por causa de Bonaparte pasaron á París. Hé aquí, pues mas de 100 millones del patrimonio extraordinario que necesariamente han desaparecido y de los que vuestro ministerio no puede ser responsable.

Los 100 millones restantes del patrimonio extraordinario se componian del empréstito de Sajonia, que asciende de 13 á 17 millones; de 15 ó 20 sobre el Monte-Nápoleon de Milan, de algunos otros sobre el Monte-Napoleon de Nápoles; de 110 acciones de canales; de algunos millones sobre las salinas de Peccais; de algunas casas; de sumas debidas por la familia Bonaparte y por diversos particulares: los pagarés de los deudores, entre otros uno de Gerónimo Bonaparte por la suma de un millon han quedado con los valores de que hemos hecho mérito en la caja del patrimonio extraordinario La única cantidad perteneciente al dominio privado de que ha echado mano el gobierno de V. M. es una suma de ocho millones en efectos sobre la plaza, aplicable á restauraciones del Louvre de Versalles, y á compra de ulgunas casas en el Carrusel. De estos ocho millones solo se habian gastado cuatro en la época de 20 de marzo.

Privado de los documentos que podrian dar á estos cálculos una esactitud rigurosa puede suceder que se hayan cometido algunos errores en el resultado que presento á V. M.; mas nunca podrán ser ni de consideracion, ni numerosos y basta ese resúmen general para patentizar la mala fe y destruir las calumnias de Bonaparte.

Por lo tocante al secuestro de los bienes de la familia de Bonaparte diremos que además de las razones de Estado muy evidentes en la actualidad que obligaban al ministerio á tomar prontamente esa medida, hay además la de haberse descubierto que esa familia debia muchos millones á la Francia: los pagarés de estas deudas existian en la caja del patrimonio extraordinario, y representaban una cantidad tomada de dicho patrimonio. La confiscacion de bienes de los deudores ausentes era pues una consecuencia necesaria de las sumas que debian al Estado.

Para dirigirse sin duda á las pasiones de la última clase del pueblo se ha supuesto que los diamantes de la corona eran propiedad del Estado.

Si alguna cosa pertenece á los Borbones como herederos de los Capetos y los Valois son esos diamantes comprados con su dinero y llamados por esta circunstancia, *joyas de la corona*. El mas hermoso de estos diamantes *el Regente*, presenta en solo su nombre una prueba incontestable de pertenecer á una propiedad particular. No hablo, señor, del derecho que teneis, consagrado por la Constitucion de poder tomar en tiempos de crisis toda medida necesaria para la salvacion del Estado: poner á cubierto las riquezas que pueden caer en manos del enemigo es uno de los mas imperiosos deberes del monarca. Lejos de poderse acriminar á los ministros de V. M. por haber librado de Bonaparte las propiedades del Estado, se les podria hacer el cargo de haberle dejado treinta millones en metálico y cuarenta y dos en efectos. ¿En tales circunstancias se habria olvidado Bonaparte de agotar el tesoro público y hasta de despojar el Banco? ¿No trató su gobierno de llevar tambien los diamantes de la corona el último año? Bien se echa pues de ver que todos estos cargos son un tejido de absurdos y objeto de desprecio. Al dejar vuestro ministerio á Bonaparte setenta y dos millones, podria ser acusado de exceso de buena fe; mas esas son faltas en que incurre la probidad y quedan absueltas por la conciencia.

Se ha dicho que el gobierno real, faltando á la Constitucion y á sus promesas habia apremiado excesivamente á los compradores de bienes nacionales. Bonaparte ha nombrado una comision para que tome conocimiento de esos supuestos delitos. ¿Qué resultado han producido sus investigaciones?

Dicen tambien que el gobierno real ha desconocido la gloria del ejército! ¿Quién ha sido mas admirador de los guerreros franceses que los Borbones? ¿Quién los ha recompensado mas noblemente? Séame lícito recordar, que en un escrito publicado á la vista de V. M., escrito que mereció el honor de su real aprobacion, hablé de los sentimientos y de los triunfos del ejército con una justicia que al parecer excitó la gratitud del soldado (1). ¿Tendremos que arrepentirnos de aquellos elogios? No ciertamente: la infidelidad de algunos gefes y la debilidad de un momento no pueden, señor, borrar tanta gloria: los derechos del honor son imprescriptibles á pesar de las pasajeras faltas que puedan oscurecer su brillo.

Finalmente, señor, viene la grande acusacion de despotismo. ¡El despotismo de los Borbones! Estas palabras parece que se excluyen mutuamente. ¡Y es Bonaparte el que acusa á Luis XVIII de despotismo! Preciso es confiar mucho en la estupidez ó en la perversidad de los hombres para aventurar tan groseras calumnias. Nada le cuesta al usurpador la mas audaz mentira, ni se avergüenza de caer en las mas evidentes contradicciones; pues al mismo tiempo que representa el gobierno real como violento y tiránico le acusa de incapaz y débil.

¿Seria tiránico el gobierno que tuvo tanto temor de

(1) Véanse las *Reflexiones políticas*.

quebrantar las leyes que prefirió exponerle á los mayores peligros antes que emplear una autoridad arbitraria para contener á los conspiradores? ¿Seria tiránico el gobierno que armado con la ley de la censura, dejaba que se publicaran contra él los escritos mas sediciosos?

¿Se han visto en el reinado de Luis XVIII mas de setecientas personas retenidas en las carceles despues de haber sido absueltas por dos tribunales, como sucedia en tiempo de Bonaparte?

¿Ha anulado el rey alguna sentencia de los jurados? ¿Ha sido arrestado el general Excelmans despues de haberle el tribunal declarado inocente?

¡Cómo! ¡Habeis, señor, perdonado no solo todas las faltas, sino hasta todos los crímenes! Despues de tantas desgracias, de tan dolorosos recuerdos, de tantos objetos de venganza habeis extendido un generoso olvido sobre todo! Habeis recibido en vuestro palacio á los que os han servido, y á los que han causado ofensas; no habeis hecho distincion alguna entre y el hijo inocente y el hijo arrepentido; habeis realizado en toda su latitud y en toda su sencillez la interesante parábola del hijo pródigo, ¡y aun se atreven á hablar de la tiranía de los Borbones!

¡Ah, señor! cuando el pueblo reunido bajo vuestras ventanas la víspera de vuestra partida manifestaba tan pronto con aclamaciones de amor, tan pronto con un silencio sepulcral, todo el afecto que profesaba á su padre; cuando el paisanaje de Artois y de Flandes os seguia colmándoos de bendiciones, ¿era por un tirano, por quien hacian tan amantes extremos? Levántese á acusaros el hijo á quien hayais privado de padre, ó el ciudadano á quien hayais despojado. ¿Se atreverá Bonaparte á lanzar ese reto á la Francia?

Empero, vuestros ministros, señor, no eran hombres de buena fe; querian destruir la Constitucion. El nuevo gobierno de Francia empleando hasta los medios mas odiosos para atacar al gobierno real ha hecho registrar cuidadosamente todos los papeles donde creia poder encontrar un motivo de acusacion. En una papelera secreta de la habitacion de uno de vuestros ministros habia cartas que prometian revelar misterios importantes. Pero ¿qué es lo que han hecho saber al público aquellas cartas confidenciales, misteriosas y ocultas que han tenido la torpeza de publicar (sabido es que tambien la pasion comete faltas, y que los perversos no son siempre los mas diestros)? No han revelado aquellas cartas sino que vuestros ministros, si bien discordes en algunos detalles, pensaban unánimemente que no era posible reinar en Francia sino por la Constitucion y con la Constitucion, y que amando los franceses y queriendo la libertad, era preciso avenirse á las costumbres y opiniones del siglo.

Si tuviéramos en nuestra mano los papeles secretos de Bonaparte es probable que hallariamos en ellos revelaciones de muy distinto género.

Si, esta es, señor, la ocasion de protestar del modo mas solemne; todos vuestros ministros, todos los miembros de vuestro consejo están inviolablemente adheridos á los principios de una sana libertad y de vos toman el modelo de ese amor á las leyes, de ese órden y de esa justicia, sin la que no hay felicidad para un pueblo. Séanos lícito, señor, el decíroslo con el respeto profundo y sin límites que profesamos á vuestra corona y á vuestras virtudes: nos hallamos prontos á derramar por vos hasta la última gota de nuestra sangre, á seguiros al extremo del mundo, y á tomar parte en las tribulaciones que el Todopoderoso tenga á bien enviaros, porque creemos ante Dios que mantendreis la Constitucion que habeis dado á vuestro pueblo, porque creemos que el voto mas sincero de vuestra régia alma es la libertad de los franceses. Si no hubiéramos creido esto, señor, cierto es que hubieramos muerto á vuestros piés en defensa de vuestra sagrada persona, porque sois nuestro señor rey de nuestros padres, y nuestro lejítimo soberano: pero en tal caso no hubiéramos sido mas que soldados vuestros, y nos hubieramos abstenido de tomar parte en vuestro consejo, ni ser vuestros ministros.

Señor, un rey que se presta á oir este lenguaje no es un tirano, ni aquellos á quienes vuestra magnanimidad consiente usarlo tampoco son esclavos. Con igual sinceridad os confesaremos, señor, que vuestro ministerio ha podido incurrir en algunas equivocaciones. ¿Cuál es el gobierno establecido en medio de una invasion extranjera, entre el choque de tantos intereses y el grito de tantas pasiones que no haya cometido errores mas graves? El gobierno usurpador acaba de darnos una leccion útil: no ha perdido un momento para separar de las prefecturas y de los tribunales á los que suponia enemigos de su autoridad ó indiferentes á su causa; ha creido sin duda que un magistrado que acaba de obrar por la mañana en un sentido no puede obrar por la tarde en otro: no conviene poner á un hombre entre la vergüenza y el deber, de manera que por salvarse de la una tenga que faltar al otro.

Si el ministerio de V. M. no ha seguido rigurosamente este principio, era para atenerse mas estrictamente á la letra de vuestras régias proclamas que por una bondad infinita prometian á todos los franceses la conservacion de sus puestos y honores. Así es que no falta de sinceridad, sino exceso de buena fe es lo que podria echarse en cara á vuestros ministros.

Evitar los excesos de Bonaparte, evitar su ejemplo de multiplicar demasiado los actos administrativos era un pensamiento sabio al par que útil. Sin embargo en los últimos veinte y cinco años los franceses se habian acostumbrado al gobierno mas activo que jamás se haya visto en ningun pueblo; los ministros estaban escribiendo sin cesar; de todos los puntos partian órdenes: cada cual esperaba siempre alguna cosa: el espectáculo, el actor y el público se renovaban á cada instante. Creen al parecer algunas personas que el detener súbitamente los resortes despues de un movimiento tan activo podria ser peligroso: seria, dicen estos tales; dejar en demasiada holgura á la malevolencia, nutrir disgustos y provocar comparaciones inútiles. Acostumbrado el administrador de segundo órden á ser dirigido hasta en las cosas mas comunes, no sabria qué partido tomar, ni cómo manejarse. Acaso seria conveniente en un país como Francia encantado hace tanto tiempo con los triunfos militares administrar rápidamente en el sentido de las instituciones civiles y políticas, y ocuparse ostensiblemente de manufacturas, comercio, agricultura, letras y artes. Emprendiendo grandes obras, prometiendo grandes recompensas; concediendo brillantes distinciones al talento y estableciendo premios y concursos públicos se conseguiria dar otro giro á las costumbres, y otra direccion á los ánimos: el talento de un príncipe esencialmente predestinado para el reinado de las artes derramaria sobre ellas un brillo inmortal. Seguros de hallar en su rey el juez mas competente, el político mas hábil y el hombre de Estado mas instruido los franceses no temerian abrazar una nueva carrera: los triunfos de la paz les harian olvidar las victorias marciales y al trocar laurel por laurel, gloria por gloria, creerian no haber perdido nada.

Vuestro ministerio, no obstante su vigilancia, su solicitud y su atencion incesante, no ha podido preveer lo que estaba fuera de los límites de su alcance: algunas vanidades han chocado con algunas vanidades. En Francia es muy esencial tener el mayor cuidado de ese amor propio tan peligroso y tan susceptible; si se le satisface á poca costa, se le exaspera por poca cosa, y de este mezquino orígen pueden surgir espantosas revoluciones. Mas los ministros, establecidos para dirigir los asuntos humanos, no siempre pueden arreglar las pasiones de los hombres.

En fin, señor ya os estabais disponiendo á coronar

las instituciones cuya base habiais puesto, esperando en vuestra sabiduría el instante á propósito para la consumacion de vuestros planes. Sabiais que en política no conviene andar con precipitacion: os habiais tomado algun tiempo para tantear las costumbres, conocer el espíritu público y estudiar los cambios que la revolucion y veinte y cinco años de tempestades habian producido en el carácter nacional. Hallándoos suficientemente instruidos de todas estas cosas os habiais designado una época para que principiara á ser hereditaria la dignidad de par: el ministerio habria adquirido mas unidad, los ministros hubieran sido miembros de ambas cámaras segun el espíritu mismo de la Constitucion; se habria presentado un proyecto de ley para que nadie pudiera ser miembro de la cámara de los diputados antes de los cuarenta años, y para que los ciudadanos hubiesen tenido una verdadera carrera política. Iba tambien á ocuparse el gobierno de un código penal para los delitos de imprenta, con cuyo requisito hubiera quedado la prensa enteramente libre: cuya libertad es inseparable de todo gobierno representativo. Por otra parte se habia conocido tambien la inutilidad, ó mas bien el peligro de una censura que sin impedir el delito hacia responsables á los ministros de las imprudencias de los periódicos.

Dios en sus altos é insondables juicios ha tenido á bien suspender por un momento el raudal de bendiciones que V. M. derramaba sobre sus vasallos. De aquellos Borbones que habian traido la felicidad á la patria desolada nada queda ya en Francia mas que las cenizas de Luis XVI! Ellas son las que reinan, señor, en vuestra ausencia: ellas os volverán el trono por el sepulcro que vos les habeis devuelto.

Mas ¡qué de consuelos hay para el corazon de V. M. en medio de tantas amarguras! El amor y los deseos de todo un pueblo os siguen y acompañan; por todas partes se elevan al cielo plegarias por vuestra felicidad; vuestra ausencia de un momento es una larga calamidad pública. Veo en torno de su rey á los antiguos compañeros de su infortunio, á esos veteranos del destierro y la desgracia que vuelven puntuales á ocupar su puesto; veo á esos ilustres capitanes tan amados del ejército que jamás ha sido conducido por ellos mas que en direccion del honor, á esos verdaderos representantes del valor francés y de la fe militar. Otros mariscales que no han podido seguir vuestros pasos, han reusado violar los juramentos que os habian hecho, y esta lealtad les da tanta gloria en su reposo, como cuando triunfaban en los campos de batalla. Una multitud de generales, coroneles, oficiales y soldados dejan las armas que no pueden ya sostener en nombre de su rey. Los guardias nacionales del reino, á cuyo frente figuran los de París expresan su dolor por el silencio de sus filas incompletas y desiertas, y llaman con todos los votos de su alma al padre á quien custodiaban, al noble gefe que con vuestra persona les habiais dado. En los empleos civiles y en la magistratura V. M. ha encontrado tambien una multitud de vasallos leales que han hecho dimision de sus destinos, ó no han querido aceptar favores humillantes. No han faltado hombres que creyéndose olvidados habrian podido tener tentacion de probar fortuna y sin embargo no se han separado de su deber; de manera que bien puede decirse que en estos dias de prueba tanto el honor como la infamia han tenido sus triunfos y sus sorpresas.

Entre vuestros ministros, señor, unos han tenido la felicidad de poder seguiros, y otros la de padecer bajo la pesada mano de Bonaparte. Los gefes de la administracion mas instruidos, han imitado el ejemplo de los ministros: cuanto mas distinguidos son sus talentos tanto mas dichosos se consideran en consagrarlos á V. M. y rehusarlos al usurpador.

El clero no ha perdido la costumbre de las persecuciones: volviendo á cargar alegremente con su nueva cruz, rehusa al impío aquella interesante oracion que pide al cielo la felicidad del monarca. Las dos cámaras que conservaban con V. M. el sagrado depósito de la libertad pública, la han defendido denodadamente. Roma en tiempo de los Fabricius hubiera mencionado con orgullo el nombre de un ciudadano tal como el presidente de la cámara de los Diputados. Su proclama, y su protesta con motivo de las instrucciones del duque de Otranto, permanecerán, señor, como un monumento de vuestro reinado y de los nobles sentimientos que sabeis inspirar.

Añadamos, señor, que vuestra familia acaba de realzar con nueva gloria vuestra corona. Si Monsieur, vuestro digno hermano; si monseñor el duque de Berry, si monseñor el duque de Orleans no han podido por las penosas circunstancias en que se hallaban presentar en combate una turba desarmada, por lo menos en medio de las traiciones y perfidias han demostrado la elevacion, el valor y la lealtad, naturales á la sangre de los Borbones. ¿No parece que está uno viendo y oyendo al Bearnés cuando monseñor el duque de Berry, al salir de las puertas de Bethune, se precipita sobre un tropel de rebeldes, invitándoles á la lealtad ó al combate, y hallándolos sordos á su voz, contesta á los que le aconsejaban que les hiciera objeto de un ejemplar castigo, diciendo. «*¿Cómo quereis que descargue mi brazo contra unos hombres que no se defienden?*

La heróica empresa de monseñor el duque de Angulema figurará entre los brillantes hechos de armas de nuestra historia. Sabiduría y audacia de plan, atrevimiento en la ejecucion, todo se encuentra reunido en ella. El príncipe, separado hasta entonces de los campos de batalla por voluntad del destino, se precipita anhelante á recoger en medio del combate el laurel que considera como una herencia paterna, mas la traicion detiene los pasos de un hijo de la Francia allí mismo por donde facilitó el paso á Bonaparte. ¡Que de calamidades hubiera monseñor el duque de Angulema evitado á la patria si le hubiese sido posible llegar hasta Lyon! Cierto soldado rebelde que habia estado mirando á este príncipe en medio de la refriega exclamó, admirando su valor: «*¡Si esto dura media hora mas no habrá otro remedio que gritar viva el rey!*»

¿Y qué diremos de la defensa de Burdeos por Madama? No, no es posible que fueran franceses los que han esgrimido sus armas contra la hija de Luis XVI. ¿Cómo? ¿Será la huerfana del Temple, será la que tanto ha sufrido para nosotros y por nosotros, la que acaba de ser arrojada á cañonazos de su tierra natal? ¡Gran Dios! para poner en su lugar al asesino del duque de Enghien, al tirano de la Francia y al desolador de la Europa! ¡Las balas han silbado alrededor de una mujer, alrededor de la hija de Luis XVI! Si vuelve á entrar en Francia se le aplicarán los decretos contra los Borbones, es decir, que la arrastrarán al cadalso de su padre y de su madre! En medio de estos nuevos peligros su noble corazon ha campeado del mismo modo que allá en su juventud primera brilló entre las turbas de asesinos y verdugos. Hija de la Francia, heredera de Enrique IV y de María Teresa, alimentada con lágrimas y tribulaciones, acrisolada en los calabozos, en las persecuciones y los peligros; ¡cuántos motivos no tiene de haber aprendido á despreciar la vida! En prueba de la reprobacion del gobierno de Bonaparte no quisiera mas que haberle dejado insultar á la señora duquesa de Angulema; representar á esta señora besando las manos de los soldados para obligarles á permanecer fieles, llamarla *mujer furiosa*, cuando sus virtudes, sus desgracias y su valor excitaban la admiracion de toda la tierra, es lo mismo que condenarse al desprecio y á la execracion del género humano.

§ IV. *Espíritu del gobierno.*

Señor, los imperios se restablecen tanto por la memoria de las cosas pasadas como por el concurso de los hechos presentes. Los recuerdos que V. M. y su augusta familia han dejado en Francia, os preparan un pronto regreso. Mas hay aun otras circunstancias que hacen inevitable la caida de Bonaparte. No hablo de la guerra extranjera capaz por sí sola de derribarlo; me refiero á los elementos de muerte que existen en su mismo gobierno, cuya naturaleza y espíritu voy á examinar al dar fin á este informe.

Apenas, señor, quedó suspendido el reinado de las leyes por vuestra momentánea retirada, cuando se vieron amenazados vuestros pueblos por la alianza entre el despotismo y la demagogia: el usurpador les prometió una libertad de nueva especie. Habia de renacer esta libertad en el campo de Mayo con el gorro colorado y el turbante en la cabeza, con el sable del mameluco y el acha del revolucionario en la mano, rodeada de las sombras de los millares de víctimas sacrificadas en los cadalsos, en las campiñas abrasadoras de España y en los desiertos helados de Rusia: el escabel de su trono habia de ser el ensangrentado cadáver del duque de Enghien y su estandarte la cabeza de Luis XVI.

Al volver á entrar en Francia Bonaparte conoció que por de pronto no podia reinar sino valiéndose de los principios que habian contribuido á precipitar su caida. Tanta era la libertad que el gobierno del rey habia establecido, que no era posible lanzarse en lo arbitrario sin producir una indignacion general. El rey, aun hallándose ausente obligaba al tirano á que tratara con respeto los derechos del pueblo; ¡magnífico homenaje tributado á la legitimidad! Por una parte el hombre á quien se le babia visto temblar bajo el pié de los comisionados extranjeros que le llevaron á la isla de Elba, ya no era á los ojos de la nacion el vencedor de Austerlit y de Marengo, ni podia ya dictar órdenes por el prestigio de la victoria. Contenido en sus desmanes por el nuevo giro de la opinion pública, se encontraba ademas con hombres dispuestos á disputarle cara á cara el poder.

Estos hombres eran en primer lugar los que pueden llamarse republicanos de buena fe: los que libres de las cadenas del despotismo y de las leyes de la monarquia deseaban conservar aquella independencia republicana, imposible en Francia, pero que por lo menos no merece llamarse sino un noble error. En seguida venian aquellos furiosos que componian la antigua faccion de los jacobinos. Humillados de no haber sido mas que unos espías de la policía en tiempo del déspota, estaban resueltos á volver á ejercer por propia cuenta aquella libertad de crímenes cuyo usufructo habian cedido á un tirano por espacio de quince años.

Empero, ni los republicanos, ni los revolucionarios, ni los satélites de Bonaparte, no tenian por sí mismos bastante fuerza para establecer su poder por separado ó para subyugarse mutuamente. Amenazados al exterior por una formidable invasion, acosados en lo interior por la opinion pública, comprendieron que si llegaban á dividirse su ruina era inevitable. A fin de evitar el peligro, aplazaron sus querellas, trayendo para la comun defensa, unos sus sistemas y quimeras, y los otros su contingente de terror, de tiranía y de perversidad. Es probable que no entraron de buena fe en este pacto abominable, y que cada cual se prometió convertirlo en provecho suyo asi que pasara el peligro, y que cada cual trató de lograr anticipadamente la victoria.

Desde los primeros dias pareció que la fuerza se declaraba por los independientes y que Bonaparte habia sido subyugado. Habíase visto efectivamente en la precision de llamar á los primeros puestos del Estado á unos hombres que detestaba interiormente: mucho le costó á su orgullo obedecer á los que habia condenado á servirle ó á enmudecer. A principios del consulado se vió hasta en el caso de fingir sentimientos que no tenia su corazon; mas poco á poco fue minando por la base el edificio que habia levantado: á medida que sus fuerzas crecian se iba desembarazando de algunos principios y de algunos hombres: el tribunato fue reducido á los últimos términos, y por último se vió destruido. Bonaparte no conservó mas que dos cuerpos políticos subyugados por el terror: uno para que le facilitara oro y el otro para que pusiera á su disposicion la sangre de la Francia.

En la actualidad sigue el mismo camino: da un abrazo á la libertad pero es para ahogarla. La asamblea del campo de Mayo es su poderosa máquina. A beneficio de un espectáculo nuevo, y de escenas preparadas con anticipacion, en cuyo artificio sobresale notablemente y en medio de los gritos de los soldados, espera conseguir un levantamiento en masa, ó lo que es lo mismo, movilizar todos los guardias nacionales del reino: lo que él desea sobre todas las cosas es tener medios de conseguir la victoria, y cuando la habrá conseguido, arrojará la máscara, se burlará de la Constitucion jurada y recobrará á la vez su carácter y el imperio. Hoy, es decir, antes de la victoria, los mamelucos son jacobinos; mañana, despues del triunfo, los jacobinos serán mamelucos: lo que en el momento del peligro es Esparta, se convierte en Constantinopla cuando ya no hay que temer.

Es imposible que las personas de habilidad de que Bonaparte se ha rodeado, no hayan adivinado su pensamiento. ¿Mas cómo han de preveerlo? Por un lado no quisieran tener por señor á un tirano; por otro le necesitan como general; temen sus victorias y sin embargo las necesitan, porque han de batallar contra toda la Europa, y Bonaparte es el único que puede capitanearlos. En esta situacion desesperada, teniendo que enlazarse con el usurpador por la fuerza de los acontecimientos, concibieron la esperanza de atarlo de un modo que no pudiera volverse contra ellos cuando la guerra le hubiera dado fuerzas. Volvieron por lo tanto á incurrir en el mismo error en que cayeron al principio del consulado, creyendo dominar á Bonaparte por el ascendiente de una república, aunque otra vez se expusieran al desengaño de la experiencia. Llenos de esta idea dejaron desplegar las guerrillas de la revolucion: aparecieron los gorros colorados: se volvió á oir la *Marsellesa*: organizóse en París un club que estaba en correspondencia y lo está aun con otros de las provincias, anuncióse la reaparicion del *Diario de los patriotas*, y se olvidaron que el pueblo estaba cansado, y que en la actualidad todo propende al reposo, así como en 1793 todo propendia al movimiento: no siendo ya la expresion de una opinion real las declamaciones, las formas y las demostraciones revolucionarias que se volvian á reproducir, no son ya mas que la asquerosa parodia de un espantoso drama. ¿Qué confianza pueden inspirar hoy los hombres de 1793? ¿No se sabe ya lo que ellos entienden por libertad, igualdad y derechos del hombre? ¿Serán mas sinceros, mas prudentes, tendrán mas moralidad despues de haber sido criminales, que antes de serlo? ¿Serán capaces de todas las virtudes, solo porque se han mantenido con todos los excesos? No se abdica el crímen con tanta facilidad como una corona; la frente que una vez ha ceñido el horrendo diadema, conserva eternamente la cicatriz.

Sin embargo, señor, en Francia los partidos no se detienen por estas consideraciones. Para ellos no se trata de saber lo que es posible que suceda en el porvenir, sino de obedecer al impulso del momento: así es que algunos se lisonjeaban aun con el proyecto de una Constitucion republicana. Parece que se habia concebido el pensamiento de hacer descender á Bonaparte del alto rango de emperador á la modesta

condicion de generalísimo ó de presidente de la república. ¡Justo castigo de su orgullo! No habria salido de Elba con todos sus proyectos de ambicion, de grandeza y dinastía mas que para humillar su púrpura, sus haces, sus águilas y sus victorias ante unos insolentes ciudadanos. El gorro colorado enseñó á Bonaparte el modo de llevar corona, ¿el gorro colorado con que en la actualidad recargan sus bustos, le anunciará tal vez nuevos diademas? No, es una vida que va llegando á su término, es el círculo que va á juntar sus extremos... la fortuna no se reitera.

Los republicanos contaban con la victoria: todo al parecer halagaba sus planes. Hablábase de colocar al príncipe de Canino en el ministerio del Interior, al teniente general conde Carnot en el ministerio de la Guerra y al conde Merlin en el de la Justicia. Bonaparte, abatido en apariencia, no se oponia á los movimientos revolucionarios, que en último resultado servian para suministrarle hombres para el ejército. Dejaba que los folletos le hicieran guerra: predicábanle, tuteándole, libertad é igualdad, y él la oia con semblante dócil y contrito. Mas desenredándose repentinamente de los lazos con que creian tenerlo sujeto, dió al traste con las barreras republicanas y proclamó por su propia autoridad, no una Constitucion, sino el *Acta adiccional* á las Constituciones del imperio. Los ciudadanos serán llamados á dar su voto por lo tocante á esta acta en los registros abiertos en las secretarías de las diversas administraciones, y toda la obra de la asamblea del campo de Mayo se reducirá al escrutinio de estos votos.

Bonaparte con esta publicacion gana en dos puntos esenciales: suponiendo desde luego que nada se ha destruido en lo que él llama *sus constituciones*, considera el imperio como si en realidad existiera y evita contestaciones acerca de su título y reeleccion. En seguida se coloca fuera del alcance de aquella asamblea, pues sustrae el Acta adicional á la aprobacion de los electores, vedándoles de hecho toda discusion politica. De modo que esta asamblea, á la que se le adjudicará acaso el derecho de votar la muerte de dos millones de franceses, no será dueña de expedir el decreto de su libertad.

Por lo demás, señor, la nueva Constitucion de Bonaparte no es mas que un homenaje tributado á vuestra sabiduría, pues con pequeñas diferencias no es mas que la Carta constitucional, solo que Bonaparte con su acostumbrada petulancia ha prometido anticipadamente las mejoras y arreglos que vuestra prudencia meditaba. ¡Que simplicidad seria creer que si nada temiera de Europa Bonaparte respetaria todo lo que promete en su Acta adicional; que dejara en completa libertad á la prensa; que no desterrara ni mandara pasar por las armas á nadie! Lo mismo que sucedió con el tribunato, con el Senado y con el cuerpo legislativo, sucederia con las cámaras de los Pares y de los Diputados.

Vemos, señor, en el considerando del Acta adicional que Bonaparte al ocuparse de una gran *confederacion* europea (es decir, de la conquista de los Estados vecinos) habia aplazado dar libertad á la Francia.

Sucedió la pequeña desgracia de que cuatro ó cinco millones de franceses muertos por el *sistema federativo* no pudieron gozar la libertad que Bonaparte reservaba para las generaciones presentes. ¿Qué dirán hoy los que llevaban á mal que V. M., intitulado rey *por la gracia de Dios*, guardara la iniciativa de las leyes y se reservara el espacio de un año para purificar los tribunales y el nombramiento de los jueces vitalicios? El Acta adicional conserva esas mismas medidas. ¿Qué dirán los que se atrevieron á criticar que el rey hubiese dado por su propia autoridad la Constitucion en vez de haberla recibido del pueblo? Bonaparte ha hecho lo mismo.—Pero somete la Constitucion á que sea aprobada de la nacion! ¿A quién la somete? A unos ciudadanos que irán á inscribir su nombre en el registro de una municipalidad. Si estos votos son poco numerosos, si se manifiestan contrarios al Acta adicional, ¿qué caso se hará de semejante oposicion? ¿Quién comprobará las firmas? ¿No habrá un medio de poner en las listas tantas como se quiera? ¿Quién se atreverá á reclamar? ¿Cómo podrá la asamblea del campo de Mayo asegurarse de la buena fe de los alcaldes y de los subprefectos que han recogido los votos, mayormente despues que los *comisionados extraordinarios* habrán renovado aquellos empleos desde un extremo al otro de la nacion? Si alguna cosa pudiera parecerse al consentimiento del pueblo ¿no seria el de los colegios electorales en el campo de Mayo? ¿Por qué pues se veda á los electores hacer este exámen? Mas ¿para qué he de gastar tiempo en tan inutil exámen? Discurria yo sobre este particular como si fuera un asunto en que debieran intervenir la regularidad, el pudor y la buena fe, sin acordarme que la aceptacion del Acta está prejuzgada ya por medio de un decreto, y su promulgacion está mandada hacer con anticipacion.

En el Acta adicional nada se echa de ver relativo á la abolicion de la confiscacion de bienes; se ve que la propiedad no es una condicion necesaria para ser elegido miembro de la cámara de los representantes; que el ejército es llamado á dar su voto; que no se hace mencion de las antiguas constituciones y los senato-consultos, que vienen á quedar como unas armas secretas en los arsenales de la tiranía.

Hé aquí lo que es Bonaparte: se reserva la confiscacion de bienes; confia á los no propietarios la defensa de la propiedad; establece las bases de un gobierno militar, y oculta sus designios en el caos de sus leyes. ¿Pueden los que aman sinceramente las ideas liberales soportar hechos tan monstruosos? ¿Es por ventura todo eso mas que un plan de irrision y de impudencia? ¿Es mas que reconocer y burlarse á un mismo tiempo de un principio, admitir y ridiculizar la soberanía del pueblo? ¿No es proseguir como siempre, jactándose de la misma astucia, de la misma perfidia y de la misma dominacion de carácter?

¿Me atreveré á hablar al rey del último artículo del Acta adicional? El pueblo francés cede por este artículo todos sus derechos al usurpador, excepto el de poder levantar el destierro á los Borbones: luego si Bonaparte quisiera abrir las puertas de Francia á V. M. no podria hacerlo; y si por otra parte el pueblo quisiera restituiros vuestra corona, tambien seria imposible, porque Bonaparte en virtud de las instituciones imperiales, es el que únicamente tiene derecho de reunir el pueblo. Si hubieran podido caber dudas acerca de los sentimientos de la nacion, este artículo pondria en evidencia la verdad; las malas conciencias se hacen traicion á sí mismas; el exceso de precaucion da testimonio del exceso de miedo; prohibir al pueblo francés el derecho de volver á llamar á su rey, es demostrar que desea llamarlo.

Sin embargo, Bonaparte se ha enredado en sus propios lazos: el Acta adicional le será fatal. Si este acta llega á observarse, su cumplimiento ofrece en su conjunto libertad bastante para derribar el tirano; si sucede lo contrario, el tirano acabará de hacerse abominable. Ademas Bonaparte pierde de una vez por medio del Acta el favor de los republicanos y la fuerza revolucionaria del jacobinismo: los demagogos no quieren que se establezca la dignidad de par, ni las dos cámaras: lo que ellos desean ante todo es la libertad absoluta, y á esas nuevas instituciones de Bonaparte preferirian hasta su antiguo despotismo: aquel yugo por lo menos pesaba igualmente sobre todos. Finalmente, no siendo el Acta adicional nada mas que la Constitucion, puede preguntarse; ¿qué es lo que habrán ganado los franceses con el regreso del usur-

pador? Van á sostener nuevamente una guerra cruel, exponer su patria á una segunda invasion para obtener precisamente lo que obtenian bajo el rey legítimo con paz, con felicidad y consideracion? ¿No se encuentran poco mas ó menos en la misma situacion que los aliados por lo tocante al tratado de París: Estos decian á Bonaparte: «queremos el tratado de Paris, pero lo queremos sin ti; porque otro cualquiera nos cumplirá todas sus condiciones, y tú no cumplirás ninguna.»

Los franceses dirán á Bonaparte: Queremos la Constitucion, pero no la queremos sino con el rey; porque este la cumplirá fielmente, y tú te darias prisa á violarla.» De modo, que por donde quiera que se dirija Bonaparte, sea tirano, sea jacobino, sea constitucional, por todas partes se vendrá á parar en que sus triunfos son derrotas, y que su despotismo, sus violencias y sus astucias vienen, señor, á estrellarse contra vuestra autoridad legal, vuestra constante moderacion, y vuestra perfecta sinceridad.

No hay mas salvacion que con el rey: la Europa conoce su fe, su lealtad y su sabiduría: los aliados no pueden encontrar garantía sino en su trono y en su palabra. Sois, señor, el heredero natural de todos los poderes usurpados en vuestro reino. En Francia no se harán mas revoluciones que por vos. V. M. ademas de sus derechos, tiene una inmensa ventaja sobre sus enemigos: su gobierno es el único que desde hace veinte y cinco años ha parecido razonable á todos: el único que consagrando los principios de una libertad racional, ha dado lo que la revolucion no hizo, ni hace mas que prometer. Señor, por el ensayo que se ha hecho de vuestras virtudes, se ha conocido que sois el monarca que conviene mas á la nacion, y que el órden de cosas establecido podia subsistir. Algunos años habrian bastado para acabar de perfecionarlo, pues en su seno llevaba todos los principios de duracion, y no ha sido momentáneamente suspendido sino por el único incidente que podia detener su curso.

Mas ya vuelve todo á prepararse para el pronto restablecimiento del trono. La nacion empieza á despertar de su sorpresa, las ilusiones se desvanecen y la verdad campea por do quiera. Encuéntrase cada cual con asombro bajo el reinado del terror y la guerra, preguntándose si despues de tantos años de sufrimentos, de sangre y de atrocidades, ha de volver á renovarse la revolucion. Los franceses se encuentran por segunda vez aislados en medio de la Europa, y separados del mundo como hombres plagados de una enfermedad contagiosa. Las puertas de su hermosa patria abiertas por el rey á la multitud de viajeros, se han vuelto á cerrar repentinamente. La Europa guarda silencio, y en medio de la calma aterradora resuenan los pasos de un millon de enemigos que de todas partes van avanzando hácia las fronteras de Francia.

Los ciudadanos llenos de alarma vuelven la vista hácia el rey, invocando su auxilio, y este silencio unido al de todo el mundo civilizado, parece precursor de una terrible catástrofe. Hasta los mismos soldados se llenan de estupor y preguntan: ¿qué se ha hecho de la hija de los Césares, qué se han hecho los despojos que les habian ofrecido? El ejército cuenta ya un gran número de desertores: los oficiales se retiran: la guardia misma aparece triste y desalentada: el tesoro se halla exhausto, los setenta y dos millones que en él quedeban se han disipado ya. Muchos departamentos se niegan á pagar la contribucion y no quieren suministrar soldados. Las provincias del Oeste y el Mediodía no están enteramente pacíficas, y solo esperan una señal para correr á las armas. La debilidad de Bonaparte crece en proporcion que la fuerza del rey se aumenta. El paralelo de lo que era la nacion hace un mes y de su actual estado, alarma á todo el mundo y hace que el pensamiento retroceda con dolor hácia los bienes perdidos.

En 28 de febrero último (1) la Francia estaba en paz con todas las naciones: su comercio empezaba á florecer, sus colonias se iban restableciendo; sus deudas iban saldándose, y las heridas se cicatrizaban en tanto que la nacion volvia á adquirir en la balanza política de Europa su preponderancia y útil autoridad. Nunca habia tenido mejores leyes, nunca habia gozado de mas tranquilidad: iba surgiendo dichosa, rejuvenecida y brillante de entre sus ruinas y de entre sus tumbas. Diez meses de una restauracion llevada á cabo en medio de todo género de obstáculos habian bastado á Luis XVIII para producir todas esas maravillas.

En 1.° de marzo (2) la Francia tiene que ponerse en guerra con todo el mundo, al paso que se convierte en objeto de odio y de recelo universal. Siente rugir en su seno las facciones que anteriormente la desgarraron; ve que sus hijos van á ser nuevamente arrastrados á la carnicería de los combates: sus leyes quedan destruidas, sus propiedades son trastornadas. Encorbada bajo un duplicado despotismo, ya no conserva de su restauracion mas que el dolor de haberla perdido, ni de su libertad mas que una sombra. Hé aquí las maravillas consumadas en solo un momento por Bonaparte: veinte y cuatro horas separan tantos bienes y tantos males.

Volvereis á presentaros, señor, y con vos renacerá la felicidad en la amada patria. Vuestros vasallos verán el abismo á que han sido arrastrados por algunos facciosos, y se darán prisa á salir de él: correrán á ponerse bajo vuestra proteccion; unos para recibir la recompensa debida á su fidelidad, los otros para implorar vuestra misericordia, cuyos tesoros no les habrá sido posible agotar. Inocentes y culpables todos, señor, hallarán su salvacion arrojándose á vuestros brazos y á vuestros piés.

Mas en tanto que me esfuerzo en presentar á V. M. el cuadro del interior de la Francia, varian las escenas de manera que ya no es el mismo: mañana seguirá variando aun. Por rapidez que yo emplee en el diseño, no me será dado seguir los movimientos convulsivos de un hombre agitado por sus propias pasiones y por las que tan insensatamente ha provocado. He dicho á V. M. que Bonaparte ha conseguido una victoria sobre el partido republicano, y este partido acaba de vencerlo á su vez. La publicacion del Acta adicional le ha quitado, como ya lo habíamos previsto, el resto de sus cómplices. Atacado por todas partes tiene que retroceder: retira á los comisionados extraordinarios la facultad de nombrar alcaldes de las municipalidades, y devuelve este nombramiento al pueblo, espantado de la multitud de votos negativos, abandona la dictadura y convoca la cámara de los representantes en virtud del Acta adicional que aun no ha llegado á aceptarse. De manera que errando de escollo en escollo, se replega de mil maneras para eludir sus compromisos y retener el poder que se le escapa. apenas sale de un peligro, tropieza con otro nuevo. ¿Se atreverá este soberano de un dia á instituir hereditaria la dignidad de par? ¿Cómo gobernará sus dos cámaras que se ve en la necesidad de convocar? ¿Manifestarán una obediencia pasiva á sus órdenes? ¿No elevarán su voz? ¿No tratarán de salvar la patria? ¿qué clase de relaciones serán las de estas dos cámaras con la asamblea del campo de Mayo compuesta de 30,000 electores? ¿No se creerá superior á esa cámara de representantes que han sido elegidos por ella misma, y se atribuirá la verdadera representacion nacional? No es dado á la inteligencia humana preveer lo que resultará de semejante caos; esos cambios súbitos y esa extraña confusion de todas las cosas anuncian una especie de agonía del despotismo; la ti-

(1) 1815.
(2) 1815.

rania, aunque gastada y en su ocaso, conserva el instinto del mal, mas ya parece que parte de sus fuerzas la han abandonado. Diríase en efecto que Bonaparte, juguete de cuanto le rodea, no toma ya consejo mas que del momento como si fuese esclavo de aquel destino que al parecer dependia en otros tiempos de su voluntad. En Paris reina el desórden asi como en las provincias la anarquía: las autoridades civiles y militares luchan entre sí. En unas partes resuenan amenazas de incendiar los palacios y degollar el clero, y en otras enarbolan la bandera blanca y se oye gritar *¡viva el rey!* Sin embargo, en medio de ese tumulto el tiempo marcha y los acontecimientos se precipitan. La Europa entera se halla ya en las fronteras de Francia: cada pueblo ocupa ya su puesto en ese ejército de las naciones, y no espera mas que la señal. ¿Qué hará el autor de tantas calamidades? Si abandona la capital, ¿se mantendrá tranquila? ¿Si no va á unirse á sus soldados, combatirán sin él? ¿Puede variar de suerte por una victoria? No: solamente podria retardar la caida. ¿Puede por otra parte prometerse una victoria? El cielo ha dictado la sentencia: la victoria se ha declarado, Bonaparte ha sido ya vencido en la persona de Murat: han apelado ya á las pasiones de los pueblos de Italia, y estos pueblos han contestado con un grito de lealtad. ¡Ojalá los franceses imiten este ejemplo! ¡Ojalá entreguen esa calamidad de la tierra á la justicia del cielo! ¡Ah señor! confiemos en que el Dios de las batallas desarmado por los ruegos del hijo de San Luis, economizará la sangre de esta desgraciada nacion. Vos, señor, conservareis á la Francia para dicha suya ese resto de sangre que ha prodigado demasiado para su gloria: á la sombra de la bandera blanca los pueblos gozarán finalmente del reposo porque suspiran y que tan caro les cuesta.

DE LA ÚLTIMA DECLARACION

DEL CONGRESO.

Gante 2 de junio de 1815.

La declaracion dada por el congreso de Viena con fecha 12 de mayo de 1815, hace tanto honor á los plenipotenciarios que la firmaron, como á los soberanos de quienes constituye, por decirlo así, la última profesion de fe.

Nada mas claro ni terminante que el modo con que se plantearon y resolvieron las tres cuestiones en el informe de la comision, insertado en el proceso verbal. En efecto, el suceso de la invasion de Bonaparte es un *hecho* y no un *derecho*; el suceso no puede alterar en nada el espíritu de la declaracion de 13 de marzo. Esta verdad, limitada de propósito en la solucion de la primera cuestion, seria susceptible de latas explanaciones.

Sostener por ejemplo que la Europa, cuyo derecho de atacar á Bonaparte cuando andaba errante por las montañas del Delfinado, era evidente, no lo habia de ser para armarse contra el mismo Bonaparte cuando ha vuelto á usurpar el trono de Francia ¿no seria un verdadero absurdo?

La declaracion de 13 de marzo preveia y suponia evidentemente el suceso; de lo contrario, hubiera sido ridícula: no se manda poner en movimiento á un millon de soldados para batir á 1,200 hombres. ¿Podia Bonaparte emprender la conquista de un gran reino con algunos parciales, sin contar con el apoyo de una espantosa conspiracion? El conocimiento del carácter del usurpador debia confirmar esta opinion en los principes reunidos en Viena: Napoleon no es un guerrillero que al frente de unos pocos hombres se entretiene entre bosques y rocas: su fuerza y su audacia se desarrollan agitando las masas y poniendo en juego recursos inmensos. Habian, pues, los soberanos previsto el peligro con mucho discernimiento. El emperador de Rusia supo el 3 de marzo á las dos de la tarde que Napoleon se habia fugado de la isla de Elba, y de alli á tres horas partió un correo para Petersburgo mandando á la guardia imperial rusa ponerse en marcha: los demás soberanos expidieron tambien correos á los ministros y gobernadores de sus Estados: en menos de una semana se comunicaron órdenes á todos los ejércitos de Europa: no era, pues, volvemos á repetirlo, contra 1,200 hombres que un solo puente cortado podia detener en los desfiladeros de Gap, contra quienes se desplegaba tanta prevision, tanta fuerza y tanta actividad.

La segunda cuestion del proceso verbal se refiere al tratado de Paris que Bonaparte ofrece sancionar, afectando sin embargo llamarlo tratado vergonzoso. El congreso responde con razon y conformándose con la declaracion de 31 de marzo de 1814, que Bonaparte si los aliados le hubieran concedido la paz, *no habria obtenido las condiciones favorables de aquel tratado*. Hubiéransele exigido garantías que no se pidieron á Luis XVIII. Le hubieran obligado á pagar contribuciones, y á ceder provincias. Su palabra no hubiera bastado para librar como por encanto la Francia de 400,000 extrajeros. ¿Se atreveria nadie á sostener que la política no debe hacer entrar en sus motivos y en sus consideraciones el carácter moral de los gefes de las naciones? La Inglaterra sometió al juicio de San Luis la decision de las graves cuestiones que no quiso encomendar á la decision de un gefe de la Liga. Si en nuestros dias ha quedado la Francia expuesta á la conquista, nadie tiene la culpa mas que Bonaparte; si la Francia ha salido ilesa de las manos del enemigo á nadie se lo debe mas que á Luis XVIII. La Francia tal vez habria podido quedarse con su tirano por medio de *un* tratado de Paris, pero conservando su esclavitud, hubiera perdido sus provincias y su honor.

Dicennos que Bonaparte ha cambiado mucho. No, no es posible que quien ha nacido privado de sensibilidad, que quien se halla embriagado del poder absoluto cambie á los 45 años de edad y en el breve espacio de ocho meses. Bonaparte, arrastrado por los comisionados á la isla de Elba, ocultándose bajo sus piés para librarse de la venganza de los pueblos, no puede haber sido rehabilitado por la desgracia, sino degradado por la infamia: nada hay que esperar de él.

Luego es cierto *que la Francia no ha tenido ninguna razon de quejarse del tratado de Paris..... que lejos de eso este tratado era un beneficio inmenso para un pais reducido por el delirio de su gefe á la situacion mas deplorable* (1). El mariscal Ney en su carta del 5 de abril de 1814, dirigida al conde de Talleyrand confiesa que Bonaparte conocia el peligro de aquella situacion: *Convencido*, dice el mariscal *de la situacion en que él* (Bonaparte) *ha puesto á la Francia y de la imposibilidad en que se encuentra de salvarla por si mismo, parece haberse resignado y consentir en la abdicacion absoluta y sin ninguna restriccion.*

¡Efectivamente en qué abismo no habia sumergido á la Francia!

Cuando se celebraron los convenios de 23 de abril de 1814, no faltaron algunos ánimos prevenidos, que olvidándose de la situacion de la Francia, manifestaron no aprobarlos en todas sus partes: estos tales daban sin condiciones segun dicen, á los aliados las plazas de Alemania guarnecidas aun por tropas francesas. ¡Pues qué! ¿Paris, Burdeos, Tolosa y Lyon, no valen tanto como Dantzig, Hamburgo, Torgau y Anveres? Era dar *sin condiciones* estas últimas ciudades el hacerlas objeto de semejante cambio, y el conseguir á tal precio la retirada de los aliados! En 23 de abril de 1814 los ejércitos extranjeros ocu-

(1) Extracto del proceso verbal de 6 de mayo.

paban la Francia desde los Pirineos occidentales hasta la Gironda, desde los Alpes hasta el Rhone, desde el Rhin hasta el Soire; cuarenta departamentos, es decir casi la mitad del reino estaban invadidos: cien mil prisioneros repartidos en las provincias, donde los aliados no habian penetrado aun, amenazaban aumentar con su número las filas de sus compatriotas: cuatrocientos mil extranjeros sobre el territorio de la Francia; las reservas de los rusos, de los austriacos, de los prusianos y de los alemanes prontas á pasar el Rhin. Los suecos y los daneses puestos ya en marcha para reunirse á esa inundacion de enemigos..... ¡Tal



CONSEJO DE GUERRA DE LOS GERMANOS

era la situacion de la Francia! Cada dia es veia sucumbir alguna de las plazas que esta nacion conservaba aun sobre el Oder, el Weser, el Elba y el Vistula, y asi que las tropas que habian bloqueado estas plazas, daban cima á la rendicion, emprendian sin descanso la marcha hácia la desgraciada Francia. En medio de tantas calamidades presentes y de tantos temores para el porvenir, ¿qué es lo que el gobierno provisional podia exigir? ¿Qué fuerzas hubiera opuesto á los aliados en el caso de haber dado oidos mas bien á la ambicion que á la justicia, ó en el supuesto de haber preferido los aliados su engrandecimiento á

su seguridad? No habia aun casi visto el ejército á su frente al príncipe, noble depositario de los poderes del rey, y demasiado seducido por el prestigio de la gloria, puede por lo visto juzgarse que habria sido menos fiel á sus deberes que á sus recuerdos; desorganizado, desalentado por la vergonzosa retirada de Bonaparte, ¿hubiera intentado renovar bajo las órdenes de su nuevo gefe combates que estaba cansado ya de sostener bajo su antiguo general? A la primera señal de desavenencia los aliados ocupando la capital y la mitad del reino, se habrian apoderado de los fondos públicos, habrian impuesto y cobrado nuevas contribuciones, y arrebatado al gobierno todos sus recursos. Hubieran llamado á sus nuevos ejércitos del lado de allá del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos: los ingleses, los españoles y los portugueses partiendo de Tolosa y de Burdeos; los rusos y los prusianos saliendo de Paris y de Orleans; los bávaros y austriacos de Dijon, de Lyon y de Clermont, hubieran verificado su reunion en las provincias francesas que no habian sido todavía invadidas. El rey no habia llegado aun: ¿cómo hubiera podido darse á entender en medio de aquel caos? Convenimos en que es imposible conquistar la Francia; en que los españoles, los portugueses, los rusos, los prusianos y los alemanes han demostrado, y Francia lo habia tambien puesto en evidencia á su vez que no es posible subyugar á un pueblo que combate por su nombre y por su independencia. Mas ¡qué larga no habria sido semejante lucha! ¡qué cúmulo de males no habria producido! ¿Habrian podido las huestes francesas partir del seno de aquellos trastornos intestinos á librar á Dantzig, Hamburgo y Anveres? ¿No hubieran estas plazas abierto sus puertas antes del triunfo de las armas francesas, antes de la conclusion de las guerras civiles y extranjeras encendidas en los hogares patrios? Porque es probable que la nacion se hubiese dividido al primer choque. Finalmente, cuando despues de muchos años de desolacion, cuando la paz hubiera puesto término á tantos males, ¿habria la Francia obtenido por medio de esta paz las ciudadelas que por los convenios de 23 de abril de 1814 habia entregado á los aliados?

Si alguno podia tener el derecho de echar en cara el tratado de París á los que lo han firmado, no seria ciertamente Bonaparte, que fue el que dió márgen á él, introduciendo los aliados hasta en el corazon de Francia. De todos modos es una insensatez sostener que convenia prolongar la revolucion, dar principio á guerras desastrosas, y comprometer la existencia de la patria para conservar algunas plazas, ó si se quiere provincias conquistadas no cabe duda por el valor francés, pero arrebatadas á sus legítimos poseedores sin mas derecho que la injusticia y la violencia.

Por lo demás para juzgar como hombre de Estado, los convenios de 23 de abril de 1814 y el tratado de 20 de mayo, que es consecuencia de ellos, no deben ser considerados aisladamente: hay que examinarlos en sus causas y en sus efectos y examinarlos en el puesto que ocuparon con relacion á los demás actos diplomáticos. No solo dieron fin á las calamidades de la Francia, sino que cimentaron para el porvenir los derechos de los soberanos y de los pueblos, y la seguridad é independencia de Europa.

Si estos tratados obligaron á Bonaparte á descender de un trono usurpado, ¿no son los mismos los que le vuelven hoy á condenar? Sin la existencia de esos actos saludables, podria decirse que la Europa no tenia derecho de armarse contra él; mas en virtud del tratado de 30 de mayo de 1814 se ve que no son los extranjeros los que atacan al fugitivo de Elba, sino él que es quien ha turbado la paz del mundo.

¿Cuáles son en efecto las bases del tratado de París?

1.ª La declaracion de los aliados de 31 de marzo de 1814 que expresa *que si las condiciones de paz debian exigir mayores garantías al tratar de poner coto á la ambicion de Bonaparte debian por el contrario ser mas favorables, cuando volviendo la Francia á ponerse bajo la ley de un gobierno prudente ofrecia por sí misma prendas de seguridad*; QUE LOS SOBERANOS ALIADOS NO VOLVERÁN Á ENTABLAR NEGOCIACIONES CON NAPOLEON BONAPARTE, NI CON NINGUNO DE SU FAMILIA, *y que respetan la integridad de la antigua Francia tal como existia en tiempo de sus legítimos soberanos.*

2.ª El acta de destronamiento de 3 de abril de 1814, pronunciada por el senado de Bonaparte, acta que recuerda parte de los crímenes de que se valió el usurpador para atentar contra la libertad de Francia y de la Europa.

3.ª El acta de abdicacion de 11 de abril del mismo año, en el que Bonaparte mismo confiesa que *siendo su persona* EL ÚNICO *obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, renuncia por él y por sus herederos á los tronos de Francia é Italia.*

4.ª El convenio del mismo dia que en los términos mas formales repite la renuncia expresada en el acta de abdicacion.

5.ª Los convenios del 23 de abril, en que las potencias aliadas declaran que quieren dar paz á la Francia porque ESTA NACION HA VUELTO *á ponerse bajo un gobierno cuyos principios ofrecen las suficientes prendas para la conservacion de la paz.*

Así es que sin todas esas condiciones preventivas, sentadas en las actas que acaban de mencionarse no se hubiera verificado el tratado de París, y todas esas condiciones se reducen á una sola, esto es, á *excluir formalmente á Bonaparte y á los suyos del trono de Francia, tanto por la accion de una fuerza extranjera como por la aquiescencia de su propia voluntad.*

Dicho esto se ve que Bonaparte al violar compromisos tan sagrados, al volver á tomar el título de emperador de los franceses, rompe de hecho la paz que el tratado de Paris habia establecido, y es á su vez condenado por el mismo tratado.

Reasumiendo la cuestion diremos: que el momentáneo triunfo de Bonaparte no altera la declaracion del 13 de marzo último como se prueba por la segunda declaracion del 12 de mayo.

La base, la condicion *sine qua non* del tratado de Paris era la abolicion del poder de Bonaparte.

Luego Bonaparte restableciendo ese poder, ha derribado el fundamento del tratado: vuélvese á colocar voluntariamente y coloca á la Francia, que lo consiente, en la situacion política anterior al 31 de marzo de 1814; luego él es quien declara la guerra á la Europa y no la Europa á la Francia.

Añadamos y repitamos ademas que el tratado de París, aunque Bonaparte diga lo contrario, era indispensable y muy honroso para la Francia, segun creemos haberlo demostrado. Cuanto mas se examinaran las transacciones políticas que han preparado y venido en pos de la restauracion, tanto mas se admirará la conducta de los príncipes y la habilidad del ministro que comprendió tan perfectamente los intereses mas urgentes de la patria y vió tan á fondo los hombres y las cosas. Innumerables ejércitos ocupaban en 31 de marzo de 1814 el territorio de la Francia: de allí á cuatro meses todos volvian á pasar los límites nacionales sin llevarse riquezas sin haber disparado un fusil, ni haber derramado una gota de sangre despues de la entrada de los Borbones en París. La Francia ha ensanchado sus límites en algunas fronteras: se han partido con ella los buques y almacenes de Anveres: se le restituyen 300,000 hijos suyos que estaban expuestos á morir en las prisiones de los aliados, si la guerra se hubiera prolongado: despues de veinticinco años de lucha cesa repentinamente el rumor del

combate desde un extremo al otro de Europa. ¿Quién ha podido obrar esos prodigios? El ministro de un gobierno apenas establecido, dos príncipes que han regresado de un país extranjero, sin fuerzas, sin séquito y sin armas: dos simples tratados firmados ¡Carlos y Luis!

INFORME,

PRESENTADO AL REY EN SU CONCEJO, SOBRE EL DECRETO DE NAPOLEON BONAPARTE, DE 9 DE MAYO DE 1815.

Señor:

La Francia entera clama por su rey: los vasallos de V. M. no disfrazan ya su modo de pensar: los unos vienen á ponerse en derredor de su augusta persona; los otros en el centro del país dan libre rienda al amor que profesan á su soberano legítimo y a la esperanza de recobrar antes de mucho la paz bajo su tutelar autoridad. Cuanto mas se manifiesta la opinion pública tanto mas se aterra Bonaparte y tanto mas deja caer su cetro de hierro sobre los franceses. Llama á la anarquía en auxilio del despotismo, y pretende pero en vano, falsear la fidelidad de los pueblos inmediatos á la capital, armando en su favor la última clase del pueblo. Para sostener su tiranía busca entre los harapos de la miseria los brazos ensangrentados con las matanzas de setiembre, y registra los archivos de la revolucion por ver si encuentra leyes que presten autoridad á sus furores. El espíritu de violencia es sin duda el que ha dictado el último informe del ministro de policía de Bonaparte. A este documento cuya fecha es el 7 de mayo, ha seguido un decreto del supuesto gefe del gobierno, y este informe y este decreto han sido coronados por una circular del 11 dirigida á los procuradores generales por el titulado ministro de justicia.

Ya se ha hecho en varios departamentos aplicacion de los principios de iniquidad que en aquellos documentos se establecen: los agentes subalternos se han apresurado á responder á la señal dada, elevando el rigor y la injusticia á un extremo desconocido hasta en los anales de la revolucion. En lo sucesivo nos ocuparemos del decreto del superintendente general de policía, Moreau; por ahora no hacemos mas que indicarlo á M. M.

Este decreto de 9 de mayo, cuya primera lectura ha afectado tan vivamente el corazon del rey, manda en el primer artículo á todos los franceses (no siendo los comprendidos en el artículo 11 de la amnistía de 12 de mayo último) que se encuentran en la actualidad fuera de Francia al servicio de V. M. ó de los príncipes de vuestra casa, volver á entrar en Francia en el término de un mes so pena de ser perseguidos con arreglo al decreto de 6 de abril de 1809.

Este decreto condena á muerte (artículo 1.° del título I) á todos los franceses que sustenten armas contra la Francia con arreglo al artículo 3.° de la seccion 1.ª de la 2.ª parte del código penal de 8 de octubre de 1791. Segun diferentes artículos de los títulos II, III y IV del mismo decreto, todos los franceses que ejercen en el extranjero funciones políticas, administrativas ó judiciales quedan declarados como muertos civilmente y sus bienes muebles é inmuebles confiscados.

El tercer artículo del decreto del 9 de mayo manda á los procuradores generales, y titulados imperiales perseguir á los autores de toda relacion y correspondencia que ocurra desde el interior de Francia con V. M. ó con los príncipes de vuestra casa, ó sus agentes, cuando dichas relaciones y correspondencias tengan por objeto conspiraciones ó maquinaciones de las especificadas en el artículo 77 del código penal.

Este artículo impone pena de muerte y de confiscacion de bienes contra cualquiera que haya conspirado ó mantenido relaciones con los enemigos del Estado.

El 4.°, 5.° y 6.° artículos del decreto de 9 de mayo se dirigen contra los vasallos de V. M. que destruyan la bandera tricolor, contra los ayuntamientos que no se opongan á esa accion y contra los individuos que se reunan bajo cualquiera divisa que no sea la escarapela tricolor.

A todos estos titulados delitos se aplica el artículo 257 del código penal, la ley del 10 *vendemiaire* del año IV, relativa á la responsabilidad de los ayuntamientos, y el artículo 9 de la ley del 27 *germinal* del año IV, sin perjucio del artículo 91 del código penal.

El artículo 257 de este código impone pena de prision desde un mes á dos años, ó una multa desde 100 á 500 francos al que destruya monumentos destinados á utilidad pública, etc.

La ley de la Convencion nacional relativa á la responsabilidad de los ayuntamientos hace por el título I y el artículo 1.° responsables á todos los habitantes de una municipalidad de los atentados que se hayan cometido contra las personas ó propiedades, y por el título II, artículo 1.°, recae esta responsabilidad hasta sobre los niños que no hayan cumplido doce años de edad.

Ahora vamos á tratar, señor, del decreto á que nos hemos referido anteriormente. El prefecto de policía de la tercera demarcacion tomó en Nantes (15 mayo) providencias con arreglo á este decreto, cuyo considerando y disposicion son igualmente dignos de atencion. Atribuyendo las turbulencias de los departamentos del Oeste á los *ex-nobles*, quiso, segun él dice, quitar todo pretesto *á la calumnia*, y suministrar á esos *ex-nobles* los medios de *justificarse*. Por consiguiente el decreto previene que todos los nobles de los doce departamentos de que se compone la tercera demarcacion se presenten en el plazo de diez dias ante el prefecto de su departamento. Si el prefecto cree que su pasada conducta no presenta garantías suficientes, los enviará en estado de vigilancia á un pueblo del interior, y en el caso de no presentarse ante el prefecto, se les aplicará el artículo 1.° del decreto de 9 de mayo.

El ministro de Policía de Francia habia dicho en su informe que no propondria á Bonaparte *exceder los límites de su poder constitucional*, y hé aquí que un simple prefecto de policía impone un decreto de destierro, de confiscacion y de muerte contra una corporacion entera de ciudadanos que ni siquiera están comprendidos en el decreto de 9 de mayo! Esto es lo que se llama contenerse en los límites del poder constitucional. A pesar de lo que hemos visto en estos últimos veinte y cinco años, cada vez causa mayor confusion un abuso de palabras tan escandaloso, como es el invocar la libertad para establecer la esclavitud, la Constitucion para sancionar la arbitrariedad y las leyes para decretar la proscripcion.

Imposible era inventar, ni invocar leyes mas monstruosas para castigar la fidelidad, la honradez y el honor. Al leer la circular del ministro de Justicia, cree uno estar leyendo aquella *ley de sospechosos*, que parece la expresion de todos los terrores de que es capaz la tiranía y de todas las venganzas que en su impotencia sabe tomar. Invita un ministro de Justicia á los jueces á que se abstengan de una *compasion imprudente*, cuando se trate de delitos que, por propia confesion del ministro, son mas dignos de indulgencia que de rigor: se atreve á decir que no debe *absolverse ó condenarse á un hombre por el hecho de que es acusado, porque este hecho puede no ofrecer en sí mismo nada de reprensible*; pero quiere el

ministro que se falle *con arreglo al conjunto de circunstancias*; es decir, que se pueda llevar al patíbulo á un hombre segun el concepto que les acomode á los jueces formar de él. ¿Dónde estarian, señor, hoy vuestros enemigos, si hubieseis empleado contra ellos los principios que ponen hoy en práctica contra vuestros vasallos? Mucho nos guardaremos de proponer á V. M. semejantes medios, tan contrarios á vuestras virtudes y al espíritu de un gobierno legal y paterno; pero la bondad misma le impone al rey el deber de protejer la lealtad contra la rebeldía y por lo tanto suplicamos que amenaceis con el rigor de las leyes á los que se atrevan á hacerse cómplices de una autoridad ilegítima.

En vista de este informe S. M. expidió el siguiente decreto.

REAL DECRETO.

Luis por la gracia de Dios, REY DE FRANCIA Y DE NAVARRA,

A todos los que la presente vieren, salud:

En el momento que en Francia vuelven á ponerse en juego las mas odiosas providencias, consideramos como uno de nuestros deberes mas amados, y como una de las necesidades mas apremiantes el defender los derechos de nuestros pueblos contra la opresion y la tiranía.

Con profundo dolor hemos visto comprometidas la vida, la libertad y las propiedades de todos los franceses que han permanecido leales á su deber, por el decreto que el gefe del supuesto gobierno de Francia ha expedido el 9 del presente y por la providencia de algunos de sus agentes.

Este decreto y estas providencias, que renuevan la memoria de las mas atroces leyes revolucionarias, se hallan ademas en contradiccion formal con nuestra Constitucion, en especial con el artículo 66 que abolió para siempre la confiscacion de bienes.

Por lo cual, oido nuestro consejo, hemos mandado y mandamos lo siguiente:

Artículo 1.° Todos los procuradores generales, y titulados imperiales; todos los miembros de cualquiera tribunal civil ó militar; todos los agentes de policía, que, en virtud del decreto de Bonaparte, fecha 9 de mayo de 1815, ó en virtud de medidas tomadas, sea en lo tocante á la aplicacion, ó á la ampliacion del mismo decreto por cualquier autoridad, que persigan judicialmente á los supuestos delitos que en el referido decreto se mencionan, ó les apliquen las penas impuestas por el mismo, serán responsables con su persona y bienes, y tendrán que comparecer ante nuestros tribunales para ser juzgados con arreglo á las leyes de nuestros reinos.

Art. 2.° Los prefectos, sub-prefectos, alcaldes, agregados y demás agentes de la administracion de cualquier clase que sean, que hubieran tomado parte en las persecuciones mandadas hacer por el decreto de 9 de mayo, sea arrestando á los acusados, sea verificando el secuestro ó poniendo sellos, sea en fin, procediendo á la venta de bienes muebles ó inmuebles, serán igualmente responsables, y deberán ser presentados ante nuestros tribunales, tanto por la accion fiscal de nuestros procuradores generales y reales, como por peticion de los que con arreglo al precedente decreto, tengan derecho á ser indemnizados.

Art. 3.° Todo juez de paz, escribano, *comisario-aprehendedor*, alguacil ó cualquiera que concurra á la venta de las propiedades muebles, ó de frutos de propiedades inmuebles; todos los que á sabiendas hubiesen adquirido dichos objetos, serán mancomunadamente responsables del valor de los bienes vendidos.

Art. 4.° Quedan encargados nuestros ministros, cada cual en la parte que les concierna, del cumplimiento del presente decreto.

Dado en Gante, dia veinte y uno del mes de mayo del año de gracia mil ochocientos quince y vigésimo de nuestro reinado.

Firmado, Luis.

Y mas abajo: Por el rey

El canciller de Francia

Firmado, D'Ambray.

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICION.

DE LA MONARQUÍA CON ARREGLO Á LA CONSTITUCION.

Si en algunas graves circunstancias me he creido obligado, no siendo mas que un simple ciudadano, á elevar la voz y hablar á mi patria, ¿qué deberé hacer en la actualidad? ¿No me impondrá mi condicion de par y de ministro de Estado deberes mas rigurosos que cumplir? ¿Los esfuerzos que yo haga en favor de mi soberano no deberán guardar proporcion con los favores de que me ha colmado?

Como par de Francia debo decir la verdad á la Francia, y la diré.

Como ministro de Estado debo decir la verdad al rey, y la diré.

Si el consejo de que tengo el honor de ser miembro se reuniera alguna vez, podrian decirme: «Hablad »en el consejo.» Mas como nunca se reune, me es preciso buscar otros recursos para que mis humildes observaciones lleguen á ser oidas, y para cumplir con mis funciones de ministro.

Si tuviera necesidad de aducir ejemplos para probar que los hombres colocados en altos puestos tienen derecho de escribir en materias de Estado, no me faltarian por cierto: muchos encontraria en la historia de Francia, y la de Inglaterra me suministraria una larga serie de ellos. Desde Bolngbroke hasta Burke, podria citar un gran número de lores, de miembros de la cámara de los Comunes y del Consejo privado que han escrito sobre política, en oposicion directa con el sistema ministerial adoptado en su país.

¡Pues qué? Si me parece que la nacion se ve amenazada de nuevos males, ó creo que la legitimidad corre peligro ¿tendré que permanecer en silencio solo porque soy par y ministro de Estado? Por el contrario, mi deber me obliga á indicar el escollo, á disparar el cañonazo de alarma, y á pedir socorro á todo el mundo. Esta es la razon que por primera vez de mi vida me hace firmar con mis títulos, á fin de anunciar mis deberes, y añadir, si puedo, á esta obra el peso de mi categoría política.

Estos deberes son tanto mas imperiosos, cuanto que la libertad individual y la de la imprenta se hallan suspendidas. ¿Quién se atreveria á hablar? Supuesto que mi condicion de par de Francia me concede, con arreglo á la Constitucion, una especie de inviolabilidad, debo aprovecharme de ella para dar á la opinion pública una parte de su poder. Esta opinion me dice: «Habeis confeccionado leyes que me coartan; usad en nombre mio de la palabra que me habeis quitado.»

Finalmente, el público me ha escuchado alguna vez con benevolencia; tengo por lo tanto probabilidad de que me prestará atencion, y si escribiendo me es dado hacer algun bien, mi conciencia me manda que no me abstenga de hacerlo.

A esto se limitaria el prefacio, sino tuviera que hacer algunas explicaciones.

La palabra realista se toma en esta obra en un sentido muy lato: abraza todos los realistas, cualquiera que sea el matiz de sus opiniones con tal que estas

no sean dictadas por los intereses *morales* revolucionarios (1).

Por *gobierno representativo*, entiendo la monarquía tal como hoy existe en Francia, en Inglaterra y en los Paises Bajos, sea que quieran ó no convenir en el exacto rigor de la expresion.

Cuando hablo de faltas, de sistemas, de órdenes y de proyectos de ley de un ministerio, no trato de calificar la parte de bien ó de mal que corresponde á cada uno de los ministros que componian ó componen el ministerio. Asi es que no he guardado consideraciones con los ministerios en que habia tenido amigos. Hago por ejemplo profesion de un particular respeto al señor canciller de Francia: tengo frecuentemente ocasion de echar de ver en su conducta aquel candor, aquella rectitud de espíritu y de corazon, aquella rara probidad de nuestra antigua magistratura. Mis sentimientos hácia el señor conde de Blacas son bien notorios, los he consignado en mis escritos y en mis discursos en la cámara de Diputados. No tiene el rey un servidor mas noble, ni mas adicto que el señor de Blacas. En estos momentos está dando muestras de su habilidad por el modo de dirigir las negociaciones difíciles de que se habia encargado. ¡Ojalá hubiese ejercido mas influencia en el ministerio de que formó parte! Mas al fin aquel ministerio cayó en faltas enormes, y yo lo he juzgado rigurosamente, sin hablar ni del canciller, ni de Mr. de Blacas, que lejos de participar de aquel sistema de administracion, la combatieron incesantemente. Sin embargo, en un escrito en que he tratado de los principios de la *Monarquía representativa*, he tenido que admitir el axioma de que toda medida ministerial es obra del ministerio.

PREFACIO DE LA EDICION DE 1827.

La monarquía con arreglo á la Constitucion se divide en dos partes, como ya lo he dicho en mi prefacio general: la parte teórica es indipendiente en la actualidad de la que no tenia relacion mas que con las circunstancias del momento.

La publicacion de la *Monarquía con arreglo á la Constitucion* ha sido una de las mas interesantes épocas de mi vida; pues me hizo tomar un puesto entre los publicistas y contribuyó á que se fijara la opinion sobre la naturaleza del gobierno. No me cansaré de repetirlo: fuera de esa ley fundamental no hay salvacion. Es el único baluarte que le queda á la nacion contra la república y contra el despotismo militar: ciego debe haber nacido quien no lo vea.

Como mis sucesos van siempre fuera del órden comun, la *Monarquía con arreglo á la Constitucion* fue causa de que me separaran de un puesto que yo habia obtenido en Gante y que hasta entonces estaba reputado como *inamovible*. No fue en verdad la pérdida del puesto lo que me afligió, sino la venta de mis libros, causada por mi nueva situacion, y sobre todo, la de un pequeño retiro que yo habia cultivado con mis propias manos y adquirido con el fruto de los buenos resultados producidos por el *Genio del Cristianismo*. El hombre virtuoso que habitó despues de esta circunstancia en aquel modesto retiro, ha hecho que su pérdida no me fuese tan penosa. Mas á nadie le conviene tomar ni accidentalmente parte en mejorar mis asuntos: aquel hombre virtuoso dejó de existir.

Tres veces he tenido el honor de ser despojado por la legitimidad: la primera por haber seguido á los hijos de San Luis al destierro; la segunda por haber escrito en favor de los príncipes de la monarquía que el rey nos habia concedido, y la tercera por haber guardado silencio acerca de una ley funesta, y por haber contribuido á conservar en Europa la paz durante aquella campaña tan gloriosa para un hijo de la Francia, y que restituyó un ejército á la bandera blanca.

No perdonaron mi patrimonio los verdugos que asesinaron mi hermano: eso es natural; mas yo no puedo menos de aconsejar á los ministros futuros, se abstengan de toda clase de medidas precipitadas, sujetas á graves inconvenientes. Hiriéndome, hirieron á un adicto servidor del rey y la ingratitud no pudo sofocar la lealtad; sin embargo, puede haber hombres que no se muestren tan sumisos, y circunstancias en que podria traer funestas consecuencias el abuso, como lo prueba la historia. No soy el príncipe Eugenio, ni Voltaire, ni Mirabeau, y si poseyera su capacidad, tendria horror de imitarlos en su resentimiento. Pero como he tenido mas ocasion que otro alguno de conocer el daño que causan á mi país las divisiones y las injusticias, exorto á todo el mundo á que las evite. Hace algunos meses que me hubiera guardado muy bien de hacer estas reflexiones por temor de que las tomaran por fanfarronadas, por suspiros de la ambicion ó por lamentos de la debilidad; mas al presente no pueden ser consideradas sino como un consejo tan importante como desinteresado.

DE LA MONARQUIA

CON ARREGLO Á LA CONSTITUCION.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

EXPOSICION.

La Francia quiere á su rey legítimo.

Hay tres maneras de querer al rey legítimo.

1.° Con el antiguo régimen.

2.° Con el despotismo.

3.° Con la constitucion.

Con el antiguo régimen, existe una imposibilidad; como ya lo hemos demostrado en otra parte (1).

Con el despotismo seria preciso tener como Bonaparte 600,000 soldados, un brazo de hierro y un alma propensa á la tiranía; de todo lo cual nada existe en la actualidad. Sé muy bien cómo se establece el despotismo; mas ignoro el modo de hacer un despóta en la familia de los Borbones.

Queda pues la monarquía con la Constitucion.

Ese es el único modo que conviene en los presentes momentos; es ademas el único posible y el único que zanja la cuestion.

CAPITULO II.

PROSIGUE LA EXPOSICION.

Partimos pues del principio que tenemos una Constitucion y que es lo único que podemos tener.

Mas desde que vivimos bajo el imperio de esa Constitucion hemos desconocido de un modo asombroso su espíritu y su carácter.

¿En qué consiste? En que arrebatados por nues-

(1) Ya se verá en el curso de esta obra lo que el autor entiende por intereses *morales* revolucionarios.

(1) Siendo esta obra como una continuacion de las *Reflexiones políticas*, citaré para no repetir las mismas verdades en notas las *Reflexiones*. Por el mismo motivo citaré tambien el *informe presentado al rey en Gante*, cuyo documento se deriva igualmente de los principios establecidos en las *Reflexiones políticas*.

tras pasiones, por nuestros intereses y por nuestros caprichos, diciendo que adoptábamos el principio, nunca hemos querido someternos á sus consecuencias; en que nos hemos empeñado en sostener cosas contradictorias é imposibles; en que presentamos resistencia á la naturaleza del gobierno establecido, en vez de ceder espontáneamente á su impulso; en que viéndonos contrariados por instituciones que aun son nuevas, no tenemos valor de despreciar leves inconvenientes para conseguir notables mejoras, y consiste por último, en que habiendo tomado la libertad por base de esas instituciones, nos espantamos y tenemos intenciones de retroceder hasta lo arbitrario, no comprendiendo cómo un gobierno puede ser vigoroso no dejando de ser constitucional.

Voy á tratar de establecer algunas verdades de uso comun en la práctica de la monarquía representativa. Trataré do los *principios*: procuraré demostrar lo que falta á dichas instituciones, lo que conviene crear, lo que conviene destruir, lo que es razonable y lo que es absurdo. En seguida hablaré de los *sistemas*: diré cuáles son los que se han seguido hasta el presente en la administracion. Indicaré el mal y terminaré presentando lo que en mi concepto podria servir de remedio. Por lo demás en nada me separaré de las primeras nociones del sentido comun. Parece que el sentido comun es una cosa mas rara que lo que su nombre indica. ¡Son tantas las cosas que hemos puesto en olvido por la revolucion! Asi en política, como en religion puede decirse que aun nos hallamos en el catecismo.

CAPITULO III.

ELEMENTOS DE LA MONARQUÍA REPRESENTATIVA.

¿Qué es gobierno representativo? ¿Cuál es su origen? ¿Cómo se ha formado en Europa? ¿Cómo se estableció antiguamente en Francia é Inglaterra? ¿Cómo se destruyó en la primera de estas dos naciones y por qué subsistió en la otra? ¿Por qué caminos ha vuelto á restablecerse en Francia? Para todas estas cuestiones han de tenerse presentes las *Reflexiones políticas*.

El gobierno establecido por la Constitucion se compone de cuatro elementos, á saber, la monarquía, la prerogativa real, las cámaras, la de los Pares y la de los Diputados, y el ministerio. Esta máquina menos complicada que la organizacion de la antigua monarquía antes de Luis XIV, es sin embargo mas delicada, y exige mas destreza para su manejo; la violencia la romperia, y la falta de habilidad interrumpiria su movimiento.

Veamos lo que le falta y qué clase de impedimentos se han encontrado hasta el presente en la nueva monarquía.

CAPITULO IV.

DE LA PREROGATIVA REAL.—PRINCIPIO FUNDAMENTAL.

La doctrina sobre la prerogativa real constitucional establece: que nada procede directamente del rey en los actos del gobierno; que todo es obra del ministerio, hasta lo que se hace en nombre del rey y con su firma, como proyectos de ley, órdenes y nombramientos.

El rey en la monarquía representativa es á manera de una divinidad á quien nada puede llegar: siendo inviolable y sagrado, es tambien infalible; pues si hay error, este error dependerá del ministro y no del rey. De manera que todos los actos pueden sujetarse á exámen sin lastimar la magestad régia, pues todos dimanan de un ministerio responsable.

CAPITULO V.

APLICACION DEL PRINCIPIO.

Cuando los ministros promueven alarmas entre los leales vasallos; cuando abusan del nombre del rey para poner en ejecucion medidas inconducentes, es porque abusan de nuestra ignorancia, ó porque ignoran ellos mismos la naturaleza del gobierno representativo. El realista mas decidido puede en las cámaras separar sin temeridad el sagrado broquel que se le opone, y atacar directamente al ministerio; pues solo se trata siempre de este y nunca del rey.

Todo esto se halla fundado en la razon de que hallándose el rey rodeado de ministros responsables, y estando sobre la esfera de toda responsabilidad, es evidente que debe dejarles obrar como mejor les parezca, supuesto que ellos solos son los que han de responder de las resultas. Si no fuesen mas que meros ejecutores de la voluntad régia, seria injusto perseguirlos por proyectos que no eran suyos.

¿Qué hace pues en su consejo el monarca? Juzga; pero no obliga al ministro. Si este contemporiza con el parecer del rey, está seguro de haber obrado perfectamente y de haber merecido la aprobacion general; si por el contrario, se separa y á fin de sostener su propia opinion, habla de su responsabilidad, será regular que el rey no insista: el ministro obrará, mas si llega á cometer una falta, será segura su caida y el rey mudará de ministro.

Aun cuando el rey en su consejo hubiese adoptado el parecer del ministerio, nada tiene que ver el monarca con los malos resultados que aquel parecer haya acarreado; pues en tal caso se dice que los ministros han sorprendido su buena intencion presentándole los hechos bajo un falso punto de vista, y engañándole por su corrupcion, sus pasiones ó su incapacidad. Por decirlo de una vez, nada es obra del rey sino la ley sancionada, la felicidad del pueblo y la prosperidad de la patria.

Me he extendido al hablar de esta doctrina porque se ha desconocido su principio; se han aprovechado de la pasion que la cámara de los Diputados profesa al rey, para inspirar escrúpulos á esta admirable cámara. Los diputados han tardado algun tiempo en deslindar los verdaderos intereses del trono, cuando se han valido del nombre mismo del rey para oponerlo á sus intereses.

Pasemos del principio general á establecer algunos detalles.

CAPITULO VI.

CONTINUACION DE LA PREROGATIVA REAL.—INICIATIVA.—REAL ÓRDEN.

La prerogativa real debe ser mas sólida en Francia que en Inglaterra; pero tarde ó temprano convendrá desembarazarla de un inconveniente cuyo principio radica en la Constitucion. Se ha creido robustecer esta prerogativa, atribuyéndole exclusivamente la iniciativa, y por el contrario no se ha hecho mas que debilitarla.

La forma no ofrece en este particular menos inconvenientes que el fondo: los ministros presentan á las cámaras su proyecto de ley en una real órden. Esta órden principia por la fórmula: *Luis por la gracia de Dios*, etc. De manera que los ministros tienen que hacer hablar al monarca en primera persona: le hacen decir que ha meditado en su sabiduría el proyecto de ley, y que con arreglo á su poder lo remite á las cámaras: luego ocurren las enmiendas admitidas por la corona, y la sabiduría y el poder régio quedan formalmente desmentidos. Es preciso una segunda órden para declarar aun otra vez por la *gracia*

de Dios, por la *sabiduría* y por el *poder real* que el rey (es decir el ministerio) se habia engañado.

Hé aquí, pues, de qué manera un nombre sagrado se encuentra comprometido. Es por lo tanto necesario que se reserve la real órden para la ley completa, obra de la corona asistida de las otras dos ramas del poder legislativo, y no para el proyecto de ley que no es mas que obra de los ministros.

En todas las cosas convendrá en lo sucesivo usar de las reales órdenes con moderacion: el estilo de la órden es absoluto, porque en otros tiempos el monarca era el único y soberano legislador; mas ahora que en su magnanimidad ha consentido compartir las funciones legislativas con las dos cámaras, es mejor en materia de ley que la corona no hable imperiosamente sino por lo tocante á la ley ya del todo confeccionada. De otra manera el par y el diputado quedarán colocados entre dos poderes legislativos, la ley y la real órden; entre la antigua y la nueva Constitucion, entre lo que se debe á la ley como ciudadano, y entre lo que se debe á la órden como vasallo. ¿Cómo se podrá en tal caso trabajar libremente en confeccionar la ley sin lastimar la prerogativa, ó enmudecer ante la prerogativa sin dejar de obedecer á la conciencia, votando sobre los artículos de la ley? El nombre del rey aplicado ante todo por los ministros, produciria á la larga el uno ó el otro de esos graves inconvenientes; imprimiria tal respeto que desapareceria toda libertad en ambas cámaras, ó caeria bajo el despotismo ministerial, ó bien no produciria efecto en las voluntades, lo cual conduciria al desprecio de esa autoridad real, sin la que tampoco hay salvacion para la patria.

En Inglaterra se creeria faltar al decoro de las cámaras si un miembro de ellas tuviese la ocurrencia de citar el augusto nombre del monarca para combatir ó hacer aprobar un bill.

CAPITULO VII.

OBJECIONES.

Mas si las cámaras solas tienen la iniciativa, ó bien si la comparten con la corona, ¿no será de temer que renazca antes de mucho aquella manía de confeccionar leyes que perdió á la Francia en tiempo de la asamblea constituyente?

En esas comparaciones tan frecuentemente repetidas, se olvidan los que las presentan de que el espíritu de la Francia no era en aquella época lo que hoy es; no tienen presente que la revolucion principiaba entonces, y que ya se ha acabado; que ahora todo se inclina al reposo, asi como en aquellos dias propendia al movimiento, y que muy lejos de dominar en todos los ánimos el afan de destruir, cunde por todas partes el deseo de edificar.

Se pone en olvido que la Constitucion no era la misma; que no habia mas que una asamblea de dos consejos de una misma naturaleza, y que la Constitucion ha establecido dos cámaras formadas de elementos diversos, que contrabalanceándose entre sí establecen el equilibrio.

No se fija la atencion en que toda mocion de órden hecha y proseguida espontáneamente, no es ya posible: que toda proposicion debe ser depositada por escrito en la mesa; que si las cámaras resuelven que hay lugar para ocuparse de ella, no puede ser desarrollada sino pasado un intervalo de tres dias; que en seguida es remitida y distribuida por las comisiones, y que solo despues de haber pasado por todas esas fórmulas dilatorias es cuando vuelve á las cámaras, modificada y atemperada para encontrar otros obstáculos y sufrir todas las enmiendas de los proyectos de ley; pudiendo aplazarse su discusion aun despues de todos esos trámites en el caso de que en la órden del dia se tratara de otros asuntos mas perentorios.

Olvídanse, por último, de que el rey tiene absoluto poder para desechar la ley, y hasta para disolver las cámaras si así lo requiere el bien del Estado.

Por otra parte ¿de qué se trata? ¿de quitar la iniciativa de las leyes á la corona? Nada de eso. Dejad la iniciativa á la corona, que se servirá de ella en las ocasiones solemnes para alguna ley altamente trascendental ó muy popular; pero dádsela tambien á las cámaras, que la ejercen ya de hecho, supuesto que tienen el derecho de proposicion de la ley.

A esto responden que el desarrollo de la proposicion es secreto, mientras que en la iniciativa es pública la discusion. Tan enormes son los males que las asambleas deliberantes han hecho á la Francia, que toda precaucion parece ineficaz.

Empero en ese caso, ¿para qué es la constitucion? ¿Para qué servirá una Constitucion libre? ¿Para qué no haber tomado las cosas como se hallaban, un senado pasivo y un cuerpo legislativo mudo? Hé aquí cómo por una funesta inconsecuencia se quiere y no se quiere lo que se tiene.

¿Sabe alguno lo que sucederá si los franceses no sostienen con mas energía sus deseos, si no tratan de estar mas acordes consigo mismos? O quedará destruida la Constitucion (y Dios sabe lo que vendrá despues), ó todo será arrebatado por ella. Tengamos cuidado, pues en el actual órden de cosas probablemente la Constitucion es mas poderosa que todo lo demás.

CAPITULO VIII.

CONTRA LA PROPOSICION SECRETA DE LA LEY.

Proposicion secreta de la ley: idea falsa y contradictoria, elemento heterógeneo de que convendrá desprenderse. La proposicion secreta de la ley no puede ser nunca tan secreta que no llegue desfigurada á noticia del público: la iniciativa franca es propia de la índole del gobierno representativo. En esta clase de gobierno todo debe ser conocido, y todo tiene que comparecer ante el tribunal de la opinion. Si la discusion llega á ser borrascosa, pueden cinco miembros reuniéndose mandar desocupar las tribunas, segun el artículo 44 de la Constitucion Conservaríanse, pues, por la iniciativa las ventajas del secreto sin perder las de la publicidad: no hay por lo tanto ganancia ninguna en preferir la proposicion á la iniciativa, lo cual equivaldria á querer adquirir por un medio lo que ya se habia adquirido por otro, ó seria lo mismo que complicar los resortes para obtener resultados conseguidos por otro procedimiento mas sencillo y natural.

La iniciativa concedida á las cámaras hará tambien desaparecer las definiciones de principios generales que durante esta legislatura han entorpecido la discusion de cada ley. Tampoco se oiria hablar de la eterna doctrina de las enmiendas. El buen sentido exige que las cámaras admitidas á la confeccion de las leyes, tengan el derecho de proponer en ellas todas las modificaciones que les parezcan útiles (menos en el presupuesto, como lo voy á demostrar). Querer fijar límites al derecho de enmienda, encontrar el punto matemático donde concluye la enmienda y principia la proposicion de la ley; saber á punto fijo donde esta enmienda entra ó no entra en la jurisdiccion de la prerogativa, es perderse en una metafísica política sin fin.

Conceded la iniciativa á las cámaras: haced, si así lo quereis, que la ley pueda igualmente ser propuesta por el gobierno, pero sin reglamento especial, y desaparecerán todas esas inútiles cuestiones. En vez de tener que estar gritando á cada instante, «que se in-

fringe la Constitucion, que se quebranta la prerogativa real;» en vez de desechar una enmienda, no porque sea mala en sí misma, sino porque está en contradiccion con una teoria, se combatirán las opiniones contrarias aduciendo razones tomadas en la naturaleza misma de la ley propuesta. No habrá lugar de acusarse mutuamente, de reproducir los principios democráticos, ni de predicar la obediencia pasiva: los ánimos se acostumbrarán á juzgar con rectitud, las voluntades caminarán de consuno, y de esto resultará menos pérdida de tiempo.

CAPITULO IX.

LO QUE RESULTARÁ DE DEJAR LA INICIATIVA Á LAS CÁMARAS.

Por otra parte el rey es el que está evidentemente interesado en dejar la iniciativa á las cámaras, pues entonces la corona no se encargará mas que de proponer las leyes populares, y dejará á los pares y á los diputados lo que puede haber de riguroso en la legislacion. Ademas, en el caso de no ser aprobada la ley, no tendrá que figurar el nombre del monarca en discusiones donde las mas de las veces la agitacion de las tribunas no permite guardar el oportuno decoro. Tampoco los ministros tendrán que hacer un postrer esfuerzo para dominar la voluntad de la oposicion, gritando: «así lo quiere el rey, el rey lo ha propuesto; jamás consentirá que se haga esa enmienda.»

Por último, si los ministros tienen destreza, la iniciativa de las cámaras nunca será otra cosa mas que la iniciativa ministerial, pues valiéndose de cierta maña harán que no se proponga sino lo que ellos quieran. Con semejante conducta conseguirá el ministerio las ventajas que consigue un escritor que conserva el anónimo hasta ver el resultado de su obra; si esta es bien recibida, presenta su nombre á la admiracion; si tiene mal éxito, deja que la crítica se ensañe en quien le parezca. Aun son mayores las ventajas que consigue el ministerio; pues buena ó mala la ley que el ministro ha encargado á sus amigos proponer á las cámaras, tiene por último que pasar, con tal que no se haya adoptado el *sistema de la minoria*, tan ingeniosamente adoptado en la última legislatura. Renunciar á la mayoria es querer caminar sin piés, volar sin alas; es romper el gran resorte del gobierno representativo, como lo demostraré mas adelante.

CAPITULO X.

CORROBÓRASE LO QUE ACABA DE DECIRSE.

Hemos manifestado los inconvenientes de la proposicion secreta de la ley por las cámaras, y de la iniciativa por la corona; hé aqui los absurdos que envuelve además ese sistema.

Si la proposicion es aprobada en las cámaras, pasa á la corona; si la corona la adopta, vuelve á las cámaras en forma de proyecto de ley.

Si las cámaras la consideran digna de enmienda, pasa segunda vez á la corona, que á su vez puede hacer en ella algunas modificaciones que deben ser aprobadas otra vez por las dos cámaras para ser luego presentadas á la sancion del monarca que aun tiene poder de añadir ó quitar lo que le parezca.

En una de las provincias mas civilizadas de la China, en Kiang Nan hay esta costumbre. Cuando un mandarin pasa á tratar de algun asunto á casa de uno de sus colegas, el mandarin que ha recibido la visita acompaña al otro hasta su alojamiento: este á su vez se cree obligado por política á no dejar volver solo á un hombre de tan buenos modales, y le vuelve á acompañar; el acompañado tiene demasiado mundo para no repetir el obsequio á tan ilustre compañero, que además de su posicion..... De manera que por no ceder en finura, van, vienen, tornan, vuelven... Alguna vez ha ocurrido que la muerte les ha sorprendido en tan obsequiosa competencia; y el asunto?... El asunto quedó como estaba antes de la primera visita (1).

CAPITULO XI.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.

La iniciativa y la sancion de la ley son visiblemente incompatibles; pues en ese caso la corona es la que aprueba ó desaprueba su propia obra. Ademas de lo absurdo del hecho, la corona queda en una posicion que rebaja su dignidad pues no puede confirmar un proyecto de ley que los ministros han declarado ser fruto de sus meditaciones, sin que los pares y los diputados no lo hayan antes examinado, y por decirlo asi, aprobado. ¿No era mas noble y mas natural que las cámaras propusiesen la ley y que el monarca la juzgara? Entonces puede decirse que se presentaria como primer legislador, siendo dueño de decir: «Esto es bueno, esto es malo; lo apruebo, ó no lo apruebo.» Guarde cada cual su categoria; no es decoroso por cierto que un oscuro vasallo censure una ley propuesta en nombre del soberano.

De lo dicho se deduce con toda claridad que la iniciativa, lejos de ser favorable al trono, es por el contrario antimonárquica, supuesto que altera el órden de los poderes. Los ingleses la han adjudicado con mucha razon á las cámaras.

CAPITULO XII.

CUESTION.

No falta quien dice: «¿Luego el rey en un gobierno representativo no es mas que un vano ídolo?» Se le da culto porque está en el altar; pero no tiene ni accion ni poder.

Eso es un error. El rey, en la monarquia que nos rige, es mas absoluto que sus antepasados; es mas poderoso que el sultan en Constantinopla, mas que Luis XIV en Versalles.

A nadie mas que á Dios ha de dar cuenta de su voluntad ni de sus acciones.

Es el gefe ó el obispo exterior de la iglesia galicana.

Es padre de todas las familias particulares vinculándolas á su autoridad por medio de la instruccion pública.

Solo es quien desecha ó sanciona la ley: toda ley dimana de él; luego es el soberano legislador.

Elévase sobre la misma ley, pues solo él puede conmutarla y hablar mas alto que ella.

Sin oposicion, sin cuidar de la crítica, pone ó quita á su placer los ministros: toda administracion se deriva de su autoridad; luego es el gefe supremo.

El ejército no se mueve sin órden suya.

Hace la paz y declara la guerra.

De manera que siendo el primero en el órden religioso, moral y politico, tiene en su mano las costumbres, las leyes, la administracion, el ejército, la paz y la guerra.

Si retira su real mano, todo se paraliza.

Si la extiende, todo se pone en movimiento.

Hasta tal punto reune en su persona la esencia de todo que quitar el rey, es lo mismo que no dejar nada en pié.

¿Qué mas quereis para la corona? ¿Acaso las mil y mil trabas que en otro tiempo embarazaban á la monarquia? ¿Acaso el absoluto poder de un ministro

(1) *Cartas edific.*

que sin mas causa que su capricho os encierre en una mazmorra? Muy lejos está de la verdad el que piensa que la corona podia en los tiempos pasados obrar con mas independencia ó mas fuerza que en la época actual. ¿Qué rey de Francia en la antigua monarquía habria podido imponer la enorme contribucion aprobada en el presupuesto? ¿Qué rey habria podido usar de un poder tan violento como el que autoriza á la corona á poner en accion las leyes sobre libertad de imprenta, sobre libertad individual, y sobre gritos sediciosos?

Del exámen de la prerogativa real pasemos al de la cámara de los Pares.

CAPITULO XIII.

DE LA CÁMARA DE LOS PARES.—PRIVILEGIOS NECESARIOS.

Si antes de recibir de la munificencia enteramente espontánea del rey la alta dignidad de par, no hubiera yo reclamado para la cámara de los Pares lo que en este instante voy á pedir, tal vez cierto rubor, me impondria silencio, mas habiéndose manifestado mi opinion, por escrito (1), anticipado con mucho á los honores que mis débiles servicios á la monarquía han conseguido merecer, puedo ya explanar mi opinion sin rebozo de ningun género.

Faltan á la cámara de Pares de Francia no en concepto de sus intereses particulares, sino en concepto de los intereses del rey y del pueblo, honores, privilegios y riquezas.

Sin embargo en el informe que tuve el honor de presentar al rey en su consejo de Gante, al indicar la conveniencia de que la dignidad de par fuese hereditaria (tanto para consagrar los principios de la Carta, como para probar que se queria sinceramente cumplir lo que se habia prometido) no me propuse aconsejar que se hicieran de una vez hereditarias todas las dignidades de par existentes en la actualidad. Me pareció que bastaria por de pronto el que recayera esa circunstancia sobre un cierto número de pares tomados de los antiguos y de los modernos. El ministerio que confeccionó el reglamento de 19 agosto de 1815 no vió quizás todo lo que aquel reglamento quitaba á la corona. El rey, Providencia de la Francia y que como tal derrama beneficios á manos llenas, aprobó una generosidad, que siempre queda inferior á su munificencia: dió de una vez cuando podia dar. Y sin embargo, ¡qué profundo manantial de recompensas no ha agotado el ministerio con aquel acto! ¡Qué noble objeto no ha arrebatado á una noble ambicion! ¿Qué no hubiera hecho un par vitalicio, para ser par hereditario y para fijar en su familia tan alta é importante dignidad? El mismo reglamento parece quitar al rey la facultad de crear en lo sucesivo pares vitalicios; mas en este particular debe creerse que en el reglamento ocurrió algun defecto de redaccion. La Constitucion (artículo 27) dice terminantemente: «El rey puede á su placer nombrar pares *vitalicios*, ó hacerlos hereditarios.»

CAPITULO XIV.

SUBSTITUCIONES: SON ESENCIALES EN LA DIGNIDAD DE PAR.

No repetiré acerca de los honores y privilegios que hay que conceder á la dignidad de par lo que dije en mis *Reflexiones políticas*. Solo añadiré que tarde ó temprano será preciso restablecer para los pares el uso de las substituciones por órden de primogenitura. Las substituciones trasmitidas por las leyes romanas á nuestras antiguas leyes, pero para conservar otros principios, tienen lugar en la constitucion monárquica. La institucion de vinculaciones completaria el sistema que propongo. Esa institucion creada en la época que los feudos se hicieron hereditarios daria dignidad á los poseedores de bienes territoriales, y el noble ejercicio de la agricultura concederia indudablemente mas nobleza que la voluntad política.

Stat fortuna domus, et avi numerantur avorum.

Tal es el medio de restablecer en Francia las familias aristocráticas, barrera y salvaguardia del trono. Sin privilegios y sin posesiones la categoría de par es una palabra vacía de sentido, una institucion que no llena su objeto. Si la camara de los Pares tiene menos honores y riquezas que la de los Diputados, la balanza quedará rota: el principio de la aristocracia no estará en su puesto y se combinará con el principio democrático en la cámara de los Diputados.

Esta adquirirá en tal caso una preponderancia inevitable y peligrosa, agregando á su popularidad natural la igualdad de los títulos y la superioridad de fortuna.

¿Cuándo y cómo convendrá poner en práctica lo que propongo para la cámara de los Pares? El tiempo lo dirá; pero de todos modos ó se ha de pasar por ese punto, ó no llegará la monarquía representativa á consolidarse en Francia.

Por lo demás, las sesiones de la cámara de los Pares deben ser públicas sino en virtud de la ley por lo menos en virtud de la costumbre, como sucede en Inglaterra. Sin esta publicidad la cámara no ejerce bastante accion sobre la opinion, y pierde esa ventaja respecto de la cámara de los Diputados.

Tambien reclama el interés del ministerio esta publicidad: el ataque legal contra los ministros principia en la cámara de los Diputados y la defensa viene á parar á la de los Pares. ¿Convendrá, pues, que el ataque sea público y la defensa secreta? ¿Usanse los principios de dos tramitaciones opuestas en un mismo proceso? En tal caso habrá contrariedad en la ley y daño para las partes.

Dejemos este asunto para hablar de la cámara de los Diputados.

CAPITULO XV.

DE LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.—SUS RELACIONES CON LOS MINISTROS.

Perfectamente constituida estaria esta cámara si se hubieran sancionado ya las leyes sobre elecciones y sobre la responsabilidad de los ministros; mas aun le falta el conocimiento de algunos de sus poderes y de algunas verdades, hijas de la experiencia.

Ante todo conviene que sepa hacerse respetar. No debe consentir que los ministros establezcan el principio de ser independientes de las cámaras, y que pueden dejar de presentarse cuando estas juzgan preciso lo contrario. En Inglaterra no solamente se interroga á los ministros por lo tocante á los *bills*, sino por lo relativo á sus actos de administracion, nombramientos y hasta por las noticias que se estampan en la Gaceta.

Si se deja desapercibida esa pomposa frase de que los ministros no han de dar mas que al rey cuenta de su *administracion*, no tardará en ser *administracion* todo lo que ellos querrán: habrá ministros incapaces que podrán perder á la nacion como les plazca, y las cámaras convertidas en esclavas suyas caerán en el envilecimiento.

¿Qué medio tienen las cámaras para hacerse oir? Si los ministros se obstinan en cerrar el oido, las cámaras tendrán que atenerse á su interpelacion, comprometerán su dignidad, y aparecerán ridículas como sucede siempre que se da un paso falso.

(1) *Reflexiones políticas. Informe presentado al rey en Gante.*

La cámara de los Diputados tiene varios medios para sostener sus derechos.

Establezcamos pues los principios :

Las cámaras tienen el derecho de pedir todo lo que quieran á los ministros.

Los ministros deben contestar siempre y presentarse toda vez que las cámaras parezcan solicitarlo.

No siempre están obligados los ministros á dar explicaciones sobre lo que se les pregunta : están en su derecho rehusándolas ; pero deben fundarse en razones de Estado de que á su tiempo deberán dar cuenta á las cámaras. Cumplida esta fórmula las cámaras no tienen nada que replicar. Cuando un ministro desea obtener un crédito de seis millones sobre el gran libro, empeña su palabra de honor, y los diputados no piden mas aclaraciones. *Palabra de caballero* es una antigua garantía sobre la cual los franceses nunca tendrán inconveniente de prestar.

Por otra parte las cámaras no se mezclarán nunca en asuntos de administracion, ni harán nunca preguntas que puedan inquietar : jamás expondrán á los ministros á un compromiso, si estos por su parte son lo que deben ser, es decir, dueños de las cámaras por lo tocante al fondo y servidores por lo relativo á la forma.

¿De qué manera se conseguirá tan feliz combinacion? De la manera mas sencilla: el ministro debe contar con la mayoría y marchar con ella : sin ese requisito no hay gobierno.

Sé muy bien que esta especie de autoridad, que las cámaras ejercen sobre el ministerio durante las sesiones, renueva la memoria de las invasiones de la asamblea constituyente; pero, repitámoslo otra vez, toda la comparacion entre lo que sucede ahora y lo que sucedió entonces es viciosa. No autoriza la experiencia de las pasadas calamidades para decir que la monarquía representativa no ha de poder establecerse en Francia : el gobierno que en aquella época existia no era la monarquía representativa fundada en principios naturales por la verdadera division de poderes. ¡Una asamblea única, un rey cuyo *veto* no era absoluto! ¿Qué hay de comun entre el órden establecido por la asamblea constituyente y el órden político fundado por la Constitucion? Pongamos en práctica esta Constitucion : si con ella no marcha concertada la sociedad entonces podremos afirmar que el carácter nacional no es compatible con el gobierno representativo ; mas por ahora no tenemos derecho de reprobar lo que no hemos experimentado.

CAPITULO XVI.

LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS DEBE HACERSE RESPETAR AL EXTERIOR POR LA PRENSA PERIÓDICA.

Sin libertad de imprenta no puede existir gobierno representativo. La razon es la siguiente :

El gobierno representativo ilustrado por la opinion pública establece en ella su base. Las cámaras no pueden llegar á comprender esta opinion si la opinion carece de órganos.

Puede decirse que en todo gobierno representativo hay dos tribunales : el de la cámara, en el que se dilucidan los intereses particulares de la nacion, y el de la nacion misma que juzga de los hechos independiente de las dos cámaras.

¿Cómo discernirá el público de la verdad, en las discusiones que necesariamente se suscitan entre el ministerio y las cámaras, si los periódicos están sujetos á la censura del ministerio, es decir, bajo la influencia de una de las partes interesadas? ¿Ni cómo el ministerio, ni las cámaras tendrán exacta noticia de la opinion pública que constituye la voluntad general, si esta opinion no puede expresarse libremente?

CAPITULO XVIII.

PUESTA LA PRENSA PERIÓDICA EN MANOS DE LA POLICÍA SE DESTRUYE EL EQUILIBRIO CONSTITUCIONAL.

En toda monarquía constitucional es preciso que el poder de las cámaras y el del ministerio estén en armonía. Si la prensa queda á merced del ministerio es evidente que este tendrá medios de inclinar á su lado todo el peso de la opinion publica, y hasta podrá emplearla contra las cámaras: de lo cual se deduce que la Constitucion se halla en peligro.

CAPITULO XIX.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.

¿Qué sucede cuando por medio de la censura queda entregada la prensa periódica á disposicion del ministerio? Los ministros dan á admirar en los periódicos que les pertenece todo lo que han dicho, todo lo que han hecho y todo lo que ha dicho su partido *intra muros et extra*. Si en los periódicos que no les son enteramente afectos no pueden los ministros obtener los mismos resultados, emplean el recurso que está en su mano, hacen callar á los redactores.

¿Quién no habrá visto periódicos no ministeriales suspendidos solo por no haber alabado esta ó aquella cuestion?

No es tampoco raro que la censura mutile discursos pronunciados por los diputados en la asamblea, y que solo mediante esta mutilacion pueden estamparse en los periódicos.

Se han visto prohibiciones especiales de hablar acerca de un suceso ó de un escrito que podria influir en la opinion pública de una manera desagradable á los ministros (1).

He visto destituir un censor que habia padecido once años de prision por realista, solo por haber dejado pasar un artículo en favor de los realistas.

Finalmente, habiendo comprendido que las órdenes de la policía enviadas por escrito á las redacciones de los periódicos podrian causar algun inconveniente, se ha suprimido esta práctica haciendo saber á los redactores que en lo sucesivo no se les comunicarán mas que *órdenes verbales*. Con este arbitrio desaparecen las pruebas y en todo caso se podrá achacar á los *redactores* lo que en realidad solo será obra de las *órdenes ministeriales*.

Así es como en Francia se falsea la opinion pública y se abusa de la de Europa : así es como no hay calumnia con que no hayan intentado denigar la cámara de Diputados. Si no hubiera sido tan absurdo y contradictorio este sistema de calumnias; si despues de haber llamado aristócratas, ultra-realistas, enemigos de la Constitucion y *jacobinos blancos* á los dipu-

(1) Esta obra ofrecerá sin duda un nuevo ejemplo de esta clase de abusos. Se prohibirá su anuncio á los periódicos, ó harán que estos hablen mal de ella. Si á pesar de eso algun periódico se atreve á emitir libremente su juicio, será detenido en el correo segun costumbre. Veo que para mi renacen los buenos tiempos de Fouché : ¿nó se publicaron contra mí, bajo la policía real, libelos que el duque de Rovigu habia prohibido como demasiado infames? Yo no he reclamado, porque soy sincero partidario de la libertad de imprenta, y porque segun mis principios no puedo hacerlo mientras no exista una ley sobre el particular. Por lo demás me hallo muy acostumbrado á las injurias y soy muy superior á cuantas puedan dirigirme. En semejante cuestion no se trata de mí, sino *del fondo* de mi obra, y así se lo advierto á las provincias á fin de que no se dejen sorprender. Ataco á un partido poderoso y los periódicos estan esclusivamente en manos de ese partido: la política y la literatura siguen subordinadas á la policía. Puedo temer cualquier resultado; pero puedo tambien pedir que me lean y no me juzguen sin apelacion por lo que dicen los periódicos que no son independientes.

tados, no les hubieran tratado de demócratas, de enemigos de la prerogativa real, de facciosos y de *jacobinos negros*, ¿qué es lo que no habrian conseguido con tales calumnias?

Es absolutamente incompatible con los principios de una monarquía representativa el que la prensa quede absolutamente á disposicion del ministerio, dejándole el derecho de hacer uso de ella con arreglo á sus intereses, sus caprichos y sus pasiones y la facultad de emplearla en cubrir sus faltas y corromper la verdad. Si la prensa hubiese gozado de libertad, habrian los que tanto han atacado las cámaras, sido á su vez presentados ante el tribunal de la opinion, y entonces se hubiera visto de parte de quién estaba la razon, el talento y la justicia.

Seamos consecuentes: ó desistamos de tener gobierno representativo, ó conservemos la libertad de imprenta: no es posible que exista una Constitucion libre con los abusos que acabo de indicar.

CAPITULO XX.

PELIGROS DE LA LIBERTAD DE IMPRENTA.—PERIÓDICOS.—LEYES FISCALES.

Mas en la libertad de imprenta hay peligros. ¿Quién lo ignora? De manera que esta libertad no puede existir sino teniendo en pos de sí una ley enérgica, *immanis lex*, que trate de remediar la prevaricacion por la ruina, la calumnia por la infamia y los escritos sediciosos por la prision, el destierro y alguna vez hasta por la muerte: el código presenta sobre este particular la ley única. Solicitamos esta libertad de imprenta á riesgo y peligro del escritor; pero es preciso, lo volvemos á decir, que esta libertad exista, ó la Constitucion no será mas que un vano juego.

Por lo que toca á los periódicos, que en realidad son el arma mas peligrosa, es cosa fácil por de pronto disminuir su abuso obligando á sus propietarios á dar fianzas, como se hace con los escribanos y otros empleados públicos. Estas fianzas servirán de garantía de las multas, pena la mas conveniente y fácil de aplicar. En mi concepto estas fianzas deberian hallarse en proporcion con el capital que supone una contribucion directa de mil francos, cantidad que debe pagar todo ciudadano que aspire á ser electo miembro de la cámara de los Diputados. La razon en que me fundo es la siguiente.

Un periódico es una tribuna: así como se exije del diputado llamado á discutir los negocios, que su interés, como propietario, le haga depender de la propiedad comun, del mismo modo el periodista que quiere abrogarse el derecho de hablar á la nacion debe prometerse ganar algo del órden y perder en el trastorno de la sociedad. Con este solo medio desaparecerian una multitud de papeles públicos. El pequeño número de periodistas que se halle en el caso de hacer el depósito, viéndose amenazados por una ley terrible, y expuestos á perder las fianzas, aprenderán á medir sus palabras. El peligro desapareceria, y la opinion de las cámaras, del ministerio y del público serian conocidas sin alteracion de la verdad.

La opinion pública debe hoy ser tanto mas independiente cuanto que el artículo 4.° de la Constitucion se halla suspendido. En Inglaterra, cuando la ley de *habeas corpus* duerme, la libertad de imprenta vela, y como hermana de la libertad individual la defiende en tanto que las fuerzas de esta se hallan suspendidas, y cuida de que el sueño del momento no pase á ser un sueño eterno (1).

(1) Suelen objetar que es muy difícil hacer una buena ley sobre libertad de imprenta. Ciertamente es difícil, pero no imposible segun yo creo. Sobre este particular he ideado un sistema, cuyo desarrollo seria demasiado largo para esta obra.

CAPITULO XXI.

LIBERTAD DE IMPRENTA CON RELACION Á LOS MINISTROS.

Los ministros se verán acosados, vejados é inquietados por la libertad de imprenta: cada periódico pretenderá darles un parecer. Entre alabanzas, consejos y ultrajes no habrá forma posible de gobernar.

Ministros verdaderamente constitucionales jamás exigirán que por ahorrarse algunas incomodidades personales quede puesta en peligro la ley fundamental del Estado. No es posible que tales ministros sacrifiquen nunca á los mezquinos intereses de su amor propio la dignidad de la naturaleza humana, ni ingieran en la monarquía las irascibles susceptibilidades de la aristocracia. «En la democracia los magistrados, »segun dice Montesquieu, son unos pequeños sobe»ranos que no tienen bastante grandeza para despre»ciar las injurias. Si en la monarquía se dispara algun »dardo contra el monarca, suele por lo general perder »su fuerza antes de llegar á la altura en que este se »halla. Un potentado aristocrático está al alcance de »todos los tiros.»

Persuádanse bien los ministros de que no son potentados democráticos, sino agentes de un rey constitucional en una monarquía representativa. La libertad de imprenta no debe inspirar recelos á un ministro inteligente, pues aun cuando sea blanco del encono de aquella, su existencia ministerial resistirá y saldrá ilesa del combate.

Por otra parte es indudable que los ministros tendrán periódicos que se plazcan en hacerles la oposicion; pero no les faltarán tampoco otros que aboguen por su causa: serán atacados y defendidos, como sucede en Londres. ¿Qué le importa al ministerio ingles los epígramas de la oposicion, ni las injurias del *Morning-Chronicle*? ¿Qué no se ha dicho, qué no se ha escrito contra Pitt? ¿Se menguó por eso su poder? ¿Se eclipsó su gloria?

Sean los ministros hombres de talento: sepan interesar en su favor al público y á la mayoría de las cámaras y los buenos escritores se colocarán en sus filas, y pondrán á su disposicion los periódicos mas populares y mas bien redactados. En ese caso los ministros ganarán notablemente en fuerza, pues contarán con el apoyo de la opinion general. Cuando no trate el ministerio de regirse por leyes excepcionales, y contrariar el espíritu de las cosas, poco tendrá que temer de cuanto el capricho de un escritor pueda decir contra él. Por último, hay que tener presente, que no todo puede estar arreglado en un gobierno para sola comodidad de los ministros; que es preciso tener amor á lo que constituye la naturaleza de las instituciones que se han adoptado y que sin libertad de imprenta (no nos cansaremos de decirlo) no puede existir libertad constitucional.

Resta aun cierta importante consideracion para los ministros, y es que la libertad de imprenta les descargará de una pesada responsabilidad respecto de los gabinetes extranjeros, pues no serán importunados con todas aquellas notas diplomáticas que les atraen la ignorancia de los censores y la ligereza de los periódicos. No teniendo que ceder á estas dos circunstancias, no volverán á comprometer la dignidad nacional.

CAPITULO XXII.

LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS NO DEBE FORMAR EL PRESUPUESTO.

En virtud de lo que acabamos de decir la cámara de los Diputados comprenderá sus derechos y su dignidad; y pedirá lo mas pronto posible la libertad de imprenta. Esto es lo que la cámara debe hacer: lo que

no debe hacer es el presupuesto. La confeccion de este documento pertenece esencialmente á la prerogativa real.

Si el presupuesto que los ministros presentan á la cámara de los Diputados no es bueno, esta lo desaprueba.

Si es bueno solamente en algunas cláusulas, la cámara las acepta; pero es preciso que se guarde de no reemplazar por sí misma los impuestos no aprobados poniendo otros confeccionados á su modo, ni de sustituir el sistema de hacienda ministerial con otro sistema de invencion suya: la razon de tener que obrar de ese modo es la siguiente:

Como permaneciendo en su puesto el ministro deberá ser el ejecutor del presupuesto ideado por la cámara, la pondrá en un compromiso para vengar su amor propio y justificar su obra. Conservando secreta enemistad á la cámara seria preciso que tuviera el ministro una virtud extraordinaria para que empleara su celo en secundar un plan, que habia provocado la rivalidad: y en tal caso es lo mas natural que lo coarte y lo haga fallar en sus disposiciones mas esenciales. Luego se presentará á la próxima legislatura con un ademan modestamente victorioso diciendo á la cámara; que su presupuesto era excelente pero que por desgracia no habia correspondido á las esperanzas.

¿Qué podrán responder los diputados? Nuestro presupuesto, le dirán tal vez, podrá no ser excelente pero era mejor que el vuestro. Sea, replicará el ministro; pero hé aquí el déficit que ha producido: solo á vosotros teneis que echaros la culpa, yo nada tengo que ver con vuestra obra.

Regla general: el presupuesto debe ser hecho por el ministerio y no por la cámara de los Diputados que solo debe aprobarlo ó desaprobarlo. Obrando de otro modo la cámara á nadie podrá pedir cuentas de lo que ella misma ha hecho y el ministerio dejará de ser responsable en la parte mas interesante de la administracion, quedando por lo tanto fuera de su lugar los elementos de la Constitucion.

Mas estas desviaciones de la línea constitucional, estas agitaciones y estos esfuerzos provienen asi como todo lo demas que occurrió en la última legislatura de la lucha del ministerio con la mayoría. Vuelva el ministerio á entrar en la buena senda, y el presupuesto sobre cuyas bases estará ya anticipadamente de acuerdo con la mayoría, será aprobado sin mas discusion: los asuntos volverán á tomar su curso natural y habrá lugar de admirar el órden y silencio con que todo irá marchando en la nacion.

Esto nos ha parecido conveniente decir por lo relativo á la prerogativa real, á la cámara de los Pares, y á la de los Diputados; ahora vamos á hablar del ministerio.

CAPITULO XXIII.

DEL MINISTERIO EN UN GOBIERNO REPRESENTATIVO — VENTAJAS QUE PRODUCE.—SUS CAMBIOS FORZOSOS.

Una de las incalculables ventajas de la monarquía representativa es el proporcionar que los hombres de mas disposicion, se pongan al frente de los asuntos creando de este modo una herencia forzosa de luces y de talentos (1).

Esto se comprende muy facilmente. Un ministerio débil no puede sostenerse habiendo cámaras; sus faltas puestas de manifiesto en la tribuna, repetidas por los periódicos y entregadas á la opinion pública, tienen que producir antes de mucho tiempo su ruina.

No hay pues que atribuir á condicion especial del gobierno representativo las causas de las mudanzas ministeriales. Cuando estas ocurren con frecuencia debe sencillamente achacarse á que los ministros han adoptado falsos sistemas, han desconocido el espíritu público, ó han carecido de fuerzas para soportar el peso de los asuntos.

En una monarquía absoluta puede causar temor la rápida sucesion de ministros, porque pueden ser indicio de falta de discernimiento del monarca, ó de una camarilla palaciega.

Pero en una monarquía constitucional los ministros pueden y deben ser cambiados hasta que se encuentren hombres idóneos: hasta que las cámaras y la opinion hagan salir la capacidad de las filas en que se haya ocultado. Puede esta agitacion política compararse á la que producen las aguas hasta nivelarse, hasta ponerse en perfecto equilibrio.

Ocurrirán pues mudanzas en tanto que no se establezca una completa armonía entre las cámaras y el ministerio.

(1) *Reflexiones políticas.*

CAPITULO XXIV.

EL MINISTERIO DEBE TRAER SU ORÍGEN DE LA OPINION PÚBLICA Y DE LA MAYORÍA DE LAS CÁMARAS.

De lo dicho se infiere que en una monarquía constitucional, la *opinion pública* debe ser la fuente, digámoslo asi, y el principio del ministerio, *principium et fons*, y por consiguiente que debe traer su origen de la cámara de los Diputados, supuesto que sus miembros son los principales órganos de la opinion popular.

Por demás es decir que los ministros deben ser miembros de las cámaras, pues representando entonces una parte de la opinion publica se amoldan mejor con todos lo movimientos de ella. Ademas el ministro diputado se penetra á fondo del espíritu de la cámara y esta á su vez se aviene con él por una mútua correspondencia de afecto y patronazgo.

CAPITULO XXV.

FORMACION DEL MINISTERIO; DEBE TENER UNIDAD.—LO QUE SE ENTIENDE POR UNIDAD MINISTERIAL.

El ministerio una vez formado debe tener *unidad* (1). Eso no quiere decir que la diferencia de opiniones políticas en hombres de mérito, cuando aun se hallan aislados sea un obstáculo para su reunion en el ministerio. Pueden por lo contrario entrar en él por medio de lo que se llama en Inglaterra una coalicion (2), pero antes han de convenir en un sistema general, haciendo cada cual los sacrificios exigidos por la opinion y el estado de los asuntos. Una vez sentados en el timon del Estado todas sus disposiciones gubernativas deben partir de un mismo principio y dirigirse á un mismo fin.

Por unidad de ministerio no se entiende tampoco que la corona no pueda cambiar este ó aquel ministro dejando en sus puestos á los demás: basta en tal caso que los nuevos miembros compongan un sistema homogéneo con los antiguos. En Inglaterra ocurren con bastante frecuencia variaciones parciales en el ministerio, y no cae la totalidad sino cuando el primer ministro tiene que dejar su puesto.

CAPITULO XXVI.

EL MINISTERIO DEBE SER SUFICIENTEMENTE NUMEROSO.

El ministerio debe componerse de mayor número de miembros responsables que el que tiene en la ac-

(1) *Reflexiones políticas. Informe al rey.*

(2) Mr. Canning antes de entrar en el ministerio británico se habia batido con lord Castelreagh por opiniones políticas.

tualidad: hay ministerio que excede físicamente las fuerzas de un hombre.

Se gana en aumentar el consejo responsable: 1.° porque se divide el trabajo y se multiplican los medios: 2.° porque se aumenta el número de amigos y defensores del ministerio y se disminuyen al rededor de este las intrigas de los que aspiran á la cartera, satisfaciendo mayor número de ambiciones.

CAPITULO XXVII.

CUALIDADES NECESARIAS PARA SER MINISTRO DE UNA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL.

Lo que desde luego conviene que tenga el ministro de una monarquía constitucional es facilidad de espresarse: no queremos decir que tenga necesidad de



REGRESO DE LOS PRISIONEROS DE ALEMANIA.

aquella *sublime y notable elocuencia, compañera de las sediciones, llena de desobediencia, temeraria y arrogante, que no debe tolerarse en las ciudades bien gobernadas* (1); no queremos decir que pueda ser un hombre de medianos alcances con un cierto talento de tribuna; sino que sepa hablar con exactitud; esplanar con sobriedad sus proyectos, contestar á una objecion y presentar un resúmen con claridad, sin declamaciones y sin palabrería. Esto se aprende como todas las cosas por la práctica.

Este ministro tendrá atractivo en el carácter, perspicacia en juzgar de los hombres y destreza en ma-

(1) Du Tillet.

nejar sus intereses. Sin embargo es preciso que sea enérgico, determinado, resuelto en sus planes y hombre de convicciones para obrar segun ellas, é inspirarlas á los demás. Sin esa firmeza no tendrá partidarios, pues nadie sigue al que se amolda á la opinion de todo el mundo.

CAPITULO XXVIII.

CONSECUENCIA DEL PRECEDENTE.

Tal ministro tendrá talento para comprender bien el espíritu de las Cámaras, porque estas no tienen todas el mismo temple ni siguen la misma marcha.



LECTURA DEL ACTA ADICIONAL.

En estos momentos la cámara de los Diputados es una cámara llena de delicadeza pero á la menor ofensa que se tratara de hacer al honor ó á la justicia la veriais animada de indignacion. No crea el ministro que tendrán buen resultado sus planes captándose la voluntad de los oradores; porque en su caso la cámara los abandonaria, y la mayoría de los diputados seguiria haciendo oposicion, porque esta es hija de la conciencia y no de un interés de partido. El modo de manejar esa cámara es usar de las armas de la lealtad habladle de Dios, del rey, de la Francia; mostradle atenciones y aprecio en vez de calumniarla, y llegareis á conseguir milagros. Seria el colmo de la torpeza pretender manejarla segun vuestros deseos, hablándole de máximas que le fueran odiosas.

¿Creeis que es necesario hacerle adoptar alguna me-

dida en el sentido de lo que llamais *intereses revolucionarios*? Guardaos bien de hacer la apología de semejantes intereses: decidle que os hallais apremiados por una fatal necesidad; que la salvacion de la patria demanda nuevos sacrificios; que deplorais semejante situacion, que os parece horrible y que estais firmemente convencidos de que no volverá á repetirse. Si la cámara llega á creer que vuestras palabras son sinceras, tal vez conseguireis vuestro deseo; mas si por el contrario principiais diciendo que nada hay mas justo que lo que pedís y que nada de cuanto se haga sobre el particular puede ser excesivo, en tal caso la ley no saldrá de vuestra cartera.

Un ministro inglés es mas afortunado, su mision es mas fácil: en Londres cada cual va derecho al asunto sea por su interés, sea por el de su partido. En Francia no se arregla todo con dar ó prometer destinos: la oposicion no se compone de los mismos elementos (1). Un acto de atencion conseguirá acaso lo que no se habria alcanzado con el nombramiento de un empleo: una alabanza dada á tiempo es mas eficaz que los mismos favores de la fortuna. Debe ademas el ministro saber hablar y saber vivir: la fuerza de un ministro francés no debe estar solamente encerrada en su retirado gabinete; alguna vez conviene que se ostente tambien espléndida en los salones de buen tono.

CAPITULO XXIX.

QUE CLASE DE HOMBRES NO PUEDEN SER MINISTROS EN UNA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL.

Donde quiera que haya tribuna pública, nadie que pueda ser blanco de recriminaciones de cierto género debe ponerse al frente del gobierno. Hay discursos, hay palabras que deben obligar á un ministro á presentar su dimision al salir de las cámaras. Esta es la imposibilidad procedente del principio libre de los gobiernos representativos á que no se atendió lo bastante cuando se admiraron todas las ilusiones, como lo diré muy en breve, para elevar cierto célebre personaje el ministerio á pesar de la bien fundada repugnancia de la corona. La elevacion de aquel hombre debia producir ó la abdicacion de la ley fundamental, ó la caida del ministerio al abrirse las sesiones. Figurémonos al ministro, de quien quiero hablar, oyendo en la cámara de los Diputados la cuestion sobre las categorías, pudiendo á cada paso ser apostrofado por algun representante de Lyon, y viéndose sin cesar amenazado con el terrible ¡*tu es ille vir*! Hombres de ese jaez no deben ser ostensiblemente empleados mas que entre los mudos del serrallo de Bayaceto ó entre los mudos del cuerpo legislativo de Bonaparte.

CAPITULO XXX.

DEL MINISTERIO DE POLICÍA.—ES INCOMPATIBLE CON UNA CONSTITUCION LIBRE.

Asi como hay hombres que no pueden ser ministros en una monarquía constitucional, hay ministerios incompatibles con esta especie de monarquía: indicaremos como tal el de policía general.

Si á la Constitucion que establece la libertad individual ha de seguir la policía general, claramente se echa de ver que el objeto de la primera será enteramente infructuoso.

Si la libertad individual ha de ser suspendida por una ley transitoria, no hace falta ninguna la policía general para ejecutar aquella ley.

En efecto, si los derechos de la libertad constitucional están en toda su plenitud, y sin embargo la policía general se permite los actos arbitrarios propios de su instituto, como son la prohibicion de obras, las visitas domiciliarias, los arrestos, prisiones, destierros, etc.; ¿para qué sirve entonces el espíritu de la ley fundamental?

La policía se guardará de cometer semejantes arbitrariedades. En ese caso la policía es enteramente inútil.

La policía general es una policía política: no se encamina mas que á sofocar la opinion, ó á modificarla. ¿Luego no sirve mas que para herir en el corazon al gobierno representativo?

Concluyamos. La policía general desconocida en el antiguo régimen, incompatible con las modernas instituciones, es un mónstruo nacido en el cieno revolucionario del horrendo concubinaje de la anarquía y el despotismo.

CAPITULO XXXI.

NO HAY PUESTO CONVENIENTE EN LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS PARA UN MINISTRO DE POLICÍA.

Contemplad á un ministro de policía general en la cámara de los Diputados. ¿Qué hace el ministro? Leyes para violar las leyes, reglamentos de costumbres para infringir las costumbres. ¿Cómo, no tomándola en sentido burlesco, hablará de libertad, quien al bajar de la tribuna, puede mandar detener ilegalmente á un ciudadano? ¿Cómo se explicará acerca del presupuesto quien tiene en su mano imponer nuevas contribuciones? ¿Cómo podrá representar decorosamente á ningun pueblo el diputado que se ve en el caso de dar bola negra contra toda ley que propenda á cerrar las casas de juego y los sitios de disolucion, porque en tales cloacas desciende la policía á buscar tesoros? Por último, ¿quién podrá expresar libremente su parecer en presencia de un ministro que no lo oye mas que para conocer á fondo al que piensa de aquel modo á fin de descargar sobre él cuando le convenga, con arreglo á su deber, el peso de las denuncias, para perderlo ó sobornarlo? Nos hemos propuesto establecer un gobierno constitucional, y no echamos de ver que lo inauguramos sin desprendernos de las instituciones de Bonaparte.

CAPITULO XXXII.

CONTRIBUCIONES IMPUESTAS POR LA POLICÍA.

He dicho que la policía imponia contribuciones que no están comprendidas en el presupuesto. Estas contribuciones se imponen sobre dos objetos, ó sobre el juego (1), ó sobre los periódicos.

La primera produce mas y menos, y en la actualidad asciende á mas de tres ó cinco millones.

La segunda, aunque menos odiosa, no por eso deja de ser menos arbitraria.

El artículo 47 de la Constitucion dice: *La cámara de los Diputados recibe toda proposicion sobre contribuciones.* Artículo 48. *No se podrá establecer ni cobrar ninguna contribucion sin haber sido* AUTORIZADA *por ambas Cámaras y sancionada por el rey.*

No tengo tanta ignorancia de las cosas del mundo, que no sepa que las casas de juego han sido toleradas en las sociedades modernas. Mas ¡qué diferencia no hay entre la tolerancia y la proteccion! ¡entre las clandestinas retribuciones dadas á algunos dependientes en tiempo de la monarquía absoluta, y un presupuesto

(1) *Reflexiones políticas.*

(1) Cóbrase tambien otra contribucion sobre las prostitutas; pero esta redunda en beneficio de otra policía.

de cinco ó seis millones cobrado arbitrariamente por un ministro que no da cuenta de su inversion, y en tiempo de una monarquia constitucional?

CAPITULO XXXIII.

OTROS ACTOS INCONSTITUCIONALES DE LA POLICÍA.

La policía se mezcla en la cuestion del presupuesto: el artículo 56 de la Constitucion la hace caer como concusionaria; ¿pero en qué cuestion dejará de mezclarse la policía? Interviene tambien en asuntos criminales, y ataca los primeros principios del órden judicial, así como acabamos de ver que infringe el primer fundamento del órden político.

En el artículo 64 de la Constitucion se leen estas palabras: Los asuntos criminales se discutirán públicamente, no siendo que esta publicidad se juzgue contraria al órden ó á las costumbres, en cuyo caso el TRIBUNAL LO MANIFESTARÁ POR MEDIO DE UNA PROVIDENCIA.

Si algun agente de policía se encuentra mezclado como cómplice voluntario en una causa criminal para convertirse en delator; si en la sustanciacion del proceso alega esa doble bajeza para escusarse, debilitando las declaraciones de un testigo odioso, la policía prohibe á los periódicos ocuparse de esta parte de la sustanciacion. De manera que no existe completa publicidad mas que para el acusado, y de ningun modo para el acusador: de lo cual resulta que la opinion que la ley invocó para que ilustrara la conciencia del jurado, tiene que permanecer muda en un punto tan esencial, porque el público ignora si el criminal es víctima de sus propias maquinaciones, ó si ha caido simplemente en el lazo tendido á sus pasiones y á su debilidad. Esto no importa para que supongamos tener una Constitucion! ¡Hé aquí el modo de cumplir con ella!

CAPITULO XXXIV.

NINGUNA UTILIDAD PROPORCIONA LA POLICÍA GENERAL.

Ciertamente seria preciso que la policía general para indemnizar tamaños inconvenientes, prestase por otra parte considerables servicios: analizemos los hechos y veremos que lejos de ser así, la policía general es enteramente inútil. ¿Qué conspiracion importante ha descubierto nunca, ni aun en tiempo de Bonaparte? Su accion no sirvió de nada el 3 *nivose*: dejó que Mallet condujera á los SS. Pasquier y Savary, es decir, á la misma policía á las prisiones de la Force. En tiempos del rey no ha tenido capacidad para destruir una vasta conspiracion que en el espacio de diez meses se ha ido formando alrededor del trono: la policía nada sabia, nada veia. Las comunicaciones de Napoleon se cruzaban públicamente por las postas: el correo estaba á su servicio; los hermanos Lallemand caminaban con armas y bagajes; el enano amarillo hablaba *de las plumas de Canas*; el usurpador acababa de desembarcar en ese puerto, y la policía estaba ignorante de todo. Despues del regreso del rey, todo un departamento se ha llenado de armas: los campesinos han llegado á organizarse y á marchar contra una ciudad, sin que la policía general desbaratara ese proyecto, ni tuviera la menor noticia, ni hubiera previsto cosa alguna para un caso semejante. Los descubrimientos mas importantes se deben á policías particulares, á la casualidad, ó al celo de algun buen ciudadano.

La policía general se queja de esas policías particulares: tiene razon, pero advierta que nadie ha dado márgen á ellas mas que su propia inutilidad y el temor que inspira, porque si no salva al Estado, tiene por lo menos todos los medios de perderle.

CAPITULO XXXV.

LA POLICÍA GENERAL, CONTRARIA AL ESPÍRITU DE LA CONSTITUCION É INÚTIL, ES ADEMAS MUY PELIGROSA.

¿Qué será la policía, si ademas de ser incompatible con el gobierno, insuficiente para prevenir las conspiraciones, dado caso que no se vale de la traicion, se considera que es infiel al gobierno? Es increible, aunque cierto, que la policía puede ser infiel sin que su gefe lo sea.

Los secretos del gobierno están en manos de la policía, y conoce por lo tanto los puntos débiles que este presenta y el flanco por donde se le puede atacar. Basta una órden dada por una de las oficinas de la policía para encadenar todas las fuerzas legales, y hasta podria darse caso de tener en su mano el arresto de todas las autoridades civiles y militares, supuesto que el artículo 4 de la Constitucion está legalmente suspendido.

Bajo la proteccion de la policía los mal intencionados podrian maquinar con toda seguridad, combinar sus medios y tener noticia del momento mas favorable. Mientras que adormece al gobierno, puede advertir á los verdaderos conspiradores de todo cuanto les interese. Puede bajo el inviolable sello de su ministerio sostener correspondencias y establecer por medio de sus invisibles agentes una línea de comunicacion desde el gabinete del rey hasta la secreta vivienda del conjurado.

Añádase á esto que los hombres que se dedican al servicio de la policía son por lo regular sugetos de poca estimacion, y algunos de ellos hasta muy capaces de todo. ¿Qué juicio se puede formar del ministerio que tiene que valerse de un infame como Perlet? y es probable que no fuese este el único de su especie entre los servidores de la policía. ¿Cómo, pues, puede tolerarse en una monarquia constitucional semejante foco de despotismo, semejante centro de corrupcion? ¿Cómo en un país en que todo debe marchar subordinado á las leyes, puede consentirse un ramo de administracion pública cuya naturaleza es infringirlas todas? ¿Cómo puede dejarse un poder sin límites en manos de un ministro que por sus relaciones forzosas con lo que hay mas abyecto en la especie humana, puede estar dispuesto á aprovecharse de la corrupcion y abusar del poder?

¿Qué es lo que tiene que hacer la policía para ser útil? Tiene que sobornar al criado á fin de que delate á su amo; tiene que seducir al hijo para que venda los secretos del padre; tiene que armar lazos á la amistad y á la inocencia. Si la lealtad se empeña en guardar silencio, un ministro de policía tiene que perseguirla por ese mismo silencio, para que á nadie revele la infamia de las proposiciones que se le han hecho. LA OBRA DE LA POLICÍA SE REDUCE Á CASTIGAR LA VIRTUD Y RECOMPENSAR EL CRÍMEN.

Es tanto mas temible el ministro de policía; cuando que su poder se intrusa en las atribuciones de los demás ministros, ó mas bien dicho, porque él es el único ministro. ¿No es rey el hombre que puede disponer de toda la gendarmería de la nacion, imponer contribuciones, y percibir siete ú ocho millones sin tener que dar cuentas á las Cámaras? Así es que si alguno se libra de los lazos de la policía, tiene que venir á postrarse ante su oro y sus pensiones. Si medita alguna traicion, si no se hallan dispuestos aun todos sus recursos, si teme ser descubierta antes de la hora marcada, inventa para destruir las pruebas y para dar testimonio de su odiosa lealtad una conspiracion, y sacrifica á su crédito algunos miserables, bajo cuyos pasos sabe abrir un abismo.

Los atenienses atacaron á los nobles de Corcira que habiéndose visto acosados por la faccion popular, se refugiaron en el monte Istoni. Los perseguidos capi-

tularon sujetándose al fallo del pueblo de Atenas; mas se estableció la cláusula de que si uno solo de ellos trataba de fugarse, el convenio quedaria anulado para todos. Algunos gefes atenienses tenian que ir á Sicilia y no les importaba el que otros tuvieran el honor de conducir á Atenas sus desgraciados prisioneros. Habiéndose puesto de acuerdo con la faccion popular, indujeron en secreto á varios de aquellos nobles á que se escapasen, y los prendieron en el momento de subir á bordo del buque. La capitulacion quedó anulada, y los desterrados volvieron á quedar en manos de los corcirios que les quitaron la vida (1).

CAPITULO XXXVI.

MODO DE DISMINUIR LOS MALES QUE PUEDE CAUSAR LA POLICÍA GENERAL, SI ES NECESARIO QUE SUBSISTA.

¿Luego no deberá haber policía? Si es un mal necesario, tambien hay un medio de disminuir el peligro de este mal.

La policía general debe encomendarse á los magistrados, y emanar directamente de la ley. El ministro de Justicia, los procuradores generales y los procuradores del rey deben ser los agentes naturales de la policía general. Un gefe superior de policía establecido en París completará el sistema legal. Los informes que comuniquen los prefectos pasarán directamente al ministerio del Interior para ser puestos en conocimiento del de Justicia. De esta manera los prefectos no tendrán que sostener una duplicada correspondencia con el departamento de Policía, y con el del Interior: si no elevan al conocimiento de estos dos ministros los mismos hechos, es tiempo perdido: si les dan noticias de sucesos distintos, ó se los presentan bajo diverso punto de vista segun los principios de cada uno, resulta grave perjuicio.

Hemos hablado bastante del ministerio de la Policía en particular; volvamos á ocuparnos del ministerio en general.

CAPITULO XXXVII.

PRINCIPIOS QUE TODO MINISTRO CONSTITUCIONAL DEBE ADOPTAR.

¿Cuáles son los principios generales que deberán servir de norma á los ministros?

El primero y mas esencial de todos es adoptar francamente el órden politico en que se hallen situados, no contrariar su marcha, y soportar los inconvenientes.

Lo aclararemos con ejemplos: si las formas constitucionales proceden con alguna dilacion en ciertos detalles, los ministros no deben impacientarse.

Si el ministro se ve en la precision de contemporizar con las Cámaras, de dispensarlos consideraciones y acudir á su invitacion, de ningun modo deberá el ministro hacer alarde de una altivez inoportuna.

Si en la tribuna se dejan oir algunas palabras duras para un ministro, deberá este no soltar del todo las riendas á su amor propio y tener muy presentes los perjuicios que podrian resultar contra el Estado.

Si algun par ó diputado diese cabida en su discurso á ideas extrañas; si llegase al extremo de anunciar principios inconstitucionales no debe por eso el ministro creer que hay una conspiracion secreta contra la ley fundamental, ni que todo está á punto de perderse ó se ha perdido ya. Esos son los inconvenientes de la tribuna, y desgraciadamente carecen de remedio. Concedido el derecho de hablar á setecientos hombres y de escribir á todo un pueblo, preciso es resignarse á oir y á leer muchas sandeces. Mas el que se impacientara por esto manifestaria tener muy pobre cabeza ó una susceptibilidad infantil.

(1) Thucidid.

CAPITULO XXXVIII.

SIGUE EXPLANÁNDOSE EL MISMO ASUNTO.

Acostumbrado el ministerio á ver marchar las últimas Constituciones francesas continuamente al lado de la impiedad, y apoyándose en las doctrinas mas funestas ha creido inoportunamente que el hablar de moralidad y religion cuando se trataba de la Carta actual era acaso mostrarse poco afecto á esta última. ¡Cómo si la libertad y la religion fueran incompatibles! ¡Cómo si toda idea generosa en politica no pudiera hermanarse con el respeto que se debe á los principios de la justicia y de la verdad! ¿Será acaso provocar reacciones el criticar lo que es digno de crítica, y el querer remediar todo lo que no es irremediable? Fijemos bien la atencion en lo que se llama reacciones; hagamos de ellas dos clasificaciones. Hay reacciones físicas y reacciones morales. Toda reaccion física, es decir, toda vía de hecho debe ser reprimida: nunca usará el ministerio de bastante severidad en este particular. Mas de ¿que manera podrá prevenir las reacciones morales? ¿Cómo impedirá que la opinion se indigne contra todo lo que merece indignacion? No solo no puede hacer esto el ministerio, pero ni aunque pudiera deberia hacerlo. Los discursos que atacando las malas doctrinas alientan con alabanzas á la virtud desgraciada y encomian la lealtad oscurecida son tan útiles á la libertad, como provechosos al restablecimiento de la monarquía.

Por otra parte, ¿á quién querrán persuadir que los hombres de la revolucion son mas favorables al órden de cosas establecido que los realistas? Esos hombres que han profesado las mas exageradas opiniones de libertad en tiempo de la república, y la sumision mas rastrera en tiempo del despotismo, ¿dejarán de encontrar en la Constitucion dos cosas antipáticas á su doble opinion: un rey, como republicanos y una Constitucion libre como esclavos?

¿Creerá el ministerio que la ley fundamental peligra menos al ser defendida por los adeptos de otra escuela de que no tardaré en hablar? Esta escuela profesa altamente el principio de que las dos cámaras no deben ser mas que un gobierno pasivo; que no existe representacion nacional y que todo puede hacerse por medio de reales órdenes. Adviértase que los realistas han defendido los verdaderos principios de la libertad en las diversas cuestiones que se han presentado (particularmente en la ley electoral), en tanto que los que trastornaron su nacion abusando de la palabra libertad son los que últimamente han predicado la obediencia pasiva.

Si los ministros se imaginan que bajo el gobierno de una constitucion en que hay libertad de hablar, no han de oir toda clase de opiniones; si toman estas opiniones parciales por indicaciones de una opinion general ó de un designio premeditado, bien puede decírseles que ninguna idea tienen por lo tocante á la naturaleza del gobierno representativo, y que no será extraño que dejándose llevar de tan falsas suposiciones sean impelidos á cometer extrañas locuras. En tales casos la regla de que deben valerse los ministros es el pesar los resultados y los hechos. Un hombre de Estado no considera mas que el fin; y no se cuida de que la cosa que deseaba (siendo buena) haya sido producida por las pasiones, por la razon, por el cálculo ó por la casualidad. Sin remedio camina á su ruina el político que se sale de la órbita de los hechos.

CAPITULO XXXIX.

DEBE EL MINISTERIO CONDUCIR Ó SEGUIR Á LA MAYORÍA.

Por lo relativo á la administracion, los ministros deben seguir la opinion pública que les será indicada por el espíritu de la cámara de los Diputados. Puede muy bien este espíritu no ser el de los ministros, pueden estos preferir otro sistema mas conforme con sus gustos, inclinaciones ó costumbres, pero deben olvidarlo y someterse sin condicion al espíritu de la mayoría. Desentendiéndose de esta no es posible gobernar con acierto.

En otra parte diré cómo se ha ido desarrollando la herejía política de que un ministerio puede marchar con la minoría; esta herejía debe su origen á la desesperacion de causa, y se inventó para justificar sofísticos sistemas, y opiniones imprudentemente avanzadas.

Si se dice que los ministros pueden seguir ocupando sus puestos á pesar de la mayoría, porque esta no puede materialmente tirarles del manto y arrancarlos de sus poltronas, convendremos en que es cierto. Mas si puede llamarse conservar su puesto el recibir continuamente nuevas humillaciones, oir palabras las mas desagradables, y estar seguro de que ninguno de sus proyectos de ley será aprobado, en tal caso no me queda mas que decir sino que en efecto, un ministro de semejante carácter podria irse manteniendo en su puesto, pero que el gobierno que representa se irá al par debilitando cada dia mas y mas.

No hay medio en una Constitucion como la que actualmente nos rige: el ministerio debe ser el caudillo de la mayoría ó someterse á seguirla. Si el ministro no puede ó no quiere adoptar ninguno de esos dos partidos, no le queda mas arbitrio que disolver las Cámaras, ó abandonar su puesto. Consulte con la conciencia si se siente con ánimos para exponer, ni aun eventualmente á su patria por amor de la cartera; calcule si tiene elementos ó vigor para dar un golpe de Estado; si en las elecciones no deberá tener algun recelo de que se altere la tranquilidad del país; si puede manejar esas elecciones en el sentido que él quiera, y si en el caso de no contar seguramente con el triunfo valdrá mas retirarse ó abrazar las opiniones de la mayoría.

Decídase en este último caso con toda prontitud, porque el asunto es urgente, y acaso no será probable que una mayoría irritada y contrariada por tanto tiempo se avenga á unirse con el ministro cuando á este le plazca adoptar sus principios.

CAPITULO XL.

DEBEN LOS MINISTROS ASISTIR Á LAS SESIONES.

Otra herejía: no falta quien sostiene que los ministros no deben presentarse en las Cámaras á seguir la discusion de sus proyectos de ley, y que por el contrario pueden muy bien dispensarse el asistir á las sesiones.

Los que esto dicen opinan tambien que un ministro no debe dar á las Cámaras las aclaraciones que crean necesarias; que no es preciso que dé cuenta de sus actos sino al monarca, etc. (1).

No cabe defensa de semejantes teorías contrarias á la esencia misma del gobierno representativo. Si un ministro no se digna acudir á la defensa del proyecto de ley que ha presentado, ¿cómo puede esperar que sus amigos le defiendan? ¿Puede mezclarse el desden ó el capricho en asuntos de tamaña entidad? ¿Para qué es un ministro sino para cumplir con las obligaciones de su ministerio?

(1) Véase el cap. XV.

¿Puede ocurrirle una ocupacion de mas utilidad que el asistir á las Cámaras y discutir leyes? ¿Acaso considerarán como mas importante el ocuparse en su gabinete de algunos detalles de administracion que el emplear su celo en las grandes medidas que han de poner en movimiento á toda una nacion?

¿Qué sería del gobierno si las Cámaras á su vez siguiesen el mismo sistema y no quisieran ocuparse de los proyectos de ley que les hubiesen presentado?

Sometidos al fallo del buen sentido sin separarse de las sendas trilladas; adunaos con la mayoría, y no os causará repugnancia el asistir á las sesiones, donde siempre os estará esperando un nuevo triunfo, y donde no llegarán á vuestro oido sino palabras altamente satisfactorias.

Todo lo gastan, todo lo arruinan los sistemas sofísticos.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

DESDE LA RESTAURACION LOS TRES MINISTROS HAN IDO EN POS DE UN MISMO ERROR.

Mas ¿qué entenderé yo por sistemas sofísticos en materias de administracion? Entiendo por tal todo lo que es contrario á los principios establecidos; todo lo que contribuye necesariamente á la ruina del órden adoptado.

Pues bien, téngase entendido que desde la restauracion ha dominado constantemente un enorme y fatal error: los ministros que se han sucedido no se han separado de la senda que trazó el primero, y no han presentado entre ellos mas diferencias que las que el carácter particular de los ministros imprime en los asuntos públicos, y las dilaciones mas ó menos considerables producidas por la denodada resistencia de la minoría en los ministerios.

Antes de pasar al exámen de esos sistemas, conviene decir una palabra acerca de la composicion y espíritu de los tres ministerios que los plantearon.

CAPITULO II.

PRIMER MINISTERIO.—SU ESPÍRITU.

Cuando el ministro de Asuntos Extranjeros partió en 1814 para Viena dejó en pos de sí una administracion esmerada en sus maneras, inteligente, pero incapaz de accion y que imprimia en los asuntos, cuya gravedad excedia indudablemente sus fuerzas, ese disgusto que sufrimos al ver que nuestro secreto se ha revelado, y que nuestra reputacion está á punto de escapársenos.

Cuando se llega á esa altura, no se halla uno muy distante de precipitarse en sofísticos sistemas. Amedrentado al considerar la suma destreza que exige un gobierno representativo, incapaz de concebir una verdadera libertad, exasperado por una especie de oposicion que los principios constitucionales hacen surgir á cada paso, falto de vigor, ó de destreza para el manejo de los asuntos, y sintiéndose arrastrado por ellos, generalmente se concluye por no quererlos ya dominar. Acostúmbrase en tal caso echar la culpa del desengaño que se ha sufrido á la naturaleza de las instituciones, á las personas, á las corporaciones, en una palabra, á todo cuanto no sea uno mismo, y creyendo hacer una excelente crítica de la situacion, siendo así que realmente no se hace mas que poner en evidencia su propia debilidad, se deja perecer la nacion en nombre de la ley fundamental.

Esto es lo que sucedió al primer ministerio. Ninguna ley represiva pidió, no siendo la injusta ley contra la libertad de imprenta: no tomó precauciones contra ningun peligro, y si alguna vez le aconsejaron que se pusiera á cubierto de toda eventualidad, valiéndose de esta ó aquella providencia, contestaba diciendo que la Constitucion se oponia á que lo hiciera. Dividióse el ministerio y con esta division acabó de debilitarse.

Vióse entonces brotar en la mayoría del ministerio aquella opinion desarrollada posteriormente por sus secuaces, relativa á que las Cámaras no son mas que una asamblea convocada por el monarca; que no hay gobierno representativo, que es una ridiculez el establecer comparaciones entre la Inglaterra y la Francia, y que puede muy bien pasarse la nacion sin leyes, es decir, siendo únicamente gobernado por reales órdenes.

Los bonapartistas se amoldaron perfectamente con este comentario de la Constitucion: calcularon que por ser tan impolítico podria producir una catástrofe, y esto era todo lo que los partidarios de Napoleon podian pedir. Si semejante aplicacion de principios constitucionales no provocó una crisis, por lo menos propendia directamente al despotismo, cosa que tampoco disgusta á los arrogantes republicanos franceses, á pesar de su primer amor á la libertad. De manera que todo marchaba maravillosamente bien.

Cuando no hay suficiente capacidad para conocer el error, ó sobra vanidad para confesarlo, en vez de retroceder, no hay que esperar otra cosa que irse abismando cada vez mas y mas en la mala senda. Esta es la marcha que mas alhaga al orgullo. Exasperóse el espíritu del ministerio. A las quejas que se le daban acerca de sus malas elecciones, ó proponiéndole algun realista contestaba: «Buscaríamos por todas partes á un bonapartista de talento si quisiese ser realista.» No han faltado, por cierto, bonapartistas de este género, pero tambien ha vuelto la nacion á ver á Bonaparte. Poco á poco se fue conociendo que no podia haber hombre de talento sino habia servido á la revolucion: esta máxima se fue cuidadosamente propagando de ministerio en ministerio, y hoy está considerada como un artículo de fe.

Y sin embargo, la mayoría del ministerio que estableció esa doctrina, contaba en su seno con excelentes realistas conocidos por sus generosos esfuerzos contra la revolucion, hombres de conducta pura, de carácter desinteresado, que no habian doblado ante ningun ídolo la rodilla. De manera que la sentencia que pronunciaron recayó sobre ellos; pues á pesar de haberse mantenido noblemente aislados en los tiempos de bajeza, segun su nuevo sistema venian á declararse incapaces para el ministerio, y es verdad que su ejemplo sirvió para corroborar la doctrina que establecieron.

Por lo demás nada hay mas comun que ver que la vanidad irritada se embrolla en sistemas que están en contradiccion con sus propios intereses. Cualquiera que en la actualidad comete una falta emigra cuanto antes puede al campamento de la revolucion. Los amores propios irritados se dan cita para tratar de sus agravios bajo aquella salvaguardia de todos dos crímenes y todas las locuras: allí se encuentran reunidos la mayor parte de los hombres que han tomado una parte mas ó menos activa en los asuntos nacionales desde el 1789 al 1816. Aunque indudablemente se hallan discordes entre sí en una multitud de puntos, por lo menos todos convienen en una particularidad, y es en estar descontentos de sí mismos y de los demás, y en hacer un fondo comun de los remordimientos de la medianía y del crimen.

CAPITULO III.

ACTOS DEL PRIMER MINISTERIO.

Era sin embargo demasiado ingenioso este ministerio para tener la presuncion de gobernar sin la mayoría: la tuvo en su favor y no la aprovechó. Una sola ley importante, la relativa á la libertad de imprenta fue propuesta por este ministerio. Alegáronse motivos pueriles para iniciar á las Cámaras á que la suprimieran: no se habló mas que del honor del bello sexo y de los insultos al poder (es decir á los ministros); mas no se adujo ninguna razon general ni constitucional. ¿Eran en efecto razones dignas de ser únicamente atendidas por parte de aquellos que no ven en ambas cámaras mas que un consejo pasivo sin accion y sin derecho? Por lo demás la ley nada venia á reprimir en cuanto al fondo: daba al gobierno la apariencia de la arbitrariedad y dejaba el campo abierto al desenfreno.

Por lo tocante á reglamentos no hubo tampoco mas que uno digno de atencion: quiso arreglar el sistema de educacion y dió al traste con él.

Las cámaras tubieron en aquella época la ventaja de oponer buenas proposiciones á malos proyectos de ley. La única intencion verdaderamente grande y política, así como justa y generosa, que campeó en la legislatura de 1814, fue presentada por un mariscal de Francia.

El primer ministro fue arrebatado por la tempestad que él habia ido dejando acumularse á su alrededor, y no faltó mucho para que la nacion se viese simultáneamente envuelta en el torbellino.

CAPITULO IV.

SEGUNDO MINISTERIO.—SU FORMACION.

El principal ministro del primer ministerio fue por unanimidad puesto al frente del segundo. Abriéronse para este ministro las puertas de la mas brillante carrera; estaba en su mano el dar cima al edificio consolidando el trono que con tanta eficacia habia ayudado á levantar. Para esto no necesitaba mas que comprender á fondo su posicion, renunciar francamente á la revolucion y á los revolucionarios y abrazar con sinceridad la monarquía constitucional, pero sentándola sobre las bases de la religion, la moralidad y la justicia y dándoles por guías hombres irreprochables, necesariamente adictos á los intereses de la corona.

El nombre de este ministro, su práctica de los asuntos, su reputacion europea, todo le llamaba á desempeñar un papel tan brillante como útil para la nacion. En la posteridad hubiera gozado del doble brillo de aquellos hombres extraordinarios que pierden ó salvan á un imperio. Con tanta gloria, forzoso hubiera sido que sus enemigos quedaran sumergidos en el silencio.

Naturalmente inclinado á abrazar este partido, tanto por la poderosa razon de su elevada cuna, como por la rara perspicacia de su discernimiento, se desvió de tan buena senda por una de aquellas fatalidades que cambian al parecer las leyes del destino. Como habia estado mucho tiempo ausente de Francia, no conocia bien el verdadero espíritu de esta nacion, y tuvo que recurrir preguntándolo á hombres que le engañaron, porque acaso su perspicacia sobresalia mas en juzgar de las cosas que de los hombres. Tuvo por lo tanto aquel ministro que entrar á despecho de su voluntad en el círculo de sistemas que mas comprendia que era necesario evitar.

CAPITULO V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Robusteciéronse aquellos sistemas con la casual entrada en el ministerio de otro sugeto que no habia salido de París.

Este célebre personaje, que por de pronto no se habia declarado en favor de ningun partido pero que en todos habia conservado su prestigio, hacia que sus palabras resonasen en Gante, asi como es de creer que tenian eco tambien en otra parte. Supo formarse una coalicion poderosa á proporcion que ibamos avanzando hácia Paris: cuando llegamos cerca de este punto no fue ya posible resistir á ella. Todas las opiniones se convinieron en ensalzarlo, la religion y la impiedad, la virtud y el vicio, realistas y revolucionarios, todo en una palabra, asi nacionales, como extranjeros. Jamás he visto un vértigo mas extraño. Todo el mundo gritaba que sin aquel ministro no habia ni seguridad para el rey, ni salvacion para el pueblo: que solo con su influencia habia impedido que se diera una gran batalla; que solo él habia salvado la capital y que solo él podia coronar su obra.

Disculpeseme una vanidad: no hablaria yo de la opinion que entonces manifesté, si el público no estuviera enterado ya de ella. Dije pues que por ningun concepto se debia admitir semejante ministro; que si alguna vez se llegaba á confiar en sus manos el timon del Estado, la nacion vendria á parar en una ruina, ó él tendria que abandonar su puesto antes de tres meses. Mi pronóstico se verificó.

Ademas de las razones morales que me hacian hablar de aquel modo, habia otros dos motivos que á mi modo de ver no tenian réplica.

En política y en todo lo demás la ley principal es querer lo posible: en la elevacion de aquel hombre al ministerio se presentaban dos imposibilidades.

Nacia la primera de la posicion particular, en que aquel ministro deberia hallarse respecto de su soberano.

La segunda dimanaba de aquel impedimento constitucional de que he hablado en el capítulo XIX de la primera parte de esta obra.

Si se creia que un personaje de sus circunstancias podia ser útil, era preciso dejarlo detrás del telon, colmado de favores, elevar su familia en proporcion de los servicios que pudiera haber prestado, tomar en secreto sus consejos y consultar su experiencia. Pero elevarlo ostensiblemente al ministerio era hacer violencia á la corona. Sin embargo hasta las personas de mas perspicacia no pudieron desprenderse de la fuerza de la opinion ni de las ilusiones del momento.

Nunca me olvidaré de la dolorosa impresion que me causó hallándome en el palacio de Saint-Denis. Yo estaba en uno de los aposentos contiguos á la regia cámara: iban á dar las nueve de la noche. De repente se abrieron las puertas de aquella estancia y vi entrar el presidente del consejo, apoyándose en el brazo del nuevo ministro... ¡Oh Luis el Deseado! ¡Oh mi desgraciado monarca, bien acabais de demostrar que no hay sacrificio que vuestro pueblo no pueda conseguir de vuestro paternal corazon!

CAPITULO VI.

PRIMER PROYECTO DEL SEGUNDO MINISTERIO.

Instalado el consejo, preciso fue que adoptase una marcha; quiso el nuevo ministro hacerle tomar la única compatible con sus intereses. Comprendia la contrariedad de su existencia ministerial con el giro de la monarquía representativa: comprendia muy bien que si la fuerza armada *ilegítima*, y la fuerza política igualmente *ilegítima* no se conservaban, su caida era inevitable Sabia que no es posible sostener lucha contra el torrente de las cosas, y no pudiendo amalgamarse con los elementos de un gobierno legal, quiso que estos se doblegaran hasta la homogeneidad de su propia naturaleza.

Su plan no estuvo lejos de alcanzar el resultado que se prometia y llegó á organizar un terror facticio antes que la familia real llegase á París. Suponiendo peligros imaginarios pretendia poner á la corona en la necesidad de tener que aceptar las Cámaras instaladas por Bonaparte y la declaracion de los *derechos*, que á toda prisa habian redactado. Luis XVIII hubiera en ese caso sido rey por las constituciones del imperio y gefe supremo del pueblo por gracia de este: hubiera fechado los actos de su gobierno desde el año 1.° de su reinado: los guardias de corps y las compañías encarnadas habrian sido licenciadas; el ejército del Loire conservado, y la escarapela blanca arrancada á unos cuantos soldados leales que acababan de llegar del destierro con el rey habria sido reemplazada por la escarapela tricolor de los que aun eran rebeldes, y permanecian armados contra su legítimo soberano. Entonces se habria efectivamente realizado la revolucion; la familia real hubiera existido aun algun tiempo hasta que el pueblo soberano y los ministros, mas soberanos aun, hubieran tenido por oportuno cambiar de monarca y de monarquía. Ya entonces mismo la pandilla revolucionaria aventuraba algunas palabras acerca de la necesidad de desterrar á los príncipes: el plan era que el rey quedase enteramente aislado de su familia.

CAPITULO VII.

PROSIGUE EL PRIMER PLAN DEL SEGUNDO MINISTERIO.

En tanto la córte proseguia siendo víctima de todos los engaños que al partido se le antojaba fraguar. Los mas ardorosos realistas se daban prisa á decirnos con la mas sana fe del mundo que si el rey llegaba á entrar en la capital con la guardia de su servicio, corria peligro de que el pueblo la degollara y que si no adoptaban la escarapela tricolor estallaria una revolucion general. En vano la guardia nacional venia desde París á darnos testimonio de su afecto: no faltaba quien nos decia que esta fuerza ciudadana se hallaba muy mal dispuesta. La faccion cerró las puertas de Paris para impedir que el pueblo acudiera presuroso á victorear á su soberano: la conjuracion trabajaba tanto contra este pobre pueblo, como contra el soberano. Milagrosa era la oscuridad con que se veian los hechos; pues el ejército francés, único que hubiera podido inspirar fundado recelo de algun peligro, se iba retirando hácia el Loire: ciento cincuenta mil soldados extranjeros ocupaban los puestos, las avenidas y arrabales de París á donde iban á entrar de alli á veinteicuatro horas por capitulacion, y aun se suponia que el rey con sus guardias y sus aliados no tenian fuerzas para penetrar en una ciudad donde no quedaba un solo soldado, ni habia mas que personas leales muy capaces por sí solos de contener á un puñado de revoltosos dado caso de que estos hubieran intentado algun movimiento.

No dejó sin embargo de ocurrir algo que era en verdad muy á propósito para mantener la oscuridad: el gobierno provisional fue disuelto, empero lo fue por una especie de acta de acusacion (1) contra la corona; era la piedra sobre la cual la faccion esperaba fundar el cimiento de la futura revolucion. Produjo este suceso no poca admiracion en algunas personas; mas habiéndoles asegurado el ministro que no habia otro medio de disolver el gobierno provisional, tuvieron por conveniente conformarse. Mas, téngase presente que en aquel gobierno el ministro era *él solo* poderoso, y que si hubiese querido dejar hacer, aque-

(1) Yo compré este documento que se vendia por las calles impreso por el pueblo en papel timbrado con el águila napoleónica, y que tenia dos ó tres frases que no se imprimieron en el *Moniteur*: en ellas se dice que los ***hombres de bien*** que en aquel momento se ven ***obligados*** á marcharse deben conservar sus intenciones ***para otros dias mas felices***.

llos directores, cuya expulsion parecia tan difícil con 150,000 aliados y toda la guardia real, habrian sido arrojados al Sena por 150 hombres de la guardia nacional.

CAPITULO VIII.

RUINA DEL PRIMER PLAN, Ó SEGUNDO MINISTERIO.

Toda aquella comedia concluyó por no sé qué casualidad: el nuevo directorio, los pares y representantes de Bonaparte fueron expulsados; la guardia real no fue disuelta; no se adoptó la escarapela tricolor, gracias á los generosos sentimientos del noble heredero de Enrique IV, que manifestó que antes de hacerlo preferiria volver á Hartwell; la bandera blanca ondeó sobre las Tullerías; entramos pacíficamente en París, y con grande admiracion de los demasiado crédulos, nunca fue aclamado el rey con mas entusiasmo, ni los guardias de corps habian sido nunca mejor recibidos. La supuesta resistencia que nos esperaba no se manifestó en ninguna parte, y los obstáculos desaparecieron, como lo que eran, un sueño.

Era digno de observarse el ademan estupefacto, y alguna vez vergonzoso que se notó durante algun tiempo en las sociedades de París. Cada cual seguia aun diciendo para justificarse, que la eleccion del nuevo ministro habia sido una cosa indispensable; pero á medida que la opinion nacional y la de la Europa le iban dando á conocer (y ni la nacion ni la Europa no tuvieron un solo momento de ilusion) á medida que en París se iba disipando el terror, volvia á renacer el buen sentido, y no tardó en conocerse que era absolutamente imposible conservar en su integridad aquel ministerio que se habia pedido á la corona con una especie de furor. Guardémonos de acusar á nadie: era natural que los que se habian creido protegidos durante los cien dias (y que habrian sido cruelmente desengañados si Napoleon hubiera ganado la batalla de Waterlóo) era natural, vuelvo á decir, que se sintieran dominados por la ilusion de la gratitud. Mas supuesto que tan prontamente se habian visto obligados á reconocer su error, esa misma razon deberia haberles hecho proceder con mas cautela en sus nuevas protestas. Cuando en la actualidad se escusan de todas las faltas que han podido cometer; cuando con la misma conviccion sostienen que sin este ó aquel ministro nos habriamos perdido, recuérdense de su entusiasmo por otro personaje; tengan presente el tono decisivo con que afirmaban que sin él nada podia ir bien, sus acalorados discursos y su cólera contra los profanos que no lo admiraban ó se atrevian á dudar de la infalibilidad del ministro: tengan presentes todas esas circunstancias y aprenderán á desconfiar de su discernimiento y no serán tan pródigos en fulminar sus anatemas.

CAPITULO IX.

DIVISION DEL SEGUNDO MINISTERIO.

Habiendo abortado el plan general deberia haber presentado su dimision el ministro que lo concibió si realmente hubiera sido un hombre sabio; pues por una parte las dos imposibilidades de su posicion natural le impedian, como ya lo he dicho, entrar en el sistema del gobierno legítimo, y por otra parte tampoco podia seguir el sistema revolucionario que acababa de arruinarse por su base. Si aquel ministro se hubiera retirado, el ministerio puesto en mejor situacion habria podido sostenerse sin incurrir en las faltas que consumaron por último su ruina.

El presidente del gabinete, desprendido del torbellino en que por de pronto habia sido envuelto empezaba á adoptar medidas mas exactas y deseaba dirigir la administracion en un sentido realista y constitucional. Para esto era preciso una cámara de Diputados: convocóse esta cámara. Tanto los electores como los presidentes de los colegios electorales fueron igualmente escogidos entre los mas adictos á la monarquía. Mas el conjunto del gabinete se veia atacado por lo mismo que habia de bueno en estas medidas, pues por ellas se veia amenazado el ministro partidario de la revolucion: este ministro haciendo por otra parte esfuerzos para entrar en la cámara de los Diputados demostraba una absoluta ignorancia de su posicion.

¿Cómo un hombre que por de pronto habia sido tan perspicaz llegó á cegarse de tal modo al tratar de su interés político? Es que habiendo sido detenido por la ruina de su primer plan, no estaba ya en su mano el poder impedir que la Constitucion marchara, ni el árbol dejara de producir fruto: tal vez se vió dominado de otra ilusion, acaso pensó que la cámara de los Diputados entraria en el sistema revolucionario. Por otra parte aquel ministro, vano y móvil, cuyo nombre recordará eternamente nuestras desgracias se cree el único capaz de dominar las tempestades, solo porque tiene experiencia de naufragios, y su ligereza parece estar en razon inversa de la gravedad de los asuntos que ha tratado.

Al firmar Cronwel la sentencia de muerte de Carlos I manchó de tinta el rostro de otro regicida llamado Marten al darle la pluma. Presuncion es de grandes criminales el soportar con alegre semblante los tormentos de la conciencia.

CAPITULO X.

ACTOS DEL SEGUNDO MINISTERIO Y SU CAIDA.

Los actos de un ministerio tan desacorde no podian menos de ser contradictorios: algunos son excelentes, otros son deplorables y han dejado las mas desastrosas huellas en las instituciones políticas. Preciso es hacer la justicia de confesar que si los actuales ministros han tropezado alguna vez en inexplicables dificultades, no han nacido estas mas que de las providencias tomadas por sus antecesores.

Un solo ejemplo bastará para probar hasta qué punto se engañó el segundo ministerio en los asuntos mas importantes. En el acto de apoderarse de las riendas del Estado, hubiera debido expurgar la nacion, entregar al brazo de la justicia á insignes criminales, comprender en otra categoría á los que debian ser desterrados y publicar amplio y entero indulto para todos los demás: obrando el ministerio de este modo habrian los criminales hallado el merecido castigo y los débiles hubieran cobrado nuevo aliento. En vez de tomar tan acertada providencia, se dejó que dominara el temor en el corazon de todo buen ciudadano, y cuando las Cámaras mucho tiempo despues de cometida esta falta trataron de ocuparse de ella, se vieron precisadas á tener que remover cuestiones que agitan demasiado las pasiones y dispiertan adormecidos recuerdos. Los enjuiciamientos parciales y sin tramitacion se han ido prolongando hasta el momento en que escribo estas páginas, y como tal acusado ha sido absuelto, y otro condenado quizás por el mismo delito, resulta que la indulgencia y el rigor parece que se están acusando mutuamente de injusticia.

La situacion se agravaba: los ministros desunidos empezaban á buscar apoyo en las opiniones opuestas que cada partido del ministerio hubiera querido ver triunfar. El asunto del Museo acabó de completar el descontento público. La publicacion de dos célebres informes desarrolló todo ese plan revolucionario que he explicado y que intentaron hacer adoptar antes de la entrada del rey en París. Mas esos informes en nada podian alterar la situacion de las cosas: el tiempo de los temores quiméricos habia ya pasado: aquellos do-

cumentos nada mas podian ser que expresion del despecho de una causa perdida y de una ambicion frustrada. Por lo demás sobre su medianía presentaban errores en cuanto los hechos, incertidumbre por lo tocante á las miras, y desconcierto en lo relativo á los medios.

Tantas contradicciones, oscilacion y sistemas sofísticos apresuraron la catástrofe que todo el mundo habia previsto. La legislatura iba á abrirse, y bastó, puede decirse asi, la sombra de las Cámaras para que desapareciera un ministerio demasiado expuesto á la franqueza de la tribuna. Otros personajes ocuparon el puesto de los ministros caidos, aunque no faltaban opiniones de que no se hallaria quien los reemplazara.

CAPITULO XI.

TERCER MINISTERIO. — SUS ACTOS. — PROYECTOS DE LEY.

Empezaron los nuevos ministros á ejercer el poder al inaugurarse la legislatura. Los proyectos de ley que presentaron á la cámara de los Diputados eran urgentes y necesarios, y todos fueron adoptados aunque con notables modificaciones.

De manera que esta cámara de la que no tardó mucho tiempo en quejarse el ministerio, jamás ha cometido una falta ni contra el rey, á quien ama con idolatría, ni contra el pueblo, cuyos derechos debe defender. Por medio de las leyes sobre suspension de libertad individual, sobre gritos sediciosos, sobre los tribunales prevostales y sobre la amnistía, se ha apresurado á robustecer la corona con todos los poderes; modificando el proyecto de ley electoral, y mejorando contra sus propios intereses como cámara el presupuesto, ha sostenido los intereses del pueblo.

Si el ministerio, tanto por su propia tranquilidad, como por la de la nacion se hubiese avenido á seguir el principio constitucional y á marchar con la mayoría, en ningun tiempo hubieran consolado al pueblo trabajos políticos mas importantes, ni de mas lucimiento tras de tantas locuras y errores.

Los proyectos de ley de los ministros fueron grandes actos de administracion, y para haber pasado sin dificultad, no les faltó nada mas que buena direccion.

Las proposiciones de las Cámaras dieron por su parte asunto á grandes leyes, y habiendo sido acogidas por el ministerio habrian acabado de perfeccionarse.

Empero por desgracia todo se embrolló con sistemas sofísticos y lo que debia ser un campo de concordia se convirtió en un campo de batalla.

Vamos pues á examinar esos sistemas que han perdido la nacion en 20 de marzo, y que nos causan y causarán en lo sucesivo tantos males.

CAPITULO XII.

QUÉ CLASE DE HOMBRES SON LOS QUE HAN ABRAZADO LOS SISTEMAS QUE VAMOS Á COMBATIR, Y SI IMPORTA DISTINGUIRLOS.

Hay funcionarios públicos que han abrazado los sistemas que mas en vigor están despues de la restauracion, conociendo muy bien el objeto clandestino á que propendian, y deseando vivamente su realizacion.

Hay otros hombres de estado que han caido por falta de luces y discernimiento, otros se han precipitado á impulsos del odio contra estos ó aquellos hombres, y finalmente, otros se mantienen en el error por orgullo, pasion, carácter, terquedad ó capricho.

Claro está que los sistemas á que nos referimos tienen sus alucinados y sus alucinadores como todas las opiniones de este mundo; pero supuesto que unos y otros nos conducen igualmente al abismo, no nos hacen al caso los diversos motivos que les hayan impulsado á seguir semejante camino.

En Inglaterra Fairfax se dejó arrastrar de la faccion parlamentaria, y cuando conoció el error, ya no era tiempo de remediarlo. En vano quiso arrebatar al rey de manos de sus verdugos. El dia que debió ser el último de Carlos I púsose Fairfax en oracion con Harrison pidiendo consejos al cielo. Harrison sabia que la sentencia contra el monarca iba á ejecutarse, y á propósito fue alargando la fatal oracion, á fin de que su compañero no tuviera tiempo de salvarlo. Cuando les anunciaron que el golpe se habia ya consumado, Harrison exclamó poniéndose en pié: ¡Dios lo ha querido asi! Fairfax quedó profundamente consternado; mas el monarca ya habiá dejado de vivir.

No hablemos, pues, mas que de los sistemas, sin ocuparnos de los hombres que los han profesado. Si logro demostrar el sofisma, é indicar el escollo á los que dirigen el timon del Estado, creeré haber hecho un interesante servicio á la nacion; pues me hallo convencido de que siguiendo el rumbo que inconsideradamente hemos adoptado, no haremos mas que conducir la monarquía legítima al naufragio.

CAPITULO III.

SISTEMA CAPITAL, FUNDAMENTO DE TODOS LOS DEMÁS QUE EL GABINETE HA SEGUIDO.

El gran sistema con arreglo al cual se gobierna desde la restauracion, el sistema que es base de todos los demás, el que da lugar á las siguientes herejías: *En Francia no hay realistas*; *la cámara de los Diputados no está en el sentido de la opinion general*; *no se debe seguir á la mayoría de esa cámara*; *no hay necesidad de purificaciones*; *los realistas son incapaces*, etc., etc.; ese sistema que no puede sostenerse sino negando la evidencia de los hechos, calumniando las cosas y los hombres; renegando del buen sentido, abandonando el camino recto y seguro para tomar un sendero tortuoso y sembrado de precipicios; ese sistema, por decirlo de una vez, es el que se funda en esta máxima: LA FRANCIA DEBE SER GOBERNADA EN EL SENTIDO DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS. Esta frase, bien digna ciertamente de los revolucionarios, encierra la instruccion completa de un ministro. Todo hombre que no la comprende es declarado incapaz de poder ser elevado á la altura de la administracion. No merece semejante individuo que se tomen la pena de explicarle los secretos de las cabezas *vigorosas*, de los espíritus *positivos* y de los talentos (1) *especiales*

CAPITULO XIV.

CON ESTE SISTEMA SE EXPLICA TODA LA MARCHA DE LA ADMINISTRACION.

Sirviéndose de este sistema, como de un hilo para salir del laberinto, penetrareis en todos los repliegues de la administracion; descubrireis la razon de lo que os parecia inconcevible y encontrareis la causa eficiente de las determinaciones ministeriales: voy á demostrarlo.

Hay dos clases de hombres que pueden gobernar en sentido de los intereses revolucionarios: los que se hallan altamente comprometidos en esos intereses, y otros que sin estarlo creen sin embargo que la mayoría de la nacion es revolucionaria.

Que los primeros gobiernen en provecho de la revolucion, es cosa muy natural; que los segundos, por otros motivos se adhieran á ese sistema, tampoco

(1) Oscuro lenguaje de una bandera política bien conocida en Paris. Esta nota se puso para inteligencia de las provincias y del extranjero.

tiene nada de extraño; pues estando falsamente persuadidos, pero al fin persuadidos, de que toda resistencia al órden de cosas revolucionario es inútil y que no se haria mas que producir crísis y trastornos, deben gobernar segun la opinion que creen dominante é insuperable.

Sentado este principio, debe por todas partes favorecerse á las cosas y á los hombres de la revolucion, porque se les considera como poderosos y como únicos que pueden inspirar temores; mientras que por la razon contraria el ministro que piensa de ese modo debe descartarse de las cosas y de los hombres, que no pertenecen á la revolucion, porque ni son poderosos ni son temibles.

¿No es esto lo que se ha hecho desde la restauracion? Partiendo del sistema de los intereses revolucionarios se explican perfectamente todos los actos del gobierno.

Empero ¿ese sistema de gobierno ha salvado, ha perdido, salvará ó perderá á la nacion? A estos términos queda reducida la cuestion.

Si salva á la nacion, el sistema es exacto, preciso es seguirlo.

Si la administracion rigiéndose con ese sistema se ha perdido ya, ó si en lo sucesivo ha de perder á la nacion, el sistema es sofístico. ¡Conviene abandonarlo cuanto antes!

Por mi parte sostengo que el sistema de los intereses revolucionarios nos ha precipitado, y que por último, acabará de precipitarnos en un abismo del cual no nos será dado salir.

Sostengo que es inconcebible cómo unos ministros adictos al trono vuelven á caer en las faltas que nos dieron la leccion del 20 de marzo.

Sostengo que no se puede comprender cómo hay ministros que sacrifican la nacion para captarse la voluntad de personas que nunca podrán ser ganadas; cómo se empeñan en seguir ese deplorable sistema de fusion y de amalgama que el mismo Bonaparte con su brazo de hierro y con sus seiscientos mil hombres no pudo llevar á cabo; cómo creen haber encontrado un medio de salvacion, siendo asi que nada mas hacen que emplear un elemento de destruccion.

Yo haré que se vean y se palpen las terribles consecuencias del sistema de los intereses revolucionarios, tomado por base de gobierno, mas desde luego es preciso atacarlo en su principio, asi como á los demás sistemas que se derivan de ese sistema capital.

CAPITULO XV.

ERROR DE LOS QUE SOSTIENEN EL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Hé aquí el error de los que quieren gobernar de buena fe en el sentido de los intereses revolucionarios. Confunden los intereses *materiales* revolucionarios y los intereses *morales* de la misma especie. Dispensad proteccion á los primeros, pero perseguid, destruid y anonadad los segundos.

Entiendo por intereses *materiales* revolucionarios, la posesion de los bienes nacionales; los derechos políticos desarrollados por la revolucion y consagradoa por la Carta.

Entiendo por intereses *morales*, ó mas bien dicho inmorales de la revolucion, el establecimiento de las doctrinas antireligiosas y antisociales, la doctrina del gobierno de hecho, en una palabra, todo lo que propende á erigir en dogma, ó á hacer que se consideren como cosas legítimas la falta de buena fe, la rapiña y la injusticia.

CAPITULO XVI.

LO QUE CONVIENE HACER ADMITIDA LA DISTINCION INDICADA EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.

Castíguese, pues, á cualquiera que se deje llevar á vías de hecho contra los tenedores de bienes nacionales; cuídese de la conservacion de todas las ventajas concedidas por la Constitucion á las diversas clases de ciudadanos; pero una vez concedida esta parte á los intereses revolucionarios, es un error tan deplorable como odioso creerse obligado á sostener todas las opiniones impías y sacrílegas nacidas del cieno de la revolucion y es tomar por *intereses* positivos lo que en realidad no es mas que el *principio* destructor de toda humana sociedad.

CAPITULO XVII.

EJEMPLO EN APOYO DE LO QUE ACABA DE DECIRSE.

Por ejemplo: ¿será preciso porque se vendieron bienes que no nos pertenecian, y porque la Constitucion ha reconocido (á fin de evitar nuevas turbulencias) esta venta, declarar que pueden legalmente conservarse los que aun no se han enajenado? ¿Una injusticia cometida puede convertirse en derecho, para cometer otra? ¿Devolviendo los bienes de la Iglesia que aun existen, se temerá confesar que se obró mal vendiendo los que ya no existen y que nadie reclama ya? ¿No deberá alguna vez hacerse esta confesion?

¡Singular doctrina de los hombres que se dicen amantes de la libertad! ¿No podria en vista de esto decirse que los derechos consagrados por la Constitucion no han sido proclamados mas que en provecho de los que lo tienen todo y contra los que nada tienen? La inviolabilidad de las propiedades que tanto se invoca en beneficio de la Francia moderna; ¿no debe tambien existir en provecho de la Francia antigua? No se aplica ya la pena de confiscacion por crimen de lesa magestad, pero sigue en todo su vigor por el crimen de lealtad.

¡Ay de la nacion cuya ley, á manera de la regla de plomo de ciertos arquitectos de la Grecia se dobla para amoldarse á las diversas formas! ¡Ay del juez que tiene dos pesos y dos medidas! ¡Ay del ciudadano que reclama en provecho suyo la ley que acaba de negar al derecho de su vecino! Su prosperidad es caduca: sobre él caerá sin remedio el peso de esa misma desgracia á la que ha visto sin compasion sucumbir á su prójimo.

En tiempo de Felipe de Valois hubo una peste, y ocurrió que cuando mas estragos hacia, dos religiosos de San Dionisio que iban cabalgando por los campos llegaron á una aldea, cuyos habitantes estaban todos danzando al son del tamboril. Habiendo preguntado el motivo de aquella intempestiva alegría, los aldeanos contestaron, que como veian morir diariamente á los de las aldeas vecinas, sin que la suya se hubiera contagiado, estaban llenos de esperanza y se entregaban á regocijos. Los religiosos prosiguieron su camino, y habiendo vuelto á pasar al cabo de algun tiempo por la misma aldea, no encontraron sino muy pocos habitantes, y estos llenos de consternacion y con el rostro macilento. Preguntaron los religiosos qué se habian hecho aquellos hombres y aquellas mujeres que algunnos dias atrás celebraban sus buenas esperanzas bailando: «Ah, buenos señores, les contestaron los aldeanos, la ira del cielo ha caido sobre nosotros» (1).

(1) *Crónica de Francia.*

CAPITULO XVIII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

Proseguid y vereis adonde llegais con el sistema que estoy combatiendo.

Es preciso oponerse al establecimiento de la religion, porque los intereses revolucionarios están en oposicion con ella.

No debe hacerse ninguna proposicion, ni presentar ningun proyecto de ley tocante al restablecimiento de las instituciones morales y cristianas, porque el restablecerlas seria amenazar á la revolucion; seria ademas suponer que esas instituciones han sido destruidas, y por lo tanto podria tomarse como una acusacion indirecta á la revolucion que tal perjuicio ha causado. ¿No hemos oido ya tratar de impolíticas las honras fúnebres hechas á la memoria de Luis XVI, de María Antonieta, del jóven rey Luis XVII y de Madama Isabel? Si tal es el modo de salvar la monarquía, preciso es confesar que padezco una grosera equivocacion.

Pasando del exámen de las cosas al de los hombres, se verá que nada debe hacerse en favor de los que han combatido contra la revolucion por temor de alarmar los intereses revolucionarios, y que por el contrario, conviene colmar de favores á los amigos de la revolucion para captarse su voluntad. Presentaré los detalles de este cuadro al pintar el estado actual de la Francia.

Por último; todos esos discursos en que se encuentran las palabras honor, religion y realismo, son discursos de facciosos: hablar de semejante modo es chocar con los intereses revolucionarios.

Antes de la revolucion apenas se atrevian los predicadores, aterrados por el espíritu del siglo, á pronunciar el nombre de Jesucristo, y procuraban por medio de rodeos dar á entender lo que intentaban decir.

Otro tanto se debe hacer en la actualidad por causa de los intereses morales revolucionarios: evitad toda palabra que pueda ofender á un oido delicado: *restitucion*, es una palabra tan mal sonante, que tanto ella como sus derivados deben ser desterrados del idioma francés. No faltan hombres honrados que casi consentirian en que se dotara al clero con la cláusula de que se le *diera*, pero no se *devolviera* lo que aun existe de los bienes de la Iglesia; pues, como ellos suelen decir muy juiciosamente, ¡*es preciso conservar el principio*! Si esto prosigue, dentro de pocos años deberemos á los intereses revolucionarios una multitud de palabras que nadie entenderá, y que tendremos que explicar con nuevos diccionarios.

CAPITULO XIX.

EL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS TOMADO Á LA VEZ EN EL SENTIDO FISICO Y MORAL CONDUCE Á LA MÁXIMA DE QUE EN FRANCIA NO HAY REALISTAS.

El gobernar en sentido de los intereses revolucionarios, bajo el punto de vista moral, es un sistema tan directamente opuesto á los principios del gobierno legítimo, parece tan insensato el estar halagando constantemente á sus enemigos, y rechazar sin tregua á los amigos, que ha sido preciso apoyarse en alguna otra razon decisiva.

¿Qué es lo que han imaginado en vista de esto? ¡Han dado en decir que en Francia no hay realistas! Con lo cual tratan de justificar un error por medio de otro error.

«¿Cuántos sois? gritaba cierto dia un hombre singular. Dos realistas contra cien revolucionarios; sufrid pues la ley del vencido. ¡*Væ victis!* Un gobierno no debe cuidarse mas que de la mayoría; para »ella es para quien gobierna. Hechos y no palabras. »Contemos.»

¡Pues bien! contemos.

Decis que hay dos realistas contra cien personas adictas á la revolucion ó valiéndome de vuestro modo de hablar ordinario, que no hay realistas en Francia. De aquí sacais la consecuencia de que es preciso gobernar en sentido de los intereses revolucionarios, no solo materiales, sino hasta morales, sin hacer caso de la distincion que yo pretendo establecer.

Yo deduciré de ese hecho, si es verdadero, una consecuencia enteramente opuesta; mas por de pronto principio negándola.

CAPITULO XX.

LOS REALISTAS COMPONEN LA MAYORÍA DE LA NACION.

Lejos de ser cierto que en Francia los realistas forman el partido menos numeroso, puede afirmarse que ellos son los que componen la mayoría.

Me replicarán que en tal caso no hubiera tenido lugar la revolucion.

Y ¿desde cuándo en las revoluciones de los pueblos ha dado la ley la mayoría? ¿Acaso no está demostrado por la experiencia que generalmente la minoría es la que triunfa? ¿Puede creerse que la nacion quisiera el asesinato de Luis XVI? ¿Podia dar su beneplácito á la Convencion ni á sus crímenes? ¿Pudo querer la nacion al Directorio ni sus bajezas; á Napoleon ni sus contribuciones de sangre? Nada de eso quiso la nacion; pero se vió sojuzgada por una minoría activa y armada. ¿Porque la mayoría calle se ha de inferir que no existen intereses suyos en la nacion? En ese caso habrá casi siempre que dar razon al opresor contra el oprimido.

Pero librad del yugo á esa mayoría y vereis lo que os dice. Bien reciente está aun el ejemplo. Los colegios electorales formados por Bonaparte son llamados á ejercer sus funciones en tiempo del rey. ¿Qué es lo que han hecho? Impelidos por la opinion popular, é impregnándose, por decirlo asi, ellos mismos en esa opinion, han elegido diputados á los realistas mas decididos. Diré mas: fue preciso que interviniera todo el influjo ministerial de aquella época para conseguir que la eleccion recayera en algunas personas, que la opinion pública rechazaba. Lejos están de hallar los revolucionarios simpatías, está ya el pueblo cansado de ellos: el torrente de la opinion circula en la actualidad en un sentido diametralmente opuesto al de las ideas que provocaron las desgracias de la nacion.

Concretémonos á los hechos. Recuerde cada cual los departamentos, las ciudades, las villas, las aldeas en donde pueda tener relacion, intereses de familia ó de amistad. En todos estos sitios verá que le es muy fácil contar el reducido número de hombres conocidos por sus principios revolucionarios. ¿Habrá un millar por departamento, un centenar por cada ciudad y una docena por aldea, barriada ó cabañal? Es mucho: no los encontrarian.

Los que no han recorrido sino las provincias mas desoladas por las dos invasiones consecutivas; los que no han pasado mas que por el camino militar, donde se ven aun las huellas recientes de un millon y doscientos mil extranjeros, no han visto mas que aldeanos en medio de sus campiñas destruidas y entre sus chozas reducidas á cenizas. ¿Será lógico decir que algunas palabras arrancadas á la impaciencia de la miseria son la expresion del voto nacional? ¿Pero en qué consistirá que estas mismas provincias tan desoladas han elegido, asi como el resto de la nacion, diputados conocidos por su afeccion al trono? ¿Quién ignora que los departamentos del Norte son conocidos por el ardor de sus opiniones realistas? Viajad por el Oeste y por el Mediodía y os admirareis de la vivaci-

dad de esta opinion que en algunas partes llega á rayar en entusiasmo. Hé aqui hechos, hé aqui cálculos.

CAPITULO XXI.

LO QUE HA PODIDO ENGAÑAR Á LOS MINISTROS POR LO TOCANTE AL ESTADO DE LA VERDADERA OPINION NACIONAL.

La ilusion del ministerio acerca de la verdadera opinion de Francia depende tambien de otra causa. Toma por una cosa que existe fuera de su seno lo que en realidad está adherido á su misma naturaleza y se maravilla al descubrir lo que no es mas que el resultado forzoso de la posicion en que ha colocado al órden político. El ministerio no ve que por lo tocante á la opinion general no toma por testigo ni se deja conducir mas que por una opinion interesada. La mayor parte de los empleos están servidos aun por partidarios de la revolucion ó de Bonaparte. Los ministros no están en relacion mas que con los hombres que desempeñan esos destinos, ni á nadie mas que á ellos piden informes acerca de la opinion del país. Es natural que los tales empleados digan que todo el mundo, excepto un puñado de chuanes y vandeanos, participa de su modo de pensar. Enumérese el ejército de aduaneros, los empleados de todas clases, los subalternos de todas especies, y se verá que casi todo el personal de la administracion está amalgamado con los intereses revolucionarios. De aquí resulta que consultando el gobierno la opinion nacional en los administradores y no en los administrados, debe contra toda verdad creer que hay muy pocos realistas; y como son los administradores los que hablan, los que escriben, los que disponen de los periódicos y de todos los medios de publicacion, y como por último son ellos mismos los que constituyen la autoridad, es indudable que tienen elementos para divulgar ideas falsas acerca de la situacion nacional, para engañarse á sí mismos, y para engañar á la Europa entera.

CAPITULO XXII.

REFÚTASE UNA OBJECION.

Cierto hombre de talento, á quien se consultó acerca de la opinion de la Francia, despues de haber dicho que los realistas son los mas honrados del mundo, despues de haber ponderado su celo y adhesion (fórmula oratoria de que suelen valerse los que mas daño intentan hacerles), añadió: Pero esos hombres honrados componen un número tan escaso, son de tan poca importancia como partido, que no pudieron (el 20 de marzo) salvar al rey en París, ni defender á MADAMA en Burdeos.

¡Ah! ¡gran Dios! ¿Quiénes son los que se valen de semejantes frases para probar la minoría de los realistas? ¿No serán acaso los que buscan escusas para acontecimientos que los condenan? ¿No serán aquellos empleados, autores y sostenedores del maravilloso sistema de que es preciso gobernar con arreglo á los intereses revolucionarios, y que por lo tanto no se debe emplear mas que á los amigos de Bonaparte y á los adeptos á la revolucion?

¡Cómo! ¡Sois vosotros los que rehúsabais dar crédito á cuanto se os decia, los que tratabais de promovedores de alarmas á los que se atrevian á hablaros de los peligros que amenazaban; los que ni aun abriais las cartas confidenciales que os enviaban de los departamentos; los que con toda la escuadra de Tolon no habeis sabido guardar un brazo de mar; los que tan pusilámines os habeis mostrado en la hora del peligro, tan incapaces de tomar una resolucion, de seguir un plan, ni de concebir una idea; los que nada habeis sabido hacer mas que ocultaros dejando 35 millones en dinero contante en manos del usurpador, ¡tan difícil os parecia encontrar algunos bagajes! ¡sois vosotros los que acusais á los realistas diseminados y desarmados por vosotros, de no haber podido salvar al rey! ¡Ah! ¡mas os valdria guardar silencio y no exponeros á que os dijeran que todas las faltas provienen de vosotros y de vuestros funestos sistemas! Si no hubieseis conferido todos los empleos á los revolucionarios; si no hubieseis alejado de todos los puestos á los realistas, es seguro que el usurpador no hubiera salido bien de sus planes. Vuestros prefectos revolucionarios, vuestros comandantes bonapartistas son los que han abierto las puertas de la Francia á su antiguo dueño. ¿No le habeis enviado ingeniosamente aposentadores por las comarcas del Mediodía, diseminando por su tránsito hombres que eran hechuras suyas? Razon teniais en decir que sus águilas irian volando de campanario en campanario; pues, merced á vuestros esfuerzos, podia el usurpador ir cómodamente á descansar todas las noches en casa de alguno de sus amigos. ¡Y os atreveis todavía á dirigir acusaciones á los realistas! ¿Quién ignora que en todas partes son las autoridades civiles y militares las que lo hacen todo, como que todo lo tienen á su disposicion? ¿Quién no sabe que la multitud desarmada no es dueña de hacer cosa alguna? ¿Dónde ha encontrado el usurpador alguna resistencia sino precisamente allí en donde la casualidad habia concentrado algunos hombres agenos á los intereses revolucionarios? Vuestros agentes, esos hombres de disposicion que habeis colmado de favores para hacerlos amigos de la corona, eran los que detenian á los realistas y los que no dejaban salir de Marsella á los habitantes de esta ciudad. ¿Cómo podeis achacar á supuesta debilidad de los vasallos leales lo que en realidad no es mas que fruto de la pobreza de vuestros conceptos? Abandonad un medio de defensa tan ineficaz, como imprudente, pues en vez de mostrar la excelencia de vuestro sistema, no hace mas que poner en relieve sus defectos.

CAPITULO XXIII.

SI EN FRANCIA NO HAY REALISTAS CONVIENE CREARLOS.

Despues de haber negado la proposicion, cambio de argumento y concedo á mis contrarios todo lo que quieran. Esto supuesto, digo: Si fuese cierto que en Francia no hubiese realistas, el ministerio debia tratar de crearlos: lejos de gobernar en sentido de la revolucion, ni de robustecer los principios revolucionarios altamente republicanos, seria culpable, sino empleara todo su esfuerzo en facilitar el triunfo de las opiniones monárquicas.

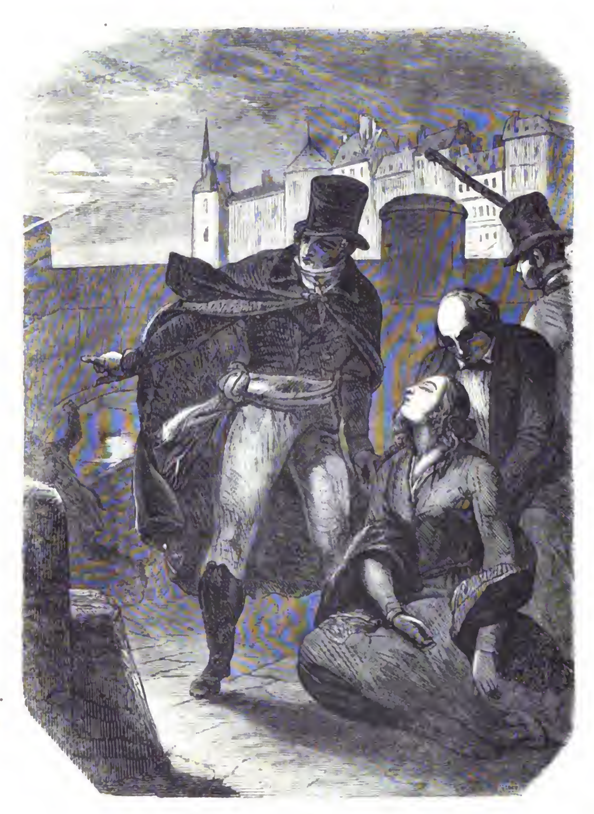
Así es que encontrándose á mano, como por milagro, una cámara de Diputados puramente realistas, el ministerio debia haberse valido de ella para variar la mala opinion que suponia existir en la mayoría de la nacion. Y no se diga que ese cambio de opinion hubiera sido imposible, pues los medios de que dispone un gobierno son siempre inmensos. Despues de haber sido testigo de todas las variaciones que la revolucion ha producido; de todos los papeles que la mayor parte de los hombres han representado, de todos esos juramentos que se han prestado á la república, á la tiranía, á la monarquía, al gobierno de derecho y al gobierno de hecho, ¿puede desesperar un ministerio de atraer al partido de la legitimidad á unos caracteres tan flexibles? Y si en vez de suponer revolucionaria la mayoría, la suponemos solo indiferente ó pasiva, ¡cuán facilmente no se la podrá inclinar hácia los principios de la religion y la monarquía! Luego solo por vuestro gusto, solo por vuestra inclinacion es por lo que la impeleis á caer al lado de la

revolucion. Habeis dicho en la tribuna que un ministro debe dirigir la opinion; pues bien, cumplid la palabra: propagad el realismo, ó bien os tendremos que acusar de no ser realistas.

CAPITULO XXIV.

SISTEMA DE LA ACTUAL CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.

Lo que menos pueden explicar los partidarios de los



LA POLICIA

intereses revolucionarios, cuando sostienen que en Francia no hay realistas, es la composicion de la cámara de los Diputados.

Del sistema de los intereses revolucionarios nace el de la minoría de los realistas en Francia: y este segundo sistema produce necesariamente este otro, á saber, que la cámara actual de los diputados no ha sido elegida en sentido de la opinion general. De todo este conjunto dimana el absurdo inconstitucional de que el ministerio no necesita de la mayoría de las Cámaras. De un mal nace otro. Hé aquí cómo discurren para destruir la objecion deducida del realismo de la cámara de los Diputados.

La opinion de la mayoría de la cámara de los Diputados no representa, segun ellos dicen, la opinion de la mayoría nacional. Esta cámara elegida por sorpresa fue convocada en medio de una invasion. En medio del tumulto los colegios electorales se dieron

prisa á elejir realistas creyendo que estos habian de ser omnipotentes, aunque la opinion de dichos colegios fuese opuesta á la índole de esas mismas elecciones. La opinion de la mayoría de los franceses es precisamente la de la minoría actual de la cámara de los Diputados, y por eso los ministros que han querido marchar con el pais y no con una faccion, han seguido á esta minoría.

CAPITULO XXV.

REFUTACOIN.

Desde luego veo en la exposicion de estos hechos una cosa que si fuese cierta, acabaria de confirmar lo que he dicho anteriormente, á saber, que es facil crear realistas en Francia dado caso que no los hubiera.

Reuniéronse en efecto los colegios electorales, y por la simple suposicion de que los realistas iban á aumentar de poder, y que el gobierno estaba dispuesto á tomar medidas en su favor, eligieron en el acto diputados realistas, desentendiéndose de sus intereses, inclinaciones y modo de pensar. Muy culpable en vista de esto es el ministerio que no hace que toda la Francia sea realista, cuando á tan poca costa puede conseguirlo; cuando la menor influencia la decide tan prontamente á ser lo que no quiso ser.

Por lo que á mi toca debo manifestar que me atengo á lo positivo, y á semejanza de aquellos, cuyas opiniones combato, no me doy por contento si no hablan los hechos.

He tenido el honor de presidir un colegio electoral en una ciudad, cuya guarnicion compuesta de tropas extranjeras no estaba separada del ejército del Loire mas que por un puente. Si en alguna parte debia haber opresion, confusion é incertidumbre debió ser en esta ciudad, pero yo no ví mas que una tranquilidad completa, vi señales de esperanza, de contento, de ausencia de todo temor y vi por último reinar las opiniones mas libres. El colegio era numeroso, pero apenas faltó ninguno de sus miembros. En él se vieron reunidos hombres de todos los caracteres y opiniones, y hasta enfermos que se habian hecho conducir para dar su voto: el resultado de todo esto fue el nombramiento de cuatro realistas tomados de la clase de empleados, de la magistratura y del comercio, y téngase entendido que si se hubieran tenido que hacer veinte elecciones las veinte habrian recaido en sujetos de la misma opinion; pues solo fué ella la que se presentó á competir. Hubiéranse ofrecido mil dificultades, ó mas bien dicho habia sido imposible que la eleccion recayera en personas adictas á los intereses revolucionarios.

Si acaso soy sospechoso en este particular por mis opiniones, véase lo que otros presidentes, que no pueden serlo, han referido acerca de las elecciones hechas en favor de realistas. Si habia en Orleans que es la ciudad á que me refiero, tanta tranquilidad é independencia, es de presumir que los departamentos distantes de Paris y del teatro de la guerra pudieron entregarse aun con mas libertad á sus verdaderas opiniones.

Otra prueba de que la opinion de la mayoría de la cámara de los Diputados era la de la mayoría nacional es el recibimiento con que los departamentos han favorecido á sus diputados. No hablo de las demostraciones de satisfaccion hechas en favor de los hombres mas eminentes, porque se me podria objetar que habia dominado en ellas el espíritu de partido. Me limito solo á las pruebas de aprecio que hasta los diputados mas oscuros han recibido por todas partes por solo el hecho de haber votado con la mayoría. Se ha dicho que la policía habia expedido órdenes secretas para que se hiciesen iguales obsequios á los miembros de la minoría: pero esto no es mas que habladurías de los mal intencionados.

Si los departamentos hubiesen elegido diputados que no hubieran sido de su gusto, tiempo tenian de haber vuelto de la sorpresa y de haber visto que los realistas carecian de poder y de favor; en cuyo caso estos departamentos, disgustados de cuanto se habia hecho en la legislatura, habrian demostrado á las claras lo muy pesarosos que estaban de la eleccion. Lejos de ser asi cada vez han demostrado con mas evidencia su satisfaccion. ¡Hé aquí pues una abnegacion de si mismo, un temor, ó una sorpresa que duran mas de lo que se podia esperar por parte de los departamentos!

Y sin embargo ¿qué es lo que ha dejado de hacerse á trueque de descarriar la opinion? ¡Qué de calumnias, qué de insultos no se han prodigado en los periódicos! Tan pronto los diputados querian retroceder hácia el antiguo órden de cosas, y deshacer todo lo hecho, como atacaban la prerrogativa y aspiraban á resistir al rey ¿Cómo habia de descubrirse la verdad en las provincias, no gozando la prensa de libertad en manos de los ministros, ni pudiendo darse explicacion alguna fuera de los límites de Paris, ni siendo posible dar á entender la posicion singular en que los mas fieles servidores del rey aparecian colocados? Para coronar la obra las cámaras habian sido disueltas, tan luego como presentaron su informe sobre el presupuesto á la cámara de los Pares; y los diputados volvian á su casa, llevando cada cual una acta de acusacion en el bolsillo, y sin poder contestar á ella; sin embargo la verdad era ya conocida.

Dominando el engaño, como no puede menos de suceder en los círculos de Paris, donde cada cual no oye ni ve mas que á sujetos de su propia pandilla; donde los deseos se toman por verdades; donde uno es víctima de los rumores y de las opiniones que acaso han sido divulgadas por su propia boca; donde la lisonja emplea su artificio, tanto con el último empleado, como con el primer ministro, se decia con una especie de compasion que el ministro tendria que verse obligado á proteger á los diputados cuando regresaran á sus casas: que estos desgraciados serian insultados, escarnecidos y maltratados por el pueblo... ¡*Ride, si sapis!*

Me parece que los departamentos principian á sustraerse de esta influencia de Paris que los ha dominado desde la revolucion y que data de muy atrás en Francia. Cuando el duque de Guisa, el acuchillado, enseñaba á su madre la lista de las ciudades que tomaban parte en la Liga. «Eso no es nada, le decia la duquesa de Nemours: hijo mio, si no cuentas con Paris, todo eso no vale nada.»

Si el gobierno cometiese el desacierto de aumentar la desavenencia que existe entre las provincias y Paris resultaria una gran revolucion en Francia.

CAPITULO XXVI.

CONSEJOS DEPARTAMENTALES.

El sofisma engendra ilusiones; la ilusion desengañada da margen á la animosidad é inflama el amor propio: las imaginaciones se exaltan. Mucho mas natural seria decir. He cometido un error, voy á remediarlo; pero no se hace asi.

Los departamentos habian recibido bien á sus diputados; por este recibimiento se demostraba que la opinion era realista, mas aun quedaba un recurso para sostener lo contrario. Los consejos departamentales iban á reunirse. Si estos se quejaban de los diputados, ó no demostraban mas que indiferencia por sus trabajos, el triunfo era aun posible. Hubiérase dado la mayor importancia á las manifestaciones de dichos consejos; y se hubiera dicho en alta voz. «Ya lo veis.»

«Ya os lo habiamos dicho. Hé aquí la verdadera opinion »nacional. ¿Estais ahora convencidos de que la cámara »no habia sido elegida en sentido de la opinion general, »la cual es absolutamente favorable á los intereses re»volucionarios? Prestad atencion á lo que dicen los »consejos generales, que son tambien órganos de la »opinion pública.»

Empero ¿qué es lo que ha sucedido? Que estos consejos han alabado tambien á los diputados. Pues bien. ¡Los consejos ya no son órganos de la opinion pública! *Ya se sabe* que todas esas alabanzas, *son golpes preparados*, *y asuntos de cábala y de partido.* Ya es cosa sabida *que un manifiesto se redacta como se quiere*, etc.

Dáse órden á los periódicos de que se burlen de los honores dispensados á los representantes, y órden á los consejos generales de que no envien ninguna diputacion á París, para que no vengan á decir al pié del trono cuán satisfecha se halla la nacion de sus representantes. No recibirá el gobierno manifestaciones sino de los consejos, y estas se publicarán por estracto en el *Moniteur*, teniendo cuidado de suprimir todo lo que se refiera á elogios de las cámaras.

Finalmente como los consejos votan gracias y testimonios de aprecio á sus diputados, tambien se dará órden de que no puedan llevarse á cabo semejantes actos sino con permiso de la corona. Para poder espedir una órden extraordinaria es preciso hacer violencia á toda la historia; es preciso decir que la corona fue la única que en todo tiempo tuvo derecho de decretar honores siendo asi que no hay nadie que ignore que desde Clodoveo hasta nuestros dias, las ciudades, las corporaciones y las cofradías han estado en posesion de ese derecho, hasta el punto de disparar alguna vez cañonazos en obsequio de un estudiante que habia ganado algun premio en la universidad.

Mas aun cuando fuera cierto que semejante derecho no hubiese existido en tiempo de la monarquia absoluta ¿no se deriva naturalmente de la monarquía constitucional? Si los departamentos tienen el derecho de elegir diputados, ¿no lo han de tener tambien para decir á estos que se hallan contentos de sus servicios? Compasion causa tan extraño modo de discurrir.

Tal es el funesto espíritu del sistema: cualquiera que se deja poseer de su espíritu cierra los ojos á la verdad. Los hombres de la mas sana fe del mundo hacen alarde de todo lo que está en oposicion con la buena fe, y con las mas generosas ideas gobiernan como Bonaparte empleando los medios menos generosos. Mas para seguir gobernando de este modo ¿tienen acaso la fuerza de Bonaparte? Las manifestaciones son ya conocidas del público: vienen de parte de todos los departamentos: no hay quien no tenga noticia de ellas, ni quien no esté persuadido de la causa porque tratan de sofocarlas: y entre risas y entre vergüenza cada cual acaba de convencerse mas que nunca de que la mayoría de la cámara de los Diputados está en el sentido de la opinion nacional.

CAPITULO XXVII.

NI LA MISMA MINORÍA DE LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS ES FAVORABLE AL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Aun apoyándose en la opinion de la minoría real de los diputados, para decir que esta es la que representa la opinion general de la nacion, sostengo que hasta aquella misma tomada en su origen, serviria para dar al traste con el sistema de los intereses revolucionarios.

Cuando la cámara se reunió, era casi unánime su modo de pensar; de manera que el ministerio tuvo que trabajar con incansable perseverancia para llegar á desunirla. Apenas se concibe como unos hombres de buen sentido, al hallar en sus manos un instrumento tan perfecto, y tan bien dispuesto para todos los usos, no quisieron ó no pudieron servirse de él; apenas se concibe como unos hombres de buen sentido emplearon tanto afan para crear una minoría, como un ministerio emplea genaralmente en adquirirse una mayoría.

¡Cuántas maniobras no han tenido efectivamente que poner en juego, cuántos pasos y sudores malgastados para tener el gusto de ver modificar ó desechar las leyes! ¡Cuánta destreza para perder el juego! Desde luego nada pudieron conseguir con un club. Era tan sinceramente realista toda la cámara que solo abusando del nombre del rey, solo diciendo sin cesar que el rey lo queria, que el rey lo mandaba, consiguieron quebrantar la firmeza de algunos diputados. Estos hombres honrados se separaron como á pesar suyo de una mayoría que llegaron á creer no hallarse bastante sometida á la voluntad del monarca. Tan cierto es esto que en una multitud de ocasiones, asi como en el asunto de los regicidas votaron por aclamacion en sentido de la mayoria. Y sabido es que el destierro de los regicidas era un golpe mortal contra los *intereses revolucionarios.*

No puede, pues, argüirse en favor del sistema de estos intereses fundándose en la opinion de la minoría de la cámara de los Diputados; pues lejos de ser la opinion de la mayoría lo que ellos quieren suponer, no es mas que la reproduccion de la opinion ministerial, que la formó.

CAPITULO XXVIII.

ÚLTIMO HECHO QUE PRUEBA QUE LA NACION NO ESTÁ ACORDE CON LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Presentemos el cuadro por la parte inversa. Si la nacion estuviese acorde con los intereses revolucionarios, habria peligros sin fin cada vez que ocurre un movimiento politico. Asi que se pone en evidencia alguna conspiracion, no falta quien dice: ¡Hé aquí el fruto de vuestras imprudentes palabras! Los intereses revolucionarios se han creido amenazados; en el acto se ha turbado la tranquilidad. Esta chispa puede producir un vasto incendio.

Mira uno por todas partes, pero la chispa nada produce; nadie se mueve. Todo el mundo ve con indiferencia y hasta con desprecio el que unos pocos jacobinos aislados caigan en la sima que intentaban volver á abrir. Ese partido, desvirtuado, no conserva ya raiz ninguna en la opinion: ni es peligroso sino cuando se comete la imprudencia (en ese caso lo es mucho) de volver á ponerlo en juego. La víbora está arrecida y apenas tiene fuerzas para rastrear; podeis abrumarla bajo vuestra planta, mas si la cobijais en vuestro seno, estad seguros que os dará la muerte.

CAPITULO XXIX.

POR EL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS NO PUEDE PROPAGARSE EL PARTIDO REALISTA.

Pasemos á otro campo de batalla.

He dicho que si en Francia no hubiera realistas seria preciso crearlos. A esto contestan que precisamente por esta razon es por la que gobiernan en sentido de los intereses revolucionarios. La obra maestra del ministerio se reduce á convertir en partidarios del rey á todos sus enemigos. Se captará la voluntad de unos hombres que no tienen que echarse en cara mas que un esceso de energía, y que emplearán en defensa del trono el mismo vigor que emplearon en derribarlo.

Tambien yo he predicado esa doctrina: tambien yo he dicho que era preciso cicatrizar todas las heridas,

olvidar lo pasado y perdonar los errores. ¡Que de elogios no he prodigado al ejército! Debo confesarlo: soy demasiado sensible á la gloria de las armas, y discurro mal, asi que oigo redoblar el parche. Mas no veo ya las cosas desde el 20 de marzo como las veia antes de esa época. Me conformo en ser hombre de bien; pero en ser tenido por un simple, de ningun modo. Vergüenza me causaria el haber sido dos veces víctima de un mismo engaño.

¡Quereis ganar para el partido realista á los que han sido causa de vuestra perdicion! ¿Y de que medio podeis valeros en la actualidad para conseguirlo, que no lo hayais empleado ya anteriormente? Ellos ocupaban todos los destinos; ellos devoraban el tesoro; ellos estaban en posesion de todos los honores. Algunos regicidas cobraban mil escudos mensuales ¿por qué? Por haber hecho rodar la cabeza de Luis XVI. ¿Podreis ser mas liberal aun? Los Cien-dias han envenenado la herida: á las primitivas pasiones han añadido el oprobio de haber intentado infructuosamente una segunda traicion. Por este motivo la legitimidad se ha hecho mas y mas odiosa á ciertos hombres que no se darán por satisfechos hasta consumar su ruina. Vuelvo á repetirlo: el intentar, despues de los sucesos de 20 de marzo, ganar el afecto de los revolucionarios; el volver á poner en manos de los enemigos del rey todos los empleos, el proseguir con el sistema de fusion y de amalgama, el creer que la vanidad puede encadenarse por medio de favores, y las pasiones por medio de intereses; en una palabra, el volver á caer en todas las faltas que han motivado una leccion tan reciente, un escarmiento tan rudo, digámoslo sin rodeos, es confesar que el país se halla bajo el peso de un anatema del destino.

CAPITULO XXX.

DE LA PURIFICACION EN GENERAL.

Este asunto nos conduce á tratar de las purificaciones.

Antes de la apertura de las sesiones, habian pedido los colegios electorales la purificacion de las autoridades, y las cámaras volvieron á repetir la misma peticion. El ministerio respondió que no perderia de vista á sus delegados, y que por otra parte cargaba con la responsabilidad de los acontecimientos.

Empero ¿qué viene á ser esa responsabilidad de los ministros, no estando confeccionada la ley que debe determinar sus límites? Hasta el presente esa terrible responsabilidad que desde lejos parece un *buque de alto bordo*, no es mas, si se mira de cerca que, *una caña que flota por el agua*. El primer ministro, no lo dudamos estaria consagrado á la causa del trono, pero ¿pudo á pesar de eso prevenir la infidelidad de los subalternos? En muchos casos el ministro no puede ver mas que los empleados que están á sus inmediatas órdenes: su buena fe puede ser sorprendida. Si por ejemplo los departamentos están llenos de subalternos que calumnian á los amigos del rey ¿podrá el ministro obrar mas que en el sentido de lo que ellos le digan? ¿No le engañarán al tratarse de los verdaderos intereses de la patria? Al oir la palabra purificacion, todos gritan: Quereis renovar venganzas: pedis reacciones.

He dicho ya en otra ocasion que la justicia es una cosa muy distinta de la venganza, y que el olvido nada tiene que ver con la reaccion. Convengo en que á nadie debe perseguirse; pero tampoco se debe (y por el contrario es muy peligroso), confiar los cargos públicos á los enemigos del rey. ¿Por qué razon ciertos hombres gritan tanto al oir la palabra justicia? Porque conocen muy bien que toda la cuestion estriva en ese particular, y que una vez puesta en juego su accion tienen que renunciar á sus esperanzas todos los que las fundan en proyectos criminales. No creais que tanto interés les inspiren la Constitucion y la libertad, cuyos nombres están invocando sin cesar; lo que á ellos les interesa sobre todas las cosas es el mando. En su concepto la salvacion ó la pérdida del país no dependen mas que de la conservacion de sus respectivos destinos.

Cuando se veian acosados por la opinion pública se atrincheraban en la necesidad de una prudente contemporalizacion. Poco á poco, decian ellos, se irán haciendo las purificaciones convenientes; pero ahora no conviene desorganizar de una vez todos los ministerios y paralizar el gobierno.

Esta objeccion puede parecer razonable á un funcionario público; pero no tiene ningun peso para un hombre de Estado. ¿No vale mas en todo caso tener á su disposicion subalternos que carezcan de experiencia, que agentes con cuya fidelidad no se pueda contar?

Mas ejecutando todos esos cambios, grangeareis al gobierno una multitud de enemigos.

¿Y estos enemigos serán mas terribles cuando no ejercen ningun cargo administrativo que cuando están en la órbita de los funcionarios públicos? ¿La influencia de un hombre empleado por mediana que su posicion sea, no es mil veces mucho mas activa que cuando ese hombre se halla reducido á la condicion de la vida privada? Por otra parte no es posible, como ya lo hemos dicho, captarse la voluntad de semejantes hombres: las consideraciones que les dispensan no son á sus ojos mas que falsedades, porque saben muy bien que no pueden ser amados: el sistema de fusion que con ellos empleais les causa risa, porque conocen que con ese sistema caminan los amantes del trono á su ruina, y para probaros que no teneis capacidad para gobernar, y para justificar sus nuevas conspiraciones, os echarán en cara vuestra propia indulgencia y los mismos favores que les habeis dispensado.

Finalmente, supongamos que las autoridades no se abandonen á sus enemistades políticas ¿mas cómo se les podrá impedir que permanezcan fieles á inclinaciones que no por ser mas escusables sin duda dejan de ser tambien mas peligrosas? En el sistema de los gobiernos actuales las virtudes de un hombre son tan temibles como sus vicios. Es preciso que la autoridad para serviros sofoque los mas dulces sentimientos de la naturaleza; es preciso que arreste tal vez á su propio amigo, y acaso que persiga á su bienhechor: las instituciones colocan al gobernante entre sus inclinaciones y sus deberes: y de su ingratitud esperais conseguir vuestra seguridad.

CAPITULO XXXI.

LAS PURIFICACIONES PARCIALES SON UNA INJUSTICIA.

Sobre todo, supuesto que se ha abrazado el sistema de los intereses revolucionarios, es una cosa precisa el desechar el plan de las purificaciones. Mas una vez tomada una determinacion hay que seguirla francamente y sin rodeos: esto es lo que no se ha hecho; han tomado, si asi puede decirse, la peor senda en el peor camino, descendiendo al sistema de purificaciones parciales, y convirtiendo de este modo un insigne acto de justicia en una repugnante arbitrariedad.

Hay entre los hombres un espíritu de equidad que hace que nadie se queje de una medida general cuando se halla fundada en la razon y en los hechos; mas una medida particular, que no tiene visos mas que de capricho, repugna á todo el mundo y no contenta á nadie.

¿Cuál ha sido el resultado de las purificaciones particulares? Hombre hay que ha perdido su empleo, ó su sueldo por haber firmado una sola vez el acta

adicional, en tanto que otro que la firmó cuatro ó cinco veces, en calidad de otros tantos destinos diferentes; se ha quedado en posesion de ellos y de las pensiones que disfrutaba.

Alguno por haber aceptado un empleo durante los Cien-dias, será considerado como indigno de conservarlo ahora, y otro habrá obrado del mismo modo y seguirá disfrutando lo mal adquirido.

Un funcionario público desciende del alto rango que habia conservado en tiempo de Bonaparte despues de haberlo recibido de Luis XVIII: castíganle; pero su vecino habia tal vez solicitado del usurpador el mismo rango, y no lo habia podido lograr. De manera que por haber sido despreciado de Bonaparte, goza en la actualidad del testimonio de una conciencia pura, de la gloria de haber permanecido fiel y de los favores del gobierno legítimo.

Los confederados han recibido la institucion real y un magistrado que en un tribunal oscuro prestó un miserable juramento tiene que sufrir todo el rigor de la purificacion.

Mas como todo en este mundo tiene su compensacion, algunos jueces realistas y algunos ciudadanos que se portaron con valor durante los Cien-dias, han perdido su empleo, y este ha sido ocupado por partidarios del usurpador: hasta tal punto se jactan de imparcialidad. Tampoco han ido separados hasta el presente de sus destinos algunos funcionarios designados por la opinion pública y lo único que se ha hecho es trasladarlos, acaso con ventajas de una provincia á otra.

Un sugeto, que no nozco, y que habia sido separado por efecto de las purificaciones, vino en cierta ocasion á pedirme un favor, y tuvo la candidez de decirme que un ministro le habia prometido volverle á colocar asi que *esta furibunda cámara* quedará disuelta. Admiré la grandeza de la Providencia, y di gracias á Dios de que aquel honrado sugeto se hubiese dirigido á mi persona.

Estas semi-purificaciones prolongadas producen ademas otro mal: siembran la division en las provincias, y dan marjen á mezquinas rivalidades, enemistades secretas y denuncias. Cada cual esperando conseguir el empleo de su vecino, se da prisa á contar todo lo que este hace, y cuando nada de cierto puede decir, no repara en fraguar alguna calumnia. Si desde luego se hubiese dado un golpe general, originando de este modo una ámplia purificacion, todo el mundo se habria sometido y la vindicta pública habria quedado satisfecha. Quéjanse en la actualidad de las denuncias y no les falta razon ¿pero quién tiene la culpa? ¿No son por ventura las tergiversaciones y las providencias á medias el origen de ellas? Preciso es saber lo que se quiere cuando se gobierna: mas hubiera valido decir: «No habrá purificacion» y sostenerse en ese plan que no decir que se adoptaba el sistema opuesto sin tener energía para adoptarlo, ni desecharlo enteramente.

CAPITULO XXXII.

DE LA SUPUESTA INCAPACIDAD DE LOS REALISTAS Y DEL SUPUESTO TALENTO DE SUS CONTRARIOS.

Por último, y esta es la postrera opinion que vamos á examinar, se supone que los realistas son incapaces; que no hay mas hombres de talento que los que se educaron en la escuela de Bonaparte, ó los producidos por la revolucion.

¿Fundan en alguna razon este aserto? en ninguna; mas eso no impide que lo consideren como un hecho demostrado. «Bien quisieramos, nos dicen emplear á los realistas; pero presentadnos hombres de ese partido que tengan capacidad para desempeñar cargos públicos: de lo contrario tendremos que valernos de sugetos que sirvieron á Bonaparte, pues solo estos son los que tienen talento.»

De este modo se vuelven á juntar los cabos de la cadena: los realistas no pueden ser útiles porque carecen de capacidad y de saber: luego es imposible llevar á cabo la purificacion, porque no se encontrarian personas aptas para el gobierno. Conviene por lo tanto captarse la voluntad de los hombres de talento de quienes necesariamente hay que echar mano para la administracion; no hay pues otro remedio que contemporizar con los intereses revolucionarios.

Propondré preliminarmente una cuestion. La mayor parte de los que han dirigido los asuntos en Francia desde la restauracion ¿eran realistas? Si me contestan afirmativamente, confieso que la opinion que condena por incapaces á los servidores del rey, no es sino demasiado cierta. Las faltas han sido enormes. Pero al menos habrá este pequeño consuelo: si la incapacidad es el carácter distintivo del realismo, preciso es convenir que se ha calumniado á ciertos funcionarios públicos, cuando se ha supuesto que no eran adictos á la monarquía: por mi parte los contemplo como los vasallos mas leales que en tiempo alguno han existido en la monarquía de san Luis.

Si contestan negativamente á la cuestion que he propuesto preguntaré si el modo con que la Francia ha sido gobernada durante estos dos últimos años prueba que los gobernantes procedentes de las filas de la revolucion son hombres de talento. ¿Podian los realistas; si hubiesen sido llamados á la direccion de los asuntos, haber obrado con mas desacierto? Ciertamente es digno de atencion que unos hombres que han caido al menor choque; que no han dado un paso sin tropezar; que han dejado volver de la isla de Elba á Bonaparte y á la nacion perecer en sus manos; digno de atencion es vuelvo á decir, que tales hombres se jacten de capacidad y hagan alarde de despreciar á los servidores del rey. Por otra parte ¿cómo podeis decir que los realistas son incapaces, no habiéndolos experimentado en los destinos? Vosotros, cuya administracion ha sido tan funesta no teneis derecho de juzgar desdeñosamente de los realistas sin haber puesto antes á prueba su capacidad. Tratad de probar lo que ellos valen y si se muestran mas ignorantes que vosotros; si cometen mas faltas que las que habeis cometido; entonces volvereis á empuñar las riendas del Estado y todos vuestros sistemas quedarán justificados.

Puede afirmarse un hecho, y es que, si antes de la época del 20 de marzo 1815, todos los funcionarios públicos hubiesen sido realistas, dado caso de no haber podido impedir el regreso del hombre de la isla de Elba, no habrian por lo menos sido traidores al rey, ni servido al usurpador durante los Cien-dias. Ochenta y tres prefectos, faltos de capacidad, si se quiere, pero haciendo una resistencia uniforme en todo el ámbito de la Francia, habrian llegado á ser muy incómodos á Bonaparte. En ciertos casos la fidelidad suple al talento asi como en La Fontaine el instinto de lo bueno hacia las veces del genio.

CAPITULO XXXIII.

PELIGRO Y FALSEDAD DE LA OPINION QUE NO CONCEDE HABILIDAD MAS QUE Á LOS HOMBRES DE LA REVOLUCION.

Bien falso y peligroso sistema, segun desgraciadamente nos lo ha hecho ver la experiencia, es el que se empeña en no ver capacidad para gobernar el país sino en los hombres de la revolucion. Bonaparte, segun dijo mi noble amigo M. de Bonald, pudo formar hombres capaces para desempeñar el sistema administrativo, pero hombres de Estado, no. El comentario de esta hermosa observacion es el siguiente:

¿Qué es un ministro al lado de un déspota? Es un hombre que recibe órdenes, que las manda ejecutar dispensándose de examinar si son justas ó injustas, convenientes ó no convenientes, un hombre que no conoce mas que la arbitrariedad, ni emplea mas recurso que la fuerza.

Traspórtese ese ministro á una monarquía constitucional; véase en la precision de discurrir, de buscar medios, de hacer marchar el gobierno respetando todas las leyes, contemporizando con todas las opiniones y abriéndose paso por entre todos los intereses y aquel ministro que parecia tan grande, irá reduciéndose hasta parar quizás en una nulidad. Todos sus números, todos sus resultados positivos, todos sus datos estadísticos le faltarán á la vez. De nada le servirá saber cuantas cabezas de ganado hay en un departamento, ni la cantidad de cereales, gallinas y huevos que produce otra comarca: Smith y Malthus de nada le servirán. Asi que las combinaciones morales y políticas tengan que figurar de algun modo en la ciencia del gobierno, aquella sólida cabeza no hará mas que cometer errores, y aquel administrador eminente no aparecerá mas que como un tonto.

He visto á los corifeos de la tiranía desconcertados, llenos de asombro y como extraviados en medio de un gobierno libre. No teniendo nociones de los medios naturales que emplea esta clase de gobierno, la religion y la justicia, en todo querian substituir las fuerzas físicas al órden moral. Mucho menos idóneos para este órden de cosas que el último realista á cada paso se sentian detenidos por una mano invisible, y sin cesar tenian que estar luchando con una potencia desconocida. De esta oscilacion nacian sus malas leyes, sus sofísticos sistemas, y su oposicion á los verdaderos principios. El que fue esclavo no comprende la independencia; el impío nunca se halla bien al pié de los altares. No creamos que todos los hombres de la revolucion hayan conservado su funesto talento. La capacidad que tenian para el mal se ha inutilizado bajo un gobierno moral y concertado. No son, si asi puede decirse, mas que unos cadáveres en derredor del nuevo mundo que se ha desarrollado: nada vemos de ellos en torno nuestro mas que sus espectros, y las sombras de lo que fueron.

CAPITULO XXXIV.

EL SISTEMA DE INTERESES REVOLUCIONARIOS, PRODUCIENDO INDIRECTAMENTE LA DISLOCACION DE LA CARTA, AMENAZA DESTRUIR LA MONARQUÍA LEGÍTIMA.

Creo haber demostrado que el sistema revolucionario no se apoya en mas que en principios erróneos; que siguiéndole necesariamente tiene que caerse en las herejías mas inconstitucionales, y que las medidas administrativas tomadas con arreglo á ese sistema han producido oposiciones, inevitable resultado de la falsa posicion en que se hallaban los hombres y las cosas.

Pero aun no he dicho lo bastante: hasta el presente no he considerado mas que la poca solidez del sistema: al presente me falta dar á conocer el peligro.

Desde luego conduce indirectamente á la dislocacion de la Carta; pues si como es de esperar seguimos teniendo diputados valerosos y libres, combatirán las máximas revolucionarias, y para desembarazarse de su importuno celo, no tendrán sus adversarios otro recurso que violar la Constitucion. ¿Qué es lo que no dicen los ministeriales al hablar de la ley fundamental, hasta en la tribuna? ¡Cómo se esplican! ¡Cómo la interpretan! ¡A qué estado la reducirian, si pudieren hacerlo! Y sin embargo aun tienen valor de decir que nosotros no somos constitucionales. ¡Acaso seré yo el que no quiere la Constitucion!

Aun cuando el sistema de los intereses revolucionarios no produjese mas daño que el destruir esa magnífica obra del rey, pienso, que el daño seria bastante enorme: pero sostengo que eso no es mas que uno de los principales medios que la faccion revolucionaria pone en accion para derribar otra vez la monarquía legítima.

Hablemos: ya ha pasado el tiempo de las consideraciones. ¡Ojalá el porvenir desmienta mis predicciones! ¡Ojalá no tenga mi alarma mas motivo que el acendrado amor que profeso á mi rey y á tu augusta familia! Mas aunque deba yo atraer sobre mi cabeza todo el encono del partido, todo el furor de los intereses personales, tendré valor para decirlo todo. Si no es mas que una ilusion, el viento arrebatará mis palabras; si por el contrario lo que denuncio es verdaderamente una conspiracion, si ofrece en realidad un peligro, contribuiré á que los hombres de buena fe abran los ojos. Complot descubierto puede ya llamarse medio destruido: arrancad su máscara á las facciones y las privareis de gran parte de su fuerza.

CAPITULO XXXV.

EXISTE UNA CONSPIRACION CONTRA LA MONARQUÍA LEGÍTIMA.

Digo pues que existe una verdadera conspiracion formada contra la monarquía legítima.

No digo que esta conspiracion se parezca á un complot vulgar; que sea el resultado de las maquinaciones de un cierto número de traidores dispuestos á dar un golpe de mano, á intentar un rapto, un asesinato, ó que se confabulen para cualquiera otro atentado de este género: lo que únicamente digo es que existe una conspiracion, forzosa, si asi puede decirse, de intereses *morales* revolucionarios, una confederacion natural de todos los hombres que tienen que echarse en cara algun crimen ó alguna bajeza; en una palabra una conspiracion de todas las ilegitimidades contra la legitimidad.

Digo que esta conspiracion está obrando en todas partes y en todos momentos; que por instinto se opone á cuanto puede consolidar el trono, y restablecer los principios de religion, de moralidad, de justicia y de honor. Ella misma ignora el momento de su explosion que por diversas causas puede acelerarse ó tardar mas tiempo; pero está persuadida de tener un buen resultado. Entre tanto trabaja sin descanso en prepararlo, y toma su principal medio de accion *del sistema de los intereses revolucionarios*.

CAPITULO XXXVI.

DOCTRINA SECRETA OCULTA DETRÁS DEL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Detrás del sistema que afirman deberse seguir para seguridad del trono; y para la paz del Estado se ocultan los motivos secretos que lo han hecho adoptar, y la doctrina en cuyo triunfo se hallan empeñados.

Entre los hombres de cierto partido pasa por máxima indudable que una revolucion como la que Francia acaba de sufrir no puede terminarse sino mediante un cambio de dinastía, y otros mas moderados dicen, que basta un cambio en el órden de sucesion á la corona: me guardaré de entrar en detalles acerca de esta opinion criminal.

¿A quién quieren colocar en el trono en lugar de los Borbones? No están acordes sobre este particular; pero todos convienen en la *necesidad* de destronar á la familia legítima. Citan el ejemplo de los Estuardos: la historia anima sus intenciones. Sin el cadalso de Carlos I no habria visto la Francia el de Luis XVI: ¡Mezquinos imitadores, hasta en el crímen habeis sido plagiarios

¿Cómo podré probar que tan abominable doctrina se halla envuelta en el velo del sistema de los intereses revolucionarios?

No necesito mas que fijar una mirada en los folletos y periódicos de los Cien-dias.

He leido escritos que han llamado tambien la atencion de otras personas, en los cuales nada queda entre sombras, todo se revela, hasta el nombre. En la espansion de los festines, ó en el calor de la discusion, que puede tambien pasar por embriaguez de un género particular, la franqueza y el atolondramiento han vendido no pocas veces sus secretos.

Mas aun cuando para convencerme faltaran pruebas directas, no tendria necesidad de nada mas que de fijar la vista en lo que *sucede en mi alrededor*: por todas partes veo un sistema uniforme, cuyos detalles se enlazan y coordinan entre sí: fuerza es pues confesar que tanta regularidad no puede ser obra del acaso: de las consecuencias me elevo á los principios y llegó por fin á conocer el carácter de la causa.

Señalemos el objeto que se proponen y sigamos los pasos de la conspiracion.

CAPIUULO XXXVII.

OBJETO Y MARCHA DE LA CONSPIRACION. — DIRIGE SUS PRINCIPALES ESFUERZOS CONTRA LA FAMILIA REAL.

Lo que yo caracterizo con el nombre de conspiracion de los intereses morales revolucionarios se propone por objeto principal el cambio de dinastía; y por objeto secundario imponer al nuevo monarca las condiciones que le quisieren hacer adoptar al rey en Saint-Denis: adoptar la escarapela tricolor; reconocerse rey por gracia del pueblo, y volver á llamar el ejército del Loire y á los representantes de Bonaparte, si estos existian aun cuando ocurriera ese suceso. Este proyecto, que nunca ha sido abandonado, va á presentarse con toda latitud por la observacion de los hechos que acaecen á nuestra vista.

Ya es cosa convenida que se hablará del rey en el mismo tono que podrian usar los realistas: se reconocerán en él esas altas virtudes y esos superiorês talentos que tan conocidos son de todo el mundo. El rey, que tan ultrajado ha sido durante los Cien dias, se ha convertido en justísimo objeto de alabanza por parte de aquellos que tan villanamente le vendieron, y que están prontos á venderlo otra vez.

Mas estas demostraciones de admiracion y de amor no son mas que paliativos del ataque dirigido contra la familia real. Para eso afectan temer la ambicion de los principes, que en todos tiempos se han mostrado como los mas sumisos y leales de todos los vasallos. Se habla de la imposibilidad de gobernar constitucionalmente existiendo *diversos centros* de poder. Se aleja del consejo á los príncipes: se ha llegado hasta el punto de suponer que podria haber inconvenientes en dejar al hermano del rey el mando supremo de la guardia nacional del reino, y se ha tratado de limitar y poner trabas á su autoridad. Monseñor el duque de Angulema ha sido propuesto para protector de la universidad, como una especie de príncipe de la juventud; esto seria un medio de enlazar en cierto modo las generaciones nacientes con una familia que apenas les es conocida: seria un motivo de afeccion y entusiasmo por parte de la juventud: nada podria hacerse mas eminentemente político que dar por tutor á la juventud el príncipe que con el tiempo habia de ser su rey. ¿Se aprobará este plan? No lo espero.

La razon de la negativa es fácil de descubrir: la faccion que ejerce su influencia sobre unos ministros fieles y leales, pero que no ven el precipicio hácia que les empujan, esa faccion quiere cambiar la dinastía, y por lo tanto se opone á todo lo que pueda estrechar las relaciones de la Francia con sus legítimos soberanos. Teme que la familia real se arraigue demasiado; no procura sino aislarla y separarla de la corona; para eso hace alarde de decir y no se cansa de repetir, que los asuntos podrán irse sosteniendo en tanto que el rey viva; pero que apenas cierre los ojos, el país tendrá que sufrir una nueva revolucion; de esta manera acostumbran al pueblo á considerar el estado actual de cosas como transitorio. Préstase cualquiera con mas facilidad á derribar lo que no cree que puede ser de larga duracion.

Asi como procuran quitar todo mando á los herederos de la corona, se afanan tambien; pero en vano, por arrebatarles todo el respeto y veneracion de los pueblos; se calumnian sus virtudes: los periódicos extranjeros son los encargados de esta mision por medio de oficiosos corresponsales. Pero ¿por ventura no hemos visto estampadas en la misma prensa francesa las cosas mas inconducentes y estrañas? ¿Contra quién se dirigen los periódicos al dar publicidad á las intrigas de algunos subalternos? ¿Si no tratan de comprometer mas que á estos, merecen acaso ocupar la atencion de la Europa? Si se relacionan por algun punto con ciertos nombres ilustres, ¿qué singular interés hay en darlos á conocer? Los que no quieren libertad de imprenta convendrán por lo menos en que esta libertad en cuestiones tan embarazosas daria una respuesta, sino satisfactoria, por lo menos sin réplica.

Aprendamos á distinguir los verdaderos realistas de los falsos: los primeros son los que nunca establecen separacion entre el rey y su familia; los que confunden á estas augustas personas en un mútuo amor; los que obedecen con placer al cetro del primero, y no se muestran recelosos de la influencia de los príncipes. Los falsos realistas son los que aparentando idolatrar al monarca, declaman contra los príncipes de su sangre los que se empeñan, permítaseme la espresion, en plantar la flor de lis en medio de un desierto, y aislar su tallo, arrancando todos los vástagos que brotan de sus raices.

En tiempos normales, cuando todo está tranquilo, cuando ninguna tempestad ha conmovido la autoridad de la corona, se podrian establecer algunas máximas sobre la parte que puede caber á los príncipes en el gobierno; pero cualquiera que despues de tantas desgracias y de tantos años de usurpacion, no comprende, la necesidad de multiplicar los vínculos entre los franceses y la familia real, y de adunar los pueblos y sus intereses con los descendientes de San Luis; cualquiera que aparenta temer por el trono mas á los herederos de este que á sus enemigos declarados, es un hombre que camina á ciegas, ó aparenta esa marcha para pasarse al campo de la traicion.

CAPITULO XXXVIII.

LA CONSPIRACION SE VALE DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS PARA COLOCAR Á SUS AGENTES EN TODOS LOS DESTINOS.

Atacar á la familia real por todos los medios; tener siempre en perspectiva una calamidad que todo buen ciudadano alejaria á costa de su vida, y que se lisonjea de nunca llegar á ver; esperar como consecuencia de esa degracia el destierro perpétuo de los príncipes; adormecerse y dispertar con tan abominables esperanzas; hé aquí el plan que la secta enemiga recomienda eficazmente á sus adeptos.

En seguida hace los mayores esfuerzos por sostener, dilatar y propagar el sistema de los intereses revolucionarios: á los tímidos la presenta como único puerto de salvacion, á los estúpidos como una inspiracion del genio, y á los incautos como poderoso medio de consolidar el trono.

Para que este sistema llegue á cimentarse completamente, esperan los revolucionarios hallarse al frente

de todos los empleos en el momento de la catástrofe. Hallándose entonces las diversas autoridades afectadas por unos mismos intereses, el cambio se verificará como el 20 de marzo, de comun acuerdo, sin resistencia, sin hacer un disparo. ¿Qué puede costarles á semejantes hombres el volver la espalda á sus legítimos dueños? ¿No abandonaron al mismo Bonaparte? ¿En el espacio de algunos meses no han tomado, dejado, y vuelto á tomar la escarapela blanca y la tricolor? El paso de un correo de gabinete por su departamento les hacia mudar con tanta facilidad el color de la escarapela como las intenciones del corazon. Ved con que admirable candidez os cuentan que firmaron al acta adicional: ningun mal hicieron, son tan inocentes como Abel. Ellos han escrito abominables calumnias contra los Borbones: ellos los han insultado por medio de proclamas demasiado conocidas... pero ahora van muy serenos á besar la mano á esos mismos Borbones ¡con sus proclamas en el bolsillo! Reparad como sin arrugar la frente hablan de monarquía, de lealtad, y de adhesion; no parece sino que salen de los bosques de la Vandee y que acaban de llegar del campo de Mayo. Perfectamente hacen supuesto que cada vez que han tenido ocasion de violar un juramento han tenido un nuevo ascenso en su carrera. Si la edad de los ciervos puede contarse por el duro ramaje de su frente, los juramentos que un hombre ha violado tambien pueden calcularse por los nuevos destinos ó ascensos que ha tenido.

Pero en vano creeis que serian adictos á vuestras instituciones aun cuando les confiarais de una vez todos los empleos de la nacion. Tened entendido que no los solicitan sino para perderos nuevamente como antes del 20 de Acario. Ya empiezan á jactarse del próspero resultado de sus maquinaciones; ya se presentan con insolencia, y no pueden moderar su alegría al ver desarrollarse con tanta felicidad el sistema de los intereses revolucionarios.

«Si os vendimos, dicen los tales sugetos, es porque »no nos disteis mas que las tres cuartas partes de los »empleos. Dadnoslos todos y os seremos fieles.» ¡Aumentad la dosis del veneno y en vez de mataros os dará la salud! Y hay titulados realistas que sostienen tan monstruoso absurdo. Todo lo que acerca de estos puede decirse es que fueron realistas, pero que ya no lo son.

CAPITULO XXXIX.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.

La faccion solicita, pues todos los puestos en todos los ministerios y consigue mas ó menos buenos resultados. Declamó enardecidamente contra la inamovilidad de los jueces. virtuosos jacobinos que no pueden ya ser separados de sus destinos, porque son hombres muy útiles; pues en tanto que custodian con toda seguridad el fuego sagrado, alargan la compasiva diestra á sus hermanos.

En el ramo de hacienda y en sus dependencias se ha sostenido con todo vigor el sistema de los intereses revolucionarios. Hay empleado que ha vuelto á la misma ciudad donde se dió demasiado á conocer durante los Cien-dias. ¿Qué pensará la gente del campo al volver á ver á ese hombre? Que tenia mucha razon cuando les anunciaba la catástrofe del 20 de marzo antes de los Cien-dias, y que indudablemente la tiene aun cuando al hablar con ellos sigue usando la conocida frase: *Cuando* EL OTRO *volverá.*

En el ministerio del interior los intereses revolucionarios sufrieron por de pronto una derrota. Cundió la alarma: causó miedo el impulso realista comunicado á las prefecturas, y el partido concentró sus fuerzas: desde luego suscitó un obstáculo á los nombramientos y á las destituciones demasiado esplícitas, haciendo que se sometieran al exámen del consejo de ministros; de manera que el encargado del ministerio de justicia puedo nombrar gefes superiores militares, y el ministro de la guerra magistrados civiles.

Si se adoptara tan estravagante responsabilidad para todos los ministerios, lo mejor que podria hacerse es soltar la risa; pero no tiene aplicacion mas que para los ministros tildados de realismo. Los que son conocidos por sus sinceras simpatías por el sistema de los intereses revolucionarios tienen plena libertad de colocar á los aspirantes que sean sospechosos, y destruir á los empleados que sean adictos.

Ni aun con esos arreglos se dió por seguro el partido; por último consiguió derribar al ministro y entonces reverdecieron sus esperanzas. Lisonjeáronse además de hacer perder al realismo todo el terreno que habia ganado en esta parte de la administracion. La guardia nacional se ha visto atacada. A estas horas varios prefectos *demasiado realistas* han sido, unos destituidos y otros amenazados. No se descuidarán de ir quitando de todos los puestos á los amigos del trono, si llegan á conseguir la fortuna de disolver la cámara de los Diputados, y hay necesidad de volver á hacer nuevas elecciones, en tal caso le será muy facil al partido dirigir y desplegar su influencia en los colegios electorales.

CAPITULO XL.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Con dificultad los demas ministros conocidos por su adhesion al trono, pueden conservar sus puestos, pero contra ninguno tiene mas rencor la faccion que contra el de la guerra: no es fácil que le perdonen su noble adhesion, ni mucho menos el haber organizado una escelente gendarmeria, y un ejército que arde en deseos de derramar la sangre por su rey. Preciso es por lo tanto que los conspiradores hagan un postrer esfuerzo por destruir esa obra que inutilizaria todos sus planes. Si por de pronto no es fácil quitar á ese ministro la cartera, por lo menos se puede acometer el plan de desprestigiarlo en el concepto del partido realista, obligándole á que conceda *gratificaciones*, haga algunas destituciones inoportunas y desatinados nombramientos. Al mismo tiempo se procura hacer revivir el ejército el Loire: mucho apreciamos el valor de ese ejército, pero guardémonos bien de volver á darle el poder, de que tanto ha abusado El ejército de Carlos VII se retiró tambien á las orillas del Loire; pero Lahire y Dunois combatian por las flores de lis y Juana de Arco salvó á Orleans tan en nombre del rey como en nombre de la patria.

CAPITULO XLI.

LA FACCION PERSIGUE Á LOS REALISTAS.

La faccion se va apoderando de este modo de todos los destinos; si se ve acosada, retrocede lentamente; si ve un momento propicio, avanza con rapidez y se aprovecha tanto de nuestras faltas, como de sus victorias. Hipócrita y audaz, no predica mas que moderacion, olvido de lo pasado, y perdon de las injurias, en tanto que sus acciones están revelando la animosidad y la violencia. Al mismo tiempo que sostiene á sus amigos, que los eleva al poder y los coloca donde puedan serle útiles en el momento crítico, desanima, calumnia, insulta y persigue á los realistas, á fin de que no le sirvan de obstáculo en su marcha.

Hasta ha llegado á inventar una nueva gerga para la realizacion de sus planes. A los sugetos que antes de la revolucion calificaba con el epíteto de *aristócratas*, en la actualidad los llama *ultra-realistas*. Los periódicos extranjeros, pagados ó sugeridos por ella, no emplean para espresar esta clase de sugetos mas que

la palabra *los ultra*. ¿Luego nosotros somos los *ultra*, nosotros, los tristes herederos de aquellos aristócratas, cuyas cenizas descansan en Picpus ó en el cementerio de la Magdalena? Por medio de la policía, la faccion ha llegado á dominar en la prensa periódica y se burla impúnemente de aquellos á quienes no es permitido defenderse. La gran frase de moda es que *no se debe ser mas realista que el rey*. Esta frase no es invencion de la actualidad: estuvo ya en voga en tiempo de Luis XVI, y encadenó las manos de los vasallos leales no dejando en libertad mas que las del verdugo.

Si los realistas tratan de reunirse para conocerse entre sí, ó para buscar abrigo contra la coalicion de los perversos, la faccion halla medios para dispersarlos. No faltan autoridades que establecen esta abominable máxima: es preciso proscribir á un príncipe bueno que produce funestos resultados, como se proscribiria á un príncipe malo. Ensañáos, pues, contra la virtud, porque en general todo lo que emprende en este mundo se convierte en su propia ruina. El realista queda identificado con el jacóbino, y por una equidad digna ciertamente de este siglo, la justicia consiste en que la balanza guarde su equilibrio entre el crímen y la inocencia, entre la infamia y el honor, entre la traicion y la lealtad.

CAPITULO XLII.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

La adhesion es eterno objeto de befa por parte de esos hombres que no temerian el castigo inventado para los infames por los antiguos germanos: hubiéranlos sepultado en el cieno, y allí los habrian dejado morir como en su propio elemento. Al viaje de Gante le dan el nombre de *Viaje sentimental*. Esa bufonada habrá salido del cerebro de alguno de esos ajentes, que siempre llenos de lealtad (á su destino, se entiende) sirvieron durante los Cien-dias y antes y despues de este período; del cerebro de alguno de esos honrados funcionarios, bien pagados hoy por Luis XVIII que aplaudieron de todo corazon al sentimental viajero de la isla de Elba, y cuyo regreso de Santa Elena esperan con impaciencia.

Id á proponer á esos leales funcionarios algun soldado del ejército de Condé. «Nosotros no queremos, os responderán, sino hombres que hayan saludado á balazos á los aliados.» Tanto quisiera por mi parte á los que han saludo á balazos á los bonapartistas.

En la misma línea colocan á Rochejaquelin cayendo al grito de viva el rey sobre el campo regado aun con la sangre de su ilustre hermano que al oficial que mordió el polvo en Waterloo vomitando blasfemias contra los Borbones.

Conceden la cruz de honor al soldado que combatió en esta jornada, y el voluntario que abandonó su hogar para seguir á su rey, no consigue sino con dificultad la pequeña cruz que á su interesante lealtad prometieron en Alost. De modo que mientras se cumplen li[illegible]mente los decretos de Bonaparte, fechados en mayo de 1815 en las Tullerías, apenas se reconoce la autoridad de las reales órdenes firmadas por la misma época en Gante. Pagáse puntualmente al oficial, caballero de la Legion de honor, que se halla á medio sueldo, y convenimos en que esta puntualidad merece elogio; pero entre tanto el caballero de la órden de San Luis, encorbado de años, tiene que andar mendigando una limosna, y se considera por muy feliz cuando alguno le compra una mala capa que encubra su desnudez, ó se le proporciona una papeleta para que las hermanas de la Caridad tomen á su cargo el cicatrizar antiguas heridas tan descuidadas como los intereses de la antigua monarquía, por cuya causa las recibió. Finalmente, el no haber servido á Bonaparte puede pasar por una tontería, por una falsedad, ó por un crímen. Si quereis buscar colocacion para un jóven, no digais que se libró de la conscripcion sacrificando parte de su fortuna; que ha tenido que andar errante, perseguido, ó que prefirió las prisiones á tener que prestar su brazo al usurpador; no digais que no ha prestado ningun juramento, ni aceptado un empleo, ni que se ha conservado puro y sin mancha para su rey, ni que le ha acompañado en su última retirada aventurándose á tener que sufrir un eterno destierro.., Nada de eso digais, pues todo eso no es mas que un nuevo motivo de esclusion. «Si ese jóven no ha servido, os contestaran friamente; nada puede saber.» Sabe conservar su honor. ¡Pobre ciencia! El siglo está ya mas avanzado que todo eso.

Mas para indemnizaros de esa negativa, proponed á otros que no haya tenido inconveniente en aceptar cuanto le hayan ofrecido desde la alta dignidad de *Porta-capa* hasta la de pinche de la cocina imperial: hablad en favor de ese hombre, ¿qué pretendeis?

Elejid en la magistratura, en la administracion, en el ejército: cien testigos declararán en favor de vuestro protejido: cien testigos declararán haberle visto velar en las ante-cámaras con un valor á toda prueba. ¿No solicita mas que una decoracion? eso es muy justo. Pronto, venga un caballero que le dé el espaldarazo: poned en su pecho la cruz de San Luis: el hombre es prudente; si se vé en un compromiso ya tratará de meterla en el bolsillo.

Era muy fácil que vuestro recomendado hallase colocacion: no tenia mancha alguna. Acaso vacilariais en recomendar á otro que durante los Cien-dias pisoteó su cruz de San Luis; pero no desmayeis por esa circunstancia: eso no es mas que una pura bagatela, un esceso de energía, efecto de un carácter arrebatado que á manera de un vino demasiado generoso se irá sentando con el tiempo.

Cierto hombre fue durante los Cien-dias escritor de los *osarios* de la policía: désele una pension: preciso es alentar á los hombres de talento. Otro pasó á Gante con peligro de su vida con objeto de ofrecer al rey dinero y soldados: este tal solicita un insignificante empleo en su aldea: dádselo al aduanero que hizo fuego contra este *ultra-realista* al pasar la frontera.

¿No habeis podido lograr el nombramionto para ese magistrado? ¿Pues qué, no sabeis que estaba prometido á un sacerdote casado? Un ex-prefecto habia prevaricado en su destino: se le habia instruido sumaria, se suspende posteriormente ¿por qué? porque el resultado de la sumaria seria un impedimento para volverlo á colocar.

¿Dónde están vuestros certificados? le dirán á uno de los mejores realistas que humildemente pretenderá quizás uno de los mas mezquinos empleos, despues de veinte y cinco años que está padeciendo por el rey, despues de haber perdido su familia y sus bienes por tan noble causa. ¿Cuenta el pretendiente con recomendaciones de los príncipes, ó acaso de aquella misma princesa, cuya menor palabra debe ser un oráculo para cualquiera que renozca el poder de la virtud, del heroismo ó de la desgracia? Pues esas recomendaciones no son títulos suficientes. Se presenta un bonapartista: las frentes se desanublan: los certificados *estaban en la policía*, y se perdieron cuando ocurrió la caida de Mr. Fouché. Es desgracia; pero le creen por su palabra. «Entrad amigo: ahí teneis vuestro nombramiento.» En el sistema de los intereses revolucionarios, jamás se despacha con bastante brevedad á un pretendiente que haya figurado durante los Cien-dias. Que vaya, que vaya con el corazon aun palpitante por la negra perfidia que acaba de cometer á profanar el palacio del legítimo soberano, como en otros tiempos la impúdica Mesalina manchaba el tálamo de los Césares con las inmundicias del lupanar

CAPITULO XLIII.

OBJETO QUE SE PROPONEN AL PERSEGUIR Á LOS REALISTAS.

Con esta táctica se proponen cansar á los amigos del trono y arrebatar la corona á sus últimos partidarios: esperan sumergir á estos en la desesperacion, y precipitarlos á cometer imprudencias que se convertirán en daño propio y en daño de la monarquía legítima: lisonjéanse de que así les obligarán á hacer lo que siempre han hecho y lo que siempre les ha perdido: que se retirarán.

Tal ha sido la suerte de los realistas desde el principio de la revolucion: habiéndoles desde luego despojado de todo, poco trabajo costó en lo sucesivo obtener de su desgracia un continuado triunfo. Buen cuidado tienen de repetirles, que nada tienen, que nada tendrán, y que no cuenten con nada para lo venidero. Se les han abierto las puertas de la Francia, pero al entrar se les han hecho leer escritas en el frontispicio las palabras que el poeta supuso grabadas en las puertas del infierno. «Entre quien quiera que sea; pero despójese de toda esperanza.» Vuelve á reproducirse contra los realistas la ley que les condenó en otros tiempos: la faccion afila y retuerce en su seno esa ley como un puñal.

Si ofrecen los realistas lo único que les queda, su corazon y sus brazos, se los desechan. Solo el nombre de realista parece ser un padron de incapacidad, una sentencia de sufrimientos y de miseria. Los predicadores de la ingratitud se amalgaman con los partidarios de los intereses revolucionarios. Los realistas, dicen estos últimos, no son peligrosos: es inutil que nos ocupemos de su suerte. Si sobreviniera un peligro ya sabríamos encontrarlos. ¿Y no temeis mancillar con tan inconsideradas palabras, no temeis dejar abrumados en la pobreza á esos mismos hombres de quienes por otra parte teneis una idea tan elevada? ¿Qué clase de hombres son esos que á pesar de haberse visto rechazados en el tiempo de la prosperidad, contais que os ayudarán en la hora del infortunio?

Razon teneis: no se cansarán los realistas: consumarán el sacrificio. Su paciencia es tan inagotable como su amor al monarca.

CAPITULO XLIV.

LA FACCION PERSIGUE Á LA RELIGION.

Los realistas defenderán al rey; separémoslos del trono: el altar sostendrá á la monarquía; no le dejemos levantarse. El sistema de los intereses revolucionarios es ante todo incompatible con la religion: contra ella se dirigen los mayores esfuerzos del partido, porque ella es la piedra fundamental de la legitimidad.

Desde luego trataron de encender una guerra civil en los departamentos del Mediodía con ánimo de hacer recaer lo odioso de este asunto en los católicos. Se han inutilizado los proyectos de las cámaras: ninguna de las proposiciones religiosas que estas habian adoptado ha logrado salir de la cartera del ministro. De esto resulta una doble ventaja para los intereses revolucionarios: el sacerdote casado sigue cobrando su pension, y el párroco perece de necesidad.

Asi es que desde el regreso del primogénito de la Iglesia, nada se ha hecho para cerrar las heridas, ó poner término al escándalo de la Iglesia, y sin embargo, ¿qué es lo que no debe este reino á la religion católica? El primer apóstol de los franceses dijo al primer rey de los franceses al subir al trono: «Sicambro adora lo que despreciaste: quema lo que adoraste.» El último apóstol de los franceses dijo al último rey de los franceses al descender del trono. «Hijo de San Luis, remóntate al cielo.» Entre esas dos palabras debe colocarse la historia de los reyes cristianísimos y buscarse el espíritu de la monarquía de San Luis.

No se han adoptado las proposiciones favorables al clero, pero se ha echado muy de menos la ley de 23 de setiembre. Sabido es que semejante ley es una mala ley financiera; pero en cambio es muy buena como medida revolucionaria. Sabido es que los diez millones de renta restituidos á la Iglesia, no harian la fortuna del clero; pero seria un acto de justicia y de religion. ¿Mas para qué sirven la justicia y la religion si con ellas se ha de contrariar el sistema de los intereses revolucionarios?

Marchando todo á medida de su deseo, dentro de veinte y cinco años, no habrá en Francia sacerdotes sino para atestiguar que en otro tiempo hubo altares. El partido entiende de cálculo y á fin de impedir que la raza sacerdotal vuelva á renovarse, se opone á que se le suministren los medios de una honrosa existencia: no ignora que unas pensiones insuficientes, precarias y sujetas á todos los percances del erario y á todos los acontecimientos políticos, no presentan bastante seguridad á las familias para que dejen abrazar á sus hijos el estado eclesiástico. No entregan las madres fácilmente sus hijos al desprecio y á la pobreza: seguro es pues el triunfo, si la faccion sigue marchando como hasta el presente. No sé si la paciencia (1) perteneceria tanto al infierno como el cielo, por causa de su eternidad; pero sé que en este mundo fue concedida al malo. Es positiva la destruccion física y material del culto en Francia, si los enemigos secretos de la legitidad, unas veces valiéndose de un pretesto y otras de otro, consiguen mantener el clero en el estado de abyeccion en que se encuentra actualmente sumerjido.

En medio de sus hijos degollados en el campo de batalla sobre el que ha caido defendiendo el trono de San Luis, la religion extiende aun sus debilitados brazos para desviar los golpes que se descargan contra el rey; empero sus enemigos están muy vigilantes: cada vez que la ven hacer un esfuerzo para levantarse la abruman con un nuevo golpe. Un venerable prelado habia obtenido la direccion de los asuntos eclesiásticos: la distribucion del pan de los mártires no estaba confiada sino á los que lo habian amasado con zizaña y que hasta para vender este pan amargo no usaban de medidas fieles. Han obligado á un honorable ministro á volver á poner las cosas en la misma ó en peor situacion que tenian en tiempo de Bonaparte: el sacerdote ha vuelto á quedar sometido á la autoridad del lego y la religion ha venido á quedar bajo la vigilancia del siglo.

Cuando un párroco quiere percibir una mensualidad atrasada de su pension, tiene que presentar su fe de vida al alcalde del pueblo: este escribe al subprefecto, que á su vez lo comunica al prefecto cuya prudencia puede elevarlo al conocimiento del gefe de seccion del ministerio del interior, encargado de la direccion de los cultos: este gefe, si le acomoda, puede hablar del asunto que ha motivado la solicitud del párroco al ministro. Por último despues de examinado con la mayor detencion el importante asunto, cuentan en la tesorería la cantidad de doce libras y diez sueldos para recompensar al hombre que consuela á los afligidos, que parte su último maravedí con los pobres,

(1) El admirable autor de los *Mártires* y del *Genio del Cristianismo* sabia muy bien que la paciencia es una virtud y que ni puede pertenecer al infierno, ni puede ser dada al hombre malo mientras permanezca en su maldad; por lo tanto es de suponer que usó esa palabra paciencia como sinónima de la perseverancia que el hombre emplea para llegar á sus fines. Si aun con esta salvedad se nota en este párrafo algo no muy consecuente, debe sin duda atribuirse al dolor que en su generoso ánimo causará la situacion política que con tan vivos colores describe en este capítulo.

asiste á los enfermos, exorta á los moribundos, da sepultura á los muertos, y ruega por sus enemigos, por la Francia y por el rey.

Algunos bienes eclesiásticos habian sido enagenados sin contrato legal: al descubrir esta informalidad se temió que los que se titulaban posesores hallasen medio de devolverlos á las iglesias: y para que no pudiera suceder el gobierno á toda prisa los incorporó al patrimonio nacional.

No se dan por satisfechos con quitar al clero los medios de mantenerse, todavía se esfuerzan cuanto les es posible, en desvirtuarlo á los ojos del pueblo. Han tenido por oportuno presentar en tiempo de un rey cristianísimo lo que no habia llegado á verse durante el reinado de los ateos: un sacerdote ha tenido que comparecer como un criminal ante el tribunal de policía correccional y con su traje característico ha tenido que sentarse en el banco de las rameras y los ladrones. El pueblo se llenó de admiracion y la vista de causa tuvo que ser secreta.

Este odio á la religion es el carácter distintivo de lo que consumaron la perdicion de Francia, y de los que siguen aun meditando su ruina. Detestan esta religion, porque la han perseguido, porque la eterna sabiduría y la divina moral de sus preceptos se hallan en contradiccion con la vana sabiduría y la perversidad de corazon de que ellos hacen alarde. Roma en tiempo de sus buenas costumbres se consternó al ver que una mujer se presentó á pleitear ante los tribunales: esta falta de pudor les pareció indicio de alguna calamidad, y el Senado dispuso que se consultara á los oráculos.

Pero ¿cómo puede comprenderse que los que tienen alguna influencia en los destinos de la patria, y que los que suponen querer la monarquía legítima no han de ser amigos de la religion? ¿No nos ha causado ya males bastantes la impiedad? ¿No se ha derramado bastante sangre? ¿No se han vertido bastantes lágrimas? ¿No se dan aun por satisfechos de proscripciones, de expoliaciones y crímenes? No, aun se atreven á poner en duda las injusticias revolucionarias; aun vuelven á reproducirle los sofismas de 1789. Los sacerdotes, despues de la matanza de los carmelitas, las deportaciones á la Guyana; los ametrallados de Lyon, y los ahogados de Nantes; despues de la muerte del rey, de la reina, de madama Isabel y del jóven rey Luis XVII, los sacerdotes, decimos, despojados de todo, sin pan, sin asilo no son mas que un objeto de desprecio á los ojos de ciertos hombres de Estado. Si de esta manera seguimos, no tengo reparo en anunciar que el deseo del filósofo Diderot llegará á realizarse.

CAPITULO XLV.

ODIO DEL PARTIDO Á LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.

Si alguna cosa en el órden político, ó en el órden religioso se pone en contradiccion con el sistema de los intereses revolucionarios y por consiguiente se opone al destronamiento de la familia legítima, el partido se estremece, se indigna, truena y estalla, y de aquí proviene su odio contra la cámara de los Diputados. Compasion causa oir á los titulados *constitucionales* negar la existencia de los gobiernos representativos, sostener que una cámara de Diputados debe reducirse á la obediencia pasiva, combatir la libertad de imprenta, encomiar la policía, y variar absolutamente de carácter y de lenguaje. ¡Y esos son los que en otro tiempo trataban de espíritus limitados, de esclavos y de enemigos de las luces á los que profesaban los principios de que ellos se jactan en la actualidad! ¿Se habrán esos hombres convertido? No, su *liberalismo* en nada ha variado. Pero las doctrinas verdaderamente constitucionales han organizado al fin la cámara de los Diputados, y esta cámara quiere á la vez la libertad y la religion, la Constitucion y el rey legítimo: y aquellos hombres llenos de furor, al ver que veinte y cinco años de revolucion han producido ese resultado, no quieren ya cámara. Declaman contra el gobierno representativo, porque este les contiene con su vigilancia y contra la libertad de imprenta porque ya no pueden monopolizarla: prométense volver á profesar los principios liberales cuando se haya cambiado la dinastía y cuando no haya que temer el restablecimiento de los altares.

Preciso es convenir en que la cámara de los Diputados ha hecho dos cosas por las que deben mirarla con horror los partidarios del sistema de los intereses revolucionarios. Al desterrar los regicidas y al suspender la venta de los bienes nacionales, ha puesto una barrera á la revolucion; ¿cómo han de perdonarla nunca?

¡Qué tentativas no han hecho para destruirla despues de haberla calumniado! Siendo así que los miembros de dicha cámara han sido elegidos por los colegios electorales entre los mayores propietarios de la nacion, en todas las clases de la sociedad, la faccion se empeñó en persuadir á las naciones extranjeras que no habia ninguna persona competente en los colegios electorales, y que la cámara elegida no se compone mas que de emigrados que carecen de propiedad territorial. ¡Qué dicha, si en vez de esos diputados fanáticos que nada escuchan sino en nombre de Dios y del rey, hubieran logrado reunir revolucionarios ilustrados que encorvándose bajo la autoridad, no hubiesen presentado ninguna resistencia á la voluntad de los ministros hasta el dia en que despues de arregladas préviamente todas las cosas, hubiesen declarado en nombre del pueblo soberano, que la nacion queria cambiar de dinastía!

Mil planes se han formado para desembarazarse de la cámara: unas veces querian disolverla, pero desistieron por no haber aun ley electoral: otras veces querian despedir la quinta parte de los representantes; ¿pero cómo habian de arreglar las secciones? Y por otra parte, ¿ganaria algo el partido en tan insignificante reeleccion? Por último, sus inmoderados deseos les han impelido hasta el extremo de soñar en el aplazamiento indefinido de las cámaras, en la suspension de la ley fundamental, y en que se siguiera arreglando el presupuesto por medio de reales órdenes. En el periódico oficial de la policía hemos visto el elogio de un ministro extranjero que ha aplazado para otro tiempo la Constitucion que habia prometido, y sigue gobernando solo con una perfecta moderacion; paga escrupulosamente las deudas de aquel Estado, y es objeto de la adoracion pública. ¿Lo entiendes, pueblo francés, pueblo grosero?

¿Oirás los prodigios que te cuento
sin dar ni una señal de sentimiento?

Una cámara de buenos jacobinos, á quienes se podria dar el nombre de *moderados*, ó mas bien dicho ninguna cámara, eso es lo que el partido desearia. En cualquiera de esas dos eventualidades todas las ganancias redundarian en beneficio del sistema: con moderados de esta especie se podria destruir todo: con un ministerio propio se consigue todo lo que se quiere. Bien pronto esos *liberales* que propenden á lo arbitrario, acriminarian á la corona por esa misma arbitrariedad que aconsejan.

Me estremezco al explanar un plan tan bien combinado, y cuyo resultado será infalible no contrarestándolo sin pérdida de tiempo. ¿Quién no concebirá inquietud al ver un ejército que maniobra tan perfectamente; que mina, ataca, invade, usa de todas armas, recluta á los ambiciosos y soborna á los débiles; que se da honores de opinion independiente, al mismo tiempo que predica autoridad absoluta; faccion desprovista de talentos positivos, pero dotada de suma

astucia; faccion cobarde, pusilánime, fácil de destruir, y que puede ser anonadada con una sola palabra; pero que cuando habrá gangrenado todas las clases de la sociedad, cuando todo lo habrá corrompido, y no verá motivo de temor, erguirá súbitamente la cabeza, arrancar á su corona de flores de lis, y poniendo en vez de ella el gorro encarnado, ofrecerá esa púrpura á la ilegitimidad?

Pero acaso no faltará quien me diga ¿cómo podeis creer que tal y tal persona, tan conocida por sus opiniones realistas, por sus actos, por su carácter moral y religioso, ha de entrar en una conjuracion contra los Borbones solo porque sigue un sistema político contrario al vuestro?

Grave es semejante objecion para los que no la miran de cerca y juzgan por la exterioridad; pero fácil es tambien el refutarla victoriosamente.

Cierto es que tal persona ha servido lealmente al rey toda su vida; pero tiene ambicion; carece de bienes de fortuna; necesita empleos; ha visto que el favor era, digámoslo asi, peculiar de cierta opinion, y se ha afiliado en ella. Otro sugeto habia sido irreprochable hasta los Cien-dias; pero durante este período ha flaqueado, y desde entonces se ha hecho irreconciliable: en otras personas se castiga la falta que han cometido, sobre todo si esta revela tanta falta de discernimiento como debilidad de carácter: los grandes intereses son menos enemigos de los Borbones que las pequeñas vanidades.

Otro observó una conducta heróica durante los



AHOGAMIENTO DE NANTES.

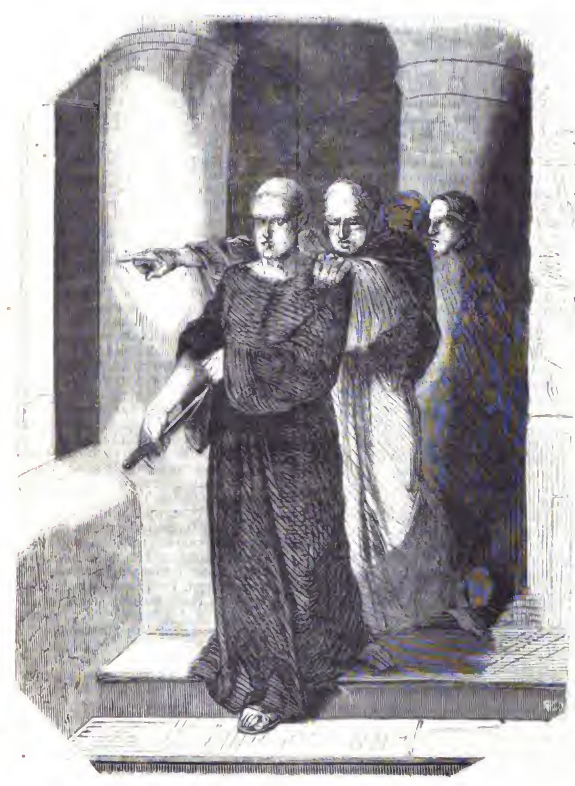
Cien-dias; pero habiéndose dado por resentido posteriormente su orgullo, ha desertado por quejas personales á las banderas contra que habia combatido. De nada le sirven sus ideas religiosas á otra persona, pues los revolucionarios han logrado persuadirle que el hablar en la *actualidad* de los intereses de la Iglesia es cometer una imprudencia, y dañarlos por demasiada precipitacion. Otro es amante de la monarquía legítima, pero aborrece la nobleza y no es amigo del clero. Otro es adicto á los Borbones; ha servido á su causa, y seguiria sirviéndola, pero al mismo tiempo es apasionado de la libertad y de los resultados políticos de la revolucion, teniendo ademas la ridiculez de creer que los realistas quieren destruir la libertad y retroceder al sistema antiguo. Otro podria creer en la existencia de algunos peligros, si no estuviera convencido de que los que gritan contra ellos, no lo hacen sino porque se hallan descontentos, y porque han visto frustradas sus intrigas y ambiciones personales. Por último, hay otra multitud de personas, y estas componen el mayor número, que como frívolas y pusilánimes no quieren mas que tranquilidad y placeres, temiendo hasta la idea de lo que podria turbarlos, y colocándose siempre al lado del que conceptúan mas fuerte, porque asi se imaginan tener mayores garantías de reposo.

Todas estas personas no pueden directamente considerarse como enemigos de la monarquía legítima, pero sirven de instrumento á la faccion que pretende destruirla: la multitud que no reflexiona al ver que esas personas defienden á los hombres perversos y las opiniones revolucionarias, cree que con esos hombres perversos y en esas opiniones milita la razon. Asi es como arrastran al pueblo por la autoridad de su ejemplo, y debilitan la masa de los vasallos leales. Cuando los acontecimientos les harán abrir los ojos; cuando al estruendo de la catástrofe conocerán que han sido víctimas de los villanos que patrocinaban, y que nada han hecho mas que servir de escabel á la usurpacion, entonces volarán á buscar una honrosa muerte á los piés del monarca; pero la monarquía se habrá ya perdido.

CAPITULO XLVI.

POLÍTICA EXTERIOR DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

¿Cómo hablaré del último recurso en que pretenden apoyarse los intereses revolucionarios? ¿Quién habria jamás imaginado que hubiera franceses que para conservar unos mezquinos empleos, para proporcionar á los intereses de la revolucion el triunfo, llegarian al extremo de apoyarse en autoridades que no son las de su patria, y amenazarian á los que no son de su modo de pensar, con fuerzas que gracias al cielo, no están en su mano?



VENGANZA.

Pero vosotros los que con la vista radiante de gozo nos afirmais que los extranjeros son partidarios de vuestros sistemas (cosa que no me es posible creer); vosotros los que poneis vuestras nobles opiniones bajo la salvaguardia de las bayonetas extranjeras; vosotros, decidme, no sois los mismos que tanto acriminabais á los realistas por volver á la patria en hombros de los aliados? ¿No tronaba vuestra furiosa indignacion contra los generosos príncipes que se propusieron librar la Francia de la mas ominosa de las opresiones? ¿Qué es de aquellos heróicos pensamientos? Franceses tan altivos, tan sensibles al honor, ¿sois por ventura vosotros los que tratais de persuadirme que os PERMITEN abrigar *esas* ideas, ó que os IMPONEN *tal*

ó cual opinion? ¿Vosotros, los que moriais de vergüenza al decir en una sesion que un embajador extranjero queria absolutamente que se aprobara un proyecto del ministerio y se desechara una proposicion de las cámaras; vosotros, quereis que os dé crédito cuando me contais (no puede seguramente ser mas que una odiosa calumnia) que un ministro francés ha tenido tres horas de conferencia con un embajador extranjero para discurrir el mejor medio de disolver la cámara de los Diputados? Contais llenos de seguridad que se ha comunicado un reglamento á cierto agente diplomático que lo ha aprobado; y tales hechos ¡pueden ser motivos de exaltacion y de triunfo para vosotros! ¿Quién de nosotros dos será mas digno del nombre francés? ¿Vosotros, los que me hablais de extranjeros al tratar de las leyes de nuestra patria, ó yo que en la cámara de los Pares he pronunciado las palabras siguientes? «Debo sin duda á la sangre francesa que corre por mis venas esta impaciencia que »me agita, cuando para decidir mi voto se me habla »de opiniones establecidas fuera de mi país: si la Europa civilizada quisiera imponerme por solo su au»toridad la Constitucion, yo por mi parte me iria á »vivir á Constantinopla.»

De esta manera la faccion ha conseguido poner á los realistas en esta crítica situacion: si tratan de combatir el sistema de los intereses revolucionarios les amenazan con la Europa para reducirlos al silencio, y si con esta amenaza les cierran la boca, el sistema destructor sigue desarrollándose tranquilamente, y al par suyo la conspiracion contra la legitimidad.

¡Pues bien! Yo seré quien á mi riesgo y costa levantaré la voz: yo seré quien pondrá de manifiesto esa abominable intriga del partido que quiere nuestra ruina. ¿Cómo los malos franceses que sostienen sus opiniones por medio de tan villanos recursos no echan de ver que trabajan directamente contra su propia obra? ¡Qué poco conocen el espíritu de la nacion! Si fuera cierto que habia peligro en las opiniones realistas, veriais por esa misma razon que toda la Francia se precipitaba hácia ellas: un buen francés abraza siempre el partido donde hay peligro porque está seguro de que en él encontrará gloria.

Por lo demás ¿hay que admirarse que unos hombres que han ido ofreciendo la corona de los Borbones á quien quisiera tomarla; que segun sus propias espresiones preferirian *una lanza y un gorro de cosáco* á un descendiente de Enrique IV; hay que admirarse que la política de tales hombres guarde analogía con sus ideas? ¿Podrian comprender que no es encorbándose bajo las plantas de un dueño como se adquiere respeto, ni que no puede haber conducta noble sin aventurarse á correr algun peligro? Cumplid puntualmente vuestros tratados; pagad vuestras deudas; dad si es preciso vuestra última moneda; vended vuestro último rincon de tierra, y el último despojo de vuestros hijos para pagar las deudas del Estado: lo demás es obra vuestra: quedareis desnudos; pero sereis libres.

Alejad vanos temores: los monarcas de Europa son demasiado magnánimos para intervenir en los asuntos particulares de Francia. Han adoptado la alta política de Burke. «La Francia, dice ese eminente hombre de »Estado, debe ser conquistada y restablecida por sí »misma, dejándola confiada á su propia dignidad. No »seria honroso, conveniente ni político para las poten»cias extranjeras el intervenir en los pequeños detalles »de su gobierno interior, en cuyos sistemas no po»drian menos los gabinetes extranjeros de mostrarse »ignorantes, incapaces y opresivos (1).» Los aliados han librado sus propios paises del yugo de los Franceses: saben muy bien que las naciones deben gozar de aquella independencia de que no pueden ser despojadas sino solo por algunos momentos y que por último vuelven siempre á reconquistar: *spoliatis arma supersunt*. Si los monarcas de Europa tuvieron la generosidad, cuando todavía Luis XVIII no habia vuelto á su patria, de declarar que en nada se mezclarian por lo tocante al gobierno interior de Francia ¿por qué razon hemos de creer que faltando á esa promesa intervendrian en la actualidad? ¿Podrá nadie persuadirnos que aquellos soberanos se alarman por debates que no ignoran ser indispensables en los gobiernos representativos; ni que han llevado á mal que las cámaras francesas hayan discutido la existencia del tribunal de cuentas, y la inamovilidad de los magistrados? ¿Podrá nadie hacernos creer que van á armarse porque los diputados pretenden volver á dar algun esplendor á los altares regados con la sangre de tantos mártires, ó porque se ha creido justo y conveniente alejar á los asesinos de Luis XVI? ¿No seria lo mismo que insultar á esos grandes monarcas el representárnoslos acudiendo á socorrer á un espoliador, ó á un regicida y poniendo en marcha sus ejércitos para sostener á un recaudador de contribuciones que vacila en su destino, ó á un ministro que está á punto de perder la cartera?

La Europa no está menos interesada que los buenos franceses en defender la causa de la religion y la legitimidad: no puede menos de complacerse al ver el celo con que los representantes de esta nacion rechazan las funestas doctrinas que llegaron á ponerla al borde del abismo. Cuando en la tribuna resonaban blasfemias contra Dios y contra los reyes, los reyes justamente espantados, acudieron á las armas; pero ¿cómo es posible que en la actualidad las esgriman contra los que hacen tantos esfuerzos para dispertar en los pueblos el temor de Dios y el amor á los reyes? ¿Quién hizo la guerra á Europa? ¿quién la ha asolado? ¿Quién insultó á los reyes? ¿Quién conmovió los tronos? ¿No son precisamente los mismos hombres contra quienes combaten los realistas? En verdad que si por permiso de la divina providencia se viese hoy á los príncipes de la tierra sostener á los autores de tamañas calamidades, si prestasen su apoyo para destruir los altares, y para descompaginacion de la moral y la justicia, de la libertad y la monarquía legítima, seria preciso convenir en que la revolucion francesa no ha sido mas que el preludio de otra revolucion mas sensible y seria preciso reconocer tambien que el Cristianismo, pronto á desaparecer de Europa, la amenazaba con una catástrofe general. Los grandes trastornos en el órden político van constantemente unidos con las grandes alteraciones en el órden religioso. ¡Tan cierto es que la religion es el verdadero fundamento de los imperios!

Hombres de buena fe que solo por una especie de fatalidad, seguis el sistema de los intereses revolucionarios, yo he cumplido ya mi comision: os he avisado. Considerad ahora adonde os conduce ese sistema. ¿Me creereis? pienso que no. Tomareis por apasionadas palabras de un enemigo lo que en realidad no es mas que la franca y sincera conviccion de un hombre honrado. Algun dia quizás, cuando ya no sea tiempo, os pesará de no haberme escuchado y entonces conocereis quien era vuestro verdadero amigo. Vosotros confiais al presente en hombres que halagan vuestras pasiones. Lisonjean vuestra fantasía y adulan vuestras debilidades; en hombres que os desencaminan, y que en ausencia vuestra os desprecian y se rien de lo que ellos llaman vuestra incapacidad. Ellos os impelen á cometer faltas que convierten en provecho suyo. ¡Vosotros creeis que os sirven con celo! Tened entendido que los unos no anhelan mas que por vuestros empleos y los otros por derribar el trono que vosotros sosteneis. Os lo predigo con toda certeza: no conseguireis el objeto que os habeis propuesto siguiendo el

(1) *Remarks on the policy of the allies with respect to France*. p. 146. Octubre 1793.

sistema de los intereses revolucionarios: no llegareis á conseguirlo; una fatal ilusion os desencamina. Athamas juguete de un númen enemigo creia estar ya viendo el puerto de Itaca, el templo de Minerva, el fuerte y la casa de Ulises: creia estar ya viendo en medio de sus tranquilos vasallos, en el antiguo palacio de Laerte, al monarca tan famoso por su sabiduria, que acrisolado por la desgracia habia aprendido al volver del destierro á conocer á los hombres; mas cuando se desvaneció la ilusion, Athamas no pudo ver mas que una tierra desconocida, sobre la que habitaba un pueblo entregado á discordias domésticas, en guerra con sus vecinos y gobernado por un extranjero perseguido por la cólera de los dioses.

CAPITULO XLVII.

HAY UN MEDIO DE VOLVER LA TRANQUILIDAD Á LA FRANCIA.

Dejaria demasiada amargura en el corazon de los Franceses terminando asi mi trabajo, y por otra parte la obra quedaria incompleta. Si he presentado sin ningun disfraz los peligros que amenazan á la nacion, porque pienso que es necesario que despertemos al borde del abismo, si tengo temores vivos y fundados, no me faltan tampoco esperanzas que los contrarrestan: grande es el mal, pero el remedio es tambien infalible.

Nunca he asegurado nada en mis escritos sino en el tono de la desconfianza. Voy pues á usar por primera vez el lenguaje afirmativo y á proponer un medio que creo á propósito para volver á dar la tranquilidad á la nacion. A muchos se les habrá indudablemente ocurrido el mismo medio: ¡es tan sencillo! pero hasta el presente no tengo noticia que nadie lo haya seguido, ni desarrollado. Las preocupaciones, el interés, y las pasiones impedirán tal vez que se ponga en práctica en la actualidad; mas no vacilo en afirmar, que el gobierno no tendrá mas remedio que adoptarlo, ó dejar perecer á la nacion.

Voy á desarrollar mi plan, advirtiendo que no es una utopía: en materias de gobierno no caben sino ideas practicables.

CAPITULO XLVIII.

PRINCIPIO DE QUE NOS HEMOS SEPARADO.

Pudieron tal vez formarse las primeras sociedades por una reunion de hombres atraidos por unos mismos intereses y pasiones; pero no pudieron conservarse sino en tanto que no se estableció en su seno la religion, la moral y la justicia.

Ninguna revolucion ha termidado sino cuando la sociedad ha vuelto á respetar esos tres principios fundamentales de toda humana asociacion.

Ningun cambio político ha podido consolidarse sino cuando ha tomado por base el antiguo órden político que se proponia reemplazar.

Cuando los reyes desaparecieron de Roma, apenas ocurrió variacion ninguna en el Estado y sobre todo los dioses permanecieron inmutables en el Capitolio.

Cuando Carlos II volvió á subir al trono de sus padres, la religion recobró su fuerza, sus riquezas y su esplendor. Aplicaron el castigo á varios criminales: fueron destituidos algunos funcionarios débiles, pero el Parlamento conservó los derechos políticos que habia adquirido, y todo lo demás volvió á seguir su curso y marchó con las antiguas costumbres.

Hé aquí lo que nosotros no hemos querido hacer, y hé aquí la razon de verse la monarquía legítima amenazada de nuevas calamidades.

CAPITULO XLIX.

SISTEMA DE GOBIERNO QUE DEBE SUSTITUIRSE AL DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Con arreglo á los principios que acabo de reproducir, debe ponerse en práctica el siguiente sistema para salvar á la nacion. Debe conservarse la obra política, resultado de la revolucion; pero separando la revolucion de su propia obra, en vez de encerrarla en ella como se ha hecho hasta aquí.

Deben mezclarse en cuanto es posible, los intereses y tradiciones de la antigua Francia con la nueva, en vez de separarlos ó sacrificarlos á los intereses revolucionarios.

Debe cimentarse el gobierno representativo en la religion, en vez de dejarla como una columna aislada en medio del Estado.

Quiero que se conserve toda la Consticucion, todas las libertades, todas las instituciones producidas por el tiempo, por el cambio de costumbres, y por el progreso de las luces; pero juntamente con todo lo de la antigua monarquía que no ha perecido, con los eternos principios de justicia y de moral, y sobre todo, *sin* los hombres demasiado conocidos que han causado nuestras desgracias.

¡Extraña idea es por cierto el querer dar á un pueblo instituciones generosas, nobles, patrióticas é independientes, imaginándose que tales instituciones pueden establecerse confiando su establecimiento á personas que no han sido generosas, ni nobles, ni patrióticas, ni independientes! ¡Creer que puede consolidarse un presente sin un pasado, creer que puede plantarse un árbol sin raices y una sociedad sin religion! Tan extraña pretension equivale á formar proceso á todos los pueblos libres, abjurar el consentimiento unánime de las naciones, y despreciar la opinion de los mas eminentes ingenios de la antigüedad y de los tiempos modernos.

Mi proyecto tiene por lo menos la ventaja de hallarse conforme con las reglas del sentido comun y con la experiencia de los siglos. Su ejecucion es fácil y bien merece la pena de ser ensayado. ¿Qué ha ganado la nacion en seguir el carril por el que marcha rastreando hace tres años? Procuremos salir del. Hemos ya roto el carro una vez; si proseguimos con nuestra obstinacion, no llegaremos al término del viaje.

CAPITULO L.

EXPLANACION DEL SISTEMA.—CÓMO DEBE SER EMPLEADO EL CLERO EN LA RESTAURACION.

Al mandar Dagoberto reedificar el templo de San Dionisio, arrojó á los cimientos del edificio las joyas mas preciosas que tenia: pongamos, pues, nosotros la religion y la justicia en los cimientos del templo que estamos edificando.

Todas las proposiciones de la cámara de los Diputados, relativas al clero, no solo eran justas, sino morales, y ademas eminentemente políticas. No lo vieron asi los espíritus superficiales, pero ¿qué es lo que ven estos espíritus?

¿Queréis que las nuevas instituciones inspiren amor y respeto? Haced que el clero las ame y las predique de corazon. Conducidlas al antiguo altar de Clodoveo con el rey; haced que sean ungidas con el óleo sagrado: asista el pueblo á su consagracion: y me atreveré á decirlo, desde aquel momento principiará su reinado. Hasta aquel instante la Carta carecerá de sancion á los ojos de la multitud; la libertad que no nos viene del cielo, siempre nos parecerá obra de la revolucion, y no nos adheriremos nunca á la hija de nuestros crímenes y nuestras desgracias. Efectivamente, ¿qué valor puede tener una Constitucion que siempre que se hable de Dios y de sus sacerdotes se creeria puesta en peligro? ¿Una libertad cuyos aliados naturales serian la impiedad, la inmoralidad y la injusticia?

Mas para que el clero se haga partidario de vuestro gobierno, libradle de esa especie de proscripcion de que se ve amenazado y que al parecer no es obra sino

del mismo gobierno; haced que el que distribuye el pan de vida, pueda dar limosna en vez de pedirla, y que el ministro de Dios al tomar parte en el órden político, no quede enteramente extraño á los hombres.

Permitid adquirir bienes á la Iglesia y devolvedle los que aun no han sido vendidos. La Gran Bretaña nos da ejemplo de que la existencia de un clero que goza de bienes territoriales no es incompatible con la de un gobierno constitucional. Decir que por poseer algunos bienes la Iglesia llegará á ser en Francia un cuerpo político, es una quimera que los enemigos de la religion sostienen sin darle el menor crédito. Saben ellos muy bien que nuestras costumbres é ideas se oponen enteramente en la actualidad á toda intrusion del clero. ¿No hay aun personas tan cándidas que temen el poder de la córte romana? Los que hoy se alarman por los *papistas*, decia Johnson, son gente que hubieran tocado á fuego durante el diluvio.

Encarécese la generosidad, paciencia y resignacion del clero, que nada pide y sufre en silencio mientras que todo el mundo murmura y tiene alguna pretension. Es cosa curiosa encarecer sus virtudes para dejarlo morir de hambre, cuando precisamente por esas virtudes se le deberia recompensar.

¿Quién heredará y gozará los bienes de que yo quiero que se ponga en completa posesion al clero? Esos bienes no pertenecian á las iglesias en general: eran patrimonio particular de órdenes monásticas, de abadías y hasta de obispados que ya no existen.

¡Cuánto me complazco en ver las tiernas solicitudes y cuidados verdaderamente paternales del clero! Pero devolvedle sus bienes y dejadle obrar. Es probable que la Iglesia, que verdaderamente no puede llamarse ignorante en materia de administracion, hallará tan buen medio, como vosotros mismos para administrar y repartir algunas mezquinas propiedades territoriales.

El clero llegará á organizarse, y tendrá un consejo administrativo. Y ¿qué mal os resultará de que lo tenga? No lo tienen las ciudades, los ayuntamientos, las fábricas y los hospitales?

Por medio de esta saludable operacion, el pueblo se encontrará desde luego aliviado de una parte de la contribucion que paga para el clero, y á medida que la Iglesia vaya adquiriendo, el Estado podrá disminuir los socorros que necesariamente tiene que darle.

Al mismo tiempo el clero volverá á revestirse de aquella dignidad que nace de la independencia. Siendo propietario, ó encontrando por lo menos una honrosa existencia en los bienes de la Iglesia, no podrá menos de interesarse en la propiedad comun. Este acto de justicia le aficionará al gobierno, y no tardareis en tener en vuestras filas un auxiliar atraido por la gratitud, cuya fuerza marchará al par de su celo.

Aumentad en seguida su inclinacion hácia la nueva monarquia haciendo que en cuanto sea posible vuelva á llevar los registros del Estado civil.

Cuando el legislador puede escoger entre dos instituciones debe preferir la mas moral. El cristiano recibido por un sacerdote al venir al mundo, inscrito bajo el nombre y proteccion de un santo en el altar de Dios vivo, parece, que al nacer, protesta contra la muerte y toma acto de su inmortalidad. La Iglesia que lo ampara al suspirar por primera vez, parece tambien enseñarle que los primeros deberes del hombre han de ser los de la religion, y que en estos se encierran todos los demás. No se aprenden en los registros puramente civiles, unas ideas tan nobles y tan útiles; estos registros no son mas que una lista de esclavos para la ley y de afiliados para la muerte.

Tampoco hay duda de que la educacion pública no deba ser confiada á manos de los eclesiásticos y de las corporaciones religiosas, asi que sea posible hacerlo: este es el voto general de toda la Francia.

A todas las sedes arzobispales de la nacion debe adjudicarse la dignidad de par, y en la cámara de los Pares debe haber un banco para los obispos, como lo hay en la cámara de los Lores en Inglaterra. No hallo razon de que un eclesiástico no pueda ser elegido miembro de la cámara de los Diputados, ni la Constitucion se opone á ello siendo propietario el elegido: esto no ofenderia ni á nuestras costumbres, ni á nuestras tradiciones, supuesto que el clero componia en otros tiempos el primer órden de los estados generales y supuesto que todos estamos ya acostumbrados á oir hablar el clero tanto en el púlpito como en las asambleas políticas.

No dudo que el clero, teniendo parte en el territorio por la propiedad de las iglesias, y tomando una parte activa en las instituciones civiles y políticas, suministraria al mismo tiempo una clase de ciudadanos tan adictos como el que mas á la Constitucion. Desde el principio de la monarquia hasta el presente es indudable que en la Iglesia se han hallado acomodados los talentos mas insignes, y que de su seno han salido los ministros mas sobresalientes, asi como los mas elocuentes oradores y escritores de primera nota. Diseminados por el cuerpo social, los sacerdotes derramaron en él su saludable influencia: curaron las heridas abiertas por la revolucion; aplacaron la efervescencia de los ánimos; modificaron las costumbres; restablecieron poco á poco las ideas de órden y justicia; desarraigaron las falsas doctrinas é introdujeron por todas partes la religion, que es la única base de las instituciones humanas, y la moral que es la que da consolidacion á la política.

Pero ¿no estará el espíritu del clero en oposicion con el del gobierno constitucional? ¿Desde cuándo es enemiga la religion cristiana de la libertad refrenada por las leyes? ¿No la predicó el Evangelio á toda la tierra? ¿No es uno de sus caracteres divinos el de poder aplicarse á todas las formas de la sociedad?

En la edad media, la Italia estaba cubierta de repúblicas y era sin embargo católica como lo es en la actualidad. ¿No profesan igualmente la religion católica los tres cantones de Uri, Schwitz, y Underwald? ¿No hace cuatro siglos que estos cantones dieron á la Europa bárbara el ejemplo de libertad? En Inglaterra el mas firme apoyo del trono y de la Constitucion británica es un clero rico y poderoso, y sin duda no está ya muy distante el tiempo en que el clero católico irlandés gozará de los beneficios de aquella hermosa Constitucion.

Por último, si proseguis dejando como hasta el presente al clero fuera de los intereses generales, necesariamente lo convertireis en enemigo, ó cuando menos es indiferente: gran parte de la opinion pública se irá en pos del clero, y esa pérdida redundará en daño vuestro. Ese clero, por pobre y miserable que lo dejeis, creará á vuestro pesar un imperio en el imperio, y se acordará mucho mas del rango que ocupaba antiguamente en la nacion, si tratais de separarlo, que si lo restableceis en el goce de cuanto le corresponde. Si aun asi se quejara, seria injustamente, pues debe comprender que no puede eximirse de sufrir todas las modificaciones que se hayan hecho en los demás órdenes del Estado.

Por lo demás, insisto como primer medio de salvacion, en la necesidad de hacer entrar el elemento de la religion en la composicion de la monarquía: ni me atraso, ni me adelanto al siglo: no me dejo guiar sino de la razon y sé muy bien lo que es posible y lo que no lo es. He manifestado mi doctrina sobre el particular en la cámara de los Pares, y creo que se me dispensará el volverla á reproducir en esta ocasion.

Al hablar sobre la ley electoral me expresé en estos términos: «Cuanto mas parece apartarnos de la multitud la alta dignidad de par, tanto mas celo debemos manifestar en defender los privilegios del pueblo. Unámonos estrictamente á nuestras nuevas institucio-

nes, y completémoslas cuanto antes nos sea posible. Para levantar con unánimes aplausos el altar, para justificar el rigor que hemos tenido que desplegar con los criminales, seamos generosos por lo tocante á opiniones politicas, y sin cesar reclamemos todo lo que pertenece á la independencia y á la dignidad del hombre. Cuándo se comprenderá que nuestra severidad religiosa no es hipocresía; que lo que tan justamente pedimos en favor del clero no es efecto de enemistad secreta contra los filósofos; que no intentamos hacer retrogradar el espíritu humano; que no deseamos mas que una conveniente alianza entre la moral y las luces; entre la religion y las ciencias y entre las buenas costumbres y la bellas artes; entonces nada nos será imposible; entonces se desvanerán todos los obstáculos, y entonces nos será dado plantear la felicidad y la restauracion de nuestro país. Nuestra felicidad, señores, debe componerse de estas tres cosas, rey, religion y libertad. Asi es como podremos marchar con el siglo y con los siglos; asi es como daremos oportunidad y solidez á nuestras instituciones.»

CAPITULO LI.

CÓMO DEBE ENTRAR LA NOBLEZA EN LOS ELEMENTOS DE LA RESTAURACION.

Debe la nobleza, asi como el clero ser parte constitutiva de nuestras instituciones, para inculcar en la sociedad nueva la tradicion del honor antiguo, la delicadeza de sentimientos, el desprecio de la fortuna, el desinterés personal, la fe del juramento, y esa honradez que tanta falta hace y debe ser la virtud característica de quien se llame noble; mas sobre este punto poco pueden anhelar ya mis deseos, habiendo con arreglo á la Constitucion, tomado naturalmente parte la nobleza en el nuevo gobierno.

Latamente he hablado en mis *Reflexiones politicas* acerca de la antigua nobleza de Francia y de las ventajas que encontraria en la monarquía representativa. Ya anteriormente habia yo anunciado á la nobleza que aquellos de sus miembros que no entrasen desde luego en la cámara de los Pares, encontrarian abiertas las puertas de una magnífica carrera en la cámara de los Diputados. Tambien predije que la nobleza no podria menos de aficionarse al órden politico actual. ¿Me engañé? Noble hay, y diputado en la actualidad, que ciertamente no hubiera creido avanzar nunca hasta las opiniones que ha sostenido durante el curso de la última legislatura. Esto es una consecuencia natural de los sucesos: no podemos menos de tener afecto á nuestras propias obras y de amar lo que vemos que nos produce resultados positivos. A los que han brillado en esta asamblea, á los que han merecido que se conserven sus discursos, y que sus nombres se repitan en la nacion y en toda la Europa, pregunto yo en la actualidad, si creen que el gobierno representativo sea contrario á sus verdaderos intereses. ¡Cuán dichosos no se creerán al verse rodeados de atenciones, y recibidos como en triunfo por haber defendido á un mismo tiempo al rey y al pueblo, por haber hecho resonar el lenguaje de la religion, de la justicia, de la lealtad y el honor que desde tanto tiempo atrás estaba puesto en olvido!

Las rivalidades entre las gerarquías del Estado, principio elemental de la revolucion, desaparecerán necesariamente algun dia por la composicion natural de la cámara de los Diputados. Los que en otro tiempo se caracterizaban con distintas denominaciones reuniéndose al presente por el bien de la patria, aprenderán á conocerse y á dispensarse mutuo aprecio. Fundando únicamente su orgullo en el hermoso dictado de representantes del pueblo, no admitirán entre sí mas distincion que la del talento y la virtud.

Estoy por lo tanto persuadido de que la antigua nobleza de Francia que ha alternado ya en el ejército con sus nuevos compañeros de armas, ennoblecidos por su denuedo y por su honor; esa nobleza que acaba de tomar una parte tan brillante en el órden político, no tardará en acallar de todo punto sus pretensiones y se convertirá en apoyo tan sólido de la monarquía representativa como antiguamente lo fue de la absoluta. No es la libertad una cosa desconocida de la nobleza de Francia, que jamás reconoció poder absoluto en los reyes mas que sobre su corazon y sobre su espada.

CAPITULO LII.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.—CONVIENE ADHERIR LOS HOMBRES DE OTROS TIEMPOS Á LA NUEVA MONARQUÍA.—ELOGIO DE ESTA.—CONCLUSION.

Algunos hombres de buena fe, engañados por los intereses revolucionarios se han empeñado desde la restauracion en convertir los hombres de la actualidad en hombres de la monarquía antigua: lo cual es precisamente el reverso del verdadero sistema, pues lo que se debe tratar de reconciliar con las nuevas instituciones es el modo de pensar de los tiempos antiguos.

Convengo en que las desgracias sufridas pueden haber hecho nacer preocupacienes muy legítimas contra el gobierno representativo. Mas no siendo ya posible restablecer el antiguo sistema, como creo haberlo exactamente demostrado en las *Reflexiones políticas*, ¿qué es lo que podria ponerse en su lugar? Ademas aquel antiguo régimen por admirable que fuese ¿no tuvo por ventura, asi como el órden actual de cosas, sus tiempos de crisis y de malandanza? Nuestros ancianos, recordando los dias serenos que precedieron á las tempestades, pueden creer que una calma tan completa era únicamente debida á la organizacion del antiguo gobierno; mas si pudiésemos interrogar á los que vivieron en tiempo de la Liga, acaso les oiriamos únicamente acusar á ese mismo gobierno que tan de menos echamos ahora. Todo puede convertirse en semillero de crímenes, hasta los principios mejores, hasta los mas santos establecimientos; pocas cosas podriamos los hombres conservar teniendo que desechar todas las instituciones que han sido pretexto ó resultado de nuestras desgracias.

La monarquía representativa podrá no ser perfecta, pero lleva consigo indisputables ventajas. Si ocurre una guerra exterior ó desavenencias domésticas, puede súbitamente cambiarse en una especie de dictadura, solo con la supresion de ciertas leyes. Si una de las dos cámaras es presa de las facciones, la otra la contiene ó se ve disuelta por el monarca: Si andando el tiempo llega á sentarse en el trono un enemigo de la libertad, las cámaras pueden anticiparse y oponerse á la invasion de la tiranía. ¿Qué gobierno puede imponer mayores contribuciones, ni pedir mayor número de soldados? Las letras y las artes florecen espontáneamente en esta clase de gobierno. Al morir el rey en un estado despótico, quedan interrumpidos todos los trabajos principiados; pero con unas cámaras, que siempre están vivas, porque sin cesar se están renovando, nada puede quedar abandonado. Por lo tocante á este particular se parecen á las grandes corporaciones literarias y religiosas que no perecen y llevan á cabo inmensos trabajos que ningun particular se hubiera atrevido á emprender, ni mucho menos á perfeccionar.

Cada ciudadano encuentra su puesto natural en una clase de gobierno que por necesidad tiene que emplear los talentos y las luces y echar mano de todas las condiciones y de todas las edades.

¿Que hacia antiguamente la Francia de la mayor

parte de los hombres que habian ya llegado á la edad *destinada á gozar el fruto que se ha recogido en la juventud*? (1) ¿Qué les quedaba ya que hacer en la plenitud de su vida y cuando aun estaban gozando de todas sus facultades intelectuales? Siendo onerosos á sí mismos y á los demás, despojados de aquellas pasiones que animan la juventud, ó de aquellas ventajas que la hacen apreciable, envejecian en una guarnicion, en un tribunal, en las ante-salas de palacio, en las sociedades de Paris ó en el rincon de su antigua casa solar en continua ociosidad, siendo tolerados pero no bien recibidos, sin mas ocupacion que la anodécta del dia, la sesion académica, el éxito de la comedia nueva, y en los dias mas memorables la caida de un ministro. ¡Poco digno era por cierto de un hombre todo esto! ¿No era bastante duro el no prestar ningun servicio, cuando mayor capacidad se tiene para todo? El actual gobierno ofrecerá por todas partes á los ciudadanos las varoniles ocupaciones que completaban la vida de un romano, y hacen tan decorosa la existencia de un inglés. No perderemos inútilmente el término medio y el fin de nuestra mortal carrera, y podremos llamarnos hombres cuando hayamos dejado de ser jóvenes. Procurando ser ciudadanos ilustres nos consolaremos de haber perdido las ilusiones de la primera edad, y nada tendremos que temer del tiempo, estando en nuestra mano el rejuvenecernos por medio de la gloria.

Tales son las consideraciones que conviene presentar á los hombres de probidad y virtud, que rechazados acaso por vuestra ingratitud, y vuestros sofismas no habrán concebido mas que disgustos y repugnancia hácia las nuevas instituciones. Démonos prisa á captarnos su voluntad. Se han dado ya tantos pasos solicitando la alianza de hombres sospechosos que en nada debemos reparar cuando se trata de adquirir leales servidores para el trono. A estos es á quienes compite la direccion de los asuntos: sus manos mejorarán cuanto se les confie, así como los otros echarán á perder todo cuanto toquen. No se vean los hombres de bien bajo la dependencia de los que fueron sus opresores; antes por el contrario sirvan de guia á los malos: así lo exige el órden de la moralidad y de la justicia. Confíense pues los primeros destinos del Estado á los verdaderos amigos de la monarquía legítima. ¿Tanto número de estos, pensais, que será preciso para salvar la nacion? No pido mas que siete en cada departamento, á saber: un obispo, un comandante, un gobernador civil, un procurador del rey, un presidente del tribunal prevostal, un comandante de la gendarmería y otro de la guardia nacional. Si estos siete hombres son verdaderamente adictos á la causa de Dios y del rey, yo respondo de todo lo demás.

Mas esas siete personas no han de ser coartadas en sus funciones, ni contenidas, paralizadas, traqueteadas, atormentadas perseguidas, ni destituidas por el ministro, ni debe dejar de dárseles la razon siempre que ejerzan su autoridad contra los mal intencionados ó conspiradores. Partiendo de este principio, no debe darse cabida á ningun ministro, ni á ningun gefe de administracion sospechoso ó partidario del sistema de los intereses morales revolucionarios. Guárdense los primeros representantes del gobierno de perseguir á nadie: sean afables, indulgentes, compasivos y tolerantes: abracen sinceramente el espíritu de la ley fundamental y respeten todas nuestras libertades. Mas al propio tiempo llénense de horror hácia los malvados; den siempre la preferencia á la virtud sobre el vicio; no hagan consistir la imparcialidad en colocar aquí un hombre bueno y allí un hombre malo; presten decidido apoyo á todas las leyes justas; declárense paladina y francamente amigos de la religion; consagren hasta su vida, si es preciso, en obsequio del rey y de su real familia, y la nacion acabará de salir de sus ruinas.

(1) Cicer. *de Senect.*

Por lo tocante á esos hombres de capacidad, pero cuyo ánimo está falseado por la revolucion: esos hombres, que no pueden comprender que el trono de San Luis necesita ser sostenido por el altar y rodeado de las antiguas costumbres y tradiciones de la monarquía, esos hombres pueden ir á cultivar sus posesiones. La nacion los empleará cuando sus talentos, cansándose de ser inútiles, se habrán convertido sinceramente á la religion y á la legitimidad.

Respecto á la turba de empleados subalternos sería una insensatez el juzgarla con rigor: póngasela bajo la vigilancia de gefes adictos y pundonorosos, y ningun recelo habrá que tener de ella: el tiempo oportuno de las purificaciones ha pasado ya.

En el impulso que se dé á los negocios hay que tener presente la índole de la nacion: sean económicas, pero no mezquinas las providencias administrativas y lleven siempre el carácter de firmeza, vigilancia y animacion.

«Señor, dije yo al rey en el *Informe que presenté »en Gante*, evitad los excesos de Bonaparte: será una »idea muy atinada y provechosa el no multiplicar de»masiado, como en tiempos de este, los actos admi»nistrativos. Sin embargo, los franceses durante los »últimos veinte y cinco años se han acostumbrado á »un género de gobierno el mas activo que ha existido »en tiempo alguno; los ministros estaban escribiendo »sin cesar; por todas partes se cruzaban órdenes, y »todo el mundo estaba esperando continuamente al»guna cosa; la escena, el actor y los espectadores se »renovaban á cada paso. En vista de esto parece que »algunas personas temen que, si despues de tanto »movimiento se parasen súbitamente los resortes, po»dria haber algun peligro. Porque eso sería, se»gun ellas dicen, dejar en el ocio á la malevolencia, »dar pábulo al fastidio y márgen á comparaciones »odiosas. El empleado subalterno, hallándose acos»tumbrado á recibir órdenes hasta para las cosas mas »triviales, no sabria qué hacer, ni qué partido tomar. »Acaso será conveniente en un pais como Francia, »reducido hace ya tanto tiempo por los triunfos mi»litares, administrar rápidamente en el sentido de las »instituciones civiles y políticas, y ocuparse ostensi»blemente de fábricas, de agricultura, de las letras y »de las artes. El acometer grandes obras, prometer »altas recompensas, premios y distinciones brillantes »concedidas al talento y el establecer certámenes pú»blicos, contribuiria á que las costumbres tomaran »nueva direccion y los ánimos siguiesen nuevo rum»bo. El genio de un príncipe educado particularmente »para el reinado de las artes, derramaria sobre ellas »un brillo inmarcesible. El político mas hábil, el »hombre de Estado mas instruido, todo francés en »una palabra, abrazaria con ardor la nueva carrera »estando seguro de que el monarca habia de ser su »mejor juez. Las ventajas de la paz harian olvidar á »la nacion los costosos triunfos de las armas, y el »pueblo no creeria haber perdido nada al cambiar »laurel por laurel, y gloria por gloria.»

Las sesiones de las Cámaras deben ser cortas, pero inmediatas. Prepárense con anticipada prevencion los proyectos de ley. Algun dia se aprenderá á enlazarlos entre sí como en Inglaterra. Es un defecto capital de la legislacion francesa la division de los proyectos de ley en innumerables artículos, que traen en pos de sí interminables discusiones y enmiendas sin fin. Cuando las Cámaras no se vean contrariadas lejos de empezar la marcha de los asuntos, darán nueva fuerza y actividad á la accion del gobierno.

No trato de dar mayor desarrollo á los detalles de mi sistema. Ya he indicado los principios que considero como mas útiles en los primeros capítulos de este

escrito. Aun tendria que tratar de muchas cosas relativas á la educacion, á las letras y á las artes; pero contemplo como oportuno abreviar este trabajo, y por lo tanto me limitaré á explanar algunas ideas políticas.

Me concretaré á unas cuantas palabras.

Adoptar la religion por base del nuevo edificio, la Constitucion, los hombres honrados, las consecuencias políticas de la revolucion, y no los hombres políticos de la revolucion: á esto se reduce todo mi sistema.

La marcha que se ha seguido es precisamente la contraria de este plan. Siempre se ha hecho mas aprecio de los hombres que de las consecuencias: siempre se ha gobernado exclusivamente por los intereses y nunca por los principios, creyendo que la obra maestra de la restauracion consistia en conservar á cada cual en el puesto que ocupaba. Con tan tímida y estéril idea todo se ha echado á perder, pues teniendo los principales autores de nuestras desavenencias intereses opuestos á los de la monarquía legítima, no siendo por otra parte idóneos sino para destruir y no para edificar, la restauracion no ha podido seguir la marcha conducente, y la nacion ha vuelto á caer en el abismo.

En vano se tiene completa seguridad del excelente espíritu de la guardia y del ejército, y de la organizacion de la gendarmería. Muy buenas son indudablemente estas dos cosas, pero no bastan. No tardará acaso el sistema de intereses revolucionarios en destruir ese hermoso edificio. Por do quiera que se insinúa todo lo desvirtúa, altera y corrompe. Deteriora todo lo bueno; paraliza las intenciones mas discretamente dirigidas; persigue á los ciudadanos leales, obligándoles á retirarse de la escena política y apagando su celo patriótico, no se interesa sino por los hombres perversos, en una palabra no tardaria tarde ó tremprano en dar al traste con la monarquía legítima.

El triunfo de esta monarquía es indudable siguiendo mi plan, pero es preciso seguirlo con valor. Es mas fácil atacar á las cosas que á los hombres, porque las primeras no tienen como los segundos voz para quejarse ni defenderse. Mas fácil es derribar una Constitucion que por sí misma no se defiende, que los intereses personales que presentan una viva resistencia. No por eso estoy menos persuadido de que no hay salvacion sino en la verdad política que acabo de explanar. Si unos creyesen que es posible retroceder á todas las antiguas instituciones y otros pensasen que la nacion no puede ser gobernada sino por las manos que la han desgarrado, seria la equivocacion mas funesta por una y otra parte. La nacion quiere los intereses políticos y materiales creados por el tiempo y consagrados para lo sucesivo por la Constitucion; pero no quiere ni los principios ni los hombres que han sido causa de sus desgracias. Fuera de este límite todo es ilusion, y el gobierno que no se persuada de esta verdad tendrá que caer en faltas irremediables.

La mision que me propuse queda ya cumplida. Jamás he escrito una obra que mas trabajo me haya costado. Con frecuencia se ha caido de la mano la pluma, y en momentos de debilidad y desaliento he tenido intenciones de entregar á las llamas todo lo que habia escrito. Cualquiera que sea la acogida que el público dispense á esta obra, no podré menos de contarla en el número de las buenas acciones que he tenido la dicha de llevar á cabo. *Cumple con tu deber, suceda lo que suceda.* Para advertir á la nacion del peligro que, en mi concepto corre, para darle un grito de alarma que la dispierte al borde del abismo, he tenido que perder de vista todo cálculo; he tenido que hablar con toda claridad y he tenido que chocar de frente con muchos hombres, y lastimar no pocos intereses. He creido que la salvacion de la patria, como ya lo he manifestado en la cámara de los Pares, consiste en la íntima union de las costumbres antiguas con las formas políticas actuales; del buen criterio de nuestros padres con las luces del siglo; de la antigua gloria de Duguesclin con la reciente gloria de Moreau; y finalmente en la fraternal alianza de la religion y de la libertad cimentada en las leyes. Si esta dulce esperanza mia es una quimera, por lo menos estoy seguro de que ningun corazon generoso me la reprochará.

POST-SCRIPTUM.

La cámara de los Diputados ha sido disuelta. No me causa admiracion: sigue marchando el sistema de los intereses revolucionarios: nada tengo que retocar en lo que acabo de escribir. Habia ya previsto el desenlace, y asi lo habia anunciado mas de una vez. Dicen que este golpe ministerial salvará á la monarquía legítima. Extraño modo de salvar la monarquía es el disolver la única cámara que desde 1789 ha manifestado opiniones puramente realistas.

En los capítulos IV, V y VI de la primera parte, se ha visto la doctrina constitucional por lo relativo á las reales órdenes en la monarquía representativa. En el antiguo régimen una real órden era una ley y nadie tenia derecho de discutirla. En nuestra constitucion moderna una real órden no es forzosamente mas que una medida tomada por el ministerio, y todo ciudadano tiene derecho á examinarla, y lo que es un derecho para cada ciudadano, pasa á ser una obligacion respecto de los pares y de los diputados. Si una real órden pusiera en peligro á la nacion las Cámaras, podrian acusar por ella á los ministros; pues estos son los verdaderos autores de las reales órdenes, y pueden por lo tanto ser perseguidos judicialmente por ellas.

Voy, pues, á examinar en los límites de la razon y con arreglo á los principios constitucionales, pero sin consideracion de ningun género la real órden de 5 de setiembre.

Por de pronto hubiera sido mejor no encabezar esa órden con ningun considerando. El rey disuelve la cámara porque está en su *derecho*, porque lo *quiere*. Como soberano á nadie debe dar satisfaccion de sus actos: cuando habla *como rey* todos debemos obedecerle con alegría y en profundo y respetuoso silencio. Los colegios electorales funcionan porque el rey lo manda y cuando dice á sus vasallos *Yo lo quiero*, estos deben considerar que es la ley misma la que acaba de hablarles. Mas habiendo los ministros alegado motivos en el considerando, el asunto cambia de naturaleza. Débese respetar constantemente, adorar la voluntad del monarca y la menor vacilacion en este particular seria un crímen, porque nada puede querer, ni nada puede mandar que no se refiera al bien público; pero los motivos que impelen á los ministros quedan enteramente sujetos á nuestra discusion.

Los ministros recuerdan aquellas sabias palabras del admirable discurso del rey en la última apertura de las Cámaras: «Nadie de nosotros debe olvidar que »detrás de la ventaja de mejorar está el peligro de la »innovacion.»

Desde luego parece algo extraño que los ministros hayan citado esta frase, pues ¿sobre quién podrá recaer el reproche de innovacion? Sobre la cámara no; porque nada ha innovado, luego únicamente podrá imputarse á la órden de 13 de julio 1815 que varió algunos artículos de la Constitucion. Luego la recriminacion queda reducida á una queja de órden á órden, de ministerio á ministerio.

Los ministros que han leido el discurso del rey (supuesto que en la órden de 5 de setiembre citan una de sus frases), no pueden menos de haber visto en

aquel mismo discurso este notable pasaje: «Señores, »á fin de dar mas peso á vuestras deliberaciones, á »fin de recoger yo mismo nuevas luces, he creado »nuevos pares y he aumentado el número de diputados »de los departamentos.»

Como es de suponer que los ministros habrán igualmente olvidado el considerando de la órden de 13 de julio 1815, me voy á tomar la molestia de recordárselo.

«Habiamos anunciado que nos proponiamos pre»sentar á las Cámaras una ley que arreglara las elec»ciones de los diputados de los departamentos. Nues»tro proyecto consistia en modificar con arreglo á las »lecciones de la experiencia, y al voto bien conocido »de la nacion, muchos artículos de la Carta concer»nientes á las condiciones de elegibilidad, número de »diputados y algunas otras disposiciones relativas á la »formacion de la cámara, á la iniciativa de las leyes »y forma de deliberacion.»

«Habiendo las calamidades de la época interrumpi»do las sesiones de ambas cámaras; hemos pensado »que en la actualidad el número de diputados de los »departamentos, era por diversas causas sobradamen»te reducido para representar debidamente la nacion, »y que en circunstancias como las presentes impor»taba sobremanera que la representacion nacional »fuese numerosa; que sus poderes se renovaran y »emanasen mas directamente de los colegios electo»rales, y por último, que las elecciones sirvieran co»mo de expresion de la opinion actual de nuestros »pueblos.

«En vista de esto hemos resuelto disolver la cámara »de Diputados, y convocar sin dilacion otra nueva; »mas no estando arreglada aun por medio de una ley »la forma con que ha de procederse á las elecciones, »ni las modificaciones que hay que hacer en la Carta, »hemos pensado que á nuestra justicia competia dar »desde ahora á la nacion el pleno goce de las ventajas »que debe prometerse de una representacion mas nu»merosa, y menos coartada por lo tocante á las con»diciones de elegibilidad; mas al propio tiempo que»remos que ninguna modificacion pueda hacerse »definitivamente en la Carta sino con arreglo á las »formas constitucionales, y que queden las disposicio»nes de la presente órden sujetas á ser el primer »asunto de deliberacion de las Cámaras. El poder le»gislativo en su conjunto determinará lo conveniente »por lo que toca á la ley electoral y modificaciones que »sobre este particular hay que hacer en la Constitu»cion, de las cuales no tomamos la iniciativa sino por »lo que hace á los puntos mas urgentes é indispen»sables, imponiéndonos al propio tiempo la obliga»cion de adherirnos todo lo posible al espíritu de la »Constitucion y á las formas puestas en uso hasta el »presente.»

¡Qué de ideas no se revelan en los motivos que dieron lugar á esta órden! Los ministros que la redactaron decian: Que era preciso modificar muchos artículos de la Carta con arreglo *á las lecciones de la experiencia y al voto bien conocido de la nacion;* aseguraban que el número de diputados de los departamentos era por diversas causas *sobradamente reducido para representar debidamente la nacion*: suponian que es importante que la *representacion nacional sea numerosa*, y que los electores *sirven como de expresion de la actual opinion del pais.* Finalmente insistiendo en el mismo principio declaraban, que aunque la forma de las elecciones no estaba aun determinada por medio de una ley, competia á la justicia dar desde aquel punto á la nacion, el *pleno goce de las ventajas que debe prometerse de una representacion mas numerosa* y menos *coartada* por lo tocante *á las condiciones* de elegibilidad.

Todo esto de cuya verdad no se dudaba hace un año ¿habrá hoy dejado de ser cierto? ¿Habrá *el voto bien conocido de la nacion* cambiado? ¿*Las lecciones de la experiencia y el voto* BIEN CONOCIDO *de la nacion* exigirian en aquella época la *revision* de algunos artículos de la Constitucion, y ahora los ministros tendrán razon para decirnos que los *votos* y *necesidades* del pais se inclinan á que se conserve *intacta* la ley fundamental? Por lo menos convenia haber usado de otras palabras. ¿Qué juicio puede formarse de unos hombres que habiendo aplaudido con arrebato la primera órden baten furiosamente palmas en obsequio de la segunda? ¿Luego se engañaron al afirmar que el número de diputados de los departamentos era *sobradamente reducido*?

¿Estará pues una nacion compuesta de 24 millones de habitantes suficientemente representada por doscientos sesenta diputados? ¿Los departamentos del Loire, de los altos y de los bajos Alpes que no tienen mas que un solo diputado en las Cámaras, tendrán toda la competente representacion? ¿Si no se cambia de ministros todos los años; habrá que hacer cada vez las elecciones por un nuevo método? ¿Quién nos asegura que los ministros del año que viene no creerán que la representacion actual es demasiado numerosa? ¿Un centenar de dependientes del ministerio (legalmente convocados en todas ocasiones) no formarian á su modo de ver una cámara mas conveniente y mas conforme con los intereses de la nacion? En lo sucesivo nos sujetaremos estrictamente á la Carta, dirán los ministros. ¡Dios lo quiera! Es cuanto podemos desear; pero en verdad no me tranquiliza del todo semejante protesta. ¿No podrán los ministros en virtud del artículo 14.° de la Constitucion, que da al rey *la facultad de expedir los reglamentos y órdenes necesarias para la ejecucion de las leyes y seguridad del Estado* creer que esta seguridad se halla donde quiera que se les facilite el triunfo de sus sistemas? Hay tantos constitucionales que quieren en la actualidad gobernar por medio de reales órdenes que es posible que el mejor dia quede la Constitucion enteramente confiscada en provecho del artículo 14.°

Terrible cosa es que nunca estemos acordes en lo relativo á la suerte de nuestra patria; pende del azar el destino de la nacion, como el dinero del tahur de la salida de un naipe; agitan con violencia el crédito público que se alarma y limita á cada sacudimiento: dan á las instituciones una espantosa instabilidad, y llegarian por medio de la contrariedad de las reales órdenes á comprometer el decoro del trono si afortunadamente no estuviese el cetro en manos de uno de esos reyes que con solo una mirada establecen el órden en su alrededor y cuyo carácter es la sabiduria, la tranquilidad y el decoro.

¿Qué resultará de esas elecciones en que pueden ser conmovidas las pasiones, y en que van á encontrarse de frente los partidos? ¡Fatal prevision! Dije á la cámara de los Pares con motivo de la ley electoral en la sesion del 3 de abril: «Una real órden, se»ñores, ha sido suficiente para que dieramos princi»pio á la presente legislatura, porque en esa real »órden obedeciamos á una *fuerza superior*, porque »los acontecimientos *exigian* esas medidas extraordi»narias autorizadas por el artículo 14 de la Consti»tucion en tiempos de peligro. Mas al presente, ¿qué »forzosa necesidad justificaria semejante golpe de Es»tado? ¿Os sentís con bastante valor, señores, para »tomar sobre vosotros la responsabilidad de cuanto »pueda ocurrir en el intervalo de una á otra legisla»tura en el caso de rechazar la ley electoral? ¡Ah! Si »por una inexplicable fatalidad los colegios nueva»mente convocados nombrasen representantes peli»grosos para el país ¡qué de recriminaciones no os »hariais! ¡Podriais oir sin atormentaros el grito de »dolor de vuestra patria? ¿Podriais dejar de temer el »juicio de la posteridad?»

Estas palabras que en aquel tiempo dirigi á la cá-

mara de los Pares las dirijo ahora nuevamente á los ministros: vean la consternacion de los hombres honrados, consideren el triunfo de los revolucionarios y constitúyanse en jueces de sus propios actos. Si de los colegios electorales saliera una sangrienta hija de la Convencion ¿no echarán entonces de menos esta cámara, que si bien pudo contrariar sus sistemas, presentaba sin embargo lo mas selecto de los verdaderos franceses, y en la que figuraban los hombres que habiendo participado del destierro del monarca habian adquirido tambien algo de sus virtudes? Los ministros aprenderán á despecho suyo, y por desgracia á despecho de toda la Francia, que sus titulados amigos son mas difíciles de dirigir que sus supuestos enemigos: verán si es mas cómodo tratar con una reunion de ambiciosos revolucionarios, que con una cámara, cuyos miembros eran considerados por el rey como *inencontrables*, como un singular favor de la Providencia.

Y aunque los revolucionarios no dominen enteramente en la nueva cámara ¿dejarán por eso los ministros de temer que una asamblea dividida en dos partidos violentos no pueda presentar á la Europa un espectáculo, que prometa iguales resultados que la Dieta de Polonia?

Cierto es que podrán disolverla; pero ¿han de ocurrir cada mes nuevas elecciones?

Finalmente si la nueva cámara no se compone sino de hombres nulos y pasivos, incapaces, si se quiere de hacer mal, pero incapaces tambien de contenerlo; si semejante cámara llegaba á convertirse en instrumento de la faccion que propende á la legitimidad, pregunto yo ¿qué sucederia en tal caso á la desventurada patria?

¿Qué imperiosos motivos han podido pues impeler á los ministros á hacer uso de la prerogativa real? ¿Qué ventaja se pueden prometer en cambio de los inconvenientes de toda especie que ofrece en este momento la convocacion de los colegios electorales? Hé aqui la razon por la que he dicho que el destino de la nacion dependia del azar, como una jugada de la lotería. Los hombres por quienes se ve la nacion impelida hácia su ruina quieren ante todo la venta de los bienes del clero, y la quieren, no como un buen sistema de hacienda, sino como una buena medida revolucionaria; no para pagar á los aliados, sino para consagrar la revolucion: y como estos hombres saben muy bien que la cámara de los Diputados jamás habria autorizado semejante venta, se han aprovechado de la índole y de los infundados terrores del ministerio para persuadirle, en muy mala hora, que su existencia era incompatible con la de la cámara. Tambien han temido que esta ilustrara al rey acerca de la verdadera opinion nacional. Finalmente como ya lo he dicho, el partido nunca ha perdonado á los representantes el haber desenmascarado sus planes y el haber dado el golpe de gracia á los principios de la revolucion en las personas de los regicidas.

Sin embargo no se desanimen los buenos franceses: no se retiren de la arena; antes por el contrario acudan en masa á las elecciones. Muchos obstáculos tendrán que vencer, mucho esfuerzo tendrán que emplear contra un partido que, no queriendo siquiera tomarse la molestia de disimular sus planes, los manifiesta en sus elecciones, en sus actos públicos, y en el ejercicio de la autoridad. Pero volveremos á repetirlo, únanse los buenos ciudadanos prestándose mutuo apoyo, y no se abatan aunque en derredor de ellos reine un momentáneo disfavor ni una opinion facticia. Si en los periódicos leen descomunales artículos en alabanza de la disolucion de las cámaras, tengan bien presente que la prensa no goza de libertad, que está en manos de los ministros y que estos son los que han hecho disolver las cámaras y los que dominan en la prensa periódica Si fijan la atencion en la subida de los fondos, bueno será que sepan que el dia que se publicó la órden del 5 hicieron efectuar un movimiento en la Bolsa. Un agiotista tuvo la desfachatez de gritar: «¡ya no volverán los facciosos!» ¡Facciosos llamaba á los diputados!

Conozco que dirigiéndome á franceses no necesito encomiar el desinterés. Nada diré por lo tanto de las promesas que acaso les harán. Pero estén muy prevenidos contra una seduccion de la que en realidad nos es tan difícil librarnos. Les hablarán del *rey* y de su *familia* en los mismos términos que hablaron de ellos á las cámaras. La sensibilidad nacional se sentirá conmovida, las lágrimas se asomarán á los ojos; al oir el nombre del rey se quitarán el sombrero, tomarán el billete que les presentará una mano enemiga y lo meterán en la urna. Desconfiad de ese artificio. No deis oido á esos hombres, que segun ellos dicen, son mas realistas que nosotros: salvad al rey *á pesar del mismo!*

Mas por otra parte ¿qué es lo que el rey quiere? Si fuera posible penetrar en los secretos de su profunda sabiduría, ¿no podria acaso presumirse que al dejar constitucionalmente toda libertad de accion y opinion á sus ministros responsables ha manifestado miras mucho mas vastas que estas? No pocas veces en circunstancias las mas arduas ha dado que admirar el rey por la sagacidad de su vista y profundidad de pensamiento. Acaso habrá pensado que hallándose la nacion enteramente satisfecha volverá á reelegir esos mismos diputados de quienes por su parte se ha manifestado tan contento, y que siendo la nueva cámara tan realista como la disuelta, aunque convocada bajo otros principios, no habrá medio ni disculpa para conocer con toda claridad la verdadera opinion nacional.

Esto es lo que he creido deber decir á mis conciudadanos que acaso podrian ignorar el estado político de la nacion y dejarse sorprender por exceso de su buena fe. No trato de divulgar este escrito por medio de mensajeros secretos: lo publico á la faz del dia. No tengo ninguna influencia para apoyar mis *intrigas* fuera de la que me da mi conciencia y mi amor al rey. Gracias á Dios jamás he carecido de esta poderosa influencia cuando se ha tratado de la sangre ó de los intereses de mis soberanos.

Franceses, si mi voz no os es desconocida, si algun dia hice resonar en vuestro oido el acento de la religion y el honor, prestad ahora atencion á lo que os digo: concurrid á las elecciones. La salvacion ó la ruina del pais dependen acaso de la eleccion que hagais. No concedais vuestros votos sino á hombres cuya virtud, lealtad y patriotismo os sean notorios. Vengan siendo asi esos diputados queridos de su patria, vengan á presentar á los piés del trono su respeto, su adhesion y su amor, y al darnos de una vez ejemplo de todas las virtudes digan á los ministros siguiendo el espíritu de paz, de moderacion y de concordia: «no hemos sido, ni somos, ni seremos enemigos »vuestros; pero renunciad sistemas que causarian la »ruina del trono y de la patria.»

EL VEINTE Y UNO DE ENERO DE MIL

OCHOCIENTOS QUINCE.

El 21 de enero está ya cercano. Hace ya tiempo que la gente pregunta. ¿Qué haremos? ¿Qué hará la Francia? ¿Se dejará pasar otra vez ese dia fúnebre sin ninguna señal de dolor? ¿En dónde están las cenizas de Luis XVI? ¿Quién las ha recogido? Si no hubiera intervenido la piedad de un oscuro ciudadano, apenas se sabria hoy donde reposan los santos despojos de

aquel monarca que debia dormir en San Dionisio al lado de Luis XII y Carlos el Sabio. Durante algunos años se quiso que el dia que ocurrió la muerte de este justo fuese un dia de regocijo. ¡ Hasta qué punto ciegan las pasiones políticas ! En tanto que los hombres dominados por ellas pretendian apartar el fúnebre crespon que cubria la Francia, en tanto que mandaban hacer pompas irrisorias, los buenos ciudadanos redoblaban las señales de dolor, llorando en la soledad, y mandando secretamente celebrar el sacrificio expiatorio. En vano eran convidados á otros abominables espectáculos: la tristeza pública contestaba á la invitacion, diciendo : *No, la Francia no es culpable como vosotros ; no quiere participar ni de vuestros crímenes, ni de vuestras solemnidades.*

Luis XVI desde el principio de su reinado habia abolido la servidumbre corporal, habia mejorado los ramos de la administracion, realzado la gloria de la marina, y hecho resonar el eco de la victoria en las playas de América y de la India. En medio de las tempestades de la revolucion, á pesar de la efervescencia de los partidos, hizo brillar tan claramente sus virtudes que de comun consentimiento la nacion le llamaba *el hombre mas honrado del reino.* Henchido de amargura, abrumado de ultrajes leváronlo á Paris precedido de algunos de sus guardias, redujéronlo á vivir en un encierro, y á dejarse consumir por el dolor... Pero no es delante de su familia donde debe terminarse el relato de tamañas desgracias. Allí está su huérfana, allí, solo su presencia expresa mas que cuanto nos fuera dado decir. Testigos y jueces que le condenásteis, aun conservais la vida : vuestros ojos presenciaron lo que ocurrió publicamente, y vuestra conciencia no os dejará de repetir á todas horas lo que pasó en secreto durante la historia de nuestros infortunios.

¡No quiera Dios que ninguno de nosotros trate de buscar culpables, ni de atizar enconos! Mas si aspiramos á ser virtuosos es preciso que tengamos aliento para ser hombres; es preciso que á manera de los pueblos antiguos nuestro carácter sea asaz varonil para soportar la vista de nuestras propias miserias. Olvidemos el criminal; pero tengamos presente el crímen. ¡Y bien! Porque haya algunos hombres, que en tanto que nosotros lloraremos, se crean obligados á evitar nuestras lágrimas ¿no nos ha de ser permitida esta dulce venganza? ¿Deberá todo un pueblo sofocar en su corazon la moral y la religion, renunciar á toda justicia, y aparentar que su razon aprueba lo que su debilidad no pudo menos de soportar, solo porque hay algunas conciencias suspicaces, que no creen que la patria se halla tranquila sino en tanto que no están turbadas por sus remordimientos, imaginándose que la voz de estos remordimientos es el grito de las facciones?

Casi todos los pueblos han sido testigos de grandes crímenes, y en todas partes se establecieron sacrificios para expiarlos. Cuando Agis pereció en Lacedemonia queriendo como Luis, mejorar las leyes de su pueblo, «los ciudadanos de Esparta, segun dice Plu»tarco, creyeron que jamás se habia cometido un »crímen mas atroz, ni mas digno de castigo, desde »que los dorios habian venido á habitar el Pelopo»neso.»

Despues de la restauracion de Carlos II en Inglaterra, se erigió una estátua en el mismo sitio en que Carlos I fue decapitado y el aniversario de la muerte de este rey se convirtió en un dia de ayuno y oracion.

Mas no tratamos de imitar á ninguna nacion extranjera : entre nosotros podemos encontrar toda clase de buenos ejemplos. Despues de la batalla de Poitiers, «los Estados de la lengua de *Oc* mandaron que duran»te un año, si el rey (Juan) no alcanzaba su libertad, »nadie llevara oro, plata, ni perlas en sus vestidos, y »que los juglares y los músicos se abstuvieran de tocar »instrumentos.» Nuestros antepasados fueron mas dichosos que nosotros, pues nadie les impidió manifestar sencillamente su dolor asi que lo sintieron. En la ocasion á que nos referimos fue bastante breve, pues el rey Juan no tardó en librarse de su cautiverio. Pero las demostraciones de nuestro dolor deben ser eternas, pues el rey cuya pérdida lamentamos jamás volverá á presentarse entre nosotros.

Por lo menos vamos á ver que se lleva á efecto, lo que tanto hemos deseado, y lo que toda la Europa esperaba : nuestro dolor comprimido por tanto tiempo en el fondo del alma va por último á tener alguna espansion. Luis XVIII hasta en esto se anticipa á la necesidad de nuestros corazones dando riendas á la piedad de su pueblo, y reproduciendo las ideas morales y religiosas al mismo tiempo que nos ha redimido del despotismo y nos ha colocado con su pacífica mano bajo el imperior de nuestras antiguas leyes.

El 21 de enero pasarán Monsieur, el señor duque de Angulema y el señor duque de Berry al cementerio de la Magdalena, que hoy es propiedad de M. Descloseaux. El terreno ha sido reconocido legalmente y con anticipacion se ha adquirido certeza del sitio en que reposa el cadáver del rey : creese que tambien se encontrarán las cenizas de la reina. Por una interesante casualidad los suizos que murieron en la jornada del 10 de agosto fueron enterrados á los piés de Luis XVI. La fosa en que fue arrojado el monarca tenia diez piés de profundidad y no se ha tenido por conveniente remover la tierra hasta el momento de la exhumacion. Nada debe haber secreto en este acto sagrado : toda la nacion vió perecer á su rey, toda la nacion debe ver á un mismo tiempo aparecer sus mortales despojos. ¡Ah! que sensaciones no abrumarán á los espectadores cuando la tierra removida permitirá que se vean blanquear los huesos de Luis XVI, su tronco mutilado y su cabeza puesta en la extremidad inferior del cuerpo, única señal por la que es posible conocer al descendiente de tantos reyes! Represéntese uno en la imaginacion á los tres príncipes postrándose de rodillas juntamente con el clero en aquel pavoroso momento, á la religion entonando su himno de paz y de gloria, y á las reliquias del mártir saliendo triunfantes del seno de la tierra para protejer en lo sucesivo á la Francia y atraer por su intercesion las bendiciones del cielo sobre sus hijos.

Asi que los restos sagrados del monarca y de su augusta esposa se hayan encontrado, la comitiva se pondrá al momento en marcha hácia San Dionisio. Toda la magnificencia de esta pompa fúnebre consistirá en las desgracias de Luis XVI. Propia es la modestia del triunfo de tantas virtudes y la sencillez conviene á la grandeza de tantos infortunios. No deben las pasiones humanas turbar la calma y la magestad de esta ceremonia. Todo lo que pueda dar origen á una acusacion será desterrado de ella, ni figurará nada mas que lo que puede inspirar consuelos; al encontrar el padre de familia su tumba, quiere que sus hijos sepulten en ella todas sus disensiones, todas sus enemistades.

El convoy seguirá el mismo camino por donde ahora hace seis siglos pasó el de San Luis, primer abuelo de los Borbones. En aquella ocasion, dice Joinville, «el arzobispo de Reins levantó el cuerpo del santo, y »despues de haberlo levantado pronunció Fr. Juan de »Seymours la oracion fúnebre. Entre otros de sus »hechos recordó varias veces una cosa que yo le ha»bia dicho por lo tocante al buen rey, y era su gran »lealtad.... Acabado el sermon, siguen diciendo las »crónicas, el rey (Felipe el Atrevido) tomó en hom»bros á su padre y á pié se puso directamente en ca»mino de San Dionisio de Francia.

¡Qué abismo de reflexiones, qué comparacion puede hacerse entre los acontecimientos, épocas, luga-

res y pompas fúnebres de San Luis, y de Luis el mártir!

La comitiva se dirigirá á la iglesia del apóstol de Francia; pero los sucesores de aquellos religiosos que vieron ondear el oriflama ante el nincho de San Luis no saldrán á recibir al descendiente del santo monarca. *En aquellas mansiones subterráneas donde duermen los reyes, y los príncipes convertidos en ceniza; en aquellos lugares sombríos donde tan estrechadas estaban las hileras que apenas habia sitio para colocar á Madama Enriqueta*, ¡Luis XVI tendrá que estar enteramente solo...! ¿Cómo se han levantado los muertos? ¿Porqué está desierto el regio panteon? No lo preguntemos: inquiramos mas bien por qué se halla restaurada su bóveda, por qué su altar se halla reedificado. ¿Qué mano es la que ha contenido la ruina de esos sombríos arcós y ha preparado esas tumbas que aun se hallan vacías? La mano del mismo hombre que se hallaba violentamente sentado en el trono de los Borbones. ¡Oh Providencia! ¡El creia preparar sepulcros para su raza y no hacia mas que edificar la tumba de Luis VXI! La injusticia no reina mas que un solo momento: solo la sabiduría es la que cuenta antepasados y deja una posteridad. Contemplad cómo á un mismo tiempo el que se titulaba dueño del mundo cae precipitado en medio de sus violencias, Luis XVIII recobra el cetro, y Luis XVI es devuelto al sepulcro de sus padres. La monarquía de los soberanos legítimos habia estado suspendida durante veinte años; pero sus derechos fundados en sus virtudes eran tan indestructibles como su nobleza. Dios puso fin de un solo golpe á esa tremenda revolucion, y los reyes de Francia vuelven á tomar posesion de su trono al mismo tiempo que de su tumba.

En tanto que los restos mortales de Luis XVI y de María Antonieta serán llevados á San Dionisio, se pondrá la primera piedra del monumento que ha de erigirse en la plaza de Luis XV. Este monumento representará á Luis XVI (1) en el acto de remontarse á las eternas moradas, sostenido y guiado por un ángel en ademán de decirle *¡Hijo de San Luis, subid al cielo!* En una de las caras del pedestal aparecerá un medallon con el busto de la reina rodeado de esta leyenda. *Todo lo he sabido, todo lo he visto, todo lo he perdonado.* En otra de las caras del pedestal se verá un retrato en bajo relieve de Madama Enriqueta con estas palabras: *No los desengañeis*, expresiones sublimes que salieron de sus labios en la jornada del 20 de junio, cuando los asesinos amenazaban su vida creyendo que era la reina. En la tercera cara se grabará el testamento de Luis XVI con estas evangélicas palabras en letras mayúsculas:

PERDONO DE TODO CORAZON A LOS QUE SE HAN HECHO ENEMIGOS MIOS.

En la cuarta cara del pedestal figurará el escudo de armas nacional con esta inscripcion: *Luis XVIII á Luis XVI.* Los franceses solicitarán sin duda el honor de unir al nombre de Luis XVIII el nombre de la Francia que nunca pudo ser separada de su rey.

Este monumento será tan interesante como admirable. Por ningun concepto hubiera sido conveniente erigir un altar fúnebre en la plaza de Luis XV. Esta plaza es una especie de centro por donde pasa la multitud ansiosa de placeres, ó haciendo alarde de sus vanidades. En las distracciones naturales á la humana flaqueza, los acentos del placer hubieran mas de una vez profanado el monumento del dolor. No, ningun francés tendrá que retraer sus pasos ó sus miradas del monumento proyectado: unos verán en el testamento de Luis XVI el origen y la confirmacion del artículo de la ley fundamental que les pone al abrigo de toda indagacion judicial, y otros podrán recoger en el monumento aquellos recuerdos que despojados de su amargura por el tiempo no dejan en el fondo del alma mas que un religioso enternecimiento. El rey que hasta el presente no se ha atrevido á pisar aquel *campo de sangre*, podrá en lo sucesivo pasar por él, sino enteramente libre de tristeza, por lo menos sin horror, en tanto que hasta el mismo juez del desgraciado monarca podrá atravesar la plaza, amparado por aquel monumento de misericordia sin mas temor que el de su propia conciencia. Finalmente, ese monumento expiatorio se convertirá en un manantial de consuelo para todos los franceses, y las venideras generaciones podrán aprender en él esas severas máximas, esas provechosas ideas que en todos tiempos y paises han dado verdadera gloria á los pueblos y á los varones eminentes.

No será este monumento el único consagrado á la desgracia y al arrepentimiento. En el terreno del cementerio de la Magdalena se edificará una capilla, cuya fachada por el lado de la calle de Anjou representará una antigua tumba, y se entrará en ella por una calle que se abrirá cuando la capilla esté ya edificada. A fin de que el edificio contenga los diversos sepulcros en su recinto se le dará la forma de una cruz latina, y recibirá la luz por el techo, de modo que aparezca bañada de misteriosa claridad. En todas las partes del monumento se colocarán altares donde á todo el mundo le será lícito ir á llorar á una madre, á un hermano, á una esposa, ó en fin, á cualquiera de aquellas víctimas, compañeras fieles, que por espacio de veinte años han reposado en el cementerio al lado de su señor, y allí es adonde se irá á honrar particularmente la memoria de M. de Malesherbes. Perdónesenos el que asociemos al nombre del monarca el recuerdo de un vasallo; pues en la muerte, en la desgracia y en la virtud hay algo sobrenatural que confunde las gerarquías.

El rey hará fundacion perpetua de una misa en esta capilla y habrá dos sacerdotes encargados de mantener el debido decoro. En San Dionisio se hará otra fundacion mas considerable en nombre de Luis XVI, á favor de los obispos y sacerdotes, que despues de un largo apostolado tendrán necesidad de descansar de sus santas fatigas. Estos ancianos reemplazarán á los religiosos que cuidaban de las cenizas de los reyes, y por sus canas, su gravedad y sus trabajos serán los naturales custodios de aquel asilo de la muerte, que ellos mismos no tardarán mucho tiempo en necesitar. Dícese que tambien se trata de devolver á esa antigua abadía las tumbas que la decoraban, y con arreglo á las cuales Suger hacia escribir la historia de Francia, como en presencia de la verdad y la muerte.

Cuando uno piensa, que el príncipe que acaba de consagrar nuestras libertades, que sin derramar una gota de sangre ha dado término á las civiles discordias, y devuelto á la nacion la tranquilidad; que el príncipe que valiéndose de la política mas generosa, defiende al exterior los derechos de los soberanos desgraciados; cuando uno piensa en que ese príncipe es el mismo monarca por quien van á darse tan grandes ejemplos de religion, no halla uno bastante cúmulo de bendiciones que derramar sobre su cabeza. Mas ¿quién no ve ya que los siglos le colocarán en la categoría de los mejores y mas eminentes reyes de su raza?

Durante la fúnebre ceremonia MADAMA se retirará á Saint Cloud. Ya hemos dicho que los príncipes acompañarán las cenizas de Luis XVI á San Dionisio: solo el rey permanecerá en París para confiar su dolor al pueblo; para mezclar consuelos con nuestras lágrimas y para dulcificar con su venerable presencia la amargura de nuestros suspiros.

(1) Se varió el proyecto de algunos de estos monumentos.

DE LA EXCOMUNION DE LOS COMICOS.

FEBRERO 1815.

Hace algun tiempo que se habló mucho de la escandalosa escena que ocurrió en los funerales de la Señorita Raucourt. Esta escena no fue mas que una repeticion de lo que acaeció en 1802 en el entierro de la Señorita Chaumerois con la única diferencia de no haber sido profanada en la primera época la iglesia de San Roque, y haber alcanzado por de pronto el párroco una especie de victoria, si bien en lo sucesivo tuvo que sufrir algunas despóticas providencias. Ahora que las pasiones se hallan ya mas tranquilas, pero que la opinion pública no se ha fijado aun sobre el objeto que las habia motivado, nos parece conveniente examinar una vez por todas la cuestion de la excomunion de los cómicos. Vamos á someterla al buen sentido de nuestros lectores. Por mas que se diga abunda hoy en Francia la razon, y es el fruto de la experiencia que á costa de tantas desgracias se ha adquirido. Los hombres de opiniones las mas encontradas solo apetecen seguir el partido de la verdad, siempre que se les presente sencilla, franca y lealmente.

Dos cosas deben tenerse presentes en el asunto que vamos á examinar: 1.° la causa de la aversion de la Iglesia á los espectáculos: 2.° el grado de autoridad que un párroco puede y debe ejercer en su iglesia, cuando no hace mas que seguir el espíritu de



CROMWELL FIRMANDO LA SENTENCIA DE MUERTE DE CARLOS I.

los cánones y obedecer á las órdenes de sus superiores.

Para encontrar la causa de la severidad de la Iglesia y del rigor de sus reglamentos contra el teatro es preciso remontarse á los primeros tiempos de la Iglesia. «Todo el aparato de esas pompas, dijo Tertuliano, está fundado en la idolatría.» Partiendo de este principio hace ver, al examinar el orígen de los espectáculos admitidos entre los romanos, que casi todos presentaban el nombre de alguna divinidad del paganismo por ejemplo, los *Bacanales*, *Apolínicos*, *Cereales*, *Neptúnicos*, *Florales*, *Olímpicos*, etc. El circo estaba consagrado, ó mejor dicho, prostituido, por valerme de los términos de este primer Bossuet, al sol. Los teatros se erigian bajo la advocacion de Baco y de Venus. Como esos dioses no son ya para nosotros mas que unas ingeniosas fábulas de Homero, no nos podemos formar idea del horror que inspiracion á la Iglesia, cuando eran adorados como seres reales, protectores de las pasiones y los crímenes, ó como verdaderos demonios perseguidores de los cristianos.

La prostitucion y el asesinato acababan de manchar esos espectáculos, que la idolatría hacia tan abominables á los ojos de los fieles. Mujeres públicas se presentaban en el teatro durante las fiestas de Flora, y esas desgraciadas sigue diciendo Tertuliano, estaban condenadas á avergonzarse por lo menos una vez al año. ¿Qué se veia en el anfiteatro? combates de gladiadores, ó tormentos de los mártires. «Cristianos, exclama el autor del *Apologético* ¿pedís luchas, combates y victorias? El Cristianismo os las ofrece por todas partes. Ved la impureza vencida por la castidad, la perfidia por la fe, la crueldad por la misericordia, y el orgullo por la modestia. En esos combates es donde se debe aspirar á la corona. ¿Quereis ver sangre derramada? contempladla de Jesucristo.»

Siendo los espectáculos tan justamente proscritos por los primitivos cristianos, natural era que los actores participasen del anatema; y en esto los fieles no hicieron mas que imitar á los mismos paganos. En Roma, los cómicos, los bufones, los ginetes del circo y los gladiadores estaban excluidos del palacio, del foro, del Senado, del órden ecuestre, de todos los cargos públicos, y hasta perdian el derecho de ciudadanos. Una ley de los emperadores Valentiniano, Valencio y Graciano *permite* á los obispos dar el bautismo á un cómico en peligro de muerte, y manda que en el caso de recobrar la salud, no se le pueda obligar á seguir su antigua profesion. Otra ley obliga á los cómicos á seguir representando en el teatro con tal que no hubiesen abrazado el Cristianismo. Pero la misma ley renovada, de allí á poco añade, que si las mujeres dispensadas de presentarse en el teatro por haberse bautizado, proseguian en su vida licenciosa, se las obligará á volver á ejercer su antigua profesion. ¡Qué manera de condenar el teatro y qué elogio de la religion! Era pues tan poco apreciada la condicion de actor entre los romanos, que venia á refundirse exclusivamente en algunas familias, dotadas por la ley de esa herencia tan brillante, como reprobada.



MADAMA SALE DE BURDEOS.

Tan crueles preocupaciones por parte del pueblo.

leyes tan duras emanadas del Senado y de los emperadores nos dan claramente á conocer que la prevencion contra el teatro no debe atribuirse únicamente á lo que algunos afectan llamar *barbarie* del Cristianismo, supuesto que tal prevencion se deriva naturalmente de la moral y de la gravedad de las leyes. No opinó la Iglesia con mas severidad acerca de los teatros que el mismo Tácito y Séneca. Ovidio, cuya autoridad no puede ser sospechosa, aconsejaba á Augusto que prohibiera los teatros, como una escuela de corrupcion.

. . . . . Ludi quoque semina prebent
Nequitiæ: tolli theatra jube.

En la misma patria de Sofocles, en aquellas afortunadas regiones donde las musas hicieron brillar los prodigios, las mujeres no podian presentarse en la escena, ni asistian á las diversiones del teatro. No ha hecho por lo tanto la Iglesia mas que seguir la propension de las leyes cuando determinada por las razones que acabamos de indicar lanzó sus excomuniones contra los teatros. Estos se fueron aboliendo gradualmente en el mundo romano á proporcion que se fue convirtiendo al Cristianismo ó cayó bajo la dominacion de los bárbaros. En tanto que el eco de esas diversiones demasiado célebres se confundia en el estrépito de la caida de los impérios, es curioso observar como esas mismas diversiones fueron oscuramente naciendo entre aquellos francos, aquellos hunos, y aquellos vándalos que acababan de destruirlas: ¡tan cierto es que el corazon humano es siempre el mismo, y que el hombre necesita esos placeres que se consuelan por un momento! Clodoveo en los posteros años de su vida, saciado de victorias y de conquistas, mantenia á su lado un bufon que le habia enviado Teodorico: á este primer mímico es preciso remontarse al traves de los siglos para indagar el origen y la nueva pompa de los espectáculos modernos. Todo el mundo sabe la historia y procedencia del teatro francés: nadie ignora que los *Misterios* representados por los *cofrades de la Pasion* fueron los precursores de *Cina* y de *Athalia*.

Mas ¿porqué razon la Iglesia se habia de mostrar mas indulgente para con estos nuevos espectáculos? En ellos se profanaba la religion, se ultrajaban las costumbres, y la sátira llegaba á convertirse en calumnia. Finalmente, aun cuando los espectáculos se fueron purificando, la Iglesia, siempre escrupulosa cuando se trata de la conservacion de las costumbres, no halló razon suficiente para renunciar á sus recuerdos, ni para abandonar sus tradiciones y sus leyes. Bossuet, Bourdalone y Flechier siguieron reprobando el teatro con toda la autoridad de su elocuencia y talento. El autor de las *Oraciones Fúnebres* no se desdeñó de coger la pluma para refutar una apología de los espectáculos, atribuida á un religioso, é impresa el 1694 al frente de una edicion de las comedias de Boursault. La carta de Bossuet y sus *Disertaciones* sobre la comedia, son obras maestras de donde Rousseau tomó parte de los argumentos que empleó en su célebre *carta á Dalambert*. ¿Se acriminará á la Iglesia el haber pensado acerca de la comedia, del mismo modo que el filósofo J. J. Rousseau?

Pero ¿se prueba con esto que es preciso abolir los espectáculos y no enterrar á los cómicos? No. Mas esto prueba que si los que critican el rigor de la Iglesia se hubiesen tomado la molestia de consultar la historia, no habrian sido tan fáciles en condenar á un mismo tiempo á la antigüedad gentílica y á la antigüedad cristiana. En la actualidad, que nuestras costumbres han cambiado, ¿deberá la Iglesia rebajar algo de su severidad por lo tocante á la disciplina de los teatros? Todo puede esperarse de su sabiduría. «Roma, dice Voltaire, ha sabido acomodar siempre sus leyes á los tiempos y circunstancias.» Por otra parte, nunca ha sido la Iglesia enemiga de las bellas artes, cuando estas han sabido contenerse en sus legítimos límites. Al establecer el cardenal de Richelieu su teatro, hizo tomar acta en el parlamento de Paris de una declaracion del rey, en que renovaba las penas impuestas á los cómicos que usasen *alguna palabra lasciva ó de doble sentido que pudiera ofender la pública honestidad; pero en el caso de que los cómicos sean modestos, serán absueltos de infamia.*

Ahora que el teatro se ha hecho mas casto, siguiendo los actores el progreso general de la sociedad; y teniendo algunos de estos no solo talentos eminentes, sino cualidades morales de que cualquiera hombre podria honrarse, ¿no se les deberá colocar en la categoría de aquellos apreciables artistas á quienes debemos el goze de las obras maestras del genio? Nuestra preocupacion contra los teatros se ha debilitado, porque todos nuestros lazos religiosos se han ido aflojando. Si se pudiera de una vez convertirnos en cristianos celosos y ardientes, seria sin duda muy conducente mantener en su vigor el espíritu de los cánones: empero, ¿quién sabe si la Iglesia no juzgará oportuno establecer una consonancia mas general entre su disciplina y el estado actual de nuestras costumbres? ¿Es uniforme esta disciplina por lo tocante al teatro? Los cómicos en una parte de Italia y de Alemania no están excomulgados: la Santa Sede y los concilios generales núnca se hàn explicado de un modo muy positivo sobre este particular. Clemente XIII habia mandado cerrar el teatro *Albertini* en Roma; Clemente XIV creyó deber tolerar este establecimiento; Inocencio XI solo á las mujeres prohibió el presentarse en la escena. Habiendo en 1696 los cómicos franceses presentado á Inocencio XII una instancia pidiendo se les levantaran las censuras eclesiásticas, este pontífice, sin condenarlos absolutamente, se contentó con remitir el espediente al arzobispo de Paris para que los tratara con arreglo á derecho. *Ut procideat eis de jure.* La moderacion es el carácter distintivo de la Iglesia galicana (1). «Respecto de lo que la »Iglesia prohibe, dice Bossuet, los obispos han juz»gado algunas veces segun todo el rigor de los cáno»nes, y otras veces han tolerado muchas cosas con »arreglo á las necesidades del tiempo. Cuando no han »visto peligro ni para la fe, ni para las costumbres, »han consentido en alguna tolerancia; nunca por una »ciega é inconsiderada relajacion de la disciplina, si»no por ceder á una necesidad que acaso habria po»dido hacer cambiar hasta las mismas leyes: esta es la »razon porque los Santos Padres, y la Santa Sede »han alabado tantas veces el que se haya templado el »rigor de los cánones.....» Segun dice Ives de Chartres, «con tal que no se toque al fundamento de la fe »y á las buenas costumbres, puede usarse de alguna »condescendencia, aunque tuviera visos de debili»dad..... ¿Se acusará por eso de ligereza á la Iglesia? »¿Podrá decirse, usando de las propias palabras de »San Pablo, que en ella hay el *si* y el *no*? No lo quie»ra Dios; pero segura, como está, de su eternidad, »é inmutablemente adherida á la verdad misma, se »acomoda en algun modo por lo que tiene de exterior »á las cosas humanas, no tanto por ceder á las cir»cunstancas de los tiempos, como para servir á la »salvacion de las almas.»

¿No podrá esperarse de la sabiduría del clero que tomará en consideracion el cambio de costumbres y de tiempos? Mas una vez hecha esta concesion al espíritu del siglo, ¿tendremos por eso el derecho de anticiparnos á la decision de la Iglesia, y de entregarnos á violencias para hacer nosotros mismos lo que nos

(1) *Carta de la Asamblea al Papa*, del 3 de febeero 1682, tomo IX de *las obras de* Bossuet.

place llamar *justicia*? No, sin duda. Esto nos conduce naturalmente á la segunda parte de la cuestion.

Cuando un párroco se niega á recibir el cadáver de un hombre que notoriamente habia estado bajo el peso de las censuras eclesiásticas, no hace mas que obedecer á la ley que le manda obrar asi. Aunque por su natural caridad estuviera dispuesto á obrar de otro modo no podria hacerlo sin traspasar el precepto de los cánones á los cuales como párroco y como sacerdote está necesariamente sujeto. Si un soldado recibe una consigna ¿puede violarla ó dejarla violar por el pretexto de que su ejecucion ofrece inconvenientes? ¿Es él por ventura intérprete ó juez de las órdenes de sus superiores? ¿En qué pararia la disciplina, si cada soldado en vez de obedecer, se metiera á examinar los motivos que tiene su gefe para obrar de aquel modo ó á criticar sus planes y sus designios? Usamos de este simil en una nacion enteramente militar que comprenderá su exactitud. Un párroco es el único gefe en su iglesia, como lo es un oficial en el puesto que se le ha confiado: nadie tiene el derecho de imponerle leyes que él no puede reconocer por tales. Y ¡cuánta mas culpabilidad habrá si á la violencia que le hacen para imponérselas se añade el escándalo público, el insulto al culto de la patria y la profanacion de los altares!

A esto me contestarán que los cómicos gozan del derecho de ciudadanos, pues les está abierto el camino para todos los cargos públicos, y pertenecen á la guardia nacional, etc., etc. Precisamente es esto lo que dañaria su causa, si sus amigos por una inconducente ignorancia, ó por un inconsiderado celo, prosiguen entregándose por ellos á excesos que no tienen disculpa. No se trata ya de reclamar las leyes generales del Estado en beneficio de los actores, ni se pone en duda su existencia civil de la que se hallan efectivamente en plena posesion. ¿De qué se trata pues? Se trata de derechos puramente religiosos. Y bien sabido es que una religion tiene sus ritos y sus costumbres de que no puede prescindir. A nadie se fuerza á seguir esta religion. ser ó no ser cristiano, hé aqui todo: y esto en nada altera la condicion civil de un hombre. Mas desde el momento que uno pretende ser católico, apostólico y romano, ¿no es el párroco el que naturalmente ha de decidir esta cuestion? ¿No es él quién segun las reglas de su culto sabe si la persona que se le presenta ha conservado ó perdido la calidad de hijo de la Iglesia?

Añádase que aunque haya sido devuelto á los actores el derecho de ciudadano, el párroco no puede ser tachado de inhumanidad por rehusar su ministerio á los funerales de estos; pues semejante negativa no lleva consigo la privacion de la sepultura comun. El párroco no hace mas que ejercer sus derechos naturales y todas las religiones de la tierra tienen la costumbre de no conceder sus honores fúnebres mas que á sus discípulos. ¿Seria recibido en alguna mosquea el cadáver de un cristiano que hubiera fallecido en Constantinopla? ¿Un ministro protestante en Filadelfia no remitiria el cadáver de un católico á su párroco, el de un presbiteriano á su Iglesia, el de un cuácaro á sus hermanos y el de un judío á la Sinagoga? ¿Queréis que un párroco entierre el cadáver de quien no habia vivido en la comunion católica; pero si el párroco pretendiera á su vez apoderarse del cadáver de un ciudadano que no hubiese querido morir en la religion cristiana, ¿no exclamaríais, que era un fanatismo y una intolerancia? ¿No hemos visto sacerdotes rechazados con desprecio del lecho del moribundo, y agonizantes que han preferido las estériles pompas de un nuevo paganismo á las consoladoras palabras del hombre de Dios? Conceded al sacerdote la independencia que reclamais para vosotros: sino os creeis obligados á llamarle en vuestro último suspiro ¿qué razon hay para obligarle á velar en vuestro postrer asilo? ¿Por qué ridiculez, aquellos que toda su vida han pasado fuera de la Iglesia católica sin dárseles el menor cuidado de semejante circunstancia, quieren entrar en ella despues de su muerte? Si creyeron en el poder del anatema, ya es tarde para reconciliarse, sino creyeron, ¿habrémos de decir, que su única intencion fue producir escándalos? Si los libros de partidas de nacimientos, enlaces matrimoniales y defunciones, estuviesen como en otro tiempo á cargo de los párrocos de las diversas parroquias, ó si, como en otro tiempo, estos párrocos fuesen dueños de rehusar la inhumanacion en el campo santo, podria decirse que la excomunion turbaba el estado civil, impidiendo que un ciudadano fuese inscrito en el libro de los muertos, ó privándole de reposar al lado de ellos; mas nada de esto sucede haciéndose todos los actos públicos en las municipalidades y estando el poder espiritual separado del temporal. ¿Quién impedia que la señorita Roucourt hubiese sido llevada con toda pompa al cementerio, rodeada de sus amigos y de todos los que adjudicaban algun valor á su talento? ¿Qué mas hubieran pedido los admiradores de Moliere? ¿No hubiera Voltaire, en vez de lamentar la muerte de la señorita de Lecouvreur, celebrado la tolerancia de un siglo que concedia á esta actriz semejantes funerales?

Contemplemos ahora hasta qué punto la Iglesia galicana lleva su dulzura y caridad: ¿Qué es preciso para que un cómico pueda conseguir que sus cenizas sean recibidas en la Iglesia? Basta que un criado, ó un testigo afirmen que el moribundo antes de espirar pidió el auxilio de un sacerdote. ¿Cuándo, ni aun se hace caso de tributar esas leves señales de respeto al culto antiguo de la patria y á la religion de tantos hombres eminentes, ¿está bien que se pidan á esta religion las últimas oraciones que ofrece por el reposo de sus hijos? ¡Cuál se manifiesta en todo esto la ineficacia del hombre para dar consuelo á las cenizas del hombre! Vanamente en nuestro tránsito sobre la tierra hemos despreciado al parecer la religion; desde el féretro se eleva una voz implorando sus esperanzas y bendiciones.

DE LA GUERRA DE ESPAÑA.

12 OCTUBRE 1823.

EL rey en su discurso de apertura de las últimas sesiones dijo lo siguiente:

«Si la guerra es inevitable, procuraré limitarla al »menor espacio y duracion: ni se acometerá mas que »para conquistar la paz que el estado actual de España no dejaria realizar.

»Sea libre Fernando VII de dar á sus pueblos las »instituciones que solo de su mano puede recibir, y »que asegurando su tranquilidad disiparán los justos »recelos de la Francia: desde cuyo momento, os doy »mi palabra de que cesarán las hostilidades.»



Asi se ha verificado efectivamente, y no obstante los rumores que la malevolencia ha propalado en diversos sentidos se ha seguido con toda exactitud el principio establecido por el rey, aun cuando mediante algunas concesiones se podia haber dado cabo á una empresa tan importante al bienestar de la Francia y de la Europa. La primera bandera enemiga con que los soldados de la legitimidad encontraron fue la bandera tricolor; la revolucion española la habia adoptado por insignia y por asilo (1): esta divisa anunciaba principios y victorias cuyo momento habia ya pasado.

(1) Dejamos al buen criterio del lector, las observaciones que tanto este párrafo, como otros del presente documento le sugieran. Nuestro empeño se cifra á traducirlo literalmente.

Un solo cañonazo disipó el prestigio y se desvanecieron treinta años de ilusiones.

Entonces se abrió aquella campaña cuyo plan trazado por el señor duque de Angulema, es admiracion de los inteligentes en la ciencia de la guerra. La Cataluña fue objeto de la ocupacion de otro ejército que á las órdenes de los generales Damas, Donnadieu, Curval y d'Eroles, dirigidos por un antiguo mariscal, lleno de honor puso en evidencia todo lo que pueden la actividad, la paciencia y el valor. Al mismo tiempo las plazas fuertes de Navarra y las provincias Vascongadas fueron rodeadas por los generales Hohenloe, Canuel y d'Espagne. Estando de esta manera ocupadas las provincias situadas al lado de acá del Ebro se pusieron en marcha dos columnas, la una á las órdenes del general Molitor y la otra mandada por el general Bourcke. Principió la primera sus operaciones por el combate de Logroño, y obligó á Ballesteros á capitular delante de Granada, despues de haber librado á Cataluña y á los reinos de Valencia y de Murcia del yugo revolucionario, y la segunda arrojó de Asturias y de Galicia á los rebeldes, y determinó por último la rendicion de Morillo.

En el centro de estas dos columnas, que barriendo las costas occidentales y orientales de España habian de reunirse bajo los muros de Cadiz, marchaba el cuerpo de ejército, que á las inmediatas órdenes del príncipe generalísimo, debia llegar por un camino mas recto al último baluarte de la revolucion. El príncipe se detuvo algunos momentos en Madrid, organizó el gobierno español, tal cual era reconocido por las altas potencias del continente; envió por delante á los genereles Bourmont y Bordesoulle; dirigió el movimiento de las divisiones Bourke y Molitor, y cuando estas llegaron á la altura determinada, fué personalmente á apoderarse del Trocadero y bombardeando á Cadiz forzó á esta ciudad, considerada como impenetrable á que le abriera sus puertas y le devolviera el real prisionero.

Sin embargo entró en la península un nuevo refuerzo á las órdenes del general Lauriston á fin de apoderarse de Pamplona, marchar sobre Lérida, y acelerar la rendicion de Cataluña, donde acababa de caer en poder de los franceses la plaza de Figueras por el brillante hecho de armas de Llers y Lladó. Figueras, Pamplona, San Sebastian y Santoña daban por medio de su capitulacion ensanche á la barrera por donde habian entrado las tropas en España, y dejaban desembarazada una columna de veinte ó veinte y cinco mil hombres que podian trasladarse al punto en que mas necesaria fuera su presencia. De manera, que en menos de seis meses el ejército francés avanzó desde las márgenes del Bidasoa á la bahía de Cadiz, tocando casi en todos los puntos de España. En este breve espacio de tiempo recorrió mas de mil leguas de terreno, sostuvo combates, asedió plazas y tomó fortificaciones por asalto, hasta venir á sofocar la revolucion española en el mismo lugar de su nacimiento, en aquella misma isla contra la que se estrelló inútilmente el poder de Bonaparte. Uno de los últimos nombres que vemos figurar en el campo de batalla en defensa de los Borbones de España es el de Rochejaquelein: no perdió su virtud la sangre vandeana en los llanos de Estremadura.

No seria justo dejar en olvido la parte que la renaciente marina francesa tomó en todos estos acontecimientos: por los bloqueos que estableció y por su ataque á Algeciras; fue ademas causa de la rendicion de plazas importantes y con la toma del castillo de Santi-Petri se abrió paso á la isla de Leon en cuyo punto se proponia desembarcar nuevas fuerzas. Todo fue grande, noble y caballeresco en esa expedicion de España. La Francia legítima conservará eternamente la gloria de haber prohibido los armamentos en corso, y de haber sido la primera en restablecer el derecho de propiedad respetado en todas las guerras continentales por las naciones civilizadas y cuya violacion en el derecho marítimo es un resto de la piratería de los tiempos bárbaros.

Antes de la entrada de esa expedicion en la península apenas se sabia si la Francia existia ó no existia; si tenia ó no ejército; si podia ó no contar con su fidelidad, supuesto que por tantas partes se esforzaban en corromperla, y por último si le seria posible sin peligro propio reunir algunos batallones. Forzoso era salir de esas dudas que á fuerza de ser propaladas por los calumniadores habian llegado á apoderarse de los hombres de mas capacidad, nada podia llegar á establecerse en un caso tal de incertidumbre. Presentóse una ocasion natural de apurar la realidad cuando fue necesario defender á la nacion del contagio moral de las turbulencias de la península. Hízose la experiencia y el mismo suceso que impidió el desarrollo de la revolucion en Francia dió á entender evidentemente que la legitimidad podia contar con su ejército.

Entre las circunstancias que figuraron en el extraordinario suceso de que nos ocupamos, ocurrió una que trataremos de indicar particularmente en beneficio de los intereses políticos nacionales. Esta fue la primera vez desde el principio de la monarquía que la Francia emprendió una guerra bajo un gobierno constitucional regularmente organizado y en presencia de la libertad de la prensa. ¡Cuántas personas, al abrirse la campaña, decian que seria imposible marchar sin suspender las libertades públicas! Figurémonos en efecto lo que habrian sido las operaciones militares de Bonaparte, si le hubiese sido lícito á una oposicion activa censurar los resultados, y exajerar los desastres! Y la Francia de la legitimidad al salir de una revolucion de treinta años, siendo presa aun del espíritu de partido y amenazada por una faccion que se sentia mortalmente atacada por la guerra de España, la Francia de la legitimidad se atrevió á emprender esa guerra sin imponer silencio á la opinion pública.

¡Cómo! La primera vez que la bandera blanca se presentaba en el campo de batalla al frente de un ejército, cuya lealtad tenian muchas personas interés en calumniar, cometió el gobierno la temeridad de dejar en libertad la prensa siendo asi que habria podido suspenderla legalmente. ¿No era casi evidente que no faltaria, como en efecto sucedió alguna vez, quien desnaturalizase los hechos, negase las victorias, inventase derrotas, criticase los planes, calumniase las intenciones, censurase á los generales, y convirtiéndose en campeon de los enemigos, mancillase hasta el principio mismo de una guerra justa? Pues sin embargo el rey legítimo se sintió con bastantes fuerzas para afrentar todo este peligro: para llevar á cabo la guerra no le era necesario acudir á nuevas conscripciones, ni tenia que ocultar ningun proyecto de ambicion: únicamente tomaba las armas pera sostener los derechos de la monarquía; y eso podia decirlo en alta voz, ninguna ley escepcional hacia falta para ocultarlo. La Francia ha demostrado que con un gobierno sólido y vigoroso puede la monarquía constitucional de Luis XVIII obtener triunfos tan brillantes, como la monarquía absoluta de Luis XIV.

Dos revoluciones truncadas de un solo golpe: dos reyes arrancados de las manos de los facciosos, tales son los efectos inmediatos de una campaña de seis meses. Otros resultados inmensos é incalculables se desprenden tambien para la Francia de ese acontecimiento. Por no hablar mas que del que tenemos inmediato á la vista diremos que la conducta observada por el ejército expedicionario pone á la nacion en la gerarquía de las grandes potencias de Europa y le asegura su independencia.

Las victorias de la revolucion no se han borrado

aun del todo, pero no ejercen ya sobre el porvenir una peligrosa influencia: el trono de los Borbones y el del usurpador están ya separados por nuevas victorias. Un caracter particular de órden y moderacion, el de la legitimidad ha sellado el éxito de esa expedicion en el que no se ha involucrado ningun sentimiento penoso : échase desde luego de ver que propendia á conservar, asi como otros propendian á destruir.

Los soldados franceses, que constantemente se modelan por la conducta de su general, han demostrado ser religiosos, disciplinados é intrépidos, reflejando, por decirlo asi, en cada uno de sus combates la imágen y las virtudes de su ilustre gefe. ¡Y qué gefe! el heredero de sesenta y ocho reyes, el príncipe que instruido por la adversidad debe ocupar algun dia el trono de Francia, y servir de ejemplo al hijo del milagro, al príncipe que habiendo estado largo tiempo oprimido por la revolucion, cuyo imperio iba á derribar, no ha encontrado en su corazon al llegar la hora del triunfo mas que generosidad para los vencidos, y misericordia para los culpables, plantando con una mano la bandera de la victoria y conteniendo con la otra al espíritu de las venganzas y salvando á las víctimas.

La Europa ha contemplado con admiracion el nuevo espectáculo de un ejército que nada ha costado al país en favor del cual se ha movido, de un ejército en cuyas filas todos los partidos iban á buscar proteccion, y que despues de haber llevado á cabo su empresa se retira sin llevar consigo nada, sin pedir nada mas que el amor del pueblo que ha salvado. La Europa ha contemplado con admiracion la conducta del príncipe que mandaba ese ejército y que en pos de si solo deja una memoria adorada y consejos llenos de indulgencia y sabiduría, que la Providencia se dignará hacer escuchar; pues no puede permitir que las pasiones corrompan ni desfiguren esa obra imperecedera.

Príncipe, objeto del respeto y admiracion pública, dignaos admitir el tributo de homenages que tan justamente se os debe! Lícito es alabar las victorias que la religion bendice y la moral reclama; victorias que consolidan la restauracion; que dan estabilidad al porvenir y que nos aseguran aliados que confian en nuestra fuerza y en nuestros principios, asi como nosotros confiamos en los suyos; que dan fin á la revolucion en Europa, é inauguran un nuevo órden de cosas en los asuntos humanos.

Mucha distancia hay de la Francia de 1815 á la Francia de 1823, y solo seis meses han bastado para consumar un renacimiento que solo del trascurso del tiempo podia esperarse. Que corazon francés no se enternecerá al contemplar la dicha que la providencia reservaba á esta familia tan acrisolada en la desgracia, á ese rey tan prudente é ilustrado; á su augusto hermano, cuyo corazon paternal tanta necesidad tenia de consuelo, á esa huérfana del Temple que encuentra un esposo en el Heroe que acaudilló el ejército que acaba de salvar á la España, y á esa ilustre viuda, asociada desde tan jóven á tan largas calamidades, y que no puede complacerse en la gloria de su hermano, el príncipe, sin pensar que habria podido tener un rival! Todos los franceses, cualquiera que sea el partido á que pertenezcan, deben tomar parte en la nueva gloria de Francia; esta gloria debe ser sin mancha para unos, porque adorna el trono legítimo, y sin peligro para los otros porque no destruirá la libertad.

SISTEMA POLITICO SEGUIDO POR EL MINISTERIO.

ADVERTENCIA.

Hay en el Parlamento de Inglaterra la costumbre de informarse de cuando en cuando del estado de la nacion. Esta costumbre es altamente útil á las libertades é intereses de la patria. Trábase un combate, cuerpo á cuerpo, digamoslo asi, entre la oposicion y el ministerio, y el público, interesado en este combate asiste á el como espectador y como juez. Los reglamentos de las cámaras francesas no admiten este procedimiento, pero seria de desear que llegase tambien á introducirse en esto país. Para suplirlo se ha tomado la determinacion de componer este opúsculo y publicarlo al principio de la nueva legislatura.

Antes de entregarlo á la prensa, se ha creido oportuno comunicarlo á muchos miembros de la cámara de los Pares y de la de los Diputados, los cuales han pensado que la publicacion de este escrito seria útil, y que en todo caso no podria tener inconveniente sino para el autor.

No falta quien ha querido decir que los realistas *paralizan con multiplicados obstáculos la marcha del gobierno, lo agitan, y acaso lo comprometen por un momento*.

Los realistas no tienen necesidad de justificarse. Bien sabido es como han defendido la monarquía: sus desgracias lo dicen con bastante claridad. Acaso en el curso de este escrito se hará recaer tan injusta acusacion sobre la cabeza de los que la provocan: acaso se probará que no son los realistas los que *comprometen* al gobierno, sino los hombres que por medio de un desacertado sistema de política, retardan la union de todos los franceses.

Supuesto que se obstinan en defender ese sistema; supuesto que un ministro acaba últimamente de ponderarlo como una obra maestra, preciso será demostrar que no es mas que una obra maestra, pero de inconsecuencias, violenta al par que débil, establecida por el ódio, vacilante por el miedo, y finalmente que es un sistema que ofende el amor propio y es antipático al caracter francés. Vosotros recomendais union y os desunís, vosotros estableceis libertad teóricamente, y sois arbitrarios al ponerla en practica; vosotros no hablais mas que de la Constitucion, y estais sin cesar pidiendo leyes escepcionales; vosotros encomiais la libertad de derechos, y os afanais por arrebatar á clases enteras de ciudadanos el derecho de elegibilidad; finalmente vosotros aislais el poder y convertís el ministerio en custodio de los intereses del hombre acomodado, y no en protector de los intereses de todos.

¿De qué manera el ministerio que favorece, ó tiene que acomodarse á ese sistema ha tratado á los hombres y á las opiniones?

¿Qué designio se ha propuesto al redactar las leyes?

¿Qué carácter politico ha tomado bajo su influencia la cámara de los Diputados? ¿En sus comunicaciones con está cámara ha comprendido bien el ministerio el espíritu de la Constitucion?

Estos son los puntos que conviene examinar.

La cámara de los Diputados de 1815 desagradó al ministerio, que se habia apoyado en la minoría y que durante algun tiempo creyó que podia marchar de ese modo. Bien pronto echó de ver que la empresa era mas difícil que lo que desde luego se habia imaginado. La órden de 5 de setiembre remedió este pequeño error.

Entonces echaron mano de nuevas elecciones, y de una circular del ministro de la Policia general para

impedir que las elecciones recayeran en individuos demasiado amigos de la causa del trono recurrieron tambien al expediente de suspender la vigilancia que sobre ciertos hombres ejercia la alta policía ó fin de que pudiesen ir á votar á los colegios electorales: diéronse órdenes á todos los empleados por sus respectivas dependencias para que interpusieran todo su influjo en las elecciones, si no querian perder para siempre la confianza del gobierno y enviáronse comisionados á los departamentos para prevenir el nombramiento de los señores Bonald, Grosbois, Brenet, Villele, Castelbajac, Torbin, Saieys, Lachaise Murel, Clermont, Mont-Saint-Jean, Kergorlay, Corbiere, etc. Preciso seria nombrar todos los miembros de la mayoría de la cámara de 1815 supuesto que el prefecto de Arras decia en su famosa carta: «Estoy »autorizado para decirlo, para repetirlo y para escri»birlo: el rey verá con disgusto ocupados los asientos »de la nueva cámara por los diputados que en la últi»ma legislatura se distinguieron por su pronunciada »adhesion á la mayoría opuesta al gobierno.»

Tomadas estas precauciones se dió principio á las elecciones que en algunas partes se inauguraron entre gritos de *fuera los curas, fuera los nobles* (1). Hubo colegios electorales que se separaron sin poder terminar sus operaciones: tres departamentos carecieron de representacion, y los otros no completaron mas que la tercera parte, ó cuando mas la mitad de sus elecciones.

Habiéndose el ministerio declarado de un modo tan furibundo é inconstitucional contra los realistas, se vió en la necesidad de proseguir su sistema á todo trance. Hace ya mucho tiempo que Tácito dijo: No se perdona la injuria que se ha hecho. Multiplicáronse entonces las medidas anunciadas en mi escrito intitulado *la monarquia con arreglo á la Carta*. Por consiguiente la situacion de los realistas se ha empeorado desde que el gobierno ha desistido de proscribirlos; pues entonces, si nada tenian, eran por lo menos acreedores al respeto; sino podian entrar como elemento en el gobierno usurpador, por lo menos se apreciaba su carácter, su constancia, y hasta su misma opinion: se confiaba en su probidad y se daba crédito á su palabra. ¿Qué papel representan ahora los realistas? Desnudos han quedado como en tiempo de Bonaparte; pero no tienen lo que entonces tenian que es la consideracion para sobrellevar el tiempo presente, ni la esperanza de mejorar en lo venidero. Que antes de la restauracion sufriesen el yugo, era una consecuencia inevitable de su posicion ¿pero es natural que suceda lo mismo en la actualidad? Aborrecidos como vencedores, despojados como vencidos tienen que oir que se les diga: «¿No estais contentos? ¿No teneis el gobierno que tanto habeis deseado y por el cual lo habeis sacrificado todo?» No falta quien les persigue con el grito de los asesinatos, invocando contra ellos la proscripcion como nobles, ó como si meditaran una invasion de los bienes nacionales. Y sin embargo los tenedores de bienes de los emigrados cultivan pacificamente sus campos en medio de la Vandé: ¡ejemplo inmortal de obediencia á las leyes y de la religion del juramento por parte de los realistas! Tales hombres son los que se ven condenados á permanecer bajo la tutela del ministerio, viéndose su honor vigilado por la policía, y sufriendo á cada paso nuevas molestias como hombres de sospechosa lealtad: efectivamente, por solo su lealtad son criminales.

No contentándose con tratarlos tan severamente los entregan al escarnio del público, intentando hacerlos pasar por unos imbéciles que han venido á caer en una especie de infancia (2). Si Montesquieu hubiese vivido hasta nuestros tiempos, dudo que el ministerio le hubiese encontrado capaz de entrar en el consejo de Estado. Parece que por todos los medios posibles, hasta por los del amor preplo, se esfuerzan en estirpar el realismo para arrancar las raices del trono: no quisieran que de la raza real quedara nada mas que algunos sepulcros diseminados en las márgenes del Drome y en los campos de la Vandé.

¿Y por qué se ataca con tanto denuedo á los realistas? ¿Por qué? Porque ellos no se defienden. Su virtud los pierde; su honor constituye su debilidad: hiérenlos sin temor de que se defiendan, porque sus agresores están seguros de que nunca rechazarán los golpes que reciben en nombre del rey.

Escúsanse diciendo que los intereses de la revolucion son poderosos, y que es preciso condescender con estos en muchos casos. Esto es muy justo; pero esos intereses están ya garantizados por la Constitucion y las leyes. Convenimos en que deben ser protegidos ¿pero se infiere de esto la necesidad de perseguir á los realistas? En todo tiempo han sido desconocidos sus servicios; pero solo á la nueva escuela ministerial incumbia convertir la ingratitud en principio de gobierno.

»¡Es tan escaso el número de realistas!» siguen diciendo. ¿Será esto una razon para proscribirlos?—Los realistas son muy numerosos como lo acreditan las elecciones; mas aun cuando no lo fueran ¿qué ventaja redunda en favor de los ministros de un rey de probar que no hay realistas? ¿No deberian por el contrario aumentar su número? Lejos de hacerlo asi han tomado la tarea de multiplicar los hombres de opinion diversa. En vano he dicho anteriormente: Cread realistas; el ministerio ha obrado en sentido opuesto. Alguna persona que al regreso del rey se habria contemplado muy dichosa de haber sido olvidada de todo el mundo ha llegado á comprender que es todo un personaje, y que se trataba de darle garantías. Por de pronto no se atrevía á presentarse y andaba solicitando humildemente de los amigos del trono que le ayudaran á conseguir su perdon: en la actualidad ya sabe que el es quien debe protejer á los amigos del trono. Lleno de admiracion, sale de su retiro, creyendo apenas lo que ve y acaso persuadido de que es un objeto de burla. Mas al fin sin poderlo comprender ve que es una realidad muy formal y que solo él es el hombre de talento, de capacidad, y el ciudadano eminente. Acepta con desden, cuanto le ofrecen con desvelada solicitud: no tarda en hacerse exigente y en hablar de sus derechos: considérase como oprimido, como perseguido; reclama, pero está seguro de no quedar completamente satisfecho hasta que habrá dado al traste con la monarquía legítima.

Hé aquí cómo lo que era una cosa insignificante, se ha convertido en algo. Parece que se han entretenido en reanimar el fuego, cuyos últimos restos principiaban ya á apagarse. Deplorable efecto del sistema adoptado por los que se creyeron obligados á sostener que la Francia era revolucionaria, y en seguida por no desmentir este aserto se vieron en la necesidad de crear un partido que supusieron que era el de la revolucion. Tal es el encadenamiento de nuestras vanidades, y desgracias.

Me dirán que el gobierno no quiso inclinar la balanza á ningun lado, ni ponerse al frente de ningun partido.

Por de pronto es cosa singular que los realistas sean considerados como partido en tiempo de la monarquia

(1) Un ministro ha dicho en la cámara de los Diputados que no tenía noticia de que en los colegios electorales de 1816 se hubiese expresado este voto: *No queremos nobles.* ¿Se habia olvidado de mi informe de 7 de octubre? (*Memoria de M. de Turzay*).

(2) Ya se contestó en la *Monarquia con arreglo á la Carta* á esta ridícula acusacion de incapacidad hecha á los realistas. En concepto de algunas personas la probidad es sinónimo de tontería.

en seguida tampoco es exacto que el gobierno no haya inclinado á ningun lado la balanza. Los realistas han sido repelidos: sus mas pequeñas faltas son castigadas con el mayor rigor, en tanto que la rebeldía, y los ultrajes á las banderas y al nombre del rey encuentran corazones indulgentes, y excitan piedad y misericordia. La suerte de los conspiradores provoca compasion. «Los realistas son los que les impelen á tales excesos!» No es buen medio de agradar á los campeones del sistema el descubrir conspiraciones que revelan su debilidad y ponen de manifiesto el peligro.

Solo bajo un punto de vista se obra con imparcialidad; el ministerio no tiene inconveniente en olvidar los ultrajes cometidos y los servicios hechos durante los Cien-dias. Nada significa haber pedido á los aliados un rey cualquiera, excluyendo al legítimo soberano, así como tampoco significa nada el haber sido llevado á París atado de piés y manos á ser pasado por las armas en concepto de comisionado del rey. Me engaño: no hay paridad en este caso: puede conseguirse amnistía por haber estado en Gante..... Suprimo el otro término de la comparacion.

Triunfan á pesar de esto porque todo marcha aun pacíficamente, y porque las últimas consecuencias de ese sistema permanecen ocultas en el porvenir. ¡Los hombres de limitada inteligencia están contentos y llenos de exaltacion; pero esperen! La revolucion no puede producir mas que revolucion; para consolidar un gobierno de derecho no conviene poner en práctica las máximas de un gobierno de hecho; para no tener ningun objeto de temores á nuestro alrededor, no conviene que los agentes del poder separen de nuestro lado á los verdaderos amigos: ¡débil é imprudente política! Ni los perversos creen en la duracion del bien que se les dispensa al ver el mal que hacen á los hombres honrados. Su conciencia les grita: «Si de este modo tratan á la leña verde, ¿qué harán con la seca?» Confian en los realistas si vuelve á llegar la hora del peligro; cuentan con la conciencia de estos y no les falta razon. Pero ¿por qué no tratan tambien de captarse su voluntad? Dos seguridades valen mas que una.

Dispersando á los antiguos amigos del trono, se acababa de alcanzar sobre los realistas una victoria tan útil á la monarquía; gravitando sobre el resorte revolucionario, este habia producido su efecto acostumbrado. Folletos llenos del espíritu de estas palabras de bendicion : ***Guerra á los palacios, paz á las cabañas*** habian afortunadamente reanimado, para paz y prosperidad de la patria, el odio contra la nobleza y contra la religion, es decir, contra dos principios consagrados cuando menos por la Carta, suponiendo que el primero no sea considerado como elemento natural de la monarquía, y el segundo como fundamento de toda sociedad. Mas hé aquí que de repente acaece un cambio de escena : hé aquí que en medio del triunfo resuena un grito de dolor : habiase aprobado con la mejor intencion del mundo una ley electoral, sin calcular los resultados : apoderóse de los ánimos el terror ; ya no se trata de sistemas ; no se piensa ya en lo que se hizo en las primeras elecciones contra los realistas : invócase su apoyo. En 22 de setiembre se dijo : «Realistas puros, realistas cons»titucioneles, realistas anteriores ó posteriores á la »Carta, tratad de uniros : vuestra causa es la que se »va á sentenciar.» (*Diario de los Debates*). Era preciso que los realistas (declarados en un artículo anterior enemigos de la ley electoral) acudieran pronto para impedir el mal que se iba á hacer á esa ley : suponíanse partidos, divisiones y matices, despues de haber dicho cien veces que todos los partidos se habian extinguido : volvian á anunciarse peligros, despues de haber dicho que ya no existian, y que gracias al sistema de gobierno la nacion toda se hallaba dichosa y tranquila. El 23 de setiembre se decia : «Elegid »hombres contra quienes no sea posible alegar los su»cesos del 20 de marzo cuando hablarán de justicia y »libertad. Realistas, vuestra opinion se halla dividida »en varios matices ; pero reunios todos, pues se trata »de oponerles nombres que recuerdan la república ó »la usurpacion de los Cien-dias. Puede haber eleccion, »que sin tener una importancia inmediata por sí »misma, seria peligrosa solo porque podria producir »un escándalo.» (*Diario de los Debates.*) En 24 de setiembre se decia. «No son los redactores del Acta »adicional los que merecen hablar en nombre de la »Constitucion á la asamblea nacional. . . . . .

». . . . . La Constitucion, obra del rey, no debe »ser confiada á unos hombres que en la tribuna vota»ron el destierro de su dinastía.» (*Diario de los Debates*) Olvidábanse que la cámara actual de Diputados cuenta en su seno varios representantes de la cámara de Bonaparte, que votan con el ministerio; olvídanse que otros *representantes* presidian los colegios electorales, y que el ministerio por consiguiente los habia tácitamente designado á la eleccion de sus conciudadanos, y olvídanse que en aquellos instantes habia departamento que presentaba por entero la diputacion de los Cien-dias, y se hacian acreedores á la justa contestacion de un candidato que creyéndose insultado, consideraba como una cosa extraña que el partido ministerial marcase los hombres del 20 de marzo, cuando aun estaban muchos de estos ocupando los mas elevados destinos.

Sin duda negarán ahora el terror que tuvieron, y las cándidas confesiones á que dió lugar. «La ley era defectuosa; nos engañamos: ya volveremos á tratar de esta ley...» No hablaban en aquellos momentos mas que de union y concordia : á los mas oscuros realistas se rogaba que volaran á socorrer al ministerio: haciase el elogio de ellos diciendo : son unos hombres llenos de honor y de probidad. «Se alcanzó la victoria; pasó el miedo y se olvidaron sus consecuencias. El abrazo que se habia dado á los realistas el dia antes vino á parar en volverles la espalda al dia siguiente.» Tiene uno que valerse de traidores; pero nunca pueden merecer aprecio, decia en otro tiempo un ministro, y esto es lo que al parecer dicen tambien los actuales ministros.

¿Será pues así como en medio de las luces del siglo XIX, en un país que ha llegado al último grado de civilizacion, en una nacion ilustrada por su reciente experiencia, y por sus dilatadas desgracias se trata á unos hombres razonables? ¿Así es como en menos de un año han de precipitarse en los extremos opuestos? ¿Tiene nadie el derecho de designar como incapaces de poder ser elegidos miembros de la cámara de los Diputados á unos hombres que por otra parte tienen en su favor todas las condiciones para poder ser elegidos? Los realistas han sido denunciados por toda la prensa para separarlos de las precedentes elecciones; otra clase de ciudadanos ha sido mancillada en esos mismo periódicos para alejarles de las últimas elecciones. Si la prensa hubiera gozado de libertad, sus opiniones carecerian de consecuencia; pero la prensa es esclava del ministerio y sus ideas deben considerarse como el pensamiento del gobierno. En el momento que segun el régimen constitucional importa mas el conocer la opinion pública, no se ha dado oido mas que á la opinion, excelente sin duda, de algunos hombres colocados en el poder, y que hace meses pensaban enteramente lo contrario; que enviaban á votar en las elecciones de 1816 á los mismos hombres que consideraban indignos de ser elegidos en 1817.

¿Tan deplorables variaciones no anuncian un nuevo sistema político? ¿Veremos volver á los realistas? Otra inconsecuencia : tampoco se quiere eso. En la segunda restauracion se hicieron purificaciones en un sentido, fueron llamados algunos realistas y luego se les destituyó para colocar á los que primeramente ha-

bian sido *purificados* : en la actualidad esos mismos hombres predilectos son tratados por segunda vez como enemigos. ¿Cuándo acabaremos? Se abraza un sistema; luego se le tiene miedo, y por último se carece de fuerza para cambiarlo. Se ofende á todas las opiniones, y se inspiran sospechas á todo el mundo, y en medio de los enconos que se han reanimado, sin cuidarse de borrar los males del tiempo pasado, ni de preparar remedios para el porvenir, permanecemos rodeados de una multitud de enemigos, que cansados de tanto sufrimiento, juzgan á quien asi los trata, como poco sincero, ó como incapaz de dirijir los asuntos humanos.

Hé aqui, considerado en su espíritu general, ese sistema político que se presenta á nuestra admiracion y á la de la posteridad. Veamos ahora que leyes han propuesto y si bajo este concepto han comprendido mejor los intereses de la monarquía legitima y los principios de la Constitucion.

Principiemos por la ley elecoral.

No repetiremos lo que se ha dicho ya contra esa ley; jamás se profundizó mejor ninguna discusion en ambas cámaras (1).

Cuando se reflexiona que el artículo principal de esta ley no fue aprobada en la cámara de los Diputados mas que por una mayoría de doce votos, y por otra de catorce en la cámara de los Pares; de manera que pasando á la minoría siete votos en la cámara de los Diputados y ocho en la de los Pares, habria bastado para cambiar toda la economía de la ley; cuando se reflexiona que para ganar la votacion fue preciso hacer concurrir á la cámara de los Pares á varios de sus miembros que se hallaban enfermos, y que cinco ó seis pares opuestos á la ley no asistieron á la sesion, se encuentran ciertamente motivos que pudieron hacer vacilar á los mismos ministros por lo tocante al juicio que se debe formar de esta ley.

En Inglaterra, el ministerio habría retirado un bill fundamental que no hubiese sido aceptado por un número mayor de votos. Los ministros franceses, mas ilustrados sin duda, siguen aplaudiéndose de la ley electoral. «*La órden de 5 de setiembre*, acaba de decir uno de ellos, *y la ley electoral le han hecho conocer* (al pueblo) *los verdaderos defensores, los verderos amigos de la Carta y de la libertad*. (Discurso de señor ministro de la Policía general.) Estrañas palabras despues del miedo que manifestaron en las elecciones, y despues de los artículos del *Diario de los Debates*, que hemos citado.

Acaso no se concebirán las razones del terror que les inspiraron ciertos candidatos: terror injurioso para los que le inspiraban, y que no hubiera debido ser manifestado por parte de los que lo sentian. Supongamos por un momento á pesar de nuestras intimas convicciones, que tales motivos de terror tuviesen fundamento. ¡Y qué! Por haber unos hombres, cuyos principios asustaban al ministerio dejado de ser elegidos solo por un pequeño número de votos, ¿tendreis motivo para cantar victoria? Estais contentos de la ley electoral: os doy la enhorabuena; pero no os la doy de que hayais hecho saber á la Francia y á la Europa por medio de periódicos sujetos á vuestra censura, que ha habido departamento en que mas de la mitad de los electores presentes han concedido su voto á unos hombres, que segun sus mismos periódicos dijeron, habian votado en la tribuna el destierro perpetuo de la dinastía de los Borbones.

No debia pues reducirse para el ministerio la cuestion electoral á saber si se evitará una vez ó dos acaso por un concurso casual de circunstancias la presentacion de diputados como los que de un modo tan inconstitucional, por no valerme de otra expresion mas dura, llamo peligrosos; lo que debia tratar de decir era si en un tiempo dado no llegarian á presentarse tales diputados á pesar de la oposicion de la autoridad. El problema puede resolverse por una simple oposicion aritmética: ¿Cuántas reelecciones se necesitan para que los candidatos denunciados por la prensa periódica lleguen á formar la mayoría de las cámaras? Hágase la regla de proporcion y súmese.

Sin duda para contestarme reproducirán la poderosa razon que acostumbran alegar. «Supuesto que los »hombres que tememos son tan fuertes, preciso es »alhagarlos. Luego en vez de revisar la ley electoral »conviene que nos echemos en brazos de los mismos »que habíamos declarado por enemigos.»

Pero en este caso ¿por qué habeis querido separarlos de las elecciones? ¿Alhagais á los que acabais de ultrajar? Os despreciarán. El imperio romano pagó tributo á los francos por haber momentáneamente comprado una paz humillante que concluyó por una guerra de esterminio.

Si no se considera pues la ley de elecciones mas que en relacion á los intereses de los hombres del poder que la propusieron, no cabe duda de que estos se olvidaron de su propia devilidad: creyeron que existia un partido medio con el cual esperaban conseguir la victoria. Con esta persuasion despreciaron á los realistas que habian separado de las elecciones de 1815 y á los independientes á quienes querian escluir de las elecciones de 1816 (1). Sin embargo, los que gobiernan no deben ignorar los hechos, y los hechos son los siguientes:

La ley electoral designa generalmente una clase de electores en la que acaso no hay tantos realistas como en las clases que pagan mas ó menos de cien ducados de contribucion. A pesar de esa desventaja de la ley se ha demostrado por un término medio tomado en los departamentos llamados á las últimas elecciones, que la opinion de los diversos partidos se ha manifestado en las siguientes proporciones: dos quintas partes de realistas, el mismo número de independientes y la mitad de ministeriales. De manera que si unas veces los realistas por temor de los independientes y otras veces estos por temor de aquellos no hubiesen votado con los ministeriales, no habrian estos tenido ni un solo diputado: de manera que si el año que viene los realistas y los independientes votan constantemente sin salir de su fraccion, las elecciones recaerán por necesidad en independientes y en realistas; de manera que si los realistas cansados de una lucha tan penosa, cansados de una abnegacion tan mal apreciada se retiran (2) de los colegios electorales los independientes conseguirán un triunfo completo.

¿Qué hará en tales circunstancias el ministerio? ¡Disolverá la cámara! ¿Puede hacerlo en la actualidad segun su propia opinion sin peligro para él ó para la legitimidad?

Sin peligro para él, si las elecciones son realistas é independientes.

Sin peligro para la legitimidad, si las elecciones son puramente independientes y juzgando por todo lo que ha querido darnos á entender en su ataque contra esa fraccion.

¿No seria una cosa funesta si el primer ensayo que se ha hecho de la ley electoral presentase bajo el ac-

(1) Si se desea ver el cuadro de esta discusion podrá encontrarse superiormente trazado en la *Historia de la legislatura de 1816* por Mr. Tevee.

(1) En un escrito como este es donde conviene hablar con toda claridad y ponerse al alcance de todo el mundo. Por lo tanto nos hemos visto obligados á dar á cada partido la denominacion con que se distinguen. Mucho sentimiento nos ha causado tener que obrar de este modo: los realistas saben muy bien qué dolorosos recuerdos van unidos á esas designaciones, que principian expresando una opinion política y concluyen matando victimas.

(2) Muchos electores realistas se han abstenido de ir á estas elecciones: han hecho muy mal.

tual ministerio un obstáculo moral al ejercicio de la mas importante prerogativa de la corona?

Bien podria uno consolarse de que algunos hombres se hubiesen engañado por lo tocante á sus intereses particulares, lo cual no probaria sino que habian hecho mal de ofender á las dos clases mas numerosas de la nacion, creyéndolas insignificantes. Mas si su equivocacion comprometia los intereses de la corona, muy lamentable seria semejante error. Es muy de temer que una ley electoral en que la influencia legal de los propietarios, ni el patronazgo de los mas altos dignatarios contrarestan la accion popular, siembre otra vez en las instituciones gérmenes del republicanismo. El proyecto de la ley sobre quintas acaba de aumentar el temor de los amigos de la monarquía.

Este proyecto infringe decididamente muchos artículos de la Carta: sin detenerme á detallar sus numerosos inconvenientes, me contentaré con decir que el título sobre *ascensos* quitaria á la corona su mas importante prerogativa: el rey dejaria, por decirlo asi, de ser dueño del ejército, y una fatal confusion haria pasar el poder ejecutivo al poder legislativo: esta fue la mayor falta de la asamblea constituyente. ¡De manera que nada habremos aprendido con la revolucion! ¡La misma temeridad que nos impelia hácia los escollos antes de la tormenta, nos ha de impeler aun despues del naufragio!

Ni en las mismas repúbicas se ha arreglado nunca el modo de ascender en el ejército por medio de una ley: en una monarquía debe ser cuando mas objeto de una real órden. El mismo monarca no tiene derecho de despojarse de su poder ejecutivo, que es una cualidad inherente á la monarquía, y reside única y exclusivamente en la corona para felicidad del pueblo, para paz y gloria de la patria.

Tambien se reprodujo durante esta legislatura una triste ley escepcional para los periódicos: la discusion de esta ley dió lugar á una objeccion á que desde luego conviene contestar.

Se ha acusado pues á la minoría realista que hoy vota por la libertad de la prensa de haber dejado pasar en 1815 cuando era mayoría la ley sobre censura de los periódicos.

Nótese por de pronto que es la cámara de los Diputados de 1814 y no la de 1815 la que estableció provisionalmente la censura: la cámara de 1815 no hizo mas que prorogarla relativamente á los periódicos; pero ¿en qué circunstancias lo hizo? Despues de los Cien-dias, cuando la nacion acababa de sufrir un trastorno, cuando estaba rodeada de tantas facciones, cuando tantos intereses ofendidos, tantas pasiones escitadas amenazaban la existencia de la monarquía, cuando tantos hombres colmados de beneficios por parte del rey se habian entregado á la mas inconcebible traicion y cuando los aliados ocupaban á París, Lyon, Marsella, y finalmente toda la Francia hasta el Loire!

Si las dos cámaras en circunstancias tan graves creyeron necesario reprimir temporalmente la prensa, ¿estará autorizado el ministerio que pide actualmente esta represion para hacer cargos á las cámaras que usaron de ella en aquellos momentos? ¿Solo porque entonces se adoptó esta medida creerán ahora que es necesario sostenerla á pesar de haber variado los motivos que la produjeron? ¿Cuando el parlamento inglés suspende el *habeas corpus*, se obliga por ventura á irlo suspendiendo de año en año? nosotros negamos hoy nuestro voto á la censura, precisamente porque se lo dimos entonces, y se lo negamos porque no pudiendo ahora ser útil al Estado, no puede ser útil mas que á las pasiones de una autoridad que abusa de ella.

Siguen diciendo. ¿En qué consiste que la libertad de imprenta (no se trata al presente mas que de esta cuestion), en qué consiste que esta libertad es reclamada tanto por los que la consideran indispensable en un gobierno representativo, como por los que la contemplan como peligrosa? — Eso consiste en el abuso que se ha hecho de la censura. Si se hubiese dejado á los periódicos una decorosa libertad de opinion, si nadie hubiese podido ser calumniado sin concedérsele medios de defensa, si no se hubiera convertido la censura en arma de partido; si las obras hubieran podido ser anunciadas con alabanza ó con vituperio segun la opinion del crítico; si la censura se hubiese limitado á suprimir la parte que le hubiera parecido conveniente de un artículo, sin añadir nada de su propia cosecha; si no se hubiera obligado nunca á un redactor á insertar contra su voluntad esos párrafos políticos que no pueden perder el olor de las oficinas de donde han salido, si finalmente se hubiese respetado la propiedad de los periodistas sujetos á la censura, no hay duda que con tan atinada conducta, se habria disminuido el número de los partidarios de la libertad de imprenta entre los que no entienden á fondo la cuestion constitucional; mas la censura no ha servido sino para hacer mal y oponerse al bien. Cuando los mas indignos libelos, cuando los mas detestables periódicos circulan sin obstáculos, en tanto que las obras mas útiles y de mejor intencion están llenas de trabas, el hombre menos favorable á la libertad de la prensa se hace amigo de ella, y supuesto que puede verse tan comprometido por la esclavitud de los periódicos, como temia serlo por su libertad, prefiere hacerse partidario de una opinion que por lo menos le facilita medios de defensa, á seguir un partido que privándole de ellos no le deja ni las probabilidades del combate.

Y todas estas razones no son mas que las que se deducen de las opiniones individuales; pues entrando de lleno en el fondo de las cosas no podria menos de verse que los periódicos sujetos á la dependencia de la policía alteran y desnaturalizan el gobierno representativo hasta el punto de hacerlo desconocido.

Con relacion á la política exterior quedan los miembros de ambas cámaras en una completa ignorancia: muchas veces nos vemos obligados á buscar en los periódicos extranjeros las cosas que mas interesan á nuestra patria. Un corresponsal de Paris escribe en el *Correo inglés*: algunas veces calumnia á las personas; mas tambien da noticias á los ingleses de lo que hacen los embajadores franceses, de las negociaciones que están arreglándose y de los tratados que se van á cerrar, nosotros no merecemos estar al corriente de lo que tan de cerca nos toca. (1) Sin embargo semejantes noticias deberian figurar mas bien en los periódicos de París que en el *Correo inglés*, y esto seria mucho mas decoroso para la nacion.

Con relacion á la política interior ya en otra parte (2) hemos dicho como la censura ataca á los principios del órden judicial, prohibiendo á los periódicos hablar, cuando dan cuenta de una causa criminal, de la parte de la substanciacion en que se encuentren mezclados algunos agentes de policía. (3)

(1) El año pasado hice saber á la cámara de los Pares la existencia de un tratado entre Francia y la ciudad de Hamburgo impreso en todos los periódicos de Europa, menos en los de Francia. Este año antes de permitirse la publicacion del concordato á los periódicos de Paris se habia estampado ya en toda la prensa extranjera y hasta en algunos diarios de los departamentos.

(2) Vease la *Monarquía con arreglo á la Carta*.

(3) ¿Habrá que creer en otro género de procedimiento, relativo á los delitos de la prensa que he leido en las *últimas conclusiones* atribuidas á los S. S Combe y Dunoyer? De esta conclusiones resulta que los redactores del *Censor* han sido perseguidos por ciertas notas contra los misioneros y contra los oficiales vandeanos: notas que se les habian comunicado y que ellos creyeron procedentes del ministerio. Aun se espera la explicacion de este asunto, como único medio de poner fin á tal escándalo.

Por lo demás la policía tiene tanto interés en disponer de los periódicos para gozar del ilegal presupuesto de 150,000 francos que es muy natural que haga todo lo posible para que no salgan de su dependencia. Si todos estuviésemos en posesion de nuestras libertades ¿de qué serviria la policía? ¿con qué se mantendria? Esperemos que siendo para lo sucesivo agregado el gasto de la policía al presupuesto general, tratará de ser mas condescendiente por lo que toca á la censura de los periódicos; que publicará el estado de su recaudacion y gastos, y una lista puntual de los sueldos que gozan sus dependientes.

Hay una peligrosa prevision en no conceder hoy libertad á los periódicos con una buena ley de represion. Es una máxima de Estado, que un gobierno no debe rehusar lo que la fuerza de las cosas está á punto de arrebatarle; hoy no tendreis que conceder mas que una libertad de imprenta: mañana os obligarán á soportar su desenfreno.

Todo el mundo quiere que los periódicos sean libres pues aun aquellas personas que se oponen á la abolicion de la censura en la actualidad nos la prometen asi que se pase un año. Si todo se reduce á una cuestion de tiempo, todo se limitará á saber, cuál será la época mas oportuna para la libertad de imprenta. ¿Pensarán que será menos peligroso concederla cuando los aliados se retiren, y cuando la ley electoral haya cambiado otra quinta parte de la cámara de los Diputados? ¿No seria mas prudente acostumbrarnos á esta libertad ahora que conocemos nuestra posicion, y en tanto que vamos caminando por senderos trillados? Por lo menos sus primeros efectos habrian ya pasado cuando todo llegue á cambiar de aspecto en la nacion: ¿no podrá unirse la explosion que producirá la prensa al soltarse de sus trabas con la que necesariamente resultará de verse el pais enteramente libre de la ocupacion extranjera? Si se pensara algo mas en los intereses de la patria, y en la cuestion de los periódicos no se vieran siempre mezclados los intereses particulares del ministerio, es de presumir que se haria caso de lo que yo digo.

¿No tendremos nunca noticia de los asuntos, y estaremos limitados á ser tristes testigos de lo que esta pasando á nuestra vista? En vano se adquiere una mayoría, si las leyes que se le presentan son tan defectuosas que la razon las rechaza y la mas decidida benevolencia no puede aceptarlas sin enmiendas: esa mayoría viéndose en la precision de votar contra sus inclinaciones acusará por su voto mas bien á los autores de ley que á la ley misma.

¿Se aprobará el concordato? no sucederá asi probablemente sin sufrir vigorosa oposicion, y esta nacerá tal vez de los mismos bancos donde el ministerio buscaba su apoyo. Esta circunstancia demostraria que no se tiene aun conocimiento de los hombres. ¿Habrá razones secretas ó públicas, como se ha dicho por algun tiempo, que hagan retirar el concordato? La opinion pública nunca perdona semejantes ensayos, y los hombres de Estado que andan palpando, digámoslo asi, y adoptando providencias á medias no pueden esperar otra cosa en pos de ellas mas que la desconsideracion.

Finalmente, fíjese la atencion en la suerte de la ley sobre la libertad de imprenta; por de pronto separaron de ella del modo mas raro el último artículo para convertirlo en ley particular sin consideracion á la categoría que ocupaba en la série de los artículos y sin tener presente la influencia que pudo tener en la opinion por lo tocante al modo de determinar las enmiendas, supresiones y adopciones, cuando no era mas que un artículo de la ley general. Diéronse prisa á presentar á la cámara de los Pares una cosa que en su orígen no era ni proyecto de ley, ni artículo de un proyecto de ley, ni enmienda de la cámara de los Diputados á un proyecto de ley, sino una enmienda de la comision de la cámara de los Diputados hecha al último artículo de una ley compuesta de veinte y siete artículos. No se sabe precisamente cómo debe llamarse ese *ente* extraordinario, parte *perecedera* de una ley *inmortal* á que estaba unida. La duracion de su vida depende de lo que tarde en reunirse la próxima legislatura.

En tanto que lentamente se iba discutiendo en la cámara de los Diputados la ley general, su malhadado fragmento apenas tenia tiempo para presentarse en la cámara de los Pares: preciso es, decian, que se apruebe antes del 31 de diciembre, á fin de que al espirar la antigua ley tenga el consuelo de ver á su heredera antes de morir: menos afortunado el pensamiento que el esclavo romano no tendrá en todo el año ni un dia de fiesta en que bajo la tutela de alguna divinidad pueda aflojar sus cadenas.

Apenas los ministros consiguieron arrancar de la ley general el artículo concerniente á los periódicos, tuvieron que pagar su victoria perdiendo la mayoría en otro artículo: y no se pasó mucho tiempo sin tener que sufrir otra derrota. Cierto es que triunfaron al hacer desechar la enmienda en favor del jurado; pero ¡qué deplorable no fue este triunfo para la nacion y para el mismo ministerio! Cuando se entregan á merced de las disputas humanas, esas cuestiones que afectan á la vez los intereses mas caros y las pasiones mas vivas, seria por lo menos conveniente que el valor de la victoria recompensara el peligro de la empresa. Por último la ley fue adoptada. Algunos votos únicamente y como á pesar suyo la entregaron al ministerio que no temió presentar á la aprobacion de la cámara de los Pares, á la sancion del monarca, y al respeto de la nacion un proyecto de ley que apenas tenia un principio de existencia pues no contaba mas que con la mayoría de diez votos.

El artículo sobre la prensa periódica será tal vez adoptado por la cámara de los Pares; mas como no tendrá efecto sino hasta el último periódo de la siguiente legislatura, volverá á discutirse al año siguiente. Cométese una insigne imprudencia en andar cada año poniendo en tela de juicio los principios del órden social. ¿Qué resultará de estos últimos debates? La profunda afliccion que causan á todos los franceses unas medidas tan desacertadas, unos proyectos tan mal concebidos, y unas tan fatales equivocaciones respecto de los hombres y de las cosas.

Falta considerar el ministerio en sus relaciones con la Constitucion; ver qué ha hecho la cámara de los Diputados bajo su influencia; qué nociones ha tenido del gobierno representativo y cuál es en este concepto su sabiduria ó su ignorancia: hecho esto habremos recorrido todo su sistema.

Presenta la cámara de los Diputados un aspecto tan singular como nuevo. Una mano poco firme la ha dejado dividirse en varias fracciones. En las dos extremidades se presentan los hombres que quisieron invalidar las elecciones en 1815 y 1816. Estos componen dos minorías, de las cuales la primera es la mas numerosa.

En el centro, de lo que deberia ser mayoría, se ha formado un tercer partido, el cual parece compuesto de hombres ilustrados que no han podido sacrificar sus luces á unos ministros, cuyos sistemas sienten no poder seguir.

Aquí es lugar de dar á comprender en vista de un simple informe del ministerio, el inconveniente de haber disminuido el número de los diputados, y cuanto se equivocaban los que creian que una cámara reducida á doscientos cincuenta miembros, seria mas fácil de dirigir que hallándose compuesta de cuatrocientos ó mas miembros. En una asamblea poco numerosa, diez ó doce votos que se agrupan y aislan adquieren importancia y cambian la mayoría. El ministerio se ve en la precision de entrar en negociaciones con esas pequeñas potencias, y queda al arbitrio de

unos pocos votos que no habrian tal vez perdido si la asamblea siendo mas numerosa le permitiera no hacer caso de ellos.

La pequeña mayoría cuyo gérmen existia en la cámara desde la última legislatura, adquirió nuevas fuerzas durante este último año. Acaba de presentarse con mesura y talento, y ha defendido, como la antigua minoría, los principios conservadores de la Carta.

Por lo tocante á esta antigua minoría, compuesta de la mayoría de 1815, debe decirse que ha seguido conservando exactamente la posicion que tenia el año pasado, y que continuará emitiendo concenziudamente su modo de pensar. La religion, la legitimidad y la Carta con todas sus libertades no arbitrariamente suspendidas por leyes escepcionales sino sabiamente arregladas por leyes permanentes, hé aquí todo lo que desea la minoría; cuantos quieran, sin escepcion de personas, pasar á este terreno, pueden estar seguros de encontrarla: allí es donde sin intrigas y sin ambicion podrán verla sostener con mano firme en la tribuna la bandera blanca y sustentar una opinion que algunos pretenden desalentar. El cansancio de los realistas seria la mayor desgracia que pudiera suceder á la monarquía: para no caer en ese desaliento es preciso tener una dósis nada comun de longanimidad.

La política adoptada al dar nacimiento á las minorías realistas de las dos Cámaras, ha causado un daño incalculable. Minorias son estas que pueden ser llamadas anti-naturales; pues nadie puede acostumbrarse á ver en las filas de la oposicion á unas personas conocidas por su leal adhesion á la corona. De cuantos deberes han cumplido hasta el presente los realistas, acaso ninguno les habrá sido mas sensible que el tener que votar contra proyectos que se les han presentado como emanados de la régia voluntad.

La oposicion naural deberia al presente ser la oposicion democrática combatida por una fuerte mayoría realista (1). Con semejante oposicion el ministerio de Estado podria marchar sin temor y sin trabas; pero la falta de ochenta miembros en la cámara de los Diputados y sesenta en la de los Pares, casi todos conocidos por sus sacrificios y adhesion á la monarquía, muchos de ellos pertenecientes á la servidumbre particular del monarca, y nobles compañeros de su destierro, dan á las minorías una fuerza demasiado extraordinaria, para que no se eche de ver desde luego un vicio radical en la administracion gubernativa.

En vano dirán que los diputados que faltan, si bien eran hombres de probidad, marchaban sin embargo desencaminados: un error puede pertenecer á uno ó á varios hombres; pero nunca puede ser patrimonio de un número considerable de vasallos leales, adictos, sinceros y religiosos. ¿Qué causa puede impelerlos á una oposicion tan penosa para ellos? ¿la ambicion? Pero en esos nobles ancianos de la cámara de los Pares, cansados ya de los percances de una larga existencia nadie ha podido descubrir mas ambicion, que la de seguir los pasos de su desgraciado monarca y ayudarle á soportar la corona cuando pesaba demasiado sobre su cabeza. Cortesanos del tiempo de su adversidad, no aspiran á ser ministros en los tiempos prósperos. Con su noble conducta se han grangeado un título mas hermoso, un título que ningun poder humano les puede arrebatar: el ser llamados *amigos del rey*.

En la antigua minoría de la cámara de los Diputados no se ven mas que ciudadanos modestos, lealmente adictos, ó noblemente convertidos á la causa del trono. ¿Quién les consuela de sus penosos trabajos? ¿Tienen como en Inglaterra periódicos que les defiendan, fortunas ó una existencia que les indemnicen de la pérdida del favor? ¿Se les ve en casa de los ministros? ¿Intrigan en las antesalas? — Viven entre sí con la sencillez de sus costumbres, sin pretensiones, sin mas objeto que procurar el triunfo de la monarquía legítima, sacrificando en silencio hasta los intereses de su familia envuelta en su desgracia, y no oponiendo á las calumnias mas que el testimonio de su conciencia. Ningun partido sacan de la nombradía que han adquirido: déjanla por decirlo asi, con sus vestidos y no vuelven á usar de ella sino en la tribuna: esos hombres de bien, tan temidos de los ministros, tan apreciados de la nacion apenas se han dejado ver en la capital.

Semejante oposicion ejerce necesariamente una considerable influencia en la opinion. ¿Por qué fatalidad han de ser dos cosas distintas la monarquía y los realistas? Los hombres sencillos no acaban de comprender tan extraña distincion: no saben donde está la verdad, ni á qué lado deben colocarse; asi es que flaquea ese cúmulo de voluntades en que la nacion deberia apoyarse, y del cual deberia sacar todos sus medios de defensa y vigor.

Oyese un clamor: ¡*Los realistas votar con los independientes*! ¡*Los realistas inscritos con ellos para hablar contra la misma ley*! ¡*Qué malhadado espíritu de partido*!

¿De dónde sale ese clamor? ¿Quién se toma tanto interés por el honor de los realistas? ¿Serán por casualidad sus enemigos? ¡Tienen una tan alta idea de nuestra virtud! Hace dos años que se calumnia del modo mas infame á los realistas: trátase de conjurar contra ellos la opinion pública: todos los periódicos, hasta los extranjeros pagados por los franceses, los maltratan: quisieran consumar su perdicion en toda Europa; y cuando la historia registrará los archivos que hoy están cerrados á sus indagaciones, aparecerán tal vez documentos que probarán el grado de encarnizamiento con que ha perseguido el odio á la lealtad. Los realistas han tenido que apurar todos los sufrimientos, y se llevaria á mal que los realistas no se dieran prisa á alargar la mano á sus imprudentes perseguidores cuando estos llegan á colocarse en una mala situacion. ¡Es la patria, dirian entonces, la que hemos de salvar! ¿Y quién ha comprometido á la patria? ¿No es una política mezquina y apasionada la que ha producido las divisiones que actualmente existen? Si no se cambia de sistema, ¿no será la mayor calamidad el dejar en el poder á los que nos pierden con ese sistema? ¿No seria su retirada el primer requisito de la salvacion de la patria?

¡*La antigua minoría de la cámara de los Diputados votar con la nueva*! ¿Por qué los que se escandalizan de esta coincidencia de votos son mas escrupulosos por lo tocante á los realistas, que por lo tocante á sí mismos? ¿No votaron por la ley electoral con esos mismos hombres cuyo prestigio ha pasado ya? Valiéronse de los independientes para organizar los sucesos del 5 de setiembre contra los realistas: ¿echarán mano de estos para hacer otro tanto contra los independientes?

Los realistas defendieron durante el año que acaba de pasar, la libertad de imprenta: ¿deberán hoy mudar de opinion porque hay otra minoría que tambien participa de ella? ¿De qué servirian en tal caso los discursos que pronunciaron el año pasado? Si pudiesen mudar tan súbitamente de parecer sin una razon motivada y evidente, serian dignos de que la nacion y la Europa los contemplara con sarcástica sonrisa. Decíase que los realistas eran incapaces, y ahora se lleva á mal que no se precipiten contra unos hombres que no están de acuerdo con ellos en una discusion capital!

Afortunadamente no está lejos el momento en que todos los que no son partidarios del despotismo ministerial dejen de disputar entre sí: los hombres de

(1) Hemos tenido la fortuna de convenir en este particular con un orador de la cámara de los Diputados, Mr. Benost, que ha expresado y desrrollado muy bien esta idea.

sana razon comprenden la necesidad de fijarse en unos principios que no estén sujetos á la movilidad de las pasiones. Todo ministerio que no será franco en el ejercicio de la Constitucion, que no abrazará el gobierno representativo con todas sus libertades, con todas sus consecuencias, con todos sus inconvenientes y con todas sus ventajas, caerá abrumado bajo el peso de ese mismo gobierno. Buena fe y talento, es cuanto debemos emplear en nuestra marcha, y ninguna de esas dos prendas es patrimonio exclusivo de una clase determinada de hombres. Nada rechazan los realistas sino la cobardía y el crímen; no son enemigos de las opiniones. El autor de este escrito piensa que podrian encontrarse amigos sinceros de la monarquía constitucional hasta en las filas de los antiguos defensores de la república (no habiéndose aun llegado á manchar con el crímen); entre esos hombres, cuyos primeros errores emanaron de una mal dirigida grandeza de alma: cree tambien que los hijos de las modernas victorias de la Francia se hallan desde ahora dispuestos á ser amigos de los soldados de la antigua gloria nacional; amar el honor es un paso muy avanzado para llegar á ser amigo del rey. Desconfiemos, empero, de esos sostenedores de la tiranía, siempre dispuestos á servir ó á vender á su dueño, y que mientras están en la espectativa de un acontecimiento tratan de convertirlo en provecho propio: esclavos incapaces de conocer el precio de la libertad, y de quienes la Constitucion nada mas ha podido hacer que unos libertos.

¿Qué se puede inferir de la concordancia de las dos minorías en lo tocante á los principios comunes de libertad y justicia? Que semejante union es la mas severa crítica del sistema que se sigue, y la acusacion mas grave que contra él se pueda formar.

Dicen, por último, que los realistas solo por espíritu de partido defienden la Constitucion y la libertad de imprenta, porque en el fondo están lejos de amar esas libertades. Este argumento está ya gastado: la perseverancia de los realistas en sus opiniones destruye bajo este punto de vista todas las insinuaciones de la calumnia; mas para cortar perentoriamente la cuestion, séame lícito citar un ejemplo.

En un informe sobre el estado de Francia hecho al rey en su consejo de Gante, me expresé en estos términos:

«Señor, ya os preparabais á coronar las instituciones, cuya base habiais sentado, esperando en vuestra sabiduria el complemento de vuestros proyectos... Habiais marcado una época para designar la dignidad de par como hereditaria: el ministerio hubiera adquirido mas unidad; los ministros hubieran sido miembros de las dos cámaras segun el espíritu mismo de la Constitucion; se hubiera propuesto una ley para que se pudiera ser elegido para la cámara de los Diputados antes de los cuarenta años, y para que los ciudadanos tuviesen abierta una verdadera carrera política (1). Habiais dispuesto que se diera principio á un código penal para los delitos de imprenta, y despues de la adopcion de esta ley hubiera quedado enteramente libre, porque esta libertad es inseparable de todo gobierno representativo (2). Por otra ley se habia manifestado la inutilidad, ó mas bien dicho, el peligro de la censura, que sin prevenir el delito, hacia responsables á los ministros de la imprudencia de los periódicos...

»Señor, este es el momento de protestarlo solemnemente: todos vuestros ministros, todos los miembros de vuestro consejo están inviolablemente adheridos á los principios de una razonable libertad.

»De vos mismo aprenden ese amor á las leyes, al órden y á la justicia, sin el cual no hay felicidad para un pueblo. Señor, sénos lícito decíroslo con el respeto profundo y sin límites que profesamos á vuestra corona y á vuestras virtudes. Nos hallamos dispuestos á derramar por vos la última gota de nuestra sangre; á seguiros hasta el último confin de la tierra, y á participar de todas las tribulaciones que el Todo Poderoso se digne enviaros, porque creemos ante Dios que sostendreis la Constitucion que habeis dado á vuestro pueblo; y que el deseo mas sincero de vuestra regia alma es la libertad de los franceses. Si no creyesemos esto, señor, hubiéramos muerto á vuestros piés defendiendo vuestra sagrada persona, porque sois nuestro dueño y señor, rey de nuestros padres, y nuestro soberano legítimo; pero tampoco hubiéramos sido mas que soldados vuestros, y habriamos dejado de ser vuestros consejeros y vuestros ministros (3).»

Los que acusan á los realistas de no ser sinceramente amigos de la Constitucion y de haber tomado un un disfraz acomodado á las circunstancias podrán decir por qué en Gante un ralista que no sabia cuál seria el término de su destierro, ni el desenlace que tendrian los acontecimientos; que ni era par de Francia ni tenia oposicion á un ministerio cuya existencia no era posible prever, podrán decir por qué razon ese realista reclamaba en tan alta voz las libertades constitucionales. Digan si el lenguaje que entonces usó es diferente del que ahora emplea, y si en la tribuna ha hablado con mas franqueza que cuando hablaba en el consejo. Un hombre que siguiendo á su desgraciado monarca pudo hacer á sus piés en tierra estranjera semejante profesion de fe, ¿tiene tal vez derecho de que le crean bajo su palabra cuando se manifiesta defensor de principios generosos y cuando los enlaza á inalterables sentimientos de amor y lealtad hácia su soberano.

El que en cada legislatura, en cada nueva sesion pone al parecer en duda la influencia del ministerio sobre las cámaras, no debe estar bien penetrado de las doctrinas del gobierno constitucional.

Cuando vino la restauracion á salvar á la Francia se retrocedió por un movimiento natural á la época en que principiaron las calamidades que han afligido á esta nacion, y dejando pasar esos veinte y cinco años de infortunios como la impresion de un sueño funesto, se volvió á adoptar la monarquía en el mismo sentido en que habia quedado. Sin embargo, las cosas habian variado: el rey en su magnanimidad habia dado una constitucion, y con ella habian variado los deberes del ciudadano; mas los hombres llamados al poder vieron que el restablecimiento del trono habia despertado en los corazones aquel amor innato de los franceses hácia los hijos de San Luis. Aprovecháronse de esta circunstancia los ministros para librarse de las trabas que les imponia la nueva ley fundamental. En vez de permanecer en su puesto delante del rey trataron de escudar su responsabilidad de ministros con la inviolabilidad de la corona y atrincherados detras del monarca prometiéronse conducir la nueva monarquía con arreglo á las máximas de la antigua. De aqui nació la lucha que se trabó entre el ministerio y las cámaras, expresándose el primero en un tono absoluto, para arrebatar de golpe la victoria en nombre del

(1) Puede notarse que la órden de 13 de julio de 1815 estaba cimentada en estos principios.

(2) Pienso que esto es pedir francamente la libertad de imprenta, y que la época de semejante peticion no es sospechosa.

(3) A ningun periódico le ha sido permitido anunciar estas *Misceláneas* sin duda por causa del prefacio que encabeza la coleccion, y de la *Monarquía con arreglo á la Carta*, que la termina; pues no creo que el folleto de *Bonaparte y los Borbones*, ni las *Reflexiones políticas*, cuya impresion se dignó Luis XVIII aprobar, ni algunos fragmentos escritos en Gante por asuntos del rey, ni mis *opiniones* en la cámara de los Pares, hayan estado prohibidos por la policía. Sin embargo, ¿quién sabe?

(Nota de la antigua edicion francesa.)

rey y las segundas invocando la libertad de sus opiniones y esforzándose en impedir que el ministerio saliera del límite de los principios.

Tal es el primer motivo porque ciertas personas no acabaron de comprender el espíritu de la carta. Hay ademas otra razon que no deja á varios hombres connaturalizarse con el órden político actual, y consiste en que conservan muy vivo el recuerdo de las instituciones de Bonaparte. Por un lado no hay mas para conducir la monarquía representativa que las tradiciones de la monarquía absoluta, y por otro únicamente la experiencia del poder arbitrario. Nótese el



GEFE DE LOS VANDEANOS.

modo de interpretar las leyes, el afan en desenterrar las que fueron inventadas por el vandalismo de la Convencion ó por la tiranía imperial; leanse los discursos pronunciados en algunos tribunales, y en ellos se descubrirá una secreta antipatía contra el órden constitucional. ¿No dicen que las Cámaras son menos un contrapeso que un consejo para la autoridad real? ¿No se oye decir que puede gobernarse por medio de reales órdenes; que los franceses no son á propósito para una monarquía representativa, y que están ya cansados de esos cuerpos políticos á que atribuyen la causa de todas las desgracias? Tan pronto confunden el ministerio con el trono, sosteniendo que atacar al primero es atacar al segundo, y tan pronto por otro

motivo lo convierten en un poder separado: hablan de principios que *enlazan el ministerio con el rey y al rey con el ministerio*, creando de este modo una teoría de pequeños soberanos que segun parece deberian tener principios y poder independientes del monarca. Perpetuan las leyes excepcionales á cuya sombra se eterniza el ministerio de la Policía general; especie de inquisicion política, que acaso en un momento de crisis podrá ofrecer alguna utilidad, pero cuya existencia es enteramente incompatible con un gobierno constitucional. Profesan horror á la libertad de la prensa porque esta pondria en evidencia toda la magnitud de sus planes, y toda una caterva de nulidades. Introdúcese en la administracion gubernativa ese despotismo salvaje que quita violentamente de su puesto á los hombres, sin reparar en su posicion con el objeto de quebrantar las voluntades y poder disponer de máquinas en vez de hombres. Bonaparte desapareció; pero aun existen entre nosotros los mudos de su serrallo, dispuestos á sofocar la libertad.

Hay en el fondo del corazon humano alguna cosa que al parecer milita en favor del poder absoluto: este poder se presenta como una idea sencilla, y bajo su influencia la ambicion no necesita de tanta habilidad para encumbrarse. No teniendo mas que la virtud necesaria para obedecer á las leyes, siente uno natural inclinacion á ser esclavo de los hombres; mas el que quisiera traer con los príncipes legítimos de Francia el despotismo del usurpador perderia la legitimidad.

Sin embargo es natural que los hombres que ocuparon el poder en tiempo de Bonaparte se sientan secretamente inclinados á su sistema de gobierno. La admiracion que profesan á ese sistema es una ilusion de su amor propio. En su interior dicen. «Todo iba bien: nosotros gobernábamos.» Llegan á imaginarse que ellos fueron los que encumbraron á Bonaparte, siendo asi que fue este quien les encumbró á ellos! Meros instrumentos de la fuerza, obedecian como las máquinas que cortan el hierro, y hacen obras prodigiosas, merced al torrente que hace mover las ruedas ó al fuego que predispone el metal: suspéndase su impulso motor, y todo quedará reducido á masas inertes, á moles sin accion.

¿Triunfarán los esfuerzos que hace el ministerio entre las tres fracciones de la cámara de los Diputados? Lo ignoramos; pero sabemos que en una monarquía representativa, el gobierno debe tener una mayoría compacta, segura, é imperturbable. Un ministerio que se ve obligado á entablar negociaciones con dos minorías y un tercer partido para tener mayoría; un ministerio que tiene que apoyarse en la una ó en al otra de estas para que se aprueben los proyectos de ley, es un ministerio que de nada absolutamente es dueño, y que necesariamente debe perderlo todo.

Casi podria creerse que la existencia del ministerio actual es un fenómeno. No está adherido á la opinion realista; no se apoya en la opinion de los independientes: parte de los que le seguian están al parecer dispuestos á abandonarle; ¿dónde están pues los cimientos de ese ministerio? Necesariamente ofrecen las diversas opiniones de las distintas fracciones de la cámara de los Diputados la reunion completa de las opiniones nacionales, y sin embargo el ministerio no figura en ninguna de ellas. ¿Habrá acaso concebido el proyecto de combatir contra todas y mantenerse de los despojos de cada una? Esa funesta combinacion ha sido mas de una vez causa de la ruina de los Estados.

Pero considerando desde mas cerca las cosas, se ve que el ministerio, tiene tambien un partido, aunque permanece aislado de la nacion.

Los que en su orígen dieron principio al sistema político que tan amenazador se ha hecho en la actualidad fueron unos treinta hombres que se avinieron entre sí para limitar la autoridad administrativa en su pequeño círculo y conservarla á toda costa. Teniendo á su disposicion los empleos que seducen, el dinero que encadena, y los periódicos que engañan, llegaron á dirigir los ministerios, á crear una opinion facticia y á ilusionar por un momento á la Europa. Estos hombres nos han ido volviendo poco á poco á la posicion que teniamos cuando se nos decia que era imposible entrar en Paris con la familia real, siendo asi que no habia en esta capital mas que una guardia nacional y un pueblo que esperaban con impaciencia á Luis el Deseado para bendecirlo. Unos cuantos federados mantenian cerradas las puertas de la ciudad, y para vencer, esa insuperable resistencia, se nos aconsejaba que entrásemos en negociaciones y adoptáramos la escarapela tricolor. Asi es que algunos hombres sin fuerza real guardaban las avenidas de la monarquía y gritaban á las personas honradas: «no podeis entrar, »nadie os quiere; no sois bastante fuertes; adoptad »vuestra divisa.»

¿Tendrán pues un extraordinario talento esos treinta inventores del sistema? Nada de eso: no son mas que una pandilla impelida por una faccion (1), en la cual han tenido por último que apoyarse. De esa faccion toman todos los recursos de su poder; mas en ella encontrarán tambien su ruina. Para mantenerse se verán en la precision de exagerar sus propios principios, porque en los límites humanos todo lo que no crece está próximo á menguar. Esta es la razon de que el ministerio, sometido á su pesar á la accion del sistema propende continuamente á *purificarse* y á descartarse de unos hombres que no se han pronunciado con bastante claridad en cierto sentido para reemplazarlos con otros mas decididos ó mas sumisos. Por último ocurrirá que á fuerza de purificaciones se alterará el espíritu del gobierno, y una opinion habrá ocupado el puesto de otra sin conocerse. Si entonces el ministerio, lleno justamente de terror trata de retroceder, perderá el apoyo de la faccion, y será devorado por ella, si por el contrario trata de marchar adelante.

Hombres de mas celo que juicio tienen costumbre de citar la Europa en testimonio de la sabiduría del sistema que en este escrito nos hemos tomado la libertad de combatir.

¿Será cierto que la Europa sostiene un sistema de que ha sido víctima? ¿Verá sin inquietud agruparse otra vez los elementos de la tempestad que la han conmovido? Nada tiene que temer de los principios que pueden consolidar en Francia la monarquía legítima, y por el contrario no hay temor que no puedan inspirarle las doctrinas que restablecerian en nuestro suelo el imperio de la revolucion. Si yo tratara la cuestion bajo ese punto de vista, podria prometerme grandes ventajas, inspirando al rey saludables temores; mas no he querido por un sentimiento de delicadeza valerme de ese medio: mi causa me pareceria mala, si para defenderla tuviese que valerme de argumentos tomados fuera de mi patria. Respeto la opinion de Europa; mas nunca la consideraré como una autoridad en lo tocante á intereses particulares de mi pais: soy demasiado francés para olvidar ni por un momento lo que debo á la independencia de mi patria.

He dicho algunas verdades y no he creido deber situarme en ese término medio desde donde nada se alcanza y donde no viene á parar ningun interés. Razones y frases sin vigor no producen efecto y ademas presentan el inconveniente de revelar que el que las ha dicho carece de valor para sostener su opinion. Un imprudente sistema ha inutilizado el bien que tan fácilmente podia haberse hecho. Si por razones de partido, ó mal fundados temores de reaccion y de venganzas han creido deber inclinarse al lado de la revo-

(1) Véase *la Monarquía con arreglo á la Carta.*

lucion, ¿ han considerado bien á dónde les conduce semejante sistema? ¿Han considerado lo que sucederá cuando la nacion al verse libre por la retirada del ejército aliado volveremos á encontrarnos en presencia de las pasiones que hemos suscitado? Estamos seguros de poder entonces retroceder? ¿Será tiempo de hacerlo? Ya empieza á arrastrarnos el movimiento, y los que se hallan en el círculo de su accion apenas se aperciben ya de su rapidez. Dícennos que todo se halla tranquilo porque el torbellino que los arrebata vuela y se precipita con ellos. Grandes son las ilusiones que nos rodean. En París se consumen los dias entre obligaciones y placeres: es preciso conservar su puesto, cultivar las reacciones, abrirse paso, guardar consideraciones á la sociedad y no chocar con la opinion de nadie. La atmósfera de la córte tiene algo que embriaga la razon y hace cambiar de aspecto á las cosas. Todos los que han visto á Bonaparte en medio de sus triunfos, rodeado de una comitiva de reyes, apoyando su cetro en 800,000 soldados (¡ y qué soldados¡) e inmortalizando su memoria con el esfuerzo de todos los talentos, saben muy bien cuánto debe desconfiarse de la sonrisa de la fortuna. Veinte y cinco años han sido un término bastante para arrebatar de un mismo palacio la legitimidad y la usurpacion; la primera con su antigua monarquía de catorce siglos y la otra con su vasto imperio de catorce años: *Transivi et ecce non erat*. Nada hay estable fuera de la religion y la justicia. Afortunadamente el trono de Luis XVI estaba fundado en estas bases, y por esa razon volvemos á verlo restablecido en la actualidad. ¡ Ah! no permitamos que otra vez quede expuesto á nuevos vaivenes: vigilemos por la conservacion de la corona del mejor y mas respetado de los monarcas: restablezcamos nuestros altares; purifiquemos nuestras costumbres; corrijamos nuestras leyes, cimentando nuestras libertades: no cansemos la paciencia del cielo, ó temamos aumentar el número de esos pueblos castigados por no haber querido reconocer sus faltas, y por no haber derramado bastantes lágrimas por sus crímenes.

OBSERVACIONES SOBRE ASUNTOS DE LA ACTUALIDAD.

París 5 de julio de 1818.

Yo habia renunciado ya á la política: trabajos históricos, interrumpidos desde hace mucho tiempo exigian que me dedicara otra vez al estudio. En mi rápido tránsito al través de los sucesos humanos no habia perdido enteramente el tiempo por lo tocante á esos trabajos históricos; los hombres enseñan lo que es el hombre, y viendo de cerca las causas que contribuyeron á la destruccion de la monarquía francesa me era posible adquirir nuevas luces para examinar los principios que intervinieron para levantarla en su primer orígen.

En medio de estas ocupaciones, investigando en las tumbas de nuestros antepasados fue cuando al desarrollar los antiguos títulos de la gloria francesa, pensé erigir un monumento á la nacion y entonces fue tambien cuando me designaron por hijo indigno de la nacion á la que consagraba todo mi esfuerzo. La mas infame y negra calumnia paralizó mi mano sobre el mismo renglon en que acababa de expresar mi amor y admiracion hácia la patria. Yo me afanaba por descubrir el orígen de la noble raza de San Luis, y hé aquí que me denuncian como enemigo de esa raza cuyos derechos he defendido y de cuyo destierro he participado. Arráncanme de mis pacíficas indagaciones, y vienen á provocarme en medio del polvo de mis libros. Yo me habia consagrado al silencio, á la paz, al olvido y me arrebatan de esa paz, de ese olvido y de ese silencio. ¡ Arrójanme el guante! ¡Pues bien! yo lo recojo.

No solo debo sostener mi honor, sino que debo tambien defender á los realistas (1). Una demasiado interesante fraternidad de desgracia me une á ellos para que dejen de encontrarme cuando me necesitan. Al presente todo conspira contra ellos, tanto los periódicos encadenados por la censura, como los folletos libres animados por una opinion hostil y hasta la prensa extranjera vendida al dinero, ó á las pasiones de la Francia. Todo el mundo teme abogar por la causa de esas víctimas de la lealtad; háblase de sus servicios con la misma cautela que se emplearia para hablar de un crimen: su inocencia causa miedo y se huye de ellos como de un contagio; pero por lo menos pueden contar conmigo. Azas larga impunidad han gozado los calumniadores anónimos: demasiado han confiado en su propia bajeza: desde ahora ceso pues de reconocer su privilegio y en vano será que invoquen la inviolabilidad del desprecio.

Acaso la *Monarquía con arreglo á la Carta* no habrá sido enteramente olvidada. Cualquiera que sea el juicio formulado acerca de aquel escrito, por lo menos no se podrá menos de convenir en que no me separé mucho de la verdad. Fíjese bien la atencion en los artículos XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX; XL, XLI, XLII, XLIII, XLIV de la segunda parte y se verá que calculé la serie de los sucesos con una espantosa exactitud. Ni las injurias, ni las declamaciones, ni los libelos destruyen nunca los hechos: dije que poco á poco irian expeliendo á los realistas de todos los destinos; que despues de haber agotado las purificaciones en el órden civil, tratarian de purificar el ejército: todo se ha realizado con tanta puntualidad que no parece sino que los autores del sistema han seguido el plan que les trazé.

Dije tambien que la doctrina secreta de los enemigos de la libertad es la siguiente: *Una revolucion como la francesa no concluye sino por un cambio de dinastía* (2). Dije que los mayores enemigos del rey *fingirian el mas acendrado afecto hácia su persona; que reconocerian en el esas altas virtudes, esos superiores talentos que todo el mundo no puede menos de ver; que el rey que tan ultrajado ha sido durante los Cien-dias, vendria á ser el justísimo objeto del homenage de los que le han vendido y se hallan aun dispuestos á venderlo*. Añadí que *esas demostraciones de admiracion y amor no serian mas que la escusa de los ataques dirigidos contra la familia real*; *que afectarian temer la ambicion de unos príncipes que en todos tiempos se han mostrado como los mas sumisos de los vasallos*; *que intentarian arrebatarles el respeto y la veneracion de los pueblos*; *que sus virtudes serian calumniadas*, y que *los periódicos extranjeros se encargarian de esta parte del ataque por medio de oficiosos corresponsales* (3). ¿Se ha cumplido la prediccion? ¿Ha habido un momento, un solo momento en que se hayan separado de ese sistema, en que hayan dejado de valerse de los mismos medios ni de emplear las mismas maquinaciones? Una vez llegado á la pendiente del precipicio no puede menos el imprudente que ha puesto en él los piés detenerse hasta llegar al fondo del abismo.

Necesario es en efecto que nos veamos muy avanzados en la pendiente, supuesto que ya llegamos al terreno de las conspiraciones. Hace ya mucho tiempo que en cierto partido se murmuraba de la *necesidad* de descubrir una conspiracion realista. ¿No era conveniente contrarrestar las conspiraciones de Grenoble y

(1) Véase la nota tercera del *Sistema seguida por el ministerio*.

(2) *Monarquía con arreglo á la Carta*, cap. XXXVI de la II parte.

(3) *Ibid.* cap. XXXVII de la II parte.

de Lyon? ¿No era doloroso ver que los jacobinos se habian sublevado en tanto que los vandeanos permanecian tranquilos? ¿No era evidente á todo el mundo que unos hombres que durante veinte y cinco dias se habian dejado degollar por el trono habian de querer la ruina de ese trono como la quieren los hombres que llevaron al cadalso á Luis XVI?

Veo en los periódicos extranjeros adoctrinados por *corresponsales* que dos ó tres coroneles debian escalonar sus regimientos desde Saint-Cloud á Vincenes el dia en que se iba á cometer un crímen. A consecuencia de esas infames calumnias, se mandó comparecer judicialmente á uno de esos coroneles á fin de que declarara lo que supiera acerca de una conspiracion contra el rey. Este bizarro militar recibió la órden el aniversario del dia en que su padre y su abuelo fueron las primeras víctimas de la monarquía! No pretenda otro coronel apelar á las cenizas de sus dos hermanos; no venga á ostentar en su rostro cicatrices de las heridas que recibió en servicio de la patria, ni las que recibió en su cuerpo en obsequio de su rey durante los Cen-dias; no haga alarde de un apellido que representa el honor de la antigua Francia, y que existe como un eterno resto de un gran naufragio; ¡ese coronel es un *conspirador contra el rey*!!! él habia de... Yo no me atreveria á concluir esta blasfemia en un país en que aun se ven las ruinas de las chozas de la Vandé. Los calumniadores franceses han retrocedido ante su propia calumnia y no se han atrevido á divulgarla sino en un país extranjero.

Preciso es que se sepa que existe una cierta *correspondencia secreta* cuyo orígen está en Paris. Esta correspondencia secreta está confiada á unos hombres que á todo se atreven menos á poner su firma, lo cual prueba que aun pueden ruborizarse de algo. Siendo bajo el velo del anónimo, calumniadores sin peligro, son por lo tanto doblemente infames, pues ni aun tienen el valor del asesino que por dar la muerte se expone á recibirla. Si os acusan en vuestra propia patria, por lo menos se sabe quien sois; podeis presentaros; podeis rodearos de vuestros amigos, y el público puede desengañarse. Mas ¿quién podrá remediar el daño que os causan denigrando vuestra reputacion en un país extranjero? ¿No podrán unas personas que no os conocen tomar por verdades las calumnias mas groseras?—Fórmase una opinion extranjera, se arraiga, se propaga sin que ni siquiera sospecheis su existencia y de este modo podeis llevar toda vuestra vida la señal de la asquerosa mano que os manchó al tocaros.

¿Qué se ha hecho del sentimiento de nuestra dignidad nacional? ¡Cómo! ¿A los que lean los periódicos de Alemania é Inglaterra es á quienes damos cuenta de nuestras discordias? ¿En qué humillante situacion acabaremos pues de colocarnos? ¿Nos confesamos vencidos y vamos como esclavos á concertar nuestras desavenencias ante el dueño? Ahora vemos lo que nunca se habia llegado á ver en la historia de nuestras miserias: vemos que hay franceses (1) capaces de comprar á peso de oro una página de los periódicos extranjeros para calumniar á sus compatriotas. No nos hagamos ilusiones: los ultrajes hechos á particulares, vienen á caer por último sobre toda la nacion. No podemos menos de atraernos el desprecio de nuestros vecinos al desgarrarnos de ese modo en sus periódicos. Si los hombres mas pundonorosos de Francia son representados como unos perversos ¿qué se podrá decir del resto de la nacion? ¿Se ha visto por ventura que los extranjeros nos imiten comprando su deshonor en nuestros periódicos? ¿Cuánto mas generoso, cuánto mas patriótico seria el ocultar nuestras miserias de la mirada de los demás pueblos, y presentarnos adornados con el crédito y el talento que aun nos queda? Nosotros que hemos soportado tantos vicios ¿no podremos tolerar algunas virtudes?

Dice pues una correspondencia *secreta* que somos culpables de alta traicion; que los autores de *cierta memoria*, entre los que se me designa particularmente, son tambien autores de *cierta conspiracion*; Me ocuparé de la memoria; pero antes examinaremos lo que puede ser una conspiracion en un gobierno constitucional.

Cuanto mas se estudia la organizacion de un gobierno representativo tanto mas admirable se le encuentra. Sobre sus muchas ventajas presenta la de ser entre todas las clases de gobierno la que menos espuesta se halla á los peligros de una conspiracion. En las repúblicas, cuando uno de los poderes del Estado ataca á los demas poderes, el gobierno puede perecer. En Roma una parte de los senadores y del pueblo entraron en la conjuracion de Catilina contra otra parte de los senadores y del pueblo, y á no haber habido un Ciceron, el capitolio habria quedado reducido á cenizas. En las monarquías absolutas una sola puñalada puede producir un cambio total. Muere Enrique III y la Francia queda entregada á los furores de la Liga. En Constantinopla la muda turba de esclavos se duerme por la noche dominada por un tirano, y tiene que levantarse presurosa á besar la mano de un nuevo ídolo, elevado por algun eunuco, ó por algun jenízaro. Cierto hombre estaba á media noche encerrado en una casa de arresto; salva los muros del jardin; pasa á Vincenes á ponerse de acuerdo con algunos soldados, vuelve á Paris, dispara un pistoletazo á la cabeza de un gobernador, y si hubiera podido repetir el disparo se habria hecho dueño del que en aquellos momentos era aun dueño del mundo: ¡tan devil es la tiranía mas robusta!

Mas ¿qué es lo que en nuestra monarquía constitucional podrian los conspiradores conseguir? No podrian producir un trastorno sino en el solo caso de restablecer el despotismo de la revolucion en lugar de la legitimidad y la carta. Entonces apelando á los que han servido á ese despotismo, seduciendo la tropa y alarmando los intereses, tal vez conseguirian producir algunos trastornos.

Pero si se supone que existe una conspiracion cuyos miembros son todos servidores leales del monarca, y que el objeto de esta conspiracion es obligarle á cambiar de ministerio ¿habrá una sombra de probabilidad? Aun cuando se cambiara el ministerio; aun cuando el príncipe oprimido hubiera hecho cuantas concesiones se le pedian ¿no quedarian aun las dos cámaras? ¿Es posible creer que á la apertura de las sesiones no habria una sola voz que se elevara? ¿Es posible que tan abominable escena no hubiese llamado la atencion de ningun par, ni de ningun diputado?

Entonces seria cuando las otras dos partes del poder legislativo se armarian con sobrada razon y confeccionarian una ley que estallando como un rayo sobre la cabeza de los conspiradores, devolveria al rey su inviolabilidad y á la nacion su independencia.

¿Habrian podido los conspiradores desembarazarse de las cámaras? Vuelvo á repetir lo que he dicho ya en otra parte: la Constitucion es mas fuerte que nosotros: el que pretenda destruirla será destruido por ella. ¿Qué autoridad puede tener un puñado de oscuros conspiradores para derribar la obra del tiempo y de la regia sabiduría? Inutilizad le Carta y mañana el tesoro no podrá disponer de una sola moneda.

A consecuencia de ciertos indicios que no nos es dado conocer ni podemos interpretar, se expidió órden de arresto contra varias personas. El magistrado creyó deber obrar de este modo por razones de que á nadie tiene que dar cuenta.

Hasta aquí todo entraba en el órden y en las atribuciones de la justicia. Mas al momento el espíritu de partido trató de utilizarse del asunto: pusiéronse en

(1) Por ahora me contento con esta designacion.

movimiento las *correspondencias secretas*, y propagáronse al exterior las mas odiosas calumnias. En el interior arrójanse tambien las pasiones sobre la presa: unos se aferran con encarnizamiento á ciertos nombres: otros se dejan turbar por propia debilidad: estos por amor á lo nuevo y maravilloso adoptan los rumores populares; y aquellos los propagan sin creerlos, ocultando peligrosos designios. La perversidad, la ambicion, la bajeza, andan solícitas creyendo llegada la hora de cobrar su salario. Háblase en alta voz por las calles de una *gran conspiracion*, cuando ni acusados hay siquiera. Estámpanse en los periódicos artículos injuriosos (1) y los defensores de los arrestados no pueden conseguir, ni aun valiéndose de los trámites legales que se les diga el nombre de los acusadores de sus desgraciados clientes. El *secreto* amalgama el espanto del silencio con el escándalo de los rumores. En medio de ese caos pierde su tacto el buen sentido y la razon se estravía. En cada ciudad se piensa de distinto modo, ó mas bien dicho (¡cosa espantosa!) en tanto que nadie está acorde ni sobre los medios, ni sobre el objeto, ni sobre la clase de los agentes secundarios de una revolucion desconocida de todo el mundo, todos convienen en dejar subsistir la mas criminal de las calumnias; todos convienen en atreverse á colocar el honor; la religion y la virtud al frente del crímen!

A nadie sea quien sea incumbe colocarse entre el juez y el procesado. Respeto profundamente el augusto ministerio del magistrado y el fallo que pueda pronunciar: sin la sumision mas completa á las leyes todo está perdido. No prejuzgaré pues nada por lo tocante á las personas amonestadas; pero juntamente con la ley debo suponerlas inocentes, supuesto que ni están acusadas, ni se hallan siquiera en estado de prevencion; pero ante todo me es lícito compadecerles porque soy hombre y porque están padeciendo. Cruel es que el general Canuel, despues de haber combatido en la Vandé durante los Cien-dias y salvado al rey y á la patria en Lyon, se vea hoy sumergido en un calabozo, y su desgracia inspira doble interés por haber venido tan noblemente á ponerse en manos de sus jueces. Supongo pues (y debo hacerlo asi) que los arrestados se justificarán plenamente y recobrarán en breve su libertad.

Al hacer esta suposicion que todo buen ciudadano debe adoptar hasta que el tribunal pronuncie su fallo, ocurre una cuestion.

¿Podrán unos hombres declarados inocentes por los tribunales perseguir á sus denunciadores? ¿No podrán esperar una indemnizacion del tiempo mas ó menos largo que hayan permanecido en el arresto? ¿Tendrán que ir á deplorar en el seno de sus familias la desgracia que acaba de ocurrirles, y volver á seguir el curso de su vida, como si nada les hubiera acontecido? Asi tendrán que hacerlo: ese es un defecto del código penal, que por sí solo bastaria para destruir la Carta. Recaen sospechas de conspiracion sobre un hombre cualquiera, á consecuencia de las cuales se ve reducido á prision; en ella permanece todo el tiempo que el juez cree necesario para terminar el proceso: puede haber citas de testigos que esten en América, y es preciso evacuarlas.... De consiguiente no existe Constitucion para un hombre contra quien se ha expedido una órden de arresto, y como todo el mundo puede llegar á verse en ese caso porque nadie está libre de una calumnia, resulta que si algun dia llegasen á existir jueces que se dejaran intimidar ó corromper, podrian con el código penal disponer por cuanto tiempo quisiesen de la libertad de un ciudadano. No abrigamos temores de que semejante iniquidad pueda llegar á consumarse en la presente época; mas no por eso urje menos la reforma del código; porque es preciso que la seguridad personal dependa constantemente del inflexisible poder de las leyes y no de la voluntad de los hombres, propensa á mudanzas y á errores.

Cuando he dicho que un hombre arrestado y puesto luego en libertad por haber sido declarado inocente sale de su arresto lo mismo que entró, me he engañado: puede el tribunal declarar que no ha lugar á la continuacion del proceso por faltar pruebas judiciales y en tal caso ¿dejarán sus enemigos de recurrir *a las pruebas morales*? ¿No es esto precisamente lo que ya principian á decir las *correspondencias secretas*? El desgraciado que se libra de la espada de la ley no se sustrae por eso del suplicio de la calumnia. La calumnia gana inmenso terreno con las tituladas *pruebas morales*, y tiene á su disposicion una fuente inagotable de ultrajes, de persecucion y de destituciones.

De todos modos no acabo de comprender como tan infames mentiras han podido ser estampadas en los periódicos extranjeros, ni como las han repetido algunas de nuestras hojas periódicas, sin que nadie se haya tomado la molestia de desmentirlas con toda formalidad en los periódicos dependientes de la censura. ¿Detiénense tales desbordamientos de ultrajes con algunas frases insignificantes, estampadas como por casualidad en nuestros periódicos? Si los ministros se creyeran comprometidos ¡cuántos bravos se lanzarian á la palestra!. ¡Cuántos campeones sustentarian su defensa! Empero se ven atacados los personages mas augustos ¡y no hay mil voces que se levanten para sofocar la de la mentira! Cuando convendria tronar, todo permanece en silencio, y cuando convendria instruir á los departamentos, desengañadlos é inspirarle seguridad, se deja por el contrario que el contagio se vaya estendiendo. La opinion se ha extraviado ¿quién puede volverla al buen camino sino los que tienen en su mano el medio mas eficaz de dirigirla? ¿El defender la legitimidad no es el mas imperioso deber de los hombres que se hallan en el poder? «Aprendamos á distinguir los verdaderos realistas de los falsos. Los »primeros son los que nunca separan al monarca de »su real familia, antes por el contrario los confunden »en un mismo afecto y en un mismo amor, obede»ciendo con placer al cetro del uno y no temiendo la »influencia de los otros. Los segundos, esto es, los »falsos realistas, son los que aparentando idolatrar al »monarca, declaman contra los príncipes de su san»gre y quisieran plantar la flor de lís en un desierto »arrancando los vástagos que brotan de su noble ta»llo. En tiempos normales, cuando todo está tran»quilo, cuando ninguna revolucion ha conmovido la »corona podrian establecerse máximas por lo relativo »á la parte que los príncipes deben tomar en el go»bierno; pero cualquiera que despues de tantas des»gracias y de tantos años de usurpacion no compren»de la necesidad de multiplicar los vínculos entre los »franceses y la familia real, y de adherir los pueblos »y los intereses á los descendientes de San Luis; cual»quiera que aparenta temer por el trono á los here»deros del trono mas que á los enemigos del trono, »es un hombre que desencaminado por la locura se »pasa al campo de la traicion (2).»

Seria ya tiempo de que acabara el escándalo. Uno de los instrumentos de que se valian para propagarlo era una *cierta Memoria* de los realistas de la que se hablaba con horror. Esta Memoria, segun decian estaba enlazada con la conspiracion, y explicaba su pretesto y objeto. En ella de nada menos se trataba (segun la aclaracion de los benévolos comentadores) que de comprometer á los extranjeros á permanecer en Francia y quitar la Constitucion. De esto se sacaba argumento para dar á los autores de dicha Memoria

(1) Véanse las escelentes Observaciones preliminares del baron Canuel, por el señor BERRIER, hijo, abogado.

(2) *La monarquía con arreglo á la Carta.*

las denominaciones de malos franceses y de hombres abominables: en una *correspondencia secreta* se les declaraba reos de duplicada traicion contra la patria y contra el rey. Designábanme particularmente y sin omitir ninguna letra de mi nombre por autor de dicha Memoria.

Antes de pasar adelante, me parece oportuno preguntar á esos que tan gratuitamente dan el título de conspirador á los mejores amigos del rey, si por ventura pueden ellos jactarse de mucha lealtad. ¿No abandonaron nunca á su señor Bonaparte? ¿No quebrantaron durante los Cien-días otros juramentos? ¿Dónde estaban en esa época? ¿En Gante, en la Vandé, ó en lar márgenes del Drome? ¿Qué puestos ocupaban? Vosotros los que os atreveis á llamarnos conspiradores, vosotros los herederos de todos los gobiernos de hecho ¿habeis examinado alguna vez el fondo de vuestra conciencia? ¿No empalideceis al oir la palabra *traicion*? ¿Al acusar á otros, no os sentís condenados por vuestra propia conciencia? ¡Hablais de Biron! ¡Ah! Por lo menos este antes de ser culpable habia servido mucho tiempo á su señor, y vosotros, nunca, nunca habeis sabido hacer otra cosa que vender á los vuestros.

Al verme acusado de redactor de la *Memoria secreta*, ataqué en el acto judicialmente al periódico inglés en que la *correspondencia secreta* habia estampado la calumnia. En mi querella habia alguna cosa terminante, clara y positiva: *jamás he redactado Memoria secreta de ningun género.*

Parece que la firmeza de esta negativa irritó en extremo á mis enemigos, y que para no tener que verse enteramente desmentidos y probar que existia una Memoria, dieron súbitamente á luz esa *obra de iniquidad.*

Confieso que cuando me dieron noticia de la publicacion de una Memoria, se me ocurrió el que acaso habrian compaginado algun horrible escrito para achacarlo á los realistas. No faltan por cierto ejemplos de esta villanía en el curso de la revolucion: *las Memorias de Clery* han sido falsificadas del modo mas infame, ahora mismo, durante los Cien-dias han interpolado cláusulas en el manifiesto del rey tan elocuentemente escrito por M. de Lally-Tollendal, y mi informe al rey ha sido tambien desfigurado.

Abrí, pues, con trémula mano la *Nota secreta.* ¡Cuál fue mi sorpresa! Esa nota, segun decian, estaba destinada á pedir que las tropas extranjeras prolongaran su permanencia en Francia y la supresion de la ley fundamental. Véase por de pronto como acerca del primer punto se expresa el autor de la nota, Propónese asi mismo esta cuestion: ¿Puede la Francia ser repartida ú ocupada militarmente?

«Confieso, dice el autor, que mi sangre francesa »se indigna, y no podria discutir esta cuestion poli»ticamente.... La Francia ha sufrido dos veces la in»vasion, porque los aliados traian consigo, y por de»cirlo asi sobre sus banderas grandes esperanzas, las »esperanzas de un gobierno que tenia en su favor »gratos recuerdos de ventura y garantías de duradera »tranquilidad. Estas esperanzas se han desvanecido, »y esta vez el país veria venir otra invasion con aquel »horror que inspira un enemigo que nada puede ofre»cer en recompensa del daño que causa con la guerra. »El príncipe que por no saber gobernar volviera á »llamar á los extranjeros se convertiria en objeto del »odio nacional, y el partido que buscara un apoyo »en las armas extranjeras, seria tan enemigo de la »patria, como esas mismas armas y juntamente con »ellas seria rechazado. Por otra parte ¿qué valdrian »los ciento cincuenta mil hombres que deberian ocu»par la Francia comparados con el horror profundo »con que serian mirados por todas las clases de la »sociedad? Creen que habria ahora ni tiempo ni re»cursos para volver á reunir y arrojar sobre esta des»graciada nacion otro millon de combatientes? Eso »podria tal vez verificarse en el término de un año, »y antes de veinte dias la Francia entera seria un cam»pamento, un alcázar impenetrable, cuya guarnicion »se compondria de toda la poblacion.»

¿Es este el lenguaje de un hombre que pide que *se prolongue la permanencia de las tropas aliadas en Francia?*

Acaso pedirá la supresion de la Carta. Sigamos prestándole atencion.

«¿Qué violencia no seria hoy precisa para arrancar »á la Francia las concesiones que el rey le ha hecho? »Estas concesiones han sido consagradas por las po»tencias que le volvieron á colocar en su trono, por »las garantías que han encontrado, y últimamente »*por la adopcion sincera y completa por parte de* »*aquellos mismos que menos dispuestos estaban á* »*recibirlas.*

»No seria dable restablecer lo que se llama antiguo »régimen; porque no existe ya, ni el polvo de los »elementos que le componian. No seria posible en»contrar ni la imágen de aquellas grandes corpora»ciones del Estado que siendo á la vez defensoras de »los derechos de la corona y de los privilegios del »pueblo, se balanceaban noblemente en el círculo que »les estaba trazado y garantizaban á un mismo tiempo »las libertades de la nacion y la inviolabilidad del »trono. En vez de aquellas magníficas é irreparables »instituciones de los tiempos antiguos solo podria es»tablecerse un despotismo desnudo y asqueroso; un »despotismo sin fuerza, sin instituciones, sin garan»tias; un despotismo cual nunca la nacion ha cono»cido, ni nunca se avendria á sufrir; un despotismo »por decirlo de una vez que solo la fuerza de las ar»mas podria sostener, y que atraeria sobre la legiti»midad todos los inconvenientes y todas las calamidades »de la usurpacion. Semejante gobierno repugnaria á »la nacion y mucho mas aun al noble carácter de los »príncipes legítimos.. ¿Y en favor de quién se consu»maria tamaño trastorno? No en provecho de los in»tereses nacionales, porque ninguna prenda de esta»bilidad encontrarian en el gobierno legítimo: no en »provecho de los intereses de Europa; porque esta »tendria que comprometerse á seguir manteniendo »por medio de la fuerza á un gobierno que con la »fuerza habia llegado á establecerse. Por lo tanto solo »redundaria el provecho en favor de algunos *nombres* »*propios* que de este modo creerian poder mantenerse »mas facilmente en el poder..... Queda pues demos»trado para todo hombre de buen criterio, que cuan»tas tentativas se hagan para derribar el gobierno »establecido, serán peligrosas; que las formas cons»titucionales son las que mas se adaptan á las circuns»tancias en que se encuentra la nacion, que son con»venientes al espíritu del tiempo, y que son un pacto »razonable entre las instituciones antiguas que no es »posible restablecer, y las teorías de la revolucion »que conviene destruir (1).»

¿Quién es el verdadero francés, quién es el hombre sinceramente amigo de los principios de la libertad, que no quisiera ser autor de esas páginas? Con este motivo debo hacer observar una cosa que hace mucho favor á los realistas, y es que lo que siempre se ha llamado *su doctrina secreta* está perfectamente de acuerdo con *su doctrina pública.* ¿Ha hablado de otro

(1) Un periódico ha dado cuenta de esta Nota y ha citado algunos párrafos. ¿No se demuestra demasiado á las claras la pasion en el juicio del crítico? Es razonable decir que el autor de la Nota pide la *permanencia del ejército de ocupacion*, cuando por el contrario demuestra con tanto calor la imposibilidad de una ocupacion militar? ¿Hay imparcialidad en decir que se promueve en la Nota la cuestion de saber si *se puede destruir el gobierno representativo*, y no trasladar ese hermoso pasaje de la Nota por lo tocante á ese asunto?

modo la minoría en las dos cámaras (1) en público que el autor de la Memoria en secreto? ¿Pueden nuestros enemigos decir otro tanto? ¿Serán la legitimidad y la constitucion las bases de su doctrina?

Inexplicables son los caprichos que algunas veces se apoderan de los hombres: todo el mundo se pregunta cómo los enemigos de los realistas han cometido la tonteria de publicar una *nota* que justifica plenamente á los mismos contra quienes pretendian dirigir sus acusaciones. No pudiendo nadie darse razon de esta falta de destreza, hay quien dice que eso ha sido una jugada de los realistas, y otros se la atribuyen á los independientes, en tanto que todo parece confirmar que la impresion de semejante escrito no es debida sino á la imprevision irreflexiva de la cólera. Acaso se habrán dejado llevar del placer de dar publicidad á la doctrina *secreta* de los realistas.

¿Quién sabe si alhagados por esta idea ni siquiera se habrán tomado el trabajo de leer la *nota*? En Francia los personajes mas graves no se hallan exentos de cometer ligerezas. Sin embargo es cierto que para conseguir buen resultado hubieran procedido con mas acierto permaneciendo entre tinieblas. Hablando misteriosamente de una Memoria *ignominiosa*, anunciando un crímen invisible en el que se encontrasen involucrados todos los que se deseaban proscribir, el ataque habria sido mas formidable, y mas difícil de rechazar. La publicacion de la Memoria ha confirmado la verdad del refran, *ir por lana.....*

Para que todo fuera completo ha tenido que mezclarse con esas deplorables mentiras una buena dosis de ridiculez: al sencillo título de *nota*, único que probablemente tendria el original creyeron deber añadir esta frase para inteligencia del vulgo: *nota* secreta que manifiesta los pretextos y el objeto de la *última conspiracion*. Abrese el libro y se ve que los *pretextos y el objeto* de la conspiracion se reducen á probar que los aliados no pueden dividir ni ocupar militarmente la Francia, y que el gobierno representativo es el único que en la actualidad conviene á este pais. Un prefacio escrito tal vez por un hombre de talento, pero que en aquel instante no lo tenia, declara que la *nota* es un acto de *soberanía*, un *manifiesto*, y un *plan de conspiracion*: y este *acto de soberanía* era ejercido por un *soberano* no conocido, y ese *manifiesto* era una *nota secreta* y ese *plan de conspiracion*, se dirigia *para sostener la legitimidad y la Constitucion*!

El autor de la *Nota* examina cinco cuestiones, á saber: si la Francia puede ser dividida ú ocupada militarmente, si se puede cambiar la dinastía; si se puede destruir la Carta; si los ministros pueden volver á adoptar principios que salvarian la monarquia, y por último si podria desearse que el rey cambiara de ministros. Los editores han impreso los epígrafes de esos capítulos en letra comun, excepto el último que lo está en letra llamada itálica. Ocupar la Francia, cambiar la dinastía, derribar la Constitucion, y adoptar mejores principios, son proporciones indiferentes que no hay inconveniente de examinar; pero provocar la cuestion de saber si seria conveniente que el rey cambiara el ministerio, *¡es un abominable crimen!* particularmente en un gobierno! Es preciso subrayar esas espantosas palabras para condenar á la execracion de la posteridad al conspirador que se atrevió á escribirlas.

No se dejen los realistas abatir ni se espanten de todo ese ruido: su inocencia tarde ó temprano se manifestará. Mi deber es advertirles de lo que podria hacerles separar del buen camino. Oigo decir á muchos: los realistas carecen de fuerza, porque están aislados y dispersos sobre el ámbito de la nacion: nadie los reune, ni combate por ellos en público. Eso es un grave error: los realistas no tienen gefe, ni lo deben tener.

(1) Véanse las notas al fin de las *Misceláneas políticas*.

En un gobierno representativo, nadie se debe escudar con un hombre, sino con los principios. Los realistas en la actualidad militan en la oposicion: su caudillo es la minoría de ambas cámaras. En esta es en donde deben colocar sus esperanzas: todo su afan debe dirigirse á dar mayor fuerza á esa minoría: para eso deben concurrir á las elecciones y prestarse mutuo apoyo: deben finalmente tener designados anteriormente sus candidatos y sostenerlos invariablemente. La divisa bien conocida de los ministeriales son estas palabras: «Alianza con los jacobinos, cuanto antes; »con los realistas, nunca. A esta ignominiosa é iliberal máxima deben los realistas oponer esta otra: »Alianza con los hombres honrados de todas las opiniones.»

Los realistas se hallan sobre un excelente terreno: ya no es posible negar que se han adherido francamente á la Carta. En esa adhesion estriva toda su fuerza. En tanto que las dos cámaras sostendrán el partido de la libertad, gozarán una inmensa ventaja, pues añadirán á su fuerza política toda la fuerza moral de su carácter. Represéntanlos como un partido débil, rechazado por la opinion, sin capacidades, sin ánimo y no teniendo en abono suyo mas que una lealtad ya gastada. Todo eso es falso: los realistas son mas numerosos que los independientes, y tampoco es preciso que se eleven mucho para llegar á la altura del espíritu ministerial. Por último supuesto que he hablado tanto de conspiraciones, estemos bien persuadidos de que bajo el imperio de la Constitucion no puede haber mas verdaderas conspiraciones que las del espíritu y el talento.» Asi fue como M. Pitt conspiró contra los que le hacian la oposicion y cómo consiguió arrojarlos del ministerio.

Conviene que yo al concluir este escrito arrebate una esperanza y una alegría á los enemigos de la legitimidad: creen ellos que persiguiendo á los realistas los cansarán y disgustarán, consiguiendo de este modo quitar á la casa de Borbon su mas sólido apoyo. ¡Pobres hombres! Habeis gastado vuestros cadalsos contra nosotros ¿y aun esperais vencernos? Esa lealtad que os atreveis á llamar cansada, ha comparecido ante vuestros tribunales revolucionarios, y se rie de las conspiraciones que podais inventar. Nuestra fe, acrisolada por veinte y cinco años de infortunios se ha robustecido con la sangre de nuestros padres y nuestros hermanos inmolados. Tened presente que la bala que tantas veces ha herido la cabeza de los servidores de Luis XVI, de Luis XVII y de Luis XVIII, nunca ha llegado bastante á tiempo para impedir que se diera el último *viva el rey!*

PRIMERA CARTA A UN PAR DE FRANCIA.

París 8 noviembre 1824.

Quisierais, mi noble amigo, que en las cartas que os escribo fuera examinando las cuestiones políticas de la actualidad: lo cual creeis que seria un medio de instruir al público y servir al rey, particularmente estando tan próxima la apertura de las Cámaras Vuestra idea me parece útil, y por lo tanto la adopto, pero sin convenir en que mi influencia sobre la opinion pública sea tan considerable como os complaceis en suponer.

Al ocurrir la muerte de Luis XVIII ni pude, ni debí pensar en nada mas que en su sucesor; hubiérame yo mismo reprendido eternamente de cualquiera palabra que no hubiese tenido una significacion directa con el nuevo reinado. Ahora que he cumplido con deberes tan caros á mi corazon, me apremiais á que cumpla con otros bastante penosos: creeis que ten-

dré algo mas de fuerza y autoridad para manifestar verdades importantes, despues de haber probado que mi pluma no se mueve por ningun resentimiento.

¿Quién deseará mas que yo ver cesar las oposiciones realistas? La natural inclinacion de los corazones hácia un monarca que los encadena por sus buenas cualidades ha predispuesto los ánimos á la union. No hay mas que un solo combate, y es el de la opinion general contra el ministerio; pero este combate reproduciéndose en todos los puntos de la nacion turba la felicidad pública y hace gemir á los hombres de bien. Hay quien dice que la libertad de imprenta es la que prolonga ese combate y se oye repetir una objecion que me parece importante refutar. Voy, pues, á hacer del exámen de esta objecion el asunto de mi primera carta, y entro sin mas preámbulos en materia.

Dicen pues, mi noble amigo:

«Que aparentando rebajar á los agentes del poder, »y subiendo al monarca hasta las nubes, á nadie se »engaña. La corona lejos de agradecer el incienso que »le prodigan lo rechaza desdeñosamente: quieren que »el príncipe se vea separado de sus mejores servido»res: quieren introducir la desunion entre el gobier»no y el soberano; pero no lo conseguirán.»

Preciso es creer que hablando de esa manera no comprenden cuánto hay de injurioso á la autoridad real en el argumento de que se valen.

¡Pues qué! ¿Por haber los ministros caido en errores, seria preciso que nos abstuviéramos de toda señal de admiracion hácia el monarca por miedo de que los ministros la considerasen como una represion que indirectamente les haciamos; ó bien tendriamos que callar por lo tocante á las faltas de dichos ministros por temor de que la corona quisiese hacerse responsable de ellas? ¡Qué confusion de ideas!

Para introducir desunion entre los hombres es necesario que entre ellos exista igualdad. Suponer que se puede provocar una desunion entre el monarca y los ministros, vale tanto como decir que estos son un poder capaz de luchar con el poder real; decir que se alaba al rey con el premeditado designio de obligarle á despedir sus ministros, equivale á suponer que esas alabanzas son condicionales y que cesarán tan luego como se consiga lo que se desea. Todas estas suposiciones son indignas y podrian llegar á hacerse acreedoras de la represion de las leyes.

No, mi noble amigo, no hay coexistencia entre el rey y los ministros: el primero es el todo: los segundos no son mas que una fraccion. El rey los desecha, ó se vale de ellos como de unos frágiles instrumentos, sin descender á sus mezquinas vanidades, sin tomar nunca parte en sus efímeras querellas. No pueden alagarle las alabanzas que se le dan aparte de los ministros; así como tampoco le podrian inspirar envidia las que se les dieran en el caso de merecerlas. No se le puede identificar con los ministros por la razon de que nada hay de comun en la naturaleza entre el que manda y el que obedece: si hubiera ministros que supieran que no se les critica y que no se dan alabanzas al rey mas que para sembrar rivalidades, serian unos insensatos que no se habrian formado una exacta idea de su nulidad, ni de la régia grandeza.

Aun veo algo mas peligroso que esa imaginaria confusion que quisieran hacer (pero nunca podrán conseguirlo) del monarca y sus delegados: ese peligro naceria de un ministerio ó de un ministro que se atribuyera todo el honor de la prosperidad del Estado; que insinuara la idea de que nada se hacia sino por él; que tratase de tomar un puesto preferente al trono; que sustituyese su nombre al del monarca y que se proclamara indispensable, dando á entender que sin él no habria mayoría en las Cámaras. Afortunadamente no podria ser hoy este peligro de larga duracion: imparcialmente hablando podemos decir que tenemos mas que Luis XIII y menos que Richelieu.

A la razon que acabo de combatir añaden otra que tampoco es mas lógica.

»Esos reiterados ataques, se dice, producen un »efecto enteramente contrario a que se esperaba: »ofenden la magestad real: está interesada la digni»dad de la corona en no ceder, cuando espada en »mano, digámoslo así, le quieren arrebatar un mi»nisterio.

Aquí no se trata de dignidad de la corona. La monarquía tiene atributos que le han sido dados por el soberano dueño: no procede por cólera, ni por capricho: desecha las peticiones injustas, y acoge los votos razonables. Dios derriba los tiranos cuando el clamor de los pueblos oprimidos llega hasta su trono, un rey despide los ministros cuando la voz pública los ha convencido de mala fe ó de incapacidad.

No conoce la índole del gobierno representativo quien exige que la opinion permanezca muda. Por mucha que sea la superioridad del monarca es preciso que esté enterado de lo que pasa. ¿Dónde están los supremos tribunales, las clases privilegiadas, ó las diputaciones provinciales que le dirigirian humildes representaciones? En su consejo real no oye mas que el relato de una de las partes interesadas. En la monarquía constitucional no hay quien supla las corporaciones de la monarquía absoluta mas que la libertad de imprenta. Como consecuencia indispensable de esta libertad es necesario que cada cual diga lo que piensa.

Los hombres *imparciales* responden que no condenan la oposicion; pero que desearian que fuese moderada y se dirigiera siempre contra las cosas y nunca contra las personas.

Esto es una verdadera puerilidad. Los genios son distintos: cada cual escribe con su talento y su carácter: las armas de que se compone un ejército no son todas iguales. En Inglaterra el ataque es personal, porque se cree que si las cosas van mal, á nadie debe culparse mas que á los hombres que las dirigen. La forma puede sin duda alguna dar valor al fondo, pero este puede ser muy bueno aun cuando la forma sea defectuosa.

Así es como el argumento que estoy analizando propende al sofisma: piérdese siempre de vista la clase de gobierno bajo que vivimos y se discurre como en el antiguo órden de cosas. Si la prensa no pudiera hablar, resultaria que los ministros prevaricadores estarian mas protegidos en la monarquía representativa que en la absoluta; pues no tendrian que temer ni las representaciones *impresas* de un parlamento ni la denuncia de las corporaciones privilegiadas del Estado.

Se me contestará «que al fin serian derribados por las Cámaras.»

¡Inconsecuencia del espíritu humano! ¡No quieren que la corona se ilustre con la opinion libremente expresada por la prensa, y opinan que debe acceder á las instancias de las Cámaras! ¡Pretenden que la corona debe sustraerse á una influencia moral que no tendria mas fuerza que la de los hechos que alega, y no tendrian inconveniente de ver que se cometia á una especie de violencia física ejercida por los Pares ó por los Diputados! ¡No encuentran peligro en que los poderes políticos del Estado luchen entre sí!

Avancemos mas: la opinion exterior no solo puede en un caso particular ser mejor guía que las cámaras legislativas, sino que ademas puede servir de salvaguardia contra la autoridad mal dirigida de esas mismas cámaras.

¿No podria en efecto llegar el caso de que unos ministros astutos gobernasen la mayoría de unas cámaras ambiciosas ó interesadas? Mas aun: si esos ministros, aunque no habiendo conseguido dominar la votacion de ninguna de las dos cámaras, no presentasen en la tribuna sino leyes insignificantes, ó solamente las exigidas por la imperiosa necesidad, ¿en

dónde podria fundarse el punto de ataque? ¿En la destreza? Nada hay mas aventurado, ni difícil. ¿En el presupuesto? ¿Se ha desechado, ni puede desecharse presupuesto alguno en Francia? Luego es evidente que no quedaria medio alguno de dar á conocer á la corona el peligro que se presentaba por parte del ministerio, si se cerraba el paso á todas las reclamaciones que la prensa pudiera hacer.

Apuremos mas la cuestion y llegaremos á ver que insistiendo en el argumento que nuestros adversarios emplean se llegaria al resultado de tener que estar la corona perpetua y necesariamente en lucha con la opinion publica, pues esta siempre tiene algo que pedir. Luego si bastase que esta hablara para que la corona creyera comprometida su dignidad por escucharla, la desunion se prolongaria eternamente. ¡Podrá darse una idea mas absurda!

Mas todavía siguen diciendo: «que sobre todo importa que al darse principio á un reinado, la corona se »manifieste firme y libre, pues todo se habrá perdido »si llega á descubrirse el secreto de su debilidad. Si »hoy le arrancan un ministerio, mañana la obligarán á »que despida otro. Asi es como sucumbió Luis XVI: »tambien á ese rey mártir le alababan á expensas de »sus ministros. Asi es como perecen las monarquías: »asi es como los soberanos de concesion en concesion »se van hundiendo en el abismo, obedeciendo á una »supuesta opinion que varía sin cesar, á una opinion »á veces pervertida enteramente, y que por lo regu»lar no es mas que la expresion del odio y de las pa»siones.»

Permítasenos decir una palabra acerca de las alabanzas que se daban á Luis XVI á expensas de sus ministros. ¿Qué es lo que hay de comun entre los tiempos y los hombres de 1789 y de 1824? ¿Hablaba durante la revolucion el realismo como habla en el dia de la restauracion? Sin duda hay alabanzas interesadas, asi como criticas sospechosas; mas debe tenerse presente la boca de donde salen y no comparar los que derramarian la última gota de su sangre por su rey y los que han derramado o contribuido á que se derramara la del rey.

En dos augustos hermanos encontramos ejemplos de lo que estoy diciendo: Luis XVI cedió á la opinion revolucionaria; despidió á sus mas leales servidores, y por último, tuvo que sucumbir. Luis XVIII prestó indulgente oido á la opinion monárquica: separó á ciertos hombres que se desencaminaban, y se ha salvado. ¿Se ha debilitado por eso su poder? ¿Se ve que en la expedicion de España no hayan los soldados franceses obedecido á un rey constitucional? Los ministros actuales se dieron por muy satisfechos cuando la opinion los llamó, es natural que les suceda lo contrario hoy que la opinion los desecha: tampoco tiene nada de particular que erijan su interés en principio; pero ¿esta inconsecuencia tendrá el peso de una razon?

Los que reniegan de la opinion y los que quisieran que no se hiciese caso de ella, conocen su influencia mejor que yo mismo; pues en su sistema se limitaria la potestad de la corona, sea que la opinion al designar los ministros le obligase a tomarlos ó sea que atacándolos le obligase á conservarlos. Y por otra parte. ¿no es siempre la opinion la que bajo todas las formas de gobierno y en todas las especies de monarquía designa las personas que han de ser elegidas? ¿De donde podria un rey tomar sus ministros, si no le fueran indicados por la reputacion de la probidad ó del talento? De no admitirse esta verdad habria que inferir que los hombres no pueden llegar al poder mas que por las intrigas de la córte, ó por el favoritismo.

Sin embargo, ¿será cierto que la corona al consultar la opinion pública, cuando es general y se apoya en razones palpables, se compromete á oirla siempre que le hable en una posicion que no sea la misma? ¿Puede volverse á reproducir el caso extraordinario en que nos hallamos? ¿Cuál es ese caso extraordinario? Es, noble amigo, el ver no una parte, sino toda la oposicion pronunciarse contra un ministerio, y conservar este ministerio su puesto.

En este momento existe un hecho único en la historia de las monarquías, y es la aquiescencia general y absoluta al nuevo reinado juntamente con la oposicion general y absoluta al gobierno.

Los realistas, los constitucionales y los antiguos ministeriales, están á los pies de Carlos X, y reclaman á la vez contra el ministerio: esas tres divisiones componen la oposicion general del país.

El hecho que indicamos es inaudito al principiarse la época de un nuevo reinado; mas no por eso deja de ser incontestable. Es muy cierto, ciertísimo que el monarca es tan popular, como impopular el ministerio. La popularidad del rey depende de causas que se multiplican al infinito.

Luis XVIII vino en pos de una revolucion: los partidos cansados podian considerar su reinado como una tregua, pero no como una paz: la solucion de esta cuestion dependia del advenimiento del heredero de Luis XVIII.

El fundador de la monarquía representativa, murió cuando la expedicion de España acababa de arruinar todas las esperanzas de la discordia: diez años de libertad han inspirado gratitud al pueblo, y seis meses de gloria han dado un ejército leal á la bandera blanca. Carlos X subió al trono, apoyado en el cetro de su hermano y coronado con los laureles de su hijo. La legitimidad triunfa por todas partes, pues hasta para los que antiguamente se oponian, el derecho se ha convertido en hecho, y al reconocer al nuevo soberano permanecen al parecer fieles á sus doctrinas.

Carlos *el Bueno*, que mereceria mejor ese dictado popular, que otro gran príncipe de su raza, se manifiesta digno de su destino: se granjea todas las voluntades y recibe bien á sus vasallos sin hacer caso del partido á que antes pertenecieron. Es muy grato ver que el monarca es enteramente lo contrario del retrato que la calumnia revolucionaria habia trazado: príncipe moderado es indulgente al par que justo; atiende, observa, estudia, y da oidos á todo género de representaciones; convoca frecuentemente á sus consejeros, y con religiosa asiduidad se entrega á todos los deberes de monarca. Bien se echa de ver que comprende toda la extension de estos deberes, y que sintiendo el peso del cetro, hace que su glorioso hijo tome tambien parte en sus sagradas funciones con el objeto de proporcionarse algun descanso.

El rey y la nacion aparecen en un estado de grandeza cual nunca lo han tenido. Al morir Luis XVIII, hizo tres cosas inmensas: puso sin tener que hacer esfuerzos la diadema en las sienes del nuevo monarca, restableció por voluntad de este las libertades públicas, y por último ganó en beneficio del trono la opinion que desde el 1814 andaba separada. La nacion al encontrar dignidad y solidez en la corona prorrumpió en una exclamacion de gratitud y de amor.

En tanto que todo lo que emanaba del principio monárquico al inaugurarse la nueva era presentaba tanta sencillez y grandeza, ¿qué hacia el gobierno? No lo sé, noble amigo mio: acaso reposaba en su legitimidad, pensando que los sucesores de los treinta y ocho ministros de la restauracion no debian para recoger una corona hacer nada mas que lo que hacia el heredero de sesenta y nueve reyes.

Carlos X, cuya presencia ha dado al traste con no escaso número de mezquinos proyectos, ha roto al subir al trono las telas de araña que habian colgado en sus gradas. Por el solo acto de abolir la censura ha declarado querer oir la voz de la opinion, pues le devuelve la libertad de poderse expresar. La opinion es un poder que asi se libra de los arranques de la

impaciencia, como de los furores de la persecucion: irritarse contra ella es una locura, y no creer en ella un peligro.

Diran que si esta opinion no se engaña por lo tocante al rey, puede engañarse respecto de los ministros.

Convengo de muy buena fe en que la opinion, como ya lo hemos dicho, puede alguna vez llegarse á pervertir enteramente; mas esto no sucede sino en las grandes crisis interiores del Estado, ó cuando por alguna circunstancia de mayor consideracion se han despertado las animosidades políticas de un pueblo contra otro. Asi es, que durante las guerras civiles, Mazarino fue detestado; la ridiculez de la Fronda no impedia que la sangre siguiera derramándose. Asi es tambien como en Inglaterra llegó á hacerse odioso un ministerio, porque no era bastante antifrancés, y tuvo que ceder el puesto á lord Chatham, cuyo talento consistia en el odio que profesaba á la Francia. Al principiar las turbulencias de la revolucion, ha habido ministros honrados, y á veces llenos de capacidad que se han abismado por el impulso de las pasiones populares y de los furores anti-monárquicos; mas nunca se ha visto que en plena paz, sin guerra civil, sin movimientos precursores de revoluciones se haya enteramente engañado la opinion por lo tocante á un ministerio.

Será posible que hoy la voz de algunos intereses particulares se una con la de los intereses generales y contribuya al aumento del clamor; mas las causas de la impopularidad del ministerio, son tan fáciles de descubrir, como las de la popularidad del monarca, y unas y otras son reveladas diariamente por la prensa periódica.

No ignoro que para convencer á la opinion general de prevencion contra los ministros y para demostrar que esta opinion no es mas que una coalicion de personalidades ofendidas, y de ambiciones frustradas, se cita el estado de prosperidad de la nacion.

Indudablemente hay prosperidad en la nacion; pero no depende sino de la legitimidad, de las virtudes y de la presencia de los monarcas, de la admirable conducta del príncipe libertador, del valor del ejército, de las instituciones de la Carta y de leyes confeccionadas por otros ministerios, que el actual, segun sus acusadores dicen, ha querido adulterar ó destruir.

El órden monárquico templado, produce por sí mismo un bien que no debe confundirse con esa felicidad que resulta de una excelente administracion gubernativa. Cuando en un Estado la base política es buena, como en Francia; cuando las principales libertades han resistido á la arbitrariedad ministerial, y cuando esta no ha podido descender á las clases inferiores de la sociedad se nota una cierta exhuberancia de riquezas nativas que puede compararse con una tierra fecunda que prodiga sus tesoros aun cuando no se emplea en su cultivo el mayor esmero.

Decir que no hay derecho de quejarse porque se goza medianamente de leyes fundamentales, y sobre todo porque el sol brilla y las cosechas son abundantes, seria un extraño modo de discurrir. En Inglaterra todos los ministerios serian buenos y no perecerian sino de muerte natural, como los monarcas; pues en ese país es muy poco lo que hay que hacer en el fondo de las cosas por haber llegado el crédito, la industria y la agricultura á su mayor grado de perfeccion. Frecuentemente un ministerio pesa menos por lo que hace, que por lo que deja de hacer, ó por lo que se empeña en deshacer. Basta para que ande vacilante el ser antipático al carácter del pueblo cuyos intereses maneja. Si este pueblo viviese, digámoslo asi, de gloria y de honor, el régimen contrario convendria muy mal á su temperamento: en una monarquía que fuese todo grandeza, bastaria que un ministerio de pequeñas ideas se apegara al régio manto para que se suspendiera la marcha de todas las cosas. La delicadeza de los antiguos griegos y el esplendor de los romanos hubieran rechazado cualquiera gobernante de instintos oscuros y groseros.

No hay, pues, vuelvo á repetirlo, desunion en los ánimos y la opinion que no se muestra favorable al gobierno es generalmente la misma que desde hace treinta años está sosteniendo á la corona. Singular seria que el gobierno tuviese mas razon que esa opinion.

Añádase que la opinion de la magistratura herida en su independencia, se reune á la opinion general, y que la cámara de los Pares sella, digámoslo asi, esa opinion de la magistratura y de la política.

Hé aqui, mi noble amigo, lo que es preciso tener presente al hablar de la corona y de la opinion, cuando se dice que si la primera condesciende alguna vez con la segunda, se verá luego obligada á soportar todos sus caprichos. Las circunstancias y los hechos, reasumiendo lo que acabo de manifestar, son fáciles de distinguir.

1.° Si la opinion está enteramente pervertida por una faccion organizada en el interior, por la proximidad de una gran revolucion, ó por odios nacionales de pueblo á pueblo.

2.° Si esta opinion es expresion de la mayoría ó de la minoría, esto es limitada ó general.

3.° Si los que hablan son ó no amigos de los hombres que en todos tiempos han combatido en favor del trono, ó por el contrario, han procurado arruinarlo.

Imaginémonos un nuevo ministerio elegido ó entre los realistas, ó entre los antiguos ministeriales ó entre los constitucionales, ¿reuniria contra él á esos tres partidos? Es indudable que se manifestaria alguna oposicion, ¿pero esta seria siempre general? Esta oposicion podria llegar tal vez á ser virulenta: Mr. Pitt fue perseguido con encarnizamiento, y á veces hasta con sangrientos ultrajes; pero ¿por ventura no se defendió Mr. Pitt con el mismo calor con que fue perseguido? ¿Se creyó Jorje III obligado á sacrificarlo á una opinion dividida, á la minoría violenta de la opinion, ni á la misma mayoría de la cámara de los Comunes, que estaba en contradiccion con la mayoría de la opinion exterior? No, solo al voto de la opinion absoluta y general lo habria abandonado.

Nada mas tiene que hacer la corona para ilustrarse, sin sucumbir nunca al peso de la opinion, que no salir de su propia naturaleza y permanecer impasible. El centro en que debe permanecer, es aquel en que se hallan la gloria y la tranquilidad, y habrá conseguido colocarse en ese perfecto equilibrio, cuando habrá encontrado ministros, no que carezcan de oposicion, porque eso es imposible, pero que no tengan enemigos razonables: en una palabra, ministros que sean sostenidos por la mayoría de una opinion independiente. Por último, si á la dignidad de la corona conviniera desentenderse del voto de sus vasallos, examinemos lo que podria suceder al inaugurarse la nueva legislatura.

Supondremos que la cámara electiva haya aprobado la influencia de la opinion pública; pues no es posible discurrir sino segun la analogía de las cosas. Esta influencia podria haber aumentado la oposicion de la cámara: y por consiguiente los ministros, haria ya mucho tiempo que habian perdido la mayoría en la cámara hereditaria, ¿implorarian á la corona para que esta les aumentase votos ó contribuyera á formarles una mayoría?

Si por el contrario la corona se desentendia de intervenir ¿dejaria perecer á sus ministros? ¿Accederia al deseo de la cámara popular? ¡Y se habla de la dignidad de la corona! ¿Cómo no se ve que segun ese sistema su condescendencia seria mucho mas visible que en el caso de tomar por sí misma la iniciativa con arreglo al manifiesto, ó sea clamor de la nacion? Cuando se afirma que al clamar contra un ministerio se quiere obligar á la corona á disolverlo, no se hace mas que

tomar el efecto por la causa. Nadie tiene la culpable audacia de decir á la corona. «Despedid esos ministros porque no nos convienen:» lo que la opinion dice es: «Los ministros han cometido estas ó aquellas faltas.» Se demuestra el mal que se ha visto ó se ha creido ver, sin indicar el remedio, pues todo el mundo sabe que el remedio depende de la corona, de donde dimana la felicidad universal.

No puede, noble amigo mio, dudarse que la lucha trabada entre el ministerio y la opinion producirá un grave conflicto.

Si la alta administracion puede resistir algun tiempo, la inferior se siente conmovida prontamente. Cada ciudad, cada barriada, cada cabaña, se convierte en un campo de batalla en el que desde el gobernador hasta el teniente de alcalde, todos los funcionarios públicos, por decirlo de una vez, tienen que sostener un continuo asalto: perdiendo la confianza en la duracion del poder de sus superiores, no tardan en hacerse desobedientes, ó aumentar la oposicion ejecutando sus órdenes. Apenas es suficiente toda la magestad de la corona, ni todo el amor que se le profesa para contrarestar el mal que produce un gobierno antipático.

A esta complicacion política podria darse un desenlace muy sencillo. Los verdaderos realistas, á trueque de salvar la gloria de la corona tomarian decididamente el partido que el honor aconseja, aunque debieran creer que sucumbirian á una injusta prevencion. Cuando una situacion política está debilitada hasta el punto de no serle ya posible hacer ningun bien no hay mas medio que decidirse entre la estimacion personal y el poder marchitado.

Ese poder ministerial, preciso es que él mismo lo confiese, se ha dado á sí mismo rudos golpes. Nadie se ha olvidado, ni nunca podrá el público olvidarse de las circulares electorales del sistema de granjearse prosélitos anunciado desde lo alto de la tribuna, de la violencia encargada de consumar la obra de la astucia, del ataque directo á los tribunales y á las libertades públicas, ni de la censura usada como una especie de bancarrota para pagar los atrasos de los traficantes de conciencias, y reducir al silencio á los escritores que no habia necesidad de pagar para que hablaran ó permanecieran en silencio. Tales recuerdos jamás llegan á borrarse: el poder adquirido de la corrupcion no se parece al oro de Vespasiano, siempre conserva algo de su orígen.

¿Admitiremos que no puede darse un generoso impulso á los intereses ministeriales? ¿Estos intereses que tan pronto se manifiestan tan escrupulosos por lo tocante á los intereses de la corona, cuando se trata de cubrir, como tan amplios cuando hay necesidad de que la corona se rebaje para salvarlos; esos intereses, volvemos á decir, se obstinarán en querer que el príncipe les sirva siempre de escudo y por ellos condene la opinion pública al silencio.

El príncipe podria hacer todo lo que quisiera: todo el mundo obedeceria, porque nadie tiene pretensiones de resistir, ó de dar lecciones á la voluntad soberana, mas ¿quiénes serian los mejores servidores del rey, los que aconsejaron una política opuesta á la índole de las instituciones otorgadas, ó los que formándose un concepto mas elevado del trono pensaron que su gloria consiste en vivificar las instituciones que se derivan de la corona? En este segundo caso la opinion atendida se convertiria en una nueva fuerza para la monarquía, mientras que en el primero la opinion siendo desdeñada tendria que someterse con una respetuosa resignacion. Los hombres que valen algo y que tienen algun prestigio entre el pueblo se colocarian aparte y la existencia pública perderia todo lo que estos hombres darian á su vida particular. Cierto es que la corona seguiria siendo siempre amada, siempre venerada, que todo el mundo estaria siempre dispuesto á sacrificarle su fortuna y su vida, y que no dejarian de elevarse por ella al cielo los votos mas ardientes ¿pero tienen el mismo poder para la prosperidad de un Estado las bendiciones que salen de un corazon afligido?

¿Quieren que nunca llegue para los ministros el momento de ponerse de acuerdo con la opinion general? ¿Quieren que se mantengan estos en su poder á despecho de la opinion? En tal caso se presentaria una opinion enteramente nueva en política.

Si despues de haber censurado hasta los decretos de los tribunales, si despues de haber desafiado á una mayoría ó á una minoría parlamentaria imponente, desafiaran á la libertad de imprenta, cuya fuerza se habria duplicado por la evidencia de los hechos; si todos los dias al comparecer los ministros ante el tribunal del público se desentendian de los cargos que se les hicieran, despreciando el poder de la verdad; como los salvajes desprecian el rigor de los tormentos y llegaran á cansar el látigo de la opinion pública ¿qué es lo que seria un pueblo gobernado por tales hombres?

No alcanzo, noble amigo mio, á dar solucion á esta problema. En todos tiempos y lugares la opinion pública que se ha valido de las armas del buen derecho, ha conseguido la victoria ¿cómo nos será posible decir lo que sucederia, si esta opinion llegara á ser vencida por la facultad que se habria adjudicado el ministerio de resistir á todas las quejas y devorar todas las reclamaciones? Esos Mithrídates políticos familiarizados con los venenos nos colocarian en una situacion en que de nada nos serviria la ordinaria experiencia.

Indáguese si es posible, sin llenarse de espanto, en qué vendria á parar un pueblo, cuyas instituciones hubieran llegado á tal grado de corrupcion; ¿qué seria un gobierno titulado representativo cuyo principal resorte no fuera la opinion? un gobierno que no tendria afinidad con sus propios elementos, y cuyas doctrinas serian un puro engaño. ¿Qué serian unas cámaras legislativas, consagradas al servicio de un ministerio despreciador de la libertad sino unas meras máquinas de opresion, para acuñar monedas, reclutar soldados y confeccionar leyes para unos esclavos llamados *constitucionales*? No, nunca producirá la Francia ministros capaces de comunicar la gangrena hasta en las entrañas de la sociedad. Sin embargo, si la Providencia tuviera alguna vez por conveniente que entre nosotros llegaran á presentarse semejantes hombres, sabríamos decirles:

«Cesad de dar al mundo ejemplo de una corrupcion »tan horrible: no seais causa de que lleguemos á des»preciar cuanto hay de bueno, de justo y de santo. »Hacednos un favor del cual trataremos de mostrarnos »agradecidos; destruid francamente la libertad: haced »que en el despotismo se conserven las costumbres »públicas á la manera que los restos mortales suelen »conservarse ilesos en algunos subterráneos. Por lo »menos acaso podrá en el seno de las familias conser»varse alguna inocencia; por lo menos podremos con»servar la fe de la virtud y figurarnos que fuera de la »órbita de vuestra influencia existen gobiernos since»ros é instituciones generosamente practicadas, y »acaso nos será tambien posible consolarnos alguna »vez soñando mas allá de vosotros y de vuestro siglo »en dias de independencia y honor para una genera»cion redimida de la tiranía.»

No nos affijamos con tan tristes presagios; el entregarse á ellos seria una especie de impiedad. Noble amigo mio, nosotros no tenemos que temer, me complazco en decirlo, semejantes ministros, y aunque llegaran á existir, no conseguirian su objeto. No se descargarian en vano los tiros de la opinion pública contra ellos: no por ser insensible llega nadie á ser invulnerable, ni la depravacion produce los mismos efectos que la virtud. Hombres de tal naturaleza nunca llegarian á tener influencia en las Cámaras. Entre los franceses hay un sentimiento de independencia y

de honor que nada en el mundo es capaz de sofocar.

Y por último, ¿no podríamos contar con nuestro soberano Carlos X que dominando la opinion y el poder parlamentario nos socorreria? ¿No ha manifestado que sabrá sostener como rey lo que ha jurado como vasallo? Nada puede destruirse sin su voluntad y esta nunca llegará á estar sometida á unos hombres á quienes se digna admitir á su presencia. El sabrá retirar su régia diestra cómo y cuando le parezca oportuno. La opinion pública no será despreciada, pues se sienta en el trono juntamente con nuestro augusto monarca. Si existieran algunos hombres á quienes el monarca creyese oportuno separar de su presencia, no tendria mas que pronunciar la sentencia y la Francia aplicaria la pena: el olvido.

Aqui doy fin á mi primera carta, proponiéndome tratar en las sucesivas de la indemnizacion de los emigrados, é intereses de los tenedores de sus bienes, de la independencia de la magistratura, de las leyes que hay que hacer, del papel que la Francia podrá representar en Europa, de la situacion de España y sus colonias, del porvenir de la Grecia, etc.

Entre tanto, noble amigo mio, quedo enteramente á vuestra disposicion.

SEGUNDA CARTA A UN PAR DE FRANCIA.

ADVERTENCIA.

PUEDEN hoy compararse los proyectos de ley presentados á la cámara Electiva con el que se encuentra en esta *carta* y juzgar cual de los dos planes es mas seguro y moral. La mayor parte de las objeciones que en otro tiempo hicimos contra un sistema que entonces era eventual se aplican en la actualidad á un sistema conocido. Bajo este concepto, la *carta* cuya segunda edicion publicamos, tiene algun interés.

Lo diremos sin rebozo: casi no parece posible que los proyectos de ley sobre indemnizaciones y sobre rentas sean del autor á quien se atribuyen, atendidos los defectos que presentan bajo el simple punto de vista financiero.

Por de pronto es contra toda regla el constituir ó reconocer una deuda (que no importa menos de un millar de millones) sin establecer un fondo con que pagar los intereses ó liquidar su capital.

¿Qué es lo que propusieron? Por lo pronto tres millones extinguidos cada año por los setenta y siete millones y quinientos mil francos, total de la amortizacion tal cual será conservada, y esos seis millones extinguidos serán exactamente la mitad de los seis millones emitidos anualmente para indemnizacion. En seguida los otros tres millones serán saldados con el aumento que se presume resultará de las contribuciones sobre transacciones y consumos en todos los pueblos de la nacion.

Compréndese que por la emision anual de los seis millones de indemnizacion, los reembolsos de la caja de amortizacion suministrarán ó absorverán tres millones. Mas no sucede lo mismo respecto de los figurados productos del aumento de las contribuciones, pues no son un capital, y no harán mas que cubrir ó indemnizar el primer año el exceso resultante del reembolso de la caja de amortizacion. Sin embargo de la exposicion del proyecto de ley se podria deducir haberse supuesto que el servicio de los tres millones no extinguidos el primer año cesaria el segundo y asi los demás.

Para que la extincion anual de los tres millones por la caja de amortizacion se completara, seria preciso tener seguridad de que los cinco por ciento y los cuatro y medio por ciento se conservarian siempre al par sin sufrir otra baja y de este modo quedar acordes en lo que se entiende por estar al par. Estas singulares aberraciones provienen de no haberse explicado bien, y asi nos complacemos en creerlo por honor de los hombres que se dedican al ramo de hacienda.

De manera que las indemnizaciones sucesivamente pagadas en el espacio de cinco años no tendrán mas hipoteca que el capricho de la fortuna: será preciso que durante cinco años nada de nuevo ocurra en Europa; y que la Francia dormite en paz entre los gritos de los ciudadonos que reñirán mutuamente en la Bolsa. Si el mas pequeño acontecimiento viniera á turbar este hermoso sueño, la operacion financiera quedaria paralizada; las indemnizaciones, cuyos fondos no están constituidos y por lo tanto solo reposan en eventualidades, no podian ser pagadas, y los expropiados quedarian destituidos de mayor ó menor parte de lo que se les debe segun la época en que el acontecimiento les habria sorprendido. Los tres por ciento que por la total aplicacion de la caja de amortizacion habrian tenido una alza súbita y desproporcionada al movimiento natural del crédito, caerán del mismo modo que subieron y darian lugar á una bancarrota para los emigrados y á catástrofes en las demás fortunas: tal seria el resultado de la ley. La operacion abortaria para siempre y cien veces mas habria valido que no se hubiese pensado en ella.

Estas observaciones, cuya exactitud no puede ocultarse á nadie, obligarán á los expropiados á vender sus cosechas para forraje. Se formarán compañías para comprar á vil precio sus esperanzas, y de 900 millones, acaso 400 irán á parar al bolsillo de los especuladores.

Al examinar de cerca los nuevos proyectos de ley, se les ve irse desvaneciendo poco á poco como una sombra; nada ofrecen de positivo no siendo la adicion de un millar de millones á la deuda pública, sin conseguir el objeto que se proponian.

Con acudir simplemente á la caja de amortizacion, y dejarse de todas esas combinaciones mas sutiles que practicables, se habrian evitado muchos peligros.

Difícilmente se comprende, por poco sanas que sean las ideas que se tengan en materia de hacienda, el modo de discurrir del gobierno acerca de la caja de amortizacion. Dicen que la reservan para las necesidades que pueden ocurrir, por ejemplo, para una guerra. La Inglaterra, que puede servirnos de modelo en ese particular, no discurre de ese modo: allí se devuelven á los contribuyentes los fondos de la amortizacion cuando al parecer exceden los que se necesitan para cubrir las atenciones del Estado: devuelve ese dinero al pueblo que lo hace fructificar en las propiedades particulares. Si ocurre un caso urgente, vuelve á encontrar en un aumento de crédito las sumas necesarias: los fondos que han aumentado la prosperidad pública, y que no han permanecido como muertos en el tesoro de reserva de los antiguos sistemas de hacienda, se convierten en hipoteca de un nuevo empréstito. Esa es la marcha natural de una administracion paternal y bien entendida.

Mas supuesto que tanto valor dan á esa enorme caja de amortizacion ¿cómo no han visto que habia un medio muy sencillo de remediar una disminucion sensible de sus fondos, encargándole del servicio de las indemnizaciones?

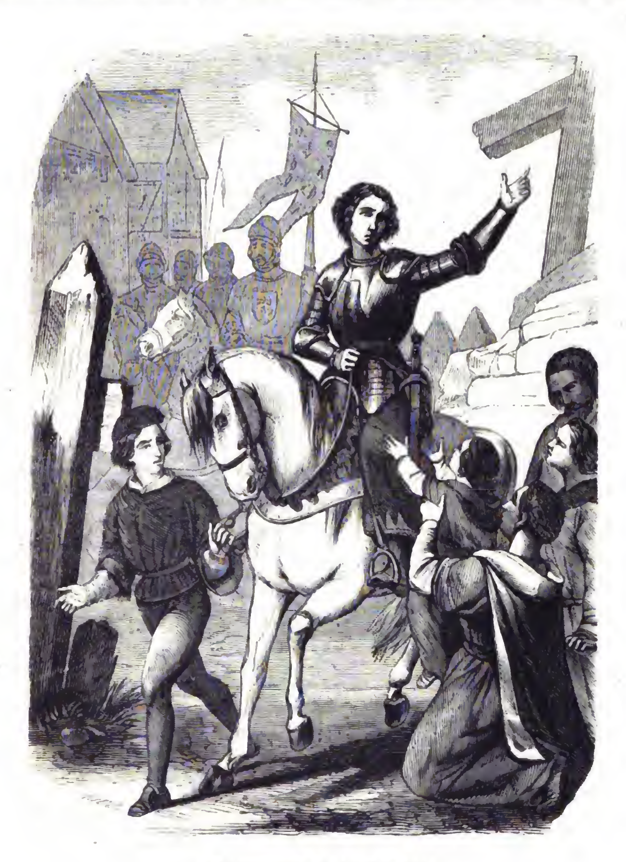
Bastaria dotarla con las eventualidades que se aplican á las mismas indemnizaciones, y en ese caso, si las prosperidades que nos pronostican llegaran á realizarse, la caja de amortizacion al cabo de cinco años habria pagado las indemnizaciones, y se encontraria poco mas ó menos con tantos fondos como en la actualidad.

Nadie se habria resuelto á decir que esto no podia ser como lo decimos, pues si se supone que ocurrirán utilidades para cubrir las indemnizaciones, no puede menos de convenirse en que esas mismas utilidades

existirian con mas probabilidad cuando se tratara de aplicarlas á la caja de amortizacion.

De todos modos, al hacer pagar las indemnizaciones por la caja de amortizacion, se conseguiria la inmensa ventaja de no dejarlas suspendidas en el aire, y dándoles una base sólida habria la ventaja de no dejar una gran operacion política pendiente de un azar, de un billete de la lotería ó del sueño de un jugador, como la fábula de *La Lechera*.

La ley de Indemnizaciones propiamente dicha, es defectuosa. Sin duda habrá sido confeccionada con la mejor fe del mundo; pero no lo parece así. Resalta



ENTRADA DE JUANA DE ARCO EN ORLEANS.

demasiado la ficcion cuando se dice que dando sesenta francos por cien francos, se realiza un reembolso por entero.

¿Y por qué razon los tenedores de billetes del 5 por 100 han de cobrar 75 francos, y á los expropiados no les ha de valer su crédito mas que 60 francos? La razon bien se ve; ¿pero es justa?

Algunas de las bases de la apreciacion harán que las indemnizaciones sean prodigiosamente desiguales: el uno tendrá mucho y el otro nada, casi nada.

En la ejecucion no ha procurado evitarse la arbitrariedad: queda confiada á un prefecto, á una comision nombrada por el ministerio, al consejo de Estado, y por último, al ministro de Hacienda. Nadie, sin duda

pensaria en reclamar contra semejantes jueces, si no se hubiera dicho desde lo alto de la tribuna que todo funcionario público que no dé cumplimiento á los deseos del ministerio, debe ser destituido. Despues de proclamada esta doctrina, nadie puede alarmarse por lo tocante á la independencia de los agentes de la autoridad.

El papel del 5 por 100 está visiblemente amenazado: llegan hasta jactarse de haberlo arruinado, y dicen que es reembolsable. En la presente *carta* podrán encontrarse documentos contra este aserto, que por lo menos merecen ser examinados con alguna detencion.

Si se desea tener efectos de diferentes valores y épocas, basta la creacion del 3 por 100 en favor de los expropiados sin presentar por eso á los 5 por 100 una conversion necesaria. Si los tenedores de este último papel tienen interés en adquirir los 3 por 100 de la indemnizacion, no se descuidarán en comprarlos vendiendo sus 5 por 100 sin que el gobierno haya tenido necesidad de practicar una operacion expresa. Dícese en esta *carta* que se deberia hacer bajar el interés del dinero; pero no reduciendo violentamente la deuda, sino por el contrario, disminuyendo el interés del dinero en el comercio, con lo cual se conseguiria hacer bajar la cotizacion de la renta. Quitar fuerza á la renta es confundir dos cosas diametralmente opuestas; es confundir una ley de *máximun* con una ley de *reduccion*.

No hablaremos de las diversas jugadas ofrecidas en la ley de rentas. Claro está que no se ha tratado mas que de satisfacer á los pares y diputados que en la última legislatura, al ver perdida esta causa, propusieron algunas enmiendas. Si al presente se cree que estas son convenientes ¿por qué no las adoptaron entonces? ¡Cuántas incomodidades se habrian evitado! Nótese al mismo tiempo cuánto justifica el actual proyecto á los que combatieron el de 1823.

Sin duda se creyó no ser posible proponer el reconocimiento de la deuda de la justicia y del honor sin presentar la perspectiva de un recargo en las contribuciones: dejaron llevarse de la idea de indemnizar á los expropiados sin perjudicar el crédito, sin establecer nuevos impuestos, y sin distraer los fondos destinados al servicio público: era una noble ambicion, ¿mas, por qué no corresponden los proyectos de ley á la confianza que el discurso de la corona habia inspirado?

Es una desgracia el que esta ley de rentas vaya unida á la de indemnizaciones; pues por mas que se diga y haga, irroga perjuicios á la causa del infortunio y la lealtad. Sin duda esto es injusto; mas los hombres de Estado tenian el deber de poner el mayor cuidado en considerar la disposicion en que los ánimos se hallaban.

Otro grave desacierto es el haber dado á una ley de justicia visos de una ley de agiotaje. No contentándose con reducir la antigua propiedad territorial de Francia á papel sobre la plaza, parecen hallarse dispuestos á hacer lo mismo con la propiedad rentística: ¡van á jugar con cuatro mil millones!

Acaso se comete alguna imprudencia en remover de ese modo las fortunas al principio de un reinado y al fin de una restauracion, porque juntamente con las fortunas se conmueven las costumbres, se da tentacion á todas las debilidades, se inflaman todas las codicias, y se hace salir á las familias de aquel estado de reposo y moderacion, en el que principiaban á complacerse. Esperemos que la autoridad no podrá menos de apreciar las observaciones que sus amigos le presentarán y no se descuidará en retirar (para corregir el uno y anular el otro) esos dos proyectos de ley oscuros que ninguna relacion forzosa tienen entre sí; proyectos que desarreglando los fondos públicos inclinan el crédito hácia los fondos extranjeros; proyectos que, por decirlo de una vez lastiman una multitud de intereses, y causan espanto á los hombres adictos á su país.

París 2 de diciembre de 1824.

Hablemos hoy, noble amigo mio, de la indemnizacion debida á los propietarios despojados durante el cautiverio ó ausencia del legítimo soberano: indemnizacion, que segun nos dicen, formará el asunto de una ley de que nos ocuparemos en el curso de las sesiones que se van á inaugurar.

¿Será efecto *de mi desgracia* ó de mi celo el no haber despues de la restauracion dejado de indicar nunca á la opinion pública un asunto importante á la monarquía? Mal hago en decir de *mi desgracia*, pues si por ello he tenido que sufrir persecuciones, tambien he tenido la satisfaccion de ver que siempre se han adoptado mis ideas. De todos modos mas miramientos debo á mi reputacion que á mi persona.

Al decir en 1819 lo que harian los realistas si alguna vez llegaban al poder me expresé en estos términos:

«El gobierno realista tomaria ademas otra medida »de importancia: este gobierno pediria á las Cámaras, tanto por interés de los actuales tenedores de »bienes nacionales, como por el de los antiguos pro»pietarios; una justa indemnizacion para las familias »que han perdido sus bienes durante el curso de la »revolucion. Las dos especies de propiedad que exis»ten en Francia, y que, por decirlo así, crean dos »pueblos sobre un mismo terreno, son la gran llaga »de la nacion. Para curarla los realistas no tendrian »que hacer mas que reproducir la proposicion al señor »mariscal Macdonald. Todo se aprende en los campa»mentos franceses, tanto la justicia como la gloria.»

Este pasaje fue atacado en la tribuna de la cámara Electiva. Un diputado tomó mi defensa y terminó su discurso con estas palabras: «Nada he perdido »de mi patrimonio por la revolucion, mas aunque »fuera preciso dar parte de mi fortuna para conseguir »ese medio de conciliacion que el noble par propone, »estaria muy lejos de creer que eso era un sacri»ficio.»

Despues de haber estado mucho tiempo inmóvil, es por lo general penoso mirar hácia atrás ó hácia adelante.

Si, noble amigo mio, las confiscaciones juntamente con la sentencia de Luis XVI, constituyen la mayor llaga de la revolucion. Las matanzas, acompañadas de circunstancias mas ó menos atroces, y la tiranía transitoria, sea que provenga del pueblo, sea que nazca del ejército, producen muchos males, pero dejan pocas huellas, particularmente en Francia, donde podrian como en cualquiera otro país ser vengadas si hubiera tiempo de pensar en ellas. Mas la sentencia contra un rey, en la que se da principio á la jurisprudencia de la revolucion, una sentencia que el crimen para justificarse transforma en principio, y las expoliaciones que enseñan á los que nada tienen el modo de adquirir despojando á los que tienen algo, he aquí las tremendas calamidades que trastornan la sociedad hasta en su base.

La enormidad de tales desórdenes se aumenta en proporcion que se va debilitando el estado de las costumbres en la época que acaecen. Cuando Carlos I pereció en Inglaterra, cuando en Irlanda se confiscaron las propiedades, es indudable que el mundo habia salido ya de su estado de barbarie, pero sin embargo la sociedad no habia llegado aun al punto de civilizacion en que ahora se encuentra: no habian adquirido las comunicaciones entre los pueblos esa frecuencia y rapidez que tienen al presente, y sobre todo no se transportaban en el término de algunos

dias las noticias desde las orillas del Támesis á las de Volga, del Danubio, del Tiber y del Guadalquivir. Estaba poco difundido el conocimiento de los idiomas extranjeros y el del inglés mucho menos que ningun otro; las discusiones sobre un crímen atroz se reducian á injurias que Saumaise y Milton se decian recíprocamente en latin. La inmensa mayoría de las poblaciones no sabia leer; ¿cuántos propietarios y proletarios habria en Europa que habrian oido decir que habian sido confiscadas algunas propiedades en el fondo del Ulster ó del Connaught? El mar, rodeando el ámbito de la Gran Bretaña, debilitaba tambien el eco de los acontecimientos de Londres y de Dublin.

Mas ¿á qué remoto ángulo del mundo no habrá llegado la noticia de lo que últimamente acaeció en Francia, en ese pais situado en el corazon de la Europa, y en la época de la mayor civilizacion de los pueblos y cuando esos pueblos estan unidos por unas mismas costumbres; asi como antes lo estaban por un mismo culto? ¿No ha hecho la Francia brillar en el continente sus doctrinas y sus armas? ¿No predicó constantemente muerte á los tiranos hasta que quiso establecerlos en todas partes? ¿No abrió mazmorras y erigió cadalsos *victoreando á la libertad*? ¿No vendió los bienes agenos? ¿No creó dominios nacionales y llenó listas de proscripcion? La moderna Francia ha hecho tomar parte á los extranjeros en sus dolores asi como la antigua hacia que la tomasen en sus modas.

Cuanto mas pernicioso es el ejemplo que esta nacion ha dado al mundo, mas conato debemos emplear en destruir el efecto: á toda la sociedad importa el que se demuestre que las leyes no pueden quebrantarse impunemente.

Al ceñir la corona Luis XVIII se apresuró á proclamar el gran principio de inviolabilidad de la propiedad. Este monarca, tan rey sobre el trono como en el destierro, en medio de las propiedades trastornadas, en medio del dominio de sus padres, invadido ó mutilado, abolió la confiscacion. No pudiendo decir: «No »se ha hecho lo que se ha hecho;» dijo: «Lo que se »ha hecho no se volverá á repetir.» Asi se lisonjeaba de poder sofocar á la tirania en su gérmen, destruir la causa principal de las proscripciones politicas, y extinguir el cebo de la revolucion.

Sin embargo, sabia que semejante declaracion no era suficiente, y tenia á la vista el ejemplo de su augusto hermano. Tambien Luis XVI habia abolido la confiscacion en 21 de enero del 790. ¡Ah! ¡Cómo le pagaron ese beneficio en 21 de enero de 1793! La asamblea nacional uniéndose á un soberano decretó que en ningun caso podrian ser confiscadas las propiedades, y de alli á tres años las dos terceras partes de toda la propiedad quedaban secuestradas y se vendian en almoneda los bienes de la viuda y del huérfano.

Bonaparte, durante los Cien-dias, introdujo en su *Acta adicional*, parte de la Carta; pero tuvo buen cuidado de excluir el artículo que prohibe la confiscacion; el usurpador conocia muy á fondo el orígen de su poder. Justiniano que tuvo la gloria de borrar del código romano la ley de confiscacion, no pudo impedir que las leyes de los bárbaros se mancharán con ella; el odioso principio siguió dominando por do quiera que el derecho tradicional no fue reemplazado por el derecho escrito.

Débiles barreras son las leyes y los reglamentos para la codicia, la envidia, la ambicion y las demás pasiones humanas; mas añádase un hecho á una declaracion de principios concediendo una indemnizacion á los propietarios despojados, y la leccion será provechosa y la sociedad se salvará.

Esto nos conduce, noble amigo mio, á tratar de inquirir de dónde dimana la ley proyectada. Dimana de dos artículos de la Constitucion.

El rey al entrar en la plenitud do su poder, pudo decir (artículo 9 de la Constitucion). Toda propiedad es inviolable sin excepcion de la llamada *nacional*; pues la ley no establece ninguna diferencia entre ellas.» El rey debió declarar ese principio y establecer ese hecho en virtud del derecho de alto dominio; *eminens dominium* que otorga al soberano la facultad de pedir la cesion de una propiedad particular en beneficio del Estado. Las ordenanzas del Louvre están llenas de ejemplos del ejercicio de este poder que estuvo en vigor en las Constituciones de 1791, en las del año III, y en las del año VIII, y que fue conocido del mundo antiguo asi como lo es del moderno.

Mas siempre ha estado sometido ese poder á una ley de equidad, sin la cual es nulo: debe indemnizarse al propietario con otra cosa que valga tanto como la propiedad perdida.

Por esa razon el artículo 9 de la Carta va seguido inmediatamente de otro que le sirve de explicacion y en el cual se dice que si bien el Estado puede por causa de público interés, judicialmente demostrado, exigir el sacrificio de una propiedad, debe hacerlo mediante una prévia indemnizacion. De manera que los artículos 9 y 10 deben marchar siempre juntos; pues el 1.° declara el hecho y el segundo establece el derecho; el uno dice que toda propiedad sin excepcion es inviolable y el otro arregla las condiciones de esa inviolabilidad.

Suprímase el artículo 10, y el anterior debe caducar por lo tocante á las propiedades nacionales; pues no habiendo sido indemnizados sus antiguos poseedores, nadie tendrá derecho de retener sus bienes inmuebles.

Por otra parte, el no ejecutar el artículo 10 equivaldria á volver á dar en el caso de no-indemnizacion, y el poseedor desposeido tendria el incontestable derecho de exigir que se le adjudicara otra vez la posesion de sus bienes.

Ninguna ley puede facultar al soberano para desposeer á nadie sin una indemnizacion.

Hasta en Constantinopla se respeta este principio de eterna justicia, y la ley religiosa suple el silencio de la ley civil. De todo esto se infiere que la ley de indemnizaciones es una ley forzosa si ha de ser válido el articulo 9 de la Constitucion.

El honor de la iniciativa de esta ley pertenece al señor mariscal duque de Tarento. En la sesion de la cámara de los Pares del 3 de diciembre de 1814 pronunció un notable discurso acerca del proyecto de ley relativo á los bienes no vendidos de los emigrados. «He sentido, dijo, que el proyecto de ley no pre»sente por ahora recursos mas extensos á tan conside»rable número de desgraciados: He manifestado ha»llarme acorde con el voto adoptado por la comision, »y que Mr. Pastoret ha explanado con tanta elocuen»cia acerca de que se suplique al rey se digne tomar »los medios mas prontos y eficaces que le dicte su »alta sabiduría *para conciliar con el estado de la Ha»cienda un sistema general de indemnizaciones.*

«. . . . . La ley que discutí devuelve bienes »no vendidos que por su naturaleza pertenecen por lo »general á las primeras familias del Estado; pero las »personas que por una adhesion, acaso mas exaltada »abandonaron su puesto en el ejército y sus antiguas »casas solares, sin haber participado nunca ni del »poder ni de los favores de la córte; las personas que »sin esperanza se asociaron á los infortunios del mo»narca..... esos desterrados voluntarios..... ¿tendrán »que verse castigados por su benemérita lealtad?»

En la sesion del 10 diciembre de 1814 desarrolló el noble mariscal la proposicion que habia hecho en la otra sesion del mismo mes. «Preséntanse, dijo, en»tre nosotros los desterrados protegidos por la senec»tud y el infortunio, á manera de unos cruzados que »en pos del oriflama han peregrinado por remotos »paises. Cuéntannos sus penosas vicisitudes y las tor»mentas que por último los han arrojado á las playas

»del patrio suelo á donde habian perdido ya para siem»pre la esperanza de volver. . . . . »Señores, descendamos á nuestro co»razon para juzgar á nuestros semejantes: coloqué»monos mentalmente en la situacion que describo, y »añadámosle el sentimiento que nos inspiraria ese no»ble orgullo, compañero del infortunio: reconozca»mos el carácter nacional en la calma del desinterés »de la mayor parte de ellos.

Me he dejado arrebatar del placer de recordar esas nobles y elocuentes palabras. ¿Deben causarnos admiracion? Nuestro colega, que es el único en la historia á quien se le haya dado el baston de Mariscal sobre el campo de batalla, es un soldado francés: desciende de una familia de desterrados fieles á su rey, y tiene por lo tanto doblado motivo de conocer el precio de los eminentes sacrificios y de la lealtad desgraciada. Asi como los emigrados, tampoco trajo á su patrio suelo mas que la espada; la nacion la aceptó por precio de un reino, y el contrato fue ventajoso para ambas partes.

Razon tenia el duque de Tarento de alabar el desinterés de los emigrados franceses. Continuamente los vemos vivir, mejor dicho, morir en el umbral de la casa paterna que ya no les pertenece sin exhalar un suspiro, sin proferir una queja. Dios y el REY lo han querido; nada tienen que objetar. La Irlanda está aun conmovida por las confiscaciones que ocurrieron hace como dos siglos, y la Francia permanece tranquila en medio de terrenos enagenados, cuyos antiguos dueños viven aun. ¿Quién lo creeria? El campesino vandeano, mal cobijado en las ruinas de su choza, ve sin hacer la menor reclamacion cómo unas manos agenas recogen la cosecha que su heróico padre regó con su sangre, cuando ya no le fue dado fecundarla con sus sudores.

Un antiguo gefe de realistas, el marqués de la Boissiere, miembro en la actualidad de la cámara de los Diputados, y que pronunció en la última legislatura su magnífico elogio de la Vandé tuvo que dar despues de los Cien-dias una declaracion judicial sobre un deplorable suceso. Los antiguos pueblos hubieran grabado con letras de oro en las tablas de su ley las palabras que con este motivo pronunció en el tribunal inferior de Angers. «El rey me mandó, dijo, »hacer respetar la Constitucion durante la lucha que »se iba á entablar, y restablecer su imperio, dado el »caso de que momentáneamente llegara á turbarse. »Acabada la crisis tuve la satisfaccion de poder de»cir al rey: Señor; no ha ocurrido infraccion de nin»guna especie: si V. M. llegó á preveer imposibilida»des eventuales en la aplicacion de la Carta durante »las pasadas circunstancias, sepa desde ahora que »nada hay imposible para el obediente amor de vues»tros bretones. Aunque todas las infracciones come»tidas en el tumulto de las armas, habrian necesaria»mente quedado cubiertas por las victorias adquiridas, »no ofrece toda la superficie de Bretaña un solo ejem»plo de un gefe que se haya permitido un solo acto »de posesion sobre sus propios bienes confiscados *y »poseidos por enemigos de V. M. y que en este mis»mo instante sustentan las armas contra vuestro »trono.»*

Bien conocia Luis XVIII esas heróicas virtudes cuando al querer pasar á la Vandé escribia al duque de Harcourt diciendo: que nada temiera por el rey porque el rey no muere nunca en Francia; que si por su parte no empleaba su brazo ademas de sus facultades mentales, para subir al trono perderia toda consideracion personal, y que si se llegara á creer que no puso todo su cónato en seguir á sus leales vasallos, su reinado seria mas infeliz que el de Enrique III.... ....Concluye diciendo: «¿Que me queda? La »Vendé. ¿Quién puede conducirme á ella? La Ingla»terra. Insistid nuevamente sobre este punto: decid »en nombre mio á los ministros que no les pido mas »que mi trono ó mi tumba.»

El señor Mariscal Macdonal apreció en cuatro millares de millon los bienes nacionales de todas clases etc. Supuso que las propiedades particulares que habian sido confiscadas componian poco mas ó menos la cuarta parte de la confiscacion general.

Datos muy exactos que se han tomado posteriormente han dado á conocer que nuestro ilustre colega no calculó suficientemente alto el capital que habia que establecer para ocurrir á la indemnizacion.

Llegaron los Cien-dias: el huracan que pasó sobre Francia produjo el efecto de aquellos vientos que propagan las epidemia por el Oriente: alteró los ánimos mas rectos: el delirio llegó al extremo de figurarse que un regicida podia ser ministro de un rey á cuyo hermano habia llevado al cadalso. Al regreso de Gante habria cualquiera pasado por *contra-revolucionario* solo por recordar la proposicion del señor duque de Tarento. La agitacion se mantuvo en toda su fuerza hasta la muerte de aquel príncipe cuya historia estaba yo destinado á escribir. ¡Príncipe desgraciado! Nos prometiais ser un gran rey. Disteis principio á vuestra carrera en los campos de batalla como Enrique IV, y como él debiais concluir: de sus desgracias solo habeis evitado la corona.

Sin embargo gracias á la proteccion de la Carta, ni el valor ni la razon habian sido sofocados. La tribuna y la prensa habian proclamado la verdad al través de los errores del momento; habianse publicado escritos en favor de la indemnizacion suscitando las cuestiones que habian sido examinadas ya en las primeras Memorias que se publicaron en 1814. Estos escritos se fueron multiplicando á medida que los cambios ministeriales permitian á la opinion poderse expresar con mas viveza ó con mas libertad. Entre las obras que en en aquella época leí con provecho, y que contribuyeron á consolidar mi opinion debo citar una sólida discusion sobre la *Necesidad y legalidad de la peticion de indemnizaciones*, escrita por un literato; muchas digresiones sabias y luminosas sobre la *Restitucion de los bienes de los emigrados*, *sobre el restablecimiento de las rentas territoriales*, *sobre los medios de hacer desaparecer la diferencia que existe en concepto de la opinion entre el valor de los bienes patrimoniales y los llamados nacionales*, etc. por un jurisconsulto, y por último un folleto *sobre la Propiedad* por un célebre anciano: este folleto se compone de 40 páginas acerca de la naturaleza de la propiedad territorial y el carácter de la industrial que son una verdadera obra maestra.

No obstante la cuestion no habia llegado aun al término conveniente y el autor de este folleto fue encausado. M. de Richelieu no perdia de vista la indemnizacion de los emigrados, y la realizacion de este asunto era el sueño dorado de su ministerio. Practicáronse diligencias para averiguar el importe total de los bienes perdidos, y hasta parece que M. de Corvetto redactó un proyecto de ley.

M. de Richelieu salió del ministerio por lo cual cierto escrito que se habia mandado imprimir para distribuirlo en las Cámaras, perdió su significacion: en aquella época se creia, que cuanto mas adicto era uno á la monarquía legítima, menos fuerzas podia tener para servirla.

El último rey que veia aproximarse su hora postrera y queria pasarla con gloria conoció que el buen resultado de la expedicion de España daba oportunidad para que volvieran á pedir las indemnizaciones, y que la bandera blanca traida por las victoriosas manos del príncipe, caudillo de aquella expedicion podia servir, digámoslo asi, de vendaje para las últimas heridas de la revolucion. El pensamiento real se insinuó en una ley rechazada por la opinion pública y no consiguió su objeto; el gefe de la oposicion rea-

lista en la cámara popular arrebató á los ministros la iniciativa de la proposicion mas honrosa, llegando por un esfuerzo que debió serles muy penoso hasta el extremo de combatirla, ó por lo menos tuvieron que atrincherarse en una de esas vagas promesass que se olvidan ó se cumplen segun las circunstancias.

En la historia de esta proyectada ley, noble amigo mio, echareis de ver, como yo, la feliz influencia de de esas instituciones que nos han salvado, y que elevarán la nacion á su mas alto grado de prosperidad, si algun funesto genio no corrompe sus principios.

Presentad en un gobierno constitucional un proyecto: la opinion se apoderará de él y lo discutirá: si es útil la mayoría concluirá por declararse en su favor, y los hombres de Estado nada mas tendrán que hacer que realizar el deseo del público.

Asi se ha ido elaborando durante diez años la idea de indemnizacion en favor de los propietarios despojados: las dificultades que presentaba se han ido desvaneciendo, y por último, todo el mundo pide ya la ley que antes nadie se atrevia á esperar. Tales son los triunfos de la libertad de imprenta y la excelencia de la monarquía representativa.

¿Mas quién no temblará, noble amigo mio, al ver que la autoridad ministerial no ha dado aun nada á conocer por lo tocante á sus proyectos sobre la ley de indemnizaciones? Hasta podria creerse que ha temido que adivinen sus intenciones, pues por medio de un articulo del *Moniteur* ha procurado desmentir los rumores que circulaban en París. Hace ya veinte dias que las Cámaras se han inaugurado y el público nada sabe aun de una ley que interesa á la propiedad de las dos terceras partes de la nacion. Esta ley habria debido ser objeto de discusiones políticas: la prensa periódica habria debido hacerse cargo de ella, para preparar los elementos de la discusion; pero nada de eso se ha hecho: todo está envuelto en el secreto.

¿Sucederá, pues, con esta ley como con la de rentas? ¿Presentarán repentinamente á la discusion de las Cámaras una ley que exige conocimientos especiales y estudios tan profundos? ¿Vendrán por último á decirnos, haced lo que querais; aprobadla, ó desechadla, si es buena, porque es buena, y si es mala, porque es mala? ¿De manera que uno se veria obligado, como por una pistola puesta al pecho á aprobar una ley tal vez funesta, una ley que no se encaminaria á su objeto, ó que acaso habria sido confeccionada en sentido ageno del fin que nos habiamos propuesto?

Nada agradable seria el suponer que existe en el gobierno un espíritu antipático á la Constitucion, un espíritu que mira con horror la publicidad y que no puede resolverse á reconocer el poder de la opinion. Entre tanto que los velos acaban de rasgarse, y mientras llega el momento de que descarguen sobre nosotros una ley, como podrian descargar un golpe de Estado, no hay mas que un solo medio de poder prestar alguna utilidad y es el dedicarse al exámen de lo que podrá contribuir á viciar las bases de la ley proyectada ó consolidar sus fundamentos.

Comprendo la embarazosa situacion del ministerio y veo que el asunto presenta dificultades, sobre todo no tratando de salir de los antiguos sistemas.

Este proyecto de ley no proporciona tampoco la gloria de la iniciativa al ministerio, pues como ya lo hemos dicho principió en el duque de Tarento y acabó en el conde de La Bourdonnaye siendo discutido por todos los escritores realistas: por cuya razon, los ministros, aunque realmente lo deseen no pueden mirarlo con aquel amor que cada cual dispensa á sus propias obras, ni emplear tanto afan en llevarlo á cabo.

Una de las cosas mas funestas que por lo tocante á la ley en cuestion podria ocurrir, seria el dejarse sorprender por lo que denominan *proyecto sencillo*, que en una breve exposicion contiene las combinaciones de la arbitrariedad. El proyecto de ley sobre reduccion de las rentas era tambien de muy cortas dimensiones, mas ya hemos visto qué largo era su contenido.

La ley de indemnizaciones debe ser una ley detallada, una especie de código de la propiedad en el cual debe procurarse la mayor claridad, y alejar todo género de dudas. Por ejemplo, si se nos dijera: «Se concede un crédito de seiscientos millones, ó menos al ministro de Hacienda para dar una justa indemnizacion etc.:» si este proyecto despues de haber fijado una ó varias bases variables por lo relativo al modo de evaluar los bienes, despues de haber aclarado la cuestion de los acreedores anteriores á la emigracion, dejaba todo lo demás á merced de los reglamentos administrativos, no podria ser aprobado sino con mas ó menos peligro para los propietarios y para el Estado. Semejante proyecto no seria mas que una letra de seiscientos, ú ochocientos millones, puesta en manos de un hombre. No pidamos una firma en blanco por las confiscaciones; pues produciria los mismos malos resultados que para el asunto de las rentas y es bastante el haber dado ya una por lo tocante á los vales-reales. De este ciego abandono de la fortuna pública naceria un inagotable raudal de arbitrariedad.

Arbitrariedad en la forma que se estableceria para la comprobacion y admision de los títulos, pues la ley no habria establecido leyes sobre este particular, ni por lo tocante á las apelaciones que pudieran ocurrir.

Nombraríanse comisiones para arreglar estos particularse, ¿pero dejarian de ser nombradas por el ministerio? ¡Á cuantos abusos darian márgen semejantes comisiones!

Arbitrariedad en el órden de admision de las liquidaciones en lo cual llegarian tal vez á intervenir el capricho, el interés, el favor, la intriga y hasta la corrupcion que por todas partes se insinua: los ricos serian despachados antes que los pobres; las grandes propiedades llegarian á estar medio indemnizadas, cuando las pequeñas seguirian estando absolutamente arruinadas.

Acaso tratarian á un emigrado lo mismo que se trata al mas infimo comisionado; se informarian de su modo de pensar, de cómo vota en las elecciones y asi como no hacen caso de un magistrado que ha sido fiel á la voz de su conciencia, tratarian quizás á un leal servidor del rey que de todos sus bienes no habria podido conservar mas que el de su independencia.

Un antiguo caballero del ejército de Condé, cargado de años y cubierto de heridas seria tal vez pospuesto por un intrigante que habria convertido el tiempo de su destierro en tiempo de placer pavoneándose por las diversas capitales de Europa.

Una ley que debe ser el honor del reinado de Carlos X, así como la Constitucion fue la gloria del reinado de Luis XVIII, una ley que debe cicatrizar las últimas heridas de la revolucion, vendria en último resultado á no ser mas que una ley fiscal en provecho de un interés particular.

Esta ley marchitada en su flor el año pasado por la sola idea de agregarla á la ley de rentas acabaria al presente de secarse hasta en sus raices. El ministerio de Hacienda vendria á ser una especie de Monte de Piedad á donde acudiria la emigracion á empeñar sus antiguas prendas, y sobre las garantías que presentase un desgraciado llegarian á hacerse *especuladores*. Los restos de la nacion reunidos y convertidos en papel enriquecerian á los traficantes en agenas miserias.

Ni aun se podria entregar la parte que se quisiera a la negociacion: el desterrado que habita en las provincias tendria que remitir sus títulos á la prefectura de su departamento que los trasladaría á París, donde quedarian sepultados en las oficinas, hasta que se presentara algun vil protector á quitarles el polvo.

¡Cuantas escrituras no hay que hacer segun el actual sistema de administracion para evitar una ruina! ¿seria preciso seguir la misma tramitacion para socorrer á un hombre? Mas por desgracia el hombre no dura tanto como un edificio que se está arruinando y se desmorona mas pronto que este.

Concíbese que segun las ideas dominantes la perfeccion del sistema consistiria en que las liquidaciones de indemnizacion se hicieran en París, y en que se centralizarian en esta capital todas las desgracias. Concíbese cuánto se alegrarian algunos funcionarios públicos de verse convertidos en una especie de escribanos universales, que teniendo en su bufete todos los títulos de propiedad de la nacion serian á manera de unos apoderados de todas las familias. De la importancia que esta posicion les daria, podrian servirse para seguir perpetuándose en el poder á pesar de la opinion y casi á pesar de la corona.

Pero, ¿puede convenir esto á la monarquía, ó á la nacion? ¡Seiscientos ú ochocientos millones confiados al arbitrio de un solo hombre y de sus agentes! Medios de influencia serian estos tanto mas peligrosos, cuanto que aunque dura la memoria de aquellas oficinas de registro, establecidas por Bonaparte donde casi no era posible cometer una equivocacion.

¡Singular coincidencia! Al indemnizarse los bienes secuestrados vendria á suceder lo mismo que cuando se principió á poner en práctica el secuestro. Queriendo la Convencion desenbarazarse de las quejas y reclamaciones relativas á la venta de bienes de los emigrados, decretó: «que toda cuestion y reclamacion relativa »á esa venta se dirigiera exclusivamente al comité de »Hacienda, seccion de dominios (1.° *Fructidor*, »año III).»

Démonos prisa á publicar una ley que la religion, la moral, el honor, y la política reclaman igualmente; pero guardémonos de darle el carácter de una ley de inmoralidad y de agiotaje en vez del sello de la justicia y probidad que deben distinguirla y sobre todo tratemos de no crear por esta ley una especie de dictadura incompatible con la monarquía.

La ley de indemnizaciones debe ser considerada bajo el punto de vista civil y bajo el punto de vista financiero. Debe por lo tocante al aspecto civil ser elavorada por jurisconsultos hábiles y por magistrados íntegros. No son esta clase de asuntos para tratados por algunos dependientes entre el estrépito de una administracion que se viene al suelo. Debe en esta ley dominar el espíritu del antiguo y del moderno derecho nacional, como que en ella deben dilucidarse cuestiones de la antigua y de la moderna jurisprudencia.

Debe clasificar el órden de herederos y sus representantes en sucesion directa ó colateral hasta el término que se establecerá.

Decir que las partes se proveerán en derecho ante quien competa, es equivalente á consumar la ruina de unos hombres á quienes se trata de socorrer.

Decir que se compondrá todo por medio de reglamentos segun las eventualidades que ocurran es lo mismo que decir que se hará justicia cuando no sea necesario, y que se establecerán reglas cuando todo se haya desarreglado. ¿A quién podria apelarse de una órden ministerial? ¿Al consejo de Estado? Entiéndase que este no debe juzgar mas que en materias contenciosas y no en materias civiles: por lo tanto solo á los tribunales será preciso acudir y solo la ley puede abrir las puertas de estos.

¿Podrian los ministros ser considerados como parte interesada? Téngase presente que para eso seria preciso obtener una autorizacion del consejo de Estado y que los miembros de este consejo son amovibles y dependen de los ministros. Por lo tanto nada mas se haria que recorrer un círculo vicioso.

Piensan algunos que en vez de una *simple* ley, ó de una ley *detallada*, convendria confeccionar tres ó cuatro que arreglarán el asunto. Idea la mas peligrosa de cuantas pueden existir! Si llegara á ocurrir que una, dos, ó tres de esas leyes fueran desechadas, y la cuarta mereciese únicamente aprobacion ¿qué sucederia? ¿Cómo se pondria en ejecucion?

Si esta ley admitida fuese (como es probable) la que encerrara el espíritu de la ley, sucederia ó bien que este principio no seria mas que una esteril manifestacion sin consecuencia para los expropiados, ó bien que á falta de leyes correlativas este principio seria sepultado por reglamentos y vendria á caer en el abismo de la arbitrariedad administrativa.

Este sistema de leyes separadas podrá convenir á los que quieren desembarazarse de la ejecucion de una ley esencial, ó se dan por satisfechos del honor de haber hecho votar su principio; ó bien á los que quisieran apoderarse de ese principio, desentendiéndose de todo compromiso por lo tocante á la ejecucion. Debe tenerse mucho cuidado con esta sutileza.

Háblase tambien de otro sistema que consistiria en pagar las indemnizaciones con papel del 3 por 100 al interés de 75 y de dar al mismo tiempo á los tenedores de bienes facultad de elegir treses al mismo interés ó guardar sus 5 por 100: en este último caso la caja de amortizacion no haria mas operaciones sobre los 5 por 100 sino sobre los treses. Ademas todas las *transferencias* que ocurrieran de este último papel, sea por venta ó por herencia, se convertirian forzosamente en papel del 3 por 100.

Nada puede decirse contra este proyecto, sino que seria injusto é ilegal. La caja de amortizacion no ha sido creada para extinguir una deuda particular ó para sosten de un solo fondo, sino para obrar sobre todas las rentas en general. Afectarla únicamente á los intereses del 3 por 100 seria irrogar un perjuicio á los del 5 por 100. ¿Qué han hecho pues esos desgraciados tenedores de los 5 por 100? ¿Qué crímen han cometido para verse incesantemente amenazados por la ley? No haciendo operaciones la caja de amortizacion mas que sobre una clase de papel produciria alzas enormes y espontáneas, seguidas de bajas tan terribles que renovarian parte de las eventualidades del sistema de Law. El público en este proyecto no veria mas que un consuelo y una indemnizacion de la ley sobre reduccion de las rentas.

¿Y por qué razon los tenedores de papel del 5 por 100 no habian de poder negociar su crédito, sin tener que cambiarlo por papel de otra especie?

Guarden sus fondos, me contestarán y retengan su papel. Mas si quieren negociar con ellos el Estado tiene derecho de decirles que necesita bajar el interés de su dinero.

Hé aquí una autoridad ministerial bastante escrupulosa. ¡Por una parte pone trabas al juego y por la otra estableceria por su cuenta una inmensa mesa de juego! ¿Luego no piensa mas que en su propio provecho? Pero ¿serán culpables los tenedores de ese papel, de los cuales algunos han sido ya despojados por las reducciones y bancarrotas, si tratan de servirse del crédito público para encontrar sus capitales sin perder al mismo tiempo sus intereses? Por otra parte el obligar á un propietario á no poder vender su propiedad no sujetándose á una forma determinada, es ir contra los principios de las leyes, y atentar contra el derecho de propiedad.

Podrian comprarse treses, mas nadie podria comprar cincos, porque estos no podian ser vendidos sino transformados en treses, ó por decirlo con mas claridad: el papel del 5 por 100 ya no podria ser transferido. Iríase este papel extinguiendo necesariamente en un tiempo dado, y asi se explica cómo en lo sucesivo no tendrian ya necesidad de la accion de la caja de amortizacion. ¿Qué significa todo eso? ¿Para qué son esas invenciones, ni qué relacion tienen con la

medida que debe emplearse para indemnizar una tan grande injusticia?

Por lo demás como cien francos pagados en treses no valen mas que setenta y cinco segun las ideas que dominan en el proyecto de reduccion de la renta, y sesenta y cinco francos en la Bolsa al interés actual de los 5 por 100 es evidente que el indemnizado que recibiera cien mil francos en esta clase de papel no percibiria en la realidad mas que las tres cuartas ó acaso las dos terceras partes de esa suma.

Si pues el importe total de las indemnizaciones, deducido el descuento hecho por las deudas pagadas por el gobierno, asciende á 600 millones, indemnizando esta suma en treses al par los interesados no cobrarán mas que 400 millones. Habrá pues un engaño manifiesto en este modo de pagar, y la pérdida del infeliz indemnizado acabará de aumentarse con la falta de recursos propios que le pondrá en la necesidad de vender cuanto antes sus créditos al que tenga suficiente dinero para comprárselos.

Si por otra parte los poseedores de las propiedades llegaran á ser herederos forzosos de los tenedores de los treses, sucederia que por una no menos rara combinacion, al paso que se habria quitado á los primeros algo de lo que tienen no se habria indemnizado á los segundos de todo lo que se les debe.

Finalmente ¿por qué fatalidad será preciso que la suerte de los expropiados venga á estar enlazada con la de los poseedores de sus propiedades? ¡Pues qué! ¿Nos hemos de empeñar en que la ley de indemnizacion, desentendiéndose siempre de las mas sencillas ideas de moral y de justicia, no sea mas que una doble operacion y una especie de juego de azar?

La buena fe tiene tambien su habilidad y su influencia: una ley grave, sincera y clara, cuyo espíritu estuviera al alcance de todo el mundo, seria segun mi opinion mas favorable al crédito que las mas sutiles combinaciones del agiotaje.

Dos ideas fijas, noble amigo mio, dominan en la actualidad en nuestro sistema de hacienda: no tocar á la caja de amortizacion, y crear valores inferiores al del 5 por 100 para hacer bajar el precio del interés en el comercio.

Ideas son estas igualmente erróneas; pues la caja de amortizacion es demasiado fuerte y el Estado no es el que puede obrar sobre la reduccion del interés del dinero en el comercio sino el comercio el que debe producir la baja del valor del interés para el Estado.

No sé lo que hará la administracion: no trato de seguirla al través de sus tinieblas: tendria por mi parte una viva satisfaccion de que me dijera que no he hecho mas que combatir fantasmas y que sus proyectos son muy distintos de los que acabo de atacar: lo único que me importa es que la ley sea buena. Mas por de pronto no tiene otro camino para llevar á cabo el asunto de las indemnizaciones que contraer un empréstito ó recurrir á la caja de amortizacion.

Y este el motivo que debe hacer deplorar á todo verdadero francés la mala posicion en que el poder administrativo se ha colocado por su precipitacion. Si contrae un empréstito surgen las mas graves objeciones por todas partes: si acude á la caja de amortizacion ¿dejará de someterse á todas las ideas que tan obstinadamente ha combatido? ¡Cuántas veces ha dicho el gobierno que tocar la caja de amortizacion seria lo mismo que tocar á la santa arca! ¿Se atreverá en la actualidad á cometer ese sacrilegio? En ese caso ¿por qué alborotó tanto el año pasado? ¿De qué sirvió tanto grito contra sus enemigos, y las violentas separaciones de sus amigos, si habia de verse por último en la necesidad de hacer lo que no queria oir? No hace mucho tiempo se pronunciaron los mas hermosos discursos contra la censura y ahora se establece la censura; modernamente se han causado trastornos administrativos á trueque de desechar un sistema de hacienda, ¿cuál? El que ahora se establece. ¿Mas qué importan las contradicciones, si por último han de redundar en provecho de la libertad y bienestar de la nacion?

Al fijar la atencion en la parte financiera del proyecto de ley, tal cual puede concebirse sin recurrir á combinaciones extraordinarias, se ve desde luego que el señor duque de Tarento habia propuesto en el artículo cuatro de su resolucion: «que la suma total »de rentas que habia que crear en favor de los anti»guos propietarios fuese evaluada, ó bien sobre la ter»cera parte del producto (con arreglo al tipo de 1790) »de los bienes enagenados y en este caso los acreedo»res de los propietarios de dichos bienes quedarian »reducidos á la tercera parte; ó bien sobre el tipo »de dos y medio por ciento del capital de dichos bie»nes, en la misma época de 1790, y en este caso los »acreedores que no hubieran liquidado sus créditos »conservarian sus derechos; bien entendido que en »las dos hipótesis se haria en el valor de dichos bienes »descuento de los créditos extinguidos por la liqui»dacion.»

De todos modos, noble amigo mio, la ley deberá establecer que los propietarios desposeidos serán, si es posible, indemnizados integralmente de la pérdida de sus bienes; de lo contrario no se cumpliria el objeto sino á medias. El hombre de Estado debe considerar mucho menos el objeto de una justicia particular y el consuelo concedido á la desgracia y á la lealtad que la consagracion del principio de que la propiedad sea inviolable.

Considérese que con la misma indemnizacion integral (en los casos en que no exceda de los límites de lo posible) se habrá cumplido bien y suficientemente con la justicia; mas no se habrá devuelto todo lo que habia que devolver: no se habrá devuelto ni el uso de los bienes inmuebles, ni los frutos de la tierra; no se habrá devuelto al propietario ni su cuna, ni su tumba. Aquel campo á que el propietario debia su consideracion, y con el cual ocurria á sus modestas necesidades y á sus decorosos placeres; aquel solar á que estaban unidas todas las tradiciones de su familia y de su infancia, los recuerdos de lo pasado y las esperanzas del porvenir, ¿podrá ser reemplazado todo esto por una inscripcion en el gran libro? Bastante es hacerle perder todo esto, sin que se trate ademas de hacerle perder una parte de su capital. ¡Harto duro es que el propietario deje de ser un tranquilo cultivador del campo para convertirse en un jugador de bolsa!

No está en la mano del hombre el remediar lo que es irremediable; pero muy bien puede ser justo en cuanto la inflexible necesidad se lo permita. Por algunos millones mas, no debe mutilarse una operacion que si no cierra la última herida de la revolucion, podria, siendo mal ejecutada, reanimarlas todas. Piénsese con toda seriedad en lo que digo, pues en ello está interesada la felicidad de la nacion.

No pudiendo hacerse la indemnizacion integral (que yo me complazco en suponer posible), el modo mas franco claro y moral de verificar esta indemnizacion seria transferir al propietario despojado, rentas emitidas por la caja de amortizacion.

De esta manera no hay necesidad de crear una nueva clase de papel, ni de aumentar la contribucion, ni de contraer un empréstito, por consiguiente tampoco se necesita establecer una especie de compañía mercantil entre el Estado, los propietarios, y los acreedores, ni hay que recurrir á combinaciones secretas, ni á condiciones que devorarian una parte de lo que resultara de la providencia que el gobierno tomase: en una palabra de esa manera no habria en ese grande acto de justicia real y nacional nada de ministerioso, nada de amenazador, ni nada de equívoco. No seria una jugada de Banca, sino una medida legislativa;

y por decirlo así la reconstruccion de las bases de la sociedad.

Ahora bien, suponiendo que el total de la indemnizacion sube á 30 millones de renta, aun habria en la caja mas que lo que se necesita para un fondo de amortizacion, y aun se le podrian quitar á esta caja algunos millones de rentas para disminuir las contribuciones directas.

Ciertamente que hay algo de extraño en la idea de querer crear nuevas rentas en vez de hacer uso de las adquiridas por la caja de amortizacion. Viene á ser lo mismo que si un hacendado al verse en la necesidad de una suma cualquiera y teniendo cantidades ahorradas para cubrirla grabase sus fincas con una hipoteca por no tocar al fruto de sus economías.

¿Se dirá que el Estado emplea sus economías aplicándolas á la amortizacion de sus antiguas deudas? Y ¿dejará por eso de engañarse á si mismo si intenta saldar antiguas deudas contrayendo otras nuevas?

Ademas el Estado obrando de este modo se coloca en una situacion peor que un particular que tomase el mismo expediente: un particular nunca devuelve mas que la suma que tomó prestada justamente con los intereses vencidos; pero el Estado segun el sistema de amortizacion debe siempre extinguir la deuda pública á un precio mas alto que aquel en que la contrajo.

Si el gobierno necesita 30 millones de rentas, suponiendo que haya creacion de una suma equivalente y que la extinga al mismo precio que la emitió, es evidente que hubiera hecho mejor de tomarla de la caja de amortizacion, pues de esa manera habria evitado los gastos de una doble colocacion.

Y si como generalmente sucede extingue las nuevas rentas creadas con la caja de amortizacion al 10 ó al 20 por 100 sobre el precio de su creacion, es indudable que pierde la diferencia que hay entre los dos precios.

La objecion que hacen al sistema de disminuir los fondos de amortizacion, tomando de la caja las sumas necesarias para las indemnizaciones consiste en que esa reduccion de la caja ocasionaria una baja en la renta, y que de esta manera la ganancia que el Estado pareceria haber hecho, seria ilusoria.

Por de pronto un aserto no es una verdad demostrada, ni la probabilidad de una baja considerable tampoco es evidente. Ahora que el gobierno francés está tan sólidamente establecido como otro cualquiera en Europa, y que su crédito marcha al par de su fuerza, puede creerse que necesite una caja de amortizacion dotada de cerca de 80 millones para sostener 140 millones de rentas al 5 por 100, al par, ó un poco mas, cuando los treses valen en Inglaterra á 96.

Por aventurado que sea este modo de pensar, la cuestion no consiste en eso: trátase de saber si una nueva creacion de 30 millones de renta con la caja de amortizacion actual, no haria bajar el precio de la renta tanto como sin hacer nueva creacion se disminuyera en 30 millones la dotacion de la caja, y se dieran para indemnizacion. La experiencia prueba que el crédito público no sigue necesariamente el movimiento de la deuda nacional. Los treses han subido tan prodigiosamente en Inglaterra desde que se ha disminuido la mitad de la dotacion de su caja de amortizacion.

A eso contestaran que no solamente se disminuye la caja de amortizacion en 30 millones, sino que se vuelven á poner en circulacion 30 millones de rentas extinguidas. Cubriendo la plaza con tan grande cantidad de efectos del mismo valor que los que se negocian en ella ¿cómo podeis esperar que pueda evitarse una baja?

Los 30 millones de rentas no caerán de una vez sobre la plaza, supuesto que podrán no ser emitidos sino en proporcion que se vayan haciendo las liquidaciones. Supóngase que se toma el término de 30 años para estinguir esos 30 millones: dividiéndolos en partes iguales producirá poco mas ó menos cada año una emision de 4.285,714 francos, emision que los fondos pueden cómodamente soportar sin afectarse materialmente.

Mas esto nos hace ver que la cuota sucesiva y regular de la emision debe ser determinada por la ley aunque en el término del año debiese superar ó ser inferior al total de las liquidaciones verificadas. En cualquiera de los dos casos ó bien el dinero dormiria en la caja de las consignaciones, ó el propietario, llamado á liquidar, esperaria al año siguiente. No tardaré en decir cómo podria esto arreglarse sin perjuicio de los intereses del propietario.

Nada seria mas peligroso que una emision de rentas espontánea que estuviese constantemente amenazando á la Bolsa y que dependiera de la voluntad de un hombre. Por poco que este hombre fuera sabria anticipadamente la cantidad de rentas que se presentarian cada mañana ó cada mes en el mercado, y por consiguiente le seria fácil calcular el precio en que se venderian, y como este hombre no podria ser el único que supiera este secreto, fácil es calcular el partido que otros podrian sacar de saberlo.

Preciso es, pues, que la ley rompa esa palanca de poder y de agiotage, sin lo cual la fortuna del Estado y la de los particulares quedarian á merced de la probidad humana que no siempre es el baluarte mas seguro contra las tentaciones.

Sin embargo aunque la liquidacion no pueda y no deba ser mas que sucesiva, seria justo que los intereses de esas liquidaciones presumidas corriesen desde la fecha de la promulgacion de la ley. De lo contrario sucederá que habria una diferencia de pérdidas y de ganancias considerable entre el que fuese indemnizado, durante el primer año de la liquidacion, y el que lo fuese en el último.

Tambien es preciso que se dé á los indemnizados la renta á un precio fijo, al par, sin tener en cuenta el precio corriente de la Bolsa, sin cuyo requisito un indemnizado recibiria mas que otro segun la época en que se hubiera hecho su liquidacion.

Asi que la ley habrá declarado que los 30 millones tomados de las rentas extinguidas por la caja de liquidacion quedan destinadas á las liquidaciones, deben ya considerarse como no pertenecientes á dicha caja y por lo tanto quedarán secuestradas y en depósito en la caja de consignaciones. Esta caja se hará cargo de los valores, y el Estado convertido en tutor del indemnizado le dará al liquidar cuenta de su crédito.

Una ley cuya ejecucion será sucesiva producirá eventualidades que es preciso tener en cuenta preventivamente: puede suceder que el derecho de una familia se extinga antes de haber sido liquidada, por la muerte del heredero colocado en el grado de sucesion admitido. Sucederá tambien que para tal bien inmueble que nadie reclamaba se presentará repentinamente un propietario. Estas mejoras ó estos perjuicios deben ser previstos y remediados por la ley. Si debe fijarse el órden de las liquidaciones debe tambien prevenirse un término perentorio. La Francia debe medir su generosidad con su fuerza, y debe tratarse de que no esté eternamente situada en el borde de una deuda sin fondo.

Tambien debe evitarse el que se llegue á hacer una confusion de las deudas liquidadas sobre el precio de los bienes inmuebles vendidos: cada indemnizado debe soportar el peso de su deuda personal, y no descargarla sobre su vecino que nada debe.

Mas por último, ¿querrán recurrir en la ley de indemnizacion á pesar de cuanto acabo de manifestar, á esas operaciones complicadas, á esos giros, á esas concurrencias de valores y á esas especies de escamotaje que tanto fascinan á la multitud? ¿Seguirán diciendo que los 5 por 100 sufrirán una baja, porque

se pongan en circulacion durante algunos años 30 millones en papel de su misma especie? Aun queda un recurso decoroso para hacerle subir de valor, y este medio voy á presentarlo con la mayor confianza.

Durante el último año se mezcló el proyecto de indemnizacion con el de reduccion de la renta. Declarad, pues, al mismo tiempo que pedís la indemnizacion, que no se agitará la cuestion de la renta antes de pasar el número de años necesarios para liquidar la indemnizacion, y en el acto subirán los fondos públicos; atraereis mil bendiciones sobre el monarca, y adquirireis un crédito inmenso.

Los problemas de hacienda mas arduos han sido resueltos con alguna precipitacion: así es como han podido decretar que la renta era reembolsable. El artículo del código que declara que toda renta perpetua es esencialmente reembolsable, podria muy bien ser combatido por el artículo de la Carta que declara que la propiedad es inviolable, y por el que establece (art. 70) que *la deuda pública queda garantizada, y que toda especie de compromiso contraido por el Estado con sus acreedores es inviolable*. En Inglaterra se arreglan estos asuntos por los intereses mercantiles: ¿podria partirse en Francia del mismo principio?

La renta en esta nacion es menos un bien mueble que inmueble. Tan pronto representa el valor de lo que reditúa una posesion, ó el valor de esa posesion vendida y convertida en metálico, como los productos de la industria: su origen la pone en relacion con las leyes que rigen en lo tocante á la propiedad territorial.

¿Qué significa el artículo de la Constitucion que acabamos de citar sobre la garantía de la deuda pública, si la renta es un bien mueble? El establecimiento de los mayorazgos en rentas, ¿no prueba que por lo menos en ciertos casos la renta está considerada como inmueble?

Nótese de paso que todas las rentas constituidas antes del siglo XVI no eran reembolsables: luego la porcion de rentas de esta especie que aun subsiste, debe de derecho ser no reembolsable.

A principios de aquel siglo el Parlamento decidió que en ciertos casos particulares las rentas serian reembolsables; pero falló por lo tocante á la especie y no por lo tocante al género, el cual, segun máxima del derecho, quedó sometido al mismo principio. Así vemos que en tiempo de Luis XV un empréstito fue declarado reembolsable, lo cual supone que los demás no lo eran.

Se ha querido decir que la palabra *consolidado* tomada de los ingleses, significaba *confusion ó aglomeracion*. Sin embargo, es cierto que no fue esta la significacion que tuvo en su origen: Los 5 por 100 llamados por Bonaparte *cinco por ciento consolidados*, se llamaban antes *los tercios consolidados*; y ciertamente no puede decirse que hubiese aglomeracion de fondos en una propiedad que se veia obligada á perder las dos terceras partes. Es evidente que esta palabra *consolidado* se empleaba para asegurar al tenedor y persuadirle que no sufriria una bancarrota por el resto de la deuda. Mas hé aquí los documentos que cortan la cuestion, y que habrian producido mucha sensacion en el caso de haber sido presentados cuando se estaba discutiendo la reduccion de la renta.

El 8 *vendemiaire*, año VI (29 de setiembre de 1797) Mr. Cretet, encargado de presentar el informe sobre el proyecto de la ley de hacienda despues de la bancarota, se expresó de este modo en el consejo de los Ancianos:

«Es una verdad palpable á todos los que conocen »la marcha del crédito público, que la porcion de la »deuda *bien consolidada* podria venderse algun dia »mucho mas alta que al par, porque es la mejor es»tablecida de cuantas existen en Europa.»

Por de pronto es evidente que la idea de la deuda *reembolsable* no se presentaba con iguales garantías á la vista del informante, y que este se dirigia á unos legisladores que estaban en la misma persuasion.

Cuatro años despues, al presentarse la ley de 21 *Floreal*, año X, que dió el nombre de *cinco por ciento consolidados* á una parte de la deuda perpetua, el mismo Mr. Cretet prenunció estas palabras ante el cuerpo legislativo.

«El individuo que confia su fortuna al gobierno »cuenta sobre dos cosas: la estabilidad de su crédito »y el pago puntual de sus intereses... Esta definicion »está justificada por el proyecto de ley que, afectando »los productos de la contribucion territorial al pago »de los intereses de la deuda perpetua, consagra »*su consolidacion* por medio de una subdelegacion »inmutable.»

¿Son equívocas semejantes palabras?

Finalmente el mismo orador sosteniendo el proyecto de ley en la sesion del 21 Floreal, se expresó aun con mas claridad cuando dijo.

«La deuda perpetua se compone de la fortuna del »acreedor y de la de su posteridad; admite que se »empleen en ella los fondos dotales y pupilares, los »de los establecimientos públicos y los de las muni»cipalidades: estos caractéres la elevan al órden de »cosas que mas vigiladas deben ser por la ley y por »el gobierno. No siendo REEMBOLSABLE esta deuda, »seria una riqueza improductiva si los acreedores no »pudieran trasmitirla mas que con desventaja: lo »cual es otra circunstancia por la que debe la ley »proteger su valor en venta.»

Tal era la doctrina por lo tocante á la deuda pública en tiempo de la república y el imperio. Esta deuda estaba considerada como NO REEMBOLSABLE. Ese mismo orador, hablando en nombre del gobierno, proclamó tres veces el mismo principio. ¿Por qué desgracia, por qué deplorable fatalidad se habrá abandonado ahora ese principio en tiempo de la monarquía legislativa.

Debo en este lugar, noble amigo mio, dar gracias á uno de mis colegas que habia reunido esos documentos para sostener una enmienda que pensaba proponer en esta cuestion financiera que tanto honor ha hecho á la cámara de los Pares, y ha tenido á bien comunicármelos. Su discurso que no llegó á ser pronunciado, y cuyo manuscrito tengo á la vista, contiene este notable apóstrofe.

¿Qué direis, señores, de esta doctrina? (la manifestada al Cuerpo legislativo y al Tribunado).

¿Qué direis de estas expresiones? ¿Serán bastante positivas, bastante formales, bastante claras en favor de aquellos desgraciados propietarios, que habiendo sufrido la reduccion de la mitad de su crédito, cuando no ascendia mas que á seiscientos francos de renta, y de dos terceras partes cuando pasaba de esa cantidad, recibian por la denominacion conservada en la misma ley, la consoladora confirmacion de un principio que les quitaba el temor de que en lo sucesivo ocurrieran disposiciones semejantes á las que estamos hoy discutiendo?

Hé aquí, mi noble amigo, hechos que pueden conducir á graves reflexiones: ahora es preciso convenir francamente en que el año pasado no se tenia generalmente idea de ellos. En medio de una discusion animada no habia habido tiempo de profundizar la materia: los hombres mas honrados se manifestaban dudosos ó no opinaban como opinan al presente. Cuando se ha pasado el peligro y puede volverse atrás la vista, el estudio y la reflexion hacen reparar en objetos cuya existencia no se habia ni aun sospechado. ¡Ojalá la experiencia nos corrija para siempre de esas improvisaciones de leyes que pueden traer las mas fatales consecuencias! No es en la tribuna donde pueden solventarse esas importantes cuestiones de

derecho que darian que hacer á los mas hábiles jurisconsultos. Por mi parte tampoco me atrevo á decidir nada; pero creo encaminar bien el asunto pidiendo que el proyecto de ley vaya precedido de una declaracion en virtud de la cual quede aplazada para dentro diez años la cuestion de reduccion y reembolso de la renta.

Podria tambien sostenerse que la renta (y este es mi modo de pensar) no debe ser reducida mas que por la caja de amortizacion y por el descuento anual de las especies en oro y plata, este descuento llegaria á importar mas del 30 por 100 en pocos años, si las minas de Méjico y el Perú eran explotadas por compañías europeas.

Tal es poco mas ó menos lo digno de importancia que tenia que deciros sobre la gran cuestion de las indemnizaciones. Para explanar los detalles se necesitarian tomos enteros; por lo cual no he atendido sino á los puntos mas culminantes, y las bases que he establecido creo que podrian sostener el monumento.

1.° Reembolsar cuanto antes sea posible, integralmente á los propietarios desposeidos.

2.° Poner en relacion la ley con el código civil y dar los mas latos detalles.

3.° No contraer empréstito.

4.° Pagar las indemnizaciones con las rentas adquiridas por los fondos de la amortizacion.

5.° Fijar año por año el órden y cantidad de las liquidaciones.

6.° Declarar que no se ocupará el gobierno ni de la reduccion, ni del reembolso de los 5 por 100 antes del término de diez años (espero que nunca llegará el momento de ocuparse de este asunto.)

7.° No dejar nada, ó lo menos posible á la arbitrariedad en lo tocante á la ley ó á su ejecucion.

Lo que voy á decir ahora es lo que me parece mas conducente para conseguir estos buenos resultados. No conozco ningun hombre bastante elevado en dignidad, en ciencia, ni en virtud para encargarse de dirijir un asunto en que se trata de la prosperidad de casi todo el reino; unos ministros que van desapareciendo juntamente con sus sistemas no están en proporcion con los intereses permanentes del país. Solo el rey con su autoridad sagrada, con su carácter impasible, con su talento, con su elevacion de sentimientos, solo el rey puede inspirar bastante seguridad para que todo el mundo confie alegremente toda su fortuna en sus régias manos. Investido de todo poder ponga en ejecucion la ley que él mismo habrá concebido; descienda hasta nuestras propiedades; venga á colocar el límite de nuestras heredades y vuelva así como sus antepasados á administrar justicia á sus vasallos al pié de una encina.

Mas siendo preciso que alguno le ayude en esta régia tarea, su consejo privado parece ser el naturalmente llamado á este honor, y ¿nó podria ademas añadírsele un cierto número de prelados, de pares, de diputados, de magistrados y de consejeros de Estado?

El rey asistido del Delfin y teniendo á sus órdenes el canciller de Francia presidiria las sesiones generales.

El consejo privado que al presente apenas tiene en que emplearse, encontraria entonces una noble é inmensa ocupacion.

¿No seria posible formar tambien en cada tribunal un comité compuesto del presidente y de algunos consejeros reales? No podrian algunos miembros de los consejos generales de los departamentos á donde llega la jurisdiccion de esos departamentos auxiliar á ese comité en calidad de agregados? ¿Los papeles y documentos relativos á las liquidaciones abiertas en esos departamentos no podrian ser remitidos al comité? De esta manera se ejecutaria el trabajo á la vista de las partes interesadas, y cada comité enviaria su trabajo á la seccion del consejo privado encargada de la correspondencia.

La solemnidad de esta administracion daria testimonio de la solemnidad de la medida y llamaria la atencion de los pueblos, tan interesados como nosotros en la consolidacion de la propiedad.

En tanto que no haya una ley sobre responsabilidad moral sea despreciada como lo es en la actualidad, supuesto que tienen orgullo en provocar la opinion, seria muy natural la desconfianza que se tendria al poner los intereses mas altos de la sociedad á merced de un poder tan absoluto. Mas en el plan que acabo de proponer todo marcharia con sinceridad, todo seria monárquico y con él se formarian nuevos vínculos entre la nacion y el rey, y entre el rey y la nacion.

Así es como el difunto rey de Cerdeña, Victor Manuel nombró por su decreto de indemnizacion comisiones provinciales en sus ciudades de Chambery y Niza, relacionadas con una junta establecida junto á su real persona en Turin. El monarca reinante ha conservado estas mismas disposiciones. Veinte y un artículos componen esa real órden de la que se podrian sacar escelentes medidas. Esos príncipes de Saboya, cuya sangre, mezclada con la de Enrique IV corre por las venas del Delfin tienen la gloria singular de no apreciar el trono sino por la gloria que les facilita; contienen las revoluciones rehusando ser cómplices suyos, y consérvanlas abdicándolas.

Tanto mas pernicioso, fatal, y llena de divisiones y discordias seria la ley proyectada, no procediéndose en ella con tino, tanto mas saludable, bienandada y reconciliadora será si en su redaccion no se atiende mas que al espíritu de equidad y de franqueza. Ella restablecerá la armonia entre los ciudadanos, y estinguirá los últimos recuerdos de la revolucion, quitando á los espíritus turbulentos todo pretexto de desavenencia, y todo medio de obrar sobre los intereses y las pasiones.

La legitimidad del trono se consolidará con las legitimidades que habrá restablecido y quedará completamente separada de la república y del imperio.

No ver en esa deseada ley mas que desterrados y un asunto de hacienda; desecharla ó aprobarla por espíritu de partido es lo mismo que no colocarse á una altura suficiente para juzgarla ó no comprender su espíritu.

Que los propietarios despojados, sus hijos y sus familias sigan aun padeciendo por la confiscacion, ó que hayan recibido una especie de indemnizacion por medio de pensiones y honores; que estos propietarios estén hoy desempeñando destinos que sus costumbres no les habrian dejado admitir en otro tiempo, que estén descontentos ó satisfechos de la indemnizacion que el Estado podrá concederles... todo eso no es mas que asunto de compasion si son desgraciados y un motivo de congratularse con ellos, si son felices. El objeto de la ley se remonta á mucha mayor altura.

No es una ley de gratitud por parte de la corona, ni de gracia por parte del Estado; no es una rechazada ni reclamada por las pasiones: tampoco es ley de sistema, ley de democracia ó de aristocracia; no es mas que ley de justicia, ley de propiedad.

Si un rey por sí solo, ó con un cuerpo político, ó un cuerpo político sin un rey pueden en todo tiempo despojar las propiedades de un Estado, es de temer que mañana repitieran lo que han hecho hoy.

No confieis en vuestra posicion social; una asamblea popular arrebató los patrimonios de la nobleza; una asamblea aristocrática podrá arrebatar los bienes del pueblo.

¿Quereis retener el bien ageno sin que se restituya su valor en una proporcion posible? Esperad que llegue mi dia: yo tambien os despojaré á mi vez; me negaré á daros una indemnizacion legal, y me autorizaré con

vuestro ejemplo y vuestros principios. ¿Qué podreis decirme sino que ayer érais vosotros los fuertes y yo el débil, y que los tiempos han cambiado?

Fíjese bien la atencion: si el derecho de propiedad no es sagrado, la libertad sufre violacion; porque la primera es el baluarte de la segunda. La libertad defiende á su vez á la propiedad: con esta se puede rehacer la existencia de aquella; mas con la libertad únicamente no es posible restaurar la propiedad.

Si el que en este instante posee una cosa, puede ser privado de su propiedad en un breve plazo de tiempo, y tiene, por consiguiente, que caer en el estado de dependencia del propietario, bien se puede asegurar que desaparecerán las costumbres nacionales, pues las costumbres no se forman sino con la permanencia de las cosas. Cuando el labrador no está seguro de poder dejar el fruto de sus sudores á los hijos puede decirse que no hay costumbres, ni familia, porque esta no existe donde el hogar paterno puede ser invadido á cada momento; donde la encina plantada por los antepasados puede caer bajo el acha del primer leñador que se presente.

Y no solo no podrá establecerse una sociedad duradera, sino que en los cortos intervalos que separarán las confiscaciones políticas, aquella sociedad vacilante, esperando á todas horas una revolucion, aquella sociedad, no atreviéndose á sembrar mas que la cosecha del año, ni á plantar mas que árboles de breve duracion, no gozará un momento de reposo. La propiedad mobiliaria puede desaparecer sin dejar un recuerdo; pero no sucede asi con la propiedad inmovilia ria: las huellas del hombre no se borran del polvo que ha pisado, y su nombre se mezcla con la tierra, asi como sus cenizas. En vano el arado extranjero surca el campo usurpado; en vano la hazada lo despedaza: el nombre del antiguo poseedor renace con las nuevas espigas, y como un importuno testigo aparece hasta en el fondo de la copa, que debia animar el festin del legitimo propietario.

Repitámoslo mil veces: casi siempre las virtudes políticas están en el orden político adheridas al territorio, y cuando este oscila bajo los piés del propietario, las virtudes no pueden menos de estremecerse y caer. Vigorosa idea fue la de nuestros antepasados, los bárbaros, cuando atribuyeron á la tierra propiedades morales, cosa que la antigüedad ha ignorado; pero que, sin embargo, no deja de ser menos prodigiosa. Como para ellos la nobleza consistia en la independencia, dieron á ciertos terrenos el dictado de nobles. Supongamos que ellos hubiesen entendido la libertad del modo que nosotros la entendemos, es de creer que identificándola con el terreno habrian establecido una sociedad libre, cuyo principio no se habria destruido como en las ciudades, porque el terreno no puede ser esclavo como un hombre, y porque aunque puede darse muerte á un propietario, no puede darse muerte á la propiedad. Aquellos señoríos republicanos hubieran dado origen á ciudadanos libres y perpetuado su existencia, asi como los señoríos feudales dieron origen y perpetuaron durante nueve siglos la existencia de duques, de marqueses y de condes.

Debe, pues, el espíritu de la ley de indemnizacion dar á entender á los propietarios que para su mutua seguridad quedan obligados en comun, tanto los que se aprovecharon de la venta de los bienes nacionales, como los que no se utilizaron de ella. Es preciso que sepan que si un gobierno no se contiene por ideas de moral y de equidad, deberá por lo menos contenerse por intereses materiales, y que no debe apoderarse del patrimonio de los particulares, porque tarde o temprano tendrá irremediablemente que indemnizarlos en su justo valor. Y como el contribuyente que paga no es el poder que ha usurpado, resultará, ó bien que las propiedades confiscadas no hallarán en lo sucesivo compradores, ó bien que los propietarios se opondrán á una expoliacion que algun dia tendrá que ser satisfecha á expensas de su inocente posteridad.

Obrando de este modo el rey habrá mandado hacer el mas eminente acto de justicia que en ningun tiempo se ha hecho sobre la tierra, y la nacion, digna de tal monarca, habrá facilitado el medio de llevarlo á cabo. Luis XVI subió al cadalso, y Luis XVIII perdonó: las propiedades fueron usurpadas, y Carlos X habrá mandado devolver su valor. Como la clemencia ha sido superior al crímen, la indemnizacion igualará al desastre.

Preciso seria compadecer á ciertos hombres tan poco consecuentes con sus doctrinas como con sus amigos, que se obstinarian en turbar tantos elementos de felicidad, y que serian los únicos en toda la nacion que no se admirarian de tantos milagros de gloria y misericordia, de libertad y de justicia.

Noble amigo mio, he dado mucha extension á esta carta creyendo que seria útil presentaros en un conjunto toda la importante cuestion de la ley de indemnizaciones. Ahora, sin ser Ciceron, os diré como él: *Tum ad quos dies rediturus sim, scribam ad te.*

DE LA LIBERTAD DE IMPRENTA.

PREFACIO.

1828.

Reuniendo á este escrito lo que acerca de la libertad de imprenta he dicho en la *Monarquia con arreglo á la Carta*, en mis antiguos *Discursos y opiniones*, y hasta en mi *Polémica*, será preciso convenir en que nadie hasta ahora ha reclamado mas incesantemente que yo la libertad que sirve de cimiento á todo gobierno constitucional. Tengo tambien derecho de considerarme como uno de los fundadores de esta libertad en mi pais, pues en ningun tiempo he hecho traicion á sus intereses. Abogué por ella desde los primeros dias de la restauracion asi en Gante (1), como en Paris, y los ojos que se espantaban de verla, los hombres que no la querian, y un partido que la aborrecia, fueron perdiendo poco á poco sus prevenciones al oirla predicar por un realista. Puede muy bien suceder que aquel partido enemigo suyo vuelva hoy á repudiarla; pero jamás conseguirá destruirla. Con solo haber hecho este servicio á mi patria, creeré que no han pasado del todo inútilmente mis dias sobre la tierra. La libertad es casi el único asunto á que he consagrado mi vida política, y le he sacrificado cuanto le podia sacrificar: mi tiempo, mi trabajo y mi reposo. Siempre he considerado esta libertad como una completa constitucion, y las infracciones de esta me han parecido de poco momento mientras hemos conservado la facultad de escribir. Si fuera posible que la Carta se perdiera, la libertad nos la volveria á dar ó la compaginaria de nuevo; si la censura existiera, seria del todo inútil que el pais tuviese una Constitucion. No nos proponemos entrar en discusion sobre la mayor ó menor perfectibilidad de la ley que debe presentarse á las Cámaras; destruye, segun dicen, la censura; pues bien, todo estriba en eso. La libertad de imprenta hace que los ciudadanos se mantengan en posesion de sus derechos y que á cada cual se haga justicia segun su mérito: la libertad de imprenta, por mas que digan sus enemigos, es en la época de la sociedad en que vivimos, el mas sólido apoyo del trono y del altar. Carlos X nos libró de la censura al tomar la corona, y para consolidar su trono no quiere que los ministros en lo sucesivo encuentren en la ley un medio de infringir la mas *vital de las libertades* (2). Esta noble y

(1) Véase el *Informe presentado al rey en su Consejo de Gante.*
(2) Elegante expresion de M. Villemain.

saludable resolucion debe despertar profunda gratitud en todos los corazones, y por sí sola bastaria para inmortalizar el reinado de un monarca tan leal, como generoso.

Si pues el gobierno se resuelve, como hay motivo de creerlo á presentar una ley aboliendo la censura, los procedimientos judiciales por tendencias políticas, y permitiendo la publicacion de periódicos sin autorizacion preventiva, tendré la satisfaccion de ver realizado lo que hace ya catorce años no he cesado de pedir.

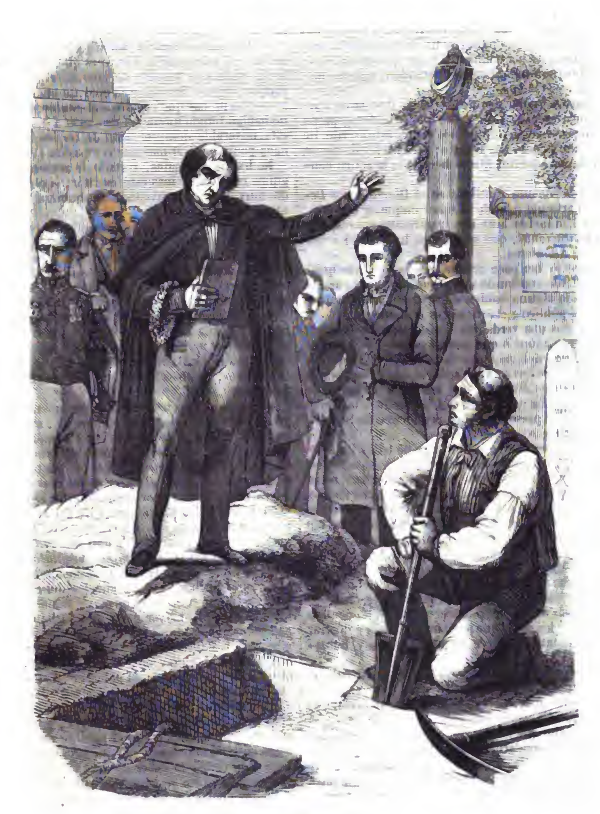
En tiempo del imperio traté de contribuir por medio del *Genio del Cristianismo* al restablecimiento de los principios religiosos; cuando ocurrió la restauracion, promulgué en la *Monarquia con arreglo á la Carta* las verdades que en lo sucesivo debian servir de fundamento á nuestra creencia política. Alguna vez me atreví á lisonjearme de que este doble esfuerzo no seria enteramente vano, pues vi que las doctrinas que habia deducido eran las que se iban adoptando, y que despues de haber descendido hasta el pueblo iban remontándose hácia la esfera del poder. Al mismo tiempo se removian gradualmente los obstáculos que habia yo indicado en los hombres y en las cosas; mis previsiones funestas realizadas juntamente con mis esperanzas, me demostraron que mis cálculos, tanto por lo concerniente al mal como al bien, como en lo relativo al carácter, preocupaciones, defectos y virtudes de la antigua y de la moderna Francia no habian sido errados. De manera que mi papel como defensor de las libertades públicas, toca ya á su término: la censura va á desaparecer para siempre: al fin de mi carrera constitucional voy á conseguir un triunfo fecundo en buenos resultados, no reclamo la palma; *Tulit alter honores*: poco importa; no se trata de mi, sino de la nacion.



FAMILIA ESPATRIADA.

Sin embargo, ¿me será lícito fijar por un momento la vista en el tiempo pasado? ¿Qué de animosidades y de calumnias no se han acumulado desde hace catorce años sobre mi cabeza, para venir á parar en que se pusiera en práctica lo que me habia merecido tantas animosidades y tantas calumnias! ¿Llegarán estas á desvanecerse? Mayor es mi deseo que la esperanza de que asi suceda: acaso me odiarán en secreto por haber sostenido durante tanto tiempo la razon contra las sucesivas autoridades. Por otra parte, ¿qué felices no seríamos en la actualidad, si desde el principio hubiesen estrictamente caminado por la senda constitucional, como yo no dejé un momento de predicárselo! Mas sin duda las verdades deberán ser como la fruta que no se desprende del árbol hasta que está madura.

Mil gritos resonaron al entrar yo por ultima vez en las filas de la oposicion: creian que hubiera sido mas prudente, y mas acertado el que silenciosamente hubiese acechado la ocasion de introducirme de nuevo en el ministerio. Es indudable que como cálculo de ambicion personal ese habria sido el mejor partido, pero ¿qué seria de las libertades públicas si cada cual para defenderlas no consultara mas que su interés? ¿Serán en una monarquía representativa, admisibles las conveniencias de salon y la política de los cortesanos? Calle en hora buena el que nada puede hacer cuando se halla caido: embósquese en una antesala, y espie el paso del poder para ver si le es dado envolverlo en las redes de la intriga: todo eso está muy bien asi como tampoco nada hay mas absurdo en un gobierno constitucional que el que el hombre cuya voz ha sido anteriormente oida con alguna complacencia vaya á colocarse entre los mudos de nacimiento, por



ENTIERRO DE MANUEL

cálculo. ¿No se ve hoy con toda claridad que he seguido el verdadero camino para llegar á cuanto me parecia conveniente al bien de mi país?

DE LA CENSURA

QUE SE ACABA DE ESTABLECER SEGUN EL ARTÍCULO 4 DE LA LEY DE 17 DE MARZO DE 1822.

Advertencia de la primera edicion.

La censura no me ha permitido anunciar este folleto en los periódicos: sin embargo de que su título nada tenia de sedicioso: *De la censura que se acaba de establecer.* ¿Revela algo contrario al monarca ó la ley? ¿Da ese título á conocer que el autor del escrito hable en pro ó en contra de la censura? ¡Que instinto tienen los censores! ¡que maravillosa sagacidad! Mas aun no lo he dicho todo: ¡mi nombre figuraba al frente del folleto! ¿Se podrá creer que aun estamos en tiempos de los señores Corbiere y Villele?

Advertencia de la segunda edicion.

El público ha arrebatado la primera edicion de este folleto con mas rapidez que la que yo lo habia escrito á pesar de no haber la censura permitido anunciarlo,

ni haber querido recibir en las oficinas de correos los ejemplares que iba á remitir á las provincias. Nada prueba esto por lo tocante al mérito de la obra; pero demuestra hasta qué punto se ha pronunciado la opinion en favor de los tribunales y con qué ardor reclama las libertades públicas rechazando el sistema ministerial.

Apenas he tenido tiempo de hacer desaparecer algunas incorrecciones de estilo que se me escaparon en la improvisacion, digámoslo así, de este escrito. He añadido muy poca cosa al texto; pero no puedo menos de consignar aquí un nuevo hecho de la actual censura.

Habia la censura mutilado en el *Diario de los Debates* un artículo relativo al señor duque de Orleans: y se ha conducido aun mas rigurosamente respecto del *Constitucional*, que se propuso hablar del señor duque de Angulema.

Me pareció tan poco creible este suceso que quise ver el artículo suprimido suponiendo que por lo menos habria dado alguna sombra de pretexto á la censura. Juzgue el público: el artículo es el siguiente.

«Tenemos una verdadera satisfaccion en publicar »el siguiente anuncio que nos ha sido comunicado por »una persona del gabinete de S. A. R. el duque de »Angulema. Se invita á los señores que componen la »real junta de Cárceles á que asistan á la sesion de »la junta que ha de celebrarse á la una de la tarde del »jueves 19 del presente, bajo la presidencia de S. A. R. »en su palacio.»

»Ojalá lleguen á noticia del príncipe todos los abu»sos que tan desgraciadamente se han arraigado en el »régimen carcelario, y que tanto tiempo hace están »llamando la atencion de todos los verdaderos amigos »de la humanidad y la religion! ¡Ojalá el gobierno »dócil á la voz de S. A. reforme escándalos que tan »aflictivos son para todos los corazones sensibles pu»rificando la pestilente morada en que víctimas tan di»versas se han visto tan malhadadamente confundi»das! Lo que particularmente deseamos es que pre»sente á la vista del príncipe la interesante obra que »Mr. Appert acaba de publicar y que no le oculten »ninguno de los datos que puedan contribuir á ilustrar »un asunto tan digno de su beneficencia y huma»nidad.»

No se piense que me intereso por las doctrinas del Constitucional, que bajo tantos puntos de vista son opuestas á las mias, ademas sabido es de todo el mundo el modo con que ese periódico me trata para que nadie sospeche que me siento muy inclinado hácia él; pero no puedo olvidarme que se trata de la razon, de la buena fe y de la equidad de los principios. ¿Hay algo en el artículo que acabamos de citar que haya podido provocar la cólera de esos roedores de frases? ¿Luego no será lícito hablar de humanidad, ni aun de *religion*, porque esta palabra se encuentra en el artículo y el nombre de un príncipe restaurador del ejército francés, un nombre que la Europa respeta y que la nacion ha inscrito en los fastos de su gloria ha de ser borrado por algun oscuro censor en un bufete de la policía? Verdad es que ese príncipe, por muy cristiano que sea, ha merecido sospechas de ser amigo de la Constitucion; verdad es tambien que en España todos los partidos han encontrado asilo bajo su brazo; que ha predicado concordia en medio de los tumultos que ha reprimido los desmanes de la libertad, así como los caprichos de la tiranía; que se ha opuesto á las reacciones y á las venganzas; por último tambien es verdad que sus armas no se vieron mancilladas con proscripciones ni las hogueras de la Inquisicion fueron los altares elevados á sus victorias.

Advertencia de la tercera edicion.

No tenia intencion de poner á esta tercera edicion una nueva advertencia. Cierto es que en un periódico habia visto una especie de enmienda pública, una explicacion por medio de la cual un oficioso escritor pretendia probar que sus *amos* al establecer la censura no habian tenido intencion de atacar á los tribunales: esta miserable desaprobacion de un hecho evidente nada podia inspirar mas que compasion (1).

No habria yo, pues, tratado de aumentar con algunos renglones, mas este escritor, si otro artículo, de muy distinta gravedad, no hubiera llamado mi atencion.

Cuando dije que los ministros para prolongar su existencia política se verian obligados á seguir sus sistemas hasta el último punto; cuando pregunté qué partido tomarian en el caso de encontrar oposicion en las Cámaras legislativas, no exageré, ni me hicieron esperar mucho tiempo por la repuesta.

Un artículo insertado en la *Bandera blanca* ha sido repetido por la *Estrella*: la censura al dejarlo pasar en los demás periódicos, ha acabado de darle un carácter semi-oficial, merece la pena de ser copiado y comentado, y esto es lo que hacemos transcribiéndolo á continuacion:

«Los consejos generales de departamento se están »reuniendo: llamados á dar su parecer, sobre todo lo »que interesa á la prosperidad del comercio y de la »agricultura, *no les está prohibido*, aunque en rea»lidad tienen que hacerlo bajo un punto de vista, »digamoslo asi, local, *el tratar de las mas altas consi»deraciones legislativas, cuando estas se relacionan »con necesidades particulares de las subdivisiones »territoriales. ¿No son los registros de los consejos »generales los primeros que han indicado la necesi»dad de una ley sobre caminos vecinales y estable»cido el principio de la doble prestacion*? ¿Las modi»ficaciones hechas en los aranceles del registro, no »fueron propuestas por el mismo conducto? ¿No de»ben su orígen la mayor parte de las grandes mejoras »á esas asambleas que, por el modo que se componen »desde la restauracion, presentan todas las garantías »apetecibles de adhesion, talento, independencia y »buena fe? A los ojos del gobierno, asi como para »todos los hombres ilustrados, los verdaderos órganos »de la opinion pública son los consejeros escogidos »por el rey, con el título de *pares*, y los enviados »ante él por la nacion con el nombre de *diputados*. »Mas en la circunstancia de que una de las dos cá»maras haya creido deber desechar lo que la otra ha »adoptado, ó bien en la de haber quedado la votacion »dividida en dos partes iguales, de modo que la ne»gativa no venga á ser mas que una *amplia infor»macion*, nos parece no solo conveniente, sino hasta »muy justo, que el ministerio se haga cargo de lo

(1) De todas partes me dan noticia de nuevas vejaciones por parte de la censura. El *Correo francés* habia anunciado que M. Michaud que acababa de perder su empleo en la imprenta real, era hermano del redactor de la *Cuotidiana*. La censura ha borrado este anuncio subersivo, diciendo que habia permitido al *Diario de los Debates*, decir que M. Michaud, el destituido, era hermano de M. Michaud, el de la *Academia francesa*. Desde luego se comprende todo lo ingenioso y profundo de esta distincion de la censura entre M. Michaud de la *Academia*, y M. Michaud de la *Cuotidiana*.

En un pequeño periódico literario se ha suprimido un pasaje del Sermon de Bossuet, sobre el honor: no sabemos quién será el doctor de la Sorbona, al servicio de la policía, que habrá prohibido una obra del último Padre de la Iglesia. Verdaderamente me avergüenzo de descender á esas vulgaridades, pero es necesario entregar la censura á la opinion pública, á fin de que sea despreciada como lo merece. ¿Cuándo acabarán de comprender que vivimos en el siglo XIX?

»que los consejos de partido y de departamento »crean necesario exponer por lo tocante á la ley de »rentas. Estos consejos compuestos de propietarios, »comerciantes, magistrados, finalmente de lo mas »venerable que hay en las provincias, no pueden me»nos de derramar mucha claridad sobre un asunto »tan directamente relacionado con la fortuna pública. »Bajo tales auspicios, robustecida con la casi unánime »aprobacion, podrá volverse á presentar la gran cues»tion discutida en la última legislatura; ó bien si lle»gara el caso de ser proscripta de esas asambleas, el »gobierno se podria creer autorizado á poner un tér»mino á esa incertidumbre, que no puede prolongarse »sin inconvenientes.

Examinemos este curioso documento.

Por de pronto el comparar los consejos generales de la actualidad con las bailías y senescalías de otros tiempos, y con las demás corporaciones que componian el antiguo sistema municipal, es una extraña ignorancia y una rara aberracion del ánimo. Al hablarnos de los *registros*, *de los consejos generales*. ¿No se echa desde luego de ver la confusion de palabras, de ideas y de doctrinas que se encuentran en esta sola frase? ¡Registros! ¿Luego hay encargados de abrirlos? ¿Serán por ventura los miembros de estos consejos departamentales los que *han recibido este encargo* del pueblo que sin embargo no los ha nombrado? ¿Serán los diputados los que deben considerarse como mandatarios de los consejos generales, aunque ellos mismos no han sido elegidos por esos consejos? ¿Serán acaso los ministros los que se hallan encargados de los plenos poderes de esas corporaciones? Y apesar de eso continuamente está el ministerio clamando en la tribuna contra el sistema de *mandatarios*, y llega hasta el punto de sostener que no hay representantes! ¡Qué confusion! No hablo de los diputados que segun el espíritu del artículo quedan convertidos meramente en *unos consejeros de la corona*; singulares consejeros que pueden aprobar ó desechar el presupuesto, acusar á los ministros, etc., etc. Bien se conoce á dónde van á parar esas tendencias. Mas sin detenernos mucho, tratemos de ver si puede sacarse alguna claridad de las tinieblas de ese artículo.

Lo que puede sacarse en claro, es la ley sobre reduccion de rentas; todo ese fárrago no es mas que para decirnos que aun no han abandonado el antiguo proyecto; que las ciento treinta bolas negras de la cámara de los Diputados; ni la mayoría de veinte y tres votos contra la ley en la cámara de los Pares; ni los numerosos escritos publicados contra esa ley, ni la opinion casi general de los hombres instruidos en la materia han podido quebrantar la obstinacion de un ministro, y por último, que están en la inteligencia que un solo hombre en el reino es el único que se cree con privilegio de tener siempre razon.

Mas ¿cómo el que tan seguro se halla de su propia opinion tienen necesidad de buscar quien le apoye? Hablamos de los votos que los consejos generales podrian emitir; mas cuando las Cámaras han desechado, ó una de ellas, ha rehusado la adopcion de una ley ¿con qué título habian de intervenir en ella los consejos generales? ¿Se tendrá acaso el proyecto de hacerlos salir del círculo de sus atribuciones? ¿Intentarán crear un nuevo poder político en el Estado? ¿Tendrán acaso alguna inquietud por lo tocante á la disposicion de la cámara Electiva, y para hacerla propicia á la ley renovada querrá el ministerio presentar esa ley, no como obra suya, sino como expresion del voto de los departamentos? La discrecion de los consejos generales, nos inspira seguridad por lo relativo á este particular; pero la imprudencia de los hombres que podrian influir en aquellas corporaciones, nos llena de temor.

Mas de una vez nos han hecho oir durante la discusion de esa ley, que si la capital del reino desechaba el proyecto, los departamentos deseaban adoptarlo; á pesar de haberse cien veces demostrado que la reduccion marcada por la ley, lejos de hacer refluir los capitales á las provincias, los atraeria hácia la capital. ¿Debe un buen francés tratar de recordar en artículos censurados la supuesta diferencia de intereses que falsamente se presume deber existir entre Paris y el resto de la nacion?

Pasemos al último párrafo del artículo:

«Estos consejos (los consejos generales) compues»tos de propietarios, mercaderes, magistrados y de »cuanto mas venerable hay en las provincias, no »pueden menos de derramar mucha claridad sobre un »asunto tan directamente enlazado con la fortuna »pública. Bajo tales auspicios, robustecida con la casi »unánime aprobacion podrá volverse á presentar la »gran cuestion discutida en la última legislatura, ó »bien si llegara á ser proscripta del seno de esas asam»bleas, el gobierno se podria creer autorizado á poner »término á esa incertidumbre que no puede prolon»garse sin inconveniente.»

¿Qué significa todo esto?

Significa que si los consejos generales aprueban ese proyecto de ley, la volverán á presentar nuevamente á las Cámaras sin consideracion al cambio de opinion que puede haber ocurrido en la cámara Electiva, ni al voto negativo de la cámara Hereditaria. Pero las Cámaras sin dejar por eso de respetar la opinion de los consejos generales, tienen una voluntad propia; no atienden mas que á su conciencia; no consultan mas que sus luces, y no acomodan su voto á deliberaciones agenas.

Nos dan á entender que los consejos generales podrán ser unánimes en su modo de pensar. ¿Habrán acaso amenazado con la destitucion á los miembros de esos consejos que desempeñan destinos del gobierno, si no se muestran favorables á la ley de rentas? El señor ministro del Interior nos ha dado á conocer los principios sobre la libertad de votacion, y cómo los miembros de esos consejos generales son amovibles, el ministerio no puede menos de ejercer su accion sobre unas corporaciones, que segun la inspiracion del patriotismo ministerial, pueden ser compuestas, disueltas y renovadas.

Mas si los consejos generales opinan de un modo, y las Cámaras de otro, *como podria suceder segun la frase de que el gobierno se podria creer autorizado á poner término á esa incertidumbre que no puede prolongarse sin inconveniente*, ¿qué es lo que en ese caso deberemos esperar? ¿Qué significan las palabras de *poner término á esa incertidumbre?*

¿Cómo podrá el gobierno creerse autorizado, si *la gran cuestion discutida durante la última legislatura fuese proscripta del seno de esas asambleas*, es decir, *del seno de los consejos generales?* O todas esas palabras carecen de significacion, ó bien nada mas encierran que una pura amenaza. Cuando se considera todo lo que han intentado ya contra nuestras libertades, se siente uno inclinado á creer que el ministerio acometeria los hechos mas extraños antes de abandonar su proyecto. No ha podido semejante artículo ser publicado mas que bajo el régimen de la censura; solo por esta circunstancia goza de alguna consideracion, pues de lo contrario la prensa periódica lo hubiera tratado del modo que se merece.

Supuesto que mi voz es aun escuchada á pesar del esfuerzo que hacen para sofocarla, me consideraré como un vigilante centinela, y no dejaré de advertir á la nacion cuando la vea amenazada de un peligro. Estoy lejos de hallarme tranquilo por lo tocante á nuestras instituciones; no porque crea que las manos que la amenazan son capaces de destruirlas, sino porque pueden hacer mucho mal al trono y á la patria; porque el mal es una cosa fácil hasta para las inteli-

gencias limitadas, y el bien solo puede venir de la mano de Dios, y necesita talentos sublimes que emanen del cielo, para llegar á ser puesto en ejecucion.

Paris 26 Agosto de 1824.

En la sesion de la cámara de los Pares del 13 de marzo de 1823, dije contestando á un orador.

»Un noble Baron ha presentado como resultado de »la expedicion de España, la Francia invadida y to»das sus libertades arruinadas. Una cosa por lo menos »puede servirme de consuelo por lo tocante á la inva»sion de la Francia y á la ruina de sus libertades, y »es que no sucederá semejante desgracia en tanto que »yo y mis colegas seremos ministros. El noble Baron, »que á su capacidad intelectual reune la generosidad »de sentimientos me perdonará esta proposicion, ins»pirada por la conciencia de mi patriotismo.»

Estas palabras y el establecimiento de la censura explican bastante las razones por qué dejé de ser ministro y las causas del tratamiento que he sufrido por por parte de mis colegas. Yo los habia asociado á mi modo de pensar y ellos han renegado del en la actualidad. Necesario ha sido, pues, que se separaran de mí, cuando meditaron suspender la mas importante de nuestras libertades.

Empero dejemos á un lado asuntos que á mí solo me pertenecen: hablemos de la nacion.

No repetiré lo que he dicho cien veces en la tribuna, ni lo que he estampado cien veces en mis escritos: sin libertad de imprenta no puede darse gobierno representativo.

Con la censura de los periódicos, la monarquía constitucional se hace mucho mas débil ó mucho mas violenta que la monarquía absoluta: es una máquina sin fuerzas, ó una máquina desarreglada que se para por la confusion de sus ruedas, ó se rompe por la confusion de su movimiento. Nada diré del tráfico de mentiras que en los periódicos sin libertad se establece en provecho de algunos hombres, ni de los diversos géneros de torpezas, que son inevitable consecuencia de la censura.

¿Para qué habria yo de decir nada de eso? Cuando se trata de principios, todo lo demás son puras nimiedades. Desde luego se conoce que han gastado inútilmente sumas considerables para hacerse dueños de la opinion de los periódicos: natural es que la violencia consume lo que el soberano principia. Confunden la terquedad con el carácter, y la irritacion del amor propio con la grandeza de alma, sin tener presente que el hombre mas débil puede en un acceso de delirio pegar fuego á su misma casa: ¿será ese arrebato de demencia una prueba de fuerza?

El artículo 4 de la ley de 17 de marzo de 1822 está concebido en estos términos:

»Si en el intervalo de las legislaturas ocurriesen »*graves* circunstancias que hicieran momentánea»mente insuficientes las medidas de garantía y de re»presion establecidas, podrán ser puestas en vigor en »virtud de una real órden deliberada en el consejo y »firmada por tres ministros las leyes de 31 de marzo »de 1820 y 26 de julio de 1821.»

Pregunto si el caso previsto por la ley ha sucedido: ¿Qué ejércitos extranjeros están para entrar en el reino? ¿Qué complot ha estallado en el interior? ¿Ha decaido la fortuna pública? ¿Ha desencadenado el cielo alguna de sus calamidades sobre la Francia? ¿El trono se vé amenazado? ¿Ha caido alguno de nuestros amados príncipes bajo el puñal de un nuevo Louvel? No! ¡Afortunadamente, no! ¿Qué es, pues, lo que ha sucedido?—Que el ministerio ha cometido faltas; que ha perdido la mayoría en la cámara de los Pares; que ha tenido que verse puesto en escena ante los tribunales, por haber tomado parte en vergonzosas negociaciones, cuyo objeto era comprar opiniones; que ha malogrado la mayor parte de los resultados producidos por la expedicion de España; que se ha separado de los realistas; en una palabra: que ha manifestado poca capacidad, y que asi se lo han dicho. Hé aquí las *circunstancias graves* que han obligado al ministerio á arrebatarnos la libertad fundamental de las instituciones que debemos á la sabiduría del rey! Si las circunstancias fueran realmente graves, nadie sino él las habria provocado; luego en su propio daño habria establecido la censura.

La expedicion de España principió y se llevó á cabo existiendo la libertad de imprenta: una noticia falsa podia comprometer la existencia del señor duque de Angulema, y la seguridad de su ejército: podia ocasionar una baja de los fondos públicos; promover agitaciones en algunos departamentos, y obligar á las potencias de Europa á ponerse en movimiento: esas circunstancias no eran bastante *graves* para la supresion de libertad de la prensa periódica. Empero se han atrevido á decir la verdad á los ministros: el francés naturalmente inclinado á la burla se toma alguna vez la libertad de reirse de sus ministros.... Pronto, establézcase la censura, pronto... La patria peligra..... ¡Qué compasion!

Para coronar la obra no faltaba mas que la razon que alegan para el restablecimiento de la censura. Habrian podido recurrir á las acostubradas frases de excesos, de peligros, afectando confundirla con el desenfreno; habrian podido decir que las actuales leyes de represion no son suficientes, aunque en realidad son estremadamente rigurosas, y aunque han obligado á todos los periódicos á contenerse en justos límites. Nada de eso han hecho: no se han quejado de los *periódicos*; se quejan de los *tribunales*! Es necesaria la censura porque unos magistrados verdaderamente dignos de serlo han defendido la libertad de imprenta; porque han dictado una providencia con arreglo á la probidad de su alma y á la independencia de su carácter, porque han admitido para los periódicos una existencia de *derecho* independiente de su existencia de *hecho*. Y el recurso de *derecho* parece poco aceptable en tiempo de la monarquía legítima, despues del *hecho* de la revolucion y el *hecho* de los Cien Dias! ¡Un ministro de justicia se expone á criticar con su firma la sentencia de un tribunal! ¡Se pronuncia indirectamente contra una *cosa juzgada*! ¡Qué ejemplo para los pueblos! Tres ministros se atreven, por decirlo asi, á poner en acusacion ante la opinion pública á los dos primeros tribunales del reino, al tribunal de *casacion*, al tribunal real, y ademas al juzgado de primera instancia; pues esos tres tribunales han fallado de consuno en la misma causa. Asi se ataca á toda la magistratura en masa, desde la cúspide á la base:

¿Asistieron todos los ministros al consejo en que se tomó tan peligrosa resolucion? Si es cierto como dicen que uno de ellos se hallaba ausente, mucho debe pesarle de haberse privado del honor de retirarse del consejo.

¡Direis que los tribunales se han engañado! ¿Quién se atreverá á asegurarlo? ¿Sois por ventura mas sabios, mas ilustrados que ellos? ¿Hubo siquiera empate de votos en los magistrados de esos tribunales? No lo sé. Sin embargo, aseguran que el tribunal de *casacion*, cuya sabiduría es bien notoria falló por unanimidad en el asunto del periódico titulado *El Aristarco*.

Mas la resurreccion de este periódico ha hecho renacer otros muchos. ¿Y por qué no, si realmente tienen el derecho de volver á ser publicados? ¿Por qué razon la ley, por qué razon la justicia no han de ser igual para todos? Mas lo que se dice respecto de esos otros periódicos, no es cierto: no hay ninguno que esté precisamente en el mismo caso que *El Aristarco*.

¿No existe por otra parte una ley temible que por sí sola ha bastado para contener los desmanes de la prensa? ¿Los tribunales, cuyos fallos actuales se critican, no han pronunciado muchas veces sentencias de condenacion contra los periodistas? Si se sumara el importe total de las multas, y el de los dias, los meses y los años de prision impuestos á los periodistas, seguro es que el que con mas severidad los trata podria quedar satisfecho. El rigor que los magistrados desplegaron en sus primeras sentencias prueba que la dulzura de sus últimos fallos es obra de la mas imparcial justicia.

¿Podian los magistrados juzgar sin deshonrarse el asunto de la *Cuotidiana* de un modo distinto del que lo hicieron? ¿Por qué el ministerio no se opuso á que esa causa, en la cual no podia menos de figurar, fuera presentada ante los tribunales? ¡Increible falta de prevision! Pues no debieron suponer que nadie se hiciera ilusiones tratándose de hechos vergonzosos, ó de la conciencia de los jueces.

Dicen que la marcha que ahora siguen los tribunales suministra un medio de eludir la suspension ó supresion de los periódicos. De ese modo dan á entender los que eso afirman que no es la *represion* de los delitos lo que el ministerio andaba buscando, sino la *suspension, ó supresion* de los periódicos, es decir, la supresion de libertad de la prensa periódica. Se os ha escapado el secreto. Eso es todo lo que deseais en la ley: así es como comprendeis el gobierno constitucional. No nos era desconocido vuestro modo de pensar: ya habiamos leido vuestro folleto.

Pero oidme: la justicia es el pan del pueblo: el pueblo particularmente en Francia tiene hambre de ese alimento. Hacia ya tiempo que las corporaciones políticas habian desaparecido, siendo reemplazadas por los cuerpos judiciales, contemporáneos, ó casi antecesores suyos. Los tribunales supremos franceses se relacionaban por los vínculos de la civilizacion, por las necesidades de la sociedad, por la tradicion de la sabiduria de las edades, y por el estudio de los codigos de la antigüedad; se relacionaban, digo, con la cuna del mundo. La nacion vivamente impresionada por las virtudes de los magistrados se habia acostumbrado á amarlos como al órden, y á respetarlos, como á la ley viva. Los Harlay, los Lamoignon, los Molé y los Seguier, dominan aun en nuestros recuerdos: siempre seguimos considerándolos como protectores del trono, tan incorruptibles como la religion, tan severos como la libertad, y tan probos como el honor, cuyo apoyo, defensores y órganos habian sido.

¡Y á los sucesores de esos inmortales magistrados, es á lo que los hombres del momento se atreven atacar! ¿Unos hombres que dependen de todos los azares de la fortuna, unos hombres que no siendo sostenidos por el favor del trono volverian á desaparecer en el polvo de su origen; esos hombres se atreven á reprender á unos jueces inamovibles que recorren honrosamente una carrera cerrada á toda ambicion y consagrada á los trabajos mas penosos?

Os dais por ofendidos cuando las Cámaras no aprueban vuestras leyes: os irritais cuando los tribunales sentencian con arreglo á sus luces. ¿Luego no quereis que en el Estado haya nada mas que vuestra voluntad, solo vosotros y vuestras personalidades?

Mas si consiguiérais disminuir la confianza que el pueblo debe tener en sus jueces; si declararais, como realmente lo habeis hecho que la jurisprudencia de los tribunales es peligrosa bajo un punto de vista: ¿no resultará la posibilidad de serlo en todos los demás casos? Decidnos: ¿qué seria de una sociedad en la que vosotros autoridad, vosotros poder ministerial hubieseis llegado á inculcar semejantes sospechas? Esos tribunales están continuamente fallando asuntos de que dependen la fortuna y la vida de los ciudadanos, ¿luego vosotros me autorizais á creer que continuamente se está arrebatando, ó puede ser arrebatada injustamente una fortuna, y que tal vez la misma inocencia ha tenido que subir al cadalso?

Inprudentes, no calculais el desórden á que dais lugar con semejantes actos. ¡Cuál será vuestra audacia para condenar de una plumada á toda la magistratura, y para substituir vuestra ministerial ignorancia á la ciencia de los magistrados que han recibido del autor de toda justicia la balanza para pesar, y la espada para castigar!

¿Cuál es el motivo de tanta animosidad contra *El Aristarco*? ¿Será acaso por ser propiedad de tres diputados de la oposicion? El ministerio no deberia envidiar esa propiedad: el ministerio tiene mayores riquezas de que disponer. ¿No se compone su tesoro de todos esos periódicos comprados en el mercado á un precio mas ó menos subido segun la alza ó la baja del interés de las conciencias?

Pero ¿será lícito á los ministros no haber por lo menos estudiado las leyes, cuya ejecucion está á su cargo? Si se hubieran ocupado algo mas de las que deben reprimir los delitos de la imprenta, habrian visto que la censura no entraba en ellas eventualmente mas que por algun caso tan raro, por algun caso tan grave, que en el curso normal de los hechos el ejercicio de esa censura hubiera imposibilitado la práctica de algunos artículos de esas mismas leyes. ¡Tan lejos estaba de la mente del legislador el introducir esa censura en el órden comun, ni en el derecho de costumbre!

Segun el artículo 2 de la ley de 25 de marzo de 1822, tengo derecho de contestar á todo lo que se me puede decir en un periódico; pero si el censor ha permitido el ataque y no me permite la defensa; si en mi contestacion encuentra algo que merezca ser anotado con su signo de proscripcion, con su tinta encarnada, quedará un artículo de la ley sin haber sido puesto en práctica. ¿Qué recurso me queda? ¿Acudiré al editor responsable? Este se escusará con el censor, y el censor con el gobierno. Un ministro no puede ser encausado sino por un decreto del consejo de Estado. ¿Qué resultará de todo esto? Que un ciudadano se verá calumniado sin poderse defender, que la ley ha sido infringida y que no puedo recurrir á los tribunales, por encontrarse estos paralizados por el ejercicio de un poder extra-legal en materias judiciales.

El hecho de la censura es por sí mismo destructor de todo gobierno constitucional. Pero además del *fondo*, hay la *forma*, y para personas de educacion la forma tiene tambien algun valor, aunque es ya sabido que no hacemos de ella el mayor caso.

Como estaban de prisa no tuvieron tiempo de nombrar una comision, y como con gran peligro de la monarquía podia escaparse alguna verdad, fue preciso remitir á la policía todos los periódicos cogidos en flagrante delito de libertad.

¡Júzguese qué calamidad si se les hubiera dejado escribir ni una sola palabra contra la providencia de la censura! Fueron, pues, misteriosamente censurados en las oficinas de la policía. Una mano invisible, un Caton de nuevo género, un ayuda de cámara acaso, mutiló por la noche el pensamiento del amo á quien habia servido por la mañana, y todo esto se hizo en beneficio de la seguridad ministerial. Nunca llegará á saberse como se organizó tan perentoriamente aquel *santo-tribunal de espias*, á cuyo cargo corría la ortodoja pureza de las doctrinas constitucionales.

¿Obrando de este modo, procederán en los límites legales?

El artículo 1.° del código civil dice: «Las leyes serán ejecutadas en todos los puntos del reino, desde »el momento en que se tenga noticia de su promul»gacion.»

«Se reputará como conocida la promulgacion de la »ley hecha por el monarca en los sitios de su real

La Constitucion es lo que nos hacia falta: la Constitucion es lo mejor que en el momento de la restauracion podiamos haber adquirido. Una vez aceptada, es preciso persuadirse que es impracticable con la censura: aun diré mas, la censura produciria tarde ó temprano una revolucion. La razon es esta.

El gobierno representativo sin la libertad de imprenta es el peor de todos, casi convendria mas el divan de Constantinopla. Torpe parodia de todo lo mas sagrado que hay entre los hombres, ese gobierno no es en tal caso mas que un gobierno traidor que convida con la libertad para perderos y que convierte esa misma libertad en un terrible medio de opresion.

Supóngase, (y no es un hecho imposible) que un ministerio consigue sobornar las cámaras legislativas: esas dos enormes máquinas lo arrollarán todo en su movimiento, y bajo el desordenado movimiento de sus ruedas irán á perecer vuestra fortuna y vuestros hijos. Y no se crea que para ejercer ese funesto dominio sobre las cámaras sea preciso un ministerio de talento; no, no es preciso mas que el silencio de la prensa, y la corrupcion que ese silencio trae consigo.

En la antigua monarquía absoluta las corporaciones priviligiadas y la alta magistratura contenian y podian derribar á un ministerio perjudicial. ¿Qué recursos hay en la monarquía representativa para obrar de ese modo? Si la prensa calla ¿quién podrá hacer justicia de un ministerio apoyado en la mayoría de ambas cámaras? Ese ministerio oprimirá igualmente al trono, á los tribunales y á la nacion: con el régimen de la censura tiene en su mano dos medios para causar vuestra perdicion; puede, segun la inclinacion de su sistema arrastraros á la democracia ó al despotismo.

No existe semejante peligro con la libertad de imprenta: esa libertad produce al exterior una opinion nacional que restituye prontamente el equilibrio á todas las cosas. Si esta libertad hubiera existido en las primeras asambleas, Luis XVI no habria perecido; pero en aquella época solo los escritores revolucionarios tenian licencia de hablar; los realistas enmudecian en el cadalso. Es verdad que en un folleto que sirvió de contestacion á uno de mis opúsculos he leido que Selim, Mustafá, y Timoo-Saëb fueron víctimas de la libertad de imprenta; á eso no sé qué responder.

La libertad de imprenta es pues el único contrapeso de los inconvenientes del gobierno representativo que como todos los demás tiene tambien sus defectos propios. Téngase entendido que por libertad de imprenta no entendemos en este pasaje, mas que la libertad de la prensa periódica, supuesto que no puede dudarse que cuando los periódicos se hallan encadenados, la prensa carece de aquella influencia de todos los momentos que le es necesaria para ilustrar; nunca ha dañado esa prensa á la probidad, ni al talento: nunca ha sido temible mas que á las medianías y á las conciencias injustas; pero no es fácil comprender por qué razon se ha de tener consideraciones con estos últimos, ni de donde pretenden sacar su derecho exclusivo para gobernar el Estado.

La libertad de la prensa es tanto mas necesaria en una nacion que como la Francia acaba de entrar en la carrera constitucional, que no tiene aun existencias sociales bien pronunciadas; donde abundan los que desean hacer fortuna á toda costa, y donde para la subida al ministerio hay que contar algo con la casualidad. Preciso es por lo tanto no perder de vista por el bien de la corona, á esos hombres desconocidos que podrian elevarse al poder á beneficio de un movimiento que aun no está regularizado.

Dícese que la censura es favorable á los escritores, y que descargándoles de responsabilidad les pone á cubierto de una severa ley. ¿Es el interés particular de los escritores lo que en el órden político debe considerarse con relacion á la libertad de imprenta? Esa libertad debe ser considerada bajo el punto de vista del interés general, porque con ella, como no nos cansaremos de repetirlo; le aseguran todas las demás libertades en los gobiernos constitucionales. Tened entendido que cuando hablais de obras y de autores, confundís la literatura y la política, la censura y la crítica, y que no entendeis ni una sola palabra del asunto de que hablais.

No faltaba quien indignándose de la manera brutal con que se ejercia la censura, no por eso dejaba de de admitir su principio, pero reduciéndolo á una opresion suave y moderada. De estos tales puede decirse que habian puesto la libertad de imprenta en la argolla; pero que no querian ahogarla sino con un cordon de seda.

Otros no encontrando motivos plausibles para la censura por mas que se ingeniaban en buscarlo suponian que como en la próxima legislatura habia que examinar el mejor medio de cicatrizar las últimas heridas del Estado, era necesaria la censura para impedir que el alarido de las pasiones se mezclara con la grave discusion de la tribuna.

Pero yo preguntaria, á los que esa opinion sustentaban, de qué manera se pedrian agitar aquellas cuestiones careciendo de libertad la prensa. ¿Habrá que ocultarse para obrar con justicia? ¿No llegariais á excitar sospechas, no serian hasta calumniadas vuestras intenciones, si el público viera que os andabais recatando, y que solo á puerta cerrada os aventurabais á hablar de intereses que afectan á toda la nacion? Abrid, por el contrario todas las puertas: invitad al público á que, como un gran jurado, asista á tomar conocimiento del asunto: ya vereis como nosotros, que hablamos francamente de la libertad, sin que esa palabra nos queme los labios, no nos avergonzaremos de abogar por la causa de la lealtad desgraciada. ¿Desde cuando la religion y la justicia habrán dejado de ser las dos bases de la verdadera libertad? Procedamos con franqueza por lo tocante á los principios de la ley fundamental, y sin atribuírsenos pensamientos retrógrados podremos reclamar todo lo que el órden moral y religioso exigen imperiosamente de una sociedad que desea consolidarse.

El último ensayo que acaba de hacerse ha demostrado afortunadamente que ya no es posible establecer en Francia la censura; se ha progresado ya de tal modo en las vias constitucionales que hasta los mismos censores apenas se atreven á decir su nombre al público. Desde un extremo al otro de la nacion todas las opiniones reclaman simultáneamente la libertad de imprenta, por la razon de haber gozado pacificamente de ella durante dos años, y por haberse demostrado con arreglo á la experiencia hecha en el período que ha durado la espedicion de España, que lejos de perjudicar á nada es favorable á todo. Esa libertad era ya un derecho adquirido cuyo valor no acabó de comprenderse hasta el malhadado momento en que se perdió.

Para lo sucesivo ya están aseguradas nuestras instituciones: vamos á marchar sin vacilaciones por caminos conocidos. Diez años han traido consigo grandes mudanzas: se han apagado rencores, se han extinguido preocupaciones, han desaparecido los mas acérrimos defensores de los antiguos sistemas y la nueva generacion se ha ido educando con las modernas instituciones. Cada cual ocupa ya su puesto, y en vez de volver los ojos hácia las dolorosas sombras de lo pasado, todas las miradas se fijan en la risueña inmensidad del porvenir.

Sobre todo la abolicion de la censura en estos momentos es una ventaja que esencialmente debemos indicar. Ya nos es lícito alabar sin restriccion de ningun género á nuestros príncipes; ya podemos manifestar nuestro pensamiento sin que nadie pueda creer que lo hacemos por obedecer á una insinuacion de la policía. Conviene que la Europa comprenda que no hay exageracion en los sentimientos de que la nacion hace

alarde; que las opiniones son unánimes y que hasta las oposiciones se dan la mano al pié del trono para sostenerlo y colmarlo de bendiciones. Podria decirse que desde la tumba está aun Luis XVIII derramando sobre la Francia su benéfica influencia. Supo ese gran monarca dar fin á la revolucion otorgando la Carta: aseguró en su mano las riendas del poder por medio de la expedicion de España, y en medio del justo desconsuelo que causó su muerte, consolidó la restauracion, estableciendo la época de un reinado entre los tiempos del usurpador y el advenimiento de Carlos X.

Un siglo puede decirse que ha avanzado esta restauracion en el breve término de un mes; la monarquía ha dado un paso de gigante. ¡Qué triunfo tan completo de la legitimidad y de todo lo mejor que hay en ese sistema! Muere el primer rey legítimo que ha ocupado el trono despues de una revolucion de 30 años; este rey gobernaba sabiamente; pero los que no comprendian la fuerza de su ligitimidad, las pasiones mal reprimidas, las vanidades frustradas, las ambiciones secretas, los intereses y las rivalidades políticas murmuraban misteriosamente y decian: «Podrá durar »esta situacion de cosas, mientras viva Luis XVIII; pe»ro ya vereis al cambiar de reinado!»

¡Pues bien! *¡Ya hemos visto!* Ya hemos visto que el hermano ha heredado al hermano, asi como un hijo entra pacificamente en posesion de la herencia de un padre. Apenas se ha echado de ver que ha ocurrido un cambio de soberano. Uno de los mayores acontecimientos en las actuales circunstancias se ha verificado con la mayor sencillez. Como sucede generalmente en el órden de herencias, se han levantado los sellos... no es nada: ¡no es mas sino que la corona de Francia ha pasado de unas sienes á otras! No es mas sino que Carlos X empuña el cetro de San Luis en el hogar de Luis XVIII!

¿Se oye hablar de alguna reclamacion? ¿Dónde están los pretendientes de la república y del imperio? ¿Hay en el mundo algun poder que se atreva á disputar el trono al nuevo rey? ¿Ha habido necesidad de reyes de armas, de estrépito de tambores y trompetas, de paradas y farsas, ni de una imponente ostentacion de fuerza armada para ocultar á los ojos de la turba admirada la parte que pudiera hacer dudosa en el derecho de un usurpador? Nada de eso. EL REY HA MUERTO: ¡VIVA EL REY! Eso es todo lo que el público ha oido y cada cual ha seguido dedicándose á sus asuntos con la mente tranquila, el corazon contento, y sin temores para el porvenir, sin tener que preguntar: «¿Qué sucederá mañana?» El poder protector, la potencia política sigue inalterable; la sociedad marcha tranquila, y la sucesion legítima de la familia reinante asegura á cada familia en particular su legítima sucesion.

¿En qué han parado todas aquellas alusiones, por lo menos temerarias, que se hacian por lo tocante á un príncipe extranjero? ¿Cómo podria encontrarse la menor analogía entre las cosas, los tiempos y los soberanos? Aquellos arranques de mal humor que se tomaban por intuiciones de la verdad, y por enseñanza histórica, se desvanecen ante los hechos y las virtudes; nunca fueron estas mas evidentes, ni los hechos mas decisivos.

Si la monarquía triunfa, no es menos evidente el triunfo del monarca, Carlos X se ha elevado al nivel de su fortuna; ha demostrado que conocia las costumbres de su siglo, y que aceptaba la monarquía en el estado que las revoluciones y el tiempo la han dejado. Dijo á los magistrados que prosiguieran siendo justos y fallando con imparcialidad: dijo á los pares y á los diputados que sabria sostener como rey la Constitucion que habia jurado como vasallo y ha cumplido su palabra y nos ha devuelto la mas preciosa de nuestras libertades: dijo á los franceses de la comunion protestante, que su benevolencia se extenderia sin distincion sobre todos sus vasallos: dijo á los ministros del culto católico que protegeria con todo su poder la religion del Estado, la religion, fundamento de toda humana sociedad, y recomendó esta misma religion como elemento de la enseñanza pública. Todas estas palabras, que son verdaderos actos políticos, le han granjeado la voluntad de la nacion; de manera que bien puede Carlos X lisonjearse actualmente de ser tan poderoso como Luis XIV y de ser obedecido con tanto celo y prontitud como el soberano mas absoluto de Europa.

Para formarse una idea del aprecio en que se tiene á la monarquía, es preciso haber visto al monarca al trasladarse al templo de Nuestra Señora: todo un gran pueblo, á pesar de la inclemencia de la estacion saludaba con arrebatos de entusiasmo *al rey á caballo*, que adelantándose al encuentro de los mas infelices de sus vasallos tomaba con sus propias manos las peticiones que le presentaban recibiéndolas con aquel noble ademan, peculiar suyo; preciso es haber visto á ese mismo monarca en el Campo de Marte en medio de la guardia nacional, de la guardia real y de trescientos mil espectadores en aquellos momentos de poder y libertad en que aparecia la corona con todo su esplendor y se devolvian á la opinion sus órganos y su independencia. Bien parece un rey rodeado de su ejército cuando devuelve al pueblo todo lo que contribuye á la dignidad del hombre! ¡La espada que empuña su diestra podria ser instrumento de destruccion; pero lejos de serlo, no se emplea mas que en conservar! Escusado es con tales antecedentes decir, cuán sinceras serian las aclamaciones del pueblo en tan solemne momento: las aclamaciones de su entusiasmo no eran los raquíticos aplausos del mendigo pagado que comprime sus labios para sofocar un sollozo; eran el varonil grito que sale del fondo del pecho, de alli donde laten con violencia las nobles pasiones; eran el poderoso acento de un pueblo que se elevaba hasta el trono del Omnipotente lleno de gratitud.

Los que conservan la memoria de otros tiempos, recuerdan una solemnidad bien diferente en el mismo Campo de Marte: entonces espiraba la monarquía, y ahora renace. ¿Es el mismo pueblo el que ha asistido á ambas solemnidades? Si, el mismo, el mismo pueblo curado, desimpresionado de sus ilusiones. Un pueblo que se afanó por buscar la libertad al través de las mas inauditas calamidades, y no ha encontrado mas que gloria: sus príncipes legítimos son los que únicamente pueden darle el bien que unos tribunos sediciosos y un déspota guerrero, le habian irrisoriamente prometido.

Si como no debemos dudarlo las bendiciones del pueblo atraen las del cielo, muchas son las que deben haberse derramado sobre la cabeza del soberano y de la familia real. Nunca ha sido la Francia mas feliz, mas gloriosa, ni mas libre que en aquel dia memorable. Pero en presencia de esa familia vestida de luto, en medio de tanta alegría, el pensamiento retrocedia enternecido hácia otro monarca que no ha descendido aun á la tumba: el aspecto de ese inmenso pueblo redimido de toda esclavitud política despertaba en la mente la memoria del augusto fundador de la Constitucion. ¡Qué pais tan admirable esta Francia! ¡Las ciudades ponen las llaves de sus puertas en el lecho fúnebre de sus generales, y los pueblos tributan el homenaje de su libertad ante el féretro de los reyes!

CARTA

AL SEÑOR REDACTOR DEL DIARIO DE LOS DEBATES SOBRE EL PROYECTO DE LEY RELATIVO Á LA POLICÍA DE LA IMPRENTA.

Cuatro de Enero de 1827.

MUY SEÑOR MIO:

Permitidme contestar por medio de vuestro perió-

dico á diversas cartas, con que varias personas, la mayor parte desconocidas, me han favorecido estos últimos dias. Pregúntanme si me he propuesto no decir nada acerca del proyecto de ley relativo á la libertad de imprenta: esas personas tienen á bien recordar que en otras circunstancias no he dejado de elevar mi voz en favor de la mas preciosa de nuestras libertades.

Efectivamente, cuando en 1824 se estableció la censura facultativa, publiqué un opúsculo contra aquella medida ministerial. La razon que entonces me hizo tomar ese partido, es muy sencilla: no podia hablar en la tribuna, porque las Cámaras estaban cerradas: tampoco me era posible dirigirme á los periódicos, porque estaban bajo el poder de la censura: no me quedaba por lo tanto otro camino que la prensa no periódica, que á pesar de estar amenazada aun, no habia llegado á su período de opresion.

En la actualidad, señor redactor, no vacilaria en atacar la ley vandálica, cuyo proyecto acaba de ser presentado en la cámara de los Diputados, si la legislatura no estuviese abierta: en la cámara de los Pares es en donde, cumpliendo con mi deber, debo combatirla; pero las cartas que he recibido me han hecho comprender la necesidad de una aclaracion preventiva. El proyecto de ley no puede llegar á ser examinado en la camara Hereditaria antes de seis semanas ó de dos meses, y es importante que mi silencio hasta esa época, supuesto que hay quien se digna tomarlo en cuenta, no dé lugar á torcidas interpretaciones. En todas las épocas y posiciones de mi vida he defendido la libertad de imprenta, y no retrocederé por cierto cuando hay quién me invita á manifestar altamente mi opinion sobre un proyecto que podria causar envidia á los mas floridos dias de la barbarie.

En todo tiempo y lugar me prometo demostrar que semejante proyecto, convertido en ley, seria tan fatal á las letras, como á las libertades públicas; que propenderia á sofocar las luces; que declararia la guerra al talento; que violaria todas las leyes de la propiedad; que alteraria la ley de sucesion, supuesto que una hija no podria ser heredera de su padre en la propiedad de un periódico; que por un vicio de retroactividad ese proyecto de ley, siendo textualmente aprobado, acumularia las cláusulas de los contratos consumados, irrogaria daño al derecho de terceras personas; daria pábulo al fraude; turbaria y descompaginaria toda una parte del código civil y el código de comercio; destruiria un ramo de industria alimentado por un capital de mas de 50.000.000: arruinaria á la vez á los impresores, libreros, fundidores, grabadores, almacenistas de papel, etc., y por último, que dejaria postrados en el suelo, digámoslo asi, á una multitud de operarios sin pan y sin medio de poderlo ganar.

El proyecto en cuestion, señor redactor, es obra de la mas completa ignorancia en la materia. Citaremos el artículo 4.º

«Toda traslacion ó transporte de una parte cualquiera de la edicion fuera de los talleres de la imprenta, »antes de expirar el plazo fijado por el artículo 1.º, »será considerada como tentativa de publicacion. La »tentativa del delito de publicacion será en ese caso »perseguida y castigada judicialmente de igual modo »que el delito.»

Quiere decir que se podrá considerar como tentativa de publicacion el acto de llevar los pliegos impresos desde la imprenta á casa del librero, ó desde esta á la del encuadernador, á la cosedora ó al taller de *satinacion*. Entre los ochenta ó mas impresores de París apenas hay uno que tenga locales bastante vastos para que puedan *secarse* y *compaginarse* los pliegos sin salir del recinto.

¿Qué querrán decir con lo de los *caracteres* (artículo 1.º) conformes con las *reglas* de la libreria? ¿Qué intencion vendrá oculta en esas expresiones al parecer *vacias de sentido*?

Por una simple infraccion de un reglamento de policía ¿seria justo destruir (art. 1.º) una edicion entera ó un tomo que interrumpiria una coleccion completa mas ó menos costosa, mas ó menos adelantada, sin dar ningun recurso á los suscritores, á los artistas, á los comerciantes de papel, ni á los demás suministradores de fondos?

¡Qué irrision! Dícese que no se castigará el delito sino despues de haberse consumado y al mismo tiempo se manda hacer un depósito cuya duracion debe preceder cinco ó seis dias á la publicacion. ¿Dejarán los alguaciles de la policía de estar en acecho á la puerta del librero para lanzarse sobre el primer paquete de la obra que la autoridad se haya propuesto detener? ¿No se apoderaron de la edicion de la *Monarquia con arreglo á la Carta*, hallándome yo presente y en el mismo patio de mi impresor? Y sin embargo ¡Qué diferencia no hay entre las leyes de imprenta que existian entonces y las que rigen en la actualidad!

Pero ¿qué mal puede haber, dirán algunos en que una obra que es perniciosa sea detenida antes de llegar á manos del público?

¿Y quién puede saber si la obra es mala antes de ser publicada? ¿Someteréis anticipadamente vuestra opinion á la de un fiscal de imprenta, sea el que quiera? ¿En momentos de pasiones políticas no ensalza un partido las obras que el otro se esfuerza en deprimir? Un ministro declarará guerra á todas las obras filosóficas y otro perseguirá quizás á todos los libros de devocion. El depósito de cinco y de diez dias es evidentemente la censura, y una censura que no satisfecha con imponeros su yugo, os envuelve tal vez en una sumaria ruinosa. Por lo menos la censura deberia dispensar de tener que comparecer ante los tribunales.

¿Cómo será posible reducir por lo tocante á la prensa periódica á cinco miembros (art. 15) unas sociedades ya establecidas y compuestas de un número mucho mayor de propietarios?

¿Qué significa ese misterioso número 5? Fácil es despejar la *incógnita*. Si en una sociedad periódica compuesta de doce propietarios hay siete que no quieren vender su derecho á los otros cinco, ó bien hay cinco que no pueden comprar esa propiedad, el periódico dejará de existir porque no habrán podido cumplirse las condiciones de la ley. Aun hay mas: la misma condicion no habrá podido cumplirse en ese caso pues la ley declara que toda estipulacion será nula *aun entre las mismas partes contratantes*. (art. 16). ¿No seria esa astuta sutileza digna del ingenio de un curial del siglo XI?

Los cinco propietarios serán condenados en masa por un artículo que merezca castigo, aunque la minoría de dichos propietarios se hubiese opuesto á la insercion, ó algunos de ellos hubiesen estado ausentes al tiempo de publicarse el periódico.

Una mujer no podrá tener parte en la propiedad de ningun periódico, aun cuando su dote á parte de la herencia paterna consista en esa propiedad. En tal caso será preciso que la parte de la interesada sea vendida como los bienes de los menores de edad con arreglo á las formalidades prescritas por el código civil; la autoridad ministerial será el mayor postor en la venta de esa propiedad y de ese modo introducirá el gérmen de la servidumbre en una asociacion libre: á eso propende el espíritu del artículo 9.

Para ser propietario de un periódico es preciso probar ante el prefecto ó director general de la imprenta que se tienen los *requisitos* exigidos por el artículo 890 del código (art. 9). Si esas autoridades se muestran tan difíciles por lo tocante á la admision de esos requisitos, como sucede con los electores por lo relativo á sus derechos, si remiten la parte á los tribunales, no por eso la decision de aquellas autoridades administrativas *dejará de ser provisionalmente puesta en*

ejecucion (art. 9.) Eso quiere decir que el periódico quedará suprimido durante tres, cuatro, cinco ó seis meses segun la duracion de la causa.

Y entiéndase que un periódico que por término de un mes deja de publicarse puede considerarse como *periódico destruido.*

Notad, señor redactor, que esa palabra *destruido* se encuentra á cada paso en el proyecto de ley como si encerrara todo el espíritu del proyecto. Y no le falta razon, porque con semejante proyecto todos los periódicos excepto los ministeriales pueden sucesivamente considerarse como *destruidos.* Eso es precisamente lo que se desea.

Visto el informe fiscal el proyecto aplica el derecho de sello á los folletos: se ha calculado que la impresion de la mas insignificante *zarzuela* costará á su autor de 1,500 á 1,800 francos. Por otra parte hasta los periódicos literarios (art. 12) están obligados á presentar fianzas. ¿No podria uno figurarse al leer ese proyecto, que está viendo á los Vándalos derribando por el suelo los monumentos artísticos ó á los árabes reduciendo á cenizas la biblioteca de Alejandría? No penseis que los autores del proyecto se resientan de esta comparacion; al contrario les llena de orgullo. El comercio de libros de Francia pasará á Bélgica! Mejor. Pero no solamente son los libros los que causan el mal: desde el sabio que estudia el curso de los astros, hasta el campesino que afirma *por esta cruz bendita*, todo el que sabe leer, todo el que desea saber leer, es un ente sospechoso.

Compréndese muy bien que el sello á quese refiere el proyecto, considerado bajo su punto de vista es verdaderamente el *sello de la barbarie*, es el *veto* suspensivo puesto sobre la publicacion del pensamiento; mas no por eso deja de ser al mismo tiempo una nueva contribucion, y por lo tanto desearia saber á qué objeto se aplicarán las sumas que resulten de su recaudacion.¿ Irán á parar al bolsillo de esos censores invisibles que tiempos atrás califiqué con el título de *santo tribunal de espias*? ¿Quedarán en depósito *para comprar encausaciones*? ¿Servirán para aumentar el salario de los lacayos ministeriales? ¿ó bien (y esto seria mas justo) se emplearán en pagar una sopa económica para mantener á los autores y libreros que, una vez admitido el proyecto de ley, tendrán que ir á pedir una limosna?

Los impresores serán responsables de las *multas, daños, intereses y de las costas causadas por el enjuiciamiento de los autores* (art. 22 :) todo esto á fin de que los impresores vengan á ser unos *censores oficiosos* de los que escriben alguna obra. ¡Tan gratamente suena la palabra censor en los oidos ministeriales!

Concíbese que un librero pudiera ser envuelto en una sentencia dada contra alguna obra obscena, impía ó calumniadora, por un escrito de aquellos en que el delito está en completa evidencia; pero ¡cómo! ¿el impresor ha de ser juez de una obra de ciencia, de filosofía ó literatura? ¿Si esta obra llega á ser condenada por los tribunales, el impresor, que ni aun llegó á comprenderla, tendrá que pagar la pena de un delito de que se halla inocente? Hay establecimiento de impresor que cuenta mas de cien mil publicaciones. ¿Quereis que el editor haya podido ni leer ni comprender esas cien mil obras cortas ó largas? Mas no hagamos mucho esfuerzo en combatir ese ridículo absurdo, que tampoco deja de ir acompañado de su correspondiente intencion. Exigen imposibles del impresor ¿y por qué? Para que no pueda publicarse ninguna obra sin haber merecido antes la aprobacion de la pandilla que nos oprime. ¿Qué librero, en efecto, se atreverá á encargarse sin garantías de la impresion de un manuscrito, al verse amenazado de semejante proyecto de ley?

Dicen que el proyecto servirá para protejer el altar y defender á la religion de las producciones escandalosas de la impiedad.

El proyecto, lejos de protejer á la religion, la pone en mayor peligro: lejos de contener el despacho de las obras que se quiere prohibir, hará que se vendan todas esas ediciones rivales que por su excesivo número estaban depositadas en los almacenes. La Francia está provista para dos siglos de obras de Voltaire y de Rousseau, y el proyecto de que nos ocupamos, es muy seguro que no durará tanto tiempo. Con tal que no se mandara recoger los ediciones publicadas, nada se habria conseguido. Es digno de notarse que siendo asi que con el proyecto intentan protejer á la religion, no se han atrevido sus redactores á nombrarla ni una sola vez. ¿De dónde nacerá esa reticencia? ¿Es verdaderamente la religion lo que os proponeis defender? Decídnoslo en alta voz: presentad un proyecto que no irrogue daño á la propiedad, ni á las leyes existentes, ni á las libertades, ni á las letras, ni á los talentos, ni á la civilizacion. Este proyecto será examinado en ambas cámaras, y si visiblemente no se propone mas que el sostener las buenas costumbres y dispensar proteccion á la fe de nuestros padres, ni un salo voto habrá que deje de aprobarlo.

Dicen tambien que con el proyecto se proponen castigar las calumnias que suelen propalarse contra la vida privada de los ciudadanos. Por de pronto, señor redactor, no me parece enteramente probado que esas pequeñas biografías de que con tanta razon se quejan y que han sido castigadas por los tribunales, no me parece enteramente probado, vuelvo á decir, que esas biografías no hayan sido fraguadas por instigacion de cierto partido enemigo de la libertad de imprenta con objeto de hacerla odiosa y tener un motivo para *destruirla.*

Ademas tampoco conviene que los intereses generales sean perjudicados por intereses particulares. Al tomar la defensa de un honor que no se queja tengamos cuidado de privarnos de la censura de los actos de la autoridad. Hay ultrajes de naturaleza mixta que asi se aplican al hombre público como á la vida privada: no defendamos la familia á expensas de la sociedad.

Por lo que á mi toca, senor redactor, temiendo el interés que un defensor de oficio se dignaria tomar por mi persona, me apresuro á aprovecharme del último párrafo del artículo 20 del proyecto de ley, y por la presente autorizo toda clase de publicacion contra mis actos; me avengo con mi calumniador y le entrego sin restriccion todos los actos de mi vida pública y privada.

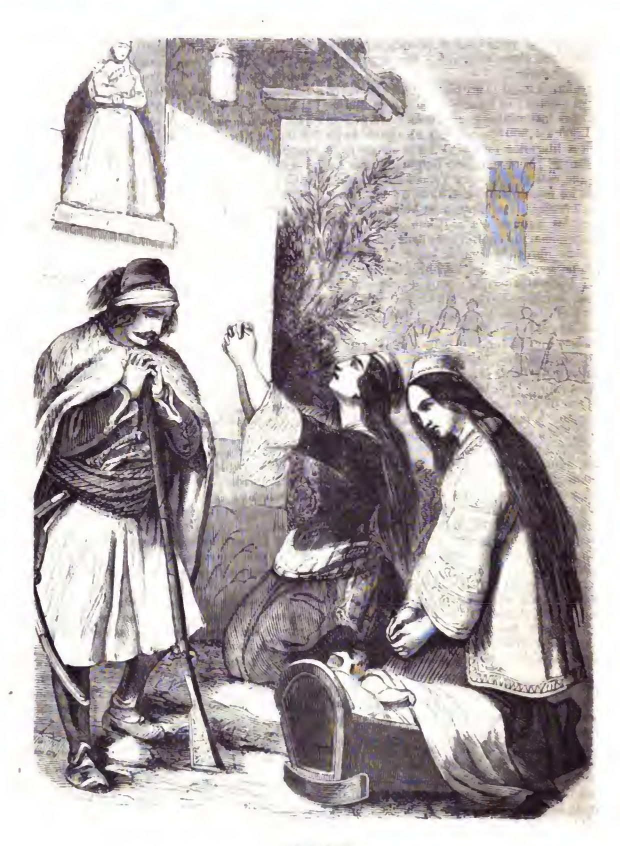
No he tocado en esta carta mas que la parte material de un proyecto de ley que añade nuevas multas á las multas antiguas sin disminuir los motivos de encarcelamiento, sin revocar el poder abusivo de recoger el título de privilegio de los libreros, sin renunciar á la censura facultativa, sin abolir la formacion de causa por tendencias y sin dispensar el permiso necesario para establecer un periódico, permiso que reduce la libertad de imprenta á un mero privilegio.

Mas cuando en la cámara de los Pares hablaré de la parte moral de este proyecto de ley, manifestaré que en su contexto se revela un profundo horror á las luces, á la razon y á la libertad; que en él se descubre una violenta antipatía contra el órden de cosas establecido por la Constitucion; probaré que se opone directamente á las costumbres, á los progresos de la civilizacion, al espíritu del siglo y á la franqueza del carácter nacional; que está respirando odio contra la humana inteligencia; y que todas sus disposiciones propenden á que se considere el pensamiento, como un mal, como una plaga, y como una calamidad. Compréndese que los partidarios de ese proyecto anonadarian, si les fuese posible la imprenta, destruirian

las prensas, levantarian cadalsos y encenderian hogueras para los escritores, y por último, que no pudiendo restablecer el despotismo del hombre, invocan con todo el ardor de su deseo el despotismo de la ley.

Esto es, señor redactor, lo que tenia que decir á las personas que han tenido á bien escribirme, haciéndome el honor de dar á mi opinion una importancia que me hallo muy distante de suponer. A ninguna de esas personas podia dirigirme en particular y por lo tanto les ruego que se sirvan darse por contestadas con la presente.

No puedo, señor mio, abstenerme de una dolorosa



LOS GRIEGOS.

impresion. En el discurso de contestacion á la corona ¿no habremos votado por la libertad de la nacion portuguesa mas que para ver nuestras libertades atacadas nuevamente? ¿Debian ofrecerse estas últimas en expiacion de las primeras? ¡Qué afecto hemos mostrado hácia la Constitucion de don Pedro y que indiferencia por la de Luis XVIII!

Temo haber procedido en este asunto con demasiada ceguedad:

Ibant obscuri sola sub nocte per umbram

Algunos recuerdos, algunas ambiciones, algunos sueños propios de imaginaciones desconcertadas fermentan en un rincon de la Francia: guardémonos de

tomarlos por una opinion real, por una oposicion digna de ser satisfecha: guardémonos de dar á la nacion temores de un sistema opuesto á sus libertades. Los hombres que sufrieron unidos el efecto de nuestras discordias, se sienten igualmente cansados y se resignan á terminar en paz su larga carrera; pero nuestros hijos, esa juventud que no necesita de reposo como nosotros, no tomarán parte en esa lasitud: seguirán marchando y con la Constitucion en la mano reclamarán el precio de la sangre y de las lágrimas de sus padres. No es posible hacer retroceder á las generaciones que marchan adelante por mas que sobre sus cabezas les arrojen fragmentos de ruinas y restos de tumbas. Los insensatos que se atreven á poner en lucha lo pasado con lo venidero, necesariamente han de ser víctimas de su temeridad: al chocar entre sí los siglos, les abrumarán.

RESTABLECIMIENTO DE LA CENSURA.

EN 24 DE JUNIO 1827.

ADVERTENCIA.

La prensa no periódica debe dar socorro á la prensa periódica: no puedo permanecer en silencio por lo tocante á la censura, así como M. Wilberfoce no puede callar cuando oye hablar del tráfico de negros. Varios generosos escritores, entre los cuales figuran pares, diputados y magistrados se han unido para publicar una serie de folletos. Seguro es que todo se pondrá en evidencia, y no quedará ni una sola verdad oculta. Si ciertos hombres no se cansan de oprimirnos; tampoco otros se cansarán de luchar contra ellos. Doy á mis conciudadanos gracias de la confianza que me han dispensado en este momento. He recibido todas sus cartas, y todos los detalles y noticias que me han comunicado y he hecho y haré en lo sucesivo uso de ellas. Muchos escritos se preparan. M. Salvandy, cuyo vigoroso talento es bien conocido, dará á luz antes de terminarse el mes próximo un folleto sobre el estado actual de los asuntos. M. Alexis de Jussieu publicará dentro algunos dias otro escrito sobre el mismo asunto. Estos señores me han rogado que anuncie sus trabajos, y yo lo considero como un deber porque es probable que los periódicos no conseguirán permiso ni aun de *anunciar* esas obras. Sin embargo, un anuncio concebido de un modo general ¿puede considerarse como un delito? Hé aquí cómo se ejerce la censura sobre la prensa periódica, y hé aquí cómo daña los intereses del comercio de libros. Una obra no anunciada tiene todas las probabilidades de no salir de los almacenes: de manera que ese ramo de industria se ve amenazado de una nueva crisis. Mas ¿qué importa eso á los hombres de Estado, ni á la estúpida y violenta faccion que abruma á la Francia?

Si los propietarios de los periódicos tienen que producir alguna que otra queja, y creen que puedo ser buen conducto para publicarla, siempre me encontrarán dispuesto á todo. Confiemos en que los lectores sostendrán mas que nunca los periódicos independientes y no se cansarán de leerlos aun cuando la censura les prohiba por algun tiempo (como periódicos no asalariados) reflejar tan vivamente la verdad como lo han hecho hasta el presente. El *silencio político*, las páginas *en blanco*, las suspensiones y los procesos judiciales son pruebas de constancia y de celo que los amigos del trono y la Constitucion sabrán dignamente apreciar. Unámonos desde un extremo al otro de la nacion contra los enemigos de nuestras libertades: la paciencia y el espíritu público alcanzarán la victoria.

EPÍGRAFES.

Reclamaron en alta voz la libertad de escribir y de publicar sus pensamientos por medio de la imprenta: y la libertad ilimitada de pensar y escribir llegó á ser un axioma del derecho público de Europa, un artículo fundamental de todas las Constituciones, y finalmente un principio del órden social.

(*Vizconde de Bonald, sesion de los diputados*, 28 *enero de* 1817.)

Hoy que el gobierno lo puede todo contra los ciudadanos ¿no les ha de dejar algun asilo con un poder tan sin límites?

(*Id. Ibid.*)

No todos los hombres de talento están en las dependencias del gobierno, y téngase presente que los que no lo están, como que pueden situarse á una conveniente distancia de los objetos, esto es, ni muy alto ni muy bajo, pueden saber muchas cosas que se escapan de la atencion ó de la preocupacion de los hombres del poder, y decir á estos por medio de los periódicos verdades útiles que no habrian querido dejar sepultadas en las carpetas de una oficina, ni someterlas á la censura de un subalterno.

Acaso en el momento de una explosion no carecerán de algun peligro las declamaciones de los periódicos, pero ¿no será con el tiempo mas peligroso su silencio, supuesto que ya hay que luchar contra causas secretas de desórden? Puede, si se quiere, turbarse el Estado por lo que dicen los periódicos, pero tambien es cierto que puede perecer por lo que dejen de decir. Contra sus exageraciones é imposturas hay remédios: contra su silencio no se conoce ninguno.

La Inglaterra vió el peligro y trató de librarse estableciendo la ley de la libre circulacion de periódicos como salvaguardia del Estado, y aun no creyó que fuese bastante todo el público en masa, cuyos centinelas son los periódicos para contrarrestar el inmenso poder de un ministerio responsable.

(*Vizconde de Bonald, sesion de los diputados*, 28 *enero de* 1817.)

Hallándose interesada la nacion en que los ministros sean ilustrados, no deben estos cerrar por sí mismos el camino por donde la opinion verdaderamente general puede llegar á sus oidos. ¿Pueden inspirar mucho temor los periódicos en la actualidad que se han convertido casi en única lectura de los hombres de bien y que los escritores mas apreciables no se desdeñan de trabajar en ellos? Sin duda que unos y otros escriben en sentido de principios diferentes: es una desgracia inevitable, y que tiene su origen en la opinion de los dos principios, monárquico y republicano del gobierno representativo que cada cual, segun vosotros decís, trata de inclinar á su lado. ¡Dichosa la nacion donde en tales circunstancias no se da el combate mas que en el terreno de los periódicos! En Inglaterra no cesó la oposicion armada hasta que se convirtió en oposicion literaria. La oposicion de los periódicos distrae á los partidos y desvirtua las animosidades.

(*Id. Ibid.*)

«Que los diputados de una nacion encargados de »establecer los derechos y garantías de la libertad civil »y política, confieran por medio de una ley, á unos »hombres armados ya de la terrible facultad de dete-

»ner á todo ciudadano que les sea sospechoso; el de»recho aun mas lato y perjudicial de sofocar todo pen»samiento que no sea de su gusto; y que de esa »manera los tales ministros agreguen al derecho de »obrar por sí solos, el derecho de hablar solo ellos, es »en verdad una cosa que cualquiera legislador temeria »conceder, aun cuando, como ciudadano, la contem»plara util. ¿No quedaria con tan pernicioso ejemplo »comprometida la seguridad general y futura del Es»tado en vez de asegurarse su tranquilidad local y »temporal? ¿Acaso aquel rey, á quien representa la »fábula, teniendo á su disposicion todos los vientos »podria excitar menos tempestades que un ministerio »revestido de todo poder sobre los cuerpos y sobre las »ideas?

(*Id Ibid.*)

Es de notar que todos los periódicos comprados á toda costa por los gobiernos que se han sucedido no han podido á pesar de su influencia sostener á ninguno, y por el contrario se ha visto que los periódicos de la oposicion combatidos por la tiranía con mas ó menos furor, han hecho por último triunfar la causa que defendian...

Los hombres mas eminentes en las letras no se han desdeñado de escribir en los periódicos y han defendido denodadamente los principios conservadores de las sociedades... Desde entonces una serie no interrumpida de periódicos amigos del órden ha estado dando pábulo al fuego sagrado; le han dado pábulo con lo que decian y con lo que no decian, cuando viéndose obligados á callar ó tal vez á hablar no podian hacer mas que dejar traslucir sus opiniones al través de las que se les imponian. Esta oposicion constante ha conservado las buenas doctrinas que han prevalecido simultaneamente, pues en obsequio del espíritu nacional es preciso decir que esos son los únicos periódicos que han gozado del favor del público, y que los demas ni aun con el socorro del gobierno han podido sostenerse; de manera que casi podria decirse que el público es quien ha constituido el espíritu de esos periódicos en vez de ser estos los que han alentado el espíritu del público *porque los periódicos expresan la opinion, pero no la constituyen*. Reflexion profunda y llena de exactitud debida á M. Brigode, y que por sí sola bastaria para decidir la cuestion.

(*Vizconde de Bonald, sesion de los diputados* 28 *enero de* 1817.)

Antes que la prensa fuese libre no tenia tantas probabilidades de serlo porque el poder soltando las riendas á las malas doctrinas tenia buen cuidado de encadenar las buenas. Vanamente los realistas por interés del público habian reclamado esa libertad cuyo poder no podian menos de comprender; ha sido preciso tiempo, mucho tiempo para conseguirla, porque sus adversarios temian sus consecuencias. Por último la libertad de escribir, arrancada mas bien que obtenida, ha dado á los amigos de la monarquía armas iguales á las de los enemigos que intentaban destruirla, y bien pronto el número de lectores de cada opinion ha demostrado la extension de sus relativas fuerzas.

(*El señor marqués de Herbouville, conservador,* t. VI. p. 62, 63.)

¿No se ha visto en otros tiempos que los periódicos que caian bajo el yugo del despotismo se convertian en instrumentos de opresion, y tiranía? Pues esa es la mejor prueba del peligro que hay en subyugar la prensa.

(*M. Corbiere, sesion de los diputados,* 29 *enero de* 1817.)

Suprimir un periódico es arruinar al propietario, y sin embargo se mira con cruel indiferencia á esta propiedad. El propietario se ve arruinado, sin que las mas de las veces pueda imputársele una falta real.

(*Id. Ibid.*)

«Si el ministro obtiene la facultad de dar ó reusar »arbitramente á los periódicos el derecho de publica»cion, podrá hacerlo con condiciones onerosas para »unos y darla gratuitamente á otros; dispensar favor »á unos dándoles medios de sostenerse contra la opi»nion y hasta podrá valerse de los derechos mas con»trarios á los garantizados á todos los franceses por »los artículos 1.° y 2.° de la Carta.»

(*M. de Villele, sesion de los diputados,* 27 *enero de* 1817.)

París 30 junio de 1827.

Nada tendrá mi país que echarme en cara: soy el último que he permanecido en la brecha y he cumplido en la cámara Hereditaria con el deber de un leal par de Francia; ahora voy á cumplir con los de un simple ciudadano. Bien me cuesta: habia vuelto á emprender mis pacíficas ocupaciones, revisaba mis antiguos manuscritos, viajaba por América: *desertas quærere terras.* Arrancado súbitamente de la tierra de la libertad, vuelvo á defender esa libertad en mi patria, como en otros tiempos volví de aquellas regiones para colocarme bajo la bandera blanca.

Al dejar la tribuna de los pares en 18 de este mes, dije las siguientes palabras:

«Os diré, señores, que aquellos hombres cuyo es»píritu de imprudencia les inspiró el proyecto de ley »contra la libertad de imprenta no han desistido de su »propósito. Rechazados de un punto dirigen su ataque »á otro; y no tienen reparo en decir á quien quiera »oirles que la censura volverá á establecerse tan luego »como se cierre la presente legislatura.

»Mas como una censura que cesaria de derecho al »mes de abierta la legislatura de 1828 seria menos »útil que funesta á los autores del sistema, sin duda »tendrian que recurrir á algun otro expediente, para »remediar ese perjuicio: sin duda se ocuparian para »el año próximo de una ley que prolongase la censura, »ó de otra poco mas ó menos parecida á aquella de »que nos ha librado la corona.

»La dificultad, señores, consistiria en haceros apro»bar un trabajo de esa naturaleza, dado caso de que »los mismos ministros se resolvieran á adoptarlo. Vo»sotros no sois complacientes en materias que perjudi»quen las libertades públicas, ¿qué recurso les que»daria, pues, para cambiar vuestra mayoría? Uno muy »sencillo al parecer de los hombres de que nos esta»mos ocupando: una numerosa creacion de pares.

»Antes de tratar de ese punto esencial, fijemos la »atencion sobre la censura.

»¿Los autores de los proyectos que he examinado »habrán tenido bien en cuenta sus resultados? Aun »cuando se estableciera la censura entre las dos le»gislaturas, si esa censura, desacreditada por los mis»mos ministros, no producia ninguno de los resultados »apetecidos; si no habia hecho mas que multiplicar »los folletos; si el ministerio rompia el gran resorte »del gobierno representativo, sin mejorar la hacienda, ni calmar la efervescencia de los ánimos; si por el »contrario se hubiesen aumentado las animosidades, »las divisiones y la desconfianza; si el mal estar se hu»biese generalizado, si se hubiese dado mayor fuerza

»á la oposicion suministrándole motivo de reclamar »la libertad pública, ¿cómo podrian presentarse á las »Cámaras á pedir la continuacion de esa censura?

»Concíbese que del seno de la prensa se pida la »censura bajo pretexto de poner freno á la licencia; »mas no puede comprenderse cómo hallándose la »prensa cargada con las cadenas de la censura, la »siga pidiendo cuando no pueden alegar en su favor »mas argumento que los perjuicios causados por se»mejante opresion.

»La abolicion de la censura y el haber retirado la »ley contra la libertad de imprenta son beneficios que »debemos á Carlos X: nada podia darse mas perjudi»cial que el borrar por medio de una providencia con»tradictoria el recuerdo tan popular de esos beneficios. »¡Qué compasion no excitaria el ver que se establece »en provecho de algunos intereses particulares una »censura que no se juzgó prudente sostener durante »la expedicion de España, cuando tal vez la suerte »de la Francia estaba pendiente del resultado de una »batalla! Verdad es que nos confiamos á la gloria del »Delfin, y que ninguna otra podria inspirarnos tantas »garantías; pero confien en sí mismos los señores »ministros y evítennos la repeticion de indecorosas »escenas que nos han hecho ya sufrir demasiado. »¿Volverán á presentarse á nuestra vista aquellos cen»sores que proscribian los nombres de determinadas »personas borrando de una sola plumada el elogio »dado á las virtudes del heredero del trono y la crítica »dirigida contra algun agente del poder?

»Despues de haber presenciado las manifestaciones »populares del 17 de abril nadie puede poner en duda »el amor que la Francia profesa á la libertad de im»prenta. ¿En qué filas podriais encontrar á los opreso»res del pensamiento? Entre los fanáticos que aceptan »el oprobio como un martirio y entre los que mani»fiestan celo para ganar en conciencia el desprecio »del público.»

¿Me he engañado en los proyectos que he anunciado? ¿Han sido vanos mis temores? ¿Quién ha dictado hasta el presente mis palabras, la pasion, ó la verdad?

Por lo menos aun me queda una ventaja sobre mis contrarios: no se entienda que he renegado de mis opiniones: soy lo que era. Asisto á la procesion de *Corpus* con el *Genio del Cristianismo*, y me presento en la tribuna con la *Monarquía con arreglo á la Carta*. Como par he pronunciado muchos discursos en defensa de la libertad de imprenta y he escrito cien veces á favor de la misma en el *Conservador* y en otras obras. ¿Para qué hago esa enumeracion? ¿Para jactarme, ó para tener el placer de ponerme en evidencia? nada de eso. No lo hago sino para contestar á ciertos hombres que habiendo hecho traicion á sus primeras opiniones quieren achacar su volubilidad á los demás; á ciertos hombres que cuando mas estacionado uno se halla exclaman con admiracion: ¡Vos marchais! sin ver que son ellos los que pasan corriendo y que al cambiar de puesto se imaginan que los objetos sobre que fijan la vista son los que mudan de lugar.

La libertad de imprenta ha sido uno de los intereses de mi vida política, y ha constituido el objeto de mis trabajos parlamentarios. Me atrevo á decir, que mi posicion social y las opiniones realistas y religiosas que he profesado, dan algun valor á mis palabras cuando reclamo esa libertad. Nadie puede decir que soy un revolucionario, ni un impío: cierto es, que hoy lo dicen, y lo mas curioso en este particular es, que los que tal honor me dispensan, son hombres que los Jacobinos tienen puestos á sueldo de ese titulado partido realista y religioso, que yo hice subir al poder enseñándole á tartamudear contra su propia organizacion los principios de la libertad y la Carta.

No se trata aquí de demostrar las razones en que se funda la libertad de imprenta, pues quedan suficientemente demostradas en los epígrafes estampados al frente de este escrito. La monarquía representativa sin la libertad de imprenta, es un cuerpo sin alma, una máquina sin movimiento. En los primeros dias del imperio se acuñaban las monedas de plata teniendo por un lado impresas estas dos palabras: *Napoleon emperador*, y por el otro: *República francesa*. Bonaparte acuñaba sus monedas con el sello de la gloria y quedaban útiles para la circulacion. Bajo un gobierno constitucional sugerido por la censura, se podrian acuñar medallas cuyo lema fuese *Libertad*, y en el reverso se leyera *Policía* ¿Quién tomaria esa moneda falsa con el busto del ministerio?

Dejémonos pues, de ocuparnos de principios reconocidos por los mismos que los infringen, y pasemos á examinar las reales órdenes del 24 de este mes.

En ellas no se lee preámbulo: la órden de la primera censura, iba precedida de un considerando que acusaba á los tribunales. Los sicofantas del ministerio dieron en seguida á entender, que ese insulto á la magistratura no habia sido mas que *por broma*, y que la verdadera causa del establecimiento de la censura, no consistia sino en el poco tiempo que hacia que el venerable autor de la Carta habia muerto. Es decir, que colocaron la pérdida de la primera de las libertades públicas entre una ofensa y un dolor.

¿Con qué otro considerando habrian podido acompañar las nuevas reales órdenes?

En toda la nacion brillaron iluminaciones al saberse que se habia mandado retirar el proyecto de ley sobre la libertad de imprenta. ¿Habrian podido decir que esta circunstancia era bastante *grave* para obligarles á mandar que se apagaran todas las luces por medio de la censura?

La guardia nacional grita ¡*Viva el rey*! Alguna voz aislada se aprovecha de esta ocasion para dar un inconveniente grito contra los agentes del poder; la guardia nacional es licenciada; experiméntanse en Meaux las consecuencias de este licenciamiento. ¿Será oportuno fundar en esos hechos el restablecimiento de la censura?

En las recaudaciones de los primeros meses del año aparece un *déficit*. ¿Será eso un buen pretexto para suspender la libertad de imprenta?

Por último ¿habria sido preciso declarar que se necesitaba una real órden á favor de la censura porque los ministros no pueden marchar con la libertad de imprenta? Reales órdenes sin considerando eran pues lo que hacia al caso.

La primera pone en vigor las leyes de 31 de marzo de 1820 y de 26 de julio del 1821.

El ministerio está revestido de ese derecho por el art. 4 de la ley de 27 de marzo de 1822 concebido en estos términos: «Si en el intervalo de las legislatu»ras ocurrieran circunstancias graves que invalida»ran momentáneamente las medidas de garantía y de »represion establecidas, podrán ser puestas inme»diatamente en vigor las leyes de 31 de marzo de 1820 »y de 26 de julio de 1821 en virtud de una real ór»den adoptada en consejo y refrendada por tres mi»nistros.

»Esta disposicion cesará de pleno derecho al mes »de la apertura de las Cámaras, si durante este plazo »no hubiese sido convertida en ley.

»Tambien cesará del mismo modo el dia en que se »publique una órden disolviendo la cámara de los Di»putados.»

De manera, que para imponer la censura, es preciso que *ocurran circunstancias graves que invaliden momentáneamente las medidas de garantía y de represion establecidas*.

¿Y en dónde están ahora esas *circunstancias graves*? ¿Han estallado turbulencias? ¿Deja de cobrarse la contribucion? ¿Se han sublevado las provincias? ¿Se ha descubierto alguna conspiracion contra el trono? ¿Hay temor de alguna guerra extranjera, á pesar

de haber demostrado el Delfin que no necesita de la censura para obtener victorias? Si esas *circunstancias graves* han ocurrido sin duda, no se habrán declarado repentinamente al otro dia de cerradas las Cámaras. Si existian cuando los pares y los diputados se hallaban aun reunidos, ¿por qué no se habló de ellas en las Cámaras? ¿Los ministros no han sido interpelados acerca de sus proyectos? ¿Por qué no han respondido? Si sus designios no podian soportar la prueba de una discusion parlamentaria, las circunstancias no serian bastante *graves* para justificar la censura ¿Querrán escudarse con el trono, con la religion, y con el pretexto de insultos personales? ¿Por qué en tal caso no acuden á la intervencion de los tribunales?

El trono está muy alto para que le inspiren temor los insultos: menos se trata de hacer inaccesible la monarquía que de extender benéfica y popularmente su influencia, como lo hace en la actualidad: no sé de cosa alguna que presente mas armonía en este mundo que un rey de Francia y su pueblo, cuando no hay ministros insensatos que vengan á burlar su union.

No se trata de impedir que se hable del clero con ligereza: lo que importa, es dar medios de subsistencia á los sacerdotes, de socorrerlos cuando son ancianos ó están enfermos, de ponerles en situacion que les sea dado desplegar sus virtudes, y de hacer de manera que á una religion de misericordia y de caridad se le profese todo el amor de que es digna.

No se trata de prevenir los ataques á las personas: entiéndase, que nadie infama sino lo que puede ser infamado. Un hombre verdaderamente honrado, se escuda con su propio nombre, y acepta toda la responsabilidad de su vida. Si el impúdico vicio pretende embotar la accion de la prensa, extraño es que la virtud paciente no tenga el mismo poder.

Habeis destruido la libertad de imprenta; aumentad el número de los espias. La censura es en la actualidad bajo todos conceptos, una verdadera conspiracion contra el trono.

Para cualquiera que tenga el menor vestigio de buena fe, es evidente que la censura no ha sido restablecida sino por el interes de una despechada incapacidad; por una tan noble circunstancia, se atreven á contrariar la Constitucion en sus fundamentales disposiciones, y á privar á la Francia de unos derechos confirmados ya por una pacífica posesion: verdaderamente es lamentable, que tal cosa suceda á los trece años de la restauracion.

No insisto mas: es demasiado fácil argumentar acerca de la *gravedad* de las circunstancias: cada uno la ve en lo que le afecta.

Un censor sostiene, que las *circunstancias son graves*, porque quisiera administrar, digámoslo asi, á su gusto las libertades públicas: para el espia se llaman *circunstancias graves* aquellas en que el pueblo habla libremente, y por lo tanto no le proporcionan conversaciones que delatar: *las circunstancias son graves* á los ojos del fatuo, de quien el público se rie, del hipócrita cuando se trata de arrancarle la máscara, y del hombre sin honor, cuando se le quiere hacer salir de su oscuridad. Para complacer á todas esas miserias, ¿tendremos que sacrificarles la independencia nacional? ¿De qué se alimentan los pueblos? De pan y de honor: no demos pues á los perros el pan de los pueblos y de los reyes.

Confesaremos sin embargo, que todo el mundo se halla afectado de un cierto temor para lo venidero, en lo cual podria verse una gravedad de circunstancias. Mas ¿quién causa ese temor? El gobierno: la inquietud pública no nace sino de los actos de este. Viéndole siempre en ademan amenazador contra nuestras libertades, el pueblo llega á creer que su intencion es anonadarlas; de aqui pasa á inquirir lo que seria de la nacion el dia que llegara el gobierno á conseguir esa supuesta intencion, y es natural que en seguida se alarme por los males sin cuento que traeria consigo la lucha y la resistencia. ¿Qué hace el gobierno para remediar un mal, cuyo foco existe en su propio seno? plantear la censura: soplar el fuego.

Pasemos á la segunda real órden.

No me detengo en los dos nombres propios que figuran en una órden reglamentaria. Errores de este jaez son tan frecuentes en el ministerio del Interior que no merecen la pena de hablarse de ellos.

La censura facultativa está autorizada por el artículo 4 de la ley de 17 de marzo de 1822: por lo tanto el ministerio ha tenido derecho, en el caso de ser graves las circunstancias, de establecer la censura, como en efecto la estableció por medio de la primera real órden, y en virtud de esta pudo nombrar censores. Pero por la segunda real órden restableció el consejo de vigilancia que no está autorizado sino por una ley abolida: ¿será posible? Ni lo niego, ni lo afirmo: hay materia para cualquiera de estas dos cosas.

¿Querrán que ese consejo, hijo de una real órden, y no de una ley no sea mas que una comision encargada de vigilar á los mismos censores? ¿Entonces, cómo esa comision tiene poderes suficientes para la supresion provisional de un periódico?

Pero aun puede darse algo mas raro. El artículo 9 de la real órden dice: «cuando en virtud del artículo 6 »de la ley de 31 de marzo de 1820 habrá lugar á la »supresion provisional de un periódieo, Nos decreta»remos esa supresion, visto el informe de nuestro »guarda-sellos.»

¡De manera que todo un monarca es el que ha de descender á la supresion provisional de un petiódico! ¡A tal extremo rebajan la grandeza de la monarquía! ¿Es el poder supremo el que ha de luchar cuerpo á cuerpo con la primera de nuestras libertades? ¿Habeis pensado bien en lo que vais á hacer, ministros?

¿Qué dice el artículo 6 de la ley de 31 de marzo de 1820? Dice: «Cuando un propietario ó editor res»ponsable sea perseguido, en virtud del artículo pre»cedente, el *gobierno* podrá pronunciar la suspension »del periódico hasta que se vea el fallo de la causa.»

¿Qué se entiende por la palabra *gobierno*? Se entiende la corona, las dos cámaras y los jueces inamovibles. ¿Habrá nadie que sostenga que *el gobierno es la sola persona del rey*? En Turquía, tal vez. ¿Es acaso esa persona sagrada un juez que interviene en causas de poca entidad de las que competen á la policía correccional? ¡La corona confirmando las proposiciones de sentencia dictadas en un garito de censores! ¡La corona, única que tiene el derecho de conceder gracia, aumentando los rigores de una ley excepcional por medio de la suspension de un periódico! Y si llegara el caso de que los tribunales absolvieran el periódico acusado, ¿quién seria culpable? ¿El monarca? ¿Habeis meditado lo que vais á hacer, ministros? Paréceme que estoy bajo el influjo de una funesta pesadilla.

En la tercera real órden se leen los nombramientos de los miembr s del consejo de vigilancia, causando no poca admiracion y dolor el ver figurar en ellos los nombres de tres pares y tres diputados.

Sin ningun género de duda sostengo que ni á los unos ni á los otros se les pueden conferir funciones de esa clase sin obligarles formalmente á admitirlas en virtud de un acto legislativo. Los que discuten y aprueban las leyes, los que son naturales defensores de las libertades públicas, los depositarios de la Constitucion no tienen aptitud para formar una comision gubernativa de censura, únicamente establecida de real órden. Al prestar su juramento como diputados, ó como pares han jurado sostener la Constitucion: luego debe estarles moralmente prohibido el tomar

parte en un consejo creado para poner en vigor una medida que suspende el mas sagrado de los derechos concedidos por aquella Constitucion.

Nada tienen que ver con la cuestion las opiniones particulares. Pueden los diputados y los pares manifestar en la tribuna y en sus escritos lo que piensan acerca de la libertad de imprenta; mas de ningun modo les puede ser lícito tomar una parte activa contra ella. Y esta imposibilidad seria mucho mayor aun en el caso de no ser gratuitas sus funciones, es decir recibiendo un precio de esa libertad: asegúrase que la nacion no tendrá que avergonzarse de semejante escándalo. Si la imprenta pudiera ser encadenada en Inglaterra, no dudo que los lores y miembres de la cámara de los Comunes, que voluntariamente se hubieren rebajado hasta ejercer las funciones de censor serian severamente amonestados por sus respectivas cámaras al inaugurarse la legislatura: hay muchas ocasiones en que el decoro tiene fuerza de ley.

En la posicion de los pares y de los diputados, miembros del consejo de vigilancia, todo es inconveniente y peligroso. Si un periódico imprime los pasages de los discursos que sirven de *epígrafe* á este folleto, los censores subalternos desconociendo la obra de sus superiores, no tendrian tinta bastante para borrar tan abominables líneas. Su trabajo será presentado al consejo de vigilancia: ¿qué dirá el consejo?

Como en las mayores aflicciones no suele tal vez faltar algun consuelo, los señores Caix y Rio han hecho dimision.

El primero es un jóven profesor de historia, de mucha ciencia, y de un distinguido talento y de mas mérito que fortuna. Este ha preferido el aprecio del público á su destino: lo cual es aventurarse á perder poco y á ganar mucho.

El segundo es tambien un jóven profesor lleno de talento, y distinguido por un brillante rasgo particular. Durante los Cien-dias apareció repentinamente sobre esta tierra clásica del realismo un ejército de niños: los mas viejos tenian 20 años y los mas jóvenes 15.

Todos los alumnos del colegio de Vannes que se hallaban en el término medio de esas dos edades trocaron por armas todos los objetos de algun valor que tenian en el colegio y corrieron al combate, quedando 15 ó 20 de ellos muertos en el campo. Las madres tuvieron noticia del peligro al comunicarles la noticia de su muerte y de su gloria.

Una real órden confirma este suceso, disponiendo que cada año se recuerde este brillante rasgo de la juventud en un recinto en que por lo regular no se celebran mas que triunfos pacíficos, situados á poca distancia del monumento de Quiberon. Los tres oficiales de esta singular cohorte fueron condecorados con la cruz de la legion de honor. M. Rio era uno de esos tres oficiales. Véase á qué clase de hombre iba el ministerio á proponer la infamia; la rehusó, como era de esperar.

La conducta de este jóven profesor es una nueva prueba de que se puede ser fiel á su rey, realista hasta el extremo y religioso hasta el martirio, sin dejar por eso de ser apasionado de las libertades públicas.

Asegúrase que M. Cuvier tampoco ha aceptado el puesto que le ofrecian en el consejo de vigilancia. M. Cuvier ha sabido respetar su celebridad y ha querido conservarla ilesa. Gloria á las ciencias y á las letras que no hacen traicion á su propia causa, y que se contemplan demasido nobles para vestir la librea de un ministerio, ni ser verdugos suyos (1).

No hablaré de los demás censores que no son mas que cuatro. ¿Bastarán cuatro operadores para despachar á tantos enfermos? Es de presumir que habrá *practicantes de censor*, agregados, secretos, y aficionados de la policía, cuya recompensa dependerá del secreto prometido á su nombre. Ese indicado anónimo tendrá mucho trabajo en sostener el crédito de la censura, y en ir pagando los intereses del desprecio público.

Examinemos ahora el espíritu y la marcha de la nueva censura.

Manifiéstase esta censura bajo un punto de vista enteramente nuevo: su carácter es blando, melifluo, solapado: preséntase con toda la fisonomía característica de la hija de M. Tartuffe. «¡Ah, Dios mio! Podreis decir cuanto os acomode. No me opondré sino »á lo que pueda ofender á la religion, al trono y á »las costumbres. ¡Tenemos tanto amor á esa reli»gion y ese trono, á cuyos intereses jamás hemos »faltado! ¡Nuestras costumbres son tan puras! Ha»ced toda la oposicion que os dé la gana... Sois en»teramente libres en materia política: atacad á los »ministros, con su permiso, se entiende. Ya sabemos »que no hay gobierno representativo sin libertad de »imprenta y esa es precisamente la razon por qué he»mos establecido la censura. La censura es la edad de »oro de la imprenta.»

Esas palabras encierran el espíritu de la nueva censura: la cándida inocencia del artículo del *Moniteur* de 26 de junio prueba que aun nos quedamos muy atrás del verdadero colorido.

Desde luego he fijado la atencion en una fecha singular. El manifiesto ministerial ó sea el verdadero considerando de las reales órdenes del 24 de junio de este año hace remontar lo que él llama *licencia de la imprenta* al mes de junio de 1824. Muchas veces vuelve á repetir esa misma fecha, y habla de la *prensa de la oposicion* desde 1824: dice que desde hace *tres años* la prensa ha estado arrojando *nubes fantasmagóricas*, y al concluir vuelve á hacer mencion del mal causado desde *hace tres años* por la *licencia de la imprenta*.

Llamándome la atencion esa exactitud de fechas y esa obstinada insistencia, traté de saber qué es lo que podia haber sucedido de extraordinario en junio de 1824 y causar la evidente preocupacion del intérprete del ministerio. A fuerza de apurar el discurso y no encontrando nada en aquel mes de junio, tuve por último que fijar la mente en un acontecimiento muy comun y muy poco digno de llamar la atencion del público, en mi salida del ministerio.

Si por casualidad la memoria del dia de Pentecostés (6 junio 1824) era la que bullia en el cerebro del escritor semi-oficial, ¿seré yo desde tres años á esta parte causa de la *licencia de la imprenta*?

Concentrando mis ideas me acuerdo que efectivamente al establecer la censura en 1824 se dijo *no poder marchar conmigo ni sin mi*. ¿Qué podremos sacar en consecuencia de esos dichos? ¿Que yo sostenia la paz de la prensa cuando me hallaba cerca del gobierno, y que yo enlazaba con la corona las distintas opiniones por mi carácter religioso y realista por un lado, y por mis tendencias constitucionales por otro?

¿Habré pues arrastrado en pos de mí al retirarme del consejo del rey todas las simpatías que pudiera

(1) En este instante acabo de saber que los SS. Fouquet y de Broe como el señor marques de Herbouville han imitado los nobles ejemplos que he citado. No podia menos de brillar completamente el noble espíritu de los Pares y de la magistratura. Ya no hay pues mas que tres censores y siete miembros del consejo de vigilancia. Confiemos en que el bien se irá propagando y cundirá fácilmente por toda la nacion. El *Precursor*, periódico de Lyon, anuncia que aun no se habian podido encontrar ciudadanos que reunieran las cualidades necesarias para las funciones de Censor En Troyes las reales órdenes del 24 de junio no habian sido puestas aun en ejecucion el 27.

haber á las doctrinas de legitimidad, de religion y de libertad que yo profeso tan invariablemente? ¿Seré yo el que todo lo he trastornado, y desprendido del centro de la autoridad? ¿Seré yo el que he promovido las tempestades, y no pudiendo adherirme las opiniones que he suscitado me veré en el caso de mantenerlas en estado de agitacion?

Si eso fuera cierto, muy mal hubieran hecho en no adoptar ó desechar completamente mi *poder*: enorme falta habrian cometido en arrojarme del ministerio tan groseramente como al último de los hombres. Tales son las consecuencias que mi amor propio podria sacar de las confesiones de mis adversarios; pero gracias á Dios no llega mi fatuidad hasta el punto de engreirme con la suposicion de semejante poder. Si alguna fuerza tengo no es mas que la que me dan la fijeza de mis opiniones y sobre todo las faltas de esos hombres que ponen en continuo compromiso al trono, al altar y á la patria.

Despues de haber establecido la fecha de la titulada *licencia de la imprenta* el *Moniteur* declara que hace ya un mes que los escritores de la oposicion estaban viendo la censura, porque esa palabra, *censura está como escrita en su conciencia*.

Todo el mundo anunciaba en efecto no desde hace *un mes*, sino desde hace *dos años* la pérdida de la mas *vital de nuestras libertades*, porque todo el mundo sabia que el señor presidente del consejo era autor de una obra en favor del antiguo régimen; porque todo el mundo sabia que el ministerio era demasiado débil para marchar con las libertades públicas, y porque multiplicando sus faltas y sus proyectos tenia necesidad de velo y de silencio.

El *Moniteur* nos dice que *durante los cinco años de la libertad de imprenta la autoridad se ha negado constantemente á desesperar del buen sentido nacional.*

Y al último porque el *buen sentido nacional* ha aprovado durante cinco años esa libertad de imprenta, de cuyo *buen sentido desesperaba la autoridad* la han encerrado como un demente en la jaula de la censura! ¿Así es como el *buen sentido* de los ministros, trata al *buen sentido* de la nacion? Eso es el verdadero delirio de la miseria. Bonaparte en todo el apogeo de su poder no se habria atrevido á insultar tan villanamente á la nacion.

Por espacio de cinco años *se han ido consumando laboriosamente varios trabajos al través de las dificultades que la licencia de la prensa acumulaba sin cesar en torno de los mas ilustrados proyectos*. (Moniteur.)

¡*Los mas ilustrados proyectos*! ¿Qué proyectos? Los del papel del 3 por 100, el sindicato, y la cesion de Santo Domingo por real órden y sin garantia de pago, verdaderos abortos de leyes. Mas no son los periódicos los que han desechado ó confeccionado los proyectos de esas leyes, sino las Cámaras que el *Moniteur* cita con elogio *por el admirable órden que reina en las discusiones parlamentarias.*

¿Pretenderán los periódicos el privilegio de ser menos constitucionales ó menos legales que las Cámaras? (Moniteur.)

¿Qué hay de comun por lo tocante á los principios de la materia entre los periódicos y las Cámaras? Nada, no siendo la libertad de la palabra garantizada á todos por la Constitucion. ¿Aplican tambien la censura á la palabra de los oradores? Pues sin embargo me parece que en las Cámaras se ha dicho á los ministros con tanta energia como en la prensa, que perdian á la nacion, y que merecian ser puestos en acusacion. No han manifestado los periódicos mayor desprecio á los agentes del poder que el que se derrama de esta frase de un elocuente diputado: «Consejeros de la »corona, autores de la ley, conocidos ó desconocidos, »séanos lícito preguntaros: ¿Qué habeis hecho hasta »el presente para elevaros sobre vuestros conciudada»nos, ni para creeros en estado de imponerles la ti»ranía?

»Decidnos cual fue el dia que tomásteis posesion »de vuestra gloria, cuales son las batallas que habeis »ganado, ó los inmortales servicios que habeis hecho »al rey ó á la pátria. Tan oscuros y de tan mediana »capacidad como nosotros mismos, parece que solo »nos aventajais en temeridad. La tiranía no puede re»sidir en vuestras débiles manos: vuestra conciencia »os lo dice con mas eficacia que nuestras pala»bras (1).»

En otro párrafo el *Moniteur* da á la administracion el nombre de *poder constitucional*. La idea es graciosa y demuestra cómo entienden los publicistas del ministerio la Constitucion.

Los resultados de la censura tal cual es, parecen tan poco seguros á los amigos de la libertad de imprenta que para ellos el triunfo de esta no debe fecharse sino de este dia...—La censura *no dejará subsistir sino realidades*. (Moniteur.)

De manera que la *censura* es la *libertad de la prensa*. ¡Brabísimo! ¿No es esta la *piadosa estratagema* de Pascal? *La censura no dejará subsistir sino realidades*, añádase *ministeriales*, y el sentido de la frase quedará completo.

El *Moniteur* arroja luego el guante á la oposicion: la llama al palenque, bien entendido que él se presentará armado de punta en blanco por la censura, y la oposicion enteramente desnuda tendrá que verse amenazada de la inexorable tijera de los censores.

Los ministros por medio del conducto de su adalid que se pasea arrogantemente por los desiertos del Moniteur en tanto que llega algun aventurero á tocar el escudo, se extienden sobre las garantías que presenta la composicion del consejo de vigilancia. Respetando el carácter de los hombres y tributando homenaje á sus virtudes privadas, diremos sin embargo, que no son los partidarios del poder absoluto los que pueden inspirar seguridad á los ciudadanos por lo tocante á las libertades públicas.

Si el consejo de vigilancia no se compone enteramente de hechuras ministeriales, está y debe estar compuesto de amigos suyos, porque es natural que la autoridad elija hombres de su opinion.

En último lugar el ministerio es el que dispone á su placer en este asunto, supuesto que puede nombrar y cambiar los miembros de su consejo, cuyas plazas no son inamovibles. ¿No es un ministro, no es el guarda-sellos el que funciona en los casos graves con solo haber tomado el parecer del consejo de vigilancia? Este consejo en el fondo no es mas que un remedo de la comision de la libertad de imprenta establecida por Bonaparte cerca del Senado: producirá los mismos beneficios: se podrá escribir con tanta libertad como en los buenos tiempos de S. Fouché.

El Montesquieu del *Moniteur* termina su apología con esta frase digna del resto: «*Los verdaderos ami»gos de la libertad de imprenta, se creen redimidos »por las reales órdenes de 24 de junio de una inso»portable tiranía que pesaba sobre el pais y no ven »mas que la emancipacion de la libertad en la censu»ra de la licencia.*»

Nada hay tan comun en la historia de la política como los irrisorios consuelos que suelen ofrecerse á las víctimas: al oprimir á los hombres nunca *se tiene presente* mas que su mayor felicidad.

Un diputado ministerial, arguyendo contra una proposicion hecha por un miembro de la oposicion decia, que aquella idea era tomada de otra de Robespierre. Supuesto que nuestros adversarios se toman la libertad de hacer tan odiosas comparaciones, no-

(1) Diario de Mr. Coyer Collárd sobre el proyecto de la ley de imprenta, 14 febrero 1827.

sotros con mas razon podremos decir que el artículo del *Moniteur* se parece á una de aquellas célebres narraciones de cierto retórico, todo sensibilidad, todo dulzura, que solia tomar las desgracias bajo un punto de vista favorable, y á quien sus contemporáneos, acostumbraban, si no me engaño, dar un nombre propio bastante ridículo.

Ha sido preciso contestar al manifiesto del ministerio; pero por lo tocante al artículo del *Moniteur*, no puedo menos de aconsejar á todo el mundo que lo dejen estar en su profundo sueño; solo el citarlo seria darle alguna celebridad. El adalid de la censura daria gracias á quien se dignara romper con él una lanza... No nos incumbe la tarea de poner en relieve las nulidades oficiales.

Por lo demás, al través del lenguaje del almivarado escritor político, no es difícil atinar hácia donde dirige el rumbo.

Mas antes de demostrar cómo la ligera y acomodaticia censura de Tartufe vendria á parar, si no evitamos el primer lazo, en censura abrumadora é intolerante de faccion, conviene detenernos un momento para dar á entender al público lo que puedo prometerse de tan benigna censura. Siento tener que descender á detalles muy poco nobles; ¿mas quién los referirá si yo no los digo? No serán ciertamente los periódicos. Cuando las instituciones de la ley fundamental corren un peligro no debe haber consideracion para cosa alguna: trátase únicamente de la patria, y es importante que nadie ignore lo que viene á ser esa *honrosa* censura, y esa imparcial inquisicion establecida para mayor gloria de la Francia.

Primeramente es cosa ya convenida entre todos los *corchetes de ideas* que en cuanto sea posible se han de evitar los *blancos* ó huecos en los periódicos. Efectivamente, siendo ellos la señal mas evidente de *supresion* ponen al lector en guardia, y producen en su ánimo el mismo efecto que si leyera la palabra *censura* en todas las páginas del periódico. La censura comprende perfectamente todo lo que hay de bochornoso en su denominacion. Esclavos, poco importa que seais mutilados, pero ocultadnos las cicatrices del hierro; sufrid la tortura enhorabuena, pero tened luego cuidado de que no se noten mutilaciones; llevad cadenas, pero muévanse libremente todos vuestros miembros; caminad con desembarazo. En esas maquiábelicas prevenciones se trasluce que la censura tiene por lo menos conciencia de su ignorancia, y esto al fin ya es algo.

Mas ¿cómo se podrá obligar á los periódicos á llenar los *blancos* que dejan los tijeretazos de nuestros patronos? No se les puede obligar á semejante cosa en nombre de la ley.—Ciertamente, no; pero puede hacerse lo siguiente:

Se puede decir á un periódico: «Si dejais *blancos* »os echaremos tales grillos que mañana no podreis »salir al público.»

A la redaccion de otro periódico se le manda á decir: »Si dejais un solo *blanco* concederemos á otro perió»dico permiso para publicar noticias que suprimire»mos en el vuestro.»

Finalmente puede decirse: «Si dejais *blancos* ejer»ceremos sobre vosotros la censura con todo rigor; no »os dejaremos pasar ni una palabra, y os reduciremos »á la nada.»

Los periódicos amenazados cubrirán todas sus páginas. En los *Debates* y en la *Cuotidiana* se habrán suprimido pasajes; pero como los redactores se habrán dado buena prisa á cubrirlos, el público no llegará á comprenderlo. Entre tanto la *Francia cristiana*, *Pandora*, y algunos otros periódicos, amigos de estos, habrán podido salir con su túnica de la inocencia de manos de la censura. (1)

Hoy, supongamos, se ha borrado en el *Diario de los Debates* un artículo de la *Gaceta de Augsburgo* que se ha dejado insertar en el *Constitucional*. Mañana le tocará el turno á este y se le prohibirá lo que el dia antes se habrá permitido á los *Debates*: se entiende, portándose todos con mucha docilidad, siendo buenos... periódicos.

En un artículo del *Diario de los Debates*, en que se proponia á Mr. Dedalot para candidato á los electores de Angulema, la censura borró estas líneas. «Si la »carrera legislativa de Mr. Dedalot fue corta, no nos »hemos olvidado aun de todas las diligencias que tuvo »que hacer para abreviarla. Esperamos únicamente »volver á ver antes de mucho á Mr. Dedalot en la »tribuna consagrando á la defensa del trono y de las »libertades públicas todo cuanto pueden prometerse »de su elocuencia y de su inquebrantable firmeza. Su »nombre es el terror de los ministros enemigos de la »Constitucion y que han renegado de las doctrinas »que les elevaron al poder.»

Tambien ha suprimido la censura la dimision de los señores Caix y Rio. Venganse del valor de estos honrados ciudadanos dejándolos á merced del corruptor hálito ministerial. (2)

Ya sabia yo que no les seria permitido hacer una advertencia al público. De manera que esos recomendables profesores no son dueños de manifestar que no aceptan un destino; un *par de Francia* no puede decir que va á publicar algunos pensamientos SOBRE una cuestion que se relaciona con las leyes políticas y con la existencia misma de la Carta: hé aquí la imparcialidad de la censura!

¿Podrá creerse que los mas legítimos derechos llegan á ser desconocidos bajo un consejo de vigilancia compuesto de pares, diputados y magistrados? El señor vizconde de Bonald á quien yo hace pocos dias llamaba mi ilustre amigo en la tribuna ¿ha podido prestar su distinguido nombre para cubrir tales torpezas, habiendo visto algunas de sus obras proscritas como las mias y habiendo él mismo sufrido como yo los ultrajes de la censura?

Veremos si sucede con mi nuevo folleto lo que sucedió con la *Monarquía con arreglo á la Carta*; si se prohibirá á los periódicos hablar de su contenido; si el correo se negará á admitirlo; si los subalternos que lo leen serán destituidos; si los prefectos lo perseguirán en las provincias, y amenazarán á los libreros que traten de venderlo, y veremos por fin si el señor presidente del consejo que tanto tiene que alabarse de la *Monarquía con arreglo á la Carta*, y que me ha dado por ella las mas afectuosas gracias, obrará hoy como el ministro de quien en aquel tiempo era el mas violento adversario.

Mucho orgullo deberian darme esas precauciones ministeriales. Muy triste debe ser el estado si tiene que temer temores de parte del autor del *Genio del Cristianismo*; muy en peligro debe hallarse la legitimidad si teme al hombre que publicó el folleto de *Bo-*

(1) Despues del drama viene el sainete: en el *Fígaro* han borrado la viñeta que representaba á Fígaro y á Basilio. Cierto periódico habia anunciado el melodrama titulado *Los Natched*, sacado, segun el decia, *de un admirable poema*: han borrado el epíteto admirable y han hecho bien. El censor ha obrado muy bien como crítico, pero muy mal como censor, etc.

(2) A proporcion que voy escribiendo me van llegando avisos de todas partes. El principal redactor del *Diario del Comercio* me da noticias de haber sido suprimidas algunas de sus columnas. Estoy viendo hacer supresiones del modo mas extraño y con absoluta falta de buena fe, pues hasta se han suprimido contestaciones dadas á cosas afirmadas por los periódicos ministeriales: téngase presente que segun el espíritu de la ley se puede obligar á un periódico que ataca á insertar la contestacion del atacado. Semejante caso puede presentarse no pocas veces. ¿Tendrán los censores el derecho de ir contra lo que la ley ordena positivamente?

naparte y los Borbones, que redactó el *Informe presentado al rey en su consejo de Gante* y que dió á luz el pequeño escrito titulado: *El rey ha muerto: ¡viva el rey!*

Mas lo que acabo de decir con relacion á mi nuevo opúsculo no es ya mas que una rigurosa verdad; la tierra se estremece bajo mis pisadas. El permiso que se negó al *Diario de los Debates*, á la *Cuotidiana*, y al *Correo*, se ha concedido al *Constitucional*. En dos líneas de su hoja del 28 se lee: *Anúnciase la aparicion de un nuevo escrito de Mr. de Chateaubriand.*

¿Qué clase de *escrito*? La censura no habrá sin duda dejado añadir: *sobre la censura*. El lector queda en libertad de pensar que se trata de una nueva entrega de mis *Obras completas*. Al dia siguiente se permitió á la *Cuotidiana* y al *Correo* insertar la misma ruindad.

Esperad algunos dias mas, y vereis lo que sucederá. No se domina á las pasiones: en vano los que gozan del poder absoluto se lisonjean de poder servirse de ellas con templanza; el despotismo les arrebata: se irritan con la resistencia, y no tardan en imaginar que es una tontería el tener en su mano la arbitrariedad y no valerse enteramente de ella.

Por otra parte, el partido que domina al ministerio, pretende decir cuanto se le antoja. Si la censura trata de encadenarlo, tomará una actitud hostil: tendrán que obedecerle y la extremada licencia de las hojas periódicas vendrá en pos de la extremada esclavitud.

¿Quereis juzgar hasta qué punto es libre la prensa bajo el dominio de la censura? trate la *Cuotidiana* de recordar la violencia ejercida con Mr. de Hide de Neuville; hable de servicios mal pagados, de la ingratitud de que los realistas han sido víctimas; declare que nunca deberia haber reconocido á una república de negros insurreccionados; pregunte si Boyer pagará lo que debe; invite á los electores á no dar su voto mas que á los realistas opuestos á la voluntad del ministerio, y vereis como la graciosa censura no deja pasar ni dos palabras de todo esto.

Estampen los *Debates*, el *Constitucional*, el *Correo*, la *Francia cristiana* ó el *Diario del Comercio*, cada cual segun los matices de su opinion, artículos como los que escribian hace cuatro ó cinco dias; pasen revista á las faltas del ministerio; indiquen sus errores; recuerden los 3 por 100, el sindicato, el derecho de primogenitura, la ley sobre imprenta, los funerales del duque de Liancourt, y el licenciamiento de la guardia nacional; repitan lo que han dicho mil veces acerca de la incapacidad del ministerio y el mal que causa á la Francia; reclamen nuestras libertades y hablen con calor contra la censura y veremos si la censura les deja mucho tiempo su independencia.

La supuesta templanza de la censura no viene por lo tanto á ser mas que una mera superchería. Ademas, nada tenemos que ver nosotros ni con su templanza, ni con su rigor: la libertad de imprenta es un principio, un principio vital del gobierno representativo. Este gobierno no puede existir con la censura, ni templada, ni violentamente ejercida. La libertad de imprenta no es propiedad de un ministerio, ni puede usar de ella conforme le acomoda. Hoy el ministerio tendrá ideas de templanza que mañana no le acomodarán, ¿tendrá que moverse la libertad de imprenta al son de su capricho? Los ministros se cambian: el que vendrá en pos del actual tendrá acaso el antojo de seguir un sistema enteramente contrario á los intereses preconizados en la actualidad: ¿quién duda que no se descuidará de emplear tambien la censura del modo que mas le convenga? Discurra cada cual con arreglo á sus propias opiniones, y se convencerá de que la censura daña todos los intereses para favorecer á uno solo, variable segun la posicion del poder.

Si la censura facultativa y momentánea es una calamidad tan grande, ¿qué será cuando se cambia en censura perpetua ó secular? En tal caso, desaparecerán todas las consideraciones, y los opresores no tendrán mas que una carcajada de burla para los incautos que se hubiesen dejado remachar los grillos. Protegida de un misterioso silencio, la faccion trabajaria incesante para derrocar del todo la obra de Luis XVIII, anular el pacto entre la antigua y la nueva generacion y romper el tratado reconciliador entre lo pasado y el porvenir.

Aquí es donde conviene poner de manifiesto el plan secreto de los que tan imprudentemente han aconsejado á los ministros restablecer la censura. Mi opinion (¡ojalá me engañe!) es que esta censura provisional podria convertirse en tipo de un proyecto de ley cuya aprobacion esperaban conseguir en la próxima legislatura. Lisonjeábanse que introduciendo nuevos pares en la cámara Hereditaria habrian allanado las dificultades. Si en tal caso se obtenia la victoria, todo habria cambiado de aspecto. El pensamiento hubiera quedado encadenado hasta el dia de las revoluciones. No es el silencio el que salva á los imperios. Bonaparte pereció con la censura en medio de su ejército.

Tengo la conviccion de que nos libraremos de ese mal que nos amenaza, evitando lo que puede perdernos.

Si los periódicos aceptan la libertad irrisoria que se les ofrece, y bajo el látigo de los que mandan, consintieran en hacer una semi-oposicion, es indudable que se expondrian al mayor peligro. Entonces los enemigos de nuestras libertades al inaugurarse la próxima legislatura, vendrian á las Cámaras á entonar himnos de alabanza á una censura destructora de la *licencia* y conservadora de la *libertad*; y para demostrar que decian verdad, presentarian los mismos artículos de los periódicos, y con hueca voz leerian lo que se les hubiese dejado decir en el sentido de sus opiniones diversas. Si desgraciadamente se hubiera en realidad presentado una ley de censura, el argumento sacado de la libertad criticada por los mismos periódicos pareceria irresistible. ¿Seria bastante en tal caso hacer á tan magnánimos ministros eterno sacrificio de la libertad de imprenta en provecho de ellos y de sus sucesores? Manos demasiado obedientes tendrian que sufrir cadenas bien merecidas.

Por mi parte jamás consentiré en usar de la libertad *con licencia de los superiores* (1). No hay condicion que me haga meter espontáneamente los piés en el cepo. Romper lanzas en obsequio de las libertades públicas en presencia de los heraldos de la censura; bailar la danza pírrica delante de una chusma armada que aplaudiera la destreza de los golpes, y el ademan marcial de los actores, seria imitar á los esclavos que esgrimian las armas, y daban saltos peligrosos para divertir á sus dueños. Asi que pasaban una linea del limite prescrito, el látigo les hacia recordar que no eran mas que unos miserables bufones.

Los principios mas útiles pierden su eficacia cuando van marcados con el sello de un *inspector de opiniones*. Nadie cree en lo que dice un periódico censurado: el buen sentido manifiesta que lo que se permite decir al tal periódico, debe ir acompañado de algun secreto interés del ministerio: la verdad se convierte en mentira al pasar por la censura.

Los mismos hombres, á quienes tan rudamente se trataba hace pocos dias, se han convertido en unos santos porque han establecido la censura ¿tendrán una nueva virtud porque han causado un nuevo daño? ¿Se habrán borrado todas sus culpas porque han impuesto silencio á los demás? Si ayer eran la perdicion de la Francia ¿cómo hoy la salvan? Se les hacian graves cargos: ó bien no los merecerian, y en tal no les im-

(1) Un periódico ministerial ha dicho que excepto el *Correo francés* todos los periódicos de la oposicion se han declarado en favor de la censura. El tal periódico miente, pero bien se conoce cual es su intencion.

portaba que se los hicieran, ó bien despreciaban á sus enemigos lo bastante para reirse de aquellas baladronadas con el *visto-bueno* de la policía, ó bien los que tales cargos les hacian eran en secreto sus mejores compadres.

Lo que los ministros quieren sobre todas las cosas, es producir una ilusion de gobierno representativo. Todos vendriamos á ser unos autómatas, que moviéndonos por secretos resortes manejados por la censura, podriamos algunas veces representar farsas de oposicion: el país seria una especie de títere que puesto alguna vez en noble ademan podria hablar de libertad con varonil arrogancia, y luego desapareceria de la vista de las naciones cuando la inmunda mano del agente de policía dejase caer el asqueroso telon.

¿Hemos de abandonar la realidad por ir en pos de un vano fantasma? ¿Seremos á manera de unos decrépitos convertidos en niños capaces de entretenernos con juguetes políticos? ¿Podremos conseguir de la Constitucion todo cuanto deseamos solo por apoyarnos sobre el báculo, y soltar al aire unas cuantas vanas palabras? Un pueblo que renunciando á la única vigilancia digna de él, la vigilancia de las leyes se empeñara en remedar á una nacion libre poniéndose bajo la vigilancia de un gobernante asalariado ¿podria caer en mayor degradacion.

Tengo intencion de trazar la marcha á los amigos de las libertades públicas que con sobrado motivo podrian poner en duda mi autoridad. Pienso que si la oposicion sigue diversos caminos, se mueve unánimemente impelida por el horror á la censura, y que asi como yo, busca con anhelo un medio de romper ese infame yugo. Por lo tanto no hago mas que exponer mis ideas y mis temores: otro tendrá la fortuna de ver con mas claridad que yo; pero eso no impide que dé razon á los hombres de bien de mi modo de pensar en la cuestion actual.

Si el *Conservador* existiese aun; si juntamente con los señores de Villéle, Fremilly, de Bonald, d'Herbouville y otros de mis nobles y queridos amigos dirigiera yo la redaccion de ese periódico, les propondria lo siguiente: Sigamos escribiendo, como si la censura no existiera. ¿Suprimirán nuestros artículos? dejaremos *blancos* en el periódico para protestar contra la violencia.

El periódico sufriria toda clase de vejaciones; no podria salir á luz los dias determinados; seria recogido..... Mucho mejor. Cuanto mas injustas fueran las persecuciones, mas pronto se colmaria la medida de la pública indignacion. Una página en blanco es un artículo que los suscritores comprenden perfectamente, y cuyo sentido queda bien grabado en su mente.

Tal vez se nos formaria causa por el crimen de dejar *blancos*, asi como en otro tiempo se condenaba á los aristócratas por taciturnidad. ¡Tanto mejor! Nosotros tambien les formariamos causa á nuestra vez: citariamos al consejo de vigilancia y á los censores ante los tribunales. Habria que oir nuestras pruebas, y con ellas pondriamos en toda evidencia á los tenebrosos enemigos de nuestras libertades, y no *venderiamos nuestros procesos* á los traficantes de conciencias.

Finalmente, cada ocho dias imprimiriamos aparte en forma de folleto todos los artículos suprimidos por la censura, pues los artículos que esta reprueba (este hecho explica con toda claridad lo que es la censura) son absueltos por los tribunales: de manera que el censor condena lo que la magistratura absolveria.

Finalmente nunca entrariamos en combate con los escritores ministeriales en el terreno de la censura, y cuando no podriamos hablar en plena y absoluta libertad de asuntos políticos hablariamos de literatura (1).

Como par de Francia no puedo abstenerme de hacer una penosa reflexion. Una censura facultativa concedida por necesidades de la corona en circunstancias graves no pareció al legislador mas que una prevision útil. ¿Qué es pues lo que hoy resultará de esa funesta facilidad de entregar al poder nuestras libertades públicas? Nótese en vista de esto, con qué circunspeccion, con qué prudencia será preciso proceder para discutir y aprobar leyes.

No es tiempo ya de disimularlo: la marcha que sigue el ministerio puede conducirnos á una catástrofe. Suspenderse por algun tiempo en el declive de los abismos es una cosa posible; pero al cabo no hay mas remedio que rodar hasta el fondo. Concíbese que la posicion es sumamente difícil para unos hombres que se prefieren á su patria. Fuera del poder ¿qué serian esos hombres? El ministerio, abrumado por el peso de las responsabilidades que grabitan sobre su cabeza, unas veces intentando sobornar los periódicos, otras intentando hacer pasar un abominable proyecto de ley, recurriendo á la censura, amenazando con trastornos financieros á los propietarios, licenciando la guardia nacional de París, y con otros hechos de esa naturaleza, se ha granjeado una inmensa impopularidad. Por do quiera ha ido acumulando enemistades, y ha tratado de sacar algun elemento de fuerza de la policía y de las medianas inteligencias: tanto le hubiera valido pedir vida á la nada.

Los sucesos no se estacionan: los años, los dias y las horas traen nuevas mudanzas: mas cabezas humanas abate la mano del tiempo en un minuto que la hoz del segador corta espigas en el mismo tiempo. Los siete años están próximos á terminar. ¿Qué se hará entonces? ¿Elecciones? ¿Quién será el elegido?

Los realistas dispersos, perseguidos, despreciados, no se hallan ya reunidos como en tiempos del *Conservador*. Los que han sostenido sobre sus hombros el peso de las ruinas de la antigua monarquía se hallan ya al borde de la tumba, y todo cuanto á sus debilitadas fuerzas seria dable hacer consistiria en ir á espirar á los piés de su monarca.

Los partidarios de la usurpacion ó de la república si es que aun existen se gozan de todo lo que ven.

La moderna Francia, la Francia constitucional y monárquica está herida: cree que el ministerio trata de arrebatarle lo que el rey le ha dado, y cuando oye hablar de tantos proyectos funestos se imagina que la censura es el medio que la pandilla se ha reservado para consumar sus planes.

La Francia razonable é ilustrada no puede concebir un gobierno que choca con todos los intereses; que trata á los amigos de la monarquía como á los enemigos de la corona, que en el espacio de tres años, pone, quita y vuelve á poner la censura; que hace y deshace leyes; que se indispone con los tribunales; que no se digna responder cuando le dicen que tendrá que verse en la precision de infringir el principio de la dignidad de par; un gobierno que trata á una capital de setecientos mil habitantes y residencia del monarca como á un pueblo de Auvernia ó de otra provincia cualquiera; un gobierno que descarga brutalmente su extenuado brazo y que con no ser capaz de nada, se hace sospechoso de todo.

En este siglo nadie tiene ya fuerza para luchar ventajosamente con las opiniones: en la actualidad las ideas son intereses, son verdaderos poderes: oponedles los vuestros; pero tened mucho cuidado. Si los periódicos eran los que producian todo el mal, es preciso que todo marche bien bajo la censura; si el mal prosigue existiendo, ¡ay de vosotros!

En vano cada cual se pregunta qué es lo que harán los ministros. ¿Intentarán mudar la ley de elecciones

(1) No merece la literatura mas atenciones que la política. Las dos columnas en blanco con que se ha publicado el *Diario de los Debates*, á riesgo de aumentar la bilis censorial pertenecen á un artículo literario que ha sido enteramente suprimido.

antes de una época fatal? Téngase presente que no existe semejante ley de elecciones, á no ser que se nombren diputados de oficio que proporcionen mayoria á los ministros. El silencio impuesto por la censura irritará la opinion en vez de calmarla.

Si llegan á tomar medidas fuera del limite de la Constitucion, el presupuesto no llegará á cobrarse.

La exageracion de que los parásitas del poder hacen alarde al hablar de la milicia, hace reir á un pueblo militar que vió la guardia imperial al volver de Austerlitz y de Marengo, á un pueblo que vió á los reyes de Europa pagando en la puerta de las Tullerias la falta de hospitalidad en que incurrieron respecto del verdadero dueño de ese palacio. Solo con el esplendor de las artes y con las libertades constitucionales se le pueden hacer olvidar á ese pueblo sus glorias recientes. ¿Qué nos ofrecen los anti-constitucionales por la ley fundamental que pretenden quitarnos?—La censura y el ministerio.—El cambio no merece la pena.

¡Pues qué! ¿Ha de haberse derramado durante treinta años la mas ilustre sangre francesa; ha de haberse derrocado un trono; habremos visto caer nuestros bienes, nuestros amigos, nuestros parientes y hasta las tumbas de nuestras familias en el abismo de la revolucion, y habremos combatido contra toda la Europa coligada, solo para conquistar la censura que teniamos en 1789? Cuando á fuerza de desgracias y de victorias, cuando sobre el polvo de las generaciones inmoladas hemos conseguido reedificar nuestro trono legítimo ¿no habiamos de conseguir mas resultado que el conferir la dictadura de la humana inteligencia á unos seres oscuros, cuya celebridad no pasa de los umbrales de su casa?

¡No!—Hay cosas imposibles. Vosotros segun decis, estableceis la censura en virtud de la ley por *circunstancias graves*. ¿Sabeis quién hará nacer esas circunstancias graves, que darán al traste con todo el poder ministerial (ojalá se contengan en ese limite!) Vosotros mismos.

Reclamo la libertad de imprenta con la firme conciencia de un vasallo leal, con la intima conviccion del que combate por la seguridad del trono. No nos hagamos ilusiones; en la libertad de imprenta está enteramente vinculada toda la ley fundamental. No nos hemos acostumbrado bastante al gobierno representativo; este gobierno no se ha arraigado aun entre nosotros lo suficiente para existir por sí mismo; la libertad de imprenta es lo que le da todo su apoyo. No es la Carta la que nos da la libertad; sino por el contrario la libertad la que nos da la Carta. Solo ella, solo esa libertad, puede ser el contrapeso de una contribucion enorme; de un sistema de quintas de que puede abusarse con facilidad, y de una administracion despótica que el poder imperial nos ha dejado en pos de si: solo esa libertad puede hacernos tolerar con paciencia los abusos del antiguo régimen, reproducidos por los hombres de otros tiempos, y solo ella puede hacernos apartar la vista de las escandalosas fortunas ganadas por la servidumbre, y que exceden mucho á las que los mariscales han encontrado en los campos de batalla.

Esa libertad consuela á los desgraciados y contiene por medio del temor á los opresores: ella es la fiel balanza de nuestras costumbres, y la atenta descubridora de las injusticias. Nada hay perdido en tanto que ella existe: ella es la insobornable depositaria para el porvenir, y ella es por decirlo de una vez el grande, el inapreciable tesoro que hemos adquirido con la restauracion. ¿Qué podrian ofrecernos nuestros reyes antes de volver del destierro? Su derecho, sus tradiciones históricas, la adversidad y la virtud: á todos estos dones añadieron la libertad del pensamiento, y la nacion arrebatada de gozo se postró á sus piés.

La patria invoca hoy la declaracion de Saint-Ouen, la Carta y los juramentos de Reims, Carlos X no ha jurado, en vano sobre el cetro de S. Luis: la libertad será mas hermosa al sernos devuelta por la religion del honor.

POST-SCRIPTUM.

Domingo 1 julio 1827.

Seguiré escribiendo mientras dure la censura y apenas podré indicar todas sus persecuciones. He aqui algunos nuevos hechos que no habia tenido tiempo de referir.

El *Diario de los Debates* traia el 27 de junio un articulo literario, la censura encontró algunas palabras, algunas frases dignas á su modo de ver de reprension borró el articulo entero y dió por aprobado el resto del periódico á las once de la noche.

Al dia siguiente por la mañana enviaron como de costumbre las dobles pruebas exigidas por la censura: el portador de ellas estuvo esperando hasta las diez de la noche, en cuya hora le devolvieron una de las dos pruebas, pero sin el visto-bueno de la censura, diciéndole que los censores se habian ya retirado.

El *Diario de los Debates* conservaba por casualidad el resto de una antigua hoja aprobada, y se sirvió de ella para que sus páginas no estuvieran enteramente en blanco y el periódico salió del modo que la nacion ha podido verlo.

¿No es cosa clara que al adoptar ese sistema de *no-censurado* puede de hecho quedar suprimido un periódico? Si todas las columnas de un periódico están *no-censuradas*, ó bien tendrá que salir enteramente en blanco, en cuyo caso escusa salir á luz, ó bien tendrá que publicarse con articulos *no-censurados* y en virtud de la ley quedará suspendido.

¿Puede darse una mas abominable ni mas odiosa persecucion de la prensa? ¿Hay palabras bastante fuertes, ni expresiones bastante vivas para pintar toda la indignacion que inspira? ¡Cómo! ¡Estableceis una censura, me someto á ella, y aun me negais la aplicacion de vuestra ley opresiva! ¡Ni me haceis justicia, ni me marcais con el sello de la esclavitud! Mi muerte solo os contenta.

¿Quién es el que está al frente de semejante sistema? Si el consejo de vigilancia fuera *realmente* alguna cosa ¿no deberia destituirle al momento? Asi es que ese espiritu de venganza contra los *blancos*, ese furor contra los *blancos* acusadores de las mutilaciones de la censura, es el furor que provoca todas las desvergüenzas del despotismo: no se contentan con herir, es preciso dar muerte para que no queden testigos del atentado; para que el agresor no pueda ser reconocido, ni sentenciado ante el tribunal de la opinion. ¿Y es eso lo que quieren vendernos por libertad? ¿Es eso, lo que llaman censura *contra la licencia*? Las pequeñas tiranias subalternas toman el carácter de la bajeza en que fueron engendradas.

Sin embargo aun queda un recurso contra tal villania: puede publicarse un periódico no censurado despues de haber hecho constar legalmente en cuanto es posible la negativa de la censura. El periódico será suspendido; se formará causa. Veremos si los tribunales condenan un periódico por haber transgredido una ley á la cual se sometió oportunamente, y cuyo triste amparo no pudo conseguir. Pues en último resultado ese periódico se encuentra por aquella negativa en la situacion de tener que publicarse *no-censurado* ó dejar de existir. Segun principios del derecho á nadie puede obligarse á dejar de existir espontaneamente.

Un articulo del *Correo inglés*, periódico ministerial, consagrado á Mr. Canning, acaba de llegar á mis manos, y me apresuro á publicarlo, pues en lo sucesivo la nacion ignorará lo que respecto de ella

piensa la Europa; lo cual será uno de los nuevos beneficios de la censura.

«Los periódicos de París del domingo y del lunes »han llegado ayer por la tarde. El *Moniteur* del 25 »contiene una real órden estableciendo una rígida »censura de la prensa. Este ejercicio de la prerogati»va real nos parece, el resultado de haberse retirado »la ley de imprenta presentada en la última legisla»tura á las Cámaras. El objeto de semejante medida »se reduce á encadenar la opinion pública. El modo »de ejercerlo dependerá de la discrecion é inclinacio»nes de las personas encargadas de llevarlo á cabo. »No nos es posible descubrir motivos mas terminan»tes para dicha real órden en la actualidad. Leemos »atentamente los periódicos de aquella capital y con»fesamos que en ellos no vemos nada de ese lenguaje »sedicioso é incendiario que podria exigir una tan se»vera vigilancia sobre la prensa; por otra parte hay »suficientes pruebas de que los tribunales ordinarios »pueden castigar los excesos que se cometieran. Muy »débil debe ser un gobierno, ó muy inclinado á tur»bulencias el pueblo para que pueda creerse necesario »el establecimiento de la censura. Mas de todos modos »es un error el creer que semejante recurso pueda »ser útil ni en uno, ni en otro caso. Ninguna fuerza »puede adquirir un gobierno dando testimonio de sus »temores, y un pueblo poco afecto no se mejora aña»diéndole el peso de nuevas trabas.»

(*Correo inglés* del 27 de junio de 1827.)

OPINION

SOBRE EL PROYECTO DE LEY RELATIVO Á LA POLICÍA DE LA IMPRENTA (1).

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICION.

París 8 de mayo de 1827.

EL público ha tenido á bien acoger favorablemente el discurso que yo debia pronunciar en la cámara de los Pares acerca de la ley relativa á la policía de la imprenta. Las verdades contenidas en las tres últimas partes de este discurso son tambien aplicables á nuestra situacion política.

Me lisonjeo de que todo hombre de buena fe, despues de haber leido la segunda parte de esta especie de tratado sobre la prensa, no creerá en los crímenes que á esta se le suelen imputar.

Sin embargo nada he dicho respecto de los siglos en que la imprenta no era conocida ni sobre el tiempo que permaneció oprimida.

En los detalles de turbulencias políticas en especial de las del tiempo de Carlos VI, he pasado en silencio muchas atrocidades. No he mencionado las crónicas de Luis XI: he hablado de los crímenes de los católicos en la jornada de Saint-Barthelemy y en la época de la Liga, y hubiera podido contrarestarlos con los crímenes de los protestantes, que en verdad no eran mucho menos bárbaros que sus perseguidores. Cinco años antes de aquella sangrienta jornada los protestantes de Nimes arrojaron ochenta católicos ilustres de la ciudad á un pozo del palacio arzobispal. En 1569 volvieron á renovar las mismas atrocidades.

Quieren decir que el suicidio é infanticidio son mas comunes en nuestros dias que en otros tiempos. Abran el diario de Pedro de L'Estoile y en todas las páginas encontrarán suicidios hasta entre los niños.

Por lo tocante al infanticidio citaremos este pasaje de Guy-Patin: «Los vicarios generales y los peniten»ciarios se han ido á lamentar al señor presidente de »que en el término de un año (1660) se han confesado »seiscientas mujeres por lo menos de haber ahogado »el fruto de sus entrañas.»

Nótese que la ciencia administrativa no era conocida en aquellos siglos bárbaros, supuesto que poquísimas personas sabian leer ni escribir. Tampoco habia periódicos, ni caminos, ni comunicaciones. En la actualidad son conocidos cuantos delitos se cometen en toda la extension del reino, y á pesar de eso en las crónicas y memorias de los tiempos pasados encontramos mayor número de crímenes cometidos anualmente y de un carácter infinitamente mas horrible que los de la actualidad.

Hay un hecho que no me es lícito decir y que era

(1) En la carta que con fecha 3 de enero del presente dirige al señor redactor del *Diario de los Debates* sobre el proyecto de ley relativo á la policía de la imprenta, dije: «Cuando en la cámara de los Pares hablaré de la relacion »moral del proyecto de ley demostraré que en ese proyecto va »oculto un profundo horror á las luces, á la razon y á la li»bertad; que manifiesta una violenta antipatía contra el ór»den de cosas establecido por la carta; probaré que se halla »en oposicion directa con las costumbres, con los progresos »de la civilizacion, con el espíritu del tiempo, y con la fran»queza del carácter nacional; que está respirando odio con»tra la inteligencia humana y que todas sus disposiciones »propenden á considerar el pensamiento como un mal, co»mo una plaga, como una calamidad.»

El rey aumentando su gloria asi como el amor y la veneracion que los pueblos tributan á su augusta persona, acaba de librarnos mediante un esplendido acto de justicia por segunda vez. La saludable medida que atrahe tal cúmulo de bendiciones sobre nuestra monarca ha inutilizado el discurso que yo tenia preparado para cumplir con mi conciencia y con los deberes de par. Sin embargo aun despues de haberse retirado el proyecto de ley habia personas que me instaban á que publicara el discurso, lo cual yo no me habria determinado á hacer sino se hubiera adoptado una proposicion que al parecer es un corolario del antiguo proyecto. Este asunto atrasado en el cual un ministro ha combatido por tres veces en primera fila demuestra que los agentes del poder no han abandonado su doctrina, ni su proyecto, y esta es la razon que me mueve á publicar mi discurso.

No hago mas que repetir un pequeño número de argumentos de que se le han servido. Como yo reservaba las objeciones de detalle para la discusion de los artículos, resulta que mi discurso general al tratar de los principios de la materia, abraza una esfera de ideas independiente de la suerte que le cupo el proyecto de ley. Este discurso no hace mas que tocar ligeramente al *cadáver* del proyecto, pero cae de lleno sobre el espíritu que aun anima á los enemigos de la libertad de la prensa.

Rigurosamente obrando yo habria podido en la actualidad suprimir todo lo que digo de la multitud de leyes, del número de sentencias, y de la cantidad de obras impresas, pero una razon de alto interés me ha hecho conservar todos esos cálculos que por lo menos tendrán el incentivo de la novedad. Ademas, como hay personas tímidas que creen que habiéndose retirado el proyecto de ley no nos quedan ya medios de represion, y otras se figuran que los tribunales no se han valido de esos medios, conviene que lean este discurso para que se tranquilicen. Subsistirán tambien estos cálculos como testimonio de una respetuosa gratitud hácia una magistratura que tan formalmente defiende los derechos del trono y los intereses de los ciudadanos.

En todo lo concerniente á la parte histórica de la prensa y de la libertad de imprenta, en el exámen de las relaciones de esta libertad con el Cristianismo en general y con la Iglesia galicana en particular y en la deduccion de las afinidades de esta misma libertad con el estado social moderno, he tocado asuntos que los debates legislativos están lejos de haber apurado. Me consideraré feliz si al ilustrar algunos puntos oscuros, ó al completar las verdades producidas por una discusion memorable, puedo contribuir á prevenir toda nueva tentativa contra nuestras instituciones políticas. Mas dichoso me consideraré aun si en los hechos que explano abro nuevos caminos de gratitud por la real órden de 17 de abril, nuevas razones de admiracion hácia un monarca que tan perfectamente comprende las necesidades de sus pueblos, y nuevos motivos de amor hácia un príncipe tan completamente digno de la ilustre raza á la que debemos la gloria de la antigua monarquía y la libertad de la nueva.

objeto del dolor y consternacion de todos los párrocos de las aldeas en las regiones de Europa mas ignorantes y salvajes.

Nada he tocado por lo relativo á la tercera y sobre todo á la cuarta parte de mi discurso á pesar de haberse retirado el proyecto de ley: nuestro mal en la actualidad depende de la resistencia que un puñado de hombres oponen á las mudanzas producidas por los siglos. Los cálculos últimamente suministrados por el baron Dupin acaban de confirmar mi proposicion, y con elocuentes documentos justificativos de mi discurso. «Apresurémonos, dice, á indicar los vastos cambios »ocurridos en la poblacion francesa en sus costum»bres, ideas é intereses desde el último periodo del »imperio. Solo en el término de trece años han nacido »doce millones cuatrocientos mil franceses, y nueve »millones siete mil almas han dejado de existir.... Ya »ha desaparecido casi una cuarta parte de la poblacion »que vivia en tiempo del imperio. Las dos terceras »partes de la poblacion actual no habian nacido en 1789 »en la época en que se convocó la Asamblea constitu»yente: los hombres que entonces contaban 20 años »no componen hoy mas que una novena parte de la »poblacion total. Finalmente la totalidad de los que »tenian 20 años al morir Luis XV, no representan la »cuadragésima nona parte de esta poblacion........... »......Mayor revolucion se ha consumado aun sobre el »continente europeo.

»Desde el 1814 se ha aumentado la nueva genera»cion de Europa con ochenta millones y la antigua ha »perdido sesenta millones que han dejado de existir. »De doscientos veinte millones de individuos que com»ponian la antigua generacion, no existen ya mas »que veinte y tres millones, que continuamente están



LA REINA EN EL TEMPLE.

»bajando á la tumba. ¡Qué terrible desaparicion de »pueblos y de reyes!»

Si de ese pequeño número de hombres que han conocido el antiguo régimen se descuentan los que han abrazado el nuevo sistema, ¡qué pocos serán *esos habitantes de otro siglo que con la vista fija en lo pasado y la espalda vuelta al porvenir se empeñan en andar hácia atrás!*

Sin embargo de estos *habitantes de otro siglo* es de quienes se hace caso: las pasiones ministeriales se aprovechan de su razon decrépita, ó mas bien, en tanto que esas pasiones están obrando, la palabrería de una rancia política se empeña en probar que las pasiones hacen muy bien. Cada dia nos da la faccion del tiempo pasado un nuevo tormento y una nueva prueba de los anacronismos en que se precipita. ¿En qué motivo ha fundado la órden de licenciamiento de la guardia nacional? En ciertos gritos fuera de propósito que al parecer se dieron en el campo de Marte.

Acabad de conocer bien á los personajes que estoy detallando. Para ellos nada ha sucedido: la monarquía representativa es la monarquía absoluta: una revolucion que ha dado al traste con el mundo antiguo y ha regenerado el nuevo; treinta años de calamidades no han producido ninguna variacion. La guardia nacional de 1827 sigue siendo la guardia nacional de la primera federacion: el rey sigue estando siempre en presencia del pueblo sin que entre este y la régia autoridad haya dos cámaras legislativas ni una Carta constitucional: *abajo el ministerio* es un grito reprensible en una nacion en que los ministros son responsables, y en que la libertad de escribir y de hablar esta sancionada por la ley.

En Inglaterra no solo se grita *fuera el ministerio*, sino que se rompen los cristales de sus habitaciones, y los ministros los vuelven á mandar componer: el

rey no tiene nada que ver con todo esto asi como tampoco en Francia figura para nada el monarca en las enemistades suscitadas por los depositarios de su poder. Obstínanse en ver sedicion y revolucion en lo que en realidad no es mas que antipatía á los ministros. Estos por su parte infringen el espíritu de la Constitucion permaneciendo en el poder cuando son rechazados por la opinion: de aquí resulta que esta se aprovecha de la ocasion mas favorable y estalla. Efecto natural de una resistencia obstinada, que en nada conmueve absolutamente á la autoridad suprema del monarca.

Otra equivocacion: los partidarios de los ministros les aplauden sobremanera cuando dan un golpe de Estado y no resulta ningun movimiento de reaccion en el pueblo que lo recibe.

«Esto es obrar con firmeza,» suelen exclamar atribuyendo á esta circunstancia la inmovilidad del público. «Con dos ó tres golpes de esa clase todo volverá á quedar en órden.»

¡En órden! ¿Quién ha pensado salir del órden? ¿Creereis que la medida ministerial ha producido terror? Pues no ha hecho mas que excitar la piedad de los indiferentes, alegrar á los enemigos, y afligir profundamente á los apasionados de la corona. Á nadie ha intimidado.

Pues ¿por qué esa indiscreta medida no ha producido ningun movimiento? No la ha producido por una razon muy sencilla que depende de la naturaleza misma de ese gobierno representativo que detestais, aun cuando viene á salvaros de vuestros desaciertos.

El poder de la corona empleado por los ministros no ha salido de su dere ho legítimo al licenciar la guardia nacional. Violento ha sido el golpe, mas no



LOS DOCE APOSTOLES.

puede llamarse inconstitucional: ninguna parte del pacto fundamental ha sido violada, ninguna libertad, ningun interés político, ni siquiera municipal ha sucumbido. Muy poco importa ciertamente para las instituciones tomadas en conjunto el que un ciudadano de Paris se vista de militar ó de paisano; puede una guardia pacífica y leal, que tantos servicios ha hecho á la restauracion entristecerse y sentir la extraña recompensa que ha recibido por parte de los ministros; mas no por eso se moverá ni un solo paso contra su rey.

Cambiad de cuestion: suponed que una medida ministerial infrinje abiertamente un artículo de la Constitucion, ya vereis entonces la impresion que producirá semejante medida.

De manera que esos hombres que tanto se admiran del valor de los ministros, que creen que á su heroismo de bufete es debida la tranquilidad que se goza, no conocen que á nadie deben esa tranquilidad mas que á esas mismas instituciones, cuya forma les irrita; á ese gobierno representativo que á todos inspira juicio y moderacion; á ese espíritu constitucional, que solo al verse atacado en sus principios se resuelve á moverse hácia la sedicion. Mientras que no se atente contra las Cámaras, ó contra las libertades públicas no ocurrirá ningun movimiento peligroso en la nacion. Las libertades públicas tienen, por decirlo así, paciencia: se resignan á esperar para establecerse sólidamente al fin de la generacion que no ha conocido su virtud, y los pueblos que gozan de ellas ninguna otra cosa esencial tienen que pedir.

En los gobiernos absolutos sucede todo lo contrario: el pueblo se agita como las olas del mar al menor viento: el primer ambicioso lo conmueve: algunas monedas lo ponen en efervescencia; una nueva contribucion lo precipita en la senda del crimen; arrójase

pudiendo como autoridad suprema alterar el fallo de estos, no para hacer gracia, como la corona, sino para agrabar el castigo.

Acaso el delito de un librero no habrá parecido á los magistrados digno mas que de una multa de algunos centenares de francos; pero el gobierno aumenta el castigo recogiéndole el título: lo cual trae en pos de sí la ruina de toda una familia. Para acabar de caracterizar esos rigores no diré que han tenido lugar no obstante los derechos de varios tribunales declarando que la ley de 1791 conservaba su fuerza y que la profesion de librero debia ser tan independiente como otra cualquiera.

Los periódicos políticos tienen que presentar una fianza de doscientos mil francos sin perjuicio de la responsabilidad de los propietarios y accionistas.

Un periódico puede ser suspendido por una primera y por una segunda condenacion por *tendencia*, y á la tercera puede ser suprimido.

Las Cámaras, durante las sesiones pueden hacer justicia por sí mismas de delitos de la prensa periódica.

En el intervalo de la legis'atura el ministerio es dueño de establecer la censura.

Finalmente, la libertad de la prensa periódica no existe mas que por privilegio enteramente favorable á los ministros; pues ningun nuevo periódico puede establecerse sin la prévia autorizacion del gobierno.

¿Podremos decir, señores, que nos faltan leyes represivas? Aun he dejado de mencionar entre todas esas penas la que el gefe de la magistratura ha recordado, y es la establecida por el artículo 21 del código penal. Hay en esta cámara varios nobles pares que tienen la desgracia de amar las letras, y la mayor desgracia aun de dar á gozar alguna vez al público el fruto de sus estudios. Si por casualidad llegaran á caer en alguno de esos errores á que nos arrastra la humana flaqueza; si llegara á suceder que su dignidad no les librase de comparecer ante los tribunales ordinarios solicito anticipadamente por ellos y por mí la indulgencia del gobierno. Desearia que mi compañero de cadena estuviera por lo menos libre de enfermedades contagiosas: soy ya demasiado anciano para aprender un oficio.

Aquí se presenta la inprudente acusacion aventurada contra los tribunales, y se descubre la causa de ese espíritu de animosidad que domina en el texto del nuevo proyecto de ley, proyecto que manifiesta deseos de dar á la policía todo lo que pueda quitar á la administracion de justicia.

Cierto es que hay leyes, dicen; pero los tribunales no las ponen en práctica.

Por lo pronto ¿de qué os servirá acumular penas sobre penas? ¿Hay un medio de obligar al magistrado á aplicarlas cuando no le parecerá que el acusado es digno de ellas? ¿De qué servirá la nueva ley?

Aun puede contestarse mas incisiva y terminantemente á la acusacion.

No sin dificultad he podido reunir los cálculos que os voy á presentar. A cualquiera deberian ser accesibles los datos que he tenido que consultar para formarlos; pero desgraciamente no lo están. Las sentencias de los tribunales que deberian ser publicadas á poco de haber sido expedidas, no se estampan en el *Moniteur* sino mucho despues de su fecha. La prensa ha tenido desgracia por lo tocante á este asunto, y no pocas veces sucede que lo que mas interesa es lo que menos se encuentra en ella. Sin embargo creo poder afirmar que si hay algun error en mis cálculos será poco considerable y no alterará el fondo de la verdad.

He concretado mis indagaciones á las sentencias dadas por el tribunal real de París en el espacio de cinco años. Si alguno desea saber las providencias de los juzgados de primera instancia podria dársele un cálculo aproximativo por medio de un documento irrecusable.

El señor guarda-sellos ha publicado el estado general de la justicia criminal por lo tocante al año 1825. En ese documento figuran dos acusaciones por delitos literarios en los departamentos, y 25 de la misma clase ante el tribunal de policía correccional del Sena. Suponiendo un número igual cada año desde el principio del 1822, época del restablecimiento de la libertad de imprenta, esto es, multiplicando 25 por 5, resultaria un número de 135 acciones judiciales. Vais á ver que he encontrado 83 procesos seguidos ante el tribunal real de Paris, los cuales tendrian que añadirse á los 135 sentenciados en los departamentos.

Mas en ese caso mi suposicion será infinitamente lata, pues no admitiria que haya habido una sola apelacion á las juridicciones superiores; lo cual es enteramente opuesto á la verdad; contar á un mismo tiempo las sentencias de los juzgados de primera instancia y las de los tribunales reales es contar casi el doble. Es singular que haya habido tiempo de presentar en 1827 el estado de las sentencias dadas por el tribunal correccional del Sena por lo tocante al 1825 y que no lo haya habido para presentar el de las expedidas por el tribunal real de Paris en la misma fecha.

¿Qué importa? ya nos lo darán cuando sea oportuno, despues de le votacion del proyecto de ley.

Digo, señores; que desde el 27 de abril de 1822 hasta el 8 de marzo de 1827 se han seguido 83 causas por delitos de imprenta ante el tribunal real de París. De esas 83 causas hay 3 que no llegaron á ser sentenciadas, 11 cuyos actores fueron absueltos, y 69 sobre las que recayó sentencia.

¿Puede creerse que habiendo habido en esas 80 causas solo 4 casos de absolucion los tribunales no aplicaron la ley, ó dejaron de usar un saludable rigor?

¿Se me dirá que las penas impuestas fueron demasiado ligeras?

¿Querreis substituir vuestra conciencia á la del juez? ¿Querreis que vea y pese los delitos del mismo modo que vosotros los veis y los pesais, o que no encontrando en los delitos la gravedad que encontrais vosotros no deje por eso de aplicarles castigos, desproporcionados, segun su modo de ver, á la ofensa? ¿Es así como entendeis la justicia? Mas aun así, señores, se cometeria un nuevo error.

En la enumeracion de las penas impuestas por el tribunal real, y no fijándome sino en las sentencias que establecen mas de un mes de prision, encuentro una sentencia de cuarenta dias, once de tres meses, una de cuatro, siete de seis, tres de nueve, dos de trece y una de diez y ocho meses.

Por lo tocante á las multas, no haciendo caso de las de menos de 500 francos he encontrado catorce de 500, siete de 1,000, cinco de 2,000 y dos de 3,000 francos.

Es preciso tener presente que la multa va casi siempre unida á la pena de cárcel, de manera que el castigo viene á ser doblado. No hay pues fundamento para decir que las penas que se han aplicado han sido ligeras, ni que las sentencias no han sido bastante frecuentes. No se vaya á creer que una detencion de tres á diez y ocho meses ó una multa de 500 á 3,000 francos no sean medios de represion muy graves en Francia. En Inglaterra están acostumbrados á largas detenciones por deudas, y las fortunas permiten soportar considerables multas pecuniarias: una multa de 500 francos es mas pesada para ciertas familias francesas que otra de 1,000 libras esterlinas para otras inglesas. La movilidad é independencia del carácter francés unidas al recuerdo de los tiempos revolucionarios hacen odiosa la prision. Los magistrados de esta nacion al fijar el peso de las sentencias han demostrado un profundo conocimiento de las costumbres públicas.

De esta manera, señores, desaparecen ante los cálculos positivos las vagas acusaciones de los enemigos de la prensa. Las penas impuestas por las antiguas leyes son considerables y los magistrados han cumplido con su deber. Mas adelante veremos la naturaleza de los delitos comprendidos en las causas literarias seguidas en el curso de los cinco años por el tribunal real de París y que han dado lugar á las sentencias de que he hecho mencion.

A los que deseen mayor gravedad en las penas les diré que hay un modo fácil de conseguirlo, y es el dejar en holgura á los magistrados restableciendo la libertad absoluta de imprenta. Si un nuevo periódico no necesitara autorizacion para salir á luz; sino tuviera que sobrellevar mas que las condiciones asaz onerosas de su existencia, los jueces podrian manifestar ciertamente mas rigor. Mas cuando estos ven la opinion reducida á no tener mas órgano en la capital que cinco ó seis periódicos independientes, cuya existencia está continuamente amenazada, temen pasar del justo límite: puestos entre la ley civil y la ley política si por una parte su sentencia puede enfrenar un delito particular, por otra parte puede sofocar una libertad pública y entre esos dos extremos su prudencia les aconseja optar por el menor.

Ved pues señores, si os será conveniente agregar á tantas leyes otra ley que consumaria la ruina de la prensa no periódica, una ley cuya secreta tendencia aspira á dejar reducidos por corrupcion ó por terror á los libreros, á los impresores y á los autores á no poder hacer ninguna publicacion.

El objeto principal de la atencion del proyecto de ley es evidentemente la prensa periódica. Es posible que mediante las condiciones impuestas á la propiedad, el poder administrativo llegará poco á poco á apoderarse de los periódicos que aun permanecen libres. Se apoderará de ellos, sea interviniendo como postor en las licitaciones espontáneas ú obligatorias, ó sea produciendo á beneficio de mil embrollos ocultos en el proyecto de ley, la disolucion de las sociedades periodísticas. Y entonces, como no puede establecerse un nuevo periódico sin autorizacion, es indudable que el gobierno conseguirá el completo monopolio de la prensa periódica.

La censura, señores, es infinitamente menos peligrosa que este sistema. La censura es una medida odiosa paro transitoria, una medida que por su mismo nombre anuncia el estado de servidumbre en que ha caido la opinion, asi como el ruido de la cadena anuncia la presencia del esclavo. ¿Mas en dónde se encontrará remedio si el poder llega á ser poseedor perpetuo y legal de los periódicos? ¿Cómo se podrá decir que la prensa es libre, cuando no será mas que vasalla de un ministerio? ¿Puede uno representarse bien en su imaginacion lo que seria la Francia muda, privada de los órganos libres que le quedan, y la policía escribiendo bajo diversos nombres en los *Debates* y la *Cuotidiana*, en el *Constitucional* y en el *Correo*, en el *Diario del Comercio* y en la *Francia cristiana, politica y literaria*?

Piénsenlo con toda seriedad los amigos del actual ministerio. Los ministros no son inamovibles: la cámara debe estar convencida particularmente de esta verdad. Hoy os agradaria que la prensa periódica estuviera en manos de algunos hombres favorables á vuestras opiniones, mañana, al subir tal vez al poder hombres de otros principios, os podrá pesar de haber confiado á la autoridad el monopolio del pensamiento.

Elevemos mas nuestra consideracion: ¿no podria ocurrir que llegaran á sentarse en el ministerio hombres culpables, hombres que conspiraran contra el legítimo soberano? Pues bien, si á tales hombres les habiais entregado anticipadamente todos los periódicos, es indudable que les habriais dado el medio mas eficaz de corromper la opinion, y de crearse en toda la extension del reino cómplices y parciales. Vosotros mismos tendriais que imputaros parte de los crímenes que llegaran á cometerse y de las revoluciones que ocurrieran. En este sentido, señores, la ley que os proponen es una ley verdaderamente suversiva. Tales son sin embargo los escollos en que se precipita quien se deja llevar de las irritaciones del amor propio: difícil es que la equidad y la prudencia se hermanen con la cólera.

Si me replican diciendo que ese proyecto de ley es solo para las actuales circunstancias, y que aunque se adopte por ley, esta podrá ser modificada cuando convenga, contestaré que nada veo en el momento presente que haga necesaria semejante medida; diré tambien que al cabo de trece años de restauracion no es ya tiempo de hacer nada provisionalmente, ni aun una ley. Mas no nos dejemos coger en el lazo de esa palabra provisional: no vayamos á creer cándidamente que los ministros que vendrán en pos de los presentes se cuidarian de librarnos de una ley que les confiriese el supremo dominio sobre la prensa: no creamos que entrara en su cálculo el soltar las trabas á la prensa periódica para procurarse el placer de ver que se les criticaban sus operaciones y tener que oir el áspero acento de la crítica en vez del suave lirismo de sus dependientes. A cuantos cargos se les hicieran podrian responder: «la ley ya estaba sancionada: si es mala no es á nosotros á quienes debe achacarse la infamia de haberla adoptado.» Por afecto á los actuales ministros guardémonos de prostituir la principal de nuestras libertades constitucionales á los futuros encargados del poder. Angeles tendrian que ser los agentes de la autoridad suprema que espontáneamente nos libraran algun dia de las cadenas que con nuestras propias manos nos pusiéramos en la actualidad, y desgraciadamente solo hombres se encuentran en los tiempos presentes. Muy hermoso seria esperar nuestra salvacion de la influencia de la virtud; pero es mucho mas seguro confiarla á la inflexibilidad de la ley. Os hemos indicado el peligro: á la vista teneis el escollo nada hay mas fácil que evitarlo. ¿Nos arrojaremos á un naufragio seguro por solo la esperanza de salvarnos en una tabla?

¿Y en qué época vienen á pedirnos ese sacrificio? ¡Cuando aun no se ha terminado la ley sobre la responsabilidad ministerial! Los ministros se escapan aun de toda responsabilidad: no hay medio de alcanzarlos si se desvian, excepto en los groseros hechos de concusion y traicion; pueden á su placer negar toda especie de datos á los pares y á los diputados; desembarazarse de las enmiendas hechas por las Cámaras inscribiéndolas fuera de los proyectos de ley, pueden falsear nuestras instituciones y sepultar en sus bufetes las peticiones de la nacion. ¿Tendremos que entregarles ademas la libertad de la imprenta, única garantía que nos queda, único suplemento moral á la ley sobre responsabilidad de los ministros?

¿Qué calamidad inaudita, tremenda, imprevista exige que se sacrifique esa única garantía á la seguridad pública? No existe semejante calamidad, señores, la nacion tiene algun padecimiento (1), pero está tranquila y espera con resignacion que su destino se vaya mejorando. Por una contribucion de un millar de millones puntualmente pagada se creia con derecho de proferir alguna queja, que los ministros tenian buen cuidado de no oir, y que ni la misma nacion tenia pretensiones de elevar á sus oidos. ¡Hé aquí que ahora quieren castigarla hasta por esas inútiles palabras!

He aquí que del seno de la paz mas profunda sale una ley de discordia y de destruccion, una ley que se parece á las denominadas de *urgencia* en los tiempos calamitosos, cuando las pasiones tomaban pretexto de los peligros para crear infortunios.

(1) La real orden acaba de curar una de sus principales heridas.

Lo conveniente, nobles pares, seria refundir en una sola ley todas las relativas á la prensa, estableciendo en ella su plena y absoluta libertad con arreglo al espíritu y letra de la Carta; que no volviera á hablarse de título para ejercer la profesion de librero, ni dé autorizacion para establecer un periódico, ni de formacion de causa por *tendencias*, ni de censura facultativa, ni de responsabilidad general del editor, ni de ningun género de trabas para la propiedad literaria. Sentada esta ancha base, levantad el edificio: castigad entonces con la mayor severidad los abusos, los delitos y los crímenes que la prensa podrá cometer. No retrocederé ante ninguna de las condiciones, ni amenazas de semejante ley; me hallo dispuesto á aprobar cuanto sirva de garantía á la legitimidad, á la monarquía, á la religion y á la moral, todo cuanto esté acorde por una parte con la libertad, y por la otra con la justicia.

La *immanis lex*, que pedí con la libertad absoluta de la prensa, vuelvo á pedirla ahora; porque no soy de los que sin aprension abandonarian la sociedad indefensa al desenfreno de las pasiones. Mas si admito una ley enérgica para los delitos y crímenes que por medio de la prensa podrian cometerse, estoy muy lejos de querer una ley inicua, *iniqua lex*, *injusta lex*, no puedo admitir una ley que aparentando caer sobre el violador, no propende mas que á destruir lo que debiera defender, una ley que no busca en el delincuente sino el objeto porque ha delinquido; una ley que no persigue al crímen, sino que dando materia al crímen, viene á perseguir á la misma inocencia, víctima de los atentados que contra ella cometieron.

No insisto, señores, en probaros el hecho demostrado de que tenemos bastantes leyes represivas de los abusos de la libertad de imprenta y que los tribunales las han aplicado severa y equitativamente. Lejos de hallarnos escasos de semejantes leyes, podemos decir que las tenemos sobradas: por ellas es posible que un escritor se arruine y sufra ademas largos años de prision: uniendo la arbitrariedad su tiranía al poder del juez, puede á su placer imponer la censura, negar el permiso para establecer un periódico y recoger el título que suministra medios de existencia al librero. Este es el inventario de las armas de que dispone el gobierno contra la libertad de pensar y de escribir: no se dirá que el arsenal no está provisto.

Paso á la segunda cuestion que me propongo examinar.

Los delitos y crímenes que se imputan al uso de la prensa y á la libertad de la prensa, han sido cometidos efectivamente por ella y bajo el régimen de dicha libertad?

Por todas partes resuenan clamores contra la imprenta: ella es la causa de todos los atentados de la revolucion y de todas las desgracias de la monarquía: la prensa ha gangrenado los ánimos, ha corrompido las costumbres, ha sido la ruina de la religion... Si se la dejase obrar volveria otra vez á sumergirnos en el caos de que acabamos de salir. Antes de la libertad de imprenta todo era dicha y tranquilidad en esta nacion; apenas se oia hablar de un crímen: los altares eran respetados, y las familias presentaban el interesante espectáculo de la fidelidad conyugal: la infancia, protegida por una educacion cristiana conservaba todo su pureza... en fin señores, ¿ quereis conocer de una vez todos los males que nos acosan? leed esas *amonestaciones* precursoras del proyecto de ley sobre que vamos á deliberar; leed esos titulados *crímenes de la prensa* y luego no acertareis á daros bastante prisa á conjurar la calamidad.

Pero esperad: descendamos al terreno histórico y recojamos el guante que la inocente opresion de la prensa arroja á la prensa criminal.

La monarquía francesa, señores, principió como todo el mundo sabe por Clodoveo hácia el año 486 no contando con el reinado de Faramundo, si es que tal Faramundo ha habido, ni con el de sus tres primeros sucesores.

Desde el primer año del reinado de Clodoveo hasta el 1438, época del reinado de Carlos VI, en que se descubrió la imprenta pasaron 952 años.

Desde el 1438 al 1789 en que reinaba Luis XVI, esto es en un espacio de 351 años, la imprenta no dejó de estar subyugada un momento por la terrible ley romana, por los violentos edictos reales, y por la censura.

La primera vez que la imprenta se vió libre en Francia fue en 27 de Agosto de 1789, y no tardó mucho tiempo en perder sino de hecho, por lo menos de derecho su libertad. El 17 de agosto de 1792 trajo el establecimiento de un primer tribunal extra-legal, reemplazado en 1793 por otro revolucionario. En tiempo del Directorio la prensa gozó de libertad durante treinta años, y al cabo de ellos tuvo que sufrir nueva proscripcion, continuando su esclavitud hasta el consulado y el imperio.

Luis XVIII estableció en 1814 el principio de la libertad de imprenta en la Constitucion: varios ministros creyeron deber pedir la censura. Esta fue abolida en 1819, restablecida en 1820, prolongada en 1822 y por último quitada en esta época, aunque todavía conserva en la ley una existencia facultativa.

Por de pronto encontramos en la monarquía 952 años de tiempos bárbaros antes del descubrimiento de la imprenta: 351 años despues de este descubrimiento bajo el sistema de la opresion ó de la censura; tres años de libertad desde 27 de agosto de 1789 hasta el 17 de agosto de 1792; otros tres años tambien de libertad en tiempo del Directorio hasta el 18 *Fructidor* y por último seis años en tiempo de la restauracion. Suma total doce años de libertad de imprenta en una monarquía de cerca de catorce siglos. ¿Nos hemos cansado ya de esta libertad?

En vista de esto, forzoso será convenir en que esa libertad no es culpable de todos los crímenes que se le imputan. Nada es mas contrario á las declamaciones que los números; de esos números resulta que la libertad de imprenta es la excepcion de regla de las leyes francesas. ¡Y qué excepcion! Una excepcion de doce años en unas instituciones que abrazan un período histórico de 1431 años.

Recorramos ahora las épocas. Cuando en 1358 los aldeanos quemaban las habitaciones de los nobles como en 1798; cuando asaban á esos mismos nobles y formando un banquete á lo caribe obligaban á las esposas y á las hijas de aquellos desgraciados á que despues de cubiertas de los mas asquerosos ultrajes tomasen parte en el horrendo festin, ¿era la libertad de imprenta la que tal rabioso furor habia inspirado á aquellos traidores vasallos?

Cuando en 12 de julio de 1418 el pueblo de Paris dió en las cárceles la primera representacion de las jornadas del 2, 4 y 6 de setiembre de 1792; cuando haciendo salir á los presos uno á uno del calabozo los iba degollando conforme iban saliendo; cuando abria el seno de las mujeres y ahorcaba á los grandes señores y á los obispos, la imprenta aun no era conocida, y el espíritu humano estaba aun envuelto en una bienhadada ignorancia.

Recogida al nacer por la Sorbona y luego por Luis XI que probablemente la encerraria en la caja de hierro la imprenta no tenia á fines del siglo XVI ni á principios del entrante fuerzas para que pudieran atribuírsele las calamidades ocurridas en los reinados que precedieron á los de la casa de Valois.

Querian la independencia de la opinion los degolladores de la jornada de Saint-Bartelemy? Aquel llamado Tomas que se jactaba de haber dado muerte en un solo dia á ochenta hugonotes; aquel otro asesino que refiriendo sus atrocidades causó pavor al mismo

Carlos IX; aquel llamado Coconnas que compró treinta hugonotes para tener el sacrílego gusto de quitarles poco á poco la vida, despues de haberles hecho abjurar de su fe prometiéndoles el perdon; aquellos vandidos de 1572 ¿no eran bastante parecidos á los *septembristas* de 1792? Sin embargo no creo que nadie pueda decir que fuesen muy partidarios de la libertad de imprenta.

Jacobo Clemente, Ravaillac y Damiens habian sido regicidas antes de los regicidas de 1793 y el Parlamento de París habia formado causa á Enrique III antes que la Convencion sentenciara á Luis XVI.

Pero los mismos horrores de la revolucion ¿por ventura, señores, han tenido lugar en presencia de la libertad de imprenta? La prensa adquirió libertad en 1789 y la perdió el 17 agosto de 1792 y entonces como ya lo he dicho se estableció un tribunal extralegal. ¿Quienes fueron las primeras víctimas? literatos que defendian al monarca y á la monarquía. M. Durosoy, sentenciado á las cinco de la tarde, y ejecutado á las ocho y media de la noche, entregó al presidente el tribunal un billete con solo estas palabras: *Un realista como yo debia morir el dia de San Luis.* Precedió esa víctima á su rey á quien tantas debian seguir: su cabeza rodó el 25 de agosto de 1792.

Los *escritorzuelos*, los viles *folletinistas* contra quienes tanto se ensaña el actual proyecto de ley no se desalentaron: no se asustaron de tener que revolcarse en una poca sangre derramada de sus venas: todos los realistas cogieron la pluma: los periódicos se convirtieron en un peligroso campo de batalla: la inteligencia humana presentó, permítasenos la expresion, sus granaderos, y sus cuerpos de honor que se disputaban el morir al pié del trono. ¿Qué hacian entonces los panegeristas de la ignorancia? Algunos se ocultaban detras del partíbulo, otros se ocultaban envolviéndose hasta en los mismos crímenes revolucionarios, sin duda para estar mas seguros.

Al sentenciarse la causa de Luis XVI los escritores mezclaron su voz con la de los tres defensores de la gran víctima; pero la faccion regicida sofocó sus acentos. Esa faccion, era la única que tenia absoluta libertad de expresarse: la muerte, sentada en la presidencia de aquel tribunal imponia su silencio á quien se atrevia á defender la inocencia y la virtud; testigo aquel ilustre ciudadano, aquel valiente magistrado, el inmortal Maldsherbes.

Y vos, mi ilustre colega, (1) vos que mereceis el insigne honor de que vuestro nombre figure en el Evangelio de la monarquía, decidnos, ¿no habriais tenido mayores probabilidades de triunfo si hubieseis sido auxiliado por la libertad absoluta de imprenta? ¿Si la Francia hubiera podido hacer resonar claramente el grito de su indignacion, no habriais roto las cadenas del mártir y hoy podriamos felicitaros de vuestra gloria sin derramar lágrimas? Pero vuestra elocuencia no pudo ser mas que un bálsamo aplicado sobre la herida mortal del justo; vuestro augusto soberano pudo muy bien decir de vos lo que Cristo dijo de la mujer caritativa. *Ha derramado esos perfumes sobre mi cuerpo como en presencia de la sepultura:* AD SEPELIENDUM ME FECIT.

En 10 marzo de 1793 se estableció un tribunal criminal extraordinario con jurados que empezaron á funcionar el 27 del mismo mes; el 27 pronunciaron pena de muerte contra todos los que provocasen el restablecimiento de la monarquía, es decir, contra los escritores.

En 17 setiembre del mismo año apareció el decreto contra los sospechosos: la reina pereció el 16 de octubre. El tribunal tomó el famoso dictado de tribunal revolucionario en 28 del mismo mes.

El primer número del Boletin de estas leyes, en que será inscrita la ley actual, si es que llegais á aprobarla, contiene la ley que suprimió los abusos de libertad de imprenta durante el reinado del terror. Dicha ley dice así:

«Artículo 1.º—Habrá un tribunal revolucionario.

»Art. 4.º—Este tribunal revolucionario se ha instituido para castigar á los enemigos del pueblo.

»Art. 5.º—Son enemigos del pueblo (sigue la categoria de los enemigos del pueblo: entre ellos figuran) los que provoquen el restablecimiento de la monarquía,..... los que traten de descaminar la opinion y alterar la energía y pureza de los principios revolucionarios y republicanos, ó de contener el progreso de esa opinion por medio de escritos *contra-revolucionarios insidiosos.*

»Art. 7.º—La pena correspondiente á todos los delitos cuyo conocimiento pertenece á este tribunal es de la *muerte.*

»Art. 9.º—Todo ciudadano tiene derecho de arrestar y conducir ante los magistrados á los *conspiradores, ó contra-revolucionarios.*

El artículo 13 dispensa de la prueba de testigos y el 16 priva de defensor á los *conspiradores.*

He aquí señores, encono contra la libertad de imprenta en grado superlativo. Couthon era inteligente en materia de represiones contra esta libertad. Por lo menos no sometia los escritores á una ley de excepcion: la justicia y la igualdad de aquella época pasaba sobre ellos el rasero de la revolucion: la muerte venia á ser el derecho comun francés. Los escritores y las personas decentes eran amarrados al ir al cadalso no con los presidiarios, sino con los Malesherbes y con madama Isabel. El club de los Jacobinos era el comité de censura; en vez de periódico de la mañana se publicaba la sumario verbal de las ejecuciones del dia antes, y el verdugo venia á ser el único periodista que continuamente estaba en plena posesion de la libertad de la prensa. A los escritores no se les exigia mas depósito que el de sus cabezas: lo cual era muy lógico; pues como los muertos no vuelven, claro está que ellos tampoco habian de volver á escribir: Sin embargo, señores, aun en tiempos del terror no faltaron quejas contra la libertad de imprenta: eran detenidos los periódicos en las oficinas del correo bajo pretesto de que no trasladaban fielmente las sesiones de la Convencion. Thuriot afirmaba que *el espíritu público estaba corrompido por escritos perniciosos, y pedia que se impidiera la circulacion de aquellos periódicos que infestaban diariamente todo el pais con su veneno*, son palabras textuales. Los redactores del *Moniteur* se vieron en el mayor peligro por haber citado un discurso pronunciado en la sociedad de los Jacobinos, é insertado en el diario de ese club. El comité de salud pública enviaba á buscar las pruebas del *Moniteur* y regularmente borraria las calumnias contra los crímenes. Robespierre tambien estaba mal avenido con la *licencia* de los escritos, y decia que era imposible gobernar con la libertad de imprenta; hallaba que acriminar en varios números del *Antiguo franciscano*, periódico de Camilo Desmoulins, y diciendo que era preciso quemarlos, su autor le respondió muy acertadamente que *el quemar no es responder.*

Facilmente juzgareis, señores, del estado de libertad de la prensa cuando el *Antiguo franciscano* pasaba por periódico de la oposicion, esto es por periódico relista. En la espantosa soledad del Temple, cuando el rey huérfano era ya llamado al cielo por su padre no se oia otro ruido que el de la mortífera máquina y los alaridos de las furias revolucionarias. ¿Quién se atrevia entonces á entonar en todo el ámbito de la desolada patria un *Domine, salvum fac regem* por el príncipe abandonado? Algunos escritores ocultos en el fondo de las selvas, en la oscuridad de las cavernas, ó en las ruinas de las tumbas.

(1) M. Desece.

Despues del terror apareció otra vez la libertad de imprenta, causando tal efecto que casi se creyó llegado el momento de ver entrar el monarca proscripto. Necesario le fue á Bonaparte aplicar la mecha á sus cañones para contener el vuelo de la prensa. El que estaba llamado á conseguir mas nobles victorias principió ametrallando á los escritores. Al frente de una de las secciones de Paris se encontró con un hombre de honor y de talento armado por los gefes de aquella antigua monarquía, cuya historia debia escribir, ilustres personajes á quienes se contempla por muy dichoso de haber podido últimamente tributar un nuevo testimonio de su lealtad. (1)

En aquella misma época (1. *vendemiaire* otro hombre fue arrestado en Chartres y conducido á Paris por los gendarmes que tenian órden de llevarlo atado á la cola de sus caballos. El recinto en que la Academia celebra en la actualidad sus sesiones, era una prision en aquella época, y allí encerraron al hombre que habia sido arrestado en Chartres. Durante cinco dias consecutivos fue conducido ante una comision militar por los gendarmes y por último se le leyó la sentencia de ser pasado por las armas. ¿Qué delito era el suyo? Haber usado de la libertad de imprenta en su periódico para defender al rey legítimo. Ese hombre actual miembro de la Academia, acaba de sufrir nueva persecucion justamente con dos amigos suyos, acaba de sufrir persecucion en el mismo sitio que le sirvió de prision en otro tiempo, por haber reclamado por segunda vez esa libertad de imprenta de la que tan buen uso ha salido hacer (2). Convengamos, señores, en que la leccion que de tan raras coincidencias podria sacarse, no careceria de utilidad.

Dispersados momentáneamente por el cañon del 13 de *vendemiaire* los amigos de la libertad de imprenta, asi que dejaron de oir el estampido de aquel terrible *censor*, volvieron á esgrimir sus armas en obsequio de la familia desterrada. El Directorio en vista de esto propuso deportarlos en masa. Todos los que intervenian en la redaccion y publicacion de 54 periódicos fueron proscriptos. En el consejo de los Quinientos hubo algunos oradores que trataron de defenderlos diciendo que se corria peligro de confundir á los inocentes con los criminales: ¡*mejor, mejor*! exclamaron. El representante del pueblo sostuvo: *que los escritores eran unos conspiradores; que su existencia acusaba á la naturaleza y comprometia á la especie humana; que corrompian la moral pública y denigraban las reputaciones mas bien adquiridas*. La asamblea declaró que todos los periodistas eran *unos pícaros*, y gritando *á la votacion, á la votacion*, decretaron el destierro de ochenta ciudadanos por odio de la libertad de imprenta y de la legitimidad.

Entre los proscriptos calificados con el nombre de viles folletinistas figuraban los hombres mas distinguidos por su talento, lo Fontanes, Suard, Bertin, Fieevée, Michaud, Royon, Lacretelle y otros muchos. Aqui, señores, conviene hacer una observacion.

La libertad de imprenta principió en Francia precisamente antes de la revolucion, en 1789. De aquí resultó que los redactores de aquellos primeros periódicos libres, fueron ciudadanos de todas condiciones y estados que se apoderaron de aquella nueva arma para defender, cada cual segun su opinon los intereses del pais. En el momento de suscitarse las mas graves cuestiones, en el momento en que todo el antiguo órden de cosas iba á desaparecer, dejando á un lado la parte teórica de la libertad de imprenta, nadie se ocupó sino de ponerla en práctica, porque nadie pensó emplearla en provecho propio, sino en benéfico de las existencias personales puestas en peligro. Este es el motivo de no haber sido en su origen los periódicos políticos en Francia unos simples narradores de noticias como en otras naciones, y por eso no debe ponerse en olvido su noble origen, ni se les debe insultar con arrogantes palabras. Si les pedis garantias de sus principios, os pondrán á la vista las sentencias que les condenaron á prision, á destierro y á muerte. ¿Les disputareis la validez de esos títulos? ¿No aceptais esas fianzas que son patrimonio suyo y que á nadie han tenido que pedir?

El consulado y la usurpacion imperial no pudieron establecerse por la esclavitud de la prensa; pero por lo menos Napoleon dió la gloria por censor á la libertad: era esclavitud, pero no afrentosa.

Bajo el peso de aquellas brillantes cadenas. Solo los escritores conservaron el recuerdo de los Borbones: todo el mundo andaba distraido y embriagado por el humo de la victoria; solo los escritoree registrando los subterráneos de San Dionisio mantenian vivo el recuerdo de los tiempos antiguos, y sostenian la esperanza. Jamás raza alguna de reyes ha tenido que alabarse tanto de la imprenta como la raza de San Luis. Lo digo sin temor de que nadie me desmienta: á nadie sino á los literatos se debe el regreso de la legitimidad. Su lealtad y su afecto á la desgracia no merecen por cierto el proyecto de ley que les amenaza.

En los 13 años de monarquía constitucional no se cuentan mas que siete de censura y en estos se encuentran comprendidos la vuelta de Bonaporte y cinco ó seis conspiraciones. No hemos gozado de tranquilidad, no ha dejado de haber conspiraciones, señores, sino desde que se ha dado libertad á la prensa. ¡ Singular inadvertencia ! A esa libertad, establecida solo de algunos años á esta parte se le achacan todos los desórdenos, todos los infortunios propios de los tiempos en que la imprenta estaba oprimida por la violencia de los edictos, por el yugo de la censura y por el terror de la revolucion.

Si dejando á un lado los crímenes políticos no se trata de enumerar mas que los del órden moral y civil tampoco se sacaria mejor partido de la historia.

Ahora nos aturden los oidos con la cruel monomanía de una criada y en 1555 vemos á un miserable que pertenecia á una profesion sagrada arrojarse sediento de sangre sobre una niña de seis años y degollarla! A las tentativas de envenenamiento de nuestra época se pueden oponer los de la viuda Merle, en 1782; los de Desrues en 1776; de Brinvilliers, en 1674 y por último, los del perfumista de Catalina de Médicis en 1572; «hombre ducho en toda clase de crueldades y crímenes, segun dice Pedro de l' Estoile, que iba á las »cárceles á dar puñaladas á los hugonotes y no vivia mas que de asesinatos, envenenamientos y latrocinios.»

El crimen de Leger es uno de los mas espantosos de nuestra época y de los que mas lugar han dado á declamaciones contra los efectos *inmorales* de la imprenta, y sin embargo es crímen que se encuentra reproducido muchas veces en la historia de la monarquía absoluta y uno de los ejemplos que pueden citarse es el mariscal de Retz en tiempo de Carlos VII: la disolucion y crueldades de ese hombre son demasiado conocidas. En 1610 fue enrodado y quemado en Paris un criminal por violencias cometidas en sus tres hijas menores de edad: tan horrendos eran los detalles del crimen, que el parlamento dispuso que juntamente con el reo se entregara á las llamas el proceso *para que*, segun dice el historiador, *tan enorme atentado quedase para siempre sepultado en las cenizas del olvido*. Finalmente en 1782 hubo un albañil llamado Blas Terage Seyé, de 22 años de edad que se retiró á una cueva en la cima de las montañas de Aure. Al ponerse el sol salia de su caverna, arrebataba las mujeres, perseguia á escopetazos las que trataban de fu-

(1) M. CH. LACRETELLE.
(2) M. MICHAUD.

garse y ejercia con los victimas moribundas todo los furores de Leger. A todo esto hay que añadir que no se alimentaba sino de carne humana. Finalmente este mónstruo cayó en poder de la justicia y fue descuartizado vivo en 13 diciembre de 1782.

La mayor parte de esos criminales no sabian leer ni escribir.

Pero aun aduciremos un hecho mas terminante. El señor guarda-sellos ha mandado publicar la estadística criminal de Francia relativa al 1825. De ella resulta que todos los tribunales del reino han sentenciado cinco mil seiscientas cincuenta y tres acusaciones.

¡Pues bien! en los mejores tiempos del reinado de Luis XIV en 1665 se presentaron doce mil acusaciones por crimenes de toda especie ante los comisarios reales en lo que se llamaba *los grandes dias de Aubernia*, es decir, que durante aquel año se sentenció en una sola provincia de Francia doble número de crímenes que los que en 1825 han ocurrido en todo el reino. El historiador que refiere ese hecho de las doce mil acusaciones es Flechier, que ciertamente no será sospechoso de filosofía. Refiriendo pormenores de aquellos sucesos dice que alguna vez ocurrió ser el acusador y los testigos mas criminales que el acusado. «Alli habia, dice, un hombre feroz, dueño de un castillo que mantenia en los torreones de Pont-de-Chateau doce malvados entregados á toda clase de crímenes y que él llamaba sus doce apóstoles.» El abate Ducreux, editor de las obras de Flechier con este motivo refiere la ejecucion de un cura condenado por crímenes horrendos, y lamenta el estado á que la ignorancia y corrupcion de costumbres habian reducido en aquella época á la sociedad: en un solo dia hubo mas de treinta ejecuciones en efigie.

En 1669 siempre bajo el reinado de un gran monarca se cortó la cabeza á una mujer llamada Figuet por tentativa de asesinato contra su marido. Luis XIV, solicitado por el mismo marido iba á indultarla cuando el arzobispo de París le hizo presente que los confesores tenian *los oidos llenos* de semejantes proyectos.

Ciertamente no podrá decirse que la religion carecia de fuerza, ni el clero de poder, ni la enseñanza cristiana de vigor en el reinado de Luis XIV, y sin embargo los atentados que acabo de citar ni eran prevenidos por el espíritu de un siglo que se nos cita como modelo, ni eran fomentados por el espíritu de la prensa que en aquella época no existia.

Sensible me ha sido, señores, presentar ese negro inventario de las humanas depravaciones: nunca lo hubiera hecho sino lo considerara preciso para contrarrestar el afan con que los detractores de nuestras instituciones tratan de fascinar al pueblo con sus patrañas, presentándole continuamente á la vista el cuadro de los supuestos crímenes de la imprenta. Preciso era tomar una decision: preciso era remontarnos al orígen del mal y confundir su mala fe, probándoles que los atentados que atribuyen á la libertad de imprenta, para tener un pretexto de destruirla, no nacen de ella, pues se encuentran con mucha mayor abundancia y con caracteres mas atroces en las diversas épocas de la monarquía absoluta. ¡Ignorancia y censura volved á haceros cargo de vuestros crímenes! Segun máxima del derecho, los culpables no pueden ser admitidos ni como testigos, ni como acusadores.

Si me dicen que bajo la libertad de imprenta pueden cometerse atentados, no soy tan insensato que lo ponga en duda. Pero ¿es la cuestion esa? Lo que se trata de saber es si la esclavitud de la imprenta puede remediar ó prevenir esos atentados, y eso es precisamente lo que yo niego. Los ejemplos que he citado me dan derecho de sostener que los crímenes son mas numerosos y mas fáciles de cometer en ausencia de la libertad de imprenta que en presencia de ella.

Examinemos el artículo de costumbres. Mucho lo siento por los partidarios del proyecto de ley, y por los admiradores de los buenos tiempos antiguos; pero no hay remedio, estos abominables dias de libertad de imprenta, estos dias en que tenemos la desgracia de vivir, van tambien á ganar el pleito.

¿A qué época de la monarquía desearán que me refiera? ¿Abriremos las obras de Gregorio de Tours, Fredegario, Eginhardo, los Anales de Fuldes, ó las Crónicas de los Normandos? En cualquiera de ellas encontraremos sobrados datos por lo tocante á las buenas costumbres de aquellos tiempos felices en que el averno no habia vomitado aun la imprenta. ¿Pasaremos de un salto á las Cruzadas? Cierto es que aquellos caballeros eran unos heroes; pero ¿se podrá decir que eran santos? Léanse los sermones de San Bernardo y se verán las acusaciones que hacia á su siglo. Despues del reinado de San Luis la historia no nos ofrece mas que unas Córtes corrompidas, y el carácter atroz de las guerras civiles mezclado con devociones deshonradas por todo género de excesos.

Horrible es decirlo; pero no conviene dejar nada desconocido por lo tocante á los tiempos, cuya ignorancia tienen algunas personas la temeridad de echar de menos: ni la misma religion, señores, podia librarse de los ultrajes que le irrogaba la ignorancia. Con la hostia en los labios, resonando aun el juramento hecho en la sagrada mesa de olvidarse de toda enemistad, habia desalmado que hundia el puñal en el seno del mismo con quien acababa de reconciliarse. La absolucion del sacerdote no servia mas que para consumar el crimen con visos de inocencia. Buscábase la paz del alma en el sacrilegio, y Luis XI espiró sin remordimientos, ya que no pudo librarse del terror.

Isabel de Baviera murió solo tres años antes del descubrimiento de la imprenta, y sin duda la influencia de esta terrible plaga se hizo sentir antes de su aparicion, si hemos de juzgar por la depravacion de costumbres de su reinado.

En la córte de los duques de Borgoña que uno de mis nobles colegas (1) ha pintado con el encanto de las antiguas crónicas y el criterio de la historia moderna, los grandes señores se divertian durante la comida refiriendo cuentos demasiado naturales que se han convertido en las *Cien nuevas novelas*. No se me diga que este olvido de la moral no tenia lugar sino en los círculos de la alta nobleza: pues lo mismo sucedia en todas las demás clases. Las quejas contra la disolucion de los religiosos y los prelados eran generales. El pueblo se dejaba llevar de espantosos desórdenes; ¿quién no tiene noticia de los *Vaudenses* de Arras? Hombres y mujeres se retiraban por la noche á los bosques, y despues de cierta ceremonia supersticiosa se entregaban confusamente á una prostitucion general.

Las leyes trataron de remediar tamaños excesos, y tuvieron que desplegar tal carácter de atrocidad que sin exageracion puede decirse que el desenfreno de barbarie tuvo que oponerse al desenfreno de costumbres.

¿Echaremos de menos épocas en que poblaciones enteras estaban de tal manera embrutecidas? ¿Sirvieron algo para remediar tales horrores la ignorancia de las letras humanas, la enseñanza de la religion, ni el ejercicio del poder absoluto? ¿Es posible que en la actualidad se reprodujeran semejantes escenas? ¿No son los progresos de la civilizacion y las luces, no es el uso que los hombres han hecho de la facultad de pensar y escribir, no es el desarrollo de las libertades públicas las causas que han librado al mundo de esas monstruosas depravaciones?

(1) M. de Barante.

No pienso que el reinado de Francisco I fuese un reinado de virtud por mas que aquel gran rey hubiera tenido por algunos meses el proyecto de mandar hacer pedazos todas las prensas del reino. No carecen por cierto las obras de Rabelais y Brantome de ideas obscenas y hasta de impiedades, y sin embargo en aquel tiempo eran quemados los hereges. Es probable que Carlos IX no hubiera dejado robar la vajilla de plata de su huesped, el señor de Nantouillet, en cuya casa acababa de comer, si la imprenta hubiese tenido algo mas de libertad. No honra mucho á las costumbres de un tiempo en que bajo grave pena se prohibia escribir, el ver á Enrique III vestido de mujer, con un collar de perlas al cuello. Villequier dió muerte á su mujer por no haber querido prostituirse á ese monarca; Cimier mató á su hermano, caballero de Malta, por haber este tenido correspondencia criminal con su cuñada. Vermandet fue decapitado por incesto; Dadon, maestro de escuela, fue quemado por corruptor de la infancia; la duquesa de Guisa se entregó á un fraile para conseguir el asesinato de su marido, y Margarita de Valois fué á ocultar en el castillo de Usson la relajacion de su vida.

No menos alterado estaba el sentimiento religioso que el moral. Sumerjíanse unos llamándose católicos sinceros, en toda clase de vicios con el rosario en la mano; y otros, abandonándose á esos mismos vicios, daban muerte á los reformados sin tener convencimiento de la religion en nombre de la cual provocaban la persecucion. Maugiron y Saint-Megrin murieron blasfemando. No faltaban tampoco ateos. Habia hombres, segun dicen con no poca gracia las Memorias (1) de aquel tiempo, *que no creian en Dios sino a título de inventario.*

¿Al aproximarnos á nuestro siglo, nos darán mejor ejemplo las costumbres de la Fronda? El cardenal de Retz nos las ha dado á conocer demasiado.

El respeto, la admiracion y la gratitud nos mandan echar un velo sobre cierta parte del reinado de Luis el Grande.

Finalmente, bajo la egida de la censura florecieron con toda la inocencia de la edad de oro la regencia y los dias serenos que han venido en pos de ella. Estos tiempos están demasiado inmediatos á los nuestros para que podamos descender á particularidades que se convertirán en sátiras. Bastará por lo tanto indicar algunos hechos generales para que acaben de confirmar la opinion que sostengo.

En esa época, señores, las diversas clases de la sociedad presentaban un mismo aspecto. Las Memorias de Lauzun y de Bezenval no contienen menos torpezas que las de Grimon y los señores d'Epinay, que las Confesiones de Rousseau y las Memorias de los secretarios de Voltaire.

Por un sarcasmo de que la historia presenta no pocos ejemplos; al paso que no se creia en Dios, se fulminaban terribles sentencias contra la impiedad; los hombres menos castos desplegaban el mayor rigor contra las publicaciones obscenas; los Edictos de 1728 y 1757 condenan á destierro, á presidio, á la vergüenza, á la marca, y á la horca á los autores, impresores y vendedores de libros contra el órden religioso moral ó político. El gobierno queria diferenciarse del pueblo sobre que dominaba. Descúbrese entre las leyes y las costumbres de aquellos tiempos aquel género de contradicciones que anuncian un cambio radical en el fondo de las cosas, y un próximo cambio en la sociedad.

Téngase en cuenta que no hago guerra á los tiempos pasados; no trato mas que de librar de la calumnia á los presentes: digo que no puede culparse á la libertad de imprenta por los desórdenes de la actualidad, supuesto que el último siglo pasó con su impiedad y su depravacion bajo el cetro de hierro de la censura, y que del mismo seno de la enseñanza dirigida por el clero, de los mismos colegios dirigidos por profesores eclesiásticos, salieron los que de allí á pocos años arruinaron el trono y el altar, y nos precipitaron en el abismo de la revolucion.

Me dirán que es precisamente el desenfreno de escribir lo que engendró las miserias y calamidades del último siglo? Pues entonces, decidme, ¿de qué os servirán las medidas que ahora proponeis, supuesto que ni la horca, ni la argolla, ni la Bastilla, ni las prisiones de Vincennes, ni la censura, ni el poder absoluto pudieron contener el vuelo del pensamiento? ¿Habeis causado temor á la impiedad condenando á las llamas al caballero de La Barre? Ensayad la libertad de imprenta, cuando no sea mas que como un remedio, supuesto que ya conoceis que la opresion mas rigurosa no alcanza á dominar la independencia del espíritu humano.

Abstengámonos, señores, de denigrar el siglo en que vivimos: nuestros hijos valen mas que nosotros: Cuando oigo decir que la Francia está llena de impiedad y corrupcion, vuelvo la vista en mi derredor y no veo sino familias cuyas costumbres son mas normales que las de ningun otro siglo, y templos llenos de una numerosa multitud que con religioso respeto escucha las instrucciones de su pastor. Veo una juventud llena de talento y de discrecion, grave, demasiado grave acaso, que no hace alarde ni de irreligion, ni de libertinaje. Veo que su inclinacion la arrastra hácia los estudios profundos y á la investigacion de lo positivo. Veo que no se deja seducir de vanas declamaciones, y que solo desea que le hablen de cosas razonables, así como la juventud de otros tiempos no queria que le hablasen sino de placeres. Acusanla injustamente de alimentarse de obras que provocan su desprecio, y que distan tanto de sus ideas que acaso ni las comprende. Pocos hombres habrá de mi edad, que no tengan manchada la memoria con un poema doblemente criminal, y apenas encontrareis diez jóvenes que sepan diez versos de ese poema que en mi tiempo sabiamos de memoria en los colegios.

¿Qué intentais, pues? Vosotros mismos os fraguais quimeras, y luego para combatirlas pensais restablecer la legislacion que precisamente dió orígen á los malos libros de que os lamentais. ¿Quereis estender la impiedad y la hipocresía? desplegad fanatismo é intolerancia. La moral no admite leyes suntuarias: los buenos ejemplos y la caridad son los únicos remedios contra el lujo de los vicios.

Empero, dignaos observar, señores, que esta juventud tan pacífica en la actualidad con la libertad de imprenta, era tumultuosa en tiempos de la censura, y se andaba agitando bajo la cadena con que se pretendia coartar el pensamiento. Cuanto mas la impelian hácia lo arbitrario, mas ardia en su pecho el fuego de la independencia republicana: poco á poco nos iba empujando fuera de la escena á nosotros, generaciones ya gastadas, y en el arrebato de su exasperacion estuvo muy cerca de habernos hecho desaparecer completamente. Viéndose desterrada de la actualidad y sin vínculos con lo pasado, se creyó aquella juventud con derecho de disponer del porvenir: no le dejaban manejar la pluma, manejaba la espada; llevábanla entre gendarmes, y aun asi se sentia dominada de un misterioso instinto, de una voz desconocida, que la convidaba con nueva existencia al través de los peligros y de las bayonetas que la rodeaban. Dócil en la época presente hasta en la exaltacion de su dolor, si presenta alguna resistencia no es sino cuando le impiden cumplir algun piadoso voto, ó cuando desea tener el honor de llevar un fé-

(1) Véase para completar este cuadro el prefacio de la segunda edicion.

retro, y por una mirada, por un mero signo de la autoridad, vuelve á quedarse tranquila. Raro ejemplo de moderacion está dando al verse amenazada de una nueva ley de esclavitud: á la voz de un soberano querido esa juventud reprime los sentimientos que la sencillez de la edad no acierta á desechar ni disimular. Mas de mil discípulos (¡delicadeza puramente francesa!) ocultan en su admiracion su gratitud, y con los aplausos dados á uno de los mas bellos talentos reemplazan los que ardorosamente quisieran tributar á la nobleza de un sacrificio (1).

En estos elogios que no puedo menos de dispensar á la juventud, incluyo tambien, señores, los que se merecen los hijos de famosos guerreros, ilustres sabios, hábiles empleados y eminentes ciudadanos que en esta noble cámara representan las diversas glorias de sus padres. Instruidos en las libertades públicas sin haberlas tenido que comprar á costa de desgracias, de vosotros, nobles pares, aprenderán el difícil arte de estas discusiones en que el conocimiento de la materia se agrega á la claridad de ideas y á la elocuencia del lenguaje de estas discusiones en que sin faltar al decoro se dilucida la verdad al través de las pasiones, y en que la sinceridad habla sin rodeos y la conciencia escucha sin distracciones. Llenos de la mas profunda gratitud hácia la memoria de un monarca magnánimo, nuestros hijos estarán tambien dispuestos á derramar la última gota de sangre por nuestros príncipes legítimos, y si conviene aun harán en obsequio de estos un sacrificio mas penoso, atreviéndose á indicar los errores que pueden tal vez haber cometido los consejeros de la corona, y que podrian haber hecho sufrir menoscabo á la nacion en lo tocante á su reposo, su dignidad y su honor. No perderán de su memoria nuestros hijos estas hermosas palabras de la real órden que hace hereditaria la dignidad de par. «Queriendo dar á nuestros pueblos, »dijo Luis XVIII, un nuevo testimonio de nuestro de»seo de establecer sobre las bases mas sólidas las »instituciones en que reposa el gobierno que les he»mos dado, Y QUE CONSIDERAMOS COMO EL ÚNICO QUE »PUEDE LABRAR SU FELICIDAD.»

Tales son, señores, las generaciones que viven bajo la libertad de imprenta, y tales fueron las que pasaron bajo la esclavitud de esta. Es evidente que donde la prensa ha sido libre, se han dulcificado y acrisolado las costumbres y ha cundido al mismo tiempo la ilustracion. ¿Cuándo se vió libre la Inglaterra de los repetidos asesinatos de reyes y de aquellas atroces guerras civiles que la asolaron? Cuando se estableció la libertad de imprenta. Dos veces en aquel país ha querido la incredulidad levantar la bandera por mano de Toland y por mano de Hume: dos veces ha sido vencida por la libertad de imprenta. Fijad la atencion en el resto de Europa y notareis que la corrupcion de costumbres está en razon directa del mayor número de trabas que los gobiernos han querido imponer al pensamiento. Cierto escritor (2) que consagra su tiempo á trabajos útiles ha demostrado que hasta en los barrios de la capital se nota que donde hay mas instruccion son menos frecuentes los desórdenes. Os han hablado de una multitud de malos libros; pues recordad que uno de vuestros sabios colegas (3) tan digno hombre de Estado, como eminente literato ha hecho ver por medio de datos irrecusables que las obras de religion, de historia y de ciencias, es decir, las obras serias se han aumentado durante los años de la libertad de imprenta en una proporcion que honra al espíritu público.

La verdadera censura, señores, es la que la libertad de imprenta ejerce sobre las costumbres. Hay hechos vergonzosos que nadie se atreveria á consumar temiendo verlos publicados en los periódicos. Con la libertad de la prensa son incompatibles los grandes escándalos, y las enormes atrocidades de que está llena la historia en las mas altas clases de la sociedad. ¿No nos ha de merecer pues ningun aprecio una libertad que puede prevenir los crímenes, y que obliga á los mismos gefes de los Estados á hermanar el decoro con sus demás virtudes?

En vista de los hechos, y pruebas históricas que acabo de presentaros, nadie podrá dejar de conocer cuan agenas de la verdad son todas las acusaciones que contra la libertad de imprenta se pueden hacer: todos debeis haber quedado convencidos que tales acusaciones no se hacen por causa de los intereses generales sino en provecho de mezquinas conveniencias personales. Fácil es en efecto establecer la categoría de los enemigos de la libertad de imprenta, y esa es la observacion con que voy á terminar la segunda parte de mi discurso.

Los enemigos (no digo adversarios) de la libertad de imprenta son desde luego hombres que tienen que ocultar algunos actos de su vida, y en seguida los que desean apartar de la vista del público sus obras y maniobras, esto es, los hipócritas, los funcionarios de escasa capacidad, los malos autores, los hombres de carácter ridículo, los fatuos que dan que reir con sus sandeces, los intrigantes y toda la turba de aduladores.

¡Terrible es por cierto que un fatuo no pueda vivir en paz! Esa Constitucion es una verdadera calamidad. Los tiranuelos que no pueden hacer libremente su santo gusto, los abusos, que alguna vez se encuentran con el paso obstruido, las sociedades secretas, que no pueden hablar tan bajo como quisieran, y la policía que pierde su modo de vivir, gritan desaforadamente contra esa infernal libertad de imprenta. Otro tanto hacen los que tienen esperanza de medrar censurando obras, y aplauden con entusiasmo un proyecto de ley que les promete buena cosecha, así como los empresarios de carros y exequias fúnebres se regocijan en tiempos de grande mortandad.

A todos estos hay que añadir otros hombres verdaderamente honrados que por prevenciones, por teorías ó por recuerdo de algun ultraje no merecido profesan antipatía á la libertad de imprenta. No tardaré en hablar de otros que son enemigos de esta libertad, porque lo son tambien de la monarquía constitucional.

No faltará quien me diga que no podré negar la existencia de libelos biográficos. No la negaré ciertamente, pero demostraré que esa especie de folletos satíricos han existido en todas épocas. Si la monarquía hubiese podido ser derribada con canciones burlescas y con sátiras ya hace tiempo que habria dejado de existir. Gran mezquindad seria tomar por cosa seria un epígrama, ni dar que hacer á los tribunales por un retruécano ó por un logogrifo.

Lo que nuestros padres llamaron *sirventes* eran unas sátiras personales llenas de acrimonía. ¿Quién no tiene noticia de los escritos que se publicaron en tiempo de la Liga? La sátira *Menipea* es la biografía de los diputados de los Estados Generales de 1593. La Fronda tuvo tambien un *Mazarinadas*, y el regente despreció con nobleza las terribles *filípicas*.

Por último, ¿bajo los auspicios de la censura no circularon poco antes de la revolucion aquellos villancicos escandalosos, y aquellas canciones infamatorias, que toda la nacion repetia? ¿No existió un periódico titulado *Gaceta eclesiastica* que burló todas las investigaciones de la policia? ¿No existian aquellas *Memorias secretas de Bachaumont*, «cúmulo de necedades, segun dice La Harpe, recogidas en el cieno de »las calles que con la desvergüenza y grosería propias »de mozos de cuadra infamaban á las personas de mas »reputacion en todos géneros.»

(1) M. VILLEMAIN.
(2) M. DUPIN.
(3) M. DARU.

¿No es verdad, señores, que tales biografías habrian sido olvidadas á las veinte y cuatro horas de su publicacion si los tribunales no les hubieran dado el interés de la persecucion?

Malos son semejantes libelos: merecen ser perseguidos con rigor; mas no hay que confundir el órden político con el órden civil, ni destruir la libertad pública por vengar la afrenta de un particular. Yo podria, señores, depositar en esa mesa cinco ó seis voluminosos tomos escritos contra mí, sin contar otros tantos que podrian formarse de artículos de los periódicos. ¿Os pediré por eso ¡tan ruin como soy! con lágrimas en los ojos que proscribais la principal de nuestras libertades? ¿Habrán dicho que soy tan perverso escritor, como mal ministro? si es cierto ¿qué derecho tengo de quejarme? ¿Está obligado el público á participar de la opinion que tengo yo de mí mismo? Despreciemos todas esas susceptibilidades del amor propio: riámonos de todas esas vanidades, pues de lo contrario todos los figurones de comedia se presentarán á pedir contra la libertad de imprenta.

A vosotros no os incumbe mas, señores, que la alta funcion de ser legisladores, y no os desentendereis de ella ciertamente por escuchar lamentos de algun amor propio resentido, ni por vindicar alguna miserable reputacion ultrajada tal vez por otra no menos miserable biografía; no sacrificareis los derechos de la inteligencia, ni infringireis la Constitucion, ni rompereis el mas poderoso resorte del gobierno representativo.

Nunca se nos presentan leyes en provecho de toda la sociedad sino en beneficio de algunos individuos. Continuamente nos están hablando de los intereses de la religion y del trono, y cuando se examina el fondo de las cosas se ve que lo que menos se trata en ellas es de esos sagrados intereses.

Señores, en tanto que equiparando los años de censura con los años de libertad de imprenta puede el tiempo resolver completamente este problema, juzgo oportuno ensayar si con la libertad de imprenta podrán nuestros hijos evitar los trastornos de las discordias civiles, los asesinatos de los Armañacs y de los Borgoñones, las matanzas de Saint-Barthelemy, los atentados del tiempo de Enrique III, de Enrique IV y de Luis XV, la corrupcion de la regencia y del siglo siguiente, y por último los crímenes revolucionarios, crímenes que habrian podido ser remediados ó prevenidos si los escritores no hubiesen sido conducidos al cadalso, ó deportados á la Guyana.

He entrado en estos detalles, creyendo que podria abreviarlos en razon de su interés histórico. Tiempo es ya de que entremos en el exámen de otras importantes verdades, cuya demostracion he reservado para la tercera parte de este discurso.

Las verdades de que voy principalmente á hablaros son las siguientes:

La religion no se halla interesada en el proyecto de ley, ni puede prometerse de él ningun auxilio. El espíritu del cristianismo, y el carácter de la Iglesia galicana, están en oposicion directa con la ley.

Solo forzado por las circunstancias, acometo el exámen de un asunto religioso. Los hombres del siglo podemos tal vez irrogar algun daño á una causa tan santa, mezclándola en nuestros asuntos y conversaciones. No pocas veces las debilidades de nuestra condicion exponen la fuerza de nuestras doctrinas á la risa.

Pere viéndome á mi pesar puesto otra vez en el campo de batalla, donde en otro tiempo combatí solo y en medio de ruinas, oyendo á los enemigos de la libertad de imprenta proclamar peligros, convertirse en oficiosos defensores de los intereses del altar y solicitar leyes que afirman ser necesarias, no puedo menos de presentar la cuestion del modo que mas convenga, nobles pares, para que podais emitir vuestro fallo.

¿Cuál es la situacion de la religion relativamente al espíritu público y respecto de las leyes existentes? Examinémoslo.

La imprenta ha podido dañar á la religion de dos modos: ó por la impresion de obras nuevas, ó por la reimpresion de las antiguas.

Por lo tocante á obras nuevas, será muy breve mi informacion. Desde el establecimiento de la libertad de imprenta, no se ha publicado un solo libro contra los principios esenciales de la religion. ¿Pudo jamás darse contestacion mas perentoria á unas acusaciones mas aventuradas?

¿Remedia el proyecto de ley las reimpresiones de las obras antiguas? No. ¿Bastaban las leyes existentes para castigar esas reimpresiones? Si.

Sobre este particular se estableció una legislacion muy acertada; pronunciáronse sentencias condenatorías contra la reproduccion de antiguas impiedades como si salieran á luz por primera vez. El proyecto de ley que estamos discutiendo, nada establece de nuevo en lo tocante á este asunto, y por consiguiente no añade cosa alguna á la actual legislacion.

Laméntanse de la reimpresion de malos libros, y no echan de ver, que todos estaban ya escritos durante el régimen de la censura. ¿Y por medio de la censura, mas ó menos disfrazada quieren ahora prevenir los males que la censura no pudo remediar?

¿Qué pueden hacer por otra parte todas las medidas represivas, ni todos los reglamentos de policía para impedir la circulacion de las obras antiguas? Las bibliotecas están atestadas de ellas; los almacenes de los libreros están llenos de obras de Voltaire y Rousseau; la nacion esta provista de ellas para mas de medio siglo, y en defecto de Francia, Bélgica, nos las suministraria con abundancia. El proyecto de ley nada mas hará que aumentar el precio de ese género de libros. Todo está bien calculado; lo que los editores de obras buenas perderán por un lado, lo ganarán por otro los expendedores de libros malos: el espíritu de semejante proyecto es odioso; los resultados serian absurdos.

No cesan de citarnos obras perniciosas impresas por miles de ejemplares y que componen millones de pliegos de impresion. Mas por de pronto ¿se han vendido todas esas obras? La mayor parte de sus editores no han conseguido mas que arruinarse. Si una cólera pueril contra la imprenta no hubiera venido á despertar la codicia de los mercaderes, todo habria permanecido sepultado en el polvo. Recorred las provincias: trabajo os costará encontrar algunos ejemplares de esos escritos de que nos dicen que la nacion está inundada.

Entre esos libros malos ¿no habrá alguno bueno? Si de las mismas obras completas de Voltaire suprimís una docena de tomos, los demás ¿no pueden ser leidos sin peligro por cualquiera?

Finalmente, ¿no tienen esos millares de libros malos el contrapeso de millares de libros buenos? En nuestros dias se han coleccionado é impreso las obras de Bossuet, de Fenelon, de Masillon y Bourdaloue que hasta el presente nunca habian estado completas. Mas sigamos demostrando con números.

En los estados presentados por un noble par, cuya poderosa autoridad he citado ya, vereis que desde 1 de noviembre de 1811 hasta 31 de diciembre de 1825, la libreria francesa ha publicado en textos sagrados, traduciones, comentarios liturgia, libros de oraciones, catecismo mistico ascético etc., 159.586,642 pliegos impresos.

Los números comprendidos en los años de libertad de imprenta, es decir, desde el 1822 hasta el 1825, han ido creciendo constantemente, de manera, que en 1821 se publicaron 7.998,857 pliegos; en 1822, 9.21,852; en 1823, 10.361,297; en 1824, 10.976,119; y en 1825, 13.238,620 pliegos. ¿Puede darse el com-

bre de impío al siglo? ¿Podrá decirse, que la libertad de imprenta detiene el movimiento del espíritu religioso? Pasemos á otros cálculos.

Desde el 27 de abril de 1822 hasta el 6 de marzo de 1827, se han presentado como ya lo hemos dicho, ochenta y tres causas por delitos de imprenta ante el tribunal real de París: de esas causas hay que rebajar trece que merecieron absolucion, y tres que no llegaron á ser sentenciadas: queda pues reducido el número de delitos efectivos á 67. Si se me disputa la exactitud rigurosa de ese número, diré que dos ó tres causas de mas ó de menos, no hacen al caso. Divídanse esos 67 delitos por los 5 años en que tuvieron lugar, esto es, desde abril de 1822 hasta marzo



LA CENSURA.

de 1827, y se verá que escasamente tocan á 14 por año. En vista de esto, no se puede menos de convenir en que los delitos literarios guardan una insignificante proporcion con los demás desórdenes reprimidos por los tribunales.

En la nota estadística criminal del 1825 que hemos ya citado, se ve que los tribunales se ocuparon de 5,653 acusaciones: solo bajo el título de difamacion é injurias aparecen 3,140 acusados mientras que en el mismo plazo no figuran sino 27 delitos de imprenta, á saber: dos en los departamentos, y los restantes en la capital. De manera, que de 3,140 acusados de difamacion é injuria, solo 27 se valieron de la prensa, suponiendo que fuera de ese carácter, el de-

lito que cometieron. Y como en 1825 segun el cálculo del S. Conde Daru, se imprimieron 12.810,483 pliegos de obras y 21.660,600 pliegos de periódicos, resulta, que en tan enorme suma no ocurrieron mas que 27 delitos.

Si ahora se fija la atencion en que durante el año 1825 se expidieron 4,594 sentencias en un país cuya poblacion es de 35.504,000 almas, se echará de ver que hubo un delincuente por cada 6,000 individuos, en tanto que las 27 publicaciones reprensibles entre los 149.670,483 pliegos impresos apenas guardan la proporcion de un escrito condenado entre 500.543,351 pliegos de obras, y de periódicos que se imprimieron.

Si al número de sentenciados por delitos comunes se añade el de los que lo fueron por causas muy leves por los tribunales de policía, y correccionales, mi argumento acabará de robustecerse, pues no por eso se aumentará la lista de los acusados por delitos de imprenta.

En ese reducido número de delitos cometidos por la prensa en general, tratemos de indagar ahora los que hayan sido atentatorios contra la religion. De 69 sentencias contra delitos de prensa dadas en el tribunal real de París durante los 5 últimos años, solo ha habido 13 relativas á ultrajes contra la religion ó sus ministros; siendo digno de notarse, que no ha habido ni un solo caso de reincidencia.

Trece partidos por 5, apenas dan un cuociente de tres sentencias por delitos contra la religion, y sin embargo, ¡á eso llaman un desbordamiento de impiedad!

Los adversarios de la libertad de imprenta, ¿se verán acaso reducidos para justificar su sistema ó desear que se multiplicaran las pruebas judiciales de una supuesta impiedad? ¿Quién será mejor cristiano, el que se alegrará de encontrar tan pocos culpables, ó el que se afligirá de encontrar tantos inocentes? Inexorable es el humano orgullo al llegar á cierto grado de irritacion: si ha fundado la esperanza de su triunfo en la suposicion de la depravacion de costumbres, no retrocede al verse defraudado: alguna vez se ha visto que á falta de verdaderas acciones malas, ha inventado prevaricadores con leyes, dando nombre de crímen á la virtud.

De modo, señores, que desde el establecimiento de la libertad de imprenta, no se ha publicado ni un solo libro nuevo contra los principales fundamentos de nuestra religion, y por el contrario, durante el reinado de esa libertad, las obras piadosas se han multiplicado al infinito. El tribunal real de París, no ha tenido anualmente que sentenciar mas que tres delitos poco graves en materias de religion, y todos han sido tratados con la mayor severidad.

Restablecidos los hechos, reconocida ya la verdadera situacion de la religion, veamos supuesto que en realidad no puede quejarse ni del espíritu público, ni de la debilidad de las antiguas leyes, ni de la justicia de los tribunales; veamos digo, si tiene que prometerse alguna ventaja del nuevo proyecto de ley.

Ante todo, tengo que preguntar si está conforme semejante proyecto con la moral cristiana. ¿No es favorable al fraude? ¿No destruye los compromisos contraidos bajo el imperio de otra ley, bajo la garantía de las autoridades competentes, y bajo la salvaguardia de la buena fe pública? ¿No ataca á la propiedad imponiéndole otras condiciones que las que le fueron prescritas? ¿No es retroactivo el efecto del proyecto? En tal caso, ¿no se infringe abiertamente el principio fundamental de la justicia? De que ese proyecto se aplique si es que al fin ha de convertirse en ley, á la propiedad literaria venidera, no podrá resentirse tanto la probidad natural; pero de que sea ejecutorio para la propiedad literaria existente ya en virtud de otras leyes, no puede menos de resultar la ruina de toda la base del derecho, y una manifiesta violacion del artículo 9 de la ley fundamental que dice: *Toda propiedad es inviolable sin excepcion de ninguna especie.*

Si un hombre se acusara en el tribunal de la penitencia de esa inclinacion al fraude que se echa de ver en los artículos del proyecto, la mano que ata y desata, ¿se levantaria para absolverlo? Creo lo suficiente en las virtudes del clero para imaginar que puedan aprobar en el santuario de las leyes humanas lo que reprobarian en el tribunal de las leyes divinas.

Pero esa ley, en cuyo contexto ni una sola vez se lee la palabra *religion*, será á propósito para defender sus sagrados intereses. ¿Qué previene, que remedia de lo que contra ella pueda hacer la impiedad? Nada. Su objeto no es mas que sacrificar la libertad de imprenta sin meterse en poner trabas á su desenfreno.

¿Desde cuando es enemigo el clero de las libertades públicas? ¿No es en el seno de esas libertades, á las que no pocas veces ha dispensado su proteccion, donde el clero adquirió antiguamente su poder? Si en esta noble cámara se oyese la voz de respetables prelados clamando contra una ley antisocial: ó estos la rechazasen cuando del mismo principio en virtud del cual se determinaron sus antecesores á salvar las letras y las artes del naufragio de la barbarie, nadie puede figurarse á qué grado de influencia y de veneracion llegaria el clero en Francia: todas las calumnias desaparecerian. ¿Qué cosa podria darse mas hermosa que la palabra de Dios reclamando la libertad de la palabra humana?

Existe, señores, un precioso monumento de la sensatez nacional, y consiste en la coleccion de apuntaciones de los diputados de las tres clases sociales en los Estados Generales de 1789. Estas apuntaciones forman una coleccion de 66 tomos en folio, cuya impresion haria mucho honor al país. Allí se encuentran consignadas con profundo conocimiento de las cosas, todas las necesidades del reino, de manera, que si se hubieran seguido exactamente las instrucciones que se dan en aquel documento, habriamos conseguido todo lo que la revolucion ha traido en pos de sí, menos los crímenes.

El clero se distingue principalmente por sus instituciones: las que tienen por objeto la legislacion criminal, civil y administrativa, son obras maestras. Provocan el establecimiento de los estados provinciales: desean la reintegracion de las ciudades y de las municipalidades en lo tocante al derecho de elegir libremente sus funcionarios municipales: solicitan la creacion de jueces de paz, la abolicion de los tribunales de excepcion, y el que se hagan mejoras en el régimen carcelario «para que, segun dicen las citadas instituciones, dejen de ser las cárceles una mansion de horror y de infeccion.»

En lo relativo á la alta política, no demuestra el clero menos elevacion, ni talento; él fue quien instó para la convocacion de los Estados Generales de 1789. El clero de Reims, con su arzobispo al frente, pidió un código nacional que abarcase las leyes fundamentales, la convocacion periódica de los Estados Generales, la libre votacion del presupuesto, la libertad individual, la inviolabilidad de la propiedad, la responsabilidad de los ministros, el libre acceso á todos los puestos públicos para todos los ciudadanos, la redaccion de un nuevo código civil y militar, la uniformidad de los pesos y medidas, y finalmente, una ley contra el tráfico de negros. Los demás cuadernos de apuntaciones del clero, están mas ó menos conformes con estos sentimientos.

En lo concerniente á la libertad de imprenta la nobleza y el tercer estado opinaron uniformemente y ambos la reclamaron con algunas leyes restrictivas. El clero por de pronto manifestó los peligros que de la

excesiva libertad de los escritos se podrian seguir y luego, pasando á la cuestion de hecho, se declararon en favor de ella la mayor parte de los miembros eclesiásticos de la asamblea, otros siguieron manifestando los abusos que podrian cometerse sin indicar medios de represion y solo unos pocos opinaron por la censura. Considero útil reproducir testualmente las propias palabras que el clero dijo en aquella ocasion.

El clero de la Bailía de Williers la Montagne se expresó así: «Autorízese la libertad indefinida de imprenta con la expresa circunstancia de que el impresor »ponga su nombre en todas las obras que imprima.»

El clero de la Bailía principal de Dijon dijo: «Todo »ciudadano tiene derecho de conservar el libre ejer»cicio de su pensamiento; de manera que todo escrito »puede ser publicado libremente por vía de la impren»ta, menos los que propendan á turbar el órden pú»blico en cualquiera de sus relaciones, y cúmplanse »siempre las formalidades que se juzguen necesarias »para asegurar el castigo del delito en semejante caso.

El clero de la provincia de Angumois se expresó de este modo: «No se opone el estado eclesiástico á la li»bertad de imprenta, con tal que los escritos no sean »anónimos, y se prohiba la impresion de libros obce»nos y contrarios al dogma de la fe y á los principios »del gobierno.»

El clero de la Bailía de Autun dijo: «La libertad de »escribir no puede diferenciarse de la de hablar: de»berá pues tener la misma extension y los mismos »límites, debe por lo tanto quedar garantizada, salvo »el caso de atentarse contra la religion, las costum»bres ó los derechos de cualquiera ciudadano. Sobre »todo es indispensable que esta libertad sea absoluta »en la discusion de los asuntos públicos, porque to»dos estamos interesados en ellos.»

El clero de París *intra muros* pidió tambien la libertad de imprenta pero con leyes represivas. La senescalía de Rodez hizo la misma peticion, y el clero de Melun y de Moret pronunció estas memorables palabras: «Siendo la libertad moral y las facultades in»telectuales mucho mas preciosas para el hombre que »las del cuerpo, ó sean facultades físicas debe el hom»bre tener libertad de imprimir y publicar toda obra »sin necesidad de censura preventiva ni de permiso »de ningun género; pero se establecerán al mismo »tiempo penas las mas severas contra los que escriban »atacando á la religion, á las costumbres, á la perso»na del rey, á la tranquilidad pública, ó á la reputa»tacion de cualquiera ciudadano. El nombre del autor »y del editor deberán figurar en la portada del libro.»

Los que se oponen en la actualidad al proyecto del ministerio ¿hablan de la libertad de imprenta con mas energía ni en términos mas explícitos que los del clero en 1789? Sin embargo en aquella época en que el clero manifestaba tanta independencia y tanta generosidad, ¿no habia sido insultado y calumniado durante cincuenta años por los enciclopedistas? ¿No se habia visto ya abrumado por los epígramas de Voltaire, hasta el extremo de no atraverse á parecer religioso por miedo de parecer ridículo? ¿Quién tenia entonces derecho de clamar contra la imprenta, ni de quejarse de la ingratitud de las letras mas que el clero que las habia sostenido y patrocinado? ¿Qué hizo el clero para vengarse de esa ingratitud? Pedir la libertad de imprenta, oponiendo esa misma libertad al desenfreno. No temió por las verdades religiosas, porque estas verdades son imperecederas: no temió tampoco que se trabara una pública lucha entre la religion y la impiedad. Por lo tocante á los miembros del sacerdocio pareció decirles: Escudaos con vuestra propia virtud: las imputaciones de vuestros enemigos se destruirán por sí mismas si son falsas, y si por desgracia fuesen verdaderas no debe todo un pueblo verse privado de la mas preciosa de sus libertades por disimular vuestras faltas y ocultar vuestros errores.

¿Y ahora quieren suponer que el clero pide la destruccion de esa libertad, cuando los escritos de que tanto tuvieron que lamentarse en 1789 han perdido ya el prestigio y poder; cuando la impiedad ya no es de moda; cuando todo el mundo comprende lo necesario que es una religion tan tolerante en su moral, como sublime en sus dogmas; cuando á la inconsecuencia de un siglo frívolo ha sucedido una época apasionada de la formalidad? ¿El clero actual se creería bajo la salvaguardia de las persecuciones que ha sufrido mas vulnerable por los excesos de la libertad de imprenta que en aquel tiempo en que pedia esa libertad, y cuando su próspero estado y sus riquezas le convertian en objeto de la codicia y envidia de sus enemigos? La iglesia rejuvenecida por la adversidad ha recobrado su fuerza al tocar el seno de su madre. Los libros han tenido algun valor cuando se han dirigido contra dignatarios eclesiásticos poseedores de inmensas rentas; pero nada valen, cuando se trata de párrocos que gozan de una miserable dotacion, de unos hombres desnudos, que pueden contestar al insulto enseñando las cicatrices de su martirio.

El Cristianismo, señores, es superior á la calumnia; ni busca las sombras, ni necesita pactar con la ignorancia. Decir que por el Cristianismo se teme la libertad de imprenta, es injuriarle; es no tener una idea exacta de su grandeza; es desconocer su divino poder. El Cristianismo civilizó al mundo y destruyó la esclavitud; no intenta hacer retrogadar la sociedad, porque no es compatible tamaña contradiccion con su divina esencia. Nuestra religion se estableció y fue defendida por el libre ejercicio del pensamiento y de la palababra. Al enviar los apóstoles sus epístolas á los gentiles ¿qué hacian sino usar de la libertad de escribir contra el culto romano y hasta infringir las leyes de aquel pueblo? ¿No tuvo que comparecer Pablo ante el tribunal de Felix y de Festo á dar cuenta de sus palabras? ¿No exclamó Festo: «sois un insensato Pablo; vuestro mucho saber os ha turbado el sentido?»

En los fastos de la sociedad cristiana ese es el primer fallo pronunciado contra la libertad del pensamiento; Pablo era insensato porque anunciaba á los de Atenas el Dios desconocido; porque predicaba contra aquellos hombres, *que reprimen la verdad de Dios con la injusticia.* Las Actas de los Mártires no son mas que una coleccion de causas seguidas por la tierra contra el cielo, el catálogo se sentencias pronunciadas contra la libertad del pensamiento y la conciencia.

Posteriormente el Cristianismo brilló en el seno de las academias de la antigüedad, y con sus obras disipó los sofismas de las escuelas de Alejandría, de Antioquía y de Atenas. La iglesia debió sus victorias tanto á la pluma de sus docteres, como á la palma de sus mártires. La religion obediente al precepto del divino Maestro, *docete omnes gentes*, la religion que ha fundado casi todos los colegios, universidades y bibliotecas de Europa, rechaza naturalmente unas leyes que por último destruirian su obra. Roma cristiana que dió asilo á los sabios fugitivos, que compró á peso de oro los manuscritos de los antiguos, no pide la proscripcion del pensamiento.

El Cristianismo es la razon universal: con las luces se ha ido desarrollando su poder, y siempre proseguirá derramando sobre las generaciones venideras verdades cuyo orígen jamás podrá agotarse. De cuanto ha existido en la antigua sociedad solo el Cristianismo es el que subsiste en pié: ningun interés tiene en volver á reproducir lo que ya no existe: su vida es la esperanza, y sus costumbres no son las de este ni las de aquel siglo, sino las de todos los siglos. Habla todos los idiomas; es sencillo con los pueblos salvajes y sabio é ilustrado con las naciones civilizadas: él hizo brillar la verdad en la inteligencia del rudo pastor escita, y él colocó en las sienes del Taso la corona en el Ca-



pitolio. En su marcha progresiva nos presenta dos libros; en el uno nos da razon de nuestro inmortal orígen, en el otro nos demuestra nuestro inmortal porvenir. Todo lo sabe, todo lo abarca con su espíritu. Sométese á todas las autoridades establecidas, y no sigue con preferencia ni esta ni aquella política, porque su índole se acomoda á todas las sociedades: republicano en América, monárquico en Francia, ¿no le veis cual hoy desciende á reanimar el polvo de Esparta y de Atenas? Ha soplado sobre unos huesos áridos y los ilustres finados han vuelto á la vida. ¿Cómo? ¿Habrá quién intente esclavizar la patria en nombre de la religion, cuando la religion rompe con su cruz las cadenas de la Iglesia de San Pablo, cuando sus manos divinas desentierran de los campos de Maraton la estátua de la libertad para transformar en patrona cristiana la que en algun tiempo fue ídolo de la Grecia?

No me faltará valor para decir al clero, pues habiendo combatido por él tengo derecho de hablarle con sinceridad, que con la Constitucion el clero lo puede todo, pero que sin la Constitucion es nulo su valimiento. Defendiendo las libertades será el clero mas poderoso que todos porque reunirá la duplicada autoridad de la tierra y del cielo; pero siendo enemigo de esas libertades su poder será el mas débil de los poderes, y si fuera posible que los templos llegaran á quedar enteramente cerrados, acaso ya nunca mas volverian á abrirse.

Paso, señores, á la tercera parte de mi discurso.

La cuarta verdad que me propongo probar es que la ley de que nos ocupamos no pertenece á este siglo, ni es explicable al actual estado de la sociedad.

Las sociedades, señores, están sometidas á una marcha gradual: esta verdad puede irritar á ciertas personas; pero no por eso deja de ser menos incontestable.

Los pueblos por los progresos de la civilizacion se han enlazado mutuamente é influyen los unos en los otros.

En las sociedades hay que distinguir dos movimientos, el propio de cada una, y el movimiento general de todas que impulsa tambien á cada una en particular. Así es como en el mundo moral se reproduce una de las leyes del mundo físico: no puede el hombre quejarse de no encontrar algo de su condicion en ese magnífico órden del universo arreglado por la mano de Dios.

Muchos siglos son necesarios para que lleguen á combinarse oportunamente los elementos que producen un cambio esencial en las sociedades. Cuatro ó cinco grandes revoluciones intelectuales componen hasta el presente toda la historia del género humano. Nosotros, señores, estabamos predestinados á ser testigos de una de ellas. En esta Cámara se sientan muchos hombres de mi edad; hombres que hemos nacido precisamente cuando el trabajo lento y gradual de los siglos principió á manifestarse. Los primeros disturbios de América Septentrional estallaron en 1765: hace 62 años. He visto á Washington y á Luis XVIII: la república representantiva fue dada á la América con el nombre de Washington y la monarquía representativa á la Europa continental con el de Luis XVIII. Entre Washington y Luis XVIII se interpusieron Robespierre y Bonaparte, los dos extremos viciosos en la anarquía y en el despotismo de una revolucion cuyo justo término medio debia fijar la sociedad, porque en las naciones toman su orígen las graves discordias de una verdad cualquiera que como verdad subsiste despues que aquellas se han desvanecido. Muchas veces al anunciarse esta verdad á los pueblos viene envuelta en palabras bárbaras, y acompañada de acciones atroces, pero el hecho político y moral que queda de una revolucion es toda la revolucion.

¿Cual es el hecho que ha quedado en ambos mundos de cincuenta años de guerras y discordias civiles? La libertad, republicana para América, monárquica para la Europa continental. Hoy es cosa sabida que la libertad puede existir bajo todas las formas de gobierno. La libertad no viene del pueblo, ni tampoco es el rey quien la otorga: no se deriva del derecho político, no emana sino del derecho natural, mas bien dicho, del derecho divino: se deriva de Dios que concedió al hombre su libre albedrio; de Dios que no puso trabas á la palabra cuando dió la palabra al hombre, y que si bien dejó á las leyes la facultad de reprimirla cuando fuera oportuno, estuvo muy distante de dar á nadie el derecho de sofocarla.

Medio siglo escaso ha bastado para establecer en el nuevo y antiguo mundo ese principio de libertad. Lo pasado ha luchado con lo presente: los diversos intereses chocando entre sí han cubierto el suelo de ruinas: lo pasado ha sucumbido. A nadie le es ya dado levantar lo que yace anonadado en el polvo. Si fuera posible que la libertad hubiera sucumbido en Francia, no hubiera salido ilesa de la anarquía democrática, ni del despotismo militar. Pero el tiempo no se deja amarrar al carro de los triunfadores, ni á los cadalsos de los revolucionarios: así destruye los primeros, como los segundos; ni se sienta á presenciar los espectáculos del crímen, ni se detiene á admirar el fausto de la gloria: sírvese de aquellos y de esta, y marcha adelante.

¿Por qué no se ha constituido la república francesa? Porque faltó al principio de la revolucion general, la libertad. ¿Por qué el imperio no ha podido sostenerse? porque tambien se declaró rebelde á esa libertad. ¿Por qué se ha restablecido la monarquía legítima? Porque entre sus demás títulos ha alegado el derecho de ser heredera de esa libertad.

En las revoluciones, cuyo principio debe subsistir, aparece por lo general un individuo de capacidad y del talento necesario para consumarlas, un personaje que representa las cosas y que viene á ser el ejecutor de los decretos de la Providencia. Preséntase por de pronto invencible como las nuevas ideas que defiende, mas luego cediendo al halago de la victoria se deja vencer de la ambicion. Consigue apoderarse del poder, y luego de repente se llena de asombro al ver que sus fuerzas le han abandonado: él es quien las ha destruido separándose del principio á que debió su valimiento. Aquel gigante que hacia estremecer el mundo, desde el fondo de su palacio sucumbe víctima de pueriles terrores, ó va, cautivo de los que venció en otro tiempo á espirar sobre una roca en el extremo del mundo. Esa es la historia de Cronwell, esa es la historia de Bonaparte, de los dos ilustres renegados del principio de libertad á que debieron sus victorias. Luis XVIII despues de 20 años de destierros, regresó á la morada de sus padres, y lleno de gloria tocó tranquilamente el término de su dilatada carrera, solo por haber dado la mano á esa libertad á la que nada debia; pero que os ha encomendado generosamente como hija adoptiva de su sabiduría, y remediadora de nuestras calamidades.

Habiéndose por último establecido el principio por el que durante sesenta años se han agitado los hombres en ambos mundos, resulta que la sociedad se ha amoldado ya á ese principio que se ha infiltrado, por decirlo así, en todas nuestras instituciones. Las leyes y las costumbres se han ido gradualmente cambiando: y los objetos no se presentan ya del mismo modo que antes, porque el punto de vista ha cambiado tambien completamente. Se han desvanecido preocupaciones y manifestado necesidades de nuevo género, desarrollándose al propio tiempo ideas de distinta especie, y entre los miembros de la familia particular y la familia general se han establecido nuevas relaciones. Los gobernantes y los gobernados han celebrado un nuevo pacto y hasta ha sido preciso inventar una nueva nomenclatura para muchas partes de la economía social.

Nuestros hijos no tienen ya ni las opiniones, ni los gustos, ni las costumbres que hemos tenido: sus pensamientos toman raiz en otras partes.

Sin embargo, señores, las generaciones contemporáneas no mueren exactamente en un mismo dia: en medio de la nueva raza aun hay hombres que gritan que todo se ha perdido, porque la sociedad á que pertenecian se ha desvanecido sin que lo echaran de ver. Asi es que se obstinan en no creer esa desaparicion: y confundiendo siempre lo presente con lo pasado, aplican al momento actual máximas de otros tiempos, sin acabar nunca de convencerse de que es imposible dar nueva vida á lo que no existe.

A estos hombres que sobrenadan por el occéano de los siglos, se unen (con los adversarios de la libertad de imprenta de que ya os he hablado) algunos individuos de diferente especie: ambiciosos que se imaginan descubrir en las instituciones que han caido en desuso, un nuevo poder próximo á desarrollarse; jóvenes sencillos ó llenos de celo que retrogradando creen defender la antigua religion y las venerables tradiciones de sus padres; personas aterrorizadas aun con los recuerdos de la revolucion, y por último, enemigos secretos del poder existente, que habiendo visto con placer las faltas que se han cometido, abundan en el sentido de estas para producir una catástrofe.

Alguna vez se presentan caudillos para dirigir á esos vivientes de otros siglos: hombres de talento que desean distinguirse de la multitud, y predican las glorias de lo pasado á una pequeña turba de supervivientes, entreteniéndose con paradojas. Pero esos distinguidos talentos llegan ya tarde, y despues de pasado el siglo en que habrian debido figurar, no tienen poder para arrastrar en pos de sí las nuevas generaciones; solo de los muertos podrian ser comprendidos, mas por desgracia este es un público silencioso, y en las tumbas no hay aplausos.

Si un gobierno tiene la desgracia de prestar oido á estos solitarios, ó lo quo aun es peor, los considera como mayoría de la nacion, tomando por voz de un público viviente el eco de una sociedad que está espirando, caerá ese gobierno en los mas extraños errores. Esto es puntualmente lo que sucede, señores, por lo relativo al proyecto de ley que estamos examinando. Ese proyecto ha sido dictado por un espíritu que no es el del siglo. Esos hombres de otros tiempos, que con la vista fija en lo pasado, caminan de espaldas, ven todas las cosas bajo una completa ilusion. Oidles hablar de los libros antiguos: creen que su lectura puede aun causar los mismos males que cuarenta años atrás.

Y sin embargo, ¿qué importan los epígramas de Voltaire contra los conventos en un pais en que ya se ha sentado el principio de no admitir comunidades religiosas de hombres? A nadie hará impío semejante lectura, porque el siglo ya no propende á la impiedad. ¿Qué importa la política liberal de Rousseau en una monarquía constitucional? ¿Quereis, señores, acabaros de convencer de la extremada mudanza que ha ocurrido en todas las cosas? Pues bien, notad que estos mismos principios que yo sostengo en esta tribuna hubieran sido blasfemias castigadas, sino justa, legalmente en tiempos de la antigua monarquía, notad que si un autor hubiese tenido la audacia de publicar como un delirio de su cerebro un proyecto de Constitucion semejante á la que disfrutamos, habria sido encarcelado, procesado y sentenciado. Acabemos, pues, de comprender la época en que vivimos: no juzguemos acerca de lo pernicioso de ciertos libros con arreglo á las antiguas ideas é instituciones; no arreglemos la libertad de imprenta valiéndonos de máximas que ya no son aplicables. Si hoy se resucitara por completo el código romano y las leyes feudales, ¿no es evidente que no sabriais qué hacer con las disposiciones relativas á los emperadores ó á los esclavos, ni con otras de tan extraña nomenclatura como de oscura significacion?

Otra de las manías de los que han inspirado el proyecto de ley, es hablar de un golpe de Estado. Para consumarlo, segun ellos dicen, no habria necesidad mas que de montar á caballo, y *encasquetarse el tricornio*: olvídanse de que el golpe de Estado no es propio del órden actual, y que únicamente puede tener cabida en una monarquía absoluta. Desde el reinado de Luis XIV en que la antigua constitucion de la monarquía acabó de perecer, la corona al ejercer su poder dictatorial no hacia, antes del año 1789, mas que usar de la plenitud de su poder. El golpe de Estado no producia revolucion en el Estado, porque en realidad el monarca era gefe del ejército, legislador supremo, juez y ejecutor de sus propios decretos y reunia con los poderes militar y político las atribuciones de la justicia civil y criminal.

Todo pues quedaba tranquilo en el Estado despues del golpe de Estado, porque el monarca al darlo no habia hecho mas que poner en juego su autoridad suprema que era todo; mas en la monarquía constitucional, la libertad de imprenta y la del individuo entran en la composicion de la ley política, que es la que garantiza esas libertades. Los jueces inamovibles no pueden ser destituidos, ni las Cámaras, parte integrante del poder legislativo, tampoco pueden ser abolidas. El golpe de Estado en una monarquía contitucional seria una revolucion; porque despues que habria caido sobre los individuos, los tribunales y las Cámaras, no quedaria nada mas que la corona, y esta no representaria como en tiempo de Luis XIV, todo lo que habia caido.

¿Entenderán por golpe de Estado un movimiento encerrado en los límites constitucionales, por ejemplo la disolucion de la cámara de los Diputados, ó el aumento de la de los pares? Eso no seria golpe de Estado; nada mas sería que una medida ineficaz en el sentido del poder absoluto.

Y sin embargo, señores, es cierto que la tiranía tiene un medio para intervenir en la monarquía representativa; hé aquí cómo podrian ponerse de acuerdo los tres poderes para destruir todas las libertades: un ministerio que conspira contra estas, y dos cámaras venales y corrompidas, que aprobaran todos los proyectos del ministerio, sumergirian indudablemente la nacion en la esclavitud. Sucumbia la sociedad bajo el triple yugo del despotismo monárquico, aristocrático y democrático. En tal caso el gobierno representativo vendria á ser la mas formidable máquina de opresion que los hombres habrian ideado. Afortunadamente la naturaleza misma de la cualicion de los tres poderes, haria que durase poco tiempo tan infausta coalicion. ¡Que explosion exterior, que reaccion habria en las mismas Cámaras en el momento de dispertar!

Sin embargo, señores, tal es el error en que caen los autores del proyecto de ley: sueñan en la monarquia absoluta sin sus ilusiones; en el despotismo militar sin su gloria y en la monarquía representativa sin sus libertades. Confiemos en que jamás llegarán las riendas del Estado á ser confiadas á manos de hombres tan insensatos.

En vano se irritan contra el progreso de la inteligencia humana. Las ideas que en otro tiempo estaban fuera de la órbita de la capacidad del pueblo, se han convertido ya en intereses sociales y se aplican á la economía entera de los gobiernos. Ese es el motivo de resistencia con que hoy tropiezan cuando tratan de rechazar las ideas. Hemos llegado ya, señores, á la edad de la *razon política*, y esta razon sufre el combate que sufrió la *razon moral*, cuando Jesucristo la hizo aparecer sobre la tierra con la ley divina. Todos los restos de la antigua sociedad política están en lucha con la razon política, como trató de oponerse á la

razon moral del Evangelio todo lo que quedaba de la antigua sociedad moral al aparecer el Salvador del mundo. ¡Vanos esfuerzos! Las monarquías no pueden ser ya despotismo; los pueblos han salido del estado de ignorancia necesario para tolerarlo. Si las monarquías modernas no quieren contenerse en los límites de monarquías representativas, despues de vanas luchas y vanos esfuerzos vendrán á parar en repúblicas representativas. Luego el presentarnos una ley que al destruir la libertad de imprenta, rompe el poderoso resorte de la monarquía representativa, viene á ser lo mismo que irnos empujando poco á poco hácia el abismo. Téngase entendido que esto no son teorías, son hechos que no por su elevada condicion dejan de serlo, y de estender sobre todas las cosas su irresistible influencia. Asi lo echareis de ver, señores, cuando discutireis los artículos del proyecto de ley.

Ese proyecto de ley sobre el que vais á decidir no es, pues, en mi concepto mas que obra de esos que pueden llamarse extranjeros de nuestro siglo, de esos viajeros que nada han observado, de esos que quieren amoldar el mundo á sus costumbres y no á los consejos de la verdad. Aborrecen á los hombres á las letras ¿temerán acaso ser denunciados por ellas á la posteridad? Es un verdadero terror pánico el suyo ¿por qué han de temer un tribunal en el que no les será dado comparecer?

¿Son tambien los ministros hombres de otros tiempos? ¿Es obra el proyecto de ley de sus preocupaciones, de sus intereses, de sus recuerdos ó de sus costumbres? ¿Habrán tal vez cedido á influencias extranjeras? ¿Les habrá alucinado el rumor que oyen á su alrededor, creyendo que es el eco general de la nacion? ¿Se habrán limitado á proponer un medio de asegurarse en sus poltronas? Lo único que acerca de todo eso sabemos de positivo, es que el proyecto de ley está á nuestra vista. Difícil era que las presentes generaciones pudieran palpar, digámoslo asi, ese sueño de los tiempos pasados. Al evocar una idea muerta, era preciso envolverla con algo material para que pudiera afectar evidentemente nuestros sentidos, para eso la han cubierto con una ley, esto es, le han dado órganos para ejecutar el mal que la imaginacion le proponia hacer. De semejante creacion, resulta no se que vago fantasma: la ignorancia personificada en toda su fealdad, volviendo á presentarse en lucha contra las luces, para hacer retrogradar las sociedades y sumergirlas en la noche de los tiempos y en el imperio del oscurantismo.

Pero tarde se presenta ya en el palenque esa ignorancia, que tal vez confió demasiado en sus propias fuerzas. Vosotros os opondreis á su paso y con vuestra ilustracion le dareis á entender que ya no es fácil que nos imponga su yugo.

Tal vez, señores, será este mi último combate en favor de unas libertades que he proclamado asi en mi juventud, como en los dias postreros de mi vida. En esta misma tribuna he sostenido mas de veinte veces estas mismas doctrinas. El poco tiempo que he pasado en el poder no ha debilitado mi creencia: notad que para favorecer el buen resultado de la expedicion del Delfin á España, no os pidieron el sacrificio que ahora os piden para favorecer el resultado de planes que me son desconocidos. Antes del ministerio, durante el ministerio y despues del ministerio, siempre he permanecido constante en mis doctrinas: mi opinion debe haber adquirido ya algun peso por su constancia.

Si alguna vez me hubiese faltado independencia para decir lo que creia conveniente, mi edad me la daria ahora para no callarlo: he llegado ya á la época de la vida en que no le falta esperanza al hombre, sino tiempo en que colocarla. Ni hablo, ni obro por ningun interés particular. ¿Qué me importan á mí todos los ministros presentes, ni futuros? Los hombres nada influyen en mí, porque de nadie necesito. Esto supuesto concluiré sentando algunas verdades que otros temerian decir, pero que yo pronunciaré en alta voz cumpliendo con mi deber de ciudadano, con mi carácter de par de Francia, y con mi lealtad de buen vasallo.

Señores, no nos hagamos ilusiones, el gobierno representativo se halla atacado en su base: trátase de quitar la publicidad á estos debates: las confesiones que se han hecho y el odio que cierto partido ha manifestado contra la Carta, todo anuncia que una vez envueltos en el silencio tratarian de destruir lo que ya han confesado no amar. Bien sé que no lo conseguirian; pero tambien es cierto que causarian amargos dolores á la nacion.

Cualquiera que sea la suerte que tenga este proyecto de ley, solo con presentarse ha causado un mal que no puede remediarse sino al cabo de largo tiempo de gobierno constitucional. Ha demostrado hasta la evidencia que hay hombres decididamente enemigos de nuestras instituciones y determinados á destruirlas asi que se les ofrezca ocasion de hacerlo. Hasta el presente este hecho no pasaba de ser una sospecha; pero ya es una realidad.

No, no quieren la Constitucion, señores, supuesto que se atreven á infringir el principio elemental del gobierno representativo. Arrancándose la máscara, rasgando todos sus velos los partidarios de este proyecto de ley han rebelado el fondo de su pensamiento, y han puesto en evidencia el misterio de su opinion. Esta certeza que acabamos de adquirir de la existencia de un partido que mira con horror la obra de Luis XVIII; de un partido que cuando menos creamos puede adquirir la ilusion de imaginar que le será posible destruir nuestras libertades; esa certeza aflije profundamente á los que nos hemos consagrado al monarca y á la monarquía.

Las escusas que ahora puedan darnos á nadie inspirarán seguridad. En vano intentarán que pase por clamor de intereses privados el grito de indignacion que desde un límite al otro de Francia se ha levantado contra el proyecto de ley.

O bien es preciso considerar la Constitucion como una cosa insignificante, el gobierno representativo como un hecho transitorio, y los cambios ocurridos en la sociedad como cosa no sucedida, ó bien es preciso sostener la libertad de imprenta, sin la cual el gobierno representativo no es mas que un sarcasmo político. ¿Cuánto tiempo podrian seguir marchando las cosas en semejante situacion? El tiempo preciso que la corrupcion tarda en consumarse, y la violencia en destruirse.

La legitimidad es omnipotente, como la religion en un gobierno representativo; pero con sus condiciones indispensables, es decir, uniéndose con las demás legitimidades á cuya cabeza figura la libertad de imprenta.

¿Habría podido venderse en tiempo de la república ó del imperio públicamente el busto de Luis XVIII ó el de su heredero, como se vende hoy por las calles sin peligro ninguno para la familia reinante el retrato de Bonaparte ó de su hijo? No sin duda: ambas usurpaciones habrian perecido. Para estar seguras, estinguian todo cuanto pudiese despertar el recuerdo de la monarquía legítima, degollaban ó deportaban á los escritores y establecian la censura.

El hijo de Cronwell pasó tranquilamente sus dias en Inglaterra, bajo el reinado de los dos hijos de Carlos I. Si el jóven de Viena viniera en la actualidad á establecerse entre nosotros, no haria mas que dar con su presencia un nuevo triunfo al trono legítimo, una nueva manifestacion de la fuerza del derecho de la corona y de la magnanimidad del soberano.

Mas no sucederia eso si violaseis las condiciones naturales de la monarquía representativa. Destruid la libertad de imprenta, impedid á los defensores in-

dependientes abogar por la causa de la legitimidad, haced de manera que no puedan vigilar sobre las maniobras de los partidos, ni denunciarlas á la opinion pública, y entonces los inhabiles consejeros de la legitimidad se encontrarán en la condicion de excitar sospechas de tiranía y de debilidad semejantes á las de los consejos de la usurpacion. La naturaleza de este poder seria reconocida por el ministerio que creyera tenerse que escudar con el silencio, y que le pareciera tener razones para ocultar la legitimidad.

Una gloria inmensa, calamidades tan grandes como esa misma gloria, y beneficios hechos en cambio de males recibidos, hé aquí lo que presenta la historia de la familia reinante, y ¿puede esa triple legitimidad ser destruida por algunos miserables folletos que ni siquiera pueden dañar la reputacion mas oscura.

Hay con las instituciones vigentes una Francia admirable por su prosperidad y por su gloria; mas esa Francia, si la llegais á pribar de esas instituciones apareceria disfigurada por las discordias.

Para llegar al estado de la primera no hay que hacer mas que seguir el movimiento natural del espíritu de la Constitucion; cosa fácil, desde que han desaparecido todas las prevenciones personales, y desde que todas las capacidades, olvidando sus antiguas tendencias políticas, se han concentrado en un partido comun.

Para descender al estado de la Francia desgarrada por las discordias, basta presentar cada año medidas gubernativas opuestas á las costumbres, á los intereses y á las leyes del país. El ministro que obrase de este modo, despues de haberse hecho desgraciado á sí mismo, consumiendo su fuerza en tentativas tan poco razonables, despues de haber gastado todos los resortes de la prosperidad del país, acabaria miserablemente su carrera exalando dolorosos é inútiles suspiros.

Me parece, señores, oir vuestra contestacion. «¿No »tenemos, me direis, un monarca dispuesto á salvar»nos de cualquiera calamidad que nos amenace? ¿No »subsistiria en pié este monarca aunque la ley fun»damental desapareciera? ¿No se encontrarian en su »persona todos los poderes como en la monarquía ab»soluta, y como por complemento de ellos algo mas »interesante y de mas valor, todas las libertades?»

No lo ignoro, señores. Tenemos un monarca religioso que no habrá jurado en vano sostener la obra de su augusto hermano, y que no tardaria en castigar á cualquiera que se atraviese á levantar contra ella su temeraria mano. Pero por fácil que á ese monarca, modelo de sincera lealtad y de honor, le sea el calmar las tempestades, debemos todos preferir que pase sus dias en bonancible calma en la region pura y serena á donde le han elevado sus régias virtudes.

Al dar mi voto contra la ley en general, no renuncio al derecho de discutir uno á uno los artículos, si es que hemos de llegar á esa lamentable discusion. Por lo que ahora toca voto, pues, absolutamente contra el conjunto de un proyecto de ley que pone en peligro á la religion, porque la calumnia, voto contra un proyecto de ley destructor de las luces y que atenta contra los derechos de la inteligencia humana; voto contra un proyecto de ley que proscribe la mas preciosa de nuestras libertades; voto contra un proyecto de ley, que atacando la obra del venerable autor de la Constitucion, hace vacilar el trono de los Borbones, y si mil votos tuviera, mil votos daria contra ese proyecto impío, sí, los daria todos, porque así creo que cumpliria el primero de mis deberes para con la civilizacion, la religion y la legitimidad.

MARCHA Y EFECTOS DE LA CENSURA.

ADVERTENCIA.

Cuando en 1820 la censura dió fin al *conservador*, no creia yo tener que volver á reproducir siete años despues la misma polémica bajo otra forma, y mediante el órgano de otra prensa. Los que escribian entonces conmigo reclamaban como yo la libertad de pensar y escribir: hacian la oposicion como yo la hacia, participaban de mi desgracia y se llamaban amigos mios.

Ahora que se hallan en el poder mas bien por mis obras que por esfuerzo de las suyas, se han declarado todos enemigos de la libertad de imprenta, y de perseguidos se han convertido en perseguidores: ya no se llaman amigos mios. ¿Quién ha variado?

El tiempo me encuentra en el mismo estado que me dejó, sosteniendo los mismos principios, y sin haber encontrado en el puesto eminente á que me encumbre las luces que han obligado á los que anteriormente se llamaban amigos mios á renunciar sus antiguas doctrinas. Preciso es que las tinieblas que me rodean se hayan estendido hasta ellos cuando yo era ministro, supuesto que sostienen que el desórden de la imprenta no principió hasta el 6 junio de 1824.

Flacos son de memoria: si volvieran á leer las opiniones que emitieron y los artículos que redactaron contra otro ministro tambien con motivo de la libertad de imprenta no podrian menos de convenir en que ellos mismos fueron en 1818 y 1819 por lo menos los inmediatos subalternos de los gefes de aquel desórden.

Por otra parte mis antiguos adversarios adoptando el principio de libertad de imprenta; se han acercado á mí en tanto que mis primeros compañeros se han separado, obrando tan naturalmente los primeros como extraordinariamente los segundos. Es cosa muy sencilla el adquirir ilustracion por el continuo uso del gobierno constitucional; pero que unos realistas, que sin duda eran sinceramente adictos al antiguo régimen, hayan roto lanzas en obsequio de la Carta y de las libertades públicas, cuando estas por no ser bien conocidas presentaban aun algunos peligros, y que hoy se espanten de ellas cuando todo se halla en plena paz, y cuando todo conspira á consolidarlas, es verdaderamente una rareza que no se acaba de entender. Elevarse del mal al bien es seguir la senda del órden; descender del bien al mal es dejarse llevar del desórden.

Antiguo capitan de una legion que ha desertado de las mismas tiendas del campamento, no por eso dejaré de militar bajo las banderas de la religion sosteniendo con una mano el oriflama de la monarquía y con la otra el estandarte de las libertades públicas. Al antiguo grito de guerra de la Francia de San Luis y de Enrique IV de *¡viva el rey! ¡Montjoie!* y *¡Saint-Denis!* añadiré el nuevo grito marcial de la Francia de Luis XIVII y de Carlos X: *¡Tolerancia! ¡Luces! ¡Libertad!* Tal vez con esta exclamacion adquiriré entre los partidarios de la independencia amigos mas sólidos para el trono y el altar, que los que gané para la Constitucion entre los titulados servidores del altar y del trono.

El honor y el afecto á la patria me llaman al campo de batalla. He llegado á la edad en que generalmente se necesita reposo; mas si hubiera de calcular mis años por el odio siempre en aumento que la opresion y la bajeza me inspiran, aun podria creer que me he rejuvenecido.

LOS AMIGOS DE LA LIBERTAD DE IMPRENTA.

En 30 del pasado publiqué un folleto intitulado: *Sobre el restablecimiento de la censura en 24 junio de 1827* y en la advertencia que puse al frente de ella se lee este pasaje: «La prensa no periódica debe »prestar auxilio á la prensa periódica: varios escri- »tores generosos entre los que se cuentan diputados y »magistrados se han unido para publicar una serie »de folletos. Nada se callará: ninguna verdad quedará »oculta. Si hay hombres que no se cansan de opri- »mir; otros no se cansarán de combatir contra ellos.» Efectivamente se formó una sociedad de hombres de bien tan adictos á la religion y al rey como á la patria con el designio de salir en defensa de la principal de nuestras libertades.

Los folletos que se proponen publicar serán repartidos *gratis* en la capital y en los departamentos: de manera que para ser conocidos no tendrán necesidad de ser anunciados. El público sabrá por medio de esas publicaciones las verdades que la censura suprime en los periódicos independientes y las mentiras que deja circular en los periódicos ministeriales.

Los amigos de la libertad de imprenta ponen sus obras bajo la censura y la salvaguardia de los tribunales. Como ciudadanos honrados, verdaderos franceses y hombres religiosos, amantes de la libertad pero no del desórden, de la paz pero no de las revoluciones, nada tienen que temer de las leyes. Unos firmarán sus escritos y otros conservarán el anónimo. Entiéndase que callar su nombre, no es lo mismo que ocultarlo.

Tal es el plan que los amigos de la libertad de imprenta ponen en ejecucion desde este momento. No podemos menos de reproducir una reflexion que se ha hecho ya vulgar; triste cosa es que al cabo de cinco años de pleno y entero goce de la libertad de imprenta, tengamos que retroceder á valernos de los mismos medios de defensa que en los primeros tiempos de la restauracion: espantoso es el paso retrogrado; porque al marchar de espaldas es casi imposible evitar los precipicios.

MARCHA Y EFECTOS DE LA CENSURA.

Siendo el escrito que acaba de citarse el primero en el órden de las fechas de todos los que se han publicado hasta el dia acerca de la real órden del 24 de junio, debe servir de punto de partida para continuar la historia de la censura.

Ya se tiene noticia de las mutilaciones que se hacian en los periódicos, y cómo á pesar de esto se les obligaba á que unieran las cláusulas truncadas, so pena de quedar expuestos á todo género de vejaciones. Habiendo tenido el *Diario de los Debates* la audacia de dejar en una de sus páginas un *blanco* acusador, se le privó al dia siguiente del honor del *visto bueno*, de manera que se vió en la necesidad de aparecer con un nuevo *blanco*, ó de no salir á luz, ó de salir no censurado, lo cual daba motivo á la suspension provisional. La *Francia cristiana* vino á hallarse tambien en igual caso: ni le acababan de poner la mordaza, ni le concedian la amnistía de la censura, dejándola fuera de la ley para tener motivo de castigarla como una esclava rebelde. M. Pagés en una *carta* dirigida á M. *Lourdoneix* da á conocer asquerosos detalles segun los cuales prosigue diciendo:

«M. Deliege manifestó á M. Marin, director de la »*Francia cristiana* que la censura no queria *blancos;* »que el *Constitucional*, el *Diario de los Debates* y to»dos los periódicos se habian conformado con esta »disposicion y que la *Francia cristiana* en lo sucesivo »no seria aprobada ni desechada. Desde aquel mo»mento efectivamente se le devuelven las pruebas que »diariamente envia á las dos de la tarde, sin merecer »aprobacion ni desaprobacion.»

«Entonces conocí que los periódicos habian caido »en el lazo que la policía les habia armado, y era »importante no solo para la prosperidad de nuestro »periódico, sino para la dignidad de la oposicion y »hasta para las libertades públicas que un periódico »protestara contra aquellas violencias ilegales, y con»tra aquellos groseros artificios; que apareciese en el »estado de mutilacion en que la dejaban, y que todo »lector al verlo pudiese exclamar: *la censura ha pa»sado por aquí*.

»Si sois malos censores para otros periódicos, para »nosotros ni aun con esa condicion quereis serlo; lue»go será preciso que la autoridad os obligue á cum»plir con vuestros deberes ó nos devuelva la libertad.

»Es asi que vuestra inercia se opone á que la *Fran»cia cristiana* pueda publicarse, luego es evidente »que cometeis un atentado contra la propiedad, una »verdadera expoliacion; y ese nuevo género de con»fiscaciones, de verdadero robo no puede ser autori»zado por una real órden.»

¿Habrá en Constantinopla una administracion mas despótica, ni mudos mas arbitrarios que los censores? Si aplican la ley, matan, y aun dan la muerte con mas seguridad no aplicándola. Si os resolveis á perseguirlos ante los tribunales teneis que proveeros del permiso de la autoridad superior gubernativa, de lo contrario los alguaciles se niegan á comunicarles vuestras citas (1): Si por su parte la autoridad superior suspende provisionalmente vuestro periódico y os forma causa, se pasarán muchos meses antes de resolverse el proceso, y entre tanto vuestro periódico habrá perecido. Eh aquí la blanda censura, la equitativa censura, la constitucional censura, la censura que produce la verdadera libertad de imprenta.

Cuando se estableció la censura en 1814 y en los años siguientes, habia una especie de escusa para semejante derogacion de la ley fundamental: las tropas aliadas ocupaban la Francia: pedian sumas considerables y la menor indiscrecion por parte de la prensa, podia haber provocado algun resentimiento. En lo interior del reino la antigua y la nueva Francia se veian por primera vez cara á cara, y tenian que saldar sus cuentas: los partidos estaban acalorados y las pasiones exaltadas por la aventura de los Cien-Dias: por todas partes estallaban conspiraciones, y era de temer que la palabra, comprimida durante tanto tiempo por el despotismo de Bonaparte no hiciera al desprenderse subitamente una explosion.

Tambien era posible que bajo unas instituciones nuevas, cuyo mecanismo era ignorado, se cometiera por de pronto algun abuso por parte de la prensa: apenas se sabia entonces lo que era la Constitucion. Es preciso hacer justicia á los ministros de aquella época: al tomar precauciones contra el posible desórden de la imprenta, se sometieron á la libertad de la opinion, supuesto que se retiraron, y quizás demasiado pronto, ante el poder de esta libertad; semejante conducta fue como un homenaje que ofrecieron en su sinceridad al principió vital de la Constitucion.

Finalmente, cuando esta Constitucion fue promul-

(1) Esto es lo que sucedió á los señores que componian la redaccion de la *Francia cristiana*; intentaron querellarse de una infraccion de la real órden que estableció la censura; pero el fiscal declinó su competencia hasta que presentaran autorizacion del ministro del Interior, que sin duda no dará márgen á que sus amigos se vean atacados. Léase una *Memoria sobre las arbitrariedades de la censura*, escrita por los propietarios del *Constitucional*, Paris 8 julio de 1827.

gada se declaró por medio de su artículo 8 que *los franceses tienen derecho de publicar y mandar imprimir sus opiniones, conformándose con las leyes que deben reprimir los abusos de la libertad de imprenta.* Pero esas leyes no estaban aun confeccionadas; por lo cual se mantuvo provisionalmente la censura á que la nacion estaba acostumbrada y que era de derecho comun. No se pasaba por lo tanto de la libertad de imprenta á la censura, sino que las cosas se mantenian en el estado en que se hallaban: no se destruia un derecho adquirido, sino que se aplazaba un derecho otorgado. No se producia conmocion en los ánimos, ni cambios, ni revoluciones en la legislacion: nadie podia quejarse de que no se cumplia una promesa, ni se podia decir que violando la fe jurada, trataban de negarse á realizar un favor ofrecido.

¿Existe en la actualidad ni una sola de las razones que hacian escusable la censura en los primeros años de la restauracion? Todas las leyes de represion están ya promulgadas. La sociedad acostumbrada con la libertad de imprenta, familiarizada hasta con sus desaciertos, nos ha oido tratar de sus principios bajo todas sus relaciones y todas sus formas; ya conocemos sus afinidades con el gobierno representativo: sabemos que ella es el premio y el consuelo de todos los sacrificios: sabemos que ella lo reemplaza todo menos el honor en un pueblo civilizado, y por último quitárnosla en la actualidad es lo mismo que privarnos de una posesion prescrita y detener violentamente el curso de nuestras ideas, y el movimiento de nuestras costumbres. La censura ha envejecido ya tanto para nosotros, que efectivamente es una ley caduca, resucitada del duplicado despotismo feudal é imperial: así es que tiene algo digno de risa como ciertos rancios derechos feudales, y algo de opresivo como las ordenanzas militares.

Un reinado ha concluido y otro ha dado principio bajo el imperio de la Constitucion, y en ese intervalo se han formado generaciones enteras. La libertad de imprenta ha atravesado gloriosamente por una guerra extranjera y por una crisis de la hacienda; en lo exterior é interior del país reina la paz mas completa. Son tan nulos los pretextos en que pretende apoyarse la censura que nos vemos en el caso de tener que suponer designios en los que la defienden y planes para el porvenir ya que no nos es posible descubrirlos para la actualidad.

Hemos podido hacer esta apología de la primera censura, á pesar de que en realidad tambien nos opusimos á ella. Segun nuestros principios nunca hay derecho de suspender la libertad; pues siempre tiene esta mas fuerzas que la esclavitud para remediar los males que puedan sobrevenir á un Estado.

De nada de eso se trata, nos dirán; la cuestion se reduce únicamente á salvar la religion por medio de la censura y á librarnos de las impiedades de los periódicos. La censura en el caso presente es un puro asunto de conciencia.

Por de pronto convendria ponernos exactamente de acuerdo sobre esa palabra *religion*, esto es, saber si los que la emplean no confunden las cosas divinas, y no ocultan los intereses del hombre bajo la apariencia de los intereses del cielo. Si la religion se llegara á ver verdaderamente atacada no cabe la menor duda en que seria preciso defenderla á toda costa y sin reparar en sacrificios; pero nosotros negamos absolutamente ese peligro y ademas añadimos: que los tribunales tendrian buena cuenta de castigar los ultrajes, que contra el culto pudiera hacerse, con todo el rigor de las leyes, como no han dejado de hacerlo, siempre que el delito ha sido suficientemente probado. Ese eterno modo de hablar, como si no hubiera tribunales, ni leyes, ni mas defensa que la arbitrariedad, demuestra hasta qué punto se ha extraviado la razon de los hombres que han logrado imponernos su sistema.

En segundo lugar si nada mas os proponeis defender que los intereses de la religion, vuestra censura no se ejercerá sino contra los artículos irreligiosos y los periódicos impíos; vemos que la descargais indistintamente sobre artículos de todas materias y sobre periódicos de cualquiera especie: explicadnos, pues, en qué consiste ese supuesto *asunto de conciencia.*

Finalmente, presumís sostener la religion por medio de la censura y le haceis por el contrario un daño irreparable. Públicamente están acusando ya al clero de ser la principal causa de la pérdida de la primera de nuestras libertades: hácenle responsable de cuanto pueda ocurrir en la ley fundamental, y acumulan sobre sus cabezas odios tanto mas peligrosos, cuanto que se fundan, segun parece, en una realidad y no vanas declaraciones. ¿Qué suponen efectivamente algunos artículos de periódicos que sin descender al fondo del asunto sueltan algunas palabras sobre los misioneros y sobre los jesuitas; qué suponen, volvemos á decir, tales artículos comparados con una acusacion, calumniosa sin duda, pero generalmente creida, segun la cual se trata de probar que el clero católico es incompatible con el gobierno constitucional? Eh aquí, sin embargo, á qué estado han sido traidas las opiniones por vuestra censura. Os regocijais de que todo sigue tranquilo; esperad: las generaciones pasan rápidamente. No os olvideis de que si en algun tiempo los altares vuelven á ser derribados, á nadie podrá imputarse semejante catástrofe, sino á los enemigos de las libertades públicas.

La mas insigne locura en que unos hombres ignorantes podrian incurrir, seria el sostener que la religion católica se adapta mas bien á una forma de gobierno que á otra, y que se opone á las verdades de la ciencia y á los progresos del espíritu humano, siendo por el contrario el órden universal, la razon por excelencia, y la luz misma: el que en la actualidad se empeñe en defender la religion católica aislándola de la sociedad, tal cual ha sido modificada por el tiempo, conducirá los pueblos al protestantismo.

La religion católica hace rápidos progresos en los Estados-Unidos y la córte romana se pone ya en comunicacion con las repúblicas americanas ¿por qué razon, pues, nosotros católicos franceses no habriamos de poder vivir con una monarquía constitucional? Inspirad á la juventud que se dedica al sacerdocio amor á las leyes del país, y lo defenderá cuando llegue el caso y fundará en él todo su poder. ¿No acabaremos de suspirar por los tiempos pasados, ni de calumniar los presentes?

En un folleto de M. de Salvandy, que acaba de publicarse leemos la hermosa página siguiente:

«Las generaciones del antiguo régimen, educadas »Dios sabe cómo y por quién, han degollado á los nobles y á los sacerdotes, han dado muerte á Luis XVI, »muerte á María Antonieta, muerte á Madama Isabel, »muerte.... Ese siglo ha sido una desenfrenada orgía »que principió con disolucion y acabó con sangre. Las »nuevas generaciones, nacidas en las gradas del patíbulo, educadas al resplandor de los incendios y las »batallas, han levantado los altares, restablecido el »trono, y vuelto á colocar en él la antigua y veneprada raza de los condes de París; han reconstituido »el órden social; han reconocido el legítimo prestigio »de los nombres, de las riquezas, de los talentos y »de las virtudes, y han consagrado una aristocracia »política revestida del título y del derecho de heredarlo (1).»

Si el gobierno que estableció la primera censura tuvo, como ya lo hemos demostrado, motivos plau-

(1) *Carta al señor redactor del* Diario de los Debates *sobre el estado de los asuntos públicos.*

sibles para obrar de aquel modo, tambien fue menos caprichoso y duro que el presente, en lo relativo al modo de ejercerla.

Estableciéronse en aquella época doce censores: de los cuales eran necesarios cinco para firmar una providencia. Permitíanse tambien los *blancos* y los *negros*, llegando alguna vez el caso de poner los periodistas el diseño de unas tijeras en las páginas suprimidas por la censura: el noble duque de Richelieu tenia demasiada honradez para consentir que la censura emplease los medios rencorosos y pérfidos, violentos é hipócritas de que se vale en la actualidad.

Cuando posteriormente se volvió á restablecer la censura precedida de insulto á los magistrados, quedó encomendada á censores secretos de Policía, es decir, á un *santo tribunal de espias*; pero aun siendo tales, no declararon guerra á los *blancos*, ni se creyeron jamás con derecho de negar la censura, ni de dejar en ejercer sus mezquinas atribuciones en los periódicos que se presentaban voluntariamente. Solo á la censura liberal del buen M. Tartufe estaba reservado el cometer en menos de un mes tropelias inauditas hasta el presente, sin dejar por eso de decirnos: *que los resultados de la censura son tan poco dudosos para los verdaderos amigos de la libertad de imprenta, que no tienen reparo de decir que el triunfo de esta no data sino del dia en que aquella se estableció.*

Hoy no hay mas que seis censores, y la firma de un solo secretario tomado fuera de los de su pandilla basta para autorizar el merodeo censorial. Ya hemos dicho que los señores Caix y Rio, que eran dos de los nombrados para ejercer ese ministerio, tuvieron por conveniente hacer dimision, sin que á los periódicos les fuese permitido dar cuenta al público de este pundonoroso rasgo. Dícese que tambien M. Fouquet despues de haber asistido á dos ó tres sesiones ha felicitado el honor de retirarse. ¡Donosas lindezas habrá oido!

Una real órden de 4 del actual, anuncia el nombramiento de los señores de Silans y Leveque en *reemplazo* de M. Caix y M. Rio. La censura ha debido borrar esta real órden supuesto que por ella se revelaba el secreto que querian guardar. ¿Y por qué no la habia de borrar la Censura? En un artículo (1) que no han querido censurar se encontraba la real órden para la convocacion de los consejos generales.

La Censura se abroga tambien el derecho de suprimir los actos del gobierno, y hasta se toma el permiso de alterar los detalles judiciales como no tardaré en manifestarlo.

Nótese que cuando el *Moniteur* anuncia el nombramiento de los señores de Silans y Leveque en *reemplazo* de los señores Caix y Rio, no dice que estos sean *dimisionarios*, de manera que segun el periódico oficial casi podria creerse que han sido *destituidos*. No acierta uno qué admirar mas, si la justicia que á sí propia se hace la censura ocultando los sentimientos que inspira, ó la obstinacion de los ministros en dejar que la víctima no pueda borrar las manchas que le deja el contacto de sus manos.

Por último han tenido que confesar que los señores de Broé y Cuvier se habian retirado del consejo de vigilancia siendo reemplazados por M. de Blair y M. Olivier (2). M. de Broé ha motivado, segun dicen, su retiro en razones deducidas de la pureza de la magistratura, y M. Cuvier ha conocido que la ciencia separada de la buena opinion pierde su tranquilidad natural, y que al estudio no consuela mas que de la desgracia.

(1) *Diario de los Debates.*
(2) Parece cierto que este respetable Magistrado ha presentado tambien su dimision.

Se ha dicho tambien que el marques de Herbouville se habia retirado, pero no es cierto; y nosotros nos apresuramos á remediar el daño que semejantes rumores habrán podido causar al noble par.

Se ha preguntado si los miembros del Consejo de vigilancia gozaban sueldo en concepto de tales. El pudor público ha respondido negativamente; pero la calumnia ha insistido asegurando que cada uno de aquellos señores recibe una gratificacion mensual de 1500 francos: es de esperar que la calumnia será desmentida públicamente. Como la mayor parte de los miembros de dicho consejo gozan muchas pensiones por diversos conceptos, es de presumir que no tengan necesidad de ninguna otra gratificacion, y ademas de eso hay destinos que nada necesitan mas que celo.

He demostrado en otro folleto anterior que ni los pares ni los diputádos son á propósito para desempeñar las funciones de censor. Puedo apoyar esta opinion en la autoridad y en las resoluciones de la misma cámara de los Pares.

En 14 de febrero de 1820 se presentó á esta cámara un proyecto de ley relativo á los periódicos. Los artículos 5 y 6 de ese proyecto que se convirtió en ley despues de haber pasado por algunas enmiendas, decian lo siguiente:

Artículo 5.° «Una comision compuesta de tres pa»res y tres diputados nombrados por el rey en vista »de una duplicada lista de candidatos presentados »por la respectiva cámara, y de tres magistrados »inamovibles, tambien de real nombramiento, ele»girá ó reprobará los censores.

Artículo 6.° «Esta comision se renovará cada le»gislatura: y los miembros que la compongan podrán »ser vueltos á nombrar indefinidamente.»

El artículo 8.° concedia á esta comision el derecho de suspender provisionalmente la publicacion de un periódico que estampara un artículo no comunicado, ó no aprobado.

El art. 11 declaraba que la censura cesaria de pleno derecho al llegar el 1.° de enero de 1825.

Bien se echa de ver cuán superior era esa comision legal al consejo de vigilancia actual, pues á pesar de todas las ventajas que comparada con este presentaba, dió lugar á que el duque de Rochefoucauld hablara poco mas ó menos en estos términos.

«Nótase en este proyecto el carácter de modera»cion por parte del gobierno: su intencion de reme»diar la influencia ministerial tan justamente temida »en materias de censura, es laudable ciertamente, »pero el bien que nos promete es ilusorio. ¿Quién »podrá imaginarse que una comision formada de esa »manera pasará dias enteros recibiendo y examinan»do los trabajos de los censores, ni escuchando que»jas de los periodistas? Y es de advertir que no pro»cediendo de ese modo no dejará de ser mas que un »vano nombre. No negaré que tal vez podrá remediar »alguna solemne injusticia (3) y dar algunos conse»jos generales sobre el modo de ejercer la censura; »pero ¿dejará el ministerio por su parte de poner en »juego sus recursos para llevar á cabo sus planes y »preponderar? Digámoslo sin rodeos, cualquiera que »sea la organizacion que se dé á la censura siempre »es de temer que esté mas ó menos sometida á la in»fluencia ministerial.

»Este proyecto de la comision ademas de ser iluso»rio é incompleto es anti-constitucional, porque da á »los pares y á los diputados nombrados para el efecto »una participacion directa en la ejecucion de una ley, »y les hace ejercer funciones de las que por lo menos »son moralmente responsables. De aquí resultaria que »las Cámaras ó una fraccion de ellas tendria que to-

(3) ¿Por qué no se obliga hoy á los censores á ejecutar la ley, es decir, *á censurar*.

»mar parte en la accion del gobierno, siendo asi que »nuestros principios constitucionales se oponen por »interés del trono, á toda confusion de poderes. Ade»mas teniendo esta comision que pronunciar, si el »caso lo requiere, penas graves, suspender y hasta »suprimir periódicos y afectar por lo tanto los intere»ses y las personas, distraería á los ciudadanos de la »jurisdiccion de sus jueces naturales. Por estas razo»nes considero el proyecto como inadmisible. (1)»

La noble cámara no pudo menos de hacerse cargo de tan poderosas consideraciones; el ministerio no insistió y el baron Pasquier manifestó; que sabia muy bien cuanto podia decirse por lo tocante á la creacion de una comision especial para el ejercicio y jurisdiccion de la censura, y que comprendia la fuerza de las objeciones que contra su existencia acababan de hacerse (2). Se aprobó el proyecto de ley, pero con las notables enmiendas de suprimirse los artículos 5.° y 6.° y limitarse su existencia á solo el término que durase la legislatura de 1820. Aun con estas enmiendas no fue aprobado sino por la mayoría de un voto. ¿Qué hubiera sucedido si se hubiese presentado á la noble cámara un proyecto como el actual de un consejo de vigilancia nombrado por el ministerio?

Es probable que esta misma cuestion volverá á suscitarse en la próxima legislatura, y que se invitará á los señores pares miembros del consejo de vigilancia á que en lo sucesivo dejen de formar parte de toda comision de censura. Si han parecido incompatibles las funciones de prefecto con la dignidad de par, ¿no hay mucho mas motivo para que tambien lo parezcan las de censor? La nobleza de orígen puede dormir sin perderse; pero la de carácter si se entrega al sueño, perece.

¡Extraña anomalía! En la discusion del código militar en la cámara Alta se ha querido librar á los pares que se hallan en actual servicio de la jurisdiccion de los consejos de guerra en obsequio del respeto debido á su alta dignidad, y sin embargo, ¡quieren que sean censores!

No ha faltado quien haya sostenido que un consejo de vigilancia puesto fuera del círculo de atribuciones de la policía, compuesto de personas graves y de rango elevado, seria una especie de tribunal que manifestaria las consideraciones que se dispensaban á la libertad de imprenta y el deseo que el gobierno tiene de inspirar confianza á los amigos de esa libertad.

La experiencia ha desmentido ese aserto, y por otra parte se ha demostrado que un consejo de vigilancia sobre la censura es una cosa imposible ó ilusoria, como lo echó de ver el buen criterio del duque de la Rochefoucauld.

¿Pueden los pares ni los diputados ser ejecutores de leyes que han aprobado ellos mismos, y sobre todo de leyes excepcionales? ¿Pueden los miembros de la legislatura descender á la condicion de censores, sin tener en cuenta que al jurar la Constitucion juraron defender las libertades que por ella se nos aseguran? ¿Se podrá concebir que por la *tarde* tenga un diputado que desdecirse como juez de las palabras que por la *mañana* ha pronunciado como defensor?

Con este motivo recordaré lo que sucede en el asunto de Mr. de Keratry: sobre lo cual Mr. Alexis de Jussieu en un folleto escrito con valentia dice lo siguiente:

«En el momento de entregar este escrito á la prensa me dan la noticia de que la censura acaba de suprimir algunos renglones en la defensa de Mr. Keratry.» Los renglones suprimidos (tratábase del magistrado censor, Mr. de Broé) son estos:

¿Por qué á imitacion de un sabio célebre en Europa y de dos apreciables profesores de historia no se ha de creer que el imponer silencio es muy distinto de contestar, y que el cometer atentados contra los derechos de una nacion es desmerecer en favor?

La censura infringe ademas el artículo 64 de la Carta que dice: «Las discusiones en materias criminales serán públicas,» y lo infringe solo en provecho de su propia causa. Si la censura es buena ¿por qué tiene tanto empeño de ocultar que hay personas que han rehusado el cargo de censores?

La censura crea una sociedad ficticia, y establece ilusiones en vez de realidades. La magistratura defendiendo las inmunidades nacionales absolvió enteramente á Mr. Keratry: y por medio de su fallo estableció que nada habia de reprensible, ni de contrario á las leyes en el párrafo del pasaje sobre que recayó la acusacion, y permitió que ante su autoridad se discutiera un principio, una defensa formal en favor de la libertad de imprenta, y en reprobacion de los que la han tiranizado.

Supóngase por un momento que el pasaje denunciado, y la defensa de Mr. de Keratry fuesen unos meros artículos remitidos por el *correo francés* á la censura; ¿hubiera esta dejado pasar ni siquiera dos renglones de semejante escrito? ¿En dónde está pues el verdadero espíritu nacional? ¿En la mente de unos jueces inamovibles sentados sobre flores de lis, en presencia de un público reunido, ó entre unos censores amovibles sentados en los escaños de Mr. de Corbiere en un oscuro recinto donde á puerta cerrada se da muerte á la opinion? (3)

Tambien es evidente que no bastan seis censores para despachar tanto número de periódicos: asi es que pasa por cierto que al pié de la escalera de esos seis hombres hay otros que pueden considerarse como ayudantes suyos. Siendo esto asi tendremos que sufrir á un mismo tiempo la censura pública y la censura secreta. No cabe mas esplendor, ni mas modestia.

Los pesos y las medidas varian segun los periódicos y el capricho de los señores de la censura. Asi es que en el Diario de los Debates se ha mutilado un artículo que con corta diferencia se le ha permitido poner al Constitucional. Los agentes del poder quieren tener algo que decir en la tribuna en obsequio y defensa de la censura, y de cuando en cuando permiten un poco de libertad para tener algun dia nuevos motivos de atacarla. Algunas frases toleradas son mas bien argumentos ministeriales de reserva que franquezas concedidas al público. Cuando se haya obtenido establecer la censura para un cuarto ó una mitad de siglo, no habrá necesidad de tantos cumplimientos, y podrá apretarse el dogal.

Por fortuna los periódicos ministeriales son bastante francos, y en vez de disimular el pensamiento de sus señores lo ponen de relieve.

Si no quereis creer en la libertad de imprenta bajo la censura nos dicen, ved cómo un periódico estampa párrafos enteros de los diarios ingleses en pro y en contra de Mr. Canning; ved cómo otro habla del Brasil, y no falta otro que describe los agasajos dispensados á los señores Bordeau y Gautier, diputados de la oposicion.

El *Moniteur* y los periódicos de las prefecturas se expresan con igual júbilo, y estamos seguros de que

(1) Sesion de los pares de 25 de febrero de 1820.

(2) Sesion id. del 28 de febrero de 1820. El reglamento que se compuso para la ejecucion de esta ley estableció (art. 9) un consejo de *nueve* magistrados para vigilar sobre esta censura de *un año* de duracion, excluyendo de ella los *pares* y los *diputados*.

(3) La censura acaba de cometer una nueva prevaricacion de este mismo género. El *Constitucional y el Correo*, habian apelado al tribunal real de una sentencia dada contra ellos en primera instancia. Su defensor era Mr. Dupin, y la censura no ha permitido ni aun á los periódicos interesados el poder publicar la defensa de su abogado.

La censura no hace caso de la Constitucion, pero la Constitucion no tardará en tomar satisfaccion de la censura.

en la tribuna se nos repetirán palabra por palabra los discursos de esas gacetas asalariadas. En vano se dirá que la prensa independiente explicó sus pensamientos y protestó contra la censura: esa misma circunstancia servirá de prueba de la *libertad* que han gozado, y esta es la razon por qué la censura les deja protestar. Por último, supuesto que se proscriben hombres y obras ó supuesto que se prohiben los *blancos*, y supuesto que no quieren que se presenten señales del martirio, es preciso confesar que la tal titulada tolerancia no es mas que un juego de manos y un lazo para los incautos.

Lo que particularmente desea la censura es que se dispute con ella sobre principios; sobre la Constitucion



CATALINA DE MEDICIS EN CASA DE SU PERFUMISTA.

y sobre la libertad. A los periódicos que se han refugiado á los límites de la literatura suele decirles con sentimental interés: «Estais perjudicando vuestros »propios intereses, vais á cansar á los suscritores, os »vais á perder. ¿Quién os impide publicar vigorosos »artículos de doctrinas? Nosotros os los dejaremos pa»sar sin tocar un renglon.»

¡Que buenos son esos señores! ¡*Ea!* ¡*Buen ánimo!* Sostengamos una tesis sobre la libertad pero ocultemos bien nuestras manos para que no se vean las cicatrices de las ligaduras de los gendarmes. Los presidentes de esas academias censoriales nos distribuirán los premios y no faltarán Píndaros que al entonar odas á la policía eternizarán nuestras victorias.

La censura tampoco quiere que por lo tocante al exterior sepamos nada mas sino lo que le conviene, ¿Qué es pues lo que le queda á la prensa periódica como órgano *libre* de la opinion? los periódicos ministeriales que sin duda gozan de alguna libertad de hablar; pero que ya no son mas que dos, porque el ministerio es una especie de fiebre amarilla que mata al periódico que toca. Estos dos periódicos dan á sus dueños tales elogios que en realidad puede presumirse que agotan ya su ingenio. Segun uno de estos periódicos cierto ministro es nada menos que un *Fabius Cunctator*, de alma tan ardiente al concebir como helada al ejecutar, que se prepara á caer como un rayo contra los soldados de Aníbal desde lo alto de la montaña. Como esa brillante comparacion nacia directamente de un asunto financiero, no faltó quien al leerlo preguntara si la montaña seria el palacio de Rívoli, la Bolsa, el capitolio; la calle de *Notre-Dame des Victoires* el campo de batalla y algun rico banquero el general cartaginés. Terribles denuestos que nadie acepta y monólogos que nadie lee forman el texto de uno de esos periódicos por la mañana, y son repetidos con alguna variacion por el colega de la tarde. Es de presumir que los principales redactores de esos periódicos que en otro tiempo lo eran de la *Correspondencia secreta* que á cada paso andaban insultando al príncipe que en la actualidad ocupa el trono, no se atreverian á manifestar su nombre. ¡Y á tales periódicos está encomendada la defensa del trono y el ser intérpretes de las doctrinas del ministerio!

Por lo tocante á la política interior la censura prohibe todo lo que podria causar daño á los proyectos ó intereses de su pandilla. Separa á los ciudadanos del



LAS JOVENES DE VERDUN.

límite de las leyes, los aleja de la influencia del gobierno, les priva de la instruccion necesaria para el ejercicio de sus derechos y se convierte en un estorbo que impide el movimiento de la máquina, ó mas bien dicho, que no deja girar los resortes del poder.

Siendo tan perniciosos los censores, segun acaba de manifestarse en materias políticas, se convierten en críticos cuando se trata de asuntos literarios. En este caso cediendo á sus pasiones y al amor de sus prosélitos cercenan y suprimen lo que les da la gana; conceden ó niegan el permiso para anunciar obras antiguas ó modernas y borran los elogios dados á ciertos autores: es seguro que excomulgarian á Racine y darian carta de ciudadanía á Cotin. ¿Puede esperarse otra cosa al dar á la medianía poder material sobre el talento, y á la oscuridad omnímodos derechos sobre la gloria? Si la estupidez y la envidia llegaran á entrar en el templo de la fama, ¿qué otra cosa mas podrian hacer que romper las estátuas?

Los nuevos censores han aprendido del gobierno la finura de modales que los distingue. Los periódicos políticos no tienen mas que una hora (de siete á ocho de la noche) para ser marcados y azotados. Antes de las siete no hay nadie en la oficina de la censura; al dar las ocho no se recibe ya ningun periódico para la censura del dia. Y sin embargo podria creerse que unos funcionarios con seis mil francos de sueldo deberian tratar con algo mas de consideracion al público que les paga. El odio á la humana inteligencia y el desprecio á la literatura deberian aprender á ponerse mejor la máscara.

Tal es el estado de degradacion en que súbitamente ha caido la prensa periódica que se refiere que cierto estranjero que no tenia noticia del restablecimiento

de la censura, y que estaba acostumbrado á leer en los periódicos independientes artículos políticos y literarios dignos de ocupar la atencion del espíritu humano se quedó lleno de estupor al ver que en lugar de artículo de fondo no encontraba en uno de los principales periódicos mas que una descripcion de la GIRAFA, en otro los detalles de un nuevo *candelero*, en otro un anuncio de *una danza de monos*; y en otro la relacion de la pesca de un *enorme barbo*.

¿Es posible que un pueblo se resigne á sufrir por mucho tiempo tan violenta degradacion? ¿Habrá quién se imagine poder hacer pasar impunemente á un pueblo desde los trabajos varoniles dignos del hombre á las pueriles ocupaciones de la infancia, desde los goces de la libertad á los entretenimientos del esclavo, desde las sublimidades de la gloria á las bufonadas de un sainete?

Eso es materialmente intentar lo imposible: con mas facilidad nos avendriamos á los modales de la Regencia que á tenernos que limitar á la medida de los censores.

Asi es que por efecto de la censura se va acumulando en todos los corazones disgusto, desprecio y malevolencia hácia un sistema de gobierno que explota en provecho de algunos hombres cuarenta años de revoluciones, de victorias y de calamidades. Todo el mundo se pregunta si solo para conseguir la ovacion de estos ó aquellos ministros la república derribó el trono y levantó el cadalso de Luis XVI; la Vandee derramó su sangre, Bonaparte venció la Europa y Luis XVIII otorgó la Carta? ¿Debe la Francia expiar su extremada grandeza por el extremo de mezquindad?

Enanos ministeriales, encaramados sobre las ruinas de la libertad se atreven á vendar los ojos de la Francia, parodiando la gloria, única que por su estatura podia llegar con sus manos á la frente de la hija primogénita de Europa. ¿Pretenderán esos raquíticos seres dar muerte á la nacion cuando hayan conseguido vendarle los ojos? ¡Ah! ¡teman que en la oscuridad llegue á extender sus robustos brazos! ¡ay de aquel sobre quien la nacion deje caer su pesada mano!

Cada dia turba nuestros oidos algun siniestro rumor. Asegúrase que los ministros embriagados con el buen resultado obtenido en lo tocante al licenciamiento de la guardia nacional de París, y el establecimiento de la censura en todo el reino, se están aprestando á nuevos triunfos. Sus prosélitos solicitan un numeroso nombramiento de Pares: meditan una nueva demarcacion judicial: hablan de una ley de censura perpetua, de una ley electoral mas flexible y de una suspension de la Carta, etc., etc.

¿Mas de qué no hablarán los enemigos de la Constitucion y del rey? Olvídanse sin duda de contar con los tiempos, con los sucesos, con la fuerza del siglo y con el espíritu de los pueblos. No confundamos los sueños del talento con los delirios de las medianas capacidades. ¿Algunas rancias ideas, acumuladas en cabezas pequeñas y gastadas, podrian llegar á gobernar un país en que las luces han penetrado por todas partes? Una guarnicion compuesta de inválidos defendiendo un torreon medio arruinado, podrá dar la ley á los sitiadores que han tomado ya la plaza por asalto y que ocupan el país?

Al cabo de cinco años de posesion de libertad de imprenta no debia considerarse que esa libertad fuese para la nacion un simple principio abstracto, pues en realidad habia llegado á convertirse ya en un hecho práctico que á nadie le es dado destruir. Asi es que la censura lejos de calmar los ánimos, no ha hecho mas que irritarlos y acabar de confirmar la idea de que los ministros tratan de despojar á la nacion de las instituciones que Luis XVIII le otorgó.

En la antigua monarquía, el poder no tenia en si mismo su principio moderador, ni encontraba resistencia mas que en sus propios límites: el clero, la nobleza, los estados provinciales y los fueros y derechos municipales, le presentaban, digamoslo asi, un obstáculo.

En la moderna monarquía el poder no tiene límites pero está contenido por un principio alimentado en su propio seno: *la publicidad*. Destrúyase esta, y no quedará de la monarquía mas que un despotismo borrascoso. «La monarquía legítima, ha dicho un profundo pensador, tan necesaria al país, esa monarquía tan provechosa hasta para nuestros adversarios, se verá conducida por la imprudencia de estos al único verdadero peligro que podria temer, esto es, á ser considerada como incompatible con las libertades que nos ha prometido (1). Al cúmulo de males que causa la censura atacando á la mas preciosa de las libertades hay que añadir lo absurdo de su organizacion segun la cual ni aun el objeto que se proponen le es dado conseguir.

Cuando al lado de una prensa esclava existe otra prensa libre, que puede referir todo lo que la otra tiene que callar, el poder no puede menos de perder el afecto del pueblo, y tiene que sufrir á un mismo tiempo la incomodidad que le causa la libertad de imprenta y los inconvenientes de la censura.

En la actualidad tenemos las canciones satíricas que se estilaban en tiempo de la antigua monarquía, y los folletos políticos de la moderna. No pasara un mes sin que el público empiece á tener noticia de esos folletos que serán buscados y leidos con tanta mas avidez, cuanto menos independiente sea la prensa periódica.

Cuando un escrito tiene bajo el régimen de la ley la facultad de salir á luz, sin que su autor pueda ser arrestado, sentenciado y pasado por las armas antes de veinte y cuatro horas, ningun verdadero hombre de Estado cometerá la sandez de manifestar su enojo cometiendo una pequeña é impotente violencia gubernativa contra la publicidad. La censura, afilado machete de la arbitrariedad, se embota en manos del gobierno legítimo y no corta; magulla: la verdadera arma de la legitimidad es la libertad de imprenta.

La legitimidad volvió del destierro trémula y despojada; reclamó el poder ofreciendo la libertad, y el cambio fue aceptado con gozo.

Por una no interrumpida serie de varon en varon se fue llegando desde Roberto el Fuerte á Luis XVIII: los hijos de los que fundaron la monarquía y fueron depositarios durante un espacio de mil años de cuanto ocurrió en la nacion, pedian el derecho de serlo tambien en lo sucesivo. Este milagro de antigüedad era una grandeza que no podia menos de ser visible para todo el mundo, y los franceses se sometieron gustosos á la autoridad de su rey, asi como á la autoridad de su historia.

El soberano heredó, pues, el patrimonio de su poder, y el pueblo el de su libertad. Ambas partes mutuamente contentas guardaban sincera y lealmente sus pactos; mas entre ellas se han introducido ciertos hombres raquíticos que tienen empeño en malquistarlas. Nadie debe admirarse si han conseguido hasta cierto punto sus taimadas intenciones.

La medianía individual carece de fuerza, no siendo que represente un numeroso conjunto de medianías. Cuanto mas pequeño es el individuo, tanto mas á propósito es para todas las pequeñeces: la multitud de enanos se prometen bajo su amparo la victoria; los cortesanos le prefieren porque siempre les queda el recurso de poder despreciar su primitiva condicion, y los reyes le mantienen en alto puesto como para hacer alarde del poder de la corona. Tiene ademas un hombre semejante el mérito de excluir del poder á la

(1) MR. ROYER-COLLARD, sesion del 22 de enero de 1823.

capacidad. De manera que ese representante de las medianías halaga las pasiones del corazon humano, la ambicion del vulgo y la envidia de todos.

Pero por fortuna la época de su esplendor es muy efímera: el espíritu de las instituciones volverá á franquear el paso á las capacidades, aunque el gobierno ensaye nuevos golpes de Estado que irremisiblemente se estrellarán contra la negativa del pueblo á satisfacer las contribuciones.

Los que necesitamos combatir, aspiremos á la victoria obrando de consuno y sin perder de vista á los enemigos de nuestras libertades. En las próximas elecciones es en donde debemos colocar principalmente nuestra esperanza. Las elecciones parciales que últimamente se han verificado, no han dejado pasar mas que un solo candidato del gobierno. Mr. Delalot ha sido elegido en Angulema con grata satisfaccion de los realistas constitucionales y mortal despecho de sus adversarios. Esto prueba que desde tiempo atrás se sabia que la censura es mal medio para obtener votos ministeriales en las elecciones. Pero tengamos cuidado de una cosa.

La última ley sobre el Jurado es excelente: á pesar de estar organizado de manera que en lo sucesivo podrá impedir los fraudes electorales, podria causar graves daños en la actualidad si la nacion se viera sorprendida por una disolucion súbita de la cámara de los Diputados despues del 1.° de octubre próximo.

Ya se ha principiado á poner en ejecucion esa ley. Las listas de candidatos han de estar terminadas para 1.° de octubre del presente. Es natural que en ellas tengan lugar todos los prosélitos del ministerio.

Desgraciadamente la institucion del Jurado no ha penetrado aun bien en nuestras costumbres: es probable que en los departamentos habrá frialdad en colocar su nombre en la lista de los jurados: se creerá que siempre habrá tiempo de hacerlo, y no tendrán presente que no haciéndose inscribir en dicha lista se pierden los derechos de elector. No perdamos de vista que LAS LISTAS DEL JURADO SON LISTAS ELECTORALES. Llegará el 1.° de octubre sin que nadie os haya avisado á domicilio; sin que las autoridades hayan dicho nada, y sin que los periódicos bajo la férula de la censura hayan podido hacer la menor advertencia. Si la cámara de los Diputados llegara á ser disuelta, ¿qué podria hacerse en tal caso? En vano correrán precipitadamente los ciudadanos á los colegios electorales; quien no esté inscristo en la lista del Jurado habrá perdido sus derechos de elector. ¿Se reclamarán? Las reclamaciones servirán para el *año venidero* (1828). En todo se habrá procedido con la mayor legalidad: no habrá lugar á la mas insignificante queja; mas como ya lo dicen tibialmente los iniciados frotándose las manos: *el golpe se habrá dado en vano*. Se eligirá una cámara de Diputados *para siete años*, y los ministros riéndose de los engañados y de la verdadera opinion del país recogerán abundantemente el fruto de la censura.

Recomiendo, pues, á todos los ciudadanos la mas seria atencion sobre el particular; apresúrense á inscribirse en la lista del jurado antes del 1.° de octubre, pues de eso dependen sus derechos electorales y la prosperidad y libertad de la nacion. Volveré á repetir mil veces esta advertencia, y todos los escritores amantes de su país lo considerarán tambien como un deber por su parte.

Deplorable cosa es tener que estar siempre en guardia contra temores de sorpresas y desconfianzas, y considerando el poder gubernativo cual si fuera un enemigo, sin esperar que cumpla con la obligacion de ser el primero en instruir á los ciudadanos, y en invitarlos al ejercicio de sus deberes. Desgraciadamente esas desconfianzas no están sino demasiado justificadas por las antiguas trampas electorales y por todos los esfuerzos que el gobierno ha hecho para sobornar por de pronto la opinion y luego para sofocarla. Estrechemos nuestras filas, ciudadanos: olvidemos nuestras mezquinas desavenencias: no nos desanimemos porque el tiempo nos parezca largo. Hay quien sin cesar tiene en los labios esta frase vulgar: ¡*Aun falta mucho tiempo*! ¡Mucho tiempo! ¿Tanto os parece que dura la vida?

Carlos X oirá nuestro clamor; de su mano debemos esperar la salvacion. Si su piedad es grande, no por eso es menos ilustrada: no se arrodilla humildemente al pié de los altares para hollar luego con soberbia planta la frente de sus vasallos, ni es de esos reyes que creen que la mano con que se han dado golpes de pecho está autorizada para descargar impunemente golpes sobre sus vasallos. Desciende nuestro monarca de aquel Luis IX que acostumbraba decir: Preferiria que *el pueblo de mi reino fuese bien y lealmente gobernado por un escocés venido de Escocia ó de cualquier otro lejano país, á verlo bajo el cetro de un rey de Francia que no fuese amado de su pueblo y cuyos actos diesen fundado motivo de murmurar.*

Esos son los verdaderos sentimientos de un rey, de un santo, y de un varon eminente.

POST-SCRIPTUM.

Los periódicos extranjeros dan por terminado el tratado entre Francia, Inglaterra y Rusia, que asegura la pacificacion de la Grecia, cuyas negociaciones principiaron hallándome yo en el ministerio, y que, siendo ciertas, han tenido segun mi opinion, un triste desenlace. Difícil es comprender cómo los otomanos, vencedores casi en todas partes, abandonarán las fortalezas de que les han dejado hacerse dueños, entregarán las fortalezas turcas á *rayas* rebeldes, ni cómo los griegos por su parte reconocerán al Sultan por *legítimo soberano*, pagándole *un tributo anual*, ni consentirán en dejar á la Puerta *un voto decisivo en lo tocante al nombramiento de las autoridades elegidas por ellos.*

En mi nota sobre la Grecia dije (ahora hace dos años), que era ya demasiado tarde para pedir en obsequio de esta una especie de existencia semejante á la de Valaquia y Moldavia, hallándose los griegos á punto de expulsar á los turcos ó ser exterminados por estos.

Sin embargo manifesté ser posible librar á los Helenos sin turbar el mundo, sin dividirse y hasta sin comprometer la existencia de la Turquía, por medio de un despacho colectivo firmado por las grandes potencias de Europa, y añadí que esa clase de documentos era la que uno tendria placer de firmar con su propia sangre.

Esta es la resolucion que por último se ha tomado; ¿pero cuándo? Cuando se han derramado torrentes de sangre; cuando los turcos han vuelto á pisar las ruinas de Atenas, y cuando la tea de Mahometo, plantada sobre los restos de las ruinas de Fidias, alumbra al parecer los funerales de la Grecia.

La Francia que habria debido tomar la iniciativa en esta cuestion; la Francia que deberia tener en este momento veinte y cinco mil voluntarios en la Morea, tiene que ir por debilidad de los ministros en pos de las demás potencias. Los pueblos han arrastrado á remolque los gobiernos en un asunto en que la religion, la humanidad y los intereses materiales bien entendidos reclamaban la intervencion de los gobiernos.

Se ha declamad[illegible] contra los comités *filelenos*; pero hay que tener [illegible] cuenta que al pedir pan para ellos, se ha facilitad[illegible] alimento á viudas, á huérfanos,

á un puñado de héroes, y se ha dado tiempo de avergonzarse á la cristiandad.

La Rusia queria obrar: ¿quién se lo ha impedido? Si es justo socorrer en la actualidad á los griegos, ¿no lo era tambien hace cuatro años? ¿Se habian lisonjeado de poder anonadarlos? Desgraciadamente los griegos han sabido frustrar esas esperanzas. En la actualidad importuna su nombradía: ¿Qué remedio? ¿No se les podria castigar imponiéndoles la soberanía de los turcos? No ha sido posible quitarles la existencia: quitemosles la gloria; mezquino es el recurso; pero así nos vengaremos de la libertad del modo que podamos. Si la Puerta no acepta una mediacion propuesta con tantas consideraciones y palabras llenas de modestia, ¿cuánto tiempo podrá durar aun la matanza, no estableciéndose por el tratado ningun armisticio? Mientras se cangeen las notas diplomáticas, ¿podrán los turcos seguir degollando á sus víctimas en presencia de los que intervienen en favor de estas?

Si considerais á los griegos como vasallos rebeldes, ¿á qué fin os ocupais de sus asuntos? Si los considerais como un pueblo que merece ser libre, ¿con qué derecho fijais condiciones para darles libertad, ó mas bien dicho prolongais su esclavitud? Dejadlos morir: la posteridad les tributará los últimos honores; ninguna falta les hace que vuestra ostentacion de piedad y vuestra burlesca admiracion vayan á pasear enlutadas banderas por los mares que la Grecia ilustró en otros tiempos, ni á tirar cañonazos con pólvora sola sobre su tumba.

Si los griegos establecen, segun parece que ya lo han determinado, una monarquía constitucional, y eligen un príncipe extranjero, ¿será el Gran Señor el que con su voto decisivo tendrá que sancionar el nombramiento de este rey vasallo? Si no aceptan los griegos las autoridades designadas por la Puerta ¿quién decidirá la cuestion? Las potencias mediadoras, reunidas en consejo de censura ¿andarán tomando á cada paso las armas?

Conveniente habia sido evitar detalles en un asunto en que todo se ha arreglado sin dar oido á las partes interesadas. Segun mi opinion no debian haber hecho mas que decir: «La guerra cesará inmediata»mente: así lo exigimos por el interés de la religion y »de la humanidad, y por el de nuestros vasallos y el »comercio. Reconocemos la independencia de la Gre»cia, y ofrecemos nuestra mediacion para los arreglos »que tengan que hacerse en virtud de este reconoci»miento.»

La Inglaterra ha reconocido la independencia de las colonias españolas; la Francia la de una república de negros ¡y aun se está hablando de una *reconciliacion eventual* con los griegos! ¿No defenderán la Inglaterra y la Francia principios generosos sino cuando por defenderlos no se aventuren á ningun peligro? ¿Tan formidables son los turcos? Basta que nuestros hombres de Estado intervengan en algun asunto para que se eche á perder: su mezquina administracion nunca consigue resultados completos.

Sin duda debemos alegrarnos de que algunas familias griegas hayan podido salvarse de tantos desastres; mas no por eso nuestros hombres de Estado deben venir á reclamar en nombre de una medida incompleta y tardía una popularidad que están lejos de merecer. ¿Tendremos que creer en un artículo secreto, que ya se ha hecho público? De todos modos no es muy grande el compromiso que por ese artículo contraen las potencias; pues se reduce á decir que se establecerán relaciones mercantiles con los griegos *siempre que entre estos existan autoridades que se hallen en estado de poder mantener dichas relaciones.*

¿No podrá mediante esta cláusula decirse en todo tiempo á los griegos que las potencias desean establecer relaciones mercantiles; pero *que ellos no se hallan en estado de mantenerlas?* De manera que esta ponderada negociacion vendria á terminar por una miserable parodia. De todos modos el tono del tratado, (dado caso de ser auténtico el documento) es tímido, vago, embrollado, sin franqueza, y poco digno del lenguaje que deberian usar las tres grandes potencias. En él se descubren el amor á los turcos, la desconfianza de la Austria, el temor de la guerra, el estilo mercantil de la *cité* de Londres y del agiotaje de la bolsa de Paris: no es posible librarse de los *treses por ciento.*

ULTIMO AVISO A LOS ELECTORES.

París 5 de setiembre de 1827.

Solo una cosa es la que debe fijar en estos momentos la atencion del público, de la cual no nos cansaremos por ahora de hablar á nuestros lectores: esta cosa tan interesante en la actualidad es la formacion de las listas para el jurado. Estas listas, como ya lo hemos dicho, son tambien listas electorales. Cualquiera que descuide de hacerse inscribir en ellas antes del 30 de este mes perderá su derecho de elector durante un año. Si en ese plazo ocurriera una nueva eleccion, el mal ciudadano (conviene hablar sin rodeos) que hubiera permanecido aislado, seria culpable de cuanto daño una cámara de los diputados vendida al gobierno del dia hiciera al pais.

No olvideis que en dos distintas épocas teneis contra vosotros dos probabilidades de disolucion. Una vez cerrada en 30 de setiembre la lista del jurado es valedera por un año: el ministerio puede hacer que la corona se determine á disolver la cámara de los Diputados antes de la próxima legislatura ó despues de ella; si la eleccion se verifica solamente algunos dias antes del 1.° de octubre de 1828 servirá la lista cerrada en 30 de octubre del año anterior. De manera que si al ministerio le place sostener aun otra campaña con la cámara actual de los Diputados, puede hacerlo reservándose su *buena* lista (buena para sus fines) para las elecciones cuyo plazo fijaria para el mes de agosto ó setiembre del 1828 con lo cual ganaria un año de vida, añadiendó además el año que va á pasar á los siete que luego se tomaria. ¿Habrá en Francia un solo hombre, no siendo algun servidor extremadamente humilde á quien pueda convenirle semejante arreglo? ¡Ocho años todavía de existencia del actual ministerio! Es demasiado. Sin embargo esto es lo que sucederia si los electores no serviles dejaban de presentarse á su prefectura antes del 30 de setiembre. No tarden pues en presentarse pues ya hemos llegado al dia 5 de ese mes fatal.

Ya se regocijan en las oficinas por los retardos que se notan en presentarse á la formacion de las listas; lisonjéanse de que prosiguiendo esas morosidades, las cuatro quintas, ó por lo menos las tres cuartas partes de votos serán adquiridas en provecho de la autoridad. Ya llegan á indicar el número de individuos de que se compondrá la oposicion venidera: sesenta diputados de la minoría de la izquierda, y ocho de la minoría de la derecha es todo lo que el ministerio concede á las *necesidades de la oposicion.*

Afortunadamente nos es bien conocida á todos la arrogancia del ministerio, y sabemos que no pocas veces ha anunciado victorias que ha estado lejos de obtener. Decia hallarse seguro de que Mr. Delalot seria rechazado de las elecciones de Angulema y Mr. Delalot ha sido nombrado por ellas. (Otro tanto podria decirse de algunas otras elecciones parciales). Consideraba como cosa cierta la aprobacion de muchas leyes, y al llegar el caso estas leyes fueron desechadas, ó no pasaron sino con notables enmiendas. Creemos y no nos faltan razones en que apoyarnos, que en la ma-

yor parte de los votos que el ministerio se adjudica en las listas del jurado, habrá grandes equivocaciones. No nos espanten, pues, sus fanfarronadas, pero sírvannos de aviso: no olvidemos que un solo voto puede decidir el nombramiento de un diputado, y que el voto de este puede influir decisivamente en la suerte de una ley ó de un ministerio.

Mas si el ministerio tiene intencion de proceder á nuevas elecciones ¿en qué consiste que es el primero en solicitar la inscripcion en las listas? Véanse las advertencias de los prefectos y los articulos de los periódicos ¿no es evidente que la censura no habria dejado pasar esos artículos si contrariasen los planes del gobierno? Claro está pues, que los hombres del poder no quieren renovar la cámara de los Diputados, ó que desean que la eleccion sea espontánea, y las opiniones se manifiesten con libertad.

¡Ojalá nos fuera posible dar esos elogios al ministerio! Pero el pais está ya por desgracia acostumbrado á juzgarlo de otro modo, y lo mas deplorable que, tanto para la nacion como para él, hay en su posicion, es que aun diciendo la verdad, nadie le creeria.

La desconfianza que inspira llega ya al último término segun hemos podido observarlo por los electores que al no acceder á la invitacion de las autoridades se retiraban diciendo: «Si nos dan prisa, no es mas que »para hacernos caer en algun lazo que no está al alcance de nuestra vista. El ministerio no tiene ganas »de que votemos contra él, es asi que nos llama, luego debemos presumir algun fin siniestro.» No era posible disuadir de este argumento á los electores.

Fácil es explicar esa aparente contradiccion entre el deseo secreto del gobierno y el lenguaje público de las autoridades y de los periódicos censurados.

Escaso es el número de hombres sobre quienes ejercen influencia las razones de un *principio*: la multitud no se afecta mas que por las razones de *hecho*, ni comprende mas que ellas. A todas horas podeis estar gritando: «¡Nada hay mas hermoso que las funciones »del jurado; nada mas admirable que el poder electo»ral! Si os exponeis á perderlo, os mostrareis indigno »del gobierno representativo y de la libertad constitu»cional: titulándoos independiente, renunciareis á »vuestra independencia, y creyéndoos realista sereis »ingrato al beneficio otorgado por vuestro legítimo »soberano al concederos la constitucion. Salid de »vuestra apatía, y aseguraos el duplicado derecho »de elector-jurado:»

Muy oportuno es semejante lenguaje ¿pero decidiria á que se inscribieran en las listas ni siquiera veinte electores de los que no se han inscrito espontáneamente? Creemos que no. Luego ningun inconveniente tiene el gobierno en dejar proclamar esas teorias, pues ya sabe que no es con metafísica política con lo que se mueve el ánimo de los electores. Además valiéndose de ese medio tiene ocasion de aparentar á poca costa candidez y dar margen á que sus partidarios pueden presentarse en la tribuna á hacer la apología de la censura diciendo: «La mayoría que el mi»nisterio se ha adquirido en esta nueva cámara »demuestra que la verdadera opinion del país es com»pletamente favorable al sistema de gobierno actual: »¿No han sido libres las elecciones? ¿No ha invitado el »gobierno á los electores de todos los partidos? ¿No les »han instruido las autoridades departamentales de to»dos sus deberes? ¿No han propuesto los periódicos »por candidatos los hombres de sus respectivas opi»niones?»

¿Quereis saber hasta dónde llega la sinceridad de esas palabras? Vengamos al hecho; dejémonos de teorias; dígase á los electores que se hagan inscribir para poner un término al sistema ministerial, para impedir que vuelvan á presentarse esos proyectos de ley que causan la ruina de la nacion; para oponerse á la perpetuidad de la censura, y al menoscabo de la dignidad de par; para despachar á los recaudadores generales á sus departamentos, y disolver un pernicioso sindicato; para volver á dar á la caja de amortizacion su verdadero destino; para librarnos de la humillacion de vernos insultados por unos piratas, cuyos puertos estamos bloqueando inútilmente; para dar nueva vida al comercio, y remediar enormes injusticias... Dejad que se digan estas razones en los periódicos y vereis cuanta prisa se dan los electores á inscribirse en las listas. Pero la censura tendrá buen cuidado de que nada de esto pueda decirse y por lo tanto la invitacion del gobierno á los electores queda meramente reducida á una nueva decepcion.

En un país en que el gobierno marchara con el pueblo, en vez de aprovecharse aquel de las dificultades que puedan suscitarse en la aplicacion de una ley, y de atenerse estrictamente al espíritu de ella, facilitaria con paternal bondad el uso de sus derechos á los ciudadanos, y les allanaria todos los inconvenientes que pudieran surgir.

La ley actual sobre el jurado se ha olvidado de mandar á las autoridades locales entregar recibo de los documentos que se les presenten ¿Cómo se podrá probar que fueron entregados en tiempo útil, si por casualidad llegaran á estraviarse en las oficinas, ó si algun bajá ministerial tenia interés de hacerlos desaparecer?

Viene un elector de algunas leguas de distancia á cumplir con la indicacion de la ley: llega á una hora avanzada, las oficinas están ya cerradas ¿podrá volver?

Sabido es que á los recaudadores de contribuciones rurales nunca les falta pretexto para pasar algunos dias antes de dar el certificado que se les pide.

El articulo 3 de la órden de 1820 dispone que cada diez dias, mientras permanecen fijadas las listas electorales, los prefectos publiquen una relacion de los nombres que se hayan añadido ó quitado. ¿Gozarán de semejante beneficio los electores jurados?

Añádanse á todos estos obstáculos los expedientes sobre agravics, las disputas acerca de los documentos presentados, y los errores voluntarios ó involuntarios de los recaudadores, alcaldes, prefectos, y sub-prefectos.

Dura cosa es tener que enumerar los medios que el poder ministerial podria emplear para falsear una excelente ley; mas ya le hemos visto recurrir á ellos: su personal y su espíritu en nada han cambiado desde la época en que sin avergonzarse hizo pública profesion de su despotismo. ¿Qué se puede esperar de su justicia?

Nuestros temores quizás parecerán intempestivos. No faltará quien diga que el gobierno no se halla en el caso de aventurar lo cierto por lo dudoso: puede aun prolongar la situacion por dos ó tres años, pues nada mas pide que ganar la votacion del presupuesto y restablecer cada añ la censura. En concepto del ministerio la opinion pública es una bobería y los discursos de la tribuna mero prurito de hablar. Si le decís que la censura está arruinando las instituciones, os responderá que la censura es lo que las salva, y sobre eso, silencio ¡á la órden del dia! El recuento de las bolas arreglará la cuestion. No hay plazo que no se cumpla. ¡En tres años pueden suceder tantas cosas! Cuando esos tres años hayan pasado, entonces veremos. ¿Por qué han de turbar su tranquilidad los ministros con todas esas previsiones? Además en el *Moniteur* se les dice que son los mas eminentes varones del mundo; que han consumado hechos magníficos, admirables. Calcúlanse por menor todas esas lindezas y la censura las cubre con su inviolabilidad. El político que tiene privilegio para serlo sigue cobrando buen sueldo del tesoro y puede dormir tranquilo. Nadie es tan insensato que suelte lo que tiene en la mano para aventurar al capricho de la suerte la fortuna adquirida. No ocurrirá el mas pequeño cambio: todo seguirá

como hasta aquí: no os deis prisa á inscribiros, electores.

Convenimos en que no están enteramente faltos de verdad los que asi discurren, en especial por lo tocante al espíritu que domina al gobierno: el ministerio no cuida mas que de su existencia, y como que ya se ha hecho insensible á toda acusacion, seguiria indudablemente conservando su posicion aunque para ella tuviera que arrostrar todo el baldon de su miseria. No penseis conmoverle aunque le digais que dentro de dos ó tres años podrán las elecciones llegar á ser muy peligrosas por la irritacion siempre en aumento de los ánimos, ¿qué le importa al ministerio ningun interés que no sea el de su existencia? Mas en las circunstancias que atravesamos los agentes del poder no pueden entregarse libremente á las inclinaciones de su carácter: algun dia tendrán que ceder á la fuerza.

Es probable que despues de la próxima legislatura ocurran muchas dimisiones: no pocos diputados piensan que sus poderes legales espiran al cabo de 5 años. El 1828 deberá por lo tanto producir reelecciones parciales. ¿Querrán dejarlas en beneficio de los que tengan derecho á ellas? Además ¿no nos autoriza todo á presumir que esas reiteradas dimisiones traerian una disolucion completa en pos de sí? Téngase pues bien presente lo que hemos dicho en nuestro discurso anterior.

Finalmente si hay intencion de inscribirse en la lista de los electores jurados ¿por qué razon se ha de retardar el hacerlo dando lugar á funestas eventualidades? Supongamos que se disuelva la cámara de los Diputados, ¿qué importa? El elector no habrá perdido su derecho y podrá esperar tranquilamente lo que suceda.

Pierdan todo temor los que pudieran tenerlo por lo tocante á ejercer las funciones de jurado. Es cosa ya demostrada que en los departamentos no les puede tocar mas que una vez cada ocho años. ¿Habrá nadie que por tan pequeña molestia se resigne á privarse del magnífico derecho electoral? Mas ni aun asi conseguiria nadie evitar la molestia, pues *aunque perderia el derecho de elector; seguiria siendo jurado*. El prefecto puede en cualquiera ocasion inscribiros oficialmente en la lista y los mismos ciudadanos de cuyos honrosos trabajos no habreis querido participar, serian los primeros en denunciaros como idóneo para ser miembro del jurado.

No busquemos en el poder ministerial, ni en su amor al reposo, ni en su acostumbrada imprevision, ni en sus demás defectos, excusas que autoricen nuestra pereza ó negligencia. El gobierno puede cuando menos se piense salir de su índole: no hay persona que no desmienta alguna vez sus propias faltas. Cierto es que exigen silencio é inmovilidad en lo exterior, cierto es que sacrificarian la dignidad del país por producir la subida de algunos céntimos en los fondos públicos; mas si se tratara de conservar su puesto un ministro, no se repararia en dificultad de ningun género, golpes de Estado, licenciamiento de la guardia nacional, libertades públicas, de todo se echaria mano sin consideracion. Los hombres que han abierto un abismo bajo nuestras plantas son los únicos que se empeñan en no ver los síntomas de la crisis que sus desaciertos nos han preparado. La censura, lejos de remediar los males, no ha hecho mas que darles nuevo pábulo. ¿Ha calmado la censura la malevolencia del público hácia el ministerio? Acusábase á los periódicos de dar órdenes, dictar leyes y amotinar el pueblo hasta con el pretexto de acompañar el féretro de algun ilustre finado. La prensa tuvo que enmudecer. ¿Mas dejaron por eso de ser acompañados al último asilo los restos mortales de Mr. Manuel?

¿Qué es lo que se oyó en esos funerales en que la censura trató de imponer su silencio hasta en el mismo recinto de la muerte? ¿Ocurrió por ventura algo menos que en la inhumacion del general Foy, verificada bajo los auspicios de la prensa libre? En la actualidad hasta los muertos hacen oposicion al gobierno.

La religion, segun ya lo habiamos anunciado, padece extraordinariamente con esta situacion. Verdad es que en los periódicos no se habla ya de misioneros, ni de jesuitas; pero prestad atencion á lo que se dice en vuestro alrededor y oireis que ahora las acusaciones se dirigen contra todo el clero en masa. Segun dicen sus enemigos, no se ha establecido la censura masque para favorecer su ambicion y poder ocultar sus defectos: el clero, insisten diciendo, quiere la ruina de la ley fundamental, y la Constitucion es incompatible con su existencia. Tales son las calumnias á que ha dado márgen el sistema ministerial, absurdas é indignas ciertamente, mas no por eso menos populares, y téngase entendido que las mentiras han causado en el mundo males de mas consideracion que las verdades. Los pequeños Maquiabelos de la presente época piensan que todo marcha en regla cuando el pueblo tiene pan y paga regularmente las contribuciones. Ignoran esos supuestos hombres de Estado que la sociedad tiene necesidades morales mas imperiosas aun que las fisicas. Cuando esas sociedades se dan por ofendidas en sus libertades, opiniones, en sus gustos ó en su orgullo, en vano será que los campos se cubran de mieses, por todas partes aparecerán síntomas de disgusto que anunciarán un próximo trastorno social. En el órden político los males físicos causan sediciones, y los sufrimientos morales son los que producen la revolucion. No faltan ejemplos de pueblos que hallándose en pleno goce de todas las riquezas de la tierra y todos los tesoros del cielo han caido, digámoslo asi, en un acceso de delirio. ¿Por qué? Porque en el fondo de su pecho alimentaban una secreta herida que sus gobernantes no acertaron á curar. Roma sufrió con resignacion la mas cruel carestía y se conmovió toda por el honor de Virginia. París se avenia á perecer de hambre antes que abrir sus puertas á Enrique IV. La libertad, la religion, la gloria, son los poderosos móviles que arman á los hombres; los brazos solo sirven á las inteligencias.

Han querido establecer la censura por mil razones personales y tal vez para favorecer las elecciones en sentido del poder administrativo. Jamás conseguirán con ella los resultados que se prometian, y si por el contrario males sin cuento, si el gobierno no se da prisa á destruirla cuanto antes. Las nulidades se han espantado de su propia sombra y á ese temor han sacrificado la libertad.

Estupefacto quedará el país cuando en la próxima legislatura pueda fijar la vista en todas las ruindades de la censura, y en todos los males causados por los intereses personales y por las mezquinas pasiones políticas y literarias. Forzoso será que en la tribuna se explique la historia de los *blancos* y las intrigas de la censura en conceder á unos periódicos lo que negaba á otros. ¿Cómo han podido imaginarse que esta gran nacion olvidaria todo lo que habia aprendido, y que se sujetaria sin indignacion á no hablar de sus mas caros intereses sino con superior licencia? ¿Un pueblo que cuenta ya cuarenta años de instruccion en lo tocante al gobierno representativo, despues de haber pagado con su sangre y sudores ese rudo aprendizaje; una nacion que por espacio de cinco años ha gozado de entera libertad del pensamiento; una nacion cuyo derecho escrito está cimentado en una Constitucion y en los juramentos de dos reyes, ¿podria sufrir por mucho tiempo la férula de una censura hambrienta que con nada mas quiere satisfacerse que con las libertades de la nacion?

¿Queréis hacer cesar todas las divisiones, calmar todas las inquietudes, dar prosperidad á la nacion en lo interior y hacerla invulnerable en lo exterior? Pues bien: observad puntualmente la Carta, no porque es-

ta se llame Constitucion, código, principio, ley fundamental, sino porque es la sincera expresion de todas las necesidades de la época. Bonaparte no pereció sino por haber sido infiel á su mision, porque siendo hijo de la república, dió muerte á su propia madre. Dióse demasiada prisa á gozar y abusó de su gloria como de una juventud fugitiva. Presentábase casi á un mismo tiempo en todas las regiones: inscribia precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, arrojaba en medio de su rápido curso coronas á su familia y á sus soldados; obraba aceleradamente al erigir monumentos, al confeccionar leyes, y al gozar sus victorias. Encorvándose sobre el mundo con una mano aterraba á los reyes, y con la otra al gigante revolucionario; mas al vencer la anarquia ahogó á la libertad, y concluyó por perder la suya en su último campo de batalla.

¡Y nosotros desde el centro de nuestra flaqueza, desde el fondo de nuestras amadas tinieblas; nosotros antiguos inválidos de otro siglo, que apenas llamamos la atencion en el actual, nosotros tendremos la presuncion de luchar victoriosamente contra unos principios que ni el mismo Bonaparte, lleno de vida, lleno de gloria, hijo vigoroso del siglo, no pudo atacar impunemente, principios que dejaron sin fuerzas al gigante en el acto de separarse de ellos!

Solo por medio de unas elecciones independientes, podremos librarnos de un sistema que perjudica á la corona, mata las libertades, oprime los opiniones, introduce la discordia en los ánimos, paga con ingratitud los servicios, destruye la industria, paraliza el comercio, y por último, no simpatiza con ninguna de las opiniones de Francia. En nuestra mano está conseguir el triunfo; cumplamos con las formalidades de la ley del 2 de mayo. Si nos descuidamos de poner en práctica nuestros derechos electorales, Dios sabe hasta cuándo se pertuará la política mezquina y opresiva que nos abruma. Esta política producirá tarde ó temprano una catástrofe: de manera que el inscribirnos en las listas del jurado es lo mismo que defender el trono, el altar, nuestras libertades, nuestros bienes y nuestras familias.

Tal es el parecer de los *amigos de la libertad de imprenta* y en particular de aquel cuya divisa será siempre *rey, Constitucion y honradez*.

DE LA RESTAURACION

Y DE LA MONARQUÍA ELECTIVA Ó SEA RESPUESTA Á LA INTERPELACION DE ALGUNOS PERIÓDICOS SOBRE HABERME NEGADO Á SERVIR AL NUEVO GOBIERNO.

Diversos periódicos han tenido reiteradas veces la complacencia de preguntarme por qué razon me negaba á servir á una revolucion que consagra los principios que yo he defendido y propagado.

No me habia yo olvidado de esta pregunta; pero deseaba salir en paz del mundo político, asi como me retiro del mundo literario en el prefacio del escrito(1) con que termino mis *Obras completas*, y que saldrá á luz de aquí á pocos dias «¿Para qué (decia yo en mi interior) he de armar contra mí las pasiones? ¿No ha sido bastante borrascosa mi existencia? ¿No he de gozar breves momentos de reposo ni aun en el borde de la huesa? Una proposicion presentada á la cámara de los Diputados me ha hecho variar de propósito. Los hombres de corazon me comprenderán. Libre apenas de un largo y penoso trabajo, tengo que turbar el postrer momento que acaso podré pasar en mi patria; pero se trate de un asunto de honor y no quiero evitarlo.

(1) *Discursos ó estudios históricos.*

Desde las jornadas de julio no he incomodado al poder con mis lamentaciones. Hablé de la monarquía electiva á los pares de Francia antes de que se estableciera, y en la actualidad hablo de ella á los franceses, cuando ya cuenta ocho meses de existencia. Un grave motivo, la caida de tres soberanos, me habia obligado á explicarme, y otra circunstancia no menos grave, la proscripcion de esos reyes no me deja permanecer en silencio. En este opúsculo (refutacion indirecta de la proposicion presentada á las Cámaras legislativas, y esplanacion de mis ideas, sobre lo que existe) los partidos se encontrarán mas ó menos lastimados. No halago á nadie, y á todo el mundo digo duras verdades. No quedándome ya mas esperanza que la de un incierto porvenir mas allá de la tumba, me importa que mi memoria no quede agravada con mi silencio. No debo callar por lo tocante á una restauracion en que tanta parte he tomado cuando oigo ultrajarla diariamente, y cuando por último la proscriben en mi presencia. Sin amigos, sin apoyo, nadie responderá por mí, sino yo mismo. Hombre solitario, compelido por la casualidad á tomar parte en los intereses sociales, no guiándome de nadie, aislado en la restauracion, aislado despues de la restauracion, permanezco como siempre, independiente de todo, adoptando lo que me parece bueno, desechando lo que me parece malo, sin cuidarme de agradar ni desagradar á los que lo profesan. En la edad media, durante las públicas calamidades, acostumbraban meter un religioso en una pequeña torre, y allí le hacian ayunar á pan y agua por la salud del pueblo. No dejo yo de presentar algunos puntos de semejanza con ese religioso del siglo XII: desde la tronera de mi torrecilla expiatoria, voy á predicar mi último sermon, que acaso ninguno de los que pasan se parará á escuchar.

De dos clases son las razones que me han impedido tributar homenaje al gobierno actual: las unas son generales, y las otras particulares ó personales: hablaremos ante todo de las primeras.

Si se hubiese verificado la restauracion en 1796 ó en 1797 no hubiéramos tenido Constitucion ó por lo menos habria sido sofocada en medio de la conmocion de las pasiones. Bonaparte oprimió la libertad que existia en su tiempo; pero le preparó el camino para el porvenir, porque puso freno á la revolucion, y acabó de destruir los restos de la antigua monarquía. Fue, digámoslo asi, el que labró el campo de la muerte y de las ruinas: su poderoso arado, conducido por la gloria abrió los surcos en que debian sembrarse las libertades constitucionales.

La restauracion ocurrida despues del imperio habria podido sostenerse á beneficio de la Carta, á pesar de la desconfianza que inspiraba, y á pesar de los triunfos extranjeros, de los cuales aunque por de pronto parecia ser objeto, no era en realidad mas que un mero incidente.

La legitimidad era la encarnacion del poder: sosteniéndola con libertades, habria gozado una lozana existencia y al mismo tiempo nos habria enseñado á templarla. Lejos de comprender esta verdad, se empeñaron ciertos hombres en acumular poderes sobre poderes y la restauracion pereció por un exceso de su principio vital.

No me puedo abstener de echarla de menos, porque era mas á propósito que ninguna otra forma de gobierno para completar nuestra educacion. Si hubiésemos podido pasar tranquilamente veinte años de libertad de imprenta, las generaciones antiguas habrian acabado de desaparecer: se hubieran modificado las costumbres nacionales de tal manera, y la razon pública habria hecho tales progresos, que en lo sucesivo se habria podido soportar sin peligro cualquiera revolucion.

El camino que se ha seguido es mas corto: pero ¿es mejor? ¿es mas seguro?

Existen dos clases de revolucionarios: los unos desean la revolucion con la libertad, y son los menos; los otros, que componen la inmensa mayoría, la desean con el poder. No nos hagamos ilusiones; creemos de buena fe que la libertad es nuestro ídolo; pero nos engañamos. La igualdad y la gloria son las dos pasiones vitales de la patria. El genio de la Francia, es el genio militar; esta nacion viene á ser un soldado. Se ha amado la libertad en tanto que esta ha hecho oposicion á un poder aborrecido, y que al parecer tenia empeño de contrariar las ideas nacionales; mas así que ese poder ha venido al suelo ¿quién sino yo, y un centenar de bienaventurados como yo se acuerda de las libertades obtenidas? Al mas pequeño motin que se haya hecho en sentido de su opinion, al sentir la mas insignificante picadura por parte de algun periódico el mas acérrimo defensor de la libertad de imprenta invoca en alta voz, ó en tono muy bajo el establecimiento de la censura. ¿Creéis que esos doctores que en otro tiempo nos demostraban la excelencia de las leyes de exepcion, que luego cuando cayeron de sus puestos se manifestaron apasionados de la libertad de imprenta, y que ahora se jactan de haber combatido siempre en favor de esa libertad; creéis, vuelvo á decir, que no se sienten en la actualidad inclinados á sus primeras tendencias hácia una *prudente libertad*, lo cual en boca de tales hombres quiere decir, libertad con librea ministerial, cadena y placa al cuello, transformada digámoslo así en portero de la cámara? ¿No les oimos todavía decir como en otro tiempo, *que es imposible gobernar de ese modo?*

Lo he predicho en mi primer discurso en la cámara de los Pares: la monarquía del 29 de julio se halla en una condicion absoluta de gloria, ó de leyes de excepcion: vive por la prensa y la prensa la mata; sin gloria, tendrá que ser devorada por la libertad, y si ataca á esa libertad, perecerá. Donoso seria vernos levantar barricadas contra la libertad de imprenta, despues de haber arrojado por medio de barricadas tres reyes en obsequio de esa libertad. Y sin embargo, ¿qué hemos de hacer? ¿Bastará la redoblada accion de los tribunales para contener á los escritores? Un gobierno nuevo es muy parecido á un niño que necesita andadores. ¿Volveremos á poner en mantillas á la nacion? Ese terrible niño que ha mamado tanta sangre en los bibaques cuando estaba sostenido por los brazos de la victoria ¿no desgarrará todas sus envolturas? Solo un antiguo vástago con hondas raices en los tiempos pasados era el que podía sufrir impunemente el embate de los vientos de la libertad de imprenta. Se gozó libertad en Francia durante los tres primeros años de la revolucion, porque habia legitimidad. ¿Qué se hizo esta libertad desde la muerte de Luis XVI hasta la restauracion? Arrolló cuanto se le puso por delante en tiempo de la república y cayó exánime en tiempo del imperio. Veremos qué suerte le cabrá bajo la monarquía electiva.

A cada paso se descubren nuevas dificultades por parte de esta: por de pronto no está de acuerdo con las monarquías absolutas que la rodean: su mision es avanzar, y los que la dirigen no se atreven á hacerlo: no puede ser estacionaria, ni retrógrada, y sus guías por miedo de precipitarse son estacionarias y retrógradas: sus simpatías están en favor de los pueblos; si le hacen renegar de esas simpatías, no podrá contar con un aliado. Finalmente esa monarquía marcha continuamente amenazada por tres fantasmas: el espectro de las revolucion, el de un niño que está jugando en el extremo de una larga fila de sepulcros, y el de un jóven á quien su madre dió lo pasado y su padre el porvenir.

En la actualidad todo el mundo conviene en que la restauracion fue una época de tiranía, y el imperio una época de independencia: lo cual sin embargo no deja de ser una manifiesta falsedad. No poco se admiraria de su corona cívica, si llegara á resucitar el *liberal* de las conscripciones, el que ametrallaba al pueblo en las gradas de San Roque el 13 *vendimiaire*, y obligaba á los representantes del pueblo á saltar, por las ventanas en *Saint-Cloud*. No poco se admiraria de que la libertad de imprenta, la libertad de la tribuna y la soberanía del pueblo fuesen los extraños elementos que constituian su imperio. Llegan algunos al extremo de sacrificar la reputacion nacional en obsequio de la de Bonaparte: diríase que la nacion nada suponia sin él. Cuidado que halagándonos el oido con nuestra independencia no caigamos extasiados ante el despotismo: cuidemos de elevar el honor nacional sobre la gloria de un hombre por grande que sea.

Por lo demás los quince años de la restauracion con sus inconvenientes, sus faltas, su estupidez, sus tentativas de despotismo por las leyes y por las actas, y la malevolencia del espíritu que las dominaba, son, si bien se mira, los años de mas libertad que han gozado los franceses desde la época en que principian sus anales.

Hace seis meses que estamos presenciando un milagro: los resortes del poder se han roto completamente: obedece el que quiere, y sin embargo la nacion se gobierna á sí misma y vive sostenida únicamente por el espíritu de progreso de su razon. ¿Cuando se ha podido verificar ese progreso? ¿Será en tiempo de la Convencion, del Directorio, ó del Imperio? No, sino durante el reinado de la libertad de imprenta y de libertad de la tribuna. Esto que yo digo irritará tal vez las pasiones del momento; mas cuando la efervescencia de estas haya pasado, todo el mundo lo repetirá como una verdad.

Ni aun de esplendor han carecido esos quince años de la restauracion: así lo acreditan magníficos edificios, estátuas, canales, barrios nuevos en la capital, mercados, puertos, acueductos, y una numerosa multitud de obras de ornato público; así lo manifestarán la reogarnizacion de la armada, la libertad de la Grecia, el establecimiento de una valerosa colonia en la guarida de los antiguos piratas que toda la Europa durante tres siglos no pudo destruir, un inmenso crédito público y propiedad industrial, cuyo estado floreciente con nada puede atestiguarse mejor que con las bancarrotas generales que han ocurrido desde el establecimiento de la monarquía electiva.

Oigo hablar del abatimiento en que había caido la Francia respecto de Europa durante la época de la restauracion. Los que así se expresan habrán sin duda desafiado el fuego de la guardia real al frente de la juventud en las tres memorables jornadas, y marchando en la actualidad en sentido de la revolucion consumada se habrán reido de los cosacos y los panduros, socorrido á los pueblos que responden al grito de libertad, y empujado nuestras belicosas generaciones hasta las márgenes del Rhin. Esos arrogantes insultos á la restauracion, me han hecho imaginar que Napoleon agitando sus cenizas sepultadas en el mar de la isla que le sirve de tumba volvia por las pirámides, Austerlitz y Marengo. He fijado la atencion y ¿qué es lo que he visto? No he visto mas que unos nobles campeones, sensibles en alto grado á nuestro deshonor nacional; pero por lo demás hombres los mejores del mundo. Han conseguido la paz de Europa, dejando maltratar á los pueblos que habian tenido la tontería de creer en la formalidad de las declaraciones de no intervencion. Aquella pobre legitimidad se acordaba alguna vez de que tenia sangre en las venas. A pesar de la Inglaterra se atrevió á ir desde el Bidasoa á Cadiz, luchó y venció en favor de la Grecia; se apoderó de Argel, bajo el cañon de Malta y declaró que no cederia esta conquista, sino cuando y cómo se le antojara. El gobierno actual sigue otro derrotero: rehusa la Bélgica á pesar de la nacion: deja degollar los polacos á pesar de la nacion, y deja ó va á dejar

que el Austria ocupa á Parma, Plasencia, Módena y acaso Bolonia y lo demás, á pesar de la nacion. Siga conduciéndose de ese modo y los gabinetes de Europa: le darán la preferencia sobre la monarquía pasada y ganará su legitimidad cerca de los gobiernos legítimos, como un caballero ganaba en otro tiempo sus espuelas, no con la lanza en ristre, sino con sombrero en mano.

Comprendo á las personas, que habiendo visto lastimados sus intereses por la restauracion, me hablan de ella con cólera: si otros hombres enemigos de la raza de los Capetos quieren desterrarla y opinan que una revolucion no puede darse por consumada hasta que se cambia de dinastía, aunque no acierto á explicarme su cólera, comprendo su sistema; si los verdaderos triunfadores de julio se expresan con amargura por lo tocante á las causas que segun su opinion comprimia su enerjía, me asocio á su generoso ardor, y á sus vivas esperanzas. Mas cuando oigo á ciertos sujetos que iban detrás de la restauracion, solicitando honores, ardiendo en deseos de ser ministros, y conservando aun en la actualidad sus empleos, cuando les oigo contar á la faz del mundo el desprecio que profesan á la restauracion, pierdo la paciencia: guarden ese desprecio para sí mismos y tengan entendido que los verdaderos amigos de la restauracion nunca aceptaron de ella mas que el honor y la libertad. Conservo en mi poder cartas que mi ilustre amigo M. Canning me escribió y que probarán á la posteridad que la Francia en tiempo de la restauracion, ni se vió tan humillada, ni tuvo que sufrir lo que algunos aparentan creer. El emperador Alejandro me suministraria tambien irrecusables testimonios de esta verdad. Tengo pruebas de la confianza que me dispensaba mandando que me dijeran por escrito que con los ojos cerrados firmaria cuantos tratados le presentara en nombre de la Francia: tampoco ignora la diplomacia que nunca he cesado de pedir reparticiones mas equitativas para mi patria que las que se concedieron por el tratado de Viena. Segun el plan general que hice adoptar, y en el cual figuraban las colonias españolas emancipadas, habriamos obtenido límites que no habrian dejado la capital de Francia, ocupada dos veces por ejércitos extranjeros, á seis jornadas de la caballería enemiga. Mas ¿han dejado en este país las mezquinas rivalidades, lugar á ningun hombre colocado en alto puesto para llevar á cabo algun proyecto útil? Si el niño por quien dí mi voto en agosto hubiera subido al trono, si yo hubiese tomado asiento en su consejo; si hubieran estallado las desavenencias del Norte, yo habria convocado la juventud francesa en torno de Enrique V y le habria pedido que con el jóven monarca tratasen de borrar la afrenta de Luis XV. Atrévanse los ministros de la monarquía electiva á tomar ese partido. Cuando el gobierno actual haya hecho tantos beneficios al país como los que hemos demostrado haberle sido hechos por la restauracion, entonces podrá tolerarse que la insulte; pero hasta ese momento, procure ser modesto, y tenga entendido que lo que debe llevarse muy erguido no es la cabeza, sino el corazon. ¿Hablais del abatimiento de la Francia, cuando vosotros mismos estais arrodillados? Ridículamente haceis alarde de arrogancia. Los vencidos que ciertamente no lo fueron por vuestras manos, pueden aun á pesar de sus heridas recoger el guante y daros en rostro con vuestros desdenes.

Para decir una palabra acerca de ese sistema de *no intervencion*, de que tanto se habla en la actualidad, manifestaré que en mi concepto ningun hombre de Estado debe sentar, hablando en la tribuna, principios de rigurosa exactitud, para no verse tal vez de allí á pocas horas obligado á desdecirse de ellos. Por esta falta hemos tenido ocasion de observar la embarazosa situacion de los ministros, que al paso que sin cesar afirmaban que no intervenian, estaban interviniendo continuamente en las transacciones de la Bélgica. El departamento de relaciones exteriores habia espontáneamente declarado que la Francia no consentiria que los austriacos entrasen en los paises sublevados de Italia; sin embargo los austriacos han entrado en ellos; la Francia ha dejado hacer, y no pocos honrados ciudadanos que no habrán procedido sino con arreglo á la manifestacion del ministerio francés, estarán acaso en la actualidad maldiciéndonos en el fondo de algun calabozo. Debe, pues, todo gobierno evitar esas miserables contradicciones, no poniéndose trabas por vanas palabras, y obrando segun y cómo sea mas conveniente á sus principios de equidad é interés nacional.

Cierto es que la Francia no está obligada á constituirse en paladin de todos los pueblos que se agitan sobre la tierra, mas tampoco debe alentarles con promesas, ni con palabras imprudentes á lanzarse á empresas que excedan las fuerzas de aquellos; pues en tal caso su sangre caeria sobre la Francia. Podia esta nacion permanecer tranquila; mas habiéndose ofrecido por padrino de la libertad en un desafío de esta contra el poder, debia arreglar el lance hasta con el filo de su espada, sino habia otro medio.

¿Es decir que yo habria aconsejado la guerra? Por lo menos hace cinco meses que sin vacilar habria dicho:

«Sacad partido de la nueva situacion del país, de »su enerjía, de la benevolencia de las naciones y del »estupor de los gabinetes: aprovechad todo eso para »hacerle obtener por medio de tratados ó por medio »de las armas los límites que le faltan para asegurar »su independencia.» Esto era una condicion de vida para un gobierno que hubiese comprendido el movimiento de julio. ¿En la actualidad no habrá ya pasado la hora oportuna? La Europa ha presenciado las tergiversaciones que se han cometido; los reyes han despertado de su estupor; los pueblos han perdido sus esperanzas: hasta los mismos que han sido engañados se han convertido en indiferentes ó en enemigos. La revolucion dirigida por hombres vulgares ha perdido toda la característica pureza de su origen. ¡Ah! tan desacertada es de algunos meses á esta parte la marcha del gobierno, que no faltan personas ilustradas que opinan que un rompimiento con los extranjeros llegaria tal vez á turbar nuestra paz interior. ¿Hemos llegado, pues, verdaderamente al extremo de tenernos que contentar con que los gabinetes extranjeros se dignen concedernos el favor de no declararnos la guerra? ¿Tenemos que confesar hoy, contradiciendo lo que dijimos ayer, que dejaremos obrar á cada cual como mejor le parezca, y que nos concretaremos á defender nuestro territorio despues de habernos declarado tan caballerosamente paladines de la libertad de todos los pueblos por medio de la no intervencion? ¿Queda el honor francés reducido á la única resistencia que se podria oponer á una invasion? Mucho hay que compadecer al presente gobierno si en realidad se ve por faltas de los anteriores reducido á no poder adoptar otro sistema que el que aquellos siguieron por su indolencia. No se creia llamada la Francia por las jornadas de julio á dar únicamente pruebas de tan dolorosa resignacion.

Si se atiende á ciertos declamadores parece que los desterrados de Edimburgo son los seres mas insignificantes del mundo, y que en ninguna parte se les echa de menos. No falta á lo presente más que lo pasado. Poca cosa. Como si los siglos no se sirvieran de base los unos á los otros, ó hubiese algun período de ellos que pudiera, digámoslo así, mantenerse en el aire. ¿Por qué razon, pues, por solo haber hecho dejar á un hombre el puesto que ocupaba en *Saint-Cloud* ha sido preciso prestar treinta millones al comercio, vender por 200 millones de maderas del Estado, aumentar las recaudaciones de 55 céntimos sobre el ca-

pital de contribucion territorial y 30 céntimos sobre otro ramo de la contribucion? Ninguna régia consagracion ha costado mas cara al pais que su inauguracion republicana. En vano hace la vanidad alarde de recuerdos, en vano se borran las flores de lis, y se proscriben nombres y personas, esa familia, heredera de mil años, ha dejado un vacío inmenso que por todas partes se echa de ver. Esos individuos tan insignificantes han conmovido la Europa con su caida. A poco que los sucesos produzcan sus efectos naturales, y se desarrollen sus rigurosas consecuencias, Carlos X al abdicar habrá hecho abdicar á todos esos monorcas góticos, grandes vasallos de lo pasado bajo la soberanía de los Capetos.

Los hombres de teorías sostienen que el principio electivo ha ganado con la caida de la ligitimidad.

La eleccion es un derecho natural, primitivo, incontestable; pero la eleccion es propia de la infancia de la sociedad, de un pueblo que al verse oprimido y sin garantías legales no tiene otro medio de librarse que la eleccion espontánea de otro gefe. Bajo el imperio de una civilizacion avanzada, cuando hay leyes escritas, y cuando el principe no puede transgredir esas leyes sin armarlas contra su propia persona, y sin exponerse á ver pasar la corona á su heredero, la eleccion pierde sus primitivas ventajas, ni le quedan nada mas que los peligros de su movilidad y de su capricho. En un Estado político incompleto, el principio electivo es una constitucion entera; mas en un Estado político perfeccionado la constitucion es la elecion despojada de todo lo que tiene de apasionado, de ambicioso, de anárquico, y de revolucionario. Si por medio de la eleccion se llega á un cambio de raza lo cual puede ser útil alguna vez, hay que tener en cuenta que tambien se llega á la multiplicacion de dinastías reales, á las guerras civiles como en Polonia, y á la sucesion electoral de tiranías militares, como en el imperio romano.

No siendo el principio del órden por medio de la eleccion perpetuo en una familia perpétuamente reinante, viene á ser transitorio en la persona real transitoria: carece de solidez, y segun el carácter del individuo llamado al trono, se extiende hasta la anarquía, ó se dilata hasta el despotismo. Si por huir de esos peligros se añade el derecho de herencia al de eleccion se forma un mónstruo político amfibio con cabeza de rey y cola de pueblo, que presentará el duplicado inconveniente de la eleccion y la legitimidad sin tener las ventajas de la una, ni la otra.

Marchamos hácia una revolucion general. Si la trasformacion que se está consumando sigue la pendiente sin encontrar ningun obstáculo; si la razon popular prosigue desarrollándose sucesivamente; si la educacion de la clase media no sufre ninguna interrupcion, las naciones vendrán á nivelarse en una comun libertad; y si esta trasformacion no llega á verificarse, las naciones vendrán á nivelarse en un despotismo comun. Este despotismo durará poco en razon de la avanzada edad de las luces; pero será duro y en pos de él vendrá una larga disolucion social. De las jornadas de julio no pueden en último término resultar mas que repúblicas permanentes ó gobiernos militares pasajeros que serán reemplazados por el caos. Aun les seria dado á los reyes salvar el órden y la monarquía concediendo oportunas libertades. ¿La harán? Pienso que no.

Hallándome preocupado de estas ideas, claro está que como individuo he tenido que permanecer fiel á lo que en mi concepto ofrecia mas garantías á las libertades públicas, en el camino menos peligroso para llegar al complemento de esas libertades.

No se entienda que tengo pretensiones de ser un lloron misionero de política sentimental. Al recorrer con la vista el espacio que media desde la torre del Temple al palacio de Edimburgo encontraria sin duda tanto cúmulo de calamidades como siglos hay acumulados sobre una noble raza. Una mujer hija del dolor ha cargado, como mas fuerte, con el peso mas enorme... no hay corazon que no se parta al recordarlo: á tal sublimidad han llegado sus padecimientos que se han convertido en una de las maravillas de la revolucion. Mas en fin nadie tiene obligacion de sufrir el peso de la corona: la Providencia envia sus aflicciones particulares á quien ella quiere: estas aflicciones son siempre pasajeras, como la vida, y no entran en la cuenta del destino general de los pueblos.

No trato de excitar compasion por una catástrofe provocada: se cometió un perjurio, y luego un asesinato para sostener el perjurio: soy el primero que lo proclamé asi al negarme á prestar juramento al vencedor. ¿Se nos *otorgaba* la Carta? ¿Qué significa eso sino que todas las concesiones quedaban á un lado, y ninguna en el otro? Para que esa Carta quedara *otorgada*, la nacion habia dado mas de un millar de millones anualmente: habia concedido igual suma para los emigrados, y una cantidad igual para los extranjeros: de este modo el contrato habia sido igualmente obligatorio. ¿No querian cumplirlo? En tal caso debian haber devuelto unos veinte millares de millones, suponer que nada habia sucedido y volver á tomar sus posiciones fuera del pais: entonces se habria vuelto á negociar y se abria visto si la nacion consentia en la legitimidad sin la Constitucion.

Mas porque encontraban oposicion constitucional en una cámara que posteriomente ha dado bastantes pruebas de no ser ni facciosa, ni republicana, y valiéndose del pretexto de conspiraciones que ni existian ni han existido hasta el 1823, privar á toda una nacion de sus derechos! ¡declarar á toda la Francia en estado de sitio! era una abominable estupidez que no pudo quedar sin su merecido castigo. Si tamaño atentado de la imbecilidad y la locura hubiera subsistido por algun tiempo, no habria podido menos de derramarse sangre. Implacable es la debilidad cuando consigue alcanzar una victoria. Todas las palabras de los cortesanos y de los espias estaban rebosando de venganza. Yo hubiera sido acaso su primera víctima, pues por nada me habria detenido de escribir. Yo me habria creido siempre con derecho de rechazar la violencia con la violencia, y habria dado muerte al primero que me hubiera venido á prender con una órden en la mano. Mas hechas todas esas salvedades no puedo menos de decir que la venganza sin prevision y sin límites á que hemos acudido no deja de ser uno de los mas funestos incidentes que á las libertades y á la paz del mundo podian ocurrir.

¿Qué buscamos? un nivel mas perfecto que nos iguale á todos? Tengamos presente que la desigualdad es inherente á la naturaleza misma de los hombres y las cosas. ¡Cuantos revolucionarios desesperando al ver que ninguno de los resultados que se habian prometido, conseguian durante el curso de la revolucion volvieron contra sí mismos las manos que habian levantado contra la sociedad! El gorro frigio no llegó á parecer á su orgullo mas que una especie de corona, y el *descamisamiento* una especie de nobleza de que Marat y Robespierre eran los grandes maestres. Frenéticos al encontrar desigualdad hasta en el mundo de los dolores y de las lágrimas, condenados á no poder ser nunca mas que unos plebeyos hasta en el feudalismo de los niveladores y de los verdugos, se envenenaron ó terminaron de cualquer otro modo rabiosamente la vida para evadirse de las superioridades del crimen.

¿Nos volveremos á poner entre las manos de esos inválidos *corta-cabezas* del 1793, para quienes nada hay magnífico sino las batallas dadas por el verdugo, como contra las jóvenes de Verdun, ó contra el anciano Malesherbes? ¿Creen que las víctimas se dejarian hoy cortar la cabeza tan benignamente como en aque

tiempo? ¿que seria posible restablecer al asesinato legal, y el atroz reinado del Terror solo para volver á arrojar otra vez la nacion toda desmelenada y sangrienta bajo la cimitarra de Bonaparte con su respectivo acompañamiento de mordazas, esposas, grillos y parodias imperiales?

Por otra parte ¿qué desearia ese antiguo partido realista, lleno de honor y providad, pero cuyo entendimiento puede compararse con un calabozo cerrado sin ventanas, ni sin ninguna clase de respiradero por donde pueda penetrar un rayo de luz? Ese antiguo y respetable partido volveria á caer mañana en las mismas faltas que cometió ayer; pues no podria librarse de la influencia de los hipócritas, intrigantes, estafadores y espías que le harian pasar la vida en mezquina ocupacion soñando siempre en grandes revoluciones.

Dificil es hacer una eleccion acertada entre los hombres que venderian todas nuestras libertades por una plaza de ayuda de cámara de un rey legítimo, los que comprarian á costa de su sangre una usurpacion que fuera de su gusto y los que no pertenecen ni al uno ni al otro de esos extremos.

Jamás me he asustado por ningun sistema político, pero en fuerza de haberlos recorrido mentalmente todos, he llegado á no creer ni en los pueblos, ni en los reyes, y si solo en los resultados de la inteligencia y en los hechos que componen la sociedad. Nadie está mas persuadido que yo de la perfectibilidad de la naturaleza humana; pero quiero, que cuando me hablan del porvenir, no intenten venderme por cosa nueva los harapos que desde hace dos mil años están de manifiesto en las escuelas de los filósofos griegos y en los sermones de los herejes cristianos. Debo advertir á la juventud que cuando le hablan de comunidad de bienes, de mujeres, de niños, de una confusion de almas y de cuerpos, del panteismo, del culto de la pura razon, etc. debo advertir á la juventud que cuando le hablan de todo eso, como de una cosa nueva, no hacen mas que reirse de ella; porque todas esas novedades son tan antiguas como las mas deplorables quimeras. Guárdese esa admirable porcion de la patria de abusar de su fuerza, guárdese de conmover las columnas del templo; pues de lo contrario podria hacer caer sobre ella el porvenir, y no seria la primera vez que han quedado pueblos sepultados bajo ruinas hechas por sus propias manos.

No obedezco pues á preocupacion de ninguna especie cuando en obsequio de mi país me lamento de que el trastorno haya sido demasiado violento. Yo habria deseado que se hubiera contenido al encontrarse con la desgracia y la inocencia. Esa barrera era magnífica; sobre ella habria flotado la bandera de la libertad mas al abrigo de las tempestades, y en su rededor se habrian concentrado mas naturalmente todos los intereses. Obrando de este modo, la juventud tomaba tranquilamente posesion de una era que le pertenecia, y la patria daba dos pasos gigantescos; por un lado se libraba de veinticinco ó treinta años de caducidad y por el otro se quedaba con un hijo á quien habria sido fácil educar con arreglo á las ideas del siglo, acomodándolo á las opiniones y á las necesidades de la nacion. Habríanse hecho en la Carta y en las leyes cuantas innovaciones hubieran sido convenientes, y ayudados del prestigio de la gloria, gozando de la mas ámplia libertad habriamos podido convertir este reinado en una de las mas brillantes épocas de los fastos nacionales.

Al decir que la juventud habria sido llamada á tomar naturalmente posesion de su herencia, nada he afirmado que no esté absolutamente fuera de toda duda. En prueba de que la restauracion no ha desdeñado servirse de todos los talentos pueden citarse los hombres que ocupan hoy el poder. El señor mariscal Soult y el señor baron Luis fueron ministros de Luis XVIII. El señor de Villele, en el acto de su caida quiso que se diera la cartera de hacienda á M. Laffitte. Cuando M. de Villele cayó, me propusieron que entrara en el ministerio y acepté con tal que los señores Casimiro Perrier, Sebastiani y Royer-Collard tomaran parte en él, lo cual no pudo arreglarse en aquellos momentos. Parece que Carlos X se acordó en *Saint-Cloud* de mi proposicion, pues nombró á M. Casimiro Perrier ministro de hacienda de Enrique V. En 1829 ofrecieron á M. de Rigny la cartera de marina. Los señores de Argout y de Montalibet han recibido de la legitimidad la dignidad de par, heredándola este último no solamente por parte de su padre, sino hasta colateralmente por parte de su hermano, favor bien merecido sin duda, pero enteramente particular. A mí solamente es, segun creo, á quien la restauracion ha rechazado cordialmente.

¿Pero podiamos habernos detenido en Enrique V? Si ciertamente, con tal que por una parte hubiese habido menos cobardía y por la otra mas serenidad. Suponen que un monarca menor de edad no habria podido sostenerse despues de la abdicacion de la monarquía: dicen que las intrigas de la antigua córte, lo habrian minado todo, que combatiendo en el Estado los poderes uno de hecho y otro de derecho habrian destruido el trono y que por último no habrian subsistido mas que las pretensiones del poder primitivo constituyente de derecho divino.

No opino de ese modo: creo que convocando en torno de Enrique de Bearne los hombres fuertes que no han hallado colocacion ni aun en la monarquía electiva, á todos los caudillos enérgicos de la época liberal y militar, y todos los talentos y á toda la juventud, se hubiera contrarestado fácilmente la influencia de todos los aficionados á cacerías, de todas las viudas pensionadas, de todos los inquisidores y de todos los publicistas de San German y de Fontainebleau. Por otra parte la experiencia nos ha hecho conocer que es muy poca la influencia que á un rey destronado le es dable ejercer. Dado el caso de que Carlos X y su hijo hubiesen permanecido en Francia, lejos de verse rodeados y solicitados, habrian antes de mucho tiempo caido en la mas profunda soledad.

¿Suponeis lo contrario? Pues entonces os hallabais en el caso de hacer lo que habeis hecho el 6 de agosto, y entonces habriais tenido ademas la ventaja de convencer prácticamente al país de que ya no le era posible ampararse bajo la rama primogénita de los Borbones y que por lo tanto debia elegir un nuevo monarca. Mas por último supongamos que hubiese sido útil despojar á ese huérfano privado á un mismo tiempo sobre el suelo francés, de su padre, de su corona, y de su tumba, supongamos que ese reinado tal cual yo acabo de describirlo no hubiese sido dichoso ¿es por ventura mejor el actual; ofrece mas seguridades para el porvenir?

De todos modos un congreso nacional reunido para examinar lo que se habia de hacer habria en mi concepto, sido preferible á un gobierno improvisado de ciudad en ciudad por treinta millones de hombres al pasar una diligencia con una bandera tricolor. ¿Puede presumirse que los mismos que dieron impulso al movimiento, quisieran que se llevara á cabo tan completamente? Cada nacion tiene sus defectos: el de la Francia consiste en ir demasiado aprisa, trastornar todo, y traspasar los límites del bien en vez de fijarse en ellos, cuando tiene la dicha de encontrarlos. Asi en lo moral como en lo físico tiene el pueblo francés la manía de pasar mas allá de la meta que se ha propuesto, hollando ideas y cadáveres de enemigos; sus conquistas habrian debido limitarse al Rhin, y en vez de hacerlo asi el ejército corrió á Moscou y queria correr hasta las Indias.

El actual gobierno me protege como á un extranjero pacífico: por mi parte debo á sus leyes gratitud y

sumision, mientras que sigo habitando sobre el suelo en que me permite respirar. Deseóle al mismo tiempo mil prosperidades, porque eso es lo que sobre todas las cosas deseo para mi patria. Los ministros que componen ese gobierno son hombres de honor, y alguno de ellos de talento. El gefe del Estado es acreedor á todo respeto, pues á nadie ha hecho mal, ni ha derramado una gota de sangre. Es superior á todo ataque: respeta la fe jurada sobre altares que no eran los suyos; es digno y régio, mas eso no cambia la naturaleza de los hechos. No puedo servir al gobierno que existe porque en mi concepto no puede llegar al órden sino oprimiendo la libertad, y si se empeña en sostenerla será fácil que caiga en la anarquía.



CABREROS ROMANOS JUGANDO A PARES O NONES.

A pesar de eso yo me contemplaré muy feliz en que mis previsiones sean desmentidas por el tiempo. En Francia no puede menos de echarse de ver algo de cansancio que puede contribuir al reposo. La incertidumbre del porvenir es tan grande; tan poco conocido el horizonte donde brillará la luz; hay tal costumbre desde hace cuarenta años de cambiar gobiernos, y de amoldarse tan fácilmente á todo y á nada; es tan enorme el temor de retroceder á los crímenes y calamidades de la revolucion, que acaso el nuevo gobierno podrá marchar mejor que lo que pienso y con toda la felicidad que yo deseo. Tal vez llegará á reunirse una cámara que en nombre de una monarquía de poco poder establecerá una república de circunstancias que tendrá tino para amalgamar la libertad con el órden: tal vez aparecerá algun genio capaz de dominar la si-

tuacion y tal vez todo quedará perfectamente arreglado por algun secreto recurso de la Providencia, ó por algun imprevisto incidente. Lo que importa es que la Francia sea libre, gloriosa y feliz, no reparemos en cómo ni por quién le será dada la felicidad.

De lo dicho se deducen las razones que me han impedido reconocer la monarquia electiva, y aun son mas fáciles de comprender los motivos personales que me han determinado á obrar de ese modo. No he querido ponerme en contradiccion conmigo mismo, armar mi larga existencia pasada contra el breve plazo que aun me resta de vida, avergonzarme á cada palabra que salga de mi boca, ni humillar mi cabeza al volver á leer mis escritos anteriores. Las jornadas de julio me han despojado de todo, de todo menos del aprecio del público que es lo que yo he tratado de conservar con mas afan.

Si la proposicion que destierra para siempre del territorio francés á la familia destronada es un corolario del destronamiento de esa familia, esta necesidad hace nacer para mi otra en sentido inverso y es la de separarme mas que nunca de la nueva situacion, y hacer constar públicamente esta separacion. En vano por otra parte trataria yo de buscar mi puesto entre los hombres que se han adherido al actual órden de cosas.

Hay ciertos hombres que por el convencimiento propio de sus virtudes y talento han debido seguir sirviendo á su patria cuando no les ha parecido ya posible sostener la forma de gobierno que preferian entre todas las demás: yo admiro á esos hombres; pero sus elevadas razones nada tienen que ver ni con mi debilidad ni con mi insuficiencia.

Hay hombres que han votado el destronamiento de Carlos y sus descendientes por deber y en la firme conviccion de que nada mejor podia hacerse en obsequio de la patria: han hecho bien; si así se lo aconsejaba su conciencia: yo no pienso de ese modo y por consiguiente no he debido imitar su ejemplo.



TE UNES CON TU REBAÑO.

Hay hombres que no pueden ni interrumpir su carrera, ni comprometer sus intereses de familia ni privar al país de sus luces porque haya habido un gobierno que cometiera locuras: esos hombres han obrado bien al adherirse al nuevo poder. Si todas las veces que cae algun soberano tuvieran que acompañarle en su caida todos los grandes y pequeños funcionarios, es cosa segura que en tal caso no habria sociedad posible. El soberano debe cumplir su palabra, y cuando falta á ella todos los ciudadanos están dispensados de cumplir las que le dieron. Los antecedentes de mi vida no me permitian sin embargo seguir esta regla general y tuve que acomodarme á seguir la excepcion.

Hay hombres que detestan la dinastía de los Borbones y han jurado su destierro; yo creo que ya es tiempo de no volverse á hablar de proscripciones ni destierros. He hecho como ministro y como embajador cuantos servicios he podido á la familia de Bonaparte; puede desmentirme si no es cierto lo que digo; no depende de mí ciertamente el que no se le haya dado permiso de volver á Francia y hasta de que la estátua de Napoleon no haya sido colocada en lo alto de su columna. Así es como yo comprendia la monarquia légitima en toda su latitud, y me parecia que la estátua de la libertad debia estar colocada enfrente de la de la gloria.

Hay hombres que creyendo en la soberanía del pueblo han querido hacer triunfar ese rancio principio de la antigua escuela politica: yo no creo en la soberanía de derecho divino; pero tampoco creo en la del pueblo. Yo puedo vivir, y muy espontáneamente sin este ó aquel rey; pero tampoco me reconozco con derecho de obligar á nadie á reconocer el rey que yo habria

elegido. Monarca por monarca Enrique de Bearne me parecia preferible para el órden y libertad de la nacion. He dado, pues, mi voto á Enrique V, asi como el vecino de mi derecha ha podido votar por Luis Felipe I, el de mi izquierda por Napoleon II, y el de enfrente por la república.

Hay hombres que despues de haber prestado juramento á la república una é indivisible, al directorio en sus cinco personas, al consulado en sus tres miembros, al imperio, á la primera restauracion, al acta adicional, á las constituciones del imperio y á la segunda restauracion, aun tienen algo que prestar á Luis Felipe: yo no soy tan rico.

Hay hombres que han arrojado su palabra sobre la plaza de *Greve* en julio, como los cabreros romanos que juegan *á pares ó nones* entre las ruinas. Esos hombres no han visto en la última revolucion mas que un lance de fortuna; con tal que dure lo suficiente para que puedan utilizarlo en su provecho. Lo demás nada les importa. Esos tales acostumbran tratar de imbécil y de tonto á quien no acomoda la política á sus intereses particulares; pues bien yo soy un imbécil y un tonto.

Hay personas tímidas que bien quisieran escusarse de haber jurado; pero que temiendo ser degollados ellos, sus padres, sus abuelos, sus nietos y toda su parentela, han tartamudeado como han podido su juramento: afortunadamente yo no he conocido aun esa enfermedad; si noto alguno de sus síntomas, avisaré.

Hay grandes señores del imperio, unidos á los sueldos que gozan con lazos sagrados é indisolubles, y que nunca han creido fijar la atencion en la mano que se los ha concedido; porque un sueldo es para semejantes hombres una especie de sacramento que imprime carácter como el sacerdocio y el matrimonio: una persona que disfruta una pension no puede dejar de disfrutarla. Yo hace mucho tiempo que estoy divorciado con la fortuna, y como ya soy viejo trato de repudiarla públicamente, antes que ella me deje del todo.

Hay eminentes barones del trono y del altar que no han cometido la menor traicion contra las reales órdenes: ¡no! pero la insuficiencia de medios empleados para poner en ejecucion esas reales órdenes han irritado su bilis: indignados de ver que el despotismo ha cometido errores han ido á buscar otras antesalas. No me es posible participar de su indignacion ni de su nueva morada.

Hay hombres de conciencia que no son perjuros mas que por ser perjuros; que cediendo á la fuerza, no por eso dejan de ser menos partidarios del derecho: esos hombres se lamentan de la suerte de aquel pobre Carlos X, á quien por de pronto arrastraron á la ruina por medio de sus consejos, y luego á la perdicion por sus juramentos; pero si en algun tiempo volviera ese monarca ó su raza á resucitar esos hombres serian unos verdaderos rayos de la legitimidad. Yo he tenido siempre simpatías con la desgracia; yo seguiré el convoy fúnebre de la antigua monarquía como el perro sigue al féretro del pobre.

Por último hay leales caballeros que llevan constantemente en su bolsillo dispensas de honor y permisos de infidelidad: yo carezco de semejantes autorizaciones.

Yo era el hombre de la restauracion *posible*, de la restauracion con toda especie de libertades. Esa restauracion me tomó por enemigo: se arruinó, mas yo debo sufrir su destino. ¿Iré yo á dejar pendientes de una nueva fortuna los pocos años que me quedan como esas largas colas de ciertos vestidos femeninos tan expuestos á ser pisados por todo el mundo? Si me colocaba al frente de las nuevas generaciones, seria sospechoso; detrás de estas no hay puesto decoroso para mi. Bien conozco que ninguna de mis facultades ha envejecido: comprendo mejor que nunca el espíritu de mi siglo, y penetro mas atrevidamente que nadie en el porvenir; pero la necesidad ha pronunciado ya su fallo el hombre público debe necesariamente tratar de concluir su vida de un modo decoroso.

Antes de dar fin á este escrito debo prevenir un error que podria nacer en ciertos ánimos por lo relativo á cuanto acabo de decir.

Dícese que los supuestos realistas no aspiran á mas que á ver la Francia atacada por la Europa. Pues entiéndase que el dia que la Francia se viese invadida ese seria el momento en que me creeria obligado á dar un nuevo rumbo á mis deberes. Soy incapaz de engañar á nadie! Tan leal seré á mi patria, como á los juramentos que he prestado. Realistas, si es que hay alguno de vosotros que se cree autorizado con mi voto para apelar á las bayonetas extranjeras, acabaos de desengañar acerca de mis opiniones: volved á inflamar vuestro odio y vuestras calumnias contra mí; consideradme como un renegado: un abismo sin límites nos separa. Hoy sacrificaria gustosamente mi vida en obsequio del hijo del infortunio; mañana, si mis palabras tenian alguna eficacia, la emplearia toda en agrupar los franceses contra el extranjero que nos trajese á Enrique V en sus brazos.

Si tuviera el honor de seguir formando parte de la cámara de los Pares, habria dicho en la tribuna lo mismo que acabo de manifestar en este folleto, salvo lo que tiene relacion con el juramento, pues bajo este punto de vista mi posicion no habria sido la misma.

Acaso mi voz será ya importuna; pero tolérenla siquiera por ser la última vez que resuena en asuntos políticos, siguiendo las cosas en la misma situacion que hoy ocupan. Dispuesto ya á ir á esperar la muerte sobre tierra extranjera, quisiera ser el único francés á quien le hubiera cabido la triste suerte del destierro; quisiera que la proposicion de destierro no hubiese sido aprobada, y doy publicidad á mi opinion por salvar ciertas cabezas amenazadas de esa calamidad. En agosto pedia una corona para el duque de Burdeos: hoy no pido en obsequio suyo mas que la esperanza de una tumba en su patria: ¿será demasiado?

NOTAS.

Séame lícito hablar de mi mismo, supuesto que me ponen en el caso de tener que hacerlo. ¿Quién ha defendido mas acérrimamente que yo la Constitucion? ¿Quién se ha manifestado mas enérgicamente opuesto que yo (1) á la dominacion extranjera?

En mi *Informe sobre la situacion de Francia*, presentado al rey en su consejo de Gante el 12 de mayo de 1815, dije:

«Demasiado comprendo, señor, cuán aflictivo habrá sido para vuestro corazon todo lo que acabo de »decir. Nosotros participamos en estos momentos de »vuestra real tristeza. No hay uno entre vuestros ministros y consejeros qué nó diera su vida para impedir que se realizara la invasion de la Francia. Señor, sois francés, y nosotros tambien nos preciamos »de serlo. Sensibles al honor de nuestra patria, celosos de la gloria de nuestras armas, admiradores del »valor de nuestros soldados, quisiéramos derramar en »medio de sus batallones hasta la última gota de »nuestra sangre para atraerlos á su deber, ó para »partir con ellos triunfos que fuesen legítimos. No podemos ver sin el mas profundo dolor los males que se

(1) Véanse las *Reflexiones políticas* y la *Monarquía con arreglo á la constitucion*. Hasta en el *Genio del cristianismo* he hablado con admiracion del gobierno representativo.

»preparan nuevamente á caer sobre nuestra patria; »ni podemos disimularnos que la Francia se halla en »el mas inminente peligro. Dios ha vuelto á empuñar »el azote que vuestras paternales manos habian deja»do caer al suelo: es de temer que el rigor de su jus»ticia no exceda la grandeza de vuestra misericordia. »¡Ah! ¡Señor! á la voz de V. M. los extranjeros res»petando al descendiente de los reyes, al heredero »de la buena fe de San Luis y de Luis XII, desocupa»ron la Francia! Pero si los facciosos que oprimen »hoy á vuestros vasallos prolongasen su tiranía, ó si »vuestros vasallos demasiado oprimidos no hicieran »por su parte ningun esfuerzo para redimirse, vos »mismo no sereis siempre dueño de suspender las ca»lamidades que trae en pos de sí la presencia de los »ejércitos. Afortunadamente vuestra régia solicitud »se ha asegurado ya por medio de tratados de que se »respetará la integridad del territorio francés, y que »no se hará la guerra mas que á un solo hombre.»

En 2 de junio del mismo año con motivo de la declaracion del congreso dije hallándome en Gante:

«Es imposible conquistar la Francia. Los españo»les, los portugueses, los rusos, los prusianos y los »alemanes lo han demostrado, y los franceses lo demos»trarán á su vez que no es posible subyugar á un »pueblo que combate por su nombre y por su inde»pendencia.»

Si se echa de ver que estos pasajes habian sido escritos y publicados en medio del ejército confederado habrá motivo de dar mas valor á las opiniones que manifiestan.

En agosto de 1816 al tratar de la política exterior en *la monarquia con arreglo á la Constitucion* dije:

«¿Quién se habria nunca imaginado que hubiera »franceses que para conservar sus miserables empleos, »para hacer triunfar los principios de la revolucion »y para causar la ruina de la legitimidad, llegarian al »extremo de apoyarse en autoridades extranjeras, y »hasta amenazar á los que no piensan como ellos con »fuerzas que gracias al cielo, no están en su mano?

»Pero vosotros que con los ojos radiantes de alegría »nos asegurais que los extranjeros quieren nuestros »sistemas políticos (lo cual estoy muy distante de »creer, vosotros que al parecer poneis vuestras no»bles opiniones bajo la proteccion de las bayonetas ex»tranjeras ¿no sois los que echábais en cara á los rea»listas el haber vuelto en los bagajes de los aliados?... »¿Qué es de aquellos heróicos sentimientos? France»ses tan altivos, tan sensibles al honor ¿sois vosotros »los que tratais de persuadirme que os *permiten* te»ner estas ó aquellas opiniones, y que os *mandan* »seguir este ó aquel sistema? ¿Cómo no os mató la »vergüenza al proclamar en una sesion, que cierto »embajador queria absolutamente que se aprobara el »proyecto del ministerio, y la proposicion de las Cá»maras fuera desechada? ¿Quereis que os crea cuando »me decís (lo cual no pasa de ser una insigne ca»lumnia) que un ministro francés ha estado conferen»ciando tres horas con un embajador extranjero para »discurrir un medio de disolver la cámara de los Di»putados? Asegurais confiadamente que se ha comu»nicado cierta órden á un agente diplomático y que »ha sido muy de la aprobacion de este. ¿Quién de »nosotros merece mejor el nombre de francés? Vos»otros que me hablais de extranjeros cuando os ha»blo de leyes de mi patria, ó yo, que he dicho á la »cámara de los Pares las siguientes palabras: *Debo* »*sin duda á la sangre francesa que corre por mis ve*»*nas esta inquietud que sufro, cuando para deter*»*minar mi voto se me habla de opiniones que no son* »*las de mi patria: téngase entendido que si la Euro*»*pa civilizada quisiera imponerme la Constitucion,* »*me iria á vivir á Constantinopla*»....................

«¡Cómo los malos franceses que tratan de sostener »su opinion por tan villanos medios no echan de ver »que obran directamente contra su propio objeto! ¡Qué »poco conocimiento tienen del espíritu de la nacion! »Si fuese cierto que habia peligro en profesar las ideas »realistas, veriais que toda la Francia corria presu»rosa á abrazarlas por ese mismo motivo. Un francés »se coloca siempre al lado del peligro, porque está »convencido de que allí únicamente es donde se en»cuentra la gloria. . . . .

»No se adquiere respeto poniéndose sumisamente á »los piés de un dueño: ni en un noble proceder pue»de haber nunca peligro. Cumplid religiosamente »vuestros tratados; pagad lo que debeis; dad si es »preciso vuestra última moneda, vended vuestra »última porcion de tierra, el último despojo de vues»tros hijos para pagar las deudas del Estado, y por lo »demás obrad como os dé la gana; os quedareis des»nudos; pero sereis libres. Disipad vanos temores: los »soberanos de Europa son demasiado magnánimos »para intervenir en los asuntos particulares de Fran»cia. . . . .

»Los mismos aliados han librado á sus propios pai»ses del yugo de los franceses: saben muy bien que »las naciones deben gozar de esa independencia, que »puede arrancárseles por un momento; pero que por »último necesariamente tienen que volver á conquis»tar: *Spoliatis arma supersunt*.»

En la tribuna de la cámara de los Pares he pronunciado (2 de marzo del presente) estas palabras sacadas de mi *Opinion sobre el proyecto de ley relativo al modo de reemplazar el ejército*.

«Sin duda cualquiera que tenga una gota de sangre »francesa en sus venas debe desear con todo el afan »de su alma, debe estar pronto á comprar por medio »de cuantos sacrificios le sean posibles la redencion »de su país: nuestros corazones palpitarán de alegría »cuando veamos ondear la bandera blanca sobre las »almenas de todas las ciudades de Francia. Mas aun »al vernos en posesion de los bienes mas preciosos »para un pueblo, de *un bien sin el cual no hay feli*»*cidad posible* para la dignidad de nuestra indepen»dencia, aun entonces tendremos que aplicar nuestra »atencion á curar las heridas que un sofístico sistema »nos ha causado.»

No es posible hacer de modo que el lector esté al corriente de todas las prevaricaciones y necedades de la censura. Cierto periódico al anunciar las obras de Mr. Desaugieres habia dicho que *era el mas festivo y espiritual de los cancioneros*: la censura borró esta frase, ¿por qué? Porque uno de los censores se precia de cultivar ese mismo género de literatura.

Otro periódico citó una mala estrofa del mismo censor, y al momento se suprimió la estrofa y el periódico tuvo que salir á luz sin ella y sin poder dejar *blanco*.

Un antiguo artículo de cierto censor que en otros tiempos habia hecho oposicion al ministerio se habia quedado olvidado entre los papeles de la redaccion de un periódico independiente: no faltó quien maliciosamente se lo presentara á la censura actual: el padre conoció al momento á su hijo y lo degolló con sus tijeras. La censura puede jactarse de tener un Guzman el Bueno, y un Junio Bruto.

Mr. Carlos Dupin habia dirigido á un excelente periódico literario un artículo que posteriormente se ha impreso por separado con el epígrafe de *Homenaje á los habitantes de la Francia meridional*. Este artículo fue enteramente suprimido sin que pueda achacarse la razon de haber obrado asi la censura á otro motivo que al haber Mr. Dupin invitado á los habitantes del Mediodía de la Francia á aprender á leer, y al haber citado sin oportunidad dos pares de Francia.

Esa es una muestra de las necedades de la censura

y pueden aun verse obras muchas en cierto escrito lleno de animacion cuyo título es *Cartas de la Girafa al Bajá de Egipto*. Hé aquí ahora lo que nuestros vecinos piensan acerca de esta censura: cosa que los periódicos están muy lejos de podernos decir.

Ocioso me parece el volver á repetir el artículo del *Correo inglés*, citado anteriormente en mi folleto *Sobre el restablecimiento de la censura*, ni el artículo del *Times*, de que hace mencion el autor de la *Carta de la Girafa al Bajá de Egipto*.

———

En este instante acabo de recibir de uno de mis nobles colegas los siguientes documentos que me apresuro á poner en conocimiento del público.

Al Señor redactor de...

Muy señor mio:

«Dispensad que me valga de vuestro periódico para »expresar mi profunda gratitud por los numerosos »testimonios de amistad y de aprecio recibidos por »parte de mis honorables hermanos de armas de la »antigua Guardia Nacional de París. No siéndome po»sible responder á las multiplicadas cartas y pruebas »de benevolencia con que diariamente se dignan hon»rarme por el discurso que pronuncié en la tribuna de »la cámara de los Pares en 19 de junio, permitid que »por conducto de vuestro periódico pueda darles las »gracias, manifestándoles cuan sinceramente aprue»bo sus opiniones, y suplicándoles se dignen creer »que mi adhesion y gratitud siempre irán al par de »la respetuosa admiracion que profeso hácia aquel »ilustre cuerpo cuyo recuerdo conserva la patria con »tanto dolor como gloria.

»Dignáos, señor mio, aceptar la sincera expresion »de mi voluntad y el distinguido respeto que os profeso.

El duque de CHOISEUL.»

Paris, julio de 1827.

M. Armand Bertin, por medio de una carta cuya fecha es del 8 de julio, hizo saber al señor duque de Choiseul que el anterior remitido habia sido borrado por la censura en el *Diario de los Debates*.

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL Á M. EL VIZCONDE DE BONALD.

«SEÑOR VIZCONDE:

«*Siendo par de Francia*, habeis aceptado el ejer»cicio de funciones en el comité superior de la cen»sura; permitidme pues, que como colega vuestro en »*la Cámara de los Pares*, tenga el honor de consul»taros sobre un hecho que me concierne personal»mente.

»Por de pronto, debo informaros, que desde el li»cenciamiento de la Guardia Nacional de París, he »recibido despues de mi discurso del 19 de junio en »la cámara Alta, una multitud de cartas y de testi»monios de gratitud por parte de las personas á quie»nes por mucho tiempo tuve el honor de mandar.

»No siendo posible contestar á cada una de estas »en particular, dirigí antes de ayer la carta cuya co»pia acompaño á los señores redactores de los *Deba»tes*, del *Correo* y del *Constitucional*. Hace poco, he »tenido el disgusto de saber, que mi carta ha sido »*borrada*, y *la censura no ha permitido* su insercion »en dichos periódicos.

»Sin entrar aquí en discusion de los derechos de »un par, y de los de la censura superior, cuestion »que me reservo deslindar en otro lugar mas oportu»no, he creido deberme dirigir desde luego á vos, »señor vizconde, suplicándoos hagais cesar ese escán»dalo, bien persuadido de que el sentimiento de »vuestra propia dignidad y decoro, os obligarán á dar »las órdenes necesarias que yo reclamo como par de »Francia y como ciudadano francés.

»Dignaos aceptar, señor vizconde, la seguridad de »mi alta consideracion,

»El duque DE CHOISEUL.»

París 9 de julio de 1827.

CONTESTACION DEL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD AL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL.

SEÑOR DUQUE:

Daré cuenta al consejo de la carta que me habeis hecho el honor de dirigir y de la reclamacion que en ella se contiene, sobre lo cual tendré el honor de comunicaros su resultado.

Tened á bien señor duque, aceptar la seguridad de mi alta consideracion.

El vizconde DE BONALD.

París 9 de julio de 1827.

Al dia siguiente ó al otro de la anterior contestacion de M. de Bonald, á M. de Choisseul, borró la censura el siguiente artículo que habia sido insertado en el *Constitucional*.

El señor duque de Choiseul ha escrito como par de Francia á su colega M. de Bonald, presidente de la comision de Censura, quejándose de que esta no le habia permitido insertar una carta que habia dirigido al *Constitucional* relativa á la Guardia Nacional de París. M. de Choiseul insiste particularmente en la extrañeza que le causa el que la censura no le permita á un par de Francia usar de la prensa periódica para manifestar sentimientos tan conformes con el honor y el patriotismo.

Por último, en 15 de julio recibió la contestacion siguiente:

París 14 de julio de 1827.

«SEÑOR DUQUE:

»El consejo de vigilancia de la censura, en vista de »la carta que habeis hecho á su presidente el honor »de dirigir, y en la cual V. S. reclama contra la su»presion hecha por la censura con referencia á su »carta á los señores de la llamada en su tiempo Guar»dia Nacional de París, dirigida á los periódicos de los »*Debates*, *Correo* y *Constitucional*,

»Ha decretado por unanimidad, que se cumpla y »sostenga la providencia tomada por la censura, y »encarga á su presidente lo ponga en conocimiento »de V. S.

»Dignaos, señor duque, aceptar etc.

»*El presidente del consejo de vigilancia de la cen»sura*,

»El vizconde DE BONALD, *par de Francia*,

Al señor duque de Choiseul, par de Francia.»

CONTESTACION DEL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL AL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD.

París 15 de julio de 1827.

SEÑOR VIZCONDE:

«Acabo de recibir la carta que como presidente del »consejo de vigilancia de la censura, me habeis hecho »el honor de escribir.

»En ella me dais conocimiento de haber el consejo »*decretado por unanimidad que se cumple y sosten»ga la providencia tomada por la censura*, y no »me indicais ninguno de los motivos que pueda haber »para obrar de ese modo.

»La inconveniencia de esa forma es el indispensa»ble resultado del primer procedimiento.

»No pudiendo como *par de Francia*, reconocer por »tribunal á un comité de censura; no pudiendo tam»poco someterme *á otras providencias* que á las dic»tadas por la cámara de los Pares en casos extraordi»narios y á las de los tribunales en los casos comunes, »me crèo obligado á no dejar envilecer nuestra alta »dignidad, protestando contra tan culpable violacion »de nuestros derechos.

»Dignaos, señor vizconde, etc.

»El DUQUE DE CHOISEUL, *par de Francia*.»

Es de esperar, que tanto escándalo dará al traste con la censura, y el gobierno no se obstinará en sostener un estado de cosas tan alarmante.

FIN DE LAS MISCELÁNEAS POLÍTICAS.

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE

LAS MISCELANEAS POLITICAS

DE M. DE CHATEAUBRIAND.

La principal cualidad de un historiador, y lo que con mas derecho puede el público exigir, es la imparcialidad. Sin esta garantía indispensable el lector que para instruirse busca la verdad en una obra, temiendo constantemente marchar por el camino de la mentira ó de la exageracion, y dejándose llevar de un justo espíritu de desconfianza, rehusará dar crédito á las verdades mas incontestables. La imparcialidad, es pues, uno de los mas decorosos sentimientos que deben animar á un escritor, y en obsequio del cual debe sacrificar sus mas caras afecciones. Si se desentiende de este deber sagrado, atrae sobre sí la mas terrible responsabilidad, pues en vez de ilustrar, nos rodea de tinieblas, haciéndonos participar por medio de las falsas descripciones que nos hace de los hombres y las cosas, de su injusta admiracion al vicio que se ha propuesto adular, y de su criminal desprecio á la virtud que ha intentado abatir. Lícito es, sin duda, al escribir la historia de un monarca, echarle en cara su ambicion si realmente la ha tenido; sus crueldades, si ha lavado sus crímenes en sangre para hacerlos pasar por razones de Estado; sus dilapidaciones ó rapiñas si ha arruinado voluntariamente el tesoro; su exagerado amor á la guerra, particularmente si este amor no ha tenido mas base que la injusticia ó siendo inspirado por un falso punto de honor, ha comprometido la libertad y el bienestar de las naciones. Lícito es ciertamente, aborrecer los laureles que adornan sus sienes, cuando no han redundado mas que en provecho suyo, y han provocado guerras, y cuando aquel monarca ha desdeña o las condiciones de una paz honrosa que le proponian tal vez los mismos que se veian injustamente acometidos. Lícito, mas que lícito, altamente provechoso, es consagrar á la abominacion de las generaciones futuras la memoria de un tirano, trazando el espantoso cuadro de sus crímenes; mas para ser creido y apreciado de sus conciudadanos, para tener con justo título el lisonjero derecho de haberles sido útil, es preciso ante todo que el historiador aspire á no decir mas que la verdad, y tenga el prudente valor de alabar en el tirano lo que realmente sea digno de alabanza. Es preciso que entre las acciones turbulentas y egoistas, sepa discernir las que descuellen notablemente por un distinguido mérito: debe en una palabra el escritor trazar el retrato del tirano con tal puntualidad, que ni se rebajen sus vicios, ni se disimulen sus perfecciones, si es que las ha tenido. Mas si por oposicion de pandillaje se entrega el historiador al prurito de afear los sucesos; si por resucitar la gloria de un partido arruinado, se empeña en negar la evidencia de algunos hechos anotados ya en las páginas de la historia; si deja en profunda oscuridad las bellezas de un retrato conocido ya de todo el mundo, y solo pone en evidencia las deformidades, lejos de conseguir el objeto que se habia propuesto, no hará mas que acabar de poner en relieve la debilidad de los que se declararon por enemigos de aquel tirano, y la impotencia de todos sus vanos esfuerzos.

M. de Chateaubriand, que con tan justos títulos ha inmortalizado su nombre tomando puesto entre las mas brillantes notabilidades literarias de la Francia, no ha tenido en estas *Misceláneas políticas* toda la generosa é independiente imparcialidad que el mundo podia esperar de hombres de su talento. Es ciertamente sensible, que el mas ilustre y leal defensor de

la rama primogénita de los Borbones, no se haya valido de otros medios para hacer triunfar los derechos y lamentar los infortunios de esa raza. ¿Qué significa en efecto esa acerba y emponzoñada sátira que derrama á manos llenas sobre Bonaparte, desdeñándose darle la menor alabanza como deberia haberlo hecho siquiera para estar autorizado á disfamarle luego con mas seguridad? ¿Qué significa esa destemplada enemistad y ese encarnizamiento é incesante afan con que persigue á su enemigo hasta en el terreno donde menos podria esperar ser atacado?

Lejos de nosotros la idea de ser ni detractores, ni apologistas del prisionero de Santa Elena; no intentamos bosquejar ni el elogio, ni la crítica de aquel hijo de la fortuna, porque eso seria traspasar el límite que nos hemos propuesto, y abusar de las circunstancias provocando opiniones que aun no han llegado al apetecido punto de la reconciliacion; mas lo que no tenemos reparo ninguno de afirmar, porque la verdad pertenece á todas las épocas, y porque siempre es honroso el confesarla, es que Bonaparte (fuese lo que fuese), no tiene exactamente todas las facciones que M. de Chateaubriand le atribuye.

«Dice el autor, que Bonaparte tenia algunos talentos militares, excedidos por los de la mayor parte de sus generales. ¿Qué interés puede haber en rebajar de ese modo un talento tan positivo, un talento tan prodigioso al que la nacion francesa debe indudablemente parte de su gloria? ¿Un talento que los mismos enemigos de Bonaparte no podian menos de confesar en el campo de batalla al verse arrollados por la superioridad estratégica de tan insigne capitan?

«Dice que tenia aduladores asalariados. ¿Por ventura hay algun rey que no haya tenido los suyos aun entre aquellas mismas personas que al parecer se han consagrado á criticar sus acciones? ¿No son acaso esos aduladores mas culpables que los mismos reyes que utilizan su bajeza?

«Si dura algo mas su imperio (de Napoleon), sigue diciendo el autor, la Francia se habria convertido en una caverna de bandidos.» ¿Es decir pues, que se habia desterrado de esta nacion todo cuanto honor y virtud habia en ella? Apreciamos lo bastante á ese país, y no le creemos capaz de olvidarse de su tradicional probidad tan facilmente sacrificándola á la bajeza de un solo hombre por *infernal* que fuese el talento de que este se viera dotado. Puede una nacion someterse á la fuerza de un opresor de quien no le es dado desembarazarse, sin ser por eso cómplice de las iniquidades del tirano que la domina con su cetro de hierro, y es cierto que el imperio habria hecho alarde de sus mas enormes debilidades, de sus mas insaciables deseos, de sus mas devoradoras ambiciones; es cierto, que el egoismo habria seguido apagando el generoso impulso del corazon del reino, sin que esa nacion honrada, sin que esa Francia magnánima y virtuosa se hubiera convertido nunca en una caverna de bandidos. Es tan imprudente el haber sentado esa proposicion, como doloroso para todo buen francés el tener que defenderse de ella.

«En diez años ha derramado mas corrupcion que todos los emperadores de Roma juntos.» Este pensamiento es tambien injusto y aun mas exagerado que el anterior; porque supone que todos los franceses estaban ya corrompidos, ó muy cerca de estarlo; menos los que habian tomado la generosa determinacion de ir á llorar en el destierro los males y la infamia de la patria, y que diariamente le estaban enviando desde lejos un noble testimonio de su fidelidad, uniéndose con los extranjeros para conspirar contra su gloria y contra su independencia.

«Es un *gana batallas*; fuera de esa circunstancia, el último de sus generales tiene mas habilidad que él.» No nos parecen dignas de refutacion semejantes palabras, pues en sí mismas llevan la justificacion de aquel contra quien fueron escritas. Por lo tanto, solo diremos que si aquel hombre que valia menos que el último general, hubiese por casualidad servido á los Borbones, y mandado algun cuerpo de ejército en defensa suya, no habria tenido un admirador, ni un panegirista mas fervoroso de sus talentos militares que ese mismo Mr. de Chateaubriand que ya que no puede negarle triunfos trata de rebajar su gloria con la palabra de *gana-batallas*.

«No entiende nada de lo que se llama estratégicamente batir la campaña, no sabe mas que marchar de frente; dar saltos. ¿Puede expresarse con mas acerba violencia el encono de un partido, ni el dolor de confesarse vencido? Algo mas considerable es el daño que Napoleon causó á sus enemigos por medio de sus combinaciones estratégicas que el que su detractor le irroga en estos momentos con su pluma. No sabemos si en realidad poseia ó no el arte de *batir la campaña*; pero en recompensa podemos asegurar que poseia en alto grado la ciencia de batir á sus enemigos, bajo cualquier forma que se le presentaran. Por lo tocante á dar *saltos*, sea que por esta frase se entienda las rápidas é inesperadas evoluciones con que desbarataba los planes de sus enemigos en el campo de batalla, ó sea los fogosos rasgos de imaginacion, y las impensadas salidas de tono con que solia expresarse en sus discursos, no podemos menos de decir que no faltarian hombres de mérito que se darian por muy satisfechos de poderlos tambien dar en la actualidad.

«Ha hecho retroceder hácia su infancia, mas bien que progresar la ciencia de la guerra.» Triste elogio de los que fueron vencidos por Bonaparte ¿qué mérito seria el de esos guerreros que tuvieron que huir mas de una vez de sus propias capitales cediendo el campo á un soldado tan ignorante como visoño?

«La mediocridad de su alma apareció claramente en el infortunio.» No nos entretendremos en hacer mas citas, pues en esta última campea soberanamente el mas alto grado de parcialidad. No podia ciertamente el coloso aterrado tener al ser conducido hácia Santa Elena el altivo ademan en que apareció despues de la batalla de las Pirámides; mas allí, sobre aquella roca, es donde precisamente ha dado mas que admirar que en los dias de sus mas brillantes triunfos por su calma y su resignacion. Por otra parte, ¿cuál es el corazon de bronce que se atreva á criticarle por haberse asomado tal vez una lágrima á sus ojos al ver que le rompian su espada? ¿Por ventura el rostro de Luis XVIII al marchar hácia Gante radiaba de gozo, como al volver á pisar el suelo de la Francia? No lo creemos, y sin embargo al verle huir, nos guardamos bien de agrabar su dolor con una frase irónica ó amarga: cierto es que tuvimos grande satisfaccion al ver que nos desembarazábamos de su presencia; mas esta alegría fue templada por el respeto que una nacion generosa debe al infortunio del rey á quien proscribe. Buen cuidado tuvimos de no añadir ni una sola espina á la dolorosa corona que en aquel momento ceñia sus sienes. Dejemos al criterio de otras personas mas autorizadas que nosotros el decidir si Bonaparte fue mediocre ó pequeño en su elevacion, y nos someteremos gustosos á su fallo; pero en tanto no creemos que la víctima de la invasion, cuando el mundo entero al caer sobre ella apenas tuvo peso suficiente para abrumarla del todo, sea indigna de nuestro respeto.

Respetemos al hombre cuyas faltas nunca igualarán al castigo con que las ha expiado. El odio debe apagarse, ó por lo menos enmudecer ante la desgracia, y en tales momentos todo el mundo debe ser suficientemente generoso para renunciar al triste empeño de aumentarla.

El autor de estas *Misceláneas políticas* asegura en la primera página de este libro *ser muy cristiano*—que en obsequio de su fe iria con paso seguro al cadalso; —que explica el Evangelio en favor de la desgracia;

—y que ama á su religion, porque es una religion de caridad.—¿Cómo, pues, sintiéndose animado de este espíritu, persigue con tanto encarnizamiento al hombre que ha caido y que al verlo en la desgracia deberia considerarlo como hermano, mayormente cuando aquella religion llena de caridad le manda perdonar á sus enemigos?

Aunque dispuesto á criticar tales exageraciones donde quiera que las encontremos, lo hariamos sin embargo con mucha mayor reserva al refutar la opinion de un hombre político desinteresado y que no describiese una época sino en provecho de la humanidad y para hacer triunfar la virtud. Entonces no nos costaria esfuerzo confesar que la ambicion de un solo hombre puede tal vez arrastrar toda una nacion á la desgracia, haciéndole olvidar el sentimiento de su propia dignidad por la especie de embrutecimiento moral en que la haria caer; entonces seriamos los primeros en asegurar que la guerra debe ser el último recurso de que un gobierno ilustrado eche mano ni aun para asegurar la libertad y la dicha de los pueblos; convendríamos con aquel hombre en reprobar todas las tendencias ambiciosas y perturbadoras, todos los indignos abusos de poder, y todas las providencias despóticas, asi como los sacrificios humanos parecidos á los de los tiempos bárbaros, hechos solo para ayudar al logro de una malhadada batalla, y para dar pábulo á las querellas de algunos usurpadores rivales. Uniéndonos á la opinion de aquel hombre confesariamos paladinamente que la patria aun despues de un largo reposo, está vertiendo sangre de las heridas causadas por sus propias victorias, y que el verdadero honor de una nacion no consiste en las luchas sangrientas y siempre inútiles de poder á poder, sino en la paz y en la tranquilidad, en las sabias instituciones, en las buenas leyes, en la proteccion dispensada á todos, en el trabajo y en los premios que pueden hacerle prosperar, y por último, en la abolicion de injustos y escandalosos privilegios concedidos casi siempre á las personas que mas pueden abusar de ellos empobreciendo ó tiranizando á los demás. Esa es una profesion de fe á que siempre nos seria muy glorioso suscribir; y que en todas ocasiones confesaremos ser la nuestra. Pero no nos es posible ponernos nunca de acuerdo con los que delante de nosotros mismos abusan de la autoridad de su palabra y de su reputacion para hacer que su partido triunfe á expensas de la verdad y la justicia y que á trueque de ver que la victoria se inclina á su lado, no se cuidan de que la gloria y la prosperidad de su pais puedan sufrir en lo sucesivo algun percance. Criticaremos con valor y sin consideracion de personas á los legitimistas que vengan á decirnos que si los Borbones no hubiesen vuelto á entrar en Francia, se habria esta nacion convertido por último en una caverna de bandidos, y que se atreven á llamar divinos salvadores de la patria á unos reyes, cuyos nombres y cuya conducta son reprobados por la historia imparcial.

Suponen que Bonaparte fue ambicioso y cruel: en ese caso no debe ser considerado mas que como un azote enviado por la Providencia para impedir que aquellos reyes siguieran dominando un pais que bajo su cetro se iba embruteciendo, y sobre un pueblo, cuya prolongada y estúpida clemencia lejos de corregirlos no servia sino para inspirarles mas audacia, y hacerles aumentar la lista de sus crímenes. Bonaparte dicen que fue un *gana-batallas*. Sea; pero por lo menos llegó muy á tiempo para rejuvenecer la gloria de la patria que ya estaba espirante y para dar á entender á la Europa que toda la Francia no estaba limitada á unos pocos hombres dispuestos á venderla y á mancillarla. Y aunque Napoleon hubiese sido todo lo que realmente aquellos hombres suponen que fue, ¿seria por eso mas cierto que sus reyes han tenido las virtudes que ellos se complacen en darles? ¿Qué hizo Luis XVIII en su último advenimiento al trono? ¿Se han borrado ya de la memoria las venganzas infamemente ejercidas sobre ciertos hombres cuyo único delito era haber servido con lealtad y valor á la patria? ¿Se ha perdido ya el recuerdo de los millones que tuvo que sudar el pueblo para dar gracias á la coalicion de sus bueños y generosos servicios? Y Carlos X ¿por medio de qué actos brillantes justificará el desprecio con que aparentaba mirar la época del imperio y la confianza que tenia en la restauracion que lo habia reemplazado? ¿Observó la nueva ley fundamental de la Francia con mas lealtad que su predecesor? ¿Llevó á cabo sus compromisos con mas sinceridad? ¿Se mostró mas celoso del honor de la nacion y de su independencia? ¿Fue el pueblo mas feliz bajo su reinado que bajo el de Bonaparte que con tanto afan han tratado de desacreditar? A esto nos contestarán que Carlos X fue muy buen cazador. Convenimos en que cada cosa tiene su mérito particular; mas cuando semejante circunstancia llega á figurar entre las brillantes cualidades de un príncipe no puede en nuestro concepto ser sino á falta de otras que poderse mencionar. Fue ademas muy aficionado á procesiones y no se desdeñaba de asistir á ellas personalmente. Cada cual es libre de entregarse á sus inclinaciones y puede darles toda la publicidad que le acomode; mas ¿quién sabe si solo por ese fervoroso amor al culto exterior sintió aquellas fatales inspiraciones que le hicieron concebir el proyecto de sofocar nuestras libertades? De todas maneras, los hombres que le hicieron entrar en esta senda peligrosa cubriéndola con algunas flores para que no pudiera ver el abismo en que iba á precipitarse, demostraron con nueva evidencia que los mayores enemigos de la monarquía son los que están siempre en torno de ella prometiéndole el apoyo de su amor y de su experiencia. Engañados por el silencio del pueblo, en quien como en un libro deberian estar siempre estudiando los reyes y los ministros, creyeron que el triunfo era seguro; porque nadie se atrevia á levantar la voz en su derredor; creyeron en el envilecimiento y en la inercia de las almas, porque los franceses profundamente heridos por los males de la patria, cerraban espontáneamente los ojos para no verse obligados á vengar injurias, cuya triste evidencia se les hubiera presentado por do quiera. Entonces aquellos sinceros amigos del trono, aquellos custodios de las libertades patrias hicieron firmar al desgraciado monarca las reales órdenes que precipitaron su caida y le pusieron en el camino de la emigracion. Dícese que es el pueblo quien consumó la ruina de Carlos X. Eso es una odiosa mentira inventada por los verdaderos causadores de su desgracia. Aquel triste y crédulo anciano no fue víctima sino de los hombres que mantenia junto á su persona, quienes considerándolo como un fantasma de monarquía, quisieron reinar en su lugar, y ostentaron nuevamente á la faz del mundo su arrogante y ridícula impotencia. El pueblo nada mas hizo que defenderse: intentaron tiranizar su pensamiento, poner una mordaza á sus labios, tratarlo como un vil esclavo, y añadir á las cadenas azas pesadas con que estaban amarrados nuevos eslavones mas pesados aun: el pueblo murmuró: su murmullo le causó nuevas miserias. El pueblo amenazó: ¡Ah! se rieron estrepitosamente de sus amenazas. El pueblo sacó brios de su propia indignacion: el furor le dió armas, y cayendo sobre sus temerarios opresores les dió á entender que era muy digno de ser libre, porque sabia comprar la libertad á costa de su sangre.

¿A quién se le debe pedir cuenta de la sangre que inundó por espacio de tres dias á la capital? ¿A una nacion magnánima que se sacrifica por sus derechos inmortales, ó á unos miserables pigmeos vengativos é incorregibles, que considerando la nacion como patrimonio suyo, al pueblo como una bestia de carga, y la libertad de escribir, de hablar y de obrar como una

propiedad exclusivamente suya, provocaron espontáneamente la guerra civil y firmaron el decreto de muerte en medio de una orgía, sin fijar siquiera la atencion en lo dudoso de la lucha? ¡Tan insolente y estúpida era su profunda ceguedad!

Heróicos defensores de los Borbones, los que encomiais sus virtudes sin olvidaros de las vuestras, los que ponderais los padecimientos que en tierras extranjeras habeis tenido que sufrir, ¿llegará por fin un dia en que renuncies á vuestras injustas pretensiones, y para merecer vuestro perdon os digneis oir la voz de la prudencia y del arrepentimiento? Creednos, y no os dejeis alhagar ya mas de quiméricas ilusiones! Desde febrero, desde la época en que el pueblo entró como vencedor en las Tullerías, los reyes se han convertido en una cosa imposible para la Francia. No trateis, pues, de imponernoslos por medio de amenazas ni de vanas promesas. Dejen sus vástagos malhadados, á quienes sin embargo, no acusamos de las faltas cometidas por sus padres, dejen de contar con la herencia de un trono, cuyos últimos restos el pueblo ha arrastrado por el cieno de las calles.

El autor de las *Misceláneas políticas*, á pesar del ascendiente que su talento debia ejercer en las masas, halló muy pocas voluntades dispuestas á seguirle. Pudo reanimar el tibio fervor de algunos legitimistas que sin él se habrian llegado insensiblemente á olvidar hasta del primitivo objeto de su culto, mas no consiguió la gloria de recibir en su campamento muchos desertores, y se distinguió mas por la lealtad con que defendió sus principios, que por los servicios que pudo hacer al jóven príncipe, objeto de su adoracion. Un hombre vulgar que hubiera manifestado tanto arrebato en sus propias opiniones habria sido perseguido, ó por lo menos se habria convertido en objeto de burla, pues hace ya mucho tiempo que la causa de los reyes no puede sostenerse con la formalidad necesaria para que pueda esperarse alguna probabilidad de triunfo. Pero Mr. de Chateaubriand, merced al glorioso prestigio de su nombre, adquirió con esta conducta nueva celebridad á su política excepcional, y el interés de su reputacion, y la voz de su conciencia le inspiraron confianza hasta el último instante.

Mas si todo el mundo está de acuerdo en admirar la constante fe del legitimista creyente tanto como el talento admirable del prosista, otro escritor no menos caro á la patria no ha participado de sus opiniones ni abrigado las mismas esperanzas bajo su bandera. Mr. de Beranger, el cantor idolatrado del pueblo, conservó siempre la mas sincera admiracion y el mas entusiasta afecto hácia ese grande hombre; mas al ver que este corria á su ruina por su adhesion á la causa de los Borbones, le dedicó unas estancias en las que se pintan con admirable perfeccion las diversas opiniones de esos dos eminentes escritores. El lector nos permitirá que le presentemos algunas de ellas, aunque despojadas del mágico halago de una sonora versificacion.

«Chateaubriand, ¿por qué huyes de tu patria? ¿Por qué huyes de su amor, de nuestra admiracion y de nuestra ternura? No la oyes exclamar con dolorido acento: ¿en mi brillante cielo se echa de menos una estrella?

»Al volver la familia de los antiguos reyes, Chateaubriand, que siempre ha sido el mas religioso apoyo de su cetro creyó que los Borbones adoptarian por hija la libertad, cuya nobleza no necesita de antiguas alcurnias.

»Era la época en que fecundando la historia, la terrible espada, terror de las naciones, brillaba en el astro de la gloria y hacia llegar hasta nosotros sus rayos.

»Chateubriand empleó su elocuencia en obsequio de aquellos reyes, y á manera de un genio benéfico derramaba con su encanto flores y perlas sobre el antiguo trono cuanto mas manchado se veia de orin.

»Pero al mismo tiempo conservaba la memoria de nuestros derechos, y los insensatos dijeron: el cielo en que habita ese hombre es hermoso; arrojémosle y apaguemos su gloria como se apaga una antorcha en medio del dia.

»¡Y quisieras tú acompañarles ahora en su caida! Acaba ¡ah! de comprender su orgullo insensato. En el número de males que su ingrato corazon imputa al mismo cielo, cuentan tu lealtad.

»Sirve, sirve á ese pueblo que lucha contra su orgullo, ese pueblo, admirador de los grandes talentos que al triunfar en las barricadas te llevaba como un trofeo en sus brazos llenos de cicatrices.

»No te consagres mas que á su causa: en su nombre te conjura mi voz á que vuelvas cuanto antes despues de tan triste despedida. La causa es santa, y todo hombre grande consagrado al pueblo, es un enviado de Dios.»

Nadie mejor que Mr. de Beranger habria podido tener la gloria de arrancar á Mr. de Chateubriand de su idolatría, si esto hubiese sido posible; pues nadie podia pintarle de un modo mas dedicado su amor á los Borbones y reprenderlo con mas elegante finura, mas estaba decretado que muriera como habia vivido, es decir, siendo leal á los principios de su familia, sin hacer caso de todas las razones que en el curso de su agitada vida se le habian presentado para desertar del ara de sus falsos dioses y justificar su apostasía ante el tribunal mas severo. La indiferencia con que los Borbones pagaron el afecto de un hombre tan ilustre demuestra cuán indignos son de tener á su servicio un defensor tan generoso y constante. Pero sigamos adelante con nuestras reflexiones.

Mr. de Chateubriand se deja llevar á igual extremo de fanatismo al hacer el elogio de los Borbones que al difamar á Bonaparte: de manera que no podemos menos de preguntar con admiracion cómo se engañó tanto en sus juicios un hombre tan insigne, suponiendo, como debemos suponer, que no quiso hablar de los hombres y de las cosas mas que con arreglo al espíritu de justicia y de sinceridad. Despues de haber perseguido á su víctima hasta en el fondo del destierro, despues de haberle lanzado la última maldicion sobre su dolorosa roca, viene precipitadamente á incensar á su rey al pié del trono. No acertamos á comprender por qué razon Chateabriand, despues de haber descargado toda su indignacion sobre los aduladores de Bonaparte, puede convertirse espontáneamente y con la mayor exageracion en adulador de su monarca. Nada de particular tiene que le ame, ni que le suponga capaz de hacer la felicidad de su patria; pues esa es la conducta que debe observa todo vasallo sincero y leal; pero donde campea particularmeute su espíritu de partido es cuando poniéndolo en paralelo con Bonaparte, dice que aquel desciendo de una raza divina, que es inaccesible á todo espíritu de venganza, así como á toda preocupacion, y que está dotado de vastos talentos, adornados de profunda elocuencia. Finalmente Luis XVIII en concepto de Chateaubriand es el amigo de las letras: tiene las ideas, la moderacion y el buen sentido necesarios á un monarca; al llegar á Paris le saludó todo el pueblo postrándose de rodillas, besó sus vestidos y derramó torrentes de lágrimas de regocijo, de ternura y de agradecimiento. El señor conde de Artois es un modelo de sincera lealtad distinguiéndose particularmente por su piadosa ternura y bondad, así como por su caracter eminentemente francés. El señor duque de Angulema es el heredero de las virtudes del Bearnés: no han visto los ejércitos franceses caballero mas bizarro que el duque de Berry, y por último el señor duque de Orleans ostenta uno de los mas ilustres nombres de Francia. Despues de ese retrato de la familia real, trazado por un autor enemigo de los aduladores, sigue

esta frase acerca de cuyo sentido no podemos menos de llamar la atencion del lector. «Si nuestros legítimos soberanos llegaran á faltarnos, el último de los franceses deberia ser preferido á Bonaparte para sentarse en el trono: con él por lo menos nos librariamos del baldon de tener que obedecer á un extranjero.»

Mas de una vez debió Mr. Chateaubriand arrepentirse durante su vida de haber pronunciado tan extrañas palabras. Muy pernicioso seria tomarlas en su sentido literal, si es que hay un alma tan apocada que sea capaz de hacerlo.

No se limita el autor á celebrar el regreso de su rey, sino que felicita tambien á los aliados por sus triunfos que en su concepto no son mas que una leccion que el cielo da á la Francia sin reducirla por eso á la humillacion, y siendo justamente merecida, debe darse por satisfecha de su vencimiento.

«Los aliados, dice el autor, son unos libertadores pacíficos y no unos conquistadores: vienen á inmortalizarse dando al mundo un notable ejemplo de moderacion en la victoria. ¡Que de injurias tenian que vengar! Mas han sabido no confundir á los franceses con el tirano que los oprimia, mereciendo por eso recibir el premio debido á su magnanimidad, y siendo recibidos de los habitantes de París como si hubiesen sido nuestros verdaderos soberanos, como unos príncipes franceses, como Borbones. Somos demasiado sensibles á la gloria para no admirar á ese lord Wellington que de una manera tan noble y ostensible nos recuerda las virtudes de nuestro Turena.»

¡Como pudo Mr. de Chateaubriand sofocar hasta este punto todo sentimiento de nacionalidad! ¡Los aliados pacíficos libertadores! ¡Que han sido recibidos en Francia como sus legítimos soberanos, como los Borbones! ¡Ah! ¡Teja guirnaldas el que no sea amigo de la Francia para adornar la frente de esos inmortales! ¡Levante un templo á la memoria de Wellington!... Nosotros los que hacemos justo alarde de amar á nuestra patria nunca podremos contemplar sin dolor sus padecimientos; y nos guardaremos bien de llamar héroes y bienhechores á los que ayudados por la traicion han interrunpido el curso de las victorias de la Francia volviéndola á poner bajo el yugo de lor pérfidos monarcas de cuyo cetro habia logrado redimirse.

A pesar del respeto que el autor de las *Misceláneas políticas* nos inspira, no podemos menos de experimentar un profundo sentimiento de admiracion y tristeza al ver cual se regocija de las calamidades que caen sobre su país y cual colma de bendiciones á los que la cubren de luto y de afrenta. No nos es difícil comprender que su ilusion fanática no encuentre un personaje mas bello ni magestuoso que su rey; aguantamos sin soltar la risa que nos diga con toda formalidad que la cabeza de aquel monarca es magnífica; que su mirada es á la vez propia de un rey y de un hombre de talento, y que al verle, sentado en su silla de brazos, teniendo el baston entre las rodillas casi cubiertas con los anchos botines de terciopelo encarnado, podria decirse qne se está viendo á Luis XIV á los 50 años de edad. Nada hay de reprensible en todo esto; pues en efecto cada cual puede ver los hombres y las cosas á su manera, y por lo tanto Mr. de Chateaubriand es muy dueño de encontrar expresiones de nobleza, de magestad y de arrogancia en la actitud de un monarca gotoso y obeso, solo porque tiene su baston entre las rodillas y lleva botines segun la moda antigua. Puede hasta cierto punto consentirse que cada cual se obceque por lo tocante al mérito de sus parciales, ó de las personas amadas: eso es una flaqueza propia de nuestra índole, y nadie se libra de tener sus ídolos mas ó menos dignos de admiracion y alabanzas; pero lo que aflije á todo corazon generoso y sensible, y mas bien dicho, á todo corazon honrado, que ama ante todo á la patria, y desea su gloria y felicidad, es ver que un hombre de talento se adorna con orgullo de la librea que le manda poner el extranjero, besa servilmente la mano que remacha los grillos de la nacion, canta himnos á la odiosa conquista, cuando debiera entonar cánticos de dolor sobre las ruinas de su patria y ofrecer una fúnebre corona á las libertades hundidas en la huesa. «Todo hombre grande es un enviado de Dios cerca del pueblo que padece,» le decia en otro tiempo Mr. de Beranger. Palabras tan interesantes como sublimes que le fueron inspiradas por un sentimiento enteramente contrario. En vez de aprovechar Mr. de Chateaubriand en beneficio del pueblo afligido y humillado la vasta capacidad que recibió de la Providencia, usó de ella como de una arma contra ese pueblo, añadiéndola á las bayonetas de los cosacos, como si la Francia no hubiese tenido bastante que lamentar al ver sus campiñas arrasadas por los ejércitos aliados.

¡Oh patria! Es tan dulce y decoroso el amarte y servirte! Es tan natural al armarse en defensa tuya! ¿Es posible que haya franceses que traten de aumentar su celebridad personal halagando á los que te deprimen, y manifestando deseos de que vayan siempre sus pasos acompañados de la victoria? Afortunadamente esos hombres no son tan peligrosos como parece: todo el mundo se rie de su vanidad ó compadece su demencia, nadie sigue sus pérfidos consejos, y todos corren á unirse en torno de las banderas, cuyo lema, *Patria y honor*, ha sido siempre un objeto sagrado para todo buen francés.

M. de Chateaubriand nos hace luego una pintura del reinado de Luis XVIII como lo mas grande, glorioso y afortunado que las edades han visto. La Francia se hallaba desolada; aquel monarca le prodiga consuelos; estaba llena de humillacion, Luis XVIII la enalteció con su poderosa mano; las artes gemian en el olvido y en la esclavitud, él las hizo florecer como por encanto, y bajo la proteccion de su cetro produjeron nuevas maravillas. La nacion se veia abrumada de deudas y de miseria; todo se ha pagado, para todo hubo remedio bajo la protectora influencia de aquel, cuya voz dictaba leyes volviendo á poner en circulacion todos sus recursos, dando nuevo pábulo á su fecundidad. No dice una palabra el autor acerca de aquellas borrascosas turbulencias parlamentarias que turbaron la tranquilidad de aquel pacífico reinado, ni habla tampoco de aquella enorme indemnizacion que hubo que firmar en favor de los aliados para pagarles á precio subido la pólvora que quemaron contra la triste patria y el malhadado servicio que hicieron entrando en la capital. ¡Ah! Si Luis XVIII en vez de consultar á sus ministros, hubiese tratado de saber la opinion de la Francia, de esa Francia que jamás se ha negado á pagar sus deudas, ella le habria dicho lo que creia deber al extranjero, y este no hubiera tenido mas remedio que contentarse: la nacion le habria dicho por boca de sus hijos al débil monarca. «Señor, os sostenemos, porque la paz es el mayor bien que apetecemos, y porque no confiamos en que otro que se coloque en vuestro puesto nos dé tampoco elementos de mayor felicidad; porque los reyes son todos exactamente parecidos en lo de ser fatales enemigos de sus vasallos, os sostenemos, porque hallándonos ya cansados de todo, hasta de gloria de que en realidad tenemos sobrada abundancia, no queremos vivir ya en lo sucesivo mas que de amor y de inteligencia; pero, por favor, no nos hagais pagar á nuestros enemigos las lágrimas que nos cuestan, los perjuicios que nos han causado, y las infames traiciones á que hemos tenido que sucumbir.» Asi hubiera hablado la Francia; pero ¿merecia que se consultara su opinion? No sin duda, y por otra parte, ¿cómo habian de llamarla para testigo de las maquinaciones que contra ella estaban tramando?

Ah! Si: alaben ese reinado glorioso y los brill

hechos que le distinguieron: añadan á la historia de Francia una magnífica página mas, una página enteramente llena de grandeza, de independencia y de nacionalidad; demuestren nuevamente al pueblo francés lo mucho que por la gloria y bienestar de este pueblo se interesan los Borbones!...

El autor se extiende luego en lo tocante á la muerte de Luis XVI y pide á los que fueron autores de la sentencia de este monarca el derecho de derramar lágrimas por aquel trágico suceso, cuya memoria no puede menos de mirar con igual respeto que con admiracion contempla sus virtudes. Lejos de nosotros la idea de criticar esa sensibilidad, por el contrario, confesamos que merece nuestra admiracion, y que la contemplamos como el noble arrebato de un corazon generoso: ademas de eso á nadie puede negársele el derecho de renovar con llanto la memoria de los que fueron objeto de su amor, ni de adornar con flores su tumba. No por ser poco adictos á la causa de los Borbones, pretendemos despojarnos del derecho de lamentar sus infortunios, aunque los hubieran merecido, pues la desgracia siempre será para nosotros un objeto de compasion; pero hay que advertir que este es un asunto tan sumamente delicado, y que por su condicion exige ser tratado con tanto miramiento, que hemos creido obedecer á las sugestiones de la prudencia concretándonos únicamente á lamentar los tristes efectos de las revoluciones, y á desear con toda la sincera efusion de nuestra alma que jamás vuelvan á reproducirse en nuestra patria aquellas lúgubres y sangrientas jornadas, cuya sola idea hace que la sangre se hiele aun en nuestras venas. La nacion francesa da cada dia un nuevo paso hácia el progreso, y segun nuestro modo de ver tiene ya en la actualidad la dicha de haber salido del todo fuera del límite de la senda de los errores. Si fuese ahora la época en que Luis XVI permaneciera sentado en el trono, y la nacion le acusara justamente de mucho mayor número de crímenes que los que se le imputaron cuando mantenia la corona sobre su desgraciada cabeza, es seguro que la nacion retiraria de sus criminales manos el cetro que no eran dignas de empuñar, es seguro que la voluntad nacional le haria salir para siempre de un país, que no merecia gobernar; pero no levantaria un cadalso para castigarlo, porque al pueblo en su ilustracion tendria presente, que un rey nunca es el único culpable de los crímenes que comete. La muerte de Luis XVI debe por lo tanto considerarse como el resultado triste si, pero inevitable de la época en que aquel soberano vivia. ¿No apareció tambien Carlos X como culpable ante la nacion? ¿Qué hizo esta? Pagar por castigo el pan de su destierro. ¿No tuvo tambien Luis Felipe I desavenencias profundamente graves con la nacion? ¿No salió en plena luz de su palacio en presencia de un pueblo irritado, que al verlo volvió generosamente la vista hácia otro lado para darle tiempo de ponerse en seguridad?

De la muerte de Luis XVI pasa M. de Chateaubrand á los emigrados y trata de justificarlos de las inculpaciones que contra ellos resultan en concepto de algunos. ¿Qué habian de hacer, dice el autor, sino huir al verse insultados, al ver sus palacios quemados, y sus personas perseguidas de mano armada, ó arrastradas tal vez arbitrariamente á un cadalso? ¿Habrá quien se atreva á negar la persecucion? ¿No se conservan aun aquellas listas de proscripcion con sus correspondiantes firmas al pié?

Nada de eso ignoramos, responderemos nosotros á M. de Chateaubriand; pero sin tratar de prejuzgar por nuestra parte la cuestion de si hubo ó no motivo para trataros de ese modo, nos concretaremos únicamente á preguntaros ¿qué es lo que vosotros hicisteis para evitar aquellas tropelias, que habriais debido prever como inevitable consecuencia de una época en que los partidos estrellándose con todo su furioso encono no escuchaban mas voz que la de su conveniencia, ni cedian á mas inspiracion que al ciego impulso de sus resentimientos y su venganza? Os tomásteis la molestia de descender á concesiones que habian sido mas útiles que humillatorias? No habrian sido vuestras fuerzas menores que las de vuestros contrarios por haber concedido lo que posteriormente habriais vuelto á recobrar: de esa manera habriais tal vez podido contentarlos; los habriais indudablemente apaciguado, y todo lo demás habria sido obra del tiempo. Mas vuestra vanidad os hizo obstinados; vuestra insensibilidad sordos, y vuestros antiguos triunfos os inspiraron incredulidad. No aceptando nada de las nuevas condiciones, quisísteis conservar en su integridad los abusivos privilegios del tiempo pasado porque solo eran provechosos á vuestros intereses, y con semejante conducta exasperásteis los ánimos cuando aun no estaban mas que algo irritados, y no les dejásteis usar para con vosotros aquellos miramientos que vuestro orgullo de raza se ruborizaba de emplear para con ellos. Si hubieseis pensado generosamente en vuestro rey que sin disputa fue el mas digno de compasion de todos vosotros conociendo que no teniais bastante temple de corazon para servirle de escudo durante la tempestad, y que al rugir esta sobre vuestras cabezas le abandonariais miserablemente, habriais sido menos inflexibles y no le habriais voluntariamente dejado en tan cruel abandono. Mas á estas observaciones creemos que estareis dispuestos á contestar; que os hubiera sido demasiado costoso ceder el terreno á unos enemigos que detestabais, y cuyos derechos estabais muy lejos de reconocer: nos contestareis que el ceder hubiera sido faltar á lo que debiais á vuestra ilustre cuna, y á todos los privilegios que de ella se derivan, y por último nos direis que obrando de aquel modo, habriais consumado una vergonzosa fusion entre dos castas que la naturaleza previsora y sagaz ha tratado de tener continuamente separadas para dicha y dignidad del humano linaje. Sea en horabuena: no tenemos reparo en conceder que sois algo mas que el resto de los demás hombres; mas para eso, hombres soberbios, es decir, para entrar en el goce de vuestros privilegios, era preciso que hubieseis manifestado los hermosos títulos en que las razas privilegiadas fundaron sus prerogativas ó aspiraron á mantenerse en posesion de ellas: habria sido preciso que el pueblo hubiese visto brillar en vosotros las verdaderamente nobles prendas de fidelidad y de valor con que vuestros antepasados se captaron el respeto. Por consiguiente el partido mas ventajoso que en la actualidad debierais haber abrazado habria debido ser el de la guerra. Direis que vuestros enemigos habrian podido abrumaros por el número; pero ¿desde cuando esa nobleza tan altiva y magnánima cuenta el número de sus enemigos? ¿Decid mas bien, ya que tan alto raya vuestra vanidad, decid que os hallabais faltos de la prenda que con mas arrogante jactancia soleis ostentar en todas ocasiones: decid sin rodeos que en resumidas cuentas no amabais á vuestro rey? ¿Cómo es posible que teniendo amor al monarca le hubieseis abandonado el dia antes de una gran batalla y sobre un campo en que las fuerzas que se aprestaban á combatirle eran mucho mas temibles que todas las que podian emplearse en un combate ordinario? Confesadlo: sin el menor impulso de misericordia abandonasteis á un rey á quien deciais profesar tanto amor y cuyos derechos os parecian tan sagrados: luego para ocultar á vuestros propios ojos la ignominia de esa cobarde fuga, dijisteis que ibais á buscar un refuerzo, refuerzo ¡ah! que nunca habia de llegar. Nosotros, empero, nos sentimos propensos á disculparos: llegasteis á tener miedo de vuestros enemigos, y ese miedo os hizo huir, sin volver atrás la vista para libraros

de ver á vuestro rey que tendia hácia vosotros sus manos suplicantes. El terror, el terror os apagó la noble sensibilidad del corazon. Esto supuesto no hagais tanto alarde de amar á los Borbones; pues aventurandoos á morir en obsequio suyo es como únicamente podriais haberles demostrado ese acendrado afecto que ahora quereis suponer. No hay cosa mas fácil que aparentar fidelidad, cuando no hay que acometer ningun peligro para sostenerla. No espereis que esa especie de lealtad en que haceis consistir toda vuestra gloria pase nunca como una virtud segun nuestro modo de ver.

El autor despues de haber justificado á su manera la fuga de sus amigos, los emigrados, vuelve á tratar de los aliados prodigándoles los enfáticos elogios, y prometiéndoles con arreglo á su autoridad particular, una gratitud eterna por parte de la nacion francesa. Muy en nuestro derecho estariamos diciéndole que habria obrado con cordura al no ofrecer mas gratitud que la suya, ó por lo menos al no hacer gasto de la agena sin contar antes con la voluntad de sus dueños; mas nosotros no tenemos intencion de refutar ahora nuevamente la prodigalidad de sus acciones de gracias en favor de unos verdaderos enemigos que nunca se tomaron la molestia de hacer la menor cosa para complacernos, y que solamente atendieron á su propia seguridad y conveniencia, cuando mas aparentaron emplear sus afanes en obsequio de nuestros intereses. Preferimos dar sinceras gracias al autor por la buena opinion que en el pasaje de su libro á que nos referimos manifiesta tener respecto de los soldados franceses. Sea en buen hora, confesaremos que aunque de paso encontramos alguna vez espíritu de nacionalidad; pero por lo tocante á esta vez creemos que no hace mas que cumplir con su deber. Efectivamente, ¿cómo habria podido encontrar un medio para desentenderse de decir una palabra acerca de la gloria militar de la nacion? ¿Cómo habia de haber dejado enteramente sepultada en olvido al bizarro ejército que en su gloriosa carrera paseó sus águilas triunfantes por casi todas las capitales de Europa? ¡El ejército francés es, por decirlo asi, el brillante núcleo de todo el honor nacional. Ese ejército es quien (no tratamos ahora de enumerar sus repetidos triunfos) halló despues de la batalla de Moscou fuerzas bastantes para ganar la batalla de Lutzen; ese ejército es el que encorvado; pero no abrumado bajo el peso de la Europa entera se retiró rugiendo al corazon de la Francia, defendió palmo á palmo el patrio suelo, y estaba aprestándose para lanzarse á nuevos combates, cuando tuvo que poner coto á su denodado ardimiento, y reconcentrar en su corazon un patriotismo que en lo sucesivo no podia ya serle útil.

No deberian por cierto los aliados alabarse de sus últimos triunfos; pues nadie ignora que mas que á su valor fueron debidos á ocultas maquinaciones, y es una cosa fuera de duda, que si la traicion no les hubiera prestado el apoyo de su malhadada influencia, jamás se habrian atrevido á sentar su planta en el territorio francés. No hay temor que nadie pueda decir otro tanto de las victorias conseguidas por los ejércitos de esta nacion. Esas victorias han traido en pos de sí resultados reales que para nadie han sido dudosos, y sobre cuyo orígen tampoco le ha sido dado á nadie establecer calumnias, porque con toda evidencia vió el mundo que eran fruto de la heróica intrepidez de los soldados y del esclarecido talento de sus generales. Jamás se vieron las filas de este ejercito manchadas por la presencia de traidores que con sus viles artes ayudaran á conseguir la victoria. Siempre tuvo el ejército francés fuerzas suficientes en sus virtudes marciales, y en ningun caso debió sus laureles mas que al sublime impulso de su valor. Los que no saben batirse, los que no aspiran al honor de la victoria sino al botin de los vencidos, eson son los que no tienen reparo en que la traicion pueda erguir su frente á la sombra de sus banderas.

En el último pasage importante de las *Misceláneas políticas*, sobre el cual vamos á hacer algunas reflexiones, el autor asegura que la Constitucion otorgada por Luis XVIII conviene perfectamente á las dos opiniones que dividen la Francia, añadiendo que en ella se encuentran establecidas todas las bases de una libertad razonable; que los principios republicanos fueron tan sagazmente combinados en dicha Constitucion, que á pesar suyo tienen que servir en provecho de la monarquia y que la organizacion de esta monarquía presenta una forma de gobierno en el que la política de nuestros padres puede conservar lo que tiene de venerable, sin tener por eso que ponerse en contradiccion con el movimiento progresivo de los siglos. Nada de eso se nos oculta, y por otra parte nos preciamos de ser bastante amigos de la justicia para confesar que la Carta conviene efectivamente á todos los franceses. En ella encuentran cómodo lugar las nuevas ideas para seguir dando á las antiguas aquella dignidad que nace de la razon, al paso que estas reciben á su vez la magestad que el transcurso de los siglos comunica. Cada gobierno suele generalmente valerse de esta precaucion al instituirse, y seria cosa en verdad muy rara verle dar principio á sus actos, desarrollando instituciones que no ofrecieran al pueblo todas las garantías que tiene derecho á exigir, ó que pueden lisonjear sus esperanzas. ¿Mas se podrá por eso decir que todos los gobiernos que se van sucediendo, y de los cuales no habrá ninguno que no haya á su vez prometido marchar por mejor senda que los anteriores, hayan cumplido fielmente los compromisos que contrajeron al establecerse? ¿Por ventura siguen literalmente el espíritu de la Constitucion que les sirvió de programa, y en la que, segun ellos decian, iban sólidamente aseguradas la independencia y felicidad de todos los ciudadanos? ¿Por ventura no es lo primero que hacen el dejar en olvido al pueblo? y, si este no es mas esclavo y desgraciado que antes, ¿no tiene que contentarse con la eterna esperanza de las mejoras que le prometieron, esperanza que por no llegar nunca á cumplimiento es equivalente á una negativa, y en último resultado no hace mas que aumentar su desesperacion? ¡Ah! El triste pueblo es siempre la última cosa de que se acuerdan los gobiernos, y solo por casualidad fijan espontáneamente en él su atencion: esta es la verdadera razon de que el pueblo se vea de cuando en cuando obligado, digámoslo asi, á dar señales de su existencia. No nos es dado recordar la circunstancia de que la Constitucion dada por Luis XVIII haya conservado en tiempo de este monarca aquel equilibrio de igualdad que debe ser la salvaguardia de todos los intereses. Las turbulencias parlamentarias, de que ya hemos hablado, dan testimonio de la debilidad del monarca en no saberlas reprimir con la Constitucion en la mano y del descontento y la ambicion de los que le rodeaban. Y esas dimisiones ministeriales tan frecuentemente repetidas ¿podrá decirse que sean anuncio de un gobierno sólido, y que nada mas desea que seguir marchando por la senda de su deber? ¿Probarán acaso que la eleccion de ministros haya sido hecha con la prevision y mesura convenientes? ¿No se echa cuando menos de ver, al fijar imparcialmente la atencion en esas dimisiones, que habrá algun ministro que desciende de su eminente puesto, tan á propósito para halagar las ambiciones humanas, solo por no ceder al empeño superior que le queria obligar á cometer alguna prevaricacion, y que para no llegar á verse en ese caso preferia el ministro la oscuridad y una buena conciencia á tener que violar sus juramentos? El gobierno de Luis XVIII no escitó ni mas ni menos que otro gobierno cualquiera quejas por parte del pueblo: no puede negársele que en medio de sus imperfecciones, ó tal vez ha-

blando con mas propiedad, vicios, presentó algunas circunstancias buenas; y es seguro que no nos acordariamos de él para criticarlo, si no fuera con objeto de contestar á esos hombres *satisfechos*, que á fin de justificar ó recomendar su desmesurado afecto hácia un príncipe, ó hácia unas instituciones les atribuyen méritos tan altamente exagerados, que uno se ve reducido tanto por el pudor como por el deber á rebajarlos para darles su verdadero valor.

Despues de haber hecho un pomposo elogio del buen gobierno que se preparaba, el autor trata de inspirar seguridad á los que podrian llegar á temer que el rey concediera, por debilidad ó por cualquiera otra circunstancia, demasiada confianza á unos ministros poco dispuestos por espíritu de inveterada animosidad á labrar la felicidad de la nacion. Para eso el autor supone que la Francia tiene una idea ridícula y exagerada de la influencia de los ministros, y á fin de probarlo invoca la responsabilidad ministerial. Añade en seguida que las instituciones presentan una eficaz garantía contra la incapacidad de aquellos, y que el pueblo debe tener casi una completa seguridad de que solo los hombres mas distinguidos por sus talentos serán los llamados á dirigir el timon del Estado; porque un sugeto completamente nulo no podria ocupar bajo un gobierno representativo el elevado puesto del ministerio sin ser atacado por la opinion pública, y necesariamente tendria que bajar de la eminencia á donde no habria subido sino en alas del favor. De aqui deduce Mr. de Chateaubriand que la nacion está ya libre para siempre de esos ministros que ningun otro mérito pueden alegar mas que la intriga, y cuya ignorancia ha causado mayores vejámenes en los Estados que las faltas cometidas por los soberanos: sobre todo el autor no quiere que se pueda sospechar de la buena fe de los ministros, á quienes en lo sucesivo no será dable emplear ruines artificios en una nacion tan ilustrada y perspicaz como la francesa.

A nosotros nos parece deber contestar á Mr. de Chateaubriand diciéndole, que por el contrario el pueblo tiene una idea muy exacta y muy fundada acerca de la influencia que puedan ejercer los ministros; que teniendo estos todas las riendas del poder en su mano pueden, por mas que se diga, dirigir el movimiento segun mejor le acomode á su capricho, ó segun el falso punto de vista en que se hallen colocados. Su responsabilidad en la época que subió Luis XVIII al trono, era tan insignificante, pues no debemos olvidarnos que no habia aun ley alguna que la determinara, que no les habrian faltado ingeniosos subterfugios con que poder dar un colorido de inocencia á sus actos mas culpables, y burlar de todo punto el rigor de la justicia. Por otra parte ¿de qué manera la naturaleza de las instituciones que entonces regian hubiera podido servir de garantía contra su incapacidad? El rey que era el que nombraba á los que habian de encargarse como ministros del despacho de los asuntos ¿no podia padecer una equivocacion por lo tocante á la estension de los conocimientos de aquellos, ó por lo tocante á la sinceridad de sus opiniones políticas? ¿Qué luces le daban al monarca las instituciones vigentes para proceder con el criterio oportuno en la eleccion de lo que elevaba á tan alto puesto? ¿Creerá nadie que un monarca sea infalible en las elecciones que hace, ni en el juicio que forma acerca de las personas, ó acerca de su idoneidad? ¿No habrá alguna vez que siguiendo el impulso de ocultos designios se rodeará á propósito el monarca de personas poco perspicaces, ó que no sean susceptibles de hacerle útiles observaciones, ó de contrarestar sus proyectos? Por otra parte, si los ministros tienen la capacidad conveniente, ¿no podria el monarca sobornarlos?

Dice el autor en seguida que seria absurdo tener sospechas de la buena fe de los ministros en una nacion tan ilustrada y discreta como la Francia. ¡Ah! ¡Qué de ejemplos podríamos á costa de muy poca molestia citar, para desvanecer y refutar victoriosamente semejante aserto! No intentamos hacerlo porque tememos que la riqueza del asunto nos distrajera de la brevedad que nos hemos propuesto. Unicamente preguntaremos si por ventura no es á los ministros de Cárlos X, á quienes por su mala voluntad y obstinacion somos deudores de las sangrientas jornadas de Julio. La nacion no habia perdido por cierto esas buenas cualidades que Mr. de Chateaubriand, tan justamente le atribuye: el pueblo era discreto, era ilustrado y sin embargo ¿pudieron esas circunstancias servirle de garantía para poner un dique á la audacia de aquellos temerarios prevaricadores ministeriales? La buena intencion es lo que establece la buena fe por parte de los ministros. Si no carecen de la conciencia de sus deberes, ó comprenden el honor que pueden adquirir no separándose nunca de ellos, entonces podrán ser útiles á la nacion á despecho de los obstáculos que acaso se les presentarán durante el formal ejercicio de sus funciones; mas si por el contrario, dejándose dominar de las pasiones políticas, ó cediendo á la torpreza de una rastrera codicia tratan de sacrificar á su torpe egoismo el interés público, ese depósito sagrado que juraron conservar lealmente, es de presumir que poniendo en juego su influencia, y los poderosos resortes de su alta posicion, podrán llevar á cabo sus pérfidos designios casi sin aventurarse á correr ningun peligro, á despecho de toda la ilustracion y de toda la sensatez que adorne al pueblo sobre quien ellos estienden sus ávidas manos. ¿Quién ignora por otra parte que los malos ministros pueden encontrar cómplices hasta en el mismo trono, y que en tal caso afianzan completamente su impunidad?

Ya es tiempo de que pongamos término á las reflexiones que nos hemos propuesto hacer sobre las *Misceláneas políticas* de Mr. de Chateaubriand. Nadie debe estrañarse de la libertad y franqueza con que nos hemos expresado al hablar acerca de ellas; pues estamos convencidos que su mismo autor nos lo aprobaria, en la actualidad. Asi estamos dispuestos á creerlo al ver que en su prefácio confiesa que en la época de agitaciones y turbulencias políticas en que escribió esta obra no habia oportunidad para pesar rigurosamente las palabras, y que mucho mas debia tratarse de obrar que de escribir, pues estaba ya al caer la hora de una batalla en que era preciso ganar en concepto de la opinion pública, ó resignarse al anatema que esta lanzaria sobre el partido que tuviera que humillar la frente. Por lo demás aunque este ilustre escritor bajó al sepulcro conservando ilesa la noble y generosa lealtad con que por tanto tiempo y con tanta gloria defendió los principios políticos que segun su modo de pensar eran los únicos que pudieran asegurar un brillante porvenir á su patria, es de presumir que si hubiésemos tenido la dicha de conservarlo hasta el presente, habria por último el espíritu de progreso conmovido su dilatada perseverancia. Al llegar á los límites de su mortal carrera era fácil adivinar, fijando atentamente la consideracion en los discursos que pronunciaba, que mas bien por deber que por efecto de una conviccion profunda defendia los principios que con tanta consecuencia venia sosteniendo desde su juventud. Si conservara aun la vida es probable que seguiria siendo siempre el amigo y el defensor de los Borbones; mas al propio tiempo no podria menos de ver como el cielo olvida y descuida la prosperidad de los vástagos de aquel antiguo tronco, dando á un Napoleon el cetro que ellos habian llegado á considerar como patrimonio de su raza.

FIN.

